ARPAS ETERNAS

YHASUA DE NAZARETH

ESENIOS, APÓSTOLES Y AMIGOS

JOSEFA ROSALÍA LUQUE ÁLVAREZ
HILARIÓN DE MONTE NEBO

Josefa Rosalía Luque Álvarez
Hilarión de Monte Nebo

ARPAS ETERNAS

Yhasua de Nazareth

ALBORADA CRISTIANA
alboradacristiana@gmail.com
alboradacristiana@elcristoes.net

Obras de Fraternidad Cristiana Universal
Josefa Rosalía Luque Álvarez

“Orígenes de la Civilización Adámica”
Vida de Abel

“Moisés”
El vidente del Sinaí

“Arpas Eternas - Cumbres y Llanuras”
Vida de Yhasua de Nazareth - Apóstoles y Amigos

“Llave de Oro - Siete Portales”
Los Maestros

“Para Ti”
El Huerto Escondido
Paráfrasis de la Imitación de Cristo
Azucenas de mi Huerto
Lirios de la Tarde
Cinerarias

E-mail:
alboradacristiana@gmail.com
alboradacristiana@elcristoes.net

Webs:
http://www.fraternidadcristianauniversal.com
http://www.fraternidadcristianauniversal.net
http://www.elcristoes.net/fcu

nº Cap.	Título	Pág.
1	El Ave del Paraíso	9
2	Semblanza	11
3	Biografía	13
4	Portada	17
5	Preludio	19
6	La Gloria de Betlehem	28
7	Los Esenios	37
8	Escenarios del Infinito	50
9	A los Montes de Moab	63
10	Ha nacido un Parvulito	86
11	Florecía el amor para Yhasua	109
12	Desde el lejano Oriente	122
13	En las cumbres de Moab	141
14	Maran-Atha	159
15	En las cumbres del Líbano	173
16	Una Luz en las tinieblas	189
17	El Niño Profeta	201
18	En las grutas del Carmelo	216
19	Panoramas extraterrestres	235
20	El Niño clarividente	244
21	Plus Ultra	263
22	La visión del Padre Celestial	274
23	Moradas de expiación	284
24	Los Festines del Carmelo	294
25	Simón de Tiberíades	312
26	En el Santuario del Monte Tabor	325
27	Primer viaje a Jerusalén	337
28	Yhasua en el Templo de Jerusalén	350
29	En el Monte Quarantana	372
30	Hussin de Etruria	398
31	Los Ancianos de Moab	403
32	El Niño Apóstol	430
33	El Santuario del Tabor	446
34	Yhasua y Nebai	460
35	A las márgenes del Orontes	499
36	El archivo de Ribla	535
37	El sacrificio de Krishna	549
38	Las Escrituras del Patriarca Aldis	574
39	Nazareth	602
40	El Papiro 79	615
41	El Diario	641
42	En Samaria	665
43	Yhasua a los veinte años	691
44	Las Escrituras del Rey Salomón	734

nº Cap.	Título	Pág.
45	En la ciudad de Alejandría	747
46	En el Valle de las Pirámides	764
47	El llanto de un esclavo	795
48	De vuelta a Palestina	811
49	Yhasua en Jerusalén	831
50	Camino de la cumbre	854
51	En el Santuario de Moab	877
52	Yhasua y la Santa Alianza	886
53	A Galilea	900
54	Hacia Tolemaida	921
55	En Antioquía	943
56	Judá y Nebai	957
57	Los esponsales	969
58	Hacia el Éufrates	972
59	Gisiva y Carandama	976
60	El Scheiff Ilderín	995
61	La muerte de Baltasar	1006
62	En el huerto de las Palmas	1010
63	Yhasua y Yhosuelín	1017
64	En la ciudad de los Reyes	1025
65	La muerte de Yhosep	1035
66	Al desierto de Judea	1038
67	En la Sinagoga de Zorobabel	1045
68	La historia de Moisés	1055
69	Un papiro de Salomón	1057
70	Las epístolas de Egipto	1066
71	En la gruta de Jeremías	1072
72	En el Palacio de Ithamar	1078
73	En la Fortaleza del Rey Jebuz	1085
74	En el Monte Hor	1108
75	La tragedia de Abu-Arish	1136
76	En la tierra nativa	1143
77	Camino a Tiberias	1154
78	En Corazín	1165
79	En los bosques de Iturea	1176
80	En Cesarea de Filipo	1184
81	En el Monte Hermón	1197
82	En Damasco	1213
83	El Reino de Dios	1231
84	El Torreón del Patriarca	1259
85	En la ciudad de Tiro	1276
86	La Naumaquia	1292
87	La Santa Alianza en Tiro	1301
88	En la sinagoga de Josaphat	1307

nº Cap.	Título	Pág.
89	En la casa paterna	1310
90	¡Ya es la hora!	1321
91	El año treinta	1334
92	El solitario del Jordán	1345
93	El año treinta y uno	1357
94	El cerro Abedul	1372
95	La Castellana de Mágdalo	1378
96	Galilea quiere un Rey	1397
97	¿Por qué llora esa mujer?	1406
98	Año treinta y dos	1411
99	Yhasua y el futuro Diácono Felipe	1418
100	En el presidio del Bautista	1429
101	Parábola del hijo pródigo	1440
102	El Sanhedrín busca un Mesías	1445
103	Yhasua aclamado en el Templo	1462
104	El Maestro en Betania	1472
105	Muerte del Bautista	1487
106	Año treinta y tres	1494
107	Yhasua en Jericó	1499
108	En Pasaelis	1513
109	La apoteosis del Ungido	1531
110	Última estadía en Nazareth	1543
111	Los secretos del Padre	1553
112	A Jerusalén	1577
113	De frente al Sanhedrín	1592
114	Vercia la Druidesa	1599
115	Los amigos del Profeta	1605
116	El día de las Palmas	1626
117	Los últimos días	1639
118	La despedida	1643
119	Gethsemaní	1652
120	Yhasua ante sus Jueces	1671
121	Quintus Arrius	1677
122	El palacio Asmoneo	1680
123	El Gólgota	1695
124	De la sombra a la Luz	1705

© Derecho de Autor Hugo Jorge Ontivero Campo
Todos los derechos reservados

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Ediciones en castellano:
Editor Fraternidad Cristiana Universal,
Florida, Provincia de Buenos Aires
Año 1949 – 1955 – 1965
Editorial Kier S.A. Buenos Aires
Año 1968 – 1972 – 1976 – 1978 – 1980
1986 – 1989 – 1992 – 1997 – 2000
Editorial Solar – Bogotá, Colombia
Año 2004

©Editor: Hugo Jorge Ontivero Campo – España
Año 2003 – 2005 – 2009

Ediciones en portugués:
Editora Pensamento-Cultrix Ltda. — Sao Paulo, Brasil

Edición cotejada con los originales de la Obra por:
Hugo Jorge Ontivero Campo
Diseño de Portada: Lidia Orellano - Eduardo Ariel Rodríguez
Cuadro del Autor Barberis - año 1.903
Composiciones: “El último Testamento” “Última Cena”: Sabino del Pino Galán

Preprensa:

Obra completa I.S.B.N. 84-933384-0-0

Depósito Legal:
Impreso y encuadernado:
Queda hecho el depósito que marca la Ley
Impreso en España
Printed in Spain

1
El Ave del Paraíso

a Dª. Josefa Rosalía Luque Álvarez
Con todo el cariño de su esposo

Descendió un ave del Paraíso llevando en su plumaje el color de la nieve y al desplegarse color del arco iris.

Al posarse en la tierra buscó refugio donde guarecerse de las soledades y tristezas, encontrando un rinconcillo entre riachos y madreselvas.

Sabía que no debía salir al exterior, porque aguiluchos y aves de rapiña tratarían de arrebatarle su plumaje y hasta los gorriones para vestirse con ellos, celosos de sus colores.

Paseando por su pequeño terrenal paraíso observaba por las noches el firmamento tachonado de estrellas y por el día la luz en la naturaleza que se manifestaba con sus mil colores.

En su pequeño corazón ebrio de tanta belleza surgió el canto a la Luz, al Amor, a la Naturaleza.

Sin ella darse cuenta su plumaje era cada vez más puro y más brillante sus colores.

A su canto cristalino acudieron habitantes de la selva.

El ave del Paraíso no veía si eran pequeños o grandes, a todos se daba por igual brindándoles de su canto la armonía.

Algunos sorprendidos de esa sinfonía, se enamoraron de ella e iniciaron el esfuerzo que da el aprendizaje de alcanzar la interior armonía.

Los más, al ver el lugar inhóspito a sus ojos, sin espejos donde reflejarse, vieron lo que sus ojos podían ver y sus oídos escuchar: “nada”.

Llegó el día en que el ave del Paraíso levantó vuelo y remontó a su cielo formado de mil colores y armonías.

La calandria, quedó ensayando su canto y a él se fueron uniendo aves de otras tierras, a las cuales les había llegado el canto y la armonía del ave del Paraíso.

Con esfuerzo ensayando el canto aprendido, tratan de alcanzar la interior armonía, para que su canto sea cristalino y a otras aves enseñar el canto y la armonía del ave del Paraíso.

Hugo Jorge Ontivero Campo

Josefa Rosalía Luque Álvarez

2
SEMBLANZA

de Doña Josefa Rosalía Luque Álvarez
"Mamina" para sus íntimos

De estatura baja, cuerpo delgado, conservó en su vestimenta el largo al tobillo y la sencillez en toda ella.

Sin adorno y maquillaje, se peinaba el largo cabello hacia atrás, terminando en un rodete en la nuca, cubriendo su cabeza con el capelo.

De ojos grandes, color negro, mirada leal, sincera, suaves, en los que no había dobleces.

Manos delicadas, delgadas, dedos largos y finos, hechas para la prosa y la poesía.

De voz suave y pausada.

De andar ligero, los que la acompañaban debían acelerar los pasos.

De trato cordial y afectivo.

En la intimidad de su alcoba-escritorio, en las horas de soledad y silencio, escribía en cuadernillos hechos por ella misma, lo que se ha dado a conocer como la "Obra de la Fraternidad Cristiana Universal". Estando los mismos a resguardo del deterioro o manoseo.

Supo enfrentarse, con toda serenidad, a las impertinencias y prepotencias de inconscientes, dando respuestas cortas y sencillas, con tal lógica que desarmó a más de un bruto, aunque la procesión fuera por dentro.

Cumplió a mis ojos y sentir humano con su propia Ley para concretar la Obra, contra vientos y mareas, soportando bravas tormentas sin claudicar de su pacto con el Divino Maestro. Siendo el Amor de Él y a Él, soporte de sus angustias y soledades interiores y exteriores.

Reflexionad que en su Obra trajo nuevamente al Cristo a la Tierra, tal cual lo sentimos vivir en nuestro corazón.

Con todo amor.

Hugo Jorge Ontivero Campo – Depositario legal, colaborador y esposo de la escritora.

Josefa Rosalía Luque Álvarez

3
JOSEFA ROSALÍA LUQUE ÁLVAREZ
Biografía

Nació en la ciudad de Villa del Rosario, provincia de Córdoba República Argentina, el día 18 de marzo del año 1893. Siendo sus padres Don Rafael Eugenio Luque y doña Dorotea Álvarez. Educada en el Colegio de las Carmelitas Descalzas de la ciudad de Córdoba.

Radicada desde el año 1932, en una isla del delta bonaerense en la localidad de Tigre, fundó la escuela "Fraternidad Cristiana Universal" en el año 1938. Siendo sus fundamentos: el cultivo interior por el "conocimiento de sí mismo", y la unión íntima con la Divinidad por la meditación conjuntamente con el buen pensar, sentir y obrar.

Siendo la tetralogía de la Obra, las bases del conocimiento espiritual, moral y ético.

Escritora de pluma ágil, con alas de cóndor, remontó los planos terrestres hasta posarse en la morada de los elegidos por la Eterna Ley para descorrer los velos del Archivo de la Luz, donde está grabada con calcos a fuego la evolución de cada partícula de chispa divina emanada del Gran Todo Universal.

¿Qué vio su mente iluminada? ¡Formidable Apocalipsis presenció al descorrer un Arcángel, ante ella, el velo de desposada de la Maga Invisible de los Cielos, y dejar al descubierto las glorias, triunfos, luchas, abnegaciones, sufrimientos y esplendores de la muerte de los amantes del Amor y la Justicia por un Ideal de liberación humana!

¿Qué más? Las vidas de los misioneros divinos que limpiando de malezas los campos, abrían surcos para la siembra del Amor Fraterno en las almas que serían las encargadas de hacerla fructificar el ciento por uno.

¿Y por último? Las vidas mesiánicas de un Arcángel del Séptimo Cielo de los Amadores, que dejando su morada de paz y amor, descendía a los planos terrestres para mezclarse con las pequeñas almas inconscientes de su destino, y también para que de su mano, de su manto, nos prendiéramos los que queríamos dejar de ser almas que se revuelcan entre el lodo de las propias pasiones, de los deseos insatisfechos, de los egoísmos que fueron formando lacras y manchando la vestidura que cubre a la Esencia Divina.

¡Todo eso! ¡Mucho más! Vio en ese espejo brillante y límpido como no hay otro y descendiendo en raudo vuelo, pero con hondo dolor, traspasó al papel todo lo que su mente vio y su corazón sintió.

A ti, lector amigo, se te ofrece con todo amor, lo que su amor creó a través de más de treinta años de escritura: "Orígenes de la Civilización Adámica", "Moisés", "Arpas Eternas – "Cumbres y Llanuras". Pequeñas joyas espirituales: "El Huerto Escondido", "Paráfrasis de la Imitación de Cristo", "Lirios de la Tarde", "Cinerarias".

En la lectura de sus manuscritos, iniciados aproximadamente el año Mil novecientos treinta y dos y finalizados en el mes de Junio del año Mil novecientos sesenta y cinco, te pido lo hagas con la sinceridad del que busca la Verdad, la Luz y el Amor.

Si al término de ella tu corazón encontró lo que ansiaba, eleva una plegaria al Altísimo de eterno agradecimiento, y a ella la siempreviva de tu amor reflejado a tus semejantes.

Así daremos cumplimiento en nosotros mismos al Ideal de nuestro Divino Guía e Instructor: Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo.

La transcriptora de los Archivos de la Luz dejó su morada terrestre el día 31 de julio del año 1965.

Hugo Jorge Ontivero Campo

EL ÚLTIMO TESTAMENTO

4
PORTADA

Inútil parecería un nuevo relato biográfico del gran Maestro Nazareno, después que durante diez y nueve siglos se han escrito tantos y aún siguen escribiéndose sin interrupción.

Mas, Yhasua de Nazareth, encarnación del Cristo, no es propiedad exclusiva de ninguna tendencia ideológica, sino que nos pertenece a todos los que le reconocemos como al Mensajero de la Verdad Eterna.

El amor que irradió en torno suyo el genial soñador con la fraternidad humana, le creó un vasto círculo de amadores fervientes, de perseverantes discípulos, que siglo tras siglo han aportado el valioso concurso de sus investigaciones, de su interpretación basada en una lógica austera y finalmente, de las internas visiones de sus almas más o menos capaces de comprender la gran personalidad del Enviado por la Eterna Ley, como Instructor y Guía de la humanidad terrestre.

Yo, como uno de tantos, aporto también mi vaso de agua al claro manantial de una vida excelsa, de la cual tanto se ha escrito y sobre la cual hubo en todos los tiempos tan grandes divergencias, que las inteligencias observadoras y analíticas han acabado por preguntarse a sí mismas: "¿Es real o mitológico, un personaje del cual se han pintado tan diferentes cuadros?"

El hecho de haber muerto ajusticiado sobre un madero en cruz a causa de su doctrina, no justifica por sí solo la exaltación sobrehumana, la triunfante grandeza del Profeta Nazareno. ¡Hubo tantos mártires de la incomprensión humana inmolados en aras de sus ideales científicos, morales o sociológicos!

La historia de la humanidad, solamente en la época denominada Civilización Adámica, es una cadena no interrumpida de víctimas del Ideal; un martirologio tan abundante y nutrido, que el espectador no sabe de qué asombrarse más, si de la tenaz perseverancia de los héroes o de la odiosa crueldad de los verdugos.

La grandeza del Maestro Nazareno, no está, pues, fundamentada tan solo en su martirio, sino en su vida toda que fue un exponente grandioso de su doctrina conductora de humanidades, doctrina que Él cimentó en dos columnas de granito: *La paternidad de Dios y la hermandad de todos los hombres*.

Toda su vida fue un vivo reflejo de estas dos ideas madres, en que basó toda su enseñanza por la convicción profunda que le asistía de que sólo ellas pueden llevar las humanidades a su perfección y a su dicha. Sentir a Dios como Padre, es amarle sobre todas las cosas. Sentirnos hermanos de todos los hombres, sería traer el cielo a la tierra.

Veinte años de ansiosa búsqueda en la vasta documentación, crónicas y relatos del siglo primero, salvados de la proscripción ordenada más tarde por el emperador Diocleciano, y de perseverantes investigaciones por Palestina, Siria, Grecia, Alejandría, Damasco, Antioquía y Asia Menor, nos permiten ofrecer hoy a los buscadores de la Verdad en lo que se refiere a la augusta personalidad de Cristo, este relato cuyo título: "Arpas Eternas", induce al lector a la idea de que estas excelsas vidas..., vidas geniales, son las "arpas eternas" en que cantan los mundos la grandeza infinita de la Causa Suprema.

No podemos callar aquí, la colaboración de los antiguos archivos esenios de Moab y del Líbano, y de las Escuelas de Sabiduría fundadas por los tres ilustres sabios del Oriente: Gaspar, Melchor y Baltasar, las cuales existen aún en el Monte Suleimán, cerca de Singapur (India), en las montañas vecinas a Persépolis (Persia) y en el Monte Sinaí (Arabia).

Tampoco podemos olvidar a la bravía raza Tuareg, perdida entre los peñascales del desierto de Sahara, cuyos viejos relatos sobre el Genio Bueno del Jordán, como llamaron al Profeta Nazareno, han dado vivos reflejos de sol a determinados pasajes de nuestra histórica relación.

En especial, está escrito este libro para los discípulos del Hombre-Luz, del Hombre-Amor. Y a ellos les digo, que no es éste un nuevo paladín que baja a la arena con armas de combate. Es un heraldo de paz, de unión y de concordia entre todos los discípulos de Yhasua de Nazareth, sean de cualquiera de las tendencias en que se ha dividido la fe de los pueblos.

Creemos, que el reconocer y practicar su enseñanza como una elocuente emanación de la Divinidad, es la más hermosa ofrenda de amor que podemos presentarle sus admiradores y amigos, unidos por el vínculo incorruptible de su genial pensamiento: "Dios es nuestro Padre. Todos los hombres somos Hermanos".

Los amantes del Cristo en la personalidad de Yhasua de Nazareth, encontrarán sin duda en este modesto trabajo al Yhasua que habían vislumbrado en sus meditaciones; al gran espíritu símbolo de la más perfecta belleza moral, reflector clarísimo del Bien, practicado con absoluto desinterés.

— ¡Son así las estrellas de primera magnitud que derraman sus claridades sin pedir nada a aquellos cuyos caminos alumbran, sino que labren su propia dicha futura!

Y al tender hacia todos los horizontes la oliva de paz, simbolizada en este nuevo relato de su vida, digo desde lo más íntimo de mi alma:

Amigos de Yhasua: os entrego con amor, el esfuerzo de veinte años, que presenta a vuestra contemplación la más fiel imagen del Cristo de vuestros sueños que nos es posible obtener a nosotros, pequeñas luciérnagas errantes en la inmensidad de los mundos infinitos.

La Autora.

5
PRELUDIO

¡Era la hora justa, precisa, inexorable!

Hora que en la infinita inmensidad, es sinónimo de día de gloria, edad de oro, resplandor de voluntades soberanas que llega cuando debe, y se va cuando ha terminado de manifestarse.

¡Y ese algo supremo como el Fíat del Infinito, iba a resonar en las Arpas Eternas, como un himno triunfal que escucharían las incontables esferas!...

La pléyade gloriosa de los Setenta Instructores de este Universo de Mundos, estaba reunida en luminosa asamblea para que el Amor Supremo ungiera una vez más con la gloria del holocausto a sus grandes elegidos. Su ley marcaba la tercera parte más uno. Debían, pues, ser veinticuatro.

¿Hacia dónde se abrirían los senderos largos en la inmensidad infinita?...

En los archivos de la Luz Eterna estaban ya marcados desde largas edades.

No sería más que la prolongación de un cantar comenzado y no terminado aún.

No sería más que la continuidad de una luz encendida en la noche lejana de los tiempos que fueron, y que antes de verla extinguirse, era necesario llenar nuevamente de aceite la lamparilla agostada.

No sería más que una siembra nueva, ya muchas veces repetida de Amor divino y de divina Sabiduría, antes de que se extinguieran los últimos frutos de la siembra anterior.

¡En la inconmensurable grandeza del Infinito, eran pequeños puntos marcados a fuego...! ¡Nada más que puntos!...

Una pequeña ola coronada de blanca espuma que va hacia la playa, la besa, la refresca y torna al medio del mar, feliz de haber dejado sus linfas refrescantes en las arenas resecas y calcinadas.

Eran los elegidos para una nueva misión salvadora: Yhasua, Venus, Alpha, Cástor, Pólux, Orfeo, Diana, Jhuno, Beth, Horo, Reshai, Hehalep, Régulo, Virgho, Ghimel, Thipert, Schipho, Shemonis, Pallus, Kapella, Zain, Malkuadonai, Ghanma y Sekania.

A cada cual se le llamaba con su nombre elegido desde su primera encarnación consciente en su mundo de origen, que debía ser también el que llevara en la última; nombres tan poderosos y fuertes en sus vibraciones, que muchos de ellos quedaron impresos por largas edades en los mundos físicos donde actuaron.

Y cada cual siguiendo el rayo luminoso de las Antorchas Eternas, que a su vez los recibían de los Fuegos Magnos, supremos Jerarcas de este universo, vieron destacarse en el infinito azul, como burbujas de luz, los globos donde el dolor y el sacrificio les esperaban.

Cada cual había realizado allí mismo, varias estadías separadas unas de otras por largos milenios.

Cada cual eligió de entre los cuarenta y seis Hermanos gemelos que quedaban libres en sus gloriosas moradas, los que debían guiarle y protegerle, en la tremenda prueba a realizar. Y el dulce Yhasua, originario de la segunda estrella de la constelación de Sirio, que ya había realizado ocho etapas en el planeta Tierra, eligió como guías inmediatos a Ariel y Aelohin, que ya lo habían sido en las jornadas de Juno, de Krishna y de Moisés, como Sirio y Okmaya lo habían sido de Antulio; Venus y Kapella de Abel; Isis y Orfeo de Anfión, de Numú y de Buda.

Mas, como se trataba de que el dulce Yhasua debía realizar la jornada final, la más tremenda, la que cerraría el glorioso ciclo de todos sus heroicos sacrificios, se ofrecieron para auspiciarle también, Ghimel, Tzebahot y Shamed, que por su excelso grado de evolución estaban ya próximos a pasar a la morada de las Antorchas Eternas.

Después de la solemne e imponente despedida con la presencia del gran Sirio, punto inicial de aquellas magníficas evoluciones, que dio a beber a los mártires voluntarios de la copa sagrada de los héroes triunfadores y les bendijo en nombre del Eterno Amor, los veinticuatro misioneros fueron vestidos con las túnicas grises de los inmolados, y el dulce y tierno Yhasua fue conducido por sus cinco Guardianes Superiores al portalón de color turquesa que da a la esfera astral de la Tierra, donde fue sumergido en el sueño preliminar y entregado a la custodia de tres Cirios de la Piedad, hasta el momento de hacerle tomar la materia ya preparada de antemano por las Inteligencias encargadas de la dirección de los procesos fisiológicos de la generación humana.

La mayoría de los elegidos para el holocausto grandioso y sublime, eran de la Legión de las Arpas Vivas o Amadores, unos pocos de los Esplendores y de las Victorias, y otros de la Muralla de Diamantes.

Era pues, una desbordante inundación de amor la que arrastraban consigo aquellos gloriosos Enviados desde la altura de los mundos Sirianos, hasta los globos favorecidos con tan preclaros visitantes.

Mas, ¡cuán ajenas e ignorantes estaban aquellas esferas, del divino don que iban a recibir!

En el planeta Tierra existían cuatro agrupaciones de seres humanos, que veían en el cielo terso de sus místicas contemplaciones, el acercamiento del Gran Misionero: Los Esenios, congregados en número de setenta en las grandes grutas de las montañas de Moab, al oriente del

Mar Muerto, otras porciones en la cordillera del Líbano, y los montes de Samaria y de Judea, mientras los que tenían familia y hogar se hallaban diseminados en toda la Palestina, y éstos formaban como una segunda cadena espiritual dependiente de los que vivían solitarios y en celibato.

La segunda agrupación se hallaba en Arabia, en el Monte Horeb, donde un sabio, astrólogo, de tez morena, había construido un Templo-Escuela a sus expensas, y con ochenta y cuatro compañeros de estudios y de meditación buscaban de ponerse en la misma onda de vibración que las Inteligencias invisibles, cortesanas del Divino Ungido que entraba en el sueño preparatorio para la unión con la materia física.

Era Melchor, el príncipe moreno, que habiendo tenido en su primera juventud un amor pasional profundo como un abismo y fuerte como un huracán, le había llevado a la inconsciencia del delito; le había arrancado a un joven pastor la tierna zagala que debía ser su compañera, con lo cual causó la desesperación y la muerte de ambos.

Melchor, buscando curar el dolor de su culpa, derramó la mitad de su cuantiosa fortuna a los pies de todas las zagalas de su tierra para cooperar a sus bodas y a la formación de sus hogares. Y con la otra mitad construyó un Templo-Escuela, y llamó a los hombres desengañados por parecido dolor que el suyo, que quisieran buscar en la serenidad de lo Infinito: la esperanza, la paz y la sabiduría.

Estaba como incrustado en el monte Horeb, entre los cerros fragorosos de la Arabia Pétrea, a pocas millas de Diza-Abad, por lo cual los de esta ciudad portuaria les llamaban los ermitaños Horeanos, que fueron respetados y considerados como augures, como astrólogos y terapeutas.

La tercera agrupación se encontraba en Persia, entre las montañas de la cadena de los Montes Zagros, a pocas millas al sur de Persépolis, la fastuosa ciudad de Darío.

El Templo se hallaba a la vera de un riachuelo que naciendo en las alturas de los Montes Zagros, desembocaba en el Golfo Pérsico. Comúnmente les llamaron en la región “Ruditas” debido a Rudián, célebre médico que vivió entre los solitarios, cuyos cultos eran como resonancia suave del Zen-Avesta, y origen a la vez de los dulces y místicos Chiítas, que repartían su tiempo entre la meditación, la música y el trabajo manual.

Era Baltasar, el Consejero en esta Escuela de meditación y de sabiduría, y a ella había consagrado la mayor parte de su vida que ya llegaba al ocaso.

Y por fin la cuarta agrupación, radicada en los Montes Suleimán, vecinos al gran río Indo, cuya torrentosa corriente era casi el único sonido que rompía la calma de aquella soledad. Y allí, Gaspar, Señor de

Srinagar y Príncipe de Bombay, había huido con un sepulcro de amor en su corazón, para buscar en el estudio del mundo sideral y de los poderes internos concedidos por Dios a los hombres, la fuerza necesaria para ser útil a la humanidad, acallando sus propios dolores en el estudio y la contemplación de los misterios divinos.

He aquí las cuatro porciones de humanidad a las cuales fuera revelado desde el mundo espiritual, el secreto del descenso del Cristo en un cuerpo físico, formado en el seno de una doncella del país en que corre como en el fondo de un abismo, el río Jordán.

Y en la lucidez serena de sus largas contemplaciones, vislumbraron un hogar como un nido de tórtolas entre rosales y arrayanes, donde tres seres, tres esenios, cantaban salmos al amanecer y a la caída de la tarde, para alabar a Dios al son de la cítara, y entrar en la onda vibratoria de todos los justos que esperaban la llegada del Ungido anunciado por los Profetas. Eran Joachin, Ana, y la tierna Azucena, brotada en la edad madura de los esposos que habían pedido con lágrimas al Altísimo, una prolongación de sus vidas que cerrara sus ojos a la hora de morir.

Y era Myriam, un rayo de luna sobre la serenidad de un lago dormido.

Y era Myriam, un celaje de aurora sobre un jardín de lirios en flor.

Y era Myriam, una mística alondra, cuando al son de su cítara cantaba a media voz salmos de alabanza a Jehová.

Y las manos de Myriam corriendo sobre el telar, eran como blancas tortolitas sacudiéndose entre arenillas doradas por el sol.

Y eran los ojos de Myriam..., ojos de siria, que espera al amor..., del color de las avellanas maduras mojadas por el rocío... Y miraban con la mansedumbre de las gacelas, y sus párpados se cerraban con la suavidad de pétalos al anochecer...

Y el sol al levantarse como un fanal de oro en el horizonte, diseñaba en sombra su silueta gentil y su paso ligero y breve, sobre las praderas en flor, cuando iba con el cántaro al hombro a buscar agua de la fuente inmediata.

¡Y la fuente gozosa, le devolvía su propia imagen..., imagen de virgen núbil, con su frente tocada de blanco al uso de las mujeres de su país!

¡Qué bella era Myriam, en su casta virginidad!...

Tal fue el vaso elegido por la Suprema Ley de esa hora solemne, para depositar la materia que usaría el Verbo Divino en su gloriosa jornada Mesiánica.

Y cuando Myriam contaba sólo quince años, Joachin y Ana con sólo diferencia de meses, durmieron en el seno de Dios, ese sueño que no se despierta en la materia, y la dulce virgen núbil de los ojos de gacela, fue llevada por sus parientes a proteger su orfandad entre las vírgenes de Sión, bajo los claustros y pórticos dorados del Templo de Jerusalén,

donde los sacerdotes Simeón y Eleazar, esenios y parientes cercanos de su padre, la acogieron con tierna solicitud.

Y la dulce Myriam de las manos de tórtolas, corriendo sobre el telar, tejía el blanco lino para las túnicas de las vírgenes y los mantos sacerdotales; y corrían sobre las cuerdas de la cítara acompañando el canto sereno de los salmos con que glorificaban las grandezas de Jehová.

Veintinueve meses más tarde, Yhosep de Nazareth, joven viudo de la misma parentela era recibido en el Pórtico de las mujeres por la anciana viuda Ana de Jericó, prima de Joachin, y escuchaban las santas viudas del Templo, la petición de la mano de Myriam para una segunda nupcia de Yhosep, cuya joven esposa dejara por la muerte su lugar vacío en el hogar, donde cinco niños pequeños llamaban ¡madre..., madre!, sin encontrarla sobre la tierra.

Y Myriam, la virgen núbil de cabello bronceado y ojos de avellanas mojadas de rocío, vestida de alba túnica de lino y coronada de rosas blancas, enlazaba su diestra con la de Yhosep de Nazareth ante el sacerdote Simeón de Betel, rodeada por los coros de viudas y de vírgenes que cantaban versículos del Cantar de los Cantares, sublime poema de amor entre almas hermanas que se encuentran en el Infinito.

Y a todos esos versículos, Myriam respondía con su voz de alondra:

—"Bajad Señor a bendecir las nupcias de la virgen de Sión".

Terminado el solemne ritual, la dulce virgen recibió en su frente coronada de rosas, el beso de sus compañeras y de sus maestras, besó después el umbral de la Casa de Jehová que cobijó su orfandad, y siguió a Yhosep a su tranquila morada de Nazareth.

Los excelsos arcángeles de Dios, guardianes del dulce Yhasua que esperaba arrullado por una legión resplandeciente de Amadores, envolvieron a Myriam en los velos nupciales que tejen en torno a las desposadas castas y puras, las Inteligencias Superiores denominadas Esposos Eternos o Creadores de las Formas, y mientras caminaba al lado de su esposo hacia Nazareth, iba levantándose este interrogatorio en lo más hondo de su yo íntimo: —"¿Qué quieres de mí, Señor, que me mandas salir de tu Templo, para seguir a un siervo tuyo que me ofrece su amor, su techo y su pan?".

Y después de un breve silencio creía escuchar una voz que no podía precisar si bajaba de lo alto, o era el rumor de las praderas, o la resonancia del viento entre las palmeras y los sicomoros:

"¡Myriam!... Porque has sido fiel en guardar tu castidad virginal en el hogar paterno y el Templo de Jehová; porque tus manos no se movieron más que para tejer el lino y arrancar melodías de tu cítara acompañando las alabanzas de Dios, verás surgir de ti misma la más excelsa Luz que puede bajar a la Tierra".

Y con sus pasitos breves y ligeros, seguía a su esposo camino a Nazareth, absorta en sus pensamientos, tan hondos, que la obligaban a un obstinado silencio.

— ¿Qué piensas, Myriam, que no me hablas? –le preguntaba Yhosep mirándola tiernamente.

—Pienso que me veo en seguimiento tuyo, sin saber por qué te voy siguiendo –le respondía ella haciendo un esfuerzo para modular palabras.

Porque los velos nupciales de los radiantes arcángeles Creadores de las Formas se envolvían más y más en torno de su ser físico, que iba quedando como un óvalo de luz en el centro de una esplendorosa nube de color rosado con reflejos de oro.

¡Y el silencio se hacía más hondo, a medida que se acercaban a la casita de Nazareth; silencio de voces humanas pero lleno de armonías, de resonancias, de vibraciones dulces, suaves, infinitas!

¡Cantaban en torno a Myriam, las Legiones de los Amadores, mientras la belleza ideal de una forma humana flotaba ya en la ola formidable que es Luz y Energía, por medio de la cual van y vienen, suben y bajan las Inteligencias excelsas forjadoras de toda forma plástica en el vasto Universo!

Y apenas entrada Myriam bajo el techo de Yhosep, fue a postrarse en el pavimento de su alcoba, y desde el fondo de su yo, elevó a la Divinidad esta sencilla plegaria:

—"¡Señor... Señor!... Desde tu Templo de oro me has conducido a esta humilde morada, donde continuaré cantando tus alabanzas, tejiendo el lino y laborando el pan de los que rodean mi mesa. ¡Señor... Señor!... ¡Myriam será tu rendida esclava, en cualquier condición de vida en que quieras colocarla!

— ¿Qué haces, Myriam, y por qué tienes lágrimas en los ojos? –díjole Yhosep al verla de rodillas en medio de la alcoba y con dos líquidas perlas en sus blancas mejillas.

—Oro a Jehová, para que sea yo portadora de la paz en tu hogar –respondió ella.

Y llevada por Yhosep, fue a encontrar junto al hogar que ardía en vivas llamaradas, a los cinco hijitos de Yhosep, que vestidos con sus mejores ropas esperaban ansiosos a la dulce madrecita, que les prometiera traer su padre desde la ciudad Santa de los reyes de Judá. Los niñitos de diez, ocho, seis, cuatro y dos años, se prendieron de la túnica blanca de Myriam, mientras se alzaban en la punta de los pies para besarla en la boca.

Y una Legión de Amadores cantaban invisibles en torno a la virgen, madre de cinco niños que otra madre trajera a la vida, y la cual, sin duda lloraba de felicidad, viendo a sus tiernos retoños acariciados por la hermosa virgen rubia que les amaría como una madre.

El humilde hogar del artesano vióse con la llegada de Myriam inundado de ininterrumpidas ondas de luz, de paz y de amor.

Los niños reían siempre, las golondrinas alegres y bulliciosas anidaban en el tejado; las tórtolas aleteaban arrullándose entre el verdor brillante del huerto, las alondras y los mirlos cantaban al amanecer haciendo coro a los salmos de Myriam que les acompañaba con las melodías de su cítara.

— ¡Qué hermosa es la vida a tu lado, Myriam! –decíale Yhosep, cuando terminada su labor de artesano, se sentaba junto al telar donde su esposa tejía o junto a la lumbre donde ella cocía el pan y condimentaba los manjares.

—Paréceme que estás siempre envuelta en la luz de Jehová y que le tengo a Él bajo mi techo, desde que estás a mi lado. Si la ley no dijera "No adorarás imagen ni figura alguna, sino sólo a Mí que soy tu Creador", estaría por adorarte, Myriam, como a un retazo de Dios.

Y cuando así empezaba Yhosep a diseñar en palabras sus pensamientos de admiración, Myriam ruborizada entornaba los ojos, mientras ponía sus deditos de rosa sobre la boca de Yhosep, para indicarle callar.

Su estado habitual era un dulce y suave silencio, porque la poderosa irradiación de la forma astral que flotaba acercándose y del radiante Espíritu Divino que vibraba en lo infinito, la tenía de tal modo embargada y absorta en su propio pensamiento, que con dificultad bajaba al mundo exterior, cuyas vibraciones eran pesadas y duras comparadas con la intensa y suavísima armonía de su mundo interior.

¡Myriam!... ¡Dulce y tiernísima Myriam! ¿Cómo habían de comprenderte en tu silencio las mujeres nazarenas que hablaban y reían siempre en alegres corrillos cuando hilaban o tejían, cuando recogían leña y heno en el prado, cuando cosechaban sus viñedos y sus higueras, cuando caminaban presurosas a buscar con sus cántaros el agua de la fuente?

— ¡Myriam! ¿Por qué estás triste?... ¡Myriam!... ¿Cuándo vas a reír? ¡Myriam!... ¿No tienes nada para contarnos?...

— ¿No eres feliz, Myriam?

A todos estos interrogantes hechos espontáneamente y sin premeditación por las mujeres nazarenas, Myriam contestaba con una suave sonrisa o con estas palabras:

— ¡Soy tan feliz, que si hablara, paréceme que mis propias palabras interrumpirían la melodía interna que me arrulla siempre!

¿Cómo podían comprender a Myriam las mujeres nazarenas, si ella sola era el vaso de nácar elegido para recibir al Amor que es canto universal, inefable y eterno?

¡El amor cantaba en ella, oculto como una lira bajo su blanco tocado!

¡El amor cantaba para ella, cuando de rodillas en la penumbra de su alcoba solitaria, oraba a Jehová para que enviara sobre Israel, el Salvador prometido a los Profetas!

¡El amor cantaba junto a ella, cuando su meditación era profunda, y hermosas visiones iban surgiendo del claro espejo de su mente no ensombrecido por hálito alguno, que no fuera el aliento soberano del amor que buscaba nido en su seno!

¡El amor cantaba en sus ojos, que acariciaban al mirar, que el pudor o el éxtasis, entornaban como pétalos mojados por la lluvia y besados luego por el sol!

¡El amor cantaba en sus manos cruzadas por la oración honda, profunda, íntima, conque su alma de elegida le respondía en salmos idílicos, durante todas las horas que iban desgranándose de sus días como perlas blancas, azules, doradas!...

En su purísima inocencia, Myriam pensaba:

"Ni aún en mis días luminosos del Templo santo de Jehová, me sentí tan absorta en la Divinidad como hoy, que me hallo sumida entre las monótonas labores de ama de hogar.

"Diríase que la casa de Yhosep es también un templo pequeño y humilde, donde baja en raudales el aliento de Jehová para purificar a las criaturas por la Fe, la Esperanza y el Amor".

Las Iglesias Cristianas, como inspiradas de oculto conocimiento de la Verdad profunda, encerrada en estos extraordinarios acontecimientos, rinden culto sin definir por qué, a los días solemnes de ansiedad y únicos, en la vida de una mujer, a los cuales han llamado "días de expectación de la Virgen Madre".

Días de gloria, de paz y de amor incomprensibles para el vulgo, pero de una sublimidad clara y manifiesta para Myriam, que veía deslizarse en torno de ella visiones de oro magníficas y radiantes, que le hablaban con voces sin sonido, de cielos ultraestelares, de donde momento a momento bajaba la Luz sobre ella, y el Amor tomaba plena posesión de ella; y las arpas eternas cantaban en ella misma, como si todo su ser fuera una vibración con vida propia, un himno divino, que tomaba formas tangibles a intervalos, o se esfumaba en el éter con rumor de besos suavísimos después de haberla inundado de tan divina felicidad, como jamás lo soñara, ni aún en sus más gloriosos días entre las Vírgenes de Sión.

Y este estado semiextático de Myriam, entristecía a veces a Yhosep, que en su inconsciencia de los excelsos designios divinos sobre su compañera, se juzgaba a sí mismo duramente como un indigno poseedor de ese templo vivo de Dios, como un audaz gusano que había osado acercarse a la virgen núbil, bajada a su hogar de artesano, como un rayo de luna en

las noches serenas; como un copo de nieve resbalado de cumbres lejanas vecinas de los cielos, como una ave del paraíso asentada en su tejado...

¡Pobre y triste Yhosep, en su inconsciencia de los excelsos destinos de Myriam traída a su lado por la Ley Divina, porque su honrada probidad de hombre justo, le hacía digno protector y amparo en esa hora extraordinaria y única, en la vida de Myriam!...

La mayoría de los primeros biógrafos de tales acontecimientos, tampoco interpretaron debidamente la tristeza de Yhosep, atribuyendo a que habían pasado por su mente alucinada, obscuros y equivocados pensamientos respecto a la santidad de su esposa. ¡Nada de eso!

Yhosep no pensó nunca mal de su santa compañera, sino que por el contrario, se vio a sí mismo demasiado imperfecto junto a ella; demasiado hombre junto a ella que era un ángel con formas de mujer, y hasta pensó en huir por juzgarse indigno de permanecer ni un día más junto a aquella criatura celestial, que él mismo solicitó por esposa en los Atrios del Templo de Jehová.

¡Mas, el amor que cantaba en Myriam, cantó también una noche en sueños para el entristecido Yhosep, que cayendo del lecho bañado en llanto se prosternó sobre el frío pavimento de la alcoba, adorando los designios de Jehová que le había tomado como medio de realizar en el plano físico terrestre, lo que la Eterna Voluntad había decretado desde las alturas de su Reino Inmortal!

Y la infinita dulzura de una paternidad que le asemejaba a Dios, cantó divinas melodías en el alma de Yhosep, para quien se había descorrido el velo místico que ocultaba la encarnación del Verbo de Dios en el casto seno de Myriam.

¡Ya está todo comprendido y sentido!... Ya la gris nebulosa de cavilaciones se ha esparcido en polvo de oro y azul, y los esposos de Nazareth esperan felices que desborde la Luz Divina bajo el techo humilde que les cobija.

Y las Arpas Eternas cantaban cada vez más cerca y en tonalidades más y más solemnes: "¡Gloria a Dios en las alturas de los cielos infinitos, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!"

6
LA GLORIA DE BETLEHEM

¡Los días volaban!..., volaban como pétalos de flores que lleva el viento, por valles, montañas y praderas; y cada uno de esos días, jirón de luz desmenuzado por los inexorables dedos del tiempo, le decía a Myriam con su voz sin ruido, que se acercaba el gran acontecimiento de su divina maternidad.

Una radiante visión color de amatista y oro le había cantado en un atardecer de otoño, una melodía jamás oída por ella:

"¡Dios te salve, Myriam!... ¡Llena eres de Gracia!... ¡Bendita tú entre todas las mujeres!... ¡Y bendita en el que saldrá de ti, el cual será llamado Hijo del Altísimo!

"¡Aleluya, Myriam!... ¡Aleluya!"

"¡Canta, mujer del silencio, canta porque tu gloria sobrepasa a todas las glorias, y en esta hora solemne se ha fijado tu ruta de estrellas por los siglos de los siglos!..."

Y la celeste voz parecía ir perdiéndose a lo lejos, como si aquel de quien surgía fuese elevándose más y más en el infinito azul.

Algunos humildes labriegos y pastores nazarenos, que pasaban las noches del otoño bajo las encinas gigantescas, con hogueras encendidas cuidando sus majadas o sus cultivos en maduración, creían haber soñado con cantares como los de las vírgenes de Sión, en la solemnidad de la Pascua en el Templo de Jerusalén.

Y otros transeúntes nocturnos de la silenciosa ciudad nazarena, aseguraban haber visto cómo nubecillas rosadas, azul y oro del amanecer, bajando y subiendo, esparciéndose como filigrana de tenues hilos de los colores del iris sobre la grisácea techumbre de la casa de Yhosep el artesano.

Y a media voz empezaban a correr versiones cargadas de misterio, de enigmas y de estupor, haciéndose los más variados y pintorescos comentarios, que ensanchándose más y más llegaban a lo maravilloso. Algún poderoso mago debía andar de por medio en todo aquello –decían sigilosamente.

Y la curiosidad femenina tejía redecillas sutiles, obra de imaginaciones de mentes sin cultivo y sin lucidez. La dulce Myriam, acosada a preguntas, iba entristeciéndose y alarmándose, al ver que su casita-templo, era tomada como escenario de algo que aquellas buenas gentes no acertaban a comprender, y Yhosep tomó la medida prudente y discreta de llevarse a Myriam a Betlehem, a casa de Elcana, unido en matrimonio con Sara,

hermana menor de Ana su madre, los cuales tenían un verdadero culto por la virtuosa y bella sobrina.

Yhosep había tratado el viaje con la caravana de mercaderes que bajaba periódicamente desde Cesarea de Filipo a Jerusalén, y que hacía descanso junto a la fuente, en las afueras de Nazareth.

Y cuando la luna llena estaba en el cenit, Yhosep y Myriam montados sobre un camello seguían la caravana rumbo al sur, mientras los niños de Yhosep al cuidado de una parienta, continuaban encendiendo la lumbre bajo aquel techo enmohecido por los años, y que tantas bellezas había visto pasar en los siete meses de preparación para el gran acontecimiento.

— ¿Qué ha pasado en la casita del carpintero? –se preguntaban los vecinos nazarenos–, que no se oyen las sierras ni los martillos de los jornaleros de Yhosep.

— ¿Será que los ángeles del Señor se llevaron al séptimo cielo a la dulce Myriam, que acaso va a ser madre de un nuevo Profeta enviado de Jehová para fulminar a los déspotas dominadores de Israel?

Tales interrogantes surgían de las mentes sin malicia de los que habían escuchado las aseveraciones de algunos clarividentes, que sorprendieron extraños resplandores sobre la casa de Yhosep.

Pero la mayoría, tejía de malignas suposiciones, una redecilla obscura en torno a la dulce mujer del silencio, no faltando quien anunciase que había perdido la razón; que una atroz demencia la había ido llevando de sombras en sombras envuelta en su tenaz silencio, hacia esa pavorosa tiniebla mental que llamamos locura.

Y después de tres días de marcha, Yhosep y Myriam se encontraron en la ciudad de David, el místico rey pastor, que al son de una lira de oro cantaba salmos de alabanzas a Jehová y salmos de dolor por sus pecados: ¡gritos de angustia clamando piedad y misericordia para sus grandes errores!

— ¡Myriam..., hija de Ana!... –Exclamaba Sara, su tía, abrazándola tiernamente en el dintel de su puerta–. ¿Qué gloria es ésta que viene contigo, Myriam, mujer escogida del Altísimo?

Y Myriam, fijando en aquella mujer sus grandes ojos llenos de ensueños divinos, díjole con su dulzura habitual: — ¿También tú, tía Sara, me rodeas de milagros y enigmas? Si escogida fui para ser madre de un profeta, como todas las madres de profetas en esta tierra del Señor donde tantos hubo. ¿Es eso acaso lo que quieres decir?

—Es que Elcana mi marido y yo, hemos tenido extraños sueños respecto de ti, Myriam, hija de Joachin y de Ana.

“Entremos, y te lo contaré todo junto al hogar.

La tía Sara seguida de la joven fueron a sentarse en el banco del hogar, mientras Elcana y Yhosep disponían de hospedaje conveniente para Myriam que venía a esperar la maternidad bajo su techo betlehemita.

—Soñamos, Elcana y yo, que te veíamos de pie en lo alto de un cerro a inmediaciones de Nazareth, y que de tu pecho brotaba un reguero de aguas cristalinas que iba ensanchándose hasta formar un azulado arroyuelo, donde multitud de gentes acudían a beber porque aquellas aguas maravillosas curaban todas las enfermedades.

"Luego no se te veía a ti, sino sólo al arroyuelo que se tornaba en río caudaloso, y después en un mar de aguas doradas y resplandecientes que inundaban desde Idumea hasta Sidón.

"Otra vez, soñamos que tú y Yhosep, entrabais al Templo de Jerusalén para los oficios de Pascua, y que el Templo se llenaba de un rosado resplandor como si hubiera llamas color de amatista por dentro y por fuera. Que vosotros dos salíais, y el resplandor quedaba allí causando estupor a los sacerdotes y doctores, porque esa luz vivísima les alumbraba hasta el fondo de sus conciencias, donde encontraban sus pecados al descubierto y pedían perdón y misericordia a Jehová.

"Y por tercera vez soñamos que tú sola, en lo alto de una montaña decías en un clamor que partía el corazón en dos:

"Gentes que pasáis por estos caminos, mirad y decid si hay dolor comparable a mi dolor".

— ¡Oh, qué extraños sueños son los tuyos, tía Sara!

Y Myriam, la esenia, reservada y silenciosa, discreta y prudente como todos ellos, calló en cumplimiento de aquella vieja ley de la Orden que decía:

"El esenio no hablará nunca de sí mismo, si no es obligado en defensa de la verdad".

Y por su mente lúcida y serena pasaron en armonioso desfile cuantas visiones, anuncios y profecías había tenido respecto al gran ser que debía llamarla Madre.

"*¡Myriam!...* –le había dicho el mismo Espíritu-Luz, el inolvidable día en que era coronada de rosas para desposarse con Yhosep– *¡Myriam!... La Ley Eterna del Amor Universal me permite asociarte a la misión redentora que me traerá pronto a la Tierra"*.

Había sido al amanecer de aquel día memorable, cuando siguiendo la liturgia sagrada, la virgen que iba a desposarse hacía por última vez la ofrenda del incienso y de la mirra en el Altar de los Perfumes, símbolo de que ofrecía a Jehová el sacrificio de su virginidad para transformarse en esposa y madre, otra forma de sacerdocio consagrado también por la Ley Divina, eterna conservadora de la especie humana sobre el Planeta.

Y el Espíritu-Luz que debía ser su primogénito, le había dicho en el más íntimo lenguaje oculto y secreto, conocido por las almas cultivadas en las altas facultades de la psiquis humana:

"¡Myriam!... Mi acercamiento a ti será tu gloria por los siglos de los siglos, pero será también tu martirio tan profundo y tan hondo, que te llamarán los hombres: Dolorosa, y será tu símbolo un corazón... "El tuyo, atravesado por siete espadas".

"¡Myriam!... El Apóstol de la Redención arrastra en pos de sí el dolor, el oprobio y el anatema de la inconsciente humanidad a la que trae el divino mensaje; dolor que alcanza a todos aquellos que de más cerca comparten la divina carga de Luz y de Sabiduría, de que Aquel es portador.

"Paladines de la Verdad, de la Sabiduría y del Amor, venimos a la inmolación, y quien más se acerca a nosotros, más duramente inmolado será.

"¡Myriam!... En este incienso y esta mirra que quemas sobre el altar cubierto por tus azahares blancos, llega hasta Mí, la heroica aceptación de tu alma, de ser la más íntima aliada en la misión redentora que me trae a tu lado.

"¡Seas bendita por siempre, mujer divinizada por el Amor, por el sacrificio y por la maternidad!".

Sara, su tía, sencilla y virtuosa betlehemita, veía a Myriam absorta en sus pensamientos, y que por su faz de rosa y marfil parecían cruzarse reflejos de la interna claridad que la iluminaba siempre.

Y mientras en el plano físico se desenvolvían así los acontecimientos, en el mundo sideral se preparaban también insólitos movimientos.

Los dos más grandes planetas de nuestro sistema, Júpiter y Saturno, se acercaban lentamente con la soberana majestad de astros de primera magnitud para unirse en magnífica conjunción, como si ese formidable himeneo de los cielos, debiera tener repercusión en ese otro himeneo del plano terrestre entre la Divinidad y la humana naturaleza, que se gestaba en el seno de Myriam, la dulce mujer, arpa viva de la Eterna Ley.

Y Júpiter y Saturno seguían su marcha nupcial a través de los espacios infinitos teniendo por cortesanos y espectadores, los millares de estrellas y de soles de este Universo visible desde la Tierra.

Era el año Setecientos cuarenta y siete de la fundación de Roma; Ocho mil novecientos sesenta y siete de iniciada la Civilización Adámica, únicas fechas exactas y de posible comprobación que podemos dar para orientación de los estudiosos.

Ambos planetas se dirigían hacia los dominios zodiacales de Piscis, estrechamente vinculado por entonces a los destinos del gran pueblo seguidor de Moisés.

La tierra de promisión, dada por Él al pueblo de Israel entre el mar y el Jordán, parecía tener una extraña atracción para los dos radiantes viajeros celestiales, que corrían a celebrar su formidable himeneo justamente en el campo sideral que constituía su patrimonio.

Y los sabios y estudiantes de las grandes Fraternidades Ocultistas, seguían con extática mirada aquella grandiosa marcha estelar, que desde siglos atrás sabían que ella debía marcar la hora precisa de la aparición del Hombre de Dios sobre el Planeta.

¿Dónde se unirían los dos radiantes viajeros? ¿En cuál de los doce palacios zodiacales estaría la magnífica cámara nupcial de los amantes celestes? Y la mirada de los sabios penetraba los abismos en busca de la gran verdad.

— ¡Piscis!, –gritaron todos a una vez, cuando les vieron darse allí el abrazo supremo, mientras el solsticio de invierno cubría de nieve la tierra de promisión vislumbrada por Moisés; y en el éter azul, el rojizo Marte, corría también presuroso hacia Piscis para cubrir con la púrpura de sus cendales flotantes, el resplandeciente himeneo de Júpiter y Saturno.

La reunión de los tres planetas era la eterna clarinada que marcaba la hora exacta, precisa, inexorable, en que el Hombre de Dios abría sus ojos humanos a la vida física sobre el Planeta Tierra para la postrera inmolación, la que coronaba su gloriosa y larga carrera de Mesías-Instructor de humanidades.

¡Y de las grandes Escuelas de Divina Sabiduría, salieron en viaje, audaces peregrinos hacia la tierra bendita, donde había nacido el Hijo de Dios en carne de hombre!

Seis siglos antes, Isaías, uno de los más grandes videntes de Israel, había cantado en su arpa de cuerdas de bronce, cuyas vibraciones estremecían las almas:

"Y tú, Betlehem de Judá, no eres pequeña, sino grande entre las ciudades de Israel, porque de ti nacerá el Salvador de los hombres".

Y como esa noche, séptima del solsticio de invierno, permanecían muchos en vigilia para contemplar el grandioso espectáculo anunciado por los astrónomos asirios y caldeos, algunos de los cuales hasta temían un cataclismo estelar que produjera la disgregación de varios mundos, incluso la tierra, fue así como los pastores betlehemitas velaban también, y por su sencillez de costumbres y ferviente plegaria a Jehová pidiendo misericordia, captaron los más sensitivos, la onda de armonía divina emanada de las Grandes Inteligencias que prohijaban la entrada del Hombre de Dios al plano físico; onda radiante de luz y de gloria, que vertía sobre la tierra como una cascada musical, el inolvidable canto del Amor y de la Paz:

"¡Gloria a Dios en los Cielos Infinitos y Paz en la Tierra en las Almas de buena voluntad!"

Myriam, Yhosep, Sara y Elcana, únicos seres humanos que presenciaron el advenimiento del Verbo de Dios, cayeron en hipnosis extática, por la fuerza de vibración del gran espíritu que tomaba posesión de su materia para una vida terrestre.

Los fluidos sutiles y penetrantes de las purísimas Inteligencias que apadrinaban la conjunción planetaria que ya conocemos, no pudieron ser resistidos por la débil materia física de los cuatro seres presentes, y tan de cerca inmediatos al acontecimiento.

Yhosep y Elcana sacudieron más pronto el sopor suavísimo y profundo que les invadiera, y que ellos inconscientemente calificaron de sueño letárgico, producido por exceso de incienso y mirra que se quemaban en las ascuas de un pebetero. Ellos despertaron a Sara, porque el recién nacido se quejaba quedo, suavísimo, querubín de rosa y nácar, yacente en la blancura del lecho de la madre, aún sumergida en las brumas radiantes de la hipnosis.

¡Sara!, mujer humilde y buena..., ¡fueron tus manos laboriosas las que primero tocaron el sagrado cuerpo del Cristo recién nacido, y serían también las últimas que perfumaron su cadáver, treinta y tres años después, cuando Myriam desvanecida en profundo y doloroso desmayo, caía sobre el pecho de la Magdalena enloquecida, al serles arrancado el santo cadáver para llevarle a la sepultura!

¡Sara!, ¡laboriosa y abnegada mujer, ignorada en tu grandeza silenciosa y obscura ante los hombres, que buscas tu cumbre por senderillos solitarios y olvidados, donde brotan florecillas que nadie codicia, ni busca, ni ambiciona; senderitos hogareños que muy pocos ven, y menos aún, valoran y comprenden!...

¡Mas, nadie borrará de tus manos el sagrado florón de oro estampado en ellas, por el divino contacto del cuerpecito recién nacido del Hijo de Dios!

Tres esenios de edad madura, cuyas viviendas se levantaban en los suburbios de Betlehem hacia el oriente, velaban en torno a la hoguera encendida junto a un ventanal que les permitía contemplar el espectáculo grandioso y acaso amenazador, de la unión de los dos grandes planetas en el infinito azul.

Los tres jefes de familia, Alfeo, Josías y Eleazar estaban reunidos en la casa de este último, a causa de que teniendo numerosa familia entre la que estaban sus padres ancianos, necesitaba ser ayudado para el temido caso de que un cataclismo sideral tornara en escombros la vivienda.

Mientras que Alfeo y Josías, ambos viudos, sólo tenían el criado guardián de los ganados. Las esposas eran muertas, y los hijos ya casados, formaban familia aparte. Y he aquí que cuando la conjunción planetaria era perfecta, vieron que interceptando la luz de los dos amantes siderales,

unas nubecillas de púrpura y de nieve, de azul y oro, parecían acercarse en vuelo sereno y majestuoso, hasta poder distinguir claramente formas humanas como pintadas sobre el azul de los cielos por una mano de artista.

Parecían tener laúdes y cítaras produciendo una armonía lejana..., muy lejana y débilmente perceptible.

Los tres esenios, hechos todo ojos y oídos, parecían tres figuras de arcilla recortadas en el ventanal, escuchando y mirando sin acertar a moverse.

Las radiantes figuras humanas de una sutilidad que por momentos se esfumaba en la penumbra azul de la noche, parecían volar hacia la dormida ciudad de Betlehem, cuyas techumbres cubiertas de nieve como las copas de los árboles centenarios que le rodeaban, aparecían a lo lejos como una inmensa manada de elefantes blancos entregados al reposo nocturno.

Una que otra luz de alguna ojiva de observación, cortaba a intervalos la blanca monotonía de la ciudad dormida bajo la nieve.

Alfeo y Josías, que por estar ya libres de los lazos de familia, concurrían más asiduamente a los ocultos templos esenios de las montañas, tenían más desarrollada la facultad clarividente, y pudieron percibir con alguna nitidez que las hermosas figuras radiantes flotaban sobre la casa de Elcana el tejedor, en cuyo interior se vislumbraba la dorada claridad de la hoguera encendida.

—Los maestros –decía Josías–, nos están anunciando la llegada de un Redentor, acontecimiento que sería precedido de extraordinarias manifestaciones en los cielos, y acaso sea éste el momento.

Y ya andando por la ciudad en su lado oriental donde se hallaba la casa de Elcana, presenciaron que allí desaparecían o se esfumaban las esplendentes visiones.

—Mas, ¿cómo puede haber nacido allí –añadía Alfeo–, si Elcana vive solo con su mujer y sólo tuvieron un hijo que ya es casado y vive en Sebaste? –Y rondando alrededor de la silenciosa y tranquila morada del tejedor, escucharon.

Era el preciso momento en que Elcana y Yhosep sacudían el sopor hipnótico que el acercamiento de Inteligencias Superiores les había producido, y los tres ansiosos observadores externos escucharon la voz de Elcana:

— ¡Sara!... ¡Sara!... ¡Despiértate, que el niño ha nacido y empieza a llorar!

Y llamando tenue a la puerta del taller, vecino a la alcoba, desde fuera decían:

—Elcana, esenios llaman a tu puerta. ¡Ábrenos por favor!

La hospitalidad es una de las grandes leyes de los esenios y Elcana abrió su puerta.

— ¿Qué pasa en tu casa, que todas las luces de los cielos bajan sobre ella? –preguntaron los visitantes.

— ¿Luces, decís? Velando nos habíamos dormido y nos hemos despertado con los vagidos del niño –le contestó el interpelado.

— ¿Pero, de qué niño hablas?... ¿Acaso es tu mujer?...

—No, sino Myriam nuestra sobrina, que vino desde Nazareth a esperar aquí el nacimiento de su hijo.

— ¡Elcana!... –díjole Josías–, ya sabes que los Ancianos han anunciado la venida de un gran Profeta sobre Israel. ¿No será éste, acaso?

—Entrad y hablaremos. –Y los tres visitantes escucharon de los labios de Elcana el tejedor, el relato de los sueños que él y Sara habían tenido referente al hijo de Myriam y Yhosep que acababa de nacer.

— ¡No hay duda que es él!... –afirmaron todos a la vez, y su convicción fue mayor cuando Elcana les refirió cuanto a Myriam había sabido, por boca de Yhosep su esposo, referente a la virtud y silencio de la dulce mujer, cuya vida parecía una continuada contemplación interior, aún en medio de las faenas penosas del hogar.

Y poco después fueron conducidos a la alcoba de Myriam, que sentada en su lecho tenía en el regazo a su tierno recién nacido.

Y aquellos hombres adustos, esenios con almas radiantes de fe y esperanzas, cayeron de rodillas, para así, de rodillas besar las tibias manecitas del querubín de rosa y nácar que dormía en profunda quietud.

Yhosep lloraba de felicidad. Esenios todos ellos, podían valorar con exactitud lo que significaba para los dichosos padres, el ver su hogar bendecido por el nacimiento de un enviado de Dios.

Myriam, la mujer de la dulzura y del silencio, miraba a todos y miraba a su niño. Y callaba abismándose nuevamente en su interna contemplación.

Por fin rompió el silencio meditativo de todos:

—Paréceme que mi hijo me dice a lo más hondo del alma: “cantad un himno de acción de gracias porque se ha cumplido la voluntad del Altísimo”.

Y aquellos siete humildes esenios cantaron a coro algunos fragmentos de los salmos de alabanza y gratitud, porque había bajado a la Tierra el Salvador de los hombres.

Y retirándose de la alcoba de Myriam para dejarla reposar, se reunieron en torno de la hoguera que ardía en alegres llamaradas, los cinco hombres con Sara, que llena de solicitud y poseída de santo entusiasmo tomó la copa de las libaciones sagradas que el rito esenio acostumbraba en los grandes acontecimientos de orden espiritual. Dicha copa era lo

que nosotros llamaríamos un jarroncito de doble asa y debía ser de oro, de piedra o de arcilla, según se lo permitiera a cada familia su situación financiera. Elcana estaba en la posición media y su copa era de mármol blanco. Este, como jefe de la casa tomó la copa de manos de Sara, su esposa, mientras ella ponía mantos blancos sobre los hombros de todos, símbolo de que una gran pureza debía cubrirles en esos momentos solemnes. (*Los relatos de estos testigos oculares de los acontecimientos de aquel amanecer del Cristo sobre la Tierra, sirvieron de argumentos dignos de fe a los primeros biógrafos; podemos mencionar dos, cuyos nombres como grandes amigos del Salvador han pasado a la posteridad: José de Arimathea y Nicodemus de Nicópolis).

Y todos de pie en torno a la hoguera, cruzaron sus manos sobre el pecho e inclinaron sus frentes en adoración del Supremo, ante quien reconocían sus pecados en un acto de sincero arrepentimiento. Y Elcana, jefe de la casa, repetía las frases del ritual:

—El Altísimo ha recogido nuestra confesión y nuestro arrepentimiento.

"Su misericordia, derrama sobre nosotros las aguas divinas que lavan los pecados de los hombres".

"Su amor eterno nos abre las puertas de su templo de sabiduría".

"Y que este jugo de la vid que juntos bebemos la noche de la encarnación del Avatar Divino, sea salud y bendición, santidad y justicia para todos los días de nuestra vida".

Y la blanca copa de las libaciones sagradas corrió por todas las manos en el más austero silencio. Y cuando todos hubieron bebido, Elcana vació sobre las ardientes llamas del hogar, el resto del licor que quedara en el fondo de la copa, mientras decía:

—"Que el hogar del esenio arda siempre para dar luz y calor a cuantos lleguen a su puerta".

Terminado el religioso ritual, empezaron las confidencias íntimas sobre el feliz acontecimiento que les reunía esa noche en torno del fuego hogareño de Elcana.

Todos presionaron a Yhosep para que les revelara hasta los menores detalles observados en Myriam desde que la sacó del Templo el día de los desposorios.

A medida que avanzaba el relato, iban todos llegando al pleno convencimiento de que el niño que acababa de nacer, no era un simple Profeta de Jehová sino el Avatar Divino, o sea la encarnación del Hijo del Altísimo esperada desde siglos por sus maestros esenios. Y Alfeo, Josías y Elcana tomaron la resolución de partir al siguiente día para las montañas del Mar Muerto, donde ocultos en profundas criptas, vivían en el estudio, la oración y el trabajo, los setenta Ancianos esenios que

formaban el Concejo Supremo de la Fraternidad. Ni Eleazar, ni Yhosep podían acompañarlos, por los sagrados deberes que a ambos les ataban junto a sus respectivas familias.

Cuando los viajeros tomaban el cayado y ajustaban su correa para emprender el viaje, la previsora Sara les daba un morral con pan y frutas secas a cada uno, pues la aridez escabrosa de aquellas montañas amenazaba con el hambre a quienes se aventurasen por ellas sin bolso de provisión.

Eleazar, corrió a su casita de las afueras de Betlehem para participar a los suyos el gran acontecimiento. Sus ancianos padres, su mujer y sus hijos corrieron presurosos a casa de Elcana el tejedor, para ofrecer a Myriam y a su divino infante todo cuanto tenían, dando con esto vida real a los tiernísimos relatos que la más antigua tradición ha conservado referente a los sencillos dones de los pastores betlehemitas, primeros conocedores del sublime misterio del Avatar Divino hecho hombre sobre la tierra.

La fausta noticia corrió bajo un sigiloso secreto por todas las familias esenias de Betlehem. Y la modesta vivienda de Elcana se vio visitada por una inmensa e ininterrumpida peregrinación de todas las comarcas vecinas.

Y los que no conocían el secreto decían:

—Jehová ha bendecido las manos de Elcana y de Sara, su mujer, cuyos primorosos tejidos de lana atraen gentes desde los pueblos vecinos.

Los dulces y silenciosos esenios callaban, porque tal era el consejo de los maestros para no producir alarmas entre los gobernantes romanos o judíos, que podían ver un cercano peligro en el gran ser que había bajado entre el pueblo de Israel.

7
LOS ESENIOS

Sigamos a los tres viajeros camino de En-Gedí en la margen occidental del Mar Muerto, donde existía un antiguo y escondido Santuario Esenio, residencia de algunos solitarios, especie de delegados de confianza del Supremo Consejo, a los fines de facilitar a los Hermanos de la Judea el concurrir a las asambleas en días especiales, como los había igualmente en el Monte Ebath para los de Samaria, en el Carmelo y el Tabor para los galileos, y en el Hermón para los de Siria. El Gran Consejo de los Setenta Ancianos conductores de la Fraternidad Esenia, tenían su residencia habitual en los Montes de Moab, en la ribera oriental del Mar Muerto, allí donde sólo llegaban seres humanos, de año en año, para subir a un

nuevo grado, o analizar las pruebas designadas para cada grado, pues las consultas más sencillas eran atendidas por los esenios de los pequeños Santuarios de que ya se ha hecho mención.

Era En-Gedí una aldea antigua y de sombrío aspecto, pues aquella comarca salitrosa y árida, muy pocos encantos ofrecía a los viajeros. Entre las últimas casas, hacia el oriente, se encontraba la vivienda de dos fornidos mozos, que con su anciana madre vivían de la fabricación de manteca y quesos de una gran majada de cabras que poseían, a más de la carga de leña que a lomo de asno transportaban a las aldeas vecinas.

Esta casa era conocida de todos por la Granja de Andrés. Había sido el jefe de la familia, pero ya no vivía desde hacía varios años atrás.

A la puerta de esta casa, llamaron nuestros viajeros al anochecer del día siguiente de haber emprendido el viaje.

Un postiguillo en lo alto de la puerta se abrió y por él, entró Elcana su mano haciendo con ella el signo de reconocimiento de los esenios, al mismo tiempo que decía las palabras del santo y seña: “Voz del silencio”. El signo, era la mano cerrada con el índice levantado hacia arriba.

La puerta se abrió enseguida y los viajeros, ateridos de frío, sacudieron la nieve de sus gruesas calzas de piel de camello, y se acercaron de inmediato a la hoguera que ardía en rojizas llamaradas.

Una anciana de noble faz, cocía el pan y varias marmitas humeaban junto al fuego.

Cuando se quitaron los pesados gorros de piel que les cubría gran parte del rostro, los tres fueron reconocidos por la familia de Andrés, pues ese mismo viaje lo hacían una vez cada año.

—Novedades grandes debéis tener cuando habéis venido en este crudo día en que ni los búhos salen de sus madrigueras –observó Jacobo, el mayor de los muchachos.

— ¡Grandes noticias!, –exclamó Elcana–. Y así os rogamos que nos dejéis pasar a la presencia de los solitarios.

—No será sin que antes hayáis comido junto con nosotros –observó la anciana, cuyo nombre era Bethsabé.

—Así daréis tiempo a que los Ancianos terminen también su cena que es justamente a esta misma hora –añadió Jacobo.

—Bien, Hermanos, aceptamos vuestra oferta –respondieron los viajeros. Y acto seguido aquellos seis modestos personajes rodearon la sencilla mesa de la Granja de Andrés el leñador, que durante toda su vida pasó en aquella cabaña sirviendo de portero a la subterránea entrada al templo de los esenios; humilde tarea que seguían cumpliendo su viuda y sus hijos, también para toda su vida, pues entre los esenios las misiones de este orden eran como una honrosa investidura espiritual, que pasaba

de padres a hijos como sagrada herencia a la cual tenían derecho hasta la cuarta generación.

La frugal comida, leche de cabra con castañas asadas, higos secos, queso y miel, terminó pronto; y Jacobo encendiendo en el hogar una torcida encerada que les servía de antorcha, dijo:

—Estoy a vuestra disposición.

—Vamos –contestaron los tres viajeros.

—Id con Dios y hasta mañana –dijeron a la vez la madre y el hijo menor, jovenzuelo de diecisiete años, a quien llamaban Bartolomé.

Los tres viajeros precedidos de Jacobo, pasaron de la cocina a un pajar, al extremo del cual se encontraba el inmenso establo de las cabras. Detrás de una enorme pila de heno seco, y dando rodeos por entre sacos de trigo y de legumbres, Jacobo removió una lámina de piedra de las que formaban el muro, y un negro hueco apareció a la vista. Era una pequeña plataforma, de donde arrancaba una escalera labrada en la roca viva que subía hasta diez escalones. A la terminación de ellos, se encontraba una puertecilla de hierro que apenas daba lugar al cuerpo de un hombre. Del interior de la puerta salía el extremo de una cuerda. Jacobo tiró de ella, y muy a lo lejos se oyó el tañido de una campana que resonó suavemente. A poco rato el postiguillo de la puerta se abrió y la luz de la antorcha de Jacobo alumbró un blanco rostro del Anciano que escudriñaba al exterior.

— ¡Voz del silencio! Hermanos esenios traen grandes noticias y piden hablar con los Ancianos.

Vio el rostro de Jacobo y sonrió bondadosamente. —Bien, bien... Esperad unos minutos.

La puertecita se abrió pesadamente después de un breve rato, y los tres viajeros entraron a una habitación baja e irregular, de cuya techumbre pendía una lámpara de aceite. Siete esenios de edad madura esperaban sentados en el estrado de piedra que circundaba la sala.

—Por esta noche quedan aquí los viajeros –dijo el esenio portero a Jacobo–. Vete a dormir y ven por ellos mañana antes del mediodía. –Y el joven se retiró.

Una hoguera recientemente encendida brillaba en un ángulo de la habitación, y una gruesa estera de fibra vegetal y algunas pieles de oveja, daban al rústico recinto un aspecto confortable.

Y en pequeños taburetes frente al estrado, los viajeros en profundo silencio se sentaron.

—Que la Divina Sabiduría ilumine nuestra mente, y que la Verdad mueva nuestra lengua. Hablad.

Estas solemnes palabras fueron pronunciadas por el Anciano que ocupaba el lugar central.

—Así sea –contestaron los tres viajeros.

Enseguida Elcana refirió cuanto el lector conoce desde los sueños de él y su esposa, la llegada de Myriam y Yhosep a su casa, y cuanto allí había ocurrido. Cuando él terminó, Josías y Alfeo relataron a su vez lo que habían visto mientras observaban la conjunción de los grandes planetas.

De un hueco en forma de alacena, cuya puertecilla era una piedra que se corría, uno de los Ancianos extrajo un rollo de telas enceradas, tabletas de madera y de arcilla y en el más profundo silencio, comenzaron entre los siete a recorrer aquellas escrituras.

—En verdad Hermanos, que vuestra noticia es de trascendental importancia –dijo por fin el Anciano Servidor, como llamaban ellos al jefe o mayor de la casa.

—El tiempo era llegado y la conjunción marcó la hora última de la noche pasada sobre la constelación de Piscis que prohíja al país de Israel –añadió otro de los Ancianos.

—Tal acontecimiento ha sido comprobado por todos nosotros –observó un tercero–, y ya los Setenta deben esperar de un momento a otro este anuncio que nos traéis vosotros.

— ¿De cuánto tiempo disponéis para esta misión? –preguntó el Servidor.

—Del que nos mandéis –respondieron los tres viajeros a la vez.

—El sacrificio que habéis realizado en esta cruda noche de nieve, la voluntad firme y la más firme adhesión a nuestra Fraternidad bien merece a lo que juzgo, una compensación espiritual de nuestra parte. ¿De qué grado sois en la Orden?

—Hace seis años que entramos al primero: "la hospitalidad y el silencio"; y por mi parte creo haber cumplido con regularidad –contestó Elcana.

—Yo –dijo Josías–, he faltado sólo una vez a la hospitalidad en el caso de presentarse a mi puerta un prisionero de la Torre Antonia, a quien buscaba la justicia con mandato de entregar vivo o muerto. Le di pan y frutas y le pedí que pasara de largo para no verme obligado a entregarlo. Aún vivía mi esposa y mi hija no era casada, y creí que mi vida les era necesaria a ellas.

—No pecaste ante Dios ni ante la Fraternidad, Hermano, que jamás obliga a sacrificar a los demás consigo mismo. Otra situación hubiera sido si estuvieras solo en el mundo.

—Y yo –refirió Alfeo–, he faltado al silencio reglamentario en un caso en que no fui capaz de dominarme. Hubo riña entre dos pastores por causa mía y a no ser por mi propia intervención y la de otros vecinos, hubiéramos tenido que lamentar una muerte.

“Venía observando de tiempo atrás que un pastor sacaba la leche de las cabras de cría de su vecino, y los cabritillos de éste iban enflaqueciendo y muriendo en la época de frío. El infeliz pastor se quejaba de su mala suerte, y llamaba injusticia de Dios que sólo sus cabritillos estuvieran lánguidos y raquíticos, cuando él tanto se esforzaba para cuidar a las madres.

“Como ya pasara más de un año tragándome la lengua para guardar el silencio, un día no pude más y dije al pastor perjudicado: Ven, observa desde mi granero. Y desde allí, él vio lo que yo veía desde hacía más de un año. Y aquí fue que ocurrió el drama, al final de todo lo cual el mal vecino fue condenado a indemnizar los daños causados, con la amenaza de ser expulsado de la comarca si se repetía el caso.

—Tampoco tú has pecado contra Dios ni contra nuestra Fraternidad, Hermano, porque había daño a tercero, y ese tercero tendría esposa e hijos que sustentar, y a la larga, todos ellos padecerían miseria y hambre si aquella situación se prolongase indefinidamente. El hablar cuando es justo, no es pecado. El hablar sin necesidad ni utilidad para nadie, es lo que está vedado por nuestra ley.

“Y como estamos autorizados en este Santuario para ascender hasta el grado tercero, pasemos al Santuario donde recibiréis del Altísimo el don que habéis conquistado”.

El esenio portero que era uno de los siete de aquel pequeño Consejo, se acercó a los viajeros entregándoles tres paños de finísimo lino. Los tres rápidamente se vendaron los ojos. Entonces el Servidor apagó la lámpara de aceite, cubrió la hoguera con una campana de arcilla, y en la más profunda obscuridad, se sintió el correr de una piedra de la muralla y luego el crujido de una puerta que se abría. Los tres viajeros unidos por las manos y conducidos por el portero, anduvieron unos veinte pasos por un pavimento liso y cubierto de suave arenilla, al final del cual sintieron otra puerta que se abría y que penetraban en un ambiente tibio y perfumado de incienso.

El Servidor les quitó las vendas y los tres cayeron de rodillas, pronunciando las palabras del ritual mientras se inclinaban a besar las losas del pavimento:

—“Sed bendito por los siglos de los siglos, ¡Oh, Santo de los Santos! Dios misericordioso que me has permitido entrar a este sagrado recinto donde se escucha tu voz”.

Acto seguido, tres esenios les cubrieron con el manto blanco de las consagraciones, y les acercaron hacia el gran candelabro de siete cirios, en el cual sólo estaba encendido uno: era el grado primero que ellos tenían.

Enseguida fue descorrido el espeso cortinado blanco que desde el techo caía detrás de la lámpara, y aparecieron siete grandes libros abiertos sobre

un altar de piedra blanca, encima de cada uno de ellos aparecían escritos en letras de bronce los nombres de los grandes maestros esenios desaparecidos: Elías, Eliseo, Isaías, Samuel, Jonás, Jeremías y Ezequiel.

Y más arriba de los siete libros aparecía tallada en piedra, una copia de las Tablas de la Ley Eterna grabada por Moisés, cuyo original estaba en poder de los Setenta en el Santuario de los Montes Moab. Las repetidas cautividades del pueblo hebreo y las devastaciones de los santuarios de Silo, de Betel y de Jerusalén, obligó a los discípulos de Essen, a salvaguardar aquel sagrado legado de Moisés en las profundas cavernas del Monte Moab.

Y suspendida de la techumbre iluminando las Tablas de la Ley, resplandecía una estrella de plata, cuyas cinco puntas eran lamparillas de aceite que ardían sin apagarse nunca. Aquel era el Símbolo Sagrado de la gran Fraternidad Esenia, cuyo oculto significado era: la Luz Divina que iluminó a Moisés, en el Monte Horeb y el Sinaí, de donde surgió la Ley que permanece hasta hoy como brújula eterna de esta humanidad.

Y en los siete enormes libros de telas enceradas, estaba escrita la vida y enseñanza, profecías y clarividencias de cada uno de aquellos seres venerados como maestros de la Fraternidad Esenia.

Resonaron las cítaras de los esenios cubiertos todos con mantos blancos.

El Servidor se ciñó a la frente por medio de un cordoncillo de seda azul, una estrella de plata de cinco puntas que simbolizan la Luz Divina, que imploraba sobre él al hacer la consagración de los tres Hermanos que llegaban al Santuario buscando acercarse más a la Divinidad.

Espirales de incienso se elevaban a lo alto, desde pebeteros colocados delante del altar de los siete libros de los Profetas.

Con voces austeras y graves, cantaron a coro el salmo llamado el Miserere.

Pedían a una voz y al son de sus cítaras y laúdes, el perdón de sus pecados y la misericordia divina sobre todos los hombres de la Tierra.

Terminado el doliente salmo, profunda lamentación del alma humana que reconoce sus errores y se arrepiente de ellos, el Servidor destapó la pilastra de agua que había a la derecha de la gran lámpara de siete cirios, e invitó a los que iban a consagrarse en el segundo grado de la Fraternidad, a sumergir en ella sus manos hasta el codo.

Era la ablución de manos, rito que iniciaba la entrada al segundo grado, como la ablución de faz, era la iniciación al primer grado que habían pasado. Aquellas aguas fuertemente vitalizadas por setenta días de transfusiones de elevadas y puras energías, producían una suave corriente dulcísima a los que en ella sumergían sus manos, que después dejaban secar sin contacto de paño ninguno.

Llevados ante la gran lámpara, el Servidor pronunciaba las palabras de la Consagración: “Dios Todopoderoso, que habéis vitalizado con vuestra energía divina las manos de vuestros siervos para que trabajen en favor de sus Hermanos desvalidos y menesterosos, escuchad el voto sagrado que os hacen, de trabajar dos horas más cada día, para sustentar a los leprosos, paralíticos y huérfanos que crucen por su camino”.

Y los consagrados decían cada uno por separado: “Ante Dios-Creador de todo cuanto existe, hago voto solemne de aumentar en dos, mis horas de trabajo, para sustentar a los leprosos, paralíticos y huérfanos que crucen por mi camino”.

Entonces un esenio encendió el segundo cirio de la gran lámpara sagrada.

Y el Servidor poniendo sus manos sobre la cabeza de cada uno, le decía:

—“Si tu vida es conforme a la Ley, las energías benéficas que han absorbido tus manos en este día, te servirán para aliviar los dolores físicos de nuestros Hermanos”.

Acto seguido los recién consagrados llegaban hasta el gran altar de los siete libros, y arrojando incienso a los pebeteros, hacían una evocación a sus grandes profetas y pronunciaban sus nombres, más con el alma que con los labios. Y ocurría siempre que alguno de los siete profetas, se aparecía en estado espiritual, más o menos visible y tangible, según fuera la fuerza de vibración que la evocación tuviera.

Y esta vez les apareció el dulce Samuel, que les aconsejó el desprendimiento y la generosidad para con todos sus semejantes impedidos por una cosa o por otra de procurarse el sustento. —“Es el segundo grado de la Fraternidad Esenia –les dijo la voz sin ruido de la espiritual aparición–, y siete años pasaréis practicándolo si alguna circunstancia especial y favorable a vosotros, no impulsa a los Ancianos a abreviar el tiempo de vuestra prueba. Y porque habéis realizado el esfuerzo de anunciar el Nacimiento del Verbo de Dios, la Divina Ley os permitirá seguirle de cerca en su vida y acompañarle hasta la muerte.

“Desde el mundo espiritual vuestros maestros esenios os bendicen en vuestros trabajos, en vuestras familias, en vuestros ganados, en vuestros campos, en el agua de vuestra fuente y en el fuego de vuestro hogar”.

Los tres habían caído de rodillas ante el gran altar de piedra, y su llorar emotivo y suavísimo había corrido hasta mojar las piedras del frío pavimento.

Tan honda había sido su emoción que no acertaban a moverse, siendo necesario que el esenio portero les sacudiera de los hombros, al mismo tiempo que les presentaba los paños para vendarse los ojos. Los otros Ancianos desaparecieron tras la pesada cortina blanca que cayó de nuevo,

y los tres viajeros fueron nuevamente conducidos por el mismo camino a la sala aquella en que primeramente fueron recibidos.

Ya era muy entrada la noche. La hoguera se encendió de nuevo y el esenio les arregló con pieles, hermosas camas sobre el estrado. Les dejó pan, frutas, queso y vino, y desapareció sin ruido alguno. El gran silencio les anunció que ya estaban solos, y quitándose las vendas, se abrazaron los tres como en una explosión de amor fraterno.

El lector puede imaginar los comentarios de los tres viajeros, que por mucho que la imaginación corra, quedará siempre atrás de la realidad.

Era aquella, una época de exaltado sentimiento religioso en el pueblo de Israel, designado en esa hora para recibir la última encarnación del Avatar Divino sobre la Tierra. Y la corriente de fe y de amor emanada de los templos esenios ocultos entre áridas montañas, mantenía a muchas almas en un alto grado de vibración homogénea a la que emanaban las Inteligencias Superiores, para que fuera posible la conjunción perfecta entre la sutilidad extrema del Verbo de Dios y la naturaleza física que le serviría de vehículo para su última manifestación. Y los Esenios como los Dakthylos del tiempo de Antulio, y los Kobdas del tiempo de Abel, cumplieron admirablemente su cometido de precursores del Hijo de Dios.

Yohanán el Bautista; no fue sino el eco formidable de la gran voz de la Fraternidad Esenia que hablaba a la humanidad de la Palestina, como la más inmediata al nacimiento del Hombre Luz sobre ese rincón de la Tierra. No es pues, de extrañar, que nuestros tres humildes personajes se manifestasen así poseídos de tan extraordinario fervor religioso, que les hacía capaces de grandes sacrificios y de inauditos esfuerzos.

Los seres sensitivos y de una regular evolución, se identifican y compenetran tanto de las corrientes espirituales elevadas de determinadas épocas propicias, que dan a veces grandes vuelos, aunque más tarde se estacionen en el progreso alcanzado, cuando épocas de adversas corrientes pesan enormemente sobre ellos.

La historia del rey David, y de todos esos grandes arrepentidos que hicieron de sus vidas un holocausto de expiación y penitencia, cuando despierta su conciencia les acusó su pecado, son un ejemplo de la aseveración que hacemos, con el fin de que los lectores no se vean atormentados por dudas referentes a los adelantos progresivos de las almas. Si el Cristo se vio sometido a tan formidables luchas con las pesadas corrientes que en momentos dados lo acosaban, no obstante la altura espiritual y moral en que se hallaba, no es de extrañar las caídas y las deficiencias de los que le venimos siguiendo a tan larga distancia.

A mitad de la mañana siguiente, Jacobo, el hijo de Andrés, llamaba a la puerta de la sala hospedería donde se encontraban los viajeros, y

abriendo ellos mismos la puertecita de hierro, le siguieron no sin antes buscar con la mirada, por si algún esenio aparecía para despedirles. Mas, los hombres del silencio no hablaban ni una palabra más de las que ya habían dicho en cumplimiento de su deber. Se llevaron como era de práctica, los tres paños de lino con que se vendaron los ojos antes de entrar al Santuario, única prueba que les quedaba de que no era un sueño ni una alucinación cuanto había ocurrido aquella noche.

—Tenemos ya dos paños como éstos –advertía Elcana, mientras lo doblaba cuidadosamente y lo guardaba sobre su pecho debajo de su gruesa casaca de piel.

—Que Dios nos conserve la vida hasta que reunamos siete iguales que estos –decía Josías, que parecía tener el presentimiento de una larga vida.

— ¡Así sea! –contestaban los otros, mientras guardaban también sobre el corazón lo que era para ellos una sagrada reliquia.

—Cara de fiestas traéis –decíales la buena y laboriosa Bethsabé al verlos llegar rebosantes de alegría.

— ¡Mucha, madre Bethsabé, mucha!

—Aquellos santos Ancianos son los depositarios de toda la dicha de los cielos, pues que así la hacen desbordar sobre quien llega hasta ellos.

—Pienso, Hermano Alfeo –decía Elcana–, que como ellos hacen con nosotros, debemos nosotros hacer con cuantos lleguen a nuestra morada, si de verdad somos esenios.

—Pues porque yo quiero serlo –dijo la buena mujer–, os ruego que os sentéis aquí junto al fuego, para que comáis mi pan calentito con manteca y miel, mientras acaba de cocerse la comida del mediodía.

— ¿Fiestas tenemos, madre Bethsabé, por lo visto? –interrogaba uno de los viajeros.

— ¡Pobre fiesta de una cabaña de leñadores! –añadía Jacobo, ayudando a su madre a disponer la mesa y a retirar del fuego la gran marmita donde se cocían las castañas en vino y miel, y otra más, en que humeaban las lentejas guisadas con trozos de cabrito.

— ¡Esenios matando animalitos para comer!... –Exclamaron los huéspedes al darse cuenta.

— ¡Calma, Hermanos!..., que los esenios no matan, sino que recogen lo que las montañas matan –contestó Bethsabé haciendo las partes en grandes platos de barro sobre la mesa.

—Y yo casi me mato –añadió Bartolomé–, cuando en la tarde de ayer me colgó Jacobo con una soga desde un picacho del Quarantana, para bajar al fondo de una garganta donde se habían despeñado tres cabritillos preciosos que allí perdieron la vida.

—Y tres sois vosotros, y así os llevaréis las tres pielecitas blancas para el niño de Myriam, y los mejores trozos de carne para que ella recobre

fuerzas y críe al bienvenido como un gozo de Dios –decía iluminada de dicha la buena mujer, en quien la cualidad de dar estaba grandemente desarrollada.

— ¿Habremos de pensar que los inocentes cabritillos quisieron ofrecer sus vidas al santo niño que viene a la Tierra a salvar a todos los hombres? –preguntaba Josías a sus compañeros.

—Puede que sí –contestaba Jacobo, acercando bancos a la mesa y haciendo sentar a los huéspedes–. Puede que sí, pues yo no recuerdo que haya ocurrido una triple muerte desde que abrí los ojos a la luz.

—De vez en cuando ocurre esto cuando algún lobo hambriento se acerca a la comarca y las cabras se arremolinan al sentir por el olfato su proximidad. Y así ellas mismas se despeñan o despeñan a sus hijuelos al fondo de los barrancos. Años atrás esto era muy común, porque los lobos nos visitaban a menudo hasta la cerca que rodea la casa. Mi pobre Andrés y yo hemos pasado las nuestras para defender de ellos a nuestro ganado. ¡Cuán felices hubiéramos sido si él hubiese llegado con vida a este gran acontecimiento! –Exclamaba la buena mujer, mientras en sus pupilas asomaba el brillo de lágrimas que no dejaba correr.

—Madre –intervino el jovenzuelo Bartolomé–, siempre olvidáis lo que nos dijo el maestro esenio del Monte Hermón, cuando vino con la triste noticia que aún lamentáis.

— ¿Qué os dijo si se puede saber? –preguntó Elcana buscando una idea piadosa para consolar a Bethsabé.

—Que diga madre, lo que nos dijo –insistió el jovencito.

—Es que mi Andrés, fue sorprendido por la muerte allá en el norte del país, en un viaje que hizo mandado por los Ancianos del Quarantana. Y el Servidor del Monte Hermón mandó uno de los esenios de aquel Santuario a traernos los últimos mensajes de Andrés, que entregó su alma a Dios entre los brazos de los Ancianos agradecidos a su sacrificio.

—Contadnos cómo fue la heroica acción de nuestro Hermano Andrés, para que nosotros aprendamos también a sacrificarnos si llega el caso –dijo Alfeo, demostrando su anhelo de conocer virtudes ajenas, cosa muy común en los esenios, o sea comentar las nobles y bellas acciones del prójimo.

—Los Ancianos de aquí –siguió diciendo la buena mujer–, necesitaron un hombre de confianza que fuera con una tropilla de asnos a traer cereales y legumbres, frutas secas y aceitunas desde Galilea, que es tan rica en todos estos productos de que esta árida tierra carece. Habían recibido aviso del Santuario del Monte Hermón, que ya tenían recopilado cuanto debía transportarse aquí. Y mi Andrés fue el elegido para esta delicada misión. Lleno de gozo decía al despedirse de nosotros:

—"¡Qué dicha la nuestra, Sabá, que sea yo el elegido para traer el sustento a los siervos de Dios!

"Lejos estaba de pensar que con ello perdería la vida. Llevaba tres hombres para ayudarlo, pero uno de ellos se vendió por unas monedas de plata, y descubrió a unos forajidos que asaltaban a los viajeros, que mi marido llevaba barrillas de oro y plata extraídas por los Ancianos en estas montañas y con las cuales pagaría los productos que debía traer. Andrés lo sospechó y ocultó las barrillas entre los sacos de heno y bellotas, que colgaban de la cabeza a los asnos en las horas de la ración.

"Y así fue que al no encontrarle el oro en la tienda, se hartaron de darle palos, en tal forma que los dos criados fieles, tuvieron que llevarlo medio muerto sobre un asno. Por mucho que los Ancianos de allí lo curaron estaba mal herido, y de resultas de ello murió sin poder vernos más sobre la Tierra.

—Fue un esenio mártir de su silencio y de su fidelidad –dijo Elcana, con reverencia y piedad.

Los tres huéspedes se pusieron de pie para rendir un homenaje al valiente Hermano que prefirió dejarse maltratar, antes de entregar el tesoro que se le había confiado.

—Que Dios misericordioso lo tenga en su Reino de Luz Eterna –exclamó Josías.

—Así sea –respondieron todos.

La pobre Bethsabé lloraba silenciosamente.

De pronto Alfeo y Josías, ambos clarividentes, vieron una silueta astral como una nube blanquecina que se condensaba más y más al lado de Bethsabé, la cual sintiendo algo así como el roce de un vientecillo fresco, volvió la cabeza al mismo tiempo que las manos fluídicas de la visión tomaban su cabeza y la besaba tiernamente.

—No llorarías así, mujer de mi juventud, si supieras cuán feliz soy por haber comprado con mi vida el sustento para los siervos de Dios y para todos vosotros. Consuélate con la noticia que te traigo: así que nuestro Jacobo tome esposa, seré su hijo primogénito y me llamaréis otra vez Andrés; seré, pues, tu primer nietecito. –Y besando tiernamente a todos, desapareció.

¡Y la feliz Bethsabé que poco antes lloraba de tristeza por el amargo recuerdo, lloraba ahora de felicidad por el anuncio de Andrés que volvería cerca de ella como su primer nietecito!

— ¡Bendita sea la Eterna Ley, que tiene tan grandiosas compensaciones para los justos!, –exclamó Elcana.

— ¡Bendita sea! –respondieron todos, sobrecogidos sus ánimos por lo que acababan de presenciar.

Y luego de terminada la comida emprendieron el regreso, no sin que antes tuvieran que aceptar cuantos dones quiso la buena Bethsabé que se llevasen para ellos y para el niño de Myriam, como decían cuando aún no se atrevían a decir alto: para el Cristo-niño nacido en Betlehem.

Enterada la familia de Andrés de que la dichosa madre del recién nacido pensaba quedarse por largo tiempo en casa de Elcana, hasta que no ofreciesen peligro alguno al niño las contingencias del penoso viaje, anunciaron una visita, porque no era posible –decían–, que quedase una sola familia esenia sin conocer al divino enviado de Dios para salvar a los hombres.

¡Hacía tantos años que sus Ancianos maestros les impulsaban a rogar a todas horas del día!:

"¡Manda, Señor, tu luz sobre la Tierra, que perece en sus tinieblas!

"¡Mándanos, Señor, el agua de tus misericordias, porque todos perecemos de sed!

"¡Dadnos, Señor, tu pan de flor de harina, porque el hambre de justicia nos acosa!

"¡Acordaos, Señor, de vuestras promesas, que esperamos ver cumplidas en esta hora de nuestra vida!"

¿Cómo pues no había de cantar un hosanna triunfal la gran familia esenia diseminada en las montañas de Palestina, cuando a media voz fue corriendo de unos a otros la gran deseada noticia?

Diríase que la Eterna Ley había querido que el descenso del Avatar Divino fuera lo más cercano posible al Gran Santuario esenio, depositario de los tesoros de la antigua Sabiduría, y donde se encontraban encarnados grandes y fieles amigos del Hombre de Dios que llegaba.

Allí se encontraba Hilkar de Talpakén con el nombre de Eliezer de Esdrelón. Como en las montañas del Ática prehistórica, había sido fiel guardián de la Sabiduría de Antulio, hasta que otra vez volvió el Verbo a la Tierra en la personalidad de Abel, guardaba ahora la Sabiduría de Moisés, hasta que nuevamente llegara el Misionero del Amor en la personalidad de Yhasua, hijo de Myriam y de Yhosep. Escapado milagrosamente de las matanzas de hebreos en los primeros tiempos de la dominación romana, había huido a las montañas casi niño, con su madre y su anciano abuelo, junto a los cuales se vio obligado muchas veces a recoger bellotas de encina destinadas a las piaras de cerdos que pastaban en los campos de Judea. Un viajero que venía del país de Aran, les encontró refugiados en una cueva de las montañas del Líbano, y poniendo al anciano, la mujer y al niño sobre su carro que arrastraban tres mulos, les llevó hasta En-Gedí, punto terminal de su viaje.

Aquel viajero decía que era un ilustre médico, un terapeuta que llegaba hasta las salinas del Mar Muerto para llevar aquellas sales venenosas, de las que componían drogas para curar ciertas enfermedades infecciosas en su país.

Y fue así como aquellos tres infelices fugitivos llegaron a los esenios del Monte Quarantana, y de allí a los Montes de Moab, cuando el niño, ya joven, inició su carrera escalando siempre altas cumbres.

Allí se encontraba también aquel Kobda Adonai, Pharahome del Nilo en la época de Abel, y esta vez con el nombre de Ezequías. Ambos, con cinco esenios de menos edad estaban encargados de los Archivos, en que había enormidad de escrituras de muchos países y en las lenguas más variadas. Vidas enteras empleaban los esenios en descifrar aquellas escrituras, más por iluminación espiritual que por puro análisis, y traducirlas todas al sirio caldeo, que era por entonces el idioma más generalizado del Asia Central.

En el inmenso Santuario del Monte Moab, que era como una ciudadela de enormes grutas practicadas por antiquísimas explotaciones mineras, parecían haberse dado cita adelantados espíritus de la alianza del Cristo, en sus respectivas manifestaciones físicas en el planeta Tierra.

Los Marinos libertadores de esclavos de Juno, el mago de las tormentas; los Profetas-médicos de Numú, a quien llamaron los salvavidas, las gentes de aquel tiempo, por sus grandes conocimientos de medicina naturalista con lo cual realizaban maravillosas curaciones; los Profetas Blancos de Anfión, el Rey Santo, que fueron instructores y maestros de todo un Continente; los de la Escuela Antuliana, llamados más tarde Dakthylos, que forjaron en las ciencias y en las artes a la gloriosa Ática prehistórica, cuna y origen de la posterior civilización europea; los primeros Flámenes de la India o Tierra donde nace el sol, que tomaron su nombre y su sabiduría de los dictados de Krishna, a su discípulo Arjuna, origen de la profunda filosofía Védica que aún hoy no se llega a interpretar en toda su amplitud y oculta sabiduría; los Mendicantes de Buda, que para eludir las persecuciones de que era objeto su elevada enseñanza, la ocultaban bajo la humillante indumentaria de peregrinos mendigos, que recogían limosnas para sustentar sus vidas; y eran maestros de almas que iban dejando en cada conciencia, una chispa de luz, y en cada corazón un incendio de amor a la humanidad. Y por fin, los profetas terapeutas de Moisés que se diseminaron desde el Nilo al litoral del Mediterráneo, sobre todo a la llamada Tierra de Promisión, o sea Palestina, Siria y Fenicia, porque se sabía desde muchos siglos que en aquellas latitudes aparecería la postrera manifestación del Avatar Divino. Y los esenios que llegaron hasta el nacimiento de Yhasua, fueron la prolongación de estos profetas terapeutas de la Escuela Mosaica.

En los Archivos esenios se hallaba recopilado todo cuanto de luz, de ciencia y de conocimiento había aportado el Cristo a la humanidad terrestre, por medio de las inmensas legiones de sus discípulos y seguidores.

¿Qué extraño podemos encontrar que Setenta hombres pasaran toda una vida catalogando, ordenando, traduciendo e interpretando aquel

vastísimo Archivo de Divina Sabiduría, que tantos miles de siglos había corrido por toda la faz de la Tierra?

Los esenios del Monte Hermón en la cadena del Líbano, los del Monte Ebath en Samaria, los del Carmelo y Tabor en Galilea y los del Quarantana, estaban obligados por una ley común a todos los Santuarios, de enviar substitutos y reemplazantes de los que enfermaban o morían en el Santuario de Moab, donde jamás debían faltar los Setenta Ancianos de que formó Moisés su alta Escuela de Divina Sabiduría.

Esenios, fueron los cristianos del primero y segundo siglo, hasta que la inconsciencia humana empezó a obscurecer la excelsa figura del Hombre de Dios, y a perseguir como heresiarcas a los que luchaban por conservar su doctrina, tal como la habían bebido de su Inteligencia superior.

8
ESCENARIOS DEL INFINITO

Mientras los tres viajeros regresan paso a paso descendiendo de las colinas ásperas, cargados con su interna alegría y cargados a la vez de los dones que la familia de Andrés enviaba para el hijo de Myriam, contemplemos con la rapidez que es permitido a través de las líneas esbozadas en páginas de papel, dos escenarios completamente distintos y que abarcaban grandes extensiones de tierras y muy diversos y lejanos países.

El cántico de paz, de amor y de gloria que resonara en la inmensidad de los espacios infinitos, había resonado en cada alma, que con la interna luz de la Divina Sabiduría esperaba la llegada del Hombre de Dios. ¡Gloria a Dios en los cielos infinitos y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad!

Y como había resonado para todos los esenios refugiados en sus Santuarios, había resonado también en las Escuelas Ocultas y Secretas de Gaspar, Melchor y Baltasar, en las comarcas en que desde años atrás existían. Un inusitado movimiento en toda Siria, Fenicia y Palestina agitaba gozosamente las almas con diversas formas y manifestaciones de dicha, según fuera el prisma por el cual miraba cada uno el gran acontecimiento.

Los que ya adheridos a la Fraternidad Esenia, sólo conocían de ella que eran continuadores de la enseñanza de Moisés, aceptaban la interpretación que daban los sacerdotes, relacionada con la futura venida de un Mesías, Salvador de Israel.

El pueblo de Israel había sido dominado por Roma, reina y señora del mundo civilizado de entonces. Y esta dominación era tan amarga y dura para el pueblo hebreo, que se creía munido de todas las prerrogativas

de pueblo elegido, que ningún acontecimiento era mayor para él, que la aparición de un Mesías Salvador.

Y bajo este punto de vista interpretaban todos los anuncios, todas las profecías desde la remotísima edad de Adamú y Evana, o sea desde los comienzos de la Civilización Adámica.

Muchos de estos anuncios y profecías se habían verificado en las diversas estadías del Hombre-Luz sobre la Tierra. Algunas se habían cumplido en Abel, otras en Krishna, otras en Moisés y en Buda.

Mas, para el pueblo hebreo era todo un solo aspecto en aquella hora: un Mesías-Salvador que empuñando el cetro de David y Salomón, levantara a Israel por encima de la poderosa dominadora de pueblos: Roma.

Si algún versículo de los libros Sagrados insertaban en sus enigmáticos cantos frases como esta: "Dijo Jehová: Mandé a mi hijo para que se pusiera al frente de mi pueblo". Era interpretado sin lugar a duda alguna, en el sentido de que el Enviado de Dios sería un glorioso príncipe, ante el cual se rendirían todos los reyes y poderes de la Tierra. Y era sencillamente una inspirada alusión a Moisés, que sacó a los hebreos de la esclavitud en que gemían cautivos, en el prepotente Egipto de los Faraones de aquella hora.

En alguna de las diferentes cautividades y dispersiones que había sufrido la raza, algunos sensitivos, profetas o ascetas hebreos, habían tenido noticia de un canto apocalíptico en que se hacía referencia al gran Ser que vendría, y el cual sería llamado "Príncipe de la Paz". Y también esta alusión que un clarividente de la antigua Persia había recibido referente a Krishna, era aplicada a la hora presente, y más reforzaba el sueño del pueblo hebreo, de que el Mesías debía ser un poderoso rey que dominara a todos los reyes del orbe. Y por este orden, se levantaban sobre bases equivocadas las grandes esperanzas de los hebreos en general.

Sólo los esenios, desde los primeros grados estaban exentos de este equivocado pensar, debido a la instrucción que recibían año tras año en los Santuarios de la Fraternidad. Es por esto, que ellos se mantenían en su silencioso recogimiento, callando siempre que escuchaban este insensato soñar de las turbas en general.

Sólo los esenios sabían que el Hombre Luz aparecería sobre la Tierra para dar el retoque final a su magnífico lienzo, en que había esbozado con su sangre divina de Mártir, el ideal de fraternidad, de amor y de paz que soñara para sus Hermanos de este planeta. Sólo ellos sabían que la humanidad terrestre estaba tocando el límite de tolerancia de la Divina Ley, que marca el aniquilamiento para los rebeldes incorregibles que después de millares de siglos no aprendieron a amar a sus semejantes, siquiera lo necesario para no causarles daño deliberadamente. Todos los guías de humanidades, los elevados instructores de mundos, saben

y conocen el terrible proceso de la Eterna Ley, cuando han rebasado su medida, su hora, el vencimiento de su plazo, después de inmensas edades de espera impasible, serena, imperturbable.

Sólo una infinita ola de Amor Divino podía transmutar el tremendo cataclismo de las almas embrutecidas en el mal, de las inteligencias perturbadas por el crimen, por el odio, por el goce implacable del pecado.

Sólo un retazo, un jirón de Divinidad desprendiéndose del Gran Todo Universal y descendiendo a la humana miseria como una estrella a un lodazal, podía operar la estupenda transmutación de las corrientes formidables de aniquilamiento, prontas a descargarse sobre la humanidad de la Tierra. Y ese jirón de la Divinidad se rasgó de su Eterna Vestidura de luz, para arrastrar juntamente con él, como una radiante marea, la irresistible corriente del Amor Creador y Vivificador, al impulso del cual surgen sistemas de planetas, miríadas de soles y de estrellas, millares de universos de millares de mundos.

¿Cómo un jirón, un florón de la Divinidad no había de salvar de su inminente ruina a pequeños mundos, que al igual que la Tierra reclamaban el beso del Amor Eterno para no ser aniquilados?

Por eso los esenios no esperaban un Mesías Rey de Israel, sino una encarnación de la Divinidad, un resplandor de la Luz Increada, un reflejo de la Suprema Justicia, un aliento vivo del Amor Soberano: un Dios hecho hombre.

Tal es el misterio del Verbo hecho carne, sobre lo cual han llenado bibliotecas y más bibliotecas los filósofos de todas las tendencias ideológicas, sin haber llegado todavía a hacerse comprender de la humanidad.

La palabra de bronce y fuego del Cristo: "Dios da su luz a los humildes y la niega a los soberbios", se cumple a través de los siglos y de las edades. Por eso, los grandes doctores de Israel, hojeando legajos y más legajos en sus fastuosos pupitres de ébanos y de nácar, bajo doseles de púrpura en el Templo de Jerusalén, no pudieron comprender ni asimilar la magnífica y luminosa verdad que los esenios, en sus cuevas de roca o diseminados en sus chozas de artesanos, o de pastores, habían visto brillar como una lluvia de estrellas, en el puro y limpio horizonte en que desenvolvían sus vidas.

Y aún se sigue cuestionando en todos los tonos de la dialéctica, en las esferas sutiles de la teología y de la metafísica, hasta formar los más inverosímiles engendros mentales que no resisten a los análisis severos de la ciencia racionalista, ni aun a la lógica más elemental.

De aquí ha surgido el incomprensible enigma de la Trinidad, o sea del Dios Trino en persona y Uno en esencia, única forma encontrada por la teología para explicar qué era esto del Hombre-Dios. De esta misma incomprensión surgió también la anticientífica y antirracional

afirmación de que en el seno de una virgen se formó un cuerpo humano sin el concurso de hombre alguno, como si la maternidad y paternidad ordenadas por la Naturaleza, que es la más perfecta manifestación de la Sabiduría Divina, fuera un desmedro o un borrón para la humanidad creada por su Omnipotente Voluntad; desmedro y borrón de los cuales quiso la teología librar a la divina encarnación del Verbo.

En todas estas pesadas elucubraciones de mentes escasas de Luz Divina, se ha tenido muy en cuenta la materia y muy poco el espíritu; pues buscando engrandecer la excelsa personalidad del Cristo-hombre, se cubrió su materia física con el hálito intangible del milagro desde el momento de su concepción, sin tener en cuenta de que aquella radiante Inteligencia, vibración de Dios-Amor era grande, excelsa, purísima por sí misma, sin que el fenómeno de que se rodeó su nacimiento pudiera añadir ni un ápice a aquella plenitud magnífica en el conjunto de sus divinas cualidades.

¿Mas, qué sabían los doctores y los pontífices de Israel de la infinita escala de las Inteligencias Superiores o espíritus puros que en interminable ascensión van formando con sutiles vibraciones de inefable armonía, el Gran Todo, ese océano infinito de Energía, de Poder, de Sabiduría y de Amor?

De ese Infinito Océano, se desprendió un raudal hacia la Tierra habitada por una humanidad tan inferior en su gran mayoría, que fue necesario encerrar aquel raudal de la Divinidad, en un vaso de arcilla que estuviera al alcance del hombre terrestre, que pudiera beber en él, ver reflejada su imagen grosera en aquella linfa cristalina, tocarlo, palparlo, amarlo, escucharlo, seguirlo como se sigue una luz que nos alumbra el camino; como sigue el niño a quien le da el pan, como sigue un cordero al pastor que le lleva al prado y a la fuente.

Los doctores de Israel, no sabían que ese cristalino y puro raudal del Infinito Océano Divino, se había desprendido nueve veces en diferentes edades y épocas, para arrastrar en pos de sí todo el Amor de la Divinidad, toda su Sabiduría, toda su Piedad, toda su Luz, su Verdad y Grandeza inmutables. Si algunos de los viejos esenios de familia sacerdotal habían podido quedar aún bajo los atrios del templo, al amparo de una incógnita rigurosa, sepultaban en el más profundo secreto sus principios de Oculta Sabiduría. ¡Qué lejos estaba pues, el pueblo de Israel, de imaginar siquiera la grandiosa verdad!

Y ha llegado el momento, lector que vas siguiéndome por este senderillo humilde y escondido que el Dios-Amor te descubre, de que conozcas y sepas lo que era Yhasua, el Cristo que bajaba a la Tierra.

En la magnífica obra “Moisés, El Vidente del Sinaí”, en la lectura del capítulo “El Hierofante Isesi de Sais” se admiran grandiosos cuadros

vivos de las más elevadas regiones de Inteligencias Suprahumanas y de sus radiantes Moradas en el inmenso Infinito. Escrita para los recién Iniciados, de la futura próxima generación, ha podido dar cabida en sus páginas a ciertas verdades muy hondas y muy lejanas de todo cuanto pueden percibir y palpar los sentidos físicos en este plano inferior.

Entremos pues, amado lector, guiados por emisarios de la Divina Sabiduría, al Infinito Reino de la Luz Increada en busca de Yhasua, el Ungido Salvador de la Humanidad Terrestre.

Cuando en las noches serenas de primavera o estío contemplas el espacio azul, piensa, en que mucho más allá de cuanto percibe tu mirada, guarda el Altísimo sus insondables secretos, reservados para el que busca con perseverancia y amor.

Ves rodar por el inmenso velo de turquí, millones de millones de globos radiantes. La Ciencia Astronómica te dice que son constelaciones de estrellas y de soles, algunos, centros de Sistemas, planetas y planetoides, satélites y asteroides, estrellas fijas y estrellas errantes, cometas vagabundos que cruzan el espacio como impelidos por un huracán invisible. La astronomía ha dicho mucho pero siempre dentro de lo que alcanza el telescopio y de los sistemas de cálculos en distancias y velocidades de los astros en sus rutas eternas.

La moderna filosofía basada en una buena lógica ha dicho un poco más: que esos globos siderales son habitaciones de humanidades, porque sería un pensar infantil, que la Tierra como una avellana en los espacios, esté habitada por seres inteligentes, y que no lo estén los demás astros, algunos de los cuales son en muchísimos aspectos, superiores a nuestra Tierra.

Llegada es la hora, de que las Escuelas de Divina Sabiduría levanten el velo que encubre los secretos del Gran Todo, para que el hombre del Nuevo Ciclo que está llegando a las puertas de la vida, sepa lo que hay más allá de la atmósfera que le envuelve.

Algunas fraternidades ocultas de la antigüedad, enseñaron el secreto divino a sus más altos Iniciados; mas como se habían anticipado a la época, todo desapareció bajo la mole de la ignorancia, de la inconsciencia y del fanatismo de todos los tiempos; y las hogueras y los cadalsos y los calabozos vitalicios, sepultaron las grandes verdades, como se sepulta un cadáver para que se haga polvo en lo más profundo de la tierra.

La “Fraternidad Cristiana Universal” ungida de Amor y Fe, levanta otra vez el Gran Velo para la humanidad nueva que llega, y que será por ley de esta hora, la madre que reciba y cobije en su seno al gran Yhasua, que se deja ver de ella tal como él es, en la infinita Eternidad de Dios.

Los grandes soles o estrellas llamadas de primera magnitud son para el físico, centros de energía y de fuerza vital que arrastran en pos de sí a innumerables globos atados a ellos por las leyes de atracción. Para la

Inteligencia iluminada por una luz superior, que pregunta a todas las ciencias y a todas las cosas: ¿Quién es Dios?, sin que, hasta hoy nadie haya respondido a satisfacción; hay un poema eterno que no se ha escrito todavía, y que no han leído los hombres: El poema de Dios y de las almas.

Con el favor divino, me atreveré a esbozarlo. Desde el más ínfimo ser dotado de vida hasta el hombre más perfecto, hay una larguísima escala de ascensión, a la cual la Ciencia Psíquica llama Evolución. Más arriba del hombre, ¿qué hay? Seres que fueron un día hombres y que siguiendo su evolución han continuado subiendo y subiendo durante ciclos y edades que no podemos medir, hasta llegar en innumerables graduaciones a unificarse con el Gran Todo, con la Suprema Energía, con la Eterna Luz.

Esta gloriosa escala tiene sus jerarquías, que cada una forma legiones más o menos numerosas.

Las definiré concretamente; Primera jerarquía: Ángeles Guardianes. Es el grado primero en la Escala de superior perfección a que puede llegar un hombre que ha alcanzado su purificación.

Inteligencias de esta Legión pueden encarnar en el plano físico de la Tierra y globos de igual adelanto. Sus características generales son: incapacidad para el mal de cualquier orden que sea y la predisposición para todo lo bueno que puede realizar un ser revestido de carne. Esto, cuando se hallan viviendo como hombres sobre la Tierra.

Ahora en estado espiritual su mismo nombre lo indica: son los guardianes y celadores de todas las obras que en beneficio de la humanidad se realizan en los mundos de aprendizaje y de prueba como la Tierra. Son ordinariamente los inspiradores de toda buena acción, los consoladores de todos los dolores de los hombres encarnados y de los desencarnados que habitan en la esfera astral de los planos físicos, y son los intermediarios entre el dolor humano terrestre y las divinas fuentes de consuelo y de alivio, si lo merecen. Los que están de guardia alrededor de un planeta, permanecen de ordinario en su esfera astral o estratosfera y pueden bajar y subir a voluntad y en casos justificados, y siempre para propender al bien. Y entonces toman el nombre de Cirios de la Piedad. Tienen largas épocas de reposo en la Luz para adquirir mayores conocimientos y poderes, pues de esta Legión, las Inteligencias pueden tomar caminos y rumbos diferentes según las inclinaciones y voluntades de su Yo Superior.

Su estado es de perfecta felicidad, y el grado de su comprensión y conocimiento de todas las cosas, sobrepasa en mucho a los más aventajados espíritus encarnados en la Tierra.

Las estrellas, los planetas o soles adelantados, tienen a más de la esfera astral inmediata a la atmósfera, varias esferas radiantes más o

menos sutiles según el grado de evolución al que el astro ha llegado, y es en esas esferas concéntricas y sobrepuestas, donde tienen su morada habitual las Inteligencias purísimas que llamamos Ángeles Guardianes. Gobernadas por poderosos Jerarcas de su misma Legión, obedecen plácidamente al solo reflejo de los pensamientos de aquellos, que desde luego, están encuadrados dentro de las leyes y misiones propias de la grandiosa falange, la más numerosa de todas. Cada subdivisión, ostenta en su etérea y sutil vestidura uno de los colores del Iris, por lo que queda entendido, que son siete grandes falanges, bajo siete Jerarcas de la misma Legión.

Lector amado, si interrogamos a cualquiera de estos Jerarcas de los Ángeles de Dios, donde encontramos a Yhasua, el Cristo, nos contestará como contestó Yohanán el Bautista, cuando le preguntaban si él era el Mesías anunciado por los Profetas.

—"Nosotros no somos dignos de desatar la correa de su sandalia. Mucho más alto que nosotros le encontraréis. Subid".

Y subiendo a las radiantes esferas sutiles que envuelven globos siderales de gran perfección, encontraremos entre mares interminables de luz, de bellezas indescriptibles, de las que son opacos reflejos las más admirables bellezas de la Tierra, otra numerosa jerarquía de Inteligencias purificadas y que irradian amor, poder, sabiduría, en grado mucho más superior que la legión anterior. Son los Arcángeles llamados también Torres de Diamantes o Murales, según la lengua en que tales nombres se escriben. Son éstos los señores de los elementos o fuerzas poderosas, que aparecen a veces en los planos físicos. Ellos son los que gobiernan las corrientes dispositivas de encarnaciones de espíritus en determinados mundos, entre unas u otras razas según el grado de su evolución, y según la altura de la civilización a que deben de cooperar.

Guardan ellos el libro de la vida y de la muerte, marcan con precisión y justicia las expiaciones colectivas de los pueblos, de las naciones o de los continentes. Aunque rara vez, encarnan también en los planos físicos, sobre todo cuando algún gran espíritu Misionero debe permanecer allí, en cumplimiento de un Mensaje Superior de gran importancia.

Tienen también sus grandes Jerarcas, que en Consejo de siete, distribuyen las misiones o las obras a realizar.

Visten también sutiles túnicas de los colores madres más espléndidos y radiantes, pero a diferencia de los anteriores, están provistos de grandes antenas blancas en forma de alas, que parecen tejidas de resplandeciente nieve. En ellas residen las poderosas fuerzas que les hacen dueños y señores de los elementos.

Si a cualquiera de estos Jerarcas de los radiantes Arcángeles les preguntamos si está entre ellos Yhasua el Cristo, nos responderá igual que los

anteriores: —“Subid, subid, porque nosotros sólo somos sus servidores cuando él está en misión”.

Y seguiremos corriendo, lector amigo, hacia esferas y planos más radiantes y sutiles, donde los Esplendores y las Victorias, los esposos adolescentes cuyo recíproco amor les complementa para la constante y permanente creación de las formas y de los tipos, de cuanta manifestación de vida observamos en la compleja y sabia combinación de la Naturaleza, los excelsos conductores de la mágica ola, que no es fuego, ni agua, sino materia radiante de donde toman su luz, todos los soles, todas las estrellas más esplendorosas, de donde surgen los principios de todo sonido, de toda armonía, de toda voz, capaz de deleitar al alma más delicada. Ola que viene y que va en rítmico y eterno vaivén, y entre cuyas ondulaciones luminosas se esfuman, suben, bajan, se enlazan, flotan, esos incomparables espíritus radiantes de belleza, de armonía, de fuerza imaginativa y creadora en su misma inefable suavidad. Piensan una forma, un tipo, un sonido, un color, y de la ola formidable de materia radiante en que ellos se deslizan y viven como en su propio elemento, van surgiendo sus pensamientos hechos formas, tipos, sonidos y colores, para que la eterna madre Naturaleza conciba en su fecundo seno, aquellas divinas manifestaciones de vida que ningún artífice terrestre es capaz de forjar ni en semejanza siquiera.

Y si estos seres, cuya dicha suprema está en la contemplación de sus eternas creaciones, para poblar de múltiples formas de vida los mundos y los universos, propendiendo así a la evolución de todos los seres orgánicos e inorgánicos, escucharan nuestro interrogante: ¿está por ventura entre vosotros, Yhasua el Cristo?, ellos nos responderían sin detener el armónico movimiento de sus manecitas como lirios:

—“Yhasua el Cristo es un arpa viva que vibra siempre entre los Amadores, y de su vibración eterna de amor, aspiramos las notas sublimes y tiernísimas para plasmar creaciones dulces, amorosas y sutiles..., para forjar el grito de amor de una madre, el canto de amor de una hija, la égloga de inmensa ternura de una esposa que sabe sacrificarse por un amor, que sobrepasa a todas las cosas. Nosotros, ya lo veis, creamos la forma, el tipo, el sonido, el color... ¡Mas, Yhasua, crea el Amor más fuerte que el dolor y que la muerte!... ¡Subid al cielo de los Amadores o Arpas Eternas, y allí le hallaréis entre los Amantes heroicos y geniales, que dan vida en sí mismos al Amor que les lleva hasta la muerte, por los que no saben ni quieren amar!...

“De nuestras creaciones surgen todas las formas y tipos de vida, de belleza, de color y de armonía que observáis en los mundos que habitáis; pero de los Amadores, Arpas Eternas de Dios, emana perpetuamente el Amor que es consuelo, paz, esperanza y salvación en todos los mundos

del Universo. Y son ellos, los que sólo pueden llamarse Salvadores de humanidades. ¡Subid, subid al cielo divino de los Amadores, donde vive la gloria de sus heroicos amores, Yhasua el Cristo Divino que venís buscando!

Subimos a la Constelación de Sirio por no mencionar otras de las mil y mil que son moradas de luz y de gloria de las Arpas Eternas del Divino Amor. (El lector comprenderá que estas percepciones son posibles solamente en ese estado espiritual que se llama éxtasis o transporte, o desdoblamiento consciente del espíritu).

Y mucho antes de llegar a la esfera astral conjunta de aquella hermosísima constelación, nos sorprende una multitud abigarrada y compacta de fibras luminosas sutilísimas, del rosado color de la aurora cuando un sol de estío está para levantarse; fibras, rayos o estelas que parecen nacer en los globos mismos de aquel radiante Sistema. El que por primera vez llega a tales alturas, se figura que aquella infinidad de rayos luminosos son como defensas que impiden la llegada de los profanos, tal como algunas famosas fortalezas de la antigüedad aparecían erizadas de puntas de lanzas agudísimas y a veces envenenadas, como formidable defensa de enemigos desconocidos, pero posibles.

Y el guía..., que allí nadie puede llegar sino conducido por un experto Instructor, nos dice: "No temáis, que estos rayos no hieren a nadie sino que acarician con infinita dulzura".

— ¿Qué son pues estos rayos y para qué están como formando una selva de fibras de luz sonrosada alrededor de estos magníficos soles? –preguntamos.

—"Son las formidables antenas, que nacidas del plexo solar o centro de percepción de los Amadores o Arpas Eternas, atraviesan toda la inmensa esfera astral de esta Constelación habitada por ellos y permanecen perennemente tendidas hacia los espacios que le rodean y en todas direcciones, a fin de captar con facilidad el Amor y el Dolor de todos los mundos del Universo a que esa Constelación o Sistema pertenece. Y estas Arpas Vivas y Eternas están percibiendo los dolores humanos de los que desde mundos apartados y lejanos les piden piedad, consuelo y esperanza..., y ellos, dioses de Amor y de Piedad, emiten con formidable energía el consuelo, la esperanza y el amor que les demandan.

He aquí, el efecto maravilloso e inmediato de una oración, pensamiento o plegaria, dirigido a tan excelsos y purísimos seres. ¡Amadores!... ¡Arpas Eternas del Infinito!... Viven amando eternamente, y cuando sus antenas captan gritos desesperados de angustia de mundos amenazados por cataclismos que sólo el Amor puede remediar, se precipitan desde sus alturas de inmarcesible dicha, como pájaros de luz entre las tinieblas de los mundos de dolor y de prueba, ¡para salvar a costa de

tremendos sacrificios y hasta de la vida, lo que puede aún ser salvado y redimido!”

Y ahora hemos encontrado a Yhasua el Cristo Divino. ¡Salvador nueve veces del hombre terrestre!...

¡Yhasua, el excelso Amador que ama por encima de todas las cosas y más allá del dolor y de la muerte!...

¡Yhasua, el que siembra semillas de Amor en todas las almas de la Tierra, y pasadas muchas centurias de siglos vuelve para buscarlas y ver si han florecido!...

¿Qué hace Yhasua en su diáfano cielo de la Constelación radiante de Sirio?

¿Vive acaso deleitándose infinitamente en la plenitud de dicha que ha conquistado?...

¿Vive sumergido en la extática contemplación de la Belleza Divina que es posesión suya por toda la eternidad?

¿Vive absorbido por nuevas y nuevas soluciones a los profundos arcanos de la Sabiduría Divina que le abrió de par en par las puertas de su templo?

Toda esa inmarcesible grandeza y gloria la tiene ante sí, Yhasua el Amador, mas no llena con sólo eso su vida en los cielos de paz y de dicha que ha conquistado.

Yhasua el Amador, tiene tendidas las cuerdas radiantes del arpa divina que lleva en sí mismo; y esas cuerdas son antenas de sutil percepción que hacen llegar al corazón de Yhasua el más imperceptible gemido de las almas que entre la humanidad de la Tierra, su hija de siglos, se quejan, lloran, padecen, sufren la decepción, el odio, el abandono, el oprobio, el desamor de los amados, la injusticia, toda esa pléyade obscura y tenebrosa de los míseros dolores humanos, que él ha bebido hasta el fondo de la copa, en cada etapa suya sobre el globo terrestre.

¡Yhasua lo comprende todo, lo percibe todo, lo siente todo!

Su excelso estado espiritual le veda el sufrimiento, pero le deja amplia libertad para amar, y de tal manera se desbordan sobre los que le aman las incontenibles olas de su amor soberano, que en los seres muy sensitivos se manifiestan de diversas maneras según las modalidades, las aptitudes y grado de evolución de estos amadores terrestres: Los poetas escriben divinos versos de amor a Yhasua; los músicos desglosan poemas insoñados y fantásticos, desbordantes de alegorías y de símbolos, en que el amor de Yhasua hace prodigios de heroísmo, de abnegación, de belleza suprema; los artistas del pincel y del cincel, plasman en el lienzo o en el mármol, las más bellas imágenes del Cristo-hombre, del Hombre-Amor, al cual acaso no acaban de comprender, pero sí figurárselo como el prototipo más acabado y perfecto del amor llevado hasta la apoteosis.

Y nadie sabe sobre la Tierra que si el poeta, el músico, el pintor y el escultor, han sido capaces de dar a la humanidad esas obras que son como un iris de amor, de dulzura infinita, es porque Yhasua, el divino Amador, ha desbordado su ánfora sobre la humanidad de la Tierra, y los más sensitivos han bebido unas gotas..., muchas gotas..., un raudal acaso, de su soberano desbordamiento.

¡Oh, Yhasua, el divino Amador!... ¡Nadie sabe en la Tierra, que si hay en ella claros arroyuelos en que el hombre puede saciar su sed, de tu seno han nacido..., porque tú sólo, Yhasua, amante genial, sublime y eterno, siembras en los amadores de esta Tierra, las semillas divinas de ese amor tuyo tan grande como lo Infinito, más fuerte que el dolor y que la muerte!

Es la Constelación de Sirio, una de las más grandes y hermosas de que está ornamentado el Universo visible desde la Tierra, al que pertenece nuestro pequeño sistema solar. Y habiendo en dicha Constelación, de la cual es Sirio el gran sol central, una cantidad considerable de globos de segunda, tercera o cuarta magnitud, y habitados por humanidades de diversos grados de evolución, no podemos pensar en buena lógica, que toda la atención y el Amor de Yhasua, lo absorbe nuestra Tierra solamente.

Forman los excelsos Amadores una legión radiante de armonía, de paz, de suavidad infinita, y esos divinos efluvios se extienden por todos los globos de esa Constelación. Y si la Tierra recibe y percibe más de sus potentes vibraciones de amor, es porque en nueve veces de haber encarnado Yhasua en ella, ha creado fuertes vinculaciones espirituales; lazos de amor que no pueden romperse jamás, y a cada una de aquellas Arpas Eternas le ocurre lo propio con las humanidades, en medio de las cuales han tomado naturaleza de hombres.

Los Amadores que nos son más conocidos por estar Yhasua entre ellos, habitan en la segunda estrella de primera magnitud de la Constelación de Sirio, catalogándolas desde la Tierra, punto de observación para esta humanidad. ¡Cuán cierto es, que las estrellas y las almas se parecen, en sus rutas eternas de solidaridad universal!

Remontándonos más y más en el conocimiento de las Inteligencias Superiores, nos encontramos con más y más solidaridad, más y más comprensión entre ellas; más y más unificación. Es que avanzan lenta, pero ineludiblemente hacia la Eterna Armonía Universal.

Toda su felicidad está en el Amor. Toda su grandeza la deben al Amor. ¡Toda su Sabiduría la bebieron en la copa del Amor!

El Amor es Piedad.

El Amor es Misericordia.

Y el Amor es también Redención.

He ahí pues, lector amigo, el querubín de oro y rosas que ha nacido en Betlehem, coincidiendo con la triple conjunción planetaria de Júpiter, Saturno y Marte, y que causa el gran movimiento esenio en los pueblos de Palestina que fue su cuna. Y, ¿por qué fue el dominio de Israel su cuna y no otros parajes, en donde florecían con mayor exuberancia las ciencias, las artes y todas las grandes manifestaciones de las capacidades humanas?

Roma, Grecia, Alejandría de Egipto, Antioquía de Fenicia, eran por aquel entonces emporios de civilización, de esplendor, de ciencia y de riqueza. ¿Por qué el esplendor divino del cielo de los Amadores fijó su atención en las humildes serranías de las costas del Jordán?

Es que la simiente de la Unidad Divina sembrada por Moisés, había echado raíces entre las generaciones de Israel, que creyéndose pueblo preferido de Dios rechazó heroicamente hasta sacrificando su vida, la idea de la multiplicidad de dioses en perenne lucha de odios fratricidas, de unos contra otros.

El pueblo de Israel con su inquebrantable idea de un Dios Único, Esencia Inmaterial e Intangible, Eterno en su grandeza y en sus perfecciones, abrió la puerta a esa gran esperanza en lo infinito, en ese Soberano Dios Único, que velaba sobre su pueblo, sobre cuyos dolores debía mandar un Salvador. Y esta gran esperanza de Israel, y las hondas plegarias y evocaciones de sus videntes, de sus profetas, de sus grandes iluminados, durante siglos y siglos, atrajo el pensamiento y el amor de Yhasua hacia aquel pueblo, en medio del cual había vivido muchos siglos atrás, y el cual con todas sus incomprensiones y deficiencias, le amaba sin comprenderle, y le buscaba sin haber aprendido a seguirle. Y ese amor, más fuerte que la muerte, en Israel, atrajo a Yhasua a los valles de la Palestina, la Tierra de Promisión, que en su vida de Moisés vislumbró como el escenario final de su grandiosa apoteosis de Salvador de los hombres.

Porque los caminos de Yhasua, fueron uno mismo desde el principio hasta el fin; una sola doctrina; uno solo su ideal; una sola la hermosa y eterna realidad que buscaba: *la fraternidad humana*, principio que encuadra en la armonía y el amor Universal.

Las grandes Inteligencias que palpitan y vibran ya dentro de la Gran Idea Divina, no varían ni tuercen jamás su camino, porque él forma parte de esa misma Eterna Idea Divina, por lo cual Yhasua pudo decir con toda verdad: “Los Cielos y la Tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”.

Y el pequeño querubín de nácar y de oro, de leche y rosas como diría el Cantar de los Cantares, dormitaba quietecito sobre las rodillas de Myriam velado por los Ángeles de Dios, incapaz entonces de pensar

que una formidable sanción divina pesaba sobre él: Era Salvador de la humanidad terrestre.

Se ha hablado mucho y se ha escrito más aún, sobre el milagroso nacimiento del Cristo; y si el calificativo se aplica a todo hecho excepcional y que rebasa en mucho la comprensión humana, podemos decir con toda verdad que fue un acontecimiento de orden espiritual muy elevado, dentro del marco ordinario de lo puramente humano. La esencia íntima y profunda de un hecho semejante, sólo pueden comprenderlo en su estupenda realidad, los espíritus del excelso cielo de los Amadores... ¡Arpas Eternas y Vivas del Dios-Amor!, avanzados en los caminos de la Divinidad.

¿Cómo captar con nuestra limitada mentalidad, la idea de que una avanzada Entidad de la Séptima Morada en la ascendente escala de los seres purificados, pueda reducirse a la tierna y débil pequeñez de un parvulillo, que cabe en una canastilla de juncos?

La humanidad inconsciente, quiso encontrar el milagro en la formación de esa pequeña porción de materia física humana; pero el más estupendo prodigio estaba muy arriba de todo eso; estaba en el Amor soberano de un glorioso y puro espíritu, que ya en las antesalas de la Divinidad misma, deja en suspenso, por propia voluntad, las poderosas actividades que le son inherentes, para hundirse temporalmente en las sombrías regiones del pecado y del dolor, arrastrando consigo como un torrente purificador, todo el amor de su cielo... He ahí el sobrehumano prodigio de fe, de esperanza y de Amor.

¡Yhasua, el excelso Amador del Séptimo Cielo, fue capaz de soñar con la sublime grandeza de ese prodigio!... ¡Soñarlo y realizarlo!

¡He ahí el misterio sublime del Cristo-hombre que la incomprensión humana terrestre ha desfigurado con toscas pinceladas y con burdos y groseros conceptos, acaso por el mismo deslumbramiento que produce una gran claridad de improviso entre negras tinieblas!,

¡Tal es la soberana amplitud del Amor Eterno, cuando, dueño en absoluto de un ser, lo convierte en una aspiración a lo infinito..., en una inmensa palpitación de vida..., en una luz que no se extingue..., en una vibración que no termina!

¡Tal es Yhasua, el Cristo-niño que duerme en Betlehem bajo el techo de un artesano, en una canastilla de juncos!

Y para arrullar su sueño de Dios encarnado, cantan los Ángeles del Eterno:

"Gloria a Dios en las alturas celestiales y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad".

9
A LOS MONTES DE MOAB

Los Siete Cirios del Monte Quarantana, que cirios se denominaban a sí mismos los esenios que habían ya escalado el grado Cuarto de la Fraternidad, pues que debían tener las características propias de un cirio: derramar la luz de Divina Sabiduría y calor del fuego sagrado del Amor que lleva hasta la muerte, si de ella ha de surgir la redención de las almas. Decía pues, que los siete Cirios del pequeño Templo del monte Quarantana que hemos conocido ya, eran: Ismael, Abiatar, Henan, Joel, Sadoc, Manasés y Amós.

Les encontramos de nuevo, la misma mañana que Elcana, Josías y Alfeo emprendían el regreso a sus hogares en Betlehem.

Cantaban acompañados de salterios y de cítaras, hermosos salmos de acción de gracias, mientras el sol levantándose en el oriente dejaba penetrar un rayo oblicuo de su luz de oro por una lucera de la roqueña techumbre. Y como en todos los templos esenios, aquel rayo de sol de amanecer, iba a proyectarse aunque fuera sólo por unos minutos sobre las Tablas de la Ley, que como se sabe se encontraban sobre un enorme atril de piedra, inmediatamente detrás de los Siete Libros de los Profetas.

Profundos conocedores de las poderosas influencias planetarias, en conjunción con los pensamientos humanos, los esenios construían sus templos en tal forma, que una luz de oro del sol y la luz de plata de la luna se asociaran a sus más solemnes momentos de evocación al Infinito.

Y en el preciso momento en que el rayo solar vaciaba su resplandor sobre las Tablas de la Ley, apareció la figura de Moisés, que con su índice escribía con fuego los mandatos divinos, pudiéndose notar claramente que aquellas palabras: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*, parecían arrojar chispas de luz tan refulgente y viva, que no la resistía la mirada humana.

Y se oyó claramente su voz como una vibración de clarines que decía: *"Amar a los hombres hasta morir por ellos, es el programa que vengo a desenvolver juntamente con vosotros. ¿Seréis capaces de seguirme?"*

Los siete esenios puestos de pie colocaron su diestra sobre cada uno de los Siete Libros Sagrados mientras contestaban:

—"Lo juramos por nuestros Profetas mayores. Hablad, Señor, y se hará como lo mandéis".

—*"Echad suertes* –dijo de nuevo la voz de la aparición–, *he id tres de vosotros al templo del Monte Moab, para dar aviso a los que me esperan, de que ha empezado el gran día de la Redención"*.

Los siete doblaron sus frentes a la tierra y cuando la levantaron nuevamente, el rayo solar había pasado y la visión se había esfumado en la penumbra gris del templo de rocas.

Echaron suertes como se les había dicho, y salió la cedulilla de Joel, Sadoc y Abiatar.

Pocos momentos después, vestían una túnica de peregrinos, de burda piel de camello y manto de obscura lana, y tomando el cayado y el bolsón de pan, queso y frutas, recibían la bendición del Servidor y salían al mundo exterior por la puertecita que conocemos, y que daba al pajar de la Granja de Andrés.

El sol empezaba a derretir la nieve de las montañas y los senderitos tortuosos y resbaladizos, ofrecían grande peligro para quien se aventuraba por ellos. Sus viejas crónicas contaban de muchos esenios que habían perdido la vida en la travesía que ellos iban a realizar.

Saliendo de En-Gedí hacia el norte, el trayecto era mejor, aunque significaba dar toda la vuelta alrededor del Mar Muerto, y tropezar con poblaciones donde si bien tenían algunas familias esenias, les llevaría mucho más tiempo para llegar a los Montes de Moab que era su destino.

Era pues preferible tomar el camino de En-Gedí hacia el Sur, o sea pleno desierto, que sólo era interrumpido por la tétrica Fortaleza de Masada, espantoso presidio de los más audaces forajidos de toda la comarca. Debían atravesar las grandes salinas y después el turbulento riacho de Zarec, que bajando de las alturas de Acrobin se precipitaba con furia de torrente a desembocar en el Mar Muerto.

Aquellos espantosos parajes estaban infectados de fieras salvajes y de fieras humanas, pues los escapados de la Fortaleza, buscaban refugio en las más profundas y sombrías cavernas, donde también los tres esenios buscarían resguardarse de la nieve que caía abundantemente sobre toda aquella región.

Pero ellos habían jurado sobre los Siete Libros Sagrados de sus Profetas, seguir al que llegaba desde las alturas de su Séptimo Cielo para salvar a la humanidad. ¿Qué mucho era que ellos atravesaran unas millas entre la nieve y por montañas y desiertos escabrosos y poblados de fieras? ¿Qué era la humanidad para el Santo de los santos que venía a salvarla y a morir por ella?

¡Era también un desierto poblado de fieras, de sierpes venenosas, de lobos con fauces hambrientas!...

Más todavía: era una humanidad con inteligencia desarrollada, con voluntad empleada en el mal; ¡capaz de amor y de odio, capaz de venganza y de crimen!...

Y Yhasua no había visto nada de eso, ni había vacilado, ni se había detenido, ni había pensado que pudiera ser inútil su inmenso sacrificio...

¡Sacrificio de un Serafín del Séptimo Cielo en favor de los hombres terrestres, que sólo demostraban tener capacidad para odiarse unos a otros, para hacerse daño mutuamente, para devorarse como fieras rabiosas!...

Así meditaban los tres viajeros esenios, mientras avanzaban rompiendo la nieve por los peligrosos senderos que forzosamente debían recorrer.

Entre En-Gedí y la Fortaleza de Masada se extendía un mortecino valle, cuya escasa vegetación se debía al arroyo Anien que lo atravesaba de este a oeste.

Hasta pasado el mediodía, el arroyuelo estaba convertido en una sabana de escarchas, imposible de vadear ni de apreciar las honduras peligrosas que pudiera ofrecer. Se sentaron pues, a la orilla sobre la escasa hierba y abrieron los zurrones para tomar algún alimento. Apenas habían empezado su frugal comida, salió un hombre semidesnudo de un matorral de arbustos secos que ocultaban la entrada a una de las numerosas cuevas de aquellas áridas montañas.

Su cabellera enmarañada, y las ropas desgarradas que le cubrían a medias le daban el aspecto feroz de un oso parado en sus patas traseras.

—Llevo cincuenta días comiendo raíces y lagartos crudos –dijo aquel hombre, con una voz cascada y dura–. Si no sois fieras como las que pueblan estos montes, dadme por piedad un pedazo de pan.

Los tres esenios le extendieron los zurrones, mientras le decían:

—Toma lo que quieras.

—No estoy seguro aquí –añadió–, venid a mi madriguera que es más abrigada que este páramo.

Ellos lo siguieron. El hombre apartó con un palo las espinosas ramas de los arbustos y les dejó la entrada libre.

Era una cueva en la roca viva pero tan negra y sombría, que se estrujaba el alma de pensar que fuera aquello habitación de un ser humano.

—Come –le dijeron los esenios–, y dinos qué podemos hacer por mejorar tu situación.

—Mientras el sol derrite la escarcha del arroyo tenemos tiempo para escucharte.

—Bien comprendo que no sois hombres capaces de hacer daño ni a los lagartos que corren por estas breñas, y sé que no me delataréis.

—No, Hermano –le contestaron–. Nuestro deber es hacer bien a todos, no el mal. Somos los terapeutas peregrinos que recorremos las comarcas azotadas por las epidemias; y buscamos en las montañas plantas medicinales.

—Triste misión la vuestra; perder vuestro tiempo y vuestra salud, en curar a hombres que se devoran como fieras unos a otros; ¿por qué no curáis más bien las ovejas y los perros sarnosos?

Los esenios sonrieron y callaron. Demasiado comprendían el alma lastimada de aquel hombre, víctima sin duda de las maldades humanas.

—Yo vivo aquí, hace ya cerca de catorce meses porque quiero pagarme yo mismo una deuda. Tengo que matar un hombre que me ha reducido a la condición en que me veis, después de haberme robado mi mujer, y de haberla encerrado en un calabozo de esa fortaleza con los dos hijos que eran la única alegría de mi vida. Desde aquí, salgo como un lobo hambriento a espiar el momento propicio para dar el golpe. Es el Procurador, y tiene a mi mujer en la torre, engañada que yo he muerto junto con mis hijos en una revuelta callejera que hubo hace año y medio. ¡Pero yo le arrancaré las entrañas y se las daré a comer a los perros!... –Y el infeliz se ponía rojo de ira.

Los esenios pensaban y callaban.

—Dinos el nombre de tu mujer y de tus hijos –díjole Abiatar que era el de más edad–, y si Jehová está con nosotros, algo haremos por ti y por ellos. Mas empezad por no pensar más en la venganza, que ella os llevará a más grandes desgracias, y tu mal pensamiento nos impedirá obrar en tu favor.

—Mi mujer se llama Sabad y mis hijos Gedolin y Ahitub. ¿Qué pensáis hacer?

—Esto es cosa nuestra. ¿Conocéis bien este arroyo?

— ¡Lo crucé tantas veces! ¿Queréis vadearlo? –preguntó el hombre aquel.

—Tal es nuestro deseo y nuestra necesidad –contestaron los esenios.

—Seguidme pues, y gracias por el alimento que me habéis dado –y les devolvió los zurrones, casi llenos.

—Quédate con su contenido –díjole Joel–, porque Jehová nos sustenta a nosotros como a los pájaros del campo, y vació los tres zurrones sobre una piedra a la entrada de la cueva.

—Podéis morir de hambre si vais lejos –les repitió el hombre de la caverna.

—No te preocupes por ello, Hermano. Guíanos al paso que conoces del arroyo –insistió Abiatar.

El hombre se metió en su cueva seguido de los esenios que encendieron sus cerillas para poder distinguir algo en la espantosa tiniebla.

Caminaron un largo rato inclinados para no lastimarse la cabeza en las puntiagudas salientes de la roca. De tanto en tanto se sentían asfixiados, pero algunas grietas en la roca que dejaban filtrar luz y aire, les producían un pequeño alivio. Grande fue su sorpresa cuando vieron brillar un boquete de salida como un recorte de cielo dorado por el sol entre las sombras que les rodeaban. Y mayor fue su sorpresa cuando vieron a unos cincuenta pasos de distancia los negros muros de

la Fortaleza, a la cual, por el camino ordinario habrían tardado medio día en llegar.

— ¡Hermano! –exclamó Sadoc–, ¡qué buena obra has hecho con nosotros! He aquí la Fortaleza a cincuenta pasos de nosotros. ¿Y el arroyo?

—Va serpenteando por otro lado, pero yo descubrí este pasaje, y ya veis que es bastante bueno.

—Bien, bien, quédate aquí que ya te traeremos noticias de tu esposa y de tus hijos. –Y echaron los tres a andar, mientras el hombre solitario se quedó mirándolos con los ojos azorados. Uno de los esenios volvió la cabeza y le vio en la puerta de salida de la cueva que les seguía con la mirada. Agitó la mano en señal de amistad y de confianza, y siguió andando.

El hombre se dejó caer sobre la hierba mustia de aquel triste paraje, y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas curtidas por la intemperie, y fueron a perderse en su barba enmarañada.

—No todos los hombres son malos –murmuró–. Aún, hay justos sobre la Tierra... Empiezo a creer que existe Dios en lo más alto de los cielos. –Y cerrando nuevamente el áspero breñal que ocultaba aquella salida, se echó en el suelo y esperó.

Los tres esenios dieron la vuelta al negro murallón de piedra hasta dar con el gran portalón de entrada. Cuando estuvieron ante ella, tiraron de la soga de la campana que resonó como en el fondo de una tumba.

Un postiguillo enrejado se abrió y apareció la cara adusta del conserje que investigaba con la mirada.

— ¿Quién va? –se oyó al mismo tiempo preguntar.

—Terapeutas peregrinos que piden visitar los enfermos si los hay.

— ¡Ah, bienvenidos! Hay aquí unos cuantos lobeznos con el diablo de la fiebre en el cuerpo que me tienen a mal traer. Os abro enseguida.

Y después de grandes chirridos de cerrojos y de llaves, se abrió una pequeña portezuela por donde apenas cabía el paso de un hombre.

Los tres esenios entraron.

El conserje parecía tener grandes deseos de hablar, y hablaba él solo. Los esenios y nosotros lector, escucharemos en silencio.

—El alcaide no está, que fue llamado por el Procurador hace un mes y no sé cuando vuelve. Tengo casi todos los presos de los calabozos bajos, enfermos, y una loca en la torre que nos vuelve locos a todos con sus chillidos de corneja.

“Hermanos terapeutas, vosotros me conseguisteis el indulto de mis pecadillos de la juventud a cambio de que aceptase este puesto, pero creedme que malo y todo como soy, ciertas cosas me sublevan y quisiera mandar a todos al Valle de Josaphat y escapar de esta vida de infierno.

—Mira, Urías –aconsejó Abiatar–, tú sabes que aún vive el poderoso señor que quería asegurar con tu muerte el secreto que le interesaba guardar y que tú poseías. Él cree que estás sumido en un calabozo de esta fortaleza para toda tu vida, y con esta creencia vive tranquilo y tú te conservas con vida y salud. Jehová inspiró a sus siervos este modo de salvarte, y a la vez ayudar a corregirte llevando una vida ordenada, aunque triste por ser esta una mansión de dolor. Pero tu cautividad aquí no durará siempre.

"A nuestro regreso de este viaje, conseguiremos un buen cambio para ti. Llévanos a ver a los enfermos que prisa tenemos de continuar el viaje.

Les hizo bajar hasta los calabozos, donde entre los enfermos encontraron dos niños de once y trece años, hijos del hombre de la caverna. Una fiebre infecciosa por mala alimentación y falta absoluta de higiene les tenía postrados en un sucio lecho de pajas y pieles de oveja.

Tratándose de enfermos, los terapeutas peregrinos eran una autoridad en los presidios y aún ante los grandes personajes. Estaban reconocidos como médicos sabios y bajo este concepto les tenían en gran estima, pues curaban sin exigir gratificación ninguna.

Y así los terapeutas mandaron llevar a los enfermos a una gran sala alta, llena de aire y de sol, con cambio de alimentación, y con una buena limpieza como primera ordenanza antes de curarlos.

A los dos hijos del hombre de la caverna, les mandaron subirles a una sala de la torre que tenía una ventana hacia la dirección en que se hallaba la salida aquella del camino subterráneo. Cuando el conserje con sus ayudantes, realizaron todos estos cambios, los esenios pidieron visitar la enferma de la torre.

—Está loca furiosa –les contestó Urías, el conserje–, pero si os empeñáis, haced el milagro de salir sanos y salvos de sus garras. ¡Hacéis tantos milagros, haced también éste!

—Déjanos solos con ella –pidieron los tres médicos–, y no vengas hasta que necesitemos de ti.

La infeliz desahogó con ellos su espantoso dolor, que le hacía dar alaridos desesperados y estaba a punto de volverse loca de verdad.

Ya comprenderá el lector, que los esenios que poseían el secreto de toda la tragedia, pronto llenaron de paz y esperanza el alma de aquella mujer. La hicieron reunirse con sus dos hijos que habían sido llevados a la sala vecina, y el lector ya se figurará la escena que tuvo lugar entre la madre y los hijos separados cerca de un año y medio, sin tener noticias unos de los otros.

Pasada aquella explosión de dolor y de alegría a la vez, los esenios combinaron la forma en que los tres llevarían su vida en la torre sin dar lugar a sospechas de ninguna especie.

Era la Fortaleza de Masada un escenario demasiado conocido para los esenios, que hacía años entraban allí como médicos, y como consoladores de los infelices que eran condenados a la horca, que funcionaba en las profundidades del peñón en que se asentaba el edificio. Era una enorme caverna destinada nada más a cámara de suplicio, pues allí se cortaban cabezas, se ahorcaba, se descuartizaba y se quemaban a los condenados a la hoguera.

¡Aquella tétrica morada, era testigo mudo de los prodigios de ingenio y de abnegación de los terapeutas peregrinos, para evitar torturas y salvar a muchos infelices condenados a la última pena!

¡Cuántas vidas salvadas y cuántas almas redimidas, sin que nadie sobre la tierra conociera este aspecto del heroico apostolado de los esenios!

Era relativamente fácil para ellos, disponer las cosas en forma que la madre y los hijos pudieran estar juntos parte del día y de la noche, y que a la vez se hicieran ver los tres del solitario de la caverna por el gran ventanal que daba a esa dirección.

Una piedra que se movía de su sitio con solo introducir la punta de un cuchillo en el ensamble de una piedra con otra, era lo bastante para dar paso al cuerpo de un hombre, y de este procedimiento se valieron los esenios para que los dos hijos pudiesen reunirse con la madre.

Les encargaron suma prudencia y cautela hasta que ellos pudiesen buscar los medios de anular por completo la injusticia, de que la familia había sido víctima. Y para no dejar en olvido al solitario padre que les proporcionó el hacer tan excelente obra, dejaron a la esposa uno de los tres zurrones vacíos, para que atado al extremo de un cordel, le bajase a su marido todas las noches una parte de los alimentos que ellos como médicos mandarían que se les diesen a los tres enfermos de la torre.

Y llamaron entonces a Urías el conserje, para hablarle en presencia de los enfermos:

—Ya ves, Hermano conserje: esta enferma ya no molestará más a nadie con sus gritos, y continuará mejorando si le traes diariamente dos raciones abundantes, una a mediodía y otra a la noche. Queda en paz, Hermano, hasta nuestra próxima visita que será pronto.

Y aquel procedimiento lo usaron los esenios respecto a los demás enfermos; y recomendaron no cambiarles de las habitaciones designadas por ellos.

En el gran libro de las observaciones médicas, dejaron escrito:

“Los calabozos bajos no pueden ser habitados por la humedad e inmundicia, que puede desarrollar una epidemia mortífera para todos los habitantes de la Fortaleza”.

Luego el conserje, según las órdenes que tenía, entregó un bolso de buenas provisiones a los terapeutas peregrinos y besándoles la orla del oscuro manto de lana, les abrió la puerta recomendándoles no olvidarlo, pues el cargo de conserje de aquel sepulcro de vivos era demasiada tortura para él.

Los tres esenios salieron de la fortaleza, que pareció haberse iluminado a su llegada. ¡Tan cierto es, que cuando la Luz Divina y el Divino Amor están en un ser, todo en derredor suyo parece florecer de paz, de consuelo y de esperanza!

Dando algunos pequeños rodeos, trataron de acercarse al solitario de la caverna para entregarle un buen ropaje de abrigo y algunas mantas de lana, que pidieron al conserje para un mendigo enfermo que se albergaba en una caverna vecina.

Y lleno de gozo el infeliz escuchó de los esenios el relato referente a su esposa e hijos, y la forma en que podían comunicarse hasta que ellos buscasen los medios de conseguir reunirlos nuevamente, bajo el techo de un hogar honesto y laborioso.

¡El Dios-Amor oculto en aquellas almas, seguía sembrando paz, consuelo y esperanza!...

¡Eran esenios de grado cuarto y eran de verdad Cirios que daban luz y calor!...

Siguieron viaje costeando el Mar Muerto por el sur, atravesando las grandes salinas, y todos aquellos áridos parajes sin una planta, sin una hierbecilla, sin rumores de vida, sin nada que pudiera proporcionar al viajero, solaz y descanso.

Con las almas sobrecogidas de pavor, recordaban lo que las viejas tradiciones decían de aquel hermosísimo valle de Shidin, donde cinco florecientes ciudades habían sido destruidas por el incendio.

— ¡Justicia Divina sobre tanta maldad humana!... –Exclamaba uno de los tres, contemplando la abrumadora aridez y devastación producida en aquellas comarcas, por las que parecía haber pasado como un huracán, una terrible fuerza destructora, de la que no habían podido librarse en tantos siglos como pasaron.

Llegaron por fin a los enormes peñascales denominados entonces Altura de Acrobin, entre los cuales se despeña, salta y corre el riacho de Zarec, cuya presencia en aquellas escabrosidades pone una nota de vida y alegría en el muerto paraje. Raquíticos arbustos, cardos y algunas de las más rústicas especies de cactus cuajados de espinas se dejaban ver asomando de entre los grises peñascos, como diciendo al viajero: no esperes encontrar aquí nada en que puedas recostar tu cabeza cansada.

La travesía del riacho no les costó grandes esfuerzos, debido a que traía poca agua, la cual dejaba al descubierto grandes piedras, por las

que fueron pasando lentamente ayudados de sus cayados de varas de encina que usaban para los largos viajes.

Y cuando vieron por fin los altos picos de Abarín y de Nebo, cayeron de rodillas bendiciendo a Dios que les permitía llegar una vez más al Sagrado Templo, donde estaba encerrada toda la Sabiduría Divina que había bajado a la Tierra, como mensajes de los cielos infinitos para la mísera criatura humana, incapaz casi siempre de comprenderla.

Tan profunda fue su evocación amorosa hacia los Setenta Ancianos del Santuario, que a poco rato vieron descender por un estrecho desfiladero de las montañas, tres mulos con aparejos de montar, y a los cuales conducía de las bridas un enorme perro blanco, que a la distancia aparecía como un cabrito menudo.

—Nuestros padres han recibido anuncio de nuestra llegada y nos envían las bestias que han de conducirnos –dijeron los viajeros.

Y se sentaron sobre las piedras del camino, a tomar un poco de aliento y de descanso, ya que tenían la seguridad de que venían por ellos.

Más de una hora tardaron en llegar las cabalgaduras conducidas por el enorme mastín de las largas lanas blancas.

Los esenios acariciándole tiernamente, decían llevando su recuerdo a una vieja crónica de edades pretéritas, semiperdida en el inmenso amontonamiento de los tiempos:

— ¡Noble y hermosa criatura de Dios! Sería como tú el heroico y bellísimo animal cuadrúpedo de largo pelo blanco rizado muy semejante al reno de las tierras polares, que salvó al gran Padre Sirio, cuando vadeando un río caudaloso estuvo a punto de perecer ahogado!

“Hoy eres un blanco mastín dedicado a ayudar y a salvar esenios de los traidores peñascos... ¿Qué serás en los siglos venideros?...

El animal sintiéndose amado agitaba plácidamente su cola como un borlón de lana blanca, y los esenios pensativos y silenciosos por el gran recuerdo evocado, tuvieron al mismo tiempo esta visión mental:

Un monje de negros hábitos con la capucha calada que impedía verle el rostro, bajando por entre montañas cubiertas de nieve, alumbrado por un farolillo y guiado por un perro color canela que llevaba provisiones y agua atados al cuello, iban en busca de un viajero sepultado por la nieve en los altos montes Pirineos, entre España y Francia. Y comprendieron los tres sin haberse hablado una palabra, que en un futuro de quince siglos, el blanco mastín que acariciaban estaría haciendo su evolución en la especie humana, y seguiría la misión que había comenzado en los Montes de Moab de salvador de hombres. Era un ignorado monje de la orden del Císter, dedicada en especial a hospitalizar los viajeros que atravesaban las peligrosas montañas.

Cada uno en silencio escribió en su carpetita de bolsillo, la visión mental que habían tenido, y que guardaban cuidadosamente para ser examinadas y analizadas en la asamblea de siete días, que realizaban en el Gran Santuario en ocasión del ascenso de grados.

Y cuando les pareció que las cabalgaduras estaban descansadas, emprendieron de nuevo el viaje, llevando por guía al inteligente Nevado, que así llamaban al blanco mastín tan querido en el viejo Santuario, casi como un ser humano.

Tan peligroso era el descenso como la subida a los altos picos del Monte Moab, que parecía cubierto de un blanco manto de nieve velado con gasas de oro, por efecto de los rayos solares de la tarde. Aquellos altísimos promontorios cubiertos de nieve dorada a fuego por el sol, eran el cofre magnífico y grandioso que ocultaba a todas las miradas, los tesoros de Divina Sabiduría guardado por la Fraternidad Esenia, última Escuela que acompañaba al Cristo en su apoteosis final como Redentor.

Todo un desfile de grandes pensamientos iba absorbiendo poco a poco las mentes de los viajeros, a medida que trepaban por aquellos espantosos desfiladeros, en los cuales un ligero desvío de las cabalgaduras significaba la muerte. Aquel estrecho y tortuoso camino subía oblicuamente en irregular espiral hasta las más altas cimas, en medio de las cuales se tropezaba de pronto con una enorme playa de roca, como si una guadaña gigantesca hubiera cortado a nivel aquella mole gris negruzca, que parecía escogida para habitación o para tumba, de una regia dinastía de gigantes.

Aquella plataforma, era el forzado descanso de la tensión de nervios que sufría el viajero, viendo constantemente el precipicio a sus pies; y descanso para las cabalgaduras cuyo demasiado esfuerzo las agotaba visiblemente.

La naturaleza había dejado allí una sonrisa de madre para suavizar la pavorosa dureza del paisaje, en una cristalina vertiente que nacía de una grieta negra y lustrosa abierta en la peña viva. Diríase que algún Moisés taumaturgo la hubiera tocado con su vara, para hacer brotar el agua en cristalino manantial, que estacionado en un pequeño remanso o un estanque natural, se desbordaba después y se lanzaba con ímpetu hacia abajo formando el arroyo Armón, que corría sin detenerse hasta desembocar en la orilla oriental del Mar Muerto. En una cavidad de las rocas, los esenios habían amontonado gran cantidad de hierbas secas, granos y bellotas para las cabalgaduras, queso y miel silvestre para los viajeros.

— ¡Un breve descanso y arriba! –decían los esenios a Nevado y a los mulos mientras les daban su correspondiente ración– y que no nos sorprenda la noche en estos desfiladeros por causa de nuestra holganza.

Y cuando ya el sol iba a hundirse en el ocaso, los tres viajeros desmontaban en la gran puerta de entrada al Santuario de los esenios.

¿Te figuras lector amigo una enorme puerta de plata cincelada, o de bronce bruñido, o de hierro forjado a golpes de martillo?

Nada de eso. Es puerta de un Templo esenio que nada revela al exterior y sólo sabe que es una puerta el que ha penetrado alguna vez en ella. Era una enorme piedra de líneas curvas cuya forma algo irregular presentaba achatamientos en algunos lados, y que a simple vista parecía un capricho de la montaña o la descomunal cabeza de un gigante petrificada por los siglos. Mas era el caso que esta inmensa esfera de piedra giraba sobre sí misma en dos salientes cuyos extremos estaban incrustados en los muros roqueños de la entrada; y el movimiento era del interior al exterior, mediante una combinación sencilla de gruesas cadenas. La esfera entonces se abría hacia el exterior, y daba lugar a que entrasen los que Nevado anunciaba tirando con sus dientes del cordel de una campana; cordel que estaba oculto entre breñas a unos veinte pasos de aquella puerta original, y que nadie que no fuera Nevado podía introducirse por aquel vericueto de cactus silvestres y de espinosos zarzales. Apenas giraba hacia fuera la enorme piedra, se veía la dorada luz de varias lámparas de aceite que alumbraban la espaciosa galería de entrada, o sea un magnífico túnel esmeradamente trabajado por verdaderos artistas de la piedra.

Ningún audaz viajero escalador de montañas que hubiera tenido el coraje de trepar por aquellos fragorosos montes, cuyas laderas como cortadas a pico las hacían casi inaccesibles, no hubiera imaginado jamás que pasado aquel negro boquerón pudiera encontrar bellezas, arte, dulzura, suavidad y armonía de ninguna naturaleza.

En aquel oscuro túnel, sólo iluminado por lámparas que no se apagaban jamás, podían admirarse hermosos trabajos de alto relieve y de escrituras en jeroglíficos egipcios, traducidos al sirio-caldeo.

En alto relieve podían verse los principales pasajes de la vida de Moisés, empezando por el flotar de la canastilla de juncos, en que él fuera arrojado a las aguas del Nilo para ocultar su origen... El paso del Mar Rojo seguido por el pueblo hebreo, la travesía del desierto, las visiones del Monte Horeb, de donde bajó con las tablas de la Ley grabado a buril por él mismo, en uso de sus poderes internos sobre todas las cosas de la Naturaleza, y sintiendo a la vez que una voz de lo alto le dictaba aquel mensaje divino que hemos llamado: Decálogo.

Asombraba pensar en los años y en las vidas que se habrían gastado en aquella obra gigantesca.

Terminaba aquella galería en un semicírculo espacioso, del cual arrancaban dos caminos también iluminados con lámparas de aceite;

el de la derecha se llamaba: "Pórtico de los Profetas" y el de la izquierda: "Pórtico de los Párvulos". Por el primero entraban los esenios que vivían en común y en celibato. Por el segundo los que vivían en el exterior y formaban familias. Si de éstos, llegaban algunos al grado cuarto y por estado de viudez querían vivir en el Santuario, podían entrar por el "Pórtico de los Profetas". Era llamado así porque en aquellos muros aparecían grabados los principales pasajes de la vida de los Siete Profetas Mayores, cuyos nombres ya conoce el lector.

Mientras que en el "Pórtico de los Párvulos" habían sido grabados episodios ejemplares de esenios jóvenes de los primeros grados, que habían realizado actos heroicos de abnegación en beneficio del prójimo.

Por ambos caminos se llegaba al Santuario que quedaba al final de ellos, y cuya plataforma de entrada se anunciaba por un enorme candelabro de setenta cirios, que pendía de lo alto de aquella cúpula de roca gris que pacientemente labrada y bruñida, orillaba con el dorado resplandor de tantas luces.

La gran puerta era un bloque de granito que giraba sobre un eje vertical, sin ruido ni dificultad alguna, pero sólo por un impulso que se daba desde el interior.

Nevado se había llevado los tres mulos hacia unas caballerizas o cuadras, que se hallaban a la vuelta de un recodo en aquel laberinto de montañas y de enormes cavernas, en medio de las cuales se abrían vallecitos escondidos y regados por hilos de agua que bajaban de los más altos cerros, formados por los deshielos o por ocultas vertientes.

Los viajeros se anunciaban por un pequeño agujero practicado en el bloque giratorio, y el cual era el tubo de una bocina de bronce que repetía como un largo eco, toda frase que por allí se pronunciaba:

—Mensajeros del Quarantana; esenios del cuarto grado.

El Anciano que hacía guardia a la entrada del Santuario, hacía girar el bloque de granito, y los viajeros caían de rodillas besando el pavimento del Templo de la Sabiduría.

Los Setenta Ancianos cubiertos de mantos blancos, aparecían en dos filas a recibir entre sus brazos a los valientes Hermanos que habían arrostrado los peligros del penoso viaje, para llevarles un mensaje de gran importancia.

Aquella escena tenía tan profunda vibración emotiva por el grande amor a los Hermanos que luchaban al exterior, que éstos rompían a llorar a grandes sollozos mientras iban pasando entre los amantes brazos de aquellos setenta hombres que pasaban de los sesenta años, y que sólo vivían como pararrayos en medio de la humanidad; como faros encendidos, cuyo pensamiento escalaba los más altos cielos en demanda de piedad y de misericordia para la humanidad delincuente; como arroyuelos de

aguas vivificantes, que bajaban incesantemente para llevar su frescura, su paz y su consuelo a las víctimas de las maldades humanas.

Eran los Amadores terrestres, que a imitación de los Amadores del Séptimo Cielo, se ensayaban a ser arpas eternas en el plano terrestre por amor a los hombres, que eran la heredad cobijada por el Cristo.

Paréceme sentir el pensamiento del lector que pregunta:

¿Qué móvil, qué idea original y extraña guió a los esenios a ocultar su Gran Santuario Madre, en tan agrestes y pavorosos montes? Si montañas buscaban, había tantas en aquella tierra, que cubiertas de hermosa vegetación, eran un esplendor de la Naturaleza, como la cadena del Líbano y las montañas de Galilea y de Samaria.

Eran los esenios la rama más directa del árbol grandioso de la sabiduría de Moisés, el cual tuvo, entre la tribu Levítica que organizó antes de llegar a la llamada Tierra de Promisión, un jovencito que conquistó el privilegio desusado de las ternezas del gran corazón del Legislador. Era como una alondra sobre las alas de un águila; era como una flor del aire prendida al tronco de un roble gigantesco; era un pequeño cactus florecido en la cumbre de una montaña. Este jovencito llegó a hombre al lado del gran Hombre emisario de la Divinidad, y tanto mereció la confianza de Moisés, que en horas de amargura y de profunda incertidumbre, solía decirle: —"Essen, niño de cera y de miel, toma tu cítara y despeja mi mente, que una gran borrasca ha encrespado las aguas de mi fuente". Essen tocaba la cítara, y Moisés oraba, lloraba, clamaba a la Divinidad, que se desbordaba sobre él como un grandioso manantial de estrellas y de soles.

Este humilde ser que eligió la vida oculta en ese entonces, como expiación de grandezas pasadas que habían entorpecido su vida espiritual, había acompañado a Moisés cuando sus Guías, o sea las grandes Inteligencias que apadrinaron su encarnación, le anunciaron que había llegado la hora de su libertad, que subiera a la cordillera de Abarín, que entre ella buscara el Monte Nebo y la cumbre de Pisga, donde vería la gloria que Jehová le guardaba. Essen le siguió sin que Moisés lo supiera, hasta que estuvo en lo alto de la escarpada montaña. Le acompañó hasta el desprendimiento de su espíritu en el éxtasis de su oración en una noche de luna llena. Y cuando estuvo seguro que su Maestro no se despertaría más a la vida física, recogió su cuerpo exánime que sepultó en un vallecito llamado Beth-peor, sombreado por arrayanes en flor, bordado de lirios silvestres y donde anidaban las alondras y los mirlos. Le pareció digna tumba para aquel ser excepcional que tanto había amado. Y para no revelar nada de cuanto había ocurrido según él le ordenara, se refugió en una caverna y no se presentó más a Josué el sucesor de Moisés, por lo cual él y los Príncipes y los Sacerdotes tuvieron en cuenta

lo que el Gran Profeta les había dicho: “Si pasados treinta días no bajé de los Montes, no me busquéis en la Tierra porque Jehová me habrá transportado a sus moradas eternas”.

Este jovencito Essen de la familia sacerdotal de Aarón, fue el origen de los esenios que tomaron su nombre.

La cumbre de Pisga donde Moisés tuvo sus grandes visiones, el Monte Nebo donde murió, y el valle de su sepulcro, fue el lugar sagrado elegido por los esenios para su gran Templo de roca viva, que perduró hasta mucho después de Yhasua de Nazareth. He ahí por qué habían sido elegidos los fragorosos montes de Moab, para cofre gigantesco de cuanto había pertenecido a Moisés. Allí estaban aquellas dos tablas que él había grabado en estado extático, y que él mismo rompió en dos por la indignación que le causó al bajar del Monte Horeb, y encontrar que el pueblo adoraba a un becerro de oro y danzaba ebrio en rededor de él. Essen había recogido aquellas tablas rotas y eran las que guardaban en el Gran Santuario Madre de la Fraternidad Esenia.

¡Hecho este sucinto relato explicativo para ti, lector amigo, entremos también nosotros al inmenso templo de rocas donde viven los Setenta Ancianos su vida de cirios benditos, consumiéndose ante el altar de la Divina Sabiduría a fin de que jamás faltara luz a los hombres de esta Tierra, heredad del Cristo a cuyos ideales habían sacrificado ellos sus vidas tantas veces!...

Terminada la emotiva escena del recibimiento en el pórtico interior del templo, se veía un inmenso arco labrado también en la roca, el cual aparecía cubierto con un gran cortinado de lino blanco.

En aquel primer pórtico aparecían grandes bancos de piedra con sus correspondientes atriles para abrir los libros de los Salmos, donde cantaban las glorias de Dios o reclamaban su misericordia para la humanidad terrestre.

Era éste el sitio de las Asambleas de Siete Días para examinar las obras, los hechos, los progresos espirituales, mentales y morales de los Hermanos que debían subir a un grado superior.

Los Hermanos que debían ascender, vestían durante esos Siete Días túnica violeta de penitencia y cubiertos de un capuchón, ni podía vérseles el rostro, ni ellos podían hablar absolutamente nada.

Entregaban su carpeta donde aparecían sus obras y las luces divinas, y los dones que Dios les había hecho en sus concentraciones, y las debilidades en que habían incurrido, y el desarrollo de sus facultades superiores. Escuchaban las deliberaciones de los Ancianos que hablaban libremente como si los interesados no estuviesen oyéndoles, y asimismo exponían su fallo favorable o no, según los casos.

Si el fallo era favorable, los graduados levantaban su capuchón y el gran velo del Templo era descorrido para que pasaran todos al Tabernáculo de las ofrendas, donde el Gran Servidor encendía con un cirio de los Setenta que allí ardían, una hoguera sobre una mesa de piedra y en ella se quemaban las carpetas con la última confesión de los graduados.

El oficiante decía en alta voz: —"El fuego de Dios reduce todo a cenizas, lo grande y lo pequeño, lo bueno y lo malo. Y la ceniza es olvido, es silencio, es muerte". –Y cantaban el Salmo de la Misericordia o Miserere, arrojando incienso y mirra a las ascuas mientras el oficiante añadía–:

"Sea agradable a Vos, omnipotente Energía Creadora, Causa Suprema de toda vida, de todo bien, la ofrenda que acaban de hacer de los siete años vividos en vuestra Ley, estos Hermanos, que reclaman de vuestra inmensa Piedad, el don de ser acercados a Vos por nuevas purificaciones, que serán otros tantos holocaustos en favor de la humanidad, herencia del Cristo".

Acto seguido, les vestían las túnicas de blanco lino y les ceñían a la frente una cinta de púrpura con tantas estrellas de plata de cinco puntas como grados habían pasado. Y a la cintura les ceñían un cordel de lana color púrpura que se llamaba el Cíngulo de Castidad, en cuyos colgantes tenía tantos nudos cuantos grados habían pasado.

Entonces y sólo entonces, los graduados subían las siete gradas del Tabernáculo, donde se hallaba un gran cofre de plata cincelada que el Gran Servidor abría. Allí se veían las Tablas de la Ley rotas por Moisés y unidas cuidadosamente por pequeñas grapas de oro.

Con profunda emoción iban poniendo sus labios en besos reverentes sobre aquellos caracteres grabados por el Gran Ungido, más con la fuerza de su pensamiento y de su voluntad puestas en acción, que por su dedo convertido como en un punzón de fuego que pulverizaba y quemaba la piedra.

Allí estaban los cinco manuscritos originales de Moisés en jeroglíficos egipcios, que Essen había recogido de entre las ropas del gran taumaturgo después de su muerte.

Eran cinco pequeñas carpetitas de papiro encerradas en un bolsillo de cuero. Estaban abiertas para que se leyeran los títulos: Génesis -Éxodo -Levítico -Números -Deuteronomio.

Debajo de los cinco libros sagrados de Moisés, aparecía un papiro extendido, y sujetos los extremos por pequeños garfios de plata, en el cual se leía en antiguo hebreo:

"Yo, Essen, hijo de Nadab, de la sangre de Aarón, que huí a la altura de Nebo en seguimiento de Moisés, mi Señor, juro por su sagrada memoria que él me mandó recoger de su cuerpo estas escrituras cuando le viere muerto, y me declaró que la voz de lo alto le aconsejó llevarlas

consigo para que no fueran destruidas y adulteradas, como ya pensaban hacerlo una vez muerto el autor, pues que había tenido visión de que fueron quemadas las copias fieles que él mandara sacar para uso de los Sacerdotes y del pueblo. Mi padre Nadab, hijo de Aarón, gran Sacerdote, fue muerto en el altar de los holocaustos, por ofrecer incienso sobre las ascuas y panes de propiciación, y negarse a las degollaciones de bestias, repudiadas por el Gran Profeta. Y huí en pos de él, a causa de que su ley fue sustituida por otra ley en beneficio de los Sacerdotes y de los Príncipes de Israel, dueños de los ganados que prescribían sacrificar para su negocio y ganancias. Que Jehová Poderoso y Justiciero, ante quien voy a comparecer dentro de breve tiempo, dé testimonio de que digo verdad enviándome un siervo suyo que cierre mis ojos, y recoja las escrituras de Moisés, que yo su siervo he conservado".

Más abajo aparecía una nueva línea escrita con caracteres más gruesos y temblorosos: "Lloro de gozo y bendigo a Jehová, que dio testimonio de que yo decía verdad y trajo a mi soledad estos seis Levitas que huyen de la abominación de Israel, entregado a la matanza en los pueblos que quieren habitar, renegando de la Ley de Jehová que dice: "No matarás". Y luego con letras diferentes se veía: "Atestiguamos de ser todo esto verdad. Y seis nombres: Sabdiel, Jonathan, Saúl, Asael, Nehemías y Azur".

A continuación de las seis firmas volvía a leerse: "El amor de estos siervos de Jehová, háme curado la fiebre que me consumía, y Él me concede la vida por otro tiempo más. Loado sea Jehová, Essen, siervo de Moisés". Luego, una fecha que denotaba catorce años después, decía: "Jehová ha llamado a su Reino a nuestro Hermano Essen y le hemos sepultado en Beth-peor junto al sepulcro de Moisés nuestro Padre".

En lo más alto del Tabernáculo se veía una estrella de cinco puntas, símbolo de la Luz Divina formada con cinco lamparillas de aceite que ardían sin apagarse jamás.

Hacia la derecha se veía una gran alacena labrada también en la roca con muchos compartimentos, encima de los cuales se leía: Libros y Memorias de los Grandes Profetas. Y cada casilla ostentaba un nombre: Elías, Eliseo, Isaías, Ezequiel, Samuel, Jonás, Jeremías, Oseas, Habacuc, Daniel, etc., etc.

Hacia la izquierda había otra igual, encima de la cual podía leerse: "Crónicas de la Fraternidad y memorias de los Ancianos que vivieron y murieron en este Santuario" Y a un lado y otro del gran Tabernáculo central se veían dos pilastras de aguas que se llenaban por surtidores de las vertientes de Pisga, y se desagotaban por un acueducto que salía hacia el vallecito de las caballerizas. Aquellas aguas poderosamente vitalizadas, eran llevadas al exterior por los terapeutas peregrinos para la curación de muchas enfermedades físicas y mentales.

Descrito ya minuciosamente el Templo de los esenios, pasemos lector amigo, con los tres viajeros que en seguimiento de los Ancianos penetraron por una pequeña galería iluminada también con lámparas, hacia el interior del Santuario. Encima de cada lámpara podía leerse un grabado con una sentencia, con un consejo lleno de prudencia y de sabiduría de los grandes maestros y profetas esenios.

Entraron todos a las piscinas de baños para realizar la ablución de inmersión, que como medida de higiene y limpieza ordenaba la ley antes de la comida de la noche. Luego iban en conjunto al comedor, sitio en el cual era permitido el recreo y el solaz durante la comida, y allí se referían todas las noticias que los viajeros traían del exterior.

Y nuestros tres esenios viajeros, refirieron cuanto de extraordinario sabían del nacimiento del hijo de Myriam y de Yhosep.

Después de oírles atentamente, el Gran Servidor que era quien repartía y servía los manjares que de antemano habían sido colocados en grandes fuentes y cazuelas de barro, les decía: —"Cuando ayer a mediodía tuvimos anuncio espiritual de vuestra llegada, sabíamos que el Avatar Divino estaba ya encarnado en la ciudad de Betlehem, y que Hermanos del Templo de los Montes Quarantana venían con el aviso.

"Algunos videntes os vieron desde que salisteis de la Fortaleza de Masada en dirección hacia aquí.

"Cuando hayamos terminado la refección que Dios nos da, examinaremos juntamente con vosotros lo que nuestros inspirados y auditivos han escrito en sus carpetas de bolsillo y podremos ver las comprobaciones.

"Y cuando sea la hora del rayo de luna llena sobre las Tablas de la Ley, haremos la Evocación Suprema para que nuestro Padre Moisés vuelto a la Tierra nos dé otra vez su bendición".

Grandemente animada continuó la conversación espiritual de los Ancianos, sobre el gran acontecimiento que ocurría entre la humanidad terrestre, sin que ésta se apercibiera de ello.

— ¡Pobre niña ciega e inconsciente!, –exclamó uno de los Ancianos–. ¡Ha estado a punto de ser aniquilada y conducida a los mundos de tinieblas y no se dio cuenta de ello!

Cuando así hablaban, dos de los Ancianos y uno de los esenios, recién llegados, Sadoc, sacaron sus carpetitas de bolsillo y escribieron.

En las tres carpetas había estas palabras: "No aquí, sino en la caverna del Monte Nebo recibiréis el don de Dios. Eliseo".

Cuando se enteraron todos del mensaje, dijo el Gran Servidor:

—Entonces no hay tiempo que perder, porque el trayecto es largo y apenas si llegaremos al rayo de luna.

—Andando pues –dijeron todos.

Y embozándose con sus gruesos mantos blancos de lana, y encendidas las torcidas enceradas, pasaron del comedor a un recinto circular alumbrado débilmente con una lamparilla pendiente de la techumbre. Allí podían verse tres guardarropas de cedro, que sin puerta, dejaban ver gran cantidad de túnicas violetas de penitencia, túnicas y mantos blancos y cordones de púrpura.

Encima de los guardarropas, decía en uno: "Monte Nebo"; en otro: "Beth-peor" y en el tercero: "Pisga".

Entreabriendo las ropas colgadas se entraba a obscuros corredores, que conducían al templo de Monte Nebo, al valle de Beth-peor y a la cumbre de Pisga. En Monte Nebo los esenios habían transformado en un templo sepulcral, la gran caverna en que Moisés murió, y donde había orado tantas veces cuando su pueblo acampado en las faldas de los montes. huía él del tumulto para buscar a Dios en la soledad.

En una caverna de la cumbre de Pisga, había escrito Moisés su admirable Génesis, no el que nos muestra la Biblia hebrea que conocemos, sino la verdadera gestación de nuestro sistema planetario, desde que sólo era una burbuja de gas en la inconmensurable inmensidad, y que le fue diseñada en una de sus magníficas visiones.

En el valle de Beth-peor donde Essen sepultó a Moisés, tenían los Ancianos una Escuela-Refugio de niños y niñas, huérfanos, hijos de esclavos, de raquíticos, de tísicos y de leprosos, para curarlos y educarlos.

Y aquel hermosísimo valle rodeado de montañas y regado por las vertientes de Pisga, le llamaban el Huerto de Moisés. Y estaba al cuidado de una familia esenia compuesta de padre, madre y tres hijos: dos varones y una mujer. Tal como la familia de Andrés que guardaba la entrada al Templo del Monte Quarantana, y que se sucedían de padres a hijos. Por aquel valle que sólo estaba a una jornada del Mar Muerto, se podía salir hacia las poblaciones vecinas.

El mensaje les decía que era en Monte Nebo donde serían visitados por la gloria de Dios, y sin pérdida de tiempo se encaminaron por el negro boquerón que los llevaría hacia el lugar indicado.

Nuestros tres viajeros habían hecho aquel mismo camino, sólo una vez en su vida, o sea, cuando ascendieron al grado cuarto en que estaban, y su emoción iba subiendo de tono a medida que se acercaban. Aquella galería era tortuosa y a veces se ensanchaba enormemente, formando grandes bóvedas naturales, algunas de las cuales tenían aberturas en la techumbre por donde se filtraba la claridad de la luna.

Abría la marcha el Anciano que estaba de guardia para las puertas de entrada. Caminaron a buen paso como una hora y media, aquellos setenta y tres hombres embozados en mantos blancos, y con cerillas encendidas formando como una fantástica procesión silenciosa que parecía deslizarse en las sombras.

Un profano hubiera pensado que eran almas errantes que buscaban entre tinieblas la salida a un plano de luz. Pero tú lector y yo, sabemos que eran hombres de carne, consagrados a un ideal sublime de liberación humana, y no se paraban en sacrificios cuando en ello florecía la fe y la esperanza de una conquista espiritual.

¡Y allí iban como fantasmas de la noche por las entrañas de los montes, a embriagarse de Luz Divina, de Amor Eterno, de Sabiduría Infinita!...

Por fin sintieron el murmullo de cristales que se chocan y se rompen; era el caer de las aguas de una vertiente en un estanque natural que las recibía dejándolas desbordar por una especie de surco en la roca viva, que las llevaba alrededor de una inmensa caverna, donde ardían siete lámparas de aceite y donde un suave aroma de flores impresionaba agradablemente.

En el centro de la caverna se veía un gran cofre de piedra blanca, asentado sobre cuatro bloques de granito labrado y bruñido hasta dar brillo. En la tapa de resplandeciente cobre cincelado, decía en grandes letras: Moisés.

Al pie de este sencillo monumento se veían grandes ramos de arrayanes, de lirios del valle, de rosas blancas y rojas. Aquellas delicadas ofrendas florales contrastaban con la agreste rusticidad de la caverna que había sido conservada tal como la vieron los ojos de Moisés en carne mortal, cuando fue tantas veces allí a orar, a pensar y después a morir.

Hacia un lado se veía un saliente de roca que formaba como un estrado de dos pies de altura, tres de ancho y diez de largo, pero de irregulares líneas de contornos. Y encima aparecía grabado en la roca viva: “Sobre esta piedra, durmió y murió Moisés nuestro Padre”. “Essen su siervo”.

Aquella enorme piedra era usada como altar de las ofrendas, y apenas llegaron, encendieron sobre ella una pequeña hoguera para ofrecer incienso de adoración al Supremo Creador.

Los mirlos y las torcazas entraban y salían libremente por la abertura que habían practicado los esenios para que entrase el rayo de luna y el rayo solar a horas determinadas, y fuera a caer como un beso de luz astral sobre la momia de Moisés, dormida en su largo sueño de piedra en el cofre de mármol que la guardaba.

Hacia el opuesto lado del estrado se veía una abertura que daba paso a otra caverna, la cual era utilizada para sepultar a los Ancianos que morían en el Gran Santuario Madre. Sus momias aparecían disecadas de pie, adheridas a los muros de la caverna por soportes de cobre.

Aquella multitud de momias vestidas de túnica de lino y con capuchón blanco, a la temblorosa luz de las cerillas parecía como que fueran a echarse a andar para recibir a los visitantes vivos que acababan de llegar.

— ¡Muertos ellos y muertos nosotros, para aquello que los humanos llaman vida! ¡Vivos ellos y vivos nosotros para la verdadera vida, que es Esperanza, Amor y Conocimiento! –dijo el Gran Servidor que captó la onda de lúgubre pavor de los tres esenios viajeros no familiarizados todavía con aquella inmóvil familia blanca y muda, que hacía la guardia a la caverna sepulcral de Moisés.

El Gran Servidor ayudado por los Ancianos del más alto grado, levantaron la tapa del sarcófago de Moisés y la momia quedó al descubierto.

Tenía ya un color cetrino como un marfil demasiado viejo, y algunas partes presentaban sombras como de humo.

Había sido un hombre de alta estatura con una hermosa cabeza coronada por una frente genial. El hijo de la princesa egipcia y del Levita Amram, escultor hebreo, aún dejaba traslucir en su cadáver petrificado, rasgos de belleza de ambas razas.

Sus largas y delgadas manos aparecían extendidas sobre sus rodillas, y sobre sus pies desnudos se veía un grueso rollo de papiro enrollado por un aro de plata. Eran las escrituras de Essen sobre la vida de Moisés y la vida de los discípulos suyos, que después de su muerte se refugiaron en aquellos montes. En el pavimento de la caverna, casi debajo del dolmen de Moisés, se veía una losa de color más claro que el resto de las rocas, y escrito en ella y ya medio borroso de tantos pies que lo habían pisado, este nombre: Essen siervo de Moisés.

Allí dormía su largo sueño la momia del “niño de cera y miel”, que tocaba la cítara cuando al Hombre-Luz se le habían encrespado las aguas de su fuente interior.

Aquel amor había sido en verdad más fuerte que la muerte.

Apenas descubierta la momia de Moisés, los Ancianos empezaron a cantar el Salmo llamado de la Misericordia, mientras agitaban incensarios alrededor de aquella inmensa caverna.

Es el Salmo 136 y cuya letra original dice así:

“Alabemos a Jehová porque sólo Él es bueno, porque es eterna su misericordia”.

“Alabemos al Dios de los dioses, porque es eterna su misericordia”.

“Alabemos al Señor de los señores, porque es eterna su misericordia”.

“A Dios que hace grandes maravillas, porque es eterna su misericordia”.

“Al que hizo los cielos con sabiduría, porque es eterna su misericordia”.

“Al que extendió la tierra sobre las aguas, porque es eterna su misericordia”.

“Al que cubrió los espacios de grandes luminarias, porque es eterna su misericordia”.

“Al que en nuestro abatimiento derramó paz sobre nosotros, porque es eterna su misericordia”.

“Alabemos al Dios de todos los cielos, en la noche y en el día, en la vigilia y en el sueño, en la calma y en la angustia, porque es eterna su misericordia”. Así sea.

Terminado el salmo, cada cual se quedó quieto y mudo en el sitio en que estaba.

— ¡Que Dios misericordioso sea en medio de esta santa convocación!, –exclamó el Servidor con voz solemne, levantando a las alturas sus brazos abiertos, que era el signo supremo con que los grandes Maestros evocaban a la Divinidad.

Una radiante nubecilla empezó a revolotear como un remolino de los colores del iris sobre el dolmen de Moisés, que desapareció de la vista de los circunstantes. La nube radiante se tornó en llama viva, que fue llenando la inmensa caverna con sus reflejos de oro, de rubí, de amatista.

Los esenios quietos, inmóviles, silenciosos, pensaron quizá:

—“Este fuego divino va a consumirnos completamente”. Y asimismo no se movieron. Ya no se veían más unos a otros, porque todo lo había llenado la llama viva. Hasta la vecina caverna de las momias blancas en gran multitud, fue invadida por ella. Mas, era una llama que no hacía daño alguno, sino que transportaba el alma, inundaba la mente de divinas claridades, anulaba los sentidos físicos, sutilizaba la materia hasta el punto, que los esenios pensaron cada uno:

—“Mi cuerpo fue consumido por el fuego de Dios, y sólo vive mi Yo Interno, el que sabe amarle y puede llegar a comprenderle”.

Y un gozo divino les inundó, pues pensaron que no vivían ya más, la grosera vida de los sentidos.

Y entonces vieron entre la llama viva, la faz de Moisés tal como le habían visto otras veces, con esos dos potentes rayos de luz que emanaban de su frente, y cuyo resplandor no lo resistía la mirada humana. Y alrededor de él los sesenta y nueve Amadores compañeros, que extendiendo sus diestras sobre Moisés, parecían fortificar más y más con la potente irradiación que manaba de sus dedos, las dos poderosas fuentes de luz que brotaban de su frente, y que era la que había encendido la llama viva que inundaba la caverna.

Los esenios pensaron:

—“Sólo la frente de nuestro Padre Moisés ostenta dos manantiales de luz”. –Y la voz solemne de Moisés contestó ese pensamiento de los esenios:

—*"Fui ungido por las Antorchas Eternas de Dios, para traer la Divina Ley a esta Humanidad en aquella hora de mi Mesianismo, y por eso manan de mi frente estos poderosos rayos de luz".*

"Hasta entonces la Voluntad Divina sólo fue patrimonio de unos pocos, que la presintieron en sus horas de ansiedad por lo infinito. Mas, desde entonces, la Voluntad Divina cayó sobre la humanidad de este planeta con fuerza de Ley Suprema, de tan absoluta manera, que el que contra ella delinque, arroja sobre sí mismo una carga de tinieblas para innumerables siglos".

"Los Profetas blancos de Anfión, los Dakthylos de Antulio y los Kobdas de Abel, no fueron sino los primeros sensitivos que captaron la onda de la Ley Eterna, que se cernía como una llama purificadora más allá de la esfera astral del Planeta.

"Y mi encarnación en Moisés fue la conductora del Eterno mensaje que marcaba a fuego el camino de la Humanidad terrestre.

"Hoy es otro día en la Eterna inmensidad de Dios: es el gran día del Amor, de la Piedad, de la infinita Misericordia. El día grande del Perdón y de la Paz. Por eso no soy ya más, Moisés, el portador de la severa Ley Divina, sino simplemente Yhasua el Amador, el que envolverá en la ola inmensa del Amor Misericordioso a los que delinquieron contra la Eterna Ley traída por Moisés. Y porque fue olvidada esa Ley, la humanidad terrestre sería transportada a moradas de tinieblas a vivir vidas de monstruos o vidas de piedras y de rodantes arenas y cenizas, hasta que nuevas chispas encendieran las lamparillas que la Justicia Eterna apagara con su vendaval incontenible.

"Mas, ha llegado Yhasua el Amador con el mensaje del Perdón, de la Misericordia y de la Salvación para todos cuantos le reciben, le busquen y le amen. Apenas muerto en esta misma caverna que hoy inunda la gloria de Dios, el pueblo elegido para ser el primogénito de la Ley Divina, fue el primer prevaricador contra ella, como lo prueban las espantosas escrituras adjudicadas a mi nombre, y en las cuales se hace derroche de muerte, de víctimas y de sangre, allí mismo donde vierte su eterna claridad el mandato divino: No matarás

"No es más el día de ardiente sol de Moisés, sino el dulce amanecer de Yhasua el Amador. ¡Mirad!..."

Y al decir así, la esplendorosa visión se transformó por completo. La llama viva de oro y rubí se esfumó como un incendio que se apaga súbitamente, y sólo quedó envuelto en una rosada nubecilla un Moisés sin rayos en la frente, y solo, absolutamente solo, sin el radiante cortejo que le había acompañado. —*"¡Soy Yhasua, el Amador, que viene a vosotros como un corderillo manso a pastar en vuestros huertos de lirios en flor!... ¡Soy el Amador que busca ansiosamente a sus amados!... ¡Soy*

el amigo tierno que busca a sus amigos ausentes mucho tiempo!... ¡Soy la luz para los que caminan en tinieblas!... ¡Soy el agua clara para los que tienen sed!... ¡Soy el pan de flor de harina, para los que sienten hambre!... ¡Soy la Paz!... ¡Soy la Misericordia!... ¡Soy el Perdón!...

"¡A estos montes vendré a buscar como un aprendiz imberbe, vuestra sabiduría!... A esta misma caverna vendré ya joven y fuerte a pedir la Luz Divina para decidir mi camino, y seréis vosotros en la Tierra, los Maestros de Yhasua que envuelto en la materia y en un plano de vida en que todo le será adverso, se agitará indeciso como un débil bajel en una mar borrascosa, como un ciervo herido en un desierto sin agua..., ¡como un ruiseñor olvidado entre una estepa de nieve!

"¡Esenios silenciosos de Moisés!... Yo os lo digo: ¡Preparaos para ayudar a Yhasua a encontrarse a Sí mismo, para cumplir su destino, para llegar sin vacilaciones a su apoteosis de Redentor!".

Levantando extendidas sus manos que resplandecían en la noche como retazos de luna en los espacios, exclamó con una voz musical, como si fuera resonancia de salterios divinos que vibraban a lo lejos:

—*"¡Gloria a Dios en las alturas infinitas y paz a los hombres de buena voluntad!..."*

La visión se iba perdiendo a lo lejos y aún se oía su voz de música lejana:

—*"¡Esperadme que yo vendré! ¡Como el pájaro solitario a su nido! ¡Como el amado a la amada que espera!... ¡Como el hijo a la madre que le aguarda con la lámpara encendida!...*

"¡Esperadme que yo vendré!..."

¡Desapareció la visión quedando una suave estela de luz y una dulcísima vibración de armonía, como si no pudiese extinguirse por completo el eco prolongado de una salmodia indefinible!...

¡Sin saber cómo, ni por qué, ni cuándo, los esenios se encontraron todos de rodillas con los brazos levantados como abrazando el vacío y con los ojos empapados de llanto!...

¡Era el divino llorar del alma, a quien Dios ha visitado en la Tierra!... Después de un largo soliloquio mental de cada uno con la Divinidad, y de cada uno consigo mismo, los esenios silenciosos y meditativos tornaron por el mismo camino al Santuario y cada cual buscó la imperturbable quietud de su alcoba de rocas para reposar.

10
HA NACIDO UN PARVULITO

Volvamos a la serena quietud de Betlehem, la tranquila ciudad donde David el pastorcillo que Samuel, Profeta esenio, ungió rey de Israel... El rey de los salmos dolientes y gemebundos, cuando su corazón sincero comprendió que había pecado.

Volvamos a la casita de Elcana el tejedor, en una de cuyas alcobas, se encontraban Myriam y Yhosep con su niño Divino..., ¡el Dios hecho hombre! Y la Ley nos da permiso para escuchar su conversación. Es ya muy entrada la noche y todos se han recogido en sus alcobas de reposo.

Yhosep se despierta, porque siente que Myriam llora con sollozos contenidos, acaso para no llamar su atención.

Enciende un candil, y se llega al lecho de Myriam a quien encuentra con el niño en brazos.

— ¿Qué pasa, Myriam, que lloras así? ¿Está acaso enfermo el niño?

—No –dice ella–. Él duerme. Mírale.

—Y bien, si está tranquilito y duerme, ¿por qué lloras tú?

—Mañana hará ocho días que nació.

—Es verdad, ya lo he pensado y Elcana también. Ellos dos le llevarán a la Sinagoga a circuncidarle y yo me quedaré contigo.

Myriam dio un gran gemido y sus sollozos se hicieron más hondos. Yhosep apenado hasta lo sumo, no acertaba con la causa de aquel dolor.

—Una voz me ha despertado en el sueño –dijo por fin Myriam–, y esa voz me dijo: "Tu niño no será circuncidado".

— ¡Cómo podrá ser eso!, –exclamó Yhosep–. ¡Si es ley de Moisés, recibida por él mismo de Jehová! Cierto que este es un Profeta según todas las apariencias; pero todos nuestros Profetas creo que fueron sometidos a esa ley; ¿cómo podemos pecar contra la ley de Moisés?

—Yhosep, siéntate aquí a mi lado y yo te explicaré lo que me ha acontecido. Yo me desperté porque la canastilla del niño estaba llena de luz y creí que eras tú que habías encendido el candil para velarle. Y entonces comprendí que no era luz de candil sino un suave resplandor que salía de mi niñito, y esta luz alumbraba los rostros venerables y hermosos de varios Ancianos de blancas vestiduras, que le contemplaban con inefable ternura. Por fin, viendo que yo les observaba, uno de ellos me dijo:

—"Mujer, quítate esa espina de tu corazón, porque tu hijo no será herido por el cuchillo del sacerdote.

—"Es ley de Jehová –dije yo–. Y él añadió: —Ni es ley de Jehová, ni es ley de Moisés, sino de los hombres inconscientes que buscan la filiación

divina en groseros ritos materiales. La filiación divina la tenemos todas las criaturas humanas, porque de Dios surgimos como una chispa de una hoguera.

—"¿Quiénes sois vosotros que así me habláis? –les pregunté.

—"Somos –me contestaron–, los depositarios de los libros de Moisés que, desde él hasta hoy, habitamos obscuras cavernas en agrestes montañas, para que la Divina Sabiduría traída por él no sea corrompida y borrada de la faz de la Tierra. Somos los Ancianos del gran Templo esenio de Moab, y en sueños te visitamos para advertirte la voluntad Divina. Y en prueba de ser esto cierto, mañana estará enfermo el Hazzan de la Sinagoga, Yhosep encontrará un sacerdote que viene de Jerusalén, Esdras, que es de nosotros y a quien acabamos de visitar, como a ti, para que venga a esta Sinagoga. Id a él poco antes de mediodía, y llevadle al niño que él sabe lo que ha de hacer". Y dicho esto, desapareció el resplandor y los Ancianos. ¿Has oído, Yhosep?

—Sí, Myriam, he oído y mucho temo que sea esto engaño de espíritu de tinieblas. ¡Decir que la circuncisión no es ley de Jehová recibida por Moisés, grave es esta cuestión!

—Por eso mi aflicción ha sido grande, y llevo mucho tiempo clamando al Señor con lágrimas para que dé luz a su sierva que quiere nada más que lo que Él quiere.

— ¡Myriam!..., consuélate, que esto se esclarecerá mañana a la hora primera del día. Yo saldré al camino que viene de Jerusalén, y al primer sacerdote que llegue le preguntaré: ¿Eres tú Esdras, el sacerdote que Dios manda a Betlehem para circuncidar a un niño nacido hace ocho días? Y de su respuesta comprenderemos la voluntad de Dios.

Y ocurrió tal como los Ancianos habían dicho.

Y era Esdras un esenio del grado quinto que venía a Betlehem, avisado en sueños por los Ancianos de Moab, para evitar que fuera profanada la vestidura física del Avatar Divino con un rito grosero, impropio hasta de las bestias, cuanto más de seres dotados de inteligencia y de razón.

Llevado el niño a la Sinagoga y estando enfermo el Hazzan encargado de ella, Esdras con Elcana y Sara realizaron los rituales de práctica, se anotó en el gran libro, el nombre del niño y de sus padres con la fecha de su nacimiento, pero no fue herido su cuerpo porque Esdras era un esenio avanzado y conocía todos los secretos del gran templo de Moab, o sea, los libros verdaderos de Moisés y toda la Divina Sabiduría, que es la Ley Eterna para los hombres de este planeta. Y como Myriam había dicho que el niño debía llamarse Yhasua (Jesús en castellano), y Esdras sabía también que así debía llamarse, tal nombre le fue impuesto, y Elcana y Sara volvieron con el niño a su morada, a donde esa tarde acudió

también Esdras para sosegar el alma de Myriam, respecto de la visión que había tenido.

—Dime, Myriam –le decía Esdras–, si es que puedes recordarlo, ¿cómo era la investidura de los Ancianos que viste junto a la cuna de tu hijo?

— ¡Oh..., los recuerdo bien, sí! –contestaba ella–. Tenían los cabellos y las barbas blancas y largas donde no había rastro de tijeras, ni navajas; llevaban las túnicas ajustadas con cordones de púrpura, sobre la frente una cinta blanca con siete estrellas de cinco puntas que resplandecían con viva luz.

—Y dime, ¿nunca viste uno de nuestros templos esenios del Monte Carmelo o del Monte Hermón?

—No..., aún no, porque Yhosep y yo somos esenios del primer grado y los terapeutas peregrinos que nos instruyen nos dicen que cuando hayamos subido al grado segundo, nos permitirán la entrada al Santuario esenio, que para nosotros está en el Monte Tabor o en Monte Carmelo.

— ¿Cuánto tiempo lleváis en grado primero?

—Yhosep mi marido hace ya siete años, que juntos ingresaron con su esposa primera Débora; pero yo sumergí el rostro en el agua santa a mi salida del Templo de Jerusalén, cuando me desposé con Yhosep, hace diecisiete meses.

—Cuando volváis a vuestra casita de Nazareth y sea el niño más crecidito y fuerte, subiréis juntamente conmigo al templo esenio del Monte Tabor, y allí podrás ver algunos Ancianos tal como los que viste en tu sueño.

Myriam le miraba con sus grandes ojos dulces, como avellanas mojadas de rocío..., miradas en las cuales se transparentaba el oleaje ininterrumpido de sus emociones más íntimas, que asomaban a sus pupilas y que parecían asomar a sus labios, pero que ella guardaba siempre como si temiera que se evaporasen al salir al exterior. Más por fin, todas ellas se condensaron en esta sencilla interrogación.

—Pero..., ¿quién es este niño que me ha nacido?

— ¿Que quién es este niño? ¡Mujer bienaventurada por los siglos de los siglos!, –exclamó el sacerdote esenio, que si era doctor de la Ley en el Templo de Jerusalén por su descendencia de antigua familia sacerdotal, más era esenio por convicción, por educación, por íntima afinidad con la sabiduría esenia transmitida de su madre.

— ¡Mujer bienaventurada! Este niño, es la Luz Increada hecha hombre, es el Amor Divino hecho carne; es la Misericordia infinita hecha corazón humano. ¡Es un Cristo-hombre! ¿Comprendes Myriam?...

—Yo sólo sé y comprendo que es mi hijo; que es un pedazo de mi propia vida, que este cuerpecito de leche y rosas se fue formando poco a poco dentro de mi seno, donde se ha ocultado nueve meses, y que al

llegar al mundo exterior, aún necesita de que yo le dé vida con la savia de mi propia vida. ¡Es mi hijo!..., ¡es mío!..., ¡más mío que de nadie!, ¡él vive de mí y yo vivo..., vivo para él!

El esenio Esdras, comprendió que la inmensa ternura maternal de Myriam no le permitiría comprender sin alarmas y sobresaltos la grande y sobrehumana idea de un Hijo que era Dios.

¿Cómo asimilaría esta tiernísima madre apenas salida de la adolescencia, la suprema verdad, ni la estupenda grandeza espiritual de su hijo, que por ser lo que era podía bien calificarse de un don hecho por la Bondad Divina a toda la humanidad terrestre?

¿Cómo podría ella comprender la tremenda inmolación de su nombre de Madre en el altar del Amor Eterno?, que un día le diría con la voz inmutable de acontecimientos sucedidos: "Toda la humanidad delincuente puede decir como tú, Myriam: — ¡Es mío!..., ¡vive por mí y yo vivo por él!...

Diríase que en los más recónditos senos de su Yo íntimo, Myriam presentía el futuro, sin tener noción ni idea del divino arcano que tenía su cumplimiento y su realización en el plano físico terrestre, en cuanto al hijo que acababa de nacerle. Y de ahí la secreta alarma que la hacía pronunciar siempre y de improviso estas mismas palabras: —"Es mío más que de nadie. Es mi hijo, y él vive de la savia de mi vida, y yo vivo para él".

A veces añadía: — ¿Por qué vienen tantas gentes a verle? ¿No es acaso un niño como los demás?

"Los sacerdotes de Jerusalén se ocultan para venir a verle y dicen: "No digáis que estuvimos a ver a este niño. No reveléis a nadie lo acontecido antes y después de su nacimiento. ¡No sea que obstaculice la ignorancia de los hombres, el cumplimiento de los designios divinos!..."

"¡Me espanta todo este enigma que hay alrededor del hijo de mis entrañas! ¿Qué ven las gentes en él?..., ¿qué ven? ¡Yo sólo una cosa veo: que es el tesoro que Dios me da..., que es lo más hermoso que hay para mí sobre la Tierra!... ¡Que será lo más santo y lo más bueno de la Tierra porque yo lo he ofrecido a Dios para que él sea todo suyo!..., porque siendo de él, es mío, puesto que Dios me lo ha dado. ¡Sólo Dios Padre Universal puede ser dueño de mi hijo sin arrancarlo a mi cariño!...

Una especie de delirio febril iba apoderándose de Myriam a medida que hablaba, y sus palabras dejaban traslucir el temor de que su hijo le fuese arrancado de sus brazos como consecuencia del gran interés y entusiasmo que su nacimiento despertaba. Y Esdras le decía:

—Sí, Myriam, hija mía, cálmate, es tuyo, Dios te lo ha dado y porque te lo ha dado eres bienaventurada por los siglos de los siglos. Las gentes que conocen la grandeza espiritual de tu hijo, sienten el afán de verle,

de tocarle, pero nadie piensa en arrancarlo de ti, Myriam, vive tranquila que su llegada significa para ti la bendición divina.

Hizo grandes recomendaciones a Elcana y a Yhosep referente al cuidado del niño, y les dijo que en todo cuanto les ocurriera, dieran aviso a los terapeutas peregrinos para que fuera remediado de inmediato. Luego volvió al Templo de Jerusalén rebosante su alma de consuelo y de esperanza, porque había visto cumplida la promesa de Jehová a Moisés en la cumbre de Pisga: "Toda esa tierra que ves, desde este Monte hasta la Mar Grande será la heredad de Israel, mas tú no entrarás en ella en esta hora, en que habrá muerte y desolación, guerra y devastaciones. Pisarás esa tierra en la hora de tu victoria final, cuando habrás vencido al mal que atormenta a la humanidad del planeta".

Y Esdras el esenio del grado quinto, anduvo esa noche como un fantasma por el pórtico de los Sacerdotes para departir con Nehemías, Habacuc y Eleazar, sacerdotes y esenios como él, sobre el cumplimiento de la escritura profética de Moisés.

¿Qué no dieran ellos por encontrarse en el Gran Santuario de Moab en medio de los Ancianos Maestros, en esos momentos solemnes para la Fraternidad Esenia, que sería la madre espiritual del Avatar Divino encarnado en medio de la humanidad?

Mas, la Ley Eterna les había confiado la misión de salvaguardar los ideales religiosos de los verdaderos servidores de Dios, la interpretación fiel de la Ley Divina, o sea los Diez Mandamientos de las Sagradas Tablas, que era lo único de cuanto dijo Moisés que no había sido adulterado, desvirtuado o interpretado equivocadamente.

Ellos veían con dolor la profanación horrible que se había hecho siglo tras siglo de las Escrituras de Moisés, sobre todo de los Libros llamados Levítico y Deuteronomio, donde no sólo se encuentran a cada paso formidables contradicciones con los Diez Mandamientos de la Ley Divina, sino que se hace alarde de una ferocidad inaudita, donde se incita a la venganza, al crimen, al incendio, a la devastación de pueblos y ciudades que quisieran los hebreos conquistar para sí. Y todo esto, con la aseveración antepuesta:

"Y dijo Dios a Moisés", para que lo transmitiera a Israel... Y aquí los mandatos de arrasar pueblos, ciudades, sin dejar uno vivo (*palabras textuales), ni a los hombres ni a las mujeres ni a los niños. Y ese Dios había hablado a Moisés en el Monte Horeb para hacerle grabar en piedra sus Diez Mandamientos, entre los cuales hay dos, el primero y el quinto que dicen: "Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo". Y el quinto que dice: "No matarás".

Y en estas adulteraciones de los libros de Moisés tenía origen la persecución a los verdaderos y fieles discípulos del gran Legislador, que

habíanse visto obligados a ocultarse en las cavernas de los montes, o a vivir de incógnito en las Sinagogas y en el Templo, aun con grave riesgo de ser descubiertos y pagar con la vida la ilusión hermosa de reconstruir la obra espiritual de Moisés. Todos los esenios que se permitieron alimentar este sueño, habían sido condenados a muerte, acusados de innovadores, hechiceros, de perturbadores del orden, de sacrílegos, entre ellos el más audaz de todos: Hillel, esenio del grado sexto que sin importarle de su vida, recorrió la Palestina hablando en calles y plazas de la verdadera doctrina de Moisés. Esto ocurrió cincuenta años antes del nacimiento de Yhasua. Y llegó Yohanán el Bautista que como un vendaval de fuego sagrado, quiso llevar a Israel a la verdadera doctrina de Moisés, basado en la pureza y santidad de la vida, no en el exorbitante número de sacrificios sangrientos que hacían del Templo de Dios y Casa de Oración, un inmundo matadero, donde corría la sangre por altares y pavimentos, y manchaba de rojo las blancas vestiduras sacerdotales y los velos de las vírgenes y las viudas que cantaban las alabanzas de Jehová. Y porque el Templo había sido profanado, Yohanán llevó las gentes a las orillas del Jordán, bajo la luz serena de los Astros, bajo la sombra de los árboles, a la vera de las aguas puras y cristalinas del río, para que aquel pueblo encontrara de nuevo al Dios de Moisés, en la belleza sublime de todas sus obras en las cuales debía amarle sobre todas las cosas... Y la cabeza de Yohanán el Bautista, el esenio de grado séptimo, cayó en la obscuridad de una mazmorra, y su muerte fue inculpada por unos, a venganza de Herodías que había abandonado a su marido que no era rey, para unirse ilícitamente con su cuñado que era rey. Por otros al apasionado amor de la jovencita Salomé que ganó por medio de una danza, el derecho de pedir al rey lo que quisiera..., y por insinuación de su madre Herodías, pidió la cabeza de Yohanán el Bautista. Tal fue lo sucedido, pero la verdadera historia dice, que la sentencia de muerte del Bautista fue pedida por los Doctores de la Ley y el Sumo Sacerdote porque vieron que el Templo se quedaba sin matanza para los sacrificios, y los mercaderes, agentes de lucro de los sacerdotes, se quejaban de las escasas ventas realizadas, desde que un impostor vestido de cilicio y piel de camello, decía al pueblo que la purificación debía nacer de su propio interior, mediante el esfuerzo y la voluntad de mejoramiento espiritual, y no por matar un toro, un cordero, una ternera, y regar el altar de Dios con su sangre, y quemar después las carnes palpitantes y tibias de la víctima.

Y los esenios en sus secretas e íntimas conversaciones de entonces, decían: “He aquí que la mayoría de esta humanidad había merecido ser llevada a las Moradas de Tinieblas, para volver al no ser y comenzar de nuevo su evolución desde el grano de arena o el átomo de polvo que se lleva el viento por la espantosa adulteración y desprecio de la Ley Divina

traída por Moisés... Centenares de sus discípulos habían encontrado la muerte en la defensa de su doctrina sin haber conseguido nada.

Y Moisés, movido de piedad de sus mártires que a millares se habían sacrificado..., movido a piedad de esta heredad humana que el Padre le confiara, deja su cielo radiante... El Séptimo cielo de los Amadores, y baja por última vez a la Tierra para salvar la humanidad que caminaba al caos y a la destrucción. ¿Le escuchará la humanidad? ¿Le reconocerá la humanidad?

¿Vestirá la túnica de penitencia y caerá de rodillas ante él, reconociendo su pecado?

¿Irá Yhasua a Roma pagana e idólatra, para llevarla a la adoración del Dios verdadero?

¿Y desatará allí Yhasua todos sus estupendos poderes, y realizará maravillas suprahumanas como Moisés en Egipto, para que el César al igual que el Faraón diga a Yhasua: "Veo que Dios está contigo; haz como sea tu voluntad?" Y, ¿será entonces Yhasua el Instructor de toda la humanidad que le seguirá dócilmente como una majada de corderillos?

En esta santa conversación estaban los cuatro sacerdotes esenios a la débil luz de un candil, cuando la diestra de Nehemías empezó a temblar sobre la mesa.

Tomó rápidamente el palillo de escribir y sobre un pedazo de su manto de lino escribió: "Huid por la rampa que sale hacia las tumbas de los Reyes, porque dos levitas espías escucharon vuestra conversación y estáis amenazados de muerte antes del amanecer. Huid, Eliseo".

El candil se apagó súbitamente, y los cuatro esenios se hundieron por un negro hueco que se abría en el fondo de una inmensa alacena, depósito de incensarios, de vasos y fuentes usados para el culto, y del cual sólo ellos poseían el secreto. A no haber estado familiarizados con aquel tenebroso corredor, se habrían vuelto locos para encontrar la salida entre tinieblas, pues no tuvieron tiempo de buscar cerillas ni antorchas ni cirios. Ya otras veces habían burlado espionajes y delaciones del mismo estilo, mediante esta salida subterránea del Templo de Jerusalén, y que era obra de un profeta esenio de nombre Esdras, el cual estando entre el pueblo hebreo cautivo en Babilonia se ganó la confianza y el amor del Rey de Persia y de Asiria, Artajerjes, que le autorizó para reconstruir la ciudad Santa y el templo, destruidos por la invasión ordenada por Nabucodonosor, cuando arrasó a sangre y fuego la ciudad de David y el Templo de marfil y de oro construido por Salomón.

Y al hacer Esdras el Profeta, la reconstrucción, le hizo hacer con obreros esenios esa salida secreta, porque como buen discípulo de Moisés soñaba con devolver a Israel la doctrina de su gran Legislador, y que los Maestros esenios que habitaban las cavernas de los montes,

tomaran nuevamente la dirección espiritual de las almas, formando el alto sacerdocio del Templo. Precavido y temeroso, Esdras, de que volverían también los enemigos encubiertos de la doctrina Mosaica, hizo abrir este corredor secreto en dirección al oriente y que iba a salir a la Tumba de Absalón, antiguo monumento labrado esmeradamente en la roca viva de las primeras colinas del Monte de los Olivos, de que formaba parte el Huerto de Gethsemaní.

Por allí entraban y salían los terapeutas peregrinos para llevar mensajes de los Maestros del Monte Moab a los sacerdotes esenios, que por razón de su ascendencia no podían eludir el servicio del templo cuando les tocaba el turno.

Entre las facultades psíquicas de Esdras el Profeta, se destacaba la premonición, llegando a veces a leer como en un libro abierto un futuro lejano. Y acaso vio en sus profundas y solitarias meditaciones, la persecución y muerte de que serían objeto sus Hermanos esenios, después que fueron ellos los más abnegados e incansables obreros de la reconstrucción de Jerusalén y de su templo devastado.

Y la magia divina de los cielos nos deja ver a Esdras el Profeta en la soledad de la noche, bajo un pórtico semiderruido del Templo, examinando a la luz de un candil un croquis de la ciudad Santa y sus alrededores, para encontrar la orientación y salida más conveniente al corredor de salvamento, que después tomó su nombre: Sendero de Esdras. Estudiados los pro y los contra, el vidente esenio comprendió que mayores facilidades y ventajas ofrecía el camino hacia el oriente con salida al Monumento de Absalón, que abandonado y semiderruido no interesaba ya a nadie, pues era sólo un osario repugnante donde sólo los lagartos y los búhos habitaban. Además, ofrecía la ventaja inmensa de la proximidad al Monte de los Olivos, en cuyas grandes mesetas de roca había buenas cavernas y que esas tierras hasta Betania eran heredades de familias esenias que desde muchas generaciones iban pasando de padres a hijos. En las cavernas de aquellos montes se habían salvado de la invasión asiria, numerosas familias esenias, que continuaron viviendo allí, mientras la mayoría del pueblo joven y fuerte vivía esclavizado en Asiria.

En las montañas del norte de la ciudad Santa estaba la llamada gruta de Jeremías, muy conocida de los esenios por haber sido el refugio y recinto de oración de uno de sus grandes profetas, el inimitable cantor de los Trenos. Pero quedaba muy distante, lo cual hacía doblemente grande el esfuerzo a realizar.

Se hallaba también al sur, la tumba de David para salida, pero a más de la larga distancia, era lugar demasiado frecuentado, por hallarse hacia allí un acueducto a las piscinas de Siloé, y la carretera hacia Betlehem.

Y al mismo tiempo que a la luz del sol, el Profeta esenio con miles de obreros hacía reconstruir la ciudad y el Templo, un centenar de picapedreros esenios abría y fortificaba el estrecho corredor subterráneo, por donde los discípulos de Moisés podrían continuar iluminando las conciencias, alimentando la fe del pueblo hebreo fiel a su gran Instructor, y a la vez estar en contacto con los Ancianos de Moab.

Este sendero de Esdras, fue el que siguieron los cuatro esenios sacerdotes de Jerusalén, en la noche del mismo día en que fue impuesto al niño de Myriam el nombre de Yhasua. Diríase que las inteligencias del mal desataban sus fuerzas destructoras para comenzar de nuevo el aniquilamiento de las legiones mosaicas, el mismo día que salía Yhasua ante el mundo, anotándose en los libros de la Sinagoga el nombre con que vendría para siempre..., a ellos, que habían sepultado bajo espantosos errores la ley suya, escrita sobre tablas de piedra por el dedo de fuego de Moisés...

Llegaron al viejo monumento funerario, donde entre losas amontonadas, ocultaban pieles y mantas, y pequeños sacos de frutas secas, y redomas con miel. Encendieron lumbre y se tendieron extenuados sobre lechos de heno y pieles de oveja.

Tres horas después resplandecían los tintes del amanecer.

Cuando el sol se levantaba en el horizonte, se encaminaron hacia Betania con indumentaria de viajeros, y así entraron por diferentes caminos a la ciudad, donde Nehemías y Eleazar pasaron de inmediato al templo para tomar turno en el Servicio Divino, mientras Simón y Esdras quedaban en sus casas particulares.

La estratagema de la huída por el camino subterráneo, les sirvió para desvirtuar la delación al Sanhedrín que era en mayoría favorable al Sumo Sacerdote, hombre duro y egoísta, que lucraba con su elevada posición y luchaba por exterminar de raíz lo que él y sus secuaces llamaban sentimiento o sensiblerías de una generación menguada, de sacerdotes indignos de la fortaleza divina de Jehová; y estos deprimentes calificativos, iban aplicados a los de filiación esenia. Y en los recintos del Templo cualquier observador sagaz, hubiera notado bien definidas las dos tendencias que el Sumo Sacerdote había calificado de “Sacerdotes de bronce y Sacerdotes de cera”.

Los de cera eran los esenios, que desgraciadamente formaban la minoría; pero una minoría que a veces adquiría tal prestigio y superioridad en medio del pueblo fiel, que los de bronce vivían mortificados, despechados, lo cual desataba de tanto en tanto fuertes borrascas que cuidaban mucho de que no salieran al exterior.

Las clases pudientes de la sociedad estaban con los sacerdotes de bronce y las clases humildes con los de cera. Ya comprenderá el lector

que los primeros buscaban en el servicio del Templo su engrandecimiento personal y el aumento de sus riquezas, y desde luego estaban fuertemente unidos a las clases pudientes poseedoras de grandes extensiones de tierra pobladas de ganados. Y en la ley relativa a los sacrificios sangrientos, iba en aumento siempre el número de víctimas a sacrificar, pues en ello estaban particularmente interesados los dueños, que vendían a un altísimo precio los agentes intermediarios, puestos por los sacerdotes en los atrios del templo, como hacen en un mercado público los vendedores de mercancías, y los sacerdotes mismos que tenían doble ganancia: la ofrecida por los intermediarios, y las que producía la venta de carne de las víctimas que la Ley de Moisés, según ellos, destinaba para consumo de la clase sacerdotal.

Imposible que los sacerdotes y levitas consumieran aquella enormidad de animales que se degollaban cada día sobre el altar de los holocaustos, los cuales sumaban varios centenares sobre todo en las solemnidades de Pascua y en las fiestas aniversarios de la salida de Egipto, y de los retornos de los cautiverios que por tres veces había sufrido el pueblo de Israel. Dichas carnes destinadas al consumo de Sacerdotes y Levitas, eran conducidas desde el Templo a sus casas particulares, las cuáles tenían siempre una puertecita muy disimulada en el más invisible rincón del huerto, destinada a sacar por allí en sacos de cuero, aquellas carnes vendidas a terceros negociantes, cual si fueran sacos de frutas o de olivas.

En cambio los Sacerdotes que estaban en el bando calificado de Doctores de cera, impedían esos pingües negocios de carne muerta, porque a los fieles que les hacían consultas en los casos de ofrecimientos de holocaustos, siempre les contestaban de igual manera:

—"Traed un pan de flor de harina, rociado con aceite de olivas y espolvoreado con incienso y mirra, o una rama de almendro en flor, o una gavilla de trigo, o una cestilla de frutas, porque place a Jehová que el humo perfumado de estas primicias de vuestras siembras, suba hasta él juntamente con vuestros pensamientos y deseos de vivir consagrados a su divino servicio, cumpliendo con los Diez Mandamientos de su Ley".

Debido a esto, los sacerdotes que eran esenios por sus convicciones, estaban en turno de uno o dos cada día, porque de lo contrario arruinaban el negocio de las bestias, lo cual era una grave amenaza para las arcas sacerdotales y para sus agentes intermediarios.

En la época que diseñamos, en todo aquel numeroso cuerpo sacerdotal y levítico, sólo había catorce sacerdotes que eran esenios, o sea el número siete doble, y veintiún Levitas, el siete triplicado, que era una insignificancia, comparado con los centenares que formaban los Sacerdotes y Levitas del bando de los Doctores de bronce.

Estas aclaraciones minuciosas y pesadas si se quiere, tienen por objeto que el lector sea dueño en absoluto, del escenario ideológico en que

actuará Yhasua dentro de breve tiempo, o sea el que tardemos en relatar sus primeros acercamientos al Templo de Jerusalén.

A los cuarenta días de su nacimiento, estaba de turno en el servicio divino, el esenio Simeón de Betel y los Levitas: Ozni, Haper, Jezer y Nomuhel, para auxiliarle en su ministerio. Había asimismo otros sacerdotes y Levitas auxiliares en el turno de ese día, más escuchemos lo que había pasado en la casita de Elcana el tejedor, tres días antes.

Era la medianoche y todos dormían. Sólo Myriam velaba, pues el gemido de su niño la había despertado, y luego de amamantarle continuaba meciéndole entre sus brazos, mientras le susurraba a media voz una suave canción de cuna:

¡Duerme que velan tu sueño
Los ángeles de Jehová!...
Los angelitos que bordan
De luces la inmensidad.

¡Duerme que velan tu sueño
Los ángeles de Jehová!...
¡Y derraman en tu cuna
Sus rosas blancas de paz!

Duerme hasta que encienda el día
Sus antorchas de rubí.
Y se vayan las estrellas
Por los mares de turquí.

Manojillo de azucenas
En el huerto de mi amor
Duerme mi niño querido
Hasta que despierte el sol.

El Cristo-niño se quedó dormido profundamente. Myriam vio que una tibia nubecilla rosada lo envolvía como un pañal de gasas que ondulaban en torno a su delicado cuerpecito. Y de pronto una vaporosa imagen de sin igual belleza apareció de pie junto al lecho. Era un rubio adolescente con ojos de topacio que arrojaban suavísima luz.

— *¡Myriam!...* –le dijo con una voz que parecía un susurro–. *¿Me amas?*

— ¿Quién eres tú que me haces esa pregunta?

—*El mismo que duerme sobre tus rodillas.*

— ¿Qué misterio es éste, Jehová bendito?

—No es misterio, Myriam, sino la verdad. ¿Temes a la verdad?

—No, pero mi hijo es un niñito de un mes y tú eres un jovenzuelo... Y no comprendo lo que mis ojos ven.

—Myriam, la Bondad Divina te llevó al sacerdocio de la maternidad que te exigirá dolorosos sacrificios. De aquí a tres días te obliga la ley, a presentarte al templo para la purificación y para consagrarle a Jehová.

"Ni la maternidad te ha manchado, ni yo necesito consagración de hombres, pues que antes de nacer de ti, ya estaba consagrado a la Divinidad. Mas, como es un rito que no ofende al Dios-Amor, irás como todas las madres, y tu holocausto será una pareja de tórtolas de las que venden en el atrio destinadas al sacrificio. Iréis a la segunda hora en que encontraréis en el altar de los perfumes, al sacerdote Simeón de Betel con cuatro Levitas.

"Le dirás sencillamente estas palabras: "Mi niño es Yhasua, hijo de Yhosep y de Myriam".

"Él sabe lo que debe hacer".

Y la suave y dulce visión se inclinó sobre Myriam, cuya frente apenas rozó con sus labios sutiles; se dobló como una vara de lirios en flor sobre el cuerpecito dormido, y se esfumó suavemente en las sombras silenciosas y tibias de la alcoba.

Todos dormían, y sólo Myriam velaba en la meditación del enigma que encerraba su hijo.

Recordaba lo que las madres de los antiguos profetas habían visto y sentido, antes y después del nacimiento de sus hijos, según decía la tradición. Recordaba lo que le había dicho su parienta Ana Elhisabet, madre de Yohanán, nacido pocos meses antes de Yhasua:

—"Mi pecho salta de gozo por lo que en tu seno llevas".

—"¿Qué sabes tú, mujer?

—"Salen de tu seno rayos de luz que envuelven toda la Tierra. Traes el fuego y no te quemas. Traes el agua y no te ahogas. Traes la fortaleza y llegas a mí, cansada. ¡Oh, Myriam! ¡Bendita tú, en el que viene contigo!"

Y encendiendo el candil, alumbró Myriam el rostro de su niño dormido. Estaba como siempre, pero esta vez sonreía.

Y ella oprimiéndose con ambas manos el corazón porque palpitaba demasiado fuerte, murmuraba:

—"¡Cálmate, corazón, que tu tesoro no te será arrancado sin arrancarte la vida!

"Duerme también, corazón, como duerme tu niño, que si es elegido de Jehová, él mismo será tu guardador.

"Duerme corazón en la quietud de los justos, porque lo que Dios une, los hombres no lo separan".

Y Myriam acostóse en el lecho, y con el niño en brazos durmió hasta el amanecer.

Dos días después en la primera hora de la tarde, Yhosep y Myriam emprendieron viaje a la vecina Jerusalén para dar cumplimiento a la Ley que ordenaba la ceremonia de la purificación para la madre, a los cuarenta días de nacido su hijo, al cual debía al mismo tiempo consagrarle a Jehová en su santo Templo.

La pareja de asnos, en que Elcana y Sara desde años realizaban sus viajes a Jerusalén en la festividad de la Pascua, fueron los conductores de la familia nazarena en esta andanza de ley.

Tenía Elcana en la ciudad Santa a su hermana viuda, Lía, madre de tres hijas que aún no estaban casadas: Ana, Susana y Verónica, criadas las tres en las severas costumbres morales en que educaban sus hijos las familias esenias.

Vivían en el barrio de la puerta oriental, o sea, en dirección a las piscinas de Siloé. Donde hoy es la Puerta Mora. Juntamente con ellas vivía su anciano tío Simeón, hermano del padre de Lía, el cual tenía dos hijos Levitas: Ozni y Jezer, que justamente estaban de servicio esos días como auxiliadores del anciano Simeón de Betel.

A esta buena familia hierosolomita, iban recomendados como huéspedes: Myriam y Yhosep, con su pequeño hijo.

Lía con sus tres hijas vivían con la labor de sus manos habilísimas en el hilado y tejido del lino y lana, que luego teñían esta última, en grandes madejas de color cárdeno, púrpura y violeta, según los pedidos fueran para las vestiduras sacerdotales del Templo, o para los Santuarios esenios, que usaban el blanco y el violeta subido.

El anciano tío Simeón, sacaba su manutención de los derechos de sus dos hijos Levitas a los diezmos y primicias que aportaba el pueblo para todas las familias Levíticas. Como ellos, consecuentes con su ideología esenia no tomaban parte en sacrificios de bestias, sólo percibían las primicias y diezmos de aceite, olivas, frutas, harina de trigo y demás cereales que se cosechaban en el país.

Viudo también el anciano Simeón y solo, unió su vida a la de su sobrina, que muy joven quedó sin marido y con tres hijas adolescentes. La presencia del tío anciano era siempre una sombra protectora para la joven viuda y sus hijas.

Como se ve pues, toda esta familia vivía del trabajo que daba el Templo en tejido y labores manuales en general. Tenían además una participación en un hermoso y extenso huerto de viñas, cerezos y naranjas que formaba un delicioso valle en la cadena de montañas llamada Monte de los Olivos, que abarcaba toda la parte oriental del país. Era el Huerto de Gethsemaní, propiedad de un núcleo de familias esenias que lo cultivaban

en conjunto. La familia de Lía, era lo que entonces podía llamarse una familia acomodada con holgura y tranquilidad.

Llegaron los viajeros sin previo aviso, pero la carta de Elcana que entregó Yhosep al llegar, valió por todos los anuncios premonitorios y auspiciosos que hubieran podido hacerse.

Decía así:

"Silencio y paz del Señor en tu hogar, mi querida hermana Lía. Junto con ésta te mando el más grande tesoro que podíamos ambicionar los Hermanos del Silencio.

"Myriam y Yhosep, nuestros parientes, llevan para presentar al Templo a su primogénito Yhasua, en el cual según todas las probabilidades y a juicio de los Maestros, está encerrado el Avatar Divino esperado por los hijos de Moisés desde hace tantos siglos. Creo pues, que sabiendo el huésped que te mando, no necesito hacerte recomendación alguna, ya que el silencio para nosotros no es un consejo sino una ley. En cuanto a Myriam y Yhosep, ya los verás; son como los panes de la propiciación que en el altar del Señor se dejan consumir sin ruido. Cuanto hagas por ellos, por mí lo haces.

"Con un gran abrazo de Sara y mío, me despido hasta la vista.

"Elcana".

Lía leyó la carta de Elcana, su hermano, y la escondió en su seno.

Y aunque había recibido con gran benevolencia a sus huéspedes en la sala del hogar, corrió Lía presurosa hacia ellos y arrodillándose ante Myriam que tenía a su hijito en el regazo, rompió a llorar con emoción intensa sobre el cuerpecito del niño abrigado en gruesas mantillas. Myriam emocionada también, no estorbaba el amoroso desahogo de su parienta lejana, que desde muy niña no veía.

Mientras se desarrollaba esta escena, Yhosep con el Anciano Simeón, acomodaban las bestias en el establo.

La hermosa virtud de la hospitalidad esenia, hacía tan agradables los viajes, que cada cual llegaba a encontrarse como en su propia casa, en la casa de sus Hermanos de ideología. Para ninguno era inquietud ni sobresalto viajar sin un solo dracma en su bolsa vacía, porque hasta era agravio para el dueño de casa que su huésped pensara en darle compensación material.

En toda bodega esenia había siempre un fondo de repuesto que se llamaba "la porción de los viajantes", que no se tocaba si no era para cambiarla por provisiones frescas recientemente cosechadas.

— ¡Bendita seas tú, Myriam, en el hijo que el Señor te ha concedido y bendita sea esta casa que le da hospitalidad! En la tristeza y luto de mi viudez, no pensé jamás que viniera así la alegría de Dios a iluminar mi morada.

— ¿De dónde sacas tales palabras para dirigirnos a mi hijo y a mí? –preguntó Myriam, temerosa de que aquella mujer hubiera también penetrado el enigma.

—De la carta de mi hermano Elcana –le respondió Lía.

—Pero..., te ruego silencio –añadió Myriam.

— ¡Silencio hasta que sea llegada la hora de Dios! –contestó Lía con solemnidad casi profética.

Y asomándose al taller donde sus tres hijas hilaban y tejían en sus telares, les dijo:

—Venid a besar el hermoso niño de vuestra parienta Myriam. Es su primogénito y la tradición asegura que trae suerte a la casa que le hospeda.

Las tres jovencitas entraron precipitadamente. Verónica y Ana eran mellizas y tenían trece años. Susana, la mayor, contaba quince, y se quedó de pie observando al niño mientras las dos menores se arrodillaban junto a Myriam para besar al pequeñito, que dormía tranquilamente.

De pronto dijo Susana, con un acento que parecía salir de su íntimo yo, con el semblante sobrecogido por un dolor interno e indefinible:

—Con tanto amor y dicha le besáis ahora y un día le enjugaréis la sangre y le besaréis muerto... –Y cayó desvanecida en los brazos de la madre, que la sostuvo.

— ¡Dios mío!... ¿Qué te pasa, Susana?... Traed agua, por favor –dijo a sus hijas, que se apresuraron a humedecer la frente de la joven desmayada. Myriam algo había percibido de aquellas terribles palabras y su alma tierna de sensitiva se sobrecogió de espanto.

— ¿Es profetisa vuestra hija? –preguntó a Lía.

—No, nada de eso se le ha conocido nunca. Sí que es muy impresionable y a veces se espanta de un débil ruido y hasta de su sombra.

—Parece que hablaba algo referente a mi niño, como alusión a un accidente. ¿Seremos acaso atropellados por algún motín popular mañana al ir al Templo?...

— ¡Oh, no lo permitirá Jehová! No pienses así, Myriam, ¡por favor! Es que esta hija se ve como acometida de no sé qué delirios extravagantes –decía la madre haciendo beber a Susana pequeños sorbos de agua. Al fin se reanimó e iba a hablar, pero los ojos inteligentes de su madre le impusieron silencio.

—Ven acá, Susana –dijo Myriam tomando una mano de la jovencita–. Dime, ¿viste a mi niño acometido de un accidente? ¿Por qué dijiste esas palabras?

—No, Myriam, no. Es que yo padezco de visiones imaginarias que a veces me hacen sufrir mucho. Vi tendido aquí un hombre muy herido y muerto que me causó indecible espanto y compasión. Eso fue todo.

—Pero eso nada tiene que ver con el niño de Myriam –añadió la madre procurando dar fin al asunto–. Sólo siento –dijo–, que en este momento de tanta dicha, haya venido a mezclarse este pequeño incidente. No es nada, no es nada. —Y la viuda Lía arrojó al fuego del hogar: incienso, mirra y un fruto fresco de manzano, mientras decía—: "Que Dios Todopoderoso arroje de este recinto los espíritus del mal y nos envíe mensajeros de paz y amor".

—Así sea –contestaron todos.

La entrada de Yhosep y del anciano Simeón acabó de tranquilizar los ánimos.

Y antes de que llegara la noche los dos hombres se encaminaron al Templo para saber por medio de los Levitas hijos de Simeón, la hora fija en que el sacerdote esenio estaba de turno al día siguiente, que era el prescripto por la ley para la presentación del niño de Myriam.

Quedaron, pues, convenidos que a la hora tercia esperaría en la puerta que daba al atrio de las mujeres, el sacerdote Simeón de Betel, esenio de grado cuarto, con los Levitas Ozni y Jezer como auxiliares. Y muy bajito dijeron los Levitas a Yhosep y a su padre, que la noche antes el sacerdote mencionado y ellos tuvieron aviso de los Ancianos de Moab, que al día siguiente haría su primera entrada al Templo, el Avatar Divino, y que se guardara bien de ofrecer por él, sacrificio de sangre. Que aceptara las tórtolas presentadas por Myriam, y las soltara en libertad por una de las ojivas del Templo.

El viejo Simeón, padre de los Levitas, como buen esenio, guardaba silencio, pero en su Yo íntimo empezaba a levantarse un gran interrogante:

— ¿Quién es ese niño, que así se preocupan de él los Ancianos de Moab?

Esenio del grado primero, igual que Yhosep, sabía cumplir con los Diez Mandamientos, rezar los salmos y guardar hospitalidad. No iba más allá su instrucción religiosa.

Yhosep ya estaba más en el secreto de la superioridad de su hijo, debido a los fenómenos suprafísicos que se habían manifestado desde antes de nacer el niño. Pero él era buen esenio y nada dijo.

Cuando regresaron a la casa de Lía, Myriam, que había dejado al niño dormido en la canastilla, salió a recibirlos y su primera pregunta fue ésta:

— ¿Hay tumulto en el centro de la ciudad?

—No, todo está en calma –contestaron los dos hombres a la vez.

—Hace tanto tiempo que se acabaron los tumultos –dijo Simeón–, porque los grandes señores del país encontraron el modo de arreglarse con los dominadores, y el pueblo se cansó de motines en que siempre sale perdiendo... ¿Por qué lo preguntáis?

—Hace tanto tiempo que no estoy en la ciudad de David, y pensé que podía ser como en mis días de pequeña –explicó Myriam.

Yhosep en cambio, algo percibió en los ojos ansiosos de Myriam, alrededor de los cuales creyó ver una sombra violeta. Y entrando con ella a la alcoba en que el niño dormía, la interrogó.

—Temo por nuestro niño –le contestó ella—. Desde que me hicieron comprender que hay en él, algo superior a los demás niños, vivo temerosa y llena de inquietudes.

—Por eso mismo que hay designios de Jehová sobre él, debemos pensar que será doblemente protegido de los demás. Vive tranquila, Myriam, que es grande tu dicha por ser madre de tal hijo. –Y besándola tiernamente sobre los cabellos, fueron ambos a sentarse junto al fuego del hogar, donde ya estaba reunida toda la familia para la cena. Susana había quedado en el lecho a causa de la pequeña crisis nerviosa que tuvo esa tarde.

Simeón como el más anciano, bendijo el pan y lo partió entre los comensales según la costumbre esenia, haciendo igual cosa con el ánfora del vino, del cual puso una parte en los vasos de plata que había sobre la mesa.

Myriam presentó a su vez, las ofrendas que enviaba Elcana desde Betlehem a su hermana Lía, consistentes en quesos de cabra, manteca y miel de la montaña.

Un abundante guisado de lentejas y un gran fuentón de aceitunas negras del Huerto de Gethsemaní, condimentadas con huevos de gansos asados al rescoldo, componían la comida que presentó la hospitalaria Lía a sus huéspedes.

Myriam quiso llevar por sí misma una tacita de miel y un trocito de queso al lecho en que descansaba Susana.

— ¡Pobrecilla!... –le dijo–. Me apena que te hayas enfermado a nuestra llegada. Siéntate y come de esta miel que manda tu tío Elcana, y acaso te confortarás. –Y ayudó a la jovencita a incorporarse en su lecho. Susana comió y cuando hubo terminado, abrazando el cuello de Myriam, la suplicó:

—Si me traes aquí un poquitín a tu niño me curaré por completo. Vi en sueños a Elías y Eliseo nuestros grandes Profetas que envolvían en fuego a tu niño para que nadie le hiciera daño. Debe ser un gran profeta tu hijo, Myriam, ¿no lo has pensado tú?

—Desde antes que el naciera vengo viendo extraordinarias manifestaciones que a veces me traen temerosa de toda esa grandeza que me anuncian; pues yo sólo sé que es mi hijo, y no quiero que su grandeza lo aparte jamás de mi lado. Te lo traeré.

Y unos minutos después el pequeñín descansaba sobre las rodillas de Susana sentada en el lecho. Se quedó inmóvil contemplando al hermoso querubín de nácar y rosas dormido en su regazo.

Myriam la contemplaba a ella. La vio palidecer intensamente, pero se contuvo a una señal de silencio que la joven le hizo.

Observó que su mirada se tornaba vaga, cual si mirase a una lejanía brumosa... Después de unos instantes, levantó al niñito suavemente a la altura de sus labios y lo besó en la frente como se besa un objeto sagrado.

— ¡Dime la verdad, Susana! Tú has visto algo en él, ¿qué has visto?

—Una locura, Myriam, de las muchas que me acosan continuamente: He visto que yo iba por un camino siguiendo el cortejo fúnebre de un pariente cuya muerte nos causaba gran dolor, y que este niño, ya joven y hermoso, detenía el cortejo y hacía levantar del féretro al muerto y lo devolvía a su madre vivo y sano. ¿Será que tu hijo es un gran profeta o que yo estoy loca de remate?

— ¡No!..., tú no estás loca, sino que en mi niño hay algo tan grande..., ¡tan grande, Susana!..., que vivo llena de espanto, como las mujeres de Israel cuando veían los relámpagos y sentían los truenos en Horeb y en Sinaí... Las cosas demasiado grandes, espantan a las almas tímidas como la mía...

Y tomando Myriam a su hijito que se despertaba en ese instante, le dijo con los ojos empañados de llanto:

— ¿Por qué eres tan grande, querubín mío, si tu madre es pequeña y débil como una corderilla, que sólo acierta con la fuente para beber?

Y silenciosa se llevó al niño a la alcoba.

Y junto al fuego del hogar, mientras la madre y las hijas ordenaban todo cuanto se había usado para la cena, Simeón y Yhosep departían sobre las esperanzas de una próxima liberación para Israel.

—Unos sostienen que vendrá de nuevo Elías para hacer bajar fuego del cielo, que consuma en un abrir y cerrar de ojos a los dominadores que con los tributos empobrecen al pueblo. Y otros dicen que vendrá también Moisés para realizar las maravillas que espantaron al Faraón, y dejó en libertad al pueblo. –Decía así Simeón.

— ¿Qué se dice de todo esto en el Templo? Por tus hijos puedes saberlo –contestó Yhosep.

—Mis hijos escuchan todos los días que el tiempo ha llegado para que aparezca el Libertador de Israel; pero parece que las esperanzas se van esfumando lentamente, porque en las líneas consanguíneas directas de David, no se tiene conocimiento de que haya nacido un varón en la fecha que esperaban los Doctores del Templo.

—Uno de mis hijos fue con otros Levitas hacia Levante; otros al Poniente, otros al Norte y al Sur del país, a mirar los registros de las Sinagogas, en busca del anhelado acontecimiento.

— ¡Cómo!... ¿Y ningún varón ha nacido en Israel de la descendencia de David? –preguntó extrañado Yhosep.

— ¡No, no es eso!... Ya se ve que no andas tú en las intimidades sacerdotales –decía afablemente el viejo tío de Lía–. Es que no sólo se espera un varón en la descendencia de David, sino un varón nacido en la fecha marcada por los astros que presiden los destinos del pueblo hebreo. Además ese niño extraordinario debe ser el primogénito de una doncella recién casada; y aún cuando alguna profecía existe, parece indicar que nacería en Betlehem, eso se pasaría por alto, en atención a que alguna cosilla haya pasado para las estrellas delatoras del acontecimiento. Mas, es el caso que han nacido varios varones de la descendencia de David, pero que son hijos terceros o cuartos o sextos de matrimonios, padres de numerosa prole.

— ¿Y no fueron por Betlehem los agentes sacerdotales? –preguntó algo inquieto Yhosep.

—Naturalmente que sí, y fueron de las primeras sinagogas inspeccionadas. Estuvo allí para mayor seguridad el sacerdote Esdras.

— ¿Y sin resultado? –volvió a preguntar Yhosep.

—Igual que en todas partes, pues en la rama bilateral que hay en la descendencia de David, no hubo nacimiento de primogénito varón en la fecha indicada. Y en el Sanhedrín hay una desazón estupenda por este motivo, debido a que el Rey Herodes que se entiende muy bien con el Gran Sacerdote, se hizo dar todas las explicaciones pertinentes a estos asuntos; y empieza a burlarse de todas las profecías, y hasta prohibió que se hable al pueblo absolutamente nada acerca del libertador, Rey de Israel, que debía nacer en estos tiempos.

"Cuando llegaron los últimos agentes con noticias negativas, y el Rey lo supo, obligó al Sanhedrín a darle una declaración firmada de que pasó la hora anunciada por los astros para el nacimiento del Mesías-Rey de Israel, y que por lo tanto, el pueblo, por medio del Sanhedrín que es su suprema autoridad, renuncia a todas sus esperanzas y derechos en favor de Herodes el Grande y su descendencia.

— ¿Y el Sanhedrín lo hizo? –preguntó Yhosep con cierta ansiedad.

—El Sanhedrín aprecia más la amistad del Rey que hace grandes concesiones al alto cuerpo sacerdotal, que mantener una esperanza que hasta hoy ha resultado vana.

Y bajando la voz como temeroso de ser oído, Yhosep preguntó:

—Y los sacerdotes esenios, ¿qué dicen a todo esto?

—Son la minoría y no hacen cuestión de este asunto. Además ellos no esperan un Rey-Libertador, sino un Mesías-Profeta y Taumaturgo al estilo de Moisés para restaurar su doctrina y depurar la Ley.

—Hondas son estas cuestiones para que las tratemos nosotros, Hermano Simeón –alegó Yhosep, dando un corte a la conversación, pues varias veces en el curso de ella, estuvo a punto de hablar sobre las manifestaciones extraordinarias que se habían notado desde antes del nacimiento de su hijo.

Lía, que había oído en silencio toda esa conversación, recordaba la carta de su Hermano Elcana, esenio del segundo grado, como ella y su marido ya muerto, y creyó mejor guardar el secreto que su hermano le recomendaba.

Pensó con mucho acierto: "Si Yhosep, que es el padre del niño, no habla; si el sacerdote Esdras, esenio adelantado, calla; yo, pobre mujer que no sé si mis revelaciones harían acaso un desastre, con mayor motivo debo callar".

Y muy disimuladamente hizo que acomodaba los troncos de leña que chisporroteaban en el hogar, y arrojó a la llama la carta de su Hermano, sepultando así en el fuego aquel secreto que le hacía daño.

En el corazón de Lía, única mujer hierosolimitana que lo sabía, quedó sepultado el divino secreto del Cristo-hombre cobijado bajo su techo, muy cerca del Gran Templo, en plena ciudad Santa, mientras el orgulloso Sanhedrín y demás Príncipes Sacerdotes se devanaban los sesos pensando cómo podía ser que hubieran fallado los astros y las antiguas profecías de los videntes de Israel.

Los sacerdotes más ancianos decían, rasgando sus vestiduras en señal de funestos presagios:

—Cuando los astros y las profecías han fallado nueva desgracia amenaza a Israel. Terribles signos son éstos que en otra hora fueron anuncio de dispersión, de incendios y de muerte. Acaso la llegada de la nueva centuria nos encontrará a todos en el Valle de Josaphat y a nuestros hijos cautivos en tierra extranjera.

Tal era el ambiente en el Templo de Jerusalén el día que llegaba la humilde pareja: Myriam y Yhosep con el Cristo-niño en los brazos. Era poco antes del mediodía, y un sol de oro caía como una lluvia de arrayanes sobre la magnífica cúpula del templo, que recibía bajo sus naves al Cristo-hombre, sin saberlo aquellos fastuosos sacerdotes, cuya regia indumentaria de púrpura y pedrería dejaba muy atrás a los reyezuelos de la Palestina.

Por aviso espiritual, los Sacerdotes y los Levitas esenios estaban enterados, y la noticia fue confirmada por los dos hijos de Simeón, que la víspera lo supieron por su padre y Yhosep cuando estuvieron a preguntar la hora en que serían atendidos. Y de acuerdo todos ellos, se unieron para ofrecer en el altar de los perfumes, holocaustos de pan de flor de harina rociado del más puro aceite de oliva aromatizado de esencias, vino puro

de uva con incienso y mirra, frutos de manzano, flores de naranjo y cuanta flor y fruto de aroma pudieron reunir. Pretextaron que era aniversario de cuando Moisés hizo brotar agua fresca de la roca en el desierto. Los dos sacerdotes esenios que estaban de turno, Simeón y Eleazar, podían realizar aquella liturgia usada todos los años.

Las doncellas del Templo fueron invitadas para cantar salmos al son de sus cítaras y laúdes. Los catorce sacerdotes esenios con sus veintiún Levitas, provistos de incensarios de oro daban vueltas cantando alrededor del Tabernáculo en el preciso momento en que Yhosep y Myriam llegaban al atrio.

Una vez realizado el rito de la purificación, Myriam con su niño en brazos penetró al Templo hasta el sitio donde era permitido llegar a los seglares. El gran velo del Templo corrido severamente, no les permitía ver lo que los Sacerdotes y Levitas realizaban detrás de él en el Sancta Sanctorum. Las vírgenes en un alto estrado con rejas de bronce, cantaban el más vibrante salmo de alabanza a Jehová. Y cuando Myriam y Yhosep entregaban las tórtolas del holocausto y Simeón tomaba en sus brazos al divino niño para ofrecerlo a Dios, sin que nadie supiera los motivos, el gran velo del Templo fue abatido hacia un lado, como si un vendaval poderoso hubiese hecho correr las anillas de plata que lo sostenían en una larga vara del mismo metal.

Todos los presentes sintiéronse sobrecogidos de respeto y admiración, al ver cómo una corriente de poderosa afinidad obró lo que podía bien tomarse como una extraordinaria manifestación espiritual, que ponía de manifiesto la excelsa grandeza del ser que se ofrecía a Dios en aquel momento.

Mientras tanto Simeón de Betel, tenía al niño levantado en alto al pie del altar de los perfumes y añadía a las frases del ritual aquellas palabras que ha conservado la tradición: —“Ahora, Señor, puedes echar polvo en los ojos de tu siervo porque ellos han visto tu Luz sobre la Tierra”.

Una anciana paralítica de nombre Ana, que todos los días se hacía llevar en una camilla hasta el interior del Templo para orar a Jehová que enviase su Mesías Salvador, salió corriendo por sus propios medios hacia el altar de los perfumes, y no se detuvo hasta caer de rodillas a los pies de Simeón, dando gritos de gozo y anunciando a todos:

—He aquí el Mesías Salvador de Israel, cuyo acercamiento ha curado mi mal de hace treinta años.

Para hacerla callar y que no causase alarma alguna, fue necesario dejarla que besara una manecita del niño y que prometiera allí mismo guardar el más profundo secreto.

Los rituales terminaron y todo volvió a su acostumbrada quietud y silencio, pero el hecho de haberse corrido el velo del Templo sin motivo

visible y real, trascendió a otros de los sacerdotes que no estaban en el secreto, y fue causa de que el Sanhedrín llamase a una asamblea de consulta sobre cuáles podían ser los motivos de aquel extraño fenómeno.

Los unos opinaron que el mismo Moisés había asistido, invisiblemente, a la celebración de aquel aniversario de una de sus grandes manifestaciones del oculto poder de que era dueño.

Ante esta opinión los sacerdotes de bronce se sentían despechados de que tal manifestación, la hubieran recibido los sacerdotes de cera en unión de las vírgenes que cantaron los salmos. Otros opinaron que se hubiera producido una pequeña desviación de nivel en la gran vara por donde corrían las anillas que sostenían el velo. Y no faltó quien afirmase que a esa hora se produjo una gran ola de viento y que al abrir la puerta del atrio de las mujeres puso en comunicación las corrientes con los otros atrios, lo cual produjo el hecho de que se trataba.

Para sondear la opinión del bando de bronce, Simeón de Betel dijo:

— ¿Y no se podría suponer que este fenómeno fuera anuncio de la llegada del Mesías-Salvador?

— ¡Imposible...!, –exclamó el Pontífice–. Nuestros agentes han recorrido todas las sinagogas del país y no ha sido encontrado ni un solo primogénito varón en la dinastía de David.

—No obstante –arguyó nuevamente Simeón–, yo acabo de ofrecer a Jehová un primogénito nacido en Betlehem.

— ¿Pero, quién es? ¡Un hijo de mendigos...! –Espetó el Gran Sacerdote.

—De artesanos –rectificó Simeón–. ¿Acaso David no fue pastor?

— ¿Pero pensáis que el Mesías Rey de Israel va a nacer de artesanos, cuando todos los Príncipes, Sacerdotes y Levitas de dinastía real, hemos tomado poco antes de la conjunción de los astros, esposas vírgenes y de noble alcurnia para dar oportunidad al Mesías de elegir su casa y su cuna?

"Sostener otra cosa sería tergiversar el sentido de las profecías y renunciar hasta al sentido común.

"¿Creéis que el Mesías Libertador de Israel, va a salir de la hez del pueblo, para ser el escarnio y la mofa de nuestros dominadores?

"El Mesías-Rey saldrá como una flor de oro de las grandes familias de la aristocracia hebrea, o no saldrá de ninguna parte.

—Y, ¿cómo explicaremos entonces que las profecías han quedado sin cumplimiento y que los astros han mentido? –preguntó Esdras el esenio, que sentía lástima por la ceguera de aquellos hombres.

—Yo pienso –contestó uno de los doctores de bronce–, que todo el año de la conjunción astral puede ser apto para la llegada del Mesías, porque la influencia de esos planetas puede llegar hasta la Tierra en un período más o menos largo. ¿Podemos acaso encadenar la voluntad y el pensamiento de Jehová?

—Justamente, era así mi pensamiento –añadió Simeón de Betel–, que ni nosotros ni nadie sobre la Tierra podemos encadenar el pensamiento y la voluntad de Jehová, cuando quiere Él manifestarse a los hombres.

—Pero, ¿qué quieres decir con eso? –interrogó el mismo doctor que había expresado aquel pensamiento.

—Quiero decir, que si Dios quiere enviar a la Tierra su Mesías Salvador, nosotros no podemos imponerle nuestra voluntad de que aparezca en una familia de la alta aristocracia o de una humilde familia de artesanos. Digo esto, porque el motivo de esta asamblea es el hecho de haberse corrido por sí solo el velo del Templo en el preciso momento en que yo ofrecía a Jehová un primogénito hebreo; y a más la viejecita paralítica que todos hemos visto desde treinta años pegada al suelo como molusco a una roca, salir corriendo hasta llegar a donde estaba yo con el niño, y en su gozo de verse curada comenzó a gritar como una loca: "He aquí el Mesías Salvador de Israel que ha curado con su presencia mi mal de hace treinta años". Y no se pudo hacerla callar ni quitarla de encima hasta que le fue permitido besar al niño. Son hechos, que si nada confirman por sí solos, no dejan de ser dignos de estudio y de nuestra atención, ya que para ello nos hemos reunido.

El Gran Sacerdote y otros con él fruncieron el ceño, pero la lógica de Simeón no admitía réplica.

— ¿Se han tomado datos precisos de su familia y antecedentes? –preguntó el Gran Sacerdote.

—Yo –dijo Esdras–, estuve, como sabéis, en Betlehem a indagar sobre los nacidos en aquella ciudad, y estando enfermo el Sacerdote de aquella Sinagoga, fui yo el actuante cuando llevaron este niño a circuncidar. Sus padres son artesanos acomodados y tienen en Nazareth sus medios de vida. Ambos son originarios de Jericó y descendientes de familia sacerdotal, encontrándose en Betlehem en visita a unos parientes cercanos de la esposa, que fue una de las vírgenes del Templo donde se educó justamente por su procedencia de familia sacerdotal; y Yhosep, el marido, la buscó entre las vírgenes del Templo por fidelidad a la costumbre de que los hijos o nietos de sacerdotes, busquen esposa entre las vírgenes del Templo, y Yhosep es hijo de Jacob, hijo de Eleazar, sacerdote que algunos de los presentes hemos conocido. Es cuanto puedo decir.

—Bien –ordenó autoritariamente el Pontífice–, que tres miembros de la comisión de Genealogías reales se encarguen de estudiar este asunto y pasen luego el informe correspondiente. –Y sin más trámite se dio por cancelado este asunto, el cual no se volvió a tocar, pues en los momentos que atravesaba la política del país con Herodes el Grande al frente, no era nada oportuna la presencia del Mesías Rey de Israel, que

provocaría desde luego un formidable levantamiento popular en contra del usurpador idumeo.

—Conviene que este asunto no trascienda al exterior –añadió todavía el Gran Sacerdote–, y que esa familia no sospeche ni remotamente que nos hemos ocupado de ese niño cuya seguridad está en el silencio. El tiempo se encargará de revelar la verdad.

—El tiempo se encargará de revelar la verdad –repitieron como un hecho los sacerdotes esenios convencidos plenamente de que aquellas palabras eran proféticas.

Y fue así, como pasó desapercibido en toda la Palestina el advenimiento del Cristo-hombre.

Dios da su luz a los humildes y la niega a los soberbios. Hacía muchos siglos que el pueblo de Israel esperaba un Mesías Salvador. Y cuando él llegó como una estrella radiante a iluminar los caminos de los hombres, no lo reconocieron sino los pequeños, los que se ocultaban para vivir en las entrañas de los montes, o en la modestia de sus hogares entregados al trabajo y a la oración.

11
FLORECÍA EL AMOR PARA YHASUA

Cuando Myriam y Yhosep abandonaban el Templo, encontraron en el pórtico exterior un grupo de Levitas que les esperaban en el sitio más apartado y detrás de una gruesa columna. Entre ellos estaban los dos hijos de Simeón, tío de Lía. Eran un grupo de Levitas esenios, el más resuelto de entre ellos se acercó a Yhosep y le dijo:

—Déjanos besar a tu niño, porque sabemos que es un Gran Profeta de Dios.

Yhosep accedió, pero los dulces ojos cargados de temor con que los miró Myriam, les llenaron de compasión.

—No temas, mujer –les dijo el Levita–, que nosotros somos amigos vuestros. ¿No me reconoces, Yhosep?

“Piensa en el anciano sacerdote Nathaniel, de la sinagoga de Arimathea, aquel a quien salvaste la vida cuando fue arrastrado por las cabalgaduras desbocadas...

— ¡Oh, oh!, –exclamó Yhosep–. ¿Y eras tú el jovenzuelo enfermo que iba dentro del carro?

—Justamente, era yo.

Y los dos, Yhosep y José, se abrazaron tiernamente; pues el joven era José de Arimathea, más tarde conocido Doctor de la Ley.

Entonces Myriam abrió su manto y dejó ver al pequeñín quietecito entre sus brazos. Como le vio despierto le tomó en los suyos y estrechándole a su corazón con indecible ternura le decía:

— ¡Yo sé quién eres, Yhasua!..., ¡yo sé quién eres! ¡Y porque lo sé, te juro por el Tabernáculo de Jehová que seré tu escudo de defensa hasta la última gota de mi sangre!

—Juradlo también vosotros –suplicó a sus compañeros, presentándoles el niño para que lo besaran.

—Lo juramos –iban diciendo los Levitas mientras besaban las rosadas mejillas del niñito de Myriam.

El último que se acercó era un hermoso y esbelto joven, cuyos ojos oscuros llenos de tristeza le hacían interesante a primera vista. Tomó el niñito en brazos y le dijo con solemne acento:

— ¡Si eres el que eres, sálvame porque me veo perdido!

Todos le miraron con asombro, casi con estupor.

El niñito apoyó inconscientemente su dorada cabecita en el pecho del joven Levita que le tenía en brazos. Todos pensaron que el niño estaba cansado de pasar de brazo en brazo y que buscaba descanso y apoyo. Sólo el que le tenía comprendió que su ruego había sido escuchado y devolviendo el niño a su madre, se abrió la túnica en el pecho y les mostró una úlcera cancerosa que allí tenía. ¡Cuál no sería su asombro cuando en el sitio de la llaga sólo aparecía una mancha rosada, como suele aparecer la piel demasiado fina en una herida recientemente curada!

El joven Levita abrazó las cabezas unidas de Yhosep y de Myriam mientras sus ojos se nublaban de lágrimas.

—Por esta úlcera cancerosa –confesó cuando pudo hablar–, debía abandonar el templo en la próxima luna, perdiendo todos mis estudios y esta carrera, esperanza de mi anciana madre y de mis dos hermanos. Mi mal no podía mantenerse oculto por más tiempo, y ya sabéis la severidad de la Ley para con enfermedades de esta índole.

—Este es el milagro número tres –certificó José de Arimathea–, y hay que anunciarlo al tribunal del Templo.

— ¡No lo hagáis, por piedad de mi hijo y de mí!, –exclamó Myriam llena de angustia—. Los terapeutas peregrinos nos han mandado callar cuanto ha sucedido antes del nacimiento de este niño. Callad por piedad también vosotros porque es consejo de sabios.

—Lo prometemos –juraron todos a la vez–, si nos permitís visitaros mientras estáis en Jerusalén.

—Venid –les dijeron al mismo tiempo, Myriam y Yhosep–. Somos huéspedes de nuestra parienta Lía y de su tío Simeón, padre de estos dos –indicaron, señalando a los Levitas Ozni y Jezer.

El joven de la úlcera en el pecho era de familia pudiente y entregó a Myriam un bolsillo de seda púrpura con monedas de oro.

Myriam se negó a recibirlo, diciendo:

—Somos felices con nuestra modesta posición. No necesitamos nada.

— ¡Tomadlo, haced el favor! Es la ofrenda de oro puro que hacemos los veintiún Levitas esenios al Dios hecho hombre, como base para su apostolado futuro.

"Mas, si antes de que él sea mayor, lo necesitáis, usadlo sin temor. Hay siete monedas por cada Levita de los veintiuno que somos. Queremos ser nosotros los primeros cimientos del Santuario que ha de fundar.

—Si es así –asintió Yhosep–, lo tomamos, para tenerlo como un depósito sagrado hasta que el niño sea mayor.

El levita de la úlcera en el pecho se llamaba Nicodemus de Nicópolis.

La tradición ha conservado su nombre juntamente con el de José de Arimathea, por el solo hecho de que pidieron al Gobernador Pilatos el cadáver de Cristo; pero, antes de esta tremenda hora trágica, muchas veces hemos de encontrarnos con ellos como con otros muchos, cuya actuación quedó perdida entre el polvo de los siglos, debido al conciso relato evangélico y al secuestro que desde el siglo III se hizo de todos los relatos, crónicas y narraciones escritas por discípulos y amigos del Verbo encarnado.

Myriam y Yhosep regresaron a casa de Lía en la primera hora de la tarde.

—Alabado sea Jehová que hemos terminado con las prescripciones de la Ley.

"Estoy ansiosa por encerrarme en casa y no asomar más por donde andan las gentes –suspiró Myriam, dejándose caer con muestras de gran fatiga, sobre un banco junto al hogar.

— ¿Por qué, Myriam, hablas así? ¿Recibiste daño de alguno en el Templo? –preguntó Lía algo alarmada.

—No, daño ninguno; pero susto y espanto sí.

— ¿Puedo saber?...

—Los terapeutas peregrinos no se cansaban de recomendarnos silencio, secreto y discreción; pero, es el caso que a todas partes que vamos, se va divulgando este secreto que pronto no lo será para nadie. ¡Y temo tanto por este hijo!...

Myriam refirió lo que había ocurrido en el Templo, desde que llegaron hasta que salieron.

Era en verdad el relato de Myriam, fiel y exacto de los acontecimientos ocurridos en el plano físico, percibidos y palpados por los sentidos corporales. Pero, el aspecto esotérico y real, desde el punto de vista en que vamos analizando todas las cuestiones, tenía otros relieves más definidos, otros alcances mucho más amplios y sublimes.

Las cinco Inteligencias Superiores que apadrinaban a Yhasua en su última encarnación mesiánica, habían descendido junto con él a la esfera astral del planeta Tierra con la investidura etérea usada por los Cirios de la Piedad, llámanse así ciertos espíritus de gran adelanto que voluntariamente quedan en esos planos para ayudar en determinadas obras, a las cuales consagraron de tiempo atrás sus actividades, y ya se comprenderá que durante la infancia del Cristo debían prestar gran atención a despertar las conciencias de la humanidad, a la cual él se acercaba.

Tanto debían observar el campo esenio como el Levítico y Sacerdotal, para preparar a Yhasua el escenario más conveniente a la victoria final de su obra.

El poderoso pensamiento y voluntad de estas Superiores Inteligencias, puestas en la corriente afín y simpática de los sacerdotes esenios que actuaban en el Templo a la entrada del Cristo-niño bajo sus naves; fueron los verdaderos operadores de los fenómenos supranormales, que todos pudieron observar, en los momentos de la presentación del Cristo-Niño a la Divinidad.

Entre las innumerables fuerzas del Universo, que desconocen por completo la mayoría de los encarnados en el planeta Tierra, está la llamada Onda simpática o Corriente simpática, fuerza formidable que, cuando se consigue unificarla a la perfección, ella sola puede derrumbar montañas, murallas, ciudades, puentes y templos por fuertes y bien cimentados que ellos sean. ¿Saben, acaso, los hombres qué fuerzas actuaron en el abrirse de una cordillera atlante provocando la primera invasión de las aguas sobre ese continente? ¿Conocen, acaso, los hombres, las fuerzas tremendas que producen muchos de los grandes cataclismos, que han llenado a las gentes de terror y espanto en diversas épocas de la humanidad?

Por eso hemos dicho siempre que, la interrupción o trastorno de las leyes naturales, no existe. Lo que existe es un cúmulo de fuerzas sujetas a leyes inmutables y precisas que están en el universo, y que manejadas por Inteligencias de grandes poderes, pueden producir los efectos maravillosos que el hombre califica de milagros. Hecha esta breve explicación, los tres hechos ocurridos en el día de la consagración de Yhasua a la Divinidad, son pequeñas manifestaciones del poder divino adquirido por Espíritus de gran evolución que han llegado a ser señores de sí mismos, señores de los elementos y de todas las especies de corrientes y de fuerzas que vibran eternamente en el universo.

¿Qué finalidad impulsaba a aquellas Superiores Inteligencias a producir tales hechos? Fácil es comprenderlo. Fue el llamado divino a las mentes y a las conciencias de los altos dirigentes de la fe y de la ideología religiosa del pueblo hebreo, cuya educación en la Unidad Divina lo hacía

el más apto para colaborar en la obra mesiánica de esa hora. Mas ellos, permanecieron ciegos y duros por el excesivo apego al oro, y en general, a las conveniencias materiales, y dieron lugar a que se cumpliera en ellos lo que Moisés percibió en sus radiantes éxtasis del Monte Horeb, y que la calcó a fuego en el cap. 30 de su Deuteronomio, uno de los pocos párrafos que no ha sido interpolado ni transformado en las muchas traducciones hechas.

En aquel formidable capítulo, Moisés anunció al pueblo hebreo, que sería dispersado por toda la faz de la tierra, perseguido y odiado por todos los hombres, si hacían oídos sordos a la voz de Jehová cuando les llamase para un nuevo pacto.

Obraron justamente como aquel Faraón egipcio, Seti I, que aún cuando veía los efectos de las corrientes tremendas de justicia sobre él y su pueblo, por la durísima esclavitud en que habían encadenado a Israel, continuaba empedernido en el mal, diciendo: "Yo, Faraón, con mi corte de Dioses, venceré al Dios de Moisés".

Hay quien dirá que todos los pueblos y todas las razas han delinquido más o menos contra la Divina Ley. Es verdad. Pero el pueblo hebreo, fue quien recibió de Moisés el mandato divino, y fue conducido por él mismo a la fértil región en que había de practicar esa Ley: ¡De amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo!... Y apenas muerto Moisés, y, aún antes de poner los pies en aquella tierra de promisión que manaba leche y miel según la frase bíblica, la Santa Ley fue olvidada y despreciada por un código feroz de venganzas, de degüello, lapidación y exterminio de todo cuanto se oponía a su paso.

Pronto se cumplirán los veinte siglos desde Yhasua hasta la actualidad, y el pueblo de Israel dispersado por todo el mundo, maldecido, perseguido y odiado, no ha podido aún tornar como nación a la tierra prometida para su dicha, y que él regó con sangre inocente. Tan solo Israel había escuchado de labios de Moisés el mandato divino: No matarás. Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo.

Mas el pueblo hebreo dijo: Jehová es grande y glorioso en los cielos. Pero el oro está sobre la tierra, y sin oro no podemos construir tabernáculos y templos de Jehová.

Y hoy, después de XX largos siglos, el oro al que sacrificó su fe y su ley, le ha aplastado, destruido, aniquilado. La espantosa persecución a los hebreos hoy día, no reconoce otra causa que el afán de tiranos ambiciosos, de despojar a Israel de todo oro acumulado por su raza en el correr de los siglos. ¡Cuánto más le habría valido a la nación hebrea, recoger como migajas de pan del cielo, las palabras del Gran Ungido!:

—"No amontonéis tesoros que el orín consume y los ladrones roban; sino tesoros de Verdad y de Justicia que perduran hasta la Vida Eterna".

Habiendo dejado explicada clara y lógicamente, la parte esotérica de lo ocurrido en la presentación de Yhasua a la Divinidad, continuemos nuestra narración:

A pocos días de lo ocurrido, Simeón de Betel, el sacerdote esenio que consagró a Yhasua, se presentó en la casa de Lía acompañado de tres Levitas: José de Arimathea, Nicodemus de Nicópolis y Rubén de En-Gedí, otro de los del grupo aquel que esperaron al Divino Niño a la salida del Templo y presenciaron la curación de Nicodemus. Allí tuvieron la inmensa satisfacción de encontrar tres de los setenta Ancianos del Monte Moab, con uno de tos terapeutas peregrinos del pequeño santuario del Quarantana. Todos ellos vestidos de peregrinos de oscuro ropaje, tal como usaban aquellos en todas sus excursiones al exterior.

En esta hermosa y tierna confraternidad de seres pertenecientes todos a la alianza del Cristo encarnado, se manifestaron naturalmente nuevas y más íntimas alianzas, porque a la claridad radiante del que traía toda Luz a la Tierra, las almas se encontraron sin buscarse, se amaron y se siguieron para toda la vida.

Los tres jóvenes Levitas: José de Arimathea, Nicodemus de Nicópolis y Rubén de En-Gedí, encontraron sus almas compañeras en las tres hijas de Lía. José miró a Susana, la sensitiva, la que meditaba siempre buscando el fondo de todas las cosas, y ella bajó los ojos a su telar en que tejía lino blanco. Pero, aquella mirada de alma a alma hizo descubrirse a entrambos. Y se amaron como necesariamente deben amarse los que desde antes de nacer a la vida física se habían ofrecido en solemne pacto el uno al otro.

Ana, la segunda, se acercó a Nicodemus, el de los ojos profundos, a ofrecerle el lebrillo de agua perfumada para lavarse las manos antes de tomar la refección de la tarde, según la costumbre, y los rostros de ambos se encontraron unidos en el agua cristalina, en el preciso momento en que el Levita iba a sumergir sus dedos en ella.

— ¡Lástima romper el encanto de las dos frentes unidas!, –exclamó él mirando a los ojos de ella, que toda ruborizada estuvo a punto de soltar el recipiente lleno de agua. Nicodemus lo notó y se lavó de inmediato, aceptando el blanco paño de enjugarse que pendía del hombro de la joven. Él tomó el lebrillo y dijo a Ana:

—Decidme si tenéis una planta de mirto para vaciar esta agua en su raíz.

— ¿Por qué eso? –preguntó tímidamente la jovencita.

—Porque el mirto hará que se mantenga en nuestra retina el encanto de las frentes unidas en el agua.

Y siguió a Ana, que le llevó a pocos pasos de la puerta que del gran comedor daba al jardín.

Un frondoso mirto, cuyas menudas hojitas parecían susurrar canciones de amor, recibió toda el agua del lebrillo que le arrojó Nicodemus.

— ¡Mirto, planta buena, criatura de Dios!, –exclamó el joven–. Sea o no verdad que mantienes toda la vida el encanto de las uniones de amor, Ana y yo te regaremos siempre, si cantas para nosotros algunos de tus poemas inmortales. ¿Es cierto, Ana?...

— ¡Sí, es cierto!... –contestó ella ruborizada.

Fue toda la declaración de amor recíproco de Ana y Nicodemus, al atardecer de aquel día, junto al mirto frondoso del huerto de Lía. Nicodemus tornó al cenáculo y Ana se metió presurosamente en su alcoba. Se oprimió el corazón que parecía saltarse de su pecho, y murmuró en voz muy queda:

— ¡Señor!... ¡Señor!... ¿Por qué fui a enseñarle dónde estaba el mirto?...

Oyó que su madre la llamaba y acudió a ayudar a sus hermanas a disponer la mesa. Observó que Rubén, el más joven de los tres, bebía un vaso de jugo de cerezas que le ofrecía Verónica, después de haberlo ofrecido también a los ancianos y demás familiares.

— ¿Cómo te llamas? –le preguntó él.

—Verónica, para serviros –repuso con gracia.

— ¡Hermoso nombre! Paréceme que somos los más pequeños de esta reunión, y si me lo permites te ayudaré a servir a los comensales.

—Como gustes; pero, no sé si mi madre lo permitirá –advirtió ella.

—Yo lo permito todo, hija mía, en este día cincuenta del divino Niño de Myriam. ¿Qué queríais? –preguntó gozosa Lía dando los últimos toques a la mesa del festín.

—Pedía yo a Verónica ayudarla a servir a los comensales –dijo Rubén.

—Muy bien, comenzad pues –consintió Lía pasando al interior del aposento.

—Antes, en señal de eterna amistad, bebamos juntos este licor de cerezas. Los persas consagran así sus amistades.

—Aunque nosotros no somos persas..., bebamos juntos si te place. –Y la hermosa adolescente mojó apenas sus labios en la copa de Rubén.

— ¡Pero, estos jovenzuelos celebran esponsales!, –exclamó Myriam entrando en el comedor con su niño en brazos, y mirando a las tres jóvenes que, sin buscarlo, estaban cerca de los tres Levitas. La sensibilidad de Myriam había sin duda percibido la onda de amor que de su niño surgía, y a su niño tornaba después de producir suavísimas y sutiles vibraciones en las almas preparadas de los tres Levitas y de sus tres elegidas.

Las jovencitas se ruborizaron al oír las palabras de Myriam y los tres muchachos sonreían radiantes de felicidad.

Y el Anciano Simeón, tío de Lía, con la sonrisita peculiar de los viejos cuando ven reflejarse en los jóvenes su lejano pasado, decía:

— ¡El pícaro amor, es como el ruiseñor que canta escondido...! ¿Qué sabemos nosotros si hay en nuestro huerto algún nidal oculto?

—"Elije en la juventud la compañera de toda tu vida y que su amor sea la vid que sombree tu puerta hasta la tercera generación", dice nuestra Ley –recordó con solemnidad uno de los tres Ancianos de Moab.

— ¿Será acaso, que sin pretenderlo y sin sospecharlo siquiera, traje yo tres tórtolos que tenían aquí sus compañeras? –preguntó Simeón de Betel, el sacerdote.

—"Cuando el esposo está cerca, las flores se visten sus ropajes de pétalos, los pajarillos cantan y las almas se encuentran", cantó en sus poemas proféticos nuestro padre Essen. Y he aquí que estando bajo este techo el Ungido del Amor, que es el esposo de todas las almas, ¿qué otra cosa puede suceder, sino que el amor resplandezca como una floración de estrellas bajadas sobre este huerto? –Estas palabras dichas por otro de los Ancianos, no fueron casi oídas por los tres Levitas que hablaban por lo bajo con Simeón de Betel, el cual, puesto de pie en medio de la reunión, dijo a la viuda Lía:

—Estos tres jóvenes Levitas acaban de autorizarme para que pida la mano de tus tres hijas como esposas suyas: Susana para José de Arimathea; Ana para Nicodemus de Nicópolis, y Verónica para Rubén de En-Gedí.

—Nuestro niño, trae fiesta de amor a todos los corazones –confesó Yhosep a Myriam, sentados en una de las cabeceras de la mesa.

— ¡Pero, yo no esperaba esta sorpresa! –declaró Lía mirando alternativamente a sus tres hijas–. ¿Sabíais vosotras algo?...

— ¡No, madre, no! –contestaron las muchachas que parecían tres rosas encarnadas.

— ¡El Cristo-niño es responsable de todo!, –exclamó el tercer Anciano que aún no había hablado–. ¿No sabemos, acaso, que él viene a traer fuego de amor a la tierra? Pues dejad que la llamarada se levante y consuma toda la escoria.

—Bien, bien –añadió Lía–, entonces, esta sencilla comida es una celebración de esponsales. ¡Que Jehová os bendiga, hijos míos, si hacéis con esto su santa voluntad!

El mayor de los tres Ancianos bendijo el pan y lo partió entre todos. Ocupó con sus dos compañeros la otra cabecera de la mesa, mientras las tres parejas de jóvenes, Lía, su tío y los demás esenios ocupaban los costados laterales.

— ¡Somos quince personas!, –exclamó el tío Simeón que los había contado.

—Somos dieciséis, tío –rectificó Myriam, poniendo su niñito como una flor de rosa y nácar sobre la mesa.

— ¡Cierto..., cierto!... ¡Bendito! ¡Bendito sea! ¡Que presida la mesa!

Todas estas exclamaciones surgieron al mismo tiempo de todos los labios.

—La presidirá muchas veces cuando nosotros tengamos hebras de plata en nuestras cabezas –vaticinó Susana con su mirada perdida como en un lejano horizonte.

—Sigue, niña, diciendo lo que ves –díjole el mayor de los Ancianos de Moab, que estaba dándose cuenta del estado espiritual de la joven.

—Veo a un gran Profeta que preside una comida de bodas donde Myriam está a su lado. Le veo en el lujoso cenáculo de un ilustre personaje, y que una desconsolada mujer rubia, unge los pies del Profeta con finas esencias y los seca con sus cabellos.

"Le veo, presidiendo una cena a la luz de una lámpara de trece cirios, después de la cual, el profeta lava y seca los pies de sus discípulos. Yo sé que ésta es cena de despedida, porque el va a..., partir a un viaje que no tiene regreso.

— ¡No, no! ¡Eso no!, –exclamó como en un grito de angustia Myriam, levantando su niño y guardándolo bajo su manto.

— ¡Basta ya, niña, de las visiones! Jehová te bendiga; y tú, Myriam, nada temas, que tu hijo envuelto en la voluntad Divina, como en una fuerte coraza, nada le sucederá sino lo que él mismo quiera para sí. Es Señor de todo cuanto existe sobre la tierra y todo obedecerá a su mandato. Y justamente allí estará el mérito de su victoria final. –Estas palabras las pronunció el más Anciano de los tres esenios de Moab.

Simeón de Betel y los otros esenios habían tomado anotaciones de las clarividencias de Susana.

Y comenzó la comida entre las tiernas emociones de unos esponsales inesperados, y de la brumosa perspectiva de un futuro lejano lleno de promesas de gloria y de tristes incertidumbres.

Cuando terminaba ya la cena, dijo el mayor de los Ancianos:

—Sabemos que por los caminos del oriente avanzan lentamente tres viajeros ilustres por su sabiduría y por sus obras, que vienen mandados por tres Fraternidades ocultas como la nuestra, para rendir homenaje al Cristo-hombre, cuyo advenimiento les anunciaron los astros. Llegarán de aquí a tres lunas, por lo cual, conviene que Yhosep y Myriam tornen a Betlehem antes de ese tiempo, para que su llegada no promueva alarmas en Jerusalén.

"Hay quien vigila en los cielos y en la tierra, mas bueno es obrar con prudencia y cautela.

—Bendecid, Gran Servidor, –pidió Lía–, el amor de estos hijos si es voluntad de Jehová que sean unidos.

Entonces, todos se pusieron de pie, y las tres parejas con las manos juntas y las frentes inclinadas sobre la mesa, recibieron y escucharon la bendición acostumbrada por Moisés:

—Sed benditos, en nombre de Jehová, en los frutos de vuestro amor, en los frutos de vuestra tierra, en los frutos de vuestros ganados, en las aguas que fecunden vuestras simientes, en el sol que les dé energía, y en el aire que lleva su polen a todos vuestros dominios; como pan, miel, aceite y vino, sea todo para vosotros, si cumplís la voluntad del Altísimo.

— ¡Así sea! –contestaron todos.

Los tres Levitas besaron las frentes de sus elegidas, y sirvieron de una misma ánfora, el vino nupcial a todos los que habían presenciado la ceremonia.

—Que beba también el niño de nuestro vino –añadió Nicodemus cuando Myriam bebía. Ella, entonces, mojó sus dedos en el rojo licor y los puso en la rosada boquita del niño dormido.

Así terminó aquella inesperada fiesta de esponsales que, fue en verdad, una tierna comunión de almas enlazadas desde siglos por fuertes vínculos espirituales.

Era una antigua costumbre que, por lo menos, pasaran siete lunas en el servicio del templo las doncellas que eran prometidas para esposas de los Levitas, éstos pidieron a Lía que internara sus hijas por ese tiempo.

A la madre le apenaba apartarse así de sus tres hijas a la vez, y por tanto tiempo, en vista de lo cual, los sacerdotes esenios pensaron que había una excepción acordada también por la costumbre y la tradición.

Consistía en que las siete lunas podían reducirse a tres, cuando las doncellas novias, habían estado consagradas dentro del hogar paterno a servir también al Templo, en el tejido del lino y de la púrpura, en los recamados de oro y pedrería para los ornamentos del culto. Y éste caso era el de las hijas de Lía, cuyo hogar, a la sombra del tío Simeón, era uno de los más respetables hogares de Jerusalén, dentro de su modesta y mediana posición.

Y así, acordaron que cada una de las tres se internara por turnos, para no dejar sola a la madre.

Yhosep y Myriam tornaron pocos días después a la casa de Elcana en Betlehem, para esperar allí la llegada de los tres personajes que ya venían del lejano oriente, según el aviso de los Ancianos de Moab, y también para esperar a que el niño y la madre se encontrasen en estado de viajar hacia la provincia de Galilea. Apremiado por las necesidades relativas a su taller de carpintería, y de los hijos de su primera esposa,

Yhosep realizó un viaje, solo, a Nazareth, dejando a Myriam y al niño, recomendados a sus parientes Sara y Elcana.

Además, los amigos: Alfeo, Josías y Eleazar, eran diarios visitantes al dichoso hogar, que por cerca de un año albergó bajo su techo al Cristo-hombre en su primera infancia.

Estas humildes familias de pastores y de artesanos, fueron testigos oculares de las grandes manifestaciones espirituales que se desbordaban sobre el plano físico en torno al niño mientras dormía, y que cesaban cuando él estaba despierto.

¿Qué fenómeno era éste? Un día lo presenciaron también dos peregrinos terapeutas que bajaron del Monte Quarantana, y ellos les dieron la explicación:

—El sublime espíritu de Luz encerrado en el vaso de barro de su materia, se lanzaba al espacio infinito, así que el sueño físico cerraba sus ojos, y para retenerlo en la propia atmósfera terrestre, las cinco Inteligencias Superiores que le apadrinaban, formaban un verdadero oleaje de luz, de amor, de paz infinita en la casita de Elcana y sus inmediaciones, emitiendo rayos benéficos de armonía, de dulzura, de benevolencia hasta las más apartadas regiones del país, lo cual produjo una verdadera época de bendición, de abundancia y de prosperidad en todas partes.

Las gentes ignorantes de lo que ocurría, por más que estuvieran desbordantes de conocimientos humanos, lo atribuían todo a causas también humanas. Los gobernadores se alababan a sí mismos por la buena administración de los tesoros públicos, los mercaderes al tino y habilidad con que manejaban el comercio; los ganaderos y labradores, a su laboriosidad y acierto en la realización de todos sus trabajos. Sólo los esenios, silenciosos e infatigables obreros del pensamiento y estudiantes de la Divina Sabiduría, estaban en el secreto de la causa de todo aquel florecimiento de bienestar y prosperidad sobre el país de Israel.

Y cual si una poderosa ráfaga de vitalidad y de energía pasara como un ala benéfica rozando el país de los profetas, eran mucho menos los apestados, las enfermedades livianas y ligeras se curaban fácilmente; muchos facinerosos y gentes de mal vivir que se ocultaban en los parajes agrestes de las montañas, se habían llamado a sosiego, debido a que un capitán de bandidos, de nombre Dimas, se había encontrado con Yhosep, Myriam y el niño, cuando regresaban a Betlehem.

El hombre había quedado mal herido a un lado del camino y se había arrastrado hasta un matorral por temor de ser apresado. Mas, cuando vio el aspecto tan inofensivo de los tres personajes, pidió socorro, pues perdía mucha sangre y se abrasaba de sed. Tenía una herida de jabalina en el hombro izquierdo.

Myriam iba a dejar su niño sobre el musgo del camino para ayudar a Yhosep a vendar al herido, mas, él les dijo:

—Soy un mal hombre que he quitado la vida a muchas personas; pero os prometo por vuestro niño que no mataré a nadie jamás. Dádmelo que yo lo tendré sobre mis rodillas hasta que me curéis.

Myriam, sin temor ninguno, dejó su niño dormido sobre las rodillas del bandido herido. Mientras preparaban vendas e hilas de un pañal del niño, vieron que aquel hombre se doblaba a besar sus manecitas, mientras gruesas lágrimas corrían por su rostro hermoso pero curtido de vivir siempre a la intemperie. Como sintiera gran dolor en la herida, levantó al niño hasta la altura de su cuello y su cabecita fue a rozar su hombro herido.

Lo hizo, sin duda, inconscientemente; pero, apenas hecho, gritó con fuerza:

—No me duele ya más; el niño me ha curado; debe ser algún dios en destierro o vosotros sois magos de la Persia.

—Buen hombre –díjole Yhosep–, si nuestro niño te ha curado, será por la promesa que has hecho de no matar a nadie. Déjanos, pues, vendarte y que sigamos nuestro viaje.

El asombro de ellos fue grande cuando al abrir las ropas de Dimas, vieron que la herida estaba cerrada y sólo aparecía una línea más rojiza que el resto de la piel.

Yhosep y Myriam se miraron. Después miraron a Dimas, que de rodillas, con el niño en brazos, lo besaba y lloraba a grandes sollozos.

— ¿Qué Dios benéfico eres, que así te apiadas de un miserable? –le preguntaba al niño que continuaba sumergido en el más dulce sueño, mientras las fuerzas y corrientes emanadas de su propio espíritu desprendido de la materia, obraba poderosamente sobre el alma y el cuerpo de aquel hombre. Por fin lo entregó a su madre, y levantándose se empeñó en acompañarles hasta Betlehem, después que ellos le dieron palabra de no denunciarle a la justicia.

—Si Dios ha tenido piedad de ti, nosotros que somos servidores suyos, no haremos lo contrario.

Dimas tomó la brida del asno donde iba montada Myriam y el niño, y le fue tirando del cabestro hasta llegar a la ciudad.

Ya casi anochecía y Yhosep dijo a Dimas:

—No es justo que te vayas sin comer. Entra con nosotros a esta casa de nuestros parientes donde nada tienes que temer.

—Dadme más bien, pan y queso, y yo seguiré a los montes de Betsura, donde me esperan mis hombres.

Yhosep y Elcana entregaron a Dimas un pequeño saco lleno de provisiones y le dejaron partir. Aquel hombre no tenía más que diecinueve

años y representaba treinta, su bronceada fisonomía casi cubierta por una espesa barba y desgreñados cabellos.

Un poderoso señor de la ciudad de Joppe había asesinado a su padre y su madre, para robar a su hermana, a la cual había precipitado en la deshonra y en la mayor miseria en que puede hundirse una mujer en su florida juventud. Tal hecho había empujado a Dimas al abismo de abandono y de crimen en que se hallaba sumido.

Elcana y Yhosep tuvieron la solicitud de sacar al huésped sus ropas manchadas de sangre, y le dieron una casaca, morral y calzas de las usadas comúnmente por los pastores. Y a esta circunstancia se debió que no le reconocieron los pesquisantes, que desde Rama le venían siguiendo.

Aunque aquel joven cumplió su palabra sobre el Santo Niño, de no matar a nadie jamás, pasó el resto de su vida prófugo por los montes más áridos y escabrosos, porque al frente de una docena de hombres, había quitado los bienes y la vida a casi todos los miembros de la familia de aquel poderoso señor causante de su desgracia.

Un hecho en la vida de un hombre, marca rutas a veces para todo el resto de sus días, por largos y numerosos que sean.

Yhosep y Myriam alrededor del fuego hogareño de Elcana, referían con minuciosos detalles, cuanto les había ocurrido en la ciudad de los Reyes y de los Profetas.

En la casita humilde del tejedor, donde se reunían a diario los tres esenios que conocemos, comenzó a elaborarse la dorada filigrana de la vida extraordinaria del Cristo-hombre, desde sus primeros pasos por el plano físico terrestre.

Si la inconsciencia y los antagonismos no hubiesen desperdiciado aquel hermoso conjunto de recuerdos y de tradiciones, y los biógrafos del Ungido, hubiesen tenido el acierto de espigar en ese campo, ¡qué historia más completa y acabada habría tenido la humanidad del pasaje terrestre de Yhasua, el Cristo Salvador de los Hombres!

Los terapeutas peregrinos que pasaban por allí todas las semanas, eran quienes recogían en sus carpetitas de tela encerada, cuantos sucesos de orden espiritual les referían los que observaban de cerca al niño que era Verbo de Dios.

12
DESDE EL LEJANO ORIENTE

Mientras tanto, el himeneo grandioso de Júpiter y Saturno, al que poco después se unía Marte, había puesto en actividad las mentes iluminadas de Divino Conocimiento de los hombres que en este pequeño planeta sembrado de egoísmos y odios, habían sido capaces de mantenerse a la vera de las cristalinas corrientes, donde se reflejan los cielos infinitos y se bebe de las aguas que apagan toda sed.

En la antigua Alejandría de los valles del Nilo, existía aún como una remembranza lejana de los Kobdas prehistóricos, una Escuela filosófica a pocas brazas de donde se había levantado un día el santuario venerado de Neghadá. Esta Escuela, había sido fundada siglos atrás por tres fugitivos hebreos, que encontrándose atacados de una larga fiebre que los llevó a las puertas de la muerte, no quisieron ni pudieron seguir el éxodo del pueblo de Israel cuando abandonó el Egipto. Y para que no muriesen entre los paganos, por misericordia, habían sido conducidos a las ruinas inmensas que existían ya casi cubiertas por el limo y hojarascas arrastradas por las aguas del gran río, a la orilla misma del mar. Eran las milenarias ruinas del Santuario Kobda de Neghadá, de cuya memoria no quedaba ya ni el más ligero rastro entre los habitantes de los valles del Nilo.

De dichas ruinas, se utilizaron muchos siglos después, bloques de piedra y basamentos de columnas para las grandes construcciones faraónicas, y aún para edificar la antigua Alejandría, en uno de cuyos mejores edificios estilo griego, después de la muerte de Alejandro, se instaló un suntuoso pabellón: Museo-Biblioteca, Panteón sepulcral, y a la vez templo de las ciencias, donde podía contemplarse en los primeros siglos de nuestra era, en una urna de cristal y plata, el cadáver de un hombre momificado que llenó el mundo civilizado con sus gloriosas hazañas de conquistador: Alejandro Magno.

Nadie sabía qué ruinas eran aquellas, en torno de las cuales se tejían y destejían innumerables leyendas fantásticas, trágicas y horripilantes. Sólo las lechuzas, los búhos y los murciélagos, se disputaban los negros huecos cargados de sombras y de ecos de aquellas pavorosas ruinas. Algunos malhechores escapados a la justicia humana se mezclaban también a las aves de rapiña, que graznaban entre las arcadas derruidas, y donde de tanto en tanto, nuevos derrumbamientos producían ruidos espantosos como de truenos lejanos, o montañas que se precipitan a un abismo.

Los piadosos conductores de los tres hebreos enfermos, creyéndoles

ya en estado agónico, y llevándoles una delantera de tres días la muchedumbre israelita que se alejaba, los dejaron en sus camillas, en una especie de cripta sepulcral que encontraron al pie de aquellas pavorosas ruinas. Más muertos que vivos estaban en aquel lugar. Mas, no obstante dejáronles al lado, tres cantarillos de vino con miel y una cesta de pan, por si alguno de ellos amanecía vivo al día siguiente.

Y allí agonizantes y exhaustos, en la vieja cripta del antiguo Santuario de Neghadá, orgullo y gloria de la prehistoria de los valles del Nilo, volvieron a la vida los tres abandonados moribundos, a quienes tal circunstancia unía en una alianza tan estrecha y fuerte, que no pudo romperse jamás; Zabai, Nathan y Azur, fueron los que sin pretenderlo fundaron la célebre Escuela filosófica de Alejandría, de la cual un solo individuo obtuvo los honores de la celebridad como filósofo de alto vuelo, contemporáneo de Yhasua: Filón de Alejandría.

Los tres moribundos vueltos a la vida. Eran de oficio grabadores en piedra, en madera y en metales, y por tanto conocían bastante la escritura jeroglífica de los egipcios y la propia lengua hebrea en todas sus derivaciones y sus variantes. Comenzaron pues, por abrir un pequeño taller en los suburbios de la ciudad del Faraón, disfrazados de obreros persas, para no ser reconocidos como hebreos y sufrir las represalias de los egipcios. Y como continuaron ellos visitando la cripta funeraria en que volvieron a la vida, fueron haciendo hallazgos de gran importancia.

Copiaban las hermosas inscripciones de las losas sepulcrales y en algunas que estaban derruidas, encontraron rollos de papiros con bellísimas leyendas, himnos inspirados de poesía y de sublime grandeza y emotividad. Encerrados en tubos de cobre, entre los blancos huesos de los sarcófagos, o entre momias que parecían cuerpos de piedra, encontraron un manuscrito en jeroglíficos antiquísimos y que al descifrarlo, comprendieron que era la ley observada sin duda por una fraternidad o Escuela de sabios solitarios que se llamaron Kobdas.

Tales fueron los orígenes humildes y desconocidos de la Escuela filosófica de Alejandría, que adquirió gloria y fama en los siglos inmediatos, anteriores y posteriores al advenimiento de Yhasua, el Cristo Salvador de la humanidad terrestre.

¡Qué de veces el joven y audaz conquistador Alejandro, se solazó con los solitarios mosaístas, que por gratitud a Moisés que salvó de la opresión a sus compatriotas, tomaron su nombre como escudo y como símbolo y se llamaron: Siervos de Moisés! La Escuela se formó primeramente de aprendices del grabado, y poco a poco fue elevándose a estudios filosóficos, astronómicos y morales.

Dos años antes del nacimiento de Yhasua, Filón de Alejandría que era un joven de veinticinco años, fue enviado con otros dos compañeros

a Jerusalén a buscar de ponerse en contacto con la antigua Fraternidad Esenia, que aunque oculta en la Palestina estaba conocida hasta en lejanos países por los mismos viajeros y mercaderes, por los perseguidos y prófugos que siempre hallaron en ella amparo y hospitalidad. Desde entonces, la Escuela de Alejandría fue considerada como una prolongación en el Egipto de los esenios de la Palestina.

Fue así, que de la Escuela de Divina Sabiduría de Melchor, en las montañas de Parán, en las orillas del Mar Rojo, partió un mensajero hacia Alejandría a escudriñar los conocimientos de los Siervos de Moisés, referentes al advenimiento del Avatar Divino anunciado por los astros. El mensajero tardó tres lunas y volvió acompañado de uno de los solitarios de Alejandría, para emprender juntos el gran viaje hacia la dorada Jerusalén, en busca del Bienvenido.

Mientras esta demora, Gaspar y Baltasar que venían de la Persia y del Indo, se encontraron sin buscarse en el mismo paraje, donde Melchor esperaba la caravana para continuar más acompañado este largo viaje: en Sela, a la falda del Monte Hor.

Las grandes tiendas de los mercaderes, donde se reunían extranjeros de todos los países, fueron escenarios propicios para el encuentro feliz de aquellos, que sin conocerse y sin haberse puesto de acuerdo, se encontraban de viaje hacia un mismo punto final: Jerusalén de los Reyes y de los Profetas.

¿Cómo se descubrieron unos a los otros? Veámoslo.

Cada cual en su propia tienda estaba absorbido por la causa única del largo viaje realizado. A ninguno de ellos le interesaron las tiendas de los mercaderes, donde exhibían riquezas incalculables. Deseando soledad y silencio para interpretar más claramente los anuncios proféticos de sus respectivos augures y libros sagrados, en un mediodía de feria en que toda la ciudad era un bullicioso mercado, Gaspar, Melchor y Baltasar se dirigieron separadamente hacia un cerro del vecino monte Hor, con sus cartapacios y rollos de papiros, y buscó cada cual el sitio que le pareció indicado para su trabajo. Encontraron extraña la coincidencia y movidos por un interno impulso se acercaron.

Después de algunos ensayos para entenderse, lo lograron por medio del idioma sirio-caldeo, que era el más extendido entre las razas semitas.

Y cada cual explicó las profecías y anuncios de sus clarividentes e inspirados, los fundamentos de sus respectivas filosofías, los ideales de perfección humana con que soñaban, en fin todo cuanto puede descubrir de su Yo, un hombre a otro hombre. Acabaron por comprender que las filosofías de Krishna, de Buda y de Moisés, en el fondo eran una misma, o sea: el buscar el acercamiento a la Divinidad y el buscar la perfección

de todos los hombres, por el amor y el sacrificio de los más adelantados hacia los más débiles y retardados.

Llegados a este punto, los tres se preguntaron al mismo tiempo:

— ¿Hacia dónde vais?

Y los tres contestaron: —Al país de los hebreos, porque los astros lo han señalado como la tierra designada para recibir al Avatar Divino, que viene de nuevo y por última vez hacia los hombres.

—En Jerusalén –observó Gaspar–, debe estar el pueblo enloquecido de gozo por tan grandioso acontecimiento.

—Si es que lo sabe –añadió Baltasar–, pues nosotros tenemos una antiquísima tradición oculta que dice: "Nadie vio jamás dónde guarda el águila su nido. Y el que descubre el nido del águila podrá mirar al sol sin lastimar sus ojos". Lo cual quiere decir que son muy pocos los que descubren al Hijo de Dios encarnado entre los hombres, y que los que llegan a descubrirle, pueden ver el sol de la Verdad sin escandalizarse de ella.

—Creo poder aseguraros –dijo Melchor–, que no es del conocimiento del pueblo el glorioso acontecimiento, porque estoy vinculado a una Escuela filosófica de los valles del Nilo, que se halla a su vez en comunicación con la Fraternidad Esenia de Palestina que remonta sus orígenes a Moisés.

"El pueblo hebreo espera un Mesías Rey, libertador del yugo romano que tan feroces luchas ha promovido entre los hijos de Abraham.

"Pero los estudiantes de la Divina Sabiduría, estamos todos de acuerdo en que el Hijo de Dios, no viene a libertar a un pueblo de una dominación extranjera, sino a salvar al género humano del aniquilamiento que se ha conquistado con sus extravíos e iniquidades.

"¿No es ésta la gran verdad secreta?

—Sí, es ésta –contestaron los otros al mismo tiempo–. Y sabemos que viene arrastrando en pos de sí una oleada inmensa de Inteligencias adelantadas, que bajo los auspicios de los grandes Jerarcas de los cielos superiores, inunden de tanto amor a la Tierra, como de odio la inundaron las hordas de las tinieblas.

A través de estas conversaciones al pie de un cerro del Monte Hor, llegaron a entenderse de tal manera que desde aquel entonces se estableció una fuerte hermandad entre ellos y sus respectivas Escuelas de conocimientos ocultos. Dos días después, se encaminaron los tres con sus acompañantes hacia Jerusalén por el trillado camino de las caravanas, en busca del Bienvenido.

Hasta Bosra y Thopel, primeras etapas de su larga jornada, viajaron en dromedarios y camellos, pero al llegar al montañoso país de Moab, se vieron obligados a dejar sus grandes bestias por los pequeños mulos y asnos amaestrados para los peñascales llenos de precipicios.

Fue éste un largo viaje de estudio y de meditación, en que los tres sabios se transmitieron los conocimientos de sus escuelas, ampliando los propios.

El culto del fuego de los persas, remontaba a los Flámenes prehistóricos, que con el fuego encendido perennemente sobre el ara sagrada, representaban en símbolo: el alma humana viviendo siempre como una eterna aspiración al Infinito. Y su nombre mismo, Flamen, era una variante de Llama, lo cual les hacía decir, cuando eran interrogados sobre sus ideales y forma de vida: somos llamas que arden sin consumirse.

Aquellos Flámenes Lemures, predispusieron el sur del Indostán para el advenimiento de Krishna, juntamente con los Kobdas del Nilo, emigrados por el Golfo Pérsico a Bombay.

Definidos estaban pues, para nuestros viajeros, los remotos orígenes de la filosofía persa y la indostánica.

Faltaba encontrar la ilación que llevara al descubrimiento de la filosofía del país de Arabia de donde era originario Melchor. Este desenrolló un antiquísimo y amarillento papiro y leyó:

—"En una edad muy remota, en las montañas de Parán de la Arabia Pétrea, hubo una floreciente civilización gemela de la que floreció en los valles del Nilo, pues emanaban ambas de la Sabiduría de los Kobdas, la más grandiosa Institución benéfica que hizo florecer tres continentes. Y en los montes Horeb y Sinaí, que en la prehistoria se llamaron Monte de Oro y Peñón de Sindi, habían quedado ocultos como águilas en los huecos de las peñas: los Kobdas, perseguidos por los conquistadores del alto y bajo Egipto. Moisés que en su juventud tuvo que huir, acusado falsamente de un asesinato, estuvo en el país de Madián, al cual pertenecen dichas montañas, y la Divina Ley le puso en contacto con los solitarios del Sinaí y del Horeb, y fue allí, donde forjó la liberación del pueblo hebreo que sirviera de raíz y cimiento a la eterna y grandiosa verdad: la Unidad Divina. En aquellos montes recibió Moisés por divina iluminación, la Gran Ley que marcó rutas nuevas a la humanidad terrestre.

"De la enseñanza oculta de estos solitarios, hemos nutrido nuestra vida espiritual durante siglos y siglos. Quien encuentre este papiro y los demás que le acompañan, sepa que está obligado por la Ley Divina a abrir una Escuela para difundir la sagrada enseñanza que da paz y dicha a los hombres".

"Firmado: Diza-Abad – Marván – Elimo-Abad".

"Este, es el origen de nuestra actual Escuela en los Montes de Parán, –dijo Melchor–. Y la obligación de abrirla me tocó en suerte, porque en un cruel momento de desesperación busqué un precipicio para arrojarme desde lo más alto de los cerros, y sintiendo un quejido lastimero en el fondo de una gruta, me interné en ella pensando si era posible que

hubiera un ser más desventurado que yo. Encontré un pobre anciano atacado de fiebre y ya imposibilitado de levantarse a buscar agua para beber. Sus gemidos eran de la sed que lo abrasaba. Por socorrerlo me olvidé un tanto de mis crueles dolores.

"Vivió aún tres días por los cuidados que le dispensé. Era el último sobreviviente de los solitarios aquellos.

"Me dijo que por mandato de genios tutelares tomó el nombre de Marván, y me señaló el sitio donde fueron sepultados todos los solitarios que, antes que él, fueron muriendo, y el hueco de su caverna donde se hallaban estos documentos en un cofre de encina.

"Ya lo sabéis todo amigos míos del largo viaje. ¿Qué decís a todo esto?

—Que los orígenes de todas las enseñanzas de orden superior son comunes y provienen de una misma fuente –aseveró Baltasar.

—Y que esta fuente, es el Verbo Divino en sus distintas encarnaciones Mesiánicas en nuestro planeta –añadió Gaspar.

— ¡Justamente! Estamos en un perfecto acuerdo –prosiguió Melchor–. Y en mi tierra los acuerdos se celebran bebiendo los amigos de la misma copa y partiéndose el mismo pan.

Y como este acuerdo se realizó en la tienda de Melchor, el príncipe moreno, él sirvió a sus amigos y dándose un estrecho abrazo que les unió para muchas vidas, se separaron ya muy entrada la noche para seguir viaje al día siguiente. Esto ocurrió en los suburbios de Thopel, donde dejaron dromedarios y camellos en una hospedería que se encargaba de ellos.

Hasta allí les habían servido los guías de las caravanas; pero para atravesar las escabrosas montañas de Moab, tomaron guías prácticos, que eran a la vez dueños de los asnos y mulos, con los que juntamente se contrataban para la peligrosa travesía.

Empezaron a trepar por el senderillo tortuoso labrado en la roca viva, que subía serpenteando ora hacia la derecha, ora hacia la izquierda, a veces en espiral más o menos cerrada.

No obstante, veían claramente que aquel sendero estaba cuidadosamente vigilado en seguridad de los viajeros. De tanto en tanto habían plantado en los intersticios de las peñas, una fuerte vara de madera con una tablilla escrita en la parte superior con útiles indicaciones tales como éstas: "Agua en el recodo de la izquierda". "Detrás de este peñón hay una caverna para pernoctar". "Sendero peligroso". "Llevad luz encendida desde el anochecer". Y en todo el camino fueron encontrando advertencias que les disminuían las dificultades.

— ¿Quién se ocupa con tanta solicitud de los viajeros? –preguntó Gaspar, extrañado de lo que veía.

—Se dice –contestó uno de los guías–, que hay en los antros de estas montañas, genios benéficos o almas en pena que purgan sus pecados haciendo bien a los viajeros. Y hay una leyenda que dice, que cuando el Gran Moisés anduvo por estos mismos caminos conduciendo al pueblo de Israel, los que por infidelidades a la Ley, murieron en el camino, recibieron del Profeta el mandato de vigilar este sendero hasta su vuelta a la Tierra.

Los tres sabios, iniciados como estaban en las grandes verdades ocultas se miraron con inteligencia, mientras esperaban su turno de beber del agua fresca del manantial que la tablilla les había anunciado.

La leyenda del guía de la caravana tenía un oculto fondo de verdad, pues eran en realidad almas que purgaban culpas, las que se encargaban de cuidar de los caminos. Era una especie de cofradía dependiente de los esenios de Moab, la cual estaba formada por los bandoleros arrepentidos, a quienes los esenios salvaban de la horca, a cambio de que emprendieran una vida mejor en ocultas cavernas preparadas de antemano, donde les retenían por cierto tiempo hasta que sin peligro para ellos mismos pudieran incorporarse a las sociedades humanas en los centros poblados de la comarca. Les llamaban Penitentes, y cada dos lunas bajaban dos de los setenta del Gran Santuario del Monte Abarín, a visitar a los penitentes y proveer a su consuelo y necesidades.

Para ellos no había otra ley que ésta, grabada en las cavernas que los cubrían:

"No hagas a tu prójimo lo que no quieras que se haga contigo. Y Dios velará por ti".

En las cavernas indicadas por las tablillas escritas, encontraron mullidos lechos de heno seco, grandes cantidades de leña para la hoguera, sacos de bellotas y de castañas.

Pero no encontraron ningún ser humano que les dijera: Yo soy el autor de estas solicitudes.

Y así llegaron a Kir, Aroer, Dibón, Atarot y Beth-peor, donde se hallaba la colonia escuela de los huérfanos leprosos y tísicos, que los esenios se encargaban de cuidar por medio de sus terapeutas del exterior.

La población de Beth-peor, se había hecho antipática a los viajeros en general, debido al pánico con que eran miradas por todos, aquellas enfermedades de las que ninguno curaba.

Pero nuestros viajeros miraban desde otro punto de vista los grandes dolores humanos, y quisieron plantar sus tiendas justamente en la plazoleta sombreada de árboles que quedaba frente a la colonia. Los terapeutas que se encontraban en ellos salieron a ofrecer atenciones y servicios a los viajeros.

—Si queréis ahorraros –les dijo el esenio–, de plantar vuestras tiendas por un día o dos, venid a nuestra sala-hospedería donde hay comodidad para todos vosotros. Nuestros enfermitos están recluidos en pabellones alejados de la puerta de entrada.

Tan bondadosa y amable invitación no podía dejar de ser aceptada, y los viajeros penetraron a la gran sala-hospedería que daba al pórtico exterior.

El aliento de Moisés parecía vibrar en todos los tonos apenas se penetraba allí. En el muro principal frente a la entrada, se veía un facsímile de las Tablas de la Ley, grabados en piedra los diez mandatos. En otro muro estaba grabada la célebre Bendición de Moisés para los fieles observadores de la Ley, y sentencias o pensamientos suyos, aparecían en pequeñas planchitas de madera en todos los sitios en que era oportuno, como un severo ornato de aquella sala. Al centro, una gran mesa rodeada de rústicos bancos y alrededor de todos los muros, un ancho estrado de piedra cubierta de esteras de fibra vegetal, de pieles y mantas, indicando que servían de lechos a los huéspedes.

—Sois aquí los dueños de todo cuanto hay –díjoles el esenio que les invitó, al mismo tiempo que entraba otro esenio seguido de dos jovenzuelos, conduciendo cestas con manjares y frutas que iban colocando sobre la gran mesa central.

Permanecieron allí dos noches y dos días, pero las gentes de la colonia eran tan discretas y silenciosas, que los viajeros no tuvieron oportunidad de entablar conversación alguna sobre lo que a ellos les preocupaba. ¿Sabían o se ignoraba allí el gran acontecimiento que a ellos les empujaba imperiosamente desde tan largas distancias?

—Acaso –suponían los viajeros–, a la otra ribera del Jordán encontraremos el entusiasmo que aquí no se percibe por ninguna parte.

Uno de los terapeutas sintió la apremiante interrogación que irradiaban sin hablar los viajeros, y acercándose a ellos que ya iniciaban la despedida, les dijo.

— ¿No es indiscreción preguntar a qué parte de la Palestina os encamináis?

—A Jerusalén –contestaron de inmediato–. Debe haber allí grande regocijo.

—Hace cinco días que llegué de esa ciudad y no he notado absolutamente nada de lo que decís –contestó el esenio.

—Pero, ¿es posible? En la ciudad de los Reyes sabios y de los más grandes Profetas, ¿se desconoce el anuncio de los astros? ¿Acaso Júpiter y Saturno nada han dicho a la ciudad de Jerusalén?

—No hay ciego más ciego que el que cierra sus ojos para no ver –contestó el esenio–. La Jerusalén de hoy no puede escuchar las voces de sus

Profetas, porque el ruido del oro que corre como un río desbordado por los pórticos del Templo, ha apagado todo otro sonido que no sea el del precioso metal.

— ¿Y los astrólogos?... ¿Y los cabalistas?... ¿Y los discípulos de los Profetas callan también? –preguntó otro de los viajeros.

—Los discípulos de los Profetas viven en las cavernas de los montes para proteger sus vidas, y callan para no entorpecer los designios divinos.

—Yo vengo de una Escuela indostánica vecina del Indo, y éste compañero, de las montañas de Persia, y este otro de la Arabia Pétrea, al cual acompaña un Iniciado de la Sabiduría en la Escuela de Alejandría, y todos venimos por el aviso de Júpiter y Saturno. Vos, lo sabéis también, porque vuestras palabras han dejado traslucir la luz que os alumbra.

—Decidnos en nombre del Altísimo: ¿Ha nacido ya el que los astros anunciaron? –insistió Baltasar.

—Sí, ha nacido ya. Lo he visto y lo he tenido en mis brazos –contestó el esenio.

Ante estas palabras los viajeros cayeron de rodillas y besaron el pavimento.

—Adoremos la tierra que él pisa –dijeron derramando lágrimas de interna emoción–. Decidnos dónde está.

—Yo lo vi en Jerusalén, pues el gran acontecimiento me sorprendió en Betania, a donde fui a recoger niños leprosos y tísicos que sus familiares habían abandonado.

“Nació en Betlehem de Judea, pero fue llevado por sus padres a Jerusalén para la presentación al Templo, pues es primogénito de un varón de familia sacerdotal y de madre que sirvió al Templo, mas no sé, si a vuestra llegada estará aún en la gran ciudad.

“Llegaos al Templo a hacer ofrendas de pan, incienso, mirras y ramas de olivo, y pedid por Simeón, Esdras y Eleazar sacerdotes del altar de los perfumes, y decidle a cualquiera de los tres estas solas palabras: “Que estas ofrendas sean agradables al Salvador del mundo y que nos muestre su rostro”.

“Son las palabras de señal para que seáis reconocidos como amadores del Bienvenido.

Ya comprenderá el lector la formidable ola de entusiasmo y energía que se levantó en el alma de los viajeros. Habían estado a punto de partir sin una noticia, a no ser por la fuerza telepática que hizo sentir al esenio la vibración anhelante de los viajeros, que deseaban interrogar sobre el gran acontecimiento.

Un estrecho abrazo selló la amistad de los viajeros con el esenio, el cual añadió al despedirse:

—Cualquiera de los tres nombres que os he dado, os servirá de indicador para todo cuanto debéis hacer. ¡Y silencio!, porque en Jerusalén, el silencio es como el vellocino de lana que embota todas las flechas y anula al odio y a la muerte. ¿Comprendéis?

—Lo comprendemos –dijeron, y dando al esenio un bolsillo de monedas de oro para el mantenimiento de los huérfanos enfermos, partieron antes del mediodía.

Las dos últimas jornadas antes de Jerusalén eran Baal y Beth-Jesimot. Después, los valles y los bosques frondosos de la ribera del Jordán, que era como la muralla encantada de esmeraldas y zafiros, que les ocultaba la vista de la dorada ciudad de David y Salomón.

Dejemos unos momentos a nuestros viajeros para observar otro escenario diferente donde actúan personajes que son el reverso de la moneda, el polo opuesto de los que hasta hoy hemos encontrado: Herodes el Grande y su inseparable Rabsaces, mago caldeo, al que él llamaba su médico de cabecera; y el cual se prestaba dócilmente a satisfacer todos los caprichos de su regio amo, así fuera a costa de los más espantosos crímenes. Y todo ello silencioso y discretamente, en forma que las gentes incautas siguieran creyendo que, a pesar de los impuestos y tributos excesivos y de sus escandalosas orgías, aquel reyezuelo de Judea merecía en parte su sobrenombre de Grande, siquiera fuera por el esmero que ponía en dotar al país, de populosas ciudades de estilo romano.

Escuchemos la conversación del Rey con su médico favorito, a poco de haber ocurrido la conjunción de Júpiter y Saturno.

—Señor, vuestro consejo de astrólogos asirios y caldeos han visto en los cielos un peligro para vuestro trono y vuestra dinastía.

— ¿Qué hay, Rabsaces?... ¿Vienes con otro fantasma de humo según costumbre? –contestóle Herodes.

—No, señor; los astros anuncian el nacimiento en Judea de un extraordinario ser, de un súper-hombre que cambiará el rumbo de la humanidad.

“Y si nace aquí, señor..., ¡no será seguramente para vivir oculto tras de una puerta!...

— ¿Sino que buscará un trono..., quieres decir?

—Vos lo decís, señor...

—Y bien; puesto que tú y mi consejo de astrólogos les siguen a los astros tan de cerca los pasos, y decís saber hasta lo que dicen las águilas en su vuelo, podréis averiguar con facilidad en qué lugar preciso nace ese personaje y de qué familia proviene.

— ¡Señor!..., convenid en que el mundo es grande, y precisar ya que nacerá en Judea, es bastante saber. ¡Judea, que entre todas las tierras habitadas por hombres; es menor que un pañuelo de manos en vuestro inmenso guardarropas!...

—Bien. Lo comprendo, pero te recomiendo que me averigües cuanto sea posible a este respecto. Y, ¡ay de ti y de tus compañeros si llego a saber por otro conducto, que el sujeto ese, es mi vecino, y vosotros, perezosos sabuesos, nada habíais olfateado!

—No paséis cuidado, señor, que no volará una mosca que no lo sepamos.

—Vete, y no vengas con mentiras, porque ya sabes que no me gustan los sortilegios de mala ley.

Y el mago salió de la cámara real maldiciendo el mal humor del Rey y su triste suerte, que le obligaba a vivir entre el miedo y el crimen cuando podía gozar de paz y tranquilidad en su lejana aldea natal. Y el miedo le hizo poner espías y agentes en todos los rincones de la ciudad y pueblos importantes de Judea.

Y fue así, que cuando nuestros viajeros del lejano Oriente entraron en la ciudad, uno de estos espías, fue con la noticia a Rabsaces de los extranjeros que habían llegado de lejanas tierras, y que al entrar por una de las puertas de la ciudad, habían besado la tierra mientras exclamaban:

—"¡Tierra bendita que has recibido al Rey de los Reyes!..."

Y Rabsaces se puso sobre la pista de aquellos hombres que de seguro debían saber algo referente a lo que causaba todas sus inquietudes.

Les vio ir al Templo y en los atrios comprar las ofrendas de pan, de flor de harina, incienso, mirra y ramas de olivo; y acercándose humildemente y con grandes reverencias, les ofreció sus servicios como guía, para acompañarles por todos los parajes y monumentos de la gran ciudad y fuera de ella.

—De seguro que vendréis en busca del Rey de los Reyes, cuyo nacimiento anunciaron los astros.

Los viajeros se miraron con extrañeza y Baltasar contestó con gran discreción:

—Los astros no anunciaron un Rey de la tierra, sino un mensajero divino que trae la luz de la Verdad Eterna a los hombres.

— ¡Será un gran Profeta...!, –exclamó Rabsaces–. De todos modos, mis señores, si sois afortunados y le encontráis, no echéis en olvido este humilde siervo, que se sentirá dichoso de besar la tierra que pisen sus pies. Todos los días me encontraréis aquí, a la puerta del Templo de Jehová, esperando vuestras noticias.

—Que Dios sea contigo y con los tuyos, buen hombre –le contestaron los viajeros–, y entraron al Templo.

El mago por su parte dejó uno de sus agentes, para que al salir los viajeros les siguiera sin perderles de vista.

Un Levita les llevó hasta el altar de los perfumes donde Esdras ofrecía los holocaustos acostumbrados, mientras las vírgenes cantaban salmos y los Levitas agitaban incensarios.

Cuando los viajeros presentaron sus ofrendas, le repitieron al sacerdote las palabras que les enseñó el esenio de la colonia de huérfanos de Bethpeor, y Esdras clavó su investigadora mirada en cada uno de ellos.

—Cuando se hayan consumido vuestras ofrendas, hablaremos –les dijo en voz muy baja, y continuó los oficios mientras los viajeros a pocos pasos e inmóviles, adoraban al Uno Invisible que lo mismo bajo las doradas cúpulas de aquel Templo, que bajo el cielo bordado de estrellas, o entre las susurrantes hojas de los árboles, se hace sentir de las almas llegadas a la comprensión de que Dios es el hálito de vida que vibra en todos los seres y en todas las cosas.

Simeón de Betel, el esenio que consagró a Yhasua, salió de las dependencias interiores del Templo y cuando Esdras terminó la liturgia se acercó y le dijo:

—Esos viajeros son Iniciados de Escuelas Santas hermanas de la nuestra, que vienen en busca de Yhasua. No les dejes salir por el atrio que hay espías del Rey, cuyos magos le han anunciado el nacimiento de un Rey de reyes. Cuando los Levitas dejen los incensarios, los haremos salir por el camino secreto. Nuestro Padre Jeremías me lo acaba de anunciar en la oración.

—Así lo haremos –contestó Esdras. Simeón volvió a la sala de los incensarios, donde estaba la puerta secreta del camino subterráneo hacia la tumba de Absalón.

Después de dejar Esdras sus vestiduras de ceremonia, se dirigió a los viajeros y les dijo:

—No saldréis por el atrio por donde habéis entrado porque tenéis espías que siguen vuestros pasos. Sabed que los hijos de la luz debemos vivir en la sombra, hasta que la luz sea tan viva que traspase las tinieblas.

— ¿Y por dónde hemos de salir? –preguntó Melchor con cierta inquietud.

—Descansad en nosotros y esperad unos momentos más.

Cuando todos los levitas habían dejado sus incensarios y aquella sala quedó desierta, Esdras introdujo a los viajeros por el camino subterráneo que iba a la tumba de Absalón.

Mientras tanto, Simeón de Betel se había arreglado con dos Levitas de su mayor confianza para que ocultasen las cabalgaduras de los viajeros en las granjas de Betania juntamente con sus equipajes.

— ¿Qué país es éste?... –preguntaba Baltasar, caminando trabajosamente por el oscuro subterráneo, sólo alumbrado por las cerillas que en

lugar de antorchas llevaban como para no tropezar con las puntas salientes de las rocas, que hacían de soportes en aquella rústica construcción subterránea–. ¿Qué país es éste, en que baja el Avatar Divino, y aquellos que lo saben y le esperan, deben ocultarse como bandoleros perseguidos por la justicia? Entre los hijos del Irán todo el pueblo estaría de fiesta.

—Es que el pueblo judaico exasperado por las humillaciones del vasallaje delira por un Mesías Rey y Libertador, juzgando que ningún bien mayor puede esperar que la libre soberanía de la nación. Y el sagaz Idumeo que ocupa actualmente el trono de Israel, que no le pertenece, vive inquieto pensando en que puede surgir de un día a otro, un hombre capaz de unificar el pueblo y levantarlo en armas contra él.

"Sus magos le han descifrado el lenguaje de los astros, y él ha soltado espías como una bandada de buitres por todo el país para averiguar la aparición de ese Mesías Libertador que Israel espera. –Así trataba de explicar Esdras, el extraño fenómeno observado por los extranjeros.

¡De un pueblo que espera al Mesías y al cual hay que ocultarle la llegada del Mesías!

— ¿Quién podría hacer que aceptaran las masas, la superioridad excelsa de un hombre al cual no rodea grandeza material ninguna? –preguntaba a su vez Gaspar, con esa certera visual del anciano experimentado, en las formas de ver y apreciar personas y cosas, cuando ellas no aparecen envueltas en ese esplendor a simple vista que tanto seduce y arrastra a las multitudes.

—Krishna fue un príncipe de la dinastía reinante en Madura –añadió Baltasar–, y debido a eso pudo vencer las grandes dificultades que los genios de las tinieblas desataron a su paso.

"Buda fue el príncipe de la dinastía reinante en Nepal, y las masas se sienten subyugadas siempre por las figuras grandes que aparecen sobre los tronos.

"Moisés, fue un hijo oculto de la princesa Thimetis, hija del Faraón, y a eso debió que fuera respetada su vida, y que el Faraón temiera el castigo de sus dioses, si derramaba su propia sangre. Pero Yhasua es un infantillo hijo del pueblo, sin antecesores reales, sin grandeza material ninguna, porque debiendo ser ésta la coronación de todas sus vidas mesiánicas, ha de sentir de una vez por todas, los grandes principios de igualdad y de fraternidad humanas, y que la sola diferencia existente entre los hombres, es la conquistada por el esfuerzo mental y espiritual de cada uno. ¿Qué otra cosa pensáis que quiso expresar un oscuro profeta del Irán, cuando dejó escrito enigmáticamente versículos como éstos?:

"En el heno de los campos que verdean en la ribera oriental de la Mar Grande, anidará un día el pájaro azul, a cuyo canto se derrumbarán las arcaicas civilizaciones y surgirán las nuevas".

“En las arenas de los campos dejará las huellas de sus pies y el polvillo de su plumaje”.

“Comerá el pan moreno de los humildes y sacará por sí mismo las castañas de las cenizas”.

“Ninguno cobrará jornal de sus manos ni será llevado jamás a hombros de sus esclavos”. ¿Comprendéis?

—Vuestro profeta desconocido, a mi juicio, quiso decir que el Avatar Divino nacería y viviría entre las masas anónimas o ignorado del pueblo –contestó Melchor.

—Justamente, esa es la creencia que en las Escuelas Secretas de la Persia tienen en general.

—Y así es la realidad –añadió Esdras–. El pájaro azul ha colgado su nido en el huerto de un artesano, aunque algunas antiguas escrituras y tradiciones aseguran, que sus lejanos antepasados descienden del Rey David. Un largo milenio de años ha borrado necesariamente el brillo en esa brumosa genealogía. El tiempo tira abajo realezas y poderío.

Hablando así, continuaron aquel viaje subterráneo hasta que fueron a salir a la tumba de Absalón, donde ya les esperaban los Levitas que habían ocultado los equipajes y cabalgaduras en una antigua granja de Betania, cuyos dueños eran Sofonías y Débora, parientes cercanos de algunos de los esenios que servían como sacerdotes y Levitas en el Templo.

Sofonías y Débora, padres de aquel Lázaro que las tradiciones dan como un resucitado del Cristo, comenzaron desde la primera infancia del Bienvenido, a prestar su morada en servicio suyo, como si su íntimo Yo les hubiera marcado de antemano su ruta, de aliados firmes y decididos para toda la vida de Yhasua sobre la Tierra.

Hacia ese hogar fueron conducidos los viajeros del Oriente, hasta que pasados unos días de ocultamiento, pudieron llegar a Betlehem disfrazados de vendedores de olivas y frutas secas, que sobre asnos y en grandes sacos, enviaban Sofonías y Débora para la casa de Elcana, que hospedaba a la familia carnal del Cristo-hombre y para los solitarios del Monte Quarantana, cuyo servidor era hermano de Sofonías.

Y los espías de Herodes, no pudieron reconocer en los rústicos conductores de aquella tropilla de asnos, cargados de productos frutales, a los graves filósofos del Oriente, que a costa de tantos sacrificios buscaban sobre la Tierra a Yhasua el Cristo.

Tal fue en realidad el hecho que las tradiciones antiguas han llamado: la Adoración de los Reyes Magos.

Así llegaron a la ciudad cuna del Rey David, aquellos Jefes de Escuelas de Divina Sabiduría venidos desde el lejano Oriente, sólo para cerciorarse por sí mismos de que el Gran Ungido había bajado al planeta Tierra, tal como los astros lo anunciaron. Tenía ya el niño diez meses y veinticinco días, cuando del Oriente llegaron hasta su cuna.

Les acompañaron en este viaje, los Levitas José de Arimathea y Nicodemus de Nicópolis, para que sirvieran de introductores, ya que ellos habían contraído amistades con Myriam y Yhosep, en la morada de la viuda Lía, de Jerusalén.

Antes de ser introducidos, cambiaron la rústica indumentaria de vendedores ambulantes por las graves y severas vestiduras usadas en sus respectivas escuelas para los días de grandes solemnidades: el blanco y oro del indostánico; el blanco y turquí del persa; el blanco y púrpura del árabe; y sus diademas de tantas estrellas de cinco puntas, cuantas graduaciones habían subido en la escala inflexible de las purificaciones y de las conquistas del espíritu.

Los dos Levitas habituados a los ricos tejidos de seda, oro y pedrería de los ornamentos sacerdotales del Templo de Jerusalén, encontraban demasiado sencillas y humildes las vestiduras de ceremonia de los viajeros orientales, pero uno de ellos que captó la onda de tales pensamientos, dijo de pronto cuando ya se dirigían hacia la alcoba, donde mecía Myriam la canastilla de mimbre de su hijo:

—Para ser discípulos de la Divina Sabiduría, no es necesario el esplendor de los templos donde el oro brilla por todas partes. Bástanos vestir de lino blanco el alma y el cuerpo. Así vestirá Yhasua, que viene a ser Maestro de los Maestros.

La sorpresa de Myriam fue grande cuando vio entrar por la puertecita de su alcoba, aquellos personajes en número de siete, pues cada uno llevaba un escriba o notario de su confianza. José de Arimathea y Nicodemus se le acercaron para quitarle todo temor con estas palabras:

—Son Hermanos de los esenios, que vienen con riesgo de sus vidas desde apartadas regiones, para ver de cerca a este niño Enviado de Dios.

—No temas, mujer, –le dijo el Anciano Baltasar– que cien vidas que tuviéramos, las daríamos contentos por conservar la de tu hijo que hace tanto esperábamos. ¿No sabías tú, que los trovadores del Irán le vienen cantando hace muchos siglos, cuando sólo le habían visto en las premoniciones de sus almas cargadas de ensueño divino?

—Y allá en el lejano Indostán –añadió Gaspar–, en todas las cavernas en que habitó Buda en sus correrías misioneras, se aparece a los clarividentes su imagen radiante para decirles:

"No me busquéis ya más con este ropaje que pertenece al pasado, y es una niebla que se diluyó en la Luz Increada y Eterna".

"Bajaré en la ribera de la Mar Grande de Occidente, y entonces me encontraréis en el fondo de vosotros mismos, como a la misma Llama Eterna que alienta nuestra vida".

—Y en mi Arabia de piedra –dijo Melchor–, los vates inspirados cantaron extraños versículos como éste:

"Bajaré como un águila que nadie sabe dónde esconde su nido, sobre las vegas floridas de la tierra de promisión, soñada por Moisés, y cuando levante vuelo, arrastraré conmigo a todos los que quieran volar hacia lo invisible desconocido".

Y formando círculo cerrado en torno de la cuna del niño, los siete extranjeros con los Levitas y los familiares, comenzaron el minucioso examen que las antiguas escuelas de Conocimiento Superior, usaban, para cerciorarse de que el pequeño cuerpecito reunía en sí las condiciones físicas propias para una encarnación del Avatar Divino: las líneas de la cabeza, de la frente, las cejas, los ojos, la nariz, la boca, la barbilla, la estructura del pecho, la anchura de hombro a hombro, la estructura de los pies. Y el notario de cada Escuela iba comparando con las viejísimas escrituras sagradas, donde los sabios ocultistas y astrólogos dejaron grabado el resultado de igual examen hecho con Krishna, con Buda y con Moisés.

Y el niño divino, tranquilo y quietecito con sus grandes ojos color de ámbar abiertos, como para absorber en ellos cuanto pasaba a su alrededor, parecía aceptar sin temor aquella piadosa y reverente investigación, hasta que por fin tendió sus bracitos a la madre que lloraba silenciosamente sin saber por qué. ¿Era temor? ¿Era devoción y mística unción espiritual, que la hacía creerse ella misma ante la propia Divinidad?

— ¿Qué será de este hijo mío, que parece venir vinculado a tan complejos y desconocidos sentimientos? –preguntó por fin, abrazando tiernamente al pequeño Yhasua.

—Este hijo tuyo, mujer –dijo sentenciosamente Gaspar–, es entre muchas cosas, una que está por encima de todas: es el Amor Divino que salva a la Humanidad.

Revisaron después en silencio las anotaciones de los escribas, y firmándolos y sellándolos con los anillos-sellos de las respectivas órdenes o Escuelas, pasaron al estrado junto al hogar encendido, para aceptar la ofrenda de la hospitalidad de Elcana.

—Ahora que habéis compartido mi pan, mi vino, mis pobres manjares –dijo Elcana–, me atrevo a preguntaros: ¿quiénes sois y por qué habéis observado de tan minuciosa manera al niño de estos Hermanos, que son mis familiares y mis huéspedes desde antes de su nacimiento?

— ¿Lo habéis tomado a mal? –inquirió Melchor, algo alarmado.

—De ninguna manera. Nuestra Ley nos prohíbe el mal pensar, cuando la evidencia no nos autoriza a ello –contestó Elcana.

—Vuestra pregunta es, pues, amistosa y cordial y es justo satisfacerla.

Y Baltasar el persa, que era el mayor de los extranjeros en edad y en graduación, pues era Consultor del Supremo Consejo de Instructores de

su Escuela, cuyas ramas divididas y subdivididas se habían extendido por todo el país, hizo el relato de la forma y modo como fueron recibiendo avisos de las Inteligencias Superiores, por medio de augures, por sibilas o pitonisas, por sueños premonitorios de que era llegada la hora de la Misericordia Divina para esta humanidad delincuente, que había forjado con sus inquietudes una espantosa corriente de destrucción para sí misma.

—Desde años sabíamos que la conjunción de Júpiter y Saturno con el concurso en segundo término de Marte, marcaría el momento preciso del advenimiento del Verbo de Dios al plano físico.

"Si le hemos observado de tan minuciosa manera, es para comprobar que estamos en posesión de la gran verdad.

"En cada cuerpo humano, está grabado de inequívoca manera el grado de evolución de la Inteligencia que la anima; la capacidad de amor, de sacrificio, de dominio de sí mismo, su fuerza mental de irradiación y su fuerza de atracción, su magnetismo espiritual y su magnetismo personal, el poder de asimilación de todas las fuerzas vivas del Universo, y el poder de transmisión de esas fuerzas a todos los seres y a todas las cosas.

"Y todo ello lo hemos encontrado en grado superlativo en este cuerpecito, niño de diez meses y veinticinco días. Unido a todo esto, su nacimiento en el preciso momento de la conjunción planetaria ya mencionada, de una madre que es un arpa viva de vibraciones sutilísimas, donde jamás tuvo cabida el mal pensamiento, la verdad está tan manifiesta, que se necesitaría ser muy pobre de inteligencia para no comprenderla.

—En un caso como éste, es de todo punto imposible la duda –añadió Gaspar–.

"Es aún mucho más manifiesta la gran verdad de lo que fue en Moisés, debido a una impresión espantosa de la madre estando el niño próximo a nacer, estuvo a punto de nacer mudo, defecto que fue subsanado por las Inteligencias Superiores, quedando no obstante en él cierta dificultad al hablar, lo cual lo habituó a ese hablar reposado y lento de los ancianos en general. Y en Krishna se notó una ligera deficiencia en los órganos visuales debido, según algunos sabios, al largo período de obscuridad en que pasó la madre encerrada en un calabozo hasta el nacimiento del niño, perseguido por un usurpador desde antes de nacer. Mas, Yhasua debía ser por suprema lógica, la suma de todas las perfecciones morales, espirituales y físicas o sea: la superación sublime del hombre que traspasa el último dintel del reino humano, para entrar a formar parte del Reino Divino, o sea, nada más que un poderoso receptor y transmisor de la Energía Eterna, de la Luz Increada y del Supremo Amor, causa y origen de cuanto alienta en el Universo. Y en el cuerpo de este niño está escrito que será todo eso.

— ¡Oh, Yhasua!... ¡Yhasua!..., –exclamó Melchor, cayendo de rodillas a los pies de Myriam, que tenía al niño en brazos, y besando sus piececitos que quedaban a la altura de los labios temblorosos de emoción del príncipe moreno–. ¡Yhasua!... ¡Yhasua!..., ¡que das a la materia humana el beso final, porque la has superado para siempre a fuerza de abnegación y de heroísmos!...

Y los extranjeros unos en pos de otros fueron haciendo lo mismo, pues comprobada la gran verdad, rendían homenaje a la Divinidad hecha hombre, como el perfume hecho flor, como la chispa convertida en hoguera, ¡como el rayo de luz en crepúsculo de oro!

A Myriam le hicieron numerosas recomendaciones referentes a su alimentación, que debía ser a base de leche, miel, frutas, hortalizas frescas, legumbres, cereales y agua de manantial. Le enseñaron a preparar licores de jugo de naranja, de cereza, de uva y de manzana. Le aconsejaron un preparado de jugo de uva con aceite puro de oliva, para dar al niño una fricción suave cada dos días: en el tórax y el plexo solar, y en la espina dorsal.

Y en la época de las naranjas, el mismo procedimiento con jugo de naranjas bien maduras y aceite puro de olivas. De la combinación perseverante de ambos procedimientos, resultaría la perfecta normalidad del sistema circulatorio de la sangre, y un sistema nervioso perfectamente tranquilo y sereno. Y añadieron los sabios maestros:

—La madre carnal del Verbo de Dios, debe saber cuán delicada es esta divina maternidad y qué cúmulo de responsabilidades implica el haber dado vida física a un Dios hecho hombre.

Y dejándole un bolsillo lleno de monedas de oro, le dijeron:

—Esto para que nada falte a vuestro cuidado personal y al de vuestro hijo. Cada veinte lunas vendrá un mensajero enviado nuestro, que nos llevará informaciones vuestras y del niño. Vendrá entre las caravanas de mercaderes, y se hará conocer de vosotros por un anillo igual a éste.

Y le dejaron uno de ellos para que los padres de Yhasua identificaran la procedencia del mensajero.

— ¡Mujer bendita entre todas las mujeres! –le dijeron antes de partir–.

"Que ninguna inquietud ni temor agite tu alma mientras el niño se alimenta de tu seno. Aún cuando veas que la naturaleza niega agua a los campos y que vuestros árboles por sequía no den frutos, y que vuestros huertos se agotan y se secan; o que el granizo se lleva vuestras legumbres y cereales, o tu marido se vea lleno de dificultades en sus medios de vida... Piensa solamente que la Providencia Divina ha tendido sus redes alrededor vuestro, y que todo ha sido ya previsto por los seres elegidos por la Divinidad como instrumentos suyos, para que se cumplan sus designios en éste niño-Salvador de la humanidad.

Y Myriam, la dulce Myriam los escuchaba, mirándolos con sus grandes ojos húmedos de llanto, y preguntándose a sí misma, si aquellos venerables viajeros no serían arcángeles de Jehová, como los que visitaron a los antiguos Patriarcas en momentos solemnes de sus vidas.

¡Ella tan insignificante y pequeña, se veía embargada por el asombro, ante la magnánima solicitud de aquellos extranjeros venidos de tan lejanas tierras!...

Durante el festín de despedida que se empeñaron en ofrecerles Elcana y Sara, al cual asistieron los amigos esenios de su intimidad, resolvieron entre todos, llevar a los viajeros por el camino del Monte Quarantana y dejarlos en ese pequeño santuario esenio, de donde serían conducidos hasta el Gran Santuario de Moab. Allí, los Setenta les esperaban para confeccionar un vasto programa de preparación, a fin de que todas las Escuelas de Divina Sabiduría secundaran la obra apostólica del Gran Mensajero Divino, que había descendido en medio de la humanidad.

Los dos Levitas que les condujeron a Betlehem, no podían prolongar más su ausencia del Templo y regresaron a Jerusalén.

Alfeo, Josías y Eleazar, aquellos tres amigos esenios que presenciaron las manifestaciones astrales y etéreas la noche del nacimiento de Yhasua, se ofrecieron para conducir a los viajeros por el mismo camino que ellos hicieron.

Eleazar, padre de cinco hijos pequeños, dejó encomendada su prole a su compañero Elcana y Sara, quienes les llevaron a su casa hasta la vuelta de su padre. Fue siempre la hospitalidad la virtud sobresaliente de los esenios, y una de las más bellas manifestaciones de fraternidad a que llegará la humanidad en el siglo venidero.

Y apenas se inició la primavera con el gorjeo de los pájaros y el florecer de las glicinas y las azucenas, Myriam y Yhosep se dispusieron también a regresar a su abandonada casita de Nazareth.

Aprovecharon el viaje de seis terapeutas de Beth-peor que se dirigían a Samaria y Galilea en busca de niños enfermos y abandonados de que habían tenido aviso. De paso, se detuvieron un día en Jerusalén en visita de despedida a Lía y sus hijas.

Encontraron que el viejecito Simeón se hallaba atacado de reuma agudo en las piernas, el cual le arrancaba gemidos de dolor por cualquier movimiento. Susana la sensitiva, tomó al pequeño Yhasua en sus brazos y corriendo al lecho del tío lo puso sobre sus extremidades doloridas diciéndole:

—El Cristo-niño te curará, –el niño quedóse dormido y al cuarto de hora el anciano dormía también, despertándose luego sin dolor alguno.

13
EN LAS CUMBRES DE MOAB

Dos caminos se presentan a la vista del lector de "Arpas Eternas", que partiendo ambos de Betlehem, la ciudad del Rey Pastor, se dirigen: el uno hacia el norte de Palestina o sea el edén encantado de Galilea con sus colinas tapizadas de huertos, donde las vides, las higueras y los naranjos llenan el aire con aromáticas emanaciones; El otro hacia el sur, el árido desierto de Judea, con el tétrico panorama del Mar Muerto y de las rocas hirsutas y peladas, de los montes Quarantana y sus derivaciones.

Por este último seguiremos, lector amigo, a los viajeros del lejano Oriente que conducidos por Eleazar, Josías y Alfeo, se dirigen al Santuario del Monte Quarantana que ya conocemos. Nuestros amigos sólo los acompañarían hasta allí, pues los solitarios se encargarían de conducirles hasta los altos Montes de Moab, donde les esperaban los Setenta.

Los extranjeros comprendieron que en aquellos sencillos pastores y tejedores había espíritus de una larga carrera evolutiva a través de los siglos. Y con la clarividencia desarrollada por años de ejercicios metódicos y perseverantes, vieron a sus tres conductores formando parte de las porciones de humanidad que habían escuchado al Verbo Divino en sus distintas etapas terrestres, desde Juno hasta Moisés.

Esto les permitió franquearse con ellos en cuanto a las elevadas y profundas enseñanzas esotéricas de sus respectivas escuelas. Y en los tres días de viaje por entre riscos, cavernas y abruptos cerros, los búhos y lechuzas agoreras, oyeron la palabra serena y mesurada de aquellos hombres venidos de lejanas tierras, que departían con los pastores y tejedores betlehemitas, sobre las arduas cuestiones metafísicas en relación con el gran acontecimiento que los reunía: *la novena y última encarnación del Verbo Divino sobre la Tierra*. Las noches aquellas pasadas en las cavernas a la luz de una hoguera, y recostados sobre lechos de heno y pieles, fueron noches de escuela, de aprendizaje y de desarrollo mental. Fueron asimismo noches de evocación, de recuerdos lejanos, pues los extranjeros quisieron compensar con descubrimientos psíquicos, el sacrificio de sus conductores. Y fue así, que los tres maestros de Ciencias ocultas, recibieron idénticas manifestaciones referentes a los tres amigos esenios.

Y los viajeros llegaron por fin a la Granja de Andrés, desde donde fueron conducidos por el oculto camino que conocemos, al pequeño santuario del Monte Quarantana.

Los tres amigos esenios tornaron a Betlehem, después de un día de descanso, llevándose los relatos escritos por Melchor en el dialecto siriocaldeo, y como recuerdo de aquellos maestros del Oriente, unas sortijas de gran valor que les obligaron a aceptar, para "mejorar la situación de su vejez", según sus propias palabras.

Los solitarios del Monte Quarantana tenían en la época de las nieves, un oculto camino que era como un gran túnel con salidas a campo abierto, a vallecitos de mezquina vegetación. Eran tortuosas galerías de minas abandonadas hacía muchísimos siglos pero que acortaban enormemente la distancia hacia los Montes de Moab. Temían llevar a los extranjeros por los caminos de la fortaleza de Masada, pensando con mucho acierto, que los espías del mago de Herodes andaban por todas partes. Y ora por las galerías subterráneas, ora por las gargantas y encrucijadas de las montañas áridas de Moab, llegaron después de seis días de viaje hasta el Santuario de los Setenta en el Monte Abarín.

Dos esenios del Quarantana les habían servido de guías, y los extranjeros eran siete, pues cada maestro tenía su escriba o secretario. Dos persas, dos indostánicos, dos árabes y el egipcio de Alejandría; más los solitarios esenios, formaban pues el número nueve.

La galería subterránea por donde habían llegado, estaba comunicada con las caballerizas del Santuario, donde "Nevado", el inteligente mastín que conocemos, tenía también su morada, el cual prendiéndose con sus dientes de la cuerda de llamada, hizo resonar la campana sonora que avisaba la llegada. El Santuario de rocas se abrió pocos momentos después, y los cansados viajeros se encontraron entre la doble fila de antorchas encendidas y de los Setenta Ancianos que les esperaban con sus túnicas y mantos de color marfil, el cíngulo púrpura y la diadema de siete estrellas, símbolo de sus grandes conquistas espirituales. Les condujeron a la sala de reposo, donde en estrados cubiertos de tapices y pieles, les obligaron a tomar descanso, mientras ellos cantaban a coro el himno llamado "Alabanza", en que cada versículo terminaba así:

"Alabado seas Señor de las alturas porque nos has unido en tu Pensamiento y en tu Amor".

Los viajeros quedaron solos unos momentos, pasados los cuales, volvió uno de los Ancianos trayendo jarabes y viandas calientes, pan y frutas para obsequiarles. Y como las paredes de aquella sala estaban recubiertas de madera, por medio de originales y sencillos procedimientos, de allí mismo salían pequeñas mesas que abriéndose ante los estrados, lo mismo podían servir para comer que para escribir.

—Vuestro palacio de rocas parece obra de magia –decía Gaspar, viendo la serie de pequeñas comodidades de gran utilidad, que los solitarios habían ido preparando en innumerables siglos.

—Mirad –contestó el esenio señalando las maderas lustrosas y desgastadas en los bordes, a fuerza de un prolongado uso–. ¡Cuántas cabezas se habrán apoyado en este respaldo! ¡Cuántos pies habrán pisado estas tarimas! ¡Cuántos brazos habrán descansado sobre estas mesas!...

— ¿Cuánto tiempo hace que empezasteis este santuario? –preguntó Baltasar.

—Siete años después de la muerte de nuestro padre Moisés –fue la contestación.

— ¡Larga cadena de mil quinientos eslabones!, –exclamó Melchor, como abrumado por aquella enormidad de tiempo y de perseverancia de los discípulos de Moisés.

— ¡Quince centurias! –repitió Filón de Alejandría, el más joven de los extranjeros y que por considerarse a sí mismo como un aprendiz aspirante a los estudios de oculta sabiduría, callaba siempre para escuchar más.

—Quince centurias excavando en las montañas para perfeccionar la obra de la naturaleza, o de inconscientes mineros del más remoto pasado, que no sospecharon seguro, que las cavernas abiertas por ellos en la entraña de la roca, servirían luego para templo de la Divina Sabiduría, y para albergue de las humildes abejitas que la cultivan –añadió Gaspar, mientras bebía a sorbos el vino caliente con castañas asadas.

Y aquellos hombres, que ni aún en los momentos que dedicaban al alimento corporal, podían anular las actividades del espíritu, continuaron tejiendo la filigrana dorada de pretéritos recuerdos, conversación a la cual fueron aportando elementos valiosísimos, los Ancianos del Monte Abarín que tornaban a la sala de reposo, después de haberse despojado de las vestiduras de ceremonia. Entre ellos había siete Escribas o Notarios y éstos traían sus grandes cartapacios de telas, de papiros, de plaquetas de arcilla o de madera.

—Esto acabará por ponernos de acuerdo –reconoció el Gran Servidor, apoyando su diestra sobre aquellos viejísimos documentos.

— ¿Y acaso no lo estamos ya? –preguntó Baltasar.

—Aún no, con los fundamentos deseables y deseados. Acaso ni vosotros ni nosotros sabemos todo cuanto hay que saber para no discrepar en lo más mínimo.

Y los esenios Escribas desprendieron de los muros todas las mesas que fueron armadas ante los estrados y allí colocada toda aquella porción de escrituras que hacía pensar a los extranjeros: “Precisaremos muchas lunas para conocer todo esto”.

Los Setenta querían dejar establecido, que las Escuelas de Divina Sabiduría del Oriente, formaban parte del grandioso libro de Conocimientos Superiores que en el correr de los siglos, había traído al plano físico terrestre el Verbo Divino en todas las etapas que había realizado.

La Escuela de Melchor el príncipe moreno, era Kobda-Mosaica, nacida como un cactus de oro entre las montañas de Horeb y Sinaí, donde el gran Moisés despertó a la comprensión de su Mesianismo, entre los últimos Kobdas del Peñón de Sindi.

La Escuela de Baltasar, el persa, era una derivación del Krishnaísmo Indostánico, toda vez que Zenda, primo de Arjuna, huyó a la muerte del Príncipe de la Paz, a los montes Suleimán para escapar a la persecución de que se hizo objeto a los que luchaban por mantener la abolición de las castas y de la esclavitud, necesarias a los sacerdotes del dios Brahma para su vida de holgura, de fastuosidad y de dominio. Y el Zen-Avesta de los persas, era el Krishnaísmo puro; variado y adulterado con los siglos y la incomprensión de los hombres.

La Escuela de Gaspar, señor de Bombay, era Budista, por lo cual él, al igual que el príncipe Siddhartha, había abdicado en un sobrino todos sus títulos para dedicarse solamente a la Divina Sabiduría.

Y Filón, el estudiante de Alejandría, era ptolomeísta en sus principios fundamentales, lo que es igual que aristotélico, pues Ptolomeo fue discípulo de Aristóteles, y éste de Platón, que a su vez lo fue de Sócrates, hermoso ovillo blanco, cuya extremidad originaria la encontramos prendida en el Monte de las Abejas de la Grecia prehistórica, donde los Dakthylos conservaron y difundieron durante siglos la Sabiduría de Antulio, el gran filósofo Atlante.

Compararon los viejos textos de cada Escuela, depurándolos de las adulteraciones maliciosas o inconscientes, que discípulos sin capacidad y sin lucidez espiritual habían introducido en ellos, de lo cual resultó tan maravilloso cuerpo de doctrina perfectamente unificado, que más tarde le permitió a Yhasua decir ante las multitudes que le escuchaban:

"Amad a Dios y a vuestro prójimo como a vosotros mismos, que en ello está encerrada toda la Ley".

Y el célebre Sermón de la Montaña, no fue más que esta gran Ley de amor fraterno irradiando como un resplandor de oro del alma de Yhasua, Ley Viva enviada por la Divinidad a la Tierra, para evitar que la humanidad delincuente se hundiera en el caos, a que lógicamente llega toda inteligencia que se obstina en el mal.

Veamos, lector amigo, qué grandioso castillo de Divina Ciencia surgió de las conclusiones de las cinco ramas espiritualistas de aquella hora: Los esenios: mosaístas; Melchor: kopto; Gaspar: budista; Baltasar: krishnaísta; Filón: antuliano.

El Gran Servidor de los esenios, fue el elegido de todos para dirigir las deliberaciones de aquella asamblea de Divina Sabiduría, compuesta de Setenta y siete hombres consagrados al estudio y a los trabajos mentales desde hacía largos años.

Después de una solemne evocación al Alma Universal, fuente de Vida, de Luz y de Amor, el Gran Servidor propuso que comenzaran por la definición, base y fundamento de toda ciencia espiritual:

"Conocimiento de Dios".

Y Baltasar, lo definió de acuerdo con sus principios védicos, heredados de Zenda, segundo discípulo de Krishna:

"Dios es el soplo vital que como un fuego suavísimo e inextinguible anima todo cuanto vive sobre el planeta".

Y los diez Escribas anotaron la definición de Baltasar el Krishnaísta.

Habló Gaspar, y definió a Dios conforme a sus principios Budistas:

"Dios, es el conjunto unificado de todas las Inteligencias llegadas a la Suprema perfección del Nirvana".

Y Melchor el príncipe sinaítico, habló conforme a su filosofía Kobda:

"Dios, es la Luz Increada y Eterna, que pone en vibración todo cuanto existe".

Y el joven Filón de Alejandría, aristotélico antuliano dijo:

"Dios, es el consorcio formidable y Eterno del Amor y de la Sabiduría, de donde mana todo poder, toda fuerza, toda claridad y toda vida".

Y el Anciano Servidor añadió al final la definición de Moisés:

"Dios, es el Poder Creador Universal, y como el Universo es su dominio y su obra, es autor de las estupendas leyes que lo gobiernan y que los hombres no acertamos a comprender".

Estudiadas y analizadas a fondo las cinco definiciones, pudieron comprobar que no estaban en pugna, sino que entre ellas se complementaban admirablemente, como si una mano de mago hubiera escrito páginas aisladas, y que reunidas formaban un poema admirable, perfectamente unificado y completo.

— ¿Por qué pues –decían ellos–, tantas divisiones ideológicas, tantas luchas religiosas, tantas torturas físicas y morales, tantos patíbulos, tantos mártires, si somos un solo Todo Universal, que como un inmenso enjambre de abejas vamos siguiendo rutas ignoradas por nosotros mismos, pero siempre dentro del radio ilimitado de ese Supremo Poder: Dios?

El joven Filón de Alejandría estrechando las manos de Gaspar el budista, decía:

—Me habéis quitado un enorme peso de encima, pues hasta hoy había yo dudado a fondo de que Buda hubiera sido un resplandor de la Verdad Eterna porque lo juzgué ateo, sostenedor de que no hay nada sino una pura ilusión, en todas las manifestaciones de la vida universal.

— ¿Y hoy juzgáis al Maestro de diferente manera?

— ¡Completamente! Vuestra definición de Dios me hace ver que el Avatar Divino en la personalidad de Buda, escanció la oculta esencia

de la Verdad Eterna para derramarla sobre la faz de la Tierra. Mas fue un perfume tan sutil, delicado y complejo, que para unos fue rosa, para otros: jazmín, para otros violetas y para otros, arrayán. Diríase que la humanidad era aún demasiado torpe y grosera para aspirar ese perfume. La luz de Buda fue un resplandor como el del Iris, que tiene todos los colores madres, pero que deben definirse en la retina durante el breve tiempo que dura ese fenómeno de la luz, porque luego se esfuma en lo Infinito, y el que lo vio, sólo conserva la visión del conjunto sin acertar con una definición exacta.

—No sólo vos –dijo Gaspar–, habéis pensado equivocadamente de Buda, sino muchos pensadores y estudiantes de las Ciencias Ocultas lo han pensado también. Y sin embargo, nada más conforme a la Verdad que la definición budista de Dios:

"Es el conjunto unificado de todas las Inteligencias llegadas a la Suprema Perfección del Nirvana".

"Me permitiré deshilar esta trama sutil de seda y oro:

"Sabemos que una larga serie de ciclos, de edades, llamadas kalpas, las Inteligencias van subiendo a medida que se van depurando. Mundos y mundos, globos y globos les van sirviendo de moradas apropiadas a su grado de evolución, hasta que llegan a refundirse como chispas en un incendio, como gotas en un océano infinito, como arenillas de oro en una playa sin riberas. A fuerza de unificación, la individualidad es hasta cierto punto, transformada en poder, energía y vitalidad, conjuntos inseparables e indestructibles. Y todo ese conjunto de Pensamientos, Vitalidad, Amor, Energía, es Dios. De todas esas fuerzas conjuntas, surgen todas las creaciones, todos los poderes, todas las leyes inmutables del Universo. La unión de toda Inteligencia con Dios, la hace perfecta.

Buda negó un Dios personal, un ser limitado, porque su interna iluminación por determinadas conjunciones astrológicas, le fueron tan propicias a su mentalidad, que desarrolló el máximum de lucidez y claridad para comprender lo abstracto de la Idea Divina. Y esta claridad como un deslumbramiento le impidió comprender a la Divinidad bajo aspectos más perceptibles, digámoslo así, como el de la Luz, el de la Energía, el del Fuego, el de la Fuerza, con que las otras doctrinas la han comparado.

"En sus célebres meditaciones, bajo el llamado simbólicamente: *Árbol de la Ciencia*, él comprendió en visiones magníficas esta gran verdad suprema: vio los mundos superiores poblados de Inteligencias potentísimas hasta llegar a los Fuegos Magnos Supremos, que sostienen con el pensamiento la gran máquina universal, y en torno a ellos, no vio más que millones de miríadas de mundos que de ellos recibían el poder, la energía, la luz y la vida. ¿Qué extraño es pues, que diera de Dios aquella oculta y profunda definición?

"Diríase que Buda no fue un Instructor para las multitudes, sino un Maestro para los maestros de Divina Sabiduría. De ahí, que ninguna doctrina fue más desfigurada y tergiversada que la de Buda, cuya metafísica altísima y abstracta por completo, no podía ser asimilada sino por los espíritus avanzados en la Ciencia Divina. Y así, el Nirvana búdico, es para las multitudes el reposo absoluto de la nada. Y dicen, creyendo pronunciar una gran verdad: "El Mesías ateo del Indostán, el sostenedor de la nada, el fantasma espectral de la Idea sin realidad posible en ninguna parte".

"De un vistazo comprendió Buda, todo el infinito plan de la Evolución, y bajo ese punto de vista, dijo: *Todo es ilusión, porque todo pasa y se transforma continuamente. Nada permanece.*

"Ilusión: la de aquellos que creen absolutos sus derechos de propiedad sobre individuos o pueblos que uncen al carro de su prepotencia, porque sólo es como un instante fugaz en la eternidad del Infinito.

"Ilusión: la nobleza de la sangre, la pureza de las dinastías, lo rancio de los abolengos, los derechos milenarios a tal o cual porción de tierra, que se llama una Patria y un Estado; puesto que el rey de ayer, es el esclavo de hoy y viceversa. Y el que nació una vez en Indostán, en otra nació en la China, en África, en Europa, en el Polo o en los Trópicos, en los ardores del Ecuador o entre las nieves polares. ¿No son en verdad ilusiones que se forja la pobre mente humana que se alimenta de ellas, como las mariposas de las flores, cuya efímera vida no alcanza a ver la luz de un amanecer y de un ocaso?

"El reposo búdico se basa en la anulación del deseo, en cuanto tiene éste de perturbador de la quietud mental y de la paz interior.

"Quien haya estudiado a fondo los Sutras Simples encontrará la similitud entre la metafísica profunda de Buda, y las doctrinas esotéricas emanadas de todas las personalidades del Verbo Divino. Y únicamente en los monasterios de Nepal se encuentran los verdaderos libros budistas, sin alteraciones de ninguna especie, con la firma y sello de los cinco principales discípulos del gran Maestro.

"El *"Mahavastu"* es a mi juicio el más importante y completo, como texto de Divina Sabiduría. En el *"Labitavistara"* puede encontrarse la verdadera biografía de Buda, pero de este Libro, es del que más ha abusado el fanatismo por lo maravilloso, llegando a circular por todas partes una inverosímil leyenda, en la que sólo hay de verdad los nombres propios, y algunos lugares que fueron escenarios de aquella gran vida humana, que a fuerza de querer divinizarla, la convirtieron en una madeja de fantasmagorías imposibles de aceptar.

"El *Vajracchedika*, el *Meghasutra* y el *Loto de la Buena Ley*, son relatos, episodios y pensamientos aislados, complementarios de la obra básica: el *"Mahavastu"*.

"Quien haga la comparación de estos textos primitivos auténticos, con el *Mahabharata*, los *Puranas*, el *Bhagavad-Gita*, los *Upanisad* y el *Righ-Veda*, recopilaciones de los discípulos de Krishna, encuentra en el fondo las mismas verdades, los mismos principios ocultos que en la doctrina Antuliana, conservada por los Dakthylos, que la filosofía Kobda de la época de Abel, y que los libros auténticos de Essen, hijo espiritual de Moisés".

Y los siete extranjeros y los siete Escribas fueron comparando los diversos textos citados por Gaspar, en que la misma verdad resaltaba como brillante de primera agua, entre las arenillas doradas del simbolismo de los himnos védicos, de las radiantes descripciones de los transportes antulianos, de las conclusiones metafísicas de Buda, de las místicas ensoñaciones de Abel el Kobda, y de las luminosas y magníficas visiones de Moisés.

Todos estos delicados y profundos estudios les ocuparon siete semanas, pasadas las cuales confeccionaron un acta cuya primera copia fue grabada en el muro frontal del Gran Santuario esenio, junto al sitio en que guardaban el original de las Tablas de la Ley. Y cada uno de los maestros extranjeros sacó copia en pequeñas planchetas de madera, acondicionadas en forma que, unidas por los bordes laterales y fácilmente desarmables, ofrecían facilidad para el transporte, y seguridad de ser conservadas sin adulteraciones y sin cambios.

El acta solemne con que sellaron aquellas grandes deliberaciones estaba concebida en estos términos:

"A doce lunas del año primero del advenimiento de Yhasua el Cristo, los infrascriptos, reunidos en el Gran Santuario esenio del Monte Abarín, en Moab, dejaron sentados los siguientes fundamentos de una vasta organización espiritual, con fines de facilitar la obra redentora del Gran Enviado".

"Habiendo comprobado que es una misma verdad, la expuesta en las cinco doctrinas conocidas hoy, o sea el ptolomeísmo de Alejandría, el Kopto de Arabia, el Zen-Avesta de Persia, el Budismo de Nepal y el Mosaísmo esenio, imponemos el sagrado deber de propender a la unificación perfecta de estas cinco ramas de Divina Sabiduría, para facilitar la misión redentora del Cristo en su último acercamiento a la Tierra".

Ezequías de Sichen, Gran Servidor del Santuario de Monte Abarín.
–Gaspar de Bombay, Primer Maestro de la Escuela Estrella de Oriente.
–Baltasar de Susian, Consultor de la Congregación Sabiduría Oculta.
–Melchor de Horeb, fundador de la Fraternidad Kopta de Monte Horeb.
–Filón de Alejandría, estudiante de quinto grado de la Escuela ptolomeísta.

Y a continuación grabaron también sus nombres los Escribas esenios y los tres Notarios de los maestros extranjeros.

Con esto quedó terminada la definición histórica y científica del Verbo de Dios.

—Nos falta la comunión espiritual con nuestros mayores –observó el Gran Servidor–, y es justo que sea el broche de oro con que sellemos el gran libro de nuestro pacto solemne.

—Aceptado –contestaron todos.

—Esta noche será el festín de los cuerpos –continuó diciendo el Gran Servidor–, y mañana al atardecer nos encaminaremos al Santuario de Monte Nebo, donde vivió sus últimos días nuestro Padre Moisés, y donde los ángeles del Señor recogieron su alma bienaventurada. Allí, descansa la urna física de Nuestro Padre; allí hemos acumulado energía y amor durante quince centurias; allí somos conducidos a morir todos los moradores de este Santuario, y creo que allí debemos ir a buscar a la Divinidad en esta hora solemne de nuestra alianza con su Verbo Eterno. ¿Estáis de acuerdo conmigo?

—Completamente en todo y para todo –fue la contestación unánime.

En la gran sala-comedor que ya conocemos, y donde únicamente los esenios podían hablar de acontecimientos mundiales y asuntos familiares, se reunieron esa noche esenios y visitantes en una comida de confraternidad y compañerismo, que no dejaba de tener encantos y animación, no obstante tratarse de hombres maduros que habían dejado ya muy atrás las seducciones de la vida. Eran tan solo la amistad y la comprensión, las hadas blancas y buenas que coronaban de rosas las cabezas venerables, e inundaban las almas de agua clara de manantial.

Los Ancianos quisieron saber el estado del mundo civilizado a la llegada de Yhasua. La mayoría de ellos llevaban muchísimos años sin salir al mundo exterior. De veinte a veinticinco años llevaban sin salir, los que habían llegado últimos; habiendo muchos de treinta a cincuenta años sin haber bajado de aquellas cumbres de roca. Algunas noticias les llegaban de tanto en tanto, por los esenios que iban a reemplazar alguno de los Setenta que moría, pero estas noticias se referían por lo común a los pueblos de la Palestina, desde Siria hasta Idumea y a la soberbia Roma, cuya dominación lo absorbía todo. Y naturalmente fue de gran interés para los Setenta, aquella velada en que se hizo correr el lienzo de las narraciones de los más lejanos países, a donde no había llegado aún el águila romana. Y les interesó mucho más la parte ideológica y espiritual.

La península indostánica, era en su gran parte brahmánica, pues el poderoso clero del culto Brahma había perseguido a muerte a los budistas, que quedaron relegados a la región de Nepal, de donde lograron pasar a la China del Sur, donde la enseñanza de Lao-tsé había preparado surcos propicios a la difusión del budismo. Otras agrupaciones budistas, habían huido hacia las grandes islas de Ceilán y de Java, en los mares del Sur,

donde tenían escuelas y templos de gran importancia. Los misioneros de Buda, se establecieron en el Archipiélago del Sol Naciente, al amparo de algunos emperadores, que en su refinado egoísmo, pensaron que era cosa fácil gobernar pueblos a quienes se les enseñaba el renunciamiento a toda grandeza material. Los Himalayas se poblaron de monjes budistas, y aunque se formaron numerosas escuelas con ritos y cultos variadísimos, mucho conservan del espíritu búdico: suave, manso, silencioso.

La Persia más hogareña que dada a las cuestiones públicas; desde la época de Alejandro, era una mezcla de costumbres e ideales, donde se confundían los tintes griegos, macedónicos, medos y caldeos. Pero por encima de todo, flotaba como luz difusa, la claridad del Zen-Avesta, que mantenía viva esa pequeña llama de la conciencia humana, que marca el bien y el mal. Y en las razas nórdicas, uno que otro punto luminoso, permite vislumbrar entre las nieves eternas, senderos que los siglos no habían conseguido borrar. Al noreste del Ponto Euxino (*Hoy Mar Negro) y casi a los pies de los Montes Cáucaso, había un extraño culto, cuyas grandes ceremonias se realizaban en cavernas, sobre las cuales existían infinidad de leyendas más o menos fantásticas. Se decía que aquellas cavernas habían sido en la prehistoria, una ciudad subterránea, en que una dinastía de reyes justos, se había refugiado para escapar a las hordas salvajes de una reina malvada, encarnación de los demonios, que había surgido como un monstruo de sangre, de las olas del Mar Caspio. En aquellas cavernas-templos, se rendía culto al sol del amanecer y al sol poniente, al cual llamaban Apolón, que tenía, a lo que parece, el delicado gusto de que a sus altares sólo llegaran las manos femeninas, por lo cual había sacerdotisas que denominaban Walkirias. Y subiendo hacia los mares del Norte, se encontraban asimismo algunos antiquísimos templos, donde los cultos a la Naturaleza y al hogar predominaban, transmitiendo a aquellos pueblos una especie de dependencia de las manifestaciones naturales, como la lluvia, las tempestades, los aspectos solares, las fases de la luna, etcétera.

Cultos que a decir verdad, parecían mantener a los pueblos en una larga infancia, pero que al igual que los niños eran inofensivos. Y todo esto lo atribuían aquellos hombres, a que en tiempos remotos habían existido en aquellas regiones, pequeñas o grandes ramas de la Sabiduría Kobda, llevada desde los valles del Éufrates a los vastos dominios de Lugal Marada, el Gran Aitor de los países de la nieve.

La noche aquella en la sala-comedor, en el Santuario del Monte Abarín, fue noche de historia antigua y moderna, en que se descubrieron redes que los siglos habían ocultado a medias, con las cenizas de su vaivén eterno. Y al destejerse esas redes, se dejaban entrever las figuras luminosas de un joven Kobda: Abel; que llenaba con elixir de Sabiduría,

el ánfora de alabastro de una joven princesa, destinada a ser guía de la humanidad nórdica: Walkiria de Kiffauser, secundada por aquella pareja eterna: Alexis y Astrid, continuación magnífica de Adonai y Elhisa, de los Kobdas de Neghadá sobre el Nilo. (*Relato contenido en la Obra "Orígenes de la Civilización Adámica", de la misma autora).

La comida terminó con la acción de gracias habitual junto al altar de los Siete Libros, donde parecían flotar como alas luminosas los radiantes pensamientos de los Siete Profetas a quienes veneraban los esenios, como a sus verdaderos maestros de Divina Sabiduría.

Al atardecer del día siguiente, extranjeros y esenios emprendieron el viaje por las obscuras galerías, entre las montañas que ya conocemos, para tener la comunión espiritual con los mayores, según ellos decían.

La nieve caía sobre los montes como un copioso deshojamiento de rosas blancas. Era el plenilunio y víspera del primer aniversario del Nacimiento de Yhasua.

¡En qué momento más propicio se congregaban aquellos seres, que, ignorados de la humanidad, se reunían en los antros de las montañas, en representación de las cinco ideologías religiosas imperantes en el mundo civilizado!

Y la humanidad ignoraba que en aquel apartado rincón de la tierra, y entre una escasa agrupación de hombres, se labraba la estatua inmortal de la fe, del porvenir.

¿Cómo podía asimilar la humanidad de entonces, que del Atmán Supremo se había desprendido una llama que individualizada en el plano físico, era un Dios hecho hombre?

Menos debía esperarse que comprendieran los hombres, la importancia fundamental que tenía aquella congregación subterránea, para preparar los caminos del Cristo-hombre que había venido.

Cuando llegaron al Monte Nebo, de la galería subterránea subieron por la rústica escalera de piedra que tenía acceso a la caverna sepulcral de Moisés, la cual les esperaba inundada de dorada claridad. El inmenso candelabro de setenta cirios, semejaba un gran florón de luz rutilante y temblorosa, cuyos reflejos caían sobre la faz marfilina de la momia milenaria, e imponente en su austeridad. Siete pebeteros de bronce colgados de la techumbre y encendidos poco tiempo hacía, soltaban como nubecillas cautivas, sus espirales transparentes y blanquecinas, del más puro incienso de Arabia, que a Melchor trajo el recuerdo vivo de su Santuario de Horeb.

— ¡Que Dios bendiga al Hermano que hizo solo el camino, para esperarnos con los cirios encendidos y con los pebeteros ardiendo! –dijo en alta voz el Gran Servidor–. ¿Quién habrá sido?

Ninguna voz contestó a la suya, porque los esenios no acostumbraban descubrir las buenas acciones propias, sino cuando el bien de un semejante lo reclamaba.

Los extranjeros escudriñaron con la mirada todos los rostros, y sólo encontraron la serena placidez del que no da importancia sino a lo imperecedero y eterno.

La magna asamblea espiritual se inició con el preludio de la música, compuesta exprofeso para los cantos proféticos de Isaías, de los cuales un coro cantó los fragmentos alusivos al Verbo Divino, vislumbrado por el Profeta seis siglos antes de su llegada.

"Como un niño nos es nacido; el Hijo de Jehová nos es dado, lleva el principado sobre su hombro y le llamarán Admirable, Consejero, Hijo de Dios Fuerte, nacido de Padre Eterno, Príncipe de la Paz. Lo dilatado de su imperio y la paz, no tendrá término sobre el trono de David y sobre su reino, porque Jehová lo confirmará en justicia desde ahora para siempre. Cap. 9. "¡Cuán hermosos son sobre los montes, los pies del que trae alegres nuevas, del que publica la paz, del que pregona el bien, del que derrama salud, del que dice a Sión: Tu Dios reina sobre ti!

"Cantad alabanzas y alegraos soledades de Jerusalén, porque Jehová ha recordado a tu pueblo, lo ha consolado y lo ha redimido".

"Jehová bajó desnudo el brazo de su santidad ante los ojos de todas las gentes, y todos los hombres de la tierra verán la gloria del Dios nuestro". Cap. 52.

Enseguida se ubicaron silenciosamente en los estrados, alrededor de la gran caverna-mausoleo de Moisés, y con el pensamiento abierto al Infinito, como un loto al rocío de la noche, se sumergieron en ese mar sin fondo y sin orilla del Amor Increado y Eterno, que forja mundos y seres en el torbellino incontenible de su Energía y de su Poder.

Los de mayores desarrollos psíquicos y más intensidad de amor, se unieron rápidamente a sus Egos en busca de su voz de consejo y sabiduría; y sus Egos les dijeron con su voz sin ruido, inconfundible: *"Tendréis entre vosotros, la esplendorosa radiación del Cristo, en las cinco encarnaciones terrestres que han dado origen a las cinco religiones que representáis en esta hora"*.

Mas ellos guardaron silencio y esperaron.

Y mientras ellos esperan en el más profundo recogimiento, veamos nosotros a través de los velos más sutiles de la esfera astral de la tierra, los estupendos trabajos fluídicos y etéreos que realizaban las Inteligencias Superiores, mediante los que fueron discípulos íntimos del Cristo, en cada una de las personalidades en que su excelsa Inteligencia se manifestase a los hombres.

La ubicuidad, es un poder divino adquirido por las Inteligencias que han llegado al magnífico y completo desarrollo espiritual, a que había

llegado el espíritu Instructor de la humanidad terrestre. Este poder consiste, en que le es de fácil realización el revestir el cuerpo etéreo sutil de varias personalidades, que en un tiempo más o menos lejano fueron una realidad en el plano físico.

Y las cinco Inteligencias Superiores guías de Yhasua en esa encarnación, se pusieron al frente de las cinco legiones espirituales, que habiendo estado al contacto del Mesías en las respectivas vidas en que debía manifestarse, estaban en las condiciones necesarias para extraer de los planos eternos de la Luz, la visión nítida y clara de hechos sucedidos en épocas remotas, y separadas unas de otras por largos siglos y aún por milenios.

De pronto se vio la caverna convertida en un infinito azul, en el centro del cual resplandeció una enorme inscripción de oro y brillante que decía: *éxtasis*. Inscripción que duró unos instantes, y se fue diluyendo en el éter, rápidamente.

Todos comprendieron que les era necesario ese estado espiritual que se les indicaba, para estar en condiciones de ver y oír lo que deseaban.

Y se dejaron sumergir en los oleajes de topacio y amatistas de ese gran desprendimiento espiritual, que en el lenguaje místico superior, se denomina éxtasis.

Los que por su estado físico o por falta de cultivo necesario no pudieron llegar al éxtasis, fueron invadidos de un profundo sueño, para que desprendidos de la materia, pudieran ver lo que en estado de vigilia, acaso no podían.

Bajo un gran pórtico abierto en todas las direcciones, y que parecía hecho de zafiros y diamantes, apareció sobre un pedestal de pórfido, una escultural figura de hombre joven y hermoso, de una fisonomía mate que se acercaba al trigueño, iluminada por unos ojos obscuros de infinita profundidad. Su túnica de oro pálido y su manto violeta, se movía suavemente como ondulado por una brisa que allí no se percibía. Apenas diseñada esta figura, se plasmó otra a su lado tan semejante a la primera como suelen serlo hermanos gemelos en el plano físico. Sólo que éste vestía de un pálido azul de turquesa, y sus cabellos eran rubios y sus ojos de color de hoja seca.

Una tercera figura apareció en el infinito escenario de zafir, y fue la de un príncipe indostánico, con escudo y coraza de resplandeciente pedrería, y en actitud de disparar su arco hacia un monstruo, que se abalanzaba con furia sobre él.

El monstruo era un espantoso dragón color de lodo, y llevaba sobre el lomo este nombre “Usurpación”.

Luego apareció de pie y sobre un pedestal de granito un hombre hermoso en su virilidad, de extraordinaria energía, sosteniendo en su

diestra dos enormes tablas de piedra como dos hojas de papel, donde se veían grabados los Diez Mandamientos de la Ley.

Y por fin, un inmenso árbol cuyas ramas eran de brillantes esmeraldas, y sentado a su sombra, un hombre joven vestido de humilde sayal color de corteza seca. De sus ojos color avellana, irradiaba infinita piedad y a veces corrían también gruesas lágrimas, que brillaban como chispas de estrellas, que se sumergían en los pliegues de su vestidura de ermitaño.

Y las cinco radiantes personalidades manifestaron su pensamiento de acuerdo a la época en que actuaron en el plano físico:

Antulio, el gran filósofo atlante, llamó a Filón de Alejandría por su nombre y le dijo: *"Joven aún, estás indicado para repetir, en esta hora tu vida de José hijo de Jacob, para encender tu lámpara otra vez en Egipto, porque serás el primer precursor de Yhasua en su último apostolado mesiánico sobre la Tierra".*

"La sabiduría antuliana que deslumbró en su época, porque fue lo más avanzado que se conoció en los templos de la ciencia, no es diferente de las que muchos siglos después, pareció que se fundaban con principios y normas nuevas.

"La Eterna Verdad es una sola, y es la incomprensión de los hombres la que teje tramas diferentes, con los colores diversos, mas, ¡ay de aquellos que desfiguran la Verdad Eterna, para amoldarla a su codicia y a su egoísmo!

"Sócrates, Platón, Aristóteles y Ptolomeo, son los cuatro reflectores postreros de la Sabiduría Antuliana. Quiero que seas el quinto o sea, el punto de enlace con la enseñanza de Yhasua desde los montes de la Palestina".

Aquella sonora vibración como de clarines de oro se esfumó en el silencio, y la diestra de Antulio se posó sobre el hombro de Abel, el de los cabellos dorados y ojos de color topacio.

—*La Sabiduría de los Kobdas* –dijo–. *Esa vieja herencia del Numú lemuriano, fue más un canto de amor fraterno que un resplandor de la Eterna Sabiduría. La maldad de los hombres, había encontrado armas poderosas en los profundos principios de Antulio para desarrollar el mal a su más alto grado, y la Bondad Divina hizo surgir la Fraternidad Kobda, cuyo amor fraterno llevado al heroísmo, sirviera de elixir curativo al envenenamiento colectivo de ciudades y de continentes.*

"La ciencia, perversamente aplicada, había hecho a los hombres capaces de todas las malas artes, y el Amor piadoso de los Kobdas debía volverles a la conciencia de su hermandad universal".

"Melchor de Horeb, representas la sabiduría hecha piedad y amor de los Kobdas de la Prehistoria; que tu Escuela sea el primer resplandor

de la Unidad Divina en todos los pueblos de tu raza, que está llamada a derramarse por varios continentes".

"Tu acercamiento a la cuna de Yhasua, te obliga a ser el eslabón que une la inmensa cadena kobda del pasado, con los cristianos que van a llegar".

Y en medio de un silencio lleno de suavidad y deleite espiritual, la figura de Abel apoyó la diestra sobre el hombro de *Krishna*, del príncipe indostánico, cuya túnica esmeralda remarcaba los contornos de su coraza de oro, que le modelaba admirablemente la gallarda silueta varonil. Su fisonomía bronceada dábale un aspecto de fuerza y energía, que contrastaba con la tierna dulzura de Abel, el hijo de Evana.

—*"También en la justicia invencible de Krishna, pudo caber el Amor y la Piedad del salvador de la humanidad. Maravilloso prisma es el espíritu esencia divina, cuando ha escalado las cumbres a que está llamado a subir. Sabiduría, Amor, Piedad y Justicia, son hermanas gemelas nacidas del Atmán Supremo, que bajo innumerables aspectos, el soplo de su hálito soberano forja leyes, principios y mandatos, conforme al grado de evolución de las humanidades surgidas de su infinita plenitud".*

"Krishna con su arco tendido destruyendo el mal, que en múltiples formas devora a las criaturas humanas, fue símbolo de la Justicia Divina que protege a los pequeños, a los débiles, a los humillados y proscriptos, como otro Juno de las edades perdidas en la remota época neolítica".

"Baltasar de Susian; Zenda de los días de Krishna, el Príncipe de la Justicia y de la Paz; último vástago de mis aliados de aquella hora lejana; la unión del Oriente con el Occidente, está encomendada a tu cuidado, como jefe de una Escuela de Divina Sabiduría, que se ha basado en mis doctrinas y principios, y que ya desfigurada, ha creado la separatividad, que es destrucción y es muerte. De la realeza de la sangre de Krishna, se tomó fundamento para forjar la casta real, la más privilegiada de todas, olvidando que Krishna sólo usó de sus poderes de príncipe para defender a las más despreciables clases sociales. De familiares que se erigieron en fundadores de majestuosas liturgias, surgió la casta sacerdotal, que hermanada con la primera, se constituyeron bien pronto, en cadenas de hierro para los pueblos que oyeran un día la suavidad infinita de los himnos védicos. Mas sé que responderás un día a mi voz, que te argüirá para que seas un defensor de las clases oprimidas del Indostán. Krishna es justicia y es paz. Tú lo serás también".

El mismo silencio de melodías sin ruido, y la mano abrillantada de ajorcas del Príncipe de Madura, se posó sobre el hombro del *Moisés*,

radiante, que con su vestidura blanca y púrpura, como un trozo de montaña nevada enrojecida por el sol saliente parecía esperar su turno.

Los rayos de luz que emanaban de su frente, adquirieron tal intensidad, que causaban deslumbramientos.

—*"¡Soy la Ley grabada a fuego en las conciencias de los hombres! Soy la Ley inexorable e incorruptible que no admite correcciones, ni modificaciones, ni transformaciones, porque es la concepción eterna del Supremo Poder Legislador, para todos los globos del Universo".*

"Adorarás al Señor Dios tuyo, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y a él solo servirás. Y amarás a tu prójimo como a ti mismo. Es delito contra tu Dios, el tomar Su Santo Nombre en falsos juramentos; es delito no dar tregua ni descanso a tu cuerpo; es delito abandonar a los que te dieron la vida y negarles el sustento; es delito todo daño material y moral a tu prójimo; es delito el hurto del tesoro ajeno y la mentira calumniosa; es delito el adulterio que arroja lodo sobre el honor de tu prójimo; es delito el codiciar los bienes ajenos y despojar de su pan a quien como tú, tiene derecho a la vida".

"Soy la Ley Infinita, vibrando como una eterna palpitación que no se detiene jamás, y que aunque rueden como arenillas, llevadas por el huracán, millares de años y de siglos, siempre será la misma, sin cambio, ni variación alguna.

"Ancianos esenios de Monte Nebo, que conserváis como un tesoro esta Ley, cuyos diez mandatos grabé sobre una piedra, en un día que la Luz Eterna, conserva como una epopeya inmortal. A vuestro lado cantará Yhasua, su postrer melodía de amor para esta humanidad, que le recibió como Protector y como Instructor, como Juez, como Consejero, como Guía y como Salvador, y que después de cada etapa, destruyó cuanto pudo sus obras y su doctrina, después de haber destruido su vida, ¡como si fuera posible matar la Ley, matar la Verdad, matar la Idea, matar el Amor!

"Que en vuestro silencio legendario esté su escudo, su fuerza, su formación espiritual, el despertar a su heroico Mesianismo de esta hora, porque es en el país que duerme, a las faldas de estos cerros olvidados de Moab, donde él abrirá los surcos para su siembra final".

Y cuando la radiante figura extendía su brazo y se inclinaba a poner su diestra sobre el hombro del ermitaño del tosco sayal, sentado bajo el árbol de esmeraldas, éste se alzó rápidamente, y el sayal tomó tintes irisados de múltiples colores, como si al abrirse sus ojos entornados en meditación, hubiesen entretejido de claridad los rústicos hilos de su vestido.

—*"Soy la anulación del yo inferior del hombre, soy el silencio de sus instintos de bestia, la destrucción del deseo, y el renunciamiento*

a cuanto hay de pasajero y efímero en los engañosos jardines de la vida. La humanidad se hundía en un abismo de oro y cieno, por la ambición y la sensualidad, llevados a extremos de locura, de barbarie y de crimen. El dolor, la miseria y la muerte prematura, enseñoreados de las sociedades humanas, amenazaban con furias de avalancha que arrastraría todo al abismo.

"Por Divina Ley, Buda comprendió como ninguno, por interna iluminación, que los dolores humanos tienen por causa el deseo.

"¿Qué es el dolor sino un deseo no satisfecho? Desea el que ama, desea el que odia, desea el rey y desea el vasallo, el rico y el pobre, el joven y el viejo, el sano y el enfermo, el vencedor y el vencido.

"Y de toda esta efervescencia de tumultuosos y contrarios deseos, forma el hombre tan horrenda y lóbrega bóveda psíquica, que hace imposible la filtración de toda luz, de todo conocimiento, de toda paz y de todo bien. Por eso busqué en la anulación del deseo, el bien de la humanidad; y al extremar la medida del renunciamiento, probé que todo hombre puede limitar sus deseos a lo justo, para aniquilar al mal, y propender al bien sobre la tierra. La vida de Buda en otros términos, fue el cumplimiento perfecto de aquel eterno "Ama a tu prójimo como a ti mismo":

"Con el precio de una sola de las túnicas de Siddhartha, Príncipe de Kapilavastu, podían vivir sin miseria y sin hambre cien criaturas humanas durante un año. Mis lujos eran escarnio para los desheredados; mi saciedad de todo, era su hambre; mis atavíos eran su desnudez; mi gozo, su llanto; y mientras yo descansaba junto a las hogueras perfumadas de incienso, ellos temblaban de frío entre el cieno y las escarchas".

"El renunciamiento abrió a Buda los cielos infinitos; y como Antulio, en sus transportes siderales, vi en mi meditación sentado sobre una estera, lo que es la Divinidad, cúmulo infinito de energías, de poderes, de fuerzas y de amor. Océano sin riberas, formado por millares de raudales, cada uno de los cuales, fue individualidad en su hora; hoguera sin fin, formada por millares de millones de llamas vivas, que fueron individualidad en su hora. Y comprendiendo el proceso evolutivo de las almas, Buda pudo afirmar que es pueril y propia de infantillos, la idea de un ser representación de la Divinidad; de una sola Inteligencia, marcando rutas a mundos y seres; de una sola mano gigantesca, sosteniendo en su palma el peso de los mundos. Todo ser tuvo principio. Sólo el Eterno Invisible no lo tuvo. Luego no es un ser.

"Y comprendida en la meditación, la profunda y estupenda verdad, dijo Buda sin temor de ser desmentido: "Dios es el conjunto de Inteligencias perfectas". El más breve camino para esa dicha suprema, es el vencimiento del deseo o sea el renunciamiento completo.

"Gaspar de Bombay: no temas al duro calificativo de filósofo ateo, que dará la humanidad a quien niega la individualidad personal de Dios. El principio de la Unidad Divina puesto sobre el Monte Santo de la Sabiduría Kobda y Mosaica, es la misma unificación de Inteligencias comprendida por Buda. La Unidad-Dios no es individualidad, sino unificación. Tal debe ser la claridad de vuestra comprensión y de vuestro discernimiento, para llegar a la conclusión de que en todas las personalidades del Avatar Divino, no pudo enseñar sino la sola y única verdad.

"Dios es la suma de todos los poderes, de todas las energías, de todos los conocimientos, de todas las perfecciones, de todos los amores. Formidable Suma de millares de millones de unidades, que forman estrechamente unidas, la infinita fuerza creadora que llamamos Dios. Gaspar de Srinagar: Yo quiero que seas el clarín de oro que cante hacia el oriente y hacia el occidente, con las notas entretejidas del Mahavastu y los Upanisad, porque ambas son melodías del Eterno Trovador Universal".

Las cinco figuras luminosas se unieron lentamente como en un solo haz de luz multicolor, hasta no quedar de todas ellas, sino un solo gran resplandor dorado como de un sol inmenso y vivo, que llameaba en el infinito azul.

Y en el centro de ese sol que fue tornándose suavemente rosado, apareció la figura delicada y tiernísima de un niño, al cual le envolvían en aureola, una multitud de rostros felices y radiantes, que parecían haberse formado de los rayos de luz del gran sol, en que se fundieron las cinco primeras figuras.

— ¡Yhasua!... ¡Yhasua! –Exclamaron a una voz todos los presentes, al mismo tiempo que el Cristo-niño levantando su diestra, hacía el signo de bendición de los grandes Maestros, o sea con el índice y el central, destacándose de la mano cerrada.

Todas las frentes se inclinaron, y la caverna se llenó con innumerables voces que cantaban a coro:

"¡Gloria a Dios en los cielos infinitos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!"

Entre los sollozos contenidos de la indescriptible emoción, fue alejándose lentamente la armonía de las Arpas Eternas, y diluyéndose en el éter la esplendorosa y tierna visión, hasta no percibirse más que el trémulo oscilar de la llama de los cirios, y el suave perfume del incienso, que se había convertido en cenizas entre las ascuas ardientes de los pebeteros.

Ninguno era dueño de manejar libremente su materia, semianulada por la intensidad de vibraciones sutilísimas de tantas Inteligencias

superiores, que en la plenitud de amor y de gozo, habían bajado de los cielos al abrupto recinto de la caverna de Moisés.

Regresaron al Gran Santuario ya muy pasada la medianoche, y con un simple "hasta luego", pronunciado apenas a media voz, cada cual se refugió en su celdilla de rocas, donde un estrado tapizado de pieles y una almohada blanda de lana, les esperaban para el descanso. Y pocos momentos después el Gran Servidor con el más joven de los esenios, recorrían una por una las celdillas, dejando en silencio sobre el banquillo de escribir, un tazón de vino caliente con miel y al centro del pavimento, una brasera con ascuas encendidas.

La hospitalaria solicitud de los esenios, encontró aún en aquella noche memorable, una tierna manifestación.

Tres días después los extranjeros bajaban de las montañas para incorporarse a la caravana, que de mes en mes pasaban hacia Sela, punto donde los cuatro se habían reunido y donde se debían separar rumbo cada cual a su país natal.

La Divina Luz que les guiara desde la patria lejana, fue en verdad la *"Estrella de los Magos"*, de que hizo una tierna leyenda, la piadosa creencia de la infancia cristiana.

14
MARAN-ATHA

Mientras el Verbo Eterno, hecho niño, dormía envuelto en la bruma de oro y rosa de esa encantadora inconsciencia que llamamos infancia, aprovechemos el tiempo, amigo lector, para dar un vistazo a la obra preparatoria realizada por las agrupaciones humanas, que por su decidida consagración a la meditación y al estudio, conquistaron el derecho de poseer el gran secreto divino: el advenimiento del Verbo de Dios en medio de la humanidad.

La forma en que dichas agrupaciones emplearon el gran secreto en bien de la evolución humana, es lo que veremos en este pasaje. Antes de separarse en el Gran Santuario de Moab, buscaron y compusieron con los elementos del idioma sirio, que sería el hablado por Yhasua, una frase que uniera a todos los sujetos de dichas agrupaciones en un solo pensamiento, y que a la vez les sirviera para reconocerse unos a otros, ya que habían tomado la magna resolución de lanzarse en medio de la humanidad, como palomas mensajeras, en busca de las almas que estuviesen preparadas para el divino mensaje que llegaba. Y esta frase fue: Maran-Atha, cuyo significado es éste: *"Nuestro Señor llega"*.

Frase que dicha al oído y a media voz, iría descubriéndolos, a aquellos cuyo grado de evolución y cuya lucidez de conciencia ya les había anunciado, que la hora solemne soñada por los Profetas había llegado.

Los tres viajeros del lejano Oriente, y el joven filósofo estudiante de Alejandría, Filón, habían pactado con los Ancianos el realizar los más grandes esfuerzos para abrir Escuelas de Divino Conocimiento, en cuantas ciudades y pueblos les fuera posible, sin despertar sospechas ni enconos de los poderes constituidos, en unos y otros países.

Baltasar de Persia, tenía en Babilonia un compañero de Escuela de nombre Budaspe, el que se retiró del santuario común, para hacerse cargo de la anciana madre y de cuatro sobrinitos huérfanos, cuyos padres asesinados en un motín popular les habían dejado en el mayor desamparo. La palabra amiga, plena de esperanzas y promesas hechas al sacrificio voluntario, venida desde el alma de Baltasar a la de Budaspe, había mantenido en este último, la lamparilla encendida en forma tal que poco le costó reanimar la llama hasta formar una antorcha viva.

Y a mitad del segundo año de nacido Yhasua, Baltasar se trasladó a Babilonia, y en el mayor silencio, sin clarinadas y sin alardes, abrió en la gran ciudad una pequeña Escuela, donde comenzó dando lecciones de Astronomía, de Botánica medicinal, de preparación de jarabes y pomadas curativas, de preparación de placas de arcilla para grabados, y por fin de Astrología y de Divina Sabiduría o sea la Ciencia de Dios y de las almas. Y cumpliendo las resoluciones tomadas con los Setenta Ancianos de Moab, pasados los primeros estudios que sólo eran un medio de acercar discípulos y observar sus capacidades, el primer paso estaba en aquel sublime "Maran-Atha", y para predisponerse a esperarle, era necesaria una purificación de vida.

Los símbolos exteriores formaron una parte importante en todas las Escuelas religiosas de la antigüedad, y de la época precristiana.

Y teniendo en cuenta los Setenta Ancianos de Moab y los viajeros del Oriente, que la humanidad en general se hallaba en la infancia todavía, resolvieron que fuera un acto material el comienzo o iniciación, a una purificación y cambio de vida. Y este acto debía impresionar las mentes de los neófitos, en forma que no se les olvidara jamás. Fue lo que en lengua caldea se denominó sabismo, que significa bautismo.

Debía practicarse después de siete días de recogimiento y de silencio, de arrepentimiento y de oración, en los cuales los neófitos pasaban revista a su vida anterior y medían sus fuerzas para la que iban a emprender. Se les vestían túnicas blancas, y entrados en un estanque o corriente de aguas claras, se les derramaba sobre la cabeza diciendo:

"Como estas aguas de Dios lavan tu cuerpo, sea purificada tu alma por el arrepentimiento porque Nuestro Señor llega".

Y el neófito contestaba: *"Bienvenido sea a mi corazón"*.

Era el ritual sencillo y a la vez profundo, que se usó en aquellos lejanos días, en que la humanidad espiritualista se preparaba a recibir al gran ser que debía anular todas las fórmulas exteriores, para no dejar más que el pleno y voluntario sumergimiento del alma en la Divinidad, que es la culminación de la vida interior.

Y esta práctica se fue extendiendo a través de las ocultas y secretas Escuelas que en Palestina, Siria, Caldea, Persia y Arabia se fueron abriendo para preparar las almas a la mística siembra de amor de Yhasua.

* * *

Gaspar, por su parte, trasladóse a lo que habían sido sus dominios donde desconocido de aquellos mismos a quienes su generosidad engrandeció, con extremadas precauciones, pudo abrir dos pequeñas Escuelas de Conocimientos superiores, disimuladas bajo el aspecto de Taller de grabados en Srinagar.

De la enseñanza de estos trabajos manuales, pasaban los que estaban en condiciones de pronunciar el Maran-Atha reglamentario, a los preparativos para los estudios superiores. El Brahmanismo estaba en el Indostán en todo su apogeo, habiendo ya desterrado de la península al budismo, relegado al Nepal en la falda de los Himalayas. Y recelosos de un resurgimiento budista, espiaban todo movimiento que pudiera despertar nuevamente la fascinadora igualdad humana, enseñada y practicada por el dulce lírico del renunciamiento y de la quietud.

Melchor, el príncipe moreno, y el más ardiente y vigoroso de los tres viajeros orientales, había introducido un grupo de los adeptos de su Escuela, en tierras de Egipto, más allá del Mar Rojo y a orillas mismas del Nilo.

Iban como mercaderes de perfumes y esencias de Arabia, y enseñaban el arte de prepararlas. Y manifestando querer realizar combinaciones con las exóticas flores más aromáticas de la Isla Philé y de Ipsambul, logró tomar posesión de los templos subterráneos de dicha capital a orillas del Nilo, y de otro templo abandonado en la celebre isla de Philé. Y teniendo en cuenta que en verdad, para la recolección de ciertas flores y su preparación necesitaban realizar estudios meteorológicos y climáticos, instaló un observatorio astronómico con todos los elementos que en aquella época se usaban para los estudios estelares. De las aulas de botánica floral, pasaban los alumnos más adelantados a un grado superior, donde se iniciaban con abluciones nocturnas en las aguas del Nilo, cuando la luna estaba en el cenit. Estos eran aquellos que podían

penetrar el secreto de aquel “Maran-Atha”, que corría suave y silenciosamente por valles, praderas y montañas, como un misterioso llamado al fondo de las conciencias que iban despertando del sueño letárgico, como crisálidas de su capullo.

Réstanos, por fin, exponer la forma en que el joven estudioso de Alejandría, Filón, cumplió los pactos hechos con los Ancianos de Moab.

Junto al lago Merik, obra magnífica con que inmortalizó su nombre el Faraón Amenemes III, se encontraban enormes ruinas de antiguos templos construidos también por este Faraón, entre ellas el célebre Laberinto. Una de estas ruinas se alzaba entre un bosque de palmeras, arrayanes y tamarindos, y el buen estado de conservación en que se hallaban denotaban haber sido un templo, construido en épocas muy posteriores a las demás grandiosas edificaciones. Dos villorrios de labriegos y pastores de antílopes, lo utilizaban como depósito de cereales y establo de sus ganados. Y el joven Filón se introdujo con seis compañeros suyos entre los labriegos, bajo el pretexto de comprarles toda la producción de huevos de avestruz y dátiles para comerciar con puertos del Mediterráneo. En Ascalón tenía parentela y en Hebrón un hermano, Zacarías, sacerdote y esenio, que estaba encargado de proveer artículos alimenticios a los ocultos Santuarios esenios. Quiso Filón por este medio, fundar una Escuela de modelo esenio, y mantener vinculaciones con los Ancianos de Moab, sin apartarse de la gran Escuela de Alejandría que abarcaba todas las ramas del saber humano. El joven estudiante, dotado de claro ingenio, comprendía que la Escuela Alejandrina de Ptolomeo I, su fundador, después de tres siglos, no era ya la misma de aquellos gloriosos días, sino que caída bajo la tutela de gobernantes incapaces de grandes ideales, empezaban a degenerar en una burda mitología de dioses y semidioses; patrocinantes de las múltiples festividades, que el capricho de los soberanos iban creando como medio de satisfacer el bajo instinto de los pueblos. Y los Setenta Ancianos del Gran Santuario de Moab, por su parte, habían resuelto salir al exterior y por turnos de siete sujetos, cada seis meses, para visitar los santuarios pequeños, las granjas de familias esenias, y hasta los más apartados pueblecitos y aldeas, donde un solo esenio mantuviera la lamparilla encendida. Y el místico y silencioso “Maran-Atha”, se extendió como una bruma invisible desde las alturas de Moab hasta las costas del Mediterráneo, y desde las escarpadas y sombrías soledades del Mar Muerto hasta la populosa ciudad de Tiro, centro y foco del paganismo romano en el medio Oriente. Desde tiempo remotísimo, cuando Tiro no era más que una fortaleza en un islote de roca apartado de la costa, había quedado como vestigio del antiguo poderío de los tirios, un viejo santuario o torreón, tétrico y siniestro, por las innumerables leyendas de aparecidos y fantasmas que

corrían entre el vulgo, para el cual, de aquel templo-fortaleza sólo podían surgir los demonios perturbadores de la paz y la salud. En realidad, era un refugio de leprosos arrojados de todos los centros poblados como inmundas piltrafas. Los terapeutas habían convertido lentamente en limpio y confortable hospicio, la parte en que claramente se veía haber sido alcobas particulares de solitarios y monjes budistas, por algunas borrosas inscripciones que los siglos no habían oscurecido por completo. Mientras que el gran recinto circular del centro, cuya techumbre de cuarzo lo hacía aparecer inundado de una bruma de oro en las horas del sol, y de un diáfano azulado las noches de luna, fue destinado a una gran aula preparatoria de alumnos iniciados en la ciencia de Dios y de las almas.

Los terapeutas, médicos gratuitos del pueblo y más de los desheredados, habían conseguido del Legado Imperial de Siria, que era el más alto representante del Gobierno de Roma, permiso de ocupar aquel viejo torreón, como hospedería de leprosos y de enfermos infecciosos en general. Esto, no sólo no despertaría recelos de ninguna especie, sino que fue mirado como una obra altamente benéfica de aquellos inofensivos médicos populares, pues ahorraban a las clases acaudaladas de la gran ciudad, el triste espectáculo de tan espantosas miserias humanas.

Uno de los enfermos asilados allí y que padecía epilepsia ya en un grado muy avanzado, durante uno de sus espantosos delirios, hundió una losa del piso al arrojarse sobre ella con toda su fuerza, y cayó al fondo de un negro hueco del cual subía un recio viento con olores de agua y limo. El pobre epiléptico se mató en la caída, pero fue causa de que los terapeutas hicieran un buen descubrimiento. Aquel negro boquerón húmedo y sombrío, era el comienzo de excavaciones que se prolongaban hasta las pendientes del monte Líbano, donde había hermosas grutas cubiertas de vegetación, y de donde surgían filtraciones de aguas clarísimas que podían prestarles grandes servicios para ulteriores finalidades. El ardiente entusiasmo del apostolado, les impulsaba a transformar en templo de sabiduría, las cavernas de las montañas y las vetustas ruinas de fortalezas, o de antiguos Santuarios abandonados.

El Monte Hermón, la más elevada cumbre de los Montes Líbanos, les recordaba el límite a que habían llegado hacia el Norte, pues en sus hermosas grutas cubiertas de frondosos árboles y de frutas en abundancia, existía uno de los santuarios esenios más nuevos, pero también más expuesto a ser descubierto, aun cuando no llegaba hasta allí, la jurisdicción del poderoso sacerdocio hierosolimitano, que a decir verdad era el único enemigo de los esenios.

Aquella excavación, que la caída del infortunado epiléptico descubrió a los terapeutas enfermeros, había quedado desde la remota época en que mediante grandes terraplenes de tierra y piedras, el rey Hiram de

Tiro, unió el islote de la antigua fortaleza, con las poblaciones de la costa, formando así la gran ciudad marítima del Mediterráneo Oriental. La gran afluencia de los mercaderes de todas las comarcas de Oriente, y de navíos de todo el litoral del Mar Mediterráneo, extendió la población heterogénea de la gran capital, hacia las pendientes del vecino Líbano, cuyas faldas de verde y exuberante vegetación se vieron cubiertas de fastuosas moradas como de modestas cabañas.

Y los esenios precursores de Yhasua, los hombres del silencio y de la meditación, encontraron que aquella excavación, que partiendo del subsuelo del torreón de Melkart, continuaba hasta las grandes grutas del Monte Líbano, de cuyas filtraciones nacía el Jordán, les acortaba enormemente la distancia hacia el Santuario del Monte Hermón, y les ofrecía la ventaja de hacer casi la mitad del camino sin ser vistos ni observados por los habitantes de aquella comarca.

Recorrida con gran cautela la excavación, les llevó a una gruta inmensa que presentaba señales y vestigios de haber sido dedicada a los antiguos ritos fenicios de Astarté, la diosa de todos los bienes. Allí encontraron en un catafalco de piedra negra, un dios Adonis tallado en madera. Era pues el sepulcro del llorado esposo de Astarté, que según el culto y la creencia fenicia moría de amor cada año en el estío pleno de flores y frutas; y resucitaba cuando llegaba el invierno con sus escarchas y nieves.

La gran soledad de aquel paraje, y unas pocas ruinosas cabañas abandonadas, daban a entender que no era un sitio agradable para habitación.

Unos pastores de cabras les dijeron que las gentes huían de aquella gruta, cuyos resonantes ecos y lamentaciones demostraban estar habitadas por genios maléficos.

Los esenios, hombres de estudio y de superior conocimiento, buscaron la causa de tales sonidos, que en efecto pudieron comprobar. En boquetes o grietas artificiales o naturales de la caverna, habían colocado hábilmente, innumerables bocinas de cobre de diversos tamaños y estructura, en dirección de los vientos, y eran los que producían los sonidos y lamentaciones que aterraban a las gentes.

Sin duda los creyentes de Astarté y Adonis, simularon de aquella manera los lamentos y lloros por la muerte del dios de las flores y de los frutos. Pronto el catafalco de piedra se convirtió en altar, donde las Tablas de la Ley de Dios y un candelabro de siete cirios representación de los Siete Profetas esenios, ocupó el interior de la gruta, y las bocinas de cobre se transformaron en pebeteros para quemar incienso de adoración al Altísimo, mientras sus hijos dejaban volar en ferviente oración el pensamiento. Los lamentos cesaron de inmediato y los terapeutas cobraron gran consideración de los pocos moradores de aquel temido

paraje, pues habían dominado a los malos genios que turbaban la paz y tranquilidad de los labriegos y pastores.

Y cuando Herodes el Grande mandó construir allí cerca un templo de mármol en ofrenda al César reinante, no le pasó por la imaginación ni remotamente, que a unos doscientos metros se hallaba una gruta sepulcral de Adonis, que unos humildes solitarios transformaban en casa de oración para esperar a ese Libertador de Israel, cuyo acercamiento anunciado por los Profetas, tanto temía. Y menos, que ese Hombre-Luz, genio transformador de la sociedad humana, descansaría en aquella gruta pocos años más tarde, mientras meditaba, al final ya de su jornada, en la extraña situación en que se hallaba colocado, entre el paganismo romano cuyo exponente era Tiro, y el monoteísmo judío, representado en Jerusalén.

Ni le comprendían los paganos, ni le comprendían los adoradores del Dios Único. ¿Hacia dónde tendería el vuelo su alma tierna de paloma mensajera de la Verdad y del Amor?

Y en aquella escondida gruta, a menos de una jornada de la gran capital mediterránea, donde los placeres, la fastuosidad y el lujo absorbían la vida de los seres, el lírico soñador, el genio visionario de la fraternidad y del amor entre los hombres, dejaría que en el silencio y la meditación germinase y llegase a la madurez, aquella su frase de bronce y fuego: *"Sólo por el amor será salvo el hombre"*.

Mientras los esenios se multiplicaban para amplificar su obra preparatoria, sus demás nobles aliados de la Persia, Indostán, Arabia y Egipto hacían otro tanto.

Filón, el joven estudiante de Alejandría, que había ocultado sus fines ideológicos y religiosos bajo un comercio entre Alejandría y Ascalón donde tenía parentela, realizó un viaje a la tierra de sus antepasados y pasó hasta Hebrón, lugar donde habitualmente residía su hermanastro Zacarías o Facega de Jaffa, sacerdote ya de edad madura casado con Ana Elhisabet de Jericó, prima en segundo grado de Myriam, madre de Yhasua. No habían tenido hijos en su juventud, pero al igual que les había ocurrido a Joachin y Ana; Zacarías y Elhisabet recibieron ya en el ocaso de su vida, el don divino de un hijo varón, nacido doce meses antes que Yhasua, hijo de Myriam y Yhosep.

Cuando Elhisabet se sintió madre, Zacarías estando de servicio en el templo, tuvo una visión de que Jehová le concedería un hijo, grande entre sus siervos, que traía consigo la fortaleza espiritual y magnética de Elías, su mismo soplo, su misma vibración poderosa y terrible. Pero que sería mártir de la vil sensualidad y perfidia de una mujer. Y en el lienzo astral de su visión, apareció la cabeza cortada de un hombre de la cual manaba un raudal de sangre que formaba un sendero de luz, por donde bajaba un joven entre un sereno resplandor de todos los colores

del iris. Tan profunda impresión le causó a Zacarías esta clarividencia, en momentos que ofrecía holocausto en el Altar de los Perfumes, que se quedó mudo, con la garganta oprimida como por una mano de hierro que no le permitía articular palabra.

Y la voz sin ruido del hermosísimo joven de la visión le dijo: *"Cuando tu hijo abra sus ojos a la vida, recobrarás el uso de la palabra. Su nombre será Yohanán"*. El buen hombre cayó de rodillas y tocó su frente el frío pavimento del Templo, actitud muy usada por los hebreos esenios, cuya profunda humildad les llevaba a querer confundirse con el polvo de la tierra que todos hollaban. Así le encontraron sus compañeros de servicio en el Templo: Simeón, Esdras y Eleazar; sin que él pudiera dar razón alguna de lo que le pasaba. Unos días después pudo escribir en una plancheta de madera: "Jehová me anunció un hijo que será profeta y se llamará Yohanán". Sus compañeros pensaron que estaba loco, y uno de ellos le acompañó hasta una granja que el matrimonio tenía en Yutta, muy cerca de Hebrón. Encontraron allí a su mujer, y por ella supieron ser verdad que iba a ser madre.

Cuando el niño nació, murió su madre; y Zacarías Facega, hizo traspaso de sus bienes a sus parientes más cercanos entre ellos su hermano Filón, y después se retiró con su niño recién nacido al Santuario del Monte Quarantana, dejando a su parvulillo al cuidado de Bethsabé, la buena mujer que ya conocemos en la Granja de Andrés.

El niño Yohanán, llamado después: el Bautista; puede decirse que nació y creció entre el ascetismo austero de los esenios, en cuya elevada doctrina se empapó desde sus primeros pasos por la vida. Su padre, que concentró en él toda su ternura, le visitaba casi diariamente, pues en la clarividencia espiritual les fue avisado que era la reencarnación de un gran maestro, el antiguo Profeta Elías, que llegaba como un heraldo avanzado del excelso Príncipe del Amor, de la Paz y de la Fraternidad entre los hombres.

Y mientras Yhasua creció en Nazareth de Galilea, bajo la tutela inmediata de los esenios del Tabor y del Carmelo, Yohanán crecía también más fuerte y vigoroso que aquel, bajo la amorosa vigilancia de los Solitarios del Monte Quarantana, donde fue llevado apenas cumplió siete años.

Gran violencia debían hacerse continuamente los esenios, para educar y gobernar al niño, en el cuál estaba cautivo el gran espíritu de aquel a quien consideraban el mayor de todos, después de Moisés. Sobre todo los clarividentes, que le veían casi continuamente envuelto en aquella poderosa aura de fuego de los espíritus de Justicia, cuando una avanzada evolución les acompaña, sentíanse grandemente cohibidos de tratarle como a un niño. Esto dio motivo a que Yohanán mientras dormía tranquilamente en su celdilla contigua a la de su padre, su espíritu desprendido de su materia se les manifestó en el Santuario con severo

semblante, y con sus pensamientos como centelleantes relámpagos, les hizo comprender este sencillo discurso:

"Esenios, hijos de Moisés: si queréis ser fieles a vuestros solemnes pactos de esta hora, no veáis en mí aquel Elías que os trazó rutas de austeridad y de pureza, de desarrollo de elevados poderes espirituales, sino al niño Yohanán que viene a vosotros para que le ayudéis a despertar a su realidad de estos momentos, mediante la severa educación espiritual y moral que debéis dar a todo niño que trae una misión. Si así no lo hacéis, la Eterna Ley por sus propios medios me sacará de entre vosotros, que demostráis una sensible debilidad a mi lado, y me llevará a quienes cooperen valientemente a mi desenvolvimiento y despertar espiritual".

La visión, se esfumó en la radiante atmósfera de fuego que inundaba las almas de energía y los cuerpos de fuerza y de vigor. Aquellos vivísimos resplandores que perduraron durante un largo rato, hicieron comprender claramente a los esenios del Monte Quarantana, de qué naturaleza fueron los grandes fuegos del cielo que durante la vida física de Elías aparecían a la vista de muchos; hasta aquella inmensa llamarada que Eliseo el predilecto discípulo, vio con las formas vagas semidiluidas en el éter, de un carro de fuego en que subía a los cielos el alma del gran Profeta.

* * *

Al llegar el joven Filón a casa de su hermanastro, se encontró con la triste noticia de su viudez, y quedándose dueño por la cesión que él le hacía de la Granja de Yutta, instaló en ella una pequeña Escuela de letras y trabajos manuales, donde puso como maestro a un joven llamado Andrés de Nicópolis, que era un artífice en la escritura en papiros, en madera y en arcilla.

En el desenvolvimiento y actividades que desarrolló esta pequeña Escuela, tuvieron gran participación Nicodemus y José de Arimathea en años posteriores, como lo veremos más adelante.

En la organización de esta pequeña Escuela, Filón se detuvo en Judea cerca de un año, a los fines de dejarla establecida sobre bases sólidas y bajo los auspicios de los terapeutas de la Palestina, que recorrían el país en todas direcciones, lo cual les facilitaba grandemente el obtener alumnos apropiados para dichas aulas.

Fue en tal momento que no pudo Rabsaces, el mago favorito de Herodes, ocultar por más tiempo al Rey que los viajeros de Oriente se le habían escapado de entre las manos, sin que sus numerosos espías hubiesen conseguido rastro alguno de ellos. La cólera real no tuvo límites, y después de enterarse de boca de todos sus magos y augures que el Libertador de Israel era nacido el día de la gran conjunción planetaria que conocemos, y que por entonces debía tener cerca de dos

años, mandó descuartizar a su mago favorito y aplicar cien azotes a los demás, por no haber sido capaces de averiguar con su oculta ciencia, el paradero del temido niño.

Y fue para calmar su cólera, y a la vez exterminar al descendiente de los Reyes de Judá que había llegado, que ordenó la muerte de todos los niños nacidos en Betlehem en los días de la conjunción planetaria.

Una mujer betlehemita de nombre Jael, casada con uno de los soldados de Herodes encargados de la matanza de niños, tuvo piedad de los infantillos de su tierra natal, entre los que se hallaban los hijos de sus hermanos, y sabiendo que los terapeutas peregrinos eran hombres de influencia y llenos de misericordia para todos los perseguidos, corrió a la casa hospicio de enfermos, que junto a la piscina de Siloé tenían ellos y donde estaba segura de encontrarles. Les dio el aviso, no pensando en el Cristo-niño del cual no tenía noticia, sino en salvar a los niños de su parentela.

Un joven tejedor, de nombre Tadeo, pariente cercano del terapeuta regente de la casa refugio de Siloé, fue enviado a todo el correr de su buen caballo a llevar el aviso a Galilea, a los Ancianos de las grutas del Tabor, pues temieron que algunas de las madres betlehemitas, por salvar a sus hijos, dieran la noticia de cual era el niño que buscaban, y que habiendo nacido en la casa de Elcana y Sara, ellos debían saber dónde se encontraba. Uno de los terapeutas partió asimismo a Betlehem, que sólo quedaba a una jornada de Jerusalén, para avisar a Elcana del peligro que amenazaba su casa, a fin de que se pusiera a salvo, igualmente que sus compañeros Alfeo, Josías y Eleazar, pues que de haber una delación, también les alcanzaría, conocida como era la amistad íntima con Elcana el tejedor, cuya casa frecuentaban diariamente.

Los cuatro amigos se hicieron como uno solo para ayudar a Eleazar, que teniendo niños pequeñitos estaba más en peligro de caer bajo el hacha de los verdugos. Cuando las sombras de la noche caían sobre Betlehem y sus montañas, que las primeras nieves empezaban a blanquear, los cuatro hombres y las dos mujeres, Juana, mujer de Eleazar, y Sara de Elcana, montadas en asnos con los niños más pequeños, marcharon hacia la aldea de En-Gedí, a refugiarse en las grutas del Monte Quarantana, en cuya entrada estaba como se sabe la Granja de Andrés.

El terapeuta que les trajo a ellos el aviso, recorrió en toda esa noche los hogares esenios donde había niñitos de la edad del Cristo-niño, a fin de que les pusieran a salvo. Y él mismo les indicó el antiguo sepulcro de Raquel, al noroeste de Betlehem, el que tenía acceso a una enorme gruta habitada a veces por algunos ancianos, mendigos sin hogar, o por algunos perseguidos por los odios sacerdotales y por los odios reales. Otros fueron hacia los estanques de Salomón, entre cuyas vetustas construcciones se encontraba la entrada a las grutas resplandecientes en otro

tiempo de oro y jaspe, de bronce bruñido y de mármoles finísimos, donde el rey de los grandes amores, celebró sus nupcias secretas con Bilqis, la encantadora reina de Saba de la lejana Etiopía, a fin de ocultarla de la hija del Faraón egipcio, que era la esposa-Reina.

En aquel laberinto de montañas, entre las cuales corría el acueducto que terminaba en los estanques, podían bien ocultarse varias familias, que serían socorridas por los esenios de Hebrón y de Yutta, donde se encontraba la Granja-Escuela que fuera de Zacarías y donde se hallaba entonces Filón de Alejandría. Enterado éste de la amenaza que pesaba sobre el niño Yhasua, dejó todo y corrió al puerto de Ascalón para tomar el primer barco que zarpara con rumbo a Tiro, pues supo por el terapeuta mensajero que esa misma noche habían salido Myriam y Yhosep con el niño hacia Tolemaida, para embarcarse hacia la capital fenicia, donde ya quedaban a salvo de la furia de Herodes.

Pero Filón, que por sus vinculaciones y conocimiento del engranaje político de aquellos tiempos, sabía que el Legado Imperial de Siria no descontentaría a Herodes, gran amigo del César, iba seguro de convencer a sus aliados esenios y a los padres de Yhasua, de que llevarle a Alejandría era lo que más seguridad ofrecería para su vida.

Él dijo a los terapeutas y a los dirigentes de la pequeña Escuela de Hebrón: "Yo me llevo al Niño con sus padres a Alejandría hasta que pase el peligro". Y en Judea, todos los que estaban en el secreto, quedaron convencidos de que Yhasua era llevado a Egipto.

Veamos cómo ocurrieron después los acontecimientos.

A la altura de Kaphar, el velero en que viajaba Filón se vio arremetido por una furiosa tempestad que retardó la llegada al puerto de Tolemaida, donde él contaba encontrar a los terapeutas que conducían a Yhasua con sus padres hacia Tiro.

Pero el retardo de la tempestad impidió que esto sucediera, y cuando el joven Filón llegó a Tolemaida, ya los viajeros que él buscaba debían estar llegando a Tiro. Siguió viaje hacia la capital fenicia, donde el Cristo-niño, sólo de veintidós meses, había ido a pedir refugio a los paganos idólatras, por la persecución a muerte de que era objeto en su país natal.

Había sido introducido con sus padres en el vetusto torreón de Melkart, que los terapeutas transformaron desde tiempo atrás, en hospicio de leprosos, de inválidos y de huérfanos. Bajo aquellas sombrías bóvedas y enormes columnatas cubiertas de hiedra, bajo aquellos viejos muros almenados, donde se refugiaban las piltrafas de humanidad doliente, penetró sigilosamente con sus padres, el que un día diría a las multitudes: *"Yo soy la luz del mundo, y el que me sigue no anda en tinieblas"*. *"Yo soy el camino, la verdad y la vida, y el que oye mi palabra vivirá eternamente"*.

Si algunos transeúntes pasaban cautelosos por las inmediaciones poco halagüeñas del ruinoso torreón, dirían llenos de compasión al ver entrar a Myriam y Yhosep, encubiertos en pesados mantos: "Más infelices leprosos a esconder su desgracia entre los muros del torreón maldito".

Y el terapeuta que los conducía pensaba silenciosamente: "¡Cuán engañosos y errados son los pensamientos de los hombres, al ver entrar en el torreón, en calidad de enfermos incurables, de desechos de humanidad, al que años más adelante curará todas las dolencias humanas con la suprema voluntad de su Yo, aplicándoles la fuerza estupenda de su energía y su vitalidad!"

En el gran puerto de Tiro, nadie pudo dar noticia a Filón de lo que deseaba saber. En aquella multitud de barcos mercantes que llegaban diariamente desde todos los puertos del Mediterráneo, ¿quién podía haber puesto atención en los humildes viajeros cargados de pequeños envoltorios y fardos, que al anochecer de un día gris y lluvioso desembarcaron entre multitud de viajeros y se perdieron por las callejas de extramuros de la gran capital?

Tres días vagó Filón, con el desconsuelo en el alma por aquella ciudad que le era por completo desconocida, y donde la prudencia le obligaba a no hacer averiguaciones que pudieran despertar sospecha ninguna.

En la noche del tercer día, se entregó al sueño en la posada de un mercader judío de oficio joyero, adonde le había recomendado el capitán del barco. Su último pensamiento había sido éste:

"Yhasua, Hijo del Altísimo... ¡haz que yo te encuentre, si es que puedo poner a salvo tu vida en peligro!"

Y casi a la madrugada se despertó con el recuerdo vivo y nítido de haber hablado con Myriam, la dulce madre del Ungido, que le decía:

"Porque en los días lejanos de glorias y de sombras para Israel, fuiste Nathan, el Profeta consultor de Salomón, y salvaste a Zulamita, de su tempestuoso amor como un huracán, es que hoy ella te visita en tu sueño, para decirte que no está en peligro como en aquellos días, sino a buen resguardo con su hijo, y espera la hora de volver al hogar abandonado. Vete tranquilo, Nathan, profeta bueno y dulce, porque Zulamita descansa en seguridad".

Tan íntima alegría le transmitió este bellísimo sueño, que Filón salió apenas clareaba el día a beber aire del mar, en cuya inmensidad, coloreada suavemente por los tintes del crepúsculo, dejó flotar la gasa de oro de sus pensamientos, de sus ideales grandiosos y sublimes, de las líricas ensoñaciones de su alma de visionario del futuro, en el cual veía levantarse mundos nuevos, humanidades nuevas, regeneradas por el Amor de Yhasua, subiendo cumbres doradas del sol, donde no existía el

dolor ni el egoísmo, ni maldad alguna, sino sólo el amor como un cantar nuevo, eternamente renovado y eternamente triunfador.

De estas esplendorosas visiones mentales le sacó el capitán del barco en que había realizado el viaje, el cual le dijo:

— ¿Os quedáis aquí u os volvéis conmigo?

—Me marcho con vos. ¿Cuándo partís? –preguntó el joven.

—Hoy, antes de mediodía.

—Bien; vamos a la posada que vuestro amigo nos espera; pago y torno con vos.

Unas horas después el joven filósofo de pie en la popa del velero pensaba, mirando a la populosa capital fenicia:

—"¡Tiro..., Tiro! Orgullosa reina del mar en otras edades de grandeza y de gloria para ti... Entre tus torreones y tus palacios he perdido el rastro del dulce Yhasua, salvador de los hombres... ¿Dónde le volveré a encontrar?".

Y cuando una intensa emoción llenaba de llanto sus ojos y de angustia su corazón, parecióle sentir una voz íntima que le decía sin ruido, pero clara y distintamente:

—"En el valle de las Pirámides te devolveré la visita que me hiciste en la cuna".

Filón rompió a llorar a grandes sollozos, que se perdieron entre los mil ruidos del embarcadero, y el correr de los marineros al levar las anclas, y chapotear de remos sobre las olas dormidas.

El barco que le llevaba había dejado su cargamento de trigo de los valles del Nilo, y llevaba a bordo grandes fardos de púrpura y ricas telas y encajes de Tiro, para las princesas y altas damas egipcias, y para sus palacios, hermosos tapices de Persia. Y entre todas aquellas riquezas y cargas de gran valor, el joven filósofo alejandrino, perdido entre montones de fardos, escribía tranquilamente en su libro de notas los detalles de toda su peregrinación desde que comenzó su camino en seguimiento de Yhasua, hasta que había sentido esa voz íntima, serena y dulcísima, que tenía para él la solemne significación de una cita de honor con el Cristo, en la imponente soledad de las pirámides del Nilo.

Aunque el barco hizo escala en algunos puertos de la Palestina, Filón no desembarcó en Ascalón, ni se hizo sentir de su parentela, sino que siguió viaje directo a Alejandría.

De todo esto bien puede comprender el lector, que se formó un mar de confusiones, de dudas y cavilaciones respecto al lugar donde fue refugiado Yhasua con sus padres. Los esenios de Judea lo creían en Egipto, conducido por Filón, tal como él lo había dicho.

La espantosa tragedia de Betlehem, dejó sumidos en el espanto y el terror a toda aquella comarca, y ese mismo terror hacía esperar nuevas

órdenes de muerte para los niños menores de dos años de todo aquel desventurado país, que debía ver segada su población infantil masculina, por sólo un niño fatal que el poderoso rey Herodes buscaba sin poder encontrar, como si se lo hubiese tragado la tierra.

El mismo terror puso un sello en todos los labios esenios, y temiendo hasta del viento que lleva las palabras, o que hubiera oídos de espías del rey hasta entre las ramas de los árboles, nadie preguntaba: ¿Dónde está Yhasua? Y si alguna vez, esta interrogación asomó a los labios de alguna mujer esenia, al encontrarse con uno de los terapeutas, éste movía negativamente la cabeza, mientras decía:

"Dios lo sabe y con ello basta".

Las familias esenias de Hebrón, las de Betlehem, dispersas por las montañas de Judea, sin tornar a reunirse hasta pasados varios años, y muchas de las cuales quedaron definitivamente en los parajes, ciudades o pueblos donde se refugiaron, natural y lógicamente continuaron creyendo y afirmando que el Niño Divino fue llevado a Egipto para salvarle de la persecución de Herodes. Los únicos poseedores del secreto, o sea los terapeutas y los Ancianos de los Santuarios, se guardaron muy bien de desmentir tal noticia, toda vez que en ella estaba la seguridad del futuro Salvador de los hombres.

Bien sabido y notorio es que las tradiciones orales se mantienen casi tanto como los relatos escritos, y muchas veces se ha visto en el correr de los siglos, que una tradición se ha mantenido con fidelidad asombrosa, que a veces no se encuentra en los escritos, donde muchas manos van dejando huellas diversas en el noble afán de corregir deficiencias y buscar una mayor exactitud en conformidad con los hechos.

Y de este amontonamiento de relatos, de recuerdos, de tradiciones alrededor del extraordinario y grandioso acontecimiento (*el nacimiento del Cristo-hombre), los cronistas cristianos han debido verse en grandes dificultades para espigar con destreza y acierto, en ese inmenso campo de la tradición y de los tiernos y fervientes recuerdos, de todos los que guardaban en su corazón algunas escenas de este drama estupendo.

Si la biografía de cualquier hombre de figuración más o menos destacada, presenta dificultades sin cuenta a los historiadores, por la variedad de las aseveraciones que hacen los testigos oculares, o por lo menos más inmediatos a ellos, ¿qué no puede suceder tratándose del hecho soberanamente trascendental, el advenimiento al Planeta, de un ser tan extraordinario en su misión y en su vida como Yhasua el Cristo, en su última epopeya de amor en beneficio de esta humanidad?

Por tanto, lejos deben estar de todo amador del Cristo, las inculpaciones y censuras acerbas a las primeras congregaciones cristianas, por no haber acertado a darnos el fiel exponente de todos los acontecimientos y

sucesos que formaron esa gran vida divina y humana a la vez, del Cristo nacido como un hombre en el país de Israel.

Y mucho menos, si consecuentes con la verdad histórica de otros hechos, como la destrucción de Jerusalén por Tito, las huidas frecuentes, colectivas o individuales, de los primeros cristianos perseguidos por todas partes, aceptamos que debió existir imposibilidad material para catalogar, conservar y comparar unos relatos con otros, unos recuerdos con otros sucesos pasados.

Perseguidos y dispersos los primeros cronistas cristianos, como un enjambre de abejas a quienes la inconsciencia humana no dejó ni un mísero arbusto donde reunirse nuevamente, ¿no salta a la vista que las crónicas quedaran truncas o incompletas, o contradictorias en algunos puntos, con otras?

La altura de la evolución humana, y de las capacidades mentales y espirituales a que hemos llegado, nos obliga por otra parte a reconocer la grandeza de la Divina Ley, y a bendecirla, por haber dado al hombre en la hora presente, los medios de conocer la verdad de todos los hechos relacionados con el Cristo, y su magnífica obra de redención humana terrestre.

15
EN LAS CUMBRES DEL LÍBANO

¿Qué había sido del Cristo-niño y de sus angustiados padres?

Les vimos entrar bajo el espeso manto con que se cubrían los leprosos en el viejo torreón de Melkart, situado en la parte antigua de la ciudad, que por las nuevas edificaciones hacia las verdes colinas del Monte Líbano, había quedado como un derruido murallón sobresaliente hacia el mar, que tenía su blanco encaje de espumas en la orilla tranquila.

Los terapeutas enfermeros les habían subido a un pabelloncito sobre una terraza cubierta de hiedras, donde anidaban las cigüeñas y las gaviotas, y donde bandadas de mirlos azules formaban orquesta de gorjeos al amanecer. Era la única parte alegre del vetusto edificio, pues el sol inundaba la terraza, y el panorama del mar como bordado de blancas velas, casi a todas las horas del día, distraía agradablemente la imaginación.

Yhosep, mustio y pensativo, y Myriam llorando silenciosamente, parecían inundar de una ola de dolor resignado y silencioso aquel desmantelado pabellón, donde no había más moblaje que el estrado de madera adosado a los muros donde se les dispusieron camas; una gran mesa de encina delante del estrado y sobre ella, unas ánforas con agua y vino, y una cesta de pan y de frutas secas, que era todo cuanto se ofrecía a la vista.

Uno de los terapeutas que les encendió apresuradamente la hoguera, les había dicho al dejarles: “Aquí estáis en seguridad. Descansad hasta mañana”.

El Divino Niño que ya contaba un año y diez meses, no se daba por enterado como es natural del padecimiento de sus padres, y daba alegres gritos y vivaces palmoteos cuando las cigüeñas y las gaviotas se posaban frente a su puerta después de grandes revoloteos, en que lucían al sol sus blancas alas bordeadas de negro.

Y Myriam, mirándole tristemente, sentadito en un grueso cobertor, junto a la puerta por donde entraba el sol en dorados resplandores, le preguntaba con su voz de alondra:

— ¿Quién eres tú, amor mío, que así te ves perseguido por un Rey poderoso? ¿Qué traes tú a este mundo, que codicia tu vida el que todo lo tiene en sus manos? ¿Qué puedes quitarle tú, mi adorado, a ese Rey aliado de César, el señor del Mundo? ¿Qué sombra puedes hacerle, mi dulce jacinto en flor, a él, que es como una gigantesca encina sobre el país de Israel?... ¡Qué Jehová tenga a bien descifrarme este impenetrable misterio, que tan hondamente acongoja mi alma!

Y sus manos delicadas y blancas como alitas de tórtolas que aletean en el agua, continuaban hilando la blanca lana de sus corderos nazarenos, para tejer ropita de abrigo a su pequeño querubín, que tanto amaba y por el que tanto sufría.

Yhosep, por su parte, cuyo hábito de trabajo era tal que le causaba honda nostalgia estar en quietud, buscó y encontró en los oscuros rincones de aquel pabellón, algunos elementos de trabajo manual: gruesos haces de varillas de mimbres, atados de junco, madejones de fibra vegetal, todo en confuso amontonamiento que denotaba haber sido puesto allí, como para dejar otros espacios libres.

Y llevando todo hacia donde estaba Myriam, le decía alegremente:

—Mira, aunque la cólera del Rey nos retenga aquí un año, mis manos no se cansarán de estar ociosas.

Y se entregó a la labor que le deparaba la Providencia, con el mismo ardor y entusiasmo con que trabajaba en su taller, cobrando dinero para el sustento del hogar. Los terapeutas les amenizaban las veladas de invierno en torno a la hoguera, con la lectura de los Libros Santos, y con sus conversaciones saturadas de esa ciencia divina de Dios y de las almas, que aligera y suaviza las más hondas angustias de la vida.

Así pasaron cinco meses, o sea hasta la terminación del invierno y tanta fue la cautela y discreción de los terapeutas enfermeros, que ninguno de los habitantes del torreón advirtió la presencia de los huéspedes del Mirador de la Princesa, como llamaban a aquel pabelloncito, a causa de haber sido habitado siglos atrás por una descendiente del Rey Hiram,

complicada en una conjuración promovida por su marido para derrocar al Soberano reinante en su beneficio.

Y por extraña coincidencia, aquel pabelloncito cautiverio de una princesa ambiciosa, servía de amparo y refugio al que un día diría a las multitudes:

"Las raposas tienen sus madrigueras y los pájaros sus nidos, pero el Hijo de Dios no tiene una piedra para recostar su cabeza".

Y cuando la nieve empezó a derretirse en los picachos de los montes, y las laderas y valles a cubrirse de pájaros y de flores, Yhasua y sus padres fueron bajados al subsuelo del torreón, donde cayó un día aquel pobre epiléptico descubriendo el ignorado camino que conducía hasta la misteriosa gruta de los ecos perdidos que ya conoce el lector. Desde allí, sin peligro se podía continuar el viaje en asnos hasta el Santuario del Monte Hermón, donde los Ancianos esperaban con grandes ansias al Cristo-niño, para cobijarle entre sus brazos hasta que pasara todo el peligro. Los Ancianos de todos los Santuarios estuvieron de acuerdo, en que no era ambiente propicio para la crianza del Divino Niño, aquel mustio y sombrío torreón, habitación de enfermos incurables donde sólo permaneció cinco meses, o sea, hasta pasado el invierno y pudiera ponerse en viaje una mujer y un niño de tan corta edad todavía.

Era la región montañosa del Líbano, como una continuación de las risueñas montañas galileas, sólo que en aquellas, todo era imponente, majestuoso en su grandiosidad plena de bellezas, de infinitos misterios.

Para que los poetas bíblicos, y en particular el Rey de los palacios de oro y los amorosos cánticos, haya comparado a la esposa amada con los cedros del Líbano, con sus palmeras flexibles, con sus huertos cerrados, umbríos, como búcaros de flores, es porque aquellos parajes eran verdaderas regiones de encanto, donde la pródiga Naturaleza había hecho desbordar sus privilegiados dones de maga.

— ¡Qué lejos va quedando nuestra amada Nazareth! –decía Myriam a Yhosep, a cada jornada en que bajo aquella frondosa vegetación se sentaban a descansar.

Dos terapeutas prácticos de la región y de los refugios del camino, les acompañaban simulando ser una familia de montañeses que habían estado de compras en la capital, y regresaban al terruño nativo. Y siendo costumbre, unirse varios parientes o vecinos para realizar estas travesías, a nadie podía extrañarle. A más, la agitada Palestina dominio de Herodes el grande y del poderoso clero de Jerusalén, que en la Judea dominaba tanto o más que el Rey, quedaban ya lejos, y no era de temer que sus espías hubieran llegado a tan larga distancia.

Al salir de la gruta de los ecos perdidos se les agregó la pequeña caravana de un mercader de Tolemaida con dos hijos y tres criados, que

dos veces al año realizaba esta travesía llevando ricos tejidos, tapices, lino y púrpura de Sidón y de Tiro, a Cesarea de Filipo y a Damasco, de donde tornaba trayendo los artísticos cofrecillos de maderas olorosas con incrustaciones de plata, para que las princesas tirias y sidonias guardaran sus perfumes y sus secretos de amor; los delicados posa-pies como cubiletes tallados en ébanos, para que descansaran las bellas, sus piececitos menudos y blancos, hundidos entre babuchas de púrpura recamadas de nácar y oro.

Amán, el mercader, tuvo la desgracia de sufrir una caída en los escarpados senderos de la montaña, en la cual sufrió un dislocamiento en la columna vertebral que le impidió andar por sus pies durante los pocos años que sobrevivió a este accidente.

El menor de sus hijos cuyo nombre era Tomás que sólo contaba diecisiete años, fue más tarde uno de los doce apóstoles del Cristo. Al aceptar el hospedaje de los terapeutas en la granja, que daba entrada a las grutas del Santuario del Monte Hermón, al igual que la Granja de Andrés a la entrada del Santuario del Quarantana, los dos hijos del mercader de Tolemaida, ingresaron en la Fraternidad Esenia, debido al entusiasmo que despertó en ellos, el amor y la solicitud con que los terapeutas médicos se dedicaron a aliviar a su padre en la dura emergencia que conocemos.

El jovenzuelo Tomás, cobró gran afecto al Niño de Myriam, al cual gustaba arrullar para dormirle con los arpegios de su pequeña cítara de ébano y marfil.

El Santuario del Monte Hermón, era uno de los que gozaban de más bellezas naturales y de más abundancia. La fertilidad de aquellas regiones era maravillosa.

Tratándose de que la mayor riqueza de aquellos parajes consistía en la explotación de sus inmensos bosques, de las más apreciadas maderas para las construcciones de palacios, de templos y de barcos, la mayor parte de las poblaciones de libaneses estaban compuestas de obreros o comerciantes en maderas, y de labriegos y pastores.

Entre las dos vertientes que dan origen al nacimiento del Jordán, existía desde tiempos muy remotos, una aldea que se había formado en un vallecito a la entrada misma de dos montañas paralelas: Dan; era una pequeña aldea de leñadores y pastores que casi todos eran familia, especie de tribu que vivían en completa paz y armonía bajo la obediencia al más anciano, al cual llamaban el patriarca. La cabaña de éste, estaba labrada en la montaña misma, y vivía allí con su vieja compañera, tres hijos varones ya casados, y una porción de nietecitos.

Ya puede suponer el lector, que aquella cabaña era enorme para dar cabida a la numerosa familia. “El abuelo Jaime”, llamaban más comúnmente al anciano, jefe de toda aquella abundante prole.

Pues bien, este anciano, su mujer y su hijo mayor Matías, eran los únicos poseedores del gran secreto de la entrada al Santuario del Monte Hermón.

Hacia un lado de la alcoba del viejo matrimonio, se encontraba un enorme arcón de encina, repleto de madejones de lana y de fibra vegetal, preparados para tejer ropas de abrigo y esteras para los pisos. Las mujeres en general se dedicaban a estos trabajos, mientras los hombres hachaban árboles, preparaban tablones, o leña, que caravanas inmensas de asnos y mulas conducían a las capitales vecinas.

Detrás de aquellos promontorios de lana y fibras, se hallaba una puerta muy disimulada que daba entrada a un largo corredor practicado en las rocas; el cual tenía salida a un valle hondo como un abismo al pie mismo del Monte Hermón. En el fondo de aquel abismo de exuberante verdor, corría un arroyo de poca profundidad, encima del cual y de orilla a orilla estaba semitendido el enorme tronco de una encina, que algún cataclismo de las montañas habría medio tronchado, sin que por eso sus ramas se hubiesen secado. Aquel corpulento árbol centenario, era el puente que daba paso al audaz caminante que se internara por aquel laberinto de bosques y rocas. Este camino tan solo era conocido del abuelo Jaime y de su hijo Matías. Apenas vadeado el arroyuelo, un negro bosquecillo de espinos parecía interceptar el paso, pero el práctico de este camino, removía unas trepadoras enredadas entre los troncos, y quedaba al descubierto una puertecita de hierro, cuya respetable edad la hacía asemejarse a las mismas rocas en que estaba empotrada.

Tal era la entrada al Santuario del Monte Hermón.

Los leñadores y pastores de la comarca, estaban ya habituados a ver a los terapeutas médicos llegar a la casa del abuelo Jaime, a hospedarse cuando de tiempo en tiempo acudían a recoger hierbas y flores medicinales. Y entonces los enfermos de la comarca acudían a su vez a la casa del abuelo, para que los buenos terapeutas les remediasen sus dolencias.

Y Yhosep y Myriam con su niño en brazos, llegaron una tarde a la cabaña del abuelo Jaime, con los dos terapeutas que les conducían.

Uno de ellos se había adelantado y tuvo con el anciano y con Matías, su hijo mayor, este diálogo:

—Abuelo Jaime: Jehová manda la gloria a tu casa.

— ¿Qué gloria es esa, mi Hermano terapeuta? –preguntó el viejo.

—El Mesías nacido en Israel busca amparo por esta noche en tu cabaña. ¿Se lo das?

— ¡Oh, mi Señor enviado de Jehová! ¿Dónde está, dónde, para que mis ojos le vean antes de morir?

—A la entrada del valle, viene con sus padres; pero has de hacer como si fueran de la familia tuya por si pudieran algunos verles llegar. Y cuando hayan descansado en tu casa, Matías nos acompañará al Santuario, pues allí les esperan ya.

—Esta casa es vuestra casa, Hermano terapeuta, y los Ancianos son los amos que mandan –dijo Matías–. Disponed pues como queráis.

Enterada la anciana Zebai de la gran novedad, aquello fue una barahúnda de preparativos, de ir y venir para disponer el hospedaje conveniente. Y entre todos los familiares corrió la noticia de que llegaba una sobrina de Zebai, porque su marido, carpintero, traía obras de encargo a realizar, y buscaba de elegir las maderas más preciosas para las delicadas arquillas y posa-pies que debía fabricar.

Todo sucedió tal como lo proyectaron los discretos terapeutas, y lo único en que no acertaron fue en que esa misma noche pasarían al Santuario; pues Myriam estaba agitada por la fatiga del penoso viaje escalando montañas, lo cual producía ese desgaste natural de un viaje lleno de impresiones, de inquietudes y hasta de miedo. Cualquier encuentro con gentes desconocidas le causaba terror, suponiendo que fueran los esbirros del Rey que seguían sus pasos. Una fuerte crisis de nervios que se resolvió en un silencioso llorar, le acometió apenas penetró a la cabaña del abuelo Jaime.

El tierno y espontáneo grito de amor de Zebai, que la llamaba con toda su alma ¡hija mía!, mientras la recibía entre sus brazos, hirió la fibra más sensible del alma tiernísima de Myriam, que explotó como una lira a la cual rompieran de un golpe sus cuerdas doradas. Entre Zebai y Yhosep la llevaron a la tibia alcoba que le habían destinado, y colocada ya en su lecho, su esposo aconsejó dejarla en reposo completo diciendo:

—No es nada, el descanso y el silencio es su mejor medicina. Idos que yo quedo aquí con el Niño junto al lecho hasta que la vea dormida –suspiró enternecido.

El pequeño se durmió también entre la tibia penumbra de aquella alcoba, saturada de silencio, de paz, de tranquilidad. Myriam durmió también por fin, y a poco rato vio Yhosep que se encendía una claridad rosa pálido con tonalidades oro. Miró hacia todos lados creyendo que alguna lámpara oculta había sido encendida. Mas la claridad subía de intensidad e iba llenando la alcoba. Luego vio que se diseñaban con líneas más definidas dos siluetas humanas que acercándose la una a la otra, se confundieron en un estrecho abrazo. En una reconoció enseguida a Myriam, aunque más esplendorosa en su belleza que lo era en la materia. En la otra encontró un marcado parecido con ella, y a la vez con el mismo niño dormido entre sus brazos. La intuición ayudó a Yhosep a descubrir el secreto de aquellos transparentes personajes, en el sutil y luminoso escenario en que la alcoba se había transformado.

— ¡Yhasua y Myriam!... –murmuró quedito Yhosep, emocionado profundamente. Comprendió que ellos se manifestaron mutuamente sus pensamientos, aunque no pudo entender claramente, captó la onda con más o menos certeza.

—Paréceme que Yhasua dice a su madre que viva tranquila y nada tema, porque él tiene un camino largo que andar todavía y que por mucho que hagan los hombres, no le harán morir hasta que llegue la hora que está marcada –se decía Yhosep a sí mismo.

Entendió asimismo que ella le decía: *"Que muera yo, hijo mío, antes que tú, porque yo no podré vivir ni una hora sin ti"*. Y él le contestaba acariciándola: *"Dios es el dueño de las vidas de los hombres y su voluntad es adorable por encima de todas las cosas"*.

La emoción inundó de llanto los ojos de Yhosep, y sus lágrimas caían sobre el niño dormido en su regazo. La visión se fue esfumando lentamente, y dejando Yhosep el niño al lado de su madre, pasó a la gran cocina-comedor de la cabaña, que era donde estaba encendida la hoguera y donde se reunía al caer la noche toda la familia.

Las madres jóvenes daban de comer a sus hijos pequeños y los llevaban a sus lechos, con lo cual empezaba a reinar la tranquilidad y la quietud en la gran caverna central.

Después Zebai y sus nueras continuaban hilando y tejiendo, mientras en el fuego humeaban las marmitas, y entre el rescoldo se cocía el pan para la cena de los mayores. Los dos terapeutas guías hablaban aparte con el abuelo Jaime y su hijo Matías. Y a poco rato, el mayor de los terapeutas llamó la atención de los otros hijos y de los nietos mayores del anciano para que escucharan lo que debían decir. Les hizo el relato del nacimiento de Yhasua, en el cual estaba encarnado el Mesías esperado por Israel y anunciado por sus profetas. Les refirió la persecución de que era objeto por parte del rey Herodes, y cómo toda la Fraternidad Esenia se había tomado el cargo de salvar y proteger al Cristo-niño, hasta que llegara al cumplimiento de su excelsa misión de Salvador de los Hombres.

Explicó ampliamente lo que era la Fraternidad Esenia, a la cual pertenecían de tiempo atrás el abuelo Jaime y el mayor de los hermanos, Matías, que ya había entrado al grado segundo. Uno de los nietos, de nombre Zebeo rompió el silencio con gran impetuosidad:

—Si abuelo Jaime y mi padre son de la Fraternidad Esenia, yo quiero serlo también desde este mismo momento.

Era sólo un adolescente de diez años, que por ley de evolución y de sus alianzas debía ser uno de los doce apóstoles de Yhasua.

La decisión del niño Zebeo les animó a todos, y la anciana Zebai, que junto con su marido había ingresado a la Fraternidad muchos años atrás, decía con voz temblorosa de emoción y de dicha:

— ¡Cuánto he pedido a Jehová este momento, que Él tardó en concederme acaso por mi falta de merecimiento!

Bajo esta hermosa impresión se sirvió la frugal comida y cuando todos rodeaban la mesa, apareció Myriam con su niño en brazos y rebosante al parecer de paz y de alegría.

—Llegáis a tiempo –decía Zebai, haciéndola sentar al lado de Yhosep–, pues íbamos a empezar la cena.

Y el hermoso niño de Myriam que atraía todas las miradas de aquellos que ya no ignoraban quien era, estaba muy divertido de pie sobre las rodillas de su madre, jugando con las naranjas de una cestilla que frente a él, estaba sobre la mesa.

Ajeno por completo a la admiración y amor que despertaba, hacía rodar las doradas frutas dando grandes gritos y risas cuando una chocaba con otra.

Adivinando Yhosep el pensamiento de todos, le levantó en sus brazos y fue presentándolo ante ellos mientras les decía:

—Paréceme justo que selléis con un beso del alma, la alianza con el Profeta de Dios, que Él nos da como prenda de amor.

Todos besaron al niño que les sonreía mientras conservaba entre sus manitas una de las naranjas con que estuviera jugando.

Todos decían algo, sólo Zebeo no decía nada; luego lo pidió al padre y le llevó de nuevo a la mesa donde estaba Myriam. Corrió hacia fuera y volvió con dos hermosas tórtolas mansas que puso ante el niño, cuyo semblante tomó un aspecto de indefinible alegría.

—Ahora te pido un beso –dijo al pequeñín acercándose–, porque hice algo que es de tu agrado. –El chiquitín le tendió los bracitos y le besó largamente. Muchos años después, Zebeo ya hombre recordaba esta escena con ternura que le llevaba hasta el llanto, y el Maestro oyéndolo le decía:

—Con tus tórtolas me ganaste el corazón en aquel entonces, y ahora me lo ganas con tu abnegación en seguirme.

Entre esta cordialidad llena de suave ternura se deslizó la comida, después de la cual Zebai y sus nueras rodearon a Myriam y al niño, cuya espontánea alegría llenaba de gozo todos los corazones.

Ningún cansancio ni fatiga se traslucía en el diáfano semblante de Myriam, por lo cual los terapeutas conductores pensaban en silencio:

—Esta misma noche podremos llevarles hasta el Santuario.

Y cuando ya bien entrada la noche, el anciano Jaime hizo la oración final: “Jehová, Señor de todo lo creado; dad descanso a tus siervos y que el sueño que les concedes repare las fuerzas para empezar de nuevo el trabajo al amanecer”, todos se dispersaron a sus alcobas particulares y un gran silencio se hizo en la cabaña.

A poco rato, el mayor de los terapeutas, llamó sigilosamente a la alcoba de Yhosep.

— ¿Estáis dispuestos para partir esta noche? –le preguntó.

—Lo estamos, llevadnos cuando queráis.

En la alcoba del viejo matrimonio se veía luz encendida.

Allí esperaban ellos y Matías, con las cerillas dispuestas para encender, y el manso asno de Zebai ya enjaezado, para conducir a Myriam por el secreto camino que conocemos.

Apartaron a un lado los fardos de lana y los montones de fibra vegetal, y detrás del arcón de encina apareció la puerta que se agrandaba tanto, cuantas planchas de rústica madera se apartaban de la enorme cavidad con que empezaba el corredor.

Ayudó Yhosep a montar a Myriam, le colocó a Yhasua en el regazo, y cubriendo a entrambos con un grueso cobertor de lana, tomó el asnillo de la brida y fue así siguiendo a Matías, que con una gruesa torzada de hilos encerados abría la marcha a través de las tinieblas.

El abuelo Jaime y Zebai, quisieron ir con ellos hasta el arroyuelo que ya mencionamos, y los dos terapeutas cerraban aquella procesión entre las sombras débilmente iluminadas por las cerillas encendidas.

—La Providencia ha querido que seamos siete en esta jornada –decía uno de los terapeutas–. ¡Siete lamparillas de amor en torno al Verbo de Dios! ¿No es éste un bello presagio?

—Lástima que mi lámpara poco durará encendida, Hermano terapeuta, –contestaba el abuelo Jaime.

— ¿Por qué lo decís?

— ¿No veis como tiembla ya la luz en mis manos? Ochenta y nueve veces he visto a mis viñas cubrirse de frutos, ¿y preguntas por qué lo digo?

—No habléis de morir, abuelo, cuando vamos llevando la Luz de este mundo –decía el otro terapeuta.

—Algo más de doscientas veces he hecho este camino, desde que los terapeutas me sacaron de Galilea, con mi Zebai y me trajeron a esta cabaña.

“Llevo aquí cincuenta y tres años y hubo algunos de cuatro viajes, con que haced la cuenta. En unos me fue a pedir de boca, en otros, resbaladas al arroyo desbordado por encima de la famosa encina puente, y en otros me costó algún trabajillo escapar a las hambrientas fauces de las fieras.

—Pero ahora descansáis en Matías, ¿no es así?

—Justamente, Hermano terapeuta; mas, como conozco los peligros, hasta que le veo tornar sano y salvo, no duermo.

— ¡Es grande y meritoria vuestra obra!

—No creáis que os hago estas referencias para que me engrandezcáis. Si en mi poca capacidad ni aún esto hubiera hecho, ¿qué cosa tendría

para conquistarme la vida eterna? Por trabajar, comer y dormir, no creo que el Señor tenga que darme un premio. ¿No andáis vosotros de un lado para otro recogiendo leprosos, paralíticos y abandonados, sin más compensación que tenerlos a vuestro cuidado y curarlos durante meses y años? Si he querido llamarme esenio, debe ser para hacer algo por los demás.

—Bien razonas y piensas, abuelo Jaime, y acaso teniendo esto en cuenta es que la Eterna Ley ha querido que el que viene para la salvación de los hombres, te visitara a ti en tu propia casa, antes que a muchos otros.

—Lo agradecemos tanto, Zebai y yo, que tenemos en poco nuestra soledad en estos montes, a cambio de esta gloria de hospedarle y servirle.

— ¿Y será por mucho tiempo? –preguntó la buena mujer, deseando sin duda que fuera larga la estadía del Niño Divino en aquellas montañas.

—Dios dirá –contestó uno de los terapeutas.

—Eso dependerá sin duda de que el Rey olvide su inquietud, más o menos pronto –sugirió el otro.

—O de que la justicia de Dios le aparte de en medio –añadió el anciano Jaime.

Mientras tanto, el niño se había dormido al suave balanceo del andar parsimonioso del asnillo que Yhosep conducía de la brida. Y Myriam sumida en sus pensamientos de absoluta entrega a la Divina Voluntad, se dejaba llevar a lo desconocido, no sin detenerse a considerar la extraña circunstancia de que su hijo, a quien oía siempre llamar Salvador de los hombres, debía huir de los hombres, desde sus más tiernos años.

— ¡Qué ciegos y malos serán los hombres de esta tierra, que así persiguen a quien les viene a salvar! –pensaba ella en su ingenuidad sencilla y casi infantil.

Por su parte, Yhosep entristecido, pensaba en su hogar abandonado, en su taller confiado a la honradez de dos jornaleros de su confianza, en aquellos cinco hijos de Débora su primera esposa, a cuya hermana Salomé quedaron confiados en la ciudad de Canaán, donde tenía parentela.

—Ellos están seguros y dichosos, pues que Zebedeo y Salomé harán con ellos como lo haría Débora y yo –pensaba tranquilizándose a sí mismo–.

“Ellos que saben los motivos de este precipitado viaje, ensancharán más sus corazones para amarles y cuidarles, ya que su hogar solitario por la pérdida de los primeros vástagos, se verá lleno de alegría con los míos, hoy doblemente huérfanos.

Este recuerdo le rasguñó el corazón como un estiletazo, y se detuvo un momento para apartar el manto de Myriam y besar al pequeñín dormido.

— ¿Qué tienes, Yhosep? –preguntóle ella, que algo doloroso presintió en él.

— ¡Pensaba en el hogar lejano y en mis niños abandonados! –contestó.

— ¡Y es por mi hijo que has hecho tanto sacrificio!, –exclamó ella.

— ¡Sí, Myriam, por el más pequeño de nuestros hijos..., por el que de verdad, será el más grande de todos ellos, Myriam!..., te juro por Jehová, que aunque aquellos hijos tuviera que perderlos por este viaje, bendeciría a Dios si puedo salvar éste solo, que es su Profeta elegido.

A poco rato Matías se detuvo y dijo en voz alta:

—Hemos llegado, escuchad.

Todos guardaron silencio y escucharon. En el inmenso silencio de aquella hermosa noche de primavera, se oía el murmullo del arroyo que pasaba a pocos pasos de la abertura de las rocas por donde iban a salir.

El enorme boquete se veía ya claramente como recortado en la claridad lunar, que caía sobre el follaje oscuro de los cedros y de las encinas, como un sutil velo de ilusión que lo envolvía todo con delicadas transparencias.

— ¡Loado sea Dios! –dijo el anciano–, que mis viejas piernas comenzaban a temblar.

—Sentaos en los poyos de piedra de la salida, mientras doy la señal de llegada –advirtió Matías adelantándose hacia el negro bosquecillo de espinos que se levantaba apenas pasado el arroyo.

— ¡Cómo!, –exclamó Myriam viéndole pasar rápidamente por el enorme tronco de encina atravesado sobre el arroyo–. ¿También yo pasaré por allí?

—Todos, Myriam, todos pasaremos por allí. Pero no temas que yo pasaré contigo –le contestó Yhosep.

—No –interrumpió el anciano Jaime–. Ella no pasará por allí. Esperad un poco y ya veréis que los Ancianos lo han pensado todo.

A poco rato de haber desaparecido Matías tras del bosque de espinos, aparecieron siguiéndole dos esenios de obscura túnica, tal como la de los terapeutas. Traían dos grandes tablones y Matías dos varas de madera enormemente largas. Entre los tres tendieron al lado de la encina caída, los tablones, y unos de un lado y otros del lado opuesto, sostuvieron ambas varas que servirían de pasamano a los viajeros menos habituados a la rusticidad del pasaje.

Yhosep cargó al niño en brazos, y con Myriam de la mano cruzaron los primeros.

El anciano Jaime y su mujer, sostuvieron en la opuesta ribera los extremos de las varas pasamanos hasta que pasaron todos. Y cuando

vio Matías que todos desaparecieron por la negra puertecita abierta en la roca, metió de nuevo por ella los tablones, cerró por fuera, un pesado cerrojo cayó por dentro, y tomando el asnillo de la brida, volvió con sus padres a la gran cabaña que dormía en profunda quietud.

Una doble fila de cirios encendidos y de esenios cubiertos con sus mantos blancos, fue lo primero que apareció a la vista de los viajeros.

Eran cuarenta y nueve solitarios que habitaban aquel Santuario.

Al final de aquella galería viva de almas amantes y de llamas de cirios, estaba el Servidor, un venerable Anciano, de bondadosa mirada, en la cual resplandecía la emoción cercana a las lágrimas.

Se adelantó unos pasos y extendió los brazos pidiendo al niño que dormía sobre el pecho de Yhosep.

— ¡Canta Hilarión, el más hermoso canto de tu vida, porque no hubo para ti otro día más glorioso que éste!..., –se dijo a sí mismo con temblorosa voz el Anciano, al estrechar suavemente a su pecho a Yhasua dormido, como si nada anormal pasara en torno suyo.

Un hondo silencio dejó presentir la profunda ola de emoción y de ternura que cruzó rozando todas las almas, pasada la cual, el Anciano Servidor fue presentando el Niño a las miradas ávidas de todos los solitarios, que sólo se atrevieron a besar la manecita lacia como una rosa tronchada, sobre las blancas ropas que envolvían el menudo cuerpecito del niño dormido.

— ¡Tanto como vosotros le amáis, le odian otros hasta desear su muerte! –dijo Myriam enternecida a la vista del tiernísimo amor que los esenios demostraban a su hijo.

—Si los que le odian supieran quién es este niño y por qué viene a esta tierra, no le odiarían más. Los hombres más inconscientes que malos, son víctimas de la ignorancia. –Expresó el Anciano Servidor, devolviendo el niño a su madre en el momento en que el pequeñín se despertaba refregándose los ojitos, que aparecían deslumbrados por la viva claridad de tantos cirios que le rodeaban.

— ¡Ojos de piedad infinita!..., –decían unos.

— ¡Ojos de amor sin límite ni medida!, –añadían otros.

— ¡Ojos que alumbrarán los caminos de los hombres!...

— ¡Ojos que irradiarán la Luz de Dios sobre los pecadores..., los tristes y los enfermos!

Y viendo que el niño reía mirando a su padre, alguien añadió:

— ¡Ojos de niño que ignora por el momento todos los dolores de la vida!

Y así fueron conducidos a la habitación que les habían preparado, donde ninguno, de todos cuantos allí estaban, podía saber por cuánto tiempo la habitarían.

Cinco años y siete meses pasó allí Yhasua con sus padres, recibiendo de los esenios junto con la más dulce ternura, los principios de vasta educación e instrucción espiritual y moral que debía ir despertando lentamente el excelso Espíritu-Luz, que se ocultaba bajo aquella envoltura de carne.

Tres veces en ese período de tiempo, salió Yhosep, y fue a Canaán de Galilea, donde estaban los hijos de su primera esposa. Llegaba por la noche ocultándose como un hombre perseguido por la ley, y días después salía también de noche y llevado por los terapeutas como si fuera un pobre leproso envuelto en pesado manto. Hacía el recorrido que conocemos hasta llegar de nuevo a la hospitalaria cabaña del abuelo Jaime, de donde pasaba al Santuario del Monte Hermón que guardaba su tesoro.

Del último de estos viajes regresó trayendo a Myriam la noticia de que el Rey Herodes había muerto en esos días, consumido por un horrible cáncer que le había roído la garganta hasta las entrañas, haciéndole exhalar lastimeros gritos que se oían a larga distancia tal como las lamentaciones de las madres betlehemitas cuando les degollaban sus hijos.

Y que en todo Israel decían a media voz, por temor aún al Rey que estaba muriendo:

—Justicia de Jehová, sobre el asesino de los inocentes.

En el cuarto año de residencia de Yhasua en el Santuario del Monte Hermón, entregó su espíritu al Señor, Hilarión, el Anciano Servidor que contaba noventa y dos años de vida, habiendo pasado sesenta y cuatro en los Santuarios de Monte Carmelo, del Tabor y del Hermón. Fue el primer dolor de Yhasua que contaba ya seis años de edad, pues el Anciano Servidor fue como un tutor, su ayo y hasta su compañero de juego.

Se hizo niño con el gran Niño y vivió sus postreros años con una beatitud divina, como en un éxtasis de amor supremo, del cual una noche se despertó en la inmensidad del Infinito.

Y el niño Yhasua, a quien su madre no lograba arrancar del lado del cadáver de Hilarión, decía a cada instante a todos los que se acercaban:

— ¡Le llamo tantas veces y no quiere despertarse!... ¡Madre!..., dile tú que despierte porque me hace daño verle siempre dormido.

Pasado este primer momento de dolor, el santo niño sintió decaimiento físico, debido a una fiebre ligera que le acometió, y por la cual fue puesto en el lecho,

A Hilarión le sucedió Abdías, en el puesto de Servidor del Santuario y desde luego primer instructor del niño Yhasua.

A determinadas horas, una guardia de siete esenios de los más adelantados, rodeaba el lecho del pequeño enfermo hasta que pasados unos días, desapareció la fiebre y el niño volvió a sus juegos habituales, y a la suave tarea de su primera educación.

Y para que se vea hasta qué punto el Niño-Luz se vio envuelto en la gloria de aquellos santos amores que hacían de su vida un paraíso, oigamos el diálogo que sostenía con su nuevo Instructor.

—Servidor –le decía–, creí que nunca me consolaría de haberse dormido el Servidor Hilarión, a quien yo mucho amaba, y ya lo veis, estoy consolado y tengo de nuevo ganas de jugar.

—Es justo que así sea, hijito mío –le contestaba el esenio–, porque es la Ley de Jehová, que vivamos pocos o muchos años sobre la tierra donde debemos dejar este cuerpo físico, para dar libertad al pájaro azul, que canta prisionero aquí en nuestro interior.

— ¿Y tengo también yo aquí dentro un pájaro azul?

—Y, ¡qué bello y radiante es, hijito, tu pájaro azul!

— ¿Y tendré también yo que dormir como Hilarión para que vuele en libertad el pájaro azul?

—También tendrás que dormir cuando hayas terminado la tarea que sobre la tierra debes cumplir.

— ¿Y qué tarea es ésa? ¿Me la podéis decir?, –inquiría el niño con sus grandes ojos color de ámbar, radiantes de inteligencia.

—Salvar almas..., muchas almas, que son también pájaros azules cautivos y prisioneros, por la ignorancia y por el pecado.

— ¿Y qué es el pecado?

—Es todo aquello que contradice la Ley de Jehová.

— ¡Oh, Jehová!... ¡Cuán bueno es Jehová!... Hilarión me decía que Jehová está en el sol que nos calienta con sus rayos y que hace nacer las simientes y abrirse las flores y madurar los frutos. Que Jehová está en la lluvia que fecunda los campos y alimenta las vertientes de que se forman los ríos y las fuentes. Que es quien enciende la luna y las estrellas, y da vida a los hombres que viven como nosotros aquí en la tierra. Que Jehová está en el alma de mi madre que es toda bondad, de mi padre que tanto me ama y de todos cuantos yo conozco. Mas, ¿podéis decirme cómo es que Jehová puede caber dentro de mí, que soy tan pequeño?

Y era de ver aquel chiquitín de seis años parado firme ante el Anciano Abdías, mirándole fijamente los ojos mientras formulaba esa pregunta.

—Jehová, hijo mío, es como una gran luz, como una oleada de esencia, de fuerzas y de energía. Tú eres pequeñito pero puedes tener en tu manita una antorcha que ilumina una habitación por grande que sea. Eres pequeñito, pero puedes guardar en el hueco de tu mano una redoma de sutil esencia, de la cual unas pocas gotas bastan para llenar de perfume todo nuestro Santuario.

“Eres pequeñito, pero puedes llevar una chispa de fuego y prender una inmensa pira de leña e incendiar un inmenso campo. ¿Comprendes?

— ¡Oh, sí..., voy comprendiendo!... Y pienso más aún. Pienso que como soy tan pequeñito y Jehová es tan grande, debe rebosar Jehová hacia todos los lados de mi cuerpo. ¿Verdad que es así?

—Sí, hijo mío, Jehová rebosa de ti, sobre ti, y alrededor de ti; como el agua de un torrente incontenible; como la luz radiante del sol; como el perfume de las flores, como melodía de arpas eternas, cuyas resonancias no se extinguen jamás. Así se desborda Jehová en ti.

—Y yo, ¿qué tengo que hacer para Él?

—Pues amarle por encima de todas las cosas; hacer su voluntad, antes que toda otra voluntad, y amar a todos los seres que han salido de su seno porque es Padre Universal.

— ¿Y me dirás, Servidor, cómo puedo saber lo que quiere Jehová de mí? ¿Puedes decirme dónde le encontraré para conversar con Él como lo hago contigo? ¿Cuándo podré ver a Jehová como veo a mi madre, como te veo a ti?

—Muchas preguntas son estas y arduas de contestar a un niño tan pequeño todavía. Mas, como Jehová desborda de ti, creo que me comprenderás bien.

Y confiadamente el niño se sentó sobre las rodillas del Anciano, buscando de estar más cerca para escucharle mejor.

—Háblame que yo te comprenderé –le dijo con gran seguridad.

—A Jehová, hijo mío, no se le ve sino que se le siente.

"Vamos a ver de entendernos. ¿Qué sientes tú cuando tu buena madre te acaricia con indecible ternura, y te viste una túnica y te cubre los piececitos fríos con unas calzas de lana calentadas al fuego? Piensa un poco.

El niño pensó con su manecita puesta en la mejilla y luego contestó:

—Siento ganas de llorar de amor y de ternura por ella y me abrazo de su cuello y la beso, y la beso un centenar de veces en la boca, en los ojos, en las mejillas, en las manos, hasta que me harto bien de quererla. ¿He contestado bien?

—Perfectamente bien. Toda esa expresión, de amor y de gratitud que sientes hacia tu madre por su amor a ti, es Jehová que se desborda de tu corazón.

— ¿Entonces cuando me irrito porque se me escapan las tórtolas con que juego y los corderillos que arrastran mi carrito, y cuando me escondo en un rincón para no ver ni querer a nadie, es porque Jehová se ha escapado de mí y ya no me quiere más?

— ¡Justamente, hijo mío! Cuando somos malos y no tenemos amor para nuestros semejantes, ni queremos saber nada de nadie, Jehová esconde de nosotros su presencia, para que el dolor y la tristeza en que nos deja, nos obliguen a volver hacia Él, y buscarle y amarle por encima de todas las cosas.

— ¡Yhasua!... ¡Yhasua!... –sonó desde el opuesto lado del patio la voz dulcísima de Myriam–. Deja en descanso al Servidor, y ven, hijo mío, que es la hora de tomar alimento.

— ¡Es madre!... ¿Voy?

—Sí, hijito, vete con ella que su voz es la voz de Jehová para ti.

—Y ahora sí que desbordará Jehová, porque ella me estará esperando con lo que más me gusta: castañas con miel.

El niño dio un beso al Servidor y cruzó corriendo el patio hacia la habitación donde le esperaban sus padres.

El Anciano Abdías cruzó las manos sobre el pecho mientras le seguía con la mirada, y los muros roqueños de su alcoba le escucharon decir:

— ¿Qué hice yo, Dios mío, para merecer la dicha de tener en mi regazo este resplandor de tu Divinidad?

Y una hilera de gruesas lágrimas que la ternura le arrancaba del alma, surcaron su blanco rostro y se perdieron en la barba cana. Y murmuró más bajo aún:

— ¡Es Jehová que se desborda de mí hacia todos los lados de mi cuerpo, según decía el Niño-Luz hace unos momentos!

Luego se dirigió al Santuario porque caía la tarde, hora de la oblación del incienso en la puesta del sol.

Sintiendo desbordar la dulzura y el amor de su corazón, pidió a los esenios del coro, cantar el Salmo 34 que respondía admirablemente al estado de su espíritu lleno de inmensa gratitud a Dios.

“Bendeciré a Jehová en todo tiempo, y mi alabanza será siempre en mi boca...”

Mientras los esenios reunidos en el Santuario cantaban salmos de gratitud a Jehová, el pequeño Yhasua sentado a la mesa entre sus padres que junto con él tomaban alimento, decía con encantadora voz:

—En estas castañas con miel también está Jehová, porque me saben muy bien y dice el Servidor que Jehová está en todo lo bueno que hay en la tierra. ¿Lo sabías tú, padre, y también tú, madre mía?

—Sí, hijo. Es así, como dice el Servidor –contestóle Yhosep.

—Hijito, tú discurres en cosas demasiado profundas para ti –le observó su madre con gran dulzura.

—Siempre me vas a repetir lo mismo, que soy muy chiquitín...

“Jehová sabe que soy pequeño y se empeña en estar dentro de mí. ¿Comprendes tú, esto, madre?

Myriam miró a Yhosep como interrogándole y éste contestó:

—Tu madre y yo sólo sabemos amarte, hijo mío, y amar a todos los hombres que son criaturas de Jehová. Come tus castañas con miel, y juntos daremos gracias a Dios por todos los dones que nos ha dispensado.

Terminada la frugal refección, el niño juntó sobre el pecho sus manecitas como alas de tórtolas que se pliegan, y murmuró el comienzo de la plegaria habitual al concluir la comida:

—"Bendigamos a Jehová que mantiene nuestras vidas para servirle y amarle sobre todas las cosas".

—Así sea –contestaron Myriam y Yhosep con la honda emoción que les producía el recogimiento del pequeño en su oración a Jehová.

16
UNA LUZ EN LAS TINIEBLAS...

Las caravanas de mercaderes desempeñaron un gran papel en la transmisión secreta de las noticias referentes al Cristo-niño, oculto en el Santuario del Monte Hermón.

Sus grandes amigos: Melchor, Gaspar, Baltasar y Filón, habían sido ya discretamente notificados, y cuando Yhasua cumplía sus cinco años de existencia terrestre recibió la visita de dos de ellos, Melchor y Baltasar, los ilustres personajes orientales en cuyos espíritus resplandecía el precioso tesoro de la Sabiduría Divina.

Bien comprenderá el lector, que los más destacados esenios de aquel tiempo se acercaron solícitos al santo Niño, aunque con todas las prescripciones necesarias, para que los agentes y espías del rey no encontrasen el más leve rastro.

De todos los Santuarios esenios de la Palestina salían año tras año, algunos Ancianos en calidad de embajada, de visita y protección. Los esenios que prestaban servicio en el Templo de Jerusalén, uno después de otro acudieron también. Eran éstos: Esdras, Simeón y Eleazar; y los estudiantes: José de Arimathea, Nicodemus de Nicópolis y Rubén de En-Gedí.

Los tres Levitas ya nombrados, se habían unido en matrimonio dos años hacía, con las tres hijas de Lía, la noble viuda de Jerusalén, en cuya casa se formó una numerosa familia, pues las tres hijas quedaron con la madre los primeros años.

Las familias de Elcana el tejedor y sus amigos esenios, que vieron a Yhasua recién nacido en Betlehem, enviaron su embajada en el año tercero del destierro de Yhasua niño, llevando para él y sus padres, cobertores y ropas de lana tejidos por ellos.

La gran Fraternidad Esenia de aquella hora, hizo en verdad el sublime papel de madre abnegada y solícita del gran niño, que apenas llegado a los oscuros valles terrestres, se veía perseguido a muerte por sus propios hermanos.

En una de las visitas de Gaspar, el indostánico, a las Escuelas de Divina Sabiduría fundada en Bela y en Chambar (hoy Guadar), llegó hasta Babilonia, desde donde fue guiado por los terapeutas hasta el Hermón, donde tomó anotaciones y copias de todo cuanto estaba relacionado con la postrer venida del Cristo a la Tierra, dejando un bolsillo de oro para que los Ancianos pagasen cuanto al niño le fuera necesario, y le remitiesen grabados en placas de madera o arcilla, los relatos que juzgasen de importancia; pues él, deseaba formar una detallada biografía del Cristo-hombre en su última vida terrestre. Y éste es el origen de los relatos y crónicas, que aún perduran en los grandes monasterios budistas de Lhasa y del Nepal, donde fueron recogidas las numerosas escrituras coleccionadas por Gaspar y sus adeptos, cuando el Templo Escuela en los Montes Suleimán fue incendiado por la invasión de los Mongoles y otras razas guerreras, que invadieron siglos después aquellos fértiles parajes regados por el Indo.

Todas las Escuelas de Sabiduría Divina fundadas por aquellos hombres sabios-astrólogos, que la tradición ha llamado Reyes Magos, tomaron después, los tintes y aspectos de los antiguos cultos de cada país, y así subsisten aún.

Y fue así, que las escuelas de Baltasar en Persia, aparecieron después como una derivación del Mazdeísmo, o sea, el principio del Bien y del Mal, de la Luz y las Tinieblas del Zen-Avesta, que si sabiamente se interpreta, no está en contra de la Verdad, toda vez que es realidad, que las fuerzas o corrientes del bien, luchan para redimir y liberar las humanidades de las fuerzas del mal, simbolizadas en las tinieblas. El error está, en que los adeptos de esta creencia privan al hombre de su libre albedrío y capacidad de libertarse por sí mismo si de verdad lo quiere, para hacerlo aparecer como víctima forzosa de la fuerza del mal o tiniebla, al que es malo, y como privilegiado por el bien, la luz, al que es bueno, y vive conforme a la Ley Natural.

De una de estas escuelas fundadas por Baltasar en el suburbio babilónico de Mardinu, vino a tener origen en el siglo II y III la religión llamada Maniqueísmo cuyo fundador Manes, hijo de Gulak Babak, que estuvo dotado de facultades psíquicas muy desarrolladas, fue tomado como una encarnación de la Divinidad, a la cual daban el nombre de Paracleto.

Este Manes fue causa de que la Escuela Babilónica fundada por Baltasar, degenerase en una secta, que aunque duró muchos siglos y se extendió bastante en el Oriente, no pudo luchar con ventajas en contra del Cristianismo genuino y auténtico, fundado por el Cristo y sus discípulos.

Las escuelas fundadas por Filón en el Valle de las Pirámides del Nilo, que era la reminiscencia de la filosofía Antuliana, de la que Sócrates y

Platón fueron las últimas ramas, en el segundo y tercer siglo se desviaron hacia los viejos cultos mitológicos egipcios, que tenían con la filosofía Socrática y Platónica, el punto de contacto del amor reverente a los muertos, que encerraba, con pequeñas variaciones, el principio de la inmortalidad sostenido por los pensadores griegos de los últimos siglos antes de Cristo.

Y las escuelas fundadas por Melchor, fueron por largo tiempo un compuesto de Ley Mosaica y Ley de los Kobdas, y fue por tanto el fuerte cimiento sobre el cual levanta siglos después el Korán sus Mezquitas, a base de una religión sin imágenes, pero que se tornó intransigente hasta el fanatismo, y por tanto dura hasta la crueldad.

Concesiones de un lado, tergiversaciones de otro, añadidos y supresiones según fines determinados y ulteriores lo exigieron, todas estas fundaciones ideológicas iniciadas con los principios básicos de la Verdad y con los fines más nobles y altruistas, vieron adherírseles complicadas y pomposas liturgias, como vemos ha ocurrido al mismo Cristianismo, comenzando por el Divino Fundador con la única oración del Padre Nuestro, y con los cimientos de las Bienaventuranzas o Sermón de la Montaña, sublime y sencilla enseñanza del Cristo, sentado en una barca de pescadores del lago Tiberíades, o sobre el tronco de un árbol caído, o desde lo alto de una montaña florida de la hermosa y tranquila Galilea.

Y por más que la obra ideológica de aquellos austeros sabios que conocemos como Reyes Magos, parezca haberse perdido entre un mar de arenillas doradas, quedó vagamente flotando en la atmósfera de sus respectivos países, el perfume de justicia y santidad emanado de los principios fundamentales de la Unidad Divina con todas sus infinitas perfecciones, y de la inmortalidad del alma humana, que recibirá recompensas para su felicidad, o sufrimientos para su expiación en el mundo invisible, adonde ha de entrar por la única puerta que existe: la muerte.

Esto es lo que hay de común entre el Cristianismo y las filosofías o religiones derivadas de las fundaciones de aquellos cuatro ilustres aliados de Yhasua, y precursores suyos, anteriores al Bautista: Melchor, Gaspar, Baltasar y Filón de Alejandría.

Su obra ideológica fue fecunda a pesar de todo.

Gaspar, contribuyó a que en el lejano Oriente resurgiera, mejor comprendido y practicado el Budismo, cuyos principios básicos persisten bien definidos, en la península Indostánica, en China, parte de Japón y algunas de las grandes islas del Pacífico.

Baltasar, cooperó a que en Persia y otras naciones del Asia Menor y de la Europa Central, dieran los primeros pasos cortos y vacilantes si se quiere, hacia los principios de justicia, libertad y fraternidad humana.

Melchor, preparó la Arabia y países vecinos, para el advenimiento del Korán, que es en el fondo un vivo reflejo de la Sabiduría de Moisés, y una continuación de la doctrina de la purificación por el agua, la oración y la penitencia, implantada por Yohanán el Bautista en las orillas del Jordán.

Y Filón de Alejandría, cooperó al resurgimiento de la filosofía Kobda y Antuliana en los valles del Nilo, hasta el punto de que un espiritualista amante del pasado y soñador con el porvenir, creería ver dándose la mano, al pie de las pirámides egipcias a Antulio el gran filósofo atlante, con Abel de los valles del Éufrates. Y haciendo fondo a esas dos gloriosas personalidades del más remoto pasado, un paisaje de montañas verdes y floridas, una multitud de pueblo humilde y sencillo, y un Nazareno de cabello partido y ojos garzos, que decía desde una colina:

"¡Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia!"

"¡Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios!"

"¡Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos!"

"¡Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados!"

Es así como el buen investigador en cuestiones filosóficas y religiosas, colocado en el altiplano de una imparcialidad completa, puede apreciar la obra sublime y grandiosa, realizada por los apóstoles misioneros del pasado, a los cuales debemos la parte pequeña o grande de la Eterna Verdad que alumbra nuestro camino.

En cuanto a la Fraternidad Esenia, fue la que dio de sí, la gran mayoría de los discípulos del Cristo, de los cuales los cronistas sólo dicen que eran humildes pescadores encontrados por el Maestro Nazareno al comenzar su vida pública. Todos ellos menos Juan, eran mayores que Yhasua; todos ellos menos Juan, le habían conocido de niño, pues casi todos eran originarios de las ciudades vecinas al lago Tiberíades, exceptuando las familias de Jerusalén, de Betania y de Betlehem que ya nos son conocidas.

De los doce apóstoles íntimos, sólo Juan, hijo de Zebedeo y Salomé, era menor doce años que el gran apóstol del amor fraterno; y vino a la vida física en un momento que él no podía olvidar, según lo relataremos más adelante.

Esta alusión a aquellas vidas, que tanto se habían de refundir unas en otras, la traemos aquí para demostrar que la unificación del Cristo con sus apóstoles y discípulos, no se hizo al final de su vida como puede deducirse de los breves relatos conocidos sino que había comenzado desde el nacimiento del Cristo sobre la tierra, y esto, debido a que todos

sus discípulos con muy pocas excepciones, eran miembros de la Fraternidad Esenia, madre espiritual del Verbo de Dios en su última jornada mesiánica.

Aquí cabe examinar y analizar el por qué se ha desvanecido en la sombra, la importante obra de dicha grandiosa Institución, que al igual que los Profetas Blancos, los Dakthylos y los Kobdas, realizó una obra misionera de alto merecimiento, para el progreso espiritual de las porciones de humanidad a las cuales prestó sus beneficios.

Cuando en el siglo II después de Cristo, la naciente cristiandad empezó a dar formas definidas y concretas a la disciplina espiritual, moral y material, sobre que había de cimentar su futura existencia, hubo un sinnúmero de divergencias sobre dicho tema. Y con tanto ardor y fuego fueron sostenidas las controversias, cada cual por la forma y modo como juzgaba que debía continuar e interpretarse la enseñanza de Cristo, que se formaron bandos contrarios, los cuales se adjudicaban a sí mismos la posesión de la verdad, y los unos llamaron falsarios a los otros. Y las cristiandades modestas y pobres, con escasos recursos, fueron desapareciendo lentamente, o refugiándose sus individuos aislados en el judaísmo, o en las religiones de los países en que vivían.

Cuatro fueron las ramas que quedaron con vida después de las grandes luchas del siglo I y II. Las fundadas por Pedro, por Juan, por Santiago y por Pablo. Los Ancianos del Alto Consejo de Moab intervinieron al principio, para llamar a una coordinación de toda la enseñanza, analizando punto por punto todo cuanto se había escrito referente al Cristo.

Pedro y Juan estuvieron en un todo de acuerdo con las opiniones de los Ancianos. Pablo lo estuvo después también. El que no aceptó el acuerdo fue Santiago, que ya al frente de la congregación de Jerusalén, la constituyó en las normas judaicas que persistió en los primeros siglos.

Visto por los Ancianos de los Santuarios, que sus esfuerzos eran ineficaces, se encerraron en sus cavernas para evitar sufrimientos y persecuciones, y se dedicaron a los enfermos abandonados, y a multiplicar las copias de los originales escritos por testigos oculares de la vida del Cristo.

Los esenios fueron considerados como una fracción disidente de la comunidad cuando ésta quedó constituida en la forma que creyeron justo darle los dirigentes, después de desaparecidos los Doce Apóstoles y los más íntimos amigos del Divino Maestro. Y fue así, como el tesoro de Sabiduría Divina guardado fidelísimamente por los esenios, se perdió en la sombra de sus cavernas de rocas, y lo poco que de allí salió mediante los esenios del exterior, ha ido cambiando de formas y de coloridos a través de los siglos y de la incomprensión humana.

Por un poco de tiempo todavía, el nombre de cristianos, no dará a los hombres, ni la lucidez, ni la grandeza de alma necesaria para cumplir la

gran frase de Cristo: "Si quieres venir en pos de mí, niégate a ti mismo, carga tu cruz y sígueme".

¡Negarse a sí mismo!..., frase de bronce y de granito como los Santuarios esenios, donde el mayor de todos, era el servidor de todos. ¿Quién es el que quiere negarse a sí mismo por más cristiano que se considere?

¡Yo quiero; yo mando; yo soy! He aquí las tres lápidas sepulcrales, bajo las cuales se extinguen sobre la tierra, los más sublimes principios básicos de la religión emanada del alma misma del Cristo, en sus distintas jornadas Mesiánicas...

¡Yo quiero; yo mando; yo soy! He ahí el panteón sepulcral que ha ido tragando siglos tras siglos, el esfuerzo mental, espiritual y material de los discípulos conscientes del Cristo, que fueron sacrificándose y muriendo en cadalsos y patíbulos, en hogueras, en la horca, decapitados o arrojados a las fieras, por la defensa hecha de su grandioso ideal de fraternidad humana.

Yo quiero; yo mando; yo soy, dicen igualmente los cristianos de hoy, entre las numerosas filas de las grandes ramas del Cristianismo, organizadas bajo diversas disciplinas, dogmas y liturgias.

¿Cuál fuerza, cuál genio, cuál acontecimiento será el que las una en un solo pensar y sentir?

Sólo la palabra del Cristo puesta en acción: *"Si quieres venir en pos de mí, niégate a ti mismo, carga con tu cruz y sígueme"*.

¡Negarse a sí mismo! Dura y heroica palabra, que significa la renuncia a toda ambición egoísta y personal, sea del orden que sea. Atrás, el que quiere lucrar con el ideal; el que busca erigirse en maestro de los demás; el que busca un pedestal para su nombre; el que llevado por intereses creados, sueña con recoger el fruto material de sus esfuerzos de misionero del ideal.

Que a todo esto obliga el negarse a sí mismo.

Nos escandalizamos los cristianos de hoy, de lo que ocurrió a los esenios del tiempo de Cristo, y de que hayan desaparecido, entre las sombras y el silencio los innumerables escritos históricos detallando su vida. Y es tan natural el hecho, que nos asombraría de que hubiese ocurrido de otra manera, si tenemos en cuenta que los cristianos dirigentes de aquellas épocas, no tuvieron el valor de negarse a sí mismos, sino que por el contrario, dijeron igual que dicen los de hoy: "Yo quiero; yo mando; yo soy"; con lo cual creyeron obrar perfectamente bien.

Es así como nuestra inconsciencia retarda el tiempo de la verdad, y lo retardaría indefinidamente, si la Eterna Justicia no tuviera a su disposición sus grandes legiones fulminadoras del mal, que cuando llega la hora final que no admite dilaciones dicen: *Este es el límite*. Ha finalizado la

hora de esperar. La puerta del cielo se ha cerrado. El que no entró hasta ahora, queda fuera hasta la próxima ronda.

¡Qué lenta es la evolución de las humanidades!... ¡Y qué breves son los siglos por donde ellas van subiendo a paso de tortuga!

Veo ante mí un mar inmenso de arenas doradas y un niño afanado, contando una por una las diminutas arenillas...

¿Cuándo terminará?...

Tardará mucho, pero de seguro será más rápido su trabajo, que el adelanto de las humanidades en su marcha eterna a través del infinito.

Hemos llegado al punto, en que la Eterna Ley decretó la desaparición del plano físico del Rey Herodes, llamado el Grande, por la fastuosidad de que rodeó su vida y por los grandes monumentos, ciudades y obras de arte con que enriqueció a la Palestina, buscando captarse la simpatía del César, con cuyo nombre o de sus familiares, bautizó las ciudades que mandó construir.

Le sucedió en el trono su hijo Arquelao, que cambió completamente el camino de su padre, para solo ocuparse de diversiones, cacerías, saraos, orgías, en las cuales corrompió a toda su corte, soldados, guardias y mujeres. Se burlaba grandemente de los temores de su padre a un Mesías Libertador de Israel. Sin fe, sin creencia religiosa de ninguna especie, sin dar valor alguno ni a las tradiciones hebreas, ni a sus anuncios proféticos sobre la venida del Mesías, dio lugar a que el niño Yhasua, cautivo en su retiro de Monte Hermón, pudiera volver tranquilamente con sus padres a la casita de Nazareth a la edad de siete años y cinco meses.

Y desde esta hora, empezó la tristeza del desterrado para el Cristo-niño, que aclimatado ya al ambiente sutil y diáfano formado por los esenios del Santuario que le había albergado durante más de cinco años, tuvo que sufrir como un doloroso trasplante, a un lugar que le era completamente ajeno. De igual manera que una delicada planta de invernáculo trasplantada de pronto a la intemperie, expuesta a todos los vientos; el pequeño Yhasua comenzó a languidecer, y el rosado arrebol de su rostro se tornó en una palidez mate, donde sus luminosos ojos de ámbar, parecían dos grandes topacios engarzados en un ánfora de marfil.

Myriam que había recibido grandes instrucciones de los Ancianos para el tratamiento del niño, no le perdía de vista ni un momento, y con frecuencia le encontraba arrinconado en la alcoba junto a su pequeña camita o tendido sobre ella mirando inmóvil la negruzca techumbre de su pobre morada, como si en ella o detrás de ella quisiera descubrir algo que presentía, pero que no llegaba a percibir siquiera.

Su enamorada madre se sentaba al borde del pequeño lecho y comenzaba este diálogo:

—Yhasua, hijo mío, ¿qué tienes? Ni quieres jugar, ni correr, ni comer, ni reír. Parece que ni tu padre ni yo te interesamos para nada, y no haces caso tampoco de los otros niños que se desviven por jugar contigo.

—No te enfades, madrecita buena –le contestaba el niño mimosamente, acariciando la mano de la madre que tocaba su frente, sus sienes, su pecho, buscando en él señales de enfermedad–.

"No te enfades –continuaba el niño–. Es que no me gusta mucho esta casa y me encontraba mejor en aquella gran casa de piedra, donde las gaviotas y las palomas, y sobre todo los Ancianos alegraban tanto mi vida, que todo eso lo hecho de menos aquí.

—Yo haré que tengas también palomas y gaviotas, y más todavía, los lindos mirlos azules que aquí tenemos –le prometía su madre, apenada de ver la tristeza de su pequeño hijo–. ¿Qué más deseas, hijo mío? ¿Los Ancianos del Monte Hermón? También vendrán ellos a visitarte de tanto en tanto.

—Visitar de tiempo en tiempo, no es vivir junto conmigo –replicaba el niño pensando las palabras que decía–. ¿Sabes tú, madre, las bonitas historias que ellos me contaban? Y aquí no tengo quien me las cuente, ¿comprendes?

— ¿Y si yo te trajera aquí, quien te cuente lindas historias?, –preguntaba la dulce madre sonriendo, inclinándose sobre el rostro de su hijo para mirarle al fondo de los ojos.

— ¡Oh, eso no puede ser, madre! Tú no tienes un Anciano como aquellos Ancianos, que parecían cantar en sus palabras dulces, como la miel en la boca.

—Si hago venir uno dentro de un momento, ¿te alegras nuevamente? ¿Volverás a correr como en el Monte Hermón? ¿Volverás a comer grandes platos de castañas con miel? ¿Tomarás hasta el final el gran tazón de leche de cabras con panecillos tostados al rescoldo?

— ¡Oh, cuántas cosas quieres madre! Hay que querer una sola y basta. Después otra y mañana otra más. ¿Comprendes?

—Sí, hijito, sí. Bien, me conformo hoy con verte tomar tus alimentos y después vendrá lo demás. Conque ahora vendrá el Anciano que te contará hermosas historias. Levántate y ven conmigo, que junto al hogar le encontrarás.

El niño siguió a su madre hacia la cocina de la casa, que era el punto de reunión de la familia. Era la mitad de la tarde, y los niños mayores de Yhosep ayudaban a su padre a ordenar nuevamente su taller, o entraban y salían avisando a su antigua clientela, que ya estaba de regreso, para no abandonar más su amada Nazareth.

Los niños menores que ya tenían de nueve a doce años, jugaban bajo los árboles del huerto.

El Hazzan de la Sinagoga, que era un Hermano de Esdras, aquel sacerdote de Jerusalén que conocemos, se hallaba sentado junto al hogar. Era un esenio de grado tercero, y a más de Hazzan de la Sinagoga, maestro de escuela y médico.

Myriam le había hecho venir para que revisara su niño al cual ella creía enfermo.

—Éste, es también un esenio como los del Monte Hermón, y sabe lindas historias que te harán muy feliz, hijo mío. –Y así diciendo, la madre le acercó al niño.

El Hazzan que se llamaba Felipe, tomó a Yhasua por las manos, y luego le sentó sobre sus rodillas.

— ¿Me amarás a mí como amabas a los Ancianos del Monte Hermón?

—Si eres bueno como ellos te amaré lo mismo. Pero tú no tienes el vestido blanco y tu barba tampoco es blanca –contestaba el niño mirándole insistentemente, como si quisiera descubrir en el Hazzan algo de sus amados Ancianos de Monte Hermón–. Tu barba tiene el color de mis cabellos. ¿Por qué no tienes tu barba blanca?

—Porque aún no soy anciano como tus Ancianos del Monte Hermón. No obstante ya he pasado de los cincuenta años.

—Mi madre dice que tú sabes bellas historias, ¿me las contarás?

—Todas cuantas quieras, hijo mío.

—Pues empieza a contarme, y puede ser que me venga deseo de comer castañas con miel, según desea mi madre.

Myriam oía y observaba, mientras iba y venía en torno al hogar en todos esos menudos y a la vez complicados quehaceres del ama de casa.

El Hazzan sacó un rollito de pergamino y comenzó a leer pausadamente la historia del pastorcillo David, que tocaba la cítara mientras llevaba las ovejas a la fuente, o a los pastos. Cuando llegó el relato de que arrojó la piedra con la honda y tiró a tierra al gigante Goliat, el niño puso su manecita sobre la escritura y dijo:

—No me gusta que le pegase en la frente y lo matase, porque la Ley dice en el quinto número: No matarás. Bastaba con que le hubiese pegado en una pierna y se la hubiera dislocado, para impedirle andar.

El Hazzan se quedó mirándole.

—Sí –continuó el niño–. Jeremías, uno de mis maestros del Monte Hermón arrojaba también la honda con gran precisión, y él me ha contado, que andando por la montaña un día, le olfateó un lobo y empezó a acercarse; entonces, él trepó a un árbol y cuando estaba a tiro, le arrojó una piedra con su honda, le rompió una pata delantera y el lobo no pudo hacerle daño alguno. Ya ves, se salvó sin matarle.

“Los Ancianos del Monte Hermón me han enseñado que no se debe matar a los animales, y menos a los hombres que son nuestros hermanos, porque todos somos hijos del Padre Celestial. ¿No sabías tú, esto?

—Sí, hijo mío; pues también estudio y guardo la Ley dada por Jehová a Moisés.

— ¿Y sabes tú, cómo es el Padre Celestial? Si lo sabes, me lo dirás, porque los Ancianos de allí, me dijeron que me lo explicarían más tarde, porque aún soy pequeño para saberlo. ¡Es lástima que tuve que venirme sin saberlo!...

Y al decir así, el dulce niño Luz, su semblante adquiría un tinte de tristeza, como si añorase la ausencia de aquellos a quienes tanto llevaba en el recuerdo de su corazón.

—Y si ellos que son tan sabios, te dijeron así, ¿cómo puedo explicártelo yo, si aún eres igualmente pequeñuelo? –le observó el Hazzan–. ¿No te dijeron también que los niños deben seguir el consejo de los Ancianos y obedecerles como si fuera Jehová que les habla?

—Sí que me lo dijeron y por eso yo espero que llegue la hora de saber cómo es el Padre Celestial.

"Figúrate que yo oyese continuamente hablar de mi padre, y recibiese sus regalos de pan, castañas, leche y miel, y nunca le hubiese visto. ¿No sería justo que me lo hiciesen ver, o por lo menos que me dijesen si es grande o pequeño, si es hermoso o feo, si es negro o blanco?

El Hazzan no sabía si reír o quedar grave en su actitud ante la locuacidad del niño, que parecía haber olvidado su taciturna actitud anterior.

—Hijo mío –intervino Myriam–. El Hazzan era quien iba a contarte bellas historias y veo que no le das lugar a ello porque tú hablas siempre. ¿No sería mejor que tú escucharas y él hablase?

—En otros niños sí –dijo el Hazzan–, pero éste es quien debe hablar y nosotros oír.

— ¿Y por qué yo he de hablar y los otros niños, no?

—Pues porque los otros no estuvieron cinco años entre los Ancianos del Monte Hermón, donde la Sabiduría Divina surge a torrentes como agua del manantial –contestó el Hazzan, por no decirle la verdad; pues era la consigna entre la Fraternidad Esenia, no manifestar al niño ni una sola palabra referente a su propia personalidad espiritual, hasta que llegado el momento, su Yo Superior se le hiciera presente, descubriéndole su elevada misión de Mesías Salvador de la humanidad terrestre.

—Entonces, ¿tú crees que yo, aunque soy pequeño, sé muchas cosas que he aprendido de los Ancianos del Monte Hermón?

—Justamente. No puede ser de otra manera si has sido un alumno aprovechado.

—Óyeme, –continuó el niño siempre sentado sobre las rodillas del Hazzan–, poco antes de salir del Santuario con mis padres, estaba yo con un poquillo de fiebre, y la alarma de mi madre atrajo junto a mi lecho a casi todos los Ancianos que me querían mucho, ¿sabes? ¡Pero mucho!

—Lo comprendo, hijito, muy bien. Continúa.

—Yo vi que uno de los Ancianos, al cual llamaban Escriba Mayor, llevaba carpetas de escribir y otros llevaban grandes rollos de papiro. Pensé que iban a leerme hermosas historias.

— ¿Y no fue así? –preguntó el Hazzan.

—No fue así, sino que yo me dormí muy luego de sentarse ellos en torno mío. Cuando me dormí estaba poniéndose el sol que entraba hasta la alcoba. Y cuando me desperté, amanecía, y los Ancianos aún estaban allí; y los dos Escribas Mayor y Menor escribían apresuradamente, lo que un tercero dictaba, en una carpeta de tela encerada.

"El candelabro daba toda su luz sobre los escribientes, dejando en penumbra mi pequeño lecho, por lo cual no se dieron cuenta de que yo estaba despierto.

"Comprendí que hablaban de Moisés y corregían en sus escritos algo que seguramente no estaba bien. Y oí repetidas veces esta frase que nunca he podido comprender: "El niño tachó esta frase y puso este párrafo. El niño tachó todo este párrafo. El niño arrojó a la hoguera tres hojas de esta carpeta, por estar cambiadas de como eran".

"Tú que eres el Hazzan de la Sinagoga debes saber la explicación de estas palabras. Yo entendí que el niño era yo, y que dormido había hecho todo eso que ellos decían. Si a un niño pequeño, ni aún lo que hace despierto se le tiene en cuenta, ¿cómo es que los Ancianos estaban allí en consejo para cuestionar tan seriamente sobre lo que pudo decir un niño dormido?

El Hazzan se vio en grandes apuros, para responder al pequeño Yhasua algo que pudiera satisfacer a su mente, en la cual ya se revelaba en parte lo que era.

—Mira, hijo mío –confesó por fin–. No creas que yo lo sepa todo, ni que sea una gran inteligencia, pero te diré lo que me parece.

"Habrás oído decir que los niños son ángeles de Jehová y que cuando duermen, están asistidos por otros ángeles y a veces los sueños de los niños son reveladores. ¿No podemos pensar que dormido has respondido a preguntas que te han hecho, y a las cuales han contestado los ángeles que velaban tu sueño?

— ¡Puede ser! Me gusta mucho tu respuesta. Óyeme. Una noche, ven cuando yo duerma, te pones junto a mi lecho y me haces preguntas. Veremos qué te contesto. ¿Quieres?

—No, hijo mío, eso no, porque yo no tengo la capacidad que tienen los Ancianos del Monte Hermón para buscar así los secretos divinos.

"Ellos son sabios que han estudiado mucho. Y dime, ¿cómo te despertaste de aquel sueño?

—Yo bien, y la fiebre ya no ardía más en la frente y en las manos.

— ¿Ves lo que te digo?, ellos saben sanar los cuerpos y comprender el lenguaje de las almas. Acaso tú llegarás un día a saber tanto o más que ellos; pero en este momento, tú por ser niño y yo por no ser grande, debemos conformarnos con cumplir la Ley, y ser muy buenos, aun para los que no son buenos. Si acudes el sábado a la Sinagoga, me oirás leer aquel pasaje de la Escritura, cuando el niño Samuel dormía y le despertó una voz que le llamaba. Samuel fue más tarde un Profeta de Jehová, al cual Jehová daba sus inspiraciones en el fondo de su corazón. ¿No podría ser que Jehová te hubiera destinado para una misión profética como a Samuel entre el pueblo escogido?

—Yo pienso a veces –dijo el niño, y su rostro pareció transfigurarse con una extraña luz–, que un grande amor me llena de llanto los ojos, un amor, que ni es a mi madre, ni a mi padre, ni a ninguno de la tierra, sino..., a todo, al cielo, a la tierra, al aire, a la luz, al sol, a las estrellas, a todo lo que ven mis ojos, y también a lo que no se ve. ¿Comprendes, Hazzan? Y cuando esto se me pasa, me quedo triste, mohíno, me escondo en un rincón oscuro y pienso. ¿Qué es lo que pienso? No sé decirlo, pero a veces lloro en la oscuridad hasta que mi madre me descubre y me riñe, obligándome a salir para ayudar a devanar sus lanas y sus hilos hasta hacer grandes ovillos... ¿Qué será esto, Hazzan? –añadió.

—Será el Señor, hijo mío, que quiere hablarte como al jovenzuelo Samuel.

Aquí llegaban, cuando apareció Myriam y Yhosep siguiéndola, para que el Hazzan le vendase una herida que se había hecho en la mano.

Cuando hubo cumplido sus deberes de médico, les habló algo de su diálogo con el niño.

— ¡Oh! –dijo Yhosep–, nuestro Yhasua es un mirlo melancólico, que más quiere llorar que cantar.

—Es un niño que piensa más de lo que sus años le permiten, y os ruego que me lo llevéis a la Sinagoga el primer día que vayáis.

Como Yhosep le acompañase hasta la puerta del huerto, el Hazzan añadió:

—Vuestro mirlo melancólico comienza a tender sus alas, y el niño empieza a despertar a sus grandes realidades.

“Aquí haría falta alguno de los Ancianos, si no de Moab y del Hermón que están lejanos, por lo menos del Tabor o del Carmelo, que también los hay adelantados en los caminos de Jehová. Si tenéis confianza en mí, yo me encargaré de este asunto, pues no me siento capaz de esperar el despertar de su conciencia, que no sabemos qué día ni qué hora se producirá.

—Veo que dais mucha importancia a las fantasías de nuestro Yhasua. ¿No sería mejor distraerlo con la escuela y el trabajo? –replicó

cándidamente Yhosep, sujetando su mano vendada que dejaba ver un ligero manchón de sangre rezumada.

—No queráis medir a Yhasua, con la misma medida que a los demás niños. ¿No recordáis cómo se manifestó el Señor en la niñez de Samuel?

—Sí, es verdad, haced, Hazzan, lo que tengáis por más conveniente –accedió el buen padre, despidiéndose del esenio a quien agradeció el servicio prestado.

Y aquel humilde maestro de la escuela de Nazareth, y Hazzan de la Sinagoga, se alejó paso a paso hasta su casa, bendiciendo a Jehová que le ponía en el camino de su Verbo, a él que se creía menos que una hormiga en los campos del Señor, animados de su poderoso hálito de vida.

17
EL NIÑO PROFETA

Cuando al día siguiente, sábado, la familia de Yhosep concurrió a la Sinagoga para oír la lectura y explicación de los Sagrados Libros, Yhasua iba también llevado de la mano de su madre.

—Hoy no me hablaste ni una palabra, hijo mío –decíale Myriam cariñosamente.

—Madre, cuando volvamos de la Sinagoga te hablaré todo cuanto quieras.

— ¿Y por qué no ahora?

—Porque ahora voy escuchando como una voz honda que dice en mí mismo grandes palabras.

La madre calló no sin antes tocar con sus dedos la frente de su hijo.

El Hazzan les hizo ubicarse en los sitios más cercanos a la sagrada cátedra.

Y cuando fue la hora, se cantaron salmos y él abrió el libro de Samuel Profeta de Jehová y comenzó a leer. Al llegar al Capítulo III v.19 “Samuel creció y Jehová fue con él y no dejó caer a tierra ninguna de sus palabras”.

“Y conoció todo Israel, desde Dan hasta Beerseba, que Samuel era fiel Profeta de Jehová”.

“Así tornó Jehová a aparecer en Silo; porque Jehová se manifestó a Samuel en Silo...”

El pequeño Yhasua se acercó al Hazzan, y con su vocecita que parecía una campanilla de bronce, dijo:

—Hazzan, por si no lo sabes, te digo que Samuel Profeta de Jehová vendrá a Silo de aquí a cinco años, cuando yo tenga doce.

— ¿Qué dices, niño?

—Lo que oyes: Samuel estará en el Santuario de Silo de aquí a cinco años, para repetir de nuevo a Israel la palabra, sin dejar perder ni una sola.

"¿No dice lo que has leído, que allí llamó Jehová a Samuel, para darle mensaje para el sacerdote Helí y su pueblo?

"Pues yo te doy esta noticia, de que Samuel volverá, pero el pueblo de Israel no le escuchará, y él se marchará a tierras lejanas, del otro lado del mar, después que haya visto tanta claridad, que no le quede nada más que ver sobre la tierra".

Yhosep cuyo carácter severo, le hacía algunas veces brusco, se levantó y tomó al niño de la mano, y le volvió al lado de su madre que estaba anonadada por la audacia de su hijo.

El Hazzan consternado intervino para decirles:

—Dejadle, no le reprendáis. ¿Por qué has dicho eso, hijo mío?

—Pues por lo mismo que el niño Samuel dijo lo que Jehová le mandó decir a Helí y a su pueblo.

"Samuel oía la palabra de Jehová y no la dejaba caer a tierra; vosotros la leéis en el Libro y no la entendéis. Si Jehová me mandó decir que Samuel vendrá a Silo de aquí a cinco años, tengo que decirlo. ¿O es que vosotros queréis mandar callar a Jehová? ¿O pensáis que Él no tiene ahora el poder de hablar por medio de un niño, como lo hizo en otro tiempo por el niño Samuel?"

—Calla por favor, hijo mío, y deja al Hazzan que siga la lectura. ¿Quién eres tú para interrumpir? ¿No ves con qué ojos te miran los asistentes? –intervino Myriam.

El Hazzan continuó la lectura hasta que muerto Helí, el sacerdote y sus dos hijos, y caída el Arca de la Alianza en poder de los enemigos, fue así cumplida la palabra profética del niño Samuel pronunciada varios años atrás.

Y el Hazzan, para calmar la alteración que el caso había producido entre los asistentes a la Sinagoga, habló brevemente sobre diversos casos parecidos ocurridos en tiempos remotos, de niños que hablaron inspirados por Jehová con fines determinados.

Y como por entonces el Santuario de Silo en Samaria, era utilizado como hospicio de paralíticos y de ancianos por los terapeutas peregrinos, pensaron que podía ser voluntad del Altísimo, suscitar allí un nuevo profeta para preparar los caminos al Mesías, que según los anuncios estaba ya en medio de Israel.

Algunos oyentes pidieron la palabra para decir que acaso sería Samuel mismo el Mesías esperado, y que estaría en el viejo Santuario, quién sabe por qué circunstancia.

El pequeño Yhasua sonrió y dijo:

—Ahora no le busquéis porque no está. ¿No oísteis que dije que vendrá de aquí a cinco años?

— ¡Ah! Es verdad, es verdad –reconocieron varios.

—Es precoz esta criatura –aprobó un anciano–, cualquiera diría que nació entre los Doctores de Jerusalén, y que ha oído las Escrituras desde la cuna.

—A ver, niño –dijo otro–, dime si ha nacido el Mesías y dónde está, o si es que será Samuel que afirmas debe venir.

— ¿Cómo queréis que diga palabra que Jehová no me manda decir? Si digo otras, serán palabras de mentira. Sólo las palabras que me mandó decir Él, puedo decirlas y son la verdad.

—No forcemos la voluntad de Jehová, ni queramos saber lo que Él no quiere que sepamos –intervino el Hazzan–. Bendigamos al Señor grande y poderoso, que dueño de todas las criaturas y de todas las cosas, hace uso de ellas cómo y cuándo le place. Tengamos en cuenta el aviso de este niño, para testificar si de aquí a cinco años aparece un Profeta en el Santuario de Silo.

Y con esto, más los variados comentarios que los oyentes hicieron, se terminó la religiosa asamblea, y cada cual se dispersó en dirección a su hogar.

El Hazzan había indicado a Yhosep que hiciera por ser el último.

Cuando ya no quedaba casi nadie, vieron junto a una columna cercana a la salida, un Anciano de obscuro manto.

— ¿Deseabais algo más? –le preguntó el Hazzan.

—Soy uno de los esenios del Monte Carmelo que habéis mandado a buscar. Entre todos me han señalado a mí y aquí estoy.

— ¿Hace mucho que llegasteis?

—Cuando la gente empezaba a congregarse aquí.

— ¿Habéis oído lo que ocurrió con este pequeño de siete años?

—Todo lo he oído.

— ¿Y qué os parece de todo esto?

—Que la Luz Divina está entre nosotros en esa pequeña personita de siete años.

— ¿Por qué lo decís?

—Porque mientras el niño hablaba, he visto con interior claridad una multitud de seres espirituales y resplandecientes, que arrojaban puñados de flores de luz sobre este niño, mientras otros cantaban: “Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres de buena voluntad”. Y otros dijeron: “El Verbo de Dios habla a los hombres y los hombres no entienden lo que él dice”.

En esto estaban cuando volvió una mujer que corría con su criatura en brazos y como un torbellino entró a la Sinagoga.

— ¡Mirad, mi niña curada y limpia como un vaso de plata! –y mostraba la criaturita de unos ocho o diez meses.

— ¿Y qué tenía vuestra hija?

—Estaba todo su cuerpecito hecho una llaga de una maligna erisipela que nadie podía curar.

—Pues bien y, ¿quién la ha curado? –preguntó el Hazzan.

—Oídme –contó la mujer–, cuando ese niño habló de la manera que habló, yo pensé que Dios hablaba por él, y cuando su padre le volvió a su asiento, yo estaba detrás de él y con gran fe puse las manecitas de mi niña sobre los hombros de él, y le dije al Señor:

"Si este niño es un Profeta como Samuel; que mi niña sea curada de este horrible mal. Mi criatura se durmió y yo la cubrí con mi manto, hasta que hace un momento cuando me marchaba a casa, ella se despertó, y entonces grande fue mi asombro al verla sana y limpia de las horribles llagas que tenía. ¿La veis? Ni aun parece haber estado jamás enferma.

—Buena mujer –le advirtió el Anciano esenio–, bendecid al Señor de los cielos por el bien que os ha hecho, pero los dones de Jehová no siempre es bueno pregonarlos por calles y plazas. Sabéis que estamos en una época en que se ha resuelto que no siendo en el Templo de Jerusalén, el Altísimo no visita a sus hijos. Callaos pues, y demos todos gracias a Jehová porque ha bajado a esta humilde Sinagoga, donde sólo se le busca y se le adora.

El Hazzan puso incienso en los incensarios y todos juntos recitaron uno de los salmos de gratitud al Señor.

Alejada la feliz madre y los hijos mayorcitos de Yhosep, celebraron una pequeña reunión el Anciano de Monte Carmelo, el Hazzan, Yhosep, Myriam y el pequeño Yhasua.

—Venturoso padre –le dijo el esenio a Yhosep–, no tengáis alarmas cuando el alma de vuestro hijo se desborde al exterior como hoy, en una explosión de divino conocimiento y de luz interior.

"Muchas veces ocurrirá esto, hasta que llegada la hora de que él mismo se reconozca en lo que es, y más firme en la posesión de su personalidad, tenga el dominio necesario para refrenar los grandes impulsos internos, que necesariamente lo llevarán a casos como el ocurrido hoy".

—Pero las cosas que dijo –refutó Yhosep–, nos ponen a nosotros en una situación difícil ante los demás.

—Nada temáis –añadió el esenio–, pues el hecho ocurrido se olvidará pronto, y como entre los galileos devotos, de ordinario no hay gente de malas intenciones, a lo sumo pensarán que este niño es un futuro profeta, y que Jehová le hizo hablar en estos momentos.

"Lo importante es que estoy aquí, mandado llamar por el Hazzan, para hacerme cargo de la educación inmediata de vuestro hijo, hasta que sea mayorcito y pueda internarse por temporadas en alguno de nuestros

Santuarios. Creo que no es un secreto para ninguno de vosotros, la misión que él trae en medio de la humanidad.

"¿Qué dices tú, hijo mío? –le preguntó al niño, tomándolo de las manos y acercándolo hacia sí.

—Yo no digo nada –contestó secamente el niño.

—Ahora, ¿no te manda Jehová que nos digas nada? –preguntóle el Hazzan.

—Yo creo que Jehová no está para divertir a los hombres cuando ellos quieren, sino que habla cuando Él quiere.

—Bien has hablado –le dijo el Anciano–. Yo soy el que Jehová te manda para maestro hasta nueva orden. ¿Me aceptas?

—Y si Jehová te manda a mí, ¿quién soy yo para rechazarte? ¿Tienes el vestido blanco? –preguntó el niño abriéndole confiadamente el manto. Y cuando bajo el manto color de castaña vio la túnica blanca del esenio, se abrazó a él, diciéndole lleno de gozo–:

"¡Oh, sí, sí!, tú eres como los del Monte Hermón, con el vestido blanco, con el cabello y la barba blanca, como las palomas de mi huerto y como las gaviotas de mi montaña.

"Vamos a mi casa y te enseñaré los nidos de mis palomas y mi yunta de corderitos".

—Ahora es el niño el que habla –explicó el Anciano, dejándose llevar de Yhasua, que tomando una de sus manos hacía esfuerzos para arrastrarle fuera de la Sinagoga.

El Hazzan intervino.

—Oye, hijo mío. Este Anciano vivirá aquí, conmigo, que es hospedaje habitual de todos los terapeutas peregrinos que visitan esta comarca, pero irá a tu casa con frecuencia, y tú vendrás aquí todos los días, como vienen otros niños a la escuela.

—Pero, ¡Hazzan!, –exclamó Yhasua todo asombrado–. Si Jehová le ha mandado venir a mí, ¿cómo es que tú te permites estorbar el mandato de Jehová?

—Sí, hijito –certificó el Anciano–, he venido para ser tu maestro, pero la escuela está aquí y no en tu casa, ¿comprendes?

"Conviene guardar este orden, para no llamar demasiado la atención, y que los demás padres comiencen a preguntar: ¿Por qué al hijo de Yhosep y de Myriam se le manda un maestro a su casa? Es necesario buscar la igualdad con todos lo más posible, para que recibas tu instrucción con mayor libertad, y que no comiencen a surgir dificultades desde el primer momento. Las gentes son maliciosas, aun cuando en Galilea hay bastante sencillez.

— ¡Oh, qué malas son las gentes! –murmuró Yhasua–, que encuentran el mal donde no existe.

“Más valía que cuidasen de no robarse unos a los otros los frutos de los huertos, y los corderos del redil y el trigo de la era”.

Todos se miraron asombrados, y hasta alguna risa apareció a hurtadillas en los rostros de los presentes.

—Pero, hijo mío –intervino Myriam–. ¿Acaso has visto tú algo de todo eso que dices?

—Claro que lo he visto, y más de una vez. A esa mujer que le fue curada la niña, la vi sacar manzanas de un huerto ajeno, una vez que fui contigo a la fuente, madre. Y cuando volvió hoy con la niña curada, la miré a los ojos, y ella se acordó que yo la vi robar un día, y yo pensé así: Jehová te cura la niña para que sepas que Él es bueno contigo aunque no lo merezcas, porque faltaste a la Ley que dice: No hurtarás.

El Anciano esenio levantó al niño en sus brazos estrechándole por largo tiempo.

— ¡Este hijo!, ¡este hijo! –murmuraba Yhosep–, me tiembla el corazón por este hijo, que no sé todavía qué es lo que trae, si felicidad o desdicha.

A Myriam se le corrieron dos gruesas lágrimas y cerró sus hermosos y dulces ojos de color avellana, pues pensó en ese momento, en las palabras que dijera el Anciano sacerdote Simeón de Betel, cuando le consagró en el Templo a los cuarenta días de haber nacido, que: *“siete espadas de dolores traspasarían su corazón”*.

Por mucho que sus padres y sus maestros quisieran preservar al Cristo-niño de su propia grandeza, a fin de que pasara desapercibida entre las gentes, muy poco pudieron conseguir.

En el hogar propio estaban los hijitos del primer matrimonio de Yhosep con Débora, el mayor de los cuales pasaba ya los 15 años. Las excepciones y los privilegios despiertan necesariamente los celos en espíritus de poco adelanto.

Y fue así, que en el hogar y en la escuela, el pequeño y dulce Yhasua tuvo el dolor de despertar la envidia y los celos en sus compañeros de igual edad y condiciones.

Podríamos bien decir, que el Cristo-hombre fue mártir desde la cuna, porque hondo martirio es esa gota de hiel caída en la copa de su corazón día a día, y hora a hora, nacida de la mezquindad y egoísmo de los niños de su tiempo, que a veces se tornaban agresivos para con aquel niño excepcional, que no gustaba de hurtar frutas en los cercados ajenos, cosa que tan incitante y deleitosa es para el común de los niños; que se disgustaba hasta llorar con fuertes y sentidos llantos, si apedreaban con hondas las palomas y mirlos; que les miraba con ojos de horror y espanto, si al paso de un anciano, de un contrahecho o de un leproso, los chicuelos le promovían un vocerío de palabras nada dulces ni halagüeñas.

Enseguida se formaban bandos en torno al niño-Mesías Salvador de los hombres. Los de malos instintos, le odiaban de inmediato; los más adelantados en evolución, le amaban hasta el delirio.

Fue en este sentido que él dijo años después: "Traigo conmigo la guerra y la división, no obstante que es de amor y de paz la misión que me ha encomendado mi Padre".

La humanidad es siempre la misma, a pesar de sus lentos progresos intelectuales, morales y espirituales que le cuestan siglos. Todo ser que se destaca de la multitud por sus virtudes, por sus dotes, por sus aptitudes o facultades, despierta el odio y la malevolencia en los seres cuyo yo inferior domina por completo la personalidad; y en cambio engendra un amor puro y reverente, en los seres cuyo yo superior domina y manda a la personalidad.

Y es evidente que en torno de Yhasua debía manifestarse claramente este problema humano, ya que era imposible ocultar la gran diferencia entre ser tan excepcional y todos los demás niños que en el hogar o en la escuela le rodeaban.

Y los de peores instintos empezaron a llamarle: el niño tonto del carpintero, o el tontuelo hijo de Myriam, a la cual las otras mujeres compadecían grandemente de que en su primogénito hubiese tenido tan poca suerte, pues era evidente que se trataba de un niño retardado, débil, esquivo, y en una palabra, falto de las condiciones necesarias para ser varón fuerte en toda la extensión de la palabra.

Y si los padres del niño o sus maestros, tomaban como es natural la defensa del ofendido y agraviado Yhasua, el odio de los otros crecía a tal punto, que el niño debía ser llevado y traído de la escuela por Myriam, su madre, pues sus hermanastros los hijos de Yhosep, no le eran suficiente defensa. Hasta que un día, el hijo tercero de Yhosep, de igual nombre que su padre, que era el más adelantado de los hermanos y el que más amaba al niño de Myriam, fue herido de una pedrada en el corazón por interponerse entre Yhasua y el pequeño grupo de escorpiones infantiles que le agredían. Este hijo de Yhosep y de Débora murió joven, de una afección que le sobrevino a causa de aquella certera piedra arrojada a honda, por un chicuelo que no levantaba más que un metro de la tierra.

Debido a los martirios infantiles a que le sometían los niños contemporáneos suyos, un año después, o sea, cuando Yhasua cumplía los ocho, su Anciano maestro y el Hazzan se tomaron el trabajo de concurrir en días determinados a la casa de Yhosep, a fin de continuar siquiera en pequeña escala la educación del niño, sin exponerlo a las rudas alternativas que dejamos enunciadas. Su hermanastro Yhosep que ya hemos mencionado cooperó con ellos en esta tarea.

La casa de Yhosep fue pues como una pequeña escuela, pues los otros hijos del artesano más algunos vecinos íntimos, recibieron junto a Yhasua, esa primera y sencilla enseñanza que se acostumbraba en todas las familias de la clase media.

Hay en el Evangelio de Lucas una frase que como una delicada flor exótica merece ser estudiada fibra por fibra: "Y el niño crecía en gracia y virtud delante de Dios y de los hombres".

Es cuanto dicen los Sagrados Libros, de la infancia y juventud del Cristo encarnado.

La Luz Eterna, esa excelsa Maga de los Cielos, nos relata en detalle lo que el Evangelio escrito por un discípulo nos dice tan concisamente, aunque ya mucho dicen esas brevísimas palabras. Detrás de ellas se adivinan poemas de bondad y de inefable belleza.

Según la costumbre hebrea, la enseñanza a los niños y adolescentes, después de leer y escribir, se reducía a estudiar los libros llamados de Moisés, en primer término; luego los Profetas Mayores y Menores; y si la enseñanza era muy completa, los demás libros Sagrados, o sea los que forman el Antiguo Testamento.

Myriam la dulce madre, no tardó en observar que Yhasua desde el amanecer del día que le correspondía lección, no era el mismo niño de los demás días. Apenas levantado salía al huerto en el lugar más apartado y solitario; tras una frondosa maraña de moreras y de viñas se sentaba en un viejo tronco seco, y si no le buscaban, quedaba allí horas largas en profundo silencio.

Buscándole la madre para que se tomara el alimento matutino, le encontraba en esa distraída o abstraída actitud.

— ¿Qué haces, hijo mío, aquí tan apartado de casa cuando es necesario que tomes alimento?

—Antes de que el cuerpo se alimente, debe alimentarse el alma. "¿No recordáis ya cómo hacían los Ancianos del Monte Hermón? Pensaban primero y después comían, –pero dócil a la voz de su madre, dejaba su solitario retiro y acudía a la mesa del hogar.

Su padre le reñía casi siempre, por lo que obligaba a su madre a ir a buscarle por los senderillos del huerto, empapados del rocío de la noche. Y como fuese un día expreso el mandato de Yhosep, de estar toda la familia reunida para tomar la refección de la mañana, se vio un día a Yhasua de nueve años, tejiendo un cordel de fibra vegetal, largo de cincuenta brazas.

— ¿Haces una trampa para los mirlos? –le preguntaban los otros niños.

—Sí, para hacer venir a casa un mirlo que se escapa todas las mañanas –contestaba él. Sin dar más explicaciones, tendió el cordel pasándolo cuidadosamente por entre las más fuertes ramas de los árboles intermedios

hasta llegar al sitio donde gustaba retirarse, al amanecer en los días de lección. En el extremo colocó pequeños aros de hierro y de cobre, en forma de colgantes que chocándose entre sí, al agitar el cordel, producían un pequeño sonido. Y al otro extremo lo ató disimuladamente al tronco de un cerezo casi a la puerta del hogar, donde su madre acostumbraba a poner las tinajas del agua y las cestas de frutas y de huevos.

Ella sola debía saber el secreto de Yhasua.

—Cuando me necesites, madre, tiras de este cordel y yo vengo en seguida sin que nadie se aperciba de que me has llamado –le decía muy bajito al revelarle el mecanismo de su llamador.

—Pero, hijo mío –le amonestaba la madre–. ¿No puedes pensar más tarde, y ha de ser forzosamente al amanecer?

—Para ti, madre, no quiero tener secretos, óyeme: parece que llevo un mirlo oculto dentro de mi cabeza, cuyos gorjeos son a veces palabras que yo entiendo claras. Y esas voces me dijeron un día así: Al amanecer de los días de lección, retírate a la soledad, y quietecito escucha lo que se te dirá. Y yo obedezco esa voz y escucho.

—Y ¿qué es lo que te dice la voz misteriosa de ese mirlo escondido? –interrogaba la madre encantada y a la vez temerosa de las rarezas de su hijo.

—Me explica cómo debo entender la lección de ese día y cuál será esa lección que a veces es diferente la del huerto de la que me da el maestro.

—Y en tal caso, ¿cómo te arreglas tú?

—Después que él habla y explica, pregunta cómo lo hemos entendido.

"Entonces yo explico a mi vez como yo oí en el huerto. Si el maestro queda conforme, mejor. Si no queda conforme, guardo silencio, aunque sé que la lección del huerto es la que encierra toda la verdad porque esa viene de... –Y el niño miró temeroso a su madre, sin atreverse a terminar la frase.

—Viene, ¿de quién hijo mío? –Yhasua acercó su boca al oído de Myriam con toda cautela, con que se revela un gran secreto que no debe ser revelado sino a una madre muy amada–: Viene de Moisés mismo..., ¡chist! ¡No lo digas a nadie porque no lo quiere Jehová!

Y la Luz Increada, la divina Maga de los cielos, nos relata que debido a los susurros del "mirlo escondido" en la cabecita rubia de Yhasua, según él decía; resultaba que el santo niño en frecuentes exteriorizaciones de su excelso espíritu, al explicar en la clase cómo había comprendido la lección de su maestro, hacía manifestaciones de conocimiento superior y a veces divergía en mucho de la interpretación de aquel.

Tanto el esenio como el Hazzan de la Sinagoga, llegaron a comprender que el niño hablaba iluminado por luz superior, pero obraban tan

discretamente, que ante los alumnos aparecía como que Yhasua prestaba mayor atención, y que era un discípulo estudioso y aventajado. Alguno de éstos, removido por algún celillo indiscreto y mordaz, solía decirle:

—Yhasua, si al parecer sabes tanto como el maestro, ¿por qué vienes a la escuela? Vete a Jerusalén y hazte un doctorzuelo, que aquí nos basta con saber lo más rudimentario de la Ley.

El dulce Yhasua recibía el pinchazo acerado de la ironía, inclinaba su frente como un lirio marchito, y hundiendo en el pavimento su mirada húmeda de llanto contenido, parecía contar las planchas de piedra grisácea que lo formaban.

La Luz Eterna recogía el pensamiento del Verbo de Dios, niño aún, mientras miraba las losas del pavimento:

"Estas piedras están ya gastadas por el tiempo y seguirán siendo losas frías, mudas e insensibles, por siglos de siglos... Así las almas, que no han llegado a la comprensión de las altas cosas de Jehová".

Y el maestro y aquellos compañeros que le amaban, figurábanse que Yhasua herido por la egoísta frase aquella, se hallaba dominado por el resentimiento, y trataban de suavizarle la herida.

En una ocasión, el maestro en su explicación de la Ley, llegó a aquella parte que refiere que Moisés designó algunas determinadas regiones, para que hicieran sus viviendas los hebreos que hubieran sido hallados en delitos graves, como el homicidio por ejemplo. Y el maestro dijo: —"Esto lo hizo Moisés por separar las manzanas podridas de las buenas, para que no fueran todas contaminadas".

—Perdonad, señor –dijo Yhasua–, yo creo que Moisés no lo hizo por eso, sino porque los hombres que no se encuentran culpables de ese delito, se llenan de tanta soberbia que les hacen insoportable la vida a los que tuvieron la desgracia de cometerlo. Y Moisés quiso seguramente, que encima de su desgracia, no les hicieran amargo el pan de cada día, echándoles en cara su pecado y señalándoles con el dedo. Por eso señaló un país, donde nadie pudiera maltratarles".

Se levantó una pequeña protesta sorda:

— ¿Qué sabes tú de las cosas de Moisés? Si apenas sabrás para qué sirve el martillo y el escoplo de tu padre –murmuró uno de los alumnos mayores de edad que estaba junto a Yhasua.

—Tienes razón, hijo mío –dijo a Yhasua el Hazzan–, porque muchas veces los hombres tenemos pecados ocultos tan graves como los que se hicieron públicos en otros, y éstos llevan la pena, y aquellos quedan con la honra falsa de una virtud que no tienen. Tienes razón, niño. Jehová habló por tu boca.

“Y vosotros no debéis llenaros de celos porque Yhasua comprende mejor que vosotros los Sagrados Libros. Él nada os quita, ni vosotros nada perdéis; ¿por qué pues os subleváis? Si Jehová le dio a él mayor capacidad que a vosotros, será porque se lo ha merecido. ¿Acaso Yhasua se subleva contra aquellos de entre vosotros que tenéis más bienes de fortuna que él? ¿Os riñó porque vuestros viñedos son mayores que los suyos, o vuestros olivares os rinden grandes cosechas?

“El tesoro de él, está en su inteligencia y en su corazón. Dones son de Jehová que reparte con justicia entre sus criaturas. A estudiar pues, y conformarse cada cual con lo que ha recibido.

Casi siempre terminaba la clase con una amonestación de esta naturaleza.

¡Yhasua!..., ¡pequeño Yhasua, lleno de luz y de conocimiento!... Años más adelante, algunos de estos compañeros de escuela de la niñez, levantarán protestas en la Sinagoga galilea cuando tú expliques el oculto sentido de los Sagrados Libros, y sublevarán contra ti a los oyentes, que entre los más audaces te arrojarán a empellones, hasta llevarte al borde de un precipicio para estrellarte en él...

Y después de haberles aterrorizado con tu mirada de Hijo de Dios, pleno de oculto poder, te alejarás pronunciando aquella dolorida frase: “Nadie es profeta en su tierra”.

De año en año, y a veces con mayor frecuencia llegaban a Nazareth mercaderes venidos de distintos parajes: del Norte, del Sur, del Oriente o del Occidente, ya de Tiro, de Damasco, de Joppe o de la Perea, pero siempre tenían algún pedido que hacer al taller de Yhosep, o algunas mercaderías para venderle. ¡Cuánta importancia adquiría ante los nazarenos el taller del carpintero cuyos buenos trabajos eran codiciados en otras ciudades y pueblos distantes!

Mas, llegados al taller de Yhosep, bajo la tosca indumentaria de mercaderes se podía ver la túnica blanca de los esenios, que desde los distintos santuarios de la Palestina se dirigían a visitar al Verbo de Dios encarnado, sometido a la prueba de la obscuridad hasta que fuera llegada su hora.

Así llegaron también Nicodemus y José de Arimathea, desde Jerusalén, ya convertidos en doctores de la Ley, ansiosos de escuchar las maravillas de claridad mental y de alto conocimiento de que a veces daba muestras el santo niño, y con la mayor sencillez y casi sin darse cuenta él mismo.

Ambos emprendieron este viaje buscando consolarse de una inmensa amargura. José había perdido recientemente a su padre, y Nicodemus a su madre y a sus hermanas en una corta navegación hacia Sidón; adonde fueron a presenciar las bodas de unos parientes.

Una tempestad bravía había hecho zozobrar el barco que fue a pique, sin lograr salvarse sino muy pocos viajeros.

Ambos jóvenes doctores estaban enloquecidos de angustia, pues eran ellos quienes promovieron el viaje, creyendo proporcionarles una gran satisfacción. El padre de José de Arimathea habría podido salvarse, pero no quiso abandonar a la furia de las olas a su prima y sobrinas, y fue así que perecieron los cuatro. Arrojados los cadáveres a la costa al subir la marea, que les encontró semidestrozados por las bestias del mar.

Aquel dolor era pues desesperado y tremendo..., incurable, en su inmenso desconsuelo.

Yhosep y Myriam, que ignoraban tal desgracia, se extrañaron grandemente cuando los dos viajeros les abrazaron en silencio y luego rompieron a llorar en grandes sollozos.

Era entrada de estío y muy de mañana, o sea, la hora en que el niño Yhasua estaba en su retiro del huerto. Se presentó de pronto en medio de la reunión sin que nadie le llamase, y colocándose entre los dos viajeros que hacían esfuerzos por ocultar su llanto, tomó una mano a cada uno de ellos y mirándoles afectuosamente, les dijo:

—Os estaba esperando.

— ¿Tú? –interrogaron sus padres a la vez–. Pero niño..., si no hemos tenido aviso alguno. ¿Por qué te permites hacer tal afirmación?

—Estaba yo orando a Jehová para que me diera el poder de consolar a todos los tristes de la tierra, que he visto muchos en mis sueños de esta noche, y os vi a vosotros dos llorando desesperadamente, y Jehová con su voz sin ruido me dijo: “Bajo tu techo están; ya tienes ese poder, vete y consuélales”.

Oír esto y echarse de nuevo a llorar los dos jóvenes doctores, fue todo uno; Myriam sensible y tierna en extremo lloraba también.

Yhosep dejaba correr una que otra lágrima furtiva que se perdía entre su espesa barba, mientras el santo niño con sus ojos entornados y como poseído de un sobrehumano poder, descansó sus manos sobre el pecho de los viajeros y después de un breve silencio dijo con una voz muy bajita apenas perceptible:

—No ofendáis a la Bondad Divina con vuestro desesperado dolor, porque los que amáis no están muertos sino que viven; miradles.

Se los veía en el mundo espiritual, en un transparente plano inclinado que parecía como de un cristal opaco, aunque blando y suavemente movible.

Era como un lecho de aguas solidificadas. Los cuatro unidos parecían dormir. Una luz los alumbró de pronto y se despertaron a un tiempo diciendo:

— ¡Qué horrible sueño!..., ¡creí que nos habíamos ahogado; vamos! –Y comenzaron a andar, acercándose más y más al plano físico que ellos tomaban como la costa del mar.

La luz se hizo más intensa y la materialización más marcada, hasta que el plano astral y el físico se confundieron en uno solo. En tal instante los muertos vieron a los vivos y la luz se hizo completamente para todos. Exclamaciones, abrazos, infinita alegría fue todo un desbordamiento de amor y de gozo. Sólo Yhasua continuaba como una estatua de marfil, con los ojos entornados y los bracitos tendidos en cruz.

—No lloréis, no lloréis, que ofendéis a la Bondad Divina y al Amor Eterno, que es más fuerte que la muerte –dijo por fin el niño, como iluminado por internas claridades–. Ya habéis visto que los que amáis, viven, y seguirán viviendo, porque Jehová es la Vida y el Amor. –La hermosa visión se fue desvaneciendo, y en las almas doloridas resplandeció una luz nueva: la luz de la inmortalidad, encendida por la fe y el amor del Cristo-niño hecho hombre en medio de la humanidad.

La suave marca de cristal blando y opaco que formaba el plano inclinado en que aparecieron dormidos los llorados muertos, se transformó como en un campo verdoso salpicado de flores menudas y brillantes, donde fueron apareciendo corderillos y palomas, huertos plenos de flores y frutos, y hasta un bosquecito de verdes y brillantes moreras envuelto en sedosas hebras color de oro pálido, que pendían de puntitos de luz temblorosa en el éter azul.

Y los jóvenes doctores de la Ley comprendieron en parte, el Eterno Enigma de la fuerza del pensamiento humano, pues en el final de esta manifestación, vieron claramente plasmados los aspectos y formas de vida que los amados muertos habían realizado en la mayor parte de su existencia terrestre. El uno había vivido de sus majadas de ovejas, otro había cuidado con amor sus bandadas de palomas en sus huertos de flores y frutos; y otros se habían dedicado al cultivo del gusano, artífice natural de la más preciosa y delicada seda, tan codiciada por la humanidad. Y todas estas hermosas manifestaciones de la vida continuaban viviendo en torno a los recién descarnados, mediante la fuerza mental de ellos mismos, que continuaban creándolos con sus pensamientos.

Mientras todo se esfumaba en el éter, el Cristo niño se recostó sobre un banco, cual si un inmenso cansancio le postrase. Y se quedó profundamente dormido. Su padre a instancia de Myriam le levantó suavemente, y le llevó a su lecho sin que se despertase.

Una especie de laxitud lo mantuvo silencioso y quieto durante dos días, que los pasó casi continuamente tendido en su lecho.

—Estoy cansado –contestaba a su madre, cuando ella le interrogaba para saber si alguna enfermedad o dolencia le aquejaba.

Los deslumbramientos radiantes de la metafísica iluminaron la mente de los jóvenes doctores, que se afiliaron entonces a una secreta Escuela Cabalista fundada por los esenios en el Monte de los Olivos, detrás del

huerto de Gethsemaní, donde un pequeño torrente llamado "Aguas de Ensenes", disimulaba la entrada a una sala subterránea, que sin duda en tiempos remotos habría sido gruta sepulcral. Allí se discutió y se aceptó como de buena lógica y experimentada verdad, que en los primeros planos o esfera astral de la tierra, toda la actividad de las almas y su vida de entonces, es continuación de su vida terrestre con sus aspectos, vibraciones y formas elevadas y nobles, buenas o malas, según los grados de evolución de los seres, y sin que las actividades de los unos perjudiquen ni molesten absolutamente en nada a los de tendencias y pensamientos contrarios. Es éste, el llamado purgatorio por ciertas ideologías, donde los videntes de distintas épocas y países, han visto almas en sufrimiento, sumergidos en mazmorras, hogueras, atormentados de diversas maneras, por las fieras, por asquerosos reptiles, o por verdugos humanos, cuyo aspecto terrible en armonía con lúgubres vestiduras, han hecho pensar en los demonios atormentando a las almas de los condenados al infierno. Y si los pacientes demostraban mansedumbre y resignación, se ha pensado en el purgatorio, donde los justos acaban de purificar sus faltas antes de ser recibidos en el Reino Celestial.

La radiante ciencia metafísica, nos dice que poco sabe aún el hombre de la múltiple y variadísima actividad, formas y aspectos de esos primeros planos de la esfera astral de la tierra, que algunos notables videntes han llamado primer cielo, al percibir formas de vida noble, dichosa y bella, de seres recién descarnados, que continúan creándola con sus pensamientos. Otros le han llamado purgatorio, y otros infierno según los aspectos y formas de vida que su visión les ha presentado. Y no podemos decir que ninguno ha mentido, pues que todos han visto uno de los aspectos y formas de esa variadísima vida de las almas recién descarnadas, y que habitan por tiempo indeterminado la inmensa esfera astral de la Tierra. Y tan inmensa, que se dilata hasta tocar los comienzos de las esferas astrales de planetas vecinos.

Todo esto lo comprendieron José de Arimathea y Nicodemus, al presenciar aquella manifestación en el hogar de Yhosep junto al niño Yhasua, y juzgaron de su deber el dar impulso al estudio de la ciencia metafísica, para dar a conocer a las generaciones estudiosas de su tiempo, esa parte del gran enigma, lo cual ahorra dolores inmensos, ansiedades terribles a la humanidad, que juzga en general a sus muertos caídos para siempre en las sombras del sepulcro, o en tormentos eternos o temporales, capaces de enloquecer de terror y de espanto, aún a las almas mejor templadas.

La mayoría de la humanidad vive aún hoy día, sumida en grave error a este respecto, y hay intereses creados fortísimos, que impedirán todavía por algún tiempo, que la Verdad ilumine las mentes referentes a ese

vastísimo campo de actividades mentales, que hemos llamado: “esfera astral de la Tierra”.

Los primeros sabios de la congregación cristiana, hombres de estudio y de genio como Jerónimo de Estridon, Agustín de Tagaste, Basilio de Capadocia, Clemente de Alejandría y otros, llegaron a estas conclusiones al comentar los cielos, a que Pablo de Tarso decía haber sido subido en horas de intensa contemplación.

Pero algunas epístolas y obras de estos geniales videntes, han quedado ocultas a la humanidad, porque sus dirigentes espirituales la han juzgado aún en pañales para darle manjares difíciles de digerir. Debido a este modo de juzgar han pasado casi veinte siglos desde que José de Arimathea, Nicodemus de Nicópolis, Nicolás de Damasco, Gamaliel de Jerusalén, Filón de Alejandría y otros, comprobaron estas verdades, y la humanidad en su gran mayoría continúa ignorándolas, porque aún sigue en pañales para conocer la verdad tan profunda, hermosa y real como ella es, mirada por cualquier prisma y a cualquier luz que se la quiera contemplar.

En todas las épocas y países el egoísmo humano ha encontrado el modo de medrar con la ignorancia e incomprensión de las multitudes cuyo escaso adelanto espiritual, moral e intelectual no le permite percibir la Claridad Divina anunciada por el Cristo en aquellas inolvidables palabras: *Yo soy la luz de este mundo y quien me sigue no anda en tinieblas*.

Sólo el feroz egoísmo humano continúa lucrando con la ignorancia de esa parte de la humanidad que no quiere esforzarse en pensar y razonar por sí misma. Sino que encuentra más cómodo acomodarse al pensamiento de otros; y amoldarse a la lógica acomodaticia de los que se han tomado el derecho de mandar en las conciencias y en el pensamiento de la humanidad.

18
EN LAS GRUTAS DEL CARMELO

Fue desde esta hora solemne que comenzó a exteriorizarse el alma elegida y sublime de Yhasua, a tal punto, que alarmados sus padres, pidieron consejo al Anciano esenio que le servía de maestro, y éste les recomendó que le dejasen llevarle con él, al santuario oculto en las grutas del Monte Carmelo, para que los videntes e inspirados le guiasen en la senda que aquel gran espíritu había iniciado.

Y para que el acontecimiento pasara desapercibido, esperaron la llegada del estío, que es como una llama de fuego en aquella parte de la Palestina, tiempo en que las escuelas cerraban sus puertas dando lugar al descanso de los alumnos. Y en una noche de luna llena, el Anciano y el niño emprendieron el viaje acompañados por Myriam y Yhosep, y uno de los hijos mayores de éste, el que llevaba el nombre de su padre, y que por su gran adhesión y clara lucidez para comprender que en Yhasua se encerraba un ser extraordinario, tenía por el dulce niño, una especie de rendida y profunda veneración.

Les acompañaron hasta Séphoris, sobre el viejo camino de los mercaderes hacia Tolemaida, y que era muy frecuentado por caravanas de viajeros, lo cual le daba seguridad de no tropezar con bandas de malhechores, que desde las fragorosas montañas de Samaria solían sorprender a los viajeros.

En Séphoris ya les esperaban cabalgaduras, asnos amaestrados para escalar montañas, enviados por los solitarios que lo hacían de tanto en tanto en busca de provisiones, y que puestos de acuerdo anticipadamente, debía coincidir con la llegada del Anciano y del niño Yhasua.

Era la primera vez que Myriam se separaba de su hijo y estaba desconsolada en extremo.

Volvía a su mente el pensamiento del Anciano Simeón de Betel, que al ofrecer su niño a Jehová a los cuarenta días de nacido, en el grandioso templo de Jerusalén, habíale anunciado que “siete espadas de dolor le atravesarían el corazón”.

—He aquí la primera –decía la joven y amante madre, apretándose el corazón con ambas manos, y esforzándose por contener su llanto.

—Devolvédmelo pronto, por piedad –rogaba al Anciano, que se llevaba a los montes su tesoro, dejando huérfano y solo su corazón.

—Vendremos a Séphoris con frecuencia, para encontrar a vuestros enviados por provisiones, y así sabremos del niño –añadía Yhosep, a quien el hondo desconsuelo de su esposa lo sacaba de quicio–.

“Tenía yo razón de no ver con buenos ojos las rarezas de este hijo. Más valiera que como los otros hubiera sido capaz de empuñar la sierra y el martillo, y no seguir el camino de los Profetas, lo cual equivale a entregarse él mismo al martirio y a la muerte”.

Y al decir Yhosep estas palabras, se obró una rápida reacción en él y ordenó con gran energía:

— ¡Pero..., soy un imbécil! El padre del niño soy yo, y tengo derecho a mandar en él. ¡Yhasua!..., de vuelta a casa, y que no se vuelva a hablar más de profetismo y de visiones. ¿Por qué no has de seguir tú, el camino de tus mayores? ¿Es deshonra acaso el trabajo, de donde todos mis antepasados sacaron el pan con el sudor de su rostro?

“¿Por qué ha de padecer su madre esta tremenda angustia, de que le arranquen de improviso a su hijo quién sabe para cuánto tiempo?

“¡De vuelta a casa he dicho y no se hable más!

Myriam estaba aterrada, pues nunca había visto así a Yhosep, aun conociéndole su carácter reservado y severo.

El niño Yhasua se había tomado de la diestra del Anciano, que esperaba ver calmarse la borrasca para hablar.

Yhosuelín como familiarmente llamaban al hijo de Yhosep que les acompañaba en el viaje, intervino para suavizar la actitud de su padre en el cual tenía gran ascendiente.

—Padre –le dijo–, creo que no hay razón para ponerte así, cuando se trata de curar al niño que acaso no es rareza extravagante, sino una enfermedad lo que padece. Todos sabemos que los Ancianos solitarios del Carmelo son grandes terapeutas, y acaso nos devolverán a Yhasua completamente curado de esas visiones que le causan tristeza y melancolía.

“Para tenerle así toda la vida, es preferible este breve alejamiento en busca de su curación. ¿No lo crees tú así, padre?

—En parte tienes razón –contestó Yhosep, ya vacilante. Todos esperaban en silencio.

—Que vaya también su madre y tú con ellos –aceptó de pronto con un tono que dejaba ver una resolución definitiva.

— ¿Y tú –interrogó tímidamente Myriam–, y la casa y los otros niños?

—No pases cuidado; yo me arreglaré con todo. Ahora mismo, de vuelta me llevo alguna de nuestras primas de Canaán, para que nos haga de ama de casa hasta vuestro regreso. Entonces..., andando, y que cada sábado me encuentre tranquilo con un aviso vuestro de que todos estáis bien.

Yhasua se abrazó de su padre, al cual dijo con voz suplicante:

— ¿Me perdonarás todos los disgustos que estás pasando por mi causa?

La severidad de Yhosep se ablandó hasta las lágrimas, y levantando al niño en sus robustos brazos le besaba tiernamente, mientras le decía:

—Sí, hijo mío, te perdono todo, aunque de nada eres culpable; pero aún no puedo entender por qué Jehová castiga mis culpas en ti, y no en mí mismo, que lo merezco.

El pequeño le puso sus deditos de rosa sobre la boca al mismo tiempo que murmuraba muy bajito:

—Jehová no te castiga, padre, sino que te despierta porque estás dormido.

— ¿Yo dormido?..., ¿qué dices, niño?

—Sí, padre, tú duermes y mis otros hermanos también. Sólo Yhosuelín está despierto como los Ancianos de los Santuarios.

— ¿Qué quieres decir con eso? –interrogó alarmado el padre, mirando al Anciano para buscar de develar el misterio.

—Que Jehová me trajo a tu casa como un cántaro de agua para que todos beban; y tú en vez de beber te enfadas, porque esa agua no te sirve para regar tus plantaciones.

"Jehová tiene agua para los huertos, y agua para las bestias y agua para las almas de los hombres.

"Yo soy el cantarillo de Jehová para estos últimos. ¿Quieres beber, padre, y no te enfadarás más conmigo? –Y rodeando con sus bracitos el cuello de Yhosep, lo besó en la boca con un beso mudo y largo, cual si en verdad le diera a beber la interna y cristalina corriente de amor divino, que emanaba de su corazón de Cristo-hombre.

— ¡Ahora despierto, hijo mío! –murmuró Yhosep profundamente enternecido, mientras se inclinaba a dejar el niño en tierra para ocultar dos gruesas lágrimas que rodaron por su rostro, ya sin los vestigios de la severidad de unos momentos antes.

— ¿Me dejas partir, de buena voluntad? –interrogó nuevamente Yhasua.

—Sí, hijito mío, a condición de que Jehová me traiga pronto el cantarillo que dejó en mi casa hace ya diez años, porque no es justo que yo padezca sed.

—En la segunda luna llena después de ésta, volverá el cantarillo a tu casa, padre; ahora ya bebiste bastante.

Durante este diálogo, Myriam lloraba en silencio y Yhosuelín con el Anciano esenio disponían un asno, el más manso y mejor adiestrado de todos para la dulce madre, cuyo dolor por la separación de su hijo, había causado la sublevación de Yhosep.

Era el caer de la tarde y debían aprovechar el fresco de la noche para viajar, máxime cuando una mujer y un niño iban en la caravana.

Dos esenios jóvenes y dos labriegos de las faldas del Carmelo vinieron a Séphoris para conducirles. Habían descargado la miel y castañas que trajeran, y vuelto a cargar las provisiones que debían llevar para el santuario.

Yhosep ayudó a montar a Myriam y subió al niño al asno que montaba Yhosuelín, al cual llenó de recomendaciones a fin de que el niño y su madre no tuviesen tropiezo alguno en el viaje.

—Descuidad, Hermano –díjole uno de los esenios jóvenes que debían conducirles–. Tenemos ya ordenado y dispuesto el hospedaje en familias esenias que hay diseminadas a lo largo del camino, a fin de que las horas de sol ardiente las pasemos allí, y sólo marcharemos desde la caída del sol hasta la mitad de la mañana.

—Bien, que Dios y sus ángeles os acompañen –murmuró Yhosep, con la voz temblorosa y los ojos húmedos. Cuando iniciaban la marcha se oyó todavía la vocecita del niño que decía a su padre, solo, de pie, a las afueras de Séphoris, en la explanada sombreada de palmeras, de donde arrancaba el camino de las caravanas:

—No vuelvas a dormir, padre, porque Jehová desatará huracanes para despertarte.

Yhosep sólo contestó con una señal de despedida, y volvió a la posada para iniciar a su vez la marcha de regreso a Nazareth.

Al comenzar la tercera noche de viaje llegaron al pie del Monte Carmelo, donde un alegre arroyuelo que bajaba desde una filtración de lo alto de la montaña, formaba un tranquilo remanso, alrededor del cual, las viñas y los castaños extendían sus ramas cargadas de frutas. Era aquello un hermoso pórtico de follaje que daba entrada a uno de los senderos más accesibles por los que se podía subir hasta la gruta de Elías, en la que se había construido el Santuario, consistente en muchas salas labradas en la roca viva y algunas de ellas recubiertas por dentro con grandes planchas de cedro.

La entrada principal era necesario buscarla donde menos pudiera pensarse que se la encontraría, tal como ocurría con los santuarios del Quarantana y del Hermón.

Aquí era la choza de piedra y pieles de cabra de un viejo pastor que vivía solo, con dos enormes perros y una majada de cabras, el que guardaba la entrada al célebre monte de los discípulos de Elías y Eliseo.

Para el viajero conocedor de las viejas crónicas de los reyes de Israel, se levantarían como fantasmas del pasado los guerreros de Acab, enviados allí para llevar cautivo a Elías que se negaba a presentarse al soberano que deseaba ver los estupendos prodigios que realizaba.

Aquellas crónicas tenían relatos espeluznantes, de las llamas de fuego llenas de dragones que envolvían al Monte, cada vez que los guerreros de Acab se acercaban a él.

Muchos de ellos habían perecido, no devorados por los monstruos, ni quemados por el fuego según decían, sino que el miedo y el terror que les impulsaban a huir, no les daba tiempo a salvar los precipicios en los cuales cayeron, pues queriendo sorprender al Profeta dormido, procuraban llegar con las sombras de la noche.

Uno de los esenios guías, refería a los viajeros al llegar al sitio más notable en las viejas crónicas, los sucesos particulares que en ellos tuvieron lugar.

La llegada a la choza del pastor, la anunciaron los ladridos de los grandes perros que le acompañaban. Enseguida se vio un hachón de palmeras ardientes en el extremo de una vara, que alguien entre las sombras levantaba a lo alto. Uno de los guías encendió también una pequeña antorcha, que agitó tres veces en el aire y los perros callaron, y a poco el viejo pastor salió a recibirles.

Todo lo rudo del personaje aquel, desaparecía al entrar al patio que se abría como un vergelito de flores ante la choza, en cuya habitación principal que era la sala del hogar, aparecía una mesa con blanco mantel y con enormes fuentes de barro llenas de castañas y tazones llenos de miel, cantarillos de leche fresca, queso de cabra y panecillos dorados al rescoldo.

—Madre –dijo el niño entrando, llevado de la mano por ella–. Parece que este anciano pastor adivinaba el hambre que yo traía. –Y sin más preámbulos se acercó a la rústica mesa, se sentó a ella y acercándose un tazón de miel la mezcló con la leche; se sirvió castañas y con suma tranquilidad empezó a comer.

—Hijo mío, espera que te sirvan –insinuó Myriam acercándose a su hijo.

— ¡No puedo esperar, madre! –respondió el niño–. ¿No es ésta la mesa de Elías Profeta? Pues él cuando tenía hambre no esperaba que lo sirvieran sino que tomaba, y cuando no la tenía, mandaba a sus águilas protegidas que le trajeran un pan para alimentarse. ¿No lo oíste, madre, en la sección de la Escritura el sábado último en la Sinagoga?

—Sí, hijo mío, pero tú no eres Elías.

El niño miró a la madre e iba a contestarle, pero la entrada del Anciano esenio, su maestro, que le dio una mirada llena de inteligencia, le hizo comprender que debía callar.

Todos celebraron alegremente el santo apetito del niño, a quien el viaje parecía haber favorecido en sumo grado.

—Pasada la cena, tío Jacobo, –indicó uno de los esenios jóvenes dirigiéndose al viejo pastor–, ¿nos abriréis la puerta de entrada?

—Pero, ¿cómo? –interrogó vivamente el niño–, ¿acaso no estamos ya dentro?

—Estáis en la antesala de la vivienda de Elías el Profeta –contestó con solemnidad el viejo pastor.

—Pues si las castañas y la miel de adentro son tan buenas como las de la antesala, aquí debe vivirse muy bien –volvió a decir Yhasua mientras continuaba comiendo.

—Hermanito –díjole Yhosuelín–, veo que te sienta el aire del Monte Carmelo, pues comes y hablas que es maravilla.

—La casa de Elías Profeta es energía y vida para mí.

— ¡Oh! ¡Bien, bien, Yhasua!, no hablas como un niño sino como un hombre –sonrió uno de los esenios jóvenes.

Cuando ya casi terminaban la frugal cena, sintióse un leve ruido como de un cerrojo que se corre, y esto en la obscura alcoba del pastor que comunicaba al rústico comedor.

Myriam, sobresaltada, se apretó más al lado de su hijo y con sus grandes ojos interrogaba.

—No os alarméis –la apaciguó el viejo pastor–.

"El Servidor se os ha adelantado sin duda. –Y levantando una candela de aceite que estaba sobre la mesa se acercó al hueco que comunicaba con la alcoba.

La luz dio de lleno sobre la blanca figura de un Anciano que se acercaba apoyado en una vara de encina.

—Tardabais tanto que me adelanté –dijo sonriente–. ¡La paz sea con vosotros! –Y sus ojos llenos de bondad y de inteligencia buscaron alrededor de la mesa, hasta encontrarse con la pequeña personita de Yhasua, cuyos grandes ojos claros parecían devorarlo con la mirada.

Se le acercó de inmediato y abrazándole tiernamente, decía:

—En los siglos de los siglos, no tuvo el Monte Carmelo la gloria de este día.

—Mi hijo está enfermo y viene a que le curéis –advirtió Myriam, después de contestar al saludo que a ella le dirigiera el Anciano.

—No paséis cuidado por él, que ya se curará perfectamente. El Monte Carmelo tiene aire de salud y de vida.

"Si habéis descansado, vamos, que la noche avanza y allá nos esperan".

En uno de los muros de la alcoba del pastor se veía un hueco iluminado, y hacia él se dirigió el Anciano llevando al niño de la mano. Tras él seguía Myriam y Yhosuelín, después los otros esenios, y por fin el viejo pastor que les acompañó hasta la entrada a aquel silencioso túnel iluminado por antorchas colocadas a intervalos.

—Que Jehová te de buen sueño, Hermano Jacobo –dijeron los esenios despidiéndose del pastor.

—Que así os lo de a vosotros –respondió el viejo, y corrió la lámina de tosca piedra que ocultaba la galería.

Era aquel un breve pasaje que desembocaba en una plazoleta natural de rocas y de grandes castaños y olivos centenarios. La luna llena, iluminaba aquel bellísimo paraje, en el cual no se veía otra señal de vida orgánica, que el chirrido de las cigarras, interrumpido a veces por el graznido de las águilas, que anidaban en los árboles de la cumbre.

Aquella inmensa soledad sobrecogía el ánimo, y Myriam se tomó del brazo de Yhosuelín que caminaba a su lado.

—No temáis, madre –le murmuró al oído el jovencito–, que aquí no hay fieras que nos hagan daño.

Uno de los esenios jóvenes se adelantó y trepando a una roca alcanzó el extremo de una soga de la cual tiró. Una campana sonó de inmediato y casi al momento se descorrió por dentro un portón y la luz salió a torrentes.

—Estamos en la casa de Elías Profeta –señaló el Anciano Servidor haciendo pasar a Yhasua el primero.

El niño solo y sin temor alguno, se adelantó hacia el numeroso grupo de esenios que le salía al encuentro.

Eran cuarenta Ancianos y treinta jóvenes, los que se albergaban en la casa de Elías.

Era de ver la diminuta persona de Yhasua ante aquel círculo blanco que se iba cerrando en torno suyo, mientras todos le tendían los brazos.

—Empezaré por los más ancianos –dijo, y se entregó al tierno abrazo de un viejecito de espalda doblada y que temblaba al caminar.

— ¡Hijito..., hijito!... Esto esperaba para coronar mi vida –decía entre lágrimas el dulce ancianito a quien llamaban Azarías, y que era de los pocos que a causa de su ancianidad no había llegado hasta Nazareth para ver al Cristo encarnado.

El niño se quedó mirándole fijamente unos segundos.

—Tú –dijo de pronto y con gran firmeza–, me pusiste un día una túnica celeste y te quedaste muerto sobre mi pecho. No me pongas túnica ahora y vayas a morirte también.

Los Ancianos se quedaron como paralizados ante esta magnífica manifestación de lucidez espiritual.

Mas, como estaban allí Myriam y Yhosuelín que aún no habían llegado a estos conocimientos, callaron.

— ¡El niño empieza de nuevo a decir inconveniencias! –suspiró Myriam al oído de su hijastro–. ¿Qué túnica le va a vestir este Anciano, si ahora le ve por primera vez?

—No os aflijáis, madre, que todo esto pasará bien. Los Ancianos del Monte Carmelo son médicos maravillosos –respondió el jovencito.

—No temas, Yhasua –contestó el Anciano–, que mi hora ya está marcada para cuando tú, en el apogeo de tu apostolado puedas hacer penetrar la luz en la urna obscura que habré tomado para glorificar a Dios.

Y continuó abrazando a los demás Ancianos, hasta que llegando a uno de ellos que sollozaba intensamente, el niño le miró con fijeza y como si encontrara algo conocido en aquella fisonomía. De pronto se irguió como si quisiera mirarle bien de frente y le dijo:

— ¡Aarón!..., me gusta encontrarte aquí, antes que yo llegue a Moab, para avisarte que allí tendré que reunirme contigo. ¿Cómo es que no fuiste ninguna vez a Nazareth?

—Porque estuve en un país muy lejano..., justamente allí donde Moisés y Aarón glorificaron a Jehová con hechos maravillosos. Allí está Essen, que Moisés amaba, y que hoy se llama Filón de Alejandría.

—Yo iré a encontrar a Essen en la tierra de las Pirámides.

La pobre Myriam rompió a llorar y acercándose a su hijo, quiso apartarle de los Ancianos, cuyo acercamiento hacía delirar al niño según a ella le parecía.

El Servidor intervino.

—No padezcas, hermana, por este niño –le dijo con gran dulzura–. No es que delira; es que recuerda. ¿No has oído leer la Sagrada Escritura que hace referencia de los Profetas, que en momentos dados tenían presente el pasado y el futuro?

"Ya es hora de que vayas comprendiendo que éste, tu hijo, es de la alta Escuela de los Enviados, y no debes extrañarte de lo que ves en él. Si no cooperáis siquiera con vuestra tranquilidad, al desenvolvimiento de sus facultades superiores, la Ley tendrá que retirarlo de vuestro lado antes de la hora que estaba determinado.

El niño oyó este diálogo entre el Servidor y su madre, y la impresión que le produjo el llanto de ella, le volvió a su estado físico presente; se acercó a ella y tomándola de la mano se alzó en la punta de los pies para llegar hasta su oído y decirle muy bajito:

—Si tienes miedo, madre, en estas cuevas tan obscuras, Yhosuelín y yo haremos una chocita allá fuera junto al remanso, debajo de un castaño que vi cargado de frutas. Del santuario llevaremos pan y miel y ya tenemos la vida asegurada. –Y mirando a todos con sus ojos iluminados de infantil alegría, decía lleno de satisfacción–:

"Allí habrá mirlos, alondras y torcazas que tendrán nidos con polluelos que gustarán comer las migas en la mano. ¡Oh!, sí, esta es la casa de Elías Profeta. ¿No lo sabéis vosotros acaso?

Los Ancianos le observaban en silencio, y notaron el gran cambio que se operó en el niño cuando sintió llorar a su madre.

Y así comprobaron una vez más, el enorme daño que causa una impresión por leve que sea en la psiquis de un ser adelantado, en momentos en que él exterioriza sus grandes facultades.

Myriam se había tranquilizado, y el Servidor, dejando a los Ancianos en aquella primera caverna-pórtico, la invitó a pasar con Yhosuelín hacia un corredorcillo que se abría a la izquierda, y que conducía a una pequeña explanada sombreada de higueras y de viñas.

—Esta es la "Cabaña de las Madres" –indicó el Servidor, señalando una caverna donde ardía un hermoso fuego y varias viejecitas hilaban. Se acercaron.

Había allí ocho ancianas vestidas también de túnicas blancas, y cuyos rostros serenos y plácidos denotaban bien a lo claro que eran felices.

—Madre Salomé –le dijo a una de las ancianas–, aquí viene una mujer de Nazareth con dos niños que hospedaréis por una temporada. El niño menor viene enfermo y tenemos que curarle.

"El niño Yhasua –dijo a Myriam–, comerá y dormirá aquí a vuestro lado, mas durante las horas del día le tendremos nosotros, hasta que notemos que está completamente curado.

"Por lo demás, podéis estar aquí como en vuestra casa, que estas ancianas aparte de ser esenias, son también madres de varios esenios de los que vivimos en el Santuario, por lo cual ellas saben la importancia que tiene para nosotros el cuidar esmeradamente a los huéspedes que aquí dejamos.

"Como acaban de llegar de viaje –añadió–, necesitan una refección y un buen lecho.

—Lo tendrán enseguida, Servidor –contestó la que había sido nombrada madre Salomé, y que era quien gobernaba en la cabaña durante esa luna, pues acostumbraban a hacer turnos de gobierno en cada mes.

El Servidor volvió a la casa de Elías Profeta, dejando a sus huéspedes disponiéndose a entregarse al descanso.

Veamos lo que ocurrió en el Santuario.

Encontró a sus compañeros de soledad haciendo entusiastas comentarios del niño Yhasua, y como casi todos tenían grandemente desarrolladas las facultades superiores, cada cual podía dar una opinión acertada del estado psíquico del niño en aquellos momentos.

Comprendieron desde luego que no estaba bien centralizado en su nueva personalidad, motivo por el cual fluctuaba entre las anteriores, sobre todo en las de Antulio, Abel y Moisés, que eran los que mayores adelantos acumularon en su Yo Superior. En su larga carrera mesiánica, habían sido los tres grandes vuelos decisivos, por estar vinculados a comienzos o terminaciones de ciclos o etapas gloriosas de nuevas civilizaciones.

Comprendiendo, asimismo, que su misión de maestros del Verbo-niño, consistía en ayudarlo a centralizarse en su personalidad de Yhasua, y desligándole de las otras en las que vivía a intervalos.

Sabían además, que estaba próximo a encarnar el espíritu que fue madre de Antulio el gran filósofo atlante, aquella incomparable Walkiria de Cerro de Oro que le había dado vida física, y que tan cerca le acompañó en su vida espiritual de entonces.

Elías Profeta, discípulo de Hilkar, uno de aquellos cinco niños abandonados, con que él fundó sus Dakthylos en las grutas del Monte de las Abejas en la Ática prehistórica, después de varias encarnaciones en aquellos mismos parajes, cayó prisionero de los piratas de la Cretasia, que le llevaron a dicha isla como médico en una espantosa epidemia que se había desarrollado.

En mujeres humildes cretenses, encarnaron con diferencia de meses o de pocos años: Gaudes, Walkiria, y varios otros Dakthylos y Kobdas de las viejas escuelas, entre ellos, dos conocidos archiveros de los tiempos gloriosos del Monte de las Abejas y de Neghadá: Walker, archivero del Caspio; Eladyos, archivero de Neghadá, el Atlas del Monte de las Abejas a la llegada de Abel; Adonai y Elhisa; Senio y Nubia.

Los Dakthylos y los Kobdas de la prehistoria, habían pasado y eran sólo un recuerdo glorioso, estupendamente grande, de los cuales se conservaba memoria como de una epopeya legendaria, más fantástica que real, al parecer de la pigmea humanidad que sólo vive de mezquinos ideales y de groseros deleites. Y he aquí que en la Cretasia, isla semisalvaje poblada de piratas y malhechores, colgaron su nido grandes águilas del pasado para limpiar de buitres y lagartijas aquella región en la que debía surgir también una nueva civilización. Era acercándose ya a Fenicia y Siria, donde el Verbo de Dios realizaría su postrera encarnación mesiánica. Faltaban varios siglos aún, es verdad, mas, no en uno ni en dos se operan las transformaciones para un hecho de tal magnitud en la historia de la humanidad. Era pues el Mediterráneo el escenario elegido para propender a un nuevo impulso, que preparase las almas al grandioso acontecimiento que era la apoteosis del Verbo Divino, en su misión de Redentor de humanidades.

Todo esto rememoraron los Ancianos del Monte Carmelo a la llegada de Yhasua, niño todavía, y se dispusieron a sacar el mayor bien posible de este favorable acontecimiento.

Empezarían pues su trabajo, por la personalidad de Antulio, que era la más lejana de las tres que parecían revivir a cada instante en el Verbo-niño.

Y cuando al día siguiente trajeron a Yhasua entre ellos, ocurrieron los hechos que vamos a relatar.

El Santuario propiamente dicho era rústico y sencillo. Era el que más tenía de la sencillez de los Dakthylos y menos de la grandeza imponente de Moisés. Nacido éste y educado en la fastuosidad estupenda de los

Faraones del Nilo, cuya tendencia a lo monumental y ciclópeo son bien manifiestas, debió imponerse al pueblo materialista y utilitario, que le serviría de instrumento para sus designios, y así vióse obligado a ponerse a tono con él para mejor conducirle, imponiéndose a sus debilidades y egoísmos.

En el Gran Santuario de Moab era bien marcado el tinte mosaico, mientras en el Hermón, el Tabor y el Carmelo, predominaba la modalidad de los Dakthylos, no obstante ser: la misma ciencia espiritual y los elevados conocimientos, que les eran comunes.

El Santuario del Carmelo era la gran caverna de Elías Profeta, al centro de una serie de pequeñas o grandes grutas, que se abrían en las profundas gargantas de la montaña, cuyos pies lamía el Mediterráneo cuando deslizaba sus olas con mansedumbre, o azotaba con furia salvaje, cuando rugía embravecido.

No se veía allí más que cinco grandes cirios colocados en basamentos de un trozo de roca. Recordaban los cinco niños con que Hilkar de Talpakén había fundado su Escuela. En memoria de este hecho, Thylo o sea Elías, había comenzado también con cinco, de los cuales el primero había sido Eliseo, a quien Thylo llamó Petrioka, que en su lenguaje ático significaba: hueco de piedra.

Un estrado circular labrado en la misma roca, y cubierto de pieles de cabra y el piso de un rústico tejido de fibra vegetal, era todo el ornato de la Casa de Elías Profeta. En mesas o bancos hechos de troncos rústicamente pulimentados, se veían apilados, libros de telas enceradas, tabletas de madera con inscripciones unidas unas a otras con largos cordeles, como si fueran páginas hábilmente enlazadas para facilitar la lectura.

Al centro, había una roca blanca labrada en forma de copa, cuyos bordes llegaban a la altura del pecho a hombres de regular estatura. Dicha copa estaba siempre llena de agua, y recordaba la copa en que la humanidad hizo beber la muerte física al más grande hombre de ciencia hasta entonces conocido: Antulio de Manh-Ethel.

Tal era el Santuario de Monte Carmelo, donde entró el niño Yhasua al día siguiente de su llegada.

El incienso de Arabia que se quemaba en una pequeña cavidad de la roca que hacía de pebetero, y el sonido apenas perceptible del salterio que parecía llorar en una suavísima melodía, pronto hicieron su efecto en el sensitivo Yhasua, que fue cayendo en un suave letargo, entre el Servidor y el ancianito aquel que abrazó y le reconoció apenas llegado.

Todos evocaban a Antulio, pues se apareció Thylo, que como sabemos, estaba estudiando en el Santuario esenio del Quarantana y era un niño de once años: Yohanán, llamado más tarde el Bautista.

—*La paz sea con vosotros* –les dijo–. *Os aviso que el Maestro vendrá más adelante, para lo cual mientras Yhasua duerme, daréis lectura*

a los relatos que sobre él escribió su madre Walkiria, que como está próxima a encarnar, habita ya en los planos más próximos de la esfera astral de la tierra, y ella misma os servirá de introductora y de guía en estos trabajos.

Durante estas breves manifestaciones, el sensitivo que por la hipnosis sirvió de intermediario, apareció envuelto en una suave bruma de oro, de la cual emanaban como chispas de radiante fuego que iluminaban a intervalos la penumbra de la caverna.

Al poco rato, uno de los esenios jóvenes cayó en hipnosis y una aura azulada suavísima difundió en el ambiente la dulzura extraterrestre de su vibración.

Un rumor sordo como una brisa delicada surgió de todos los labios:

— ¡Walkiria de Cerro de Oro!

—*Sí, yo soy* –repuso la voz temblorosa del intermediario–, *y al igual que en el remoto pasado, vengo a colaborar con vosotros en la obra gigantesca de la redención de la humanidad.*

"Sé lo que queréis hacer, y sé lo que me corresponde hacer. –Y entonces se diseñó claramente la forma astral de la hermosa mujer, que apartándose del cuerpo del sensitivo se acercó a Yhasua dormido–.

"Antulio, hijo mío, ven que entre todos tenemos que levantar la gloriosa personalidad de Yhasua, en esta hora única en la historia de la humanidad, en que su Mesías Salvador ha de inmolarse la postrera vez, en el ara santa del Amor Inmortal.

Del dormido cuerpo del niño, se desprendió una nubecilla oro pálido, con ligeros celajes de un blanco de nieve resplandeciente que fue llenando poco a poco la inmensa caverna, donde no había más claridad que la de los cinco cirios.

— *¡Paz con vosotros!* –se oyó la voz del niño dormido que parecía haber adquirido vibraciones de clarín–.

"Desde este momento –dijo–, *anulo todas mis anteriores personalidades para sólo vivir en toda su amplitud, energía y vigor la presente, en la cual por Ley Eterna deben quedar para siempre todas refundidas, pues terminada ésta, quedaré eternamente unido a mi Ego, desapareciendo en absoluto toda dualidad. Entonces mi Ego y yo, no somos más que una sola poderosa entidad, que pasará a formar parte de la Unidad Divina en su infinita grandeza y soberana plenitud.*

"Y aun cuando a veces en el futuro, pudiera yo hacer uso de cualquiera de mis personalidades humanas en momentos determinados y con fines demostrativos de la inmutable Verdad, dichas manifestaciones serán sólo por reflejo y nominales, pues terminada la vida de Yhasua, sólo soy el Cristo Luz-Idea-Verbo Eterno por incontables siglos, o sea hasta que las últimas legiones de espíritus de esta tierra, hayan entrado a las moradas de la Luz y del Conocimiento.

"Las fuertes correntadas de fuerzas inferiores que quisieron frustrar la victoria final del Mesías, porque ella marca el comienzo de su derrota sobre este planeta, han coadyuvado para producir la descentralización de la personalidad de Yhasua, buscando de hacerle revivir en pasadas edades, lo cual produciría poco a poco un desequilibrio entre la mente y el cerebro, entre las facultades del alma y el espíritu, cuyas potencias quedarían reducidas a vibraciones sin coordinación posible.

"Amigos y compañeros míos de ayer y de hoy, de edades lejanas y de edades nuevas, ¡adelante!, y Yhasua, que surge entre vosotros como un renuevo de palmera, a la lid gloriosa de su apoteosis como Mesías, se fortificará a vuestro contacto en su memoria, en su entendimiento y en su voluntad.

"Paz, Esperanza y Amor a los hombres de buena voluntad".

La bruma de oro pálido se fue tornando blanca por completo, hasta confundirse con las débiles espirales de humo de incienso que perfumaba la caverna.

Casi todos los esenios habíanse puesto en estado extático, por lo que al volver en sí, tuvieron la plena convicción de haber estado en el mundo de los Amadores, en el plano sutil de los Egos, donde una selva de óvalos con reflejos de amatista, les había dejado la impresión de una esplendorosa aurora que daba nacimiento a innumerables soles de un rosado vivo y fulgurante.

El Servidor y sus cinco Consejeros, oyendo los datos aportados por todos, resolvieron comenzar la instrucción de Yhasua leyendo en su presencia las actividades espirituales de los Profetas, comenzando por Antulio, considerado Maestro y Padre de los Profetas, por haber sido el primero que se lanzó a la exploración de los mundos, habitaciones de humanidades.

Uno de ellos percibió que el niño estaba despierto, pero que se mantenía recostado en el estrado con la cabeza apoyada sobre el pecho del Anciano Azarías.

— ¡Yhasua! –le dijo acercándose–. Te has quedado tan quietecito como si estuvieras aún semidormido.

—No, que estoy bien despierto, y espero que comencéis esas lecturas que vais a hacer para curarme.

—Bien –continuó el Servidor–. Vamos a comenzar. Llevamos nada más que una hora de sol. Tenemos toda la mañana, hasta el mediodía. ¿No te cansarás, niño, de tanto tiempo de quietud?

—No me digáis niño, decidme Yhasua, por favor. Creedme, parece que tengo prisa de ser mayor, pues me cansa perder el tiempo en esta pobrecilla infancia, que sólo sirve para buscar nidos y comer castañas. Leed..., leed que ya escucho con avidez.

Y el niño se acomodó como para resistir un largo tiempo sin moverse, apoyado sobre grandes cojines de paja de trigo forrados de lino, que las ancianas de la cabaña fabricaban para almohadas de los solitarios.

—Los Hermanos lectores que están de turno –ordenó el Servidor–, preparen sus libros en forma de que no haya interrupciones. Escucharemos la Escritura conservada por Thylo, que relata las exploraciones espirituales y las principales visiones de Antulio, recopiladas y escritas por su madre Walkiria de Cerro de Oro, y traducidas por nuestros Padres Elías y Eliseo a la lengua fenicia.

(*Estos relatos de las exploraciones extraterrestres del Profeta Atlante Antulio, sólo interesan a los que anhelan conocer ese mundo que encuentra el alma humana después de la muerte).

* * *

Un esenio joven se acercó con una rústica banqueta a la puerta de la caverna, cuya cortina de juncos fue descorrida para que penetrase de lleno la luz de un hermoso día de estío.

Y comenzó la lectura:

—El Maestro Antulio describe la creación de la nebulosa que dio origen a la formación de nuestro Sistema Planetario:

"El Absoluto o Gran Todo, es Energía, es Luz y es Amor, tres Eternas Potencialidades residentes en siete Fuerzas Inteligentes y Vivas, llamadas *Fuegos Magnos*, que son las que determinan lugar, época y forma a las creaciones que luego realiza la esplendorosa Legión de Inteligencias Superiores, que la divina ciencia de Dios y de las almas llama *Antorchas Vivas*, cuyo número es tanto como setenta multiplicado por siete.

"En una edad que por ser extraordinariamente lejana, no se puede fijar con precisión, aunque podría calcularse aproximadamente en setenta mil millones de siglos, los Fuegos Magnos impulsaron a las Antorchas Vivas hacia el vacío más cercano en el infinito piélago azul, donde la sustancia etérica estaba ya en condiciones de ser fecundada por la Energía Eterna.

"La idea surgió como un relámpago al mismo tiempo, en aquellas Inteligencias ultrapoderosas, diciendo como en una sola voz, vibración o sonido:

"Una nueva espiral debe llenar este vacío de los cielos. El Absoluto ha llenado de Energía nuestro cántaro hasta el borde. Vaciémoslo aquí y que mundos nuevos surjan de su Poder Infinito y de su Eterno Amor.

"Los Fuegos Magnos que son Siete, están dispuestos así: cuatro representan el principio activo o masculino, y tres el principio pasivo o femenino. La cooperación de ambos principios es indispensable en toda creación.

“Y teniendo como auxiliares a la Legión de Antorchas Vivas, divididas por mitad en principio activo y pasivo, inyectaron el fecundo germen en el seno materno: el Éter, y una ígnea burbuja como un botón de fuego se plasmó en el fondo obscuro del vacío, por el cual se fue diseñando levemente la nueva espiral en graciosas curvas que se iban dilatando paulatinamente, hasta ocupar una enorme extensión. La espiral diminuta y sutil, se transformó en nubecilla primero y después en gran nebulosa, salpicada a intervalos de hebras de luz y chispas de fuego. Y cuando la Energía de aquellas mentes ultrapoderosas, consiguió imprimir a la nebulosa el impulso necesario para el girar vertiginoso y permanente, los Fuegos Magnos recogieron en sí mismos el impulso creador, que equivale a dar la voz de cese o quietud, porque la gestación estaba hecha, y ella sola seguirá su proceso evolutivo en el largo y pesado correr de las edades.

“Fue pues el Éter, cargado de fuerzas vivas, la primera madre de nuestro sistema planetario, como lo es de todos los Sistemas Estelares que forman los incontables universos del espacio infinito. Durante largas edades, la recién formada nebulosa giró, se dobló, se retorció en el vacío, hasta que el vertiginoso movimiento la impregnó de calor, de gases, de fuego, y fue como una inmensa llamarada con locuras de vértigo y ebria de energías que en su formidable rodar sobre sí misma, arrojó al espacio lenguas de llamas ardientes, burbujas de gases inflamables que a su vez corrían girando como enloquecidos, cual si buscaran reunirse en grandes masas incandescentes, formando un laberinto de globos de fuego, hasta que la gran masa central venció en la loca vorágine a las más pequeñas que comenzaron a rodar en torno de aquella, obligadas por las ineludibles leyes de la atracción.

“Inmensas edades pasaron para llegar a diseñarse nítidamente los planetas mayores, planetoides, satélites y asteroides, que a millares se intercalan entre las órbitas de aquellos, siguiéndolos a veces como cortes de honor de las grandes estrellas, cuya fuerza de atracción les arrastra irresistiblemente a rodar conjuntamente con ellas en el inmenso océano azul.

“Nuevas edades imprecisas por su misma inmensidad, caminan sin apresuramiento, que no hay prisa en la eternidad, hasta que aquellos vertiginosos movimientos se van haciendo más lentos, y los globos van apartándose lentamente unos de otros a inconmensurables distancias, todo lo cual coopera al enfriamiento y solidificación de aquellas materias gaseosas e inflamadas, que pasan a convertirse en rocas de lava, húmedas de vapores incesantes producidos por los globos incandescentes aún. La enorme acumulación de vapores, da lugar a la formación de corrientes de agua, lluvias tormentosas cargadas de electricidad, que invaden poco a poco los globos en formación.

“Y cuando después de otra inmensa cadena de tiempo, esas aguas consiguen estacionarse en las oquedades de las montañas de lava semiapagadas y aún humeantes, forman lagos hirvientes y pantanosos. En esa agua cálida y estancada en huecos y honduras, se reúnen a millones átomos y moléculas vivas, y comienzan a crecer y unirse unas a otras como en informes burbujas, dando con tal himeneo lugar a la formación de células vivas aunque imperceptibles. Esas células se agrupan, se estrechan, se buscan por la ley de atracción y en esas aguas pantanosas se forman principios de larvas, como gusanillos de goma semilíquida, más densa después hasta formar diminutas lengüetas de movimientos casi imperceptibles a simple vista, origen primero de la vida, en todos los planetas de todos los universos.

“Es pues el Agua, la segunda madre en la vida universal.

“Aquellos pantanos cálidos, fueron ensanchándose con nuevas corrientes de vapores disueltos en lluvias, las larvas agrandándose y reproduciéndose por aproximación, y a la vez segregando sedimentos y escorias, llenos de células vivas, que a su vez se difundieron en infinitas y variadas formas de vida semivegetal y semianimal, o sea principios de algas, esponjas y corales.

“Nuevas edades de incontables siglos pasaron, hasta que las corrientes de aguas pantanosas invadieron las partes rocosas de los planetas, y esas vidas embrionarias adheridas al lodo que bañaba las rocas, fueron asimilándose con grandes esfuerzos al nuevo medio en que debían desenvolverse. La vida pasaba pues del Agua a la Tierra, que es la tercera madre de la vida universal.

“La gestación formidable estaba realizada. Las primeras células vivas se agitaron formando larvas o gusanos en las aguas pantanosas, y en las rocas de lava humedecidas por ellas. En ambos elementos, Agua y Tierra, se perpetuará la vida desde la larva, del insecto, lombrices de agua y lombrices de tierra, primitivos antepasados de los grandes monstruos marinos y de los enormes reptiles; primeros habitantes de los globos, que un día serán el palacio de cristal y oro del Ser inteligente, que se negará sin duda a reconocer como progenitores, a aquellos ínfimos y repugnantes principios.

“Manifestada ya la vida sobre la faz de la tierra, la evolución ascendente de las especies inferiores a las superiores, es fácilmente comprensible, descontando desde luego millones de años necesarios a cada transformación.

“Diez mil millones de siglos aproximadamente, ha necesitado este planeta para llegar a sustentar vidas y humanidades como las que vemos en la actualidad”.

“Tal es la primera etapa de la sabiduría de Antulio, trasladada a la antigua Cretasia, desde el Monte de las Abejas del Ática prehistórica, por Thylo, discípulo de Hilkar II, príncipe de Talpakén, primer Notario que fue del Maestro Antulio”.

Yhasua se había dormido profundamente, y su diminuta personita aparecía envuelta en una suave bruma de oro pálido, que aparentaba la forma o silueta de un hombre de elevada estatura, que firme, de pie, haciendo el signo de los grandes Iniciados en la Divina Sabiduría, parecía escuchar también la interesante lectura. Los clarividentes le comenzaron a ver desde el principio, y apenas el niño cayó al estado de sueño. Y la vieron así mismo desintegrarse luego que éste se despertó.

—Me he dormido –dijo Yhasua al abrir sus ojos–, y he soñado algo que se parece al primer capítulo del Génesis, pero tan terrible y espantoso, como si todo el universo estuviera en convulsión. Pero felizmente veo que aquí no pasó nada y que todos estáis tranquilos. ¿Cómo se explica esto?

—Yhasua –díjole el Servidor–, aunque tus años de vida física son pocos, tu edad espiritual es inmensamente grande, y debes saber que, en tu sueño, has asistido nuevamente a la formidable gestación de este Sistema Planetario.

— ¿Y por qué habéis dicho nuevamente? ¿Acaso asistí otra vez?

—Sí, dos veces antes de ahora; o sea en la vida de Antulio y en la de Moisés. Pero de esto hablaremos más adelante.

“Ahora lo que queremos de ti, es que pongas toda tu voluntad en dominar esas impresiones de tu pasado lejano, para no dejarlas traslucir de los profanos, ¿comprendes?

“Cuando te viene el impulso de decir esas palabras que Jehová te dice, según has manifestado, deberás tener la fuerza de voluntad de callarlas ante personas incapaces de comprenderte, para evitar que te tomen por un desequilibrado o un enfermo. Solamente ante nosotros puedes dejar desahogar libremente tus impulsos internos y decir todo cuanto te venga a la mente. Y es entonces que te iremos explicando el oculto sentido y significado de eso mismo que dices.

— ¿Ni aun ante mi madre he de hablar con libertad? –preguntó el niño mirando a todos los que le rodeaban.

—Ni aun ante ella, que aunque es esenia como tu padre, aún no han llegado al grado segundo, que es donde comienza la Divina Sabiduría a explicar el por qué de todas las cosas. Con Yhosuelín puedes desahogarte algo, pues aunque es un jovenzuelo todavía, su espíritu es de larga edad.

Este diálogo fue interrumpido por uno de los esenios, que dijo:

—Está al descubierto el segundo Libro Sagrado, que en la traducción de nuestro padre Elías, dice así:

"Prosternada mi alma ante el Altísimo, pedía luz para conocerse a sí misma, toda vez que en determinados momentos, la siento agitarse como ave cautiva, que busca tender el vuelo.

"Yo, hombre de la tierra, ¿qué soy?, ¿cómo soy? La luz eterna se hizo en mí, y vi claramente lo que es el ser humano encarnado en la tierra.

"Pude comprender que son tres los principios que lo constituyen:

"Primero: Materia densa o cuerpo físico.

"Segundo: Cuerpo mental o intermediario.

"Tercero: Principio espiritual o Ego, que es el Yo propiamente dicho.

"Hago la descripción de los tres componentes o principios, tal como me fueron mostrados en la interior claridad que recibí.

"La materia densa o cuerpo físico que todos vemos y palpamos, forma por sí sola una complicada maquinaria que han sido necesarias distintas ramas de la Ciencia para estudiarla y comprenderla, y no es sobre ella que tratará este relato con más amplitud, puesto que el cuerpo orgánico del hombre, ha sido, y es estudiado y conocido por los sabios que se han dedicado a la anatomía. Únicamente diré, que el cuerpo físico del hombre, está envuelto en un aura o irradiación de sustancia etérea o astral, en cuya composición participan los cuatro elementos del globo terrestre: aire, fuego, agua y tierra.

"Posee también el fluido vital o fuego circulatorio, que recorre vertiginosamente todo el cuerpo físico y que es el aura de la sangre, de color rosado más vivo o más pálido según la sangre sea más o menos pura y fuerte.

"Tiene además la irradiación o aura particular del cerebro y de la médula espinal, prolongación de aquel, a la que se denomina fluido etéreo nervioso.

"Todos estos componentes forman conjuntamente con la materia el cuerpo físico del hombre.

"Cuerpo mental o intermediario":

"Cuando el Ego, origen primero del ser, ha pasado de chispa de la Eterna Llama Viva, a burbuja, y de burbuja a óvalo, el proceso evolutivo le confiere el poder de crearse personalidades en los mundos físicos, o sea en los planetas capacitados para alimentar humanidades.

"Llegado a este grado de adelanto, y bajo la tutela y guía de las elevadas Legiones creadoras de las formas, el Ego comienza a extraer del Éter, materias sutilísimas y va formando lentamente un cuerpo que acompañará como prototipo y modelo, a todas las personalidades humanas que ha de revestir en futuras edades, y en múltiples existencias hasta completar su

evolución. Este es el cuerpo mental o intermediario que se une al cuerpo físico en el momento del nacimiento del niño, cuya vida gestatoria se ha efectuado bajo su acción, y bajo la tutela de las Inteligencias superiores encargadas de las gestaciones humanas.

"Se ve pues, que el cuerpo mental o intermediario, es como la emanación directa del Yo o Ego, como si dijéramos su voluntad puesta en acción, que desciende al plano físico a buscar la unión con la materia orgánica que ha formado a su imagen y semejanza, para realizar todas las existencias planetarias que necesite, hasta llegar a la suprema perfección.

"Este cuerpo mental o intermediario, está sujeto a variaciones infinitas, según las actividades que despliega, según los ambientes en que su materia física actúa, y según la orientación que se le imprime.

"Si la unión con la materia o sea el nacimiento, ocurre bajo una influencia astral decadente, este cuerpo Mental o Intermediario sentirá muy débilmente la influencia de su Ego o Yo superior, por lo cual los instintos propios de la materia orgánica, tendrán sobre él notable preponderancia, dominándole a veces casi por completo.

"Y así tenemos al hombre vicioso, malo, lleno de egoísmos y ferocidades, y como encadenado por todas las modalidades instintivas de los animales en general.

"El cuerpo mental o intermediario varía y cambia de aspectos y de colores a cada pensamiento, a cada deseo, a cada emoción.

"Y de aquí viene que los clarividentes no avezados a las investigaciones extraterrestres, le vean de tan diversas maneras, pareciéndoles a veces que se trata de personalidades diferentes. Sus variaciones están sujetas a los colores madres del Iris, según las emociones, deseos y pensamientos: un intenso anhelo hacia la Divinidad, le revestirá como de un ropaje sutil oro pálido; un profundo sentimiento amoroso, de un suavísimo tinte rosado; un ansioso pensamiento o deseo de un conocimiento elevado, le revestirá de una sutilísima vestidura azul turquí resplandeciente; la melancolía o tristeza, según los grados de intensidad que tenga, le llevará desde el violeta pálido al obscuro, y desde el gris al negro; un pensamiento de odio y de crimen le teñirá de cárdeno gangrena y negro-lodo; el deseo vivo de fecundidad y de verse reproducido en hijos, le envolverá en una bruma verde pálido o más vivo, según la intensidad de su deseo.

"El Ego o Yo Superior es el más simple de los componentes del ser humano perfecto.

"Nace de la Eterna Energía, que es Luz y Amor, como un pequeño foco luminoso que encierra en germen todos los poderes y fuerzas de la Eterna Potencia Creadora que le dio vida, y apenas nacido, empieza a

acumular en torno suyo sustancias cósmicas sutilísimas que le forman su aura propia, que es su envoltura o cuerpo. Cuando ha conseguido formarse a perfección esta aura, crea como ya dije, el prototipo o modelo para sus múltiples existencias planetarias en la especie humana.

"Es en tal momento, cuando el Ego como entidad, comienza a desarrollar su voluntad y libre albedrío, y lentamente va adquiriendo conciencia de su ser y de sus responsabilidades y poderes.

"Cuando el Ego, bajo la tutela de las Inteligencias creadoras de las formas, ha logrado dar estructura perfecta a su prototipo, entonces lo emite como un haz de rayos o reflejos de su voluntad hacia el plano físico en que debe actuar, que siempre es un planeta que comienza a recibir humanidades en estado primitivo".

"Tal es la definición del hombre encarnado en la tierra, conforme a la clarividencia recibida del mundo espiritual por el gran maestro Antulio, que recogieron sus discípulos y lo han conservado y transmitido oralmente o por escrito a sus continuadores, a través de largas edades y de innumerables contingencias. Tal expresa la traducción que de la lengua cretense o ática prehistórica, hicieron nuestros padres Elías y Eliseo, Profetas del Altísimo.

19
PANORAMAS EXTRATERRESTRES

Llegados a este punto, el Servidor indicó la necesidad de un tiempo de silencio, en el cual todos ayudarían a que el cuerpo Mental o Intermediario de Yhasua, se adueñase perfectamente de todos estos profundos principios, y se unificasen en perfecto equilibrio con las potencias de su alma y con su propio cerebro, todo lo cual es indispensable, para que un ser de gran adelanto, se manifieste en toda la plenitud de facultades y poderes que debe manifestar en su vida cumbre, como era la que Yhasua venía a desarrollar.

La concentración mental profunda, produjo en casi todos, ese sutilísimo estado espiritual que llamamos éxtasis, desdoblamiento o transporte, y ocurrió lo que por lógica debía ocurrir; o sea, que la interna visión de los extáticos, se plasmó primeramente en el éter, y casi de inmediato en la esfera astral, con reflejos vagos y sutiles en la propia atmósfera que envolvía sus cuerpos físicos, que tal es el proceso seguido para que se produzcan todas esas manifestaciones supranormales en el plano físico.

Y todos vieron con nítida claridad, la forma y modo como las fuerzas vivas del Cosmos se van uniendo, para formar esas masas enormes de átomos, moléculas muertas al parecer, hasta llegar a la célula viva, principio de organismos vegetales, semianimales, larvas apenas movibles,

sin individualidad todavía, actuando sólo como un informe montón de fuerzas vivas, preparadas y dispuestas para la individualización de la porción o fragmento que ha de tomar cada Ego, en el momento oportuno de comenzar su eterna tarea de transformaciones continuas.

Y así llegaron a percibir la hora luminosa y radiante en que Sirio, al igual que otras Inteligencias gemelas, tomaron del informe montón, células, burbujas de vida para encargarse de su evolución en largas edades futuras. Y en aquella hora empezó la individualización de cada célula, que sería en un lejano futuro un ser con vida propia, un vegetal primero y un animal después. Y en el rodaje maravilloso de aquellos panoramas extraterrestres, percibieron el instante supremo cuando un Ego que comprendieron por claridad intuitiva ser el de Yhasua, dirigía el haz de rayos de su voluntad sobre una célula viva que palpitaba como una burbuja rosácea, amarillenta, azulada o verdosa según el colorido de aquellos rayos vívidos de energía y de vitalidad. Desde aquel momento solemne y grandioso, la vívida y palpitante célula realizaba su desposorio eterno con su único dueño para toda la eternidad, su Ego, su Yo Superior, el que le conduciría desde sus humildes principios hasta sus más gloriosos destinos.

Vieron el pasaje lentísimo de aquella célula por bellas y delicadas especies del Reino Vegetal en los valles fecundos y florecientes del primer planeta, que junto al gran sol central Sirio, ¡giraba recorriendo su órbita en torno a su Centro, como todo el Sistema giraba a su vez sobre otro punto central que se perdía en la inmensidad del espacio infinito! Aquella hermosa constelación, que debido a su forma, ha sido llamada posteriormente Can Mayor, estaba formada por millares de planetas, grandes o pequeños, planetoides, asteroides y satélites, algunos de los cuales, en el girar vertiginoso y constante, se desprendieron, atraídos por fuerzas mayores y se sumaron a otros Sistemas menores, hasta que después de largas edades, la constelación se redujo a siete estrellas de primera magnitud y millares de inferior categoría y magnitud. Las edades corrían hasta que se diseñó en un mar de azules transparencias, un alga amarillenta y verdosa que trepaba por una roca blanca que era el basamento de un faro, donde un joven subía al atardecer a dar luz a la gran farola de la cúspide. Por una conmoción sísmica, la roca con el alga adherida a ella, rodó al fondo del mar y pasado un tiempo, un brillante coral sonrosado, se había prendido en otra roca basamento del faro que ya estaba ruinoso, y al pie del cual, una humilde sepultura en una cueva de las rocas, indicaba el final de la vida de aquel joven guardafaro, que prolongada en un vástago suyo, continuaba dando luz por las noches a los navegantes del mar aquel de las azules transparencias...

Y así sucesivamente desfiló con inaudita rapidez aquel eterno vivir, ¡por las variadas formas de evolución que el Eterno Omnipotente ofrece a todas sus criaturas, con la amplitud maravillosa de su Amor soberano y eternamente fecundo!

La célula viva corría incansable a través de largas edades en busca de su engrandecimiento que la hará digna de la gloriosa inmortalidad a que está destinada.

Hasta pasar del Reino Vegetal al Animal, cuyas especies de mansedumbre recorrió en larguísimo tiempo hasta llegar a la última: un bellísimo animal cuadrúpedo de largo pelo blanco rizado muy semejante al reno de las tierras polares, sacaba un náufrago de las olas bravías de un río caudaloso y embravecido. El heroico *amor inteligente* de aquel animal en favor de un ser humano que le estaba ligado por alianzas pretéritas muy lejanas, fue la llave de oro que abrió la puerta del Reino Humano a la humilde célula viva que había recorrido mares y tierras de su planeta de origen bajo innumerables aspectos y formas hasta llegar al pleno despertar de su conciencia y de su voluntad.

"La célula viva había llegado al palacio encantado de la inteligencia humana y su primera vida de hombre fue un niño en un hogar de pastores de antílopes, que por herencia paterna fue también pastor por mucho tiempo".

"Aquel zagalito, aunque de bronceado color en su piel, se asemejaba grandemente a Yhasua sobre todo en su dulce y sereno mirar..."

Al llegar a este punto culminante, todos los esenios cayeron de rodillas con el rostro prosternado en tierra adorando a la Suprema Energía Creadora, que sin más elementos que el tiempo, así transformaba las cosas inanimadas hasta convertirlas en imagen palpitante y viva de Sí Misma.

—Todo cuanto hemos visto, es mi vida en la eternidad de Dios –dijo el niño Yhasua, con voz clara y vibrante–. ¿Es verdad todo esto o es una creación vuestra, que acaso seréis magos como lo fueron Moisés, Elías y Ezequiel?

—Yhasua –díjole el Servidor–. Todos los hombres tenemos parecida historia, y es bueno que no olvides jamás lo que has visto, para que sepas bien relacionarlo con tu actual misión de Instructor y Salvador de esta humanidad.

Al día siguiente y a la misma hora, el trabajo espiritual de los solitarios continuó en igual forma, y el esenio lector leyó lo siguiente:

—El Maestro Antulio explicó a sus discípulos, cómo se había presentado a su clara visión, la escala inmediata superior al hombre, o sea Los Guardianes, que son Inteligencias de una avanzada evolución, y que por su naturaleza propia pueden actuar más en el plano físico, ya en colectividad o legiones, o ya individualmente:

“Son los que en el Sephirot de la Ciencia oculta más remota, se denominan Legiones del Reino, a causa de ser los más numerosos. Otras escuelas de Divina Sabiduría los denominan Hierofantes, Bodhi-Sattvas, Profetas. Yo les doy el nombre de “Guardianes”. En razón de las tareas y misiones que les he visto desempeñar con más preferencia. Toda obra de bien y de justicia está defendida por estas Inteligencias de gran pureza y lucidez.

“Encarnan con bastante frecuencia en las humanidades de los planos físicos iguales que esta tierra. Y cuando están en la materia se les puede reconocer por la lucidez que tienen para discernir lo bueno de lo malo, lo acertado de lo equivocado; lo verdadero de lo falso. Todo ser que encarna con misiones espirituales de importancia, tiene uno o varios guardianes que lo ayudan a encaminarse hacia el cumplimiento de su misión.

A veces desde el plano espiritual o esfera astral, pueden tomar formas materiales y hacerse visibles a los seres encarnados, cuando grandes causas de bien común, así lo reclaman. En tal caso se hallan todos los relatos de apariciones de Inteligencias luminosas a seres encarnados, en momentos o circunstancias que reclamaban una asistencia especial. Y las Escrituras Sagradas de las más remotas Escuelas de Conocimiento Divino, relatan innumerables apariciones de esta naturaleza.

“Los Guardianes que representan siempre ese algo superior que llamamos Providencia, que acude a salvar una necesidad imprescindible, o evitar una catástrofe que no está en la Ley. Son los depositarios del secreto de las vidas físicas que comienzan y de las que terminan, o sea que ellos saben cuándo, cómo y dónde debe empezar una vida; y cuándo, cómo y dónde ha de terminar. Pero como está en la Ley la conveniencia de que los encarnados ignoren en general tales secretos, estos elevados espíritus los guardan con austera severidad. Son ellos pues los guardianes del gran Libro de la Vida y de la Muerte, y sólo por causas graves y justas se permiten revelar a determinados seres, cosas que atañen a los secretos que la Eterna Sabiduría les ha confiado.

“Estas inmensas Legiones de Guardianes están formadas por espíritus originarios de diversos planetas, cuyas humanidades son de una evolución mayor que la humanidad terrestre.

“Cuando encarnan, realizan de ordinario vidas breves, salvo casos en que causas poderosas les retienen más tiempo en el plano físico en que actúan. Cerca de mí, por superior mandato, tengo encarnados dos espíritus Guardianes: Hilkar de Talpakén, mi primer discípulo, y Walkiria, mi amadísima madre, y entre ambos forman el aura de protección que me es necesaria para desenvolver mi vida terrestre. Estos Guardianes están repartidos en siete grandes divisiones o Legiones, cada una de las cuales obedece a un superior inmediato, el cual lleva la denominación

de Guión o sea indicador que tal es el significado de aquel nombre; los cuales siete Guiones, reciben las órdenes del Mesías-Instructor correspondiente. Cada Legión lleva el nombre de uno de los siete colores del Iris: Oro, Azul, Escarlata, Esmeralda, Violeta, Turquí y Blanco.

"Sus características más destacadas son: el amor suave y dulce, manifestado con fuerza de persuasión, y una gran firmeza y perseverancia para llevar a feliz término sus obras de bien y de justicia.

"Toda belleza les atrae y toda ruindad les repugna y asquea.

"Encarnan con preferencia en los planos físicos en civilizaciones espirituales elevadas, y poco en las épocas de decadencia. Ordinariamente los hay en proporción de uno por mil, en aquellos parajes del Planeta donde con más frecuencia se realizan obras de ayuda social, que tiendan a la elevación de la humanidad. La falta de armonía y la frivolidad en que viven de ordinario los matrimonios, son el impedimento para que estos espíritus encarnen en mayor número.

"A veces sucede que toman materia, y el ambiente terrestre les resulta tan asfixiante y pesado, que les produce alteraciones orgánicas invencibles y vuelven al espacio sin haber podido realizar su cometido.

"La mayoría de las Inteligencias purificadas, que forman las filas gloriosas por su abnegación de holocausto perpetuo, llamadas: *Cirios de la Piedad*, salen de estas inmensas Legiones, llamadas *Guardianes*, que son la primera evolución superior a que llega el habitante de los planos físicos, destinados por la Eterna Ley a la procreación.

"*Arcángeles*: siguen en la grandiosa Escala evolutiva de las Inteligencias, las que forman otra inmensa Legión que el Divino Conocimiento llama: *Muralla de Diamantes*. Son Inteligencias que han desarrollado con frecuencia grandes poderes, fuerza y energía que ponen al servicio de los elevados y ocultos designios del Eterno Poder.

"Son siete categorías diferentes, y cada cual tiene su actuación propia: *Vigías, Potenciales, Heraldos, Columnas, Aquilones, Saetas* y *Rayos*. Están dirigidos por siete Jerarcas que obedecen a la idea del Mesías correspondiente al planeta en que actúan.

"En mis clarividencias se me han presentado vestidos de túnica corta, color plata y azul, con alas luminosas de una suave irradiación purpúrea, y con dos largas llamas de fuego, semejantes a espadas, de una fulguración que deslumbra y que arrancan de las palmas de sus manos abiertas. Yo percibía su acercamiento como un agradable calor, que es a la vez vibración, energía y poder.

"Todos ellos pueden encarnar en planos similares a la tierra y en la tierra misma, a excepción de los *Saetas* y los *Rayos*, cuyas poderosas vibraciones no las resistiría un organismo físico terrestre. Sus poderes

dominan corrientes magnéticas poderosas y electro-radiantes, y pueden desintegrar cuerpos inanimados y trasladar a distancia cuerpos animados, y dispersar como polvo los átomos y reunirlos nuevamente, si tal es su voluntad.

"Encarnados, tienen la fuerza de sugestión necesaria para hacerse amar hasta el delirio con fines de bien y de justicia, y sin que intervenga para nada la potencia sexual cuando se trata de seres de sexo diferente. Pueden paralizar el proceso ordinario de cualquier enfermedad de los organismos físicos, cuando la vida de determinados seres debe ser prolongada por causas de gran importancia, y pueden asimismo acelerar o retrasar nacimientos, por evitar influencias astrológicas adversas a la misión que traen a la vida seres de evolución avanzada, y de cuya actuación dependerá el adelanto o retraso de grandes porciones de humanidad.

"Su fuerza predominante se desprende del iris de sus ojos y de los extremos de los dedos de sus manos. Una de estas grandes y fuertes Inteligencias presidió mi nacimiento, que se realizó una luna antes del tiempo normal, con lo cual se consiguió que se realizara bajo la influencia de Júpiter y Venus, que convenían a la tarea marcada por mi Ley, para esta hora de mi viaje eterno. Era un *Heraldo* que obedecía a Aelohin, uno de mis actuales Guías, y le debo en gran parte el fácil desenvolvimiento de mi misión actual.

"Ordinariamente despliegan sus formidables actividades en las esferas astrales de mundos elevados, pues casi siempre son los encargados de preparar los caminos y despejar de escollos, los acercamientos de larga o corta duración de los Mesías, enviados a los planos en que por designios superiores deben actuar.

"Son también los custodios de los Archivos de la Luz Eterna, desde los comienzos de la creación y de las nebulosas y de los Sistemas Planetarios. Y siendo ellos la avanzada de las Inteligencias que dirigen la transformación de globos y humanidades, que no responden ya a la marcha armónica marcada por la ineludible Ley de la Evolución; presiden los grandes cataclismos siderales, en que planetas apagados y sin fuerzas de atracción ni de cohesión, se precipitan por el vacío como una piedra lanzada al acaso, sin ruta determinada y con velocidades espantosas produciendo enormes catástrofes que estas fuertes Inteligencias hacen de utilidad, para humanidades y mundos que han llegado a su época de transformación.

"Cuando alguna Inteligencia desencarnada acepta la misión de dictar o recibir conocimientos superiores, históricos o filosóficos para determinadas humanidades, debe formar alianza, al encarnar, con una o varias de estas Inteligencias llamadas *Murallas de Diamantes* (Arcángeles),

ordinariamente con los *Heraldos* y *Vigías*, que son los custodios del Divino Archivo de la Luz Eterna, en lo que a la marcha de humanidades se refiere. He visto con claridad el proceso seguido para estos casos, y lo relato conforme a lo que me ha sido permitido ver.

"Figuraos un inconmensurable recinto con muchas entradas, todas ellas cubiertas con radiantes velos fluídicos de tan variados colores y matices, que el observador cree que son azules y luego se tornan oro o amatista, o esmeralda o púrpura vivo, como si tales cambiantes vinieran de lejanos focos luminosos, que no puede precisar donde están situados. Y todo esto se debe a los pensamientos evocadores, que desde todos los mundos llegan a estas puertas veladas en demanda de conocimiento y de verdad.

"Y cuando los cambiantes se tornan como una ebullición vertiginosa de colores, los velos desaparecen como por arte mágico, y en cada puerta se destaca la figura radiante de un *Heraldo* o un *Vigía*, que extendiendo sus manos abiertas y fijando sus ojos resplandecientes en un determinado punto del espacio infinito, atrae con fuerza irresistible, a las Inteligencias que van a transmitir la Verdad a las humanidades, donde hay porciones de almas que esperan, llegadas ya a la evolución necesaria. Las Inteligencias que van a transmitir o dictar, penetran al primer recinto, donde innumerables esferas luminosas giran majestuosamente como sostenidas por ejes invisibles, y cuya superficie al igual que espejos combos inmensos, dejan ver al observador, lo que quiere transmitir o dictar. Mas, no creáis que sean bocetos o esbozos muertos de acontecimientos o vidas de un remoto pasado, como se ven en una pintura mural, sino la vida misma, con todas sus emociones, movimientos y actividades, tal como si fuera, no un pasado, sino el presente mismo con todo su realismo vivo, palpable, sensible, imponente o aterrador.

"He comprendido, que de aquí nace el viejo decir: "que Dios todo lo ve", pues nada ha quedado sin ser recogido por la Eterna Luz. Es de aquí y en tal forma, de donde copian las existencias planetarias de los seres, que a través de inmensas edades han realizado hechos buenos o malos, en unión con porciones de humanidad con las cuales vivieron.

"Estos fuertes y adelantados espíritus, así como pueden hacerse visibles a los encarnados cuando lo creen conveniente, pueden tomar el aspecto que concuerda con el tono o vibración de quienes les evocan, y de las circunstancias especiales en que se les evoca o espera.

"Un consejo de hombres de ciencia, animados de las más nobles y puras intenciones que fueran favorecidos por apariciones de estas Inteligencias, les verán de una forma y color; madres, esposas e hijas angustiadas en horas de terribles catástrofes, les verán de forma y color diferente, porque obra en ellos la fuerza irresistible de su propio pensamiento y anhelo, en acuerdo con el pensamiento y anhelo de quienes necesitan de ellos, o les están ligados por viejas alianzas.

"Teniendo conocimiento de que toda Inteligencia es como un foco de continuas vibraciones, y cuanto más adelantadas y puras, mucho más aún, bien se comprenderá que es difícil para un relator de los planes espirituales, dar definiciones precisas referentes a aspectos de los elevados seres que pueblan los Reinos Eternos de la Luz.

"El alma que haya conquistado el don divino de la percepción espiritual por la clarividencia, podrá por sí misma comprobar esta aseveración.

"*Esplendores y Victorias*: Estos purísimos seres, forman la escala inmediata superior a la *Muralla de Diamantes*. Algunas antiquísimas escuelas de Divina Sabiduría les han llamado: "*Los habitantes de la ola*". Tal designación se debe, a que siempre se les ve con los pies como sumergidos en una formidable ola o corriente de energía viva, de cambiantes colores y tonalidades, que avanza hacia el observador con tal potencialidad, que parece avasallarlo e inundarlo todo.

"Y cuando ha llegado hasta él, sólo siente la suavísima caricia de las radiaciones de la formidable ola que lo traspasa y lo penetra sin hacerle daño alguno, antes bien, produciéndole una suavidad divina tan intensa, que hasta le hace perder la noción de su existencia, y se cree a sí mismo, una explosión de luz y de dicha.

"Es a esto, a lo que algunas Escuelas han llamado *Tercer Cielo* o el *Tercer Reino*, y si no es con poderosa ayuda de guías experimentados, la subida a éste esplendoroso lugar les ha costado la vida, pues no han podido entrar en su materia abandonada por más tiempo del que permite la Ley de los organismos físicos.

"Es a los *Esplendores* y *Victorias,* que son principio masculino los primeros, y principio femenino los segundos, que algunos antiguos maestros de Conocimiento Superior les llaman *Esposos Eternos* porque se comprende muy bien, que en la unión espiritual de estas dos gloriosas falanges, se crean todas las formas que sirven luego de prototipo para todas las creaciones en los planos físicos.

"De la formidable ola de Energía Viva en que ellos viven su vida eternamente feliz, crean y forjan cuanto es visible como forma, en los millares de millones de mundos que se conocen desde este planeta, y que no se conocen aún.

"De sus manecitas de rosa y luz, que aparecen siempre en activo movimiento, cual si de impalpables burbujas o sedosas guedejas fueran ellos tejiendo y modelando, surge todo cuanto existe en la vasta creación universal.

"Ora son preciosos parvulitos de nieve y rosa, que parecen surgir de la ola misma en que estas sublimes Inteligencias sumergen sus manos, sus pensamientos y la luz radiante de sus ojos. Ya son deliciosos bouquets de flores de múltiples formas y colores, que coronan y bordan a intervalos

las interminables ondulaciones de la inmensa ola que viene y que va; que se acerca y se aleja, hasta perderse en las lejanías de un horizonte color de ópalo y rosa. Ya son bandadas de pájaros que como recortes de cristales resplandecientes emergen en momentos dados del seno de la ola, que es como el fecundo seno materno que concibe eternamente, lo que le imprimen los sublimes pensamientos de aquellos divinos creadores. Creo que con lo dicho hay para comprender medianamente la capacidad y la vida de estos elevados y puros espíritus.

"Aquí hay que advertir algo más maravilloso aún, que se observa a cada intervalo, en que la inmensa ola antedicha se aleja casi hasta perderse de vista. Entonces el observador descubre algo así como una inmensa bóveda de una transparencia tan nítida y a la vez resplandeciente, que se figura será como el grandioso templo o santuario en que actúan los *moradores de la ola mágica*.

"Apenas piensa uno en dicha bóveda, ya está en ella como suspendido sobre nubes impalpables; y ve que la bóveda resplandeciente, son innumerables velos rizados y sobrepuestos que se estremecen al más ligero soplo, y que ostentan colores de indescriptible belleza. Y aún antes de que la inteligencia interrogue, unas manecitas como hechas de lirios y de rosas apartan graciosamente los velos, y por el resquicio entreabierto el observador contempla una selva luminosa hasta causar deslumbramientos, pero una selva o bosque formado de óvalos de un tamaño mayor que el de un hombre de alta estatura. Estos óvalos son de muy diversas tonalidades, aunque todas suavísimas y que irradian energía y calor, unos con mayor potencia que otros.

"Quienes descorrieron los velos, son los mismos seres de la ola mágica, que son por Ley, guardianes de este magnífico Cielo o Reino.

"Sin saber cómo ni por qué, me siento llevado ante un arco de finas columnas, como de una piedra luminosa y dorada, y me doy cuenta que aquello es una puerta que se abre ante mí. Uno de aquellos óvalos de color rosa, dorado, está al alcance de mi mano y en él comienza a diseñarse una silueta como si fuera yo mismo que me miro en el fondo transparente de un espejo de oro.

"Algo perplejo pienso: Soy yo que llego y yo que salgo a recibirme. ¿Qué es esto, Dios mío..., qué es esto? Y una interna iluminación dice en mi mente: —*Es tu Ego, tu Yo Superior, tu Creador, tu Padre, la chispa divina que a semejanza de Dios, ha creado todas sus existencias terrestres, de igual manera que el artífice esboza en un lienzo todas las figuras que forman el argumento de su cuadro*.

"Y este otro Yo, me demuestra un infinito amor, una tiernísima complacencia, en verdad como la de un padre que vuelve a ver después de largo tiempo a su hijo bien amado.

"—*Eres mi hijo en quien tengo toda mi complacencia*, –entiendo que me dice, al mismo tiempo que me estrecha en sus brazos etéreos y luminosos.

"El intenso abrazo me duerme, me quita el conocimiento, desaparezco en su esencia..., ya no me siento vivir en mí mismo sino en ese otro Yo.

"Lo que pasó no lo sé, pero me desperté inundado de dicha, y sin saber a ciencia cierta si de nuevo estaba en el plano físico terrestre, o aún flotaba en ese otro Reino divino en su belleza indescriptible, adonde había sido llevado por la fuerza del Amor Eterno, y de mi propio anhelo de Divina Sabiduría".

20
EL NIÑO CLARIVIDENTE

La lectura de este pasaje del Maestro Antulio, tuvo la fuerza de sumergir en las profundas quietudes del éxtasis a todos los esenios que la escuchaban, y a Yhasua mismo, que momento a momento se iba despertando a la conciencia propia de esa hora solemne de su vida de Mesías Instructor de humanidades. Y semidesprendido de su pequeña urna material de pocos años, murmuró con una voz apenas perceptible:

— ¡Basta, basta, basta! No resiste más mi débil naturaleza física. Tres días de olvido, de aire puro y de sol ardiente, me darán nueva vida y energía para continuar escuchando.

Y cayó en un sueño profundo, del que despertó al caer la tarde y lo primero que vio fue a Myriam, su dulce madre que hilaba un copo de blanca lana.

Dormido le habían llevado los esenios a su lecho en la alcoba de su madre, recomendándole encarecidamente no despertarle ni producir ruido alguno, hasta que el niño de por sí volviera a su vida habitual.

— ¿Qué habéis hecho con él que duerme de esta manera durante el día en contra de su costumbre?, –preguntaba alarmada la madre viendo a su niño, sumido como en profundo letargo–. ¿Le habéis dado una droga que le ha narcotizado?

— ¡No, mujer, no!, –le contestaba el Servidor–. Nada temáis de nosotros. Son sencillamente los procesos de la curación espiritual que tú misma reclamas para tu hijo. ¿No has deseado acaso que él sea un niño normal como los demás niños de su edad, y que se vea libre de esas profundas melancolías que le absorben a veces, haciéndole buscar el apartamiento y la soledad? ¿No has dicho tú que a veces le encontrabas aletargado sobre el musgo de tu huerto enteramente frío, como si le hubiera abandonado la vida? ¿No es verdad todo esto, Myriam?

— ¡Sí, es verdad!..., completamente verdad –respondió ella.

—Pues entonces, mujer, debes comprender que toda curación exige un proceso, un método, después del cual el enfermo recobra su fuerza vital y sus energías, con todo el dominio de sus facultades. Esto es lo que hacemos con el pequeño Yhasua, esperando de ti toda la colaboración que necesitamos para conseguir el éxito.

— ¿Qué es lo que queréis de mí?, –preguntó anhelante Myriam que volvía de nuevo a la tranquilidad–. ¿Qué debo hacer, pues?

—Tener plena confianza en nosotros, que somos los que sabemos quién es Yhasua, y lo que ha venido a hacer para la humanidad que le recibe sin conocerlo.

Myriam envolvió con una mirada llena de indefinible ternura, la dormida figura de Yhasua tendida en su lecho, cual si quisiera protegerle con aquella mirada.

Y como si su sensibilidad hubiera captado la onda del pensamiento del Servidor, se arrodilló silenciosamente junto al lecho de su hijo, sobre cuyo borde inclinó su frente y exhaló suaves sollozos como susurros de hojas que agita el viento del atardecer.

— ¡Mujer! –díjole el Anciano esenio–, ¿por qué lloras con tan hondo desconsuelo?... ¡Si eres una madre bienaventurada entre todas las madres!...

—Parece que una voz interior me hubiera dicho en este instante, que mi hijo será el varón de dolores que predijo el Profeta, y blanco de todas las contradicciones de los hombres.

— ¿Y si así fuera, mujer? Él necesitaba una madre para bajar a la tierra... ¿Estás acaso pesarosa de haber sido tú la elegida?

— ¡No!..., ¡eso no!..., ¡jamás!... Si su vida ha de ser como un encadenamiento de muertes lentas y terriblemente dolorosas, todas esas muertes quiero sufrirlas yo a su lado durante toda mi vida... Mas, comprended siquiera, que debe serme permitido el desahogo del llanto en este instante, que mi propio corazón me anuncia lo que él debe padecer.

El Anciano profundamente conmovido por tales palabras, apoyó su diestra sobre la inclinada cabeza de Myriam, al mismo tiempo que sus efluvios de paz, de consuelo y de esperanza la envolvían amorosamente.

—Bien sabes, hija mía, –díjole cuando la vio más serena–, que todos los grandes servidores de Dios han sobrellevado vidas de abnegación y de sacrificio hasta la muerte. Las Sagradas Escrituras de nuestra Fraternidad, no relatan una sola vida de placer y de deleite de las grandes almas que nos precedieron en seguimiento del ideal de liberación humana que venimos persiguiendo. Y es Ley Divina, que a las altas cumbres no se llega sino con inauditos y heroicos esfuerzos.

— ¿Y qué empeño hay de escalar altas cimas?... –preguntó la joven madre, siempre buscando una lógica a su amor materno que rechazaba el dolor para el hijo de sus entrañas.

— ¡Myriam!... El amor es más fuerte que el dolor y que la muerte. Si tú ves a tu hijo en lo alto de una cumbre, ¿no harás esfuerzos por reunirte con él? Hay un amor más intenso y avasallador que el amor materno, y es el amor de las almas conscientes hacia el Supremo y Eterno Bien. Y cuando ellas han llegado al conocimiento de Él, no pueden vivir sin estar unidas con Él, tan estrechamente como una gota de agua que arrojas en una fuente, como un ascua encendida que arrojas en una hoguera, como una nota de tu cítara entre el torrente de melodías de nuestros himnos sagrados. Por impulso de este amor, cargan con todos los dolores humanos que buscan remediar, y esa inmensa y turbia marejada les envuelve, les azota, les golpea formidablemente hasta arrancarles la sangre y la vida, después de haber estrujado y exprimido su energía y su vitalidad. Tal ocurre a los Salvadores de humanidades, y a los que cooperan con ellos para el mismo fin. Tu hijo, Myriam, es el Salvador, y eres tú su íntima colaboradora. ¿Has comprendido, hija mía?

—Que se cumpla en mi hijo y en mí, la voluntad del Altísimo, –respondió Myriam, mientras ocupando nuevamente su taburetito de trabajo, continuaba torciendo con sus dedos de rosa, las finas hebras de lana que envolvía en el huso.

Hubo un momento de silencio en que si las palabras callaban, no callaban los pensamientos. Y Myriam dijo de pronto dando forma en palabras a lo que por su mente cruzaba:

— ¿Y es mi hijo el Mesías que Israel esperaba o hemos de esperar otro después de él? Porque está escrito que sería de la familia de David, y su descendencia, ¿acaso se ha perdido ya en la inmensidad de los tiempos que pasaron? Ni Yhosep, ni yo, somos descendientes de David según me parece, pues nunca oí decir que lo éramos por los libros de genealogías.

—Hija mía –díjole el Anciano–; las profecías como todos los cantos sibilinos de los grandes inspirados, no deben leerse con los ojos del cuerpo, sino con la Luz Divina dada por Dios a nuestra alma. Y así, esa profecía se refiere a que nacería el Mesías de la familia espiritual de David, que fue llamado desde el prado, en que pastoreaba corderillos, al trono de Israel. La familia espiritual de David es la Fraternidad Esenia en el plano físico. Y la procedencia venusiana de David que desde Venus vino al frente de una porción de humanidad que le era afín, y llegada la hora precisa, encarnaron al mismo tiempo en Palestina y Siria para preparar los surcos al gran Sembrador del Amor y la Fraternidad entre los hombres.

“Fue un Profeta esenio, quien tuvo revelación de lo alto que debía consagrar a David como Rey de Israel. Fue nuestro Padre y maestro Samuel, lo cual prueba que la ascendencia de David era parte de la Fraternidad Esenia.

“Tú, Myriam, vienes de familia esenia desde hace siglos y has venido entre la porción de almas aliadas de David; Yhosep tu compañero está en igual caso que tú.

“Nuestro Padre, el Profeta Samuel que le ungió Rey, sabía todas estas cosas, que en cuanto al grandioso poema de las almas en relación con los eternos designios, poco será lo que se escape a nuestra mirada, toda vez que hemos consagrado a ello todas nuestras vidas desde hace siglos y siglos.

“Y ahora voy a retirarme, porque tu niño pronto se despertará y no conviene que me vea aquí, para que no se avive en él, demasiado pronto, el recuerdo de lo que ha oído leer en el Santuario. Nada le habléis de nosotros y procurad dar paseos con él por la vecina pradera, donde debe vivir durante tres días la alegre vida de un niño sano y bien equilibrado. Déjale correr, jugar, mojarse en el arroyuelo y trepar a los árboles a buscar nidos. Al comenzar el día cuarto, él mismo volverá su recuerdo a sus viejos maestros esenios. Entonces lo traerás a nosotros para proseguir su curación”.

Y el Anciano, después de contemplar un instante al niño dormido, se volvió al Santuario, con la promesa de Myriam que lo haría tal como le había dicho.

Cuando Yhasua se despertó, casi anochecía, y desde la gran caverna-cocina llegaba una algarabía de risas de niños mezcladas de alegres palmoteos.

— ¿Oyes, madre?, –preguntó el niño extrañado, pues allí sólo estaban de ordinario las ancianas que les hospedaban.

—Sí, hijo mío; son los nietecitos de las ancianas, pues cada luna, suben a ver a sus abuelitas.

— ¡Oh, ventura de Dios!, –exclamó el niño saltando de su lecho–. Yo que tengo unas ganas locas de jugar y correr por los campos, ahora sí que me dejarás, ¿verdad, madre?

—Sí, hijo mío, porque estos niños montañeses conocerán muy bien el sitio en que anidan las gaviotas, los mirlos y las alondras. Conocerán todos los parajes más bellos del Monte Carmelo, y siguiéndolos a ellos no podremos extraviarnos.

—Pero..., ¿vas a venir también tú?

— ¿Y por qué no? ¿Acaso soy tan vieja que no puedo correr por donde corres tú? A más, debemos celebrar la llegada de la caravana mañana al mediodía, y de seguro que nos traerá noticias de tu padre y hermanitos.

— ¡Cierto, cierto! Madre, ¿me dejas ir con los niños, esos que ríen con tan buena gana?

—Vamos junto al hogar que pronto será la hora de la cena.

Y la madre y el hijo fueron a mezclarse entre la alegre algarabía de los chiquilines montañeses, que jugaban a la gallina ciega y a las ranas saltadoras, causando un indecible gozo a las ancianas abuelas que les contemplaban con deleite.

—Faltabas tú, rayo de sol, para que la fiesta fuera completa –dijo una de las ancianas cuyo nombre era Sabá, al mismo tiempo que hacía lugar a Myriam en el estrado frente al fuego.

— ¿Soy yo el rayo de sol? –preguntó ingenuamente Yhasua.

— ¿Y quién ha de ser sino tú? ¡Ven, que hago callar a estos grillos para decirles que tú eres el rayo de sol! –Y tomó a Yhasua de la mano y fue al otro extremo de la inmensa cocina de piedra, donde los niños en revuelto montón se estrujaban unos a otros, en la lucha de las ranas saltadoras por sumergirse primero en el lago. Hay que aclarar, que el lago era para ellos una gran piel de camello extendida para secar, con punzones de madera, y sobre un colchón de heno seco.

— ¡Eh, pilluelos!..., bastante tiempo hicisteis de ranas y renacuajos; sed ahora niños bien educados y mirad el amiguito que os traigo –decíales Sabá, riendo de las piruetas y contorsiones de aquellos diablitos desatados.

Yhasua reía también con ellos, viendo las ridículas poses que pretendían remedar.

Los chicos se pusieron rápidamente de pie y como en línea de batalla, mirando a Yhasua con azorados ojazos.

—Ahora no jugaréis más a las ranas sino a los corderillos, porque este niño hará de vuestro pastorcito. ¿Habéis entendido? Y cuidado que seréis muy obedientes y sumisos porque él es como un pedazo de pan con miel. ¿Habéis entendido?

Nadie respondió.

— ¡Madre Sabá!... –dijo Yhasua–, los niños se ponen tristes porque les interrumpo su juego. ¡Eran tan divertidas esas ranas despatarradas!...

— ¿De modo que también tú, mi lucero, quieres ser un renacuajo saltarín?

—Yo soy niño como ellos. ¿Por qué he de ser yo el amo y ellos han de obedecerme?

—Déjale, madre Sabá –interrumpió Myriam–, que se mezcle en los juegos de los otros niños, que así lo ha mandado el Servidor para fortificar a mi niño que está algo debilitado,

— ¡Ah, bien, bien, que no se hable más! Jugad, pues, a las ranas y a los renacuajos, con tal que no os causéis daño alguno –asintió la anciana.

Y he aquí a Yhasua, Mesías Salvador de la humanidad, mezclado a una decena de chicuelos de las serranías del Monte Carmelo, en confuso enjambre de caritas sonrientes y manecitas tostadas, a la espera de la cena. En las alegres correrías por montañas y valles durante el día a la busca de flores y de nidos, la alegría de Yhasua iba subiendo de tono, dando a su hermoso semblante tonalidades de la energía y la vitalidad.

Dos días permanecieron en la caverna de las abuelas los niños montañeses hasta que la familia se los llevó a sus respectivos hogares.

Yhasua les vio alejarse con pena. Una chiquilina de ocho años sintió en su alma la tristeza del niño y volviéndose junto a él le dijo: —Yhasua, si te quedas más tiempo aquí, vendremos mi hermanito Matheo y yo, a hacerte compañía.

—No sé hasta cuando nos quedaremos aquí, pero si venís pronto me encontraréis. ¡Venid..., me quedo tan solo!

— ¡Matheo!... –gritó la niña al grupo parlanchín que ya emprendía la marcha montaña abajo. Un niño de diez años se apartó del grupo para contestarle:

— ¿Qué hay, Myrina?...

— ¡Yhasua se queda triste porque nos vamos! ¿Qué hacemos?...

—Pues no irnos –contestaba resueltamente Matheo.

—Pero el tío no querrá dejarnos... –alegaba tímidamente la niña a quien habían llamado Myrina, diminutivo de Myriam.

— ¡Probemos!... –y Matheo corrió a la gran cocina de piedra de donde sacó medio a rastras a la abuela Sabá a la cual convenció de que solicitara el permiso para quedar por otros días junto a Yhasua. La anciana que estaba enamorada del Rayo de sol, como llamaba al niño, apenas se enteró de que él así lo quería, consiguió con facilidad el deseado permiso, y Matheo y Myrina quedaron en la caverna de las ancianas esenias del Monte Carmelo por unos días más.

¡Eterna ley de las atracciones y de las afinidades de las almas! Fue uno de los cronistas del Cristo con el nombre de “Matheo el Evangelista”.

Myrina fue algo más tarde, la triste y llorosa viuda aquella que encontró Yhasua siguiendo el cortejo fúnebre de su hijo adolescente, que llevaban a enterrar en un viejo sepulcro de las cercanías.

— ¡Mujer, no llores, que tu hijo no es muerto, sino que él duerme y yo le despertaré!... ¡Eres tú, Myrina!...

Y dando de su propia vitalidad al yacente cuerpo inmóvil por agotamiento de vida, le hacía salir de su féretro, rebosante de energía y de salud. Veía abrazarse el hijo a la madre en medio del estupor de los presentes.

Estas breves alusiones aclaratorias, son como un anticipo de los detallados relatos que haremos cuando más adelante se desarrollen estos

sucesos, y dejamos entonces la explicación razonada, lógica y natural de los fenómenos psíquicos producidos, por el sabio manejo de las fuerzas formidables del Espíritu de Cristo, en relación con las fuerzas de la Naturaleza de que era señor, por la superior evolución intelectual y moral que había conquistado.

Al amanecer del día cuarto del descanso de Yhasua, apenas abrió los ojos dijo a su madre, que con tierna solicitud preparaba sus ropas para levantarse:

— ¿Qué habrán hecho mis maestros en tantos días que no les he visto?

—Hijo mío, la vida de ellos, contigo o sin ti, es siempre la misma: meditación, trabajo y estudio –le contestó Myriam, que ya esperaba estos recuerdos del niño.

—Querría volverles a ver este día. ¿Me llevarás?

— ¿Ya estás cansado de Matheo y Myrina?

—Yo no me canso nunca, madre, de los compañeros buenos; pero ellos iban hoy de madrugada a la aldea con la abuelita Sabá a comprar provisiones y tres asnillos para que paseemos por las praderas. Anoche me contaron en secreto, porque Sabá quiere darnos una sorpresa a ti y a mí...

"¡Pobre abuela Sabá, con su sorpresa frustrada!

Y Yhasua reía alegremente.

— ¿Y por qué frustrada, hijo mío?

—Pues porque la sabemos antes que llegue. Y ahora mismo, cuando vamos al hogar le diré que todo su secreto lo desparramó el viento...

—No, hijo mío, no hagas eso. Déjala con su alegría de sorprendernos con los asnillos. ¡Tienen tan pocas alegrías los ancianos, que todos debemos cuidar como el pan bendito las pocas que la vida les permite!

— ¡Ay, cómo hablas, madre!... ¡Te vas haciendo santa como los esenios!

Y saltando del lecho se abrazó al cuello de su madre que le sonreía amorosamente.

— ¿De modo que quedamos en que nada dirás a la abuela Sabá de que sabemos su secreto?

— ¡Qué duro es que no se me escape, madre!... La cara que pondría la abuela Sabá cuando yo le dijera: ¿me enseñas, abuela, los asnillos que compraste en la aldea?... Enseguida la emprendería a pellizcos con Matheo y Myrina que me lo contaron.

—Pues, sabiendo todo eso, debes callar –decíale Myriam ayudándolo a vestir.

De pronto el niño olvidó sus pensamientos de niño y dijo:

— ¡Yo jugando y riendo, y el Dios de los Profetas esperando mi plegaria para comenzar el nuevo día!

Y se arrodilló sobre el pavimento con las manos cruzadas sobre el pecho y cerrando los ojos, para que el alma se elevara con intensa adoración al Infinito, sus labios comenzaron a murmurar el salmo de la adoración:

— ¡Alabado seas tú, Señor, porque eres justo, santo y bueno, y tu misericordia es eterna y tu poder no tiene fin!...

La vibración intensísima de la plegaria de aquel Cristo-niño, estremeció de júbilo las fibras más sutiles del alma de Myriam su madre, que tomando su cítara empezó a acompañarle suavemente, arrancando de sus cuerdas la mística melodía de los Salmos. Y la plegaria continuaba:

—Escucha, ¡oh!, Jehová, mis palabras y considera la meditación mía.

"Atiende a mi clamor porque desde el amanecer me presento a Ti y en Ti esperaré.

"¡Oh, Jehová, Señor y Dios mío!... Cuán grande es tu Nombre en toda la Tierra que has puesto tu gloria sobre todos los cielos.

"¡A ti, oh, Jehová, levanto mi alma, no te apartes de mí porque no sea yo confundido con los que descienden a las sombras!

"Bendito seas Tú que oyes mi voz. ¡Eres mi fortaleza y mi escudo, y en Ti espera mi corazón!

"¡Salva, Señor, a tu pueblo y bendice tu heredad!"

Y el santo niño doblando su cuerpecito tocó el pavimento con su frente y Myriam oyó que decía:

— ¡Tierra, esposa mía..., aquí estoy de nuevo para fecundarte otra vez con mi sangre!

— ¡Otra vez comienza el delirio! –pensó la pobre madre al escuchar la tremenda frase sin sentido para ella, que acababa de pronunciar su hijo.

—Vamos, hijo mío, que ya las abuelas nos esperan con las castañas asadas y la leche calentita –díjole en alta voz para interrumpir lo que ella llamaba delirio, y que no eran sino relámpagos de claridad divina que iluminaban a intervalos el alma del Mesías-niño.

El niño la miró con dolor, como si esas palabras le hubiesen herido profundamente.

—Vamos –contestó muy bajito–, y después me llevarás al Santuario o si no gustas molestarte, iré yo solo.

—Nunca me molesta estar contigo, hijo mío –respondió la madre–. Yo misma te llevaré.

Tomó el niño el desayuno en silencio, cual si hubiese olvidado completamente la ironía con que pensaba tratar de inmediato el secreto de los asnillos de la abuela Sabá.

Instruidas las abuelas al igual que Myriam sobre la educación espiritual que se daba al niño, no trataron de hacerle cambiar con ruidosas conversaciones de cosas materiales y efímeras.

— ¿Así que hoy tienes trabajo con los Maestros, Yhasua? –díjole una de las ancianas.

—Sí. Ya descansé tres días que se me pasaron volando. Fui pajarillo libre en la montaña; ahora vuelvo a la jaula.

— ¿Hasta cuándo? –preguntó tímidamente Myrina, que al igual que Matheo había guardado silencio a indicación de las ancianas.

La vocecita de la niña conmovió a Yhasua, y sonriendo ligeramente le contestó:

—A la caída del sol volveré con vosotros y os contaré hermosos cuentos que parecen sueños.

—Tú serás, sin duda, un doctor de la Ley y por eso te hacen estudiar tanto –arguyó Matheo, al parecer no muy conforme de que su amiguito pasara todo el día en el santuario.

—Soy tan pequeño, que no puedo saber lo que seré; sólo sé que necesito ir con mis maestros porque para eso he venido aquí. ¿Me llevas, madre?

—Bien, hijito, vamos. –Y sin decir una palabra más siguió a Myriam a través de la galería cubierta que conducía al Santuario.

—Pero, abuelita Sabá –recordó Matheo apenas ellos salieron–. Y la sorpresa de los asnillos, ¿para cuándo queda?

—Para esta tarde, hijo, para esta tarde.

— ¿Y por qué no ahora? Yo que puse tanto esmero en enjaezar el asnillo de Yhasua, me quedo plantado con mi trabajo.

—Ten un poco de paciencia, que ese niño no es como tú, sino un profeta como Elías y como Samuel, que ha venido para las grandes promesas de Jehová a los hombres de esta tierra.

— ¡Ay, pobre Yhasua!, –exclamó Matheo muy de corazón–. Casi todos los profetas murieron de mala manera y vivieron de raíces y de bellotas. Y con todos los sufrimientos de los profetas, sigue habiendo ladrones y asesinos; y los soldados del César apaleando a los hebreos, y los esbirros del rey recogiendo todo el oro para los festines de su amo...

— ¡Calla tú, rapaz, que no sabes lo que dices! Ve a traer leña, y tú, Myrina, ponme harina en la batea, que vamos a hacer el pan.

Con esto terminó la protesta de Matheo. Tú y yo, lector, sigamos a Yhasua que se encaminaba con su madre a la puerta del Santuario esenio.

A mitad del camino les esperaba uno de los Ancianos.

—Aquí os lo traigo –dijo Myriam–. Ha descansado muy bien y ya veis cómo ha mejorado su aspecto. Hoy, apenas se despertó, pidió venir con vosotros y aquí le tenéis.

—Muy bien. Yhasua, te quedas con nosotros hasta la hora nona que yo mismo te llevaré hacia tu madre.

—Ya lo oyes, madre, a la hora nona estaré contigo. –Y besándola tiernamente se perdió con el Anciano en la obscuridad de la galería de piedra.

— ¡Dios mío!... –murmuró la madre entristecida–. Yo sé que mi hijo es más tuyo que mío. ¡Dame fuerzas para entregártelo cuando Tú me lo pidas! –Y enjugándose una lágrima furtiva que dejó correr por su rostro, volvió a su alcoba, donde el huso y la rueca esperaban sus ágiles manos para convertir en finas hebras de lana, el blanco vellón que dormía en la cesta de juncos.

Cuando el Anciano y el niño aparecieron en la puerta de la sala de las asambleas, los esenios comenzaron a cantar las primeras palabras del salmo evocador:

— ¡Oh! Jehová, esperanza mía, tú serás mi escudo y fortaleza, castillo de mi refugio y resplandor de mis caminos...

—Continuaremos siguiendo al Maestro Antulio en su ascensión a los cielos, que el Altísimo permitió visitar en recompensa a sus sacrificios, y para enseñanza de la humanidad. Hermano lector, podéis comenzar.

—El cronista, discípulo de Hilkar de Talpakén, testigo ocular de los hechos referentes al maestro Antulio, continúa su narración de la siguiente manera:

"El infatigable explorador celeste se tomó varios días de descanso a fin de reparar sus energías desgastadas, y a la espera de nueva indicación de sus guías espirituales.

"Tuvo aviso de que sería Okmaya quien le acompañase en la próxima exploración sideral, en razón de pertenecer a la poderosa y fuerte Legión denominada *Rayos*, y que iban a visitar los Reinos habitados por esa Legión, y su similar en la Justicia y el Poder, llamada *Potenciales*.

"Potenciales y Rayos, son la quinta y sexta jerarquías de Inteligencias purificadas, y cuya misión en la creación universal, es ejercer la justicia ordenada por la Eterna Ley, y usar de su poder de destrucción, aniquilamiento y disgregación, cuando es llegada la hora para los mundos y las humanidades que deben pasar a otra etapa de evolución.

"Los globos siderales, al igual que las humanidades que los habitan, marchan incesantemente a su progreso infinito.

"Estas gloriosas Legiones de Justicia y Poder, residen en los soles centrales de cada Sistema Planetario, cuya irradiación, fuerza y energía, están en relación con las poderosas Inteligencias que los habitan.

"Fui conducido con mi Guía a la esfera astral de nuestro Sol, y a un sistema de Soles triples: rojo, azul y amarillo, bastante cercano, dentro de las enormes distancias, a nuestro Sistema Solar.

"En aquel sistema de tres soles, y en nuestro Sol, podía ver parte de las grandes Legiones que se me permitía conocer.

“Les vi vestidos de turquí y oro tan vivo y resplandeciente, como si sus túnicas cortas y amplias fueran tejidas de hilos de fuego de dichos colores, amarillo y azul. Llevan como los “Murallas de Diamantes”, alas que son antenas, y que semejan dos llamas de fuego, que a intervalos tienen reflejos de púrpura vivo.

“De los dedos de sus manos salen rayos luminosos, de la forma de estilete muy alargado; y rodea su frente como una diadema formada de iguales rayos que los de sus manos. Comprendí que mi Guía Okmaya decía con su pensamiento:

—En esos rayos de la frente y de las manos reside toda su fuerza.

“A poco de estar absorbido por esta contemplación, percibí un pensamiento que penetraba como una flecha sin herida y sin dolor, pero que no podía yo precisar de dónde venía. Comprendí que era una orden que venía de más arriba y que traducida a palabras podía interpretarse así: *“Desintegrar globos apagados”*.

Fue una vibración de relámpago, una explosión sin ruido pero que tuvo la virtud y el poder de reunir en un instante, a tantos de estos elevados seres, como siete multiplicado por siete, o sea cuarenta y nueve. Entonces, presencié un espectáculo sideral tan estupendo, en su formidable grandeza, que no se me olvidará jamás.

“Por la inmensidad de un espacio azulado blanquecino, se precipitaban con mucha más velocidad que un pedrusco arrojado por una honda, cinco globos de diferente tamaño, cuya negra masa se percibía claramente en aquel espacio gris claro.

“Y yo pensé: Si esas enormes masas que no siguen ya órbita ninguna, ni obedecen a la ley de cohesión, y que se desprendieron de quién sabe qué Sistema, chocan con otros de los innumerables globos habitados del espacio infinito..., ¡qué destrucción de seres, qué dolor, qué llanto, qué muerte debe producirse en esos gigantescos cataclismos cósmicos!

“Vi que los cuarenta y nueve seres se abrieron en semicírculo, como esperando el acercamiento de aquellos monstruos negros que corrían como enloquecidos y con velocidades de vértigo.

“Extendieron todos sus manos llenas de rayos hacia ellos, y las negras masas errantes se iban acercando unas a otras casi hasta tocarse. Y cuando ya parecía inminente el choque de ellos con las Inteligencias ultrapoderosas que les esperaban, se resquebrajaron como bolas de tierra que desmenuza el pie de un niño, y una obscura polvareda cubrió por completo aquel espacio gris azulado, por donde los monstruos habían corrido, quién sabe desde cuánto tiempo.

“Yo creí que me enloquecería el ruido formidable de aquella espantosa destrucción, pero con gran asombro mío, no percibí sonido alguno, y sólo me vi, por no sé cuánto tiempo, como envuelto en aquel abismo de negrura que había esparcido en torno mío.

“Luego percibí una armonía de potentes resonancias, como cantos de júbilo y de gloria, y vi a los cuarenta y nueve seres, con sus manos de rayos tendidas hacia abajo, y la frente coronada de rayos levantada casi horizontal hacia arriba, mientras aquel formidable concierto salía de sus labios como una plegaria hacia el Eterno Principio de Vida.

“Comprendí que aquel estupendo cantar decía así, en sus frases que parecían toques de un badajo de diamantes en una enorme campana de bronce:

“Es Amor la Vida y la Muerte que emanan de Ti”.

“Es Amor la burbuja que nace y se convierte en estrella, y la roca inerte que se disgrega como polvo en el abismo insondable.

“Es Amor el átomo errante que surge a la vida, y el átomo vivo que escapa de la muerte.

“Polvareda de átomos liberados por la destrucción de cinco globos muertos, corred por los espacios infinitos y reuníos nuevamente bajo la mirada de Dios, para formar un nuevo Sistema de mundos donde su Eterna Voluntad lo mande”.

“La vibrante resonancia se fue apagando lentamente como tragada por la inmensidad, y un profundo silencio pleno de suavidad me envolvió por completo.

“—¿Has comprendido? –me preguntó mi Guía, cuando vuelto en mí del estupor sufrido, tuve clara noción de que yo era un espectador del lejano plano físico, donde mi cuerpo inerte, dormía en profundo sueño.

“—Sí, he comprendido –le contesté–. La destrucción no es aniquilamiento sino renovación. Globo que se destruye y muere, nacerá quién sabe en qué lugar de la vastísima inmensidad, y acaso después de innumerables períodos seculares.

“Tal muere el hombre y renace. Las estrellas y las almas se parecen en todos los aspectos de sus vidas eternas.

“—Bien lo has dicho. Tu visión de esta noche basta para que comprendas que aun, la más tremenda justicia, es sólo un aspecto del Amor Eterno. Y basta asimismo, para que conozcas las actividades en que ocupan su eternidad, las Legiones de Justicia y Poder a que yo pertenezco.

“Y ahora te acompaño a regresar a la esfera astral de tu planeta, habitación temporaria, para que animes de nuevo tu materia que pronto se verá alumbrada por la luz del amanecer. Y nos encontramos tú y yo cuando tan sólo había comenzado la noche.

“Sólo un momento lo pensamos, y ya estábamos tocando la esfera astral de la Tierra. Aunque Okmaya se había prevenido con vestiduras fluídicas apropiadas para estar en mi compañía, no pudo entrar a los círculos más densos de esta esfera astral, y me dejó con los primeros

Cirios de la Piedad, que encontramos entregados a la tarea de hacer pasar una multitud de almas de los planos densos donde aún viven los deseos materiales, a la diáfana sutilidad de las moradas donde el alma sólo anhela el conocimiento divino.

"Me desperté de pronto y lo primero que me apareció fue mi madre, que había acudido a mis clamores de espanto. Algunos de mis discípulos habían intentado acompañarme en mi viaje sideral, pero mi guía los había dejado entre los *Cirios de la Piedad* donde los encontré a mi regreso, útilmente ocupados en aliviar desde ese elevado lugar tantos dolores humanos.

"Pocos días después, me fue anunciada por la escritura recibida por mi discípulo Hilkar, que antes de proseguir las exploraciones espirituales, recibiría la visita de los compañeros que, al igual que yo, habitaban el séptimo Cielo, llamado "*Cielo de los Amadores*"; para prepararme a subir desde este pesado plano físico cuya materia revisto, a aquellos sutilísimos planos donde la materia, si la hay, es sólo como un soplo suavísimo, como una vibración, como una armonía.

"En mi penoso destierro, sería visitado por mis Hermanos, los *Amadores*, que llenos de infinita piedad para conmigo, vendrían sin duda a reconfortarme en mi abatimiento, en mis hondas tristezas de cautivo en la grosera vida terrestre.

"Mi alma esposa estaba encarnada en Venus, en misión redentora como yo en la tierra; y ella, en estado de sueño, serviría de introductora de los amantes compañeros, que por breves instantes volarían hacia mí.

"— ¿Cómo he de prepararme para tan excelsas visitas? –pregunté yo a uno de nuestros guías familiares.

"—Amando y orando –fue la contestación.

"Invité, a mis cinco discípulos íntimos, a que nos entregásemos durante siete días a gran silencio y recogimiento, sin perjuicio de las ocupaciones de orden material a que ellos y yo deberíamos atender, para nuestro sostenimiento y el de nuestra Escuela.

"Dedicaríamos tres tiempos a la meditación de las grandezas divinas, o sea, al amanecer, al mediodía y al anochecer. Y redoblaríamos nuestras obras de piedad y misericordia, con los afligidos que se cruzaran en nuestro camino. Ningún dolor debía quedar sin ser consolado, ningún mal sin remediar.

"Y en las horas de confidencia espiritual, daríamos lectura a los comentarios que yo tenía hechos sobre mis compañeros de Cielo, o sea aquellos Amadores que iban a visitarme en mi destierro terrestre. Estos comentarios estaban basados en los símbolos de cada uno de ellos, o sea el significado oculto y profundo de los nombres que en el Reino de Dios se les daba. Mis visitas serían:

Venus (Odina)..... Soy un beso del Eterno Amor.
Alpha..... Bálsamo de Piedad.
Vhega..... Luz que da vida.
Kapella..... Vibración de Dios.
Hehalep..... Amor compasivo.
Orfeo..... Canta el amor en mí.
Urania..... Sondeo el Infinito.
Beth..... El que une corazones.
Régulo..... Como perfume me quemo al fuego.
Jhuno..... Soy el canto de Paz.
Sekania..... Amor piadoso.
Yhapeth..... Vaso lleno de rocío.

"La lectura de estos comentarios nos unificaría más y más con los elevados visitantes que debíamos tener dentro de breves días, o sea, cuando las corrientes atmosféricas, etéreas y espirituales, ofrecieran las oportunidades que facilitaran el grandioso acontecimiento.

"Para amarse, es necesario conocerse. Del conocimiento nace el amor o el desamor. Y tratándose de seres de una elevada perfección, el conocimiento que de ellos se tuviera, debía necesariamente dar como resultado el amor intenso hacia ellos.

"Cuando estuvimos compenetrados de lo que aquellas doce Inteligencias eran en sus capacidades de amor, y en la perfección de su belleza, de lo que habían realizado en los globos y humanidades que prohijaban, esperamos con esa apacible serenidad que goza el espíritu entregado por completo a la Voluntad Divina.

"Al quinto día de nuestra preparación, las vibraciones de amor eran ya muy intensas. Al sexto día, nuestra oración era sólo de lágrimas, pues la emoción era tan íntima y profunda, que hacía correr silencioso llanto por nuestro rostro, inclinado sobre el pecho, en concentrado recogimiento.

"Y el día séptimo nos fue forzoso pasarlo quietos en nuestros sillones de juncos, pues ya no era posible ni la palabra ni el movimiento. Éramos todos, un arpa viva que vibraba en una cadencia sin ruido, pero que tenía al alma absorta en una indefinible dicha. Éramos, en verdad, participantes del cielo dulcísimo de los Amadores. (*Para mejor inteligencia de los lectores diré que dicha legión está formada por los purísimos seres que las Iglesias han llamado Serafines, de los cuales se hacen mención que visitaron a dos extáticos: Teresa de Jesús y Francisco de Asís).

"Y en medio de este desbordamiento de gozo espiritual, imposible de definir ni de comprender para quien no lo ha sentido, se hizo para

nosotros una claridad mental tan excelente, que comenzamos a percibir el acercamiento de nuestros visitantes del cielo de los Amadores.

"En primer término nos apareció nuestro modestísimo recinto como convertido en una selva de árboles, cuyas ramas, hojas y floración eran de los colores del Arco Iris, y estos árboles esplendorosos eran musicales, como si cada uno de ellos fuera un arpa, donde cada hojilla luminosa era una cuerda que vibraba en suavísimas melodías, sin que mano alguna las tocara. Y nos fue dado comprender que esas suavísimas vibraciones y resonancias, eran como la prolongación de las ininterrumpidas ondas de amor divino, que irradiaban hasta largas distancias los espíritus Amadores.

"Y en medio de esa selva de luz, de armonías y colores que no se conocen en la tierra, ni se pueden definir con nuestro pobrísimo lenguaje, vimos destacarse doce formas semejantes a las humanas en sus aspectos exteriores, bien que dotadas de una belleza tal, que cuanto se diga resultaría pálido comparado con la realidad.

"Compararlos con esculturas de mármol o de alabastro, resulta demasiado grosero, aunque se les suponga una extremada perfección de líneas.

"Aquellas imágenes eran formas incorpóreas y como hechas de una diáfana luz rosada viva, que difundía en derredor una dulzura infinita. Y nos sonreían. Y se acercaban, y era como el acercarse de las notas divinas de un cantar que llegaba de lejos.

"Nuestro pensamiento deslumbrado y absorto les preguntó:

"— ¿Quiénes sois?

"*—Manifestaciones del Amor Divino.*

"— ¿Qué hacéis?

"*—Derramar el Amor Divino sobre todas las esferas.*

"— ¿Qué buscáis en este grosero plano terrestre?

"*—Llenarlo de Amor Divino, para que sea en él posible tu vida física, ¡Oh, Amador, desterrado voluntario de nuestro Cielo de Amor! ¡Mirad!*

"Y al pensar ellos esas frases sin sonido material, desfiló por un tiempo que no puedo decir si fue largo o corto, algo así como un lienzo gigantesco que se desenvolviera ante nosotros, sin poder precisar cómo ni porqué.

"Eran esbozos vivos y reales de diversos parajes de este globo, ciudades y pueblos que estaban en luchas feroces por viles intereses materiales, y que en ese preciso momento arrojaban las armas fratricidas, y los jefes guerreros se estrechaban las manos o se abrazaban cordialmente.

"Jefes piratas desembarcando en aldeas, con intención de robar niños y doncellas para sus delictuosos comercios de carne humana viva, y que, de pronto, sentían sus entrañas removidas por la compasión ante

el llanto de las madres y de los parvulillos arrancados de sus brazos. Y llevarse en vez de seres humanos: aves, bestias y frutos; en cuya adquisición encontraban mayores ventajas.

"— ¿Quiénes sois? –volvía a preguntar nuestro pensamiento estático–. ¿Quiénes sois que obráis tales transformaciones?

"—Somos el canto del Amor Divino, que llega a esta tierra a través de nosotros, y aleja momentáneamente el odio y el egoísmo; para que tú, Amador desterrado voluntario, puedas continuar tu misión de Salvador de esta humanidad.

"— ¿Y por mí hacéis tantas maravillas?...

"—En este instante lo hacemos por ti. En la eternidad de nuestra vida gloriosa de Amor, lo hacemos constantemente en todas las Esferas donde aún predomina el egoísmo. Y lo hacemos por todos los Salvadores de humanidades, que necesariamente, y por Ley Eterna, son Hermanos de nuestra Legión, pues escrito está en los cielos de todos los Orbes, que "Sólo por el Amor serán salvadas las almas".

"Como un dardo de fuego que no lastima ni quema, te desprendiste de nuestro Cielo de Amor, y otros contigo, hacia mundos que al igual que éste, estaban al borde de merecer el decreto divino de la destrucción. Arpas Vivas del Amor Misericordioso, nuestra Legión de Amadores debía interponerse entre la espada de la Eterna Justicia y los mundos delincuentes, para salvar lo que aún pudiera ser salvado. Y desgarró de su seno jirones de Sí Mismo, que dejó caer como lábaros de Paz y de Misericordia, que cargando sobre sí mismos todas las iniquidades y todas las aberraciones, se hicieran mártires voluntarios por la salvación de los miserables.

"Y en aquel momento percibí o sentí, que uno de aquellos seres que parecían recortes de celajes de la aurora, se me acercaba íntimamente hasta colocarme una mano en la nuca y otra en el plexo solar, mientras comprendí que decía a sus compañeros con el pensamiento, único lenguaje usado entre ellos:

"—Ahora tendrá fuerza para verlo todo.

"Y apenas pronunciadas tales palabras, vi rodar en el obscuro vacío, veintitrés esferas de dimensiones mayores, iguales o menores que este planeta, y en ellos, encarnados como yo, mis veintitrés compañeros en misión salvadora de aquellas humanidades. Vi los tormentos y género de muerte en que ofrendarían sus vidas a la Eterna Justicia, por la salvación de sus Hermanos delincuentes. Los unos decapitados, otros quemados, otros precipitados desde altas montañas, otros entre las fauces de las fieras, y algunos envenenados. Entre estos últimos me vi yo, sentado en una banqueta de piedra bebiendo la droga mortífera, mientras sollozaban junto a mí: mi madre y mis discípulos más íntimos.

“El ser piadoso que me confortaba era Odina, mi alma compañera, que inclinándose sobre mi materia helada, me decía con su voz sin ruido: *¡Amado mío!... Yo dejaré la materia entre las ardientes llamas de la hoguera y unos años antes que tú, y estaré a tu lado cuando bebas el elixir de la libertad.*

“Sé que perdí el conocimiento y desperté en mi canapé de junco, junto al cual, mi madre terrestre trataba de devolverme el calor y la vida, acercando a mi cuerpo aterido, recipientes de cobre llenos de agua caliente”.

—Hay aquí una nota aclaratoria –señaló el esenio lector– y esta nota dice así:

“Este y otros relatos de los transportes del Maestro Antulio, no aparecen en los originales de Hilkar de Talpakén, porque fueron tomados por la madre del gran filósofo, testigo ocular íntimo de esos momentos. Y las pocas variantes que en ellos se observan, son debidas a que fueron grabados por relatores diferentes.

—Por hoy basta –añadió el Servidor, contemplando a Yhasua, que muy quietecito a su lado permanecía con sus párpados caídos–.

“¿Duermes, Yhasua? –le preguntó dulcemente.

—No duermo sino que pienso –respondió el niño.

— ¿Y qué es lo que piensas?

—Pienso en cuál es el motivo, para que sólo la Legión de los Amadores se crea obligada a sacrificarse por la salvación de las humanidades que han salido de su Ley.

— ¿Eso piensas?...

—Sí, eso pienso.

— ¿Estás pesaroso de pertenecer tú a esa Legión?

—No, porque he comprendido que la Ley es como es, y no como quisiéramos hacerla.

“Si yo estoy entre los Amadores, alguna razón habrá para ello, ya que en las alturas no se permiten los caprichos de aquí abajo.

“Yo bien sé que todos vosotros pensáis que ese Antulio de los papiros, soy yo que viví antes esa vida. ¿Por qué es necesario el sacrificio de los Amadores para salvar las humanidades? Esa es mi pregunta.

—Muy bien, Yhasua; con ella demuestras que has comprendido el relato leído, y probaré de explicarte lo que yo comprendo y cómo interpretamos los esenios la Ley Divina en ese punto.

“La Solidaridad Universal, es una de las inmutables leyes del Universo, y esta solidaridad se manifiesta más perfectamente cuanto más purificados y perfectos son los seres.

“La Legión de los Amadores llegados ya a una gran evolución, son habitantes de lo que llamamos el Séptimo Cielo, en cuyos dos planos

más inferiores de los siete que tiene cada cielo, viven las Inteligencias que aún pueden tomar materia en los mundos atrasados que protegen. Antulio estaba en el primer plano de esos dos, y por tanto aún podía encarnar en el plano físico terrestre. Cuando los Setenta de esa oleada de evolución, crearon por mandato superior esta nebulosa, entre ellos quedó el encargo supremo de todos esos globos y de las humanidades que habían de habitarlas. Y como entre esos Setenta guías de humanidades, había Inteligencias pertenecientes a todas las jerarquías de los mundos superiores, necesariamente debía existir entre todos ellos la gran solidaridad, que les es indispensable para conducir humanidades y mundos hacia la meta final, o sea, que los Espíritus de Poder y Justicia, se harían cargo de la depuración mediante las expiaciones colectivas dirigidas y encauzadas por ellos; y que los Espíritus de la Legión de los Amadores, mensajeros y transmisores del Eterno Amor Misericordioso, harían contrapeso en la Justicia Eterna de la Ley, bajando hacia las humanidades delincuentes, con legiones de espíritus Amadores de inferior categoría para que los secundasen en su inmenso y heroico sacrificio.

"Por eso, Yhasua, estamos los esenios en esta Tierra al mismo tiempo que tú. Y estuvieron con Anfión y con Antulio: los Profetas Blancos, de los que surgieron los Dakthylos de la Ática prehistórica; y con Abel los Kobdas de la época prefaraónica; y los Flámenes de la India con Krishna y Buda; y los Koptos del Sinaí con Moisés.

"La Eterna Ley de las causas y de los efectos es estrictamente severa. A tal cantidad de egoísmo y refinamiento de maldad, capaces por sí solos de acabar con una humanidad, debe oponerse igual cantidad de amor desinteresado y de heroicas abnegaciones, si se quiere mantener el justo equilibrio, en que solamente pueden conservarse y desenvolverse las creaciones de mundos y de humanidades.

"¿Comprendes, Yhasua, la razón por qué de la Legión de Amadores salen los Salvadores de humanidades delincuentes?"

— ¡Sí... lo comprendo!..., ¡y otras muchas cosas también comprendo!...

Y cuando el niño pronunciaba tales palabras, los clarividentes vieron que flotaban sobre él, como oleadas radiantes, innumerables espíritus de luz y de amor, formando un cielo de claridades tan diáfanas, que permitía leer los pensamientos de que ellos poblaban la mente del Verbo Eterno hecho niño.

— ¿Podemos conocer, Yhasua, que son esas muchas cosas que comprendes? –interrogó dulcemente el Servidor, para dar al niño la confianza de vaciar plenamente sus pensamientos.

—Comprendo que las almas pertenecientes a la Legión de los Amadores, desde que llegan a la comprensión del bien y del mal, comienzan a ensayarse a ser redentores y salvadores de almas –contestó el niño.

— ¿Y en qué forma comprendes tú que hacen dichos ensayos?

—Primeramente comprendo que se despierta en esas Inteligencias, una gran piedad y misericordia por los miserables, y bajo el influjo de esa piedad obran en todo momento. Comprendo que esa piedad los pone frente a frente de los egoístas, de los ambiciosos, de los soberbios y prepotentes; y comprendo que los espíritus pertenecientes a la Legión de Amadores, comienzan vidas de grandes padecimientos mucho antes de llegar a la purificación. Son los que más sufren en los mundos atrasados, porque no pueden tomar por sí mismos las medidas severas de represión, que son las que contienen a las multitudes desenfrenadas en su crudo egoísmo. Y comprendo asimismo, que los Amadores sean de la categoría que sean, cuando cumplen con sus misiones de salvar almas, son como un punto de atracción de los espíritus Guardianes que las cobijan, y les inspiran las más bellas obras de redención humana.

— ¡Cuántas cosas grandes comprendes, niño bendito de Dios!, –exclamó el Servidor, dando forma a su admiración, que era común a todos los presentes, aunque los demás callaban.

—Pero ahora –dijo de pronto el niño–, no comprendo ya nada más, y no sé decir nada más.

Y los clarividentes veían en verdad, que las radiantes Inteligencias que le formaron ese cielo de claridad mental, habían desaparecido, y Yhasua se encontraba sumergido en las sombras de la inconsciencia infantil.

—Y ahora –añadió el niño–, ¿no es verdad que me dejaréis ir a jugar con Matheo y Myrina, que me están esperando? Tenemos en vista tres nidos con pichones de mirlo y dos de alondras, que si nos descuidamos se nos volarán de un momento a otro.

—Sí, hijito, sí, eres niño y tienes derecho a responder a los anhelos de tu edad, no obstante la gran misión que te ha traído a esta tierra. Pero antes tomarás del vino de tus viejos maestros.

Y le llevaron al comedor donde tomó con todos ellos, vino con miel y castañas asadas.

Y Yhasua vuelto a la realidad del momento presente, les refería con mucha gracia la sorpresa de la madre Sabá con los asnillos lujosamente enjaezados que los escondían en un hueco de la montaña, y que él los había espiado oculto tras de una mata de terebintos, donde tenía visto un nido de alondras. Y él reía lleno de dicha, contagiando su ruidosa alegría a los Ancianos, que se creían de verdad otra vez niños al lado de aquella deliciosa criatura, cuya sola presencia entre ellos era como un anticipado cielo de amor y de luz.

Una hora después y acompañado de Matheo y Myrina, seguidos de cerca por su amante madre, Yhasua, Salvador de la humanidad terrestre, se paseaba por los valles florecientes del Carmelo, caballero en un

asnillo blanco con sobrepuestos y mandiles azules, y entre una alegría de risas y gritos con que los otros niños le celebraban desde su asno color ceniza.

Mientras tanto Myriam, su madre, suspiraba en un desahogo feliz de su alma atormentada por la incertidumbre:

— ¡Oh!, hijo querido... ¡Cuánto más feliz soy viéndote jugar alegre y dichoso en tu infancia, que bajo las perspectivas de una grandeza que me espanta!...

Y apretando a su pecho una casaquilla de lana que tejía para él, le seguía con la mirada sumergida en un éxtasis de tiernísima devoción.

21
PLUS ULTRA...

— ¿Por qué dejaste el lecho tan temprano, amor mío? –preguntaba Myriam a su hijo, en momentos que él se acercaba despacito al estrado de su madre para espiar si ella dormía.

— ¡Oh, madre!..., hoy es un día de mucho trabajo –contestaba el niño con gran seriedad.

— ¿Qué trabajo es ese?..., ¿irás a picar todas las piedras de la montaña?

— ¡Oh, no!, tanto como eso no; pero sabes, madre, que hoy tenemos que preparar tres jaulas de mimbre para los pichones de mirlo que hemos traído anoche. ¿Sabes cómo abren los piquitos pidiendo de comer? ¡Son nueve, madre!, Matheo y Myrina no pueden bastarse ellos solos y tengo que ayudarles yo.

— ¡Oh, qué tarea, hijo mío!... Pero no veo la necesidad de que dejes el lecho cuando aún no se fue del todo la noche.

—Pero..., ¿has olvidado, madre, que apenas estemos a mitad de la mañana debo ir al Santuario para la enseñanza?

— ¡Ah!... ¡Cierto! ¡Pobrecillo mío!... ¡No sabes si ser niño o ser hombre! –E incorporándose en el lecho, tomó las manecitas de su hijo y las cubrió de besos. Las juntó después entre las suyas y dijo–:

“Oremos juntos, hijo mío, para que Jehová ilumine nuestros pensamientos, y que nuestras palabras y nuestras obras sean dignas de Él.

“Alabado sea Jehová, dueño y señor de cuanto existe, y que su diestra poderosa se extienda sobre nosotros...” –Y la suave oración de la madre y del hijo, fue deshojándose del alma como un bouquet de rosas blancas, que las brisas del amanecer llevaban suavemente, sembrando de dulces pétalos de amor y de fe las faldas verdeantes de las colinas carmelitanas.

Y cumplida su tarea para con sus pichones de mirlos y de alondras, el Cristo-niño tornó al Santuario, donde le esperaban sus Maestros esenios.

A mitad del camino les salió al encuentro según costumbre uno de los solitarios, y la madre, entregado ya su hijo, tornó a sus labores domésticas.

—Hermano Johachin –dijo el niño antes de entrar–, esperadme aquí un momento. –Y se apartó unos pasos en un recodo del camino. El esenio silencioso le observaba.

Vio que el niño se sentó en un saliente de las rocas, cerró los ojos y juntó las manecitas sobre el pecho. El esenio se concentró también para comprender y sentir lo que al niño le pasaba en su mundo interno. Y como casi todos ellos habían desarrollado la clarividencia, percibió en el aura mental de Yhasua, una lucha entre el Yo inferior y el Yo superior. En ese horizonte mental turbulento aparecía Matheo y Myrina, disgustados porque unos nidos que ellos espiaban cuidadosamente habían sido destrozados por aves de rapiña y devorados los pichoncitos. Y ambos pensaban que si Yhasua no se hubiera retardado tanto en el Santuario el día anterior, no hubiera ocurrido aquella desgracia, pues los pajarillos hubieran estado en las jaulas.

—Esos viejos –decía Matheo–, quieren a toda fuerza hacer de Yhasua un profeta cuando sólo tiene diez años. Cuando ellos tenían esa edad, de seguro no estarían quemándose las pestañas sobre los Libros Sagrados. Para estar viendo esto, me marcho a casa.

Myrina entristecida, callaba y lloraba, teniendo entre las manos los nidillos vacíos y deshechos.

Todos estos pensamientos envolvían la mente de Yhasua de tal manera, que el pobrecillo luchaba para aquietarse antes de entrar al Santuario; y aún vio el esenio, el pensamiento del niño de volver corriendo hacia donde estaban sus compañeros de juego. Entonces, el esenio interpuso un fuertísimo pensamiento de disolución de aquellas penosas brumas que lo atormentaban, y vio cómo se fueron borrando en su horizonte mental que iba tornándose tranquilo y sereno.

—Entremos –dijo de pronto el niño acercándose a él, y tomándose de su mano.

—Si no tienes voluntad de entrar, Yhasua, quédate y otro día vendrás.

—No tenía voluntad, pero ahora la tengo. Ya se me pasó todo –y entraron.

Estaban esperándole con los papiros desenrollados, y después de la plegaria de práctica el esenio lector comenzó así:

—Continúa el relato del Maestro Antulio:

“Mi Guía me había hecho comprender que me faltaba por investigar el Séptimo Cielo, más allá de lo cual sólo puede llegar una Inteligencia encarnada rodeándose de circunstancias y elementos muy especiales.

“—La Eterna Ley que te abre en esta hora sus más ocultas magnificencias, dará cuanto sea necesario para que veas y comprendas lo que ella quiere que sepas.

“Esto decía mi guía, para darme el ánimo necesario a la continuación de mis exploraciones, que a veces se hacían demasiado intensas para mi pobre y débil materia física.

“Y luego de la conveniente preparación, los Guías nos unieron a mi alma gemela y a mí, para que en conjunto hiciéramos aquella magnífica exploración. Encarnada ella en Venus, como yo en la Tierra, realizábamos misiones idénticas; y nos era necesario, sin duda, conocer nuestra Morada Celestial para tener la fuerza necesaria al gran holocausto que se acercaba. Sólo le faltaban a ella veinte lunas para dejar entre tormentos su materia; y a mí, treinta y dos.

“Cuando fui sacado de la esfera astral de la Tierra, la encontré a ella con su Guía que me esperaba. Llegué yo con el mío, y los cuatro nos lanzamos a la inmensidad. ¡Inmensidad!..., el alma se pierde en aquel vasto piélago azulado brillante, que va cortando en línea recta, por en medio, a las esferas astrales de millares de globos de mayor o menor evolución, por lo cual, va percibiendo sensaciones diferentes de infinita dicha o de angustiosa tristeza. Por fin, aquel inmenso piélago azul, se fue tornando sonrosado y sutilísimo, y nuestros Guías nos detuvieron ante una bruma de rosa y oro, tan viva, que casi causaba deslumbramiento.

“—Son las redes que los Amadores tienen tendidas en todas direcciones para captar las ondas de amor o de angustia de las humanidades, que a cada uno le pertenecen –dijeron mentalmente los Guías, contestando a nuestros interrogantes también mentales–.

“—Son los pescadores de amor y de dolor en el seno del insondable Infinito. Y ahora vais a ver de qué maravillosa manera lo cumplen en su eternidad.

“Y no bien fueron pensadas tales ideas, que nos lanzamos los cuatro en línea recta a través de aquella suavísima bruma de rosa y oro. Nos había parecido sólida y compacta, como formada de cuarzo abrillantado, de amatistas y topacios, y no obstante la atravesábamos sin dificultad alguna.

“Nuestros Guías que en esta exploración fueron Orfeo y Kapella, Hermanos de evolución, se colocaron hacia un lado y otro, dejando a Odina y a mí en el centro.

“Nuestra condición de encarnados les obliga a usar para nosotros muchas precauciones, a fin de que ninguna emoción demasiada intensa perjudicara nuestra materia física.

"No pude precisar el tiempo que tardamos atravesando aquel inmenso mar de efluvios de amor intenso, de fe vivísima, y de una dulce y firme esperanza, que me llené de valor, de energía y de fuerza para contemplar frente a frente la infinita grandeza del Atmán Supremo, del Alma Universal. Me desconocía yo mismo.

"Llegué a pensar que no era yo, sino que el Atmán Supremo me había absorbido por completo y era Él, quien vivía en mí.

"Mi guía percibió mi pensamiento, pues me contestó con el suyo, al momento:

"—A medida que avanzamos a estas sublimes y felices regiones, se siente más la sensación del Infinito en nosotros, que acabamos por olvidarnos y perdernos en Él, en forma tal, que sentimos hasta la impresión de haber sido absorbidos completamente por la Divinidad. No os asustéis pues, si llegáis a percibir claramente que habéis desaparecido y que no existís más.

"Y llegamos al primer portal, que era como un gran arco luminoso de un suave color turquesa, cuya intensidad deslumbraba. Estaba todo como bordado de inmensos lotos en alto relieve, y lo expreso así, por acercarme cuanto puedo a la imagen más exacta de lo que percibí.

"—Toda esta belleza –pensaron nuestros Guías– *es el original de las bellezas que contempláis en vuestros planos físicos, aunque naturalmente muy deficientes allí.*

"Aquí, toda esta magnífica belleza son sólo vibraciones de amor, que han tomado la forma que sus creadores han querido darles.

"Probad a tocar un loto de esos que os parecen de alabastro incrustado en el arco de turquesa, y veréis como es verdad lo que decimos.

"Mi alma gemela y yo extendimos nuestras manos para palpar aquellos pétalos que eran impalpables, y una corriente tan intensa de amor nos invadió a entrambos, que comenzó el llanto a correr de nuestros ojos, y el alma a sumergirse en una intensidad que nos aniquilaba en un supremo gozo, imposible de describir.

"—Retirad las manos –pensaron los Guías–, *para que no perdáis el conocimiento en este infinito piélago de amor, antes de que hayáis comprendido todo lo que la Eterna Ley permite comprender.* Nosotros obedecimos, aunque era un sutilísimo deleite el dejarnos absorber por aquella divina suavidad.

"El gran arco de turquesas, se abrió por el centro, y nos encontramos ante una asamblea de seres radiantes que tenían todos ellos, sostenidas por sus propias manos, una especie de bocinas pequeñas, al parecer de un cristal dorado. Las tenían aplicadas sobre el plexo solar, y por la otra extremidad salía una infinidad de rayos sutilísimos, como hilos de

fuego que vibraban vertiginosamente, y a intervalos, según que aquella Inteligencia les imprimiera mayor fuerza e intensidad.

"Aparecían aquellos gloriosos espíritus, como sentados sobre un gran estrado circular con altos respaldos como doseles, pero tan transparentes, que a través de ellos se podían ver otros estrados circulares, con otros seres igualmente ocupados con las bocinas aquellas.

"Y nuestros Guías pensaron en respuestas a nuestros interrogantes:

"—Esas que os parecen bocinas, son receptores y transmisores. Por allí perciben con admirable nitidez el dolor y el amor que les llega de los planetas que prohíjan, y cuya evolución les está encomendada, y por allí mismo irradian hacia ellos su amor infinito y su infinita piedad.

"Y por voluntad de nuestros Guías, fuimos viendo desfilar en el espacio infinito uno por uno, los globos que aquellos espíritus protegían desde la altura de su Cielo de Amor: Eran todos habitados por humanidades de parecida evolución a esta Tierra. Algunas un poco más atrasadas; otras algo más adelantadas. En algunos globos era aún espantosa la lucha del ser inteligente con los elementos de la naturaleza, y con las grandes bestias de parecidas especies a las de nuestra Tierra.

"En otros globos los seres inteligentes luchaban contra las duras condiciones climáticas, que aparecían tales como son en las regiones polares: nieves eternas, y escasa luz por las grandes distancias de los soles centrales de cada sistema. En cambio vimos los planetas que viven y se mueven dentro de la órbita del sol central, abrasados como en llamas vivas y con sus volcanes ardientes, de cuyas erupciones huían los seres como enloquecidos.

"Pudimos observar que algunas humanidades absorbían más que otras los dulces e intensos rayos de amor, de esperanza y de fe, que irradiaban hacia ellos sus Mesías respectivos, y algunas, semiembrutecidas aún por su escasa evolución, apenas si los percibían como un viento fresco que templaba el fuego implacable de los climas ardientes.

"—Mirad ese globo de aura verdosa –pensó uno de nuestros Guías–, *y que está bajo la dependencia de Hehalep, como podéis ver siguiendo la dirección de los rayos de amor de ese Mesías. Observad las altas montañas de ese globo, coronadas por penachos de humo ardiente, presagio de formidables erupciones. Corred la vista a los pies de esos montes, y mirad cómo duermen tranquilas esas ciudades, pueblos, aldeas, con sus campiñas cubiertas de rebaños. Tres lunas iluminan ese paisaje nocturno, que dentro de unos momentos será horriblemente alterado por la erupción de cien volcanes, que abrirá en profundas grietas la cordillera, y las aguas del mar al cual servían de escollera se precipitarán sobre pueblos, ciudades y rebaños.*

"Observad esa parte del globo y no perdáis de vista al Mesías Hehalep, el segundo del estrado comenzando por la derecha.

"De pronto el paisaje se cubrió de llamas, humo y cenizas, y al siniestro resplandor de aquellas rojas llamaradas las gentes abandonaban sus viviendas en una desesperación sin límites. Hehalep se estremecía en un suave temblor, entornaba sus ojos radiantes para dar más intensidad a la amorosa fuerza que emanaba de sí mismo, y que semejaba un raudal enorme, como un torrente de oro y luz hacia los Cirios de la Piedad, que en la esfera astral del globo azotado por el cataclismo, se multiplicaban para adormecer la desesperada angustia de los que perdían la vida entre el espanto y el terror.

—"¿Y no se fatigan nunca de irradiar tanto y tanto amor? –pregunté yo con mi pensamiento.

"— ¿Te fatigas tú de amar a tu madre y de prodigarle toda suerte de ternezas y de cariño?

—"No, jamás, porque la amo mucho.

—"Mucho más, amamos los Amadores desde nuestro Cielo de amor y de luz, por toda la eternidad.

"—Habéis visto los del primer Portal; y este Cielo, como todos, tiene siete moradas de diferente grado de elevación. Los dos primeros Portales, permiten aún la encarnación en los planos físicos. Los otros ya no lo permiten, porque las Inteligencias han llegado a tan alto poder vibratorio, que no hay materia física que pueda resistirles.

"En seguida se nos presentó otro gran arco color marfil igual que el anterior, con la sola diferencia a primera vista, que en vez de los lotos blancos como en alto relieve, ostentaban grandes rosas bermejas de un púrpura vivo, como si sus pétalos fueran de rojo cristal. Aquellas rosas se estremecían ligeramente, como si un céfiro suavísimo las agitara. Nunca olvidaré esas divinas rosas rojas, cada una de las cuales parecía un corazón humano estremecido de amor. Y esta vez ni Odina ni yo necesitamos que nos dijeran "tocadlas" porque ambos pusimos en una de ellas nuestros labios en un beso tan hondo, como un abismo que no se podría medir. Aquellas rosas bermejas nos habían fascinado a los dos.

"—Por este arco entraréis –nos dijeron nuestros Guías–, *cuando abandonéis la materia que revestís al presente.*

"— ¿Por qué no ahora? –interrogué yo con vehemencia.

"—Porque aún no habéis terminado vuestra misión redentora actual, que marca el tiempo medio de las ocho encarnaciones mesiánicas preparatorias de la liberación final. Cuatro habéis pasado en el primer portal y cuatro pasaréis en el segundo, de donde bajaréis a la materia por última vez, donde el triunfo final y decisivo os hará superar la materia física, de la cual os despediréis para no tomarla jamás.

"— ¡Cuatro encarnaciones realizaremos desde el portal de las rosas bermejas!... –Exclamó mi alma compañera.

"— ¿Y después?... –interrogué yo.

"—Después moraréis en los otros cinco portales Superiores del cielo de los Amadores, según que os queráis dedicar a la Sabiduría o al Amor. Los que se dedican al estudio, investigan hasta lo profundo todas las más secretas y sublimes Leyes del Cosmos, y ensayan los medios de aplicarlas a nuevas creaciones. Y los que se dedican al Amor, forman Legiones de Cirios de la Piedad, escogidos entre los espíritus amadores de inferiores categorías, y los derraman bajo su tutela como bandadas de palomas blancas, mensajeras de paz y de amor por todos los mundos del vasto Universo. No pudiendo ellos bajar a los planos físicos del dolor, impulsan y dirigen a sus afines, a través de los cuales siguen consolando, animando y amando a los pequeños sufrientes de los mundos expiatorios.

"—Me desposaré con la Sabiduría por un tiempo, pero mi eternidad será toda consagrada al amor, –exclamé con vehemencia.

"Y me abracé delirante al portal de las rosas bermejas donde lloré intensamente.

"Odina me apartó de aquel delirio diciéndome con gran dulzura:

"—Yo lo haré como tú por toda la eternidad.

"Orfeo y Kapella, pensaron fuertemente en que yo reaccionara de aquella impresión, y acto seguido nos vimos ante una columnata semicircular que parecía construida de transparente ámbar, y que era como todo allí, puramente de materia astral sutilísima. Aquella columnata aparecía toda orlada de suaves trepadoras, cuya espléndida floración eran campánulas de un blanco tan resplandeciente como la nieve cuando recibe la luz del sol. Vibraban como los lotos blancos y las rosas bermejas de los dos primeros portales, pero esta vibración era armónica y exhalaba una dulcísima melodía. No eran notas musicales, ni arpegios, ni acordes como los que oímos arrancar de instrumentos de viento o de cuerda. Eran sonidos delicadísimos y continuados, como voces humanas que suben o bajan de tono sin poder precisar dónde comienzan y dónde terminan. Tampoco eran palabras, y hubo momento en que llegué a pensar que ruiseñores ocultos en las trepadoras eran los que exhalaban aquellas suavísimas melodías.

"Nuestros Guías percibieron este pensamiento, y mentalmente me contestaron:

"—No son voces humanas ni voces de pájaros. Son solamente vibraciones de amor de estas blancas campánulas, que son receptáculos y transmisores del Eterno Amor, allí dispuestas perennemente y sin interrupción, para que de allí se alimenten los Amadores que se encuentran

encarnados en planos físicos, cuando el desamor y la incomprensión de las criaturas les colme de decepciones y desaliento.

" ¡Cuántas veces habéis bebido de estos blancos cálices de amor y no los reconocéis!

"Os asombra el fuerte lazo solidario que hay entre todas las puras Inteligencias que pueblan estos Cielos. Ni el más leve pensamiento de angustia de un Mesías encarnado pasa desapercibido para estas flores vivas de Amor Eterno. Y si las plantas y las flores de vuestros planos físicos tienen cierta inteligencia dentro de sus formas de muda expresión, ¿qué no será esta divina floración del Eterno Amor, que eterna y constantemente son rebosadas de los pensamientos de amor de estas gloriosas Inteligencias?"

"La columnata de ámbar, estaba cerrada al interior por un velo rosado vivo, con tenues hilos de oro que irradiaban ininterrumpidas chispas de luz dorada. El pensamiento de nuestros Guías descorrió parte de ese velo, lo bastante para que nosotros contempláramos lo que detrás de él había.

"Un radiante cortejo de seres que parecían lámparas formadas de estrellas, observaban por una especie de ojiva recortada sobre un fondo turquí. Comprendí que aquella observación era como la de un inteligente operador, que sosteniendo en sus manos los hilos eléctricos de una complicada maquinaria, va viendo atentamente la forma y modo cómo obran sus propios procedimientos.

"— ¿Quiénes son? –preguntamos.

"—Son éstos los Querubes o Desposados de la Divina Sabiduría, que ensayan nuevas creaciones en los vacíos del Espacio Infinito. Genios sublimes del Amor, buscan la forma de establecer una posible solidaridad entre las humanidades de globos cercanos, mediante la interposición de astros en las órbitas de los compañeros de sistema, de tal manera, que en épocas determinadas y lo más frecuente posible, se encuentren a distancia adecuada para comunicaciones, tal como se realiza de un continente a otro. Ya comprenderéis que para realizar esto, deben estudiar la forma de conseguir la homogeneidad de éter y de atmósfera de los globos solidarios. Mirad.

"Y nuestros Guías descorrieron otros pliegues del amplio velo rosa vivo que cerraba la columnata, y por otra ojiva cercana a la que servía de observación a los Querubes, contemplamos mi compañera y yo, este insólito espectáculo sideral:

"En el fondo obscuro de un abismo azul turquí, revoloteaban como grandes pájaros blancos en lucha, una agrupación de pequeñas esferas que rodaban vertiginosamente, acercándose más y más unas a otras, mientras como anillos luminosos, sus inmensas órbitas iban colocándose, interpuestas unas entre otras en un enlazamiento tan magnífico, que

parecía a la gran distancia en que las veíamos, como una red de hilos de oro en cuyo centro hubieran bordado en alto relieve los diez globos de aquel Sistema naciente.

"—Pero en esos mundos –dije yo–, van a hablarse las humanidades de una a otra como desde balcones vecinos.

"—Eso lo creemos a primera vista, porque aquellas esferas parecen tocarse; mas en la realidad no es así. Podrán entenderse de unos a otros, puesto que tal es lo que esos Genios del Amor buscan; pero sólo será por medio de la onda sonora transmitida a través del éter y de la atmósfera.

"Para esto será necesario que todos esos globos estén envueltos en una sola aura conjunta, y a conseguir tan estupendos resultados dedican ellos su gloriosa eternidad.

"— ¿Cuánto tiempo tardarán para dejar terminada y perfecta esta creación?, –interrogamos.

"—Bien sabéis –contestaron los Guías–, *que el tiempo no se mide aquí como en los planos físicos, y que para estos Cielos que son globos de una materia completamente sutilizada y donde el pensamiento corre al igual que la luz, las edades pasan con velocidades que producen vértigo. Pero medido el tiempo según vuestras moradas planetarias actuales, vosotros habréis superado ya la materia, o sea que estaréis liberados para siempre de encarnaciones, cuando esta nueva Creación entre en perfecto funcionamiento. Y acaso desde estas mismas ojivas cooperaréis vosotros a la conclusión de tan magnífica obra de solidaridad y de amor.*

"Al igual que esta creación que habéis visto, se hacen muchas en todos los ámbitos del Universo, a donde los Querubes, Genios creadores del Amor Eterno que es eterna solidaridad, hacen llegar la fuerza irresistible de sus pensamientos.

"Si la Eterna Ley os revela sus grandes secretos, es para que vayáis sembrando la Divina Sabiduría en las Inteligencias más adelantadas de vuestros respectivos planetas. Tal hacemos con todos los Mesías encarnados en misiones de redención como vosotros.

"—Decidme –interrogó mi compañera–, ¿podrán los seres de un globo de esta nueva creación trasladarse a otro?

"—Los espíritus desprendidos por la hipnosis, sí; pero los cuerpos físicos lo podrán cuando Inteligencias avanzadas encarnen en ellos, y mediante grandes esfuerzos mentales, descubran y forjen ellas mismas los vehículos adecuados para atravesar la atmósfera intermedia de un globo a otro en estas nuevas creaciones.

"Estos genios del Amor y solidaridad universal, obtienen densidad igual de éter y de atmósfera, para su creación de globos solidarios y

cercanos, y así desaparece la imposibilidad de que se trasladen cuerpos orgánicos de un globo a otro".

"Nos hicieron comprender que nuestra visita había terminado, y ambos Guías nos dieron el mandato mental de recordar perfectamente en vigilia todo cuanto habíamos visto para enseñanza de nuestras humanidades, y con la promesa de que ellos repararían cualquier falla involuntaria de nuestra memoria.

"Desperté al plano físico en el canapé de junco, cuando el sol estaba a mitad de su carrera, por lo cual comprendí que mi sueño había durado toda la noche y la mitad de la mañana.

"Mi madre y mis discípulos íntimos rodeaban mi lecho, pero yo no pude coordinar mis pensamientos hasta muy entrada la tarde, debido a que una sensación de frío intenso me producía un ligero temblor en todo el cuerpo, y más aún en la cabeza y las extremidades. Mis pies y mis manos estaban insensibles.

"La reacción tardó más esta vez que otras, pero cuando se produjo, fue acompañada de tan poderosa energía y vitalidad que al penetrar al siguiente día a nuestra hospedería de enfermos y ancianos decrépitos, se obró en todos ellos una reacción colectiva no bien iba yo pasando por las salas como siempre, con la idea de derramar en ellos mi fuerza vital. Con toda verdad pudimos calificar de curación colectiva instantánea, a la reacción obtenida aquel día, si bien no perduró mucho tiempo en los más viejitos cuyos organismos estaban en el límite de la disolución de la materia orgánica. Sobre todo en los atacados de úlceras cancerosas y afecciones pulmonares y cardíacas, la metamorfosis fue completa.

"Los purísimos efluvios del Cielo de los Amadores, habían descendido a la tierra por intermedio de un insignificante mortal sujeto a las penosas leyes de la naturaleza física, comunes a todos los hombres de este planeta".

El esenio lector enrolló el viejo papiro amarillento, y todas las miradas se volvieron a Yhasua, que semirecostado en el estrado miraba hacia la techumbre con marcada insistencia.

— ¿Has comprendido, Yhasua, la lectura de este día? –interrogó el Servidor.

—Sí, he comprendido muy bien y pienso que Antulio debió verse en grandes aprietos con tantos conocimientos y sin tener a quien contarle cuanto sabía.

—Pues a toda la humanidad, hijo mío.

—A mí me arrancaron los cabellos y me arrojaron piedras los compañeros de la escuela, porque les dije un día que no matasen los pajarillos que eran criaturas de Dios.

"¿Qué harían a Antulio si les decía que por sacrificarse, los Amadores llegan a esos cielos de luz?

“¡Loco, loco, loco!, le gritarían, arrojándole piedras hasta despedazarlo”. –El niño dio un gran suspiro y entornó los ojos como si quisiera aislarse en su mundo interior.

Los esenios se miraron unos a otros ante una respuesta semejante, que nunca hubieran esperado de un niño de diez años.

—Es verdad, hijo mío, que la humanidad está llena de egoísmos y de maldades, que le producen esa tiniebla mental que llamamos ignorancia e inconsciencia, pero no podemos negar que hay en medio de ella almas que brillan con luz propia y que son los heraldos avanzados de la evolución.

“Si tú, por ejemplo, te encontrases en las condiciones de Antulio y rodeado de seres como estos esenios que aquí ves, consagrados durante toda su vida a la Divina Sabiduría y al amor a sus semejantes, ¿no pensarías que no perdías el tiempo en adquirir conocimientos superiores para transmitírselos a ellos?”

La gran irradiación de amor con que el Servidor formuló esta pregunta, estremeció la sensibilidad del niño que se levantó bruscamente, y abrazándose al cuello del Anciano le decía con voz temblorosa de emoción:

—Perdonadme, Servidor, soy un niño muy malo que en vez de docilidad para escuchar, trae aquí juicios duros y amargos. No sé como dije esas malas palabras.

Los esenios comprendieron que Yhasua había vivido la personalidad de Antulio cuando las pronunciaba, pues, según algunas crónicas de aquella lejana época, el gran filósofo atlante se había quejado amargamente de que la Ley Eterna le revelara tantas grandezas, que por la incomprensión humana debían morir entre unos pocos y oscuros discípulos.

—Óyeme, Yhasua: has hecho muy bien en pronunciar tales palabras que estaban en tu mundo interno, y justamente para eso vienes con estos viejos amigos, para que tu Yo íntimo se desahogue acá entre nosotros, y cuando salgas al mundo exterior, seas un adolescente, un joven o un hombre normal que habla conforme al auditorio que tiene, y no conforme a lo que vive y se agita en su mundo interior... ¿Comprendes?

“Y cuando no tengas cerca de ti, esenios que puedan comprenderte, y sientas que tu mundo interior quiere desbordarse al exterior, apártate unos momentos a la soledad, y evoca a tus aliados invisibles que acudirán de inmediato para que tu débil materia física no estalle en esas explosiones de grandeza Divina.

“Y salido de aquí, vuelve a ser niño otra vez al lado de tu madre, que sólo años más tarde comprenderá ella los secretos divinos”.

— ¿Con eso queréis decirme que ya es la hora de tornar a casa?, –preguntó casi con tristeza el niño.

—Sí, hijito –le contestó el Servidor.

—Creí que ibais a descubrirme el secreto del Padre Celestial.

— ¿Qué secreto es ese?

—Pues que voy siendo hombre, y aún no sé, cómo es el Padre Celestial del cual tanto he oído hablar. ¿Conoció Antulio al Padre Celestial?

— ¡Sí que le conoció y tanto!

"En las lecturas de los días próximos, irás comprendiendo todo cuanto Antulio comprendió del Padre Celestial".

—Con esa esperanza, me voy contento. –Y el dulce niño de Myriam besó a sus maestros que tanto le amaban, y tornó a la alcoba donde ya le esperaba la comida del medio día.

22
LA VISIÓN DEL PADRE CELESTIAL

Cuando tornó el esenio que acompañó al niño hasta la gruta de las abuelas, el Servidor indicó la conveniencia de examinar detenidamente los pasajes que debían leerse en presencia de él para en adelante.

Y aquellos grandes armarios labrados en las rocas vivas, entregaban los secretos guardados desde largos siglos por aquellos ignorados solitarios, que no vivían sino para estudiarlos y conservarlos.

El armario que habían abierto, quitando un tablón de cedro que aparecía como parte del ensamble que cubría toda la sala, tenía en lo alto y grabado en las más usuales lenguas de ese tiempo:

Antulio de Manh-Ethel

El armario constaba de varios compartimentos, encima de cada uno de los cuales se veían grabados indicadores como estos:

"Copia de los originales del testigo ocular: Hilkar de Talpakén.

"Copia de los originales de la madre del gran Maestro: Walkiria de Cerro de Oro.

"Copia de los originales de Huas-Karan de Theos-Kandia, Notario Mayor de los Profetas Blancos, maestros del gran Maestro.

"Copias de originales aislados provenientes de otros discípulos del Maestro".

Había pues, cuatro porciones de escrituras referentes al gran filósofo atlante.

Tratándose de que los esenios procuraban desarrollar, hasta el mayor grado posible, los grandes poderes psíquicos que estaban latentes en el alma de Yhasua, debían necesariamente escoger en el vastísimo campo de las escrituras antulianas, lo que más pudiera despertar en el Mesías-niño, esas facultades latentes.

A través de aquellas innumerables escrituras, se observaba claramente el grado de adelanto de sus autores. Los unos habían sido testigos de la vida del filósofo en relación con la porción de humanidad que le había rodeado, o sea en el plano físico en que él actuó como médico, como maestro de las ciencias de su tiempo, como filántropo consagrado al bien de sus semejantes. Historia puramente material, eran una serie de relatos de su vida llena de grandeza.

Los otros, aunque apreciaban en su justo valor la vida del gran hombre en su aspecto material y humano, habían tomado con marcada preferencia la parte esotérica, los poderes supraterrestres que por su larga evolución tenía conquistados; y de ahí la necesidad en que se encontraban los esenios, de una deliberación para escoger lo mejor de aquel vasto campo en su doble aspecto: físico y metafísico. El interrogante que hiciera el niño Yhasua, últimamente, y con el apremio que lo hizo sobre cómo es el Padre Celestial, hacíales comprender que en momentos determinados, aquel gran espíritu llegado a la cumbre, se destacaba ya de la nebulosa infantil, por lo cual debían hallarse preparados para darle los conocimientos adecuados.

Eligieron continuar la narración de las investigaciones espirituales, que el gran Maestro había realizado con la cooperación de sus Guías.

El papiro en que se relataba la visión de los planos sutilísimos, morada de las Antorchas Eternas y de los Fuegos Magnos, era lo que correspondía leer; lo cual daría lugar, además, a que el niño-Luz vislumbrara cómo era esa Divinidad, que él llamaba Padre Celestial.

Y así, cuando él fue de nuevo traído al Santuario, el esenio lector comenzó esta lectura:

—"Una noche, mis discípulos tuvieron la idea de realizar nuestra concentración en la terraza de nuestro Santuario, que aparecía casi cubierta de trepadoras florecidas de blancos racimos perfumados, mientras el infinito azul se nos mostraba bordado profusamente de estrellas.

"Mi Guía Aelohin me dijo por medio de la hipnosis de Hilkar, el más adelantado de mis discípulos, que había llegado la hora de realizar el más arduo trabajo espiritual para un ser revestido de materia física.

"—Los cielos que has visitado –me decía–, *están constituidos de una forma de materia que aunque sutilísima y radiante en alto grado, tiene cierta densidad que hacía fácil el traspaso desde tus campos habituales de acción. Mas, ahora necesitarás otros vehículos para llegar a las alturas en que toda materia ha desaparecido ya, quedando sólo la poderosa vibración de pensamientos que no son más que Energía, Luz y Amor, y que son de tal intensidad que el alma encarnada se siente invadida completamente por la sensación de anonadamiento. Y esto es lo que debemos evitar si es que pretendemos que conserves la memoria*

de lo que has visto y sentido, toda vez que el fruto de tus conquistas no es para ti solo, sino para la humanidad que anhele llegar a la Divina Sabiduría.

"—Haz como lo quieras –le contesté yo–, que a mí sólo me corresponde obedecer.

"—Durante tres días te alimentarás nada más de: pan, miel y jugo de naranjas; y harás dos inmersiones diarias en la piscina de agua vitalizada por ti mismo. Cuida de que no te llegue en esos días ninguna noticia desagradable, ni emoción alguna que pueda cambiar la vibración de tu espíritu.

"Yo vendré a buscarte en la salida de la esfera astral de este planeta, y en un sitio determinado nos encontraremos con uno de nuestros hermanos: Delphis, cuya evolución lo lleva directamente a formar antes que nosotros en esa gloriosa hueste de las Antorchas Eternas. Él te formará, con sus vibraciones propias, el vehículo sutil radiante que necesitas para comprender y para recordar, sin que sufra el lazo fluídico que te une a la materia física terrestre.

"Que tu madre y discípulos sigan iguales indicaciones durante los tres días de preparación, para que formen el aura conjunta que coopere con nosotros a la mejor realización de este delicado trabajo espiritual".

"Todo se hizo conforme a la indicación de Aelohin; y la noche tercera esperamos en completo silencio y completa oscuridad, tendidos como siempre en nuestros canapés de juncos, y con la atmósfera tibia de varios pebeteros encendidos y que exhalaban esencias.

"Mi Guía me condujo hasta el sitio en que nos esperaba Delphis, cuyo símbolo "Resplandor de la Idea Eterna", revela por sí, lo que ese genio divino de la Luz y del Amor tenía conquistado.

"Comprendí que estábamos a la entrada de la esfera astral de un globo, cuya materia constitutiva era más sutil, que lo más sutil y delicado de nuestro éter terrestre. Era el sol central de un Sistema, cuyas materias densas se habían disgregado hacía inmensas edades, quedando sólo la parte fluídica, tal como cuando el espíritu abandona la materia que se disgrega en polvo y continúa su eterna vida sutilizando cada vez más sus vestiduras o vehículos, que le permitirán la entrada en los cielos más puros y luminosos. Esto me rememoró el viejo pensamiento: "Las estrellas y las almas se semejan".

"Entre los Hermanos de mi evolución, o sea entre los Setenta, Delphis figura entre los más avanzados; que aunque hicimos en alianza los caminos eternos, siempre se da el caso de que algunos dan los pasos más largos. Desde que yo estoy encarnado en el planeta, sólo una vez habíamos tenido contacto espiritual, por razón de sus propias actividades, muy lejanas del plano en que yo desenvuelvo las mías.

"—*Por hoy* –me dijo con intenso amor–, *estrechamos nuevamente nuestra antigua amistad.*

"—Mas, ¡en qué situaciones diferentes!, –exclamé yo, aludiendo a que él estaba en su magnífica libertad de espíritu de Luz, y yo atado a una materia tan grosera.

"—*Ya verás* –me contestó–, *como en los eternos laboratorios del Infinito, el Amor tiene el secreto de hacernos a todos iguales.*

"Y nada más al decirlo, extendió sus manos radiantes como dos llamas doradas sobre mí, al mismo tiempo que sus ojos de un azulado vivo, de una dulzura infinita, atraían a los míos, y ambos nos mirábamos como si quisiéramos refundirnos el uno en el otro... Jamás sentí tan intensa ola de amor como en aquellos momentos.

"Observé que mi ser astral se iba convirtiendo también en llama viva y que todos mis recuerdos terrestres se iban borrando lentamente hasta el punto de olvidarlos por completo, como si fuera yo un ser libre enteramente de todas las ligaduras a mi materia.

"La dicha que me embargó en tales instantes, no es posible definirla con este torpe y mezquino lenguaje.

"Delphis, Aelohin y yo, éramos como tres inmensas llamas vivas que nos lanzábamos al espacio infinito al cual surcábamos con una velocidad fantástica.

"— ¿Nos percibirán de los mundos cerca de los cuales pasamos?, –pregunté yo, pensando en que aquellos que nos vieran, creerían estar ante el hecho insólito de tres cometas atravesando juntos los abismos de la inmensidad.

"—*Todo este Universo* –me contestó Delphis–, *está formado por globos y sus moradores, desmaterializados, son Inteligencias avanzadas que saben que no somos cometas como tú piensas, y además casos como éste no son una excepción, sino el cumplimiento de una ley que hoy se cumple en ti, como se ha cumplido en todos los que están en iguales condiciones que tú.*

"Perdí la noción del tiempo, y no sé decir si fue larga la travesía. Lo que sí sé decir, es que sentía una sensación de energía y de poder tan grandes, que me creía capaz de correr con esa misma velocidad días y años.

"Observé también que cruzando entre millares de mundos completamente sutiles y desmaterializados, no se perciben esas sensaciones penosas que se sienten al cruzar las esferas astrales de globos atrasados y con humanidades en sufrimiento.

"Una diafanidad tan suave, una corriente de simpatía y de amor tan puros que yo sentía en mi ser, como si cada vibración fuera un beso intenso que dejaba cada átomo, en cada uno de los átomos de que estaba formado yo mismo.

"¡Todo amor, puro amor, son aquellos cielos inefables!

"Y como en oleadas periódicas y regulares, pude percibir resonancias suavísimas como de música divina que se acercaba hasta envolvernos en sus melodías, y volvía a alejarse para volver nuevamente.

"— ¿Por qué se va y por qué vuelve nuevamente?, –pregunté a mi Guía–

"—No se va –me contestaron–, *sino que es el ritmo potente y soberano de la Eterna Energía que circula vertiginosamente por todos los mundos del Universo, de igual manera que la sangre en un cuerpo físico en que el movimiento mismo la renueva y vivifica constantemente. Son las palpitaciones infinitas del Eterno Infinito a cuyo Corazón vamos llegando, y es por eso que aquí se percibe tan fuertemente este incesante vaivén, de igual manera que en un organismo físico, en las proximidades del corazón, órgano del sistema circulatorio, se perciben más intensas las palpitaciones y es lo último que cesa de moverse cuando la vida física se extingue.*

"—Entonces –dije yo–, es bien verdadero el viejo decir: "Como es abajo es arriba".

"—Todo es Uno en lo infinito, y esa Unidad Suprema se percibe y se comprende más claramente en estos mundos avanzados donde ya no existe el mal, bajo ningún aspecto, porque esto es el Reino del Amor y el Amor es el Bien Eterno.

"Nos detuvimos de pronto en nuestro gigantesco vuelo sideral, hasta que una intensa claridad dorada diseñó un enorme disco que se fue ensanchando poco a poco. Comprendí que aquel disco desempeñaba el papel de una lente poderosísima que acercaba las imágenes y las cosas que se miraban a través de ella.

"El disco me permitía ver una porción de Llamas Vivas, que siendo al parecer fuego, su vista no sólo no quema ni hace daño, sino que irradian tal sensación de plenitud, de energía y de amor, que el observador se siente próximo al anonadamiento. Yo creía ser sólo una vibración de aquel fuego, y todo yo me parecía estar en aquellas radiaciones de sol que me penetraban por completo, hasta hacerme pensar en que habíame diluido en aquella soberana claridad.

"Uno de aquellos seres superiores me miró fijamente con tan infinita dulzura, que perdí toda idea de mi individualidad y me sentí también como una luz que vibraba dentro de aquella otra luz.

"—Esa Antorcha gobierna el Universo al cual pertenece tu Sistema Solar –dijo Delphis–, *y por eso sientes esa irresistible atracción. Uno de esos rayos que parten de su plexo solar está vivificando incesantemente a todos los globos de tu Sistema. No puedes contar los rayos luminosos que parten de él y cada rayo está ligado a un Sistema planetario que le pertenece.*

"Para esa sublime Inteligencia, tú eres como un ave mensajera que le trae la prueba de que sus efluvios de Amor y de Vida son recibidos y absorbidos en el pequeño globo que es tu morada actual".

"Mi pensamiento no pudo responder nada, porque estaba como diluido en aquella poderosa Llama Viva que me hacía morir de amor y de dicha con su honda y divina mirada.

"— ¿Esto es Dios, el Infinito?, –pude pensar al fin.

"—Dios vibra y anima todo el Universo, pero se le siente y comprende plenamente desde los cinco planos superiores del Cielo de los Amadores, o sea, cuando las Inteligencias ya purificadas han superado el Reino Humano, al cual ya no volverán porque han pasado a formar parte del llamado Reino de Dios.

"Las Antorchas Eternas que ves, están semirefundidas ya en la Divinidad y son resplandor vivo de Ella, en mucho mayor grado que cualquier otro ser de menos evolución.

"¿No dice la Ley que de Dios hemos nacido y a Él hemos de volver convertidos en llama viva?

"— ¡Quiero conocer a Dios! quiero conocer tanto de Él que no me quede duda alguna, –dije con suplicante pensar y sentir, pues sólo el pensamiento y el sentimiento quedan vivos y palpitantes en aquellos reinos divinos de la Luz.

"—El Amor atrae al Amor –me respondió el Guía–, *y Él se te mostrará por completo en la hora que está llegando.*

"Y cuando así se expresaba, extendía de nuevo sus manos radiantes sobre mí, debido a la cual me perdí de vista yo mismo, confundido enteramente en la llamarada viva que era Delphis en esos momentos.

"En ese instante mismo nos vimos tan cerca del recinto de oro transparente de las Antorchas Eternas, que me fue posible hacer algunas observaciones más.

"Vi que estas excelsas Inteligencias no parecían posadas en nada, pues tanto abajo como alrededor no había más que radiaciones de luz tan viva que producía algo así como anonadamiento, como una hipnosis dulcísima de la cual el alma no quisiera despertar jamás. No obstante, el contacto de mi Guía me mantenía despierto a mi plena lucidez.

"Observé también, que en medio de aquella explosión de llama viva en que aquellos grandes seres estaban envueltos, se destacaban como bordeados de un azul vivísimo de zafiro, unos grandes florones de conformación semejante al loto, con su corola vuelta hacia arriba en forma de copas. Me imaginé lotos de oro festoneados sus pétalos de una hebra de zafiro que vibraba delicadamente, arrojando de tanto en tanto menudas chispitas de azulada luz que corrían vertiginosamente hasta larga distancia.

“Desde una inconmensurable altura, bajaban con un ritmo periódico unas saetas como dardos, sobre aquellas copas que coronaban las cabezas de todos aquellos seres.

“Delphis respondió a mi pensamiento:

“—No son lotos ni son copas de oro y zafiros lo que llama tu atención. Son centros de recepción que todos los seres tenemos, pero que se manifiestan y agrandan a medida de la evolución que vamos conquistando a través de siglos y edades. Son receptores de Energía, de Luz y de Amor, que vienen constantemente desde la Triada Divina que los emana sin cesar. Y con tal Energía, Luz y Amor, estos potentísimos seres vivifican y animan los mundos que les están encomendados. Probad a contar –me dijo–, *estas cintas de luz ardiente que parten de su plexo solar hacia todas direcciones.*

“—Imposible –repuse yo, viendo el haz de hebras radiantes que en su nacimiento tenía una dimensión que no abarcaban cuatro manos puestas abiertas alrededor, y tocándose apenas las puntas de los dedos–. ¡Imposible! –repetí–, pues hay allí millares de rayos luminosos.

“—Cada rayo corresponde a un sistema planetario, mayor o igual que el vuestro. Ya ves, por sólo este dato, cual será la poderosa fuerza de vibración de cada uno de estos excelsos Espíritus.

“— ¿A qué queda reducido –pensé yo–, el poder y la grandeza de un hombre terrestre, que desde un mísero trono que la erupción de un volcán reduce a polvo, se juzga con derechos de atropellar cuanto se opone a su paso? ¡Orgullo, soberbia estúpida, ignorancia inaudita de la infeliz hormiga terrestre, que no ha nacido apenas y ya se pudre en el polvo!

“— ¡Ahora, fuerza y valor!, –pensó intensamente Delphis, uniendo sus manos de luz a la de Aelohin y la mía, quedando él entre los dos. Fue un momento, como el cruzar de una flecha o de un rayo de luz, y habíamos atravesado por entre un mar de claridad que tenía a intervalos todos los radiantes coloridos del iris, pero en rizadas ondulaciones que vibraban suavemente, como si un fresco vientecillo les pusiera en movimiento. Estas maravillosas oleadas de iris rizados se iban haciendo más intensas en el breve intervalo de nuestro avance vertiginoso. Hasta que por fin, y como reposando en ese inmenso mar ondulado de radiantes y movibles olas, percibimos siete magníficos soles que irradiaban todos los colores del iris, y eran sus irradiaciones las que teñían todo aquel vibrante mar, que no era más que Energía, Luz y Amor.

“Pronto percibí que cada uno de aquellos Soles tenía en su centro, una faz hermosísima sobre toda ponderación. No hay palabras para describir tan perfecta belleza.

“—Esto es Dios –pensé–, con siete rostros de maravillosa hermosura.

"—Son la más perfecta semejanza a Dios –pensó mi Guía–. *Son los Siete Fuegos Magnos, los Supremos Jerarcas de la Creación Universal. Son ellos que emiten la Idea Divina y el Supremo Amor a sus ministros inmediatos: las Antorchas Eternas, que gobiernan los Universos de Sistemas Estelares que pueblan el inconmensurable Infinito.*

"A estos soles, no les vi forma alguna, sino sólo la faz entre un grandioso sol resplandeciente de tan poderoso fulgor que por largo tiempo quedamos petrificados en su contemplación.

"La vibración sonora de todo aquel mar de luz producía tan hondo sentimiento de amor, que yo, inmóvil y anonadado, lloraba incesantemente, y sentía que todo mi ser quería estallar por no poder contener en sí, la visión de tan incomparable belleza.

"¡Sentíame morir como en un éxtasis de amor, de felicidad, de infinita ternura!... Ya no era más Yo, sino sólo una aspiración hacia el Gran Todo, que me inundaba hasta aniquilarme.

"Y sin saber si era yo presa de un vértigo, de un ensueño divino, de una locura de amor supremo, vislumbré por encima de los Siete magníficos Soles una espiral inmensa que se perdía en lo infinito, formada por una ancha cinta rizada de los colores del Iris, y que cada color nacía en lo alto de la frente de aquellas Siete faces radiantes.

"Y la espiral, girando sobre sí misma, se perdía en la inmensidad salpicada con intermitencias y ritmo de palpitación, por focos de luz intensa que transmitían tal claridad de entendimiento, bastante para que yo, mísero gusanillo terrestre, pudiera pensar:

"— ¡He ahí el origen de toda Energía, de todo Amor, de toda Idea!

"¡Es la Causa Suprema! ¡La Eterna Espiral circulatoria, sin formas definidas, imprecisas, como una Esencia que fluye eternamente de sí misma, y que da vida a todo cuanto existe en los millares de millones de mundos que han existido y que existirán!

"— ¡El Gran Todo! ¡La Idea Divina! ¡El Amor Eterno!... ¡Dios!... –pensó Delphis y Aelohin respondiendo a mi pensamiento.

"Se hizo el caos en mi pensamiento y en mi voluntad, y perdí toda noción de ser.

"Cuando me desperté, pude notar que había perdido el uso de la palabra y que mis sentidos físicos no me respondían.

"¡No veía, no oía, no percibía absolutamente nada! Sólo mi mente permanecía vívida, como una antorcha entre un abismo de tinieblas, y el recuerdo de mis recientes visiones, se iba despertando más y más intenso. Pronto comencé a sentir un agradable calor en torno mío. Mis ojos fueron percibiendo sombras que se movían. Mis oídos escuchando voces leves a mi derredor.

“La cabeza de mi madre se unía a la mía inerte sobre la almohada... Unas lágrimas de ella cayeron como gotas de fuego sobre mi rostro. Sus manos de azucena ordenaban mis cabellos y mis ropas. Por fin la vi claramente y mis ojos se llenaron también de llanto mientras mis labios pudieron decir:

—*“¡Dios, el Gran Todo, la Idea Suprema, el Amor Infinito!...*

“El Eterno Ideal sin formas, porque es una Luz..., una Esencia..., ¡una permanente Vibración!...”

“Y un raudal de llanto que no podía contener, siguió derramándose de mi alma que permanecía aún bajo la formidable acción de lo desconocido, que apenas había vislumbrado”.

El esenio lector enrolló el papiro, y todos guardaron ese silencio indispensable para que se esfumara en el éter y en el fondo de las almas, la intensa vibración de la lectura que acababan de oír.

El niño Yhasua en profunda quietud parecía dormir, mas no dormía, sino que lloraba silenciosamente.

— ¿Por qué lloras, hijo mío?, –preguntóle por fin el Servidor, cuando comprobó que gruesas lágrimas sin sollozo y sin ruido, corrían por el rostro bellísimo pero intensamente pálido del niño de Myriam.

—Por lo mismo que lloró Antulio –contestó sin moverse.

— ¿Has comprendido al Padre Celestial? –volvió a preguntar el Servidor.

—He comprendido –respondió el niño–, que Él está en mí y yo en Él, y que todo cuanto me rodea es el Padre Celestial que me envuelve, que me lleva y me trae; que me hace andar, reír, jugar, orar y comer castañas con miel. Hasta en las castañas y el pan y la miel está el Padre Celestial. ¡Oh, qué bello es esto, Hermano Servidor, qué bello es! Nunca más tendré miedo de nada ni a nadie, porque el Padre Celestial me rodea siempre.

—Y cuando te ocurre algo desagradable, ¿qué hace el Padre Celestial?

El niño pensó unos instantes y luego contestó:

—Un día de estos trepé a un árbol con la idea fija de sacar unos pichoncillos de alondra que ya estaban a punto de volar. Y caí desde arriba y me di un golpe regular. Ni mi madre ni las abuelas lo saben. Desde el suelo vi que los pajarillos revoloteaban desesperados en torno al nido, creyendo que yo les había robado los hijuelos. Por fin los empujaron a volar y salieron.

“Comprendí que querían librarles de caer en mis manos y que era una mala acción la que iba yo a cometer.

“Ahora digo: el Padre Celestial me hizo caer del árbol sin hacerme daño para que yo dejara los pajarillos libres. El Padre Celestial lo es también de las aves, y las protege y las cuida.

“Paréceme que el Padre Celestial me ve, pues que está en mi mismo y alrededor de mí.

“Y Antulio mereció ser llevado a esos mundos magníficos, porque fue cuidadoso de hacer a las criaturas de Dios todo el bien posible; a los buenos y a los malos, a los grandes y a los pequeños, y porque se mezquinó a sí mismo sus gustos para aliviar el dolor de sus semejantes. Y es entonces cuando el Padre Celestial nos dice: Eres mi hijo y estoy complacido de ti.

— ¡Yhasua!, –exclamó el Servidor–. Hablas como un Anciano. En verdad, hijo mío, que el Padre Celestial está en ti...

—Y está también en vos, Servidor, y en todos vuestros compañeros porque vosotros hacéis como Antulio: dejáis a un lado vuestras satisfacciones para ocuparos con preferencia del dolor ajeno.

— ¿Por qué dices eso, Yhasua?

—Porque yo soy curioso y miro todo cuanto ocurre en torno mío. Yo vi al Hermano Absalón que una tarde de gran calor, subía muchos cántaros de agua a la piscina pequeña que está a la puerta de la alcoba de Azarías el viejecito, que ese día sus piernas se negaban a moverse para bajar al arroyo.

—Pero es muy natural, hijo mío. Absalón es joven aún y Azarías sufriría excesivo calor sin el atenuante de un baño.

—Ya sé, pero pienso que ese gran esfuerzo, no todos lo harían por un ancianito que ya no puede corresponder en forma ninguna a esas atenciones... Absalón no se detuvo a pensar que gastaba el tiempo de su baño, en procurarlo para Azarías.

—Justamente, está en la privación de las satisfacciones, el mérito de las obras hechas en beneficio de un Hermano –le contestó el Servidor, interiormente asombrado de la agudeza del niño en sus observaciones.

—Si yo doy de lo que me sobra, muy poco hago, pero si doy de lo que me gusta y necesito, entonces sí que hago algo, ¿no es verdad, Servidor?

—Así es, hijo mío, así es.

—Me parece que no es tan difícil ser un buen esenio como vosotros –dijo Yhasua mirando a todos los que en ancho círculo le rodeaban.

— ¿Qué piensas que es necesario para ello?... –preguntó uno de los Ancianos.

—Amar a mis semejantes un poco más de lo que me amo a mí mismo –contestó el niño–. Todos vosotros sois capaces de dar vuestras vidas por salvar la mía, y yo tengo que llegar a la capacidad de dar mi vida por vosotros y por todos cuantos la necesiten.

—Muy bien, Yhasua, muy bien, –exclamaron todos a una vez–. Ya eres un esenio en toda la extensión de la palabra.

—Falta que lo sea en los hechos –sentenció como un iluminado–. Y lo seré... ¡Oh, sí!, lo seré.

Los Ancianos conmovidos casi hasta el llanto, se miraban unos a otros con el natural asombro que tales palabras producen oídas de la boca de un niño de diez años.

—Ya se esboza el Salvador de humanidades –observó en voz baja el Servidor a los que estaban a su lado.

Y dieron por terminada la lección de aquel día para dar descanso al niño Yhasua, que aunque espiritualmente podía soportar muchos mayores esfuerzos mentales, su físico sufría desgastes enormes, según lo veían claramente los Ancianos en los círculos violetas que aparecían alrededor de sus ojos, como cargados de sueño y de preocupación.

23
MORADAS DE EXPIACIÓN

El jovencito Yhosuelín, desde su llegada al Monte Carmelo había sido internado en la enfermería de los esenios, pues lo encontraron tanto o más necesitado de un tratamiento especial que el niño a quien buscaban curar.

Una afección bronquial con tendencia a extenderse a los pulmones, obligó a los terapeutas a preocuparse seriamente de él, por lo cual lo apartaron de Myriam y de Yhasua, casi apenas llegado.

Siendo de un temperamento sensitivo y nervioso, su curación exigía un absoluto reposo, sin emociones de ninguna especie, y con sólo la compañía de los dos esenios médicos que lo atendían. Espíritu selecto y de gran adelanto, había encarnado sólo para acompañar los primeros años del Mesías en el plano físico, sirviéndole de escudo protector en la materia, hasta que el excelso Misionero hubiera conseguido el dominio perfecto de su mundo interno en relación con el mundo exterior que le rodeaba.

Por espiritual revelación tuvieron conocimiento de esto los esenios, y aportaron en consecuencia todo su saber para que este gran espíritu cumpliera a conciencia la misión que le había traído al plano físico.

Y cuando comprobaron que estaba lo suficientemente fortalecido su sistema nervioso, por vía de entretenimiento ameno y suavemente deleitable, los esenios médicos lo invitaron a oír la lectura de viejos rollos de papiros que guardaban en sus milenarios cofres labrados en la roca viva.

—Esta lectura –le dijeron–, acabará de fortalecer y serenar tu espíritu, ya que hemos conseguido reprimir el mal de tu pecho lesionado por aquel golpe de piedra recibido dos años hace.

—Antes decidme, por favor –insinuó Yhosuelín–, ¿cómo están mi madre y el niño?

—Perfectamente bien, y así que terminemos esta lectura, te reunirás nuevamente con ellos.

—Comenzad, pues, que ya os escucho.

— ¿Tú has leído bien los Libros Sagrados? –le preguntó el esenio que iba a leer.

—Si los he leído bien, no sé, pero los he leído mucho.

—Entonces no te será difícil comprender esta lectura. Oye pues:

"El Eterno Pensamiento señaló la hora precisa en que debía nacer sobre este planeta, un resplandor suyo: en la región de los Cinco Mares, junto al gran río Éufrates. Y nació Abel, hijo de Adamú y Evana, cuya misión salvadora debía marcar el glorioso comienzo de una gran civilización.

"Una incontable multitud de Inteligencias adelantadas que se encontraban en la esfera astral del Planeta, tomaron materia, unos antes y otros al mismo tiempo que el gran Espíritu Misionero, con la finalidad, desde luego, de cooperar con él en el avance de la humanidad de aquel tiempo. Y esparcidos en grupos reducidos o numerosos se ubicaron conforme al plan divino demarcado en lo Infinito por las Inteligencias Superiores.

"Tres amigos como tres gotas de agua, caídos de un mismo nenúfar sacudido por el viento, nacieron a la vida terrestre a la orilla de mares vecinos. El uno, al igual que en nido de águilas, en las rocas occidentales del Mar Caspio, otro al pie de la cordillera del Cáucaso y a orillas del Ponto Euxino (Mar Negro), y el tercero en las lozanas praderas vecinas del Lago Van, que en la prehistoria formaba en épocas de grandes desbordamientos un solo inmenso mar con el Caspio y el Ponto Euxino.

"Identificados con nombres propios fueron: Solania de Tuhuspa, Walkiria de Kiffauser y Walker de Atropatene; que unidos por una alianza de largos siglos, bajaban a la vida terrestre, en la misma época, con poca diferencia de años. Solania y Walker se habían adelantado por varios años a la llegada del Hombre-Luz. Walkiria, en cambio se había retrasado, buscando salvar serias dificultades en la elección de los seres que debían servirle de progenitores.

"Para quienes desconocen las grandes e inmutables leyes que rigen en el mundo espiritual, lo que acabamos de decir resulta casi incomprensible.

"Pero es un hecho indiscutible por la lógica que le acompaña, que las Inteligencias avanzadas en evolución, buscan, rebuscan y eligen con gran cuidado la familia que ha de albergarles en su vida física; no en cuanto a fortuna y posición social, sino en cuanto a las condiciones espirituales de los seres que serán sus padres.

"Esta elección, aparte de llevarles tiempo, deben hacerla con relación al programa o actuación que quieren desarrollar en el plano terrestre, a

los fines de no encontrarse después con tropiezos o dificultades que los expongan a un fracaso lamentable.

"Walker de Atropatene formaba parte de los Vigías del Hombre-Luz en su encarnación de Abel, y tan solícitamente cumplió su misión, que en diversas oportunidades en que estuvo en peligro su vida física antes del tiempo fijado por la Ley, fue él juntamente con Solania quienes dieron la voz de alerta desde el espacio infinito.

"Y en la inmensidad de los siglos que rodarán, hasta llegar a la etapa final del Gran Espíritu Instructor de esta humanidad, Walker de Atropatene cumplirá fielmente su pacto como Vigía en las vidas terrestres del Excelso Ungido.

"Cuando veáis cerca del Hombre-Luz, un ser, que sin vacilación ni retardo expone su propia vida para salvar la de él, pensad en Walker de Atropatene, que si no es él, una Inteligencia gemela suya lo será, que cumplirá fielmente su pacto como Vigía en las vidas terrestres, así tan grande y fuerte es la solidaridad que hay entre los grandes seres conscientes de su deber, como espíritus unidos por una alianza milenaria de redención humana".

Hasta aquí llegó el esenio en la lectura del papiro amarillento y gastado que había sacado de lo hondo del cofre de rocas.

— ¿Qué piensas de Walker de Atropatene, Yhosuelín? –preguntó al jovencito profundamente abstraído.

—Que yo me siento capaz de hacer como él en igualdad de condiciones.

—Y lo has hecho ya –le contestó el esenio–. Lo dice bien claro esa lesión maligna que padeces en los órganos de tu pecho, debido a esa certera pedrada que iba dirigida a Yhasua.

—Pero, ¿quién es Yhasua mi pequeño hermano?... –interrogó con ansiedad Yhosuelín, reflejándose casi en sus ojos obscuros la idea que flotaba ya en su mente.

—El mismo por quien Walker de Atropatene se esforzó tan heroicamente en la época de Abel, hijo de Adamú y Evana, que ahora es Yhasua tu hermanito, hijo de Myriam y de Yhosep.

— ¡Yhasua!..., ¡el Hombre-Luz soñado por los Profetas y anunciado por ellos desde seiscientos años atrás!... ¿Es posible tanta grandeza a mi lado, al alcance de mis manos..., bajo mi propio techo, tan modesto, que ni aún se ve entre las colinas y florestas galileas?...

— ¡Es posible y es realidad! ¿Acaso la Eterna Ley debe pedir consejo a los poderosos de la tierra para realizar sus grandes designios?

— ¿Y quién es entonces mi padre y Myriam, mi segunda madre, para merecer un tal hijo? Porque todo es justicia y equidad en el Altísimo.

— ¡Justamente! Yhosep, tu padre, fue en siglos lejanos aquel honrado y firme Jacob que trabajó catorce años por la mano de Raquel. Y el misterioso sueño de la escala de marfil que empezaba a su lado y llegaba hasta el cielo por donde subían y bajaban los ángeles del Señor, no fue más que lejana visión premonitoria, por la cual el Dios de las Misericordias le hizo ver que sus grandes dolores no eran sino el crisol purificador, para que en esta hora surgiera junto a él su Verbo Eterno; la escala mística que lleva a Dios las almas purificadas y bajan otras trayendo sus dones a las almas que los merecen. Siguiendo las rutas del Cristo, se pueblan de ángeles los cielos de Dios, y hay ángeles que bajan a iluminar los obscuros abismos en que se hunden los hombres.

Yhosuelín iba como sumergiéndose lentamente en un suave sopor parecido a la hipnosis, y en su aura mental se diseñó aquel pasaje doloroso de la vida de Jacob, el patriarca, cuando sus hijos mayores vendieron a unos mercaderes a su hijo José, que con el pequeño Benjamín, formaban toda su alegría.

El esenio pensaba fuertemente en tal época, sin atreverse aún a descorrer para Yhosuelín el velo que ocultaba esa parte de la verdad; mas la ley de la telepatía se cumplía ampliamente, y la sensibilidad de Yhosuelín captó la onda de aquel pensamiento, y casi en estado hipnótico dijo con una voz apenas perceptible: — ¡Benjamín hijo de Jacob, y hoy Yhosuelín hijo de Yhosep!...

— ¡Dios sea bendito, porque despertaste a esa realidad!, –exclamó el esenio.

— ¡Qué hermoso es estar entre vosotros y poseer así ese tesoro de sabiduría que vosotros guardáis! ¿No podría ser yo también un esenio?

"Quiero decir..., vivir aquí con vosotros –indicó tímidamente el jovencito como si creyese no merecer tanto bien.

—Y lo eres, Yhosuelín, puesto que tus padres lo son.

"Para ello necesitas el beneplácito de tus mayores, y si lo consigues y eres agradable a los Ancianos..., ya veremos.

Pero mientras se llevaban a cabo estas tramitaciones, Yhosuelín consiguió asistir juntamente con Yhasua a la lectura de los viejos papiros antulianos.

Tres días después el niño Yhasua volvía al Santuario, donde debía conocer otra faz de la sabiduría antigua, que el gran filósofo atlante había descubierto a la humanidad de su tiempo. Escuchemos, lector amigo, junto con Yhasua, el niño que era el Verbo de Dios.

El esenio lector abrió el papiro y leyó:

"—Moradas de tinieblas –Globos en estado ígneo –Globos con vida orgánica primitiva –Globos de ciénaga hirviente –Mundos apagados y en proceso de destrucción.

"El gran Maestro Antulio continúa narrando sus exploraciones extraterrestres:

"—Cuando mis Guías espirituales lo creyeron conveniente, me predispusieron para seguir las exploraciones por las moradas adonde van después de la muerte física, las almas de los hombres que han traspasado la Ley Divina con toda clase de crímenes y delitos.

"Yo había visitado las moradas de luz y de dicha de los justos, y de las más puras Inteligencias sumergidas ya en el infinito seno de la Divinidad. Mas era necesario conocer también el reverso de la medalla, para completar mis conocimientos ultraestelares.

"Indudablemente que debía ser una grande y casi insoportable tortura. Iba a ver el dolor más tremendo en todas sus más pavorosas formas y ante el cual, los dolores que sufre la humanidad en este planeta no son sino pequeños rasguños de un zarzal espinoso.

"Me asistiría Okmaya y Aelohin, que debían revestirme del ropaje astral y etéreo que era necesario para penetrar en los mundos donde reina el dolor.

"En la plácida terraza cubierta de trepadoras en flor, me dormí entrada la noche y estando acompañado sólo por dos de mis discípulos íntimos y por mi madre, que jamás quiso apartarse de mí durante estos desdoblamientos de mi personalidad.

"—No saldremos por hoy de este sistema planetario –me dijeron los Guías–, *pues dentro de él, tenemos lo que debes conocer y recordar, para dejarlo en herencia a esta humanidad a la que has sido enviado.*

"Visitaremos un mundo de tinieblas tan densas, que cada uno de sus moradores se cree solo en medio de ellas.

"Y apenas emitido por el Guía este pensamiento, estábamos llegando a una gran esfera de un verdoso opaco, casi color de humo. Un calor sofocante causaba sensaciones penosas, por lo cual los Guías debieron cubrirme de una vestidura fluídica densa, que me pusiera más a tono con la pesada atmósfera y éter de aquel globo, que era un planetoide de tercera magnitud. Sé que este globo estaba en las proximidades del gran planeta Jovia (actual Júpiter), pero no pertenecía a su corte de satélites.

"—Globos como éste –dijo mi Guía–, *no pueden ser percibidos en ninguna forma desde el plano físico terrestre, porque la esfera astral que le envuelve, es como ves tan sombría, que se confunde con los abismos siderales.*

"Sintiendo él mi pensamiento, que interrogaba el por qué de dichas sombras, contestó en el acto:

"—Son innumerables los globos iguales a éste, y su sombrío color se debe a múltiples causas, siendo una de ellas, que están destinados a servir de castigo y expiación a las inteligencias, que habiendo tenido la luz de

la Verdad Eterna en sus manos, la apagaron para innumerables almas a las cuales debieron servir de guías en los caminos de la evolución.

"Almas tenebrosas, irradian tinieblas en torno suyo, como un volcán, que no teniendo aún los gases necesarios para producir llamaradas vivas, sólo arroja negros penachos de humo que obscurecen la atmósfera hasta largas distancias".

"Debido sin duda a la claridad mental que emanaban mis Guías, pude comprender el estado físico de aquel globo, para el cual había comenzado la decrepitud, quién sabe desde cuántos millones de años, y que aún parecía luchar para no morir.

"Pude comprender asimismo, que los mundos que están en tal estado, no pueden ya alimentar vidas orgánicas, ni aún seres con vida embrionaria. Allí todo es oscuridad, muerte y desolación.

"Sólo son utilizados para moradas de espíritus viejos y de muchos conocimientos, de los cuales usaron para arrastrar las muchedumbres al error, a la corrupción, a la delincuencia".

"Pude comprender asimismo, que en el infinito campo sideral, ocurre con los mundos en general, como ocurre en cada mundo con los seres que lo habitan: gestación, nacimiento, edad infantil, adolescencia, juventud, virilidad, ancianidad, decrepitud y muerte. Comprendí que los globos todos tienen, al igual que los cuerpos orgánicos, dos especies de existencia, que se complementan y hasta se refunden como si fueran una sola: *Existencia-Energía* y *Existencia-Materia*. La primera es como el alma. La segunda es como el cuerpo, que hasta la roca inerte tiene aura y vibración propia.

"La *Existencia-Energía*, una vez que fue formada por la aglomeración de átomos con células vivas, obedeciendo a los mandatos de las poderosas Inteligencias, impulsadas por la Triada Divina o Poder Creador, Renovador y Conservador; se encarga ella misma, de ir acumulando cuanto necesita para desenvolver y acrecentar su existencia material, en forma de que a través de un largo proceso de kalpas y ciclos, de milenios de siglos y de años, vaya poniéndose en las condiciones necesarias de cumplir el fin a que está destinada, o sea para habitación de humanidades, con vida física primero y con vida espiritual purísima, después.

"¡Cuán claramente vi entonces la semejanza que hay entre los seres humanos, y los globos que giran con velocidades de vértigo en el espacio infinito!

"Mi pensamiento preguntó a los Guías que me acompañaban:

"Este mundo en tinieblas, ¿hacia dónde se encamina?

"Ellos dieron mayor intensidad a sus pensamientos para que penetrara a mi mente de encarnado la abrumadora verdad..., la estupenda verdad.

"Vi que la *Existencia-Energía,* o sea, el inmenso doble astral o alma de aquel globo, iba como saliéndose lentamente hacia un lado, presentando ya tres cuartas partes libres de materia, y sólo una cuarta parte como aprisionada aún por la materia muerta y tenebrosa.

"Ofrecía el aspecto de un sol que sufre un eclipse parcial, o sea que aparecía un casco de sombra, interpuesto en la ingente y viva claridad que se agrandaba por momentos.

"Mi observación se hizo aún más profunda, y me permitió ver que en esa parte del globo en que aún palpitaba, diré así: la *Existencia-Energía,* se mantenía con vida física una colonia o agrupación de seres humanos de evolución escasa y muy primitiva, cuyos medios de vida eran tan mezquinos y los elementos que les rodeaban tan desfavorables, que iban extinguiéndose por agotamiento, por lo cual comprendí que cuando aquella pequeña parte del globo fuera abandonada por la *Energía,* todas esas vidas se extinguirían, tal como queda el cuerpo muerto, cuando el alma o principio inteligente le abandona por lo que se llama muerte.

"Entre los espíritus tenebrosos, comprendí que había algunos, a lo sumo dos, que en ese momento podían ser rescatados por un ser que hubiera hecho los caminos que yo tenía andados en la eternidad. El amor habló muy fuerte en todo mi ser. Los pedí a la Eterna Ley, y Ella me permitió envolverlos en mi manto de explorador sideral y trasplantarles a la tierra para empezar una nueva evolución.

"Y como persistía en mi interrogante mental: ¿Hacia dónde camina este globo?, mis Guías me diseñaron con sus poderosos pensamientos, una órbita o sendero de sombra que se perdía a larguísima distancia, como en una nebulosa sombría o bruma densa. Pareció que aquel triste panorama se acercaba o yo me acercaba a él, y vi como un amontonamiento informe de monstruos muertos. Y digo monstruos, porque no acierto a darles otros nombres según su espantoso aspecto exterior. Algo así como restos de ojos luminosos con rojizos parpadeos, que me hicieron pensar que algo de vida animaba aún aquel informe montón de materia muerta.

"—También en la inconmensurable inmensidad de los espacios infinitos hay cementerios como los de vuestro planeta físico –pensaron mis Guías–*, aunque aquí la Ley es más adusta, y no se preocupa de levantar los artísticos mausoleos en que vosotros guardáis la materia muerta de los que amasteis.*

"Como si vieran ellos mi estupor pensaron nuevamente:

"—Estáis ante un cementerio de globos muertos, en los que aún viven como gusanos en cadáveres putrefactos los espíritus vampiros, cuya redención se retarda indefinidamente porque ellos no la han querido

ni la quieren; y para quienes está retardada la redención en espera de su despertar al arrepentimiento y al amor que rechazaron durante múltiples existencias físicas, lo cual les ha conducido a ese miserable estado espiritual.

"Esos eran los chispazos rojizos que como intermitente luz de relámpago iluminaba a intervalos aquella espantosa negrura.

"*—Volvamos* –insinuaron mis Guías–*, porque tu materia física está sufriendo enormemente.*

"Unos minutos después me despertaba ligeramente agitado por una crisis nerviosa que pasó unas horas después, dejándome el cuerpo dolorido y extenuado como si hubiera realizado un trabajo de grandes esfuerzos físicos".

*Para el lector, estudioso de los manuscritos del Maestro Antulio, recomendamos la lectura del capítulo "Isesi de Sais", en la obra: "Moisés" El Vidente del Sinaí; de la misma escritora.

* * *

Cuando el esenio lector enrolló de nuevo el papiro, vieron que Yhasua yacía en profundo sueño, y un sudor helado bañaba su frente, y sus manos apretadas fuertemente encima de su pecho. Unos ligeros estremecimientos denotaban su estado de crisis nerviosa, por lo cual los esenios hicieron un profundo silencio, y sus fuertes pensamientos tranquilizadores fueron cayendo sobre el dormido niño como una lluvia de madreselvas de paz, de quietud y de sosiego.

Y cuando todo en él denotaba un sueño normal, le llamaron con un mandato mental.

Y Yhasua se despertó:

—Si me hubierais dejado dormir otro poquillo –dijo alegremente–, habría yo acabado de enmendar el feo sueño que tuve.

— ¿Cómo es eso?, –le preguntó el Servidor.

—Pues así es. Yo soñaba con unos monstruos horribles en que se morían hombres más horribles aún, y cuando todo eso pasó y me rodearon ángeles buenos, como los que visitaron a Abraham y Jacob, y cantaban salmos que eran una gloria, vosotros me despertasteis.

"Hermano lector –añadió–, esta vez me porté muy mal con vos, pues no puse atención a vuestra lectura y me dormí.

—El sueño es la libertad momentánea del espíritu, y el tuyo en estado libre vivió una hora retrospectiva muy lejana, para sentir y ver nuevamente lo que en aquel lejano pasado vivió y sintió –contestó el Servidor.

El niño pensó y dijo:

—Yo vivía en ese Antulio de vuestra historia, y Dios me dejaba ver cosas maravillosas como a sus grandes profetas. ¿Si a ese Antulio, Jehová tanto le iluminó, al pequeño Yhasua le retendrá en la obscuridad?

—Seguramente que no, hijo mío, pero todo llega a su tiempo, y acaso Yhasua, no será el Profeta de la Sabiduría sino el Profeta del Amor.

"El Amor es la corona Suprema que marca la más excelsa meta a que puede llegar el ser, y hacia esa corona camina Yhasua en su presente".

— ¿Entonces?...

El Servidor le miró con indecible ternura abriéndole los brazos.

El niño emocionado se arrojó en ellos como invadido por una ola de irresistible amor, y apretando sus pequeños brazos en torno del cuello del Anciano que lloraba, le decía:

— ¡Sabes que te quiero, y quieres que te lo diga más fuerte! ¡No tengas miedo que se me acabe el amor que siento en este momento, que tengo amor bastante para llenar todo el mundo!

Y como si un acceso delirante de ternura le hubiese invadido, la emprendió a abrazos precipitados, locos, con todos los esenios que le rodeaban.

Quedó un tanto agotado y sentándose nuevamente, dijo en tono reflexivo:

—Soy un chiquillo loco, ¿verdad? Hasta hoy, sólo con mi madre hice estas locuras; ahora, no sé por qué lo hago con vosotros. Cuando llegue a hombre, ¿con quién lo haré?

— ¡Con toda la humanidad! –le contestaron a coro los esenios.

—Son malos los hombres –dijo–, y se burlan y se mofan del que tiene piedad y amor. Los compañeros de escuela me tiraban piedras cuando yo defendía a los tullidos y leprosos, que se arrastraban por las calles pidiendo limosna. ¿Cómo he de amar a la humanidad?

—Tiempo al tiempo, hijito –le contestó el Servidor–. No quieras anticipar la hora de Dios.

Así terminó aquella hora de lección, que los solitarios daban al gran Maestro que bajara a la tierra para iluminarla por última vez.

El niño fue llevado a su madre, a la cual recomendaron que al siguiente día le bajase con Yhosuelín a la orilla del mar, donde ellos tenían un barquichuelo anclado en una ensenada profunda, que le disimulaba a la vista de los extraños.

—Cuatro de nosotros que son buenos remeros, estarán a la madrugada esperándoos para zarpar –le dijo el Servidor a Myriam, al entregarle su hijo.

— ¿Adónde iremos? –preguntó alarmada la madre.

—Al niño le vendrá muy bien el aire del mar, y llegaréis hasta Tiro donde él se encontrará con los esenios del Monte Hermón donde pasó

su primera infancia, y seis de los cuales vienen a la gran capital para embarcarse en viaje a Gaza, desde donde les conducirán al Gran Santuario de Moab.

El rostro de Myriam se iluminó como de una luz celestial.

— ¡Oh!, ¡los santos solitarios del Hermón!, –exclamó– jamás olvidaré el amor y solicitud que nos brindaron a Yhosep, al niño y a mí, en los largos años de nuestro destierro.

—Me place, mujer –añadió el Servidor–, haberos traído la buena nueva, pues en la capital de Siria les veréis y haréis con ellos el viaje hasta aquí, donde os quedaréis mientras ellos siguen viaje hacia el sur.

—Pero, ¿en vuestro barquito harán todo el viaje? –inquirió otra vez ella.

—No, pero aquí en nuestro santuario esperarán la venida del barco mercante más próximo y en él realizarán la travesía.

— ¡Oh, qué feliz será mi Yhasua de volver a ver a sus primeros maestros!, –exclamó la dulce mujer, avara siempre de alegrías para su hijo.

—Es la última salida de esos Hermanos al mundo exterior, pues ya en Moab sólo se sale para la cripta de Moisés.

"Por este motivo presenciaréis un gran festín espiritual que realizaremos en nuestro Santuario, en compañía también de los esenios del Monte Tabor, que vendrán para despedir, juntamente con nosotros, a los felices Hermanos que van a morir a la vida en el mundo, para sólo vivir la vida espiritual en toda su más excelsa grandeza.

— ¿Cuándo iréis vos, Servidor? –se atrevió a interrogar la tímida Myriam, temerosa de que también este amable Anciano se ausentara para no volver.

—No os alarméis, buena mujer –le respondió–, que yo no he llegado a esas alturas todavía, y lo menos debo pasar cinco años más aprendiendo y purificándome.

Para llegar a ocupar un sitio entre los Setenta de Moab, es necesario haber dejado de ser carne para transformarse en un serafín de amor que arde siempre sin consumirse.

— ¿Y esos seis que vienen?... –murmuró Myriam.

—Van a reemplazar a seis Ancianos de Moab que cortaron el hilo de la vida durante una exploración sideral como las de Antulio, y tuvieron el contratiempo de un derrumbamiento en una montaña cercana al Gran Santuario.

— ¡Qué desgracia!, –exclamó Myriam, profundamente conmovida.

— ¡No lo creáis! Cuando se llega a esas alturas, esto es un simple incidente sin mayor importancia.

— ¡Cómo! ¡Es la muerte!

— ¡Es la vida, mujer, es la vida en la luz y en el amor!

“Sus cuerpos momificados en la gruta de Moisés, y sus almas dictando desde el espacio infinito el resultado de la exploración, que continuaron realizando sin la prisa del llamado de su materia y sin necesidad de medir el tiempo que transcurría. ¿No comprendes que para almas tales, la materia es una cadena demasiado molesta y pesada?

“¿Qué más pueden querer que la libertad absoluta?

— ¿Pero no tienen familia que les ate a la vida?

— ¡No, mujer, no! Para que un esenio pueda subir al grado quinto, ya no debe tener lazo alguno que le ate a la vida material, ni siquiera un recuerdo que turbe su quietud interior. Conque para haber sobrepasado el séptimo, ¿qué ha de ser? ¡Una lámpara eterna en lo infinito, o una vibración que sube y sube de tono hasta confundirse con la armonía eterna de las esferas!

— ¡Dios mío!, ¡cuánta grandeza en las almas purificadas! Me abruma sólo el pensarlo, –exclamó la joven madre, cubriéndose el rostro con ambas manos.

—También tú llegarás a esto, Myriam, después de una decena de vidas terrestres vividas en monasterios; si no iguales que los Santuarios esenios, bastante parecidos en su dedicación a la vida espiritual.

— ¿Cómo lo sabéis? –interrogó ella asombrada.

—El Altísimo enciende su luz donde le place, y esa luz nos ha hecho ver vuestros caminos futuros, con la misma claridad con que vemos el camino de vuestro regreso a Nazareth de aquí a poco tiempo...

La llegada de una de las ancianas abuelas con una cesta de frutas recién cortadas, interrumpió la conversación.

—Esta es vuestra parte, Servidor –le dijo–, nuestro huerto no se olvida jamás de vosotros.

—Bien, bien, abuela, que el Señor os lo pague. Parece que esto sólo esperaba para marcharme, puesto que es ya el mediodía.

—Conque, hasta mañana, cuando salga el sol en la ensenada. Y no faltéis a la cita.

—Hasta mañana –le contestó Myriam, viéndole alejarse por el sendero de la montaña.

24
LOS FESTINES DEL CARMELO

Extendía la aurora sus velos de púrpura y oro sobre el Mediterráneo y las faldas florecidas del Carmelo, cuando Myriam, Yhosuelín y Yhasua se embarcaban en el pequeño velero que dirigían hábilmente cuatro esenios vestidos con las obscuras túnicas de los terapeutas peregrinos.

— ¿Cómo? –inquirió enseguida el niño–. Yo me vestí de túnica blanca para estar igual que vosotros, y os habéis puesto oscuros como tordos.

—Nosotros usamos el blanco sólo para el Santuario –le contestaron los esenios, riendo de la espontaneidad de Yhasua–. ¿No sabes que hay mucho lodo en el mundo y la blancura se mancha?

—Sospecho que no es por eso –dijo el niño meditativo.

— ¿Por qué es, pues?

—Porque el blanco os delata como esenios y acaso teméis algo que yo no alcanzo a comprender.

— ¡Niño!..., –exclamó la madre–. ¿Qué tienes tú que pedir explicaciones? Eso no está bien.

— ¡Madre!... Los esenios son mis maestros y yo debo saber el porqué de sus actos para obrar yo de la misma manera. ¿No es esto lo justo?

—Sí, hijo mío –díjole el esenio encargado del viaje, cuyo nombre era Abinadab–. Cuando la humanidad sea más consciente, no será necesario ocultarle ciertas cosas de las cuales no haría el uso debido. La humanidad cree que los esenios queremos coartarle sus libertades y derechos, y años atrás nos ha perseguido como a seres dañinos a la sociedad. Ella se siente cómoda creyendo que no existimos. ¿Por qué renovar sus alarmas haciéndonos presentes?

— ¡Ah! ¡Ya comprendo! Hacéis lo mismo que los guardianes de las abejas que se cubren de una redecilla encerada para que no los piquen. ¿No es eso?

—Justamente.

El velero seguía bogando hacia el Norte sólo a una milla de la costa umbrosa, donde las casitas diseminadas entre las verdes colinas aparecían como blancas palomas suspendidas de las ramas.

Lleno de encantos y de bellezas, el viaje no ofreció circunstancias dignas de ser referidas, y cuando llegaron a Tiro, Myriam recordó con dolor aquel otro viaje precipitado de nueve años antes, para salvar la vida del niño amenazado por la cólera de Herodes.

Yhosuelín, que había hecho el viaje leyendo al Profeta Samuel, guardó su libro para ayudar a su madre adoptiva en el desembarco. Y el niño que estaba ansioso de hablar, le decía graciosamente: —Yhosuelín, tú quieres ser esenio antes de tiempo y te bebes a los Profetas y te los comes, como yo las castañas y los higos. –Y sin más, ni más, tomó el saquito de las frutas y pan, y luego de ofrecerles a todos empezó a comer tranquilamente mientras duraba la operación del atraque y desembarco.

Como una bandada de garzas y de gaviotas, el puerto de Tiro aparecía cubierto de veleros, de lanchones y de barcos de gran tamaño.

Una banderilla blanca con una estrella azul apareció en la costa hacia el más apartado rincón del muelle.

—Allí está el que nos espera –dijo Abinadab, agitando a su vez una banderilla igual.

Atracaron en aquel sitio y pronto estuvieron al lado del hombre de la banderita que era hermano de Abinadab, que les condujo a su morada cercana al castillo aquel, destinado a los enfermos protegidos de los terapeutas.

El hermano de Abinadab con su esposa e hijos, componían la familia esenia de confianza que los solitarios tenían siempre en los lugares de su residencia, o donde desenvolvían sus actividades apostólicas en favor de la humanidad.

—Este es el niño que nueve años atrás fue conducido desde aquí al Santuario del Monte Hermón –dijo Abinadab como presentación de los viajeros.

— ¡Bendición de Dios!, –exclamó el buen hombre juntando sus manos sobre el pecho–. ¡Qué grandecito y hermoso está!

— ¿Quién eres, buen hombre, que tanto demuestras tu cariño a nosotros? –interrogó Myriam.

—El guía que os condujo en aquella oportunidad hasta la gruta de los ecos perdidos, para tornar aquí con los asnos –contestó aquel hombre.

— ¡En nueve años envejecisteis mucho! Padecimientos grandes, sin duda.

—Fui sometido a prisión y a torturas, pues alguna noticia se tuvo de mi complicidad, pero ante mis negativas rotundas, acabaron por pensar que habían sido engañados por un tal mago que tenía espías en todos los caminos.

"De resultas de las torturas me vino un grave mal que me tuvo postrado, y casi creí que me quedaba inutilizado, pues mi columna vertebral amenazaba no sostenerme más en pie. Pero ya lo veis, los Hermanos terapeutas encontraron el modo de hacerme andar nuevamente.

—En todas partes quedamos deudores de gratitud –dijo Myriam, apenada de lo que había oído.

—Venid y comeréis algo –dijo la mujer–, que hasta más entrada la noche no llegarán los seis viajeros que esperáis.

—Y ellos –dijo Abinadab–, pasarán de inmediato al velero para que zarpemos enseguida.

Grande fue la alegría de Yhasua, cuando los Ancianos llegaron y dándose a conocer por sus nombres le abrazaban tiernamente.

Y el niño recordando decía:

—Tú, Hermano Benjamín, eras el refectolero y me asabas las más lindas castañas.

"Y tú, Hermano David, me llevabas a recoger huevos de codornices..., ¡oh!, lo recuerdo bien.

"¿Y qué fue de mis corderitos, Hermano Azael?

—Que ahora ya llegaron a ovejas y son madres de otros corderillos –le contestaba afablemente el esenio.

Y así fue hablando con uno y otro recordando escenas del Monte Hermón, de donde salió cuando tenía siete años.

Una hora después se hacían a la vela rumbo al sur hacia las vegas del Monte Carmelo, donde los Ancianos debían permanecer dos semanas para llevar noticias detalladas a los Setenta, de las condiciones en que se encontraban los esenios de la parte norte del país de Israel.

Acudirían los terapeutas dispersos en el país en cumplimiento de sus respectivas misiones, los del Tabor y uno o dos miembros de cada familia esenia de la comarca, que según el grado que tuviesen participarían de unas u otras de las congregaciones a realizarse en la gran Asamblea espiritual.

La noticia de llamada corría de boca en boca, y cada asistente buscaría un pretexto adecuado, que casi siempre era la compra o venta de lana, cera o miel de las faldas del Carmelo, que tan abundante era en productos vegetales y animales.

—Mi Yhasua está desconocido –decía dulcemente Myriam observando a su hijo, que con una alegría desbordante refería a los Ancianos sus correrías por el Carmelo, los mimos de las abuelas, las travesurillas con Matheo y Myrina, etcétera.

— ¡Niño de Dios! Contigo daríamos diez veces la vuelta al mundo sin sentir fatiga.

— ¡Oh, no!, –exclamó él–. Este velero es muy pequeño y en la bodega sólo cabe un saco de castañas, pan muy poco y un solo cántaro de miel...

— ¡Oh, rapazuelo goloso!, –dijo su madre riendo como todos de la advertencia del niño–. ¿Quién te da derechos para observar las bodegas ajenas?

— ¡Madre, no hice nada malo! ¿No dicen los esenios que para ellos no existe lo tuyo y lo mío, sino que lo que es de uno es de todos? Entonces, la bodega de este velero esenio es mía y tuya y de Yhosuelín; y yo no hice más que mirar lo mío.

Y se quedó quieto mirando a todos con sus grandes ojos claros que interrogaban elocuentemente.

En vista de lo cual uno de los esenios le contestó:

—Sí, hijito..., la bodega de este velero y aún todo él, es tuyo y de tu madre y de tu hermano, que tal es la ley de los esenios.

Por fin, el sueño le rindió, pues era bien entrada la noche y fue conducido al único compartimento que la pequeña embarcación tenía, donde juntamente con su madre pasó la noche. Al amanecer, el barquillo echaba anclas en la profunda ensenada del Carmelo, y unos momentos después, Myriam y Yhasua descansaban en su alcoba de la cabaña de las abuelas,

y los Ancianos y Yhosuelín seguían el senderillo de la montaña hacia el Santuario, oculto como un nido de águilas entre el espeso ramaje.

Dos días después empezaron a llegar de distintos puntos de la comarca los compradores de pieles de cabra, de lana, de miel, cera y frutas secas.

Y las innumerables cavernas del Monte Carmelo se poblaron como por encanto, dando por las noches el pintoresco espectáculo de lucecitas doradas que llameaban alegremente a la puerta de las grutas, como si fueran vibraciones febriles y ansiosas de las almas anhelantes de infinito.

Y los terapeutas que durante muchos meses habían hecho la recolección de los productos de la fértil montaña, corrían afanosos dejando en cada gruta lo que cada cual necesitaba para completar su cargamento. Los compradores pagaban sus compras con telas de lana y de lino, hiladas y tejidas por ellos mismos, con calzas y sandalias de cuero, con blanca harina o dorado aceite, que los solitarios necesitaban a su vez para su manutención

—Tranquilizadas las almas respecto de la provisión equitativa y necesaria a la materia, podremos llegar más fácilmente a obtener el sustento espiritual que deseamos –decían los solitarios a los esenios seglares que iban llegando. Y por la noche hacían una ronda por todas las grutas leyendo los más hermosos pasajes de los antiguos Profetas, cantando los Trenos de Jeremías, o los Salmos de David. Las flautas de los pastores y los laúdes de los solitarios formaban un suave fondo musical a aquellos recitados hondos..., profundos, llenos de emotividad y religiosa unción...

Esto sólo duraba tres días, que mientras en las horas de luz solar se hacía la distribución de las provisiones, en las noches se preparaban las almas para las Asambleas Mayores, para el ascenso de grados a los que habían cumplido los años reglamentarios.

Y cuando la faena de orden material se había terminado dejando a todos satisfechos y tranquilos, se daba comienzo en el día víspera, a las ofrendas florales para la cual, antes de la salida del sol, se lanzaban todos a las faldas de las montañas que desvestían de sus ropajes de múltiples colores, para tejer guirnaldas y gallardetes con que adornaban los patios y plazoletas adyacentes al Santuario.

“Las flores son criaturas de Dios, que están prontas a ayudar al hombre en su tarea de elevarse a lo infinito”, –decían las leyendas que aparecían en tablillas prendidas de los árboles y en las puertas de las grutas. Esto hacía vibrar en las almas ese suave sentimiento, mezcla de delicada sensación, hacia esos pequeños seres de la creación que son la parte más bella del reino vegetal: las flores.

Y en este ambiente surgían como por encanto las dulces canciones, los elevados pensamientos a tono con la belleza de las flores, delicadas criaturas de Dios.

"¡Lirios blancos!
¡Oh, tan blancos
Como la nieve invernal,
Cubrid con vuestra blancura
La miseria terrenal!"

"Campanillas azuladas
Como el cielo y como el mar...,
Cielo y mar sean las almas
Ansiosas de inmensidad..."

"¡Rosas rojas del Carmelo
Con pétalos de rubí...,
Como ardientes corazones
Que de amor quieren morir!..."

"Arrayanes silenciosos,
Racimos de oro de Ofir...,
Bordando mil arabescos
Sobre un cielo de turquí..."

Y por tal estilo brotaban como del fondo de las almas, estos delicados pensamientos suscitados por la belleza ideal de las flores, que en aquellos momentos de emotividad y hondo sentir, parecían tener también alma capaz de responder al amor con que se tejían las guirnaldas, las palmas, los grandes ramos, para depositar en pasillos y corredores, en túneles y plazoletas.

Era el principio de la grandiosa fiesta espiritual.

Diríase que el amor y la pureza de las flores, ennoblecía y purificaba las almas, que casi inconscientemente iban sumergiéndose en esa dulce quietud preparatoria para los grandes vuelos del espíritu.

Y el mismo Yhasua, sensitivo más que ninguno, decía a sus compañeros de juegos:

—No tengo más ganas de jugar sino de pensar. Paréceme que flotaran por los aires misteriosas leyendas que debo escuchar.

Y algunos de sus compañeros, decían como temerosos:

—Si quieres, Yhasua, oremos para que Jehová perdone nuestros pecados.

— ¿Tenéis miedo de Jehová? –preguntaba entonces el niño-Luz.

—Cuando hay truenos y relámpagos, sí y mucho.

— ¿Por qué tontuelo? Los Maestros del Santuario me han enseñado que los truenos, rayos y relámpagos son manifestaciones de las fuerzas eléctricas y magnéticas que hay en la Naturaleza, y que los hombres del porvenir dominarán y utilizarán un día, como los de otras edades lejanas los utilizaron también.

"Jehová es nuestro Padre, y no piensa sino en hacernos bien.

"Yo temo a los chicuelos malvados que arrojan piedras, y a las fieras que pueden devorarnos, pero a Jehová..., ¡oh, no!, porque Él es la Bondad y el Amor".

Llegó por fin el día y la hora de la anhelada Asamblea, y cuando la luna llena subía como un disco de plata en el azul sereno de los cielos, viéronse sombras blancas que de todas las grutas salían, dirigiéndose por innumerables senderillos en dirección al Santuario, que brillaba como oro bruñido a la luz de los cirios, cuya dorada llama exhalaba perfume de cera virgen, mezclado a las emanaciones del incienso y de la mirra, que las doncellas quemaban en el altar de las Tablas de Moisés.

Las ancianas abuelas eran la corte que custodiaba a las cuarenta vírgenes, que cubiertas de los largos velos tañían cítaras, recortaban las pavesas de los cirios y arrojaban nuevos perfumes en el ara de los holocaustos.

Las grandes cavernas laterales y delanteras, cual si fueran los pórticos del Santuario de roca viva, iban llenándose de las blancas sombras silenciosas, de las cuales sólo salían suaves murmullos de plegarias a media voz.

De vez en cuando, aparecía alguna sombra de color ceniza, que con el rostro cubierto inclinaba su frente en tierra en medio de aquel solemne silencio, y una voz llorosa se oía:

—Rogad, Hermanos, que el Señor perdone mis pecados para ser merecedor de unirme a vosotros en la Asamblea espiritual.

Los Hermanos decían en alta voz algunos versículos del Miserere, el himno sublime en que cantó David su profundo arrepentimiento y en que rogó misericordia al Señor.

Uno de los Ancianos aparecía entonces y cubría al pecador arrepentido con el blanco manto que lo igualaba a sus Hermanos y que dejaba en el secreto su personalidad. Nadie sabía quién era y todos sabían que era un Hermano que había pecado y estaba arrepentido. Y el Anciano que lo había cubierto decía en alta voz:

—Que tu mano poderosa nos sostenga, Señor, para que no traspasemos jamás tu santa Ley. –Con lo cual recordaba a todos, que también podían pecar como el Hermano que acababa de confesar su flaqueza.

Myriam con Yhasua de la mano se hallaba entre el blanco grupo de las

abuelas, y por fin aparecieron los Ancianos del Santuario con los seis recién llegados, que abrían la marcha como los de más alta graduación.

Llevaban ceñida a la frente la estrella de cinco puntas, símbolo de la Luz Divina que habían conquistado, y en la diestra el candelabro de siete cirios pequeños, que recordaba los grados que habían subido en la Orden.

Y cada Anciano, con su candelabro de tantos cirios cuantos grados tenía conquistados, inició el magnífico desfile, al cual seguían todos los esenios con sus cirios respectivos.

Un Anciano se apartó para llevarse al niño de Myriam, al cual colocaron entre los seis Ancianos llegados del Hermón y le dieron también un candelabro de siete cirios.

—Soy pequeño para llevar esto –protestó en alta voz el niño.

—Obedece y calla –díjole el Anciano, y el desfile continuó por los largos corredores laterales, que formaban como una gran circunferencia en torno del Santuario Central.

Cantaban los salmos en que David glorificaba a Dios por su magnificencia, por su misericordia y por su justicia.

Diríase que era una sola alma que se prosternaba ante lo Infinito en un acto de suprema adoración.

Llegaron a la rotonda donde los libros de los Profetas Mayores estaban cerrados cada uno sobre un atril.

El Anciano que estaba de turno abría uno de los libros y leía algunos versículos, de los cuales tomaba tema para una disertación breve pero llena de ferviente entusiasmo, para proseguir en el sendero de la purificación del alma por la santidad de vida y pureza de costumbres.

Después, el mismo Anciano hacía las tres preguntas del ceremonial que la multitud contestaba a coro:

—Hermanos: ¿Reconocéis la Ley de Moisés como la más perfecta emanación del Altísimo, para encaminar a la humanidad a su eterno destino?

—La reconocemos y aceptamos en todas sus partes –contestaban a coro hombres, mujeres y niños.

— ¿Reconocéis y adoráis al Dios Único, eterna fuerza creadora, conservadora y renovadora de todo cuanto existe en el vasto Universo?

—Lo reconocemos y adoramos –volvía a contestar la multitud.

— ¿Estáis conformes con la Orden Esenia a la que pertenecéis, y dispuestos a hacer por su conservación y pureza todo cuanto esté de vuestra parte?

—Amamos a la Orden como a nuestra vida, y haremos por ella cuanto nos sea posible en nuestras fuerzas y capacidad.

Entonces los seis Ancianos venidos del Hermón, que eran los mayores en la Orden, levantaban en alto sus candelabros de siete cirios y

pronunciaban en voz alta, clara y lenta, la bendición solemne, llamada de Moisés, para todo fiel cumplidor de sus compromisos con Dios, con la Orden, y con todos sus semejantes.

Al pequeño Yhasua le habían hecho también levantar su candelabro y pronunciar las palabras de la sublime evocación de Moisés a todas las fuerzas benéficas del Cosmos, sobre los que estuvieran a tono con sus leyes inmutables.

Como ya antes dimos a conocer dicha bendición, eludimos el repetirla en este momento.

Todas las frentes se habían inclinado reverentes ante la suprema evocación, que siempre dejaba en los seres tan benéfica influencia, que si había enfermos o tristes o desorientados espiritualmente entre los presentes, experimentaban de inmediato un gran alivio y a veces curación completa.

Era esto lo más solemne de la Asamblea espiritual que podía ser presenciado por todos los esenios en general, fueran del grado que fueran.

Venía después el himno de acción de gracias cantado a coro por todos, y la repartición de flores hecha por las doncellas que iban depositando ramilletes en cada mano que se tendía ante ellas. Luego se repartían los panecillos llamados de propiciación que habían sido preparados de antemano, y que simboliza la unión de cada alma con la Divinidad, y era como un presagio de que hogar donde estaba el panecillo sagrado, siempre tendría el sustento necesario a la vida.

En caso de enfermedades graves, cuando ya los médicos nada podían hacer, era tradición que muchos enfermos casi moribundos habían recobrado la salud, por haber bebido el agua en que el panecillo sagrado había sido disuelto.

Eran sin duda vitalizados como las aguas y las flores, y esa influencia benéfica unida a la fe del enfermo y sus familiares, producía el fenómeno de la curación de algunas enfermedades que podían ser dominadas por aquellas fuerzas espirituales.

Y las blancas sombras silenciosas tornaban a las grutas más silenciosas aún, bien entrada la noche, a reposar en lechos de heno y pieles, hasta ser nuevamente congregados los que aún podían tener otra participación en la Asamblea espiritual que se celebraba cada año en todos los Santuarios esenios.

Las reuniones se prolongaron durante siete días, pudiéndose observar, como es natural, que cada reunión era menos numerosa que las anteriores y que a medida que ellas pasaban, se iba efectuando el regreso de los que asistieron las primeras noches.

Los que partían primero decían a sus Hermanos que quedaban:

—Orad al Señor por nosotros, a fin de que el año próximo podamos acompañarnos otro día más.

La regularidad inalterable y precisa de tal orden, eliminaba entre ellos todo sentimiento de celo y envidia, que tan hondos abismos abre entre las almas que se dan a la vida espiritual prácticamente.

Todos sabían que la perseverancia les igualaría un día a todos en esa mística escala de conocimientos y de virtudes que iban subiendo.

En las subsiguientes reuniones, uno de los Ancianos explicaba algún pasaje obscuro de las Escrituras Sagradas, o sea el sentido oculto que el Profeta había querido hacer figurar para el entendimiento de las almas adelantadas.

Y esto se obtenía, además, por la evocación a la misma Inteligencia que años o siglos atrás había derramado tales enseñanzas. Y los esenios del Archivo anotaban en sus cartapacios la significación de aquellas enigmáticas frases, convertidas así en clara doctrina, emanación de la Divina Sabiduría.

Y comparando los enigmáticos escritos de los Profetas Hebreos, con los antiquísimos archivos conservados por las grandes Escuelas del más remoto pasado, por los Dakthylos y los Kobdas de la Prehistoria, podían comprender claramente, y más aún, formar un cuerpo de doctrina uniforme y relacionada íntimamente, casi desde los comienzos de la humanidad consciente sobre el Planeta.

De tanto en tanto, los Ancianos de Moab ordenaban a los sacerdotes esenios que estaban al servicio del Templo, que en las asambleas con los Doctores de la Ley, soltaran como al acaso alguna chispa de la Luz Divina de la verdad, descubierta por los medios que acabamos de enunciar, pero casi siempre suscitaban acaloradas disputas en las que muy pocas veces salían triunfantes los esenios, que eran como se sabe una marcada minoría.

Los Doctores de Israel odiaban las innovaciones, temerosos siempre de que un nuevo rumbo que se diera a los principios aceptados, acabara con las grandes prebendas y privilegios de que gozaba hacía muchos siglos la casta sacerdotal.

Y la interpretación de las más antiguas profecías, era asunto sobre el cual discrepaban siempre, si ellas se referían al advenimiento del gran Mesías esperado para sacudir el yugo romano y engrandecer a Israel sobre todos los pueblos de la tierra.

Este gran anhelo nacional, justo, si se quiere humanamente considerado, no era compartido por la Escuela Esenia que tenía el pleno convencimiento de que el Avatar Divino sería un Instructor, una Voz, una Luz nueva, no sólo para un pequeño pueblo de la tierra sino para toda la humanidad.

¿Qué Dios era ése que sólo se preocupaba del pueblo hebreo y permanecía indiferente para los demás? Seguramente no era el Dios que concebían y comprendían los esenios, para quienes el Gran Atmán era la Causa y Origen, alma y vida de todo cuanto alienta, palpita y vibra en la inmensidad del Universo.

A esto tendían siempre las grandes asambleas espirituales de los esenios, o sea a ensanchar más y más el ya vasto campo de sus conocimientos de las Eternas Verdades, cumbre y meta hacia las cuales marchan las humanidades conscientes.

Cuando llegó el día y hora de la segunda Asamblea, la mitad de los asistentes a la primera habían salido ya de regreso a sus hogares. Sólo habían quedado los del grado tercero y subsiguientes.

Pasados los himnos de práctica, uno de los Ancianos venidos del Hermón, ostentando las sagradas insignias de su alto grado, subió las gradas del altar de los libros de los Profetas y con los ojos cerrados y a tientas, apoyó sus manos sobre el libro del Profeta Malaquías y abriendo al acaso, leyó versículos del capítulo 3 y 4, que dicen así:

3:1 —He aquí que Yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de Mí; y luego vendrá a su templo el Señor a quien vosotros buscáis.

3:2 — ¿Y quién podrá sufrir el tiempo de su venida? O, ¿quién podrá permanecer cuando él se mostrará? Porque él es como fuego purificador y como jabón de lavadores.

3:3 —Y sentarse ha para afinar y limpiar la plata; porque limpiará a los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata, y ofrecerán a Jehová ofrenda con justicia.

4:1 —Porque he aquí que viene el día ardiente como un horno, y los soberbios y los malvados serán la estopa que arderá y se abrasará.

4:2 —Mas, a vosotros, los que amáis mi Nombre, nacerá el Sol de Justicia. Y en sus alas traerá salud, y saltaréis de gozo como becerrillos de una manada.

4:5 —He aquí, Yo os envío a Elías Profeta, antes que venga el día de Jehová grande y terrible.

4:6 —Él convertirá los corazones de padres e hijos; y así cuando Yo venga, no sea herida con destrucción la Tierra.

Y cerrando el Libro Sagrado el orador habló:

—Varios siglos pasaron sobre estas palabras de nuestro Hermano el Profeta Malaquías, y he aquí que estamos tocando su cumplimiento. El Altísimo deja caer los rayos de su luz en la mente de los que buscan Divina Sabiduría, y como para Él todo es Hoy, nuestro Hermano Malaquías percibió en sus internas contemplaciones el hoy que nosotros vivimos por Divina Misericordia.

“El mensajero de Dios ha llegado, y está ya dentro de su templo, o sea en el cuerpo físico que le ayudará a cumplir su misión entre los hombres.

“*¿Quién podrá sufrir el tiempo de su venida?*”, interroga ansiosamente el Profeta que le ve como un fuego purificador que arrasa toda inmundicia.

“*Y sentarse ha, para limpiar y afinar la plata*”, prosigue el vidente, dándonos a entender que exigirá más a los de más elevada condición, ya que la plata es un precioso metal.

“Las multitudes son como los granos de arena y los grumos de polvo de los caminos, y el Divino Mensajero no será exigente con ellos, mas a los preciosos metales que simbolizan las almas adelantadas en el divino conocimiento, les pedirá no sólo una grande purificación, sino también la perfección y la iluminación, pues que están destinadas al noble sacerdocio de la instrucción para con sus hermanos, multitud de granos de arena y grumos de polvo en los caminos de la Tierra.

“*He aquí que os envío a Elías el Profeta, para que convierta los corazones de los padres a los hijos, y de los hijos a los padres*”, continúa el vidente, para significar la necesidad de un amor como el de padres a hijos, entre los que han de formar la grey que glorificará al Señor.

Uno de los concurrentes se puso de pie y pidió licencia para preguntar. Y así que le fue concedida, dijo:

—Puesto que el Mensajero Divino ha llegado, ¿no podemos saber dónde está para acercarnos a él y ser purificados?

—Se encuentra en uno de nuestros Santuarios preparándose para salir al mundo en cumplimiento de su misión, no obstante de ser un parvulito apenas salido de la primera infancia –respondió el Anciano con su mirada perdida a lo lejos, pues se reflejaba en ella la figurita de Yhasua, pura como un lirio del valle.

El niño había sido llevado por su madre, por no creer conveniente su presencia en ese momento.

—Y ahora que sabéis que el gran ser esperado por tantos siglos se encuentra ya entre nosotros, oigamos lo que a este respecto cantó nuestro gran Hermano, el Profeta Isaías hace seis siglos:

Y el Anciano tomó el libro de Isaías y abriendo en el capítulo 60, leyó en alta voz, mientras un laúd escondido en la penumbra dejaba oír un fondo musical que parecía emanar de la palabra vibrante del gran vidente:

“Levántate, oh, Sión, y resplandece, que ha venido tu lumbre, y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti.

“He aquí que tinieblas cubrirán la tierra y obscuridad los pueblos, mas sobre ti nacerá Jehová, y sobre ti será vista su gloria.

“Y andarán las gentes a su luz y los reyes al resplandor de su nacimiento.

“Y no necesitarás que el sol te sirva de luz para el día, ni el resplandor de la luna para la noche, sino que Jehová será tu luz perpetua y el Dios tuyo será tu gloria.

“Jehová hizo oír en todos los parajes de la tierra estas palabras: Hija de Sión, he aquí que viene tu Salvador, y tu recompensa con él, y delante de él su obra.

“Y os llamarán Pueblo Santo, Redimidos de Jehová..., y a ti, Sión, te llamarán ciudad glorificada, no desamparada”.

Apenas el Anciano terminó esta lectura, un coro de clamores a media voz suplicaron fervientemente:

—Que el Altísimo no mire nuestra miseria, y nos permita conocer el lugar donde ha nacido el Salvador del mundo, para ofrecernos a él, en holocausto de amor y de fe...

Las mujeres comenzaron a llorar a grandes sollozos, y los hombres se inclinaban pidiendo al Señor perdón de sus pecados.

Conmovido el Anciano orador, interrogó con la mirada a sus Hermanos venidos del Hermón, y ellos con una inclinación leve de cabeza dieron en conjunto su consentimiento.

Y el Anciano continuó:

—Hay mandato severo de los mensajeros de Jehová, de guardar profundo secreto referente al Avatar Divino que está entre nosotros, y tan severo es, que si alguno de los Hermanos tuviera la desgracia de violarlo quedaría de hecho fuera de la Orden, y nos obligaría a mantenerlo recluido en nuestros penitenciarios, para que no fuera causa de que el Divino Maestro que nos ha sido enviado, se vea entorpecido en su excelsa misión, por la inconsciencia y maldad de los hombres.

“Sabéis por las enseñanzas que habéis recibido, que el Mesías trae en sí todas juntas las misiones que cumplieron siglos atrás nuestros grandes Profetas; muchos de ellos fueron asesinados de diversas maneras porque su predicación ponía al descubierto las iniquidades y corrupciones de los dirigentes de los pueblos. Ahora es un niño que comienza el desarrollo de sus grandes poderes internos, por lo cual no está aún capacitado para defenderse por sí mismo de la astucia y maldad de los que serán sus enemigos.

“Ya veis pues la importancia que tiene la guarda absoluta del secreto de su venida.

“¿Seréis capaces aún en caso que peligre vuestra vida, de callar como sepulcros sobre cuanto concierne al Hombre-Luz que ha llegado?”

Todos se pusieron de pie y levantaron a lo alto la diestra abierta y rígida, que era el ceremonial de los juramentos solemnes.

—Bien; Jehová os lo tomará en cuenta, y vuestra conciencia será vuestro Juez. Esperad un momento.

El Anciano conferenció brevemente con sus compañeros, y uno de los esenios del Carmelo salió hacia la cabaña de las abuelas en busca del niño.

Le vistieron la túnica blanca de lino que le cubría hasta los pies; le ciñeron a la cintura el cíngulo púrpura de los grandes inmolados, y a la frente la cinta azul con las diez estrellas de plata, símbolo de todos los grados de sabiduría y de todos los poderes que en él residían por su elevada jerarquía espiritual.

Y levantándolo en brazos, los Ancianos lo colocaron sobre una grada del pedestal donde se encontraban las Tablas de la Ley de Moisés.

El niño en silencio se dejaba hacer cuanto querían, mas cuando le subieron en aquel sitio, él preguntó:

— ¿Qué tengo que hacer yo aquí?

—Nada, hijito –le contestaron los Ancianos–. Todos nuestros Hermanos que te aman, piden conocerte y colocado aquí te verán sin acercarse demasiado.

Y antes de abrir el velo que cubría a los ojos de todos, aquel pedestal, uno de los Ancianos dijo a la Asamblea:

—Le vais a ver por unos momentos junto a las Tablas de Moisés.

—Entonces, ¿está aquí? –se oyó una, dos, tres voces y luego un suave murmullo.

— ¡Nos postraremos en tierra! –dijeron algunos.

—No –contestó el Anciano–, porque el Mesías no quiere ser adorado, sino seguido en sus caminos y en sus obras.

—De pie todos y con el pensamiento, prometedle que cooperaréis junto con él en la redención humana.

Dos Ancianos abrieron el velo que cubría el pedestal de las Tablas de Moisés, y apareció la blanca figurita de Yhasua como un marfil esculpido sobre el negro pedestal de mármol que tenía a su espalda. Le rodeaban los seis Ancianos venidos del Monte Hermón, y en rededor de ellos, todos los Ancianos del Santuario del Carmelo.

El niño sonreía dulcemente, pero cual si se sintiera cansado, se sentó suavemente en la misma grada en que le habían colocado y echando su bronceada cabecita sobre el respaldo, cerró los ojos.

Se oyeron murmullos de alarma, algunos sollozos, pero una señal de los Ancianos ordenando silencio puso calma a todos.

Conocedores los Ancianos, de todos los fenómenos psíquicos que en momentos culminantes de intenso amor y fe suelen producirse, formaron con fuerte irradiación la corriente espiritual necesaria, y la

exteriorización del gran Espíritu-Luz encarnado en Yhasua, se produjo sin dificultad.

El cuerpecito del niño se mantenía en profunda quietud, y su doble radiante de claridades rosa y oro, bajó lentamente del pedestal, deslizándose hacia el conmovido grupo, que en número de ciento cuarenta y cinco entre hombres y mujeres, se mantenían como petrificados de asombro, no creyendo a sus ojos que veían tan maravilloso acontecimiento.

El resplandeciente doble astral del niño dormido se detuvo a pocos pasos del asombrado grupo y claramente pronunció estas palabras:

"—Benditos seáis en la sencillez de vuestro corazón, y en los santos anhelos de verdad y justicia que os traen a mí.

"Y porque sois míos desde largas edades, habéis merecido que la Eterna Ley me permita este acercamiento, que anudará más fuerte aún el lazo que os une conmigo.

"Algunos de vosotros me acompañaréis hasta que yo sea subido a la cumbre, y otros iréis al más allá antes de ese día.

"Unos y otros necesitaréis la fuerza divina que hace los héroes, los mártires y los santos, porque es la jornada final, y el Eterno Amor se desbordará sin medida sobre todo el que sea capaz de percibirlo.

Fe, esperanza y valor que la hora se acerca..."

Y levantando su mano etérea que en la penumbra parecía un resplandor de estrella, les bendijo con el signo de los Grandes Maestros.

La claridad rosa y oro se fue esfumando lentamente, quedando sólo aquel divino y bellísimo rostro que irradiaba amor, ternura, conmiseración, piedad infinita de esos ojos, cuyo indefinible color tenía los reflejos diáfanos del iris.

Todo por fin se desvaneció en la penumbra silenciosa del Santuario.

Y de nuevo la figurita de Yhasua sentado en el pedestal de mármol como un relieve de marfil, con que un hábil artista hubiera representado la Inocencia dormida.

Pocos momentos después el niño era devuelto a su madre, y la Asamblea espiritual continuaba con el creciente entusiasmo que había despertado en las almas, el extraordinario acontecimiento que acababan de presenciar.

Bajo la tutela inmediata de tan prudentes maestros, los esenios del exterior, o sea, los que vivían en familia, realizaban magníficos progresos en sus facultades espirituales, y una de estas asambleas era dedicada solamente a inspeccionar los trabajos hechos durante el año transcurrido.

Las clarividencias, lo mismo que las manifestaciones verbales, habían sido anotadas prolijamente en carpetas que eran sometidas al juicio de

tres Ancianos, al igual que de los dictados y aún los sueños, cuando en ellos se revelaba una coordinación lógica y manifiestamente inteligente.

Y sucedía a veces, que los relatos o clarividencias de uno, tenían su realización en otros de los Hermanos, o a veces estaban relacionadas con hechos sucedidos en algunos de los Santuarios, o entre los terapeutas del exterior. Por lo cual, los Ancianos habían aconsejado no destruir grabado ninguno, ni dejar de anotar ninguna manifestación espiritual, pues, dada la época tan trascendental que estaba viviendo la humanidad sin saberlo, podía desperdiciarse un anuncio, un aviso, un consejo oportuno y hasta necesario en esos momentos de honda expectativa en los cielos y en la tierra.

Y así se cumplía lo que estaba profetizado:

"Hasta los ancianos y los niños profetizarán y verán visiones, porque los cielos de Jehová estarán volcados sobre la tierra".

En el mismo Santuario, antes de llegar a los libros de los Profetas y a las Tablas de Moisés, había un compartimento que era llamado de los Párvulos o sea de los niños, frase que tenía el oculto significado de los que comienzan la vida espiritual.

Perseguidos los esenios casi a raíz de la muerte de Moisés, se había hecho un hábito en ellos ocultar bajo palabras o símbolos determinados, todo lo concerniente a los superiores conocimientos a que dedicaban su vida.

—"La humanidad –decían ellos–, es una reina ciega que no quiere curarse de la ceguera, y persigue cruelmente y mata a los que pueden devolverle la vista. Tenemos, pues, que buscar de curarla sin que se aperciba y ocultándonos de su presencia". Y así era común encontrar en viejos manuscritos o grabados de aquellos lejanos tiempos, alusiones a la Reina Ciega y a veces representada en tablas de arcilla, como una mujer sentada en un trono con todas las insignias reales, y con los ojos vendados.

Y sólo los esenios sabían lo que la alusión o el grabado significaban.

Volvamos lector amigo, a la bóveda de los Párvulos, toda circundada de un estrado de piedra, delante del cual se ven muchos pequeños pupitres rústicos de madera a medio labrar, y allí los esenios de diversos grados entregados a la tarea de recibir mensajes del plano espiritual. Los unos escriben, otros caídos en hipnosis hablan a media voz, teniendo a su lado a uno de los solitarios que escucha y anota. Otros sentados ante una fuente en la que cae agua de una grieta de la montaña, van diciendo en qué forma ven mezclarse con ella la divina energía, la fuerza vital emitida de las Inteligencias que la vitalizan, ya sean éstas encarnadas o descarnadas. Energía y fuerzas que toman las más bellas y variadísimas formas, que los clarividentes si están bien asistidos, saben interpretarlos en toda su significación y valor. Diminutas palomitas blancas con hojas

de oliva, que se sumergen en el agua y desaparecen en ella; multitud de mariposillas de luz que se posan en aguas tranquilas y se diluyen después en ella; niños alados que con cestillas de frutas preciosas, de panecillos dorados, y cantarillos de miel se sumergen felices y rientes en la linfa cristalina.

Y los Ancianos que escuchan al clarividente interpretaban:

"Efluvios de paz son las palomas con hojas de olivo. Fuerza de divina claridad son las mariposillas de luz; abundancia de sustento para la vida física, son los niños alados que se sumergen en el agua con frutas, pan y miel".

Había clarividentes que despertaban su facultad vidente en las espirales de humo de incienso, o de yerbas aromáticas que también son elementos en que las fuerzas benéficas y vitales del Cosmos se compenetran para hacer bien a los seres todos de la creación; otros en el aura de luz que esparce la llama del fuego, o la llama de un cirio, o de una lamparilla de aceite. Cuando la Luz Divina quiere descubrirse a las almas, ningún humano puede ponerle leyes ni vallas que circunscriban su formidable acción a un determinado modo de manifestación.

"El Espíritu de Dios sopla donde le place", decían los antiguos Iniciados de las grandes Escuelas de Divina Sabiduría, que echaron los cimientos de esa ciencia sublime, que hace al alma conocer a Dios y amarle, y así formar parte de su fuerza creadora.

Y era por eso que en la llamada Bóveda de los Párvulos, a la hora de las experiencias espirituales, en apartados rincones de la inmensa gruta, se encendía una pequeña hoguera, se arrojaba incienso en un pebetero, se encendían algunos cirios o lamparillas de aceite.

Manifestaciones todas, de las fuerzas benéficas del Cosmos o Alma Universal, eran fuentes de iluminación para las almas de buena voluntad que se ponían a tono con esa Eterna Alma Madre de todo cuanto alienta en todos los mundos.

Y la base que ponían los Ancianos antes de iniciar el desenvolvimiento de las facultades internas, estaba sólidamente construida en éstas palabras:

"Abandónese el aspirante a la acción creadora del Alma Universal, con la cual se pondrá a tono, amando a toda criatura existente como se ama a sí mismo. Y tenga siempre presente que sin esta base de granito, muy poco o nada conseguirá para la iluminación, lucidez y despertar de las facultades de su personalidad interna".

He aquí la clave de que el alma debe disponer, para llegar a percibir los divinos misterios y las sublimes verdades, que sólo es dado conocer a las minorías idealistas que han llegado a la sublime grandeza de amar a toda criatura existente como se ama a sí mismo.

Mientras el hombre no llegue a esto, sus facultades internas permanecerán ensombrecidas, opacas, débiles como niños enfermizos y escuálidos, que caen apenas echan a andar.

El lector de estas páginas ha recorrido ya las obras que le inician en estos conocimientos metafísicos, y por tanto podrá comprender con claridad, el porqué de los fracasos en el sendero espiritual de la mayoría de los buscadores de la Divina Sabiduría, mediante el desarrollo de las facultades internas del ser.

De aquella base de granito puesta por los esenios, se desprende que según el grado de amor a toda criatura existente es el grado de desarrollo a que pueden llegar las facultades superiores del alma humana.

Sobre las formas de ese amor y sus manifestaciones prácticas, construyeron los esenios su forma de vida, sus leyes, sus prácticas todas. La hospitalidad, la ayuda mutua en todos sus aspectos, la piedad, la misericordia, la protección a los inválidos, leprosos, huérfanos y ancianos abandonados, no eran sino formas de manifestación de ese sublime amor, base fundamental para llegar a la cumbre del desarrollo de las facultades internas.

Y los distintos Grados, por el que ellos conducían a las almas por el sendero de la luz, no eran más que ensayos metódicos para que el alma se pusiera a sí misma a prueba, en ejercicios y obras de amor a toda criatura existente.

Sobre tal tema, los maestros esenios tenían largas y frecuentes disertaciones, para evitar el fanatismo y las interpretaciones equivocadas en aquellos menos capacitados, para comprender a fondo el asunto. Y así –decían ellos–:

—El amor bien entendido debe propender al bien y mejoramiento de las criaturas amadas.

Manifestación de este sublime amor, era el silencio en los esenios, con lo que evitaban las disputas y altercados, de los cuales se seguía casi siempre al agravio, la ofensa personal, que a veces hasta se llega a poner la vida misma en peligro.

Y así, al terminar las Asambleas espirituales de cada año, los esenios del exterior volvían a sus hogares con un nuevo caudal de conocimientos, y con el programa trazado para el año siguiente, que necesariamente debía subirles un escalón más en la ascensión a la cumbre de la perfección como humanos, encarnados en este planeta.

Si los Profetas Blancos de Anfión, los Dakthylos de Antulio y los Kobdas de Abel, marcaron rumbos a la humanidad en la prehistoria, los Esenios de Moisés tienen sobre sí la gloria inmarcesible de haber sido los Precursores y los Maestros del Cristo en su jornada final, en la coronación gloriosa de su obra redentora de la humanidad.

Más aún: *los Esenios han dado la orientación para la vida espiritual en la actualidad.*

Ellos mecieron la cuna del cristianismo naciente, y encaminaron sus primeros pasos.

Sólo cuando el Cristianismo fue oficializado a partir de Constantino, dejó en gran parte la vieja senda de los esenios. Ellos volvieron a sus grutas o murieron en horcas y hogueras, ajusticiados como Savonarola, el fraile dominico con alma y vida de esenio.

¡Así es como paga la humanidad, la Reina Ciega, a los que quieren darle la vista, la salud y la redención!...

25
SIMÓN DE TIBERÍADES

Pocos días después y cuando ya los Ancianos juzgaron que el niño Yhasua podía regresar al nido paterno, se organizó una pequeña caravana, al parecer de conductores de cera, miel y pieles de cabra, hacia los pueblos samaritanos y galileos, entre la cual iba Yhasua, su madre y Yhosuelín. En realidad el objeto era que el niño visitara el Santuario del Monte Tabor, hermano gemelo del de Monte Carmelo, con el cual tenían establecida comunicación tan frecuente e íntima por la misma proximidad en que se hallaba y por haber sido ambos santuarios, el refugio de casi todos los Profetas y de muchos esenios que dieron su vida por la justicia y la verdad.

En el Tabor se encontraban los sarcófagos funerarios del Profeta Eliseo, discípulo de Elías, de Jeremías y de Ezequiel. Allí estaba la tumba de Hillel y de Simeón el Justo, ambos esenios, mártires de su firmeza en enseñar y defender la doctrina de la justicia y la verdad.

Desde el Profeta Elías, era conocido el Monte Carmelo como refugio y morada de los antiguos profetas; por lo cual había sido arrasado varias veces en busca de Profetas, en quienes descargar la ira de los reyes y poderosos de la tierra, cuando se habían cumplido en ellos los vaticinios de los inspirados y de los videntes. Y por esta razón, las grutas del Monte Tabor eran refugio más seguro por menos conocido. Era el Santuario más nuevo, y la conformación de sus grutas ofrecía más seguridad a los que huían de la persecución.

Ordinariamente era la habitación más usada de los terapeutas del exterior, porque su situación casi al centro del país facilitaba mucho el apostolado. Había allí un pequeño refugio para niñas, doncellas y viudas, o mujeres repudiadas por sus maridos, y que por distintas razones se veían en peligro de muerte.

En este pequeño refugio fue hospedada Myriam con su niño durante los tres meses que permanecieron allí.

Nuevas amistades, nuevos lazos, debía estrechar en el Tabor el Mesías-niño, amistades y lazos que más tarde se harían tan sólidos como cadena de oro y diamante, que no debían romperse jamás.

Allí conoció y amó a los padres de Pedro, que fue más tarde su gran Apóstol.

Era esa familia, la portera de las grutas del Monte Tabor y constaba de cinco personas: los padres: Simón y Juana, y los tres hijos: Pedro, Andrés y Noemí, la menor, que era entonces una adolescente.

Pedro, a quien llamaban Simón como su padre, era el mayor y tenía entonces veinticuatro años. Estaba recién casado con una doncella de Sidón, hija de padres hebreos, cuyo nombre era Lidda. Los jóvenes esposos vivían junto al Mar de Galilea, con los padres de la esposa, que poseían barcas pesqueras y un mercado para la venta del pescado.

Y fue en las visitas que Simón (Pedro) hacía con frecuencia a sus padres en el Monte Tabor, donde el Mesías-niño con el futuro Apóstol se encontraron.

Andrés, era un jovenzuelo de veinte años, aunque por su sencillez y su natural timidez, representaba mucho menos edad.

Y con este último, Yhasua llegó a gran intimidad, lo cual hacía decir a su padre:

—El niño de diez años y el niño de veinte viven su alegre infancia que ojalá sea duradera.

Y una hermana viuda de la esposa de Simón el portero del Tabor, era quien hacía de hermana mayor entre las mujeres albergadas en el refugio. Esta viuda estaba allí albergada con dos niñas, de las cuales la mayor de nombre Verónica, fue más tarde una de las más constantes y decididas seguidoras del Divino Maestro en sus correrías apostólicas. Sólo tenía entonces Verónica, catorce años, y su amor al retiro y al silencio la rodeaba como de una aureola de respeto y discreción.

Parecía sumergida siempre como en dulces ensueños, y estando dotada de una viva imaginación, era predispuesta a contar hermosas historias a sus compañeras.

Yhasua se aficionó pronto a ella y al caer la noche, reunidos junto a la hoguera solía decirle:

—Verónica, si me cuentas una de tus lindas historias, te traeré nidos de mirlos con pichoncitos que están ya para volar.

—No son historias, Yhasua –le contestaba ella–, sino cosas que yo veo en sueños o me las figuro, para alimentar con ellas mis anhelos de otra forma de vida.

—Será lo que tú quieras, pero a mí me gustan mucho tus cuentos.

Entonces Verónica traía un pequeño cofrecillo que contenía rollitos de tela encerada, en los cuales buscaba breves anotaciones.

Eran dictados espirituales que ella iba coleccionando, para someterlos al juicio de los Ancianos del Santuario.

Eran pasajes breves de vidas lejanas..., que ella decía ser cuentos o sueños, y por medio de los cuales iba ella sabiendo de un lejano pasado, vivido y sentido por ella misma.

De todos los cuentos de Verónica, el que más complacía a Yhasua era el de dos niños que nacieron y crecieron en la soledad. Se llamaban Evana y Adamú. Sus madres como dos ángeles de los cielos se les habían aparecido en visión y les habían unido en un amor que debía durar siglos y siglos. Jehová les mandó un angelito rubio, al cual llamaron Abel..., y seguía el cuento de Verónica deshojándose como pétalos blancos de un rosal misterioso. Y Verónica al terminar decía:

—Yo siento y vivo a Evana cual si fuera yo misma..., y me la figuro en todas sus tristezas y alegrías como si estuviera dentro de mí misma.

"Su encuentro con Adamú..., la dicha de verse amada por él. ¿Sabes, Yhasua? –interrogaba luego–, cuando destrenzo mis cabellos rubios y voy a la fuente por agua, me viene de inmediato la imagen de aquella niña que se llamaba Evana y que parece tener gusto de visitarme en sueños.

Cuando Pedro visitó a sus padres luego de llegado el niño al Tabor, se sintió tan fuertemente atraído hacia él, que al verle pasar y aún sin saber quién era, le llamó en momentos que su hermana Noemí le llevaba a los establos para ordeñar las cabras y dar al niño su ración de leche recién sacada.

— ¡Oye, precioso! –decíale Pedro–. ¿Verdad que eres tortolito nuevo en este nidal?

—Llegué hace cuatro días –le contestó afablemente el niño.

— ¿Y te quedarás mucho tiempo?

—He oído a mi madre que estaremos aquí tres meses, que tardará mi padre en venir a buscarnos.

Pedro pensó que la madre del niño no era una refugiada, sino una visita relacionada con los Ancianos del Santuario.

— ¡Qué lástima que te vayas! ¡Parecía haber entrado el sol en la pobre cabaña del viejo Simón!, –exclamó Pedro, con gran espontaneidad.

— ¡Hola!... –dijo riendo Yhasua–, ¿aún no sabemos ni tú ni yo quiénes somos y ya te lamentas de que me vaya?

—Es que te vi, y ya me robaste el corazón, pilluelo. Ven acá. Déjale conmigo, Noemí, que ya tendrás tú tiempo de charlar con él. Tráele aquí la leche y vamos a beberla entre los dos.

— ¿Sí?... ¿Y si yo no quisiera darte de mi ración? –interrogaba graciosamente el niño–. ¡Tú sí que eres pilluelo! ¡Me ves recién y ya resuelves partir mi ración de leche contigo!...

Pedro le había sentado ya sobre sus rodillas y como extasiado mirándole a los ojos, le acariciaba distraídamente los bucles dorados que el viento del atardecer agitaba suavemente.

— ¡Si no supiera que Jehová es Uno Solo y vive en los cielos, diría que eres tú un Jehová-niño que trae en los ojos toda la claridad de los cielos! ¿Cómo te llamas?

— ¡Yhasua, hijo de Yhosep y de Myriam! Soy de Nazareth y vengo del Carmelo donde estuve ocho meses con los Ancianos. ¡Ellos me querían tanto como tú y he tenido que dejarlos!..., pero yo volveré un día... ¡Oh, sí!, yo volveré.

Y Pedro notó que los ojos del niño se habían abrillantado de lágrimas. Le abrazó tiernamente mientras le decía:

— ¿Y quién no se enamora de ti, rayito de sol?...

—Yo te dije mi nombre y de dónde soy, pero tú no me lo dijiste aún –observó Yhasua, pasando suavemente su manecita por la barbilla rubia de Pedro.

—Me llamo Simón como mi padre y aunque he nacido aquí, vivo junto al Mar de Galilea, con mis suegros porque allí tengo mi medio de vida.

—Y bien, Simón, ahora te repito lo que tú me dijiste antes. ¡Lástima que tengas que marcharte porque estoy muy bien a tu lado!

—A la verdad, yo lo lamento también y así, para no separarnos tan pronto, postergaré mi regreso por unos días más.

— ¿Y qué dirás en tu casa?

—Pues que tengo un negocio importante.

—Y dirás una mentira, y el octavo mandamiento de la Ley dice: No mentir.

Pedro miró al niño casi con espanto y luego inclinó la cabeza.

— ¡Cierto! –dijo–. He aquí que un parvulito que apenas me llega a la cintura me ha dado una tremenda lección.

— ¡Ah!... ¿Tú creías que yo no conozco la Ley? Sé casi lo más importante de los Profetas, y muchos salmos los sé de memoria.

"¿No ves que mi madre salió del Templo cuando mi padre la pidió en matrimonio? A más, yo estuve más de cinco años en el Santuario del Monte Hermón y nueve meses en el Monte Carmelo, y podrás suponer que no estuve jugando siempre al escondite. Y el Hazzan de la Sinagoga de mi pueblo me daba lección en la casa de mi padre.

Pedro oía y en su mente iban despertándose ideas como venidas de muy lejos...

¿Quién era este niño que en sólo diez años había recorrido tres Santuarios donde tanto se habían ocupado de él los Ancianos? No tenía noticia de que con ningún niño se hubiera hecho igual. Pensó en el Profeta Samuel, que decían vivió en el antiguo templo de Garizín, al lado del Gran Sacerdote Helí; pero que un niño tan pequeño hubiera estado en los Santuarios esenios, no lo oyó nunca decir.

—Te quedaste pensativo y triste –dijo dándole golpecitos con su índice en la mejilla–. ¿Es que te supo mal que yo te dijese que ibas a decir una mentira a los tuyos?

— ¡No, Yhasua, no! Es que pienso otras cosas respecto de ti –contestóle Pedro mirándolo fijamente, como si quisiera leer en el hermoso rostro del niño la respuesta a los interrogantes que se estaba haciendo hacía ya rato.

En esto, volvió Noemí con un jarrón de espumosa leche que presentó a Yhasua.

—Mitad y mitad como buenos amigos –dijo el niño, poniéndole a Pedro el jarrón al borde de los labios–. Bebe tú primero y hagamos las paces. Ni tú dirás una mentira, ni yo tengo porqué darte lecciones. ¡Vamos, bebe!...

Pero Pedro que estaba sacudido hondamente en su mundo interno, en vez de beber, comenzó a besar la frente, los ojos, las manos del niño, en forma que casi le hacía derramar la leche. Noemí intervino.

—Hermano –le dijo–, ¿qué te pasa?, jamás te vi tan expresivo como en este instante. –Y como su mirada interrogase a Yhasua, éste dijo:

—Yo no le hice nada, pero se ha puesto así porque me quiere mucho y tiene pena de que me vaya.

— ¡Oh, Simón, Simón! –decía Noemí alejándose–, ¡qué tal te pondrás si un día tienes un hijo!

Vuelto por fin Pedro a la realidad del momento, bebió dos sorbos de leche y dijo al niño:

—Bebe tú, querido mío, que yo estoy bebiendo de ti algo mejor que leche y que miel...

—Me gusta ser tu amigo, Simón –decía el niño mientras bebía la leche–, pero en verdad no te comprendo muy bien.

— ¿No me comprendes?... Dime, niño hermoso como una alborada. ¿Has soñado tú alguna vez, y al despertar has visto que tu sueño tenía vida y que era una realidad?

—A ver..., a ver si recuerdo... –Y el niño con el índice en la sien, pensaba–:

"¡Ah, sí!..., sí, ya lo recuerdo. Cuando estaba en el Santuario del Hermón, soñé que entraban a mi alcoba unos corderitos blancos tan preciosos que yo estaba loco de alegría. Y, cuando me desperté, me los

encontré junto al lecho. Era el Anciano Azael que me los había traído porque él sabía cuánto yo lo deseaba. Otra vez soñé que yo andaba sobre el mar, como sobre las alas de un gran pájaro que corría mucho sobre las aguas. Y al siguiente día me despierta mi madre para embarcarnos en el velero que tienen los solitarios del Monte Carmelo, y viajamos hasta Tiro para buscar a los Ancianos del Hermón que llegaban. Ya ves, también sé lo que es soñar y que el sueño se realice.

—Pues bien, Yhasua, veo que eres un niño muy superior a los de tu edad. Ahora verás.

"Yo emprendí este viaje hacia aquí al siguiente día de tener este sueño:

"Yo me veía a la entrada de un gran campo de sembradío, pero donde no había nada sembrado. Y de pronto y como si hubiera brotado de los musgos, se me puso delante un niño cuya edad no puedo precisar porque tenía el rostro cubierto con un velo color de oro resplandeciente. Y me dijo: "En la cabaña de tu padre te espera la recompensa de tus buenas obras como hijo, como esposo y como esenio. ¿Ves este campo? Es para ti; tú lo sembrarás y en la cabaña sabrás cuándo te será legado y qué siembra deberás hacer en él".

"Y me desperté. No pensaba dar importancia al sueño, pero tropecé con mi cartapacio de anotaciones y buscando en él un billete que necesitaba de una venta realizada días antes, leí este consejo escrito por los terapeutas peregrinos:

"Nunca desprecies los sueños, que pueden ser avisos de los ángeles de Dios para ayudarte en tu camino".

"Entonces recordé mi sueño de esa noche, y me vino fuertemente el impulso de venir a la cabaña de mi padre y aquí estoy.

— ¿Y has encontrado, aquí, la realización de tu sueño? –preguntó el niño, que aún no veía claro en el asunto.

—Casi, casi... –contestó Simón.

—Eso es decir: ni sí, ni no –díjole Yhasua.

— ¡No puedo más!... Esto tengo que saberlo..., y ahora mismo. Llévame donde está tu madre. ¿Me harás el favor?

—Mi madre está en el Refugio donde nos hospedamos ella y yo, pero no sé si allí puedes entrar tú. Me parece que allí no entran los hombres –contestó el niño–. Esto se puede arreglar, Simón, espérame aquí.

Y el niño echó a correr por el senderillo tortuoso y escondido que llevaba al Refugio.

Pedro le siguió con la mirada y del fondo de su Yo subía como un rayo de luz que escribiera en su propio horizonte mental estas palabras: "Ya ha sonado la hora de que llegue Aquél a quien todos esperamos, dicen los Ancianos Maestros. ¿Por qué no será Yhasua el esperado?"

— ¡Cierto, cierto! –se contestaba Pedro a sí mismo–, porque jamás niño alguno me causó la impresión de éste.

Y para acortar el camino que le separaba de él, empezó a andar por el mismo senderillo por donde le vio desaparecer. A poco rato vio salir al niño llevando a su madre de la mano. Y se encontraron.

— ¿Ves, madre? ¡Este es el nuevo amigo que he hecho en el Tabor! Es Simón y me quiere mucho. –Tal fue la presentación.

—Perdonad, buen hombre –dijo Myriam–, los caprichos de mi niño. Ha querido que yo venga a responder a cosas que él dice necesitáis saber. Hablad, pues, si es verdad lo que él dice.

Pedro miraba a la madre y al niño, y decía a media voz:

— ¡De tal madre, tal hijo!... ¡Aun bajan los ángeles a la tierra!...

— ¿Qué estás diciendo, Simón? Si no hablas más alto, mi madre no te puede entender.

—Decía que tienes un gran parecido con tu madre. ¡Sois vos la que habéis de perdonar pero es el caso que he perdido la tranquilidad desde que he visto y hablado a vuestro niño! ¡Es tan diferente de los otros niños!

"¿No os parece a vos lo mismo?

Myriam miraba a Simón sin saber qué forma había de usar para hablar con él, de un asunto tan delicado, dado la cautela que los Ancianos recomendaban.

—Sí –dijo ella por fin–, Yhasua es muy reflexivo y a veces tiene ocurrencias que asustan a los mayores, por salirse de lo común en su edad.

—Yo he leído mucho los libros de nuestros Profetas y más todavía las viejas tradiciones referentes a ellos. En los breves momentos que he hablado con él me ha parecido encontrar semejanzas muy marcadas con Jeremías, con Ezequiel, en la rápida comprensión de las cosas. Yo no sé cómo decir, pero vuestro niño me ha hecho pensar cosas muy grandes.

"El Profeta Malaquías nos anunció que volvería Elías cuando estuviera para venir el Mesías Salvador. ¿No se os ha ocurrido pensar si vuestro hijo será Elías vuelto a nacer?

— ¿Sois por ventura esenio?, –preguntó Myriam antes de responder.

—Terminé el grado primero y estoy en segundo, y cuando fui ascendido, ya me dijeron los maestros de este mismo Santuario: "Si pones toda tu buena voluntad, Simón, la predicación del Mesías Salvador te encontrará ya en el grado cuarto". Estas palabras me hicieron suponer que había ya venido o estaba para llegar. Vos sabéis que no es discreto preguntar aquello que no se nos dice en el Santuario.

—Así es, y por eso mismo yo debo ser muy parca en mis palabras. Únicamente os digo que mi Yhasua parece a juicio de los Ancianos que

trae una misión grande para cumplir. Si queréis visitar aquí a los solitarios, quizá ellos os podrán decir algo más.

El niño se había quedado apoyado en el tronco de un árbol y con los ojos semientornados parecía no ver ni oír lo que pasaba.

De pronto dijo:

—*El Espíritu de Dios sopla donde le place, y manifiesta a los sencillos lo que esconde a los soberbios. Simón* –exclamó con una voz sonora y vibrante–, *Jehová te dice: Que lo que tú estás pensando, eso mismo es.*

Y como si nada hubiera ocurrido de extraordinario, el niño volvió a su estado normal y graciosamente decía a Simón:

—Tú que eres alto y fornido bien podrías trepar a esa montañita que ves, donde está esa vieja encina.

— ¿Y para qué ha de subir? –inquirió Myriam.

—Desde que llegué ando espiando una pareja de tordos azules como los de Nazareth que entran con gusanillos entre sus ramas.

— ¿Y sospechas que tienen allí el nidal con pichones? –preguntó Pedro.

— ¿Para qué han de llevar gusanillos sino para los hijuelos?

— ¿Para qué los quieres si aquí estaremos poco tiempo? –volvió a decir Myriam.

—Madre, cuando vienen las tormentas todos los pichones son tirados a tierra donde los devoran los hurones y las víboras.

"¿No es mejor tenerlos guardaditos en casa hasta que sepan volar y defenderse de todo peligro?

— ¿De modo que quieres ser salvador de pajarillos pequeños? –preguntó Pedro y diríase que en sus palabras se encerraba segunda intención.

— ¡Salvador de pajarillos pequeños!... –repitió Yhasua pensativo–. Has acertado Simón, y te aseguro que nadie acertó tanto como tú. Es como si yo sintiera una secreta satisfacción de salvar de la muerte, los pajarillos de todos los nidos.

Y Simón, como cediendo a una secreta inspiración, a una oculta voz que le hablaba desde muy adentro, respondió:

— ¿No será esto un ensayo de convertirte más adelante en Salvador de hombres, Yhasua?

—No descubramos los secretos del Altísimo antes de su hora –dijo Myriam temiendo que la conversación tomase otro giro.

— ¡Qué buena esenia es tu madre, Yhasua, y qué ejemplo me da de discreción y de silencio! Para el pobre Simón ha brillado hoy una extraña luz, y creo no equivocarme, aunque nada digáis.

Y apenas llegado ante su padre, Simón le pidió, si podía, que le revelase el secreto del niño de Myriam.

— ¿Es Elías que ha vuelto para abrir los caminos al Salvador esperado, según estaba predicho?

“¡Porque me anonada, el sólo pensar que Jehová me permita ver con mis ojos pecadores al Salvador mismo!...

Todo esto lo decía Pedro con una emoción y un fuego interno que lo transmitía a su padre, el cual le contestó:

—Hijo mío, ya sabes cuán severa es nuestra consigna de silencio. Sólo te puedo decir que en ese niño está encarnado un gran espíritu para una importante misión. Esto lo sabemos la mayoría de los esenios. Si tú quieres saber más respecto de él, vete a hablar con los Ancianos del Santuario, que ellos te lo dirán si lo creen conveniente.

—Sí, padre, sí; ábreme la puerta porque tengo una ansiedad que parece estarme quemando las entrañas.

El anciano seguido de su hijo, subió una escalerilla de piedra que arrancaba a pocos pasos de la piedra del hogar, donde hervían las marmitas y se cocía el pan entre el rescoldo. Era como un altillo donde en cestas de cañas y de juncos, secaban frutas y quesos. Apartó a un lado unos haces de caña, dejando al descubierto las maderas mal labradas que para evitar la humedad de aquel sitio cubrían totalmente el muro. Una de aquellas tablas de dos pies de ancho, era una puertecilla por donde el padre y el hijo desaparecieron.

El anciano volvió solo y su hijo quedó dentro.

Los Ancianos le habían visto de niño correr por la montaña, cuidando las cabras y jugando con los cabritillos.

Le conocían como un muchachote honrado y bueno, habían presenciado sus bodas y le habían ayudado a formarse en la austera Ley de Moisés y en las costumbres esenias.

— ¡Ah, Simoncillo! –decíanle en diminutivo para distinguirlo de su padre–. ¿Qué vientos te traen por aquí? ¿Acaso te ha nacido el primer hijo?

— ¡Oh, no, Hermano Azarías!... Es otro el asunto que me trae esta tarde.

— ¡Bien, hombre, tu dirás! ¿Acaso te ves enredado en una encrucijada de difícil salida?

—Nada de eso. No sé si vos recordaréis, Hermano Azarías, que yo estoy en el cuarto año del grado segundo, y que por vuestro consejo empecé hace años a prestar atención a mis sueños y a las intuiciones que de vez en cuando tenía.

Y el joven Simón refirió al Anciano el último sueño que había tenido y que había motivado su viaje. Declaró sencillamente la impresión interna que sintió al ver al niño Yhasua, impresión que se hizo más profunda mientras hablaba con él, hasta el punto de hallarse plenamente convencido de que ese niño era un gran Profeta de Dios, acaso Elías cuya venida estaba anunciada para ese tiempo, y todo buen esenio lo sabía.

Un Anciano solo, jamás resolvía en un asunto, por simple que fuera, y así fue pasado Simón a la bóveda de los párvulos donde se esclarecían ordinariamente las consultas de los Hermanos.

Otros dos Ancianos acudieron a investigar en el alma cándida y sencilla del joven galileo, todo cuanto pasaba por ella. Comprendieron claramente que tanto el sueño como sus intuiciones, eran formas con que la Luz Divina se le manifestaba, y entre los tres Ancianos dijeron:

— ¿Quiénes somos nosotros para impedir al Altísimo manifestar sus divinos secretos a las almas?

"¿No está escrito que el Señor abrirá sus puertas a los párvulos y las cerrará a los poderosos?

Pedro parecía adivinar el gran secreto de Dios, y sus ojos azules agrandados por el asombro y la ansiedad, parecían próximos a llenarse de llanto.

—Siéntate aquí entre nosotros, Simoncillo, y con serenidad escucha lo que vamos a declararte porque vemos que es la voluntad de Dios que lo sepas. –Y el mayor de los Ancianos le refirió cuanto había ocurrido desde antes del nacimiento de Yhasua, y cómo los sabios venidos de Oriente y los Ancianos de todos los Santuarios esenios habían tenido manifestaciones suprafísicas afirmando por distintos medios y de muy diversas formas, que en ese niño estaba encarnado el Verbo de Dios, el Cristo, el Mesías Salvador del Mundo anunciado por los Augures y Profetas de distintos países, donde las grandes Escuelas de Divina Sabiduría habían auscultado los astros y las predicciones más antiguas tenidas por revelaciones divinas.

Por unos momentos, Simoncillo se quedó mudo, hasta que un sollozo muy hondo le subió a la garganta y abrazándose del Anciano más inmediato a él, rompió a llorar como un niño.

Por un largo rato no pudo articular palabra, y cuando fue recobrando la serenidad, sus primeras palabras fueron estas:

—Yo lo he tenido sobre mis rodillas hace unos momentos y he besado sus manecitas y he acariciado sus cabellos de oro... ¿Qué hice, Señor, para merecer una honra tan grande y un favor tan señalado? En veinticuatro años no hice más que cuidar cabritillos y ahora ganar mi sustento y el de los míos. Tan pocas oportunidades tuve de hacer grandes obras de bien, que no encuentro mérito alguno en mi vida para que el Señor me dé tal recompensa.

—Simón, hijo mío –díjole uno de los Ancianos–, como esenio que eres, sabes que no somos de hoy solamente, sino que muchos siglos y largas edades han pasado por nosotros. ¿Sabes acaso en detalles las circunstancias mil, las obras de misericordia que habrás hecho en tus innumerables vidas anteriores?

“¿Sabes acaso si tienes una alianza estrecha con el gran ser que tenemos entre nosotros?

“¡Simón... Simón!... La pesada materia que revestimos nos hunde en las sombras del olvido, y sólo con grandes esfuerzos consigue el alma iluminar los senderos largos de su lejano pasado. Día vendrá en que la Luz Divina abrirá para ti sus eternos archivos, y entonces sabrás por qué hoy, has podido encontrar en tu camino presente al Avatar Divino, bajado por última vez a la Tierra.

“Ya ves, pues, cómo tu sueño y tus intuiciones se han realizado.

“Ahora, Simón, sólo falta que nosotros nos hagamos dignos de la grandeza divina que tenemos en medio de nosotros, y que respondamos con generoso corazón al Mensajero de Dios que ha venido a buscarnos.

— ¿Qué debo hacer, pues? Mandad, que no soy más que vuestro siervo.

—Siervo nuestro no, Simón, sino siervo del Rey inmortal y glorioso que viene a establecer su reinado de amor y de luz en medio de la humanidad.

“Examinemos juntos tus progresos espirituales y el estado de adelanto en que te encuentras.

—Voy en el año cuarto del grado segundo.

—Bien, ya sabes que en los tres primeros grados podemos suprimir años cuando los adelantos son notables, y el sujeto ha vencido todas las dificultades para el cumplimiento de lo que está prescrito.

Simón sacó de su bolsillo un pequeño anotador y lo entregó al Anciano que dirigía aquella consulta.

—Observad por vosotros mismos –les dijo–, y luego me diréis lo que debo hacer. Vosotros sois los maestros y yo el discípulo.

—Hasta que haya salido de su silencio el Gran Maestro, del cual todos seremos discípulos –dijo otro de los Ancianos.

En aquellas hojitas ajadas y amarillentas, durante cuatro años, Simón había anotado sueños, intuiciones, pensamientos, ideas al parecer disparatadas, pero que respondían a un fin altamente noble y benéfico, en conformidad con las prescripciones esenias.

De acuerdo con su suegro con el cual compartía sus trabajos de pesca, tomaba una parte menos para dejar esa ventaja al padre de su mujer en razón de que las grandes barcas le pertenecían. Y con la parte exclusivamente suya, Simón se arreglaba en forma de poder socorrer con ella a los desvalidos que a nadie tenían que velase por ellos.

En varios sueños, seres que no le eran conocidos, le habían apremiado para que no esperase perezosamente el lento paso de los siete años del grado segundo. Y algunas anotaciones decían así:

“Soñé anoche que yo iba por un camino y tropecé con un arroyuelo que lo cortaba. Yo iba a buscar el medio de no vadear el arroyo, y entonces vi un niño, cuya edad no pude precisar, que desde la orilla en que él y yo estábamos, hacía grandes esfuerzos por lanzar al lecho del arroyo unos troncos con la intención de pasar sobre ellos.

“— ¿Qué haces chicuelo? –le pregunté–.

“—Ya lo ves –me dijo–, prepararme un paso.

“—Eres demasiado pequeño para emprender ese trabajo –volví a decirle.

“—Mi voluntad que es grande, suplirá mis pocos años. Ahora mismo quiero pasar.

“¿Por qué esa prisa? Volvamos hacia atrás y busquemos si hay un modo de evitar tanto esfuerzo.

“—Si tanto temes al esfuerzo, quédate ahí, pasaré yo solo.

“Y el niño continuó tirando al lecho del arroyo los pedazos de troncos, uno después del otro, hasta que por fin, saltando alegre como un cabritillo pasó al otro lado.

“—Ves –me dijo–. El rey ha llegado ya, y yo voy a su encuentro mientras que tú te quedas allí, quieto como un lagarto atontado.

“En esto me desperté”.

Y los Ancianos analizando este sueño, lo encontraron lleno de lucidez espiritual.

—Simón –le dijo uno de ellos–, en este sueño un Guía espiritual representado por ese niño te empuja a avanzar valientemente, ejercitando la más activa potencia de tu espíritu: *la voluntad*.

“De este sueño, según la fecha puesta por ti, han pasado tres años.

“El arroyuelo puede ser un símbolo del grado en que estás como estacionado, por haber transcurrido tanto tiempo sin acudir al Santuario para tu remoción.

“Las demás anotaciones registran una infinidad de intuiciones en que la interna voz de tu Yo superior, te espolea para que avances; pues para el Iniciado en nuestras Escuelas de Divino Conocimiento, no basta ser bueno, sino que es necesario avanzar en las capacidades a que puede llegar el alma encarnada; y quedarse estacionado es igual que si no se hubiese comenzado. Y peor aún, toda vez que es como tener abierto el libro sagrado de la Verdad Eterna y no querer leerlo; o como mantener apagada la lámpara que te fue dada para iluminar tu propio camino y el de los que andan alrededor o en pos de ti.

— ¿Qué he de hacer, pues? –preguntó dócilmente Simón.

—Pues pedir promoción al grado tercero ya que has cumplido con todo cuanto te exige el segundo.

—Haced conmigo como sea vuestra voluntad.

—Es tu voluntad, Simón, la que debe decir: quiero esto. Los grados de adelanto espiritual son escalones en los que el alma prueba su anhelo, su fuerza de vencimiento y su capacidad de amor a sus semejantes y su amor a la Verdad y a la Justicia.

"Un esenio del grado tercero, no puede concurrir a un festín con atavíos suntuosos si sabe que cerca de él hay seres humanos que padecen hambre, frío y desnudez; sin antes remediar esas necesidades de sus hermanos y después concurrir al festín.

"No puede decir nunca una mentira para excusar una falta, o para conseguir la satisfacción de un deseo aunque sea lícito.

"No puede revelar los delitos ocultos del prójimo sino en el caso de que sea condenado un inocente.

"No puede tomar parte en un asunto o negocio donde se perjudique un tercero, aunque le sea desconocido.

"La voz de la amistad o de la sangre, no le llevará jamás a cometer una injusticia en caso de que deba ser juez entre un familiar y un extraño.

"Deberás dar dos horas de tu trabajo o su equivalente si tienes abundancia, para el fondo de socorro a los menesterosos que la Orden tiene instalado en cada aldea de nuestro país.

"¿Tienes valor para realizar todo esto?

—"El rey ha llegado ya" –me dijo el niño de mi sueño–. "Yo voy a su encuentro y tú te quedas allí como un lagarto atontado" –repetía Simón como hablando consigo mismo–.

"Maestros esenios –dijo por fin, poniéndose de pie–. Dadme el grado tercero, que puesto que el rey está entre nosotros, yo quiero seguirle de cerca.

Esa misma noche, Simón salía del Santuario con el tercer velo blanco que guardaría como un tesoro y como una promesa, pues que al reunir los siete velos correspondientes a los siete grados, con ellos se formaba el Gran Manto llamado de purificación. Y sólo entonces empezaba para el esenio, su carrera de Maestro de Divina Sabiduría.

Y cuando varios días después, se disponía a emprender el viaje de regreso, al despedirse del niño Yhasua, éste volvió a preguntarle:

— ¿Qué dirás en tu casa de esta larga demora?

Simón recordó que le estaban vedadas las mentiras para excusar una falta o para satisfacer un deseo y contestó con gran serenidad:

—Diré que encontré en la puerta del Santuario, un niño, Yhasua, que me ató a su propio corazón, y que no fue desatado hasta que un tercer velo blanco me cayó encima como un manto de luz. ¿Está bien así, niño mío?

— ¡Está bien Simón, muy bien!

Y los pequeños bracitos de Yhasua rodearon una vez más el cuello de Pedro.

—No olvides –añadió el niño–, que de aquí a tres meses dice mi madre que estaremos en nuestra casita de Nazareth y que me has prometido visitarme. No tienes más que preguntar por el taller de Yhosep el artesano, o pedir las señas al Hazzan de la Sinagoga.

Simón no pudo responder porque la emoción del adiós le apretaba la garganta. Besó al niño en las manos, en la frente, en los ojos y partió sin volver la cabeza atrás.

26
EN EL SANTUARIO DEL MONTE TABOR

Por esas combinaciones especiales que tiene a veces la Ley Divina para con los seres que se ponen a tono con Ella, en el Santuario del Monte Tabor se encontraban muchos papiros cuyo origen se remontaba a los antiguos Kobdas del Nilo, que fueron los precursores del Hombre-Luz en su personalidad de Abel.

Como en el Monte Carmelo, Yhasua se había encontrado con Antulio el gran filósofo, en el Tabor debía encontrarse con Abel el apóstol del Amor entre los hombres.

Y por tal motivo los Ancianos habían querido que permaneciera allí tres meses, para que paso a paso se fuera encontrando a sí mismo.

Más adelante, en el Gran Santuario de los Montes de Moab, se encontraría con Moisés, el gran Legislador, que marcó rutas inmutables a la humanidad, con los Diez Mandamientos grabados en tablas de piedra.

¿Cómo –se preguntará el lector–, habían venido a Monte Tabor, arrinconado entre la umbrosa y escarpada Galilea, los papiros de los Archivos Kobdas del Nilo?

Pues de la misma manera que desde Atlántida, más lejos aún, habían llegado en legajos de telas enceradas, las enseñanzas de Antulio.

La Prehistoria, o sea el período neolítico, guarda secretos que las generaciones modernas empiezan recién ahora a sospechar que existieron.

Y así como las diversas inundaciones de Atlántida llevaron poblaciones enteras hacia las costas más vecinas, de igual manera la invasión de razas conquistadoras a las praderas del Éufrates y los valles del Nilo, obligaron a expatriarse a los últimos Kobdas de los Santuarios de Neghadá y La Paz, esos dos grandes focos de sabiduría antigua en los comienzos de la Civilización Adámica.

A poco de la muerte de Antulio, algunos de sus discípulos íntimos y hasta su misma madre huyeron hacia las costas del nuevo mar, que se había formado por la abertura de la gran cordillera que unía a Mauritania

(África norte) con el país de los Pinares (Europa del sur). Este nuevo mar era el actual mar Mediterráneo, ese hermosísimo y hondo valle, atravesado de oeste a este por un río nacido de las cimas de la gran cordillera, y que atravesando el valle, iba a unirse como un gran afluente, al Éufrates, para desembocar en el mar de la India o Golfo Pérsico.

Estos emigrantes habían llegado a las costas del Ática, el país más civilizado de la Prehistoria, y cuya gran capital, Hisarlik, atraía con su hospitalidad y su gran comercio a todos los extranjeros.

Tal es la trayectoria de algunos de los discípulos de Antulio, entre ellos el Príncipe atlante Hilkar II de Talpakén, cimiento y origen de los Dakthylos del Ática, que pasaron luego a Cretasia y Chipre. Llegó uno de ellos, como un pájaro perdido en un velero náufrago al Monte Carmelo, en la costa de la Palestina, y ese fue Elías el gran Profeta, que la sencilla tradición decía que no era nacido de madre, porque nadie le conoció familia ni parentela, sino que de la noche a la mañana se le vio ambular como un fantasma por las faldas del Carmelo.

A la pregunta, cómo llegaron los papiros Kobdas a las grutas del monte Tabor, vamos a contestar ahora.

Del antiquísimo y milenario Santuario de Neghadá sobre el Nilo, se había formado el de La Paz sobre el gran río Éufrates, que era el fácil camino que ponía en comunicación el Asia del Oriente lejano con el África, el Asia Central, y los países del Ponto Euxino o Mar Negro.

La dispersión de los antiguos Kobdas por la invasión de razas conquistadoras y sanguinarias, llevó a muchos de ellos a refugiarse en las ciudades de la costa del gran río, entre ellas, la primera Babilonia, la antigua Nínive, ambas destruidas varias veces, lo cual provocó la huida de aquellos últimos discípulos de los Kobdas hacia Fenicia, el gran pueblo de navegantes de la más remota antigüedad. En este país, estaba Tiro, la rival de Cartago, y ya como marineros de los barcos mercantes fenicios, o como simples viajantes, llegaron fugitivos a Tiro, y desde allí en busca de lugares fértiles y a la vez seguros contra las persecuciones, encontraron las grutas del Monte Hermón, y de allí pasaron al Monte Tabor, a medida que fueron reconociendo el nuevo país que les abría sus puertas. Y las distintas cautividades que sufrió el antiguo pueblo hebreo, facilitaron a los discípulos de los Kobdas del Éufrates y del Nilo, para trasladar desde Babilonia, los ocultos tesoros de sabiduría Kobda que allí existían procedentes de los Archivos del Santuario de La Paz.

Mas, ¡cuántos siglos habían sido necesarios para que las grutas del Monte Hermón y del Tabor completasen la gran recolección de viejos papiros, placas de cortezas, legajos de telas enceradas y planchas de arcilla, donde podía reconstruirse la verdadera historia de la Civilización

llamada Adámica! Y si muchos fueron los siglos necesarios, fueron mucho más los Kobdas mártires, hasta que encontrándose con los seguidores de Essen, en el Monte Moab, se refundieron en ellos y fueron todos: los Esenios, precursores y maestros del Mesías-Salvador, en su personalidad de Yhasua de Nazareth.

Eran treinta y siete Ancianos los que vivían permanentemente en las grutas del Monte Tabor, sin contar los terapeutas o médicos que iban y venían recorriendo el país, para velar asiduamente sobre todas las familias esenias, y que eran el hilo conductor de las noticias de un santuario a otro.

El Servidor, cuyo nombre era Haggeo, estaba considerado como un clarividente, poeta y músico de lo más eminente y destacado, que hubiera tenido la Orden en los tres últimos siglos.

De tal manera se había conquistado el amor reverente de cuantos le conocían, que llegó a ejercer gran influencia dentro y fuera de la Congregación.

Y en casos difíciles en que fue necesaria su presencia, más de una vez vistió la obscura túnica de los terapeutas, y fue allá adonde creía que le llamaba el deber de evitar el mal, en los que se veían amenazados de una forma o de otra. Desde Antioquía, Tiro y Damasco, hasta las arenas resecas del Mar Muerto en el sur de la Judea, se había hecho sentir la discreta y sabia influencia de Haggeo el Bueno, como llegaron a llamarle.

Y como nadie conocía su origen, la sencilla credulidad de ciertas gentes empezó a crear alrededor de él, una especie de mitología llena de dulce y poético misterio.

Tan solo los Ancianos de todos los Santuarios, sabían que en la vida de Haggeo no existía misterio alguno, sino una avanzada evolución espiritual, que le daba la magnífica lucidez a que habían llegado sus facultades superiores.

Había nacido en la costa norte del Ponto Euxino o Mar Negro, entre las primeras colinas derivadas de la gran Cordillera del Cáucaso. Hijo de un príncipe asesinado en un motín popular, una hermana suya salvó la vida del heredero pequeñito de sólo tres años de edad, entregándole al capitán de un barco mercante que hacía viajes periódicos desde el Mar Negro a Antioquía, la antigua Dhapes de la Prehistoria, en la costa noreste del Mediterráneo.

El marino, fiel servidor de su señor asesinado, buscó el modo de asegurar la vida del pequeño heredero, y compró una parcela de tierra en las afueras de Antioquía, en las orillas del río Orontes, hermoso paraje sombreado de plátanos y provisto de exuberante vegetación. En la parcela de tierra adquirida, se veía cubierta de trepadoras y arbustos, una informe ruina de grandes bloques de piedra negruzca, y enormes vigas

de encina que el tiempo había cubierto de musgos y alimañas, pero que no había podido reducir a cenizas.

El capitán circasiano, nacido y criado entre las duras rocas vivas cubiertas de nieve, encontró en aquellas ruinas una cierta semejanza con las habitaciones de su país natal, y así en vez de construirse una morada, tomó una docena de jornaleros y reconstruyó en el ruinoso edificio, la parte que ofrecía más facilidades para ello. El niño con su nodriza circasiana, fue instalado en el pequeño pabellón reconstruido, donde el solícito capitán almacenó provisiones en forma que aquella mujer pudiera desenvolver la vida en sus ausencias frecuentes. Un viejo marinero, inútil ya para los viajes y bravo como un oso de las montañas nevadas, era el guardián que dejó para la defensa y custodia del pequeño hijo de su señor.

Su madre, que murió poco tiempo después de nacer el niño, había hecho el voto de consagrarlo al Altísimo, a fin de conseguir que naciera vivo, pues los médicos anunciaban que nacería muerto a causa de los grandes terrores sufridos por la madre en esa época de tumultos, incendios y devastaciones que soportara el país.

A decir verdad, nadie pensó en tal voto cuando el niño quedó vivo y murió la madre, pero ella lo había dejado escrito en un menudito papiro, dentro de un cofrecillo de plata no más grande que la palma de una mano, y cuya pequeña cerradura, un dije de oro que era una estrellita, la colgó al cuello del niño con este nombre: “Iván”. Era el nombre de su padre. Pero el capitán protector, temió que tal nombre delatara su origen, y ya en Antioquía comenzaron a llamarlo Haggeo, nombre bastante común allí.

Un día el capitán no regresó de uno de sus viajes, el anciano guardián murió, y el niño ya de catorce años se encontró solo con su nodriza. Siendo tan grande el aprovisionamiento de su bodega y teniendo frutas y hortalizas, los comienzos fueron fáciles, pero al cabo de poco tiempo notaron la falta de muchas cosas que no podían sacar de la tierra. La nodriza entregó al adolescente el cofre que ella guardara celosamente, y Haggeo se vio en grandes dificultades para encontrar el modo de abrirlo.

Por fin supo, al abrirlo, que su madre lo había ofrecido al Altísimo a cambio de que le concediera la vida. La nodriza le refirió su origen y que era heredero de un rico dominio entre el Mar Negro y la cordillera del Cáucaso.

Y como en el pequeño cofrecillo había una veintena de enormes diamantes, aconsejaba a su hijo de crianza que emprendieran viaje a su país natal para tratar de conquistar lo que le pertenecía. En estas cavilaciones estaban, cuando la nodriza cayó enferma. Haggeo llamó a los médicos del pueblo que eran los terapeutas esenios, y uno de ellos acudió al lecho de la enferma.

Cuando ésta estuvo convencida que su mal era grave, confió al médico su cuita, y le rogó protegieran al pobre huérfano, que no quiso saber nada de regresar a su país, donde su padre había sido asesinado y donde también el capitán, su protector, debió perder la vida, puesto que no regresó, ni nada supieron de él.

Encariñado después con los terapeutas y teniendo en cuenta el voto de su madre, quiso retirarse a la vida solitaria que ellos hacían, y fue conducido al Santuario del Monte Tabor, de donde nunca más quiso salir. Vivió su larga vida entregado a la tarea de coordinar y poner en limpio los viejos papiros que habían pertenecido a los antiguos Kobdas de los valles del Nilo y de las praderas del Éufrates. La personalidad radiante de Abel, se presentaba a su vista con tan vivos fulgores que absorbía por completo su espíritu. Aquella sabiduría de los Kobdas le sugestionaba de tal manera, que su ardor para el trabajo era ya excesivo, por lo cual los Ancianos debieron preocuparse de frenar un tanto su afán en atención a su salud.

Desde su entrada a los dieciséis años hasta cumplidos los cuarenta, reconstruyó paso a paso toda la Civilización Kobda, cuyo sol central, Abel, le producía un verdadero delirio de amoroso entusiasmo.

Y cuando había terminado su gran obra, se manifestó espontánea en Haggeo la clarividencia, en tal forma, que pudo ver su pasado en la época en que Abel estuvo en la Tierra.

Y Haggeo, asombrado, se vio en la personalidad de una mujer que había vivido más o menos en el mismo país que había nacido entonces; que en aquella época descubrió en Abel al Hombre-Luz, al Cristo-hombre, y se consagró a su amor y a su obra, durante toda aquella vida.

Supo todas las vicisitudes de la valiente mujer, que fue una personalidad de su vida eterna. Y estando un día Haggeo percibiendo estas visiones de su lejano pasado, uno de los Ancianos, maestro suyo, vio al mismo tiempo un hermoso paisaje de montañas nevadas y por un mar de azuladas aguas, bogar como un pájaro blanco con alas abiertas un gallardo velero, en cuyo puente de mando iba de pie una hermosa mujer rubia vestida de flotantes velos rojos. El Anciano clarividente vio más: en una cumbre nevada, estaba escrito con letras de oro este nombre: "*Walkiria de Kiffauser*".

Tuvo la idea de que tal nombre pertenecía a su discípulo Haggeo, y esperó que volviera en sí del estado semiestático en que comprendió que estaba. Observó su despertar y oyó sus primeras palabras entre emocionados sollozos que las hacían casi ininteligibles:

— ¡Gracias Dios misericordioso que en esta obscura y doliente vida mía, me darás de nuevo a Abel en recompensa a mi amor de tantos siglos!

Hemos querido hacer a la ligera esta reseña histórica de Haggeo, para que el lector conozca a fondo al Anciano Servidor del Santuario del Monte Tabor, que cuando Yhasua, entrado a los once años se hospedaba en dicho Santuario, Haggeo entraba a los setenta años de edad.

Una alianza milenaria de aquellas que el tiempo no destruye, y que son invulnerables a todas las hecatombes humanas, había unido a Abel y Walkiria.

En las escondidas grutas del Monte Tabor, se encontraban nuevamente con otra indumentaria física y con otros nombres: Yhasua y Haggeo.

El lector puede bien adivinar el éxtasis de estas dos almas en aquellos momentos supremos, en que Yhasua el Cristo, realizaba su último pasaje por la Tierra.

Y en la gruta donde se custodiaban los archivos en grandes armarios de encina, empotrados en cavidades abiertas en la roca, se veía frecuentemente al Anciano Haggeo con Yhasua sentado a su lado, leyendo los antiguos papiros ya traducidos al sirio caldeo que relataban la vida de Abel en los comienzos de la Civilización Adámica.

Diríase que los relatos traducidos al sirio habían ganado en intensidad en determinados pasajes, pues, cuando algunos esenios se hallaban presentes, notaban la voz temblorosa de emoción en el Anciano lector y los dulces ojos pardos de Yhasua inundados de llanto.

Hay que observar que el Monte Tabor estaba circundado de tantas bellezas naturales y de una placidez tan notable, que parecía como hecho aquel paraje para las más tiernas manifestaciones de amor.

Añadamos a tal circunstancia el hecho de que en ese Santuario se habían reunido seres de gran intensidad en sus afectos emotivos y de una exquisita sensibilidad, por lo cual desde tres siglos atrás se venía formando una bóveda psíquica o templo astral y etéreo de una sutilidad extrema.

Allí, la música y la poesía habían vibrado en tonos tan sublimes que ya era proverbial en la Orden, que los esenios del Monte Tabor eran arpas eólicas que vibraban al más tenue soplo de las auras galileas.

El libro llamado "*Cantar de los Cantares*", la mayoría de los Salmos y de los libros proféticos habían sido escritos y puestos en música, allí, en momentos en que oleadas formidables de inspiración divina pasaron por las almas iluminadas en éxtasis, en aquellas silenciosas grutas encortinadas de musgos y de flores silvestres.

Las tradiciones orales las atribuyen a éste, o al otro personaje bíblico de notoriedad, porque algunos reyes hebreos, como David y Salomón, los adoptaron para las liturgias de sus templos de oro y marfil.

Y en muchos pasajes de las Escrituras Sagradas, se relata de reyes hebreos que enviaban sus mensajeros a los profetas, escondidos en sus

grutas, para pedirles Palabra de Jehová como decían ellos, cuando sus almas anhelaban sentir de cerca las vibraciones de lo Infinito.

Y casi todos los antiguos cantos sibilinos, y ardientes poemas de amor entre el alma humana y la Divinidad, habían nacido bajo las grutas del Monte Tabor. De igual manera que en el Monte Hermón se habían especializado en la anulación de la materia para dar mayores vuelos al espíritu; en el Monte Carmelo habían dado la preferencia al ardiente apostolado de la redención humana, iniciado por Elías y Eliseo, y en el Gran Santuario de los Montes de Moab, a la Ley..., a la Eterna Ley de Moisés, cuyas copias habían multiplicado hasta lo infinito, y las habían hecho correr por todos los países habitados por seres humanos, traducidas en cuanta lengua o dialecto se habló en la antigüedad.

Allí, entre las *arpas vivas* del Monte Tabor, fue Yhasua a los once años de edad, a empaparse de armonía y de divina inspiración, que tuvo luego gran parte en la modalidad dulce y mística del divino Nazareno.

Y cuando leían los relatos sobre la vida de Abel, traducidos por el Anciano clarividente Haggeo, con frecuencia se encontraban entre paréntesis, advertencias como éstas: "Este Bohindra, alma de la Gran Alianza del Éufrates y del Nilo, realizó tres vidas en Monte Tabor en los últimos siglos".

Y en las iguales indicaciones, entre paréntesis como ésa, aparecían mencionados los nombres de una Reina Ada, de los antiguos Kobdas del Nilo, Adonai, Sisedón, Tubal, Elhisa, Solania, y muchos otros que en los comienzos de la Civilización Adámica habían sido colaboradores íntimos de Abel en su grandioso papel mesiánico de aquella hora.

Y todos ellos habían pasado por el Santuario del Monte Tabor, como lámparas vivas y ardientes, irradiando en formidables oleadas el amor conquistado y desarrollado en largas vidas de inmolación sublime por el Eterno Ideal.

Con lo dicho basta y sobra, para que el lector avezado a estudiar estas materias, se dé perfecta cuenta de la acumulación de corrientes sutiles de intenso amor que debía haber en el Santuario del Monte Tabor.

Cuando iba a terminarse el segundo mes de la estadía de Yhasua en aquel Santuario, escuchemos este diálogo entre el niño y su Anciano confidente Haggeo.

— ¿Sabéis una cosa, Servidor?

—Si tú no me lo dices...

—Pues que falta sólo un mes para terminar mi visita aquí, y yo no quiero irme.

— ¿De veras?

— ¡Y tan de veras! ¿Y por qué tengo que irme cuando estoy tan contento aquí? ¿No os parece a vos que debo quedarme?

—No, hijo mío, aunque también yo lo deseo quizá más que tú. No es la hora todavía de que entres de lleno en el mundo real o espiritual, cuya intensidad perjudicaría a tu desarrollo físico. Cuando hayas cumplido tus quince años, entonces será la hora de hablar de esto. ¿Comprendes, Yhasua?

— ¡Qué lástima no tenerlos ya, y me quedaría con tanto gusto!..., –exclamaba entonces el niño inclinando su cabecita pensativa.

—Mucho has aprendido y sentido en Monte Carmelo, y mucho has aprendido y sentido aquí. Créeme que tanto allá como acá, hemos extremado la dosis demasiado grande con relación a tu edad. Te faltan sólo cuatro años y éstos pasan pronto. ¿Quieres que te prometa hacerte una visita en cada año de los que te faltan?

Yhasua al oír esto se lanzó sobre el Anciano y rodeándole el cuello con sus brazos le dio un largo beso en la frente.

— ¡Qué bien comprendéis, Servidor, mis deseos y mis sentimientos!, –exclamó entusiasmado el niño–. ¡Eso mismo iba yo a pediros, porque encontraba muy largo cuatro años que tardaré en volver!

—Bien, Yhasua, bien, eso quiere decir que nuestras almas han llegado a entenderse sin palabras.

"Deja todo a mi cuidado, que cuando venga tu padre a buscarte, yo conseguiré de él que te deje venir por más largo tiempo cuando sea el momento.

— ¿Y mi madre? –interrogó el niño–. Creed Servidor, que es más difícil el permiso de ella que de él. Para mi padre, yo no soy casi nada por el momento, pues que sus hijos mayores, mis hermanastros, le responden con creces a sus anhelos e iniciativas. Pero mi madre. ¡Oh, ella!, su pequeño Yhasua como una sombrita a su lado es quien suaviza todas las asperezas. Porque aunque ella no os lo diga, mi madre sufre en silencio por lo adusto y severo del carácter de mi padre que jamás hace demostraciones de afecto en el hogar. Y mis otros hermanos son como vaciados en el molde de él. Sólo Yhosuelín es algo diferente para con mi madre y conmigo cuando estamos ausentes de Nazareth; pero en cuanto entremos en aquella casita todo es austera severidad. Mis hermanastras Elhisabet y Andrea son iguales a mi padre y ya están casadas desde el año pasado; queda aún la más pequeña, Ana, que a escondidas de mi padre es risueña y afectuosa, y hace mimos a mi madre y a mí.

"¿Os gustan Servidor estas confidencias familiares que os estoy haciendo?

— ¡Oh, mucho, mi pequeño Yhasua, mucho!, porque así me facilita el camino para entrar en tu hogar con el acierto que debo tener.

"¿Y por qué temes que tu madre sea difícil de convencer de que te permita venir?

—Porque ella teme por mí muchas cosas que yo no alcanzo a comprender, y está inquieta así que me pierde de vista. Ana, la menor de mis hermanas, parece acompañar a mi madre en esos temores, pues me vigila siempre.

"En casi todas las epístolas que recibimos de mi padre se ven las recomendaciones añadidas por Ana al final: "Cuidad mucho a Yhasua que yo lo sueño casi todas las noches y temo mucho por él. Madre, traedle pronto, y que no se aleje más de nuestro lado".

— ¿Qué edad tiene tu hermana Ana?

—Tiene tres años más que yo.

—Catorce años. Dentro de dos o tres años tomará esposo, y así cuando yo deba ir a buscarte ya no estará ella en tu hogar, y será una oposición menos que yo tendré.

— ¡Creo que no estáis en lo cierto, Servidor!... –observó pensativo el niño.

— ¿Por qué, Yhasua? ¿Se puede saber?

—Ana dice que no tomará nunca esposo porque ningún hombre le agrada. El uno que es feo, el otro que tiene la voz de trueno, el de más allá que camina a zancadas como un avestruz, o que corre demasiado como un gamo perseguido...

— ¡Oh, oh... mi niño picaruelo!, –decía el Anciano riendo–. Es que Ana no ha encontrado aún el compañero que le está destinado. Eso es todo.

—Ana tiene sueños y cree que sus sueños son realidad.

"Ella ve en sueños un doncel muy hermoso que siempre le dice: "Yo soy el que tú vienes siguiendo desde hace muchísimo tiempo". Y a veces dice que le ve esconderse detrás de mí.

"¿Sabéis vos, Servidor, lo qué significa esto?

—Cada alma, niño mío, es como un gran libro, donde el dedo del tiempo ha escrito muchas historias, o como un gran espejo que refleja muchas imágenes. ¿Sabes? Acaso los sueños de Ana tu hermana son pasajes de una historia de ésas que quizá responderá a una de las imágenes del espejo de la Luz Eterna. Cuando sea la hora lo sabremos todo. Mientras tanto te digo que tu madre y Ana, son las dos almas que más te comprenden en tu hogar.

Leyendo un día en los viejos papiros de los antiguos Kobdas de la época de Abel, el Servidor leía un pasaje referente a una hermosa mujer del país de Arab (Arabia) que enamorada ardientemente de Abel, el joven apóstol de la prehistoria en los países del Asia Central, llamado de los Cinco Mares, estuvo a punto de entorpecer el camino del Misionero. Aquella mujer, según los relatos, había tenido muchos sueños, y en ellos veía la imagen que después encontró real en la persona de Abel, hijo de Adamú y Evana. Y ella decía que soñaba con un príncipe que "parecía formado con luz de las estrellas".

—Servidor –interrumpió de pronto Yhasua–, a esa mujer le sucedía como a mi hermana Ana. ¿Cómo decís que se llamaba?

—Zurima de Arab, lo expresa aquí. –Y como el Servidor viera al niño pensativo mirando al sitio del papiro donde leían, le preguntó–: ¿En qué piensas Yhasua?

—Vosotros me enseñáis que toda criatura nace, renace y vuelve a nacer muchas veces, ¿no es así?

—Justamente.

—Vos, yo, todos, tuvimos muchos cuerpos, muchas vidas y por tanto muchos nombres, pues cada cuerpo y cada vida tuvo el suyo, ¿no es así?

—Así es, Yhasua, así es, ¿qué quieres decir con eso?

—Que se me ocurre pensar que Ana mi hermana sería esa Zurima de Arab.

—Puede ser –dijo el Servidor asombrado del sutil razonamiento del niño–. A ver si se te ocurre pensar quién sería ese príncipe luminoso, que ella soñaba y al cual parecía estar ligada.

El niño volvió a sumirse en meditativo silencio.

—Aunque ahora no soy príncipe ni cerca de serlo según creo, puede ser que ese Abel, fuera en el pasado, yo mismo. ¿No puede ser así?

— ¡Qué hermoso despertar el tuyo, niño mío!, –exclamó el Servidor abrazando al pequeño–.

"Dos meses he pasado esperando éste momento, en que te encontraras a ti mismo en la personalidad de Abel, hijo de Adamú y Evana.

— ¡Qué maravillas guardáis vosotros los esenios en vuestras grutas llenas de misterio!, –exclamó el niño siempre pensativo–.

"En el Monte Carmelo me hicieron encontrar en ese Antulio maravilloso, que viajaba por las estrellas y relataba incomparables bellezas de esos astros lejanos. Y vosotros en el Tabor, me hacéis encontrarme en ese príncipe Abel, cuya vida relatan vuestros papiros con muchos mayores detalles de lo que dice Moisés en su primer libro.

"Pero creedme, Servidor, que esto me pasa dentro de vuestras grutas, y hasta me parece que no soy un niño sino un hombre. Cuando me hallo fuera, en la cabaña de las mujeres o en la pradera, me olvido de todo esto, y me veo otra vez un chicuelo goloso y travieso que piensa en comer castañas y miel, y correr detrás de los corderos y espiar donde anidan las alondras y los mirlos.

—Eso significa que tu espíritu necesita fortificarse más y más, hasta llegar a dominar completamente los distintos ambientes espirituales en que se encuentra. Esto es, fortificarse en su unificación con tu Ego y Yo Superior en tal forma, que tú seas capaz de cambiar o modificar los ambientes y no que ellos te cambien a ti.

—Me parece que tardaré en poder hacerlo, Servidor; ¿no os parece así?

—No, hijo mío. Estoy seguro de que antes de llegar a tus veinte años ya lo habrás conseguido plenamente.

“Ahora vete con tu madre que seguramente ya estará inquieta por tu tardanza.

El niño besó al Anciano en la mejilla y salió camino de la Cabaña-Refugio de las mujeres. Encontró a su madre que ya venía en su busca.

— ¡Yhasua!... Cada día te retardas más en el Santuario y olvidas que tu madre ha quedado sola –le reprobó Myriam.

—Sola no, madre, porque están las otras mujeres y está Verónica que tiene gran amor hacia ti –le contestó el niño dulcemente.

—Ninguna de ellas es el hijo, cuya presencia reclama mi corazón.

—Bien, bien, madre, ya no te dejaré más sola, puesto que pronto nos marchamos de aquí.

—Eso será cuando venga tu padre a buscarnos. ¿Quieres volver Yhasua a Nazareth? –El niño la miró sin responder–. Di la verdad, que no me disgustaré contigo cualquiera que sea tu respuesta.

—Madre, quiero decirte la verdad. Los Ancianos de los Santuarios parece que me ataran con cadenas. Lloré al salir del Monte Hermón y eso que sólo tenía ocho años. Me dolió dejar el Monte Carmelo, y hoy me duele mucho más dejar el Tabor. Pero el Anciano Servidor me ha prometido visitarme cada año en Nazareth, y con esta esperanza ha suavizado él la separación.

— ¿Quieres que yo me vaya y te deje aquí? –preguntó Myriam, queriendo medir los sentimientos del niño.

— ¡No!, ¡eso no!, madre, porque sé la pena con que partiríais y esa pena me amargaría mucho el corazón. –Y al decir así, el niño se levantó en la punta de los pies y besó tiernamente a su madre.

Pocos días después y en una serena noche de plenilunio, en la postrera meditación de los esenios que era siempre a la segunda hora de la noche, –que nosotros diríamos las diez–, los clarividentes tuvieron esta magnífica visión:

Del cuerpecito de Yhasua, dormido en la cabaña en que se refugiaba su madre, se difundía una claridad rosada en la cual se confundían la cabaña y el Santuario, como si estuvieran ambos en un mismo plano resplandeciente de cristal amatista. El clarividente observador no podía precisar si la visión se acercaba hacia ellos o los atraía hacia sí, siendo lo cierto que el magnífico espectáculo se hallaba al alcance, diríamos, de sus manos, bien comprendido que era impalpable y sólo para ser percibido por mentes llenas de lucidez y de serenidad. Y la visión se hizo comprender así:

“—Amigos del pasado, del presente y del porvenir: La cadena no interrumpida de inmolaciones cruentas de vuestro Mesías Instructor

toca a su fin. Vosotros lo sabéis como yo. Mis sacrificios terminarán muy en breve, pero los vuestros continuarán durante veinte siglos más que faltan para el final de este ciclo de evolución. Y así como este holocausto mío será el más espantoso y terrible, porque es la apoteosis del Amor-Redentor, igualmente serán para vosotros veinte siglos de inmensos martirios sin honra y sin gloria, antes bien, sobrecargados de oprobios y de infamia, hasta el punto de que la humanidad dudará si sois justos o sois réprobos.

"También para vosotros será la apoteosis o las tinieblas pasados estos veinte siglos que os dará la Eterna Ley, para forjar vuestra grandeza o vuestra ruina, según que caminéis siguiendo mis huellas, o torzáis vuestro rumbo en pos de ideales que no son los míos.

"En esta etapa final de Yhasua-Cristo, quedarán refundidas como en una sola claridad, todas las actuaciones anteriores que sólo aparecerán ante la ciega humanidad, como pasajes brevísimos de meteoros iluminando las tinieblas de las pasadas edades: El heroico apostolado de Juno y de Numú en Lemuria, la mansedumbre invencible de Anfión, y la Sabiduría de Antulio en Atlántida; el Amor tiernísimo de Abel, la siembra de paz y de justicia de Krishna, la fuerza formidable de Moisés taumaturgo y legislador, el renunciamiento supremo de Buda, todo se sumerge en Luz Divina para formar la apoteosis de Yhasua-Cristo, que dirá ante Dios y los hombres: "Hice cuanto fue posible hacer; todo fue consumado".

"Niño aún, sólo podéis cooperar al despertar de mi Yo superior, fortaleciendo mi espíritu y cultivando mi mente a fin de avivar en ella las llamas vivas del conocimiento que brilló tan radiante en horas lejanas. Mas, cuando yo me haya despertado y me haya reconocido a mí mismo, permaneced tranquilos y serenos en vuestras cavernas, sin alarmaros cuando veáis aparecer los primeros relámpagos de la tempestad, que ya os anuncio que llegará tan formidable y terrible que guardarán de ella memoria los veinte siglos que os faltan a vosotros de vidas terrestres en este ciclo de evolución planetaria.

"Seréis dignos de lástima, si en plena borrasca llegáis a dudar de la misión divina de Yhasua-Cristo; mas es inevitable que en su corazón de hombre sea clavado también el dardo de esa duda; como los sentiréis clavarse vosotros en vuestra carne en etapas finales. La Ley exige a los redentores, que ningún dolor les sea extraño de aquellos a que está sujeta la humanidad que redimen y que salvan.

"Mis esenios de las cavernas, mis discípulos, mis aliados, mis apóstoles, mis mártires del futuro; yo os doy en esta hora la suprema bendición de mi amor, para que ella os sirva de estrella polar en los obscuros siglos que habéis de vivir todavía en esta Tierra, entre fangales de vicio, de sangre y de llanto. Y aunque muchas claudicaciones

marcarán lunares de sombra en vuestras existencias futuras, cuidad de que sea sin manchas la final, porque ella marcará vuestra gloria y felicidad, o vuestra desdicha por otro ciclo de evolución.

"¡Paz y Amor sobre todos vosotros que sois míos hasta la eternidad!"

La visión se fue diluyendo suavemente en el éter como había comenzado, dejando a los esenios clarividentes sumergidos en la placidez extática de los grandes momentos, para el alma que ha llegado a comprender y sentir la grandeza de la Divinidad en sí misma.

La luna llena resplandecía como una lámpara de plata en el espacio azul, cuando los esenios salieron a la plazoleta del Santuario, donde a compás de sus salterios y cítaras cantaron a coro las vibrantes salmodias de la gratitud al Señor que les había designado para las grandes epopeyas de su amor redentor.

27
PRIMER VIAJE A JERUSALÉN

Catorce días después de este acontecimiento, llegaba aviso de que en Canaán les esperaba Yhosep, para conducirles nuevamente a Nazareth, al humilde nido que Yhasua había dejado nueve meses hacía.

El Servidor y varios esenios les acompañaron hasta dicha localidad, con la promesa solemne de visitarle en Nazareth.

Una vez allí, tuvieron todos, la satisfacción de observar que el niño había cambiado mucho en sus modalidades.

Compartía con sus padres y hermanos los trabajos del hogar conforme a sus fuerzas físicas, y sólo dedicaba a sus meditaciones solitarias, las horas que destinaban los demás a sus juegos o expansiones acostumbradas.

Las grandes fiestas de Pascua se acercaban, y comenzaron los preparativos para el gran viaje a la ciudad de los Reyes y de los Profetas: Jerusalén.

La costumbre casi erigida en ley, obligaba a los niños que habían cumplido los doce años, y Yhasua estaba en el umbral de esa edad. Sería la primera vez que iría a la gran capital de la nación hebrea desde los primeros días de su infancia, o sea desde que fuera consagrado en el Templo.

Estaba pues destinado a formar parte de la numerosa caravana nazarena hacia Jerusalén.

Se pusieron de acuerdo seis o siete familias emparentadas o amigas de la de Yhosep, entre ellas Salomé y su esposo Zebedeo, con su único

hijo Santiago de catorce años, si bien era notorio que la madre iba a serlo dentro de breve tiempo y por segunda vez.

Tenía Myriam, una prima hermana llamada Martha, casada con Alfeo, un tejedor pudiente de Canaán, que con varios de sus hijos y jornaleros formaban también la caravana que llegó a sumar cuarenta y seis personas entre hombres, mujeres y niños. Por servir de vigías al niño Yhasua, iba también el Hazzan de la Sinagoga y dos terapeutas que frecuentaban semanalmente la casa de Yhosep.

La caravana siguió el camino acostumbrado o sea el de Giané y Sichen, pasando por los antiguos Santuarios de Silo y de Betel, ya ruinosos en aquel entonces. Los alrededores son verdaderos oasis por la exuberancia de la vegetación y por la disposición del paisaje mismo, lleno de los encantos naturales, que se reúnen entre pintorescas colinas con arroyuelos murmurantes y aves que cantan en múltiples gorjeos y flores variadísimas, que los viajeros van recogiendo mientras cantan los salmos acostumbrados en aquellas religiosas peregrinaciones anuales.

El viaje se realizó sin acontecimientos dignos de notar hasta llegar al Santuario de Silo, que por entonces sólo servía de albergue a unas decenas de paralíticos y mendigos, para quienes los terapeutas habían conseguido permiso de habitarlo hasta que los nuevos amos del país dispusieran reconstruirlo o transformarlo en una de esas magníficas construcciones de estilo romano, en que tanto alarde de grandeza hicieron los Herodes, para captarse la simpatía del César.

Era el principio de la primavera y el sol bastante ardiente, había fatigado mucho a las mujeres y a los ancianos. Salomé la esposa de Zebedeo quiso pasar allí la noche, por no sentirse con fuerzas para continuar.

Myriam y su prima Martha, quisieron también pernoctar allí para hacerle compañía; por lo cual la caravana se dividió en dos. Los esposos e hijos de las tres mujeres quedaron también en Silo, pensando continuar el viaje a la madrugada siguiente.

El Hazzan y los dos terapeutas viajeros, quedaron también allí con gran alegría de Yhasua que estaba encantado de aquel paraje. El aspecto ruinoso y sombrío del viejo santuario le atraía irresistiblemente, y mientras los hombres y las mujeres disponían un buen albergue para esa noche, consiguió que Yhosuelín le acompañase a registrar cuidadosamente aquella negra mole cuyas ojivas casi cubiertas de hiedra, apenas permitían pasar débiles rayos de luz.

Su naturaleza de sirio, parecía desbordarse en místicos sueños entre los pórticos y naves del antiguo templo, y hasta pensaba escuchar la misteriosa voz de Jehová que oyera el niño Samuel cuando se iniciaba en el profetismo.

Nadie podía darle alcance en sus idas y venidas, registrándolo todo como si por momentos creyera ver aparecer alguna visión, o tuviera en

el subconsciente la certeza de que algo debía encontrar entre aquellas sombrías y resonantes murallas.

Como la noche caía lentamente, Yhosuelín luchaba por llevarse a Yhasua con la familia y demás peregrinos, y dudaba de conseguirlo, cuando la voz de Yhosep, su padre, les llamó a ambos, porque el albergue para esa noche estaba dispuesto, y en la hoguera que ardía alegremente la cena pronto estaría servida. A más había otra novedad.

— ¿Sabes Yhasua, que el Señor nos ha mandado un angelito de oro para que nos acompañe en el resto del viaje? –decía Yhosep a su hijo, acaso para persuadirle a reunirse con todos, dejando por fin sus curiosos registros en pasillos y corredores.

— ¿De veras, padre? ¿Ves, Yhosuelín, cómo el corazón parecía anunciarme que algo debía yo encontrar en este viejo templo?

"¡Vamos, vamos a verle! ¿Y quién lo tiene?, ¿cómo llegó?, ¿por dónde entró?, ¿y qué ha dicho al llegar?, ¿y no ha preguntado por mí?...

Todo este torbellino de preguntas hacía sonreír a Yhosep, mientras con el niño de la mano y guiados por la cerilla que ardía en las manos de Yhosuelín, buscaban la salida en aquel laberinto de columnas y corredores.

El resplandor del fuego les atrajo por fin a un apartado rincón, donde con esteras y colgaduras de telas se había improvisado una alcoba para las mujeres.

Allí llamó discretamente Yhosep, hasta que acudió Myriam y les hizo entrar.

Sobre un montón de paja que habían cubierto de pieles y mantas, se hallaba Salomé con su recién nacido.

—Ya ves, Yhasua, que no te he dicho mentira –decía Yhosep acercándose con el niño, para que viera de cerca al angelito rubio que el Señor les había mandado.

El niño se quedó mudo, como petrificado, acaso por una extraña emoción que nadie sabía bien comprender. Hubo un momento en que sus ojos se llenaron de llanto, por lo cual intervino Myriam.

— ¿Te entristece, Yhasua, ver al pequeñín de nuestra prima Salomé?

Yhasua se fue acercando lentamente sin decir palabra hasta el borde mismo del lecho, donde se puso de rodillas para que su rostro quedase a la altura en que el pequeño dormía.

— ¡Angelito de Jehová!... –decía a media voz–, mi corazón sabía que tú bajarías hoy a mi encuentro, en este viejo santuario donde Dios habló a sus profetas..., donde Samuel escuchó de niño su Voz, donde yo escuchaba hace unos momentos tantas y tantas voces sin ruido, que hablan sin palabras como habla el viento y las aguas que corren en los arroyuelos. –Y con los extremos de sus dedos suavísimos le palpaba las

manecitas, la frente, las mejillas y espiaba afanoso el instante en que abriría los ojos.

—Despiértate angelito de Jehová –le decía–, que yo te llevaré en brazos hasta Jerusalén, para que juntos entremos en aquel dorado templo a cantar el amor de Jehová, que los hombres no conocen todavía.

Diríase que el alma de Yhasua, iluminada de divina claridad vislumbraba la tierna y dulce amistad de Juan, su apóstol y evangelista en los años que pronto llegarían para ambos, cargados de responsabilidades de sus respectivas misiones en relación con la humanidad que caminaba en tinieblas.

Temiendo los dos esenios, que Yhasua cayera en uno de esos estados psíquicos que les sería difícil explicar ante los profanos, intervinieron en aquella escena muda.

—Yhasua –díjole uno de ellos–, no es conveniente en estos momentos molestar al recién nacido. Ya lo hemos visto y bendecido al Señor por su llegada. ¿Quieres acompañarnos a visitar la parte del Santuario que no has visto aún?

"Yhosuelín y el Hazzan pueden venir también.

Antes que el niño aceptara la invitación, intervino su madre.

—La cena estará dispuesta dentro de poco y os ruego no tardar mucho.

—Una hora a lo sumo y estaremos aquí de vuelta.

Y provistos de candelas y cerillas se encaminaron a lo largo del pórtico llamado de las mujeres, que era donde habían improvisado alcobas para esa noche.

Y por un gran arco que se abría al final penetraron al templo propiamente dicho. Sus pasos resonaban con largos ecos en aquella soledad poblada de sombras, y donde cada columna aparecía como un gigantesco guardián del Templo abandonado. Yhasua caminaba entre los dos terapeutas que le conducían de la mano.

—Diríase que anda por aquí el alma pura de Samuel el Profeta de Dios –dijo de pronto el niño, quedándose plantado sobre las losas del pavimento cuando hubieron llegado a lo que había sido el Sancta Sanctorum.

—Mira hacia abajo, Yhasua, –dijo uno de los terapeutas alumbrando con su antorcha el pavimento. Con una escritura rústica y ya muy borrosa podía aún leerse:

"Sobre estas losas dormía el joven Samuel envuelto en una pobre manta, cuando por tres veces oyó la voz misteriosa que en nombre de Jehová le mandaba transmitir su mensaje a Israel".

El niño miró con ojos asombrados a los dos esenios, pero guardó silencio.

—Si recuerdas algo del Libro primero de Samuel, comprenderás que éste era el sitio donde él acostumbraba a hacer la guardia a la sagrada lámpara, que no debía apagarse jamás en el templo de Jehová.

"Fue aquí la gloria y el dolor del joven profeta, que recibió el anuncio de las desgracias terribles que Jehová dejaría caer sobre Helí, Gran Sacerdote, y sobre su casa, por su debilidad para con sus hijos Ophni y Phinees, cuya escandalosa vida arrastraba por caminos de crimen y de vicio a toda la juventud de Israel.

—La extremada bondad de carácter de Helí, Gran Sacerdote, había penetrado muy hondo en el corazón del jovencito Samuel, que regó con amargo llanto estas losas sobre las cuales dormía, antes de atreverse a transmitir a Helí, su amado protector, el terrible mensaje que había recibido para él.

—Igual que si yo recibiera de Jehová un pavoroso mensaje para mis padres, por ejemplo –murmuró tímidamente el niño.

Y pasando de allí al altar llamado de la Propiciación, se detuvieron a veinte pasos de él, para que el niño leyera en otra losa del piso esta larga inscripción:

"Sobre esta losa oró con lágrimas durante siete años la virtuosa Ana, esposa de Elcana y madre del Profeta Samuel, pidiendo a Jehová un hijo, pues que no los tenía, hasta que el séptimo año le nació Samuel, a quien con voto solemne consagró al Señor, dejándole en su Templo bajo la tutela de Helí, Gran Sacerdote, cuando el niño sólo tenía seis años de edad".

Y acercándose a la muralla, vieron en una plancha de arcilla, grabado el cántico de Ana en acción de gracias al Altísimo, en el momento de consagrarle el hijo que le había concedido:

"Por este niño oraba y Jehová me dio lo que le pedí.

"Yo le vuelvo pues a Jehová. Todos los días que viviere serán de Jehová.

"Mi corazón se regocija en el Señor, y mi boca se ensancha para alabarle y glorificarle.

"No hay santo como él. Ni hay nadie fuera de Ti, Señor nuestro.

"Jehová da la vida y la quita, hace descender al sepulcro y subir nuevamente.

"Levanta del polvo al pobre abatido para sentarlo entre los príncipes.

"Porque de Jehová son los fundamentos de la tierra, y sobre ellos asentó este mundo.

"Jehová juzgará en todos los términos de la tierra, y dará fortaleza a su Rey y ensalzará el labio de su Mesías".

—Ahora recuerdo –dijo el Hazzan–, que estando un sábado en la sinagoga de Nazareth y leyendo el libro de Samuel, Yhasua dijo que este profeta estaba para venir nuevamente y que llegaría al Santuario de Silo, donde tanto había glorificado al Señor.

“¿Recuerdas Yhasua este hecho que motivó las primeras alarmas de tus padres por pronunciar palabras que tú mismo no podías justificar?

—En verdad, no lo recuerdo –contestó el niño.

—Pues sí, hijo mío, y aquí os daré la prueba.

Y sacando una carpetita de bolsillo, buscó y rebuscó, hasta dar con el pequeño relato que aludía a la venida del Profeta Samuel.

La luz se hizo para todos, que exclamaron al mismo tiempo:

—El niño que acaba de nacerle a Salomé, es el Profeta Samuel que vuelve a la Tierra.

Yhasua entornó los ojos, de los cuales se deslizaron dos lágrimas que a la luz de las cerillas brillaban como diamantes, mientras decía a media voz:

—Sí, es él que viene a glorificar al Señor junto conmigo, y después de mí, muchos años, para que con nuevas visiones anuncie a los hombres lo que Jehová tiene reservado para los que le aman y los que no le aman.

Y sin esperar que nadie le guiase, echó a correr hacia el pórtico de las mujeres, y como una exhalación penetró a la alcoba de Salomé. Con ardientes manifestaciones de cariño se abrazó del pequeñito recién nacido, y cubriéndole de besos el rostro y las manecitas, le decía como en un vehemente delirio:

— ¡Qué solo y triste me habías dejado y cuánto tardaste para llegar!... ¡Mas, ahora que has venido, no me separaré de ti en la vida ni en la muerte!

Sólo Zebedeo escuchó tales palabras porque Salomé dormía, y Myriam y Martha, junto al hogar, disponían la frugal comida para todos.

Los peregrinos debieron quedar allí tres días por causa de Salomé, hasta que los terapeutas, grandes conocedores del lugar, consiguieron un pequeño carro de los que entonces usaban para viajar los que no podían hacerlo a pie, y sin apartarse mucho de los compañeros que le alcanzaban en las paradas, Salomé continuó viaje con su pequeñín hasta Jerusalén.

Cuando este viaje se hacía sin interrupción, ocupaba de tres a cuatro días, mas en la presente oportunidad les llevó siete días de Nazareth a Jerusalén.

Por fin, nuestros viajeros llegaron a la última etapa, una pobre aldea conocida con el nombre de Ain-El-Haramie, donde también se detuvo el carro de Salomé y todos juntos pasaron allí la última noche que les separaba de la dorada ciudad, que era para todos como una visión muchas veces vista, pero que siempre deseaban ver nuevamente.

¡Jerusalén!... Era el sueño de luz y de gloria de todo buen israelita, que sólo por absoluta imposibilidad dejaría de participar en las solemnidades de Pascua en el Templo de Jehová.

El mismo Yhasua se sentía a momentos como bajo el peso de una alarmante inquietud y así, en aquella última noche, preguntaba a unos y a otros:

— ¿Cómo es Jerusalén? ¿Cómo es el Templo?

—Estuviste en él a los cuarenta días de haber nacido –le contestaban sus padres–, pero ya le verás mañana un poco antes de medio día, porque para quien no ha visto aquello, resulta muy difícil explicarlo.

—Pero allí no encontraré a los Ancianos de túnicas blancas, y de ojos buenos y dulces como las palomas de nuestros huertos... –decía Yhasua mirando a todos con ojos que interrogaban.

—Allí están los Doctores de la Ley, que saben todo cuanto se puede saber en este mundo –le decía Yhosep mientras partía el pan, y lo repartía sobre el blanco mantel extendido en el pavimento de paja recién cortada, a falta de mesa.

— ¡Ah!, ¿sí?, pues ya buscaré yo de hacerles tantas preguntas, que llenaré mi cabeza de sabiduría –decía Yhasua pensativo–. ¿Será posible que en Jerusalén sepan más que los Ancianos de los Santuarios que me descubrieron tan grandes maravillas? –preguntaba nuevamente.

— ¿Y crees tú, hijo mío –decíale su madre–, que los Doctores del Templo van a ocuparse de contestar tus preguntas?

— ¿Y acaso no están para eso? –inquiría nuevamente el niño.

—Come, Yhasua, hijo mío, come que debemos descansar esta última noche, si queremos despertarnos con la aurora y llegar antes del medio día –insistía Myriam–.

“Nuestros otros compañeros llevan ya tres días en la ciudad Santa, y habrán dado aviso a la buena Lía que estará ansiosa de abrazarnos –continuaba Myriam, para hacer olvidar a su hijo las preocupaciones religiosas.

Cuando terminó la frugal comida, las tres mujeres se retiraron a la alcoba preparada para ellas dentro de la gran tienda común.

Yhasua y Yhosuelín quedaron junto al hogar con Zebedeo, esposo de Salomé, Alfeo, esposo de Martha, Yhosep, los terapeutas y el Hazzan, que había compuesto un gran lecho de paja y pieles de oveja para descansar todos juntos.

Era costumbre que en esta última noche del viaje, los peregrinos cantaran en conjunto y a coro el salmo 84 que comienza así:

“¡Cuán amables son tus moradas, oh, Jehová de los ejércitos!

“Mi alma desea ardientemente los atrios de Jehová; mi corazón y mi lengua cantan al Dios vivo.

“Como el gorrión halla su casa y la golondrina nido para sí, donde poner sus polluelos, yo me refugiaré en tus altares, ¡oh, Jehová, Rey mío y Dios mío!...”

Y el monótono y suave cantar seguía, hasta que el sueño cerraba los ojos de los cansados viajeros.

Yhasua no cantaba, sino que era todo oídos para escuchar. Y cuando su padre y parientes se quedaron dormidos, él se acercó a los terapeutas que aún permanecían sentados junto a la hoguera casi apagada, y en voz muy queda les dijo:

—Estoy inquieto y no tengo sueño. La luna brilla que es un encanto, ya veis como penetra por las aberturas de la tienda, ¿queréis que salgamos fuera para contemplar el paisaje? Apenas llegamos me encerraron bajo la tienda. ¿Por qué he de dormir si el sueño no acude a mí?

El esenio que le escuchaba más de cerca puso su índice sobre los labios para indicarle silencio, y después de cambiar breves palabras con su compañero, salieron de la tienda llevando de la mano a Yhasua.

Era un hondo valle circundado hacia todos lados por montañas cubiertas de vegetación en parte, dando lugar a que asomaran también sus agudas aristas las rocas grises y peladas, donde los arbustos o el musgo no habían podido prender sus raíces.

Infinidad de sepulcros aparecían abiertos en las rocas, según la costumbre hebrea de que los vivos tuvieran siempre a la vista sus muertos para estar seguros, según la creencia de algunas de las sectas en que estaba dividida la opinión, de que en un día determinado los muertos saldrían de sus sepulcros con los mismos cuerpos que tuvieron.

Pues, aunque la ley de la reencarnación estaba conocida por los estudiosos y pensadores de los tiempos más remotos, nadie se ocupaba de dar al vulgo la explicación razonada y científica sobre tan profundos conocimientos.

Se ve, desde luego, que los dirigentes espirituales de las multitudes obraron siempre de igual manera: la verdadera doctrina quedaba secreta para los Iniciados de la Divina Sabiduría; y la fe de las masas era alimentada con ceremonias exteriores de mayor o menor suntuosidad y aparato, siempre lo bastante, para llenarle la imaginación con lo que podían percibir sus ojos.

La luna daba de lleno sobre las losas sepulcrales pulimentadas a medias, pues eran enormes bloques de granito que cerraban las tumbas al exterior.

Un sordo rumor se percibía cercano, y averiguando el motivo, se encontró que había muchas filtraciones de agua en aquellas montañas, las cuales como pequeñas cascadas se precipitaban al valle donde iban formando numerosos remansos que el ardiente sol de Judea evaporaba después, o se resumía, dando fertilidad maravillosa a aquel delicioso lugar.

Los dos terapeutas se pusieron a la vez gorros blancos de piel de cordero.

Como Yhasua nunca los había visto en tal forma, comenzó a reír sin poderse contener.

—Dadme uno a mí, para que yo también tenga cabeza de cordero –decía.

Pero como vio que los esenios no le hacían caso, calló y se puso en observación.

A poco se vieron salir algunos bultos o sombras de las negras aberturas de las montañas.

— ¡Oh, oh!, –exclamó el niño apretándose a los esenios–. Parece que aquí los muertos salen de los sepulcros.

—No son muertos, Yhasua, no temas. Son infelices leprosos que la crueldad y la ignorancia humana han relegado a tan mísera condición.

—Algunos están locos a causa de sus grandes padecimientos, pues se han visto abandonados de sus mujeres, de sus hijos y de cuanto amaron sobre la tierra.

"Y las gentes les creen poseídos de los demonios y les matan a pedradas si aparecen en lugares habitados.

"Ellos saben que sólo nosotros les amamos, y el gorro blanco de piel de cordero es la señal de que estamos solos y pueden acercarse.

El alma del niño se llenó de inmensa piedad, y la blanca claridad de la luna hizo brillar en sus mejillas dos gruesas lágrimas que no trató de evitar.

Las sombras iban acercándose como recelosas. Eran cuatro y por el andar podía calcularse que uno era anciano y los otros tres jóvenes todavía.

Los esenios se adelantaron hacia ellos y les hablaron a media voz. Los cuatro miraron al niño y se sentaron sobre los peñascos cubiertos de musgo.

Los esenios hicieron sentar a Yhasua en un viejo tronco de encina que estaba caído, y ellos lo hicieron también a cada lado suyo.

—Parece que tenemos una deliberación a la luz de la luna –insinuó el niño con su dulce voz que parecía un gorjeo.

— ¿No sientes nada extraordinario, Yhasua? –preguntó uno de los esenios.

—Sí, siento un deseo grande de saber cómo se puede hacer para remediar la situación de estos hombres que viven tan miserablemente sin culpa suya, y sólo debido a su enfermedad, –contestó Yhasua como pudiera hacerlo una persona mayor.

—Y si lo supieras y pudieras, ¿lo harías, Yhasua?

—Eso, ni hay que preguntarlo Hermano terapeuta; ¿no lo harías vos, acaso?

—Sí, yo lo haría y todo buen esenio lo haría si pudiera disponer de los medios necesarios.

—Y ¿qué medios son esos? –volvió a preguntar el niño–. Porque cuando yo quiero un nido, subo al árbol y lo tomo. Cuando quiero una flor o una fruta las corto, y cuando quiero hacerle bien a alguno, pienso con gran fuerza de voluntad: *"Que Jehová te salve"*.

—Bien has contestado, niño –díjole uno de los terapeutas–. Figúrate que estos cuatro hermanos nuestros, enfermos de una enfermedad que los medios físicos o humanos no alcanzan a curar, son flores que el Altísimo pone a tu paso por la vida. ¿Cómo harías tú para recogerlas?

El niño quedó silencioso y a poco rato su cabecita se inclinó sobre el esenio que tenía más inmediato. El otro esenio que era clarividente, observó el acercamiento de Inteligencias descarnadas de gran evolución. Eran tres Potenciales de la Muralla de Diamantes, que se colocaron a espaldas del niño caído en hipnosis, las manos que arrojaban rayos de todos sus dedos, se extendieron sobre el niño, y de inmediato apareció el doble astral en la radiante personalidad de Moisés.

El otro esenio, menos desarrollado en su facultad clarividente comenzó también a percibir lo que estaba operándose en el plano espiritual y dentro de la atmósfera misma que les envolvía.

Ya comprenderá el lector que todo esto ocurría en el más profundo silencio, pues los cuatro enfermos habíanse dormido, con ese profundo sueño provocado por poderosas corrientes magnéticas, y apoyados en los peñascos, o unos en los otros, aparecían como un negruzco montón de harapos, imposible de definir donde comenzaba uno y terminaba otro.

La materialización de aquella radiante aparición se hizo poco a poco, hasta que los esenios oyeron una voz con sonoridad de clarín que decía:

— ¿Me preguntas cómo haré yo para recoger estas flores humanas agostadas por el mal? Yo hago así.

Y extendiendo sus manos de luz que arrojaban como torrentes de luminosas chispas hacia el informe montón de harapos, dijo con una intensidad que parecía remover hasta el fondo de las entrañas:

—"¡Que éste fuego de Dios consuma cuanto mal haya en vosotros!"

Fue un proceso rápido y a la vez estremecedor.

La tremenda fuerza magnética puesta en acción, desintegró aquellos harapos de los cuales se levantó como un leve humo gris, y aparecieron los cuatro cuerpos completamente desnudos, tendidos sobre el césped, como blancas estatuas yacentes a la claridad de la luna.

— ¡Dios lo quiso! ¡Bendito sea! –oyeron nuevamente que la voz decía–:

"Bañadles en ese estanque y callad, que aún no es hora de que Yhasua despierte a los que aún viven muertos en la ignorancia".

Y toda la visión se esfumó.

Diríase que hubiera sido un sueño de los terapeutas debido a su continuo estado de mística exaltación. Pero ahí estaban los cuatro cuerpos desnudos, blancos, sin una sola mancha amoratada, ni llagas, ni herida de ninguna especie que atestiguaba la tremenda realidad.

El más joven de los terapeutas corrió a la tienda a traer ropas para vestir a aquellos cuatro hombres ya curados de su terrible mal. Al bañarles, se despertaron, aunque bajo la acción todavía de la poderosa corriente que les había hipnotizado.

La frescura de las aguas del estanque, les devolvió la plena lucidez y llorando de felicidad viéndose curados, se abrazaban a los terapeutas bendiciéndoles por el beneficio que habían recibido.

Mientras tanto, Yhasua, como un corderillo blanco dormía sobre una manta tirada en el césped, donde los terapeutas le habían dejado hasta que por sí solo se despertase.

Comprendían que su materia debía ser nuevamente vitalizada y sabían bien, que las corrientes benéficas del Cosmos, sabiamente puestas en acción sobre él, repondrían pronto cuanto desgaste físico hubiera tenido.

Ya vestidos con limpias ropas los cuatro enfermos, les dieron a beber vino con miel y les mandaron callar lo que ellos creían un estupendo milagro obrado, no sabían si por los terapeutas o por el hermoso ángel rubio que dormía profundamente tendido sobre el césped, iluminado por la blanca claridad lunar.

—Ahora no volveréis a las cavernas, sino que apenas aclare el día emprenderéis camino a Betel con un mensaje escrito que os daremos para unos artesanos, amigos nuestros, donde os darán trabajo –Esto decían los terapeutas a los recién curados, a fin de que el hecho no se divulgase.

—Y guardaos bien de referir este suceso, porque Jehová quiere que aún quede oculta su gloria, manifestada por este niño que es enviado suyo.

— ¡Silencio, pues, Silencio!, no queráis ir contra el mandato divino.

Los cuatro prometieron solemnemente no pronunciar jamás una palabra sobre lo sucedido.

—Ahora esperad que el niño se despierte para que os vea ya sanos de vuestro mal, pues que estaba apenado de ver tanta miseria sobre vosotros.

Mientras tanto les dieron algunas instrucciones sobre su vida en adelante, pues deseaban ingresar en la Fraternidad Esenia, a fin de pagar con buenas obras el bien que habían recibido.

El niño se despertó por fin, casi a la media noche.

— ¿Qué hicisteis de los enfermos? –preguntó.

— ¡Miradles! –contestaron los esenios.

— ¡Cómo! Estos no son los mismos.

—Mientras dormías, el Señor les ha curado porque tú lo has querido. ¿No decías que cuando querías una fruta o una flor la tomabas? Quisiste devolver a la vida estas flores humanas, y ahí las tienes.

En un delirante acceso de alegría, el niño abrazó a los terapeutas y a los enfermos uno por uno. Fue una escena de profunda emotividad, en que las lágrimas corrían y el corazón saltaba de gozo. El más joven de los curados sólo tendría veintitrés años y abrazado al niño lloraba a grandes sollozos.

— ¿Por qué lloras tanto? ¿No estás contento de haber sido curado por la voluntad de Jehová?

—Sí, niño hermoso, pero padezco porque en Rama tengo una madre que llora por mí y una novia que ha entrado al Templo para no salir más por causa de mi terrible mal. Y como he prometido callar mi curación, no podré jamás hacerles saber a ellas mi dicha presente.

El niño volvió sus ojos llenos de asombro a los terapeutas como diciéndoles: *"Vosotros curáis el cuerpo y abrís heridas en el alma"*. Ellos lo comprendieron.

—Todo puede arreglarse con buena voluntad –dijo el mayor de ellos–. Vente ahora con nosotros a Jerusalén a celebrar la Pascua. Allí nadie te reconocerá, y a nuestro regreso te acompañaremos a tu pueblo y a tu casa, y sin necesidad de decir lo que esta noche ha pasado; únicamente dirás que unos baños medicinales te han lavado de tu mal. Estamos conocidos como médicos del pueblo, y nadie se extrañará, mayormente, de una curación que ya no es la primera. Allí hablaremos a tu madre, y en el Templo trataremos de ver a tu novia, y ya ves..., cuando Jehová dispone las cosas, las dispone bien.

El jovenzuelo estuvo de acuerdo y la alegría volvió a su corazón. Los otros tres no tenían mayor interés de encontrarse con sus familiares, cuyo desamor para ellos había sido tan manifiesto, por lo cual buscarían amistades nuevas entre la numerosa familia esenia que les abriría ampliamente los caminos de la vida.

El niño púsose luego, en actitud reflexiva. Era evidente que muchos pensamientos bullían en su mente. Uno de los esenios lo notó y le dijo:

— ¿Meditas, Yhasua? ¿En qué piensas si se puede saber?

—Durante mi sueño habéis quitado el mal a los enfermos y les habéis despojado de sus viejas ropas. Nada de eso lo vi, pero ha sucedido. Me hubiera gustado mucho más, ver cómo de enfermos se cambiaban en sanos.

—Hijo mío –díjole el esenio– las fuerzas dinámicas del espíritu, cuando están a tono con las de la naturaleza, realizan hechos tan estupendos que solamente los Iniciados en los Divinos Conocimientos saben

explicar y comprender. Por hoy sólo puedo decirte que era necesario tu sueño para que estos hombres fueran curados. Cuando ingreses definitivamente en alguno de nuestros Santuarios, sabrás el por qué de todos estos fenómenos.

—En los libros de los Profetas se han registrado hechos parecidos a éste, y nada es maravilloso teniendo en cuenta el poder de una Inteligencia avanzada cuando usa las fuerzas de la Naturaleza.

Mientras tanto los ex enfermos, postrados con el rostro en la tierra bendecían a Dios en todos los tonos, pareciéndoles increíble poder de nuevo incorporarse a la sociedad humana de que habían sido apartados. Palpaban repetidas veces los sitios de sus cuerpos donde innumerables llagas sanguinolentas les hacían sufrir horriblemente y sólo encontraban una piel más rosada que el resto del cuerpo, como ocurre naturalmente en heridas recientemente curadas.

—Para todos, sois viajeros llegados esta noche procedentes de la vecina aldea, no lo olvidéis, y vamos todos juntos a la tienda que puede ser que la madre del niño le busque –dijo uno de los esenios, guiando a todos a la gran carpa de la cual se habían apartado unos cincuenta pasos.

En efecto, Myriam se había levantado para ver si su hijo estaba bien cubierto con sus mantas, y grande fue su alarma al no encontrarle al lado de su padre donde le había acostado. Llamó en voz baja a Yhosuelín, a quien el cansancio le hacía dormir profundamente. Y antes de que éste se despertase, vio que se levantaba la cortinilla de entrada a la tienda y la luna daba de lleno sobre su hijo que entraba con los esenios. Se les acercó silenciosamente como deseando una explicación.

—No digáis nada –dijo el esenio mayor–, aquí lo tenéis. Nosotros salíamos a llevar provisiones a unos enfermos, y como él estaba sin sueño quiso seguirnos.

—Porque estuvo con vosotros no le reprendo; gracias por vuestros cuidados –dijo, y tomando al niño de la mano lo llevó junto a su padre y lo acostó nuevamente.

A las primeras luces del amanecer los viajeros se pusieron en movimiento, con esa ruidosa alegría de los que ven ya muy cercana la hora de llegar a los muros de la ciudad Santa, que les esperaba resplandeciente de gloria y de magnificencia.

28
YHASUA EN EL TEMPLO DE JERUSALÉN

Lía, la hierosolimitana, que ya conocemos en los comienzos de este relato, esperaba a los peregrinos ansiosamente. La vieja casona solariega había quedado muy sola.

Su tío Simón había muerto hacía pocos años, y sus tres hijas por razón de las ocupaciones de sus esposos, los tres Levitas aquellos que encontraron el amor en el huerto de Lía, vivían en el centro de la gran ciudad. No obstante dulcificaban los días de la noble viuda, visitándola con gran frecuencia y dejándole algunos nietos, que entre los tres matrimonios los había en número de seis.

Algunas criadas antiguas y unos cuantos jornaleros que cultivaban el inmenso huerto, eran por entonces los moradores de aquel tranquilo y honrado hogar.

Antes del medio día entraban bajo el techo de Lía, Yhosep con Myriam y Yhasua; Salomé con Zebedeo, su hijo mayor Santiago y el pequeño recién nacido a quien llamaron Juan; Martha, prima de Myriam y su marido Alfeo. Todos ellos emparentados con la virtuosa Lía, le hacían esa visita anual en la solemnidad de la Pascua.

Y viendo llegar a su puerta a Yhasua, la noble viuda decía:

—Todas las Pascuas son santas y buenas, pero ésta, amor mío, es Pascua de gloria para esta casa, –y abrazando tiernamente a Yhasua, Lía lloraba de felicidad.

Le había visto de cuarenta días, y ahora le veía de doce años, convertido en un bellísimo adolescente, grácil como una vara de nardos, con sus ojos color topacio, y sus largos bucles castaño claro, que el viento agitaba graciosamente.

Los dos terapeutas con el Hazzan y Yhosuelín, fueron a hospedarse dentro de la ciudad, en casa del sacerdote esenio Esdras, al cual conoce el lector desde los días del nacimiento del Verbo de Dios.

Esta circunstancia contribuyó a que los sacerdotes esenios que prestaban servicios en el templo, estuviesen al tanto de la presencia de Yhasua en Jerusalén, apenas él había llegado.

Ciertos rumores habían llegado de manera vaga hasta el seno del Sanhedrín, referentes a un niño que como otro Samuel, sentíase llamado desde el mundo invisible por voces que hablaban en nombre de Jehová.

Y en las caravanas de creyentes que año en año venían de las provincias del norte para la Pascua, algunos de los doctores habían insinuado

la posibilidad de que el niño-profeta les fuera traído. Habían pasado varios años y ya este asunto estaba casi olvidado.

El anciano sacerdote Simeón que le había consagrado al Señor, ya no vivía en este mundo, ni tampoco la anciana paralítica, aquella que fuera curada cuando el Cristo-niño era ofrecido a Jehová. Los demás sacerdotes esenios, habían procurado con su silencio, que se olvidase al extraordinario niño de la provincia galilea por creerlo de más seguridad para él, y la misión que venía a desempeñar.

Y entre ellos habían hablado sobre la conveniencia de ocultar la presencia del niño en la ciudad Santa.

Mas por avisos espirituales, habían recibido el encargue de no preocuparse sobre el particular. "El niño ha sido olvidado por el Sanhedrín. Dejad pues a la Divina Majestad hacer conforme a su beneplácito". Tal era el mensaje espiritual.

Por los dos terapeutas viajeros supieron los Sacerdotes esenios que servían en el Templo, que a la mañana siguiente, a la hora de los oficios, el niño Yhasua sería llevado al Templo por algunos de sus familiares. Y tratándose de la gran solemnidad, todos los Sacerdotes y Levitas con sus más suntuosos y ricos ornamentos, formaban guardia en el sagrado recinto y en atrios y pórticos.

El recinto destinado a las grandes asambleas sacerdotales, casi inmediato al Sancta Sanctorum, estaba aquella mañana resplandeciente de lámparas y cirios, y los pupitres, cubiertos de tapetes de púrpura y oro, sostenían un volumen de los Sagrados Libros.

Siguiendo viejas costumbres durante la solemnidad de la Pascua, los Doctores y Sacerdotes pronunciaban pomposos discursos sobre la grandeza de Jehová, su fuerza, su poder, puestos de manifiesto en cuanto había hecho por su pueblo escogido, según la pretensión de Israel de ser sólo él, quien había merecido la solicitud del Altísimo Señor, dueño y creador de mundos y seres.

Era también costumbre, ya de años aceptada y seguida, que los más brillantes y hermosos discursos pronunciados en tal circunstancia, venían formando como un cuerpo de doctrina, muchos puntos de la cual pasaban a ser nuevas leyes, ordenanzas o dogmas, que iban aumentando año tras año el ya voluminoso código del pueblo hebreo.

Cada Pascua era pues, una especie de ateneo donde se hacía alarde de elocuencia y de sabiduría. Aquel recinto estaba separado del resto del templo, sólo por una balaustrada de mármol ornamentada hacia el interior por ricas telas de púrpura de Damasco, por lo cual sólo se podía percibir desde el Templo, los ricos turbantes, las tiaras, los tricornios con que los Doctores y Sacerdotes cubrían sus cabezas.

Los viajeros concurrirían a la segunda hora de la mañana, según habían convenido la noche víspera en la velada junto al hogar. Sólo Lía, la noble viuda, había dicho que concurriría a la primera hora por circunstancias especiales. Y Yhasua acercándose a ella le había dicho:

—Si queréis, yo os acompañaré..., si vosotros me dais vuestro permiso –dijo luego, mirando a sus padres.

—Yo encantadísima, hijo mío, de llevarte por compañía, si tus padres lo consienten.

—Naturalmente –dijo Yhosep.

—Está que no vive desde que emprendimos el viaje –añadió Myriam–, nuestro Yhasua sueña con el Templo y todas sus magnificencias.

Y así fue que a la mañana siguiente y cuando habían pasado sólo dos horas de sol, salía con Lía para subir a la ciudad.

Los rayos solares dando de lleno sobre los brillantes enlozados, mármoles, bronces y plata del frontispicio y las cúpulas del Templo, le hacían resplandecer de tal forma que el niño se sentía deslumbrado ante la magnífica visión.

— ¡Oh!, –exclamaba–. Los Santuarios esenios son de obscura roca y no sólo no brillan sino que se ocultan tanto, que nadie sabe que existen. Pero los Ancianos que los habitan, sí que resplandecen como estrellas en la obscuridad.

"¿Qué te parece mejor –preguntó luego el niño–, que el Santuario deslumbre de claridad a los hombres, o que los hombres derramen luz en el Santuario?

— ¡Niño!... Esos asuntos no debes preguntarle a una pobre mujer como yo que sólo sabe hilar y hacer el pan. Además eres muy pequeño para cavilar esas cosas...

— ¡Oh!, eso lo dices porque no sabes que yo estuve mucho tiempo con los Ancianos de los Santuarios y me han enseñado tanto y tanto...

— ¡Oh, Yhasua!..., serás entonces un pequeño doctor de la ley –contestaba Lía, bromeando para distraer al niño de preocupaciones que casi la asustaban.

— ¡No, no!, doctor no, sino un peregrino misionero como los terapeutas, que consuelan todos los dolores y remedian todas las necesidades. Eso quiero yo ser.

—Bien, Yhasua, muy bien, y como tu intención es pura, Jehová te bendecirá colmando tus esperanzas.

— ¿Sabes Lía que ya sé cómo es el Padre Celestial?

—Pues, hijo mío, el Padre Celestial es como todo lo grande, lo bueno y lo bello que existe. ¿No es así?

—Eso es como decir: tu padre es muy bueno y bello, pero con eso sólo no sé cómo es, si nunca lo he visto.

— ¡Yhasua! La Ley nos manda amar a nuestro Dios con todas nuestras fuerzas y por encima de todas las cosas. Si cumplimos esto, ¿no es bastante acaso?

— ¡No, Lía, no es bastante! Yo puedo y debo obedecer una orden de mi padre, pero eso no me hace saber cómo es él si nunca lo vi...

—Y los Ancianos, ¿nunca dieron una respuesta a tu curiosidad?

—No es curiosidad, mujer; es necesidad que tiene el hijo de saber cómo es su padre. Los Ancianos sí que saben todo cuanto hay que saber, mas, como nadie se interesa en lo que hay más allá de las estrellas, los Ancianos guardan la sabiduría entre las rocas de sus Santuarios...

— ¡Niño!..., me asusta tu lenguaje, y te digo que en llegando al Templo de Jehová te llevaré a nuestros Sacerdotes esenios para que hables con ellos de todo cuanto sabes y deseas saber.

— ¡Todos son lo mismo!... No quieren pensar, ni conocer, ni comprender... Lo mismo que los pajarillos y los corderos. Tú también tienes miedo de abrir la puerta y ver lo que hay dentro, ¿eh?

—Bueno; ahora subamos esta escalinata y tú sabrás lo que hay dentro del Templo de Jehová...

El niño en silencio fue siguiendo a Lía hasta llegar al Pórtico llamado de las Mujeres, que era por donde ella podía entrar con un niño de la edad de Yhasua.

Llamó a un joven Levita que recibía las ofrendas de pan, vino y aceite y le habló en voz baja, y le entregó dos bolsitas de blanco lino. La una contenía una libra de flor de harina y la otra una libra de incienso puro de Arabia.

Eran las ofrendas de la piadosa viuda para el altar de Jehová.

El Levita acarició al niño y le dijo a Lía que entrasen al Templo y se colocasen lo más cerca posible a la balaustrada, para que escucharan los discursos que iban a comenzar. A poco rato pudieron ver por sobre la balaustrada de mármol encortinada de púrpura de Damasco, los turbantes de brocado, los tricornios y tiaras resplandecientes de oro y piedras preciosas y por fin el arco de rubíes del báculo del Gran Sacerdote, que entraba el último a ocupar su sitial de honor.

Los ojos de Yhasua, como extático ante tal esplendor, estaban fijos en aquel luminoso recinto.

Se oyó a lo lejos tras de velos y rejas, el coro de las vírgenes de Sión cantando versículos de un salmo en que se pide a Jehová la Luz y la Sabiduría Divina. Y acallado el canto comenzaron deliberando asuntos civiles, relacionados con hebreos que habían incurrido en desórdenes. Después, un Doctor desarrolló brillantemente este tema:

“Terribles castigos de Jehová a los infractores de su Ley”.

Con un derroche de erudición y de citas de hechos concretos, el orador dejó aterrado a su auditorio.

Terminado el discurso venían las refutaciones de los que pensaban de diferente manera.

El niño Yhasua se había ido acercando a la balaustrada, por cuyas molduras y sobresalientes, iba subiéndose poco a poco con la intención manifiesta de mirar hacia dentro. Estando el Templo en penumbra del lado exterior, el grácil y pequeño cuerpo del niño apenas si se apercibía entre las columnas y colgaduras. Lía misma, con sus ojos cerrados y su manto echado al rostro, según acostumbraba en su ferviente oración, no se había dado cuenta.

Uno de los Doctores que más refutaba el discurso del orador era Nicodemus, apoyado después por Judas de Gamala, Manahen, Eleazar y José de Arimathea, todos ellos esenios de cuarto y quinto grado, pero ocultamente se entiende.

Cuando el niño oyó las voces conocidas para él, de Nicodemus y José de Arimathea, no resistió más el impulso de asomar su cabecita por encima de la balaustrada. La luz de los grandes candelabros le dio de lleno sobre su hermoso rostro lleno de inteligencia y de animación. Y el primero que lo vio dijo:

—A ver si este niño es inspirado de Jehová y consigue ponernos de acuerdo.

Yhasua reaccionó ante el descubrimiento que habían hecho de él y su primer impulso fue ocultarse bajándose de la balaustrada, pero José de Arimathea abriendo una portezuela, salió por él y le llevó entre los Doctores.

Pudo notarse que en ese instante, huyó de él toda timidez y preguntó con admirable serenidad:

— ¿Qué me queréis?

—Puesto que has escuchado el debate y que lo has comprendido, dinos cuáles de nosotros estamos en la verdad. El Altísimo se complace a veces en hablar por la boca de un párvulo. –Estas palabras fueron pronunciadas por el Gran Sacerdote, con mucha dulzura y casi sonriendo a la vista del niño.

—Y vos, que sois aquí el Jefe Supremo, ¿no podéis ponerles de acuerdo? –preguntó cándidamente el niño.

El asombro comenzó en los oyentes ante tal respuesta.

—Siendo así –continuó Yhasua–, Jehová os contestará por mi boca.

"No me conoce ni me comprende quien habla de mi cólera y mis castigos. Yo soy una esencia, una luz, una vibración permanente y eterna. ¿Puede encolerizarse la esencia, la luz, la vibración? Vosotros os encolerizáis, y bajo el impulso de la cólera, castigáis, mas Yo no soy

un hombre revestido de vuestra grosera materialidad". Así dice Jehová, el Inmortal, que no tuvo principio ni tendrá fin.

Y el niño guardó silencio. Los Doctores se miraban unos a otros, y los que ocultamente eran esenios comprendieron con luz meridiana que aquel niño era un vaso que contenía un raudal de Luz Divina que se derramaba sobre la Tierra.

—La Sabiduría habla por tu boca, niño –dijo el Gran Sacerdote–. Hacedle, pues, las preguntas conducentes a la aclaración de las cuestiones que se trataban.

—Sin que hagáis ninguna pregunta, yo hablaré, porque Jehová dirá lo que Él quiere que sepáis, –dijo el niño resueltamente–:

"Vosotros no conocéis al Padre Celestial porque sois cobardes y estáis llenos de miedo".

— ¡Niño!..., –se oyeron varias voces.

—No lo toméis a ofensa, porque Jehová nunca ofende, sino que dice la verdad –continuó impasible Yhasua–.

"Sí, estáis llenos de cobardía y de miedo, y a la Divina Sabiduría no la conquistan los miedosos, sino los valientes para colocarse frente por frente a lo desconocido, al Eterno Enigma, no de potencia a potencia y con insólito orgullo, sino con el amor de hijos que ansían conocer a su padre. Y entonces el Padre se les descubre y les dice: "Aquí estoy. Conocedme para que podáis amarme como dice la Ley: más que a todas las cosas de la Tierra.

"¿No veis que es un contrasentido que mande a sus criaturas amarle sobre todas las cosas de la Tierra, y luego se encolerice y animado de ira y de furor les castigue despiadadamente como hace un mal amo con sus infelices esclavos?

"La Ley debería decir entonces:

"Temerás a Dios más que a todas las fuerzas y formas del mal que hay en la Tierra".

"Os digo que tenéis miedo de escudriñar la verdad divina, y por eso sigue ella siendo una diosa escondida y esquiva que no quiere mostrarse a los hombres. Sabéis que Dios es inmutable y os permitís hablar de su ira y de su cólera. Encolerizarse es mudarse, es cambiar de estado y esto es otro contrasentido, porque si en momentos dados se llena de ira y de furor no es inmutable y es una blasfemia atribuir al Altísimo tan grave imperfección, propia de las atrasadas criaturas de la Tierra.

"Dios es inmutable y porque lo es, permanece impasible ante todos los errores humanos, ante todas las hecatombes de mundos y humanidades.

"Dios sabe que las inteligencias encarnadas, recién llegadas a los dominios de la inteligencia y de la razón, están aún bajo el gobierno de

la fuerza bruta que es la materia en humanidades primitivas; ¿cómo, pues, ha de encolerizarse contra el orden establecido por Él mismo; o sea, que todas las humanidades adquieran lenta y paulatinamente el conocimiento, la sabiduría y la bondad?

"Si la Ley Divina dice: "Amarás al Señor Dios tuyo con toda tu alma, con todas tus fuerzas y sobre todas las cosas, es evidente que Él quiere como único don, el amor de todas sus criaturas de todos los mundos, y por tanto lo que más le complace, es que sus criaturas se esfuercen en conocerle porque nadie ama lo que no conoce.

"En resumen, todo lo bello y bueno nos viene de Dios que es nuestro Padre Universal, y todo lo malo tiene su origen en nuestros errores, en nuestra ignorancia y en nuestras iniquidades".

Y el niño que había ido adquiriendo más y más animación, calló de pronto y juntando sus manos sobre el pecho y levantando a lo alto su rostro como iluminado de suave claridad, exclamó:

— ¡Padre mío! ¡Señor de los cielos, haz que los hombres te conozcan y sólo así te amarán!... –y cayó de rodillas e inclinó su rostro a la tierra en la forma de oración profunda que acostumbraban los hebreos cuando oraban con el corazón.

Aquella Asamblea había quedado como petrificada por el asombro y por una vibración de anonadamiento que desde el principio del discurso del niño se había extendido por todo aquel recinto suntuoso. Nadie acertaba a moverse, ni hablar.

El niño silencioso se levantó y salió sin que nadie le detuviera. Lía en el estupor que le causó oír al niño hablar ante la Asamblea de Doctores, salió corriendo hacia su casa para avisar a los padres de Yhasua lo que ocurría, y cuando el niño bajaba tranquilamente las largas escalinatas del Templo, se encontró con Lía y su madre que a toda prisa llegaban por él.

—Pero, hijo mío, ¿qué has hecho? –fueron las primeras palabras que oyó Yhasua, que aparecía con una palidez mate, como un lirio del valle iluminado por la claridad plateada de la luna.

— ¡Nada, madre!..., yo no hice nada. Los Doctores congregados en el Templo no se entendían y me llamaron para que Jehová, por medio mío, les pusiera de acuerdo. Yo he dicho lo que Jehová me mandó decir.

— ¡Ay, Dios mío! –suspiraba la inocente madre–. Ahora desatarán una persecución contra nosotros, y los Santuarios esenios están muy lejos para ocultarnos en ellos.

—No temas, madre, que el Padre Celestial tiene medios de sobra para protegernos. Vamos a casa que estoy cansado y tengo hambre.

Y echó a correr por la callecita tortuosa que le llevaba hacia la casa de Lía.

Cuando la Asamblea volvió en sí del estupor y asombro, trató de pensar quién era aquel niño, pero ya él había desaparecido y era difícil encontrarle entre el tumulto de gentes que iban llenando los atrios y naves del Templo.

Sólo Nicodemus, José de Arimathea y Eleazar, conocían personalmente la familia de Yhasua, pero se guardaron muy bien de pronunciar palabra.

—Un nuevo Profeta ha surgido en Israel –decían algunos–, y acaso será el que ha de venir delante del Mesías libertador que esperamos.

—Está escrito –añadía otro–, que volverá Elías a preparar los caminos al que vendrá a libertar al pueblo de Dios. ¿No será Elías que ha vuelto?

—No puede ser –decía otro–, porque Elías se nos presentará en toda la fuerza de la edad viril, y no como un parvulito sin los poderes de exterminio y muerte que tenía el Profeta del Monte Carmelo.

Y los Doctores de la Ley en Israel se perdían en un laberinto de deducciones y de conjeturas, que les alejaban cada vez más de la Verdad de Dios que tenían a su alcance y que no acertaban a comprender.

Se cumplía en ellos anticipadamente lo que años después sentenciaría el Cristo como un axioma inconmovible:

"Dios da su luz a los humildes y la niega a los soberbios".

Mientras tanto, Myriam y Lía se ponían de acuerdo para callar en casa el incidente del Templo, sobre el cual la piadosa viuda era toda boca para ponderar la grandeza que vislumbraba en el niño.

—A veces hago como que le reprendo –decía–, cuando le veo con esos impulsos que parecen arrastrarle por momentos como un vendaval, pero en mi interior estoy convencida de que el niño obra por impulso divino.

—A mí me ocurre lo mismo –afirmaba la tierna madre del Verbo de Dios–.

"Trato de contenerle, pero en el fondo de mi conciencia se levanta como una voz que parece decirme: "Es inútil cuanto hagas en tal sentido, ¿qué puedes tú en contra de lo que está resuelto allá arriba?"

"Entonces inclino mi frente y digo al Señor: He aquí tu esclava, cumplida sea tu voluntad soberana".

Cuando llegaron a casa, encontraron a Yhasua junto al hogar refiriendo a su padre todo cuanto había visto de grandioso y magnífico en el Templo de Jehová, sin recordar ya al parecer el incidente de los Doctores y Sacerdotes.

Y apenas Myriam pudo hablar a solas a su hijo, fue para recomendarle guardar absoluto silencio sobre lo que ella llamaba "atrevida audacia" de su hijo, al cual, y para más obligarle a callar, decía severamente:

—Mira que si tu padre lo sabe no te dejará volver al Templo y es mañana la gran solemnidad.

Y el niño con sus ojos llenos de temor, respondía humildemente:

—No, madre, no diré ni una palabra. Te lo prometo y lo cumplo.

Esa misma noche, José de Arimathea y Nicodemus visitaron a Yhosep y Myriam, y esta última encontró la oportunidad de rogar a los dos jóvenes Doctores que no enterasen a su esposo de lo que el niño había hecho esa mañana en el Templo.

—Dejad todo de mi cuenta –le respondió José de Arimathea, pensando en sacar partido de su vieja amistad con el austero artesano, y a fin de favorecer las elevadas aptitudes que tan temprano se despertaban en Yhasua.

Escuchemos, lector amigo, la conversación del joven Doctor con Yhosep; como escucharemos luego la de Yhasua con Nicodemus.

— ¿Progresa vuestro taller, Yhosep, o estáis vegetando entre dificultades y contratiempos? –interrogaba el Doctor para iniciar la conversación.

—Vamos adelante y con mucho favor de Dios, pues en Nazareth y pueblos vecinos el taller de Yhosep es siempre el preferido.

"Todo esto es debido en gran parte a que los Ancianos del Santuario del Hermón me proporcionan las mejores maderas del Líbano, y como no me cuesta el transporte, puedo hacer mis obras a menos precio que los demás –respondió el artesano.

— ¿Y quién os paga el transporte de las maderas? –preguntaba su interlocutor.

— ¿Recordáis aquellos ilustres sabios que visitaron a Yhasua en la cuna?

—Sí, claro que sí, ¿quién podría olvidarlos?

—Pues ellos se han arreglado con los Ancianos del Santuario del Monte Hermón para que tengan permanentemente contratados hachadores que preparen maderas, y caravaneros que me las traigan a Nazareth. Por lo que veis, han tomado muy en serio la protección que prometieron a mi hijo Yhasua.

—No por la protección que recibís por causa de Yhasua, sino por lo que él significa para este país y para toda la humanidad, vos debéis bendecir a Jehová por haberos dado tal hijo.

Yhosep lo miró hondamente y luego respondió:

—Hay grandezas que asustan, amigo mío, porque un pobre hombre como yo, no puede vislumbrar ni remotamente a dónde le conducirán. Si es un Profeta que trae una gran misión sobre Israel, de seguro tendrá que enfrentarse con todas las iniquidades de los poderosos, los cuales, bien sabéis, no están nunca dispuestos a que se les diga la verdad.

“Vendrán las represalias, las venganzas, las lapidaciones, los calabozos y después una muerte ignominiosa. ¿Pensáis acaso que esto sea halagüeño, ni siquiera soportable para un padre?

“Yo soy un hombre honrado y trabajador, cumplo con la Ley y hago el bien que puedo. Nadie podrá acusarme de delito ni infracción alguna, ni como el canto de una aguja. Creo, pues, que Jehová no tiene motivo para tener desagrado de mí. ¿No basta acaso para ser un buen hijo de Abraham?

—Es tal como decís, amigo Yhosep, pero no todos los seres vienen para andar por el mismo camino.

“¿Por qué vinieron a la vida los Profetas con un camino tan diferente al vuestro? ¿Podemos acaso censurar a Jehová que les marcó esas rutas? ¿No es justo pensar que el Señor se vale de esos seres extraordinarios para dar luz a la humanidad que camina a ciegas?

“Si no hubiera sido por Elías Profeta que aterrorizó con sus grandes poderes a reyes déspotas e impíos, todo Israel hubiera prevaricado, renegando del Dios Único, para entrar en un laberinto de dioses cada uno de los cuales es un genio inspirador de una maldad o de un vicio.

“Si no hubiera sido por Moisés, Israel hubiera continuado esclavizado por los Faraones y no tendríamos la Ley que nos marca bien definidos el Bien y el Mal.

“Y así los demás mensajeros de la Eterna Verdad entre los hombres.

—Tenéis razón, más os digo: que hay grandezas que me aterran y que dentro de mi comprensión, prefiero que Jehová me deje entre los pequeños, que no en esas cumbres que dan vértigo.

—Yo os comprendo, amigo mío, pero así y todo, os ruego que no pongáis obstáculos al camino de Yhasua, cuya misión sobrepasa la de todos los Profetas. Ellos no hicieron sino prepararle los caminos y anunciar su venida.

—Según eso, parece que estáis cierto de que en mi pequeño hijo está encerrado el Mesías-Libertador que Israel espera.

— ¡Así es..., así es!, pero no un libertador de la dominación romana como la mayoría piensa, sino un libertador del egoísmo humano, que ha puesto el látigo en las manos de unos pocos para hacer de toda la humanidad una majada de esclavos.

“Un libertador que viene a decir a todos los hombres: “¡Dejad por fin de ser miserables porque sois hijos de Dios!...”

Yhosep dio un gran suspiro e inclinando su frente sobre el pecho, murmuró tristemente:

— ¡Que sea hecho como Jehová lo quiere!

—Yhosep, amigo mío –insistió José de Arimathea–. ¿Me permites llevar a tu hijo, mañana, a una reunión de Doctores, hombres de buena

voluntad que desean llegar al conocimiento de Dios? Yo te respondo por ellos, si es que confías en mí.

— ¡Hombre!..., no faltaba más que desconfiara de ti, a quien conozco desde que ibas a la escuela. Bien sabes que tu padre fue un hermano mayor para mí.

"Llévate a Yhasua donde quieras, que sé que no le llevarás sino donde llevaríais a tu propio hijo.

—Gracias, Yhosep, no esperaba menos de ti. Mañana vendré por él.

Mientras tanto, Nicodemus en conversación íntima con Myriam y Yhasua, realizaba parecido trabajo que su compañero, con el fin de conseguir que los hombres más doctos y mejor preparados entre los dirigentes del pueblo hebreo, pudieran ser en el cercano futuro, eficaces cooperadores para el Verbo Divino que había llegado a la Tierra.

Y luego de un razonamiento parecido al que hemos escuchado, la incomparable Myriam exclamaba como Yhosep su esposo: —Que se cumpla en mi hijo la voluntad del Señor.

—Pero esos doctores –decía serenamente Yhasua–, no serán más sabios que los Ancianos de los Santuarios esenios, y nada nuevo podrán enseñarme.

—Pero, oyéndote Yhasua, comprenderán lo que queremos que comprendan, esto es, que la Luz ha llegado y que es necesario que encendamos en ella nuestras lámparas apagadas.

— ¿Y me llevaréis mañana? –volvió a preguntar el niño.

—Si tu padre ha dado su consentimiento –contestó Nicodemus. En esto llegaron los dos, Yhosep el de Nazareth y el de Arimathea.

—Myriam –dijo el primero–, estos amigos quieren llevar a nuestro Yhasua para que escuche a los Doctores de Israel, y yo he dado mi consentimiento si tú no te opones.

— ¡Es tan pequeño el pobrecillo que poco podrá comprender de esas grandes inteligencias! Mas si ha de ser para el bien de todos, llevadle.

— ¿Y me pondrán también a mí esas túnicas de brocado y esos turbantes de oro y pedrerías? –preguntó tímidamente el niño.

—No, hijo mío –contestaron a la vez los dos jóvenes Doctores, riendo del desagrado manifiesto de Yhasua.

—Porque los Ancianos de los Santuarios esenios dicen que ningún esenio debe vestir brocados de oro y pedrería, mientras hay hermanos que sufren hambre y se visten de harapos. Yo quiero pues ir con mi túnica de lana blanca..., madre, esa nueva que tú me hiciste para venir a Jerusalén.

Yhosep quedóse mirando al niño con asombro y con amor.

—Sí, hijo mío –le dijo con ternura–; eres hijo de un artesano que además es esenio como tu madre, y las púrpuras y los brocados de oro y pedrerías no deben entrar jamás en nuestro vestuario.

Pasado este incidente, los dos visitantes fueron a reunirse con el resto de la familia en el hospitalario hogar de Lía, que en esos momentos repartía sobre la mesa una gran torta de almendras, con vino de sus viejos viñedos del huerto de Gethsemaní.

La reunión de Doctores y Sacerdotes de Israel no era en el Templo sino en el Cenáculo o comedor de un ilustre hombre de letras llamado Nicolás de Damasco, discípulo del sabio Antígono de Soco como su compañero Judas de Gamala. Ambos habían sido los iniciadores de la reunión, cuyo fin era buscar una mayoría en el Sanhedrín mediante un acuerdo armónico al que deseaban llegar sobre diversos principios que no estaban aún bien definidos.

Allí estaba Gamaliel, joven aún, nieto del Gran Apóstol esenio Hillel, y los sacerdotes esenios que el lector conoce desde los primeros capítulos de esta obra, más algunos compañeros de los infortunados Doctores Judas Sarifeo y Matías Margaloth, que no obstante su celebridad en Jerusalén, como hombres de grandes conocimientos, no hacía mucho que habían sido condenados a muerte por haberse opuesto con hechos al poder romano, que no toleraba las insubordinaciones en los pueblos invadidos y dominados.

Asistieron también los dos terapeutas compañeros de viaje de Yhasua y el Hazzan de la Sinagoga de Nazareth.

La presentación que del niño hizo José de Arimathea, sólo dejaba entrever el deseo de que los presentes comprobaran que en el hijo de Myriam y de Yhosep aparecía una inteligencia superior a sus años, por lo cual permitía pensar que se encontraban ante un profeta-niño como Samuel, un inspirado de Dios que bien pudiera servirles de intermediario entre la Divina Sabiduría y los pobres mortales que la buscaban con afán.

Aunque otra era la convicción de los que conocían a fondo a Yhasua, se guardaron bien de dejarla traslucir.

Todos miraron al niño con ojos acariciadores, y fue colocado entre José de Arimathea y Nicodemus.

Nicolás de Damasco tomó el primero la palabra:

—Sabemos –dijo–, por nuestros Libros Sagrados y profanos, de acuerdo con los astros que son los agentes de Jehová para marcar las fechas de los grandes acontecimientos, que el Mesías prometido a Israel desde la época de nuestro padre Abraham, ha llegado ya a la Tierra aunque por designio divino permanece todavía oculto a las miradas humanas.

“De la conjunción de Júpiter, Saturno y Marte han transcurrido doce años. Si nuestros libros y los astros no han mentido, tal debe ser la edad que cuenta el Avatar Divino hecho hombre.

“¿Os parece que estoy en lo cierto en estas afirmaciones? –preguntó el orador.

— ¡Sí, sí! Así es tal como lo decís –contestaron todas las voces que eran veinte. Yhasua que era el veintiuno guardaba profundo silencio.

—Vosotros sabéis –continuó–, que no hemos tenido éxito con los niños de esa edad que mostraban dotes extraordinarias, que en nuestro grande anhelo hemos exagerado.

—Varios de nosotros sentimos la necesidad de un completo acuerdo en nuestra forma de comprender las grandes cuestiones, que deben servir de base al pensar y sentir del pueblo, que espera ansiosamente su Mesías-Rey-Libertador y guía en la tenebrosa hora porque atravesamos.

“En primer lugar, no sabemos quién es el Mesías esperado ni qué dependencia tiene respecto del Supremo Creador de todo cuanto existe.

“¿Es uno de los antiguos profetas? ¿Es un ángel como los que aparecieron a nuestro padre Abraham o un arcángel como Gabriel que apareció a Jeremías, o Rafael que guió los pasos del joven Tobías?

“Y si no sabemos nada de esto, menos conocemos todavía su dependencia de la Divinidad y menos aún cómo actuará la Divinidad respecto de su gran Enviado a este planeta.

“Cuestiones son éstas que por su grandeza nos dejan anonadados pero es necesario que nos aboquemos a ellas, si queremos evitar el caos que se hará como una obscura noche en las inteligencias si no tratamos de iluminarnos nosotros mismos para poder dar luz a los demás.

—Está escrito –dijo otro de los presentes–, que vendrá antes Elías para prepararle los caminos, y Elías no se hace visible aún por ninguna parte. Con un poco de buen sentido, podemos conjeturar que si Elías viene como precursor, el Mesías debe ser alguien muy superior a Elías. ¿Quién es?

—Si me lo permitís –dijo uno de los discípulos del sabio Antígono de Soco–, yo pienso que será Moisés, que ya una vez fue transmisor de la Ley Eterna dada por Dios a la humanidad. Y si Elías vuelve a la Tierra, ¿por qué no podría volver también Moisés para traer una ley muy superior a aquella del Sinaí?

—Tenéis razón, es una idea hermosa y feliz –exclamaron varios.

— ¿Quién como Moisés para libertar a este mismo pueblo de la tiranía de Roma como ya le libertó de la opresión de los Faraones?

—Sólo Moisés haría retroceder a los Césares que van tendiendo sus águilas sobre todos los pueblos civilizados de la Tierra.

—Creo que deberíamos comenzar –añadió otro de los presentes–, por estudiar de qué naturaleza es la Divinidad o Fuerza Suprema que nos enviará un Mesías, acaso más superior que Moisés.

—Eso es como pretender penetrar en la misma Divinidad, y acaso la grandeza del asunto nos apartaría de lo que podemos tratar, –insinuó José de Arimathea que por primera vez emitió su opinión.

—Opino como mi amigo, que si subimos demasiado alto nos puede enloquecer el vértigo –expuso Nicodemus que era el más joven de la asamblea.

En tal momento, Yhasua se tomó de las manos de ellos dos, como si necesitara de ese apoyo para ponerse de pie. Y con un armonioso timbre de voz habló así:

—Yo estoy aquí porque vosotros queréis que la Divina Sabiduría baje a vosotros por la boca de un párvulo, que apenas si sabe cuando sale el sol.

"Y Jehová dice así:

"Si tenéis puro y sencillo el corazón, yo bajaré a vosotros con toda mi claridad.

"Y aquellos que me busquen en espíritu y en verdad, me encontrarán en todas las cosas que viven y que mueren, desde los soles que brillan en el espacio azul hasta la oruga que se arrastra por la tierra.

"Yo he arrancado un pedazo de Mí mismo –dice Jehová– *y es el Mesías que os mando. Es mi Verbo, mi Palabra Eterna grabada en las olas de los mares que os dan la carne de sus peces y el esplendor de sus perlas; grabadas en las montañas que os dan piedra para vuestras viviendas y oro para vuestro regalo y vuestro bienestar; grabadas en los árboles que os dan sus maderas y sus frutos; en las bestias todas de la Tierra que os sirven para vuestra vida.*

"Yo soy la Luz Eterna –dice Jehová– *y mi Mesías es un rayo de esa Luz.*

"Yo soy el Poder, la Energía, la Fuerza que veis en todo cuanto vive, y mi Mesías es una vibración de ese Poder, de esa Energía, de esa Fuerza que está por encima de todos.

"Él ha surgido de Mí y vive en Mí, y piensa y siente en Mí, ahora y mañana y por toda la eternidad.

"Él os lleva mi mensaje de Amor y de Luz, pero vosotros haréis con él como habéis hecho con todos aquellos que en Mi Nombre os llevaron la Verdad.

"¿Y qué os dirá Moisés, si es él que irá hacia vosotros?

"Mi Ley que fue Mi Mensaje llevado por él, está sepultada bajo una montaña de prescripciones y mandatos que habéis ido acumulando, con lo cual no habéis hecho sino encadenar las conciencias y cargar

de temor y espanto las almas, que no saben cómo poner de acuerdo la debilidad y miseria propia de su escasa evolución con los furores de Jehová, el terrible Dios tirano y déspota que habéis creado en vuestras monstruosas alucinaciones, en vez del Dios-Creador por su Amor Omnipotente que se da continuada y eternamente a todo cuanto vive y alienta en el Universo.

"Soy Uno, pero tan grande que dentro de Mí se mueven todos los mundos y todas las humanidades que viven en esos mundos.

"La luz que os alumbra y el aire que respiráis son emanaciones mías; y vosotros mismos que os creéis a veces tan grandes, no sois más que una vibración de mi Energía Eterna.

"Dentro de Mí vivís, os movéis y sois, aún sumergidos entre el oleaje pesado de vuestro atraso y grosera materialidad.

"Si un día por Moisés os di como primera ley el Amor hacia Mí y hacia vuestros semejantes, emanados todos de Mí, por el Mesías que ahora esperáis y llamáis, no os daré otra Ley sino aquella misma, llevada a la altura suprema del Amor por encima de todas las cosas creadas.

"Y porque soy inmutable y eterno, y soy el aliento de toda vida, veo, sé y percibo cuanto pensáis y obráis y sentís; y ninguna de vuestras obras malas, me afecta ni siquiera como el ondular de un cabello. ¡Inmutable!... ¡Eterno!..., son frases cuyo significado está más allá del alcance de vuestra mentalidad.

"¡Qué horrible blasfemia pronunciáis cuando habláis de la ira de Dios, de la cólera de Dios, del furor de Dios!...

"Mi justicia que es inexorable –dice Jehová– no es ejercida ni por la cólera, ni por el furor, sino por la "Ley Suprema de causas y efectos", que rige invariablemente en todos los mundos del vasto universo.

"Y si vosotros que sois imperfectos amáis a vuestros hijos, vuestras obras, vuestras ideas, vuestros pensamientos, subiendo en la escala de lo infinito encontraréis claramente demostrado mi amor eterno y en grado infinito, sin límites, para todo lo que surgió de Mí mismo y es como una prolongación mía, como un hálito mío, como un resplandor de mi Luz Eterna.

"Las Inteligencias llegadas a la perfección más completa en todas sus facultades son Mi Idea, Mi Pensamiento, Mi Voluntad, Mi Verbo, Mi Palabra Eterna, Mi Amor inconmensurable. Ellas están en Mí y Yo en ellas formando así la maravillosa Unidad Divina que es Luz, Energía y Amor".

Y Yhasua apoyándose de nuevo en sus amigos que tenía a ambos lados se sentó, demostrando una suave laxitud, como si la fuerza vital hubiese disminuido en él.

Un silencio casi pavoroso se había hecho en la vasta sala, y el más profundo asombro dejó a todos como hipnotizados por una extraña fuerza, que por fin pudieron definir con esta frase que salió de todos los labios:

—El Espíritu Divino ha soplado en este recinto.

—Adorémosle con la prosternación de nuestras almas y de nuestros cuerpos –dijo el que presidía aquella reunión.

Y cuando todos estaban con la frente inclinada a la tierra, el niño salió hacia el huerto de la casa, desde el cual le llegaban los gorjeos de los pájaros y el perfume de un naranjo en flor.

Allí jugaban a los pies de una anciana de cabellos muy blancos, dos niños de seis a ocho años de edad. Yhasua se sintió atraído hacia aquel grupo encantador y fue acercándose lentamente. La anciana era madre de Nicolás de Damasco, dueño de la casa, y los niños, hijos suyos; habían perdido la madre, por lo cual la anciana abuela era quien cuidaba de ellos. La niña, era la mayorcita, se llamaba Martha y más adelante en la vida del Cristo la encontraremos desempeñando un papel importante. El niño se llamaba Gabes.

—Mira, abuela, el niño que llega –dijeron ambos hermanos al mismo tiempo.

La anciana levantó la vista de su tejido en el que movía ligeramente sus manos, y vio a Yhasua tan bello, tan delicado y grácil, como una azucena que balanceaba el viento.

— ¿Quién eres, hermoso niño? –preguntó la anciana.

—Yo soy Yhasua hijo de Yhosep y de Myriam. Hemos venido de Nazareth a las fiestas y me trajeron a esa reunión que está en el cenáculo.

“Estaba muy fatigado y salí al huerto a tomar aire.

— ¡Pobrecillo!... ¡Pero es ocurrencia entrar a un niño en esa reunión de mayores! Venid aquí, hijo mío, para que descanses.

Y la abuela dejó vacío el banquillo en que posaba sus pies. Yhasua se sentó.

—Martita –añadió la anciana–, anda y pide a la criada, vino con miel, para este niño que parece estar agotado. –La niña salió.

—Estos hombres cuando tratan sus cuestiones, olvidan que los niños necesitan comer y jugar.

Y mientras Yhasua intimaba amistad con aquella anciana y aquellos niños, en el cenáculo se debatían en un oscuro interrogante.

— ¿Quién era aquel niño prodigio, que hablaba de los profundos misterios de la Divinidad, como pudiera hablar de sus juguetes o de sus golosinas?

Era un gran profeta, a no dudarlo, pero, ¿cuál de ellos era y qué significaba su venida en esos momentos?

Pensaron en Jeremías, en Ezequiel, en Elías, en Samuel.

—No, que es Moisés –indicó uno de los Doctores–, pues hubo un momento en que vi sobre su frente aquellos dos rayos de luz con que apareció Moisés al bajar del Sinaí.

—Yo pienso que es Elías –dijo otro–, porque en un momento en que hablaba le vi como un aura de color de fuego.

—Jehová nos lo revelará a su tiempo, –aseguró uno de los sacerdotes esenios.

—Esa es toda la verdad –afirmaron José de Arimathea y Nicodemus.

—Lo más acertado es esperar.

Y siguió bastante extenso el comentario que hicieron sobre el discurso magnífico del niño, que encerraba todo un tratado de teología, comparable a los escritos más profundos de Moisés que sólo conocían los más ilustres Doctores de Israel.

Pasados los primeros momentos de asombro, comenzaron los interrogantes sobre quién era aquel niño-Luz, a lo cual José de Arimathea y Nicodemus que le habían llevado, debieron responder.

—Es hijo de un artesano grandemente apreciado en toda la provincia de Galilea por su acrisolada honradez, como puede atestiguarlo el Hazzan de la Sinagoga de Nazareth y estos dos terapeutas, que en su calidad de médicos recorren toda aquella comarca –explicó José de Arimathea.

—Verdaderamente –añadió el Hazzan–, sus padres son grandes siervos de Dios, cumplidores de la Ley y asiduos concurrentes los sábados a la lectura de los Libros Sagrados.

—Ningún afligido llega a su puerta sin que salga consolado –añadió uno de los terapeutas–.

“Su madre que es un ángel de belleza y de bondad, está animada de la dulce piedad de Raquel, y la he visto ir de madrugada con el frío del invierno y la nieve en los caminos, a llevar un cantarillo de leche a una joven madre que por enfermedad no podía amamantar a su pequeñuelo.

—Se educó entre las vírgenes del Templo –añadió el otro terapeuta–, por lo cual está muy al tanto de las Escrituras Sagradas.

— ¿Y qué piensan ellos mismos de este hijo extraordinario? –preguntó uno de los Doctores.

—Lo que pensamos todos –respondió Nicodemus–, o sea que es un Profeta de Dios.

—Pero hay que añadir que sus padres viven bajo el temor por el porvenir del niño, en la época actual, en que los idólatras están adueñados de este país –añadió el Hazzan de la Sinagoga de Nazareth.

Nicolás de Damasco y Judas de Gamala, iniciadores de aquella reunión, se pusieron de pie al mismo tiempo para decir algo que parecía palpitar en aquel ambiente cálido de entusiasmo por las grandes causas.

—Iba a proponer a esta honorable reunión que hagamos un pacto de protección y ayuda a este niño extraordinario, que sin duda es un vaso elegido por Dios Misericordioso para derramar la verdad entre su pueblo –dijo Nicolás.

—Eso mismo iba a proponer yo –enunció el de Gamala–. Dios está en medio de nosotros, pues hemos coincidido en todo.

—Y nosotros igual que vosotros –respondieron todos a una voz.

—Que Dios bendiga esta alianza por la justicia y la verdad –exclamó el Anciano Sacerdote Esdras.

—Así sea –respondieron todos dándose la mano unos a otros.

—Nuestra consigna será: "Esperar y callar" –dijo Nicolás.

— ¡Justo!, –expresaron casi todos.

—Que el entusiasmo excesivo no nos lleve a entorpecer el designio Divino –añadieron los terapeutas.

Y terminó así aquella reunión, donde había flotado invisiblemente el pensamiento de Dios hecho realidad en su Cristo, ya encarnado sobre la Tierra.

Al siguiente día, que era el último de las fiestas solemnes de la Pascua, Yhasua fue nuevamente llevado al Templo por sus padres y familiares.

Se encontraba el niño como dominado por una exaltación religiosa tan fuerte que su madre lo advirtió y se lo dijo:

—Yhasua, hijo mío, desde que has hablado con esos grandes letrados de Israel, ya no caminas por la tierra. Paréceme que andas volando por otros mundos que tú imaginas, y esto no está bien en un niño como tú, a quien Jehová no pide otra cosa sino que seas obediente y dócil para tus padres. ¿Qué es lo que te tiene como abismado y absorto?

—Déjame, madre, solo con mis pensamientos. ¿No ves que estoy comprendiendo a Dios?

— ¡Pero, hijito!... Dios no puede ser comprendido por criaturas tan pequeñas como nosotros.

— ¡Tú lo dices..., madre, tú lo dices!, pero Él está aquí, dentro de mí y me está diciendo: *¡Tú estás en Mí, y Yo estoy en ti, porque somos una misma Esencia!*

— ¡Calla por Dios, Yhasua!, que tú disparatas.

Y aquella madre asustada de las palabras de su hijo, le había puesto su mano sobre los labios.

El niño besó muchas veces aquella mano blanca y suave, mientras sus ojos garzos se hundían en los de su madre en una mirada tan profunda y tierna que parecía querer decirle:

— ¡Te amo mucho, madre, pero amo a Dios por sobre todas las cosas!

Pocos momentos después entraban al Templo, que brillando todo como una llama viva y con sus atrios y pórticos atestados de gentes que

lucían sus mejores túnicas y ricos mantos y turbantes, presentaba un aspecto fantástico y solemne.

La exaltación religiosa de Yhasua continuaba subiendo de intensidad. Estaba seguro de ver allí entre aquella radiante luminaria, la faz divina de Jehová. Y el niño se estremecía de entusiasmo.

Pero grande fue su espanto cuando en vez de la visión de Dios que esperaba, se encontró con una horrible carnicería, un feroz degüello de toros, terneros, carneros, indefensos corderillos y blancas palomas que aleteaban espantadas, mientras se les llevaba en montones a los altares de los sacrificios.

Y los Sacerdotes, armados de grandes cuchillas, aparecían con sus ropas y sandalias mojadas de la sangre que corría desde los altares por tubos de bronce incrustados en el muro, y que iban a vaciarse a una piscina de mármol construida en un patio interior rodeado de galpones o estancias, donde sobre grandes mesas de piedra se iban depositando las reses ya descuartizadas, y listas para el reparto a la numerosa familia sacerdotal, que era quien podía, según la Ley, aprovecharse de aquellas carnes aún humeantes.

Aquel patio era llamado: "de los medidores"; porque allí se pesaban y medían las reses, y acudían los mercaderes a comprar a los sacerdotes, lo que correspondía a cada familia sacerdotal, y que estos no alcanzaban a consumir

Yhosep y Myriam, en su calidad de esenios, no podían ofrecer holocaustos de animales sino de frutos de la tierra, y ellos entregaron su ofrenda de harina, aceite, vino y miel, según acostumbraban los miembros de la Fraternidad Esenia.

— ¡Madre! –murmuró Yhasua al oído de Myriam, cuando pudo dominar el espanto y horror que le causó la degollación de los animales y los altares por donde corría la sangre–. ¡Madre!... ¡Yo te digo que aquí..., no está el Padre Celestial!

— ¿Por qué, hijo mío?...

—Porque Él no gusta de ofrendas de sangre y de muerte, sino de amor y de vida...

— ¡Calla..., tú no sabes lo que dices!

— ¡Salgamos de aquí que me ahogo!... –Y soltándose de las manos de su madre, echó a correr rápido como un cervatillo asustado hacia donde resonaban los laúdes y las voces de las doncellas que cantaban salmos, en una de las naves del Templo y en dirección opuesta a la del altar de los sacrificios. Para ello, debió atravesar el Templo en diagonal y como estaba lleno de gentes, Myriam le perdió de vista por más esfuerzos que hizo para seguirle.

Tropezó con un joven Levita, que iba al atrio de los incensarios para reavivar el fuego del suyo, que se apagaba por falta de aire. Era de los Levitas esenios y conocía de vista a Yhasua.

— ¿A dónde vas tan de prisa que pareces un fugitivo? –le preguntó.

—Ese vaho de sangre y de carnes quemadas me ahogan y voy a morirme aquí, sofocado. Sácame por favor de este infierno, donde esos hombres con cuchillos y vestidos manchados de sangre, me parecen demonios escapados de un antro...

— ¡Niño..., calla por favor, que pueden oírte! Ven conmigo a la sala de los incensarios, donde te haré ver muchas cosas hermosas que habrán de gustarte.

Y el Levita se llevó al niño al sitio indicado.

Yhasua estaba pálido y un ligero temblor estremecía su cuerpo. Le recostó en un estrado y le dio de beber vino con miel, lo cual le reanimó pronto.

Recordará el lector que aquella sala tenía un compartimento secreto, en el cual se abría la bajada al camino subterráneo conocido por *"El sendero de Esdras",* y cuya existencia era uno de los secretos esenios transmitido de padres a hijos desde la reconstrucción del templo.

Tan sólo los Sacerdotes esenios conocían aquel camino que tenía salida en el abandonado sepulcro de Absalón, en el Monte de los Olivos y muy cercano al Huerto de Gethsemaní.

Dos sacerdotes esenios estaban ocultos en el compartimento secreto, de vuelta de la tumba de Absalón, a donde ellos transportaban para los pobres, ancianos y enfermos, parte de los derroches que se hacían de las abundantes ofrendas llevadas al Templo.

—No es justo –decían ellos–, que se hagan negocios fabulosos con la venta de las ofrendas en carnes y frutos de la tierra, y que nuestros enfermos y nuestros ancianos menesterosos sufran la carestía y el hambre.

Creyeron que la sala de los incensarios estaba sola y salieron. Se encontraron con Yhasua que esperaba quietecito el regreso del Levita que le había conducido allí.

Y naturalmente se entabló un diálogo de preguntas y explicaciones. Los dos esenios le conocían a él, pues que habían estado presentes en la reunión del día anterior en el Cenáculo de Nicolás de Damasco, pero él no los reconoció y tenía temor de hablar.

Únicamente les dijo que había huido de sus padres para no ver la degollación de animales, espectáculo que le causaba espanto y horror.

Los dos sacerdotes se le dieron a conocer, le hablaron de los Ancianos del Tabor y del Carmelo, y por último le propusieron conducirle a buscar a sus padres.

Como el tumulto era grande, y Myriam por su parte buscaba también al niño, y se había retirado del lugar en que él los dejó, por lo cual les fue necesario a unos y otros, esperar que terminado el ceremonial el público se alejara para poder encontrarse.

Yhosep, entretenido en uno de los pórticos con sus parientes de Betlehem, Elcana y Sara, con quienes no se veía desde hacía un año, no prestó mayor atención al extravío del Niño. Eran Myriam, Yhosuelín y Lía quienes le buscaban con gran ansiedad, hasta que llegando al atrio de los extranjeros, le vieron pasar entre los dos esenios que no les eran desconocidos.

— ¡Madre!..., yo me quedo aquí con estos Hermanos de los Ancianos –fue la primera palabra de Yhasua al encontrarse con Myriam.

—Pero, hijo mío, ¿qué has hecho? ¿Es esto lo que merezco de ti? –Y los dulces ojos de Myriam se llenaron de lágrimas.

— ¡No, madre mía! –murmuró el niño abrazándola–. Tú mereces todo mi amor, pero el Padre Celestial me llama a su servicio y yo quiero obedecer su voz como obedeció Samuel.

—Hijito –díjole el sacerdote Eleazar–. Por ahora el Padre Celestial quiere que vayas con tu madre, que también en el hogar está el Dios de los Profetas.

— ¿Entonces me rechazáis? –preguntó Yhasua con la voz temblorosa y próximo al llanto.

—No, hijo mío, pero eres aún demasiado niño. Así te lo han dicho los Ancianos del Tabor.

Yhosuelín había corrido a buscar a su padre en vista de la angustia de Myriam, por la insistencia del niño en quedarse en el Templo.

— ¿Por qué te empeñas en quedarte?, –le interrogó el otro sacerdote.

—El templo es la casa de la oración a Jehová, y yo la veo como un degolladero de animales. El Padre Celestial es piedad y amor, y repudia el horror de esas matanzas. Él quiere más la pureza del corazón y el cumplimiento de su Ley, que no la abundancia de ofrendas vivas con derramamiento de sangre.

— ¿Qué pasa aquí? –dijo Yhosep, llegando al lado de Myriam.

—Que nuestro niño quiere quedarse en el Templo como el Profeta Samuel.

— ¿Y tu madre, Yhasua?..., ¿ella no es nadie para ti? –interrogó con severidad el padre.

—La Ley dice: “Amarás al Señor Dios tuyo, sobre todas las cosas” –dijo dulcemente el niño, acercándose a su padre.

—También dice la Ley: “Honrarás a tus padres todos los días de tu vida” –contestó Yhosep–. ¡Vamos!

Y tomando una mano de Yhasua comenzó a andar.

—Ahora eres verdadero hijo del Padre Celestial, al cual no sólo en el Templo se le adora, sino en espíritu y en verdad en cualquier lugar de la Tierra, porque toda ella es su Templo –dijo Eleazar al niño, despidiéndolo el Anciano Sacerdote que le había conocido en la cuna.

El niño siguió en silencio a sus padres, dando vuelta varias veces su cabeza y agitando las manos que decían adioses tiernísimos a los dos Ancianos Sacerdotes, que desde el atrio del Templo le miraban alejarse.

A medida que se alejaban, el niño parecía recobrar su alegría y serenidad.

Yhosep, que aunque de un exterior severo, amaba entrañablemente a aquel niño en quien reconocía un ser superior, quiso suavizar la aspereza de aquellos momentos.

—Hijo mío –le dijo–, todos los años podemos traerte, si tanto te place visitar el Templo. Con tu poca edad, ¿qué harías tú allí?

—Les diría palabras de Jehová que no quiere más la matanza de animales –contestó el niño–, sino la adoración del corazón puro y limpio, como los Ancianos de los Santuarios esenios.

— ¿Y quién eres tú, pobre niño mío, para venir a poner leyes en el Templo de Jerusalén? ¿No ves que serías tomado por un niño loco o poseído de los demonios?

"¿No ves cómo los Ancianos con toda su sabiduría y altos poderes espirituales, se ocultan en el fondo de las rocas para no exponer inútilmente sus vidas?

—Tenéis razón, padre, tenéis razón. Había dentro de mi corazón como una ola potente de horror y de enojo, con todo lo poco que he visto allí abajo en las bóvedas de la casa de oración a Jehová, que quería gritar a voces las infamias que allí se hacen.

"Correr a látigo a los mendigos, ciegos y ancianos, que vienen a pedir los sobrantes de las ofrendas que luego venden a los mercaderes por detrás del Templo y creyendo que nadie les ve.

— ¡Niño!..., –dijo Myriam espantada.

—Es cierto, madre –afirmó Yhosuelín–. También yo he visto a un mercader entregar un bolsillo repleto de monedas a uno de los que hacían matanza y después de haberse ya quitado las ropas manchadas de sangre.

—Aquí viene Lía con Elcana y Sara, y es necesario no tocar más este asunto –dijo Yhosep, deteniendo sus pasos para esperar a los que había visto venir hacia ellos.

29
EN EL MONTE QUARANTANA

Las solemnidades de Pascua habían terminado, y el inmenso gentío aglomerado en la ciudad Santa, empezó a disgregarse cada cual al lugar de su morada.

También Yhosep debió pensar en el regreso, pero se interpuso el piadoso deseo de Myriam de no dejar sola a Salomé, que debía esperar los cuarenta días para presentar al Templo a su recién nacido Juan.

—Llévate a los hijos mayores y déjame a Yhasua, que ambos regresaremos con Salomé –dijo ella.

— ¿Serás capaz de sacar al niño de su delirio por el templo? –le había observado el padre.

—Sí –contestó ella–, me ayudarán los dos terapeutas, que quedan aquí por arreglar asuntos particulares de ellos, y a más tu amigo José de Arimathea que se nos ha ofrecido tanto, para cualquier cosa que pueda necesitar el niño.

—Bien, Myriam, puesto que tú así lo quieres.

Y Yhosep y sus hijos mayores regresaron a su casita de Nazareth, dejando a Myriam con Salomé y su recién nacido, en la vieja casa de su parienta Lía.

Yhosep regresó unido en caravana a los familiares y amigos, con quienes había hecho juntos el viaje.

Los terapeutas tenían un piadoso programa a cumplir, y teniendo esto en vista habían combinado un plan.

La comarca cercana, cuyo centro era Betlehem, estaba muy poblada de familias esenias, que después de aquellos años aciagos de la persecución de Herodes a los niños betlehemitas, habían regresado a su tierra natal.

A más, de Betlehem al Monte Quarantana había pocas horas de viaje, y en ese Santuario habitaban algunos Ancianos a quienes el peso de los años y de los achaques propios de la avanzada edad, no les había permitido ver al Bienvenido desde su nacimiento.

Algunos de sus terapeutas habían arribado a Jerusalén para las festividades, y eran como el eco de aquel Santuario que no había visto en sus grutas la Luz Divina del Verbo encarnado.

Por lo menos treinta días debían esperar para la ceremonia de la Purificación y presentación al Templo del pequeño Juan, y era sobrado tiempo para una excursión al Monte Quarantana, que por la primavera el camino era hermoso y los días templados favorecían el viaje.

Y los terapeutas se dispusieron a afrontar la dificultad bien recia, por cierto, de que Myriam, en ausencia de su esposo, consintiera en aquel viaje. Lo propusieron primeramente a Lía, cuya discreción y prudencia, bien conocida de todos, le daba una gran autoridad. Después lo consultaron también con José de Arimathea, cuyo ascendiente en Yhosep hacía que sus resoluciones fueran ampliamente aceptadas por éste. Y ésta última circunstancia facilitaría a juicio de ellos el consentimiento de Myriam. Este joven Doctor, esenio de corazón y gran clarividente respecto de la excelsa misión que traía Yhasua, se entregó con entusiasmo a la tarea de conseguir para el niño el permiso materno.

Y se presentó en la casa de su suegra Lía y trató la cuestión.

— ¡Madre feliz! –le decía, usando el calificativo que le daba siempre–, ¿me prestaríais a Yhasua para ocho días?

— ¡Ocho días! ¿Y adónde le vais a llevar en ese tiempo?, –inquiría con cierta alarma la madre.

—Si pensáis lo que él es para este país y para toda la humanidad, debéis comprender el dolor de algunos Ancianos que anhelan verle antes de morir.

"Sabéis asimismo la confianza que tiene vuestro esposo en mí, y si vos la tuvierais igual, no negaríais vuestro permiso para que los terapeutas juntamente conmigo, llevemos al niño a visitar a los que sólo esperan verle para morir tranquilos. ¿Qué dices, Myriam?

—Si me permitís –repuso después de unos momentos de silencio–, lo consultaré con nuestra parienta Lía.

Esta fue llamada en el acto, y como ya estaba prevenida y no veía peligro alguno para el niño, fue de opinión que se le dejase ir.

—Bajo vuestra responsabilidad –advirtió a José de Arimathea, la celosa madre–, y de Lía y de los terapeutas, concedo mi permiso con la condición expresa de que me daréis una epístola para mi marido, explicándole muy claramente todo este asunto.

—Bien, bien, nada temáis y todo se hará como lo pedís. Estamos a mitad de la tarde; mañana al amanecer vendremos los terapeutas que son cuatro, Nicodemus cinco y yo seis, caballeros en fuertes mulos amaestrados y un manso asnillo para Yhasua, que se sentirá en el paraíso al saber de esta excursión. ¿Estáis conforme?

—Sí, sí, Myriam; di que sí –insistía Lía–. ¡Será tan dichoso el pobrecillo!

—Bien, sí –asintió ella por fin–, estoy conforme. Lía tiene boca de santa y confío en ella como si fuera mi madre. –Y las dos mujeres se abrazaron.

"Hemos triunfado" –pensó José de Arimathea mirando cariñosamente a su madre política, que tan eficaz ayuda le había prestado.

Y al siguiente día y cuando las últimas sombras de la noche cedían el campo a los primeros resplandores del amanecer, el hogar de la casa de Lía llameaba alegremente rodeado de todos los viajeros ya listos para emprender la jornada.

Aquella aurora primaveral parecía diseñar en los cielos una apoteosis de gloria y de dicha, teniendo doseles de púrpura y oro, mientras en los grandes árboles del huerto de Lía, millares de pájaros daban la bienvenida al nuevo día con un concierto de admirables gorjeos.

— ¿Y Yhasua? –preguntará el lector.

El niño de Myriam, enterado la noche anterior a la hora de la cena del proyectado viaje, ya no fue más el pajarillo taciturno por las tremendas realidades que viera en el Templo, y que tan cruel desengaño le habían causado. Era una cotorrita parlera, a la cual era inútil pedirle un momento de silencio.

Sus risas cristalinas llenaban la casa y sin detenerse a reflexionar que el pequeñín de Salomé dormía en una habitación inmediata, cuando ya no quedaba nadie a quien referirle de su viaje, corrió a la canastilla del niño y sacudiéndole suavemente de las manecitas, le decía:

—Juan, chiquitito, me voy de viaje al Monte Quarantana montando un asnillo ceniza que corre como el viento, ¿lo oyes?, pero no puedo llevarte a ti porque eres pequeño y no puedes montar. Pero no me guardes agravio, ¿eh, Juanín?, porque cuando seas mayorcito te llevaré siempre conmigo.

El chiquitín se despertó llorisqueando, y Yhasua, creyendo que era por su ausencia, continuaba con sus mimos de una ternura conmovedora.

—No llores, Jhoanancito mío, que volveré pronto para mecer tu cuna y cantarte lindas canciones.

Y en un suavísimo arrullo que llegaba hasta el hogar, oyeron la voz de cristal de Yhasua que dormía al pequeñito:

Duerme angelito rubio
Prenda de amor,
Que dejaron en mi huerto
Los ángeles del Señor.

¡Duérmete!... Yo no quiero
Que llores más
Porque de los brazos míos
Nadie te podrá arrancar.

El pequeñín tornó a dormirse y Yhasua volvió junto al hogar caminando de puntillas poniéndose el índice sobre los labios.

Algo así como un religioso silencio flotaba en aquel ambiente.

—Juan lloraba porque me voy –dijo con una ingenuidad encantadora–, pero yo le he consolado y ahora duerme.

—Bien –díjole Lía–, ahora ven a sentarte en tu sitio al lado de tu madre, que es la hora de la cena –y el niño obedeció.

— ¿Y después? A prepararlo todo para el viaje de mañana.

—No, hijo mío, porque ya está todo dispuesto. Después de la cena a dormir para madrugar mañana. ¡Ahora, silencio!

Lía puesta de pie en la cabecera de la mesa recitaba la bendición de los manjares según la vieja costumbre de las familias esenias.

El lector adivinará sin duda que aquella cena fue toda salpicada de las agudezas y gracias de Yhasua, que a toda costa quería que le describiesen aquel anhelado viaje hasta en sus menudos detalles.

Y a sus interminables preguntas le contestaban siempre: —Ya lo verás mañana y nos lo contarás a la vuelta.

Y cuando llegó la mañana y vio bajo los árboles del huerto los mulos enjaezados y el asnillo quieto junto a la puerta del hogar, su alegría se tornó delirio y se tradujo en fuertes abrazos y besos a su madre, a Lía, a Salomé y a sus compañeros de viaje.

—Ahora sólo es un niño..., ¡todo un niño que rebosa de contento y felicidad! –decía uno de los terapeutas a Myriam que presenciaba la escena con cierta tristeza.

—Por no quitarle esta dicha he consentido en este viaje. Cuidádmelo bien, por Dios, para que nunca tenga que arrepentirme –contestaba ella.

—Quedaos muy tranquila, que para nosotros este viaje es tan conocido, como que lo hacemos casi todos los meses.

— ¡Serán tan dichosos los Ancianos del Quarantana cuando vean al niño, que eso sólo debe llenaros de satisfacción!

Y unos momentos después José de Arimathea levantó al niño en sus brazos, lo acercó para que besara por última vez a su madre y lo montó en el asnillo ceniza que corría más que el viento, según creía Yhasua. Lo aseguró perfectamente, pasando una ancha faja de tela por encima de las rodillas del niño y sujetos los extremos a las gruesas anillas de la montura.

— ¡Ahora todos arriba!, –gritó José de Arimathea, montando él mismo y colocándose al lado mismo del asnillo de Yhasua.

Del lado opuesto se colocó Nicodemus, y los terapeutas que eran los guías abrieron la marcha por la avenida de los ciruelos en flor, que dividía en dos el ancho y espacioso huerto de la casa de Lía.

—No vuelvas la cabeza atrás, Yhasua –le gritaba Myriam viendo la intención del niño–. No vuelvas la cabeza que te puedes caer.

Y las tres mujeres que un día llorarían juntas sobre el cadáver ensangrentado del Mártir, quedaron a la puerta del hogar mirando alejarse la pequeña caravana, hasta que se perdió de vista al atravesar el gran portalón que daba hacia la carretera que debían seguir, que era como se sabe la que conducía a Betlehem.

Allí tenía Yhasua, grandes amigos que le habían visto los primeros la noche de su nacimiento, en aquella honrada casa de Elcana y Sara, sobre la cual se desbordaron las manifestaciones suprafísicas en aquella noche memorable.

Muy cerca de ella vivían tres esenios que habían sacrificado su tranquilidad y habían corrido sobre la nieve hacia el Santuario del Quarantana para llevar la noticia del nacimiento del Mesías: Eleazar, Josías y Alfeo. Doce años habían pasado y no le habían vuelto a ver, por las circunstancias de las frecuentes estadías del niño en los Santuarios esenios y por las grandes dificultades para los viajes, mayormente para los que ya habían llegado a la ancianidad. Noticias de él tenían siempre por los terapeutas peregrinos, que eran como un correo oficial de la Fraternidad Esenia.

Y ellos habían sido como el eco fiel de los grandes anhelos de volver a ver a Yhasua en toda aquella comarca betlehemita, donde nació y donde tanto habían padecido en la época terrible de la persecución de Herodes el Grande, por el nacimiento de este niño, que aun siendo tan pequeño quitó la tranquilidad y el sueño al astuto y ambicioso Idumeo, que no vaciló en decretar la degollación de los niños betlehemitas a cambio de su seguridad en el trono.

Yhasua estaba encantado de aquel viaje y enamorado de su asnillo color ceniza, a tal punto, que quería detener el andar a cada instante para dar de comer a su jumentillo.

— ¿Has comido tú desde que salimos? –le preguntó Nicodemus para entretenerlo.

—No, pero el caso es muy diferente. Yo voy muy cómodo sentado, pero el pobre asnillo anda y anda soportando todo mi peso –contestaba el niño.

— ¡Oh, verdaderamente, Yhasua!, –añadía José de Arimathea—. Ese infeliz jumento debe estar reventado con todo tu peso. ¡Comiste tanto pan y queso allá!...

— ¡Y miel y castañas y unos tacos de manteca, que yo sólo sé!...

—Bien, Yhasua, bien, ahora que se pone fuerte el sol y que va llegando el medio día vamos a detenernos para comer nosotros y las bestias también.

“Observa entre estas colinas del Torrente Cedrón que quedan a la izquierda, y elige tú mismo el lugar para descansar.

—Aquí, aquí –gritó jubiloso el niño–, junto a este bosquecito donde se ve ese arroyuelo.

—Muy bien, Yhasua, has elegido como un antiguo viajante. –Y José de Arimathea se desmontó y bajó también al niño.

Dos terapeutas indicaron la conveniencia de adelantarse para dar aviso a los Hermanos de Betlehem y así lo hicieron.

Ya se sabe que en las ciudades pequeñas todo llama la atención. La llegada de viajeros, luego el ir y venir de gentes a una casa determinada sería sobrado motivo para que los curiosos hicieran averiguaciones y luego tejieran leyendas. Una palabra discreta de los terapeutas pondría el orden correspondiente en este sentido.

Mientras tanto, Yhasua, con una solicitud tiernísima daba de comer y beber a su asnillo en tal forma, que sus compañeros de viaje decían alegremente:

—Jamás bestia alguna se vio tan favorecida y honrada como el asnillo color ceniza que monta Yhasua.

La noticia llevada por los terapeutas produjo en las familias esenias de Betlehem un júbilo indescriptible.

Ya comprenderá el lector que no todos los individuos de una familia debían conocer el gran secreto, sino sólo las personas mayores, y cuya prudencia y discreción inspirase a los terapeutas la más absoluta confianza.

Betlehem estaba demasiado cerca de Jerusalén, cuyo alto clero, como se sabe, estaba siempre pronto a recelar de todo personaje extraordinario que pudiera ser una amenaza para la estabilidad de los espléndidos beneficios de que venía disfrutando ese grupo de familias, que habían dado en llamarse la “nobleza sacerdotal”, y que adueñados de los más altos y productivos puestos en las diversas funciones del Templo, venían siendo como hereditarios de padres a hijos desde hacía muchos años.

Herodes el Grande, valido de su poder de rey intruso, había subido hasta el supremo pontificado a una obscura familia, por justificar una pasión tardía hacia una de las hijas, y también buscando de tener sobre los hebreos el ascendiente que le daría su alianza con el alto cuerpo sacerdotal.

Para un reyezuelo de un pequeño país dominado por los romanos, no estaba del todo fuera de lugar su casamiento con la hija del gran Sacerdote.

Y aunque Herodes el Grande ya no existía en el año que vamos historiando, aquellos grupos sacerdotales elevados por su capricho y fuera de toda ley, vivían recelosos de que llegase alguien que por justicia y derecho les arrojase nuevamente a la obscuridad de que les había sacado la arbitrariedad de un rey, sin más dios ni más ley que su desmedida ambición.

Esta explicación aclaratoria la he creído necesaria, para que el lector comprenda la extremada cautela de los esenios, viejos conocedores de todos los entretelones del Templo y de aquellos que vivían a su sombra, explotando la fe de los unos y el miedo de los otros.

Y si también el alto clero deseaba la llegada del Mesías Rey y Libertador de Israel, lo quería salido de entre ellos mismos, en forma de engrandecer aún más y fortificar el castillo de oro en que estaban encumbrados.

Hechas estas aclaraciones continuemos la historia.

Los esenios más antiguos debían ser avisados los primeros, para que ellos a su vez llevasen el aviso a los demás, valiéndose de una estratagema aceptable, que en este caso sería que los viajeros buscaban tejidos especiales en el viejo y conocido taller de Elcana, y que los que concurrían a su casa, lo hacían por trabar relaciones con estos comerciantes venidos de Jerusalén.

Josías y sus dos amigos, Alfeo y Eleazar, que recordará el lector en los días del nacimiento de Yhasua, debían esperar la llegada de los viajeros en la casa de Elcana, pues los tres, poseedores de grandes majadas de ovejas, eran los proveedores de lana al viejo taller, circunstancia ésta, que no podía causar la menor extrañeza a nadie. Ellos eran asimismo proveedores de lana para muchas familias y proveedores de abono para las tierras de los huertos y sembradíos, todo lo cual era motivo justificado para que ellos fueran por las casas de sus respectivos clientes.

Serían, pues, ellos, por segunda vez, los que hicieran llegar hasta Yhasua, a todos aquellos que podían estar en el secreto de la venida del Mesías tan esperado en Israel.

La sorpresa de Elcana y Sara fue grande, pues acababan de llegar de Jerusalén y nada se les había dicho de este viaje del niño.

—Viene de paso al Santuario del Monte Quarantana, –contestaron los esenios a las preguntas que les hicieron ambos esposos–. Y ahora mismo seguimos viaje para anunciarlo allá, pues sólo tenemos ocho días y debemos apresurarnos si queremos que reciban su visita todos los Hermanos que están en condiciones para ello.

Y sin tomarse sino unos breves momentos de descanso, los dos terapeutas montaron nuevamente sus mulos montañeses y emprendieron el mismo viaje, que doce años antes y en una cruda noche de invierno habían hecho Elcana, Josías y Alfeo al Santuario del Monte Quarantana, al siguiente día de nacido el Verbo de Dios para llevar a los solitarios la buena nueva.

El ardiente sol de la primavera en Judea caía abrasando la tierra y resecando los pajonales de suave heno que da a los campos ese indefinible tinte amarillento. Poco faltaba para el mediodía, o sea la hora prima de

la tarde, cuando Yhasua jadeante y con el rostro encendido como una rosa, caía en brazos de Elcana y Sara, para pasar luego a los de Josías, Alfeo y Eleazar que le estaban esperando con gran ansiedad.

Su hermoso semblante, teñido de un rosado vivo por el ardor del sol, le daba tal aspecto de salud y animación juntamente con la alegría que aleteaba en sus ojos llenos de inteligencia, que los tres amigos que no lo vieron en doce años quedaron maravillados de aquella belleza plena de vitalidad. Y más oyéndole su charla de cristal que no paraba de contar las menudas peripecias del viaje, y hasta las veces que su asnillo había sacudido las orejas al cruzar los lagartos o las codornices por el camino.

El encanto que produjo Yhasua en todos, en aquella casa donde vio la primera luz de la vida, no es para describirlo sino para que la intuición sutil del lector lo adivine.

José de Arimathea cortó aquel suavísimo encantamiento.

—Tenemos que seguir de inmediato nuestro viaje apenas se apaguen un poco los rayos solares –advirtió–, porque hay poco tiempo de que disponer.

—Ya lo dijeron los dos terapeutas que nos anunciaron vuestra llegada, pero por mucha prisa que tengáis, antes comeréis con nosotros –decía Elcana–. Ya veis –continuó–, que Sara está disponiendo la mesa.

— ¿Cuántos somos? –decía ella mirando al conjunto en el cual no podía diseñar cada individuo, pues en torno de Yhasua, el grupo era compacto que él casi no se veía porque todos los presentes le tenían cercado.

Pero como al niño no se le escapaba cosa alguna y sentía gran apetito, fue el primero en contestar.

—Esperad, tía Sara, que yo os diré enseguida cuántos somos. Tantos como diez –dijo rápidamente–. Y tened presente que yo solo comeré como dos, porque el trote de ese picaruelo de asnillo me ha abierto un apetito que ya no vivo por comer de vuestro pan.

— ¿De verdad, mi niño querido? Pues ven a sentarte enseguida entre estos viejos tíos que te vieron nacer.

Y sentó a Yhasua al centro de la cabecera de la mesa entre ella y Elcana.

—Los demás seáis todos bienvenidos y ocupad los sitios que os agraden, –volvió a decir la ama de la casa.

No bien estuvieron todos sentados, el niño, sin que nadie se lo dijera se puso de pie, cerró sus hermosos ojos y cruzadas las manos sobre el pecho pronunció las palabras que llamaban: “Bendición del pan”.

Y por aquellos semblantes varoniles, algunos tostados por el sol ardiente de Judea, se vieron correr algunas lágrimas furtivas, debido a la

potente irradiación de amor a Dios-Padre Universal que la oración del niño Yhasua había puesto en actividad.

Y al terminar y como hubiera podido hacer un jefe de familia, tomó el pan que le estaba destinado y lo partió en diez pequeños pedazos. Al levantar sus ojos vio clavados en él, los ojos de todos, y en aquellas miradas encontró este interrogante mudo: ¿por qué parte el niño el pan, si esto debe hacerlo el dueño de la casa, según la costumbre?

Y el niño con gran serenidad contestó al pensamiento: —He bendecido y partido el pan porque una voz interna me dijo: *"El amado es quien reparte el pan entre sus amados"*, y aquí paréceme que el amado soy yo.

—Dios habló por tu boca, tesoro escogido entre millares, –exclamó Sara acariciándole tiernamente–. ¿Quién puede ser más amado que tú?

Y aquella comida, más que un simple acto común de la vida, fue un ágape de tierna devoción hacia aquel niño que era para todos los que le rodeaban, un retazo de Divinidad descendido a la Tierra.

Apenas terminada la comida, un viejo criado entró a avisar a Elcana que "el huerto estaba llenándose de los tejedores que venían a vender sus telas a los viajeros de Jerusalén".

—Bien, bien –contestó Elcana–, voy de inmediato allá.

No bien hubo llegado se encontró con unas treinta personas, todos hombres, muy conocidos suyos como antiguos esenios de la comarca.

—Venid conmigo al Cenáculo que allí le veréis –les indicó.

Y cuando iban terminando de entrar, llegó otro criado que dijo al amo de casa:

—Señor... En la puertecilla del pajar por donde se entra el heno y la leña, hay una porción de mujeres mendigas que vienen por el pan y el lienzo que la ama les ha prometido.

Sara que se acercaba, alcanzó a oír tales palabras y se apresuró a contestar al criado:

—Allá voy, deja eso de mi cuenta.

Eran las mujeres esenias, las cuales para no llamar la atención se habían puesto de acuerdo para cubrirse con el manto ceniza de las mendigas, y llamar a la casa de Elcana por aquella puerta que daba a la campiña en dirección opuesta a la gran puerta de entrada, que caía sobre una de las tortuosas callejuelas de Betlehem.

Todos celebraron el ingenioso ardid de las mujeres, que no se avergonzaron de disfrazarse de mendigas para acudir junto al Bienvenido que les esperaba.

Entradas ya en el Cenáculo desaparecieron los mantos cenizas, para dejar al descubierto las túnicas blancas y los velos echados al rostro, según acostumbraban las mujeres esenias para las solemnidades religiosas.

Elcana llamó enseguida a los que estaban aún alrededor de la mesa,

y tomando al niño los dos terapeutas, le condujeron al gran Cenáculo en el cual había más de sesenta personas reunidas.

—Que este humilde Cenáculo sea para todos nosotros un santuario, en el cual baja Dios a visitarnos –dijo Elcana, colocando a Yhasua de pie sobre el centro del estrado mayor.

—"¡Hosanna al Hijo del Rey de los cielos que viene a nosotros!, –comenzaron a cantar a media voz las esenias tañendo suaves laúdes–.

"¡Hosanna al Deseado de Israel que viene a enseñarnos el camino de la Luz!

"¡Seca tu llanto Betlehem y no llores más tus inocentes mártires, porque ha llegado a ti la gloria de Israel!

"¡Sembremos de flores la senda del justo que trae la Verdad de Dios sobre la Tierra!"

De aquellas bolsas de lienzo que traían como para recibir la limosna, aquellas mujeres arrojaron a los pies de Yhasua una blanca lluvia de flores.

En ese instante una de las mujeres que había permanecido apartada en un rincón y que estaba velada de negro, salió al centro del Cenáculo y arrodillándose ante el niño, dijo entre sollozos:

— ¡Ángel de Dios que perdona los pecados!..., perdónale al infeliz de Herodes la matanza de los inocentes por matarte a ti...

— ¡Mujer, levanta tu velo! –ordenóle el más Anciano de los terapeutas. Al obedecer aquella mujer, pudo verse un bellísimo rostro doliente y que representaba unos treinta años de edad. El terapeuta añadió–:

"Esta mujer es Mariana, la última esposa de Herodes el Grande, que la hizo víctima de un capricho fugaz como todos los suyos.

"En los días de la matanza de los niños, huyó del palacio y desde entonces se alberga en uno de nuestros refugios que tenemos en las grutas de los antiguos baños de Salomón. De su peculio ha salido el regreso y rehabilitación de las familias que huyeron en aquel entonces.

"Quería mantenerse desconocida hasta el final de su vida, pero nosotros hemos querido que reciba la bendición de Yhasua porque es esenia de grado segundo, y es la madre de todos los desvalidos en esta comarca.

Yhasua bajó del estrado rápidamente y acercándose a ella con inmensa ternura le dijo:

— ¡Mariana!, ¡eres la viuda del rey que quiso mi muerte y vienes a pedirme su vida!...

Y rodeando con sus bracitos aquella cabeza agitada en fuertes sollozos la besó en la frente y le dijo–:

"Yo te doy mi bendición de niño, en nombre del Padre Celestial que está dentro de mí.

La mujer inclinó su rostro a la tierra para besarle los pies, pero él le puso sus manos y ella las cubrió de besos y de lágrimas.

La emoción de aquella escena se extendió por el Cenáculo y nadie podía pronunciar palabra.

La mujer se levantó y cubriéndose nuevamente se colocó en silencio entre el grupo de mujeres.

Los terapeutas y los tres amigos, que eran como los cicerones entre todas las familias esenias, fueron haciendo las presentaciones de todos los que habían llegado a visitar a Yhasua.

Algunas de aquellas mujeres eran madres de niños asesinados en la inolvidable tragedia, algunas eran hermanas, y todas eran deudoras a Mariana del bienestar que disfrutaban.

Y cuando ellas le decían: — ¿Con qué os pagaremos cuanto habéis hecho por nosotras? –Ella les contestaba: —Perdonad al criminal que tanto os hizo padecer.

Este hecho hace pensar que aún los monstruos tienen en su vida de crimen, un ángel que les ame y les ayude a redimirse aunque sea a través de los siglos.

Uno de los terapeutas esenios que era conocido de todas aquellas personas, dirigió la palabra a todos en general:

—Que el gozo que recibís de Dios en este día no os haga indiscretos en forma alguna, porque el daño que pudiera recibir el niño por causa de faltar al santo silencio, recaería desde luego sobre vosotros. Que toda vuestra oración y pensamiento de ahora en adelante sea en cooperación con él, para el feliz cumplimiento de su misión redentora de esta humanidad. Y si digo feliz cumplimiento, no es porque alimente la ilusión de que el sendero de la redención a de ser sembrado de flores. Como espíritus afiliados a una larga alianza, que bien sabéis abarca muchas edades, estamos bien convencidos de lo qué es y de lo qué significa el calificativo sublime de Redentor.

"Cumplir con felicidad una misión, es llevarla a feliz término en forma que la formidable corriente de Amor Divino traído a la Tierra por el Hijo del Altísimo, llegue a nivelar el espantoso desequilibrio producido por las fuerzas del mal, que dominaban sobre la faz del planeta hace doce años.

"Y así vuestra plegaria desde el fondo del alma será siempre ésta, mientras el Cristo permanezca en la Tierra:

"Eterno Dios, Poder Infinito, que vuestro Amor Misericordioso salve en esta hora lo que el mal ha perdido.

"Con tales palabras, sentidas por vuestro Yo interno os ponéis a tono con las elevadas Inteligencias que rigen la evolución de esta humanidad, con el Verbo de Dios que es el instrumento elegido, y con la misma Energía Divina, cuya Eterna Idea queremos secundar.

“Y ahora tenéis hasta la hora nona para decir cada uno lo que os dicte el corazón, a ese ángel de Dios que tenéis a vuestro alcance. Pero con orden y uno después de otro, procurando ser breves para no causarle demasiada fatiga.

Yhasua quedó solo en el estrado principal, pues todos se retiraron al otro extremo del Cenáculo. Y los terapeutas hacían acercar de uno a uno a todos los que habían sido llamados a visitar al niño.

Josías, Alfeo y Eleazar, tuvieron la preferencia por el grado que ya tenían en la Fraternidad.

Pudo notarse que Yhasua estaba como poseído de una fuerza y claridad divinas porque tomó el aspecto de un iluminado, de un extático y sin que tuviera conocimiento de la vida de cada uno, ni de sus necesidades espirituales o físicas, a cada uno le habló de acuerdo a lo que le ocurría en su vida y en la de sus familiares.

Y comenzaba siempre con este añadido:

—Jehová me manda decirte esto, –y lo decía con un acierto admirable por lo cual todos quedaban maravillados.

A Eleazar, entre otras cosas, le dijo:

—Jehová me manda decirte que no dejes casar a tu hija mayor con el joven que te la ha pedido porque está ya por manifestarse en él la lepra. Y está fuera de lo justo el traer descendencia leprosa a este país que ya son muchos los que hay.

A Josías le anunció que iba a morir uno de sus hijos casados, en un accidente provocado por la esposa que no estaba en la Ley de Jehová y que cuando el vaticinio se cumpliera, recogiera a la nietecita mayor porque era espíritu de alianza, y él necesitaría de ella unos años más adelante, (*años después quedó ciego).

A Alfeo le dijo que repartiera entre sus hijos ya casados, lo que les pertenecía como herencia y que se dedicara al estudio de la Ley y los Profetas.

Y para no extendernos demasiado en este asunto, nos excusamos de referir cuanto dijo a los demás. Algunos se apresuraron a obedecer al anuncio cuando era apremiante. Otros debían esperar que sucedieran los hechos, y los terapeutas enterados de los mensajes de Jehová por intermedio de Yhasua, tomaron escrupulosamente nota de todo para comprobar si a su debido tiempo se cumplían.

Algunos que tenían los pulmones lacerados y otros con úlceras internas, se sintieron curados de sus males físicos porque el niño poniéndoles la mano en la parte enferma les había dicho estas solas palabras:

—Jehová me dice que estás enfermo y quiere que seas curado.

Y aunque algunos de aquellos Hermanos salieron entristecidos por anuncios que eran para ellos un dolor, todos adoraron la grandeza de

Dios en aquel niño que les veía por vez primera, y les hablaba de cosas y circunstancias íntimas relacionadas con ellos mismos o con sus familiares.

Y hasta se dio el caso, de que a uno de los presentes cuando se acercó, el niño lo miró unos instantes y luego le dijo: —Tú dudas de que yo pueda decirte mensaje de Jehová porque me ves tan niño. Y dudas porque tu corazón no está puro y tu conciencia te acusa.

"Tú te guardas una tercera parte del jornal que debes pagar a tus operarios con el pretexto de indemnizarte si perjudican a tus bestias o estropean la lana de tus ovejas o los telares de tu taller. Y eso no sólo es impropio de un esenio, sino que está en contra de la Ley que dice:

"Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo".

— ¡Niño de Dios!..., –exclamó aterrado aquel hombre–. Ahora no dudo más porque has dicho toda la verdad, ¿qué debo hacer pues?

—Devolver a tus operarios lo que has retenido en tu poder, y si algún día te inutilizan un animal o te rompen un telar, en ese caso haced justicia, y si al hacerla te pones en el lugar del que ha faltado, la harás mucho mejor y Jehová te bendecirá.

Este hombre se condolió tanto de lo que había hecho, que se presentó poco después al Santuario del Monte Quarantana a declarar su pecado ante los Ancianos, por si querían quitarle los grados que tenía en la Fraternidad.

Los Ancianos se limitaron a aconsejarle que socorriera a los ancianos y huérfanos desamparados durante tres años que le faltaban para terminar el grado segundo.

Por fin terminó la hora de las confidencias con el Ungido Divino y la gente se disgregó.

Cuando los compañeros de viaje se acercaron al niño, éste les dijo:

— ¡Cuánto me habéis dejado dormir! Paréceme que hice un largo camino.

Se miraron los unos a los otros, pues comprendieron que el niño había hablado en estado de clarividencia perfecta, o sea, desprendido de su materia que no conservaba el recuerdo de lo que había sucedido.

Y una hora más tarde proseguían el interrumpido viaje hacia el desierto de Judea, en cuyo centro parece dormir en larga quietud el Mar Muerto, Mar de las Salinas de la prehistoria, siniestro sarcófago funerario de cinco populosas ciudades consumidas por las llamaradas de petróleo ardiente.

El final del viaje era como ya sabe el lector, la apacible aldea de En-Gedí, al pie mismo del árido monte Quarantana.

El escenario es el mismo que contemplamos en los primeros capítulos de esta obra: Cabañas de piedra de los leñadores y los pastores de cabras,

que corren y saltan por altos y bajos, por valles y cerros, por cumbres y precipicios, y al final, cuando la gran mole de piedra intercepta la vista y el paso del viajero, se encuentra como adherida a la roca la ya conocida "Cabaña de Andrés", que aunque el antiguo dueño había pasado al mundo espiritual, continuaba llamándose con su nombre. Habían pasado doce años y algunas transformaciones se habían producido en la humilde vivienda.

La anciana Bethsabé, viuda de Andrés, continuaba siendo ama de casa con sus dos hijos, Jacobo y Bartolomé, ambos ya casados con humildes aldeanas, pastorcillas del lugar, que siendo hermanas huérfanas de madre encontraron en la buena Bethsabé la madre que habían perdido en la niñez. Jacobo había reemplazado a su padre en su puesto de portero del Santuario del Quarantana, puesto en el cual le hacía de auxiliar su hermano Bartolomé.

La llegada de los viajeros era un acontecimiento muy importante para la aldea de En-Gedí, pues aunque procuraron dar a su aspecto exterior el tono más modesto que les fue posible, hubo numerosos comentarios a media voz. Mas, como venían con ellos dos terapeutas, pronto se tranquilizaron pensando que al igual que otras veces, vendrían gentes de Betlehem a contratar quesos y miel de la granja de Andrés, que eran muy buscados en toda aquella comarca. O acaso a excavar en las antiguas salinas, que a veces ocurría que gentes atacadas de reuma buscaban aquellas sales para sus enfermos.

—Pero ese hermoso niño montado en un asnillo, ¿qué oficio desempeña entre los viajeros?

—Para contratar quesos y miel, no era necesario. Para excavar en las salinas tampoco.

— ¡Quién sabe si no es un principito perseguido por los herodianos que vienen de paso a Idumea o a Madián para salvarle!

Y aquellos buenos aldeanos, escarbaban en el polvo que levantaban en los caminos las cabalgaduras de los viajeros para encontrar la solución del enigma.

Adivinando los terapeutas todos estos interrogantes en las miradas investigadoras de todos los aldeanos, se apresuraron a tranquilizarlos.

—Los que tengáis acopio de quesos, miel, cera o higos secos, preparadlos porque estos señores vienen de Jerusalén a comprarlos –les dijeron–. Pero buenos, ¿eh?, porque no quieren cosa de deshecho.

Aquello fue un regocijo general que hizo callar todos los comentarios y las misteriosas conjeturas. Y después de enterarse que los viajeros permanecerían siete días en la Granja de Andrés, todos desaparecieron para ir a contar a los que no lo sabían, el importante asunto de los viajeros llegados de Jerusalén.

Y pocos momentos después, la anciana Bethsabé y sus nueras recibían la visita de aquellos viajeros, cuyo paso por la aldea había puesto a todos en movimiento.

La anciana que había conocido a Yhasua en la cuna y que estaba en el secreto de quién era, se arrojó al suelo para besar sus pies, llorando de felicidad.

—Venid también vosotras –llamaba a sus nueras–, que este niño será el Salvador de Israel.

Pero Yhasua que tenía una inmensa alegría dentro de sí, se destapó enseguida como un ánfora demasiado llena.

—No lloréis, buena mujer, que me recordáis la abuela Sabá del Monte Carmelo que lloraba cada vez que me veía.

"Yo sé que vos sois la anciana Bethsabé, que tenéis dos hijos, Jacobo y Bartolomé, y una porción de preciosos cabritillos que harán mis delicias los días que yo pase aquí...

— ¡Oh, mi precioso!, –exclamaba la buena mujer secando su llanto–. ¿Cómo sabes todo eso si nunca viniste?

—Pues porque soy amigo de los terapeutas, y ellos me lo cuentan todo.

Mientras tanto ellos hablaban con las nueras de Bethsabé, a los efectos de instruirlas en la necesidad de ser muy discretas en caso de ser preguntadas por los vecinos. Ambas jóvenes eran esenias de grado primero y verdaderas hijas de Bethsabé, no tenían más voluntad que la suya.

La anciana les había arrancado a los malos tratamientos de una madrastra, y eran para ella dos corderillas de admirable docilidad.

La menor, llamada Baara, que era la esposa de Bartolomé, corrió por un sendero de la montaña para avisar a los dos hermanos que andaban con sus asnos trayendo cargas de heno para los establos. La mayor era Agar, y corrió a su vez a la cocina para apresurar la cena, pues ya declinaba la tarde.

Y Yhasua, como si estuviese en su casa, decía a Bethsabé:

—Dadme unos manojos de heno fresco para mi asnillo, y pan con miel para mí, porque los dos tenemos un gran apetito.

Y a poco de llegar los dos hermanos, los terapeutas se dirigieron al secreto camino del pajar, para dar aviso a los Ancianos de que el Hombre-Luz, niño aún, esperaba la entrada al Santuario después de haber corrido un largo camino desde Jerusalén sobre su asnillo ceniza para llegar a abrazarles.

La entrada de Yhasua en el Monte Quarantana fue más emotiva, si se quiere, de lo que fue en los otros Santuarios esenios. Un esenio con un niño de trece años salió a recibirles.

Este niño era Yohanán, el que más tarde sería llamado el Bautista, el Profeta del Jordán.

A Yhasua le acompañaban los terapeutas, José de Arimathea y Nicodemus.

Los dos niños se quedaron mirándose por un breve instante...

Luego se oyó esta doble exclamación, al final de la cual, la hermosa cabeza rubia de Yhasua con la negra retinta de Yohanán, se confundían en el estrecho abrazo de los dos escogidos del Señor:

— ¡Yhasua!...

— ¡Yohanán!...

—Los Ancianos os esperan en el estrado –dijo el esenio que les había recibido.

Pero los dos niños no se movieron.

Cuando aquellas dos hermosas cabezas se separaron, todos vieron que había gotas de llanto que pugnaban por desbordarse y correr...

Yohanán fue el primero en hablar:

—Yo te había visto en sueños esta noche llegando a mí, tal como lo has hecho.

—Mi madre me había dicho al salir para aquí: "En las montañas de Judea tienes un primo, niño como tú, cuya madre antes de morir tuvo revelación de que sería un gran siervo de Dios".

"Y no bien te vi, ya supe que tú eres ese niño.

Los terapeutas y el esenio portero sabían que Yohanán era la reencarnación de Elías y como es natural lo pensaron en aquel instante.

José de Arimathea y Nicodemus captaron la onda telepáticamente y dijeron casi al mismo tiempo:

— ¿No estaremos en la presencia de Elías Profeta que prepara los caminos al Mesías-Salvador?

—La Divina Sabiduría descorre los velos de sus eternos misterios a las almas de buena voluntad –dijo el esenio, tomando una de las antorchas que irradiaban amarillenta luz en el corredor de entrada–.

"Vamos –añadió, echando a andar seguido de los dos niños, de los dos jóvenes Doctores y los terapeutas que cerraban la marcha.

Yohanán había tomado de la mano a Yhasua y acercándose al esenio le preguntó:

— ¿Me dejáis pasar guiando a mi compañero?

— ¡Pasad, pasad, parvulitos!, ¿cómo hemos de pretender que vosotros dos marchéis a nuestro paso?

Comprendiendo todos el segundo significado de tales palabras, dijo Nicodemus:

—Bendigamos al Altísimo si es que podemos seguirlos de lejos.

— ¡Pensar que esta humanidad camina en las tinieblas, teniendo estos dos grandes luminares!, –exclamó José de Arimathea.

—Porque el orgullo y la ambición ciega a los poderosos, que dicen guiarla a la felicidad –respondió el esenio.

—Es la Reina Ciega de nuestras esculturas de roca –añadió uno de los terapeutas.

Mientras las personas mayores avanzaban lentamente esquivando las aristas y puntas salientes en la techumbre, los dos niños habían ya llegado a la plazoleta sobre la cual se abrían todas las grutas, habitaciones de los solitarios.

Los terapeutas pensaban:

— ¿Cómo es que ahora dejan penetrar gentes del exterior sin vendarles los ojos?

La sensibilidad extrema del esenio captó la onda y contestó:

—Cuando el Rey está presente, todas las puertas se abren para él y sus acompañantes.

"Ya estamos en casa. –Y dejó la antorcha con que les había conducido por el sombrío corredor.

—Esta es la gruta del Servidor –decía en ese momento Yohanán, señalando una amplia caverna a donde llegaba el sol que inundaba la plazoleta.

Era un Anciano venerable, cuyo rostro fresco y sonrosado no estaba acorde con sus extremidades inferiores, atacadas duramente por el reuma persistente y crónico ya.

— ¡Luz de Dios!, –exclamó, extendiendo los brazos a Yhasua–. Otra vez alumbrando mi camino en la Tierra.

—Apenas he llegado a vos por vez primera, y me decís que otra vez alumbro vuestro camino –observó el niño dejándose estrechar por los brazos del Anciano.

—Yo me entiendo y tú me entenderás también.

Junto al Servidor había otros cinco Ancianos, todos de mucha edad, que trataban en vano de sobreponerse a una intensa emoción. Y Yohanán los iba nombrando: Gedeón, Labán, Thair, Zacarías, mi padre, y esta arpa viva que se llama Hussin.

El esenio al que llamó "arpa viva" se abrazó de Yhasua y comenzó a sollozar profundamente.

—Te esperaba para partir –le dijo cuando pudo hablar.

— ¿Te vas muy lejos? –preguntó el niño clavando sus dulces ojos en los de Hussin.

—Por el contrario, ¡muy cerca! Tan cerca, que continuaré a tu lado en el vientecillo de las tardes que ondulará tu cabello.

"Voy y vuelvo, niño mío, como la ola del mar que tornará a la ribera sin que la sientas llegar. Voy y vuelvo como el ave que busca un ardiente sol y que pasado el invierno, al viejo nido volvió.

—Me estás diciendo un salmo tan hermoso como los que canta mi madre en su laúd al atardecer, y en él me anuncias tu muerte..., –señaló el niño conmovido.

Aquí llegaba este diálogo cuando entraron a la gruta del Servidor los otros viajeros.

—Bienvenidos seáis todos a esta casa de Dios –dijo el Servidor cuando les vio llegar.

El esenio portero les indicó los estrados cubiertos de esteras.

—Este Santuario –explicó–, no es como los del norte que seguramente conoceréis. No es más que un pasaje intermedio para llegar al Gran Santuario de Moab. Como la subida es larga y penosa, se ha puesto este Descanso en el Quarantana para los débiles y los enfermos.

Pasada la impresión de los primeros momentos, se animó la conversación y cada uno de los viajeros la inició con uno de los Ancianos.

Oigamos la del Servidor con José de Arimathea.

—Vos no sois el padre del niño, ¿verdad?

—No, Servidor, soy un amigo íntimo de su familia, y soy a más el que consiguió el permiso para traerle a vosotros.

— ¡Oh, gracias, gracias!, que el Altísimo os compense largamente.

"No podíais haber estado más oportunos, pues para la próxima luna estamos llamados cinco de nosotros al Gran Santuario de Moab; quedando aquí sólo Zacarías con Yohanán y el esenio portero que es Dathan.

"En verdad que fue una divina inspiración. Y si no os resulta trabajo pesado, os ruego me relatéis cuanto sepáis de Yhasua, pues ningún detalle debe faltar en nuestro Archivo.

—Con todo placer, pero antes servíos decirme lo que sabéis y lo que os falta por saber –contestó el interpelado.

—Nos es conocido hasta el día que le sacaron del Santuario de Monte Tabor. Ignoramos el resto hasta hoy.

"Hermanos –dijo en alta voz el Servidor–. Tenemos un trabajo que realizar, y como es algo pesado para los niños, que uno de los Hermanos terapeutas se los lleve al huerto y les entretenga a gusto de ellos.

"Yohanán –llamó luego–, ve a enseñar a Yhasua tu rebaño de corderillos y tus nidales de palomas. Jugad y recrearos, queridos, que ya tenéis toda una vida ante vosotros para meditar y sufrir.

El niño interrogó con la mirada a Nicodemus y José de Arimathea.

—Vete tranquilo, Yhasua, que aquí no tienes peligro de ninguna especie –le contestaron ambos.

Y los dos niños salieron seguidos del más joven de los terapeutas. Escuchemos, lector amigo, las conversaciones de unos y de otros, que el pincel mágico de la Luz diseñó en lo infinito.

Y José de Arimathea relató cuanto sabemos de Yhasua desde su salida del Monte Tabor.

El esenio portero y Thair anotaban a medida que el relator hablaba. Y cuando llegó a los discursos de Yhasua sobre la Divinidad, en el Templo de Jerusalén y en el Cenáculo de Nicolás de Damasco, el relator sacó su carpeta de bolsillo y los leyó tales como los había tomado un Escriba esenio que había asistido a ellos.

—Es la única forma de que nos quede una exposición verídica y continuada de la vida sobre la Tierra del Verbo de Dios encarnado –reconoció el Servidor, cuando José de Arimathea terminó su relato–.

"Firmadlos –pidió el Servidor luego de leer los papiros en que los Escribas habían anotado.

—Yo también he sido testigo de todo esto –aclaró Nicodemus–, firmaré también.

—Y nosotros –dijeron los terapeutas presentes.

—Bien, firmad todos en los dos papiros, pues uno de ellos lo llevaremos al Gran Santuario de Moab, y el otro quedará archivado aquí según manda nuestra Ley.

"Y poned debajo de vuestras firmas el grado que tenéis en la Fraternidad Esenia".

Cuando todo estuvo terminado, pasaron al Santuario que estaba sobre la misma plazoleta, donde algunos viejos olivos sombreaban el ardor del sol cayendo de plano sobre aquellos peñascos.

Los Ancianos con báculos y apoyados en los viajeros, anduvieron los pocos pasos que les separaban del Santuario. Mas el Servidor fue colocado sobre un rústico silloncito de ruedas que uno de los terapeutas empujaba suavemente.

Llegados al Santuario que el lector conoce en los primeros capítulos de esta obra, Hussin, el "arpa viva" como lo había llamado Yohanán y como lo llamaban todos, tomó una pequeña lira y ejecutó una dulcísima melodía que él había titulado así:

"Esperando al Amor"

"Te esperamos Amor, con las auroras
Que deshojan camelias y alelí,
Cuando se apaga la postrera estrella
En un cielo zafir.
Te esperamos Amor, cuando la tarde
Al sol le dice su postrer adiós,
Cuando enciende la noche sus fanales,
Te esperamos Amor!...

En la vida, en la angustia...
Hasta en la tumba
Esperándote siempre ya lo ves,
¡Mucha nieve cayó en nuestras cabezas
Y aún andan nuestros pies!
Esperándote Amor, pasaron siglos
Que ya no puede el corazón medir...
¡Tantos años y lunas!... Amor, oye...
¡Ya es hora de venir!
¡Ven Amor, que la Tierra se desquicia
En angustias de muerte y de pavor!
¡Fue tanta y tanta la maldad sembrada
Ni un palmo hay sin dolor!
¡Ven Amor, que las almas que te esperan
Se verán impelidas a emigrar
Como errantes cansadas golondrinas
Que vuelan sobre el mar!
¡Ven Amor!..., no te tardes que morimos
Asfixiados en negro lodazal
Muchos mártires tuyos que esperaban,
Segó la humanidad!
En la vida, en la angustia,
Hasta en la muerte
Esperándote siempre ya lo ves...
No importa que haya nieve en nuestras sienes
¡Que aún andan nuestros pies!
¡Ven Amor! Yo no quiero que mis labios
Den a la vida su postrer adiós
¡Sin haber contemplado la luz tuya,
Sin haber sentido tu calor!
¡Ven Amor!... Te buscamos, te llamamos
Como llama a su madre el pequeñín
¡Es tan honda la angustia de no verte,
Como un lento morir!

Aquellas voces temblorosas de hombres octogenarios que cantaban llorando, extendió una corriente de amor tan poderosa que José de Arimathea y Nicodemus no la pudieron resistir y se abrazaron los dos llorando como niños.

Sin saber cómo ni por qué, Yhasua echó a correr atravesando el huerto, y oyendo el coro de voces en el Santuario, penetró suavemente en él y plantándose en medio de todos y viéndoles llorar les dijo con su voz de música:

— ¿Por qué lloráis con tal desconsuelo, como si ya nada tuvierais que esperar?

"Los manzanos y los naranjos están florecidos, y las tórtolas arrullan de amor en sus nidos.

"Estaba yo tan dichoso contemplando las obras del Padre Celestial, cuando sentí que cantabais llorando... Y vosotros lloráis también, –dijo a José de Arimathea y Nicodemus.

Y con honda conmiseración fue acercándose a cada uno de los Ancianos besándoles tiernamente mientras les decía:

—Yo he venido a traeros la paz y la alegría, y no es justo que vosotros lloréis. –Y cuando llegó a Hussin que aún hacía vibrar las cuerdas de su lira, le dijo alegremente–:

"¡Tú tienes la culpa del llorar de todos! Dame esta carpeta con tus salmos –y comenzó a leer la letra que todos habían coreado.

Suavemente se fue dejando caer en el estrado junto a Hussin mientras seguía leyendo.

Por fin la carpetita cayó de sus manos y sus ojos se cerraron. Era la hipnosis.

— *¡Bohindra!* –le dijo a Hussin–. *Tenías que ser tú para cantar al Amor en esta suprema evocación.*

"Ya estoy en medio de vosotros como la vibración más poderosa que el Padre Celestial puede hacer llegar sobre este planeta.

"Y porque tanto habéis esperado al Amor, ahora tenéis al Amor.

"Y porque habéis buscado tanto al Amor, os sale al encuentro y os dice:

"Ruiseñores del Amor Divino, soltad vuestras alas a los espacios infinitos, que aún tenéis tiempo de volver antes que la humanidad aperciba mi presencia en medio de ella.

"¡Tanto tiempo me esperasteis, que ahora seré yo quien os espere a vosotros!..."

Pasado un breve momento el niño se despertó.

—Todo florece en el huerto –dijo–. Venid conmigo y lo veréis.

Nadie pudo resistirse y todos salieron.

Gran asombro les causó a todos, el hecho de que el Servidor no necesitó su silloncito de ruedas, sino que salió andando con sus cansados pies, apoyado en el hombro del niño que le servía de báculo.

Bajo los viejos olivos del huerto y en rústicos bancos de piedra, fueron sentándose los más Ancianos primero, y por fin todos, mientras los dos niños quedaron libres para entregarse a largas carreras en seguimiento de los cabritillos pintados de diversos colores y los blancos corderitos de Yohanán.

— ¿De cuántos días disponemos para tener el niño entre nosotros?

–preguntó de pronto el Servidor a los dos jóvenes doctores que le habían traído.

—De ocho días contados desde hoy a la madrugada que salimos –le contestaron ambos.

—Descansando mañana aquí, aún tenéis tiempo de ir y volver del Gran Santuario de Moab –replicó el Anciano clavando sus ojos oscuros en sus interlocutores.

— ¡A Moab!... ¡Oh, Servidor!..., pedís demasiado, no por nosotros, claro está, sino por el niño –objetó José de Arimathea.

—Moab queda muy distante por causa de la enorme vuelta del Mar Muerto –añadió Nicodemus.

—Os equivocáis, Hermanos míos –insistió el Anciano–. No hay ninguna vuelta.

— ¡Cómo! ¿Y las salinas y el desierto?, –volvió a preguntar José.

—Hace diez años –dijo el Anciano–, que comenzamos a realizar nuestro sueño de acortar la distancia entre este Santuario y el de Moab.

— ¿Y lo habéis conseguido?

—Completamente –contestó el Anciano con profunda satisfacción.

—Traedme el croquis del Mar Muerto, Hermano portero –dijo el Anciano.

Y cuando el esenio portero volvió, el Servidor extendió el pequeño diseño sobre sus rodillas y sacando su punzón les fue señalando:

— ¿Veis aquí en el gran golfo cómo la anchura del lago se torna a la mitad?

—Sí, vemos –contestaron los interlocutores.

—Allí no tiene más que quince estadios, y nosotros hemos construido balsas de troncos que pueden cubrir veinte estadios.

— ¡Cómo!..., ¿pero es posible?, –preguntaron asombrados ambos doctores.

— ¡Y tan posible!, –llamando nuevamente al esenio portero le dijo–: Aprovechando la última claridad de la tarde, enseñad a estos Hermanos, nuestras balsas ocultas al final de este huerto.

Y José de Arimathea y Nicodemus vieron con asombro un fuerte muro construido con anchos troncos labrados en plano y adheridos unos a otros con gruesos eslabones de hierro.

—Esto es una cerca fortísima, casi tanto como de piedra –dijeron ambos.

—Una cerca que se convierte en puente, cuando necesitamos pasar este lago de la muerte –dijo el esenio.

Estaban a la orilla del Mar Muerto, cuyas aguas negruzcas, muy turbias, dan la impresión de ser muy pesadas y por lo mismo quietas.

Algunos restos de antiquísimas ruinas sobresalían de sus orillas.

— ¡Ni siquiera los lagartos viven entre tanta muerte!..., –exclamó Nicodemus, al ver el pavoroso aspecto de aquellas ruinas.

—Naturalmente que no –dijo el esenio–, porque en determinados días que suben las aguas cuando el Jordán crece, estas ruinas quedan sumergidas por completo.

— ¿Y cómo os arregláis para que esta cerca se convierta en balsa? –preguntaron los visitantes.

— ¿Queréis verlo? ¡Hermanos terapeutas!, –gritó–. Llamad por favor a Jacobo y Bartolomé, y venid a más, dos de vosotros.

Y al poco rato, los dos hermanos estaban maniobrando rápidamente para soltar las amarras que mantenían la balsa en línea vertical como una muralla que rodeaba el huerto.

Entre los dos terapeutas y los dos hijos de Andrés fueron soltando al lago las balsas, que tenían cuatro codos de ancho y veinte de largo cada una, y amarradas unas con otras formaban un puente lo bastante para pasar de un lado a otro.

Tendiendo las balsas sobre el lago, pronto vieron que Jacobo y Bartolomé se iban alejando a larga distancia, mientras los dos terapeutas y el esenio portero tiraban al agua más y más balsas que iban enganchando unas en otras.

— ¿Y cuándo se llega a la otra orilla? –interrogó José.

—Allí tenemos una pequeña granja como la de Andrés, –contestó el esenio–, donde dos sobrinos del Servidor nos guardan mulos y asnos amaestrados, y en medio día estamos en el Santuario de Moab.

— ¡Vuestra perseverancia hace milagros!, –exclamó Nicodemus.

—Un milagro que se hizo en nueve años y que llevamos poco más de un año en utilizarlo, sin que hasta ahora haya fallado nunca.

Y cuando pocos momentos después las sombras primeras de la noche comenzaron a descender, se vio que de la opuesta orilla hacían señales con una antorcha levantada sobre un mástil, colocado en el sitio preciso en que el gran golfo de la otra orilla penetra tanto, que forma una marcada península que es como una lengua de tierra firme que sobresale entre las aguas del lago.

—Ya nos han visto de allá –dijo el esenio portero–, y esas señales indican que trabajarán toda la noche soltando al agua las balsas que a ellos corresponden, a fin de que mañana al amanecer podamos atravesar el lago.

—Esto significa que en la vecina orilla hacen el mismo milagro que hacéis vosotros desde aquí –reconoció José de Arimathea.

—Naturalmente –contestó el esenio–. Porque la Fraternidad Esenia no es más que una sola voluntad y un solo pensamiento es que ha podido siempre realizar sus obras que a vosotros os parecen milagros.

—Ya está hecho nuestro trabajo –explicó el mayor de los hermanos.

—Pero, ¿has amarrado en el palo de atraque la última balsa? –preguntó el esenio.

—La amarré cuando vi las señales que nos hacían con la antorcha.

— ¿Y ese palo de atraque –interrogó Nicodemus–, está clavado en el fondo del lago?

—Eso tiene historia aparte –respondió el interpelado–, y mientras regresamos al Santuario os lo contaré. Ya asoman las primeras estrellas, y esta noche tibia de primavera invita a caminar despacio.

"Ya veis; Yhasua y Yohanán están muy divertidos entrando al establo su hacienda. —En efecto, ambos niños separaban los cabritos y corderos de las madres, a fin de que, al siguiente día, dieran leche al ordeñador—.

"La historia del palo de atraque es providencial. Hace cerca de veinte años que las fuentes de que se alimenta el Jordán allá en el norte, se desbordaron y en la gran crecida vino río abajo una barcaza de carga que traía cargamento de maderas del Líbano. Parece que la tripulación abandonó el barco a la deriva y la correntada lo trajo hasta nuestro lago de la muerte. Cuando las aguas bajaron a su nivel ordinario, el barco quedó enterrado en el pegajoso betún que hay en el fondo y sólo sobresalía el mástil. Pues ése es el palo de atraque en que amarramos nuestras balsas más o menos a mitad de la anchura del lago. ¿Habéis comprendido?

— ¡Perfectamente! Eso quiere decir que vosotros tenéis el ingenio bastante para aprovechar todas las circunstancias en beneficio de vuestra causa –dijo José.

—Y esas maderas que nadie vino a reclamar jamás, nos han servido para muchas obras, incluso las balsas.

"Aquí vienen ya los niños con toda su carga de risas y alegrías. Entremos con ellos.

En efecto, Yhasua y Yohanán parecían haberse contagiado de los cabritillos y corrían como dos diablitos disputándose el llegar el primero.

—Yo soy más ligero que tú –decíale Yohanán–, pero te dejé llegar primero porque tú eres mi visitante.

—Y yo, cuando tú vayas a visitarme a mi huerto en Nazareth, te dejaré subir primero al árbol de las castañas para que comas las mejores... A propósito, Yohanán... ¡Tengo un apetito!

—Y yo igual. ¡Hemos corrido tanto!

—Pues a la cena se ha dicho –les dijo el esenio que había escuchado sus últimas palabras.

Vieron que bajo los olivos del huerto y más inmediato a las grutas, les esperaba el Servidor con los otros esenios y ya sentados ante una rústica mesa cubierta de blanco mantel. Cestillas de frutas, fuentes de manteca

y queso, cantarillos de miel y tantos dorados panes cuantos eran los comensales, fue lo que vieron sobre la mesa, iluminada por antorchas prendidas de los salientes de las rocas, que formaban las puertas de las grutas.

—Venid vosotros pichoncillos aquí, a cada lado de este pobre pajarraco viejo –dijo el Servidor a los dos niños, a los cuales les hizo sentar, quedando él entre los dos.

Después fueron instalados a ambos lados de los niños: José de Arimathea y Nicodemus, siguiendo luego los demás esenios.

—Esta noche hacemos una excepción –añadió el Anciano–, quedaos Jacobo y Bartolomé a cenar con estos hijos de Moisés.

Eran pues diez y siete los que rodeaban la mesa.

—Con una condición, Servidor –propuso Jacobo dispuesto a aceptar la invitación.

—Tú dirás, hijo mío...

—Que al regreso de estos señores del Monte Moab, vengáis todos vosotros a compartir nuestro pan en la Granja de Andrés.

—Concedido, Jacobo, ¿y qué fiesta celebráis?

—Que mi madre cumple setenta años de vida y veinticinco de viudez, sin que haya pasado ni un solo día sin poner flores en el sepulcro de nuestro padre.

— ¡Celebráis la vida y el amor!..., ¡oh, qué fiesta más hermosa y sublime!... –exclamó Nicodemus.

— ¡Son así los montañeses del Mar Muerto!, –exclamó Hussin–. Parece que hasta en sus afectos más íntimos estuviera calcada la firmeza de las rocas.

— ¡El tiempo no puede con ellos! –añadió Thair.

—En verdad –dijo de nuevo el Servidor–, estos muchachos eran dos chiquillos de once y nueve años cuando murió el padre, y desde entonces se pusieron a nuestro servicio y aún continúan sin pensar en abandonarnos. La Ley Divina les trajo las tórtolas compañeras a su propia casa, y ellos han tejido su nido en los peñones del Quarantana..., a la puerta de los hijos de Moisés.

Los dos hermanos emocionados en alto grado iban mirando a todos con ese sentimiento profundo de amor y rendimiento de las almas humildes, para quienes todos los honores y los elogios les parecen demasiado.

Y mientras iban sentándose alrededor de la mesa, continuaban los comentarios sobre el hermoso poema del amor desinteresado y perseverante de los hijos de Andrés para los ermitaños del Monte Quarantana.

Terminada la comida y antes de retirarse los dos hermanos, preguntaron a los esenios:

— ¿Necesitaréis de nosotros mañana a la hora de emprender el pasaje?

—Creo que no –contestó uno de los terapeutas–, pues estamos nosotros para guiar.

—Yo había pensado –dijo Bartolomé–, que el niño cruzara en mi asnillo moro que no hay como él para los senderos movedizos.

Más vale no lo hubiera dicho, porque Yhasua se levantó rápidamente de la mesa y corrió hacia Bartolomé rebosante de entusiasmo y alegría.

— ¿Con que tú tenías un asnillo moro y no me habías dicho nada?

—No hubo oportunidad hasta ahora... ¿Lo quieres para ti? –Y el joven y modesto montañés acariciaba los bucles bronceados de Yhasua sin atreverse a besarlo.

Mas, el niño, como si hubiese sentido la vibración de esa nota íntima del alma de Bartolomé, le abrió sus brazos y abrazándose de él, le decía:

—Primero te quiero a ti y después a tu asnillo moro, ¿has entendido?

Todos miraban complacidos aquella tierna escena.

—He comprendido –contestó el joven–, y te digo, Yhasua, que yo y mi asnillo moro somos tuyos para toda la vida.

El niño le rodeó el cuello besándole tiernamente y Bartolomé le levantó en sus robustos brazos y salió a toda carrera con él hacia las caballerizas que se hallaban a la terminación del huerto.

—Esperad un poco –le gritaban varias voces–, que aún no es hora del viaje.

Pero el joven montañés loco de dicha y amor, ya no oía nada más que la dulce voz de Yhasua que le había dicho:

“Primero te quiero a ti y después a tu asnillo moro...”

— ¡Está loco!..., ¡está loco! –repetía Jacobo, viendo a su hermano correr con Yhasua en brazos.

— ¿Veis?, –decía el Anciano Servidor–. Como fue el amor de Andrés, su padre, para nosotros, sigue siendo el amor de sus hijos.

—Una estrellita dulce y suave, cuya luz no se apaga nunca –añadió Hussin el esenio, poeta y músico, que sostenía ser el amor, la única grandeza apreciable en esta Tierra plagada de egoísmos y ambiciones.

A poco rato, y a la luz de la luna llena que se levantaba como una antorcha de oro en el diáfano azul de los cielos, vieron a Yhasua que volvía caballero sobre el asnillo moro, mientras Bartolomé le traía del cabestro.

Y el inteligente animal como orgulloso de la preciosa carga que llevaba, dio varias vueltas en torno a la mesa hasta que le vieron acercarse al padre de Yohanán y frotar su hocico en un brazo del esenio.

— ¡Padre!, –gritó Yohanán– como tú sueles darle castañas, las pide ahora.

—Aquí están morillo, aquí están –y el Anciano fue dándolas al manso animalito que tan festejado fue aquella noche.

Quedó resuelto que no saldrían al amanecer, a los fines de comprobar a la clara luz del día siguiente, que el sendero de balsas sobre el agua estaba en perfectas condiciones para pasar.

Y una hora después todo era sosiego y quietud en el humilde santuario de grutas, donde el Verbo de Dios, niño aún, se albergaba con unos pocos de sus fieles seguidores.

30
HUSSIN DE ETRURIA

Sólo Hussin velaba aquella noche sentado junto a la misma mesa, alrededor de la cual habían cenado poco antes.

Sentíase como transportado a otro mundo ajeno a las miserias y egoísmos de la tierra.

Recorría en su pensamiento algunas de sus vidas anteriores, y su alma se expandía en el purísimo gozo de verse nuevamente cerca del Verbo de Dios hecho hombre.

Y de su alma llena de gratitud hacia el Eterno Amor, se levantaba este tierno interrogante: ¿Qué hice yo para que me amaras tanto, ¡oh!, Supremo Amor?

Y echando hacia atrás su cabeza coronada de cabellos blancos parecía buscar en aquel sereno cielo estrellado a ese Amor Eterno, en pos del cual se lanzaba su espíritu en aquella hora de honda contemplación.

Hussin, a decir verdad, no era viejo por los años, que sólo tenía cincuenta y nueve, sino por la debilidad de su materia física, y por la intensidad con que había vivido su vida.

Sentía que su corazón era como un pájaro solitario posado en la rama de un ciprés, rodeado de sepulcros.

En su juventud y antes de conocer lo que es la vida de ultratumba, había amado mucho, primero a una madre que fue una flor de luz y de ternura, cuya vida y amor había concentrado en Hussin, el único hijo de un desventurado amor.

El niño no conocía a su padre. En su infancia no vio otra manifestación de amor, que a su madre tejiendo coronas de flores silvestres para el sepulcro del compañero muerto.

Había nacido entre los cerros pintorescos de la lejana Etruria en una gruta pequeña que sólo él conocía; cerrada al mundo exterior donde dejó

guardados para siempre los despojos mortales de todos sus amores; el padre que no conoció, la madre que fue el delirio amoroso de su juventud, y la joven árabe, Zared, hija de una esclava del Rey de Arabia, que había huido de los malos tratamientos de la esposa favorita y muerta en Gerasa, lugar de su refugio, dejó sola en el mundo a Zared de diez años de edad.

Situada Gerasa en pleno camino de las caravanas que venían de Tolemaida, Hussin encontró a la niña pidiendo limosna en el mercado, y como es natural sufriendo los soeces insultos que son usuales en tales casos entre las gentes del bajo fondo.

De allí la había recogido con inmensa piedad, viendo en aquellos ojitos negros y tristes llenos de ensueño, una luz nueva para su cielo que estaba oscuro y sombrío desde la muerte de su madre.

"Mi dulce flor del fango" le llamó desde entonces, y no pudiendo retenerla a su lado porque hacía frecuentes viajes a Tolemaida con un pariente dueño de una caravana, dejó a la niña encargada a la esposa de un pariente, pagando su manutención y cuidado.

Era Zared una hermosa flor de fuego de la ardiente Arabia, y su belleza creció pareja con el profundo amor despertado en ella hacia su joven protector. Las ausencias de él las encontraba ella demasiado largas, y sus ojos negros llenos de ensueño hacían muchas veces cada día el viaje de Gerasa a Tolemaida.

Al cumplir ella los quince años iba a casarse con Hussin, que los últimos cinco años había trabajado como dos hombres, a fin de poder establecer su hogar en su pueblo natal, en la porción de tierra heredada de sus padres.

Desde Tiro o Tolemaida, traía a su amada, ricas y hermosas telas para que preparase el ajuar para la boda cercana. Y la niña que recordaba las típicas vestiduras de las esposas de su padre, allá en su país natal, se preparó su traje de boda a la usanza de su país y pensando siempre: "Quiero parecerle a Hussin como una de las huríes de Alá".

Pero estaba en la ley de Hussin, que en esa vida vería morir todos sus afectos terrestres, y a la vuelta de un viaje encontró a Zared moribunda, consumida por una fiebre maligna que ningún médico pudo curar. Tan sólo habían conseguido prolongarle la vida unos días más, para que él la viera morir. Sintiendo ella su muerte, decía a su amado inconsolable:

—Yo quería ser para ti una de las huríes de Alá y Él oyó mi ruego.

"¡Yo no envejeceré nunca, y esta eterna juventud te seguirá como una estrella todos los días de tu vida!"

Y cuando la muerte cerró aquellos ojos negros llenos de ensueño, Hussin hizo embalsamar su cadáver, le vistió el traje de bodas que ella misma se había preparado y recostada entre almohadones en una carroza

de manos, cargada por cuatro etíopes fornidos que se contrataban para eso, emprendió viaje a Samaria, atravesó el Jordán y llegó a su vieja casa de piedra, junto a la gruta sepulcral de sus padres, entre los cerros pintorescos y gigantes del monte Ebath.

El amor de Hussin, más fuerte que la muerte, fue el mago que realizó aquella maravilla.

La vieja casa de piedra, adosada a la roca viva, fue comunicada con la gruta sepulcral por un pequeño corredor labrado con esmero por picapedreros expertos de Sichar, los cuales transformaron también la gruta en un precioso sarcófago digno de una princesa oriental. Cubierto el muro por dentro de bloques de cuarzo, el blanco cuerpo de Zared se reflejaba en todas direcciones cuando se encendían los cirios de que Hussin rodeó su cadáver.

—Ella me espera así engalanada para nuestra boda. –Y se iba consumiendo lentamente, y su criado le veía salir de la gruta habiendo perdido cada vez más y más vitalidad.

Acertaron a pasar por allí en una horrible noche de tempestad, dos terapeutas peregrinos que pidieron hospitalidad en la vieja casa de piedra.

Fue la Luz Divina para el alma de Hussin.

Entonces supo lo que es la vida de ultratumba, y que su ciega fidelidad a ese cadáver querido, no le acercaba más al alma de su muerta que estaba dentro de él mismo por el grande amor que le había unido con ella.

Y pasados cuatro años, cerró la gruta con un gran bloque de piedra cuya cerradura sólo él conocía, y dejando su casa al viejo criado que les había servido, se fue con los terapeutas al Monte Quarantana para acercarse a Zared por la senda espiritual.

Había vivido allí treinta y un años, de donde sólo había salido cada cinco años para visitar la gruta sepulcral de Zared y conservarla en las debidas condiciones.

Del amor de sus muertos había hecho un culto, que se confundía en su alma con la suprema adoración que rendía a la Divinidad, de tal forma, que pensar en ellos y elevarse al Infinito, era para él como un mismo profundo sentimiento.

Y en este estado de espíritu le había encontrado la llegada de Yhasua al monte Quarantana.

El lector se explicará perfectamente ahora aquellos sentidos versos "Esperando al Amor", que Hussin había arrancado como una rosa bermeja de lo más hondo de su propio corazón.

Todo este mundo de emotivos y santos recuerdos desbordaron del alma del esenio poeta y músico, aquella noche en que se quedó solo velando en el huerto del Santuario, bajo el ramaje de los añosos olivos.

Purificados, casi divinizados sus amores humanos por el dolor y por el alto desarrollo espiritual que había conquistado, el acercamiento del Hombre-Luz, el Hombre-Amor, les dio mayor intensidad todavía, hasta tal punto, que sentía como si su materia vibrase en una intensidad que casi le hacía daño. Creía a momentos, que su endeble cuerpo iba a estallar por el desbordamiento de amor divino que le inundaba.

Comenzó a pasearse por la orilla misma del Mar Muerto, débilmente iluminado por la claridad de la luna.

Ya muy pasada la media noche, creyó percibir sobre las aguas y a lo lejos la luz de una antorcha. Luego, una vaga sombra blanca que parecía andar en pos de la débil claridad.

Lleno como estaba con el recuerdo de Zared, creyó que era su fantasma que se le acercaba a visitarlo y que se iba acercando más y más a la orilla...

Una oleada intensa de amor..., de ilusión y de infinito anhelo, le embargó el alma de pronto, acelerando los latidos de su corazón y haciendo vibrar fuertemente su cerebro. La emoción profunda le produjo como un mareo, un ligero desvanecimiento al ver que la blanca figura de la antorcha continuaba acercándose...

La divina sugestión fue tan poderosa, que gritó desde el fondo de su alma mientras abría los brazos para estrechar la visión:

— ¡Zared!..., ¡ya voy hacia ti!... ¡Qué vives en Dios!... –Sus ojos se oscurecieron, le faltó aire para respirar y todo se hundió en las tinieblas.

La blanca figura de la antorcha era uno de los esenios del Monte Moab que cruzó la balsa, en exploración, pues habían comprendido que trataban de pasar por alguna razón muy urgente.

Llegó en el momento en que el cuerpo sin vida de Hussin había caído al agua como un loto blanco tronchado por un vendaval.

El esenio le sacó del agua, le sacudió fuertemente pero comprendió que era el término de aquella santa vida consagrada al amor.

—Hussin –decía el esenio–, si esperabas un día más, habrías volado desde el Monte Moab.

Y después de besar con piadosa ternura la frente del cadáver tibio aún, le levantó en sus brazos y fue a dejarle tendido sobre la mesa en que habían cenado la noche antes.

Tocó suavemente la campana en la gruta del portero que salió al momento.

— ¡Hussin ahogado!..., –gritó el esenio con una profunda alarma.

—No, Hermano Dathan –le contestó el recién llegado–. Ha sido un síncope en el momento que yo pisaba la orilla a veinte pasos de él. Apenas cayó le levanté y ya sin vida.

“Ya sabemos todos lo que era el alma de Hussin, y que de un momento a otro se nos escaparía de entre las manos como una alondra cautiva, a quien de pronto se le abre la jaula.

Y entre ambos le condujeron a la gruta que había sido su morada habitual.

El esenio recién llegado y que Hussin, en la semiinconsciencia de la última hora había tomado por la visión de Zared, manifestó al día siguiente que los Ancianos de Moab, apenas anocheciera cruzarían el lago, pues ya habían hecho las señales convenidas, avisándoles que las balsas estaban en perfectas condiciones de cruzar.

—Tuvimos aviso espiritual de que el niño Yhasua estaba aquí, y al ver que poníais las balsas supusimos que ibais a llevarle y nos pareció mejor venir nosotros, para evitar que las fuerzas del mal provocaran un incidente desgraciado.

—Venid a mi habitación –díjole el Hermano portero–, y compartiré con vos mi estrado. Faltan algunas horas para venir el día y no es justo que molestemos a los demás que duermen.

—Primeramente encendamos cirios en torno al cadáver de Hussin, y mediante la fuerza de nuestro pensamiento, tratemos de orientarle en su turbación.

Encendidos los cirios y arrojado incienso en un pebetero, se concentraron profundamente en su mundo interno. No tardaron en percibir que del plexo solar del cadáver, comenzó a desprenderse como una pequeña nubecilla de gas o vapor. Fue tomando cuerpo y formas hasta diseñarse algo confuso el cuerpo astral de Hussin.

Le vieron que miró un momento su cuerpo sin vida, luego miró en todas direcciones como buscando algo..., hasta que vieron acercársele una blanca silueta transparente que le abrazó tiernamente y tomaba de la mano. Cuando percibió a los dos esenios, les sonrió haciéndoles una señal cariñosa con la diestra que parecía decir: hasta luego.

Y ambos cuerpos astrales se lanzaron a la inmensidad.

— ¡Así mueren los que vivieron su vida consagrada al amor!... –exclamó el Anciano mensajero.

— ¡El amor es su dicha y su gloria perdurable! –le contestó el esenio portero con intensa emoción.

Y ambos pasaron a la habitación de este último para esperar en el reposo del sueño, la llegada del nuevo día.

31
LOS ANCIANOS DE MOAB

Enterados por el mensajero de que al anochecer los Ancianos de Moab cruzarían el lago, comenzaron las actividades para prepararles hospedaje por los días que permanecieran allí. Eran setenta, y aunque en el Quarantana había grutas desocupadas se hacía indispensable preparar estrados de reposo para todos. Fue necesario que Jacobo y Bartolomé con una pequeña caravana de asnos fueran rápidamente a las dos poblaciones más cercanas, Hebrón y Herodium, donde Hermanos esenios tenían grandes talleres de tejidos y preparación de mantas y pieles de ovejas. Al mismo tiempo los terapeutas salieron también a avisar a los esenios que vivían en familia, para que concurrieran al Santuario del Quarantana, los que desearan ver y oír a los grandes maestros de la Fraternidad que debían permanecer unos días allí. Todo debía ser realizado desde luego con la mayor discreción y prudencia, para evitar en cuanto fuera posible la publicidad del acontecimiento.

Tanto de Betlehem como de Hebrón, de Yutta, de Herodium y de algunas aldeas inmediatas, debían atravesar el desierto de Judea, áspero y agreste en extremo, aunque no de gran extensión.

Casi todo él, en sus escarpadas montañas estaba habitado por los ocultos penitentes redimidos por los esenios. Ya hemos dicho, que eran los condenados a muerte o a cadena perpetua que habían obtenido indulto, pero a condición de no aparecer por las poblaciones ni lugares habitados del país.

Este hecho, conocido sólo de los esenios, había contribuido grandemente a exterminar las fieras de aquel fragoroso desierto, por lo cual su travesía no ofrecía peligros a los viajeros.

Y así fue, que cuando la noche tendió por desiertos y montañas, sobre aldeas y huertos, y sobre el lago silencioso y quieto, su inmenso manto de sombras, pudo verse el desfile callado y silencioso como las sombras, de los Ancianos de Moab que habían salido a mitad de la mañana de su Santuario de rocas, para llegar a la noche a la orilla del lago en que estaba prendida la balsa.

Cada sombra obscura que se movía lentamente sobre las movibles balsas, llevaba una cerilla encendida, cuyo reflejo sobre el agua dormida parecía multiplicar los pequeños resplandores, velados a medias por un tubo de cerámica que le protegía del viento y de alguna mirada profana que pudiera llamar la atención sobre el hecho.

José de Arimathea y Nicodemus, de pie a la orilla del lago en el sitio en que estaba amarrada la balsa, contemplaban aquella silenciosa procesión de fantasmas envueltos en mantos oscuros, y con la incierta luz de la cerilla que alumbraba sus pasos.

—Voz del silencio –iban diciendo los dos jóvenes doctores a cada Anciano a quien daban la mano para saltar a la playa. Y detrás de ellos, Dathan, el esenio portero recibía y apagaba las cerillas. Contaron sesenta y nueve. Ni uno solo faltaba, pues el que llegó en calidad de mensajero y explorador, se hallaba en el Santuario con los demás preparando la bóveda psíquica del recinto, ya que los detalles materiales habían sido dispuestos durante el día.

Yhasua y Yohanán dormían en uno de los estrados de la gruta del Servidor, ignorantes de los huéspedes que llegaban esa noche.

Y no bien hubieron puesto sus pies en el atrio o pórtico exterior del Santuario, dejaron sus mantos oscuros apareciendo las blancas túnicas ceñidas con cíngulo púrpura que tanto gustaba a Yhasua cuando estaba en el Santuario del Hermón, del Carmelo y del Tabor.

Y sin pronunciar ni una sola palabra, conscientes de que todo estaba comprendido y sentido, dejaron a la puerta mantos oscuros y calzas de cuero, y con las blancas chinelas de lana, sus pies se deslizaron sin ruido, como sombras hacia el interior del Santuario donde setenta cirios velados de pantallas violetas, esparcían una suave penumbra lo bastante para distinguir los objetos.

Un suavísimo salmo de evocación a la Divinidad comenzaron a preludiar los laúdes, y la letra fue coreada a media voz por todo el conjunto.

Después se dieron el fraternal abrazo entre todos, y el Gran Servidor del Santuario de Moab abrió la Asamblea con las frases de ritual: –*Que la Divina Luz ilumine nuestra conciencia*.

Después de un momento de silencio todos se postraron con el rostro en tierra, manifestación de que se reconocían miserables y pequeños.

Y entonces el Gran Servidor añadía: –*Que el Amor Divino purifique toda nuestra miseria*.

La Asamblea estaba abierta, y dos de los Setenta se ubicaron frente a dos pupitres que había en el centro, iluminados con lamparillas de aceite, y se dispusieron a escribir. Eran los Notarios Mayores de la Fraternidad Esenia, tutores y guardianes del Archivo, que desde los días de Moisés se guardaba en el Gran Santuario de Moab.

—Siendo así que tenemos aquí testigos oculares –dijo el Gran Servidor–, de los doce años de vida que cuenta el Avatar Divino, nuestra permanencia aquí servirá para coordinar y rectificar el relato completo de sus días sobre la Tierra, a fin de que no ofrezca lugar a dudas, a tergiversaciones ni correcciones más adelante.

Y entonces un Anciano, llamado el Relator, se acercó a uno de los pupitres iluminados y comenzó la lectura desde el momento que los padres de Yhasua celebraban sus nupcias en el Templo de Jerusalén. Los dos Notarios Mayores leían, comparando con lo que tenían en sus propias carpetas y hacía lo mismo el Notario del Quarantana.

José de Arimathea y Nicodemus allí presentes, repasaban en su memoria a medida que el Relator leía. Nadie tuvo que hacer objeción ninguna, pues todo estaba conforme a la verdad de los hechos; y los Notarios Mayores unieron a sus grandes cartapacios el que se escribiera allí mismo, el día de la llegada de Yhasua, a base de los relatos hechos por José de Arimathea y firmados por él, Nicodemus y los terapeutas, testigos oculares de los acontecimientos.

Acto seguido pasaron todos a la gruta de Hussin, y cantando un dulce y sentido salmo, trasladaron su cadáver a la gruta sepulcral que al otro extremo del huerto se encontraba, y en la cual había muchas momias de esenios desencarnados, desde hacía largo tiempo.

Ardía allí permanente una lámpara de aceite, símbolo del amor y del recuerdo constante de los Hermanos que quedaban en el plano físico; amor y recuerdo que debía ayudar al recién desencarnado a orientarse en su nuevo escenario de actividades.

Y era ley entre ellos, que durante siete lunas consecutivas se haría cada día una concentración de pensamientos de amor hacia él, hasta tener aviso espiritual de que había encontrado el nuevo camino a seguir.

El amor de sus Hermanos le acompañaba hasta más allá de la tumba.

La primera parte del programa estaba cumplida.

Al día siguiente iniciarían trabajos más superiores bajo la inspiración del Espíritu de Luz, encarnado en Yhasua, y de su principal colaborador al exterior: Yohanán, más tarde llamado el Bautista.

El cansancio se reflejaba en los rostros extenuados de algunos de los Ancianos, por lo cual fueron conducidos a la inmensa gruta que era despensa, bodega, comedor y cocina; y cuya forma irregular en extremo, la hacía asemejarse a una plazoleta de rocas, parte sin techumbre y parte cubierta.

Cuando los esenios tomaron posesión de aquellas grutas (*siglos atrás), tuvieron que despejarlas de todo el horror que había en ellas, desde los tiempos de las invasiones y guerras terribles que asolaron todo el país de Moab, poco después de haberlo anunciado en sus profecías el gran maestro esenio, Jeremías, profecías que le costaron un largo tiempo de calabozo, lleno de lodo putrefacto que casi costó la vida al Profeta, cuando más hubiera valido al rey Moabita tomar las precauciones necesarias, para evitar a tiempo el espantoso desastre.

Las grutas del Monte Quarantana, cuando los esenios se refugiaron en ellas, se encontraban atestadas de cadáveres en descomposición

completa, y ya casi en estado de esqueletos, porque las fieras debieron tener allí sus festines de carne humana, de los que huyendo de Moab, habrían pasado el Mar Muerto o atravesando las salinas del sur. Esto se adivinaba fácilmente por el estado de los cadáveres, cuyos miembros dispersos por todas las enormes grutas denotaban haber sido descuartizados aquellos cuerpos.

La ferocidad humana y la ferocidad de las fieras salvajes, tienen a veces puntos de contacto muy marcados.

Lo que no les fue posible saber por los medios físicos, era si todos aquellos seres que pasaban de cuatrocientos, contando por los cráneos que encontraron, habían muerto de hambre o si las fieras les habían quitado la vida.

Y la inmensa gruta que los esenios destinaron a bodega, cocina y comedor, y que tenía una gran abertura de salida al exterior, era la que más llena estaba.

Y como aquel trabajo sólo podían hacerlo cuando no hubiera peligro de ser vistos, tardaron varios meses en terminar de arrojar al fondo del Mar Muerto aquellos míseros despojos humanos, que no hubiera habido fosa capaz de contener.

José de Arimathea y Nicodemus, que en silencio escuchaban aquellos dolorosos relatos, pasados por tradición escrita de unos a otros desde los primeros esenios que habitaron aquellas grutas, pensaban profundamente conmovidos: "Así trata esta humanidad a los hombres que quieren hacerle el bien". "Los holgazanes enriquecidos por el despojo a sus semejantes, por el pillaje y el robo al amparo de la fuerza emanada del poder, viven en palacios, entre orgías interminables, y todavía los pueblos les aclaman y se inclinan reverentes ante ellos, como si fueran seres superiores venidos a la tierra para deslumbrar a sus semejantes hambrientos y esclavizados. ¡Esto es horrible! ¡Esto es injusto y aunque Dios lo tolera impasible, nosotros que somos hombres no lo podemos soportar!"

Así pensaban silenciosamente los dos jóvenes doctores de Israel. El Gran Servidor del Santuario de Moab y uno de los Notarios que descansaban allí cerca, sobre estrados cubiertos de pieles, mientras se preparaba la comida, percibieron en su sensibilidad la lucha que se desenvolvía en los dos amigos y cuyos semblantes hoscos y taciturnos revelaban claramente su rebelión interior.

—Para formarnos juicios exactos –dijo el Gran Servidor–, de los fenómenos psíquicos y morales que se realizan en muchos de los seres de esta humanidad, debemos partir del principio de que somos una gran minoría entre ella los que conocemos el grandioso proceso de la evolución humana, que se desarrolla en inmensas edades y en numerosos siglos. La Divina Sabiduría sabe esto, y es por eso que contempla impasible el lento paso de la evolución.

“La Eterna Ley, a intervalos determinados, da fuertes sacudidas a las humanidades atrasadas, ya sean cataclismos siderales o cósmicos o luchas de elementos, o luchas sangrientas y destructoras de unos países contra otros, en que una parte de la humanidad abandona violentamente la vida física para que las almas adquieran más pronto la lucidez y la comprensión necesarias a elevar el nivel de su evolución.

“Dios no obliga a nadie a sacrificarse por los demás seres y si en esta hora y en este país hemos querido un puñado de hombres: los Esenios continuadores de Moisés, sacrificarnos por la evolución humana en estos parajes de la tierra, ha sido porque el conocimiento espiritual adquirido en muchas etapas de vida eterna, nos hizo comprender los designios divinos en toda su grandeza. Hemos querido ponernos como una altiva falange, frente a frente a la marejada humana, ciega de egoísmo y de ambiciones, y necesariamente debemos sufrir las consecuencias materiales de nuestro arrojo, de nuestra audacia. Y para no perecer aplastados por ella, nos ocultamos en las cuevas de las rocas esperando mejores días.

“La humanidad terrestre en general, es lo que lógicamente puede ser en relación con su atraso intelectual, espiritual y moral. Somos nosotros los espíritus más adelantados, los que nos apartamos del ambiente habitual y propio de este planeta.

“Más claro: si en una sinfonía salvaje compuesta de un centenar de tambores, de cornetines y de estridentes gritos, se mezcla de pronto el sonido de una lira o de varias liras, ¿qué sucede?, que la sinfonía salvaje predomina y ahoga el concierto sutil y suave de las liras, que romperán sus cuerdas y saltarán hechas trizas, si se empeñan en dominar los estridentes sonidos. No hay pues nada injusto, ya lo veis.

“Libres y voluntariamente pactamos en un día muy lejano, con el Gran Guía de esta humanidad, nuestra cooperación con él, para elevarla de su atraso moral y espiritual. Es tanto su atraso moral, que cobra aversión y odio a todo el que lucha por sacarla de su charca de fango, en medio de la cual se encuentra muy a gusto.

“Es tanta su ignorancia, que acepta los más burdos errores y supersticiones, basta que ellos estén a tono con sus gustos y comodidades, sin obligarla a hacer el menor esfuerzo para mudar de camino.

“Nuestras doctrinas y nuestra vida, de acuerdo con la Divina Ley, la saca de quicio, la pone fuera de sí, haciéndola caer en espantosos delirios de odio y de furor. Y busca exterminarnos como a animales dañinos y perjudiciales, para su tranquilidad.

“¡Eso es todo!”

— ¡Habéis leído en nuestros pensamientos, Gran Servidor!, –exclamó Nicodemus.

—Es verdad –afirmó José–, pero siguiendo vuestro razonamiento la luz se hace en la mente, y todas las rebeldías se apagan entre una ola de inmensa piedad, para la ignorancia y atraso de la humanidad.

—Nuestra modesta cena está servida –dijo uno de los terapeutas, indicando al otro extremo de la inmensa gruta iluminada por la hoguera que chisporroteaba al centro, y por varias lámparas de aceite prendidas de las rocas, que en amplio semicírculo amurallaban el recinto que los solitarios llamaban comedor.

No se veía allí una gran mesa sino varias pequeñas mesas, donde de dos en dos, podían instalarse más de cien personas. Estas mesas eran bastante bajas, como para que los comensales sentados en los estrados labrados en la roca viva, pudieran comer cómodamente.

El Gran Servidor y uno de los Notarios mayores, invitaron a los dos jóvenes doctores a comer en su compañía; y éstos acercaron las mesitas más inmediatas a los dos Ancianos, sentándose a la vez junto a ellos. Conocíase que una fuerte onda de simpatía se había establecido entre ellos.

Fue en esa hora, en esa íntima cena del Santuario del Quarantana, cuando José de Arimathea y Nicodemus de Nicópolis, se comprometieron solemnemente a servir de escudo de protección al Cristo, en medio del mundo a donde bien pronto iba a entrar como un cordero entre lobos, como un ruiseñor a un nidal de cuervos hambrientos.

Y para que su acción cerca de él fuera eficiente, debían ocultar cuanto pudieran su intimidad con la familia carnal de Yhasua y hasta con sus discípulos, cuando llegara el tiempo de su vida pública en medio de los hombres.

—Vuestras ligaduras con él –decía el Gran Servidor–, deben ser invisibles como las nuestras, y como lo son también las de aquellos sabios ilustres que le visitaron en la cuna, y a cuyos superiores conocimientos debemos la comprobación de que la materia que acompaña a Yhasua, es según la ciencia espiritual la que corresponde al Verbo de Dios encarnado.

—Es por eso –añadió el Notario–, que vosotros debéis procurar estar en continua comunicación con nosotros, sino personalmente, siempre por medio de epístolas que podréis entregar a nuestros terapeutas, que recorren todo el país visitando nuestros Santuarios y las familias esenias diseminadas en toda su extensión.

—Contad con nosotros por todo y para todo –fue la respuesta de los dos amigos.

—Pero, ¡silencio!, mucho silencio, en forma que ni aún vuestras propias familias lleguen a traslucirlo –dijo de nuevo el Gran Servidor.

—Os lo prometo por la misión augusta del Cristo –respondió Nicodemus con vehemencia.

—Yo os lo prometo por el Cristo mismo –dijo José apoyando la diestra sobre su pecho, como si quisiera asociar su propio corazón a la promesa solemne que hacía.

Una hora después todos reposaban en las grutas del Santuario del Monte Quarantana, donde el Salvador de la humanidad, niño aún, con un puñado de sus servidores, se ocultaban de la humanidad para delinear en las sombras, el grandioso programa de su redención.

Cuando el gorjeo de los pájaros y la luz del nuevo día, iluminó de lleno el estrado en que dormían los dos niños, ambos saltaron del lecho pareciéndoles que habían perdido mucho tiempo sin ocuparse de sus corderos y cabritillos.

Después de la breve oración matutina junto al lecho, salieron ambos a la plazoleta aquella que daba hacia el lago y donde comieron la primera noche.

Los dos niños quedáronse mirando uno al otro, al ver tantos Ancianos de blancas vestiduras que paseaban en grupos de dos o de tres hablando animadamente.

Cuando Yhasua distinguió entre ellos a José y Nicodemus, corrió hacia ellos como un cervatillo en busca de su madre, y sin reticencias de ninguna especie les preguntó:

— ¿De dónde sacasteis tantos Ancianos si anoche sólo habían siete?

—El Padre Celestial te los ha mandado para ti –contestó José.

— ¿Cómo para mí? –preguntaba el niño, dejando correr la mirada luminosa de sus ojos pardos por todos los Ancianos, que a su vez le miraban con los suyos inundados de emoción y de amor.

— ¡Sí, para ti, querido sobre todas las cosas!, –díjole el Servidor acercándose con sus brazos abiertos. Y el niño sin timidez ninguna se arrojó en ellos, sintiendo que aquellos brazos le eran suaves como regazo materno.

Y los Setenta Ancianos de Moab se agruparon en torno del niño esperando el turno de estrecharle sobre el corazón.

Yhasua tuvo la inmensa alegría de reconocer a los que durante su estadía en el Monte Carmelo, vinieron desde el Monte Hermón; y a los cuales fuera él, su madre y Yhosuelín en un pequeño velero a esperarles en Tiro, y nuestros lectores recordarán también este pasaje.

Aquel lejano Santuario del norte, perdido entre las agrestes bellezas del Monte Líbano, le recordaba su primera infancia. Había entrado en sus hermosas grutas, poco antes de los dos años de edad y había salido antes de cumplidos los siete años.

Aparte de que los Ancianos de túnicas y cabellos blancos le eran tan agradables y queridos, Yhasua se sintió como sumergido en una ola de infinita felicidad.

—Volveos cuando queráis a Jerusalén –les dijo por fin a José de Arimathea y Nicodemus–, que yo me quedo con los Ancianos.

— ¡Esto nos faltaba, Yhasua! –decía riendo José–. ¡Trabajo nos ha costado obtener permiso de Myriam, tu madre, para traerte aquí por ocho días, y tú hablas de no volver más!...

Los Ancianos mismos que él había conocido de pequeño en el Monte Hermón, intervinieron para convencerle.

—No es bueno adelantar los acontecimientos, hijito –observó uno de ellos acariciándole tiernamente–. El Padre Celestial ha marcado todas tus horas y la de venirte con nosotros también ha sido marcada. Tus padres son por ahora los dueños de tu vida, y ya sabes que la Ley manda prestarles obediencia y veneración.

—Además –añadió Nicodemus–, los Ancianos del Monte Tabor han prometido visitarte una vez cada año; los del Carmelo también, ahora tienes unos días de solazarte entre los del Quarantana y de Moab.

"¿Quieres más, Yhasua, quieres más? Piensa también un poquito en nosotros y sobre todo en tu familia carnal... En tu madre, esa madre que no hay dos como ella, y que es un tesoro que debes saber apreciar.

— ¡Perdonadme!, –dijo dulcemente el niño– tenéis toda la razón y no puedo haceros quedar mal con mi familia que me confió a vosotros. –Y volviéndose a los Ancianos les dijo–:

"Puesto que vosotros sabéis que el Padre Celestial ha marcado la hora de que yo venga con vosotros. ¿Me la podéis decir?

—Cuando hayáis pasado los veinte años –le contestó uno de ellos.

El niño contó mentalmente los años que le faltaban y dijo:

— ¡Ocho años!... Muchos son en verdad, pero un día se terminarán, y entonces... –Y miró a los Ancianos y a los dos amigos con una mirada firme llena de inteligencia.

—Y entonces, ¿qué?, –preguntaron varias voces.

— ¡Nada, nada!... Es que a veces tengo unos pensamientos que no parecen míos sino de un hombre de muchos años. Ya sé que soy un parvulito sujeto a la voluntad de todos. ¡Y así debe ser!...

"¡Vamos Yohanán a sacar a pastorear nuestros cabritillos!

— ¡Vamos! –le contestó su amiguito, mientras en su mundo interno se levantaba este interrogante:

"¿Qué habrá en Yhasua para que todos los Ancianos le quieran tanto? Que es muy hermoso, es verdad, pero los Ancianos no se dejan deslumbrar así por la belleza del cuerpo... Yhasua será en el futuro un

gran profeta de Dios..., ¡quién sabe!, o acaso ese Mesías por el cual me enseñan a orar y llamar desde que nací.

Y ambos niños corrieron hacia los establos que ofrecían en verdad un pintoresco aspecto.

Los establos estaban compuestos de varias grutas muy irregulares y comunicadas unas con otras, por mejor decir, una enorme galería de grutas llenas de peñascos salientes, unos altos, otros bajos, con recodos y tortuosidades sin fin.

Y cabras y cabritillos, trepados a los peñascos salientes y perdidos entre grandes colgaduras de musgos cenicientos, amarillos y verdosos formaban todo un conjunto agradable y único, que Yhasua se encontraba como en un paraíso.

El correr de los cabritillos y sus descomunales saltos, desde los erizados peñascos, le divertía grandemente.

— ¡Dichoso tú, Yohanán, que tienes para ti toda esta alegría de vivir!, –le decía a su amiguito– mientras que yo debo estar aquí tan sólo ocho días.

—Y en tu casa de Nazareth, ¿no hay también alegría de vivir?, –le preguntaba Yohanán compadecido de Yhasua.

—Es que aquello no es esto –contestaba el niño–. Mi padre y mis hermanos mayores están absorbidos por el taller y sus respectivas familias. Ana y Yhosuelín que están solteros, son ambos melancólicos y están siempre pensando en cosas que yo no entiendo. Mi madre es la única que trata de hacerme alegre la vida, pero como tiene muchas ocupaciones, vive absorbida por ellas.

"A más, allí no puedo tener sino dos o tres corderitos y algunas palomas, porque estropearían las hortalizas y plantaciones, y claro está, ¡eso no es justo!

—Mira, Yhasua, tengo una idea.

—Dila.

—Que todas las veces que vengáis para las fiestas de Pascua, te traigan hasta aquí, y que pases aquí algo así como vacaciones después de la escuela.

— ¡Oh, qué idea más linda! Llevemos el rebaño a pastorear y al abrevadero; luego trataremos el asunto con mis dos amigos y con los Ancianos.

— ¡Oh, hermoso, hermoso! A mi me gusta también que tú vengas, porque aquí son, como ves, personas de edad que lo que menos piensan es jugar conmigo. A veces voy con Bartolomé y su familia, o viene él aquí y me divierte mucho. También mi vida es triste, Yhasua, ya lo ves.

— ¿Sabes, Yohanán, una cosa?

— ¡Si me la dices!...

—Que por palabras sueltas oídas como al acaso, he sacado yo deducciones...

— ¿De qué y por qué? Habla, Yhasua.

—Que tú y yo traemos misiones importantes a cumplir en este mundo por mandato de Jehová.

—Algo oí también yo aquí, que hablaba mi padre con el Servidor y dos terapeutas que vinieron desde el norte, y que te habían visitado a ti...

— ¡Y sé otra cosa más importante todavía!...

— ¿De veras, Yhasua?

— ¡Tan de veras!..., –y al decir así, el niño se sentó sobre un peñasco mientras a su alrededor pastaban las cabras y sus cabritillos.

Su hermoso rostro tomó el aspecto de un inspirado. Ya no sonreía. Ya no jugaba. Su mirada tendida a lo lejos, parecía buscar en otros horizontes algo que se reflejaba en su espíritu. Viéndole así, Yohanán se sentó a su lado.

—Yo sé –comenzó Yhasua–, yo sé que tú y yo hemos vivido muchos siglos antes de ahora y que hemos vivido muchas veces antes de ahora.

— ¿Cómo lo sabes? –preguntó con alarma Yohanán.

—Por las instrucciones que los Ancianos de Monte Carmelo me han dado. Los esenios son muy antiguos, aunque en el correr de las edades no siempre se llamaron esenios.

— ¿Y sabes cómo se llamaron?

—Sí. En una época muy remota se llamaron Profetas Blancos, después Antulianos, más tarde Dakthylos, luego Kobdas y ahora Esenios. Son los mismos. Y así como ahora tú y yo estamos en medio de ellos, estuvimos en aquellas lejanas edades también.

— ¡Oh, qué viejos somos!..., –exclamó Yohanán–. ¡Y eso que parecemos niños!

— ¡Y niños somos en la materia que revestimos! ¡Tantas veces fuimos niños arrullados en nuestro sueño por una madre que meció nuestra cuna! ¡Oh, las madres!..., ¡las maravillosas madres que aman siempre..., que sufren siempre y esperan siempre!...

— ¡Qué extraño estás, Yhasua!..., parece que te hubieras transformado en un Anciano como los esenios.

— ¡Es que ahora te habla mi Yo interno que ha vivido largas edades!...

“Hace ocho mil años que también yo era niño, nacido de un gran amor en una gruta como éstas, donde se albergaba una familia de renos.

“¡Yohanán!..., ¿has leído las Escrituras Sagradas?

—Siempre asisto a esas lecturas.

—Entonces sabes el poema de Adamú y Evana, ¿verdad que lo sabes?

— ¡Oh, sí!..., la pareja célebre de donde arranca la era que se llama Civilización Adámica.

— ¡Justamente! ¡Y Abel, su primer hijo, fui yo! ¿No lo sabías?

— ¡No, eso no lo sabía!

—Y tú formabas parte de los esenios de entonces que se llamaban Kobdas y tu nombre era Agnis.

— ¿Y por qué se llamaban así y no esenios como ahora?

—Porque éstos tomaron el nombre del más íntimo y querido discípulo de Moisés, cuyo nombre era Essen, ¿comprendes? Y los Kobdas se nombraron así, porque esa frase se traduce "corona", en la lengua que ellos hablaron. Se propusieron ser la "corona de amor y de luz", dentro de la cual desenvolviera sus actividades el hombre Ungido del Amor Eterno para aquella hora.

— ¡Pero tú sabes muchas cosas, Yhasua!..., –exclamó Yohanán–. ¿Por qué yo no las sé?

—Ahora las sabrás en los días que yo estoy aquí. ¿Tienes miedo de Elías, Profeta del cual corren tan espeluznantes tradiciones?

— ¡No tengo miedo ninguno, pues por las Escrituras sé que fue un Profeta de Jehová, que en su nombre hacía la justicia sobre los poderosos y los malvados!

— ¡Elías eras tú mismo!

— ¿Yo?..., ¿has dicho que yo?

—Sí, tú, y esto lo sé de haberlo oído en el Monte Tabor, mientras los Ancianos hacían evocación a Jehová para que les enviase Luz Divina con sus mensajeros celestiales.

— ¿Y qué pasó?...

— ¡Ellos creían que yo dormía porque me vieron quieto!..., muy quieto. Y era que yo no podía moverme como si hubiera perdido el movimiento de mi cuerpo. Mas mi mente estaba lúcida y atenta. A la oración ferviente de los Ancianos, les respondió Jehová con una visión que parecía una llama de fuego. Poco a poco se fue dibujando una silueta humana y era Elías Profeta que habló de que se acercaba la hora del gran apostolado de Yhasua y de Yohanán, hoy niños ambos.

— ¿Y has dicho que yo era Elías? Yo no he salido de aquí desde hace casi tantos años como los que tengo... ¡Oh, Yhasua!... ¡No sé cómo comprender lo que me has dicho!

—Antes de dudar, Yohanán, pensemos un poco. Los Ancianos me enseñaron cómo se piensa de acuerdo con la razón.

"Cuando tú duermes, ¿qué hace la parte activa y principal de ti mismo, o sea el alma, inmaterial y vibrante como un rayo de luz?

— ¿Qué sé yo lo que hará? ¡Dormirá también!...

—No, Yohanán, no duerme, porque sólo duermen los cuerpos orgánicos que necesitan descanso para el sistema nervioso. El alma queda libre durante el sueño y puede ir a donde la Ley Divina le permite. La noche aquella de que te hablé, seguramente dormías aquí, y tu alma

desprendida de la materia fue al Tabor donde los Ancianos llamaban a lo Infinito.

—Cuando han explicado las Escrituras a los esenios del grado primero, me han mandado escuchar y yo he oído que Elías Profeta vendrá antes que el Mesías Salvador de Israel –dijo Yohanán pensativo–.

"Tú me dices ahora que estás convencido que soy Elías que ha vuelto a la vida, entonces tú, ¿quién eres que siendo más pequeño que yo, sabes tantas cosas?... ¡Yhasua!..., ¿quién eres tú?...

Y Yohanán devoraba con sus brillantes ojos negros a Yhasua, cuya mirada seguía perdida en las lejanías...

—Yo soy Moisés, que ha vuelto con una ley nueva para los hombres: la *Ley del Amor Universal.*

¡Sin saber por qué los dos niños se abrazaron con una emoción indescriptible!

¡Moisés y Elías!..., las dos grandes figuras de la epopeya final del Cristo Redentor, transformadas para esa hora, en Yhasua de Nazareth y Yohanán el Bautista.

— ¿Qué pasa aquí que os abrazáis tan desesperadamente? –dijo de pronto junto a ellos la voz de Nicodemus que seguido de José y el esenio portero, buscaba a los niños cuya tardanza les causaba extrañeza.

—No pasa nada –contestó Yhasua–, sino que estamos recordando nuestra amistad antigua y la ternura nos ha rebosado del pecho. ¿Para qué nos queréis?

—La leche y las castañas asadas están humeantes sobre la mesa. ¿No queréis desayunar con nosotros?

—Vamos allá –dijeron ambos niños siguiendo a Nicodemus.

El día pasó sin incidentes notables, pero esa noche a primera hora, Yohanán se acercó al Servidor del Quarantana y muy sigilosamente le dijo:

—Yhasua quiere que yo vaya con él a orar a Jehová en el Santuario, ¿nos dejáis?

— ¿Y por qué no? Vuestro deseo me hace pensar que el Señor os está llamando con determinados fines. No podemos poner trabas al Dueño de todas las cosas. Id pues, hijos míos.

Y el Anciano al hablar así, obedeció a los anuncios de uno de los esenios de Moab que recibió esa mañana, a fin de que durante todo el día dejasen a ambos niños en completa libertad de acción, pues las Inteligencias Superiores realizaban trabajos para que se manifestara al exterior "su verdadero Yo", no por medio de la hipnosis, sino en plena conciencia.

Mientras ocurría esto, el Gran Servidor, dos Notarios, José y Nicodemus, se colocaron a distancia en la que llamaban "gruta de las vírgenes"

que daba al Santuario, pero separada por una rejilla de bronce y un ligero velo blanco. Era el sitio donde las doncellas esenias cantaban a coro y acompañadas por su laúdes, los salmos que los Ancianos designaban para determinadas solemnidades. Desde allí podían observar todo cuanto pasaba en el Santuario.

Vieron a Yhasua que entró con pasitos quedos y lentos, como si sintiera sobre sí un gran peso que le impidiera andar con ligereza.

Fue a postrarse al centro, delante de las Tablas de la Ley, copia igual al viejo original que conservaban en el Gran Santuario de Moab. Yohanán le había seguido, y junto a él se postró también. Ambos se pusieron luego de pie, y acercándose al atril de encina, donde estaban las Tablas de la Ley, quedáronse unos instantes quietos, como si fueran estatuas de piedra. La luz dorada del gran candelabro que pendía de la techumbre daba de lleno sobre los rostros de ambos niños, clavados con insistente fijeza sobre aquellas piedras grabadas hacía más de diez siglos.

De pronto vieron que Yhasua colocó el índice de su diestra sobre aquel versículo final que dice:

"Estos diez mandamientos se encierran en dos: Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo".

Y con una vibrante y sonora voz que no parecía salir de aquel cuerpecito oyéronle decir:

— ¡Yohanán!... ¡Acabo de descubrir que a esto sólo, hemos venido tú y yo a la Tierra en esta hora de la humanidad! ¡Mira, Yohanán, mira! –Y continuaba marcando con su dedito rosado, firme como un punzón de hierro aquellas inflexibles palabras:

"Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo".

Una extraña y fosforescente claridad iluminó aquellas frases que Yhasua tocaba con su dedo, hasta el punto de hacerlas visibles a la distancia en que se hallaban los espectadores silenciosos. La "gruta de las vírgenes" se llenó bien pronto, pues fueron llamados todos los Ancianos a presenciar el espectáculo. ¡La fosforescencia de las frases se fue tornando en un hilo de fuego que las agrandaba más y más, hasta que aquellas frases llenaron por completo esa parte del Santuario donde estaban los libros de los Profetas, por encima de los cuales se extendía la radiante claridad como una llama viva!...

— ¡Esto es todo, Yohanán!..., ¿lo ves?, ¡esto es todo!, –continuaba diciendo la voz sonora de Yhasua–. Cuando cada hombre de esta Tierra ame a su Dios sobre todas las cosas y a sus semejantes como a sí mismo, todas las otras leyes sobran porque ésta lo encierra todo.

— ¡Echas fuego de tu mano, Yhasua!, –exclamó casi espantado Yohanán–. ¡Retira tu dedo porque consumirás así las Tablas de la Ley!...

— ¡No, no!, el fuego que ardió en la zarza de Horeb ante Moisés un día, arde ahora nuevamente para consumirlo todo..., los templos, los altares, los dioses, los símbolos, porque una sola cosa debe quedar en pie después de haber brillado esta llamarada ardiente:

"Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo".

"¡Todo lo demás es hojarasca seca que se lleva el viento, es flor de heno que se torna en polvo al correr del tiempo y de la vida!

Y como si una tremenda energía se fuera apoderando de todo su ser, tomó los rollos de papiro que estaban en un cubilete de piedra blanca donde se leía: Libros de Moisés.

— ¿Ves, Yohanán, éstas pocas escrituras donde se describe el génesis de los mundos, de los seres y de las cosas, donde unas reglas simples de buen vivir enseñan a los hijos de Israel el secreto de vivir con paz, con salud y alegría?... En el Templo de Jerusalén y en todas las Sinagogas, desde Madián hasta Damasco, los libros que llaman de Moisés son verdaderas tablas de sangre, donde reglamenta y ordena las matanzas y las torturas de hombres y bestias en homenaje a Jehová.

"¿Cómo explicarán los hombres doctos un día el "No matarás" de la Ley de Moisés, y el "Amarás a tu prójimo como a ti mismo", puesto en parangón con esos otros libros llamados de Moisés, donde bajo el axioma de "ojo por ojo y diente por diente", autoriza todos los asesinatos y crímenes que caben en los códigos satánicos de la venganza en acción?

"¡Oh, Yohanán, Yohanán, tú y yo seremos sacrificados como corderitos entre lobos por esta humanidad inconsciente, que se solaza entre el egoísmo y el odio, pero de tu sangre y la mía brotarán a millares como plantas de un vivero maravilloso, los apóstoles del amor fraterno, que al igual que nosotros caerán segados como espigas maduras y cuyas vidas sucesivas en interminable cadena, irán escribiendo en todas las conciencias: "Ama a tu prójimo como a ti mismo", hasta que los hombres cansados de padecer, se abracen por fin a esa ley inmortal y eterna, que es el código supremo en todos los mundos y para todas las humanidades!

"¿Lloras, Yohanán?... ¿Por qué lloras?

—Porque tu fuego ha quemado los velos que me escondían las cosas que pasaron y vuelvo a vivir tu sacrificio, como si de nuevo bebieran de tu sangre y la mía, derramadas juntas en aras de la humanidad. ¿Hasta cuándo, Yhasua, hasta cuándo?...

—Hasta la hora presente que es para mí la final, la que marcará la apoteosis, y será la más ignominiosa de todas mis muertes.

"¡Eres Elías!..., ¡el terrible Elías que esgrimía rayos de fuego en sus manos y hacía temblar de espanto a los tiranos y a los malvados!, ¿y lloras ahora, Yohanán, lloras ahora?...

— ¡Aquí no están los tiranos ni los malvados, Yhasua!... ¡Querubín del séptimo cielo! ¡Aquí estás tú, cordero de Dios, y tu ternura me invade como una ola gigante que sacude mi ser, estremeciéndolo de horror y de espanto!

"¡Tú eres el lirio de los valles cantado por Salomón, el manojillo de jacintos en flor sobre el pecho de la escogida, el perfume de mirra y áloe que puebla el alma de ensueños, de paz y de amor; el arrullo de la tórtola que llama gimiendo a la compañera desde el hueco de una peña!... ¡Oh, Yhasua, vaso de miel y de esencias!, ¿y no he de llorar por ti, único que sabes amar?... ¿Vas a morir has dicho?..., ¿vas a ser devorado por esa loba hambrienta que se llama humanidad?

"¿Vas a ser despedazado por esa piara de cuervos rabiosos que jamás se hartan de sangre?... ¡No, no, Yhasua, no! ¡Ya es demasiado!... ¡Yo no lo quiero! ¡Y si es verdad que soy Elías que hizo arder en llamaradas el Monte Carmelo, y convirtió en carbones a los sacerdotes de Baal, y tendió como larvas en el suelo a los soldados de Acab, yo exterminaré a todos los hombres de esta tierra si en ella no se encuentra uno solo capaz de amarte, Yhasua, hijo de Dios Inmortal, que enciende las estrellas por la noche y los soles al amanecer!

"Yo destruiré como el mar bravío los barcos que lo cruzan...

— ¡Yohanán!... ¡Yohanán...! –díjole dulcemente Yhasua, poniendo su mano suave y delicada sobre el hombro de su amigo tembloroso por la energía formidable, que como una ola hirviente corría por todo su cuerpo–.

"¡Nada de eso harás, Yohanán!, porque tú serás sacrificado antes que yo, y desde tu lugar de gloria y de amor, verás mi holocausto como debe y puede verlo una Inteligencia de larga evolución. ¡Me esperarás sonriente y feliz, de verme llegar triunfante de la ignorancia, del fanatismo y de la muerte! Me esperarás para levantar los velos rosa y oro que cubren la puerta del cielo de los Amadores y serás el primero en decirme: "*¡Entra a tu patria para siempre, Cristo, Hijo de Dios Vivo!*"

Yohanán abrió sus ojos como presa de un deslumbramiento súbito, y sin poder pronunciar ni una sola palabra, exhaló un profundo gemido y cayó exánime sobre el pavimento. Este clamor y el ruido de la caída, cortaron la corriente de luz, de amor, de sabiduría infinita, y Yhasua, vióse de nuevo con su debilidad de niño que teme de todo y por todo, y arrojándose también al suelo junto a su amiguito sollozaba amargamente:

— ¡Yohanán!..., ¡no te mueras... Yohanán!..., ¿quién me acompañará a llevar los cabritillos al abrevadero y a pastorear? –Y cubría de tiernos besos la helada frente del niño desmayado.

Entonces los esenios salieron de su escondite y corrieron hacia ambos niños. José y Nicodemus levantaron a Yohanán y le condujeron a su lecho, mientras los Ancianos consolaban a Yhasua que seguía repitiendo:

— ¡Yohanán, no te mueras!..., ¡yo quiero que no te mueras!

— ¡Calma, hijito, calma!, –decíale el Gran Servidor que le había levantado en brazos y le estrechaba sobre su corazón–. Yohanán sólo está desvanecido y pronto le verás perfectamente bien.

Y pasando de brazo en brazo como cuando era muy pequeñito, llegaron al gran comedor donde el fuego del hogar semiconsumido, sólo dejaba ver un montoncito de ascuas que brillaban en la semioscuridad.

La ola de amor había consumido la ola de espanto, y Yhasua iba olvidando todo cuanto había ocurrido.

— ¿Qué se hace, Yhasua, cuando el fuego está casi apagado?, –preguntó uno de los Ancianos.

—Se enciende de nuevo –contestó el niño.

Y acto seguido tomó un haz de ramillas secas y un puñado de paja, y lo arrojó a las cenizas ardientes. Se levantó una llama de oro y púrpura que iluminó alegremente la gruta.

— ¡Oh, qué bonito fuego!, –exclamaba el niño mirando a todos con sus ojos sonrientes–. ¡Y qué hermosas vuestras túnicas blancas iluminadas por este resplandor! –Y se tiró junto al fuego sobre una piel negra de oso, cuya gran cabeza disecada formaba un duro contraste con la cabecita delicada y rubia de Yhasua. El Gran Servidor hizo sobre sus labios la señal de silencio porque tuvo la intuición de que el niño iba a quedarse dormido.

Un gran cambio se notó desde entonces en la personalidad de Yhasua. Hasta entonces había luchado el niño con el hombre. Éste último a momentos aparecía, para desaparecer luego vencido por aquella exuberante infancia que parecía luchar por prolongarse indefinidamente.

Diríase que en el subconsciente vacilaba ante el comienzo de un apostolado que debía conducirle al más tremendo sacrificio.

¿Qué fenómeno ocurrió en la psiquis del Hombre-Luz, durante aquel sueño en la gruta-comedor de los esenios y así tirado como un corderillo sobre la piel de un oso disecado? Los Ancianos todos, le dejaron dormir allí cuanto quiso.

Yohanán durmió también en su lecho en la gruta del Servidor.

Los Ancianos sin perder de vista a Yhasua dormido, hicieron alrededor de él su frugal refección de la noche. Luego continuaron allí mismo la velada hablando a media voz del proceso espiritual que veían seguir a aquella gran alma, sumergida a fuerza de amor, en las lobregueces de la materia.

Cuando la noche estaba ya muy avanzada, uno de ellos recibió un dictado espiritual que les aconsejaba retirarse a descansar, quedando allí sólo, tres o cuatro de los más fuertes de salud.

José de Arimathea y Nicodemus, no quisieron apartarse ni un momento del niño confiado a su solicitud. Igualmente ocurrió a los dos

terapeutas que le acompañaron desde Jerusalén. Uno de los Notarios Mayores de Moab y el Notario del Quarantana, completaron los seis que creyeron conveniente quedarse recostados en los estrados del gran comedor para velar el sueño de Yhasua.

Y en medio de la quietud y silencio que ni el ruido más leve interrumpía, algunos de los Ancianos de Moab, solitario cada cual en su alcoba de rocas, pedían con insistencia a la Divina Sabiduría, luz y acierto para secundar eficientemente al Verbo de Dios en su grandiosa misión de Redentor.

A la madrugada siguiente, y cuando todos concurrían al Santuario para cantar los salmos de alabanza a Dios acostumbrados, unos a los otros se dijeron a media voz al terminar:

—Tenemos que hablar.

—Sí, sí, yo había pensado lo mismo.

—Y yo igual.

Y resultó que todos sentían la necesidad de una confidencia. Pasaron al recinto de las asambleas.

—Escribamos cada cual por separado lo que pensamos decir en esta reunión que todos hemos deseado –dijo inmediatamente el Gran Servidor, apenas se habían sentado en los estrados.

Y todos escribieron en sus carpetitas de bolsillo.

De la comparación hecha luego, de cuanto habían escrito, resultaba lo siguiente:

Los unos habían visto en sueños y los que se mantuvieron en vigilia vieron ya por una subida contemplación de la propia alma desprendida, ya por clara intuición, lo que se operó en el Verbo de Dios de casi trece años de edad en la noche aquella pasada en el Quarantana.

Las cinco Inteligencias Superiores que en calidad de guías vigilaban la vida terrestre de Yhasua, le habían hecho recorrer durante su sueño de esa noche, todos los lugares de esta tierra habitados por porciones de la humanidad que venía a redimir.

¡El dolor humano era tanto!..., ¡la iniquidad tan espantosa!..., la ruindad y miseria tan completa, que parecía repetirse el momento aquel cuando un patriarca de la antigüedad intercedía para que no fuera aniquilada determinada ciudad o comarca.

“Si hubiera, Señor, cincuenta justos, ¿perdonarías la ciudad?

“Si hubiera sólo diez justos, por amor a ellos detendría mi brazo justiciero”.

¡Y ni aún esos diez se habían encontrado!

Parecida era la situación de la humanidad de entonces, en medio de la cual se encontraba la Fraternidad Esenia, sirviendo de pararrayos para

que la maldad humana no sobrepasara el límite, después del cual desaparece el equilibrio y todo se hunde en el caos, en la sombra, en el no ser.

Los grandes Guías del Verbo de Dios en su postrera jornada Mesiánica, le hicieron asomarse hasta el fondo del abismo hacia donde rodaba la humanidad.

El más feroz egoísmo dominaba en todas partes del mundo, en Bretaña, en Roma, Grecia, las Galias, Iberia, Germania, Escitia, Persia, Arabia, las Indias, el Egipto decadente y la Etiopía semibárbara, todo era un solo mar de dolor, de crimen, de miseria que ahogaba hasta producir náuseas...

Y los Ancianos de blancas túnicas y de tiernos y puros corazones, razonaron así:

—"Esto que nos ha sido revelado a todos por igual, si es manifestación de la verdad, es lo que ha visto el niño durante su sueño de esta noche y hoy tendremos la comprobación en el cambio radical que se producirá en su personalidad espiritual".

El sueño de Yhasua duró hasta casi el medio día, o sea más de quince horas consecutivas.

Se despertó rodeado de los Ancianos que estaban de acuerdo en no hacer referencia alguna a su largo sueño, ni a nada de lo que se relacionara con él. Yohanán se había despertado unas horas antes y se había arreglado solo con los habitantes de los establos, pensando con cierta amargura que su compañerito estaría enfermo en cuanto los Ancianos no le despertaban. Yhasua se sentó en silencio en la piel del oso donde se quedó dormido, y apartó con desgano las mantas con que le habían cubierto.

En un banquito cerca de él estaba el tazón de leche y la cestilla con castañas, que era su acostumbrado desayuno.

— ¿Hicisteis ya la oración? –preguntó.

—Sí, hijo mío –contestó el Gran Servidor–, pero gustosos te acompañamos.

El niño se puso de rodillas, juntó sus manos sobre el pecho y comenzó con una media voz temblorosa como si estuviese conteniendo un sollozo:

—"Alabado seas, ¡oh, Dios! Señor de cuanto existe, porque eres bueno sobre todas las cosas y es eterna tu misericordia"..., –y continuó un largo rato con los versículos clamorosos y dolientes del Miserere.

Y luego, sentado sobre la misma piel en que había dormido, tomó en silencio su desayuno.

Entró Yohanán trayéndole un cabritillo que había nacido esa noche.

— ¡Cuánto has dormido, Yhasua!, ¿estás enfermo? –le preguntó.

— ¡Creo que no, nada me duele!

Los Ancianos, entregados a sus diferentes trabajos manuales, hacían como que nada veían ni oían, para dejar que los dos niños se expansionaran libremente.

— ¿Nada le dices a este nuevo habitante del establo?, –preguntó nuevamente Yohanán presentándole el cabritillo a Yhasua.

— ¡Pobrecillo!, –exclamó, pasando su mano por el sedoso pelo blanco y canela del animalito–. ¿Vienes también tú a padecer a esta tierra?...

— ¡Cómo!, –exclamó Yohanán–. ¿Te disgusta que haya nacido un cabritillo más? Con éste son ya cincuenta y siete. ¿No querías que llegaran a los setenta, como los Ancianos de Moab?

— ¡Mira, Yohanán!..., ¡no sé lo que me pasa, pero estoy disgustado de todo cuanto hay en la vida y quisiera más bien morir!...

— ¿Ni yo puedo traerte alegría?..., –decía entristecido Yohanán–. Hasta ayer me decías que yo era dichoso de estar aquí entre tanta alegría de vivir, ¿y hoy deseas morir?

—Sí, como Hussin... El dulce Hussin, que murió sin duda porque se encontró un día como me encuentro yo ahora.

— ¿Qué tienes ahora, Yhasua? –continuaba Yohanán, tendido también a medias sobre la piel del oso disecada; mientras Yhasua con el cabritillo dormido en sus rodillas pasaba maquinalmente su mano sobre él y miraba sin ver todo cuanto le rodeaba.

— ¡No sé, no sé!... Pero parece que hubiera pasado mucho tiempo encima de mi vida..., tengo pensamientos tan extraños, que ciertamente no son míos –continuaba el niño como bajo el influjo de una poderosa sugestión.

Mientras tanto, los Ancianos cortaban y cosían calzas de cuero los unos, esteras de cáñamo, cortinas y cestas de juncos, otros pulían cañas o mimbres para los secadores de frutas o de quesos, pero todos con el oído atento al diálogo de Yhasua y de Yohanán.

— ¿Tienes pensamientos que no son tuyos, has dicho? ¡Yhasua!..., ¡no te comprendo! Cuando yo pienso, el pensamiento es mío y no de otro. Cuando hace un momento pensé en traerte el cabritillo por contentarte, mío fue el pensamiento y de nadie más. ¿No es así? –Y Yohanán miraba con insistencia a su amiguito deseando descubrir el motivo de su malhumor.

—Sí, es así, Yohanán, y yo estoy cavilando en el modo de hacerte comprender lo que tengo.

—Sí, sí, ya eso me lo dijiste, que tienes un gran disgusto de todo.

“¿Es que quieres irte con tu familia porque estás ya cansado de nosotros?

—No, porque estoy seguro que entre mi familia estaría peor todavía.

— ¿Por qué?

—Porque mi madre padecería mucho; y mi padre y mis hermanos se pondrían muy irritados de verme así inútil y desganado de todo. Mientras aquí todos siguen tranquilos sus tareas sin hacerme caso, y así espero con sosiego que esto me pase. ¡Porque créeme, Yohanán, que quien más sufre con esto soy yo mismo!... ¡Yo que quería correr, jugar, reír, estos pocos días que me faltan de estar aquí!...”

¡De pronto, y en lo más apartado de aquella gruta, se oyeron sollozos ahogados, profundos!... Y más cercano a los niños, uno de los esenios más sensitivos de Moab se dejó caer desvanecido sobre las esteras de fibra que estaba tejiendo, nuevos gemidos suaves y sollozos contenidos comenzaron a oírse hacia distintos puntos de la gran caverna-cocina y comedor.

Yhasua sintió un fuerte sacudimiento, se levantó rápidamente y corrió hacia el que cayó desvanecido en las esteras. Luego miró al Gran Servidor, a todos, y su rostro reflejó una gran inquietud...

— ¿Por qué está así, Abdías?, ¿por qué solloza Efraín, Azarías y Absalón?... ¿Lo sabéis vos, Gran Servidor?

—Sí, hijo mío, lo sé, ellos son muy sensitivos, de tal forma que perciben profundamente el dolor, la alegría, la inquietud o cualquier estado de ánimo de los demás. Ellos han percibido el estado psíquico en que tú estás, lo han absorbido por completo, debido al gran deseo que tenemos todos de que vuelva a tu espíritu el sosiego y la alegría.

El niño reflexionó un instante y luego dijo:

— ¡Ya estoy bien, ya pasó! No quiero que ninguno sufra por mí.

— ¿Sólo tú tienes el derecho de sufrir por todos? –preguntó dulcemente el Gran Servidor.

—Paréceme que sí, a juzgar por lo que vi en sueños anoche. –Yohanán escuchaba en silencio asombrado de lo que oía.

Todos volvían a la más completa tranquilidad y el Gran Servidor continuó su diálogo con Yhasua que se había acercado hacia él.

—Sería muy interesante saber qué es lo que has visto en tu sueño.

—He visto muchedumbres que sufren, como yo nunca he visto una cosa semejante. Hombres que atormentan y maltratan a otros hombres, que les hunden en calabozos oscuros y húmedos donde mueren de hambre y de frío; ancianos y niños arrojados a precipicios por inútiles, para no darles el pan que no pueden ganarse. Hombres y mujeres llenos de juventud y de vida arrojados como alimento a las fieras que guardan las fortalezas de los poderosos; o degollados en los altares de dioses nefandos y malvados. Multitudes muriendo quemados en hogueras como se quema la leña para cocer el pan y los manjares; ahorcados, mutilados... ¡Oh, qué espantosas visiones las de mi sueño de esta noche!...

Y Yhasua se cubría el rostro con ambas manos, como si temiera volver a percibir las trágicas visiones de su sueño.

Luego continuó:

— ¡La Tierra como una naranja rodaba ante mí, y por todos los rincones de ella veía iguales espantos, iguales crímenes!..., y yo gritaba cuanto me daban mis fuerzas: "No matarás", dice la Ley. "Amarás a tu prójimo como a ti mismo", dice también la Ley; ¡pero nadie me oía y seguían matando, y la Tierra toda se empapaba de sangre, y los gritos, clamores y gemidos resonaban como un trueno lejano cuyos ecos seguían vibrando hasta enloquecerme!

Los Ancianos, todos, habíanse acercado para oír a Yhasua, que enardeciéndose cada vez más en su relato, acabó por gritar con exasperación terriblemente dolorosa:

— ¡Decidme!..., ¡decidme!, ¿qué mal hice yo para ser así atormentado con estas espantosas visiones, que matarán para siempre mi alegría de vivir?...

Los Ancianos estrecharon más el círculo en torno del niño y sus pensamientos de amor debieron formarle una suave y sutil bóveda psíquica.

El Gran Servidor le atrajo hacia sí y le abrazó tiernamente.

El niño, como un pajarillo herido, escondió su rostro en el noble pecho del Anciano y rompió a llorar amargamente.

Yohanán trataba de dominar su emoción, y José y Nicodemus, en segunda fila, pensaban con honda preocupación:

—Si Myriam, su madre, presenciara esta escena, nos pediría cuentas sin duda de este dolor moral, demasiado prematuro en su niño que aún no ha cumplido los trece años.

—Paz, Esperanza y Amor sobre todos los seres –dijo con solemne voz el Gran Servidor–.

"La Ley de los Instructores de humanidades no es como la Ley de los pequeños servidores de Dios, y no debemos alarmarnos por lo que acabamos de presenciar.

"Cuanto más elevada es la posición espiritual de un ser, más pronto y más vibrante es el llamado de la Verdad Eterna a su Yo íntimo.

"Bendigamos al Altísimo, porque Yhasua sintió el llamado en medio de nosotros, que conocedores de los procesos de la Ley en casos como éste, nos ha permitido prestar el concurso necesario para que el sufrimiento moral no causara desequilibrios, ni trastornos mentales ni físicos.

"Y tú, hijito mío, empieza a comprender que la misión que te ha traído a la vida física, exige de ti lo que se exige a un médico que llega a un país de leprosos y apestados, donde el dolor y la miseria llegan hasta el paroxismo. Piensa siempre, que alrededor tuyo está la Fraternidad Esenia, que es tu madre espiritual de esta hora, y en su seno

encontrarás siempre el lenitivo a los grandes dolores de un Instructor de humanidades.

Las manos de todos los Ancianos se extendieron sobre Yhasua, de pie ante el Gran Servidor, y durante un largo cuarto de hora.

La tranquilidad se reflejó en el expresivo semblante del niño, y uno de los Ancianos que era un clarividente explicó todo el proceso seguido por las Inteligencias Superiores durante el sueño de Yhasua.

El clarividente lo había relatado a los notarios antes que el niño despertara, y estaba plenamente comprobado con las manifestaciones que acababan todos de escuchar.

Y a fin de volver los ánimos a su estado normal, salieron todos al sereno vallecito donde pastaban los rebaños bajo los olivos frondosos y las vides cargadas de racimos.

Dos días después comenzaron a llegar los que habían recibido aviso de la presencia de los Ancianos de Moab en el Santuario del Monte Quarantana.

Casi todos llegaban a la madrugada, porque realizaban el viaje en la noche.

De Herodium, de Yutta, de Hebrón, de Betlehem y hasta de Jerusalén llegaban viajeros, esenios todos, que no querían perder aquella oportunidad pocas veces encontrada en la vida de seres que vivían para un ideal de perfección humana. Los Setenta Ancianos de Moab, eran los grandes maestros de la Fraternidad, eran sus Profetas, sus Apóstoles, sus Santos. Estaba en medio de ellos el Mesías, niño aún, y esta circunstancia agrandaba ante ellos aquel momento que acaso no se repetiría más en la vida que estaban viviendo.

Algunos sabían que se encontraba también allí, reencarnado, Elías Profeta en la persona de un niño poco mayor que Yhasua.

Varios personajes de importancia social y religiosa en Jerusalén acudieron también a aquella cita memorable. Aquel Nicolás de Damasco y sus amigos Antígono, Shamai y Gamaliel, nieto de Hillel, el mártir apóstol esenio de cincuenta años atrás. El lector recordará que en el Cenáculo de Nicolás tuvo lugar aquella grandiosa demostración de Sabiduría Divina que tuvo Yhasua. Ninguno de ellos dudaba ya de que el Verbo de Dios estaba encarnado en el niño nazareno, hijo de Myriam y de Yhosep.

Pero sería de gran importancia para ellos el conocer las opiniones de los Ancianos de Moab, grandes maestros en la ciencia espiritual. Los betlehemitas amigos de Yhasua desde la noche inolvidable de su nacimiento, Elcana, Josías, Alfeo y Eleazar, con aquellos familiares que pudieron acompañarles, acudieron también entre los peregrinos silenciosos, que disimulando su místico fervor bajo distintos aspectos, iban llegando a En-Gedí, perdida entre las montañas vecinas del Mar Muerto.

Jamás desfiló mayor cantidad de personas por la pobre Granja de Andrés, que en aquella oportunidad. Era la entrada obligada al Santuario, y todos debían pasar por allí.

Las grutas resultaban insuficientes para albergar con comodidad tantas personas del exterior, cuyo número pasaba de doscientos. Pero la primavera tibia y agradable de aquellos parajes, facilitó la concurrencia de los peregrinos, que permanecieron sólo un día y una noche en las grutas del Santuario.

Los Ancianos se dedicaron, privadamente, a escuchar las consultas de orden espiritual de los viajeros, cuyo grado de conocimiento era diverso, pues los había desde el grado primero hasta el cuarto.

Era una gran Escuela entre las rocas donde todo ornato material faltaba, pero donde flotaba la uniforme armonía emanada de muchas almas que buscaban un mismo fin: La Verdad Divina, que debía fijar para siempre, la ruta a seguir en el planeta Tierra.

Cuando todos fueron oídos y satisfechos en sus consultas, se preparó la asamblea general a la caída de la tarde en el recinto mismo del Santuario, que apareció con todos los velos descorridos y las mamparas divisorias levantadas, ya para dar mayor amplitud al recinto, como para dejar en todos la sensación de que estando en medio de ellos el Verbo encarnado, desaparecían todas las categorías y divisiones, para quedar confundidos como un alma sola que se unía al Ungido Divino a fin de secundar su obra de liberación humana.

—Ahora, somos todos discípulos en torno del Gran Maestro –había dicho el Gran Servidor, cuando todos los Ancianos estuvieron de acuerdo en que desaparecieran las reservas y separaciones que hasta entonces se habían observado con gran rigidez–. Y si él se hará pequeño para igualarse a nosotros, cuanto más debemos bajar nosotros para igualarnos a los que están a menos altura espiritual y moral que la que hemos conquistado mediante siglos de evolución.

En sus conversaciones privadas con cada uno de los peregrinos, los Ancianos se habían esmerado en grabar profundamente en todas las almas la frase final de la Ley de Moisés, sobre la cual pusiera Yhasua una noche su dedo, diciéndole a Yohanán:

"Para ésto sólo, hemos venido tú y yo a la Tierra".

La frase aquella: "Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo", encerraba para los esenios como para el Cristo mismo, el resumen completo de toda la Ley.

El que en esto no hubiese pecado, estaba libre de toda culpa y podía presentarse tranquilo y sereno a la asamblea presidida por el Verbo Divino, que seguramente sería de una claridad deslumbradora sobre todas las conciencias.

Y casi todos, en sus íntimas confidencias con los Ancianos, tuvieron que reconocer que en esas palabras finales de la Ley se encierra una elevadísima perfección, a la que sólo muy pocos podían llegar.

Todos habían hecho obras de misericordia, de hospitalidad y ayuda mutua. Todos habían socorrido a los necesitados, pero igualar al prójimo consigo mismo en la participación de un beneficio, eso, eran muy pocos que lo habían hecho.

Y a la luz radiante de aquella frase final de la Ley, se diseñaron desde aquel momento que quedó ignorado de la humanidad, las siluetas inconfundibles de los verdaderos discípulos del Cristo Redentor, o sea los que fueron capaces de amar al prójimo como a sí mismo.

El Hombre-Luz había ya marcado su ruta inmortal y divina.

"Querubín del Séptimo Cielo" como le llamaban los esenios, había dejado toda su gloria, su grandeza, su inefable felicidad, y bajando a la sombría cárcel terrestre como un príncipe ilustre que hubiese dejado todo para hundirse durante años en las negruras de un calabozo, con el único fin de libertar a los amarrados a él.

Impropio de este símil, pues que el Cristo dejó mucho más, incomparablemente más, que un príncipe de la tierra puede dejar; pero en nuestros pobres modos de expresión, no encuentro una figura, una imagen que pueda parangonarse con el sublime y heroico renunciamiento del Cristo. ¿Qué menos pues podía exigir él a los que quisieran ser sus discípulos, que decirles: Ama a tu prójimo como a ti mismo?

Fue entonces que aquella asamblea entre las rocas, vislumbró el alcance de la frase inmortal que el Cristo tomaría como base para su apostolado de amor fraterno. Y desde ese momento, todos los asistentes a ella, tomaron la inquebrantable resolución de donar la mitad de sus bienes materiales a la obra misionera del Cristo.

Los Ancianos de Moab y de todos los Santuarios aportarían también la mitad del producto de sus trabajos manuales para el Santo Tesoro como le llamaron, porque consideraron que nada era más sublime y excelso que demostrar con hechos, que el bien del prójimo era su propio bien.

Si la Roma idólatra y pagana sustentaba sus orgías imponiendo pesados y onerosos tributos a los pueblos dominados, el "Tesoro Santo" fruto del amor al prójimo, haría frente a la miseria y al hambre que la dominación de los Césares imponían sobre el mundo.

Tales eran los sentimientos que animaban a todos los que rodearon al Cristo niño, en aquel momento de su existencia terrestre.

Y de aquellos peregrinos se designaron los "Guardianes del Tesoro Santo" para cada ciudad o pueblo, facilitando así la entrega de los donativos anuales que debían hacer.

José de Arimathea, Nicodemus y Nicolás de Damasco en Jerusalén; Elcana y sus amigos Alfeo, Josías y Eleazar, para Betlehem; Andrés de Nicópolis y dos tíos de Yohanán, para Hebrón y Yutta, y sucesivamente se fueron designando los Guardianes entre los esenios más conocidos y probados, para todas las regiones desde Madián hasta Siria.

—Sólo así seremos dignos –decían las conciencias de todos–, de cooperar en la obra del Cristo basada en la frase inmortal:

"Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo".

Conocedores los Ancianos de que las almas humanas sólo pueden llegar a la unión con la Divinidad mediante una perfecta tranquilidad de conciencia, creyeron haber hecho cuanto les era posible para conseguirla. Los grandes entusiasmos por las causas elevadas y nobles, son también contagiosas, y aquel núcleo de esenios reunidos en torno al Cristo niño, en las grutas del Monte Quarantana, vibraban todos a igual tono como cuerdas de un arpa dispuesta para un concierto divino.

Y cuando todo estaba resuelto y asegurado en el orden material, se comenzó la preparación espiritual mediante el canto de un salmo coreado por todos los Hermanos reunidos.

Al pie del pedestal donde descansaban las Tablas de la Ley, se había colocado una tarima de tres pies de altura y sobre ella dos taburetes de encina. Los Setenta Ancianos de Moab rodeaban en doble fila aquella tarima, y a su frente los demás Ancianos, terapeutas y peregrinos.

El Gran Servidor entró último, con Yhasua y Yohanán, que fueron colocados en los dos taburetes.

Un leve perfume de incienso flotaba como una ola invisible por el sagrado recinto y varios laúdes ejecutaban una melodía suavísima.

En aquel serenísimo silencio podía percibirse claramente este unánime pensamiento elevado a la Divinidad:

"¡Dios Omnipotente, autor de todo cuanto existe!... Déjanos ver la grandeza de tus designios, si es que nos permites colaborar con tu Mesías en su obra de salvación humana".

Y el pensamiento unánime elevado a la Divinidad desde el fondo de los corazones, obtuvo la respuesta deseada.

Yhasua y Yohanán se inclinaron uno hacia el otro como si sus cabezas buscaran apoyo. Su quietud perfecta semejaba un tranquilo sueño, pero sus ojos permanecían abiertos.

De pronto los dos se irguieron sobre la tarima, como si una misma voz les hubiera mandado levantarse.

— ¿Sabes tú lo que esto significa? –preguntó Yohanán a Yhasua.

—Sí –repuso el niño–. Esto significa que todos cuantos nos rodean saben ya que en ti está encerrado el espíritu de Elías Profeta, y en mí está Moisés el que grabó esta Ley sobre tablas de piedra.

“Tu fuego hizo arder un día ante mí la zarza de Horeb, y resplandecer como una llamarada ardiente el Monte Sinaí. Enciende ahora tu fuego sobre todas las leyes brotadas del egoísmo humano para que consumidas ellas aparezca radiante y viva Mi Ley de la hora presente”.

Un suave nimbo de luz sonrosada iba envolviendo a Yhasua, y un fuego vivo convirtió a Yohanán como un ascua ardiente. El vívido resplandor pareció borrar todo lo que había detrás de los niños, las Tablas de la Ley, los atriles con los Libros de los Profetas, y todas las Escrituras Sagradas. Y sobre un fondo oscuro como de negro ébano, una mano luminosa escribía con un punzón de fuego y con grandes caracteres:

“Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo”.

Poseída de extraña y poderosa conmoción, toda la asamblea se había puesto de pie sin creer casi lo que sus ojos veían.

Sólo los Ancianos de blancas túnicas parecían estatuas de marfil, inmóviles como los estrados de piedra en que estaban sentados.

— ¡Yohanán!, –dijo Yhasua con vibrante voz–. ¡Por traer al mundo esta Ley Nueva, morirás tú asesinado por los hombres, moriré yo asesinado por los hombres, y morirán tres cuartas partes de los que han presenciado esta manifestación de los designios de Dios, también asesinados por los hombres!

“¿Puedes tú contar las arenas del mar y las estrellas que pueblan el espacio infinito?...

“Tampoco podrás contar los espantosos asesinatos que cometerán los hombres ciegos e inconscientes por causa de esta Nueva Ley. No obstante, ella encierra un mandato supremo del Padre, junto con su última mirada de misericordia y su último perdón para esta humanidad delincuente. Pero, ¡ay de ella cuando esta misericordia y este perdón hayan sido acallados por la voz vibrante de su Justicia inexorable!”

Yohanán parecía una estatua de fuego, y sus dos manos levantadas a lo alto arrojaban un resplandor vivo, casi púrpura.

Y aquella vívida claridad diseñó en el oscuro fondo de aquel escenario intangible, escenas terribles que nadie podía precisar a qué época pertenecían.

Sobre un árido montículo lleno de guijarros y blancos huesos humanos enredados en zarzales resecos, se veía un hombre crucificado, y luego otros y otros más, hasta formar como un bosque de gruesos troncos con seres humanos pendientes de ellos.

Vióse luego un calabozo en el fondo de un oscuro torreón almenado, y allí un verdugo con el hacha mortífera y una hermosa cabeza de hombre sostenida por los cabellos, mientras el tronco palpitante aún se estremecía sobre el pavimento entre un charco de sangre. Y más allá de él, otros y otros hombres, mujeres y niños decapitados.

Y perdida casi en un fondo nebuloso, se veía una multitud ebria, fanática, enloquecida por la desenfrenada orgía en que se solazaba feliz, dichosa al compás de lúbricos cantares y de histéricas carcajadas...

Estas visiones duraron sólo poquísimos minutos, mucho menos del tiempo que tardo en escribirlo.

Yhasua, como espantado él mismo de tantos horrores, tocó los brazos levantados de Yohanán mientras decía:

— ¡Apaga ya tu fuego, Elías, hijo de Orión, y que vuelva a nuestros corazones la Paz, la Esperanza y el Amor!

Yohanán cayó desplomado al suelo, como si al extinguirse el fuego de sus manos se hubiera agotado toda su fuerza y energía físicas.

Yhasua se dejó caer como desfallecido sobre el taburete en que se había sentado al comenzar, y exhaló un hondo suspiro.

Los resplandores se habían extinguido súbitamente al caer Yohanán desplomado al pavimento, y poco a poco fueron recobrando todos, la serenidad.

Y después de llevar a ambos niños a reposar en un estrado, entre mantas y pieles, el Gran Servidor habló a la asamblea en estos términos:

—Por permisión divina, vuestros ojos han visto lo que costará en sacrificios y en sangre la redención humana terrestre.

"Mártires seremos todos los que por propia voluntad brindemos al Verbo de Dios nuestra cooperación a su obra salvadora. Acaso pasarán muchos siglos, sin que podamos recoger el fruto de la semilla de Amor fraterno que sembremos con inmensos sacrificios y dolores.

"Aún estamos a tiempo de desandar lo andado. Los caminos de la Fraternidad Esenia se bifurcan desde este solemne momento en que el Altísimo nos deja ver el precio que tiene la liberación de las almas sumidas en las tinieblas de la ignorancia y de su atraso moral y espiritual.

"Si alguno se siente débil ante la difícil jornada, olvide cuanto ha visto y oído, y vuelto a la vida ordinaria como si no conociera la vida espiritual, viva para sí mismo y para los suyos, sin compromisos ulteriores de ninguna especie. La Fraternidad Esenia acabará de cumplir su misión cuando el Cristo sea puesto en contacto con la humanidad.

"Entonces, será su palabra y su pensamiento genial los que crearán nuevas Escuelas y Fraternidades. Nosotros nos apagamos en la penumbra y el olvido, para que él resplandezca en la luz.

"No quiero vuestra respuesta en este momento de entusiasmo espiritual, en que torrentes de energía y de luz, de esperanza y de amor hacen de vosotros arpas vivas que vibran sin voluntad propia.

"Volved a vuestro ambiente habitual, meditad en todo cuanto el Altísimo quiso manifestaros; medid vuestras fuerzas y fríamente decidid vuestro camino a seguir.

“Que la Luz Divina ilumine vuestra conciencia”.

Los esenios de los grados primero y segundo vacilaron después de una fría y serena meditación. Una tercera parte de ellos se sintieron acobardados y dejaron para más adelante su decisión sobre el particular.

Tenían siete años de plazo para decidirse, o sea, cuando el Verbo encarnado llegase a sus veinte años de vida física.

Con el tiempo sabremos quiénes permanecieron fieles al llamado de aquella hora, y quiénes se apartaron por temor a los tremendos sacrificios que se podían vislumbrar a lo lejos.

Dos días después los Ancianos de Moab cruzaron por las balsas el lago, a la luz de la luna menguante, cuyo amarillento resplandor semejaba un velo de topacio que hacía innecesarias las antorchas y las cerillas.

Y a la madrugada siguiente, José de Arimathea y Nicodemus con Yhasua y los terapeutas, emprendían el regreso a Jerusalén acompañados por los amigos betlehemitas que tan familiares nos son desde el comienzo de este relato, los cuales quedaron en la vieja ciudad de David, después de despedir tiernamente al Niño-Luz que acaso no volverían a ver hasta después de mucho tiempo.

32
EL NIÑO APÓSTOL

Nazareth, la pintoresca ciudad galilea vecina del Monte Tabor y del lago de Tiberíades, recibió a Yhasua doce días después, y esta vez para permanecer en ella bastante tiempo.

El niño volvía a su hogar nazareno completamente cambiado. No era el mismo Yhasua que vieron partir cincuenta días antes.

— ¡Qué bien te sentaron los aires de Jerusalén! –le decían sus hermanastros, bromeándole.

— ¿Te gustó el Templo? ¿Te maravilló la ciudad? ¡Vamos! Yhasua, cuéntanos tus impresiones y así sabremos si has comprendido bien todas las cosas.

Hay que advertir que Myriam había dicho al niño, que su viaje al Monte Quarantana nadie debía saberlo sino sólo su padre. Este había observado también un cambio en el niño, y así lo decía a Myriam, su esposa.

—Una energía nueva dio Jehová a nuestro hijo –decía Yhosep a Myriam, viendo a Yhasua que aún pasada la puesta del sol, continuaba en el taller poniendo en orden todas las herramientas, restos de madera, molduras sin terminar, listones y utensilios en general.

Y cuando ya se apagaban las últimas claridades de la tarde, cerraba todas las puertas y entregaba en silencio las llaves a su padre.

—Yhasua –le dijo Yhosep al recibirle una tarde las llaves y en presencia de Yhosuelín, de Ana y de Jaime–. ¿Te ha desagradado el viaje que has vuelto un tanto taciturno?

— ¡Padre!, –contestó con resolución el niño– nada contesté a mis hermanos mayores cuando me hicieron parecidas preguntas, porque no sé como tomarían ellos mi respuesta; pero si no os va a ofender mi franqueza, os diré que el viaje me fue encantador, la vista de la ciudad, espléndida; el Templo lleno de riqueza y de magnificencia; ¡pero lo que se hace en la ciudad y en el Templo me ha parecido desastroso, horrible..., y malo!

— ¿Cómo, hijo mío?

—Como lo oyes, padre. En nada se ve allí la ley de Moisés, sino la más grosera y torpe manifestación de egoísmo refinado, de interés, de lucro y de ambición.

"Es harto más puro nuestro ambiente galileo, padre, y si de mí dependiera no cambiaría los aires de nuestra provincia por los de Judea con todo de estar en ella Jerusalén y el Templo.

— ¿Pero hablas en serio, Yhasua? –insistió Yhosep asombrado.

— ¡Oh, padre! No por tener doce años he dejado de comprender lo que pasa en la ciudad de los Reyes y en la casa de Jehová, que lo diga sino Yhosuelín que ha visto y sabe tanto como yo.

El padre miró a aquel otro hijo que guardaba silencio, y en esa mirada había interrogación.

—Es verdad, padre –dijo el aludido–. El Templo es como un gran mercado donde los sacerdotes comercian descaradamente, a excepción de los que son esenios, que no se dedican a la matanza de animales.

—Pero los sacrificios de animales están prescritos por Moisés –alegó Yhosep con cierta vacilación.

— ¡No, padre!, –arguyó decididamente el niño–. Yo estudié las escrituras de Moisés en los Santuarios esenios, y sus escritos que son breves y concisos, no sólo no autorizan tales matanzas, sino que por el contrario aconsejan a los Ancianos del pueblo hebreo a que traten de acostumbrar al pueblo a cambiar los holocaustos de sangre, por los de frutos de la tierra y flores de los campos y resinas olorosas de los bosques. Y añade más aún, estas palabras que son glosadas por Isaías, Ezequiel y Jeremías:

"Más agrada a Jehová la pureza del corazón y la misericordia en las obras, que la grosura de carneros y de novillos".

"Pero es bien notorio que el quemar un puñado de harina, una manzana o una pizca de incienso, no deja a los sacerdotes las pingües ganancias de un novillo; y allí se matan centenares cada día, y sus carnes y sus grasas se las compran a precio de oro los mercaderes en los fondos del huerto mismo, en que terminan las tierras del Templo.

¿Creéis que Yhosuelín y yo no hemos visto los bolsillos de oro y plata que los mercaderes entregaban a los sacerdotes en las puertas traseras por donde entran los leñadores?

Yhosep dolorido, dijo:

—Bien, bien, hijo mío, y tú también, Yhosuelín, que nadie os oiga hablar como lo habéis hecho delante de mí. Grandes calamidades vendrán sobre nuestro pueblo. Roguemos al Señor que tenga piedad de nosotros.

Y levantándose, entró a su alcoba donde su alma de hombre justo y piadoso se desahogó en silencioso llorar.

Bajo su aspecto severo y casi rústico, se escondía un corazón de oro, y sentía de verdad honda pena por la amargura que adivinaba en Yhasua y por los grandes males que esperaba para su pueblo.

Casi tres años habían pasado sobre la vida de Yhasua, que continuaba en su hogar de Nazareth entre sus tareas de ordenador del taller de su padre, sin que por esto descuidase el ayudar a Myriam en sus afanes de ama de casa. Renovar con frecuencia los cántaros del agua traída de la fuente, remover los secaderos de frutas, regar las hortalizas y plantaciones del huerto, eran las formas de ayuda que él prestaba a su madre.

Una gran tristeza empezaba a infiltrarse en su espíritu, como si una sombra lo fuese oscureciendo poco a poco.

Y así, después de haber cumplido sus deberes habituales, iba a sentarse en un banquillo que él mismo se había hecho, y que estaba oculto allí donde el niño solía esconderse a pensar. Aún estaba colgado allí aquel original llamador, que él inventó para que su madre lo llamase cuando le fuera necesario.

Y en aquel apartado rincón del huerto, el Hombre-Luz de quince años de edad, dialogaba con su Yo interno:

— ¿A esto vine yo a la vida física, dejando aquel espléndido y divino cielo de los Amadores que describía Antulio en sus maravillosos relatos? ¿A regar hortalizas y matar hormigas, a remover los secadores de frutas, a colocar en su sitio los martillos y los escoplos? ¿A vegetar como un animalejo cualquiera que come, duerme y trabaja?

"¿Estudiar los Libros Sagrados? ¿Para qué, si los doctores y sabios de Israel les dejan apolillarse en alacenas clausuradas, y han construido otros que marquen rutas nuevas a la humanidad, que si mala era a fuerza de egoísmo e ignorancia, más mala se tornará día por día apartándola de la verdadera Ley Divina escrita por Moisés?

"¡Los Profetas!..., ¿quién se cuida de los Profetas hoy, si hay tantos sabios y doctores que interpretan las leyes de Dios en forma de no perjudicar las conveniencias de los poderosos, y tener más sumiso y doblegado al pueblo?

“Y si fueron olvidados los grandes Profetas de la antigüedad, ¿puedo soñar yo, con ser escuchado?, ¡pobre de mí!, sumido entre las herramientas de un carpintero, cuidando las hortalizas de un humilde huerto galileo.

“¿Qué fugaz y engañosa visión fue la de los Ancianos de los Santuarios esenios, que alimentan la ilusión de que soy yo el Mesías de Israel?

“¡Yo!..., ¡yo!, ¡yo!, ¡mísero chicuelo desconocido, hijo de artesanos galileos, de los cuales se dice que “nada bueno puede salir”!

“Entorpecido por la inacción; decepcionado por mi propia incapacidad; cansado de una vida inútil sin finalidad definida ninguna, me veo como un árbol estéril para la vida física, y estéril para la vida espiritual”.

Tales eran los monólogos de Yhasua durante el postrero de estos tres años, o sea, cuando había cumplido los quince años de edad.

Myriam, su madre, adivinaba que algo desusado y anormal bullía en el corazón de su hijo, al cual no le fue posible arrancarle ni una palabra al respecto.

Una mañana cuando el niño hacía el tercer viaje a la fuente por agua, no regresó hasta pasado el mediodía.

Era una hermosa mañana de primavera, y como la noche antes había caído una lluvia mansa y serena, las flores cuajadas de rocío parecían llorar lágrimas sobre los pies desnudos de Yhasua, que se dirigía a la fuente con gran lentitud.

Faltaban aún unos cincuenta pasos para llegar, cuando descubrió unos pies menudos y polvorientos que salían de entre un matorral, al pie del cual estaba un cántaro vacío.

Dejó el suyo al lado del camino y abriendo suavemente las enredaderas que entretejidas formaban una sombría gruta, se inclinó para saber qué ocurría al dueño de aquellos pies.

Vio que era una niña que gemía tristemente, y cuya respiración bastante rápida y fatigosa indicaba una próxima crisis nerviosa.

Yhasua condolido hasta lo sumo, se arrodilló en tierra para hacerse escuchar de ella.

Al verle el rostro la reconoció.

— ¿Eres tú, Abigail?, ¿qué te ha pasado que estás así tirada en el suelo?

—Venía de casa al tercer viaje de agua, y en todos los tres me ha perseguido a la carrera un mal hombre que se esconde tras la colina grande. Tengo tanto miedo y estoy tan fatigada, que me tiré aquí a descansar para poder volver. Temo caerme por el camino y romper el cántaro.

—Vamos, cobra ánimo –le dijo Yhasua tratando de ayudarla a incorporarse–, que yo llevaré tu cántaro hasta tu casa.

—No podrás llegar, porque la tía Michal es muy severa y me llamará inútil y haragana como de costumbre. Si fuera a su hija, la excusaría, pero no a mí que soy la ajena en casa.

“¡Qué malo es no tener madre, Yhasua!..., –y la niña rompió a llorar.

—No llores, Abi, no llores, que desde hoy yo seré tu hermano para defenderte en todo y contra todos.

“Si no quieres que llegue hasta tu casa, te acompañaré hasta pasado el barranco, y nada tendrás que temer.

“Vamos a la fuente donde te mojaré la frente y beberás un sorbito de agua pura que te hará bien.

Levantó el cántaro de la niña y el suyo, y se dirigieron hacia la fuente.

— ¿Y por qué la tía Michal te manda sola a la fuente y no viene también su hija? –preguntó Yhasua.

—Porque ella se ocupa de hacer bordados y encajes para adornarse, y yo hago la sierva. Ella tiene su madre y yo no. ¿Comprendes, Yhasua?

— ¿Y tu padre no mira por ti?

—Desde que se casó con la mujer que hoy tiene, no quiere saber de nosotras. Mis hermanas están sirviendo a otros parientes y pasando igual vida que yo. Nuestro mal no tiene remedio.

— ¿Cómo que no tiene remedio?, –preguntó con vehemencia Yhasua–. Ya verás, Abi, ya verás como pongo remedio.

— ¿Tú?, ¿qué puedes hacer, casi tan pequeño como yo?

—Tengo quince años cumplidos este invierno. He comenzado a ser un hombre, y si Jehová no me dio la vida sólo para correr lagartos, creo que algo puedo hacer por ti. Mañana mismo vendré varias veces a la fuente, aquí nos encontraremos y casi estoy seguro que te daré una buena noticia.

Llegaron, Yhasua llenó el cántaro de la niña y dejó el suyo en lo alto de un árbol atado a una cuerda. La hizo beber en el hueco de sus manos, le mojó repetidamente la frente y las manos, y cuando la vio más tranquila la invitó a marchar, pero después que hubo llenado bien el zurrón de pequeños guijarros, y tomado una sólida vara de fresno.

—Esto por si se nos presenta un enemigo, –explicó sonriendo a la tímida Abi que no salía de su asombro a la vista de la decisión de su compañero.

Nadie apareció en el camino donde Yhasua se quedó a cincuenta pasos de la casa perdida entre higueras y olivos, y no se marchó hasta que vio entrar a la niña, que le saludó a lo lejos agitando su mano.

Este pequeño incidente, al parecer sin importancia alguna, produjo una fuerte reacción en su espíritu. Había alguien que le necesitaba en la vida en esos momentos: la pobre huérfana que con sólo doce años de edad, llevaba sobre su almita buena, una carga de humillación, de desengaños y dolores.

—No seré Mesías ni Profeta –decía Yhasua dialogando consigo mismo–, si no está en mi ley el serlo, pero seré un hombre útil a los débiles y pisoteados en la vida, tratando de aliviarlos en sus penas y sus incertidumbres.

"Las vidas extraordinarias, el Señor las da a quien las pueda vivir con méritos y acierto en bien de la humanidad; yo no soy quién para pretender vivir una de esas vidas. El grande amor de los Ancianos hacia mí les ha ofuscado, haciéndoles ver en mi pobre persona al Deseado de Israel.

"Yhasua..., apréstate humildemente a ser un hombre de bien, capaz de amar a tus semejantes y hacerles el bien que te sea posible, sin tornar a pensar en grandezas sublimes que nunca estarán a tu alcance".

Volvió a la fuente, cargó un cántaro lleno de agua y marchó a su hogar donde encontró a su madre que le esperaba con cierta alarma.

—Nunca tardaste tanto, Yhasua, ¿qué te ocurrió?, –le preguntó Myriam, disponiendo la comida sobre la mesa.

—Nada de extraordinario madre: una pobre niña asustada por un mal hombre escondido en un barranco, tuve que acompañarla a su casa y llevarle el cántaro, pues no tenía fuerzas para llevarlo ella...

—Ya se preparaba tu padre, no bien terminamos la comida para ir a buscarte.

—No era necesario, madre, ya soy mayor y estoy fuerte, y puede ser que muchas veces me suceda como hoy.

Y comió en silencio.

Sin saber por qué, Myriam sintió como una alarma en el fondo de su espíritu.

Parecióle que durante el tiempo que tardó Yhasua en ir y venir de la fuente, había cambiado por completo y que ella tenía algo que temer de ese cambio. Dos días después, Yhasua volvía a encontrarse con la pobrecita huérfana cuya alegría al verle llenó al niño de satisfacción.

— ¡Yhasua, qué alegría pensar que ya no estoy tan sola en el mundo!

Estas sencillas palabras cayeron como un suave rocío sobre el alma entristecida del adolescente que se creía, no sólo innecesario, sino hasta inútil en el mundo.

Mas, se limitó a sonreírle al mismo tiempo que le extendía una pequeña bolsita que sacó de su cántaro vacío.

—Esto es para ti –le dijo–. Son pastelitos de miel que pedí a mi madre para traerte como un regalito. ¿Te gustan, Abi?

— ¡Oh, sí!..., ¡mucho! y si vienen de ti me gustan mucho más. Pero si quieres los comeremos aquí los dos juntos, porque a mi casa no los puedo llevar –contestó la niña, sentándose en el zócalo del pozo. Yhasua se sentó a su lado.

—Te prometí días pasados que remediaría tu situación –dijo el niño pasado un momento.

— ¿Y qué piensas hacer?, –interrogó ella mirándole fijamente.

—Hablé con el Hazzan de la Sinagoga, cuya esposa es anciana y necesita ayuda para las faenas de casa. Es una mujer dulce y buena como el pan y la miel, y ella te amaría como a una hija, si tú la quieres como a una madre.

La alegría de la niña fue tanta, que olvidándose de los pastelitos, saltó hacia Yhasua, le abrazó y besó en la mejilla.

— ¡Oh, qué bueno eres, Yhasua, que así te ocupaste de mí!

—La Ley me lo manda, Abi, cuando dice: "Ama a tu prójimo como a ti mismo". Si yo estuviera en tu situación me gustaría que se ocupasen de mí para aliviarme.

"¿No lo harías tú también conmigo o con otros, que estuvieran como tú ahora con un gran padecimiento?

— ¡Ya lo creo que sí!, –contestó la niña.

—Pues bien, la esposa del Hazzan irá mañana y tratará el asunto con tu tía, y yo iré con ella por si en algún momento es necesaria mi presencia.

— ¡Eres todo un hombre, Yhasua!, –exclamó Abigail–. ¿Quién te enseñó todo eso?

—Me lo enseñó la Ley de Moisés en acuerdo con mi conciencia. Has tú lo mismo, Abi, siempre que veas un semejante en estados dolorosos y terribles, porque esa es la Ley de Dios..., la única Ley, ¿comprendes?, ¡la única!

— ¡Eres como el sol, Yhasua!, –seguía diciendo agradecida la niña–. ¡Donde tú estás, está la luz! ¡Cuánto te quiero!

—Y yo a ti, Abi, porque eres la única criatura en el mundo que ha necesitado de mí. Eso de saber que sin mi esfuerzo por remediarte padecerías mucho, cree que me da fuerzas para continuar viviendo. ¡Oh, mi pobrecita flor silvestre pisoteada en el camino!, –añadió el niño dulcemente, pasando su mano por los cabellos obscuros de la niña–.

"Te aseguro que Jehová te eligió para hacerme amar la vida en estos momentos, en que creía morir de decepción y de tedio.

"¿Sabes tú lo espantoso que es creerse inútil en el mundo?

La niña comenzó a lloriquear silenciosamente.

— ¿Por qué lloras, Abi? ¿No estás contenta de que haya remediado tu situación?

— ¡No, Yhasua, no! Porque cuando ya veas que no necesito de ti, querrás morir de nuevo y me dejarás sola..., sola..., sola. Déjame, pues, padeciendo como estoy, que así seguirás viviendo para mí que te necesito.

— ¡Ay, pobrecilla tontuela!..., –exclamó Yhasua secando las lágrimas de la niña–. ¿No ves que estoy contento de saber que me quieres? ¿No ves que ya nunca pensaré que soy inútil, puesto que he sido capaz de consolarte?

“Consolar un dolor, Abi, es parecerse a los ángeles de Dios. Los hombres de esta tierra buscan hacerse grandes y dejan a un lado el único camino para serlo: consolar a los que sufren y derramar el bien sobre la tierra.

—Sellemos nuestra amistad, Yhasua, comiendo juntos los pastelitos de tu madre –decía la niña ofreciendo uno a Yhasua.

—Bien, bien, Abi, veo que has comprendido que seremos buenos amigos. Cuando estés ya en casa del Hazzan, ¡cuántas bellas cosas te enseñaré de tantas como yo sé!

Y tal como lo había dicho, Yhasua acompañó a la esposa del Hazzan a casa de la tía Michal, la cual se desató como una cotorra irritada en contra de la pobre huérfana, tratando de convencer a todos de que no servía para nada y que ni aún le compensaba el alimento y vestido que le daba.

Aunque la esposa del Hazzan estaba prevenida por Yhasua, lo miró como interrogando al niño, pues de ser cierto lo que decía la tía Michal, aquella infeliz huérfana no le sería más que una carga.

Yhasua intervino como podía hacerlo una persona mayor.

—La esposa de nuestro Hazzan es una buena sierva de Jehová que entiende muy bien la Ley de Moisés; y como sus hijos ya están casados y no le causan peso alguno, ha pensado en tomar una niña para enseñarla a su manera y que le sirva a la vez de compañía en su solitario hogar. Siendo Abigail como vos decís, tía Michal, que no sabe hacer nada bien, dejad que esta buena anciana se tome el cuidado de educarla, ya que ella así lo desea.

— ¿Y por qué tomas cartas en este asunto? ¿Serás pariente suyo?, –preguntó con acritud la mujer, cuyo carácter se dejaba conocer de una aspereza que hacía daño.

—Es un discípulo de mi esposo –insinuó la anciana–, y además vino a guiarme, pues desconocía yo esta casa.

— ¿Y cómo sabíais de la rapazuela de mi sobrina?, –volvió a preguntar la mujer.

—Es bien notorio en Nazareth, donde todo se comenta en la fuente, que os pesa demasiado la huérfana –contestó Yhasua–. Y como esta anciana necesitaba una niña para compañía, yo le indiqué que acaso convendría vuestra sobrina.

— ¿Qué salario le daréis?, –preguntó Michal a la anciana.

—El ordenado para niños de su edad –contestó la anciana.

La mujer pensó unos momentos, y luego añadió:

—Llevadla, pero no quiero quejas luego, si ella se conduce de mala manera.

—Estad tranquila, buena mujer, que yo me entiendo de educar niños, –contestó la anciana.

La mujer llamó a la niña de muy mala manera y la ordenó poner en un bolso la ropa y seguir a la esposa del Hazzan.

La pobrecilla Abigail disimuló muy bien su alegría y al cabo de unos instantes volvía cargada con un fardo que Yhasua se apresuró a tomar para llevarlo él.

—Espera –dijo Michal–, que tengo que registrarlo, no sea que esta pilla lleve cosas de mi hija.

—Dejadlo todo, buena mujer –dijo la anciana–. Es muy malo humillar así a los niños y sin motivo. Vamos –dijo, levantándose y tomando a la huérfana de la mano.

Yhasua tiró el fardo al suelo y se hizo a un lado dejando pasar a la anciana y la niña; y volviéndose a Michal con una energía que la asustó, le dijo a media voz:

—La maldad de tu corazón será castigada un día en tu hija, a la cual yo salvaré de que sea apedreada por adúltera en la plaza pública. Quedas avisada.

¿Qué fuerza irradiarían aquellas palabras, que la mujer se quedó como paralizada en la habitación sin poder contestar palabra?

Cuando reaccionó, quiso correr a llamarles para dar una explicación, pero no les vio por ninguna parte, dado que el sendero era muy tortuoso y poblado de arbustos y enredaderas.

El agravio recibido había enrojecido el rostro de Abigail, que a poco empezó a llorar silenciosamente.

Yhasua la tomó de la mano para decirla:

— ¿Te entristece dejar la casa en que has sufrido tanto?

—No, Yhasua, pero me avergüenza tanto que me creáis una ladrona.

—Hija mía, no digas eso que nos ofendes –díjole la buena anciana a la cual llamaban todos: la abuela Ruth.

— ¿Crees que no hemos comprendido la maldad de Michal?, –añadió el niño–, olvídate de esa casa y sus moradores para siempre, Abi, para siempre, ¿lo oyes?

“El Hazzan arreglará las cosas en forma que tus salarios se depositen en seguro para formar tu dote el día de mañana, pues que ni ella ni tu padre merecen la confianza de quienes te protegen desde este momento. No te preocupes más que de ser buena y dichosa, bendiciendo al Señor porque ha tenido piedad de ti.

Sucede casi siempre, que ciertos hechos tienen como una repercusión en el ambiente, tal como si una onda etérea llevase sus vibraciones por muchas almas. Y la protección dada por Yhasua a la pobre huérfana, tuvo que repetirse en varios casos más, como si los desamparados y desvalidos hubieran sido enviados al Mesías adolescente, para que él los amparase en su situación.

Circunstancias especiales y no buscadas por él, ponían a los sufrientes en su camino, a su alcance, a su mismo lado, como si la Eterna Ley quisiera convencerle de una vez por todas, de que la misión de "Salvador de la humanidad" era suya y de nadie más.

Abi, era la primera humilde florecita de sus jardines de amor, y fue así que tuvo para ella una tierna solicitud y afecto que jamás conoció menguantes en su corazón.

En pos de ella, llegaron otros y otros, como atraídos por un invisible hilo de oro que les fuera atando al hermoso adolescente, hijo de Myriam y de Yhosep, que con sólo quince años de edad, encontraba el modo de aliviar sus pesadumbres y allanar sus caminos.

Los padres de Yhasua llegaron a sentir alarma de ver a su hijo mezclado en los asuntos íntimos de chicuelas de la comarca, de viejecillos andrajosos, y hasta de algunos dementes que habían huido a las cavernas de las montañas.

Hasta que un día le fueron a Yhosep con la denuncia que su hijo Yhasua había ocultado a un hombre acusado de agresión y de robo al molino de uno de los pueblos vecinos.

Y con gran angustia de la pobre madre, Yhosep y sus hijos mayores se reunieron en un consejo para juzgar a Yhasua y aplicarle una severa corrección, pues que estaba comprometiendo el honrado nombre de la familia con un proceder que todos juzgaban incorrecto.

Yhasua apareció ante el tribunal de familia con una serenidad admirable.

Por su madre tenía conocimiento de las acusaciones que iban a hacerle y acudía preparado para contestar.

El consejo era en el comedor de la casa, y así Myriam, aunque rehusó tomar parte, podía escuchar cuanto se dijera.

—Hijo mío, –díjole Yhosep–, tus hermanos mayores aquí presentes, han oído con dolor algunas acusaciones contra ti, y yo deseo saber si es verdad cuanto dicen.

—Yo os lo diré, padre –contestó el niño.

—Dicen que tú has hecho entrar en casas honradas, chicuelas insolentes que sus amos echaron a la calle por sus malas costumbres. ¿Es cierto esto?

—Sí, padre; es cierto.

— ¿Y qué tienes tú que mezclarte en cosas que no te incumben?

—Casi estás en pañales –añadió Eleazar el mayor de todos los hijos de Yhosep–, y ya te crees capaz de mezclarte en asuntos ajenos.

—Si me dejáis hablar, os explicaré –dijo sin alteración alguna el niño.

—Habla, Yhasua, que es lo que esperamos, –díjole su padre, casi convencido de que su hijo tendría grandes razones que enumerar.

—Las Tablas de la Ley fueron dadas por Dios a Moisés para hacer más buenos a los hombres y son un mandato tan grave, que faltar a él es un gran pecado contra Dios. En la Tabla de la Ley está escrito: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”.

“Prójimos míos son esas chicuelas maltratadas por sus amos y echadas a la calle como perros sarnosos, después que las hicieron pasto de sus vicios y groserías.

“Eleazar, si tu pobreza te obligase a mandar tus niñas a servir en casas ricas, ¿te gustaría verlas rodar por las calles, arrojadas por los amos que no pudieron sacar de ellas lo que deseaban?

—No, seguramente que no, –contestó el interrogado.

— ¿Y crees tú que éstas que llamáis chicuelas insolentes, son distintas de tus hijas y de todas las niñas que por su posición no se vieron nunca en tales casos?

—Está bien, Yhasua, –dijo Yhosep– pero no veo la necesidad de que seas tú el que haya de poner remedio a situaciones que están fuera del alcance de un niño como tú.

—Tengo quince años cumplidos, padre, y a más, yo me he limitado a referir casos que llegaron a mi conocimiento: al Hazzan, a los terapeutas, o algunas personas de posición y de conciencia despierta, para que tomaran a su cuidado el remediar tantos males.

—Pero es el caso –dijo Matías, el segundo de los hijos de Yhosep–, que te acusan a ti de entrometerte en lo que no te incumbe.

—Sí, sí, ya lo sé –contestó el niño–, porque los amos quieren saborear el placer de la venganza en las chicuelas que arrojaron, mendigando un trozo de pan duro y durmiendo en los umbrales. ¡Qué hermoso!, ¿eh? ¡Y nosotros impasibles, con la Ley debajo del brazo y sin mover una paja del suelo por un hermano desamparado! Para esto, más nos valdría ser paganos, que no teniendo más ley que su voluntad y su capricho son sinceros consigo mismo y con los demás, pues que obran conforme a lo que son.

—Dicen que últimamente has ocultado a un ladrón denunciado a la justicia porque robó un saco de harina en el molino de Naím. ¿Es cierto eso?

—Sí, padre. Es un hombre que está con la mujer enferma y cinco niños pequeños que piden pan. Porque su mujer es tísica, no le quieren dar trabajo en el molino de donde fue despedido. Al marcharse tomó un saco de harina para llevar pan a sus hijos que no comían desde el día anterior.

“Si ese hombre no volvía a su casa, los niños llorarían de hambre y la madre enferma sufriría horrible desesperación.

“A más, el saco de harina fue pagado por la abuela Ruth. ¿Es justo perseguir a ese hombre?

“Sí, sí. ¡Yo lo tengo oculto y no diré donde, aunque me manden azotar!, –añadió el niño con una energía que asombró a todos.

— ¡Basta, Yhosep..., basta!, –clamó con un hondo sollozo Myriam, la pobre madre que vertía lágrimas amargas viendo a su Yhasua de sólo quince años sometido a un consejo de familia, a causa de sus obras de misericordia que muy pocos interpretaban en el elevado sentido con que él las realizaba–.

“¿Hasta cuando le vais a atormentar con un interrogatorio indigno de servidores de Dios, que nos manda ser piadosos con el prójimo?

Todos volvieron la mirada hacia Myriam, que pálida y llorosa parecía suplicar con sus ojos.

—Bien, Myriam, bien; no tomes así las cosas, que sólo queremos aleccionar al niño para que no provoque la cólera de ciertas gentes que no soporta a nadie mezclarse en sus asuntos –dijo Yhosep.

Los hermanos mayores, para quien era aquella mujer algo tan sagrado como su propia madre, guardaron silencio, y sin agresividad ni enojo, con un sencillo: “Hasta mañana”, que Yhosep y Myriam contestaron, se marcharon a sus casas.

Cuando se vieron los tres solos, Myriam se abrazó llorando con aquel hijo a quien amaba por encima de todas las cosas de la tierra, mientras Yhosep, profundamente conmovido, no acertaba a pronunciar palabra.

— ¡Madre!, –decíale el niño– no llores más por favor, que te prometo no dar motivo para que suceda esto en casa.

—No era necesario que vinieran tus hijos mayores, Yhosep, para corregir a mi hijo. Yo como madre tengo más derecho que nadie sobre él, y soy bastante para corregirle si él comete faltas.

“¿Por qué humillar así, a mi hijo y a mí?...

—Perdóname, Myriam, y piensa que antes que Yhasua, fueron humillados Eleazar y Matías con la rudeza agresiva con que fueron tratados, por aquellos que se creen perjudicados por la intervención de Yhasua en sus asuntos.

—Respaldado por el Hazzan y los terapeutas, nuestro niño se cree en el deber de remediar a los débiles maltratados por los fuertes; más aún, cree que puede hacerlo sin perjuicio propio y de su familia. ¿No es así, Yhasua?

— ¡Padre! Entiendo que la Ley nos obliga a todos por igual, y sólo aparentan no entenderla los que explotan la sangre y la vida de sus semejantes en provecho propio.

“Decid, padre; para arrancar un corderillo de las garras de un lobo, ¿esperan que el lobo esté contento de que le quitéis su bocado? Si debemos esperar que los lobos humanos estén contentos de soltarnos su presa, el Padre Eterno se equivocó al mandarnos: amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

“Debió decir: ¡Fuertes!, devorad a los débiles e indefensos. Y vosotros pequeñuelos, dejaos devorar tranquilamente por los más fuertes que vosotros”.

Y Yhasua, un tanto excitado y nervioso, se sentó junto a la mesa con los codos apoyados sobre ella y hundió su frente entre sus manos.

—Hijito –díjole enternecido su padre–. Ya se vislumbra en ti al Ungido del Señor, y tus pobres padres sienten la alarma de los martirios que los malvados preparan para ti. No veas pues, más que nuestro amor en todo cuanto ha ocurrido esta tarde.

—Ya lo sé, padre, y estoy buscando el modo de cumplir la Ley de Dios sin lastimar vuestros corazones.

— ¿Lo conseguirás, Yhasua?, –preguntó la madre secando sus lágrimas con su blanco delantal.

—Por ahora quizá lo conseguiré, madre mía, más adelante no sé.

Así terminó aquel día este incidente, el primero de este género, que pasó como una ola fatídica por la vida de Yhasua, apenas llegado a la adolescencia.

Y yo digo al lector de estas páginas: fácil os será comprender cómo llegó a tan alto grado el encono de las clases pudientes, que esclavizaban a los débiles y necesitados, cuando años más adelante, el Misionero se puso frente a ellos para decirles:

—“¡Hipócritas! Lucráis con el sudor y la sangre del prójimo, y tocáis campanas cuando arrojáis a un mendigo una moneda de cobre de limosna”.

Pronto llegaron al Santuario del Monte Tabor las noticias de lo que ocurría al adolescente Yhasua, y de que comenzaba para él una terrible lucha espiritual en la cual se veía solo. Grandes y dolorosas dudas respecto de su misión comenzaban a roer sus energías, y a apagar el aliento divino que sus Guías y sus Maestros habían tratado de infundirle.

Y el Servidor, tal como se lo prometiera un día no lejano, llegó a la Sinagoga de Nazareth con dos Ancianos más de los que estaban en el Santuario.

El Hazzan les informó completamente, añadiendo que el niño no tardaría en llegar, pues todas las tardes al ponerse el sol acudía allí para tomar noticias de sus protegidos.

La casa particular del Hazzan, anexa por el huerto con la Sinagoga, había venido a ser el lugar donde Yhasua podía libremente sentirse hermano de sus pequeños hermanos desamparados.

Y la abuela Ruth, con Abigail como ayudante, le preparaban prendas de vestir y a veces pastelillos y golosinas, para que el niño tuviera la satisfacción de aliviar las dolorosas situaciones de miseria y de hambre de los que carecían de un techo que les cobijara, y de una mesa familiar alrededor de la cual pudieran compartir su pan.

Myriam su madre, parecía sentir en su corazón la repercusión del querer y del sentir de su hijo, y una tarde, cuando vio que él se disponía a marcharse le dijo acariciándole los cabellos:

—Quisiera ir esta tarde contigo a visitar a la abuela Ruth y la buena Abigail, a la que he tomado cariño a través de ti que la quieres.

— ¡Madre!..., no quisiera que recibieras otro disgusto por causa mía –le contestó con cierta alarma Yhasua.

—Disgusto, ¿por qué? Cierta estoy que nada malo haces. Me pongo el manto y voy; espérame.

Cuando volvió a salir, Yhasua vio que llevaba un bolso bastante grande, más un fardo muy bien acondicionado y una cestilla primorosamente arreglada con lazos de varios colores.

—Esta cestilla es para Abi, tu amiguita, y se la llevarás tú.

—Bien, madre, gracias; también te llevaré ese fardo que es demasiado peso para ti. –La madre se lo dio sin decir nada.

Y salieron.

Aquellas callejuelas estrechas y tortuosas donde las casas no estaban a línea, y a más interceptadas por huertos y sembrados, hacían más largas las distancias, pues el transeúnte no podía ver lo que había a treinta pasos de donde estaba.

A poco andar salió de entre una mata de arbustos un chiquillo harapiento y endeble, cuya sola vista encogía el corazón.

— ¡Yhasua!, –le dijo– vine a esperarte aquí porque en el patio de la abuela Ruth son muchos los que te esperan, y como yo no tengo fuerzas para abrirme paso, siempre me vuelvo a casa con un solo panecillo y somos cuatro hermanos.

Con los ojos llenos de lágrimas, Yhasua miró a su madre que tenía también los suyos próximos al llanto.

—Ven con nosotros, hijito –díjole Myriam tomando al niño de la mano–. No podemos abrir los fardos a mitad de camino, pero yo cuidaré que no vuelvas a casa con sólo un panecillo. ¿Has comido hoy?

—Yo cociné el trigo que me dio Abi, días pasados, y tenemos todavía para mañana –contestó el niño que sólo tendría nueve años de edad.

— ¿Y por qué no cocina tu madre?, –preguntó Myriam.

El chicuelo miró a Yhasua como asustado.

— ¡Madre!, ésta es la familia del hombre aquel que había tomado un saco de harina en el molino. La madre está enferma, y Santiaguito que es el mayor cuida de todos. El padre perseguido como ladrón, no puede volver a su casa.

Estas palabras de Yhasua, hicieron explotar la ternura en el alma de Myriam que comenzó a llorar sin tratar de ocultar su llanto.

— ¿Ves, madre?, –continuó Yhasua–. Por eso, no era mi gusto que tú vinieras conmigo a ver de cerca el dolor que yo estoy bebiendo hace tiempo.

"¡Volveos madre, que yo solo me basto para sufrir por todos!

— ¡No, no, hijo mío, ya me pasó! Yo quiero ir contigo a donde tú vayas –contestó la madre continuando la marcha, llevando siempre de la mano al pobre niño que a hurtadillas pellizcaba unos higos secos y duros que sacaba de su bolsillo.

Todavía tuvieron otros encuentros parecidos antes de llegar. Por fin esto hizo reír a Myriam que decía:

— ¡Cómo brotan los chiquillos de entre los matorrales y las piedras de las encrucijadas!

"Aunque os diéramos, Yhasua y yo, una mano a cada uno, no nos alcanzarían para todos. –Eran seis niños.

—Los más fuertes –decía Yhasua a los niños– llevad de la mano a los más pequeños y andad delante de nosotros para que mi madre y yo veamos que sois buenos compañeros y no os peleáis.

Y en el alma pura de Myriam, se reflejó con maravillosa diafanidad todo el gozo que su hijo sentía cuanto le era posible en la tierra "amar a su prójimo como a sí mismo".

Por fin llegaron.

Grande fue la sorpresa de Yhasua cuando se encontró con los tres Ancianos que habían llegado esa mañana desde el monte Tabor, cuyo Santuario era el más cercano a Nazareth.

—Te he cumplido mi promesa, Yhasua –díjole al abrazarle el Servidor–. Te prometí visitarte, y aquí estamos.

—Pero tardasteis tanto que todas las luces que encendisteis en mi alma se apagaron, o acaso convertidas en luciérnagas se me escaparon del corazón –contestó el niño con un dejo de amarga tristeza–.

"Permitidme –dijo reaccionando de pronto–, que atienda a mis amiguitos desamparados, y luego estoy con vosotros.

—Mi hijo padece mucho lejos de vosotros –dijo Myriam a los Ancianos cuando el niño se alejó.

—Ya lo sabemos y por eso estamos aquí.

— ¿Qué pensáis hacer?, –preguntó ella.

—Curarle las heridas que el egoísmo humano le ha hecho antes de que llegue su hora –le contestaron los Ancianos.

—Descansad en nosotros, Myriam, que el Altísimo nos enseñará a hacer con vuestro hijo lo que debemos hacer.

La pequeña Abi, toda hecha un ánfora de alegría se acercó a Myriam.

—Venid, madre Myriam, que yo os guiaré a donde la abuela Ruth y Yhasua os esperan.

Y ella siguió a la niña por un sombreado sendero entre cerezos en flor, que iba a terminar en un gran patio empedrado y donde algunos naranjos enormes formaban una espesa techumbre de verdor salpicado de azahares.

Y allí, sentados en esteras o en rústicos bancos, vio una porción de chiquillos a quienes la abuela repartía pan y golosinas, ayudada por Yhasua y Abi.

Myriam entregó a la niña la preciosa cestilla que le traía llena de frutas azucaradas y pastelillos de miel, y a Yhasua le mandó abrir el fardo que había traído y que contenían gran cantidad de pañuelos, calcetines, gorros y túnicas de diversas medidas y colores.

Cuando hubieron repartido equitativamente todos los regalos, Myriam entregó a la abuela Ruth en nombre de su hijo, el bolsillo que ella traía bajo su manto y que contenía la tercera parte del producto de la dote que ella había llevado al matrimonio, para aliviar las necesidades de las familias menesterosas que su hijo socorría.

Yhasua que estaba allí presente, abrazó a su madre mientras le decía a media voz:

—Yo sabía, madre buena, que tú comprenderías mis sentimientos.

—Los olivares y plantaciones que en Jericó tuvieron mis padres –continuó Myriam–, son actualmente administrados por uno de los hermanos de Yhosep, mi esposo, y él traerá aquí cada año, la tercera parte de la cosecha para el mismo fin que os di ese bolsillo. Abuela Ruth, pongo como única condición que nadie sepa sino vos, de donde viene el beneficio. ¿Me lo prometéis?

—Os lo prometo por la memoria de mis padres muertos –dijo la anciana enternecida.

Yhasua no cabía en sí mismo de gozo. Era su primera gran alegría como futuro apóstol de una doctrina de amor y de fraternidad entre los hombres, y como un chiquilín de pocos años, abrazaba y besaba una y otra vez a su madre, mientras decía con la voz temblorosa de emoción:

—Empiezo de nuevo a creer que soy mensajero del Dios Amor y que eres tú madre mía, la primera de mis conquistas.

—Soy dichosa con tu dicha, hijo mío –decíale ella, dejándose acariciar por su hermoso adolescente que parecía tener dentro de sí mismo toda la dicha de los cielos.

33
EL SANTUARIO DEL TABOR

Los Ancianos, por su parte, enterados de lo que ocurría a Yhasua con sus familiares que no veían bien la intromisión del niño en las circunstancias dolorosas de sus protegidos, aprovecharon la oportunidad para obtener más fácilmente el consentimiento de Yhosep para una nueva estadía de Yhasua en el Santuario de Tabor.

Y esta vez su madre se desprendió de él con menos dolor, pues por las causas conocidas, veía a su hijo padecer íntimamente al no ser interpretado y comprendido por su propia familia. Y su nueva estadía en el Santuario más cercano, traería la tranquilidad para todos, hasta que su hijo pudiera tener la responsabilidad plena de sus actos.

Yhasua sufrió un doloroso sacudimiento interno en el primer momento, debido al profundo cariño que había tomado a todos sus protegidos, a los cuales su partida dejaría en el mayor desamparo.

Pero de esta dolorosa preocupación le sacaron pronto su misma madre, la abuela Ruth y el Hazzan de la sinagoga, con la formal promesa de no descuidar a todos aquellos que su corazón amaba.

Seis días después, Yhasua siguió a los Ancianos al Tabor, a donde también le seguiremos, lector amigo, en todo el tiempo que allí permanezca, y en el cual puede decirse que tuvo lugar el segundo período de la instrucción y educación espiritual del futuro Maestro de la Humanidad.

El Santuario del Tabor resplandecía entonces con la claridad esplendorosa de grandes inteligencias reunidas allí por la Fraternidad Esenia, para estar en más inmediato contacto con el Verbo Divino encarnado.

Un aventajado ateniense, perteneciente a la vieja Escuela de Sócrates y Platón, que llegó desde Chipre al Carmelo catorce años atrás y cuyo nombre era Harmodio, se encontraba en el Tabor juntamente con algunos Ancianos venidos del Monte Hermón y algunos otros alumnos de la antigua e ilustre Escuela de Alejandría.

Ingresados a la Fraternidad Esenia en distintas épocas formaban como un Liceo o Foro, dedicado a espigar en los campos de las verdades eternas, lo más superior que mentes humanas hubieran concebido y comprendido.

Habían estado diseminados en los varios Santuarios que la Fraternidad Esenia poseía, y sólo hacía cinco años que estos investigadores preclaros se habían reunido en el Monte Tabor que a corta distancia de Nazareth, podrían con suma facilidad estar al contacto del Verbo encarnado.

En Alejandría, lumbrera del mundo civilizado desde la época del primer Faraón de la dinastía de los ptolomeos, tres siglos antes, había recogido en su célebre Museo-Biblioteca, toda la sabiduría de los antiguos Kobdas.

La ciudad célebre de Alejandro Magno, fundada sobre las grandiosas ruinas de Neghadá, la ciudad sagrada de los Kobdas, derramaba fulgores soberanos desde hacía tres centurias, y hacia ella dirigían sus miradas todos los hombres que habían escapado a la bestial seducción de la orgía, del placer en los dominios de Baco, o de la orgía de sangre y torturas físicas en las arenas del Circo Romano.

Algunos esenios antiguos de Moab o del Hermón, habían estado allí contratados como escribas o copistas, y habíanse empapado a fondo de la elevada sabiduría de los solitarios de túnica azulada, los Kobdas de la Prehistoria.

Otros, en la Escuela de los Montes Suleimán junto al Indo, donde Gaspar, príncipe de Srinagar, había recopilado la antiquísima ciencia de los Flámenes, con los más superiores conocimientos explicados y practicados por Krishna y Buda.

Era pues un conjunto de hombres adueñados de cuanto grande, bello y verdadero podía servir de alimento espiritual a las más preclaras inteligencias.

Y en este Foro o Liceo, fue donde se encontró Yhasua a los dieciséis años, en su estadía de cuarenta lunas en el Santuario del Monte Tabor.

Eran diez los Ancianos que formaban aquel Liceo dentro de la misma Fraternidad, que los había impulsado a ello como medio de ser más eficientes para cooperar con el Verbo Divino a la elevación espiritual y moral de la humanidad.

En Tiro, Sidón y Damasco, grandes capitales del reino de Siria, donde la Fraternidad Esenia en alianza con los sabios del lejano Oriente habían abierto Escuelas de Divina Sabiduría desde el nacimiento del Verbo, enviaron algunos de sus más aventajados miembros cuando se tuvo allí conocimiento de que él se hallaba en el Santuario del Monte Tabor.

Los viajeros venidos de Damasco, Tiro y Sidón, se reunían y seguían juntos el viaje hasta Tiberias, situada sobre el Lago de Tiberíades o Mar de Galilea.

La noticia se extendió sigilosamente hacia el norte, debido a los terapeutas salidos del Monte Hermón, y llegó a las ciudades sirias de las orillas del gran río Orontes: Ribla, Cades y Hamath; edificadas en las faldas de la cordillera del Líbano.

Y así, corriendo como una estela de luz o como una ráfaga suave de las brisas galileas perfumadas de rosas y azahares, llegó también la noticia hasta Antioquía, la populosa Antioquía, que aunque pagana e idólatra

en la gran mayoría de sus habitantes, sus condiciones topográficas la hacían una especie de centro de reunión o mercado, el más importante, a donde acudían por sus negocios gentes de toda el Asia Central, de Thipsa sobre el Éufrates y hasta del lejano Oriente.

Y como si la gran capital entre el mar y el Orontes adivinara su futura importancia en la difusión de la doctrina del Cristo, hizo jubilosa despedida a un pequeño núcleo de sus hijos, cuando anunciaron que partían de Siria en procura de asegurar tratados comerciales para el transporte de las valiosas maderas del Líbano, que les eran necesarias a las construcciones que día a día se levantaban en la gran urbe, reina del Orontes.

Los grandes contratos comerciales no eran sino el pretexto que ocultaba los verdaderos móviles que les llevaban a Siria, donde en Sidón eran esperados por miembros de la Fraternidad Esenia, la madre austera y amante que guardaba en su regazo el divino tesoro de los cielos: Yhasua, el Verbo de Dios encarnado.

Bien comprenderá el lector que para realizar este movimiento, fue necesario todo el primer año que Yhasua permaneció en el Monte Tabor, pues los medios de comunicación y locomoción de aquella época eran bastante lentos por mucha buena voluntad que se tuviera.

Y más todavía, si se tiene en cuenta que todo había de hacerse con la mayor cautela y discreción posible, por el gran temor que los esenios tenían a la intransigencia de Judea, dominada por el clero de Jerusalén, erigido en suprema autoridad por fraudulentos convenios desde el tiempo de Herodes el Grande, que les pagó de esa manera, el que le dejaran gozar de la usurpación del trono de Israel.

Y aunque todo esto quedaba fuera de los dominios a donde alcanzaba la zarpa de aquel odioso pontificado, cuya desastrosa actuación culminó con el suplicio y muerte del Cristo, estaba no obstante bajo el Legado Imperial de Siria representante del César romano, a quien el oro sacerdotal compraba cuando era necesaria su alianza.

Hemos querido dar esta amplia información para que sea comprensible al lector, el estado de cosas reinantes en el escenario de acción en que el Cristo desenvolvería su vida de Misionero Instructor de la humanidad.

Algunos cronistas cristianos en general, se han empeñado en rodear la personalidad del divino Salvador, de fantasías anticientíficas e irracionales, deseando hacerle aparecer más grande ante la humanidad. Incapaces de comprender las obras del Cristo en su verdadero significado. ¡Error fatal!

Nada de todo eso le era necesario a la excelsa grandeza de su propio espíritu; grandeza conquistada a través de inmensas edades de

consagración al Bien y al Amor, únicas fuerzas capaces de levantar al espíritu a la altura de su divino origen.

No necesitaba el Cristo trastornar las leyes de la naturaleza, obra perfecta de Dios que es la suprema Sabiduría, para hacerse superior a todas las cosas creadas y dominarlas a su voluntad, dentro del límite marcado a su propia misión de Salvador, de Instructor, de Guía de la humanidad terrestre.

Para comprender pues, al gran Maestro desde este momento a que hemos llegado en la narración de su vida oculta e íntima, hemos de remontarnos aunque sea brevemente, a sus anteriores jornadas mesiánicas, pues que en todas ellas fue acumulando siglo tras siglo los poderes grandiosos, las fuerzas magníficas que al llegar a la etapa final, debía necesariamente ser, una apoteosis sublime de generosidad y de amor.

Fue Yhasua con sus dieciséis años, el más joven alumno del Liceo ignorado y oculto en las grutas del Monte Tabor.

Sus discípulos y seguidores debieron en años después, vivir la vida subterránea de las catacumbas para amar y seguir al gran Maestro, cuya vida desde su nacimiento hasta los treinta años se deslizó a la sombra de las grutas esenias, donde únicamente pudo resguardarse de las feroces persecuciones de la humanidad por quien venía a sacrificarse.

—"No será mejor tratado el siervo que su señor, ni el discípulo será más honrado que su Maestro..." –decía él, años más adelante, cuando les anunciaba cuanto habían de padecer por seguirle.

La mayoría de los galileos que le siguieron con delirante entusiasmo hasta su muerte, le habían conocido y amado en la ignorada y humilde Escuela del Monte Tabor, que derramó inmensa claridad en las inteligencias, y predispuso las almas para la inmolación y el sacrificio, en aras del gran ideal que sintetizaba toda la Ley: "Amar al prójimo como a sí mismo".

Las dos más grandes grutas que tenía el Monte Tabor, eran las que habían sido ornamentadas como Santuario propiamente dicho y donde todo el adorno consistía en un alto pedestal de piedra negra, donde estaban sostenidas las Tablas de la Ley, copia de las auténticas existentes en el Santuario de Moab; doce pedestales más pequeños, en cada uno de los cuales descansaba la vida y escritos de los doce Profetas llamados mayores; y por fin grandes cirios de cera perfumada colocados en pequeños soportes de piedra, y las pilastras del agua vitalizada para los casos necesarios.

La otra gruta mayor era el archivo y sala de asambleas espirituales, con alacenas en la roca viva, con estrados en la piedra misma de la gruta, y con varios pupitres de encina para los notarios y escribientes. Pieles de oveja o de animales salvajes en el invierno, o esteras de juncos o cáñamos en el verano; era toda la riqueza de aquellos recintos destinados

a la concentración mental y al estudio. Ambas grutas se comunicaban por una puertecilla ovalada y pequeña como para dar paso a un hombre. Hacia un lado de esta puertecilla, las irregularidades de la gruta formaban como una mitad de circunferencia bastante pronunciada y más baja de techumbre que el resto de la gruta. Con unas cortinas de junco fue hábilmente separada esta hendidura de la gruta, y aquello fue la alcoba de Yhasua para todo el tiempo que permaneciera en el Tabor.

Un pequeño lecho de troncos de plátanos y entretejido la parte superior de cuerdas de cáñamo, un silloncito de juncos, un pupitre con útiles de escribir, un pequeño cirio y un cantarillo con agua, era cuanto contenía la pequeña alcoba de roca en que se refugiaba la inmensa personalidad del Cristo Salvador de los hombres.

—Quedáis aquí dueño del Santuario y del Archivo, –le había dicho el Servidor, al instalarle en su reducida habitación, pues las grutas restantes, moradas de los demás Ancianos quedaban algo más retiradas, y como perdidas en las encrucijadas y laberintos de la montaña.

Los únicos vecinos más inmediatos a la alcoba de Yhasua, eran: Harmodio el ateniense, el Servidor y un Anciano septuagenario, alejandrino de origen, y cuyo nombre era Tholemi. Ambos poseían grandes facultades espirituales, y habían ahondado tanto y tanto en los campos luminosos de la metapsíquica, que las almas humanas eran para ellos como libros abiertos que se dejan leer sin dificultad alguna.

—Esta vecindad –decíale el Servidor a Yhasua–, os será muy favorable. Haceos de cuenta que son para vos, dos Hermanos mayores, que os darán gustosos la luz de sus lámparas para iluminar cualquier sombra que entorpezca vuestro camino.

Y cuando todo era quietud y silencio en el Santuario, y el canto melancólico y solemne del Miserere había dejado extinguir sus postreras resonancias, Yhasua se dirigió solo a su alcoba que tan inmediata quedaba del Santuario.

Sentado en su pupitre sobre el cual cruzó sus manos, echó hacia el respaldo su cabeza, sobre el cual daba la amarillenta lucecita del cirio. De sus ojos claros que miraban con fijeza la techumbre se deslizaron silenciosamente gruesas gotas de llanto que iban a perderse entre los pliegues de su túnica blanca. Y por su mente cruzaban también en silencio, tiernas y emotivas imágenes: su madre con su toca blanca y su vestido azul, cantando los salmos de la noche, mirando acaso con tristeza su pequeño lecho vacío; Abigail, la humilde flor silvestre que le había vuelto a la fe en sí mismo, mediante la crudeza de su vida dolorosa de niña huérfana; la abuela Ruth, para quien él había sido un rayo de sol en la penumbra de su vida triste con la ausencia de los hijos, lejanos ya del hogar; aquel doloroso grupo de niños y niñas, ancianos y enfermos desamparados, a

los cuales su amor llevó una dulce vibración de la alegría de vivir... Era todo su mundo desfilando ante él, entristecido por su abandono.

¿Por qué les había abandonado? ¿Qué buscaba él en el Santuario, si allí nadie le necesitaba? ¿Sería para continuar alimentando la esplendorosa idea de que era un elegido de Jehová para grandes cosas? ¿Sería para buscar una grandeza que su corazón rechazaba?

Sumido en estas meditaciones que inundaban de llanto sus ojos y de angustia su corazón, no percibió la blanca figura de Tholemi que le contemplaba en silencio desde la puertecita del Archivo.

— ¡Ay del que está solo!..., dice el sagrado libro, –murmuró con voz queda el Anciano.

Yhasua volvió la cabeza y sonrió tristemente al verle.

—No lo estoy ya, desde que vos estáis aquí. Pasad –dijo el niño dejando libre el pupitre–. Sentaos que yo lo haré sobre el lecho.

—Estás pensando –dijo el Anciano–, "por qué estoy aquí si es la hora del silencio y del sueño", ¿verdad?

—Es cierto, y no esperaba a ninguno en mi alcoba a esta hora –le contestó.

—El amor vela siempre, hijo mío, y esta vez, él me eligió a mí para demostrarte que los "ungidos del Amor no están nunca solos".

—Eso quiere decir que me creéis un ungido del amor. ¿Por qué?

— ¡Porque amáis mucho!..., inmensamente más de lo que aman los demás hombres.

— ¿Y qué demostraciones de amor podéis tener vos de mí? Me habéis conocido hoy.

—Ese llanto que ha dejado huellas en tus mejillas y círculo violeta alrededor de tus ojos, hijo mío, me dicen muy claro de cuanto padeces por tanto amor.

"La separación de todos tus seres amados, ha llenado de amargura tu corazón, y esa amargura ha desbordado como un torrente incontenible que ya no cabía más en las anchuras de tu alma, ¿no es cierto todo esto, Yhasua?

—Sí, Hermano Tholemi, es así como decís; pero no veo nada excepcional en esto, pues creo que todos padecen cuando se separan de los que aman.

—Es que la mayoría de los hombres sólo se aman a sí mismos; pero tú, hijito, olvidas tu conveniencia, tu paz, tu bienestar, para buscar la paz y el bienestar de los demás. Tú sentías hace un momento angustias de muerte pensando en tu madre, que se sentirá sola sin ti, en tus protegidos que se creerán desamparados sin tus ternuras. Tú sufrías por ellos y no por ti. ¿Verdad?

—Así es.

—En cambio ellos sufren porque han perdido por un tiempo la posesión tuya; no tienen tu ternura, tu solicitud, la casi infinita suavidad que derramas sobre ellos. ¿Quién ama más, Yhasua, el que llora por el bien perdido o el que llora por el dolor de los demás?

— ¡Oh!, desde luego se comprende que ama más el que llora por el dolor de los otros.

—Así lloras tú, Yhasua, cuando lloras. Por eso te he llamado ungido del amor.

"Día llegará en que tendrás que abandonarte a ese amor sin límites ni medida, sin control, ni cautela y que él sólo sea quien marque las rutas que has de seguir. Yo bien sé que ese día llegará para ti...

"Pero como aún no ha amanecido ese día, te hemos apartado temporalmente porque tu espíritu necesita en primer lugar conocerse plenamente a sí mismo y vigorizarse con tal conocimiento. Para esto sólo te falta recordar, vivir por un tiempo de tu pasado, y a este fin estás entre tus amigos viejos de las grutas, los únicos que comprenderán tus variables estados de ánimo y te conducirán a ese altiplano espiritual, donde te encuentres a ti mismo y aceptes con alma serena e inconmovible, la enorme carga de tu amor hacia los demás.

—"La enorme carga de mi amor hacia los demás", habéis dicho, –murmuró Yhasua como si no comprendiera por completo el sentido de tales palabras–. ¿Cómo puede servirme de carga mi amor al prójimo, si la Ley dice "Ama a tu prójimo como a ti mismo?"

—Ya lo verás, hijo mío. Pesada y enorme carga es la del amor, la más pesada de todas, aunque es también la que más engrandece al espíritu y la que más íntima felicidad produce. La humanidad entera está pesando sobre ti, hijo mío, porque tú la amas en los desheredados, en los huérfanos, en los enfermos, en todos cuantos padecen. Pero como aún no es la hora de que el enorme peso de tu amor, destruya tu vida material, tus viejos Hermanos de las grutas te apartan de esa carga a intervalos, y fortalecen tu espíritu con un amor que nada te pide, que nada quiere de ti, sino tu paz, tu alegría, tu bienestar espiritual y físico.

— ¡Oh, qué buenos sois mis amigos de las grutas! ¿Y por qué vosotros amáis de diferente manera que los demás?

—Porque hemos corrido muchos siglos por los caminos del amor y hemos debido aprender a amar por el amor mismo, sin esperar recompensa alguna. La Eterna Ley te da el amor sin egoísmo de los Ancianos de túnicas blancas, para servirte de escudo mientras desarrollas tu personalidad hasta llegar a la plenitud, de manera tal que: aunque el egoísmo humano entorpezca tu vida material y la aniquile, tu Yo salga triunfante del egoísmo, de la maldad, de la vida y de la muerte. Pasada tu apoteosis, tus amigos de las grutas se eclipsarán en una penumbra tan densa y

opaca, que muchos preguntarán: ¿dónde están? Estaremos, digo yo, en todos los que sepan amar sin egoísmos; estaremos como esos perfumes intensos cuyas emanaciones se perciben sin que se pueda precisar en qué sitio cayó la gota que lo produce. ¿Comprendes, Yhasua?

— ¿Y por qué vosotros queréis desaparecer así? ¿Acaso no podéis perpetuar vuestra vida y vuestra obra indefinidamente?

—Dentro de pocos años habrán terminado los períodos mesiánicos en sus manifestaciones materiales en el plano físico. Y sería un gravísimo error pretender perpetuarnos como entidad organizada y materialmente constituida, con la pretensión de conducir a la humanidad; que terminado este período mesiánico final no necesita de nuevas leyes, sino de cumplir la única Ley que las resume a todas: "Amar al prójimo como a sí mismo".

"Con la terminación de este período mesiánico llega a su plenitud el *libre albedrío*, la libertad de conciencia, la libertad de pensamiento; y después de ti, tus amigos de las grutas estarán seguramente en todos los que comprendan y sientan vibrar en sí mismos la ley divina del amor fraterno.

"Si pretendiéramos perpetuarnos como entidad organizada materialmente, entorpeceríamos la marcha espiritual de la humanidad, pues que para mantener autoridad sobre las almas tendríamos que crear leyes represivas de todas las libertades humanas, y haríamos retroceder a la humanidad a la más torpe inconsciencia, en vez de impulsarla a volar hacia la eterna grandeza de Dios.

"¿Cómo se perpetúan las dinastías, los reyes, los emperadores? Con la mentira, con el engaño, con la falsedad, con la fuerza erigida en derecho, con el crimen. Tus amigos de las grutas, Yhasua, son ungidos del Amor como tú, y su vida será en adelante impersonal como la tuya: sin trono, sin corona, sin palacios, sin legiones, sin mandatos imperativos sobre las conciencias, toda vez que ha llegado la hora en que la humanidad sepa que si cumple la ley del amor fraterno: "ama a tu prójimo como a ti mismo", ha cumplido toda la Ley y ni Dios mismo le pedirá nada más, pues que ha llegado a la más alta cima adonde pueden llegar los humanos en el planeta Tierra. ¿Comprendéis?

—No del todo y perdonad mi simpleza. ¿Por qué, organizada a la faz de todo el mundo, obraría mal la Fraternidad Esenia con todo el conocimiento de Dios y de los hombres que ella tiene?

—Comprendo tu interrogante, Yhasua, y voy a contestarlo. Los Flámenes Lemures que eran tantos como los esenios en aquellas edades remotas, cuando se hundió aquel continente se trasladaron de isla en isla hasta llegar al Continente Asiático, donde organizados como una entidad de enseñanza primero y sacerdotal después, prepararon el escenario en que actuaría siglos más tarde Krishna, llamado el Príncipe de la Paz.

Se empeñaron en organizarse materialmente, en oficializarse después, aliándose para ello con los poderes civiles. Con esto sólo pasaban a ser una entidad de fuerza, de privilegios y de dominios. Los espíritus conscientes de que habían tomado un camino equivocado, se eclipsaron en la sombra, quedando la entidad en poder de los ambiciosos, de los egoístas que vieron la fácil forma de engrandecerse a la sombra de la ya poderosa entidad de los Flámenes. ¿Qué ocurrió? La espantosa división de la numerosa humanidad hindú, en castas, de las cuales la primera, que eran los brahmanes (*sacerdotes del dios Brahma), tenía el privilegio de vivir a costa del esfuerzo de todo el país. Nadie conocería en esos señores brahmanes, dueños de vidas y haciendas, a los humildes Flámenes Lemures surgidos en lejanas edades del amor pastoril de Numú, el Dios-Pastor como le llamaban y que fueron en aquel entonces, como maestros y terapeutas, ángeles de piedad y de consuelo para todos los doloridos de la vida.

"La Fraternidad Kobda, que preparó el campo al dulce Abel de la prehistoria, cuando quiso perpetuarse como entidad organizada y oficializarse también en alianza de los poderes civiles, cayó en el mismo abismo que los Flámenes, y el Pharahome, "hombre faro" de los antiguos Kobdas, se transformó con el tiempo en los despóticos Faraones egipcios, que con sólo inclinar a tierra el índice de su mano, condenaban a la tortura y a la muerte a uno o muchos seres humanos, sin permitirles defensa alguna y casi siempre por satisfacer caprichos, veleidades de cortesanos o cortesanas despechadas que buscaban la venganza para curar el agravio.

"Créeme, Yhasua, que las Fraternidades de orden espiritual elevado deben mantenerse siempre en la penumbra y no buscar jamás perpetuarse indefinidamente, ni aliarse con los poderes civiles constituidos sobre la fuerza.

"Creadas por uno o muchos Guías espirituales con altos fines también espirituales, no pueden descender sin rebajarse a la vulgaridad de las fuerzas y poderes materiales. Bien se comprende que para perpetuarse por la fuerza, hay que pasar por encima de la ley del amor fraterno. Allí no puede existir ya "el ama a tu prójimo como a ti mismo" porque deben mirar la conveniencia material de la entidad ya organizada sobre bases materiales, y eliminar, destruir, aniquilar todo lo que se oponga a su poderío. Y entonces, una cadena espantosa de crímenes y de horrores marca la ruta seguida por la entidad que nació del amor y para el amor.

"¿Comprendes, hijo mío, por qué los esenios de la hora actual sabemos que debemos eclipsarnos como institución, para continuar viviendo a través de los siglos la vida anónima y obscura en el plano físico, pero intensamente activa en el plano espiritual?

— ¡Oh!, sí, lo comprendo ahora claramente.

—Y así, cuando los humanos vean seres que se dejan matar y resisten todas las torturas antes de renegar de su fe en el supremo ideal del amor fraterno, deben pensar: ¡Son los esenios, que sólo se dejan reconocer cuando es la hora de sostener el Amor por encima de la vida y de la muerte!

— ¡Oh, Hermano Tholemi, qué sublimes sois los esenios en vuestro altruismo y desinterés! Por eso la humanidad no os comprende, ni acaso os comprenderá jamás.

— ¡Como no te comprende a ti, hijo mío! Apenas pisando el umbral de tus dieciséis años ya has saboreado amarguras intensas debido a la incomprensión humana. Lo dicen tus dolores en el Templo a los doce años, viendo convertido el pensamiento de Moisés como transmisor de la Ley Divina, en código de matanza de animales, lo cual convierte el Templo de oración en mercado público, donde los mercaderes lucran con la fe del pueblo ignorante y engañado. Lo dicen tus amarguras en Nazareth, donde sólo contadas personas interpretan acertadamente tu piedad para los desamparados.

"Y más adelante, Yhasua, necesitarás de todo tu dominio sobre ti mismo y de toda tu fuerza de voluntad para no huir asqueado del lodo en que se revuelca gozosa gran parte de la humanidad. Lodo en la adolescencia imberbe; lodo en la juventud agostada y sin ideales, que levanten su frente de la tierra; lodo en la edad viril ya cansada, aguzando aún el ingenio para hallar nuevos aspectos de su refinada lascivia; lodo en el celibato; lodo en el matrimonio, en la viudez, en la ancianidad..., lodo infernal rebosando en todos los seres.

"Yhasua, ángel blanco del delirante soñar de los ungidos del Amor, que enloquecidos vuelven a ti las miradas diciéndote: "¡Hombre Luz, Hombre Amor, sálvanos del lodo que nos ahogamos!".

"Y aún escucharás espantado que la humana miseria, artificiosamente, pone nombres resonantes y hasta atractivos a las asquerosas formas de lujuria con que regocija su vida; "son mandatos imperativos de la naturaleza" –dicen–. "Es alegría de vivir", "son los instintos paternales que se manifiestan exuberantes, son ensueños amorosos, ilusiones de felicidad que todo ser anhela conquistar", etc.

"¡Oh, mi dulce Yhasua!

"Y aún, es necesario pensar en las víctimas que van quedando atrás..., las víctimas que nunca deja de haberlas a lo largo de esos caminos tenebrosos, por donde se lanza la humanidad como un caballo desbocado. Entonces sí, que queda tristemente olvidado el Divino Pensamiento: "ama a tu prójimo como a ti mismo".

"¡Prójimo es la esposa o el esposo, traicionados en su fe conyugal; prójimo es la doncella cuya honra se arrastra por el muladar; prójimos

son los hijos de nadie que brotan como flores enfermas del jardín envenenado del vicio, y que los vientos de la vida llevan rodando como hojarasca seca a lo largo de los caminos!...”

Yhasua que había escuchado silencioso el terrible monólogo del Anciano Tholemi, se levantó de pronto y buscando en el cajoncito de su pupitre una de las hojas de papiro que allí le habían puesto para cuando quisiera escribir, tomó su pluma de águila y con caracteres firmes, aun cuando su corazón temblaba, escribió a la vista del Anciano esta misiva:

“Padre, Madre, hermanos, he tomado la resolución de no salir jamás de este Santuario del Tabor, donde quiero vivir y morir. Podréis venir a verme cuando queráis, mas no hagáis esfuerzos por apartarme de aquí porque serían esfuerzos inútiles. Como vive mi primo Yohanán en el Santuario del Monte Quarantana, yo viviré en el Tabor.

“Ruego al Altísimo que os consuele si os apena la resolución de vuestro humilde servidor”. “*Yhasua*”.

—Leed lo escrito –dijo con gran firmeza a su interlocutor–, y con la caravana de Tolemaida que pasa mañana a mediodía, haced el favor de despachar a Nazareth este aviso. –Y se sentó de nuevo en su lecho.

Con los ojos húmedos de emoción, el Anciano estrechó entre sus brazos al hermoso adolescente, cuya faz entristecida le asemejaba a un Adonis de mármol próximo a llorar por un amor imposible.

—Mi pobre tórtolo entristecido por una ráfaga siniestra de los huracanes de la vida... –le dijo–. ¡Mi cervatillo asustado por no encontrar agua clara para beber en los engañosos jardines de la humanidad!...

“Créeme, hijo mío, que en la inmensidad de Dios, el justo encuentra compensación a todos sus afanes, y el valor y la fuerza necesaria para pasar por encima del lodo sin manchar su túnica; tal como el ave del paraíso, cuando los lagos aparecen turbios y agitados, se inclina a beber en el cáliz del blanco nenúfar, o en la flor de los magnolios, copas de nácar que guardan el agua de las lluvias o el llanto del rocío.

“Este aviso, bien comprendo que es un grito angustioso de tu alma espantada de lo que presiente llegar; mas te digo que es prematuro y que tiempo tendrás de enviarlo días más adelante, puesto que vas a permanecer aquí una buena temporada. ¿No encuentras más prudente esperar a empaparte bien de todos los conocimientos que vas a recibir desde mañana, para tomar tal resolución?

— ¡Creedme, Hermano Tholemi, que más conocimiento del que he tenido esta noche, creo que no lo tendré jamás! ¿Qué me falta por saber de los hombres y de la vida?

“Sólo me hacen falta fuerzas para no odiar a la humanidad, y poder amarla sin merecer mi amor. Y como no tengo ni esas fuerzas, ni ese poder, quiero ocultarme aquí para toda mi vida.

— ¡Yhasua! Tiempo al tiempo. ¡Esa fuerza y ese poder lo tendrás en tan alto grado, como no lo tuvo hombre alguno sobre esta Tierra!

"Mucho has visto ya en tu visita a Jerusalén, de ese espantoso rodaje de la miseria humana que corre por los caminos de la vida destrozando ideales y esperanzas, honras y anhelos, pisoteando cuanto hay de santo y bello entre las obras de Dios. Pero te digo de cierto, que tu triste visión de Jerusalén podrías tenerla en cualquier paraje del mundo a donde llevaras tus pasos.

—Pero entonces decidme, ¿qué he de pensar de esta humanidad que es obra de Dios? –preguntó Yhasua, algo desorientado en su pensamiento.

—Para pensar de esta humanidad con el pensamiento divino, nuestro espíritu debe remontarse a una gran altura, hijo mío, porque de lo contrario no acertaríamos con la verdad.

"Tú, acompañado de una inmensa legión de espíritus que por amor a la Verdad y a ti, te han seguido desde largas edades, son los impulsores de esta humanidad a su elevado destino.

"La evolución es muy lenta, y no de un salto se transforma en perfecta, una humanidad atrasada.

"Piensa, hijo mío, que por tu propia voluntad y por el grado de tu evolución espiritual has tomado el cargo de jefe y guía de la inmensa caravana humana terrestre, en medio de la cual hay seres de variadísimos grados de evolución. Los perezosos, los retardados, los holgazanes y los viciosos, pesan enormemente sobre los más adelantados. Y no sólo pesan, sino que se sublevan contra todos aquellos que se empeñan en hacerles avanzar por el verdadero camino.

"Cuando en los designios divinos sonó la hora en que esta humanidad era apta para comenzar a comprender ideas y sentimientos, algo más que los instintos puramente animales, se hizo una especie de recolección o llamado a los mundos más adelantados que la Tierra, a fin de que las inteligencias que para ellos eran ya retardadas, se sumaran a la legión de instructores para esta humanidad. El planeta Venus fue quien ofreció el más numeroso aporte de almas adelantadas para servir de impulsores a los primitivos espíritus de la humanidad terrestre.

"Y ninguno veníamos engañados, sino, bien compenetrados de los grandes sacrificios, de los dolorosos holocaustos que nos esperaban en el mundo inferior (*el infierno del vulgo), adonde veníamos con el doble papel de instructores de esta humanidad primitiva y desterrados a penitencia purificadora, toda vez que en el mundo de donde salíamos, nos habíamos quedado rezagados por nuestra débil voluntad para las conquistas espirituales, a que nos obliga a todos la Ley Suprema de la evolución.

“La Sabiduría Divina, hijo mío, toca todos los recursos posibles para impulsar a sus criaturas al eterno progreso hacia la perfección, Dios es la suma perfección, la suprema belleza y el eterno amor, y quiere a todas sus criaturas semejantes a Él, formando una sola esencia con Él, una sola luz, un solo pensamiento, un solo amor. Y mientras ese fin sublime llega, ¡cuántos miles de siglos han de pasar! Cuántos martirios, cuántos sufrimientos, cuántas vidas de sacrificio causado por los mismos a quienes venimos a tender la mano para ayudarles a andar.

“Por eso, ni tú, ni yo, ni nadie que ha llegado a la comprensión de los caminos de Dios, puede espantarse del atraso de esta humanidad”.

Yhasua escuchaba silencioso sin perder palabra de su Anciano maestro.

—Acabo de figurarme –dijo después de un momento–, que la humanidad es una infeliz leprosa ciega, que debe ser curada primero para poderle vestir la túnica blanca de las desposadas.

—Perfecta imagen, hijo mío, pero con el agravante de que no se deja curar voluntariamente, y que en esa curación se van sacrificando a millares los seres de buena voluntad que luchan por sanarla.

—Voy comprendiendo, Hermano Tholemi, el papel que desempeña en medio de esta humanidad la Fraternidad Esenia.

—Y tú al frente de ella, Yhasua, aunque de esto no has adquirido aún la plena conciencia. –Y levantándose, el Anciano añadió–:

“—La hora es avanzada ya, y es necesario que descanses, para que comencemos mañana la gran tarea.

— ¿Cuál es, si puedo saberlo? –preguntó Yhasua.

—La de poder vivir tu pasado, a fin de que comprendas claramente el por qué de tu presente.

—Sea como vosotros queréis.

—Como lo quiere Dios, hijo mío, cuyo mandato supremo has venido a cumplir. Que la paz sea contigo.

—Y con vos, Hermano Tholemi.

Y el niño que había acompañado al Anciano hasta la puertecilla que comunicaba al Archivo con el Santuario, continuó alumbrándole con su cirio las sombrías oquedades de la inmensa gruta, hasta que la blanca silueta se perdió en las tinieblas.

Yhasua, de pie en la puertecilla irregular de comunicación de ambas grutas y con su cirio en la mano, semejaba una estatua de la diosa Minerva iluminando las tinieblas de la ignorancia humana. La nacarada suavidad de su semblante, sus largos rizos castaños y sus ojos dulcísimos, dábanle un aspecto de incomparable ternura.

En el Gran Santuario ardía tan solo la lamparilla de aceite ante las Tablas de la Ley, según la vieja costumbre esenia, como un símbolo de

que la Divina Ley vivía siempre en las almas y en las obras de todos los afiliados a la ya numerosa familia de los hijos de Moisés.

Iba a dirigirse hacia allá, pero recordó la larga conversación con el maestro Tholemi y pensó:

—Si yo quiero cooperar a la curación de la leprosa ciega, debo empezar por no ser como ella, rebelde a los consejos de los que saben. ¡Yhasua!..., tu pasado es aún una espesa nebulosa que te falta descifrar. Tu futuro es para ti aún más desconocido e incierto. Di, pues, como el Profeta Samuel: "Manda, Señor, que tu siervo escucha". –Y volviendo atrás sus pasos se recogió en su lecho, no sin dedicar un postrer pensamiento a su madre ausente, a todos sus familiares consanguíneos y a su familia espiritual, sus pequeños protegidos comenzando por Abigail y terminando por el pequeño y endeble Santiaguito, que salía a esperarle a mitad del camino para obtener un donativo mayor.

— ¡Pobrecillo!... –murmuró Yhasua, cuando ya el sueño casi le cerraba los párpados– ¡Cuántos pastelillos de miel te daría si estuviese a tu lado!... Mas, cierto estoy que la abuela Ruth y Abi tendrán buen cuidado de ti, según mi deseo.

"¡Que tu divina piedad, Señor, se extienda como un manto suave sobre todos los que ama mi corazón!

Y el niño Luz, el niño Amor, vencido por el sueño, olvidó el plano físico para dar lugar a su radiante espíritu a saciarse en lo Infinito, de la Belleza y la Bondad que buscaba en vano en la Tierra.

Pidamos a la Eterna Energía, lector amigo, que dé alas poderosas a nuestra voluntad y a nuestro anhelo, para seguir siquiera de lejos a su divino Ungido, cuando el sueño físico le llevó más allá de la esfera astral de la Tierra.

Sus Guías le esperaban en la inmensidad infinita para reconfortarle y animarle en estos sus primeros desfallecimientos de hombre aprisionado en la materia.

—Por piedad, Hermanos míos, ¡no me dejéis volver a mi cautiverio terrestre!..., –fueron los primeros pensamientos que las grandes Inteligencias Guías de Yhasua descubrieron en su Yo íntimo.

También ellos en otras épocas habían saboreado el cáliz amargo de las encarnaciones en planos físicos de poca evolución y comprendían muy bien el estado de desaliento de su compañero.

Sabían también que era un estado transitorio y fugaz, que no duraría más que el tiempo que aquel espíritu heroico tardase en desprenderse de la vestidura fluídica con que había atravesado la esfera astral de la Tierra.

En el desprendimiento espiritual durante el sueño físico, percibió la dulzura infinita del amor entre sus Hermanos del cielo esplendoroso de los Amadores.

Los Mesías que juntamente con él encarnaron en sus planetas correspondientes, le hicieron también sus íntimas confidencias reveladoras de sufrimientos acaso más dolorosos que los suyos.

El holocausto sublime había sido decretado y aceptado voluntariamente. Aún se podía dar marcha atrás. Era tiempo todavía. Varias Inteligencias superiores se brindaban a la sustitución, comprendiendo bien que nadie está obligado al supremo sacrificio.

Ante este dilema, Yhasua buscó la mirada leal y sincera de su alma gemela encarnada en Venus, y leyó en su pensamiento estas palabras:

"Si te vuelves atrás, ya no entrarás conmigo al séptimo portal de nuestro cielo de los Amadores".

Una ligera vibración de dolor percibió en aquellas palabras, y valientemente hizo vibrar este pensamiento en la anchurosa inmensidad:

"No vuelvo un paso atrás. Seguiré hasta el fin como tú".

Resonancias de armonías inefables parecieron dilatarse como un eco sonoro del pensamiento de Cristo, y Yhasua se despertó con una emoción indescriptible.

34
YHASUA Y NEBAI

La mañana era ya avanzada y Yhasua sintió que en el Archivo desenrollaban papiros, algunos de los cuales al chocar unos con otros producían un ruido como de hojas secas.

Miró por entre la cortina de junco que separaba su pequeña alcoba y vio al esenio archivero que buscaba en las alacenas de piedra y entre el inmenso montón de rollos amarillentos. Era Melquisedec un hombre joven aún, pues contaba cuarenta y nueve años, y sólo llevaba siete en el Monte Tabor.

Era originario de Hamath sobre el gran río Orontes, la arteria fluvial más importante que corría de Norte a Sur entre Fenicia y Siria. Había sido formado espiritualmente en la Escuela Esenia del Santuario del Hermón, y fue elegido para uno de los diez maestros que debían ayudar al Mesías, niño aún, a despertar las poderosas facultades espirituales que estaban en él semiadormecidas, por ese lapso de tiempo que en la vida física llamamos "infancia".

Alma de cristal y de seda, era el alma de Melquisedec, cuya clarividencia era tal, que percibía aun a distancia los distintos estados de ánimo de un espíritu al cual él estuviese ligado por amor, por afinidad y también por deber.

Los Ancianos juzgaron prudentemente al ponerle junto a Yhasua, cuya alma de exquisita sensibilidad necesitaba de otra alma en la cual hallaran eco todas sus íntimas impresiones.

Pocas palabras había cruzado el niño con él, pero lo suficiente para sentir la suave ternura de aquel esenio de ojos castaños y cabellos de bronce, como su barba larga y sedosa. Su belleza física le hacía además atrayente. Todas estas impresiones, recogía Yhasua, a través de la cortina de junco y pensaba en silencio:

—Paréceme que voy a encariñarme mucho con este esenio que es dulce y bueno como el pan y la miel –decía a media voz.

El esenio miró hacia la cortina de juncos y sonrió. Se fue acercando poco a poco, cual si se hubiera sentido llamado.

Yhasua salió diciendo la frase habitual: "La paz sea contigo".

—Y contigo, querido mío –le contestó el esenio–. Iba yo hacia ti y tú me sales al encuentro. Parece que coincidimos, ¿eh? Veo que has padecido fuertes impresiones anoche.

— ¿En qué lo conoces?

—En el círculo violeta de tus ojos y en la vibración de pena y cansancio que irradia toda tu persona.

—Es verdad, pero ya se me pasará.

—Ahora ve a tomar el alimento y yo te espero aquí para que juntos salgamos a la pradera en busca de tu descanso. Después estudiaremos los problemas que te conciernen.

—Entonces vuelvo en seguida.

Y el niño fue a la gruta que era cocina, donde el esenio encargado del alimento para todos, le sirvió al momento y se quedó sentado junto a él.

— ¿No comes tú?, –le preguntó el niño.

—Los esenios no comemos sino dos veces al día. La primera ya pasó y la segunda vendrá a la caída de la tarde. Pero esto, Yhasua, no reza contigo, pues tú eres una plantita en crecimiento y necesitas comer cuatro veces al día. De modo que ya lo sabes; cada vez que tengas necesidad, ven aquí, que encontrarás las cestas llenas de cuanto podemos ofrecerte. Yo estoy siempre, pero a veces salgo al huerto por hortalizas o frutas y tú puedes tomar de aquí lo que quieras.

Y el buen esenio cocinero fue abriendo una tras otra las enormes alacenas labradas en la roca misma, y donde Yhasua vio una gran provisión de quesos, frutas secas, manteca, miel y una enorme cesta de panecillos dulces, muy semejantes a los que hacía su madre.

—Y si yo fuera un huésped glotón y os lo comiera todo, ¿qué diríais?, –preguntó graciosamente el niño.

—Hay aquí provisión para medio año, chorlito, ¿y vas a comerlo tú, que comes menos que un ruiseñor? Dueño eres, ¿eh?

—Gracias, Hermano, gracias. Veo que vas a cuidar mi persona tanto como mi madre, que no pensaba sino en que yo comiera.

—Mira, niño –decía el esenio palmeando la espalda de Yhasua–, tanto y tanto me han encargado de ti, que me tendrás detrás de ti a cada momento.

—Bien, bien, ahora vuelo al Archivo, que allí me espera mi maestro.

Pero el cocinero, que iba a hacer el papel de celador de la alimentación del niño, le retuvo aún un tiempo más hasta que él terminó cuanto le había servido.

—Ahora puedes volar pajarillo, que ya no desfallecerás en el vuelo.

"¡Bendición de Dios!..., –murmuraba el esenio viéndole alejarse a toda carrera–. ¿Por qué he merecido yo la gloria de cuidar de ese cuerpo, templo del Verbo Divino que ha de salvar a esta humanidad? ¡Pobrecillo! ¡Es endeblito aún, pero yo le pondré fuerte y vigoroso y será un bello doncel de bronce!

Y Yhasua, acompañado de su maestro Melquisedec salió al vecino valle plantado de granados y de naranjos, y en el cual se veían como cintas blanquecinas diversos senderitos que seguramente llevarían a aldeas o cabañas vecinas y frecuentadas por los solitarios.

— ¿Me podéis decir hacia dónde conducen estos caminos que arrancan del Santuario y se pierden detrás de las colinas?, –preguntó Yhasua.

—Al final de cada uno de ellos hay un nido blanco y tibio, ocupado por avecillas salvadas de las tormentas de la vida y que hoy gozan de paz y de ventura.

— ¡Oh! ¿De veras? Mi corazón se ensancha y salta de gozo como un cabritillo cuando veo seres arrancados al dolor y puestos en el camino de la paz.

— ¿Te gustaría visitarles? –preguntó el esenio.

—Si tú lo juzgas oportuno, con mucho gusto, –contestó Yhasua.

—Vayamos por este senderito entre riscos y aguadas. Es de lo más pintoresco que hay, y al final nos encontraremos con una casita de piedra entre las piedras y todo cubierto de trepadoras, que no dejan traslucir donde comienza y donde termina la casa. A más, bueno es que sepas que la familia que la habita está vinculada contigo desde tu nacimiento.

— ¿Cómo es eso? Yo nada sabía.

—Pues ahora vas a saberlo, Yhasua, y verás que interesantes son los habitantes de la casita de piedra. Yo suelo venir con frecuencia porque, a decir verdad, encuentro ancho campo para mis estudios y observaciones de orden metapsíquico.

— ¿Son muchos?

—No; solamente los padres, dos muchachos ya hombres y una niña que tiene dos años menos que tú, y que es una preciosa cotorrita que llena de risas y alegrías todo rincón por donde pasa.

“La historia de esta familia es algo que hay para escribir un libro. Su tragedia duró casi tres años, y nuestros terapeutas remediaron todo justamente cuando iban a llevar a Moab el anuncio de tu nacimiento. Ellos dicen por esto que tu llegada a la Tierra les trajo su salvación.

—Contádmela, pues, si es que tardamos todavía en llegar.

Y mientras el esenio refiere a Yhasua la historia de la casita de piedra, yo recuerdo al lector la tragedia aquella de la mujer tenida por loca en la Torre de la Fortaleza de Masada, al sur de la provincia de Judea, encerrada con sus dos hijos, mientras su compañero, como un león enfurecido merodeaba por las cuevas y matorrales vecinos en espera de un momento oportuno para vengarse y libertar a sus cautivos.

Después de haber escuchado el relato de la tragedia de aquella familia, Yhasua preguntó:

— ¿Cómo es que nada me dijeron de todo esto en mi estadía anterior en el Tabor?

—En aquel tiempo aún temían los terapeutas que el causante de la desgracia buscara nuevamente sus víctimas y se guardó un profundo secreto referente al lugar de su refugio. Ahora ya es diferente, porque el Procurador romano que los hundió en la desgracia, hace tres años que fue sacado del país y enviado a tierras lejanas. El que actualmente gobierna la región es otro que nada sabe del asunto, y de allí que esta familia goza ahora de paz y felicidad.

“El esposo y padre de la familia es de origen griego, aunque nacido en Rodas, pero por su casamiento con Sabad, que es de Jericó, se establecieron en dicha ciudad, donde ella tenía sus padres que gozaban de una excelente posición.

“Él, que es escultor y grabador, viajaba siempre, pues tomaba contratos fuertes en las ciudades que construía el rey Herodes, y mientras él trabajaba en ornamentar palacios en Cesarea y Sebaste en la provincia de Samaria, el Procurador romano pasaba como un huracán de fuego destruyendo su hogar, su honra, la vida de sus ancianos padres y todo cuanto forma la dicha de una familia.

— ¿Y todo esto, por qué?, –preguntaba inocentemente Yhasua.

—Porque Sabad, la esposa, es de una belleza tal como se encuentran pocas mujeres en esta tierra, y eso que es tierra de muy bellas mujeres. Y al verse burlado en su funesta pasión, el Procurador la mandó encerrar en la torre de la fortaleza de Masada con sus dos hijos, de once y trece

años, pero separados en forma que la madre no sabía de ellos, ni ellos de la madre.

— ¿Y cómo ella pudo burlar la pasión de él? –preguntó Yhasua.

—Tenía ella una vieja criada árabe que le dio a beber un filtro que produce hinchazón y amoratamiento en las carnes tal como si estuviera leprosa; pero tales efectos desaparecen al poco tiempo. Fue hacia ella, la encontró en tales condiciones, averiguó lo ocurrido, mató a la infeliz criada, confiscó la casa y los bienes, los padres a la miseria y al abandono, y Sabad a la fortaleza de Masada, donde la tendría segura para el caso de que el mal desapareciera. Pero ella contrajo un histerismo agudo, casi como una locura furiosa, y una vez que el Procurador intentó visitarla, lo tiró escaleras abajo arrojándole un cofre de encina que tenía a su alcance.

"En tal situación fue cuando nuestros terapeutas tomaron intervención en el caso.

"Pero ya estamos entrando al huerto de la casa, –añadió el esenio, apartando a un lado unas varas de plátano, que colocadas entre dos rústicos pilares de piedra cerraban la entrada.

— ¿Venís a despedir los viajeros?, –fueron las primeras palabras que luego del saludo habitual oyeron ambos visitantes.

— ¿Viajeros?..., ¿quiénes viajan?

—Mis dos hijos y yo –contestó Arvoth, que tal era su nombre–.

"Ayer a la mañana lo comuniqué al Servidor de vuestro Santuario para requerir de vosotros la tutela de mi hogar, pues queda aquí Sabad y la niña con la vieja criada y su marido, nada más.

— ¿Por mucho tiempo es vuestra ausencia?, –volvió a preguntar el esenio, mientras Yhasua observaba un pequeño remanso circuido de grandes piedras donde se sacudían al sol innumerables palomas blancas.

—He tomado un trabajo grande en Ribla sobre el río Orontes.

— ¡Oh, mis tierras lejanas, mis montañas queridas!, ¡mi gran río rumoroso!... –exclamó el esenio con entusiasmo.

— ¿Eres de allí?, –interrogó el dueño de casa.

—Un poco más al norte, en Hamath. ¡Oh, mi amigo, vas a una tierra de delicia que nada es comparable a ella! Ribla, pleno Líbano, un Edén..., lo más bello que puedes imaginar a la orilla del Orontes... Te felicito pues.

"¿Sabes quién es este adolescente que me acompaña? –preguntó.

— ¡Si no me lo dices!...

—Descubre el secreto tú mismo. ¿Cuántos años hace que nuestros terapeutas te encontraron en la caverna aquella, vecina a la fortaleza de Masada?

—Quince cumplieron el invierno pasado.

— ¿Recuerdas qué asunto les llevaba a ir al Monte Moab?

—Supe que llevaban el anuncio de la llegada de un gran personaje que iba a revolucionar todo el país, como así sucedió en efecto, pues a continuación fue la persecución a los niños betlehemitas.

—Pues este adolescente es el personaje en cuestión. Había nacido cuatro días antes de que te encontraran los terapeutas.

— ¿Cómo?... ¿Y le traes a mi casa?

— ¿Y por qué no? Y aunque no conocéis todavía a fondo la misión con que el Altísimo le ha enviado a la Tierra, bien puedes creer que es portador de todos los bienes y vencedor de todos los males.

—Y para mí fue en verdad mensajero de dicha y de paz, pues al nacer él, yo recobré mi esposa y mis hijos, y hoy viene a mi casa cuando yo me incorporo de nuevo a la sociedad de los hombres.

"¡Bienvenido sea este futuro hombre justo que trae el bien a la tierra y aniquila el mal!

— ¡Yhasua!, –dijo en alta voz el esenio–. Deja un momento las palomas del remanso y ven que te presentaré al dueño de esta casa.

—Me han recibido vuestras palomas, símbolo de ternura y de paz –dijo el niño al encontrarse con Arvoth–, y por lo tanto podemos pensar que iniciamos una amistad leal y durable.

— ¡Así lo desea este vuestro servidor! ¡Lástima grande que llegáis cuando yo debo partir!

—Eso no es nada; siempre que la partida sea para vuestro bienestar –contestó Yhasua.

Y les llevó a la casa que mostraba muy claramente a sus habitantes, como artífices de la piedra y de la madera.

El huerto y el jardín aparecían adornados de bloques de piedra pulimentados, ya en forma de columnas rotas, de cabezas de animales asomando detrás de un árbol o de un peñasco.

Y ya en el interior de la casa, se veían esculturas en madera, flores, animales, niños que jugaban, capiteles de distintas formas y estilos.

El arte del padre había pasado a los hijos, pero éstos habían elegido para sus obras el duro tronco de los árboles que con tanta generosidad les brindaban los bosques de la fértil provincia galilea.

—Un sacerdote cretense, descendiente de Radamanto, quiere construir un pequeño templo a Homero y me ha contratado para dicha obra. Partiré con mis dos hijos varones de aquí a tres días –añadió el dueño de casa.

— ¿Y has dicho que en Ribla?

—Sí, un destierro voluntario; por desgracias de familia le han obligado a expatriarse de su país natal, Creta. Mi trabajo debe ser una copia del templo de la diosa Cibeles existente en el Monte de Ida de aquel país, del cual me ha dado planos y croquis.

— ¿Monte de Ida en Creta?, ¿en la isla de Creta? –preguntó Yhasua interesándose de pronto en la conversación.

—Justamente, tal es el detalle.

— ¡Qué hermosas historias tienen los Ancianos del Monte Carmelo, de la isla de Creta y de las cavernas del Monte Ida!

—Sí, sí, efectivamente –dijo Melquisedec–, pues allí se refugiaron los últimos Dakthylos cuando se vieron perseguidos en el Ática prehistórica. Y los Ancianos del Carmelo son los continuadores de los solitarios del Monte Ida en Creta.

—Pues todo eso me lo sé de memoria –añadió Yhasua–, y me interesaría todo lo referente a ese buen cretense que os contrata para construir un templo a Homero.

—Yo os traeré cuantas noticias pueda recoger –contestó Arvoth.

En ese instante salió de la casa como un remolino de oro, una niña rubia y vestida de color naranja. La corría una gacela doméstica que pronto le dio alcance.

— ¿Qué haces Nebai? Ven acá que tenemos visitantes –le dijo su padre.

La niña se detuvo de pronto y miró muy sorprendida a Yhasua a quien veía por primera vez. El esenio le era ya familiar.

Arregló con disimulo sus cabellos desordenados por la carrera, e inclinándose graciosamente dijo a media voz:

— ¡Para serviros!

—Es un príncipe de otros mundos, Nebai, que viene a visitarnos –añadió el padre.

— ¡Grandeza!, –dijo la niña inclinándose nuevamente.

—No lo creas, niña –explicó Yhasua ruborizado–, tu buen padre bromea. Soy hijo de un artífice de la madera como tus hermanos.

— ¡Oh!..., mejor así, porque los príncipes me causan susto. Siempre son malos y vos parecéis muy bueno.

—Ve y avisa a tu madre que estamos en este cenador.

La niña fue y volvió trayendo de la mano a una hermosa mujer rubia como ella, que no obstante sus cuarenta y cinco años, conservaba una delicada apariencia de juventud.

—Sabad, este adolescente fue el origen y causa de nuestra salvación –dijo Arvoth.

La dama se inclinó y en sus miradas podía notarse claramente este interrogante:

— ¿Por qué?...

—Para anunciar su nacimiento al Santuario de Moab, iban aquellos terapeutas que me encontraron en las cuevas vecinas a la Fortaleza de Masada.

— ¡Oh, Dios!, ¡qué pesadilla!... –exclamó la mujer aún horrorizada– ¡Bendito sea Jehová que nos permite conoceros!

—Es justo que celebremos este acontecimiento. Trae, pues, lo mejor que tengas en tu bodega, que bajo este rosal blanco han de abrirse las almas a la amistad y al amor.

—Voy, voy en seguida –decía Sabad, mirando los ojos de Yhasua que para ella tenían suaves fulgores de estrellas.

— ¡Conque éste es el niño que Israel esperaba!, –murmuró con tierna devoción–. ¡No sabíamos pedir otra cosa las doncellas de Jericó, sino la venida del Salvador de Israel!

Y los ojos color de ópalo se inundaron de llanto, que ella disimuló dando vuelta hacia la casa para traer lo que su esposo pedía.

Aquel cenador, cubierto por un rosal blanco resplandeciente de capullos próximos a abrirse, escucharía las más tiernas y tristes confidencias.

Yhasua parecía meditar y casi como si estuviera lejos de todo cuanto le rodeaba.

Cuando ya Sabad no podía oírlo, dijo:

— ¡Cuánta semejanza encuentro entre vuestra esposa y mi madre! Algo así como si fueran de la misma familia, sólo que mi madre tiene el cabello y ojos castaños.

—Y ambas son de Jericó –insinuó el esenio–. Podía muy bien darse el caso de que fueran parientas.

Y unos momentos después, Sabad ayudada por su hija y la vieja criada disponían sobre la mesa del cenador, frutas, dulces y jarabes, más unos pastelitos de almendras, que Yhasua les había probado ya al llegar al Tabor.

—Ahora sabemos, Melquisedec –decía Yhasua–, de dónde provenían esos pastelitos. ¿Los haces tú, Nebai? –preguntó a la niña que aún permanecía de pie a su lado.

La forma tan familiar que Yhasua le habló, quitó a la niña su timidez, y sentándose al lado de él, le contestó:

— ¡No, yo no! Es mi madre quien los hace con frecuencia para los Ancianos.

Y entre ambos adolescentes se estableció una corriente de simpatía que parecía irles llevando a encantados mundos de luz y de armonía.

Ambos tenían muchos conocimientos superiores a sus pocos años, porque los solitarios habían encontrado en aquella niña una inteligencia tan despierta y una tan marcada inclinación hacia todo lo bello y bueno, que no descuidaron el cultivo de aquel espíritu que una circunstancia no buscada ponía en su camino. Y en cuanto a Yhasua, ya nos es bien conocida la forma en que los Ancianos le habían cultivado en los más grandes conocimientos de su tiempo.

Por fin y después de haber ahondado bastante en el recíproco conocimiento y comprensión, Yhasua insinuó una proposición que hacía ya rato se estaba saliendo de su corazón.

—Nebai –le dijo–, veo que tú eres muy dichosa. Yo lo soy también. Pero me parece que seremos muy egoístas si no pensamos en hacer dichosos también a otros.

— ¿Y a quién, Yhasua? ¿No son todos dichosos por estos campos y praderas llenas de frutos y de flores?

—Hay muchos que sufren y lloran, Nebai, y a quienes tú y yo podemos llevar un poquitín de alegría con sólo quererlo.

—Pues querámoslo y que todos canten y rían como nosotros. Dime, pues, dónde están los que sufren y haremos por aliviarles.

—Los Ancianos de todos los Santuarios esenios saben bien donde se oculta el dolor, Nebai, y ellos nos guiarán. –Y alzando la voz dijo a Melquisedec–:

"Hemos hecho un pacto con Nebai si vosotros nos ayudáis a cumplirlo.

— ¿No os decía yo que este rosal blanco tiene magia y como abre sus flores al sol y al rocío, llena también los corazones de cantos y de luces? –dijo Arvoth que parecía desbordando de dicha y entusiasmo.

Yhasua expuso la proposición que había insinuado a Nebai, y Sabad y el esenio se encargaron de orientar a los niños hacia donde pudieran satisfacer sus anhelos de llevar alegría y esperanza a los atormentados de la vida.

Había en la montaña un hermoso vallecito, donde unas antiguas ruinas denotaban haber existido una aldea que daba justamente en el límite de los territorios que en el lejano tiempo de la ocupación de Palestina por el pueblo de Israel, habían sido asignados a las Tribus de Zabulón, Neptali e Isacar. Se llamaban "ruinas de Dobrath", que tal había sido el nombre de la población.

Quedaba a menos de una hora caminando a pie del sitio donde estaba el Santuario del Tabor.

Y los buenos esenios, que no dejaban cosa utilizable que no lo empleasen para el bien del prójimo, tuvieron la idea de utilizar aquellas ruinas como refugio de ancianos desamparados y de enfermos que carecían de un techo que les cobijase.

Esto bastaba para que el vallecito de las ruinas fuera un lugar espantable para la mayoría de las personas a quienes inspira pavor un lugar habitado por el dolor y la enfermedad.

Apartado de carreteras y caminos frecuentados, sólo los terapeutas visitaban aquellos parajes. Este fue el campo de acción en que Yhasua y

Nebai, adolescentes, hicieron desbordar de sus almas el amor y la ternura que estaban rebosantes.

¡Alianzas sublimes que se despiertan en las almas elevadas en momentos dados, y a veces por causas insignificantes y pueriles si se quiere, pero que llegan a grandes realidades en el futuro! De tal manera prendió en el alma de Nebai aquel eterno: "Ama a tu prójimo como a ti mismo", fundamento y coronación de la doctrina del Cristo, que ya no fue dueña de apagar aquella intensa llamarada que la impulsó en el futuro a sublimes obras de amor fraternal.

La naturaleza había vaciado en aquellos parajes todas sus exuberantes bellezas; y el amor del Cristo, adolescente primero y hombre después, los inundó de ese aroma de tierna piedad y mística adoración, de que él saturaba todo cuanto le era familiar. Así consagró y embelleció más tarde la apacible Betania, el Monte de los Olivos, el Huerto de Gethsemaní, la fuente de Siloé, el Pozo de Sichen, el lago Tiberíades, y hasta el pavoroso y árido monte Gólgota adquirió contornos maravillosos que los siglos no han podido borrar.

Hablan los Evangelios con mesurada parquedad de un hecho ocurrido en el Monte Tabor, la "Transfiguración" de Yhasua, o sea, la exteriorización radiante de su purísimo espíritu que sólo fue presenciado por algunos de sus discípulos. ¿Por qué ocurrió tal fenómeno psíquico en este lugar y no en otro?, sería de preguntar. Tales exteriorizaciones radiantes ocurrieron en casi todos los sitios y lugares donde el alma del Cristo, dominando por completo el plano físico, pudo inundar su propia materia con las luminosas vibraciones que le llegaban a intervalos desde el cielo de los Amadores, de donde había bajado. Pero el Tabor y sus alrededores, hermoso paraje de la provincia de Galilea, había bebido a saciedad del alma divina del Cristo, durante gran parte de su vida, desde la adolescencia hasta su muerte. Pudiera muy bien decirse que cada arbusto, cada árbol, cada colina y hasta las florecillas silvestres de los caminos en aquellos lugares, eran misteriosos cofres que guardaban las íntimas vibraciones de amor de aquel gran ser, que durante treinta y tres años inundó a la Tierra con las sutiles radiaciones de su amor misericordioso.

Y Nebai, la vehemente niña que secundó las obras de amor de Yhasua adolescente, intensificó en aquella hora su preparación, que en muchas etapas fue subiendo de tono hasta culminar en la Edad Media, en la epopeya gloriosa de la Doncella de Orleans, Juana de Arco (*hija del duque de Orleans), sacrificada por la libertad y derechos del pueblo francés.

Cuando Yhasua volvió al Santuario después de la excursión, había desaparecido todo el desaliento, el pesimismo y la duda que le atormentaran días atrás.

Veía claramente que se ensanchaba su campo de acción, que existía en el mundo mucho más dolor y miseria del que había visto hasta entonces.

Ya no era solamente Abigail, su flor silvestre pisoteada en los caminos, y los niños menesterosos de Nazareth, quienes necesitaban de él. Florecillas de Dios destrozadas por la inconsciencia humana, había en todos los lugares a donde tendiera su mirada. Ojos que lloraban sin que nadie más que el viento les secara el llanto; corazones que sollozaban de angustia; manos que temblaban de frío y de hambre, por las callejas enlodadas o a lo largo de los caminos, eran cuadros como pintados a fuego ante el alma del Cristo adolescente que se despertó como en una explosión de energía, de vitalidad, de generoso entusiasmo

— ¡Quiero aniquilar el dolor en esta tierra!, –exclamó un día como poseído de un ardor sobrehumano–. ¡Quiero hacer felices a todos los que sufren! ¡Decidme cómo he de hacerlo, vosotros que todo lo sabéis!

Tales palabras iban dirigidas a los Ancianos del Tabor, dos días después de la excursión a la oculta casita de piedra habitada por Arvoth y su familia.

—Poco a poco, Yhasua, –le indicó el Servidor– que a todo llegarás con el favor de Dios.

Y comenzaron metódicamente a desarrollar las grandes facultades y poderes ocultos en aquel espíritu soberano, capaz de convulsionar al mundo.

—Tú has dicho la gran palabra, Yhasua, –decíale un día uno de sus maestros–: "Quiero aniquilar el dolor en este mundo". ¡Pues bien, manos a la obra!

—Concentra diariamente tu pensamiento en esas palabras, que por la fuerza de tu voluntad podrán convertirse en un poder irresistible.

Y diez días pasaron en que Yhasua decía desde el fondo de su alma puesta a elevada tensión:

"¡Quiero aniquilar el dolor en este mundo!" ¡Dios-Amor! "Quiero el poder de hacer felices a los que sufren".

Terminadas las concentraciones profundas, le invitaban sus maestros a salir a la pradera circundada de colinas y frondosas arboledas.

—Ahora, Yhasua, –le decían– ensaya en lo que creas oportuno, el poder y la fuerza que has acumulado en la concentración mental, comenzando primero por sujetos de los reinos inferiores al humano, o sea el vegetal y el animal.

"Son también criaturas de Dios sujetas al dolor, a la enfermedad y a la muerte.

Y al borde de un senderillo en las montañas vecinas al huerto, encontraron un cerezo raquítico, nacido en el hueco de una roca donde el escaso alimento le había impedido crecer. Aún no podía abrir sus florecitas color arrebol, cuando sus congéneres habían arrojado sus flores

convertidas ya en frutos. Yhasua miró al arbolito enfermo, y le acarició con sus manos que temblaban por la abundante acumulación de fluido magnético.

—Te ha faltado agua, tierra y amor –le dijo con creciente energía–. El amor te lo doy en este instante; la tierra y el agua te la daré en seguida. –Y mirándole con inmenso amor como si fuera un ser con vida orgánica, volvió unos pasos hacia atrás, entró en el huerto allí cercano, llenó un recipiente de agua y un saco de tierra de abono, y con extraordinaria rapidez volvió hacia el pequeño cerezo enfermo.

Observó con asombro que los diminutos pimpollos estaban hinchados y gruesos como si hubiesen recibido una inyección de vitalidad y energía.

—El amor te ha revivido –decía, como hablando con el cerezo enfermo–, esta tierra te será alimento y esta agua será tu elixir.

Y así diciendo, vació el saco de tierra hasta llenar el hueco en que el arbolito había nacido; y después de haber sumergido en el agua del recipiente, sus manos que ardían como llamas de fuego, lo arrojó rápidamente al tronco del arbolito.

—No te dejaré hasta ver tus flores abiertas –le dijo, y esperó unos momentos más. Las florecitas comenzaron a abrirse lentamente obedientes al mandato mental de aquel adolescente que encerraba en sí el poder Creador de la Divinidad.

Así comenzó, Yhasua, la exteriorización de los poderes ocultos, que por su alto grado de elevación espiritual llevaba latentes y como adormecidos en su personalidad humana y divina.

Muchos casos como el del cerezo enfermo se presentaron ante el Mesías-adolescente, hasta que el fenómeno de la transfusión de vitalidad fue tan fácilmente realizado, que los maestros comprendieron que Yhasua ejercía ya completo dominio sobre el reino vegetal.

Y con idénticos ejercicios metódicos y controlados, pasó a dominar también el reino animal, después el reino humano y finalmente los elementos de la Naturaleza.

El lector verá que en breves líneas ha sido dicho todo en síntesis; pero justo es que participemos en los detalles de los grandes progresos y éxitos, que el joven Mesías iba recogiendo en su fructuosa estadía del Monte Tabor.

En uno de aquellos senderitos que se bifurcaban por las colinas inmediatas al Santuario, se levantaba una humilde cabaña donde vivía un anciano matrimonio, cuyos dos hijos le habían nacido con sus extremidades inferiores inutilizadas por la parálisis. No contaban con más recursos que una majada de cabras y ovejas, tres o cuatro enormes castaños, un exuberante emparrado, algunas higueras de largos años y un olivo centenario. El jefe de la familia, ya septuagenario, llevó al Ta-

bor la noticia de que sus cabritas estaban enfermas. Les había atacado la sarna, debido a lo cual estaban como afiebradas y habían disminuido más de la mitad de la leche.

Sus dos hijos estaban desesperados, pues, ordeñarlas y fabricar los quesos, sentados en sus banquillos de ruedas, era lo único que podían hacer en ayuda de sus ancianos padres.

Los esenios del Santuario llevaron a Yhasua a la pobre cabaña del viejo Tobías, para que hiciera ensayos de su poder espiritual y fuerza magnética en la majada enferma.

Conoció antes a los dos ancianos. Si Tobías era la mansedumbre personificada, la anciana Beila era dulzura de madreselva acariciando cuanto sus ojos y manos tocaban.

Estaba hilando y llorando. Con los copos de blanca lana secaba su llanto silencioso. El anciano escardaba sus hortalizas, y los dos muchachos desgranaban legumbres en un recipiente.

Un silencio tenaz y doloroso formaba un ambiente de plomo que asfixiaba a los sensitivos. Los esenios y Yhasua observaron este cuadro unos instantes, a través de las espesas enredaderas que cercaban el patio.

Yhasua avanzó el primero y como si un impulso ajeno a su voluntad le hubiese llevado precipitadamente.

— ¿Por qué tenéis tanta amargura en vosotros?, –preguntó espontáneamente sin esperar que llegasen los Ancianos y le presentaran.

Todos le miraron a la vez, pues aquella vocecita de delicioso timbre les caía en el alma como una campana de fiesta.

— ¡Oh, qué visión de Dios!...,–exclamó la dulce anciana dejando el huso y la rueca para correr hacia el niño que aparecía, en efecto, como un recorte de nácar sobre el verde obscuro de la fronda.

Llegaron los Ancianos que hicieron las presentaciones oportunas.

—Este niño es aquel, a quien sabéis anunciaron los profetas y a quien Israel espera.

Una exclamación conjunta, y una tierna devoción se reflejó en todos los semblantes.

—Ya sabéis –añadió el Servidor–, que ha bajado a la Tierra para aniquilar el mal y traer el bien a todos aquellos que crean en él. El dolor os aflige en este momento. Pedid al Señor que os muestre su poder por intermedio de su elegido.

La anciana volvió a su llorar silencioso y los tres hombres decían:

"Que Jehová tenga misericordia de nosotros".

Yhasua estaba como petrificado, devorando con sus ojos fijos las lágrimas de la anciana, hasta que también sus ojos se llenaron de lágrimas, y entonces dio dos pasos hacia Beila y tomándole sus manos enflaquecidas y rugosas la besó en una mejilla mientras le decía:

— ¡No lloréis más, que el Padre Celestial es dueño de todos los tesoros del mundo, y si sois buenos hijos, Él no se olvida nunca de mostrarse padre, más bueno que todos los padres!

El llorar de la anciana se convirtió en un sollozo que partía el alma, y su cabecita de cabellos blancos se apoyó sobre un hombro de Yhasua como encontrando un descanso largo tiempo buscado.

Y la diestra del niño pasaba con suavidad de flor sobre la cabeza de la viejecita.

Aquel cuadro de emotiva ternura conmovió a todos tan hondamente, que los esenios llegaron a comprender que una poderosa corriente de amor envolvía a Yhasua, haciendo oportuna su intervención espiritual y magnética sobre los animales enfermos.

—Traed la majada al redil –dijo el Servidor al oído del Anciano Tobías.

—Ya están allí –le contestó.

—Vamos todos –dijo a media voz. Y se acercó a Yhasua al cual tomó la diestra, diciéndole–: Ya es la hora, vamos, Beila, a cumplir la voluntad del Señor.

Cruzaron en silencio el patio y llegaron al establo.

Una corriente poderosa y suave a la vez, mantenía a todos semiinconscientes. Los dos muchachos se habían dormido en sus carritos de ruedas..., con ese sueño de la hipnosis producida por aquella misma corriente.

Suavemente dos esenios los empujaron también al establo.

Los Ancianos que habían llevado a Yhasua, le formaron cadena magnética de tanta fuerza que a pocos momentos su rostro se fue encendiendo de un vivo rosado, como si la sangre en oleadas quisiera brotar de su frente, de sus mejillas, de sus manos extendidas hacia adelante.

Un cuarto de hora duró esta intensa vibración espiritual y magnética. Los ojos del niño se cerraron como fatigados y sus brazos cayeron lánguidos a lo largo de su cuerpo, que se dejó caer suavemente sobre un montón de paja seca.

El rebaño quieto hasta entonces, comenzó a moverse en busca de los bebederos y pesebres.

—La curación ha comenzado –dijeron los Ancianos a Tobías y Beila, que no salían aún de su asombro, pues nunca habían presenciado nada semejante.

A poco despertaron los dos muchachos diciendo a la vez que habían tenido un sueño muy hermoso que cada cual contaba a su manera, pero que en el fondo era uno mismo:

Algo así como la aparición de un ser luminoso, que debía ser un ángel según ellos, que Jehová dejó acercarse a su pobre cabaña para aniquilar el mal y derramar sobre ella la paz y la abundancia.

Una alegría desbordante resplandecía en todos los rostros.

Sólo Yhasua permanecía quieto y grave sobre el montón de paja en que se había sentado. Parecía absorto en pensamientos muy ajenos a lo que allí ocurría.

Pronto los esenios comprendieron que las Inteligencias Guías le mantenían en concentración mental profunda, a fin de devolverle toda la fuerza vital que había gastado en su primer ensayo de dominio sobre el reino animal.

Y cuando le vieron salir de ese estado psíquico, le hicieron beber un tazón de jugo de uva con miel y su estado normal se restableció prontamente.

Ensayos como éste fueron haciéndose más y más frecuentes, hasta que pasadas diez lunas y cuando Yhasua estaba a mitad de sus diecisiete años, esa gran parte de la Naturaleza que llamamos Reino Animal, era ya sumiso y obediente a sus mandatos mentales y a la poderosa corriente magnética que su voluntad ponía en acción.

Por vía de aclaración y con el fin de evitar equivocada interpretación en tan delicado asunto, debo decir, que el lector no se figure por esto, que está al alcance de todos, la posesión de poderes semejantes.

Son inherentes, sí, al alma humana; pero el éxito completo dependerá siempre y en todo momento de la elevación espiritual y moral del ser que quiere ejercerlos.

Y así, debe saberse y no olvidarse jamás, que un ser inferior que aún no ha eliminado de sí mismo las pasiones bajas y groseras propia de una escasa evolución, no puede ni debe darse a experiencias como ésas, que le darían como fruto el ser tomado de instrumento por entidades y fuerzas malignas que lo llevarían a un desastroso fin para sí mismo, y para todos los que cayesen bajo su influencia.

Este fue el significado oculto de aquellas palabras del Cristo a sus discípulos: “Buscad primeramente el Reino de Dios y su Justicia; y todo lo demás se os dará como añadidura”.

Un examen sereno y ecuánime de sus propias capacidades y aptitudes, dará a conocer a cada uno si puede o no hacer ensayos para adquirir estos poderes en grado máximo.

Si hay sinceridad en el alma del buscador de poderes internos, fácilmente conocerá qué finalidad le lleva.

¿Es su propio engrandecimiento y el deseo de adquirir celebridad?

¿Es la avaricia de acumular tesoros y riquezas para satisfacer ambiciones y deseos materiales?

Si vuestra condición moral y espiritual está comprendida en estas interrogaciones, no deis un paso en busca de poderes supranormales por las razones antedichas.

Si por el contrario, podéis decir con toda verdad las palabras de Yhasua adolescente:

—"¡Quiero el poder de hacer felices a todos los que sufren! ¡Quiero el poder de anular el dolor en esta tierra!", entonces ya es asunto diferente. Estáis en el camino de comenzar el desarrollo de los poderes internos del alma humana. Y vuestro éxito será de acuerdo con el desinterés y el altruismo de que estéis animados.

Que llegada el alma a estas alturas en su evolución, la Ley Eterna es aún más inexorable, y el divino mandato:

"Ama a tu prójimo como a ti mismo" –le sale al alma al encuentro en este difícil camino y parece preguntarle:

— ¿Te impulsa el amor al prójimo o el amor a ti mismo?

¡Si es el primero adelante! ¡Es el camino de los redentores!

Si es el segundo, vuélvete atrás, porque es el camino de los réprobos, de los que utilizan las cosas santas y divinas en provecho propio; de los que lucran con el engaño y la mentira, y arrastran a las multitudes a la ignorancia y al embrutecimiento. Espantosa pendiente en la que muy pocos se detienen, yendo la mayoría a parar a mundos de expiaciones terribles, de los cuales tuvo pleno conocimiento el gran filósofo Atlante, Antulio, y que hemos dado a conocer en un ligero esbozo al reseñar las exploraciones espirituales profundas a que él se dedicó en aquella lejana etapa mesiánica, con el fin de iluminar a la humanidad de entonces y que estuviera en condiciones de comprender las verdades eternas, tales como son: (*En el cap. "El hierofante Isesi de Sais", de la obra "Moisés-El vidente del Sinaí", de la misma Autora, está el relato más extenso de las exploraciones siderales realizadas por el Maestro Antulio).

En todas sus jornadas mesiánicas, el Cristo y sus seguidores fieles, iluminaron a la humanidad con la Eterna Verdad, pero la maldad y refinado egoísmo de los que comercian con las cosas divinas, arrojaron montañas de ceniza y arena sobre la verdad hasta obscurecer o desfigurar sus claridades, para que la ignorancia completa de las masas les permitiera ejercer sobre ellas el más completo dominio.

Tal ha sido el proceso seguido desde los más remotos tiempos.

Las edades y los siglos se levantan del polvo, removido nuevamente en esta hora solemne de la eterna peregrinación humana, para decir a las generaciones que llegan:

"El *Juicio Final* está a la vista. Llegó la hora de la Justicia y de la Verdad. Ningún error será tolerado. Ningún engaño quedará oculto.

"¡Mercaderes de las cosas divinas!, ¡en ningún mundo con vida tendréis un lugar para vosotros! ¡Vampiros de sangre humana, verdugos de conciencias, asesinos de los derechos del hombre y de las libertades del alma humana!..., la Vida os niega sus bellezas y sus bondades. Para vosotros fue escrita la frase lapidaria y formidable de los videntes y los inspirados de la Verdad Divina: "Polvo eras y en polvo te convertirás".

“¡Mundos en decrepitud, formando en los vacíos siderales inmensos cementerios de globos muertos, serán los que os reciban, hasta que de grumos de polvo o granillos de heladas cenizas comencéis de nuevo la larga serie de vidas embrionarias e inconscientes!”

Esta dolorosa meditación de un momento, ha pasado sin duda por vuestra mente, lector amigo, como una luz de relámpago quizá, pero lo bastante clara para comprender la tremenda responsabilidad del espíritu que hace un comercio con los poderes y facultades internas inherentes al alma humana; para quienes explotan las cosas divinas en provecho de sus ambiciones personales y de sus mezquinos egoísmos.

Continuemos, pues, nuestra narración.

Desde el primer momento de conocer a la humilde familia de Tobías, le habían interesado a Yhasua sus dos hijos, Aarón y Seth, que habían nacido mellizos, y con sus extremidades inferiores inútiles por una extrema debilidad de los huesos.

Su padre, Tobías, era hermano de aquel anciano Simón, portero del Santuario del Tabor, padre del que fue más tarde Pedro el apóstol. Con esta familia ya hizo el lector amistad tiempo atrás y debido a esto, ninguna mención de ella hemos hecho en esta segunda estadía de Yhasua en el Tabor.

Por medio de Simón se acercó Tobías a los esenios del Santuario, y así silenciosamente y sin violencia alguna iba extendiéndose la esfera de acción de los Ancianos, lo cual preparaba los caminos para cuando el Verbo de Dios saliera a su vida pública.

La Luz Eterna, esa divina maga de los cielos infinitos, que ve y sabe todas las cosas aun las más secretas y ocultas, nos contará con su fidelidad acostumbrada lo que Yhasua de diecisiete años realizó con Aarón y Seth, de diecinueve cumplidos.

El grande y esclarecido Espíritu de Luz, que tenía sobre sí, el peso enorme de la humanidad, pasaba algunas tardes a la puesta del sol, sentado en un silloncito de plátano y juncos ante los carritos rodantes de los dos muchachos retardados.

¿Qué comparación tenía esta amistad con la amistad de Nebai, la espléndida flor de oro que había encontrado prendida en los platanares que rodeaban la casita de piedra de Arvoth el escultor?

Yhasua, psicólogo profundo que empezaba a leer en las almas como leía en los amarillentos papiros, encontró la más tierna y emotiva comparación.

—Nebai –decía él–, es la flor de la dicha y del amor, y no puede estarse cerca de ella sin percibir poderosas y fuertes, esas dos vibraciones reflejos puros de la Suprema Belleza: la dicha y el amor. Ella surgió a la vida física del amor y la dicha de sus padres, que se reunían de nuevo después de una dolorosa y cruel separación. Se habían creído muertos,

la desesperación más espantosa hizo presa en ellos. De pronto se abren las nubes, los cielos clarean y la tormenta es arrastrada lejos por el fresco viento de un amanecer nuevo.

¿Cómo no había de ser Nebai lo que era, flor de dicha y de amor, como hecha a propósito para servirle de agente al amor redentor y benéfico, de que me siento inundado y desbordante?

Así pensaba Yhasua una tarde sentado ante los carritos de ruedas de sus dos silenciosos amigos, Seth y Aarón, que tejían con admirable ligereza cestas de caña y juncos, que su padre vendía luego a los labriegos de Naím, de Canaán y de Mágdalo, cuando se acercaba la recolección de frutas y legumbres.

Y su pensamiento continuaba como tejiendo una divina red de oro y seda en que iban quedando prendidas multitud de almas, que la Eterna Ley ponía en su camino de Misionero.

— ¡Nebai!, ¡Nebai!, fresco panal de miel que el Padre puso en mi camino para que yo endulce las aguas salobres que bebe la humanidad. Tú tienes que venir aquí, donde la tristeza ha echado raíces como la cizaña que ahoga las semillas del labrador.

"En las ruinas de Dobrath hemos hecho amanecer un día nuevo, y la alegría y el amor de que hemos inundado aquel sombrío valle, predispone los cuerpos y las almas a la salud y a la paz. ¡Nebai!..., ¡tú tienes que venir aquí, y estos dos seres echarán a correr por los campos sembrados, como cervatillos que van en busca de la madre que les llama con sus senos rebosantes del elixir de la vida!"

La concentración de Yhasua en este pensamiento se fue haciendo más y más profunda. Su alma sentía apremio de espantar la tristeza de aquellos dos jovenzuelos que movían ágilmente sus manos tejiendo el junco, y sus piernas permanecían quietas, inmovilizadas por un mal que vino junto con su nacimiento.

Los últimos resplandores del sol poniente envolvían en tenues gasas de amatista y ópalo, el paisaje de colinas verdeantes y florecidas.

De pronto se abrieron las trepadoras que cercaban el patio de la cabaña, y apareció ligera y grácil, asustada y nerviosa, una linda gacela que lucía en el cuello un lazo encarnado.

Yhasua daba la espalda hacia aquel sitio, pero los dos hermanos la vieron, gritando al mismo tiempo:

—Ya estás aquí, ladrona de castañas. –Yhasua se dio vuelta y vio a la gacela que reconoció enseguida. Era la gacela de Nebai.

—Silencio –dijo–, no la espantéis. Su dueña no debe estar lejos porque la he llamado.

Los dos muchachos se miraron sin entender palabra.

Yhasua ejerció presión con su pensamiento sobre el hermoso animalito, que no huyó cuando él se le acercó con suavidad.

—Te has escapado de la tutela de tu guardiana y vienes aquí. Aquí te llaman ladrona de castañas, pero tú aprenderás también a no hurtar como manda la Ley. –Y Yhasua se acercó tanto que pudo rodearle el cuello con sus brazos–.

"¿Dónde está Nebai?, ¿lo sabes?

—Estoy aquí –dijo la hermosa adolescente, abriendo las enredaderas florecidas de campánulas azules, que formaban hermoso marco alrededor de aquella cabecita de oro. Sonreía como siempre.

—Mi Chispa me hizo correr tanto, que por alcanzarla estoy toda fatigada –decía Nebai, dejándose caer sobre el verde césped.

—Es la niña de Arvoth el escultor –dijo Yhasua a los muchachos.

—Sí, sí, la conocemos. Algunas veces vino a buscar queso y leche –contestó uno de ellos.

—Con mi pensamiento, te he llamado desde hace rato, Nebai.

—Y yo a mi vez –decía la niña–, sin saber por qué, pensaba en ti, sin imaginar que estuvieras aquí. Te creía en el Santuario entregado a tus largos estudios.

—Ya ves, Nebai, cómo nuestro pensamiento ha formado una corriente que podemos hacer más y más fuerte, en beneficio de los que padecen.

— ¡Siempre tú pensando en los que padecen!, –exclamó la hermosa niña mirando a Yhasua como se mira a esa estrella vespertina que suele anunciarnos la pronta llegada de la noche–. ¿Se puede saber cuándo será la hora de que pienses en ti mismo y te sientas feliz y dichoso como yo?

—Esa hora no sonará nunca para mí en la Tierra, Nebai, ¡nunca!, ¿lo oyes?

Y al decir así, los hermosos ojos de Yhasua se entornaron como para que su interlocutora no leyera en el fondo de su pensamiento.

La hermosa gacela se había echado también sobre el césped junto a su ama, y Yhasua apoyado en el tronco de un árbol, parecía irse sumergiendo en un suavísimo ensueño que lo apartaba del mundo exterior.

— ¡Yhasua!, –díjole la niña–. Yo comprendo que tú eres todo diferente de las demás personas que viven en la tierra. Y más de una vez me he preguntado: ¿Por qué Yhasua mira todas las cosas como si fuera ya un hombre maduro, cargado de experiencia y de reflexión? Y no sé darme la contestación. ¿Me la puedes dar tú, Yhasua?

— ¡Nebai! Tú estudias la Ley de Moisés y los libros de los Profetas. ¿Verdad?

— ¡Oh, sí! Fue de muy pequeñita que mi madre me los enseñaba y explicaba, porque ella estuvo tres años con las viudas del Templo antes de casarse con mi padre. ¿Por qué me preguntas esto?

—Pues porque si has estudiado la Ley de los Profetas, debes saber lo que forma el cimiento y coronación de ese templo de la Divina Sabiduría que ayuda a los hombres a andar en la vida por los senderos de Dios.

— ¿Y te parece que yo no ando por los senderos de Dios?

—No digo eso, Nebai. Quería solamente darte la contestación a tu interrogante. La ley dice: "Amarás al Señor Dios tuyo, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, y al prójimo como a ti mismo". Si yo quiero ser fiel cumplidor de la Ley, no puedo, Nebai, ser indiferente para el dolor de mi prójimo. Su dolor debe ser mi dolor. Su llanto debe quemar mis entrañas. Sus angustias y sus desesperaciones deben sacudir mi corazón, que no encontrará momento de reposo hasta ver aliviados todos aquellos dolores.

"Mira, Nebai, ese cuadro a pocos pasos de nosotros".

Y Yhasua llevó su mirada a los dos hermanos que seguían tejiendo junco, inmóviles en sus carritos de ruedas y con sus rostros pálidos y tristes de enfermos incurables.

— ¡Sí, es verdad!, –dijo la niña–. Debe ser algo terrible estar así paralizados sin poderse valer de sus pies para nada.

— ¡Y bien, Nebai! ¿Puedo ser yo feliz y dichoso mientras ellos beben el cáliz amargo de su impotencia? ¿Amaré yo a mi prójimo como a mí mismo dejándoles solos con su dolor, mientras yo gozo de todos los bienes y alegrías de la vida?

"Ya tienes dada la contestación a tu interrogante, Nebai.

"¡Ya sabes por qué la hora de la dicha y la alegría no sonará jamás para mí en esta Tierra!

"No puedo reír y gozar cuando otros lloran y sufren. ¿Comprendes, Nebai? ¡No puedo!"

Y Yhasua levantó su mirada a la azul inmensidad, cual si preguntase al Infinito por qué sólo él sentía tan honda la casi infinita pesadumbre del dolor de sus semejantes.

Una corriente de profunda emoción pasó en ese instante del alma de Yhasua hacia la de Nebai, que entristecida quizá por primera vez en su vida, inclinó su cabecita rubia, y dejó correr lágrimas silenciosas que fueron a caer sobre el cuello de su gacela Chispa, que había recostado su cabeza sobre las rodillas de su ama.

De pronto miró a Yhasua apoyado siempre sobre el tronco del árbol, y le apareció como envuelto en una suave claridad, que no podía definir si era la luz del sol que se ponía. Vio sus ojos llenos de llanto que no corría, porque estaban fijos en un punto de las nubes purpurinas y doradas del atardecer.

—Ahora te comprendo, Yhasua, –dijo a media voz la niña, de pie ya y acercándose hacia él–. Ahora sufro contigo por los que sufren, y lloro también por los que lloran. ¡Tú eres un ángel de Jehová venido a

la Tierra para aliviar los dolores humanos!... ¡Ahora comprendo que no eres un hombre como los demás!... ¡No sé lo que eres, Yhasua! ¡Acaso el misterio de Jehová cubriendo la Tierra! ¡El Amor de Dios embelleciendo la vida!...

Yhasua tomó la diestra de Nebai y la llevó hasta los dos jóvenes paralíticos.

Un silencio solemne y grave se esparcía en el ambiente saturándolo todo de recogimiento y casi de pavor.

Parecería que un formidable soplo de misterio, de divinidad, de majestad suprema, se cerniera sobre los seres y las cosas.

— ¿A dónde me llevas?, –preguntó a media voz la niña dejándose conducir.

—Al altar de Dios, Nebai..., hermana mía; ¡donde tú y yo seremos los sacerdotes del Señor, usando de su poder y de su bondad, aliviando el dolor de los que sufren!

Los dos jóvenes Aarón y Seth les miraban acercarse lentamente, y como absortos en un pensamiento que no llegaban a comprender.

— ¡Nebai!..., seamos capaces de amarles como a nosotros mismos y ellos serán dichosos, –díjole Yhasua, y puso sus manos sobre la cabeza de ambos enfermos.

Los ojos de Nebai se cerraron como al impulso de un suave sopor, y puso sus manos sobre las de Yhasua.

— ¡Aarón y Seth!, –dijo Yhasua en alta voz y con una emoción que le hacía temblar–: ¡Sed dichosos, con salud y energía, con vitalidad y con fuerza, porque os amamos como a nosotros mismos y porque Dios nos ama a todos como a Sí Mismo!

La voz de Nebai suave como el arpegio de una lira, iba repitiendo las palabras de Yhasua, cual si fuera el eco de ellas mismas que volviera a resonar más dulce, más íntimo, más sugestivo.

Algo así como una sacudida eléctrica estremeció a los dos inválidos, que poseídos de profunda emoción se echaron en brazos uno del otro, como si entonces comprendieran la desgracia que les tenía amarrados a sus carritos de ruedas.

El tiempo que este estado intenso duró en los seres que actuaron, no lo podemos precisar, pero cuando todo volvió a su estado normal, Aarón y Seth tomados de las manos de Yhasua se incorporaron lentamente y se pusieron de pie, ante los atónitos ojos de Nebai que no podía creer lo que veía.

Yhasua les dejó sin sostén unos momentos. Ambos como electrizados, miraban con ansiedad profunda a los ojos de Yhasua, que les miraba sin pestañear.

—Ahora quiero que andéis hacia mí –les dijo, retirándose a tres pasos de ellos.

Ambos se apoyaron uno en el otro tomándose de las manos, y algo vacilantes aún, obedecieron el mandato de Yhasua que iba retirándose lentamente obligándolos a seguir caminando hacia él.

Cuando llegaron, se colocó él entre los dos diciéndoles:

—Apoyaos en mis brazos y vamos juntos al hogar donde vuestra madre nos dará la cena.

Y continuaron andando, aunque sumidos todos en ese pavoroso recogimiento, mudo y silencioso de los acontecimientos grandes, inesperados e inexplicables, para quienes desconocen la fuerza ultra poderosa de una voluntad, puesta a tono con el más intenso y desinteresado amor.

Nebai reaccionó la primera y corrió hacia la cocina gritando con todas sus fuerzas:

— ¡Madre Beila!... ¡Vuestros hijos dejaron los carritos y caminan solos! ¡Venid a verlos!

La anciana salió sin entender los gritos de la niña.

Al ver el cuadro inesperado de sus dos pobres hijos débiles y paliduchos, andando apoyados en los brazos de Yhasua, esbelto, erguido como un joven roble de firme tallo, la buena mujer comenzó a llorar y reír como bajo la acción de una crisis histérica.

— ¡Milagro de Jehová!... ¡Dios ha bajado a nuestra cabaña!... ¡No puedo creer lo que veo!... ¡Tobías!... ¡Tobías!... ¡Tobías!...

Y la pobre madre cayó sin sentido sobre montones de lana que ella misma puso a secar aquella mañana.

Tobías que escardaba sus hortalizas y regaba y removía sus plantaciones, oyó las voces de su mujer llamándole y corrió a ver que nueva desgracia venía sobre su hogar.

Nebai socorría en ese instante a la pobre madre, que no había resistido con serenidad al estupendo espectáculo de ver andando a sus dos hijos tullidos de nacimiento.

Tobías miraba a sus dos hijos y a su mujer sostenida por Nebai. Lo comprendió todo y cayendo de rodillas en medio del patio se cubrió el rostro con ambas manos y comenzó a llorar a grandes sollozos.

Yhasua, inmutable, sereno, impávido como si nada viera de cuanto pasaba, continuó caminando con ambos enfermos hasta llegar con ellos a donde Beila había caído.

— ¡Madre, madre!, –exclamaron ambos muchachos inclinándose hacia ella–. Mirad que de verdad estamos curados.

— ¡No puede ser!..., ¡no puede ser!, –decía entre sollozos la madre.

— ¡Sí, que es, Beila!... ¿Acaso Dios ha perdido el poder de hacer dichosos a sus hijos?, –le dijo Yhasua tomándola de una mano–. Levántate y

pon el blanco mantel de tu mesa porque hemos sido obreros del Padre Celestial y nos hemos ganado el jornal. ¡Tobías!..., ya el Señor sabe tu agradecimiento y tu amor, acércate y abraza a tus hijos a quienes el amor ha hecho felices.

Y Yhasua, de pie junto a Nebai, asistió conmovido al íntimo abrazo de aquellos padres felices con sus dos hijos ya curados de su mal.

—Mi amor y el tuyo, Nebai, –díjole Yhasua a media voz– fue el poderoso imán que trajo sobre esta buena familia todo el Bien que emana de Dios.

"Ahora hemos sido capaces de amarles como a nosotros mismos y el Señor ha compensado nuestra fidelidad a su Ley.

Aarón y Seth fueron de los primeros seres de la especie humana que curó el Verbo encarnado en la última etapa de su mesianismo en la Tierra.

Pasaron dos lunas en que Yhasua continuó sus mismos ejercicios espirituales y sus obras de amor a sus semejantes. No hubo más incidente que la llegada de su madre a visitarle, acompañada de Yhosuelín y de Abigail, que era una linda mujercita de catorce años.

Y Myriam explicó que había muerto casi repentinamente la abuela Ruth que le hacía de ama y de madre, y por lo tanto la niña no podía permanecer allí, pues el Hazzan tomaba un criado para su servicio.

La alegría de la niña al ver de nuevo a Yhasua fue una verdadera explosión de júbilo, que hacía reír a los Ancianos por sus espontáneas manifestaciones.

Era interminable en sus noticias de todos los pequeños protegidos, cuya excesiva glotonería, según ella, las traía fatigadas a la abuela Ruth, a la madre Myriam que las ayudaba, y a ella misma, que "hasta altas horas de la noche se ocupaba de las exigencias de todos aquellos pequeños tragoncillos", que por poco no se la comían desde la cabeza a los pies. Yhasua reía de buena gana oyéndola en sus ardorosas expresiones de protesta.

— ¿Todo esto significa que ya estás cansada, Abi, de ser alegría y esperanza de los desvalidos? –le preguntaba Yhasua, sondeando hasta donde llegaba el amor fraterno de la niña.

— ¡No, no, eso no!, ¿verdad madre Myriam, que siempre he cumplido con mi deber?

Y Myriam, la incomparable Myriam, alma de paloma incapaz de soltar una gota de hiel en otra alma, decía a su hijo mirándole con tiernísima devoción:

—Si encontrases muchos colaboradores como Abi para realizar tus sueños de felicidad humana, podrías estar muy contento, hijo mío.

Y después de departir largamente con su hijo sobre todas las cosas relativas a la familia y amigos de Nazareth, deliberaron sobre lo que

harían con la huérfana Abigail, que prefería cualquier situación antes de volver con la áspera y gruñona tía Michal de sus primeros años.

El Monte Tabor quedaba solamente a medio día de viaje a pie desde Nazareth, pero se hacía un tanto dificultoso debido a las alteraciones del terreno completamente montañoso y cubierto de bosques, en partes casi impenetrable. Y el Santuario se hallaba precisamente en el sitio en que más cubierto quedaba de aquellos que debían ignorarlo.

La pobre cabaña de Simón el portero, estaba a la terminación del último vallecito a donde se podía llegar con relativa facilidad.

Allí comenzaba la maraña impenetrable de la selva y de las rocas, que parecía haberse unido en un abrazo de hierro para defender las vidas de los solitarios, en un espacio de dos leguas a la redonda, después de lo cual continuaba el paisaje de vallecitos interpuestos, con las verdes colinas frondosas y de los arroyuelos de incomparable frescura.

Un tercio de luna permaneció Myriam al lado de su hijo, hospedada en casa de Simón el portero, a donde Yhasua bajaba diariamente por el secreto camino de las rocas.

La hermana de Pedro, Noemí, que conoce ya el lector, se había casado y vivía en Séphoris.

Abigail podía muy bien ocupar su lugar al lado de Juana, esposa de Simón, ya de edad avanzada. ¿Pero quién reemplazaría a Abi para con los desamparados en Nazareth?

He aquí las cavilaciones del Hombre-Luz con sólo diecisiete años y con la clara conciencia de su deber para con aquella doliente porción de humanidad.

Su madre vino a sacarle de su dolorosa preocupación.

—No creas, hijo mío –le dijo–, que la abuela Ruth y yo nos hemos descuidado con tus protegidos. A más, los terapeutas han colocado a varios en sitios donde se ganan honradamente el pan.

“En el taller de tu padre, Yhosuelín tiene como aprendices a cuatro niños de aquellos, y ya ayudan con su pequeño jornal a las necesidades de su familia. ¿Recuerdas a Santiaguito que salía a esperarnos al camino?...

— ¡Oh, sí!, ¿cómo podría olvidarle en sólo año y medio que estoy aquí?

—Pues ha entrado con su padre, despedido del molino como recordarás, al servicio del Hazzan con lo cual la familia no carece de lo necesario. Los terapeutas levantaron del lecho a su madre, que después de larga convalecencia ahora se encuentra bien de salud.

Y las buenas noticias de esta índole fueron siguiendo, en aquellas tiernas confidencias de la madre y el hijo.

En una explosión de agradecimiento, Yhasua abrazó tan efusivamente a su madre, que ésta le dijo:

—Ya veo cuánto amas a los desheredados de la vida por el solo hecho de serlo. ¿Cuándo amarás también así a los tuyos que necesitan a su vez de amor y de solicitud?

Y Myriam quedóse mirando a su hijo en lo profundo de sus ojos.

Él sintió el suave reproche, y apretando a sus labios una mano de su madre, éste le contestó:

—Vosotros no necesitabais de mí como todos esos desamparados que arrojaban de todas partes... Vosotros no sólo tenéis vuestra vida asegurada, sino que aún gozáis de una posición que os pone a resguardo de todas las contingencias y alternativas de la vida.

—Sí, es verdad lo que dices, pero tu padre y yo no llenamos con nada el vacío dejado por ti en nuestra casa. ¿Cuándo regresarás, hijo mío?

—Cuando vosotros queráis –le contestó Yhasua–. ¿Cómo es que no vino contigo mi padre que me lo había prometido por los últimos terapeutas que vinieron desde allá?

—Tu padre, Yhasua, empieza a sentir un mal de corazón que nos tiene apenados a todos. Él no ha querido que tú lo supieras antes, a fin de que permanecieras aquí tranquilamente... He aquí la razón por qué yo te decía que también nosotros necesitamos de tu solicitud y cariño.

—El subir a estas montañas le produciría gran agitación, ¿verdad?, –preguntó Yhasua, algo alarmado por la noticia–.

"Yo iré hacia él, entonces, y lo haré cuando tú regreses. Nos iremos juntos, madre, y no volveré al Santuario hasta que él esté completamente curado.

"Abigail –dijo a la niña que se acercaba en ese instante–, ven con mi madre, que vamos al Santuario para resolver con los Ancianos si debo volver a Nazareth con vosotras.

— ¡Oh, Yhasua!, está tan entristecida Nazareth sin ti y sin la abuela Ruth, que no tengo ningún deseo de volver allá...

—Pensemos en que Dios nos revele su voluntad, que en cumplirla está nuestra paz y nuestro bienestar.

Y guiados por el anciano Simón, padre de Pedro y de Andrés, futuros apóstoles del Cristo, se internaron por el camino secreto de las rocas que sólo tenía salida en una de las grutas del Santuario.

Para Abigail, aquello era un espanto. — ¡Vivir así entre las rocas como las raposas y los lagartos!, –decía asustada.

—Abi –le dijo seriamente Yhasua–. Ya eres una mujercita y debes aprender a ver, oír y callar.

"Si vuelves a Nazareth, nada debes mencionar de los solitarios que aquí viven, porque sería un atentado a su tranquilidad y a sus vidas. Porque creo que puedo confiar en ti, te he traído. ¿Lo oyes?

—Seré discreta, Yhasua, no temas por mí. No he recibido sino bien de ti y de los terapeutas. ¿Cómo podría yo ser capaz de traicionaros a todos? No, no..., antes me dejo cortar la lengua.

Y riendo a veces de las alarmas y sustos de la niña, llegaron por fin a la gruta donde tenía salida el camino, y que era algo así como una sala de espera que no presentaba aspecto alguno de continuidad, pues aparecía como una gruta aislada y para que tomasen descanso los viajeros. Unos bancos rústicos, un cántaro con agua y un saco de higos secos, así lo indicaba.

—Sentaos aquí –dijo Simón el guía–, que yo daré la llamada.

Y el buen viejo hundió el brazo por un hueco de la gruta lleno de musgo, y se oyó el sonido lejano de una campana.

A poco se destapó una abertura en un lado de la techumbre por donde la gruta era más baja que el alto de un hombre, y el esenio cocinero que tan asiduamente cuidaba de Yhasua asomó su cara plácida y serena.

— ¿Eres tú, mi chorlito?...

—Sí, soy yo, pero no vengo solo sino con mi madre y una hermanita más pequeña que yo.

“Deseamos conversar con los Ancianos porque hay novedades en mi familia de Nazareth. Preguntad si ellos vendrán aquí o podemos nosotros pasar.

—Vuelvo en seguida –contestó el esenio cerrando nuevamente la rampa que abriera al llegar.

— ¡Oh, qué pena!... –exclamaba Abigail–. ¿Por qué deben esconderse tanto si son buenos como tú?

—Piensa en que tú, sin ser mala, te viste obligada a huir de tu tía Michal –contestóle Yhasua–. Como Michal y aún mucho peor que ella es gran parte de la humanidad, Abi; y los justos que no están defendidos por las leyes arbitrarias del país se ven perseguidos y hasta llevados al tormento y a la muerte.

— ¿Recuerdas –dijo Myriam–, la historia que te he contado algunas veces de la persecución a los niños menores de dos años nacidos en Betlehem cuando nació Yhasua?

— ¡Oh, sí!..., lo recuerdo muy bien.

— ¿Qué mal podían haber hecho niños menores de dos años?

—La maldad de los hombres, Abi, cuando les dominan las más bajas pasiones, llega hasta la ferocidad. Eso es todo.

Simón el portero se había vuelto desde que los visitantes fueron atendidos.

A poco rato bajaron por la rampa el Servidor y dos esenios más: Tholemi y Melquisedec, los tres maestros de Yhasua que ya conoce el lector.

Eran tres seres de la alianza del Cristo desde lejanas edades, que por ley divina se encontraban nuevamente a su lado para colaborar con él en su postrera jornada mesiánica.

Sólo el Servidor conocía personalmente a Myriam, pues estaba en el Santuario desde su juventud. Los otros dos habían llegado hacía poco tiempo, o sea cuando se formó ese liceo de instructores escogidos para colaborar en los desarrollos mentales y espirituales del Cristo adolescente.

—No necesitas presentarnos a tu madre, Yhasua, porque el parecido es tan grande de uno con otro que, con sólo verlos, está todo dicho –decía el suave y delicado Melquisedec saludando a Myriam, silenciosa y retraída.

—En cambio la hermanita no tiene parecido físico –añadió Tholemi.

—Es hermana por afinidad solamente –contestó el niño.

—Para mi hijo son hermanos todos los desamparados y huérfanos, y esta niña lo es. –Así explicó Myriam a sus interlocutores.

—Se llama Abigail –dijo Yhasua–, y desde que vine al Tabor ella ha cumplido la tarea que yo dejé empezada, o sea, cuidar de los pobres niños sin pan y sin techo que andan como perrillos sin dueño por las plazas y las aceras.

— ¡Oh..., es una gran mujer!... –decía el Servidor–, o una madre pequeña que se desvela por otros más pequeños que ella.

— ¡Ah, Yhasua!, –decía de pronto la niña–. Se me había olvidado decirte que el tío Jacobo, no podrá en adelante dejar que duerman en la caballeriza nuestros amiguitos sin casa. –Y sus ojillos desolados miraban tristemente al niño como preguntándole: ¿qué hacemos ahora?

Ante un desastre semejante, Yhasua perdió el aplomo y la serenidad.

— ¡Cómo!... ¿Así me falta a lo prometido el tío Jacobo? Tengo que irme inmediatamente, –determinó Yhasua con una intranquilidad penosa.

—Cálmate, hijo –dijo su madre–, que esto no será hasta la próxima luna debido a que el buen Jacobo entrega en pago de deudas la mitad de su huerto que es donde está la caballeriza vacía que él prestaba a los niños. No te enfades con él, que harto dolor tiene con desprenderse de la mitad de su posesión.

—Y Tadeo, su hijo mayor, ¿qué hace?, –preguntó nervioso Yhasua.

—Está desesperado, pues fue él quien cayó en el lazo de un falso mercader de lana que pasó por Nazareth, arruinando a gentes de buena fe –le contestó su madre.

Mientras esta conversación, los esenios escuchaban en silencio y ataban cabos en esta sencilla red, tejida con las dificultades y angustias de sus semejantes, cuyas vibraciones dolorosas afectaban de cerca

y con bastante intensidad a Yhasua, que convivía con el dolor de su prójimo.

El "buen Jacobo" mencionado, era un esenio del grado tercero, hombre justo a quien el Servidor conocía de tiempo atrás.

Su hijo Tadeo fue años más adelante, uno de los doce apóstoles del Cristo.

—Óyeme, Yhasua –intervino el Servidor–. Por la conversación que acabas de tener con tu madre, veo que tú y nosotros no podemos permanecer en nuestro tranquilo paraíso, mientras nuestros Hermanos se debaten mar adentro, en una lucha desesperada. Vamos pues hacia ellos y remediemos sus dolores con el favor de Dios.

—Comenzando por tu padre enfermo, trataremos de aliviar a todos de sus pesadas cargas. ¿Qué os parece a vosotros?, –preguntó a sus dos compañeros que permanecían en silencio.

— ¿Queréis que acompañemos nosotros a Yhasua? –preguntó Tholemi, que era el mayor de los tres.

—Vosotros dos y yo –dijo el Servidor–, que como conozco palmo a palmo el país, pues fui terapeuta más de la mitad de mi vida, creo que el Señor me permitirá usar de mi influencia personal cerca de algunos que puedan remediar tantos males.

— ¿Y qué hacemos con Abi?, –preguntaba Yhasua–. El ama que tenía ha muerto, era la esposa del Hazzan. Podíamos dejarla aquí con la esposa de Simón.

— ¡Pobrecilla!, –dijo el Servidor– ¿qué quieres que haga más que languidecer de aburrimiento en esta soledad y entre dos ancianos que vegetan en su tranquila quietud? Dos años más y esta niña podrá tomar esposo y formar un nuevo hogar. Con sólo darle pan y techo no arreglamos su vida.

—Eso es verdad –dijo Myriam–, y creo que ya hay un jovencito honesto y trabajador que ha pensado en ella.

Yhasua miró alarmado a Abigail que se puso roja como una cereza.

— ¿Conque así pensabas tú en mi rebaño de corderitos abandonados?, –le dijo entre severo y burlón.

— ¡Yo no sé nada, Yhasua!, ¡no sé nada! –dijo afligida la niña que se abrazó de Myriam y rompió a llorar.

—No seas tontuela, hijita –le dijo Myriam–, que Yhasua bromea contigo.

"Es verdad lo que dice, pues ella sólo sabe que Benjamín el hijo mayor de tu hermano Matías, la ayuda a repartir ropas y golosinas a tus protegidos y aporta cuanto puede con este fin.

"Soy yo que he oído la confidencia del muchacho que tuvo la franqueza de contarme lo que piensa.

—Ver florecer el amor en la juventud es hermoso, hija mía –le dijo el Servidor–, y no tienes por qué avergonzarte de esto. Voy viendo que hay muchos cabitos que atar por allá, donde las buenas gentes luchan por este rudo vivir.

"Ayudar a todo lo bueno, bello y grande, y evitar todo el mal posible, es el compendio sublime de la ley de amor fraterno.

"Conque a disponer el viaje para dentro de diez días, ¿qué os parece?

—Como vos lo digáis, Servidor –dijeron varias voces a la vez.

El campo de acción del Hombre-Luz iba ensanchándose más y más cada día. Y dos días después de la escena que acabamos de narrar, le encontramos con su madre en la casita de piedra de Arvoth el escultor.

Myriam y Sabad se habían reconocido como parientes cercanas, pues la segunda, era hija de una hermana de Ana, madre de Myriam.

Desde la desgracia ocurrida a la familia de Arvoth y que fue de gran resonancia entre las familias pudientes de Jericó, nada había vuelto a saber de su infeliz prima. Su encierro en la Fortaleza de Masada fue un secreto impenetrable, igualmente que su libertad y refugio en las montañas del Tabor.

Sabad era diez años mayor que Myriam, y no se veían desde la niñez debido a que Myriam estuvo varios años internada entre las vírgenes del Templo de Jerusalén.

Bien puede pues imaginarse el lector, las interminables confidencias que ambas mujeres debieron hacerse en los días que Myriam pasó en la casita de piedra.

Tanto una como otra se apercibieron de la afinidad que se había despertado entre Yhasua y Nebai, aunque no acertaban a definirla bajo su verdadero aspecto. ¿Sería amistad?, ¿sería amor, o un simple compañerismo por el ideal piadoso y tierno que florecía en ambos como un resplandor del amor divino sobre todos los seres?

Las dos madres se entregaban a conjeturas o formaban castillos de oro y de nácar, sueños de hadas con velos de ilusión, y nosotros, lector amigo, sabemos a fondo lo que germina y crece en las almas vehementes y sensitivas de Yhasua y de Nebai, si les seguimos de cerca en sus andanzas por las ruinas del vecino vallecito de Dobrath, a donde hacían frecuentes visitas al atardecer.

Y mientras las madres hablaban en el jardín de las esculturas, Yhasua decía a Nebai sentada en la fuente de las palomas:

—De aquí a tres días me voy a Nazareth con mi madre, y tú quedarás sola a cuidar de nuestros protegidos de Dobrath. ¿Sabrás hacerlo Nebai con la misma solicitud que ahora?

La niña guardó un breve silencio. Sin disimular su pena, preguntó a su vez:

— ¿Quieres exigir constancia en mí para una tarea que tú abandonas, Yhasua? El iniciador fuiste tú y ahora la dejas. A decir verdad, no tendrás derecho para esperar que yo continúe con igual entusiasmo.

La contestación de la niña llevaba en sí un suave reproche, unido a una amargura disimulada.

—Tienes razón, Nebai, pero si yo me voy, es sólo por poco tiempo y por motivos que no puedo vencer. Mi padre está enfermo, y los Ancianos piensan que debo ir hacia él. Mas, así que se cure, volveré. ¡Sería para mí tan triste partir, sin la certeza de que tú continuarás lo que juntos hemos comenzado!

— ¿Me pides una promesa formal?, –preguntó la niña.

—No te la pido, Nebai, porque no tengo ningún derecho para ello; pero si me la hicieras espontáneamente, me darías una gran satisfacción.

—Yo debo hacerte una confesión, Yhasua, y no lo tomes a mal. Hasta ahora he luchado conmigo misma para vencer la repulsión natural que me producen algunos de nuestros enfermos y ancianos. ¡Son tan sucios y tan malos, que casi no puedo quererlos!

“Lo que hice por ellos, lo hice por darte gusto, por verte feliz, por merecer tu amistad, tu cariño, y porque te sientas unido a mí, como estas palomas blancas con la fuente. ¿Ves, Yhasua, como ellas se miran en el agua de la fuente y beben en ella, y se reflejan en ella y tienen toda su alegría en estas piedras que dora el sol, y que ellas salpican cuando sacuden las alitas mojadas?, ¿lo ves, Yhasua?

—Sí, Nebai..., veo toda esta belleza de Dios hasta en las más pequeñas cosas, y celebro que tú también las veas.

—Pues bien, yo había pensado que tú y yo seríamos siempre como las palomas y la fuente, inseparables...

“¿Qué será de la fuente si vuelan lejos las palomas?

“¿Qué será de las palomas si la fuente se agota? ¿Lo sabes tú, Yhasua?

Y la hermosa niña, con una sombra ligera de tristeza, sumergía las manos en el agua y salpicaba las mansas palomas adormecidas entre las piedras y el césped florecido.

—Si las palomas aman de verdad a la fuente, no volarán muy lejos y pronto volverán, Nebai; y si la fuente ama a las palomas, no se agotará jamás, ¿entiendes, Nebai? Estamos haciendo un símil de las palomas y de nosotros mismos.

“Si hay en nosotros un amor grande y verdadero, nos reflejaremos uno en otro como las palomas en la fuente.

“Mi pensamiento te seguirá a todas partes, y aún a distancia, sentiré la alegría de nuestros enfermos y ancianos cuando tú vayas a ellos para consolarles en nombre mío.

“Créeme, Nebai, que mi pensamiento será contigo como una paloma blanca reflejándose en la fuente; y estaré en la cabeza blanca de la anciana que peinas, en el enfermito que vistes, en el niño que conduces de la mano, en la llaga que curas, en las lágrimas que secas, y hasta en los ojos sin luz que cierras cuando la muerte los haya apagado...

“¡Oh, Nebai..., mi querida Nebai!..., –exclamó Yhasua, tomando una mano de la niña– prométeme que me verás en todas las obras de misericordia que realices durante mi ausencia, porque en todas ellas yo estaré contigo.

—Prometido, Yhasua, ahora y para siempre, –y al decir tales palabras inclinó su rostro sobre la fuente para esconder la emoción que había llenado de llanto sus ojos.

—También tú te reflejas en la fuente, Nebai, como las palomas, –dijo Yhasua, mirando en el agua quieta, la hermosa imagen de la niña–. Y la fuente me cuenta que tienes lágrimas en los ojos y tristeza en el corazón.

—He aprendido de ti, Yhasua. ¿No me dijiste un día que la hora de ser feliz no sonaría jamás para ti en esta tierra?...

Yhasua guardó silencio y se sumergió en su mundo interno durante unos momentos.

—Cierto, Nebai, cierto. Yo te he traído tristeza..., yo que quisiera inundar de luz y de alegría a todos los seres... ¡Pobre Nebai mía!... Tú has sido la fuente en que me he reflejado yo mismo. Tanto me has comprendido criatura de Dios, que has llegado a beber el dolor de la humanidad que yo he bebido desde que fui capaz de comprender y de pensar...

—Nuestras madres vienen para aquí, –dijo la niña mirando hacia la casa–. Que ellas ignoren siempre el misterio de las palomas y de la fuente.

— ¡Oh, las madres, Nebai!... Ellas lo saben todo, porque el amor les descifra todos los misterios.

—Sí, sí, lo sabemos todo, niños, y no se nos oculta lo que guardáis en vuestros corazones –dijo sonriente Sabad, que era más expansiva y espontánea que Myriam. Ésta se limitó a envolver a los dos adolescentes en una de esas miradas indescriptibles que son todo un poema de ternura, de dicha interior y de misterioso anhelo para aquellos a quienes va dirigida.

Un velo sutil de purpúreo arrebol resplandeció como una aurora en el hermoso rostro de Nebai que guardó silencio, mientras Yhasua como divinizado por una idea radiante contestó:

—El amor de madre, Sabad, transformaría a todos los seres en arcángeles de Dios, si fuesen capaces de comprender de qué excelsa naturaleza es el amor verdadero.

Cuando los visitantes se alejaron, Nebai quedó sola al borde de la fuente.

La primera estrella se levantaba como una lámpara de amatista en un fondo de turquesa, atrayendo naturalmente las miradas de la niña que parecía sumergirse más y más en una profunda meditación.

Luego murmuró a media voz algunas de las últimas palabras de Yhasua...

"Créeme, Nebai, que mi pensamiento será contigo como una paloma blanca reflejándose en la fuente".

— ¡Y lo será!..., sí que lo será, porque él lo quiere y yo lo quiero también, –dijo la niña con tal decisión y energía, que toda ella revivió en una radiante explosión, como una flor que de pronto recibe un raudal de agua fresca.

Y desde aquella hora, fue Nebai el instrumento de la Divina Ley, para que la fuerza telepática o transmisión del pensamiento se desarrollase en Yhasua, hasta un punto jamás alcanzado por un ser humano sumergido en el plano físico terrestre.

—Esperaré tu pensamiento en todas las horas del día –le había dicho Nebai a Yhasua, al despedirse al borde de la fuente–, pero lo esperaré más a la puesta del sol, y cuando asoma en el cielo la primera estrella. Me dirás cuanto quieras y yo lo anotaré en mi carpeta y cumpliré tus mandatos.

Fue la mente de Nebai, flor de montaña, la clara fuente en que se reflejó el pensamiento del Hombre-Luz como chispazo primero de la ley de la Telepatía, que él pondría en acción en años más adelante y no en un solo sujeto, sino sobre numerosas multitudes.

El regreso de Yhasua a Nazareth fue recibido por Yhosep, su padre, con una tierna emoción.

Lo veía ya un hermoso joven de diecisiete años, alto, delicado y grácil, como un bambú de las orillas del lago.

—Eres Myriam..., todo Myriam, a medida que creces –le decía mirándole de la cabeza a los pies, mientras le tenía parado junto a su sillón de enfermo.

Pero Yhasua ya no oía ningún ruido ni rumor de la tierra. Se había concentrado profundamente mientras abandonaba sus manos entre las de su padre; y su pensamiento se había clavado como un dardo de oro en aquel corazón enfermo que latía irregularmente.

Yhosep echó atrás su cabeza cana que se apoyó en el respaldo del sillón. Un suave sopor lo invadió, produciéndole un sueño tan profundo y sereno que cuando Myriam entró con vasos de jarabe de cerezas, se quedó sorprendida, pues le pareció que no respiraba.

Un momento después lo comprendió todo. Su clarividencia percibió, aunque muy tenue, un rayo de luz dorada que iba de la cabeza de su hijo al pecho de su esposo enfermo. Quedóse quieta, inmóvil, sin respirar casi, porque una secreta intuición le decía que así ayudaba a su hijo a la curación que hacía sobre su padre. Por fin éste se despertó y sus ojos revelaban una inmensa alegría.

— ¡Qué largo sueño y qué hermoso despertar!, –exclamó, viendo aún a Yhasua, cuyas manos retenía entre las suyas, y a Myriam a dos pasos con el jarabe de cerezas que parecía rubí líquido.

— ¿Qué soñaste, padre?, –preguntó Yhasua sentándose a su lado, mientras Myriam les ofrecía a ambos el precioso jarabe preparado por ella.

—Que numerosos ángeles del Señor me sacaban del pecho el corazón enfermo y me ponían el tuyo, hijo mío, el tuyo joven y sano como un racimo de cerezas maduras. Y a fe que podía creerse así según lo bien que me siento. Todo dolor ha desaparecido y ya no me golpea en el pecho como los martillos sobre el banco. ¡Oh, Yhasua!..., mi viejo corazón quería verte cerca, muy cerca, y golpeaba con furia llamándote. ¿Lo ves?... ¡Oh, pícaro corazón de viejo que empieza a tener mañas buscando mimos!

Y Yhosep reía como pocas veces le habían visto.

—Es nuestro hijo que te ha curado –díjole Myriam–. No ha sido infructuosa su estadía en el Tabor. Los Ancianos me han hecho relatos de grandes cosas que ha realizado allí. El Altísimo le ha tomado como instrumento para aliviar todos los dolores humanos.

— ¡Van llegando los anuncios, Myriam!... ¡Van llegando!

“Muchas cosas grandes y hermosas quiero ver en ti, hijo mío..., pero no quiero verte padecer ni morir. ¡Eso no!..., ¡eso no!

Y Yhosep se agitó en el sillón.

— ¡Cálmate, padre!, cálmate, que nada de eso verás –díjole suavemente Yhasua–. ¿Por qué te da por traer esos pensamientos en esta hora de tanta alegría?

—Verdad, Yhosep, que no debes amargarnos estos momentos tan dichosos –añadió Myriam con su voz de alondra.

—Tenéis razón..., me estoy volviendo de verdad viejo, y caigo en desvaríos tontos sin ninguna justificación.

Aquellos dichosos padres celebraron la llegada del hijo excelso, con una comida íntima al siguiente día. Todos los hijos de Yhosep con sus familias, más el Hazzan y los tres esenios compañeros de viaje, formaban un buen número de comensales.

—No digas nada de tu curación, padre –díjole Yhasua–, y así, todos creerán que es la alegría de tenerme a tu lado que te produce ese alivio.

Hay que tener en cuenta que de todos los hijos de Yhosep, sólo el menor, Yhosuelín, era afiliado a la Fraternidad Esenia. Los demás eran

simpatizantes con los terapeutas por el bien que de ellos recibían, pero nunca se preocuparon de otra cosa que de cumplir sin mayores esfuerzos, la ley de Moisés, y sin poner en ello un marcado entusiasmo. Pertenecían a esa turba multa de seres buenos en el fondo, viviendo nada más que para el trabajo y los deberes de familia. Pacíficos por naturaleza, nunca se mezclaron en las alteraciones políticas de su tiempo, dejando "a los de más arriba" como ellos decían, el cuidado de velar por los intereses del pueblo. Este detalle explica claramente que ellos no vieron con buenos ojos los afanes de Yhasua por buscar solución a los problemas de los indigentes y desvalidos.

Habituados a bastarse a sí mismos y a encerrar toda su vida entre el huerto hogareño y sus talleres de artesanos, no comprendían que hubiera almas que sintieran otros anhelos e inquietudes. Y se volvían todo censuras contra los que buscaban complicaciones a su vida saliéndose de la órbita cerrada del hogar y del taller.

La parentela de Myriam ya era diferente, pues los hermanos de Joachin y de Ana, sus padres, entre los que hubo varios Sacerdotes y Levitas, dejaron hijos e hijas con los cuales Myriam mantuvo siempre amistad, y fue entre ellos que encontró Yhasua, en el futuro, ambiente más conforme con sus grandes ideales de mejoramiento humano.

Unos más y otros menos, todos esperaban que el hijo de Myriam, como más comúnmente le llamaban para distinguirle de sus hermanastros, estaba destinado a ser el que diera brillo a la familia, pues no ignoraban que en su nacimiento hubo acontecimientos extraordinarios. Sabían también, que los Santuarios esenios ocultos entre las montañas eran la Escuela de los Profetas, de los grandes terapeutas, y guardaban todas las reservas convenientes. Y así su amor propio y un poco de vanidad les hacía ver con más agrado que Yhasua se instruyese en los Santuarios, que no su afán de mirar por los mendigos y chicuelos harapientos de la calle.

Alrededor de este modo de pensar, se desarrollaron todas las conversaciones durante la comida. Los esenios daban miradas de inteligencia a Yhasua para que guardase silencio, en obsequio a la paz y la armonía en el seno de la familia reunida en su homenaje. Y el Servidor, en un discreto doble sentido, decía para dejar a todos tranquilos:

—No dudéis de que nuestro Yhasua será un fiel cumplidor de la Voluntad Divina en todo momento.

Cuarenta días permaneció Yhasua entre los suyos de Nazareth, donde recibió las visitas de toda la parentela de sus padres y amistades, que eran muchas, por ser Yhosep conceptuado como un hombre justo en toda la extensión de la palabra, de cuyo consejo prudente y discreto y aun de ayuda material, casi no había un vecino de la comarca que no lo hubiese necesitado alguna vez.

Yhasua pudo recoger el fruto de sus desvelos de adolescente por sus hermanos desamparados y comprobar a la vez cómo los esfuerzos bien encaminados de parte del Hazzan, de la abuela Ruth, de su misma madre, con el gran apoyo de los terapeutas, había eliminado por completo la indigencia ambulante en las calles y suburbios de Nazareth.

La buena voluntad de todos, puesta en acción con idéntico fin, había dado como resultado que el trabajo distribuido con altruismo y justicia había aniquilado el horrible monstruo del hambre y de la miseria, que asolaba a casi todas las ciudades de la Palestina. El Mar de Galilea que sería en años futuros uno de los más pintorescos centros de acción del Divino Maestro, estaba poblado en todas sus costas de barquillos pescadores, debido a que el solitario castellano de Mágdalo había donado a los terapeutas la tercera parte de las maderas de sus grandes bosques para que los carpinteros sin trabajo construyesen pequeñas barcas pescadoras, que luego se alquilaban por un precio ínfimo, pagado con pesca, a todos aquellos que no teniendo recursos quisieran sacar del pequeño mar galileo, el sustento para sus familias.

Más de una vez los ojos del joven Mesías se humedecieron de feliz emoción, cuando en aquella estancia de cuarenta días en su tierra natal, recorrió las márgenes del lago de aguas doradas, en una u otra de las barquillas pescadoras de aquellos que dos años antes había él recogido de los suburbios fangosos de la ciudad, sin más perspectiva para ellos que el encontrar abundantes mendrugos de pan duro o residuos de comidas arrojadas al muladar.

Y ante tales hechos, se hacía carne en su corazón este profundo sentir:

—Si en la humanidad no hubiese tanto egoísmo, ningún ser humano sufriría la miseria y el hambre. Habría paz, felicidad y amor para dar a cada uno lo que de derecho divino le pertenece, puesto que la ley de la vida la da Dios para todas sus criaturas por igual.

No olvidó visitar al pequeño Juanillo, hijo de Zebedeo y Salomé, nacido como sabemos en el derrumbado santuario de Silo, camino de Jerusalén, cinco años atrás.

—Si te apuras a crecer y hacerte hombre, te llevaré conmigo a todas partes donde yo vaya –decíale el que pocos años después recorrería desde Idumea hasta Fenicia, y desde el Mediterráneo hasta la ardiente Arabia, llevando en verdad a Juan a su lado y llamándole “Estrella de mi reposo”, en los momentos de íntimas confidencias con que el gran Apóstol descansaba de sus fatigas y desazón interior.

Cuando se cumplieron los cuarenta días de permanencia en Nazareth, el Hombre-Luz encontró su propio corazón rebosante de la dicha de haber proporcionado a todos cuantos se le acercaron unas migajas del festín divino del amor, que es consuelo, paz y esperanza.

— ¡Madre!, –decía enternecido a Myriam–, nunca fui tan feliz como ahora, que no dejé a ninguno con la copa vacía de todos aquellos que la pusieron ante mí.

"¡Oh! ¡Si los hombres supieran la alegría infinita de darse a todos sin esperar recompensa, este mundo sería un paraíso!

Y con el alma desbordante de amor y de alegría, Yhasua emprendió el regreso al Santuario, dejando a todos sus amiguitos contentos por saber que debían esperarle, pues él cumpliría su promesa.

—Volveré pronto –les había dicho–, y quiero encontraros a todos como os encontré ahora, con el pan en la mesa y el fuego encendido, lo cual significa que trabajáis bajo la mirada de Dios, que bendice vuestros esfuerzos y fatigas.

Abigail se escondió entre la multitud de adolescentes y jovenzuelos que despedían a Yhasua en el huerto de su casa, con el fin de despedirse la última. —Yhasua –le dijo–, yo me quedo con tu madre para cuidarla y amarla hasta que tú vuelvas.

—Bien, Abi, bien, y para cuando yo regrese celebraremos tus esponsales con Benjamín, mi sobrino. ¡Cuidado que no quiero riñas! ¿Eh? Nuestro Dios Amor te hará dichosa porque tu amor a los desvalidos te ha conquistado la felicidad.

Y al caer de la tarde se encontraba Yhasua de nuevo en las pintorescas grutas del Monte Tabor, donde le esperaban agradables noticias.

La última caravana del norte había traído un interesante envío desde Ribla, de parte de Arvoth, el escultor, que cumplía la promesa dada antes de partir.

Aquel sacerdote cretense que le contrató para construir un pequeño templo a Homero, era un ser extraño para todos; pero en el que todos reconocían un hombre justo, en quien resplandecía un ardiente entusiasmo por todo lo bello, grande y bueno.

Era viudo y vivía sólo con dos hijos: Nicanor y Lastenio, de veinte y dieciocho años, respectivamente.

A estas noticias iban añadidas otras que para los esenios eran de gran importancia:

El sacerdote cretense, cuyo nombre era Menandro, poseía un valioso archivo de épocas muy remotas, cual si fueran visiones fantásticas de viejas civilizaciones que ya no vivían ni aún en el recuerdo de los hombres. Y Menandro afirmaba que aquel archivo era la única herencia dejada por Homero, su ilustre antepasado, y que por conservarlo se había desterrado voluntariamente a la silenciosa Ribla, escondida en el corazón de la cordillera del Líbano. Allí no le encontrarían los interesados en cuestionarle sus derechos sobre aquel valioso tesoro.

El anciano estaba dispuesto a enseñarlo a quienes, con fines de estudio, quisieran revisarlo. Únicamente pedía discreción y silencio.

En la formidable Historia de las Edades que los esenios venían formando desde que Essen, discípulo de Moisés, fundó la Fraternidad Esenia, había muchas lagunas, períodos vacíos, como si la marcha incesante de la humanidad se hubiese detenido a intervalos. Y a llenar de historia esos vacíos, tendían los esfuerzos de los solitarios para que la humanidad pudiera saber el orden completo en que la Divina Sabiduría pasó como una estrella radiante por el cielo de este planeta, sembrando civilizaciones como el labrador siembra sus campos.

De tan inestimable valor era para los esenios esta noticia, que no tardaron en disponer un viaje a Ribla. Irían cuatro de los diez que formaban el alto cuerpo de maestros, llevando con ellos a Yhasua.

Entre los cuatro esenios viajeros, poseían las principales lenguas o dialectos en que los hombres habían expresado sus pensamientos desde lejanos tiempos.

Y mientras los Ancianos contrataban las bestias a los caravaneros en Tiberias y ultimaban las diligencias del viaje, Yhasua dialogaba con Nebai, su flor de la montaña, sobre cómo había cumplido sus promesas y los mensajes mentales que le había enviado desde Nazareth.

Por vía de instrucción para el lector daré la copia de ambas carpetas, la de Nebai y la de Yhasua, que sentados en las piedras de la fuente, mientras las palomas se arrullaban y la buena Sabad les brindaba melodías de su laúd al caer de la tarde, ellos comparaban día por día los resultados de su constancia admirable para emitir el pensamiento Yhasua y para recibirlo Nebai.

Desde luego que hubo fallas a veces, por diversos motivos, pues dadas las condiciones del plano físico en que ambos sujetos actuaban, la perfección completa no siempre es fácil y posible en un período largo ya, pues fueron cuarenta días de prueba.

Primer día: “Más o menos a la hora en que Yhasua debió llegar a Nazareth, me pareció sentir que me decía: Ayúdame, Nebai, para aliviar a mi padre enfermo del corazón. Yo cerré los ojos y pensé con fuerza: Quiero que Yhasua cure el corazón enfermo de su padre”.

— ¡Exacto!, –decía Yhasua, mirando las anotaciones de su carpeta–. ¿Y qué más te dije ese día, Nebai?

—Yo no sentí nada más.

—Entonces no oíste el final, pues yo añadí: “Si tu amor es grande como el mío, mi padre será curado”.

— ¿Y no fue curado?

—Sí que lo fue.

—Entonces, Yhasua, será que mi amor es tan grande como el tuyo, –contestaba valientemente la niña, fortalecida por el éxito.

La madre Sabad dejaba de tocar el laúd y sonreía ante este diálogo en que se veía el juego maravilloso de aquellos sentimientos como el rozarse de cristales límpidos, que transparentaban las luces de un arrebol sin sombras.

—No hay nada más hermoso y sublime que el amor en almas puras, que flotan en planos sutiles y diáfanos, adonde no pueden llegar los seres vulgares y mezquinos, –pensaba la dichosa madre, testigo de aquel divino dialogar entre almas que la Ley había hecho encontrarse para grandes obras de amor y redención humana.

Y Nebai miró de nuevo su carpeta y continuó leyendo:

—Segundo día: "Nebai: gracias por tu cooperación. Mi padre fue aliviado de su mal. No olvides el valle de Dobrath, pero no vayas sola sino con tu madre o la criada.

— ¡Bien, Nebai, muy bien!, –exclamó Yhasua comparando con su carpetita–. Hay pequeñas diferencias de expresión, pero en el fondo dice lo mismo. Oye: "Nebai, gracias por la ayuda mental que me diste.

"Mi padre no sufre ya el mal. Acuérdate de nuestro valle de Dobrath, y cuando vayas, que seas acompañada con tu madre o la criada". ¿Ves, Nebai? Está casi igual.

— ¿Has visto, Yhasua, cómo me llegaron tus mensajes?, –decía la niña plena de satisfacción y alegría.

—Cuando los pensamientos se perciben así a través de las distancias, es porque tú y yo estamos sumergidos juntos en la irradiación infinita de nuestro Dios-Amor. ¿Lo comprendes, Nebai?

— ¡Oh, sí, Yhasua, lo comprendo! Me figuro a Dios como un inmenso mar luminoso, en el cual flotamos tú y yo como dos pececillos plateados, que muy juntitos van hacia un mismo lugar. ¿No será así ese Dios-Amor, Yhasua?

—Sí, Nebai, es así. Y así como ahora nos escuchamos y comprendemos, porque estamos en un mismo plano de vibración, y la atmósfera y el éter es uno mismo; de igual manera pasa a las almas en el espacio infinito cuando el amor recíproco, desinteresado y puro, las coloca en una misma onda vibratoria. Así me han enseñado mis sabios maestros.

—Y si tú y yo no nos amásemos y fuésemos indiferentes uno al otro o nos tuviéramos antipatía, ¿podríamos percibir así los pensamientos?, –preguntó la niña.

— ¡Oh, no, Nebai! ¡Nunca! Nuestro amor desinteresado y puro, es quien nos ha sumergido en ese mar luminoso que es Dios, según tú lo imaginas, y es así como los dos pececillos plateados se hablan y se comprenden en el seno infinito de Dios-Amor.

— ¿Y no podía ser lo mismo si yo te enviara mis mensajes con el pensamiento?, –preguntó Nebai–. ¿Lo percibirías tú?

—Claro está que sí; probemos a hacerlo desde mañana a la hora que nosotros fijemos, –contestó Yhasua.

—La quietud me viene a mí a la caída de la tarde, Yhasua, y cuando asoma la primera estrella. A esa hora ya no juego ni corro, ni río como una loquilla. Sentada aquí en la fuente, espío en el cielo la aparición de la primera estrella y me invade una suavidad y quietud que parece una oración. A esa hora puedo mandarte mi mensaje al Santuario. ¿Qué haces tú a esa hora, Yhasua?

—Estudio a los profetas, o medito yo solo en el santuario, o debajo de los árboles.

—Convenido, ¿eh, Yhasua?, –insinuaba suavemente la niña con la misma ternura e intensidad con que otros niños piden un juguete o una golosina.

—Convenido, Nebai, y con todo el entusiasmo de mi corazón.

Y siguieron recorriendo las carpetitas hasta llegar a una anotación que decía: "Desde el amanecer me sentí acosada por la idea de que Yhasua no quería más dejar Nazareth y volver al Tabor. Y entristecida por tal idea vine a la fuente al caer de la tarde, según costumbre, y encontré que una de las piedras que forman el borde se había salido de su sitio, y que al rodar sobre el césped aplastó una palomita nueva que hacía poco salió del nido. Esto me causó gran tristeza, y cuando me aquieté para esperar el pensamiento de Yhasua, creí sentir estas palabras:

—"Nebai: estoy vacilante entre quedarme con los míos en Nazareth o volver al Tabor, y esto me hace padecer enormemente. Ayúdame a encontrar el camino de la Ley"

— ¡Exacto, exacto..., Nebai!, –exclamó Yhasua–. ¡Qué hermosa sensibilidad la tuya, que así te hace percibir mi pensamiento dirigido a ti!

—Sí, sí, pero yo lloré tanto aquella tarde con tu mensaje que lo asocié a la pena causada por la palomita muerta bajo una enorme piedra.

"¿A que no adivinas, Yhasua, lo que yo pensé en aquel momento?

— ¡A ver!... Espera, espera. Piénsalo fuertemente, Nebai, y yo te lo diré. –La niña entornó los ojos y pensó...

Yhasua cerró también los suyos y se concentró en su mundo interno:

—Tú pensaste, Nebai, –dijo después de unos momentos de silencio– en que tú serías como la palomita aplastada por esa piedra si yo no volvía al Tabor. ¿Acerté?

— ¡Oh, sí, Yhasua!... ¡Eres un mago!, –exclamó la niña mirándolo con sus grandes ojazos asustados.

—No, nada de magia, hermanita. Somos dos pececillos plateados sumergidos en la misma corriente... La irradiación divina de nuestro Dios-Amor. ¿No quedamos en eso? Las ondas de esa corriente traen y llevan los pensamientos del uno al otro. ¡Eso es todo!

— ¡Oh, qué maravillosa es tu sabiduría, Yhasua! ¿Por qué los Ancianos no enseñan a todos los hombres eso mismo que te enseñan a ti?

—Pues porque a los hombres no les interesa aprenderlo, Nebai. Ellos están demasiado ocupados en acumular tesoros materiales, en hacerse grandes, en luchar por dominarse unos a los otros, por avasallarse para satisfacer los gritos de la soberbia que les impulsa a aplastarse los unos a los otros en un incontenible furor.

"Ahora es Roma, luego será Cartago, Macedonia, la Iberia, la Germania, la Bretaña. ¡Oh, los hombres de esta tierra como una avellana, se creen señores de la Creación cuando han echado la zarpa sobre los pueblos débiles e indefensos! ¡Oh, Nebai, qué malos son los hombres, cuando más pequeños..., más miserables!...

Y Yhasua, sentado sobre el borde de la fuente descansó su cabeza entre sus manos y guardó un largo silencio.

— ¿Te hice daño, Yhasua, con mis preguntas?, –se oyó la media voz suave de la niña que interrogaba.

—No, Nebai, tú nunca puedes hacerme daño. Es la visión de la maldad humana que me despedaza el alma como con flechas envenenadas...

Melquisedec, el maestro de Yhasua, llegó en ese momento diciendo que saldrían tres días después para Ribla, pues todo estaba dispuesto.

Y nosotros, lector amigo, les seguiremos de cerca, ya que la Eterna Ley nos permite ser como la sombra de Yhasua, que le sigue a todas partes para conocer a fondo su vida de Verbo de Dios encarnado en la Tierra por última vez.

35
A LAS MÁRGENES DEL ORONTES

Las últimas estrellas salpicaban aún las gasas de la noche que se iban diluyendo en los primeros reflejos del amanecer, cuando los esenios y Yhasua emprendieron la marcha hacia Tiberias, donde se incorporarían a la caravana que a medio día pasaba por la fastuosa ciudad edificada por Herodes en homenaje a Tiberio César.

Estaban a la mitad del estío y el calor era sofocante, por lo cual se detuvieron a la orilla del Lago Tiberíades, desde donde veían las cúpulas y columnas de la flamante ciudad, edificada diez años antes en lo más pintoresco de la región y sobre una meseta desde la cual se dominaba una larga extensión en todas direcciones.

La caravana llegó poco después, y nuestros viajeros se unieron a ella con rumbo al norte.

Al pasar costeando el lago, siguiendo el único camino existente entre él y el peñón en que estaba asentado el castillo de Mágdalo, como un centinela de la aldea de ese nombre, encontraron en la orilla una hermosa embarcación blanca entoldada de colgaduras azules. Allí jugaba una niña rubia de unos diez años de edad, acompañada de una mujer que tendría cuarenta años y que vestía a la usanza de las mujeres griegas, con el ancho peplo de vistosos colores que el viento agitaba como alas gigantescas de exóticos pájaros de la India.

Los viajeros debían pasar a tres pasos de la barca, en cuyo centro se veía una mesita con la cestilla de los hilos con que la griega tejía encaje, y otra cesta de uvas y cerezas, de donde la niña desprendía los granos y se los comía graciosamente.

Dado que los asnos andaban con lentitud por lo estrecho del sendero, Yhasua miró con insistencia a la hermosa criatura que comía uvas y cerezas, y sus dorados cabellos le recordaron a Nebai.

La niña corrió a la borda para ver el paso de la caravana, y gritó:

— ¡Elhida!... Mira ese lindo zagalito que monta el asno obscuro. Es rubio como yo.

—Calla, niña, y no te metas con los viajeros, –le dijo la mujer.

Yhasua le sonrió al ver el gesto de enojo que puso a la ama que la reprendía.

—Me parece que te gustan mis uvas y mis cerezas –dijo la niña–. ¿Las quieres?

Yhasua movió negativamente la cabeza, pero el Servidor que sabía que aquella niña era hija del señor del castillo, que donó las maderas de sus bosques para barcas pescadoras, intervino en el acto.

—No desprecies el don, Yhasua, que su padre remedió las necesidades de tus protegidos de Nazareth. Además, aquí se toma mal una negativa así.

Yhasua se desmontó y se acercó a la barca, con cierta alarma de la griega que no perdía de vista a la niña. Esta, con gran soltura y franca alegría, extendió a Yhasua la cesta, diciéndole:

—Tómalas todas, que yo tengo muchas en el huerto.

Yhasua tomó la cesta y repartió racimos de uvas y cerezas a sus compañeros de viaje que estaban más cercanos.

—Por ahora sólo puedo darte las gracias –le dijo al devolverle la cesta–, pero te traeré al regreso un nido de ruiseñores del Líbano.

— ¡Oh, gracias, gracias! Vuelve pronto y no olvides la promesa.

Y de pie en la popa de su barca, continuaba agitando su manecita que decía adiós al zagalito viajero.

¿Quién podría adivinar, amigo lector, que años más adelante, en un día trágico y pavoroso, aquella niña rubia, ya mujer, cruzaría enloquecida

por entre una turba rabiosa y feroz, para arrojarse ante un patíbulo y abrazarse a los pies del hombre que allí moría crucificado?

El generoso rasgo de la niña interesó a Yhasua, y ella, a su vez, decía a Elhida, su ama griega:

—Más que por interés de los ruiseñores, quiero que vuelva para mirar otra vez esos ojos que tiene... ¡Es un Adonis!, como dice mi padre cuando se le pone delante un jovenzuelo hermoso.

—Y tú, Nelia, está mal que seas tan entrometida con las gentes que pasan..., –decía la ama reprendiendo a la niña.

— ¡Nelia a secas, no! Nelia María, como mi madre quiero llamarme, ya te lo dije, Elhida.

"Ese Nelia, abreviado de Cornelia, me suena mal. María, María..., sí que es musical y armonioso, y las hermosas sirias lo pronuncian como un gorjeo: ¡Myriam!...

Esta conversación distraída de la niña rubia y la mujer griega, aún llegó a los oídos de Yhasua, pues la serenidad de aquel atardecer de verano junto al lago, llevaba las ondas sonoras por la costa a través del suave viento del Sur, que soplaba siempre al anochecer.

Este encuentro puramente casual, pronto fue olvidado por ambos protagonistas de la brevísima escena. ¡Tantos viajeros iban y volvían por aquel mismo camino!

Y para Yhasua, aquella niña feliz, llena de cuanto puede causar satisfacción al gusto más exigente, no hizo impresión alguna en su yo íntimo. Otra cosa hubiera sido si la hubiese encontrado sumida en la desgracia.

Esa noche pernoctaron en Minyhe hasta la salida de la luna. Era otra pequeña aldea como Mágdalo, dormida a las orillas del lago con su pequeña población de pescadores, labriegos y leñadores. Al mediodía siguiente se encontraron en Corazín, ciudad de más importancia, donde algunas familias esenias les hospedaron por las horas que estuvo detenida la caravana. Aquí residía la madre, viuda, de Felipe, el que más adelante formó entre los doce apóstoles.

Felipe colmó de dones a Yhasua, cuando bajo gran secreto, el Servidor le manifestó quién era este jovencito, cuya belleza física llamaba tanto su atención.

La madre de Felipe padecía de una úlcera cancerosa en la rodilla izquierda, lo cual tenía entristecidos a todos en aquella casa.

La comida se hizo bajo el emparrado a la orilla misma del lago, y durante ella, Felipe refería con tristeza los dolores que sufría su madre, por más que él y su esposa se preocupaban grandemente de aliviarla sin conseguirlo.

Yhasua se levantó de la mesa y alzó el tazón en que había bebido vino, se inclinó sobre las aguas del lago alzando de ellas cuanto cabía en el recipiente.

—Si me ayudáis –dijo–, y somos todos capaces de amar a la abuela Débora, como nos amamos a nosotros mismos, ella será curada.

Su nuera le quitó las vendas y Yhasua, fuertemente concentrado, fue derramando gota a gota el agua que había vitalizado con su hálito y su mirada.

La pobre anciana exhaló un gemido doloroso como si bruscamente le hubieran arrancado un trozo de piel. La llaga se puso roja, en carne viva, y comenzó a destilar gotas de sangre, que el aliento de Yhasua fue secando lentamente. El agua del tazón se terminó y la herida fue nuevamente vendada.

—El sol del amanecer te encontrará curada, abuela, –le dijo amorosamente Yhasua, besándole en una mejilla.

— ¡Bendito seas ángel de Dios!, –exclamó la buena mujer llorando de alegría. Para cuando regreses tendré tejida para ti una túnica azul como el cielo y del hilo más fino que han hilado mis manos.

Desde aquella época esta mujer y todos sus familiares y amigos, fueron el círculo adicto al Divino Maestro en sus años de apostolado, en los cuales hizo de la ciudad de Corazín uno de los escenarios más movidos de su obra misionera.

La casa de Débora, madre del apóstol Felipe, fue la casa del Maestro en Corazín, como la de Martha y Lázaro lo fue en Betania, y la de Lía en Jerusalén.

Peregrino errante en busca del amor sobre la tierra, encontraba nido y abrigo allí donde había almas capaces de comprenderle y amarle, y más que todo, capaces de asimilar su doctrina sublime, basada únicamente en el amor de los unos para los otros, pero elevado al máximum: “amar al prójimo como a sí mismo”.

¡He ahí el lago sereno de aguas de plata en que debe reflejarse la conciencia de todo seguidor del Cristo! ¡He ahí el espejo de la luna fiel, que ha de copiar el desfile ininterrumpido de los actos todos de nuestra vida física, si queremos tener derecho a llamarnos con verdad y justicia, “seguidores del Cristo”!

Desde Corazín en adelante, el viaje no tenía ya los encantos de la hermosa perspectiva, pues hasta llegar a Cesarea de Filipo, gran capital limítrofe entre Galilea y Siria, era en general escabrosa, y sus montañas con grandes precipicios y enmarañado boscaje, era buena guarida para las fieras y los bandoleros.

Al atravesar el Jordán junto al lago Merón, y a poca distancia de Corazín, se encontraron con una familia del país de los itureos, que buscaba la caravana para ir a Damasco.

Cinco hijos varones y cuatro mujeres, más el padre y la madre, eran ya once personas. Montaban asnos y arrastraban consigo una hermosa majada de antílopes africanos y ovejas del Irán, que eran su fortuna.

Se ausentaban de su tierra natal porque se veían desalojados de los pocos parajes donde había pastos y agua potable.

— ¡Pero es una locura!, –advirtió el jefe de la caravana–. Vais a perderlo todo en este viaje tan largo. En vuestra majada, casi la mitad son crías de la última luna, y bien veis que no podemos ir todos los viajeros llevando en brazos un corderillo o un antílope pequeñín. ¡No puede ser, no puede ser!

Las mujeres se echaron a llorar desconsoladamente.

—Íbamos a los lagos cercanos de Damasco, donde un pariente nuestro posee tierras allí que nos da en arriendo por poco precio –decía el padre.

Mientras esta conversación, Yhasua escuchaba y meditaba, y acercándose luego a la madre y a las hijas que lloraban en silencio, les dijo:

—No lloréis más, que vuestro llanto me hace daño. Soy el último de la caravana, pero creo que os puedo arreglar este asunto.

La mujer le miró asombrada.

— ¿Tú, niño?... ¿Y qué vas hacer, si ni aún te asoma la barba?

—No necesito la barba, sino un poco de amor y piedad de vuestro dolor –le contestó–. Y eso es lo único que tengo. Esperad.

Y corrió hacia el Servidor, que ya lo esperaba, pues era imposible que Yhasua viese un dolor sin apiadarse de él.

— ¡Servidor!, –le dijo emocionado y con sus ojos húmedos de llanto–. Por el amor que vosotros me tenéis, os ruego que ayudéis a salvar esa pobre gente.

— ¿Qué quieres hacer con ellos?, –le interrogó el Anciano.

—Protegerlos en nuestra tierra galilea, tan fértil, y donde los valles repletos de pastos abundan, sin que nadie los utilice. Vos, Servidor, podéis enviarles con una epístola a cualquier paraje vecino del Jordán. ¡Vos conocéis a tantos y sois amado de tantos!

—Bien, Yhasua, bien; no estéis desconsolado por esto. Entre Corazín y el lago Merón que acabamos de pasar, vive un hermano de Débora, la madre de Felipe, que vive solo con su mujer, ambos viejos ya y llenos de achaques.

“Ellos poseen una buena porción de tierra que por lo fértil y abundante es una bendición de Dios. No tienen hijos y pasan una vida en triste soledad. Enviaremos allí esta pobre familia hasta que regresemos de Ribla y entonces, con tiempo y calma, veremos lo que se hace.

El lector puede adivinar la felicidad de Yhasua, que no acertaba si a llorar o a reír. Y corrió como un cervatillo sediento en busca de agua,

para secar el llanto de la infeliz familia iturea, que se hallaba sin patria, y ahora iba a tenerla entre amigos de los esenios del Tabor.

Una epístola del Servidor entregada al jefe de la familia, con las señas y detalles del sitio en que se encontraba la vieja cabaña de Labán, tío de Felipe, a la orilla del Jordán y junto al Lago Merón, fue lo bastante para hacer la dicha de aquella pobre familia desterrada, que en unas pocas horas se encontraría en refugio seguro para ellos y sus animales.

Yhasua todavía les acompañó a ponerles en el camino que corría casi paralelo al que había traído la caravana, y del cual se bifurcaba el senderillo entre collados y bosques que conducía directamente a la cabaña de Labán.

La caravana, siguiendo el trillado camino conocido y recorrido desde largo tiempo, atravesaba parte de Golonítide y de Iturea, que como ya dijimos presentaba un aspecto fragoroso por sus montes, como cortados a pico, y su enmarañada selva que ocultaba traidores precipicios y encrucijadas peligrosas. Innumerables leyendas espeluznantes alteraban la tranquilidad de los viajeros al llegar a este lugar que se creía escenario propicio para seres malignos, ya les llamasen demonios, brujos, o simplemente "almas en pena".

Por tal motivo, la caravana procuraba no detenerse a pernoctar allí en cuanto les fuera posible, sino que forzando un poco la marcha, atravesaban la región desde la primera luz del día hasta la llegada de la noche, que ya les encontraba en la riente llanura vecina a Cesarea de Filipo.

Pero en este viaje ocurrió algo inesperado. Un calor excesivo y por demás sofocante, enfermó a gran parte de las bestias cuando aún no habían terminado de atravesar la región montañosa y sombría, y la caravana se vio obligada a detenerse en lo más despejado del camino y donde un arroyito nacido de una vertiente escondida entre las rocas, les proporcionaría agua potable para hombres y bestias. Este arroyuelo nacido en las vertientes del Monte Hermón, cruzaba los arrabales de Cesarea y venía a desembocar en el Jordán, junto al lago Merón, que cruzaran dos días antes.

En la pequeña explanada que eligieron para aquel forzoso descanso cuando la noche les sorprendió, se unía también el camino de las caravanas que iban y venían de Tiro, el hermoso y bullanguero puerto fenicio, que ponía en contacto con el mar toda aquella región.

No bien se vieron resplandecer las hogueras que los viajeros encendieron para alumbrarse y condimentar sus alimentos, oyeron gritos pidiendo auxilio.

Las voces partían de una obscura garganta de los montes a cincuenta pasos de la explanada. Armados de antorchas, de lanzas y de fuertes varas, el Kabir de la caravana y sus hombres, más los esenios, acudieron a aquel lugar que con las sombras de la noche aparecía más pavoroso aún.

Encontraron allí una familia amarrada a los troncos de los árboles.

Era el padre de edad madura, la madre algo más joven, un muchacho de diecinueve años y una niña de catorce. La madre yacía en el suelo desmayada y la niña era la que daba aquellos dolientes gemidos, mientras los dos hombre atados y amordazados, forcejeaban en vano por romper los fuertes cordeles que ya casi les sacaban sangre de los brazos y pies amarrados.

El Servidor y Yhasua habían quedado con los viajeros en la explanada donde levantaron las tiendas.

Las víctimas eran viajeros venidos desde Chipre, originarios del golfo de Chitín. Unos asaltantes de caminos les habían quitado sus cabalgaduras y equipajes, dejándoles en el lastimoso estado en que les encontraron.

El padre se llamaba Alipio, el hijo Halevi, la madre Ecli y la niña Dorcas. Se habían venido desde Chipre y buscaban unirse a la caravana que volviera de Damasco hacia el sur, con destino a Joppe sobre el mar.

Los padres de Ecli, ya muy ancianos, les llamaban ansiosamente porque veían acercarse sus últimos días sin tener a su lado ni uno solo de sus hijos que cerrasen sus ojos, y recibieran la valiosa herencia de un campo que era el más rico olivar y viñedo de aquel lugar.

El Kabir de la caravana sólo se ofrecía a llevarles hasta Cesarea de Filipo, ya casi a la vista. Pero, ¿qué harían en aquella gran capital, sin amigos y sin medios de vida? Les habían despojado de todo y la situación no podía ser más desesperante.

Los esenios, paño de lágrimas de cuanto dolor humano les salía al paso, encontraron enseguida el dedo de la Ley, que les señalaba: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”.

Y la Divina Ley, madre fecunda de todo bien, les dio la solución de aquel doloroso problema. Lo inminente era conducir a la mujer desmayada a las tiendas y dar alimento a los demás, que desfallecían más de sed que de hambre.

Al verles llegar con aquella camilla improvisada con lanzas y varas, creyeron que conducían un cadáver.

—Un poco menos que cadáver –decía el Kabir–; pero, ¿qué se le va a hacer? Si no revive, le enterraremos como Dios manda.

La pobre niña lloraba desconsoladamente creyendo muerta a su madre.

Los cuatro esenios se arrodillaron en torno a la camilla y le aplicaron compresas de agua fría en la cabeza y un grueso paño mojado en vino en el plexo solar. Hiciéronle beber agua de flores de naranjo y le friccionaron las extremidades. El corazón latía débilmente, pero no reaccionaba en forma ninguna.

Yhasua, sentado a cuatro pasos del dolorido grupo, asemejábase a la estatua inmóvil y silenciosa de la meditación. El hondo y dolorido llanto de la niña Dorcas, pareció sacarle de aquel estado, y acercándose a ella, le dijo:

—No llores y espera del Padre Celestial que dejará vivir a tu madre. ¡Yo quiero que no llores! Ven conmigo.

Y tomándola de la mano la llevó junto a la camilla. Los Ancianos, que tanto conocían la acción poderosa de las fuerzas superiores cuando se apoderaban de Yhasua, comprendieron al verlo que había en él una enorme condensación de dichas fuerzas y que la curación de la enferma iba a producirse de inmediato.

Él y la niña se arrodillaron de un lado y otro de la camilla; por encima del cuerpo inmóvil, Yhasua tomó las manos de la niña que había cesado de llorar y que lo miraba como hipnotizada por algo que ella viera en él y que era invisible para los demás. Aquellas cuatro manos unidas temblaban como cuerdas puestas en elevada tensión y agitadas por el viento.

Los ojos de Yhasua estaban fijos en los ojos cerrados de la enferma, que de pronto se abrieron llenos de espanto al principio y llenos de llanto después. Luego, una descarga de sollozos como una tempestad largo tiempo contenida, y por fin una suave laxitud que denotaba paz y descanso.

— ¿Ves?, –decía Yhasua a Dorcas–. ¿Ves, como el Padre Celestial escucha el gemido de sus hijos?

Un gran asombro se esparció como un velo agitado que envolviera a todos, y una sola pregunta surgió de todos los labios.

— ¿Quién es este jovencito que así domina las enfermedades y la muerte? —Comprendiendo los esenios que alguna explicación había que dar a los profanos que les rodeaban, el Servidor dijo:

—Este jovencito es hijo del hombre más honrado y justo de Nazareth, y parece que ya se diseña en él un profeta de Jehová, más grande, quizá, que los que en seis generaciones de profetas iluminaron el horizonte de Israel. Pero como son las primeras manifestaciones del poder divino que reside en él, no conviene darlo a publicidad hasta que el Señor manifieste su voluntad.

—Es el caso –decía uno–, que yo tengo mi hijo enfermo de una lenta fiebre que le va consumiendo.

—Y yo, mi madre –decía otro.

—Y yo, mi mujer –añadió un tercero.

—Y yo, un hermano loco furioso que nos trae trastornos a todos –decía un cuarto.

Y así sucedió que casi no había uno de los viajeros que no tuviese algún enfermo en su familia.

El Servidor miró a Yhasua y comprendió que aún estaba poseído de las fuerzas superiores que le hacían capaz de vencer el mal.

— ¿Creéis todos vosotros los que padecéis en vuestros familiares, que el poder de Dios, Señor y Dueño de cuanto existe, puede curarles?

— ¡Lo creemos, lo creemos!, –repetían todos–, puesto que habéis vuelto a la vida a esa mujer que estaba como muerta.

—Os pido una sola cosa... Que en gratitud al Señor por el bien recibido, seáis misericordiosos de hoy en adelante con todos los desamparados que sufren hambre y miseria –dijo Yhasua con la entonación de voz de un inspirado que ejerce una autoridad suprema.

— ¡Os lo prometemos!, –dijeron todos a la vez.

Yhasua entornó sus ojos y extendió sus brazos lentamente hacia los cuatro puntos cardinales. Emitió con fuerza su aliento también en las cuatro direcciones y guardó silencio.

—El poder de Dios –dijo luego–, visitará a vuestros queridos enfermos si es verdad que creéis en ese divino Poder.

Durante esta escena, la enferma se había sentado en la camilla y acariciaba las manos de su hija, que recostada en el césped no se hartaba de mirar a su madre viva, cuando ya la creyó muerta.

Y como ya estaban casi a la vista de Cesarea de Filipo, resolvieron llevar allí la familia encontrada en tan tristes condiciones, para proveerlas de los medios necesarios para llegar a Joppe en la Judea, hacia donde habían emprendido su viaje.

Como los mulos y asnos no eran suficientes, se hizo necesario que algunos compartieran su cabalgadura con otro de los recién incorporados a la caravana, y así fue que el jovencito Halevi montó a la grupa de la cabalgadura de Yhasua.

—Pesáis entre ambos tanto como uno de nosotros –había dicho el Kabir–, y creo que por solo siete estadios que faltan, el asno os resiste bien.

Pero Yhasua, cuya alma toda compasión, no le resistía ver lo que juzgaba un inaudito esfuerzo para el animal, se empeñó en bajarse y caminar a pie al lado de Halevi, montado en su asno. Este hecho, al parecer de tan poca importancia, le valió una gran conquista para el futuro de su obra grandiosa de misionero.

Descubrió en Halevi una clara inteligencia y un alma digna de ser cultivada con esmero. Se hicieron grandes amigos. El jovencito asimismo, quedó convencido de que Yhasua era un profeta. Y como en las escuelas filosóficas de Chipre se hablaba mucho de la ley de reencarnación, Halevi pensaba en silencio viendo la nobleza y dulzura de Yhasua, que caminaba a su lado.

— ¡Será éste uno de los grandes que ha vuelto y arrastrará las muchedumbres y revolucionará el mundo!...

A Yhasua le llegó claro este pensamiento de su amigo, y mirándole afablemente le dijo:

—Y tú, Halevi, darás vida real a mis sueños de confraternidad humana en una capital sobre el mar.

— ¿Cómo lo sabéis?, –le preguntó el jovenzuelo.

— ¿No estás pensando que soy un Profeta? Piensa también que me vino esa inspiración.

Halevi calló.

Y para ilustración del lector decimos aquí que Halevi, después de la muerte de Yhasua, se presentó a los Apóstoles aún reunidos en Jerusalén y les refirió detalladamente este hecho, cuyo vivo recuerdo conservaba en su mente.

— ¡Baar-naba!, –exclamaron varios a la vez–. Tú eres el que nos anunció el Señor que llegarías con tu alma llena de fuego y tus manos llenas de oro para la fundación de una gran Escuela de misioneros. ¡Baar-naba!..., te llamaremos, porque eres "hijo de una profecía" que tardó años en cumplirse.

Este nombre de Baar-naba se transforma con el tiempo hasta quedar en Bernabé. Fue el fundador y el alma de la gran iglesia cristiana de Antioquía, donde se comenzó a dar el nombre de "Cristianos" a los adeptos, y donde fueron recibidos hombres y mujeres de todas las razas de la tierra en contraposición a la iglesia de Jerusalén, que sólo abrió sus puertas a los judíos de nacimiento. El nuevo nombre dado a Halevi significa en sirio caldeo: "hijo de una profecía". Fue Bernabé también el introductor de Saulo de Tarso, convertido al seno de los discípulos de Cristo.

Y fue la de Yhasua una doble conquista en esta oportunidad, pues Dorcas, la niña hermana de Halevi que permaneció siempre en Joppe en la antigua granja de sus abuelos maternos, abrazó con entusiasmo la doctrina del Profeta Nazareno, a quien debía la vida de su madre que le vivió hasta pasados los ochenta años. Dorcas, nombre griego, fue traducido al sirio-caldeo al nombrarla entre los primeros discípulos de Cristo, y esta traducción lo convirtió en "Tabita", que fue la célebre mujer de este nombre, tantas veces mencionada en las crónicas de aquel tiempo, como una generosa benefactora del Divino Maestro y sus discípulos.

Como su hermano Bernabé en Antioquía, Tabita fue en la Judea el alma de toda obra cristiana, pues su abundante patrimonio la ponía en condiciones de subvenir a las necesidades de la comunidad cristiana del primer siglo, en aquella desventurada Judea, la más intransigente y dura de toda la Palestina, y que acaso por eso mismo fue regada con la sangre del Divino Mártir.

Fue la fundadora de la primera obra femenina de socorros mutuos, pues en su propia casa abrió un taller de hilados y tejidos, a donde

concurrían las mujeres del pueblo a confeccionar ropas para todos los cristianos necesitados.

El Apóstol Pedro, que después de muerto el Maestro, fue como el consejero íntimo de Tabita, tuvo para ella ternuras de padre.

¡Cuán fecunda y feliz fue pues la doble conquista de Yhasua a los diecisiete años, en el fragoroso y sombrío camino hacia Cesarea de Filipo, donde los encontraron maniatados por los asaltantes de la Iturea!

A mitad de la mañana, nuestros viajeros entraban en los suburbios de la gran capital, donde debían detenerse el tiempo suficiente para renovar las provisiones y entregar mercancías y encargos traídos del Sur y destinados a comerciantes o particulares radicados en esta capital.

Yhasua con Halevi y el esenio Melquisedec, su maestro, quisieron recorrer la ciudad cuyo movimiento comercial era intenso.

Allí se reunían los tres más importantes caminos de todo aquel país. De allí arrancaba el camino de las caravanas a Tiro, la gran capital marítima de Fenicia sobre el Mediterráneo.

A Cesarea llegaba la larga carretera del Sur desde Idumea y Madián, igualmente la que bajaba del Norte desde la lejana Thipsa sobre el Éufrates y recorría Hamath, Ribla y Damasco. Y aunque era una ciudad reedificada al estilo romano, la parte antigua seguía siendo la vieja ciudad Siria, con sus grandes mercados y bazares, donde los turbantes y las mujeres veladas hacían sentir el ambiente oriental, mezcla indefinible de quietud y de actividad, de misterio y de timidez.

La mezcla de razas, había producido desde luego una verdadera confusión de lenguas y dialectos de los más variados. Y la necesidad de vender y de comprar establecía una verdadera lucha para hacerse comprender, por lo cual abundaban allí los que se vinculaban al comercio desempeñando el papel de intérpretes y escribas.

Uno de estos intérpretes llamó la atención de Yhasua, observador por naturaleza. O sería, quizás, que su fina sensibilidad percibía los grandes dolores ocultos y secretos, aunque se escondieran en el fondo del alma más impenetrable.

— ¿Qué os parece ese hombre?, –preguntó a media voz a su maestro Melquisedec, que hasta ese momento no había reparado en él.

—Es un hermoso tipo árabe y parece ser persona de calidad. Sus modales lo delatan, aunque sus vestidos, ricos en otro tiempo, demuestran un largo uso. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque desde que le vi, estoy sabiendo que lleva la muerte en el corazón –contestó Yhasua.

—Y tú ya no vives por el anhelo intenso de curar ese corazón, ¿no es verdad?

— ¡Oh, sí, maestro Melquisedec y perdonadme! El dolor de ese corazón está envenenando el mío.

— ¡Bien, bien!... Ahora sacaremos todo ese veneno, a fin de que te quedes tranquilo –contestó el esenio, y acercándose al desconocido personaje le habló en un correcto árabe como se hablaba entonces–.

"Somos extranjeros en esta ciudad y necesitamos un guía para visitarla durante el tiempo que permanezca aquí detenida la caravana que nos trae del Sur.

"¿Podríais prestarnos vuestros servicios?

—Con todo gusto –le contestó–. Pero, ¿cómo es que habláis tan correctamente el árabe?

—Porque soy un aficionado a ese estudio y siempre me ha interesado todo lo de vuestro país.

Habían comenzado a caminar por las tortuosas callejas de la ciudad vieja.

—Esta es la mezquita más importante que aquí tenemos –dijo, deteniéndose ante un edificio vetusto, aunque bien conservado en su venerable antigüedad. Sus minaretes esbeltos y gallardos se veían desde larga distancia–.

"Aquí se conservan algunas escrituras del Profeta del fuego (alude a Elías) y de su discípulo Eliseo, a los cuales se les tiene un fervoroso temor, y se conserva aquí un trozo del manto de Elías y un mechón de cabellos de Eliseo como talismanes contra todos los males.

— ¡Oh, qué maravilla!, –exclamó el esenio–. Hay tantos males en la tierra, que todos los talismanes son pocos para remediarlos.

—Los de mi tierra en general, –añadió el intérprete–, tienen fe ciega en los talismanes del profeta. Soy yo el único que no creo.

— ¿Vos? ¿Cómo es eso?

—Pues porque jamás me dieron resultado. Y para no renegar de la fe de mis mayores he resuelto el problema pensando que tales objetos no serán del Profeta, aunque dicen que muchos fueron curados con sólo poner la mano en el cofre de cristal y de oro en que están guardados.

— ¿Y tan sólo para vos, el talismán fue mezquino de sus dones?, –preguntó el esenio, mientras Yhasua y Halevi les seguían muy de cerca escuchando la conversación, sin entenderla completamente.

—Así es en verdad –contestó secamente el árabe.

—En esta caravana –añadió el esenio–, venimos varios médicos de una Escuela muy antigua que se llama La Divina Sabiduría.

"A ella pertenecen los terapeutas que aciertan a curar casi siempre los más extraños males.

—Oh, sí, he oído hablar de esos terapeutas, pero nunca se me puso uno delante, –contestó el intérprete.

—Pues aquí tenéis uno que está a vuestra disposición, y en la parada de la caravana hay tres más. ¿Tenéis enfermos en vuestra familia?

—No sé, cual es el mal; sólo sé que una inmensa desgracia cayó sobre mí, debido a los sortilegios malignos de una bruja, a quien maldigo desde el fondo de mi corazón.

—No maldigáis a nadie, amigo, que no es ése el camino para conseguir el bien que anheláis.

"Contadme lo que os ocurre sin reparar en estos jovenzuelos que no comprenden vuestra lengua, y yo os diré si vuestro mal puede ser remediado.

El relato era éste:

Era hijo tercero de un príncipe de la familia Hareth que tenía grandes dominios en la Arabia.

Se había casado secretamente con una prima suya, que estaba destinada a desposarse con el heredero del Rey de Etiopía, el más poderoso de los soberanos del África; y su padre al saberlo los maldijo a entrambos, y obligó bajo pena de muerte a la más funesta maga que tenía en su reino, a que por medio de horribles sortilegios volviera loca furiosa a la hija desleal y desobediente, que se había rebelado contra la autoridad paterna. Y loca estaba desde hacía cuatro años que se habían unido, y a tal punto que ni a él mismo lo reconocía.

—Me llamo Ben-A-Bar –díjole de pronto–, y os prometo ser vuestro esclavo toda la vida si me curáis mi dulce Zafira que es para mí, más que mi vida. Tomad en prenda este anillo regalo suyo.

— ¡No, no!, nada de eso, amigo mío. Guardad vuestra alhaja que los terapeutas nada queremos por el bien que nuestro Dios nos permite hacer. Yhasua, –dijo volviéndose hacia él– avisad a nuestros Hermanos que tenemos aquí un trabajito que hacer.

Yhasua, cuya intuición hacía conocer todo aquel drama íntimo, corrió hacia donde quedaron los Ancianos y les encontró a la vuelta de una de las calles.

—Hemos recibido aviso de que nos necesitáis, ¿qué pasa, Yhasua?

—Un enfermo que reclama auxilio –fue ésta la contestación que dio.

Reunidos ya todos, el árabe les condujo a su casa situada en lo que llamaban la "torre vieja" y que era un suburbio muy antiguo, en el centro del cual existía una vetusta torre almenada y respaldada por un peñón, al cual aparecía adherida como si fuera parte del mismo.

—Aquí está todo mi mundo –díjoles Ben-A-Bar–. Esta torre que fue fortaleza y presidio en otros tiempos es lo único que poseo, pues me vino por herencia materna.

"Pasad y veréis mi pobre esposa, loca sin alivio alguno.

Halevi temblaba de miedo sin saber por qué.

Los esenios conocedores de las terribles fuerzas extraterrestres que actúan en estos casos, sentían asimismo esa vibración de pavor y de espanto de que los genios del mal rodean todas sus obras, para producir una fuerte sugestión, que es el primer escalón en el descenso al abismo de tinieblas en que precipitan a sus víctimas.

— ¡Halevi!, –le dijo con sonora voz Yhasua– si te acomete así el miedo, no entres, quédate en la puerta.

—Es mejor, pues acaso su pensamiento sin cultivo, entorpezca nuestro trabajo, –indicó uno de los Ancianos. Y el joven medio extenuado por la poderosa vibración fluídica, se sentó en un estrado de la puerta.

Yhasua sintió compasión de él, y acercándose le dijo:

—Mira, Halevi, vete por esta calleja y al final de ella está la caravana donde tu familia espera.

"Dentro de unos momentos iremos a reunirnos contigo.

—Pero tú, ¿qué harás aquí?, –preguntóle el joven.

— ¿No has pensado tú, que yo soy un Profeta? Mucho mal está encerrado en esta vetusta torre y los Profetas son enviados de Jehová para aniquilar el mal en la Tierra. ¿Comprendes ahora?

— ¡Oh, sí, Yhasua, comprendo! Vais a dar vida seguramente a otro muerto como la disteis a mi madre.

Yhasua se quedó mirándole.

— ¡Pobre Halevi!, –dijo a media voz– aún eres un pichoncillo implume, pero ya llegará tu hora y serás un gigante entre los gigantes.

Entró de nuevo en la torre y encontró a los esenios que con varios criados negros, hacían llenar de agua una piscina de mármol que había en un vestíbulo, contiguo a la habitación de la enferma, adornado de esculturas y de grandes macetas con plantas de invernáculo.

El vetusto aspecto de la torre desaparecía al penetrar en ella, donde se encontraban todas las bellezas con que los nobles árabes adornan sus viviendas.

Grandes cortinados de sedas y gasas flotaban como brumas celestes y oro al más tenue vientecillo, y un fuerte perfume de incienso de Arabia se hacía sentir por todas partes.

Mientras los criados llenaban la piscina, los esenios deliberaban sobre la forma de sacudir aquella organización de mujer que se hallaba en su período de laxitud, después de un furioso acceso que la dejaba siempre extenuada.

—Dejadnos ver vuestro guardarropa, –dijo de pronto Tholemi, cuya clarividencia percibió sin duda lo que les convenía hacer después de haber oído en detalles, la explicación del árabe cómo empezó esta locura–.

"La más horrible impresión sufrida por la enferma –decía el esenio–, ha sido la maldición de su padre que le negaba el consentimiento a su

amor. Entonces de aquí debemos extraer su curación tratando de producirle una impresión agradable que destruya aquella.

Aunque Ben-A-Bar se veía en mala situación económica, había preferido trabajar como intérprete en los mercados y bazares antes de vender ni una sola de las riquezas que en trajes y joyas tenían él y su esposa. Vender lo que fue grandeza y gloria de sus antepasados, es un crimen para los hijos de la ardiente Arabia.

Y así fue que los esenios se encontraron con el guardarropa de un príncipe en todo su esplendor.

—Vos que sabéis bien las costumbres de vuestra tierra, elegid los mejores ropajes que deben vestirse en una boda, porque vamos a simular que os casáis con toda la solemnidad acostumbrada en personas de vuestra clase –decía el Servidor a Ben-A-Bar que les miraba perplejo.

—Pensad que todo lo hacemos para curar a vuestra esposa. ¿Podéis proporcionarnos músicos?

—Sí, tengo esclavas que tocan la guzla y el laúd maravillosamente.

—Escojamos la sala para la ceremonia –dijo Tholemi.

—Mirad este salón –dijo el árabe, abriendo una enorme puerta que daba al gran patio de entrada.

Todo encortinado de damasco carmesí y con grandes candelabros de plata, era en efecto un majestuoso recinto.

—Bien, muy bien –dijeron los Ancianos–. Aquí debe haber flores, música, perfumes, personajes vestidos con toda la riqueza de vuestro país. Serán los representantes del padre de vuestra esposa, que vienen a presenciar la ceremonia nupcial. ¿Comprendéis la comedia con que deseamos borrar en vuestra esposa la impresión que le produjo la locura?

—Sí, sí, ¡lo comprendo todo!, –decía Ben-A-Bar lleno de animación y de entusiasmo. Hasta sobre él empezaba a obrar la sugestión benéfica que trataban de producir los esenios.

—Ahora, dejemos estas obscuras túnicas y que aparezcan nuestras vestiduras blancas –decía el Servidor–. Todos a cubrirnos de capas y turbantes blancos.

Y subieron al piso alto donde dormía la enferma.

Antes de llamar su atención hicieron una fuerte cadena fluídica en la antecámara. Durante esta concentración Yhasua cayó en hipnosis y fue recostado en un diván allí mismo.

Ben-A-Bar quedó en el salón y ya vestido con su rico traje de bodas. Dos esclavas de edad madura se hallaban junto al lecho.

—Id a vestiros convenientemente, porque va a celebrarse la boda de vuestra ama –les dijo el Servidor.

Las mujeres habituadas a la obediencia ciega, no pusieron reparo alguno, por más asombro que la orden les causó.

Los Ancianos, solos ya con la enferma, la llamaron mentalmente y con tal fuerza que ella abrió los ojos. Una inmensa pena se reflejaba en ellos y algo de fiebre en el rojo rubí de sus labios que temblaban ligeramente.

Un círculo violeta rodeaba sus grandes ojos negros.

— ¡Alteza!..., –le dijo el Servidor– vuestro padre nos envía aquí para presenciar en su nombre vuestra boda. En el salón os espera Ben-A-Bar, con su séquito. Ya estáis curada de la enfermedad que retardó este acontecimiento, que no debe demorarse por más tiempo.

La joven que no tenía más de dieciocho años, se incorporó, y pasó varias veces su mano por los ojos, por la frente, palpó sus cabellos, su cuerpo mismo.

— ¡Yo duermo..., yo sueño!... Acercaos que os toque. –Los esenios le tendieron la mano.

— ¡Pobre Princesita enferma, os tuvo tan mal la fiebre que aún creéis estar delirando!, –decía Melquisedec, cuya dulce voz pareció animar a la enferma.

—Vamos, aquí vienen vuestras esclavas a vestiros el traje de bodas.

En efecto las mujeres en número de ocho entraban con grandes cajas abiertas, donde se veían sedas, gasas, perlas en una abundancia que espantaba.

— ¡Bendición de Alá!..., ¡qué horrible pesadilla he tenido!, –exclamaba la joven comenzando a explicarse a sí misma lo que le había ocurrido.

La sugestión benéfica comenzaba su obra. Los clarividentes vieron el espíritu radiante de Yhasua dormido, que se acercaba al lecho de la enferma y le ponía las manos sobre la cabeza.

—Idos vosotros –dijo a los Ancianos–, que me vestirán en seguida.

—Muy bien; cuando estéis lista os conduciremos al salón –le contestó el Servidor.

La pobrecita abrazaba a todas sus criadas a las cuales decía contenta y feliz:

"¡Por fin consintió mi padre!, ya no estoy maldita, ¡oh, bendición de Alá!

La sumergieron en la fuente cuyas aguas habían sido magnetizadas, y la vistieron con el más hermoso de sus trajes, blanco y oro, según la costumbre, y envuelta en el espeso velo que la ocultaba a todas las miradas.

El Servidor la tomó de la mano, y precedidos de los otros esenios y seguidos de sus ocho esclavas bajaron las escalinatas, al pie de la cual la esperaba Ben-A-Bar con unos cuantos caballeros de blancas capas y turbantes cuajados de piedras preciosas.

Penetraron al salón donde el Servidor bendijo la unión, después de lo cual, Ben-A-Bar le levantó el velo para ver el rostro de la desposada según el ritual árabe para los casamientos.

— ¡Ya no estamos malditos, Ben-A-Bar!, –fue la primera frase de la pobre enferma–. ¡Cuán feliz soy con tu amor y la bendición de mi padre!

Yhasua se había despertado al sonido suavísimo de la música arabeña cuando Zafira bajaba la escalera, y él siguió también bajando detrás del cortejo.

En su corazón de Hombre-Amor resonó también un concierto nupcial, porque veía la felicidad y el amor resplandeciendo en dos corazones que hasta pocas horas antes eran dos sepulcros en que anidaba la muerte.

Abrazó a Ben-A-Bar con toda la efusión de su alma y besó la mano de Zafira.

— ¡Qué hermoso doncel!, –exclamó ella mirando a Yhasua.

—Es un Profeta de Alá que comienza su vida de luz sobre la tierra –díjole el Servidor.

—En nombre de nuestro Dios-Amor, os digo: Sed felices con el amor que os une en este instante –díjole Yhasua conmovido profundamente.

Los jóvenes desposados querían obsequiarles con hermosas alhajas, pero ellos rehusaron toda compensación material.

—Que diga Yhasua –propuso el Servidor–, cuál es la recompensa que deseamos –todos miraron hacia donde él estaba.

—Vuestro amor debe ser fecundo como el amor de Dios, del cual nace –dijo Yhasua, después de un breve silencio–. Y nosotros seríamos tan dichosos como vosotros en este instante, si nos vamos de aquí sabiendo que vosotros dos seréis como los padres de los desamparados que sufren hambre y miseria.

Cuando Ben-A-Bar tradujo para Zafira estas palabras, la joven corrió hacia Yhasua y le dijo en árabe:

—Os juro por la memoria de mi madre muerta, que seré dulce como la lluvia para todos los que tienen penas en su corazón.

La feliz pareja entregó, poco después, la vieja torre a los terapeutas para refugio de ancianos, enfermos y huérfanos, y se trasladaron a Tiro con el fin de alejarse de la proximidad peligrosa de la Arabia, donde persistía el odio de los familiares de Zafira que se habían visto defraudados en sus grandes ambiciones.

En la capital fenicia se establecieron con un taller de tejidos, de telas de Persia y la fabricación de perfumes de Arabia. Por varias veces les visitó Yhasua, y se hospedó en su casa cuando ya empezaba su vida de misionero. Halevi, años más adelante, cuando ya estaba convertido en el apóstol Bernabé, les incorporó a la Iglesia de Antioquía, donde vivieron hasta el fin de sus días. Sus hijos nacieron ya en el seno del cristianismo que empezaba a difundirse por toda el Asia Central.

Una hora después la caravana emprendía la marcha por la hermosa llanura tapizada de verde césped, y atravesada en todas direcciones por

los arroyuelos, afluentes del río Nahr-el-Awaj, que desemboca en los lagos del Sureste de la ciudad de Damasco hacia donde se dirigían.

A uno y otro lado del pintoresco camino se encontraban granjas, cabañas, huertos de una fertilidad maravillosa. A lo lejos y hacia el Oeste, se veía como recortado en el azul sereno de los cielos, el magnífico Monte Hermón con sus cedros gigantescos y sus platanares interminables.

Algunos de los esenios se habían formado en aquel escondido Santuario, que fue en verdad nido de ruiseñores del Amor Divino y de la Divina Sabiduría. Yhasua mismo recordaba con amor los años de su primera infancia, transcurridos allí hasta cumplidos los siete en que volvió con sus padres a Nazareth.

—Allí está la tumba de mi primer maestro esenio, Hilarión de Monte Nebo, que con frecuencia me da breves mensajes escritos anunciándome que vendrá a escucharme de cerca cuando yo "salga del nido".

Esto decía Yhasua a Melquisedec que marchaba a su lado.

— ¿De modo que tu antiguo preceptor te da una cita para el plano físico?

—Así parece. ¿Y qué entendéis vos por ese salir del nido?, –preguntaba Yhasua a su compañero.

—Pues, sencillamente, cuando comiences tu enseñanza a la humanidad.

—Así lo he creído yo; pero decidme, ¿cómo nos encontraremos y cómo haré yo para reconocerle?

— ¡Oh!, en cuanto a eso, descuida, que la Ley tiene caminos ocultos e insospechados.

—En uno de sus mensajes me dice: que cambiará desde esta etapa de vida, la forma de evolución, porque la Ley le marca pruebas y misiones bien diferentes de las que ha tenido desde lejanos tiempos. Dice que debe volver a lo que fue hace ocho mil años.

—Supongo –dijo el esenio–, que conoces algo de la actuación de las Escuelas de Divina Sabiduría en los Orígenes de la Civilización Adámica, hace ocho mil años.

—Lo sé de referencia y de paso, podría decir –contestó Yhasua–, porque me hicieron estudiar a fondo la filosofía Antuliana y la historia de esa época. Me falta profundizar en la filosofía Kobda, de los comienzos de la Civilización Adámica.

—Pues en aquella época, tu primer maestro esenio hacía su evolución en el sexo femenino, y fue la madre de aquella Evana que había aceptado traer a la vida al Hombre-Luz, Abel, en su quinta jornada mesiánica.

—Sí, sí, algo sé de todo eso –contestó Yhasua.

—Y pronto sabrás a fondo todo lo referente a esa época, cuyos acontecimientos conoce a medias la humanidad actual –díjole el esenio, que a su regreso de Ribla, sabía ya que Yhasua comenzaría sus estudios mayores–.

"Yo tengo esperanzas de buenos descubrimientos en el Archivo que vamos a revisar –añadió el esenio–. Y me son demasiado largos los días que tardamos en llegar a Ribla.

—Pero, ¿qué os falta por saber? –preguntó Yhasua, creyendo sinceramente que sus maestros esenios lo sabían todo.

— ¡Oh, Yhasua! ¡Es tanto lo que ignoramos! Hay lagunas de siglos entre unos y otros acontecimientos, de los que están vinculados con la obra de elevación espiritual de la humanidad.

"A través de los hechos que desenterramos de entre el polvo amontonado por los siglos, queremos descubrir las huellas del gran Instructor de la humanidad y de las Escuelas filosóficas que cooperaron con Él en la grandiosa obra de la evolución humana. Se nos han perdido muchos rastros, Yhasua, y aunque nuestros Hermanos desencarnados nos indican dónde hallar algunos vestigios, tenemos que encontrarlos a toda costa.

"Y esos rastros espero hallarlos en Ribla.

"Se perdió el rastro de los Kobdas que secundaron a Abel. Únicamente sabemos que Adamú fue el último Pharahome de Neghadá sobre el Nilo, antes de la decadencia y destrucción del Gran Santuario.

"Sabemos que su hijo Abel fue el Thidalá de la Gran Alianza de Naciones, pero ignoramos por cuánto tiempo y cuál fue la terminación de ese glorioso período.

"Un pavoroso silencio de siglos viene después, hasta que un nuevo resplandor de luz: Krishna, se nos aparece en el horizonte lleno de nebulosas y de impenetrable misterio. Y los esenios, Yhasua, no nos resignamos a desaparecer del escenario del Planeta, sin dejar bien eslabonada toda la cadena de oro y diamantes de la obra redentora del Hombre-Luz.

"Cada Planeta es una morada, es una Escuela, y el Director de esta Escuela con sus numerosos auxiliares ha ido levantando actas, estadísticas, anales de su actuación y desenvolvimiento general de las obras civilizadoras y educativas, con que ha propendido al progreso de la humanidad que le fuera encomendada.

"Todo ello significa el rastro luminoso que ha quedado. Mas, ese rastro se ha perdido en muchos siglos, y los esenios no podemos descansar hasta que consigamos unir los eslabones de la inmensa cadena que aparece rota.

"¿Comprendes, Yhasua?

"En su época, los Antulianos, harían lo mismo, los Kobdas igual, pero en estos momentos solemnes en que se realiza la jornada final, es

justo que dejemos limpio el gran libro-historia de la evolución humana a través de las edades.

"La Ley Eterna pedirá esta cuenta clara a la Fraternidad Esenia, que es la continuadora de las grandes Escuelas espiritualistas del pasado..."

Tholemi apresuró en ese instante su cabalgadura hasta ponerse al lado de Melquisedec.

—Acabo de recibir un mensaje de viva voz y la intuición me dice que es la respuesta a algo que vosotros veníais hablando.

— ¡A ver, a ver! –dijeron juntos Melquisedec y Yhasua.

—Oíd: "Todo llega a su tiempo. En el Archivo de Ribla encontraréis algo de lo que buscáis; algo más en el fondo de las viejas ruinas de Monte Casio, en las afueras de Antioquía, y si revisáis el Archivo de Alejandría por intermedio de nuestro Hermano Filón, hallaréis cuanto necesitáis saber para llenar las lagunas que hay en vuestra larga historia".

— ¡Colosal! Hermano Tholemi –exclamó Yhasua dando ruidosas palmadas.

—En efecto –añadió Melquisedec–, pues de eso veníamos hablando con Yhasua para acortar las jornadas de nuestro viaje.

—Aquí llegamos al primer arroyuelo de los tres que hemos de vadear –gritó el Kabir de la caravana–, y es bueno que las bestias beban, coman y descansen.

Todos se desmontaron, y los guardianes de las bestias se encargaron de ellas, mientras los viajeros se tendían en el césped bajo la sombra de los plataneros, que marcaban el curso de los arroyuelos con sus verdes y esbeltas siluetas.

—Hemos hecho la primera jornada de las tres que tenemos hasta Damasco –decía el Servidor, que muchas veces había hecho este camino–.

"Aquí –añadió–, tengo unos viejos amigos a los cuales visito cada vez que viajo por estos lugares. Y ahora hace ya más de cuatro años que no les veo.

"¿Me queréis acompañar? –preguntó a sus compañeros.

—Pero ¿dónde están esos amigos si aquí no se ve casa ninguna? –interrogó Yhasua mirando en todas direcciones.

— ¿Que no? Pues ya lo verás. –Y el Servidor se echó a andar hacia una lomada verde cubierta de arbustos y de enredaderas, y donde algunos olivos centenarios y unas enormes higueras flanqueaban la verde loma como protegiéndola de los vientos ardientes de Arabia, que de tanto en tanto soplaban cual huracanes de fuego.

Al dar vuelta a la lomada por el lado del oriente, se vio como si estuviera cortada verticalmente y ese corte aparecía todo cubierto de fuertes troncos de plátano. Entre un tronco y otro había una puerta, y sentados junto a ella dos hombres, anciano el uno y joven el otro. Hacían unos

extraños cordeles con tiras muy finas de cueros de animales. Cada uno tenía al lado un grueso rollo del cordel que iban tejiendo.

Al ver al Servidor, dejaron todo y corrieron a abrazarle. Al oír las exclamaciones de regocijo asomó a la puerta una mujer ya de edad con un niño de pocos años, que se agarraba a sus faldas y le impedía andar.

— ¡Toda una familia!, –exclamaba Yhasua–. Toda una familia bajo esta loma de tierra. Esto es maravilloso.

Llegaron hasta la puerta de la mísera cabaña, con grandes gritos del niño que huía de las gentes como un corzo asustado.

—Aumentó la familia por lo que veo –dijo el Servidor, tratando de consolar con caricias al pequeñín que chillaba más y más, ocultándose entre los pliegues del vestido de la mujer.

—Sí, sí –decía el anciano–, a los pobres nos caen estos regalitos como una pedrada en un ojo.

—Pero debes confesar Yuref que esta pedrada es hermosa –continuaba diciendo el Servidor–. Trae aquí unos bancos y te visitaremos todo el tiempo que la caravana descanse.

Entre el anciano y el joven, que dicho sea de paso tenía una de sus piernas de palo, por lo cual andaba con cierta dificultad, sacaron bancos. El niño fue demostrando algo de amistad al Servidor que le había levantado en brazos.

Yhasua, mientras tanto observaba con interés la extraña vivienda, donde los troncos por dentro y por fuera hacían el oficio de pilares que sostenían la cueva hábilmente abierta en la loma de tierra pedregosa, donde los musgos sedosos hacían bien el papel de decoración natural.

La mujer ya de unos sesenta años y de aspecto triste y sufrido, les ofrecía una fuente de higos y pan fresco cocido al rescoldo y que aún estaba caliente. Era cuanto tenía.

—Cuéntanos Yuref de tu vida y sobre todo cómo te vino este niño –decía el Servidor a su viejo amigo.

—El paso de las caravanas siempre nos trae algún socorro, porque el Kabir ya nos conoce y deja cuanto sobra a los viajeros después de la parada. Y hace unos tres años y meses, que una tormenta de viento, lluvia y relámpagos detuvo en Cesarea a la caravana, y sólo se arriesgó un viajero que decía tener mucha prisa de llegar a Damasco. Pasó a todo correr de su caballo como un negro fantasma de la noche y sólo alumbrado por la luz de los relámpagos.

“No bien había pasado, sentimos los gritos de una criatura que a pesar de la lluvia y los truenos, llegaban a nosotros tan lastimeros, que aun a costa de vernos tirados a tierra por el vendaval, salimos mi hijo y yo hasta el camino.

“Nos encontramos este niño que debía tener unos seis meses y que era tan hermoso como es ahora.

“¿Quién es?, ¿de dónde viene?, ¿por qué le arrojan sus padres?

“Todo es un secreto que no podemos descifrar. Cuando pasada la tormenta llegó aquí la caravana, yo fui al Kabir para averiguar si él sabía algo de este secreto. Nada sabía, y sí sólo podía decir que el viajero que se adelantó hacia Damasco, se había unido a la caravana en Cesarea de Filipo y que llevaba como único equipaje un fardo pequeño, ropas a lo que parecía, puesto en una alforja. Era ésta, mirad –dijo el anciano descolgando de un soporte en los troncos una alforja de esparto rayado que tenía dos compartimientos–.

“Aquí estaba el niño –señaló el viejo–, y aquí estaba un rollo de ropas y un bolsillo con unas pocas monedas de plata que aún conservamos. Esta es toda la historia.

Yhasua sentado en un pequeño banquito que era un retazo de tronco de plátano, se había conquistado la amistad del niño que se acercaba a él sin temor alguno.

— ¿Tiene nombre? –preguntó uno de los esenios.

—Entre el bolsillo de las monedas venía una tablilla pequeñita con esta palabra: Boa-ner-jes. Y así llamamos al niño sin saber lo que decimos.

—Tal palabra es árabe antiguo y quiere decir: “hijo de la tempestad” –dijo Melquisedec, que conocía a fondo desde los remotos orígenes, de la lengua nacida en el antiguo Peñón de Sindi, que más recientemente se conocía por Monte Sinaí.

—Pues está bien puesto el nombre –decía el anciano–, que en una noche de tempestad llegó a nuestra cabaña.

—Bien, bien, Yuref –dijo el Servidor–, no te pese la obra de misericordia que hiciste, que acaso por ella Jehová te dé la paz y la abundancia.

—Así es, Servidor –dijo la mujer cuyo nombre era Fati–, pues desde que el niño vino, es abundante la caza de animales salvajes y más pedidos hay de los cordeles que nos compran los viajeros para llevarlos a otros países. Mi marido y mi hijo trasnochan para cumplir con los encargues.

—Enseñadnos la tablilla y las monedas si no hay inconveniente –dijo de nuevo Melquisedec.

— ¡Oh, ninguno!, –contestó el anciano, y fue a buscar en una botija de barro debajo de su cama de troncos y pieles, lo que le habían pedido.

—Estas monedas –observó el esenio–, no son del Gobierno Romano, sino que provienen del Irán. Son persas.

— ¡Qué misterio!, el nombre árabe y las monedas persas.

— ¿Qué os parece, Servidor, si tomamos las monedas y damos igual valor en plata romana? Nos servirían para estudio y como hilo para descubrir el origen de este niño. También la tablilla.

— ¿Consientes, Yuref? –preguntó el Servidor.

—Ni me lo preguntéis –contestó el viejo–, ¿qué hace este pobrecito con estas monedas y con la tablilla?

—Muy bien. Ahora va a darte Jehová el gran premio por tu obra de misericordia. Preparad todas vuestras cosas y a nuestro regreso vendréis con nosotros a la provincia Galilea donde con vuestro oficio de cordeleros podéis muy bien mejorar de situación.

—Pero, ¿y la cacería de animales salvajes? –preguntó el joven, que habló por primera vez.

—Los escabrosos montes de Samaria son más ricos en cacería que esta llanura, y con solo que aproveches la temporada, tienes de sobra para tejer cordeles por cinco años –le contestó el Servidor–. Aquí hacéis una vida demasiado dura y ya no sois jóvenes, ni tú ni tu mujer.

La mujer dejó correr algunas lágrimas que acaso estaban sepultadas en su corazón desde quién sabe qué tiempo.

— ¿Verdad, Fati, que quieres venir a Galilea? –le preguntó el Servidor.

— ¡Oh, sí! Es tan horrible vivir como salvajes en la soledad.

—No se hable más. Y a esta cabaña le pondremos una tablita escrita, que diga: “Refugio para caminantes”.

“Dejaréis vuestro pobre moblaje de troncos y yerbas secas, vuestros cántaros y pieles. Allá en el Tabor tendréis cuanto necesitéis.

Yhasua estaba encantado del niño, que en una media lengua encantadora les enseñaba unos pobres pajarillos medio estropeados que guardaba en un cestito y que luchaban por echarse a volar.

—Vamos a darles libertad –dijo al niño llevándole de la mano hacia fuera. Y soltó las avecillas que sólo dieron un corto vuelo y cayeron en tierra. El chiquillo iba a llorar, pero Yhasua obsequió a su nuevo amiguito con algunas baratijas y golosinas adquiridas en los bazares de Cesarea y que él había destinado para sus amiguitos de Nazareth. Al niño le encantó una pequeñita flauta, especie de ocarina, de la cual comenzó a arrancar sonidos que le hacían reír de tal manera que todos acabaron por celebrar la gracia musical del niño.

Así comenzó su vida Boanerges el pastorcillo músico que llenaba con sus cantos las praderas galileas y que ayudó con sus sutiles y emocionantes inspiraciones poéticas, a María de Mágdalo a encontrar su camino en seguimiento del Hombre-Luz.

Era Bohindra de los Kobdas de la Prehistoria, que volvía a la vida como un hijo de nadie, para serlo tan sólo del Amor Eterno, al que voluntariamente se había consagrado.

Desde aquella hora, Yhasua y Boanerges se siguieron de cerca, si bien no se reconocieron hasta los días de la vida pública del Cristo en las praderas de Galilea.

El camino de las caravanas recorre desde entonces la más hermosa y risueña llanura de toda aquella comarca hasta llegar a Damasco. Poblada de huertos de maravillosa fertilidad, de bosquecillos de nogales, de olivos, ciruelos y albaricoques, a los cuales no estaba impedido el acceso por cerca ninguna, hacía a los viajeros dueños hasta cierto punto de la abundancia con que la madre naturaleza había dotado aquella verde y exuberante campiña.

Discretos grabados en tablas colgadas de los árboles, decían de tanto en tanto: "Viajeros: usad sin abuso de los dones de la naturaleza y tendréis refrigerio para todos vuestros viajes".

Algunos pastores de antílopes y de ovejas, vigilaban gratuitamente por el cumplimiento de dichas indicaciones, aunque sin usar violencia alguna.

Yhasua observador como siempre dijo de pronto a sus maestros esenios:

—No sé por qué me parece encontrar aquí rastros de nuestros terapeutas.

—No estás equivocado –le contestó el Servidor–. Los terapeutas salidos del Santuario del Hermón, tienen todo este radio como campo de acción.

"En mi juventud he recorrido estos caminos varias veces cada año.

—Y yo igualmente –añadió Tholemi, que también había pasado su juventud en el Hermón–. Ahora verás –dijo, y se acercó a uno de los pastores que tocaba una flauta sentado a la sombra de un nogal.

— ¿Tú eres dueño de este huerto? –le preguntó.

—Como si lo fuera, pues a cambio del pasto que consumen mis antílopes, cuido que no sean estropeados los árboles.

— ¿Me darías un puñado de ciruelas para este compañerito que tiene hambre y sed? –preguntó de nuevo.

—Tomad las que gustéis, basta no romper las ramas.

— ¿Conoces a los terapeutas?

—Soy sobrino de uno de ellos –le contestó–. Hace sólo un mes que pasó por aquí.

—Somos terapeutas del Tabor y vamos a Damasco –le dijo Tholemi, abriendo su obscura túnica y mostrando sobre su pecho la estrella de cinco puntas, distintivo usado por los terapeutas que habían llegado al grado séptimo.

— ¡Oh, bien venido!... ¡Jehová sea con vos, maestro!, –exclamó el pastor. Yhasua escuchaba en silencio.

— ¿Vas con frecuencia a Damasco?, –volvió a preguntar.

—Casi todos los sábados a la Sinagoga de Ananías, hermano de mi madre.

— ¿Dónde vive?

—En la calle grande, Tarik-el-Adwa, hacia la izquierda entrando por la puerta Oriental de donde arrancan las columnatas.

“Apenas paséis la puerta, encontraréis la primera fuente; allí está siempre un viejo vendedor de frutas. Preguntadle por Ananías y él os dirá, pues le cuida el establo por la noche.

— ¡Bien, muy bien, Hermano, gracias! ¿Tu nombre para mencionarte ante tu pariente?... –preguntó de nuevo el esenio.

—Todos me llaman Judas, hijo de la viuda Sultane. Mi madre y yo vivimos en el huerto de Ananías donde me crié.

—De modo –añadió el esenio–, ¿que tu casa y la de Ananías es una misma?

—Casi, casi –contestó el muchacho–, con la diferencia de que él es el dueño y nosotros somos los huéspedes desde que mi padre murió. Mi tío, el terapeuta, era hermano de Tadeo, mi padre.

—Entonces ya podemos contar que tenemos casa de familias en Damasco –añadió el Servidor–. Nuestra antigua costumbre es hospedarnos en casa de un familiar o de un esenio, y aquí son ambas cosas a la vez.

—Yo estaré con vosotros así que guarde el ganado al anochecer –dijo el joven pastor, no sin dar una elocuente mirada a Yhasua que parecía atraerle como un imán.

El esenio que percibió la onda de amor reverente, que nacía en el alma de Judas hacia Yhasua, dijo:

—Este jovencito es un estudiante del Tabor y viene de Nazareth. Esta noche la pasaremos juntos en tu casa, Judas.

— ¡He oído tantas cosas de un niño de Nazareth que ahora debe tener los años de éste!... –exclamó pensativo el pastor–. Y no sé por qué se viene a mi mente tal recuerdo. Mi tío, el terapeuta, ha llevado para él, una vez, un cofre venido desde el Golfo Pérsico de parte de unos solitarios del Indo.

—Y desde entonces –intervino Yhasua–, ¿amáis al niño de Nazareth sin conocerle?

—Así es y hasta le he soñado y ¡creo que erais vos!, –volvió a decirle el pastor.

—Sí, Judas, era yo y agradezco tu amor, del mismo modo que agradecí el cofre con oro que me llevó tu tío, el terapeuta, cuando yo cumplía los doce años.

— ¡Entonces vos sois aquel!..., –exclamó con los ojos llenos de asombro y húmedos de emoción–. Mi madre y mi tío Ananías esperan vuestra presencia en Damasco desde hace más de cinco años.

— ¿Y por qué esperan?

—Porque una voz del cielo les dijo al mismo tiempo en sueños: “Que el esperado estaba en Nazareth y que un día vendría a Damasco”.

“¡Y ellos han tenido constancia de esperar cinco años, el cumplimiento de lo ofrecido!

— ¿Crees tú en la verdad de esas voces internas? –le preguntó Yhasua.

— ¡Oh, sí lo creo!..., la vida de justos que hacen mi madre y mi tío, me permite pensar que se merecen esas voces del cielo. La casa de ellos es el hogar de todos los desamparados.

— ¿Son ellos discípulos de los terapeutas? –preguntó Yhasua.

—No sé lo que son; únicamente sé que son buenos cumplidores de la Ley de Jehová.

— ¡Damasco a la vista!, –gritaron de pronto muchas voces, mientras Judas el pastor iba siguiendo junto a las cabalgaduras de Yhasua y los esenios, como si no pudiese detener su paso entre ellos.

—Queda en paz, Judas, amigo mío, que esta noche la pasamos en tu casa –le dijo dulcemente Yhasua.

El pastor se detuvo como un poste inmóvil en el camino, apoyado en su cayado de vara de almendro, y sus ojos bondadosos siguieron a Yhasua por mucho tiempo.

—“Las estrellas y las almas se parecen” –decía Melquisedec, como contestando al pensamiento del joven Maestro que marchaba silencioso a su lado.

— ¿Por qué dices eso? –le preguntó Yhasua.

—Porque he visto la órbita que sigue el alma de ese pastor desde lejanos tiempos, como una estrellita que corre alrededor de un sol en el infinito.

— ¡No os comprendo!...

—O no os atrevéis a profundizar en mi pensamiento. Cuando Abel fue el Hombre-Luz de los Kobdas, este pastor fue hijo de un Caudillo importante, e hijo de una Matriarca Kobda, la cual fundó en sus dominios un refugio para esposas secundarias, que al quedar emancipadas por la Ley de la esposa única, fueron resguardadas en ese Refugio que se llamó de “Monte Kasson” (en la Obra “Orígenes de la Civilización Adámica”, está el relato de este hecho).

— ¿Y qué resultó? –preguntaba pensativo, Yhasua.

—La estrellita ha seguido su órbita marcada desde la eternidad, y hoy encuentra el paso de su sol al cual seguirá ineludiblemente.

Para el lector anticipamos que este joven pastor de antílopes fue en el futuro del Divino Maestro, el apóstol Judas de Gamala, llamado el Justo, para distinguirlo de Judas de Kerioth, el que le entregó en la noche de Gethsemaní. Se le conoce también por Judas, hijo de Tadeo.

Y poco después los viajeros entraron a Damasco por la puerta oriental Bab-Scharqui, donde un vendedor de frutas junto a una fuente, indicaba a los esenios cuál era la casa de Ananías, el Hazzan

de la más frecuentada Sinagoga de la gran ciudad cosmopolita, cuyo aspecto exterior era más árabe que romano, no obstante las grandiosas columnatas estilo romano que la atravesaban en doble fila de oriente a occidente.

La gran ciudad, foco del comercio de aquella época en la vasta llanura al pie de la cordillera del Líbano, iba a tener por unas horas al Deseado de Israel, anunciado por seis generaciones de Profetas, y en Damasco sería intensamente amado por hebreos y paganos, como lo fue en todas partes donde asentó su planta.

Tan sólo Jerusalén con su templo de oro y su corte sacerdotal sibarita y envilecida, debía ser el nidal de víboras que cortaría las alas al divino ruiseñor del Amor Eterno, cuyo cantar inmortal: ama al prójimo como a ti mismo, sonaba mal en los oídos de los hipócritas, que bajo la sagrada investidura vivían del altar e inconsciencia de su pueblo.

Un día y una noche se detuvo la caravana en Damasco, y Yhasua tuvo tiempo para recorrer la gran columnata, acompañado de su maestro Melquisedec y guiados por su nuevo amigo Judas, que les detallaba ampliamente lo más interesante que se ofrecía a la vista de los viajeros.

Alrededor de la gran columnata y bajo su esbelta y bien decorada techumbre, parecía vaciarse toda la vida de Damasco bajo los múltiples aspectos que ofrecía.

Allí acudían las esclavas de las damas opulentas en busca de cuanta fantasía pudiera imaginar su voluptuoso capricho.

Compradores y vendedores, mercaderes en general de toda clase de mercancías y hasta de honras y vidas, bajo aquellas columnatas tenían el obligado escenario de dramas o tragicomedias, que la inconsciencia y el egoísmo humano creaban a cada instante.

Y Yhasua, bien pronto se dio cuenta de ello. Le bastó sólo observar que muchos de los transeúntes contaban las columnas, que cual mudos centinelas formaban la doble fila en cada lado del brillante pavimento. Y una vez contadas, se apostaban como distraídamente apoyados en la columna que era el número seis, ocho o quince de aquella interminable fila.

Aquel era sin duda el lugar de la cita que pocas veces era de fugaces amoríos, sino más bien, por móviles lucrativos y siniestros.

En la excursión que hiciera Yhasua al caer la noche que en Damasco permaneció la caravana, su estrella fiel de Ungido del Amor, le presentó algunas bellas y emotivas oportunidades que su fina intuición supo utilizar maravillosamente.

Vio a una esclava etíope alta y fornida, muy envuelta en oscuro manto, que llevaba a la fuerza y poco menos que a rastras, a una jovencita de menudo cuerpo y piececitos blancos, metidos en babuchas adornadas de cuentas de cristal que brillaban a la luz de las antorchas. Un manto

de color amarillo le cubría la cabeza y gran parte de su pequeño cuerpo. A Yhasua le pareció que aquella jovencita lloraba.

Vio que la esclava contaba las columnas desde la fuente del vendedor de frutas, y que se detenía al llegar al número veinte, que quedaba frente a la salida de una obscura calleja junto a un enorme platanero.

Lo hizo notar de su maestro Melquisedec y de Judas, el cual dijo como viejo conocedor de lo que allí pasaba:

—Será una bonita venta, o una forma de sacar del medio a alguien que estorba. Eso es tan común aquí, y no habiendo derramamiento de sangre, no hay por qué preocuparse.

— ¿Cómo que no?, –interrogó vivamente Yhasua–. Judas, ¿te gustaría que con una hermana o hija tuya se cometiera una infamia semejante?

—Seguramente que no; pero por fortuna no tengo hermanas, ni tengo hijas –contestó el aludido.

—Toda criatura humana es un prójimo, y la Ley dice: Ama a tu prójimo como a ti mismo.

"¿No es esta la Ley? –preguntó volviéndose a su maestro.

—Sí, hijo mío, pero bueno es usar prudencia y no precipitarnos.

"Sentémonos en este banco como paseantes que descansan y observemos.

Se hallaban a pocos pasos de un viejo vendedor de baratijas al cual nadie se acercaba, y Yhasua le compró flautas y sonajas pensando en sus amiguitos de las ruinas de Dobrath y de Nazareth.

Melquisedec entendió que la esclava decía a la niña:

—Te quedas aquí que pronto aparecerá por esa calleja el que será tu amo. Y a callar y obedecer, ¿eh?, que de lo contrario ya sabes lo que te espera. Contenta debes estar que entre mi marido y yo te hemos salvado de que te arrojasen a los lagos con una piedra al cuello.

Entonces se percibieron ahogados y profundos los sollozos de la muchacha.

Yhasua quería hablar a aquella mujer para echarle en cara su crimen, pero su maestro lo detuvo.

—Déjame hacer a mí –le dijo en voz baja.

Para irse la mujer, debía pasar cerca de ellos.

El esenio se le acercó.

—Buena mujer –le dijo en la lengua que la oyó expresarse–. Veo que acabas de hacer una acción que no está bien en una hija de Alá.

"Yo soy un viajante que observo por orden superior cuanto se hace en las grandes capitales, y no quiero causarte daño alguno. Yo te doy pues el precio que te han pagado por esa niña que debe ser restituida a su madre.

La mujer asustada murmuraba palabras de excusa, mientras miraba cautelosamente hacía la obscura calleja.

—La madre de esta niña es una esclava griega –dijo por fin–, y como la chicuela molesta a la ama porque el heredero la quiere para sí, decretaron su muerte.

"Yo he querido hacerle un bien salvándole la vida, a cambio de un bolsillo de monedas de plata que me ha dado el que será su amo. ¿Hay en esto algún mal?

—Sí que lo hay, y grande. ¿No sabes que sólo Alá es dueño de la vida y destinos de los hombres?

—Sí, amo, sí, así dice la ley de Alá, pero para nosotros los esclavos, no hay más ley que el látigo.

"También mi hija fue vendida y no la vi más.

—Bien, bien, veo que eres más infeliz que mala. Yo puedo conseguirte la libertad para ti, para esa niña y para su madre. Acaso podré también devolverte tu hija.

"Alá es bueno y poderoso cuando sus hijos cumplen la Ley.

— ¡Oh, amo!... ¡Sois un arcángel de Alá!... Yo quiero hacer cuanto vos decís, pero temo caer en desgracia y ser torturada horriblemente.

—No temas nada. Dame la niña en seguida y vete a traer su madre. Yo te espero junto al brocal de la fuente de entrada–. La mujer se encubrió aun más con el manto y desapareció en la oscuridad, dejando a la jovencita apoyada en la columna llorando silenciosamente.

Yhasua corrió hacia ella primero, y tomándola de la mano procuraba atraerla, pero ella no comprendiéndolo, se resistía. Melquisedec le habló pocas palabras:

—Nosotros vamos a salvarte a ti y a tu madre –le dijo–, ven sin miedo alguno. —La pobre muchacha que sólo tendría quince años lo más, se dejó llevar hacia la fuente. Dejaron a Judas en observación para averiguar si llegaba el hombre que había comprado a la niña.

Llegó en efecto unos momentos después, y luego de mirar hacia todos lados, contó y recontó las columnas hasta el número veinte.

Se paseó nervioso a lo largo de las veinte columnas y se acercó por fin al viejo vendedor de flautas y sonajas, y le interrogó si había visto una esclava con una niña.

—Amo mío –le contestó el viejo–, pasan tantos y tantos a cada instante, y me preguntáis si he visto una esclava y una niña.

Judas temeroso de que el hombre se quedase más tiempo y sorprendiera la vuelta de la esclava, se le acercó y le dijo:

—Yo he visto aquí en esa columna las personas que buscáis, pero como la niña gritaba y forcejeaba tenazmente, intervino el guardián del orden y se las llevó a entrambas.

Oído esto por el hombre, volvióse apresuradamente hacia la obscura calleja y desapareció como tragado por las tinieblas.

En la rápida huida, Judas comprendió que aquel malvado tenía miedo de la justicia, y riéndose satisfecho se dirigió a la fuente donde el esenio y Yhasua le esperaban.

Encontró que a la niña le habían despojado de su manto amarillo vivo, que pudiera ser una señal de reconocimiento y le habían comprado un manto celeste con bieses purpurinos muy usados por las doncellas de buena familia. Juntamente con Yhasua comían dorados racimos de uva y parecían viejos amigos.

Algunos mercaderes empezaban a encajonar sus mercaderías, señal, según explicaba Judas, de que pronto sonaría la campana en la vecina Torre de Guardia, hora que debía cesar toda actividad comercial en la columnata, lo cual ocurría en la segunda hora de la noche, que equivale a lo que para nosotros a las diez.

Ya estaban casi para retirarse y sólo les retenía la ansiedad de la niña que esperaba a su madre, cuando vieron aparecer a la esclava etíope con su marido, y una joven y enflaquecida mujer, a la cual la niña se abrazó fuertemente. Ambas lloraban en tal forma que conmovía profundamente.

Yhasua con los ojos húmedos de lágrimas y el corazón estremecido, contemplaba en silencio aquella dolorosa escena.

El esenio habló en voz baja con la esclava etíope y su marido, a los cuales les compraron algunas prendas de ropa que les permitía dar un cambio a su aspecto exterior, y con varios rodeos por otras calles volvieron a la casa de Judas.

Allí tendrían lugar las aclaraciones, conducentes a resolver el problema de vida o muerte de estos infelices cautivos del feroz egoísmo humano.

Yhasua regresaba exuberante de dicha. Pocas veces se había sentido tan feliz como en aquella noche pasada en Damasco. La gran columnata aquella no se le olvidaría jamás.

— ¡Esto es amar al prójimo como a sí mismo!, –exclamaba–. Así es como quiere el Padre Celestial que nos amemos los unos a los otros. ¡Qué bella noche en Damasco!, en que se han abrazado tres razas que el egoísmo humano ha dividido con odios profundos: la griega, la etíope y la hebrea.

“Este es el amor de Dios y del prójimo que manda la Ley de Moisés.

Se celebró consejo entre los esenios y Ananías el Hazzan de la Sinagoga, teniendo por base las informaciones que dieron los cuatro seres salvados de la desgracia.

Resultó que la mujer griega y su hija habían salido de su tierra natal dos años antes acompañadas del jefe de la familia, padre de la muchacha. Venían a desembarcar en Tiro, para de allí emprender viaje a la provincia de Galilea donde un tío suyo que gozaba de buena posición les llamaba a trabajar a su lado. El tío se llamaba Hermione de Falerea, y era poseedor de hermosos campos y bosques en un lugar llamado "Mágdalo" sobre el Mar de Galilea.

— ¡Oh, sí, sí!, –gritó entusiasmado Yhasua– es la niña de la cesta de frutas en aquella hermosa barca blanca y azul.

—El lugar es ése –dijo el Servidor–, mas no sabemos si el padre de aquella niña será el pariente que les llama.

—Yo lo sé –afirmaba Yhasua–, pues en la proa de la barca yo leí ese nombre: Hermes.

—Bien, Yhasua –decía otro de los esenios–, ya tenemos la mitad del problema resuelto.

—Y yo que ofrecí a aquella niña traerle ruiseñores del Líbano, ¡mirad que avecillas le llevo!

El jefe de la familia griega había muerto en la travesía, y de ello resultó que un viajero ambicioso de oro se incautó de la madre y la hija, mediante engaños, las vendió a un eunuco de un príncipe damasceno que las compró para el harén de su amo, pues ambas eran hermosas.

En cuanto al matrimonio etíope, resultó que sólo era esclava la mujer, pero el marido nunca pudo pagar su rescate debido a los mezquinos jornales que a los hombres de color se les pagaba por los más duros y penosos trabajos. La hija de la esclava con solo catorce años había sido vendida tres años antes, y su padre había averiguado que estaba en Sidón, la segunda ciudad y puerto fenicio sobre el Mediterráneo. Formaba parte del serrallo de un príncipe etíope desterrado de su país, por haber pretendido destronar al soberano reinante. Había querido tener cerca de sí un grupo de bellezas de su tierra natal; y los encargados de satisfacer este capricho de su señor, habían recolectado en Siria las más lindas doncellas de color que pudieron encontrar. Y la infeliz madre aseguraba que en rescatarla hubiera empleado el oro que le prometían por la niña griega, que tan oportunamente acababa de ser salvada.

Uno de los cuatro esenios compañeros de viaje de Yhasua, era sidonio de origen, y prometió hacer intervenir a sus familiares residentes allí para tratar de rescatar a la joven esclava negra.

Cuando Ananías y su hermana, la madre de Judas, vieron los extraños huéspedes que les traían, se sorprendieron grandemente. Y el Servidor con mucha gracia les decía:

—A esto se expone el que hospeda en su casa a un Profeta de Dios.

—Donde pone su pie nuestro Yhasua, de seguro aparecen luego sus protegidos, todos los cuales traen consigo una enorme carga de dolor.

—Que él os explique pues lo que significan estas cuatro personas que hemos recogido en la gran columnata.

La buena Sultane acariciaba a la niña griega, diciendo:

—Su misma edad tendría mi hija Sarai, si hubiera vivido.

Entre buenos servidores de Dios, los nuevos huéspedes fueron recibidos alegremente, prometiendo retenerles hasta el regreso de Yhasua y los esenios, que al día siguiente emprendieron la marcha hacia Ribla.

Desde aquel momento, el viaje se realizó costeando colinas y cerros cubiertos de exuberante vegetación. Nada podía compararse a los vallecitos risueños que continuamente alternaban con las primeras cumbres majestuosas de la cordillera del Líbano.

—Hermosa es nuestra Galilea –decía entusiasmado Yhasua–, pero es pobre comparado con esto. Imposible parece que pueda albergarse el dolor entre tanta belleza y abundancia como ofrece la madre Naturaleza. ¿Verdad Servidor que en estos hermosos parajes, ningún hombre padece?

—No hables muy alto zagalito, que puede ser que aún te encuentres con alguna sorpresa –le contestó afablemente el Anciano Tholemi que conocía bastante la región.

Era ya casi el final de la mañana y sentían retumbar los golpes de los hachadores, que en grandes cuadrillas tronchaban cedros gigantescos, para las magníficas construcciones de las capitales vecinas.

Manadas enormes de asnos y mulos arrastraban los trozos de troncos hasta la orilla de los ríos, en cuya corriente los prácticos del lugar los soltaban en forma de balsas, que eran así conducidas hasta los aserraderos que tenían sus carpas de trabajo en las inmediaciones.

Entre aquellos inmensos bosques y serranías, era difícil distinguir las viviendas humanas que sólo podían adivinarse por las columnitas de humo, que de vez en cuando se diseñaban sobre el límpido azul de aquel cielo de cristal y raso. De una de aquellas cabañas ocultas entre la selva salió un grupo de hombres llevando camillas al camino de la caravana.

—Por piedad –dijeron al Kabir–, llevad a Ribla estos dos mozos que se han desgraciado en el trabajo; tienen allá sus familias, y nosotros no podemos curarles.

—Pero, ¿cómo queréis que les lleve imposibilitados al extremo que están? –argüía el de la caravana.

—Ya te lo decía, zagalito –repetía, desmontándose, Tholemi, al mismo tiempo que Yhasua echaba pie a tierra y con él varios de los viajeros.

Los heridos se quejaban dolorosamente.

—Esperad por favor, unos momentos –dijo el Servidor al jefe de la caravana–, y veremos que clase de heridas tienen.

—El uno parece tener rota la columna vertebral, y el otro tiene una pierna y un brazo rotos.

—Dejad las camillas sobre el césped, que algo haremos por aliviarles –añadió otro de los esenios.

—Son accidentes del trabajo que aquí ocurren con mucha frecuencia –decía uno de los que conducían las camillas–. Esos pícaros cedros son traicioneros, y en algún nudo malo, rebota el hacha que juntamente con el hachador salta a gran distancia. Otras veces, un nudo quebradizo divide al tronco antes de tiempo, y el árbol y el hachador son tirados a tierra en forma inconveniente.

Los esenios examinaron a los dos enfermos.

Se trataba de una dislocadura de la columna vertebral en uno, y fractura de la tibia y del brazo poco más abajo del hombro en el otro.

—Aquí seremos testigos de otro milagro como aquel de la mujer de los montes de Iturea –decían varios de los viajeros.

Y con gran curiosidad prestaron atención.

—Estos terapeutas son magos –decía otro–, y hacen cada cosa que mete miedo.

—Lo mejor de todo es que lo hacen sin cobrar dinero, cosa nada común entre los de su oficio –añadía otro.

—Ayudad todos con el silencio –dijo en alta voz el Servidor–.

"Y pensad que cualquiera de vosotros podía verse en igual caso y le gustaría ser socorrido.

— ¡Sí, maestro..., sí, maestro! –se oyó resonar entre todos los viajeros.

Juntaron las dos camillas y Yhasua se arrodilló a la cabecera de los heridos.

Los esenios quedaron en pie y se concentraron en su mundo interno, para emitir hacia Yhasua toda su fuerza espiritual y magnética.

Unos veinte minutos habrían transcurrido, cuando el herido de la columna vertebral exhaló doloroso gemido y se incorporó en la camilla, como si un resorte impulsor le hubiera levantado. El otro se quejaba también y movía el brazo y la pierna como un molinete.

Los viajeros buscaban ver el rostro de Yhasua, pero los esenios le habían formado un estrecho círculo que le ocultaba a las miradas profanas, que hubieran podido perjudicar la delicada operación quirúrgica que realizaban en ese instante las fuerzas puestas en acción por medio del pensamiento y de la voluntad.

Los esenios clarividentes percibieron nítidamente las manos fluídicas de Yhasua saliéndose de su envoltura material y tomando sustancias del éter para injertar los huesos rotos y los tejidos lesionados. Cerca de

una hora duró aquella extrema tensión de vibraciones magnéticas, que formaron como una atmósfera fresca en torno a los dos enfermos.

Los dolores sufridos desde la tarde anterior los habían puesto en estado febril, que les hacía temblar en fuertes sacudimientos.

Se les vio irse aquietando poco a poco hasta caer en un sueño profundo.

Yhasua estaba poco menos que extenuado, y los esenios le hicieron recostar sobre sus mantas de viaje.

— ¡Pobrecillo!, –exclamaban algunos viajeros–. Cura a los otros y enferma él.

—No paséis cuidado por él –dijo el Servidor que los oyó–. Es un Profeta de Dios que cumple con su mensaje de amor a la humanidad, y el Señor le dará de nuevo lo que dio a sus hermanos. –Le dieron luego a beber jarabe de uvas en agua de flores de azahar, y pronto se le vio reanimarse y que su rostro se coloreaba de suave carmín.

Ligeramente inquieto por lo que hubieran podido pensar los viajeros en cuyos rostros veía el asombro, les dijo en voz baja:

—No me toméis por un genio que obra maravillas. Soy un hombre como vosotros a quien el Poder Divino ha tomado como instrumento para derramar el bien sobre la tierra.

—Sois un hombre de Dios –decían algunos–, acordaos de nosotros y tened piedad de cuanto mal nos sucede.

—Tenedla vosotros mismos obrando en todo conforme a la Ley, y vuestros males serán mucho más llevaderos.

Mientras se hacía este breve diálogo, los esenios recomendaban a los conductores de los enfermos que les dejaran dormir cuanto quisieran y que al despertarse podrían ya volverse por sus propios pies.

— ¿Llegaremos a Ribla sin otro incidente? –preguntaban los esenios, riendo, al jefe de la caravana.

—No sé, maestro, no sé... Las gentes adivinan sin duda que venís vosotros en la caravana y acuden en tropel con todas sus dolencias.

— ¿No os acobardáis de unos viajeros que os acarrean tantos entorpecimientos? –preguntó de nuevo el Servidor.

—No, en verdad, porque si yo me viera en igualdad de condiciones me gustaría asimismo ser socorrido.

—Habéis pensado justamente. Con que ahora, rumbo hacia Ribla y que Jehová nos permita llegar cuanto antes.

—Será mañana a medio día; a no ser que queráis caminar toda la noche, y entonces llegamos al amanecer –contestó el Kabir–. En toda esta tarde podemos pasar lo más dificultoso que es la “Entrada de Joamath”, en cuyo laberinto de cerros y grutas nace el Orontes. Al caer de la tarde ya sentiremos el rumoroso saltar de sus aguas desde una altura que espanta.

—Y nada hay más hermoso que vadear el río en una noche de luna –añadió alguno de los viajeros.

De acuerdo entre todos se convino que forzarían la marcha, ya que habían tenido un largo descanso con motivo de los heridos, y así llegarían a Ribla al amanecer caminando toda la noche.

— ¿Con qué ánimo te encuentras, Yhasua, para esta jornada? –preguntó Melquisedec viéndole silencioso y sin hacer manifestación alguna de su entusiasmo por las bellezas del paisaje que recorrían.

— ¿Recordáis, maestro –contestó–, que yo hacía ensayos de telepatía con Nebai, la niña de Arvoth?

—Lo recuerdo muy bien, pero eso en nada se relaciona con mi pregunta.

—Sí, es verdad; pero es el caso que desde que terminamos de curar los heridos, estoy sintiendo el pensamiento de Nebai que llorando me dice:

"Se derrumbó un muro de las ruinas de Dobrath y quedaron sepultados once niños con la ancianita que los cuidaba".

— ¡Oh, qué desgracia si es una realidad! Pronto lo sabremos.

Y el esenio habló en voz baja con Tholemi y Azarías, ambos que tenían la facultad de desdoblarse espiritualmente y averiguar lo que ocurría a distancia.

Dejaron pasar a todos los viajeros y se quedaron detrás de todos. El Servidor dijo al Kabir:

—En seguida os alcanzamos.

Se desmontaron los cinco y se sentaron en los peñascos a un lado del camino.

—Si podéis ver lo que ocurre en Dobrath, nos daríais un gran consuelo –díjoles Melquisedec, el único que conocía el pensamiento recibido por Yhasua. Tholemi y Azarías se concentraron profundamente. Pasados unos momentos, ambos abrieron sus ojos y escribieron en silencio en sus carpetas de bolsillo estas palabras, el uno:

"Yo, Azarías de Sidón declaro haber visto un derrumbamiento parcial en las ruinas de Dobrath y que hay desgracias personales en los refugiados allí".

El otro leyó en la suya:

"Yo, Tholemi de Rodas declaro haber comprendido que en las ruinas de Dobrath se desmoronó una muralla y aplastó a varias personas".

Con diferentes palabras, ambos clarividentes confirmaban el pensamiento percibido por Yhasua.

Pronto alcanzaron la caravana, cuya marcha era lenta debido a los cargamentos que conducían.

La noche caía lenta sobre aquel soberbio paisaje de montañas gigantescas cubiertas de vegetación, y los rumores formaban concierto a medida que se acercaban al nacimiento del río Orontes.

Una obscura grieta como si fuera la enorme boca de una cabeza monstruosa, se veía desde la ladera en que estaba el camino; y de esa grieta manaba sin cesar y en gran abundancia un manantial que parecía de leche por la fuerte presión con que salía, de quien sabe qué profundidad de la roca.

Pronto vieron otra y luego otra más de aquellas negras bocas que abría la montaña para dejar escapar el hermoso líquido de su seno repleto.

— ¡Son tres Orontes!, –exclamó Yhasua, cuando en el recorrido descubrió las tres grandes filtraciones de agua en aquella serranía maravillosamente fértil y fecunda.

—Es uno solo, niño –díjole el Kabir–, porque los tres brazos de agua se precipitan a un mismo punto de la llanura y corren juntos a desembocar en el mar a muchas jornadas de aquí.

Los reflejos del sol poniente daban a intervalos reflejos de púrpura y de oro a aquellas límpidas aguas, que en rizadas ondas corrían entre las piedras tapizadas de musgos, helechos y begonias.

Los ruiseñores del Líbano con los que había soñado Yhasua, comenzaban su concierto nocturno como un numeroso conjunto de tiples que cantasen, teniendo por contrabajo el estruendo sonoro de las aguas del Orontes precipitándose en la llanura.

— ¡Oh, si pudiéramos trasladar al sur, este retazo de tierra! –exclamaban algunos de los viajeros que venían de las arideces de Madián y Judea.

— ¿Qué sucedería entonces? –preguntóles Yhasua.

—Que nuestras calcinadas piedras se cubrirían de viñedos y nuestros arenales de trigo y heno.

—La fe de Moisés hizo brotar agua de las ardientes rocas del Sinaí –dijo el Servidor–, y si los príncipes y caudillos del sur, en vez de gastar tiempo y oro en contiendas y vicios que les consume la vida, se hubiesen unido para desviar el curso del Jordán, como soñaba uno de nuestros terapeutas, no estaría perdiéndose esa gran corriente en la ciénaga del Lago Muerto, y todas aquellas comarcas habrían sido transformadas en tierras de regadío y de producción. ¿No fue así desviado el curso del Éufrates en la remota antigüedad por el rey de Babilonia ya reconstruida? El Éufrates es de un caudal de agua diez veces más que el Jordán.

“Si Herodes el Grande construyó como por arte mágico, ciudades maravillosas casi en el tiempo en que se levanta una tienda en el desierto, y eso, trasladando a fuerza de mulos trozos de murallas y de columnas de mármol, de monumentos y templos griegos abandonados, y todo ello para complacencia del César y suya propia, ¿no podría haber removido un estadio de tierra para que el Jordán no llevara sus aguas a las venenosas del Mar Muerto? Habría dado vida a varias regiones azotadas por la sequía y por el hambre.

—En general los dirigentes de pueblos se aman desmedidamente a sí mismos, y aprecian más la satisfacción de su orgullo, que las necesidades

de sus pueblos –dijo otro de los esenios–. Los palacios fantásticos que construyen, son para sus placeres y su vanidad. Mientras que las aguas del Jordán sólo harían nacer trigales para dar pan a los hambrientos.

36
EL ARCHIVO DE RIBLA

En la caravana comenzó a extenderse un rumor sordo de conversaciones y de protestas contra la injusticia de los poderosos que reinaban entonces.

—Ya vendrá el Mesías que Israel espera –dijo por fin un viejo rabino que venía desde Judea– y él pondrá todo en orden como Dios manda.

— ¡Oh, que venga pronto!, –exclamaban varias voces a la vez– porque si tarda vamos todos a morir de hambre.

— ¿Le esperáis para pronto?, –preguntó uno de los esenios.

—Es que ya debe estar aquí –volvió a decir el viejo rabino–. Y no acierto con el misterio que hay, que no se descubre ante su pueblo.

"Niño, tú que pareces un esbozo de profeta de Dios –dijo dirigiéndose a Yhasua–. ¿No podrías decirnos si ha venido y dónde está el Mesías que espera Israel? –Los esenios prestaron toda atención a la respuesta que iban a oír.

—Israel espera un Mesías que le haga poderoso para dominar al mundo –contestó Yhasua–. Y yo creo que el Altísimo no enviará su Hijo para que los hombres se maten en guerras de conquista, sino para que se amen unos a los otros como cada cual se ama a sí mismo.

—Moisés salvó a Israel del yugo de los Faraones de Egipto y también fue el hombre enviado por Jehová en beneficio de su pueblo –arguyó el rabino–. ¿Por qué pues no podemos esperar que el Mesías sea el libertador de Israel del yugo romano?

—El yugo romano es una pajilla si se le compara con el yugo de los Faraones –dijo otro de los viajeros–. Yo no miro con malos ojos la dominación romana.

— ¿Y sois vos un hijo de Israel?, –preguntó escandalizado el Rabino.

—Justamente porque lo soy, miro las cosas desde el punto de vista de la conveniencia. ¿Qué sería del pobre pueblo hebreo sometido tan sólo a la autocracia de la casta sacerdotal que lo absorbe y domina todo en estos últimos tiempos?

"La autoridad romana les ha cortado un tanto las garras, y aunque son buitres que lo devoran todo, por lo menos no son dueños de vidas y haciendas. La autoridad romana, nos defiende de la codicia sacerdotal. Yo lo entiendo así.

—Habéis desviado la conversación –dijo el Rabino–. Yo quería que este zagalito rubio se sintiera inspirado de Jehová y nos dijera si ha nacido el Mesías como indicaron los astros, o si han mentido las estrellas como mienten los hombres.

—Los astros no han mentido, buen anciano –contestóle Yhasua mirándole fijamente a los ojos–. El Mesías estará en medio de los hombres, pero escrito está que los hombres de su pueblo le desconocerán, porque sólo pueden reconocerle y sentirle los que quieren de verdad ser purificados.

"Israel quiere un Mesías rey de naciones, y está escrito que "Él no romperá la caña que está cascada, ni apagará la lamparilla que aún humea; que partirá su pan con los hambrientos y que será llamado varón de dolores. El que tiene oídos, que oiga. El que tiene inteligencia que comprenda". ¿No es así el anuncio de los Profetas?...

Una bruma de oro resplandeció desde lo alto del cerro tras el cual se escondía el sol, y la cabeza rubia de Yhasua parecía irradiar un sutil polvillo dorado. Los esenios clarividentes percibieron una inmensa aureola de oro y azul que le envolvía hasta hacerle casi desaparecer.

El anciano rabino fue de pronto iluminado por la Luz Divina porque era hombre justo y de buena fe, y desmontándose de un salto se acercó a Yhasua, y comenzó a besarle los pies mientras lloraba a grandes sollozos.

—Tú eres el Mesías de Israel esperado, ¡Niño de Dios!... –exclamaba como enloquecido dejando a los viajeros estupefactos, pues la mayoría de ellos habían puesto poca atención a los asuntos religiosos–. He visto la luz de Dios sobre ti y el corazón no me engaña.

Los esenios intervinieron.

—Montad buen hombre, que éste no es lugar para tratar estos asuntos. Cuando lleguemos a Ribla hablaremos detalladamente –le dijeron.

—Ese viejo tiene el seso reblandecido –decían algunos–, y nos quiere hacer un drama sacro a mitad de camino.

La mayoría de los viajeros diseminados unos detrás de los otros a lo largo del camino, no se enteraron de esta conversación, pues sólo podían oírla los que marchaban junto al grupo formado por Yhasua y los cuatro esenios.

El rumor del Orontes lo dominaba todo y apenas dejaba oír la voz sonora del guía que gritaba:

— ¡Alto!... Llegamos al Puente de las Caravanas y debemos hacer un breve descanso...

Se desmontaron para tenderse sobre el césped. La jornada había sido larga y el cansancio se apoderaba de todos.

Las primeras sombras de la noche lo envolvían todo, con esa suave penumbra de las noches de oriente que deja percibir todos los objetos

como si el azul diáfano del cielo y las primeras estrellas hicieran más tenue el manto de las tinieblas. Yhasua, tendido cuan largo era sobre el verde brillante del césped, parecía una estatua yacente de un Adonis dormido.

El viejo rabino se sentó hacia sus pies, para contemplar a su sabor aquel bello rostro adolescente, entre un marco de cabellos bronceados que le caían abundantes sobre los brazos cruzados por debajo de la cabeza.

—He aquí el modelo perfecto para que un artista del mármol forje un Abel muerto –dijo el anciano al oído del Servidor, que se sentó a su lado.

—O de un Abel dormido a las orillas del Éufrates –intercedió el esenio, sacando algunas viandas de su maleta de viaje.

Los otros esenios se unieron al grupo.

—Por piedad, dejadme entre vosotros –díjoles el viejo rabino–, que prometo ser discreto. Bien veis que casi estoy terminando mis días, y la luz que he vislumbrado, no quiero que se apague más.

—Bien, vos lo habéis dicho. La luz que el Señor enciende nadie puede apagarla. Quedaos pues y compartiréis nuestra cena.

El anciano viajaba con un criado, el cual abrió ante su amo una gran alforja repleta de comestibles.

Hicieron una mesa redonda con el rabino y su criado, y cuando todo estaba dispuesto, el Servidor llamó suavemente a Yhasua.

— ¿Duermes, Yhasua? –le preguntó.

—Soñaba –dijo incorporándose lentamente–. Soñaba que atravesaba por un desierto, abrasado por el sol y que extenuado de sed me tendí a morir en un camino. Vi que un viejo labriego me encontraba y me daba de beber. El anciano ése tenía el mismo rostro y expresión que tenéis vos –dijo al Rabino.

Este miró a los esenios como preguntando si el joven hablaba dormido aún.

—Los inspirados de Jehová –dijo el Servidor–, reciben la Luz Divina en muchas formas. Y acaso el sueño de Yhasua será una escena pasada o una escena futura.

“Ahora, a alimentar los cuerpos que pronto nos llamará el Kabir a las cabalgaduras.

—Y esta vez será para dejarnos a las puertas de Ribla –añadió otro de los esenios haciendo las partes de frutas, pan y queso que correspondía a cada uno.

Durante la comida intimaron aún más con el Rabino, y de esta intimidad resultaron algunas confidencias inesperadas. Y así los esenios y Yhasua supieron que el anciano Rabino, cuyo nombre era Miqueas, tenía varios hijos, uno de los cuales era Gamaliel, el joven doctor de la Ley que

tanto había admirado la clara luz de Yhasua en la difícil y complicada ciencia de Dios y de las almas, cuando a los doce años le llevó José de Arimathea para que escuchase a los Doctores y maestros de Israel.

Yerno suyo era Alfeo que vio a Yhasua en la cuna la noche de su nacimiento. Cuñada suya era Lía, la viuda de Jerusalén que conocemos. Había pues vinculación directa entre él y los amigos y familiares del Cristo que le conocieron desde su primera infancia.

— ¡Pobre de mí!, –decía condolido el viejo–. Todos habían visto la luz y sólo yo estaba a obscuras.

— ¡Cómo se ve que el secreto andaba entre esenios, que así estuvo oculto durante tanto tiempo!

— ¿Cómo fue que mi yerno Alfeo nada me dijo de esto? ¿Cómo calló así mi cuñada Lía, cuando en varias ocasiones estuvo con Susana mi mujer?

—En los designios divinos –contestó el Servidor–, todas las cosas tienen su hora, y mientras esa hora no llega, densos velos encubren lo que el Eterno quiere que sea encubierto. Acaso, por especiales combinaciones muy comunes en la vida humana, no estarías en condiciones de saber estas noticias.

—Así es por desgracia –contestó el anciano pensativo–. Tenía yo una atadura de hierro hasta hace cerca de dos años. Mi hermano mayor que murió en este tiempo, era el intérprete y traductor hebreo que más apreciaba Herodes el Grande, cuya amistad para con el alto sacerdocio de Jerusalén era ocasionado por estas relaciones de mi hermano. Y como por cuestiones de intereses yo dependía de él, siempre me encontré maniatado a sus opiniones y modos de ver en todo orden de cosas. Su muerte me libertó de esta esclavitud y recién ahora me considero hombre libre.

—Ya lo veis, pues, había una poderosa razón para que el Altísimo mantuviera velados para vos sus grandes secretos –añadió de nuevo el Servidor.

— ¡Ahora sí que no os dejo escapar!, –decía entre enternecido y risueño el anciano Rabino, mirando a Yhasua que estaba muy ocupado en romper almendras y avellanas, para que los comensales las encontrasen ya limpias.

—Ya veis –decíale el jovial esenio Melquisedec–, habéis llegado al festín divino un tanto retrasado, pero aún tenéis la satisfacción de ocupar un puesto en la mesa del Profeta de Dios y comer almendras y avellanas peladas por sus propias manos. –Lo dijo, al mismo tiempo que Yhasua con su gracia y dulzura habitual ofrecía al anciano en el hueco de sus manos, una porción de dichas frutas ya descortezadas.

Él le tomó ambas manos y las estrechó sobre su pecho mientras sus ojos se inundaban de llanto.

—Ahora no me agüéis la fiesta que yo estoy muy contento –díjole Yhasua, viendo la emoción del anciano.

Poco después de esta escena, la caravana se ponía en marcha siguiendo el curso del río Orontes, cuyo armonioso rumor semejaba un salmo de gratitud al Hacedor Supremo, según era la vibración del íntimo gozo espiritual que se había extendido sobre los viajeros.

Y la luna llena y pálida como un hada misteriosa, encendía su fanal de plata sobre los cerros y los bosques cargados de perfumes y de rumores y sobre las ondas serenas del río que continuaban desgranando sus salmodias de cristal.

En la última parada antes de llegar a Ribla, el Kabir contrató un joven y fornido aldeano, para que con su buen caballo se adelantase a llevar la noticia de que llegaban al amanecer, pues viajeros de Palmira le esperaban con urgencia.

—Decid a cuantos encontréis en la Puerta de las Caravanas, que nos hemos adelantado en muchas horas y que antes de salir el sol, estaremos entrando en la ciudad.

Esta orden dada por el Kabir a su mensajero, fue causa de que Arvoth el escultor y sus dos hijos, se encontrasen apostados a la gran puerta de entrada a la espera de los esenios que traían a Yhasua.

— ¡Por fin!, –decía Yhasua con mucha gracia– por fin nos encontraremos con ese famoso Archivo, que ya lo veo hasta cuando parto el pan.

"¡Pero, cuidado, amigo Arvoth, que si ese Archivo no es conforme a lo que tenemos soñado mis maestros y yo, puede que os demos algún castigo!

—O puede ser que yo os lo dé a vosotros, por haber tardado tanto en traerme noticias de mi hogar abandonado –contestaba el escultor riendo de la amenaza de Yhasua.

—Abandonado no, señor escultor –agregó de nuevo Yhasua–, porque del Santuario va todos los días el Hermano repostero con su ayudante, para llevar cuanto necesita vuestra esposa y vuestra hija Nebai.

"No estaréis vos mejor cuidado que ellas".

Los esenios reían del fuego que ponía Yhasua en sus afirmaciones, que Arvoth agradecía, aunque dominado por una profunda emoción.

Y mientras la caravana se dirigía a las grandes cuadras donde las bestias descansarían hasta el regreso, los viajeros se diseminaron por la ciudad, cada cual al sitio en que era esperado.

Los esenios y Yhasua siguieron a Arvoth que les condujo hacia la ancha calle llamada de "Los Bazares", por la gran cantidad de ellos que había en todo el trayecto, cuando aún a esa temprana hora, no estaban abiertos.

Sólo encontraban a los leñadores con sus yuntas de asnos o de bueyes que entraban cargados de fardos de leña y los labriegos de los

campos vecinos, con grandes alforjas de esparto repletas de frutas y de hortalizas.

Encontraron que Ribla tenía gran parecido con las ciudades galileas, las cuales debido a las alteraciones del terreno, unos edificios estaban sobre un pequeño cerro, otros en honduras que las exuberantes plantaciones les daban el aspecto de terrazas al aire libre, pues sus techumbres estaban a más bajo nivel que las copas de los árboles que les rodeaban.

Encajonada la ciudad entre enormes bastiones naturales de piedra, entre los cuales brotaban árboles como la paja en las llanuras, era en verdad un conjunto de nidales de águilas perfectamente defendidos por la naturaleza.

Por tres lados estaba Ribla defendida por los grandes platanares de las riberas del Orontes, pues quedaba justamente donde el río formaba un ángulo agudo con uno de sus afluentes, que corría tumultuosamente al pie mismo de la muralla que daba al oriente. Al pie de aquella muralla, estaba la vieja casona habitada por Menandro, el sacerdote de Homero, poseedor del Archivo.

El anciano dejaba el lecho a mitad de la mañana, y Arvoth tuvo tiempo para hacer conocer a los viajeros aquel vetusto edificio, cuyo aspecto exterior denotaba varios siglos de existencia. Algún gran caudillo guerrero debió ser su dueño primitivo, a juzgar por las formidables defensas que tenía hacia el exterior. Sus ventanales eran caladuras hechas en los mismos bloques de piedra, y sus torrecillas almenadas conservaban señales de agresiones ya lejanas.

Desde las terrazas admirablemente resguardadas, se contemplaba el maravilloso panorama que ofrecía el gran río, serpenteando como un movible sendero de cristal rizado por entre montañas, bosques y praderas.

— ¿Qué me decís del cofre que guarda el Archivo? –preguntaba Arvoth a los esenios, asombrados de aquella ciclópea construcción.

— ¡Que es digno de guardar toda la historia de la humanidad! –le contestó el Servidor.

Nicandro o Nicanor que es lo mismo, era el hijo mayor del dueño de la casa, y fue quien primeramente les recibió diciéndoles que su padre les esperaba en la biblioteca porque se sentía algo atacado del reuma.

En efecto, el hermoso anciano descendiente de Homero les recibió sin moverse de su sillón.

Lo primero de que se extrañó, fue de ver un jovencillo como Yhasua entre los estudiosos que venían de tan larga distancia, en busca de un archivo cuyos polvorientos pergaminos relataban leyendas que tenían siglos.

—Vosotros, los descendientes del gran poeta, decís que las Musas le mimaron desde su niñez..., –decía Tholemi, gran conocedor de las tradiciones griegas.

—Y fue así con toda verdad –interrumpió el anciano.

—Nosotros decimos –continuó el esenio–, que este jovencito es un mimado de la Luz Eterna y de la Divina Sabiduría.

Yhasua se vio precisado a acercarse al anciano que le tendía ambas manos temblorosas.

—Rubio como Apolo, y tus ojos como los suyos tienen dardos que queman el corazón –le dijo estrechándole las manos–. ¿Por qué has venido?, di la verdad, ¿por qué has venido?

—Por el Archivo y por el guardián del Archivo –le contestó Yhasua con una dulzura tal, que al viejo sensitivo le resonó su voz como un canto de alondra.

— ¡Oh, gracias, precioso Apolo de la Siria! ¿Y qué esperabas encontrar sino al reuma en el viejo guardián del Archivo? –volvió a interrogar el anciano Menandro como si el hablar de Yhasua le causara un gozo inefable.

—No pensé en vuestra enfermedad, sino en la comprensión y firme voluntad que demostráis al desterraros voluntariamente de vuestro país por conservar un Archivo. Difícilmente se encontrarían hoy, diez hombres en el mundo, que hicieran lo mismo.

—Tienes la sabiduría a flor de labio como tenía Homero sus cantos inmortales. Siéntate en este taburetito donde solía sentarse mi joven esposa, cuando quería arrancarme un sí, y yo quería decir no. –Yhasua sonreía sintiendo la suave caricia de la ternura de aquel anciano, y se sentó en el sitio indicado. Mientras sucedía esta escena, los esenios habían formado cadena de fluidos magnéticos con sus pensamientos puestos en acción, para aliviar de sus dolores al buen sacerdote de Homero que iba a prestarles tan importante servicio.

—Vamos a ver –continuó el anciano–, ¿qué quieres tú del Archivo y del guardián del Archivo?

—Del Archivo, quiero sus secretos y de vos quiero la salud y la alegría –le contestó Yhasua que había dejado de sonreír, y miraba a los ojos del anciano con una energía y una fijeza tal, que el viejo se estremeció involuntariamente.

—Los secretos del Archivo los tendrás, pero mi salud y mi alegría están ya muy lejos..., –murmuró con tristeza.

—También yo estaba lejos y hoy me tenéis a vuestro alcance. La salud y la alegría son palomas mensajeras del Altísimo, y van y vienen como las ráfagas del viento y los rumores del Orontes –le dijo Yhasua, acariciando suavemente con sus manos que vibraban, los brazos y las rodillas del anciano, sobre los cuales se había apoyado.

Había comprendido que los esenios emitían fuerza magnética sobre él para que aliviase a Menandro, y lo hizo con tan buen éxito, que de pronto le vieron ponerse de pie y que agitando los brazos exclamaba lleno de satisfacción y alegría:

— ¿Pues, no digo? Eres Apolo, y has puesto fuego y vida en mi cuerpo y alegría en mi viejo corazón.

Y empezó a dar fuertes abrazos a los recién llegados para hacerles ver que la energía y la salud habían vuelto, aún cuando él las creía tan lejos.

Si bien dispuesto estaba el anciano hacia los esenios, lo estuvo por completo después de esta escena que acabo de relatar.

Él mismo les guió al Archivo y lo puso a su disposición, dándoles las indicaciones que pudieran servirles de guía para encontrar lo que deseaban.

Un pequeño libreto especie de índice les hizo ver en conjunto lo más importante que aquel Archivo guardaba: Crónicas del Continente Lemur (desaparecido). Crónicas del Continente Atlante (desaparecido). Crónicas de Ática, de Escitia, del Indostán, de Irania, del Nilo, de Mauritania y de Iberia.

—Deseamos ver primeramente las "Crónicas de la península Indostánica" –dijo Melquisedec.

Y el anciano sacerdote de Homero sacó un grueso rollo de papiro en cuya envoltura exterior se leía:

"*Crónica escrita por Arjuna, discípulo de su Grandeza Krishna, el príncipe filósofo del amor y de la paz*".

— ¡Esto es lo que buscábamos! –dijeron a la vez los cuatro esenios, mientras Yhasua esperaba en silencio.

—Bien, mis amigos, este archivo es vuestra casa. Tenéis entera libertad en él –díjoles el anciano, y apoyado en su hijo salió al parque de la casa a su paseo matutino de que hacía varios meses estaba privado.

—También yo los dejo –añadió Arvoth–. Mis hijos y yo tenemos otra clase de trabajo que les haré ver cuando les plazca. Los mármoles están rabiosos por tomar formas definidas, y también tengo yo prisa de volver al hogar. Con que hasta luego.

Cuando él salía, entraba un criado llevando jarabes y pastelillos con que el dueño de casa obsequiaba a los visitantes.

Sigamos en su tarea a nuestros cuatro esenios con Yhasua, y así sabremos cuánto ellos van descubriendo en aquel archivo milenario.

El papiro encerrado en un tubo de piel de foca y muy recubierto por una fina tela de lino, fue cuidadosamente abierto y colocado en los atriles especiales para estudiar esta clase de trabajos. Era doble, o sea, escrito en dos cintas de papiro unidas al medio por pequeñas obleas engomadas. Una de las tiras estaba escrita en la lengua de los antiguos Samoyedos,

que en su lenta emigración de los hielos del Norte fundaron Hisarlik, la gran capital del Ática prehistórica. La otra cinta era una traducción de aquella lengua muerta al griego de la época Alejandrina, que se divulgó bastante por Asia y África debido a las correrías de conquista de Alejandro Magno.

Era, pues, tarea fácil para los esenios la lectura del papiro en la escritura griega antigua.

Melquisedec fue designado lector, y notarios: Azarías y Tholemi. El Servidor y Yhasua escuchaban.

El papiro comenzaba así:

"En la inmensidad donde giran estrellas y soles, resonó la Voz Eterna repetida por los ecos y marcó la hora inmortal. La Legión protectora de la sexta Jornada Mesiánica en globos gemelos del Planeta Tierra, entró en actividad, y elevadas Inteligencias penetraron en la atmósfera astral de los planos físicos, para anunciar el gran acontecimiento a los encarnados que habían de antemano aceptado el encargo de ser instrumentos del designio divino en el plano que ocupaban.

"Una elevada Inteligencia, un arcángel, fue el heraldo elegido para buscar aquellos instrumentos perdidos en las selvas terrestres, y se le apareció en sueños a una mujer de vida pura cuyo nombre era Sakmy, desposada recientemente con el doncel Baya-Dana, ambos pertenecientes a la numerosa parentela del joven Rey de Madura, país del Sur indostánico sobre el mar.

"Vedo-Van-Ugrasena era un rey justo y piadoso con su pueblo, que le amaba y reverenciaba por su gran misericordia.

"La hermosa visión anunció a la joven esposa Sakmy, que la hora era llegada de que un rayo de Luz Eterna bajase a la tierra, y que ella sería madre de la elegida por los Genios Tutelares de la Tierra, para vaso purísimo que encerrara al Divino elixir de vida para la humanidad, enferma de muerte por sus propias miserias.

"Y cuando fue el tiempo, les nació la hermosa niña a quien llamaron Devanaguy, y en cuya crianza y educación pusieron sus padres un esmero muy superior a lo habitual, ya que conocían los elevados designios divinos sobre aquella criatura.

"Cuando esta llegó a la pubertad, fue tomada como esposa por Vasuveda, gentil y noble mancebo, hijo segundo del buen rey Ugrasena, que al poco tiempo fue desposeído de su reino por su hijo mayor Kansas, erigido en caudillo de los poderosos descontentos por la misericordia de Ugrasena para con el pueblo.

"El buen rey había sido encerrado en una Torre, y sus fieles servidores y amigos, reducidos a esclavitud, habían perdido toda esperanza de salvarle. Lloraba el triste rey su obscura suerte de caer en prisión,

cuando apenas se había extinguido el eco de los himnos nupciales del desposorio de su hijo Vasuveda con la niña elegida por los dioses para que "Vishnú" encarnase en ella, y hecho hombre salvara a la humanidad de la muerte que le amenazaba.

"Devanaguy, su joven nuera, inspirada por los Genios del bien y del amor, disfrazada de chicuelo vendedor de frutas azucaradas, logró introducirse con su venta en la Torre, presidio de su suegro, y cuando a través de los barrotes de su puerta pudo hablarle, se dio a conocer y le dijo que los Devas querían que viviese para ver la gloria de Vishnú que se acercaba. La adolescente esposa estaba ya encinta en la quinta luna, y mientras aparentaba ofrecer sus golosinas al cautivo le decía: –Alégrate, Ugrasena, padre mío, porque "Vishnú" encarnado en mi seno, será tu salvador.

"Mientras tanto Vasuveda su esposo, y segundo hijo del cautivo, hacía correr secretamente la gran noticia entre los que permanecían adictos a su padre, que en su mayoría se hallaban en la dura condición de siervos desposeídos de todos sus bienes.

"Desde aquel momento se formó una numerosa alianza entre los desposeídos y esclavizados, para prepararse a la llegada del Libertador.

"Con la mezquina concepción de la vida y del bien que tuvo siempre la humanidad, la mayoría de estos desposeídos y esclavizados esperaban un Vishnú salvador de su penosa situación, y no al Rayo de Luz Divina que venía para toda la humanidad.

"Mas, la Eterna Sabiduría, que aún de las ignorancias humanas extrae el bien para sus criaturas, de este gran entusiasmo popular extrajo la divulgación del sentimiento de justicia y protección divinas, para quienes la merecen con su buen obrar.

"Los sucesores de aquellos Flámenes originarios de Lemuria, vivían como anacoretas en los bosques y grutas que llamaron sagrados con el tiempo, por las maravillosas manifestaciones del poder divino que en ellos se obraba, debido, según el vulgo, a la vida penitente y de oración continua que los solitarios hacían.

"¿A quiénes, pues, habían de acercarse los desposeídos y esclavizados, sino a estos pobres solitarios que se contentaban con los frutos que les daba la tierra para sostener sus vidas?

"De aquí vino que el pueblo empobrecido y tiranizado por Kansas y sus partidarios, formó unión con los anacoretas hindúes, conservadores de las doctrinas de los Flámenes, aunque ya algo transformadas y desfiguradas por la acción devastadora de los siglos y de la incomprensión humana.

"Los solitarios, cuya vida de alta contemplación y estudio de las Leyes Divinas, les ponía en condiciones de seguir la luminosa estela de la Divina Voluntad con relación al planeta Tierra, sabían que el tiempo

de la llegada de la Luz Divina había sonado ya en los arcanos eternos, y esperaban de un día al otro el gran acontecimiento.

"Sus antiguas profecías decían bien a las claras: "*Cuando hayan pasado cuarenta centurias desde que el Sol se durmió en las riberas del Éufrates, el Sol nuevo se levantará al sur del Indostán junto al mar. Su llegada será anunciada por el hecho insólito de un hijo en rebelión contra su padre-rey, al cual encadenará en un calabozo*".

"Para los contemplativos anacoretas hindúes, el Sol dormido a orillas del Éufrates, era Abel. Las cuarenta centurias habían ya pasado, y al sur del Indostán, junto al mar, en la gran capital de entonces, Madura, un hijo, Kansas, se había rebelado contra su padre Ugrasena, y le había puesto en calabozo. Era pues allí y en esos momentos, en que debía aparecer el nuevo Sol de justicia.

"Otro anuncio profético que contaba varios siglos de existencia, y que había cantado un bardo sagrado en las selvas Indostánicas decía: "*Cuando los grandes ríos del oriente bajen sus aguas hasta entregar a los hombres las arenas de su cauce para amurallar ciudades, y suban luego hasta que los monstruos del mar crucen por encima de sus techumbres, alegraos corazones que latís, porque siete lunas pasadas, aparecerá un lucero nuevo en el horizonte, a cuyo influjo irresistible y suave todo pájaro cantará en su nido*".

"Este hecho relacionado desde luego con movimientos y evoluciones astrales, había ya tenido lugar y estaba terminando la séptima luna de la profecía.

"Y los contemplativos solitarios de las grandes montañas y selvas de la India, alentaban a la inmensa turba de los desposeídos y esclavizados, con la divina esperanza de un ungido del Amor que se apiadaría de ellos.

"Y de las inmensas cavernas del Himalaya y de los Montes Suleimán, bajaban de dos en dos y en interminable caravana, hacia el sur del Indostán. Las grutas de la cordillera Windyha junto al caudaloso Nerbhuda que desemboca en el Golfo de Cambayha, dieron asilo a aquellos infatigables visionarios que extraían de los abismos estelares y del fondo de las aguas, los indicios anunciadores de que un rayo de la Luz Increada iba a iluminar la Tierra.

"La Energía Eterna, fuerza impulsora que es vendaval que arrastra y relámpago que ilumina las tinieblas, les hizo encontrarse sin buscarlo y sin pensarlo, con los últimos vestigios de una ya desaparecida civilización que en el ostracismo de las cavernas vivían también esperando. Y los solitarios indostánicos, cenizas vivas de los muertos Flámenes Lemures, se encontraron en la legendaria Bombay con las últimas lucecillas que dejara en pos de sí el Sol dormido en las orillas del Éufrates y en los Valles del Nilo, según la antigua profecía. Se encontraron, se reconocieron, y

como todos buscaban la luz de un nuevo amanecer, se refundieron en un abrazo que permaneció anudado durante largas edades.

Y por esas maravillosas combinaciones que solo teje y desteje la Ley Divina, se encontraron unidos al Sur Oeste de la península Indostánica, los Dakthylos de Antulio con su clara sabiduría extraída de los abismos estelares; con los Kobdas azulados de Abel, con su ciencia arrancada del estudio del humano corazón ávido de amor y de paz; y los Flámenes Lemures de Numú, cuya llama viva sabía el secreto de transformar la bestia humana harta de carne y sangre, en buscadores de una estrella nueva que debía aparecer en el horizonte terrestre.

"Y apareció el niño Krishna hijo de Vasuveda, hijo segundo del rey de Madura Ugrasena, y de Devanaguy, hija primogénita de Baya-Dana y de Sakmy la sensitiva, que recibió la primera visión precursora del acercamiento divino.

"Mas, como las sagradas profecías eran también conocidas de las inteligencias tenebrosas que persiguen a la luz, un mago negro hizo llegar a Kansas, el hijo usurpador y rebelde, el anuncio que nacería un niño de Devanaguy, mujer de su hermano Vasuveda, que sería como un rayo de la Justicia Eterna, y mandó a sus esclavos para que la raptaran del hogar y la encerrasen en una dependencia de la misma Torre en que tenía secuestrado a su padre.

"Y aunque los hijos de las tinieblas apagan toda luz, los hijos de la claridad la encienden hasta en las piedras de los caminos. Y fue así, que los que conocían el gran secreto se valieron de ingeniosos ardides para rondar alrededor de aquella Torre, y ocupar en ella puestos ínfimos de limpiadores de acueductos y de fosos, de leñadores y de picapedreros, con el fin de evitar que el niño que iba a nacer fuera asesinado, tal como Kansas el usurpador había mandado.

"Las tinieblas de su propia maldad cegaron a los que buscaban apagar la Luz Divina que venía a la tierra; mediante un túnel abierto secretamente desde la Torre-presidio a la orilla del mar, Devanaguy fue sacada antes de ser madre y sustituida por una joven que había muerto al dar a luz su hijo.

"El guardián, Donduri, discípulo de los solitarios y adicto al rey encarcelado, estaba en el secreto del cambio, y se limitó a dar parte a Kansas el traidor, que la cautiva había perecido al dar a luz sin socorro alguno.

"El malvado usurpador hizo grandes fiestas celebrando su triunfo y el de sus magos sobre los hijos de la luz, y durante el mismo año fue libertado el rey justo, por los mismos medios, quedando en su lugar uno de los solitarios que se le parecía y que se brindó al sacrificio a fin de que Ugrasena quedara en libertad para organizar con Vasuveda y su pueblo fiel, la liberación de Madura.

"Krishna, que significa: *"secreto guardado en sombras"*, fue encargado a un pastor llamado Nanda que vivía a orillas del Nerbhuda, al pie de los Montes Windyha, donde los solitarios tenían el más antiguo y numeroso Refugio-Santuario, hábilmente oculto en las cavernas y entre los bosques más impenetrables".

Hasta aquí habían llegado los esenios en la lectura del papiro, cuando Arvoth se llegó al Archivo para anunciarles que el anciano sacerdote de Homero, con sus hijos, les esperaba para la comida del medio día.

Y otra vez se realizó el hecho tan comúnmente repetido, de que al partir el pan y verter el jugo de la vid en las ánforas de plata, se forman grandes alianzas y florecen las amistades y los encuentros de almas que juntas estuvieron en lejanos tiempos, y que el Eterno Amor reúne en un momento dado.

Los hijos de Menandro, se habían hecho grandes amigos con los hijos de Arvoth el escultor, si bien éstos eran de menos edad que los otros.

El Anciano les refirió durante la comida los viajes y excavaciones que tuvo que hacer en ciertos parajes de la antigua Grecia, sobre todo en las grutas del Monte Himeto que en la prehistoria se conoció por Monte de las Abejas (*fue en el Ática el refugio de los Dakthylos de Antulio), en cuyas oquedades profundas y rumorosas, se decía que salían genios benéficos, enviados por las Musas al bardo inmortal: Homero; sobre todo la luminosa Urania, que escuchaba el danzar de las estrellas, cuyas grandiosas epopeyas las refería en divinos poemas representados por dioses.

Les refería que en algunas grutas había encontrado hombres petrificados y escrituras en láminas de mármol.

—Homero, mi glorioso antecesor –decía orgullosamente el Anciano–, tenía coloquios íntimos con las Musas y con los genios enviados por ellas, para contarle las tragedias de hombres y dioses en los abismos de luz y sombra, en que viven su eternidad las estrellas.

Era encantador para los esenios escuchar a aquel Anciano que parecía tener música en los labios y fuego en el corazón cuando hablaba de los poemas inmortales de Homero. Parecía haberlos vivido él mismo y que su palabra, llena de santo entusiasmo, los fuera de nuevo esbozando en aquel ambiente de serena simpatía que le rodeaba.

— ¡Cuán feliz hubiera sido Homero, mi padre, si hubiera tenido este divino Apolo sirio a su lado..., así tan cerca como le tengo yo!..., –exclamaba de pronto el anciano embebido en la contemplación de Yhasua que a su vez le miraba con vivísima simpatía–. Entonces sí que hubieran bajado las musas, para contarle leyendas del Infinito que descubrirían ante los hombres bellezas no imaginadas por ellos.

— ¡Habláis de vuestro padre Homero con un entusiasmo que raya en delirio!, –dijo en voz baja Yhasua mirando al Anciano que tenía a su

lado–, y no habéis pensado que la Ley de las reencarnaciones ha hecho de vos una repetición de Homero, el de los cantos inmortales.

— ¿Qué habéis dicho, Apolo mío? –preguntó el Anciano como queriendo arrancar de los ojos profundos de Yhasua el secreto que acaso ellos habían leído en el insondable Infinito–. ¿Qué habéis dicho?

—Lo que habéis oído –contestó firmemente el joven Maestro con aquella voz elocuente de inspirado, que a veces tenía vibraciones metálicas como si fuera una campana de bronce sonando en la inmensidad.

Un silencio inmenso, solemne, se estableció en el espacioso cenáculo donde tales palabras habían resonado, como si el misterioso enigma de la Verdad Eterna hubiera sobrecogido las almas de un sentimiento profundo de religiosa adoración.

— ¡Es verdad!, –exclamaron luego los esenios–. Y nunca lo habíamos pensado.

—Y acaso –prosiguió Yhasua– cuando explorabais las grutas del Monte Himeto, y sacabais esas momias convertidas en piedra, no pensaríais que una de ellas os había pertenecido en edades lejanas.

— ¡Niño, niño!... Me amedrentáis con vuestra luz que sondea los siglos... –exclamó el anciano poniendo su diestra temblorosa sobre la fresca mano de Yhasua, apoyada blandamente sobre el mantel–. ¿Creéis acaso que tanto he vivido sobre la tierra como para que un cuerpo que fue mío se haya convertido en piedra?

— ¿Y por qué no? ¿Qué son los siglos ante la eternidad del alma humana?, –le preguntó nuevamente Yhasua–.

"En los papiros que guardan los esenios –continuó diciendo–, he conocido las vidas de unos solitarios que habitaron las grutas del Monte Himeto, en aquel entonces Monte de las Abejas, donde se cuenta que conservaban embalsamados los cuerpos que les sirvieron para realizar sus vidas físicas, y les mantenían ocultos en huecos abiertos en la roca viva. Y como ésta va creciendo por la lenta acumulación de átomos y moléculas, se concibe muy bien que los cuerpos quedan al fin de los siglos, como incrustados en la montaña de la que quedan formando parte.

Como el anciano buscara con la mirada en los rostros de los esenios, para saber hasta qué punto podía abismarse en aquellas verdades, el Servidor intervino.

—Nuestros Hermanos del Monte Carmelo –dijo–, se creen sucesores directos de los solitarios del Monte Himeto, y conservan momias y relatos sobre ellos. Les llamaron Dakthylos porque su fundador llevaba ese nombre, con el cual se presentó ante el mundo que le acogía al llegar emigrado de Atlántida, sumergida bajo las aguas del océano, después que había tenido por dos veces en medio de ella, al Hombre-Luz sin haberlo reconocido.

“Los Dakthylos fueron los depositarios de la sabiduría de Antulio, el gran profeta atlante.

“Hilkar II, príncipe de Talpakén, fue el que trajo al Ática prehistórica toda la grandeza de Antulio, y tomó el nombre de Dakthylos para ocultar su procedencia. Él reunió niños desamparados y proscritos de la sociedad, y fundó una Escuela de Divina Sabiduría como la que había tenido Antulio, su Maestro. ¿Quién puede negar, con fundamento, que Homero vuestro glorioso antepasado no estuviese en aquella Escuela que vivió en la obscuridad durante muchos siglos?

“La Ley de la Reencarnación de las almas abre horizontes tan amplios como la eternidad misma. Y como toda ley divina, se cumple en todos los seres con igualdad y justicia inexorable. Comprobada la eternidad del espíritu humano, y que él progresa indefinidamente mediante la Ley de reencarnaciones sucesivas, la buena lógica nos lleva de inmediato a la clara conclusión de que los que hoy vivimos la vida en la carne, hemos vivido esa misma vida innumerables veces, en cada una de las cuales hemos ido dejando los harapos del atraso primitivo, y hemos ido adquiriendo lentamente las pequeñas claridades que alumbran hoy nuestro camino.

“¿No es esto lo único que está en acuerdo con la eternidad de Dios, que ha querido hacer participante a su criatura de su misma inmensa eternidad?”

El anciano sonrió afablemente para decir:

—Vuestra sabiduría es hermana gemela de la de Homero, mi glorioso padre, como lo comprobaréis cuando estudiéis su libro secreto, escrito por él mismo en láminas de cuero curtido al blanco y que él tituló: “*Sueños de Inmortalidad*”.

37
EL SACRIFICIO DE KRISHNA

—Este libro es mi gran secreto que ha sido transmitido de padres a hijos, como un depósito sagrado y que ojos profanos no vieron jamás. Ni yo mismo lo había comprendido hasta este momento inolvidable, en que este radiante Apolo de la Siria ha descorrido el Velo de Minerva para dejármela en su pura y divina desnudez.

“Y aunque sé que mi espíritu es inmortal, no lo es este viejo cuerpo que me acompaña y que no tardará mucho en buscar la fosa para descansar.

“Mis hijos seguirán o no el camino de su padre, y no puedo obligarles a que carguen también ellos el enorme peso que yo tuve fuerza de

soportar toda mi vida: el peso de los secretos de Homero sostenido por nueve generaciones, en medio de las cuales hubo siempre un guardián fiel que supo guardarlo a despecho de todas las maldades, ambiciones y egoísmos.

"Por estas razones declaro aquí mi inquebrantable resolución de entregar este sagrado depósito a este hermoso Apolo Sirio y a la Escuela de Sabiduría de que él forma parte. Yo iré a morir entre vosotros con mi sagrado depósito para que quede cumplido mi juramento de guardarle hasta la muerte.

"Allí donde repose mi cadáver estarán también los "Sueños de Inmortalidad" de Homero. Conmigo termina la novena generación que le ha rendido el culto perenne que para él quisieron las Musas inmortales.

"Pasadas nueve generaciones, dice él mismo, seré tenido por un mito, por un ser que no fue humano, por un fantasma irreal de un pasado brumoso, como hizo siempre la humanidad en todo aquel que le hizo vislumbrar lo Infinito que no comprende".

"¿Estamos todos de acuerdo? –preguntó el anciano recorriendo con la mirada a cuantos le rodeaban.

—Por nuestra parte, de acuerdo –contestaron los esenios.

—Vuestros hijos dirán lo demás.

—Nuestro padre obra con acierto –dijo el mayor, Nicandro o Nicanor–, porque nosotros, extranjeros en Ribla, no sabemos nuestro destino mañana.

—Yo digo igual que mi hermano –dijo Thimon, el menor.

— ¿Y el templo a Homero que me había mandado construir? –preguntó Arvoth, estupefacto ante una resolución tan insólita a su parecer.

—Terminadle cuanto antes, y yo lo entregaré al Delegado Imperial de Siria, para que en él sea honrada siempre la memoria de Homero, el bardo inmortal de mi Grecia Eterna.

—Pero entonces caería en manos profanas, que no sabrán darle el valor ni el significado que él tiene en vuestro sentir y pensar –dijo el Servidor.

—Entonces, ¿qué he de hacer?

—Si algún derecho me asiste como constructor de él –dijo Arvoth–, yo propongo que sea entregado a los terapeutas peregrinos que recorren todos estos parajes, consolando los dolores humanos.

"Estos mantendrán este pequeño templo como un lugar de oración y de refugio, en vez de un sitio de orgía y de placer, como los templos de los dioses paganos.

—Las Musas hablaron por tu boca, Arvoth –díjole el anciano–. Los terapeutas son eternos viajeros en busca del dolor humano. No pueden encadenarse a cuidar este bello amontonamiento de mármol blanco.

“Arvoth, me has dicho que tienes una esposa y una hija, niña aún. Ella será la sacerdotisa del templo de Homero para que su lámpara no se apague y resuene siempre la cítara con sus cantos inmortales. Sólo así descansará mi corazón tranquilo en la tumba”.

Se hizo un gran silencio porque Arvoth reflexionaba en el traslado de su familia a esta apartada capital.

— ¡Arvoth! –díjole Yhasua–. ¿Tienes miedo del templo de Homero, o de la Ribla silenciosa y solitaria?

—No, Yhasua, nada de eso, sino que pienso si esto agradará a mi esposa y a mi hija.

—Pues yo te digo que si aquí estuviera Nebai, hubiera saltado de gozo. Habéis dicho tantas veces que los terapeutas son vuestros padres. Aquí estaréis con ellos como estáis allá con los del Tabor. ¿Qué diferencia tiene?

—Cuando tú hablas, Yhasua, la luz se enciende en seguida. Está bien, acepto. –Todos celebraron jubilosos el hermoso horizonte que se abría hasta larga distancia, porque en aquella vieja y sólida casona se encendería el fuego sagrado del amor al prójimo, pues se transformaría con el tiempo en refugio para los doloridos del alma y para los enfermos del cuerpo.

Los esenios reanudaron la interrumpida lectura de los viejos papiros del Archivo.

Continuaba así:

—“El pastor Nanda, ya de edad madura, vivía solo en su cabaña donde fue oculta Devanaguy con su pequeño Krishna, alrededor del cual se percibieron grandes manifestaciones del Poder Divino que residía en él.

“Entre las selvas impenetrables del Indostán, existían en distintos parajes algunas ramificaciones de la formidable Escuela de Magia Negra llamada Serpiente Roja, cuyos orígenes se perdían en la noche de los tiempos, pues había venido desde la desaparecida Lemuria, y continuaban sembrando destrucción y muerte allí donde lograban poner sus fatales anillos.

“Cada anillo de la terrible serpiente, era un núcleo de cuatro magos que siempre encontraban el medio de aliarse con los piratas, con los mercaderes de esclavos, con los usureros y las prostitutas. De todo este bajo y ruin elemento humano, pestilencia dañina en medio de la sociedad, la Serpiente Roja tomaba sus agentes y espías para introducirse en las casas más poderosas, en las residencias de los Maharajás y dominar el Continente Asiático, como había dominado a Lemuria hasta producirse su desquicio y su ruina total.

“Debido a sus criminales prácticas y manejos, Kansas, el mal hijo, se había rebelado contra su padre hasta llegar a ponerle encadenado

en un calabozo. Desde luego se comprenderá que la Serpiente Roja era quien gobernaba en todo el sur del Indostán, en rededor de Madura, su capital. Y no tardó en enterarse de que había sido puesto a salvo el poderoso ser venido a la tierra para destruir definitivamente su fuerza. Y desataron como manadas de lobos hambrientos sus más perversos agentes para encontrar al futuro vencedor de la Serpiente Roja. Más que en el plano físico, fue tremenda la lucha en la esfera astral del planeta, donde la numerosa Legión de Espíritus de Justicia se puso en acción, cortando las comunicaciones entre los genios tenebrosos descarnados con los encarnados de la maligna institución.

"Debido a esto, los componentes de la Serpiente Roja se vieron desorientados, corriendo como enloquecidos por entre selvas y montañas sin poder dar con el paradero del niño Krishna, ni de sus padres, ni de su abuelo el rey Ugrasena.

"Los solitarios de los Montes Suleimán, les tenían ocultos en su ciudad de cavernas y grutas inaccesibles para los profanos. Y habiendo entre ellos muchos clarividentes y auditivos, conocían a fondo los caminos oscuros y tortuosos por donde se arrastraba la Serpiente Roja, en busca de inocentes presas para devorar.

"Las grandes cavernas de los Montes Suleimán resultaban ya estrechas para dar refugio a los perseguidos por los agentes de Kansas el usurpador. La montaña se fue horadando más y más durante las noches, abriendo túneles, pasadizos y caminos, para que aquella enorme población, oculta bajo las rocas, pudiera salir de tanto en tanto a buscarse lo necesario para no perecer de hambre. Los solitarios mismos se vieron a veces entristecidos y desanimados casi al borde de la desesperación, cuando varios de ellos vieron en clarividencia al niño Krishna que sostenía el globo terrestre en su pequeña mano, y que tocaba con su dedo una montaña árida y reseca, y toda ella se convertía en una montaña de dorado trigo.

"En estas visiones espirituales, los solitarios Flámenes comprendieron el oculto aviso que desde el plano espiritual les daban, de que teniendo al Espíritu Luz en medio de ellos, no debían temer al horrendo fantasma del hambre para el numeroso pueblo que habían albergado en sus cavernas.

"Cuando más recias eran las persecuciones de los agentes de Kansas, que eran de la Serpiente Roja, algunos solitarios tuvieron otra visión simbólica que les aquietó el alma conturbada: vieron al niño Krishna con una espada en la mano, cortando las cabezas a una enorme manada de panteras negras que avanzaba hacia ellos con las fauces abiertas para devorarles.

"La montaña de trigo dorado llegó desde el Golfo Pérsico en enormes barcazas salidas del Éufrates, enviadas por Nadir, rey de Urcaldia, cuyos

dominios abarcaban los fértiles valles del Éufrates y el Tigris. Este buen rey estaba casado con una hermana de Ugrasena, y quiso socorrer al pueblo que seguía fiel a su rey, pues que los Flámenes que tenían Santuario en las cavernas de los Montes Kirthar, sobre el Mar de Arabia, le anunciaron las angustias que sufrían los refugiados en las cavernas.

"Los Flámenes diseminados por valles, montañas y selvas iban llevando discretamente la doble noticia del advenimiento del Salvador y de los sufrimientos de los creyentes en él, que le esperaban. Y secretamente se fue formando una enorme coalición de esclavos, de perseguidos, de azotados por la injusticia de los prepotentes que habían llegado al latrocinio más voraz y criminal, hurtando hasta niños y niñas de corta edad, para ser vendidos como víctimas de dioses iracundos y coléricos que exigían una fe sellada con sangre de seres puros e inocentes.

"El criminal sacerdocio que oficiaba en los altares de tales dioses, pagaba oro en barras por las inocentes víctimas que aplacarían la cólera infernal de sus dioses, y las madres huían enloquecidas como ovejas perseguidas por lobos, a esconder en las madrigueras disputadas a las bestias, sus hijuelos, para salvarlos de la rapiña feroz y monstruosa de los mercaderes de sangre humana.

"La familia, base de toda sociedad bien constituida, estaba aniquilada y deshecha, pues la avaricia hizo presa en muchos padres que buscaban y se procuraban abundante prole, para venderla a quienes tan generosamente le pagaban.

"En la isla de Bombay, llamada la isla misteriosa, se formó entonces una fuerte alianza espiritual entre los sucesores de los antiquísimos Kobdas de Abel, civilizadores de tres continentes, con los Flámenes, cuyo origen se remontaba a la desaparecida Lemuria. En una peregrinación de muchos milenios de años, habían ido pasando desde las grandes islas del Mar Índico, al montañoso Birmania y luego al Indostán.

"Mientras, los últimos Kobdas habían bajado desde el Éufrates por el Golfo Pérsico, hasta el caudaloso Indo al pie de los Montes Suleimán.

"Y ambas corrientes de bien, de justicia y de amor, se unieron en la misteriosa Bombay, donde dejaron como exponente milenario de aquella eterna alianza, cuarenta y nueve torres, número símbolo de 7 x 7, y cada torre era un templo de estudio, y concentración y cultivo de los poderes mentales y de las fuerzas superiores del espíritu.

"Rodeada de jardines y bosques, de corpulentos árboles, la isla de Bombay era inaccesible, pues distaba más de una milla dentro del mar y sólo en barquillas podía llegarse a aquel lugar de silencio y de misterio, donde, a decir del vulgo, habitaban las almas de los muertos. De allí les vino el ser llamadas Torres del Silencio, alrededor de las cuales, se tejieron innumerables leyendas terroríficas que los solitarios dejaron circular como medio de tener ellos mismos mayor seguridad.

“Las cuarenta y nueve torres estaban unidas por pasadizos interiores, sólo conocidos por los solitarios Ancianos, que tomaron el nombre compuesto de Kobdas-Flamas, que significaba “Corona de llamas”, como una sutil remembranza del nombre Kobda, que significa “corona”, y Flama: “llama”, alusivo a los antiguos Flámenes. Cuando la persecución de Kansas y de los agentes de la Serpiente Roja fue más persistente y terrible, Krishna con sus familiares y adeptos, fue ocultado en las silenciosas Torres de la isla de Bombay, donde no había temor que se acercase hombre alguno por el terror pánico que aquel lugar inspiraba a todos.

“En aquellas cuarenta y nueve torres, para los sucesores de los Kobdas, estaba representado como un sueño milenario el Gran Santuario de Neghadá junto al Nilo y sobre el Mar Grande (*Mediterráneo); como las Torres de Bombay quedaban sobre el Mar de Arabia y a corta distancia de los corpulentos brazos del delta del gran río Nerbhuda, que fertiliza toda la comarca. Para los sucesores de los Flámenes, las cuarenta y nueve Torres de Bombay eran copia fiel de sus ciclópeas torres de Lina-Pah-Kanh, labradas en las montañas inaccesibles de la costa Lemur, sobre el Pacífico Norte. Y los Kobdas-Flamas hacían revivir allí sus perdidos recuerdos a favor de los diseños, en piedra o en cobre que les habían dejado sus mayores en aquellas construcciones que parecían haber sido concebidas por superhombres y construidas por gigantes.

“Bajo aquellas formidables Torres, en aquella isla circundada por el mar, se desarrolló la infancia y adolescencia del futuro príncipe de la Paz y de la Justicia, salvador de una raza, de una dinastía en desgracia, para el vulgo inconsciente de los valores espirituales que vienen desde lo Eterno, adheridos, por leyes que desconocen, a seres superiores que tomaron sobre sí la tremenda misión de salvar a la especie humana en un período de decadencia espiritual, moral y física que le lleva a una inevitable ruina.

“Por el gran desarrollo físico adquirido, Krishna a los quince años representaba un doncel de veinte, y su clara inteligencia podía parangonarse a la luz interna de sus viejos Maestros.

“Bajo las bóvedas vetustas de aquellas Torres silenciosas, oscurecidas por la acción de los siglos, se forjó la liberación de la especie humana, representada entonces en el vasto Decán (*Indostán) donde la aglomeración de gentes de todas las razas dominadoras de la humanidad, hacía de aquella parte del globo terrestre, un mercado de todo cuanto podía utilizarse para el bien y la dicha de los hombres. Y otra vez se repitió el hecho más grande de todos los tiempos: la aparición de la Luz Divina como un blanco loto, en medio del fango en que perecía la humanidad. Los Kobdas-Flamas dejaron por un momento en los siglos, sus túnicas cenicientas para vestirse de cuero de búfalo y de cobre, con el carcaj, el

arco y las flechas a la espalda, para organizar las filas libertadoras en torno de Krishna el Príncipe de la Justicia.

"Kansas, el hijo traidor, cuando tuvo conocimiento que de las cavernas y de los bosques brotaban arqueros que se extendían como una ola por el Decán y avanzaban sobre Madura, huyó despavorido hacia la costa del mar, buscando su salvación en un barco velero anclado allí por los piratas que acechaban las ventas posibles de carne humana viva. Como le vieron cargado de oro y piedras preciosas que buscaba salvar, como medio de asegurar su vida, el jefe pirata le atravesó el pecho con su puñal y le arrojó medio muerto al mar donde fue devorado por los tiburones.

"El rey Ugrasena, entre el delirio de sus pueblos, fue restaurado en el trono de sus mayores y como la Justicia y la Paz se restablecieron prontamente, los solitarios Kobdas-Flamas tornaron a sus torres silenciosas, desde donde cooperaron con el Enviado a eliminar el mal; con que los magos negros de la Serpiente Roja habían envenenado las corrientes humanas, hasta el punto que los padres procreaban hijos para venderlos como carne de mercado a quien más oro les daba.

"Vasuveda, padre de Krishna, había muerto durante la niñez de su hijo, por lo cual el Hombre-Luz permaneció al lado de su abuelo y de su madre, a fin de que el anciano rey fuese respetado en vista del sucesor legítimo que dejaba, con lo cual se impedía que se levantara de nuevo el afán de otra usurpación.

"La noticia de la nueva legislación de justicia se extendió rápidamente por el Decán y países circunvecinos, que se apresuraron a enviar embajadas en busca de alianza y protección con aquel príncipe sabio y justo que daba a cada cual lo que era suyo, no reservándose para sí ni aun las horas del sueño necesarias a todo ser humano, pues que durante la noche y acompañado sólo de algún amigo o criado fiel, recorría sin ser notado los distintos barrios de la capital, para asegurarse de que las órdenes eran cumplidas.

"Y durante noventa lunas consecutivas viajó desde el Indo al Ganges, y desde los Himalayas hasta el Cabo Camorín que se hunde en el Mar Índico, anudando alianzas y despejando de tinieblas y de crimen aquel vasto país, en el que había nacido, y que fuera tomado como cueva infernal de la Serpiente Roja, con toda su corte de malhechores de la peor especie.

"La adhesión de los oprimidos y de los hambrientos, respondió con creces a todo cuanto Krishna hubiera podido imaginar, pero las clases pudientes miraban con desconfianza al joven innovador, que pedía libertad para los esclavos e igualdad para todos los seres humanos. Y se desencadenaron dos poderosas corrientes en formidable lucha: los oprimidos y los opresores".

En aquella parte del papiro que los esenios iban traduciendo, aparecía un grabado explicativo: se veían dos torrentes que se precipitaban uno contra otro con irresistible potencia, y en el lugar donde debía ser el choque, un doncel fornido con la cabellera suelta al viento y los brazos abiertos hacia ambas corrientes que se amansaban a sus pies y continuaban corriendo como arroyuelos de regadío.

Significaba a Krishna, encarnación de Vishnú, pacificando a la humanidad.

Y continuaron la lectura que seguía así:

—"Los anillos de la Serpiente Roja habían perturbado la fe sencilla de los pueblos, ignorantes en su gran mayoría, y habían propalado principios erróneos para inocular en las conciencias el virus del terror a la divinidad, como medio de sujetar a las masas al carro triunfal de su avaricia y feroz egoísmo.

"Indra o sea, el aire, tenía a su disposición el rayo, el vendaval que todo lo destruye. Agni o sea, el sol, era dueño del fuego, que pedía continuas víctimas consumidas en sus llamas para aplacar su cólera; mientras Indra quería víctimas arrojadas desde los más altos montes, o colgadas de los árboles en cestas de flores, hasta que el hambre las consumía o los buitres les devoraban. De aquí surgió el bárbaro comercio de niños y niñas menores de diez años.

"Y Krishna en sus largos y continuos viajes, no pedía a sus aliados y amigos otra contribución que la de destruir esa ignominiosa y criminal doctrina de Indra y de Agni, que ponía tan obscura venda en las inteligencias respecto de la Divinidad. Cuando el prudente príncipe entró a actuar en el escenario lóbrego y siniestro que dejamos esbozado, los indranitas y los agnianos luchaban a muerte unos contra otros, atribuyéndose cada bando el derecho de ser los depositarios de la verdad de Vishnú.

"Y Krishna apareció entre las tinieblas como un genio benéfico con su antorcha encendida, rasgando las sombras casi impenetrables de tanta ignorancia y fanatismo.

"— ¿Qué hacéis?, –les preguntaba el Apóstol de la Verdad–. Ni Indra que es el aire, ni Agni que es el fuego, son nada más que simples manifestaciones del Poder Supremo, que sopla en el aire y calienta en el fuego. ¿Por qué, pues, lucháis locamente por lo que todos por igual necesitáis del Supremo Dador de cuanto es vida, fuerza y bienestar para el hombre? Inclinad vuestras frentes y prosternad vuestro corazón ante el Gran Atmán, autor de todo Bien que os ama a todos por igual, pues que todos sois sus hijos.

"Dejad vuestras flechas y vuestras hachas para las bestias feroces que consumen vuestro ganado, mientras vosotros perdéis el tiempo en

mataros unos a otros. El gran Atmán está en su Eterno Amor en todas las cosas, y sobre todo dentro de vosotros mismos, y si Él fuera capaz de cólera, la tendría de ver que os matáis sin ningún respeto a la vida, que os la dio para amarle en todos vuestros semejantes y en todos los seres y las cosas; la tendría cuando vendéis vuestros hijos para ser asesinados sobre un altar donde habéis entronizado al crimen; la tendría cuando compráis y vendéis vuestros semejantes que llamáis esclavos y siervos, porque carecen del oro que habéis acumulado con la sangre, el sudor y la vida de cuantos infelices cayeron en vuestras garras de buitres sin alma".

"Los pueblos se levantaban en torno de Krishna, en un despertar de júbilo y de gloria. Nadie podía contener las masas enardecidas de esperanza y de entusiasmo, enloquecidas de dicha ante la palabra de aquel príncipe de Madura, que les hablaba de amor y de libertad.

"Y desde el Golfo Pérsico hasta el Mar de China, y desde el Tíbet hasta Ceilán, estalló como un incendio incontenible un levantamiento general de los pueblos clamando por su libertad y por sus derechos de hombres.

"El viejo rey Ugrasena, estaba espantado de la ola formidable que su nieto había soltado a correr como un torrente que lo invadía todo. Los Kobda-Flamas repetían las palabras del Gran Apóstol, reprimiendo toda venganza, toda violencia, toda lucha armada. El arma era la palabra, el verbo de fuego de Krishna, que hablaba a los hombres de libertad, de amor, de justicia, de igualdad, pues todos eran hijos del gran Atmán, que encendía el sol para todos y enviaba las lluvias para todos.

"¿Qué haría el Príncipe con aquella enorme ola humana que lo esperaba todo de él?

"Sus adversarios, que eran en general los acaudalados y los que se enriquecían con la esclavitud y la muerte de sus semejantes, decían alegremente:

"No haya inquietud entre nosotros, que cuando este temerario doncel, buscador de gloria y de fama, se vea como un ciervo acorralado por toda esa jauría de lobos hambrientos que le van a devorar, él mismo se dará por vencido, y comprenderá que es insensata locura pretender levantar a la altura de hombres, esas masas imbéciles, más que bestias que nos sirven para la carga. El Príncipe tenía sólo dieciocho años y representaba treinta, porque sentía profundamente la carga de la humanidad que pesaba sobre él.

"Bajo todos los bosques, a la vera de los ríos caudalosos, en los valles más pintorescos, ordenó a aquella masa humana echar abajo los árboles de las selvas y construir cabañas de troncos, de ramas, de pajas y de lodo,

en toda la extensión de los dominios de Ugrasena, su abuelo.

"Fue tal el humilde origen de casi todas las ciudades del sur del Indostán, que pocos años después, se convirtieron en florecientes poblaciones que resplandecían de paz, de justicia, de libertad y de trabajo.

"La figura de Krishna crecía día a día, hasta llegarse a dudar de si era un hombre de carne, sangre y huesos, o era un dios mitológico que realizaba por arte de magia tan estupendas obras.

"Temían por momentos verle desaparecer en una nube que pasaba, en un soplo de viento que agitaba la selva, en el incendio púrpura del amanecer, o entre los resplandores de fuego del ocaso.

"¡No te vayas de nosotros, señor!..., no te vayas porque seremos encadenados nuevamente, y nuestros hijos serán asesinados en los altares de los dioses, le clamaban a voces.

"Las arcas reales de Madura se iban agotando rápidamente en el rescate de esclavos y en alimentar aquella inmensa ola humana semidesnuda y hambrienta. El dolor del valeroso Príncipe crecía también hasta hacerse desesperante y angustioso, cuando un poderoso príncipe que reinaba en las regiones del Ganges y de Birmania le envió emisarios anunciándole que deseaba amistad porque quería para sus pueblos la ley que Krishna daba a los suyos.

"Se llamaba Daimaragia y su alianza fue tan firme, que jamás retiró su mano de la mano que había estrechado.

"Mi pan es tu pan –le dijo, cuando ambos príncipes se encontraron en Calcuta–. Salvemos juntos al Decán de la iniquidad y del crimen y si has consumido tus tesoros, yo conservo los míos que sobran para hacer feliz la tierra donde descansan nuestros antepasados.

"Detrás del rey Daimaragia llegaron otros de más modesta alcurnia, el de Penchad, de Belhestán y de Nepal, que se pusieron a las órdenes del Príncipe de Madura para devolver la justicia, la paz y la prosperidad al Decán, que caminaba a la más espantosa ruina: la desnatalidad; pues las mujeres se negaban a tener hijos que les eran arrebatados para venderlos como víctimas propiciatorias de un culto de crimen, de muerte y exterminio.

"Y alrededor de Krishna, se amontonaron como palomas perseguidas por los buitres, veintiséis centurias de mujeres en estado de gravidez, pidiéndole protección para el ser que latía en sus entrañas. Y en la más grande fortaleza de Madura, en Thinneveld sobre el mar, hospedó a aquellas infelices víctimas del egoísmo humano, todas ellas en la segunda edad, en la adolescencia y primera juventud. (La vida humana estaba dividida en edades de diez años; o sea que la primera edad duraba hasta los diez años, la segunda hasta los veinte, la tercera hasta los treinta y así sucesivamente).

“De este hecho, los adversarios levantaron al Príncipe espantosas calumnias, diciendo que había robado a sus maridos las más bellas mujeres del Decán para formar el más grande serrallo que príncipe alguno hubiese tenido.

“Krishna había puesto la segur a la raíz del árbol dañino que destruía el país: la mortandad de niños en los altares de dioses sanguinarios, creaciones horrendas de la avaricia humana.

Las infelices madres defendidas por él, se sintieron fuertes para defender a su vez a los hijos que aún no habían nacido y desde los torreones de la fortaleza, organizaron ellas mismas una defensa contra la que nada pudieron las flechas de sus perseguidores, que rodearon la fortaleza para sacarlas a la fuerza. Aquellas mujeres se tornaron fierecillas contra los que pisoteaban sus sentimientos de madres y arrojaban a sus enemigos hachones ardiendo de cáñamo engrasado, lluvia de piedras, recipientes de aceite hirviendo, y todo cuanto pudiera servirles para exterminar a aquellos que lucraban con la vida de sus hijos.

“Otro acontecimiento inesperado se cruzó en el camino del Gran Apóstol del Decán, creándole nuevas dificultades y mayores sacrificios. Un poderoso Maharajá del país de Golconda sobre el gran golfo de Bengala, tenía entre sus muchos tesoros una hija llamada Malwa, cuya hermosura y sabiduría atraían a cuantos príncipes llegaron a conocerla. Bicknuca, su padre, la reservaba celosamente, a fin de hacer con ella una alianza ventajosa para sus intereses. Mas, el corazón de la hermosa doncella le desbarató los proyectos y esperanzas, enamorándose muy secretamente de un doncel extranjero traído al país entre un grupo de rehenes, por los guerreros de Bicknuca que hacían largas excursiones por el Norte fantástico, poseedor de incalculables riquezas.

“De la antigua y legendaria Samarcanda, era el hermoso doncel de los ojos azules y cabellos dorados como las piedras y arroyuelos de su tierra natal. Se llamaba Oflkan, y de tal manera se enamoró de él la hija del Maharajá, Malwa, que no tardaron en hallar el medio de burlar la vigilancia en que se guardaba a los rehenes, los cuales sacaron partido de este amor oculto para escapar de sus guardianes y huir a su país.

“Malwa se vio grandemente comprometida ante su padre y los guerreros, algunos de los cuales sospecharon que por amor a uno de los rehenes la joven princesa les había ayudado a escapar. Iba a ser juzgada su conducta si los rehenes no eran encontrados, y se le daría la pena que se daba a las doncellas nobles que traicionaban su raza y su país. Se las encerraba en una torre-templo, consagrada toda su vida al culto de su dios, sin tornar a ver a ningún ser viviente sobre la tierra. De estas infelices secuestradas había varias, y entre ellas una que tenía fama de gran sabiduría, por lo cual era consultada detrás de rejas y velos, por aquellos que se hallaban en situaciones difíciles.

“Malwa fue a consultarla, y aquella mujer recluida hacía muchos años, le contestó:

“Sólo hay un hombre que puede salvarte de caer en el fondo de esta Torre y es el Príncipe de Madura. Hazle llegar tu queja, dile que en tus entrañas alienta un nuevo ser, y sólo él tendrá compasión de ti”.

“La infeliz princesa, que a nadie había descubierto el secreto de su estado, se llenó de asombro cuando la reclusa se lo dijo, y se echó a llorar amargamente.

“—Tu maternidad no es un crimen –prosiguió la reclusa–.

“Crimen cometen los hombres que ponen precio al corazón de sus hijas, y crimen ha cometido el hombre que te hizo madre y te abandona a tu suerte”.

“El postiguillo de hierro se cerró ante la llorosa princesa, que volvió a su morada dispuesta a cumplir la orden de la reclusa.

“Y un mensajero suyo fue en busca de Krishna con el mensaje de Malwa escrito en un trozo de blanco lino y encerrado en un tubo de plata.

“Toda una noche caviló el príncipe sobre la extraña encrucijada que le salía al paso, y a la mañana siguiente pidió permiso a su abuelo para tomar como esposa a la hija del Maharajá de Golconda.

“Y al momento salió un convoy de suntuoso cortejo a solicitar a Bicknuca la mano de su hija para el Príncipe heredero de Madura.

Los caballos del convoy corrían como el viento y llegaron cuando sólo faltaban horas para que Malwa fuera sometida a juicio y condenada a reclusión.

“El Maharajá complacido por la ventajosa unión, olvidó su agravio, y su cólera se convirtió en júbilo porque el reino de Madura era de los más antiguos y poderosos del Decán.

“Siguiendo la costumbre, entregó su hija al cortejo, que la encerró en una pequeña carroza de oro y seda sin que nadie viera su rostro, y la transportó a Madura donde el viejo rey y el príncipe la esperaban.

“Cuando pasaron las grandes fiestas populares por el matrimonio del príncipe, su madre, Devanaguy, le llevó la esposa a la cámara nupcial, y por primera vez en su vida se encontró Krishna solo con una mujer.

“La infeliz se arrojó a sus pies para besarlos, porque le había salvado algo más que la vida: la honra; pero Krishna levantándola, la hizo sentar a su lado y le habló así:

“Mujer, no te acuso ni te recrimino. No tengo nada que perdonarte porque sólo eres una víctima del egoísmo humano. Hago tal como tú lo has querido, para salvarte. Adopto tu hijo como si fuera mío, para que sea el heredero de Madura, pero no me pidas un amor que tengo ya entregado a la humanidad que me rodea.

“Estaré contento de ti, si sabes ser tan discreta que todos vean en ti la fiel y honorable esposa, consagrada al amor de su hijo, al cuidado de mi madre y de mi abuelo.

“—Y para vos, ¡oh, príncipe generoso y bueno! ¿Nada queréis de mí, que me doy a vos como una esclava? –preguntó tímidamente la joven.

“— ¡Nada! Seguid amando al hombre que os hizo madre, y que acaso gime en el mayor desconsuelo por no haber podido esperar la llegada de su hijo; y si algo queréis darme, venga vuestra mano de aliada para trabajar a mi lado por la igualdad humana en esta tierra de esclavitudes y de injusticias.

“La princesa tomó con las dos suyas la mano tendida de Krishna, y le dijo con la voz temblando por un sollozo contenido:

“— ¡Aliada hasta la muerte príncipe..., y para siempre! Razón tienen los que piensan que no sois un hombre, sino Vishnú encarnado para salvar a los hombres.

“Y Malwa rompió a llorar en tan angustiosa forma, que Krishna se conmovió profundamente.

“—Si lloráis así con tanta desesperación –le dijo–, lamentaré el haberos atado a mí con el lazo del matrimonio, que os impedirá ir a encontraros con el que amáis.

“—Lloro de agradecimiento por vuestro sacrificio en mi obsequio, puesto que tampoco vos podréis tomar una esposa que os dé hijos para el trono de Madura –le contestó Malwa, cuyo corazón había casi olvidado al padre de su hijo—.

“Si él me hubiera amado como yo le amaba, no me hubiese abandonado, sino que hubiese huido conmigo –decía a su salvador cuando la calma renació en su agitado espíritu.

“Ni aun Devanaguy, madre de Krishna, conoció nunca el secreto que murió con ellos mismos. Y cuando el niño nació, el viejo rey de Madura lo presentó al pueblo que así podía estar seguro de que la dinastía de Ugrasena permanecería por mucho tiempo al frente de su país.

Malwa cumplió su palabra de aliada, y se convirtió en madre de las madres perseguidas para arrancarles sus hijos, que destinaban a los sacrificios. A tal punto se identificó con el pensamiento y el anhelo de Krishna, que sus adversarios decían llenos de ira:

“—Este príncipe audaz y temerario, se unió a la princesa de Golconda porque era el reverso de su propia imagen.

“El viejo rey murió cuando su glorioso nieto estaba próximo a la tercera edad, o sea, los veinticinco años cumplidos. Y el niño de Malwa que aún estaba en la primera edad, fue proclamado heredero de Krishna, el mismo día que él fue coronado Rey. Y Bicknuca, Maharajá de Golconda, proclamó a su pequeño nieto heredero también de su trono, por lo cual

quedaban unidos en una alianza fuerte y solemne los dos más grandes reinos del Decán.

"Si como heredero Krishna hizo tan grande obra civilizadora en aquellos países, cuando ocupó el trono de su abuelo su acción se extendió enormemente, pues tuvo aliados poderosos hasta más allá de los Himalayas por el norte, hasta los Urales por el noroeste, y hasta el Irán por occidente.

"Y como sabía que su vida era breve en los arcanos de Atmán, asoció a todos los actos de su gobierno a la admirable mujer que era su aliada, Malwa, a fin de que ella fuese la guía de su hijo cuando éste fuera subido al trono.

"Una inmensa paz se extendió como una ola suave y fresca, que hacía felices a los pueblos a quienes llegaba la influencia de aquel rey ungido de Atmán, para llenar de dicha y abundancia a los pueblos.

"Y entonces Krishna comenzó su labor de orden interno y espiritual, para lo cual abrió casas de estudio y de meditación allí donde lo creyó oportuno, poniéndolas bajo la dirección de los Kobda-Flamas de las Torres del Silencio.

"Y retirándose él mismo en días y horas determinadas, escribió el admirable Bhagavad-Gita, y los Upanisad, colección de máximas de una moral sublime, como aquél es el tratado magno, de la más elevada y sutil espiritualidad".

El esenio lector enrolló el papiro, porque ya el sol se ponía tras de los cerros que encerraban a Ribla en un círculo de verdor.

Aquella lectura les había absorbido el alma de tal forma, que se hizo un largo silencio.

— ¡Así era el Krishna que yo me había figurado!, –exclamó de pronto el Servidor.

— ¡Qué falsa figura era ese Krishna guerrero, matador de hombres que han presentado grotescamente sus biógrafos! –añadió Tholemi.

— ¿Qué dices tú, Yhasua? –preguntóle el Servidor.

—Digo que él hizo como yo hubiera hecho en igualdad de condiciones.

— ¿En todo?, –inquirió Melquisedec.

—En todo, no –contestó firmemente Yhasua–. Porque yo no me hubiese dejado coronar rey, sino pacificados los pueblos, hubiese dejado a Malwa con su hijo al frente, y me hubiese retirado a las Torres del Silencio para dar a las cosas del alma, la otra mitad de vida que me restaba.

"¡Pobre príncipe Krishna, que toda su vida fue como un vértigo de actividad para los demás, mientras su alma debía llorar sin que nadie la oyese!

—Fue feliz al encontrar en su camino a Malwa, que tan admirablemente lo secundó en sus obras de apóstol –dijo uno de los esenios.

—Como ha encontrado Yhasua a Nebai en su adolescencia –añadió Tholemi, cuya sutil clarividencia había entreabierto los velos dorados del Enigma Divino, y había visto que Malwa y Nebai eran el mismo espíritu.

Yhasua lo comprendió todo. Los velos sutiles que encubrían el pasado se esfumaron en la púrpura de aquel atardecer, y su mente se sumergió en un abismo de luz en que la Divina Sabiduría le susurró al fondo del alma:

—*"Eres una flor de luz eterna que te enciendes y te apagas, que mueres y naces, que vas y que vienes en formas y medios diversos, hasta terminar la jornada marcada por tu Ley"*.

Los esenios que iban leyendo en su pensamiento claro como a través de un límpido cristal, dijeron todos a la vez:

— ¡Ya has llegado al final! ¡Más allá la Luz Increada, el Enigma Eterno, el Amor Infinito!

— ¡Ya era la hora!, –murmuró quedo el joven Maestro, cuya emoción era profunda.

Al día siguiente continuaron la lectura de los viejos papiros que les hacía conocer la verdadera vida de Krishna, príncipe de Madura:

El esenio lector comenzó así:

—"Los mercaderes de carne humana viva eran los únicos descontentos y perjudicados en su insaciable acumular tesoros a costa de vidas humanas, y casi todos se habían retirado a países bárbaros para extender allí la zarpa, y comenzar de nuevo sus latrocinios y crímenes.

"Y cuando Krishna iba a cumplir la tercera edad o sea, los treinta años, se vio rodeada Madura de una numerosa turba de malhechores armados de hachones encendidos y de flechas envenenadas, que gritaban como energúmenos:

"—Entregadnos a vuestro rey que nos ha llevado a la miseria y al hambre, porque de lo contrario moriréis todos abrasados por las llamas o envenenados con nuestras flechas.

"Hombres y mujeres corrieron a todas las puertas y murallas para formar una infranqueable defensa de su amado rey, pero como habían sido tomados de sorpresa se veían en situación desventajosa para enfrentarse con aquella numerosa turba de malhechores y de tribus salvajes, que parecían demonios escapados del abismo donde anidan como víboras venenosas todos los males de la tierra.

"Krishna, después de tres días de meditación, reunió su Consejo de Gobierno que estaba formado por los representantes de cada uno de los príncipes, sus aliados, por Malwa que representaba a Golconda y por sus tres discípulos y confidentes: Adgigata que era el Asura (*quiere decir inspirado para las escrituras sagradas). Paricien, pariente cercano de su

amigo el rey Daimaragia, y el más sabio filósofo y médico de su tiempo. Y Arjuna, llamado el vidente por su clara visión de los planos astrales y espirituales en casos determinados.

"El joven rey quería entregarse a aquella muchedumbre de fieras hambrientas de su sangre, a fin de que no atormentasen a su pueblo fiel. Pero su Consejo se oponía, pensando que una vez desaparecido Krishna, el pueblo desorientado y el desorden, acabarían por arruinarlo todo.

"Los días pasaban, y cada uno de ellos marcaba un número de víctimas entre el pueblo de Madura. Y cada víctima arrancaba un sollozo del corazón de Krishna que decía:

"— ¡Mueren por mí!

"Malwa y su pequeño hijo que ya tenía diez años, no se apartaban del rey ni un momento por temor de que él se entregase a sus enemigos. Y la inteligente y discreta princesa que había despachado desde el comienzo de la lucha, emisarios secretos a su padre, esperaba cada día la llegada de los bravos guerreros de Golconda que salvarían la situación.

"A su vez y por separado y también silenciosamente, Paricien había pedido socorro a su pariente, el rey Daimaragia de Calcuta; Adgigata y Arjuna lo habían pedido a otros dos príncipes aliados, el de Bombay y de Rhanpur, y todos ellos, sin descubrir a nadie su secreto, esperaban. El único que no había pedido auxilio a nadie era Krishna, que creía llegada la hora de sacrificarse por su pueblo, para dar ejemplo de amor fraterno y de amor a la paz, que había procurado imponer como un ideal sublime en la tierra.

"Cincuenta y dos días llevaba Madura de estar sitiada, y como aún no faltaban los alimentos necesarios, el pueblo se sentía fuerte en resistirse a la entrega de su rey. Sus feroces enemigos aullaban como lobos alrededor de las fuertes murallas naturales que le formaban las rocas cortadas a pico de los montes Cardamor en que estaba edificada.

"Krishna, en continuo contacto con su pueblo, le exhortaba a la calma y les hacía comprender que para él nada significaba la muerte si con ella les había de proporcionar la paz.

"—Sin vos, señor, seremos de nuevo esclavizados –le decían a gritos–. Vivid, vivid, que sólo así seremos felices.

"De pronto comenzaron a aparecer en todas direcciones del horizonte numerosas huestes guerreras, que como una avalancha cayeron sobre los sitiadores de Madura.

"Sobre los cerros que circundaban la vetusta ciudad hacia el oriente, ondeaba el pabellón de Golconda como una ala gigantesca de sangre y oro, y esto sólo les llenó de espanto, pues sus guerreros eran tenidos por los más bravos de aquella época. Poco después de ellos, comenzaron a llegar los guerreros de los demás países.

“Los torreones de la vieja fortaleza se llenaron de banderas blancas, como si una bandada de palomas aleteara sobre ella. Luego, a través de una bocina, se oyó la voz de la princesa Malwa que decía:

“—Soy yo que he llamado a los guerreros de mi padre para defender a mi esposo, del injusto y traicionero ataque que le habéis hecho. En nombre de él os prometo el perdón si os retiráis tranquilamente a vuestras casas. De lo contrario, los guerreros de Golconda os aniquilarán completamente.

“Espantosos alaridos se oyeron hacia todos lados que decían:

“—Que nos devuelvan nuestros esclavos y nuestras mujeres. ¡Muera la extranjera! Muera el que atropelló con nuestros derechos y nos redujo a la miseria.

“Ante tales groseros insultos el pueblo perdió toda serenidad, y viendo que los guerreros de Golconda bajaban de los cerros como una ola humana a todo el correr de sus corceles de guerra, los sitiados subieron a los torreones y almenas, a las copas de los árboles y a todos los sitios más elevados, y una lluvia de piedras, de flechas, de hachones encendidos, cruzaron en todas direcciones. La voz del príncipe calmó de nuevo a su pueblo enfurecido y dijo a los sitiadores:

“—No sé quiénes sois. Bien veis que estáis vencidos por las numerosas huestes guerreras de nuestros aliados. Os doy diez días de plazo para que me mandéis emisarios que resuelvan conmigo pacíficamente el problema de vuestras reclamaciones.

“Los sitiadores se retiraron desordenadamente, y Madura quedó rodeada por un bosque de lanzas que brillaban a los últimos resplandores del sol poniente.

“Todos eran felices en la vieja ciudad de Ugrasena; y pueblo y guerreros se entregaron jubilosamente a festejar el triunfo. Sólo Krishna sufría honda tristeza en su corazón. Había dado cuanto de sí puede dar un hombre animado de buena voluntad y contando con los medios para hacer felices a sus semejantes, puestos por el gran Atmán en medio de su camino. Y aún así, veía con dolor que si había dado la dicha a los unos, había despertado odio profundo y rencorosa aversión en los otros. Y sumido en el silencio de su alcoba en penumbras, pensaba hora tras hora:

“¿Dónde encontrar la dicha de los hombres?”

“Sus genios tutelares, los grandes Devas sus amigos, que custodiaban desde sus altos planos luminosos, el sacrificio de su compañero, tejieron para él con los hilos mágicos de la Luz Divina, una hermosa visión que llenó su alma dolorida de claridad y de paz:

“Vio una larga escala de transparente cristal, que desde el plano terrestre iba subiendo hasta perderse de vista en lo infinito del espacio

y de la Eterna Luz. Todos los matices del iris resplandecían a través de su nítida transparencia. Estaba dividida en nueve tramos, y cada uno de ellos irradiaba a larga distancia una luz diferente. Y Krishna se vio a sí mismo subiendo el sexto tramo de aquella radiante escala de cristal.

"Y una voz íntima que vibraba sin sonidos en lo más hondo de su ser le decía:

"*—Estás terminando de andar la sexta jornada, en la que has creado para la humanidad una justicia y una paz a medida de la Voluntad Eterna. Has hecho cuanto debías hacer. En tu subida al próximo tramo de esa escala se te descubrirá dónde puedes encontrar la felicidad para los hombres, y la tendrán todos los que sigan tu ruta*".

"Cuando el príncipe ya sereno y tranquilo descorría las cortinas de su ventana, para que la luz solar entrase por ella, vio al pequeño Shanyan, su hijo adoptivo, que subido a lo alto de un corpulento magnolio, cuyas ramas tocaban a su ventana, esperaba tranquilamente con su flauta de bambú en la mano. Sus miradas se encontraron, y Krishna le sonrió afablemente.

"— ¿Qué haces ahí? –le preguntó.

"El niño no contestó, sino que empezó a tocar una hermosa melodía que él le había enseñado desde chiquitín y le había dicho:

"—Esta melodía se llama "Busco tu amor", y la tocarás para todo aquel que tenga tristeza en el alma.

"El príncipe bueno y justo comprendió que el pequeño había adivinado su tristeza, y buscaba curarlo con la tierna y dulce cadencia de su flauta.

"El alma pura y sensible de Krishna sintió como una suave oleada de ternura que la inundaba. Vio en el amor inocente y franco de aquella criatura, el amor de todos los hombres que llegaron a comprenderlo, y tendiendo sus robustos brazos hacia el magnolio, se asió de sus ramas y las atrajo hasta alcanzar la mano de Shanyan, que como ágil pajarillo de las selvas, saltó de rama en rama hasta encontrarse entre los brazos de su padre, que en verdad sentía la dicha de aquel inocente amor.

"— ¿Has visto cómo te sanaste, padre, con mi flauta de bambú?

"—Sí, hijo mío, me has curado la tristeza diciéndome que buscas mi amor. Tal debes hacer con todos aquellos que llevan sombra gris en los ojos. Ven ahora conmigo al pabellón de los heridos y veremos si hay forma de aliviarles.

"—Ya fui con mi madre y hemos llevado raciones de pan y miel para todos. No había ninguno triste, por eso no toqué en mi flauta. Sólo tú estabas triste, padre, y todos saben que tú llevas la tristeza en el alma.

“—Es que me hicieron rey, hijo mío, y ningún rey puede estar contento en esta tierra si sabe lo que es la carga que lleva sobre sus hombros. ¿Qué harías tú si estuvieras en mi lugar?

“— ¿Yo? Pues llenaría todas las bodegas de pescado seco, harina y miel para que ninguno tenga hambre. Les daría a todos flautas de bambú para cantar tu canción favorita y espantar la tristeza. ¿No es así como se hace dichoso a todos?

“—Sí, hijo mío, sí. Pero si los hombres rompieran y pisotearan tu flauta, y despreciaran tu pescado, tu harina y tu miel, ¿qué harías?

“Los ojos castaño claro del niño parecieron sombrearse de una imperceptible bruma de tristeza y contestó:

“—Si rompen las flautas y rechazan los dones, será porque son malos y gustan apoderarse de lo que no es suyo. Y entonces yo tomaría un látigo y les daría azotes como hacen los guardianes en los fosos de esta fortaleza con las fieras, cuando se enfurecen contra sus cuidadores.

“—Serías un rey justiciero –dijo Krishna.

“—Yo, sí. Pan y miel al que es bueno y quiere la flauta de bambú. La tristeza y el látigo para los malos que no dejan vivir tranquilos a los demás.

“— ¡Pobrecillo! –dijo el buen rey acariciándolo–. Que Atmán llene tu corazón de nobleza y de bondad, para que llegues a amar aún a los que desprecien tu flauta de bambú.

“Los diez días que el príncipe dio de plazo a los descontentos pasaron, y él esperó en vano verles llegar a exponer sus reclamaciones. Llegó el gran festín del pueblo al cumplir su rey la tercera edad; o sea los treinta años, y ningún acontecimiento adverso vino a turbar el júbilo de aquel pueblo que se sentía dichoso bajo la protección de su soberano.

“Y cuando su suegro Bisnuka, Maharajá de Golconda, se sintió morir, llamó a su heredero para dejarle coronado rey. Krishna quiso que la princesa Malwa llevase a su hijo para asistir también ella a recoger la última voluntad de su padre. Y partió el convoy de la princesa custodiada por cien arqueros. Krishna le acompañó en la primera jornada y se tornó a Madura en compañía de Arjuna, Paricien y cuatro arqueros formando un pequeño grupo de siete caballeros en ligeros corceles. Mas, al llegar a una encrucijada de la montaña sombría de árboles y a la escasa luz final del ocaso, les cortó el paso una turba de ochenta jinetes armados de hachas, puñales y flechas, que aullaban como lobos rabiosos. Arjuna, que era el de más edad y menos apto para las armas, corrió hacia Madura para traer una legión de defensa. El príncipe no quería defenderse; pero Paricien y los cuatro arqueros armaron rápidamente sus lanzas y formaron círculo a Krishna.

“—Vamos a ver, ¿qué queréis que así aulláis como las fieras de la selva? ¿No os di plazo para solucionar vuestro problema?

“—No queremos otra solución que la entrega inmediata de las dos mil seiscientas mujeres que guardáis en la fortaleza, y de los cuarenta mil esclavos que nos habéis quitado para que se paseen triunfantes por las ciudades y los campos.

“—Seguidme a Madura y allí hablaremos. Tened en cuenta que esos esclavos han sido rescatados con el oro de las arcas reales. Vosotros lo habéis recibido a satisfacción y ahora reclamáis por ellos. Obráis con injusticia manifiesta y con tan mala fe que os asemejáis a malhechores que asaltan en los caminos a las personas honradas.

“— ¡No queremos más filosofías que nos perjudican! Firmad aquí mismo una orden de que nos sean devueltos esclavos y mujeres, y os dejamos continuar libremente vuestro camino.

“— ¡Un momento! –gritó con desesperación Paricien, temiendo más que de la turba de bandoleros, del mismo Krishna que nada permitiría hacer para salvarle. Y apartándolo hacia atrás de los arqueros, le dijo en voz baja:

“—Prometedles que les complaceréis para dar tiempo a que vuelva Arjuna con el auxilio pedido.

“— ¿Qué es lo que me pides, amigo mío? Eso sería una mentira por debilidad, por temor de la muerte. ¿Cómo puedo prometerles que les complaceré, si sé que no debo hacerlo y que no lo haré jamás?

“—Pensad que no sería por salvaros de la muerte, sino por la salvación de esas mujeres, de esos niños y de todos esos infelices esclavos.

“— ¡Es mi hora, Paricien, es mi hora! Feliz de mí, si compro con mi vida los grandes dones de Atmán para la humanidad. Necesito de ti, Paricien, para que me ayudes a morir como me ayudaste a vivir en la voluntad de Atmán. Venga un abrazo que será el postrero. –Paricien sollozando hondamente estrechó al príncipe que pronto se arrancó de sus brazos.

“—Idos con él –dijo a los arqueros–, que yo sólo me basto para tratar con estas gentes. –Y avanzando hacia la turba que le esperaba con el arco ya dispuesto, cruzó sus brazos sobre el pecho y les dijo: — ¡Tirad!

“— ¿Te niegas, pues, a grabar tu nombre al pie de esta orden? –gritó uno de los bandidos.

“— ¡Sí, me niego! –les contestó.

“—Mira que morirás aquí mismo y de igual modo asaltaremos la Fortaleza, y cazaremos como gamos a todos nuestros esclavos y a las mujeres.

“— ¡Lo habéis oído!, –dijo Krishna a los suyos–. Idos a tomar las medidas necesarias para evitarlo.

“Un arquero salió a todo correr de su caballo.

“—Contaremos hasta cien –propuso uno de los bandidos–. Si en ese tiempo no grabas tu nombre dispararemos nuestras flechas.

“—Perdéis el tiempo –contestó impasible el príncipe.

“— ¡Idos he dicho!, –volvió a insistir Krishna dirigiéndose a Paricien y sus arqueros, que obedecieron en el acto, pero sólo para introducirse en una caverna a la vuelta del cerro ante el cual se hallaban y quedarse allí en observación.

“— ¡Preparad vuestras flechas y disparad contra los cuatro tiradores de ellos, antes que ellos lo hagan contra él!, –dijo Paricien a sus tres arqueros. Y cuando el que contaba entre los bandidos iba a llegar a cien, Paricien y los suyos dispararon flechas contra los tiradores que debían matar a Krishna, y tres de ellos cayeron muertos, mas la flecha disparada por el cuarto había dado en el blanco, y Krishna cayó herido de muerte, pronunciando estas sublimes palabras:

“— ¡Gran Atmán..., he cumplido tu voluntad! ¡Dadme Señor la paz y el amor entre los hombres!

“Al ver tres de sus hombres muertos, los bandidos juzgaron que llegaban los ejércitos de Madura y huyeron hacia la Fortaleza, para asaltarla antes de que pudieran defenderla.

“Paricien y los suyos corrieron hacia el príncipe que aún estaba consciente.

“—Amigo mío –le dijo–, no amargues mi agonía con tu desesperación. Ya era la hora de mi libertad y de mi paz. Piensa en Malwa y en mi hijo, y con Arjuna y Adgigata ayudadla a ocupar mi lugar.

“— ¡Mi Rey!, –gritó con suprema angustia Paricien–. Que Atmán te reciba en su luz y su gloria, y seas el genio tutelar del Decán para que no vuelva a las tinieblas.

“Krishna estrechó débilmente la mano de su amigo, mientras sus arqueros le besaban los pies llorando amargamente. Con el incendio purpurino del ocaso que doraba el paisaje, se cerraron sus ojos a la vida material para abrirse los de su espíritu a su gloriosa inmortalidad.

“Paricien sólo conservó a su lado uno de los arqueros y los otros dos fueron enviados para avisar a los príncipes aliados que debían disponerse para la defensa, pues la Serpiente Roja estaba dispuesta a levantar de nuevo la aplastada cabeza.

“Y cargando en su propio caballo el cuerpo de su rey, siguió camino hacia Golconda, donde se encontraba la princesa con su hijo.

“El rey Bisnuka aún vivía y se le ocultó el triste acontecimiento, hasta que terminado el trabajo de embalsamamiento del cadáver, se organizaron los solemnes funerales de las hogueras encendidas en círculo alrededor del féretro durante siete días consecutivos, pasados los cuales, el féretro era paseado en una balsa cubierta de flores y antorchas sobre el Ganges, el río sagrado, desde cuyas ondas, según la tradición del país, los Devas recogían el alma pura del justo que había muerto por el bien de sus semejantes.

“—No quiero que mi cadáver sea tomado para adoración de los hombres –había dejado escrito el santo príncipe en sus cartapacios, y los kobdas-flamas, de acuerdo con Malwa y los tres amigos íntimos, le ocultaron muy secretamente en un gran peñasco blanco de Bombay, al cual estaba adherida la Torre que tenía el número 49 que era la destinada a panteón funerario de las momias de los grandes maestros de la viejísima Institución.

“Y la princesa Malwa cubrió aquel sagrado túmulo que guardaba la momia de Krishna, con el manto de oro y diamantes que su padre había mandado tejer con todos los diamantes de Golconda, para cuando su hija fuera coronada reina.

“—Si algún día –dijo ella a sus consejeros–, los países que Krishna hizo dichosos, padecieran carestía y hambre, su Rey guarda en la tumba más de lo suficiente para alimentar por diez años a todo el Decán. Ya lo sabéis.

“Y el culto hacia aquel gran ser que fue para ella más que su padre y su madre, porque era Vishnú encarnado, la hizo fuerte para gobernar hasta la mayoría de edad de su hijo, los dos más poderosos reinos de aquella época: Madura y Golconda.

“Las dinastías de Ugrasena y de Bisnuka, unidas, mantuvieron la justicia y la paz de Krishna durante tres centurias y media más.

“Más tarde, el egoísmo de los hombres comenzó de nuevo la siembra de iniquidad que fue ahogando lentamente la buena simiente. Pero las lámparas vivas de las Torres del Silencio, no se apagaron por completo, y esas lucecitas símbolo perpetuo de una fe inmortal y de un amor eterno, alumbrarán de nuevo los campos de la humanidad”.

Debajo de este relato aparecían cuatro nombres grabados con punzón ardiente: “Adgigata, Patriarca de las Torres del Silencio; Arjuna, Asura del Reino de Madura; Paricien, Primer Consejero; Malwa, Reina madre de Madura y de Golconda”.

Dos días después de haber terminado el papiro de la vida de Krishna, fue inaugurado el templo de Homero con grandes fiestas a que el anciano Menandro invitó a toda la población de Ribla, a la cual hizo comprender el significado de aquel personaje, el poeta máximo de la Grecia de la luz y la belleza eternas, y esperó a que Arvoth trasladase allí su familia para consagrar él mismo, en su calidad de sacerdote de Homero, a la nueva sacerdotisa Nebai, a la cual entregaría el laúd de oro y la corona de laurel de oro y rubíes, que la Grecia Eterna había ofrendado a su genial antepasado, cuando ya estaba paralítico y ciego en su lecho de muerte.

El Anciano Menandro hizo a Yhasua, el Apolo Sirio, como él lo llamaba, la ofrenda de su archivo compuesto de doscientos setenta rollos mayores y cuatrocientos veinte menores, para cuyo transporte les dio una caravana de diez mulos con los aparejos necesarios.

Él les seguiría, así que hubiese realizado la consagración de Nebai como sacerdotisa de Homero.

Pocos días después, Yhasua y los esenios emprendieron el viaje de regreso acompañados de Arvoth, y de los conductores de la pequeña tropilla de mulos que conducían al Monte Tabor gran parte de la historia de la humanidad sobre el planeta Tierra.

Y diez días después les encontramos ya en el Santuario del Monte Tabor, cuya vegetación con todo de ser exuberante y bellísima, parecíales pobre comparada con las maravillas del Líbano, por cuyos cerros y valles habían dejado correr la fantasía que soñaba allí con edenes que no eran de la tierra.

Por los terapeutas peregrinos, se supo en todos los Santuarios esenios que el Hombre-Luz había vuelto del Monte Hermón trayendo el tesoro inestimable de un Archivo que venía a llenar las lagunas existentes en la historia de la evolución humana.

Y la Fraternidad Esenia consideró desde ese momento al Anciano Sacerdote de Homero, Menandro, como un benefactor que la ayudaba a cumplir su sagrado pacto de mantener encendida la luz de la Verdad, confiada en esa época a la vieja Institución.

— ¡Cuánto has cambiado, Yhasua, en este viaje que hiciste!, –decíale Nebai cuando de nuevo junto a la fuente de las palomas, se encontraron por primera vez.

— ¡Es cierto, Nebai, es cierto! Yo mismo observo este cambio. No sé si para bien o para mal. He subido a un altiplano desde el cual veo todo muy diferente de lo que antes lo veía.

"Y algo muy íntimo dentro de mi ser se va agrandando, ensanchándose casi hasta lo infinito, sin que yo pueda impedirlo.

— ¡Tú debes estar enfermo, Yhasua!, –continuaba Nebai con gran inquietud–. Tus ojos no parecen fijarse en nada, y hasta tu memoria se ha debilitado. Ni siquiera me preguntas por tus amigos de las ruinas de Dobrath, y eso que hubo un derrumbamiento.

— ¡Cierto, Nebai! Perdóname. Me llegó tu pensamiento cuando eso ocurrió. En aquel momento sufrí mucho. Ahora ya no.

— ¿Cómo?... ¡Once niños heridos y una guardiana ancianita..., muerta!

— ¡Oh, Nebai!..., mi querida Nebai. Ese es un pequeño dolor comparado con todos los dolores de la humanidad.

"¡Ribla, Ribla! Tus jardines silenciosos y tus grandes bosques solitarios, han enfermado mi alma para siempre y ya nunca más podré tener alegría.

— ¿Por qué, Yhasua, por qué? La vida tiene bellezas. El hacer el bien es una belleza. Consolar al que llora es una belleza. ¡Amar es una belleza!,

¡el amor de tu madre es una belleza, Yhasua!..., ¡el amor de todos los que te amamos es una belleza!... ¡Yhasua, Yhasua! ¡Fuiste con el corazón lleno de vida y has vuelto con tu corazón casi muerto!...

Y cubriéndose el rostro con ambas manos, la niña rompió a llorar desconsoladamente.

Yhasua reaccionó ante el inesperado dolor de Nebai, y acercándose con ternura hacia ella, la tomó de la mano y la llevó hacia la fuente que estaba con sus bordes casi cubiertos de flores.

—Siéntate aquí, Nebai, y escúchame. Así me comprenderás. ¿Viste esa caravana de mulos cargados de fardos?

—Sí, los he visto. ¿Es por eso que estás apenado?

—En esos fardos, Nebai, he aprendido todos los dolores de la humanidad. Los he conocido demasiado pronto. Aún no tengo cumplidos mis dieciocho años, y ya me siento como si tuviera treinta.

"Y después de saber muchas cosas que ignoraba, yo pregunto: ¿Dónde podemos encontrar la dicha para el corazón humano?

—Mira, Yhasua; yo nada sé en comparación de lo que tú sabes; pero yo pienso tranquilamente en que la Justicia Divina da a cada uno según lo que merece. Y si esta Justicia nos da a ti y a mí cuanto necesitamos, el calor de un hogar, de una familia, y nos añade todavía la satisfacción de hacer el bien que podemos a quienes lo merecen, ¿por qué tenemos que padecer por dolores que acaso son un merecido castigo por maldades que ignoramos?

"¿Preguntas dónde encontrar la dicha para el corazón humano? Yo creo que en darle a cada uno lo suyo. Por ejemplo, tú tienes padres como yo. La dicha de ellos estará seguramente en vernos felices con nuestro buen obrar. ¡Yhasua, yo sé lo que pasa en tu corazón!

"Me figuro que has trepado a una cima muy alta y has visto de una sola mirada todo el dolor que hay en toda la humanidad.

"Pero como no tenemos el poder de remediar a todos, evitemos el dolor de aquellos que nos rodean comenzando por la familia, los amigos, los que se cruzan en el camino. Y si procuramos que en otros se despierten estos mismos sentimientos de conmiseración, ensancharemos más y más el círculo de los que pueden ser aliviados y consolados.

"En cambio, si nos dejamos aplastar el corazón por todos los dolores humanos, seremos nosotros mismos un dolor para aquellos que nos aman.

"Tu madre, Yhasua, tu dulce madre, ¿qué sentiría en su corazón si te viera tal como te vi yo al llegar aquí esta tarde?

— ¡Oh, Nebai!..., ¿qué ángeles buenos están soplando en tu oído esas suaves palabras? ¡Habla, Nebai! Habla que estás curando todas las heridas de mi corazón.

—Pero, dime, ¿cómo es que tus maestros han permitido que así padezcas sin ningún alivio? Ellos que son un bálsamo para todos, ¿no lo han sido para ti?

—No les culpes, Nebai. Ellos no han podido evitarlo. Yo he visto más de lo que ellos querían que viese.

"Y es verdad que cada cosa tiene su tiempo. Aún no era hora de que yo subiera a esa cumbre y mirase hacia abajo. Aún soy un jovenzuelo y he creído poder soportar lo que soportaría un hombre viril.

"¡Gracias, Nebai! En tu inocencia de niña me has dado una gran lección. Aún no es la hora de que yo sienta todos los dolores de la humanidad. ¡Un ángel de Dios te ha inspirado Nebai! ¡He aquí un jovenzuelo que quiere remediar los dolores humanos y comienza por causarte, pobre niña, el más grande dolor que acaso has tenido en tu vida! ¡Pobre madre mía, si hubiera llegado hasta ella como llegué hasta ti!

"¡Oh, Nebai!... ¡Has sido hoy el rayo de Luz Divina que ha iluminado mi corazón en sombras!

"Eres una niña, y has dicho la verdad. Otra vez se cumple la escritura que dice: "Dios habla a veces por la boca de los niños".

Y de la alta cima del futuro Redentor de una humanidad, Yhasua, con esa dócil y sutil complacencia propia de las grandes almas, descendió a la llanura del verde césped y de las florecillas diminutas, para ponerse a tono con las almas sencillas y puras que le rodeaban. Fue de nuevo el Yhasua adolescente, ingenuo, afable y tiernísimo que hasta ahora habíamos conocido. Y se entregó de lleno a pensar, no en dolores inmensos que no podía evitar, sino en las puras y hermosas alegrías que podía proporcionar a los demás.

— ¿Nebai, sabes que traigo tres nidos de ruiseñores del Líbano?

— ¿De veras? ¡Dicen que no los hay aquí como aquellos!

—Uno para ti, otro para mi madre, y el otro para una niña que apenas conozco, pero que nos obsequió con una cesta de frutas cuando teníamos mucha sed.

— ¡Ya ves, Yhasua, cuántas alegrías traes contigo y sólo pensabas en el dolor! –exclamaba Nebai, contenta y feliz de encontrar en su amigo de la infancia el mismo que había visto antes del largo viaje.

38
LAS ESCRITURAS DEL PATRIARCA ALDIS

Dos días después Yhasua se dejaba envolver por la suave ternura del hogar paterno, que se sintió rebosante de dicha al cobijarle de nuevo bajo su vieja techumbre.

El lector adivinará los largos relatos que como una hermosa filigrana de plata se destejía alrededor de aquel hogar, pleno de paz y honradez, de sencilla fe y de inagotable piedad.

Yhasua era para todos, el hijo que estudiaba la Divina Sabiduría para ser capaz de hacer el bien a sus semejantes. Se figuraban que él debía saberlo todo y las preguntas le acosaban sin cesar.

Sólo Myriam, su dulce madre, le miraba en silencio sentada junto a él, y parecía querer descubrir con sus insistentes miradas si la vida se lo había devuelto tal como le vio salir de su lado. Su admirable intuición de madre, encontró en la hermosa fisonomía de su hijo, algo así como la leve huella de un dolor secreto y profundo, pero nada dijo por el momento, esperando sin duda estar a solas con él para decírselo.

El joven Maestro que había en verdad alcanzado a desarrollar bastante sus facultades superiores y sus poderes internos, también percibió cambios en sus familiares más íntimos.

Yhosep, su padre, aparecía más decaído y su corazón funcionaba irregularmente. Cualquier pequeño incidente le producía visible agitación.

Yhosuelín había adelgazado mucho, y tenía una marcada apariencia de enfermo del pecho.

Ana estaba resplandeciente con su ideal belleza de efigie de cera.

Su tío Jaime que tan intensamente le amaba, había venido desde Canaán para encontrarse a su llegada.

Sus hermanos mayores ya casados, acudieron con algunos de sus hijos, niños aún, para que Yhasua les dijera algo sobre su porvenir. ¡La eterna ansiedad de los padres por saber anticipadamente si sus retoños tendrán vida próspera y feliz!

—Tú que eres un profeta en ciernes, debes saber estas cosas –le decían medio en broma y medio en serio.

Yhasua, acariciando a sus sobrinos, decía jovialmente tratando de complacer a todos, sin decir necedades.

—Tened por seguro que todos ellos serán lo que el Padre Celestial quiere que sean, y Él sólo quiere la paz, la dicha y el bien de todos sus hijos.

Y cuando pasada la cena, fueron retirándose todos a sus respectivas moradas, quedaron por fin solos junto a la mesa, Myriam, el tío Jaime

y Yhosuelín, para los cuales Yhasua tuvo siempre confidencias más íntimas. Y el alma grande y buena del futuro redentor de humanidades, fue abriendo sus alas lentamente como una blanca garza que presintiera cerca las caricias del sol, y los suaves efluvios de brisas perfumadas de jazmines y madreselvas.

—Yhasua... –díjole tímidamente su madre–, ¡en estos diecinueve meses que duró tu ausencia, has crecido bastante de estatura y creo que también tu corazón se ha ensanchado mucho!... Me parece que has padecido fuertes sacudidas internas, aunque no acierto con la causa de ellas.

"Bien sabes que nosotros tres, hemos comprendido siempre tus más íntimos sentimientos.

"Si necesita tu alma descansar en otras almas muy tuyas, ya lo sabes Yhasua. ¡Somos tuyos siempre!

—Ya lo sé, madre mía, ya lo sé y esperaba con ansia este momento. En mis varias epístolas familiares nada pude deciros de mis intimidades, pues sabía que ellas serían leídas por todos mis hermanos y sabéis que ellos muy poco me comprenden, a excepción de Yhosuelín, Jaime y Ana.

—Uno de los terapeutas peregrinos –añadió el tío Jaime–, nos trajo la noticia de grandes curaciones que habías hecho, y que todo el camino desde el Tabor a Ribla fue sembrado de obras extraordinarias que el Señor ha obrado por intermedio tuyo. Paralíticos curados, dementes vueltos a la razón, y creo que hasta una mujer muerta vuelta a la vida.

—Pero el terapeuta también os habrá dicho –dijo Yhasua–, que nada de todo eso se podía repetir a persona alguna fuera de vosotros.

—No pases cuidado, hermano –dijo Yhosuelín–, que de nosotros nada de esto ha salido a la luz. Nos han mandado callar y hemos callado.

—Bien. Veo que en vosotros puedo confiar. No debe importaros que muchos familiares me juzguen duramente, pensando que pierdo el tiempo.

—No, eso no lo piensan por el momento, Yhasua –intervino Myriam–, porque todos esperan en que tú serás el que des brillo y esplendor a la familia, como muchos de los Profetas del pasado. Y hasta suponen algunos, que acaso tú contribuyas a que salga de la oscuridad la Fraternidad Esenia, para libertar a la nación hebrea de la opresión en que se encuentra.

—Y otros esperan –añadió Jaime–, que seas tú mismo el Salvador de Israel, y me consta que le han hecho grandes averiguaciones a tu padre.

—Y él, ¿qué ha contestado?

—Sencillamente que tú estudias para ser un buen terapeuta en bien de tus semejantes, y les ha quitado toda ilusión de grandezas extraordinarias.

—En efecto –contestó Yhasua–, lo que el Señor hará de mí, no lo sé aún. Yo me dejo guiar de los que por hoy son mis maestros y me indican cual es mi camino. Confieso que por mí mismo sólo una cosa he descubierto y

es que por mucho que hagan todos los espíritus de buena voluntad por la dicha de los hombres, aún faltan algunos milenios de años para que ese sueño pueda acercarse a la realidad. Tal sucederá cuando el Bien haya eliminado el Mal, y hoy el mal sobre la tierra es un gigante más grande y más fuerte que Goliat.

—Pero una piedrecilla de David le tiró a tierra –dijo Yhosuelín, como para alentar a Yhasua en su glorioso camino.

— ¡Sí, es verdad! Y Dios hará surgir de entre rebaños de ovejas o de las arenas del desierto, el David de la hora presente –añadió Jaime.

—Así lo dicen los papiros con sus leyendas de los siglos pasados –contestó Yhasua–. La humanidad terrestre fue desde sus comienzos esclava de su propia ignorancia y del feroz egoísmo de unos pocos. Y en todas las épocas desde las más remotas edades, Dios encendió lámparas vivas en medio de las tinieblas. Como los Profetas de Israel, los hubo en todos los continentes, en todos los climas y bajo todos los cielos.

"Y el alma se entristece profundamente cuando ve el desfile heroico de mártires de la Verdad y del Bien, que dieron hasta sus vidas por la dicha de los hombres, y aún ahora el dolor hace presa de ellos.

"Grandes Fraternidades, como ahora la Esenia, hubo en lejanas edades; los Flamas Lemures, los Profetas Blancos Atlantes, los Dakthylos del Ática, los Samoyedos del Báltico, los Kobdas del Nilo, los Ermitaños de las Torres del Silencio de Bombay, los Mendicantes de Benarés; y todos ellos que suman millares, hicieron la dicha de los hombres a costa de tremendos martirios que costaron muchas vidas.

"Pero esa dicha fue siempre efímera y fugaz, porque la semilla del mal germina en esta tierra tan fácil y rápidamente, cuanto con lentitud y esfuerzo germina la buena simiente.

— ¿Qué falta, pues, para que ocurra lo contrario? –interrogó Jaime.

—Falta..., falta, tío Jaime, más sangre de mártires para abonar la tierra y más lluvia de amor para fecundar la semilla... –contestó Yhasua con la voz solemne de un convencido–.

"Creedme, que entrar en el templo de la Divina Sabiduría es abrazarse con el dolor, con la angustia suprema de querer y no poder llegar a la satisfacción del íntimo anhelo de encontrar la dicha y la paz para los hombres.

"Los emisarios de Dios de todas las épocas han marcado el camino, mas la humanidad, en su gran mayoría, no quiso seguirlo y no lo quiere aún hoy. Por eso vemos un mundo de esclavos sometidos a unos pocos ambiciosos audaces, que pasando sobre cadáveres han escalado las cimas del poder y del oro, y desde allí dictan leyes opuestas a la Ley Divina, pero favorables a sus intereses y conveniencias.

"No es sólo Israel que soporta el humillante dominio de déspotas

extranjeros. Toda la humanidad es esclava, aún cuando sea de la misma raza el que gobierna los países que forman la actual sociedad humana.

"Durante más de un milenio, los Kobdas del Nilo en la prehistoria, hicieron sentir brisas de libertad y de paz en tres continentes; ¡pero la humanidad se enfurece un día de verse dichosa, aniquila a quienes tuvieron el valor de sacrificarse por su felicidad, y se hunde de nuevo en sus abismos de llanto, de crimen y de horror!

"Adivinabas, madre, que he padecido en mi ausencia. Es verdad y seguiré padeciendo por la inconsciencia humana, que ata las manos a los que quieren romper para siempre sus cadenas.

—Piensa, hijo mío, que tu juventud te lleva a tomar las cosas con un ardor y vehemencia excesivos.

"¿Acaso eres tú culpable de la dureza de la humanidad para escuchar a los enviados divinos?

—Madre: si tuvieras unos hijos que sin querer escucharte se precipitaran en abismos sin salida, ¿no padecerías tú por la dureza de su corazón?

—Seguramente, pero eran mis hijos, parte de mi propia vida. Mas tú padeces por la ceguera de seres que en su mayoría no conoces ni has visto nunca.

— ¡Madre!... ¿Qué has dicho?

"¿Y la Ley?... ¿No me manda la ley amar al prójimo como a mí mismo, y no somos todos hermanos, hijos del Padre Celestial?

—Sí, hijo mío, pero piensa un momento en que el Padre Celestial permite esos padecimientos y deja en sufrimiento a sus hijos, no obstante de que los ama, acaso más de lo que tú amas a todos tus semejantes. Está bien sembrar el bien, pero padecer tanto por lo irremediable..., ¡pobre hijo mío!, es padecer inútilmente con perjuicio de tu salud, de tu vida y de la paz y dicha de los tuyos, a los cuales has venido ligado por voluntad divina. ¿No hablo bien, acaso?

—Eres como Nebai, la dulce flor de montaña, que amándome casi tanto como tú, sólo piensa en verme feliz y dichoso. ¡Santos y puros amores, que me obligan a plegar mis alas y volver al nido suave y tranquilo, donde no llegan las tormentas de los caminos que corren hacia el ideal supremo de liberación humana!

"¡Está bien, madre!... Está bien; ¡el amor vence al amor, mientras llega la hora de un amor más fuerte que el dolor y la muerte!

— ¿Qué quieres decir con esas palabras? –preguntó inquieta la dulce madre.

—Que tu amor y el amor de Nebai me suavizan de tal modo la vida, que no quisiera pasar de esta edad para continuar viviendo de ese dulce ensueño que ambas tejéis como un dosel de seda y flores para mí.

El tío Jaime y Yhosuelín habían comprendido bien, todo el alcance de las palabras de Yhasua, pero callaron para no causar inquietudes en el alma pura y sencilla de Myriam. Unos momentos después, ella se retiró a su alcoba, dichosa de tener de nuevo a su hijo bajo su techo, mientras él con Jaime y su hermano que tenían habitación conjunta, continuaban hablando sobre el estado precario y azaroso en que el pueblo se debatía sin rumbo fijo y dividido en agrupaciones ideológicas, que la lucha continua iba llevando lentamente a un caos, cuyo final nadie podría prever.

La noticia del regreso de Yhasua a la risueña y apacible Galilea, llegó pronto a sus amigos de Jerusalén, y apenas habrían transcurrido veinticinco días, cuando llegaron a Nazareth cuatro de ellos: José de Arimathea, Nicodemus, Nicolás de Damasco y Gamaliel.

Yhosep, el dichoso padre, que sentía verdadera ternura por José de Arimathea, les recibió afablemente, sintiendo grandemente honrada su casa con tan ilustres visitantes.

—Ya sé, ya sé –les decía–, que venís curiosos de saber si vuestro discípulo ha aprendido bastante. Yo sólo sé que me hace feliz su regreso, pero si en la sabiduría ha hecho adelantos o no, eso lo sabréis vosotros. Pasad a este cenáculo, que enseguida le haré venir.

Y les dejó para ir en busca de Yhasua que recorría el huerto, ayudando a su madre a recoger frutas y hortalizas.

—He aquí –decía Gamaliel aludiendo a Yhosep–, el prototipo del galileo honrado, justo, que goza de la satisfacción de no desear nada más de lo que tiene.

—En verdad –añadía Nicolás–, que la Eterna Ley no pudo elegir sitio más apropiado para la formación y desarrollo espiritual y físico de su Escogido. ¡Aquí todo es sano, puro, noble! Difícilmente se encontraría un corazón perverso en Galilea.

—En cambio, nuestro Jerusalén es como un nidal de víboras –añadió Nicodemus, observador y analítico por naturaleza.

— ¿Y habéis pensado a qué se deberá este fenómeno? –interrogó José de Arimathea.

—Tengo observado –contestó Nicodemus–, que los sentimientos religiosos muy exaltados hacen de una ciudad cualquiera, un campo de luchas ideológicas que degenera luego en odios profundos y producen la división y el caos. Y creo que esto es lo que pasa en Jerusalén.

—Justamente –afirmó Gamaliel–. La exaltación del sentimiento religioso, oscurece la razón y hace al espíritu intolerante y duro, aferrado a su modo de ver y sin respeto alguno para el modo de ver de los demás.

—Además –dijo Nicolás–, los hierosolimitanos se creen la flor y nata de la nación hebrea, y miran con cierta lástima a los galileos y con

desprecio a los samaritanos, que ni siquiera se dan por ofendidos de tales sentimientos hacia ellos.

—Aquí llega nuestro Yhasua –dijo José de Arimathea, adelantándose hacia él y abrazándole antes que los demás–. ¡Pero estás hecho un hombre! –le decía, mirándole por todos lados.

— ¿Querías que siguiera siendo aquel parvulito travieso que os hacía reír con sus diabluras? –preguntaba sonriendo Yhasua, mientras recibía las demostraciones de afecto de aquellos antiguos amigos, todos ellos de edad madura.

Y así que terminaron los saludos de práctica, iniciaron la conversación que deseaban.

Quien mayor confianza tenía en la casa, era José de Arimathea y así fue que él la comenzó:

—Bien sabes, Yhasua –dijo–, que nuestro grado de conocimiento de las cosas divinas nos pone en la obligación de ayudarte en todo y por todo a desenvolver tu vida actual con las mayores facilidades posibles en este atrasado plano físico. Y cumpliendo ese sagrado deber, aquí estamos, Yhasua, esperando escucharte para formar nuestro juicio.

—Continuáis, por lo que veo, pensando siempre que "yo soy aquel" que vosotros esperabais... –dijo con cierta timidez Yhasua, y mirando con delicado afecto a sus cuatro interlocutores.

—Nuestra convicción no ha cambiado absolutamente en nada –dijo Nicodemus.

—Todos pensamos lo mismo –añadió Nicolás.

—Cuando la evidencia se adueña del alma humana, no es posible la vacilación ni la duda –afirmó por su parte Gamaliel.

— ¿Tú no has llegado aún a esta convicción, Yhasua? –le interrogó José.

— ¡No! –dijo secamente el interrogado–. Aún no he visto claro en mi Yo íntimo. Siento a veces en mí, una fuerza sobrehumana que me ayuda a realizar obras que pasan el nivel común de las capacidades humanas. Siento que un amor inconmensurable se desata en mi fuero interno como un vendaval que me inunda de una suavidad divina, y en tales momentos me creo capaz de darme todo en aras de la felicidad humana. Mas, todo esto pasa como un relámpago, y se desvanece en el razonamiento que hago, de que todo aquel que "ame a su prójimo como a sí mismo" en cumplimiento de la Ley, sentirá sin duda lo mismo.

"Las Escrituras Sagradas nos dicen de hombres justos, que poseídos del amor de Dios y del prójimo realizaron obras que causaron gran admiración en sus contemporáneos. Esto lo sabéis vosotros mejor que yo.

—Vuestros Maestros Esenios, ¿cómo es que no os han llevado a tal convicción? –preguntó Gamaliel.

—Porque esta convicción, según ellos, no debe venir a mí del exterior, o sea, del convencimiento de los demás, sino que debe levantarse desde lo más profundo de mi Yo íntimo. Ellos esperan tranquilamente que ese momento llegue, más pronto o más tarde, pero llegará. Yo participo de la tranquilidad de ellos y no me preocupo mayormente de lo que seré, sino de lo que debo ser en esta hora de mi vida; un jovenzuelo que estudia la divina sabiduría y trata de desarrollar sus poderes internos lo más posible, a fin de ser útil y benéfico para sus hermanos que sufren.

— ¡Magnífico, Yhasua! –exclamaron todos a la vez.

—Has hablado como debías hablar tú, niño escogido de Dios en esta hora, para el más alto destino –añadió conmovido José de Arimathea.

— ¿Y qué impresiones has recibido en este viaje de estudio? –interrógole Nicodemus.

— ¡Algunas buenas!... A propósito..., os he traído algo que creo os gustará mucho.

—Veamos, Yhasua. Dilo.

—He tomado para vosotros copias de fragmentos de prehistoria que creo que no conocéis.

— ¿De veras? ¿Y dónde encontraste esos tesoros?

Yhasua les refirió que un viejo sacerdote de Homero encontrado en Ribla, le había obsequiado con un valioso Archivo; que según los Esenios venía a llenar grandes vacíos en las antiguas crónicas conservadas por ellos.

— ¿Y esas copias de qué tratan? –preguntó Nicolás.

—Ponen en claro muchos relatos que las Escrituras Sagradas de Israel han tratado muy ligeramente, acaso por falta de datos, o porque en los continuos éxodos de nuestro pueblo, tantas veces cautivo en países extranjeros, se perdieron los originales.

“Por ejemplo, nuestros libros Sagrados dedican sólo unos pocos versículos a Adán, a Eva, a Abel, y no mencionan ni de paso, a los pueblos y a los personajes que guiaron a la humanidad en aquellos lejanos tiempos.

“Bien veis que salta a la vista lo mucho que falta para decir en nuestros libros.

“Adán, Eva, Abel y Caín, no estaban solos en las regiones del Éufrates puesto que ruinas antiquísimas demuestran que todo aquello estaba lleno de pueblos y ciudades muy importantes.

“¿Quién gobernaba esos pueblos? ¿Qué fue de Adán? ¿Qué fue de Eva? ¿Qué fue de Caín? Si la Escritura atribuida a Moisés llama a Abel “el justo amado de Dios”, sería por grandes obras de bien que hizo. ¿Qué obras fueron esas, y quiénes fueron los favorecidos por ellas?

“Nuestros libros sólo dicen que fue un pastor de ovejas, pero no

podemos pensar que por solo cuidar ovejas, Moisés le llamara "*el Justo amado de Dios*".

"Mis copias del Archivo, sacadas para vosotros, explican todo lo que falta a nuestros libros Sagrados, que aparecen truncos, sin continuidad, ni ilación lógica en muchos de sus relatos. Sería un agravio a Moisés, pensar que fuera tan deficiente y mal hilvanada la historia escrita por él sobre los orígenes de la Civilización Adámica. Yo creo que vosotros estaréis de acuerdo conmigo sobre este punto.

Los cuatro interlocutores de Yhasua, se miraron con asombro de la perspicacia y buena lógica con que el joven maestro defendía sus argumentos.

—Bien razonas, Yhasua –dijo José de Arimathea–, y por mi parte, estoy de acuerdo contigo, tanto más, cuanto que hace años andaba yo a la busca de los datos necesarios para llenar los vacíos inmensos de nuestros Libros Sagrados, que en muchas de sus partes no resisten a un análisis por ligero que sea.

—Perfectamente –añadió Gamaliel–. Estoy encantado de vuestra forma de razonar, pero creo que estaréis de acuerdo conmigo, que es ese un terreno en el cual se debe entrar con pies de plomo.

"No olvidéis que nuestro grande y llorado Hillel, perdió la vida en el suplicio por haber removido esos escombros, y haber dejado al descubierto lo que había debajo de ellos.

—Y en pos de Hillel, muchos otros que corrieron igual suerte –dijo Nicolás–. También yo buscaba al igual que José, pero silenciosamente a la espera de mejores tiempos.

—Creo –observó Nicodemus–, que estudios de esta naturaleza deben realizarse con gran cautela hasta conseguir poner completamente en claro cuanto se ignora.

—Y así que se haya conseguido, muy tercos serán si se niegan, Pontífices y Doctores, a aceptar la verdad.

—Poco es lo que he podido copiar, pero ello os dará una idea de lo enorme del Archivo encontrado en Ribla –dijo Yhasua–. Muchas mejores informaciones podréis obtener, si algún día visitáis el Archivo en el Santuario del Tabor a donde ha sido traído.

— ¿Desde Ribla, más allá de Damasco?

—Desde Ribla, en pleno Líbano.

—"¡Oh, desciende del Líbano, esposa mía, y ven para ser coronada con jacintos y renuevos de palmas!..." –recitó solemnemente Nicodemus parodiando un pasaje de los Cantares–. Del Líbano tenía que bajar la Sabiduría, porque Ella busca las cumbres a donde no llegan los libertinos y los ignorantes. Empiezo a entusiasmarme, Yhasua, con ese Archivo, y desde luego propongo que vayamos cuanto antes a visitarlo.

—Como gustéis.

— ¿Cuándo regresas tú, al Tabor? –interrogó José.

—Aún no lo sé, pues dependerá de especiales circunstancias de mi familia. Y como apenas he llegado...

—Sí, sí, comprendo. Pongámonos de acuerdo, y cuando tú decidas volver allá, nos mandas un aviso, y alguno de nosotros irá contigo. ¿Qué os parece?

—Muy bien, José; elijamos de entre nosotros los que deben ir.

—Yo estoy dispuesto y tengo el tiempo suficiente –dijo Nicolás de Damasco.

—Y yo igualmente –añadió Nicodemus–. Pero habrá que llevar intérprete, pues no sé si las lenguas en que aparezcan los papiros serán de nuestro dominio.

—Por esa parte no hay dificultad –observó Yhasua–. En el Tabor hay actualmente diez Ancianos escogidos en todos los Santuarios para servirme de Instructores, y entre ellos hay traductores de todas las lenguas más antiguas. Y actualmente ellos están haciendo las traducciones necesarias.

—Bien, bien; quedamos en que irán al Archivo: Nicolás y Nicodemus.

—Convenido –contestaron ambos.

—Ahora, Yhasua, tráenos tus copias y explícanos, pequeño Maestro, como tú lo comprendes –le dijo José, afablemente–. Mientras, yo hablaré con tus padres para ver si es posible hospedarnos aquí por tres o cuatro días que pensamos permanecer.

—Yo tengo unos parientes cercanos –dijo Nicolás–, y pernoctaré allí.

—Y yo soy esperado por el Hazzan de la Sinagoga, que es hermano de mi mujer –añadió Gamaliel.

—Entonces Nicodemus y yo seremos tus huéspedes, Yhasua –dijo José, saliendo del cenáculo juntamente con él, para entrevistarse con Myriam y Yhosep.

José de Arimathea y Nicodemus eran familiares, pues recordará el lector, que están casados con dos hijas de Lía, la honorable viuda de Jerusalén que ya conocemos.

Y poco después de la comida del mediodía, en el modesto cenáculo de Yhosep, el honrado artesano de Nazareth, se formó como una minúscula aula donde los cuatro ilustres viajeros venidos de Jerusalén, el tío Jaime y Yhosuelín, escuchaban a Yhasua que leía su copia de fragmentos del Archivo, y hacía los más hermosos y acertados comentarios.

—Tomé copia –dijo Yhasua–, de la parte final de la actuación de Adán y Eva, y de Abel su hijo, sacrificado por la maldad de los hombres. Fue lo que mayor interés me despertó, porque no lo dicen nuestros Libros y yo lo ignoraba por completo. Adán y Eva no fueron los rústicos personajes

que nos figuramos, sino figuras descollantes en esa civilización neolítica; y a su hijo Abel, lo llaman esas Escrituras, el Hombre-Luz.

"¡Quién sabe si no ha sido él, el Mesías Salvador del Mundo que nosotros esperamos aún, por ignorar la historia de aquellos tiempos remotos!

—Cada época tiene su luz –dijo Gamaliel–. En los campos siderales como en los campos terrestres, aparecen de tanto en tanto estrellas nuevas y lámparas vivas que iluminan las tinieblas de la humanidad.

—Sí, es verdad –afirmó Nicodemus–. Bien pudo ser Abel el Mesías de aquella época, como puede ser Yhasua, el Mesías de la hora presente.

Este guardó silencio, se inclinó sobre su copia como si sólo esto le absorbiera el pensamiento, y luego de unos instantes dijo:

—Uno de los diez Instructores que tengo en el Tabor, permaneció catorce años en la gran Biblioteca de Alejandría por orden de la Fraternidad Esenia, y allí, en unión de nuestro gran hermano de ideales: Filón; han extraído cuanto allí encontraron para los fines que se buscan, que como todos lo sabéis, es el poner en claro los orígenes del actual ciclo de evolución humana, porque ni en las Escrituras Sagradas hebreas, ni en las persas, ni en las indostánicas, no se encuentra una verdadera historia que resista a un buen análisis.

—Es verdad –dijo Gamaliel–. Todo aparece brumoso, cargado de simbolismo y de fantasías hermosas si se quiere, pero que no están de acuerdo ni con la razón ni con la lógica.

—Y es necesario –añadió Nicolás–, que al comenzar el ciclo venidero, la humanidad nueva que ha de venir, encuentre la verdadera historia de su pasado, a fin de que la oscuridad no la lleve a renegar de unos ideales que no le merecen fe, pues que están edificados sobre castillos de ilusiones, propias sólo para niños que no han llegado a usar la razón.

—Creo que llegaremos a un éxito bastante halagüeño si, no completo –observó Yhasua–.

"Este relato, por ejemplo, es parte de los ochenta rollos de papiro que se conocen bajo el nombre de "Escrituras del Patriarca Aldis"; que un escultor alejandrino encontró excavando en los subsuelos de las viejas ruinas de granito y mármol, sobre las cuales hizo levantar Ptolomeo I, Alejandría, la gran ciudad egipcia que inmortalizó el nombre de Alejandro. El escultor buscaba bloques de mármol para sus trabajos, y al romper un trozo de muralla derruida, se encontró con una lápida funeraria que indicaba cubrir las cenizas del Patriarca Aldis, muerto a la edad de ciento tres años.

"Y en la urna funeraria se encontró un voluminoso rollo de papiros bajo doble cubierta de lino encerado y de piel de foca: eran estas "Escrituras del Patriarca Aldis" que parecen ser el relato más extenso conocido

hasta hoy, sobre el asunto que nos ocupa a todos los que anhelamos conocer la verdad.

—Y ese Patriarca Aldis, ¿qué actuación tuvo en aquella lejana edad? –interrogó Nicodemus.

—Fue el padre de Adamú, que estudiando el relato, se ve que este nombre corresponde al de Adán de los libros hebreos. El Patriarca Aldis era originario de un país de Atlántida, que se llamaba Otlana, y que fue de los últimos en hundirse cuando la gran catástrofe de aquel Continente. Refiere con muchos detalles, la salida de la gran flota marítima del Rey de Otlana huyendo de la invasión de las aguas, hacia el Continente Europeo. Entre el numeroso acompañamiento de tropas, servidumbre y familiares, Aldis era Centurión de los lanceros del rey, casado con una doncella de la servidumbre particular de la princesa Sophía, hija única del soberano, la cual amaba al Capitán de la escolta real. Como el rey se opuso a tales amores, allí empezó la lucha, pues al llegar al Ática, la princesa debía casarse con el heredero de aquel antiguo reino, enlace de pura conveniencia para la alianza de fuerza que se quería realizar entre el soberano Atlante y el poderoso monarca del Ática prehistórica.

"Fue entonces que resolvieron huir: Aldis con su mujer Milcha, y la Princesa Sophía con Joheván, Capitán de la Guardia del Rey; y en una pequeña embarcación de las numerosas que formaban la flota llegaron a una pequeña isla del Mar Egeo. Las dos parejas prófugas se internaron luego hacia el oriente, de isla en isla, y luego por la costa norte del Mar Grande. De Milcha nació Adamú, y de Sophía nació Evana.

"Aldis y Joheván fueron luego capturados por los piratas que comerciaban con esclavos, y llevados a una gran ciudad del Nilo, Neghadá, donde una antigua institución de beneficencia y de estudio pagaba muy buenos rescates. La embarcación con las dos mujeres y los niños muy pequeñitos, fue llevada por la corriente en una noche de viento hasta la costa de lo que hoy es Fenicia, donde encalló.

"Y en una caverna de las montañas de la costa, hallaron refugio aquellas cuatro débiles criaturas humanas. La caverna había sido habitación, por muchos años, de un solitario, muerto ya de vejez, y había dejado allí con sus siembras y cultivos, una pequeña majada de renos domésticos que ayudaron a vivir a los desterrados, pues una reno madre crió con su leche a los pequeños. Las madres acostumbradas a otro género de vida, se agotaron prontamente, sobre todo la princesa Sophía que murió la primera. Poco después murió Milcha, y los dos niños de muy pocos años quedaron solos con la majada de renos, viviendo de los peces que arrojaban las olas a la costa, y de las frutas y legumbres secas almacenadas por el solitario. El gran río Éufrates llegaba entonces casi hasta la orilla del mar, pues fue siglos después que desvió su curso un gran rey

de Babilonia, para hacerlo pasar por en medio de la ciudad y construir así los jardines colgantes que fueron por mucho tiempo la más grande maravilla del mundo. Y entre las praderas deliciosas del Éufrates y la costa accidentada del mar, pasaron su primera vida Adamú y Evana. Allí fue que encontraron a Kaíno en una barquilla abandonada, con su madre muerta, lo cual ocurría con mucha frecuencia en esclavas que huían por los malos tratamientos, o esposas secundarias que no soportaban el despotismo de la primera esposa.

"La joven pareja que sólo tenía trece años adoptó al huerfanito, al cual se unió tiempo después Abel nacido de Evana, lo cual parece haber dado motivo a que se creyera que ambos fueran hijos de Adamú y Evana.

"Yo os lo cuento a grandes rasgos, pero "Las Escrituras del Patriarca Aldis", que más tarde encontró a los niños, ya padres de Abel, relatan con minuciosos detalles todos los acontecimientos y de tal forma, que la verdad razonable y de una lógica irresistible, fluye de aquel relato como el agua clara de un manantial.

—El Patriarca Aldis –observó Nicodemus–, fue, pues, un testigo ocular de los acontecimientos, lo cual da motivo bien fundamentado para que podamos decir que estamos en posesión de la verdadera historia.

—Y un testigo ocular desde los veinticuatro años de su edad hasta los ciento tres que duró su vida física. Sólo hay un paréntesis –dijo el joven Maestro–. Y es desde que Aldis y Joheván fueron capturados por los piratas, hasta que nuestro Patriarca Aldis encontró de nuevo a los niños, ya de catorce años, en la misma caverna entre el Éufrates y el mar donde los dejaron sus madres. Pero este paréntesis se salva lógicamente con lo que los mismos niños ya adolescentes debieron referir al Patriarca, en cuanto a los detalles de su vida desde que ellos lo recordaban.

"A más, el mismo Patriarca Aldis hace referencia en el primer papiro, a un tierno y conmovedor relato escrito por la princesa Sophía en su propia lengua atlante, el cual refiere detalladamente la vida que ambas mujeres hicieron en la caverna desde que sus esposos fueron cautivos.

"La princesa lo escribió para que los niños supieran su origen, y lo confió a Milcha, madre de Adamú, que la sobrevivió varios años.

—La evidencia es notoria –dijo José de Arimathea–, y sobre todo, una lógica tan natural, tan sin artificio que no deja la menor sombra de duda respecto a los acontecimientos.

—Y aún hay más –afirmó Yhasua–, y es la concordancia de ciertos hechos del relato en cuanto a fechas, con lo que se sabe por otras antiguas escrituras de otros autores y otros países. Por ejemplo: las invasiones de los mares sobre los Continentes, en forma que toda Europa y Asia Central quedaron bajo las aguas, coincide con la fecha en que el Patriarca Aldis relata que abandonó su país el rey Atlante Nohepastro,

y su gran buque-palacio con toda su flota anduvo varios meses sobre las aguas, hasta que éstas bajaron y sus barcos encallaron en las cimas de las montañas de Manh, la Armenia de ahora, que salieron a flor de agua por su elevación.

— ¡Oh!, mi querido Yhasua, todo esto es maravilloso y podemos decir con toda satisfacción que la Fraternidad Esenia, nuestra madre, es dueña de la verdad en cuanto a los orígenes de esta civilización que hasta hoy, triste es decirlo, estaba basada sobre una fábula infantil: Dios formando con sus manos un muñeco de barro al cual sopla y le da vida; le arranca luego una costilla y sale la mujer, compañera de su existencia –decía Nicolás de Damasco, como si se le quitara un enorme peso de encima.

—Y aún hay más –observó Nicodemus–, y es que de ninguna forma la lógica podía arreglar lo que siguió después. En los principios del Libro del Génesis luego de relatar el asesinato que hizo Caín en la persona de Abel, añade que el asesino huyó hacia el oriente al país de Nood donde se casó y tuvo hijos y fundó un pueblo. ¿De dónde sacó Caín, mujer para casarse, si la única mujer del mundo era Eva sacada de la costilla de Adán? Esto sólo prueba que había seres humanos en aquellas comarcas, y que el origen de la especie humana se remonta a muchísimos siglos anteriores al relato de nuestro Génesis, que en esa parte tan reñida con la razón y con la lógica, no puede de ninguna manera atribuirse a Moisés, sin hacer un estupendo agravio al gran genio que dio a los hombres el grandioso Decálogo, que servirá a la humanidad de norma de vida justa, mientras habite este planeta.

—Sobre este punto –respondió Yhasua–, he presenciado largos debates y comentarios entre mis sabios maestros Esenios, y todos hemos llegado a la conclusión siguiente:

"La verdadera historia debió perderse en la noche de los tiempos al finalizar la Civilización Sumeriana, en el Asia Central y Mesopotamia Norte, por la invasión de los hielos polares que durante una larga época devastaron esas regiones, al extremo de quedar casi desiertas.

"Esto sin duda dio motivo a que Adán y Eva, niños y solos con sus madres en el país de Ethea, que hoy es Fenicia, se creyeran por largo tiempo únicos habitantes de la comarca.

"Más tarde, o sea tres siglos después de Adán y Eva, la gran Alianza de los pueblos fundada por los Kobdas del Nilo, fue destruida por luchas fratricidas, por invasiones de razas bárbaras que asolaron toda la región del Éufrates, llegaron hasta el África Norte y destruyeron a sangre y fuego cuanto había hecho de grande y bueno la gloriosa Fraternidad Kobda.

"Neghadá era por entonces el Archivo del mundo civilizado, y Neghadá fue destruida y degollados sus moradores.

"Dios quiso que aquel inmenso Santuario guardase en los subsuelos,

y entre las urnas funerarias labradas en granito, muchas y valiosas Escrituras, debido a la costumbre de los antiguos Kobdas, de guardar junto a la momia de un Hermano fallecido, algo de lo que en vida hubiera hecho. Y así el que había escrito algo, tenía allí sus papiros; el que había sido artífice, tenía también junto a su momia algunos de sus trabajos, el que había sido geómetra, químico, astrónomo o cultivador de cualquier rama del saber humano, algo de todo ello tenía en su urna funeraria. Y nuestro Hermano Filón conserva en su museo particular, una momia encontrada en excavaciones de las ruinas de Neghadá, con una lira de oro colocada sobre el pecho.

"Pero volviendo al punto iniciado por Nicolás de Damasco a lo cual he querido contestar con todo lo dicho, debo añadir lo que oí a mis maestros del Tabor: No sabiendo la verdadera historia del origen de la Civilización Adámica, los primitivos cronistas creyeron sin duda engrandecer los acontecimientos envolviéndolos en esa bruma maravillosa. Es bien sabido y bien conocida la tendencia de las humanidades primitivas a lo maravilloso, a lo que sobrepasa el límite a donde llega la razón, en todos los casos en que no ha sabido dar explicación lógica de un hecho cualquiera.

"Durante la Civilización Sumeriana, se sabe que hubo una especie de sociedad secreta cuyo origen venía del lejano oriente. La formaban magos negros de la peor y más funesta especie conocida entre los humanos, y para ocultar su existencia la llamaban: "La Serpiente"; y "Anillos", a los que formaban dicha agrupación. Todos los males, todas las enfermedades, epidemias, tempestades, inundaciones, todo era atribuido a "La Serpiente", y nuestros comentaristas Esenios juzgan, acertadamente, que de allí surgió la fábula de la serpiente que engañó a Eva. En fin, que si algún día vosotros estudiáis a fondo las "Escrituras del Patriarca Aldis" y otras más que hay, creo que comprenderéis como yo y como todos los que anhelamos *la verdad*; y no una leyenda que no puede satisfacer jamás a quienes buscan razonamiento y clara lógica en lo que se refiere a la historia de nuestra civilización.

—Pasado el preludio, Yhasua –dijo José de Arimathea–, creo que bien podríamos iniciar la lectura de la copia que nos has traído.

Como todos demostrasen asentimiento, el joven Maestro comenzó así:

—"Escrituras del Patriarca Aldis. Papiro Setenta. Refiere la muerte del Thidalá de la Gran Alianza, Bohindra, y su reemplazo por el joven Abel, llamado el Hombre-Luz.

"Una ola inmensa de paz y de justicia se extendía desde los países del Nilo, por las costas del Mar Grande, y hacia el oriente en las tierras bañadas por el gran río Éufrates y sus afluentes; y hacia el norte hasta

el Ponto Euxino y el Mar de Hielo (el Báltico) y hasta las faldas de la cordillera del Cáucaso.

"A tres Continentes había llegado la influencia de los hombres de la toga azul, entre los cuales había bajado como una estrella de un cielo lejano, el Ungido del Altísimo para elevar el nivel moral y espiritual de la humanidad.

"Dos centenares de pueblos se habían unido al influjo de un hombre, mago del amor, el incomparable Bohindra, genio organizador de sociedades humanas, entre las cuales desenvolvió su misión Abel, el Hombre-Luz, hijo de Adamú y Evana.

"Una larga vida había permitido a Bohindra recoger el fruto de su inmensa siembra, y la fraternidad humana era una hermosa realidad en los países a donde había llegado la Ley de la Gran Alianza, esa obra magna del genio y del amor, puestos al servicio de la gran causa de la unificación de pueblos, razas y naciones.

"Bohindra, anciano ya, y cargado, más que de años, de merecimientos, veía terminada su labor. Veía a su biznieto Abel, retoño de Evana, hija de su hijo Joheván, que se levantaba como un joven roble pleno de savia, de fuerza, de genio; y sonreía lleno de noble satisfacción. Veía a su nieta Evana, ya llegada a los cuarenta años, apoyada en Adamú su compañero de la niñez que había respondido ampliamente a la educación recibida de las Matriarcas Kobdas, y eran Regentes de los "Pabellones de los Reyes", escuelas-templos, donde se formaba la juventud de los países aliados.

"¿Qué más podía desear? ¿Qué le faltaba por hacer?

"El Altísimo había fecundado todos sus esfuerzos, dado vida real a todos sus anhelos de paz y fraternidad humana, y nadie padecía hambre y miseria en toda la extensión de la Gran Alianza.

"Y por fin, como un halo de luz orlando su cabeza, veía a su fiel compañera Ada que circunstancias especiales pusieron a su lado como una aurora de placidez que ahuyentaba todas las sombras, como un fresco rosal plantado inesperadamente en su camino, como un don de Dios a su corazón solitario. Y rebosante su alma de dicha y de paz, con los ojos húmedos de emoción decía la frase habitual del Kobda agradecido a la Divinidad: "¡Basta, Señor, basta!... ¡Que en este pobre vaso de arcilla no cabe ni una gota más!..."

"Y haciendo un postrer saludo con ambas manos a todos cuantos le amaban, y a la muchedumbre que le aclamaba desde la gran plaza del Santuario, se retiró del ventanal porque ya la emoción le ahogaba y se sentó ante su mesa de trabajo donde durante tantas noches y tantos días había dado vida a sabias y prudentes leyes, a combinaciones ideológicas grandiosas, a sus sueños de paz y fraternidad entre los hombres.

“Y su alma que ya desbordaba, se vació sobre un papiro de su carpeta..., el último papiro que debía grabar:

¡Señor!... ¿Qué puedo ya darte
Si cuanto tuve lo di?
¿Qué puede hacer esta chispa
Que sea digno de Ti?...

¡Los hombres en este mundo
Te han visto y hacia Ti van!...
¡Si no pierden el camino
Pronto hacia Ti llegarán!...

Te saben Padre y te aman,
Buscan tu luz y calor,
Te saben grande y excelso
Y te dan su adoración...

¡Tus dones les hacen buenos!...
Supo tu Amor perdonar
Los dolorosos extravíos
De esta pobre humanidad.

Si en esta heredad que es tuya,
Una gota nada más
Puso la savia de mi Alma
Y la ayudó a fecundar.

Que esa gota se convierta
En un anchuroso mar
De aguas dulces y serenas
Que su sed puede calmar.

Si un solo grano de arena
Mi débil mano aportó
Para el castillo encantado
De los que buscan tu amor

Que se torne en fortaleza
Opuesta al negro turbión
¡Señor!... Si todo lo he dado
¿Qué más puedo darte yo?...

Si soy sólo en tus jardines
Mariposilla fugaz...
Y en los mares de la vida
Ola que viene y se va...

Si soy pájaro que anida
En las ramas de un pinar
Y su nido lo destruyen
Las furias del huracán...

Si soy una chispa errante
Gota de agua nada más...
Flor de efímera existencia,
¡Mariposilla fugaz!...

¡Déjame, Señor, diluirme
En tu Eterna inmensidad!...
¿No es hora de que la gota
Retorne a su manantial?

¿No es hora de que la chispa
Se refunda en el volcán?...
¿No puede la mariposa
Sus tenues alas plegar?...

Soy viajero fatigado;
Tiemblan cansados mis pies.
¡Dime, Señor, que repose
A la puerta de tu edén!

¡Que este corazón se duerma,
Que cese ya de latir!...
¡Amó tanto en esta vida!...
¿No es hora ya de dormir?

¡Que tu voz me llame queda!...
¡Que tu amor oiga mi ruego!
¡Señor!... ¡Espero que llames!...
¡Señor, Señor!... ¡Hasta luego!

"El Anciano, por cuyo noble y hermoso semblante corrían lágrimas de emoción, tomó su lira para cantar en ella a media voz las estrofas que

había escrito, pero la voz divina que había evocado tan intensamente le llamó en ese instante, y la noble cabeza coronada de cabellos blancos se inclinó pesadamente sobre aquella lira de oro, ofrenda de sus amigos, y en la cual tanto había cantado a todo lo grande y bello que encontró en su vida.

"Así murió Bohindra, el mago del amor, de la fe, de la esperanza, siempre renovada y floreciente. Así murió ese genial organizador de naciones, de razas, de pueblos, que sin echar por tierra límites ni barreras, supo encontrar el secreto de la paz y la dicha humana en el respeto mutuo de los derechos del hombre, desde el más poderoso hasta el más pequeño, desde el más fuerte hasta el más débil.

"Bien puede decirse que fue Bohindra, quien puso los cimientos del templo augusto de la fraternidad humana, delineada ya desde lejanas edades por el Espíritu Luz, Instructor y Guía de esta humanidad.

"Pocos momentos después corría como una ola de angustia por los vastos pabellones, pórticos y jardines del Gran Santuario de la Paz, la infausta noticia. Y como avecillas heridas se agruparon todos en torno a la reina Ada, que apoyada en Abel, en Adamú y Evana, debía hacer frente a la penosa situación creada por la desaparición del gran hombre que había llevado hasta entonces el timón de la civilización humana en aquella época.

"Un numeroso grupo de Kobdas jóvenes formados en la escuela de Bohindra, respaldarían a los familiares del extinto en el caso de que las circunstancias les pusieran de nuevo al frente de la Gran Alianza de las Naciones Unidas.

"Y el clamor inmenso de los pueblos, huérfanos de su gran conductor, designó como en una ovación delirante al joven Abel, hijo de Adamú y Evana, para suceder al incomparable Bohindra, que había encontrado en el amor fraterno el secreto de la dicha humana.

"El gran Thidalá desaparecido, dejaba su esposa viuda, joven todavía, Ada, mujer admirable que había hecho sentir su influencia sobre la mujer de todas las condiciones; y sobre la niñez, esperanza futura de naciones y pueblos. Y ella fue la Consejera Mayor del joven Abel, que reunió en torno suyo como cooperadores, a las más claras inteligencias de aquella hora.

"Una agrupación de mujeres valerosas y decididas, habían sido el aliento de Bohindra, en sus inmensos trabajos. Las llamaban Matriarcas, y varias de ellas eran dirigentes de pueblos que por diversas causas quedaron sin sus jefes.

"Y de entre estas Matriarcas, el joven apóstol de la verdad eligió dos, que en unión con la reina Ada, fueron en adelante su apoyo y su sostén en medio de los pueblos que lo habían proclamado Jefe Supremo de la

Gran Alianza. Estas mujeres fueron: Walkiria de Kiffauser, soberana de los países del Norte entre el Ponto Euxino y el Cáucaso; y Solania de Van, Matriarca de Corta Agua y de todo el norte africano, desde los países del Nilo hasta la Mauritania...

—Y ese Corta Agua, ¿qué paraje o ciudad era? –interrogó Nicodemus interrumpiendo la lectura.

—Era el Santuario, desde el cual la Matriarca Solania sembraba el amor fraterno civilizador de pueblos, que estaba edificado sobre el inmenso peñasco en que hoy aparece Cartago, vocablo abreviado y derivado de "Corta Agua", que alude sin duda a la atrevida audacia con que el peñón penetra en el mar como un verdadero rompeolas –contestó Yhasua, que estaba muy familiarizado con citas de pueblos y lugares prehistóricos que aparecían en aquellos viejos relatos de un pasado remoto.

—De estas "Escrituras del Patriarca Aldis", ¿se habrán sacado copias, o estamos en poder del original? –interrogó Nicodemus.

—Eso no lo podemos saber –contestó Yhasua–, pero es lógico suponer que sacarían copias por lo menos para cada uno de los Santuarios Mayores que eran tres: El de Neghadá sobre el Nilo, que es donde se encontraron estos rollos; el de La Paz sobre el Éufrates, y el del Mar Caspio. Si lo que tenemos en el Archivo del Tabor, es sólo una de estas copias, no lo podemos saber por el momento. Pero tampoco esto interesa mayormente, toda vez, que original o copia, nos relata la verdadera historia de los orígenes de la actual civilización.

—Estos papiros –observó Nicolás–, deben tener su historia, y sería interesante conocerla para tener un argumento más a favor de su veracidad.

—Ciertamente –contestó Yhasua–, y mis maestros Esenios que en cuestión de investigaciones no son cortos, ya hicieron las que creyeron oportunas al donante de este tesoro, el sacerdote de Homero, Menandro, que aunque griego de origen, pasó casi toda su vida en la isla de Creta donde formó su hogar. Su afición a coleccionar escrituras y grabados antiguos lo hizo un personaje muy conocido, pues los unos por ofrecerle antigüedades para su Archivo-Museo, los otros por obtener datos de sucesos determinados acudían a él. Como es apasionado de Homero, su ilustre antecesor, en la búsqueda de datos para reconstruir la vida del gran poeta griego, fue que Menandro se entregó con toda su alma a la adquisición de cuanta escritura o grabado antiguo se le ofrecía. Tenía agentes para este fin en distintas ciudades, y él cuenta que un buen día se le presentó una joven llena de angustia porque atravesaba por una terrible situación.

"Acababa de morir su padre, dejándola sola en el mundo sin más compañía, ni más fortuna, que una gran caja de encina llena de documentos

y grabados en papiros, en carpetas de tela encerada y hasta en tabletas de madera. Alguien le indicó que eso podía representar un valor para los coleccionistas de antigüedades, y le aconsejaron acudir a nuestro Menandro, en busca de ayuda.

"Tanto se interesó por la caja de encina, que no sólo compró sino que tomó a esa joven por esposa y fue la madre de los dos únicos hijos que tiene. La joven recordaba haber visto esa caja en poder de su padre desde que ella fue capaz de conocimiento, y decía que le oyó muchas veces decir que un sacerdote Kopto se la dejó en depósito hasta el regreso de un viaje que iba hacer, dejándole a más unas monedas de oro acuñadas en Alejandría y con la efigie de Ptolomeo II, en pago de las molestias que aquella caja le ocasionara.

"Tal es la historia de los rollos de papiro, con las "Escrituras del Patriarca Aldis", y otros muchos documentos referentes al antiguo Egipto, como ser actas de la construcción de templos, palacios y acueductos. Y aunque éstos no nos interesan para nuestro fin, sirven de refuerzo a la veracidad del origen de estas Escrituras. Hay por ejemplo trozos de planos y croquis del famoso Laberinto, templo y panteón funerario mandado construir por el Faraón Amenemes III en las orillas del Lago Merik. Y en esos planos están indicados los sitios precisos donde se guardan urnas con momias de los Faraones, y cofres con escrituras de una antigüedad remotísima. Y mi maestro Esenio que estuvo catorce años haciendo investigaciones en Alejandría con nuestro Hermano Filón, asegura que esto es verdad, y no sólo tiene croquis iguales sacados por ellos, sino que hasta tiene en el Tabor, escrituras referentes a la fundación de un antiguo reino por Menes, con un gran Santuario al que dio el nombre de Neghadá, lo cual nos hace pensar que el tal Menes, muy anterior a los Faraones, debió ser un hilo perdido de los antiguos Kobdas de Neghadá en los valles del Nilo.

"Y el nombre mismo del Lago Merik aparece en esa vieja Escritura de Menes, y le llama hijo de la Matriarca Merik que gobernaba esa región.

—En verdad, Yhasua –observó José de Arimathea–, lo que nos estás diciendo es de una importancia capital para todos los que anhelamos reconstruir sobre bases sólidas, el templo augusto de la verdad histórica de nuestra civilización.

—Tengo más todavía –dijo Yhasua entusiasmado de verse comprendido y apoyado por sus antiguos amigos de Jerusalén–. Es lo siguiente: En la caja de encina y junto con los papiros del Patriarca Aldis, se encuentran otros rollos escritos por Diza-Abad, los cuales fueron encontrados en el Monte Sinaí por los guerreros del Faraón Pepi I, que conquistaron esa importante península de la Arabia Pétrea, hace 3500 a 4000 años. El

hallazgo fue hecho en una gruta sepulcral perdida entre las ruinas de una ciudadela o fortaleza, de una antigüedad que no se puede precisar con fijeza.

"Lo que parece claro, es que Diza-Abad, estuvo vinculado a los sabios de Neghadá, y que el Monte Sinaí, que Moisés hizo célebre después, en aquella remota época se llamó Peñón de Sindi, y era un terrible presidio para criminales incorregibles.

"Y al narrar Diza-Abad parte de su vida en aquel presidio, hace referencias de paso al Pangrave Aldis que acompañando a su nieto Abel, estuvo en aquel paraje. Menciona asimismo los nombres de Bohindra, de Adamú y Evana y de otros personajes, a los cuales debió él la reconstrucción de su propia vida.

"Esta Escritura, aunque para nosotros no tiene la gran importancia de la otra, la refuerza y confirma admirablemente dándole vida real, lógica, continuada.

—Verdaderamente Yhasua, nos traes un descubrimiento formidable –dijo Nicolás–, y tan entusiasmado estoy, que hasta se me ocurre que debíamos abrir un aula para explicar la historia de nuestra civilización.

— ¡Pero no en Jerusalén, por favor! –objetó entre serio y risueño Gamaliel–. A Jerusalén le tengo pánico en esta clase de asuntos. Jerusalén sólo es buena para asesinar Profetas y sabios, y para degollar por miles los toros en el Templo y negociar luego con sus carnes.

— ¡En Jerusalén, no!, pero podría ser en Damasco mi tierra natal –observó Nicolás–. Damasco no está bajo el yugo del clero de Jerusalén, sino bajo el Legado Imperial de Siria que para nada se mezcla en asuntos ideológicos, con tal que se acepte sumisamente la autoridad del César.

—O también en Tarso –dijo de nuevo Gamaliel–, donde hay grandes escuelas de sabiduría, y una fiebre de conocimientos que acaso no la hay en ninguna otra parte por el momento. Hay quien asegura que Alejandría no le lleva mucha ventaja a Tarso en lo que a estudios superiores se refiere.

—Con el Mediterráneo de por medio, las dos ciudades se miran frente a frente como dos buenas amigas que se hablan de balcón a balcón –dijo Nicodemus, complacido en extremo del punto a que había llegado la conversación–. Y pensar Yhasua –añadió–, que tú, un jovenzuelo de sólo dieciocho años, habías de ser el conductor de este hilo de oro, que nos pone en contacto con una verdad que muchos hombres han muerto buscándola, sin poder encontrarla entre los escombros formados por la ignorancia y el fanatismo de las masas embrutecidas. Prefieren comer y dormir tranquilos, antes que molestarse removiendo ruinas para encontrar la verdad.

—Bendigamos al Altísimo que nos ha permitido este supremo goce

espiritual –dijo el joven Maestro, conmovido a la vez ante el recuerdo de tantos mártires de la verdad como habían sido sacrificados en los últimos tiempos, por haber comenzado a remover los escombros encubridores de una verdad que dejaba en crítica situación los viejos textos hebreos, venerados como libros sagrados, de origen divino.

Aquí había llegado la conversación, cuando Yhosep se presentó en el cenáculo anunciando que era la hora de la cena. Y Ana ayudada por Yhosuelín y Yhasua, comenzaron los preparativos sobre la gran mesa central, donde hasta hacía un momento estuvieron diseminadas las copias con que Yhasua obsequiaba a sus amigos.

—Alimentar primeramente el espíritu, y en segundo término la materia, es la perfección de la vida humana –decía José de Arimathea, ocupando el lugar que le fue designado.

Durante la comida nada absolutamente se habló de aquello que ocupaba el pensamiento de los cuatro viajeros; pero cuando ella terminó y los familiares de Yhasua se hubieron retirado, el modesto cenáculo nazareno volvió a ser el aula, donde un puñado de hombres maduros en torno a un jovencito de dieciocho años, buscaban afanosamente una verdad que como perla de gran valor se había perdido hacía muchos siglos, y luchaban para desenterrar de los escombros amontonados por las hecatombes que habían azotado a la humanidad y por su inconsciencia misma, que la hacía incapaz en su gran mayoría, de levantar en alto la antorcha de su inteligencia para encontrar de nuevo el camino olvidado.

Yhasua, en medio de ese silencio solemne que precede a la aparición de una verdad largo tiempo deseada, inició de nuevo la interrumpida lectura de las “Escrituras del Patriarca Aldis”.

—“Los países de los tres Continentes que formaban la Gran Alianza de Naciones Unidas, se vieron conminados desde el Éufrates, por sus representantes ante la Sede Central del Consejo Supremo, establecido hacía veinticinco años en el Gran Santuario de “La Paz”, en la llanura hermosa y fértil entre el Éufrates y el Ildekel, poco antes de reunirse ambos ríos en el vigoroso delta que desemboca en el Golfo Pérsico. Se les pedía su concurso para establecer el nuevo Consejo Supremo que continuara la obra civilizadora de paz y de concordia iniciada por Bohindra, la cual había anulado la prepotencia, los despotismos, las esclavitudes, en una palabra, la injusticia ejercida por los poderosos en perjuicio de las masas embrutecidas por la ignorancia y la miseria. Y desde los países del Ponto Euxino y del Mar Caspio, desde el Irán hasta las tierras del Danubio por el norte, y desde el Nilo hasta la Mauritania sobre las Columnas de Hércules por el sur, se vieron reunirse en el Mediterráneo caravanas de barcos que anclaban en Dhapes, importante puerto del País

de Ethea, donde terminaba el recorrido de las caravanas mensuales que cruzaban toda la inmensa pradera del Éufrates, y las cuales conducían a los viajeros hasta los pórticos de La Paz.

"Se repetía la escena, grandemente aumentada de veinticinco años atrás, cuando los caudillos, príncipes o jefes de tribus se reunían en torno al blanco Santuario, abriendo sus tiendas bajo los platanares que lo rodeaban, para depositar su confianza y su fe en un hombre que había encontrado el secreto de la paz y la abundancia para los pueblos. Aquel hombre era Bohindra. Él no estaba ya más sobre la tierra, pero quedaba un vástago suyo, un bisnieto: Abel, que aunque sólo contaba veintiocho años, era conocido de todos los pueblos de la Alianza a donde fuera enviado desde sus veinte años, en calidad de mensajero y visitante de pueblos, como un portador de los afectos y solicitudes del Kobda-Rey, para todos los países de la Alianza.

"¿En quién, pues, habían de pensar sino en Abel, en el cual veían reflejada la noble grandeza de Bohindra y su heroico desinterés, para solucionar las más difíciles situaciones y evitar luchas fratricidas entre pueblos hermanos? Y otra vez, bajo los platanares que rodeaban como un inmenso bosque el Santuario de La Paz, se oyeron los mismos clamores de veinticinco años atrás.

"— ¡Paz y concordia para nuestros pueblos!... ¡Paz y abundancia para nuestros hijos!

"— ¡Abel, hijo de Adamú y Evana, biznieto del gran Bohindra, que llevas su sangre y un alma copia de la suya!... ¡Abel! ¡Abel! ¡Tú serás el que llene el vacío dejado en medio de nosotros por el gran hombre que nos dio la dicha!

"Y un clamor ensordecedor formaba como una orquesta formidable a la terminación de aquellas palabras.

"La reina Ada envuelta en su manto blanco de Matriarca Kobda, apareció en el gran ventanal del Santuario, con Abel a su lado.

"Le seguían Adamú y Evana, que completaban la familia carnal del gran Thidalá desaparecido. Las aclamaciones eran delirantes, y los príncipes y caudillos, entraron a los Pórticos del Santuario, e invadieron sus grandes pabellones hasta encontrarse con Abel a quien venían buscando.

"La reina Ada les presentó sobre el gran libro de la Ley de la Alianza, la corona de lotos hecha de nácar y esmeraldas, y la estrella de turquesa que veinticinco años atrás habían entregado a su esposo como símbolo de la suprema autoridad que le daban.

"Y los Príncipes, puestos de acuerdo, dijeron:

"—Eres Reina y Matriarca Kobda, la fiel compañera del hombre que nos dio la paz y la dicha. Seas tú misma quien entregue a nuestro elegido esos símbolos de la Suprema Autoridad que le damos.

“Abel, mudo, sin poder articular palabra por la emoción que lo embargaba, dobló una rodilla en tierra para que la Reina Ada le colocara la diadema de lotos sobre la frente, y le prendiera en el pecho la estrella de cinco puntas que según la tradición lo asemejaba a Dios, que todo lo ve y todo lo sabe.

“— ¡La paz ha sido otra vez asegurada! ¡La dicha de nuestros pueblos ha sido de nuevo conquistada! –exclamaban en todos los tonos los príncipes de la Alianza.

“Así llegó Abel al supremo poder; el hijo de Adamú y Evana, nacido en una caverna del país de Ethea, entre una majada de renos, y lejos del resto de la humanidad que por mucho tiempo ignoró su nacimiento.

“Era el Hombre-Luz enviado por la Eterna Ley, para guiar a los hombres por los caminos del bien, del amor y de la justicia.

“Su primer pensamiento como Jefe Supremo de la Gran Alianza fue éste: “Antes de todo, soy un Kobda poseedor de los secretos de la Divina Sabiduría”. Y este pensamiento lo envolvió todo como un nimbo de luz y de amor, que lo condujo hasta el Pabellón de la Reina Ada, a la cual encontró de pie junto al sarcófago de su rey muerto, tiernamente ocupada en ordenarle la blanca cabellera, que como una madeja de nieve coronaba su noble cabeza. Habían pasado los setenta días del embalsamamiento acostumbrado.

“— ¡Mi Rey! –le decía a media voz, mientras sus lágrimas caían suavemente como gotas de rocío sobre un manojo de rosas blancas–. ¡Mi Rey!... No pensaste sin duda en mí, que quedaba sola en medio de pueblos y muchedumbres que me amaban por ti.

“¡Me acogiste bajo tu amparo a mis catorce años, y en vez de la esclava que pensaba ser, me colocaste en un altar como a una imagen de ternura, a la cual, diste el culto reverente de un amor que no tiene igual en la tierra!... ¿Y ahora, mi rey... y ahora?...

“—Ahora estoy yo, mi Reina, a tu lado como el hijo de tu rey, que te conservará para toda su vida, en el mismo altar en que él te dejó –dijo Abel, desde la puerta de la cámara mortuoria–. ¿Me permites pasar?

“—Entra, Abel, hijo mío, entra, que contigo no rezan las etiquetas –le contestó Ada sin volver la cabeza para ocultar su llanto.

“El joven Kobda entró y arrodillándose a sus pies, le habló así:

“—Dos madres tengo en esta vida mía: tú y Evana. Y así como mi primer pensamiento ha sido para ti, que el tuyo sea para mí; y que tu primer acto de reina viuda, sea para adoptarme en este momento y ante el cadáver de nuestro Rey, como a un verdadero hijo, al cual protegerás con tu amor durante toda tu vida.

“El llanto contenido de Ada se desató en una explosión de sollozos sobre la cabeza de Abel, que recibió aquel bautismo de lágrimas con el

profundo sentimiento de amor reverente y piadoso, con que recibiera años atrás a sus doce años, la túnica azulada que lo iniciaba en los caminos de Dios.

"—Hijo mío, Abel –le dijo la reina–; tenías que ser tú quien recibiera primero todo el dolor que ahogaba mi corazón.

"Y extendiendo ambas manos sobre aquella rubia cabeza inclinada ante ella, le dijo:

"—Desde este momento quedas en mi corazón como el hijo de Bohindra mi rey, y nunca más te apartaré de mi lado.

"Entre ambos dispusieron enseguida, que en la gran Mansión de la Sombra del Santuario se reuniera a todos los Kobdas, hombres y mujeres para hacer una concentración conjunta, con el fin de ayudar al espíritu del Kobda-Rey a encontrar en plena lucidez su nuevo camino en el mundo espiritual.

"Cuando resonó el toque de llamada, todos estaban esperando ya, vestidos con las túnicas blancas de los grandes acontecimientos, y la gran sala de oración se vio invadida de inmediato por aquella concurrencia blanca, que entraba en filas de diez en diez, según la costumbre.

"Al final entró la Reina Ada envuelta en su blanco manto de Matriarca Kobda, y detrás de ella, Evana, Adamú y Abel.

"El que esto escribe, ocupaba por entonces un lugar en el alto Consejo de Gobierno que había formado a su alrededor Bohindra, y por ser el más anciano, de orden me correspondía ocupar el lugar del Patriarca desaparecido. Mas, un íntimo sentimiento de respeto hacia el dolor de la Matriarca Ada, me impidió hacerlo, y el lugar de Bohindra quedó vacío a su lado. Sobre uno de los brazos del sillón estaba apoyada su lira, la que él usaba siempre para las melodías de la evocación.

"Cual no sería el asombro y emoción de todos, cuando a poco de hacerse la penumbra se sintió la suavidad inimitable de la lira de Bohindra que preludiaba su melodía favorita: *"Ven, Señor, que te espero"*.

"Y en el mayor silencio, apenas moviéndose imperceptiblemente, unos en pos de otros comprobamos la sutil materialización del espíritu del Kobda-Rey; que ocupaba su sitial al lado de su fiel compañera, y ejecutaba su más sublime evocación a la Divinidad.

"Pocos momentos de emoción como aquel he presenciado en mi vida. Juntos habíamos padecido luchas espantosas, juntos habíamos sido felices; Bohindra era, pues, para mí, un hermano en todo el alcance de esa palabra.

"La reina Ada y todos los sensitivos habían caído en hipnosis, y ayudaban sin duda a aquella materialización tan perfecta como no recordamos haber visto otra en mucho tiempo.

"El llanto silencioso de todos, hacía más intensa las ondas sutiles de

aquel ambiente de cielo en la tierra, laborado con el amor de todos hacia el Kobda-Rey, que poseyó en grado sumo, el poder y la fuerza de hacerse amar de todos cuantos le conocimos.

"Abel se acercó el último a la hermosa aparición, que por su extrema blancura parecía formar luz en la penumbra violeta del Santuario. Y cuando terminó la melodía, la lira quedó sobre el asiento del sillón, y la visión ya casi convertida sólo en un halo de claridad, envolvió a la Reina Ada y a Abel que se había arrodillado a sus pies, y luego se evaporó en la penumbra de la gran sala de oración, donde todos pensábamos lo mismo:

"¡Qué grande fue el amor de Bohindra que le hizo dueño de los poderes de Dios!".

"Tal fue la saturación de amor de aquella inolvidable tenida espiritual, que todos salimos de ella sintiéndonos capaces de ser redentores de hombres por el sacrificio y el amor.

"Desde ese momento comenzaron las grandes actividades de Abel, que con el apoyo y concurso de todos, supo cumplir los programas de Bohindra, en bien de los pueblos de la Alianza.

"La Fraternidad Kobda, reforzada por la unión de los últimos Dakthylos del Ática, lo fue aún más en cuanto al elemento femenino, traído al Santuario de La Paz por la Matriarca Walkiria, cuya grandeza atrajo a muchas mujeres de los países del hielo, a vestir la túnica azulada de las obreras del pensamiento.

"Reunido el alto Consejo del Santuario, escuchó la palabra de Abel que decía:

"—Los jefes y Príncipes de los pueblos me han designado sucesor del Kobda-Rey, porque el hecho de llevar en mis venas su sangre, representa para ellos como un derecho de parte mía y una garantía para ellos, de que yo seré justo como él fue. A las multitudes que no tienen nuestra educación espiritual, no podemos cambiarles de raíz su criterio referente a este punto, pero nosotros que estamos convencidos de que lo bueno como lo malo tiene su origen en el alma, principio inteligente del hombre, debemos obrar de acuerdo a nuestra convicción.

"Esto quiere decir que yo necesito que seáis vosotros, mis Hermanos de ideales y de convicciones, quienes digáis y resolváis si debo o no ocupar el lugar del Kobda-Rey en esta hora solemne de la actual civilización.

"Hilkar de Talpakén, el sabio Dakthylo que desde su llegada del Ática ocupaba el puesto de Consultor del Alto Consejo, aconsejó la conveniencia de no contrariar la voluntad de los Príncipes de la Alianza en cuanto a la designación de Abel. Y para aquietar los temores del joven Kobda, propuso que se hiciera tal como veinticinco años atrás, o sea que el Alto Consejo de Ancianos fuera quien respaldara al joven en todo cuanto se

relacionara con el mundo exterior. De esta manera se eliminaban las inquietudes de Abel, que descargaba parte del gran peso del gobierno, en los diez Ancianos llenos de sabiduría y de prudencia, que serían los asesores en quienes confiaba plenamente.

"Esta solución propuesta por Hilkar, fue aceptada por todos, aun cuando era indispensable que ante la Gran Alianza, sólo apareciera Abel como lazo de unión entre los pueblos de tres continentes que lo habían proclamado Jefe Supremo en reemplazo de Bohindra".

Aquí terminaba uno de los papiros del Patriarca Aldis, y Yhasua lo enrolló, dejando a sus amigos profundamente pensativos ante la verdadera historia que hasta entonces habían desconocido por completo.

Aquellos cuatro doctores de Israel, que habían desmenuzado sus escrituras sagradas punto por punto, procurando deslindar lo verdadero de lo ficticio, se encontraban de pronto con un monumento histórico que abría horizontes inmensos, a sus anhelos largamente acallados por la incógnita de la Esfinge que nada respondía a sus interrogantes.

Y ante el joven Maestro silencioso, los cuatro amigos traían al espejo iluminado de los recuerdos, ciertos datos verbales que la tradición oral había conservado vagamente, y fragmentos de escrituras armenias, de grabados en arcilla encontrados entre las ruinas de la antigua Calach, de Nínive, de las antiquísimas Sirtella y Urcaldia en Asiria y Caldea, de Menfis y Rafia en el Bajo Egipto. Templos como fortalezas, cuyas ruinas tenían una elocuencia muda; piedras que hablaban muy alto con sus jeroglíficos apenas descifrables, pero lo bastante para que espíritus analíticos y razonadores, comprendieran que la especie humana sobre la tierra venía no tan sólo de los cinco mil años que pregonaban los libros hebreos, sino de inmensas edades que no podían precisarse con cifras.

Los sepulcros de las cavernas con sus momias acompañadas de instrumentos músicos, de herramientas, de joyas, hablaban también de viejas civilizaciones desaparecidas, cuyos rastros habían quedado sepultados a medias en las movedizas arenas de los desiertos, entre las grutas de las montañas y hasta en el fondo de los grandes lagos mediterráneos que al secarse, dejaron al descubierto vestigios inconfundibles de obras humanas por encima de las cuales habían pasado millares de siglos.

La imaginación del lector, ve de seguro en este instante, erguirse majestuosa ante los cuatro doctores de Israel, la figura augusta de la Historia señalando con su dedo de diamante la vieja ruta de la humanidad sobre el planeta Tierra. Y como el lector lo ve, la vieron ellos, y su entusiasmo subió de tono hasta el punto de hacer allí mismo un pacto solemne, de buscar el encadenamiento lógico y razonado de cuanto dato o indicio encontrasen para reconstruir sobre bases sólidas, la verdadera historia de la humanidad en la Tierra.

—Nuestro Hermano Filón trabaja activamente en este sentido –observó Yhasua–. Tiene una veintena de compañeros que recorren el norte de África en busca de esos rastros que vosotros deseáis también encontrar. Mi maestro Nasan, el que estuvo catorce años en Alejandría, tiene que ir nuevamente de aquí a tres años en cumplimiento de un convenio con Filón, como el que vosotros hacéis en este instante.

— ¿Y ese convenio consistía?... –interrogó Nicodemus, y sin dejarle terminar respondió Yhasua:

—En que Filón en el Egipto repleto de recuerdos y de vestigios, y Nasan en Palestina y Mesopotamia, buscarían los rastros verdaderos de ese remoto pasado que acicatean la curiosidad de todos los buscadores de la Verdad.

—En tres años tenemos el tiempo suficiente para estudiar el Archivo venido de Ribla, lo cual nos habrá dado la luz que podremos llevar como aporte a la gran reunión de Alejandría –observó Nicolás de Damasco.

—Convenido. Tenemos una cita en la ciudad de Alejandro Magno para dentro de tres años –dijo José de Arimathea muy entusiasmado.

—Cuando yo tendré los veintiuno de mi edad –añadió Yhasua–, por lo cual creo que valdré algo más que ahora, porque sabré más.

—Y yo –dijo el tío Jaime, que hasta entonces se había limitado a ser sólo un escucha–, ¿no podría ser de la partida?

—Si le interesa este trabajo, por nosotros, no rechazamos a nadie –contestó José.

—Si no me interesasen, no estaría aquí. Mi propósito era facilitar el camino a Yhasua que acompañado por mí, no encontraría de seguro dificultades de parte de sus familiares.

—Tú también vendrás, Yhosuelín –dijo Yhasua a su hermano allí presente, como una figura silenciosa que no perdía palabra de cuanto se hablaba.

—Es mucho tiempo tres años para saber de seguro si iré o no –contestó sonriente Yhosuelín, cuyos grandes ojos obscuros llenos de luz lo asemejaban a un soñador que está siempre mirando muy a lo lejos–. Si puedo, iré –añadió luego.

A los siete meses el joven cayó vencido por la enfermedad al pecho, ocasionada por aquel golpe de un pedrusco arrojado contra Yhasua y que Yhosuelín recibió en pleno tórax.

—Bien –dijo José–, no perdamos, pues, de vista este convenio. Los que estemos en condiciones físicas, acudiremos a la cita de Alejandría de aquí a tres años, o sea treinta y seis lunas.

Como la hora ya era avanzada, pocos momentos después todos descansaban en la tranquila casita de Yhosep, el artesano de Nazareth.

Y tres días después, los cuatro viajeros regresaban a Jerusalén,

satisfechos del gran descubrimiento, y llevándose las copias que Yhasua les había regalado.

Llevaban, además, la promesa de Myriam y de Yhosep, de que pasados tres meses dejarían al joven regresar al Tabor, a donde habían convenido acompañarle Nicolás de Damasco y Nicodemus con fines de estudio del Archivo, si los Ancianos del Santuario lo permitían.

39
NAZARETH

Los tres meses de estadía en su pueblo natal fueron para Yhasua de un activo apostolado de misericordia. Diríase que, inconscientemente, preparaba él mismo las muchedumbres que le escucharían doce años después.

Acompañando a los terapeutas peregrinos ejerció con éxito sus fuerzas benéficas en innumerables casos, que pasaron sin publicidad, atribuidos a las medicinas con que los terapeutas curaban todos los males. Aun cuando los benéficos resultados fueran ocasionados por fuerza magnética o espiritual, convenía por el momento no despertar la alarma que naturalmente se sigue de hechos que para el común de las gentes, son milagrosos.

Visitó los pueblecitos de aquella comarca, en todos los cuales tenía amistades y familiares que le amaban tiernamente. Simón, que cerca al Lago Tiberíades tenía su casa, le hospedó muchas veces y probó al joven Maestro que aquella lección que le diera años atrás bajo los árboles de la entrada al Tabor, había sido muy eficaz.

—Nunca más dije una mentira, Yhasua –decía Simón, el futuro apóstol Pedro.

—Buena memoria tienes, Simón. Ya no recordaba yo aquel pasaje que tanta impresión te hizo.

Y Yhasua al decir esto irradiaba sobre aquel hombre sencillo y bueno, una tan grande ternura, que sintiéndolo él hondamente, decía conmovido:

—Eres, en verdad, un Profeta, Yhasua. Apenas estoy cerca de ti siento que se avivan en mí los remordimientos por mis descuidos en las cosas del alma, y me invaden grandes deseos de abandonarlo todo para seguirte al Santuario.

—Cada abejita en su colmena, Simón; que no es el Santuario el que hace justos a los hombres, sino que los justos hacen el Santuario.

“Si cumples con tus deberes para con Dios y con los hombres, tu casa misma puede ser un santuario. Tu barca que es tu elemento de trabajo, puede ser un santuario.

“Este lago mismo del cual sacas el alimento para ti y los tuyos, es otro templo donde el Altísimo te hace sentir su presencia a cada instante.

“La grandeza y bondad de Dios la llevamos en nosotros mismos, y ellas se exteriorizan a medida de nuestro amor hacia Él.

—De aquí a tres días será el matrimonio de mi hermano Andrés, y él quiere que tú vengas con nosotros ese día. ¿Vendrás, Yhasua?

—Vendré, Simón, y con mucho gusto.

—La novia es una linda jovencita que tú conoces, aunque no sé si la recordarás, Yhasua.

—A ver, dímelo, que yo tengo buena memoria.

— ¿Recuerdas aquella pobre familia que vivía del trabajo del padre en el molino, y que fue preso por un saquillo de harina que llevó para sus hijos?

—Sí, sí, que la esposa estaba enferma y los niños eran cinco.

“El menor era Santiaguillo, que corría siempre detrás de mí. Lo recuerdo todo, Simón.

—Pues bien, la niña mayor es la que se casa con mi hermano Andrés. Ese día estarán todos ellos aquí, y tendrán un día de felicidad completa si tú estás con nosotros.

—Vendré, Simón, vendré. Es voluntad del Padre Celestial que todos nos amemos unos a otros, y que no mezquinemos nunca la dicha grande o pequeña que podamos proporcionar a nuestros semejantes.

—La madre sanó de su mal y debido a los terapeutas se reparó el daño hecho al padre que ahora tiene un buen jornal en el molino –siguió diciendo Simón, que veía la satisfacción con que Yhasua escuchaba las noticias de sus antiguas amistades.

Al visitar la casa de Zebedeo y Salomé, encontró al pequeño Juan con un pie dislocado por un golpe. El chiquillo que ya tenía siete años, se puso a llorar amargamente cuando vio a Yhasua que se le acercaba.

—Porque tú no estabas, Yhasua, se me rompió el pie –le decía entre sus lloros.

—Esto no es nada, Juanillo, y es vergüenza que llore un hombre como tú. –Y así diciendo, Yhasua se sentó al borde del lecho donde tenían al niño con el pie vendado y puesto en tablillas. Le desató las vendas y apareció hinchado y rojo por la presión.

Salomé estaba allí, y Zebedeo acudió después.

Yhasua tomó con ambas manos el pie enfermo durante unos instantes.

—Si el Padre Celestial te cura, ¿qué harás en primer lugar? –preguntó al niño que sonreía porque el dolor había desaparecido.

—Correré detrás de ti y no te dejaré nunca más –le contestó el niño con gran vehemencia.

—Bien, ya estás curado; pero no para correr tras de mí por el momento; sino para ayudar a tu madre en todo cuanto ella necesite de ti.

Juanillo se miraba el pie que aún tenía las señales de las vendas pero que ya no le dolía; miraba luego a Yhasua y a su madre como dudando de lo que veía.

—Vamos, bájate de la cama –díjole Yhasua–, y tráeme cerezas de tu huerto que las veo ya bien maduras.

Juanillo se puso de pie y se abrazó a Yhasua llorando.

— ¡Estoy curado, estoy curado, y pasé tantos días padeciendo aquí porque tú no estabas, Yhasua, porque tú no estabas!

La madre, enternecida, susurraba la oración de gratitud al Señor por la curación de su hijo, el pequeño, el mimoso, el que había de amar tan tiernamente al Hombre-Luz, que éste llegara a decir que "Juan era la estrella de su reposo"

—Yhasua es un profeta de Dios –decía Zebedeo a Salomé, su mujer–, porque el aliento divino le sigue a todas partes. Los pescadores del lago creen que es Eliseo porque lo descubre todo. Nada se le oculta. Otros dicen que es Moisés, porque manda sobre las aguas.

— ¿Cómo es eso? –inquirió Salomé–. ¡Tú nada me habías dicho!

—Porque los terapeutas nos mandan callar. Hace tres días hizo subir el agua hasta el banco grande, donde habían encallado dos barcas y sus dueños desesperados lloraban porque era esa toda su fortuna, su medio de ganar el pan. Las tormentas le obedecen y el viento de ayer, que hacía zozobrar las barcas, se calmó de pronto, no bien él llegó a la orilla.

"La voz va corriendo de que el hijo de Yhosep es un profeta.

Este breve diálogo tenía lugar en la casita de Zebedeo, junto al lago de Tiberíades, mientras Yhasua bajo los cerezos del huerto recibía en una cesta de juncos, la fruta que Jhoanín le dejaba caer a puñados desde lo alto de los árboles.

Fue en esta breve estadía de Yhasua en su pueblo natal, que se despertó en Galilea un pensamiento que estaba dormido desde los días de su nacimiento, en que hubo sucesos extraños en la casita de Yhosep. Pero de eso habían pasado dieciocho años, y las gentes olvidan pronto lo que no afecta al orden material de su propia vida.

También estos sucesos se adormecieron semiolvidados en el silencio esenio, reservado y cauteloso en aquella hora de inseguridad en que se vivía, bajo el yugo extranjero por una parte, y bajo el látigo de acero del clero de Jerusalén, que castigaba con severísimas penas a todo el que, fuera de los círculos del Templo, se permitiera manifestaciones de poderes divinos.

Las autoridades romanas habían dejado a los pontífices de Israel toda autoridad para juzgar a su pueblo. Sólo se les había retirado el poder de

aplicar la pena de muerte. Pero la confiscación de bienes, las prisiones, las torturas, los azotes, eran ejercidos con una facilidad y frecuencia que tenían espantados a los hebreos de las tres regiones habitadas por ellos: Judea, Galilea y Samaria.

Esto explicará al lector, el silencio que los terapeutas mandaban guardar referente a los poderes superiores que empezaban a manifestarse en Yhasua.

La ciudad de Tiberias construida sobre la margen occidental del lago, y recientemente concluida en toda la magnificencia de su fastuosa ornamentación, era el punto mágico que tenía el poder de atraer por la curiosidad, a los sencillos galileos que no habían visto nunca cosa semejante.

Y aunque los anatemas del clero contra "la obra pagana inspiración de satanás", según decía, retraía un tanto a los más tímidos, este temor fue desapareciendo poco a poco, hasta el punto de que eran muy pocos los que no hubiesen llegado a conocer la dorada ciudad, orgullo de los Herodes.

En determinadas épocas del año, sobre todo en primavera y el estío, era el punto de reunión de cortesanos y cortesanas de Antipas o Antípatro, como más familiarmente se le llamaba al hijo de Herodes el Grande, que aparecía como Rey de aquella provincia, aunque su autoridad estaba limitada por otras dos más fuertes que la suya: la del Gobernador Romano, representante del César, y la del clero de Jerusalén, que para los hebreos representaba la temida Ley de Moisés.

En tales épocas, el lago de Tiberíades dejaba de ser el tranquilo escenario de los pescadores, para convertirse en un espejo encantado, donde se reflejaban las fastuosas embarcaciones encortinadas de púrpura y turquí de los cortesanos del rey.

Los festines y las orgías empezadas en los palacios, en las termas, o bajo las columnatas de mármol con techumbre de cuarzo que brillaban bajo el sol del estío, continuaban sobre el lago, que iluminado con antorchas tomaba un aspecto fantástico y encantador.

Emisarios reales acudían solícitamente a limpiar el lago de las sucias barcazas de los pescadores, cuando iba a realizarse un festín sobre las aguas. Un día ocurrió que Yhasua con su tío Jaime y Yhosuelín, fueron a visitar las familias amigas de las orillas del lago en las cuales había algunos enfermos. Los terapeutas que cuidaban aquella región, estaban de viaje por otros pueblos, y Yhasua se creyó obligado a remediar la necesidad de sus hermanos.

Enseguida le informaron los pescadores que por el fuerte viento de los días pasados no habían podido salir a extender sus redes. Y que ese día que apareció hermoso y sereno, ya vino la orden de Tiberias que

ningún pescador de las cercanías de la gran ciudad, saliera al lago, ni dejara redes tendidas.

—Para nosotros es la vida, es el pan, es la lumbre de nuestro hogar –decían quejándose amargamente–. Tienen sus palacios, sus parques, sus plazas y paseos. Nosotros sólo tenemos el Lago que nos da el sustento de cada día y, aún esto, nos quitan los grandes magnates que están hinchados de todo.

El corazón de Yhasua sentía este clamor y se rebelaba ante la injusticia de los poderosos, que no podían ser felices sino causando dolor a los humildes.

— ¿A qué hora –preguntó–, son los festines de la corte?

—Comienzan al atardecer y se prolongan durante toda la noche. Ya andan poniendo los postes para las antorchas.

—Vuestra necesidad está primero que los festines de los cortesanos del rey –dijo–. Dios manda por encima de todos los reyes de la tierra, y Dios da sus poderes divinos a todo el que sabe emplearlos en cumplimiento de su voluntad.

"Tened fe en Dios, que Él es vuestro Padre y mira vuestra necesidad más que el capricho voluptuoso de gentes que sólo viven para su placer.

La forma en que habló Yhasua asustó a todos, pues pensaron que iba a entrevistarse con los empleados reales que colocaban antorchas y gallardetes desde la ciudad hasta larga distancia.

— ¿Qué vas a hacer? –preguntó su tío Jaime.

—Tú y Yhosuelín, venid conmigo. Vosotros todos entraos a vuestra casa y orad a Jehová para que haga justicia en este caso –dijo resueltamente.

Y poseído de una fuerza y energía que era visible para todos, subió a una barquilla amarrada a la costa, seguido del tío Jaime y Yhosuelín.

Extendieron el rústico toldo de lona para preservarse del sol, y Yhasua se sentó cómodamente y cerró sus ojos.

Una vibración tan poderosa emanaba de él, que el tío Jaime y Yhosuelín cayeron bajo su acción y se quedaron profundamente dormidos.

Cuando se despertaron, el cielo estaba color ceniza y amenazaba lluvia. Sólo habían pasado dos horas.

—Vamos –les dijo Yhasua–. La voluntad de Dios puede más que la de los hombres.

—Parece que tendremos lluvia –dijo el tío Jaime, comprendiendo lo que había pasado, o sea, que su gran sobrino había puesto en juego los poderes superiores que había desarrollado en grado sumo, y que cuando es justicia, se manifiestan en bien de quienes lo necesitan y lo merecen.

Yhasua guardó silencio y cuando llegaron a la casa de los pescadores, les encontraron contentos preparando sus redes para salir al lago.

— ¿Salís ahora a tender las redes? –les preguntó Yhosuelín.

—Claro está que salimos: ¿No ves que los hombres de la ciudad levantan sus aparejos del festín porque temen la lluvia?

En efecto, recogían gallardetes y colgaduras; y las balsas convertidas en plataformas con mesas y divanes, con doseles de púrpura y guirnaldas de flores, desaparecieron rápidamente. El cielo estaba amenazante y por momentos se esperaba una descarga torrencial, pues el aire se había enrarecido hasta ponerse sofocante.

Una caravana de pescadores salió a tender sus redes.

—Nosotros no tememos la lluvia, sino al hambre –decían, mientras cantando tomaban posesión de su lago, el querido lago que siempre les dio el sustento y al cual, la audacia de un reyezuelo soberbio había cambiado su viejo nombre de Genesaret por el de Tiberíades para honrar la ciudad de Tiberias edificada sobre la orilla occidental.

Unas horas después la tormenta se desvanecía como una bruma de ceniza, y de nuevo la claridad hermosa de un cielo de turquesa compartía la alegría de los humildes pescadores galileos que decían a coro, aunque muy bajito:

—El hijo de Yhosep es un profeta de Dios al cual obedecen los elementos.

Pocos días después Yhasua tuvo conocimiento de que en la suntuosa ciudad de Tiberias ocurría un hecho que para él era insoportable y era el siguiente:

Los pobres, los hambrientos, los desheredados, viven naturalmente buscando lo que desperdician de sus harturas los ricos, los felices de la vida. Y sucedía que grupos de estos desventurados acudían a la entrada de las termas donde se levantaban tiendas movibles con toda clase de frutas y delicados manjares, para incitar el apetito de las gentes de posición que acudían a los baños. Y allí, los rostros escuálidos y hambrientos de los menesterosos a veces movían la compasión a algunas elegantes mujeres, que les pagaban en las tiendas algún puñado de frutas.

Pero este espectáculo triste, de rostros macilentos y haraposas vestiduras, no podía agradar a la corte de Antípatro cuando acudía con toda fastuosidad en lujosa litera llevada por ocho esclavos etíopes, y seguido de sus cortesanos a bañarse a las termas.

El mayordomo de palacio acudía siempre una hora antes de la llegada del rey a espantar todo aquel enjambre de chicuelos hambrientos, de viejos decrépitos, de paralíticos, que se arrastraban sobre una piel de oveja, etc.

Aquella visión no era digna de los ojos reales ni de las sensibles

cortesanas, que podían sufrir crisis de nervios ante un espectáculo semejante.

Yhasua, que se interesaba por todo dolor que azotara a los humildes, invitó un día a su tío Jaime y Yhosuelín, compañeros de todas sus andanzas de misericordia, y llegó hasta la dorada ciudad de los jardines encantados, donde había tantas plantas finas y exóticas como estatuas de mármol traídas por Herodes el Grande del otro lado del mar, y provenientes de las grandes ruinas de ciudades de Grecia y de Italia. Con tales tesoros artísticos había contribuido Tiberio César a pagar la adulación de Herodes creando una ciudad que inmortalizara su nombre: Tiberias.

Yhasua no se escandalizó como los puritanos fariseos, ni de los templos paganos, ni de la belleza desnuda de mármoles que eran en verdad obras magníficas de los más famosos escultores griegos de aquellos tiempos. De una sola cosa se escandalizó, y fue del dolor y la miseria que sufrían seres humanos en medio de la hartura y alegría insultante y desvergonzada de los privilegiados de la fortuna.

Se sintió como si fuera el brazo de la Justicia Divina, y se colocó como un paseante cualquiera en la gran plaza de las Termas, que empezaba a llenarse de gentes para ver a la corte que debía acudir esa tarde.

Pronto llegó el mayordomo de palacio, en litera y escoltado por guardias armados de látigos.

Él bajó y penetró a los pórticos donde un ejército de criados tendían tapices, alfombras de Persia en la entrada principal, y colocaban a los músicos y danzarinas en los sitios que les eran habituales. Y los guardias látigo en mano, se disponían a ejercer sus funciones contra los escuálidos cuerpos de chicuelos famélicos, que espiaban la caída de una fruta o de una golosina en mal estado, o registraban las grandes cestas depósito, donde los vendedores arrojaban los desperdicios.

El tío Jaime y Yhosuelín temblaban, por lo que adivinaban que Yhasua iba a hacer.

Lo veían con el semblante enrojecido y todo él vibrando como una cuerda de acero que amenazaba estallar.

Un guardia pasó cerca con su látigo en lo alto hacia un grupo de chicuelos y dos mujeres indigentes con niños enfermos en brazos, que ya se disponían a huir. El guardia se quedó de pronto paralizado y con todo su cuerpo que temblaba como atacado repentinamente de un extraño mal. El tío Jaime que adivinaba a Yhasua, se acercó a una de las tiendas y compró una cesta de pastelillos y otra de uvas, y repartió tranquilamente al azorado grupo sobre quienes iba a caer el látigo del guardia.

—Idos lejos de aquí y esperadme en el camino a Nazareth –les dijo a media voz.

Yhasua se acercó al guardia que luchaba por reponerse y le dijo:

—No uséis vuestra fuerza contra seres indefensos, que hacen lo que vos haríais si tuvierais hambre.

—Yo soy mandado y cumplo con mi deber –contestó cuando pudo hablar, pues que hasta la lengua tenía entorpecida.

—El primer deber del hombre es amar a los demás hombres, y no olvidéis nunca que por encima de los reyes de la tierra, hay un Dios justiciero que defiende a los humildes.

— ¿Quién eres tú que me hablas así? –preguntó el guardia azorado.

—Soy un hombre que ama a todos los hombres. Y en este momento, soy también la voz de Dios que te dice: *"No te prestes nunca como instrumento de la injusticia de los poderosos, y Él te colmará de bienes y de salud"*.

El guardia se quedó lleno de estupor que él mismo no se explicaba. Aquel jovencito le causaba espanto. A los otros guardias de los látigos les ocurrió igual caso que el que acabamos de relatar.

Yhasua había puesto en acción lo que se llama en Ciencia Oculta, el poder de ubicuidad, que le permitió presentarse al mismo tiempo a los cuatro guardias, en el momento en que iban a emprenderla a latigazos con los pobres y chicuelos desarrapados que había en la plaza; y decirles las mismas palabras que entre ellos comentaron poco después.

Y entre ellos corrió la voz de que era un mago de gran poder; y tan insistente fue el cuchicheo entre los guardias del palacio de Antípatro que el caso llegó a oídos del rey, el cual, hastiado siempre de su vida de orgías, andaba a la pesca de novedades que le divirtieran.

Y llamando a los cuatro guardias, a cada uno por separado, se hizo explicar el caso del hermoso mago, que siendo tan jovenzuelo, sabía tanto.

Y mandó que le buscaran por toda la ciudad y lo trajeran a su presencia, para dar un espectáculo nuevo a sus cortesanos con los prodigios que aquél haría.

Mas, Yhasua ya estaba en su casita de Nazareth, perdida entre las montañas, a treinta estadios de la fastuosa ciudad, y, lógicamente, los guardias no lo encontraron.

Pero Antípatro, aunque voluble, era tenaz cuando se veía defraudado en sus caprichos, y empezó a cavilar en el asunto del mago.

—Si habla de Dios –pensó–, y del amor a los mendigos hambrientos, no es un mago de la escuela de los caldeos y de los persas, sino un profeta hebreo como los que abundaron en esta tierra desde siglos atrás. Mariana, mi madrastra, contaba divertidas historias de esos profetas.

Y llamando a su mayordomo, le dijo:

—Anuncia que de aquí a tres días iré con la corte a las Termas, donde haré un gran festín. Los pordioseros acudirán en abundancia, y nuestro mago irá también a defenderles del látigo de mis guardias.

“Quiero que le traigas a mi presencia así que le veas. No quiero que le hagas daño alguno ni uses violencia con él.

Pero Yhasua, no apareció más en Tiberias, ni los pordioseros tampoco, porque el joven maestro, ayudado por el tío y Yhosuelín, fue averiguando la causa de su extremada miseria cuando les encontró aquel día en su regreso de Nazareth. Les colocaron muy discretamente entre las familias esenias, casi todos artesanos y labradores. Y los que se hallaban inutilizados para todo trabajo a causa de sus dolencias físicas, fueron llevados a los ocultos refugios-hospicios que tenían los terapeutas, donde se les ponía en tratamiento y muchos de ellos se aliviaban de su mal, o curaban completamente.

Nuestro Yhasua estaba muy preocupado por la enfermedad que advertía en el más querido de sus hermanos: Yhosuelín.

Y un día, en íntima conversación con su madre y el tío Jaime, insinuó la conveniencia de llevarlo consigo al Santuario del Tabor, a fin de ponerlo en tratamiento por los métodos curativos que allí se usaban.

—Yhosuelín, no quiere vivir –dijo tristemente Myriam.

— ¿Por qué? ¿Hay acaso algún secreto odioso que le obligue a renegar de la vida? –preguntó Yhasua.

—No lo sé, hijo mío, Yhosuelín es muy reservado en sus cosas íntimas y nada dice, ni aún a su hermana Ana a la cual tanto quiere.

—Sólo tiene veintiún años y nuestro padre le quiere tanto... –añadió Yhasua–. Habrá que convencerlo que debe vivir aunque sea por la vida de nuestro padre, que se verá seriamente amenazada con un disgusto tan grave.

—Háblale tú y acaso contigo sea más comunicativo –observó el tío Jaime.

— ¿Dónde está él, ahora?

—Con su padre, pagando los salarios a los operarios. Mañana es sábado. Vete tú allá, y di a tu padre que venga a descansar, y tú ayudarás a Yhosuelín. Retirados los jornaleros te quedas solo con él.

—Voy, madre, voy. –Y Yhasua cruzó rápidamente el huerto y se perdió detrás de las pilas de maderas que se levantaban como barricadas bajo cobertizos de cañas y juncos.

La Luz Eterna, maga de los cielos que copia en su inmensa retina cuanto alienta en los mundos, descorre a momentos sus velos de misterio, y deja ver a quienes con justicia y amor la imploran en busca de la Verdad.

La maga divina copió los pasos, los pensamientos, los anhelos del Cristo-hombre en la tierra, y nosotros humildes abejitas terrestres podemos alimentarnos de esa miel suavísima y plena de belleza, de la vida íntima del Cristo en su doble aspecto de divina y humana, tan hondamente sentida.

Tal como Myriam aconsejó a su hijo, lo hizo y sucedió. Yhasua quedó con los operarios en el taller, y Yhosep fue a ocupar su sitio habitual junto al hogar donde la dulce esposa condimentaba la cena y Jaime su hermano, le adelantaba en el telar el tejido de una alfombra destinada a Yhasua para su alcoba en el Santuario del Tabor.

—Yhasua quiere hablar a Yhosuelín sobre su curación –dijo Myriam a su esposo.

—En verdad que su mal me trae inquieto –contestó Yhosep.

—Yhasua quiere llevarle con él al Santuario para que los Ancianos le curen como es debido, porque aquí ya lo ves, no es posible. Cuando se vayan los jornaleros le hablará.

—Lo que no consiga él –dijo Yhosep–, de seguro no lo conseguirá nadie. Este hijo es de verdad un elegido de Jehová y nada se le resiste.

—Que lo digan si no, los pescadores del lago –dijo Jaime interviniendo en la conversación. Él mismo les había hecho el relato.

—Y que lo digan así mismo los guardianes del rey –añadió riendo Yhosep, al recordar aquel hecho que Jaime y Yhosuelín les habían referido en secreto y con todos los detalles.

—Pero a veces me espantan esas manifestaciones del poder divino en mi hijo –decía Myriam–. Yo quería un hijo bueno y gran servidor de Dios, pero no rodeado de tanta grandeza, porque si se hace visible para todos, será menos nuestro, Yhosep. A más, que en estos tiempos más que en otros anteriores, es un peligro de la vida el destacarse y llamar la atención de las gentes.

—Hay mucha cautela y prudencia en todo, hermana mía, ya lo ves –decía Jaime, tranquilizando a Myriam siempre alarmada por lo que pudiera ocurrir a Yhasua.

—A más, Jerusalén está lejos, y mientras él no toque los intereses de los magnates del templo, no hay temor de nada.

— ¿Sabes Myriam que hoy recibí una epístola de Andrés de Nicópolis, el hermano de Nicodemus, en la cual pide permiso para que su hijo Marcos comience relaciones con Ana?

— ¡Oh... es una gran noticia! ¿Qué dice Ana, pobrecilla, tan dulce y buena?

—No lo sabe todavía. Pero, ¿dónde se han visto pregunto yo?

—Yo lo sé. Debíamos haberlo sospechado. Esto ha ocurrido en casa de nuestra prima Lía en Jerusalén. Y ahora recuerdo que en nuestra última estadía allá para las fiestas de la Pascua, Marcos frecuentaba mucho la casa de Lía y le vi varias veces hablar con Ana.

— ¡Mirad, mirad, qué calladito lo tenían al asunto! –decía Jaime.

—Un vínculo más con la noble y honrada familia de nuestro querido amigo, es una gran satisfacción para mí –añadió Yhosep, mientras

saboreaba el humeante tazón de leche con panecillos de miel que Myriam le había servido.

Marcos, que estudiaba los filósofos griegos y estuvo luego tres años en Alejandría al lado de Filón, sería otro testigo ocular de gran importancia, que debía referir más tarde la verdadera vida del Cristo, si no hubieran desmembrado su obra: "El Profeta Nazareno", para dejarla reducida a la breve cadena de versículos que el mundo conoce como "Evangelio de Marcos".

Y mientras esto ocurría en la gran cocina de Myriam, en un compartimento del taller, Yhasua y Yhosuelín dialogaban íntimamente.

—Yhosuelín, ya sabes cómo te he querido siempre y te he obedecido como a hermano mayor, hasta el punto que bien puedo decir que fuiste quien más soportó el peso de mis impertinencias infantiles después de mi madre.

—Y yo estoy satisfecho de ello, Yhasua. ¿A qué viene que me lo recuerdes?

—Es que tu enfermedad sigue su curso y tú no quieres que se te cure. Yo quiero llevarte conmigo al Tabor para que los Ancianos se encarguen de curar tu mal.

—Si Dios quisiera prolongar mi vida, tu solo deseo de mi curación sería bastante. ¿No lo has comprendido, hermano?

—He comprendido que hay una fuerza oculta que obstaculiza la acción magnética y espiritual sobre ti, y por eso he querido tener esta conversación contigo para tratar de apartar esos obstáculos –decía Yhasua, que al mismo tiempo ejercía presión mental sobre su hermano, del cual quería una confidencia íntima.

Por toda contestación, Yhosuelín sacó de un bolsillo interior de su túnica un pequeño libreto manuscrito y hojeándolo dijo:

—Si quieres oír lo que aquí tengo escrito, quedarás enterado de lo que en este asunto te conviene saber.

—Lee, que escucho con mucho gusto.

—Como buen esenio, practico todos los ejercicios propios para mi cultivo espiritual –añadió Yhosuelín–, y aquí está cuanta inspiración y manifestación interna he tenido. Oye pues:

"Apresúrate a llegar porque tus días son breves en esta tierra.

"Viniste sólo para servir de escudo al Ungido, durante los años que él no podía defenderse de las fuerzas exteriores adversas.

"Él ha entrado en la gloriosa faz de su vida física en que no sólo es capaz de defensa propia, sino de defender y salvar a los demás.

"Pronto la voz divina te llamará a tu puesto en el plano espiritual.

"Los custodios del Libro Eterno de la Vida te esperamos. Albazul".

— ¡Magnífico! –exclamó Yhasua–. Ahora lo comprendo todo; Albazul

es el jerarca de la legión de Arcángeles que custodian los Archivos de la Luz Eterna. Ignoraba que tú pertenecías a esa Legión. Nunca me lo dijiste.

—Soy un esenio y sin necesidad no debo hablar de mí mismo. ¿No manda así nuestra ley? Ahora te lo digo porque veo la necesidad de que no gastes fuerza espiritual en prolongar mi vida sobre la tierra.

— ¡Oh, mi gran hermano!... –exclamó Yhasua enternecido hasta las lágrimas y abrazando tiernamente a Yhosuelín–.

"Yo no quiero verte morir. Vive todavía por mí, por nuestro padre que irá detrás de ti, si te vas, Yhosuelín, vive todavía un tiempo más y da a nuestros padres el consuelo de dejarte curar.

"¿No ves que están desconsolados por tu resistencia a la vida? Parecería que estás cansado de ellos porque no les amas.

—También dice nuestra ley –añadió Yhosuelín–, que en cuanto nos sea posible seamos complacientes con nuestros hermanos. Está bien Yhasua, accedo a ir contigo al Tabor.

—Gracias, Yhosuelín, por lo menos nuestro padre tendrá el consuelo de que se hizo por tu salud, cuanto se pudo hacer.

Y dos semanas después llegaban de Jerusalén, los amigos que debían ir con el joven Maestro a estudiar el Archivo de Ribla. Llegaban los cuatro: Nicolás, Gamaliel, Nicodemus y José de Arimathea.

— ¿Cómo aquí, José? –le decía Yhasua, cuando entró el primero en la casa.

— ¿Qué quieres, hijo mío? El corazón no pudo resignarse a no acompañarte y cedí al corazón. Y Gamaliel no quiso ser sólo el perezoso, y aquí estamos los cuatro.

—Mejor así, por aquello de que cuatro ojos ven más que dos –decía Yhasua, contento de ver que el entusiasmo de sus amigos no había disminuido en nada.

Y antes de partir, Yhasua en un aparte con sus padres les explicó referente a Yhosuelín, haciéndoles comprender que en la terminación de las vidas humanas por lo que llamamos muerte, no solamente hay que buscar la causa en una deficiencia física, sino en la voluntad Divina, que ha marcado a cada ser el tiempo de su vida en el plano terrestre. Y aunque hay casos en que por motivos poderosos, ciertas Inteligencias-Guías de la evolución humana, pueden prolongar algo más una vida, como pueden abreviarla, en el caso de Yhosuelín nada podía afirmarse.

—Tu hijo, padre, es un gran espíritu y vino unos años antes que yo para protegerme y servirme de escudo en el plano terrestre, durante la época infantil que me incapacitaba para mi propia defensa. Esa época ha pasado, y él es tan consciente y tan señor de sí mismo, que esa es la causa porque no ama la vida.

“No obstante se hará por su salud cuanto sea posible, y vos, padre, tendrás la fuerza necesaria para aceptar la voluntad Divina tal como ella se manifieste.

—Bien, hijo, bien. Que sea como el Señor lo mande. ¡Pero yo quedaré tan solo sin él! –y el anciano padre ahogó un sollozo sobre el pecho de Yhasua que le abrazó en ese instante.

—Si no podemos evitar la partida de Yhosuelín, yo vendré a quedarme contigo hasta que cierres tus ojos, padre mío.

Y la pequeña caravana partió hacia el Monte Tabor, entre cuyos boscosos laberintos se ocultaba aquel Santuario de Sabiduría y de Santidad, que derramaba amor y luz en toda aquella comarca.

La distancia era muy corta y andando a pie podía hacerse en dos horas si fuese el camino recto, pero como se hacía costeando serranías y colinas, llegaron pasado el mediodía.

Los Ancianos les esperaban, y como los siete viajeros eran esenios de los grados tercero y cuarto, tenían libre entrada en todas las dependencias de aquel original Santuario, labrado por la Naturaleza, y donde bien poco había hecho la mano del hombre.

Los siete viajeros fueron instalados en la alcoba de Yhasua que era, como se recordará, un compartimento del recinto de estudio, dividido por cortinas de juncos que se trasladaban a voluntad, así para disminuir como para agrandar un local.

El tío Jaime manifestó a su llegada, que él se encargaba de atender a que nada faltase a los huéspedes y a ser el mensajero para el mundo exterior. El viejo portero Simón, padre de Pedro, estaba muy agotado por los años y pocos servicios podía prestar al Santuario.

Yhosuelín se sometió dócilmente al tratamiento curativo que los Ancianos le impusieron y que le fue tan eficaz, que veinte días después regresaba al hogar con nuevas energías y con nueva vida.

Era una concesión de la Ley Eterna al justo Yhosep que pedía la prolongación de la vida de su hijo.

Viéndole tan lúcido y consciente, los Ancianos dijeron a Yhosuelín:

—La Ley te concede un año más en el plano físico. Vívelo para tu padre, que por él se te da.

Veinte días permanecieron también los cuatro doctores de Israel estudiando el Archivo, del cual participará el lector si desea conocer la verdadera historia de nuestra civilización.

40
EL PAPIRO [79]

El Archivo de Ribla con los ochenta rollos de papiro que componían "Las Escrituras del Patriarca Aldis", entre las cuales se hallaba transcrita la breve escritura de la Princesa Sophía, madre de Evana, fue como una formidable descarga de dinamita a la base de una fortaleza que guardara el fantasma de los siglos ignorados.

Y la Razón, hija divina de la Suprema Inteligencia que le otorgó como un don a la criatura humana, se levantó con esplendores de diosa ante los absortos lectores de aquellos papiros amarillentos, que una urna funeraria de las orillas del Nilo había devuelto a la humanidad que buscaba en las tinieblas.

Aparecía allí, como un sol radiante, la Energía Divina transformándolo todo en el correr de inmensas edades, y por la fuerza omnipotente de sus leyes inmutables, cuya perfección es tal, que jamás son cambiadas ni interrumpidas por nada, ni por nadie.

Desde la nebulosa inmensa cerniéndose en el espacio infinito como un velo de ilusión, para luego disgregarse en burbujas de gas que serán los globos siderales, futura habitación de humanidades, hasta el imperceptible comienzo de su vida en la célula que será una larva primero y un organismo después, todo desfiló como en un gigantesco escenario, ante los lectores estupefactos de aquel modesto Archivo sepultado en las grutas del Monte Tabor, donde ignorados hombres de grandes ideales, luchaban en la sombra para dar luz a la humanidad.

¡Qué grande aparecía la Majestad Divina ante ellos! ¿A qué quedaba reducido ese pobre Jehová pregonado por los textos hebreos que hace una figura de barro, la sopla y tiene vida, le saca una costilla y surge una mujer? Les parecía risible que seres con inteligencia y con razón, hubieran podido escribir una cosa semejante y entregarla como un dogma a la humanidad.

¡Es tan pequeña la criatura humana que difícilmente puede abarcar con su mentalidad la idea de lo Eterno, lo que no tiene principio ni tiene fin!

Y le es asimismo penoso y difícil, comprender y asimilar la idea de la lenta evolución y transformación de todos los seres y de todas las cosas, a través de una serie de procesos de perfeccionamiento que ocupan no sólo siglos, sino edades de millares de siglos.

El Pensamiento Eterno, condensó en el espacio infinito una nebulosa que era energía de Sí Mismo. Era lo bastante.

Esa nebulosa seguiría su evolución durante largas edades hasta llegar a formar un Sistema planetario, y en cada planeta surgiría a su tiempo la vida inorgánica primero y orgánica después, hasta llegar, a través de millares de siglos a la perfección de la especie humana, admirable y magnífica semblanza del Eterno Creador: el alma humana animada de los poderes excelsos de su Divino Hacedor, y capacitada para llegar hasta Él, después de un largo proceso de perfeccionamiento mediante el cultivo y uso de las facultades de que fue dotada.

Todo esto comprendieron los lectores de "Las Escrituras del Patriarca Aldis", en aquellos días serenos y plácidos del otoño galileo, bajo un cielo de turquesa y en la dulce quietud de las grutas del Tabor.

Y para dar, como diríamos, una forma claramente comprensible a este relato, veamos lector amigo los papiros: 79 y 80; que esbozan como en un espejo mágico la civilización de entonces, y relatan la muerte de Abel, y más tarde la de sus padres Adamú y Evana.

El lector sería el Maestro Nasan, aquel que pasara catorce años en Alejandría buscando al lado de Filón, los rastros de la verdad perdida bajo los escombros amontonados por los siglos.

Los otros nueve esenios, que con él estaban encargados de instruir y guiar a Yhasua en la conquista de la Sabiduría, estaban allí presentes, más los cuatro doctores venidos de Jerusalén, el tío Jaime y Yhosuelín, era ya un conjunto respetable de inteligencias y de voluntades puestas al servicio de la verdad.

El papiro 79, era como una apoteosis del Hombre-Luz, Abel, que continuó la obra de Bohindra en favor de la paz y la justicia.

El papiro 80, relataba la muerte del justo y más tarde la de sus padres, Adamú y Evana.

El Maestro Nasan inició la lectura del rollo 79 que decía así:

—"Relata la gloria de Abel, que fue como una bendición sobre los pueblos, y su trágica muerte por causa de Kaíno, su hermano adoptivo.

"La Luz Divina estaba con él, porque siempre buscó el consejo de los Ancianos y jamás impuso su voluntad con violencia.

"Se creía un niño entre los hombres de experiencia y saber, y escuchaba con amor la palabra de todos para obrar aquello que convenía a todos.

"Nunca se buscó a sí mismo y parecía haber olvidado que era el Thidalá, dirigente de innumerables pueblos que tenían toda su esperanza en él.

"Él mismo limitó el poder omnímodo, que los Príncipes de la Alianza le dieron, y quiso a su lado una trilogía de mujeres que habían dado pruebas de prudencia y de sabiduría en los países que estaban bajo su tutela: Ada, la admirable compañera de Bohindra, que por muerte de

su padre, Jebuz de Galaad y por pedido de su pueblo, era Matriarca y Reina del país de Galaad; Walkiria de Kiffauser, nieta del gran civilizador de los países del norte, Lugal Marada, cuya muerte y la de sus hijos ocurridos al arrojar de su país la invasión de razas bárbaras, la colocó a ella en el alto puesto que la muerte dejó vacío. Los países del Ponto Euxino y del Cáucaso occidental, gritaban a voces lo que ella era para sus pueblos.

"Y Solania de Van, que nacida en las agrestes orillas del Lago Van, era entonces Matriarca del norte Africano desde Corta Agua, hasta las Columnas de Hércules, (desde Túnez hasta el Estrecho de Gibraltar), después de haber llevado la Ley de la Gran Alianza desde el Bajo Nilo hasta más allá de las Cataratas en el país de Artinón.

"Estas tres ilustres mujeres, tenían sus lámparas encendidas para alumbrar el camino de Abel en medio de los pueblos de tres Continentes.

"Venía después el Consejo de los diez Ancianos Kobdas, conocedores de los países de la Alianza y de sus costumbres y leyes. Y por último la Junta de representantes de cada uno de los pueblos de la Gran Alianza que pasaban de los doscientos.

"—Yo no hago más –decía él–, que sellar con el anillo de Bohindra lo que todos vosotros habéis querido que sea. Tan sólo me opondré cuando queráis la injusticia y la guerra, que son los más espantosos delitos que repudia la Bondad Suprema.

"Pasaron cien lunas sobre los países de la Alianza, y la barca dorada de la fraternidad se deslizaba suavemente por las aguas mansas de una paz que no alteraba ninguna borrasca.

"La serpiente voraz del egoísmo parecía haber sido exterminada para siempre.

"Luna tras luna llegaban los Koraforcas trayendo al Santuario de la Paz, los mensajes de los países aliados comunicando a la Gran Junta Central de Gobierno las innovaciones, los cambios, los proyectos, los progresos realizados, siempre dentro del marco augusto de la Ley que todos habían jurado.

"A veces el mensaje era portador de tristezas y desolaciones ocasionadas por la furia de los elementos.

"Témpanos de hielo que habían azotado poblaciones de la costa del mar, inundaciones que habían perjudicado los campos de labranza destruyendo cosechas; epidemias en los ganados, erupción de volcanes, terremotos, etc.

"Pero ahí estaba almacenado el Tesoro Sagrado que ordenaba la ley, aportado por todos los países, año por año, en previsión de estos casos funestos inevitables sobre el planeta, pero remediables oportunamente,

cuando el amor fraterno reina en los corazones de los dirigentes de pueblos.

"Y entonces era digno de verse, las caravanas de camellos, asnos y mulas llevando el socorro a los pueblos que habían sido azotados por los elementos.

"Pero en este planeta de escasa evolución, no puede durar largo tiempo un estado semejante que ya fuera propio de un mundo de mayor adelanto.

"La serpiente feroz del egoísmo se despertó de nuevo, y acaso donde menos se esperaba.

"En el papiro 62, de estas Escrituras, quedó relatado que Kaíno fue reconocido como nieto de Etchebea por línea paterna, por cuya razón le correspondía una participación en el vasto territorio del país de Nairi, en el alto Éufrates. Pero la larga esclavitud de su padre cuyo paradero se ignoró por mucho tiempo, puso aquellas tierras y pueblo bajo el dominio de Iber, el soberano del país de Ethea, que las regía con toda la solicitud de un padre que se desvela por la felicidad de sus hijos. Y las tribus que poblaban aquella región no aceptaban la imposición de otro soberano. Y Kaíno, que siempre se vio dominado por la ambición, no se conformaba con ser un Jefe de tercer orden en el principado pequeño de Shivara, cuya capital Nood estaba aún bajo la dependencia de su tío materno, su antiguo jefe y señor.

"Cuando se supo su origen y que era un descendiente directo del grande y querido Etchebea, su corazón se llenó de amargura al saberse repudiado por los pueblos que ocupaban los dominios que pertenecían a su padre.

"El genio conciliador de Bohindra había podido mantener en quietud relativa aquel espíritu turbulento como una tempestad, encomendándole misiones de importancia y muy arriesgadas en países lejanos, en los cuales pudiera hacer grandes méritos que lo hicieran conocido y amado de los pueblos.

"Mas, su carácter duro y dominante, entorpecía su propio camino, por más que la ternura maternal de Evana, la suavidad persuasiva de la reina Ada, y la sugestión que sobre él ejercía la Matriarca Walkiria, hicieron siempre un gran contrapeso a las violentas reacciones de su temperamento.

"Su tío materno, el Anciano Príncipe de Shivara, cayó postrado en cama para no levantarse más, motivo que dio origen a la perturbación de la paz en aquel país de la Gran Alianza. El Consejo del Anciano Príncipe juzgaba que Kaíno debía presentarse al pueblo como sucesor, pero los jefes de las tribus no le querían para gobernante, sino que pedían a un nieto del Príncipe, que sólo tenía doce años de edad y sus padres habían muerto.

“El niño se hallaba internado en el Pabellón del Rey, en el Santuario de La Paz, educándose como toda la noble juventud de su tiempo.

“Kaíno se afianzó en las fuerzas guerreras del país, se conquistó con promesas a todo el cuerpo de arqueros que defendía el orden y custodiaba las fronteras, y pensó que con la fuerza dominaría a las tribus que le repudiaban.

“Y el Consejo de Gobierno de Shivara pidió auxilio a la Gran Junta Central, cuya sede habitual era el Santuario de La Paz. De inmediato comprendieron Abel y Ada que el origen del disturbio era Kaíno, cuya ambición había causado antes tantos sufrimientos. Y antes de que el desacuerdo tomara mayores proporciones, resolvieron ir a verle Evana y la Reina Ada, cuya autoridad maternal suavísima, le había desarmado en otras alteraciones semejantes.

“Una caravana de dos elefantes y cincuenta arqueros a caballo salió de La Paz en dirección al país de Shivara. Y mientras aquellas dos nobles mujeres, cada una en su pequeña tienda sobre el lomo de los elefantes, meditaban en el modo de vencer la rebeldía de Kaíno, otra mujer valerosa, Walkiria, que se encontraba también en el Santuario de La Paz, meditaba a su vez sobre la forma justa y aceptable para los pueblos interesados, y de satisfacer los anhelos hasta cierto punto justos de Kaíno, sin contrariar la voluntad de los pueblos.

“Postergado y humillado siempre por los acontecimientos que le salían al paso cortando sus caminos, Kaíno había llegado a una exasperación tan violenta, que se hacía insoportable para todos.

“La Matriarca Walkiria sabía perfectamente hasta qué punto había lastimado a Kaíno el engrandecimiento de Abel, su hermano adoptivo. Obligado a ser siempre a su lado una figura de segundo orden, se había empeñado en reconquistar por lo menos lo que según su modo de ver le correspondía por derecho, la herencia paterna que le adjudicaba en el país de Nairi, los pueblos que estaban colindantes con el país de Ethea gobernado por Iber, el dulce y paternal Iber, que era como un vaso de miel para sus súbditos.

“Todos aquellos pueblos se habían puesto por propia voluntad bajo su tutela cuando muerto el noble príncipe Etchebea y llevados como esclavos sus hijos a los países del hielo, se vieron como rebaño sin pastor.

“Iber no hacía nada por tenerles bajo su mando; antes, al contrario, les aconsejaba aceptar al que, siendo heredero natural del viejo Príncipe, tenía derecho sobre el país.

“Le dejaremos sus tierras regadas tantos años con nuestro sudor, decían algunos, y nos iremos con nuestros ganados al país de Ethea. Kaíno traicionó a Bohindra, a la Gran Alianza, a los que le sirvieron de padres... ¿Qué confianza podemos tenerle?

“El conflicto estaba planteado, y así lo veía la Matriarca Walkiria, que retirada en su alcoba del Pabellón de la Reina meditaba buscando una solución.

“La fina intuición que le acompañó siempre, parecía decirle que tras de toda aquella niebla vendría algo terrible que estremecía su corazón de mujer.

“Y reunida en confidencias íntimas con Abel, Adamú y el que esto escribe, que éramos como su familia del Éufrates, seguía con el pensamiento a Evana y Ada, que marchaban hacia el país de Shivara.

“—Nuestro hermano Iber –decía Abel–, ha mandado mensaje que casi todos los pueblos del país de Nairi se han hecho solidarios para resistir a Kaíno. No le quieren allí bajo ninguna forma. Y si él persiste en presentarse con un cuerpo de arqueros, aquello será una matanza horrible, porque todos los hombres y hasta muchas mujeres están armados de flechas, de hachas, de catapultas para esperarle.

“—Lo que haya de ser será –decía Adamú–. Esperemos que la Reina Ada y Evana logren convencerle.

“En esta incertidumbre se hallaban, cuando llegó jadeante un mensajero de Shivara trayendo la noticia de que Kaíno no se había dejado convencer. Que había puesto en prisión los cincuenta arqueros de la escolta de la Reina, y a ella y a Evana las guardaba como rehenes en el pabellón de palacio en que fueron hospedadas desde su llegada.

“—Iré yo –dijo Abel, apenas oyó la infausta noticia.

“—Y yo –añadió Adamú juntamente conmigo, que también me creía obligado a acompañar a mi nieto.

“—Conviene que os quedéis –dijo Abel–, para que toda esta juventud y niñez hospedada en los Pabellones de los Reyes no se alarmen, viendo que faltamos todos los íntimos que hemos cuidado de ellos.

“Iré yo, y creo que basta –añadió Abel.

“—Llevad mi escolta de arqueros –dijo Walkiria–, que yo respondo de su valor y de su capacidad. Les tengo experimentados desde los tiempos terribles de nuestras grandes luchas en el norte. Nadie os será más fiel que ellos.

“—Bien –dijo Abel–, os acepto, Matriarca. Podéis avisarles que saldré esta misma tarde.

“Mas, la Matriarca ya había forjado rápidamente su plan de acción, según su costumbre.

“Como era riguroso invierno, aquellos cien hombres vestidos con casacones y gorros de piel de oso negro que apenas les dejaban los ojos al descubierto, parecían de una estatura gigantesca cuando se presentaron a Abel ya montados en sus caballos de guerra.

“Sólo sabíamos de esta expedición de Abel: su padre, la Matriarca

Walkiria y yo. Los tres le despedimos cuando ya él, vestido también de un casacón y gorro de piel negro, entró al recinto de oración. También entramos Adamú y yo. La Matriarca se dirigió a su alcoba.

"Nadie se dio cuenta que de allí salió enseguida otro arquero vestido igual que los demás. Cuando salimos con Abel al parque lateral del Santuario donde ocultaban las cabalgaduras, vimos uno de los arqueros que estaba desmontando y que otro de ellos le acercaba un caballo sobre el cual saltó con gran ligereza y se mezcló a los demás.

"¡Cuán lejos estábamos de pensar que aquel arquero retardado en montar era la Matriarca Walkiria en persona, pues ella a nadie había comunicado su intento!

"Aquel inmenso grupo de hombres vestidos de pieles negras se puso en movimiento a la mitad de la tarde con un sol velado de ligera niebla.

"—Padre –me dijo Adamú como en un sollozo–, ¡qué mal presagio tiene mi corazón en este viaje de mi hijo!

"—En verdad –respondí yo–, que no vale Kaíno con toda su parentela la ansiedad que nos causa a todos.

"La angustia de la Reina y de Evana es bastante para que se le condene al Peñón de Sindi, como yo quería en la otra rebeldía que tuvo, y que casi costó la vida a Bohindra. ¡Oh, la piedad! La piedad es buena para los indefensos y los débiles, no para un rinoceronte siempre dispuesto a clavar los dientes.

"Desde la torre mayor del Santuario continuamos viendo aquella mancha negra que corría por la pradera a la luz pálida de un sol brumoso de invierno.

"—Extraño que no esté aquí la Matriarca Walkiria –dije yo, que había creído encontrarla en la torre.

"—Estará desconsolada –me contestó Adamú–, pues ella no quería la partida de Abel por juzgarla muy peligrosa.

"A ella no le ha pasado desapercibido el odio disimulado de Kaíno para mi hijo. Fue un mal que apareció en la niñez, cuando el nacimiento de Abel, y ese mal ha crecido juntamente con él.

"—Abel ha querido evitar una matanza terrible si de aquí salían cuerpos de ejército a rescatar a la Reina y a Evana. De hacerlo así, era ya una guerra declarada.

"Él cree que aún será posible un razonamiento con Kaíno.

"—Dios te oiga –le contesté, y ambos nos dirigimos al Pabellón del Rey, donde se oía la algarabía de los muchachos que se hallaban en el recreo de la tarde.

"En el Pabellón de la Reina se escuchaban los alegres cantares de las doncellas, bajo la custodia de sus regentes, las Kobdas auxiliares de la

Reina Ada en la educación de la juventud femenina hasta la edad de que tomaran esposo.

"Nada hacía sospechar en el Santuario que una gran tempestad se cernía sobre él.

"Cuando ya cerrada la noche entré en mi alcoba particular, encontré sobre un retazo de papiro esta breve escritura:

"—Pangrave Aldis: ¡Valor! La hora llega. No decaiga vuestro ánimo, pues debéis ser la fortaleza de todos. Senio".

"No necesité más para comprenderlo todo.

"La breve escritura había sido dejada allí por el sensitivo que la recibió en el recinto de oración, en el momento en que yo me despedía de Abel y mi angustiado corazón sentía ansiedades de muerte".

— ¿Qué pasó allá en Shivara en los tres días que siguieron al de su partida?

"Vamos a verlo.

"Evana y la reina Ada habían agotado todos los recursos de su ternura y bondad para convencer a Kaíno de que no sería más feliz por asumir el mando de los pueblos de Nairi en contra de la voluntad de los mismos.

"La sangre que se derramara por su causa caería sobre él, aplastándolo como a una sierpe venenosa.

"Su ambición desmedida que lo llevó a desertar del Santuario protector a los quince años, le daba ahora el amargo fruto que saboreaba. Ninguno de los pueblos que por herencia le pertenecían accedía a ser gobernados por él.

"—Ya que mi hermano Abel ha subido tan alto –decía–, que me ayude a subir también a mí, que me veo desposeído de todo como un animal dañino del cual todos huyen.

"Ningún soberbio comprende que su mal lo lleva en sí mismo, y se empeña en cargar sobre otro la causa y la culpa que sólo está en él.

"Convencido de que Abel podía forzar a los pueblos de Nairi y de Shivara a aceptarlo como soberano, mandó clausurar con fuertes cerrojos el pabellón en que estaban hospedadas la Reina y Evana, y puso guardias de toda su confianza. Y despachó mensajero a La Paz de que ambas habían sido tomadas como rehenes para obligar al Alto Consejo de la Alianza a pactar con él las condiciones del rescate.

"Cuando Abel llegó, y antes de entrar en Nood, se levantó bandera blanca para anunciar misión de paz y que nadie se alarmara por aquel centenar de arqueros que le escoltaban.

"La gran Fortaleza estaba al final de una avenida abierta en el espeso bosque que rodeaba el edificio, y que poblado de fieras encadenadas, ofrecía un pavoroso aspecto en la noche iluminada por antorchas que chisporroteaban.

“Ya clareaba el nuevo día cuando Abel llegó a la plazoleta de la fortaleza.

“—Viajeros del Santuario de La Paz –anunció la bocina del heraldo, y esta voz llegó al pabellón de la Reina y Evana, que comprendieron lo que sucedía.

“Mas, no pensaron que era Abel mismo quien venía.

“Kaíno salió a recibirle escoltado por una decena de guerreros armados de lanzas. Abel hizo una señal a los suyos de que se mantuvieran a distancia, y solo se acercó a su hermano.

“—Traigo mensaje de paz –le dijo afablemente, como si nada ocurriera y tocándole el pecho con su diestra, según el saludo de práctica.

“—La paz no me interesa, sino la justicia –contestó secamente Kaíno.

“—La justicia y la paz son hermanas, y siempre están juntas. Para hablar contigo he venido, Kaíno, y sólo me anima el deseo de llegar a un acuerdo.

“—Deja que entren a la fortaleza tus hombres –dijo dulcificando Kaíno su voz.

“A una señal de Abel, los cien arqueros entraron en la plazoleta y se desmontaron.

“—Esperadme aquí, que yo hablaré con mi hermano.

“Y en el pórtico exterior de la fortaleza, Abel y Kaíno hablaron.

“Uno de los arqueros de Abel, habló al oído al que tenía a su lado y disimuladamente y ocultándose en la sombra de los grandes árboles que enredaban sus ramas con las columnatas, se acercaron al edificio todo cuanto les fue posible”.

El lector habrá comprendido que el primer arquero era la Matriarca Walkiria y el otro el que mandaba la centuria que era aquel capitán Crisanto, segundo del velero Ánade que había salvado la vida de Abel en una oportunidad ya relatada en otra parte de estas Escrituras.

“—Mi viejo tío está para morir –decía Kaíno–, y si tú quieres, él me nombrará su heredero del país de Shivara.

“—Bien, hermano mío, yo trataré el asunto con tu tío. Te doy mi palabra y ya sabes que nunca te he engañado.

“—Quiero que obligues a Iber a que abandone a los nairitas para que me acepten como su único soberano, puesto que lo soy por derecho paterno.

“—Bien sabes que Iber, nunca te ha resistido. Quien te resiste es el pueblo y tendrías que conquistar su amor con tus hechos, Kaíno.

“Figúrate que el pueblo de Nairi, se entere de que has tomado como rehenes a la reina Ada y a tu madre para conseguir tus deseos. ¿Es acción ésta que conquista el amor de los pueblos? ¿No ves, Kaíno, que la violencia engendra odios y que el odio es una fuerza destructora?

“—No es hora de filosofía sino de obrar –contestó Kaíno–. Vamos a ver a mi tío, –cuando Abel pasó, Kaíno tiró detrás de él tan hábilmente una lazada de cuerda encerada, que Abel quedó atado por la cintura y con sus brazos sujetos.

“Pero los dos arqueros que se habían escondido en el pórtico hicieron lo propio con Kaíno, que sin saber como, se vio amarrado por dos cuerdas que se apretaban más y más a su cuerpo.

“— ¡Miserables! –grito viendo los dos arqueros que le seguían.

“—Vos lo fuiste antes, y a vuestra traición hemos respondido como se merecía –contestó Walkiria con fuerte voz.

“— ¡Esa voz, esa voz! –exclamó Kaíno tratando de mirar a los ojos a aquel arquero, pero como aparecía tan cubierto de piel y a más estaba detrás de él, no logró su deseo.

“—Esta voz es de la Justicia que va a pediros cuenta de lo que habéis hecho.

“— ¡La Matriarca Walkiria! –dijeron al mismo tiempo Abel y Kaíno, volviendo el rostro hacia ella.

“— ¡Sí, la Matriarca Walkiria! –respondió, tirando hacia atrás el capuchón de piel que le ocultaba el rostro–. ¿Eres vos el descendiente de Etchebea, que reclama el puesto de su ilustre abuelo? Si se levantara de su tumba sería para maldeciros por vuestra infamia sin nombre. ¡Aprisionar a la Reina Ada, la compañera de Bohindra, que fue el padre de todos!... ¡Aprisionar a vuestra madre que os conservó la vida para que hoy la uséis en contra de ella! ¡No merecéis ver la luz del sol, ni pisar la tierra santa que nos alimenta a todos!

“La vibración de su voz y sus palabras, era tan intensa que refrenó por un momento la cólera de Kaíno.

“—Vos Matriarca –dijo–, no tenéis nada que ver en este asunto. Es gratuita vuestra intervención.

“— ¿Habéis olvidado el pacto que hicimos en Kiffauser por el cual quedaba obligada yo a teneros en cuenta en toda empresa importante que quisiera realizar, y a vos, a no hacer nada sin consultarme? ¿Lo habéis olvidado? Yo que soy mujer he cumplido mi palabra, pero vos no habéis cumplido la vuestra. Estaría por negar que corriera por vuestras venas la sangre noble de Etchebea.

“—Matriarca –dijo Abel–, podríais haberos ahorrado este grave disgusto. Hablemos tranquilamente y todo llegará a buen término.

“Walkiria sacó de su pecho un pequeño puñal y cortó la cuerda que sujetaba a Abel.

“— ¡Gracias, Matriarca!..., ahora yo cortaré la de mi hermano.

“— ¡No, Grandeza!, y perdonad. A él se le debe tratar como se trata a los traidores. Me habéis hecho compartir con vos la autoridad suprema.

Dejadme ejercerla en este instante. ¡Vuestra alma no puede medirse con los buitres!

"Dio tres silbidos en su vozquia de plata, y los cien arqueros entraron a la fortaleza.

"—Las llaves del encierro de la Reina y de vuestra madre –dijo a Kaíno con una voz que causaba terror.

"Kaíno estaba rojo de furor, pero los cien arqueros le rodeaban con sus puñales desenvainados y estaba sujeto por dos fuertes lazadas de cuerda.

"—Buscad en mi bolsillo –dijo–, el capitán Crisanto se acercó y sacó las llaves.

"—Yo abriré –dijo Abel–, pues más de una vez estuve en esta fortaleza.

"Dos arqueros siguieron tras de Abel y otros dos sostenían las cuerdas que sujetaban a Kaíno.

"—Sabíamos que vendrías –exclamaban a un mismo tiempo Ada y Evana, abrazándose de Abel con una angustia indecible.

"—Hay que libertar a nuestra escolta –decía Ada–, para defendernos de Kaíno que tiene hombres armados entre el bosque.

"Los viejos criados del Príncipe salieron al ruido causado por todo este movimiento, y ellos indicaron a Abel donde estaban los arqueros. En los calabozos de la fortaleza habían sido encerrados cuando la Reina y Evana lo fueron también.

"— ¡Calma! –les dijo Abel, viéndoles enfurecidos–. Preparadlo todo para que llevéis a la Reina y a mi madre a La Paz, inmediatamente.

"Volvamos hacia Kaíno.

"—Habéis nacido príncipe de Nairi y de Shivara, y vuestras obras de aventurero y de forajido entorpecen vuestro camino que pudo ser de justicia y de gloria –decía Walkiria, cuya exaltación nerviosa la iba llevando a ese estado en que ella solía ponerse en las situaciones culminantes–. ¿Qué puede hacerse con vos que no se haya hecho ya? Sois en verdad un ser dañino que no puede gozar de libertad entre las gentes de bien.

"La Reina y Evana se negaban a partir sin Abel, el cual volvió a donde había quedado Kaíno.

"Ambas le siguieron sin que él se diera cuenta, y grande fue su sorpresa al encontrar a la Matriarca Walkiria como un ángel de justicia de pie ante Kaíno sujeto con cuerdas.

"—Venís a tiempo Reina Ada, para confirmar la sentencia que ya tengo dada contra este vil traidor que ha pisoteado cuanto hay de noble y santo en la vida. Irá al Peñón de Sindi amarrado a una roca para toda su vida.

"Evana se echó a llorar amargamente, y la Reina Ada acercándose a Kaíno le dijo con indecible dulzura.

“— ¡Hijo mío, más dolor me causa ejercer justicia contigo, que el que me ha causado tu mala acción para mí! ¿Cómo olvidaste otra vez nuestro amor para ti? –Kaíno guardó silencio.

“Mientras tanto los hombres de su guardia habían sido avisados de lo ocurrido y como gatos monteses trepándose a los árboles, llegaron a los techos de la fortaleza por los cuales se deslizaron como culebras en busca de presa.

“Walkiria y Kaíno se apercibieron, y ambos se aprestaron a la lucha.

“Los hombres de Kaíno caían de los techos como frutas maduras cuando el viento sacude el árbol, y los arqueros de Walkiria les apresaban vivos o muertos según se presentara el caso.

“Los silbos de Kaíno dieron a entender a los suyos que se trataba de una lucha a muerte, y se tornaron como fieras rabiosas.

De nada valía la palabra de paz de Abel que llamaba a la calma, mientras apartaba a su madre y a la Reina a un rincón del pórtico.

“—Llevadlas al interior de la Fortaleza –decía Walkiria a Abel–, que mis arqueros bastan para restablecer el orden.

“En realidad lo que más deseaba la Matriarca, era alejar de allí a Abel, pues había visto las miradas de Kaíno que les señalaba a sus hombres la persona de Abel, por lo cual la intención de ellos era apoderarse de él.

“Ada y Evana abrazadas de Abel le arrastraban también hacia dentro.

“Casi todos los hombres de Kaíno estaban ya maniatados, cuando de pronto entró silbando una flecha que hirió al centurión de los arqueros en el hombro izquierdo, luego otra y otra más. Eran disparadas desde el espeso bosque que llegaba hasta la plazoleta delantera.

“— ¡Adentro, Príncipe Abel! ¡Adentro! –gritaba Walkiria.

“—Idos vos también, Matriarca –le dijo Kaíno–, y yo pondré calma en mis hombres. –Y diciéndolo se tiró con todo su peso sobre ella para arrojarla a tierra.

“Entonces Walkiria que parecía un dios guerrero, le puso el pie sobre la espalda pues había caído boca abajo.

“—Muerde la tierra reptil venenoso –le dijo–, y que la Justicia de Dios caiga sobre ti.

“En ese preciso instante uno de los hombres de Kaíno que espiaba desde el techo, arrojó con fuerza su puñal sobre Abel, que se inclinaba a socorrer a su madre presa de un desmayo. El arma aguda y de doble filo penetró como un punzón en la espalda de Abel por el lado izquierdo tocándole el corazón. Walkiria corrió hacia él y le sacó el puñal que destilaba sangre.

“— ¡No es nada, no es nada! –decía Abel, procurando tenerse en pie sostenido por Walkiria y la Reina–.

“El odio es fuerza destructora. ¡El amor es vida y es paz!

“Piensa en el amor Kaíno, y que Dios te perdone.

“¡Madre!... ¡Reina mía, Walkiria, sed clementes con los que aún no saben ser buenos!...

“Fueron sus últimas palabras.

“Kaíno no había vuelto en sí del golpe recibido y yacía aún tendido entre los cuerpos de sus hombres heridos, y otros amarrados con cuerdas.

“Abel fue llevado al lecho de la Reina, y Evana al suyo. Cuando la madre volvió al conocimiento, el gran hijo, el amado hijo que había sido su gloria y su dicha, ya no vivía más sobre la tierra.

“Se abrazó a su cadáver aun tibio y la escena que allí tuvo lugar no es para ser descrita sino para ser sentida y vivida por aquellos que sepan lo que es un amor como el que aquella madre tuvo a ese hijo.

“Kaíno fue mandado al Peñón de Sindi, condenado a cadena perpetua por la intercesión de la Reina Ada que recordaba las últimas palabras de Abel: *“Sed clementes con los que aún no saben ser buenos”*. Todos los príncipes y caudillos de la Alianza querían para él una terrible muerte: ahorcado, descuartizado, quemado vivo, todo les parecía poco para su crimen. Las últimas palabras de Abel le salvaron la vida.

“Era el Hombre-Luz, el Hombre-Amor, el Cristo-hombre, y su amor para todos los seres envolvió también a Kaíno, que amarrado a una roca en el pavoroso Peñón de Sindi, comprendió por fin, que teniéndolo todo, lo había perdido todo, y que habiendo nacido junto a la luz, se había rodeado de tinieblas, por su soberbia y desmedida ambición.

“¡Qué doloroso regreso el de las tres amantes mujeres que recibieron el postrer suspiro del Hombre-Luz!

“Sobre el lomo de un elefante, bajo colgaduras de púrpura, regresó Abel al Santuario de La Paz, acompañado de su madre, la Reina Ada y Walkiria.

“Había salido tres días antes a todo el correr de su caballo, a salvar a su madre y a la Reina de las furias de Kaíno, y volvía traído por ellas, que aunque estaban con vida, tenían la muerte dentro del alma.

“—Mi niño rubio –decía Evana besándole los cabellos–, ya no veré más tus ojos color de hoja seca.

“— ¡Aquí estoy madre!... ¡Y estos mismos ojos te miran desde el inmenso infinito! –le dijo una suave voz apenas perceptible.

“Evana levantó sus ojos inundados en llanto, y vio junto a ella la visión resplandeciente de Abel.

“Ese mismo día le vimos todos en el recinto de oración, cuyo ambiente saturado de angustia, no permitía otra vibración que la de aquel nombre tan amado, que parecía le llevábamos todos grabado a fuego en el corazón”.

El Esenio lector, Nasan, dejó caer el papiro sobre el pupitre y exclamó como en un suspiro muy hondo:

— ¡Así paga siempre la humanidad a los grandes seres que le traen la luz y el amor!

Yhasua con una palidez mate en su semblante, parecía absorbido por un pensamiento profundo que hacía incierta y vaga su mirada.

Los cuatro doctores de Israel parecían volver a la realidad de su vida suspendida unas horas viviendo el pasado remoto, a donde les había llevado la lectura de los papiros del "Patriarca Aldis".

— ¿Qué opináis de esto? –preguntó por fin Yhasua a sus amigos.

—Que sobrepasa a cuanto podíamos esperar –contestó José de Arimathea.

—La sencillez de la narración –añadió Nicolás de Damasco–, le da el tinte inconfundible de los hechos vistos, palpados y vividos. Sólo un testigo ocular relata de ese modo.

—Y es sólo el rollo setenta y nueve que hemos leído –observó Nicodemus–. Es un pequeño fragmento de las Escrituras que constan de ochenta rollos.

—Y todos desde el primero al último tienen el mismo estilo, sencillo y claro, sin contradicciones ni subterfugios –dijo el Maestro Melquisedec, que era quien lo había traducido al sirio-caldeo, como otro Maestro lo había vertido al griego que era su lengua nativa.

—Necesitamos sacar copias –decía Gamaliel, para que podamos estudiar a fondo estos asuntos.

—Se están sacando, ya lo veis –replicó el Servidor–. Por lo menos ya tenemos dos: una en sirio-caldeo y otra en griego.

—Falta una en latín –dijo Nicolás–, y esa si me permitís la sacaré yo.

—Ya está comenzada –dijo otro de los Maestros de Yhasua–, y creo que para la luna próxima estará terminada.

—Pero vosotros trabajáis como máquinas –observó el tío Jaime–. Decidme, ¿cuándo dormís y cuándo coméis?

—Comer y dormir –contestó el Servidor–, es cosa muy rápida y que nos lleva poco tiempo. Nuestra vida entera, es el trabajo por la Verdad Eterna que hará buenos y justos a los hombres.

— ¿Creéis pues que el mayor mal de la humanidad es la ignorancia? –preguntó Nicodemus.

—Justamente. Y la obra máxima de los hombres de ideal, es dar la Verdad a las muchedumbres como el pan de cada día.

—La humanidad mata a los predicadores de la Verdad –observó Gamaliel–, y de ahí viene la dificultad para su divulgación.

—Los mártires de la Verdad, surgen de nuevo a la vida y vuelven a morir por ella, y la siguen pregonando a través de los siglos que la sepultan

luego bajo los escombros de falsedades que por sí mismas se derrumban –observó Tholemi, otro de los sabios maestros de Yhasua.

—Hay que tener en cuenta –dijo Nicolás de Damasco–, que no toda la humanidad tiene el mismo desarrollo intelectual que es necesario para comprender la Verdad Divina.

—En cuanto a la comprensión de la Grandeza Divina, tenéis razón –contestó el Servidor–, pero todos podemos comprender un relato como las Escrituras del Patriarca Aldis, que son como un retazo de vida humana clara y lógicamente vivida hace ocho mil trescientos años antes de la hora actual. ¿Qué necesidad había de desfigurar los hechos naturales y sencillos, con lo inverosímil y maravilloso menos comprendidos aún?

—He pensado muchas veces, que lo más indispensable que hay para predisponer a la humanidad a la comprensión de la Verdad, es familiarizarla con la ley de evolución en los mundos y en los seres –dijo Gamaliel–.

"La escuela de Sócrates y Platón tuvo esa tendencia, pero fue ahogada al nacer, por los materialistas epicúreos que encontraron más cómodo disfrutar la alegría de la vida llena de realidades palpables y halagadoras, dejando lo intangible, lo invisible, para los siglos futuros o para la vida de ultratumba".

No obstante que estos comentarios absorbían la atención general, todos percibieron que Yhasua se había quedado como sumido en profunda meditación. Y José de Arimathea le sacó de ese estado.

—Yhasua, ¿en qué piensas que así te encierras en ese silencio? –le preguntó.

—Pensaba en Kaíno –contestó–. ¿Qué extraña fuerza indomable será esa que le dominaba aún en medio de un ambiente como el que había entre los Kobdas? ¿Por qué él fue insensible a la influencia divina del bien y del amor, que subyugaba y atraía a todos? ¿Por qué sus torcidas tendencias no se equilibraban con el peso de tanto bien, como vio a su alrededor desde la niñez? Ser malo entre los malos puede ser fácil; pero ser malo entre los buenos, es ya una monstruosidad del mal.

—Del relato mismo del Patriarca Aldis –dijo Melquisedec–, se desprende en varios pasajes, que los Kobdas se preocuparon mucho por él, debido a que por revelaciones espirituales conocieron su pasado desde remotas edades, y en casi todas sus encarnaciones anteriores había obrado mal, en contra de los obreros del bien y de la justicia, impulsado por la ambición.

—Además –añadió el Servidor–, sabemos que hay seres que desde lejanos comienzos de vida física en especies inferiores, y por acontecimientos espirituales o por influencias astrales, tienen más predisposición al bien que al mal. En cambio hay otros que conservan por más tiempo

las tendencias propias de sus lejanos comienzos en la materia orgánica, lo cual les dificulta sacudir el yugo de los instintos feroces y brutales.

"A esto hay que añadir, que cuando el ser llega a la capacidad de comprensión y razonamiento, está la Ley del Libre Albedrío que abre al alma horizontes muy amplios, los cuales acepta o rechaza libremente.

"Somos libres de aceptar lo mejor, o lo peor, pero estamos sujetos a las consecuencias que trae el bien o el mal elegido.

"La variedad de los seres es infinita, y así como no hay dos fisonomías perfectamente iguales, no hay tampoco dos inteligencias iguales en evolución.

"Kaíno comprendía únicamente la grandeza del poder del oro, de la fuerza y la quería poseer a toda costa. Como no podía conquistarla por sus obras dignas del amor de los pueblos, la buscaba por la violencia y por la fuerza. Tuvo evolución intelectual, pero no le interesó la evolución moral.

"¡Cuántos Kaínos hay en el mundo, Yhasua, que teniendo a su lado el bien, la justicia, el amor, se enredan en los caminos del mal, llevados por una ambición material que acaso les dé lo que anhelan, pero a costa de su propio espíritu que se retrasa inmensamente en su camino hacia el Bien Supremo, que es Dios!

"Además, el bien trae consigo la Luz Divina, como el mal trae las tinieblas para el alma que se entrega a él.

"De ahí viene que no todas las almas comprendemos de igual manera al Bien Supremo, al Ideal Eterno.

"Somos muchos los que creemos que ese Bien Supremo del cual emana toda vida, existe con vida eterna, pero somos muy pocos los que nos dedicamos al estudio de esa Causa Suprema. Y somos pocos porque para llegar sólo a despertar en nosotros el deseo de estudiarlo y conocerlo en todas sus fases y aspectos, en toda su grandeza y poderes supremos, ya es necesario que tengamos una evolución avanzada, por lo menos que hayamos entrado de lleno en el camino de nuestro perfeccionamiento. Para desear conocer a Dios, es porque ya van muriendo en nosotros las ambiciones de grandeza material y los groseros deseos.

"Cuando a la humanidad le baste su pan en la mesa y su túnica para cubrirse, entonces seremos muchos los buscadores de Dios y los que comprenderemos sus leyes divinas y eternas, que ahora aparecen como hermosas creaciones fantásticas para la gran mayoría, debido a su atraso moral y espiritual.

—Muy bien, Servidor –dijeron varias voces a la vez–. Vuestra filosofía sobre Kaíno, debe ponernos en guardia a todos los que sentimos ya demasiado fuertes el impulso de dar un gran vuelo hacia la Verdad Suprema –añadió Nicodemus.

— ¿Ponernos en guardia? ¿En qué sentido? –preguntó Yhasua que pareció volver a la realidad de esos momentos.

—En saber escoger los seres que han de compartir con nosotros esos vuelos sublimes y atrevidos hacia la Divinidad, a la cual queremos penetrar desde nuestro oscuro destierro –contestó Nicodemus.

—Todas las más antiguas Escuelas de Divina Sabiduría han tenido esta vigilante cautela. Y por eso la Fraternidad Esenia tiene los Siete Grados de educación y desarrollo espiritual, en los cuales vamos puliéndonos a nosotros mismos y dando pruebas de nuestro adelantamiento en los caminos de Dios –contestó el Servidor.

—En los grados primero y segundo –añadió Nasan–, ya se vislumbra en cada alma si podrá volar de frente a la Luz Eterna, o si deberá quedar por más tiempo sin poder desprenderse de los prejuicios de ideas preconcebidas desde existencias anteriores.

—Hay que contar también con otras fuerzas que atan a las almas al pesado carro del atraso espiritual –observó José de Arimathea–, y son las emanadas de la ley de afinidades, con las cuales debe luchar el interesado mismo y no sus maestros.

"Quiero decir que al formar nuestra aula para la divulgación de estos conocimientos, poco fruto conseguiremos si aceptamos entre los alumnos seres que tienen sus afinidades en otras corrientes adversas a la nuestra. Para la mejor comprensión, pondré un ejemplo: el de la fuente.

"Dos hombres llegan a beber, la linfa cristalina y serena les refleja su imagen en el terso espejo de la superficie. Se arrodillan sobre el musgo, inclinan la cabeza hasta tocar con sus labios el agua y beben. Llegan otros montados en bestias y para no molestarse en bajar, entran con ellas, se remueve el lodo del fondo y el agua se enturbia. "¡Qué agua más desagradable la de esta fuente!", exclaman.

"Así pasa con la Divina Sabiduría, fuente de luz y de verdad eternas. Muchos nos acercamos a beber, pero no todos llegamos a Ella con la túnica limpia, y muchos llegamos montados en la bestia de las pasiones, de los egoísmos humanos, y de los prejuicios que hemos traído de otros ambientes y de otras ideologías.

"Los idólatras por ejemplo, que hicieron su dios de un becerro de oro o de una serpiente o de un cabrón con cuernos de oro y rubíes, difícilmente aceptarán la idea de un Dios invisible que vive como una esencia en todo cuanto tiene vida. Y por largas edades continuarán buscando dioses materiales visibles y palpables.

"Tengo un amigo educado en la escuela griega y aun cuando ha llegado a conocer y aceptar nuestra filosofía, no puede olvidar las hermosas fantasías en las cuales nació y vivió.

"¡Cómo me cuesta pensar –decía–, que el astro de la noche no es la

lámpara de Diana que busca a Endimión perdido en el bosque, sino un pequeño mundo de montañas y lagos, donde aún viven seres orgánicos!"

— ¡Es así amigos, es así la lucha formidable que se presenta en los campos en que se debaten los hombres! –dijo Nicolás de Damasco–. Nuestro Hillel inolvidable, llevado de su ardoroso entusiasmo por la suprema Verdad conquistada, tomó discípulos sin estricto control y eso le restó fuerza espiritual para defenderse de sus adversarios.

"Mal interpretadas sus doctrinas sobre la Causa Suprema, fue tomado como un hebreo paganizado que encontraba a Dios en el aire, en el agua, en todo cuanto existe. Y más todavía, fue juzgado como un vulgar embaucador.

—Cuando una Escuela de Divina Sabiduría es homogénea y de una perfecta armonía de pensar y de sentir, esa fuerza invencible la defiende del exterior, y le forma como una barrera que nadie puede romper. Por eso las Antiguas Escuelas vivieron largos siglos, hasta que la flaqueza humana o una imprudencia impensada, traía el desequilibrio de ese ambiente sutil y elevado, y como un castillo de naipes se derrumbaba todo de un soplo".

Estas palabras del Servidor pusieron en el ambiente un dejo de tristeza que se esfumó en el suave silencio esenio en que cada cual pensaba:

"Esta flor de la Divina Sabiduría, es de tan elevada naturaleza, que los vientos de la ambición o del atraso impiden que se abra en este plano físico".

—Que la Divina Sabiduría –dijo el Servidor terminando aquella reunión–, no aparte su luz de nosotros, que de verdad queremos llegar hasta Ella.

— ¡Así sea! –dijeron todos, y salieron del Archivo a los vallecitos perfumados de flores que rodeaban las grutas del Santuario.

Llenos como estaban de las grandes verdades recientemente descubiertas, las conversaciones volvían sin poder apartarse de aquel piélago de luz que de pronto les había inundado.

—Mi afán es tanto –decía Nicodemus–, que no soporto la espera a tener la copia para continuar sabiendo. Decidme, la muerte de Abel, ¿trajo el desequilibrio de aquella magnífica organización de pueblos fundada por Bohindra?

—No –contestó el Maestro Tholemi, que con Melquisedec y Yhasua, acompañaba a los huéspedes–. El Patriarca Aldis dice en los siguientes papiros, que los príncipes de la Alianza eligieron a Adamú para reemplazarlo y que éste quiso ser asesorado por su padre, por lo cual el Patriarca Aldis entró a formar en el Consejo de los Cinco que estaba compuesto de ellos dos y las tres Matriarcas designadas antes por Abel. Y además, fue el Patriarca del Santuario de la Paz, que de allí le quedó ese nombre

de Patriarca, que era como un título de gran honor para su significación de equidad y justicia.

—Evana –añadió Yhasua–, sólo sobrevivió tres años a la muerte de Abel, pues el amor de Seth su segundo hijo, no pudo llenar en su corazón, el gran vacío dejado por el primero. Y Adamú entristecido por este nuevo dolor, dejó en su lugar a su hijo Seth que ya entraba a sus dieciocho años, y cuya clara inteligencia y maduro juicio lo hacía parecer un hombre de cuarenta.

—Era la reencarnación de Senio, aquel gran Senio que había sido una lámpara viva entre los Kobdas y que desencarnó a los doce años de Abel –añadió el Maestro Tholemi.

— ¿Qué fue de Adamú? –preguntó José de Arimathea.

—Se fue a Neghadá sobre el Nilo, donde vistió la túnica azulada y fue un Kobda de gran prudencia y sabiduría. Fue elegido Pharahome de Neghadá cuando cumplía sesenta años.

"Su hijo Seth al cumplir los veinte años se unió en matrimonio con una hermana de la Matriarca Walkiria, y fue el fundador de una noble y sana dinastía en la Escandinavia, juntamente con otra pareja salida de Neghadá hacia aquellas regiones.

—Noruega y Suecia tienen en su lejano origen los nobles principios de la Civilización Kobda –observó Melquisedec–, no obstante de estar tan apartadas de las regiones que fueron la cuna de aquella gran corriente civilizadora.

—No podíamos haber deseado otro mejor relator que el Patriarca Aldis –decía Gamaliel–, que estuvo en el centro de toda aquella actividad, y cuya larga vida de ciento tres años parece que le fue dada para que lo viera todo y después lo contara todo a la humanidad futura.

—Y no obstante eso –observó Nicolás–, la humanidad ha vivido en el engaño hasta ahora, porque malgasta y pisotea los dones divinos y apaga la luz que se le brinda.

—Es que hay cierta porción de humanidad que tiene miedo de los conocimientos superiores –observó juiciosamente Yhasua–, y parece preferir la vida sin inquietudes espirituales, lo cual le resulta más cómodo.

—Es que la inquietud espiritual por saber la verdad de todas las cosas, viene cuando el espíritu humano ha pasado la línea divisoria entre el consciente despierto y el consciente dormido. Cuando la conciencia se ha despertado a la Eterna y Divina Realidad, ya no hay nada que le detenga en su ascensión a las cumbres donde hay luz.

"Mientras que cuando el consciente está aún dormido, no piensa por sí mismo, pues está a gusto aceptando lo que otros han pensado y sugerido a la humanidad, ya por ignorancia o ya porque juzgaron que

era demasiado nueva para comprender la verdad en toda su amplitud soberana.

— ¡Exacto, Maestro Melquisedec! –dijeron varias voces a la vez.

—Habéis hablado como un Maestro que sois –añadió Yhasua, cuyo sentir y pensar vibraba a tono con sus sabios maestros.

Pocos días después, los cuatro doctores de Israel regresaron a Jerusalén llevándose el tesoro para ellos de gran valor de una copia de las Escrituras del Patriarca Aldis, para la escuela secreta que tenían en la ciudad de los Reyes.

En su estadía en el Santuario del Tabor, habían planeado además las bases para un Aula pública en la ciudad de Damasco, donde Nicolás, originario de allí, ponía a su disposición la vieja casa paterna para tal objeto. Ellos tomaron el camino del Sur, y Yhasua al despedirlos se internó en el laberinto de la montaña hacia la casita de piedra.

Oigamos ahora una conversación de él con Nebai, la hermosa jovencita hija del escultor que debía emprender viaje a Ribla con su familia. El lector recordará que el viejo sacerdote de Homero, Menandro, quería consagrarla sacerdotisa del templo de Homero que se acababa de construir.

—Esta fuente y esta pequeña casita de piedra quedará solitaria y triste con nuestra ausencia –decía la niña a Yhasua esa tarde después de la instrucción que sobre asuntos de Dios y de las almas le había hecho él, según costumbre.

—Mira Nebai; para los amantes de Dios, todas las bellezas de Dios están a su alcance.

“Esta fuente y esta casita no estarán solitarias ni tristes, porque tu recuerdo, tu pensamiento, la llenarán de luz y de alegría.

“Además, yo he pensado hacer aquí mi gabinete de estudio y meditación.

— ¿De veras? ¡Oh, qué bonita idea!

“¡Entonces Yhasua, a esta misma hora yo pensaré en la casita y en la fuente, en las palomas y los rosales, en los jazmineros nevados de flores y así mi destierro será menos triste!

— ¿Cómo, Nebai?... ¿Le llamas destierro a Ribla? ¡Ay! ¡No sabes lo que dices hermana mía! Cuando estés allá, todo esto que encuentras tan bello, te parecerá pobre y mezquino comparado con aquello.

“En vez de esta fuente, tendrás el hermoso río Orontes con sus platanares y sus florestas, pasando al pie de aquel venerable castillo que será tu habitación. En vez de estas palomas, garzas blancas y rosadas irán a comer a tu mano en aquel gran jardín solitario, donde el blanco templo de Homero, delicado y pequeño como un tabernáculo de mármol, te recordará a ese ser de los cantos inmortales. En vez de

estas serranías galileas, el panorama imponente y grandioso de las montañas del Líbano, cuyas cumbres cubiertas siempre de nieve, se confunden con las nubes del cielo. ¿Es eso un destierro, Nebai?

—Todo eso es hermoso en verdad –contestó la adolescente–, ¡pero no estarás tú, Yhasua, que has llegado a ocupar un lugar tan grande en mi vida! ¿A quién le preguntaré yo todas las cosas y quién me dará las respuestas que me das tú?

—Ya sabía yo que me dirías esto y por eso te dije al comenzar esta conversación, que "para los amantes de Dios, todas las bellezas de Dios están a su alcance".

—Belleza de Dios es tenerte cerca de mí, Yhasua, y oír tu palabra. Y eso no lo tendré en Ribla. ¡Estoy tan acostumbrada a esta visita tuya todas las tardes!

—Pero tampoco la tendrías cuando yo me volviera a Nazareth con mi familia –le observó Yhasua–. Y los servidores de Dios tenemos que sobrepasar todos estos inconvenientes creados por la materia que revestimos.

— ¿De qué manera? –preguntó Nebai.

—Ya sabes que la Eterna Ley tiene hilos invisibles que atan las almas unas a otras, como atas tú las flores para formar una guirnalda.

— ¿Y por qué la Ley Eterna se empeña en atar las almas con hilos invisibles? –preguntó la niña.

—Porque las almas que son afines, o sea, que piensan y sienten de igual manera, forman unidas una poderosa corriente, que las Inteligencias-Guías de la evolución humana, utilizan para impulsar las masas de seres poco evolucionadas a dar un paso en su camino, o apartarles del mal en que se hallan sumidos.

"En los Santuarios Esenios donde he pasado casi el mayor tiempo de mi vida, se observan a diario cosas que al común de las gentes les parecerían maravillosas. Y es debido a la fuerza que tiene esa corriente que se llama afinidad, formada por la igualdad de pensar, de querer y de sentir entre almas que se unen para un determinado fin.

"Por ejemplo: del Santuario sale uno o varios hermanos en misión benéfica y justa sobre un determinado lugar. Los que quedan, les siguen con su pensamiento y su amor. Y en las horas del sueño les evocan y les llaman para alentarles y ayudarles al cumplimiento de lo que se proponen. En las crónicas que llevan los solitarios, se encuentran relatadas muchas de estas bellezas de Dios. En el Monte Quarantana, hubo un esenio que yo he conocido y que ya no vive en la tierra. Le llamaban Hussin aunque su nombre de familia era Publio Virgilio Marón, originario de Italia. Un tío materno suyo era Gran Servidor en el Santuario de Moab, y como éstos grandes Maestros

sabían que se acercaba el tiempo de la llegada del Mesías, querían que el ambiente terrestre se sutilizara un tanto para poder darle entrada. Hussin era un buen sujeto para intermediario, debido a su gran facultad sensitiva. Era un Esenio de tercer grado, joven todavía, y los Maestros encontraron en él las condiciones necesarias y fue enviado a la Roma de los Césares.

"La Ley Eterna no había dejado ver aún el sitio preciso en que el Espíritu Luz tomaría la vida física. Y siendo Roma la que tenía el timón de la civilización humana, los Maestros pensaron que toda la fuerza del bien y del amor debían impulsarla en aquella dirección. Y Hussin dejó la soledad del Santuario y fue a Roma llevando en sí toda la fuerza de amor, de paz y de justicia que los Esenios de todos los Santuarios emitían por medio de él.

"Y Augusto César se enamoró de los cantos divinos y proféticos de Virgilio, fue su poeta favorito; y la llamada larga paz romana permitió el acercamiento del Hombre-Luz al plano terrestre.

— ¿Y dónde está ese Hombre-Luz? –preguntó Nebai con marcado anhelo.

—Parece que los Maestros Esenios lo han descubierto ya; pero yo no lo sé todavía. Cuando lo sepa Nebai, te lo diré.

"Volvamos al asunto que veníamos tratando.

—Sí –dijo Nebai–, el de los hilos invisibles.

—Bien: te decía que al igual que hacen los Maestros Esenios cuando salen algunos hermanos en misión, debemos hacer nosotros. Tú tienes que ir a Ribla con tu familia, y si tú y yo queremos, tu viaje y estadía allí puede ser de gran beneficio para muchos. Tú y yo podemos encontrarnos durante el sueño, o enviarnos el pensamiento que la ley de la telepatía llevará del uno al otro, como un delicado mensaje de nuestras almas unidas por un lazo invisible de la afinidad.

—A ver, a ver, Yhasua, explícame bien eso que no lo he comprendido.

—Escúchame Nebai: el alma humana, cuando ha llegado a la evolución que tú tienes, puede desprenderse de su materia para ir hacia donde el hilo invisible de la afinidad la lleve. Tú puedes hacer hermosos ensayos, que serán como ejercicios espirituales para desarrollar la facultad de transportarse en espíritu a un determinado lugar. Por ejemplo: yo vendré a esta fuente que te es tan querida, todas las tardes al ponerse el sol. Tú que sabes esto, te tiendes en tu lecho a esa hora y te duermes pensando que el hilo invisible de la Ley te traiga a la fuente en espíritu. El grado de mi desarrollo espiritual me permitirá escuchar tu mensaje, y a veces verte como puede verse una visión mental o una visión materializada.

"En otras épocas lejanas, tú has hecho estos ejercicios, porque viviste años en una gran Escuela de Divina Sabiduría que se llamó Fraternidad

Kobda. Fuiste maestra de otras almas más nuevas que la tuya, y tu nombre era Nubia de Manh.

— ¡Oh, Yhasua! ¿Cómo lo sabes tú?...

—Por las historias del pasado que estudio en el Santuario con mis Maestros.

"¿Nunca oíste decir que tenemos muchas vidas sobre este plano físico?

— ¡No, jamás oí tal cosa!

—Es que tienes tan pocos años, Nebai, que no has tenido oportunidad de aprenderlo aún.

"La Ley Eterna es así: Todo ser en la Creación Universal, nace y muere innumerables veces. Ni tú ni yo tendremos tantos cabellos en la cabeza como vidas físicas hemos tenido en este mundo o en otros.

"Hemos recorrido en largas edades, toda la escala del progreso eterno, y aun no sabemos cuántos siglos tardaremos en llegar al fin.

— ¿A cuál fin, Yhasua, a cuál fin?

—A la Suprema Inteligencia, de la cual salimos un día como sale una chispa de una hoguera, y a Ella hemos de volver convertidos en llama viva, dice nuestra ciencia divina.

"Pues en aquella vida tuya en que fuiste una maestra Kobda con el nombre de Nubia de Manh, tenías, entre otras facultades, la de transportarte en espíritu a distancias, y llevada por el hilo invisible de la afinidad. De aquella vida tuya han pasado largos siglos, en los cuales habrás progresado mucho. Las facultades adquiridas en una vida, pueden ser despertadas en otra con el ejercicio y la voluntad.

— ¿Y cómo has podido saber tú, Yhasua, que esa Nubia de Manh y yo, somos el mismo espíritu?

—Cuando los Maestros Esenios trajeron aquí a tus padres y tus dos hermanos mayores, lo hicieron al principio llevados por el deseo de librar a tu madre de una horrible persecución que sufría de parte de un poderoso magnate, y por proporcionar medios honrosos de vida a tu padre y hermanos. Pero no bien estuvieron ellos instalados en esta cabaña, los Maestros recibieron tu visita espiritual. Tú eras un alma sin materia, vibrando como una luz en el espacio infinito y te diste a conocer a ellos como compañera de largas edades y en particular en esa vida de Nubia de Manh. Les dijiste que ibas a entrar de nuevo en la vida física en este hogar en que has nacido. Los Maestros Esenios esperaban tu llegada. ¿Has comprendido ahora?

— ¿Cómo no he de comprenderlo si me lo explicas con tanta claridad?

—Otros con menos evolución que tú, no lo comprenderían y si yo te lo explico a ti, es porque sé que puedes entenderme.

"Si comprendes y aceptas esta sublime fase de la Ley Eterna, para ti

será fácil comprender, asimismo que en cada una de tus vidas pasadas te has probado y ejercitado en todas las formas y aspectos imaginables; porque es así como el alma se forja y se perfecciona. Habrás sufrido horrores, habrás cometido desaciertos, habrás hecho obras buenas, habrás subido a posiciones encumbradas, y habrás sido esclava, vendida y comprada como una bestezuela indefensa. Esa es la Ley Eterna de la evolución, Nebai, así la queramos como la neguemos; así la aceptemos como que la rechacemos.

"Yo, por ejemplo, he sido pastor, labriego, picapedrero, marino y he sido también rey, filósofo y médico, en un país que hoy yace en el fondo de los mares, a donde fue sepultado por un gran cataclismo hace catorce mil años.

"Y hoy, ya lo ves, soy el hijo de un artesano en una ignorada comarca del mundo, mucha parte del cual ignora hasta el nombre de Nazareth.

"Cuando fui labriego o pastor, cuando rompía con mi brazo las rocas que regaba con mi sudor, ¿quién podía reconocer allí al Rey Anfión de Orozuma, que ocupó la atención del mundo civilizado de entonces?

"Si hemos vivido muchas vidas, esas personalidades humanas han tenido un nombre, ignorado de muchos o conocido de todos. Por las facultades espirituales cultivadas, podemos llegar a leer en el más remoto pasado como en el presente.

"¡Oh! Nebai... La grandeza de Dios tiene magnificencias de sabiduría y de poder, y tratar de conquistarlas con nuestro esfuerzo es el deber de las almas que han llegado a una mediana evolución. De no hacerlo así, más nos valdría haber permanecido sumidos en la oscuridad inconsciente de las especies inferiores, donde aún no se ha despertado por completo la inteligencia que vive allí en embrión, y que se le llama instinto; razón por la cual no existe la responsabilidad, ni el libre albedrío.

—De aquí a seis días saldremos para Ribla según lo he oído a mi padre –dijo Nebai–, y perdona, Yhasua, que interrumpa tu explicación sobre las vidas sucesivas que creo haber comprendido bien.

"Ahora dime, ¿encuentras bien que yo acceda a ser consagrada sacerdotisa de Homero?

—Sí, Nebai, porque eso es un simple accidente de tu vida que no te obliga a cambiar tu senda espiritual, y te pone en una posición muy ventajosa para hacer el bien en medio de la porción de humanidad que te rodea.

"Homero fue un genio inspirado por la belleza divina que recordaba a momentos, como si en ellos volviera a vivir en el plano superior de la legión de Amadores a la que pertenece. De esa elevada personalidad, han hecho en su país natal, Grecia, algo así como un genio benéfico y protector, al cual invocan sobre las mieses, los viñedos, los olivares,

huertos y jardines, porque creen que él flota como un céfiro suave sobre cuanto hay de bello y bueno.

"Le levantan templos formados de columnatas, por entre los cuales todos podemos entrar. Y no hay más altar que un pedestal de mármol con un gran pebetero de lo mismo, donde se pone fuego para quemar perfumes y yerbas aromáticas.

"De la techumbre cuelga una lámpara de aceite de oliva que no se apaga jamás. Tu cuidado será ése, Nebai, quemar perfumes de Arabia, y alimentar la lámpara que debe arder siempre. Es un símbolo de la gloriosa inmortalidad de Homero, y de los pensamientos de amor que desde la tierra suben hasta él en busca de protección.

"Homero vivirá eternamente", dice la luz de su lámpara.

"Hacia él va siempre la ofrenda de nuestro amor", dicen las esencias que se queman en las ascuas ardientes.

"A la doncella elegida para sacerdotisa, se le asigna una renta vitalicia mientras se mantenga en estado de doncella, o sea sin tomar esposo, pero no le está prohibido casarse si así lo desea. Otra doncella la reemplazará.

"Debe cantar cada día a la salida o a la puesta del sol, una estrofa de los cantos de Homero. Debe ser la depositaria y guardiana de las ofrendas o votos que los amantes del genio tutelar le llevan a su templo. Y cuando consisten en frutas, olivas, aceite o jugo de vid, la sacerdotisa puede distribuirlos entre los niños menesterosos, que por tales dones, quedan bajo la tutela del genio benéfico.

"Tal es la tradición entre los descendientes del poeta inmortal.

"Como ves, no hay nada oneroso ni indigno en todo esto, antes al contrario, una aureola de respeto te rodeará, Nebai. Ayudarás con esto a tu propia familia, que podrá con más facilidad abrirse un camino honrado de trabajo, en un medio ambiente de equidad y rectitud.

"Ya verás, Nebai, ya verás qué ancho campo se abre ante ti para derramar el bien a manos llenas.

— ¿Me ayudarás, Yhasua, me ayudarás a cumplir con mi deber, en ese ancho campo en que tú me ves? –preguntó Nebai como si le causara alarma verse sola en la nueva vida que iba a comenzar.

— ¡Claro que sí! ¿Cómo lo has puesto en duda? Te ayudaré a distancia, y una vez cada año iré acompañando al Anciano Menandro que mientras viva, no te descuidará.

"Además, con una madre como la tuya, nunca debes creerte sola.

"Mírala. Viene en dirección a nosotros trayéndonos una cestilla de frutas y golosinas.

La suave y dulce mujer se sentó con ellos al borde de la fuente diciendo:

—Hermoso hijo de Myriam: ¡cuánto echaremos de menos en Ribla, estas horas de amor y de paz, que traes contigo a esta cabaña!

—Acabo de enseñar a Nebai la forma de no echarme de menos –le contestó Yhasua sonriente–. Es una excelente discípula vuestra hija, y ya hemos quedado de acuerdo en todo y para todo. Ella os lo explicará, y yo os ruego que le ayudéis con vuestra tierna vigilancia, para que ella tenga firmeza en sus nuevas actividades.

"Ya os dije, que mi madre vendrá a despediros según vos lo habéis pedido.

—Sí, sí, la estoy esperando. ¡Myriam es el único lazo de familia que me une a estas tierras, que dejaré sin pena porque en ellas he padecido tanto!...

— ¿Lo oyes, Nebai? Tu madre va a Ribla feliz y contenta. Y yo lo estoy también de que vayáis, porque hay algo en mí mismo que me dice o me anuncia, que vosotros vais a abrir el camino de la luz hacia Antioquía.

"El Orontes pasa besando vuestros jardines, y acaricia también los muros de aquella gran capital que encierra para mí como una promesa de grandes cosas. Aun no acierto a definir lo que se encierra en este sentir mío, pero creo que muy pronto os lo podré decir. Acaso en la primera visita que os haga en la próxima primavera.

Pocos momentos después, Yhasua tornaba al Santuario a pasos lentos, mientras dejaba correr su pensamiento sobre un futuro que comenzaba a ver levantarse como entre una bruma de oro pálido, hacia aquella populosa ciudad, hermosa cortesana lúbrica que vivía en un eterno festín, pero que una voz íntima le decía:

"¡Más fácil es prender el fuego del amor divino en la cortesana que ríe porque ignora el dolor ajeno, que en la rígida Jerusalén que conoce el dolor de los humildes, y levanta sobre él su pedestal de oro!"

41
EL DIARIO

Cuando Yhasua entró en sus diecinueve años, algo muy interno cambió en él. Pienso que para conocer a fondo su gran personalidad, es necesario estudiarlo, al par que en su vida externa, también en su mundo interno. Y para esto nos servirá de espejo que lo refleja muy claramente, un diario que al entrar en sus diecinueve años, sintió la necesidad de llevar minuciosamente.

La separación de Nebai, la dulce y discreta confidente de sus primeros años de joven, lo dejó como sumergido en una gran soledad de espíritu. Yhosuelín y el tío Jaime se hallaban en Nazareth ayudando a Yhosep al frente de su taller de carpintería, que cada vez se engrandecía y complicaba por el aumento de obras y de operarios.

Sus Maestros Esenios, buscaban también de dejarle más tiempo consigo mismo, para que su espíritu pesara bien las responsabilidades que tenía sobre sí, y más que nada para que entregado más de lleno a sus propios pensamientos, se orientase hacia su verdadero camino.

—Yhasua –le dijeron un día–. Te hemos enseñado cuanto sabemos en la ciencia de Dios y de las almas. Creemos llegado el momento de que por ti mismo pongas en práctica cuanto has aprendido, y que seas juez de ti mismo en lo que concierne a tus facultades superiores y a todos los actos de tu vida.

— ¿Entonces me abandonáis? –les preguntó alarmado.

—No, hijo mío –le contestó Tholemi, que era el de más edad de los diez instructores–. Nos tienes a tu disposición ahora, mañana y siempre. Pero así como la madre, cuando es hora de que su niño sepa andar solo, no le lleva en brazos sino que le deja en tierra y le impulsa a andar, así hacemos tus Maestros contigo, hijo mío, que has llegado antes que otros, no sólo a andar en la tierra sino a volar como esas águilas que en los días de hermoso sol se remontan hasta perderse en el inmenso azul.

“Ahora ya eres libre de estudiar lo que quieras, de hacer concentraciones, transportes, desdoblamientos de tu Yo íntimo, irradiaciones de fuerza magnética a distancia o en presencia, sobre los seres o los elementos según tu criterio lo vea razonable y justo. Eso sí, en cualquier duda o tropiezo, ya sabes lo que hacemos todos: en la concentración mental de la noche y todos en conjunto hacemos una hora de consulta y comentarios. Hazte de cuenta que eres uno de nosotros, el más joven en edad física, es verdad, pero el más anciano como espíritu.

—Con esto me queréis decir –dijo Yhasua–, que ya me consideráis un hombre que en las cosas del alma debe gobernarse solo.

— ¿Solo has dicho? No, hijo mío –respondió el Servidor–. Un Esenio nunca está solo, puesto que camina guiado por la Ley. En su vivo resplandor están todos nuestros grandes Maestros: Isaías, Elías, Eliseo, Ezequiel, Jeremías, Miqueas, Daniel, y tantos otros que tú conoces y has leído como yo. Y como nuestra Ley nos enseña la forma de evocarles y recibir sus mensajes cuando es necesario, el Esenio debe tener el convencimiento de que jamás está solo.

De esta conversación tenida con sus Maestros, surgió en Yhasua la idea de llevar un Diario en su carpetita de bolsillo. Para sentirse menos solo, allí escribiría día por día sus impresiones, sus luchas, sus ansiedades y anhelos más íntimos.

Su Diario comenzaba así:

"¡Señor, Dios de los grandes y de los pequeños! Los hombres me dejan solo porque juzgan que soy ya un árbol fuerte que puedo afrontar sin apoyo ni sostén, las sacudidas del vendaval"

"Para Ti, Señor, soy siempre el niño que comienza a andar".

"¡Padre mío, que estás en los cielos y en cuanto vibra en tu creación universal..., que estás dentro de mí mismo!... ¡Tú no me dejes en soledad como las criaturas me dejan, porque Tú sabes lo que ellas olvidan: que mi corazón de hombre es de carne y necesita el calor de los afectos de familia, la ternura de la amistad, la dulzura inefable de los amores puros y santos!

"¡Tú sabes, Padre mío, cómo soy, cómo estoy formado con esencia tuya, con fibras tuyas, con átomos tuyos!... ¡Y mi alma, burbuja de tu eterna luz, encerrada está en una materia densa que camina por la tierra donde hay zarzales que se prenden al vestido, y lodo que mancha los pies!...

"¡Padre mío eterno! ¡Amor mío infinito! ¡Luz mía inextinguible! ¡Verdad mía Suprema!... ¡Llena Tú mis vacíos insondables y que desborden tus manantiales en mí, en forma que lo tenga todo sin tener nada! ¡Que tu plenitud soberana baste para todas mis ansiedades!"

Otro día escribía:

"Hoy comencé mis ejercicios de telepatía con José de Arimathea. Al transmitirle mi pensamiento poniéndome en contacto con él, he sentido una vibración de dolor, casi de angustia. Parecióme que debía tener uno de sus familiares enfermo de gravedad. Luego me convencí que era así en realidad.

"Me concentré hondamente y después de un gran esfuerzo, pude transportarme espiritualmente a su lado. Le encontré solo al lado del lecho de su única hijita mujer atacada de fiebre infecciosa. Cuando

yo irradiaba sobre ella fuerza magnética, él pensó en mí con tanta intensidad que mi alma se conmovió profundamente. Creo que la niña está salvada de la muerte.

"¡Padre mío que estás en tus cielos y dentro de mí! ¡Te doy gracias porque no me dejaste solo! Tú estabas en mí cuando yo decía a la niña: "quiero que seas sana: levántate".

"Sentado al borde de la fuente donde tantas veces hablé y escuché a Nebai, le he transmitido mi pensamiento a Ribla.

"He sentido una honda vibración de tristeza y soledad.

"En la glorieta de las glicinas la he visto con su madre que tocaba el laúd.

"He comprendido que aún no me ve, pero que ha sentido la vibración de mi presencia espiritual, porque vi correr dos lágrimas por su rostro que ocultó entre sus manos y apoyó la cabeza en el hombro de su madre.

"Le di tanto amor, consuelo y esperanza, que se animó rápidamente y buscando su carpeta escribió estas palabras:

"Hoy he sentido a Yhasua como si me hablara diciéndome que me acompaña a distancia, y que en la primera caravana me enviará una epístola.

"¡Oh! Yhasua..., qué bueno es tu pensamiento que así ahuyenta del alma, la tristeza y desaliento".

"Pronto podré comprobar si esto es realidad. La caravana pasa por Ribla mañana domingo. A mitad de semana estará frente al camino del Santuario. ¿Vendrá epístola de Nebai que me hablará de esto? Esperemos.

"¡Gracias Padre mío Eterno, por el don divino del pensamiento hecho a vuestras criaturas!

"¡Son las alas para volar que les habéis dado, y que ellas no quieren o no saben usar!

Dos días después Yhasua escribía en su carpeta:

"Ha llegado a mí como un grito de angustia, el pensamiento de Nicolás de Damasco. Una concentración mental profunda me ha dado la clave de este asunto. Aunque quise transportarme espiritualmente a su residencia de Jerusalén, me vi impedido de entrar.

"Siendo en su casa las asambleas de la Escuela Secreta, presiento que ha sido descubierto por un discípulo traidor, y los esbirros del Pontífice han invadido el recinto y aprisionado a algunos.

"Se empeñan en hablar de la aparición del Mesías en esta tierra y el Sanhedrín que vive temeroso de que la luz rompa las tinieblas que ocultan su vida delictuosa, la emprenden a sangre y fuego contra los que pueden servir de instrumento de la verdad.

"Me inquieta sobremanera el impedimento de penetrar espiritualmente en la residencia de Nicolás. Una fuerte intuición me dice que

hay allí seres contrarios que forman una espesa barrera de odios que no puedo romper, sin exponerme a un trastorno nervioso o mental que a nada conduciría.

"¡Padre mío justo y bueno!... Fortalece a tus elegidos para que ensanchen como el mar su corazón, y perdonen a los perjuros, a los traidores, a los ingratos, que habiéndolo recibido todo de tus santos, les traicionan, les olvidan, les arrastran por el polvo para engrandecerse y gozar junto al dolor y el llanto de quienes les dieron vida, luz, ternura y calor!"

Al siguiente día continuaba de este modo:

"Mi bueno y querido Nicodemus me ha visitado en mi concentración espiritual de esta noche.

"De su mensaje mental extraigo este resumen: "Nuestra Escuela de Jerusalén ha sido descubierta, porque un joven levita ha caído víctima de la sugestión que ejerce el deseo de grandeza en ciertos seres.

"El Consejo de Vigilancia del Sanhedrín, ha ofrecido grandes prebendas en el Templo a todo levita que dé aviso de sitios de reuniones cabalistas, donde se hable de revisión de los Libros de Moisés, o de la aparición del Mesías Libertador de Israel.

"Nicolás como dueño de casa ha sido llamado a responder al alto Tribunal.

"Esperan que saldrá bien en sus respuestas y que habrá benevolencia con él, porque forma parte de ese tribunal el tío de Gamaliel y un amigo de José de Arimathea.

"¡Qué oscuro enigma es el alma del hombre!... pienso, mientras voy anotando los mensajes mentales de los que me son queridos y me aman.

"Todo Israel, desde el solio pontificio hasta el más infeliz leñador, vibra en un anhelo conjunto por el Mesías Libertador, promesa de siglos hecha a los hebreos por sus guías y protectores.

"Y los poderosos magnates sienten una inquieta alarma cuando en medio del pueblo se forman agrupaciones preparatorias para la llegada del Mesías. ¿Por qué?..., ¿qué temen?

"Todo el bien que él traiga como Hijo de Dios, como Enviado Divino, será común para todos. Será como la llegada del hijo del Rey, que le envía a su pueblo para aliviar sus fatigas y cansancios, y brindarle el festín eterno del amor. ¿Cabe aquí el temor, la alarma, la inquietud?

"Deshojando como flores mentales estas reflexiones, voy caminando hacia atrás en el panorama de mis recuerdos, como si desandara un camino que hice a mis doce años. Vi a Jerusalén. Vi el templo desde los pórticos hasta lo más apartado de los fosos, hasta la puertecita de escape, y el portalón de los carros y de las bestias.

“El Templo de Jehová era un mercado y un degolladero. La sangre de las bestias inmoladas corría por un acueducto de mármol labrado en el pavimento, desde el altar de los sacrificios hasta el pozo blanco de donde la extraían con cántaros para condimentar manjares que deleitan, en los festines de los magnates.

“En los patios interiores, cuadras, caballerizas y hasta entre los árboles, los traficantes y mercaderes, con ropas ensangrentadas y manos inmundas, se arrebatan las carnes aún calientes, la grasa, las vísceras humeantes, y entregan bolsas de plata y oro a los agentes sacerdotales encargados de tan lucrativo comercio.

“¿No será esta abominación inmunda, esta sacrílega profanación de la Casa de Dios, lo que engendra inquietud a los príncipes del clero, cuando el pensamiento del Mesías cruza como un meteoro por el horizonte nebuloso de su raciocinio?

“¿No vendrá el Mesías con los poderes de Moisés, y azotará de múltiples maneras a los dirigentes de Israel, como al Faraón egipcio por la dureza de su corazón?

“¿No acabará con la inicua matanza de bestias como símbolo de una fe sangrienta, nutrida y alimentada con el horrendo suplicio de inocentes animales?

“Paréceme que todos estos interrogantes golpean en las mentes sacerdotales y pontificales, y de ahí la inquietud y alarma cuando se comenta que el Mesías ha llegado para poner todo en su debido lugar”.

Más adelante estaba escrito en la carpeta de Yhasua:

“Hoy llegaron al Santuario los terapeutas que peregrinaban por el Sur. Vienen desde el Santuario del Monte Quarantana, trayendo un cargamento de epístolas que me dedican los amigos de aquellas regiones. ¡Tan amorosas, tan tiernas, tan llenas de nobleza, que he dejado caer mi llanto sobre ellas!

“Jacobo y Bartolomé, los muchachos de la cabaña de Andrés, porteros del Santuario, la madre Bethsabé enamorada de sus nietitos para quienes me pide muchos besos por el aire; mis tíos Elcana y Sara de Betlehem donde nací; mis primeros amigos de recién nacido, Alfeo, Josías y Eleazar, que me relatan las mil encrucijadas de sus vidas laboriosas y justas; la tía Lía de Jerusalén temerosa por sus hijas casadas con José de Arimathea y Nicodemus, pertenecientes a la Escuela Secreta de la Cábala, recientemente descubierta por el Sanhedrín.

“¡Oh! ¡Padre mío que estas en tus cielos infinitos, y que ves la zozobra de tus hijos indefensos y débiles ante la prepotencia de los poderosos!

“¿Necesitas acaso de que yo te lo pida para remediarles? ¡Tú lo sabes, lo ves y lo sientes todo, porque todos somos como las hebras del cabello de tu cabellera de luz que todo lo penetra y lo envuelve!

“Todos ellos viven en tu amor, Padre mío eterno, y ¡Tú vives en ellos porque son tuyos como lo soy yo para toda la eternidad!”

Y el alma pura y luminosa de Yhasua, seguía vaciándose como un vaso de agua clara sobre las páginas de su carpeta de bolsillo.

* * *

La mayor parte de los trabajos que se hacían en los Santuarios Esenios, consistían en aumentar las copias de toda escritura antigua para que pudiesen ser conocidas por todos los afiliados a la Fraternidad Esenia.

También labores manuales, como muebles y utensilios necesarios; el cultivo del huerto que les proporcionaba gran parte de su alimentación.

Los Ancianos sabían muy bien por avisos espirituales, que la vida de Yhasua sería breve sobre la tierra, y le era necesario aprovechar bien su tiempo en ampliar más sus conocimientos superiores, para que cuando llegase la hora de presentarse a la humanidad como su Instructor, no le quedase nada sin saber. Y así, sin darle explicaciones lo destinaron con preferencia a las copias, pues que al hacerlo, iba bebiendo gota a gota la Divina Sabiduría que subió a tan extraordinarias alturas en lejanas épocas, en que otras Escuelas y Fraternidades habían cooperado con el Espíritu-Luz, a la marcha evolutiva de la humanidad.

Sin descuidar esta tarea, el joven Maestro encontró siempre tiempo para sus ejercicios espirituales, en los cuales demostró una perseverancia invencible, hacía tres concentraciones mentales diarias: A la salida del sol, al ocaso y a la segunda hora de la noche, que es la que en nuestros horarios equivale a las diez de la noche.

Eran éstas sus citas espirituales de amor, de tierna amistad, de hermandad ideológica, que servían de estímulo al amante corazón del Cristo encarnado.

Habiendo venido a la tierra para amar hasta morir, sentía más hondamente que nadie, la necesidad de amar y ser amado con esa noble lealtad de las almas justas, para quienes es un delito grave la traición a la amistad, al amor, a la unión de almas destinadas a caminar juntas en la vida a través de la eternidad.

Continuemos, amigo lector, leyendo en el corazón puro del Hombre-Luz, reflejado en las breves escrituras de su carpetita de bolsillo.

Sentado al borde de la fuente en la cabaña de piedra, poco antes bulliciosa y alegre con las risas de Nebai, Yhasua escuchaba embelesado el arrullo de las palomas, sus aleteos bañándose en la fuente, y el gorjeo de los mirlos azules, que se sentían dueños del huerto solitario.

Su mirada se posó en algo que el vientecillo de la tarde agitaba entre un jazminero cercano, y vio pendiente de él una cestilla de juncos de

donde caía el delantal azul de Nebai, olvidado sin duda por ella misma en sus correrías por el huerto, cuando jugaba a la escondida con su gacela favorita.

El alma delicada y sensitiva de Yhasua a los diecinueve años de vida física, encontró como un poema mudo en aquellos objetos olvidados allí por su dueña, que hacía dos semanas se encontraba ya en Ribla.

En su imaginación ardiente y genial, se dibujó la imagen de la niña con su delantal azul y su cestilla al brazo recogiendo jazmines y rosas para el altar hogareño, donde según el uso esenio, se guardaba el libro de la Ley y los libros de los Profetas.

Su espíritu se sumergió profundamente en sí mismo, con esa facilidad maravillosa que tienen los contemplativos por naturaleza y por hábito de hacerlo.

Y pasada una hora, volvió a la realidad de ese momento y vació en su Diario su sentir más íntimo y más tierno:

"Nebai –escribía emocionado–, tu cestilla de recoger flores y tu delantal azul, han sido los hilos mágicos que esta tarde me han llevado hacia ti. Y te he visto, dulce niña de mi adolescencia, no ya corriendo como entonces detrás de tu gacela, sino tal como estás ahora: grave, meditativa, cantando versos de Homero acompañada por tu laúd.

"Cantabas el salmo en que el poeta se queja, de que ninguna alma humana comprende el gemido de su corazón en la soledad del destierro. ¡Oh!, Nebai..., ¡he comprendido que tu alma lloraba en ese salmo como el poeta inmortal, de cuyo corazón estás bebiendo tú, con avidez sedienta!

"Y al acercarme en espíritu a ti, te he oído decir: "¡Yhasua!... ¡Me siento en un destierro porque he comprendido que para mí, la patria eres tú, el amigo verdadero eres tú..., el aire benéfico y el astro protector eres tú! ¡La belleza de la fuente de las palomas, de los jazmineros en flor, de todo aquel huerto que me parecía encantado, eras tú, Yhasua, que lo llenabas todo con ese algo de cielo que tú tienes, y que no se encuentra en ninguna parte sino en ti!

"Hice un esfuerzo mental, y me sentí ayudado con fuerzas astrales y magnéticas, y mi visión ante Nebai adquirió alguna densidad. Comprendí que llegó a verme por un momento, porque soltó el laúd y abrió los brazos como para abrazarse de algo que veía. La misma vibración fuerte de sus emociones diluyó la visión, y ella comprendió que mi promesa empezaba a cumplirse porque la oí decir:

"— ¡Gracias, Yhasua, por tu primera visita! ¡Perdóname si había llegado a dudar de ti por la tristeza de la larga espera! Creía que la pobre Nebai ausente, había sido olvidada. Tú no olvidas, Yhasua, como los demás seres, porque eres diferente de los demás.

“Nebai sólo tiene quince años, demasiado pocos para pensar tan profundamente. Ya es capaz de analizar la diferencia que hay de unos seres a otros. En quince años no ha podido conocer otras amistades. ¿Cómo sabe que soy yo diferente de los demás seres? He ahí una prueba de que el alma viene desde muy lejos y lleva andadas miles de jornadas en el eterno viaje. ¡Oh! ¡Nebai!... pequeña Nebai, Nubia de los Kobdas, Esther dominadora de Asuero, Judith vencedora de Holofernes... ¿Qué serás en este y en los siglos futuros?...

“¡Dios te bendiga mujer sublime, alma de luz y de fuego que en esta hora te has cruzado en mi camino como una alondra blanca, para cantarme la estrofa inmortal del amor que vibra en los planos sutiles y puros donde es eterno, inextinguible, sin sombras, semejante a Dios del cual emana!

“¡Gracias criatura de Dios, por el don divino de tu amor que me das como se da una flor, un vaso de agua, una redoma de esencias!... ¡Gracias, Nebai!”

Una noche, durante una concentración mental en medio de los Ancianos Maestros, y cuando irradiaba su pensamiento sobre todos los que su corazón amaba como un incendio de luz desplegado en la inmensidad, sintió la tristeza íntima de su madre que en ese momento pensaba en él.

Prestó atención, la evocó, la llamó con su alma vibrando de emoción y de amor, y percibió que ella creyéndolo presente a su lado, se incorporaba prontamente en su lecho diciéndole:

— ¡Yhasua, hijo mío! ¿Cómo vienes a esta hora?

¡Tan intenso había sido el llamado, que la ansiosa madre lo confundió con la voz física de su hijo... el amado hijo que siempre estaba en su mente como una estrella silenciosa que le alumbraba!...

Cuando ella se convenció que era un ensueño de su amor según ella creía, rompió a llorar silenciosamente para no ser sentida de los familiares que dormían en alcobas inmediatas.

Pero cada sollozo de la madre vibraba en el alma del hijo, como la elegía triste de un laúd que lloraba en las tinieblas.

Yhasua se concentró más hondamente aún, mientras oraba al Autor Supremo de toda luz.

“¡Padre mío!... ¡Haz que yo vea!” Se transportó a su hogar y vio...

Mas, sigamos lector, hojeando su carpetita donde él escribía esa misma noche ya vuelto a su alcoba solitaria:

“En la concentración de esta noche he visitado a mi madre, cuya tristeza recogí al irradiar mi pensamiento sobre todos los que ama mi corazón. Debido a esto, pasó la hora de concentración sin darme tiempo a irradiar el pensamiento sobre todos los seres de la tierra según lo ordena la Ley.

“¡Padre mío que eres Amor Eterno, inconmensurable! ¡Perdón por mi debilidad y pequeñez! ¡Aun soy egoísta, Padre mío, y mi corazón de carne, lleno con el amor de los míos..., mi madre me hizo olvidar de las demás criaturas... todas tuyas... nacidas de Ti mismo, como mi cuerpo nació de mi madre!”

Tranquilizada su conciencia por esta confidencia a la Divinidad, Yhasua escribía nuevamente:

“Hay honda tristeza en mi hogar. He visto a mi padre enfermo. Debe haber tenido algún grave disgusto y su corazón se afecta profundamente. Yhosuelín no consigue, con todos sus esfuerzos, vigorizar su organismo que responde a su ley, que le marca poca vida física en esta hora de su camino eterno.

“Ana, mi hermana, entristecida también porque Marcos, perteneciente a la Escuela secreta ha sido detenido, contribuye aún más a formar el pesado ambiente de angustia que encuentro en mi hogar.

“Al amanecer me pondré en camino hacia Nazareth.

“Ahorraré el viaje que los terapeutas pensaban hacer pasado mañana. Lo que ellos debían hacer, lo haré yo.

“¡Gracias Padre mío por los dones divinos de que habéis llenado el alma humana!

“Tus poderes, tus magnificencias, tu fuerza de amor, todo nos lo habéis dado sin mezquinarnos nada...

“¡Y la infeliz criatura humana pegada como un molusco al pantano, olvida su noble condición de hija de Dios, para continuar indefinidamente su vida letárgica de gusano!”.

Tal como lo vemos escrito en su Diario, así lo hizo. Y dos horas después de salir el sol, Yhasua abrazaba a sus padres que tuvieron la más hermosa sorpresa. Era la primera vez que llegaba sin aviso previo.

—Orando al Señor por vosotros –les decía–, os vi tristes por muchas razones y he venido a consolaros.

“Ninguna de las cosas que os afligen son irremediables.

— ¿Cómo lo sabes tú, hijo mío? –le preguntaba su padre.

—La oración, padre mío, es la comunicación íntima de nuestra alma con Dios. Y como Él lo sabe, lo ve y lo siente todo, el alma que se une a Dios en la oración puede saber, sentir y ver mucho de lo que Él ve, sabe y siente.

“En mi oración de anoche comprendí vuestra tristeza y aquí estoy. Salí al amanecer, me vine por el caminito de los terapeutas que aunque es más áspero, es más corto que el de las caravanas. Con diecinueve años, bien puedo saltar por entre los peñascos.

Para aquellos felices padres, ningún galardón podía igualar al amor de tal hijo... Había saltado riscos y piedras entre arroyuelos que cortaban el

paso, en la semioscuridad del amanecer, para llegarse hasta su tristeza como un rayo de sol en las tinieblas de un calabozo.

Yhosep olvidaba su afección del corazón, Myriam no lloraba más, Yhosuelín sentía nuevas energías en su organismo agotado. Ana veía ya libre a Marcos, y el tío Jaime previsor en todo, traía un gran fardo de harina, miel y manteca del mercado porque adivinaba que en tal día, debía haber grandes actividades en la cocina de Myriam.

Una luna permaneció Yhasua en el hogar llenándolo todo de paz y de amor.

Al explicarles detalladamente cómo en la oración había percibido sus angustias, surgió en todos ellos el deseo de cultivarse más esmeradamente en la transmisión y percepción del pensamiento, ese mensajero divino dado por Dios a toda criatura humana.

Y en el gran cenáculo que sólo se usaba cuando había numerosos huéspedes, formaron un compartimiento dividido por espesas cortinas de tejidos de Damasco, que era lo más suntuoso que podía permitirse un artesano de posición media.

Aquel sería el recinto de oración donde los familiares se reunirían a las mismas horas en que Yhasua hacía las concentraciones diarias, con el fin de que sus almas se encontrasen unidas en el seno de Dios en los momentos de elevación espiritual.

—Si así nos encontramos tres veces cada día, ¿a qué queda reducida la ausencia? –decía él–.

"Vosotros me hablaréis en el silencio del pensamiento y yo os contestaré.

"Tal lo hicieron siempre nuestros Maestros los Profetas; que debido a su gran unión con la Divinidad se convertían en mensajeros de Ella para con los hombres. Y de allí ha surgido la equivocada idea de que el Señor tiene hijos privilegiados a los cuales manifiesta su voluntad con luces especiales.

"En realidad lo que hay, es que unos hijos piensan en unirse al Padre Celestial por la oración, y otros no lo piensan jamás.

"Los que se acercan a Él con el corazón limpio de toda maldad, son iluminados, y de su perseverancia en este acercamiento, vienen necesariamente las elevadas percepciones del alma que sumergida en Dios por la oración, adquiere gran lucidez en todo y para todo.

Durante los últimos días de su visita al hogar, Yhasua hizo sus concentraciones espirituales juntamente con sus familiares, a los cuales recomendó el colocarse siempre en el mismo lugar en torno a la pequeña mesa, sobre la cual colocó él mismo la Ley y los libros de los Profetas.

Idéntico trabajo realizó en las casas familiares de Simón y de Zebedeo, sus amigos del lago, de donde debían salir un día, dos de sus discípulos íntimos: Pedro y Juan. Y les dijo:

—Como lo hice yo con vosotros, hacedlo con vuestros amigos íntimos y así me ayudaréis a extender sobre la tierra el velo blanco del amor y de la paz.

"¿No decís que soy un Profeta? Cooperad conmigo en acercar a Dios esta humanidad, es la misión de los Profetas.

A la madrugada del trigésimo día emprendió el regreso al Santuario acompañado del tío Jaime, hasta mitad del camino.

Escuchemos su conversación:

—Yhasua –le dijo su tío–, debes saber que tu padre quiso que fuera yo el administrador de tus bienes, y como ya estás en los diecinueve años creo que debo darte razón de ellos.

— ¿Bienes?..., ¿pero, tengo yo bienes, tío Jaime? –preguntó extrañado.

— ¡Cómo! ¿No lo sabes? Son los aportes acumulados desde tu nacimiento, de aquellos tres hombres justos y sabios venidos del oriente, traídos a este país por el aviso de los astros.

"Gaspar, Melchor y Baltasar no han fallado ni un solo año de enviar el oro que prometieron para cooperar a tu educación y bienestar de tu familia.

"Tu padre, delicado en extremo, sólo se permitió tomar una pequeña suma cuando tenías creo diecisiete meses. Dejó el taller a mi cuidado para huir contigo y Myriam al Hermón, a ocultarte de la persecución de Rabsaces, el mago de Herodes.

—Si de esto me hubieses hablado, tío Jaime, antes de salir, yo habría convencido a mi padre de que esos bienes son suyos y puede disponer de ellos como le plazca.

—Los hijos de Yhosep –añadió Jaime–, ignoran por completo estos aportes de los astrólogos orientales. No quiere Yhosep que lo sepan, a excepción de Ana y Yhosuelín, que son alma y corazón contigo.

—Bien, tío Jaime, ya que mi padre te nombró administrador de ese oro donado a mí, te diré mi voluntad acerca de él.

"He visto que el taller necesita reparaciones indispensables para preservar de las lluvias y del sol las maderas para las obras. Esos cobertizos de caña y junco están cayéndose. También el muro que rodea el huerto está ruinoso. ¡Es lástima dejar que se destruya todo mientras el oro está en la bolsa!

"¿Para qué sirve el oro si no ha de emplearse en tener un poco más de comodidad y de bienestar?

—Y tú, Yhasua, ¿nada quieres para ti? ¿No necesitas nada? –le preguntó Jaime.

— ¿Qué quieres que necesite en el Santuario? Mi vestuario, me lo dan mis padres; y el alimento, lo da el Padre Celestial. ¿Qué más necesito?

“Mira tú, que en los refugios que tienen los terapeutas no sufran hambre y desnudez los refugiados. El Padre Celestial no te perdonará, tío Jaime, si teniendo ese oro en la bolsa, sufren hambre algunas criaturas suyas.

“Igualmente, no permitas que mi padre sufra inquietudes en el pago de sus deudas con los proveedores y con los jornaleros. La prolongación de su vida depende de su mayor tranquilidad.

“Entre tú y Yhosuelín, bien pueden arreglarse para descargarle de todo peso.

— ¡Oh! ¡Yhasua! ¡No conoces a tu padre! Es tan escrupuloso en cuestión de pagos que quiere saberlo todo.

—Bien, que sepa que yo te autorizo para cubrir cualquier déficit que pueda traerle a él inquietudes.

“Tú habrás de acompañarme, tío Jaime, a visitar un día a esos tres hombres de Dios que velan por mi bien desde que nací –añadió Yhasua después de unos momentos de silencio.

— ¿Cuándo será ese viaje? Recuerda que hay uno en proyecto para cuando tengas veintiún años.

—Sí, el de Egipto, a reunirnos con Filón en Alejandría.

“Entonces podré visitar a Melchor en Arabia. Tiene su Escuela cercana al Sinaí.

“A Baltasar en Susian, le visitaremos el año próximo; es el más anciano y temo que la muerte me gane la delantera. Quizá a Gaspar le visitaré entonces también.

“A los tres les enviaré epístolas en este sentido.

“Hasta ahora fueron los Ancianos del Tabor quienes les enviaban noticias mías por ser yo un parvulito. Pero ahora que soy ya hombre, debo hacerlo por mí mismo.

Luego de encontrarse Yhasua en el Santuario, confió a los Ancianos en la reunión de la noche sus deseos de visitar a los sabios astrólogos de Oriente, que desde su nacimiento se habían preocupado de su bienestar material.

—Hijo mío –le dijo el Servidor–; según convenio hecho con ellos, tus padres y nosotros, de estos asuntos debíamos enterarte a los veinte años que aún no tienes. Pero, puesto que lo has sabido antes, hablemos de ello, ya que sólo faltan meses para entrar en la edad fijada.

“No creas que hayas quedado mal ante ellos por tu silencio, que ellos mismos lo han querido.

“Ahora quieres visitarles porque tu delicadeza, sabiéndote favorecido por ellos, te apremia en tal sentido, y esto era lo que ellos quisieron evitar, a fin de que nada perturbase la quietud de tu espíritu durante el crecimiento de la infancia y el desarrollo de la adolescencia.

“Como superiores Maestros de almas, los sabios orientales dan el valor que tienen a las inquietudes prematuras en los cuerpos que están en formación y crecimiento, y tratan de evitar la repercusión en el espíritu.

“Y para que tu espíritu llegase a la plenitud a que está llamado a llegar, trataron ellos de evitarte angustias y terrores, comunes en los hogares azotados por todo género de contingencias.

“En nuestras crónicas que ahora ya puedes conocer, encontrarás con detalles la correspondencia que la Fraternidad Esenia ha tenido con los tres sabios astrólogos que te visitaron en la cuna.

“Los mensajes llegaban por las caravanas al Santuario del Monte Hermón en el Líbano, con los envíos anuales de treinta monedas de oro, diez por cada uno de tus tres protectores.

“En una pobre casita del suburbio de Ribla, hospedaje habitual de nuestros terapeutas peregrinos, eran recibidos los mensajes y el donativo, que venía a nosotros y pasaba a tus padres llevado siempre por nuestros terapeutas.

— ¿Por qué no me dijisteis de esa casita refugio en Ribla, para visitarla como se visita un templo? –preguntó Yhasua.

—Por las razones antedichas, hijo mío. El silencio, cuando se promete guardarlo, es sagrado para todo esenio. Se esperaba que entrases en la madurez de tu juventud, a la cual has llegado con toda la plenitud de tu espíritu que hemos procurado para ti entre todos.

“¡Yhasua!... Eres el Enviado del Altísimo para remedio de la humanidad en esta hora de su evolución, y todo cuanto hiciéramos por tu personalidad espiritual, nunca sería demasiado.

“En la primera vez que vayas a Ribla, podrás visitar el Refugio.

“El don de tus protectores está como ya lo sabes en manos de tus padres. Pero los mensajes de orden espiritual y las epístolas cruzadas entre los astrólogos orientales y nosotros, están en nuestras crónicas, y son copias de los originales que se encuentran en el Gran Santuario de Moab, según manda nuestra ley.

“El Hermano cronista, queda autorizado para enseñarte todo cuanto hemos recibido referente a ti, de tus sabios protectores y amigos.

— ¡Gracias Servidor! –exclamó el joven Maestro–. Veo que soy deudor de todos y por todo, y que no me bastará una vida para pagaros a todos.

—No te preocupes, ya está todo pagado con tenerte entre nosotros y haber sido designados por la Eterna Ley para formar tu nido espiritual en esta hora de tu carrera mesiánica.

Yhasua, en una explosión de amor de las que sólo él era capaz, se arrodilló sobre el pavimento en plena reunión y levantando al cielo sus ojos y sus brazos exclamó:

— ¡Padre mío que eres amor eterno!... Seas tú, dueño de cuanto existe, el que pague por mí a todos cuantos me han hecho bien en la Tierra.

El Servidor lo levantó de su postración y le abrazó tiernamente.

—Este abrazo y este momento –le dijo–, se ha anticipado en nueve lunas que faltan para entrar a tus veinte años. El Dios del Amor lo quiso así.

Los otros Ancianos le abrazaron igualmente, diciéndole todos, frases llenas de ternura y de esperanza para que le sirvieran de aliento y estímulo, al entrar en la segunda etapa de su misión como Instructor y Enviado Divino.

Uno de ellos, originario de Pasagarda en Persia, que por mayor conocimiento de aquella lengua era el que había sostenido la correspondencia con el sabio astrólogo Baltasar, dijo a Yhasua:

—En una de sus epístolas decía, que un momento de grandes dolores que hubo en su vida por la ignorancia humana, tuvo la debilidad de pedir la muerte por falta de valor para continuar la vida en la posición espiritual en que estaba. Y tú, Yhasua, en el sueño le visitaste cuando tenías trece años de vida física. Aún perduraba en ti la impresión sufrida en tu visita al Templo de Jerusalén y para consolar a Baltasar de las miserias humanas que le atormentaban, le referiste tu dolor por igual causa a tan corta edad.

"Él pidió aquí la comprobación de lo que tú le habías referido, durante tu sueño. Por el terapeuta que te visitaba cada luna, sabíamos bien tus impresiones en el Templo de Jerusalén.

"Te refiero esto para que sepas hasta qué punto estás ligado espiritualmente con ese noble y sabio protector tuyo, Baltasar.

"Tu visita a él sería oportuna en Babilonia donde pasa los meses de verano.

El Servidor anunció que era llegada la hora de la concentración mental y un silencio profundo se hizo de inmediato.

Velada la luz del recinto, en la suave penumbra violeta, impregnada de esencias que se quemaban en los pebeteros, con las melodías de un laúd vibrando delicadamente, las almas contemplativas de los solitarios con facilidad se desprendían de la tierra para buscar en planos superiores, la luz, la sabiduría y el amor.

Por la hipnosis de uno de los Maestros, fue anunciado que algunas inteligencias encarnadas iban a manifestarse mientras su cuerpo físico descansaba en el sueño.

Este aviso indicaba que debían extremarse las medidas para una mayor quietud y serenidad de mente, a fin de no causar daño alguno a los durmientes cuyo espíritu desprendido momentáneamente de la materia, llegaría hasta el recinto.

El hilo mágico de la telepatía tan cultivada por los Maestros espirituales de todos los tiempos, había captado la vibración del pensamiento de Yhasua hacia sus tres protectores y amigos a larga distancia, y después de un suave silencio en la sombra, la hipnosis se produjo en el Maestro Asan, persa, luego en Bad-Aba el cronista, después en el más joven de los terapeutas peregrinos, que estaba en un descanso de sus continuados viajes. Se llamaba Somed y era de origen árabe.

Las Inteligencias superiores, guías de la última encarnación Mesiánica de Yhasua, habían sin duda recogido los hilos invisibles de los pensamientos, los habían unido como cables de oro en la inmensidad infinita, y la unión de las almas se efectuaba natural y suavemente bajo la mirada eterna de la Suprema Inteligencia, que dio a la criatura humana los dones divinos del pensamiento y del amor.

Los tres sabios astrólogos que hacía diecinueve años se unieron sin buscarse en el plano físico para visitar al Verbo recién encarnado, acababan de unirse en el espacio infinito para acudir al llamado de su amorosa gratitud, inquieta ya por desbordarse en ternura hacia aquellos que a larga distancia tanto le habían amado.

El mago divino del Amor es siempre invencible cuando busca el amor.

Y en la penumbra violeta de aquel santuario de rocas, se oyeron estos tres nombres pronunciados por los tres sujetos en hipnosis:

–Baltasar. –Gaspar. –Melchor.

—Tu amor, Yhasua, nos trae enlazados con hilos de seda –dijo Baltasar que habló el primero–. "Bendigo al Altísimo que me ha permitido verte entrar en la segunda etapa de esta jornada tuya para la salvación espiritual de esta humanidad. No veré tu apostolado de Mesías desde este plano físico, sino desde el mundo espiritual al que tornarás triunfador a entrar en la apoteosis de una gloria conquistada con heroicos sacrificios de muchos siglos.

"Tu amor lleno de gratitud hacia tus amigos de la cuna, proyecta, ya lo veo, una visita personal, y aunque ella no entraba en nuestro programa, si la Ley lo permite, bendita sea.

"En el abrazo supremo de dos soles radiantes en el Infinito, llegaste a la vida, Luz de Dios, que en ti desbordó su amor eterno para lavar la lepra de esta humanidad".

—Gaspar de Srinagar se acerca a ti en espíritu en el segundo portal de tu vida física; has terminado tu educación espiritual aún antes de que tu Yo, se haya despertado a la conciencia de tu misión. La Luz que traes encendida en ti, te deslumbra a ti mismo, y diríase que la velas para no cegar con sus vivos resplandores. Pero la hora llega ineludiblemente de la suprema clarividencia de tu Yo Superior. Para entonces estaremos contigo como en tu cuna, pero acaso desde el espacio infinito, a donde

entrarás en gloriosa apoteosis, mientras tus magos del oriente *desintegrarán en átomos imperceptibles la materia* que te sirvió para tu última jornada en la Tierra.

"La Eterna Ley que nos mandó cooperar con ella desde tu nacimiento, nos manda también destejer como un velo sutil tu envoltura de carne, y que sus átomos envuelvan el planeta que fue el ara santa de tus holocaustos de Redentor. ¡Paz de Dios; Avatar Divino en tu segunda etapa de vida terrestre!"

Melchor, el humilde Melchor, el príncipe moreno que vivía llorando aquel pecado de su juventud, no osó hablar de pie sino que arrodillado, el sensitivo en el centro de la reunión dirigió al Verbo encarnado estas breves palabras:

—La suprema dicha de mi espíritu me la dio la Eterna Ley al permitirme, Hijo de Dios, besarte en la cuna, ampararte en tu vida, y acompañarte en tu salida triunfal del plano terrestre.

"Esta gloria, esa felicidad suprema basta a mi espíritu para su eternidad de paz, de luz y de vida.

"¡Hijo de Dios!... ¡Bendice a tu siervo que no pide otra gloria, ni otra compensación que la de tu amor inmortal!"

Yhasua no pudo contenerse más y llorando silenciosamente se acercó al sensitivo que tendía sus brazos hacia él con viva ansiedad, y poniéndole sus manos sobre la cabeza le bendijo en nombre de Dios.

Entre los brazos de Yhasua, el alma de Melchor se desprendió de la materia que por la hipnosis había ocupado breves momentos.

Los tres sensitivos volvieron al mismo tiempo a su estado normal, y Yhasua se encontró de pie, solo, al centro de la reunión. Con su cabeza inclinada sobre el pecho, parecía como agobiado por un gran peso que fuera superior a sus fuerzas.

Sus Maestros lo comprendieron de inmediato.

El Servidor se levantó y fue el primero hacia él.

—La luz se va haciendo en tu camino y te embarga el asombro que casi llega al espanto –le dijo a media voz.

Le tomó la diestra y le sentó a su lado.

Ante las palabras del Servidor, todos prestaron su fuerza mental para que aquel estado vibratorio demasiado intenso se tranquilizara poco a poco.

Aquella poderosa corriente durmió a Yhasua durante todo el tiempo de la concentración mental.

Cuando se despertó estaba tranquilo y pudo desarrollar lúcidamente el tema de la disertación espiritual acostumbrada, y que esa noche le correspondía por turno. El asunto, hubiérase dicho que fue elegido exprofeso, y había sido sacada por suerte la cedulilla que decía:

“La zarza ardiendo que vio Moisés”. Y al escuchar su comentario de ese pasaje, todos comprendieron que Yhasua acababa de ver también en su camino como una llamarada viva, la encrucijada primera que decidiría su senda final.

Aunque en el fondo de su espíritu había gran serenidad, no pudo dormir esa noche y muy de madrugada salió de su alcoba al vallecito sobre el cual se abrían las grutas.

Caminando sin rumbo fijo por entre el laberinto de montañas y bosquecillos, se encontró sin pensar, en la pobre cabaña de Tobías donde sus cuatro moradores estaban ya dedicados a sus faenas de cada día.

Los dos muchachos, Aarón y Seth, curados que fueron de su parálisis en las extremidades inferiores, ordeñaban activamente las cabras, mientras el padre, Tobías, las iba haciendo salir de los establos y encaminándolas a los sitios de pastoreo.

Beila, la buena madre, rejuvenecida por la alegría de sus dos hijos fuertes y sanos, adornada de su blanco delantal, soberana en la cocina, sacaba del rescoldo los panes dorados con que la familia tomaría el desayuno.

Estos hermosos cuadros hogareños llevaron una nueva alegría de vivir al meditabundo Yhasua.

Tobías le acercaba el cabritillo más pequeño que llevaba en brazos. Aarón le ofrecía un cantarillo de leche espumosa y calentita, y Beila salía de la cocina llevando en su delantal panecillos calientes para el niño santo como ella le llamaba.

Aquel amor tierno y sencillo como una égloga pastoril, llenó de emoción el alma sensible de Yhasua que les sonreía a todos con miradas de indefinible sentimiento de gratitud.

Y en el dulce amor de los humildes, se esfumó suavemente la penosa preocupación que los acontecimientos de la noche anterior le habían producido.

En aquella cocina de piedra rústica, alrededor de la hoguera en la que ardían gruesos troncos de leña, Yhasua se sintió de nuevo adolescente, casi niño, y compartió el desayuno familiar con gran alegría.

La familia no cabía en sí de gozo con la inesperada sorpresa, pues hacía ya tiempo que Yhasua no les visitaba.

Los amigos de Jerusalén, las copias, el archivo, el viaje a Nazareth, le habían ocupado todo su tiempo.

—Sólo os veíamos de lejos –decíale Tobías–, y con eso nos bastaba.

—El escultor antes de marcharse a Ribla nos dijo que estabais muy ocupado con gentes venidas de Jerusalén –añadió Seth.

—Sí, es verdad –respondió Yhasua–, pero hay otro motivo y me culpo de ello grandemente. Como ya os sabía tranquilos y dichosos, juzgué sin

duda que no precisabais de mi, y quizá por eso se me pasó más tiempo sin venir.

— ¿Quién no precisa de la luz del sol, niño de Dios? –dijo riendo Beila, que se había sentado junto a Yhasua, para pelarle las castañas recién sacadas del fuego y ponerle manteca en las tostadas.

—En este caso, madre Beila, sois vosotros la luz del sol para mí –díjoles Yhasua alegremente–, y acaso con el interés de que me la deis, será que he venido.

— ¿Cómo es eso? ¿Qué luz hemos de daros nosotros, humildes campesinos, perdidos entre estas montañas? –preguntó Tobías.

— ¡Sí, Tobías, sí! No creáis que el mucho saber traiga mucha paz al espíritu. Las profundidades de la Ciencia de Dios, tiene secretos que a veces causan al alma miedo y espanto, como en las profundidades del mar se encuentran maravillas que aterran.

"Yo estaba anoche bajo una impresión semejante, y salí a la montaña pidiendo al Padre Celestial la quietud interior que me faltaba. Sin pensar llegué aquí, y en vosotros he encontrado la paz que había perdido. Ya veis pues, que soy vuestro deudor.

—Pero vos curasteis nuestro mal –díjole Aarón–, y sanasteis nuestro rebaño, y desde entonces, hace dos años, nuestro olivar y el viñedo, y todo nuestro huerto parece como una bendición de Dios.

—Hasta los castaños que estaban plagados –añadió Beila–, se han mejorado y mirad qué buenas castañas nos dan.

—En verdad –respondió Yhasua–, que se comen maravillosamente. ¡Mirad cuántas ha pelado para mí, la madre Beila!

—Todo bien nos vino a esta casa con vos, niño santo –decía encantada la buena mujer–, y aún nos decís que nos quedáis deudor.

—Yo sé lo que me digo, madre Beila. Salí de mi alcoba entristecido y ahora me siento feliz.

"Vuestro amor me ha sabido tan bien como vuestra miel con castañas. Que Dios os bendiga.

— ¡Y a vos os haga tan grande que iluminéis todo el mundo! –dijo Tobías.

—Gracias, y a propósito, ¿sabes que tengo una idea?

—Vos lo diréis, vos mandáis en mi casa.

—En el Santuario nos hemos quedado sin porteros, y ya sabéis que tal puesto es de una extrema delicadeza. El viejo Simón fue llevado al lago donde tiene toda su familia. Quiere morir entre ellos. Yo le visité hace tres días y allí quedaron dos de nuestros Ancianos asistiéndole.

"Creo que el Servidor estará contento de que ocupéis vosotros ese lugar. ¿No os agradaría?

— ¿Y cómo dejamos esto? –preguntó Tobías.

— ¿Y por qué lo habéis de dejar? El Santuario está tan cerca que sin dejar esto, podéis servirnos allá. Puedes acudir a la mañana y a la tarde unas horas. Los muchachos y la madre Beila, creo que bastan para cuidar esto. ¿Qué decís vosotros?

—Que sí, que está todo bien lo que vos digáis –decía Beila–. No faltaba más que nos opusiéramos a vuestro deseo. Si los Ancianos lo quieren, no hay más que hablar. Al Santuario debemos cuanto tenemos.

—Está bien, mañana os traeré la resolución definitiva.

"Y será también el momento oportuno de que Aarón y Seth, entren a la Fraternidad Esenia, ya que sus padres lo son desde hace años.

"La familia portera del Santuario debe estar unida espiritualmente con él. Con que amigos míos –díjoles Yhasua a los muchachos–, si queréis ser mis Hermanos, ya lo sabéis, yo mismo os entregaré el manto blanco del grado primero.

— ¿Y tendremos mucho que estudiar? –preguntó Seth, que era un poco remolón para las letras.

—Un poquillo, y para que no te asustes seré yo tu primer Maestro de Sagrada Escritura.

"Ya veis, algo bueno salió de esta mi visita a la madrugada. No todo había de ser comer miel con castañas y panecillos dorados. No sólo de pan vive el hombre.

Cuando Yhasua se despidió, un aura suave de alegría y de paz les inundaba a todos.

También el joven Maestro, había olvidado sus penosas preocupaciones. Tobías y sus hijos le acompañaron hasta llegar al Santuario, mientras la buena Madre Beila repetía sentada en el umbral de su puerta:

— ¡Es un Profeta de Dios! ¡Donde él entra, deja todo lleno de luz y de alegría! ¡Que Jehová bendiga a la dichosa madre que trajo tal hijo a la vida!

Acaso pensará el lector que en la vida de un Mesías, Instructor de la humanidad de un planeta, es demasiado insignificante el sencillo episodio que acabo de relatar. Lo sería, si no estuviera él relacionado con acontecimientos que más adelante fueron piedras firmes en los cimientos del Cristianismo. La Eterna Ley se vale de seres humildes y pequeños, ignorados de la sociedad para levantar sus obras grandiosas de sabiduría y de amor.

La colocación como porteros del Santuario del Tabor de la familia de Tobías, trajo el acercamiento de un niño huérfano de madre, de diez años de edad, hijo de padre griego, radicado en Sevthópolis de Samaria, cuyo nombre era Felipe. Su madre fue hermana de Beila, esposa de Tobías, la cual tomó al niño a su cuidado, y los Maestros del Tabor cultivaron su espíritu. Como era muy turbulento y travieso, divertía grandemente

a Yhasua, que acaso no pensó que aquel parvulito de diez años, sería un ferviente predicador de su doctrina años después, con el nombre muy conocido del Diácono Felipe, fundador de la primera Congregación Cristiana de Samaria.

Volvamos nuevamente a la intimidad de Yhasua, santuario secreto y divino al cual entramos en silencio y mediante su Diario que es el espejo en que se reflejaba.

Los nueve meses que faltaban para llegar a los veinte años, los pasó dialogando consigo mismo en la profundidad de su espíritu que buscaba su ley con un ansia indescriptible.

Durante ese tiempo, vivió tan intensamente su vida interna, que asombra ver el alto grado a que llegaron sus facultades espirituales.

Los Ancianos afirmaban que desde los tiempos de Moisés no se había visto nada semejante, ni aún en las Escuelas más consagradas a las experiencias supranormales.

Durante este tiempo ocurrió también un hecho que vamos a conocer a través del Diario de Yhasua.

"En mis tres concentraciones espirituales de este día –escribe en su carpeta–, he sentido, visto y oído algo muy singular. Desde el fondo de unas grutas muy semejantes a éstas, me llamaban por mi nombre, añadiendo los calificativos mesiánicos que algunos gozan en darme.

"Es un llamado espiritual sin voces y sin sonidos que sólo el alma percibe en los silencios hondos de la meditación.

"Los que llaman son encarnados y las grutas que habitan están en Samaria, entre las escarpadas montañas que quedan a la vista de la ciudad de Sevthópolis, punto de conjunción de todas las caravanas.

"Esas voces clamorosas y dolientes me piden que les consiga el perdón de la Fraternidad Esenia.

"—Somos esenios –me dicen–, del tercero y cuarto grado. La soberbia hizo presa en nosotros que quisimos erigir aquí un templo como el de Jerusalén con su deslumbrante pontificado. Como eso era salirnos de nuestra ley, la protección divina se alejó de nosotros y en vez de un templo, nuestro Santuario se convirtió en madriguera de forajidos que nos amarraron con cadenas reduciéndonos a las más tristes condiciones. No quedamos ya sino tres de los veinticinco que éramos. Casi todos han perecido de hambre y de frío, y otros han huido.

"¡Mesías, Salvador de Israel, ten piedad de nosotros!

"Jamás oí decir –continuaba escribiendo Yhasua–, que en Samaria hubiera un Santuario Esenio entre las montañas al igual que los demás.

"Oí hablar y conozco el del Monte Hermón, donde estuve oculto en mi niñez; el del Carmelo donde me curé de mis alucinaciones de niño; el Monte Quarantana, donde recibí la visita de los Ancianos del Gran

Santuario del Monte Moab, y éste del Tabor en que he recibido mi educación espiritual de joven.

"¿Qué santuario es éste desde el cual piden socorro? Los Ancianos nunca me lo dijeron para no descubrir, sin duda, el pecado de sus Hermanos rebeldes a la ley.

"No me agrada penetrar así como a traición el secreto que ellos han guardado referente a esto, mas, ¿cómo he de comprobar si esto es una realidad, o un lazo engañoso que me tienden las inteligencias malignas para desviarme de mi camino?

"Forzoso me es preguntarles confiándoles lo que me ocurre.

"Mi espíritu está condolido profundamente de estos llamados angustiosos.

"En mi última concentración esta misma noche, no he podido menos que prometerles mentalmente que trataré de remediarles".

Y el Diario se cerró por esa noche.

A la mañana siguiente, después de la concentración mental matutina, Yhasua pidió al Servidor que le escuchase una confidencia íntima.

El Anciano le llevó a su alcoba, donde animado de la gran ternura que guardaba en su corazón para el joven Maestro, le invitó a hablar.

Yhasua le refirió cuanto le había ocurrido en sus concentraciones mentales del día anterior. Oigámosle:

—En cumplimiento de nuestra ley y de lo que vosotros me habéis enseñado, después de unirme con la Divinidad, extiendo mi pensamiento de amor hacia todos los que sufren, primero entre los conocidos y los lugares cercanos, y luego hacia todo el planeta.

"Como algo me ocupo de Felipe, el hijo adoptivo de Beila, el pensamiento se posó en Sevthópolis donde vive su padre, que en el concepto de Tobías, nuestro actual portero, ha tomado un comercio muy delictuoso: la compra de esclavos.

"Del padre del niño me ocupaba en mi oración, cuando sentí angustiosos llamados de unos Esenios amarrados en unas grutas cercanas a esa ciudad.

"Tales voces me piden que les consiga el perdón de la Fraternidad Esenia porque reconocen haber pecado en contra de la ley.

"Tan insistentes llamados me causan una angustia indescriptible, que hasta me lleva a pensar si seré víctima de inteligencias perversas que quieren perturbar mis caminos espirituales.

—Hijo mío –le contestó el Anciano–, puede haber una realidad en cuanto me dices.

"Jamás te hablamos de ese desdichado Santuario nuestro de Samaria, que se salió de su ley y pereció. Pero ya que el Señor ha permitido que por revelación espiritual lo sepas, no debo ocultártelo por más tiempo.

“Debe ser llegada la hora en que seas de verdad la Luz de Dios sobre todas las tinieblas.

“Tinieblas del espíritu son las que envolvieron a esos Hermanos nuestros, que cansados de la vida ignorada y sin aparato exterior, quisieron brillar en el mundo con los esplendores del Templo de Jerusalén.

“Las donaciones que los Hermanos hacían para el sostenimiento de nuestro refugio de enfermos y de ancianos, las emplearon en adquirir maderas del Líbano y mármoles y plata para el templo que se proponían levantar en Sebaste, entre las hermosas construcciones hechas por Herodes el Grande, con los tesoros que fueron sudor y sangre del pueblo hebreo. El Sanhedrín de Jerusalén que está alerta siempre, llegó a saberlo, y por medio de sus hábiles aduladores para con el Rey, los que dirigían los trabajos fueron detenidos, los materiales acaparados por orden del Rey, el Santuario invadido y robado, hasta que bandas de malhechores de los que tanto abundan en las montañas de Samaria, tomaron las inaccesibles grutas como antro de ocultamiento para sus crímenes.

“Creíamos que ningún esenio quedaba y que todos habían huido. Los que no estuvieron de acuerdo con la idea que los perdió, fueron cuatro y esos se retiraron al Santuario del Carmelo, donde tú les has conocido y donde aún permanecen.

“Nosotros les avisamos que se salían de su ley que mandaba para esta hora una obra puramente espiritual y de alivio a los que sufren.

“Nuestra misión era preparar los caminos al Enviado Divino desde nuestro retiro, pues que siendo ignorados del mundo, gozábamos de la santa libertad que nos era necesaria. En toda la Palestina y Siria, están diseminados nuestros Hermanos, y son pocos los hogares donde no haya un esenio con una lucecita inextinguible dando claridad sin que nadie se aperciba.

—Y ahora, ¿qué hacemos? –preguntó Yhasua–. ¿Cómo comprobar que tres seres están amarrados en las grutas y que piden perdón y socorro?

—Hace tres días llegó uno de nuestros terapeutas peregrinos que conoce mucho las montañas de Samaria, porque es natural de Sichen y que estuvo más de una vez en aquel Santuario.

Llamado que fue el terapeuta, dijo que en Sevthópolis había gran alboroto entre el pueblo, porque habían sido capturados los malhechores que habitaban en las montañas y que pronto serían ejecutados.

—Si aún hay Esenios en las grutas –añadió–, deben ser los que oí decir que los bandidos tenían secuestrados para evitar que dieran aviso a la justicia. Por otros Esenios que huyeron antes y dieron aviso, es que la justicia empezó a buscarles y por fin los han encontrado.

— ¿Entonces las grutas estarán solas? –preguntó Yhasua.

—Probablemente, con los tres amarrados en ellas según el aviso espiritual –contestó el Servidor.

—Si vosotros me lo permitís, yo desearía ir allá para salvar a esos infelices Hermanos que tan terriblemente pagan su culpa –dijo Yhasua al Servidor.

—Tu anhelo es digno de ti, hijo mío –le contestó el Servidor–, pero debemos usar de mucha cautela y prudencia.

"En la concentración mental de mediodía consultaremos el caso con nuestros Hermanos. Y lo que entre todos resolvamos será lo que más conviene. Queda pues tranquilo, hijo mío, que hoy mismo tendrás la respuesta.

De todo esto resultó que Yhasua con Melquisedec, con el terapeuta samaritano como guía, con los dos hermanos Aarón y Seth y el niño Felipe, se pusieron en camino cuando pasó la caravana que venía de Tolemaida.

Ambos hermanos y el niño iban con el objeto de convencer al padre de éste, de abandonar su indigno comercio y entregarse a una vida tranquila y honrada. Beila padecía hondamente con el pensamiento de que el marido de su hermana y padre de Felipe, cayera un día como un vulgar malhechor en poder de la justicia, causando la deshonra de toda la familia. El comercio de esclavos llevaba a veces a inauditos abusos.

Al pasar la caravana por Nazareth y Naím donde se detuvo unas horas, Yhasua aprovechó para volver a ver a sus amigos de la infancia: Matheo y Myrina; aquellos dos niños que tanto le amaron cuando él era un parvulito de diez años y estaba curándose en el Santuario del Carmelo.

Fue también a su casa paterna, donde les encontró alrededor de la mesa junto al hogar para la comida del mediodía.

Myriam dejó apresuradamente la cazuela de barro con el humeante guiso de lentejas, cuando vio en el caminito del huerto la figura blanca de Yhasua como un recorte de marfil entre el verde oscuro del follaje.

— ¡Otra sorpresa, hijo!... ¿Qué pasa? –le preguntó, abrazándole tiernamente.

—Algo muy bueno, madre. Llegué con la caravana de paso para Sevthópolis. Ya te explicaré.

Ambos entraron en la casa, donde todos los rostros parecieron iluminarse con esa íntima alegría del alma que nunca es ficticia, porque se desborda como un manantial incontenible.

— ¡Yhasua en nuestra comida de hoy!... –fue la exclamación de todos.

Sentado a la mesa entre Yhosep y Myriam, hizo la bendición de práctica, que su padre le cedió como un gran honor hecho a su hijo, Profeta de Dios.

Les refirió lo que había ocurrido y que iba con dos Esenios más y los hijos de Tobías a restaurar el abandonado Santuario en las montañas de Samaria.

La dulce madre se llenó de espanto, pues sabían todos allí, que las grutas se habían convertido en guarida de malhechores.

— ¡No temáis nada, madre! –decía Yhasua tranquilizándola–. Los bandidos fueron apresados todos, y allí sólo hay tres Esenios muriendo de hambre y miseria, amarrados en una gruta. Son ellos los que han pedido socorro.

"Salvarles y reconstruir un santuario de adoración al Señor y de trabajos mentales en ayuda de la humanidad, es una obra grandiosa ante Dios, y merece cualquier sacrificio".

La conversación siguió con estos temas, y las preguntas de todos daban motivo al joven Maestro para que él mismo y sin pretenderlo, fuera delineando cada vez más grande y más hermosa su silueta moral y espiritual de apóstol infatigable de la fraternidad y el amor en medio de la humanidad.

Cuando terminó la comida, el tío Jaime hizo un aparte con Yhosep.

—Acompañaré a tu hijo en este corto viaje –le dijo–, porque temo sus entusiasmos juveniles y quiero cuidarle de cerca.

—Bien, Jaime, bien. No podías haber pensado nada mejor. ¡Cuánto te agradecemos tus solicitudes para con él! –le contestó Yhosep.

—A más –añadió Jaime–, para cualquier eventualidad, si estás de acuerdo daré a Yhasua algo de sus dineros. Él acaso lo necesita y lo merece. Aquel santuario habrá sido despojado de todo.

"¡Hace tantos años que fue asaltado por los bandidos!

—Habla esto con Yhasua y él lo resolverá –dijo el Anciano, al propio tiempo que Yhasua doblaba cuidadosamente una túnica y un manto nuevos que su hermana le había tejido. La madre le acomodaba en una cestilla cerrada, una porción de golosinas y frutas. ¡Dulce escena hogareña, repetida cien veces en todo hogar donde hay madres y hermanas conscientes de su misión suavizadora de todas las asperezas en la vida del hombre!

Toda la familia le acompañó hasta el camino donde se veía desde el huerto la caravana detenida. Al verles llegar, Felipe corrió hacia Yhasua diciéndole:

—Creí que no volvías más. ¡Qué susto pasé!

Yhasua, acariciándole, explicaba a sus familiares quién era este niño y por qué le llevaban.

—Esto te interesa a ti –le dijo Yhasua, entregándole la cestilla–.

"Entre los dos daremos buena cuenta de todo esto, Felipe, si te place".

El chiquillo que ya había husmeado el olor de pasteles y melocotones puso una cara de gloria que hizo reír a todos.

El tío Jaime se incorporó a la caravana que partió, mientras la familia agitaba las manos y los pañuelos, despidiendo a Yhasua y a los amigos que le acompañaban.

42
EN SAMARIA

Era Sevthópolis una ciudad amurallada de montañas, derivaciones de la gran mole del Monte Ebath de 8077 pies de altura, que flanquean la ribera occidental del río Jordán. Estaba en el lugar en que se levanta en la actualidad la ciudad de Gilboa.

La importancia de Sevthópolis consistía, en que allí se verificaba la conjunción de todas las caravanas que atravesaban el país de norte a sur, desde Fenicia y Siria por el norte, hasta Gaza y Beerseba en el sur.

Sus calles, plazas y callejas, aparecían pobladas siempre de asnos, mulos y camellos, cargados de mercancías que las innumerables tiendas tragaban con inaudita voracidad. La compraventa al aire libre, era la nota decorativa habitual de aquella ciudad, donde se observaban fisonomías y vestuarios de todas las razas y de todas las costumbres, de los países pobladores del Asia Central.

En medio de aquella barahúnda de hombres y de bestias cargadas, de gritería desaforada en diversas lenguas, de músicas enervantes y de danzas enloquecidas, vemos la blanca figura de Yhasua que ya bajado de su asno le lleva él mismo al abrevadero y le hace beber, temeroso del olvido de los guardianes que cuidaban de su solaz y recreo primero, y que muchas veces sonaba el cuerno del guía y las bestias no habían terminado de beber.

Nada les interesaba por el momento en la ciudad-mercado, a nuestros viajeros, y el terapeuta guía tomó enseguida el camino de las grutas hacia el oriente, o sea hacia el río Jordán. A poco andar encontraron un arroyo que corría como una serpiente de plata por entre los riscos y peñascos.

—Este es un brazo del Jordán –les dijo a sus compañeros–, y siguiendo su curso estaremos en una hora entre las grutas que buscamos.

Nuestros Hermanos llaman a este arroyo de “Las Gaviotas”, debido a la abundancia de estas aves que anidan y se multiplican entre los huecos de las peñas.

El terapeuta había aconsejado no marchar en grupo todos juntos, para evitar el llamar demasiado la atención.

Verdad es, que con la llegada de la caravana y el tráfago que esto

ocasionaba en la ciudad, nadie miraba los pasos silenciosos de los que se alejaban de su centro bullanguero y atolondrado.

Yhasua tenía a un lado y otro, dos guardianes inseparables: el tío Jaime y el parlanchín de Felipe que no paraba de hablar sino cuando engullía un pastel de la cestilla de Myriam.

— ¿Puedo saber, tío Jaime –decía Yhasua–, qué contiene ese fardo que traes?

—La compra que hice en el mercado. ¿Crees que iba a venir sin traer comestibles para esta noche y mecha encerada para alumbrarnos? También los hijos de Tobías me traen parte de la carga: unas esteras y mantas para cubrirnos. ¡Oh! ¡Hijo mío! Mientras tú piensas en las almas, yo debo pensar en los cuerpos que ellas animan.

"La Ley Eterna nos manda tomar una materia para nuestra evolución, nos manda cuidarla y sostenerla en las condiciones debidas, para rendir todo lo que es necesario.

— ¡Cierto, tío Jaime!..., y te pareces a la Providencia Divina que vela hasta por su más insignificante criatura.

"Hay grandeza en verdad en esa tu previsión llena de solicitudes. Es la forma más humana de manifestarse el sentimiento de fraternidad entre los hombres. ¡Oh, tío Jaime!... A veces te veo como un manantial que siempre está dispuesto a regar la tierra para fecundarla.

— ¿En qué otra forma puedo cooperar yo en tu obra apostólica, Yhasua, sino en esta de la abejita que busca afanosa el néctar en todas las flores para darnos el precioso alimento de su miel?

— ¿Qué os parece si abrimos en Samaria un Refugio de desamparados como lo hicimos en las ruinas de Dobrath en Nazareth, y como los hay en Tiro y Sidón y en Betlehem, en las grutas de Salomón? –preguntó Yhasua.

—Yo tengo una familia conocida en Samaria –contestó Jaime–, y ella podría orientarnos en tal sentido. Los terapeutas conocen Samaria como nosotros conocemos Galilea, y acaso tendrán ellos no sólo uno sino muchos refugios entre estas impenetrables montañas.

—Es verdad –dijo Yhasua–, y como nuestros terapeutas son tan impenetrables como las montañas, jamás hablan de lo que hacen por sus Hermanos, si no es que una necesidad les obligue. Conmigo son expansivos y me hacen tantas concesiones que pronto lo sabremos, tío Jaime.

El traviesillo Felipe que debido a este diálogo hubo de callar muy a su pesar, tiró suavemente de la túnica a Yhasua para llamar su atención.

—Yhasua –le dijo quedito–, ¿no conversas conmigo?

— ¡Oh, mi pobre Felipe! En verdad me había olvidado de ti. Vamos, abre la cesta y dame una fruta porque tengo sed. Ofrécele al tío Jaime y a los otros compañeros. Anda y no me guardes rencor.

Y Yhasua, alma tejida de ternuras infinitas, acarició la rubia cabeza del niño ligeramente entristecido porque se veía olvidado.

La alegría de Felipe estalló como una explosión, y corrió a vaciar entre todos los viajeros, las golosinas de su cesta.

—Este niño es buena arcilla para modelar un misionero –dijo Yhasua–. Es vehemente y espontáneo. Piensa y obra de inmediato. ¿Lo has observado, tío Jaime?

—Lo que he observado es que el pobrecillo tiene sus ropas bastante viejas, y sus calzas demasiado grandes le lastiman los pies. Entre los fardos que traen los hijos de Tobías, le traigo una casaca y sandalias nuevas.

—Tío providencia te debía llamar desde ahora –díjole Yhasua–. Yo había mirado tanto el alma de Felipe y no vi sus ropas y sus sandalias.

— ¡Ah, Yhasua!..., lo que he dicho. Tu mundo es lo alto, lo que vuela, y yo camino muy pegadito a la tierra todavía.

—Un breve descanso –dijo en alta voz el terapeuta guía–, porque tenemos que subir por ese desfiladero que va derecho a la entrada de las grutas.

Todos se sentaron sobre las rocas o se recostaron en el césped.

El sendero áspero y sinuoso les había cansado.

Era la primera hora de la tarde y un hermoso sol otoñal envolvía el agreste paisaje con esa bruma de oro que pone tintes delicados e indefinidos en todas las cosas.

Tenían al sur las crestas eternamente nevadas del Monte Ebath, las más elevadas cimas de aquella región, que parecían desafiar a las nubes desplegadas sobre ellas como velas gigantescas de barcos invisibles.

Al oriente la cadena de montañas que encajonan al Jordán, y al occidente la llanura de Esdrelón con sus verdes planicies pobladas de rebaños.

— ¡En todas partes la belleza de Dios y la armonía eterna de su creación universal! –exclamó Yhasua, con su alma absorta en la Divinidad, ante la hermosura y serenidad del paisaje.

—Y nada rompe esta armonía, sino el hombre –observó Melquisedec–, que llegado al altiplano de inteligencia que piensa y razona, tuerce su rumbo a impulsos del egoísmo que nunca se harta de gritar: ¡Yo, yo, y siempre yo!

—Siempre me persigue el pensamiento de los medios que convendría usar para eliminar el egoísmo que germina entre la humanidad –dijo Yhasua, apasionado siempre del tema que parecía absorberlo todo en su vida: la felicidad humana.

—La humanidad no ha salido aún de la infancia –contestó Melquisedec–, y obra como los niños que a la vista de juguetes o de frutas, los

quiere todos para sí, y extiende con ansiedad la mano para tomarlos. ¿Has pensado alguna vez, Yhasua, por qué nuestra Escuela Esenia no sale de sus grutas en las montañas?

—Nunca lo pensé porque me encuentro tan a gusto entre ellas, que estoy convencido de que es su lugar propio.

—Piensas así porque no hay egoísmo en ti. La Fraternidad Esenia se aferra a las rocas y vive entre ellas, para mantener pura y limpia la cadena invisible de amor, en que el Ungido Divino debe forjar su personalidad espiritual.

"Si saliera a vivir y desenvolverse entre la sociedad de los hombres, empezaría el egoísmo a envolverla en sus redes. Vendrían las necesidades de buenas y presentables viviendas, de vestuario al uso de todos, de aulas, de cenáculos, de templos que atrajeran a las gentes incapaces en general de dar el valor que tienen las cosas en sí mismas, y no por la apariencia exterior.

"Todo esto traería una serie y muchas series de cuidados y preocupaciones, que entorpecerían el único cuidado que debe tener una Escuela de Divina Sabiduría: *que todos y cada uno de sus miembros sea como un cable de oro tendido desde los cielos a la tierra para inundarla, a ser posible, del Pensamiento y del Amor Divino*.

— ¡Qué realidad más hermosa acabáis de esbozarnos, Maestro Melquisedec! –exclamó Yhasua–. ¡Que el Altísimo tenga a bien, que la Fraternidad no salga jamás de entre las rocas!

—Acaso se verá obligada a salir, y saldrá y se perderá entre las multitudes inconscientes, cuando ya el Verbo encarnado haya dejado establecido en bases firmes su nueva doctrina.

La sensibilidad de Yhasua percibió vibraciones de Inteligencias superiores entre él y su interlocutor, y despertada por unos momentos su propia clarividencia, vio en su Maestro al Kobda Dhabes de la época de Abel, cuyo poder de visión futura, había llegado al más alto grado que es posible en la tierra.

—Kobda Dhabes –le dijo Yhasua en voz apenas perceptible–. ¡Acabo de descubriros surgiendo de las montañas de arena amontonadas por los siglos! ¡Bendita sea la Eterna Energía que hizo eternas las almas!

—Ya lo ves Yhasua: En el lejano ayer, Abel y Dhabes se encontraron en la misma posición espiritual en que se encuentran unidos en esta hora Yhasua y Melquisedec –contestó el Esenio–.

"Todo nos habla, Yhasua, de que el presente es una continuación del pasado.

"Cuando lleguemos al máximum de nuestra evolución, no viviremos absorbidos por el presente como ahora. Para la clarividencia del espíritu superior, no habrá pasado, ni presente ni futuro, sino sólo hoy; pero un

hoy tan grande y vivo como un resplandor de la Suprema Inteligencia, que vive siempre en un Presente inconmovible.

La voz del terapeuta guía les sacó de la profundidad de sus pensamientos, y reuniéndose todos los compañeros de viaje, comenzaron la subida por el senderillo áspero y tortuoso que llevaba a las grutas.

Llegados por fin, percibieron un fuerte olor a materia descompuesta que salía de un matorral que protegía la entrada. Manchas de sangre seca y luego trozos de miembros humanos y de vísceras despedazadas, les dio a entender que las fieras habían descuartizado a un hombre.

El terapeuta guía buscó la entrada, que ya no tenía ese aspecto de belleza en medio de la rusticidad con que los Esenios arreglaban sus santuarios en las rocas. Aquello aparecía como una guarida de fieras, donde toda clase de desperdicios y de inmundicias, salía por todas partes.

¿Dónde estaban aquellos senderillos subterráneos perfumados de incienso y alumbrados débilmente con lamparillas de aceite?

¿Dónde estaban los bancos de descanso con limpias colchonetas de paja, o blancas pieles de oveja, en la gruta de entrada para reposo de los viajeros? Los cántaros del agua, resecos y algunos rotos y en fragmentos, tirados por el suelo, daban el aspecto de desolación que el lector puede imaginar.

— ¡Cuando el amor muere, todo muere! –exclamó Yhasua como en un sollozo, que comparaba tan desolado cuadro, con las pintorescas y esmeradas delicadezas con que los Esenios ornamentaban sus moradas entre las rocas.

—Debemos ser capaces de hacer revivir el amor en medio de este horroroso abandono –le contestó su Maestro Melquisedec.

—No tengas pena, Yhasua –díjole su tío Jaime–, que dentro de pocos días esto aparecerá transformado.

Felipe que lleno de miedo caminaba como prendido al manto de Yhasua, quiso consolarlo también y le dijo al oído, alzándose en la punta de los pies:

—Aún quedan en la cestilla dos pastelillos y cuatro melocotones que yo guardé para los dos. ¿Quieres comerlos?

El joven Maestro no pudo menos de sonreír ante esta salida del niño.

—Empiezas tú, Felipe, a hacer resucitar el amor. Cómelos tú, criatura de Dios, en nombre mío, pues te regalo mi parte.

Las mechas enceradas del tío Jaime salieron de inmediato para alumbrar aquel antro nauseabundo y tenebroso.

Un silencio de muerte lo envolvía todo, y llegaron a pensar que los cautivos habrían muerto de hambre o asesinados por los bandidos al verse perseguidos.

Habían recorrido ya varios corredores y grutas, cuando el terapeuta guía gritó con toda su fuerza:

—En nombre de Dios, ¿quién vive aquí?

El eco de su voz resonó en las grutas vacías como un lamento.

Pero acallado que fue el eco, se oyeron voces humanas que parecían salir del fondo de un foso.

—Están en la bodega. Vamos allá –dijo de inmediato.

Los dos hijos de Tobías, aunque nacidos y criados en las montañas, jamás habían visto un antro tan espantoso, y apretaban con fuerza el bastón de cerezo y el mango de los cuchillos de caza que su padre les había obligado a llevar, temerosos de encontrarse de pronto con un bandido o con una fiera.

Tres hombres ya de edad madura y vestidos de sucios harapos fue lo que encontraron. Estaban atados con una cadena en la cintura a unas fuertes vigas de encina, que los Esenios acostumbraban poner de trecho en trecho para evitar los derrumbamientos de las grutas.

Yhasua fue presuroso hacia ellos.

—Me llamasteis y he venido –les dijo con la voz que temblaba por la emoción. Los tres le tendieron sus brazos.

Y su blanca túnica se confundió con los sucios harapos de aquellos infelices Hermanos, a quienes su desvarío había conducido a tan lastimoso estado.

—Traed el fardo de ropas –dijo el tío Jaime a Aarón, que lo llevaba a la espalda–. Y llevad el fardo a la cocina, para que pensemos en tomar algún alimento.

"Idos todos allá que hay que vestir estos hombres".

Quedaron el tío Jaime y el terapeuta, que provistos de las herramientas necesarias rompieron las ataduras de los tres cautivos y les vistieron túnicas limpias.

La gran cocina-comedor era en verdad, un espanto de desorden y de inmundicia. Cazuelas, tazones y marmitas, todo aparecía con residuos de comidas descompuestas; y sobre las mesas y en el pavimento, huesos de aves o de cabritos, mendrugos de pan duro, cáscaras de fruta, en fin, cuanto puede poner de manifiesto la clase de habitantes que había tenido aquel desdichado santuario, antes templo de meditación, de amor fraterno, de estudio, de belleza espiritual y física en todos sus aspectos y formas.

—Imposible comer aquí –decían espantados los hijos de Tobías, habituados al orden y la limpieza que su madre Beila ponía en toda su cabaña de piedra.

Salieron al exterior donde había sido el hermoso huerto con higueras, vides y castaños frondosos aún, pero ya amarillentos por los cierzos otoñales.

Bajo los emparrados ruinosos, encontraron la gran mesa de piedra, que los Esenios acostumbraban para sus ágapes al aire libre en la época de estío, y allí dispusieron la frugal comida.

— ¿Veis cómo todo se arregla con buena voluntad? –decía el tío Jaime, llegando con los tres cautivos que no parecían ya los mismos, después de las abluciones en el arroyo "Las Gaviotas" que pasaba besando con sus aguas serenas, las grutas y el huerto de los Esenios.

Melquisedec y Yhasua se habían dedicado a inspeccionar todo el santuario, buscando el archivo y el recinto de oración que no aparecía por ninguna parte.

Todas las grutas demostraban haber sido habitaciones, pues en todas ellas se veía el estrado labrado en la roca, o enclavado en el pavimento y en el muro, si estaba hecho de madera.

Cuando se convencieron de que no estaba allí lo que buscaban, volvieron al huerto donde les esperaban para la comida.

Interrogaron a los cautivos sobre el particular y ellos dieron la clave de aquel misterio.

El Servidor del Santuario con los tres Esenios que le siguieron al Monte Carmelo, por no estar de acuerdo con el giro que se daba a su Escuela de Divina Sabiduría, habían obstruido la entrada al recinto de oración y al Archivo para evitar la profanación, y porque detrás del Archivo se hallaba la sala funeraria con las momias de los Esenios muertos.

Los tres cautivos habían sido los terapeutas que vigilaban los operarios constructores del santuario que empezaban a edificar en Sebaste. Cuando ellos volvieron a las grutas, encontraron todo despojado y sólo dos de los bandidos que aún no habían sido capturados, y que fueron los que les amarraron.

Después de la comida se dedicaron a la limpieza de las grutas y a buscar la entrada al recinto de oración que no aparecía por ninguna parte.

El terapeuta guía y los tres cautivos conocedores a fondo de aquel viejo santuario, se orientaron pronto, y dieron por fin con un amontonamiento de piedras, tierra y yerbas secas que aparecía en un pequeño corredor.

Removido todo aquello, apareció la puertecita de piedra blanca en la cual estaba grabada con grandes letras ésta sola palabra: PAZ.

Era la entrada a la galería en que se hallaba el santuario propiamente dicho, el archivo y la sala funeraria.

Entraron con el alma sobrecogida de un pavor religioso, como el que penetra a un viejo panteón sepulcral abandonado.

Allí no había desorden ninguno y sí un fuerte olor a humedad propia de lugares cerrados por largo tiempo.

Tristeza de abandono, de decepción, de desesperanza, formaba como una ola aplastadora del alma, que se sentía agobiada de indefinible angustia.

Al percibirla los más sensitivos pensaban: “Era el pensar y sentir del Servidor y sus tres hermanos fieles cuando al despedirse de su amado Santuario de rocas, amontonaron piedras sobre su puerta para dejarlo sepultado en la montaña, donde quedaban también las momias de sus hermanos muertos”.

Los hijos de Tobías con Felipe se encargaron de establecer el orden en la gran cocina, a fin de que pudiera servirles de refugio esa noche. Cargas de heno seco del vallecito vecino fueron traídas para los estrados de piedra que les servían de lecho.

Cuando brilló la limpieza en aquella inmensa gruta, donde podían caber cómodamente cien hombres, comenzaron las sorpresas agradables para los tres muchachos.

Armados de cerillas encendidas registraron todos los rincones, huecos y grietas de las rocas, temerosos de alimañas y lagartos. Sólo salieron chillando algunos viejos murciélagos que escaparon rápidamente ante la roja llama de las antorchas.

En cavidades ocultas por los musgos, encontraron cántaros con vino y aceite, sacos de higos secos, nueces y castañas.

—Ya está la cena completa –gritaba Felipe, saliendo de un negro hueco con una orzita toda cubierta de tierra y telas de arañas, y que estaba llena de miel.

— ¿Cómo es que los bandidos no devoraron todo esto? –preguntaba Seth mientras luchaba por destapar cántaros y orzas herméticamente cerrados.

—Porque el Padre Celestial lo guardó para nosotros –contestaba Felipe, que había aprendido los razonamientos que Yhasua le hacía, apropiados para su mentalidad infantil.

— ¿Y si todo esto no fuera, ni vino, ni miel, ni castañas?... –preguntaba Aarón.

— ¿Cómo no ha de ser?... ¿No ves que está escrito en los rótulos? –replicaba el niño temeroso de verse burlado en sus esperanzas.

Y volvía a leer en cántaros, orzas y sacos: –*Vino, aceite, miel, castañas y nueces, higos, alubias*... ¿Lo veis?..., bien claro está. –Y corría a la puerta de la gruta para ver si venían los compañeros, pues su deseo mayor sería que no llegasen hasta tener todo aquello bien dispuesto sobre la mesa, en escudillas y tazones.

Mientras estas almas sencillas estaban suspensas de las pequeñas cosas, Yhasua con los Esenios y el tío Jaime buscaban ansiosamente en el Santuario y el Archivo, los rollos de papiro no aparecían, pues seguramente los habría llevado el Servidor con sus tres hermanos fieles al Santuario del Carmelo.

Encontraron los grabados en arcilla, piedra y madera, en alacenas

abiertas en la misma roca según la costumbre. En grandes láminas de piedra aparecían los nombres de los Esenios que fundaron el Santuario, con fechas y detalles.

En el altar central, las Tablas de la Ley, copia de la de Moisés, y en pequeñas placas de piedra blanca, los nombres de los grandes Profetas del pasado, los Maestros fundadores de la Fraternidad Esenia entre las montañas.

Elías, Eliseo, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Esdras, Samuel; y continuaba la lista grabada en piedra de aquellos grandes clarividentes, visionarios sublimes, que habían abierto senderos de bien, de amor y de justicia a las almas desorientadas en las tinieblas de la inconsciencia.

Pero el asombro mayor les causó un pequeño bulto, como un fardo en una estera de juncos, debajo del altar que era todo de piedra blanca y cuyo saliente o plataforma, daba lugar a una cavidad en la parte inferior.

Era el cadáver seco como un haz de raíces, de un viejecito que no debía tener más que piel y huesos, a juzgar por el aspecto de aquel cadáver momificado.

El terapeuta guía que estuvo muchas veces en el Santuario, recordaba que vio allí andar como una sombra al viejecito Ismael de ciento cuatro años, conservado allí como una reliquia del pasado.

— ¿Cómo fue dejado allí?

—La única explicación lógica era que cuando el Servidor y sus tres hermanos fieles, clausuraron el Santuario, el ancianito se quedó oculto voluntariamente para morir allí.

“A sus años, no podía ya esperar mucha vida, y quiso evitarles la carga de llevarle en brazos hasta el Carmelo.

— ¡Heroica fidelidad de un alma a un ideal abrazado con fe y amor! –exclamó Yhasua arrodillándose ante aquella momia como ante un objeto sagrado.

Para dormir su último sueño había colocado bajo su cabeza, un grueso cartapacio de telas enceradas y los siete mantos blancos que había recibido al entrar en cada uno de los siete grados de vida espiritual porque pasaban todos los miembros de la “Fraternidad Silenciosa”, como la llamaron muchos escritores de aquellas épocas.

Del minucioso examen hecho sobre el cartapacio encontrado bajo la cabeza del viejecito Ismael, sacaron en claro algo de la causa por qué vino aquel desquicio en aquel Santuario.

Dos Esenios jóvenes del grado tercero, nombrados Teudas y Simón de Gitón, poseedores ambos de facultades de efectos físicos, se encontraban a disgusto entre el silencio y ocultamiento esenio. La vanidad por sus grandes facultades hizo presa en ellos, y sintieron el deseo de ser admirados del mundo. Para esto nada mejor que abrir un gran templo en

Samaria, y constituir un poderoso clero que enfrentara al de Jerusalén ya demasiado orgulloso y prepotente.

En las anotaciones del viejecito Ismael podían verse las discusiones que durante mucho tiempo alteraron la paz de los Esenios de Samaria. Simón de Gitón, llamado más tarde Simón el Mago por las extraordinarias manifestaciones obtenidas, tuvo revelación por vía espiritual del sitio preciso donde se encontraba la gruta del "Monte Garizín" donde Moisés había mandado ocultar los vasos sagrados y todos los objetos destinados al culto, como incensarios, pebeteros, candelabros, fuentes de las ofrendas, etc., todo oro, plata y piedras preciosas. Era un constante motivo de rivalidades, celos y ambiciones la riqueza de tales donativos, hechos por hebreos fanáticos que materializaban su fe y su amor a Dios en esos objetos de mayor o menor costo y riqueza. Para desterrar del pueblo estos males el gran Moisés, cuyo ideal era la adoración a Dios en espíritu y en verdad, mandó sepultar entre las grutas de una montaña aquellos incalculables tesoros.

Una vez encontrados y en poder de ellos, se despertó de inmediato en la mayoría de los Esenios del Santuario que eran veinticinco, la idea del gran templo, rival del de Jerusalén.

Algo había trascendido al exterior de todo esto, y de allí el asalto de los bandidos al Santuario, donde se supuso que los tesoros sagrados habían sido ocultos. Los bandidos fueron ajusticiados, el tesoro repartido entre el Rey y el clero de Jerusalén, los Esenios dispersos o muertos, y sólo el Servidor y tres más que no tuvieron parte alguna en el pecado de sus hermanos, estaban a salvo en el Santuario del Carmelo.

Todo esto, comprendieron Yhasua, Melquisedec y el terapeuta al estudiar minuciosamente el cartapacio del viejecito Ismael que esperó la muerte al pie del altar de su viejo santuario.

En la última página escrita, aparecían estas palabras reveladoras de una firmeza de convicción que asombraba: "¡Moisés ocultó el tesoro porque causaba la perdición de las almas! ¡Los que fueron contra Moisés, al desenterrarlo para satisfacer su soberbia, se perdieron también! ¡Justicia de Dios!".

Los Esenios que estuvieron cautivos inclinaron la cabeza, como abrumados por su infinito peso.

El tío Jaime con los hijos de Tobías y Felipe, se encontraban ya gozando de los esplendores de la gran cocina brillando de limpia y con una resplandeciente hoguera encendida, donde las marmitas llenas de castañas y alubias, hervían desesperadamente.

Los hijos de Tobías utilizaban los conocimientos domésticos que en sus años de parálisis en sus piernas, habían aprendido. Su madre les sentaba ante la mesa y la ayudaban a hacer el pan familiar.

Cuando Yhasua con los Esenios entraron en la cocina, se vieron agradablemente sorprendidos con la mesa llena de grandes panes, que los dos hermanos asaban cuidadosamente.

—He aquí –decía Yhasua–, echados los cimientos para la reconstrucción del Santuario: La hoguera encendida, las marmitas al fuego y el pan caliente sobre la mesa.

La verbosidad de Felipe se encargó de ponerles al corriente de todo cuanto habían encontrado en los oscuros escondrijos de la inmensa gruta.

Los estrados de la cocina, ya bien mullidos de suave heno seco les servían de lechos para esa noche, y apenas terminada la cena, los tres muchachos agobiados de cansancio, se entregaron al sueño con esa tranquila serenidad de los seres que no tienen fatigosas preocupaciones.

Los dos Esenios con Yhasua y el tío Jaime, volvieron al Santuario y al Archivo, donde suponían que una gran tarea les esperaba.

Y no se engañaban. Primeramente trasladaron el seco y rígido cadáver del viejecito Ismael tal como estaba recostado en una piel de oveja y envuelto en una estera de junco, a la sala sepulcral que comunicaba con el Santuario.

Encendieron de nuevo la lámpara de aceite que según la costumbre esenia, alumbraba perennemente la sala mortuoria, como un símbolo de amor de los encarnados para los que habían partido al espacio infinito.

Los grandes cirios de cera que aparecían gastados en mitad junto a los atriles que sostenían los libros de los Profetas, fueron nuevamente encendidos, y el chisporroteo de su mortecina luz, esparció ese suave perfume de cera virgen quemándose al calor de la llama.

La gran lámpara de siete candelabros que pendía ante las Tablas de la Ley, genial concepción de Moisés, inspirado de lo alto, fue asimismo llena de aceite y encendida de nuevo.

Su luz clarísima alumbró las carátulas grabadas a fuego, en piel curtida al blanco, de los Libros de Moisés, que aparecían al centro del gran altar de piedra blanca.

En el Archivo encontraron una enorme cantidad de tabletas de piedra, de madera y de arcilla, grabadas en distintas lenguas.

Y encima de todo, un pequeño papiro con estas pocas palabras:

“Jaime de Sichen (Servidor), Juan de Séphoris, Zebedeo de Sebaste y Abinadab de Joppe, declaran haber luchado con todas sus fuerzas para impedir el gran desastre y decidieron clausurar el Santuario cuando estuvieron convencidos de que nada podían hacer para evitarlo.

“Que la Sabiduría Divina reedifique lo que la inconsciencia humana ha destruido”.

Y aparecieron las firmas de los cuatro, que entonces se encontraban refugiados en el Santuario del Monte Carmelo.

—"Que la Sabiduría Divina reedifique lo que la inconsciencia humana ha destruido" –repitió Yhasua, releyendo una vez más el papiro que parecía exhalar efluvios de honda tristeza–.

"¡Y lo reedificará!..., no lo dudamos, ¿verdad, tío Jaime?

—Así lo espero con el favor de Dios, Yhasua, hijo mío. ¿Quién torcerá tu voluntad más dura que el diamante?

—Hagamos aquí la concentración de la noche y entre los cuatro resolvamos lo que se hará mañana.

—Entre los cuatro encarnados y yo, cinco –dijo el terapeuta caído en hipnosis–. Acabáis de llevar mi materia muerta a la sala sepulcral, y mi espíritu que esperaba con ansias este día, se acerca a vosotros como el más antiguo de los Esenios que últimamente habitaron este Santuario.

"Mandad mañana a dar el aviso al Monte Carmelo, donde los cuatro fieles esperan esta hora, pues yo se lo había prometido.

"Los Esenios tenemos el alma inconmovible como las rocas, y ninguno se resigna a dejar morir un templo del pensamiento por la inconsciencia y el egoísmo de los hombres. Ellos vendrán enseguida, y con los dos Esenios que envíe cada Santuario, quedará formada de nuevo la cadena fluídica y la bóveda psíquica necesaria.

"Que el Señor perdone a los que pecaron, y dé su fortaleza a los restauradores del Santuario devastado".

Todos estuvieron de acuerdo, y al siguiente día emprendió el terapeuta el viaje al Monte Carmelo, que no quedaba a larga distancia cruzando en línea recta la llanura de Esdrelón. Un día de viaje al paso de un asno que fue contratado en Sevthópolis.

Mientras el terapeuta viajaba hacia el Mediterráneo donde el Carmelo aparecía como una enorme cabeza de gigante levantada sobre el mar, el tío Jaime con los hijos de Tobías y Felipe, tornaban a la ciudad de Sevthópolis en busca del padre del niño, y en viaje de compras de cuanto era necesario para poner las grutas en condiciones de ser habitadas por los solitarios, que pronto volverían a besar aquellas amadas rocas donde tanto y tanto habían pensado, sentido y amado; donde aún debía vibrar el eco doloroso de su adiós lleno de angustia, cuando se vieron forzados a abandonarlas.

Quedaron solos en el Santuario, Yhasua con Melquisedec y los tres terapeutas libertados de la cadena.

Todos comprendían que era llegado el momento de una confidencia íntima para acortar distancias, o para separarse por completo.

Y ésta se produjo cuando los cinco entraron al Santuario para la concentración del medio día.

¡El alma de Yhasua vibraba como un arpa pulsada por las manos de un mago de las cuerdas!... Su amor infinito se desbordaba sobre aquellos tres Hermanos que arrastrados por la corriente de vanidad y ambición devastadora del viejo santuario, estaban allí a dos pasos de él, esperando ser nuevamente acogidos o para siempre rechazados.

Antes de comenzar la concentración, y mientras el Maestro Melquisedec encendía los cirios y ponía resinas perfumadas en los pebeteros, uno de los tres cautivos, cuyo nombre era Judas de Saba, dijo en voz baja a Yhasua:

— ¡Por piedad! Tú que eres el Enviado de Jehová para salvar a Israel, intercede por nosotros para que seamos acogidos de nuevo en el Santuario.

El alma del joven Maestro pareció salir a sus ojos claros y envolviéndolos a los tres en una mirada suya indefinible, les dijo en su voz de música:

—Porque quería salvaros, he venido, y estad seguros que mi esfuerzo no se perderá en vano. Cuando el Altísimo ha querido reteneros atándoos con cadenas al Santuario, ¿quién será el que se atreva a rechazaros?

—Que Dios os bendiga –dijeron en voz baja los tres.

El Maestro Melquisedec por su jerarquía espiritual debía hacer de superior entre ellos, y fue quien evocó a la Divinidad recitando el Salmo que ellos llamaban de la Misericordia y que hoy llamamos Miserere.

Una onda potente de amor inundó el recinto y saturó las almas hasta causar la tierna conmoción que produce el llanto.

Los tres excautivos se sumergieron en una suave y profunda hipnosis, que en lenguaje ocultista se llama desdoblamiento, y los tres, tomando personalidades de una existencia anterior, dialogaron dándose así a conocer en un lejano pasado.

Por el intercambio de palabras sostenido entre ellos, Melquisedec y Yhasua comprendieron que los terapeutas Ner y Joab, eran una nueva encarnación de los dos hijos adoptivos del Profeta Samuel, que los recogió moribundos abandonados por su madre a los dos años de edad: Joel y Abia.

El otro terapeuta o sea Judas de Saba era la reencarnación de Jonathan, hijo del Rey Saúl, según lo relata el Libro del Profeta Samuel.

Los tres espíritus conservaban a través de los siglos sus características bien marcadas. Sin ser de malos sentimientos, y amando el bien y la justicia, los tres unidos habían cometido errores en aquel remoto pasado, causando tristeza al noble corazón de Samuel, Profeta de Dios. Y unidos, entonces, se habían inclinado a los causantes de la ruina del Santuario Esenio, y cooperando con ellos, pareciéndoles que era mayor bien la edificación de un templo a la altura de Jerusalén, que vivir como obreros del pensamiento y del amor, ocultos entre las grutas.

Judas de Saba, Ner y Joab, samaritanos los tres, quedaron desde entonces fuertemente unidos a Yhasua y el primero de los tres formó parte de los discípulos que después de la muerte del Cristo, le llamaron Judas el Bueno, para distinguirlo de Judas de Kerioth y del apóstol Judas hijo de Tadeo.

Cuando se despertaron de la hipnosis, los tres lloraban silenciosamente.

La decisión de recibirlos nuevamente en la Fraternidad Esenia, debía tomarse cuando el Servidor y sus tres compañeros vinieran del Carmelo, pero Yhasua y Melquisedec la habían tomado ya, y no dudaban de que sería definitiva.

Judas de Saba, cayó nuevamente en hipnosis, el Profeta Samuel hizo desbordar la suavidad tiernísima de su espíritu en aquel ambiente de piedad, de amor y de tristeza, propio de los momentos en que no se sabe, si al final sería un abrazo de acogida, o un adiós para siempre.

"—Es la hora del amor, del perdón y de la piedad infinita –dijo por medio del sensitivo–. *Por eso estás aquí, Ungido de Dios, porque toda la humanidad ha delinquido.*

"Los justos conquistan por sí solos su gloria y su felicidad. Son fuertes como estas rocas que os cobijan. Son fuertes como los cedros del Líbano.

"Vuelan alto como las águilas por encima de los montes, y ninguna fuerza les arroja a tierra. Pero los pequeños y débiles van cayendo a cada paso y necesitan ser levantados como levanta con amor la madre al parvulito, que cae a su lado muchas veces cada día.

"Y vosotros que habéis caído en el desvarío de las muchedumbres ambiciosas de grandezas humanas, como lo hicierais siglos ha, en el largo día de la eternidad de las almas, levantad de nuevo el corazón ante el Ungido del Señor, que vino a la tierra para levantar los caídos, reconstruir lo que fue devastado, abrir nuevos surcos en los campos estériles y transformarlos en trigales dorados y en hermosos huertos llenos de flores y de frutos.

"¡Paz, consuelo y esperanza a los que cayeron! ¡Amor y Luz de Dios a los fuertes que conquistaron la gloria de perdonar y de amar!"

Melquisedec había ido anotando todas las manifestaciones en el gran libro que ellos llamaban *"Crónicas"*, que servían de documento perenne de la íntima relación de la Fraternidad con el mundo espiritual, bajo cuya égida se había fundado a la luz del genio de Moisés, y continuaba su senda inconfundible a través de quince siglos.

Terminada la concentración con el himno de acción de gracias, los únicos cinco habitantes del Santuario por esa noche, se refugiaron en la gran cocina, donde el fuego del hogar les esperaba con las marmitas que

hervían y donde los estrados de piedra mullidos de heno, les brindaban el descanso.

Los tres terapeutas samaritanos se veían ya más animados y la conversación recayó sobre un tema buscado por Yhasua:

Si había en Samaria refugios para los desamparados y huérfanos.

Judas de Saba que era el mayor de los tres, contestó que los había antes de la devastación del Santuario que era quien los sostenía. Seguramente se encontrarían en una situación muy precaria, y se habrían dispersado los refugiados a mendigar por las calles de pueblos y ciudades.

—Si os parece –añadió Judas–, apenas claree el día, recorreremos nosotros tres, las montañas de la costa del Jordán llenas de grutas donde antes teníamos varios albergues, algunos de leprosos, otros de mujeres con niños contrahechos y otros de ancianos. Volveremos al anochecer trayendo buenas o malas noticias.

El rostro de Yhasua pareció iluminarse ante la proposición de Judas, en el cual vio ya resucitado el amor al prójimo y el deseo de borrar su falta con obras de misericordia y de piedad fraterna.

Los otros dos, menos expansivos y vehementes que Judas, aceptaron con alegría la misión que se les encomendaba. Volvían a ser los terapeutas peregrinos en busca del dolor para aliviarlo.

A la madrugada siguiente, cuando Yhasua se despertó vio a Judas, Ner y Joab, trabajando activamente en poner leños al fuego, otro haciendo el pan y el tercero llenando los cántaros del agua.

— ¡Nos dormimos como obreros del pensamiento y nos despertamos como servidores de la materia! –dijo Yhasua, riendo al ver los afanes de los tres terapeutas.

— ¡Qué hemos de hacer si tenemos el jumentillo de este cuerpo que es necesario alimentar! –contestaba Judas, colgando del trípode sobre el fuego la marmita de hervir castañas.

Mientras el pan se cocía bajo el rescoldo y las castañas hervían, los cinco entraron al Santuario para cantar el salmo del amanecer y leer un capítulo del Profeta que tenían en turno.

Era Isaías, y correspondía el capítulo 55 entre cuyos 13 versículos aparecen estos que eran como hechos para los tres terapeutas redimidos.

“Todos los sedientos, venid a mis aguas, dice Jehová. Inclinad vuestros oídos y venid a Mí. Oíd y vivirá vuestra alma y haré con vosotros pacto eterno, como hice misericordias a David después de su pecado.

“Buscad a Jehová mientras puede ser hallado. Llamadle en tanto que está cercano.

“Deje el impío su camino y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová que tendrá de él misericordia y será amplio en perdonar.

“Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos, mis caminos, dijo Jehová”.

El vibrar dulcísimo del laúd del Maestro Melquisedec acompañaba en sus vuelos al pensamiento de los que oraban; y la honda conmiseración de Yhasua hacia los tres terapeutas, formó una bóveda psíquica de inefable ternura y amor divino.

En aquel piélago sutil donde todo era claridad, el alma de Judas se unió tanto con la de Yhasua, que mentalmente hicieron el pacto definitivo.

“Te seguiré a todas las tierras donde pongas tu planta”, decía el alma vehemente del terapeuta.

“Te llevaré conmigo siempre que haya de levantar a los caídos”, decía el alma del Cristo encarnado, respondiendo al sentir profundo del que años después sería uno de aquellos íntimos amados de su corazón. (N.R: A más de los Doce Apóstoles, El Divino Maestro tuvo discípulos a los cuales volcaba su enseñanza, a igual que a sus actividades.)

Judas el Bueno, cuando empezó sus actividades en cooperación del Verbo encarnado, se consagró con preferencia a redimir delincuentes y mujeres de vida desordenada, como si su espíritu consciente hubiese querido hacer con sus semejantes lo que el Cristo hizo con él.

Al mismo tiempo que los tres terapeutas registraban las grutas de la margen occidental del Jordán, en Sevthópolis, la ciudad-plaza de las caravanas, el tío Jaime con los hijos de Tobías y Felipe buscaban a Parmenas, el Griego, como le llamaban en la bulliciosa colmena de mercados y tiendas.

Les señalaron cuál era su lugar de venta, que se encontraba al final de un vetusto corredor con pretensiones de columnata.

La apariencia era de ser aquello un bazar con toda clase de objetos artísticos traídos de Persia, como cofres, ánforas, tapices, etc. Pero detrás de las colgaduras en exposición, se realizaban los negocios de un orden muy diferente.

Si bien demostró alegrarse Parmenas de abrazar a su hijo y a sus dos sobrinos, al tío Jaime no le pasó desapercibida la inquietud que esta visita le producía.

—Id a esperarme en la tienda del viejo Isaac, donde se comen los mejores cabritos guisados –les dijo–, quiero obsequiaros a todos con una comida de lo mejor que aquí puede pedirse.

Pero el tío Jaime y los hijos de Tobías comprendieron que el deseo de Parmenas era alejarlos de allí.

—No tenemos ninguna prisa –contestaron–, y tu hijo no gusta apartarse tan pronto de ti. Iremos todos juntos.

En ese momento llegaron dos hombres por cuyos ropajes se comprendía que eran de Sidón.

—Venimos por nuestro negocio –dijeron. Parmenas se desprendió como pudo del pequeño Felipe, y se entró con los recién llegados detrás de las colgaduras.

Poco después se oyeron sollozos de mujeres y algún grito ahogado. Jaime y los hijos de Tobías se precipitaron hacia aquel sitio.

Habiendo pasado un corredor, se encontraron con una obscura covacha, donde tres jovencitas lloraban amargamente.

— ¿Qué es esto, Parmenas? ¿Has hecho de tu tienda una casa de crimen? –preguntó el tío Jaime.

— ¡Salvadnos! ¡Nos llevan a Sidón, vendidas a una casa de vicio! –gritaron las tres muchachas a la vez.

— ¡Mentira! –gritó Parmenas–. Son escapadas del hogar y estos hombres las vuelven a su familia.

El tío Jaime miró a Aarón y éste que ya estaba aleccionado, salió rápidamente simulando hacer una denuncia.

—Vendremos luego –dijeron los hombres y se hundieron por la covacha que debía tener salida hacia otra parte. Parmenas hizo lo mismo, pues sospecharon que la salida de Aarón significaba un peligro. Simplemente fue para desbaratar el turbio negocio con el temor de la intervención de la justicia.

La ley romana sólo consideraba esclavos legalmente adquiridos, los prisioneros de guerra que eran repartidos como botín entre los guerreros vencedores.

Las jovencitas estaban con los pies y las manos sujetas con fuertes cordones, tejidos de lana y seda. Cuando fueron desatadas y llevadas al exterior en la tienda, declararon haber sido sacadas de su casa con engaño. Parmenas, que recorría las aldeas montañosas de Samaria, había llegado a Enón, en la falda del Monte Ebath, donde ellas vivían. Su padre había muerto de una caída a un precipicio y eran nueve hijos, ellas tres las mayores. Amenazadas de la miseria que venía sobre el hogar, la madre accedió a que fueran a servir como criadas a Sevthópolis para ayudar a la familia, mas nunca para ser vendidas como esclavas destinadas al harem de algún príncipe extranjero.

—Bien –les dijo el tío Jaime–, alabad a Dios que hemos llegado a tiempo. Al mediodía saldrá la caravana del Sur que pasa por Enón. Contrataremos tres asnos y os volveréis con vuestra madre.

— ¡Qué dolor será para ella que volvamos sin esperanzas de socorro para la familia! Tenemos cinco hermanos pequeños –dijo la que parecía ser mayor, que apenas tendría diecisiete años.

—No os aflijáis. Cuando Jehová hace las cosas, las hace bien hechas.

“Venid con nosotros.

Aarón quedó con Felipe guardando la tienda de Parmenas, y el tío

Jaime con Seth se acercaron a la plaza de las caravanas donde los alquiladores de asnos ofrecían bestias en todos los tonos. Contrataron tres con sus aparejos y sacos de carga que fueron llenados de cereales, legumbres y frutas secas.

—Llevad estas monedas a vuestra madre –les dijo el tío Jaime, entregándoles un pequeño bolsillo con monedas de plata–, y dadme vuestro nombre y las señas de vuestra casa para tener noticias vuestras en todas las caravanas.

Las jovencitas no sabían si reír o llorar. ¡Tan inesperado había sido el cambio de su situación! Fueron puestas bajo la tutela del jefe de la caravana, para quien era conocido el padre de las niñas, que alguna vez le prestó servicios al pasar por su pueblo natal.

—No os arriesguéis a salir de vuestro pueblo –les recomendó el tío Jaime–. Y decid a vuestra madre que un terapeuta irá pronto a salvar su situación. A más tardar en la luna próxima.

De vuelta a la tienda de Parmenas, lo encontraron con Aarón y Felipe, aunque un tanto hosco y retraído.

—Dios fue misericordioso contigo, Parmenas –le dijo el tío Jaime–, y en vez de estar en la cárcel por tu delito, estás bajo tu tienda tranquilamente. Debes pues, recoger este aviso y guardarlo para toda tu vida.

"Dime, ¿no puedes conformarte con las ganancias que te da esta tienda, que te enredas en negocios de mala índole?

Parmenas callaba pero se advertía en él una lucha interior tremenda. De pronto, Felipe que estaba junto a él, mohíno y triste, dio un grito de alegría y corrió hacia la sombra formada por una colgadura de damasco.

— ¡Yhasua!... ¿Cómo has venido, Yhasua? –Y se abrazó del cortinado no encontrando otra cosa al alcance de sus brazos.

Todos miraron hacia ese sitio y no veían nada sino al niño que hablaba abrazado al cortinaje.

Parmenas interrogaba con la mirada al tío Jaime como preguntándole si su hijo se había vuelto loco.

Pero Jaime comprendió que en el Santuario estarían en la concentración de mediodía, y el pensamiento de luz del Verbo encarnado, había venido hasta ellos en cooperación a la obra de redención que realizaban. El niño que ya había dado indicios de la facultad clarividente que se desarrolló ampliamente más tarde, lo vio y no siendo aún capaz de analizar si era visión espiritual o realidad física, se entregó espontáneamente a las manifestaciones de su amor por Yhasua.

Y cuando la visión se esfumó, Felipe sacudía el cortinado, removía cuanto objeto se hallaba cerca, creyendo en su ingenuidad infantil que Yhasua jugaba a la escondida con él.

— ¿Quién es Yhasua? –preguntó Parmenas, saliendo de su abstracción.

—Es un joven Profeta de Dios a quien tu hijo quiere mucho y el cual está interesado en arrancarte de tu camino que te llevará más tarde o más temprano a un desdichado fin. Está de aquí a medio día de viaje. ¿Quieres venir a verle, Parmenas? Él te espera.

—Está bien, iré. Pero esperad a la primera hora de la noche en que levanto la tienda según las ordenanzas. Y mañana a la madrugada partimos, si os parece bien.

—De acuerdo –contestó Jaime–. Pero, ¿dónde dejarás todo esto?

—Tengo un socio que lo tomaría todo, dándome lo que me corresponde en dineros. En verdad que estoy cansado de esta forma de vida.

—La alegría de nuestra madre –dijo Aarón–, cuando esto sepa, te compensará tío Parmenas, de cuanto puedas perder.

—No volváis sin él, nos decía nuestra madre al salir de la cabaña –añadió Seth, presionando más al pobre griego, que ya se daba por vencido.

—Sabes cuánto te quiere ella, desde que en su calidad de hermana mayor, te entregó su hermana de dieciséis años para esposa, a la cual hiciste muy feliz en diez años que vivió a tu lado–. Y Aarón al decir esto daba el golpe de gracia a Parmenas, por cuyo rostro corrieron dos gruesas lágrimas.

— ¿Y qué haré yo entre vosotros allá? Porque yo necesito trabajar para vivir. Ya veis que tengo un hijo, y tan parecido a mi muerta que a veces creo que es ella misma que me habla y me mira.

—Eso se arreglará allá –intervino el tío Jaime–. Dispón tus cosas aquí con equidad y justicia, y no te preocupes del mañana.

“El trabajo honesto no te faltará en Galilea, donde somos todos como una sola familia.

Cuando llegó la noche, Sevthópolis no parecía la misma bullanguera y turbulenta ciudad del día anterior.

Un anciano matrimonio, originario de Chipre tenía el más tranquilo hospedaje que podía ofrecer la ciudad de las caravanas a los viajeros que desearan paz y sosiego, y allí pasaron la noche.

Y poco después del mediodía siguiente, se encontraban en el Santuario, sólo habitado por Yhasua y Melquisedec, pues los tres terapeutas no habían regresado aún de su búsqueda por las grutas ribereñas del Jordán.

Felipe, que estaba como ahogado aún por el incidente de la tienda, así que vio a Yhasua, lo soltó todo, como un borbotón de agua largo tiempo contenido:

—Te escondiste detrás del cortinado y no pude hallarte más, Yhasua. ¿Por qué me hiciste esa mala jugada? Así no se juega a la escondida. Cuando se termina, hay que darse la mano, el vencedor con el vencido, y tú escapaste y no te vi más.

Yhasua y Melquisedec sonreían comprendiendo lo que había pasado, pues que ambos eran conscientes del desdoblamiento espiritual realizado para lograr la redención de Parmenas.

—Padre –decía el niño–. Este es Yhasua que estuvo en tu tienda ayer al mediodía.

—Ya entenderás más adelante, amigo mío, el significado de las palabras de tu hijo –dijo Yhasua, viendo el asombro de Parmenas.

—Debéis estar cansados y la comida ya nos espera –añadió Melquisedec, llevándolos a la gran gruta-cocina.

Allí encontraron al tío Jaime que con los hijos de Tobías, descargaban los asnos de los grandes sacos de provisiones que habían traído nuevamente.

—Por fin comemos con un blanco mantel –decía Seth, extendiendo uno flamante sobre la gran mesa de encina.

—Y con vasos de cobre que brillan como el sol –decía Felipe, mirándose en uno de ellos como en un espejo.

—Celebramos la llegada de tu padre, Felipe, que ya quedará entre nosotros –decía Yhasua, feliz y dichoso, como siempre que se había conseguido la redención de un semejante.

En estos preparativos estaban cuando llegaron los tres terapeutas que habían salido en exploración.

—El festín será completo –decía el tío Jaime, viendo las grandes cestas de uvas frescas y doradas que traían los terapeutas de las orillas del Jordán.

Más cargados venían aún de noticias recogidas de viejos conocidos y amigos, que felices de ver nuevamente a los desaparecidos terapeutas, les habían colmado de atenciones y de regalos.

Algunos refugiados vivían aún en las grutas, otros se habían ido a los pueblos vecinos a mendigar por las calles, y la mayoría murieron de hambre y frío.

Los paralíticos que no podían andar por sí mismos, y los leprosos que tenían prohibido presentarse en las calles, habían perecido cuando sus compañeros de refugio dejaron de socorrerlos por una causa o por otra.

Los terapeutas volvían con el corazón deshecho, más deshecho aún que las obras de misericordia fundadas en las grutas hacía tantos años, y de las cuales no existían ya ni los vestigios.

En la gruta de las mujeres enfermas y con niños contrahechos donde tenían puestos telares y calderas para teñir los tejidos, no encontraron más que dos niñas ciegas de nacimiento y que tendrían de ocho a diez años.

Judas de Saba, recordaba haber conducido él mismo a esa mujer con

sus dos niñitas mellizas que tenían pocos meses. Una cabra doméstica llevada por él mismo criaba las dos criaturas. La madre murió y fue sepultada por las compañeras en un hueco de las montañas.

La cabra siguió amamantando a las niñas y guiándolas por las grutas a buscar agua y frutas silvestres.

Y Judas con inmensa amargura y remordimiento, decía a todos y lo repetía en lo profundo de su conciencia:

—Este noble animal ha cumplido mejor que yo. ¿De qué sirve poner piedra sobre piedra para levantar un templo a Jehová, si dejamos perecer de miseria las obras vivas de Jehová, que son sus criaturas con alma inmortal?

—Así es, Judas, así es –le contestó Yhasua profundamente conmovido–. Pero dime, ¿qué habéis hecho de esas niñas?

—Las hemos traído en brazos y la fiel cabra madre nos ha seguido hasta aquí. Están en la gruta de entrada.

Y Yhasua con Judas fueron allá. Las dos niñas recostadas juntas sobre el estrado con sus ojos cerrados en eterno sueño, permanecían quietas como si durmieran. La cabra de pelo largo blanco había trepado también al estrado y dormía a los pies de las niñas.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, observó Yhasua unos momentos aquel cuadro, símbolo del abandono de los hombres y de la fidelidad de un animal.

Luego se acercó, e inclinándose sobre el estrado acarició suavemente aquellas cabecitas de cabellos negros y enmarañados.

Estaban vestidas a medias con los mantos de los terapeutas.

— ¿Quién es? –preguntaron ambas–. ¿Eres tú, Judas?

—Soy Yhasua, un hermano vuestro que os quiere mucho.

—No conozco esa voz –dijo una de ellas–. ¿Eres tú que nos mandaste buscar?

—Sí, yo; y si vosotras queréis, Jehová me ha dado el poder de abrir vuestros ojos.

Y en voz baja dijo a Judas que llamase al Maestro Melquisedec.

—Nunca tuvimos ojos –dijo la otra niña–, pero nuestra madre lloraba mucho por esa causa. Ella nos explicaba todas las cosas que se ven, teniendo ojos.

“Nosotras vemos con las manos, con el olfato, con los pies y sobre todo con nuestra segunda madre, la cabrita buena que nos alimenta y nos guía.

Yhasua observaba minuciosamente los ojos de las dos niñas, a través de cuya piel muy transparente y fina se percibía el movimiento de las pupilas y hasta el color oscuro de ellas.

Cuando llegó Melquisedec, observaron entre ambos que aquellas

criaturas habían nacido con los párpados cerrados, pero que abriéndolos podían ver perfectamente.

—Pensad –les dijo Yhasua–, que Jehová abra vuestros ojos.

Se concentró profundamente mientras ponía sus manos sobre los ojos de las criaturas.

— ¡Me quemáis, me quemáis! –gritaron ambas a la vez.

Melquisedec las hizo callar y un profundo silencio se estableció en la gruta.

Las manos líricas de Yhasua temblaban por la poderosa vibración que corría por ellas como un fuego vivo, y de los ojos de las niñas se iba desprendiendo gota a gota una sustancia lechosa como si fueran lágrimas blancas.

Después, esas gotas se tornaron cristalinas y por fin los ojos se abrieron. Melquisedec y Yhasua puestos ante ellas, atenuaban la luz que podía causarles daño en el primer momento.

Cuando terminó la vibración de las manos de Yhasua, se sentó en el estrado porque había perdido fuerzas.

Como si el noble animal que estaba a su lado hubiera comprendido que aquellas manos habían curado sus niñas, las empezó a lamer suavemente.

—La naturaleza se sirve de ti, criatura de Dios, para restaurar el magnetismo gastado en otras criaturas de Dios.

"¡Qué hermosa es la armonía universal!

Melquisedec limpiaba con un lienzo blanco mojado en agua, los ojos de las niñas que continuaban abriéndose hasta su estado normal.

— ¡Qué hermosa es nuestra cabrita y qué lindos son sus ojos! Igual que los tuyos –se decía la una a la otra.

Esta exclamación de ambas criaturas, hizo comprender a todos, que ellas veían con bastante claridad.

Se sucedieron unas en pos de otras las escenas de sorpresa, asombro y miedo de aquellas dos niñas abriendo de pronto sus ojos a la vida, que habían percibido desde la triste oscuridad de sus ojos cerrados.

Eran desconfiadas de todo, y sólo seguían sin temor al fiel animal que les había servido de madre. Vieron a la cabra que entraba al arroyo a beber, y ellas bebieron también.

El fuego del hogar les llamaba grandemente la atención, sobre todo que de él salían cocidos los alimentos y asado el pan. La capacidad de razonamiento surgió en ellas enseguida, y un día preguntaron a Felipe con quien estrecharon amistad: "si en aquel fuego que se veía en lo alto también se cocinaban castañas y asaban el pan". Aquel fuego alto era el sol, cuyo vivo resplandor hería dolorosamente sus ojos.

—He aquí los cimientos sobre los cuales fundamentamos de nuevo el

devastado Santuario –decía Yhasua, acariciando aquellas cabecitas de oscuros cabellos–. Pero se hace necesario traer madres para estas niñas.

—O llevarlas donde ellas encuentren el amor de una madre –observó el tío Jaime.

—Será eso más fácil, que encontrar por el momento madres que quieran vivir aquí después de lo ocurrido en el Santuario. Todos le tienen pavor a causa de los bandidos que lo habitaron varios años –añadió Judas de Saba.

—Más adelante se podría establecer aquí "la cabaña de las abuelas", como la hay en el Carmelo y en el Hermón –dijo suavemente Yhasua, recordando lo dichoso que fue en aquella temporada que pasó con su madre en el Monte Carmelo entre los cariños y mimos de la abuela Sabá, y las otras ancianas que vivían en grutas al pie de la montaña en que se hallaba el Santuario.

En su ardiente imaginación se dibujó nítidamente aquel asnillo blanco enjaezado de azul que la abuela Sabá tenía escondido entre una gruta para darle una sorpresa, y que él, como inquieta ardilla, había descubierto antes de tiempo.

— ¡Cuántos huerfanitos –dijo–, serían dichosos si hubiera aquí una cabaña de las abuelas!

—Todo vendrá con el tiempo –respondió Melquisedec–. Habrá ancianas, huérfanas de cariño, viudas sin hijos que esperan sin duda un rayito de luz para sus vidas sombrías. Y ellas formarán otra cabaña de las abuelas, como la del monte Carmelo y el monte Hermón.

La idea había surgido como una mariposa blanca entre las sombras y estaba como un principio en todas las mentes. Una circunstancia, no buscada, acaso produjera el hecho que se deseaba.

En la aldea de Canaán, vecina de Nazareth, Jaime tenía una parienta viuda que vivía en gran soledad, y a ella enviaron las niñas, cuando un día después emprendían viaje de regreso al Tabor, los hijos de Tobías con Felipe y su padre.

Melquisedec, Yhasua, Jaime y los terapeutas quedaban en el viejo Santuario de Samaria, esperando a los que debían llegar del Carmelo para reorganizarlo.

Los cuatro Esenios esperados, llegaron dos días más tarde con un asno cargado de los papiros y cartapacios que habían llevado antes al Carmelo para salvarlos de la destrucción.

Los solitarios samaritanos conocieron a Yhasua en sus primeros años y más tarde en su adolescencia en visitas aisladas que habían hecho a Nazareth.

Ahora le veían ya joven, entrado a los veinte años, con una plenitud de vida espiritual y física que les causaba indecible felicidad.

—Reconstruir nuestro Santuario teniéndoos entre nosotros, es una gloria que nunca pude soñar –decía el Anciano Servidor.

— ¡Hermoso número formáis! –decía Melquisedec–. Sois siete para reconstruir vuestro Santuario. Las siete lámparas del candelabro de Moisés.

—Y yo seré vuestro cirio de la piedad –añadió dulcemente Yhasua, dando a sus palabras el acento de una promesa–. Vendré muchas veces a visitaros.

Después de esta introducción, el lector bien comprenderá que las confidencias fueron largas en tres días más que permanecieron Yhasua, Melquisedec y el terapeuta que les sirvió de guía. El tío Jaime, consecuente con su promesa a Yhosep, no quiso separarse de su gran sobrino hasta volverle de nuevo a su hogar.

—Este no es un Esenio de las grutas –decía Yhasua cuando presentaba a su tío a los recién llegados–.

"Es un esenio de la bodega y de la cocina. Es el esenio providencia que todo lo ve y todo lo remedia.

—Es el hortelano que cuida el huerto –decía el Servidor encantado del tío Jaime, cuya solicitud para disponerlo todo, era la cualidad más destacada de aquella hermosa vida de nobleza y equidad.

Los cuatro Esenios salvados de la gran hecatombe, estaban como ahogados de llanto al verse de nuevo entre sus grutas que abandonaron diez años antes sin esperanza de retornar a ellas.

Y volvían traídos como de la mano por el Ungido Divino que les había allanado todas las dificultades.

Cuando los avisos espirituales del viejecito Ismael les hablaban de restauración del viejo Santuario, ellos lloraban en silencio, porque una duda tenaz les borraba del alma aquellas promesas.

—Yo os tengo preparado un portero excelente que no puede pedirse nada mejor –decía el tío Jaime en la cena de esa noche–. Esto, si vosotros lo aceptáis.

—Cuando vos que sois un esenio del grado tercero, lo decís, es porque debe ser como lo decís, y desde luego está aceptado –contestaba el Servidor.

— ¿Quién es, tío Jaime? ¿Lo conozco yo? –preguntaba Yhasua.

—Por referencias conoces parte de la familia de mi portero. La mayor de las tres niñas salvadas últimamente en la tienda de Parmenas, se une en matrimonio en esta luna con mi excelente portero, que es pastor con una gran majada de ovejas y cabras, y con una madre que es un tesoro de discreción y de prudencia. Tiene su cabaña en las cercanías de Sebaste y hace mucho tiempo que les conozco. El marido era esenio de grado primero, y ella es de segundo, pues nació de padres Esenios. El muchacho,

un fuerte y hermoso zagal de veinte años, me confió que deseaba tomar esposa, pero no la encontraba a su gusto. Yo le prometí encontrársela, y creo haberla encontrado en la mayor de las tres doncellas que he mencionado y con la cual he hablado al respecto.

"Con el jefe de la caravana en que ellas iban, he mandado una epístola al muchacho y a la madre proponiéndoles a más de su traslado hacia aquí, cosa que ellos necesitan de inmediato, pues en la luna próxima, se vence el plazo acordado por las autoridades de Sebaste para que todos los rebaños sean alejados a cuarenta estadios de la ciudad.

—Esto quiere decir que tenéis la habilidad en grado sumo de arreglar varias situaciones a la vez –decía el Servidor entusiasmado.

—Ya os decía yo que mi tío Jaime es el esenio providencia –contestaba Yhasua.

—A ver, a ver, ¿cómo es ese asunto tan complicado? –inquirió Melquisedec que aunque conocía el caso de las jovencitas salvadas, no había comprendido del todo bien.

—Pues está bien claro –decía Yhasua–. El muchacho pastor, quiere una esposa. El tío Jaime se la pone delante. La familia de la novia está amenazada de la miseria en Enón, porque murió el padre y hay criaturas de pocos años. El tío Jaime les remedia casando la mayor de las hijas con un pastor que tiene una gran majada de cabras y ovejas, lo cual significa que habrá alimentos en abundancia para toda la familia.

"El pastor debe retirar en breve plazo su ganado de las cercanías de Sebaste. El tío Jaime le ofrece estos fértiles montes y valles que son praderas, con un hermoso "arroyo de las gaviotas" para abrevarlo.

"Y por fin, el Santuario necesita un portero de toda confianza con una "abuela Sabá" que es una maravilla de discreción y prudencia, y el tío Jaime se lo pone a su disposición.

"¿Puede darse en la tierra otra providencia más oportuna?

—En verdad que sois un prodigio en las combinaciones hermosas, nobles y útiles –decían en general los Esenios.

El tío Jaime sonreía con esa habitual bondad suya, mientras continuaba partiendo nueces para todos, pues aún en eso, encontraba el modo de ser útil a los demás.

¡He aquí una hermosa vida que olvidaron los biógrafos de Cristo, como tantas otras que al igual que ésta, estuvieron estrechamente ligadas a la vida excelsa del Hombre-Luz! Y ésta es una de las causas inspiradoras de este libro, encargado de descubrir, no sólo la grandeza divina de la vida íntima del Verbo encarnado, sino también la actuación importantísima para la historia y para la ciencia espiritual, de la pequeña porción de humanidad que lo secundó en su infatigable tarea, en pro de la fraternidad y del amor entre los hombres.

Jaime de Jericó, era viudo y de su matrimonio le había quedado un hijito que creció en Canaán de Galilea con la abuela materna. En la época que vamos narrando, el niño tenía nueve años, y a su regreso de Samaria, el tío Jaime se encontró con la noticia de la grave enfermedad de su suegra, que murió al poco tiempo dejando al nietito huérfano por segunda vez.

Myriam, cuya alma se desbordaba de piedad hacia el dolor de los demás, acudió a Canaán a los últimos momentos de la madre política de su hermano, y se llevo consigo a Nazareth al pequeño Jaime que pasó a ser de inmediato, otro hijo de su corazón lleno de misericordia.

La vieja casita solariega donde el tío Jaime se casó y donde le nació su único hijito, pasó a ser propiedad exclusiva suya, en la cual se instaló al poco tiempo, un Refugio-Taller para mujeres viudas, doncellas y niños sin familia y sin medios de vida.

Y al frente, en calidad de hermana mayor, fue puesta aquella parienta de Jaime, a la cual habían encomendado las dos niñitas curadas de la ceguera y encontradas en una gruta de las orillas del Jordán...

Esta mujer se llamaba María Cleofás.

Y era hermana menor de la suegra de Jaime recientemente fallecida. Aparece aquí por primera vez, pues su protección a las niñas Simi y Fatmé, la vinculó estrechamente al gran Misionero del amor fraterno, al cual siguió incansable en las correrías de su vida pública, y lo siguió hasta el sepulcro, pues María Cleofás fue una de aquellas mujeres que como la Magdalena acudieron a la sepultura de Jesús para embalsamar su cuerpo en la madrugada del domingo y encontraron el sepulcro vacío.

Hemos hecho esta referencia, no por adelanto del acontecimiento que a su debido tiempo relataremos con amplios detalles, sino para poner al nuevo personaje en contacto espiritual con el lector, que si es observador y analítico, gustará estudiar las características propias de cada personaje, que es uno de los más puros deleites del lector.

María Cleofás, tenía su casita anexa a la de su hermana, la suegra de Jaime, razón por la cual pudo hacerse de ambas casas una sola con la amplitud necesaria para refugio y taller de tejidos.

¡Otra hermosa combinación del ingenio del tío Jaime..., del tío providencia según le llamaba Yhasua!

Con esta digresión hecha para ti, lector amigo, mientras el tío Jaime parte nueces en la gran cocina del Santuario samaritano, quedan enterados de la forma y modo como en el silencio y la modestia, aquellos verdaderos hijos de Moisés realizaban sus obras de ayuda mutua con escasos bienes de fortuna, pero con un gran corazón lleno de amor y de piedad hacia sus semejantes desamparados.

Y así con pequeñas obras silenciosas se iba ampliando más y más el

horizonte en el cual debía brillar con luz meridiana años más tarde, la estrella magnífica del Cristo, marcando rumbos de luz y de amor a la humanidad.

En silencio se había restaurado el Santuario Esenio de Samaria; en silencio se había salvado de su ruina moral a Parmenas el griego, se había remediado a la familia desamparada de las tres niñas de Enón que iban a ser vendidas como esclavas; en silencio también se abrió el Refugio-taller de Canaán donde María Cleofás con Simi y Fatmé fueron las primeras plantas de ese huerto espiritual, de donde salieron las mujeres cristianas de la primera hora, las que pusieron los medios materiales para que el gran Misionero del amor, fundamentara su obra.

María Cleofás era la menor de toda aquella familia, dispersa ya en Galilea y Judea, debido a los matrimonios realizados; pero que en momentos dados se unían todos en la vieja casa solariega, donde solo había quedado ella, casada también y viuda al poco tiempo.

43
YHASUA A LOS VEINTE AÑOS

Vuelto nuevamente Yhasua al Santuario del Tabor, reanudó sus silenciosas tareas de orden espiritual intenso, algo interrumpidas por las actividades exteriores. Nos referimos en particular a sus ensayos de telepatía y a su Diario, pues que en la práctica misma del bien, no cesaba de extender sus admirables facultades y sus poderes internos en armonía con las fuerzas y leyes naturales.

Sólo había faltado del Santuario treinta días escasos, y encontró a su regreso varias epístolas de diversas partes.

Desde Ribla le había escrito Nebai con importantes noticias.

Los hijos del sacerdote de Homero se habían casado con doncellas sirias.

Los dos hermanos de Nebai que también estaban en vísperas de celebrar matrimonio, ponían un movimiento desusado en el gran castillo, antes tan silencioso y sereno.

Y Nebai con mucha gracia decía en su epístola:

“Me ha llegado el momento de poner en práctica aquellas enseñanzas tuyas, Yhasua, llenas de sabiduría: Extraer del fondo de todas las cosas lo más hermoso que hay en ellas. Y en mi caso, lo más hermoso son las almas de las que van a ser mis cuñadas y que vendrán pronto a vivir al castillo, hasta ahora casi vacío, y donde se han arreglado dos nidillos independientes para estos pájaros bulliciosos.

“Los terapeutas del Santuario del Hermón nos visitan con frecuencia

y con ellos hablo de ti, Yhasua, y ellos me alientan en esta vida mía tan diferente de las demás mujeres de mi edad y condiciones.

"Ellos me dicen: Tú las harás a ellas a tu medida, y no que ellas te hagan a la suya.

"Y será así, Yhasua, porque mis hermanos, sus novias y yo, hemos ingresado al grado primero de la Fraternidad Esenia, y en su próximo viaje, los terapeutas nos traerán el libro de la Ley con los Salmos, y el manto blanco correspondiente al grado que comenzamos.

"Espero que también las nueras del Anciano Menandro, inicien este camino.

"Quiero saber si es realidad o ilusión lo que me ocurrió hace cuatro días.

"Pensaba yo en la fuente de las palomas de la casita de piedra, al caer de la tarde, según lo convenido. Me imaginé que tú no estabas allí, porque mi pensamiento parecía perderse en el vacío sin que nadie lo acogiera. Pero pasado un buen rato sentí la vibración tuya, Yhasua, que desde otro lugar me decía: Nebai, no me busques en la fuente porque no estoy en el Tabor sino en las montañas de Samaria. Pronto volveré.

"¿Es cierto esto Yhasua? ¿Cómo es que no me lo anunciaste en tu última epístola?"

Y continuaba así la epístola de Nebai descubriendo nítidamente las luces y sombras de aquella hermosa alma, que buscaba cumbres diáfanas con claridades de estrellas y ansias de inmensidad.

Al regresar de Samaria, Yhasua y el Maestro Melquisedec se detuvieron en Nazareth durante algunos días, para ayudar con fuerzas espirituales y magnéticas a Yhosep y Yhosuelín. Ambos parecían revivir con la sola presencia de Yhasua.

La llegada del tío Jaime con su hijo, puso una nota más de íntima ternura en aquella familia, sobre la cual desbordaba la piedad y magnificencia divinas.

La fisonomía del Anciano Yhosep iba adquiriendo esa apacible serenidad que parece tener reflejos de la vida superior, a que pronto será llamado el espíritu triunfante en las luchas de la vida.

Yhosep el Justo, como le llamaban muchos porque veían en su vida un crisol de nobleza y equidad, estaba viviendo sus últimos años y como si una luz superior le iluminase, iba disponiéndolo todo, para que la familia que le rodeó en el ocaso de su vida, no se viera perturbada por aquella otra familia de su juventud.

—Todos son honrados y buenos –decía él muy juiciosamente–, pero entre los buenos, el orden los ayuda a ser mejores y a comprender más claramente los derechos de los demás.

Yhasua dijo a sus padres:

—Voy al Santuario sólo por una luna y enseguida estoy nuevamente con vosotros por todo este invierno.

"Entre todos vosotros y yo tenemos que arreglar muchos asuntos.

Excusado es decir que la noticia causó a todos indecible alegría.

Su estadía en el Santuario la emplearía en descanso de su espíritu y para tomar nuevas energías.

Había gastado muchas en las obras espirituales y materiales realizadas en favor de sus semejantes.

El dominar las corrientes adversas que dificultan la vida del hombre en los mundos de expiación, requiere esfuerzos mentales demasiado intensos, y esto, lo saben y experimentan todas las almas que en una forma o en otra consagran su vida a cooperar en la evolución espiritual y moral de la humanidad.

Las epístolas de Nebai y de Halevi (el que años más tarde tomó el nombre de Bernabé) eran su noticiario del norte, como las de José de Arimathea eran su noticiario del sur.

Junto con las de este último, los terapeutas le traían los mensajes escritos o verbales de sus amigos del Monte Quarantana, los porteros del Santuario: Bartolomé y Jacobo, ya padres de familia, y en cuyas almas seguía vibrando como un arpa eterna el amor de Yhasua.

Un mensaje del menor Bartolomé, causó al joven Maestro una tierní-sima emoción. Le anunciaba que el mayor de sus hijitos había cumplido cinco años, y pedía permiso a Yhasua para empezar a montarlo en aquel asnillo ceniza que le habían regalado en su estadía en el Santuario siete años atrás.

Sus amigos de Betlehem, aquellos que le vieron la noche misma de su nacimiento, Elcana y Sara, Josías, Alfeo y Eleazar, escribían juntos una conmovedora epístola que era una súplica brotada del fondo de sus corazones:

"Van a llegar las nieves –le decían–, y con ellas el día glorioso que hará veinte años brilló sobre Betlehem como una aurora resplandeciente. Venid con Myriam y Yhosep a pasarlo entre nosotros y haréis florecer una nueva juventud sobre estas vidas cansadas que ya se inclinan hacia la tierra".

La suave ternura que saturaba la epístola vibró intensa en el alma del joven Maestro, que entornando los ojos dejó volar su pensamiento como una mariposa de luz, hacia aquellos que así llamaban por él.

Volvió a ver mentalmente a Sara en su incansable ir y venir de las amas de casa consagradas con amor a velar por el bienestar de toda la familia; a Elcana su esposo al frente de su taller de tejidos, siendo una discreta providencia sobre las familias de sus jornaleros; a Alfeo, Josías y Eleazar, con sus grandes majadas de ovejas y cabras, proveyendo a toda

aquella comarca de los elementos indispensables para la vida como es el alimento y el abrigo.

En muchas de aquellas casas betlehemitas se anudaba un vínculo de amor con el joven Mesías, al cual no veían desde sus doce años cuando estuvo en el Templo de Jerusalén.

Y hasta en el oculto Refugio esenio de los estanques de Salomón, habitado por la mártir Mariana, llorando eternamente a sus hijitos asesinados por mandato de Herodes, el nombre de Yhasua era como una luz encendida en las tinieblas, como un rosal en un páramo desierto, como el raudal fresco de una fuente en los arenales calcinados por el sol.

Todo esto vibró en el alma de Yhasua como el sonido de una campana lejana, y no pudiendo resistir a aquel llamado imperioso del amor, contestó con el primer terapeuta que salió rumbo al sur, que pasaría en Betlehem el día que cumplía sus veinte años de vida terrestre.

Había prometido a sus padres pasar ese invierno con ellos, y con ellos iría a Jerusalén donde la Escuela de sus amigos le reclamaba ardientemente, después de la dura borrasca que hubo de soportar. Allí estaba también Lía, la parienta viuda que al casarse sus tres hijas, llenó su soledad con las obras de misericordia que derramó a manos llenas sobre los desamparados y los enfermos.

—"Son las flores de mi huerto" –decía ella cuando en determinados días de la semana, su jardín se llenaba de madres con niños, y de ancianos cargados no sólo de años, sino más aún de pesadumbre y de miseria.

Lía, la viuda Esenia, silenciosa y discreta, asociaba a sus obras a sus tres hijas casadas, Susana, Ana y Verónica que ya conoce el lector en los comienzos de esta obra. Ellas concurrían los días señalados para leer los libros de los Profetas a los protegidos de su madre, instruyéndolos por este medio en sus deberes para con Dios, con el prójimo y consigo mismos.

La obra silenciosa y oculta de los Esenios que quedó olvidada por los cronistas de aquel siglo de oro, fue en verdad la red prodigiosa en que quedaron prendidas para toda la eternidad, las almas que en numerosa legión se unieron al Hombre-Luz, ungido del Amor y de la Fe, que marcó el sendero imborrable de la fraternidad entre los hombres.

Toda esta inmensa labor silenciosa como una vid fantástica que extendía sus ramas cargadas de frutos por todas partes, esperaba a Yhasua en aquella Judea árida y mustia para los que bajaban de las fértiles montañas samaritanas y galileas, pero donde el amor silencioso de las familias esenias ponía la nota tierna y cálida de una piadosa fraternidad más hondamente sentida.

Vemos, pues, que desde las fértiles montañas del Líbano en la Siria, hasta los ardientes arenales de la Idumea en el sur, florecía en las almas la esperanza como un rosal mágico de ensueño.

El Ungido de Jehová andaba con sus pies por aquellas tierras, y los dolores humanos desaparecían a su contacto.

Los terapeutas peregrinos que salían de sus Santuarios cargados de amor en el alma, iban llevando de aldea en aldea el hilo de oro que ataba los corazones unos con otros en torno al Hombre Ungido de Dios, cuya vida de niño y de joven les relataban en secreto y minuciosamente.

Bastó que Yhasua instalase un pequeño recinto de oración en la casa de sus padres en Nazareth, para que se hiciera lo mismo en todas las familias esenias que pudieran disponer un rinconcillo discreto con una mesa suntuosa o desnuda, donde los Salmos y los Profetas estaban presentes con su pensamiento escrito y vívido, cual si fuera el aliento mismo de la Divinidad.

Sobre aquella mesa, y grabada en una lámina de madera, de cobre o de mármol, aparecía invariablemente el mandato primero de la Ley de Moisés: "Adorarás al Señor Dios tuyo con toda tu alma y amarás a tu prójimo como a ti mismo".

Para los más pobres y que no disponían sino de una cocina con estrados para el descanso, la piedad esenia tenía el recurso de la oración en casa del vecino, que tenía abierto su recinto sagrado para aquellos Hermanos de ideal que no podían tenerlo. Tal fue la obra esenia de elevación de las almas a un nivel superior que las pusiera a tono con el Pensamiento Eterno que el Cristo traía a la Tierra.

Esta armónica corriente de amor y de fe, esparcida como un fuego purificador por toda la Palestina y países circunvecinos, fue la ola mágica en que Yhasua desenvolvió su vida oculta, que quedó como sepultada en el olvido a mitad del siglo pasado, a medida que iban desapareciendo del plano físico los testigos oculares, sus familiares y sus discípulos.

El recinto de oración en cada casa esenia, ha dado origen a la afirmación de algunos viajeros que han escrito sobre el particular, de que toda Palestina estaba llena de sinagogas y que en las grandes ciudades se contaban hasta cuatrocientas o más.

El pensamiento sutil del lector que analiza y razona, parece estarnos preguntando: ¿Cómo, de esta ola de paz y amor fraterno, de esta intensidad de vida espiritual pudo surgir trece años después el horrendo suplicio con que se puso fin a la vida física del Cristo?

El pontificado y clero de Jerusalén vio llegado su fin ante el verbo de fuego del gran Maestro que volvía por los derechos de la Ley Eterna, que son los derechos del hombre, y vació el oro acumulado en el comercio del templo en las bolsas vacías del populacho ignorante y hambriento, mientras le decía: "Causante de vuestros males es el vagabundo que predica el desprecio por los bienes de la tierra, porque con él ha llegado el reino de Dios".

Calmada así brevemente la inquietud del lector, continúo la narración:

Dieciséis días antes del aniversario vigésimo de Yhasua, salió de Nazareth con sus padres en la caravana que venía de Tolemaida hacia el sur.

El camino se bifurcaba al llegar a la Llanura de Esdrelón, y el uno recorría el centro de la provincia de Samaria pasando por Sebaste y Sichen, mientras el otro tocaba Sevthópolis y seguía por la ribera del Jordán hasta Jericó, Jerusalén y Betlehem.

A los viajeros que seguían el camino del Jordán, se unieron Yhosep, Myriam y Yhasua, pues que en aquel camino se encontraban muchos amigos y familiares. En Sevthópolis que ya conoce el lector, se hallaba el Santuario esenio recientemente restaurado, donde los porteros de la amistad del tío Jaime, les brindarían un cómodo y tranquilo hospedaje.

En Arquelais, segundo punto de parada de la caravana, vivía la familia de Débora, la primera esposa de Yhosep, a la cual se había unido Matías, el segundo hijo de aquel primer matrimonio.

El justo Yhosep había sido siempre el paño de lágrimas de sus suegros mientras vivieron, y aún lo era para dos hermanas viudas de su primera esposa, que vivían pobremente en aquella localidad. La familia había sido avisada y les esperarían seguramente.

Y finalmente en Jericó, tercer punto de parada, vivían familiares de Myriam, dos hermanos de Joachin su padre, con sus hijos y sus nietos.

Todo esto fue tenido en cuenta por nuestros viajeros, con el fin de estrechar vínculos con seres que aunque muy queridos se mantenían algo alejados por las escasas visitas que sólo se hacían de tiempo en tiempo.

Para Yhasua existían a más, otros poderosos motivos: las grutas refugios que en las montañas de las riberas del Jordán habían vuelto a ser habitadas, según noticias que le mandó Judas de Saba, cuyo ardoroso entusiasmo por las obras de misericordia le había convertido en providencia viviente para los desamparados de aquella comarca.

Nuestros tres personajes eran, entre la caravana, los “viajeros ricos”, pues llevaban tres asnos con cargamento, cuando todos los demás sólo tenían aquel en que iban montados.

Sólo el jefe de la caravana sabía que el cargamento de los tres asnos contratados por Yhosep no llevaba oro ni plata, sino pan, frutas secas y ropas para los refugiados en las grutas del Jordán.

El amor de Yhasua para sus hermanos menesterosos había prendido un fuego santo en las almas de sus padres y familiares, hasta el punto de que no podían sustraerse a esa suave influencia de piedad y conmiseración.

En los tres puntos de parada de la caravana, dejó Yhasua el rastro luminoso de su paso.

En Sevthópolis, alrededor de las tiendas movibles que se instalaban cada día, se observaban a veces algunos infelices contrahechos, niños retardados, o con parte del cuerpo atacado de parálisis.

Descender de su borrico e ir derecho hacia ellos, fue cosa tan rápida que ni aún tuvieron tiempo sus padres para preguntarle: – ¿A dónde vas?

El dolorido grupo miró con asombro a este hermoso doncel de cabellos castaños y ojos claros, que les miraba con tanto amor.

—Vosotros estáis enfermos –les dijo–, porque no os acordáis que vuestro Padre, que está en los cielos, tiene el poder de curaros y quiere hacerlo. ¿Por qué no se lo pedís?

—Él está muy lejos, y no oirá nuestros clamores –contestó un jovenzuelo que tenía todo un lado de su cuerpo rígido y seco como un haz de raíces.

—Os engañáis, amigo mío. Él está en torno a vosotros, y no lo sentís porque no lo amáis lo bastante para verlo y sentirlo.

Una poderosa vibración de amor comenzó a flotar como una brisa primaveral, y Yhasua, mirando al asombrado grupo, comenzó a decir con una voz dulce y profunda:

—"Amarás al Señor Dios tuyo con todas tus fuerzas, con toda tu alma, y a tu prójimo como a ti mismo".

"Así manda la Ley del Dios-Amor que vosotros olvidáis".

Repartió unas monedas y les dijo:

—Volved a vuestras casas y no olvidéis que Dios os ama y vela por vosotros.

Mientras aquellas pobres mentes estuvieron absortas en la mirada y la palabra de Yhasua, sus cuerpos recibieron como una ola formidable, la energía y fuerza vital que él les transmitía, y recién cuando le perdieron de vista en el tráfago de gentes, bestias y tiendas, se apercibieron que sus males habían desaparecido.

Los unos corrían por un lado y los demás por otro como enloquecidos de alegría, y buscando al doncel de la túnica blanca que no aparecía en parte alguna.

Por fin llegaron a la conclusión de que debía ser el arcángel Rafael que curó a Tobías, por cuanto había desaparecido tan misteriosamente.

—Será un mago venido del norte –decían los extranjeros en el país, que nada sabían del arcángel Rafael ni de Tobías.

—Pero si estáis curados, a trabajar –decían otros, ofreciéndoles trabajo en sus comercios, cuyas agitadas actividades necesitaban siempre más y más operarios.

Era inútil que buscaran a Yhasua, que instaló rápidamente a sus

padres bajo la tienda-hospedería, y corrió al Santuario en busca del portero, con cuya familia pasaría la noche hasta la hora primera en que la caravana continuaba el viaje.

Con gran sorpresa de los solitarios, se les presentó de pronto en el archivo donde todos ellos se encontraban ordenando de nuevo su abundante documentación.

— ¿No os dije antes que sería vuestro cirio de la piedad? Pues aquí estoy, pero sólo por unas horas.

"¿Dónde están los ex cautivos? –preguntó, aludiendo a los tres terapeutas libertados de la cadena.

—En la cocina preparando las maletas para ir a las grutas –le contestaron.

—Pues nada más oportuno –dijo Yhasua–. Traemos un pequeño cargamento para los refugiados.

Indecible fue la alegría de los tres terapeutas al abrazar de nuevo a Yhasua.

Cuando se acercaba la hora de partir, ellos acompañaron a los tres viajeros para hacerse cargo de las provisiones que la familia de Yhosep donaba a los refugiados en las grutas del Jordán.

Después de pedirles referencias y detalles minuciosos sobre el estado y condiciones de los enfermos, Yhasua se despidió de ellos para continuar viaje junto a sus padres.

Desde que salieron de Sevthópolis, el camino se deslizaba en plena montaña, costeando serranías que por estar adelantado el invierno aparecían un tanto amarillentas y desprovistas, desde luego, de su exuberante verdor.

Todo el trayecto desde Sevthópolis hasta Arquelais ofreció a Yhasua la oportunidad de derramar como un raudal caudaloso el interno poder que su espíritu-luz había conquistado en sus largos siglos de amor.

Y continuaba amando como si no pudiera más detenerse en la gloriosa ascensión a la cumbre, a la cual parecía subir en vertiginosa carrera.

"Amar por amar es agua
Que no conocen los hombres.
Amar por amar es agua
Que sólo beben los dioses"

Había cantado así, Bohindra, el genio inmortal de la armonía y del amor, y su verso de cristal lo vemos vivir en Yhasua con una vida exuberante, que asombra en verdad a quien lo estudia en su profundo sentir.

Montado en su jumento, no descuidaba mirar a cada instante en su carpeta que llevaba en su mano izquierda.

—Mira Yhasua que este camino tan escarpado ofrece tropiezos a cada instante –decía su padre–, y temo que por mirar tu carpeta no ayudas al jumento a salvar los escollos.

—Él está bien amaestrado, padre; no temáis por mí –contestaba él.

— ¿Se puede saber, hijo mío, qué te absorbe tanto la atención en esa carpeta? –preguntaba a su vez Myriam, cuya intuición de mujer estaba adivinando lo que pasaba.

—Cosillas mías, madre, que sólo para mí tienen interés –contestaba sonriente Yhasua, como el niño que oculta alguna travesura muy dulce a su corazón–.

"Aquí están las dos encinas centenarias –murmuró a media voz–. Es la señal de la gruta de los leprosos.

Aún estaban a cincuenta brazas de las encinas, y ya vieron salir un bulto cubierto con un sacón de piel de cabra que sólo tenía una abertura en la parte superior para los ojos.

Sólo así les era permitido a los atacados del horrible mal el acercarse a las gentes que pasaban, en demanda de un socorro para su irremediable situación. Yhasua habló pocas palabras con el jefe de la caravana, que siempre llevaba preparado un saco con los donativos de algunos de los viajeros para los infelices enfermos.

—Yo lo llevaré por vos –dijo Yhasua, recibiendo el saco y encaminándose hacia el bulto cubierto que avanzaba. Los viajeros pasaron de largo, deseando poner mayor distancia entre el leproso y ellos.

Myriam y Yhosep detuvieron un tanto sus cabalgaduras para dar tiempo a Yhasua.

—Ya imaginaba esto mi corazón –decía Myriam a su esposo–.

"En la carpetita debe traer Yhasua escritas las señas donde están las grutas, y eso era lo que absorbía su atención.

— ¡Oh! Este hijo santo que Jehová nos ha dado, Myriam, nos da cada lección silenciosa, que si sabemos aprenderla seremos santos también.

Y el Anciano, con sus ojos humedecidos de llanto, continuaba mirando a Yhasua, que llegaba sin temor alguno al leproso.

Le vieron que le quitó el sacón de piel y le tomó las manos.

Fue un momento de mirarle a los ojos con esa irresistible vibración de amor que penetraba hasta la médula como un fuego vivificante, que no dejaba fibra sin remover.

Myriam y Yhosep no podían oír sus palabras, pero nosotros podemos oírlas, lector amigo, después de veinte siglos de haber sido pronunciadas.

En los Archivos Eternos de la Luz, maga de los cielos, quedaron escritas como queda grabado todo cuanto fue pensado, hablado y sentido en los planos físicos:

—Eres joven, tienes una madre que llora por ti; hay una doncella que te ama y te espera..., unos hijos que podrán venir a tu lado. Lo sé todo, no me digas nada. Judas de Saba me ha informado de todo cuanto te concierne.

—Sálvame, Señor, que ya no resisto más el dolor en el cuerpo y el dolor en el alma –exclamó el infeliz leproso, que sólo tenía veintiséis años.

—El Poder Divino, que Dios me ha dado, y que tu fe ha descubierto en mí, te salvan. Anda y báñate siete veces en el Jordán y vuelve al lado de tu madre. Sé un buen hijo, un buen esposo y un buen padre, y esa será tu acción de gracia al Eterno Amor que te ha salvado. Di a tus compañeros que hagan lo mismo, y si creen como tú en el Poder Divino, serán también purificados.

El enfermo iba a arrojarse a los pies de aquel hermoso joven, cuyas palabras le hipnotizaban causándole una profunda conmoción. Pero sintió que todo su cuerpo temblaba y se sentó sobre el heno seco que bordeaba el camino.

— ¡Anda!, no temas nada –dijo Yhasua montando de nuevo y volviendo al lado de sus padres que le esperaban.

Los otros viajeros se perdían ya en una de las innumerables vueltas del tortuoso camino costeando peñascos enormes, y que pensaban sin duda en que el infeliz leproso sería un familiar de Yhasua por cuanto le prestaba tal atención.

No ha comprendido aún la humanidad lo que es el Amor, que no necesita los vínculos de la sangre ni las recompensas de la gratitud, para darse en cuanto tiene de grande y excelso como una vibración permanente del Atmán Supremo, que es amor inmortal por encima de todas las cosas.

Nuestros tres viajeros quedaron por este retraso a cierta distancia de la caravana, lo cual les permitía hablar con entera libertad.

— ¡Qué obra grande has hecho, hijo mío! –le dijo Yhosep, mirando a Yhasua con esa admiración que producen los hechos extraordinarios.

—Era lástima tan joven y ya inutilizado para la vida –añadió Myriam, esperando una explicación de Yhasua que continuaba en silencio–. ¿Se curará, hijo mío?

—Sí, madre, porque cree en el Divino Poder y eso es como abrir todas las puertas y ventanas de una casa para que entre en torrente avasallador el aire puro que lo renueva y transforma todo.

— ¿Habrá otros leprosos allí? –volvió a preguntar ella.

—Han quedado veinte de los treinta y dos que había desde hace mucho tiempo.

“Los otros murieron cuando los terapeutas del Santuario dejaron de socorrerles. Eran ya de edad y su mal estaba muy avanzado. La miseria los consumió más pronto.

— ¿Y no podría evitarse, Yhasua, este mal espantoso que va desarrollándose tanto en nuestro país?

—Cuando los hombres sean menos egoístas desaparecerá la lepra y la mayoría de los males que afectan a la humanidad. La extremada pobreza hace a los infelices de la vida, ingerir en su cuerpo las materias descompuestas como alimento. Los tóxicos de esas materias ya en estado de putrefacción, entran en la sangre y la cargan de gérmenes que producen todas las enfermedades. Los gérmenes corrosivos van pasando de padres a hijos, y la cadena de dolor se va haciendo más y más larga.

“Cuando los felices de la vida amen a los infelices tanto como a sí mismos se aman, se acabarán casi todas las enfermedades, y sólo morirán los hombres por agotamiento de la vejez o por accidentes inesperados.

“He podido curar leprosos, paralíticos y ciegos de nacimiento; pero no he podido aún curar a ningún egoísta. ¡Qué duro mal es el egoísmo!

Una honda decepción pareció dibujarse en el expresivo semblante de Yhasua, cuya palidez asustó a su madre.

—Hijo mío –le dijo–, estás tan pálido que me pareces enfermo.

—Yhasua queda así cuando salva a otros de sus males. Diríase que por unos momentos absorbe en su cuerpo físico el mal de los curados –añadió su padre. Yhasua les miraba a entrambos y sonreía en silencio.

—Veo que os vais tornando muy observadores –dijo por fin.

—Cuando has curado a Yhosuelín y a mí, te he visto también palidecer –dijo Yhosep–. Pero me figuro que si el Señor te da la fuerza de salud para los otros, te repondrá la que gastas en ellos.

—Es así, padre, como lo piensas. Ya me pasa este estado de laxitud, porque los enfermos ya entraron en renovación.

— ¿Pero, se curarán todos? –preguntó alarmada Myriam temerosa de que tantos cuerpos enfermos agotasen la vida de su hijo. Yhasua comprendió el motivo de esa alarma.

— ¡Madre! –le dijo con infinita ternura–. No me des el dolor de adivinar en tu alma ni una chispa de egoísmo. La vida de tu hijo vale tanto como esas veinte vidas salvadas.

“También ellos tienen madres que les aman como tú a mí. Ponte tú en lugar de una de ellas y entonces pensarás de otra forma.

— ¡Tienes razón, hijo mío! Perdóname el egoísmo de mi amor de madre. Eres la luz mía, y sin ti, paréceme que me quedaría a obscuras.

—Tendrás que aprender a sentirme a tu lado, aunque yo desaparezca del plano físico...

— ¡Dios Padre, no lo querrá, no!... ¡Moriré yo antes que tú!... –dijo ella como en un sollozo de angustia.

— ¿Ves madre el dolor de esas madres que ven morir vivos a sus hijos en las cavernas de los leprosos?

— ¡Sí, hijo mío!, lo veo y lo siento. Desde hoy te prometo averiguar dónde hay un leproso para que tú le cures. Yo soy la primera curada por ti del egoísmo.

"¡Ya estoy curada, Yhasua!... ¡Ante Dios Padre que nos oye, entrego mi hijo al dolor de la humanidad!

Y la dulce madre rompió a llorar a grandes sollozos.

— ¿Qué hiciste, Yhasua, hijo mío, qué hiciste? –decía Yhosep, tomando una mano de Myriam y besándola tiernamente.

— ¡Nada, padre! Es que al sacarse ella misma la espina que tenía clavada en el alma, le ha causado todo este dolor. Pero ya estás curada, madre, para siempre, ¿verdad?

Esto lo decía Yhasua ya desmontado de su asno y rodeando con su brazo la cintura de su madre.

—Sí, hijo mío, sí, ya estoy curada.

Y la admirable mujer del amor y del silencio, secaba sus lágrimas y sonreía a aquel hijo-luz que tenía al alcance de sus brazos.

El camino se acercaba más y más al río Jordán, cuyas mansas aguas se veían correr como en el fondo de un precipicio encajonado entre dos cadenas de montañas.

Los viajeros tenían al occidente la mole gigantesca del monte Ebath, cuyas cimas cubiertas de nieve iluminadas por el sol de la tarde, les daba el aspecto de cerros de oro recortados sobre el azul turquí de aquel cielo diáfano y sereno.

— ¡Qué bella es Samaria!... –exclamaba Yhasua absorto en la contemplación de tan espléndida naturaleza–. Me recuerda los panoramas del Líbano, con la cordillera del Hermón, más alto que estos montes Ebath.

—Los recordamos, hijo mío –contestaba Yhosep–, pues los hemos contemplado a través de nuestras lágrimas de desterrados cuando contigo, pequeñito de diecisiete meses pasamos allí cinco años largos.

—Mi vida os trajo muchas pesadumbres –dijo Yhasua–, y acaso os traerá muchas más.

— ¡No hagas malos augurios, hijo mío! –díjole su madre–, ni hables de las pesadumbres que trajo tu vida. ¿Qué padres no las tienen por sus hijos?

—Y más en estos tiempos –añadió Yhosep–, en que la dominación

romana tiene tan exasperados a nuestros compatriotas, que cometen serias imprudencias a cada paso. Uno de los hermanos de Débora está preso en Arquelais y no sé si podré verle.

— ¡Cómo! ¿Y no habías dicho nada?... Yhosep, eso no está bien.

— ¡Mujer!..., no quise decírtelo por evitarte una amargura. Entonces no pensaba en hacer este viaje y creí que todo pasaría sin que tú lo supieras.

— ¿Y la esposa y los hijos? –volvió a preguntar Myriam.

—El hijo mayor que ya tiene veinte años como nuestro Yhasua, está al frente del molino ayudado por mi hijo Matías a quien le pedí que se ocupase del asunto.

— ¿Y qué crimen le imputan para llevarlo a la cárcel? –preguntó Yhasua.

—Este cuñado mío –decía Yhosep–, estuvo siempre en desacuerdo con los herodianos y sus malas costumbres, y no se cuidó nunca de hablar en todas partes exteriorizando sus rebeldías. Cuando Herodes hizo modificar la antigua ciudad de Yanath y le dio el nombre de su hijo mayor Arquelais, mi cuñado levantó con el pueblo una protesta porque aquel viejo nombre venía desde el primer Patriarca de la tribu de Manasés que se estableció en esa región, y fue quien construyó el primer santuario que el pueblo hebreo tuvo al entrar en esta tierra de promisión.

"Con esta protesta ya quedó sindicado como un revoltoso, y cualquier sublevación que hay en el pueblo, la cargan sobre él. El infeliz tuvo la equivocada idea de que una protesta justa y razonable como era, pudiera torcer el capricho de la soberbia de un rey que tenía la pretensión de que los nombres de sus hijos se inmortalizaran hasta en los peñascos de este país usurpado a los reyes de Judá.

"Hace dos lunas, cuando los herodianos celebraban el aniversario de la coronación de Herodes el Grande como rey de la Palestina, apareció apedreada y rota la estatua suya que estaba en la plaza del mercado, y arrancada la placa de bronce en que está escrito el nuevo nombre de la ciudad.

"Los herodianos señalaron enseguida a mi cuñado como incitador a este desorden. Eso es todo.

— ¿No habéis hecho nada por salvarle? –preguntó Yhasua interesándose en el asunto.

—Se ha hecho mucho, y ahora sabremos si hay esperanzas de libertarlo –contestó Yhosep.

En Yhasua se había despertado ya el ansia suprema de justicia y de liberación para el infeliz cautivo que se hallaba en un calabozo cuando tenía nueve hijos que alimentar.

Sus padres lo comprendieron así y Yhosep dijo a Myriam en voz baja:

—Aquí va a pasar algo; ya preveo un prodigio de esos que sólo nuestro Yhasua puede hacer.

— ¡Calla, que no nos oiga! –decía Myriam–. Le disgusta mucho que hagamos comentarios sobre las maravillas que obra.

Cuando llegaron a Arquelais lo primero que vieron fue la gran plaza mercado y la estatua del rey Herodes sin cabeza y sin brazos, provocando las risas y burlas de sus adversarios.

Yhasua sumido en hondo silencio parecía absorto en la profundidad de sus pensamientos.

—Padre –dijo de pronto–, los que están felices y libres, no necesitan de nosotros. Dejemos a mi madre en la casa familiar, y vamos tú y yo a ver al tío Gabes en su prisión.

—Bien, hijo, bien.

La pobre esposa desconsolada se abrazó a Myriam y lloró amargamente.

—Sé que tu hijo Yhasua es un Profeta que hace maravillas en nombre de Jehová –le dijo entre sollozos–.

"Dile tú que salve a mi esposo del presidio, y mis hijos y yo le seremos fieles siervos hasta el fin de su vida.

Yhasua alcanzó a oír estas palabras, y acercándose al tierno grupo, le dijo:

—No llores buena mujer, que nuestro Padre Celestial ya ha tenido piedad de ti. Hoy mismo comerá el tío Gabes en tu mesa. Pero, ¡silencio! ¿Eh?, que las obras de Dios gustan albergarse en el corazón y no andar vagando por las calles y las plazas.

Luego de un breve saludo a los familiares, Yhasua y su padre, guiados por Matías fueron a la alcaldía del presidio.

Según habían convenido mientras iban, Yhosep se ofrecería como fianza por la libertad provisional del preso, con la promesa de pagar la reconstrucción de la estatua.

El alcaide era un pobre hombre sin mayor capacidad, pero con una gran dosis de dureza y egoísmo en su corazón.

Desde que lo vieron, Yhasua lo tomó como blanco de los rayos magnéticos fulminantes que emanaba su espíritu en el colmo de la indignación.

—Señor –le dijo, luego que habló el padre–. Pensad que ese hombre tiene nueve hijos para mantener y que no hay pruebas de haber sido él quien rompió la estatua del Rey.

—No encontrando al culpable, debe pagar él, que en otras ocasiones amotinó al pueblo por bagatelas que en nada le perjudicaban –contestó secamente el alcaide.

La presión mental de Yhasua iba en aumento y el alcaide vacilaba.

—Bien –dijo–, que venga el escriba y firmaréis los tres el compromiso de pagar la restauración de la estatua. Aunque no sé cómo os arreglaréis porque el escultor que la hizo, ha muerto, y no se encuentra en todo el país quien quiera restaurarla.

—Eso corre de nuestra cuenta –dijo Yhasua–. Hay quien la reconstruye si ponéis en libertad ahora mismo al prisionero.

El escriba levantó acta que firmaron Yhosep, Matías y Yhasua.

El preso les fue entregado, y Yhasua les dijo después de la emocionada escena del primer encuentro que ya imaginará el lector:

—Bendigamos a Dios por este triunfo, y volved los tres a donde está la familia para salvarles de la inquietud.

—Esto será por poco tiempo; de todas maneras os agradezco en el alma cuanto habéis hecho por mí –contestó Gabes.

— ¿Por poco tiempo decís? –preguntó Yhasua–. ¿Creéis entonces que os detendrán de nuevo?

—Seguramente, en cuanto no aparezca reconstruida la estatua. Esos herodianos andan como perros rabiosos. No apareciendo el verdadero culpable, volverán por mí.

— ¡No, tío Gabes!... ¡No volverán! Te lo digo en nombre de Dios –afirmó Yhasua con tal entonación de voz, que los tres hombres se miraron estupefactos.

— ¡Que Dios te oiga sobrino, que Dios te oiga!

— ¡Gracias! Yo vuelvo a la plaza del mercado donde tengo una diligencia urgente que hacer. –Y sin esperar respuesta, Yhasua dio media vuelta y aligeró el paso en la dirección que había indicado.

— ¿Tiene amigos aquí, tu hijo? –preguntó Gabes a Yhosep.

—Que yo sepa no, pero él ha crecido y vivido hasta ahora entre los Esenios, y es impenetrable cuando se obstina en el silencio. Es evidente que algo hará en favor tuyo. Sus palabras parecen indicarlo. Dejémosle hacer. ¡Este hijo es tan extraordinario en todo!

La alegría de Ana, esposa de Gabes, y de todos sus hijos y familiares, formó un cuadro de conmovedora ternura al verle ya libre.

—“Hoy mismo comerá el tío Gabes en tu mesa”, me dijo al llegar esta mañana tu hijo, Myriam.

“¡Oh! ¡Es un Profeta al cual el Señor ha llenado de todos sus dones y poderes supremos!... –exclamaba entre sus lloros y risas la pobre mujer, madre de cuatro niñitos pequeños, porque los cinco mayores eran de las primeras nupcias de Gabes.

— ¿Dónde dejasteis a Yhasua? –preguntaba Myriam a los tres recién llegados–, porque vamos a sentarnos a la mesa, y es triste comer sin él en este día de tanta alegría.

—Ya le hice esa observación y dijo que venía enseguida.

Mientras tanto, Yhasua llegó a la plaza y se ubicó discretamente a la sombra de una hiedra que formaba una rústica glorieta, a veinte pasos de la estatua rota.

Aunque era invierno, un sol ardiente caía de plano sobre los bloques de piedra que pavimentaban la inmensa plaza. Los vendedores encerrados en sus carpas aprovechaban para comer tranquilos el tiempo de cese de las ventas que marcaba la ordenanza.

Yhasua se sentó en el único banco que había en la glorieta y sintió que todo su cuerpo vibraba sobrecargado de energía, en forma tal, como no se había sentido jamás.

Y oyó en su mundo interior una voz muy profunda que le decía: –*"No temas nada. Las fuerzas vivas de la naturaleza te responden. El sol está sobre ti como un fanal de energía poderosa. La libertad de un hombre que alimenta nueve hijos, está en juego.*

"Entrégate como instrumento a las fuerzas vivas, y duerme. La Energía Eterna hará lo demás". –Y se durmió profundamente.

Muy pronto se despertó porque al salir los vendedores de sus tiendas daban gritos ofreciendo sus mercancías. Miró hacia la estatua rota, y la vio en perfecto estado como si nada hubiera ocurrido.

Pensó en acercarse a observarla de cerca, pero no quiso hacerlo para no llamar la atención en esos momentos. Nadie en la plaza demostraba haber observado el extraordinario acontecimiento.

Yhasua elevó su pensamiento de acción de gracias al Supremo Poder que así le permitía librar a un padre de familia de una injusta prisión, y volvió apresuradamente a casa de Gabes, donde su tardanza empezaba a causar inquietudes.

—Tío Gabes –dijo al entrar–, ya no tienes que temer nada del alcaide, porque la estatua rota ha sido restaurada, y está perfecta.

— ¿Quién lo hizo? –preguntaron varias voces a la vez.

— ¿Quién ha de ser? ¡Los obreros del Padre Celestial, del cual os acordáis muy poco para lo que Él se merece, con tanto que os ama! –contestó Yhasua y se sentó a la mesa.

Myriam, Yhosep y los dueños de casa se miraron como interrogando. El índice de Myriam puesto sobre los labios les pidió silencio y callaron.

Cuando se terminó la comida, todos quisieron ir a la plaza, para ver y tocar la estatua ya reparada, a la vez que acompañaban a los viajeros a incorporarse a la caravana.

Gabes y Ana hacían que todos sus hijos besaran la mano de Yhasua, que de tan prodigiosa manera había anulado la condena de su padre.

Matías que tenía cuatro hijos, acercaba los suyos pidiendo a Yhasua que les conservara la salud y la vida, porque eran débiles y enfermizos.

—Matías –le dijo él–, cuida de enseñar a tus hijos a amar a Dios y al prójimo, y Él será quien cuide y conserve su salud y su vida.

"A mi regreso en la próxima luna visitaré tu casa –añadió Yhasua–, porque he visto que uno de tus hijos vendrá conmigo.

Cuando montó en su cabalgadura luego de haber ayudado a su madre, todas las manos se agitaban en torno de él que les decía:

—Porque me amáis, callad lo ocurrido, que el silencio es hermano de la paz.

— ¡Es un Profeta de Dios!... –quedaron todos diciendo en voz baja.

—Myriam y Yhosep merecían tal hijo y el Señor se los ha dado –decía Gabes.

—Pero la pobre madre vive temblando por ese hijo –añadió Ana–, pues desde muy pequeño se vio obligado a huir de persecuciones de muerte.

—Fue cuando la matanza de niños betlehemitas –dijo Matías–, que mi padre tuvo que llevarle muy lejos porque era a él a quien buscaban por orden de Herodes el viejo, cuya estatua acaba de restaurar Yhasua con el poder de Dios.

Mientras los familiares comentan a media voz los sucesos, nosotros, lector amigo, lo haremos también con la antorcha de la razón y el estilete de la lógica.

El prodigioso acontecimiento que llenaba de asombro a los familiares de Yhasua, está dentro de la Ley de Integración y Desintegración de cuerpos orgánicos, inorgánicos y materia muerta, lo cual es perfectamente posible a las inteligencias desencarnadas que dominan los elementos de la naturaleza, y que tienen en el plano físico, un sujeto cuyos poderes internos pueden servirles de agente directo para la realización del fenómeno.

Más admirable es aún el desintegrar un cuerpo y reintegrarlo en otro sitio diferente, lo cual está asimismo dentro de la ley. El hecho de la estatua rota en la plaza de Arquelais, sólo era reintegración parcial por acumulación de moléculas de una materia inorgánica y muerta.

Los seres que fueron testigos oculares de este hecho, no estaban sin duda en condiciones mentales de asimilar la explicación científica que pudiera darles Yhasua, el cual se limitó a responder a las preguntas de "quién lo hizo" con su sencillez habitual: "Los obreros del Padre Celestial", con lo cual decía la verdad, sin entrar en las honduras de una explicación que no alcanzarían a comprender.

Cuando nuestros viajeros llegaron a Jericó, se encontraron con la

caravana que venía desde Bosra, en Arabia, y atravesaba la Perea por Filadelfia y Hesbón.

Llamaba la atención de las gentes, una gran carroza que sólo usaban para viajar las personas de alta posición, mayormente si eran mujeres.

Venía en ella una hija del Rey de Arabia con un niño suyo, atacado de una fiebre infecciosa que le llevaba irremediablemente a la muerte. El llanto de la joven madre partía el alma.

Un mago judío le había asegurado que si lo llevaba al templo de Jerusalén y ofrecía allí sacrificios a Jehová, su hijo sería curado. Y la infeliz madre había emprendido el largo viaje desde su palacio enclavado como un cofre de pórfido en los montes Basán, en busca de la vida de aquel hijo único que sólo contaba diez años de edad.

Oír el lastimoso llorar de aquella mujer y acercarse al lujoso carro, fue todo un solo momento para Yhasua.

— ¿Por qué lloras mujer con tan hondo desconsuelo? –le preguntó.

— ¡Mi hijo se muere!... ¿No lo veis? Ni aún a mí me reconoce ya, y veo que no alcanzaré a llegar al templo de Jerusalén para que sea curado.

—Todo el universo es templo de nuestro Dios Creador, y todo dolor llega hasta Él, como le llega el tuyo en este instante.

Mientras así decía, se sentó en el lecho del niño a cuyo rostro lívido y sudoroso acercó el suyo enrojecido como por una llama viva que vibraba en todo su ser. Unió sus labios con aquellos labios incoloros, y en largos hálitos que resonaban como un soplo de viento poderoso, inyectaba vitalidad nueva en aquel pobre organismo que ya abandonaba la vida.

El cuerpecito empezó a temblar, y luego a dar fuertes sacudidas, después de las cuales la sangre afluyó de nuevo a su rostro y el niño abrió los ojos para buscar a su madre.

— ¿Ves mujer, como aquí también es el templo de Dios que oye todos los clamores de sus hijos sin pedirles sacrificios de bestias, sino sólo la ofrenda del amor y de la fe? –manifestó Yhasua a la joven princesa arabeña que no salía de su asombro.

— ¿Quién eres tú que das la vida a los que llama la muerte? –preguntó ella espantada.

—Un hombre que ama a Dios y al prójimo. Tu hijo está curado.

La madre se abrazó de su niño, cuyo rostro cubría de besos y de lágrimas.

Yhasua bajó de la carroza para volver al lado de sus padres, pero aquella mujer le llamó ansiosamente.

—No os vayáis así –le dijo–, sin poner precio a vuestro trabajo.

“¿Cuánto vale la vida de mi hijo?

—Dios sólo sabe el precio de una vida humana. La vida de tu hijo es un don suyo, si quieres agradecerlo como Él desea, sigue un poco más

el viaje hasta pasar Jericó y yo te enseñaré dónde puedes salvar vidas humanas como Dios salvó la de tu hijo.

— ¡Que Alá te bendiga, pues que eres un arcángel de su cielo! –contestó la mujer bajando la cortina que cerraba la carroza.

Aún alcanzó a oír Yhasua su voz cuando decía a los criados:

—Seguid a ese joven y no detengáis la marcha hasta que él os mande.

—Esperadme aquí –les dijo Yhasua–, que entro a la ciudad hasta que la caravana siga el viaje.

Los familiares de Myriam les esperaban en la balaustrada que cercaba la plaza de las caravanas.

Sus Ancianos tíos, Andrés y Benjamín, hermanos de Joachin, padre de Myriam, con sus hijos y nietos formaban un grupo numeroso.

Aunque se habían visto algunas veces en las fiestas de Pascua en el Templo de Jerusalén, la ausencia continuada, hacía más emotiva la escena de un encuentro nuevo entre seres de la misma sangre y del mismo pensar y sentir.

A Yhasua no le veían desde los doce años, y se asombraron grandemente ante aquel hermoso joven de alta estatura y de fina silueta, que sobrepasaba a sus padres.

Los dos Ancianos tíos de Myriam, creyeron tener el derecho de apoyarse en sus brazos, y así vemos a nuestro hermoso y juvenil Yhasua en medio de ambos Ancianos, cuyas cabelleras y barbas blancas formaban un llamativo contraste con los cabellos dorados de aquél.

Toda esta antigua familia era esenia desde sus lejanos antepasados, y Andrés y Benjamín, hermanos de Joachin, padre de Myriam, eran como libros vivos, en que estaba escrita la extensa crónica de las persecuciones y sufrimientos de la Fraternidad Esenia desde siglos atrás.

Tenían ambos por Yhasua un amor delirante, pues que habían seguido desde lejos sus pasos, y los terapeutas peregrinos les tenían al corriente de su vida de niño y de joven.

Para ellos, el gran Profeta estaba bien diseñado desde los primeros años. Pero cuando ellos pasaron al grado tercero hacía cuatro años, en el Santuario del monte Quarantana les fue avisado que el Mesías estaba en medio de la humanidad, encarnado en el hijo de Myriam su amada sobrina.

¿Qué significaría pues, para aquellos dos buenos Ancianos, el verse apoyados en los brazos de Yhasua que caminaba entre ellos, hablándoles de las glorias de una ancianidad coronada de justicia, de paz y de amor?

Y tan pronto lloraban como reían, pareciéndoles un sueño aquel hermoso cuadro formado por ellos y su incomparable sobrino nieto, con su belleza física y moral extraordinaria.

—Eres un sol naciente entre dos ocasos nebulosos –decía graciosamente Benjamín, el mayor de los dos.

Mientras tanto, las primas de Myriam, eran incansables en preguntar si eran verdades los hechos que les habían referido los terapeutas referentes a Yhasua. La discreta Myriam, siempre corta en el hablar, sólo respondía:

—Cuando los terapeutas hablan, ellos saben bien lo que dicen y la verdad está siempre con ellos. Mi Yhasua es grande ante Dios, ya lo sé; pero como yo soy débil y mi corazón es de carne, padezco por él. Soy su madre y estoy siempre temerosa de que su misma grandeza le traiga notoriedad. Mientras le tengo escondido de las gentes, le veo más seguro. El día que salga al mundo, ¿qué hará el mundo con él?

"Casi todos nuestros grandes Profetas fueron sacrificados. ¿Lo será él también?

— ¡Debido a eso –dijo una de las primas de Myriam–, nos aconsejaron los terapeutas no hacer comentario alguno referente al Mesías encarnado en tu hijo! Queda esto muy cerca a Jerusalén –dijeron–, y el sacerdocio del templo está vigilante y alerta.

Yhasua no perdía su tiempo a donde quiera que llegara, y aprovechó las breves horas de estadía en la ciudad de las flores, oasis de la árida Judea, para averiguar quiénes padecían en ella.

—Los enfermos incurables –le contestaba alguno de los ancianos tíos–, fueron llevados a las grutas del monte de los Olivos, y aquí sólo hay un refugio de ancianos desvalidos que sostenemos entre todos los Esenios de la ciudad, que somos una gran mayoría.

—Parece que tenemos la bendición del Señor –añadía el otro Anciano, porque en la aldea de Betania hay un florecimiento de abundancia en los huertos y cabañas, que de allí solamente podrían alimentarse bien, las grutas y refugios de estas montañas.

—El amor a Dios y al prójimo –dijo Yhasua–, es la más pura oración que puede elevar el alma hasta los cielos infinitos, para atraer el bien en todos sus aspectos y formas.

—Así lo dice la ley de Moisés –añadió uno de los viejos tíos–, la cual resume todos sus mandatos en "amar a Dios y al prójimo como a sí mismo".

—Lo cual no es tan fácil como parece –añadió el otro–. ¿Verdad Yhasua?

— ¡Y tanta verdad, tío Andrés!

"La humanidad en general, hace como el niño que antes de repartir entre amiguitos una cestilla de melocotones, mira bien cuál es el mejor, que dejará para sí mismo. Por eso la prescripción esenia dice: "Da al que no tiene, de lo que tienes sobre tu mesa".

—Y por eso –añadió el tío Benjamín–, los Esenios de Jericó hemos formado una pequeña congregación que se llama “Pan de Elías”; nombre que no puede causar alarma ninguna ni a las autoridades romanas, ni sacerdotales de Jerusalén. Significa y alude a la forma en que la piadosa viuda de Sarepta socorría al Profeta Elías, fugitivo y perseguido por el rey Acab. Según la historia, hacía dos grandes panes cada día y llenaba dos cestillas de frutas y dos tazones de manteca, tal como si hubiese dos personas en la casa. Una porción era de Elías y la otra para sí; jamás hizo diferencia alguna entre el donativo y lo suyo, y si alguna ventaja hubo, fue en favor de su protegido.

— ¡Comprendo!... –dijo Yhasua–, y en vuestra congregación de misericordia, hacéis como la viuda de Sarepta, y llamáis a vuestra discreta piedad “Pan de Elías”. ¿Hace mucho que hacéis esto?

—Cuando la persecución a los niños betlehemitas –le contestaron–.

“Fueron tantos los refugiados en toda la extensión del monte de los Olivos, que fue necesario hacer mayor distribución de alimentos. Las grutas parecían como hormigueros de madres con niños. Y hasta en las grutas sepulcrales se escondían huyendo de la cuchilla de Herodes.

—Eras tú, Yhasua, la víctima que buscaba el rey.

—La ignorancia da cabida en los hombres a todos los fanatismos, y la ambición los lleva a todas las crueldades y crímenes –dijo Yhasua–.

“Figuraos el mundo sin ignorancia y sin ambición. Sería un huerto de paz lleno de flores, frutas y pájaros. Un ensueño primaveral. Un reflejo de los cielos de Dios donde aman y cantan los que triunfaron de la ignorancia y de la ambición...

“¿Tenéis aquí muchas sinagogas? –preguntó de pronto.

—Tenemos una, puesta y sostenida por el templo de Jerusalén, que es la menos concurrida. Hay otras diez más, particulares, sostenidas por vecinos pudientes. La que tiene mejores concurrentes es la de Gamaliel el viejo. La dirige él mismo, y concurre dos sábados por mes lo más sano y puro del doctorado de Jerusalén.

—Nada sabía de eso –dijo Yhasua.

—Son Esenios, hijo mío y hablan muy poco por las calles. ¡Pero hay que oírlos entre los muros de la sinagoga! Hay dos doctores jóvenes todavía que concurren desde hace poco tiempo, y que son como una luz en las tinieblas. Al uno lo llaman José y al otro Nicodemus. Son inseparables. Saben que está el Mesías entre nosotros y sus palabras son como una llama viva. A veces vienen también con ellos otros nombrados Rubén, Nicolás y Gamaliel el joven.

—Nosotros no faltamos allí ningún sábado –añadió el tío Andrés–, porque se está comentando el Génesis de Moisés, y estos doctores jóvenes han comenzado a echar luz sobre todas las obscuridades con que

los siglos o la malicia humana, han desfigurado los grandes libros que tenemos como única orientación.

Yhasua escuchaba en silencio y comprendía que sus amigos de Jerusalén no perdían el tiempo, y que iban desgranando lenta y discretamente el magnífico collar de diamantes que habían extraído del viejo archivo de Ribla.

Comprendió asimismo, que estos dos Ancianos eran, entre la turba-multa, de lo más adelantado que encontrara en su camino.

— ¿Queréis asociaros a una pequeña obra mía? –les preguntó.

—Con toda el alma, hijo mío –contestaron ambos a la vez.

Yhasua les refirió la llegada de la princesa arabeña con su niño moribundo y ya curado. Se encontraba ella en su carroza como sabe el lector.

—Pensaba conducirla hasta las grutas de los refugiados para que ella misma les ofreciera sus dones; pero puesto que estáis tan bien organizados para el sostenimiento de los pobres enfermos, os propongo entrar en relación con ella, instruirla en la verdadera doctrina de sabiduría divina, y orientarla para el bien y la justicia. He comprendido que es un alma ya preparada para la verdad y el bien.

—Es un honor, hijo mío, colaborar contigo en tus obras de apóstol.

—Vamos a verla –dijo el tío Andrés.

Poco antes de la salida de la caravana se encaminaron todos hacia la plaza, donde la gran carroza de la arabeña era lo primero que se veía entre el movimiento de los viajeros y vendedores ambulantes. Yhasua se adelantó.

El rostro de aquella mujer pareció iluminarse de dicha al ver de nuevo a Yhasua.

—Como los arcángeles de Jehová aparecen y desaparecen –dijo–, creí que no os vería más. Este es el Profeta que te curó, hijo mío –dijo al niño que sentado en el lecho se divertía haciendo dibujos de los animales más comunes de su país.

— ¿Cómo te llamas para recordarte siempre? –preguntó.

—Mi nombre es Yhasua –le contestó en árabe–. ¿Y tú?

—Ibraín, para servirte Profeta –le contestó el niño–. Mataste a la fiebre que quería matarme a mí. ¡Eres muy valiente! En mi tierra dan un premio al que mata a las panteras y las víboras cobra que traen la muerte.

“Y yo quiero darte mi mejor libro de dibujos; es éste con cubierta de piel de cobra, ¿lo ves? En mi libro, los animales hablan y dicen cosas mejores de las que hablan los hombres a veces.

Yhasua y la madre sonreían del afán de hablar del niño que no paraba en su charla.

Al joven Maestro le bastó un instante para comprender la viva inteligencia de aquella criatura y sus buenos sentimientos.

Hojeando el álbum de dibujos se veían tigres y panteras, lobos y víboras cobra, amarradas al tronco de un árbol para que los corderillos bebieran tranquilos en un remanso; unos buitres descomunales colgados de las patas, para que no hicieran daño a las tórtolas que tomaban sol al borde de la fuente, y todo por el estilo.

—Eres amante de la justicia –decía Yhasua–, ¡y qué bien la haces, con los malos y con los buenos!, ¿qué te parece si perdonamos al tigre, al lobo y a la pantera, les soltamos de nuevo y les recomendamos que no hagan a los otros animales lo que no quieran que les hagan a ellos?

— ¡No, no, no, Profeta! ¡Por favor!..., en menos tiempo que se abre y se cierra un ojo, me comerían todas las palomas y corderitos...

"Con los malos hay que ser malos. Mi abuelo los encierra en una fortaleza y de allí no salen más. Son hombres como los tigres, los lobos y las panteras. ¡Hacen daño siempre!

Mientras el niño hablaba, Yhasua había diseñado en una página, un sol naciente detrás de las cumbres de una montaña. En el valle un remanso.

—Mira Ibraín: dibuja alrededor de este remanso, lobos, corderos, tigres y gacelas bebiendo todos tranquilamente.

— ¡Imposible, Profeta..., imposible! ¿Crees que el lobo no se comerá al cordero, y el tigre a las gacelas? A no ser que tú hagas con ellos como has hecho con la fiebre que me mataba...

— ¡Justamente, Ibraín!... así quería verte razonar. Este sol que aparece sobre la montaña, es el amor coronando como una diadema la vida de los hombres y triunfando de todas sus maldades. Entonces no habrá lobos, ni panteras, ni víboras cobra, sino que todos serán corderitos, gacelas y palomas. ¿No es esto mucho más hermoso, Ibraín?... ¡así será un día la tierra!

El niño lo miró espantado y le tomó las manos.

— ¡Tú deliras, Profeta!... ¡Mi fiebre mala se entró en tu cuerpo y vas a morir!... ¡Yo no quiero que te mueras!... –y el niño se abrazó a Yhasua con los ojos llenos de lágrimas. El joven Maestro enternecido hondamente, abrazó también al niño y puso un largo beso en su frente. La madre lloraba en silencio.

—No temas, Ibraín, no tengo fiebre.

— ¿Por qué deliras entonces?...

—Eres pequeñito aún y no puedes comprender, pero me comprenderás más tarde. Mi delirio será realidad algún día..., muy lejano quizá, pero llegará.

“Aquí llega mi familia –dijo Yhasua interrumpiendo su diálogo con el niño–. Son mis tíos Andrés y Benjamín, que os guiarán para que hagáis con los pobres y enfermos como Jehová lo hizo con vosotros.

—Yo quiero vivir... –dijo la princesa, cuyo nombre era Zaida–, yo quiero vivir en tu tierra, Profeta, y en ese sitio donde recobré la vida de mi hijo. ¿No puedo hacerlo acaso? ¿Vuestra religión me rechazaría?

—No, de ninguna manera. Haced vuestra voluntad, y mis tíos os servirán de guías hasta que os orientéis en este país.

—Aquella mujer debe ser vuestra madre, si es que la tenéis en la tierra y no habéis bajado de los cielos de Alá –decía Zaida, mirando a Myriam que hablaba con sus primas.

—Sí, es mi madre –contestó Yhasua.

La árabe no esperó más y bajando por la plataforma en declive que desde la carroza llegaba hasta la tierra, corrió hacia Myriam a la cual tomó de las manos y se las besó con delirio mientras le decía:

—Tu hijo es un Profeta de Alá que ha curado a mi hijo consumido por la fiebre. Eres una madre dichosa, porque trajiste al mundo un Profeta que vence el dolor y a la muerte...

En ese momento bajaba de la carroza Yhasua con el niño de la mano. Su aspecto débil y enflaquecido, declaraba muy alto que acababa de pasar una grave enfermedad.

—Nuestro Dios-Amor le ha salvado la vida, y la madre quiere vivir en Jericó y compensar con donativos a los necesitados el bien que ella ha recibido.

Myriam y sus primas abrieron el corazón para la extranjera que tan agradecida se mostraba a los beneficios de Dios.

—Seremos vuestras hermanas –decíanle–, y contad que estáis como en vuestro país.

—Mi hijo y yo seguiremos viaje al sur –díjole Myriam–, pero si os quedáis entre mis familiares, nos volveremos a ver cada vez que pasemos por Jericó.

Yhosep con los dos Ancianos tíos, conversaban aparte.

Temían un desacuerdo con el rey de Arabia, padre de Zaida, y trataron de aclarar ese punto.

La arabeña que hablaba por intermedio de su intérprete, uno de sus criados, les dijo que su padre tenía muchas esposas, y que sus hijos e hijas se contaban por docenas; que él les dejaba libertad para vivir donde quisieran, más en un país limítrofe con el cual mantenía buenas relaciones.

Eliminado este temor, los Ancianos Andrés y Benjamín se encargaron de hospedar a Zaida hasta que ella adquiriese su propia vivienda.

—Ha de ser –dijo ella–, en el sitio en que me fue devuelto mi hijo.

—Junto a la plaza de las caravanas, hay una antigua casona en venta con un hermoso huerto –dijo uno de los Ancianos–. Estoy encargado de ella por sus dueños que se han establecido en Tiro. ¿Vuestro marido estará de acuerdo con vuestras resoluciones? –preguntó el Anciano.

—No tengo marido –contestó Zaida–. Se enemistó con mi padre y huyó a tierras lejanas para conservar la vida. Hace seis años de esto y no le he visto más. Pero no creáis que viva sola. Si me quedo aquí, mi madre vendrá conmigo y todos mis criados.

—Bien, mujer, que nuestro país te sea propicio –añadió el Anciano–. Haremos por ti cuanto podamos.

Mientras tanto el niño no podía separarse de Yhasua, con el cual hablaba siempre de lo imposible que era la unión de los tigres de sus dibujos, con las palomas y los corderos.

—A mi regreso –decía el joven Maestro–, y en muchas veces que nos veremos, hemos de llegar a un acuerdo sobre ese punto.

Llegó la hora de la partida y la caravana salió de Jericó, dejando en el alma de la arabeña y de su hijo grabado para siempre la imagen del joven Profeta, que al devolverle la vida al niño había anudado con ambos un lazo de amor que no se rompería jamás. A este amor se debió acaso que el rey Hareth, guerrero y conquistador, respetase el país amigo donde encontró la vida su nieto, y protegiera más tarde el Santuario-escuela de monte Horeb y del Sinaí, donde vivía Melchor y sus numerosos discípulos.

El amor silencioso de Yhasua, extendía sus velos mágicos de luz, allí donde encontraba una lamparilla para encender entre las tinieblas heladas de la humanidad.

El Hijo de Dios a sus veinte años entraba en Jerusalén sin que ésta se apercibiera que aquél por quien había suspirado tantos siglos, estaba dentro de sus muros y respiraba su aire cargado de aroma de mirra, y olores de carnes de sacrificio quemadas en el altar.

Fue un día de gloria para Lía la parienta viuda, que ya les esperaba en su vieja casa solitaria. Yhasua dejó allí a sus padres y quiso visitar el templo, que no siendo época de fiestas, debió hallarse lleno de silencio y soledad. Así quería verle. Así quería encontrarse, sólo bajo aquella techumbre ensombrecida de humo, entre aquellas columnatas, arcadas y pórticos, llenos de rumores, de ecos, donde un vientecillo imperceptible agitaba la llama de los cirios, y ondulaba el gran velo que interceptaba la entrada al Sancta Sanctorum.

Un anciano sacerdote quemaba esencias en el altar de los holocaustos, y a lo lejos sonaba un laúd.

Era el caer de la tarde, y la vieja ciudad empezaba a dormirse en la quietud profunda del anochecer en la Judea y en pleno invierno. Subió

las gradas del recinto en que se deliberaban todos los asuntos religiosos y civiles, y se sentó en uno de los estrados.

Una indefinible angustia se apoderó de él... No había allí su ambiente, su bóveda psíquica, mil veces más hermosa y radiante que aquella techumbre de oro y jaspe, que parecía aplastarle el alma como una montaña de granito.

Su gran sensibilidad percibió vibraciones de terror, de espanto, de desesperada agonía. Un penoso hálito de muerte soplaba de todos lados, como un sutil veneno que le penetraba hasta la médula.

— ¡Es este un recinto de matanza y de tortura! –exclamó desesperado–. ¿Cómo ha de encontrarse aquí la suavidad divina del Padre-Amor de mis sueños?...

Vio un libro abierto sobre el atril, donde el sacerdote de turno debió leer en la última reunión. Era el Deuteronomio, o libro de los secretos, atribuido a Moisés.

Estaba abierto en el capítulo XVII, en cuyos versículos 3,4 y 5, manda matar a pedradas a todo hebreo, hombre o mujer que hubiese demostrado veneración a los astros que brillan en el cielo.

Y subrayando con su punzón aquellas palabras, puso una llamada al margen con este interrogante:

"¿Cuál es el Moisés iluminado de Jehová; el que escribió en tablas de piedra "no matarás" o el que manda matar?"

Un ventanal se abrió con estrépito, y agitando el gran velo del templo, fue a rozar la llama de los cirios que ardían perennemente ante el tabernáculo con el Arca de la Alianza.

Yhasua no alcanzó a ver este principio de incendio porque salió precipitadamente a la calle, como si horrendos fantasmas de muerte y sangre le persiguieran.

Dos ancianos que oraban en la penumbra de un rincón apartado, comenzaron a dar gritos.

— ¡El velo arde, el templo se quema!... Un hermoso doncel de túnica blanca estaba aquí y debió salir por el ventanal que se abrió con gran ruido...

—Pecados horrendos debe haber en el templo, cuando un ángel de Jehová ha encendido este fuego demoledor.

Un ejército de levitas invadió el recinto y descolgaron rápidamente el velo, que aplastado en el pavimento bajo sacos de arena mojada, el fuego se extinguió con facilidad.

Nadie logró descifrar aquel enigma. Para los sacerdotes de turno, era evidente que alguien estuvo en el recinto de las asambleas, puesto que en el libro abierto en el atril, habían escrito la misteriosa y terrible pregunta en que tan mal parada quedaba la ley dada por Moisés. Los

fariseos y gentes devotas hicieron un ayuno de siete días, para aplacar la cólera de Jehová por los pecados de los sacerdotes, causa sin duda de aquel desventurado accidente.

Un descanso de dos días en Jerusalén permitió a Yhasua entrevistarse con sus amigos Nicodemus, José, Nicolás y Gamaliel, que eran los dirigentes de la escuela de Divina Sabiduría ya conocida por el lector.

Rubén, esposo de Verónica, la tercera hija de Lía, y Marcos, el discípulo de Filón de Alejandría, se habían unido íntimamente a aquellos cuatro desde que trajeron las copias del archivo de Ribla. Eran sólo diez los afiliados a esta agrupación de buscadores de la Verdad Eterna.

Comprendieron que la pasada borrasca tuvo por causa la indiscreción de algunos, que sin estar por completo despiertos a la responsabilidad que asumían al afiliarse, no pudieron resistir la hora de la prueba.

También los dirigentes se culparon a sí mismos, de inexperiencia en la recepción de adeptos, que en esta clase de estudios, nada significa el número sino la capacidad intelectual y moral.

Los diez que quedaron después de la persecución sufrida, fueron: José de Arimathea, Nicodemus y Andrés de Nicópolis, Rubén de En-Gedí y Nathaniel de Hebrón, Nicolás de Damasco, Gamaliel (sobrino), José Aar-Saba, Santiago Aberroes y Marcos de Betel.

Todos ellos de ciudades vecinas a Jerusalén, pero radicados en la vieja ciudad de los Reyes, tenían la creencia que de ella debía surgir la luz de la Verdad Divina para todo el mundo. Eran asimismo, hombres de estudio que estaban al tanto de las doctrinas de Sócrates y Platón sobre Dios y el alma humana, y que mantenían correspondencia con la escuela alejandrina de Filón, y con las escuelas de Tarsis, de donde surgió Pablo, años más adelante.

A esta creencia suya se debe, el que se empeñaran en mantener allí su escuela de Divina Sabiduría, y arrostraran los riesgos en que debía tenerles necesariamente la vetusta capital, donde imperaba el clero más duro e intransigente que han conocido aquellas edades.

Llamaron a sus reuniones "Kabal", palabra hebrea que significa *convocación*. Nuestro Yhasua concurrió al Kabal dos veces antes de pasar a Betlehem, punto terminal de su viaje.

Uno de los diez ya nombrados mantenía vinculaciones con los grupos de descontentos, que desde los tiempos de las antiguas sublevaciones habían quedado medio ocultos, por temor a las sangrientas represalias del clero aliado con Herodes. Era José Aar-Saba, hombre de clara visión del futuro de los pueblos y que aborrecía todo lo que fuera encadenar el pensamiento humano y la libertad de conciencia. Debido a esto, le llamaban el Justo, y gozaba de gran prestigio entre las masas de pueblo más despreciadas.

Como por una secreta intuición, comprendió, al conocer personalmente a Yhasua, que sería el hombre capacitado para llevar al pueblo a conseguir el máximum de sus derechos, y le habló sobre el tema.

—Bien puesto es que llevas el nombre de Justo –le contestó el joven Maestro–, pues veo que tienes el alma herida por las injusticias sociales. Soy demasiado joven para tener la experiencia que es necesaria en esta clase de asuntos, pero te diré lo que pienso sobre el particular.

"Paréceme que hay que comenzar por preparar a las masas para reclamar sus derechos con éxito, esto es, instruirlas en la verdadera doctrina del bien y de la justicia.

"El hombre, para ocupar su lugar en el concierto de la vida universal, debe saber en primer lugar quién es, de dónde ha venido y hacia dónde va. Debe saber su origen y su destino, lo cual lo llevará a comprender claramente la ley de solidaridad, o sea la necesidad absoluta de unión y armonía entre todos, para conquistar juntos esa estrella mágica que todos anhelamos: la felicidad.

"Esta es la obra que hace en silencio la Fraternidad Esenia, por medio de sus terapeutas peregrinos que van de casa en casa curando los cuerpos enfermos y las almas afiebradas o decaídas.

"Me figuro, José Aar-Saba, que te debates en medio de innumerables almas consumidas por esta fiebre, o abatidas por el desaliento. Bebe el agua clara y el pan blanco de la Verdad Eterna, constituyéndote en Maestro suyo, y harás la obra más grande que puede hacer una inteligencia encarnada sobre la tierra: iluminar el pasaje de las multitudes, para que encuentren su verdadero camino y marchen por él.

"¿Quieres que te dé la clave?

— ¡Eso es lo que quiero, Maestro! –le contestó José con vehemencia.

— ¿Tenéis punto de reunión? –volvió a preguntar el Maestro.

—Como los búhos, en las antiguas tumbas que nadie visita, pero más frecuentemente en el sepulcro de David, a poco andar desde la puerta de Sión.

"Han descubierto la entrada a las galerías subterráneas, y allí es el refugio de los perseguidos.

—Quiero ir contigo hoy mismo, pues mañana sigo viaje a Betlehem.

—Y conmigo –dijo José de Arimathea–. Ya sabes, Yhasua, mis promesas a tus padres. No puedo faltar a ellas.

—Y las mías –añadió Nicodemus–. Soy también de la partida.

—Bien, somos cuatro –contestó Yhasua–, y entre cuatro veremos más que entre dos.

Al atardecer de ese día y cuando ya comenzaba la quietud en la vetusta ciudad, salieron los cuatro amigos en dirección a la tumba de David, que

era un enorme acumulamiento de bloques de piedra sin arte alguno, y ya cubierto de musgo y de hiedra.

Quien lo hizo, no debió tener otra idea fija, que la de construir un sepulcro inmensamente grande y fuerte, capaz de contener toda una dinastía de muertos de la estirpe davídica. Sólo había en la bóveda principal ocho o diez sarcófagos, visibles sólo por una mirilla practicada en la loza que cerraba la entrada a esa cámara. La sala de los embalsamamientos estaba vacía, y las galerías contiguas también. Los candelabros y las lamparillas de aceite, listas para encender, denotaban bien a las claras que aquel enorme panteón, daba entrada más a vivos que a muertos.

Pero esto, a nadie podía extrañar, pues había viudas piadosas que tenían como una devoción la costumbre de alumbrar las tumbas de personajes, cuyo recuerdo permanecía vivo en el pueblo.

Eran además tiempos demasiados agitados y difíciles, para que las autoridades romanas o judías se preocupasen de un antiguo panteón sepulcral, máxime cuando Herodes el ambicioso idumeo, prohibió con severas penas que se reconstruyesen tumbas de los reyes de Israel, hasta tanto que él mandara construir un soberbio panteón de estilo griego para su propia sepultura, a donde serían trasladados los sarcófagos reales.

A pocos pasos de la inmensa mole de rocas y hiedra, les salió al encuentro una ancianita con una cestilla de flores y pequeñas bolsitas blancas con incienso, mirra y aloe. Se acercó a José Aar-Saba que conocía, y haciendo como que le vendía, le dijo:

—No pude avisar a todos, pero hay más de un ciento esperando.

José tomó algunas bolsitas y ramilletes a cambio de unas monedas, y luego de observar que nadie andaba por aquel árido y polvoriento camino, se hundió seguido por sus amigos, entre los pesados cortinajes de hiedra que cubrían por completo la tumba.

La puertecita de la galería subterránea se cerró detrás de ellos. Un hombre joven, de franca y noble fisonomía, era quien hizo de portero, y Yhasua observó que aquel rostro no le era desconocido, mas no pudo recordar al pronto, dónde podía haberle visto.

Tanto él como sus tres compañeros, iban cubiertos con los mantos color de nogal seco que usaban los terapeutas peregrinos.

En la sala de los embalsamamientos encontraron una multitud de hombres ancianos y jóvenes, sentados en los estrados de piedra, y hasta en los bordes del acueducto seco que atravesaba el recinto funerario.

Una lámpara de aceite y algunos cirios de cera, alumbraban a medias, aquella vasta sala de techumbre abovedada, porque las luceras abiertas en lo alto de los muros estaban completamente cubiertas de hiedra y musgos.

La sensibilidad extrema de Yhasua percibió de inmediato como un

hálito de pavor, de espanto, de suprema angustia bajo aquellas bóvedas sepulcrales, donde las sombras indecisas y animadas por el rutilar de la llama de los cirios, hacía aparecer un doble de sombra a todos los cuerpos vivos e inertes.

Los grandes cántaros y ánforas que en otros tiempos habrían contenido vino de palmera y los aceites aromáticos; los cubiletes donde se depositaban los utensilios para el lavado de los cadáveres, hasta ser esterilizados debidamente para el embalsamamiento; los caballetes en que se colocaban las tablas cubiertas de blanco lino para las envolturas de estilo, en fin, cuanto objeto allí había, proyectaba una sombra temblorosa sobre el blanco pavimento, dándoles aspecto de vida en aquel antro de silencio y de muerte.

De pie Yhasua en medio de la sala, con su oscuro manto caído ya de sus hombros, y sólo sujeto en su brazo derecho dejando ver la blanca túnica de los Maestros Esenios, aparecía como el personaje central de un cuadro de obscuras penumbras, con sólo aquella claridad que atraía todas las miradas.

Su alta y fina silueta, su extremada juventud, la perfección de líneas de aquella cabeza de arcángel y la inteligencia que fluía de su mirada, causaron tal asombro en aquella ansiosa multitud de perseguidos, que se hizo un silencio profundo.

José Aar-Saba, lo interrumpió con estas palabras:

—He cumplido mi palabra, amigos míos, como debe cumplirla todo hombre sincero que lucha por un ideal de justicia y de libertad. Aquí tenéis al hombre de que os había hablado. Sé que os asombra su extremada juventud, sinónimo de inexperiencia en las luchas de la vida.

“Estamos reunidos en la tumba de David, vencedor de Goliat cuando apenas había salido de la adolescencia, y coronado rey mientras apacentaba los corderillos de su majada. Esta coincidencia no buscada, puede ser una promesa para nuestro pueblo vejado y perseguido por usurpadores y negociantes, vestidos de púrpuras sacerdotales o de púrpuras reales.

“Vosotros decidiréis.

El hombre que les abrió la entrada, se destacó de en medio de aquella silenciosa multitud y acercándose a Yhasua rodeado por sus tres amigos, le observó por unos momentos.

—Estos dos son doctores de Israel –dijo aludiendo a José de Arimathea y a Nicodemus–, les he oído hablar en el templo y en las sinagogas más notables de la ciudad.

“A este Maestro-niño, no le he visto nunca, pero el mirar de esos ojos no miente, porque todo él está diciendo la verdad.

— ¡Viva Samuel Profeta, que dio rey a Israel!

— ¡Que viva y salve a su pueblo!

Fue un grito unánime cuyo eco corrió en prolongado sonido por la sala y galerías contiguas.

Mientras tanto, Yhasua observaba en silencio todas aquellas fisonomías, espejo, para él, de las almas que las animaban.

—No os hagáis ilusiones respecto a mi persona, amigos míos –dijo por fin–. He venido hacia vosotros porque sé que padecéis persecuciones a causa de vuestras ansias de justicia, de libertad y de paz; esa hermosa trilogía, reflejo de la Inteligencia Suprema que gobierna los mundos.

"Mas, no creáis que me impulse ambición alguna de ser dirigente de multitudes que reclaman sus derechos ante los poderes civiles, usurpados o no. Soy simplemente un hombre que ama a sus semejantes, porque reconoce en todos ellos a hermanos nacidos de un mismo origen y que caminan hacia un mismo destino: Dios-Amor, justicia, paz y libertad por encima de todas las cosas.

"Las mismas ansias de liberación y de luz que os hace exponer vuestras vidas a cada instante, vive y palpita en mi ser con una fuerza que acaso no sospecháis, no obstante yo vivo en tranquilidad y paz, buscando el bien que anhelo por otro camino que vosotros.

"Vosotros veis vuestro mal, vuestra desgracia, vuestros sufrimientos, surgiendo como animalejos dañinos de un soberano que usurpó el trono de Israel, y su horrible latrocinio quedó en herencia a sus descendientes; los veis en el poderío romano, cuyas ansias de conquista le atrajo hacia estas tierras, como a la mayoría de los países que forman la civilización actual. Pero vuestro verdadero mal no está en todo eso, según el prisma por el cual yo contemplo la situación de los pueblos, sino en el atraso intelectual y moral en que los pueblos viven, preocupados solamente de acrecentar sus bienes materiales, y dar así a su cuerpo de carne, la vida más cómoda y halagüeña que puede imaginarse.

"Son muy pocos los que llegan a pensar, en que el principio inteligente que anima los cuerpos, tiene también sus derechos a la verdad y a la luz, y nadie se los da, antes al contrario, se busca el modo de que no los conquiste jamás.

"¿No habéis pensado nunca en que la ignorancia es la madre de toda esclavitud? Pensadlo ahora, y poned todo vuestro esfuerzo en luchar contra la ignorancia en que vive la mayoría de la humanidad, y habréis puesto al hombre en el camino de conseguir los derechos que con justicia reclama. Bien veis, que todas las rebeliones, los clamores, los tumultos, no han hecho más que aumentar la nómina de vuestros compañeros sacrificados al hacha de los poderosos, sin que hayáis conseguido dar un paso hacia la justicia y la libertad.

"Ni en las sinagogas, ni en el templo, se pone sobre la mesa el pan blanco de la Verdad Divina.

“Debe cada cual buscarlo por sí mismo y ponerlo en su propia mesa, al calor santo del hogar, de la familia, como el maná celestial caído en el desierto y que cada cual recogía para sí.

“¿Cuántos sois vosotros?

— ¡Ciento treinta y dos!... –se oyeron varias voces.

—Bien; son ciento treinta y dos hogares hebreos o no hebreos, que comerán el pan de la Verdad y beberán el agua del Conocimiento Divino que forma los hombres fuertes, justos y libres, con la santa libertad del Dios Creador que los hizo a todos iguales, llevando en sí mismos, los poderes necesarios para cumplir su cometido en la tierra.

“¿De qué, y por qué viven los tiranos, los déspotas, los opresores de los pueblos? De la ambición de unos pocos, y de la ignorancia de todos.

“Demos al hombre de la actualidad, la lámpara de la Verdad Eterna encendida por el Creador para todas las almas, y haremos imposibles las tiranías, los despotismos, abortos nefandos de las fuerzas del mal, predominante por la ignorancia de las multitudes.

— ¡Pero decid, Maestro!... ¿Quién nos sacará de la ignorancia, si en el templo y en las sinagogas se esconde la verdad? –preguntó la voz del hombre que les abrió la puerta al entrar.

—Yo soy un portavoz de la Verdad Eterna –contestó Yhasua–, y como yo, están aquí estos amigos que lo son también y al lado de ellos, otros muchos.

“¿Os reunís en el panteón sepulcral del rey David para desahogaros mutuamente de vuestros anhelos, rotos en pedazos por la prepotencia de los dominadores? Continuad reunidos para encender la lámpara de la Divina Sabiduría, y preparaos así a las grandes conquistas de la justicia y de la libertad.

Un aplauso unánime indicó a Yhasua que las almas habían despertado de su letargo.

— ¿Quién sois?..., ¿quién sois? –gritaban en todos los tonos.

—Me llamo Yhasua, soy hijo de un artesano; estudié la Divina Sabiduría desde niño; soy feliz por mis conquistas en el sendero de la verdad, y por eso os invito a recorrerlo, en la seguridad de que os llevará a la paz, a la justicia y a la libertad.

De todo esto resultó que formaron allí mismo una alianza que se llamó: “Justicia y Libertad”, bajo la dirección de un triunvirato formado por José Aar-Saba, José de Arimathea y Al-Jacub de Filadelfia, el portero que abrió la galería secreta del sepulcro de David.

Éste hizo un aparte con Yhasua.

—Habéis hablado como un iluminado –dijo–, y habéis mencionado que representamos ciento treinta y dos hogares; pero es el caso que la mayoría de nosotros no tiene un hogar.

— ¿Quién os impide tenerlo? –preguntó Yhasua.

—La injusticia de los poderosos. Yo soy yerno del rey de Arabia, casado con una de sus numerosas hijas..., tengo un hijito que ahora debe tener diez años... –La voz del relator pareció temblar de emoción y sus ojos se humedecieron de llanto–.

"Nada sé de él –continuó–, porque la prepotencia de mi suegro quiso poner cadenas hasta en mi libertad de pensar. Aunque nací hijo de padres árabes, mis ideas no tienen raza ni suelo natal, porque son hijas de mí mismo, y no podía aceptar imposiciones arbitrarias dentro de mi mundo interno.

"Para salvar la vida, me vi obligado a huir donde la familia de mi esposa no supiera jamás de mí.

Ante esta confidencia, en la mente lúcida de Yhasua se reflejó el niño Ibraín, hijo de la princesa árabe Zaida, que él curó en Jericó de la fiebre infecciosa que lo consumía.

— ¿Tu esposa se llama Zaida y tu hijo Ibraín? –le preguntó.

— ¡Justamente!... ¿Cómo lo sabéis? ¿Les conocéis acaso?

El joven Maestro le refirió cuanto había ocurrido en Jericó.

Aquel hombre no pudo contenerse y abrazó a Yhasua como si un torrente de ternura largo tiempo contenido, se desbordara de pronto.

— ¡Gracias, gracias!... Profeta, ¡qué Dios te bendiga!

—Creo que el hogar tuyo, puedo ayudarte a reconstruirlo –le dijo Yhasua conmovido profundamente–.

"Vete a Jericó a casa de mis tíos Andrés y Benjamín apellidados Del Olivar, debido al cultivo del olivar que poseen y del cual viven. Encargada a ellos quedó tu esposa y tu hijo, hasta que se arregle su propia morada.

"Di a mis tíos que te manda Yhasua, su sobrino; al que has encontrado en Jerusalén. Guarda silencio sobre cuanto ha ocurrido aquí en la tumba de David.

En pos de Al-Jacub de Filadelfia, fueron acercándose muchos otros de los allí congregados, y Yhasua vio con inmenso dolor que la mayoría de ellos habían sido víctimas en una forma o en otra de las arbitrariedades, atropellos e injusticias de los dirigentes de pueblos.

Los unos, víctimas de los esbirros o cortesanos de Herodes el idumeo, o de sus hijos, herederos de todos los vicios del padre. Los otros habían sido atropellados en sus derechos de hombres, por el alto clero de Jerusalén, o por hombres poderosos de la numerosa secta de fariseos. Otros se veían perseguidos por las fuerzas dependientes del procurador romano, representante del César en la Palestina. Algunos habían cometido asesinatos impremeditados, en defensa de la propia vida, cuando sus familias y sus posesiones fueron asaltadas como rebaño por lobos hambrientos.

Uno de aquellos hombres, llamado Judas de Kerioth se acercó también. Era de los más jóvenes, y refirió a Yhasua cómo sus dos únicas hermanas le fueron sacrificadas a la lascivia de un legionario. Su padre murió por las heridas recibidas en defensa de sus hijas. Su madre falleció pocos días después a consecuencia del horrible suceso. Estaba él solo en el mundo.

Yhasua, herido en su sensibilidad, en sus sentimientos más íntimos de hombre justo y noble, se dejó caer sin fuerzas sobre un estrado y cerró los ojos como para aislarse de aquellas visiones de espanto, y a la vez recobrar las energías perdidas en aquel desfile de horrores sufridos por corazones humanos, por criaturas de Dios, despedazados y deshechos por otros seres humanos..., ¡también criaturas de Dios!

Este Judas de Kerioth, cuyo relato colmó la medida de la angustia que el corazón de Yhasua podía soportar, fue años más tarde el apóstol Judas, cuyo defecto dominante, los celos, le llevaron a señalar a los esbirros del pontífice Caifás el refugio de su Maestro en el huerto de Gethsemaní. Quizá la innoble acción de Judas llamado el traidor, tuvo su origen en el horrible drama de su juventud, que le despojó de todos los afectos legítimos que puede tener un hombre, como alimento y estímulo de su vida interior. Su carácter agriado se tornó celoso y desconfiado.

Comprendo lectores amigos, que he anticipado acontecimientos, debido a mi deseo de haceros comprender hasta qué punto las injusticias de los poderosos, llevan el desquicio a las almas débiles, incapaces de soportar con altura la vejación de sus derechos de hombres.

Destruyen los cuerpos y las vidas, dejando las almas atrofiadas, enloquecidas, enfermas, y predispuestas para los más dolorosos extravíos morales.

Los amigos íntimos de Yhasua le rodearon al verle así pálido y agotado. Fue sólo un momento. La reacción vino de inmediato en aquella hermosa naturaleza, dócil siempre al gran espíritu que la animaba.

Se levantó de nuevo y con una voz clara y dulce dijo con gran firmeza:

—Amigos, os doy a todos un gran abrazo de hermano, porque siento en mi propio corazón todos vuestros dolores. Mas, no busquéis en la violencia la satisfacción de vuestros anhelos, porque sería colocaros al mismo nivel de aquellos, contra cuyas injusticias lucháis.

"Haceos superiores a los adversarios por la grandeza moral, que se conquista acercándose el hombre al Dios-Amor que le dio vida, y cuanto bello y bueno tiene la vida.

"Volveré a encontraros en este mismo lugar, y no me apartaré de vosotros, mientras vosotros queráis permanecer a mi lado".

La noche había avanzado notablemente, y Yhasua se retiró seguido por sus amigos, mientras aquellos ciento treinta y dos hombres, después

de largos comentarios, fueron saliendo en pequeños grupos de dos o tres para no llamar demasiado la atención de los guardias de la ciudad.

Algunos no tenían otro techo ni otro hogar que aquel viejo panteón sepulcral, cuya existencia de siglos habría visto desfilar innumerables generaciones de perseguidos.

Entre éstos estaba el esposo de Zaida, la princesa árabe. Ella no imaginaba quizá, que el Profeta-médico, salvador de su hijo moribundo, le devolvería también vivo, el amor del hombre al que había unido su vida.

¡Para el inmenso amor del Cristo-hombre por la humanidad, no era prodigio sino ley, devolver la vitalidad a los cuerpos, la energía y la esperanza a las almas!

A la mañana siguiente salieron, los ya escasos viajeros, pues la mayoría de la caravana quedaba en Jerusalén.

Betlehem está a media jornada escasa de Jerusalén, y el camino corría paralelo al acueducto que iba desde Jerusalén a los llamados Estanques de Salomón.

Grises peñascales a un lado y otro del camino, daban árido y entristecido aspecto a aquellos parajes, máxime cuando el invierno pone en los campos sus escarchas y sus nieves.

El viajero no encuentra belleza alguna para solaz del espíritu contemplativo, que se encierra en sí mismo a buscar en las actividades de su mundo interno, las bellezas que no encuentra en el exterior.

Aquellos peñascales llenos de grutas sepulcrales cubiertos de enmarañados zarzales y secos arbustos, eran en general la angustia del viajero que hasta Beerseba debían recorrerlo forzosamente.

Sólo para Yhasua, ungido del Amor Eterno, aquel camino ofrecía un gran interés. La proximidad de la Piscina de Siloé, poblaba aquellas grutas de enfermos de todas clases, a los fines de acudir a las aguas que llamaban milagrosas, cuando el viento cálido del desierto las agitaba y removía.

La tradición antigua a este respecto decía que un ángel bajaba de los cielos a agitar las aguas que en una hora precisa, se tornaban curativas de todas las enfermedades. Tal era la creencia vulgar de aquel tiempo.

El hecho real era, que aquellos remansos que siglos atrás fueron muy profundos, eran alimentados en épocas determinadas por una subterránea filtración, que venía desde los grandes peñascales del Mar Muerto, donde en épocas muy remotas existían volcanes en erupción. Se habían apagado en el exterior, pero en las profundidades de las montañas, continuaban su vida ígnea, que desahogaban su enorme caloría, por aquella filtración de agua subterránea que iba a estancarse en la Piscina de Siloé. Al recibir el torbellino de aguas hirvientes que desde las entrañas de la

roca ígnea, venían con espantosa fuerza, las aguas de la superficie se agitaban naturalmente ante la mirada atónita de las gentes. Es bien sabido que las aguas termales son curativas para muchas enfermedades.

Tal era la razón, de que los peñascales grises y áridos de aquel camino, estuviesen siempre poblados de enfermos de toda especie.

Los terapeutas peregrinos, sin pretender luchar con el fanatismo de las gentes que veían "un ángel de Dios en la agitación de las aguas", se ocupaban piadosamente de ayudar a los enfermos a entrar a las aguas medicinales cuando aparecían agitadas, que era cuando tenían más alta temperatura.

Los enfermos, que aparte de serlo, sufrían también abandono y miseria, salían de ordinario al paso de la caravana en busca de piedad de los viajeros.

Yhasua vio aquella turba doliente que se arrastraba entre los zarzales y los barrancos, y su corazón se estremeció de angustia hasta el punto de quedar paralizado el asno que lo llevaba porque le sujetó por la brida.

— ¿Te detienes, Yhasua? –le preguntó su padre. El Maestro le miró con sus grandes ojos claros inundados de llanto, y los volvió nuevamente a los enfermos que se acercaban.

Yhosep comprendió y se detuvo también. Los otros viajeros continuaron la marcha.

Muchas manos extendidas y temblorosas tocaban casi las cabalgaduras.

Mientras Myriam y Yhosep repartían unas monedas, Yhasua les miraba en silencio. Su pensamiento les envolvía por completo.

— ¿Venís a la espera del ángel que removerá las aguas? –les preguntó.

—Sí, señor viajero, pero esta vez tarda mucho –le contestaron.

—El Señor de los cielos y de la tierra, tiene la salud de los hombres en su mano y la da a quienes le aman, con ángel o sin ángel que remueva las aguas... –dijo el Maestro–.

"Entrad a la Piscina ahora mismo y decid: "¡Padre Nuestro que estás en los cielos! ¡Por tu amor quiero ser curado del mal que me aqueja!" Yo os aseguro que estaréis sanos a la hora nona.

—Y vos, ¿quién sois?... –preguntaron.

—Pensad que soy el ángel del Señor que esperáis y que se os presenta en carne y hueso para deciros: ¡El Señor quiere que seáis sanos!

Y siguió su viaje, dejando a aquellas pobres gentes con una llamarada de esperanza en el alma.

El lector ya comprenderá que a la hora indicada por Yhasua, todos aquellos enfermos estaban libres de sus dolencias.

Poco después nuestros viajeros entregaban las cabalgaduras a la caravana, y entraban a Betlehem donde eran esperados por Elcana, Sara y

los tres amigos: Alfeo, Josías y Eleazar, por encima de cuya firme amistad habían pasado veinte años desde la noche gloriosa en que el Verbo de Dios llegó a la vida física.

Sus familias rejuvenecidas en los nietos ya adolescentes y jovenzuelos, parecían un pequeño vergel de flores nuevas que rodeaban a los vetustos cedros, bajo cuya sombra se amparaban.

El mayor de todos ellos, Elcana, estaba aún fuerte y vigoroso, como si aquellos veinte años no hicieran peso alguno en su organismo físico. Tenía en su hogar una parejita de nietos de dieciséis y dieciocho años de edad: Sarai y Elcanin. Eran los nombres de los abuelos transformados en diminutivo.

Alfeo tenía consigo tres nietos varones, y había recogido además una hermana viuda, Ruth, para que le hiciera de ama de casa, pues recordará el lector que era viudo.

Josías, viudo, también, tenía a su lado una nietecita de doce años, Elhisabet; una prima anciana que tenía dos hijos y una hija.

Y por fin Eleazar, el de la numerosa familia, con varios de sus hijos ya casados y ausentes, sólo tenía a su lado al menor, Efraín, dos años mayor que Yhasua, y una hermana viuda con dos hijos de ocho y diez años.

Tal era el grupo de familiares y amigos que esperaban a los viajeros en la vieja ciudad de David.

¡Cuántos recuerdos tejieron filigrana en la mente de los que, veinte años atrás, estuvieron íntimamente unidos en torno al Niño-Luz que llegaba!

Dejamos a la ardiente imaginación del lector, la tarea muy grata por cierto, de adivinar las conversaciones, y el largo y minucioso noticiario que se desarrolló en la gran cocina-comedor de Elcana, al calor de aquella hoguera alimentada con gruesos troncos, allí mismo donde en la gloriosa noche aquella, habían bebido juntos el vino de la alianza, mientras el recién nacido dormía en el regazo materno, su primer sueño de encarnado.

Yhasua se les aparecía ahora a sus veinte años, como una visión de triunfo, de gloria, de santa esperanza.

Su aureola de Profeta, de Maestro, de Taumaturgo, casi les deslumbraba. Sabían toda su vida, habían seguido a distancia todos sus pasos, guiados siempre por la piedad y la justicia para todos. Era un justo que encerraba en sí mismo, los más hermosos poderes divinos. Era un Profeta. Era un Maestro. Era la Misericordia de Dios hecha hombre. Era su Amor Eterno hecho corazón de carne, que se identificaba con todos los dolores humanos.

Y éste gran ser había nacido entre ellos, y ahora le tenían nuevamente al cumplir sus veinte años de vida terrestre.

Sólo sintiendo en alma propia las profundas convicciones que ellos sentían, podemos comprender las emociones profundas, el delirante entusiasmo y amor que debieron sentir aquellas buenas familias betlehemitas junto a Yhasua, al volver a verle en medio de ellos a los veinte años de su vida.

Visitó las sinagogas que eran cuatro, y en ellas no encontró lo que su alma buscaba. La letra muerta de los libros sagrados, aparecían como el cauce seco de un antiguo río. Faltaba luz, fuego; faltaba alma en aquellos fríos centros de cultura religiosa y civil.

Los oradores hablaban con ese miedo propio de un pueblo invadido por un poder extraño. Ajustaban sus disertaciones a los textos que menos se prestaban para los grandes vuelos de las almas. ¡Siempre el Jehová colérico, fulminando a sus imperfectas criaturas y conminándolas con terribles amenazas al cumplimiento del deber!

— ¿Y el Amor del Dios que yo siento en mí mismo?, ¿dónde está? –preguntaba Yhasua dialogando consigo mismo.

Y desesperanzado, desilusionado, salía al campo a buscar entre la aridez de los peñascos cubiertos de seca hojarasca, el amor inefable del Padre Universal.

En la misma tarde del día que llegó a Betlehem, cuando él volvía de su visita a las sinagogas, se encontró con una agradable sorpresa; la llegada de un Esenio del Monte Quarantana que venía de paso para Sevthópolis, a incorporarse al pequeño grupo que había quedado en aquel santuario recientemente restaurado.

La casa de Elcana era como el hogar propio, donde los solitarios encontraban siempre, junto con el afable hospedaje, las noticias más recientes del Mesías y de sus obras apostólicas.

La situación misma de la casa de Elcana, muy cerca a la explanada donde entraban las caravanas, y cuyo inmenso huerto de olivos y nogales llegaba hasta el camino, la hacía el lugar más apropiado para reuniones de personas que no deseaban llamar la atención.

El Esenio recién llegado era samaritano de origen, gran amigo del Servidor del Santuario devastado, y los solitarios del Quarantana lo enviaron como contribución viva a su restauración.

El encuentro inesperado, los hizo felices a entrambos. Desde los doce años de Yhasua no se habían visto. ¡Y habían ocurrido tantas cosas!

Una larga confidencia entre ambos, hizo comprender a Yhasua hasta qué punto, la Fraternidad Esenia secundaba la Idea Divina, hecha ley de amor para esa hora de la humanidad.

Este Esenio cuyo nombre era Isaac de Sichar, llevaba a la Palestina, la misión de transmitir a los Santuarios y a los esenios diseminados en familias, un mensaje de los Setenta Ancianos de Moab.

Lo habían recibido en Monte Nebo, en la gruta sepulcral de Moisés, en el último aniversario del día que el gran vidente recibió por divina inspiración los Diez Mandamientos de la Ley Eterna para la humanidad terrestre.

Siendo así que Elcana, Sara y los tres amigos Josías, Alfeo y Eleazar eran esenios de grado tercero; que estaban presentes Myriam y Yhosep, que lo eran también y con la presencia material del Hombre-Luz, nada más justo que iniciar en Betlehem el cumplimiento de aquella misión.

El anuncio pasó discretamente por los hogares esenios de la ciudad, para que al anochecer acudiesen los jefes de familia a la casa de Elcana a escuchar el mensaje de los Setenta.

El gran cenáculo apareció lleno en dos filas, alrededor de la larga mesa de encina cubierta del tapiz de púrpura que sólo aparecía en las grandes solemnidades de la casa de Elcana, considerado como un hermano mayor entre los esenios betlehemitas.

Lo que era Yhosep en Nazareth, era Elcana en Betlehem: el hombre justo y prudente, cuya clara comprensión y dotes persuasivas sabían encontrar una solución pacífica y noble a todas las situaciones difíciles, que le eran consultadas por sus hermanos de ideales.

Reunidos, pues, en su cenáculo cuarenta y dos esenios jefes de familias, se inició la asamblea con la lectura del capítulo V del Deuteronomio, donde Moisés recuerda al pueblo hebreo el mensaje de Jehová: los Diez Mandamientos eternos que forman la Ley.

Esta lectura la hizo Yhasua por indicación de Isaac, que inmediatamente después les dirigió estas breves palabras:

—Os hemos reunido aquí, para que escuchéis un mensaje de los Setenta Ancianos de Moab a cuyo retiro llegan los ecos de las luchas y dolores de este pueblo escogido por Dios, para la gran manifestación de su amor en esta hora de la humanidad.

—Oídlo, pues:

"A nuestros hermanos de la tierra de Promisión. Paz y salud.

"Nuestro Dios, Padre Universal de todo lo creado, nos ha hecho llegar por celestial mensajero, su divina voluntad en esta hora solemne y difícil que atravesamos.

"¡La Eterna Inteligencia designó a nuestro pueblo, habitante de este país para ser en esta hora la casa nativa de su Enviado Divino, de su Verbo Eterno, Instructor de esta humanidad! Designación honrosa sobre manera, y a la cual debemos responder con una voluntad amplia, clara y precisa, sin claudicaciones de ninguna especie, si no queremos atraer sobre nosotros las consecuencias terribles para muchos siglos, que nos traería la disociación con la Eterna Idea.

"El gran templo espiritual formado en esta hora con los pensamientos de amor de todos los que conocemos el gran secreto de Dios, está conmoviéndose por falta de perfecta unidad entre todas las almas, y este gravísimo mal debe ser remediado de inmediato antes que venga un derrumbamiento parcial, que pondría en peligro el equilibrio de la vida física y de la obra espiritual del gran Enviado que está entre nosotros.

"Los componentes de este gran templo espiritual, somos los miembros todos de la Fraternidad Esenia, de los cuales deben estar muy lejos todas las tempestades promovidas por el choque de las pasiones humanas, puestas en actividad por las ambiciones de poder, de oro, de grandeza y de dominación.

"El trabajo honrado, el estudio, la oración y la misericordia, son las únicas actividades permitidas al esenio consciente de su deber, en esta hora solemne que atraviesa la humanidad.

"Cuidad, pues, que vuestro espíritu generador de vuestros pensamientos, no dé entrada en sí mismo, a los odios que nacen naturalmente en las almas que participan de las luchas por conquistar los poderes y grandezas humanas. Si así no lo hiciereis, sabed que perjudicáis inmensamente a la realización de la Idea Divina en medio de nosotros, y que toda demora, todo atraso y desequilibrio que por esa causa pueda venir, vosotros seréis los responsables, y sobre vosotros caerán las consecuencias para muchas edades futuras.

"Pensad que al ingresar a la Fraternidad Esenia, habéis dejado de ser turbamulta ciega e inconsciente. Se os ha dado una lámpara encendida, y no podéis alegar que vais a oscuras por vuestro camino. Pensad, que por el amor se salvará la humanidad, y no deis cabida en vosotros al odio, contra unos u otros de los que luchan por la conquista de los poderes y grandezas humanas. Son como perrillos que pelean por roer un mismo hueso, y no sois vosotros quienes podréis ponerlos de acuerdo. Dios-Padre hará surgir a su hora, quien lleve a la humanidad ciega hacia su verdadera grandeza.

"Dos corrientes contrarias avanzan a disputarse el dominio de las almas: la material y la espiritual. La primera dice: el fin justifica los medios; y no se detiene ni ante los más espantosos crímenes para conseguir el éxito.

"La segunda dice: el bien por el bien mismo; y dándose con amor que no espera recompensa, busca el triunfo por la paz y la justicia, pero nunca por la violencia. La Fraternidad Esenia está, bien lo comprenderéis, en la corriente espiritual que busca el triunfo de la Verdad y del Amor entre los hombres, en primer término entre los que convivimos en el país elegido por la Eterna Ley, para hospedar en su seno al Verbo encarnado.

"Hermanos esenios de la hora solemne, que vio al Cristo Divino formando parte de esta humanidad, despertad a vuestro deber, y no derrumbéis con vuestra inconsciencia, el templo espiritual cuya edificación ha costado muchos siglos de vida oculta entre las rocas a los profetas hijos de Moisés.

"Sabed ser más grandes, que los que buscan serlo por el triunfo de sus ambiciones y de su soberbia, tenebroso camino, al final del cual se encuentra el abismo sin salida. Recogidos en vuestro mundo interno, consagrados al trabajo honrado y santo que os dan el pan; a las obras de misericordia en que florece el amor de los que saben amar; a la oración, que es estudio de las obras de Dios y unificación con Él; descansad en paz y no alteréis vuestros pensamientos, ni manchéis con lodo vuestra túnica, ni con sangre vuestras manos. Sólo así habitará el Señor en vuestra morada interna, y Él será vuestro guardián, vuestra abundancia, salud y bien para todos los días de vuestra vida, y para los que dejéis en pos de vosotros después de vuestra vida.

"Que la luz de la Divina Sabiduría os lleve a comprender las palabras que os dirigen con amor vuestros hermanos.

"Los Setenta Ancianos de Moab".

Un gran silencio llenaba el cenáculo de la casa de Elcana, a la terminación del mensaje de los Setenta.

Cada uno de los que lo escucharon llamó a cuentas a su propia conciencia, y algunos se encontraron culpables de haber participado indirectamente en las luchas por conquistar sitios estratégicos, donde otros podían recoger oro y placeres; y más, de haber dado cabida en sí mismos a pensamientos de odios en contra de los que habían llevado al pueblo hebreo a la triste situación en que se encontraba: dominación romana que le exigía pesados tributos; dominación de reyezuelos extranjeros usurpadores del gobierno en contra de la voluntad popular; dominación de un clero ambicioso y sensualista, que había hecho un mercado de las cosas de Dios y de su templo de oración.

¡Qué gran purificación debieron tener los esenios de aquella hora, para hacerse superiores a las corrientes de aversión y de odio en contra de tal estado de cosas! Pero ese odio, justificado hasta cierto punto, entorpecía la cooperación espiritual en la obra de redención humana del gran Misionero de la Verdad y del Amor, y los Setenta reclamaban por este entorpecimiento, que podía traer desequilibrios presentes, y grandes males para el futuro.

Pasado este gran silencio en que las almas se habían sumido, como si hubieran sido llamadas al supremo tribunal de Dios, Isaac de Sichar el esenio mensajero de los Setenta, invitó a Yhasua a que expusiera

su pensamiento a la vista de sus hermanos, a fin de que les sirviera de orientación en esa hora de perturbaciones ideológicas y sociales. Y el joven Maestro se expresó así:

—Creo que aún no es llegada la hora de que yo me presente a mis hermanos como un Maestro, pues que aún estoy aprendiendo a conocer a Dios y a las almas, creaciones suyas. ¡Me falta aún tanto por saber! Fecundos fueron estos veinte años de vida, debido a la abnegación y sabiduría de mis Maestros esenios, y a la solicitud infatigable de todos los que me han amado; pero ya que tanto lo deseáis, os expondré mis puntos de vista en los actuales momentos:

"El hombre dado a la vida del espíritu con preferencia a la de la materia, debe mirar todos los acontecimientos como mira un Maestro de alta enseñanza a los niños que comienzan su aprendizaje. Les ve obrar mal en pequeñas o grandes equivocaciones. Les ve darse golpes o trabarse en luchas por la conquista de un juguete, de una golosina, de un pajarillo que morirá en sus manos, de un objeto cualquiera que le entusiasma por un momento, y que luego desprecia porque su anhelo se ha fijado en otro mejor. Pero su yo interno permanece sereno, inalterable, sin permitir que encarne en él la ardorosa pasión, madre de odios infecundos y destructores.

"Bien veo que en nuestro pueblo fermenta sordamente un odio concentrado contra la dominación romana, contra reyes ilegítimos, contra un sacerdocio sin más ideales que el comercio vil de las cosas sagradas. Tan grandes y dolorosos males, son simples consecuencias de la ignorancia en que se ha mantenido a este pueblo, como a la mayoría de los pueblos de la actual civilización.

"Una fue la enseñanza de Moisés y de los Profetas, y otra muy diferente se dio como orientación a los pueblos.

"Moisés dijo: "Amarás al Señor Dios tuyo, por encima de todas las cosas, y al prójimo como a ti mismo". Y el pueblo ve que en los atrios mismos del templo se ama el oro y el poder, por encima de todas las cosas; que se castiga con penas y torturas terribles a los acusados de faltas en que incurren a diario, los que se hacen jueces de sus hermanos indefensos; que los poderosos mandatarios viven en un festín eterno, y el pueblo que riega la tierra con el sudor de su frente, carece hasta del pan y la lumbre bajo su mísero techo.

"Moisés dijo en su inspirada ley: "No matarás, no hurtarás, no cometerás adulterio"; y el pueblo ve que los poderosos mandatarios, asesinan a todo el que estorba en su camino, hurtan por ruines y engañosos medios, todo aquello que excita su avaricia, y destruyen los hogares, arrebatando traidoramente la esposa compañera fiel.

"¿Quién contiene al torrente que se desborda desde la cima de altas

montañas? El pueblo se hizo eco de las falsas acusaciones de los ambiciosos y libertinos contra los Profetas, que le hablaban en nombre de la Eterna Ley de amor y justicia, y acalló sus voces, entregándolos a la muerte en medio de crueles suplicios. Ahora el pueblo paga las consecuencias de su ignorancia, y de sus odios inconscientes.

"Veo la sabiduría más alta en el mensaje de los Setenta que acabáis de escuchar. No hemos de sacrificar inútilmente la paz que goza todo hombre de bien, todo esenio consciente de su deber, a la idea de que mezclándose a las luchas sórdidas y apasionadas de la turbamulta, pueda conseguirse de inmediato la transformación de este doloroso estado actual.

"Destruir la ignorancia respecto de Dios y de sus relaciones con sus criaturas, es la obra que realiza en secreto la Fraternidad Esenia, y nuestro deber es secundarla en su labor misionera encendiendo la lámpara del divino conocimiento, o sea la ciencia sublime y eterna de Dios en relación directa con el alma humana.

"Padres, madres, jefes de familia, haced de vuestros hogares, santuarios de la verdad, del bien, del amor y de la justicia, sin más códigos ni ordenanzas que los diez mandamientos divinos que trajo Moisés a esta tierra, y será como la marca indeleble puesta en vuestra puerta, que quedará cerrada a todos los males y dolores que afligen a la humanidad.

"Tomad mis palabras pronunciadas con el alma saliendo a mis labios, no como de un Maestro que os enseña, sino como de un joven aprendiz que ha vislumbrado la eterna belleza de la Idea Divina, en las penumbras apacibles de los santuarios de rocas, bajo los cuales se cobijan los verdaderos discípulos de Moisés".

— ¡Habló como un Profeta!... ¡Habló como un iluminado!... –se oyeron varias voces rompiendo el silencio.

—Habló como el que es –dijo solemnemente Isaac de Sichar–: como el Enviado Divino para esta hora de la humanidad. ¡Alma de luz y de amor!... ¡Que Dios te bendiga como lo hago yo, en nombre de los Setenta Ancianos de Moab!

— ¡Gracias, Maestro Isaac! –dijo emocionado Yhasua, y fue a ocupar su sitio al lado de sus padres.

Vio que su madre lloraba silenciosamente.

— ¿Te hice daño madre con mis palabras? –le preguntó tiernamente.

—No, hijo mío, tú no puedes hacerme nunca daño –le contestó ella–. Pero mientras tú hablabas, en mi mente se formó como un arrebol de luz donde te vi rodeado por todos nuestros antiguos Profetas que fueron sacrificados como corderos por los mismos a quienes enseñaron el bien, la justicia y el amor.

“¡Hijo mío!..., un día te dije que para matar mi egoísmo de madre, te entregaba al dolor de la humanidad. ¡No sé por qué en este momento he sentido muy hondo el dolor de este sacrificio! ¡Tal como si lo viera realizarse de terrible manera!

—Dios Padre, se nos da a cada instante en todos los dones y bellezas de su creación universal; y nosotros cuando pensamos darle algo, nos atormentamos anticipadamente, aun sin la certeza de que Él acepte o no, nuestra dádiva. ¿Por qué crear dolores imaginarios, cuando la paz, la alegría y el amor florecen en torno nuestro?

—Tienes razón, Yhasua..., perdóname. Mi amor te engrandece tanto ante mí misma, que me lleno de temores por ti.

Los concurrentes comenzaron a retirarse cuando era ya bastante entrada la noche.

Betlehem quieta y silenciosa como de costumbre, dormía bajo la nieve iluminada por la luna, que veinte años atrás, cuando los clarividentes que velaban espiando la conjunción de los astros anunciadores, oyeron voces no humanas cerniéndose como polvo de luz en el éter, que cantaban en un concierto inmortal:

“Gloria a Dios en lo más alto de cielos y paz a los hombres de buena voluntad”.

44
LAS ESCRITURAS DEL REY SALOMÓN

Al día siguiente de lo que acabamos de relatar, Yhasua seguido de los cuatro amigos betlehemitas, Elcana, Alfeo, Josías y Eleazar; que le acompañaban con su amor inquebrantable desde la noche de su nacimiento, se dispuso a realizar dos visitas, para él de suma importancia.

La misma noche de la lectura del mensaje de los Setenta, el joven Maestro había hablado con Isaac de Sichar y sus cuatro amigos mencionados, sobre un fragmento de papiro encontrado entre el viejo archivo del sacerdote de Homero en Ribla. Tenía en su carpetita de bolsillo la copia de aquel fragmento que decía:

“Abiatar, sacerdote del pueblo de Israel en los días de Salomón Rey, y cuando éste abandonó los caminos del Señor para adorar dioses extranjeros, en complacencia a sus numerosas mujeres idólatras, declara haber recogido las escrituras de Salomón Rey de Israel que le fueron inspiradas por Jehová, autor de toda sabiduría, y depositado parte de ellas en la gruta más interior de los Estanques de Salomón, y parte en la tumba de Raquel, detrás de un sarcófago de cedro con ornamentos de cobre”.

El papiro estaba fragmentado por rotura o quemadura, y era todo cuanto decía en la parte conservada.

Y Yhasua decía a sus amigos:

—En el libro I de los Reyes, Capítulo IV, dice que Salomón escribió tres mil parábolas sobre los árboles, desde el cedro del Líbano hasta el musgo que crece entre los muros. Que escribió, además, sobre toda especie de animal viviente sobre la tierra para enseñanza de los hombres. Salomón fue un sensitivo de grandes facultades psíquicas, un verdadero iluminado, y hasta hoy no se han encontrado sino muy pocas de sus escrituras dictadas por Inteligencias superiores para el bien de la humanidad.

"¿Qué os parece si tomamos a nuestro cargo buscarlas en las grutas de los Estanques de Salomón y en el sepulcro de Raquel, donde este fragmento dice que Abiatar los ocultó?

—Habrán sido ya buscados, seguramente –observó Elcana–, pero bien está que lo hagamos nosotros.

Como buenos esenios, cuyo ideal, primero era iluminar con la verdad a los hombres para ayudarlos a acercarse a Dios, tomaron como una misión el compartir con Yhasua los afanes de esta búsqueda, y a la mañana siguiente, cuando la nieve tapizaba aún de blanco los caminos, se dirigieron al antiquísimo monumento funerario de Raquel, situado entre el camino que venía de Jerusalén y el Acueducto que corría hacia los Estanques de Salomón. Estaba a poco andar, y una hora de viaje saltando entre pedruscos y nieve, les puso ante el vetusto panteón sepulcral de la virtuosa mujer, amada por el Patriarca Jacob más que a todas las cosas de la tierra. La gran losa que cerraba la entrada principal, que sólo se abría cuando se entraba un nuevo sarcófago, no podían ni pensar en removerla.

Pero los grandes monumentos funerarios tenían siempre una entrada pequeña por donde salían las aguas usadas para la limpieza de los cadáveres cuando eran embalsamados.

Comprendieron, desde luego, que debían buscarla hacia el acueducto que corría a pocos pasos.

Y en efecto, la encontraron cubierta de una gruesa capa de tierra y hierbas que habían crecido sobre ella.

Como casi todos los monumentos funerarios de los hebreos, éste estaba construido utilizando un enorme trozo de montaña, en forma que hacia el camino de Jerusalén a Betlehem, aparecía la edificación de bloques de piedra blanca, o sea dos grandes columnas flanqueando la puerta coronada por un fragmento de cúpula adosado a la roca.

La hiedra y la nieve tenían todo cubierto como un informe montón de verde y blanco, que no dejaba de ostentar una rústica belleza.

En el pavimento de la sala principal había una fosa con altos bordes

de piedra labrada y pulida, encima de cuya tapa, también de piedra blanca, se leía en escritura hebrea antigua: “Raquel hija de Labán y esposa de Jacob”.

En diversos huecos abiertos horizontalmente en el muro o en la roca del fondo había unos diez sarcófagos más.

De esta sala principal y hacia atrás, existían otros dos compartimentos que eran grutas naturales de la montaña, aunque algo pulimentadas y trabajadas por la mano del hombre.

Había allí una mesa, especie de dolmen de piedra, pues era una gran plancha de roca gris puesta sobre dos trozos de roca igual; algunos cubiles, cántaros y bancos de piedra. Varios candelabros y cirios enormes en la sala principal, que se hallaban diseminados en desorden por las grutas, lo cual demostraba que habían entrado personas poco respetuosas hacia los mudos habitantes de aquella fúnebre morada.

Lo primero que hicieron fue buscar el sarcófago de cedro con incrustación de cobre. Estaba allí sumido en el fondo de uno de los huecos, casi por completo cubierto de polvo y telas de araña.

Lo sacaron, pero en el hueco detrás de él, nada aparecía más que grumos de tierra, musgos, pequeños insectos. Observaron que las junturas habían sido antes abiertas, y volvieron a abrirlo. Bajo una capa de menudo polvo, aparecieron varios cofrecitos labrados en madera de olivo; unos rollos envueltos en piel de búfalo y atados con trenzas de cáñamo; y unos trozos de caña taponados con madera en los extremos.

Una profunda emoción se apoderó de los buscadores.

Encontraban, en vez de los manuscritos buscados, objetos que aparecían como valores ocultados en momentos de suprema angustia.

Examinado todo cuidadosamente, creyeron estar en lo cierto al pensar que todos aquellos valores habían pertenecido a un hijo del rey Sedechias que antes de huir de Jerusalén, camino del desierto, cuando entró Nabucodonosor rey de Babilonia, debió estar oculto en el sepulcro de Raquel. Y lo pensaron así por algunas palabras sueltas grabadas en tablillas de madera o en trozos de tela, como ésta que parecía estar dirigida a alguien que obedeciendo a una cita anticipada, decía: “Espérame que vendré cuando sea entrada la noche y pueda conducir sin peligro a mi padre”. Otra escritura hecha con pez o betún sobre un trozo de cinta de lino, decía: “Las catapultas de Nabuzaradán abrieron brechas en los muros. La ciudad no resiste más. Ten aparejados ocho mulos fuertes para Sedechias y sus hijos, y un carro para la reina y su hija. Ebed-Melec, con treinta hombres sacaste a Jeremías profeta de la mazmorra de Melchias, con cincuenta saca a tu rey de Jerusalén, que esta noche será del babilónico. Te dejo el oro que he podido traer”.

Todos quedaron silenciosos. En la mente de Yhasua y de sus amigos se

diseñaron como en un lienzo blanco los martirios sufridos por el profeta Jeremías, por el sólo crimen de haber anunciado al rey Sedechias que la corrupción del pueblo hebreo les traería gravísimos males. El oro se desbordaba como un torrente de la casa del rey para sus príncipes y sus mujeres, mientras el pueblo sufría el hambre y la miseria.

"Mira, ¡oh!, rey Sedechias, que el clamor de tu pueblo sube a Jehová, y que Él escucha el llanto de los pequeños y de las madres que les crían, y Jehová dará a ellos todo el bien que es de justicia, y a ti te será quitado todo, hasta la vida de tus hijos y hasta la luz que miran tus ojos".

Y el dulce profeta Jeremías, el de los trenos como cantos de alondras que gimen en el bosque en noche sombría, fue sumido en obscura mazmorra llena de cieno, con asquerosos animalejos, donde estuvo a punto de perecer de hambre y de frío, a no haberle salvado Ebed-Melec, el criado etíope del rey Sedechias.

— ¡Humanidad!... ¡Humanidad inconsciente y ciega!... –exclamó Yhasua con la voz que temblaba por la emoción–.

"Es crimen ante ti, la verdad pronunciada por los inspirados de Dios para conducirte al camino de la dicha. ¡Es crimen encenderte una lámpara que te alumbre el camino del despeñadero, para que no caigas en él! ¡Es crimen arrancar agua clara de una roca para que no perezcas de sed en el desierto por donde avanzas!

"¡Es crimen sembrarte de flores y frutos el camino para que no te hartes con inmundicias de bestias, que colman tus días de enfermedades y aceleren la muerte!

"¡Humanidad, humanidad!... ¡Debía aborrecerte, y aún te amo como te amaron los profetas, mis hermanos, cuyas lágrimas bebiste y con su sangre manchaste tus vestiduras!..."

El joven Maestro, sentado sobre un banco, hundió su rostro entre sus manos y todos respetaron su emoción y su silencio.

Una tenue luz penetraba por las luceras encortinadas de hiedra, y parecía dar tintes de íntima tragedia al cuadro, formado por aquellos cuatro hombres de edad madura en torno de Yhasua, que como un lirio blanco azotado por el huracán, se doblaba a la suprema angustia de la miseria humana, que con tanta claridad veía en ese instante.

Diríase que el alma hecha de misericordia del profeta Jeremías había conducido aquellos seres al sepulcro de Raquel, para aliviar los dolores del pueblo hebreo, que soportaba cargas imposibles de llevar.

Josías, Alfeo y Elcana sintieron de pronto el impulso de escribir, porque su cerebro se inundó de ideas extrañas a ellos mismos, y una fuerte vibración agitaba su diestra.

Josías escribió:

"El manuscrito que buscáis, está juntamente con otros dentro de un

cántaro de barro en la gruta más pequeña, detrás de los Estanques de Salomón.

"Por mandato del varón de Dios, los oculté yo, siervo suyo, que habité en esa gruta por muchos años. Ebed-Melec".

Alfeo escribió: "Bendecid a Ebed-Melec, que en el día de muerte para Jerusalén, salvó del ultraje a mí y a mi hija Tinina, ocultándonos en este sepulcro hasta que los ejércitos del invasor abandonaron Judea.

"Mis huesos descansan en el sarcófago cuarto, contando de la izquierda, Fui una de las esposas de Sedechias, rey de Judea, y como cooperé con él en malgastar los tesoros quitados al pueblo, era justicia de Jehová que sufriera la pena merecida. Con el oro y piedras preciosas que aquí quedaron, remediad a los pobres y enfermos de la Judea, porque suyo era y suyo es. Rogad por mi descanso. Aholibama".

Elcana escribió estas líneas:

"A mis hermanos Esenios de la hora gloriosa del Verbo encarnado, salud y paz en el Señor: Yo, Jeremías, siervo suyo, he tendido los lazos de esta red en que os veis suavemente envueltos, para que sea el Verbo de Dios el ejecutor de su justicia, que remediará el dolor de los que sufren en la tierra y en los abismos de la inmensidad infinita.

"Los tesoros materiales remedian necesidades materiales; pero el amor misericordioso, cura dolores del alma que pecó contra Dios y contra el prójimo, y sobre la cual pasan los siglos viéndola padecer.

"El que fue Sedechias, rey de Judea, y sus siete hijos degollados en Ribla por orden de Nabucodonosor, padece justamente con ellos en expiación de los dolores de todo un pueblo, cargado de tributos para satisfacer al rey y a sus príncipes y cortesanos.

"Si vosotros hacéis lo que os dice Aholibama, y según vuestra conciencia, aliviaréis muchos sufrimientos de encarnados y desencarnados".

"Hermano vuestro de muchos siglos. *Jeremías, Profeta de Dios*".

Como verá el lector, los tres escritos tenían relación unos con otros, y habían sido tomados sin que los sujetos sensitivos supieran lo que el compañero escribía.

La concordancia de los tres, significaba una prueba de ser auténticos y encerrar en ellos la verdad.

El alma del profeta Jeremías, antorcha viva de luz y de amor, aconsejó y protegió al rey Sedechias y sus familias durante la vida, y seguía protegiéndoles en el plano espiritual. ¿Quién puede medir la fuerza de las alianzas eternas entre las almas que fueron unidas por lazos que Dios ató, y que nadie puede desatar?

Debemos suponer en buena lógica, que esos seres infortunados formaban parte de la porción de humanidad encomendada por la Eterna Ley a Jeremías profeta, Esenio de varios siglos atrás.

Leídos y estudiados los mensajes espirituales recibidos, procedieron a abrir los cofrecillos y los envoltorios.

En los primeros había oro y plata en varillas y algunas joyas de gran valor como collares, brazaletes y sortijas. Los envoltorios contenían vestiduras y mantos de gran precio, pues eran tejidos de Persia, mallas de hebras de oro, perfectamente conservados. Y por fin, los trozos de cañas taponados de madera, contenían una variedad de piedras preciosas muy menuditos pero no por eso de menos valor.

Eran esmeraldas, zafiros y diamantes, en igual número en cada tubo de caña, o sea veinte decenas. Parecería que hubiesen estado destinados para una joya especial como una corona, diadema o algo por el estilo.

— ¡Pensar que los hombres se matan unos a otros y cometen las mayores locuras por cosas como éstas! –decía Yhasua–, y hasta olvidan a Dios y a su propia alma; y para nosotros no nos servirán de nada si no fuera que hay dolores grandes para remediar.

— ¿Qué hacemos con todo esto? –preguntaba Alfeo a sus compañeros.

—Dejarlo donde está, por el momento –contestó Elcana–, que en ninguna parte está más seguro hasta que dispongamos la forma de hacerlo llegar a quien le pertenece: al pueblo hambriento de Judea, que fue quien lo entregó a las arcas reales.

—En verdad –decía Josías–, que todo esto representa largos días de miseria y de hambre sufridas por el pueblo, para engrosar los tesoros del rey. ¡Detesto a los reyes! ¡Son todos vampiros de la sangre del pueblo!

— ¡Calma, Josías!... –dijo Yhasua, viendo la exaltación de su amigo–. La humanidad es y será aún por mucho tiempo, la mitad vampiro de la otra mitad; hasta que el amor anule a todos los vampiros, y los transforme en panales de miel derramándose por igual para todos los seres.

Encerraron, pues, todo tal como lo habían encontrado, y se dirigieron hacia los Estanques no lejos de allí.

Era ya el medio día, y la necesidad les obligó a pensar en alimentarse.

Vieron a poca distancia el cercado de un modesto huerto, en el fondo del cual se levantaba una columna de humo, denunciadora de una vivienda.

—Es la cabaña del tío Joel –dijo Josías–, y yo le conozco mucho. Seguid andando que yo traeré algo para comer.

Volvió al poco rato con un pequeño bolso de castañas e higos secos y un queso de cabra.

—Salvada la necesidad, salvados los hombres –decía Elcana, repartiendo entre los cinco el contenido del bolso de Josías.

Mientras andaban, la conversación recayó naturalmente en los valores encontrados y en el modo de emplearlos con justicia.

Repartirlos directamente entre los pobres era gran imprudencia,

porque pronto se divulgaría el origen de las magníficas donaciones, y el rey Herodes Antipas o el clero de Jerusalén, les caerían como buitres hambrientos sobre un cadáver abandonado. Después de mucho volver y revolver el asunto, llegaron a la conclusión de que lo más prudente y justo era restaurar el antiguo molino del pueblo, que por muerte de sus dueños quedó paralizado, causando grandes perjuicios a las familias más humildes, que debían hacer grandes esfuerzos para enviar sus cereales y sus olivas hasta Herodium para ser molidos o prensados.

Darían trabajo a innumerables personas, pagando con justicia los jornales y convirtiendo al viejo molino en providencia viviente para toda aquella comarca.

Era conocida la amistad que unía como una sola familia a los cuatro betlehemitas, y el pueblo no extrañaría que, uniendo esfuerzos, comprasen entre los cuatro el molino con el solar de tierra en que estaba construido, y cuanto les era necesario para ponerlo en funcionamiento inmediatamente, ya que tan apremiante era la necesidad.

¡Cuántos pobres, enfermos, ancianos y huérfanos tendrían la abundancia en su mesa mediante el uso justo de valores sustraídos al pueblo, para satisfacer las ambiciones de un rey con toda su corte!

Yhasua, para quien era asunto de meditación todo hecho que ponía de manifiesto la miseria humana, decía:

— ¡Cuántos Sedechias hay entre la humanidad, que atesoran bienes materiales, como un pobre amontona ramas secas para encender su mísero fuego, sin que ni siquiera les venga a la mente la idea de que usurpan a sus semejantes los dones que da Dios para todos por igual! ¡Los labriegos siembran el trigo y el centeno, lo cultivan con el sudor de su frente; cuidan como a la niña de sus ojos, sus olivares y sus vides, y sólo la mitad ha de ser para sí, y la otra mitad repartida entre el rey y el sacerdocio, que no tienen más trabajo que tomar lo que no han sembrado!

La alegría que inundó a los cuatro amigos, no es para ser descrita. El Dios Amor de los antiguos profetas ponía en sus manos un valioso tesoro con el cual podían hacer la dicha de toda aquella comarca, y esto sucedía cuando el Verbo encarnado estaba entre ellos al cumplir los veinte años de edad.

Se veían a sí mismos como Esdras, el profeta de Dios, cuando Ciro, rey de Babilonia, le devolvió todos los tesoros que del templo de Salomón había usurpado Nabucodonosor, antecesor suyo, en la última invasión a la Judea para reedificar la ciudad y templos devastados.

No era ni el templo ni la ciudad lo que ellos debían reedificar, sino el antiguo molino para dar pan en abundancia a un pueblo empobrecido por los impuestos y tributos al César, al rey, al clero, que lo devoraban todo,

dejando el hambre y la miseria como huellas dolorosas de su existencia, rodeada de esplendor, de lujo y de vicio.

Las almas plenas de ilusión querían correr, volar por el sendero de luz y de amor fraterno que se abría ante ellos, pero Elcana, que era el más conocedor del mundo y de sus alevosas encrucijadas, les decía:

—No es conveniente dejar traslucir que un fuerte capital respalda nuestra iniciativa, porque los sabuesos reales husmean dónde está la presa, y pronto la justicia nos caería encima, desbaratándolo todo. Debemos, pues, hacer ciertas combinaciones por las cuales aparezca como que con nuestros ahorros y sacrificios, hemos conseguido realizar este negocio.

Entretenidos en estas conversaciones llegaron a los Estanques de Salomón a la primera hora de la tarde.

El sol había derretido ya la nieve de los caminos, que se habían tornado pantanosos.

El paraje, que en otros tiempos lejanos fuera un verdadero oasis por el espeso bosque de palmeras y sicomoros que el rey Salomón había hecho plantar con centenares de jornaleros, que removían las rocas, y a lomo de asnos y mulos traían tierra fértil de las orillas del Jordán, era sólo un bosquejo de lo que había sido. Gran parte del bosque había sido talado por mandato del rey Sedechias, en su afán de purificar la Judea de ídolos y templetes edificados por las mujeres idólatras de Salomón y de otros reyes de Judea posteriores a él. El hermoso bosque que rodeaba los Estanques, fue lugar de festines para cortesanos de los reyes de Judea, que danzaban embriagados ante sus dioses, causando gran escándalo entre las familias judías, fieles observadores de la Ley de Moisés.

Las hiedras y terebintos, con su verdor perenne y brillante, parecían burlarse de las escarchas y las nieves del invierno betlehemita, y ponía una nota de alegría en la aridez del paisaje.

Recordará el lector, seguramente, que en los días aciagos que vivió Betlehem, cuando Herodes ordenó la matanza de los niños menores de dos años, aquel sitio fue lugar de refugio para las infelices madres que no pudieron huir a más larga distancia. La mártir Mariana, descendiente de los heroicos Macabeo y madre de los dos últimos vástagos de ese linaje, también fue ocultada en aquellas grutas, burlando la orden de su despótico y real marido, Herodes el idumeo, al cual consintió en unirse por salvar la vida de sus dos hijitos, engaño vil del que se valió el tirano para obligarla a un matrimonio que le daba en apariencia cierto derecho al trono de Israel. Casado con una joven viuda descendiente de los Macabeo, y madre de los dos últimos vástagos de los cuáles se constituyó en tutor y padre adoptivo hasta que, asegurado en el trono,

les asesinó cobardemente para evitar que el pueblo proclamara al mayor de ellos rey de Israel.

Pero todo esto pertenecía al pasado, y aunque revivió en la mente del joven Maestro causándole la penosa emoción de recuerdos dolorosos y trágicos, en aquel momento el gran silencio de la soledad envolvía las grutas, y ni un rumor de vida se dejaba sentir en sus contornos.

Mariana permaneció en ellas hasta que la muerte del tirano y la destitución de su hijo Arquelao le dio la seguridad de ser olvidada por completo, y entonces se trasladó a Hebrón, donde tenía algunos familiares, que la recibieron como a una resucitada, pues la orden de muerte dada sobre ella les había llegado como el último baldón arrojado por el déspota sobre una de las más nobles familias de Judea.

Los estanques y las grutas estaban, pues, solitarias. Yhasua con sus cuatro compañeros, comenzaron la búsqueda que les había llevado hacia aquel lugar.

"En la gruta más pequeña, detrás de los Estanques de Salomón, en un cántaro de barro, está la escritura que buscáis, juntamente con otras", decía el manuscrito espiritual de Ebed-Melec, el etíope, recibido por Josías en la tumba de Raquel.

Pero aquella gruta pequeña no aparecía en parte alguna. Vieron y recorrieron varias veces los grandes barrancos que formaban como un semicírculo a los estanques, enormes moles de piedra cuya estructura ciclópea daba cabida al agua para diez ciudades como Jerusalén, y que después de tantos siglos y de tantas devastaciones, continuaban aún en pie, como único monumento que conservaba el nombre de Salomón.

Las dos grandes grutas que aparecían en primera fila, tenían vestigios de estar habitadas por la noche, quizá por mendigos que durante el día recorrían las calles de las aldeas vecinas y no teniendo otro techo se recogían allí. Pequeñas hogueras apagadas pero recientes, montones de heno seco dispuestos como para servir de lecho, lo demostraban claramente.

Ya iban a darse por vencidos, cuando vieron asomar una cabeza de hombre del espeso follaje formado por un enorme macizo de terebintos enredados con la hiedra. Aquella rústica fisonomía denotaba un gran espanto, y cuando apareció el busto, se vio que sólo harapos lo cubrían a medias.

— ¡No me descubráis por piedad!... –fue su primera palabra.

Yhasua con sus compañeros le rodearon.

—No temas, buen hombre –díjole de inmediato el Maestro–. No es a ti a quien buscamos, ni tenemos intención ninguna de perjudicarte. Veníamos nada más que a visitar estos estanques, que por su antigüedad y por su historia interesan a todo hombre de estudio.

—Hasta puedes sernos útil facilitándonos datos de este paraje, si hace mucho tiempo que lo habitas –añadió Elcana, pensando en que este hombre pudiera haber encontrado lo que ellos buscaban.

—Yo vivo sepultado aquí, hace tres años –dijo el desconocido.

— ¡Infeliz!... ¿Cómo vives aquí solo y sin recurso alguno? –preguntó Yhasua–.

"Creedme hermano que nosotros podemos ayudarte, pues bien se ve que tu situación es por demás afligente.

—Esta es mi guarida, porque soy como una fiera acorralada. Sentí vuestras voces y hace rato que os observo desde aquí. Comprendí que erais buenas gentes y por eso salí. Decidme en qué os puedo servir.

—Buscamos la gruta más pequeña detrás de los estanques, porque una antigua escritura fue guardada allí –contestó Josías, el más impaciente por encontrar el manuscrito anunciado por el mensaje que recibió.

—Pasad a mi hueco, será aquí sin duda, aunque en tres años nada he encontrado sino los escarabajos que me hacen compañía.

Al decir así, levantaba con grandes esfuerzos las espesas colgaduras de hiedra, que enredadas con los terebintos formaban una impenetrable maraña.

Apareció el oscuro hueco de entrada a una gruta que aunque muy irregular en su forma, sería de veinte codos cuadrados.

Una espesa capa de musgos cubría las rocas en todas direcciones.

No recibía luz de ninguna parte, y aquellos musgos eran amarillentos, verde claro, casi blancos, dando a la gruta cierta belleza delicada que no dejaba de ofrecer encantos.

Una pequeña hoguera ardía en un rincón, y en las ascuas se asaban dos codornices y entre el rescoldo se doraba un gran pan.

—Por lo visto –díjole Alfeo–, no te dejas vencer por el hambre.

—Aún amo la vida. Sólo tengo treinta y siete años. Tengo mujer y tres hijos pequeños. La muerte llega sin que se le llame.

— ¿Es esta la única gruta encubierta que hay? –preguntó Elcana.

—Yo no he encontrado otra más oculta que ésta –contestó el desconocido dando vueltas a la varilla de hierro que sostenía las aves sobre el fuego.

—Os serviré de guía –dijo luego, envolviéndose en una piel de oveja que por las noches le servía de lecho–. ¿Tenéis cerillas o mechas de alumbrar?

—Sí, aquí están –dijeron varias voces a la vez. El hombre encendió una trenza de hilo encerado y le dijo:

—Busquemos si queréis entre las grietas de estas peñas.

Y todos juntos empezaron la tarea de arrancar las grandes colgaduras

de musgos que tapizaban por completo el interior de la gruta. Aparecía llena de hendiduras y huecos de diversos tamaños, que bien podían ocultar algunos hombres tendidos o sentados.

Quitados los musgos, se maravillaron de encontrar que las rocas habían sido labradas hasta una altura mayor que la de un hombre muy alto; y que encima de los bordes de las piedras pulimentadas aparecían cual si fueran cornisas, gruesas varas de sicomoro sujetas por anillas de hierro, en las que aún aparecían restos de cadenillas y cordeles primorosamente tejidos con hebras de piel de búfalo. Las numerosas anillas de cobre que aparecían en ellos, dejaba suponer que debió haber un cortinado a la manera de toldo, que se extendía cubriendo la techumbre de la gruta.

—La tradición dice –arguyó Elcana–, que las mujeres cortesanas de la reina Atalía tenían aquí sus citas de amor, y que la misma Atalía, escondía aquí sus infamias y sus prevaricaciones.

"Serán éstas las huellas de los últimos reyes de Israel, destronados y barridos para siempre por el rey de Babilonia.

Encontraron inscripciones en varias losas de las que cubrían los muros, pero en lenguas desconocidas. No obstante tomaron nota de ellas para que el Maestro Melquisedec, perito en la materia, las descifrara.

Por fin, a la entrada de uno de los huecos vieron un pequeño grabado bastante mal hecho, pero que podía leerse claramente, era una palabra compuesta: "Ebed-Melec".

Un grito de admiración y de alegría resonó en la gruta.

No era grabado sino escrito con pez en la roca. Era el nombre del criado etíope que Jeremías profeta mandó a guardar las escrituras, y que sin duda quiso dejar constancia de que estuvo allí.

—Si no han sido llevadas, aquí debe estar lo que buscamos –dijo Yhasua.

Todos encendieron mechas y se hundieron en el negro hueco. Bajo una pequeña loma de tierra y pasto apareció el cántaro de barro con su tapa cerrada con pez. Para abrirlo fue necesario romperlo. Un pequeño bolso de tela embreada encerraba el manuscrito buscado.

Los cuatro amigos y Yhasua se dejaron caer en el pasto seco, como abrumados por el hallazgo.

—Tenías que ser tú, Yhasua, la lámpara que descubriera este secreto –dijo Elcana–. ¡Bendito sea el Altísimo!

—Verdaderamente Dios está con nosotros –añadieron los demás, pensando que la Eterna Ley ponía en sus manos un nuevo filón de la sabiduría antigua para enseñanza de la humanidad futura.

Eran varios los rollos escritos por Salomón y sus epígrafes eran: "Los cielos de Jehová"; "La sabiduría de Jehová escrita en árboles y hierbas";

“El secreto de las montañas”; “El poema de Saba, reina de Etiopía”; “Trenos de mi salterio”.

— ¿Por qué habrán sido ocultados con tanto afán estos rollos? –preguntaba Josías.

—Por demasiado oscuros sus pensamientos o por ser demasiado íntimos para confesarlos a la humanidad –contestó Yhasua de inmediato, pero luego añadió–:

“Mis Maestros esenios del Tabor conservan una escritura de Zabud, hijo de Nathan, primer oficial del reino de Salomón y amigo particular suyo, en el cual se conduele profundamente de lo que él creía una grave injusticia para con su amado amigo rey. La debilidad propia de la vejez en que se agotan las energías, llevaron a Salomón a hacer demasiadas concesiones a las mujeres que formaban la corte de cada una de sus esposas, que por vanidad y antagonismos, fueron aumentando su número, creyendo así ser más grandes y más honradas por su real esposo. Eran sólo diez las esposas secundarias del rey, escogidas entre las más nobles familias hebreas y algunas, por alianzas con los príncipes de países vecinos. Estas mujeres, en la vejez de Salomón, se formaron cada una su corte en palacio diferente, pero todo cargado sobre las arcas reales, lo cual trajo el desequilibrio y las quejas del pueblo contra él. El gran nombre de Salomón cayó por el suelo, y algunos viejos amigos fieles hasta la muerte, guardaron sus escritos porque sus enemigos querían hacer una gran hoguera para destruirlos. Quizá sea esta la causa de que estos rollos hayan sido ocultos tan cuidadosamente por el sacerdote Abiatar, que habiendo sido desterrado de Jerusalén por el rey, no podía entrar en la ciudad, y entonces los escondió en el sepulcro de Raquel, en tierra perteneciente a un gran amigo del sacerdote caído en desgracia, Abinadab, suegro de una de las hijas de Salomón: Thapath.

—Observo –dijo Eleazar–, que Yhasua conserva en el archivo de su excelente memoria todas las escrituras antiguas.

—Desde niño estoy entre los Maestros Esenios, cuya vida está consagrada a buscar la verdad en todos los rincones de la tierra. Nacieron de Moisés, el hombre luz de su tiempo, y desde entonces viven en lucha con la ignorancia y con la mentira.

—Yhasua sigue su mismo camino –dijo Alfeo–, pero con el añadido de que él lucha además con el egoísmo de los hombres. Nosotros debemos seguirlo también.

—No se cuál tesoro sea de más precio –observó Josías–, si el encontrado en el sepulcro de Raquel o éste de los Estanques de Salomón.

—Cada uno en su género es de la mayor importancia, amigo mío –contestó Yhasua–. Aquel remediará las necesidades materiales de los que carecen de todo; mientras que éste alumbrará a las almas en sus

grandes destinos futuros, después de haber arrojado clara luz en su remoto pasado.

"Estas escrituras dictadas a Salomón por Inteligencias superiores, y cuyo asunto se desprende de algunos de sus títulos, abarcan los cielos y la tierra en que el Altísimo ha derramado las manifestaciones de su poder creador soberano; son los secretos de Dios encerrados en los reinos vegetal, mineral y animal; las leyes que rigen la marcha de los astros y las admirables combinaciones de su eterno movimiento, y me figuro que serán como una explosión de luz para esta humanidad que camina a ciegas por los senderos de la evolución.

—Tu aniversario número veinte, Yhasua, marcará época en tu vida de encarnado entre los hombres –dijo Elcana acariciando con su mirada llena de nobleza al joven Maestro, que le aparecía iluminado por la divina Sabiduría.

El hombre que les sirvió de guía en la gruta y para quien no tenían ningún interés aquellas conversaciones, se había vuelto junto a la hoguera de donde sacaba el gran pan ya cocido y las aves asadas.

—He aquí –dijo Yhasua–, otra alma que redimir. ¿Qué tragedia será la suya?

—Comparto con vosotros mi pobre comida –les dijo poniendo sus manjares sobre una roca.

—Gracias –le dijeron todos–. Vivimos en Betlehem y nos vamos de inmediato.

—Si no lo tomas a mal –díjole Yhasua–, queremos compensar el buen servicio que nos has prestado. ¿Qué podemos hacer por ti?

—Mi familia vive en Emaús y yo me llamo Cleofás. Fui panadero del rey Antipas, pero el mayordomo quiso poner en mi lugar a un hermano de su mujer, y echó un puñado de moscas entre la pasta que yo preparaba para el pan del rey, por lo cual fui condenado a la mazmorra por todo el resto de mi vida. Tuve la suerte de escaparme y aquí estoy como un zorro en la madriguera. Es toda mi historia.

El Maestro miró a sus compañeros, y en aquella mirada leyeron todos el deber que les correspondía.

—Uno de nosotros –dijo Elcana–, ¡míranos bien!, uno de nosotros vendrá mañana a esta misma hora a traerte ropas adecuadas para que salgas de aquí y te reúnas de nuevo con tu mujer y tus hijos.

—En Emaús nunca podrá ser –contestó el infeliz Cleofás–, porque no faltaría allí quién me denunciara.

—Pero podría ser en Betlehem –dijo el Maestro–, donde estos amigos van a poder darte medios de vida trabajando en el molino.

— ¿El molino?... Desde que murió el viejo Naboth y cayó en presidio su hijo, ya no se mueve más.

—Es verdad, pero se moverá de nuevo y dará pan a todo el que no lo tiene –contestó Yhasua–. ¿Quién puede encontrar al ex panadero del rey en un jornalero entre los sacos de harina?

"¿Saben tus familiares este refugio tuyo?

—Lo sabe sólo mi mujer que cada luna llega hasta aquí con un saco de harina y algunas provisiones para que no me muera de hambre.

—Tienes amor en torno tuyo, Cleofás, y ya es mucho tener en medio de esta humanidad, donde casi la mitad de los hombres son lobos para la otra mitad.

Yhasua al decir estas palabras ponía sus manos sobre los hombros de aquel hombre y lo miraba fijamente a los ojos.

—Quiero que la esperanza florezca de nuevo para ti, amigo. Dios es justicia y es amor, y tiene su hora marcada para darles forma y vida junto a sus criaturas. La hora para ti ha llegado y la recibirás con agradecimiento y amor.

Los ojos de Cleofás se inundaron de lágrimas y ahogando un sollozo dejó caer su enmarañada cabeza sobre el pecho de Yhasua. El Maestro le rodeó con sus brazos transmitiéndole una poderosa corriente de esperanza y de amor.

La fisonomía de Cleofás apareció como iluminada por un resplandor de sol.

Todos aquellos hombres reunidos pensaron: "El amor desinteresado y puro del Verbo de Dios, es lo único que puede salvar a los hombres".

45
EN LA CIUDAD DE ALEJANDRÍA

Los amigos de Jerusalén, o sea, José de Arimathea, Nicodemus, Nicolás y Gamaliel, pensaban que Yhasua entraba en los veintiún años estando en Judea, de cuyo puerto, Gaza, quedaba sólo a tres días de viaje Alejandría, a donde prometiera a Filón que harían una visita a su Escuela. Y se fueron a Betlehem para hablarle sobre el particular.

Sus amigos del Monte Quarantana pensaban también en igual sentido, pues los solitarios deseaban que Yohanán, el que más adelante fue llamado "el Bautista", tuviera una entrevista con Yhasua a efecto de unas comprobaciones de orden espiritual.

La hermosa red de los pensamientos de amor en torno al joven Maestro se extendía prodigiosamente, facilitando a la telepatía sus actividades de mensajera invisible. Debido a esto se encontraron reunidos un día en la casa de Elcana en Betlehem, durante la estadía de Yhasua con sus padres, los cuatro amigos de Jerusalén ya mencionados con Yohanán de

Yutta, acompañado por Jacobo y Bartolomé, los porteros del Santuario del Quarantana, que ya conoce el lector.

Andrés de Nicópolis, hermano de Nicodemus, era Hazzan de una importante sinagoga de Hebrón, establecida en lo que había sido años atrás, casa solariega de los abuelos de Filón, que lo eran también de Yohanán, pues sus madres eran hermanas.

Esta sinagoga respondía naturalmente a la Fraternidad Esenia y a la Escuela de Divina Sabiduría que los amigos de Yhasua tenían establecida en Jerusalén.

Fue fundada y constituida con carácter de sinagoga para que sirviera de lugar de reuniones públicas al pueblo que quisiera instruirse en las Escrituras Sagradas. No tenía el carácter de Escuela de Ciencias Ocultas que tenía la de Jerusalén, y no había sobre ella vigilancia ni las sospechas del sacerdocio central.

Además, la ciudad de Hebrón fue siempre como un ánfora de religiosidad, de misticismo, donde la mayoría de las personas desprovistas de todo dogmatismo, e incapaces de obscuras elucubraciones teológicas, gustaban de los sagrados libros en lo que ellos tienen de consoladores, y de suave poesía del alma religiosa que se complace en las obras de un Dios piadoso y justo.

Y Andrés de Nicópolis quiso aprovechar la visita de su hermano Nicodemus a Betlehem, en ocasión de estar allí Yhasua con sus padres.

La casa de Elcana se vio pues nuevamente honrada con numerosas visitas, que llegaban en busca del Bienvenido cobijado bajo su techo.

Fueron los primeros vínculos que Yohanán estrechó con las gentes del mundo exterior.

Sus veinte años cumplidos habían pasado para él en la austera placidez del santuario del Monte Quarantana, donde fue llevado muy niño.

Yhasua estaba pues de audiencias.

Sus amigos de Jerusalén querían arreglar el viaje prometido a Alejandría. Yohanán de Yutta, que iba a ser consagrado en breve como Maestro de Divina Sabiduría, reclamaba de Yhasua que fueran juntos a recibir su consagración en el Gran Santuario de Moab, ya que por antiguas alianzas espirituales, se habían unido para esta nueva manifestación del Amor Eterno hacia la humanidad terrestre.

Andrés de Nicópolis, conocedor del gran secreto de Dios encerrado en la personalidad de Yhasua, quería que él dejara establecido, en una visita a la sinagoga de Hebrón, las normas a seguir para llegar a una cooperación directa con la obra espiritual que iban a realizar.

Yhasua, con su modestia habitual y propia de todo ser verdaderamente grande, decía con mucha gracia:

—Todos vosotros me queréis hacer Maestro antes de tiempo. Probad

a soltar del nido un pajarillo que aún no tiene sus alas bien cubiertas de plumas, y lo veréis ir dando tumbos y estrellarse después. ¿Por qué corréis tanto, si a su debido tiempo todo llegará?

Encontró el medio de complacerles a todos, ya que los anhelos de todos tendían hacia la difusión de la Verdad Eterna, o sea, el conocimiento de Dios y de las almas criaturas suyas, como medio de esparcir sobre la humanidad los reflejos de la sabiduría divina que la llevaría a la conquista de sus grandes ideales de paz y de felicidad.

El programa a seguir era el siguiente: Iría de inmediato a Alejandría, y a su regreso pasaría por Hebrón, y después al Santuario de Moab en compañía de su amigo y pariente Yohanán de Yutta.

— ¿Estáis todos conformes? –les preguntaba después con esa divina complacencia suya, que fue siempre una de sus más hermosas formas de conquistarse el amor de cuantos le conocieron.

— ¿Y yo? –preguntaba la dulce Myriam, viendo que todos le disputaban su hijo–. ¿No tengo ningún derecho a ser conformada también?

—Sí, madre, tú antes que los demás –le contestaba Yhasua con inmensa ternura–. ¿Qué deseas para quedar conforme?

—Que en el viaje a Egipto te dejes guiar en todo por José de Arimathea, que será a tu lado como tu padre y madre juntos –le contestó ella.

— ¡Muy de acuerdo, madre! ¿Lo has oído José? Serás mi padre y mi madre hasta mi vuelta de Alejandría y me darás todos los mimos que ellos me dan desde que nací.

— ¡A mucha honra! –contestaba José lleno de satisfacción–. Podéis quedar muy tranquilos, que este viaje es corto y no ofrece peligro alguno. Saldremos con luna llena y regresaremos en la próxima luna nueva. Nos esperaréis aquí seguramente.

Unas horas después los visitantes de la casa de Elcana, o sea, los del Quarantana y los de Hebrón, emprendían el regreso a su morada habitual, mientras Yhasua, con los cuatro amigos de Jerusalén, se incorporaba a la caravana que hacía los viajes al puerto de Gaza, donde tomarían el primer barco que llevase viajeros a Alejandría.

Desde que Yhasua dispuso su viaje a Betlehem había pensado que sería la ocasión oportuna para cumplir a Filón la solemne promesa de que a los veintiún años le visitaría. Nicodemus, que sostenía frecuente correspondencia con el filósofo alejandrino, se lo había anunciado también como probable. La telepatía, sutil mensajera invisible, habría susurrado seguramente sus noticias al sensitivo Filón que vivía con el pensamiento fijo en el Verbo encarnado; en el Divino Logos de sus ensueños radiantes y profundos, a través de los cuales entreveía como un resplandor de Luz Eterna, el supremo secreto de Dios.

Veinte años había esperado esta visita que le fuera prometida por el

mismo Yhasua en horas de clarividencia, mientras en honda meditación le evocaba en un inolvidable anochecer a orillas del Mediterráneo, en el puerto de Tiro.

Veinte años de fecunda labor del filósofo alejandrino y de los pocos pero fieles adeptos de su escuela de Divina Sabiduría, le habían permitido acumular un valioso tesoro de ciencia antigua que abarcaba inmensas edades pretéritas, de las cuales el mundo moderno apenas si tenía vagas noticias.

En constante comunicación con Melchor, el príncipe moreno de la Arabia Pétrea, habían realizado estupendos descubrimientos que abrían horizontes vastísimos a la historia de la evolución humana a través de los siglos.

Cuando las huestes formidables de Escipión el Africano, pasaron como un vendaval de fuego sobre la antigua Cartago, dejándola en ruinas, Roma no se interesó por los tesoros de sabiduría que se encerraban entre los muros de su gran biblioteca, y se hicieron dueños de ellos los caudillos que tenían repartidas entre sí las inmensas tierras inexploradas del África del Norte, y las tribus numerosísimas que las poblaban.

Muchos siglos atrás, cuando las invasiones de los Hicsos asolaron las regiones del alto y bajo Nilo, muchos prófugos se refugiaron en los países del occidente africano, y entre ese continuado y movible oleaje humano se hospedaron en Cartago antigua, los restos de la sabiduría Kobda de la prehistoria.

Y las escuelas de Melchor y Filón fueron recogiendo como preciosas flores disecadas, esos viejísimos manuscritos en papiros, conservados acaso sin conocer a fondo su valor, por los antiguos reyes africanos que eran únicos señores de todo el norte de África, antes de que las potencias europeas establecieran allí sus colonias.

La Biblioteca de Alejandría, gloria del gran Rey Ptolomeo, que ha pasado a la historia como su creador, fue enriquecida enormemente por la incansable búsqueda de escritos antiguos realizada por Melchor de Horeb y Filón de Alejandría, sin que el mundo se haya enterado de estos detalles. Ambos eran esenios de corazón y hablaban muy poco de sus propias obras. Todo quedaba sumergido en el místico perfume de su silencio meditativo y estudioso.

¿No era acaso uno de los grandes principios esenios, realizar obras y callar el nombre de quien las hizo?

Más tarde el Cristo ungido del amor, haría suyo ese sublime principio cuando decía: “que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha”, quinta esencia del olvido de sí mismo a que llegó el Hombre-Luz en su doctrina de amor fraterno y renunciación personal.

Los tesoros de la gran biblioteca de Cartago habían pues pasado a la

de Alejandría, encomendada a la Escuela de Filón, que hizo de ella una de las primeras del mundo. De allí, se llevaron copias de muchos manuscritos a la biblioteca de Tarsis en la opuesta orilla del Mediterráneo, otro importante centro de cultura antigua en la época a que se refiere la obra.

Remontando nuestro pensamiento a la prehistoria, y desenvolviendo los rollos de papiro en la ciudad del Nilo, podemos darnos una idea de la íntima satisfacción que experimentaría Yhasua al encontrarse con las viejas crónicas de Corta Agua, el santuario fundado por la Matriarca Solania. Secundada por sus hermanos Kobdas colgó su nido en aquel formidable peñón que fue como un faro para aquella remota civilización, que extendió sus redes de oro por todo el norte africano, desde el Nilo hasta la cordillera Atlas de la Mauritania, restos ciclópeos de la desaparecida Atlántida.

Pero no adelantemos acontecimientos. El velero que conducía a nuestros viajeros venía desde Tiro con pocos pasajeros y un buen cargamento de telas finísimas y objetos artísticos de bronce, en lo cual se especializaban los tirios de una manera notable. Ocupaban los cinco, dos cámaras de las más espaciosas del barco, y como eran contiguas, pasaban juntos las largas veladas de aquel viaje en pleno invierno.

Traían como regalo a Filón una copia completa de las "Escrituras del Patriarca Aldis".

—Pronto pisaremos la tierra que tanto conocemos a través de estas escrituras –decía Yhasua a sus amigos–. Ese santuario de Neghadá, nos parecerá que surge a momentos de entre las aguas serenas del Nilo, con las sombras silenciosas de sus Kobdas de túnica azul y gorro violeta...

— ¡Yhasua!... El mar te pone sentimental y melancólico –decía Nicodemus, que sentía en sí mismo la vibración suave y profunda del pensamiento del joven Maestro.

—Estas olas que va cortando la quilla de nuestro barco, vieron a tantos y tantos veleros anclarse frente a Neghadá para desembarcar los esclavos que los solitarios compraban a un alto precio para darles la libertad... En la prehistoria ya existía el amor entre los hombres.

"Diríase que le tenían cautivo los hombres de vestido azul, pues solo ellos sentían el amor para sus semejantes –continuaba Yhasua.

—El mismo Patriarca Aldis fue comprado por los Kobdas de Neghadá, según él mismo lo relata –añadió José de Arimathea–. Y en su última epístola asegura nuestro amigo Filón que nos guarda una gran sorpresa entre los polvorientos manuscritos provenientes de la antigua Cartago.

—Tengo el presentimiento –decía Nicolás de Damasco–, que estas escrituras del Patriarca Aldis van a cobrar vida en las orillas del Nilo, y que la sorpresa que nos guarda Filón se refiere a este mismo asunto.

—En cuanto a mí –decía Gamaliel–, me siento como abrumado bajo el peso de las responsabilidades que contraemos nosotros, al poseer estos grandes secretos del pasado.

"¿Cómo imponerlos a nuestros contemporáneos que ya se cristalizaron, se momificaron en su pensar referente a acontecimientos que la evidencia y la lógica demuestran no estar en la verdad?

"Y si no podemos obligarles a aceptar la realidad de los hechos, ¿de qué nos sirve la posesión de estos grandes secretos guardados por los siglos que pasaron? He ahí mi gran preocupación.

"Estamos, bien lo sabéis, en posesión de la sabiduría antigua, donde encontramos las huellas bien marcadas de sistemas y principios que levantaron el nivel espiritual de civilizaciones muy remotas. Esas antiquísimas Escuelas de altos conocimientos denominados *Profetas Blancos, Flámenes, Dakthylos, Kobdas*; nos hablan de un espacio infinito, o sea ilimitado, poblado de globos y que son, o se preparan para ser, morada de otras tantas humanidades y especies de seres orgánicos de inferior y superior escala que la humana.

"En algunas de dichas Escuelas, hasta llegaron a saber la forma de vida colectiva de las humanidades que pueblan determinados planetas de nuestro sistema solar.

"¿Cómo hacer entrar en las mentalidades actuales lo que es el Gran Atmán, la Causa Única y Suprema que es la Vida Universal y la Idea Eterna, si ellos conciben a Dios como un gran señor, un poderoso rey arbitrario y colérico, como todo el que se sabe dueño único?

"Más aún: las mentalidades actuales en su gran mayoría, ni aún conciben la forma esférica de esta tierra que habitamos; y este puñado de habitantes terrestres, nos creemos los únicos seres inteligentes del vasto universo.

"Es una tiniebla muy pesada, amigos míos, para que nuestra lamparilla pueda penetrar en ella...

—Has hablado mucho y muy bien Gamaliel –le dijo el Maestro–, pero has olvidado una cosa.

— ¿Cuál Yhasua? Dilo.

—Has hecho como un sembrador que sale a su campo con un saco de semillas para sembrar. Mira todo lleno de zarzales y de pedruscos y dice: ¿dónde he de arrojar esta semilla si los zarzales y las piedras cubren toda la tierra? Y padece y gime por no encontrar un palmo de tierra apto para la siembra. ¿Qué le aconsejarías tú al sembrador de mi cuento?

—Pues, sencillamente que quite los pedruscos y limpie de zarzales el terreno, que remueva la tierra en ordenados surcos y entonces arroje la semilla –contestó Gamaliel.

—Justamente, es lo que debemos hacer nosotros que tenemos un

gran saco de la semilla preciosa de la verdad eterna: preparar el terreno para que la simiente pueda germinar. Y aquí vuelvo a las teorías de mis Maestros Esenios: luchar contra la ignorancia de las masas que fueron llevadas a la oscuridad por inteligencias interesadas en dominarlas a su capricho, para embrutecerlas y explotarlas en provecho propio, como se hace con una majada de bestias que no piden más que comer y beber.

—Toda esta tiniebla de ignorancia en que se debate la humanidad en esta civilización, se debe a que apagaron la lámpara radiante de Moisés –dijo Nicodemus–.

"En su incomparable Génesis estaba encerrada como en un vaso de alabastro, toda la verdad eterna de Dios. Desde la formación de las nebulosas hasta el aparecer de la especie humana de este planeta, todo estaba comprendido en la obra de Moisés.

"Destruida ella, nuestra humanidad se sumergió en las tinieblas.

—Estás en lo cierto –observó Nicolás–, y con esas palabras abres el camino ya indicado por Yhasua. Ahí están las piedras y los zarzales que hemos de extirpar, para que la semilla que sembró Moisés hace quince siglos, podamos nosotros volver a sembrarla con éxito en la hora presente.

—Y sembrarla como la siembran los Esenios, escogiendo las almas de entre el montón, no arrojándola indiscretamente sobre piedras impenetrables o zarzales rebeldes, hasta que apartados por completo los estorbos, podamos derramarla a manos llenas y a campo descubierto –añadió José de Arimathea.

—Muy bien, José, muy bien –exclamó Yhasua con la alegría pintada en el semblante–.

"Has puesto el broche de oro a esta conversación nocturna en la cámara de un barco que nos conduce a la ciudad de las Ciencias Antiguas, donde vamos a recoger más semillas para nuestra siembra.

—Habéis asestado un golpe de muerte a mi pensamiento –decía satisfecho Gamaliel, el que más dudaba de la capacidad humana de entonces para aceptar y comprender las grandes verdades respecto de la creación universal, de Dios y de las almas.

—El pesimismo es uno de los mayores obstáculos para la tarea que nos hemos impuesto –observó Nicodemus–. Debemos creer en el triunfo aunque lo veamos como un tesoro que está oculto en un desierto inexplorado.

"La conquista de ese tesoro costará sacrificios enormes, hasta de la vida quizá. Habrá mártires y habrá sangre, porque la ambición y el egoísmo ciegan a los hombres dirigentes de pueblos, y creen que cortando cabezas se matan las ideas que reflejan la Verdad Suprema.

—La humanidad en general, huye de remover el pasado como huyen las bestias de volver a pasar por un campo que fue talado por un incendio y que aparece cubierto de cenizas. Allí no hay nada para comer. Así la humanidad inconsciente no busca nada en el pasado y por eso no aprende las lecciones de sabiduría que le da el pasado, en el cual se ve que toda evolución en sentido moral, espiritual y aún material ha costado muchos y enormes sacrificios, mucha sangre, muchas vidas para conseguirlo.

Y Yhasua, que pronunciaba tales palabras, pensaba sin atreverse a decirlo para no asustar a sus amigos:

"Si la Eterna Ley nos pide el sacrificio de nuestra vida para encender de nuevo en la tierra la lámpara de Moisés, ¿qué otra cosa hemos de hacer sino darla? De no hacerlo, sería la claudicación".

El egoísmo del clero judío; el egoísmo del poder romano dominante en el mundo de entonces, que había hecho de todos los pueblos una colonia romana, se levantaban como gigantescos fantasmas para aplastar bajo su pie de hierro toda cabeza que se irguiera entre la turba sumisa para decir:

—Soy una inteligencia que razona y piensa, no una bestezuela que come y duerme.

Un silencio de meditación llenó la cámara del barco donde se gestaba ese gran movimiento espiritual, al cual debía dar formas definidas años más adelante el Apóstol Nazareno, en el que había encarnado el Verbo de Dios.

El rumor de las olas chocando con el casco del barco, el chasquido del viento agitando las velas tendidas, era el concierto que acompañaba a los pensamientos sublimes y heroicos de aquellos cinco hombres que soñaban despiertos con el grande y hermoso ideal de la dignificación humana por la sabiduría y por el amor.

Llegaban en esos momentos al audaz brazo de rocas conocido por Monte Casio, que sobresale hacia el mar formando el magnífico lago Cibrón, en el cual se reflejan las palmeras y las acacias que coronan el monte como una diadema de esmeraldas. El espectáculo era grandioso y fantástico a la luz plateada de la luna, y los cinco viajeros, envolviéndose en sus pesados mantos de pelo de camello, subieron a cubierta para contemplarlo.

Las Escrituras del Patriarca Aldis, les vinieron a la mente como si tejieran en ellas filigranas de viejos recuerdos que les hacían vivir de aquella lejana vida en las orillas del Nilo, entre los Kobdas de vestido azul.

El inmenso delta del río, les pareció como una mano gigantesca cuyos dedos se hundían en el mar, mientras el brazo se perdía entre el desierto y las montañas.

Allí se había elaborado, ocho mil trescientos años atrás, ese gran paso

de la evolución humana que llamamos *Civilización Adámica*, y que se extendió por tres continentes.

El Nilo que tenían a la vista, con su vida milenaria, había presenciado el paso de millares de generaciones, centenares de reinados gloriosos o nefastos, invasiones devastadoras de diferentes razas que habían pasado cual vendavales de fuego, dejando como recuerdo ruinas silenciosas que cubría piadosamente la hiedra.

Aquel mundo callado de pensamientos y de recuerdos, tenía a nuestros viajeros como clavados en la cubierta del barco, mientras iban cruzando a media milla de la costa, las grandes bocas del Nilo, el gigantesco río del país de los Faraones.

Pasado el medio día siguiente se encontraron en el gran puerto de Alejandría entre un verdadero bosque de mástiles, a través de los cuales se veían gigantescos obeliscos, columnas, cúpulas que se interceptaban y confundían unas con otras en confuso laberinto.

A poco de haber desembarcado, y cuando iban a cruzar la balaustrada que cercaba el muelle, se les acercó un hombrecillo pequeño y ya de edad avanzada que les preguntó:

—Señores viajeros, decidme, ¿venís de Judea?

—Justamente y venimos en busca del Museo y de la Biblioteca –contestó José de Arimathea.

—Bien, bien. El Maestro Filón os espera desde hace tres días. Venía él mismo a la llegada de todos los barcos provenientes de los puertos de Palestina. Ahora me envió a mí, porque él está con gentes venidas desde Cirene. Si confiáis en mí, seguidme.

—Claro está que os seguiremos y con mucho gusto –contestó Nicolás. Yhasua, sumergido en el mar infinito de sus pensamientos, caminaba en silencio.

Gentes de todas las razas convergían a la gran ciudad, que no obstante haber caído algo del grandioso esplendor a que llegó en la época de los Ptolomeo I y II, aún continuaba siendo la gran capital del Mediterráneo Sur. Su gran potencialidad comercial sólo era comparable a la que tuvo Cartago antes de ser devastada por los romanos.

Astro de primera magnitud en las ciencias y en las artes, Alejandría era el punto final de la consagración de un sabio o un artista.

Nombres ilustres en todas las ramas del saber humano y proveniente de los grandes centros de cultura como Atenas, Roma, Pérgamo, Siracusa, Persépolis, Bombay, aparecían grabados en el gran álbum de visitantes que la Biblioteca de Alejandría ostentaba con orgullo y satisfacción.

Homero, Virgilio y Ovidio, los tres vates inmortales de la antigüedad, habían estampado antes que sus nombres, hermosas estrofas de su estro genial.

También llegaba a ella: Yhasua, la Verdad Eterna hecha hombre, el Verbo de Dios convertido en persona humana por la magia invisible del Amor Divino; y esto sin que la gran ciudad se diera por enterada. Como una indolente princesa faraónica, continuaba semidormida entre el rumor de las palmeras y los cantos de los boteleros remando sobre las olas del Nilo.

— ¡Yhasua, Yhasua!... ¡Niño glorioso de mis sueños de veinte años!..., –exclamaba unos momentos después Filón, el gran filósofo alejandrino, abrazando tiernamente al joven Maestro, que penetraba a aquel templo de ciencias humanas, como un aprendiz cualquiera... ¡Él, que traía en sí mismo la Suprema Verdad de Dios!

Tenía Filón entonces cuarenta y cinco años y llevaba ya bastante adelantada su obra magna: la revisión y comentarios de los cinco libros de Moisés.

—Enciendes de nuevo esa lámpara apagada por los hombres –le decía Yhasua, ojeando aquel inmenso trabajo que bastaba por sí solo para colocar a Filón en primera fila entre los cultores de la Verdad Eterna.

—A no haber sido por la cooperación del príncipe Melchor de Horeb, no habría podido encender de nuevo la lámpara de Moisés –contestaba Filón a sus amigos recién llegados–.

"En su Escuela de Sinaí, encontré el filón de oro más precioso para la reconstrucción de los libros de Moisés, con fundamentos tan sólidos, que no puedan ser destruidos en las edades que vendrán, por más ignorancia y fanatismo que haya.

—En esta hora solemne y propicia –decía Nicodemus–, unamos nuestros pequeños descubrimientos en favor de la Verdad Divina, enterrada por muchos siglos bajo montañas de arena, y probemos de romper la densa tiniebla que envuelve a la humanidad.

—También nosotros traemos a Alejandría el aporte de la verdad descubierta en tierras de Palestina y Siria –añadió José de Arimathea.

—He aquí nuestro tesoro –dijo poniendo sobre la gran mesa ante la cual estaban sentados, una gruesa carpeta que aparecía como saquito de manos, usado entonces por los médicos y hombres de estudios.

Cada cual traía el suyo, y colocados todos sobre la mesa, formaban un respetable conjunto de rollos de papiro, de telas enceradas y de plaquetas de arcilla y de madera.

— ¡Santo cielo! –exclamó Filón con la alegría pintada en el semblante–. Aquí hay con que llenar una sala más en esta biblioteca.

—Y para que tu pluma escriba tantos mensajes divinos a la humanidad que ignora de dónde viene y a dónde va –añadió Nicolás de Damasco, ordenando por su numeración los rollos y cartapacios que habían traído.

Luego de un breve descanso en la dependencia particular de Filón, comenzaron por contemplar el célebre Museo donde aparecían lienzos, esculturas, bajo relieves y grabados provenientes de todos los países del mundo.

Ptolomeo I, que de general macedonio de los ejércitos de Alejandro Magno, pasó a Faraón de Egipto, cuidó con esmero de helenizar, digámoslo así, la cultura de los países del Nilo en forma de permitirle la ilusión de haber trasladado allí las magnificencias artísticas del Ática en todo su esplendor.

Ptolomeo II, y sus sucesores hasta Cleopatra, su último vástago, participaron de esta misma tendencia, aunque más influenciados por los usos y costumbres propias del país de las momias y de las pirámides.

Era la hora nona de aquella espléndida tarde de invierno, quinto día de la semana, o sea, el que corresponde a nuestro día viernes.

—Comenzaremos por la sala de pintura –les había dicho Filón encaminándoles por una inmensa galería en cuya entrada decía en grandes letras grabadas en negro sobre mármol blanco: Cartago. Este nombre aparecía en escritura egipcia, árabe, latina y siria.

—Aquí tenéis parte de las grandes bellezas artísticas de la infeliz Cartago –díjoles el Maestro Filón.

—Yo estuve ya aquí con mi padre años atrás –observó Gamaliel–, pero encuentro ahora que aparece esto de diferente manera.

—En efecto, fue necesario el cambio debido a que el príncipe Melchor de Horeb, que vosotros conocéis, obtuvo importantes obras que estaban en poder de algunos reyes indígenas del África Occidental. Un hermano de Aníbal, según dicen ciertas escrituras, cuando comprendió que los ejércitos defensores de Cartago iban a ser arrollados por las legiones romanas, logró salvar del incendio a que los vencedores se entregaron en la gran ciudad, muchas de estas obras que aquí veis. Estos tesoros de arte han ido pasando por manos de los descendientes del gran general cartaginés, que se ubicaron entre los montes de Orán, de Jelfa, y las bravas tribus de los Tuaregs les hicieron sus reyes propios. Sus dominios llegan hasta el río Níger.

Estas explicaciones que daba Filón a medida que avanzaban por la amplia galería, ya no las escuchaba Yhasua, que estaba absorbido completamente por un gran lienzo que recibía de lleno el sol de la tarde a través de las mamparas de cuarzo que daban transparencia de oro pálido al suntuoso recinto.

Yhasua no podía explicarse cómo la espantosa tragedia del lienzo adquiría tal fuerza de realidad y de vida, que el corazón se estremecía dolorosamente.

Era como una interminable avenida de enormes cruces de madera,

donde pendía una víctima retorciéndose en dolores supremos y vertiendo sangre de la boca, de los pies, de las manos.

Y esta trágica avenida de ajusticiados, se esfumaba en brumosas lejanías, dando a comprender hábilmente el pintor que aquel camino era muy largo y que las cruces y las víctimas seguían y seguían hasta perderse de vista.

Aquellas cabelleras desordenadas por el viento, las arterias y venas sobresaliendo a flor de piel por los esfuerzos desesperados, aquellos semblantes contraídos por el dolor o la cólera, aquellos nervios crispados, era algo que sacaba de quicio al alma mejor templada.

—Maestro Filón –dijo por fin Yhasua–, ¿qué significa este conjunto de horrores que ostenta toda la belleza de la realidad llevada a la perfección?

— ¡Oh, hijo mío!... –le contestó el filósofo–; ese lienzo es la venganza de los reyes Tuaregs, descendientes de Aníbal, el heroico defensor de Cartago.

"Y para que mejor lo comprendas te traduciré esta leyenda que está al margen del lienzo:

"Un biznieto del gran Aníbal, fue testigo ocular de la crucifixión de seis mil esclavos que se unieron al heroico Espartaco, pidiendo al gobierno romano su libertad que les fue negada. Después de dos años de lucha, refugiados en el Vesubio, fueron capturados y crucificados a lo largo de la Vía Apia, el camino real que une con Roma todo el sur de Italia".

Yhasua parecía no escuchar ya más. Con sus ojos dilatados, húmedos de llanto contenido, miraba fijamente aquel lienzo que desmentía el mediano buen concepto que hasta entonces tuviera de la Roma conquistadora y poderosa.

La sabía llena de ambiciones, de poder y de gloria, pero no la imaginaba cruel y sanguinaria hasta el extremo que aquel lienzo lo demostraba.

— ¡Ensañado así el poder y la fuerza con infelices esclavos que pedían la libertad, el don de Dios para todos los seres de la creación! –exclamó por fin Yhasua, con su voz temblando de indignación–.

"¡Qué grande y bueno es nuestro Padre Universal, que no extermina como animalejos dañinos a estas criaturas humanas que así reniegan de su origen divino y de su destino inmortal!

—Bien se conoce, hijo mío –díjole Filón–, que tienes sólo veinte años y que has vivido hasta hoy en tu placidez galilea y entre el dulce amor de los santuarios Esenios.

"Mira este otro lienzo, hermano gemelo del anterior.

"Es la matanza con que Roma acabó de aniquilar a Cartago después de un siglo de sangrientas luchas. El incendio de la ciudad que quedó

reducida a cenizas. Después los arados reduciendo las ruinas a polvo, donde crecieron los espinos y los zarzales. Esto es lo que dice la inscripción que está al margen.

"Es del mismo autor: Aníbal Tugurt, el último rey de su familia exilada y dispersa entre las montañas del Sahara.

— ¡Montones informes de cadáveres destrozados!... –seguía diciendo Yhasua mientras sus amigos le escuchaban en silencio–. ¡Bandadas de cuervos que bajan para devorarles!... ¡Llamas rojizas y negro humo que sube como un clamor mudo hasta las nubes!... ¡*Corta Agua* de la Matriarca Solania, que hace ocho mil trescientos años colgó su nido de amor entre tus palmeras y tus acacias!...

"¿Cómo pudieron destruir los hombres egoístas y malvados aquella inmensa siembra de amor, de paz, de civilización esparcida en el mundo por los Kobdas de vestido azul?

— ¡Oh, Yhasua!... Tu alma de niño incapaz de toda maldad, se lastima de ver a través de lienzos pintados hace medio siglo, los rastros de dolor y de sangre que deja el orgullo y la ambición cuando se apodera de los hombres –decía Filón tratando de amenguar en el joven Maestro la dolorosa impresión.

—Es el desengaño, es la desilusión lo que lastima a Yhasua –dijo José de Arimathea–. La historia del pueblo judío que todos nosotros conocemos, es una matanza continuada. Igualmente que la de nuestros vecinos, los asirios guerreros y conquistadores. ¡Pero que los romanos que nos llaman bárbaros a los de raza semita, cometan iguales atrocidades, y diciendo todavía que es cruzada civilizadora del mundo, en verdad troncha toda esperanza y toda ilusión!

— ¿Dónde se ha escondido la paz, la sabiduría, el amor que manda la Ley?... ¿Me lo podéis decir? –preguntaba Yhasua a sus amigos, todos los cuales le doblaban en edad.

—Está en el corazón de los pocos que hemos llegado al camino de la luz –contestó Filón–. A favor de esa intensa claridad, hemos comprendido que la única grandeza que satisface al espíritu humano es la que emana del bien, de la justicia y la dignificación de los seres por la comprensión y por el amor.

"Es seguro que a ninguno de nosotros, aún dueños de tesoros inmensos, se nos pasaría por la mente la idea de armar legiones para conquistar a sangre y fuego los países vecinos.

— ¡Claro que no!... –interrumpió Yhasua–. ¡Pensaríamos en hacer felices a todos los hombres, cada cual en la región en que Dios le hizo nacer!

Su pensamiento se fue a Betlehem, al tesoro encontrado en el monumento funerario de Raquel, mediante el cual, toda aquella comarca

tendría pan, lumbre, abrigo, abundancia para los ancianos, los niños, los enfermos, los mendigos.

— ¡En verdad, no sabe la humanidad ser feliz aún teniendo en sus manos los medios para serlo! –exclamó dejándose caer en un gran diván que había en el centro de la galería.

—Y no lo aprenderá en mucho tiempo todavía –observó Nicodemus.

—La evolución es muy lenta debido a que encarnan continuamente los espíritus que abandonaron la vida en medio de estos horrores –añadió Nicolás de Damasco–. La mayoría de esos seres vuelven con la idea fija de tomar la revancha. Y así se van sucediendo las luchas y las devastaciones de unos pueblos sobre otros.

—En verdad –dijo Gamaliel–, en este último siglo fueron las legiones romanas que asolaron más de la mitad del mundo civilizado que conocemos, como tres siglos atrás fueron las legiones macedónicas conducidas por Alejandro Magno; y antes que éste, Nabucodonosor, el tigre asirio que llevo la muerte a donde puso su garra.

—Los Kobdas de la prehistoria –dijo Yhasua–, llevaron la paz, la felicidad y el amor a tres Continentes y no tuvieron legiones armadas, ni dejaron montones de cadáveres para que comieran los cuervos. ¿Por qué ellos pudieron civilizar sin destruir y las civilizaciones posteriores no pueden hacerlo?

—Yhasua, hijo mío –le dijo Filón sentándose a su lado–. El amor es fuerza constructiva y el odio es fuerza destructora. Los Kobdas eran una legión de sabios enamorados del bien y de la justicia. Fueron los instrumentos de la Ley Eterna para reconstruir este mundo, arrasado y destruido por el egoísmo que engendra el odio. Fueron una legión de espíritus emigrados de Venus, de Júpiter, de Arturo, mundos donde ya es mejor comprendida la Ley Eterna de la solidaridad y del amor.

"Es por eso que nuestras Escuelas de Divina Sabiduría, tienen la gran misión de enseñar el bien y la justicia a los hombres, que cuando lleguen a aprender la lección, renegarán de todas las guerras, las luchas fratricidas, los odios y las destrucciones y dirán como se dice en los mundos adelantados:

"Lo mío es para todos, lo tuyo es para todos, ni tuyo ni mío. Todo es de Dios que lo da para todos". Esa es la Ley.

—Pero, ¿cómo es que los hombres no lo han comprendido ya?, –volvió a preguntar Yhasua–. Los Flámenes lemures enseñaron la justicia en aquel desaparecido continente. Los Profetas Blancos la enseñaron en Atlántida que duerme bajo las olas del mar. Los Dakthylos en el Ática prehistórica. Los Kobdas en el África y Asia Central. ¿De qué sirvieron entonces sus grandes esfuerzos y sacrificios?

— ¡Sirvieron de mucho, Yhasua! Miremos nada más la pequeña

Palestina, un pañuelo de manos entre todos los países del mundo. Lo que hay de justo y de bien en ella, lo crearon los Esenios de la hora actual, silenciosos en sus santuarios de rocas. Cada familia esenia educada por ellos, es una lamparilla en medio de las tinieblas. Y en cada región del mundo hubo y hay pequeñas legiones de la Sabiduría dando luz a la turbamulta, que en las tinieblas se debate en lucha continuada por arrebatarse unos a otros el bien que codician.

"Nosotros que vemos el conjunto desde el altiplano de los conocimientos superiores a que hemos llegado, sabemos que van errados en su camino, los que a sangre y fuego quieren imponer a sus semejantes yugos que ellos rechazan, porque tronchan sus esperanzas y rompen sus conveniencias.

"Cada cual interpreta y mide a la Justicia, con la medida de sus intereses propios individuales. Cada cual mira como justo lo que le favorece y como injusto lo que le perjudica en sus intereses individuales o colectivos.

"Solamente los espíritus de una gran evolución, olvidan sus conveniencias y sus intereses para pensar en la conveniencia, en el bien y en la dicha de sus semejantes.

"Por ejemplo, Yhasua, en el caso de Espartaco, noble, heroico iniciador de la primera revolución de esclavos en la triunfante y poderosa Roma. Él y todos aquellos esclavos que le siguieron, creían justo pedir al gobierno romano su libertad de hombres, porque estaban hartos de verse comprados y vendidos como bestias de la majada del amo. Las madres, veían que les arrebataban sus hijos para ser vendidos en subasta pública a quien mejor precio diera por ellos. Siéndoles negado este derecho, todos los esclavos de Roma se levantaron como un solo hombre en torno de Espartaco su guía conductor.

"El gobierno romano que se tenía a sí mismo como lo más elevado y recto de la civilización, no veía justicia ni derecho alguno en los esclavos para hacer una tan insolente y audaz solicitud. Las familias patricias de rancio abolengo decían: "Mis esclavos los heredé de mis padres, como heredé mis fincas, mis joyas, mis muebles, mis haciendas y plantaciones; no he quitado nada a nadie. Les doy la comida necesaria y sólo les hago azotar cuando han cometido faltas que me perjudican. ¿Qué razón tienen para rebelarse contra el amo?".

"¿Ves, Yhasua, cómo es el criterio humano doblegado siempre a la conveniencia de cada cual?

"Con justicia cree obrar el que pide a gritos su libertad. Con justicia cree obrar el que la niega porque tiene la fuerza y el poder en su mano. Y los que vemos desde una pequeña altura moral, esas luchas tremendas de intereses creados, lloramos en silencio viendo la ceguera de los

poderosos que se creen grandes cuando pasan por encima de cabezas inclinadas y vencidas; y la rebeldía estéril de los que al final de cuentas, caen aplastados bajo el carro del triunfador.

"Ahí tienes el ejemplo en ese magnífico lienzo que ha motivado esta conversación y que encierra la realidad de tal hecho hace cincuenta años, cuando ninguno de nosotros había nacido.

"A seis mil esclavos en fuga, que fueron capturados, el gobierno romano los condenó a morir crucificados a lo largo de la Vía Apia, donde se les dejó hasta que los cuervos empezaron a desgarrar los cadáveres. Después les untaron con pez y les prendieron fuego para que el mal olor no infectara el aire de las populosas ciudades cercanas. ¡Y el mundo admira el poder y la gloria de Roma, señora del Orbe!...

Un silencio penoso siguió a esta conversación.

—Yhasua –díjole José de Arimathea percibiendo en sí mismo, los dolorosos pensamientos del joven Maestro–, es ésta tu primera salida del nido paterno y has recibido un golpe demasiado rudo. Yo había observado en ti una gran esperanza en la Roma de los Césares debido a la suavidad con que Augusto accedió a Publio Virgilio Marón, en cuanto él solicitó en favor de determinados hechos en pueblos de Palestina y Siria.

"Pero en Roma no estuvo siempre Augusto César, que fue un hombre de sentimientos humanitarios y que en momentos dados, se dejaba vencer por la piedad. Bajo su reinado hemos nacido todos nosotros, que hemos gozado de un período de paz hasta que el orgullo de Herodes empezó la cadena de crímenes para eliminar a quien le estorbaba. Veamos ahora que nos da Tiberio César.

—Fue en el tiempo de la conquista para ensanchar sus dominios, que cometió Roma las atrocidades espantosas a que estos lienzos se refieren –añadió Nicodemus.

—Naturalmente –observó Nicolás–, porque los pueblos que invadía, defendían su libertad y su independencia hasta morir por ellas.

—Pero Roma sufrirá un día, más tarde o más temprano lo mismo que ella hizo con Cartago que se le resistió más de un siglo, porque hay una justicia inexorable que no se engaña ni claudica como la justicia humana: La Ley Eterna que dice: "Todo mal cae sobre quien lo hace".

"La historia de los siglos pasados así lo demuestra.

—Es cierto, Gamaliel –contestó Filón–, porque nuestro principio de que el odio es fuerza destructora, se cumple con asombrosa precisión.

"Y el mundo ciego e inconsciente llama Grande a un guerrero conquistador que avasalló al mundo con la fuerza de sus legiones armadas, y sembró el dolor y la muerte. Así tenemos a Alejandro Magno, a cuyo honor dedicó esta ciudad Ptolomeo I. Está edificada sobre las ruinas de la ciudad sagrada de los Kobdas: Neghadá.

“Es grande porque fundó ciudades en los países conquistados, dicen los macedonios que le admiran hasta hacerlo un dios. Pero..., ¿y las ciudades que destruyó al invadirlas, y las vidas humanas que tronchó, y los dolores que causó para satisfacer su desmedida y loca ambición?...

“No fue cruel por naturaleza, es verdad; ahora le veremos tendido, rígido en su sarcófago de cristal y plata que está en el recinto central de este Museo. Joven y hermoso, el conquistador parece dormir en la eterna quietud de la muerte.

—Estás apesadumbrado, Yhasua –díjole el filósofo viéndole con la mirada fija en el lienzo de los esclavos crucificados.

— ¡Nunca vi tan a lo vivo el horror de la muerte en esa forma! –exclamó el joven Maestro sin poder apartar sus ojos de aquellos patíbulos de infamia–.

“Las fieras –añadió–, cuando el hambre las acosa, de una dentellada matan a su víctima y la devoran. ¡Sólo el hombre, la criatura inteligente de la Creación Universal se permite el horror de ir matando lentamente y entre torturas horribles a semejantes suyos, y no para saciar su hambre, sino para satisfacer su encono y su cólera, porque aquellos seres querían escapar de sus garras!... ¿Puede concebirse una maldad más cruda y terrible que ésta?

“¡Roma fue malvada!... ¡Roma fue execrable, cuando se ensañó así con los débiles e indefensos! –exclamó poseído de indignación.

¡Quién hubiera pensado en tal momento, que trece años después, él mismo sufriría igual género de muerte que los esclavos crucificados a lo largo de la Vía Apia, y que su sentencia sería firmada por el representante de Roma en Jerusalén: Poncio Pilatos!

Una semana permaneció Yhasua en Alejandría, y no pasó ni uno sólo de esos días sin visitar el lienzo de los esclavos crucificados que lo atraía irresistiblemente.

—En verdad –decía Nicodemus–, que estos lienzos son la venganza de Cartago contra la Roma destructora y cruel. Como le ha ocurrido a Yhasua, ocurrirá a todo viajero que sueñe despierto, y piense que de Roma surgirá la dicha y la paz del mundo.

“Parecería increíble que lienzos mudos hablen tan alto y tan elocuente. ¡El arte es verdad y vida! ¡Qué gran artista fue ese Aníbal Tugurt, último vástago del heroico defensor de Cartago!”.

46
EN EL VALLE DE LAS PIRÁMIDES

Veamos ahora a Yhasua sumergido con sus amigos en los rollos de papiro que habían traído de Palestina, y los que Filón les guardaba como sorpresa.

A los dos días de hallarse en Alejandría, llegó Melchor de Horeb que estaba ya avisado de antemano y que no quería ni podía perder la oportunidad de oír al joven Maestro, al cual vio dos veces durante su infancia.

— ¡Oh, mi príncipe africano! –le dijo Yhasua estrechándole sobre su pecho–. Mi memoria guardaba fiel recuerdo de ti y en mis sueños te he visto más de una vez andando por montañas y desiertos en un hermoso camello de pelo claro, casi blanco.

—Es mi compañero del desierto –contestó Melchor–, y en él he venido para verte, Hijo de Dios, y escuchar de tu boca lecciones de sabiduría. Cinco días he corrido, parando tan sólo el tiempo necesario para descanso de mis acompañantes y de las bestias.

"Habría llegado ayer, pero en el desierto de Ectham, se desencadenó un furioso vendaval y tuvimos que refugiarnos en una gruta..., aquella gruta, amigo Filón, a una milla de Heliópolis donde tú y yo creímos haber nacido de nuevo.

— ¡Ah, sí!..., esos recuerdos no se olvidan jamás –contestó el aludido.

—Si aquel enorme peñasco nos aplasta, mueren con nosotros nuestros descubrimientos y nuestras esperanzas.

— ¿Se puede saber qué descubrimientos eran esos? –preguntó Yhasua–. Porque nosotros también tenemos algunos y creo que todos los que aquí estamos somos una misma cosa para saberlos.

—Sí, hijo mío –respondió Filón–. Hace unos años estoy preparando los datos necesarios con sus respectivas comprobaciones, para escribir la historia de Moisés con los comentarios que ella sugiere. Me faltaba algo referente al tiempo de oscuro silencio que él pasó en tierras de Madián, y referente al cual se han tejido leyendas imposibles de aceptar en un ser de la altura espiritual del gran Legislador hebreo.

"Esos datos comprobados, los traíamos en nuestra maleta de viajeros, cuando una noche se despeñó en nuestra gruta un enorme trozo de roca que pasó como un fantasma de piedra casi rozando con nuestros cuerpos tendidos sobre lechos de paja, y sin esperar ni remotamente un visitante tan peligroso.

"Ahora os revelaré la sorpresa de que os hablaba en mis epístolas a Nicodemus.

“Con este buen amigo Melchor, hemos realizado expediciones bastante audaces, desde Cirene hasta más allá del desolado lugar donde antes estuvo la populosa y floreciente Cartago. Estos dos lienzos que tanto han impresionado a Yhasua, han sido la llave que nos abrió el misterioso mundo del desierto africano.

“Hacía sólo un año y siete meses que yo era director de esta Biblioteca y Museo, cuando se me presentó aquí un viajero venido de Cirene en uno de los barcos que hacen la carrera desde Sicilia. Venía con un adolescente de catorce años. Pidieron ver la galería de Cartago, y el guardián que estaba de turno les encaminó hacia ella.

“Vio que sacaban copia de las inscripciones y que al llegar al lienzo en que aparece el incendio y destrucción completa de Cartago, el viajero se postró en tierra, besó luego el lienzo, se secó las lágrimas que le corrían por el rostro y habló largo rato con el adolescente que le acompañaba.

“Como al guardián le llamasen mucho la atención todas estas manifestaciones, vino a decírmelo y yo tuve curiosidad de saber qué vinculación tenían aquellas personas con los lienzos de la galería de Cartago.

“Aunque al principio comprendí que esquivaban las respuestas por la natural desconfianza que se tiene de un desconocido, tuve la suerte de inspirarles confianza después de unos momentos de conversación. Cuando supieron que era africano como ellos y de raza judía, se abrieron completamente.

“—La raza y la desgracia nos unen –dijo el hombre mayor–. Yo habría nacido en Cartago si no hubiera sido destruida por los bárbaros del otro lado del Mar Grande. Soy de Cirene y descendiente directo en cuarta generación de Juba, hermano del gran Aníbal, defensor heroico de la heroica Cartago. Todos los años vengo a visitar esta galería donde está guardado lo que resta de la destruida ciudad.

“— ¿Y este jovencito es vuestro hijo? –le pregunté.

“—Sí, el menor de todos, el único que aún tengo a mi lado. Los otros, siguiendo la consigna, se internaron en el desierto –me contestó aquel hombre.

“—Ignoraba en absoluto todo eso –le dije–. ¿Por qué huir al desierto donde la vida debe ser espantosa?

“—Los pocos hombres hábiles que quedaron, se juramentaron en torno de Aníbal para unirse como una sola nación con la gran raza Tuareg, la más adelantada y fuerte del África Norte. Desde allí hacen la guerra a muerte contra Roma.

“—La tradición dice que Aníbal fue a morir en una región del Indostán –observé yo.

“—Es falso, completamente –me contestó–. Fue uno de sus capitanes que se le parecía en estatura que tomó sus ropas y huyó a Ezion-Geber,

dejando allí con toda intención la noticia de que marchaba a la India por el Golfo Pérsico.

"Muchos guerreros que sirvieron a las órdenes de Aníbal eran Tuaregs de raza, y ellos le salvaron la vida por odio a Roma. Entre ellos quedó toda la familia de Aníbal y los cartagineses que quedaron con vida. Mis abuelos allí vivieron y allí murieron. Por mandato del rey Tuareg, Jampsal III, estoy en Cirene como corresponsal del exterior".

—Este hombre –añadió Filón–, se prestó complacido a orientarnos a Melchor y a mí en nuestra búsqueda de datos que nos puedan servir como hilos conductores hacia los orígenes de la actual civilización.

Nuestros viajeros se miraron los unos a los otros.

—Esos datos y muy minuciosos los traemos en estas carpetas –dijo Yhasua–. Y lo que es más, relatados por un testigo ocular.

— ¡Oh! ¡Magnífico! Tendremos así la comprobación de que los manuscritos conservados por los Tuaregs y encontrados en criptas funerarias de los subsuelos de Cartago, son verdaderos. Esta coincidencia es maravillosa.

La gran mesa del cenáculo de Filón, se vio cubierta de papiros, cartapacios de telas, de pieles curtidas en blanco, de tabletas de madera y de arcilla, de láminas de cobre y hasta de trozos de corteza de árboles en que aparecían innumerables grabados.

—Creo que con todo esto –dijo Filón–, podemos poner bien en claro las obras de Moisés, y establecer continuidad entre los Kobdas, creadores de la Civilización Adámica, con los Esenios, precursores del Cristo.

—Hermano Filón –dijo de pronto Melchor–. Tened en cuenta que no he venido solo.

—Ya sé; vuestros criados tendrán todo en mi casa, ya está todo dispuesto.

—No se trata de mis criados sino de Buya-Ben y Faqui, los de Cirene.

— ¿Cómo?... ¿Han venido contigo?

—Han venido conmigo sólo para ver a Yhasua –contestó Melchor con solemnidad.

—Pero, ¿lo creéis oportuno? –volvió a preguntar Filón.

—Creo que ellos lo merecen tanto como yo. No he podido negarme.

"El África tiene el mismo derecho que el Asia para buscar la Verdad y la Luz. Ellos fueron a encontrarme a Heliópolis después de informarse en la plaza de las caravanas que yo no había llegado.

"Los de su raza piensan reconstruir a Cartago, lo cual comprueba un aviso espiritual que obtuvimos en Horeb:

"Un pueblo nuevo surgirá de la sangre de Aníbal y de sus mártires cartagineses, y en ese pueblo, voces vigorosas se levantarán para encender en las gentes la luz nueva del Enviado Divino".

“Creo pues que estos seres, padre e hijo, son traídos a nosotros providencialmente”.

Viendo Filón el asentimiento de todos, les hizo pasar.

Unos momentos después, ambos visitantes se inclinaban profundamente ante la reunión y así quedaron hasta que Melchor, más al tanto de sus costumbres, se acercó a ellos y les quitó el velo azul que les envolvía la cabeza y les caía sobre el rostro.

Vestían largas túnicas y mantos azules de riquísimos tejidos.

Cuando sacaron sus manos de entre los amplios pliegues del manto, se vieron sus dedos llenos de sortijas, con piedras de gran valor, y pendiente de anchos cinturones de plata, largos puñales damasquinos con mangos de ébano y arabescos de oro. Sobre el pecho ostentaban un pequeño escudo de plata, que era una serpiente enroscada y en el centro del círculo, una cabeza de león erguida y dominante. Aquel hombre tendría cuarenta y cinco años, y su hijo diecinueve. Este fijó sus ojos negros y llenos de inteligencia en Yhasua, el único joven que veía en la reunión.

Se llegó a él decididamente sin esperar presentación y doblando una rodilla en tierra, le tomó la mano y le dijo en perfecto idioma sirio:

—Que el sol de esta tierra te sea benigno, príncipe de la casa de David.

—Gracias amigo –le dijo Yhasua levantándolo–. Yo no soy un príncipe, sino un buscador de la verdad y de la justicia.

—También nosotros buscamos la justicia –dijo su padre que parecía escuchar atento las palabras de su hijo. Este se sentó al lado de Yhasua y no se preocupó de disimular el afecto y admiración que espontáneamente le dedicaba.

Ambos formaban un hermoso contraste: el uno con su fisonomía de un blanco mate, ojos claros y cabellos bronceados; el otro con sus largos rizos de ébano, sus ojos negrísimos y su fisonomía tostada por el sol ardiente del desierto. El uno, grácil como una vara de nardos; el otro alto y recio como un obelisco de piedra.

— ¡Cuán hermoso es amarte, lirio de Jericó! –decía el joven de Cirene a Yhasua, con una espontaneidad encantadora–. ¡Cuánto te amará el África, doncel de los cabellos de oro!

—Guarda tus palabras dentro del pecho, hijo mío –díjole su padre–, que puedes causar pesadumbre al hijo de David.

—No, ninguna absolutamente, no paséis cuidado –dijo Yhasua–, que me encanta la franqueza confiada de vuestro hijo.

—Dejadles –observó Melchor bondadosamente–. Ellos son jovenzuelos y se entenderán a las mil maravillas.

En efecto: Yhasua y Faqui llegaron pronto a una completa inteligencia.

— ¿Sabes que tu vestimenta azul despierta en mí hermosos recuerdos

del pasado? –decía Yhasua a su interlocutor, jugando como distraídamente con una punta del amplio manto.

— ¿Eres tan joven y tienes un pasado que recordar? –interrogó a su vez el africano.

—Es que en una edad remota, existió en Cartago una rama de la gran Escuela Kobda originaria del Nilo. Los adeptos de esa Escuela vestían como tú. Esta coincidencia despierta en mí un gran interés. Eso es todo.

—Y ¿qué relación tienes tú con aquella escuela que dices? Te lo pregunto por si coincidimos en los datos que ambos tenemos –contestó Faqui.

—Diré yo primero los míos –dijo Yhasua, para borrar hasta la más leve desconfianza en su nuevo amigo–. En una época muy remota hace de esto ocho mil trescientos años, existió en el peñón de Corta Agua, que así se llamaba la que más tarde fue Cartago, un Templo de Sabiduría dirigido por una admirable mujer cuyo nombre era Solania. En veinticinco años que allí vivió, extendió una elevada civilización que llegó hasta los montes Atlas por el Oeste, y hasta el río Níger por el Sur. Tu vestidura ha avivado en mí éstos recuerdos. Lo único que no comprendo de tu vestidura; es ese escudo de una serpiente y un león.

—Todo cuanto me dices concuerda con los remotos orígenes de nuestra raza –dijo el joven de Cirene–. En cuanto a este escudo te diré: para nosotros la serpiente es un símbolo de sabiduría, y el león del valor y la fuerza. A más, tiene otro significado, porque este escudo es lo único nuevo que hay en esta vestidura que llevamos tan sólo los de dinastía real. Este escudo significa Cleopatra y Aníbal unidos para luchar contra el enemigo común: la Roma, salvaje y bárbara, que pasa incendiando ciudades y acuchillando a sus habitantes, ancianos, mujeres y niños.

"Cleopatra y Aníbal son los dos símbolos de la raza Tuareg descendiente de una *Hija del Sol*, que vestía de azul y que apareció en lo alto del gran peñón donde fue edificada Cartago. ¿Quién la trajo? ¿Quién era ella?

— ¡Solania!... ¡La Matriarca Kobda de mi vieja historia! –exclamó Yhasua entusiasmado al encontrar puntos de contacto entre la verdad que él poseía y los relatos del joven africano.

— ¿Y por qué dices: mi vieja historia? ¿Acaso eres de raza Tuareg? –preguntó Faqui.

—No, amigo mío. Si digo mi vieja historia, es porque formo parte de una Fraternidad consagrada a la verdad y a la justicia. Buscamos con afán todo lo que pueda dar luz a la humanidad, cuya maldad tiene por causa la ignorancia. Cuando la humanidad sepa sus orígenes y su destino, ya no habrá más una Roma bárbara y cruel, no habrá enemigos, sino que todas las razas del mundo se reconocerán como hermanas...

— ¡Imposible!... ¡Imposible, príncipe, hijo de David!... ¡Los tuaregs no olvidan! ¡Cleopatra y Aníbal no olvidan!... ¡Te lo aseguro yo!...

—Puede que dentro de poco tiempo, pienses diferente. ¡Faqui, amigo mío! Tu alma sale a tus ojos y creo que vas a comprenderme bien.

— ¡Tienes miel en la boca, hijo de David!..., y tus palabras entran en mí como el agua fresca cuando me acosa la sed –exclamó con unción religiosa el joven africano.

—Volvamos a nuestro relato –díjole Yhasua–. Te decía yo, que esa Hija del Sol, origen de tu raza, no puede ser otra que la Matriarca Solania de mi historia. ¿Sabes por qué la llamaron Hija del Sol?

—Según los antiguos escritos que tenemos –dijo Faqui–, no se sabe el origen de ella, que era en todo diferente de los nativos de estos países.

"Era blanca como la leche, con ojos azules y cabellos como de rayos de sol; vestía túnica y manto azul; enseñaba a cantarle al sol cuando aparecía por las mañanas y cuando se iba por las tardes. Tenemos hermosas canciones que legó a sus hijos como herencia.

— ¿Por qué vuestra raza se llama Tuareg? –preguntó Yhasua.

—Porque en una edad lejana, bajó del peñón sagrado un hombre vestido de azul, cuyo nombre era Tuareg y dijo: "Venid a ver lo que he encontrado en la excavación hecha en esta ladera del peñasco; apareció en una oquedad de la roca una caja de mármol, y dentro la momia de una mujer vestida de azul. Tiene en las manos rollos de papiro en tubos de cobre". Era la Ley y los cantos al sol.

"Estábamos ante el cadáver momificado de la Hija del Sol. Ella quiso ser encontrada por Tuareg, el hombre más justo y noble de la tribu, y todos lo proclamaron rey. Por eso nos llamamos Tuaregs.

— ¡Esto es admirable! Tu historia y la mía son una misma historia. Vosotros sois los continuadores de Solania, no me cabe la menor duda. Pero ya lo comprobaremos con los datos históricos que tenemos.

Ambos fueron a reunirse con los demás que ya examinaban las escrituras antiguas.

En el rollo 73 de las "Escrituras del Patriarca Aldis" encontró Yhasua el pasaje referente a la Matriarca Solania, primera persona que subió al peñón de Corta Agua con cinco mujeres y cuatro hombres de vestido azul, que se prestaron a acompañarla en la arriesgada misión.

Leyó en voz alta un pasaje que relataba el momento solemne y trágico en el cual un grupo de *Doloras*, que así llamaban aquellas tribus a sus sacerdotisas, estaban para inmolar la doncella elegida, y los mensajeros de la Matriarca Solania lo impidieron.

—Tal pasaje –dijo Buya-Ben–, es como una ley para la mitad de nuestra raza, que debido a divergencias como ésta y otras que no menciono, está dividida en varias ramificaciones.

“Por eso llevamos este escudo que simboliza a Cleopatra y Aníbal y con el cual nos distinguimos los que somos continuadores de la Hija del Sol.

— ¿De modo –preguntó Filón–, que vosotros rechazáis los sacrificios humanos?

—En absoluto, y nuestra ley sólo nos permite matar en defensa de la vida o del honor –contestó Buya-Ben, sacando de un pequeño bolso de seda azul un tubo de plata–. Aquí está –dijo–, lo que nos ha quedado de la Hija del Sol, es decir una copia, porque el original encontrado en su sarcófago, está siempre en él, que permanece cuidadosamente guardado en su templo funerario de roca, a la orilla del río Igharghar llegando a Tinghert.

—Es tal como dice –añadió Melchor que hasta entonces había permanecido silencioso–. Puede atestiguarlo el Maestro Filón, pues ambos hemos visitado ese santuario labrado en la montaña como los santuarios Esenios.

— ¿Y habéis visto la momia de la Matriarca Solania? –interrogó Yhasua con ansiedad, mirando a uno y a otro de los que hacían tal afirmación–. ¡Ocho mil trescientos años han pasado sobre ese cuerpo humano hecho piedra!

—Hemos visto –dijo Filón–, una bóveda sepulcral dentro de una inmensa gruta toda recubierta por dentro de pórfido y jaspe con ornamentaciones de plata.

“Sobre un dolmen de mármol blanco, está el sarcófago de mármol con tapa de cristal a través del cual se ve la momia tan blanca como el mármol que la guarda.

“Por una concesión especial obtenida por el buen amigo Buya-Ben debido a su rango en la dinastía, el sarcófago fue abierto y pudimos tocar la momia, que el tacto la percibe como piedra. A la cabellera parece haberle sido aplicado un baño de oro pálido, y las vestiduras de seda azul, han sido hábilmente colocadas sobre el cuerpo petrificado. Es como una estatua yaciente, vestida de tela riquísima bordada de perlas de gran valor. Allí sólo llegan los descendientes directos de Aníbal o Cleopatra, y los guerreros que se han distinguido por hechos notables. Nosotros aprovechamos el turno del Cheig Buya-Ben y con él y su hijo pudimos entrar.

“En bóvedas comunicadas con esa, pueden verse los sarcófagos de todos los nobles de la raza, desde Aníbal hasta la actualidad. En aquellas hermosísimas grutas funerarias, puede leerse en grabados en los muros, toda la historia de la raza Tuareg.

—De la cual tenemos relatados los orígenes en estas “Escrituras del Patriarca Aldis”, que conoció a vuestra Hija del Sol, y que vestía como ella de azul y tenía su misma ley –dijo Yhasua.

— ¡Por favor, dadme una copia! –clamó Buya-Ben, tomando el rollo y observándolo cuidadosamente.

—La tendréis –dijeron los de Judea, todos a la vez.

—Habéis cooperado a nuestras mejores comprobaciones –añadió José de Arimathea–, y es justo que recibáis nuestra compensación.

—Yhasua ama a la Hija del Sol –dijo Faqui con entusiasmo–, y es la blanca Matriarca Solania, que quiere decir *madre Solania*. ¡Es hermoso llamarla madre!

—Tal tratamiento se daba en la antigua Fraternidad Kobda, a las mujeres fundadoras de Escuelas-Refugios y que demostraban una gran capacidad para dirigir muchedumbres –dijo Yhasua–. En estas "Escrituras del Patriarca Aldis" veréis la formidable actuación de vuestra Hija del Sol. Llevó la civilización hasta la lejana Etiopía, más allá de las cataratas del Nilo, debido a que el gran Caudillo de la región se enamoró de ella y por complacencia, anuló en aquel país todo cuanto estaba en contra de la sabia ley de los Kobdas.

—Por lo que veo vuestra historia es mucho más amplia en datos que los que tenemos nosotros de los orígenes de nuestra raza –observó Buya-Ben

—Lo cual quiere decir –dijo Yhasua–, que vosotros poseéis el cuerpo momificado de la Hija del Sol, y nosotros tenemos su alma en las obras que hizo. Es una forma de ser hermanos. ¿No os parece?

—Justamente –dijeron todos.

—Así lo he comprendido desde hace algún tiempo –añadió Melchor–. La verdadera civilización, es la que une a todos los países y a todas las razas del mundo, si reconocemos el origen común de todos y el idéntico destino.

—Las "Escrituras del Patriarca Aldis" que aquí veis –dijo Yhasua–, nos hacen comprender la grandiosa obra de la Fraternidad Kobda, al realizar una gran Alianza de todas las naciones existentes hace ocho mil trescientos años, lo cual marca los orígenes de la civilización Adámica. Vuestra Hija del Sol, que había nacido entre las praderas del Lago Van, en la región sudeste del Ponto Euxino, amó tanto al África, que la hizo su patria, y en ella dejó sus obras y la materia que la ayudó a realizarlas.

—Nuestras escrituras –observó Buya-Ben–, dicen que el origen de nuestra raza es atlante, y parece demostrarlo el aspecto físico, diferente en general de las otras razas del continente.

—El tiempo que tenemos es corto –dijo Filón–, y creo que debemos aprovecharlo bien. Lo que de verdad nos pondrá de acuerdo es la lectura de los pasajes a que estamos haciendo referencia.

Siendo Yhasua quien había sacado la copia del archivo de Ribla y el que más al tanto estaba de aquellos relatos, fue el designado para leer.

Faqui, su nuevo amigo africano, sentado a su lado, iba recogiendo los rollos que él dejaba y ordenándolos nuevamente.

Los hermosos pasajes en que se veía el alma de la Matriarca Solania

flotando como un sol de amanecer sobre la peñascosa región del África del Norte, entusiasmaron a todos los oyentes, pero más aún a los que la consideraban como el genio tutelar de su raza y de su país.

Un hálito suave de confraternidad y de amor emanaba de aquella lectura, en cuyos pasajes aparecían como surgiendo de una misma raíz todos los pueblos que luego se dividieron con odios profundos y guerras destructoras y crueles.

La gran inconsciencia humana saltaba a la vista después de aquella lectura, que al igual que una lámpara radiante, iluminaba claramente los caminos trazados por el amor fraterno, ideal de los antiguos Kobdas, y los caminos del odio y de la ambición, que en los últimos siglos llevaron a la humanidad a una vorágine de sangre y de muerte.

—Las razas del norte, de donde surgió la Hija del Sol, fueron el vendaval destructor de su obra en el continente africano..., Roma destruyó a Cartago, como antes los Hicsos destruyeron Neghadá –exclamó Yhasua con amargura.

Buya-Ben y Faqui permanecieron silenciosos, porque una honda emoción les llenaba el pecho de sollozos contenidos.

—Los mismos hechos se repetirán muchas veces –dijo Nicodemus–, hasta que la humanidad llegue a comprender que es una sola familia y que sólo el amor podrá hacerla dichosa.

—A eso debe tender el esfuerzo de todos los que hemos llegado a comprender esa gran verdad fundamental –añadió Filón.

—Empresa difícil –expresó Buya-Ben–. Nuestro *Amenokal* (Rey sobre muchos príncipes con estados propios) no quiere alianza ninguna con los del otro lado del mar. ¡Nos hicieron tanto daño!

—Y si otro gran genio tutelar como vuestra Hija del Sol se os presentara para realizar esta alianza olvidando viejos agravios, ¿lo rechazarías? –preguntó Melchor mirando a los dos tuaregs.

Instintivamente y sin saber por qué, ambos miraron a Yhasua que en ese momento parecía no estar en la reunión sino muy lejos con su pensamiento.

El príncipe moreno adivinó esa mirada y movía la cabeza afirmativamente como diciendo: es él.

— ¡Viene de muy lejos!... –dijo a media voz Melchor–. Conoció y amó a la Hija del Sol. Acaso viene a vosotros como un mensajero suyo.

Los dos tuaregs devoraban a Yhasua con sus miradas fijas como si quisieran penetrar el misterio que lo envolvía.

El alma genial de Solania, la Matriarca Kobda de la prehistoria, dialogaba con Yhasua en lo más profundo de su yo íntimo.

Como un susurro de flores cayendo sobre una fuente, el joven Maestro escuchaba la voz interna:

"¡Hombre Luz!... ¡Hombre Amor!... ¡Conquístales para ti! Ambos son nuestros. El jovencito es el Marván, de nuestra vieja historia. Su padre es Edipo, al que llamaste un día: "perla perdida en el rastrojo".

Yhasua se despertó del ensueño espiritual y volvió la cabeza hacia el padre y el hijo que le contemplaban con sus ojos asombrados, húmedos de llanto.

— ¡Si eres mensajero de la Hija del Sol, dínoslo claramente, y el Amenokal y todos sus príncipes, seremos tus súbditos mientras vivas y más allá de la muerte!... –exclamó emocionado Buya-Ben, incorporándose del diván en que estaba semitendido.

Yhasua comprendió que aquellos dos hombres eran sujetos sensitivos y ambos habían percibido la vibración de Solania cuando le hablaba mentalmente aún inconscientes de tal hecho.

Todos los presentes habían comprendido el fenómeno psíquico allí realizado sin ruido de palabra, y tan solo en el profundo escenario de los pensamientos.

Yhasua dominado aún por la poderosa corriente espiritual que había pasado por él, les tendió sus manos blancas y lacias como lirios cortados en la tarde, mientras les decía:

—Un fuerte lazo de simpatía nos une y espero que no se romperá jamás. Soy mensajero de la Hija del Sol, y en nombre suyo os digo: No dejéis entrar jamás el odio en vuestro corazón. El manto azul de Solania es símbolo de amor y de paz. Es el cielo azul extendido sobre todas las razas y todos los pueblos de la tierra.

"En nombre de ella os digo, que todo aquel que pise vuestro suelo africano con fines de conquista y destrucción, será barrido con ignominia de la faz de la tierra y su nombre será maldito por mucho tiempo.

"Seres benéficos, hermanos de la Hija del Sol, vendrán un día a vosotros como mensajeros de paz y de sabiduría para alumbrar vuestros caminos en el desierto. Con ella os amé un día entre las selvas y montañas de Atlántida, dormida entre las olas del mar, de donde surgirán continentes nuevos, para formar junto con vosotros el paraíso del futuro, sembrado de rosas rojas como corazones humanos, y de lirios blancos como estrellas de luz.

"¡Edipo!... ¡Marván!... ¡Viajeros eternos que venís de un pasado de luz y de amor!... No manchéis con el odio vuestras glorias de ayer, que lastimáis el corazón de la Hija del Sol y herís también mi corazón.

La exaltación de Yhasua subía de tono y llegaba a una intensidad que debía hacerle daño por la fuerte vibración que emanaba de todo su ser.

José de Arimathea, le tocó en el hombro y le dijo a media voz:

— ¡Yhasua!..., has de dominarte. Es prudente que lo hagas.

El joven Maestro dio un gran suspiro, y soltando las manos de Buya-Ben y Faqui por cuyos rostros corrían lágrimas serenas y silenciosas, dijo:

— ¡Gracias! ¡Perdonadme! Los que sabéis el secreto de Dios y de las almas, comprenderéis lo que ha ocurrido.

—Es un arcángel de *Amanai* (el Dios Único de los Tuaregs) –dijo solemnemente Faqui–. Yo había soñado en Cirene que vería con estos ojos, un arcángel de Amanai.

— ¡Seríamos traidores a nuestro Amenokal si ocultamos lo que aquí hemos visto y oído! –dijo Buya-Ben–. Bueno es que él sepa que su Hack-Ben Faqui y su Cheig Buya-Ben, tienen amigos que hacen honor a nuestra noble raza. Un día nos dio permiso para que el príncipe Melchor de Horeb y el Maestro Filón visitaran el Tinghert, la montaña santa, y no debe ignorar que por ellos hemos oído la voz y mirado el rostro de un mensajero de la Hija del Sol, de un arcángel de Amanai.

"Yo sé que él abrirá las puertas de las murallas de roca que nos separan del resto del mundo para que todos vosotros penetréis a las tierras sagradas del Tawareks como a vuestra propia tierra.

"Dadme os ruego una copia de las Escrituras que relatan las glorias de la Hija del Sol que apareció en Corta Agua, y encerradas en un cofre de plata las llevaré yo mismo a nuestro soberano, que vivirá días de luz y de gloria conociéndolas. ¡Pedía a Amanai una señal de su amor antes de morir, y he aquí que vosotros se la habéis dado!

— ¿Es muy anciano vuestro rey? –preguntó enternecido Yhasua.

—Es anciano y ha padecido mucho. Es nieto del único hijo del gran Aníbal que sobrevivió de la catástrofe de Cartago, y está casado con la princesa Selene hija de Cleopatra, la reina egipcia, último vástago de los gloriosos Ptolomeo que engrandecieron esta ciudad dedicada a Alejandro, con todas las ciencias y todas las artes. Ya veis, pues, que nuestros soberanos están unidos como la serpiente y el león de nuestro escudo. Tres razas están refundidas en los Tuaregs de África del Norte: los últimos atlantes, los descendientes de Aníbal y los de Cleopatra, por su hija Selene que muy niña a la muerte trágica de su madre no llegó a sentarse en su trono, pero salvada milagrosamente de la loba romana hambrienta de oro y de vidas, fue amparada por nuestro Amenokal antecesor de éste, que la casó con su hijo, uniendo así la serpiente faraónica con el león de Cartago.

— ¿Vive aún la princesa Selene? –preguntó de nuevo Yhasua.

—Vive, y aunque no es octogenaria como nuestro Amenokal, tiene ya una edad avanzada. Quedó niña de pocos años a la muerte de su madre y le fue salvada la vida por las damas de la extinta reina, algunas de las cuales eran de Cirene.

“Mi padre era entonces corresponsal de Atakor como lo soy yo ahora, y por intermedio suyo entró la niña en nuestra ciudad de peñascosas cumbres, de donde no ha salido jamás.

— ¿Es ritual vuestro ese retiro absoluto? –preguntó Nicolás de Damasco.

—De ninguna manera, pero ella guarda eterno luto por la felonía con que Octavio César llevó a su madre a la muerte. Viste siempre de blanco en señal de duelo y canta las canciones de la Hija del Sol acompañada de su arpa. Tiene una hija y dos hijos, los tres casados con los primeros nobles de nuestra raza.

“El Amenokal le ha dado el poder supremo de la vida, en forma que aunque el alto Tribunal condene a la última pena a un reo, ella sola tiene el poder de indultarlo.

“Obro conforme a la ley de la “Hija del Sol” –dice ella cuando se le observa que indulta a todos los reos condenados a muerte.

— ¡Sublime mujer, digna de la Matriarca Solania! –exclamó entusiasmado el joven Maestro–. Si no os oponéis, le enviaré una copia de los relatos referentes a Solania, lo cual acabará de confirmarla en su forma noble y justa de obrar.

— ¡Hermosa idea! –dijeron todos a la vez.

—Yo indicaría –dijo el joven Faqui–, que le pongáis de puño y letra una dedicatoria, en que diga que eres mensajero de la “Hija del Sol” que le hace por tu intermedio el obsequio de su vida grabada en un rollo de papiro.

—Ella quiere saber cuánto pasa en el mundo exterior –añadió Buya-Ben–, hace grandes fiestas cuando le mando noticias buenas; reparte donativos entre los enfermos y los ancianos. Y cuando las noticias son malas, ordena oraciones públicas a Amanai para que tenga piedad de los pueblos oprimidos y maltratados.

—Es casi una esenia –dijo Gamaliel–. ¿Quién puede adivinar lo que saldrá en el futuro de esos excelentes principios?

—Y el mundo en general, tiene la idea de que fuera de la costa mediterránea, toda el África es salvaje –observó Nicodemus.

—El mundo no sabe más que lo que las legiones romanas han querido decir –añadió Melchor, cuyas investigaciones le habían llevado a la amistad con las razas más adelantadas del África occidental, y del norte del Mar Rojo.

—Han quedado por lo que se ve muchos rastros de la antigua civilización Kobda del Nilo –observó Yhasua–. Y debemos reavivar esos rastros, príncipe Melchor, para bien de la humanidad.

“¿No podríamos unirnos con la reina Selene tan piadosa y noble, para establecer una Escuela de Conocimientos Superiores?

—El príncipe Melchor y yo nos encargaríamos de esto, Yhasua –dijo Filón.

—Y yo, si no lo lleváis a mal –dijo Buya-Ben.

—Contadme a mí también como auxiliar –añadió el jovencito Faqui–.

“Yo seré el corresponsal del hijo de David en las montañas y las arenas de Atakor.

— ¡Gracias Faqui, amigo mío, gracias! Sólo sabía de los africanos que eran morenos, y creía que sólo Melchor era un justo. Ahora sé que hay almas nobles y blancas bajo una piel tostada por el sol del Sahara.

“¡Oh, qué conquista, Dios bueno!... ¡Qué conquista!

—Pero la reina Selene no es morena –dijo Buya-Ben–. Es un loto florecido en el oasis del desierto, y su corazón es un vaso de miel.

—Una intensa dicha me embarga, Faqui –dijo Yhasua a su nuevo amigo–.

“En las correspondencias contigo, te llamaré Simón que quiere decir cimiento, porque nuestra amistad lo es de algo grande que surgirá en el futuro.

—Bien, bien, Yhasua. Mi nombre se alarga pues. Seré el Hack-Ben Faqui Simón, para servir al mensajero de la Hija del Sol.

El inmenso edificio de la Biblioteca y Museo, como casi todos los grandes edificios de Alejandría, tenía espaciosas terrazas en distintas direcciones.

Desde ellas se dominaba el amarillento desierto que llegaba hasta la ciudad misma por el oeste y el sur, mientras que por el norte, el Mediterráneo de verdosas aguas, acariciaba con sus olas mansas o bravías la inquieta ciudad de los Ptolomeos.

A lo lejos, como un recorte oscuro sobre el límpido azul, se veían las grandes Pirámides, monumentos funerarios de los primeros Faraones de Egipto. La idea de la inmensa sucesión de siglos que aquellos monumentos despiertan, embargaban el alma de Yhasua llevándola hacia un mundo de recuerdos, de hechos, que otros seres o acaso los mismos, habían vivido en épocas ya perdidas en las movedizas arenas del tiempo.

— ¡Tú piensas mucho, príncipe de David! –le decía Faqui, en la serena tarde del segundo día de haberse conocido, mientras tomaban un breve descanso todos juntos, después de una intensa labor sobre papiros y cartapacios.

Grandes palmeras sombreaban aquellas terrazas, desde las cuales veían el verde valle sobre el que dormita el Nilo su sueño de siglos. Detrás de él, una obscura cadena de montañas corta el horizonte por el oriente.

—Es que reviven en mí los siglos que pasaron –le contestó Yhasua, haciendo un esfuerzo para hablar.

—Paréceme que tu cabeza de oro antiguo, es un cofre de historias pasadas –decía el joven africano, mirando con insistencia aquellos dulces ojos llenos de ensueño, que miraban con una doble vista, todo cuanto le rodeaba.

—Quisiera franquearme contigo, Faqui, porque una intensa voz parece decirme que me comprenderás –dijo por fin Yhasua, acariciando una lacia rama de palmera que caía en la balaustrada de la terraza.

— ¿Y qué te impide hacerlo? ¿Desconfías de mí? –interrogó el joven africano acercándose a él como para hacer más íntima la confidencia–.

"¿Tienes acaso un amor oculto que atormenta tu corazón?

—El amor para mí, no es tortura, sino dicha suprema –contestó el Maestro–, pero no es mi confidencia, una confidencia de amor, Faqui. Es una confidencia de sabiduría y de verdad.

"Tú dices haber observado que pienso mucho, y en efecto es así. Mi mente es algo así como una gran madeja de hilos que jamás termina. Habitualmente vivo sumergido en un mundo en que tú y yo vivimos. ¿Qué idea tienes tú de las Inteligencias que han vivido en esta tierra muchos siglos antes de ahora? La Hija del Sol, por ejemplo.

—La Matriarca Solania de tu historia –dijo Faqui, y su semblante adquiría un suave aspecto de interna devoción–. ¿Ves este dorado resplandor del sol, agonizante?..., pues créeme que me parece que es ella que me besa en el sol de la tarde. La creo viva, eternamente viva, aun cuando mis ojos de carne no pueden verla.

—Tu amor por ella, te hará verla un día, pero antes quiero franquearme contigo para que comprendas bien, por qué es mi cabeza un cofre de viejos recuerdos.

Y el joven Nazareno fue haciéndolos vivir ante su asombrado oyente.

—Alejandría está edificada sobre las ruinas de la ciudad sagrada de los Kobdas prehistóricos. Aquí mismo estuvo el Gran Santuario de Neghadá, que estaba unido por un puente de piedra sobre el primer canal del delta, con el santuario en que vivían las mujeres Kobdas. Allí vivió la Matriarca Solania, y de allí salió un día para ir al peñón de Corta Agua a civilizar esa región de África en que tú has nacido. ¿Has pensado alguna vez, Faqui, que todas las almas somos eternas, lo mismo las buenas que las malas?

— ¡Sí!... ¡Claro que sí! nuestras escrituras lo dicen claramente. Tenemos las viejísimas crónicas de los hechos prehistóricos, salvadas de los cataclismos atlantes. Por ellas sabemos que nuestra raza viene de la Atlántida, que al partirse como una granada exprimida por la mano omnipotente de Amanai, algunas de sus grandes montañas se levantaron más altas arrastrando con ellas a flor de agua lo que aquí fuera lecho profundo de sus mares azules... Nuestro inmenso Sahara, por

ejemplo, donde algunos lagos actuales, son de aguas salobres de mar, y sus enormes peces no tienen sabor de peces de agua dulce, sino de pescado de mar. En la región de Mauritania, se salvaron diez centenas de hombres, mujeres y niños de nuestro país, llamado país de "Dyaus" o Valle Hondo. En el correr de los tiempos, nuestra raza se hizo numerosa y nos separamos de los mauritanos, atlantes como nosotros, para venir a habitar esta parte de la costa mediterránea, desde la falda oriental de la gran cordillera Atlas, hasta el Golfo Grande que flanquea con sus olas bravías el peñón de Corta Agua.

"Los fenicios aliados nuestros, nos trajeron en sus barcos su grandeza marítima y sin refundirnos en ellos, pero sí uniendo esfuerzos y aspiraciones, formamos la gran capital del Mar Grande, Cartago, que los bárbaros romanos convirtieron en cenizas, después de matar más de cien mil de sus habitantes pacíficos que no pudieron escapar al desierto.

"Y ahora voy a decirte ¡oh, hijo de David! cómo nosotros creemos que las almas son eternas.

"Aparte de que en la gran biblioteca de Cartago, los estudiosos de nuestro pueblo bebieron a saciedad la doctrina de los grandes filósofos griegos y egipcios, en nuestras crónicas atlantes tenemos la sabiduría de los arcángeles de Amanai que iluminaron a Atlántida con ciencia tan elevada, como no se ha conocido aún en estos otros continentes.

"Nuestras escrituras dicen que por dos veces Amanai tomó carne de hombre y apareció en aquellas tierras para levantarles de todo mal; para separar las almas buenas de las malas, y entregar estas últimas a las torturas del Iblis, que es calabozo de reformación, mientras las buenas son llevadas a inmensos templos de luz y de paz, donde aprenden todas las ciencias y todas las artes para enseñarlas a los habitantes de la tierra en nuevas vidas que tendrán en ella.

"Así enseñó Amanai en las dos veces que estuvo en Atlántida con carne de hombre".

Yhasua sumido en un mar de pensamientos iba recordando las viejas tradiciones orales y crónicas escritas en papiros que los Dakthylos habían entregado a los Kobdas del Nilo, ocho mil trescientos años atrás, y que el Patriarca Aldis había recopilado con minuciosa fidelidad en sus ochenta rollos encontrados últimamente en el archivo de Ribla.

De pronto salió de su abstracción para preguntar a su interlocutor:

— ¿Sabes Faqui si vuestras crónicas dicen algo diferente a las dos personalidades que tuvo Amanai en el continente Atlante?

—Dicen poco, pero en ese poco se adivinan grandes cosas, y tú tendrás que saberlas.

"En un hermoso país que se llamaba Otlana y cuya capital era Orozuma,

formó persona para sí mismo el supremo Amanai, y esa persona fue nuestro Dios-Sol, que rige los destinos de la tierra. Como hombre, fue un rey que puso la paz y la justicia sobre los pueblos suyos y sus vecinos. Se llamaba Anpheon el Justo. (En castellano se pronuncia, Anfión)

"Su propio país no lo comprendió, y por no guerrear ni matar, pasó al país de Dyaus que era de mi raza, y allí enseñó su sabiduría a los hombres, hasta que murió en su voluntario destierro.

"Muchos siglos después, Amanai, tomó carne de nuevo para otra vida en la tierra; y en esa nueva personalidad fue un Profeta, un filósofo que curaba las almas y los cuerpos, y conocía todos los pensamientos de los hombres. Fue en un país llamado Manantiales de Zeus, en cuya capital Manh-Ethel, hizo todas las maravillas que se puedan imaginar. Después de todo el bien realizado, los hombres le dieron de beber elixir de habas amargas y así le dieron muerte. Atlántida mató dos veces la personificación humana de Amanai, y por eso fue tragada por las olas salobres del mar donde dormirá por siglos su sueño pesado y negro de asesina del Dios-Sol.

"Entonces se llamó Ante-Luz que significa "Frente a la luz". (En castellano, Antulio)

"¿Has comprendido, hijo de David, las tradiciones de mi raza?

—Las he comprendido muy bien, Faqui, y veo en ellas un claro reflejo de todo cuanto dicen las Escrituras que nosotros conocemos sobre el particular. Veo también cuánta sabiduría encierran las palabras del príncipe Melchor, al decir que vosotros dos, padre e hijo, habíais sido traídos providencialmente hacia nosotros. Encenderéis de nuevo alrededor del peñón de Corta Agua, la lámpara de oro de la Matriarca Solania, vuestra Hija del Sol.

Aquí llegaba el interesante diálogo cuando se les acercó José de Arimathea, para avisarles que los camellos estaban preparados y que iban a salir enseguida en dirección del Valle de las Pirámides.

Se les habían adelantado los criados del príncipe Melchor acompañando a un arquitecto del Museo, que era quien había descubierto aspectos nuevos y entradas a los milenarios monumentos funerarios de los primeros Faraones de Menfis. Era un arquitecto funerario de los más conocidos de su tiempo y gran amigo de Filón.

Teniendo en cuenta el culto reverente de los egipcios por sus muertos, cuya vida se perpetuaba más allá de la muerte mediante la perfecta conservación de la materia, se comprende bien la afanosa tarea por las momificaciones de los cadáveres, y los alcances que tuvo la arquitectura funeraria, llegada a ser la profesión más codiciada y lucrativa de todas.

Para Yhasua y sus amigos de Jerusalén, esta excursión al valle de las

Pirámides era una gran novedad. Pero además, para el joven Maestro, tenía aspectos mucho más profundos que el simple conocimiento de los más grandes monumentos fúnebres del mundo.

Sus Maestros Esenios del Tabor, le habían hablado mucho de que quizá era posible unir los vagos recuerdos de la prehistoria con los primeros esbozos de la historia, en cuanto a los orígenes de la Civilización Adámica.

Y él soñaba con ver levantarse las siluetas azules de los Kobdas del Nilo, a cada paso que daba bajo las palmeras centenarias, o entre las dunas amarillentas de movedizas arenas que los vientos ondulaban suavemente. ¿No encontraría acaso esta coordinación perdida entre los siglos, de aquel Pharahome Adam-Mena, el Adamú de las Escrituras del Patriarca Aldis, y el Menes fundador, según la historia, del primer reino de Egipto?

Los Kobdas de Abel habían sido los fundamentos y coronación de la civilización de los tres continentes; y la humanidad, ingrata siempre con sus Maestros y guías en lo espiritual, sólo conservaba el recuerdo vivo de sus grandes guerreros conquistadores que llenaron de sangre y luto sus ciudades y sus campiñas, y que a costa del dolor de sus súbditos-esclavos, habían dejado a la posteridad, para eterna memoria suya, esos enormes monumentos funerarios que iban a visitar.

Para Yhasua se levantaba la grandeza espiritual del pasado, como un dorado resplandor de sol que aún alumbraba los caminos sombríos de la humanidad. Era un crepúsculo de ocaso, que él quería transformar en claridades de un nuevo amanecer, mediante la ilación perfecta entre el luminoso pasado que llamamos orígenes de la Civilización Adámica, y los grandes instructores que había tenido posteriormente la humanidad.

De la confrontación del pasado con el presente, podía surgir, con las firmes delineaciones de la convicción razonable y lógica, la imagen perfecta de la Verdad Divina, invariable, inmutable, eterna, no obstante los errores humanos y la natural desfiguración causada por los siglos.

Todo este cúmulo de pensamientos embargaba la mente de Yhasua, mientras montado en el camello color marfil de Melchor, entre todos sus compañeros de excursión, costeaban el lago Mariotis tendido como un espejo de plata al sur de Alejandría. Una hora más al galope de sus cabalgaduras, y estarían en el valle de las Pirámides.

—Ya me has cumplido tu promesa Yhasua –decía Filón, cuando haciendo arrodillar el camello que montaba, le ayudaba a descender de él, al pie mismo de la gran Pirámide.

— ¿Qué promesa es la que dices? –le preguntó Yhasua.

—Aquella del triste anochecer en Tiro, cuando corrí muchas millas buscándote y no te encontraba.

— ¡Ah, si!..., cuando me internaba sierra adentro en la cordillera del Líbano. Y bien, ¡todo llega Maestro Filón para el que sabe esperar!

— ¡Ya esperé veinte años! –contestó el filósofo alejandrino–, y estoy contento de ello.

Todos estaban ya desmontados y siguieron andando hacia los grandes monumentos.

La púrpura del sol poniente parecía derramar sobre el paisaje, un sutil polvillo escarlata y oro. Comenzaba el cuarto mes del año según el calendario hebreo, pero el invierno allí es ordinariamente como el otoño de otras regiones. Era pues, una fresca y serena tarde a las orillas del Nilo que se veía surcado de pequeños barcos a vela, semejante a gaviotas jugueteando sobre las ondas del majestuoso río.

Los criados de Melchor encendieron una pequeña hoguera y con rapidez increíble armaron una tienda. El príncipe Melchor, viajero infatigable, viajaba siempre provisto de su gran tienda de lona rayada de blanco y rojo que se armaba mediante un mástil central de trozos de cañas fuertes embutidos unos dentro de otros, y una porción de estacas de encina con aros de hierro que colocados en círculo alrededor del mástil, sujetaban los bordes del inmenso disco de lona, que era todo el sencillo mecanismo de la tienda. Los tapices y pieles de las monturas, cubrían las arenas del pavimento, y la casa ambulante del desierto quedaba firmemente instalada.

Nunca había hecho Yhasua un viaje semejante, y desde luego todo le resultaba novedad.

Sus nuevos amigos africanos Buya-Ben y Faqui, muy prácticos en esta clase de trabajos desenrollaron también un fardo azul que era otra tienda igual que la de Melchor en la forma de construcción, pero más pequeña en tamaño.

—Por lo visto –dijo Yhasua con mucha gracia–, vamos a quedarnos aquí a vivir. ¡Hacéis dos casas amplias! –Al decirlo observaba como el criado más joven de Melchor, preparaba las sogas con que se sujetaba a las estacas la tienda, y quiso ayudarlo en su trabajo.

—Y quien sabe si serán tres, pues mis criados tienen también su tienda para cuatro –contestó Melchor complaciéndose en el asombro de Yhasua y sus amigos de Jerusalén no habituados a esta clase de fáciles construcciones.

En efecto, pocos momentos después la tienda verde de los criados, se levantaba cerca de las otras, dando un alegre aspecto de campamento de vistosos colores que contrastaba con el descolorido gris amarillento de las dunas ondulantes en la inmensa planicie arenosa.

El arquitecto del Museo, acompañado por Melchor y Filón registraba el paraje inmediato a las grandes Pirámides y a la Esfinge, que tiene la

figura de un enorme león echado y entre cuyas patas delanteras está la puerta de entrada.

Sólo se habla de la Esfinge y de las grandes Pirámides; pero todo aquel valle, es un pueblo de tumbas, pues era el cementerio del antiguo Egipto. Los conocedores del lugar, removían las arenas de sitios determinados y aparecía una enorme losa, que cerraba la entrada al hipogeo.

El trabajo del explorador estaba en encontrar la hábil combinación que facilitaba la entrada a las galerías subterráneas. Buya-Ben y Faqui, hijos del desierto, encontraron pronto el secreto, que era el mismo con que en su país natal se aseguraban los hipogeos entre la arena. Pronto fue pues levantada una lápida perdida entre la arena.

—No entréis ninguno –dijo Melchor–, hasta tanto que haya entrado primero una buena porción de aire puro.

—Guiaré yo –dijo Buya-Ben–, que estoy habituado a esto.

Y penetraron todos, armados de mechas enceradas que daban una amarillenta luz a los oscuros pasillos y corredores.

— ¿Y por qué tanto misterio para guardar los muertos? –preguntaba Yhasua.

—Los antiguos egipcios tenían la costumbre de enterrar sus muertos con las mejores joyas y alhajas que habían tenido en vida; y de aquí el temor de que fueran robadas por los beduinos nómades del desierto –le contestó Filón.

Las paredes de piedra lisa, ostentaban de tanto en tanto inscripciones jeroglíficas, de las cuales iban tomando notas los viajeros de Jerusalén.

A la vuelta de los recodos o en los comienzos de empinadas escalerillas, había un brazo de cobre empotrado en la muralla en el cual se hallaba un trozo de cirio de cera, que el que entraba iba encendiendo a los fines de iluminar aquellos antros.

Por fin la galería estaba interrumpida por un muro igual que los que habían ya recorrido.

—Es que ahora hemos llegado a la cámara sepulcral –dijo el arquitecto.

—Mientras sacáis copias de las inscripciones, nosotros encontraremos el secreto –decía Faqui a Yhasua, que según costumbre iba sumiéndose en el mar profundo de su pensamiento.

Pensaba en Adamú el último Pharahome Kobda, o sea, el último que gobernó a Neghadá con la ley de los Kobdas. Nada se había encontrado de él, ni del Patriarca Aldis, que también fue a morir a Neghadá al lado de su hijo. No le interesaba tanto encontrar sus momias, como los escritos con que los Kobdas acostumbraban a sepultar sus muertos queridos.

En el fondo de su propio Yo dialogaba consigo mismo, y los interrogantes se sucedían unos a otros en su mundo interior.

Las “Escrituras del Patriarca Aldis” narraban los hechos acaecidos hasta la desaparición de Abel. Después un silencio de muerte.

¿Qué había sido de Adamú, Pharahome de Neghadá?

¿Qué fue de los Kobdas que le acompañaron a continuar la obra de Abel y de Bohindra?

¿Qué fue del célebre santuario de Matriarcas Kobdas, de donde habían salido como palomas mensajeras de paz y de sabiduría mujeres heroicas, como Solania hacia el África occidental; Nubia y Balbina hacia el monte Zagros y el mar Caspio; Walkiria de Kiffauser al pie de la cordillera de Cáucaso?

¿Qué fue de la obra grandiosa de cultura y civilización que iniciaron los Kobdas y Dakthylos unidos en Hélade del Ática prehistórica y los países del Danubio?

“¡Sabiduría infinita y eterna! –clamaba Yhasua en la soledad de su propio pensamiento–. ¿Es posible que dejaras perderse en el abismo de la barbarie, ignorancia e inconsciencia de los hombres, lo que costó más de quince siglos de esfuerzos continuados a tus mensajeros los hombres de vestido azul?”.

En las profundidades de su Yo íntimo, creyó percibir una voz sin ruido que decía, haciendo casi paralizar los latidos de su corazón:

—“Espera y confía. Nunca llamarás en vano a la Divinidad cuando la llamas con amor y con justicia. Espera y confía”.

Yhasua fuertemente impresionado, se apoyó en el frío muro de la galería donde sus acompañantes copiaban jeroglíficos que por el momento no sabían descifrar.

— ¡Yhasua!... ¡Yhasua!... –gritaba Faqui con voz de triunfo–. Encontramos el secreto y la puerta del hipogeo la tenemos abierta.

En cuatro pasos el jovencito se había puesto junto a su amigo.

— ¿Qué tienes Yhasua que estás pálido como un muerto? –le preguntaba alarmado.

—Nada, Faqui, no estoy malo, no te alarmes. A veces soy débil ante la carga inmensa de mis pensamientos.

—Entonces será mejor que te saque al aire libre, que tiempo hay para registrar las viejas sepulturas del Nilo. ¡Vamos!

Yhasua se dejó llevar hacia el exterior, con la promesa de sus compañeros de Judea, que le seguirían en breve.

Casi anochecía. Una pálida luna nueva como un recorte de plata bruñida, aparecía en el oscuro fondo azul de una calma imperturbable.

Yhasua respiró hondamente y bajo aquel cielo de turquí, límpido y sereno, volvió a recordar las frases que una misteriosa voz íntima se dejó sentir en su mundo interior: “Espera y confía”

Tanto amor y ternura irradiaban aquellas palabras, que una ola

de llanto suavísimo subía a su garganta y a sus ojos. Faqui le hacía beber licor de granadas, reconfortante del sistema nervioso y como si se tratara de un niño pequeño, le hizo recostar en la tienda mientras le decía:

—Eres un lirio de Jericó y te lastiman las brisas ásperas del desierto... ¡Yhasua!... ¿Por qué te he visto si he de separarme otra vez de ti?

Esta queja del alma apasionada de Faqui, hizo reaccionar al alma generosa de Yhasua.

—No digas eso, amigo mío, porque tú y yo podemos vernos con frecuencia. Cada año acudiré yo al puerto de Gaza, y tú que vives en Cirene en tres días podrás estar a mi lado. ¿No te complace esta idea?

— ¡Mucho... mucho Yhasua, si es que Amanai nos permite realizarla!

Yhasua pensó en las frases íntimas que había escuchado y las repitió en contestación a su nuevo amigo:

— ¡Espera y confía! Nunca llamarás en vano a la Divinidad si con amor y justicia la llamas.

— ¡Dios habla por tu boca, hijo de David! Bendita es tu boca que trae luz de esperanza a las almas.

Los compañeros volvieron a la tienda y se tendieron sobre las pieles que cubrían el piso.

— ¡Cuán mullidos resultan los lechos sobre la arena!... –exclamaba Gamaliel arreglándose muy a gusto en una piel de león.

—También el desierto tiene sus blanduras para quienes le aman –contestó Buya-Ben.

Melchor junto a la hoguera hablaba con sus criados que ya tenían el vino caliente y los peces asados.

En unas cestillas de hojas de palmera, que más se asemejaban a fuentes o platos que a cestas, los criados llevaron a la tienda una docena de lindos peces dorados al fuego, el saquillo del pan, quesos de cabra y dátiles tan abundantes y especiales en el país.

Era Melchor el de mayor edad de todos los presentes, pues había cumplido los sesenta años; pero él cedió a Yhasua la honra de pronunciar la oración habitual y presidir la comida.

— ¿Por qué yo? –preguntaba él.

—Porque eres el más Anciano como espíritu –contestó Filón.

—Y porque es mensajero de la Hija del Sol –añadió Faqui, ocupando un sitio al lado de su amigo.

La conversación muy animada, hizo tan amena aquella sencilla y rústica mesa, que Yhasua estaba encantado.

—Bajo una tienda y sentados en la arena coméis los del desierto tranquilamente, como nosotros sobre el césped y a la sombra de las encinas. En cada región encontramos las manifestaciones del amor del

Padre –decía Yhasua agradablemente impresionado de las costumbres usadas en el desierto.

—Terminada la refección volveremos a nuestro trabajo. Es mejor hacerlo en la noche que no seremos molestados por los curiosos boteleros del río –dijo Filón.

—Como ellos no saben valorar el precio de lo que buscamos, enseguida tejerán relatos en que nos harán aparecer como buscadores de tesoros escondidos –añadió Melchor.

—A Yhasua le hace daño el aire pesado de las tumbas –dijo Faqui–. Si queréis me quedo aquí con él.

—No, no –dijo rápidamente el aludido–. Es preciso que yo vaya. Quiero verlo y saberlo todo, amigo mío.

—Bien, bien, voy contigo, pero me llevo la redoma de elixir de granadas por si te es necesario.

La noción de sus responsabilidades sobre Yhasua, se despertó viva en José de Arimathea, que se acercó al punto para inquirir el motivo de las preocupaciones de Faqui.

Yhasua explicó lo que había pasado y ya todos tranquilos volvieron al hipogeo que con el aire renovado, ofrecía menos fatiga a los exploradores. Buya-Ben encendió las cerillas de todos y guiando como la vez anterior, entraron con la facilidad de marchar por sendero conocido.

Al terminar pasillos y corredores, se hallaron ante el muro aquel que les cortó el paso, pero que ya presentaba una negra boca que tenía forma de triángulo agudo. El bloque de piedra apartado de allí se había partido en dos.

Entraron a la gran cámara sepulcral, que estaba construida con columnas de piedra que formaban como una gran estrella de cinco puntas, si se trazaran líneas de una a otra columna.

La columna que formaba el centro, era diez veces más gruesa que las otras y tenía hornacinas con pebeteros para quemar perfumes y ánforas para colocar flores.

Era como el altar de las ofrendas a los muertos queridos.

Todas las columnas aparecían como bordadas de jeroglíficos.

En los muros laterales se observaban algunos huecos vacíos y otros cerrados con lápidas de basalto, cuyas inscripciones de cobre indicaban el nombre del muerto y la fecha de tal suceso.

Melchor, Filón y Buya-Ben leían con alguna facilidad las escrituras jeroglíficas del antiguo Egipto, y fueron traduciendo las inscripciones de las losas que cerraban las tumbas.

A primera vista se comprendía que el hipogeo no había pertenecido a personajes de alta jerarquía, pues todo era en él modesto y sencillo.

Buya-Ben que sentado en el basamento de la gran columna central,

traducía los grabados de los pasillos y corredores, llamó la atención de sus compañeros para participarles sus descubrimientos. Todos se volvieron hacia él.

—Según nuestra manera de contar los siglos que pasaron, estamos a ochenta y tres centurias desde los orígenes de la Civilización Adámica, ¿no es así?

—Justamente, lo creemos así –contestaron varias voces.

—Pues bien, asombraos de esta inscripción que acabo de traducir:

"Este hipogeo fue mandado construir por Mizraim de Tanis en el año 89 de la primera centuria después de la destrucción de Neghadá".

— ¿Sabéis quién es Mizraim de Tanis? –preguntó Buya-Ben.

—Nuestras escrituras nada mencionan de él –contestó Yhasua.

—*Mizraim de Tanis* –dijo Melchor–, aparece en las más antiguas tradiciones egipcias, como si hubiera sido un genio tutelar de los valles del Nilo y creador de la raza egipcia.

—Algo así como la Matriarca Solania en Corta Agua –observó Yhasua.

—Ya sabemos –continuó Melchor–, que esos seres superiores, son transformados en el correr de los tiempos, en divinidades benéficas a causa sin duda de sus extraordinarias obras que sobrepasan el nivel común a que llega la mayoría de la humanidad.

—A eso viene la investigación de la verdad, a descubrir que esos llamados genios tutelares o semidioses, han sido en verdad hombres o mujeres geniales, instructores y guías de determinadas porciones de humanidad –dijo Filón dando mayor claridad al asunto.

—La Verdad Eterna se cierne como una aurora sobre nosotros –dijo Nicodemus–. ¿Por qué hemos venido a abrir este hipogeo y no otro? Diríase que algo nos trajo en esta dirección, si como decís, este valle es un pueblo de tumbas.

—Os explicaré lo que ha ocurrido –manifestó el arquitecto del Museo–:

"Cuando el Maestro Filón me llamó a colaborar con él en el engrandecimiento de la Biblioteca y Museo de Alejandría, yo tomé con gran amor el trabajo encomendado a mis esfuerzos.

"El príncipe Melchor me prestó su apoyo material y personal. Su elevada alcurnia como hijo de uno de los más respetados sacerdotes de Menfis, y su madre, princesa heredera de un reino en la Arabia Pétrea, fue el más valioso elemento para realizar mi trabajo. He observado este valle durante cinco años, y las arenas del desierto, adustas y mudas, han sido confidentes conmigo.

"No bien bajaba una inundación del Nilo, montaba en mi camello, traía mi tienda y pasaba aquí unos cuantos días, sólo acompañado de mi criado. Observé que en determinados sitios se formaban pozos en

la arena y en ellos no se resumía el agua estancada. A veces quedaban algunos pececillos en esos minúsculos laguitos, hasta que el ardor del sol evaporaba el agua.

"Escarpé con mi azadón, y a poco sentí el choque con una piedra: era la losa que cubría la entrada a una tumba.

"Como ésta, tengo algunas otras ya señaladas con una caña enterrada tres metros al borde mismo de las lozas que la sostienen sin moverse. Ya veis pues, el desierto no es tan hosco como parece, y entrega sus secretos a los que lo amamos.

"Cuando regresemos a la ciudad, os llevaré a la sala de las momias y os enseñaré todo cuanto me ha dado el desierto para el Museo, mediante el procedimiento que os acabo de explicar.

"Hoy le ha tocado el turno al hipogeo de Mizraim, Patriarca de la raza egipcia según acaba de manifestar el príncipe Melchor.

— ¿Has traducido otras escrituras? –preguntó Yhasua a Buya-Ben.

—Sí, son como sentencias de sabiduría. Escuchad:

"La muerte no es aniquilamiento, sino libertad".

"Sólo muere de verdad, el que nada pensó ni hizo por sus semejantes, pues que lo cubre de sombras el olvido".

"La materia que nos ayudó a realizar nobles ideas, es digna de respeto y de tierna memoria".

"Las tumbas son guardianes fieles de la historia vivida por los hombres".

"La cripta del Gran Santuario quedó bajo las ruinas. Que Dios Omnipotente bendiga este templo debajo de las arenas, donde no sea descubierto por la codicia de los hombres". *"Mizraim"*.

—Esto es la traducción de los grabados de la galería de entrada –dijo Buya-Ben–. Luego traduciré las restantes inscripciones.

—Hemos encontrado, a lo que parece un hilo de oro de la verdad que andamos buscando –observó Nicolás de Damasco–. ¡Qué sentencias más parecidas a las de nuestros Esenios!

—Los Esenios de hoy son los Kobdas de ayer –dijo Yhasua.

—Así es en verdad –dijo Filón–. La Verdad Eterna tiene siempre en pie sus legiones de justicia, de sabiduría y de amor. Los de hoy encontramos las huellas de los que vivieron ayer.

—Veamos qué nos dice la sepultura de este genio tutelar del Nilo.

—Nos dirá como la Hija del Sol –dijo Faqui–: "¡Que el amor salva todos los abismos! Que aprendamos a amar y seremos salvos".

— ¡Muy bien, Faqui! –exclamó Yhasua–. Eres en verdad mi hermano.

Mientras este breve diálogo, el arquitecto armado de su antorcha y de una lente poderosa examinaba las cerraduras de las hornacinas abiertas horizontalmente en los muros de la enorme sala mortuoria.

—No puedo comprender estas fechas que aparecen aquí –decía a su vez Buya-Ben–. Venid y veremos si mediante vuestros conocimientos prehistóricos podemos obtener la solución. ¿No es verdad príncipe Melchor, que los egipcios cuentan los siglos desde Menes, el primer rey que recuerda la historia?

—Justamente. Estamos en la centuria cincuenta y dos desde Menes, o sea cinco mil doscientos años –contestó el príncipe.

—Así lo he creído siempre. Mas estas fechas demuestran que no hacen la cuenta de igual manera.

"Como ejemplo, mirad esta lápida de basalto con letras de cobre: Ptames de Zoan, bajó al templo del silencio en el año décimo de la tercera centuria del Hombre-Luz, treinta y siete años de la destrucción del gran Templo de Sabiduría.

"¿Qué Hombre-Luz era ese que marcó nuevo camino a los siglos?

—Yo os lo diré –dijo Yhasua.

"Según las Escrituras del Patriarca Aldis, entre los Kobdas prehistóricos llamaron Hombre-Luz al hijo de Adamú y Evana, que fue, según ellos, una personificación humana del Avatar Divino o Verbo de Dios. El Templo de Sabiduría seguramente será el de Neghadá la ciudad sagrada de los Kobdas del Nilo.

—De eso se desprende –observó Nicodemus–, que el Mizraim constructor de este hipogeo, fue un Kobda prehistórico. Esto se va poniendo interesante.

—En verdad –contestaron varios.

—Estamos asombrándonos de los muchos siglos de edad que tienen las pirámides y este sepulcro bajo las arenas del desierto tiene más edad que ellas –dijo Gamaliel.

— ¿Se sabe a punto fijo cuando ocurrió la primera invasión de los bárbaros al valle del Nilo? –preguntó Nicodemus.

—No tenemos un dato exacto, pero esta inscripción nos la da, contando trescientos treinta y siete años después de la destrucción de Neghadá. Y esto ocurrió antes de Menes, primer rey del Egipto reconquistado.

—Este sarcófago está listo para abrirse –se oyó decir al arquitecto en un ángulo de la sala.

Todos acudieron allá. Quitaron la lápida de basalto que cerraba la hornacina o nicho, y el sarcófago enteramente cubierto de polvo, quedó a la vista.

Era una sencilla caja de madera de olivo, encima de cuya tapa, estaba grabada una lira y debajo de ella un punzón.

— ¡Era un Kobda prehistórico! –dijo Yhasua–. ¡Era un músico poeta! –añadió–. La lira y el punzón lo dicen. El Patriarca Aldis trae en sus escrituras los signos usados por los antiguos Kobdas para expresar los

conceptos con la mayor brevedad posible. La lira significaba melodía, canto; y el punzón, escritura, grabado. Abramos.

Apareció la momia envuelta en delgadas cintas engomadas. Sobre el pecho tenía una lira y a los pies un tubo de plata. La momia había sido cubierta con una manta azulada, pero que al penetrar el aire, se desmoronó en menudos pedazos que fueron disgregándose en polvo.

En el tubo de plata encontraron treinta papiros arrollados unos dentro de otros.

—Aquí hay trabajo para todos nosotros, pero sobre todo para Buya-Ben y Melchor –dijo Filón.

—Esto lo haremos tranquilamente a nuestro regreso a la ciudad –contestó Melchor, tomando el tubo.

El arquitecto ya estaba abriendo otra hornacina, en cuya lápida exterior no aparecía nombre ni fecha, sino, solo una gruesa corona de cobre de estilo sencillo, y de la medida de una cabeza humana. Estaba embutida entre el basalto

—Aquí debe reposar uno que fue poderoso en su vida, pues la corona eso demuestra, según la antigua escritura de signos –dijo Yhasua.

Retirada la lápida, apareció un sarcófago pequeño de mármol blanco con tapa de cuarzo. Se leía en el lado que daba al frente: *Merik de Urcaldia*. Cuarenta y dos lunas después del Hombre-Luz.

— ¡Esto sí que será una luz en estas tinieblas! –observó Yhasua–. Algo así como la momia de vuestra Hija del Sol.

—Si encontramos algo escrito... –dijo Filón.

Sacudida la capa de polvo que formaba como una envoltura exterior apareció una preciosa estatua de cerámica coloreada al natural, que representaba una mujer dormida.

Todos comprendieron que aquello era sólo una caja que encerraba los restos humanos. Muchos cuidados debieron tener para abrirla sin romperla, y cuando lo consiguieron, encontraron dentro la momia de una niña a quien la muerte había sorprendido llegada apenas a la adolescencia.

En un pequeño cofrecito de plata bruñida encontraron un minúsculo librito de oro que como una mascota pendía de una cadenilla. En la tapa se veía una estrellita diminuta formada por un zafiro cuya azulada claridad, se tornaba más viva al resplandor de las antorchas.

La estrella de cinco puntas, símbolo Kobda de la Luz Divina, ostentaba este grabado en jeroglífico: “Que ella me guíe”. Había un tubo de plata con un papiro pequeño, que descifrarían cuando terminada la tarea, regresaran a la ciudad.

Recogieron todos estos objetos y cerraron nuevamente el sarcófago.

En esta forma fueron abriendo todas las hornacinas que estaban cerradas.

Por fin encontraron lo que más deseaban, la del que hizo construir el hipogeo: Mizraim de Tanis, cuya momia encerrada en una caja de cobre forrada de madera de encina, aparecía en perfecta condición.

Sobre el pecho estaba una cajita de cobre y algunos tubos del mismo metal, hacia la cabeza y los pies.

El arquitecto y su lente seguían registrando hasta la más imperceptible grieta de aquellos muros de piedra gris. Por fin se dio cuenta de que el gran pilar central cuya dimensión podía medirse con los brazos abiertos de diez hombres tomados por las manos, tenía una cavidad por dentro, pues a los suaves golpecitos de martillo, sonaba a hueco.

Todos acudieron a la novedad, suponiendo que mucho debía valer lo que tan bien guardado estaba. Una fuerte anilla de cobre aparecía en un pequeño hueco de la piedra, y trabajando con ella se abrió una puertecita ovalada que permitía la entrada a una persona. El arquitecto entró de inmediato con su lente y su cerilla; los demás alumbraban desde afuera.

—Es un verdadero altar –decía el observador y su voz resonaba de un modo extraño–. Hay aquí toda una familia de momias sujetas al muro por fuertes aros de cobre.

—Están en posición vertical, erguidos, desafiando los siglos. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete.

"¡Esto es colosal! Asomaos de uno en uno y mirad.

Así lo hicieron y cada cual observó algún detalle.

Cuando todos hubieron mirado desde fuera. Yhasua dijo al arquitecto:

—Creo que tú y yo podemos estar juntos allí dentro.

—Entrad, entrad –dijeron todos. Melchor le dio su lente y Yhasua penetró al pequeño santuario que era como una rotonda con hornacinas verticales en cada una de las cuales estaba una momia.

—Este pequeño templo –decía Yhasua en alta voz–, ha sido hecho ya con la idea de colocar estas momias, pues son siete nichos solamente y los siete nichos están llenos. ¡Son piedra estas momias, son piedra! –decía tocándolas suavemente.

Observó que por delante de ellas estaba una repisa circular de fino mármol blanco sostenido por soportes de cobre. Delante de cada momia aparecía un grabado jeroglífico.

—Aquí hay trabajo para Buya-Ben o para el príncipe Melchor –dijo Yhasua.

El arquitecto salió y entró el príncipe Melchor y tras él Buya-Ben. Yhasua sentado en el umbral de la puertecita tenía preparado el punzón de carbón y el libreto de tela engomada para copiar la traducción.

La primera inscripción traducida decía: *Matriarca Elhisa*, veintiséis años del Hombre-Luz. La momia que estaba a su lado decía: Pharahome

Adonai, veintiséis años del Hombre-Luz. Tres centurias antes de la destrucción de la ciudad Santa.

Y en esta forma fueron traduciendo las inscripciones de las siete momias encerradas en la gran columna central.

Cuando Buya-Ben leyó en alta voz la inscripción de la tercera momia: –"Bohindra de Otlana, dos años de nacido el Hombre-Luz".

Yhasua se quedó en suspenso como si viera levantarse ante él un mundo nuevo, o caer del espacio una estrella. – ¡Bohindra de Otlana! –repitió como un eco de la voz del africano–. Pero ¿es posible?

— ¿Tan grande fue este personaje que así os llena de emoción?

—Fue como vuestra Hija del Sol, para tres continentes –contestó Yhasua–, y era atlante como vuestra raza Tuareg. Mis amigos de Jerusalén, lo saben como yo.

—Es verdad –afirmó José de Arimathea–. Es el personaje central en la historia de la Civilización Adámica que nos ha dejado el Patriarca Aldis.

—Muy bien –añadió Buya-Ben–, asombraos más todavía con lo que viene aquí. "Patriarca Aldis de Avendana" treinta y ocho años después del Hombre-Luz. Tres centurias antes de la destrucción de la ciudad Santa:

Yhasua se apretó las sienes que parecía fueran a estallarle.

— ¡Yhasua, hijo de David! –dijo Faqui que se hallaba detrás de él–, ¡parece que vas a morirte! –La cabeza del joven Maestro, sentado en el umbral de la puertecita de entrada se apoyó en las rodillas del joven africano porque en verdad se sentía desfallecer.

Es indescriptible la emoción que le produjo el tener a su vista, al alcance de sus manos, la materia momificada de aquel hombre que había escrito ochenta rollos de papiro narrando a la humanidad los comienzos de esta Civilización. No era pues, una ficción ni una paradoja, ni un simulacro. No era un personaje supuesto, un pseudónimo como algunos creían. No podía apartar sus ojos de la momia cubierta como todas hasta el cuello por un molde de yeso que sólo les dejaba al descubierto la cabeza. Bohindra y Aldis, ambos de origen atlante presentaban el mismo tipo. Soberbias cabezas redondas de frente alta y abovedada, con la nariz un tanto aguileña, y el mentón ancho y firme de los grandes caracteres.

—Continuemos –dijo Filón–, o si Yhasua no se siente bien, dejémoslo para mañana.

—Estoy bien –dijo él–, sigamos que ya sólo faltan tres.

—"Pharahome Adam-Mena de Ethea" –siguió leyendo Buya-Ben en la inscripción de la quinta momia.

Yhasua volvió la cabeza buscando los ojos de los amigos de Jerusalén con los que había leído las viejas Escrituras del Patriarca Aldis.

— ¿Será aquél? –preguntó.

—Probablemente, oigamos lo que sigue.

Buya-Ben siguió leyendo: –"Cuarenta y nueve años después del Hombre-Luz. Tres centurias antes de la destrucción de la ciudad Santa. (N.A. –La Asociación Internacional de Estudiantes de la Biblia establecida en Londres hace referencia a una tabla de piedra llamada Tabla Abydos, que encontró el Faraón Seti I en una excavación que mandó hacer en el valle del Nilo. En dicha Tabla –dice la mencionada Asociación–, aparece "Adam-Mena" como un Faraón mucho anterior y hace referencia a Abel, a quien llamaban el sumiso, y a Kanighi en hebreo y en español: Caín. De esta tabla hay una copia en el Museo Inglés de Londres.)

—No hay duda. Es él.

— ¡El Adamú del Patriarca Aldis! –exclamó Yhasua, mirando la estatua de carne hecha piedra que parecía de arcilla amarillenta. Era más baja que las otras dos y menos fuerte en su conformación, la nariz recta y la frente, la boca y el mentón muy semejantes a las del Patriarca Aldis.

— ¡Adamú!... ¡Adamú! –decía Yhasua conmovido–. Estamos contemplando tu materia muerta, reducida a un trozo de piedra. ¿Dónde estará tu espíritu vivo, resplandeciente de genio y de amor con ochenta y tres siglos más de evolución? ¡Qué no daría yo por encontrarte para realizar alianza contigo!

José de Arimathea escribía silencioso en su libreta de telas engomadas.

—Aquí tienes Yhasua, la respuesta –dijo, entregando al joven Maestro el libreto abierto en la página acabada de escribir:

"¡Arcángel de Jehová; ungido del Amor!..., no estoy lejos de ti.

"Lo que el Eterno ha unido, nadie lo puede separar. A una hora del bosque de Dafne, sobre el río Orontes, al sur de Antioquía, está mi oasis que llaman Huerto de las Palmas. Allí vive sus agitados años, el Scheiff Ilderín a quien ha respetado el invasor romano. Nací en el país de Amón en Arabia central. Es el Adamú que deseas encontrar y que te espera". "Scheiff Ilderín".

— ¡Magnífico! –exclamó Nicolás de Damasco–. Yo conozco todos esos parajes que he visitado más de una vez.

"Estuve una vez en el Huerto de las Palmas, donde llegué con mi criado a pedir socorro porque murió de repente mi camello. No estaba el Scheiff que tiene fama de generoso y hospitalario, porque pasaba temporadas en sus dominios de Bene Kaden.

"Es un gran hombre y tan amado de todos los pueblos de su raza, que debido a eso ha sido hasta hoy respetado por los romanos. Os invito a que vayamos a visitarle.

—Convenido y comprometidos –contestaron todos a coro.

Pasaron a descifrar el nombre y fecha de las dos últimas momias y Buya-Ben leyó:

—“Senio de Maracanda”. Doce años de nacido el Hombre-Luz. Tres centurias antes de la destrucción de la ciudad Santa”.

Faltaba la momia séptima y última en la cual se leía:

—“Beni-Abad el Justo, veinte años de nacido el Hombre-Luz. Tres centurias antes de la destrucción de la ciudad Santa”.

—Como vemos, está aquí desmentido el viejo decir: “mudo como una momia” –exclamó Nicodemus.

—Esta es la superioridad que tienen los pueblos que creen en la supervivencia del alma humana –dijo Filón–, y hacen de tal convicción un ideal, que les marca rumbos en la vida y mucho más allá de la vida.

—Es así –añadió Melchor–. No sólo pensaban en el presente, sino en un futuro lejano. La materia muerta rodeada de inscripciones y grabados, tiene una elocuencia muda; es una historia vivida y sentida que cuenta a las generaciones de un lejano porvenir, lo que hizo por la gran familia humana, de la cual formó parte un día ya perdido entre montañas de siglos.

—Ahora razonemos –dijo José de Arimathea–. Si éste hipogeo fue construido por Mizraim de Tanis, es muy probable que en los rollos encontrados en su sarcófago nos dé la clave de porqué se encuentran aquí estas siete momias, cuyas fechas indican que estas muertes ocurrieron tres siglos antes de la destrucción de Neghadá.

—Es verdad –afirmó Buya-Ben–, pues todas las otras de la sala son de siglos posteriores.

—Aquí hay una –dijo desde un ángulo apartado, el arquitecto–, que es la última que vino a este panteón funerario. El grabado marca trescientos ochenta y siete años después de la invasión que destruyó a Neghadá. Después no hay nada más: Un silencio absoluto.

—Eso quiere decir –observó Yhasua–, que los que guardaron y cerraron ese sarcófago, fueron los últimos que penetraron aquí. Desde entonces quedó olvidado.

—“Timna de Eridú” –dijo Buya-Ben leyendo la inscripción.

—Eridú era una gran ciudad de los valles del Éufrates –dijo Gamaliel–. Mucho anterior a la fundación de la primera Babilonia. Era de la próspera edad de Gahanna y Tirbik las dos ciudades prehistóricas sobre cuyas ruinas se edificaron Nínive y Babilonia. Ya ves que es una respetable antigüedad.

Abierto este último sarcófago se encontró sobre la momia una estrella de cinto puntas y un libro de la Ley de los antiguos Kobdas.

—Era una Matriarca del santuario de mujeres Kobdas de Neghadá –dijo Yhasua–. Esta estrella la usaban como símbolo de su autoridad las

Matriarcas Kobdas. El libro de la Ley era hecho de pequeñas láminas de marfil unidas todas por un anillo de oro. El grabado era a fuego y de un trabajo tan esmerado que hacía de él una verdadera joya para el Museo de Alejandría.

Volvieron a la tienda enriquecidos con todos los escritos y pequeños objetos encontrados en los sarcófagos, que serían conducidos al Museo así que dispusieran una sala para las momias del hipogeo del Patriarca Mizraim.

—Esto sí que es un acontecimiento para los pueblos del Nilo –dijo Melchor–. Hasta hoy no se había encontrado sino un rastro vago del fundador de la raza egipcia, y he aquí que nos estaba reservado a nosotros el decirle: "No es un mito Mizraim de Tanis. Aquí está la prueba de que fue un ser humano que hizo la obra de un justo en medio de la humanidad".

Las emociones habían sido tan fuertes que Yhasua no pudo conseguir el descanso del sueño, no obstante que Melchor y Faqui le instaron a beber de sus jarabes calmantes de las alteraciones nerviosas.

Un tropel de pensamientos se agitaba en su mundo interno, donde reconstruía el pasado que conocía por las Escrituras del Patriarca Aldis, y lo hilvanaba con el presente, formando así un admirable conjunto enlazado y armónico, sobre el cual brillaba como un sol en el cenit el poder y la sabiduría de la Ley Eterna, que eleva como de la mano a las inteligencias encarnadas cuando éstas se encuadran en su verdadero camino.

— ¡Qué grande y hermosa es la majestad de la Ley Divina! –exclamaba a media voz, bajo la tienda levantada en el desierto a un tiro de piedra de las orillas del Nilo.

Por fin, casi al amanecer se durmió, y a la mañana siguiente decía a sus compañeros:

—He soñado con el Scheiff Ilderín que dormía bajo una tienda en el Jardín de las Palmas, a la vera de un lago azul allá junto al bosque de Dafne. ¡Adamú, Adamú!, ¡ya iré a encontrarte, porque lo que Dios ha unido no puede separarse jamás!

— ¡Eres admirable, príncipe de David! –le decía Faqui, mirándole como se mira algo que está muy arriba de nosotros–. ¡Eres admirable!..., no vives en la tierra, ni en la vida presente. Todo tú, está en la inmensidad de lo infinito, sumergido en el poderoso Amanai.

"No es difícil comprender que eres un arcángel suyo, mensajero de nuestra Hija del Sol.

47
EL LLANTO DE UN ESCLAVO

Para Yhasua, psicólogo profundo que exploraba con más vivos anhelos en el mundo de las almas que en los planos físicos, no había pasado desapercibido lo que palpitaba y vivía intensamente en las almas que iban poniéndose en contacto con la suya, a medida que avanzaba en su existencia física de entonces.

Su gran sensibilidad percibía en momentos dados las vibraciones de dolor o de alegría, de amor o de odio de los seres que le rodeaban, así vinieran de los de elevada posición como de los más humildes y pequeños.

Creía conocer con bastante claridad el mundo interno de Buya-Ben y más aún el de Faqui. Sabía lo que ellos eran capaces de dar para la causa de la Verdad y de la Justicia, que era la causa suprema de la dignificación humana, a que la Fraternidad Esenia, madre espiritual de los grandes idealistas, estaba consagrada por entero.

Al príncipe Melchor, su gran amigo desde la cuna juntamente con Gaspar y Baltasar, les conocía a fondo también, como líricos soñadores del Ideal Supremo, en cuanto Él tiene de bello y de grande, incomprensible para la gran mayoría de los hombres. Les sabía Maestros de Divina Sabiduría, sobre todo a los dos más Ancianos: el indostánico y el persa, Baltasar y Gaspar, fundadores de antiguas Escuelas de Conocimiento Superior, en sus respectivos países, en los cuales mantenían por medio de sus discípulos, encendida y viva la antorcha divina de su fe inconmovible. Y los calificaba así:

"Gaspar y Baltasar a sus ochenta años, son ya como aquellos Libros Vivos de que nos hablan las Escrituras del Patriarca Aldis, a los cuales la Fraternidad Kobda les pedía como último tributo a la humanidad, que dictaran a un notario nombrado al efecto, la historia de sus vidas para ejemplo de los que seguían sus huellas y dolorosas experiencias de sus vidas de buscadores de la Verdad y de la Justicia. Melchor, el menor y más vehemente de los tres, brega y lucha aún por alcanzar la cumbre a donde por su dedicación y largos años llegaron y le esperan sus dos viejos compañeros de ideal. Él es antorcha ardiente que corre afanoso aún por seguir prendiendo el fuego santo en las almas, mientras sus dos compañeros son lámparas en reposo, que sólo arrojan luz desde la cumbre del monte santo. ¡Qué bien los comprendo a los tres!

"A mis cuatro amigos venidos conmigo de Jerusalén les conozco a fondo en sus esfuerzos y anhelos:

“José de Arimathea y Nicodemus son como la vanguardia, y son además la suave vibración de amorosa ternura que me envuelve como el amor de una madre. Filón es el filósofo que investiga y se enamora del bien que llega a descubrir. Capaz de afecto sincero, busca ser comprendido y ama con lealtad al alma que le comprende.

“¿Qué es, me pregunto en mi soliloquio, a la luz de las estrellas, en medio del desierto y a orillas del Nilo? ¿Qué es la atracción que siento hacia el más jovenzuelo de los siervos del príncipe Melchor, el silencioso Shipro?

“El amor comienza a despertarse en él junto a una muda tristeza, que a cada instante me llega como el rasguño de una espina dirigida a mi corazón.

“Le veo escoger los mejores dátiles y los bollos más dorados de su hornillo, para ofrecérmelos sin hablar palabra.

“¡El Padre Celestial me abrirá el camino para llegar hasta su pobre almita, que sufre sin que yo sepa por qué!

“¡Señor!..., si cada alma que te busca y te ama tiene a su cargo otras almas para conducirlas a Ti... ¡Dame te ruego, todas cuantas me pertenezcan y que ni una sola de ellas sea abandonada por negligencia mía!...

Esta plegaria muda brotaba del alma de Yhasua muy envuelto en su manto de piel de camello, mientras distraía su insomnio de aquella noche sentado fuera de la tienda, bajo el cobertizo de esteras de juncos que habían armado para cobijar a los camellos que echados en blanda arena, dormían o rumiaban su última ración de la noche.

De pronto vio salir a Shipro de la tienda de los criados y que buscando su camello, se sentaba junto a él y sepultaba su cabeza entre el oscuro pelo del largo cuello y se abrazaba a él como pudiera hacerlo con una tierna madre cuya ternura echaba de menos.

Seguramente no se había apercibido de la presencia de Yhasua que envuelto en su oscuro manto, bajo la sombra del cobertizo, y entre una docena de las grandes bestias echadas en la arena, era en verdad muy difícil descubrirlo.

Pero Yhasua habituado a la oscuridad, lo veía perfectamente, y en su tierno corazón se iba levantando una inmensa ola de piedad y de amor para aquella infeliz criatura que se sentía lo bastante sola en el mundo, como para buscar el amor en una bestia a la cual podía únicamente confiar su pena.

Y el manso animal parecía escucharle sin moverse siquiera.

“— ¡Silencio en el hombre y silencio en la bestia! –pensaba Yhasua–. ¡Qué triste condición humana la del separatismo cruel, de la diferencia de posición en la vida!

“¿Cuándo saldrá la humanidad de su espantoso estado de atraso y de incomprensión?

“¡He aquí un hombre, casi un adolescente, que se siente más comprendido por una bestia que por los otros hombres que le rodeamos!

“¡Por el Dios-Amor y justicia que adoro, yo romperé con gusto esta aberración tan criminal!” –Y se levantó para acercarse a Shipro. Este, todo asustado iba a huir.

—No huyas, Shipro, que yo estoy sin sueño como tú, y para no molestar a los que duermen, hace dos horas que estoy aquí. Conversemos como dos amigos y haremos menos pesado el insomnio.

Y sin más ceremonia se sentó junto a Shipro y apoyó su espalda en el blando vientre del animal semidormido.

—Siéntate como estabas, te ruego. Somos con Faqui los más jóvenes de los viajeros, y es justo que seamos amigos y confidentes –le dijo en el tono más natural y sencillo que pudo–. ¿No estás de acuerdo conmigo?

— ¿Cómo puedes tenerme por amigo si tú eres un príncipe de Judea, y yo soy un siervo con menos valor que esta bestia en que me apoyo?

—Estás en un error, amigo mío, yo no soy un príncipe sino en los labios apasionados de Faqui; cuyo amor hacia mí le hace verme más arriba de las estrellas.

—Le oí llamarte, príncipe hijo de David... –dijo tímidamente el joven criado.

—Es costumbre dar ese calificativo a un lejano descendiente de un rey, que antes fue pastor y que con muchos errores, hizo algo bueno entre los hombres. Soy sencillamente el hijo de Yhosep de Nazareth honrado artesano de la madera en la lejana Galilea. Estoy dedicado al estudio siguiendo mi vocación. He ahí todo. ¿Por qué pues, no puedo ser tu amigo? ¿Qué abismo es el que juzgas que nos separa?

—Mi triste condición de siervo –contestó el joven.

—Dime, Shipro..., ¿no pude yo también nacer siervo por voluntad divina que ordena las vidas de los hombres?

El jovenzuelo lo miró asombrado y bajó los ojos sin contestar.

—Y si así hubiera sido –continuó Yhasua a media voz–, me hubiese gustado que tú, príncipe o señor, hubieses bajado hasta mi pobreza y me hubieses amado. ¿Comprendes? Así es la ley del Dios de Moisés, aunque bien sé que no es así la ley de los hombres egoístas y malvados.

“Con que ya lo sabes: dejemos todo separatismo para ser dos buenos amigos, que se encuentran en un mismo camino y hacen el viaje juntos.

“Dame tu mano, Shipro, que quiero ser tu amigo.

El joven criado extendió tímidamente su mano callosa y morena, y se inclinó sobre la blanca y suave del Maestro, que besó con respeto profundo.

La emoción anudaba un sollozo en su garganta y esta escena se esfumó en el más profundo silencio.

A fin de distraerle, Yhasua inició otra conversación:

— ¿Hace mucho que estás al servicio del príncipe Melchor?

—Cinco años.

—Cuando así buscas el amor de tu camello, es porque te sientes solo en el mundo, ¿verdad? Pues sabe que yo no quiero en ti esa soledad desde que has estrechado mi mano de amigo.

—Bien, señor..., te obedeceré como a mi propio amo... Ya no estaré más solo si así lo quieres tú.

—Poco a poco acabaremos por entendernos –díjole Yhasua–.

"Y dime, Shipro, ¿en cinco años cerca del príncipe Melchor, no hiciste nada por acercarte a su corazón?

— ¡Oh, no, señor!... ¡Él está tan alto y yo estoy tan bajo! Además uno de mis tres compañeros de servidumbre es mi tío, hermano de mi pobre madre, sierva también, y él jamás me permitiría ni la sombra de un pensamiento que pudiera acercarme al amo.

"Él es bueno y jamás nos maltrata; nos da puntualmente los salarios convenidos y sólo pide de nosotros obediencia y discreción, por lo cual debemos ser mudos para los que no son sus amigos. Tiene pocos amigos verdaderos, y muchos malvados y envidiosos que hubieran gozado en reducirlo a miseria y aún matarlo. Mi tío es criado de confianza para el Príncipe; ¡al que quiere como a la niña de sus ojos! Pero mi tío es mudo como un sepulcro, y así debe ser.

—No me interesa el asunto por ese lado, Shipro, sino por lo que a ti concierne. Si tienes un amo benigno y considerado, ¿por qué padeces?

—Puesto que es tu placer saberlo, te lo diré, príncipe de David –comenzó diciendo Shipro que iba abriéndose lentamente a la confianza pedida–. Yo he nacido hace diecinueve años ahí detrás de estas montañas que se ven hacia occidente, y que forman un hermoso valle con los Lagos Natrón al centro y un oasis que es una delicia. Pero esos señores romanos que llevan la desgracia a toda la tierra que pisan, acuchillaron a los principales jefes de nuestra tribu que se negaban a alistarse a sus legiones. Se llevaron por fuerza los hombres capaces de guerrear; y los enfermos, los viejos, las mujeres y los niños fuimos vendidos como esclavos en el mercado de Alejandría. Se llevaron mi padre a la guerra, mientras mi tío mal herido en un hombro, mi madre y yo que sólo tenía meses, fuimos alojados en los pesebres del mercado a la espera de un amo que quisiera comprarnos. Para suerte nuestra, acertó a venir a Alejandría un Príncipe de Judea que tenía navíos de su propiedad para comerciar entre los principales puertos de Palestina y Alejandría.

“Buscaba con gran interés una nodriza egipcia para una niña que le había nacido, y a la vez cerraba contratos con los más grandes comerciantes de Alejandría. En el mercado encontró en venta a mi madre que me amamantaba, llorando por haber sido brutalmente separada de mi padre, cuando acababa de nacerle yo que era su primer hijo.

“Nos compró a entrambos, y como mi tío, joven de veinte años, suplicó piedad para su situación de herido, nuestro amo lo compró también a él y los tres fuimos llevados a Jerusalén, donde él residía con su familia, en un hermoso palacio del barrio cercano al palacio real del Monte Sión, en el barrio de la Ciudadela junto a la Puerta de Jaffa.

“La ama Noemí era tan hermosa como buena. Decía como tú, príncipe de David, que los amos y sus siervos debían formar una sola familia.

“Yo crecí junto a la pequeñita, que era como un jazmín, y a la cual llevaba cuatro meses más de edad.

“Tenía el primogénito de seis años de edad, y cuando le pusieron maestros de enseñanza, y yo tuve la edad conveniente, recibí lecciones al lado del pequeño príncipe Judá, que por su inteligencia y su belleza física, era el orgullo y la esperanza de su padre.

—Todo esto –dijo Yhasua–, quiere decir que tuviste una infancia dichosa y que tienes un buen grado de cultivo intelectual.

—Eso sí es verdad; escribo y hablo regularmente, aparte de mi lengua nativa, el árabe, el hebreo y el sirio-caldeo, por lo cual mi amo actual me hace prestarle algunos servicios en tal sentido.

—Excelente muchacho..., ¿por qué, pues, no eres feliz? –volvió a preguntar Yhasua.

— ¡Oh, príncipe de David!... Te hice ver la decoración exterior de un sepulcro de mármol, pero no lo viste aún por dentro, donde vive el espanto y el horror.

— ¿Quieres decir que tienes una tragedia en lo más hondo de ti mismo? ¿Y esto a tus diecinueve años?... Vamos, cuéntamelo todo, que aunque sólo te llevo un año y meses, tengo buenas amistades y acaso pueda remediarte en algo. Aunque si no lo ha hecho el príncipe Melchor...

—Con toda su bondad y todo lo que es por su elevada posición –observó Shipro–, se defiende de enemigos poderosos y hará bastante si hasta hoy ha podido defender de la codicia romana su persona y sus cuantiosos bienes que emplea en obras de misericordia.

— ¡Cómo! ¡El príncipe Melchor perseguido por los romanos! ¿Y por qué?

—Ya lo comprenderás todo. Antes de yo nacer, él estuvo a punto de ser asesinado con dos grandes amigos suyos, por orden de ese malvado rey

Herodes que ya se pudrió en la sepultura, castigado en su carne maldita a causa de sus grandes crímenes.

Yhasua recordó al oír tales palabras la persecución del usurpador idumeo a los tres sabios de oriente, la degollación de los niños betlehemitas, su propia huída a las grutas del Hermón, y pensó que su nuevo amiguito, estaba bastante bien enterado de los graves acontecimientos pasados.

—Es verdad, Shipro, pero todo eso pertenece al pasado, y no puedo comprender por qué los romanos quieren perseguir al príncipe Melchor.

—Pues por lo mismo que persiguió a muerte a mi primer amo el príncipe Ithamar hijo de Abdi-Hur, jefe de la nobleza saducea de Jerusalén; por su cuantiosa fortuna que lo hacía dueño de casi la mitad norte de la ciudad de los Reyes, y de los más fértiles huertos hasta llegar a Mizpa y Anatot.

— ¡Entonces, amigo mío..., yo acabo de salir de un nido de plumas y sedas, velado por todas las suavidades del amor más sublime que haya podido derramarse en torno de un ser humano!... ¡Oh, mi dulce y querida Galilea, mi hogar artesano..., mi madre, tórtola de amoroso arrullo, mi honrado padre..., mis Maestros esenios, dulces y suaves como el pan y la miel!...

"¿En qué tierra he pisado hasta hoy?..., ¿qué aire suave y benéfico ha soplado en torno mío, que todos estos huracanes de fuego y sangre han pasado sin herirme?

"Créeme Shipro, que los estudios absorbieron tanto mi vida que estoy menos enterado que tú de muchas tragedias humanas. Sigue te ruego, contándome tu vida, que puedes enseñarme con ella muchas cosas ignoradas por mí.

—Te obedezco, amito, y al hacerlo siento gran alivio a mis penas. Cuando Arquelao, el hijo del sanguinario Herodes fue depuesto de su trono transmitido por su padre, vino a Judea un personaje romano al cual llamaban Procurador, con todos los poderes del César para hacer y deshacer en sus subordinados.

"Fue Valerio Graco un tirano ambicioso que no pensó sino en enriquecerse él y sus íntimos a costa de los ricos príncipes judíos. Mi amo Ithamar era jefe de la nobleza saducea que había elegido como Pontífice a un noble, el príncipe Anás hijo de Seth, que habitaba en el palacio real del Monte Sión y que era quien mantenía algo de tranquilidad en el sublevado pueblo judío. Lo primero que hizo el nuevo Procurador, fue quitar la investidura de Sumo Sacerdote a Anás y la dio sin ley alguna al sacerdote Ismael de entre los fariseos, porque éste se prestaría a los desmanes y usurpaciones que ya tenía planeado acaso desde tiempo atrás.

“Y la rica nobleza saducea, que era lo mejor de Judea, quedó expuesta a los zarpazos de la loba insaciable. Y así cayó mi amo en la desgracia que hundió su casa. Buscaban sin duda una oportunidad, y ésta no tardó en presentarse en un viaje que hizo el amo a Corinto, con tres de sus navíos llevando personal y mercancías para establecer en forma definitiva, el comercio directo con Grecia y las grandes poblaciones mineras del archipiélago.

“Valerio Graco, que desde su residencia en Cesarea espiaba los pasos de mi amo, armó, con piratas de la peor especie, dos viejas galeras que abordaron y robaron las naves de mi señor antes de llegar a Creta, que, como siempre tuvo felices travesías, no estaba preparado para una lucha con bandoleros del mar. Pereció él y gran parte de los tripulantes y personal que conducía.

“Entre sus fieles capitanes se salvó sólo uno y dos de sus mejores oficiales.

“Muerto el amo, ¿qué podía hacer su viuda con dos niños, el uno de once años y la pequeñita de cinco? Por documentos encontrados en el cadáver de uno de los jefes piratas muertos, se pudo saber que este espantoso crimen fue inspirado por el Procurador Valerio Graco, que con tal golpe en la sombra, se hizo de una fortuna más que regular. Pero mi amo era inmensamente rico, y aquello, si no fuera por la pérdida de su preciosa vida, no hubiera tenido mayores consecuencias. Su administrador, un siervo fiel por encima de todos los siervos fieles, se puso al frente de sus negocios desde Alejandría hasta la lejana Antioquía y la familia del príncipe Ithamar se encerró en su palacio de Jerusalén en un luto y tristeza permanente.

“Ya debes comprender, ¡oh, príncipe de David!, que aquí comenzaron mis padecimientos.

“El pequeño príncipe Judá fue dedicado a estudios superiores en el Gran Colegio de los nobles, a donde yo no podía ya seguirle; pero él, viendo mi ansia de aprender, al volver cada día, me daba algunas de las lecciones que recibía de sus sabios Maestros, cuyos nombres conservo como un timbre de honor: Hillel, Shamai, Gamaliel el viejo, Simeón.

“El dragón romano devorador de fortunas y de vidas, continuó hoy por un lado, mañana por otro, los despojos y los atropellos con los más ricos y encumbrados príncipes y nobles saduceos, que conservaban de sus lejanos antepasados las tierras que le fueron adjudicadas como a jefes de tribus y representantes directos de los primeros pobladores israelitas de la Tierra de Promisión.

“Muchos de ellos, hasta eran dueños legítimos de las murallas y torreones que guardan a Jerusalén, porque a su costa las habían reconstruido

después de la última destrucción de los ejércitos asirios. Mi amo era dueño de la muralla y torres desde la puerta de Damasco hasta la tumba de Jeremías por su antepasado de aquel entonces.

"Pasaron pocos años de tranquilidad y vino la gran tormenta, cuando el Procurador tenía ya bien tejida toda la red. Por el recolector de los impuestos que ocupaba juntamente con el Sumo Sacerdote el antiguo palacio de Herodes en el Monte Sión, estaba al tanto de las grandes fortunas de los nobles saduceos y, con garra certera, preparó su plan. Un día mi amito Judá y yo, repasábamos las lecciones en el pabellón de verano del cuarto piso, cuando comenzaron a cruzar sobre nuestras cabezas pedruscos arrojados quién sabe de dónde. Un jarrón de mármol cayó de su pedestal; luego fue herida una garza que dormía al borde de la fuente.

"Nosotros empezamos a correr de un lado a otro del gran terrado buscando el origen de aquel ataque, que continuaba. Al asomarnos por la balaustrada del lado norte del edificio, vimos que pasaba en su lujoso carro el Procurador Graco entre una escolta de cincuenta legionarios.

"Una de las piedras arrojadas del lado sur, fue a caer sobre un hombre de Graco produciéndole una herida leve.

"Fue lo bastante. Los soldados entraron brutalmente en el palacio arrollándolo todo como si fueran asaltantes de caminos, alegando que desde allí se había pretendido asesinar al representante del César. Tomaron preso a mi joven amo que sólo tenía diecisiete años, a mi ama Noemí, hija del príncipe Azbuc de Beth-Hur dueño legítimo de la muralla y torres frente al sepulcro de David hasta el Estanque Sagrado y la Casa de los Valientes, y hasta la amita, mi hermana de leche que sólo tenía doce años, la hermosa Thirsa, pura y bella como una flor.

"Sin oír defensa alguna, el pequeño príncipe fue condenado a seis años de servicio forzado en las galeras que hacían guerra a los piratas, que era como condenado a muerte. Y a mi ama con su hijita las encerraron en la Torre Antonia, fortaleza y horrible presidio anexo al Templo, la cual estaba bajo el control único y directo del Procurador romano. Toda la servidumbre de la casa huyó por la puerta de las bestias y de los carros y se ocultó donde pudo. Sólo quedamos mi madre y yo, con mi tío que en su calidad de guardián de las cuadras había ido en busca de heno fresco para las bestias. Registraron toda la casa, se llevaron las joyas más preciosas, cofres y armas riquísimas traídos por el amo desde lejanas tierras y al salir cerraron con cerrojo exterior la gran portada, le pusieron el sello del César con esta leyenda: "Confiscada por el gobierno romano".

"Mi madre y yo ocultos en el subsuelo de las bodegas entre cántaros

de aceite y barriles de vino no fuimos encontrados y nos quedó abierta una puertecita oculta por fardos de paja y leña al costado de las pesebreras.

"Así escondidos pasamos más de un año esperando que el doloroso asunto tendría una solución... Sólo por una urgente necesidad salíamos de noche para acudir al mercado a comprar lo que no había en la casa, como carne fresca y hortaliza tierna.

"Como espectro vagaba mi tío disfrazado de pastor o de leñador, por los mercados, plazas y tiendas escuchando por si alguna palabra pescaba que diera indicios sobre el destino dado a nuestros amos.

"Sólo oyó que a media voz, corría por mercados, calles y plazas este secreto aterrador: "El palacio del príncipe Ithamar, jefe de la nobleza saducea, ha sido confiscado por el odiado tirano, y su familia ha desaparecido".

"¡Eran nuestros amos, eran nuestros padres, eran nuestra providencia viviente!... ¿Qué será de nosotros ahora?, clamaban sus siervos y jornaleros.

"Las mujeres iban a gemir y llorar en el sitio del Templo donde estaba ubicado el dosel de la familia, y besaban las alfombras que habían pisado sus pies y los taburetes de los dos niños.

"¡Nada!..., la tierra parecía haberlos tragado.

"Un día se reunieron en número de tres centenas, los cultivadores de los olivares y de los huertos del amo, de donde habían sido arrebatadas las cosechas sin dar parte alguna a los jornaleros ni pagarles sus salarios. Fueron recibidos con azotes por los encargados de la administración, y los que se resistieron y gritaron reclamando sus derechos, fueron puestos en los calabozos de la Torre y no se supo más de ellos.

"Vendiendo secretamente lo que excedía de nuestro consumo en aceite y vino, queso, miel y cereales, fuimos viviendo otro año más, como búhos o lagartijas en lo más oculto del gran palacio, en espera de los amos, hasta que un día mi tío oyó una conversación por los mercados en que se decía que el príncipe Judá había muerto en un encuentro con los piratas y que la madre y la hija habían fallecido de una fiebre maligna, en el fondo de un calabozo en la Torre Antonia.

"Entonces mi madre dispuso que mi tío y yo volviéramos a Alejandría, donde teníamos parientes que nos ayudarían a encontrar medios de vida, y allá se quedó sola a guardar el palacio de sus amos, donde quería morir si por la fuerza no la arrojaban fuera.

"La historia está terminada, ¡oh, príncipe David!

"¡Tu sabiduría dirá si el infeliz Shipro tiene motivo justo para llorar siempre abrazado al cuello de su camello!

Ahogando un sollozo, Yhasua abrazó al joven siervo cuya alma noble y pura le recordaba la milenaria historia del manso José maltratado y vendido por sus propios hermanos.

—Shipro, amigo mío –le dijo–, mi corazón adivinaba lo que tú eres y por eso te busqué en la soledad de la noche y en la inquietud del insomnio.

Dos lágrimas del joven siervo rodaron hasta las manos de Yhasua cruzadas sobre las rodillas de aquel, y su contacto fue como un azotón de acero para el sensible corazón del Cristo.

—No llores más, Shipro –le dijo con la voz que temblaba por la emoción–, que en nombre de nuestro Dios-Amor te digo: que Él me da el poder de salvar lo que aún puede ser salvado en el espantoso derrumbe producido por la maldad de los hombres.

"De aquí a seis días regreso a la Judea, donde tengo a mi disposición todo el poder y la fuerza divina convertidos en almas y cuerpos humanos puestos al servicio del bien, de la justicia y del amor.

"Escribidme en una tablilla las señas para encontrar en Jerusalén a tu madre, y la fecha exacta en que ocurrieron estos acontecimientos. Te pido sólo dos lunas de plazo, para solucionar este asunto.

— ¡Oh, príncipe bueno como el amo que perdí!... –exclamó el joven siervo cayendo de hinojos ante Yhasua y abrazándose a sus rodillas, sobre las cuales dejó caer su cabeza llorando amargamente–.

"¡Ahora no lloro sobre el cuello de mi camello, sino en el corazón del hombre más santo que encontré en mi camino! –murmuraba entre las sacudidas de un intenso sollozar.

Yhasua al igual de una tierna madre, pasaba y repasaba su mano sobre la negra cabellera de Shipro que le cubría hasta los hombros.

—Pronto amanecerá, amigo mío, y no está bien que nuestros compañeros descubran que hemos pasado la noche sin dormir. Mis amigos de Jerusalén vigilan mucho por mi salud, pues tienen encargo especial de mis padres que sólo a ese precio consintieron con buena voluntad este viaje.

"Vamos a nuestras tiendas y descansa en mí, Shipro, que desde esta noche velo por ti.

El joven siervo le besó la mano, y Yhasua le vio desaparecer bajo la lona verde de su tienda.

Cruzó las manos sobre su pecho y hundiendo su mirada en el sereno azul bordado de estrellas, exclamó con toda la ardiente emoción que él ponía en sus plegarias más íntimas y profundas:

"¡Gracias te doy, Padre mío, porque me has permitido dar de beber a un sediento!"

"¡Dame Señor, que tus aguas de vida eterna corran como incontenible raudal sobre todos los que sufren la injusticia de la humanidad!"

Entró silenciosamente en la tienda en donde encontró a José de Arimathea sentado en su lecho.

—Yhasua, hijo mío –le dijo a media voz–. ¿Has olvidado que soy responsable de tu salud y de tu vida ante tus padres?

—No tenía sueño, José, y salí a contemplar esta hermosa noche en el desierto –le contestó–. Estoy más fuerte que nunca, no te preocupes.

Su lecho quedaba junto al de José y ambos se entregaron al descanso.

A la mañana siguiente cuando el sol extendía la púrpura dorada de sus velos, los criados entraron a la tienda el hornillo de barro de asar los bollos para el desayuno.

El vino caliente, las castañas recién cocidas, el queso, la miel, estaban ya esperando sobre el blanco mantel tendido al centro de la tienda, sobre grandes tejidos de fibras de palmera.

Durante el desayuno se habló de las traducciones que cada cual tomaba a su cargo, cuando esa misma tarde regresaran a la ciudad.

—Príncipe Melchor –dijo de pronto Yhasua–, si después de este excelente desayuno me concedes una hora de conversación, te agradeceré mucho.

—Y yo quiero de ti, otra hora para mí –dijo alegremente Faqui.

—Bien, amigo mío, está concedida.

—Lo mismo digo yo –añadió Melchor dirigiéndose a Yhasua.

—Nosotros iremos a confidenciar mientras tanto con las momias del hipogeo de Mizraim. ¿Verdad, Maestro Filón? –decía Nicodemus.

— ¡Ah, sí! –dijeron todos–. Estaremos allá hasta pasado el medio día. Después, nuestra última comida en el desierto y a la hora segunda de la tarde, a la ciudad a reanudar allí nuestros trabajos.

—Faqui –dijo el joven Maestro–, mi confidencia con el príncipe Melchor tú puedes oírla porque es como otro papiro más en los interminables rollos de la barbarie del poder romano, erigido en ley sobre nuestros países oprimidos y vejados.

—Con mucho gusto, ¡oh, hijo de David! y acaso esta fortalezca las resoluciones, que de acuerdo con mi padre he tomado esta noche.

— ¡Cómo! ¿También tú padecías insomnio, y tu mente entretejía redes de oro y de luz?

—Tal como dices –contestó el joven africano–.

“Mi padre y yo hemos pasado gran parte de la noche detrás de esta tienda, junto al pilón de ramas amontonadas para quemar.

Yhasua se echó a reír y pensando que él se creía solo en el insomnio generador de obras, y otros a pocos pasos de él, meditaban y creaban también.

Melchor con la apacible serenidad de sus sesenta años bien llevados y sabiamente vividos, miraba con paternal complacencia a aquellos dos jóvenes hermosos, cada cual en el tipo de su raza, y decía para sí mismo:

“A sus años para mí todo era ilusión, promesa y esperanza... Ahora el otoño de la vida que todo lo agosta, sólo me permite recoger lo que he sembrado y ayudar a la nueva siembra que ellos comienzan”.

—Yhasua, hijo mío –le dijo acomodándose en las mantas y tapices de su montura–. Empieza cuando quieras, que este viejo amigo está para escucharte.

Y haciendo lugar también a Faqui entre él y Yhasua, la confidencia comenzó así:

—Buen príncipe Melchor –dijo–, tengo que recabar de ti un grande favor. Me vienes siguiendo desde la cuna juntamente con los grandes amigos Gaspar y Baltasar, hasta el punto de haber arriesgado vuestras preciosas vidas por mí.

“Todo esto, porque una voz interior que no calla nunca, os dice que en mí está hecha carne la promesa del Señor para Israel. Si estáis o no en la verdad, el tiempo lo dirá. Mientras tanto, yo no soy más que un joven buscador de la verdad que anhela llenar su vida con obras de bien, de justicia y amor para sus semejantes.

Acto seguido le contó su encuentro casual con el joven siervo Shipro, al cual había pedido desahogar su corazón en él, ya que tan claramente le veía padecer.

—Esa es una historia dolorosa de hace siete años, pero no la única, pues hay cientos de ellas en todo el oriente avasallado por el poderío romano –contestó Melchor–.

“La celebrada paz de Augusto murió con él, que fue en verdad el mejor de los Emperadores romanos habidos hasta hoy, pues que prohibió con severas penas, que fuesen atropellados en sus derechos los habitantes de los países subyugados.

— ¿Entonces, príncipe, te era conocida la historia que me ha narrado Shipro? –preguntó Yhasua.

—La conocí a poco de suceder y por haberse sospechado entre los agentes del Procurador que yo removía aquellos escombros, me atraje sus recelos y sus desconfianzas, hasta el punto de estar recomendada mi captura si llegaba a poner mis pies en la ciudad de David. Mis gestiones fueron por fuerza poco eficientes y muy indirectas.

—Nuestros terapeutas Esenios –dijo el Maestro–, son los únicos que pueden abrir los cerrojos de todos estos misterios sin despertar sospechas de ninguna clase. Suman centenares las víctimas arrancadas por ellos de las garras hambrientas de los poderes, así sean romanos como de cualquiera raza o clase de alianza con ellos.

“¿Me dejarás probar suerte con tu siervo Shipro?

—Sí, hijo mío, y de todo corazón; para esto, bien será que te lleves contigo a Shipro y su tío Eliacín por el tiempo que sea necesario, para

esclarecer el misterio y salvar lo que aún pueda ser salvado. Ellos están en todo el secreto.

— ¡Oh, buen príncipe Melchor!... Me concedes mucho más de lo que yo pensaba pedirte, aunque lamento que te quedas sin dos de tus mejores siervos.

—No te preocupes por eso, que en Heliópolis y en Clysma tengo muchos siervos fieles, sin contar con los de mi Arabia de Piedra que son por centenares.

"Si yo hubiera querido, podría haber levantado toda el África oriental y del norte, desde Suez hasta los Montes Atlas, y desde la Arabia Pétrea hasta Bosra y los Montes Basán sobre el desierto de Siria; pero la luz que me guió hasta tu cuna, veinte años atrás, me hizo comprender que mi camino no es de sangre y espada, sino de paz, de luz y de amor.

"Esa luz, niño de Dios, ligó mis manos para siempre y confundió mi vida con la tuya como en una sola aspiración al Infinito, hacia el cual me siento impulsado por una fuerza que me es imposible contener.

"Con la inmensa Arabia asiática, con todo el África norte y del sur, de la Etiopía de los gigantes negros, aliada de Judea desde los lejanos tiempos de Salomón y la reina Saba, ¿qué hubiera hecho Roma con sus doradas Legiones que no llegan a la tercera parte de estos millones de aguerridos montañeses, hijos de las rocas y de los desiertos, que jamás sienten el miedo y la fatiga?

Faqui escuchaba en silencio, pero su ardiente sangre africana hervía en sus venas y hacía chispear sus ojos como una llama de fuego.

Yhasua escuchaba también en silencio, y en su alma de elegido parecía levantarse de no sabía que ignotas profundidades, una voz sin ruidos que repetía: *"Mi reino no es de éste mundo"*.

—Aquella luz –continuó diciendo Melchor–, venía a intervalos acompañada de una voz profunda que me decía: "Envaina tu espada para siempre, y cuelga tu lanza del muro de tu alcoba porque tu obra no es de guerra sino de paz, de sabiduría y de amor".

"Yo he obedecido esta luz y esta voz, y aquí me tienes, Yhasua, soportando como cualquiera las injusticias humanas, remediando silenciosamente los males que van causando los hombres del poder y de la fuerza, ¡que abren llagas profundas donde tocan con un dedo solo de sus manos que chorrean sangre!

"Cuenta pues con todo cuanto soy y cuanto tengo, para ayudarte a aliviar en silencio las cargas de los oprimidos, de los despojados, y evitar en cuanto sea posible que aumente de día en día el número de víctimas".

Yhasua dio un gran suspiro como si su alma se descargara del peso de una montaña.

—Gracias, príncipe Melchor –dijo después de un breve silencio–.

“Hace unos cinco años que comparto con los terapeutas Esenios sus trabajos silenciosos en alivio de los oprimidos por la fuerza de los poderes arbitrarios y delincuentes, ya sean romanos o no los agresores. Y nuestro Dios-Amor, ha venido siempre en ayuda nuestra para remediar los dolores de las clases humildes más azotadas por el infortunio.

“Acepto pues, tus generosos ofrecimientos que tendré muy en cuenta, cuando de nuevo me vea en mi país ante el espectro del dolor y de la miseria.

— ¡Oh, hijo de David! –dijo Faqui rompiendo su silencio–. Yo también gozo en decirte que soy todo tuyo y de tu causa, y que detrás de mi padre y de mí, está el desierto contigo. Y las arenas del Sahara son muchas y pueden sepultar ciudades cuando el simún las arrastra...

—Gracias, gracias amigos míos, por vuestra adhesión a la causa de la justicia que es la causa de la humanidad.

“La luz que alumbró hace veinte años al príncipe Melchor, nos alumbre a todos a fin de que no erremos nuestro camino”.

Con esto terminó la confidencia que parecía tan breve y sencilla, y no obstante significaba una alianza entre dos continentes: Asia Central y África para la causa de la justicia y de la verdad.

Alejandría, la gran ciudad marítima de las palmeras y los obeliscos recibió de nuevo a los ignorados huéspedes buscadores de la verdad que se consideraban dichosos con su acopio de inscripciones, jeroglíficos y papiros amarillentos.

Seis días corrieron rápidamente en el gran archivo de la Biblioteca, donde todos se entregaron a la tarea de las traducciones y de las copias, a fin de que los de Palestina se llevasen copias ya traducidas y exactas de todo cuanto habían encontrado en el hipogeo de Mizraim, pues que los originales debían quedar naturalmente en el Museo de la hermosa ciudad de Alejandría.

Cuando faltaban pocas horas para zarpar, el barco que les llevaría de regreso al puerto de Gaza, llamó Melchor a Yhasua y le entregó varias cartas de recomendación para personas residentes en distintas ciudades de Palestina y Siria: para el príncipe Sallun de la antigua familia Lohes, con dominio sobre la ciudad de Jerusalén; para Azbuc, príncipe de Bethsur; para Jesuá, príncipe de Mizpa, todos ellos con dominio en la muralla y torres de Jerusalén y por fin para el príncipe Ezer, cuyos dominios en Beth-Sur, llegaban hasta parte de la muralla y ciudad de Betlehem.

—Ahora terminaron los príncipes –decía graciosamente Melchor–, que no sólo entre ellos tengo buenos amigos.

“Aquí están dos cartas más: la una para un fuerte comerciante judío residente en Antioquía: Simónides, aquí van las señas. La otra para el

Scheiff Ilderín residente a una hora del bosque de Dafne, en el Oasis de Las Palmas, más comúnmente conocido por el "Huerto de las palmas".

— ¡Oh, príncipe Melchor!..., ese es el que escribió por José de Arimathea la primera noche de nuestra visita al hipogeo ¿no recordáis?

—Sí, sí, hijo mío, es el mismo.

— ¿Era tan amigo vuestro y nada me dijisteis?

—Porque todo tiene su hora, niño de Dios. Lee en el barco todas estas cartas y quedarás tan dueño como yo de mis relaciones con todos ellos y del motivo de estas relaciones.

Luego el príncipe Melchor sacó un anillo de su dedo meñique que era un sencillo aro de oro con diez diamantitos incrustados en él. Lo puso en el anular de Yhasua diciéndole: este anillo tiene todo su valor en que perteneció a mi madre, descendiente directa y última de la princesa Zurima de Arabia, que murió entre los Kobdas del Éufrates ahogada por salvar la vida de Abel, el Cristo-hombre encarnado en aquella época.

— ¡Zurima de Arab!... –exclamó Yhasua con una extraña conmoción interna que lo hizo palidecer.

—Sí –contestó Melchor–. Hay una vieja tradición en la familia, que todos los descendientes del fundador de la raza, Beni-Abad, debían llevar este anillo y dejarlo como herencia al mayor de los hijos.

—Como yo no tengo hijos ni pienso tenerlos, te lo regalo a ti, Yhasua, esperando me permitas alimentar la ilusión de que eres tú mi gran hijo espiritual.

Yhasua con una emoción profunda abrió sus brazos, y el Anciano y el joven se confundieron en un largo y estrecho abrazo.

El joven Shipro y su tío habían recibido con júbilo la noticia de que acompañarían a Yhasua hasta Judea, con el fin de facilitar la búsqueda de la infortunada familia de sus primeros amos, a los cuales estaba vinculada la suerte de todos los que habían sido sus siervos en todas sus posesiones y dominios.

Muchos de ellos habían sido torturados por los soldados de Graco, para arrancarles los secretos de toda la inmensa red comercial que el amo tenía en distintos parajes. Y unos detrás de otros, habían huido a refugiarse en las montañas y en las grutas, en los sepulcros abandonados, o entre las ruinas de antiguas ciudades destruidas por las repetidas invasiones de los ejércitos asirios, caldeos y egipcios en distintas épocas.

La hermosa cuanto infeliz tierra de promisión estaba poblada de ruinas, dolorosos rastros de crueles devastaciones pasadas, que formaban contraste con la profusión de edificaciones fastuosas, a todo lujo, a que se entregó Herodes llamado el grande, justamente para conquistarse tal nombre, con el derroche del oro arrancado a los pueblos en impuestos y gravámenes de toda especie.

Cuando todos los viajeros se encaminaron a los muelles, se acercó Faqui a Yhasua y le dijo alegremente:

—También yo parto contigo, príncipe hijo de David.

— ¿Cómo? ¿Pero es verdad? –y Yhasua buscó con la mirada a Buya-Ben, padre de Faqui.

— ¡Es verdad!... Este hijo mío, el más vehemente y audaz, acaso porque es el más pequeño, tiene grandes sueños que rompen a volar desde el cascarón de su cráneo.

"Dejémosle tender sus alas y veamos con qué fuerza puede contar. Pero no le perderé de vista.

— ¡Oh, muy bien! por mi parte estoy muy satisfecho de su compañía.

—Yhasua..., querido Yhasua –le dijo Filón al abrazarle–. No olvides nunca que tienes aquí un viejo amigo capaz de dar su vida por ti.

—Y tú, Maestro, no olvides tampoco que en los santuarios Esenios se esperan copias de los libros que estás escribiendo.

El príncipe Melchor dio a su criado Eliacín un bolsillo con dinero para lo que pudieran necesitar con Shipro, y les dijo: –Hasta que volváis conmigo si es vuestra voluntad, tened en cuenta que vuestro amo es Yhasua, el hijo de Yhosep de Nazareth.

Ambos le besaron la mano y se embarcaron los últimos.

Tres pañuelos blancos aletearon largo rato en lo más alto del muelle mientras en el barco se agitaban muchas manos diciendo adioses que parecían no terminar más.

Cuando el barco salió de la ensenada en el río y dio vuelta a la primera curva para poner la proa mar adentro, el príncipe Melchor, Filón y Buya-Ben se miraron a través del llanto que nublaba sus ojos y uno dijo a los otros:

—Con sólo la grandeza del amor que irradia de sí la personalidad de Yhasua, se confirma hasta la evidencia quién es y de donde ha venido.

— ¡Y pensar que en su país natal son los esenios exclusivamente quienes le han reconocido!

En profundo silencio anduvieron el trayecto que les separaba de la morada de Filón, anexa a la Biblioteca y Museo de Alejandría.

48
DE VUELTA A PALESTINA

— ¡Cuán feliz he sido en Alejandría, y qué conquistas he realizado! –decía Yhasua a sus cuatro amigos de Jerusalén–. ¿Estáis satisfechos de este viaje?

— ¿Y lo preguntas, Yhasua?...

— ¿Acaso podíamos soñar con los descubrimientos hechos? –decía Nicodemus, el más ardiente como investigador.

—Por mi parte –decía José de Arimathea–, esperaba algunas sorpresas prometidas por el Maestro Filón, pero jamás llegué a soñar con que tendríamos ante la vista toda la vieja historia de un lejano pasado perdido entre las arenas del desierto.

—Este viejo Egipto –decía a su vez Gamaliel–, es como un gran gigante sepultado bajo la arena, que de tanto en tanto levanta su cabeza para asustar a los hombres doctos de la hora presente diciéndoles:

"No todo lo que vosotros soñáis, está de acuerdo con la verdad".

—Ya estoy viendo –decía Nicolás con mucha gracia–, el ceño que pondrán los viejos maestros del Gran Colegio de Jerusalén; Shamai, Simeón, Hillel, Gamaliel tu tío y otros.

— ¡Por nuestro padre Abraham!... –exclamó José aterrado–. ¿Estáis locos para descubrirles nuestro secreto?... ¿No ves que todos ellos pasan de los ochenta años, y te figuras que pueden aceptar verdades como éstas?

—En verdad –decía Nicodemus–, sería como pretender ponerles el turbante en los pies en vez de ceñido a la cabeza como lo llevan.

— ¡Justo, hombre, justo! Nada tenemos que hacer con los octogenarios. Nuestro campo de acción es la juventud que se levanta ansiosa de verdad y de luz, sin ideas preconcebidas, y con la razón y la lógica que aletea buscando otros horizontes para explayarse.

En estas conversaciones entretenían su ocio de viajeros los cuatro amigos de Jerusalén, mientras Yhasua y Faqui paseaban sobre la cubierta, contemplando el espectáculo maravilloso del delta del Nilo con sus islas encantadas, como búcaros deliciosos de esmeraldas y de nácar.

Casitas blancas pequeñísimas a la distancia, parecían garzas dormidas en el verde oscuro del follaje y el verdoso plateado de las aguas del gran río.

Y de nuevo la imaginación ardiente de Yhasua daba vuelos gigantescos a ochenta siglos atrás, y creía ver a los que entonces eran señores del

Nilo, los Kobdas de túnica azul, que como él grandes y benéficos, fueron la bendición de Dios para aquellas vastas y hermosas comarcas.

La sensibilidad del joven africano percibió sin duda el pensamiento de su gran amigo, y comenzó a recitar a media voz este verso de un bardo alejandrino:

"Dame Nilo tus secretos, Nilo grande, Nilo bueno.
Los secretos que se hundieron en tus ondas de cristal.
¿Cuántas princesas hermosas vaciaron en ti su llanto?
¿Y cuántos esclavos tristes buscaron en ti su paz?"

— ¡Oh!, ¡mi buen Faqui! –exclamó Yhasua, acercándose más a él y poniéndole una mano en el hombro–. ¿Es que has recibido de Amanai el don de penetrar mis pensamientos?

—No lo sé, hijo de David, no lo sé; lo único que puedo decirte es que a tu lado me crecen alas que me suben a gran altura, desde donde veo todas las cosas diferentes de como antes las veía.

—Yo pensaba, mirando el delta del Nilo, en que hubo aquí muchos siglos atrás mujeres vestidas de azul como vuestra Hija del Sol, que en pequeñas embarcaciones recogían las esclavas que por malos tratamientos huían de sus amas y las conducían a su Santuario, a sus refugios para darles el amor y la paz que les faltaba.

"Pensaba que los Kobdas de toga azul, entraban y salían por estas bocas del Nilo para recoger a todos los desventurados y perseguidos, esclavos o príncipes; para llevar la luz, la paz y la concordia a todos los países de la tierra, a donde alcanzaba su esfuerzo y su celo por el bien de la humanidad.

"Pensaba que después estas mismas aguas se enrojecieron de sangre, cuando las bárbaras invasiones de razas indómitas y guerreras hicieron de toda esta belleza, campos de destrucción y de muerte.

"¡Triste condición humana, Faqui, que lleva al hombre por los caminos de la ambición y del crimen, cuando está en su mano la paz y la dicha con que sueña!"

Mientras tenía lugar este diálogo, los dos siervos Eliacín y Shipro retirados a prudente distancia, no perdían de vista a Yhasua como si hubiesen recibido el encargo de una amorosa vigilancia sobre él.

Yhasua y Faqui se acercaron a ellos, buscando acortar distancias.

—Llegó por fin la hora, Shipro –le dijo el Maestro–, de que luches para reconstruir lo que ha derrumbado la maldad de los hombres.

— ¡Oh, pobre de mí!..., ¿qué he de hacer yo, príncipe de David?

—Es que a eso vienes, amigo mío, y estamos muchos para ayudarte a triunfar. No creas que sólo en espadas y lanzas está la fuerza para vencer.

Los hijos de Dios conocemos otros caminos silenciosos y ocultos para salvar las víctimas de la injusticia de los poderosos.

“Mis compañeros y yo pertenecemos a una Fraternidad que en sus comienzos se llamó de los Hermanos del Silencio, y que hoy se conoce por Fraternidad Esenia. En su seno se realizan obras de verdadero salvamento, secretamente, sin ruido, sin alardes de ninguna especie.

“¿Nunca oíste hablar de los terapeutas peregrinos que andan por ciudades y montañas en Palestina y Siria, curando a los enfermos y socorriendo a los desvalidos?

— ¡Oh, sí!..., recuerdo bien que unos leñadores de mi primer amo, atacados todos en la familia de una erisipela maligna, fueron curados en tres días por esos médicos peregrinos –contestó de inmediato Shipro.

—Ya ves quiénes son los aliados con que contamos. De ellos nadie desconfía, y ante ellos se abren sin temor hasta los más duros cerrojos de torres y calabozos. Además el príncipe Melchor me ha entregado varias epístolas recomendatorias para amigos suyos que sin duda estarán al tanto del negocio que nos ocupa.

“A propósito, bajemos a nuestra cámara, que el sol ya declina y el frío se hace sentir. Nuestros compañeros de viaje ya bajaron y estarán al calor de los braseros.

Y los cuatro bajaron rápidamente.

Yhasua sacó de su saquito de viaje, el paquete de cartas que Melchor le entregó cuidadosamente envuelto en un paño de lino, y entre doble cubierta de piel de antílope curtida al blanco.

—El príncipe me recomendó leerlas en el barco, y eso vamos a hacer ahora –dijo Yhasua sentándose sobre su lecho.

José de Arimathea se acercó al grupo.

—Creo que también nosotros podemos formar parte del grupo juvenil –dijo afablemente–. Supongo que no serán asuntos del corazón...

—Venid todos si queréis, ya que siendo cosa mía y en favor de los oprimidos, es también vuestra desde luego –contestó Yhasua–. Además, no sois ajenos a los motivos que traen con nosotros a Eliacín y Shipro.

—Sí..., sí... –dijeron varias voces a la vez–.

—La Ley dice: *“Ama a tu prójimo como a ti mismo”*, y en igualdad de circunstancias, a todos nos gustaría que se hiciese otro tanto con nosotros –añadió Nicodemus.

— ¿De qué se trata pues, como preliminar del trabajo a realizar?

—Antes, si me lo permitís –dijo el prudente siervo Eliacín–, cerraré la puerta de este compartimiento y correré cerrojos y cortinas, que en este barco no estamos solos.

—Tienes razón, Eliacín; bien se ve que estás experimentado.

Cuando todos estuvieron instalados alrededor de Yhasua, éste prosiguió:

—Aquí tenemos las recomendaciones de nuestro querido príncipe, para sus amigos en nuestro país.

"Me interesa más que ninguna, ésta dirigida al Scheiff Ilderín del Huerto de las Palmas. ¿Recuerdas, José, este nombre?

—Claro que sí. Es quien me dio aquel misterioso billete escrito en el hipogeo de Mizraim.

—La actual personalidad de Adamú, que dio nombre a nuestra civilización –dijo Gamaliel–. Justamente, lee, lee, Yhasua, que esto debe ser interesante. Yhasua abrió el papiro y leyó:

—"Alejandría a días veinte de Nizan del año 3250 del Mizraim.

"Al Scheiff Ilderín de Bosra con quien sea la paz de Dios.

"Hace veinte años salvaste la vida a tres extranjeros que salían de los Montes de Moab, donde se habían refugiado huyendo de la cólera de Herodes el Idumeo.

"Recordarás buen Scheiff, los relatos que te hicimos de aquella luz misteriosa que nos guió hasta Betlehem, donde había nacido el que esperaba el mundo de los idealistas, buscadores de justicia y de verdad.

"El portador de la presente es aquel niño del cual te hablaron los tres extranjeros perseguidos, el que Israel espera anunciado por sus profetas. Y si Dios te entrega así su secreto, es porque tú lo mereces y porque sabes lo que te corresponde hacer.

"El joven profeta Yhasua de Nazareth, hijo de Yhosep y de Myriam de la estirpe de David, te dirá lo que pueda necesitar de ti en auxilio de las obras que deba realizar.

"Tu buen sentido y noble corazón no necesita de otras explicaciones; bien lo sé, porque te conozco.

"Para servirte siempre.

"Melchor de Heliópolis, príncipe de Horeb".

— ¡Soberbio!

— ¡Colosal!

— ¡Magnífico!

— ¡Estupendo!...

Tales fueron las exclamaciones que se oyeron a la terminación de la lectura de la carta.

—Esto quiere decir –añadió José de Arimathea–, ¡que vamos entrando en la etapa de actividades misioneras, con las cuales no habíamos pensado encontrarnos aún!

—Es que ya era tiempo de salir del ostracismo y de la oscuridad –dijo con brío Nicolás de Damasco.

—En verdad –añadió Nicodemus–, el pueblo de Israel, y con él todo el

cercano oriente, grita en todos los tonos por un salvador de las injusticias que sufre. La hora de los profetas es ésta, y ante Dios seremos culpables si la dejamos pasar sin movernos.

— ¡Y pensar que un extranjero ha venido a dar la primera clarinada! –añadió Gamaliel, disgustado de su propia incapacidad.

Todos miraban a Yhasua que en silencio miraba la carta abierta que tenía en sus manos.

Faqui con sus negros ojos iluminados por una extraña luz, devoraba con su mirada a su silencioso amigo que no daba señales de oír lo que en torno suyo se hablaba.

—Yhasua –le dijo por fin José de Arimathea–. De ti se trata. ¿No respondes nada?

Yhasua dio un gran suspiro y levantando sus ojos llenos de una dulce tristeza contestó así:

—Vosotros sabréis sin duda todo el alcance de lo que estáis diciendo. Melchor lo sabrá también. Pero aquí dentro de mi Yo, el Padre Celestial no habló todavía. Os digo toda la verdad.

— ¡Pronto hablará, Yhasua!... –exclamaron varias voces a la vez.

—La hora de Dios no ha sonado aún por lo que se ve –añadió José de Arimathea.

—A veces suele acontecer con los grandes enviados, que un acontecimiento inesperado descorre ante ellos el velo del enigma y del misterio que les envuelve, y se encuentran de pronto con su camino abierto y la marcha iniciada. –Esto último lo dijo Nicodemus que percibió el dolor que esta conversación causaba a Yhasua, y quiso desviarla un tanto–. ¿Por qué no continuamos leyendo las recomendaciones del buen príncipe Melchor?

Yhasua tomó otro de los papiros y lo abrió. Decía así:

—"Al príncipe Sallun de Lohes, sea la paz de Dios y a todos los suyos:

"En veinte años de amistad, ¡oh, príncipe de Israel! creo que hemos llegado a conocernos y a amarnos. Cuando os conocí estabais en vuestra hora de prueba, perseguido por la ambición y la codicia de Herodes, y ese dolor nos unió más estrechamente.

"No habréis olvidado seguramente, la noche que juntos pasamos en el khan de las afueras de Betlehem, a la espera de encontrar el sitio en que se hallaba el niño extraordinario que buscábamos.

"Nuestro maravilloso relato que tanto os interesó, en estos veinte años se ha confirmado más y más, como he tenido oportunidad de deciros en las pocas veces que nos hemos visto después.

"El portador de esta epístola, es el niño aquel cuya aparición en Israel fue anunciada por los astros. En misión de estudio ha estado aquí en Alejandría y vuelve a su país cargado con las verdades históricas que

buscaba. El anunciado por vuestros profetas se acerca a la gran hora de su vida según mi parecer. Y así como veinte años atrás os anuncié su nacimiento, ahora lo hago con respecto al comienzo de sus obras de justicia, de salvación y de amor.

"Sé que os doy un gran placer en proporcionaros este acercamiento. Haced por él mucho más de lo que haríais por mí. Él mismo os dirá, si alguna vez necesita de vos.

"Soy siempre vuestro aliado y amigo para el servicio de Dios.

"Melchor de Heliópolis, príncipe de Horeb".

— ¡La cosa marcha, Yhasua, no hay nada que hacer! –exclamó Nicolás de Damasco.

—Marcha demasiado aprisa en el sentir del buen príncipe Melchor, que sigue viendo la luz que le guió hasta Betlehem –contestó Yhasua–.

"Si ha de ser como él dice, hay que confesar que es un vidente premonitorio asombroso. Pero os ruego no comentar las cartas y que cada cual se forme su propio criterio en silencio.

—Bien, bien, Yhasua, continúa leyendo. –Este abrió otro papiro y leyó:

—"Al príncipe Ezer de Beth-Sur, la paz de Dios por siempre para él y todos los suyos.

"Bien sabéis que no tuvimos éxito en nuestra búsqueda de la desventurada familia de vuestro pariente y amigo mío, el príncipe Ithamar hijo de Abdi-Hur de Jerusalén. En la pasada luna me llegó desde Antioquía un mensaje por el cual podemos pensar que son vivos, y que el joven príncipe Judá, a la sazón de veinticuatro años de edad, se oculta bajo un nombre supuesto, con el cual ha hecho una brillante carrera en Roma.

"También estáis enterado por mí, desde hace veinte años, de que vengo siguiendo una luz superior que habla a mi espíritu de salvación, de justicia y de paz para todos los oprimidos del mundo y en especial de nuestro azotado oriente

"Aquel niño que nos llevó a Gaspar, Baltasar y a mí a vuestro país, donde estuvimos a punto de perder la vida, es ya un joven entrado a los veintiún años, y es el portador de esta epístola que él en persona entregará en vuestras manos. Dios realiza por él obras que entre los hombres son milagrosas, pero para los que estudiamos la Divina Sabiduría, son sencillamente la demostración de que el Supremo Señor ha pasado a él sus fuerzas y poderes infinitos.

"Para mí, es el anunciado por vuestros profetas y el que Israel espera. Vos juzgaréis.

"Está vinculado por su incomparable amor, a los que sufren con el asunto del príncipe Ithamar, por lo cual creo que ahora se obtendrá un éxito más lisonjero.

“Él os dirá cuanto sea necesario en unificación de esfuerzos para toda obra digna de hijos de Dios.

“Quedo siempre vuestro fiel amigo y aliado para todo lo que signifique justicia y salvación.

“Melchor de Heliópolis, príncipe de Horeb”.

—Con vuestro permiso –dijo tímidamente Eliacín–, yo conozco al buen príncipe Ezer, primo de mi amo Ithamar, y por un viajero que llegó con la caravana de Beerseba a Heliópolis, supe que la persecución del Procurador romano seguía contra los más ricos príncipes judíos; entre ellos el príncipe de Beth-Sur a quien va dirigida esta carta, por la razón de que había hecho indagaciones para encontrar la familia de mi amo, y que le fueran devueltos sus bienes y sus derechos.

“Su familia estaba oculta en el Bosque de los Rebaños al sudeste de Betlehem, donde los pastores más pudientes tienen construidas fuertes cabañas de piedra, para defender sus ganados de las fieras.

—Justamente –decía Yhasua con bien marcada indignación–, allí donde se resguardan los rebaños de la voracidad de las fieras, debe refugiarse una familia perseguida por hombres..., fieras humanas, cuyas garras alcanzan mucho más lejos que las del tigre y la pantera...

— ¿Qué tiempo hace de esta noticia? –preguntó Faqui.

—Va para dos años –contestó Eliacín–. Todo será probar, pues yo sé dónde queda en Jerusalén el palacio del príncipe Ezer de Beth-Sur.

—Mi madre lo sabrá todo –observó Shipro–, puesto que ella todo lo escucha en la plaza del mercado.

—Sí, tienes razón, Shipro. Lo primero será buscar a tu madre –contestó Yhasua.

—Sigamos con las cartas si te parece –dijo José de Arimathea–, pues presumo que nuestro amigo Melchor nos abre amplio camino para muchas obras a realizar.

Yhasua abrió otra de las misivas y leyó:

—“A Jesuá hijo de Abinoan, príncipe de Mizpa y de Jerusalén, sea la paz de Dios y para todos los suyos.

“Mi buen príncipe amigo: En tu última epístola que me llegó a Heliópolis cuando yo salí en viaje para el Sahara Central, por lo cual tardé tres lunas en enterarme de su contenido, me relatabas las luchas sordas y ardientes entre los rigoristas fariseos de Ismael, y los nobles príncipes saduceos de Anás hijo de Seth.

“Habitando el Pontífice Ismael en el palacio del Monte Sión juntamente con las águilas romanas, bien se comprende las persecuciones sistemáticas contra la nobleza saducea, que deberá defenderse de dos fuerzas poderosas: el alto clero que responde a Ismael con los fariseos, almas de espías; y la codicia de los potentados romanos que vienen a

nuestras tierras de oriente, con la única mira de levantarse fortunas fabulosas mediante el latrocinio y el despojo.

"Sabes bien que soy amigo y aliado de todo el que anhela la justicia y la concordia, la libertad y la paz, para el oriente oprimido por los invasores de occidente.

"Con el joven portador de esta epístola, podrás esclarecer tus preocupaciones referentes a aquel niño misterioso, en cuyo seguimiento fuimos hace ya veinte años tres viajeros del lejano oriente. Apareció y desapareció como tú me decías una vez. "Si en él, está encarnado el que espera Israel, ¿por qué se oculta dejándonos en la ansiedad y las tinieblas?"

"Así era tu pregunta, a la cual espero que encontrarás respuesta si hablas en intimidad y confianza con este joven portador de mi carta.

"Es discípulo de la alta Escuela de los Esenios de Moab, del Hermón y del Tabor, con lo cual te está dicho todo en cuanto a sus conocimientos sobre los designios de Dios y sus misteriosos caminos.

"Obras de misericordia y de salvación tiene en sus manos, en las cuales podrás ayudarle con tu alta posición en Jerusalén. Haz por él más de lo que harías por este fiel amigo, que lo será siempre para el bien y la justicia.

"Melchor de Heliópolis, príncipe de Horeb".

—Falta la última –dijo Yhasua–, y es ésta para el comerciante de Antioquía.

—Oigamos –dijeron varias voces a la vez.

—"Al buen amigo Simónides de Judea, paz de Dios, prosperidad y abundancia.

"Con la llegada de vuestro último barco a este puerto de Rafia, me pedías órdenes referentes a girarme o no los intereses de mis dineros que están en vuestro poder.

"Cuando os hice depositario hace cuatro años de ese capital, os dije que lo hacía con miras a un futuro acaso lejano, y porque me consideraba vinculado a una obra de liberación y de justicia para los oprimidos de nuestros pueblos de oriente.

"Estoy en la persuasión de que esa obra está cercana, y como no puedo precisar el modo y forma en que ella se llevará a cabo, os pido retengáis en vuestro poder, capital e intereses para cuando llegue el momento oportuno.

"El portador de esta epístola, educado en la Escuela de los antiguos profetas de Israel, podrá orientar vuestro espíritu y a la vez aliviar vuestro cuerpo, atrofiado por las torturas que os dieron los déspotas erigidos en amos en esta época triste para estos países que claman por su libertad.

"Por razones que él mismo os dirá, está empeñado en la misma obra que os ocupa a vos, referente a la infortunada familia del príncipe

Ithamar, vuestro antiguo patrón, a cuya fidelidad habéis sacrificado hasta vuestro propio cuerpo, hoy inválido.

"Confiad en él más que confiaríais en mí, no obstante su juventud. Tiene veinte años, y veinte años hace que le conozco. Consecuente amigo, vuestro siempre Melchor de Heliópolis, príncipe de Horeb".

—He aquí cinco epístolas que si cayeran en manos de los agentes de Roma, eran el mejor pasaporte para la Torre Antonia o para colgarnos de un madero en el Monte de las Calaveras –dijo riendo Gamaliel.

—No debe llevarlas Yhasua, en su saquito, las llevaré yo aquí bajo mi túnica, atadas a mi propio cuerpo –dijo José de Arimathea.

—No, no –observó Nicolás–, debemos cargar todos con la responsabilidad de ellas, y cada uno de nosotros lleve una. A repartirlas pues.

—La que había de llevar Yhasua o sea la quinta, la llevaré yo muy gustosamente –dijo Faqui con su vehemencia habitual.

—Mejor de todo será –añadió el silencioso siervo Eliacín–, que las lleve yo todas juntas. Vosotros todos por lo que veo, estáis realizando obras de gran mérito; yo no soy capaz de nada y no tengo hijos, por lo cual mi vida es la menos importante de todas. Dejadme pues que las lleve yo sobre mi cuerpo.

Yhasua que hasta entonces había guardado silencio dijo de pronto:

—Todas las vidas valen más que cualquier tesoro de este mundo y todo puede arreglarse con justicia y sabiduría. Dejadme hacer.

Y enseguida tomó el saco en que estaban todos los tubos de los papiros, y envueltas entre aquellos rollos, las epístolas de Melchor, las puso de nuevo entre sus tubos respectivos, y cubiertos entre ropas sin importancia guardó todo en el saco de piel de focas, ajustó bien el cerrojo, echó la llave, y ésta la tiró al mar.

— ¿Qué hiciste Yhasua? –preguntó alarmado José de Arimathea.

—Hice al mar responsable y dueño de este saco hasta que lleguemos a Gaza.

—Todos sabemos lo que el saco encierra. Si al desembarcar hubiese algún peligro o fuésemos registrados, a ninguno se le encuentra nada. Llegados a nuestro destino, romperemos el saco, que desde luego vale menos que una vida humana.

—Yhasua todo lo hace bien –dijo Faqui entusiasmado–. Si fueras tú el César romano, ¡qué dichoso sería este mundo! ¡Oh, hijo de David! A veces pienso que Amanai se olvida de la humanidad de esta tierra.

— ¡O que la humanidad se olvidó de Él, Faqui, dirías mejor! –le observó el joven Maestro.

—En todas esas epístolas de Melchor se deja traslucir la convicción que él tiene de que tú, Yhasua, has venido a la vida física para hacer algo muy grande en favor de los pueblos oprimidos. En este pobre saco que

acabas de cerrar, están las llaves, puede decirse, de todas las puertas que se abrirán para darte paso y facilitar tus actividades. ¿Qué será, Yhasua, qué será eso tan grandioso que debes hacer?

Yhasua sonreía afablemente ante la vehemencia de Faqui, y los cuatro doctores de Israel sonreían también esperando la respuesta del joven Maestro ante la interrogación tan incisiva del joven africano.

—Yo pienso que en verdad, ha llegado la hora de que la humanidad de este mundo vuelva a Dios del cual ha huido en su gran mayoría, y sólo pequeñas agrupaciones en nuestro oprimido oriente, claman a la Divina Misericordia esperándolo todo de ella.

"Estoy asimismo dispuesto a hacer de mi parte todo cuanto alcancen mis fuerzas, para que Dios vuelva a reinar en todas las almas.

"Creo que todos vosotros estáis animados de estos mismos sentimientos. ¿No es ésta la verdad?

—Sí..., sí..., claro que lo es –contestaron varias voces a la vez.

—Entonces, no debéis decir y repetir una y otra vez que "yo tengo que hacer una gran obra". La tenemos que hacer entre todos los que comprendemos que ha llegado la hora de hacerla. ¿Estamos de acuerdo?

— ¡Muy bien, Yhasua, muy bien! Acabas de decir la gran palabra –dijo José de Arimathea–. ¡Tú entre nosotros! ¡Nosotros alrededor de ti!

— ¡Y otros muchos que seguirán!... –dijo Gamaliel–, que en Jerusalén, están ardiendo muchas lamparillas ocultas bajo el celemín.

—Y bajo los platanares del río Orontes, y en las faldas del Líbano hasta Damasco, se estudian como nunca los profetas para arrancarles el secreto de la hora precisa que marca la salvación –dijo a su vez Nicolás con vehemencia.

—En verdad –añadió Nicodemus–, que la fiebre por la liberación va llegando a un punto ya casi incontenible. Y ahora se recuerda con insistencia entre los ancianos del pueblo en Jerusalén, de que hace veinte años, tres magos del oriente llegaron diciendo que había nacido el Cristo anunciado por los profetas, que los astros habían marcado la hora y lugar de su nacimiento, que Herodes desató su furia y llenó de sangre a Betlehem para exterminar al rey de Israel que había nacido. Y, ¿qué se hizo de él, y por qué se oculta de su pueblo que le espera? Esto es lo que preguntan todos.

—Todo llega a su tiempo –dijo José nuevamente–. Yo veo allá muy hondo en mi mundo interno que nos acercamos a grandes jornadas hacia la meta de este camino. Los acontecimientos mismos nos van empujando hacia él. Y hay que confesar que la clarividencia del príncipe Melchor nos ha subido de un salto sobre una cima, desde la cual vemos un horizonte mucho más amplio de lo que antes veíamos. ¡El instrumento de Dios es Yhasua, no se puede negar!... pero como él

mismo lo ha dicho, todos nosotros y otros muchos que esperan la clarinada de alerta, debemos ceñirnos bien el cinturón y empuñar el báculo de las grandes andanzas porque la hora llega.

Tres días después nuestros viajeros desembarcaban en Gaza donde nadie les esperaba, porque no habían dado aviso alguno de su llegada. Todos juntos siguieron viaje a Betlehem de inmediato, pues allí les esperaba la familia de Yhasua en la vieja casa de Elcana que ya conoce el lector.

Las tiernas quejas de Myriam por la tardanza, se esfumaron pronto en la dulce alegría de tener de nuevo al hijo bien amado al alcance de sus brazos.

Habían llegado cerca del mediodía, por lo cual quiso el hospitalario Elcana celebrar el regreso con una comida en conjunto.

—Elcana –díjole José de Arimathea–, te apresuras a obsequiarnos con una bien servida mesa, creyendo sin duda que esto es bienvenida y a la vez despedida para largo tiempo, pero te doy la noticia que nos adueñamos de tu casa, lo menos por tres días.

—Tanto mejor –exclamaba el amo de casa–, así escucharemos las impresiones que traéis del lejano Egipto.

Yhasua con sus padres había hecho un aparte, en que ellos le referían sin duda acontecimientos familiares en su casa de Nazareth, en la pintoresca Galilea de los huertos sombríos y de los valles rientes, llenos de gaviotas, de pajarillos y de flores.

—Tenemos que partir pronto –decía Myriam–, porque tu tío Jaime, tu hermano Yhosuelín y la hacendosa Ana, nos esperan impacientes.

En esto se oyó la voz de José de Arimathea que decía:

—Concedednos dos días de reunión aquí para concretar el programa que hemos de seguir. Traemos entre manos muy importantes trabajos, que esta noche a la hora de la quietud os comunicaremos.

—Es bien que lo anunciemos si os parece a los amigos de aquí. Ya sabéis que Josías, Alfeo y Eleazar son con nosotros una misma cosa desde hace más de veinte años –observó Elcana.

—Desde luego –contestaron varias voces–, pues ellos tendrán gran parte en las tareas a realizar.

— ¡Y son tan fieles para Yhasua! –añadió Yhosep, su padre, que sentía gran afecto por los amigos betlehemitas.

—Yhasua, hijo mío –dijo de pronto Myriam–. ¿Han venido con vosotros aquellos dos hombres que están bajo el cobertizo con tantos sacos y mantas?

Yhasua miró hacia donde su madre indicaba.

— ¡Ah, sí!... ¡Eliacín y Shipro!...

Y salió rápidamente hacia ellos.

— ¿Por qué os quedasteis aquí? Nosotros no somos familias de príncipes para que guardéis esta etiqueta. Venid conmigo y os haré conocer a mis padres.

Yhasua tomó el saco cuya llave arrojó al mar y seguido de los dos siervos entró al gran pórtico de la casa donde estaban todos reunidos.

— ¿Ves, Elcana, este saco? –preguntó Nicodemus–. ¡Si supieras qué tesoros de verdades ocultas guarda!

"¡Y qué pródigas fueron con nosotros las arenas del desierto!...

—Estos dos amigos, madre –decía Yhasua presentando los dos siervos–, quedan recomendados a tu cuidado y ternura. Con decirte que vienen enviados por nuestro gran amigo el príncipe Melchor, te lo digo todo.

— ¿Le has visto hijo mío, le has visto? –preguntaba Myriam, como hablando de un ser cuyo recuerdo conservaba con inmenso amor.

—Estuve con él todo el tiempo que falté de aquí –le contestó su hijo.

— ¡Y yo que no le veo desde que estuvimos en el Monte Hermón, cuando tú sólo tenías seis años! ¡Cuánta gratitud le debemos!

—Aquí tienes este don que viene de su mano –dijo Yhasua sacándose el anillo que Melchor le diera al despedirse y poniéndolo en el dedo anular de su madre.

—Siempre el mismo, que por donde pasa va derramando dones –decía Myriam–. Que el Señor le colme de paz y abundancia.

Como el frío se hacía sentir muy intenso, todos se refugiaron en la inmensa cocina, donde el hogar ardía alegremente y el hornillo familiar despedía ese agradable olor de pan cuando está dorado y listo para llevar a la mesa.

Sara la hacendosa ama de casa, ayudada por Myriam, hicieron los honores de aquella vieja mesa de encina, encima de la cual, veinte años atrás habían celebrado con un vino de júbilo y de gloria, el nacimiento de Yhasua, entre el esplendor de la gloria de Dios, que se hacía sentir en las voces celestiales que cantaban:

"Gloria a Dios en lo más alto de los cielos, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad".

Eliacín y Shipro, los dos humildes siervos, estaban mudos por la emoción de verse tratados como familia por los padres de Yhasua y los amos de casa, para quienes veían claro, que su amo actual el príncipe Melchor, guardaba tanto respeto y deferencia.

Cuando Yhasua presentó a sus padres el nuevo amigo, que había conquistado en Egipto, el Hack-Ben Faqui, que tan ardientemente le amaba, la dulce Myriam acogiéndole afablemente le decía:

— ¡Cuán parecido es al príncipe Melchor! Casi tanto como un hijo a su padre. ¿Son acaso familia?

—En el amor somos padre e hijo, pero no por la sangre. Tal como Yhasua y yo, que nos tenemos amor de hermanos, únicamente porque los corazones laten al mismo tono. Tú, sí, madre feliz, que no puedes negar que lo eres de este gran hijo de David. Y a tu padre, Yhasua, en mi tierra se lo tomaría por uno de esos genios benéficos que hacen descender la lluvia refrescante cuando nos abrasa la sequía del desierto.

"Tal como me figuraba a los tuyos, así los encontré; familia de patriarcas que son dulzura de paz y sabiduría de buen consejo.

—Me agrada mucho tu amigo africano, y más, porque sé que fue el príncipe Melchor quien lo acercó a ti, Yhasua –decía a su vez Myriam con su dulzura habitual.

En estas y otras naturales explicaciones propias de las circunstancias y que el lector comprenderá muy bien, transcurrió la comida y sobremesa, pasada la cual, los dos siervos que nada tenían que hacer allí, siguieron viaje a Jerusalén en busca de la madre de Shipro y hermana de Eliacín, para hacer las averiguaciones necesarias al asunto que les había traído desde Alejandría.

Los demás partirían hacia Jerusalén tres días después, quedando convenidos en encontrarse en la casa particular de Nicodemus por ser la más apartada de los sitios frecuentados por los agentes y allegados al gobierno romano. Habitada por una anciana viuda con sus dos hijas ya mayores, que sólo se ocupaban de obras de misericordia, nadie podría sospechar que los que allí llegasen llevarían otros fines que los de la caridad.

Además, la casa particular de Nicodemus, por estar cercana a la puerta llamada *del Pescado* que era la primera en abrirse a la madrugada y la última en cerrarse a la noche, y que coincidía a la vez con la proximidad relativa al abandonado palacio de la familia desaparecida y despojada, habitado únicamente por la sierva fiel, madre de Shipro, venía a ser como un sitio estratégico hasta para los terapeutas peregrinos que solían hospedarse allí.

Ana, la esposa de Nicodemus, con sus niños, pasaba la mayor parte del año en el hermoso huerto que la familia poseía en Nicópolis, a los fines de cuidar aquella gran posesión, cuyos olivares y viñedos eran uno de sus medios de vida.

En muchas oportunidades análogas, habían utilizado la antigua casona de la madre de Nicodemus para asuntos delicados que exigían silencio y discreción.

—De aquí a tres días estaré yo en Jerusalén –les había dicho Yhasua al despedirse de ambos siervos–. Haced las averiguaciones que necesitamos, y a la noche a primera hora, id a estas señas que os doy y entrad sin llamar por el portal del establo, donde siempre está el guardián que ya habrá sido avisado.

“¡Y ánimo y buena suerte que ya debemos empezar nuestra tarea de salvación y justicia para los que sufren!

Estas palabras pronunciadas con ese interno fuego de amor al prójimo que el joven Maestro encendía en todos cuantos llegaban hasta él, llenaron de esperanza y energías a los dos criados, que al embarcarse en Alejandría, casi habían creído que este viaje sería para recoger un desengaño más.

— ¡Qué hombre es éste, casi un adolescente! –decía Eliacín a su sobrino–, y ejerce un dominio y una fuerza que uno se siente subyugado por él.

—Es verdad –contestaba el jovenzuelo–. ¡Sin saber cómo ni por qué, estoy convencido de que en esta oportunidad, todo se va a esclarecer porque lo quiere él!

Mientras ellos se encaminan a la ciudad sagrada de Israel, observemos lector amigo, lo que ocurre en torno a Yhasua en la vieja casa de Elcana el tejedor.

Este mandó a buscar a sus consecuentes amigos: Alfeo, Josías y Eleazar, con los cuales debían compartir la reunión de esa noche.

Si los hallazgos realizados en Egipto, en el hipogeo de Mizraim sepultado en las arenas junto a las grandes pirámides, eran interesantes y muy dignos de atención, más lo eran las epístolas de recomendación del príncipe Melchor que a todas luces daban a entender que los tiempos apremiaban y que debían ponerse en actividad los que se consideraban comprometidos en la gran obra de la salvación de Israel, y con él, de todos los oprimidos.

Yhosep con Myriam y Sara asistieron también a la reunión en el gran cenáculo, después de haber tenido la precaución de cerrar puertas y pasillos y correr las pesadas cortinas de damasco que impedían traslucir desde la calle vislumbre de luces y murmullos de voces.

—Aunque Herodes el usurpador ya se pudrió en la tumba; y su heredero Arquelao toma el fresco desterrado en la Galia –decía Elcana–, aún quedan buenos sabuesos en Judea, que andan a la pesca de lo que se piensa y se habla en las viejas casas de los hijos de Israel, fieles a la Ley.

“Digo esto, para que no os extrañéis de todas las precauciones que tomo.

—Estamos bien resguardados –dijo Josías–, pues nosotros tres hemos traído cada uno su criado de confianza, que con los tuyos, velan en torno de la casa.

—Cualquiera diría que estamos tramando una conspiración –decía riendo Gamaliel–. ¿Tanta llama arrojan las hogueras que así teméis un incendio?

—Algo hay de novedad –contestó Elcana–. El pasado sábado acudimos a Jerusalén para llevar nuestros dones al templo, y nos hallamos con una gran alarma en el pueblo, porque ha sido redoblada la guarnición del palacio del Monte Sión y de la Torre Antonia. En todos esos alrededores no se ven más que yelmos y lanzas, y una soldadesca despótica y altanera que acaba de trastornar el juicio a los ya cansados hermanos nuestros, que se ven vigilados hasta cuando entran y salen del templo.

"La galería cubierta con que Herodes hizo comunicar la Torre Antonia con el santo lugar de oración, está a todas horas llena de soldados, y desde los terrados altos de la Torre, vigilan sin cesar los claustros exteriores.

— ¿Y a qué se debe este cambio de decoración? –preguntó José de Arimathea.

—De cierto nada sabemos; pero hay rumores de un levantamiento de los nobles, no contra el César, que a veces ignora lo que aquí pasa, sino en contra del gobernador Graco, que como ha cometido tantos atropellos en Judea, ha establecido su residencia en Cesarea, según dicen para estar más cerca del mar, donde tiene amarrado un barco por si se ve en aprietos poder escapar libremente.

"Para despojar impunemente a los más ricos príncipes judíos, inventó planes de asesinato contra él; ahora que tantos crímenes le muerden la conciencia, teme, con razón, una venganza de sus víctimas. Eso es todo –arguyó Eleazar–. Nuestro gran amigo el príncipe Ezer de Beth-Sur, que es quien ha comprado siempre nuestros productos y los embarca en Ascalón en acuerdo con los barcos del difunto príncipe Ithamar, ha estado a punto de caer también en las redes diabólicas del gobernador Graco. Fue avisado a tiempo, pero ya sabe que está en lista.

—Día por día se va haciendo más y más intolerable la situación de nuestro país –añadió Alfeo–. Los que vivimos semidesconocidos en la oscuridad, no presentamos blanco codiciable a estos piratas de toga, pero como vivimos en cierto modo a la sombra de los grandes capitales que son los que mueven el comercio en el país, de rechazo nos vienen a todos los perjuicios.

—Es así de cualquier forma que se mire –afirmaba a su vez Josías–. Y sin ir más lejos, veréis. Debido a la persecución desatada contra la familia y bienes del príncipe Ithamar de Jerusalén, su compañía naviera tuvo que retirarse de Tiro, y trasladar su sede a Antioquía para ampararse bajo la inmediata autoridad del Cónsul que parece no ser tan mala persona. Esto como es natural, hace menos frecuente la llegada de sus barcos a Ascalón, y ahora sólo viene uno cada dos meses, cuando antes teníamos dos por mes.

—Sin contar –continuó Eleazar–, con que los barcos han debido aumentar su tripulación y armarlos como si fueran barcos de guerra, para

lo que pueda sobrevenir. Se dice en voz baja que Graco tiene contrato con los mismos piratas contra quienes César manda sus galeras, para asaltar los buques mercantes que él les indica. Así es como fue asesinado el príncipe Ithamar.

—En esta última luna que vosotros habéis pasado en Egipto –añadió Elcana–, se ha removido todo este nidal de víboras en un tumulto callejero que ocurrió a raíz de la llegada de refuerzos a la guarnición.

—Ya veis –decía José de Arimathea, que, como todos los recién llegados, escuchaba en silencio–; todo esto parece indicar que debemos unirnos en silencio y prepararnos para acontecimientos que no tardarán en llegar.

—En verdad –dijo Yhosep interviniendo en la conversación–; parece que hay mar de fondo en todo el país. Mi hijo Yhosuelín me escribió con la última caravana que en Galilea empiezan a desaparecer muchachos jóvenes y que se ignora su paradero. Hay quienes sospechan que pasan el Jordán, y en el país de los hauranitas en los Montes Basán, se organizan con fines de liberación del país.

Sara y Myriam hicieron una exclamación de horror y de espanto ante la visión de luchas de muerte, que parecía amenazarlos.

—Mientras tanto, ¿qué dicen nuestros Ancianos? –preguntó Nicolás de Damasco.

— ¡Qué han de decir!... Que hace falta un hombre que los una a todos como si fueran uno solo. Es por eso que ahora revive como una llama casi extinguida el pensamiento de aquellos tres extranjeros que hace veinte años llegaron al país, asegurando que había nacido el Mesías anunciado por los profetas –contestó con energía Josías–.

“Si nuestro pueblo estuviera unido, no sería un gobernador Graco quien se constituía en amo y dueño de vidas y haciendas.

—Naturalmente –contestó Nicodemus–. Nuestro mal está ahí. La nobleza con todos los saduceos, por un lado; los fariseos con algunos doctores y parte del clero responden al Pontífice Ismael; los samaritanos burlados y despreciados por los judíos se acercan adulones al amo que tan cerca le tienen en Cesarea; los galileos, amigos de todos los extranjeros que buscan fértiles valles y sus risueñas montañas, no tienen mayor afán por libertarse de amos que parecen haberse ensañado contra Judea y sus principales familias.

—En Judea está el oro; en Jerusalén, residen los grandes magnates –dijo Nicodemus–. Las águilas no van a buscar los gorrioncillos que pican granos en las chozas, sino las garzas y los faisanes que duermen junto a las fuentes de mármol.

—Si me permitís –dijo Faqui–, yo soy un extranjero entre vosotros, y a más, el de menos años de todos; pero como al venir a vuestro país lo

hice siguiendo la inspiración que me ha infundido el príncipe Melchor, creo que no está fuera de lugar una palabra mía. Aún están humeantes las ruinas de nuestra Cartago, la sangre de nuestros hermanos degollados por los romanos, no se ha secado aún en las arenas del desierto. Nuestra numerosa raza Tuareg escondida en las montañas negras del Sahara Central, está organizada para ocupar su puesto si el oriente oprimido se levanta para sacudir el yugo que soporta hace más de un siglo. Estoy autorizado por mi padre, el Cheig Buya-Ben que es uno de los diez altos jefes que mandan tropas de caballería, para proponeros alianza, a fin de proteger todos juntos la salida al mundo del Mesías Salvador de Israel, acontecimiento que no puede ni debe retardarse mucho tiempo si no queremos dar al enemigo todas las ventajas que significaría nuestro retraso. Con que ya lo sabéis hermanos de Judea. Si queréis imponer el reinado del hijo de David anunciado por los profetas cuyo nacimiento marcaron los astros hace veinte años, contad con los cincuenta mil jinetes que la raza Tuareg pone a vuestra disposición".

Los ojos de todos se fijaron en el joven africano, cuya voz vibraba con tonalidades de clarín en día de batalla, y cuyo altivo continente y esbelta figura lo hacían aparecer como una hermosa estatua de bronce vestida de túnica azul. Miraron luego a Yhasua como creyéndole conocedor de estos proyectos bélicos de su nuevo amigo.

El joven Maestro, sentado entre sus padres, salió por fin de su silencio, y su voz suave y dulce resonó como una melodía en el gran cenáculo lleno de asombro y de interrogantes.

—Confieso que ignoraba por completo estos proyectos que acaba de exponer mi amigo, como él mismo puede decirlo. Creí que su viaje sólo obedecía a la tierna amistad que se despertó entre nosotros y al deseo de conocer nuestro país.

"Comprendo que no podemos ser indiferentes al dolor de nuestros hermanos y que estamos obligados a poner esfuerzo de nuestra parte para aliviar el yugo que pesa sobre todos. Nosotros los afiliados a la Fraternidad Esenia, creo que no somos libres de obrar sin ponernos antes de acuerdo con los que han sido hasta ahora nuestros conductores y guías.

"Francamente, os digo que mis puntos de vista en cuanto a la liberación son otros muy diferentes, pues estoy convencido de que mientras el hombre no se liberte a sí mismo de su pesada cadena de ambiciones, egoísmos y ruindades que le agobian, poco será si le libertamos de amos exteriores que él mismo se echa encima por su propia inferioridad. ¿Cómo y por qué vino la dominación extranjera? Porque las ambiciones de grandeza y de poder habían dividido en bandos a las clases dirigentes, y en el afán de escalar cumbres donde brilla el oro abrieron la puerta a

intrusos usurpadores que explotan justamente las discordias internas de los pueblos.

"Yo había pensado en ampliar la obra silenciosa pero eficaz de los Esenios, por medio de auxiliares voluntarios que compartan la obra de los terapeutas.

"Vosotros pensáis quizá en ejércitos armados para imponer la justicia por la fuerza. Yo pienso en ejércitos también, pero sin lanzas ni espadas, y sólo armados con la verdad, con la lealtad de unos para otros, con la instrucción necesaria para que el pueblo aprenda a pensar y razonar, desterrando la ignorancia y el fanatismo utilizados por los audaces aventureros, para dominarlo, engañándolo.

"Así interpreté las orientaciones que en las cartas del príncipe Melchor abrí ante mis ojos. Todos esos recursos materiales que esas epístolas permiten entrever, pueden ser utilizados para esta vasta red de elevación moral, de instrucción, de enseñanza al pueblo en forma de prepararlo para gobernarse por sí mismo.

"Fue Herodes un amo arbitrario y despótico hasta el grado sumo, que se aprovechó de las internas discordias para subir; la Divina Ley lo sacó de la vida física, y un nuevo amo vino sobre Israel en parecidas condiciones al anterior.

"El gobernador Graco ha encontrado dividida la nación hebrea por odios profundos. ¿Por qué odia la Judea a Samaria? ¿Por qué desprecia a Galilea? ¿No son todos descendientes de aquellas doce tribus cuyos troncos son los doce hijos de Jacob, hijo de Isaac, hijo de Abraham, favorecidos con las promesas divinas?

"Mientras existan todas estas ignorancias, rivalidades, odios y miserias, nuestro pueblo se arrastrará miserablemente, sujeto hoy a un amo, mañana a otro, hasta que sepa conformar sus pensamientos, sus obras, su vida toda, a la Divina Ley, que es el único amo justo que todo pueblo debe tener.

"Y dentro de la misma Jerusalén, ¿por qué el odio de los fariseos contra los saduceos y sus príncipes? Por la envidia que les corroe el alma, por la ambición que les acosa a todas horas. Favorecidos los fariseos con la protección de Graco, han emprendido una guerra a muerte contra la nobleza saducea en su mayor parte; se han hecho nombrar pontífices fuera de la ley, pero que responde a sus fines. ¿Qué haríamos con arrojar del país a los extranjeros, si la causa de todo mal está en el corazón mismo del pueblo?

"Tal es mi pensamiento, que puede ser equivocado. Vosotros sois libres de pensar, según vuestros propios modos de ver.

"Para mí, no es un levantamiento armado el que pondría remedio a tantos males, sino una campaña silenciosa pero decidida y firme de

unificación y concordia, de instrucción y de persuasión, que eleve el nivel moral del pueblo hasta ponerlo en condiciones de gobernarse sabiamente a sí mismo.

— ¡Muy bien, Yhasua; muy bien! –dijeron varias voces.

—Has hablado como un Maestro –añadió José de Arimathea.

—Pero esa campaña debiera ser iniciada desde arriba, o sea desde el templo mismo, desde el Sanhedrín, y acaso entonces daría el resultado que buscamos –decía Nicolás.

—Mas, como no podemos obligar a los grandes a que tomen ese camino, lo tomaremos nosotros ampliando la obra de la Fraternidad Esenia, y aunque más tarde pero llegaremos –observó Gamaliel.

Después de un largo cambio de ideas concretaron lo siguiente: Que cada cual en el lugar que habitaba o donde tenía mayores vinculaciones, invitaría a los hombres más capacitados para que en las sinagogas se empezara a propiciar la unificación de todos los hijos de Abraham, deponiendo recelos y odios injustificados y contrarios al espíritu de la Ley. Tomarían pasajes de los libros de Moisés y de los Profetas bien estudiados de antemano, y sobre ellos desenvolverían su tesis salvadora: la unificación de todos los israelitas en un solo pensar y sentir, como único medio de prepararse para conseguir la paz y la libertad.

Los cuatro amigos de Jerusalén estaban vinculados con el Gran Colegio, que después de la muerte del anciano Rector vitalicio Hillel, había sufrido algunas transformaciones introducidas por Simeón su hijo y por Shamai, ayudados por algunos doctores y sacerdotes que eran Esenios.

José de Arimathea observó que el príncipe Jesuá, hijo de Abinoan, con dominios en Jerusalén y en Mizpa, a quien estaba dirigida una de las cartas del príncipe Melchor, era tesorero del Gran Colegio, y por intermedio de él, podían llegar hasta la gran aula de donde salían los hombres doctos del país.

La epístola de Melchor dejaba entrever una amistad más íntima y familiar con él, y acaso fuera el mejor camino para entrar con acierto en el campo que se deseaba cultivar.

Quedaron en que Yhasua, con los cuatro de Jerusalén y Faqui, visitarían al príncipe Jesuá, llevando la epístola de Melchor introduciendo la conversación sobre el tema deseado, para lo cual la carta misma les presentaba todas las facilidades.

Se repartieron las zonas del país, donde cada cual tenía parientes o amigos para iniciar la gran cruzada de unificación de todo Israel, que se llamaría Santa Alianza, y tomarían las iniciales de ambas palabras como señal para conocerse los que pertenecían a ella.

Yhosep, Myriam y Sara, que sólo habían estado como escuchas en

aquella reunión, se tranquilizaron un tanto viendo que la campaña dejaba de ser bélica para convertirse en lazo de amor y de fraternidad.

—En esa forma –decía afablemente Myriam–, hasta yo puedo ayudarles cuando regresemos a nuestro nido de Nazareth.

—Y yo aquí en Betlehem y en Hebrón, donde tengo muchos parientes –añadía Sara participando del entusiasmo general.

—Yo, en Herodium –decía Josías–, tengo algunos buenos amigos.

—Yo, en Betsura –añadió Alfeo, alegremente.

—Yo, en Jericó, puedo hacer una regular cosecha –decía Eleazar, que era originario de allí.

Y Rama, Betel, Gazara, Emaús, Anatot y otros pueblos importantes vecinos de Jerusalén, sumándose en los sueños dorados de aquel puñado de idealistas que en su anhelo de mejoramiento de libertad y de paz, veían en esos momentos como cosa fácil hablar, y que de sus palabras brotaran los hechos en espléndida compensación a sus esfuerzos y a sus anhelos.

—Sea cual fuere el camino que toméis en favor de nuestros países oprimidos y vejados –decía a su vez Faqui–, yo estaré siempre por la causa de Yhasua para triunfar o morir con él.

— ¿Tú, que eres el más joven de todos, hablas de morir cuando apenas has comenzado a vivir? –le preguntó Nicodemus, que había cobrado gran simpatía al joven africano.

—Paréceme que este jovenzuelo tiene una vista muy larga, y su previsión le lleva a pensar que en la obra que iniciáis pueden correrse muchos riesgos –observó Yhosep, que en silencio analizaba las personas y sus pensamientos, puestos de manifiesto en las conversaciones que acababa de escuchar.

—Así es, padre, tal cual lo dices –afirmaba Yhasua–.

“Mañana trataremos de la raza Tuareg a que él pertenece y de todos los descubrimientos que nos ha entregado el desierto.

“Bueno será que todos los que formemos la Santa Alianza conozcamos la verdad, que nos servirá de base para la enseñanza que hemos de dar.

49
YHASUA EN JERUSALÉN

Tres días después el joven Maestro con Faqui y sus cuatro amigos se detenían en la solitaria colina en que se hallaba la tumba de David.

Allí dejaron los asnos en que habían hecho el viaje y que un criado de Elcana los volvería a Betlehem.

—Aquí está sepultado el gran rey, tu antecesor –decía Faqui a Yhasua–, y aquí vendré muchas veces a pedirle inspiración a ese genio tutelar de tu raza.

Después de un breve cambio de ideas sobre la cita que tenían pendiente con los criados de Melchor, Eliacín y Shipro, en la casa paterna de Nicodemus, se separaron. Los cuatro doctores de Israel para entrar por la puerta de Sión, y Yhasua con sus padres y Faqui por la puerta de Camarón, que es la que hoy se conoce como Puerta Mora, por hallarse muy próxima a la casa de la viuda Lía, su parienta cercana.

La cita con los criados era a la primera hora de la noche.

Los viajeros habían llegado a mitad de la tarde, por lo cual Yhasua se dispuso a ir al templo al que hacía mucho que no veía. Faqui quiso ir con él y ambos se dirigieron al pintoresco cerro sobre el cual estaba asentado el templo como una magnífica corona, sobre la cabeza de piedra de un gigante inmóvil.

El joven africano encontró hermoso el panorama de la gran ciudad de David y Salomón, edificada tan hábilmente, utilizando los altiplanos del irregular terreno que tan pronto bajaba en deliciosos declives, como subía en cerros coronados de espléndidos palacios que el genio constructor de Herodes había embellecido grandemente.

La marmórea blancura del Hípico y el Paselus y de otros palacios, cual cofres gigantescos de los más ricos mármoles, se destacaban en la falda de los cerros, resplandecientes con el sol de la tarde, y recortados sobre el azul serenísimo del cielo, con la elegancia de sus líneas del más puro estilo romano.

Las cuarenta torres de la muralla, las torres almenadas de la Ciudadela anexa a la Puerta de Jaffa, las mil torrecillas del palacio real de Monte Sión, las cúpulas de oro y azul del Templo sobre el Monte Moria, bajo aquel sol de oro pálido de un atardecer en Judea, fue espectáculo soberbio para el joven africano que venía de un país empobrecido en sus monumentos desde la destrucción de Cartago, cuya magnificencia quedara reducida a modestas aldeas que iban surgiendo lentamente como temerosas de provocar de nuevo las iras del invasor.

Cuando subían el resplandeciente graderío del Templo, vieron detenerse una gran litera frente a la Torre Antonia y que los soldados se agrupaban junto a ella para informarse del personaje que traían.

Era el comandante de la guarnición de la Torre, al cual bajaban en una camilla, y cuyos dolorosos gemidos crispaban los nervios de cuantos se encontraban cerca.

—Lo tendrás bien merecido –dijo Faqui a media voz.

—No, amigo mío –dijo el Maestro–. Acaso se encierra en esto, un senderillo de Dios. Venid conmigo.

Yhasua en diez pasos precipitados se acercó a los que bajaban la camilla cuyos rostros denotaban aflicción y espanto.

—Soy médico –dijo con voz imperativa–, dejadme asistirle.

—Entrad al pórtico de la Torre –le dijo uno de los soldados.

Yhasua continuó andando, pero ya había tomado una mano del herido cuya cabeza ensangrentada no permitía percibir sus facciones. Detrás entraron otras dos camillas con dos heridos más.

Venían del circo de Jericó, donde se habían corrido carreras de carros en las que el militar, era un campeón formidable que también esta vez como otras hubiera sido laureado a no ser por el accidente ocurrido, sus caballos desbocados habían dado vuelta su carro, y él y sus dos auxiliares habían sido arrastrados y magullados al extremo en que estaban.

Cuando entraron al pórtico de la Torre, el herido no se quejaba más.

—Ya es muerto –dijo uno de los conductores de la camilla.

—Aún no, amigo mío –contestó Yhasua–. El Comandante duerme.

Si no fuera por el espanto que dominaba a todos, se hubiesen burlado de la afirmación de Yhasua. Los otros dos heridos habían callado también en sus dolientes quejidos.

—Los tres han muerto –afirmó otro de los conductores–. La cosa no era para menos.

—No están muertos –afirmó de nuevo Yhasua–. Traedme agua por favor, y jarabe de cerezas si tenéis.

Al momento estuvieron allí tres jofainas llenas de agua y una jarra del jarabe pedido.

Yhasua auxiliado por Faqui y algunos criados, fue desabrochando las ropas y lavando las heridas del Comandante primeramente y luego pasó a los otros dos.

Con sus dedos mojados en el elixir les hacía caer gotas en los labios resecos, luego bebió él grandes sorbos y con su propia boca iba vertiendo el líquido en la boca de los heridos.

Después de repetida muchas veces esta operación, el Comandante abrió los ojos.

—Eres un judío y me curas –le dijo.

—Soy galileo –le respondió Yhasua–, y ya sabes que los galileos no odiamos a los extranjeros. Ten paz en tu alma, y serás curado.

—Que tu Dios pague tu buena acción –volvió a decir el militar romano con voz débil pero clara y comprensible.

La reacción de los otros heridos fue más lenta; ambos abrieron los ojos, pero no podían hablar, sino con sonidos guturales ininteligibles.

Los que estaban presentes no salían de su estupor y comenzaron a rodear a Yhasua de un respeto lleno de susto y casi de miedo.

—Será un mago –decía uno.

—O un profeta de esos que los hebreos veneran casi como a dioses –añadía otro en voz baja.

—Llevadme a mi despacho –dijo débilmente el Comandante–, y también a mis dos ayudantes. Por servirme, casi han perdido la vida.

—Si me permites –díjole el Maestro–, me quedaré a tu lado unos momentos más.

—Estaba por pedirte que me acompañases esta noche. Tengo confianza en ti, y quiero dejar algunas disposiciones por si he de morir.

—Aún no puedes hablar de morir –le contestó el Maestro–, porque Dios quiere que vivas.

—Podéis iros a descansar –dijo a los soldados y conductores de las camillas–. Mi amigo y yo velaremos los enfermos.

"Basta con uno que permanezca en la puerta por si necesitamos algo.

Faqui creía estar viviendo de encantamientos mágicos.

Nunca había visto nada semejante. Tranquilamente Yhasua pasaba y volvía a pasar sus dedos húmedos de agua por la garganta de los heridos que habían perdido el uso de la palabra.

El comandante que ya no sentía dolor alguno, no le quitaba la vista de encima. Diríase que un poderoso imán ataba sus miradas al rostro de Yhasua.

—Háblame –dijo imperativamente a uno de los heridos–. Quiero que me digas tu nombre.

—Gensius –dijo claramente.

—Bien, Gensius; Dios todopoderoso te devuelve la voz y el uso de la palabra para que hagas con ella mucho bien a tus semejantes.

— ¡Gracias profeta! –dijo con una voz llena de emoción.

—Ahora te toca a ti el turno –dijo al otro herido, que movió la cabeza negativamente como diciendo no puedo. Al mismo tiempo abrió la boca y Yhasua vio que la lengua era como un coágulo de sangre.

Al caer, sin duda se había mordido él mismo produciéndose una horrible desgarradura.

Alzando agua en el hueco de su mano le fue haciendo beber un breve tiempo.

Luego unió sus labios a los del herido y exhaló grandes hálitos, hondos, profundos, como si en ellos dejara su propia vida.

Se sentó en un pequeño taburete en medio a las tres camas y apoyando su frente en ambas manos, guardó un largo silencio.

Los tres heridos entraron en un sueño profundo que debió durar más o menos una hora.

Cuando se despertaron, los tres se sentaron en sus lechos y uno a los otros decían:

—Estoy curado, no tengo daño alguno.

—Ni yo tampoco –decía otro.

—Y yo estoy más sano que antes –decía el tercero.

Yhasua les miraba sonriente.

—No tienes tiempo, niño, de haber aprendido tanta ciencia. ¿Quién eres? –le preguntó el militar incorporándose hasta ponerse en pie.

—Ya te dije que soy un galileo; me llamo Yhasua, hijo de Yhosep, un artesano de Nazareth.

— ¿Cuánto te debo por lo que has hecho hoy conmigo y con éstos?

—Nada, porque es mi Dios-Amor quien os ha curado, y Él sólo pide como compensación a sus dones, que seáis buenos y misericordiosos como Él ha sido con vosotros.

—Pero, ¿no necesitas cosa alguna para tu persona, para tu vida? –volvió a preguntar el Comandante.

—Para mí nada necesito, pero puedo necesitar de vosotros como auxiliares para hacer con los que sufren como lo hice con vosotros.

—Contad con nosotros siempre y para todo lo que queráis.

—Gracias, amigos, muchas gracias. Os ruego así mismo que no divulguéis lo que habéis visto. Un médico os curó y con eso basta.

— ¡Vuestro amigo es admirable! –decía el militar dirigiéndose a Faqui, que estaba más absorto y asombrado que ellos.

— ¡En verdad es admirable! He llegado ayer de Alejandría, soy extranjero en este país, donde he venido a presenciar maravillas que nunca soñé con que fueran realidades.

—Nunca habéis pensado que hay un Dios Supremo, dador de todos los bienes –contestó Yhasua.

—Quiero conocer la ley de tu Dios, Yhasua –dijo de nuevo el romano.

—Es muy breve y muy sencilla:

“Haz con tu prójimo como quieres que se haga contigo”.

“Ama a todos tus semejantes; no odies a nadie”.

— ¿Eso es todo?

—Eso es todo, absolutamente.

“Ahora, mi amigo y yo nos vamos, porque somos esperados en otro lugar.

“¡Legionario de Roma!... –exclamó el Maestro–; que mi Dios te de su paz y espérame que vendré mañana a visitarte.

— ¡No sé si eres hombre o dios!..., pero juro por todos los dioses del Olimpo, que no olvidaré jamás lo que has hecho hoy con nosotros.

Yhasua y Faqui salieron.

—Pensaba que visitáramos el templo –dijo Yhasua a su amigo–. Mas, ya por hoy no tenemos tiempo.

—Pero has hecho una obra que vale mucho más que nuestra visita al templo –le contestó Faqui–. Aparte de tres vidas salvadas, creo que la gratitud de esos hombres servirá de mucho para abrirte camino en este embrollado laberinto de odios y persecuciones.

—Así lo creo –respondió Yhasua–. Ahora a casa, Faqui, porque mis padres nos esperan y no es justo que por consolar a unos, aflijamos a otros.

— ¡Sí..., sí, Yhasua!..., es como dicen, y como yo digo desde que te conozco:

“Tú, todo lo haces bien y como impulsado siempre por una elevada sabiduría. Vamos con tus padres.

Lía y Myriam les esperaban ya con el blanco mantel puesto en la mesa, la leche caliente, las castañas cocidas y el pan acabado de sacar del fuego.

La sencilla refección del anochecer transcurrió en medio de la alegría más completa.

¡Cuán dulce y suave es todo manjar cuando el alma está serena y la conciencia acusadora no levanta borrascas y tempestades!

Yhasua refirió a sus padres, con minuciosos detalles, su viaje a Alejandría, las noches pasadas bajo las tiendas en el desierto, en el valle de las Pirámides, todas las emocionantes escenas ocurridas en el hipogeo de Mizraim, las momias de una antigüedad milenaria, los papiros guardados entre los sarcófagos...

Yhosep, Myriam y Lía escuchaban en silencio.

—Hijo mío –dijo de pronto Yhosep–. Ahora comprendo tu misión en medio del pueblo de Israel.

“Razón tenían los tres sabios del lejano oriente cuando te visitaron en la cuna: “Este niño trae consigo todos los poderes divinos para ser el salvador del mundo”; decían a una voz.

—Nos has contado lo de Egipto, pero no lo que ha pasado esta tarde en la Torre Antonia –dijo sonriendo Lía.

— ¿Pero, cómo? ¿Ya lo sabéis?

— ¡Oh, hijo mío!, en Jerusalén se sabe todo apenas sucede. Ya sabes que los dos hijos de mi tío Simeón son levitas de servicio en el Templo, y yo mandé esta tarde mi criado a llevarles lo que ellos necesitan, según

acostumbro desde antes de morir el viejo tío. En el Templo se sabe lo que pasa en los pórticos de la Torre, como allí se sabe lo que en los atrios exteriores ocurre.

"Pero no te alarmes, que sólo se dice que dos médicos recién llegados a Jerusalén han curado a los heridos. Sólo mis primos y mi criado saben que tú, hijo mío, anduviste en este asunto.

Yhasua, algo contrariado, guardó silencio.

—Creo que no hay mal ninguno en que se sepa –dijo Faqui.

—Es que Yhasua no quiere la notoriedad para su persona –observó Myriam.

—Es prudencia –añadió Yhosep–, y yo pienso como él.

—Hay tanta mala intención en los actuales momentos en nuestro país, que pueden nacer recelos y desconfianzas de hechos tan extraordinarios.

—No temáis, nuestros levitas esenios son muy discretos, y mi criado, que nació en mi casa, es como un hijo que no hablará, si se teme perjuicio para la familia.

—Demos gracias al Supremo dador de todo bien –dijo Yhasua–, porque la curación del Comandante y sus ayudantes puede abrirnos caminos para hacer algún bien a los sepultados vivos en la Torre Antonia.

"Pensad todos en este sentido, ya que sorprendisteis el secreto.

Unos momentos después, Yhasua y Faqui se encaminaban a la antigua casa de la madre de Nicodemus, donde se encontrarían con los cuatro doctores de Israel y los dos criados del príncipe Melchor.

Estos ya estaban esperando acompañados de una mujer morena, que a pesar de no tener más de unos cincuenta años, estaba envejecida, con sus cabellos blancos y su cuerpo visiblemente agotado.

—Es mi madre –dijo Shipro, así que vio a Yhasua.

La mujer besó el manto de Yhasua, y se echó a llorar a grandes sollozos.

Yhasua la hizo sentar de nuevo, mientras le decía:

—No llores, buena mujer, que los justos como tú, deben estar siempre llenos de paz y de alegría.

"Ha llegado la hora de triunfar sobre la maldad de los hombres. Decidme las noticias que tenéis referente a la familia del llorado príncipe Ithamar.

—Son muy pocas amo –contestó la mujer–, pero una de ellas es muy buena: El amito Judá está vivo y vino a la casa de su padre en busca de noticias.

"Le llevaron de diecisiete años y ha vuelto hecho un hombre de veinticuatro años, hermoso y fuerte, tal como era el príncipe su padre, que parece haber resucitado en él. Es todo su retrato. Ha conseguido su libertad y está rico por la protección de grandes señores de Roma. Él

os contará todo mejor que yo. Pero ni él ni yo podemos averiguar nada de la ama Noemí y de su pobrecita hija, que si vive, debe tener ahora la edad de mi hijo Shipro, menos cuatro meses.

—Y ese mozo, ¿dónde está? –preguntó Yhasua.

—A su casa viene solo, ya bien entrada la noche, y no vino sino tres veces en veinte días que hace de su llegada a Jerusalén. Me dijo que no quiere ser visto en la ciudad, por temor de obstaculizar con su presencia el encuentro de su familia, pues sus enemigos le creen muerto, y en eso justamente está su seguridad.

"Se hospeda en el khan* de Betania, donde lo conocen con el nombre de Arrius *–campo cercado y cubierto en parte, donde podía hospedarse gratuitamente todo el que llegaba a una ciudad de Israel–.

"Cuando ocurrió la desgracia –siguió diciendo Amra, que así se llamaba la madre de Shipro–, se dijo que la ama y su hija fueron llevadas a la Torre Antonia. Como hasta hace un año el gobernador Graco, autor de este crimen, estaba aquí, y de él dependía la guardia de la Torre, nadie podía acercarse por las inmediaciones.

"Oí en el mercado que la nueva guarnición que llegó hace poco, es menos severa y hasta comparten juegos y diversiones con el pueblo. Desde que el gobernador está en Cesarea, no encierran a tantos en la Torre, ni se cometen tantos crímenes.

"Yo creo que el ama y su hija fueron llevadas a ese presidio, donde Graco mandaba a todos los que le estorbaban; pero no creo que estén vivas, después de siete años de martirio.

"Oí a un preso que contaba en el mercado la vida que se da a los cautivos allí. ¿Cómo puede el ama haber resistido una vida semejante?

—Has hablado bien, mujer –le dijo Yhasua–. Vuelve tranquila a la casa de tus amos, que tu abnegación y tu honradez merece la justicia de Dios, que es la única que salva las injusticias humanas.

Cuando la mujer salía, entraba Nicodemus con la noticia de que la reunión no era conveniente, porque en el Sanhedrín se averiguaba quiénes eran unos médicos extranjeros que habían curado al Comandante y sus ayudantes, cuyo estado gravísimo no podía ser curado sino por arte de magia o por un profeta de gran poder.

—Bien –dijo Yhasua–, Faqui y yo cambiaremos de trajes y nadie nos reconocerá.

"Ahora vamos al khan de Betania para encontrarnos con el hijo del príncipe Ithamar, que se hospeda allí.

— ¿Aquel joven desaparecido hace siete años? –preguntó Nicodemus.

—Justamente. La mujer que se cruzó contigo, es la madre de Shipro, que lo ha visto en la antigua casa de su padre, a donde ha venido tres veces. ¿Quieres venir con nosotros?

— ¿Podremos regresar esta noche antes de que se cierren las puertas? –interrogó Nicodemus–. El khan está más allá de las antiguas tumbas.

—Trataremos de regresar antes, y si no pudiéramos por cualquier incidente, el guardia de turno en la noche es un antiguo conocido mío –dijo Eliacín–, y por unos pocos sestercios nos abrirá con gusto el postiguillo.

—Bien, vamos pues.

—Toma mi manto azul –díjole Faqui a Yhasua–, y cubre la túnica blanca que puede ser comparada a la que vestía el mago que curó al Comandante esta tarde.

—Tienes razón, amigo mío. Ahora eres tú el que todo lo hace bien.

Los cinco hombres emprendieron la marcha.

Eliacín, el criado, habló al guardia explicándole que iban al khan de Betania por un viajero sin familia que allí se hospedaba. Los veinte sestercios que le entregó a cambio de que les abriera si volvían retrasados, pudieron más que todas las explicaciones.

Aquellos cerros cubiertos de árboles deshojados por el crudo invierno, horadados de grutas que eran tumbas, con valles negros de sombra, y flancos grisáceos cortados a pico; aquellos enormes barrancones y a la izquierda las negras profundidades del Monte de los Olivos, y todo visto sólo a la opaca claridad de las estrellas, formaba un panorama impresionante para quien no estuviese acostumbrado a tales excursiones.

Faqui, cuya estatura y fuerza de atleta le daba seguridad en todo momento, dio un brazo a Yhasua y otro a Nicodemus. Los dos criados guiaban, puesto que Eliacín conocía mucho el camino.

Desde lejos vieron la alegre hoguera que ardía en el khan.

Si en algún lugar fraternizaban de corazón los hombres, era en esos extraños hospedajes usados en el Oriente, donde todos se sentían a un mismo nivel.

Allí pernoctaban los hombres y las bestias en que habían venido montados, por lo cual se veían a la luz rojiza de la hoguera los camellos que dormitaban masticando su ración; caballos, mulos y asnos, entre fardos de equipajes y enseres de toda especie.

El guardián era pagado por los viajeros, que cada cual dejaba en su bolso, conforme a lo que podía.

—Buscamos a Arrius que se hospeda aquí –dijo Eliacín, cuando se enfrentaron con el guardián en la casilla de la puerta.

—Oh, sí, sí, el buen extranjero y su criado, que ocupan la mejor habitación del khan –contestó el guardián haciéndolos pasar–. Es la primera habitación de la derecha.

Nuestros amigos se dirigieron allí.

La luz tenue de una lámpara de aceite daba de lleno sobre el hermoso

rostro del joven príncipe Judá, convertido en Arrius el extranjero, por obra y gracia de un gobernador romano representante del César, que aunque ignorase este hecho en particular, sabía muy bien que las grandes fortunas que hacían sus prefectos o gobernadores, eran fruto de despojos y latrocinios en los países subyugados.

— ¡Amo, amito bueno! –exclamaron a la vez los dos criados tomándole una orla del manto y besándola.

— ¡Somos Eliacín y Shipro!..., ¿no nos reconocéis? Mi madre nos dijo que estabais aquí –añadió el muchacho.

El joven príncipe continuó mirándoles y sus ojos se fueron cristalizando de llanto.

—Soy un proscrito –les dijo–, ¿no teméis llegar hasta mí?

—No, amo, no. ¡Si hay que morir, moriremos junto con vos!

“Estos señores te quieren hablar, amo, porque ellos buscan también a la ama Noemí y a su hija–. Al decir esto, Eliacín se hizo a un lado, y la luz de la lámpara cayó de lleno sobre el rostro de Yhasua, que estaba adelante.

— ¡Esos ojos!... –exclamó el príncipe–. ¡Nunca pude olvidar esos ojos!..., ¿quién eres?

Diciendo esto, se había levantado acercándose a Yhasua.

—Príncipe Judá, hijo de Ithamar, a quien el Señor tenga en la paz –dijo el joven Maestro–. Un antiguo amigo de tu padre, el príncipe Melchor de Horeb te busca hace tiempo, lo mismo que a tu familia. Nosotros llegamos hace dos días de Alejandría y hemos tenido la buena suerte de encontrarte tan pronto.

Les hizo sentar en los lechos, pues no había otros asientos.

—Tú no me recordarás acaso, pero yo no he olvidado tus ojos, niño del pozo de Nazareth –dijo Judá con su bien timbrada voz cargada de emoción.

—En verdad –contestó Yhasua–, soy de Nazareth, y no recuerdo en qué ocasión puedes haberme visto.

—Hace siete años, unos soldados romanos conducían una caravana de presos destinados a galeras ancladas en Tolemaida, yo iba entre ellos, y como era el menor de todos, ya daban la orden de marchar y yo no había bebido aún. Tú corriste a acercar tu cántaro a mi boca abrasada por la sed. ¿No lo recuerdas?

—Verdaderamente no. Tantas caravanas de presos he visto pasar por el pozo de Nazareth, situado junto al camino de las caravanas; que el caso tuyo ha quedado perdido entre el montón.

—Pero yo no he olvidado tus ojos, Nazareno, y bendigo al Dios de mis padres que te coloca de nuevo ante mi vista.

—Y esta vez –dijo Yhasua–, no será tan solo para darte de beber, sino para que recobres la paz y la dicha, que en justicia te pertenece.

— ¿Y por qué te preocupas así de mi desgracia? –volvió a preguntar Judá.

—La Ley dice: Amarás a tu Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo –contestó Yhasua–.

"Por Shipro siervo tuyo, he conocido tu desgracia, y ellos me han guiado hasta ti. Yo no tengo ejército que oponer a la fuerza de que abusó Graco para caer sobre tu familia como una manada de fieras hambrientas, pero tengo la justicia de nuestro Dios en mis manos, como la tiene todo hijo suyo que obra conforme a la ley, y con ella obraremos.

"Si tu madre y tu hermana viven, volverán a tu lado, ¡oh, hijo de Ithamar, por cuya memoria te lo prometo yo en nombre de Dios!

—Y tú, ¿quién eres, nazareno, dime, quién eres? La esperanza florece al sonido de tus palabras, y hasta diríase que mis ojos ven la sombra querida de mi padre muerto, y que siento ya en mi cuello los brazos de mi madre y de mi hermana que me estrechan para no separarse más. ¿Eres un profeta o un mago, o un genio benéfico de aquellos que salen de los bosques sagrados para consolar a los hombres?

—Tú lo has dicho, Judá, soy un nazareno cuyo corazón siente hondamente el dolor humano y busca aliviarlo por todos los medios a su alcance. ¿No usaron de los poderes divinos para aliviar a los justos que sufren, Elías, Eliseo y Daniel? ¿Acaso el poder de Dios se ha consumido como la paja en el fuego?

Faqui, en silencio pensaba: "Si este joven infortunado supiera lo que de Yhasua dice el príncipe Melchor, que es el Mesías esperado por Israel..."

—Por el Huerto de las Palmas, bajo una tienda en el oasis, escuché una leyenda maravillosa de los labios de un caudillo árabe. Hace más de veinte años vinieron a Judea unos sabios del lejano Oriente guiados por una luz misteriosa hasta Betlehem, donde ellos afirmaban que había nacido el Mesías anunciado por los profetas.

"Yo era muy pequeño y mi madre me hacía orar para que si eran verdaderos esos rumores, el Mesías salvara del oprobio a su pueblo y nos devolviera a todos la paz y la justicia que nos legaron nuestros mayores. ¡Nazareno!..., ¿no has escuchado tú esta hermosa leyenda?

—Sí, y más aún, soy amigo de esos sabios y hace tres días que estuve en Alejandría con el príncipe Melchor de Horeb, uno de ellos, el menor de aquellos tres que vinieron hace veinte años.

— ¡Oh! ¡Oh, buen nazareno!... –exclamó Judá con vehemencia–, dime todo lo que sepas, porque una sibila me dijo en Roma que: "cuando el gran hombre esperado en Oriente, pasase junto a mí, todas mis desgracias serían remediadas".

"Y buscándolo vine a mi país natal. ¡Tú sabes dónde está!... ¡Dímelo, por el Dios de nuestros padres!

—Cercana está tu hora, Judá, y nuestro Dios-Amor me envía a ti como un mensajero suyo para llenar de esperanza y de fe tu corazón. Ten calma y serenidad, que si el Cristo, Hijo de Dios, está en la tierra, cerca de ti pasará, porque tu fe y tu amor así lo merecen.

"Tenemos medios para investigar en los calabozos de la Torre Antonia –dijo enseguida dando otro giro a la conversación–. Un acontecimiento inesperado nos ha vinculado al actual Comandante que gobierna el presidio y guarda el orden en la ciudad.

"Si mañana quieres permanecer todo el día en casa de tus mayores, acaso podremos llevarte buenas noticias.

—Antes, creo que debemos saber si este mozo puede entrar y salir libremente de la ciudad, o si hay vigilancia sobre él –dijo Nicodemus–, que hasta entonces había permanecido en silencio.

—Pienso –dijo Judá–, que creyéndome muerto, no pensarán que pueda resucitar para reclamar justicia a Graco, por el crimen cometido. Mi único temor consiste en que los amigos de mi padre o sus servidores, me reconozcan, ya que tanto parecido tengo con él, y que divulgada la noticia, venga la persecución.

— ¿No sería más prudente llevarle ahora con nosotros y que aguarde mañana oculto en su casa? –insinuó Faqui.

De acuerdo todos en esto, el joven príncipe llamó a su criado árabe, le avisó que entraba a la ciudad, le recomendó el cuidado de su caballo, y que si le buscaban los amigos de la montaña, les hiciera esperar hasta su regreso a la noche siguiente.

Sin saber por qué, esa palabra: los amigos de la montaña, llevó el pensamiento de Yhasua y de Faqui a lo que había dicho Yhosep en la reunión de Betlehem, que desaparecían muchachos, que cruzaban el Jordán y se perdían en los montes vecinos al desierto.

Pero guardaron silencio, y emprendieron de inmediato el regreso. La puerta había sido ya cerrada, pero el guardián, pagado de antemano, ni aún observó que venía uno más de los que habían salido.

Yhasua, con Nicodemus y Faqui, tornaron a casa de Lía, y los dos siervos siguieron a Judá hasta el solitario palacio de sus padres, donde penetraron por la puerta anexa al pajar en los establos.

Pero no bien entró en la casa de sus mayores sumida en tinieblas, el príncipe Judá, como poseído de un temerario valor, hizo saltar el enmohecido cerrojo exterior de la gran puerta principal, salió a la calle obscura y helada, y arrancó el cartel que decía: "Confiscada por el gobierno romano".

— ¿Qué hacéis, amito? –le preguntaron a la vez ambos criados.

Judá, sin contestarles, arrojó la tablilla infamatoria a los establos vacíos que ocupaban la planta baja, y volvió a cerrar por dentro con la

planchuela de bronce, con que siempre se había cerrado aquella magnífica puerta, cuyos altos relieves, e incrustaciones de bronce, le recordaban al artífice que su padre trajo de Tiro, para que la hiciera igual que la que el rey Salomón había puesto en el palacio de su primera esposa, la hija del Faraón.

Tanto como el rey-poeta había amado a su princesa egipcia, amó su padre a la dulce Noemí de los sueños de su juventud, para quien hizo construir aquel palacio de la calle del Comercio, desde cuyos terrados podía contemplar todo el hermoso panorama de la ciudad y sus pintorescos contornos.

¡Cuán inestables y efímeras habían sido, las ilusiones y las esperanzas que revolotearon como mariposas de luz bajo las bóvedas artesonadas de aquellos espléndidos salones!

En sus primeras visitas a la casa, Judá no quiso pasar nunca de la habitación de la fiel criada, anexa a la cocina de la servidumbre. Al oír el ruido de pasos y de puertas que se abrían, la buena mujer apareció azorada, con una lamparilla en la mano.

Su júbilo no tuvo límites cuando reconoció a su niño, como ella le llamaba, que recorría todas las habitaciones principales, haciendo encender en ellas algunas lámparas.

— ¡Amito!..., ya estás libre y esperas la llegada de la ama buena y de mi niña querida...

"¡Ahora quieres verlo todo! Está como el día en que os arrancaron de aquí, porque Amra no ha dejado con vida ni arañas ni polillas que destruyeran este paraíso encantado.

Cuando Judá entró en la alcoba de su madre, encortinada de azul celeste y oro..., vio su diván de reposo en el centro, donde aún descansaba el libro de los Salmos y el salterio en que ella los cantaba, su corazón sufrió una dolorosa sacudida y cayendo de rodillas hundió su cabeza en los almohadones en que ella se había apoyado, y una tempestad de sollozos resonaron sordamente en el palacio solitario.

La criada lloraba junto a él, y Eliacín y Shipro hacían inauditos esfuerzos por contener el llanto.

De pronto sintió Judá que alguien le ponía suavemente la mano sobre la cabeza. Levantó los ojos, y vio en la penumbra aquel rostro ideal con aquellos ojos que nunca pudo olvidar.

— ¡Nazareno! ¡Eres tú! –exclamó con tal acento de asombro y de amor, que los criados levantaron también los ojos buscando al personaje aludido.

Mas, nada vieron, sino a su amo que desfallecido, se dejó caer sobre el diván de su madre, sumido en un profundo letargo.

Shipro, cuyo amor a Yhasua le hacía comprender que había grandes

cosas, según él decía, en aquel hermoso y joven Maestro, tan amado del príncipe Melchor, tuvo la intuición de que Yhasua, Profeta de Jehová, se había aparecido como una visión a su amito Judá para consolarle en su sombría desesperación. Y así era en efecto.

— ¿No se me apareció a mí en el desierto cuando yo, sólo en el mundo, lloraba abrazado a mi camello? –se preguntaba.

Y dudando si había sido sólo una visión o presencia personal, Shipro tomó la lamparilla de su madre, que estaba más muerta que viva sentada en el pavimento de la alcoba, y comenzó a correr por todas las salas, pasillos y escaleras, creyendo percibir por momentos la blanca túnica de aquel joven Maestro que se había acercado con tanto amor a él..., un mísero criado que no valía más que una arenilla en el desierto. Cansado de buscar volvió, y el príncipe Judá aún seguía durmiendo.

Los criados pusieron fuego en los braseros para templar el helado ambiente de aquella alcoba, cubrieron de mantas a su amo, y se quedaron a su lado esperando su despertar.

A la mañana siguiente, cuando Myriam servía el desayuno a su hijo, le decía:

—Anoche, hasta que os vi llegar, estuve sobresaltada por ti. No te expongas a ningún peligro, hijo mío, acuérdate que tienes padres.

— ¡Pero madre!... –le contestaba él riendo–. Con este atleta al lado, con el guardián Nicodemus y dos siervos fieles, ¿aún temes por tu hijo?

Poco después Yhasua se dirigió al templo acompañado de Faqui.

El joven africano prestaba gran atención a las explicaciones que Yhasua le daba de cuanto veía referente a los rituales de práctica.

La riqueza de aquella ornamentación, el artesonado de muros y techumbre, el oro y plata de candelabros, incensarios y pedestales, eran en verdad deslumbrantes. El pensamiento se remontaba diez siglos atrás, y veía a Salomón consagrando aquel templo a Jehová y bendiciendo al pueblo fiel y amante que se había desprendido de sus joyas de oro y piedras preciosas, para enriquecerlo y adornarlo en honra a Jehová.

— ¿Qué es mayor, Faqui?... –preguntaba el joven Maestro a su amigo, absorto en tanta riqueza–. ¿Qué es mayor, el alma humana, eterna, imperecedera como Dios, o este amontonamiento de frío mármol, de oro, de plata, de púrpura que habla muy alto de la magnificencia de Salomón?

— ¡Oh..., el alma humana, que ama y crea estas y otras muchas bellezas!

—Entonces es más digno templo de Dios el alma de un hombre justo que toda esta riqueza que aquí vemos. Mayor obra que la de Salomón hacemos cuando consolamos un alma humana que sufre, cuando elevamos su nivel moral, cuando apartamos los tropiezos que le impiden su

camino hacia la Luz, cuando despertamos en ella el anhelo de verdad, de conocimiento, de sabiduría.

"¡Si a lo menos bajo estas bóvedas de oro y plata resonara la voz serena de la verdad, de la justicia, del amor fraterno que hará feliz a la humanidad, podría el alma bendecirlas y amarlas!... ¡Pero cuando ellas encubren egoísmos, ambiciones, comercio, lucro, engaño y mentira mezclado en horrible profanación, con las plegarias sencillas de un pueblo inconsciente, que lo ignora todo, y que busca aquí a Dios con lastimeros acentos, el alma se subleva en rebelión interna y silenciosa, que poco a poco se exterioriza en manifestaciones que la fuerza y el poder ahogan con sangre!

"¿Comprendes Faqui?... Dios sólo quiere el amor de los unos para los otros; la verdad, la justicia, la paz.

"Sin este monumento de mármol y de oro, el hombre podría ser feliz adorando a Dios en su propio corazón, y en el grandioso esplendor de la Creación Universal; pero no puede ser feliz sin amor, sin libertad, sin justicia y sin paz...

— ¡Oh!..., eso sí que es la suprema verdad –contestaba Faqui en igual sentir que su amigo.

Enseguida se dirigieron a la galería cubierta que unía el templo con la Torre Antonia, y por la cual se paseaba un soldado resplandeciente en su armadura, que brillaba tanto como el oro y plata que deslumbraba en el templo.

— ¿Podemos ver al Comandante? –preguntó Yhasua al guardia.

—Podéis pasar por aquí al pórtico de la Torre –les contestó–, y allí os dirán si él os quiere atender.

Al anunciar su visita, Yhasua sólo dijo al guardia de la fortaleza:

—Dirás a tu amo que Yhasua, el Nazareno, viene a visitarle.

Él mismo salió a recibirle.

—Bendigo a tu Dios porque has venido –le dijo tendiéndole ambas manos.

—Y yo te bendigo porque te veo feliz –le contestó Yhasua.

— ¿Tanto te interesa la felicidad de los demás? –volvió a preguntar el militar.

—Es lo único que me interesa, amigo mío, porque hacer dichosos a los hombres nos asemeja a Dios. Creedme, soy muy feliz cuando he podido remediar el dolor de mis semejantes.

—Tu amigo es extranjero, ¿verdad? –preguntó aludiendo a Faqui.

—Soy de Cirene, o sea egipcio de la costa del mar. Llegamos hace tres días y acabo de conocer el famoso templo de Jerusalén. Es en realidad muy hermoso.

—Para quien no ha salido del país, es una maravilla; pero no bien se

ha caminado unas millas por mar o tierra, se ven construcciones que son verdaderos cofres de arte y de riqueza. En Antioquía hay palacios que apagan en mucho el brillo del templo de Salomón.

"¡Háblame Nazareno!..., –continuó el Comandante–. ¿Qué quieres que haga por ti? Ayer me veía al borde de la tumba y hoy me veo sano y fuerte gracias a ti. ¡Y me has obligado a callar!

— ¡Naturalmente! –contestó el Maestro–. ¿Qué necesidad tengo yo de llamar la atención con hechos que no pueden ser comprendidos por las muchedumbres?

"¡No me interesa ser conceptuado como mago, lo cual despierta el recelo y la desconfianza ahí dentro!... –Y al decir así, Yhasua señalaba hacia el templo–.

"Así, ya lo sabes, Comandante; si me quieres bien, no hagas comentarios de tu curación.

—Bien, Profeta, bien; se hará como tú quieras.

—Te he dicho hace un momento que sólo soy feliz cuando hago el bien a mis semejantes –continuó Yhasua–. Yo necesito de ti para remediar un dolor muy grande.

—Si está en mí el poder hacerlo, cuenta con que ya está hecho.

—Te ruego me digas si en los calabozos de la Torre están enterradas vivas dos mujeres, madre e hija, desde hace siete años.

—Te digo la verdad; aún no lo sé. Sólo hace veintiocho días que fui trasladado de Antioquía aquí; y estoy revisando los registros de los presidiarios. Hasta ahora no encontré ninguna mujer. Aún faltan todos los calabozos subterráneos, y no es de suponer que hayan bajado mujeres allí.

"¿Sabes por qué delito fueron traídas aquí?

—Por el delito de tener una cuantiosa fortuna que ha pasado en gran parte a las arcas del Gobernador Graco –contestó Yhasua, con gran firmeza.

— ¡Nazareno!... ¡Qué graves palabras acabas de pronunciar! –Y el militar se levantó a observar si en los corredores vecinos había alguien que hubiera podido escuchar.

Encontró al soldado que guardaba la entrada y que era uno de los ayudantes en la carrera que casi costó la vida a tres hombres.

—Gensius, ven acá –le dijo–. ¿Has reconocido a este hombre?

—Sí, es el Profeta que nos curó –y acercándose a Yhasua le besó la mano.

— ¿Has oído la afirmación que él ha hecho referente al Gobernador?

—Sí, Comandante, la he oído, pero como no soy un mal nacido, puede él estar seguro que yo no la repetiré. Además, en Antioquía oí referir uno de los casos en que se acusa al Gobernador de haber tratado con los

piratas el asesinato de un príncipe judío para apoderarse de su fortuna. Lo declaró a gritos uno de los piratas apresados cuando lo llevaban a ahorcar.

"Y así puede muy bien ser que esas dos mujeres que busca el Profeta, sean de la familia del príncipe asesinado.

—Justamente –contestó Yhasua–, son la viuda y la hija del príncipe Ithamar, hijo de Abdi-Hur.

"Si se les despojó de cuanto tenían, es doble crimen sepultarlas vivas en un calabozo, y de esto hace ya siete años.

—Yo sé que muchas quejas llegaron al Cónsul de Antioquía, pero aún lo sostiene el ministro favorito de César, casado con una hermana de Graco –continuó diciendo el militar–.

"Yo he venido aquí dependiendo directamente del Prefecto de Siria, gran amigo del Cónsul, y tengo mando en la ciudad de Jerusalén, en esta Torre y en la Ciudadela de la Puerta de Jaffa, –luego añadió–:

"Gensius, llama al guardián de los calabozos –extendió enseguida una mampara corrediza que dejó ocultos a Yhasua y Faqui–.

"Aquí podéis oír pero no hablar –les dijo.

A poco se sintieron los pasos de dos personas que entraban.

—Guardián –le dijo–, en la pasada semana me pediste una licencia para atender un negocio tuyo en Sidón, y no la di por no serme posible entonces. Te la doy ahora por los días que necesites.

—Gracias, Comandante.

—Te reemplazará Gensius por los días que faltes. Aún no revisé todos los registros. En los calabozos subterráneos, ¿hay peligrosos recomendados?

—Sí, Comandante, en el calabozo número cinco, único al cual recibí orden de no entrar ni para hacer limpieza nunca, porque son tres presos que poseen un grave secreto de Estado, por el cual se les retiene allí para toda la vida. El que recibe la comida y agua para los tres, tiene cortada la lengua y no puede hablar.

"Los demás son delincuentes comunes, asesinatos, asaltos en los caminos, etc.

—Bien, enseña a Gensius la forma de hacer el servicio y dale el croquis de los pasillos y corredores, y las llaves de los calabozos.

"En la tesorería te pagarán el mes que corre, y cien sestercios más, como óbolo por tus buenos servicios. Con que, buena suerte, y que te diviertas.

—Gracias, Comandante, que los dioses te sean propicios.

Salieron ambos, y la mampara fue descorrida de nuevo.

Yhasua extremadamente pálido, parecía sumido en profunda meditación.

— ¿Has oído, Nazareno? –le preguntó el Comandante.

—He oído, sí, he oído. Dime Comandante, aunque seas romano, ¿qué son tus compatriotas en medio del mundo? ¿Hombres o fieras?

El militar comprendió que Yhasua padecía intensamente, y dulcificando su voz le dijo:

— ¡Nazareno!..., he comprendido que tú eres un hombre que está muy por encima de los demás. Tú no puedes comprender a los hombres, sean romanos o no, porque todos son iguales cuando tienen el poder y la fuerza. Hoy es Roma, antes fue Alejandro, Nabucodonosor, Asuero, los Faraones...

"Tú no eres de este mundo, Nazareno, y no sé si serás un dios desterrado, o un ángel de esos que los árabes descubren a veces entre las palmeras de sus oasis en medio de los desiertos.

"Sea lo que fuere, mi vida la tengo por ti, y haré cuanto pueda por complacerte.

"Dentro de unos momentos bajaremos a los calabozos si deseas ver por ti mismo a los penados.

"Creo que tu amigo es de confianza –añadió mirando a Faqui.

—Sí, Comandante, de eso no dudes.

"Vamos a donde quieras, basta que pueda aliviar los horrores que entre estos muros se esconden.

Gensius volvió con un grueso llavero y con la tablilla en que estaba grabado el croquis de los calabozos.

—El guardián se ha marchado y la primera puerta para bajar a las galerías es esa –dijo señalando un pequeño recuadro que apenas se percibía en el muro del corredor vecino al despacho en que estaban.

—Abre y bajemos –ordenó el Comandante.

Un nauseabundo olor a humedad salía de aquella negra boca, que presagiaba horrores entre tinieblas densísimas.

Gensius encendió una lámpara que estaba a la entrada y comenzaron a andar por un corredor estrecho, luego la primera escalera, un recodo, otra escalera, más corredores y pasillos; torcer a la derecha, torcer a la izquierda, viendo al pasar puertecitas de hierro con grandes cerrojos donde un gruñido, un grito, una maldición les avisaba que allí había un ser humano cargado de odio, de angustia, de desesperación. Pero no aparecía mujer ninguna.

—Sólo falta éste –dijo por fin Gensius, alumbrando con su linterna el número 5, señalado en el croquis–. Es el último calabozo de este corredor.

Abrió y entraron.

Tirado sobre un montón de paja, un bulto se incorporó. Entre los cabellos cenicientos enmarañados y la barba en iguales condiciones, brillaban dos ojos hundidos y de párpados enrojecidos y sanguinolentos.

Cubierto de harapos sucios en vez de frazadas, el infeliz temblaba de frío. Las uñas de las manos y pies como garras de águila, daban a comprender el tiempo que aquel hombre llevaba encerrado allí.

—También para ti ha llegado la hora de la libertad, si quieres ser un hombre de bien –díjole el Comandante–. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

El preso contó en sus dedos hasta siete. Dio un gruñido acompañado de una horrible mueca y señaló un postigo enrejado que se veía en un rincón del calabozo.

—Este debe ser el mudo –dijo Faqui.

El preso abrió la boca como una caverna vacía, negruzca y repugnante, que dejaba ver las aberturas de la laringe. Le había sido amputada la lengua.

Yhasua apretó el pecho con ambas manos para sofocar un gemido de espanto, de angustia, de horror.

— ¡Esto es la humanidad!... –dijo en voz muy queda que más bien se asemejaba a un gemido.

El infeliz mudo seguía señalando el negro postigo enrejado. Buscaron la puerta de dicho calabozo y se vio que había sido clausurada con piedra y cal.

El hombre mudo tomó al guardián la lamparilla y con temblorosos pasos se acercó al postiguillo y alumbró. Se oyó una voz débil que decía: ¡Una luz!..., ¡gracias, Dios mío, por el don de una luz!...

Era una voz de mujer, y todos los corazones se estremecieron de angustia.

—Quien quiera que seas –continuó la voz–, tráeme agua, que mi hija está devorada de fiebre y hemos consumido la que trajeron al amanecer.

— ¡Mujer!... –le dijo Yhasua con su voz saturada de piedad–. Hoy tendrás tu libertad y los brazos de tu hijo que te espera sano y salvo.

Se oyó un grito ahogado y el ruido sordo de un cuerpo que caía a tierra.

El Comandante, Gensius y Faqui, con extraordinario vigor, armados de picos retiraban una a una las piedras que cerraban la puertecilla del calabozo, produciendo una polvareda que casi ahogaba a los presentes.

Apenas el hueco dio cabida al cuerpo de un hombre, fueron penetrando uno a uno.

El cuadro era aterrador: dos cuerpos tirados en el suelo, entre pajas húmedas y sucios harapos, daban señales de vida en los estremecimientos que de tanto en tanto los agitaban. Tan escuálida la una como la otra, sólo se conocía cuál era la madre por el blanco cabello enmarañado que le cubría parte del rostro y de los hombros desnudos.

Yhasua y Faqui extendieron sus mantos sobre ellas, mientras el joven Maestro se arrodillaba para escuchar la respiración y los latidos del

corazón. El Comandante había mandado ya por agua, pan y leche, que les fueron haciendo beber casi por gotas.

—Vete a las tiendas del mercado –le dijo a Gensius–, y trae ropas para dos mujeres y una litera doble con mantas.

Mientras tanto, Yhasua ya no estaba en la tierra. Su espíritu todo luz y amor, todo piedad y misericordia, estaba inyectando su propia vida en aquellos cuerpos casi moribundos.

Faqui no sabía qué admirar más, si el doloroso estado de aquellas infelices criaturas, o el amor de su joven amigo que se daba por completo al dolor de sus semejantes.

La madre, de naturaleza más vigorosa, reaccionó primero; pero Yhasua, colocando el índice en sus labios, le indicó silencio, señalando hacia la jovencita que estaba como sumida en pesado letargo. A poco rato entreabrió los ojos y buscó a su madre que la abrazó, rompiendo ambas a llorar a grandes sollozos.

— ¡Siete años!..., ¡siete años sin saber por qué! –decía la madre, al mismo tiempo que Gensius bajaba las escaleras con las ropas ordenadas por el Comandante.

—Trae las camillas y que la litera espere en la puerta del muladar –añadió. Faqui salió con el guardián, pues comprendió que el Comandante quería dar a todo aquello el aspecto de un entierro, o sea, que se sacaban de la fortaleza dos cadáveres para la fosa común llamaba el muladar.

Cuando las dos mujeres pudieron incorporarse y mantenerse en pie, Yhasua les acercó las ropas y se retiró al calabozo inmediato, donde el mudo, sentado en su montón de paja, roía un mendrugo de pan y un trozo de pescado seco.

— ¿Sabes tú quienes son estas mujeres? –le preguntó. El mudo movió negativamente la cabeza, y así, por hábiles preguntas, Yhasua comprendió que era sólo él quien poseía el grave secreto de Estado; que sus otros dos compañeros habían muerto, y Graco lo utilizó como instrumento para retener a las dos mujeres, sin que en la fortaleza se enterasen de su presencia. Era el mudo quien alcanzaba el pan y el agua a las dos prisioneras.

Mientras traían las camillas, la madre informó a Yhasua y al Comandante, que Graco mismo las bajó al calabozo, haciendo luego tapiar la puerta con dos esclavos galos de su confianza.

— ¿Tenéis a donde conducirlas sin llamar demasiado la atención? –preguntó el militar.

—A su propia casa, donde las espera el hijo de esta mujer –contestó Yhasua.

—Bien; llevadlas, y si más adelante fueran molestadas al saberse su libertad, decid que vengan a entenderse conmigo.

“Mañana mismo enviaré un correo al Cónsul Magencio en Antioquía, que hoy goza de todos los favores del César.

—Que Dios te dé todos sus dones, Comandante –díjole Yhasua estrechándole la mano–. Lo que haces por ellas por mi lo haces y yo te quedo deudor.

— ¿Y la vida que me diste?... –preguntó el militar–. ¡Profeta Nazareno!..., ¡no olvides nunca que tienes en mí un amigo verdadero para toda la vida!

Yhasua y Faqui con los dos soldados que juntamente con el Comandante había curado Yhasua, condujeron la litera cubierta hacia la puerta por donde salían los cadáveres de los presos fallecidos o ejecutados por la justicia. Era un hecho tan frecuente en la fortaleza que no llamó mayormente la atención. En el fondo de los calabozos se ejecutaba sin ruido a los condenados a la última pena. Dos más caídos bajo el hacha del verdugo, ¿qué significaba?

Cuando salieron de la fortaleza, los soldados quitaron la cubierta negra de la litera que indicaba la presencia de cadáveres en ella, y luego de caminar por una calleja solitaria, los dos soldados se retiraron para no ser vistos por los transeúntes.

—Profeta –dijo uno de ellos–, somos vuestros para todo lo que necesitéis, y aunque estamos al servicio del César, no somos romanos y sabemos lo que son las injusticias de Roma.

—Llamad a aquellos dos hombres que veis a la salida de esta calleja, que ellos son compatriotas nuestros, de Pérgamo, y ya están pagados para cargar la litera–. Y ambos entraron de nuevo a la fortaleza por la puerta llamada de los ajusticiados, cuyo tétrico aspecto crispan los nervios.

— ¡Cuántos seres humanos habían salido por esa puerta con su cabeza separada del tronco! –pensó Yhasua cuando vio a los dos soldados desaparecer tras ella, que volvió a cerrarse hasta que otras víctimas la obligasen a abrirse nuevamente.

Faqui corrió a llamar a los hombres que esperaban, y Yhasua levantó la cortinilla de la litera para ver las enfermas.

Las dos lloraban silenciosamente.

— ¿Quién eres que así te compadeces de nuestra desgracia? –le preguntó Noemí, cuyo aspecto físico había mejorado notablemente.

—Un hombre que quiere cumplir con la ley que manda amar al prójimo como a sí mismo.

—Bendeciremos tu nombre por todo el resto de nuestra vida –añadió la mujer.

—Mas, ¡cómo él lo oculta!... –dijo tímidamente la jovencita, cuya palidez extremada la hacía casi transparente.

Yhasua adivinó el deseo de ambas y les dijo:

—Soy Yhasua de Nazareth, hijo de Yhosep y de Myriam, familia de artesanos galileos, educados en el amor de Dios y del prójimo...

— ¡Yhasua!..., ¡que nuestro Dios te de la paz y la dicha para ti y los tuyos! –dijeron ambas mujeres llenas de emoción.

Faqui llegó con los dos hombres fornidos y gigantescos que se ganaban su pan conduciendo literas.

Detrás del palacio de la familia, había una explanada solitaria y sombreada por un bosquecillo de sicomoros, hacia donde se abría la puerta de los carros. Allí bajaron las dos mujeres y los conductores se llevaron la litera, no sin haber recibido antes un bolso de monedas que Faqui les obsequió.

Aunque con pasos todavía vacilantes y apoyadas en sus salvadores como ellas decían, pudieron llegar hasta aquella puerta trasera de su palacio, por donde en otra hora entraban y salían los carros y las bestias cargadas con los productos de sus campos de labranza.

Yhasua hizo resonar dos fuertes aldabonazos, cuyo eco sonoro se fue repitiendo por las galerías solitarias de la enorme mansión.

A poco se sintió descorrerse los cerrojos, y Eliacín con azorados ojos miraba sin creer lo que veía al entreabrirse apenas la puerta.

—Abre pronto –le dijo Yhasua, empujando él mismo la pesada puerta y haciendo pasar a las dos mujeres.

—Nadie ha aparecido a descubrir nuestro secreto –le dijo Faqui cerrando de nuevo, después de haber mirado en todas direcciones.

— ¿Está el príncipe Judá? –preguntó de nuevo Yhasua.

—Está en la alcoba de la ama, y duerme desde anoche.

— ¡Ama Noemí! ¡Amita Thirsa! –decía el fiel criado tocando suavemente los mantos oscuros que las envolvían, ocultando en parte aquellos amados rostros tan bellos en otra hora, y tan extenuados y mustios ahora...

Ni una ni otra podían pronunciar palabra porque la emoción les apretaba la garganta y llenaba de llanto sus ojos.

Cuando llegaron al gran pórtico de la escalera principal, ambas se dejaron caer sobre el pavimento tapizado de azul, como lo habían dejado en aquel triste invierno de su desgracia, y rompieron a llorar a grandes sollozos.

Shipro y su madre asomaron por el descanso de la escalera, y el muchacho bajó a toda carrera, porque adivinó lo que pasaba en el gran pórtico. La pobre criada, con más años, bajó lentamente, llorando y clamando como enloquecida.

Cuando calmó un tanto la tempestad de emociones, subieron en brazos a las dos enfermas hasta la alcoba de Noemí, donde Judá continuaba dormido.

La madre iba a arrojarse sobre su hijo para cubrirlo de besos y de lágrimas, pero Yhasua la detuvo suavemente:

—El sueño de tu hijo obedece a un mandato mental, porque era necesario para que no enloqueciera de dolor. Yo le despertaré.

Se acercó al durmiente y colocándole una mano en la frente y la otra sobre el pecho lo llamó por su nombre:

—Judá, amigo mío, despierta para abrazar a tu madre y a tu hermana que están a tu lado.

El príncipe se incorporó pesadamente y vio a Yhasua junto al diván.

— ¡Nazareno!..., ¡mi ángel tutelar!..., ¡ahora no es ilusión, sino realidad! –exclamó con vehemencia.

Y le tomó ambas manos.

Yhasua se apartó un tanto para que el joven viera aquellas dos mujeres tan amadas, y por las que tanto había llorado.

— ¡Hijo de mi alma!...

— ¡Madre inolvidable!...

— ¡Hermanita llorada!...

— ¡Judá querido!...

¡Todas estas frases se mezclaron con los sollozos, con los abrazos, con los besos enloquecidos, con las miradas que a través del cristal de las lágrimas interrogaban, suplicaban!

Los criados, de rodillas ante el dolorido grupo, lloraban también bendiciendo a Dios. Yhasua y Faqui se alejaron hacia un rincón de la alcoba sin poder articular palabra, pues sentían en su propio corazón las fuertes vibraciones de aquella escena final de la espantosa tragedia que había durado siete años.

— ¿Ves, Faqui? –decía Yhasua, cuando la emoción le permitió hablar–. Esta es la única dicha que yo gozo sobre esta tierra: el reunir en un abrazo a los que se amaban y que la injusticia humana había separado; el ver dichosos a mis semejantes... ¡Oh, qué hermoso es, amigo mío, sembrar de flores el camino de nuestros hermanos y encender luz en sus tinieblas heladas!...

— ¡Porque eres quien eres, piensas y sientes así, Yhasua, hijo de David!

“Cada día que pasa te comprendo más y se ahonda en mí la convicción de que eres el que Israel espera...

— ¡Nazareno de los ojos dulces, llenos de piedad!... Sólo tú podías vencer al odio y a la maldad de los hombres, para devolver la paz a esta infortunada familia –dijo Judá desprendiéndose de los brazos de su madre y de su hermana, a las cuales recostó en el diván.

Los criados sentados a sus pies besaban sus manos y sus vestidos, llorando silenciosamente.

—Judá, amigo mío –le dijo Yhasua cuando le tuvo a su lado–. Lo que yo hice por vosotros, podía hacerlo cualquier discípulo de Moisés que quisiera obrar conforme a la ley: *Ama a tu prójimo como a ti mismo*.

—Tus palabras son la verdad, pero ningún discípulo de Moisés hace lo que tú haces... ¡Nazareno!..., dime en nombre de Dios, ¿quién eres que así espantas el dolor y aniquilas al odio? ¡Dímelo!..., ¿quién eres?

Yhasua sostuvo con serenidad la mirada de fuego del príncipe Judá, pero guardaba silencio...

Faqui con su habitual vehemencia intervino, porque aquella escena le era irresistible.

— ¡Es el Mesías que Israel espera!..., ¿no lo habías comprendido?

— ¡Lo había presentido!... –dijo Judá con voz profunda, plena de amorosa devoción. Y doblando una rodilla en tierra, exclamó con su voz sonora de clarín de bronce que anuncia la victoria–:

"¡Dios te salve Rey de Israel!..."

La madre, la hermana, los criados se arrodillaron también ante aquella blanca figura, que irradiaba más que nunca el amor y la piedad de que estaba lleno su corazón. Yhasua que los miraba manso y sereno, contestó a Judá:

—Si soy el que dices, *¡mi reino no es de este mundo!*

— ¡Hijo de David!... ¡Salvador de Israel!... Ungido de Dios anunciado por los profetas –decían a su vez la madre, la hermana, los criados.

Y olvidando todos los dolores sufridos, Noemí dejó caer su pesado manto y pudo verse la nieve de su cabellera, tomó el salterio en el que tanto había cantado, y su entusiasmo y su amor le dieron fuerzas para cantar el himno de las alabanzas al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, que en un mismo momento le daba cuanto había anhelado durante toda su vida: la presencia real del divino Ungido y la paz en su querido hogar.

—Si soy o no el que vosotros decís; ¡Dios lo sabe! –dijo Yhasua, dando término a aquella escena que le atormentaba–. Bendigámosle por la dicha que os concede, y pidámosle los medios de realizar obras dignas de Él, que es Amor, Justicia y Sabiduría.

Oyendo bendiciones y frases de amor y de gratitud, el joven Maestro se despidió de la familia recomendándoles no dejarse ver de las gentes por una breve temporada, para dar tiempo al Comandante que arreglase con el Cónsul residente en Antioquía, la libertad y reivindicación de aquellas mujeres, ex presidiarias sin delito alguno.

—Nazareno, hijo de David, ¿te volveré a ver? –le preguntó Judá al despedirlo bajo el bosquecillo de sicomoros por donde habían entrado.

—Aún permaneceré en Jerusalén, una semana más –le contestó el Maestro–. Después haré un breve viaje a Moab y luego regresaré a Galilea.

—Yo iré contigo –dijo Faqui de inmediato.

—Yo también te acompañaré –añadió Judá con vehemencia.

—Ahora te debes a tu madre y a tu hermana que necesitan más que nunca de tu amor y tus cuidados.

"Y tú, Faqui, amigo mío, si quieres complacerme, quedarás aquí con el príncipe Judá para ocupar mi lugar a su lado. Quiero que seáis dos hermanos.

"A donde yo voy, vosotros no podéis seguirme: Al Gran Santuario Esenio de Moab donde los Maestros me esperan, debo entrar solo, para recibir el grado último que corresponde a la terminación de mis estudios, ¿Comprendéis?

— ¡Oh, sí! tenéis razón –dijeron Judá y Faqui, que se consolaron un tanto sabiendo que continuarían unidos en el pensamiento y en el amor al Ungido de Dios, que habían descubierto en una encrucijada del camino, ¡como el viajero que descubre una luz, una fuente de aguas cristalinas cuando la sed y las tinieblas les habían enloquecido de espanto!

50
CAMINO DE LA CUMBRE

—Yohanán, el hijo de tu prima Elhisabet, me espera, madre, en el Santuario del Quarantana para subir juntos al Monte Moab –decía Yhasua a Myriam–. Es la terminación de los estudios a que consagré mi vida hasta hoy. ¿Quieres esperarme aquí en Jerusalén o en Nazareth?

—Será lo que tu padre diga –fue la respuesta de la madre.

Yhosep fue de opinión de esperarle en Jerusalén, donde debía también él, ultimar unos convenios sobre trabajos a realizar para un pariente de José de Arimathea, arquitecto de fama que edificaba suntuosos edificios en la populosa Cesarea.

—Alégrate, Yhasua, hijo mío –le decía el viejo artesano–. Con esta contrata por todo el maderamen que necesita ese palacio, podremos dar trabajo a cincuenta operarios más.

—Y con los sesenta que ya tienes, forman ciento diez hogares donde queda asegurado el pan y la lumbre para mucho tiempo. ¡Que Dios te bendiga padre! –le contestaba su hijo.

Antes de partir a unirse con su pariente Yohanán, Yhasua visitó a los personajes para los cuales Melchor le dio cartas de recomendación. Todos ellos le recibieron con gran entusiasmo, pues comprendieron que el clarividente de la luz misteriosa que le guiara a Betlehem, estaba en lo cierto respecto a la personalidad de Yhasua.

En cada casa donde entró como portador de una epístola, su incomparable

amor hacia el prójimo, encontró el medio de allanar una dificultad, de consolar una pena, de curar una enfermedad.

No por ser familias encumbradas en envidiables posiciones, acariciadas por la fortuna, eran ajenas al dolor, que lo mismo visitaba las chozas que los palacios.

En el momento de llegar el joven Maestro a uno de aquellos resplandecientes palacios en un declive delicioso del Monte Sión, el príncipe Jesuá hijo de Abinoan, gran amigo de Melchor, luchaba desesperadamente con el mayor de sus hijos, que a la reciente muerte de la madre, quería añadir el dolor de alejarse de la casa paterna para alistarse en unas legiones que se formaban secretamente del otro lado del Jordán, en los países vecinos al desierto, con fines de liberación del país.

—Esta carta de mi gran amigo Melchor no puede venir con más oportunidad –decía Jesuá a Yhasua, que concentrado en sí mismo irradiaba paz y amor sobre el padre y el hijo, cuya sobrexcitación le hacía daño.

—Dios nos manda aquí su Ungido, hijo mío, para ponernos de acuerdo –decía el padre dando un suspiro de alivio.

—Yo tenía una novia pura y bella como un ángel, y esos bandoleros romanos me la han arrebatado. La he perdido de vista y no sé dónde está –decía con infinita amargura el joven que sólo tendría unos diecinueve años.

—Es la hija del príncipe Sallun de Lohes que emprendió un viaje sin darnos aviso, y su familia desapareció poco después –añadió el padre–. Esto es lo que desespera a mi hijo.

—Y si yo te diera noticias de tu amada desaparecida, ¿no accederías a permanecer al lado de tu padre según él desea? –preguntó el Maestro al jovenzuelo desesperado.

—Seguramente que sí –contestó–. Pero tú, ¿cómo puedes saberlo?

—Hijo –le objetó su padre–. ¿No comprendes que está con él la Luz Divina? ¿No has oído la carta del príncipe Melchor?

El muchacho miró a Yhasua con asombrados ojos; aún llenos de dudas.

—La familia de Sallun de Lohes está oculta en el Bosque de los Rebaños, a milla y media al Sudoeste de Betlehem –dijo con tranquila firmeza Yhasua.

— ¡Alabado sea el Dios de nuestros padres! –exclamó Jesuá, cruzando sus manos sobre el pecho–, ¡porque el día de gloria para Israel ha amanecido ya en nuestro horizonte!

"¡Eres el Ungido de Dios que nuestro pueblo espera! –Y aquel hombre enternecido, besó la orla del manto de Yhasua.

— ¡Dios te bendiga Profeta! –exclamó el muchacho lleno de júbilo–, y si hay verdad en tu palabra, por nuestro santo templo te juro que no

abandonaré a mi padre y que haré cuanto me digas en adelante. Me llamo Ezequiel y soy tu siervo para toda la vida.

—Yo sólo busco amigos –le dijo el Maestro tendiéndole las manos, que el joven estrechó efusivamente y partió a encontrarse con la que amaba.

Ya solos, el Maestro habló en estos términos:

—No vayas a creer Jesuá que por luz extraterrestre haya visto yo el lugar en que se encuentra la prometida de tu hijo. Yo traía también para el príncipe Sallun una carta de nuestro amigo Melchor y al hacer las averiguaciones de su paradero, puesto que no está en su residencia guardada por un viejo criado, supe que se encuentra oculto con su familia, en el Bosque de los Rebaños, como he indicado a tu hijo.

—Veo, Yhasua, que tratas de obscurecer la Luz Divina que resplandece en ti... ¿Por qué no declarar abiertamente quién eres, para que el pueblo te siga en tropel, ya que te espera para ser salvado por ti?

—Príncipe Jesuá –dijo el Maestro resueltamente–, perdona mi ruda franqueza; pero si tú conocieras los caminos de Dios y el corazón de los hombres, no me hablarías en esos términos.

— ¿Qué quieres decirme con eso?...

—Quiero decirte que todos los pueblos de la tierra son obra de Dios, creaciones suyas, criaturas suyas, y que su Enviado traerá mensajes de amor y de paz para todas las almas encarnadas en este planeta. No sólo para Israel.

—Pero fueron los Profetas de Israel quienes lo anunciaron... –observó Jesuá.

—Porque en los designios divinos, estaba marcado este país para su nacimiento, y porque Israel tuvo antes a Moisés transmisor de la Ley Divina, y porque la adoración de un solo Dios inmutable, indivisible y eterno, ofrece una base firme para cimentar sobre ella la doctrina salvadora de la humanidad.

"La Fraternidad Esenia, a la cual pertenezco por la familia en que he nacido y por la propia convicción, no concibe un Mesías guerrero que quiera por las armas conquistar el puesto de Salvador de Israel. Los Esenios, han esperado siempre un Mesías Instructor, lleno de Luz Divina y de conocimientos superiores para marcar a los hombres el derrotero que le conduzca a Dios, fin supremo de toda criatura.

"¿Crees tú por ventura que el pueblo de Israel en las actuales condiciones en que se encuentra, lleno de rebeldías y de odios contra el invasor, aceptará el Mesianismo en un hombre que le diga: "Cuida más de libertarte de tus propias pasiones causantes de tu mal, que de la dominación extranjera a la cual abrieron la puerta tus odios, antagonismos y rivalidades injustificadas entre hermanos de raza, de religión y de costumbres?"

El príncipe Jesuá guardó silencio.

— ¿Nada respondes?... –insinuó de nuevo el joven Maestro.

—En verdad veo que estoy colocado en un plano muy inferior, comparado con la altura desde la cual tú contemplas los caminos de Dios y el corazón de los hombres.

"¡Yhasua!... Si no eres tú el Ungido del Señor, por lo menos lo comprendes y lo sientes tal como él debe ser. Somos muy pequeños y egoístas los hombres de la hora presente, para aceptar esa hermandad universal que tú acabas de esbozar como ideal supremo del Mesías anunciado por los Profetas.

"¡El pueblo de Israel espera un Josué que le lleve al triunfo sobre todos los pueblos de la tierra; un Judas Macabeo, un David, un Salomón, un Alejandro Magno, gloria de Macedonia!

— ¡Y todos esos nombres no recuerdan más que una siembra estéril de odios, de venganzas, de despojos, de crímenes y de angustia infinita sobre los hombres!

"¡Israel recoge hoy el fruto envenenado de aquella siembra fatal! –Al pronunciar estas palabras, Yhasua dejó escapar un profundo suspiro que era casi un lamento–.

"Me duele decirte, príncipe Jesuá, que todos esos nombres que has pronunciado, recuerdan seres que se extraviaron en su camino, y sus pasos no estuvieron de acuerdo con la Ley Divina...

—No me negarás que son gloriosos y grandes entre los nacidos de mujer... –arguyó Jesuá casi escandalizado de las palabras del Maestro.

—Hablas con ardiente entusiasmo del Mesías Ungido de Dios, y discrepas del ideal que será su ideal... –le contestó Yhasua con amargura–. Ante la Divina Ley que dice: "No matarás", es execrable el que valiéndose de la astucia y de la fuerza, manda devastar ciudades por el incendio y el pillaje, matar seres indefensos, ancianos, mujeres y niños, llevados por la errónea idea de que son enemigos de Dios.

"¿De dónde habrá sacado el hombre la mezquina idea de que el Eterno Pensamiento, el Infinito Amor, el Poder Supremo, tenga enemigos? ¿Tiene enemigos el mar? ¿Los tiene el sol, la luz, el aire, la vida? ¿Tienen enemigos las estrellas que rielan de oro el inmenso azul? Y Dios que es infinitamente superior a todo eso porque es el Soberano Creador, ¿los ha de tener?

"El hombre, creación de Dios, cegado por su ambición y su orgullo, se levanta contra otras creaciones de Dios, diciendo neciamente: "Yo soy el amo porque tengo la fuerza y hago y deshago como me place".

"Así obró Josué que devastó a Jericó, triste primicia en la serie de ciudades que cayeron bajo el casco de sus corceles de guerra. Así bautizó de sangre la tierra bendita que ángeles del Señor prometieron a Abraham

para su descendencia numerosa... Y acababa de ver en las manos de Moisés las Tablas de piedra de la Ley que decía: *"No matarás, no hurtarás, amarás a tu prójimo como a ti mismo"*.

"Así obraron David y Salomón, que mandaron matar fríamente, calculadamente a todo aquel que estorbaba en su camino, de igual modo que a golpe de hacha se troncha un árbol, o una mata de espinas que obstaculiza nuestro andar por la senda elegida... No hablo de Alejandro el macedonio, ni de otros iguales que él, porque ellos no bebieron en la fuente de la Ley Divina como Josué, David y Salomón, mencionados por ti.

"¿Y crees tú, que el Ungido de Dios vendrá a la tierra para seguir esos mismos caminos?... ¡Estoy por decirte que sería un sacrilegio el solo pensarlo!

"¿No dice la profecía, que: *"Él no romperá la caña que está cascada, ni apagará la mecha que aún humea?"*

"¿No dicen los Sagrados Libros, que: *"Será como el vellocino de lana, como el lirio del valle, como el corderillo que se deja llevar al matadero sin resistencia?*

"El hombre, desleal e inconsecuente para Dios, lo es también para sus semejantes.

"Ofrece holocaustos a Dios y pisotea su Ley en cuanto tiene de sabiduría, de santidad y de grandeza.

"Si Moisés se levantara de su tumba milenaria en Monte Nebo, estrellaría de nuevo contra las rocas las Tablas de la Ley, y diría al pueblo de Israel depositario de ella: "¿Así habéis cumplido con el mandato divino?"

"Hicisteis un arca de oro macizo, guardada por querubines de oro y encerrasteis en ella las Tablas de la Ley de Dios, pero la arrancasteis de vuestro corazón donde creció el odio, el orgullo y la ambición".

"¡Pero no obstante, el Enviado Divino viene a Israel, porque hay muchos justos que le esperan con el corazón purificado y con el alma ardiente de fe y de amor, como una vieja lámpara, cuya luz no pudo aún apagar el viento de todos los dolores humanos!...

"Seas tú, una de estas lámparas vivas, príncipe Jesuá, ya que tan bien dispuesto estás para ello..."

El príncipe sin poderse contener, se abrazó de Yhasua con intensa emoción.

— ¡Bendito seas Ungido de Dios, porque he visto la luz a través de tus palabras que destilan la miel de la Divina Sabiduría! –exclamó cuando pudo hablar.

Y Jesuá hijo de Abinoan, habiendo perdido la compañera de su juventud, entregó lo que de su cuantiosa fortuna correspondía a sus hijos,

y poco tiempo después partió a Horeb, a reunirse con su gran amigo el príncipe Melchor, en cuya Escuela de investigaciones científicas y cultivo espiritual pasó el resto de su vida.

Como un acto de adhesión a la Fraternidad Esenia, que le había servido de madre espiritual y escuela de Divina Sabiduría, Yhasua creyó cumplir con un deber al tratar de entrevistarse con los Sacerdotes Esenios que prestaban servicio en el templo, para enterarles de su partida hacia el Gran Santuario de Moab, por si deseaban enviar un mensaje o hacer una consulta a los Setenta. Tal procedimiento era muy usual y correcto entre los esenios, dados los escasos medios de comunicación segura que los solitarios tenían, y que estaba circunscrita a ellos mismos.

Myriam, la incomparable madre conocía este uso de los Esenios y había anunciado a Esdras el sacerdote, del viaje de Yhasua que pretendía ir solo completamente hacia el Monte Quarantana, para lo cual debía atravesar las escabrosas montañas que hacen más peligrosa para el viajero la comarca desierta que rodeaba el Mar Muerto.

Eran seis los sacerdotes de filiación Esenia que prestaban servicio en el templo; y Esdras y Eleazar eran además miembros del Sanhedrín desde los tiempos de Anás hijo de Seth, el pontífice anterior. Eran los representantes de la Fraternidad Esenia en Jerusalén, aunque esto era un secreto sólo conocido por los solitarios que vivían retirados en sus santuarios de las montañas. Yhasua lo sabía también y por eso iba a despedirse de ellos, completamente ajeno al amoroso recurso materno que había encontrado un medio de que su hijo no atravesara solo el desierto.

Los discretos Esenios, Ancianos ya de sesenta y nueve años, secundaron hábilmente el deseo de Myriam, siempre llena de temores por su hijo, y sin que él se apercibiera de su intervención.

—Oportunidad como ésta, no podía presentársenos jamás –decía Esdras alegremente cuando Yhasua les habló de su viaje.

— ¿Oportunidad para qué?... –preguntaba Yhasua.

—Pues hijo, para subir a los Montes Moab. ¿No ves que estamos pisando los setenta años y aún no hemos llegado al Santuario de Moab?

“Por obligación marcada por la Ley, debíamos haber ido hace seis años, pero fuimos dispensados por el Alto Consejo en atención a que las cosas en Jerusalén exigían aquí nuestra presencia. Mas, actualmente tenemos quién nos reemplace con ventaja por los días que dure la ausencia. ¿Querrás, Yhasua cargar con estos dos viejos que se apoyarán en ti durante el viaje?...

Al hacer tal pregunta Esdras y Eleazar estudiaban la impresión que recibía Yhasua al oírlo.

— ¡Providencial coincidencia! –exclamó el joven Maestro emocionado–.

“Por enfermedad del Hazzan de las sinagogas de Betlehem fuisteis vos, Hermano Esdras, según me dijeron, quien anotó mi nombre en el registro de los hijos de Abraham llegados a la vida, y hoy os llevaré de compañero de viaje a anotar mi nombre en el gran libro de los servidores de Dios y de la humanidad.

—En el gran libro de los Maestros, digo yo –añadió Eleazar.

—Todavía no sabemos si la prueba final me resulta favorable –dijo Yhasua.

— ¿No encuentras justo, hijo mío, que Eleazar y yo que tanta participación tuvimos en la hora dichosa de tu nacimiento, la tengamos también en esta hora gloriosa de tu consagración como Maestro, como Misionero, como Apóstol?

— ¡Justo!... ¡Justísimo! –exclamó Yhasua–, y estoy agradecido al Padre Celestial de que me haya deparado tales compañeros para este viaje, acaso el más importante de mi vida.

— ¿Cuándo partimos? –preguntó Eleazar.

—Si os place, mañana al levantarse el sol –contestó Yhasua.

—Convenido. Nosotros iremos a buscarte a casa de Lía.

A la mañana siguiente y cuando el sol encendía sus fanales de escarlata y oro, salían por la Puerta del Pescado tres viajeros que bajaban las pendientes del Torrente Cedrón, tomaban el tortuoso sendero que les marcaba un arroyuelo, cuyas aguas corrían a vaciarse en las profundidades sombrías del Mar Muerto.

Era como un débil recuerdo de lo que había sido antes el caudaloso Torrente Cedrón, casi por completo agotado entonces.

La majestuosa silueta del Monte Olivete o de Los Olivos, dorada por el sol naciente, presentaba en algunos sitios el blanco velo arrebujado de las últimas nevadas del invierno.

Después el profundo valle, el Campo del Alfarero, y el Acéldama, en pos de los cuales venía el trágico Cerro del Mal Consejo, cuyas vertientes y colinas aparecían horadadas de negras bocas, grutas sombrías y siniestras, último refugio de la numerosa familia de los leprosos, arrojados cruelmente de la ciudad dorada de David y Salomón.

Sólo una hora llevaba de aparecido el sol, cuando nuestros viajeros llegaban al antiguo pozo de dulces aguas. En-Rogel, única belleza que restaba a los infelices enfermos, y que aparecía en el centro de aquella especie de anfiteatro formado por las colinas rocosas, como para encerrar entre ellas, los míseros despojos humanos que aún palpitaban con un resto de vida.

Era justamente la hora en que los leprosos salían de sus cuevas a tomar el sol y a buscar agua en el pozo.

— ¡Tened piedad de nosotros!... –se oyó una voz de mujer que clamaba, viendo pasar aquellos viajeros.

Cubierta por completo la infeliz, se acercaba al camino llevando un niño de la mano y otro en los brazos. Era leprosa ella y sus dos hijos. Sus harapos demostraban bien, el duro abandono en que se encontraba. El niñito mayor, semienvuelto en una piel de cordero temblaba de frío. Yhasua saltó de su cabalgadura y buscando entre los bolsos y mandiles que llevaba sobre su asno, sacó una manta que dio a la mujer, juntamente con pan y frutas secas que extrajo de su maleta de viajero. Los dos Esenios le miraban en silencio.

—A él no puede hacerle daño la lepra –dijo Esdras a su compañero.

— ¡Él es el bien en toda su perfección! Es la vida en toda la fuerza de su poder soberano. ¡El vence a la muerte!

Y escucharon este emocionado diálogo con la mujer leprosa.

— ¿No tienes familia, ni amigos?

—Nadie en el mundo se ocupa de mí ni de mis hijos, Rabí bueno, que el Dios de nuestros padres te de la paz y la dicha.

—Y te la dará también a ti, y a todos tus compañeros –dijo Yhasua viendo que otras cabezas asomaban en las cuevas, y algunos hombres y mujeres salían fuera al oír voces humanas que tan temprano interrumpían el sepulcral silencio de aquel campo de muerte.

Se asomó luego al fondo del profundo pozo y vio en sus aguas reflejada su propia imagen.

— ¡Padre mío!... –pensó–. ¡Dios del amor y de la piedad!... ¡Si es verdad, que me das una parte de tus poderes divinos, quiero que esta agua cristalina, tesoro benéfico de tu amor inmortal, sea impregnada de energía y de vitalidad para estas infelices criaturas vuestras, que viven muriendo olvidadas y abandonadas de todos!

E inclinando más y más su cabeza sobre el pozo, exhaló profundos hálitos en los cuales parecía arrojar toda la energía de su ser.

Tomó luego el cubo provisto de larga soga con que sacaban el agua, lo arrojó con fuerza al pozo y lo sacó rebosante de agua. Alzó de ella en el hueco de sus manos unidas en forma de tazón.

—Bebe –le dijo a la mujer, la cual obedeció al instante. Renovó el agua por tres veces para hacer beber también a los niños, y ellos bebieron.

— ¿Tienes fe en el poder de Dios, dueño de la vida de los hombres? –le preguntó.

— ¡Oh, sí, Rabí!... –le contestó la mujer–. ¡Sólo de Dios espero la salud y la vida!

— ¡No esperas en vano! ¡El amor de Dios te ha curado! –díjole Yhasua–. Que lo sean asimismo todos los que en este lugar crean en Él y le adoren con sinceridad de corazón.

La mujer había caído como desfallecida en tierra, y los dos niños invadidos de sopor, dormían junto a ella.

Les cubrió a los tres con la manta y montando de nuevo siguió el camino al lado de los Ancianos que no pronunciaron ni una sola palabra.

Los demás leprosos habían creído que sólo se trataba de un socorro material de parte de algún familiar de aquella mujer tan olvidada de todos, y no dieron mayor importancia al suceso.

Sólo una mujer ya entrada en años y que era piadosa de corazón, salió de su caverna y fue al pozo junto al cual quedaba la joven madre con sus dos niños.

—Ese hombre es un profeta de Dios –dijo aquella mujer–. Yo he visto brillar una luz en su cabeza parecida al lucero de la mañana.

Y se inclinó sobre la mujer y los niños cubiertos con la manta del viajero. El sueño era tan profundo que fue imposible despertarles.

Entonces sacó agua del pozo para llenar su cántaro y bebió en el hueco de sus manos. Le invadió también el mismo sopor y se quedó igualmente dormida.

Uno de los leprosos que vio esto, empezó a gritar: –Levantaos todos y vayamos tras del viajero que ha envenenado el agua del pozo para matarnos a todos.

Y varios de ellos enfurecidos comenzaron a llenar sacos de guijarros para apedrear al viajero que tanto daño les había hecho.

A la infernal gritería que se levantó se despertaron las dos mujeres y los dos niños...

— ¿Qué hacéis, malvados? –les gritó la mujer de edad–. ¿No habéis comprendido que es un profeta de Dios?

"¿No veis la cara de esta mujer limpia y sin llaga ninguna? ¿No veis las manitas de sus niños como rosas recién abierta al amanecer?

Al ver la realidad de estas afirmaciones y que también la mujer de más edad aparecía curada, rasgaron aún más sus harapos y empezaron a golpearse el pecho con las piedras que habían reunido para apedrear al viajero.

— ¡Insensatos de nosotros que podíamos también haber sido curados, y no hemos comprendido nada de este misterio de Dios! –gritaban desesperados.

—Porque el mal anida en vosotros, pensáis siempre el mal, sin dejar en vuestro corazón un lugar vacío para que penetre el bien –decíales la mujer aquella que había visto una gran luz en la cabeza de Yhasua–.

"Bebed del agua del pozo como nosotros hemos bebido, y quiera Dios perdonar vuestras maldades y que seáis también curados –continuaba diciéndoles a todos los que iban acudiendo al pozo atraídos por la novedad.

Una tempestad de llantos, de gritos, de clamores pidiendo perdón

a Dios de su mal pensamiento acerca del profeta, llenó los aires de extraños sonidos.

— ¡Profeta; profeta de Dios!, ¡ten piedad de nosotros!... ¡No te irrites contra nosotros!... ¡Perdonad nuestra iniquidad! ¡No nos dejes sumidos en esta horrible miseria!... –y los clamores seguían ensordecedores.

Los viajeros estaban ya lejos y era materialmente imposible que estas voces llegaran hasta ellos. Pero la sensibilidad de Yhasua captaba la vibración dolorosa de aquellos pensamientos profundos expresados a gritos y dijo de pronto:

—Si no os molesto, os ruego que desmontemos para hacer un breve descanso.

—Como gustéis –le contestaron y bajaron los tres para reposar unos momentos bajo un bosquecillo de encinas que estaba junto al camino.

Yhasua se tendió sobre una manta y a poco se quedó dormido.

Los dos Ancianos comprendieron que se trataba de un fenómeno psíquico, una irradiación de fuerzas espirituales del Hombre-Amor, que había bajado al plano físico para salvar a la humanidad.

Y concentraron en profunda oración sus pensamientos ayudando a la obra que adivinaban.

Mientras tanto en el cerro de los leprosos continuaban los lamentos, y la desesperación se iba tornando en furia incontenible contra las dos mujeres curadas, por no haberlos llamado a todos para que recibieran igual beneficio.

De pronto aquella mujer que tenía facultad clarividente empezó a gritar:

— ¡Calma, calma que el profeta vuelve! ¡Miradle allí, apoyado en el tronco de la encina junto al pozo, miradle!

Para muchos de aquellos infelices fue visible en mayor o menor grado, la figura astral diáfana y transparente del joven Maestro, que extendiendo sus manos sobre todos parecía decirles: "¡Paz sobre vosotros!"

La esperanza y la fe se transmitieron de los que veían, y la evidencia de la curación de las dos primeras mujeres y de los niños avivaba aquella fe que formó una gran fuerza colaboradora con el pensamiento y la voluntad del Cristo dormido.

Las dos mujeres curadas se multiplicaban para hacer beber a todos, y poco a poco les fue invadiendo el sopor, presagio de curación.

Pocos días después los atrios del templo se vieron invadidos de hombres, mujeres y niños, que en cumplimiento de la Ley, pedían ser revisados por los sacerdotes de turno para ser declarados limpios de la espantosa enfermedad de que por fin se veían libres.

Cuando eran interrogados, sólo podían decir:

—Un profeta joven con dos Ancianos pasaron por el pozo de En-Rogel, y el joven bendijo las aguas y bebiendo hemos quedado sanos.

Ofrecían el holocausto ordenado según sus medios y cada cual continuaba su vida, bendiciendo al joven profeta que sembraba el bien a manos llenas sin volver la vista para buscar la recompensa.

Y en la mente de los ancianos de Israel revivía el recuerdo lejano de los tres extranjeros que llegaron hacía veintiún años, anunciando que había nacido en Betlehem el Salvador del mundo al cual venían a presentar sus homenajes.

—Jehová mantiene su promesa –decían–, y no ha olvidado a este pueblo.

—El Mesías anda por esta tierra y se nos oculta por nuestras iniquidades, pero pronto se nos presentará como una luz en el horizonte; como una sonora voz que llamará a todos a sus puestos para echar abajo las tiranías y establecer su reino de paz y de gloria perdurable.

Por mucho que los tres viajeros se apresurasen, no podían evitar que las frecuentes rinconadas del camino devorasen el tiempo.

Entrados en pleno desierto montañoso y árido, Yhasua comprendió bien lo áspero de la penitencia que los Esenios se imponían para atravesarlo y llegar al Monte Quarantana, donde el más reducido de los Santuarios era como un ante-pórtico del Gran Santuario del Monte Moab.

Al atardecer del primer día de viaje, a la vuelta de un recodo, encontraron que un derrumbamiento en la montaña había interrumpido el arroyuelo que servía de guía. Debía ser reciente, por cuanto los terapeutas no habían tenido tiempo de poner una tablilla indicante, ya que eran ellos los que transitaban por aquel camino.

Para quienes no eran prácticos, en el desierto es fácil desorientarse, más aún en aquel desierto de Judea, que era un laberinto de cerros, de rocas como plantadas estratégicamente en el vasto arenal, formando honduras peligrosas y encrucijadas sin cuenta.

—Creo que poco podremos andar antes de que nos llegue la noche –indicó Yhasua a sus compañeros–. Lo más prudente será buscar una gruta y refugiarnos en ella. Quedaos vosotros descansando aquí, mientras yo registro en este laberinto en busca de un refugio. Aún cae nieve por las noches, y no podemos pasarla a la intemperie.

—Bien, niño, bien –contestaron los Ancianos–. ¡Cuidado con extraviarte! Si tardas, te llamaremos con los silbatos.

Y Yhasua se perdió tras de una encrucijada, en que unas pocas encinas enanas enredadas con zarzales parecían ofrecer buena guarida para las fieras que abundaban en aquella comarca.

Para defenderse de ellas, los terapeutas peregrinos usaban una especie de lanzas fabricadas con trozos de cañas, embutidos unos con los

otros, fácilmente desarmables, y con un punzón de hierro en uno de sus extremos, Yhasua llevaba la suya y se apoyaba en ella al andar.

A poco rato encontró un asno muerto y ya desgarrado, y en parte devoradas sus carnes.

—No es muerto de muchos días –pensó–. Por aquí cerca debe andar el viajero que montaba ese asno.

Continuó registrando las rocas en busca de una gruta que no tardó en encontrar.

Cuando llegó a la puerta de la cueva miró al interior, oyó una respiración agitada y un doloroso gemido.

— ¿Quién vive aquí? –preguntó.

—Un infeliz viajero que se siente morir –le contestó una voz.

—Yo puedo socorrerte –le replicó el Maestro–. ¿Qué deseas?

—Estoy herido y me muero de sed. A veinte pasos detrás de esta cueva pasa el arroyuelo interrumpido por el derrumbamiento que me alcanzó a mí, y rompió las piernas de mi asno, por lo cual me vi obligado a matarlo.

— ¡Qué desgracia en pleno desierto!, pero ten valor y buen ánimo, que nosotros te socorreremos. Somos tres y tenemos buenas cabalgaduras. Sólo te pedimos compartir contigo esta gruta para pasar la noche –le contestó Yhasua, tomando un tazón de barro del escaso equipaje del herido para darle de beber.

Encontró el arroyuelo que forzosamente había desviado su curso, y luego de haber servido el agua al herido, se volvió a buscar a sus compañeros a los cuales les refirió lo acontecido. Con los asnos de la brida, pronto llegaron a la gruta donde el herido seguía quejándose.

Yhasua con Esdras procedieron a su inmediata curación, mientras Eleazar traía ramas secas y encendía fuego en aquella helada gruta donde el frío se hacía sentir muy intenso.

La herida del viajero era una horrible desgarradura en la espalda, donde la sangre coagulada y seca de dos días sin lavar, le producía grandes dolores. Aquella espalda apareció como una llaga viva cuando la herida fue lavada. Yhasua hizo hilas y vendas del lienzo de su turbante, y poniendo toda la fuerza de su voluntad y de su amor en aliviar a su semejante, le hizo beber vino con miel, y mentalmente le mandó dormir.

—Quiero que en tu sueño seas curado –le dijo con su pensamiento puesto en acción, cual una poderosa corriente que estremecía los miembros todos del hombre dormido.

— ¿Cuánto tiempo dormirá? –le preguntó Esdras, comprendiendo desde luego que aquel sueño era provocado por mandato mental.

—Hasta el amanecer –contestó Yhasua abrigando solícitamente al

herido–. Mientras vosotros preparáis nuestra cena, yo traeré paja y heno para los lechos. Y afanosamente iba y venía trayendo grandes brazadas de paja hasta formar tres buenos montones en lo más interior de la gruta.

Dio de beber a los asnos, les dejó atados en los mejores pastos, a la vera del arroyuelo, bajo unas moreras silvestres, y fue luego a sentarse al lado de los Ancianos que le esperaban con la frugal comida sobre el blanco mantelillo tendido en el pavimento.

— ¡Gracias al Eterno Amor, fue laborioso tu día, Yhasua! –dijo Esdras iniciando la conversación.

—Como debieran ser todos los días del buen servidor de Dios y de la humanidad –contestó el aludido.

—En verdad, muy triste es el día en que no hemos realizado una obra de utilidad para nuestros hermanos.

— ¿Qué crees que habrá sucedido en el cerro de los leprosos? –volvió a preguntar Esdras a Yhasua.

—Los que tengan fe en el Poder Divino que quiso obrar en ellos, habrán sido curados. Estoy seguro de ello.

— ¿Y los demás?... –interrogó Eleazar.

—Sufrirán su pena, porque Dios Amor se da al que quiere recibirle. Así comprendo yo a Dios.

—El asombro será grande en los sagrados atrios, cuando se presenten allí los leprosos curados, pidiendo ser reconocidos según manda la Ley para incorporarse a sus familias y amigos –observó Esdras.

—Será un gran tumulto –añadió Eleazar–, porque tengo entendido que el Cerro del Mal Consejo es una verdadera ciudad de leprosos según es elevado su número. Y desde los tiempos de Elías y Eliseo no se han referido prodigios semejantes.

—Moisés hizo obras que superan a Elías y a Eliseo –dijo Esdras.

— ¡Moisés!... ¡Moisés!... ¡Qué grande y qué mal comprendido fue! –exclamó Yhasua.

—Las almas encarnadas en esta tierra, hijo mío, no pueden comprender almas como la de Moisés. Y no siempre las grandes almas pueden ponerse a tono con las pequeñas y mezquinas de las multitudes.

“La idea del bien por el bien mismo, es casi por completo ajena a la humanidad de este planeta.

“Amar por amar, sin esperar nada de los seres amados, es como una flor exótica que vive aislada en una cumbre, a donde la mayoría de los humanos no alcanzamos a llegar.

“Moisés amó tanto a su pueblo esclavo de Egipto, que no omitió esfuerzo alguno para salvarlo. Mas, su pueblo lo amó egoístamente y sin comprenderlo. Le amó tan sólo por el bien que recibía y esperaba recibir de él.

—Fácil me es aceptar –dijo Yhasua–, que el pueblo de Israel no llegara a comprender a Moisés; pero lo que me resulta incomprensible es la transformación que se hizo de sus libros. ¿Por qué y para qué?

—Yo he cavilado mucho sobre esto –dijo Eleazar–, y oído a otros hermanos nuestros explayarse sobre este tema, mayormente a los que han visitado el archivo de Moab y la tumba del gran Legislador en Monte Nebo.

"Estos dicen, que los auténticos escritos de Moisés son muy pocos y muy breves. Nos encaminamos al Gran Santuario donde se custodian en cofre de mármol. No sé si nos será permitido verlos, pero no dudo de la verdad de las palabras de quienes las he oído.

"Moisés escribió el relato de su grandiosa visión sobre la creación de nuestro Sistema Planetario en general, comenzando por la formación de la nebulosa que le dio origen; luego de la evolución lenta de este globo que habitamos hasta llegar a su capacidad de albergar seres con vida orgánica, y finalmente a la especie humana.

"A esto es a lo que se ha llamado Génesis. Son auténticos escritos de su letra en el más antiguo arameo, los himnos y oraciones a Jehová, como asimismo la llamada Bendición de Moisés, y sobre todo la Ley con sus diez mandamientos claros, explícitos, que no dejan lugar a tergiversaciones, ni a dudas.

"Esto es lo auténtico de Moisés según los Ancianos de Moab, custodios milenarios de sus escritos y de su sagrada sepultura. La Fraternidad Esenia ha tomado como base para sus estatutos y ordenanzas los pocos escritos verdaderos de Moisés, sobre todo la Ley, en su más sublime mandato: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo".

"Los demás libros que comienzan con la misma frase... "Y Jehová dijo a Moisés..." indican claramente no ser escritos por él, que en tal caso diría: "Jehová me dijo..." Son escritos además, los unos en jeroglíficos egipcios, otros en lengua caldea y algunos en antiguo hebreo, con distintos rasgos de letras, lo cual demuestra haber sido escritos por los escribas del pueblo de Israel y por mandato de los dirigentes del pueblo después de la muerte de Moisés.

—La buena lógica –contestó Yhasua–, único medio de orientarnos en tan densas tinieblas, exige que cuanto decís es la pura verdad. De otra manera no se concibe, que Moisés, que recibió la Ley Divina por vías espirituales tan elevadas, y en las cuales uno de los preceptos: "No matarás", escriba luego ordenanzas plagadas de sentencias de muerte individuales o colectivas hasta incluyendo ancianos, mujeres y niños por pecados ocultos o públicos, graves o no, según el punto de vista en que se miran, y menos aún, para lograr usurpaciones de territorios, de ciudades, de bienes de fortuna pertenecientes a otros pueblos. ¿Dónde

queda el “No matarás” de la Ley? Y sobre todo: ¿Dónde queda el “Ama a tu prójimo como a ti mismo”, resumen y síntesis de toda la Ley?

“Por eso digo que Moisés, no sólo no fue comprendido por su pueblo, sino que fue horriblemente calumniado, desprestigiado como legislador, como instructor y dirigente de pueblos.

—Yo pienso –observó Eleazar–, que a la muerte de Moisés, el pueblo de Israel tan rebelde y díscolo y ya sin el freno que para él significaba la poderosa influencia que ejercía Moisés, debió entregarse a toda suerte de excesos y delitos. Y los Ancianos que rodeaban a Josué hijo de Nun, joven aún y sin experiencia, debieron verse obligados a imponer severas penas, para contener aquel desbordamiento del vicio y de la maldad en todas sus formas más repugnantes y feroces. Y para darles fuerza de ley, antepusieron a todos los escritos llamados mosaicos esta frase invariable: “Y Dios dijo a Moisés: dirás al pueblo de Israel esto, y esto, etc., etc...”

La noche había cerrado ya sobre aquel siniestro campamento de rocas, en el cual no se veía otra luz que el tenue resplandor que por la boca de la caverna salía al exterior. Algunos aullidos de lobos se dejaron oír a lo lejos, y Yhasua corrió a traer los tres asnos al interior de la cueva, cuya entrada cubrieron con ramas de árboles y paja seca.

Preparó hachones con paja y ramas secas atados al extremo de una vara, para encenderlos en el caso de que las fieras llegasen a la cueva. Tal procedimiento lo había aprendido de los terapeutas peregrinos; mas no fue necesario emplearlo, porque las fieras pasaron en dirección a donde se encontraba el asno muerto que habían visto junto al camino.

— ¡Qué pobre cosa somos los seres revestidos de materia! –exclamaba poco después Esdras, sentado siempre junto al fuego, en cuyas ardientes cenizas asaba castañas–.

“Basta el aullido de una fiera, para hacernos abandonar toda una elevada disertación sobre la autenticidad de las obras de Moisés.

Los tres rieron de buena gana y Yhasua dijo:

—La vida de nuestros asnos, vale mucho más que la complacencia que sentíamos en la conversación iniciada.

—Eso desde luego, máxime si se tiene en cuenta que mediante ellos podremos llegar a nuestro destino –observó Eleazar.

—Y con la nieve que empieza a caer, estos horribles caminos deben ponerse intransitables –añadió Yhasua.

—Mañana antes de anochecer estaremos a cubierto de toda contingencia en el Santuario del Monte Quarantana –añadió Eleazar.

—Que Dios te oiga buen hermano, porque os aseguro que un hospedaje como éste, no es muy de mi agrado –dijo Esdras, que demostraba estar más debilitado por los años y por los trabajos mentales.

—Esto nos sirve para apreciar en todo su valor rayano en heroísmo,

la tarea de nuestros terapeutas peregrinos, que no son muy doctos ni suben muy alto en la contemplación y estudio de los misterios de Dios, pero cuya obra de amor fraterno les asemeja en la tierra a los Cirios de la Piedad de que hablan los videntes del mundo espiritual.

Poco después recitaban juntos el salmo de la acción de gracias y cada cual se recogía en su lecho a la espera del nuevo día para continuar el viaje.

Al amanecer, el herido se encontró con su espalda curada y que no sentía dolor alguno. Les explicó que iba con destino a la Fortaleza de Masada, más allá de En-Gedí, donde debía desempeñar el puesto de panadero.

—He salido de la Torre Antonia por la benevolencia del nuevo Comandante, que desde que fue curado milagrosamente de sus heridas el día de las carreras en Jericó, se ha vuelto tan compasivo, que las prisiones van quedando vacías.

—Es una buena manera de agradecer a Dios el beneficio recibido –dijo Esdras–. Así, tú debes imitar su conducta, y ya que actuarás en un presidio, trata de suavizar la vida de los infelices reclusos.

—Yo caí al calabozo por una pendencia con los esbirros del gobernador Graco. Estuve al servicio del príncipe Sallun de Lohes antes de que empezara la persecución tan injusta contra él; y en el momento en que lo asaltaron en una obscura calleja, donde le esperaban dos criados con la cabalgadura, yo caí como un ciclón sobre los asaltantes, que en la oscuridad de la noche creyeron que éramos muchos según era el ruido y gritería que yo armé haciendo que animaba a los que me seguían. Conseguido el objeto, que era dar tiempo a que el príncipe escapara, no me fue posible librarme de los esbirros que luego de maltratarme, me arrastraron a la Torre Antonia donde estuve hasta ahora.

—Eres hombre agradecido a tu amo –me dijo el Comandante–, y no cualquiera en tu lugar hubiera hecho lo mismo. Pero como no es prudente por ahora que te vean aquí, te daré un destino que si no es muy halagüeño, por lo menos te asegurará la vida y el medio de sustentar tu familia. Y me destinó a Masada cuando supo que mi oficio era panadero. No me quedaba más remedio que aceptar, pero mi dicha sería encontrar a mi antiguo amo y volver a su lado. No he podido enterarme de su paradero desde aquella noche fatal.

—Si vas a ser discreto, yo te lo diré –dijo Yhasua mirando fijamente a aquel hombre.

—Si caí en presidio por salvar a mi amo –volvió a decir el hombre–, ya comprenderéis que no he de perjudicarle aunque por el momento no pueda seguirlo.

—Está oculto con su familia en el Bosque de los Rebaños, al sudeste de Betlehem, donde yo lo he visitado.

— ¿Entonces vos sois su pariente o amigo?

—Amigo solamente –contestó Yhasua–.

“El comandante de la Torre Antonia ya se ha encargado de procurar su reivindicación para que pueda regresar a su casa.

“Ya encargaré a uno de nuestros terapeutas –continuó diciendo Yhasua–, para que te dé aviso cuando tu amo haya ocupado de nuevo su casa.

Y cuando fue el momento de seguir viaje, Yhasua ofreció su cabalgadura al ex herido, pero éste la rehusó diciendo que era originario de las montañas de Beashura y que se avenía muy bien a caminar entre ellas hasta En-Gedí, donde pernoctó en la ya conocida Granja de Andrés, donde debía separarse de sus compañeros de viaje.

La alegría de los buenos montañeses del Quarantana al ver a Yhasua, joven de veintiún años, no es para describirla, sino para sentirla en las profundas vibraciones de amor de aquellos sencillos y buenos corazones.

La anciana Bethsabé, fuerte aún a pesar de sus años, se sentía capaz de ofrecer un gran festín al Niño Santo como seguía llamando a Yhasua.

—Madre Bethsabé –decíale éste jovialmente–, ¿no ves cómo me crece la barba? Ya dejé de ser niño, y en verdad que lo siento. ¡Me hacían tan dichosos los mimos de todos!

¡Los hijos de Jacobo y Bartolomé ya convertidos en graves padres de familia, se encariñaron de Yhasua que jugaba amorosamente con ellos! Y el mayorcito de los niños exclamaba con mucha agudeza:

— ¡Suerte que viniste Yhasua, para descansar de repetir día por día: “Velad Dios bueno por la salud y la vida de Yhasua, nuestro Salvador!”

— ¿Eso decíais vosotros diariamente? Pues ya veis que Dios bueno os ha escuchado, puesto que me veis en perfecto estado de salud.

“Y decidme..., ¿qué clase de salvación es la que esperáis vosotros de mí?

— ¡Mira, Yhasua!..., eso lo sabrá la abuela Bethsabé que es quien nos enseñó a decirlo.

— ¡Tonto, más que un chorlito!, –dijo una vivaracha niñita, hija de Bartolomé–, Yhasua nos salvará de todos los males y de caer en el precipicio. ¿Has olvidado ya cuando te quedaste colgado de una rama sobre un abismo?, y tu padre grito: “¡Sálvamelo, Yhasua, por Dios! ¡Sálvamelo!” Y te salvó..., ¿lo has olvidado?

Yhasua reía alegremente al oírles disputar, y la niñita aquella a la cual llamaba Sabita, diminutivo familiar del nombre de la abuela, se acercó confiadamente a él viendo que sus palabras lo habían complacido.

—La luz de Dios está en ti, Sabita, y serás la estrella benéfica en este hogar –díjole Yhasua acariciándola–. ¿Cuántos años tienes?

—Voy para los ocho, y ya casi sé de memoria los rezos de la abuela, y paso sin enredar los hilos en el telar...

—Y sabes mejor gruñir cuando me aparto las mejores castañas... –murmuró uno de los varoncitos.

— ¡Ah, glotoncillos!... ¡Con que ésas tenemos! –decía Yhasua como si volviera a ser niño entre los niños.

— ¡Es que no se puede perder a ése de vista!... –decía con gravedad Sabita–. Lo mejor se lo come él, y deja lo peor para el padre, para la abuela, para los tíos...

— ¡Cada gorrión busca lo suyo!... –arguyó el pequeño glotón defendiéndose.

Yhasua riendo le dijo:

—Estás equivocado, amiguito mío: el gorrión busca lo suyo y antes lleva a su nido lo mejor que encuentra.

"Suponte que un día enfermas o te lastimas un pie y no puedes andar. ¿Te gustaría que tus hermanitos o primos coman lo mejor de todas las frutas y te dejen a ti lo peor?

— ¡Oh, no, eso no! –contestó el niño.

—Entonces debéis todos acostumbraros a este pensamiento: "haré con los demás como quiero que ellos hagan conmigo". ¿Comprendéis? Esta es la salvación que podéis esperar de Yhasua.

La abuela Bethsabé oculta tras de una cortina de juncos observaba esta sencilla escena entre el Hombre-Luz y sus nietecillos, y no obstante su rusticidad, la buena mujer encontraba en ella el amor inefable de Yhasua manifestado en todos los momentos de su vida.

Al siguiente día pasaba al Santuario juntamente con sus compañeros de viaje. Sólo encontró tres de los solitarios que moraban allí la última vez que él estuvo, cuando tenía doce años de edad. Habían pasado nueve años. Dos de ellos se habían incorporado al Santuario del Monte Ebath recientemente restaurado como recordará el lector. Otro había ido al Tabor, a formar parte de la alta Escuela de Conocimientos Superiores en que completó Yhasua su instrucción y desarrollo de sus facultades espirituales. Y el cuarto, Abiatar, uno de los tres que llevaron la noticia de su nacimiento al Gran Santuario de Moab, había sido designado por la Fraternidad Esenia para completar el Consejo de los Setenta, donde la muerte había dejado sitios vacíos.

Junto a los tres Ancianos ya conocidos para él, encontró tres más, aún jóvenes y a Yohanán su pariente, que era el menor de todos con sólo veintidós años de edad. Los otros tres eran levitas, que profundamente asqueados de lo que ocurría en el templo de Jerusalén, renunciaron a sus derechos y privilegios otorgados por la ley y prefirieron la vida pura e independiente de las grutas esenias, a vivir presenciando sin poder remediar las abominaciones del templo.

Podían haberse dedicado como lo hicieron otros, a las especulaciones

filosóficas y altos estudios que bajo la dirección de Simeón el nuevo Rector y otros Doctores, se hacían en el Gran Colegio de Jerusalén, pero se encontraron débiles para vivir sin contaminarse entre aquel abismo de odios y de ambiciones, de luchas fratricidas y desórdenes de toda especie.

Allí en el Santuario del Quarantana se preparaban para formar entre los terapeutas peregrinos, que eran los dos primeros grados que debían pasar los Esenios antes de entrar a la vida solitaria de desarrollo de las facultades superiores del espíritu.

Además, circunstancias dolorosas ocurridas en sus hogares respectivos, habían contribuido asimismo a esta resolución.

Los tres levitas, buscaron pues en la soledad de las grutas, la facilidad de poder vivir en acuerdo con su conciencia, y a la vez curar las profundas heridas que el contacto con la humanidad les había causado.

Sus nombres eran Felipe, Bartolomé y Zebeo. Este último fue enviado al Santuario del Hermón por trabajos especiales. Los tres formaron más tarde entre los doce Apóstoles. Nacidos en Galilea, habían pasado en Jerusalén la mayor parte de su vida. El mayor de los tres era Felipe, de treinta y nueve años, recientemente viudo y con dos hijas casi niñas que estaban al cuidado de la abuela materna. Tenía a más de la muerte de su compañera, el dolor de que su madre había contraído segundas nupcias con un idólatra, un guardia de la escolta de Valerio Graco, hombre malvado que secundaba todas las arbitrariedades y atropellos del amo, basta que le pagase bien su complicidad.

Tales eran los solitarios que Yhasua encontró en el Santuario del Monte Quarantana. Entre los tres Ancianos, estaba Sadoc, que era el Servidor, uno de los tres que veintiún años atrás fueron a llevar al Santuario Madre, la noticia del nacimiento de Yhasua.

El lector adivinará pues, la emotiva y tiernísima escena que tuvo lugar a la llegada de Yhasua, al cual los Ancianos consideraban como un glorioso hijo que debía ser luz, consuelo y esperanza para todos.

La poderosa vibración de amor del Maestro, fue de inmediato percibida por los Esenios jóvenes que recién le conocían y que le cobraron un afecto decidido y entusiasta, que desde ese momento quisieron seguirle como discípulos.

Y en una confidencia íntima con ellos el joven Maestro se les descubrió sin pretenderlo, debido a esa gran penetración espiritual que él tenía, la cual unida a su exquisita sensibilidad, le permitía leer en el fondo de los corazones.

¡Qué explosiones de claridad espiritual se desbordaron sobre las almas de aquellos tres vencidos de la vida, que apenas la habían vivido, cuando la voz dulcísima del Maestro fue deshojando sobre sus heridas las flores frescas de su corazón, pleno de esperanza, de amor y de fe!

—Vosotros venís a la gruta de los Esenios, buscando la quietud y la paz que la sociedad de los hombres os ha negado –les decía–. Pero no debéis albergar en vosotros la cobardía de renunciar a la vida, sólo porque ella os ha brindado dolores.

"Venir aquí por un ideal de superación sobre todas las miserias humanas, y buscando el alto conocimiento de los misterios divinos, cosa grande es, sobre todo lo grande y bello a que puede aspirar el alma humana encarnada.

"Mas, este gran conocimiento, sólo llega al alma del hombre, cuando ha bebido toda la hiel de las ingratitudes humanas, del abandono, del olvido, del desamor de aquellos a quienes nos dimos como oblación completa, sin detenernos a pensar que aquellas criaturas amadas no podían nunca darnos lo que no poseían, la esencia pura de un amor sin interés, sin egoísmo, capaz de perpetuarse a través de todos los contratiempos y de todas las contingencias.

"Nos brinda a veces con la copa rebosante de sus amores efímeros, pensando que recogerán de nosotros la satisfacción de sus ambiciones y deseos, y tales amores sólo viven el tiempo que vive la ilusión. Desvanecida ésta, los afectos mueren como el pez fuera del agua, como la hierba arrancada de la tierra, como la luz de la lamparilla cuando se agota el aceite.

"Y el alma que soñó con amores fuertes más que la muerte y eternos como ella misma, comienza a saborear la amargura de la agonía, que le irá llevando al aniquilamiento de su esperanza y de su fe en la vida, en los seres y hasta en sí misma.

Mientras esto decía, vio Yhasua que dos gruesas lágrimas surcaban el noble rostro de Zebeo, en cuya aura mental, la clarividencia del Maestro percibió la imagen de una joven que se alejaba perdiéndose en los caminos de la vida, porque el prometido esposo, había perdido por diversas contingencias humanas, los bienes materiales que poseía.

Y el Maestro continuó:

—Eso no era amor Zebeo, sino sólo ilusión del propio bien que ella perseguía en ti, como el niño que persigue una dorada mariposa en el huerto de su casa, y cuando la tiene y se apercibe de que aquel polvillo de oro se desvanece en sus manos, la deja a un lado y sigue persiguiendo otra, y otra más a lo largo del camino...

—La luz de Dios está en ti, Yhasua, puesto que has adivinado mi pena –murmuró Zebeo con la voz ahogada por la emoción.

—Y la mía –añadió Bartolomé, que llevaba también una profunda herida por la indiferencia y desamor de familiares, a los cuales consagrara toda su vida sin recoger de ellos ni siquiera una florecilla humilde de ternura y gratitud.

—También yo sufro el abandono de una madre que ha preferido el amor de un malvado con oro, al cariño del hijo que se miraba en sus ojos... –dijo a su vez Felipe, rememorando con honda amargura la defección de la que le dio el ser.

—Vosotros habéis conocido la dura prueba del desamor de los amados –dijo el joven Maestro–, y yo os digo que estáis en condiciones de aspirar al supremo conocimiento de Dios, cuyo amor infinito llenará plenamente vuestra copa vacía de ilusiones y esperanzas terrestres.

"Creo que algún día os diré a los tres: Venid conmigo a beber de las fuentes divinas, porque las aguas de este mundo ya no pueden apagar vuestra sed... ¿Me seguiréis entonces?...

— ¡Oh, sí, Yhasua..., hasta la muerte! –respondieron los tres a la vez.

Acto seguido les explicó de la Santa Alianza que se comenzaba a formar, para iluminar al pueblo con una enseñanza que lo preparase a ser libre y a gobernarse a sí mismo.

Yhasua quiso también conversar en intimidad con Yohanán, su primo y compañero de promoción al grado último, que los haría Maestros de Divina Sabiduría en la Fraternidad Esenia.

Faltaban sólo dos días para emprender viaje al Gran Santuario de Moab, a través de montañas escarpadas y llenas de precipicios.

Ninguno de los dos había estado antes, en aquel luminoso foco de los más elevados conocimientos sobre los altos misterios de la Divinidad y de la grandeza a que puede llegar el alma humana después de largos siglos de purificación.

—Yohanán –decía Yhasua en un suave atardecer de opalinos crepúsculos–, créeme que no me entusiasma absolutamente nada, la sanción final del Alto Consejo de los Setenta.

"El único sentimiento que me acompaña, es el temor de encontrarme con lo desconocido, con lo imprevisto, con lo inesperado. ¿No te ocurre a ti esto mismo?

—No, Yhasua, porque hace ya cuatro años que encontré mi camino, tal como he de seguirlo durante toda mi vida. Por divina bondad, se lo que soy y la misión que debo cumplir.

"En cambio tú... –y Yohanán se detuvo temeroso de esbozar pensamientos demasiado audaces y graves.

—En cambio tú..., ¿qué? No has encontrado tu camino, quieres decirme, ¿no es verdad? –preguntó Yhasua.

—No es tal la verdadera calificación –contestó Yohanán–, puesto que recorres a largos pasos tu gran camino. Lo que hay, según tengo entendido, es que aún no estás convencido de tu misión en esta hora de la evolución humana terrestre. O en otras palabras más profundamente espirituales: no te has encontrado aún a ti mismo tal como eres en la

hora actual, y en relación con esta humanidad. Y de ahí según mi entender, ese vago temor a encontrarte en Moab con lo desconocido, con lo inesperado según tus propias palabras. ¿He acertado?

— ¡Completamente! Y créeme que a veces pienso que ese temor puede ser un principio de sugestión, debido a las frecuentes insinuaciones que se me hacen referentes a un mesianismo que yo no siento en mí.

—Hablemos a fondo y con toda sinceridad –dijo Yohanán–. ¿Qué valor asignas tú a las profecías desde los tiempos de Abraham? ¿Qué son esas profecías según tu comprensión? ¿Son la expresión fiel de la verdad o no?

—Las profecías todas en general, son en mi concepto clarividencias de espíritus avanzados, designados por la Eterna Ley para ir marcando rumbos a las porciones de humanidad donde actúan, para alentarles en sus épocas de decadencia, para mantener encendida la lámpara del Divino Conocimiento y abierto el puente de cristal que une al hombre con su Creador. Creo pues en la verdad de las profecías hechas por espíritus que en su vida terrestre han dado pruebas de su unión con Dios, a cuyas leyes y voluntades han demostrado un sometimiento perfecto. Según son los actos en la vida de los hombres, merecen o no, que aceptemos o rechacemos sus palabras y sus doctrinas y enseñanzas.

—De acuerdo –dijo Yohanán–. Nuestros grandes profetas han anunciado la venida a la tierra de un Mesías, de un Instructor, de un Salvador que se interponga entre la Justicia Divina y la humanidad terrestre cuyo desquicio moral, espiritual y material es tal, que está a punto de caer bajo la sanción de la Eterna Ley de destrucción y aniquilamiento.

“El tiempo de la aparición de este Ser Superior llegó hace veintiún años cuando tuvo lugar la conjunción de Júpiter, Saturno y Marte. En esto están de acuerdo todos los sabios, astrólogos y clarividentes de diversos países y escuelas.

“La Fraternidad Esenia que es la escuela de los Profetas hebreos, nuestra Escuela Madre, está convencida de que en tu persona humana, se halla encarnada la Inteligencia Superior, que es la más nítida vibración de la Eterna Idea, del Eterno pensamiento, que es la Verdad Suprema; o en otras palabras: que está en ti la Luz Divina, por lo cual eres el Mesías esperado y anunciado por los Profetas, y por los clarividentes de otras sagradas escuelas de Conocimiento Superior difundidas por el mundo. ¿Qué dices tú a esto?

—Digo, Yohanán, que ahora es Dios quien debe hablar en el fondo de mí mismo, porque aún no reconozco tal superior personalidad en mí.

“Que amo el bien, la verdad, la justicia, es cierto. Que amo a mis semejantes tanto como para sentir el impulso de sacrificarme por ellos, es cierto también. Pero todo eso lo sintieron otros y lo sientes

tú mismo Yohanán, porque es la lógica herencia de todo el que ama a Dios y a sus obras. Mas, dime, ¿es bastante esto para designar a un hombre como Mesías, Instructor y Salvador de la humanidad de un planeta?

—Si en el nacimiento y persona humana de ese hombre se reúnen las condiciones, circunstancias y acontecimientos enunciados por las profecías de los clarividentes, y esperados por las hipótesis y deducciones lógicas de los sabios, claro está que es bastante, Yhasua.

"Y si en el correr de la vida de ese hombre, se suceden día tras día las manifestaciones de orden espiritual y material que acreditan la existencia en él de poderes internos, propios de una altísima jerarquía espiritual, la evidencia se hace tan clara, que sólo un ciego mental lo podría negar. ¿No lo crees tú así, Yhasua?

—Algunos de nuestros Profetas tuvieron también grandes poderes internos, y realizaron con ellos, hechos que fueron el asombro de su época. Allí están para probarlo Elías, Eliseo, Ezequiel, Daniel. La clarividencia de José, hijo de Jacob, su dominio del yo inferior, su grandeza de alma para perdonar a hermanos y devolverles bien por cuanto mal le habían hecho, su clara lucidez para dirigir la evolución espiritual, social y económica del antiguo Egipto de los Faraones, todo ello indica la extraordinaria evolución de ese espíritu, y no obstante nadie pensó en un Mesías salvador de la humanidad.

—Todas esas facultades y poderes que estuvieron en alto grado en los seres que acabas de mencionar, deben estar reunidos en la augusta personalidad divina del Verbo de Dios –contestó Yohanán con gran firmeza–. Su capacidad de amor, de benevolencia, de tolerancia, debe ser tal que se irradie al exterior como una fuerza extraordinaria, como un arrastre de almas, irresistible, invencible.

"Todo esto es lógica..., pura lógica, Yhasua, nada de ensueño, nada de ilusión.

Se hizo entre ambos un profundo silencio como si una fuerza superior les hubiera mandado callar.

Pocos momentos después, Yhasua rompió ese silencio para decir con infinita dulzura:

— ¡Yohanán!... Si tú me amas como yo te amo, roguemos juntos al Padre Creador de éste y de todos los mundos, para que al llegar al Santuario de Moab y antes de ser consagrado Maestro de almas, se produzca la completa iluminación de mi espíritu.

—Porque te amé Yhasua desde antes de nacer a esta vida, el Altísimo me ha dado el reconocerte antes que tú mismo te reconozcas. Oremos pues, al Señor, y estoy cierto que encontrarás en ti mismo al Verbo de Dios que andamos todos buscando...

El gran silencio de la unión de las almas con la Divinidad se hizo hondo, profundo y extático.

El crepúsculo vespertino se había evaporado en las primeras sombras del anochecer; y bajo aquel claro cielo de turquesa donde aparecía tímida la primera estrella, aquellos dos espíritus, ancianos en la evolución, buscaron la inmensidad infinita, olvidaron la tierra que sus pies hollaban, olvidaron a las criaturas, se olvidaron a sí mismos y se sumergieron en los dominios de la Verdad Suprema.

¿Quién puede saber lo que las grandes almas perciben entregadas en completo abandono al abrazo del Infinito?

Las campanadas sonoras en la calma del anochecer les trajeron de nuevo a la realidad penosa de la vida. En el Santuario de rocas estaba puesto el blanco mantel sobre la mesa, y la campana llamaba a la comida de la noche.

Yhasua y Yohanán, sin decir palabra volvieron atrás sus pasos y se encaminaron de nuevo a las grutas envueltas en sombras, y donde sólo se percibía el tenue resplandor de los cirios del comedor.

51
EN EL SANTUARIO DE MOAB

Recordará el lector el puente de balsas que los solitarios habían construido para tenderlo en momentos dados sobre el Mar Muerto, que a la altura de Kir y debido a la atrevida península de este nombre, se torna tan angosto como un brazo de río de escaso caudal de aguas. El puente había sido sustituido por una barca con capacidad para veinte pasajeros. Así ahorraban el largo y peligroso camino de las Salinas, y lo más escarpado y fragoroso del desierto de Judea para llegar al Monte Moab.

Dos días después de la conversación sostenida con Yohanán, Yhasua y él, se embarcaban acompañados de Esdras y Eleazar más el Servidor, Sadoc, que en cumplimiento de una ordenanza debía ser quien presentara a los dos jóvenes que iban a ser consagrados Maestros de Divina Sabiduría. Una especie de santo orgullo llenaba de alegría al viejo Servidor del Santuario del Quarantana, que cuando los remos impulsaron la pequeña barca hacia Moab, repetía con los ojos húmedos por la emoción:

— ¡Yo vine hace veintiún años a anunciar tu llegada a la vida física, Yhasua, y hoy vengo a traerte para que los Setenta, te consagren Maestro de los más altos conocimientos divinos!

"¿No es ésta una gloria inmensa que yo no merezco y que nunca pude soñar?

—También Eleazar y yo –decía Esdras–, tuvimos nuestra parte en

la llegada de Yhasua a la Tierra, pues fui yo quien le anoté en el Gran Registro de Israel, tomo setecientos veinticuatro, existente en la primera Sinagoga de Betlehem, y Eleazar con Simeón ya fallecido, servían el altar cuando Myriam y Yhosep entraban en el Templo para el ceremonial de la purificación y presentación del niño al Altísimo Dios de nuestros padres, Abraham, Isaac y Jacob.

"¿Pueden darse más hermosas y sugestivas coincidencias?

—Y no olviden –decía a su vez Yohanán–, que estando yo en el seno materno, reconocí a Yhasua, por lo cual inspiré a mi madre la sublime alabanza a Myriam, que nuestras crónicas han conservado.

—Todo esto significa –dijo Yhasua–, que tengo innumerables deudas con todos vosotros y que no sé cuando estaré en condiciones de pagar. Es muy original cuanto me sucede: por donde quiera que voy, encuentro acreedores con los cuales tengo deuda de gratitud. ¿Cuándo será que yo tenga que cobrar algo de vosotros?

—Ya te estás cobrando, hijo mío, desde que naciste. Y te cobras en la única moneda que tiene valor para ti: ¡el amor!

— ¡Es cierto, Servidor –contestó Yhasua–, es cierto! Si yo debiera devolver al Padre Celestial en amor, cuanto amor he recibido, precisaría una vida de siglos para saldar mi deuda.

Y en su mente, plena de radiantes claridades, desfilaron como una procesión de estrellas, todas las almas que en la tierra le amaban.

Este suave recuerdo le enterneció casi hasta el llanto y a media voz murmuró:

— ¡No hay don que pueda compararse al amor puro y santo de las almas que saben amar!

Y así, en elevadas conversaciones propias de almas que sólo viven para cosas sublimes y bellas, hicieron la breve travesía que sólo les ocupó la mitad del día, y esa misma tarde, antes de la puesta del sol, entraban nuestros cinco viajeros en el Gran Santuario de Moab que ya conoce el lector desde los comienzos de esta narración, y en el cual causó la llegada, una indescriptible alegría.

Esa misma noche tuvo lugar la primera asamblea para la consagración de Yhasua y de Yohanán como Maestros de Divina Sabiduría. Los Setenta Ancianos estaban subdivididos en siete Consejos, cada uno de los cuales tenía a su cargo el examen del pretendiente en una de estas siete cuestiones que abarcan toda la ciencia de Dios, de los mundos y de las almas; y cada Consejo constaba de diez miembros:

Primera cuestión: *Dios*. Segunda cuestión: *los Mundos*. Tercera cuestión: *las Almas*. Cuarta cuestión: *la Ley de la Evolución*. Quinta cuestión: *la Ley del Amor*. Sexta cuestión: *la Ley de Justicia*. Séptima cuestión: *los Mesías o Inteligencias conductoras de humanidades*.

Ambos jovencitos, sentados ante aquel venerable tribunal formado en semicírculo daban la exacta impresión de dos niños ante un consejo de sabios que buscaban la complacencia espiritual, intelectual y moral de contemplar de cerca la elevada evolución de aquellas dos almas, ancianas ya, en los caminos de la Vida Eterna.

Yhasua, perteneciente por su origen espiritual a la Legión de Amadores, y Yohanán por igual razón a la de espíritus de Justicia.

Los Ancianos atentos en su observación comprobaron ampliamente estas circunstancias en la forma en que ambos jóvenes desenvolvieron sus disertaciones sobre determinadas cuestiones.

Cuando Yhasua hizo su exposición sobre cómo debía entenderse la Ley de Amor, base inconmovible de la solidaridad y armonía universal, fue tal el fuego, la vibración, el entusiasmo que irradió su palabra, que el Consejo de los Setenta, más los demás Esenios que en calidad de espectadores asistían, estallaron en una salva de aplausos, rompiendo la costumbre de no exteriorizar en forma tan expresiva su aprobación.

Algunos de los Ancianos más sensitivos lloraban de felicidad, y aseguraban no haber oído nada semejante en tantos y tantos estudiantes de Divina Sabiduría que les había correspondido examinar a la terminación de sus estudios.

El viejo Servidor del Quarantana y Esdras que actuaban cerca de Yhasua desde su nacimiento, se levantaron de sus banquetas sin poder contenerse y abrazaron llenos de emoción al joven Maestro que no podía desmentir el calificativo que le habían dado desde su llegada al plano físico: “El Altísimo nos ha enviado como Mesías, un serafín del séptimo cielo de los Amadores”.

¡Yhasua!... el serafín del séptimo cielo, bajado en medio de esta humanidad terrestre compuesta en su mayor parte de seres egoístas, malvados y viciosos que ni con un milagro, si el milagro fuera posible, podrían ponerse a tono con esta arpa viva, cuya vibración de amor y de armonía envolvía toda la tierra!

Yohanán a su vez, al llegar su exposición sobre la Ley de Justicia, apareció en verdad como el arcángel de fuego que era, venido junto al dulce Yhasua para consumir un tanto la escoria de los caminos que el Verbo de Dios debía recorrer.

Los Ancianos se confesaban unos a otros que en toda su larga vida no habían actuado en otro examen tan brillante, tan empapado de la Suprema Verdad, tan a tono con la Eterna Idea, con el Eterno Pensamiento.

Algún lector ansioso de superiores conocimientos podrá encontrar un lugar vacío en esta narración al no dar a conocer las disertaciones filosóficas y morales de estos dos sobresalientes alumnos; pero sería tal su extensión y profundidad, que las siete cuestiones por sí solas podrían

formar un libro aparte, que no podía ser tampoco para toda clase de lectores, sino para los poquísimos que se dedican a la parte esotérica del sublime ideal cuyos vastos alcances culminaron en el Cristo Divino. (N.R: En la obra "Cumbres y Llanuras", en los capítulos: "El huerto de Juan florece" y "Los pergaminos de Juan", el lector encontrará la disertación del Divino Maestro).

"—Ahora os hablo así –decía él más tarde a sus amigos–, porque vosotros no podéis aún comprenderme, mas cuando estéis conmigo en mi Reino, veréis claro en todas las cosas".

Estas prudentes y sabias palabras suyas, debemos tenerlas muy en cuenta, los que relatamos su vida buscando que el Divino Salvador sea conocido y comprendido por la humanidad terrestre, heredad suya por toda la eternidad.

Después de las siete asambleas, en que ambos alumnos dieron amplísimas pruebas de haber superado la alta ciencia a que las Escuelas de Conocimiento Superior estaban dedicadas, se procedió a consagrarles Maestros de almas, con un ceremonial pleno de símbolos en extremo emotivos.

Revestidos todos con sencillas túnicas de un violeta casi negro sujeta a la cintura por un cordel de cáñamo, todo ello símbolo de penitencia y humillación, cantaron al compás de salterios el salmo 57 en que el alma se abandona plenamente en la inmensidad del Amor Misericordioso a la espera de la luz, de la fuerza, de la esperanza y el consuelo que sólo de Dios puede venir.

Terminado el salmo guardaron silencio durante una hora, sumidos todos en profunda concentración espiritual, a fin de procurarse cada cual la más perfecta unión con la Divinidad.

Era además la ayuda espiritual que los Ancianos ofrecían a los que iban a ser consagrados Maestros de almas, conductores de grandes o pequeñas porciones de humanidad a fin de que fueran iluminados sobre las grandes responsabilidades que aceptaban en esos solemnes momentos.

Y Yhasua tuvo entonces la más tremenda visión que le dio a conocer claramente su camino en medio de la humanidad.

Lentamente fue cayendo en ese estado extático, en que el Eterno Amor sumerge a las almas que se les entregan plenamente en un total abandono, en completo olvido de sí mismas para no buscar ni querer sino la Divina Voluntad.

La Eterna Luz que recoge y graba en los diáfanos planos de cristal de sus sagrados dominios, cuanto pensar y sentir irradian las inteligencias humanas, nos permite observar el proceso íntimo que tuvo lugar en las profundidades de la conciencia del Verbo de Dios.

Se vio a sí mismo de pie al borde de un abismo inconmensurable y tan oscuro, que sólo con grandes esfuerzos pudo ver lo que allí acontecía. Como repugnantes larvas, como menudos gusanos, cual sucios animalejos revueltos en una charca nauseabunda formada de lodo y sangre, de piltrafas putrefactas, vio a la humanidad terrestre con ansias de muerte y entre estertores de una agonía lenta y cruel, donde los padecimientos llegaban al paroxismo, y el egoísmo y la ambición se tornaban en la locura fatal del crimen.

Una décima parte de la humanidad eran verdugos vestidos de púrpura, oro y piedras preciosas, que entre la inmunda charca se divertían en aplastar como a hormigas, a las nueve partes restantes, sometiéndolas a las torturas del hambre, la fatiga, de las epidemias, de la desnudez, del frío, del fuego, de la horca, de las mutilaciones, de la esclavitud y la miseria en sus variadísimas formas.

En las negras rocas que flanqueaban aquel abismo, vio en pequeñísimos grupos, algunas lucecitas como de cirios que ardían y sus llamitas exangües se levantaban como pequeñas lenguas de luz elevadas a lo alto.

Mas, eran tan pocas, que no alcanzaban a dar luz a la espantosa tiniebla.

Vio en la inmensidad del infinito, rodar mundos apagados fuera de sus órbitas que se precipitaban a esos vacíos del espacio, que la Ciencia Oculta ha llamado cementerios de mundos muertos, y comprendió que en su vertiginoso rodar arrollarían al planeta Tierra, cuyas corrientes de Bien y de Mal estaban en completo desequilibrio, pues el Mal era inmensamente mayor que el Bien, y al igual que un cuerpo orgánico, su descomposición era tal, que la destrucción final se hacía inminente momento a momento. Comprendió que la visión le diseñaba un futuro más o menos cercano.

"Los mundos y las almas se parecen" –pensó el extático vidente–. *"Una misma es la ley de evolución que las rige"*.

Acto seguido, vio levantarse del fondo mismo de aquel negro abismo, una blanca claridad como una luna de plata que subía y subía. Aquel disco luminoso se ensanchó de pronto, disipando las tinieblas, y en el centro de ese disco se dibujó un negro madero con un travesaño en su parte superior. Era una cruz en la forma usada para ajusticiar a los esclavos que huían de sus amos, a los bandoleros asaltantes de las caravanas y a los piratas bandoleros del mar.

En aquel madero aparecía un hombre ensangrentado y moribundo, cuyos ojos llenos de llanto miraban con piedad a la muchedumbre inconsciente y bárbara, que aullaba como una manada de lobos hambrientos.

Y Yhasua espantado, se reconoció a sí mismo en el hombre que agonizaba en aquel madero de infamia.

Angustias de muerte hacían desfallecer su materia, que apareció semitendida en la banqueta de juncos en la penumbra del santuario esenio.

Una divina claridad apareció sobre él y la voz dulcísima de uno de sus guías le dijo:

"Ese es el altar de tu sublime holocausto en favor de la humanidad que perece. Eres libre aún de tomarlo para ti o dejarlo. Ninguna ley te obliga. Tu libre albedrío es señor de ti mismo. El amor es quien decidirá. Elige".

Y luego se vio a sí mismo subiendo a alturas luminosas, inaccesibles o incomprensibles para la mente encadenada a la materia; y que arrastraba en pos de sí, a la mayor parte de aquel informe laberinto de larvas y gusanos, que eran seres humanos sumidos en la asquerosa charca en el fondo del abismo.

—*"¡Elige!"* –insistió la voz–. *"Es el momento decisivo de tu glorificación final. Es el triunfo del Amor sobre el Egoísmo. De la Verdad sobre la Mentira; del Bien sobre el Mal".*

— ¡Lo quiero para mí, lo elijo para mí!... ¡Yo soy ese hombre que muere en la infamia, para salvar de la infamia a toda la humanidad!... –gritó Yhasua, con un formidable grito que oyeron todos los que estaban presentes, y hubiera rodado como una masa inerte sobre las esteras del pavimento, si los Ancianos que le rodeaban no se hubieran precipitado a levantarlo en sus brazos.

Al siguiente día y cuando el sol estaba en el cenit, todos los moradores del Gran Santuario de Moab vestían túnicas de lino y coronas de mirtos y de olivo.

Y el Gran Servidor después de quemar incienso en la hoguera del altar, donde estaban las Tablas de la Ley y los libros de Moisés y de los Profetas, hacía a Yhasua, este interrogatorio:

—Yhasua de Nazareth, hijo de Myriam y de Yhosep, de la descendencia real de David, ¿quieres ser consagrado Maestro de almas en medio de la humanidad?

— ¡Quiero! –fue la contestación del interrogado.

— ¿Aceptas los Diez Mandamientos de la Ley inspirada por Dios a Moisés; y la reconoces como la única eficiente para conducir a la humanidad al amor fraternal que la salvará?

—Acepto esa Ley en todas sus partes, y le reconozco su origen divino y su capacidad para salvar a los hombres.

— ¿Aceptas voluntariamente todos los sacrificios que tu misión divina de Maestro te impondrá en adelante?

—Los acepto, incluyendo hasta el de la vida misma.

Entonces todos los Ancianos levantaron su diestra sobre la cabeza inclinada de Yhasua y pronunciaron en alta voz las solemnes palabras

de la Bendición de Moisés por la cual pedían para él su dominio de todas las fuerzas, corrientes y elementos de la Naturaleza, obra magnífica de Dios.

Un formidable:

"Dios te salve, Ungido Sacerdote Eterno, Salvador de los hombres".

Resonó como un concierto de voces varoniles bajo la austera bóveda de rocas del Santuario de Moab. Los Esenios todos, con sus rostros venerables bañados de lágrimas abrazaron a Yhasua, uno por uno.

Cuando le tocó el turno a Yohanán, éste le dijo:

— ¡El Padre Celestial habló por fin para ti!

— ¡Sí, Yohanán!, pero habló tan fuerte, que aún tiembla mi corazón al eco de su voz. Ya no podré nunca reír, porque he comprendido todo el dolor y la miseria de la humanidad.

—Ayúdame tú a mí, porque mañana será mi consagración –dijo Yohanán.

—Cuenta conmigo, Yohanán, puesto que somos hermanos gemelos que marchan por parecidos caminos –le contestó Yhasua.

Con igual ceremonial fue consagrado Yohanán, Maestro de almas, al día siguiente a la misma hora.

Acto seguido les llevaron a la gruta mortuoria de Moisés en la altura de Monte Nebo, donde el gran Legislador entregó al Infinito su glorificado espíritu, después de haber cumplido ampliamente su misión de esa hora.

Siendo ya conocido del lector ese escenario nos ahorramos el describirlo nuevamente.

Yhasua con Yohanán y los dos Ancianos Esenios venidos de Jerusalén, pidieron se les permitiera examinar los libros de Moisés tenidos por auténticos escritos de su puño y letra, a lo cual accedió el Alto Consejo por dos poderosos motivos.

El primero, por ser Yhasua quien lo pedía y el segundo, porque en ese año no se había aún abierto y revisado, según tenían por costumbre hacerlo todos los años en el día aniversario, de cuando bajó Moisés del Monte Sinaí con las Tablas de la Ley.

Eran cinco pequeños rollos de papiro escritos con admirable claridad, con tinte de múrice color púrpura oscuro, casi violeta:

"El Génesis o visión de Moisés con la descripción de la formación de nuestro Sistema Planetario y evolución primitiva de nuestro planeta Tierra.

"El Éxodo", o sea un relato breve con la nómina de los hebreos que entraron a Egipto con Jacob cuando fue llamado por su hijo José, más los nombres de los jefes de familia de cada una de las Doce Tribus descendientes de los doce hijos de Jacob y el número total de ellos.

Y al final se leía esta ordenanza al pueblo: "Se nombrarán siete Escribas que lleven registros de los hijos de Israel que salieron de Egipto, de los que mueran durante el viaje, y de los que lleguen a la tierra prometida".

"El Levítico o libro sacerdotal", en el cual Moisés declara haber elegido para los cánticos sagrados oraciones y ofrendas a Jehová, a individuos de la tribu de Leví en razón de que el Patriarca Jacob su padre, le dio una especial bendición por ser entre todos sus hijos, el más inclinado a la oración y trato íntimo con Dios, al cual clamaba y rogaba varias veces cada día. "Tú y tu simiente –le había dicho–, enseñaréis al pueblo a orar delante de Jehová". Y los primeros sacerdotes elegidos entre los levitas fueron Aarón, hermano adoptivo de Moisés, y sus cuatro hijos, por la justicia y rectitud que resplandecieron siempre en ellos.

Describe la ceremonia de la consagración de acuerdo a indicaciones que le fueron dadas del mundo espiritual, a lo que él llamaba "voluntad de Jehová".

Luego describe brevemente las jornadas hechas por el pueblo desde que salieron de la tierra de Gosen en Egipto, hasta que llegaron a los valles del Jordán, mencionando de paso los pueblos o países en que hicieron paradas de descanso.

Venía luego el papiro en el cual Moisés había anotado los nombres de los jefes de familias en cada tribu, y el número de individuos de que estaba compuesta cada familia y cada Tribu.

Tal como un Libro Registro, en el cual podía muy bien obtenerse la suma exacta de todos los componentes de la nación hebrea. A este escrito-registro, se le llamó "Libro de los Números". Era el pueblo de Israel tal como se encontraba en los últimos años de Moisés.

Y por fin La Ley, o sea los Diez Mandamientos que conocemos, con algunas breves explicaciones aclaratorias, tendientes a la buena y perfecta interpretación que debía darse a dicha Ley, como por ejemplo: el caso de que un individuo matase a otro sin intención y sin voluntad, sólo debido a un accidente imprevisto, lo cual no implicaba delito ni merecía castigo, sino antes piedad, por la desgracia ocurrida a ambos, pues uno se privaba de la vida y al otro le caía el odio de los familiares del muerto, por lo cual Moisés ordenó que se designasen tres Ciudades-Refugio para estos asesinos involuntarios, donde nadie les podía causar daño alguno.

Y cada versículo o mandato de La Ley tenía anexo un pequeño comentario aclaratorio para ayudar a la correcta interpretación.

A los cinco breves rollos de papiro originales auténticos de Moisés, pudo comprobar Yhasua que en el correr de los tiempos se le habían hecho largas añadiduras, con el fin sin duda de mayores y más minuciosas aclaraciones, pero que en muchos casos variaban el sentido y

el espíritu de esa Ley, que en ningún caso ordenaba los castigos que habían de darse a los infractores, dejándolo esto a juicio del tribunal de los Setenta Ancianos elegidos por Moisés, para solucionar todas las cuestiones civiles y morales.

Y así se comprende muy bien, que según el pensar y sentir de ese Consejo que se fue renovando por la muerte de sus miembros, fueron los castigos a los infractores, lo cual tomó con el tiempo fuerza de ley, por aquello de que las costumbres aceptadas por la mayoría, en un tribunal, llegan a ser con el tiempo, leyes inapelables. Y esto fue lo que pasó con la famosa Ley de Moisés, tan breve, tan sencilla, y que al segundo siglo de su muerte estaba ya convertida en un voluminoso cartapacio de penas y castigos tremendos para los infractores; cartapacio que se fue ampliando más y más, como lo demuestra un libro-crónica escrito por los Ancianos de Moab en que se relataba con fechas, detalles y nombres de los Concejales, que creyeron de justicia al decretar tales o cuales penas para las transgresiones que les eran denunciadas.

Y así encontró Yhasua que a la mitad del segundo siglo de la muerte de Moisés aparecía por primera vez la lapidación, o muerte a pedradas a un blasfemo cuyo nombre, familia y tribu a que perteneció, estaba anotado cuidadosamente y con las firmas de los testigos que habían presenciado el hecho.

En la misma página aparecía la lapidación de una mujer, esposa del Concejal número 23 por habérsela encontrado culpable de infidelidad conyugal. Y junto a esta condena, una votación de todo el Concejo de los Setenta para imponer en adelante y como escarmiento, esta pena a toda mujer culpable de adulterio.

La opinión se había dividido, pues los unos decían: "La ley prohíbe el adulterio no sólo a la mujer sino también a los hombres, pues no especifica sexos".

"¿Por qué, pues, se ha de dar muerte a la mujer infiel a su marido, y no al marido infiel a su legítima esposa?". La crónica Esenia relata que de los Setenta Concejales sólo doce tuvieron este criterio de que la pena debía ser igual para el hombre que para la mujer; y los otros cincuenta y ocho obtuvieron por mayoría el triunfo de su idea de que la mujer infiel debía sufrir la muerte por lapidación, y que el hombre en igual caso, fuera amonestado y obligado al pago de un tributo más o menos grande según sus bienes de fortuna.

Así Yhasua pudo comprobar caso por caso, como en el correr de los siglos, fueron naciendo las más graves transgresiones a la Ley de Moisés de parte de los conductores del pueblo, cuyos delitos querían reprimir con otros mayores, pero aparentemente justificados por la aprobación de la mayoría del Consejo de los Setenta Ancianos, jueces únicos de Israel.

—Queda, pues, comprobado –decía él a Yohanán y sus dos compañeros de viaje–, que una es la Ley recibida desde los planos espirituales por Moisés, y otra la reglamentación o estatutos creados por los dirigentes de Israel, desde Josué hasta nuestros días.

"Tomemos nota, Yohanán, para nuestras enseñanzas futuras, si hemos de ser verdaderos Maestros de la Divina Sabiduría.

— ¡Os costará la vida!... –decían con honda pena los Ancianos de Moab.

—Ya lo sabemos –contestaron ambos jovencitos al mismo tiempo.

Cuatro días después regresaron al Santuario del Monte Quarantana, donde luego de una tierna despedida de todos sus moradores, tomó Yhasua el camino a Jerusalén acompañado de Esdras y Eleazar, que le dejaron junto a sus padres, en la casa de Lía donde ellos le esperaban.

52
YHASUA Y LA SANTA ALIANZA

Los cuatro doctores de Israel amigos de Yhasua, que ya conoce el lector, más Judá y Faqui, sus dos jóvenes y fervientes devotos, así que tuvieron noticia de su llegada se apresuraron a visitarlo.

Y todos ellos estuvieron de acuerdo en esta observación: "Diríase que han pasado de un salto diez años sobre Yhasua. ¡Qué cambiado está!"

Su madre fue la primera en advertirlo, y por mucho que indagó, no pudo saber la causa. Por fin lo atribuyó a cansancio del penoso viaje, y a excesivos trabajos mentales y trató de apresurar el regreso a su tranquila Nazareth, donde esperaba que su hijo recobrase la frescura de su aspecto físico y su habitual jovialidad.

Yhasua fue informado de que la Santa Alianza crecía secretamente, tomando admirables proporciones. Cada hogar era una Escuela-Registro, donde se aprendía una lección, se tomaba una consigna y se dejaban anotados los nombres de los nuevos adherentes.

Un fuerte lazo de fraternidad se iba anudando de corazón a corazón, olvidando viejos agravios y resentimientos, perdonándose las deudas, compartiendo el techo, la mesa, los vestidos, los alimentos como si fueran una sola familia, que se unía para resistir al invasor espurio y malvado, que atropellaba hasta con los más santos y puros sentimientos.

La consigna era: *el amor contra el odio; la razón contra el fanatismo; la igualdad contra la prepotencia; uno para todos y todos para uno*.

¡Qué fuerte y poderosa sería Israel si llegara a perfeccionar en todos sus miembros este sublime ideal! Sería la liberación. Sería la grandeza. Sería la paz y la prosperidad.

Si la hospitalidad había sido siempre la primera virtud esenia, ahora creció a tal punto que hasta los establos fueron dispuestos como hospedajes para los incesantes viajeros, que llegaban trayendo adherentes que luego aleccionados se diseminaban por pueblos, aldeas y montañas, llevando la buena nueva: "El Salvador de Israel está ya en medio de su pueblo, y es necesario preparar su presentación ante el mundo".

Faqui y Judá llevaron a Yhasua una noche al panteón sepulcral de David, punto de reunión como ya se sabe, de los más ardientes opositores al gobierno romano, y a los desmanes del alto clero unido a él en su mayor parte, por la conveniencia que de ello le resultaba.

Yhasua se encontró sorprendido de aquella gran masa de pueblo, en cuyos pechos veía las iniciales de la Santa Alianza. Comprendió así mismo que Judá y Faqui habían adquirido allí gran prestigio de jefes de la gran cruzada libertadora de Israel, pues eran consultados y obedecidos en todo.

Muchos de estos adherentes eran los jornaleros antiguos del príncipe Ithamar, padre de Judá, asesinado por orden de Graco nueve años atrás; más los criados del príncipe Sallun de Lohes, ya rehabilitado por el Legado Imperial de Siria; y casi todos tenían igual o parecida dependencia de príncipes Saduceos, que eran los más castigados por las arbitrariedades del poder reinante.

De pronto un hombre de edad madura, pidió la palabra y dijo:

—Propongo a todos los hermanos, que nos impongamos obligación de avisarnos unos a otros cuando alguno pueda averiguar dónde se oculta el que es nuestro Rey y Salvador, para que muy secretamente podamos ofrecerle personalmente nuestra adhesión y recibir de él las instrucciones necesarias.

"Si como se dice tiene ya veinte años cumplidos, puede muy bien ponerse a la cabeza de todos nosotros, que unidos a las agrupaciones que están formándose en todos los rincones del país, ya somos una fuerza respetable y muy capaz de expulsar al invasor. Vosotros diréis si estoy en lo justo".

Judá y Faqui se miraron y miraron a Yhasua, cuyos ojos fijos en el pavimento, no recibieron aquella mirada.

Judá dijo:

—Amigos: hemos traído esta noche a un gran compañero nuestro que ya es conocido de algunos de ustedes: Yhasua de Nazareth, viene de las alturas de Moab, en cuyo Gran Santuario ha sido consagrado Maestro de Divina Sabiduría.

"Propongo que le escuchemos y que su palabra sirva de norma para nuestro camino a seguir.

Las miradas de todos se fijaron en Yhasua, y una ola de simpatía se extendió en el ambiente.

El silencio se hizo de inmediato, y Yhasua puesto de pie, les dirigió la palabra en esta forma:

—Amigos de la Santa Alianza:

"Veo encendido en vuestros corazones el fuego santo de la unión fraternal, que os hará grandes y fuertes para responder al ideal supremo que os designa pueblo escogido por la ley de esta hora, para recibir al portavoz de la Verdad Eterna que es luz, paz y bienestar para todos los pueblos de la tierra.

"Vengo, como se ha dicho, del Monte Moab, donde he encontrado al Salvador que esperábamos con ansia febril, y sé que está dispuesto a sacrificarlo todo, absolutamente todo, y hasta la vida misma, en aras de la liberación de sus hermanos oprimidos por toda especie de cargas..."

Un grito unánime entre estruendosos aplausos retumbó en las criptas del panteón de David:

— ¡Hosanna al hijo de David, Salvador de Israel!...

—Acabo de encontrarle –continuó diciendo Yhasua–*, y he comprendido que su acción no será de armas y de sangre, sino de esa resistencia silenciosa y firme, que hace de cada corazón un bloque de diamante, en el cual se estrellan todas las acechanzas y maquinaciones de astutos adversarios, que buscarán comprar con oro las conciencias, acallar el razonamiento y la lógica, desfigurar la verdad para que reinen el fanatismo y la mentira, único medio de triunfo con que cuentan los opresores de pueblos.*

"Vuestro Mesías, sabe que sólo de vosotros mismos vendrá vuestra liberación de todas las cargas que soportáis, si sois capaces de conquistar, cueste lo que cueste, la nueva vestidura que él exigirá para todos aquellos que quieran compartir con él, la ardua y penosa misión de dar a los hombres, la grandeza, la paz y la dicha que buscamos.

"No hay lana, ni lino, ni seda, que pueda tejer esa vestidura, que no es materia corruptible, sino inmaterial y eterna: está tejida de desinterés, de abnegación, de espíritu de sacrificio y de un anhelo poderoso y fuerte, como el vendaval que todo lo arrastra; de mejoramiento social, material y espiritual, para todas las razas y pueblos de la tierra.

"Vuestro Mesías, sabe que debe ser desterrado el pensamiento egoísta, de que sólo Israel debe ser salvado. Nuestra Nación, por grande que nos parezca, es sólo como el mantel de nuestra mesa, y muy poco haremos si sólo somos capaces de mantener limpio nuestro mantel, dejando que alrededor de él se agigante en olas rabiosas el mar de sangre y llanto, de inmundicia y de miseria que nos rodea por todas partes.

"Vuestro Mesías, sabe que el pueblo de Israel ha sido llamado el

primero en esta hora de la evolución humana, para dar el grito de libertad de toda suerte de esclavitudes; y sois, amigos de la Santa Alianza, los heraldos de esa libertad hija de Dios, que hace de cada hombre un apóstol de la dignidad humana, lacerada, ofendida y pisoteada por todos los despotismos creados, y sostenidos por la soberbia y egoísmo de audaces aventureros, adueñados del poder por la inconsciencia y la ignorancia de las masas populares.

"Vuestro Mesías, sabe que si la Santa Alianza logra destruir esa inconsciencia e ignorancia de los pueblos, sustituyéndolas por la convicción razonable y lógica de lo mejor, de lo justo, de lo grande, noble y verdadero que hay en la vida humana, el triunfo es seguro, como seguro es el fuego encendido con una chispa en día de viento, cuyas corrientes llevarán su llama viva por todas partes donde haya una planta de heno en que prender...

Yhasua fue interrumpido por clamores fervorosos y ardientes:

— ¡Queremos ver y oír a nuestro Mesías Salvador!... ¿Si tú le has encontrado y visto, por qué no podemos verlo nosotros?

—Amigos míos... Yo he pasado toda mi vida preparándome con estudios, vencimientos y renunciamientos, para encontrar al Mesías que vosotros pedís ver y oír en este instante. En mi Yo interno, he aceptado ya todos los sacrificios que la Eterna Ley impone al que voluntariamente quiere compartir con Él, la salvación de los hombres. Creedme, porque estoy en condiciones de afirmarlo en nombre de Dios, que es Justicia y Amor: cuando vosotros estéis preparados, el Mesías estará ante vosotros para iniciar la marcha hacia la conquista de todas las grandezas y dichas posibles en esta tierra. Yo enciendo en esta hora vuestras lámparas apagadas, y pido a Dios, Sabiduría Eterna, que a su luz encontréis todos, el camino en el cual os espera el Salvador de la humanidad.

La faz de Yhasua resplandeció con una suave luz en la penumbra de la cripta sepulcral, y la irradiación de su amor soberano era tan fuerte, que algunos, más sensitivos, dieron este alarmante grito:

— ¡Tú eres el Mesías, hijo de Dios!... ¡Tienes luz de Profeta en la frente!... ¡Jehová ha bajado sobre ti! ¡Tú eres el Salvador de Israel!...

Judá y Faqui intervinieron para calmar aquella tempestad de entusiasmo, que amenazaba estrujar a Yhasua, sobre el cual todos se precipitaban buscando remedio a sus males físicos, pues no faltaban allí algunos enfermos, o que tenían enfermos en sus familias. ¡Estaba anunciado que la presencia del Mesías remediaría todos los dolores humanos!

Los más conscientes ayudaron a Judá y Faqui a formar una cadena de brazos unidos, aislando a Yhasua de aquella ola humana que lo embestía, mientras él, blanco como una estatua de marfil iluminada por la luna les decía:

—Por amor a vuestro Mesías, Dios Poder Infinito, os da todo cuanto necesitáis en este instante.

Y sin dar tiempo a que se repusieran de la potente onda magnética que emitió sobre todos ellos, salió rápidamente de la cripta y se recostó detrás de un montón de heno engavillado, que algún pastor dejó bajo los sicomoros para llevarlo al día siguiente.

Esta repentina desaparición, fue tomada como milagrosa y toda aquella multitud llegó a persuadirse de que Yhasua era el Mesías mismo que les había hablado.

—Sea lo que sea –decíales Judá apoyado por Faqui–, el tiempo nos revelará toda la verdad. Nosotros también creemos que él es el Mesías, pero si él rehúsa confesarlo, respetemos su secreto, demostrándole así que somos capaces de comprender sus designios y pensamientos.

Al anochecer del día siguiente, Judá y Faqui llevaron a Yhasua hacia la puerta de Damasco, llamada comúnmente Puerta del Norte, y le condujeron a un inmenso bosque de olivos de varias millas de extensión, propiedad del príncipe Jesuá, hijo de Abinoan, para quien Yhasua trajera una de las cartas de Melchor de Horeb. Apenas anochecía, las tinieblas eran completas porque los olivos centenarios, de tal manera mezclaban sus ramas unos a otros que no dejaban penetrar sino muy débiles rayos de luz. Allí les esperaba Jesuá con dos centenas y media de sus jornaleros, que alrededor de una hermosa hoguera se repartían trozos de cordero asado, con buen pan y mejor vino de las bodegas del príncipe, ampliamente generoso para sus servidores. Grande fue su alegría al volver a encontrarse con Yhasua.

— ¡Has envejecido niño! ¿Qué ha pasado? –le preguntó así que lo vio.

—Que he dejado ya de ser niño y me he convertido en hombre que toma para sí el dolor de la humanidad –le contestó Yhasua.

—No tanto, no tanto que llegue a perjudicar tu salud –insistió el príncipe–.

"Con el favor de Dios y nuestra buena voluntad cargaremos todos juntos con el dolor de nuestro pueblo, y poca suerte tendremos si no logramos remediarlo.

"Sentaos a comer y después seguiremos viaje. –Y les señaló un cobertizo de cañas y juncos, donde a la luz de una lamparilla de aceite, se veía una mesa rústica cubierta de un blanco mantel.

Yhasua al saludar a los diversos grupos de labriegos que le miraban, comprendió que Judá y Faqui estaban familiarizados con ellos.

Conducido por el príncipe Jesuá, entró en el cobertizo y se sentó a la mesa, juntamente con Judá y Faqui.

—Creo haber oído que seguiremos viaje. ¿Hacia dónde si se puede saber? –interrogó Yhasua, sirviéndose él mismo de la fuente que le acercaban.

—Donde termina este bosque de olivos, están las tumbas de los Reyes cuya custodia fue encargada a mis antepasados por Macías, gobernador de Jerusalén en los días del Rey Josías el Justo. Desde aquella época hemos mantenido esa custodia, con tanta mayor razón puesto que la familia, con su dominio desde la ciudad hasta Mizpa, limita con el valle de las Tumbas Reales. Allí será nuestro viaje esta noche, donde acudirán adherentes de la Tribu de Benjamín, de la cual soy uno de los príncipes más antiguos, descendientes en línea recta de Elidad, hijo de Shislón, nombrado por Moisés para tomar posesión de la parte de tierras adjudicadas a la Tribu de Benjamín. Circunstancias que refiero, con el deseo de haceros comprender que estaremos allí en perfecta seguridad. Las criptas son inmensas, y aquel viejo monumento está olvidado desde que el Rey Herodes, padre, comprobó que nada podía sacar de allí, que fuera utilizable en la elegancia y riqueza de sus palacios.

Terminada la comida fueron saliendo del bosque de olivos en grupos de seis o siete para pasar más desapercibidos, aun cuando los grandes barrancos que había a un lado y otro del camino, lo hacían muy poco transitable cuando llegaba la noche.

El príncipe Jesuá con Yhasua, Judá y Faqui y dos servidores de confianza, fueron los últimos en abandonar el espeso bosque y emprender la marcha, sin más claridad que la luz de las estrellas.

Cuando llegaron a las Tumbas de los Reyes, uno de los servidores del príncipe encendió una antorcha de hilos encerados y la levantó en alto tres veces, apagándola enseguida.

Era la señal, y al momento se vieron brotar de entre los barrancos, caer de los árboles, salir de entre los pajonales multitud de hombres obedientes a la consigna. La negra boca del túnel de entrada los fue tragando a todos con vertiginosa rapidez.

Al final entró el príncipe con los acompañantes que conocemos, dejando dos servidores de centinelas.

Ni Yhasua ni Faqui habían estado nunca en aquella cripta enorme, construida para guardar bajo sus bloques de granito, a todos los reyes de Israel, aun cuando hubieran sido un millar más de los que fueron.

Eran innumerables las hornacinas abiertas en los muros laterales, y ya tapiadas con bloques de piedra, en los cuales aparecía el nombre de su real habitante. Sobre el pavimento de las amplias salas había tumbas levantadas dos pies del suelo, las cuales servían de asiento a los componentes de aquella nocturna asamblea.

Sobre una de estas tumbas estaba escrito en hebreo antiguo: “Aquí duerme Asa, rey de Judá, que reinó cuarenta y un años en Jerusalén. Porque hizo lo recto ante Jehová, sea loado para siempre”.

Llamaba la atención la esmerada limpieza de esta tumba, que se veía

claramente haber sido pulimentada y decorada con flores de bronce en alto relieve, mientras las demás, cubiertas de polvo que ya formaba costra sobre ellas, denotaban claramente el abandono en que estaban.

Yhasua se detuvo a observar tal circunstancia, y Judá se le acercó:

— ¿Te llama la atención Yhasua que la tumba de Asa, Rey de Judá, se halle decorada y brillante de limpieza?

—Has adivinado. Pensaba justamente en ello –contestó el Maestro.

—Mira en este borde delantero –añadió Judá–. ¿Puedes leer aquí?

Yhasua leyó:

—Eliezer Ithamar, hijo de Abdi-Hur, en eterna gratitud al Rey protector de sus antepasados.

—Eliezer, hijo de Abdi-Hur, fue tu padre, ¿no es así?

— ¡Cuántas veces me trajo él de niño a venerar esta sepultura y orar a Jehová por la libertad de Israel! –contestó el joven príncipe Judá, hondamente conmovido–.

"Parece ser que desde los tiempos de Josué, a quien acompañó uno de nuestra sangre cuando la entrada triunfal en Jericó, tuvo mi familia la mala estrella de excitar la envidia de los hombres, y en el correr de los siglos, nuestras crónicas de familia cuentan que un antepasado estuvo a punto de ser asesinado y robado; y a no ser por la justicia del Rey Asa, hubiéramos pasado a ser esclavos de un tal Baasa, rey de los samaritanos. Por eso, de padres a hijos va pasando nuestra gratitud al rey Asa, descendiente directo de David. Dime, Yhasua, ¿es verdad que las almas humanas toman nuevos cuerpos para repetir una y otra vez sus vidas físicas? La escuela de Sócrates y Platón lo aseguran así.

—Es una de las grandes verdades de la Ley Eterna. El alma humana aparece muchas veces en el escenario de la vida física en cuerpos diferentes. ¿Por qué me preguntas esto?

—Porque una noche cuando me vi libre de mi destierro, me desmonté al llegar a una hondonada del Torrente Cedrón; y esperando que cayera la noche para entrar en Jerusalén a buscar noticias de mi madre y de mi hermana, me quedé dormido al pie de un cerro cubierto de vegetación. Soñé que una mujer muy hermosa y ya entrada en años me decía: "Levántate Asa, Rey de Judá, que este cerro fue un día maldito por ti, porque yo, tu madre, había construido un altar a un ídolo que me traía la suerte". Tal fue mi sueño.

—Ese hecho aparece en las crónicas de los Reyes de Judá –le contestó Yhasua–, y no hay ningún inconveniente para creer que seas tú mismo una encarnación de Asa.

Este diálogo fue interrumpido por dos sonoras palmadas del príncipe Jesuá, que ayudado por Faqui había acomodado a la concurrencia sobre los sepulcros de los Reyes de Israel.

—Compañeros de la Santa Alianza –dijo Jesuá–. Todos sabéis el motivo que nos reúne: unirnos más y más para salvar a nuestra nación de la opresión en que se encuentra. Y como lo primero es organizarnos, os digo que aquí tenéis tres jóvenes de gran capacidad a los cuales conocéis por estos nombres: Yhasua, Judá y Faqui. Ellos tres harán de escribas para anotar en nuestro registro, esta noche, vuestros nombres y el lugar en que podéis desenvolver nuestras actividades.

Las mesas de los embalsamamientos sirvieron de escritorios, y los tres jóvenes anotaron trescientos cuarenta nombres, entre los cuales había sujetos de lejanas comarcas: de Hesbón y Filadelfia en la Perea, de Abila y Raphana en la Traconitis, y de Hezrón y Rehoboth de Idumea.

Los que venían de Hesbón, Filadelfia y Raphana traían recomendaciones del Scheiff Ilderín, con cuyos dominios en el desierto de Arabia limitaban dichas poblaciones.

Yhasua que aún tenía en su bolsa de viajero una carta de Melchor para el Scheiff Ilderín, prestó gran atención a estos sujetos y conversó con ellos sobre el mencionado personaje, del cual tuvo excelentes informes. Aunque no era un hebreo, era un hombre creyente en Dios, y amigo de la justicia y de la lealtad. Cuando él daba a alguien el nombre de amigo, se sentía capaz de sacrificarse por él. Esta fe suya en el poder infinito de un Dios justo, lo hacía simpatizar con el pueblo hebreo, único que no se había contaminado con la adoración de múltiples dioses a que se había entregado el resto del mundo.

Judá le conocía personalmente, y en su vida errabunda de prófugo, había sido huésped de su tienda en el Huerto de las Palmas.

Faqui a su vez recordó que en el hipogeo de Mizraim se habló de dicho personaje, cuya momia de una lejana vida física, contemplaron en el fondo de aquella tumba milenaria, perdida en el valle de las Pirámides, allá en su tierra nativa, de la cual se encontraba ausente por amor a Yhasua.

El nombre, pues, del Scheiff Ilderín tuvo la magia de despertar el interés que conservan los recuerdos profundos, para las personas de temperamento vehemente y sensitivo.

Yhasua, Judá y Faqui, se encontraban como vinculados a tal personaje, y cuando hubieran terminado de registrar todos los nombres, hicieron un aparte con aquellos sujetos que venían recomendados por él. Eran seis hombres jóvenes de treinta a treinta y siete años, todos ellos emparentados entre sí por los casamientos de los unos con hermanas de los otros. El Kabir de la caravana que iba de Jerusalén a Filadelfia, pariente de algunos de ellos, les había llevado la noticia de los rumores que corrían en Judea del nacimiento del Mesías Salvador de Israel, y de la Santa Alianza que se formaba secretamente para preparar su entrada triunfal a poseer el trono de David, su lejano antecesor.

Yhasua no dejó de sobresaltarse, al ver las proporciones que empezaba a tomar aquel proyecto de rebelión contra los poderes ilegalmente constituidos, en la tierra en que la Eterna Ley lo había hecho nacer.

El príncipe Jesuá, no conocía sino de nombre al Scheiff Ilderín, llamado *el Generoso*, pero al enterarse por Yhasua de que era gran amigo del príncipe Melchor, y que traía desde Alejandría carta de recomendación para él, se interesó vivamente por aquellos sujetos que venían recomendados por él, y les retuvo hasta que dispersada toda la multitud con las instrucciones necesarias, quedaron solos y dispuestos a una confidencia que les orientase a todos.

Los venidos de Filadelfia, eran dos hermanos: Harim y Zachur, comerciantes en pieles, y eran al parecer los más capacitados de aquellos seis hombres venidos desde Perea, cuyo soberano era Herodes Antipas, segundo hijo de Herodes el Grande.

Según su genealogía, pertenecían a la Tribu de Gad, uno de los doce hijos de Jacob, y descendían en línea recta de Genel, hijo de Machi, uno de los que obtuvo la concesión de parte de Moisés de establecerse en aquella región oriental del Jordán, donde aún permanecían los numerosos descendientes de Gad. Todos comprendieron que los dos hermanos eran personas influyentes en su tierra natal, que podían ser excelentes columnas para la reconstrucción de la grandeza de la nación. Sus abuelos habían sido poderosos en los pasados tiempos; pero la dominación romana los había empobrecido al cargar fuertes tributos a todo el comercio, y más todavía, con los asaltos a las caravanas, ordenados o permitidos por los Procuradores romanos, que hacían pasar los productos a sus arcas particulares.

Su comercio de pieles en los buenos tiempos, daba el sustento con holgura a gran parte de aquellas poblaciones; arruinados ellos, el hambre y la miseria se dejaban sentir con bastante intensidad en toda la Perea, pues aparte del poder romano, el rey Herodes Antipas tenía sus agentes cobradores de otros tributos impuestos por él, para sus orgías interminables y para obtener el boato y esplendor de sus numerosos cortesanos.

Ambos hermanos, se apercibieron de las extremadas precauciones con que en Judea tendrían que desenvolver toda actividad tendiente a derrocar los gobernantes espurios, y uno de ellos, el mayor, o sea Harim, dijo:

—Nuestra tierra llega hasta el monte Jebel, que es una cordillera de más de cincuenta millas, y que es el límite natural que nos separa del desierto de Arabia.

“En toda esta montaña sólo dominamos nosotros y el Scheiff Ilderín, nuestro amigo, por lo cual es un excelente lugar para campamento de

formación de los ejércitos que harán respetar al Rey de Israel, al Mesías Salvador que libertará nuestra raza del dominio extranjero.

"Si tienes a bien, príncipe Jesuá, manda con nosotros, emisarios de la Santa Alianza con los primeros voluntarios de la gran cruzada libertadora, que entre el Scheiff Ilderín y nuestra numerosa familia, cuidaremos de que no les falten los medios de sustentarse.

"Aquella montaña solitaria tiene inmensas cavernas, en una de las cuales el Scheiff está almacenando provisiones y armas que llegan desde el Golfo Pérsico por el Éufrates, y desde Antioquía y Damasco.

Todos se miraron asombrados y luego esa mirada se posó sobre Yhasua buscando conocer su impresión sobre el particular.

—Yo pienso –dijo, ante la insistencia de aquellas miradas escrutadoras–, que no se necesitarán ejércitos armados. La Santa Alianza, es, en verdad, una fuerza disciplinada como un ejército, pero sus medios de lucha son la enseñanza, la persuasión, y la hábil conducción de las masas hacia una resistencia pasiva, que formando el vacío alrededor de los poderes ilegítimos, les obligue a enderezar sus caminos o retirarse, convencidos de su impotencia para dominar al pueblo.

—Difícil me parece que los romanos abandonen la presa sin lucha, cuando se les ve andar continuamente buscando pretextos para darse por ofendidos, y presentar combate a todos los pueblos de la tierra unos después de los otros.

"En nuestro país corren rumores, de que las águilas romanas preparan sus garras contra los partos que aún se mantienen libres; y podría entonces ser oportuno el caerles nosotros por el sur, pues que los partos son bravos y nos servirían de gran ayuda para encajonar a los romanos entre las montañas y el desierto, Ilderín lo piensa así y con mucha razón.

—Que hable el príncipe Jesuá que es quien nos ha congregado en este lugar –dijo una voz varonil que salió de improviso de entre el grupo.

— ¡Que hable! –fue la contestación de todos los presentes.

—Me encuentro indeciso entre dos fuerzas que parecen acicatear mi voluntad –dijo el príncipe, que era la persona de más edad de toda aquella reunión–.

"Empujar nuestra nación a la guerra es duro, durísimo para quien la ama como yo la amo.

"Y sin la absoluta certeza del triunfo, mucho más todavía, porque si hoy es duro el yugo que soportamos, lo serán cien veces más si por desgracia fuéramos vencidos en nuestra justa rebelión.

—Nosotros seremos muchos, unidos con Ilderín y los partos –dijo el de Filadelfia.

—Y con los Tuaregs del África norte –interrumpió la voz sonora de Faqui. Todos miraron al joven egipcio cuyos ojos brillaban de entusiasmo.

—Bien, bien, seremos muchos decía –continuó el príncipe Jesuá–, pero no tendremos la austera disciplina de las legiones romanas que se mueven como una máquina, cuyos infinitos resortes obedecen automáticamente a una voluntad de hierro: el generalísimo que las manda. A nosotros nos falta esa admirable unidad que a ellos los hace invencibles...

—Habéis pronunciado la gran frase, príncipe Jesuá y perdonad la interrupción –dijo Yhasua.

—Hablad, hablad –dijeron varias voces a la vez.

—*Nos falta la unidad* –continuó Yhasua–, *y aunque muy joven e inexperto en estos asuntos, juzgo un gravísimo error pensar en conducir nuestro país a una guerra tan mortífera como desigual.*

"Mientras nos falte la unidad que echa de menos el noble príncipe Jesuá, toda tentativa de libertad es inútil, y de ahí la obra grande y necesaria que realizará la Santa Alianza si la apoyamos para fortalecerla y engrandecerla. Hagamos como los pastores para defender sus ganados de las fieras, una fuerte cerca de ramas espinosas estrechamente enlazadas unas con otras. Unámonos con amor, con espíritu de sacrificio, con desinterés y solamente buscando el bienestar de todos; la paz para todos, la abundancia para todos; y cuando hayamos conducido a nuestro pueblo a ese nivel moral que hacen al hombre capaz de un sacrificio por el bien de sus semejantes, entonces será el momento de decir al intruso déspota que nos aplasta: fuera de aquí, que no hay lugar para los tiranos en un pueblo que quiere la justicia y la libertad.

"Bueno será organizar fuerzas armadas muy secretamente como una defensa, como una muralla de contención que imponga respeto al enemigo, cuyo carácter esencialmente guerrero, no teme a otra fuerza que a la de las armas.

"La unión de todas las razas y de todos los pueblos amantes de la libertad y de la justicia, es la única promesa cierta que veo brillar sobre el horizonte como una luz de alboradas para un futuro, todavía lejano.

"Educar los pueblos en el noble desinterés que conduce a la fraternidad y al amor de los unos para los otros, y anula la separatividad cruel de lo tuyo y lo mío, es una jornada larga y pesada amigos míos, y esa será la obra de la Santa Alianza, si cada uno de nosotros se constituye en un apóstol de la unidad nacional primero y de todo el mundo después.

—Muy bien, muy bien –decían los oyentes–; formemos pues la Santa Alianza para preparar la unión de nuestro pueblo entre sí, y con los pueblos vecinos a nuestra tierra avasallados como nosotros.

Yhasua, Judá y Faqui anotaron trescientos cuarenta nombres aquella noche en que el fuego santo del entusiasmo por la pronta liberación, ardía vigoroso en todas las almas.

Comenzaba ya la segunda hora de la noche, cuando abandonaron las Tumbas de los Reyes para regresar a la ciudad por distintos caminos.

Los jornaleros del príncipe Jesuá, quedaron en los cobertizos del bosque de olivos, donde casi todos ellos vivían permanentemente.

Los tres jóvenes amigos acompañaron al príncipe Jesuá a su residencia en el barrio del Mercado de la Puerta de Jaffa, y se dirigieron luego al palacio de Ithamar donde Noemí y Thirsa aun velaban esperando a Judá.

— ¡El Ungido de Jehová viene contigo!... –exclamó la madre, inclinándose para besar la orla de su túnica–. ¿Qué gloria es ésta para nuestra casa?

¡Yhasua había tomado las manos de aquella mujer para evitar que ella se postrase en tierra! Judá besó a su madre y a su hermana, quejándose de que estuviese en vela a esa hora de la noche.

Faqui se acercó a Thirsa, cuya belleza delicada y transparente le recordaba las pinturas que de la reina Selene, conservaba su padre en Cirene, su ciudad natal.

Una secreta simpatía había nacido entre ambos, y Yhasua que lo advirtió, dijo con su gracia afable y suave como una caricia:

—Junto a un peñón de granito, se guarda mejor el lirio del valle... ¿No es así, Faqui?

—Como tú quieras, Yhasua, ya que tus ideas y pensamientos nos traen siempre una luz nueva –le contestó sonriente.

Thirsa se ruborizó intensamente, y fue a quitar de un gran brasero de cobre un jarrón de plata con jarabe de guindas con que acostumbraba a esperar a su hermano cuando salía por las noches. Éste empujó la mesilla rodante hacia el diván en que estaba sentada su madre con Yhasua, y partió en varios trozos una torta de huevos y almendras mientras decía:

—Estoy viendo aquí las manos morenas y ágiles de mi buena Amra, que es maestra en preparar golosinas para su niño ya hombre.

La buena mujer que en la alcoba inmediata esperaba a sus amas para ayudarlas a entrar a sus lechos, se oyó nombrar y con su cansado rostro iluminado de alegría apareció al poco rato con una bandeja donde traía manteca, queso fresco y delicados bollos, que había conservado en el horno para que su niño los encontrara calientes.

—Tengo también codornices asadas y pastelitos con miel –decía orgullosa de su habilidad en el arte de ser agradable a los paladares delicados.

—Bien, Amra, bien, trae todo lo que tengas, que la jornada que hemos hecho nos tiene dispuestos a devorar cuanto encontremos.

Y acto seguido, refirió Judá cuanto había ocurrido esa noche en las tumbas de los Reyes.

—Y nosotras, ¿no podemos formar en la Santa Alianza? –preguntó Noemí mientras servía a sus visitantes.

—Vosotras antes que nadie –contestó Yhasua–, puesto que conocéis a fondo la ciencia divina de amar.

"La Santa Alianza no es más que una fuerte cadena de amor.

"Si es de vuestro agrado, os pondré en relación con mi madre y otros parientes residentes en esta ciudad, y podréis colaborar con ellas en el apostolado de la Santa Alianza...

— ¡Oh, vuestra madre!..., ¡creí que no la teníais y que como Elías erais bajado de los cielos de Jehová!... –exclamó Noemí juntando sus manos en actitud de orar.

—Tengo padre, madre, hermanos y una larga parentela en Galilea, más que aquí. Las almas surgimos en verdad del seno de Dios, mas la materia, de materia procede, que tal es la ley de la vida en este planeta.

— ¿Y qué hemos de hacer las mujeres en la Santa Alianza? –preguntó con cierta encantadora timidez Thirsa, mientras servía pastelitos a Faqui y a su hermano.

—Ya lo dijo Yhasua y no sé cómo lo has olvidado –le contestó Judá con malicia–, ¡tu trabajo será el amor, nada más que el amor! –Y a la vez envolvió a ella y Faqui en una inteligente y tierna mirada.

La joven hizo como si no comprendiera, y fue al brasero por el jarrón de jarabe para llenar de nuevo los vasos.

Faqui no ocultaba su satisfacción ante las alusiones indirectas de su amigo.

—Si supierais cuanta miseria y dolor hay en nuestro pueblo, comprenderíais que vuestro apostolado en la Santa Alianza podréis saber donde comienza, pero no donde termina –dijo Yhasua, con su voz conmovida por los dolorosos recuerdos–. En el Cerro de los leprosos, hay muchos curados que por falta de ropa no pueden presentarse a los sacerdotes para ser declarados limpios de su mal, e incorporarse de nuevo a la sociedad humana.

"Encargaos de ellos vosotras dos, y habréis realizado la mejor parte en el apostolado de la Santa Alianza.

—Pero tú te irás pronto a Galilea, y el fuego se irá apagando en las hogueras... –insinuó Judá con dolor–. También yo tengo deberes que cumplir en el norte, y si no fuera por mi madre y Thirsa partiría contigo.

La madre lo miró alarmada.

— ¿Pasamos siete años de terrible separación y ya quieres dejarnos?... –preguntó con dolorido acento.

—Hay un viejo decir lleno de sabiduría –observó Yhasua–, y es éste: *"El amor salva todos los abismos"*.

"Y aunque el vuestro no es un gran problema, esta sentencia le puede ser aplicada.

— ¿Dónde estará la dificultad que nuestro Yhasua no sepa salvarla? –preguntó Faqui, casi adivinando la solución que iba a proponer.

—La reivindicación definitiva de la familia, aún no ha venido de Antioquía, pues que el Cónsul a lo que parece, está absorbido por el asunto de buscar complicación con los partos para hacerles la guerra –continuó diciendo Yhasua–.

"¿Tenéis alguna dificultad para emprender viaje a Galilea juntamente con mi familia y esperar allá con más tranquilidad la solución a vuestros problemas?

—Judá dirá...

—Dirás tú, madre mía, ¿no eres acaso jefe de la familia?

—Nosotras estaremos allá más tranquilas, ¿verdad Thirsa?

—Contigo, madre, yo voy hasta el fin del mundo –contestó la jovencita–. ¿No viví a tu lado siete años en el calabozo sin aire y sin luz?

—Bueno, pues, vamos al norte a respirar aires más serenos que los de nuestra amada ciudad natal –contestó la madre–. ¿Cuándo será el viaje?

—De aquí a tres días, si vosotros podéis disponeros en tan breve tiempo –contestó Yhasua.

—Nos bastará mañana para comprar las ropas a los leprosos –dijo la joven–, y de eso encargaremos a Amra. ¡La pobrecita va a padecer tanto si la dejamos!

—Es que no debéis dejarla –dijo Judá–, pues vuestra salud delicada sólo ella sabe cuidar. Igualmente Shipro y Eliacín vendrán también con nosotros.

—Y tú, Faqui –dijo Yhasua–, ¿no vendrás con alegría a conocer mi tranquila y alegre Galilea?

—Ya sabes, Yhasua, que por seis lunas, soy tuyo completamente. Mi padre no reclamó aún el regreso –contestó el joven egipcio.

Quedó pues convenido que tres días después ambas familias emprenderían el viaje hacia las lozanas serranías del Norte.

Al siguiente día, Myriam con Lía, Noemí y Thirsa, eran conducidas por Judá y Faqui al pozo de En-Rogel, que el lector ha visto en el centro del semicírculo que forma el trágico Cerro del Mal Consejo.

Eliacín y Shipro llevaban dos asnos cargados con ropas para vestir a los leprosos, que aunque semidesnudos tenían la inmensa dicha de saberse curados.

A través de sus relatos cien veces repetidos, las cuatro mujeres comprendieron que era Yhasua quien les había curado.

Y Noemí les dijo:

—El joven profeta que os curó nos envía a vosotros para vestiros y que podáis de inmediato cumplir la ley de vuestra purificación.

Yhasua tuvo la satisfacción de ver que Noemí y Thirsa amaron tanto a su madre, que pudo pensar en silencio:

"No quedará tan sola cuando yo falte de su lado".

53
A GALILEA

La familia del desventurado príncipe judío, Eliezer Ithamar de Hur, aún se veía obligada a ocultar su presencia en el país de sus mayores, y fue así que para realizar el viaje a las comarcas del norte, dispusieron de uno de los grandes carros de viaje que desde años atrás se guardaban en las caballerizas del palacio. Sacaron de las portezuelas el escudo de la familia, que era una rama de olivo y otra de vid, enlazadas alrededor de una estrella de cinco puntas, hermoso símbolo de Dios iluminando la paz y la abundancia. En su lugar colocaron el escudo usado por los Tuaregs desde la ruina de Cartago, su grandiosa metrópoli: un león y una serpiente dormida bajo una palmera, iluminados por un sol naciente.

Era el escudo de Faqui el príncipe africano, y cuyo significado como ya dijimos era la unión de Aníbal y Cleopatra, o sea la pradera del Nilo con los peñascos del desierto.

Sería pues Faqui, quien aparecería durante el trayecto como dueño de aquel suntuoso vehículo, que en el país sólo era usado por personas de calidad, y más comúnmente por los representantes del gobierno romano, o por príncipes extranjeros que viajaban con sus familias.

Faqui con los criados Eliacín y Shipro realizarían el viaje a caballo escoltando el carro tirado por cuatro mulos, manejados por las hábiles manos de Judá, avezado a conducir cuadrigas veloces en las carreras del Circo Máximo de Roma.

Yhasua con sus padres, Noemí, Thirsa y Amra irían cómodamente sentados en el mullido interior del vehículo encortinado de azul. Se habían despedido del Comandante de la Torre Antonia, que les proveyó de un pase para salir de la ciudad a la hora que les acomodase.

Salieron pues antes de clarear el día por las caballerizas del palacio de Hur, encomendando a los antiguos siervos del príncipe, que habían vuelto todos buscando la suave servidumbre que no se encontraba con facilidad en otros amos.

Ubicado el palacio en la parte occidental de la avenida que corría de Este a Oeste pasando por la fachada norte de la inmensa mole de la Torre Antonia, debieron recorrer la gran calle que desembocaba en la Puerta Vieja, como llamaban a la que hoy llaman de San Esteban.

Allí comenzaba el camino a Jericó, que seguirían los viajeros por ser más directo y correr paralelo al río Jordán, cuyas riberas montañosas y de exuberante vegetación, ofrecían panoramas deliciosos y reconfortantes del espíritu.

Las dos ex cautivas lloraban de felicidad, cuando recogidas las cortinillas del vehículo contemplaban a su sabor las bellezas de la naturaleza alrededor del río sagrado, después de siete años pasados en un oscuro calabozo.

Mientras tanto, Yhasua saboreaba la infinita delicia de ver a todos felices, y sabiendo que aquel tranquilo bienestar lo había concedido la Eterna Ley por medio suyo. De pronto le vino esta idea: "Acaso cuando llegue la hora de la inmolación, atravesaré la vieja ciudad de Salomón de muy diferente manera que la he atravesado ahora. Ahora soy un benefactor. Entonces seré un ajusticiado". Y absorbido por tal pensamiento dijo en alta voz:

— ¿Cuándo será ese día?

— ¿A qué día te refieres, Yhasua? –interrogó su madre que observó su distracción.

—Nada madre..., el día de la libertad, en el cual pensaba tan intensamente, que pasé del pensamiento a la palabra sin advertirlo.

—En ese día pensamos todos, con ansiedad y angustia a la vez –dijo Noemí.

— ¿Por qué con angustia? –interrogó Judá, desde el asiento delantero.

—Porque no se conseguirá sin víctimas y sin sangre –volvió a decir Noemí, cuya clarividencia era grande sin que ella misma lo supiera.

—Al atravesar la ciudad –continuó–, y en esa penumbra de la madrugada, me parecía ver dolorosas escenas en esa misma calle, que pasando por una de las fachadas de la pavorosa Torre Antonia donde encierran a todos los presos políticos, por fuerza ha sido y será escenario de terribles pasajes a los lugares de suplicio.

¡Quién había de decirles a aquellos felices viajeros, que doce años después, por esa misma calle, pasaría agobiado por el peso del infame madero en que debía morir crucificado, el hermoso y dulce Yhasua, que en los actuales momentos hacía la dicha de todos!

— ¡No hablemos de tristezas, madre! –decía Thirsa suplicante–. ¡Tantas pasamos tú y yo durante siete años, que es justo no mencionarlas más!

El viaje pasó sin incidentes hasta Jericó, donde debían tomar un breve descanso y darlo también a las bestias que les conducían.

Mientras las mujeres y Yhosep descansaban entre los parientes de Myriam, que ya recordará el lector, Yhasua, Judá y Faqui visitaron a los dirigentes de la Santa Alianza que era allí bastante numerosa.

Aquella princesa árabe cuyo hijito fue salvado de la muerte por Yhasua, habíase establecido en una gran casa, cuyos huertos daban al campo del Circo, y por la otra a un olivar que estaba abandonado por sus dueños, con las cercas ruinosas y caídas en parte, por lo cual era como un refugio de gentes sin hogar.

Aquella princesa estaba ya unida con su esposo, al cual Yhasua encontró en aquella primera visita que hizo a los conjurados en la tumba de David.

Este era el principal dirigente de la Santa Alianza en Jericó, para la liberación de Israel.

El viejo olivar abandonado, o mejor dicho usufructuado por todo el que quería entrar en él, se hallaba lleno de labriegos que arreglaban árboles, y de albañiles que reconstruían las cercas y los lugares, estanques y almacenes del inmenso huerto.

A Judá le llamó esto grandemente la atención, pues aquel olivar había pertenecido a su padre antes de la gran tragedia.

Sin más trámite, se acercó a los obreros y los interrogó. El mayordomo de las cuadrillas le dijo que su jefe, el comerciante Simónides, lo había enviado desde Antioquía para dirigir la reconstrucción.

—Esta posesión –dijo–, era del príncipe Ithamar de Jerusalén, cuya familia desapareció a poco de ser él asesinado. El viejo Simónides no da cuenta a nadie de sus actos, y supongo que si él manda reconstruir todo esto, será porque lo ha comprado.

—Yhasua –dijo luego y en un aparte Judá–, ¿no traías tú una carta de recomendación del príncipe Melchor para Simónides el comerciante de Antioquía?

—Sí, aquí la tengo, pues llegados a mi tierra natal, pienso seguir viaje hasta allí –contestó el joven Maestro.

—No sé si te dije –continuó Judá–, que ese fue administrador general de mi padre, y parece que continúa en su cargo, puesto que hace reconstruir el olivar que perteneció a mi familia. Tenemos que ir a verlo. Mi madre y mi hermana irán conmigo.

—Iremos los cuatro –dijo Faqui llegando en ese momento–. En Antioquía tenemos a los tuaregs, grandes aliados.

Continuaron el viaje hasta Pasaelis que era la segunda jornada. El camino se aproximaba cada vez más a las orillas del Jordán que en esa época, comienzos de la primavera, empezaba a ser frecuentada por enfermos de toda especie. Innumerables tiendas iban encontrando a su paso.

—En cada una de ellas se esconde un dolor –observó Yhasua, y apenas dijo así, buscó un rincón apartado del carro y recostándose en un almohadón dijo a sus compañeros de viaje–:

“Perdonadme, os dejo unos instantes porque me ha invadido un gran sueño.

—Duerme, hijo mío –díjole la madre–, mientras nosotras preparamos la refección de la tarde. –Y le corrió la cortinilla que le separaba de los demás.

Los lectores habrán comprendido, que no era en realidad necesidad de dormir lo que Yhasua sentía, sino necesidad imperiosa, irresistible de dar de su propia vida, de su energía, de su optimismo y en fin, de su inconmensurable amor de Hijo de Dios, a todos aquellos que padecían en su alma y en su cuerpo los grandes o pequeños dolores a que los sometía la ley ineludible de la expiación.

Al llegar a Pasaelis vieron un pequeño tumulto, del cual salían los ayes lastimeros de una mujer de edad madura.

Unos cuantos hombres desarrapados y con caras de forajidos, llevaban a rastras un joven maniatado, cuyas vestiduras desgarradas y cabellera caída sobre la frente le daban doloroso aspecto. Se comprendía que le sacaban de la ciudad para matarle a pedradas, y que la clamorosa mujer era su madre.

Las mujeres viajeras comenzaron también a llorar ante tan terrible escena.

Myriam, cuya confianza era ilimitada en los poderes divinos que reconocía en su hijo, se apresuró a despertarle. Thirsa que era una sensitiva, se cubría el rostro con ambas manos porque le era irresistible aquel espectáculo.

— ¡Yhasua!... ¡Yhasua!..., ¡mira qué horror, hijo mío!, nunca vieron mis ojos una cosa semejante –dijo Myriam a su hijo.

Yhasua saltó del carro seguido de Judá, y Faqui montado en su soberbio caballo blanco enjaezado de plata y azul; se acercaron al grupo.

—Cómpralo como esclavo, Faqui, para salvarle la vida –díjole Yhasua en voz baja.

—Aun cuando este mozo sea delincuente –dijo–, no debéis tratarle de esa manera. Pudo venir caminando por sus pies y no a rastras.

—Y tú, ¿quién eres para pedirnos cuentas? –dijo el que parecía mandar la ejecución.

—Soy el Hack-Ben Faqui, príncipe de Cirene, y viajo con pases del gobierno romano. ¿Por qué maltratáis este hombre?

—Por blasfemo, la ley le ha condenado a lapidación –contestaron.

— ¿Quiénes representan aquí la ley? –volvió a preguntar el africano.

—Los escribas y el Hazzan de la Sinagoga.

Durante este diálogo, la infeliz madre se había acercado a Yhasua, atraída sin duda por su intensa irradiación de amor y piedad que se transmitía a todos.

—La ley os da a vosotros los haberes del muerto, ¿verdad? Yo os compro este hombre como esclavo, y os doy además el valor de lo que él lleva sobre su cuerpo.

—Verdaderamente –murmuró el jefe de los verdugos–, es lástima matarle cuando solo tiene veintitrés años y su madre gime como una plañidera.

—Un mal momento lo tiene cualquiera –murmuró entre sollozos la infeliz mujer–. Encolerizado no supo lo que decía. ¡Tened piedad de mí, que este hijo es cuanto tengo en la vida!

Yhasua irradiaba toda su fuerza de piedad y de amor sobre aquellos hombres.

—Negocio hecho –insistió Faqui–. Os doy por él dos mil sestercios; repartíos como gustéis.

La mujer, los verdugos, el joven mismo lo miraron con asombro.

—Dos mil sestercios, suma que jamás tuvimos ninguno de nosotros.

—En serio –dijo Faqui–, y aquí está. –Y sacando de su bolso las monedas con el busto del César, las hizo brillar ante sus ojos.

La codicia brilló más aún en los rostros envilecidos de aquel grupo de hombres.

—Tomadlo –dijo el jefe, acercando al desventurado joven a Faqui–. Suerte has tenido amigo, que te libraste de las piedras.

La mujer se arrojó a los pies de Faqui, diciéndole:

—Amo de mi hijo, yo también soy tu esclava para toda la vida, aunque no des por mí un denario. ¡Sólo te pido que me dejes seguirle!

Las mujeres del carro lloraban mientras decían:

—Sí, sí, ella también.

Consumado el negocio, Yhasua tomó de la mano a la madre y al hijo, y les condujo al carro.

Cuando los ejecutores echaron a andar hacia la ciudad, Judá dijo que no convenía dejarles en aquel lugar, sino conducirles a otra parte donde no fueran conocidos. Les dejarían en otras de las jornadas que hicieran. Todos subieron al carro y el infeliz ajusticiado, sufrió una horrible crisis nerviosa por la intensa emoción que le produjo el hecho de verse tan inesperadamente salvado.

—No eres mi esclavo –le dijo Faqui–, y esto lo hemos hecho tan solo para salvarte la vida.

“Buena mujer, este arcángel de luz que viaja con nosotros, te devuelve la vida de tu hijo.

Y Faqui señaló a Yhasua, el cual no oía nada de lo que decían, absorto

completamente en calmar al excitado joven que se estremecía en dolorosas convulsiones.

Se había tendido sobre la colchoneta, y él de rodillas a su lado, le oprimía suavemente la frente y el pecho. La madre corrió hacia él y recostada en los tapices colocaba su cabeza junto a la de su hijo mientras continuaba sollozando. Myriam, Noemí y Thirsa se acercaron también, más atraídas por la actitud de Yhasua que por el enfermo mismo.

Inclinado sobre el enfermo que se iba calmando poco a poco, dejaba correr lágrimas silenciosas que caían sobre la enmarañada cabellera del enfermo.

Y las mujeres pensaban: ¿Por qué llora Yhasua? Noemí llamó a Judá por un ventanillo del carro.

— ¡Nuestro Mesías llora sobre el enfermo!... Acaso sabe que va a morir –le dijo a media voz.

— ¡No, madre! –le contestó–, nuestro Mesías le salvará, y si llora, es lastimado en su alma por la maldad de los hombres, que son fieras para sus semejantes.

Yhosep por su parte, decía a Faqui en un aparte fuera del carro:

— ¡Oh, este hijo mío!... ¡Viajando con él ya se sabe!... Tenemos que recoger cuanto dolor encontramos al paso.

—El ser padre de un arcángel de Dios, trae situaciones muy extraordinarias –contestó el africano–.

“Eres un Patriarca de la vieja estirpe ya desaparecida de la tierra, y Amanai en premio ha elegido tu casa para templo de su Luz hecha hombre, ¿y tú te quejas?

— ¡No me quejo, niño, no me quejo, sino que el Señor puso al lado de este guijarro, una estrella tan resplandeciente!... –respondió Yhosep, con los ojos cristalizados por las lágrimas que contenía a duras penas.

La crisis del joven había pasado y el viaje se continuó hasta Arquelais, donde llegaron al atardecer. Estaban pues en Samaria y las serranías derivadas del gran monte Ebath, hacían el camino cada vez más áspero y tortuoso, por lo cual no creyeron prudente seguir el viaje, con la noche ya tan próxima y llevando mujeres con ellos.

Yhasua y sus dos amigos, pensaron utilizar esas breves horas para instalarlas debidamente en el khan de la ciudad, que reconstruida por Herodes sobre las antiguas villas de Silo y Yanath, la bautizó con el nombre derivado del de su hijo mayor Arquelao

El khan era un inmenso cercado de piedra, con una buena edificación pintada de blanco, todo lo cual había sido una gran plantación de viñas, cerezos y granadas, sobre la cual existía una vieja tradición: Se decía que este huerto fue propiedad de los hijos de aquel Gran Sacerdote Helí, protector del profeta Samuel, que murió de un accidente, ocasionado por las

corrupciones y escándalos de sus hijos que traían sublevados al pueblo. Para los buenos hijos de Israel, era aquel un lugar maldito, pues fue el sitio de las delictuosas orgías de los hijos de Helí, con mujeres libertinas traídas desde Sidón y Antioquía, maestras en las corrupciones a que se consagraban como sacerdotisas del vicio bajo el amparo de sus dioses.

Herodes, ajeno a todos estos escrúpulos, tomó posesión del hermoso huerto lleno de fuentes, flores y frutos, y lo unió a la muralla de la ciudad para que sirviera como khan, a los viajeros que recorrían aquellas hermosas tierras de las márgenes del Jordán.

Yhosep, conocedor de estas antiguas tradiciones, amenizó la velada refiriéndolas a sus compañeros de viaje, no sin que Myriam, Noemí y Thirsa, y sobre todo la supersticiosa Amra, se alarmasen temiendo ver los fantasmas de los hijos de Helí asesinados en aquel lugar de sus orgías, y por los mismos que les acompañaban en ellas.

Judá, que en sus largas andanzas de proscrito, conocía al guardián, cuya voluntad había comprado con sus dones, se sirvió de él para orientarse sobre el pensar y sentir de los arquelenses.

—Hay disturbios a diario en la ciudad –le dijo el buen hombre–, y en la pasada semana un grupo de muchachotes armados de picos, azadones y palas, se enfrentaron con el recaudador de los impuestos que los redobló de su propia cosecha, para desviar el curso del arroyo que atraviesa al margen de la ciudad, y llevarlo hacia donde él tiene sus viñedos y naranjos.

"Estamos a punto de perder la vida a manos de los sublevados, y se espera de un momento a otro una guarnición de Cesarea, que quedará permanente en la Torre para sofocar cualquier levantamiento.

— ¿Y tú, qué dices a esto? –preguntó de nuevo Judá.

—Digo lo que dice todo buen israelita, sea samaritano, judío o galileo: que la vida se hace ya insoportable con la creación de nuevos impuestos cada día, para engordar a los agentes del César y a los cortesanos del rey.

—Estamos empeñados en una campaña silenciosa de liberación del país –continuó Judá–, y es necesario unirnos: judíos, samaritanos y galileos; para echar abajo la dominación extranjera que explota nuestra desunión, y mediante ella, se ha hecho dueña de nuestra nación. Por el momento es cuestión pacífica y sin ruido: ¡secreto profundo! ¿Quieres ayudarme?

—Amo, si no me dices en qué consistirá mi ayuda, no os puedo prometer nada –contestó el hombre.

—En tomarme nómina de todos los descontentos del estado actual de cosas y darme la oportunidad de hablarles personalmente –contestó Judá.

—De acuerdo –dijo el guardián–, cuidadme la puerta por si llegan otros viajeros, que antes que el sol se ponga os traeré algunas decenas. –Y lo cumplió.

Judá le dio un bolsillo con monedas en pago de su buen servicio y como estimulante para continuar prestándolos a la buena causa.

De esto ya deducirá el lector, que esa noche quedó establecida la Santa Alianza en tierras Samaritanas con ciento veinte hombres jóvenes que serían los encargados de buscar adherentes. Las vetustas ruinas del Santuario de Silo utilizado por los terapeutas como refugio de enfermos menesterosos, sería el punto indicado para avisos urgentes; pero el lugar de reunión de la muchedumbre sería en una caverna inmensa que en la opuesta ribera del Jordán se abría en el Monte Galaad, a la altura de la antigua aldea Adam, donde existía desde remotos tiempos un puente que aún podía utilizarse a pesar del abandono en que se encontraba. La circunstancia de haber sido dicha caverna refugio de leprosos, antes de ser recogidos en las ruinas de Silo, le daba completa seguridad.

Por la misma razón fue olvidado el puente utilizado por los leprosos para bajar hasta el río.

El terror que había para la horrible enfermedad, tornaba inexpugnable un sitio, antes frecuentado por los atacados de lepra.

Mientras los familiares dormían tranquilamente en el khan, Yhasua, Judá y Faqui se dirigieron a las ruinas de Silo donde les esperaban unas tres decenas de hombres según les había dicho el guardián. Pero la noticia había corrido en Arquelais y encontraron alarmados a los dos terapeutas que cuidaban los refugiados de las ruinas, que apenas entrada la noche se vieron invadidas de hombres armados de puñales, de hachas, de varas de encina con punzón de hierro en la punta, etc., etc.

Habían entendido que sería un levantamiento armado, y sólo Yhasua con su incomparable dulzura y genio de la persuasión, pudo llevarles al convencimiento de que por entonces sólo se trataba de unirse toda la nación hebrea para prepararse a conseguir la libertad, la paz y la justicia.

—Mirad –les decía–, somos tres, y los tres de regiones diferentes y de muy diversas posiciones: Aquí tenéis a Judá que es de Jerusalén, a Faqui venido de Cirene, y yo que soy Nazareno. Vosotros sois samaritanos, convencidos de que los judíos os rechazan por completo. Judá representa en este instante a Judea, y él os llama hermanos para formar en las filas de la Santa Alianza. Faqui representa a los países del África norte, y os llama también hermanos para buscar unidos la paz y la justicia.

Allí se tomó nota de los nombres de los nuevos adherentes y de sus capacidades y aptitudes, a los fines de designar los que habían de encargarse de las funciones directivas.

De la misma concurrencia brotó un nombre: ¡Efraín!

Era un joven de veintiocho años, de aspecto bondadoso e inteligente a la vez.

— ¡Nuestro bardo!..., ¡que sea él quien nos transmita las instrucciones precisas!... ¡Efraín! ¡Efraín!...

Las miradas de todos indicaron quién era el dueño de aquel nombre.

Su padre operario de la piedra, le había dado el oficio de grabador y escultor. Hacía sentidos versos, y por eso era invitado habitual a todas las fiestas en fechas familiares, y muy querido en aquella comarca.

—Que sea pues él, vuestro hermano mayor –dijo el joven Maestro–, ya que así lo queréis. Y por su intermedio os haremos llegar los avisos que creamos oportunos, y en casos urgentes en que dudéis para tomar una resolución, consultad aquí mismo con los terapeutas que ellos conocen bien el espíritu que inspira a nuestra Santa Alianza: de unificación, de fraternidad y de justicia.

Efraín, el bardo samaritano, no quiso ser solo en la dirección de aquella agrupación y fue necesario darle seis compañeros, que la concurrencia misma fue señalando como aptos para formar un consejo directivo.

Yhasua tuvo un aparte con Judá y Faqui. Escuchémosle:

—Amigos míos –dijo el Maestro–, nunca os dije que yo tengo un tesoro que me pertenece a medias. Guardo tantos talentos de oro como años tengo: son veintiuno. Melchor, Gaspar y Baltasar, *los Sabios de la Estrella*, como les llama mi madre, han tenido la perseverancia de enviar a mis padres año tras año un talento destinado a mis necesidades. Mis padres jamás tocaron esa suma que está guardada en el mismo cofrecito en que ellos dejaron la primera donación el año de mi nacimiento.

"Pienso que es llegado el momento de que ese dinero sea empleado en la salvación de Israel, obra encomendada a nuestra Santa Alianza. A ella pues, hago donación de ese capital, y seréis vosotros sus administradores.

"Es necesario dejar a estos buenos samaritanos una pequeña suma, para lo que puedan necesitar. Todos viven de su trabajo y acaso sostienen cargas de sus propios familiares. Creo pues que estoy en lo justo. Vosotros diréis.

—Una designación honrosa es para nosotros –dijo Judá–, que nos ha convertido en alma de este movimiento libertador de pueblos oprimidos. El príncipe Jesuá ya me habló de formar una caja común, para dotar a la Santa Alianza de los medios necesarios de subvenir a los gastos que los trabajos a realizar ocasionen.

"Yhasua acude el primero a formar esta caja; yo añado una suma igual a la puesta por él.

—Y yo –dijo Faqui–, pongo a disposición de la Santa Alianza la misma cantidad por mi padre y por mí.

“¡Tres veces la edad actual de Yhasua! ¡Qué admirable acuerdo éste celebrado por los tres!

—Creo –añadió Judá–, que no debemos excluir de este acuerdo a los cuatro doctores, que según tengo entendido, han sido hasta hoy los primeros colaboradores de Yhasua. Faqui y yo somos recién llegados puede decirse.

— ¿Aludes a José de Arimathea, Nicodemus, Nicolás de Damasco y Gamaliel? –preguntó Yhasua.

— ¡Justamente! Creo que ellos deben formar el Consejo Central de la Santa Alianza.

—Contigo y Faqui como miembros de ese Consejo –observó Yhasua.

—Y contigo como corazón de él –observaron a la vez ambos jóvenes

—Bien –dijo el Maestro–. En siete épocas se completó la creación de nuestro Sistema Planetario, y siete días impuso Moisés para todas las correcciones y purificaciones indicadas o necesarias, a circunstancias especiales de salud física o moral. Seamos pues, siete hermanos iguales en derechos y deberes, los que llevemos sobre nuestros hombros todo el peso de la liberación de los oprimidos.

—A este Consejo Supremo le queda encargado el nombrar los Consejos de cada región donde sea establecida la Santa Alianza –añadió Judá.

Recogidos los nombres de los adherentes samaritanos, a quienes dieron las instrucciones oportunas para desenvolver una acción conjunta, tendiente a la unificación de todos con un solo pensar y sentir, tornaron al khan ya muy entrada la noche.

A la madrugada siguiente salían para Sevthópolis, ciudad que recordará el lector, donde Yhasua estuvo para la restauración del Santuario esenio en las montañas vecinas y donde salvó al padre de Felipe, niño aún, y que años más tarde fue el fundador de la primera congregación cristiana en Samaria.

En Sevthópolis, colocada en el límite de Samaria con Galilea, Yhasua y sus padres se sintieron en tierra nativa. Siendo además dicha ciudad el punto central del comercio en aquellas regiones, por la conjunción de los distintos caminos de las caravanas del norte y de los puertos de mar, sería sumamente importante la formación de la Santa Alianza en ella.

Como allí estaban casi de continuo los terapeutas peregrinos, al llegar al Gran Mercado se encontraron con uno de ellos que reconoció enseguida a Yhasua, y les dio amplios informes referentes al estado de los ánimos, cuya exaltación no era tan intensa como en Judea, pero el descontento aleteaba por todas partes y se añoraban los días ya lejanos en que era la vida más tranquila y feliz en tierras de Palestina.

El terapeuta les puso en contacto con tres hermanos suyos, que tenían sus ganados a la entrada de la llanura de Esdrelón y que acudían casi

diariamente a la gran ciudad mercantil para la venta de sus productos. Fue pues, allí mucho más fácil que en otras partes el trabajo para Yhasua y sus amigos. Desde que dejaron Sevthópolis, el príncipe Judá comenzó a vivir de dolorosos recuerdos.

Luego de entrar en la llanura de Esdrelón se unen los caminos de Sevthópolis y de Sebaste. Por esta última ciudad habían conducido a Judá los soldados romanos ocho años antes, como un infeliz condenado a galeras por toda su vida.

—Pronto llegaremos –decía él con íntima tristeza– al pozo de Nazareth, donde me diste de beber, Yhasua, y donde yo vi tus ojos llenos de luz que no debían borrarse jamás de mi memoria. Con ellos se iluminaron muchas veces mis tinieblas de proscrito, y en sueños, tus ojos alguna vez me dijeron: "Espera y confía. Tu día no ha llegado aún".

Tales dolorosas reminiscencias, referidas con lujo de detalles por Judá, mientras atravesaban la llanura de Esdrelón, hacían llorar a las mujeres, que creían ver al joven príncipe de Hur, cargado de cadenas a los diecisiete años, avanzando por aquel mismo camino, a pie, bajo el látigo de los soldados que exigían a sus prisioneros marchar al mismo paso de sus caballos.

—Debajo de estos árboles –indicó Judá, deteniendo un momento el carro–, caí cuan largo era, con los pies sangrando y sin fuerzas para seguir. Los soldados querían dejarme, pero el Centurión observó que Graco le había recomendado muy especialmente de mi persona, a quien no debía descuidar hasta dejarme amarrado a la galera del Comandante de la flota, anclada en Tolemaida, y que pronto emprendería la campaña contra los piratas de las islas del Mediterráneo.

"Entonces me hicieron montar sobre un asno de carga y así llegué a Nazareth.

—Tu dolor pasado –díjole Yhasua–, es un capítulo de tu vida que por ese dolor se ha tornado fecunda para tus semejantes.

"Si tú no conocieras por experiencia propia el dolor de la esclavitud, del destierro, de la opresión y de todas las formas de injusticia en que incurren los hombres del poder, ¿tendrías acaso el mismo ardoroso entusiasmo que tienes en contra de todas las injusticias humanas?

—Seguramente que no –contestó Judá–. Dolor que no se ha sufrido en carne propia, no excita nuestra compasión lo bastante como para sacrificarnos por aquellos que sufren. Sólo el alma tuya, Yhasua, es capaz de identificarse con un dolor que nunca has padecido. Y ésta es a mi juicio una de las pruebas más claras de que en ti está el Esperado.

—Isaías lo dice bien claro, y sus palabras son el fiel retrato del hijo de Myriam –dijo Noemí que era muy versada en las Escrituras Sagradas.

— ¿Qué dice, madre? –preguntó Judá, a la vez que conducía atento los caballos negros del carro.

—En el capítulo 32, dice: "Y será aquel varón como refugio contra el viento; como acogida contra el turbión; como arroyo de agua en tierras de sequedad; como sombra de gran peñasco en tierra calurosa".

Cuando llegaron al pozo que estaba en las afueras de la ciudad, Judá bajó del carro, presa de una emoción indefinible. ¡Volvía a vivir aquel día fatal! Yhasua bajó con él.

—Todo está igual –murmuraba el joven príncipe–, ni aún faltamos tú y yo, para completar el cuadro que vive en mi retina como si hubiera ocurrido ayer. ¡Madre! ¡Thirsa! –llamó con la voz temblorosa–. ¡Hasta aquí corrió Yhasua con el cántaro para darme de beber! Los soldados se quedaron mirándole sin atreverse a rechazarlo.

"Que la paz de Dios vaya contigo –me dijiste–. ¡Algo pasó entre tu Alma y la mía porque una vez volví la cabeza, y tú con el cántaro entre tus brazos me seguías mirando!

"Tu piedad fue como una ola de agua santa, y lloré en silencio un largo rato, porque tu ternura había penetrado en mi corazón como un bálsamo... ¿No te acuerdas de esto, Yhasua?

— ¡Ahora sí, Judá, ahora sí lo recuerdo! Y esa noche y al día siguiente y muchos días más, pedí al Señor consuelo y esperanza para el bello jovencito de los pies llagados.

"Yo te di el lienzo de mi turbante para que vendaras tus pies. ¡Es verdad!... ¡Lo recuerdo ahora!...

— ¡Cierto!, y yo me senté sobre esta piedra para vendar mis pies.

—Tú y yo nos amamos en aquel día, y ya ves, lo que el amor une, unido queda para siempre ante la mirada de Dios.

La madre y la hermana de Judá miraban esta escena desde un ventanillo del carro, y lloraban en silencio.

—Grande fue nuestra aflicción, Dios mío –decía la madre–, grandes fueron nuestras penas, pero que ellas sean benditas si han servido para purificar nuestras almas, y hacernos capaces de tener piedad y misericordia con los que sufren.

—Judá –dijo Faqui de pronto–, vuelve al carro y no remuevas más ese doloroso pasado. ¿No ves cómo sufre tu madre y Thirsa?

—Tienes razón –contestó Judá, y tomando una mano de Yhasua la puso sobre su corazón–. ¡En este mismo lugar de nuestro encuentro, te juro Yhasua, que seré el más ardiente defensor de tu ideal de fraternidad y de misericordia, y sea cual sea tu camino y el final de ese camino, yo lo andaré contigo para toda mi vida!

Yhasua pensó en ese instante en la tremenda visión que tuvo en el Gran Santuario de Moab y le contestó:

—Grande y valerosa es tu promesa hecha sin conocer cuál será el final de mi camino; Judá, amigo mío, tu hora de prueba ya pasó, y en adelante servirás al Señor en paz y alegría.

Y ambos subieron al carro para entrar en la apacible ciudad de Nazareth, donde causó gran sorpresa el ver a Yhosep con su esposa bajar del suntuoso vehículo.

Mas, al ver a Faqui con los dos criados que escoltaban el carro, comprendieron que el honrado artesano había hecho amistad con un príncipe extranjero que le habría encargado grandes trabajos.

El egoísmo natural de las gentes humildes que sacan el pan del sudor de su frente, les hizo alegrarse de la prosperidad de Yhosep, pues pensaron que ellos no quedarían sin parte, ya que los talleres del viejo artesano de la madera, daban pan y lumbre a muchos hogares de Nazareth.

—Mi casa es grande –decía Yhosep a sus compañeros de viaje–, pero seguramente no tiene las comodidades a que todos vosotros estáis acostumbrados. Mas, tal como es, os la ofrezco para hospedaros si os gusta nuestra compañía.

—Las que pasamos más de siete años en un desnudo y oscuro calabozo –dijo Noemí–, encontramos que vuestra casa es un palacio.

—Y yo –dijo Judá–, en mis tres años de remero en las galeras y como esclavo, creo que me he curado de regalías principescas.

—En cuanto a mí –añadió Faqui–, estoy hecho a la vida de la tienda en el desierto, y vuestro hogar entre granados y viñas, entre rosales y naranjos, me será delicioso.

Los familiares de Yhasua estaban encantadísimos de las nuevas amistades que sus padres habían hecho en Jerusalén.

El tío Jaime, Yhosuelín y Ana, se multiplicaban para obsequiarles con lo mejor que tenían.

— ¡Yhasua –decía Faqui–, en el cielo, en el aire, en las flores, en los huertos de tu hermosa Nazareth, estás retratado tú, en tu amorosa suavidad, en tu dulcedumbre inimitable!... ¡Eres un perfecto nazareno!

Después de una semana de labor misionera en Nazareth, Judá y Faqui pasaron el Jordán a entrevistarse con los llamados “amigos de la montaña”, que entre las quebradas y valles inhabitados de los montes de Galaad, vecinos al desierto de Arabia, era donde se formaba el ejército para el Rey de Israel.

—Créeme, Judá –decía Faqui–, que estoy desanimado en este trabajo.

— ¿Por qué? –preguntaba casi escandalizado Judá.

— ¿No has comprendido que Yhasua no aceptará jamás que se tomen las armas por él? ¿Crees tú que Yhasua permitirá que se expongan a la muerte millones de hijos, padres, hermanos, esposos que son el sostén

y apoyo de innumerables familias, para subirlo al trono de Israel? ¡No lo sueñes, Judá!

"También yo un día tuve la audacia de decir en su presencia: "Cincuenta mil jinetes con lanzas pondremos los Tuaregs a disposición del Salvador de Israel". Y Yhasua me dirigió una mirada de compasión, tan impregnada de su propio dolor y decepción que yo le causaba, que desde aquel día he comprendido que si él llega a ser Rey de su pueblo, no será por las armas levantadas con su aceptación.

— ¿Y entonces de qué modo será? –preguntó Judá, alarmado por la disconformidad de su amigo.

— ¡No lo sé, Judá, no lo sé! Acaso la Divina Ley tendrá algún oculto designio que aún no podemos ver los mortales –observó el joven africano.

—Pronto llegaremos a Gadara que está ya casi a la vista, y tu desacuerdo, Faqui, me pone en el caso de hacer un desairado papel con nuestro ejército ya en formación –dijo Judá, deteniendo la marcha de su caballo, bajo una corpulenta encina que daba sombra al camino–.

"En Gadara están con nombres supuestos, dos compañeros de galeras a los cuales salvé la vida cuando nuestro buque fue abordado por los piratas. Ambos son israelitas pero nacidos en Chipre. Mi protector Arrius el Duunviro, héroe de aquella colosal y gloriosa batalla en el mar, al adoptarme como hijo suyo, me permitió tener conmigo a estos dos compañeros, con los cuales hemos realizado en conjunto todos los aprendizajes militares a que mi protector me consagró, pensando hacer de mí un comandante experto de los navíos romanos. Todas las artes de la guerra fueron dominadas por nosotros, con el secreto designio de servir a la patria de nuestros padres, cuna santa de nuestra religión y de nuestra fe.

"Para realizar este secreto designio, me fue forzoso esperar a que el tiempo y los acontecimientos me dieran la oportunidad. En la pasada luna hizo un año de la muerte de mi segundo padre, y heme aquí heredero de su glorioso nombre y de su cuantiosa fortuna, pues para el mundo romano soy Quintus Arrius hijo. Mas en mi tierra natal soy Judá, hijo de Ithamar, hasta que una absoluta reivindicación me permita presentarme como el continuador de la antigua casa de Hur. ¿Qué menos puedo hacer amigo mío, en agradecimiento al Dios de mis padres, por la misericordia que tuvo conmigo y con los míos después que los malvados romanos nos hundieron en la más espantosa desgracia? ¿Qué menos puedo hacer que entregarme con cuanto tengo y cuanto soy, a la liberación de mi patria y de mi pueblo vejado y oprimido hasta la esclavitud? ¿He de cruzarme de brazos habiendo puesto Dios en mi camino a su ungido Divino para salvar a Israel? Ponte en mi lugar, Faqui, y dime lo que harías tú en igualdad de circunstancias.

El joven príncipe de Cirene se desmontó en silencio, y dejando pastar a su caballo que sujetaba por la brida, se sentó sobre el césped. Judá hizo lo mismo.

—Óyeme, Judá: yo soy muy fácil al amor y he llegado a amar a Yhasua más que a mí mismo, y he llegado también a amarte a ti como si fueras mi propio hermano. Este entrañable amor me ata a Yhasua y a ti de tal manera, que estoy cierto de no desligarme jamás de esta dulce atadura. Yo pienso que este amor será el que inspire y alumbre todos los actos de mi vida.

"Tú me llevas en edad tres años, pero observo que mis hábitos de reflexión y sobre todo el tener a mi lado la madurez pensadora de mi padre, el contacto frecuente con el Maestro Filón y con la luminosa sabiduría del príncipe Melchor, me dan sobre ti la ventaja de penetrar en la psiquis de las personas de mi intimidad, con una facilidad que a mí mismo me maravilla.

"Yo estoy completamente convencido de que Yhasua es el Cristo anunciado por vuestros profetas y esperado por los sabios astrólogos de todas las Escuelas de Divina Sabiduría. Antes de conocer y tratar en intimidad a Yhasua, yo también creía como tú, que el llamado *Libertador de Israel* sería un héroe como nuestro Aníbal, con esa formidable fuerza de atracción, que con solo su mirada se hacía seguir de multitudes de hombres dispuestos a morir por la patria que él quería salvar.

"Me figuraba al Mesías anunciado como un Alejandro el macedonio, conquistando al mundo por su extraordinario poder para implantar en él su ideal de engrandecimiento humano. Pero cuando conocí a Yhasua, y el príncipe Melchor y el Maestro Filón me dijeron: *"Ahí tienes al Salvador del mundo. Él es el Mesías anunciado por los Profetas"*, yo empecé a estudiarlo, y saqué en limpio de mis prolijas observaciones, algo muy diferente de lo que yo había soñado y de lo que tú sueñas aún.

"Yhasua, más que un hombre, es un Genio encarnado en el cual no tienen cabida ni los sentimientos, ni las pasiones, ni los deseos que a nosotros nos levantan fieras tempestades en lo profundo del corazón. En él sólo vive como una llama eterna, el amor a su Dios y a sus semejantes en forma tan soberana y completa, que está absorbido por entero en ese infinito sentimiento, en esa entrega absoluta a ese ideal supremo de su vida. Decimos que es un hombre porque vemos su cuerpo físico, tocamos sus manos, le vemos andar con sus pies; vemos que el aire agita sus cabellos y que el cierzo helado del invierno lo hace estremecerse y buscar el dulce calor de la hoguera. Le vemos partir el pan y comerlo, cortar una fruta y gustarla, tomar un vaso de vino y llevarlo a sus labios, dar a su madre un beso lleno de inmensa ternura..., Yhasua pues, es un hombre.

“¡Pero su alma!... ¡Oh!, el alma de Yhasua ¡Judá, amigo mío!...

“¿Quién alcanza el vuelo del alma de Yhasua en la inmensidad de Dios?

“¿Podríamos en justicia pensar que tengan cabida en el alma de Yhasua, Hijo de Dios, esas grandes pasiones que empujan a los hombres a conquistar gloria y renombre, a escalar un trono, a vestirse de púrpura y de oro, a mantener con férrea mano las riendas del poder sobre millones de súbditos prosternados ante él, con toda esa floración efímera que llamamos lisonja de cortesanos?...

“He conocido a Yhasua, y me he dicho y me diré siempre y en todos los momentos de mi vida:

“No es un Alejandro, no es un Aníbal, no es un Augusto César. ¡Mucho más alto!..., infinitamente más alto que todos ellos, ni aún admite la comparación. Yhasua es más bien un Genio tutelar de este mundo; un Hado benéfico que pasa por la vida de un planeta como un astro fugaz, inundándolo de claridades nuevas, derramando flores exóticas de paz, de dicha, de ventura jamás soñadas por nosotros, míseros pajarillos prisioneros en la pesada jaula de hierro de nuestras ruindades y bajezas!...

“A un vaso de miel, ¿le puedes pedir que se vuelva amargo? A un blanco lirio del valle, ¿le puedes insinuar que se cubra de espinas y haga sangrar los pies de los viajeros?... ¿Puedes pensar que la suave y dulce claridad de la luna te queme las pupilas y te abrase con su resplandor?

“¡Oh, no, Judá, hermano mío!..., no soñemos en que Yhasua acepte jamás el sacrificar ni una sola vida para ser Rey de Israel. Si llega a serlo, será por un oculto camino que abrirá el Poder Divino, y que no podemos aún comprender los humanos.

“Tú dirás si mis razonamientos te han convencido”.

—Sí, Faqui, me has convencido, pero confieso que esta convicción me ha desorientado por completo.

“¿Qué hacemos con nuestro ejército en formación y en plenas tareas de adiestramiento militar? ¿Qué hacemos? ¿Qué diremos a los amigos con los cuales vamos a encontrarnos ahora mismo?

“Casi todos ellos han dejado padres y hermanos; y han podido dejarles tranquilos, debido a un adelanto de dinero que yo les hice para que el hambre no se adueñara de esos hogares sin sostén. ¿Comprendes, Faqui, cómo es la situación mía ante ellos?

—La comprendo, Judá, y creo que todo podemos arreglarlo satisfactoriamente. El adiestramiento puede continuar a fin de que por temporadas regresen con sus familias, los futuros soldados de Israel.

“Yhasua quiere la instrucción y elevación moral de todo el pueblo y a eso tiende la Santa Alianza. Que junto a esto vaya el adiestramiento militar para formar legiones de defensa en caso necesario, creo que es

añadir una fuerza a otra fuerza, y que el conjunto de ambas formará un pueblo razonador, fuerte y viril, capaz de imponerse y gobernarse a sí mismo.

"Creo que nuestro Mesías no estará en oposición a una fuerza que no tenga por fin la matanza y la guerra, sino la defensa justa y honrada del que quiere el respeto para sus derechos de hombre.

"En tal sentido podemos hablar a tus amigos. También ellos amarán la propia vida y la de los suyos, y no desearán sacrificarlas locamente sin la certeza de obtener ventajas positivas para la causa que defienden.

— ¡Tienes razón, Faqui..., en todo tienes razón! Lo haremos tal como dices.

Montaron de nuevo y entraron en la ciudad, capital de la Batanea, en uno de cuyos suburbios había un almacén de lana y pieles, cuyo dueño era un antiguo servidor del príncipe Ithamar, que huyó a Gadara donde tenía parientes, cuando fue perseguida la servidumbre y operarios para arrancarles el secreto de los bienes de la familia.

Era pues, un leal agente para Judá, en el cual el buen hombre veía como una resurrección de su antiguo patrón. En su almacén de lana y pieles era donde se dejaban cartas y mensajes para el ejército en formación.

Tres días permanecieron allí los dos amigos, y comprobaron que los voluntarios habían aumentado enormemente y las grutas de las montañas de Galaad desde el río Jaboc hasta las aguas de Merón, estaban llenas de perseguidos que huían de Judea, la más azotada del país de Israel por la avaricia del poder romano, o del alto clero de Jerusalén, o de los agentes y cortesanos de Herodes Antipas.

¡Qué intensos dramas podrían escribirse mojando la pluma en lágrimas de los infelices proscriptos, que huían a los montes para salvar sus vidas, o la honra de sus esposas e hijas, perdiendo la relativa tranquilidad en que habían vivido!

La vida rústica, semisalvaje que casi todos se veían obligados a hacer, la deficiente alimentación, la falta de cuidados habituales, en fin, todo ese cúmulo de privaciones, les trajo enfermedades infecciosas que aumentaban más y más el dolor de aquellas pobres gentes, abandonadas de los hombres y al parecer también de Dios.

Ante ese cuadro angustioso, los dos amigos pensaron y lo dijeron: "Si Yhasua hubiera venido con nosotros y viera estos cuadros, ¡qué magníficas obras hubiéramos presenciado para alabar a Dios!".

—He ahí el ideal de nuestro Mesías –añadió Faqui–. ¡Oh, divino mago del amor y de la esperanza, Yhasua de Nazareth! ¿Por qué no estás aquí para secar tantas lágrimas y hacer florecer de nuevo la esperanza en las almas que la perdieron?

El joven africano se dejó caer sobre un montón de paja, desconsolado

por su impotencia para remediar tantos males. Acababan de apartar un joven de dieciocho años que estaba para arrojarse desde una cima a un precipicio, sumido en desesperación porque veía morir a su madre sin poderle prestar auxilio ninguno.

— ¡Si Yhasua estuviera aquí!... –exclamaba a su vez Judá, sentándose junto a su amigo y apoyando su frente entre sus manos.

Ambos debieron pensar en él, con gran intensidad de amor y de fe en el poder divino que le reconocían. Pasaron unos momentos que a ellos les parecieron muy largos, porque escuchaban en el fondo de la gruta la fatigosa respiración de la madre moribunda y el desesperado sollozar del hijo junto a ella.

Era casi el anochecer, y de pronto la caverna apareció llena de una tenue claridad dorada, como si fuera una última bruma de oro del sol poniente.

Y con el asombro y estupor que es de suponer, vieron junto al lecho de paja de la enferma, una transparente imagen blanca y sutil que se inclinaba sobre ella, y que con sus manos apenas perceptibles parecía tejer y destejer invisibles hebras de luz y de sombras, hasta que la enferma entró en calma y los sollozos del hijo se adurmieron en un silencio profundo.

La figura astral se levantó de nuevo, y dirigiendo sus ojos que arrojaban suavísima luz a los dos amigos anonadados por lo que estaban viendo, les dijo en un tono de voz que ambos la sentían en lo profundo de sí mismos:

— *¡Faqui!... ¡Judá!, porque reconocéis el poder divino que en mí fue puesto por voluntad de Dios, tenéis salvada a la madre y al hijo. Así es como debéis comprender al Mesías Salvador del mundo: venciendo al dolor y a la muerte, no atrayendo muerte y dolor para sus semejantes.*

Ambos se precipitaron sobre la imagen intangible gritando: ¡Yhasua!... ¡Yhasua, Hijo de Dios!...

La visión se había esfumado en la penumbra de la gruta sobre la cual caían las primeras sombras de la noche.

Judá y Faqui se encontraron solos en medio de la caverna y abrazándose con inmenso amor como dos niños atolondrados por la grandeza divina de aquel momento, ambos se desataron en una explosión de sollozos que no pudieron contener. ¡Tanta era su emoción!

La enferma y su hijo dormían en una apacible quietud.

— ¿No es esto un milagro, Faqui? –preguntó Judá cuando volvió a ser dueño de sí mismo.

—Así llamamos nosotros a una manifestación como ésta –contestó el africano–, pero el príncipe Melchor, dice que es sólo el uso de los poderes que una gran alma como la de Yhasua, ha conquistado por su elevada evolución para utilizar las fuerzas existentes en la Naturaleza.

— ¡Yhasua es el Hijo de Dios!..., ¡es el Mesías anunciado por los profetas!... –decía a su vez Judá que no salía aún de su asombro.

— ¿Comprendiste sus palabras? –volvió a preguntar Faqui.

— ¡Todavía las siento vibrar aquí dentro! –contestó Judá apretándose el pecho.

Cuando salieron de la caverna vieron que varias hogueras se encendían a la puerta de las grutas y que dos hombres, al parecer recién llegados, descargaban dos camellos y seis asnos.

Se acercaron a ellos para interrogarlos.

—Venimos de parte de los amigos de Raphana que estuvieron no hace mucho tiempo en Jerusalén. Traemos carneros salados, harina y legumbres para los refugiados de las grutas –dijo uno de ellos, señalando los grandes sacos de cuero que acababan de descargar.

—A la media noche –añadió el otro–, llegará el cargamento de quesos, aceite y frutas secas, que el Scheiff Ilderín ha ordenado a sus gentes de Bosra para estas grutas.

Judá y Faqui se miraron y aquella mirada decía:

"Nuestro mago del amor anda por aquí como una bendición divina, suavizando todas las amarguras de los hombres".

A poco se encontraron con la novedad que llenaba de júbilo a aquellas gentes, que todos los enfermos que había con fiebres o erisipela, se habían curado casi repentinamente.

—Nos habéis traído la suerte, y un viento benéfico parece haber venido con vosotros –decían los enfermos restablecidos.

Y ambos amigos explicaban que el Mesías Salvador de Israel había comenzado ya su obra de salvación, que consistía en remediar los padecimientos de todos los que creían en el Poder Divino residente en él.

Les hicieron comprender y amar la Santa Alianza en sus vastos programas de cultivo mental, espiritual y moral, para preparar al pueblo a ser fuerte por la unificación de todos los que tenían una misma fe y un mismo ideal, único medio de verse libres de gobiernos extranjeros y despóticos que les coartaban en todo sus derechos de hombres libres.

Tres semanas de descanso en la serena placidez de la casa de Yhosep en Nazareth, fortificó los espíritus y los cuerpos de los viajeros, hasta el punto de que Noemí y Thirsa, madre y hermana del príncipe Judá decían a Myriam:

— ¡En tu casa, madre feliz, está todo el cielo de Jehová! ¿Quién no es dichoso a tu lado?

Y Myriam llena del amor que hacia ella irradiaba su hijo, les contestaba: –Es que yo y los míos, queremos haceros olvidar vuestros años de calabozo, y que cada una de vuestras lágrimas sea hoy un día de felicidad.

Y la hermosa Galilea, toda ella en verdad un vergel de encantos, se les presentaba en aquella feliz primavera como si se asociara al amor de Myriam y Yhasua para sus huéspedes, víctimas hasta hacía muy poco, de las crueldades inauditas de los ambiciosos que ejercían ilegalmente el poder.

Allí se manifestó claramente como un poema idílico de pastores el amor de Thirsa y Faqui, el príncipe de Cirene, y Yhasua comprendiéndolo les decía:

—Vuestro amor será la savia que hará fructificar la buena semilla en los valles del Nilo, en el viejo peñón de Corta Agua, donde aún ondea como un pabellón, el velo violeta de la Matriarca Solania, y hasta las arenas del Sahara donde la reina Selene, loto blanco de la raza Tuareg, será vuestra columna firme en un futuro cercano.

¡Santo y puro amor fue el de Thirsa; princesa judía con el Hack-Ben Faqui de Cirene, que se abrió como una rosa blanca acariciada por Yhasua Hijo de Dios, cuando empezaba de lleno su misión de conducir a los hombres por el eterno camino del amor!

Fue el rosal madre, de una familia de ilustres apóstoles del Cristianismo de los primeros siglos de nuestra era.

Ignacio de Seleuco, apóstol de Cristo en Antioquía; Apolonia de Alejandría, madre espiritual de los misioneros cristianos del siglo II, que murió en la hoguera anciana ya, acusada de magia y hechicería por las admirables curaciones que realizaba a menudo en nombre de Cristo; Nemesio y Ptolomeo de Alejandría, misioneros y mártires cristianos del siglo II; Anmón y Sabine, primos entre sí y abuelos de Mónica de Tagaste, la virtuosa madre de Agustín de Hipona; autores todos ellos de un heroico apostolado cristiano en el África norte, son flores de aquel rosal de amor bendecido por el Hijo de Dios, en el Hack-Ben Faqui, príncipe de Cirene de la raza Tuareg y de Thirsa de Hur, princesa judía, que en tierna intimidad se acercaron a Yhasua en los años de su primera juventud.

—"Vuestro amor será la savia que hará fructificar la buena semilla en los valles del Nilo, en el viejo peñón de Corta Agua (Cartago) y hasta las arenas del Sahara", les había profetizado el Mesías, y el tiempo comprobó el cumplimiento de sus palabras.

Esta breve digresión de nuestro relato; sólo tiene por objeto poner de manifiesto la gran clarividencia del Divino Maestro, y su penetración en el mundo misterioso y complejo de las almas, en el correr de sus ignorados e inciertos caminos.

Tres semanas habían transcurrido entre una paz y dicha inalterable, embellecida aún más por idilios de tórtolos que se amaban ante la mirada del Dios Amor, cuyo más puro reflejo se encontraba en medio

de los hombres. Marcos, llamado el estudiante, y que años más tarde sería uno de los fieles y grandes cronistas del Cristo, autor de uno de los cuatro Evangelios llamados canónicos, estuvo en la casa de Yhosep en aquellos días. Amaba entrañablemente a Yhasua, y amaba también a Ana con la cual proyectaba casarse en breve, como en efecto lo hizo en el siguiente invierno, poco antes de la muerte del Anciano Yhosep y de Yhosuelín, acontecimientos que ocurrieron cuando Yhasua tenía ya veintidós años.

La dicha suprema emanada del amor recíproco y de la mutua comprensión, hizo deliciosa para todos, aquella breve temporada de tres semanas pasadas en Nazareth, en la casa solariega de Yhosep el honrado y respetable artesano, a quien todos daban el calificativo de El Justo.

Y él, lleno de bien merecida satisfacción, repetía a cada instante con su serena calma de Patriarca:

—"Es hermosa la vida cuando acertamos a vivirla conforme a la Ley Divina".

Diríase que esta Ley quiso llenar de dicha el vaso de Yhosep en los días postreros de su vida sobre la tierra.

Una antiquísima tradición cristiana lo ha hecho protector y genio tutelar de los que se hallan próximos a la muerte y a fe que es bien acertada, pues la dulce placidez y dicha de los últimos días de Yhosep, son como el coronamiento puesto sobre una vida que tuvo grandes dolores en distintas épocas, que hasta sufrió la persecución de muerte con que le amenazó Herodes; pero cuyo final fue como una salmodia de amor y de paz, en medio de la cual el noble Anciano se durmió en un sueño dulcísimo del que despertó en la inmortalidad.

54
HACIA TOLEMAIDA

Llegado el día para emprender el viaje al norte, decidieron entre todos tomar el camino de las caravanas, que pasando por Nazareth llevaba directamente a Tolemaida, importante puerto de mar en aquella época, y que estaba a una milla escasa al norte del que hoy se conoce por el puerto de Acre.

En Tolemaida tomarían un barco de los muchos que hacían el recorrido desde Alejandría y Rafia en Egipto, hasta Antioquía, la fastuosa Roma oriental como la calificaban en aquel tiempo.

Yhasua hubiese deseado visitar nuevamente Ribla, de la cual conservaba tan grandes recuerdos y donde residía aquella incomparable Nebai, cuyo espíritu comprendía tan bien el suyo. Pero hubiera sido demasiado fatigoso el viaje para la familia de Judá, por lo cual había enviado epístola a su dulce amiga de la adolescencia, de que al regreso de Antioquía, se detendría en Ribla, donde establecerían la Santa Alianza de la libertad de Israel.

En Tolemaida, el más importante puerto de mar de Galilea, tenía Yhosep buenas y antiguas amistades por razón de su trabajo mismo, pues el maderamen de algunos de sus mejores palacios había salido de su taller nazareno. Allí residía el padre de Tomás, que años más tarde fue uno de los doce apóstoles. Tenía allí un gran negocio de sedas, joyas y objetos artísticos en general, pues era representante de los grandes comercios de Persia y de la India.

Tomás que había conocido a Yhasua cuando muy niño huía hacia el Monte Hermón llevado por sus padres, tuvo la gran satisfacción de encontrarle nuevamente, ya joven entrado en los veintidós años.

La madre de Tomás y sus hijos eran afiliados a la Fraternidad Esenia, mientras que el padre no había aún ingresado en ella formalmente, por más que tenía simpatía por las obras benéficas que silenciosamente realizaba.

Con un gran concepto sobre la honradez y justicia del artesano de Nazareth, con el cual tenía negocios desde muchos años atrás, tuvo a mucha honra hospedar a su hijo Yhasua y servirle en cuanto necesitaron. Allí debían esperar la llegada de un barco que vendría del sur tres días después.

Judá acompañado de Faqui y de Yhasua, visitó el mismo muelle, donde ocho años antes lo habían amarrado al banco de una galera romana, como esclavo remero para toda la vida.

—Ya ves, Judá –decía Yhasua–, cómo los hombres proponen y Dios Amor dispone sobre sus hijos que le buscan y que le aman. ¿Quién podría pensar que tú un jovencito delicado de diecisiete años, amarrado a una galera que iba a combatir con los barcos piratas que habían destrozado tantas flotas romanas, saldrías ileso y serías libre antes de tres años de caer prisionero?

"Y más todavía: ¿que salvarías la vida al comandante de la flota cuando fue hundido su barco, el cual agradecido te adoptó como hijo dándote en herencia su fortuna y su nombre?

— ¡En verdad! –exclamaba Judá enternecido–. El Dios de mis padres fue misericordioso conmigo, y nunca será bastante lo que yo haga en agradecimiento a su favor.

"¡Yhasua! quisiera hacer aquí una obra igual que la que hizo mi padre adoptivo al darme la libertad y adoptarme como hijo.

—Hermosa y santa idea inspirada por tu gratitud al Señor –le contestó Yhasua.

—Ya sé..., ya adivino –dijo Faqui–, quieres libertar algún esclavo y adoptarlo como..., ¿qué? Eres muy joven para padre de mozos con barba.

—Dejadme hacer –dijo, y seguido por sus amigos comenzó a recorrer todo el puerto. Yhasua con su genio observador y analítico le miraba atentamente irradiando toda la fuerza de su amor redentor sobre aquel noble espíritu, en el cual florecían tan pródigamente las mejores intenciones.

Entre aquel interminable laberinto de cables, velas, fardos de toda especie, encontraron un anciano musculoso y fuerte aún, que arrollaba un grueso cable amarrando a la escollera una enorme barcaza de carga.

—Buen hombre –le dijo Judá–, ¿sabes si entre este bosque de velas y de mástiles, hay algún barco con esclavos condenados por el gobierno romano?

—En todas las tripulaciones, la mitad por lo menos son esclavos –contestó–, pero creo que tú buscas prisioneros del Estado. Las galeras del César que vigilan a los piratas, andan por las islas Cícladas y no vendrán pronto según se cree.

"Si no te molestan las preguntas, ¿es que tienes en galeras alguno que te interesa?... Si en algo puedo servirte amo...

—Justamente –respondió Judá–, y si quisieras orientarme un tanto, te lo agradecería toda mi vida. Soy israelita y quiero demostrar mi gratitud al Dios de mis padres por un gran favor recibido. Quiero rescatar esclavos condenados a galera y no sé el camino a seguir.

El viejo dejó caer el cable que arrollaba y palideció visiblemente. Mas seguía en silencio como si desconfiara de descubrir un secreto.

— ¿No puedes ayudarme?... –volvió a preguntarle Judá.

—Amo..., yo como ves, soy un viejo marino que he gastado mi vida en

lucha con el mar, y sigo siendo tan pobre y mísero como era, aun cuando no hice mal ni aún a las moscas. No quisiera que a la vejez me abriera un calabozo sus puertas, pero paréceme que tu cara es de hombre honrado y también los dos que te acompañan...

—No temas buen hombre –le dijo Yhasua con su inimitable dulzura–, que aquí tratamos de hacer un bien a los que sufren y no de causar mal a nadie.

—Os creo porque paréceme que sois de buena sangre y que vuestra boca no miente; pero éste no es un buen lugar para hablar. Si queréis seguirme, cerca de aquí está mi choza.

Los tres le siguieron.

En efecto, a unos doscientos pasos hacia el sur y siempre a la costa del mar, dio vuelta alrededor de un enorme peñasco cubierto de terebintos y moreras salvajes, y abriendo una puertecita de troncos les dijo: –Entrad, esta es mi vivienda. Es santo el aire que aquí se respira, porque fue más de cuatro veces el escondite de Judas el gaulonita uno de los primeros mártires por la libertad de Israel.

— ¿Eres israelita? –le preguntó Yhasua.

—Sí, y desciendo de aquel gran José que un Faraón hizo virrey de Egipto, pues pertenezco a la Tribu de Manasés su hijo, y soy gaulonita como Judas, el hijo de mi hermana mayor.

—Honrosa parentela tienes y creo que le haces honor no obstante tu pobreza –volvió a decirle Yhasua–. Ahora si tienes a bien, dinos aquello que te manifestamos era el motivo de nuestras preguntas.

—A eso voy amo, a eso voy.

— ¡No me llames amo!...

—Es que a pesar de mi noble origen, un día me hice esclavo por amor de una hija que es todo mi tesoro en este mundo, y que me ha dado unos nietecitos que son una gloria de Dios.

—Bien, bien, tu alma es noble como tu estirpe –volvió a decirle Yhasua.

—Puesto que nos tenemos confianza mutua seguidme otros pasos más –dijo el viejo, y caminando hasta el fondo de la choza cuya mitad interior era gruta abierta en el peñón, apartó unos fardos de cañas y de varas de abedul, y todos vieron una puerta de hierro pequeña pero fortísima–.

“Esto fue calabozo de la hija de Abdolómino, rey de Sidón hace trescientos años. Fue el drama de amor que terminó en el fondo de este peñasco. ¡Cosas de los humanos!

Esto lo decía el viejo andando por un pasillo iluminado desde la techumbre por una lucera abierta en ella.

—A decir verdad este calabozo tenía su belleza, pues que no carecía de luz –dijo Judá observando el buen aspecto de aquel pasillo.

— ¡Es un calabozo principesco! –dijo el viejo–. El rey aquel, parece que amaba a su hija, a la cual aseguró aquí de que fuera robada por un tal Abasidas, señor de Bagdad que quería llevarla a su harem.

Llegaron a otro escondrijo de piedras y musgos, detrás del cual se abrió otra puerta, la luz del sol y el aire de mar penetraron de lleno.

Era aquella una hermosa gruta con abertura hacia el mar, pero cuyo pavimento estaba a bastante altura sobre el nivel de las aguas. Todavía subieron diez escalones labrados en la piedra y desde allí el viejo gritó:

— ¡Aún dormís pichones, mirad que os vienen visitas!

Descorrió una especie de mampara de cuarzo reforzado con listones de cobre y apareció un recinto como un camarote de buque. Dos camitas como hamacas colgadas de la techumbre, y en ellas dos mozos al parecer de unos veintidós a veinticinco años tan parecidos el uno al otro que a primera vista se comprendía que eran hermanos.

Debieron ser hermosos, pero tenían el rostro desfigurado por manchas negruzcas y sus párpados semicerrados casi no dejaban ver las pupilas.

—Aquí tenéis –les dijo–, los dos hijos únicos, mellizos, de Judas el gaulonita, mi heroico sobrino, muerto por la libertad de Israel. El gobierno romano les condenó a galeras para toda su vida, pero Dios que burla las órdenes de los hombres les ha salvado, como ya lo veis.

"En un abordaje de los piratas incendiaron el barco en que ellos estaban atados al remo, y se les quemaron los ojos, y casi todo el rostro y la parte superior del cuerpo. Como ya les creyeron inútiles para el remo y que no vivirían muchos días, los tripulantes de la galera les tiraron en un bote desvencijado y lo soltaron como cosa inútil al capricho del mar. Yo tuve la suerte de recogerles en mi barcaza de carga en uno de mis viajes a Ecdipa, Tiro y Sidón. El abordaje había sido en la costa sudeste de la isla de Chipre, pero Dios mandó a las olas que me los trajesen y aquí les tenéis. La condena que tuvo por única razón el ser hijos de su padre, subsiste, y si les vieran sanos y salvos, les volverían a echar mano. Hace cuatro años que les guardo aquí y cinco que estuvieron en galeras, completan los veintiséis años que ellos tienen de edad. Los pobrecillos nada pueden hacer con lo poco que ven, y sólo se entretienen en pescar y hacerme cestas de caña y abedul para el acarreo de mercancías en mi barcaza.

"La historia está contada y los esclavos prisioneros del Estado que buscáis están a la vista. Disponed como gustéis.

— ¡Tío Manoa!... –gritó uno de los mozos incorporándose en su hamaca–. ¿Vais a entregarnos a nuestros verdugos?

— ¡No, hijos, no!... Yo soy Manoa..., llevo el nombre del padre de Sansón, y por el Dios de Israel que tengo la fuerza necesaria para defenderos de todos los Césares del mundo.

Yhasua y los dos amigos ya estaban junto a las hamacas, pero ambos mozos habían saltado a tierra.

—No nos toméis por holgazanes que dormimos cuando ya el sol se ha levantado –dijo uno de ellos–, pero esta noche la hemos pasado en vela porque la marea subía con tanta fuerza, que parecía tener la mala intención de penetrar en nuestra covacha y llevarse todo este amontonamiento de cañas pulidas y listas para las cestas que el tío necesita en esta misma semana.

—No paséis cuidado, que no hacemos juicios sobre el prójimo –contestóle Yhasua sentándose sobre un fardo de cañas.

—Tengo aquí un vinillo de Chipre –dijo el viejo Manoa sacando un cantarillo de un hueco de la peña–, que con hojaldres acabados de freír, saben a gloria.

Y amistosamente les ofreció una cesta de bizcochos y un jarrón de vino.

—Cuidáis bien a vuestros sobrinos –dijo Faqui.

— ¡Interesado!... –dijo Manoa–, pues que pienso que ellos cuiden de mí cuando mis años pesen demasiado.

— ¿Qué podemos hacer dos infelices esclavos ciegos?... –interrogó uno de los mozos con una voz cansada a fuerza de desesperanzas y pesimismos.

— ¿Creéis que el Dios de Israel tiene el poder de agotar el agua del mar para que pasen sus hijos, y de hacer brotar agua de una peña tocada por Moisés para dar de beber a su pueblo sediento? –preguntó Judá con la vehemencia que le era habitual.

—Sí que creemos –contestaron los dos ciegos.

—Pero parece que el Dios de Israel se olvidó de nosotros –dijo uno de ellos.

—Prueba que no se olvidó, es que estamos nosotros aquí –añadió Yhasua, tomando una mano a cada uno de los ciegos y mirándoles a los ojos con aquella mirada suya, que era un rayo de amorosa luz cuando quería curar.

Una intensa emoción se apoderó de ambos que empezaron a agitarse en convulsos sollozos sin lágrimas, porque sus ojos cerrados no podían verterlas.

— ¡Infelices!... –murmuró Faqui apretando sus puños cerrados–. ¡Ni aún les dejaron el consuelo de llorar su irreparable desgracia!

— ¿Irreparable has dicho? –le dijo Yhasua que lo oyó–. Si la Hija del Sol estuviera a tu lado, te habría cubierto con su mano los labios para que no pronunciaras esa frase, Faqui, que sólo la dicen los que no creen en el poder de Dios.

— ¡Tienes razón, hijo de David!... Por un momento olvidé que estabas tú en medio de nosotros –contestó Faqui.

Aquellos párpados deformados por el fuego comenzaron a enrojecerse como bajo la influencia de un soplo vivificante. Las manchas y frunces que desfiguraban aquellos pobres rostros lacerados por las llamas hacía cuatro años, fueron perdiéndose en la tersura de la piel que parecía irse renovando y transformándose bajo la acción de los hálitos ultra poderosos que Yhasua exhalaba sobre ellos, como si les transmitiera una vida nueva, fibra por fibra.

El viejo Manoa era todo ojos para ver aquel insólito espectáculo de dos caras desfiguradas por el fuego, que adquirían momento a momento los hermosos aspectos juveniles que les había conocido a sus sobrinos antes de la desgracia.

Y cuando la fina membrana de los párpados adquirió su natural movilidad, y se abrió dando paso a la luz de las pupilas de un oscuro azul como el cielo de las noches galileas, el anciano no pudo resistir más y cayendo de rodillas a los pies de Yhasua gritaba con todo su aliento:

— ¡Dios de Israel!... Tú sabes que yo no creía en los milagros, y has hecho a mi vista el más estupendo que vieron ojos de hombre...

"¡Dios ha bajado a la tierra en la persona de este niño santo!...

Los sollozos ahogaron su voz, y sentado sobre el duro pavimento, el pobre viejo rezaba, pedía perdón de sus pecados y prometía a todos los patriarcas y profetas de Israel que sería en adelante un justo en toda la extensión de la palabra.

Cuando aquellos ojos cegados por las llamas del incendio pudieron percibir cuanto les rodeaba, los dos hermanos se abrazaron llorando y diciendo al mismo tiempo:

— ¡Creí que nunca más vería tu rostro!

Faqui y Judá enternecidos igualmente, se miraban sin palabras y miraban a Yhasua, cuya intensa palidez, les daba a comprender cuánta vida suya había dejado en aquellos dos seres, tan infelices una hora antes y tan dichosos en ese momento.

Mas, no bien pasada la explosión de alegría en los recién curados, pensaron en su triste situación de esclavos prisioneros de Estado para toda la vida y de pronto se quedaron silenciosos y mustios.

—No marchitéis el rosal de vuestra dicha con el angustioso pensamiento que os aflige en este instante –díjoles dulcemente Yhasua.

— ¡Dios de Abraham!... –exclamó uno de los mozos–, ¿quién eres que así lees en el pensamiento?

—Un hombre que ha estudiado el alma de los hombres –les contestó Yhasua–. Estáis pensando en vuestra condición de esclavos prisioneros de Estado; pero pensad también que nuestro Dios no hace las cosas a medias.

"Judá, amigo mío: ha llegado tu hora. Cumple pues, tu noble pensamiento en estos hijos del mártir Judas el gaulonita.

—En efecto –dijo el aludido–, yo he venido aquí a rescatar un esclavo prisionero del Estado, y Dios me concede dos en vez de uno solo.

— ¿Y a quién pagaréis por nuestro rescate? Somos esclavos del Estado.

—El Estado os tiró al mar como cosa inútil y de seguro os creen muertos a estas horas –dijo el viejo Manoa.

—Yo tomo uno y tú el otro –dijo Faqui al príncipe Judá–, pero no como esclavos sino como empleados a salario. Yo necesito un servidor de toda confianza y creo haberlo encontrado hoy en el puerto de Tolemaida.

—Si el tío Manoa está conforme –dijeron ambos a la vez.

— ¡Faltaba eso!... ¿Cómo no he de estarlo si hoy ha entrado Dios en mi choza? Aquí no podríais quedar porque muchos supieron vuestra desgracia y sería imposible ocultaros una vez ya curados. Se volvería a remover el pasado y entonces estaríais perdidos.

Judá había quedado pensativo mirando a los dos jóvenes, cuyos fuertes y musculosos brazos indicaban claramente el duro trabajo que habían realizado. También él tenía músculos de hierro en sus brazos, y eso que él sólo estuvo tres años al remo.

— ¿Podéis decirme en qué flota habéis prestado servicios? –preguntó de pronto a los jóvenes.

—En la que hace nueve años mandaba el tribuno romano Quintus Arrius, la galera nuestra era el Aventino II y nuestro Capitán se llamaba Paulo Druso.

— ¡Yo estaba en la Astrea que era la nave capitana –dijo Judá–, y soy hijo adoptivo de Quintus Arrius!... Mas no temáis, que soy judío de raza y de religión, y no soy amigo de los romanos por más que estoy muy agradecido de este noble romano que me salvó la vida y la honra.

“Con el acuerdo de vuestro tío quedáis desde este momento como servidores nuestros a salario. No tendréis queja de nosotros.

—Son dos nobles corazones estos amigos míos –dijo Yhasua–, y además gozan de buena posición. Ambos son dueños de grandes bienes de fortuna y de nombres ilustres en sus respectivos países.

—Este es el Hack-Ben Faqui, príncipe de Cirene; y éste es el príncipe Judá, hijo de Ithamar, de la casa de Hur, de Jerusalén.

— ¡Oh, oh!... –exclamaba el viejo Manoa–, ¡grandes casas, hijos míos!..., la suerte se os ha entrado en el cuerpo como una bendición de Jehová. Sabed pues, aprovecharla y corresponder a tan gran beneficio.

—Ahora seguimos viaje a Antioquía –añadió Judá–, y os llevamos ya con nosotros. Decidnos vuestros nombres y elegid de nosotros dos el que queréis como amigo íntimo, para haceros olvidar vuestro doloroso pasado.

—Yo soy Othoniel y me quedo a tu lado, príncipe Judá.

—Yo soy Isaías y me uno a ti, Hack-Ben Faqui –dijo el otro.

El vehemente africano dio un paso hacia él, y le abrazó como lo hubiera hecho con un hermano, largo tiempo esperado.

—Espero hacerte muy feliz –le dijo. Judá hizo lo mismo, añadiendo:

—Ahora vamos a una tienda de ropas, y os vestiréis según corresponde a dos flamantes mayordomos de casas ilustres.

El viejo Manoa no acertaba si reír o llorar, y por fin optó por acercarse a Yhasua, y decirle:

— ¡Amito santo, que entras como un dios en las chozas cargadas de dolor, y entra contigo todo el cielo de Jehová!... ¿Eres acaso el Mesías que Israel espera desde hace tanto tiempo?...

"¡Por la memoria de Judas, mi sobrino mártir, dime si lo eres y te entregaré su secreto que él dejó para ti!

— ¡Yo soy! –dijo el Maestro por primera vez en su vida–. Dime pues el secreto de mi heroico hermano Judas, que me ha precedido en el camino del sacrificio por la liberación de Israel.

Mientras los cuatro jóvenes salían a buscar una tienda de ropas para vestir a Othoniel e Isaías, el viejo Manoa hacía sentar a Yhasua en un banco, y levantando una piedra en un rincón del pavimento, extraía un cofre de ébano y se lo entregaba.

— ¿Qué es esto? –preguntó el joven Maestro.

—Ábrelo y verás; que sólo tú puedes verlo –contestó el viejo.

Yhasua rompió los lacres que lo cerraban herméticamente y sacó una tablilla en que estaban grabadas estas palabras: *Judas de Galaad al Mesías Salvador de Israel.*

Después sacó un tubo de plata que encerraba un papiro: era el testamento del ilustre mártir por la libertad y la justicia. Decía así:

"Hijo de David, Salvador de Israel. Sé que estás en medio de nuestro pueblo porque el príncipe Melchor te vio en la cuna años atrás. No sé si llegaré a conocerte antes de morir, pues mis días están contados. Mi vida sólo durará el tiempo que tarden los tiranos de nuestro pueblo en encontrar mis refugios.

"He ofrecido mi vida al Dios de mis padres por la salvación de mi pueblo y la felicidad de mis dos únicos hijos, Isaías y Othoniel, que dejo encomendados a mi tío materno Manoa, viejo marino de Tolemaida. Dejo veinte talentos de oro (equivalentes a 50.000 sestercios), fruto de la venta de la heredad de mis padres y de mi propio trabajo; mitad para mis hijos y mi tío; y mitad para el ejército defensor del Mesías Rey de Israel.

"¡Hijo de Dios!..., salva a nuestro pueblo del oprobio y de la opresión, y que mis hijos honren la memoria de su padre con su vida consagrada a la justicia y a la libertad. *Judas de Galaad*".

Yhasua miró la fecha y habían pasado once años. Lo había escrito pocos meses antes de su heroica muerte, cuando sus hijos sólo contaban quince años de edad.

— ¡Pobre Judas! –exclamó Yhasua, enjugándose dos lágrimas que el recuerdo del mártir le arrancaba del fondo del alma–.

"Te sacrificaste por la liberación política de Israel, sin pensar que es necesario antes preparar a Israel a gobernarse a sí mismo...

"¡Yo también seré mártir como tú, pero será por la liberación humana de la enorme carga de iniquidad que la tiene postrada en una fatal decadencia!...

— ¡Amo santo!... –dijo llorando también el viejo Manoa–, guardad pronto esto, que no tardarán en volver los que recién salieron. Las tiendas están junto al puerto.

—No, Manoa, todos ellos deben saber el secreto de Judas de Galaad. ¿No ves que la mitad del oro que aquí se encuentra es para ti y tus sobrinos, y la otra mitad para un ejército defensor de Israel?

"Mis dos amigos son miembros del Consejo Central de Jerusalén, que dirige y preside a la Santa Alianza libertadora, y ellos, no pueden ignorar nada de esto.

"Déjame hacer, buen Manoa, y todo será conforme a la justicia y a la razón.

A poco rato volvieron los cuatro que fueron de compras.

— ¡Oh, oh, padre Abraham!... –gritaba fuera de sí el viejo viendo a sus sobrinos con sus elegantes túnicas blancas de fina cachemira, al igual que las usadas generalmente por los saduceos de alto linaje, y turbantes a rayas azules, amarillas y blancas–, ¿quién os conoce ahora?...

— ¿Y quién te conocerá a ti cuando te cubras con este manto color del fruto de las palmeras y este turbante a rayas amarillas y verdes? –preguntaba Isaías enseñándole a su tío el regalo que le traían.

— ¡Estáis locos, estáis locos!... –exclamaba el viejo–; ¿cuándo voy a ponerme yo esto? ¿Aún no habéis ganado un denario y ya derrocháis así?

—No les riñas, buen Manoa –díjole Judá–. Les hemos hecho un adelanto de lo que será su salario mensual, y ellos han pensado de inmediato en ti.

— ¡Cosa de chiquillos!... –decía el viejo abriendo un viejo arcón para guardar el manto y turbante que consideraba un lujo para él.

Enseguida Yhasua que aún estaba con el cofre abierto participó a sus amigos el secreto de Judas de Galaad.

— ¡Grande alma!... –dijo Faqui–, ¡que aún al borde de la tumba pensaba en la defensa de su pueblo!

Entregaron al viejo Manoa los diez talentos de oro, mitad de la suma

dejada por Judas, pues sus hijos Isaías y Othoniel donaron al buen anciano, que les había recogido abandonados y ciegos, la parte que a ellos les correspondía.

—Nosotros somos jóvenes y Dios nos ha favorecido con buena colocación en la vida –dijo Othoniel–, mientras el tío merma en sus fuerzas y debemos hacer con él, tal como hizo con nosotros.

—Esa es la justicia que reclamo para que sea libre Israel –dijo Yhasua–, ¡Si todos comprendieran la vida como vosotros! ¡Qué dichosa sería esta humanidad!

Dos días después nuestros viajeros se embarcaban en una hermosa galera pintada de un blanco marfil y con pabellón amarillo, que venía de Gaza y había hecho escala en Ascalón, Jaffa y Cesarea.

—Los mejores buques de pasajeros y carga son los de nuestro compatriota Simónides –decía el viejo Manoa, satisfecho de haberles tomado pasajes en uno de los barcos del gran comerciante de Antioquía.

Nuestros amigos cruzaron una mirada de inteligencia, pues el tal Simónides era el comerciante amigo del príncipe Melchor, para el cual Yhasua llevaba carta de recomendación. Judá a su vez, pensó con amargura que aquel buque era de la flota de su padre, puesto que el comerciante Simónides fue el representante general del príncipe Ithamar, y luego de su viuda. ¿Reconocería Simónides a los dueños de la inmensa fortuna que administraba? Ellos tres, o sea, Judá, su madre y su hermana habían estado como muertos durante ocho años. ¿Qué cambios se habrían operado en aquel antiguo servidor que había sido atormentado por Valerio Graco para arrancarle el secreto de los bienes de fortuna del príncipe Ithamar, jefe de la familia?

La hermosa y flamante galera se llamaba Thirsa, nombre que aparecía con grandes letras de ébano en la proa. Junto a ella vio Judá otra galera que parecía gemela de la anterior, pintada de gris azulado y cuyo nombre en letras de bronce decía *Esther*.

—Estos buques –dijo Judá a Manoa, mientras unos criados subían los equipajes y llegaba Faqui con su madre y su hermana–, estos buques parecen estar recientemente botados al mar.

—Es este el segundo viaje que hacen –repuso el viejo–. Parece que hay dos doncellas por las cuales el rico naviero tiene gran amor, y ha bautizado sus dos últimos barcos con sus nombres cuando las niñas han entrado a los veinte años.

— ¡Mira Thirsa! –dijo Judá a su hermana que llegaba al muelle en ese instante con Yhasua, Noemí, Amra y los dos criados, Eliacín y Shipro.

— ¿Qué he de mirar, sino una selva de mástiles, de velas, de hermosos barcos? ¿El mar al cual no veía desde que tenía diez años y fuimos a despedir a nuestro padre para su último viaje?

—Mira tu nombre en la galera en que nos embarcamos –añadió Judá

— ¡Cierto!... ¡Qué coincidencia! –exclamaron todos.

— ¡De modo que Thirsa se va con Thirsa! –dijo Yhasua.

—Y conmigo –dijo su madre Noemí, apretándose del brazo de su hija como si un vago temor la hubiese sobresaltado.

La planchada fue bajada a tierra y comenzó el embarque de pasajeros y fardos de mercaderías.

—Mirad este otro buque con igual pabellón amarillo, con idénticos mástiles y velamen; como dos hermanos gemelos, y se llama Esther.

—Y ambos son del mismo naviero, el comerciante Simónides de Antioquía –repuso el viejo Manoa, que estaba en toda su gloria como un viejo Patriarca entre sus dos gallardos sobrinos.

— ¡Simónides de Antioquía! –exclamó Noemí mirando a su hijo Judá–. Tal es el nombre que aún recuerdo de nuestro apoderado, desde que yo me uní en matrimonio a tu padre. ¿Será el mismo? Ya era hombre de sesenta años y ocho que han pasado... debe estar llegando a los setenta.

"¿Sabes si tiene hijos?... –preguntó Noemí al viejo Manoa.

—Poco es lo que sé de él –contestó el anciano–, pero algo he oído de una hija única, que después de casada desapareció por una persecución que un chacal romano desató contra ella que era muy hermosa. Simónides tiene mucha fortuna, pero también muchos dolores.

"Se dice que fue sometido al tormento para arrancarle no sé qué secretos que interesaban al gobierno del César.

— ¡Dios misericordioso!... –exclamó Noemí llena de temores–. ¿Por qué te empeñas, hijo mío, en que vayamos a Antioquía? ¿No será como arrojarnos de nuevo a la boca del lobo?

— ¡Madre!... –díjole Judá–. ¿Tu gran fe en el Salvador de Israel te abandona ahora cuando tratamos de comenzar nuestra colaboración con él para la liberación de nuestro pueblo?...

—No temas mujer, que tu fe y tu resignación han coronado de paz y de dicha tu vida presente y futura –le dijo Yhasua, tomándola de la mano para ayudarla a embarcarse–.

"¡Que "Thirsa" nos lleve en buen viaje sobre las olas del mar!

—Contigo, sí, ¡oh, gloria de Israel! –exclamó la buena mujer apoyándose en Yhasua, hasta que entró a la blanca y hermosa galera que llevaba el nombre de su hija.

Cuando el barco soltó amarras, todos agitaban sus pañuelos despidiéndose de los que quedaban en tierra. Eran las primeras horas de la tarde, y un tibio aire primaveral rizaba suavemente la superficie del mar. Sobre un peñasco del muelle se veía la silueta recia y erguida del

viejo Manoa, que seguía con la mirada el barco que se llevaba a los dos huérfanos de su sobrino Judas de Galaad, tan infelices un día antes y tan colmados de dicha en aquellos momentos.

— ¡Ya se ve que el Dios de Abraham y de Jacob se acordó de su pueblo y le mandó la estrella de su reposo! ¡Manoa, viejo Manoa!... ¿Quién te diría que después de once años de esperar, con tu cofre escondido bajo el piso de tu cueva, la llegada del Mesías para entregárselo, habías de oír su misma voz que te dijo: *"¡Yo Soy!"*?

Una profunda emoción llenó de lágrimas sus ojos, y dando media vuelta se perdió entre los cables y velas de su barcaza de carga.

Nuestros viajeros se instalaron sobre cubierta a excepción de Noemí, que quiso retirarse a su cámara seguida de Amra su fiel criada.

Esta, que había escuchado toda la conversación sobre Simónides el comerciante, le dijo:

—Ama mía, perdóname que nada te haya dicho referente a ese buen hombre Simónides.

— ¿Qué es lo que sabes tú de él? –preguntaba su ama ya recostada en su lecho.

—En cada barco suyo que llegaba a Jaffa, hacía entrar a Jerusalén un criado con un fardo de mercancías que eran ropas y comestibles, y un billetito que decía: "La fidelidad y honradez en un criado son como el olivo cuya raíz nunca se seca. Nuestro Dios que alimentó a Agar en el desierto, cuidará también de ti aunque pasen muchos años. No abandones tu puesto en el cual debes esperar siempre". Y firmaba: Simónides.

"Después de tres años de la desgracia, recién supe que ese tal Simónides era un fiel dependiente del querido amo Ithamar, al que administraba sus bienes en Antioquía.

— ¿Nunca vino por nuestra casa?

—Nunca, ama, por lo menos yo no lo vi en Jerusalén.

"¡La sorpresa que el buen hombre tendrá cuando os vea reunidos a los tres!

— ¿Crees tú que no estará más gustoso de que la fortuna nuestra sea suya, como lo ha sido durante los ocho años de nuestra desaparición? –preguntó Noemí.

—No lo creo, ama buena; porque de ser así, no se hubiera ocupado más de mí. Una vez llegó el mensajero y me encontró enferma. Tenía llave de la puerta de los carros y entró sin llamar. Al anochecer y cuando yo lo hacía ya de viaje, volvió con un terapeuta de los que se hospedan en el khan de Betania, para que me curase. Me compró las medicinas necesarias y me dejó cien sestercios para que prosiguiera mi curación.

"—Aquel que me envía –dijo–, necesita que vivas para que reconozcas a los amos cuando vuelvan a ocupar su puesto en la vida.

— ¿Y qué sabía él si volveríamos? –preguntó Noemí–.

“Thirsa y yo podíamos haber muerto en el calabozo y Judá en las galeras...

—Y no habéis muerto, ama mía, por lo cual debemos dar razón a ese hombre que me pedía esperar. ¡Algo habría que le hacía mantener viva la esperanza! Yo lo quiero sin haberlo visto nunca.

Amra vio que su ama se dormía, y corriendo las cortinillas de la claraboya dejó a obscuras el camarote.

Tomó un chal de seda azul de la cama destinada a Thirsa y subió a cubierta para abrigar con él a su amita, porque el vientecillo del mar se tornaba fresco y su niña era una flor de invernáculo...

La encontró sentada en un banco entre Yhasua y Faqui, y amorosamente la cubrió con el chal; luego se quitó un oscuro rebozo que tenía a su espalda y envolvió con él los pies menuditos de la joven.

—Basta, Amra, basta –díjole Thirsa–, ¿aún crees que estoy en la cuna y que lloro de frío? –La buena mujer le sonrió en silencio y bajó al camarote de su ama para velar su sueño.

Yhasua, que observaba todo esto silenciosamente, dijo cuando la criada desapareció:

— ¡Decidme si no es una espantosa aberración humana que seres como esta mujer, soporten la dura condición de esclavos, que pueden ser comprados y vendidos como un asno, un buey o una cabra!

“¿No es su alma noble y pura acaso mucho más que la de un encumbrado magnate?

“Mirad –dijo de pronto–, en nuestra Santa Alianza para la liberación de Israel, debíamos ocuparnos de los esclavos. No debe haber esclavos fortuitos sino esclavos voluntarios.

“El que quiera serlo, en buena hora, pero todos deben tener el derecho de conquistar su libertad.

—La Ley –dijo Thirsa–, acuerda el derecho de la libertad al que sirvió seis años a un mismo amo.

—Es verdad –contestó Yhasua–, pero ya se arreglan la mayoría de los amos para hacerle sentir al criado que desde ese instante, se desentienden de él en absoluto, en forma que deben defenderse solos de las adversidades de la vida.

“Muchos esclavos así abandonados a su suerte, y cuyos espíritus están ya apocados y tímidos por la misma condición sufrida, se acobardan al lanzarse solos al mar bravío de la vida humana, que de seguro no les será apacible y bienhechora.

“Y entonces prefieren continuar así indefinidamente.

“¡Ven aquí Judá, con Isaías y Othoniel, que tratamos un asunto muy grave!... –dijo el Maestro en alta voz a sus tres compañeros de viaje, que

conversaban animadamente en la balaustrada de cubierta. Los tres se acercaron.

— ¿De qué se trata, hijo de David? –preguntó sonriente Judá.

— ¿Cómo harías tú para que no hubiese esclavos fortuitos sino sólo voluntarios? –preguntó a su vez Yhasua.

—Con una ley que prohibiera severísimamente la compraventa de seres humanos –contestó Judá.

—Pero no contando con el poder necesario para dar esa ley, ¿cómo harías tú?

—Todo eso entra en mi programa, si formamos un gran ejército que haga valer nuestros derechos a dar leyes y hacerlas cumplir –contestó Judá.

—Está muy bien el ejército de defensa; pero está mejor si elevamos el nivel moral del pueblo despertando en él los sentimientos de fraternidad y de compañerismo, después de haber extirpado desde luego la nefasta semilla del odio de clases.

—Tengo una idea –dijo Faqui–, y es la siguiente: En las arcas de la Santa Alianza hay ya más de doscientos talentos que vienen a ser al cambio, medio millón de sestercios, con lo cual podría la Santa Alianza rescatar los esclavos fortuitos que estuvieran mal tratados por sus amos.

"Por lo pronto podemos hacer eso hasta mientras estemos en condiciones de dar leyes anulando la esclavitud. Creo que en esta forma los amos no podrían levantar protestas, toda vez que se les da el valor de sus siervos. Es una compra.

— ¡Magnífica idea, Faqui! –exclamaron todos a la vez.

—Enviemos el proyecto al Consejo Central de Jerusalén –dijo Yhasua–, participándoles al mismo tiempo el donativo póstumo de nuestro hermano Judas de Galaad, lo cual viene a reforzar nuestra caja de socorros.

—Perdonad mi indiscreción –dijo de pronto Othoniel–. ¿Podría saber qué es esa Santa Alianza de que os oigo hablar y qué fines os proponéis al tomar como vuestras las situaciones difíciles de los demás?

— ¡Othoniel!... –dijo el Maestro–, ¿qué te parece mejor: como estáis ambos ahora o como estabais antes de llegar nosotros a vuestra choza?

— ¡Profeta de Dios!... –exclamaron los dos hijos de Judas Galaad–. ¡Eso ni aún habría que preguntarlo!

—Éramos dos piltrafas inútiles y hoy somos dos hombres capaces de esfuerzo por una causa justa –añadió Othoniel.

—Bien has hablado, Othoniel. Y ahora te digo: La Santa Alianza significa que cada miembro suyo sea capaz de hacer con sus semejantes como nosotros hemos hecho con vosotros. ¿Habéis comprendido?

—Esa es una obra de gigantes, pues el mundo está lleno de infelices

en parecidas condiciones a las nuestras, antes de vuestra llegada a Tolemaida –dijo Isaías.

—Pues esa obra de gigantes podemos hacerla los hombres de buena voluntad que seamos capaces de cumplir la Ley que dice: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”.

— ¡Nosotros queremos pertenecer a la Santa Alianza! –exclamó con vehemencia Isaías–. ¿Estás de acuerdo, Othoniel?

— ¡Me has quitado la palabra de la boca! –contestó el interrogado.

— ¡Señores!... dos más que se suman a nuestras filas –exclamó Judá–. Mañana a esta hora estaremos en el puerto de Tiro donde nuestro barco se detiene seis horas para levantar carga. ¿Seremos capaces de plantar allí en tan breve tiempo una ramita de la Santa Alianza?

—Depende que tengamos allí algún buen amigo –contestó Faqui.

— ¡Los tenemos y grandes amigos! En el puerto viejo se halla incrustada en el peñón, la Torre de Melkart cuya historia trágica asusta a las gentes, y allí están nuestros terapeutas con los leprosos y en general atacados de enfermedades incurables –dijo Yhasua–. Ya tenía el pensamiento de visitarlos si el buque se detenía algún tiempo en Tiro.

Tal como lo pensaron se hizo, pues la célebre Torre de Melkart donde Yhosep y Myriam con Yhasua, pequeñito fugitivo de Herodes, se refugiaron años atrás, fue otra vez visitada por el joven Maestro y sus amigos.

Treinta y seis leprosos, diecinueve paralíticos, catorce tuberculosos y ocho ciegos, fueron curados por la energía divina que residía en la personalidad augusta del Hijo de Dios; y esos seres, deshechos y escoria que la humanidad había apartado de su seno, fueron el primer plantel de afiliados a la Santa Alianza, que arrastraron en pos de sí, primero a sus familiares y amigos, y luego a la mayoría de los israelitas, árabes y egipcios radicados en la gran metrópoli, gloria del rey Hiram, el noble y generoso amigo de David y Salomón.

Ya comprenderá el lector que allí quedaba la nueva fundación, bajo la tutela y consejo de los terapeutas peregrinos, cuya discreción aseguraba la buena marcha de la Santa Alianza y su desenvolvimiento con las reservas necesarias.

En Sarepta, el barco sólo se detendría tres horas poco más o menos.

Yhasua sacó su anotador de bolsillo y buscó unas señas que llevaba allí anotadas por su primo Yohanán, cuando hacía poco, estuvo con él.

A cincuenta pasos al norte de la ciudad, corría un arroyo bastante caudaloso, a cuya orilla sudoeste y entre un laberinto de cerros cubiertos de espesa arboleda, existían muchas grutas, algunas de las cuales eran sepulcros. En una que no lo era, porque estaba a más de seis pies del suelo habitaban por temporadas los terapeutas viajeros y era llamada “la gruta del Profeta”. Una vieja tradición decía que allí se había albergado un

tiempo el Profeta Elías, o sea cuando pidió socorro a la viuda de Sarepta de que habla la Escritura Sagrada.

Yohanán le había confiado en intimidad que por dos veces en su vida se vio transportado en espíritu a aquella gruta solitaria, y que vio en el escondido hueco de un peñasco y en lo más interior de la caverna, un tubo de cobre con un papiro en el cual el Profeta había escrito brevemente su origen. Pero Yohanán nunca pudo leer lo escrito.

Yhasua, que pensaba realizar este viaje a Antioquía le había prometido ocuparse de hacer esta comprobación. En efecto, el tubo fue encontrado conforme a las indicaciones de Yohanán y el grabado decía así:

"Mis padres fueron originarios de la isla de Creta donde nací, causando al venir a la vida, la muerte de mi madre.

"Mi padre me llevó a Pafos en la costa sudoeste de Chipre, donde su muerte me dejó solo a los ocho años.

"Fui adoptado como hijo por un ermitaño sabio que me enseñó astrología y química, ciencias en las cuales llegué a un gran adelanto.

"De él aprendí a retornar la vitalidad a un moribundo y a encender en el aire llamas de fuego, mediante el empleo de substancias imperceptibles a simple vista.

"Su sabiduría era bebida de los anacoretas del Monte Himeto, llamados Dakthylos.

"El Supremo Hacedor de cuanto existe en los cielos y en la tierra, me tomó como instrumento de su justicia para castigar a los malvados y proteger a los débiles.

"Si cumplí mal, quiero ser perdonado y corregido.

"Si cumplí bien, loado sea el Supremo y que me lo tenga en cuenta para una nueva jornada. "Elías Tesbita".

Cuando Yhasua con Judá y Faqui iban a volver al puerto para tomar el barco, llegó a la gruta un terapeuta con un joven canceroso y un hombre maduro, ciego de nacimiento.

El terapeuta venía del Monte Hermón y no reconoció a Yhasua, al cual no veía desde que tenía diez años de edad. Apenas se encontraron, Yhasua le dio la frase de consigna de los Esenios: "Voz del silencio". El terapeuta le contestó: –"El Señor está con nosotros". Tal es la consigna nueva, hermano. ¿De dónde vienes que no la sabías?

—De Galilea y voy a Antioquía –contestó Yhasua mirando a los dos compañeros del terapeuta.

Puso una mano sobre los ojos del ciego y otra sobre el pecho del canceroso.

—Si creéis en el poder divino que residió en Elías Profeta, y que hoy reside en mí, por ley eterna de amor y de justicia, quiero que seáis curados para que hagáis el bien sobre la tierra.

El joven enfermo arrojó una bocanada de sangre y cayó exánime en brazos de Judá y Faqui que le sostuvieron. El hombre ciego se restregó los ojos invadidos de un fuerte escozor y los fue abriendo lentamente...

— ¿Quién eres tú?..., ¿quién eres en nombre de Dios? –gritó el terapeuta maravillado de tan repentina curación.

El joven Maestro sonriente y afable le puso una mano en el hombro y le dijo:

— ¿No acabas de decirme que el Señor está con nosotros?

El terapeuta cayó de rodillas con honda emoción exclamando:

— ¡Luz de Dios sobre la tierra! ¡Bendita la hora en que vine a esta caverna!

—Es breve el tiempo que tenemos. Oye la bocina del barco que nos llama al puerto –díjole el Maestro–.

"Encárgate de reunir aquí adeptos de la Santa Alianza, para lo cual pedirás instrucciones a los terapeutas de la Torre de Melkart en Tiro, donde acabamos de dejarla establecida.

El terapeuta dejó al ex ciego encargado del joven canceroso que descansaba en profundo letargo sobre un lecho de heno y acompañó a Yhasua hasta que le vio embarcarse.

Este Esenio se llamaba Nabat y tenía una hermana viuda de nombre María, que vivía muy retirada con un hijo adolescente de nombre Juan Marcos; y por entonces vivían en Cesarea de Filipo. Fueron éstos, juntamente con los curados en la "gruta del Profeta" los cimientos de la Santa Alianza en esa parte de Siria, mayormente en Cesarea, donde años más adelante estuvo en su propia casa la primera agrupación cristiana que tantos servicios prestó a Pedro el Apóstol, en las grandes persecuciones que sufrió.

De Sarepta a Sidón había con buen tiempo, sólo un día de viaje. Aun cuando esta capital había decaído mucho de su antiguo esplendor como centro de la gran actividad comercial de los fenicios, cuando eran los únicos dueños del Mediterráneo, conservaba no obstante los claros vestigios de su pasada grandeza.

Su soberbio panorama de montañas cubiertas de eterno verdor, sus blancos palacios prendidos en lo alto de las colinas como nidos de águilas, asomando apenas sus audaces torrecillas por entre las copas de los cedros gigantescos; su situación entre dos ríos que bajaban desde las alturas del Líbano saltando entre peñascos hasta desembocar en el mar, todo en fin, hacía de Sidón, una ciudad de ensueño, donde los huertos fecundos y los maravillosos jardines saturaban la atmósfera de aroma de frutas maduras y de rosedales en flor. Excepcionalmente hermosa en su naturaleza, en su clima benigno y saludable, por la gran altura en que se encontraba, ya en plena cordillera del Líbano.

Sidón continuaba siendo la patria adoptiva de innumerables príncipes y debido a esto, era una ciudad de cortesanos y cortesanas, que habían traído las costumbres y usos de sus respectivos países. Las bayaderas y odaliscas de Bagdad, de Bizancio, de Pafos, de Dafne; los cultores de los dioses paganos del placer, la molicie y la sensualidad más refinada, habían llevado a Sidón lo que ellos conceptuaban como lo único que hacían la vida humana, digna de ser vivida.

A esta capital llegaba a bordo de la galera "Thirsa", la Luz Divina hecha hombre, el Amor Eterno palpitando en un corazón de carne.

Noemí, madre de Judá que sabía esto, más o menos por referencias de su esposo, cuyos viajes por oriente y occidente lo hicieron gran conocedor de costumbres y usos, observó la conveniencia de no desembarcar en aquella ciudad. Judá y Faqui comprendieron el retraimiento de la austera dama judía, que no deseaba que los jóvenes que viajaban con ellas, vieran de cerca lo que ella llamaba la abominación de Sidón.

El breve diálogo entre Judá y su madre a este respecto, hizo comprender a Yhasua el motivo por qué Noemí se oponía al desembarco.

El navío se detendría por cuatro horas en Sidón, tiempo bastante para explorar el terreno por si se les ofrecía oportunidad de conquistar prosélitos para la causa que había echado raíces profundas en los tres amigos.

—Cinco años vividos en la Roma de los Césares me han curado de espanto, madre –decía Judá–. Más de lo que he visto allí de corrupción y de vicio, no veré seguramente en Sidón.

—Donde hay muchos apestados es donde más falta hace la purificación y la limpieza –dijo Yhasua–. Quizá es mayor la mala fama que la realidad y además "si diez justos hubiera en Sidón, por esos diez el Señor perdonaría a todos". ¿No era así la palabra divina, Noemí?

—Sí, hijo de David, era así. Que el Señor me perdone el temor egoísta de que sufráis mal, allí donde en verdad podéis sembrar el bien.

—Entonces, ¿tenemos vuestro beneplácito para visitar a Sidón? –preguntó afectuosamente Faqui, como si aquella virtuosa matrona judía fuera su propia madre.

—Sí, sí, Hack-Ben Faqui. Cuando nuestro Mesías lo quiere, él sabe lo que quiere –contestó la dulce mujer.

Como las miradas de Faqui interrogasen a Thirsa, ésta dijo discretamente:

—Cuando madre dice que sí, es que debe ser sí; pero yo no deseo bajar. Miraré la ciudad desde cubierta y tengo bastante con esto.

Los cinco hombres bajaron. Los flamantes mayordomos de los jóvenes príncipes aseguraban que antes de su desgracia, residía allí un hermano de su difunta madre, que en el gran mercado de Sidón tenía un negocio

de piedras preciosas, corales y nácar. Acaso él les orientase en la empresa que deseaban realizar.

El mercado de Sidón era una inmensa rotonda, especie de plaza amurallada, pero cuya muralla tenía innumerables puertas.

Un gran círculo de esbeltas columnas de mármol, paralelo a la muralla exterior, le asemejaba a un anfiteatro. Esta columnata circular tenía una magnífica techumbre poblada de altorrelieves, en que se destacaban audazmente, odaliscas en danza ante las estatuas de los dioses.

Al centro de la gran rotonda había una fuente de mármol con una estatua de Adonis, rodeado de amorcillos coronados de flores en actitud de danza.

Encontraron por fin el comercio que buscaban, pero no era el tío, sino una joven muy afable y bien parecida.

Cuando dieron el nombre del tío, la joven les dijo:

—Soy su hija; mi padre está enfermo. ¿Qué deseáis?

Isaías y Othoniel no reconocieron a su prima, como tampoco ella les reconoció, pues habían pasado diez años sin verse y los tres eran casi niños la última vez que se vieron.

Cuando se dieron a conocer fue grande la alegría de la muchacha cuyo nombre era Thamar.

—Permitidme –les dijo–, que atienda unos clientes que tengo aquí dentro, y luego os llevaré yo misma a ver a mi padre.

Mientras este diálogo, Yhasua con Judá y Faqui recorrían la gran columnata circular observándolo todo.

Vieron en una pequeña tienda de frutas y flores, a su dueño paralítico sentado en un sillón de ruedas que un adolescente empujaba cuando le era necesario moverse. Así atendía su negocio.

Les ofreció uvas de Chipre y dátiles de Alejandría, que ellos compraron para iniciar conversación.

—Vosotros habréis llegado en la galera que atracó recién –les dijo el viejo–. Venís seguramente de Judea, pues vuestra vestidura lo atestigua. ¿Qué tal se vive por allá?

—Allá y acá respiramos aire de humillación y de desprecio –contestó Judá.

—Aquí sólo viven a gusto los holgazanes y las bailarinas –dijo el viejo comerciante–. Para esos no hay mal año ni les es pesada la vida.

—Mientras que tú –díjole Yhasua–, te ganas penosamente el pan con tu cuerpo casi inutilizado por la parálisis.

— ¿Parálisis?... ¡El potro del tormento que dislocó mis pies y mis rodillas!... –exclamó el pobre hombre con la voz temblando de ira.

— ¿Y por qué? –volvió a preguntar Yhasua–, ¿qué delito habías cometido?

—Defender la honra de mi casa, como una leona con cachorros defiende su madriguera. Nada hay digno de respeto para la codicia de los amos de Roma. Para pagar sus deudas de juego, un satélite de su majestad imperial tuvo la idea de comprarme dos de mis hijas mayores para el rey de Bagdad, que le daría en cambio un bolsillo de piedras preciosas de gran valor, pues tenía capricho por doncellas de la patria de Salomón. Le faltaban dos para completar las diez que aquel sátiro quería.

"Yo oculté mis dos hijas donde ni el diablo pudiera hallarlas, y me sometió al tormento para hacerme declarar dónde estaban. No me mató en la esperanza de que yo accediera después.

"De Sevthópolis salté aquí en procura de tranquilidad y aquí estoy. Salvé de la deshonra mi casa, pero no salvé mis piernas que quedaron dislocadas.

—Soy médico –díjole Yhasua arrodillándose al pie del sillón del inválido–. Hay dislocaduras que pueden curarse. Déjame probar. –Sus manos se posaron suavemente en las rodillas huesosas y enflaquecidas y luego en los pies, cuyas plantas se hallaban hacia fuera horriblemente desfigurados.

—Me queman tus manos niño, ¡cuidado!... –decía el comerciante.

—No temas buen hombre, que no es para hacerte mal que me he acercado a ti. Puesto que eres samaritano debes creer en el poder divino que usaron los profetas para curar los enfermos...

— ¡Ya lo creo!... ¡Pero hace tanto que los profetas se fueron de esta tierra, que hoy es guarida de testas reales y de asesinos con togas!...

—Prueba a levantarte y andar –díjole Yhasua con cierta y suave autoridad.

— ¿Andar yo?... ¡Hace seis años que no uso mis piernas para nada!...

—Prueba a levantarte y andar –volvió a insistir Yhasua, tomando al inválido por ambas manos.

Cuando se puso de pie, le atrajo suavemente hacia él, y soltando aquellas manos que temblaban entre las suyas, le dijo:

— ¡Camina... ya puedes andar!

El hombre dio un paso, luego otro y otro más.

— ¡Mis pies andan solos! –gritó–. ¡Dios de Israel!, ha resucitado Eliseo profeta y los muertos vuelven a la vida.

— ¡Chist! –dijo Yhasua–. No hables tan alto, pues ya sabes que los profetas de Dios estamos siempre sentenciados a muerte, y aún no es llegada mi hora.

—Todo lo que soy y lo que tengo te daré, Profeta, por el bien que me has hecho. ¡Corre, hijo mío, a casa –dijo al adolescente–, y que tu madre prepare el mejor pan y el mejor vino para este hombre de Dios que ha hecho vivir mis piernas!

—No te afanes así –le dijo Yhasua–, que el tiempo que tenemos es poco.

Judá y Faqui decían entre sí:

—Ya tenemos la entrada libre en Sidón. Este buen hombre y su familia será el primer plantel de la Santa Alianza. –Y lo fue en efecto, pues entre su numerosa familia había seis hijos varones y tres mujeres, algunos ya casados, pero que continuaban viviendo en la vieja casa paterna.

Mientras ocurría esto en la tienda de flores y frutas, Isaías y Othoniel en la otra parte de la rotonda conversaban con la prima Thamar.

Los clientes que ella tenía dentro, eran un hombre ya maduro vestido al uso griego, o sea con clámide corta y el himatión o gran manto en forma de capa; una mujer de regular edad embozada también en su manto, que le cubría la cabeza y daba vuelta alrededor de los hombros; y por último una jovencita rubia de ojos color topacio, vestida con una amplia falda plegada y una esclavina azul completamente rizada que caía con gracia sobre la falda color amarillo. Como se ve los tres personajes parecían griegos de buena posición a juzgar por sus vestiduras.

—Te mandaría enseguida lo que has elegido para tu niña –dijo Thamar, acompañando a sus clientes hasta la columnata–, pero debo acompañar estos viajeros a mi casa y acto seguido cumplo contigo.

—Basta que sea antes del atardecer –observó el griego.

—Si puedo serte útil, prima mía –dijo Othoniel–, yo llevaré a esta familia sus compras. ¿Dónde viven?

—Cien pasos de aquí, frente a la estatua de Artemisa en la plazoleta de su nombre –contestó la jovencita, mirando al amable extranjero que se ofrecía.

Se trataba de una caja y varios paquetes, cuyo peso era insignificante para Othoniel, vigoroso y fuerte, y a más entusiasmado por la delicada belleza de la joven.

— ¿Cómo te llamas? –le preguntó andando a su lado.

—María de Mágdalo. Este es mi padre, y ésta fue mi nodriza y ahora mi aya.

— ¿Y qué razón hay –dijo el griego cuyo nombre era Hermione–, para que este mozo nos haga de criado?

—Mi voluntad nada más y el deseo de prestar un servicio a vosotros y a mi prima Thamar que tiene a su padre enfermo.

—Si tú eres sidonio, te compadezco –dijo el griego–. Sidón es una eterna barahúnda de risas, cantos y procesiones lúbricas. Estoy desesperado por volver a mi castillo entre mi bosque, mis pájaros y mis libros.

—Esto es una gran ciudad, padre –dijo la jovencita–, y Mágdalo es una aldea donde no se ve más que el castillo y en torno a él las cabañas de nuestros labriegos y pastores.

— ¿Te gustan las grandes capitales? –volvió a preguntar Othoniel.

—Me gusta la animación, el movimiento, las emociones constantemente renovadas –contestó la joven.

— ¡Ya, ya! –murmuraba el griego–, con sólo quince años de vida, no puedes pensar de otra manera. Deja que caiga la nieve de los años, y le encontrarás buen sabor a la quietud, al silencio y a la soledad.

—Yo también soy Galileo –dijo Othoniel–, originario de Tolemaida donde he vivido hasta ahora. ¡Dentro de dos horas sigo viaje a Antioquía!

— ¡Antioquía!... –exclamó María como si dijeran a otro mundo–, ¿y te quedarás allá?

—No, voy de paso y creo regresar pronto a nuestra tierra natal.

—Pues cuando vuelvas a Galilea –díjole el griego–, si aciertas a llegar a Tiberias, a sólo media milla está mi castillo en Mágdalo, como un nido de gaviotas en pleno bosque.

“Si te place hacer el ermitaño por una temporada, ya lo sabes.

—Gracias, no lo olvidaré –contestó Othoniel, ya deteniéndose porque estaban en la plazoleta de Artemisa, frente a un antiguo palacio transformado en hospedería elegante, para los viajeros favorecidos por la fortuna.

El joven se despidió de sus nuevos amigos y volvió en busca de sus compañeros de viaje, no sin sentir que en su corazón había un culto nuevo que parecíale digno de transformar su vida en adelante. Pero guardó para sí mismo su secreto diciendo: “Nueve años de anulamiento completo en la oscuridad de la ceguera, creo que me dan derecho a desear la felicidad para mi vida futura. Me esforzaré en hacerme digno de ella si es que por su posición estuviera más alta que yo”.

55
EN ANTIOQUÍA

El navío que conducía a nuestros viajeros no hizo más escalas hasta llegar a su destino: Antioquía.

Llegaron bastante pasado el medio día, y cuando la nave entraba en la bahía formada por la embocadura del río Orontes, Judá se acercó al contramaestre y le preguntó por un hospedaje cómodo y serio para su familia. El amable marino le dio un pequeño croquis de la gran ciudad, cosa que acostumbraba hacer con todos los viajeros que la visitaban por primera vez.

La populosa metrópoli, reina del Oriente en aquel tiempo, estaba dividida por dos hermosísimas avenidas, decoradas con ejemplares de árboles hermosos y raros, traídos de todas partes del mundo. Y entre esa exuberante arboleda, una interminable serie de palacios fastuosos a uno y otro lado, daban a aquellas avenidas un aspecto de magnificencia tan grande, que el viajero quedaba deslumbrado ante tanta opulencia.

El contramaestre señalándole el croquis, le dijo:

—Al comienzo de esta avenida que como ves, corre de norte a sur, aparece en primer término el edificio llamado "Nipheum"; al terminar los jardines que le rodean, está una de las mejores hospederías para familias. Pertenece al propietario de la nave en que realizas este viaje. Por el trato que aquí has recibido, podrás juzgar del que se da en la posada. Se llama *Buena Esperanza*, nombre que verás sobre el pórtico de entrada.

Judá le dio las gracias, y acto seguido bajó al muelle donde contrató una litera para conducir a su madre que a veces se fatigaba al andar.

Mientras Judá y Faqui con los criados, instalaban debidamente a la familia, Yhasua con los hijos de Judas de Galaad, Isaías y Othoniel, preguntaban al capitán del "Thirsa" por el domicilio del propietario.

—Debo entregarle hoy mismo –díjole el Maestro–, una carta que traigo desde Alejandría, del Príncipe Melchor de Horeb.

—Yo voy a su casa –contestó el capitán–, ¿si queréis seguirme?

Y se dirigieron allá.

La casa particular del conocido naviero se hallaba muy próxima a los muelles de desembarco en la embocadura del Orontes, y por tanto, adherida a la imponente y magnífica torre de la muralla, que comenzaba allí y seguía hacia el Este y luego hacia el Sur, hasta perderse de vista en la fértil llanura limitada a lo lejos por dos cadenas de montañas cubiertas de perenne verdor.

No era ningún palacio aquella casa, sino más bien un enorme almacén de fardos, que formaban montañas desde el pavimento al techo. Se veía claramente por las inscripciones o rótulos, que eran mercaderías llegadas de diversos países, o preparadas para salir a sus destinos.

Siguiendo al Capitán, Yhasua acompañado de los hijos de Judas, atravesó varias de aquellas grandes salas abarrotadas de mercancías, hasta llegar a un patio hermosísimo plantado de rosales y de naranjos, donde no se veía más ser viviente que dos garzas blancas paseando sobre el césped y una gacela, que de inmediato le recordó aquella con que Nebai jugada en la cabaña de piedra de las cercanías del Tabor.

El Capitán entró solo, abriendo una puerta que estaba entornada, y pronto salió, haciendo pasar a Yhasua y sus acompañantes.

Era aquello un enorme despacho, donde había varias mesas sobrecargadas de tabletas de escribir, de rollos de pergamino, de grandes cartapacios de anotaciones.

Detrás de una de aquellas mesas, vieron el busto de un hombre ya anciano, con una hermosa cabeza cana y unos ojos inteligentes, y de mirada profunda, algo inquisidora, que parecía interrogar siempre.

—Seáis bienvenidos en nombre de Dios –dijo el anciano con voz solemne y clara.

—La paz sea contigo, Simónides, amigo del Príncipe Melchor de Horeb, en nombre del cual vengo a ti –contestó Yhasua.

La austera fisonomía del anciano pareció iluminarse con una casi imperceptible sonrisa.

Les invitó a sentarse y manifestar el motivo de su visita. Yhasua le alargó en silencio la epístola de Melchor.

A medida que leía el papiro, su rostro se reanimaba visiblemente. Su palidez mate, fue substituida por un suave encarnado que daba más fulgor a su profunda mirada, por lo cual Yhasua comprendió hasta qué punto le impresionaba la lectura.

Dejó el papiro sobre la mesa y con una ternura que parecía completamente ajena a aquella naturaleza de acero, dijo:

—Grande honra para mi casa es tu presencia en ella, ¡oh, hijo de David!, pero soy un pobre inválido y no puedo correr hacia ti para reverenciarte. Dígnate acercarte a mí.

Antes de que el anciano terminase de hablar, ya estaba Yhasua junto a él y le había tomado ambas manos.

—No busco reverencias, sino solamente comprensión –le dijo con su dulzura habitual, mirándole hasta el fondo de sus ojos.

— ¡Yo sé el que eres y lo que significas para Israel! –siguió diciendo el anciano–. Tú debes saber lo que soy yo, y lo que significo para ti, no obstante de estar amarrado a este sillón, con un cuerpo desecho por las

torturas con que me obsequiaron nuestros opresores romanos, a quien Jehová confunda.

—Los caminos del Señor, son a veces incomprensibles a la humana inteligencia –dijo Yhasua, sin soltar las manos del inválido–, y el poder divino hace a veces brotar flores, allí donde sólo había secas raíces carcomidas por las orugas.

— ¿Qué me quieres decir con eso Príncipe, hijo de David?

—Que si tu fe es tan grande como el deseo de justicia que alienta vigoroso en ti, el Señor va a darte lo que no le has pedido nunca: el vigor físico y la salud perdida, en aras de un deber sagrado para ti: la protección a una familia perseguida y desamparada.

Yhasua soltó las manos del anciano que ardían como si estuvieran sobre el fuego, alejándose unos pasos le dijo:

—Simónides... El poderoso Jehová que has invocado, ha devuelto el vigor a tu cuerpo quebrantado y deshecho, y Él te dice por mi boca: Levántate y anda.

El anciano que parecía arrojar llamas de sus ojos iluminados por extraña luz, se puso de pie y dio un paso adelante.

—Si yo estoy curado –exclamó–, es porque ha entrado en mi casa el Mesías Rey de Israel; anunciado desde tantos siglos por nuestros Profetas. ¡Señor! –dijo doblando una rodilla en tierra–. ¡Tú eres el rey de los judíos, que los sabios de Oriente adoraron en Betlehem hace veintiún años! ¡Tú eres el que salvará la Nación del yugo extranjero! ¡Dios te salve hijo de David!

—Dios nos salve de torcer el rumbo de sus designios, Simónides –contestó dulcemente el Maestro–. Yo acepto el nombre de Salvador del mundo porque a eso he venido; pero el de rey, déjalo amigo mío para quienes juzgan que toda grandeza está en los tronos y en los cetros. Yo soy Príncipe de un Reino, que no conocen los hombres, donde no hay otra ley que el amor, ni otros soldados que los que saben renunciarse a sí mismos en favor de sus semejantes.

— ¿Entonces los anuncios de los profetas?... –preguntó el anciano.

—Ten paz en tu alma, Simónides, que el tiempo te hará ver claro en todas las cosas. En los breves años que faltan para mi triunfo final, tienes tiempo de ver hacia qué lado te llevan los vientos benéficos de la esperanza y de la fe.

— ¡Entonces tú mismo anuncias un triunfo!... ¡Oh, oh!... ¡Ya lo decía yo: no puede ser vana la esperanza de Israel; no puede ser vana mi esperanza!

“Que tarden años nada importa; pero el triunfo será nuestro y la gloria de Israel sobre el mundo será imperecedera...

“¡Oh, Jerusalén santa!... ¡Tu nombre no se borrará jamás de la faz de

la Tierra!... ¡Hacia ti se volverán todas las naciones, y no habrá labios humanos que no pronuncien tu nombre llamándote santa, santa por todos los siglos!...

—Así será como lo dices –le contestó Yhasua dulcemente, y sus pensamientos encerraban la infinita amargura del que sabe, que aquellas palabras eran proféticas, aunque con distinto significado del que el ferviente anciano les atribuía. Jerusalén quedaría en la memoria de todos los hombres y de todos los tiempos por el espantoso crimen que los sacerdotes de Jerusalén, guardianes de la fe y de la esperanza de un numeroso pueblo, habían de perpetuar cegados por su soberbia y ambición de poder.

Jerusalén sería llamada tres veces santa, porque sería regada por las lágrimas y la sangre inocente del Hijo de Dios, cruelmente inmolado por la salvación de la humanidad.

— ¿Sabes, amigo mío, que han viajado conmigo en tu navío "Thirsa", el príncipe Judá hijo de Ithamar con su madre y su hermana; que vienen hacia ti?

— ¿Como amigos o como jueces? –preguntó el anciano sin inmutarse.

—Como amigos, Simónides, o más aún, como huérfanos de protección y de amparo, puesto que aún están bajo la proscripción de la ley romana, que les condenó injustamente un día.

El anciano exhaló un gran suspiro y se dejó caer sobre un sillón.

— ¡Gracias al Dios de Abraham, por las misericordias que ha tenido con sus siervos! ¡Oh, Ungido del Dios de Israel..., contigo han venido todos los bienes sobre mí! Yo tuve noticia de que el hijo de mi antiguo patrón había sido salvado de la galera, por un romano ilustre y generoso amigo suyo, que en obsequio al noble muerto, salvó del escarnio y adoptó como hijo, al hijo del príncipe Ithamar. Y así, esperaba de día en día que viniera hacia mí. Hace cerca de un mes que supe por un agente mío en Jerusalén, que la viuda y la hija de mi patrón, habían sido sacadas de la Torre Antonia por una circunstancia que mi agente no pudo averiguar. Le mandé al viejo palacio, pero habían salido de viaje al norte, contestaron los criados que guardaban la casa. Supuse que vendrían hacia aquí, y su tardanza en llegar la he atribuido a que viajarían con toda clase de precauciones, para no despertar la ira de los chacales romanos que husmean la presa en todas partes.

—Descansan del viaje en la hospedería "Buena Esperanza" –prosiguió Yhasua.

— ¡Oh, Jehová bendito!... ¡Han viajado en su propio buque y ahora se hospedan en su propia casa!... Mayor dicha que ésta no la hubo bajo del sol, desde que tengo uso de razón, –exclamaba el anciano fuera de sí de felicidad–. ¡Esther, hija mía, Esther!, ven, que hoy la dicha se nos entra en casa sin pedirnos permiso.

— ¡Abuelito! –dijo una voz tan conocida para Yhasua, que aún no pudo ver a la persona que la emitía, por la oscuridad que hacía una mampara de seda atravesada en el ángulo del gran despacho–. ¿Cómo es que caminas, abuelo?

Y una joven enlutada y con la cabeza tocada de un blanco velo, apareció de pronto.

Yhasua creyó reconocer en ella a Nebai, a la cual hacía más de dos años que no veía, pero la muchacha en el asombro de ver caminar al anciano inválido, no puso atención en los tres visitantes que había.

—Estoy sano y fuerte, hija mía; el Mesías anunciado por los profetas ha entrado en mi casa. Salúdale Esther, con la reverencia que se merece el Rey de Israel.

Sobrecogida de estupor, ante los prodigios que veía la joven, iba a doblar la rodilla ante Yhasua, pero éste le tomó de ambas manos y las miradas se encontraron.

— ¡Yhasua!...

— ¡Nebai!... ¿Cómo estás aquí y con ese manto de luto?

La joven se abrazó espontáneamente de Yhasua y rompió a llorar a grandes sollozos.

Esta vez le tocó asombrarse hasta la estupefacción al anciano Simónides, ante el cuadro que se ofrecía a su vista.

Se acercó a su nieta para preguntarle:

— ¿Pero tú conocías al Ungido de Jehová?

—Allá en la cabaña del Tabor, cuando ambos éramos adolescentes... –murmuraba entre sollozos la joven, a la cual Yhasua secaba el llanto con ternura.

— ¡Ah!... voy comprendiendo, –decía el anciano, acariciando la cabeza de la joven–. Pues sí, he recobrado a esta hija de mi hija, por la muerte de su padre Arvoth ocurrida hace sólo dos lunas. Cayó desde la torre más alta de la fortaleza de Hippos, que hacía restaurar el Tetrarca Felipe en la Traconitis. Sus dos hermanos están por casarse, y enseguida la madre y la hija vuelven al hogar paterno, que se iluminará de nuevo con luz de estrellas y de arrebol.

Yhasua miraba enternecido a esta Nebai dolorosa, y se recriminaba a sí mismo de haberla dejado sola en su dolor.

— ¿Cómo es que aquí te llamas Esther, y en el Tabor: Nebai? –le preguntó dulcemente.

—Cosas del abuelo –dijo, sonriendo a los dos, en medio de sus lágrimas.

—Sí, sí, cosas del abuelo que siempre está en lo justo. Sabe, ¡oh, soberano señor de Israel!, que cuando nació esta niña, ya era muerta mi amada compañera que entregó su alma a Dios, al nacer muerta nuestra

segunda hija a la cual llamaríamos Esther. Y mi buena Raquel me pidió que si el Señor nos mandaba una nieta que fuera llamada Esther.

"La ilustre y bella judía que dominó las furias de Asuero, Rey de Persia y dominador de casi todo el Oriente, ¿no es digna que se la recuerde e inmortalice, en las niñas que nacen el mismo día aniversario de su coronación como reina?

—Es una hermosa idea, dado que la reina Esther, salvó de la muerte a innumerables compatriotas suyos, condenados a la esclavitud y a morir, por la cólera vengativa del favorito Amán –contestó Yhasua.

— ¡Justo!..., pues al padre le sonaba bien llamarle Nebai por una hermana suya que se le parecía mucho. Pero en mi casa y a mi lado, es Esther, y seguirá siéndolo hasta que la tierra cubra mis huesos. ¿Estamos?

—Sí, abuelito, sí..., yo estoy de acuerdo. Aquí está frente a nosotros, el que me enseñó un día a renunciarme a mí misma para complacer a los que me aman.

—Y acaso, ¿no has encontrado compensaciones, Esther, en ese renunciamiento de amor? –le preguntó Yhasua.

— ¡Muchas, Yhasua!... ¡Muchas compensaciones! Tantas que casi podría asegurar que el renunciarse a sí mismo, es todo el secreto para conquistar el amor de quienes nos rodean.

— ¡Es genial mi nieta!... –exclamaba el viejo acariciando una mano de la joven–. Nadie diría que aún no ha cumplido los diez y ocho años. Desde que está aquí es mi secretaria y no acepto más secretarios que ella. Pronto vendrá su madre que será el ama de casa..., y soñaré de nuevo que vive aún mi Raquel, para hacer florecer mi huerto con todos los encantos del mundo.

—Ha pasado ya el invierno y florecen los manzanos... –decía Yhasua, recordando las palabras de amor que el "Cantar de los Cantares" pone en boca del amado de Zulamita.

— ¡Ha pasado sí, príncipe, hijo de David! Ha pasado por tres grandes razones: Porque el Rey de Israel ha venido hoy a mi casa y me ha transformado en un hombre fuerte; porque se levanta de nuevo la amada familia del príncipe Ithamar de Jerusalén, y porque he venido a saber que mi única nieta es grande amiga del Ungido de Jehová.

"¿Son éstas en verdad grandes razones? Decidlo vosotros dos, jóvenes galileos.

Othoniel e Isaías se vieron aludidos directamente por el dueño de casa, y el primero contestó:

—Son razones tan poderosas, que casi estoy abrumado de tan grandes acontecimientos venidos en un momento a tu casa.

—Bien, bien, permitidme un momento para tomar mi manto y mi turbante, pues quiero ir de inmediato a la posada a presentar mis respetos a

la familia de mi antiguo patrón. ¡Ahora no soy ya un inválido!... ¡Iré, sí, iré ahora mismo!... ¡Oh, mi pequeño Judá debe estar hecho un hermoso varón, pues era todo el retrato de su padre!...

—Aquí está tu pequeño Judá, buen amigo de mi padre, –dijo el joven Príncipe, a quien un criado había conducido al despacho.

El anciano se quedó mudo..., paralizado de emoción y de asombro, mientras Judá se le acercaba con ambas manos extendidas hacia él.

— ¡Príncipe Ithamar! –exclamó–. ¡Si es el mismo que ha salido de las olas del mar que lo tragaron!... ¡Nuevo Jonás profeta, surgido del abismo! –Y sus viejos brazos estrecharon fuertemente al joven Príncipe Judá, cuya personalidad hermosa y gallarda había llenado de estupor al anciano.

Luego presentó su nieta Esther al príncipe, al cual tocó esta vez maravillarse, pues suponía al viejo solo como un hongo amarrado a su sillón de inválido, y no sólo lo encontraba sano y todavía fuerte, sino acompañado de un hermoso rosal en flor...

— ¡Ya se ve que entró Yhasua en tu casa!..., y donde Él entra, los huertos florecen y los pájaros cantan, –decía Judá–. ¡Oh, Simónides!, nuestros largos años de padecimiento han tenido un epílogo de gloria y de paz, de amor y de dicha, porque el Ungido del Señor está junto a nosotros.

—Todos mis sueños van a cumplirse –decía entusiasmado el anciano–. ¡El Dios de mis padres me da todo hecho!..., ¡el huerto en flor, y solo tengo que recoger los frutos! Había movido el cielo y la tierra como se dice, para encontrar la familia del príncipe Ithamar, pues ellos debían ser a mi juicio los primeros colaboradores del gran Rey que esperábamos. ¡Había averiguado a mis agentes viajeros de todas mis caravanas sobre el sitio en que se ocultaba el Mesías Salvador de Israel!... ¡Y he aquí que el día menos pensado, abre el sol en la tristeza de mi vida, y el Dios de Abraham y de Jacob, pone a mi vista lo que por tanto tiempo anduve buscando!...

— ¡Feliz de ti, Simónides! –díjole el Maestro–. Que dejas florecer en tu alma la gratitud al Señor por sus beneficios sobre ti. Y como Él no se deja aventajar en largueza y generosidad, colma de alegría tu vida, ya en el ocaso, porque tu vida fue de justicia y equidad; porque tus días fueron laboriosos y buenos para tus semejantes..., porque has amado a tu prójimo como a ti mismo, según el gran mandato de la Ley.

Después de estos preliminares, siguieron naturalmente las confidencias íntimas, las historias dolorosas y terribles de los ocho años pasados sin saber unos de otros, sino las tristes noticias que ya conoce el lector: despojos, calabozos, condenado a galera, naufragio..., ¡y luego el profundo silencio, sinónimo de aniquilamiento, de destrucción y de muerte!

—Mas, a pesar de todo esto –decía el anciano–, ¡yo esperaba sin saber qué, ni por qué esperaba!

"Ya la enorme fortuna de la casa de Ithamar, se multiplicaba en mis manos de un modo maravilloso. Mucho devoró la loba romana, pero fue más lo que salvé a costa de mi cuerpo retorcido y dislocado en el tormento. Dios bendecía mis negocios con un gran fin seguramente. Por Melchor, Gaspar y Baltasar, que fueron mis huéspedes, conocía yo el nacimiento del Rey de Israel, pero ellos partieron a sus países y hasta hace poco tiempo no tuve más noticias suyas.

—Tiene el Supremo Señor –dijo Yhasua–, designios que no están al alcance de las humanas inteligencias, ni de los esfuerzos o anhelos de los hombres hasta que ha sonado la hora de su realización.

"Ayer era la hora de la esperanza. Hoy es la hora del amor, de la unificación en el esfuerzo y en la fe.

"No es uno solo el Salvador del mundo. Seremos tantos, cuantos seamos capaces de comprender la obra divina en medio de la humanidad.

—Judá, hijo del generoso y noble príncipe Ithamar. Tu genealogía se pierde en la noche de los siglos, cuando Hur-Kaldis, la más gloriosa ciudad de la prehistoria de los valles del Éufrates, albergó a nuestro padre Abraham. ¿No estarás destinado por Jehová de los ejércitos, para consagrar tu vida y tu fortuna a la grandeza y la gloria del Rey que está a nuestro lado? ¿Quién me dio la fuerza de soportar el potro del tormento, por salvar una fortuna que no era mía? ¿Quién me dio el talento de los negocios, que no me ha fracasado ni uno solo? ¿Quién contuvo las furias del mar en espantosas borrascas que echaron a pique hasta las naves del César?, y las tuyas llegaban a este puerto como si un viento suave las impulsara. ¿Quién cuidaba de mis caravanas, a las cuales respetaba el simún en el desierto y los bandoleros en las montañas?

"¡Era Jehová de los ejércitos!..., era el Supremo Señor para que esta colosal fortuna, Judá, niño mío, fuera el pedestal de la grandeza y la gloria de nuestro Rey de Israel.

"¡Y tú no se la mezquinarás ahora!..., seguramente que no.

—No te exaltes así, buen amigo –le dijo Yhasua–, que si en los designios divinos está el programa que esbozas, ya nos sobrará tiempo para realizarlo.

—Y por mi parte –dijo Judá–, yo soy hijo de mi padre, del cual tengo noticias que hizo obras benéficas en nuestros pueblos de la Judea. Si como tú dices, el Rey de Israel necesita de la fortuna que tan maravillosamente has acumulado, no seré yo, puedes estar cierto, quien se la mezquine.

—Hija mía –dijo el anciano volviéndose a su nieta–, por ahora eres tú el ama de casa. Tráenos de aquel vino de Hebrón, de las viñas del

Príncipe Ithamar, que supera al de Corinto, y que yo guardaba para cuando tú quisieras casarte.

La joven salió a cumplir el encargo, y el viejo que no cabía en sí de gozo, hablaba sin parar.

—Sí, pues –decía–, me veo curado por la presencia del Mesías, el cual además me ha traído a este tortolito perdido, y por el que tanto he llorado... ¡Ya verás qué sorpresa te guarda el viejo administrador de tu padre! Eres más rico que el César. Mira –dijo, abriendo un ventanal que daba hacia la bahía del río Orontes, donde estaba anclada una porción de naves con pabellón amarillo y azul–.

"¿Ves esa flota? Toda es tuya, y aún faltan seis naves más que andan de viaje hacia oriente y hacia occidente, traficando honradamente en la compra venta, y en el intercambio de productos de todos los países, sin que jamás haya tenido nadie que echarme en cara, una deslealtad o falta de cumplimiento. ¿Qué dices a esto?

—Digo, buen Simónides, que eres el genio tutelar del noble comercio –le contestó el joven–. Y digo también –añadió–, que casi tengo escrúpulos de recibir una fortuna que no me cuesta el menor esfuerzo. ¿No es más tuya que mía esta fortuna? Di la verdad.

El anciano abrió muy grande sus ojos llenos de asombro. Después dijo con voz pausada y serena:

—Yo soy guardador fiel de la Ley de Moisés que dice: *"No hurtarás. No codiciarás los bienes ajenos"*.

"Si en mis manos se ha multiplicado el capital, que tu padre, el príncipe Ithamar, me entregó con amplia confianza en mí, ¿deja por eso de ser tuyo?, que lo diga el Ungido de Dios, aquí presente.

—Es tal como dices, Simónides, y porque has sido justo y leal, el Señor ha multiplicado el tesoro encomendado a ti, pero no por eso puedes impedir a Judá, heredero de su padre, el ser generoso contigo.

— ¡Yhasua lee en los pensamientos de los hombres!... –exclamó Judá–. Lo que has pensado Yhasua, es justamente lo que haré.

—No podrá ser sin que yo lo sepa antes, pues has de saber Judá, niño mío, que yo tengo con tu padre una deuda que no puedo pagar con todos los tesoros que he acumulado para su viuda y sus hijos. Y soy inmensamente feliz viendo florecer esta fortuna, como lotos en los ríos de la India, y no quiero otro galardón que continuar administrándola hasta que la tierra cubra mis huesos.

"¿Sabéis que yo quise hacer en Judea como Espartaco en Roma, y sublevar a todos los esclavos maltratados por sus amos, buscando un mejoramiento en sus vidas?

—No, no lo sabíamos –respondieron todos.

—Pues sí, señores, y entre Herodes el Idumeo y algunos miembros

de los tribunales del Templo, me condenaron a la muerte que se da a los esclavos rebeldes: la crucifixión sobre el Monte de las Calaveras. Ya me llevaban a rastras por las calles de la ciudad, cuando acertó a pasar por allí el príncipe Ithamar, tu padre, que era el ídolo de la nobleza judía, y muy respetado en los claustros sagrados, por sus grandes donativos y su respeto a la ley de Moisés.

"Se interpuso entre mis verdugos y yo, y compró mi vida por diez mil sestercios que se repartieron gustosamente los que me condenaron a morir. Hizo más todavía, compró a sus amos, a todos aquellos esclavos maltratados, cuyos padecimientos me habían llevado a incitarlos a la rebelión. "¿Estás contento ahora?", me preguntó con aquella su noble gentileza, que me parece estar viendo en ti, Judá, niño mío.

"Yo caí de rodillas a sus pies y le dije: "¡Sí, amo mío!..., estoy contento de ser tu esclavo, y de que lo sean junto a mí, todos aquellos por los cuales fui condenado a morir". Soy pues esclavo del príncipe Ithamar de Jerusalén, que me compró con su oro para salvarme la vida. Cuando cumplí los seis años de servicio que exige la Ley, quiso él darme la libertad, pero yo le pedí pasar a la clase de esclavos vitalicios o sea hasta la muerte. Entonces él me puso al frente de todos sus negocios como su representante general, con residencia en Antioquía, donde era desconocido aquel incidente y mi condición de esclavo. Ya comprenderéis todos, que por ley, soy esclavo del heredero del príncipe Ithamar, en forma que puedo continuar administrando sus bienes que nunca pueden pertenecerme como propiedad, que lo son del amo. ¿Comprendéis ahora mi secreto con el noble príncipe Ithamar? Y aunque su familia no lo sabía, ¿puede un israelita de buena cepa, ser desleal con su bienhechor y codiciar sus bienes?

Judá no pudo contenerse más y acercándose al anciano lo estrechó a su corazón mientras le decía:

— ¡Yo no quiero ser tu amo, sino tu hijo, ya que la muerte me llevó al padre que me dio la vida!

El anciano conteniendo los sollozos, se abandonó al noble abrazo del príncipe Judá, hijo de Ithamar.

—He aquí –dijo Yhasua–, el prototipo de la lealtad y de la gratitud, tales como muy pocas veces se encuentran en esta Tierra.

Nebai o Esther como queramos llamarla, había escuchado parte de esta escena mientras servía a los visitantes el vino de Hebrón con pasta de almendras, y pensaba en su interior con cierta vaga inquietud:

"Si mi abuelo declara ser esclavo de Ithamar y luego de sus herederos, mi madre lo es también, y yo que soy su hija, lo seré igualmente. La Ley es inexorable". La reflexión se ahondó en ella, hasta tocar las fibras más íntimas de su ser. Habituada a sentir desde que tuvo uso de razón,

el amor preferente y tierno de sus padres, a saberse algo así como una princesa mimada, allá en las risueñas serranías de Galilea, sintió un rudo golpe en su dignidad, en su amor propio, en el natural orgullo de saberse hija de un escultor apreciado hasta de los reyes, y de una madre educada en los claustros del Templo como las descendientes de noble estirpe. Y no era más que la nieta de un esclavo, comprado con dinero y que lo sería por toda su vida. ¡Cuán arrepentida estaba de haber venido a cobijar su orfandad y su pobreza a la sombra de aquel abuelo que era un esclavo!

Cuando se llegó a ofrecer la copa a Yhasua, tenía Nebai dos lágrimas temblando en sus pestañas.

— ¡Nebai, mi tierna compañera de la fuente de las palomas, allá en el Tabor!... –le dijo Yhasua con la voz más dulce que pudieron modular sus labios–. Tu rebelión interna en contra del designio divino, es un pecado, Nebai, contra la bondad de nuestro Dios que es amor.

— ¿Por qué dices así, Yhasua? –le preguntó ella fijando en él sus ojos cristalizados por el llanto.

—La revelación de tu abuelo te hace padecer enormemente, y no sabes que la felicidad y el amor rondan a tu lado como mariposas en un rosal...

—Tú siempre el mismo, Yhasua..., viendo hasta en el aire que respiras, el reflejo de las bellezas de tus sueños –le contestó ella.

Yhasua había observado que la mirada dulce y noble del príncipe Judá, se fijaba con demasiada insistencia en la joven cuando iba y venía, prestando a los visitantes sus atenciones de ama de casa.

Y su fina intuición esbozó con los más bellos colores, un amor como el de Faqui y Thirsa, del cual surgiría en un futuro cercano, otro hogar creyente en el Dios Padre amoroso que él había comprendido desde la niñez.

Cuando Nebai se acercó al príncipe Judá para darle la copa, él se inclinó buscando su mirada insistentemente baja.

—Si eres de mi raza y de mi fe, debes saber que el beber de la misma copa es augurio de un cariño eterno. ¡Bebe de la mía, te lo ruego!

Y Judá acercó la copa llena del rojo licor a los labios de Nebai.

Ella volvió sus ojos al abuelo como interrogando.

—Bebe, niña, bebe. ¿No has oído que el príncipe Judá ha declarado que quiere ser mi hijo?...

Nebai roja como una cereza bebió un pequeño sorbo y murmuró:

— ¡Gracias, Príncipe!

—Llámame simplemente Judá, porque quiero ser para ti, lo que soy para mi hermana Thirsa, a la cual conocerás hoy mismo.

“¡Esther!... –le dijo dulcemente, y como si adivinara la interna amargura de la joven–. Si algún derecho quieres concederme en tus

sentimientos, quiero tu piedad y tu cariño, porque he padecido mucho en mi vida, no obstante de ser tan joven aún.

—Ya lo tienes, Judá, toda vez que has sido tan noble para con mi abuelo, como bueno fue con él, tu difunto padre.

— ¿Entonces seremos amigos para toda la vida? –volvió a insistir Judá.

Nebai miró esta vez a Yhasua, y lo encontró sonriendo con su dulzura habitual. Esto la animó.

—Como lo soy de Yhasua, lo seré también de ti, para toda la vida.

—"Alianza de tres, firme es", dicen en esta tierra que riega el Orontes –dijo el anciano, cuya dicha era tan grande que parecía derramársele el corazón como un vaso de esencia demasiado lleno.

Tampoco escapó a su perspicacia, la espontánea simpatía del príncipe Judá para su nieta, lo cual ya lo supondrá el lector, fue para el noble corazón del anciano, un motivo más de alegría y de agradecimiento a Jehová, que, según él decía, había hecho desbordar sus beneficios sobre su existencia tan azarosa y sufrida.

Luego debieron resignarse a escuchar los relatos del anciano sobre el estado de los negocios, capitales y rentas habidas desde que él administraba la fortuna del Príncipe Ithamar.

Yhasua creyéndose ajeno a estos asuntos, quiso retirarse, pero el buen Simónides le rogó que estuviera presente.

— ¡Oh, Ungido del Señor! –le dijo con tono suplicante–, ¡mi soberano Rey de Israel! ¿Vais a quitar al viejo Simónides la satisfacción de rendir cuentas en vuestra presencia, de estos capitales que serán la base y fundamento de la obra de Dios que habéis venido a realizar?

—Está bien, amigo mío –contestó Yhasua–, no quiero privarte de tal satisfacción. Creí que bastaba con que Judá que es el heredero, recibiera tus declaraciones en tal sentido.

—Sí, sí, mi pequeño Judá, es el heredero de su padre, pero vos Señor, sois el heredero del Padre Creador, que hizo fructificar estos bienes al mil por uno. ¿No es esta la verdad clara como la luz del día?

—Y tan clara, que todos estamos en acuerdo contigo, Simónides –dijo Judá, para calmar las exaltaciones del anciano comerciante.

Cuando terminó de presentar cuentas, se frotaba las manos con íntima satisfacción.

—Decidme todos vosotros, si lógicamente podemos creer que el Eterno Dador de todo bien, pueda dar tan fabulosa fortuna a un ser determinado, sólo para que él goce en saberse el hombre más acaudalado del mundo..., aún más rico que el César. Si hoy la pone en las manos de Judá, hijo de Ithamar, príncipe de Jerusalén, es a no dudarlo, porque allí será la exaltación del Ungido Divino al trono de David; allí tomará posesión

de su reino inmortal, que debe deslumbrar al mundo entero con una grandeza nunca vista. En Israel no habrá menesterosos, ni huérfanos, ni mendigos, ni cavernas habitadas por leprosos, ni ancianos estrujados por el hambre y la miseria, puesto que el Rey de Israel podrá dar la dicha y el bienestar a todos sus súbditos. ¿Habrá un reino más feliz y próspero que el suyo? ¿No está así predicho por los profetas?

"¿No dice Isaías: "Levántate Jerusalén y resplandece, que ha venido tu lumbre y la gloria de Jehová ha bajado sobre ti"?

"¿No dice Jeremías: "He aquí que vienen los días, dice Jehová, en que despertaré a David, renuevo justo, y reinará, Rey dichoso, noble y grande, que hará justicia sobre la Tierra"?

"¿Quién será este Rey sino el Mesías..., el hijo de Dios, un retazo del mismo Jehová inmortal y poderoso, que manda sobre todos los elementos y sobre todos los seres?

— ¡Oh, buen Simónides! –exclamó el Maestro–; día llegará que todos veamos claro en el pensamiento Divino, como vemos en el fondo de un arroyuelo cuando en sus corrientes ha entrado la calma y con ella la luz del sol.

Y como para dar un alimento sólido a los sueños de grandeza para el pueblo que alimentaba el anciano, Yhasua le describió el panorama que ofrecía ya a la vista la Santa Alianza, como una vasta institución cultural, religiosa y civil, a la cual debía pertenecer todo buen hijo de Israel que quisiera capacitarse para cooperar al engrandecimiento y libertad de la Nación.

El inteligente anciano comprendió de inmediato el pensamiento innovador del Mesías, y se adhirió sin reservas a Él. Luego añadió:

—La cuarta parte, por lo menos, de los jornaleros de Antioquía, me llaman su patrón, su providencia, su pan sobre la mesa, porque en la carga y la descarga de los navíos, como tripulantes y remeros, como servidores en las caravanas, como guardianes de los rebaños de camellos, mulos y asnos de carga, ¡oh, Judá mío!, tengo a mi servicio unos cuatro mil hombres, y esto sin contar con los hachadores en nuestros bosques y los cultivadores de nuestros olivares y viñedos...

—Pero Simónides –dijo Judá sonriente–, el César tendría celos de ti que tienes para tus negocios la mitad del mundo...

"Yo no sé cómo el Legado Imperial de Siria te consiente esta tremenda expansión en tierra y en mar.

— ¿Que cómo lo consiente? ¡Oh, niño mío!, inocente aún, después que te has educado entre el ilustre patriciado romano.

"¡Tú no sabes lo que vale tu oro! Compré al ministro favorito del César, que me consiguió de puño y letra del Emperador, el permiso de comerciar con cincuenta naves en todos los mares y ríos de su jurisdicción, y con

veinte caravanas de doscientas bestias cada una, por todos los caminos de los países que le pagan tributo.

"Mis escribas han sacado un centenar de copias de ese documento, y el ministro Seyano les ha puesto a todas el sello imperial. Cada capitán de navío lleva una entre la documentación, y cada Kabir de caravana lleva asimismo la suya. ¿Quién será pues el audaz que se atreva a poner trabas en el camino de mis dependientes?

"Además, si nuestra santa fe nos dice, que la mano Poderosa del Dios de los Profetas, anda dirigiendo estos asuntos para realizar bien pronto el reino del Mesías Salvador de Israel, ¿cómo podemos extrañarnos de que el éxito me haya favorecido siempre?

"Tengo amigos y aliados en Persia, Armenia, Grecia, Arabia, Galia, Iberia y Egipto, que no los he comprado con oro, sino con el comercio honrado y leal, dándoles las ganancias que justamente les corresponden; ni un denario menos, ni un denario más.

"El único que ha dejado en mi poder todas las utilidades, ha sido el príncipe Melchor, que quiso capitalizarlas como aporte suyo a la obra del Mesías Salvador de Israel, cuando llegue el momento.

"Mi aliado en el desierto de Arabia, es el Scheiff Ilderín, en cuyas praderas del Huerto de las Palmas, se guardan nuestros rebaños de camellos, mulos y asnos para el servicio de las caravanas. Ya te llevaré, Judá mío, por allá, para que veas de cerca como obscurecen tus rebaños las praderas del Scheiff.

—Yo lo conocí en sus tiendas del Monte Jebel, cercanas a Bosra –dijo Judá–. Andaba yo en los preliminares de una organización para libertar a Israel, que luego de conocer a Yhasua, se ha unificado con la Santa Alianza.

—Ahora comprendo –dijo Yhasua sonriendo afablemente a Judá–. Esos eran *los amigos de la montaña*, ¿verdad?

— ¡Eres perspicaz, Yhasua! Sí, esos eran mis legionarios de la montaña y el Scheiff Ilderín, me procuraba las armas y las provisiones.

— ¡Oh, valiente hijo de Ithamar!... –exclamó gozoso el viejo Simónides–. No desmientes tu raza, ni tu origen. ¡Pero nada de guerras por el momento!..., lo que se puede hacer en paz y buena amistad, se hace...

— ¿Y lo que no se puede?... –preguntó nervioso Judá.

— ¡Eso..., eso ya veremos! El oro puede mucho y sin derramamiento de sangre... –contestó el anciano.

—Yo traigo una epístola del Príncipe Melchor para el Scheiff Ilderín del Huerto de las Palmas –dijo Yhasua cortando la conversación–. Y ya que es tu amigo, espero que me proporciones la oportunidad de encontrarme con él.

—Será, Príncipe hijo de David, cuando sea de tu agrado. Mi gloria mayor es obedecer como un mandato la más ligera indicación.

56
JUDÁ Y NEBAI

Nebai o Esther había desaparecido de la escena, sin que nadie al parecer lo apercibiera.

Se había retirado a su alcoba particular y tirada sobre su diván de reposo, lloraba silenciosamente. Su pensamiento hilvanaba una tragedia.

Había sido hasta entonces el orgullo y la gloria de su padre, de su madre, de sus hermanos, de todas sus amistades residentes en Galilea y Judea. ¡Qué humillación, qué desprecio cuando llegasen a saber que su abuelo materno era esclavo comprado con oro, que su madre y ella misma lo eran por herencia!

Si su padre levantara la cabeza de su tumba y viera a su esposa y a su hija, esclavas de un príncipe judío; ¡cuál no sería su desesperación!; ¡él, descendiente de un macedonio heroico, capitán de las legiones de Alejandro Magno!...

Y ese Príncipe Judá que tan amable se había mostrado con ella haciéndola beber de su copa, era su amo, que acaso tendría el capricho de humillarla atentando contra su honra con un amor de pasatiempo y diversión momentánea... ¿No era ella su esclava, que es como decir, una cosa, una bestezuela que le pertenecía?

Y Yhasua la abandonaba a su triste situación, según ella creía, porque le veía gran amigo de Judá y al parecer complacido de las sugestiones amorosas que le había hecho. ¿Qué sería en adelante la vida bajo tan despreciable condición?

— ¡Yhasua..., Yhasua! –pensaba Nebai llorando amargamente–. Cuando allá en el Tabor, en el tranquilo y amoroso huertecillo de la cabaña de piedra, sentados en la fuente de las palomas, dejábamos flotar como velo blanco y oro nuestro pensamiento por la azul inmensidad, espiando la primera estrella, sobre la cual tú me referías hermosas leyendas aprendidas en tus estudios del Santuario, ¿quién le había de decir a la infeliz Nebai, que días muy negros cubrirían de luto y de oprobio su vida?

Al joven Maestro le llegaron como agudos alfilerazos los pensamientos desesperados de la joven y dijo de pronto:

—Buen Simónides, si me lo permites, buscaré a tu nieta en la cual he creído ver un profundo dolor. Mi ignorancia completa de la muerte trágica de su padre me tuvo descuidado de ella, a la cual creía muy dichosa en Ribla. Hemos sido tan buenos compañeros en nuestra adolescencia, pasada junto al Santuario del Tabor.

— ¡Pasa, oh, Señor mío! que tras de esta sala, sigue mi alcoba y junto a ella, la de Esther...

Y así diciendo levantó él mismo la cortina que cubría la puerta.

—Yo termino con Judá –añadió el viejo–, ¡y enseguida vamos todos a la posada a cumplimentar a las incomparables, Noemí y su hija!

¡Esther, Esther! –gritó–, ¡el Rey de Israel te busca!...

Este llamado llegó a la joven, que se levantó penosamente dispuesta a volver al despacho. Al volverse, se encontró frente a frente con Yhasua, parado en el dintel de la puerta.

— ¿Por qué lloras, Nebai, con esa desesperación que me está atormentando, desde que desapareciste del despacho de tu abuelo?

— ¡Y me lo preguntas, Yhasua!... ¡Cuán lejos está tu alma de la mía que no has podido adivinar la causa de mi dolor!... ¿No era bastante haber visto morir despedazado a mi padre en un terrible accidente, no era bastante esta orfandad, sino que debía saborear también el oprobio y la humillación de saberme esclava de un príncipe judío?...

"¿Tengo o no motivo para llorar?

— ¡Nebai... mi dulce y pura Nebai de la fuente de las palomas! –díjole el joven Maestro tomándole una mano–. Ven conmigo a este jardín de rosales, donde se aduermen las garzas y brinca alegremente tu gacela.

"Yo te convenceré de que no tienes ningún motivo para llorar, sino para abrir tu corazón a una nueva esperanza, a un nuevo cielo de felicidad.

Nebai le siguió hasta el primer banco de piedra que encontraron junto a un rosal de Irania, cuyos pétalos blancos como la nieve caían al más leve soplo del viento.

—Así como caen estos pétalos sin dificultad y sin sufrimiento, caerán, niña mía, las dolorosas creaciones de tu imaginación ardiente y viva. Yo comprendí que la noble declaración de tu abuelo en presencia de terceros, te había causado un profundo dolor.

"Ni el príncipe Judá a quien conozco muy a fondo, ni los dos jóvenes galileos, pueden dar al hecho otra significación, sino la que únicamente tiene, en la época desastrosa de injusticia y de atropellos en que vivimos.

"¿Qué dirás tú cuando sepas que el príncipe Judá, dueño de tan fabulosa fortuna, fue víctima del despotismo romano que sin motivo alguno le condenó a galeras para toda su vida, y a calabozo perpetuo a su madre y hermana?

— ¿De veras? –preguntó Nebai como si viera un fantasma.

— ¡Como lo oyes! Los otros dos jóvenes galileos, estuvieron cinco años como esclavos en galeras, y son como tú, hijos de un noble compatriota nuestro, cuyos grandes ideales lo llevaron a la muerte por la liberación del país, tal como le hubiese ocurrido a tu abuelo, si el príncipe Ithamar,

padre de Judá, no le hubiese salvado la vida. Esos dos jóvenes, han sido rescatados de su esclavitud por Judá y otro amigo suyo, que los han hecho mayordomos de sus casas. ¡Y tú, pobrecita mía, lloras con esa desesperación porque te sabes esclava del príncipe Judá que está curado de orgullos y egoísmos, curado de ruindades mezquinas con el gran dolor que ha sufrido!

"He comprendido su naciente amor hacia ti, y estoy cierto que si tú le amas y le concedes tu mano, antes de un año te hará su esposa. Muy pocos hombres hay en la Tierra que estén dotados de la nobleza de sentimientos del príncipe Judá. Y cuando conozcas a su madre y a su hermana, quedarás encantada de acercar tu corazón a tan generosos y nobles corazones.

"¿Ves, mi gacela herida, cómo se desvanecen ante la verdad, esos fantasmas creados por tu imaginación?

"Yo quiero verte dichosa, Nebai, en estos años que van corriendo hacia la culminación de la obra que el Padre Celestial me ha confiado".

— ¿Y crees que sólo siendo la esposa de Judá puedo ser feliz? –preguntó Nebai mirando fijamente a Yhasua, sentado junto a ella bajo el rosal que continuaba deshojando pétalos blancos como copos de nieve–. Cuando allá en la falda del Tabor, hablábamos largamente en la fuente de las palomas, nunca me hablaste en tal sentido y ya sabes, yo era dichosa. En Ribla lo he sido también estudiando y cantando los inmortales versos de Homero, Profeta de la Grecia, como Isaías y Jeremías lo son de Israel. Un coro de doncellas griegas, macedonias, corintias y sirias me han rodeado para formar una escuela-templo dedicado al cultivo de la belleza, de la armonía, de la bondad, de todo lo que puede haber de grande y noble en la vida, cuando se ha encontrado el hilo de oro que nos liga al Divino Conocimiento. Tú mismo, Yhasua, me impulsaste por ese camino sabiendo que sería dichosa en él, ¿y quieres ahora que tome otro rumbo?

—Nebai, me place infinito verte razonar tan serenamente, porque comprendo que tu espíritu se ha levantado muy alto sobre el pensar y sentir de las mayorías. Ninguna sugestión te arrastra. Ningún fanatismo te doblega. La Verdad, la Belleza, el Bien, he ahí la trilogía que forma el supremo ideal de tu vida.

"No es que yo quiero que cambies de rumbo, sino que la vida humana tiene exigencias justas, de las cuales no podemos eximirnos por completo. La vida humana es una manifestación de la Naturaleza, y la Naturaleza es la obra de Dios en los mundos físicos. En el Tabor hablábamos como dos adolescentes que desconocíamos la vida en medio de la cual, no sabíamos a ciencia cierta qué papel nos tocaba representar. Ahora es diferente, Nebai.

"Yo soy un hombre ya entrado en los veintidós años; tú, una joven

que ha comenzado los dieciocho. Yo terminé mis estudios en los Santuarios Esenios, y fui consagrado Maestro de Divina Sabiduría en el Gran Santuario del Monte Moab, donde recibí la iluminación del Padre Celestial sobre mi camino y misión en este mundo, tan espantosamente desquiciado y deshecho por las fuerzas del mal prepotentes.

— ¿Y no puedo yo acompañarte en ese camino y en esa misión? –preguntó la joven con cierta inquietud.

—Sí, Nebai, puedes acompañarme y secundarme con gran eficacia. Pero esto no impide que pienses en tu felicidad. Ahora que ya no tienes la tutela de tu padre, y que tus hermanos ya casados, poco o nada se ocuparán de ti, permíteme ser para ti como un hermano mayor, que te dé su apoyo para caminar en la vida. ¿Me lo permitirás, Nebai?

— ¡Y yo no sé, Yhasua, cómo es que me lo preguntas! ¿Acaso puedes dudar de que yo esté contenta de la tutela tuya?

—No es que dudaba, niña mía, sino que deseaba tu pleno consentimiento. Bien, pues, analicemos juntos tu situación en medio de la vida humana. Tu abuelito es ya un anciano; tu madre tan endeble de salud, no puedes contar que te viva siempre; tus hermanos casados, han contraído deberes nuevos y muy graves, a los cuales deberán consagrarse por entero, si quieren tener paz y alegría.

"Por nuestras costumbres y leyes, no hay otro camino honorable para una doncella como tú, que un buen matrimonio, por el cual quede tu vida asegurada al amparo de un hombre digno de ti por todos conceptos: de tus mismos ideales, de tus mismos sentimientos, de parecida educación y aún ligados por las mismas vinculaciones. ¿Quién puede ser este hombre sino el príncipe Judá, que sin tú buscarlo, se cruza un buen día en tu camino, que está como atado por las circunstancias, con tu abuelo, honrado y leal administrador de sus bienes, que lo ama como te ama a ti? Todavía más: ¡que está ligado a mí, a tu Yhasua de la adolescencia por tan gran amor recíproco del uno al otro, como muy pocas veces vemos florecer en esta Tierra de incomprensiones y de egoísmos! ¿Quieres mayor bendición del Padre Celestial para ti?

"¡Vamos!, habla Nebai mía, y dime si mi discurso te ha convencido.

—Pero..., paréceme que fueras un agente del príncipe Judá, para conquistarme, Yhasua –dijo Nebai, como recelosa de la situación a que se veía llevada tan inesperadamente.

— ¡Nada de eso, Nebai, nada de eso! Ni una sola palabra hemos cruzado con Judá a este respecto. ¡Si él recién te conoce y no ha salido del despacho de tu abuelo! Convéncete, hermana mía, de que esto es sólo una clarividencia de mi espíritu, que ve la Voluntad Divina abriendo un luminoso camino de fe, de amor y de esperanza, para vuestras dos almas que tan queridas son a mi corazón.

“Dios me ha tomado como instrumento de su bondad, de su amor, de su divina sabiduría, por lo cual he podido curar muchos enfermos a quienes la muerte había catalogado como suyos de inmediato; a ciegos, a paralíticos, a leprosos, contrahechos y también a muchos enfermos del alma por desviaciones morales espantosas. El Padre Celestial, me concede también levantar en alto mi lamparilla y alumbrar tu camino a seguir, Nebai mía, y el de Judá también mío, desde hace centenares de siglos y que seguirá siéndolo por toda la eternidad. ¿Qué dices tú a todo esto?

— ¡Digo, Yhasua..., dulce y tierno Maestro mío!, digo que si tus palabras son un reflejo de la voluntad de Dios sobre mí, Él y nadie más, hará florecer el rosal del amor en mi corazón. Hasta ahora no ha florecido, Yhasua, sino para ti, para mis padres y hermanos, para mis buenas compañeras del Templo de Homero de Ribla. ¿Florecerá también para el príncipe Judá si él se digna amar a la que es una esclava suya?... No lo sé, Yhasua, porque mi corazón es aún como una crisálida envuelta en su capullo, del cual saldrá cuando sea su hora. El tiempo pues, será quien descorra el velo.

— ¡Muy bien has hablado, Nebai! Dios que es el eterno dueño de las almas, despierta en cada una a su debido tiempo, lo que debe constituir la orientación de su vida, siempre que estas almas hayan tenido en cuenta su dependencia de Dios y la conformidad a sus divinas leyes, que son la pauta en que cada alma debe modular la hermosa sinfonía de la vida, justa y noblemente vivida.

“Ahora prométeme que no llorarás más sin reflexionar antes, en que tienes a tu hermano mayor, Yhasua, para defenderte de todas las desesperaciones y para alumbrar tu camino en la vida.

—Te lo prometo, Yhasua, por la memoria de mi padre muerto, y por la vida santa y pura de mi madre.

—Ahora vamos con los demás –díjole el joven Maestro.

La besó en la frente con infinita delicadeza, mientras le decía:

—Que este beso de hermano, selle, Nebai, esta promesa que me has hecho.

— ¡Oh, Yhasua, sembrador de rosas blancas de paz y de esperanza! –le dijo Nebai, andando a su lado–. Yo no sé qué poder tienes para aquietar así las más grandes borrascas.

—También tú aprenderás a aquietarlas en los que te rodean. ¿No eres acaso mi primera discípula?

La hermosa gacela les salió al encuentro, como buscando una caricia que ellos le prodigaron tiernamente.

—Todo ser viviente busca el amor, Nebai, como lo más hermoso que hay en la vida. Tenlo en cuenta siempre y serás una excelente misionera mía cuando llegue tu hora.

Todos los ojos se fijaron en ellos, con miradas interrogadoras cuando entraron al despacho.

Judá les había mirado varias veces por un ventanal que daba al jardín, y había comprendido que Yhasua ejercía sobre Nebai una gran influencia. Ignoraba si en el glorioso camino, que soñaba para el futuro Rey de Israel, debía haber una mujer que compartiera con él el trono.

¿Por qué no? ¿Qué Rey no la había tenido? Y aunque aquella hermosa jovencita no era una princesa, ¿acaso el Rey David no estuvo casado con mujeres del pueblo? Salomón tuvo por esposa una hija del Faraón de Egipto, y por amada a Saba, Reina de Etiopía, pero este nuevo Rey de Israel, más noble y grande que todos porque venía a salvar al vasto Oriente oprimido y vejado, ¿no podía acaso elevar a la nieta de Simónides a su altura y compartir el trono con ella?

Pensando así, Judá, quedó de pronto silencioso y se acusaba de haberse precipitado mucho en sus insinuaciones amorosas a la joven. Pensó asimismo, que no debió soltar las alas al ruiseñor febril de su fantasía, no bien conoció a la joven. ¿Por qué ella estuvo tan dolorida y casi llorosa antes y ahora sonreía como llena de una interna dicha, cuya causa no podía ser otra que su diálogo íntimo con Yhasua? No le quedaba duda; ambos se amaban quizá desde hacía mucho tiempo. ¡Y él había llegado tarde!

Otro hombre, en sus condiciones, se hubiera levantado imponente y audaz, sabiéndose con tantos derechos a conquistar aquello que él creía que le disputaban. Pero Judá era muy noble y amaba mucho a Yhasua, al cual reconocía francamente como muy superior a él.

El joven Maestro comprendió la lucha que se había desatado en el alma de Judá, y se decidió a calmarlo como lo había hecho con Nebai.

Aprovechó el momento en que los hijos de Judas acariciaban la gacela que había entrado al despacho, y Simónides atendía un mensajero que le hablaba de negocios. Se acercó a él y le dijo:

—Tu preocupación es una fantasía sin realidad posible en la Tierra, Judá, amigo mío. ¿Crees que yo pueda atar mi vida a una mujer, para dejarla en breve a llorar mientras viva, sobre mi tumba?

— ¡Yhasua!... ¿Qué estás diciendo?...

— ¡Lo que oyes! La nieta de Simónides, es para mí, una amada hermanita de la infancia, a la cual he preparado recientemente para que no huya de tu amor que la busca y la llama. ¡Adelante Judá!, que Dios te bendice en esto como en todo lo demás, porque estás llamado a ser un sincero colaborador en mi obra de liberación humana. Queda pues tranquilo.

Judá se quedó mudo de asombro al comprobar la penetración de Yhasua en su mundo interno. Acababa de contestar a su más oculto y profundo pensamiento.

— ¡Eres admirable, Yhasua, en la claridad de Dios que te asiste! Créeme que no pensé mal de ti, sólo que me dolía un poco, ver esfumarse mi sueño tan hermoso.

—Ven, Esther –dijo Yhasua–, y convence a Judá de que tú estás muy ansiosa de conocer a su madre y a su hermana. Puesto que ambos me amáis, yo quiero que seáis muy buenos amigos. ¿Vendrás con nosotros a la posada "Buena Esperanza"?

—Abuelito dirá –contestó Nebai.

—No es abuelito quien manda hoy aquí –dijo el anciano–, sino el soberano Rey de Israel, del cual somos todos súbditos. ¿Qué manda Él?

—Que vayamos a la posada a encontrar a la madre y hermana del príncipe Judá –contestó Nebai.

—Bien, bien, prepárate convenientemente y vamos andando. Sólo hay de aquí unos doscientos pasos... No sabéis lo bien que me siento andando con mis pies. Ese infeliz sillón estaba harto de mí y yo de él. ¡Siete años de estar amarrados juntos!

A poco volvió la joven con un amplio vestido de seda blanco y semienvuelta en un transparente manto negro que le caía desde la cabeza a los pies. Llevaba un gran ramo de rosas blancas de Irania como ofrenda a la madre del príncipe Judá. Este le ofreció su mano para bajar las escaleras y Yhasua hizo lo mismo con el anciano abuelo.

— ¡Miren qué gloria la mía! ¡Yo apoyado en la diestra del Rey de Israel! –exclamaba lleno de satisfacción el anciano.

¡Cuán breves parecieron a Judá aquellos doscientos pasos hasta llegar a la posada "Buena Esperanza"!

—Tú estabas muy dolorida hoy, cuando por primera vez te vi en el despacho –dijo Judá a Esther, como él la llamaba–. Y ahora me pareces feliz.

"¿Por qué ahogabas sollozos antes y ahora ríes?..., ¿no es indiscreto preguntarlo?

—Porque me dolió mucho saberme esclava de un príncipe judío –contestó serenamente la joven.

— ¿Por ser judío o por ser esclava? –preguntó Judá.

—Por ser esclava –contestó ella–. Nunca supe lo que es esclavitud, porque crecí junto al Santuario del Tabor donde no hay esclavos. Y me lo figuraba lo más espantoso que puede haber en la vida. Ser como un perrillo que recibe azotes y lame la mano de quien se los da...

— ¿Y creías acaso que yo podía aceptar ser un amo para ti? ¿No me oíste decir a tu abuelo que deseaba ser como un hijo para él?

—Sí, lo oí... ¡Mas, la ley es inexorable!...

—Pero el amor torna dulce y suave la ley. ¿Tuvo acaso una queja de mi padre tu abuelo Simónides?

—Parece que no, por cuanto bendice su memoria.

— ¡Y tú llorabas con odio a mí!... ¡Oh, Esther!..., mal me juzgabas sin conocerme. ¿Verdad que fuiste injusta y que no lo serás más?

—Así se lo he prometido hoy a Yhasua –contestó la joven.

— ¿Y no podrías llegar a concederme tu amor, hermosa esclavita mía? –Y al hacer tan insinuante pregunta, el príncipe Judá se inclinaba buscando los ojos de la joven que se le escondían en la sombra del manto negro.

—Estas rosas blancas –dijo–, son símbolo de esperanza y de amor, y abren al amanecer. Espera un amanecer, príncipe Judá; para que mi rosal florezca para ti. Es cuanto puedo decirte.

— ¡Muy bien, niña mía!..., esperaré ese amanecer y ojalá resplandezca pronto en el horizonte de mi vida. Muchas heridas abrieron los hombres injustos en mi corazón, y espero que un grande amor las cure todas. Hasta ahora sólo he vivido pensando en la venganza. ¡Ojo por ojo, diente por diente!, dice también la ley, y pensaba cobrarme con intereses, todo cuanto me hicieron padecer a mí y a mi familia. Asesinarme a mi padre, enterrar vivas en un calabozo del subsuelo de la Torre Antonia a mi madre y hermana, condenarme a galeras para toda la vida, confiscar nuestros bienes; que pasaron a las arcas de Valerio Graco, ¿no son hechos que merecen un ejemplar castigo? Dilo Esther, ¿no es justo lo que digo? ¿Qué se hace con un bandolero de los caminos cuando cae en poder de la justicia? Se le manda azotar hasta echar sangre y después se le cuelga de un madero sobre el Monte de las Calaveras.

—Es tal como dices, príncipe Judá, pero a veces es también bueno dejar que Jehová haga la justicia, que sabe hacerla muy bien. Mi madre también estuvo encarcelada en un torreón de Judea antes de nacer yo, y mi padre vagaba por los alrededores como un león enfurecido. Creo que fue un secretario favorito del Cónsul Cirenio, quien causó la desgracia en mi familia.

—Sí, sí, un chacal romano sin respeto para nadie –dijo Judá.

—Pues bien –continuó la joven–, Cirenio que no quiso hacer justicia a mis padres, la sufrió de Jehová: cayó en desgracia del Emperador, fue desterrado y asesinado luego por un esclavo suyo.

“Y su malvado favorito pereció a manos de un gladiador escita, que le retorció el pescuezo como a un buitre dañino, por negarse a pagar una apuesta del circo.

—Mira, Esther, yo no tengo paciencia para esperar la justicia de Jehová sobre mis enemigos. Me la hago yo mismo, y, ¡si vieras qué bien la hago!

“En buena ley, en noble lid, les dejo incapaces de hacer daño a nadie en su vida.

— ¡Entonces guárdeme Dios de ser enemiga tuya, príncipe!... –le contestó Nebai sonriendo.

Estaban ante la portada de la "Buena Esperanza", cuyo pórtico de doble columnata le daba un imponente aspecto.

Era un antiguo palacio, si no igual, muy parecido a todos los que mandó construir el último de los Seléucidas: Epífanes, que fue quien dio a Antioquía su mayor esplendor y sus aspectos hermosos y artísticos de metrópoli griega a la entrada del mundo oriental.

Simónides, el genio de los buenos negocios, lo había adquirido por la mitad de su valor real, debido a que el palacio entró en una confiscación de bienes hecha según costumbre por el gobierno romano en contra de un príncipe tirio, que cayó en desgracia de su Majestad Imperial.

Así ejercía Simónides su venganza de los romanos que habían dislocado su cuerpo. Con una habilidad única, se arreglaba para hacer rebajar hasta lo sumo, los bienes confiscados por el poder romano y luego los compraba a ínfimo precio, aumentando de manera fabulosa los bienes de su difunto amo, el príncipe Ithamar.

Acostumbraba también a ejercer otra clase de venganza que él llamaba correctiva, la cual consistía en buscar las pruebas de los delitos cometidos por los cónsules y procuradores romanos, y hacerla llegar hasta el César, que casi siempre ignoraba lo que hacían sus legados y oficiales en los lejanos pueblos invadidos.

Y ya en la posada "Buena Esperanza", y luego de los cumplidos a las damas y al Hack-Ben Faqui, que le fue allí presentado, el feliz anciano tomó a Yhasua y a Judá, y les condujo a una sala interior que era la mayordomía o administración, a la cual durante años se había hecho llevar todas las semanas en su sillón de ruedas para vigilar por sí mismo la buena marcha de aquella casa que era para él como una mina de oro.

De un armario o alacena construida en el muro mismo y con una doble puerta de bronce y cedro, extrajo una porción de libros, de anotaciones y de documentos.

Los unos eran las entradas y salidas de huéspedes, los pagos a la servidumbre toda griega, por haber encontrado más lealtad e inteligencia en los individuos de esa nacionalidad. Los otros libros eran relatos de las compras realizadas en confiscaciones de bienes, como ya queda antes referido. Había una tercera clase de libros y éstos eran relatos con los datos, referencias y declaraciones de testigos oculares de todos los delitos, usurpaciones, prisiones, torturas y asesinatos hechos y mandados hacer por los cónsules, gobernadores y procuradores romanos.

— ¡Todo esto es sangre!... –decía con reconcentrada ira el noble anciano–, y por eso lo hice escribir con múrice rojo. Quiero que el Rey de Israel y su primer ministro Judá, vean todo esto con sus propios

ojos, para que sepan bien a fondo, lo que es Roma para los pueblos subyugados y vencidos.

Allí aparecían como en un catálogo los acuerdos secretos entre Herodes y el Sanhedrín, entre Herodes y César, entre Herodes y los cónsules y los procuradores y los tribunos, y toda esa legión de esbirros sanguinarios, perros de presa, cocodrilos hambrientos, según les llamaba el anciano en el colmo de su indignación.

Yhasua y Judá quedaron espantados, no sólo de las atrocidades que allí aparecían, sino de la hábil y sutil red de investigaciones que Simónides manejaba desde Antioquía, y con la cual conseguía desbaratar muchas maquinaciones, muchos delitos, de los cuales casi siempre eran víctimas los mejores hombres y las más nobles familias de Siria, Galilea, Judea, Samaria, Perea y Traconitis.

Esta tarea la había comenzado a raíz de la desgracia del príncipe Ithamar y su familia, a cuyos autores los había castigado severamente, sin que ellos se apercibieran de dónde les venía el castigo.

Los piratas que ahogaron a Ithamar por mandato del gobernador romano de Judea, habían muerto en la horca y de tal manera quedó al descubierto el hecho, que el gobernador tuvo que retirar su sede a Cesarea, en la provincia de Samaria, y el César le retiró su confianza luego y tuvo que abrirse las venas.

—Eres el ángel de la justicia, buen Simónides –le decía Yhasua, recorriendo aquellas páginas escritas de rojo, terrible catálogo que ponía de manifiesto lo que es un poder arbitrario sobre un pueblo indefenso.

Contaron hasta ciento ochenta y siete casos, a cuales más desastrosos y terribles. ¡Qué mal parada quedaba la autoridad imperial romana, que gozaba tranquilamente de los bárbaros tributos de los países invadidos, sin preocuparse de las atrocidades que cometían sus agentes para enriquecerse, todos ellos a costa de los vencidos!

¡Qué espantoso papel hacían los reyezuelos de cartón, obedientes al César, los gobernadores y cónsules, los pontífices y alto clero de Israel, aliados en su mayoría, a la prepotencia romana!

Cuando Simónides cerró el libro rojo, Yhasua se dejó caer en el estrado que circundaba la sala y hundiendo su cabeza entre las manos exhaló un suspiro que parecía un sollozo.

El anciano se le acercó y se sentó a su lado.

—Señor mío –le dijo con voz más dulce–, soberano Rey de Israel, Ungido de Jehová, ¿es o no de justicia que tomes cuanto antes posesión de tu reino para remediar tantos males? ¿No ves cómo gimen los pueblos bajo una tiranía insoportable? ¿No ves cómo caen las víctimas como espigas en la siega, para ser pisoteadas por rebaños de fieras hambrientas?

“¡Tienes una flota de cincuenta navíos con bravos capitanes y valiente

tripulación, que llevarán tu justicia por todos los mares del mundo! ¡Tienes inmensas caravanas que te harán dueño de todos los caminos abiertos al comercio honrado y leal!

"¡Tienes veinte mil lanzas obedientes al Scheiff Ilderín, mi amigo y aliado del desierto, que espera un aviso mío para lanzarse sobre Siria y Palestina!

"¡Tienes tres legiones de Caballeros de Judá, que el hijo de Ithamar prepara en los Montes Jebel más allá de Filadelfia!

— ¿Cómo lo sabes tú, si ese es mi secreto? –interrumpió Judá, asombrado de que hasta allí llegase el ojo vigilante de Simónides.

— ¿No te he dicho niño, que el Scheiff Ilderín es mi amigo y aliado? La ayuda que él te ha prestado, fue sugerida por mí.

— ¡Eres admirable, Simónides! Merecías ser un César. Tú, sí que serías un insustituible primer ministro para nuestro glorioso Rey de Israel –exclamó el príncipe Judá–.

"¡Yhasua!... ¿No respondes nada a todo eso? –le preguntó Judá viendo su obstinado silencio.

El joven Maestro levantó su cabeza hundida entre las manos y sus dos interlocutores vieron que su rostro aparecía contraído por tremenda angustia.

— ¡Señor! –dijo el anciano cayendo de rodillas ante él–. Te han lastimado mis relatos porque tu corazón es tierno como el corderillo recién nacido... ¡Como la planta apenas salida del embrión!... ¡Como el pajarillo implume recién asomado a los bordes del nido!... ¡Señor, perdona a tu siervo por no haber sabido tratar debidamente al Mesías Divino, lirio de los valles de Galilea!... ¡Vaso de agua dulce del pozo de Nazareth!

—Ten paz en tu alma, buen Simónides, que sufro por los dolores del mundo, por el oprobio de los humildes, por la angustia de las madres, de los huérfanos, de los ancianos indefensos.

"Tu obra es grande, Simónides, y la tuya lo será asimismo, Judá, amigo mío, en esta magnífica Antioquía y en la Roma de los Césares, como será la de Faqui en África del norte; pero aún falta un poco de tiempo para que veáis cumplirse estas palabras mías.

"Ya estoy en posesión de mi puesto en esta vida, y llevo ya tiempo en lucha abierta con todo el mal que domina en estos pueblos.

"Ponme en contacto con todas las víctimas que tienes catalogadas, Simónides, en tu libro rojo, y si puedo contar con vosotros dos, todo ese dolor será transformado. ¡Os lo prometo en nombre de Dios!

—Bien, Señor mío, mi amado Rey. Cuando sea de tu agrado visitaremos los arrabales de esta gran ciudad, Gisiva y Carandama. Están ubicadas entre las encrucijadas y las pendientes de los Montes Sulpio y Casio, cercanos al gran Circo de Antioquía. Son hermosas aldeas edificadas con

tu oro, Judá mío, y por tanto son tuyas, aunque esto lo ignoran todos, menos mis agentes más íntimos, por medio de los cuales hice comprar esas tierras pertenecientes a un príncipe egipcio que fue desterrado y confiscados sus bienes. Por lo que valen diez estadios en sitios como ese, compré al Legado Imperial ciento cincuenta estadios, y lo dividí en doscientos treinta huertos con su casa habitación cada uno.

"En ambas villas tengo reunidos mis servidores, casi todos griegos, judíos y corintios, y entre ellos están alojadas las víctimas de los hechos que refiere mi libro rojo. En esos dos arrabales tienen su hogar los tripulantes de nuestra flota, los caravaneros y casi todos los que me prestan sus servicios por un salario convenido. Pago mejor que todos los patrones, mejor aún que pagan los agentes del César, y tal es el secreto de que todos me sirvan bien.

"En ambos arrabales, oh, Señor mío, encontrarás y te espantarán más aún, todos los comprobantes de mi libro rojo. Ya estoy viendo, ¡oh, mi Rey Ungido de Dios!..., las maravillas que obrará tu poder allá, como lo has hecho conmigo, un inválido de siete años, que hoy se siente joven y fuerte a pesar de sus setenta años.

—Y ¿qué te proponías buen Simónides al retener bajo tu protección a esos desdichados? –preguntó Yhasua.

— ¡Señor! ¿No dijo Jehová por Jeremías: "Haced juicio y justicia, librad al oprimido de manos del opresor, no engañéis, ni robéis al extranjero, ni al huérfano, ni a la viuda, ni derraméis sangre inocente en este lugar"? Pues me proponía hacer justicia con los malvados y con los inocentes, empleando en ello parte de las rentas inmensas de mi difunto amo, en cuya memoria y amor lo hacía.

"Esto en primer lugar.

"En segundo lugar, alimentaba mi firme esperanza de encontrarme contigo, ¡oh, mi soberano Rey de Israel!, y preparaba con datos ciertos y con pruebas y testigos, los hechos delictuosos que los invasores cometieron con tu pueblo, de la manera más inicua y criminal que pudieron hacerlo.

57
LOS ESPONSALES

Quedaron en que al siguiente día visitarían aquellos arrabales, y como ya llegaba el caer de la tarde, Simónides dispuso que en la posada "Buena Esperanza" se preparase una espléndida cena, en celebración de tan faustos acontecimientos. La llegada del Rey de Israel, de la familia del príncipe Ithamar, su llorado patrón, y su propia curación que lo hacía un hombre renovado a sus setenta años.

El anciano ignoraba que en ese momento surgían de imprevisto dos motivos más de júbilo para todos. Judá con Faqui tuvieron un aparte; después con Yhasua y Noemí, otro, igualmente íntimo y reservado, que para los demás quedaron en secreto.

Y el gran salón de honor del palacio de Epífanes el último Seléucida, fue mandado adornar con todas las rosas blancas y las ramas de mirtos que se encontraron en Antioquía.

El viejo Simónides estaba hecho un brazo de mar como comúnmente se dice. Y la buena Noemí, madre feliz, sonreía en una dicha suprema, a la cual nunca pensó llegar después de los grandes dolores sufridos. ¡Cuán verdad es que Dios se acerca con amor al corazón dolorido y sollozante! Había tardado mucho la hora de la piedad divina, pero había llegado de la manera más generosa, más bella y sublime que pudiera soñar.

Grandes candelabros de plata sobre altos pedestales de mármol, sostenían numerosas lámparas de aceite que iluminaban el hermoso recinto. Yhasua ocupaba el centro de la mesa con Simónides y Noemí a un lado y otro.

Le seguían de inmediato, Judá con Nebai, Faqui con Thirsa, y luego los dos hijos de Judas de Galaad, Isaías y Othoniel.

El lector imaginará la dulzura de aquel ambiente que respiraba con infinita placidez el Cristo encarnado. A él le debían todos, aquellos momentos de pura y santa alegría, aquella íntima paz, más suave y más dulce, que todas las riquezas y que todos los tesoros imaginables. El amor sincero, espontáneo y leal, vibraba allí en todos los tonos, sin que quedase ni un solo espacio para el recelo, la desconfianza o el temor.

—Todo el cielo de Jehová ha bajado sobre esta mesa –decía Noemí, con los ojos brillantes de emoción, y el corazón desbordando de dicha inefable.

—Como que tenemos sentado a ella al resplandor de Jehová –contestaba el anciano Simónides, que en tal día representaba tener diez años menos. Cuando los criados abrían las polvorientas ánforas de vino de

Chipre, que el viejo guardaba en las bodegas de Ithamar desde muchos años atrás, Yhasua pidió un momento de silencio, a las risas como gorjeos interminables que vibraban con notas musicales en aquel ambiente elevado, pleno de concordia, de amistad y de compañerismo. Y habló así:

—Cuentan nuestras viejas crónicas sagradas, que cuando nuestro padre Abraham quiso una esposa digna y pura para su hijo Isaac, mandó a su mayordomo Eleazar a buscarla en el país de su nacimiento y encontró a Rebeca al borde de la fuente de aguas dulces, de la cual le dio de beber a él y a sus camellos.

"Nuestro Padre Celestial, amoroso y sabio en sus designios, ha querido que sea yo como el mayordomo fiel de Abraham, que tuvo el acierto de elegir una santa compañera para el hijo de su amo.

"Simónides, hombre justo, abuelo feliz; yo te pido la mano de Esther, tu nieta, para mi gran amigo el príncipe Judá, hijo de Ithamar de Jerusalén; y a ti, digna matrona judía, viuda de Ithamar y madre dichosa, pido la mano de tu hija Thirsa para el Hack-Ben Faqui de Cirene.

"Y que esta unión de corazones, sea como un rocío de bendiciones divinas para todos vosotros, y para la obra de liberación humana que el Padre Celestial nos ha encomendado a vosotros y a mí, en unificación de fe, de esperanza y de amor.

Dulces lágrimas de emoción temblaban en las pestañas entornadas de las tres mujeres, y humedecían los ojos de los hombres en un desbordamiento de amor y de comprensión recíprocos.

El viejo Simónides, con su voz temblorosa por un sollozo contenido, apoyó su cabeza sobre el hombro de Yhasua y sólo pudo decirle:

— ¡Señor!... ¡Mi Rey de Israel!... ¿Quién es el hombre que puede negarte nada a ti que todo lo haces como si Dios mismo lo hiciera? Ninguna dicha será para mí mayor, que ver a mi Esther, esposa del hijo de Ithamar.

Se hizo un silencio profundo, en que parecían sentirse los latidos de los corazones, cuya dicha se juzgaba en ese instante.

Noemí se repuso de su emoción y contestó con su dulce voz sollozante:

—Si mi hija ama al Hack-Ben Faqui, yo lo recibo en mi corazón como a mi propio hijo.

Todas las miradas se fijaron en Thirsa y Esther. Hubo una pausa solemne.

Ambas jóvenes extendieron sus manos en silencio, hacia aquellos que pedían unir con ellas sus vidas, y quedaron así celebrados los esponsales en la más tierna y cordial intimidad.

Las bodas se celebrarían juntas, seis lunas después.

Estos cuatros seres, unidos por un amor silencioso y casto, que nació

bajo la mirada del Verbo de Dios, fue en verdad rocío de bendiciones para el Cristianismo próximo a nacer, como veremos más adelante.

La misma comprensión y afecto que se prodigaron mutuamente Judá y Faqui, nació entre Thirsa y Esther; tierna amistad que ofreció a la dulce y santa Noemí, las más bellas compensaciones a su inmensa tortura moral y física de siete años, enterrada viva en un calabozo de la Torre Antonia; ella, perteneciente a la nobilísima familia de Adiabenes, que durante siglos reinó pacíficamente en los valles hermosos del Tigris. La muerte de su tío Abenerig, ocurrida dos meses antes del asesinato de su esposo Ithamar, la dejó sin amparo en la vida, y tal circunstancia fue aprovechada hábilmente para despojarla a ella y a sus pequeños hijos, de cuanto tenían y hasta de la libertad. Abenerig Izate ocupaba el viejo trono de sus mayores y sus hermanos menores, jovencitos de dieciséis y dieciocho años con su madre Helena, se encontraron con Yhasua y sus amigos, en la populosa Antioquía, donde a veces venían a pasar los meses calurosos del año.

Hermosas conquistas fueron éstas para la Santa Alianza que comenzaba así a extenderse silenciosamente hasta los valles del Éufrates. Helena, hermana de Noemí, ambas viudas, la una del rey Abenerig Adiabenes y la otra del príncipe Ithamar de Jerusalén, se encontraron en Antioquía después de una larga ausencia de doce años. Y el hilo de oro del designio divino, las unió de nuevo para que su fe inquebrantable y su piedad sin límites, sirviera de base y fundamento a la primera congregación cristiana, cuyo esbozo lo estamos ya viendo surgir con una bruma de oro en torno de Yhasua, llegado a los veintidós años.

Este encuentro inesperado si se quiere, fue debido a que Simónides tenía en su poder, capitales depositados algunos años atrás por el difunto rey Abenerig, esposo de Helena, la cual se asombró grandemente de verle andar sano y fuerte cuando lo había conocido cautivo en un sillón de ruedas.

El anciano, que conocía el parentesco entre las familias de Adiabenes y de Ithamar, los hizo encontrar y saber además el gran secreto de los siervos de Dios: la presencia del Divino Ungido, el Mesías anunciado desde tantos siglos por los profetas de Israel.

Diríase que desde aquellos días felices para Yhasua, comprendido y amado de cuantos se le acercaron, quedó Antioquía, la gran metrópoli oriental, como predestinada para ser veinte años más adelante la patria adoptiva del cristianismo naciente.

Téngase en cuenta que la estadía de Yhasua en ella, fue sólo de tres semanas y que pasó sin publicidad alguna, por cuanto no era aún llegada su hora, según él decía.

58
HACIA EL ÉUFRATES

Por Helena y sus hijos, tuvo él noticias del sabio Maestro persa, Baltasar, que le había visitado muy niño en Betlehem, y luego en el Santuario del Hermón, cuando tenía siete años. Desde Shinar, capital del reino de Adiabenes, no había más que cruzar el Tigris para encontrarse entre las montañas de Susiana, en cuya capital, Susian, se encontraba Baltasar al frente de su Escuela-Santuario del Divino Conocimiento. La piadosa viuda Helena había consultado varias veces al sabio Maestro, cuando quedó sola al frente de su país, hasta que Abenerig Izate, su hijo mayor, pudo tomar la dirección de su pueblo.

El Anciano sabio le había hablado del Mesías nacido en el país de los hebreos, y cuya existencia era un secreto para todos, en previsión de los formidables enemigos que procurarían enseguida su muerte.

El único vínculo que unía a esta ilustre mujer con el país de Israel, era su hermana Noemí; a la cual lloraba como muerta desde que supo la terrible tragedia del príncipe Ithamar.

Dos días llevaba Yhasua en Antioquía, cuando se encontró con la noble viuda, que despachó enseguida un correo particular que al correr de un buen camello llevase a Susian la gran noticia para su consejero Baltasar: El Mesías Salvador del mundo se encontraba en Antioquía, donde permanecería tres semanas.

Y el gran hombre, con ochenta años, se puso de inmediato en camino hacia la costa del Mediterráneo. Navegó por el gran río Éufrates hasta Thipsa, que quedaba a día y medio de Antioquía en buenos camellos.

Pero Yhasua no consintió que el Anciano hiciera este viaje, y fue él, con Judá y Faqui, a encontrarle en la hermosa ciudad de Thipsa, a la orilla misma del Éufrates.

Del mudo y largo abrazo de Yhasua Ungido Divino, con el Anciano Baltasar, uno de los tres célebres sabios que en sus lejanos países vieron en la inmensidad azul la anunciada conjunción de Júpiter, Saturno y Marte, señal del nacimiento del gran Enviado, debió surgir una inmensa claridad, una poderosa vibración de amor sobre aquellos dichosos países, donde flotó el aliento divino, del más grande ser bajado al planeta como un rayo de Luz de la Divinidad.

El joven Maestro presentó al sabio a sus dos amigos, pero la conversación secreta que tuvo con él y que duró toda una tarde, no la escuchó nadie sino la maga de los cielos, la Luz Eterna, que la recogió como a

las hebras sutiles de un delicado encaje, para guardarla en el Eterno Archivo de sus dominios.

El joven Maestro refirió al Anciano todo su camino andado ya; los poderes superiores conquistados en los años de estudio en los Santuarios Esenios; los admirables resultados obtenidos, y por fin, la tremenda visión que tuvo en el Gran Santuario del Monte Moab, la víspera de su consagración como Maestro de Divina Sabiduría.

Algo de todo esto conocía el Anciano por revelación espiritual, y su amigo consecuente, Gaspar, tenía asimismo idénticas revelaciones. Para comprobarlo, leyó a Yhasua lo que tenía escrito en su carpeta de bolsillo bajo el epígrafe: "El camino del Mesías".

—Antes de salir de Susian –le dijo–, he despachado un mensajero al Golfo Pérsico, y de allí por navíos costaneros a las bocas del Indo, donde actualmente se encuentra nuestro amigo. De aquí a catorce días, él puede estar aquí en Thipsa para abrazarte. ¿Te dignarás esperarle? Piensa que nuestros muchos años no nos permiten la ilusión de verte de nuevo en la materia física.

—Le esperaré, sí –contestó firmemente Yhasua–. Algunos trabajos me retendrán en Antioquía por tres semanas más o menos.

—Entonces espero que Gaspar esté con nosotros, para que los tres unidos hablemos sobre el camino que ya llevas andado, Hijo de Dios y el que te falta por andar.

"Que él oiga, como yo he oído, la revelación de tu espíritu, para saborear juntos el infinito placer de haber estado en la verdad, cuando hace veintiún años y meses, dimos nuestro juicio sobre tu personalidad.

"Melchor, el más joven de nosotros tres –añadió el Anciano sabio persa–, ha recibido del Supremo Atmán la dicha de seguirte de más cerca, y por sus continuadas epístolas, hemos podido seguir desde lejos tus pasos, Gaspar y yo. La Divina Sabiduría lo ha ordenado todo de tan admirable manera alrededor de ti, ¡oh, resplandor de la Eterna Claridad!, que nosotros, pequeñas lamparillas suyas, no tenemos más que acercarnos a Ella, para iluminarnos e iluminar a cuantos quieran recibir su luz.

"Si los Maestros de almas y directores de las conciencias, no hubieran torcido el rumbo de la humanidad, tu pasaje por esta tierra sería un fragmento del poema inmortal de amor y de luz, en que vives en la inmensidad de Dios –añadió aún el sabio persa, como respondiendo al pensamiento que le acosaba–. Pero los hombres dirigentes de pueblos han hecho de ellos majadas de bestezuelas, que sólo suspiran por el mejor pasto; y para conseguirlo, se aplastan unos a otros, y cada cual busca la más abundante ración para sí, dejando el hambre y la necesidad insatisfecha para el más débil e incapaz en la lucha.

“Te presentas en tal escenario, tú, Ungido del amor y de la fe, para enseñar a los hombres la verdadera ley; nuestro igual origen e idéntico destino, saliendo del Eterno y volviendo al Eterno en tiempo indeterminado, que nuestra inconsciencia o nuestra maldad alarga a veces inmensamente. Te presentas a decir al mundo que no debe haber ni amos, ni esclavos, ni ricos hasta la exageración, ni pobres hasta la miseria, que el que más posee, más debe dar al que carece de todo; que el que mezquina de su abundancia a los desposeídos, no merece la lluvia de las nubes, ni los besos del sol sobre sus campos.

“Por deber, ¡oh, Enviado del Padre-Amor, les reprocharás, les enrostrarás su iniquidad, su injusticia; descubrirás sus mentiras, sus engaños, el usufructo desvergonzado y deshonroso que hacen los hombres del poder, en perjuicio de las masas engañadas con eternas promesas que nunca ven cumplidas! Y entonces la víbora se volverá contra ti, se enroscará a tu cuerpo con la espantosa fuerza de sus anillos, te estrujará como a una esponja llena de miel, y la transformará en veneno, con el cual inundará el mundo, a fin de apagar la luz de tu lámpara, y que no acierte nadie a seguir el camino de la verdad, que pondrá término a su inicua dominación en la tierra.

“Yo te veo en mis largos sueños de idealista, como un astro de suave luz que ilumina todos los rincones de las más obscuras conciencias. Una legión inmensa de almas te seguirá por tus caminos radiantes de fe, de nobleza y de amor; pero la mayoría ¡oh, soberano Rey de los idealistas soñadores!..., buscará en ti, la esplendidez de la púrpura, el brillo del oro y las piedras preciosas, y cuando les digas que todo ello, no es más que paja y humo, comparados con los tesoros eternos de luz, de dicha y de amor, te volverán la espalda, te despreciarán, te pisotearán como a un ser inútil para la dicha que ellos buscan, como el único bien de su vida.

—Tus pensamientos –dijo Yhasua–, concuerdan admirablemente con mi visión del Santuario de Moab que te he referido hoy, la cual me anuncia la terminación de mi vida con un terrible y oprobioso sacrificio.

“La voluntaria aceptación del dolor supremo de parte mía, impedirá la destrucción de este planeta, próximo a entrar en la órbita de esa terrible justicia divina, que marca las épocas de vidas evolutivas a los mundos, a las humanidades y a los individuos.

“Sólo te pido, ¡oh, sabio Baltasar, que me asistas con tu pensamiento y tu amor, para que mi naturaleza humana no llegue a predominar jamás, en lo que mi Yo superior ha aceptado ya, como divina revelación de la Suprema Voluntad!

—No temas, ¡oh, Hijo de Dios, porque es tu último pasaje por la tierra, y no has venido para el fracaso sino para el triunfo!

Yhasua invitó a sus dos amigos a hablar privadamente con el sabio astrólogo persa, a fin de que les diera orientación en sus vidas como cooperadores en su obra de salvación humana.

Averiguados los datos precisos de ambas vidas, el sabio buscó en las influencias planetarias, en las taras hereditarias y en los caminos recorridos por aquellas dos almas, a través de los siglos y de las edades, y les dijo de esta manera:

—Príncipe Judá, hijo de Ithamar: Veo tres fases en tu vida: infancia y adolescencia, iluminadas por la paz y la dicha; primera juventud atormentada por la maldad humana y sumida en grande oscuridad. La tercera faz es vida de fe, de esperanza y de amor supremo; vida dichosa en la familia y triunfante en un noble y grande ideal. Es cuanto puedo decirte.

"Hack-Ben Faqui de Cirene –siguió diciendo el Anciano con sus ojos cerrados y sus manos cruzadas sobre el pecho–.

"Te veo bajo la acción inmediata de una luminosa Inteligencia, que tuvo especial tutela sobre ti, salvándote de grandes tropiezos que hubieran torcido el rumbo de tu vida, en la cual se diseñan con claridad dos fases: tu infancia y adolescencia sumidas en una suave inconsciencia que sólo te permitía admirar la magnificencia de la naturaleza. Tu juventud y años viriles, entregado al amor humano en la familia y a la propagación de un ideal de justicia, que llena por completo las aspiraciones de tu espíritu. Es cuanto descubro en tu vida".

Al siguiente día, Yhasua y sus dos amigos volvieron a Antioquía, dejando al Anciano Baltasar sumergido en el éxtasis de fe y de amor que la presencia del Hombre-Luz le había producido.

Llegaron a la media noche a la posada "Buena Esperanza". Amra, la anciana criada, Eliacín y Shipro, les esperaban velando, a fin de conseguir que Noemí descansara. La buena mujer había quedado aterrorizada de sus años de calabozo, y temía horribles desgracias no bien sus familiares se apartaban de ella. La criada corrió a avisarla que los tres viajeros estaban de regreso sanos y salvos.

Nebai se había quedado junto a Noemí y su hija, en el deseo de proporcionarles serenidad y confianza.

El Anciano Simónides tendido en un diván en la administración dormía profundamente.

Luego de tranquilizar a la atemorizada madre, y despedirse hasta el día siguiente, Yhasua con sus amigos fueron hacia la administración, por donde tenían que pasar en dirección a sus alcobas.

—Apresuraos a descansar –díjoles el Anciano–, porque será grande el trabajo de mañana. ¡Oh, mi Señor de Israel!...; ¡si vieras cómo te esperan en Gisiva y Carandama!

—Será porque tu boca, mi buen Simónides, habló más de lo conveniente –contestó sonriendo Yhasua.

—Espera Señor y óyeme: les dije solamente que eras un profeta de Dios y aunque nada les hubiera dicho mi boca, todo mi cuerpo rehecho y curado bastaba y sobraba. Todos ellos, menos los ciegos me habían visto amarrado al sillón de ruedas.

59
GISIVA Y CARANDAMA

Cuando el sol se levantaba en el horizonte, y la esplendidez de su claridad parecía derramar polvo de oro sobre las tranquilas ondas del Orontes, y sobre los jardines encantados y los rumorosos bosquecillos de terebintos y laureles, toda la familia emprendió el paseo matinal hacia los suburbios ya indicados.

Noemí, apoyada en Yhasua, y guiados por el Anciano, abrían la marcha en la cual seguían Nebai o Esther con Thirsa y Judá, Faqui y los dos hijos de Judas de Galaad.

En grupo aparte y para no llamar la atención, iba una media docena de criados con Eliacín y Shipro, llevando cestas de provisiones, pues pensaban pasar allí todo el día.

Siguieron la avenida que se dirige hacia el sur, y al llegar al arco triunfal de Epífanes, mandado construir por él mismo para glorificarse en vida, vieron sentado en el pavimento, como un contraste vivo con toda aquella magnificencia, un mendigo harapiento y sucio, que comía ávidamente un trozo de pescado asado y unos mendrugos de pan. Tenía los pies desnudos y desfigurados en tal horrible manera, que se veía claramente que había sufrido quemaduras, que aparecían ya cicatrizadas.

— ¿Qué tal día tienes hoy, Simón? –le preguntó Simónides que le conocía de mucho tiempo.

—Hoy, bueno, amo, porque como, ya lo ves –contestó el mendigo–. Si no molesto, amo..., ¿qué hiciste de tu sillón?..., ¿cómo es que caminas?

—La majestad de Dios anda por todas partes para el que tiene fe en su poder, amigo –contestó el Anciano, deteniéndose.

—Los dioses me han olvidado desde que caí en esta desgracia... –contestó el mendigo.

Yhasua con Noemí se detuvieron también, ante aquel cuadro, y la buena mujer cuyo corazón se había tornado aún más piadoso con sus grandes padecimientos, pensaba silenciosamente: “Ojalá que el Mesías tenga piedad de este infeliz mendigo, y que cure sus pies deshechos”.

A Yhasua le penetró hondamente este pensamiento y dijo:

— ¿Ves este arco de triunfo levantado por la soberbia de un hombre, de cuya efímera vida es el único recuerdo que queda?

— ¡Sí, le veo, es magnífico! –contestó Noemí–. Es aún más rico que los sagrados pórticos de nuestro santo Templo de Jerusalén.

—Pues bien... ¡ahí tienes, mujer, al que le mandó construir para eterna gloria suya!... –Y Yhasua señalaba con su índice al sucio y harapiento mendigo.

— ¡La reencarnación! –exclamó, Noemí aterrada–; ¡qué tremenda es la justicia de Dios!

— ¡Cuántos esclavos se quemarían pies, manos y rostros, para esculpir a fuego el oricalco y todos los preciosos metales y piedras que brillan, en este monumento!... –exclamó Yhasua con dolorosa indignación–. ¡Y sólo para satisfacer el desmedido orgullo de un hombre, del cual sólo queda polvo y ceniza! La justicia de Dios se ha cumplido de la manera que ves. He aquí al gran Epífanes de Seleucia, sentado bajo su arco de triunfo, recibiendo limosna y el desprecio de los humanos.

"¿Qué te ha ocurrido en tus pies que así los tienes deshechos? –le preguntó Yhasua.

— ¡Trabajaba en la fragua, amo, y un terrible accidente acabó para siempre con mis pies! Ahora pido limosna.

— ¿Crees en Dios? –volvió a preguntar Yhasua.

—Yo soy de Gao, sobre el río Níger, pero me crié en Chipre donde hay muchos dioses; Júpiter el de los rayos, Baco el del vino y de la alegría, Marte el de los triunfos guerreros.

—No hablo de ninguno de ellos, sino del Dios Padre Universal de todo cuanto existe, y Providencia viviente sobre todos los seres –contestó Yhasua, emitiendo sobre él una poderosa energía–.

"¡A ese Dios único me refiero!

—Por Él, camino yo con mis pies –dijo Simónides–. ¿No lo ves?

El mendigo parecía estar como suspendido de los ojos de Yhasua, que lo miraban con gran piedad.

— ¡Si el Dios de los hebreos es tan bueno como dices..., sí, creo!, yo creo en él, y quiero adorarle por todo el resto de mi vida.

Yhasua se arrodilló a su lado, tomó entre sus manos los sucios y desfigurados pies del mendigo y le dijo:

—Sabe que el Dios de Israel quiere que andes sobre tus pies y en el camino de su justicia y de su amor.

"¡Levántate!, que en su nombre yo te lo mando.

El mendigo dio un aullido como si un dolor agudo le hubiera enderezado los pies, se extendió cuan largo era, y luego se levantó. Iba a comenzar a dar saltos y gritos, pero Yhasua le dijo:

—Calla por Dios, que soy extranjero en esta tierra y no has de ser causa de que me tomen por mago.

—Busca una tienda y vístete de limpio –le dijo Simónides, dándole unas monedas de plata–. Luego vente con nosotros a Gisiva que allí tendrás casa y familia. –Y siguieron su camino, dejando al mendigo mudo de asombro, que ni aún acertaba a pensar en lo que le había pasado.

Les vio pasar el Arco y perderse entre la multitud de gentes que iban y venían, vendedores ambulantes, paseantes que tomaban el fresco de aquella mañana primaveral, más hermosa aún con la belleza de las aguas cristalinas que surgían chisporroteando como granillos de oro a la luz del sol, de los mil surtidores de las fuentes que embellecían los jardines a uno y otro lado de la avenida.

Por un fenómeno psíquico muy propio del alma humana, recién entonces le pareció hermosa la vida, entre todas las bellezas naturales y artificiales que le rodeaban. Miró el cielo azul de maravillosa serenidad, y le pareció que era un manto suave de seda que le cubría. Respiró a pleno pulmón la fresca brisa que venía de las cumbres vecinas del Amanus y del Casio, aspiró con ansias el polvo de oro del sol que lo inundaba todo de luz, y por fin vio en su mano sucia y enflaquecida, las monedas de plata que le había dado Simónides, mientras le invitaba a seguirle hasta el suburbio de Gisiva donde tendría casa y familia...

Una inmensa ola de ternura y de gratitud le inundó el corazón de tal manera, que corrió como un loco hacia el lado por donde vio desaparecer a aquel joven de manto blanco que le había dicho: “Levántate y anda”. Lloraba a grandes sollozos llamando la atención de algunos transeúntes que se burlaban de él, creyéndole un loco vulgar.

Alguien dijo: –Pero... ¿no es el mendigo del Arco de Triunfo de Epífanes?

Por fin le volvió al mendigo la reflexión mediante las monedas que apretaba en su diestra.

— ¡Cierto!... –dijo–, que me las dieron para vestirme de limpio y presentarme en Gisiva, –entró en la primera tienda que encontró, y luego se fue a los baños públicos, donde recordó después de muchos años, que también tenía con su pobre cuerpo otros deberes más que el comer y beber. Se vistió con sus ropas nuevas y pensó con alegría en que volvía a ser un hombre entre la sociedad humana.

Se asombraba él mismo, de que la desgracia y la crueldad de los hombres le hubiesen arrastrado a tal extremo de degradación y desprecio de sí mismo.

Nuestros amigos llegaron a los primeros altiplanos de las hermosas montañas, entre las que corre el Orontes, y vieron de lejos como dos bandadas de gaviotas, las menudas casitas blancas que salpicaban el

oscuro follaje de aquella vegetación exuberante propia del país del Líbano.

Y Simónides señalándoles con la mano les decía:

—Esa es Gisiva y la vecina es Carandama. Como veis, ambas son hermosas, y su espléndida situación les promete un gran porvenir. La mayor parte de sus moradores son refugiados de distintos países, víctimas de la dominación romana que no ha podido ser grande sin dejar rastros de dolor y de sangre a su paso. Todos trabajan en lo que pueden, y hasta los ciegos se dedican a ovillar el esparto para las esteras y los hilos para los tejedores. Subamos por este senderillo.

Un enjambre de chicuelos que recogían moras y cerezas, les salieron al paso, ofreciéndoles de sus cestillas a cambio de las golosinas de la ciudad.

Se observaba a primera vista, muchos niños retardados, contrahechos y algunos de aspecto enfermizo. Yhasua se fijó de inmediato en un bello rostro de adolescente, de rubios cabellos y ojos azules llenos de inteligencia. Su dueño tenía la espalda cargada de una giba tan monstruosa, que cuando se le miraba desde atrás, su cabeza no se percibía entre los hombros. Y todos le llamaban el giboso. Su nombre se había borrado en la memoria de todos, para quedar solamente el del gran defecto físico que lo abrumaba, llenando de tristeza su vida.

Un tierno cariño hacia él se despertó de inmediato en Yhasua.

— ¿Cómo te llamas? –le preguntó.

—Giboso –contestó el niño.

—Ese no es tu nombre –le dijo Simónides.

—A mi madre le llamaban Nelia y si queréis, llamadme Nelio...

La amarga sonrisa con que se expresaba, producía una especie de escalofrío.

—Ya os referiré esa historia que está en el libro rojo –dijo el Anciano al joven Maestro.

—Tengo especial interés en él –dijo Yhasua en voz baja a Simónides; y luego acariciando a todos los niños, tomaba de las moras y cerezas que le ofrecían–. En la comida del medio día, os daré golosinas traídas de la ciudad –les dijo, mientras su pensamiento como una corriente magnética poderosa, dominaba completamente la ruidosa alegría de los chicuelos, dejándoles quietos y recelosos.

—Siendo tú el mayor –dijo al niño giboso–, ven con nosotros y así podrás decir luego a tus compañeros donde estaremos. –Y Yhasua le tomó de la mano.

— ¡Qué pena verle así! –dijo Noemí en hebreo para no ser comprendida del niño que hablaba el griego, como la mayoría de las gentes en la ciudad de Antioquía.

—No lo veréis así mucho tiempo –le contestó Yhasua–. Le he apartado de los otros –continuó diciendo el Maestro–, porque la curación de éste, causará gran asombro a los chicuelos que lo repetirán a gritos por todas partes.

— ¿Pero éste solo será curado? –preguntó Simónides.

—Lo serán todos, pero ninguno causará el estupor que éste, toda vez que los otros, no son tan monstruosamente lisiados.

"Yo soy médico –dijo al niño inclinándose hacia él–, ¿quieres que te cure?

— ¿Me sacarás la giba?... ¡Oh, no podrás! La tengo desde que nací, según me han dicho.

—Es verdad –dijo el Anciano–, yo le conocí de dos años cuando vivía su madre. Nació con la espina dorsal doblada por las torturas a que fue sometida su madre cuando le llevaba en su seno. Era una preciosa mujer venida de Bitina recién casada, y un tribuno romano de nombre Duilio se enamoró de ella tan locamente, que hizo aparecer como ladrón a su marido metiéndole entre sus ropas, joyas de gran valor pertenecientes al Legado Imperial. El marido era decorador en el palacio del Monte Sulpio donde aquel residía. El pobre hombre fue sepultado en los profundos calabozos de la Ciudadela, y a ella que era tan hermosa la obligaba a nadar en las fiestas de Mayouma entre sus cortesanas, pues le taladró la oreja con la lezna, sobre su puerta, haciéndola su esclava para toda la vida.

"Quiso ella escaparse, y el amo la ató doblada sobre una vara de hierro en forma que la cabeza tocaba con los pies. A los tres meses nacía este niño, así desfigurado por la tortura sufrida por su madre.

— ¿Pero el niño no era hijo de él? –preguntó Yhasua.

—No, y de ahí el furor del malvado cuando se dio cuenta de que la mujer estaba encinta.

—No me hagáis daño por piedad –dijo de pronto el niño–, parece que me rompéis la espalda.

— ¡No temas, Nelio!... –díjole dulcemente Yhasua–; sólo deslizo mi mano para curarte. ¿Crees tú en Dios?

— ¡Oh, sí!... mi madre que lloraba siempre, me dijo que yo tenía un Padre Bueno, allá, más arriba de las estrellas, y que él cuidaría siempre de mí –contestó casi con religiosa unción el niño.

— ¿Y tú llamas a ese Padre Bueno y le pides lo que deseas? –preguntó Yhasua.

—Sí, y me da cuanto le pido.

— ¿Nunca le pediste ser curado de tu espalda enferma?

—Algunas veces sí, cuando los chicuelos malos de la ciudad me arrojaban piedras. Aquí todos me quieren, y mi giba no molesta a ninguno.

—Pues bien, Nelio, yo te digo que ese Padre Bueno, que tu madre te

enseñó a amar, quiere curarte para que seas un hombre útil a tus semejantes. Pareces tener diez años a causa de tu cuerpo doblado. ¡Mírame a los ojos!... ¡Mira el cielo azul donde brilla tan hermoso el sol que todo lo fecunda!... ¡Las copas de los plátanos y las palmeras que parecen vecinas de las nubes! ¡Mira una y otra vez!... ¡Así, así!... Y ahora bendigamos juntos a ese Padre Bueno, que perfecciona tu cuerpo, para que seas un misionero de su Verdad Eterna y de su Amor Soberano.

Al mirar el niño primeramente a los ojos de Yhasua que era alto, luego al cielo, a los árboles, fue levantándose suavemente y casi sin sentirlo él mismo.

Bajo la suave presión de la mano de Yhasua que era el hilo conductor de la poderosa corriente magnética emitida por él, la espalda doblada se enderezó hasta quedar completamente vertical, y el niño apareció tal como debiera ser un adolescente de catorce años.

— ¡Me has curado Señor!... ¡Ya no tengo más la giba!... ¡Yo no tengo nada para pagarte!... ¡Nada!... ¡Te serviré como un esclavo!...

Y el hermoso adolescente cayó de rodillas y se abrazó a Yhasua, mientras Noemí y Simónides hacían esfuerzos para ahogar la profunda emoción que les embargaba.

El joven Maestro emocionado también, levantó al niño mientras le decía:

—Ahora no te dejarás ver de tus compañeritos, porque ellos no sabrían guardar el secreto, y es conveniente que nada de esto se divulgue.

—Yo le llevaré conmigo a la ciudad –dijo de inmediato Simónides–, y allí habrá también un trabajo apropiado para él.

—Ya llegamos a nuestro pabelloncito frente a la antigua Gruta de Gisiva, que ha dado nombre a este suburbio.

Noemí murmuraba a media voz un salmo de acción de gracias al Dios misericordioso, que visitaba con tales maravillas a sus criaturas sufrientes y doloridas de la tierra.

Aquellos arrabales de Antioquía, tenían su romántica leyenda de edades pretéritas. ¡Cuántas cosas llenas de mística poesía y de mitológicas creaciones pasaban de una a otra generación, como si aquellos hermosos parajes fueran o hubieran sido lugares de encantamiento!

Las faldas de aquellos montes aparecían horadadas de grutas grandes y pequeñas.

Los frondosos platanares del Orontes se prolongaban hasta allí, y los bosquecillos de mirtos, de laureles, de boj y de terebintos, formaban verdaderas murallas de eterno verdor.

Gisiva y Carandama, según la vieja leyenda, habían sido dos hermanas mellizas, a quienes el rey, su padre, las condenó a vivir en aquellas grutas, en castigo de haber amado a dos hermosos esclavos de las tierras

de los hombres rubios, con ojos azules, prisioneros de guerra, a quienes ellas habían hecho escapar.

Tanto habían llorado las infelices princesas, que de su llanto se formaron los dos hilos de agua cristalina que brotaban de una grieta de aquellas rocas.

Bien comprenderá el lector, que en la antigüedad eran fácilmente creídas las fábulas, de las cuales vivía la ignorancia de los pueblos primitivos.

Para Simónides, el genio de los buenos negocios, nada de esto le había preocupado en lo más mínimo, y si se dispuso a comprar aquellas tierras en la confiscación de bienes de Tothmes de Heliópolis, príncipe egipcio, fue por pura conveniencia, pues previó un gran porvenir comercial en aquellos suburbios de la Roma Oriental, como llamaban entonces a la fastuosa metrópoli, gloria que fue de los Seléucidas.

Para nosotros, lector amigo, que debemos levantar la vista de nuestro espíritu a más altos y bellos horizontes, podemos averiguar la verdadera historia de aquel Monte Casio, cuyas deliciosas quebradas llenas de grutas, desempeñaron tan importante papel en los comienzos del Cristianismo.

En la prehistoria, ocho mil años antes de la encarnación del Cristo en la personalidad de Jesús de Nazareth, el Monte Casio se llamó Monte Kasson, y sobre él, edificó la Gran Fraternidad Kobda, un santuario para refugio de las mujeres, que por la ley de la esposa única promulgada entonces por la Gran Alianza de Naciones Unidas, quedaban sin el amparo de su esposo; y para que no cayera sobre ellas el estigma de mujeres repudiadas, los Kobdas crearon aquel honorable refugio, donde permanecían en vida de honestidad y trabajo, hasta que un nuevo esposo las conducía al hogar.

En el tiempo que venimos historiando, se conservaban aún medio sepultadas entre las rocas y la enmarañada vegetación de la gran plataforma superior del Monte Casio, unas vetustas ruinas, de las cuales los jornaleros del buen Simónides, extrajeron no pocos bloques de piedra que echaron a rodar montaña abajo, para utilizarlos en las construcciones que mandó hacer.

Y varios autores contemporáneos, entre ellos Ernesto Renán, en su libro “Los Apóstoles” hace referencia a las ruinas y a las grutas del Monte Casio.

Esta breve digresión nos perdonará el lector, en atención a que la hacemos para probarle hasta qué punto somos escrupulosos en ajustarnos estrictamente a la historia, no solo de la vida humana del Cristo, sino de los lugares, parajes y ciudades, donde niño, adolescente, joven o adulto, puso su pie incansable de misionero de la verdad y del amor fraterno.

Creemos conseguir así, que los lectores le vean como viviendo de nuevo en nuestra tierra, en los mismos parajes que santificó con su augusta presencia de Ungido Divino, y que no son solamente Jerusalén, Nazareth, el lago Tiberíades, el Huerto de los Olivos y la montaña del Calvario, los únicos privilegiados con la presencia de Cristo.

Las cuatro sucintas crónicas que el mundo conoce de su Divino Salvador: Juan, Matheo, Marcos y Lucas, tan sólo relatan los tres últimos años de su vida, dejando en el silencio, los treinta anteriores no menos fecundos, por el estudio y el apostolado, con que el Cristo preparó el triunfo final de su misión de Redentor de la humanidad.

Cuando Yhasua con Simónides y Noemí llegaron a la plazoleta cubierta, que aparecía a la entrada de Gisiva, a la manera de pórtico frente por frente a la gruta de la leyenda, Judá con Nebai y Faqui con Thirsa, estaban instalados en los grandes bancos de piedra que rodeaban en círculo la plazoleta, decorada con enredaderas de jazmines y madreselvas, hasta formar verdaderas cortinas en flor, pues era plena primavera. Los pájaros del Líbano cuya ilimitada variedad en colores y gorjeos son proverbiales, llenaban el aire con su ruidosa sinfonía desde las altas copas de los cedros y los pinos donde ocultaban sus nidos.

—Hermosa es nuestra Judea, Galilea y Samaria, madre, –decía Judá a Noemí–, pero no pueden ser comparadas con esto. ¿No será aquí el paraíso terrenal de que nos habla la Escritura, que relata el poema de Adán y Eva?

—No, hijo mío –contestó Noemí–, porque el libro sagrado dice que ese paraíso estaba entre los ríos Éufrates y Tigris, o sea en la Mesopotamia.

—Y este adolescente tan hermoso, ¿de dónde vino? –preguntó Nebai a su abuelo.

—Es la primicia de la jornada de hoy, de nuestro Mesías Rey de Israel, –contestó el Anciano con manifiesta satisfacción–. No me toman desprevenido los acontecimientos, y como mi nieta ha celebrado esponsales, yo me busco otro secretario, que me iré preparando yo mismo, para cuando tú, hija mía, me dejes vacante el puesto.

Todos rieron de la oportuna salida del Anciano. Sólo Nebai quedó seria, y un subido carmín pasó como una llama por su hermoso rostro.

— ¡Abuelo!..., no era necesario anticipar así los acontecimientos –añadió la joven.

En voz baja refirió el Anciano la historia de Nelio, el adolescente que hasta hacía pocos momentos era cruelmente llamado el giboso. Y desde ese momento, fue considerado como un nuevo miembro de la familia.

Estaban en estos preliminares de la visita a Gisiva, cuando llegó a Simónides el Intendente, que él tenía para mantener el orden y la armonía en aquella aldea, donde todos eran dependientes suyos.

— ¿Qué ha pasado, buen amo, que los chicuelos que recogían moras y cerezas allá abajo, reclaman al giboso que es el director de todos los juegos, y alegan que lo sacaste de entre ellos y no volvió más?

—Míralo: ahí lo tienes.

El Intendente abrió enormes los ojos para buscar la famosa giba que había desaparecido.

Pero como aquel buen hombre era también un buen israelita que leía los Profetas y esperaba al Mesías, Simónides le dijo estas solas palabras:

—La giba de éste niño se ha juntado con mi sillón de ruedas, ¿comprendes?, y han ido a ofrecerle sus servicios a Satanás en los infiernos. No les veremos más por acá.

Y con sus inteligentes ojos, envolvía en una mirada de inmensa ternura a su Señor, Rey de Israel que tenía a su frente.

—Loado sea Jehová, por las maravillas que obra entre nosotros –exclamó el buen Intendente–. El caso es –añadió–, que los chicuelos esperan mi respuesta, y cunde alarma entre ellos, porque los de las piernas torcidas las tienen en debidas condiciones, y los que sufrían erisipela, aparecen como figuras de porcelana. Algo hay que decirles.

—Dejadme que yo me entienda con ellos –dijo Noemí–. Traedlos aquí.

La dejaron sola en espera de los niños y todos nuestros amigos comenzaron su visita a los refugiados en Gisiva, que Yhasua conocía de nombre en el libro rojo de Simónides.

Estaba allí representado el dolor en sus más variados y tremendos aspectos, desde el torturado y quebrantado físicamente en sus huesos y en sus miembros, hasta el torturado y deshecho en las fibras más íntimas de su corazón.

Casi todos se hallaban bajo las frondosas arboledas que formaban pabellones de verdor por todas partes.

Tejedores de juncos, tejedores de esparto, de lana, de algodón, de seda, aquello parecía un enjambre de laboriosas abejas.

— ¡Todo esto es hermoso! –decía Yhasua–. ¡Sobremanera hermoso! Transformar el dolor, en trabajo útil a la humanidad es grande obra, Simónides, amigo mío.

—Pensad que muchos de ellos, cuyas manos se mueven tan rápidamente tienen sus pies y piernas destrozados por quemaduras o dislocaduras –dijo en voz baja Simónides–. Casi todos han sido salvados, cuando después de torturados iban a ser arrojados a las fieras de los circos para alimentarlas, y que quedasen así olvidados para siempre e ignorados los motivos de esas torturas.

— ¿Y cómo te arreglabas para hacer este salvamento? –volvió a preguntar Yhasua.

— ¡Oh, mi Señor!..., el oro es bueno para todo esto, aunque tú digas que nada quieres con el oro. Yo tengo comprados a los guardianes de las fieras, a algunos verdugos y a ciertos gladiadores encargados de dislocar los miembros de las víctimas. Por eso están vivos todos éstos que ves.

"Ahora verás, mi Señor, algunos infelices privados de razón, que en sus momentos lúcidos han hecho declaraciones que causan escalofríos.

"Son pocos, creo que once, y la mayoría mujeres, de noble linaje, que se volvieron locas, porque en su presencia asesinaron a sus maridos o a sus hijos. De todos estos, el más interesante es aquel hombre de cabellos negros y túnica gris, que está sentado tocando la flauta. Era un príncipe de Listra en la Pisidia, y fue despojado de todos sus bienes, después de haber asesinado a su madre en su presencia, quitándole la esposa y muerto el primer hijito de tres meses, que era toda la familia. Encerrado él en un calabozo en Roma a donde fue llevado como esclavo, se había dado orden de arrojarlo al circo, porque sus accesos de locura lo inutilizaban para la servidumbre.

"Su juventud, su belleza física y sobre todo su habilidad para la flauta, inspiró compasión a un guardián del circo que me hizo llegar la noticia y yo se lo compré por mil sestercios.

—Acerquémonos a él –dijo Yhasua–, que quiero hablarle.

— ¡Qué hermosa suena tu flauta en esta mañana tan serena! –díjole Simónides para iniciar conversación.

—Como siempre –contestó el loco.

Simónides comenzó a hablar con otros, y con Judá y Esther que se acercaban paseando bajo los árboles, y Yhasua quedó sólo con el hombre de la flauta que seguía tocando sin interrupción.

Se sentó a su lado en el mismo banco y haciendo como que escuchaba su música, iba extendiendo la red sutil de su pensamiento y de su amor, sobre aquel espíritu ofuscado por el horrible dolor moral que había sufrido.

A su influjo poderoso a la vez, la flauta parecía que se quejaba en dolientes sollozos, y luego sacudida por una tempestad, sus sonidos eran agudos y temblorosos, como si fueran a romperse en una repentina explosión. El silencioso y metódico trabajo mental de Yhasua fue haciendo su efecto. La melodía se tornaba como en una suave queja de sonidos tan dulces y tiernos, que llegaba a parecer un canto materno junto a la cuna de un niño.

De pronto soltó la flauta que cayó al suelo y rompió a llorar en agitados sollozos.

—Amigo mío –le dijo el Maestro–, sé que sufres. Cuéntame tu pena, que el dolor vaciado en otro corazón es menos terrible.

—Esa melodía tocaba yo, para adormecer mi niño, cuando entraron en mi casa como lobos hambrientos, los hombres del Tíber. ¿Eres acaso romano?

—No –le contestó Yhasua–. Soy de Israel, Nazareno, de Galilea.

—También tú eres de pueblo esclavo, y comprenderás bien lo que es la esclavitud de los hombres del Tíber. ¡Yo tenía madre, yo tenía esposa y un pequeño hijito en cuyos ojos me miraba como en un espejo!... Mis viñedos y mis olivares daban pan a muchos jornaleros, y no había en Listra otro palacio más hermoso que el mío.

"Fue herencia de mi padre..., y a nadie le robé. Mis viñedos y mis olivares eran herencia también. Mis majadas de ovejas y mi rebaño de camellos no eran robados, que eran también heredados de mis mayores... ¿Y me ves ahora? ¡Ni aún la flauta en que toco, ni la túnica que me cubre son mías, pues que fui despojado de todo!... ¡Y no sé por qué me dejaron la vida!... ¡Pero no!... ¡Lo sé, lo sé! Me dejaron la vida porque soy fuerte de físico, y la belleza y gallardía natural de los pisidios, les hace aptos para que un amo romano luzca una hermosa y gallarda servidumbre, pero mis dioses tutelares me tornaron loco, para que no me forzaran a servirles como un esclavo.

— ¡Cálmate, amigo mío! –le dijo el Maestro tomándole una mano–. Tu situación es igual a la de muchos que cayeron bajo la zarpa de los invasores, y algunos de los cuales, más atormentados que tú, han podido rehacer su vida y hoy son felices nuevamente.

"¿Ves aquel gallardo mozo que lleva de la mano a esa doncella de traje blanco y manto negro?

—Sí, los veo.

—Pues estuvo tres años condenado a galeras como un esclavo del Estado Romano; su padre fue ahogado en el mar; su madre y su hermana sepultadas vivas en un calabozo durante siete años. Y era uno de los más nobles y ricos príncipes de Jerusalén, capital de Judea.

"Dios misericordioso, encontró el camino de hacerle reconquistar lo que había perdido, y pronto será dichoso en un nuevo hogar, pues la joven que le acompaña será su esposa.

— ¡Dichoso de él!; mas yo no puedo recobrar mi madre y mi niño muertos.

—Y tu esposa, ¿sabes dónde se encuentra?

—Se la llevó como esclava a Roma un tribuno que fue gobernador de Iconio. No supe más de ella y hace de esto cuatro años.

— ¿Sabes el nombre de ese tribuno?

—Sí, se llamaba Marcio Fabio a quien las furias del averno confundan con el pantano.

— ¿Y tú como te llamas?

—Jefté de Listra.

Yhasua tomó anotaciones de todos estos datos y luego dijo a su interlocutor.

— ¡Jefté!..., yo soy médico de los cuerpos y de las almas enfermas. Tu alma sufre una agonía lenta porque fue grande el dolor sufrido; pero si tú quieres, Dios poderoso te puede sanar.

— ¡No me ilusiona la vida, extranjero!... Si puedes, hazme morir antes y no me prolongues la vida. ¿Qué hago yo solo en el mundo? Sin madre, sin la esposa, sin el hijo..., ¿qué soy yo sino un árbol seco y estéril que sólo sirve para el fuego?

— ¿Y todos estos compañeros que te rodean?... –le preguntó Yhasua.

—Ni ellos me conocen, ni yo les conozco...

"Ni ellos me aman, ni yo les amo... Ellos no me sirven para nada y yo no les sirvo para nada. ¡Nulidad!... ¡Vacío..., olvido!... ¡Cenizas que se lleva el viento!... ¡Muerte que no devuelve presa! ¡Nada, nada, nada!

Yhasua irradió sobre él una poderosa corriente de Amor que produjo un ligero estremecimiento en el enfermo mental y luego le preguntó:

— ¿Y yo también soy para ti: vacío, olvido y ceniza que se lleva el viento?...

Los ojos de Yhasua húmedos de emoción atrajeron la mirada de Jefté que se quedó como pendiente de aquella mirada.

— ¡Tú, tú!... ¡Parece que me amas y que yo necesito amarte! –murmuró. El Maestro le abrió sus brazos, y aquel enfermo del alma se arrojó en ellos sacudido por los sollozos.

— ¡Amigo!... ¡Hermano mío!... –díjole suavemente Yhasua, mientras lo estrechaba contra su pecho–. Para la Bondad de Dios, no hay dolor que sea incurable, ni herida que no pueda cicatrizarse. Aún puedes esperar y confiar en que una luz nueva ilumine tu camino. ¡Jefté!... ¿Quieres prometerme que esperarás? ¿Quieres confiar en mí que soy tu amigo de corazón?... ¿Quieres creer que te hablo con el alma asomando a mis labios?... ¡Háblame! ¿No me oyes?

Los sollozos del enfermo se habían calmado lentamente hasta llegar a un silencio profundo, en el cual parecía no sentirse ni aun su respiración. Con la cabeza apoyada sobre el pecho del Maestro, parecía dormir en un plácido sueño. Yhasua comprendió que la crisis provocada por él, buscando la curación, había pasado, y que su despertar sería la luz nueva para aquella mente torturada por las terribles y dolorosas imágenes, que tan fuertemente lo habían atormentado.

Simónides observaba desde cierta distancia, y su viejo corazón se estremecía de emoción ante el cuadro magnífico que no era de la Tierra,

del amor divino del Cristo desbordándose sobre un infeliz demente olvidado de todos.

— ¿Quién otro que el Mesías Rey de Israel puede hacer cosa semejante?... –murmuraba el Anciano a media voz, mientras hacía esfuerzos porque la emoción no le arrancara lágrimas–. ¡Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob!... Si habéis permitido que estas maravillas de poder y de misericordia vean estos ojos de tu siervo, ¿qué mucho será que yo te ofrezca hasta el último aliento de mi vida, para hacer triunfar tu Enviado Divino ante la faz de la Tierra?

"¡Judá!... ¡Judá!... ¡Esther, hija mía!... –gritaba–, preparad a todos los lisiados y enfermos en el pabellón grande, en la sinagoga, para que nuestro Señor los vea a todos reunidos y les cure a todos. ¡Pronto, pronto!... ¡Que todos éstos serán servidores suyos que lo aclamarán como rey!...

—Calma, Simónides –le dijo Judá, asombrado de ver la prisa y la exaltación del Anciano–. Acordaos que Yhasua no quiere la publicidad y tú estás hablando demasiado alto.

— ¡Tienes razón, hijo mío!... ¡La felicidad de tenerle a la vista, me saca de quicio, me vuelve loco!

—Lo comprendo, Simónides, pero debemos ante todo tener prudencia para no comprometerlo.

"Y aunque no estamos aquí bajo la jurisdicción del Sanhedrín de Jerusalén, ya sabes que el alto clero con Agripa y Antipas, y con los gobernadores romanos, se entienden muy pronto cuando les conviene. Dejemos a Yhasua hacer las cosas con la discreción y prudencia que acostumbra. Podemos estar muy seguros de que todos los enfermos serán curados.

Observemos entretanto a Yhasua y Jefté. Cuando éste iba a despertarse, el joven Maestro lo apoyó sobre el respaldo del banco como estaba antes de la crisis; y al igual que si nada hubiera pasado continuó hablándole: –He tomado anotaciones para buscar a tu esposa y hacerla venir a reunirse contigo –le dijo–. Es lo justo, y creo que lo realizaré muy pronto con el favor de Dios.

"¡Judá!... –dijo Yhasua en alta voz–. ¿Quieres venir un momento?

El ex demente miraba a todos con ese aire de extrañeza, del que despierta en un lugar desconocido.

—Aquí estoy, Yhasua, ¿qué me quieres?

—Supongo que tendrás algunos amigos fieles en Roma, entre las amistades de tu noble padre adoptivo –le dijo–. ¿No podrías averiguar qué ha hecho el tribuno Marcio Fabio, que hace cuatro años estuvo en Listra de Pisidia, de la esposa de Jefté de Listra, que está aquí presente?

— ¡Marcio Fabio!... –exclamó Judá–. Fue un grandísimo pillo, que

murió abierto de una estocada por uno de los muchos enemigos que su felonía le había creado.

— ¡Justicia de los dioses! –exclamó Jefté–. ¿Qué habrá sido de mi pobrecita Soemia tan suave y dulce como una tórtola?

— ¿Soemia era tu esposa? –preguntó Judá–. ¡Oh, oh!... ¡Juicio de Dios! Se habló mucho entre los enemigos de Marcio Fabio de una hermosa esclava pisidia que era una maravilla tocando la cítara, y a la cual su amo vendió porque no consiguió someterla a su capricho aunque la hacía azotar.

— ¡Era ella!... ¡Estoy seguro que era ella por la cítara y por la rebeldía para someterla! ¡Oh, mi Soemia fiel y noble como una gacela para el amado de su corazón!... ¡Búscamela tú que conoces las madrigueras de Roma y las fieras que las habitan!... –gritaba Jefté, acercándose con febril ansiedad a Judá, como si quisiera descubrir su Soemia tras de la sombra de aquél. Yhasua dio una mirada de inteligencia a Judá que le contestó prontamente:

—Sí, amigo, descansa en mí, que yo despacho ahora mismo un correo a Roma para traerte a Soemia.

"La compró una de las más ricas damas romanas, Fulvia, respetable anciana, sobrina de aquella Fulvia, esposa de Antonio, el amante de la célebre reina egipcia, Cleopatra. Su palacio es tan conocido en Roma y tantas veces estuve en él, que iría en una noche obscura y con los ojos cerrados. Por suerte para tu Soemia, esa casa es de la antigua Roma, de aquella en que vivieron las nobles matronas guardando su casa, mientras hilaban el lino y la lana para las togas de los esposos y de los hijos.

"Vive recluida con su esposo paralítico, y su mundo está circunscrito a las verjas que cierran los jardines y bosques que rodean su morada. Muy cerca de la suya, se encuentra la hermosa villa en que pasé los cinco años que vivió conmigo mi padre adoptivo. Tengo en aquella, mi casa, el mayordomo y la servidumbre antigua, que fue de él, y que por herencia suya me pertenece. Ya ves pues, Jefté, si tengo en mis manos los medios para traerte a tu Soemia.

— ¡Ya está hecho!... –dijo Yhasua–. ¡Dios lo quiere así! Bendigámosle por su bondad y misericordia con sus criaturas. Jefté amigo mío –le dijo–, ahora no dirás que estás solo en el mundo y que todo cuanto te rodea es olvido, silencio, polvo y ceniza que se lleva el viento ¿verdad?

—Pero vosotros ¿por qué hacéis todo esto conmigo?... –preguntó, como si de pronto le acometiera el temor de verse burlado por una engañosa ilusión.

—Nuestra fe nos manda –díjole Yhasua–, que amemos a nuestros semejantes como a nosotros mismos, lo cual significa el deber de hacerte todo el bien que deseamos para nosotros.

— ¡Y sois del país de Israel!... Entonces vuestro Dios es el mejor de todos los dioses, porque ordena el bien, la justicia y el amor. ¡Soemia y yo seremos adoradores de vuestro Dios!...

— ¡Que es el único Señor de los mundos y de los seres! –le interrumpió el Maestro–. Todo lo demás son creaciones de los hombres, y fruto del atraso y la ignorancia de la humanidad.

Esa misma tarde escribió Judá una epístola a la matrona romana Fulvia que comenzaba así:

"Excelentísima amiga de mi padre adoptivo a quien ambos hemos amado tanto".

Acto seguido le exponía la dolorosa situación del esposo de Soemia, la tragedia sufrida por ambos, cuatro años atrás, y la necesidad que sentía todo noble corazón de reunir nuevamente esos dos seres cuya cruel separación les hacía infortunados. Judá añadía que él estaba dispuesto a pagar el precio que Fulvia pusiera a su esclava Soemia.

"Yo la compraré –decía Judá–, no para que sea mi esclava, sino para devolverla a su verdadero dueño, el esposo que la llora como muerta".

La epístola salió en el primer barco de la flota de Simónides que zarpó a la mañana siguiente. La llevaba el Capitán, con encargo expreso de entregarla de inmediato y traer la contestación.

Yhasua quiso aprovechar esta oportunidad para hacer con sus poderes internos, una experiencia que aún no había hecho en casos análogos a éste. Supo que la noble matrona romana que tenía a Soemia como esclava, padecía con la parálisis que había atacado desde varios años atrás a su marido.

"Quiero –pensó–, *que en el momento que su inteligencia acepte devolver a Soemia a su esposo, el paralítico sea curado de su mal. ¡Lo quiero, Padre mío, Bondad Suprema!... ¡Lo pido yo que he aceptado el más grande sacrificio que puede hacer éste hijo tuyo, Señor, por la salvación de sus semejantes!... ¡Lo quiero, lo pido!... ¡Lo reclamo con todas las fuerzas de mi espíritu!"*

Y pensando así, su alma lúcida, radiante de amor y de fe, fue cayendo como en un éxtasis de amor supremo y de voluntaria entrega de cuanto era a su Padre amante y amado. Y en la semiinconsciencia de ese sublime estado espiritual que muy pocos encarnados conocen, continuaba murmurando en voz queda, suavísima: *"¡Todo para Ti, Padre mío..., todo para Ti y para ellos!... ¡Para mí, el dolor, la ignominia, el oprobio, los ultrajes y la muerte!... ¡Así lo quiero!... ¡Así lo reclamo!... ¡Así te lo pido!..."*

Las Inteligencias encargadas de recoger los pensamientos sublimes y heroicos de los hombres en favor de sus semejantes, recogieron sin duda los de Yhasua que era como una explosión de estrellas en la inmensidad

de los espacios. Su luz, su fuerza sobrehumana por su heroico desinterés, debió formar necesaria y lógicamente, una corriente poderosa en idéntico sentido, modo y forma en que la creó su autor.

Cuando este secreto poema del alma de Yhasua, solitario en su alcoba en la posada "Buena Esperanza", se desarrollaba sin ruido en el fondo de su propio Yo, en la otra orilla del Mediterráneo, en la costa occidental de Italia, a la orilla del mar, en la región del Lacio, donde las antiguas familias patricias tenían sus villas de reposo en los ardores del estío, bajo las frondosas arboledas y entre un laberinto de macizos cubiertos de flores, una anciana de blanca cabellera, la dueña de aquella posesión, se hallaba tendida en un canapé, y a su lado una bella joven de mirada melancólica que ejecutaba una hermosa melodía en la cítara.

—Soemia –le decía la dama cuando terminó de tocar–, ¿serías capaz de privarme de tu compañía y de tu música, si de pronto trajeran la noticia de que tus familiares te han encontrado?

— ¡Mi señora!... ¡Pensad cómo se ama a una madre, a un hijito... a un esposo! ¡Tendría grande pena de abandonaros!... pero, ¿qué estoy diciendo?... Si yo soy vuestra esclava, y sin vuestro beneplácito jamás podría apartarme.

—Desde que viniste a mi lado, estoy luchando conmigo misma para no quererte, Soemia, sino como a una sierva que me complace en todo, por el temor de que tu situación cambie de pronto y yo pueda perderte.

"Bien ves que la parálisis de mi marido me deja en una soledad completa. Mis dos hijos murieron con gloria en las naves del Estado, y sólo de año en año veo a las nueras corintias.

"¡Oh, Soemia!... ¡Si en vez de nacer en Listra hubieras nacido en el Lacio, en esta deliciosa villa a orillas del mar y hubieras sido mi hija! –la joven recostó confiadamente su cabeza sobre la mano de su ama que caía al borde del canapé, y lloró silenciosamente–.

"¡Cuánto amas a los tuyos Soemia!, yo te prometo reunirte a ellos si les encontramos aún vivos. Pero yo pondría precio a esa libertad, y ya que nada posees en tu país porque vuestros bienes fueron confiscados y vendidos, yo te adoptaría por mi hija conforme a la ley, y vivirías con los tuyos en este palacio de verano, retirados de las vergüenzas de Roma que no es por cierto la que conocieron mis abuelos.

Era éste el mismo momento, en que el gran Ungido, elevado al infinito en el éxtasis divino de su oración de amor por sus semejantes, reclamaba de su Padre, el poder de curar a distancia la parálisis del marido de Fulvia, ama de Soemia, si aquella mujer daba la libertad a su esclava.

El mar estaba de por medio entre Yhasua que emitía aquellos sublimes pensamientos, como cables de oro conductores de su formidable energía, y el anciano matrimonio del Lacio, mas la distancia nada es

para la transmisión del pensamiento, cuando la fuente de que emana es límpida y pura, y es el amor quien lo impulsa.

— ¡Fulvia!... ¡Fulvia!... –oyeron de pronto el grito de Flaminio que desde un balcón llamaba a su esposa. Soemia corrió la primera y encontró al anciano de pie junto al balcón abierto.

— ¡Estoy curado, estoy curado! –decía a gritos.

Fulvia llegó y se quedó paralizada de asombro.

—Cuando dormía –siguió diciendo Flaminio–, soñé que un hermoso mago, joven y bello como un dios Apolo, me levantaba del lecho y me mandaba caminar. Cuando me desperté, vi blandos mis pies y manos y que me obedecían dócilmente... ¡Los dioses han tenido piedad de nosotros!...

Ambos ancianos se abrazaron llorando de felicidad.

Y Soemia pensaba:

— ¡Sólo yo no tengo dicha alguna en el mundo, en medio del cual estoy sola como una hierba inútil, que no sirve sino para pisotearla y quemarla!...

Iba a romper a llorar con indecible amargura, cuando una imagen impalpable y tenue se diseñó ante ella en la penumbra de la habitación. Era un hermoso joven de cabellos y barba rubia, con ojos luminosos y claros como reflejos de un sol de ocaso.

— ¡El Apolo que curó al amo! –dijo, e hizo señal de silencio a los dos ancianos, que estaban percibiendo también la visión en la penumbra del cortinado púrpura que cubría el balcón.

Los tres cayeron de rodillas y la aparición se hizo más y más perceptible.

"—No soy un mago –dijo con voz suavísima–. *¡Soy el Mesías Salvador de oprimidos y sufrientes, que esperan con fe y amor; el anunciado por los augures y profetas de todos los pueblos, que adoran al Dios Único, Señor de todos los mundos! Soy la Fe, la Esperanza y el Amor, y porque los hay en vosotros, estoy aquí en espíritu, para consolar vuestras almas y decir a Soemia, que Jefté su esposo, vive, y que pronto se reunirá con ella.*

"Contad dieciocho días desde hoy, y os llegará epístola de Antioquía con la noticia que os anticipo. Una fe nueva..., la fe en el Dios Único que gobierna los mundos, será para vosotros la estrella del reposo en los años que aún viviréis en la Tierra".

El pensamiento de los tres interrogaba: ¿Quién eres?...

"—Soy el mensajero de ese Dios Único, que no admite rivales en el corazón de sus hijos. Llamadle Dios-Amor y Él reinará en vuestras almas como único soberano".

La aparición se fue disgregando como una nube de gasa blanca que el viento destejiera, hasta quedar tan solo el sitio vacío en la penumbra en que se había formado.

Aquellos tres seres arrodillados no acertaban a moverse ni hablar, y sólo sus miradas se interrogaban mutuamente.

La poderosa vibración se fue también extinguiendo en el ambiente y Flaminio fue el primero que pudo levantarse. Levantó a su esposa y luego a Soemia que más sensitiva que los otros, fue quien más percibió la profunda sensación de lo infinito y extraterrestre, que allí había subsistido por unos momentos.

Yhasua por su parte, al despertarse a la realidad física, estaba seguro de lo que había ocurrido allá en la otra orilla del Mediterráneo; pero guardó silencio, porque aún no había a su lado ninguno preparado para comprender las ocultas verdades que guarda el Supremo, en la inconmensurable grandeza de sus leyes eternas.

—Baltasar, Gaspar y Melchor, los videntes de la Luz Divina, y mis Maestros Esenios, comprenderían lo que acaba de ocurrir –murmuró el joven Maestro a media voz–. Mientras no llegue toda la humanidad a lo que llegaron ellos, ¡cuán incomprendido y solo deberé sentirme mientras viva como hombre, como se sentirán así mismo los que sigan andando sobre mis huellas!

Encontremos nuevamente a los demás personajes que en los suburbios de Antioquía estaban aquella mañana, y que al igual que el mendigo del Arco de Triunfo, que el giboso encontrado a la llegada a Gisiva y el enfermo mental Jefté, fueron vueltos a la salud física y moral por la suprema energía del Verbo-Dios.

Hemos narrado con detalles, sólo estas tres manifestaciones del Poder Divino en Yhasua y la del romano Flaminio, porque fueron las más extraordinarias que se realizaron aquel día memorable, en el que puede decirse con toda verdad, que quedó fundada en Antioquía la primera congregación, que años más tarde tomaría el nombre de Cristiana.

Gisiva y Carandama fueron llamadas después: el arrabal de los santos, y fue la floreciente iglesia de Cristo, que encontró el apóstol Bernabé enviado desde Jerusalén por los Doce, para cerciorarse de lo que ellos creían exageradas noticias, referentes a la prosperidad espiritual y económica de aquella organización, abierta a todos los hombres y a todas las razas, tal como lo había soñado el Divino Maestro.

Los fundamentos materiales de aquella primera y más floreciente congregación cristiana, fueron los tesoros pertenecientes al príncipe Judá, hijo de Ithamar, administrados siempre por el mago de los negocios honrados, Simónides de Antioquía, cuyo nombre originario era simplemente Simón de En-Rogel, pues que había nacido en el Jardín del Rey, hermoso suburbio de Jerusalén, que conservó ese nombre desde que Salomón construyó allí el palacio para su esposa egipcia, hija del Faraón. Al vulgar Simón le había añadido dos sílabas para darle tinte griego, y ocultar así

aquel terrible incidente en que casi perdió la vida, a no ser salvado por el príncipe Ithamar de Jerusalén, como bien recordará el lector.

Un tenue reflejo de estos sucesos, se encuentra en las *Actas de los Apóstoles*, pero tan vagos e imprecisos, que dejan muy en la sombra los grandes trabajos misioneros realizados desde doce años antes de la muerte del divino Redentor.

En ninguna parte de Palestina y Siria adquirió mayor fuerza y esplendor la Santa Alianza, que en la populosa Antioquía, cuya enorme población venida de todas las partes del mundo, se prestaba a las mil maravillas para realizar el sueño divino del Cristo: la unificación de todos los hombres en una sola fe, en una sola esperanza y en un solo amor.

Allí no se preguntaba ¿cuál es tu fe, tu culto, tu religión?, sino ¿cuál es tu pena, tu dolor, tu necesidad?

Curado el dolor moral o físico, surge en los seres la gratitud como una hermosa flor exótica, que se aclimata de inmediato en las almas redimidas por el más puro y desinteresado amor.

Cuando nuestros amigos llevaban ya veinte días en la opulenta metrópoli oriental, llegó de Roma una nave de la gran flota que enorgullecía a Simónides, y a bordo de ella venía el mensajero enviado por él para tramitar secretamente con el ministro Seyano, favorito de Tiberio emperador, la reivindicación de la esposa e hijos del príncipe Ithamar de Jerusalén, en forma de que no pudiesen ser molestados por ninguna autoridad representativa de César en Palestina y Siria, y tuviera la libre posesión de sus bienes. Ya supondrá el lector que los ministros favoritos de aquel tiempo no eran diferentes de los actuales, lo cual quiere decir que uno era el documento oficial que acreditaba dicha reivindicación, firmada y sellada por el emperador, y otro el documento secreto del ministro, por el cual aconsejaba, en previsión de un posible cambio en la voluble voluntad del omnímodo y absoluto soberano, que los bienes de fortuna pertenecientes a la mencionada familia, estuviesen a la sombra de varios nombres de personas, cuya amistad era conveniente a Roma.

Y el sagaz ministro, en pocas palabras, hacía comprender el profundo significado de su consejo:

"Una cabeza se corta de un golpe, muchas cabezas exigen una combinación de hábiles golpes para no dejar rastro. Tu generoso regalo, buen Simónides, merece éste consejo que en muy raras ocasiones doy. Y puedes estar seguro de que quedo a tus órdenes para cuanto necesites en Roma".

No era para menos, pues el hábil ministro de Tiberio había recibido un envío de Simónides, de diez libras de oro en barrillas.

— ¡Qué bueno es el oro para comprar la voluntad de los miserables! –decía el Anciano, acostumbrado ya a ver de cerca las ruindades humanas–.

Las vidas de los que amamos y su dicha y su paz –continuaba filosofando fríamente–, valen mucho más de lo que he mandado a las arcas de ese bastardo con alma de chacal.

Y el genial talento comercial de Simónides, puso la cuantiosa fortuna de Judá y su familia, que él llamaba *"los tesoros del Rey de Israel"*, bajo el escudo de seis nombres, para él, de absoluta confianza.

Judá hijo de Ithamar su verdadero dueño, el Príncipe Melchor de Horeb, el Hack-Ben Faqui de Cirenaica, el Scheiff Ilderín de la Arabia occidental; de Sambalat de Chipre, su agente en Roma desde que entró al servicio de Ithamar, y de Helena de Adiabenes, madre del joven rey Izate Abenerig de Shinar, en la Mesopotamia.

De todos ellos tenía el Anciano en su poder, crecidos depósitos en oro y letras a cobrar, que le servían de garantía en caso de fallecimiento o de cualquier otra eventualidad.

Bien seguro del éxito en sus hábiles combinaciones financieras, el buen Anciano presentó a Yhasua un papiro con todo detalle, y en presencia de Judá y de Faqui le dijo:

—Mi soberano señor Rey de Israel; dignaos poner aquí vuestra firma como aprobación de las medidas de seguridad que tomo de los cuantiosos tesoros de vuestro Reino.

Yhasua lo miró sonriente.

—Mi buen Simónides –le dijo–, con su habitual dulzura. ¿Cuándo te convencerás de que en mi Reino no es necesario el oro?

—Sí, mi Señor, será como dices, pero mientras no te vea sentado sobre el trono de Israel y dueño de todo el mundo, mi deber es asegurar los caudales con que se fundará tu Reino dentro de breve tiempo –contestó el Anciano, manteniéndose ante Yhasua con el papiro extendido y la pluma de garza mojada en tinta.

—Bien, Simónides; si para tu paz es necesaria mi aprobación de tus actos administrativos sobre estos valores, aquí tienes mi firma que te doy de buena voluntad.

60
EL SCHEIFF ILDERÍN

Aún estaban en esta operación, cuando un criado anunció en la puerta del gran despacho, que el Scheiff Ilderín con una gallarda escolta de veinte lanceros acababa de desmontar a la puerta de la posada "Buena Esperanza".

Simónides y Judá salieron a recibirle. El famoso caudillo árabe cuya popularidad en todo el cercano oriente lo había hecho respetar de los

Cónsules y Gobernadores romanos, a quienes la conveniencia aconsejaba tenerlo de amigo, abrazó efusivamente al Anciano Simónides, felicitándole por su maravillosa curación de la que le habían dado noticia.

— ¡Mi generalísimo!... –dijo estrechando las manos de Judá–. ¡En el Huerto de las Palmas se adormecen tus caballadas y se enmohecen las lanzas!... ¿Cuándo hacemos sonar la clarinada de alerta?

—Serás tú mismo quien lo diga cuando llegue la hora –contestó Judá.

—Estoy ansioso de conocer al joven soberano de Israel cuya presencia en Antioquía debe marcar el comienzo de nuestra edad de oro –dijo el caudillo–.

"Llegué ayer de los montes Basán, y hoy me tenéis aquí sin haberme sacudido bien el polvo del camino.

Aquel hombre se hacía simpático a primera vista. Demostraba tener cuarenta y cinco años. Su mirada era franca y leal, cuando un verdadero afecto lo acercaba a los que le merecían el nombre de amigos. Pero se tornaba áspera y aguda como un puñal, para aquellos en quienes sospechaba falsedad y mentira.

El príncipe Melchor de Horeb por el cual sentía un amor reverente y profundo, le había instruido sobre la ciencia divina que ayuda a los hombres a encontrar los caminos de Dios entre los áridos desiertos de la vida terrestre. Pero el alma del valeroso hijo del desierto, no volaba tan alto como para concebir la idea sublime de un Salvador del mundo oprimido, que no fuera un poderoso rey a la cabeza de un invencible ejército.

Su vestidura toda blanca, su gran manto flotante al viento sujeto al cuello por una cadena de oro, su turbante rojo con plumas blancas prendidas con un grueso broche de rubíes, sus armas radiantes de oro y pedrería, le daban el aspecto de un príncipe de leyenda, envuelto como en una aureola de fantástica grandeza. Judá hizo desmontar a la escolta que con las cabalgaduras penetraron por la gran puerta de los carros.

Y como en la posada "Buena Esperanza", Simónides había tenido buen cuidado de que se hallasen a gusto los viajeros de todas las razas y pueblos del mundo, al Scheiff Ilderín le recibió en la que llamaban Sala de los árabes, vasto recinto circundado de divanes y con la fuente de mármol de bordes bajos al centro del pavimento para las frecuentes abluciones que ellos estilan, y que son mitad ceremonial de su credo, y mitad necesidad higiénica de su vida, en un clima de fuego y azotados de continuo por las cálidas arenas del desierto.

— ¡Oh! ¡Dios, eterno esplendor! –exclamó dejando turbante, manto y armas, y tendiéndose en un diván–. Bien sabes que en pocas partes me encuentro tan a gusto como en esta posada de mi buen Simónides,

donde hasta el aire que respiro huele a fruto de palmeras y flores de arrayán...

—Y esta vez te encontrarás en el paraíso, hasta con la presencia de un arcángel de oro, de los que pueblan vuestros cielos decorados de esmeraldas y amatistas –le contestó Simónides, sentándose en un sillón junto a su visitante–.

"Judá habrá ido por él –continuó el viejo en quien crecía por horas la satisfacción interna que le desbordaba al parecer por todos los poros del cuerpo.

— ¿Por quién? –preguntó curioso el Scheiff.

—Pues, ¿por quién ha de ser?..., por nuestro soberano Rey de Israel que habita esta misma posada. Por algo se le llamó "Buena Esperanza".

— ¡Majestad de Dios! –exclamó el árabe, incorporándose en el diván–. ¿Entonces le tienes como cosa tuya, Simónides, a tu lado, en tu casa, comiendo a tu mesa?... ¿Será posible?

— ¡Oh, y tan real! ¡No era en vano mi fe y mi esperanza, amigo Ilderín!... Jehová colmó mi vaso de su bondad y de su gloria, y no cabe ya ni una gota más. ¡Aquí viene!... ¡Aquí viene como un sol de amanecer!

Yhasua avanzaba por una columnata interior con Judá y Faqui, ansiosos de conocer al Scheiff Ilderín.

El árabe saltó del diván y se plantó gallardamente en el centro del vasto recinto, mientras sus ojos devoraban con una honda mirada aquella grácil figura blanca y rubia que avanzaba por la columnata.

—Es el del centro, ¿verdad?... ¡Oh, oh!... Dices bien, Simónides, es un arcángel de oro en los esplendores de Dios.

—He aquí buen Scheiff, que tu generalísimo –díjole Judá–, te trae la gloria antes de haber luchado. Aquí tienes al esperado de Israel

— ¡Señor!... –murmuró el árabe tratando de doblar una rodilla en tierra y con sus ojos pendientes de los ojos dulcísimos de Yhasua, que le tendió ambas manos y lo estrechó sobre su corazón.

—Como lo hago con el príncipe Melchor –le dijo–, lo hago contigo en quien veo brotar la llamarada viva de un verdadero afecto.

Cuando aquel bravo hijo del desierto se desprendió del abrazo de Yhasua, tenía en sus mejillas dos gruesas lágrimas que buscaban el refugio de su negra y rizada barba.

Lector amigo, paréceme leer en tu pensamiento, educado ya en la alta escuela de Divina Sabiduría, a través de esta obra y de otras obras en que tu ansiedad habrá espigado en busca del conocimiento de las inmutables leyes de Dios. Paréceme ver que tu pensamiento corre muchos siglos hacia atrás, y se detiene ante un cuadro profundamente emotivo: Abel, el dulce Abel de la prehistoria, abrazándose con su padre Adamú, cuando el joven apóstol regresa de una de sus jornadas misioneras, y

encuentra al autor de sus días atormentado por una tremenda borrasca espiritual.

—Traigo para ti, ¡oh, Scheiff! –dijo Yhasua–, esta epístola de nuestro amigo el príncipe Melchor. –Y sacó de entre su túnica, la misiva cubierta con finísima envoltura de tela de lino, según el uso de aquel tiempo.

—Cuando el gran hombre eligió un mensajero semejante, graves asuntos deben tratarse aquí. Con vuestro permiso –dijo, dirigiéndose a todos, y abrió la epístola.

La leía a media voz. Escuchémosle y refrescaremos la memoria sobre la tal epístola que decía así:

"Alejandría a días 20 de Nizan (enero) del año 3250 de Mizraim.

"Al Scheiff Ilderín de Bosra, con quien sea la paz de Dios.

"Hace veinte años que salvaste la vida a tres extranjeros, que salían de los montes de Moab, donde se habían refugiado, huyendo de la cólera de Herodes el Idumeo.

"Recordarás buen Scheiff, los relatos que te hicimos de aquella luz misteriosa que nos guió hasta Betlehem, donde había nacido el que esperaba el mundo de los idealistas, buscadores de justicia y de verdad.

"El portador de la presente, es aquel niño del cual te hablaron los tres extranjeros perseguidos; es el que Israel espera anunciado por sus profetas. Y si Dios te entrega así su secreto, es porque tú lo mereces y porque sabes lo que te corresponde hacer.

"El joven profeta Yhasua de Nazareth, hijo de Yhosep y de Myriam, de la estirpe de David, te dirá lo que pueda necesitar de ti en auxilio de las obras que deba realizar.

"Tu buen sentido y noble corazón no necesita de otras explicaciones; bien lo sé, porque te conozco.

"Para servirte siempre. Melchor de Heliópolis. Príncipe de Horeb".

— ¡Majestad de Dios!... ¡Pobre de mí que poco valgo para un secreto tan grande!... –exclamó el árabe mirando a todos con asombrados ojos–.

"Sí, sí, todo esto lo recuerdo bien y como si fuera ayer, pero digo toda verdad: en aquel entonces no tenía yo treinta años, y mi sangre era fuego que hervía en mis venas. Vivía aún mi padre y a no ser por él, yo hubiera arremetido a sangre y fuego arrastrando conmigo a todo el oriente en contra de Roma conquistadora y cruel. Lleno mi corazón de odio y deseos de venganza, recuerdo muy bien que las confidencias de los tres sabios extranjeros me sonaron como una música extraña, ajena a nuestro ambiente, a nuestra situación actual y a lo que es nuestra vida en la Tierra.

"De todo cuanto me dijeron sólo comprendí dos cosas: que sus vidas eran limpias como el agua dulce de las fuentes en los oasis; y que ellos

decían la verdad, en cuanto a que el Poder Divino debía mandar un libertador para el mundo avasallado por la loba romana.

"Veinte años han pasado desde entonces, y ellos han pesado mucho sobre mi vida. Los relatos de los sabios extranjeros se han ido haciendo más y más comprensibles para mí, y las explicaciones de Melchor sobre Dios, los mundos y las almas de los hombres, han iluminado hasta lo más hondo de mi espíritu. El odio se ha ido apagando poco a poco, y hoy sólo queda el anhelo de la justicia, de la libertad y de la paz.

"Si tú eres, ¡oh, joven príncipe hijo de David!, el que ha de darnos a todos justicia, paz y libertad, todo el desierto de Arabia se levantará a mi voz como un solo hombre, para levantarte a más grandes alturas que las que escaló Alejandro, Aníbal y Julio César.

"Melchor bien lo dice aquí; que tú, Señor, dirás en qué puede servirte este hijo del desierto.

—Mi buen Scheiff Ilderín –le dijo Yhasua–. Tú me hablas como un hombre de armas en la hora actual, en que nadie ve otra gloria que la obtenida por ejércitos poderosos. Yo te hablaré como un hombre que ha bebido la Sabiduría Divina, gota a gota, hasta desbordar en su corazón.

"¿Has pensado alguna vez, Scheiff, en la causa y origen de todas las dominaciones y las esclavitudes?

—Sí, príncipe, lo he pensado: los hombres de occidente tienen el corazón de granito y sus fauces de fiera hambrienta. La idea de Dios ha huido de ellos... Su ley es la del más fuerte, y ningún sentimiento noble y generoso suaviza las fibras de hierro de sus corazones puestos hace mucho en el filo de sus espadas. Hieren, roban y matan porque no saben hacer otra cosa para conquistarse un puesto satisfactorio en el mundo.

—Todo cuanto has dicho, es una fiel pintura de la realidad, pero es sólo un efecto. La causa es otra, ¡oh, noble hijo de Arabia legendaria! –dijo Yhasua–. Yo pienso a mi vez –continuó el Maestro–, que el mundo ha caído bajo la dominación romana por su propio atraso moral e intelectual. La ignorancia es la que ha forjado uno tras otro los eslabones de la cadena que aprisionan nuestros países.

"La luz de la Divina Sabiduría, fue apagada hace siglos por la ambición y el egoísmo de los hombres, que se dividieron unos de otros en tantas formas y modos, que hay momentos en que hasta llegan a olvidarse de que todas las razas y todos los pueblos son absolutamente iguales en su origen y en su destino.

"El rey, cree que es de distinta naturaleza que sus esclavos y servidores, y que por tanto debe vivir de la manera más opuesta a la vida de aquellos. Todo para él, nada para los otros sino el yugo sobre la cerviz.

"Es necesario que los reyes, como los esclavos, sepan que sólo Dios es grande, invencible, inmutable, dueño y señor de todo cuanto existe; y

que todos los demás, así estén ceñidos de una corona, como amarrados a una cadena somos ínfimas criaturas suyas, incapaces de crear una hormiga, ni añadir un cabello a nuestra cabeza, ni cambiar el color de nuestros ojos, ni la estatura a nuestro cuerpo. Todos nacemos por igual y todos morimos igualmente. Si alguna grandeza puede conquistar el hombre, es la que se obtiene por el mayor acercamiento a la grandeza de su Creador.

"Destruida la ignorancia en las masas de los pueblos, quedará destruida la causa de las dominaciones y de las esclavitudes.

"¡Oh, buen Scheiff!... Créeme que no me ilusiona absolutamente el oírme llamar príncipe o rey, pero sí el llamarme Maestro, venido desde otros mundos para destruir la ignorancia, dando a ésta humanidad el agua viva de la Verdad Eterna. En esta tarea estoy empeñado, aún antes de que la Eterna Luz iluminara mi conciencia, y me descubriera el por qué de mi venida a este mundo.

"¿Quieres ayudarme? ¿Quieres llevar mi lámpara encendida a través de tus desiertos abrasados de sol, por los desfiladeros de tus montañas, por entre las sombras de tus palmeras, en los oasis donde murmuran las fuentes?"

— ¡Señor!... ¡Todo lo quiero hacer por ti!... Mas, ¿qué podrá la claridad de tu lámpara y la melodía de tus palabras, ante las legiones romanas que pasan como vendavales de fuego, devastándolo todo cuando los pueblos se resisten a someterse?

—Mi obra salvadora no es para un día ni para un año, Scheiff –contestó Yhasua–. ¡Es para muchos siglos!..., para largas edades, o sea, hasta que los hombres hayan aprendido a amarse unos a los otros, y hayan llegado a comprender que ante el Atmán Supremo, tanto vale el alma de un rey como la de un esclavo, que todas son criaturas suyas destinadas por Él a una suprema felicidad; ¡que ningún ser por grande que sea, es dueño de la vida de sus semejantes, y que matarse unos a otros por unos estadios de tierra, es la mayor aberración que pueden cometer los hombres!

"¿Qué hizo Alejandro el macedonio, con todas las vidas que sacrificó a sus estupendas conquistas? Ensanchó sus dominios por cierto número de años, y hoy su momia duerme en eterna quietud en el Museo de Alejandría, mientras su espíritu errante y enloquecido escuchará por largos siglos las maldiciones de sus víctimas, que no le dejarán momentos de reposo ni en el espacio infinito, ni en las vidas físicas que realice en adelante, hasta pagar a la Justicia Divina la última lágrima que hizo derramar a los caídos bajo el casco de sus corceles de guerra, al empuje irresistible de sus ejércitos triunfadores.

"¿Qué fue de Antíoco, de Nabucodonosor, de Asuero y de la grandeza de sus imperios que abarcaban desde el Mediterráneo hasta el Indo?

“Gloria efímera y momentánea, hoy reducida a un hecho que pasó, dejando como única cosa duradera, el dolor de siglos de esos espíritus, que en toda la inmensidad del infinito no encuentran un lugar donde ocultarse, a donde no les siga como un enjambre terrible, la maldición y el odio de todos aquellos a quienes consiguieron aplastar con sus carros de oro de triunfadores.

“Cambiando de amos como de vestidos, sus pueblos fueron invadidos, dominados y esclavizados por otros.

“¡Ya ves, mi buen Scheiff Ilderín, que la grandeza y felicidad de los pueblos, no se consigue por las armas, sino por la elevación moral de las masas, cuando se extiende sobre ellas un manto de amor y de luz que despierte las conciencias a la Verdad Eterna, y a su ley soberana que dice al hombre en todos los tonos!:

“Eres igual que tu hermano al cual debes amar como te amas a ti mismo”.

Yhasua calló y el caudillo árabe quedó profundamente pensativo. Simónides, Judá y Faqui comprendían muy bien este silencio, pues les hacía revivir el momento de lucha interior por el que todos ellos habían pasado antes de ponerse a la altura de la Idea Divina expresada por el Hijo de Dios: *La elevación intelectual y moral de los pueblos, no la matanza y la devastación; el amor fraterno que hace florecer hasta las ruinas; no el odio que destruye y mata para engrandecer a los unos, oprimiendo a los otros; la igualdad humana como un rosedal en flor, donde cada planta tiene el agua, el aire y el sol que necesita para su crecimiento, su vida plena y su esplendorosa floración.*

Como el gran silencio se prolongara, Yhasua lo interrumpió:

— ¡Scheiff Ilderín! –dijo–. ¿Puedo contar contigo para mi obra de liberación?

— ¡Sí, Profeta de Dios y Rey de Israel! Cuenta conmigo y con mis aliados y seguidores aunque tengamos que sacrificar nuestra vida a la hidrofobia romana. ¡No alcanzo a llegar hasta la cumbre de luz y de sol en que te veo, Señor!... ¡Pero sé de cierto que eres el Salvador del mundo y te sigo aún sin acabar de comprender tu grandeza! Cuando sea la hora, Dios se dignará iluminarme para que mi pequeñez se ponga a tono con su Voluntad Soberana.

—He ahí la franca y leal respuesta de este hijo del desierto, que no tiene dobleces en su corazón –dijo el Maestro, dirigiéndose a los demás–.

“Que Dios te bendiga, noble Scheiff Ilderín, y multiplique para ti sus dones porque eres fiel buscador de la Verdad Divina...

—Gracias, Señor, y puedes mandar como gustes a este servidor incondicional.

— ¡El desierto es nuestro! –decía Judá–. ¡Hemos conquistado al desierto!

— ¡Y para siempre! –añadió Faqui.

— ¡Poco a poco, amigos míos! –dijo el joven Maestro–. En este plano físico tan inferior, no puede decirse muy alto esa inmensa palabra: "para siempre", que encierra en sí la idea de eternidad.

"En los mundos de escasa evolución como éste, las grandes ideas emanadas de la Divinidad, se siembran innumerables veces porque el mal ahoga la buena simiente, cuando sólo ha triunfado en las porciones de humanidad más adelantadas.

"En la hora presente el desierto será nuestro, porque el Scheiff Ilderín con todos los suyos será su incansable sembrador. Más no soñemos con que la simiente arrojada a la tierra por él, perdure para siempre. Los siglos son como la marejada, que trae simientes dañinas que lamentablemente van ahogando la buena hasta hacerla desaparecer. Pero, ¿qué importa? ¿No es eterna la vida? ¿Muere acaso el alma humana, llama viva encendida en cada ser por la Eterna Inteligencia?

"Hoy es el Scheiff Ilderín el sembrador del desierto de Arabia, como Faqui lo es del desierto de Sahara, y Judá de la Palestina y Roma, y Simónides de la Siria y de todas las regiones donde llegan sus naves y sus caravanas.

"Cuando la marea devastadora de los siglos y de las inconsciencias humanas, destruya esta magnífica siembra, otras inteligencias o acaso las vuestras mismas, con nuevas existencias físicas, removerán los perdidos surcos, que vuestro arado de sembradores eternos abrirá nuevamente.

"¡Oh, mis amigos de la hora presente!..., si en este pequeño e imperfecto mundo pudiéramos decir con toda verdad la inmensa palabra "para siempre", no habría dominadores ni esclavos, no habría hambre para unos y hartura para otros, sino que todos, como una inmensa caravana de hijos de Dios caminarían unidos de la mano bajo la mirada de su Padre, sintiendo todos por igual en sí mismos la suprema felicidad del amor.

"Yo sé que vosotros cuatro –continuó diciendo Yhasua–, os sentís como fascinados por estas pinturas vivas que os hago de la Verdad de Dios; pero no llegáis a comprender cómo y de qué manera ha de triunfar el bien sobre el mal, sin la fuerza de las armas. ¿Verdad que es así?

Los cuatro oyentes se miraron y a una sola voz dijeron:

— ¡Es cierto!... ¡Es toda la verdad!

—Bien, pues: ese triunfo será la obra de la Santa Alianza, y la lucha durará veinte siglos completos, que es el tiempo que falta a la humanidad de este planeta para cambiar de evolución. Cuando ese plazo se cumpla, la Justicia Divina hará lo que no hayan podido terminar los sembradores del Amor.

— ¿Entonces, nuestro ejército en formación, queda anulado por completo? –preguntó el Scheiff Ilderín.

—No –dijo Yhasua–, no está en contra de la Ley Divina que el hombre sea capaz de defender sus derechos. Y para que tengáis una idea de lo que otros hombres inspirados por la Divina Sabiduría hicieron muchos siglos atrás, os referiré lo que he leído en viejos archivos donde se guardan historias de edades pretéritas:

"Hubo en los valles del Nilo una gran Escuela de Divina Sabiduría que extendió su acción benéfica hasta las praderas del Éufrates. Se llamaba Fraternidad Kobda; y de tal manera derramó claridad sobre los hombres, que se unieron innumerables príncipes y caudillos con sus pueblos respectivos, formando como una entidad conjunta que se denominó "Gran Alianza de Naciones Unidas". Esta entidad dictó leyes sabias inspiradas por la sabiduría de los Kobdas, y una gran paz y prosperidad reinó en el mundo civilizado de entonces. Pues bien; estas Naciones Unidas, formaron un gran ejército de arqueros, aportando cada cual un cierto número de individuos, cuya consigna era formar una cadena de defensa alrededor de todos los pueblos afiliados a la Gran Alianza. Esta circunstancia y la ayuda mutua que estaban obligados a prestarse unos a otros, despertó en otros pueblos el deseo de entrar en ese maravilloso conjunto, donde todos vivían felices cuanto se puede ser en esta Tierra.

"Y así llegó la Fraternidad Kobda a extender su acción sobre tres continentes. Desde la Etiopía en el África oriental hasta los países del hielo en la Europa del norte, y desde las Columnas de Hércules (Gibraltar) hasta el Indo y los países del Caspio, se extendía la magnífica red de oro que envolvía suavemente a la inmensa colmena humana, que trabajaba en paz y armonía bajo la mirada del Dios-Amor.

"La humanidad de hoy, amigos míos, no es diferente de la de aquel entonces, y sólo es necesario un plantel de almas sin egoísmo, sin interés ni ambiciones, que se capacite para imprimir estos magníficos rumbos a la humanidad de hoy. ¿Dónde están esas almas?

"Las tengo a todas en torno mío; aquí estáis vosotros cuatro como dirigentes; en Jerusalén están otros cuatro: José de Arimathea, Nicodemus, Gamaliel y Nicolás de Damasco; en Betlehem otros cuatro: Elcana, Josías, Alfeo y Eleazar. En Galilea, Simón con los amigos cercanos al Tabor. ¿Cuántos surgirán como retoños nuevos de estos árboles ya fuertes en los caminos de la Luz?

"Y esto sin contar con dos astros de primera magnitud en las bocas del Nilo y en la Arabia de Piedra: el Príncipe Melchor y Filón de Alejandría. Y en la Persia resplandece la lámpara de Baltasar. Y en el Indo, la antorcha de Gaspar. ¿Qué decís vosotros a todo esto?

— ¡Mi soberano Rey de Israel!... –exclamó Simónides–, ¡eres un sol

que lo ilumina todo con su arrebol dorado!... ¡Oyéndote se me figura este mundo como un jardín de encantos!... ¡Ojalá sea tu sueño una realidad, Señor, para que nadie llore sobre la Tierra!

— ¡Es que debemos ser capaces de hacerlo así! –dijo con firmeza Faqui, el príncipe de Cirene.

—Falta que hable el Scheiff Ilderín y Judá –observó el Maestro.

—Yo pensaba –dijo el caudillo árabe–, en cuántas lanzas necesitaré para guardar desde la cordillera de Jebel hasta Thipsa sobre el Éufrates.

—Y yo –dijo Judá–, pensaba en cuánto oro tendré que pedir a Simónides para comprar la aprobación sacerdotal en Jerusalén y la condescendencia herodiana en Galilea.

—En cuanto a eso, déjame a mí, Judá mío –arguyó Simónides–, que en el arte de convencer con un bolsillo en la mano, soy consumado maestro.

Yhasua sonrió bondadosamente mientras decía:

—Comprar con oro el buen obrar de un hombre no es excelente cosa, pero es siempre mejor que levantar armas contra nuestros semejantes y despojarles de la vida. Cuando de males se trata, optar por el menor de ellos es prudente medida.

—Mi hijo mayor –dijo de pronto el Scheiff–, quiere contraer nupcias con una hermosa doncella de vuestra raza, y que es de la sangre de un héroe ilustre, sacrificado a la liberación de su patria. Es hija de la hermana de Judas de Galaad. La pretende también un hijo del Tetrarca Felipe, tercer hijo de Herodes el Idumeo, porque no quiero llamarle Herodes el Grande. Mas la niña prefiere la muerte a verse unida en matrimonio con esa raza de víboras. Su madre viuda, no se siente capaz de defenderla en contra del Tetrarca que seguramente hará causa común con su hijo. Viven en el país de los gaulonitas, a cuarenta estadios de Betsaida que está bajo el dominio del mencionado Tetrarca. El padre de la doncella, es hijo del caudillo príncipe de los itureos, que al morir, dejó a su viuda y a sus hijos, las tierras y bosques desde el Mar de Galilea hasta Cesarea de Filipo.

— ¡Oh!..., sí; le conozco como a mis manos –dijo el Anciano Simónides–. La doncella debe ser hija de Jair, con quien hice buenos negocios. Hombre honrado a carta cabal, incapaz de apropiarse de un denario que no sea suyo, tenía uno de los mejores rebaños de camellos y dromedarios del país. Sus caravanas se unían con las mías en Damasco para seguir juntas hasta Filadelfia.

“¡Buen casamiento para tu hijo, Scheiff Ilderín!

—Lo sé, lo sé –contestó el caudillo–, pero me coloco frente a frente con el Tetrarca Felipe, que de seguro habrá echado los ojos a los cuantiosos bienes que llevará en dote la doncella.

—Mira Scheiff: tengo veinticinco años más que tú y conozco a los

hombres que hoy gobiernan estos pueblos esclavizados, como a los asnos de carga de mis caravanas. Ese Tetrarca Felipe es un hombre embrutecido por los vicios. Bebe como una sanguijuela y quien hace de él lo que quiere es su mujer favorita: Herodías, sobrina suya, puesto que es nieta de Herodes su padre. Mujer libertina y ambiciosa hasta la exageración, es capaz de vender su alma por un bolsillo de oro y de piedras preciosas.

"Lástima grande sería el sacrificar a una sobrina de Judas de Galaad, nuestro mártir, uniéndola con esa raza que atropelló con nuestra libertad, y hasta con los tesoros sagrados de nuestro Santo Templo.

"Preséntate a Herodías con grandes dones, y negocia el asunto para bien de tu hijo y de la sobrina de Judas de Galaad.

—En esta misma posada –dijo Yhasua–, se hospedan con nosotros los dos únicos hijos del ilustre mártir, primos hermanos de la que será tu nuera.

— ¡Majestad de Dios!... –exclamó el árabe–, Mayores coincidencias no pueden pedirse. ¿Y son también aliados vuestros?

—Son mayordomos de nuestras casas –dijo Judá, indicando a Faqui.

Isaías y Othoniel fueron llamados y una vez impuestos del asunto se ofrecieron incondicionalmente al Scheiff Ilderín para ayudarlo a librar a su prima Nora de caer en las garras de un nieto de Herodes el Idumeo, asesino de sus propios hijos y de doscientos niños betlehemitas que los terapeutas no pudieron salvar de sus garras.

La influencia de Herodías para con el hijo de su marido, costó al Scheiff Ilderín una hermosa diadema de oro y esmeraldas, con el collar y ajorcas compañeras, y un delicioso huerto en un suburbio de Cesarea de Filipo, que la madre de la doncella donó a la ambiciosa mujer de Felipe a cambio de la libertad de su hija.

— ¿En qué país se ha visto esto, soberano Rey de Israel? –decía el árabe a Yhasua–, ¿que tengamos los hombres honrados, que comprar a una vil cortesana, la libertad y la dicha de nuestros hijos? ¿No vale esto, Señor, que toméis cuanto antes el gobierno de todos estos pueblos que fueron la heredad de Moisés para sus liberados de la esclavitud de Egipto?

—Aun no es llegada la hora, Scheiff –contestó Yhasua–, pero ten por cierto que cuando yo sea levantado en alto, los pueblos en muchedumbre correrán hacia mí, y me llamarán, como a Judas de Galaad, el gran mártir de la liberación humana.

— ¡No!... ¡Mártir, no!... –gritó fuera de sí el Scheiff–, que vuestra sangre traerá desgracia para quienes cometan la locura de derramarla.

Judá y Faqui tenían el espanto retratado en el semblante.

Simónides observaba al Maestro con ojos inquisidores.

— ¿Por qué habéis dicho eso, mi Señor? –le preguntó acercándose con la ternura de una madre que teme un peligro para su hijo.

— ¡Mis amigos!... –dijo Yhasua sonriente–. ¿Así os causa alarma el

pensar que se añada un sacrificio más a los ya consumados por la salvación de estos pueblos?

— ¡Pero el vuestro no será sin que muramos todos! –dijo Faqui, con su mirada relampagueante de energía y valor.

—No es justo, Yhasua –díjole Judá–, echar acíbar en nuestra copa de miel.

—Perdonadme todos –dijo el Maestro–. No fue más que el centelleo de una idea que cruzó por mi mente.

"Dios es nuestro Padre, y mientras nos da sus flores de amor y de paz, adornemos con ellas nuestras almas.

Puso fin a esta conversación la llegada de Thirsa y Nebai, que venían con un gran ramo de rosas para adornar los bordes de la fuente de las abluciones, pues pronto serían llamados a la comida del medio día.

El galante Scheiff Ilderín agradeció la ofrenda de acuerdo con las viejas costumbres de su país: deshojar rosas o jazmines en la fuente de las abluciones.

—Sólo en presencia del Ungido de Dios, pueden aparecer así hermosos ángeles a deshojar flores en el camino de los hombres –dijo el árabe, contemplando la austera y delicada belleza de ambas doncellas.

Nebai, rubia como una flor de oro y Thirsa con sus cabellos y ojos oscuros y la blancura mate de su tez, ofrecían un delicioso contraste.

Ajenas al parecer, a la admiración que despertaban, continuaban deshojando rosas en las serenas aguas de la fuente de mármol.

—Pronto estará servida la mesa –dijo Nebai, dirigiéndose a aquel grupo de hombres que las miraban como reflejos vivos de la Belleza Inmortal. Los grandes ideales, cuando se hacen carne en los corazones nobles y buenos, todo lo idealizan, lo engrandecen y lo purifican.

61
LA MUERTE DE BALTASAR

Dos semanas después ocurrían grandes novedades.

Llegaba de Roma la contestación de la matrona Fulvia a la carta de Judá solicitando la libertad de la esclava Soemia.

En dicha carta explicaba la curación prodigiosa de su marido Flaminio, la misteriosa aparición de un dios benéfico que ellos se figuraban Apolo, el cual había prometido a Soemia reunirla a su esposo Jefté de Listra, por lo cual Fulvia con su esposo habían resuelto adoptar a Soemia como hija con todos los derechos que la Ley le acordaba; y suplicaban que les fuera enviado Jefté a Roma, para que juntamente con su esposa, entrasen a formar parte del honorable hogar que les abría sus puertas.

— ¿Ves lo que haces tú, mi soberano Rey de Israel? –preguntaba a Yhasua el Anciano Simónides, cada vez más fuera de sí, al contemplar los frutos maduros que recogían de la maravillosa siembra de amor de Yhasua, Hijo de Dios.

La otra novedad era, que Baltasar y Gaspar, los dos Ancianos astrólogos que visitaron a Yhasua en la cuna, se encontraban reunidos en Thipsa; sobre el gran río Éufrates.

Yhasua, acompañado del Scheiff Ilderín, de Judá y Faqui emprendieron viaje a la mañana siguiente para encontrar a los dos Ancianos, que haciendo un supremo esfuerzo habían podido llegar hasta allí para ver por última vez al Salvador del mundo.

¡Con qué santa ansiedad avanzaba él montado en un hermoso camello blanco, por la llanura del Éufrates para abrazar a aquellos que habían sido los primeros en reconocerle en su cuna!

Al avisarles la llegada de Gaspar desde el golfo Pérsico, les anunciaron que el Anciano Baltasar se agotaba día por día. Sus médicos dudaban si podría vivir tres días más. Esto explicará al lector, la prisa que Yhasua y sus compañeros imprimían a su viaje.

Simónides les había puesto los mejores camellos persas de los rebaños de Judá en el Huerto de las Palmas; tan resistentes y fuertes que podían correr dos días, deteniéndose sólo unos momentos para beber y recibir su ración de habas secas.

Con su voz temblando de emoción decía Yhasua a sus amigos:

—He pedido a mi Padre Celestial que Baltasar no se vaya de la Tierra sin que yo le dé el último abrazo. Y en el fondo de mi espíritu ha resonado la voz suprema, la divina promesa: “Corre a su lado y le alcanzarás antes de partir”.

Se desmontó unos momentos para que su camello comiera y bebiera. Y sólo aceptó para él un trozo de pan y unos sorbos de vino.

—En estos momentos –decía a sus compañeros de viaje–, es cuando dudo de ser el que vosotros creéis. ¡Me siento tan débil, tan pequeño, tan de carne humana como la más insignificante criatura dominada por sus sentimientos y afecciones íntimas!

Cuando los viajeros llegaban a Thipsa, el viejo corazón palpitaba aún. Yhasua se arrodilló junto al diván en que el Anciano reposaba con una inalterable paz.

—Ya estoy a tu lado, padre mío –le dijo con infinita ternura–. Nuestro Dios-Amor no ha querido llevarte de la Tierra sin que nos diéramos el último abrazo. –Una sonrisa de bienaventuranza iluminó el pálido rostro en el que aparecían ya los rastros de la muerte cercana.

— ¡Hijo de Dios!... ¡Hijo también de mis sueños y de mi amor de muchos años!... –exclamó el Anciano con voz bien clara–. Tu ruego

y el mío se unieron en los cielos infinitos y nuestro Padre los escuchó con amor.

"Tampoco yo quería partir sin verte por última vez. ¡Has venido, estás a mi lado..., recibirás mi último aliento, mi última mirada y luego cerrarás mis ojos!...

"¿Qué más puede desear este Siervo del Señor?"

Yhasua tenía entre las suyas la mano izquierda de Baltasar, que levantando trabajosamente su diestra la puso sobre la cabeza inclinada de Yhasua y le dijo:

— ¡Hijo de Dios!... Mi espíritu libre te seguirá como una chispa de luz en todos los pasos de tu vida mesiánica sobre la Tierra.

"¡Te acompañaré en tu vida y en tu muerte! ¡En la hora de tu victoria final, seré el primero que te recibirá en el Reino de Dios! Mi corazón que te amó tanto, te bendice ahora cuando va a dejar de latir.

"¡Hasta luego!"

La respiración se hizo un tanto fatigosa. Los moribundos ojos continuaban fijos en el rostro pálido y sereno de Yhasua, que seguía estrechando las enflaquecidas manos.

Un suspiro más largo que los otros fue el último, y los ojos ya sin vida quedaron clavados en el bello rostro del Hombre-Luz.

Yhasua reposó su doliente cabeza sobre aquel pecho mudo para siempre, y dejó que el hombre desahogara sus sentimientos de hombre. Lloró sobre el pecho del Anciano Baltasar, como lloramos todos sobre el despojo mortal de nuestros seres queridos.

— ¡Es el Hijo de Dios y llora! –exclamaba Gaspar, contemplando el emotivo cuadro de Yhasua arrodillado junto al lecho mortuorio de su Anciano amigo, y llorando silenciosamente.

— ¡Padre mío!... –dijo Yhasua cuando su alma pudo serenarse–. ¡Era tuyo! ¡Has recogido lo tuyo!... ¡Lo que te perteneció por voluntaria consagración en todos los momentos de su vida!

"¡Que tu claridad divina le siga en lo infinito como le siguió en la Tierra y que tu amor soberano le dé la compensación merecida!

—Así sea –dijeron todos, haciendo propia la oración de Yhasua.

Una hora después, encontraban entre las ropas del lecho mortuorio de Baltasar una pequeña petaquita de cuero negro con el nombre del sabio grabado en plata. Todos quisieron que Yhasua la abriera.

—Por lo que veo, me hacéis dueño de los secretos de los muertos –dijo, y abrió la petaquita.

Encerraba sólo un papiro plegado en muchos dobleces y una llavecita de oro.

El pergamino decía:

"Yo, Baltasar de Susian (Persia) declaro no haber tenido más hijos,

que los discípulos de mi Escuela de Divina Sabiduría. No dejo deudas, ni nadie las tiene conmigo.

"Sólo sí, tengo un pacto espiritual con los príncipes amigos, Melchor de Horeb y Gaspar de Srinagar, por el cual nos hemos comprometido solemnemente ante el Altísimo Señor de los mundos, a cooperar en la salvación humana que ha venido a realizar el Hijo de Dios, al cual juntos reconocimos en la cuna. El lugar vacío que deje en dicha obra el primero de nosotros tres que abandone la vida física, deberá ser llenado por los que quedan.

"Los bienes de fortuna heredados de mis antepasados quiero que sean invertidos, la mitad en el sostenimiento de mi Escuela y de los huérfanos, ancianos y enfermos vinculados a dicha institución.

"La otra mitad de los bienes, debe ser empleada en colaborar en las obras que realice el Avatar Divino encarnado en la Tierra.

"Nombro ejecutores de mi última voluntad a mis dos compañeros de clarividencia eterna, Gaspar de Srinagar y Melchor de Horeb.

"Que el Altísimo a quien adoro y sirvo, reciba mi espíritu cuando llegue al reino espiritual.

"Baltasar de Susian, siervo de Dios".

Gaspar declaró que en efecto, existía ese pacto entre los tres, por lo cual decidió enviar aviso al príncipe Melchor para ponerse de acuerdo en la forma de cumplirlo.

Conferenció largamente con Yhasua sobre el desenvolvimiento de su misión salvadora de la humanidad, y resolvieron encontrarse ambos y Melchor en el Santuario del Monte Hermón, cada dos años, contados desde que Yhasua cumpliera los veintidós. Los encuentros debían verificarse en la primera semana del mes de enero.

A más, cada tres lunas debían enviarse recíprocamente epístolas para mantener así latente y vivo, el fuego santo del amor divino que les había llamado a una más clara comprensión de los designios de Dios.

El despojo mortal de Baltasar fue embarcado en un lanchón en el Éufrates, para conducirlos a Babilonia donde estaba la sede principal de su Escuela, diseminada en las más importantes capitales persas.

De regreso Yhasua con sus amigos a Antioquía, pensó como es natural en que otros deberes le reclamaban en su tierra natal, a la cual deseaba volver antes de comenzar el verano.

Al despedirse del Anciano Gaspar que se embarcó acompañando el despojo mortal de su gran amigo, Yhasua tuvo la intuición de que sería el primero en seguir al que había partido.

El Anciano sensitivo captó este pensamiento y dijo con inmensa ternura al joven Maestro:

—Es verdad que después de Baltasar, seré el primero en partir al

reino de las almas, pero aún nos veremos algunas veces en el Monte Hermón.

—Pidámoslo juntos a nuestro Padre Celestial –contestó Yhasua profundamente conmovido–, para que no me dejéis solo por tanto tiempo.

62
EN EL HUERTO DE LAS PALMAS

El llamado Huerto de las Palmas, a hora y media de Antioquía hacia el sudeste, y al galope de un buen caballo, era un delicioso paraje, cuyo nombre obedecía a un espeso bosque de las más grandes palmeras que crecían en la región. Daba sombra y frescura a un hermosísimo lago de unas tres leguas de extensión por una de anchura más o menos. Su profundidad permitía la navegación en pequeñas lanchas. Como provenía de un brazo del río Orontes, el lago crecía y se desbordaba, cuando las aguas del Mediterráneo empujaban a la playa las aguas del gran río.

Este paraje encantador, con tres leguas a la redonda en la verde pradera circundante del lago, pertenecía al Scheiff Ilderín por herencia de sus lejanos antepasados.

El título de propiedad, que con orgullo conservaba, databa de tres siglos, o sea, desde que entró en Siria la dinastía de los Seléucidas, cuyo primer rey, Seleuco Nicátor, donó aquel hermoso huerto con sus tierras a un lejano bisabuelo de nuestro Scheiff, en gratitud de grandes servicios que con sus invencibles huestes del desierto le había prestado, para conquistar su posición y fundar su glorioso Reino en toda la región del Líbano y el Orontes.

Los codiciosos romanos, cuando sojuzgaron la Siria, habían puesto los ojos en el incomparable Huerto de las Palmas, cuyas praderas llenas de rebaños de toda especie, significaba una gran riqueza.

Pero al Scheiff Ilderín obedecía la mitad del desierto, y los partos eran sus amigos; y la Arabia de Piedra desde el Mar Rojo, era su hermana, y sus caravanas caminaban juntas con las del Valle del Nilo y las de la lejana Etiopía. Muy poderosas debían ser estas razones, para que las legiones romanas no dieran un paso hacia el delicioso paraje, adonde llevamos al lector en seguimiento de Yhasua.

El generoso y noble Scheiff, quiso que el Profeta-Rey, como él llamaba al Maestro, visitara su posesión con la familia de Judá y los amigos venidos con él, sin dejar a Simónides y su hermosa nieta.

Y un anochecer se presentaron en la posada de Buena Esperanza unos criados conduciendo del cabestro, camellos enjaezados con el sillón-dosel

sobre el lomo, como se usaban para viajar mujeres, ancianos o niños. Unos cuantos caballos árabes de preciosa estampa, iban destinados a los hombres jóvenes.

Ante una invitación tan gentilmente ofrecida, no era posible una negativa y así fue que muy de mañana, la alegre caravana emprendió la marcha hasta con los tres criados íntimos de la familia: Amra, Eliacín y Shipro, los cuales repetían en todos los tonos, que desde que el Profeta de Dios, andaba cerca del amito Judá, la vida se había convertido para ellos en un paraíso.

Thirsa y Nebai encontraron delicioso viajar sobre el lomo del gran camello blanco que había llevado a Yhasua hasta Thipsa recientemente; y reían con loca alegría cuando mirando hacia abajo, veían lejos allá abajo, a Judá y Faqui que las escoltaban al trote de sus pequeños y chispeantes caballos árabes.

Noemí con su fiel criada, viajaba en otro y rezaban en silencio, pues se figuraban que iban sobre la copa de un árbol, cuyo vaivén suave y monótono les producía un ligero mareo.

Yhasua con Simónides, los dos hijos de Judas de Galaad y los criados, cerraban la caravana, escoltada toda ella por los enviados del Scheiff.

—El Padre Celestial colmó de alegrías y de bellezas mi vida –decía Yhasua a sus compañeros de viaje–. No es posible que mis caminos sean siempre sembrados de rosas, de amor y de dicha...

—Tú así lo mereces, mi Señor –le contestaba Simónides–. Y pienso que no puede ni debe ser de otro modo. ¿Acaso no vives, ¡oh, mi Rey de Israel!, para dar contento, salud y paz a todos los que llegan a ti? Jehová es la justicia misma, y Él derrama sobre ti lo que tú das a los demás. ¿No razono bien, Señor?

—Según el grado de tu comprensión, razonas bien, pero hay también otro oculto razonamiento que por hoy no ves y que verás más adelante –le contestó Yhasua.

— ¡Ay, Señor mío!... –exclamó Simónides–. ¡No arrojes agua helada en nuestra balsa de flores!... Somos todos tan dichosos a tu lado, que si nos ofrecieran otro cielo, preferiríamos éste.

— ¡Oh, Simónides! te has vuelto como un niño, y en verdad te digo que a veces los parvulitos, son los que más fácilmente comprenden la gloria de Dios. Cuando llegaron al Huerto de las Palmas el sol se levantaba en todo su esplendor, derramando polvo de oro sobre las azuladas ondas del lago, sobre la pradera húmeda de rocío y sobre todo, en los verdes y flotantes abanicos de aquellas palmeras centenarias cargadas de abundante fruto, que en aquella cálida región comenzaba la maduración a la entrada del estío.

El Scheiff Ilderín fuera de sí de gozo, había engalanado sus tiendas

como en los días de gran solemnidad. ¿No era acaso un príncipe de la estirpe de David y Salomón, destinado por el Altísimo, a ser Rey sobre todo el Oriente quien llegaba a su morada en el desierto?

Pabellones con los colores de todos los pueblos de la Arabia, ondeaban en los mástiles centrales, sobre los que estaban armadas las tiendas, que semejaban un inmenso campamento. Tenía allí unos tres mil hombres de sus valientes lanceros, muchos de los cuales tenían mujeres e hijos. Sus familiares y su servidumbre formaban asimismo un numeroso grupo. Era pues un pueblo de tiendas frente al lago, en cuyas ondas de cristal se retrataban las altas copas de las palmeras, los mástiles adornados de gallardetes y banderas, y los tres mil lanceros que formaban larga fila haciendo brillar al sol sus lanzas y jabalinas, y ondear al viento los penachos de plumas de sus turbantes.

La sangre joven de Judá y Faqui comenzó a hervir en las venas, y sin desmontarse aún, dieron un formidable grito de triunfo, que se esparció como un eco en la soledad del desierto:

— ¡Viva el gran Rey del Oriente, gloria de Israel! –los tres mil lanceros corearon el Viva ensordecedor, al mismo tiempo que cruzaban en alto sus lanzas para que entrara por debajo de ellas el joven Maestro al cual aclamaban.

Él, se desmontó rápidamente y abrazó al Scheiff que le esperaba a la puerta de la tienda principal.

—Me recibes como a un Rey –le dijo–, y yo no soy más que un Maestro, que vengo a enseñar a los hombres la divina Ley del Amor. ¡Sería yo tan feliz si tú comprendieras mi Ley!

— ¡Sí, Señor, la comprendo!... ¡Eres el Salvador de este mundo, y por el amor y la justicia, reinarás sobre todos los hombres de la tierra!

Los ojos de todos brillaban de entusiasmo y hasta las mujeres arrojaron sus velos, cuando el Scheiff les dijo que “al Rey no se recibe veladas”.

Tenía el Scheiff tres esposas secundarias que obedecían dócilmente a la primera, una austera matrona de cuarenta años que aún conservaba los rastros de su belleza juvenil.

—Azara –díjole el Scheiff–, éste es el Soberano, al cual servirán de escolta nuestros hijos y nuestros nietos.

La mujer se inclinó a besar la orla de la túnica blanca de Yhasua. Al mismo tiempo hizo una señal a las otras esposas y a un hermoso grupo de doncellas que se mantenían tímidamente apartadas.

El suave sonido de las guzlas y de los laúdes, comenzó a preludiar una dulcísima melodía.

Noemí, Thirsa y Nebai creían estar soñando. El Anciano Simónides lloraba de alegría, y Judá, Faqui y los dos hijos de Judas de Galaad, llegaron a creer que de verdad Yhasua iba a ser coronado Rey de todo

el Oriente. Tal era el ambiente de solemne majestad que se respiraba a la puerta de la inmensa tienda, encortinada de púrpura y flotando al viento los vistosos pabellones de Arabia.

Todos eran inmensamente dichosos; sólo Yhasua tenía los ojos llenos de lágrimas y su mirada se perdía en las azules aguas del lago, sombreadas por las palmeras y doradas por el sol.

Veía en lontananza la tremenda visión que tuvo en el Gran Santuario de Moab la víspera de su consagración y dijo:

— ¡Cuando yo sea levantado en alto, todos los corazones amantes se precipitarán hacia mí!... Calmad todos vuestros entusiasmos y ansiedades, porque aún no es llegada la hora.

— ¿Cuándo será ese día, Señor?... –preguntó Simónides creyendo oír que le contestaba–: "De aquí a un año o dos".

Pero Yhasua le contestó sonriente y afable como si anunciara un día de gloria y de felicidad: "Cuando el velo del Templo se rasgue de arriba abajo y las tinieblas cubran la tierra".

Un nuevo personaje que apareció en ese instante por la puerta interior de la tienda llamó la atención de todos. Era un Anciano de alta estatura, enjuto y seco como un haz de raíces, de color trigueño, de una palidez mate y con unos ojos profundos y negros, llenos de inteligencia y de bondad. Vestía larga túnica blanca de tosca lana, ceñida a la cintura por una tira de cuero sin curtir.

Llevaba en sus dos manos un tanto levantadas, una cinta de oro, ancho de dos dedos puestos de plano, en la cual brillaban como ojillos de rojo fuego, setenta rubíes.

—Es nuestro Patriarca Beth-Gamul –dijo el Scheiff Ilderín–. El ermitaño de los Montes Tadmor.

El Anciano estaba ante Yhasua y le decía en lengua aramea:

— ¡Profeta del Altísimo!... ¡Tu día comienza y el mío termina! Has llegado con oportunidad, pues que de aquí a poco tiempo seré llamado al Paraíso de Dios, y el desierto quedará sin Patriarca. El ángel de las anunciaciones me dijo que eras tú el enviado para alumbrar a los hombres, y la Divina Sabiduría me manda ceñir tu cabeza con la banda de sus elegidos.

Y sin esperar respuesta la ciñó a la cabeza de Yhasua, dobló una rodilla en tierra y dijo con sonora voz: – ¡Dios te salve, Maestro!

Repitieron como en un formidable concierto más de tres mil voces unidas.

Noemí, Thirsa, Nebai y Amra, como sobrecogidas de un religioso pavor, habían caído de rodillas y plegado sus manos sobre el pecho, sus corazones llenos de piadosa ternura, daban a sus palabras fervor de oraciones, unción de plegaria, cuando repetían con los demás: *"Dios te salve, Maestro"*.

Yhasua aparecía como petrificado en el centro de la estancia, pues sólo él permanecía de pie, como una estatua blanca, en la que se había concentrado la vida en el fulgor de sus ojos llenos de infinita ternura.

— ¡Paz y amor sobre todos vosotros! –dijo por fin con su voz temblando de emoción–. Habéis doblado la rodilla ante la majestad de la Sabiduría Divina, que me consagra Maestro del Desierto. Sea en hora buena, y desde ahora os prometo que al igual que vuestro Patriarca Beth-Gamul, cuando yo sea llamado a la vida verdadera, os dejaré un sucesor que os conduzca por los caminos del Dios-Único, y os aparte de la engañosa ilusión de los falsos dioses que han llevado a la humanidad al abismo.

"En vuestra Arabia de Piedra coronada por el Sinaí, recibió Moisés la única Ley Divina que llevará a la humanidad terrestre a la cumbre del ideal que le fue designado. Los vientos del Sinaí llevaron los diez mandatos divinos a todos los ámbitos de vuestras montañas y de vuestros desiertos. Y la sombra de vuestras palmeras, se impregnó de la dulce melodía... Y las aguas de vuestros oasis y las arenas de las grandes dunas, embebieron sin duda el mandato divino condensado todo él, en esta síntesis que es como un altar de granito:

"Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo".

El viejo Patriarca se fundió con el joven Maestro en un estrecho abrazo y éste dijo en alta voz:

—En ti abrazo a todos estos lanceros del desierto, a los cuales pido desde el fondo de mi corazón, que no levanten jamás sus armas sino en defensa de los débiles, de los perseguidos, de los desamparados, pues sólo así mi boca os podrá decir: *"Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia porque el Eterno les hartará de ella"*.

Así terminó aquella solemnidad, en un oasis del gran desierto de Siria, dominado entonces por los árabes que entraron a la alianza del Salvador del mundo, por la amplia puerta de su Corazón, templo augusto del Amor Divino, hasta que la incomprensión y mezquindades humanas, les arrojó lejos de las congregaciones cristianas de los primeros tiempos, alegando que eran incircuncisos, como en la Edad Media se les quemaba por no haber recibido las aguas del bautismo eclesiástico.

¡A qué pequeñeces queda reducido en el sentir y pensar de los hombres aquel sublime: *"Ama a tus semejantes como a ti mismo"* en que el Cristo Divino fundamentó su enseñanza!

Después de la comida del medio día, una caravana de botes llenos de doncellas, de jóvenes y de niños, pobló de risas y de cantos las aguas tranquilas del lago.

—Id vosotros con la juventud y con la niñez –dijo Yhasua a sus jóvenes amigos–. Yo haré compañía al Scheiff Ilderín, al Patriarca Beth-Gamul y a mi buen Simónides que se ha convertido en mi sombra.

— ¡Que sea por mucho tiempo, mi Señor! –contestó el Anciano sentándose en el diván central de la tienda, donde se hallaba el Maestro.

— ¡Qué gran conquista ha hecho el desierto en este día! –dijo el Scheiff Ilderín–. El futuro Rey de Israel, es el Maestro y el Profeta del Desierto.

—Y esto significa –añadió el Patriarca Beth-Gamul–, que es el Consultor y el Juez Supremo, en los asuntos y contiendas que no puedan esclarecer los jefes de las tribus.

—Aun cuando yo acepte ser como el aliento de Dios en el Desierto, ignoro si podré cumplir debidamente la misión que cargáis sobre mis hombros –dijo Yhasua–, porque estoy aún ligado a mi familia carnal y a muchos otros compromisos desde el Nilo hasta Antioquía. Pero si vuestra voluntad hacia el Bien y la Justicia es grande, entre todos podremos llevar la gran carga que significa propender a la dicha y a la paz en el Desierto.

—Antes de ser yo avisado de que debía transmitir mi autoridad y mis deberes a tu persona, ¡oh, príncipe de David! –dijo el Patriarca–, yo tenía en torno mío un consejo de seis, de los más capaces entre los jefes de nuestras tribus. Uno de ellos era el Scheiff Ilderín padre, al cual reemplazó su hijo aquí presente. Los otros cinco se hallan diseminados entre los Montes Tadmor, Basán y Jebel, pero se reunían conmigo en la última luna de otoño para realizar de común acuerdo, la repartición de las cosechas y el producido de los intercambios con los países vecinos, a fin de que no se acerque a nuestras tiendas el fantasma del hambre y la miseria.

"Una gran solidaridad une a todos los moradores del Desierto, y esto es en gran parte el trabajo del Patriarca y de sus más íntimos colaboradores.

—Quiere decir esto –dijo Yhasua–, que en vosotros ha penetrado más profundamente la ley de Moisés que grabó sobre piedra, el mandato divino del amor fraterno.

"En nuestro Israel en cambio, cundió como la cizaña el separatismo entre unas regiones y otras; y el odio que es fuerza destructora, ha hecho su oficio, y el pueblo está deshecho en jirones, que la prepotencia de los invasores arrastra por el suelo en que corre el lodo y la inmundicia. Reconstruir por la fraternidad y el amor, todo lo que destruye el odio de los hombres, es y será siempre la obra que salvará a la humanidad.

La conversación habría continuado subiendo de tono en este sentido, a no ser porque agudos gritos de auxilio hendieron los aires puros y diáfanos que flotaban sobre el lago del Huerto de las Palmas.

Todos salieron de la tienda con gran precipitación. Un tumulto y una gritería en que se confundieron llantos de mujeres y gritos de niños, con voces de mando de los boteleros, formó un formidable laberinto.

Ni un solo bote había quedado en el pequeño muelle, para correr al

socorro de los que pedían auxilio. Nadie sabía lo que pasaba, la esposa y los hijos del Scheiff Ilderín habían ido también al lago. Unos cuantos hombres de armas se despojaron de sus ropas y se lanzaron a nado. Pero la distancia era larga, pues, el tumulto ocurría casi al otro extremo del lago.

— ¡Quietos!... –díjoles Yhasua–. Volved a la orilla que os ahogaréis antes de llegar. –Los hombres se detuvieron.

Algo como una llama de luz vieron que envolvía al Maestro, y una oleada formidable de viento lo empujó sobre el nivel de las aguas que se encresparon ligeramente. Un grito unánime se escapó de todos los labios y cayeron mudos de rodillas sobre las piedras del muelle, mientras miraban paralizados por el asombro, la blanca silueta del Maestro que se deslizaba sobre las aguas con una velocidad que espantaba. No era más que un copo blanco corriendo sobre las aguas hasta que lo vieron confundirse con el tumulto allá a lo lejos.

— ¡El viento de Jehová le ha llevado para salvar a los náufragos!... –gritó Simónides, como enloquecido de estupor–. ¡Sálvale, Señor, que no perezca él por salvar a los otros!

—Es en verdad, el Hijo de Dios... –dijo a media voz el Patriarca–, y le obedecen los elementos. ¡No temáis!, que él es más fuerte que las aguas y que los vientos.

El Scheiff Ilderín pálido como el lienzo de su turbante, parecía no respirar siquiera y que con sus ojos inmensamente abiertos devoraba la distancia que le separaba del tumulto de los botes y de los embarcados en ellos. Les pareció un siglo el tiempo que pasó hasta que las pequeñas embarcaciones comenzaron a acercarse lentamente a la costa.

La imprudencia de unos cuantos jovenzuelos que iniciaron carreras de lanchas, fue la causa de aquel incidente. Habían chocado tres botes, tirando al agua a sus tripulantes. Las lanchas se habían abierto, produciendo la dolorosa escena de un verdadero naufragio. A no ser por la intervención supranormal del Maestro, que usó de sus poderes internos de levitación y dominio absoluto de los elementos, habrían perecido unas veinte personas entre las cuales se hallaban dos adolescentes, varón y mujer, hijos del Scheiff Ilderín.

Los náufragos referían después, que se tomaron de las manos, de los pies, de las ropas del Profeta, que se mantenía como una roca blanca sobre las aguas, hasta que se acercaron los botes más próximos, en los cuales se les recogió.

Seis de los náufragos habían sufrido heridas sin gravedad, y sólo uno presentaba una herida en la espalda que sangraba abundantemente. Yhasua se embarcó con él, y lo llevaba recostado en sus rodillas, con su diestra colocada sobre la herida abierta. Era uno de los remeros, que por salvar a uno de los niños del Scheiff, había chocado con el espolón de

proa. Cuando le desembarcaron, la herida no sangraba más y sus labios se habían unido presentando el aspecto de estar curada recientemente.

Entre los pobladores del desierto de Arabia, se conservaba vivo hacia el Profeta Elías, un culto mezcla de pavor y devoción, e igualmente a Moisés, el gran Legislador hebreo y taumaturgo, que con sus poderosas facultades internas, dominó a los hombres y a los elementos, produciendo estas estupendas manifestaciones supranormales, llamadas milagros.

Y los moradores del Huerto de las Palmas decían con gran entusiasmo: "Este joven Profeta que corre sobre las aguas y deja anulada a la muerte, debe ser el alma de Elías Profeta vuelto a la tierra para hacer justicia sobre los malvados". "No, que será el gran Moisés –decían otros, y enumeraban uno por uno los prodigios que el gran taumaturgo había hecho en el lejano Egipto, para obligar al Faraón a dar libertad a los pueblos de Israel.

— ¡Es el Rey del Amor! –decía el Patriarca, acallando todas las suposiciones y conjeturas–. ¡Es el Rey del Amor, que reinará para siempre sobre todos los que sean capaces de amar siguiendo sus huellas!

El Patriarca árabe Beth-Gamul, ermitaño del Monte Tadmor (en Palmira), era un gran sensitivo clarividente, y había sorprendido en la personalidad de Yhasua, al Escogido del Altísimo para la obra de la liberación humana, por la magia divina del amor.

63
YHASUA Y YHOSUELÍN

Tres días después, Yhasua dejaba la ciudad de Antioquía y las praderas risueñas del Orontes, para regresar a su tierra natal. Volvían juntamente con él todos los que le habían acompañado, más Simónides que según él decía se había convertido en su sombra, y su hermosa nieta Nebai.

Se reunirían todos en Jerusalén, en el viejo palacio de Ithamar, en el cual entrarían con todos sus derechos, sus legítimos dueños, después de la reivindicación obtenida mediante los talentos de oro que Simónides había obsequiado al ministro favorito del César.

Valerio Graco residía por orden superior en Cesarea, la metrópoli moderna de la provincia de Samaria, y se daba por muy bien servido con que no le removieran la madeja de delitos que había cometido en Judea, llevado por su ambición de riquezas. Y así se dio por no enterado de la reivindicación de la familia del príncipe Ithamar.

Quedaba fundada la Santa Alianza en la gran metrópoli, puerta del mundo oriental, que debía ser años después el primer nido del Cristianismo tal como lo soñara el Divino Maestro.

Yhasua se separó de sus amigos en Tolemaida con la promesa de reunirse nuevamente con ellos en Jerusalén, en la próxima Pascua.

El tío Jaime había ido a esperarle al puerto de Tolemaida, y no bien estuvo a su lado le informó que su padre y Yhosuelín estaban con una salud bastante precaria, por lo cual le esperaban ansiosamente.

Yhosuelín, su hermano, se agotaba día por día, y Yhosep sufría frecuentemente desvanecimientos, mareos, palpitaciones de corazón. Myriam, su madre, vivía en una aflicción continuada, y aunque su gran corazón había hecho la generosa ofrenda a Dios de su hijo profeta, suplicaba al Señor lo trajese cuanto antes a su lado, para aliviar los padecimientos del hogar. Ya comprenderá el lector que la llegada de Yhasua fue un día de gloria para la vieja morada del artesano de Nazareth.

La mejoría de los dos enfermos fue clara y manifiesta. Se reunieron todos los familiares y amigos, cuyo entusiasmo por el futuro de grandeza y esplendor que suponían cercano para el joven profeta, al cual todos llamaban en secreto el Salvador de Israel, les hacía tolerantes con la ausencia de éste.

Atribuían a sus frecuentes viajes, propósitos de proselitismo para poder escalar la alta cumbre, a donde acaso arrastraría a todos sus amigos y seguidores. El silencio del Maestro en tal sentido, era interpretado como discreción y cautela.

¿Acaso no había que precaverse de los mil enemigos que tenía en aquel país, todo el que se destacaba un tanto de entre la muchedumbre?

Yhasua comprendió muy pronto que su padre y su hermano estaban llegando a la crisis final.

Concentrado en oración esa noche en la misma alcoba de Yhosuelín, su espíritu avezado a profundizar en los designios divinos, tuvo la lucidez para discernir que su padre había terminado honrosamente su programa de vida en la tierra, y que su organismo físico no resistiría sino unas pocas lunas más. Comprendió asimismo que Yhosuelín sufría el ansia suprema de morir. Quería el Infinito... quería la Eternidad. La vida terrestre le ahogaba. Había venido al plano físico tan sólo para servir de escudo a la infancia y adolescencia de Yhasua. Había obedecido a una alianza y pacto que no quiso romper. Yhasua era ya grande y fuerte como un cedro del Líbano, capaz de resistir a todas las tempestades.

Y en el sueño de esa noche hablando dormido, decía a su hermano que velaba a su lado:

—¡Yhasua, amado mío!..., dame la libertad, que la atmósfera de la tierra me asfixia. ¿No cumplí ya el pacto contigo?... ¿Por qué me retienes aún?

El joven Maestro inclinó su cabeza dolorida sobre el pecho de su noble y querido hermano, y le dijo con su pensamiento lleno de amor:

—Yo te doy la libertad, hermano mío, más querido que todos los hijos

de mi padre. Si Dios te lo permite, ¡vete! –y se abrazó llorando de aquella hermosa cabeza dormida.

El sueño se prolongó una hora más. Luego le sintió exhalar un gran suspiro. Era el postrero, que se llevaba el último aliento de vida física de aquel joven por sus pocos años, pero viejo como espíritu en los largos caminos de Dios. Tenía veintiséis años.

Fue éste un golpe fatal para Yhosep, su padre, que a no ser por la presencia de Yhasua, no habría podido quizá resistirlo. Esto lo comprendieron todos.

Pero la clara lucidez del joven Maestro y su dominio de todas las fuerzas benéficas, que en tales casos actúan para transformar en serena paz los más grandes dolores, de tal manera inundaron el alma justa y noble del Anciano, que fue para todos un asombro verle caminar sereno apoyado en Yhasua, cuando el cortejo mortuorio se encaminaba hacia las grutas sepulcrales en las afueras de Nazareth.

—Muy querido era para mí este buen hijo –decía el Anciano a los amigos que lo acompañaban en su duelo–, pero estoy convencido de que era ya un fruto maduro, una flor llegada a su plenitud y que el Señor la quería para sí. Pasó por la tierra sin que el polvo de la vida se pegase a sus vestidos, y estoy cierto que me espera en el seno de Abraham.

Myriam estaba inconsolable; Yhosuelín había sido para ella un verdadero hijo, que juntamente con Ana, recibieron de ella los más tiernos mimos, pues eran los más pequeñines que ella encontró al entrar al hogar de su esposo Yhosep.

— ¡Madre! ¡Madre! –decíale Yhasua, buscando consolarla–; no causemos pena a nuestro dulce y amado Yhosuelín, con nuestro desconsolado llorar. Si él no hizo en su vida más que amar y servir a todos en cuanto sus fuerzas alcanzaron, y tal es la Ley Divina; debemos con razón pensar que el Señor le ha llevado a su Reino, para coronar su vida con el premio inefable de su amor que es luz, paz y felicidad eterna.

"Dejemos el desconsuelo y el llanto, para los que acompañan a la fosa a un pobre ser que hizo sufrir a muchos, que sembró de malas obras su camino, que no tuvo sentimientos de bondad y de amor para nadie, y que todo lo sacrificó a su interés de lucro y engrandecimiento personal. Esos sí que son merecedores de llanto y de duelo, porque se verán hundidos en heladas tinieblas para mucho tiempo... Pero nuestro Yhosuelín, madre, era una flor de ternura y suavidad hasta para el último jornalero o criado de la casa. –Y con una conmovedora alusión a todas las acciones y obras del joven desaparecido, procuró llevar la paz y la quietud a todas las almas que en aquel bendito hogar le habían amado tanto.

La tierna y dulce Ana, veía desaparecer en Yhosuelín el más íntimo

confidente de sus tristezas y de sus esperanzas. Y hecha un montoncito de angustia, lloraba en un sombrío rincón de su alcoba.

Yhasua la buscó y fue hacia ella. Se sentó a su lado y la abrazó tiernamente mientras le decía:

—Ahora seré yo para ti, Yhosuelín y Yhasua al mismo tiempo. Dos hermanos en uno solo. ¿Quieres Ana que yo haga a tu lado todo cuanto hacía Yhosuelín?

"¡No me rechaces, Ana, hermanita mía, porque entonces me darás la pena de pensar que es muy poquito lo que me quieres!

Llorando amargamente Ana se abrazó de él, y sus angustiosos sollozos resonaron en toda la casa. Myriam que la oyó se acercó a Yhosep, que sentado en su sillón leía el libro de Job: "El Señor me lo dio, el Señor me lo llevó..., bendito sea su Santo Nombre".

Quiso calmar la mirada ansiosa de interrogación de Yhosep que oía conmovido aquellos hondos sollozos.

— ¡Es Ana!... –dijo Myriam–. Para ella, Yhosuelín era el ángel guardián. ¡Se comprendían tanto los dos, y él hasta parecía adivinarle el pensamiento!

— ¿Para quién no era bueno este hijo?... –dijo el Anciano ahogando también un sollozo–, pero Yhasua ocupará para todos nosotros el lugar de Yhosuelín. ¡Oh, sí!... Yhasua nos consolará a todos, porque es capaz de amar más que todos nosotros juntos. Los ángeles de Jehová están de fiesta, porque entró uno más en el Reino de Dios. Yhosuelín me espera, Myriam, porque yo no tardaré mucho en irme con él.

— ¿También tú?... –exclamó la dolorida mujer–. ¿Y yo no merezco nada acaso?

—Sí, mujer, tú lo mereces todo y tendrás acaso la dicha y la gloria de ver el triunfo de nuestro gran hijo, profeta de Dios, antes de abandonar esta vida. Si yo te doblo la edad, ¿cómo podemos pensar que pueda vivir en la tierra tanto como tú? Vamos, comprende, niña mía, y vamos juntos al cenáculo para que esperemos a los que llegarán a las preces. Ya es la hora y estamos al tercer día de duelo.

Cuando estaban allí entraron Ana y Yhasua, que habían conseguido un triunfo completo sobre aquel angustioso dolor. La joven aparecía serena.

Luego llegó el tío Jaime y los demás familiares, que durante siete días concurrieron a la casa para hacer en conjunto las preces y honras fúnebres acostumbradas.

La muerte física de un justo, dejó paz y serenidad en las almas de los que amaba, porque la Bondad Divina le permitió ser él mismo el consolador de los que lloraban su ausencia.

Si toda la humanidad comprendiera que Dios es Amor por encima

de todas las cosas y que sólo pide de sus hijos amor para redimirles y salvarles, otros horizontes se vislumbrarían en esta hora de ansiedad y sombría incertidumbre.

La presencia espiritual de Yhosuelín se hizo sentir de los más sensitivos; Yhasua le había llamado con el pensamiento para consolar a los suyos, y el alma del justo, se acercó llena de ternura a los que aún lloraban por él. Myriam, Ana y el tío Jaime sintieron las mismas palabras: *"¡Soy tan dichoso que vuestro llanto no tiene razón de ser! ¿Queréis verme siempre atormentado con mi agotamiento físico y la fatiga de mi corazón?... Tenéis a Yhasua que llenará hasta desbordar todo el vacío que mi ausencia dejó a vuestro lado"*.

Los demás sólo sintieron una gran paz y tranquilidad; un inefable consuelo y certeza de que aquél que lloraban, era feliz y se limitaban a decir: "Jehová lo llevó a su Reino temprano porque era un justo que en la mañana de su vida se hizo grande por sus buenas obras; Bendito el hogar que tuvo un hijo como ese".

A Yhasua le dijo algo más, en lo profundo de su espíritu luminoso: "*En otoño dejará nuestro padre el plano físico. Será bien que no te apartes del hogar hasta que tal hecho haya pasado"*.

El Maestro pensó que el verano comenzaba entonces, que el otoño venía después... ¡Cuán breve era pues el tiempo de vida física que restaba a su padre!

Y alzando la voz para terminar las plegarias de esa noche dijo:

—Altísimo Señor de los mundos. ¡Que tu soberana voluntad se cumpla por encima de todas las cosas, y que estas criaturas tuyas, seamos capaces de aceptarla llenos de gratitud y de amor! Te damos gracias por la paz y felicidad de que has colmado a nuestro hermano y te rogamos que sea también para nosotros cuando quieras llamarnos a tu Reino inmortal".

—Así sea, –contestaron todos y se despidieron hasta el siguiente día, en que continuarían el septenario de las honras fúnebres.

Al día siguiente, Yhasua tuvo una larga confidencia con el tío Jaime que juntamente con Yhosuelín habían sido los regentes y administradores del taller de Yhosep. Se puso al tanto del estado en que se encontraban las finanzas de su padre. Vio que no había deudas y que los contratos existentes estaban para concluir los trabajos comenzados, y que había obligación de entregar a corto plazo.

Y convinieron secretamente con el tío Jaime, no aceptar más contratos y mandar suspender nuevos envíos de maderas del Líbano. Comprobó que a los hijos de Yhosep que estaban casados, les había sido ya entregado su patrimonio. La dote de Ana, su padre la tenía apartada del conjunto de haberes para cuando ella se casara. Sólo faltaba sacar el patrimonio de

Yhasua; pero él renunció en ese instante a favor de su madre por medio de un documento que firmó, y guardó en la pequeña arca de encina en la que Yhosep guardaba documentos y valores.

Encontró en un cofrecillo aparte que en su tapa decía: “Tesoro de Yhasua” y que era el donativo en oro que año tras año le hacían los tres amigos que le visitaron en la cuna: Melchor, Gaspar y Baltasar.

Contó los veintiún talentos que había prometido a la Santa Alianza, y el resto lo unió a los haberes de sus padres.

El tío Jaime presenciaba toda esta escena en silencio hasta que Yhasua le preguntó:

— ¿Para cuánto tiempo crees tú que alcanzará esto a la vida de mi madre?

— ¿Es que vamos a morirnos todos los hombres de esta casa que así piensas para ella? –le preguntó alarmado el buen hombre.

—Mi padre y yo, moriremos antes que ella. Tú sólo quedarás a su lado y por eso te hago esa pregunta.

— ¡Yhasua!..., la muerte de tu hermano te ha puesto tan fúnebre que estoy por enfadarme contigo –le reprochó su tío.

— ¡Compréndeme, tío Jaime!... ¡Te lo ruego, compréndeme! Yo soy un misionero del Amor Eterno y me debo a la humanidad. Pero como quiero también ser un buen hijo, quiero ordenar todas las cosas en forma que la subsistencia de mi madre quede asegurada.

—Queda tranquilo, Yhasua –díjole el buen tío Jaime–, que con solo las tierras anexas al huerto de esta casa, tiene tu madre para vivir su vida con holgura.

“A más, estoy yo, y creo que no querrás hacerme morir tan pronto a mí también. Todo esto me hace creer que has tenido anuncio de que tu padre morirá pronto. ¿Es así?

—Sí, tío Jaime, es así. En el próximo otoño dejará la vida material, y es bueno que tal acontecimiento no nos tome desprevenidos. Tal es el anuncio que tengo.

—Entonces si estás de acuerdo, comenzaré a hacer viajes ligeros a las ciudades vecinas donde hay trabajos que aún no han sido cobrados. El buen Yhosuelín daba siempre plazos a los tardíos en pagar.

—Es que un buen esenio no puede nunca poner un puñal al pecho del deudor para exigir el pago.

“Conviene sí, pedir cada cual lo suyo, y perdonar cuando el deudor atraviese por circunstancias apremiantes.

El tío Jaime inició sus viajes a las ciudades galileas donde había deudores de Yhosep, y Yhasua se consagró por entero a sus padres y a su hermana Ana. Por las noches, ya solo en su alcoba escribía largas epístolas a sus amigos diseminados en distintos lugares, para que no

decayera el entusiasmo por la Santa Alianza salvadora de Israel. Y él mismo las entregaba a las caravanas que se detenían junto al pozo de Nazareth.

Sus hermosísimas conversaciones sobre la vida en el plano espiritual, la conformación de los mundos de luz destinados a las almas justas, la infinita bondad de Dios que da el ciento por uno a los guardadores de su ley, la corona de luz y de dicha reservada a los que han amado a su prójimo como a sí mismos, fue preparando a Yhosep para su próxima partida al mundo de la luz y del amor.

Myriam escuchando embelesada a su hijo decía a veces:

—Pero, ¿podremos merecer otro cielo más hermoso que éste?

Jamás pudo olvidar aquella madre, el otoño veintidós de la vida de Yhasua, en el cual conoció la más intensa dicha espiritual.

Apoyado en su brazo, paseaba el Anciano Yhosep por los senderitos del huerto, iluminados del sol de la tarde en los días de estío, y por la luna, en las plácidas noches galileas llenas de suavidad y de encantos. En verdad que la promesa de Yhosuelín se había cumplido, y Yhasua llenaba hasta desbordar el vacío dejado por él.

A su avanzada edad, se desarrolló en Yhosep en esa temporada una gran facultad clarividente, que lo preparó más y más para su próxima entrada al plano espiritual. Gozaba de hermosas visiones que Yhasua le explicaba luego, de acuerdo con los estudios que tenía hechos en los santuarios Esenios. Vio claramente algunas de sus vidas anteriores relacionadas con los actuales familiares, sobre todo con Myriam, Yhosuelín y Yhasua, a los cuales se sabía unido desde lejanas edades.

El buen tío Jaime iba y volvía de las ciudades vecinas, trayendo los valores, fruto del trabajo de aquel taller conocido en toda la comarca, como la casa de confianza donde todos estaban seguros de no ser nunca engañados. Y si no habían podido pagar algunos deudores, traía escrita la promesa de hacerlo en un nuevo plazo que era acordado siempre con benevolencia. ¿Quién podía atreverse a dejar burlado al Anciano Yhosep, que durante toda su vida de ochenta años había sido la providencia viviente de todos los afligidos por situaciones dolorosas?

Así pasaron los meses de estío, en una inalterable paz, en una felicidad continuada que a veces alarmaba a Myriam.

— ¿Será posible, Yhasua, hijo mío, que tengamos dos cielos, uno aquí y otro después de la muerte? –preguntaba al Maestro, cuando la paz y la dicha le desbordaban del corazón.

Entonces él, sentado como un pequeñín en un taburetito a los pies de su madre, le decía:

—Madre, ¿qué te parece que debe hacer el labriego, cuando ve florecer sus campos de trigales dorados y sus huertos de toda especie de frutos?

—Recogerlos y guardarlos, para cuando vengan años malos de escasez y carestía –le contestaba ella.

—Pues bien, madre mía, así debe hacer el alma humana cuando ve sus horizontes inundados de gloria y de luz, cuando su fuente desborda de agua clara y la paz de Dios flota sobre su huerto haciéndolo florecer. Recoger todos los dones divinos y fortalecernos con ellos, para cuando la voluntad del Padre Celestial manifestada en circunstancias especiales, tenga a bien probar nuestro amor a Él, y nuestra fe en sus promesas eternas.

Llegó la fiesta de Pascua, y Yhosep pensó en ir a Jerusalén con su esposa y su hijo Yhasua. Se les unieron los familiares y amigos, quedando los hogares encomendados para los días de ausencia, a algunos criados de confianza.

Este viaje conocido ya para el lector que nos acompañó en otros iguales, no ofreció más incidente que el encuentro con algunos enfermos infecciosos que salían al camino a implorar la piedad de los viajeros, y que curados por la fuerza espiritual extraordinaria del Profeta de Nazareth, seguían viaje a la ciudad Santa juntamente con él.

Y a todos les decía igualmente: –Exijo como única recompensa vuestro silencio. Jerusalén es hermosa, grande y fuerte como David y Salomón, que la fundaron sobre el Monte Moria y el Monte Sión; pero en ella han sido sacrificados los siervos del Señor.

"Yo no es que tema a la muerte, pero la quiero para mí cuando nuestro Padre Celestial la quiera. No podemos provocarla ni buscarla, sino cuando sea la hora. Y aún no ha sonado la mía".

Casi todos los curados por él fueron fieles a esta promesa, y así se explica que llegó el Divino Salvador a los treinta años de su vida, sin haber trascendido su fama de profeta y de taumaturgo, a las altas esferas del sacerdocio y doctorado de Israel.

Algunos vagos rumores llegaron algunas veces al Gran Colegio de Jerusalén, y a los pórticos del Templo, pero los más célebres doctores judíos acallaban todo con su despreciativa frase habitual: "No perdamos el tiempo en prestar atención a tales rumores. ¿Acaso salió nunca nada bueno de Galilea?".

Y de Galilea salió el más radiante sol que había de iluminar las sendas de la humanidad terrestre, quedando el viejo pueblo judío, como un árido peñón sumergido en tinieblas, por la dureza de su corazón cerrado a toda renovación.

"Toda luz ha de salir de Jerusalén", era el axioma inconmovible de los sabios doctores y sacerdotes de Israel, que en su ciego orgullo y prepotencia, llegaron a pensar que el Supremo Creador de los mundos supeditaba su voluntad a la de ellos. Tremendo error que ha llevado al

ridículo a la mayoría de los filósofos y sabios dogmáticos, cuyas afirmaciones y premisas fueron barridas como hojarasca seca por la Ley Eterna de la Evolución, y por los descubrimientos científicos de todo orden, que han derramado claridad de evidencia, de lógica y de innegables verdades en el camino de la humanidad.

64
EN LA CIUDAD DE LOS REYES

De nuevo tenemos a Yhasua en Jerusalén en el último tercio del año veintidós de su vida.

Otra vez la vieja casona de Lía, la honorable parienta viuda, que con tanto amor les hospedara desde la primera infancia del Cristo-hombre.

Y con el Anciano Yhosep apoyado en su brazo, recorría Yhasua aquel inmenso huerto donde los cerezos y los almendros, las viñas y las higueras, los granados de rojas flores y los olivos centenarios, ostentaban con orgullo en sus duras cortezas, los grabados que Yhasua-niño les había impreso, para recordar fechas que a él le parecían muy importantes. La caída de un nido de alondras desde la copa de un cerezo, y cuyos pichoncillos piaban desaforadamente pidiendo alimento; la muerte del viejo asno color canela, sobre cuyo lomo paseaba por los senderos del huerto; su propia caída desde las ramas de una higuera donde se había escondido, con un gran resentimiento por una reprensión de Lía, que lo encontró dando a los tordos los más hermosos racimos de uvas. Y Yhasua, ya hombre, cargado con el peso de la humanidad, reía como un niño ante aquellos recuerdos, y hacía reír a su Anciano padre, al cual refería alegremente la historia de cada uno de aquellos sucesos.

Encontró a todos sus amigos de la gran capital, con algunos desacuerdos entre ellos y los adherentes de la Santa Alianza. Este desacuerdo venía porque los íntimos de Yhasua que eran los dirigentes, ponían freno duro a los imprudentes entusiasmos bélicos de los más vehementes.

Había continuas reyertas entre algunos de los afiliados y los soldados de la guarnición romana que custodiaba la Torre Antonia, la Ciudadela o el Palacio del Monte Sión, residencia del Sumo Sacerdote y del representante de César en la Judea, que como se recordará, había sido quitada a Arquelao hijo de Herodes, y puesta directamente bajo la autoridad de un gobernador romano.

José de Arimathea y Nicodemus que eran con Gamaliel y Nicolás de Damasco, la autoridad más reconocida de la Santa Alianza, no lograban calmar los ardores bélicos de muchos afiliados, que a toda costa querían

romper lanzas con los intrusos dominadores de Israel, y con los dependientes del Sanhedrín que toleraban amistosamente a aquellos.

Para celebrar onomásticos de la familia imperial, o fechas gloriosas para sus Legiones o sus flotas marítimas, engalanaban las fachadas de los edificios públicos con brillantes escudos orlados de banderas y gallardetes con las águilas romanas y las imágenes de los héroes o personajes consagrados. Esto ponía fuera de sí a algunos de los afiliados demasiado extremistas en su patriotismo judío, y a altas horas de la noche tiraban abajo toda aquella ornamentación que al siguiente día aparecía hecha menudos pedazos, o arrojados escudos e insignias al muladar de las afueras de la ciudad, donde se desagotaban los acueductos con toda clase de inmundicias.

En los sitios más públicos y destacados comenzaron a aparecer inscripciones hechas con brea: "A la horca con los tiranos" – "Afuera los invasores" – "A lapidar a los traidores al templo y a la Ley"; etc.

De todo esto había resultado que se puso una mayor vigilancia, hasta que la autoridad romana individualizó a algunos de los autores que fueron detenidos y puestos en los calabozos de la Torre Antonia, incomunicados y por tiempo indeterminado. Yhasua recibió pues de sus amigos este doloroso informe. Los detenidos eran treinta y seis, y sus familiares como es natural estaban desesperados y culpando a la Santa Alianza como causante de todo este mal.

Para evitar las denuncias que las familias pudieran hacer en tal sentido, los dirigentes se veían forzados a sustentarlas con los fondos que tenían preparados para el glorioso futuro que todos esperaban. Les calmaban con la promesa de conseguir pronto la libertad de sus cautivos. Mas, ¿cómo cumplir esta promesa, sin delatarse a sí mismos como aliados de los culpables de rebelión contra la suprema autoridad del César?

En tales circunstancias estaban, cuando Yhasua llegó a Jerusalén con sus padres, Ana su hermana y otros familiares.

—Ahí tenéis el mal que resulta de confundir en uno solo, el Reino de Dios, con el reino terrestre –les contestaba Yhasua–. La Santa Alianza tiene por objeto y fin, engrandecer las almas, iluminar con el Divino Conocimiento las inteligencias para ser más buenos, más justos, más desinteresados. Para ser más capaces de unión y de fraternidad, que es lo que da a los pueblos la fuerza para conquistar su libertad.

"La rebelión contra una fuerza cien veces más grande que la vuestra no puede conducir sino a una ruina mucho mayor que la que deploráis.

"Esto significa que en nuestras filas hay muchos que no han comprendido la elevada finalidad de la Santa Alianza, ni su principal objetivo: la unidad de todos bajo una sola fuerza directriz, a la cual podemos lla-

mar disciplina moral, mental y física, para llegar al fin que nos hemos propuesto.

"Esto significa asimismo, que si estos exaltados afiliados a la Santa Alianza, llegaran a tener el poder y la fuerza en sus manos, obrarían exactamente igual que sus adversarios: impondrían con la violencia su voluntad y modos de ver, y serían otros amos, tan tiranos y déspotas como los que buscan tirar por tierra.

Averiguó de inmediato y supo, que el Comandante que mandaba la guarnición de la Torre Antonia, era nuevo en Jerusalén. Aquel oficial que él curó, había sido trasladado a la fortaleza de la Puerta de Jaffa, llamada Ciudadela; pero era yerno del Comandante de la Torre Antonia.

Fue a visitarlo, dándole con ello una grandísima satisfacción. Inmensamente agradecido, todo le parecía poco para el Profeta Nazareno que lo volvió a la vida. Estaba recién casado y había jurado a su esposa que jamás tomaría parte en las carreras de circo.

El Maestro le expuso la aflicción que tenía por los treinta y seis encarcelados en la Torre Antonia, y le consultó si sería o no conveniente el pedir piedad para ellos.

—El caso es grave –le contestó el oficial romano–, porque arrojaron al muladar un busto de César y todas las águilas de los escudos, símbolo de la grandeza imperial. Pero mi suegro está horriblemente desesperado porque se ha contaminado de lepra su único hijo varón. Ha hecho venir médicos notables de Persia y de Alejandría, y el mal avanza a todo correr. Ya está a punto de perder los dedos de las manos y el labio superior.

"Tú eres Profeta. Si puedes curarlo, cuenta de seguro que te dará cuanto le pidas. El muchacho ha tronchado una hermosa carrera pues era compañero favorito de Druso, el hijo de César, en la Academia Militar y en la de juegos atléticos.

—Hazme el bien de presentarme a él –le dijo Yhasua–, y será otra obra digna de un hombre justo la que embellecerá tu vida.

—Vamos ahora mismo –le dijo–. El infeliz padre desesperado te recibirá como a un dios del Olimpo.

Fue así en efecto.

—Aquí tienes a un profeta Nazareno que cura la lepra –dijo el yerno a su suegro. Como buen romano de la época, tenía éste gran desprecio por la raza hebrea, pero el dolor de perder a su hijo, al cual se veía obligado a tener encerrado en la celda de los leprosos en un apartado rincón de la misma Torre Antonia, le ablandó el corazón.

— ¿Eres médico? –le preguntó.

—Sí, Comandante –contestó Yhasua–. Mi Dios, el Dios de todos los Profetas de Israel, me da el poder de curar las enfermedades ante las

cuales la ciencia se ha declarado impotente. Tu yerno me ha hablado de tu hijo leproso. Aquí estoy a tu disposición.

—Tengo que decirte –añadió el yerno–, que este Profeta fue quien me salvó la vida cuando estuve a punto de perecer a consecuencia de aquel accidente del circo.

El Comandante abrió grandes sus ojos para mirar a Yhasua que lo miraba dulcemente.

—Aunque me pidas cuanto tengo y cuanto soy, incluso que reniegue de César y de las águilas, lo haré Profeta, si salvas a mi único hijo.

—Nada de eso he de pedirte, sino que hagas obras agradables a mi Dios que es amor y justicia –le contestó Yhasua.

—Vamos –dijo el Comandante, y siguieron los tres por largos pasillos y corredores, patios y escaleras, hasta llegar a una enmohecida torre de las muchas que flanqueaban los muros de aquella formidable fortaleza.

Entraron a una sala que era como una antecámara de la llamada celda de leprosos. El lector comprenderá que dicho compartimento, era sólo para los atacados que pertenecían a familias romanas de alcurnia, o muy amigos y aliados de ellos. La turbamulta de los leprosos, era arrojada fuera de los muros de la ciudad, y se guarecían en las grutas del Cerro del Mal Consejo que ya conocemos.

El Comandante abrió un postigo enrejado, y a través de él miró hacia el interior de la sala contigua. Después invitó a Yhasua a mirar también.

Aquella sala estaba bien iluminada y amueblada pero llena de polvo y telas de araña. ¿Quién podía atreverse a entrar para hacer limpieza?

En el muro frente al postiguillo se veía un buen lecho encortinado de amarillo con excelentes mantas de lana, cobertores de piel y almohadones de seda. Y junto a la puerta en que se abría el postigo, Yhasua vio una mesa sobre la cual desde el postigo mismo podían dejarse los alimentos y el agua. El enfermo estaba recostado en el lecho y parecía dormir. Representaba un joven de veinte años, de alta estatura y que debido a los grandes cuidados en la alimentación, no aparecía muy extenuado por el mal.

—Ábreme la puerta –dijo sencillamente Yhasua.

—Pero, ¿cómo?... ¿Te atreves a entrar? –inquirió asombrado el Comandante–. ¡Su madre misma se llega a este postigo, mira llorando a su hijo, le deja las mejores viandas y frutas, el más delicioso vino, pero jamás me pidió que le abriera la puerta!

Yhasua se sonrió dulcemente y volvió a decir:

—Ábreme la puerta.

—Ábrele –añadió su yerno, viendo la vacilación de su suegro–. El Profeta es vencedor de la muerte, y los males de los hombres no llegan hasta él.

—Grande es tu fe –le dijo el Maestro–, y he de tenerla en cuenta.

La puerta estaba abierta, y Yhasua penetró con gran prisa en la alcoba del leproso.

Sus dos acompañantes le miraban desde el postigo.

— ¡Paulo Cayo! –dijo el Maestro en alta voz.

— ¡Oh! –exclamó el Comandante–, ¿quién le dijo su nombre? ¿Fuiste tú?

— ¡Qué he de decir yo!... ni aún mencioné nada de tu hijo, sino sólo que estaba leproso.

El joven se incorporó en la cama y miraba a Yhasua con espantados ojos.

— ¿Eres también leproso? –le preguntó.

—No, gracias a Dios. Vengo a curar tu mal.

El joven soltó una carcajada mezcla de burla y de ira, y dándose vuelta hacia la pared se acostó de nuevo.

—Hijo mío –dijo el Comandante desde el postigo–, escucha las palabras de este justo, que es el Profeta que curó a tu cuñado cuando el accidente del Circo.

— ¡Paulo Cayo! –volvió a decir el Maestro, y su voz debió tener tan grande fuerza, que el joven saltó del lecho, y frente a frente con Yhasua, le extendió sus dos manos que aparecían amoratadas y llenas de pequeños bultos anunciadores de las primeras pústulas que iban a destrozarlas.

— ¿Qué quieres de mí? –le preguntó con febril ansiedad.

— ¡Que creas en el poder que mi Dios puso en mí, para devolverte la salud y la vida! –exclamó el Maestro, con una voz tan sobrecargada de divina energía que causaba estremecimiento.

— ¡Creo, creo, creo en el poder de tu Dios, Profeta!... –gritó el enfermo. Y el padre caído de rodillas al dintel de la puerta entreabierta, decía también:

— ¡Creo, creo en el poder de tu Dios, Profeta!

Yhasua se concentró en sí mismo, extendió sus manos sobre el leproso y dijo:

— ¡Padre mío!... Muestra a los hombres sin fe que soy tu hijo, al cual has transmitido tus poderes divinos sobre todos los dolores humanos. ¡Paulo Cayo! ¡Mi Dios quiere que seas curado!

El joven cayó desvanecido sobre el lecho como herido por una corriente eléctrica.

— ¿Le has matado? –gritó el padre.

—No, Comandante. Lo que fue muerto es el mal que le consumía. Entrad sin miedo alguno, que ya no existen los gérmenes de la lepra.

Del cuerpo de Paulo Cayo habían desaparecido todos los vestigios de la horrible enfermedad.

—Llamad a su madre –dijo Yhasua–, que es obra de misericordia apartar de su corazón la angustia que la está matando.

El oficial corrió al pabellón habitado por la familia, y volvió trayendo apresuradamente a una afligida mujer que creía venir a presenciar la agonía de su hijo.

—Nuestro hijo está a salvo –le dijo su marido abrazándola y acercándola al lecho del joven que continuaba en letargo. La mujer seguía llorando.

El Maestro mezcló agua y vino de las ánforas que había sobre la mesa y mojando sus dedos, sacudió sobre el rostro del joven varias veces.

— ¡Paulo Cayo! Despiértate que tus padres te esperan.

El joven abrió los ojos y luego se incorporó. Se miró las manos y los brazos. Se abrió la túnica y se miró el pecho.

Su madre no pudo resistir más y se arrojó sobre él, cubriéndole de besos y de lágrimas.

Habían pasado veinte meses sin acercarse a su hijo, que la lepra le había arrebatado de entre sus brazos.

El Comandante llevó a Yhasua a un suntuoso pabellón en la Fortaleza y exigió que dijera la recompensa que quería.

—Ya estoy recompensado ampliamente en cuanto a mí mismo. ¿No es mía acaso la felicidad de que os veo colmado en este instante?

— ¿Pero nada quieres de verdad para ti o para tus familiares? Eres muy joven, debes tener madre, esposa, hermanos; pídeme algo para ellos si para ti nada quieres –insistía el Comandante.

—Tengo padres y hermanos, pero gracias a Dios ellos nada necesitan pues que tienen en abundancia salud, paz y alegría. Tengo otra familia que padece y que no es de mi sangre. Para ellos sí que pido tu clemencia y tu piedad.

—Habla, Profeta de tu Dios, que sea lo que sea, está concedido.

—Pido clemencia para los treinta y seis israelitas rebeldes que tienes encarcelados en esta Fortaleza.

— ¡Han causado tanto desorden y agravio al César!... –respondió pesaroso.

—Todo lo sé y no estoy de acuerdo con ello. Han obrado mal, pues no son esos los caminos por donde la nación hebrea conseguirá su libertad. ¡Pero... Comandante!... No es a los justos a los que se debe perdonar, sino a los delincuentes. Porque han pecado contra la autoridad del César es porque te pido piedad para ellos.

— ¡Profeta de Dios!... ¡No es posible que yo pueda negarte nada! Hoy mismo serán libres.

Llamó a un subalterno y mandó traer a los treinta y seis penados, la mayor parte de los cuales eran menores de veinte años. Algunos había

de veintidós y veinticinco años. Todos tenían remachada una cadena en los pies que apenas les dejaba dar pequeños pasos.

— ¡Este es un Profeta de vuestro Dios y me pide vuestra libertad! –les dijo el Comandante.

— ¡Yhasua!... ¡El hijo de David!... ¡Nuestro futuro Salvador!... –exclamaron varias voces a la vez.

—Sí, vuestro Salvador de la condena en que por vuestra imprudencia habéis caído –les dijo Yhasua con severidad–. ¿Por qué os habéis entregado a esos actos de violencia que no hacen sino empeorar la situación del pueblo hebreo? Las pruebas enviadas por nuestro Dios, son expiaciones de vuestros errores y hay que soportarlas con dignidad y con valor.

"El Comandante aquí presente me ha concedido vuestra libertad que se hará efectiva mediante promesa de ser dóciles a las normas que vuestros dirigentes os han marcado, ante la eventualidad del dominio extranjero sobre el país.

—Lo prometemos –dijeron todos–, pero que los soldados no nos provoquen con sangrientas burlas llamándonos perros de Israel, mutilados miserables, basuras del muladar, etc., etc.

— ¿Eso os dicen mis soldados? –gritó el Comandante encolerizado.

—Sí, señor, y otras cosas mucho peores, que un hombre no puede aguantar sin arrojarles una piedra a la cabeza.

—Bien, de hoy en adelante las cosas habrán cambiado. Yo respondo del respeto de mi guarnición para el pueblo, y el Profeta responde de vuestro respeto para la autoridad del César. ¿Estamos de acuerdo?

—Completamente –contestó Yhasua, coreado por los treinta y seis penados.

—Nuestro Dios os quiere libres y justos –exclamó en alta voz el Maestro–. Idos a vuestra casa.

Los penados echaron a andar dejando en el pavimento las cadenas que amarraban sus pies.

— ¡Por Júpiter Olímpico! –grito el Comandante–. ¿Qué significa esto?...

— ¡Comandante!..., más difícil es matar la lepra que corroía el cuerpo de tu hijo, que abrir las cadenas que ataban los pies de los cautivos. Mi Dios, el Dios de los Profetas de Israel, es el dueño de cuanto existe –le dijo Yhasua–. No hay poder como el poder suyo.

— ¡Eres un poderoso mago, y te harás dueño del mundo! –exclamó el austero militar entre espantado y gozoso–. ¡Tentado estoy de olvidar a los dioses del Olimpo por tu Dios, Profeta de Israel!

—Haz como lo dices y serás muy feliz –díjole Yhasua, y salió detrás de los presos ya libres. El militar le siguió con su mirada llena de asombro.

Y fuera de la Fortaleza, Yhasua les dijo, en tono severo, a los ex cautivos:

— ¿Os espantáis de ver abiertas vuestras cadenas? Si tan grande es el poder de nuestro Dios, ¿por qué no esperáis tranquilamente en Él, que pueda dar la libertad a Israel si fuera digno de ella? Y pensad que os sacó de vuestra prisión una vez, pero no está obligado a sacaros una vez más. La hora del Señor llegará cuando Él quiera, y nosotros que somos sus criaturas debemos esperar el cumplimiento de sus designios. El Padre Universal ha obrado de la manera que habéis visto para que nuestros dominadores sepan que cuando Él sea servido, les barrerá de la faz de la tierra como hojarasca seca que se lleva el viento. Id pues en paz a tranquilizar a los vuestros, y usad de prudencia y cautela al relatar vuestra salida del presidio. "El silencio, es siempre el mejor aliado de los oprimidos".

Entre los presos recientemente libertados, había un sobrino de Eliacín, tío de Shipro, que juntamente con sus padres y hermanos trabajaban en uno de los olivares y viñedos del príncipe Jesuá que ya conoce el lector. Dicho jovenzuelo corrió al palacio de Ithamar y refirió a su tío lo que había ocurrido en la Torre Antonia. De modo que cuando esa tarde fue Yhasua a visitar a sus amigos, encontró que ya estaban en posesión del secreto.

El Hack-Ben Faqui preparaba su viaje de regreso a Cirene su ciudad natal, donde le esperaba su padre con urgencia, pues había muerto el Anciano Amenokal de los Tuaregs, poderoso soberano del gran desierto de Sahara, y la reina Selene reclamaba la presencia de todos sus jefes en la fortaleza de rocas perdidas, entre las dunas del desierto.

Faltaban más de cuatro meses para la celebración de las bodas de Thirsa y Nebai, por lo cual tenía sobrado tiempo para ir y volver a cumplir su palabra. Yhasua envió con él, epístolas a Filón de Alejandría y al Príncipe Melchor, relatándoles cuanto había ocurrido en Antioquía, sin olvidar la partida de Baltasar al reino de las almas. Les invitaba a ambos a venir a Jerusalén, donde él se encontraba dispuesto a pasar allí todo el otoño por resoluciones de familia. Les consideraba ligados fuertemente a él, en la obra salvadora de Israel y del mundo entero, y creía que debían fortificar esa alianza con acuerdos que aún faltaban tomar.

Judá acompañó a Faqui al puerto de Ascalón, donde tomó el primer barco que zarpó con rumbo a la ciudad de Alejandría.

El joven y vehemente africano, comprendió en aquella despedida de la familia de Judá y demás amigos de Jerusalén, cuán profundos eran los afectos que le unían a ellos en el breve tiempo que había pasado en el país de Salomón. Y con toda la sinceridad de su alma decía al partir: –"Considero como una segunda patria al país de los hebreos. Dejo toda mi alma aquí donde queda Yhasua, Thirsa y Judá, donde queda Noemí la

madre que reemplaza a la que me dio la vida; donde quedan los mejores y más nobles corazones que he conocido en mi vida".

El amor de Faqui hacia Yhasua fue fecundo para la evolución espiritual y moral de la humanidad que poblaba el África Norte y las orillas del Nilo, como lo veremos más adelante.

La vida de Yhasua en esta temporada que pasó con sus padres en Jerusalén, fue tumultuosa, activísima y agitada, debido a los grandes esfuerzos que desplegó para volver el sosiego y la tranquilidad a los afiliados a la Santa Alianza, sin descuidar su apostolado de amor fraterno hacia sus semejantes.

Día por día se iba formando en su yo íntimo la conciencia clara de su misión de Salvador del Mundo. No había venido sólo para Israel, sino para todos los pueblos y para todas las razas de la tierra.

Con frecuencia iba al templo a buscar en los viejos archivos, los papiros ya olvidados por los flamantes doctores de ese tiempo, que los pocos sacerdotes esenios que aún quedaban le facilitaban, conociendo quién era el que los pedía. Simeón había muerto, Eleazar y Esdras vivían aún, pero ya muy ancianos sólo acudían al templo el día sábado para tomar parte de las sagradas liturgias. Era entonces, cuando retirados con Yhasua en una de las celdillas que formaban parte del templo mismo, y destinadas a guardar los objetos del culto, tenían largas conversaciones sobre la verdadera ley divina, de la cual el pueblo se había apartado seducido por los doctores y sacerdotes. El espíritu de amor a Dios y al prójimo, médula de aquella ley, se había borrado del alma popular a fuerza de nuevas ordenanzas y prescripciones de orden puramente material, pero aumentadas con tal exageración, que formaban gruesos libretos que los fieles no terminaban de aprender.

Se veía clara la tendencia de los modernos preceptores sacerdotales, de hacerse cada vez más necesarios en la vida religiosa y civil de los israelitas en general.

Por todo y para todo, debían acudir a un sacerdote que pusiera su visto bueno a toda situación o circunstancia en su vida, sin lo cual no podían continuar sus actividades de cualquier orden que fuera.

Una mancha en la piel, exigía la intervención del sacerdote que dijera si aquello era germen de un mal que hacía impuro al hombre. El tocar las ropas u objetos que hubieran tocado a un cadáver, exigía la intervención sacerdotal y ofrendas para la purificación. Difícilmente podía pasar un hombre o una mujer un día en su vida que no se viera obligada a reclamar la intervención sacerdotal para sacarle la impureza contraída por cosas tan insignificantes que ya rayaba en lo estúpido, en lo ridículo.

En estas nimiedades sin importancia alguna, ocupaban toda la atención

de los fieles a su fe, y descuidaban naturalmente el fundamento de la Ley, que era el amor a Dios y al prójimo por encima de todas las cosas.

Un día en que Yhasua permanecía en el templo en horas de concurrencia de fieles, un doctor de la Ley, explicaba a sus oyentes una tras de otra las innumerables ordenanzas sobre las cosas impuras que manchaban al hombre en cuanto a la comida, a la bebida, al acercarse a los sepulcros, a los animales, etc., etc.

—Tú que eres un doctor de Israel –preguntó Yhasua al orador–, ¿puedes decirme cuántos fueron los mandamientos de Ley que Jehová dio a Moisés?

— ¿Tan ignorante eres que no lo sabes tú? Fueron diez y son como sigue –y el doctor relató con énfasis los mandatos del Decálogo.

— ¿Y por qué habéis corregido la plana a Moisés, añadiendo ese cúmulo de ordenanzas y de leyes que se precisaría un carro egipcio para cargarlos, y que el pueblo debe soportar de buena o mala voluntad?

— ¿Y quién eres tú, para increpar a un doctor de la Ley, miembro del Sanhedrín que puede castigarte por tu rebeldía? –dijo el doctor con una cólera bien manifiesta.

—Soy el que te puede decir, calle tu lengua que está mintiendo ante Dios y ante el pueblo. –Y rápido salió del templo entre el asombro de todos, porque el orador hacía esfuerzos inauditos para hablar y sólo arrojaba aullidos semejantes al graznar de los cuervos.

Algunos salieron para arrojar piedras al imprudente joven que había alterado la paz del templo, pero sólo encontraron a dos mendigos paralíticos a los cuales Yhasua cubrió con su manto azul; luchaban por quedarse cada cual con una mitad, sin percibir claramente que sus piernas torcidas y contrahechas estaban curadas, pues que ponían todo su afán en aquel manto que pretendían dividir.

Los que salían a injuriar al Maestro, cayeron sobre aquel bulto azul que tan bruscamente se movía en el atrio exterior, pues reconocieron el manto del joven que había increpado al orador. El asombro fue grande cuando vieron a los mendigos curados, que echaron a correr con el manto azul de Yhasua tomado por ambos extremos y que flotaba al viento como un retazo del cielo diáfano y puro de Judea.

—El demonio anda en todo esto –dijeron–, porque es obra de magos negros.

El orador había recobrado el uso de la palabra, pero cerrados y guardados los libros, se había postrado en tierra y oraba llorando amargamente.

— ¡Señor Dios de Israel! –decía–. El fuego de Gahanna está encendido para mí, porque conociendo la verdad, he enseñado la mentira. ¡Señor!... ¡Ten misericordia de mí, que desde mi profundo abismo espero en tus promesas!...

65
LA MUERTE DE YHOSEP

Una noche Yhasua se despertó sobresaltado porque creyó sentir la voz de su padre que lo llamaba.

Corrió a su alcoba y lo encontró profundamente dormido. Se sentó a su lado y su luminoso espíritu se sumió en la meditación. A poco de estar allí observó que una blanca silueta transparente se diseñaba junto a él. Pidió Luz Divina para comprender el enigma. Era el cuerpo astral o doble de su padre dormido, pero no bajo el aspecto de un anciano, sino en plena virilidad.

Yhasua comprendió que decía: "–Mi cuerpo duerme su última noche en la tierra. Mañana cuando el sol se levante al cenit, seré un espíritu libre, ansioso de luz y de belleza. Quiero dar este paso teniendo tus manos entre las mías. Ayúdame a entrar en el Reino de la Luz".

La blanca y transparente imagen se esfumó sobre el pecho de Yhosep, y éste se despertó como buscando algo a su alrededor.

— ¡Oh, Yhasua!... ¿Estabas tú aquí? Acabo de soñar contigo, mas no recuerdo lo que soñaba. Tienes el rostro entristecido y tus ojos quieren llorar. ¿Qué pasa?

— ¡Nada, padre!... Oraba, y la verdad divina que llegaba hasta mí, me produjo intensa emoción –contestó el Maestro.

—Debe ser muy temprano, pues aún están las sombras de la noche –dijo Yhosep incorporándose en su lecho.

Yhasua descorrió las cortinas de un ventanal que daba al huerto, y una pálida luz sonrosada inundó la habitación.

— ¡Es el amanecer hermoso de Jerusalén! –exclamó el Anciano que parecía más alegre que nunca–.

"Cuando el sol se levante un poco más, veré desde aquí las techumbres doradas y azules del templo del Señor. Y entonces me recitarás el salmo de acción de gracias, porque el Señor me deja ver la luz de este nuevo día.

Haciendo un supremo esfuerzo, Yhasua pudo serenarse a fin de que su padre no se apercibiera de su dolor. ¡Iba a verle partir del plano físico ese mismo día, y una ola de tristeza le oprimía el corazón!

—En este momento –dijo Yhasua–, recuerdo un viejo papiro que gustaba mucho leer en mi estadía en el Tabor. Refiere las hermosas visiones del reino de las almas, que tenía con frecuencia un Maestro de Divina Sabiduría, que vivió en un continente desaparecido bajo las aguas hace muchísimos siglos. El continente se llamaba Atlántida y el Maestro, Antulio.

— ¿Y qué visiones eran esas? –preguntó Yhosep.

—Te relataré algunas. Antulio veía diariamente flotar como nubecillas blancas sobre la faz de la tierra, ángeles del Señor, que él llama Cirios de la Piedad, los cuales iban recogiendo de la tierra como flores de un jardín, las almas de los que diariamente dejaban su cuerpo para pasar a los reinos de la luz.

Y son millares los Cirios de la Piedad que realizan esta nobilísima misión: desprender las almas de su materia física ya incapaz de sostener la vida, para introducirlas en el plano espiritual, que por su grado de evolución han conquistado. Se comprende desde luego, que tal solicitud y amor, es para los justos que han hecho en la tierra cuanto bien pudieron, en cumplimiento de la eterna ley de amor de los unos para los otros.

—Estoy oyéndote, hijo mío, y estoy pensando que es una ignorancia y una grande incomprensión el tener horror a la muerte. ¿Verdad, Yhasua, que ese Maestro de Divina Sabiduría debía ser un gran iluminado? –decía Yhosep mirando plácidamente a su hijo.

—Lo era sin duda, y sus hermosas clarividencias han permitido a nuestras Escuelas superiores, el formar grandes tratados sobre este asunto, que abre horizontes nuevos a los buscadores del Eterno Ideal.

En este momento apareció Myriam llevando un tazón de leche caliente con miel y bollos recién asados para el Anciano.

— ¿Cómo es que tan temprano estás aquí, hijo mío? –preguntó a Yhasua.

—Creí sentir que mi padre me llamaba y vine.

—Busca el libro de los Salmos, Yhasua, que ya el sol se va levantando –dijo el Anciano, mientras tomaba el desayuno–. No te vayas, Myriam –añadió–, que juntos los tres daremos gracias al Señor porque hemos visto la luz de un nuevo día y porque nos colma de tantos dones.

Yhasua tomó de sobre la mesa el libro pedido por su padre, y como el que va espigando en un trigal dorado las mejores espigas, Yhasua fue escogiendo los más bellos y sugestivos versículos que fueron llenando de suavidad el alma de Yhosep, próxima a desprenderse de su materia.

El sol subía hacia el cenit y sus rayos caían sobre las cúpulas doradas del Templo del Señor. La faz del Anciano pareció iluminarse de una serena beatitud, mientras iba repitiendo las frases que Yhasua leía “Como el siervo gime por las corrientes de las aguas, así clama por Ti, ¡oh, Dios, el alma mía! ¡Mi alma tiene sed de Dios! ¡Del Dios vivo! ¡Cuándo apareceré delante de Dios! Envíame tu Luz y tu Verdad, que me conducirán al monte de tu santidad y a tus tabernáculos. Y subiré al altar de Dios, al Dios alegría de mi gozo, y te alabaré con arpa y salterio, ¡oh, Dios mío! Espérame, Señor, porque aún tengo de alabarte” (Palabras que se encuentran en los salmos 42 y 43).

Los ojos del Anciano continuaron mirando el rayo solar, que resplandecía como una ascua en la cúpula del Santuario, y parecía no oír ya la lectura de su hijo, pues su voz muy baja y entrecortada seguía repitiendo: "¡Espérame Señor porque voy a Ti para alabarte y bendecirte!..." Fueron sus postreras palabras.

Una ligera sacudida estremeció su cuerpo, y el gran silencio de la muerte pareció envolverlo en su velo de misterio y de paz.

Myriam que con sus ojos entornados oraba, ni aún se apercibió de lo que había pasado.

— ¡Recíbelo Señor en tu reino de amor y de luz, porque él te amó sobre todas las cosas y por Ti amó a sus semejantes como a sí mismo! –dijo Yhasua en alta voz y uniendo sus manos sobre su pecho.

Myriam volvió en sí, de su abstracción meditativa y profunda al oír las palabras de su hijo, que repitió con su voz sollozante al comprender lo ocurrido. Miró con espanto las pupilas inmóviles del Anciano, cuya cabeza vuelta hacia el ventanal, continuaban apagadas ya, pero fijas siempre en el rayo de sol que iluminaba el Santuario, que para él era la Casa de Dios.

Yhasua besó aquella venerable frente tibia aún, cerró sus ojos y lo recostó de nuevo en su lecho.

— ¡Ya no tienes padre, hijo mío! –murmuró sollozando Myriam.

Yhasua la abrazó tiernamente mientras le decía:

—Le tengo en el Reino de la Luz y del Amor, madre, donde nos aguarda para continuar el salmo de adoración que acabamos de recitar juntos. –Y la llevó al cenáculo, donde llamó a la viuda Lía, a los criados y algunos familiares que al otro lado del huerto, vivían en sus hogares respectivos.

Así terminó aquel justo su jornada terrestre de esa época, acaso la más dichosa que puede vivir un hombre en el plano físico.

Yhasua se vio acompañado por sus grandes amigos de Jerusalén y por numerosos afiliados de la Santa Alianza. Y después de las honras fúnebres acostumbradas, el cadáver fue inhumado en la tumba de David que ya conoce el lector, por ser sus inmensas criptas, uno de los puntos de reuniones nocturnas, para los que soñaban en una próxima libertad de la nación hebrea.

66
AL DESIERTO DE JUDEA

Algo se susurró que podía afectar a la seguridad de Yhasua. Su padre había sido sepultado en la tumba real de David, luego era un descendiente suyo.

Y si el joven profeta que curaba leprosos y hacía tantas maravillas, era descendiente de David, ¿no sería el Salvador anunciado por los Profetas? Por la gran plaza-mercado de la Puerta de Jaffa, empezaron a correr voces demasiado vivas para que pasaran desapercibidas, a los oídos siempre alertas de los príncipes y doctores del Sanhedrín.

Los sacerdotes esenios lo pusieron en conocimiento de Yhasua, el cual acompañado del príncipe Judá, de Simónides y de Shipro, se internaron por el Monte de los Olivos, detrás del cual comenzaba el árido desierto de Judea, con sus laberintos de rocas y sus grutas sepulcrales.

Tenían allí los esenios un refugio para enfermos del alma y del cuerpo, y sobre todo para los obsesados, que los judíos llamaban "endemoniados". La ignorancia hacía creer a las gentes que los enfermos mentales eran posesos de los espíritus del mal, y algunos de ellos cuya enfermedad era extremadamente violenta y aparecían dominados por incontenible furia, eran amarrados con cadenas a las rocas de las grutas.

Los cuatro fugitivos, caballeros sobre robustos asnos que la previsión de Simónides cargó de comestibles para varios días, llegaron después de un día y una noche de viaje. No era tanta la distancia cuanto enmarañado y tortuoso el sendero, ya costeando desnudas rocas, como vadeando arroyuelos, ramificaciones que aún persistían de lo que en otras épocas fuera el caudaloso y bravío Torrente Cedrón.

Empezaba el martirio para el tierno corazón de Myriam, angustiado aún por la muerte reciente de Yhosep. Mas, para librarla de interrogaciones indiscretas que pudieran hacerle, la misma noche en que Yhasua iba a abandonar Jerusalén, fue llevada con Ana y su prima Lía al palacio del Príncipe Ithamar, donde la buena Noemí con Thirsa y Nebai se encargarían de tranquilizarla.

Sólo dos semanas duró el destierro de los fugitivos de la ciudad Santa, pues el joven Shipro que iba y venía desde las grutas a la ciudad, llevó por fin la noticia de que José de Arimathea y Nicodemus con sus amigos habían desvirtuado aquellos rumores que alarmaron a algunos miembros del Sanhedrín. Querían y esperaban al Mesías Libertador de Israel, pero querían un Mesías dócil a todas las leyes y ordenanzas de que agobiaban al pueblo, cuya voz no podía levantarse sino para

ofrecer abundantes ofrendas y sacrificios, que enriquecían a las orgullosas familias sacerdotales.

Yhasua no era pues, el Mesías que el Sanhedrín necesitaba. Yhasua decía al pueblo: *"La libertad de conciencia, de pensamiento y de acción, es un don concedido por Dios a la criatura humana; y siempre que esa libertad no atente contra los derechos del prójimo, comete delito, el que la impida o la destruya".*

Cuarenta y dos enfermos mentales que las gentes llamaban endemoniados, fueron devueltos al uso de la razón y a la sociedad humana, en las dos semanas que permaneció Yhasua en las cavernas del desierto de Judea.

Nos haríamos interminables si hubiéramos de relatar uno a uno los intensos dramas que tuvieron lugar en aquellas grutas, donde llegó la Energía Divina y el Amor Eterno, exteriorizados por Yhasua, Verbo de Dios, sobre todas aquellas inteligencias sumidas en las tinieblas del desequilibrio mental.

Mas para que el lector se forme una idea de la obra de amor realizada en esta ocasión por el Divino Maestro, algunos casos relataremos.

Uno era un hombre de unos cuarenta años, cuyo extravío mental consistía en que a intervalos dados y muy frecuentes, daba espantosos aullidos y se retorcía todo en una defensa terrible de enemigos que él solo veía. Con palos, con las uñas, con los dientes, con piedras de afiladas aristas, la emprendía con las rocas, con los troncos de los árboles y hasta contra las personas que osaran acercársele cuando estaba en la crisis. Había causado daño grave a muchos, y le tenían atado de la cintura con una cadena al tronco de un árbol. Le habían hecho allí mismo una choza de piedra y hojas de palmera rellena de paja, a fin de que no se hiciera daño a sí mismo.

Otro caso era el de una mujer de edad madura, cuya manía consistía en cavar fosas para enterrarse ella misma, por lo cual debían vigilarla constantemente, pues ya la habían sacado varias veces casi cubierta por completo de tierras y pedruscos, que ella misma hacía caer desde los bordes de la fosa abierta.

Y en su horrible delirio se figuraba enterrar con ella, a un odiado enemigo que le había hecho sin duda mucho daño. Unas carcajadas histéricas, que parecían graznidos de cuervos despedazando un cadáver para devorar, era la impresión que se recibía al ver a esta infeliz víctima de la maldad humana.

Los terapeutas algo conocían de la historia trágica de aquellas vidas atormentadas.

El hombre encadenado, había sido un rico mercader que llevaba y traía mercancías desde el Mar Rojo a Jerusalén, por medio de su caravana.

Su esposa y dos hijitas mellizas de doce años de edad quedaban siempre en Jerusalén durante sus ausencias. Un día que llegó de un viaje, encontró a las tres, madre e hijas, amarradas y amordazadas en el fondo de la bodega, desnudas y con la piel despedazada por tantos azotes, que las costillas estaban al descubierto. Las tres estaban muertas y ya en descomposición sus cadáveres, por lo cual se veía claro que habían pasado de aquel hecho, muchos días. Las ratas habían despedazado aún más aquellos cadáveres. ¿Cuál había sido el móvil de tan espantoso crimen?

Los terapeutas no lo sabían y el infeliz demente en su incontenible furia nada sabía decir, sino repartir golpes y lanzar piedras hacia todos los lados.

La mujer que quería enterrarse viva, era loca desde la degollación de los niños betlehemitas ordenada por Herodes el Idumeo, cuando los tres viajeros del oriente se les escaparon de las manos, sin volver a decirle donde estaba el Rey de Israel que había nacido.

Le habían degollado su hijito de un año, y a su marido y a su padre que trataban de salvar al niño por la huída, les habían abierto el pecho a puñaladas y a los tres los habían arrojado a una fosa común. Y su manía de querer enterrarse viva, parecía obedecer el espantoso recuerdo que conservaba de aquel hecho.

Los demás casos tenían naturalmente un terrible origen: persecuciones, asesinatos, calabozos que nunca se abrían, despojos, miseria, abandono y muerte.

Yhasua con su alma toda luz asomada a sus ojos, pasaba revista en silencio a aquel doloroso escenario de tragedias humanas vividas y sentidas. Hundió su frente entre sus manos y así sentado como estaba sobre un trozo de roca, dejó correr sus lágrimas silenciosas durante un largo rato. Judá y Simónides se habían sentado mudos a su lado. El jovenzuelo Shipro con su tierna alma estremecida de espanto, se había dejado caer sobre la paja seca en que Yhasua hundía sus pies. Las lágrimas ardientes del Hijo de Dios hecho hombre, caían sobre las manos morenas de Shipro, que al verlas, no pudo más contenerse y con sus ojos cristalizados de llanto se abrazó a las rodillas de Yhasua y le dijo con la voz entrecortada por los sollozos:

— ¡Príncipe de David!... Cuando yo lloraba un día sobre el cuello de mi camello, tú me consolaste dándome paz... ¡Tú lloras ahora, Señor, sobre mis manos abiertas a tus pies y yo no puedo consolarte!

Yhasua apoyó su cabeza sobre la cabeza de Shipro mientras le decía:

— ¡Lloro, Shipro, por la maldad de los hombres y a veces me falta valor para sacrificarme por ellos! Será el sacrificio de un cordero por los tigres y panteras de la selva.

Simónides y Judá que tenían la emoción anudada a la garganta, se acercaron a él y Judá le dijo: –El hombre habla en este instante. ¡Yhasua, Hijo de Dios!... ¡Esperemos que hable Él, que te ha enviado a los hombres!

El Anciano secando sus propias lágrimas, ofreció a Yhasua su redoma con jarabe de cerezas que nunca dejaba.

—Bebe, mi Señor –le dijo–, que la gran fatiga sufrida te ha debilitado así.

El Maestro bebió un sorbo, sin recordar que desde la tarde anterior no habían tomado alimento alguno.

—Tú les curarás a todos, ¡oh, mi soberano Rey de Israel!, y entonces cantarán a Jehová hasta las rocas de estos montes y hasta las arenas de este desierto.

Un terapeuta se acercó al grupo trayendo una fuente de pan y tazones de leche caliente con miel.

—Habéis adivinado nuestra necesidad –díjole Judá, recibiéndole la fuente y ofreciendo la primera porción a Yhasua–. No tomamos nada desde que salimos de Jerusalén al caer la noche.

—Ya lo suponía –dijo el terapeuta–, y para presenciar los cuadros que aquí se ven, es necesario tener bien templados los nervios, y lleno de sangre fuerte el corazón.

Para el descanso de esa noche, Judá eligió una gruta espaciosa y seca, de donde fueron trasladados seis dementes que eran de los más tranquilos y que fueron puestos como vigías de los más terriblemente desequilibrados. Shipro ayudado por ellos, recogió gran cantidad de heno fresco y dispusieron lechos para los cuatro recién llegados.

Simónides que todo lo preveía sacó de su maleta de viajero, sábanas y cobertores.

— ¡Oh!, esto no se ve por aquí jamás –decían los locos pacíficos que arreglaban la gruta–. Debéis ser todos de familia de reyes.

—Claro que sí –contestó Shipro–, los dos jóvenes son príncipes del país de Israel.

— ¿Y qué vienen a hacer aquí entre toda nuestra miseria? –preguntó uno de los dementes.

—Eso lo sabréis mañana seguramente –contestó el joven siervo, casi seguro de que el sol del siguiente día derramaría su claridad sobre todos los dementes ya curados y felices.

Esa noche fue un silencio profundo. Los terapeutas guardianes, que eran dos, decían que por las noches no se podía dormir en paz a causa de los terribles aullidos, gritos, lloros y maldiciones que aquellos infelices exhalaban, como si con ello desahogaran su mal.

En la gruta preparada para Yhasua y sus compañeros de viaje, se

reunieron los dos terapeutas guardianes, y después de recitar los salmos que piden misericordia al Altísimo, hicieron una larga concentración espiritual, para la cual Yhasua les preparó a todos con una sencilla explicación sobre el poder del pensamiento impulsado por el amor desinteresado y puro.

A la mañana siguiente fue Yhasua con los terapeutas y sus compañeros a visitar uno a uno de los dementes, a los cuales encontraron perfectamente tranquilos.

—Este es un gran médico que viene a curar vuestro mal –decían los terapeutas a los enfermos–. Es un profeta de Dios, y sólo pide de vosotros que esperéis todo del Dios de Israel que le envía.

El hombre de la cadena dormía, y así dormido fue desatado por indicación de Yhasua. Cuando despertó, vio a su lado al Maestro que le ofrecía pan y frutas secas con esa divina dulzura suya, que parecía ablandar las montañas.

—Tú me soltaste de la cadena –le dijo–, y no has pensado que yo soy loco furioso, poseído de los demonios y que puedo matarte.

— ¿Serías dichoso si así lo hicieras? –le preguntó Yhasua sin moverse ni cambiar de postura, sentado en tierra, con el pan y las frutas en una cestilla.

— ¡No podría matarte aunque quisiera, corderillo sin hiel!... Te guardan los ángeles de Jehová, porque eres bueno como Abel y Moisés.

—Bien, mejor. Come y después hablaremos, porque yo soy el amigo que esperabas y que viene por fin a buscarte –le contestó el Maestro.

— ¿Y por qué me buscabas? –preguntó el demente.

—Para que seas dichoso entre los que te amamos.

— ¿Hay en la vida alguien que pueda quererme?... –volvió a preguntar el loco. Yhasua llamó en alta voz:

— ¡Judá, Simónides, Shipro! –los tres llegaron–.

"¿No es verdad que este amigo nuestro volverá con nosotros a Jerusalén donde le espera la familia?

—Justamente –dijo Simónides–. Hace tiempo que yo necesito para mi casa un hombre como él. ¡No faltaba más! Si está en todo vigor y fuerza de la vida. Come hombre, y luego iremos juntos a bañarnos en el arroyo vecino, donde pescaremos hasta el medio día para prepararnos un buen almuerzo.

—Y de aquí a pocos días –añadió Judá–, nos pondremos en camino a Jerusalén donde nos esperan para una gran fiesta.

— ¿Estoy despierto o durmiendo todavía? –preguntó el demente.

—Hombre, si estás comiendo higos secos con pan y castañas cocidas, es porque estás bien despierto –decíale Judá riendo.

—Si este ha sido ya curado –decía un terapeuta a Simónides en

un aparte–, los otros lo están ya. El silencio de anoche ya me lo hizo comprender.

Cuando todas las grutas fueron visitadas llevando el desayuno a los enfermos, comprendieron y se maravillaron todos de la formidable Energía Divina que había infiltrado el amor del Cristo en aquellas mentalidades completamente desequilibradas el día anterior a su llegada.

— ¡Cuántos dolores humanos han desaparecido en una noche! ¡Oh, soberano rey de las almas y de los cuerpos! –exclamó Simónides con un entusiasmo que rayaba en delirio.

—Bendigamos al Señor –decía Yhasua–, que es el Padre de todo bien.

Una semana después emprendían el regreso a Jerusalén, donde Simónides y Judá verían la forma de ubicar dignamente a todos aquellos seres arrancados al dolor y a la miseria.

Yhasua pensó muy razonablemente que la vuelta de inmediato de su madre a Galilea le sería doblemente dolorosa. Había salido de allí, acompañada de Yhosep y volvía sin él.

Noemí, la noble dama, con su hija Thirsa y la que iba a ser su nuera, Nebai, se encariñaron de tal manera con la dulce madre del Cristo-hombre, que ya no fue posible separarla de ellas.

Dentro de cinco lunas se realizarían las bodas de Nebai y Thirsa, y ambas novias deseaban la presencia de Yhasua y de su madre en tal acontecimiento.

Fue una época de incomparable dicha para todos los que moraban bajo el techo hospitalario del Príncipe Ithamar. Las veladas de éstos sobre el terrado a la luz de la luna, bajo los artísticos quioscos o pabelloncitos abiertos y encortinados de jazmineros y de rosales, tenían una inefable dulzura.

Marcos, el prometido esposo de Ana, se sumó a los concurrentes a las veladas, y el príncipe Judá, que averiguó la causa porque no realizaban su matrimonio, intervino de inmediato.

Marcos era el mayor de los hijos en su hogar, donde la muerte se llevó a su padre cuando todos eran pequeños. Era pues el apoyo de su madre y el tutelar de cinco hermanos menores, de los cuales cuatro eran mujeres. Tenían además los abuelitos maternos muy ancianos, y no era posible para él pensar en formar su hogar propio desamparando a sus familiares que aún le necesitaban. A más, Marcos estudiaba filosofía y letras en el Gran Colegio, donde desempeñaba también los cargos de escribiente o escriba según llamaban entonces a los hombres de pluma, y celador o guardián del orden en algunas de las aulas del más grande instituto docente del país.

De esta forma atendía a la subsistencia de su numerosa familia.

Simónides pensaba instalar una agencia para los grandes negocios marítimos en uno de los puertos del Mediterráneo más cercano a Jerusalén.

Desde Alejandría a Antioquía, era mucha la distancia y a veces ocurrían asuntos de emergencia que requerían rápida solución. Pensaron que Marcos era la persona indicada, y Joppe la ciudad marítima que convenía, por ser punto de reunión de las caravanas que venían desde Arabia por Filadelfia y desde los países del Mar Rojo. Lo pusieron en conocimiento de Yhasua, el cual les dio esta contestación que pone de manifiesto su extremada delicadeza cuando de beneficios materiales se trataba:

—En cuanto a esto, obrad libremente y como si yo no estuviera en medio de vosotros. Procuráis un beneficio importante para familiares míos, y creo no ser yo el más indicado para inclinar la balanza a su favor. Hacedme pues el obsequio de no contar conmigo para esta resolución.

—Bien, mi Señor –dijo Simónides, asombrado de la extrema delicadeza de Yhasua–. Nos conformaremos con que sepáis la resolución que hemos tomado Judá y yo. –Debido a esto, Marcos renunció a los puestos mezquinamente remunerados en el Gran Colegio, y se trasladó a Joppe con toda su familia, donde quedó establecido como Agente General en dicho puerto, para representar a Simónides, Jefe supremo de la vasta red comercial establecida en Siria y Palestina hacía treinta años por el Príncipe Ithamar de Jerusalén.

Su matrimonio con Ana se efectuaría pues, juntamente con el de Thirsa y Nebai, ya que un estrecho vínculo de amor les unía, como si de verdad fueran tres hermanas nacidas de una misma madre.

Fecunda fue esta temporada en obras de amor, que se desbordaron como un torrente sobre todos los necesitados de Jerusalén y sus arrabales, pues el palacio de Ithamar se convirtió en un taller de tejidos y preparación de vestimentas para los ancianos desvalidos y para los menesterosos en general. Myriam y Noemí eran inmensamente dichosas con los entusiasmos juveniles de las tres jóvenes doncellas, que se preparaban para entrar en las grandes responsabilidades del matrimonio, con el apostolado sublime de las obras de misericordia y amor con el prójimo.

A este noble y hermoso grupo femenino, vino a reunirse Sabad, madre de Nebai, que habiendo ya casado en Ribla a sus dos hijos varones, consagraría en adelante su vida a su padre Simónides y a su hija, para quien la Bondad Divina abría un hermoso horizonte de dicha y de bienestar. Iba a ser la esposa del príncipe Judá, heredero de una de las más nobles y antiguas familias de Jerusalén.

Sabad recordaba y refería a todos, sus años lóbregos de tragedias espantosas, y los comparaba con la actual felicidad.

—El Dios de Abraham y de Jacob –decía con lágrimas en los ojos y profunda gratitud en su corazón–, es poderoso y bueno; y cuando se ha soportado una prueba cruel y dura bendiciendo su Nombre, no tarda en llegar la dulzura de su amor divino como una inundación de paz, de esperanza y de dicha.

67
EN LA SINAGOGA DE ZOROBABEL

Durante esta larga estadía en Jerusalén, Yhasua se dedicó con especial consagración, a recorrer y estudiar en las numerosas sinagogas existentes en la ciudad, a fin de confrontar los textos sagrados que en cada una de ellas se conservaban.

Perdidas en el laberinto de las calles tortuosas de Jerusalén, en los viejos barrios, algunos de los cuales databan desde antes de la cautividad de los israelitas ordenada por Nabucodonosor en Babilonia, encontró dos sinagogas particulares, en las que fue presentado por el Anciano sacerdote esenio Esdras, que ya es conocido del lector.

—Estas dos escuelas de la Divina Sabiduría –díjole el Anciano–, conservan todavía después de tantos siglos, el espíritu que infundieron en ellas Zorobabel y Nehemías, que fueron sus fundadores. Aquí estoy seguro, hijo mío, que encontrarás la verdad, no en tan grande abundancia como en nuestros santuarios de las montañas, donde ha desbordado el Divino Conocimiento, pero sí lo bastante, para que el pesimismo no te agobie en tus andanzas de apóstol entre la humanidad.

La una se encontraba en el antiquísimo barrio noroeste de la ciudad, y como adosada a un ángulo de la muralla del llamado Castillo de Goliat, lóbrega fortaleza que Herodes había utilizado como tumba de enterrados vivos, durante el largo tiempo que tardó en hacer de la Torre Antonia, una verdadera ciudadela fortificada. Esta era la sinagoga llamada de Zorobabel.

La otra estaba en el barrio sur, y también en un ángulo de la muralla, a pocos pasos de la llamada Puerta de Sión, donde daba comienzo la calle del Monte Sión que corría de sur a norte, hasta formar ángulo con la calle de David, que corría de este a oeste. Esta era la sinagoga llamada de Nehemías.

Yhasua participó su descubrimiento a José de Arimathea y Nicodemus, a los cuales sabía tan ansiosos de la verdad como él mismo. Y los tres comenzaron a concurrir allí todos los sábados. Los propietarios y

dirigentes se atribuían descendencia directa de sus fundadores y como siempre fue muy reducida la concurrencia, que se limitaba a unos pocos vecinos del barrio, ambas sinagogas, muy distantes una de la otra, se mantenían en la completa quietud de las cosas ignoradas y olvidadas desde mucho tiempo.

En el segundo pórtico de la sinagoga anexa al Castillo de Goliat, se leía en una desgastada plancha de mármol "Casa de Sabiduría edificada por Zorobabel hijo de Salatiel, y sus hermanos, a la vuelta de la cautividad en el año primero de Ciro Rey de Persia, en el séptimo mes".

Asimismo en el pórtico interior de la sinagoga edificada en un ángulo de la muralla del sur, junto a la puerta de Sión, se leía en desteñidos caracteres del antiguo hebreo "Nehemías hijo de Sabassar, príncipe de Judá, fundó este altar y casa de Sabiduría, en el año primero de Ciro Rey de Persia en el quinto mes.

Sobre este altar estuvieron guardados los vasos sagrados que el Rey Ciro mandó entregar a Sabassar, que con Esdras Profeta, vino a reconstruir el Templo de Jerusalén".

Ambas sinagogas tenían pues como un timbre de honor y de gloria, a más de su respetable antigüedad, el nombre y genealogía de sus fundadores, participantes de primera línea en la reconstrucción de la ciudad y templo de Jerusalén, bajo la dirección del Profeta Esdras, que hizo revivir asimismo a la Fraternidad Esenia casi desaparecida, en la desastrosa época del cruel y bárbaro invasor asirio, Nabucodonosor.

—Quiero pasar completamente desapercibido en ambas sinagogas –había dicho Yhasua a sus dos amigos Doctores de Israel–, a fin de alejar todo recelo de sus nobles propietarios.

Pero ocurrió que la segunda vez que fueron a la sinagoga de Zorobabel, Hilcias, anciano escriba encargado de la documentación y viejos libros sagrados, era clarividente y vio que al entrar Yhasua, la penumbra del recinto se tornó en dorada luz que emanando de la persona del joven, se extendía como una bruma de oro por todas partes.

Tenía Hilcias una úlcera maligna en su brazo izquierdo que le dificultaba grandemente sus tareas de escriba. Al ver la poderosa irradiación que emanaba aquel jovenzuelo de tan modesto aspecto, hizo esta ferviente oración a Jehová:

—Señor Dios de los Cielos y de la Tierra, si de Ti emana esta luz que percibe mi alma, dame una señal para que yo adore tus designios, que mi úlcera sea curada por el contacto de tus efluvios traídos a esta casa por ese siervo tuyo.

El escriba se hallaba en el más apartado rincón de la sinagoga, sentado en uno de los pupitres allí colocados.

Se había descubierto la parte enferma de su brazo, y con azorados ojos

miraba que la llaga se secaba rápidamente, quedando sólo una pequeña mancha rojiza sobre la piel tersa y limpia.

Vio que Yhasua leía el Levítico de Moisés y sus dos compañeros hojeaban rollos buscando algún pasaje que les interesaba. Se acercó a Yhasua y le preguntó: – ¿Puedo saber quién eres?

—Un hebreo que viene a buscar sabiduría –le contestó.

— ¡Tú eres un Profeta de Dios y acaso no lo sabes!

— ¿Y cómo lo sabes tú?

—La Luz de Jehová camina contigo, y esa luz ha curado mi úlcera. Mira –aún se notaba en el brazo la mancha rojiza de una llaga recientemente curada.

—Buen hombre –díjole el Maestro–. Si el Señor te hizo depositario de sus secretos, es porque hay en ti capacidad de guardarlos bien. Sé pues fiel al Señor, y que tu silencio te haga merecedor de nuevas generosidades suyas.

Y sin más palabras continuó leyendo.

Cuando comenzaron a llegar gentes vecinas, pues que era ya la hora de comenzar la explicación de la Sagrada Escritura, un majestuoso Rabino de cabellera y barbas negras como el ébano, se acercó a Yhasua y le dio el libro de Isaías.

Un criado acercó un atril y el rabino dijo al Maestro: –Maestro, mi Señor, dígnate explicar el capítulo 66 de Isaías Profeta; que por el turno corresponde para hoy.

Yhasua lo miró al fondo de sus ojos y vio sinceridad en él.

—Sea, pues tú lo quieres –dijo, y puesto de pie ante el atrio abrió el libro y leyó–: *"Jehová dijo así: el cielo es mi solio y la tierra estrado de mis pies. ¿Dónde está la casa que me habréis de edificar, y dónde el lugar de mi reposo?*

"Mi mano hizo todas las cosas, y todas las cosas fueron, dice Jehová, mas yo miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que inclina su frente a mi palabra".

"Que el Altísimo Dios de Israel ponga la luz de sus estrellas en mi mente y el fuego de su sol en mi lengua, para que sea digno transmisor del pensamiento de Isaías –dijo Yhasua empezando su comentario–.

"Entiendo que el soberano Señor de todo lo creado busca con agrado el amante corazón de sus criaturas, para reposo de su grandeza y de su infinita majestad, y que el corazón del hombre soberbio, no puede ser jamás santuario para el Supremo Hacedor.

"Es humilde de espíritu, el que hace suyos los dolores del huérfano y desamparado, y no encuentra descanso y gozo verdadero, sino cuando ha remediado sus dolores y ha secado sus lágrimas.

"Es humilde de espíritu el que amando la verdad por encima de

todas las cosas, da a Dios lo que es de Dios, y toma para sí su propia carga de imperfecciones y de atraso, que le lleva a prosternarse ante la Divina Justicia, clamando con todas sus fuerzas: No mires, Señor, mi iniquidad y miseria, sino tu gran misericordia para acoger a tu siervo, no por lo que es, sino por lo que tú quieres que sea, para glorificarte por los siglos de los siglos.

"Es humilde de espíritu, el que sólo quiere la vida para llenarla de obras de amor y de justicia, dignas del que ha dejado penetrar en sí la Ley Divina, que dice: "Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo". Y el Profeta añade, que no es con sacrificio de bueyes, de carneros y palomas, con lo que el hombre conquista el derecho de servir como santuario de reposo al Señor, sino con el sacrificio de las propias pasiones y renunciamientos, elevándose por el amor fraterno y la sinceridad de una vida pura, por encima de todas las ambiciones y de todos los egoísmos...

"¡Señor Dios de Israel! ¡Dios de nuestros padres, Dios de nuestro corazón! –exclamó el joven orador en un impulso de amor hacia la Divinidad–. *¡Muéstranos que nuestras vidas son tuyas y que nuestros espíritus florecen en obras dignas de Ti!... ¡Muéstranos que nuestro corazón es humilde conforme al pensamiento de tu siervo Isaías, y toma posesión de nosotros que te pertenecemos desde la eternidad! Abre, Señor, nuestro espíritu a tu Verdad y a tu Amor, y que seamos luz de cirio en las tinieblas de nuestros hermanos, y óleo de piedad sobre sus heridas profundas...".*

De pronto se sintió un espantoso estremecimiento en los muros de la sinagoga, que estaban como adosados al viejo Torreón de Goliat.

Una muralla del presidio se había rasgado de arriba abajo, en una negra grieta de dos pies de anchura, y por ella salían lastimeros gemidos como del fondo de una tumba.

Yhasua con sus dos amigos, más el Rabino, el escriba y los oyentes de la sinagoga, corrieron hacia la enorme abertura por donde salían tan doloridos lamentos. Con riesgo de sus propias vidas penetraron allí y los cuadros que se presentaron a la vista sobrepasaban en horror a cuanto se pudiera imaginar.

Unos espectros con formas humanas se movían débilmente, extendiendo sus manos que parecían garras de buitres por las uñas enormemente largas, y la piel reseca y ennegrecida.

Eran los enterrados vivos que había dejado Herodes el Idumeo, que ni a la hora de morir tuvo piedad para aquellas infelices víctimas de sus infamias y de sus crímenes. Catorce años que había muerto comido por un cáncer, aquel verdugo coronado, y aún sus víctimas vivían sepultadas en el lóbrego torreón olvidados de todos, sin otro alimento

que los lagartos y las ratas que tenían allí su madriguera, y las malezas y hierbas que crecían entre las piedras del ruinoso Torreón. La plegaria del Maestro en su alocución había dicho: *"Que seamos luz de cirio en las tinieblas de nuestros hermanos, y óleo de piedad sobre sus heridas profundas"*.

¡Qué fuerza de Amor Divino habría en aquella plegaria del Hombre-Luz, que los espíritus de Justicia rompieron la muralla para que la luz y la piedad llegasen hasta aquellas desventuradas criaturas de Dios olvidadas de todos, pero no de Él!

— ¡Callad!... ¡Callad!... –dijo a todos, Yhasua–. Lo que hace la Bondad Divina no debe deshacerlo la cobardía humana. –Y ayudado por todos, que le obedecían casi con pavor, fueron sacando por aquella grieta los que aún tenían vida. Un espantoso olor a cadáveres salía por la hendidura. Muchos muertos insepultos debía haber dentro. Sólo diez hombres fueron salvados y ocultos en el pajar de la sinagoga, pero con tal rapidez, que cuando los curiosos de la calle se acercaron y luego los soldados de la guarnición de la Ciudadela, no encontraron sino los esqueletos de los infelices que no habían resistido a tan espantosa vida.

—No se dirá que esto lo hicimos los romanos –decía un centurión–, pues que ignorábamos que el viejo Torreón estuviese habitado en el subsuelo.

—Esto lo hizo el Rey Herodes el Grande, que sin duda cuando Jehová el terrible le llamó a juicio, olvidó que dejaba sepultados vivos un centenar de seres humanos que han ido muriendo de hambre poco a poco –dijo un viejo que se había acercado entre los curiosos.

El Rabí de la sinagoga de Zorobabel, no acertaba a pensar si Yhasua era un arcángel justiciero mandado por Jehová, o la reencarnación del Profeta Ezequiel, que hacía andar los esqueletos de los muertos que salían de sus tumbas.

Yhasua, sin preocuparse por lo que pensaran de su persona, daba toda su vida en ondas de divina energía, a aquellos seres arrebatados de improviso a la muerte.

Mientras tanto, José de Arimathea y Nicodemus, sin darse a conocer del Rabino dueño de la sinagoga, le pidieron que retuviera en su poder a los salvados del Torreón, hasta que ellos volvieran con alimentos y ropas adecuadas para ellos.

—La misericordia con los necesitados –contestó el Rabí–, es un precepto fundamental en la Ley dada por Jehová a Moisés, y si vosotros os creéis obligados en este caso, también lo estoy yo. Dejadles si os place, albergados en mi casa, y todos unidos hagámosles entrar de nuevo en los caminos de la vida.

Complacidos quedaron de los piadosos sentimientos del Rabino,

cuyo nombre era Sadoc y descendía en línea recta de Aarón, el primer sacerdote consagrado por Moisés para explicar la Ley Divina al pueblo de Israel.

Entre tanto que José de Arimathea y Nicodemus adquirían en el mercado lo que iban buscando, el Rabino con el escriba y Yhasua, hacían beber a las víctimas leche caliente con miel. Su aspecto había cambiado mucho, y una nueva esperanza brillaba ante ellos como una estrella azul, promesa divina de paz y de bonanza.

Casi todos ellos habían estado tan próximos a la muerte por inanición, que su debilidad era extrema y no podían aún hablar. Un temblor como de frío intenso estremecía a algunos, otros lloraban en silencio, otros miraban como embrutecidos y creyendo que aún continuaban bajo el influjo de una atroz pesadilla.

Yhasua continuaba de pie ante el mísero grupo como una estatua de alabastro con cabellos de oro, y sus grandes ojos opalinos llenos de infinita piedad, parecían decirles:

"El amor Eterno me hizo llegar a tiempo de salvaros, porque vuestras obras de misericordia de otro tiempo, atrajeron la Divina Misericordia sobre vosotros, después de haberos purificado por el dolor".

Cuando regresaron José y Nicodemus, procedieron de inmediato a higienizar aquellos pobres cuerpos como piltrafas humanas, llenas de toda clase de inmundicias.

En grandes tinajas llenas de agua mezclada con vino de palmera, tal como se usaba para el lavado y desinfección de cadáveres antes de amortajarlos, fueron introduciendo uno a uno de aquellos diez infelices que aún ignoraban lo que pensaba hacerse con ellos. Atrofiada su inteligencia, anulada su voluntad, se dejaban hacer cuanto quisieran, pues que siempre sería mejor que lo que habían sufrido.

Alguno que estaba en mejor condición que los otros, preguntó en lengua aramea:

— ¿Nos preparáis para el mercado de esclavos?

—No –le contestó Yhasua–. Os preparamos para entrar debidamente en la hermandad de los verdaderos servidores de Dios.

— ¿Nos entregaréis nuevamente a Rabsaces el mago de Herodes? –preguntó otro, que empezaba también a despejarse y hacer uso de la palabra.

—No vive ya el mago, ni vive Herodes. Ni a los magos ni a los reyes los perdona la muerte –contestó José de Arimathea–. Rabsaces murió ahorcado en ese torreón, y Herodes murió consumido por un cáncer que le hizo sufrir en vida, la putrefacción del sepulcro. De esto hace catorce años.

— ¡Catorce años! –exclamaron varias voces como en un estertor de agonía–. ¿Quién gobierna la Judea?

—Roma –fue la contestación que oyeron–. El pueblo de Israel vive bajo el imperio de las legiones romanas.

Siguió un silencio profundo, en que sólo se oía el ruido del agua que se renovaba continuamente en las tinajas.

La energía y vitalidad, afluían rápidamente en aquellos cuerpos vigorizados por la acción magnética que ejercía Yhasua sobre ellos, y por el baño de limpieza que todos habían recibido. Les pasaron a una habitación muy interior y llena de aire y de sol, y les tendieron en el estrado dispuesto con lechos muy confortables, donde les hicieron tomar un tazón de vino caliente con unos bollos de huevos de ganso, muy usados para las personas grandemente debilitadas.

—Ahora dormid –les dijo Yhasua–, pensad que hermanos vuestros os han salvado de la muerte y os iniciaron en una vida digna de servidores de Dios. Cuando hayáis descansado a satisfacción, hablaremos para que nos digáis cuanto pueda servir para vuestro desahogo y orientación de vuestra vida en adelante.

Con el mandato mental de Yhasua y la gran necesidad de descanso que aquellos infelices tenían, durmieron hasta la mañana siguiente, cuando el sol se levantaba ya como un fanal de oro por encima de los cerros coronados de palacios, que tan espléndido panorama ofrecían al que contemplaba la ciudad de Salomón.

Y aquellos diez hombres hablaban creyendo estar aún bajo el influjo de un encantamiento.

— ¡Parece mentira que vemos de nuevo al sol como en nuestros días felices! –decía uno, extasiado ante la contemplación de aquel magnífico sol de otoño, que lo envolvía todo en las tenues gasas doradas de sus resplandores.

—Pero... ¿Quién es el que nos ha salvado y por qué nos ha salvado? ¿Qué le interesan nuestras vidas? –preguntaba otro–. Paréceme que nadie hace nada sin un fin determinado. ¿Cuál es ese fin?

— ¡Ya lo sabremos, hombre, ya lo sabremos! –decía otro–. Por lo pronto estamos fuera de ese maldito torreón donde hemos estado a punto de dejar nuestros huesos.

— ¿Por qué no nos dejan salir libres de aquí? –interrogaba otro.

— ¡Estás loco!... ¿Quieres que salgamos a la calle sin saber a dónde ir, y con este aspecto de cadáveres ambulantes, como recién escapados de una tumba? –contestaba otro.

Los diálogos continuaban en este tono, cuando se presentó Yhasua en la puerta de la habitación, con el Rabino Sadoc, con Simónides y el príncipe Judá. Detrás de ellos venían Eliacín y Shipro con grandes cestas de pan, queso y frutas.

Aunque la transformación de aquellos hombres era grande, aún

causaba espanto su extremado enflaquecimiento, que los hacía asemejarse a manojos de raíces secas.

Dirigidos los dos criados por el Rabino, entraron varias mesas que cubrieron de blancos manteles y colocaron delante de los estrados.

—Ahora celebramos juntos el festín de vuestra libertad –díjoles Yhasua pasando por delante de todos ellos con una afable naturalidad que encantaba.

Simónides y Judá observaban atentamente aquellas fisonomías, buscando rostros de personas conocidas que habían desaparecido hacía muchos años y que nadie pudo dar razón de ellas. En este punto era Simónides el que podía hablar.

—Hay aquí dos rostros que parecen despertar mi memoria de lejanos tiempos –dijo al oído de Judá–, y pronto sabremos si hay algo de verdad en mis sospechas.

—Veo que aún no hemos tenido la fortuna de conquistarnos vuestra confianza –dijo Yhasua en alta voz–. ¿Teméis algo de nosotros? Hacéis mal, creedme, porque no deseamos nada de vosotros, sino que os restablezcáis pronto para que podáis continuar vuestro camino en la vida.

— ¡Perdonad todos!... –exclamó un anciano de mirada recelosa–, el mundo fue tan cruel y despiadado con nosotros, que aún dudamos de lo que estamos viendo.

—Es muy natural –dijo Simónides–, y no creáis que con nosotros el mundo haya obrado mejor. Yo fui sometido al tormento dos veces, y si ando con mis pies, es porque este Profeta de Dios que aquí veis, curó las dislocaduras de mis miembros. –Los ex cautivos abrieron grandes los ojos para mirar a Yhasua que les miraba con inmensa ternura–.

“Este joven –siguió diciendo Simónides tocando en el hombro a Judá–, es hijo del príncipe Ithamar de Jerusalén, y estuvo tres años como esclavo del Estado en las galeras, después que su padre fue asesinado.

— ¡El príncipe Ithamar asesinado!... –gritó el anciano de recelosa mirada.

— ¿Le conocías tú? –preguntó Simónides mirando con inteligencia a Judá.

—Yo fui mayordomo de su casa, cuando se instaló en su palacio de la calle del Comercio, donde llevó a su esposa, la doncella más pura y hermosa que yo he conocido, la dulce Noemí con ojos de gacela...

— ¿No te decía yo?... –dijo Simónides a Judá–. ¿Se puede saber la causa por qué caíste al Torreón?

—Nadie me dio razones al respecto, pero creo que fue porque yo pedí clemencia para el portero del khan de Betlehem, casado con la nodriza de mis hijos. El murió en el Torreón hace tiempo. Herodes supo que tres viajeros del Oriente se hospedaron allí, cuando llegaron a este país guiados

por una luz misteriosa, y diciendo que venían a adorar al gran Rey que había nacido. Como los viajeros se le escaparon de entre las manos, la cólera real se desahogó en los que tuvieron contacto con ellos, suponiendo que entre todos les habían ocultado. El infeliz portero mencionó mi nombre como una persona que podía dar fe de su honradez, y fui también llamado a responder al interrogatorio del rey. Nos hizo dar cincuenta azotes y nos enterró vivos en el Torreón, de donde acaba de sacarnos la Justicia de Dios mediante esa bendita grieta que se abrió de arriba abajo.

"¿Qué pensaría el príncipe Ithamar cuando desaparecí de su casa a donde jamás volví?"

El infeliz anciano se cubrió el rostro con ambas manos y sus sollozos resonaron dolorosamente en la habitación.

—No llores así, buen anciano –le dijo el príncipe Judá acercándose–. Yo soy el hijo del príncipe Ithamar y te respondo por mi padre muerto. Estás rehabilitado ante él y ante mí, y hoy mismo volverás a nuestra casa, no a trabajar, sino a descansar. Mi madre, la dulce Noemí que aún recuerdas, sigue siendo la misma, aunque los dolores sufridos cubrieron de nieve su cabeza.

"También ella estuvo enterrada viva con su hija, ocho años en un calabozo de la Torre Antonia.

El viejo saltó con los puños cerrados, y sus ojos chispeantes al oír tal afirmación.

—Cálmate –siguió diciendo Judá–, que todos los servidores del gran Rey anunciado, estuvimos perseguidos, pero ya sonaron los clarines de la libertad.

Mientras este breve diálogo, Yhasua y el Rabino, con Shipro y Eliacín, se habían dedicado a servir solícitamente a los más agotados, que casi no podían hacerlo por sí mismos.

Encontraron otro prisionero, también envejecido, y cuya cabeza calva inclinada sobre el hombro izquierdo, temblaba en estremecimientos periódicos.

Yhasua se acercó para servirlo y le preguntó:

— ¿Por qué está doblada así tu cabeza?

—Una dislocadura, amo, cuando me sometieron al tormento. También este brazo está torcido. Mirad.

La palma de la mano izquierda aparecía vuelta hacia afuera con todo el antebrazo que estaba descoyuntado en el codo. Con gran naturalidad, el Maestro tomó entre sus manos aquella temblorosa cabeza calva y la levantó suavemente.

—Yo quiero que mires al cielo azul que te envuelve como un manto de turquí, y los astros de Dios que ruedan en el espacio, hablándonos de moradas de paz y de dicha preparadas para los justos. Yo quiero que tus manos

puedan unirse sobre tu pecho cuando ores al Padre Celestial, en gratitud a sus beneficios, y en súplica permanente por tus propias necesidades.

Y mientras Yhasua pronunciaba tales palabras, iba enderezando con infinita delicadeza el enflaquecido brazo torcido del viejo, que miraba con azorados ojos los efectos producidos en su cuerpo por aquellas manos que curaban sin lastimar.

—Ahora dime, ¿por qué estabas en el Torreón?

—Yo era uno de los porteros del Gran Colegio y llevaba una epístola del Maestro Shamai para un personaje que vivía junto a la Puerta del Norte, cuando vi entrar en ella, tres enormes camellos blancos con ricos doseles de flecos de oro y campanillas de plata, que formaban una agradable música. Eran ricos viajeros venidos de lejanas tierras, y hablaban del nacimiento de un gran rey que sería el salvador del país y de todo el mundo. Les seguí cuando caminaban por la calle de Damasco y el grupo se fue agrandando. Fui yo quien contesté a sus preguntas, y les guié a la casa de Gamaliel el viejo, para que él les diese razón de los anuncios de los Profetas sobre ese gran Rey que buscaban, ya que era yo nulo en esas cuestiones.

"Cuando salieron de su casa, yo les guié hasta la Puerta Dorada, pues pedían ir al Templo.

"Cuatro días después me encerraron en el Torreón, donde me sometieron a tormentos para que dijera dónde fueron aquellos viajeros. Desde entonces no vi más la luz del sol.

— ¡Veintidós años han pasado!... –exclamó Yhasua con voz trémula y angustiada–. ¡Qué horror tenía aquel rey a la llegada de otro rey, que no pensaría jamás en disputarle su oro ni su poder! Y ese necio temor, le hizo cargarse de tantos crímenes, que este mundo se transformará por la evolución en un mundo de justicia y de paz, y aún estará ese rey mordido en su corazón por la envidia y el remordimiento, luchando con los monstruos de los pantanos entre razas salvajes y primitivas.

El viejo de la calva oía sin comprender las palabras que pronunciaba Yhasua, mientras le servía una ración de queso y frutas.

Simónides y Judá fueron tomando nota de los datos que los ex cautivos daban, a fin de orientarse respecto a sus familias y a los oficios que cada cual había tenido.

Según ellos, habían sido ochenta y siete hombres, y seis mujeres, los que cayeron a los profundos calabozos del Torreón, por aquellos tres viajeros que le pasaron a Herodes ante los ojos, y le desaparecieron como si la tierra los hubiera tragado.

Y cuando la solicitud y cuidado les pusieron en condiciones de no llamar la atención por su enflaquecimiento, fueron sacándolos de uno o dos por vez, para que de nuevo siguieran su camino en la vida entre la sociedad de los hombres.

68
LA HISTORIA DE MOISÉS

En la Sinagoga llamada de Nehemías, ocurrieron cosas muy diferentes, pero no menos importantes para el Hombre-Luz, que sólo buscaba la Verdad y el Bien.

Era el propietario, cuñado de Esdras, el sacerdote esenio que ya conoce el lector, por lo cual Yhasua fue recibido allí con grandes consideraciones. La hermana de Esdras, Hogla, era la menor de la familia, pero ya estaba en edad madura y lloraba siempre llena de tristeza porque la Naturaleza le había negado la maternidad. ¡Deseaba tanto ver continuada su vida en un ser de su sangre, un hijo o hija que cerrase sus ojos al morir, y que perpetuase su nombre y su raza! Esdras había vivido en celibato constante y sus otros hermanos habían perecido en los motines populares en los días trágicos de Judas de Galaad, y sin haber dejado hijos.

Por su amor a la Ley de Dios, enseñada por Moisés, este matrimonio sostenía la antigua Sinagoga fundada por sus lejanos antepasados, y derramaban la piedad de su corazón sobre todos los necesitados que llegaban a su puerta. Mardoqueo y Hogla, eran pues, justos ante Dios y ante los hombres.

A su Sinagoga habían llegado, hacía veintidós años, tres viajeros de lejanas tierras buscando las profecías de los videntes de Israel sobre el Salvador del mundo que había de nacer, y habían tomado apuntes de los viejos pergaminos que ellos guardaban como escondidos tesoros de su archivo milenario.

Ellos les habían hablado de una misteriosa y diáfana luz que a cada uno le apareció en su lejano país, cuando una decepción profunda de todas las filosofías y de todas las ciencias, les llevaba a desear la muerte antes de verse envueltos y arrastrados por la vorágine de egoísmo, iniquidad y miseria que ennegrecían toda la tierra.

Les aseguraron que había nacido el Salvador, pues que las profecías de Israel estaban de acuerdo con las de todos los inspirados de otras Escuelas y otros países, pero Mardoqueo y Hogla no oyeron hablar nada más sobre el particular. Su hermano Esdras les decía siempre: “Cuando suene la hora del Señor para vosotros, le veréis acaso en vuestra misma casa”.

Y en esta larga estadía de Yhasua en Jerusalén y ya llegado a su mayor edad, juzgó Esdras que era la hora del Señor para el misericordioso matrimonio que jamás se recogiera en su alcoba, sin haber hecho una obra de misericordia con el prójimo.

—Os traigo un joven Profeta que colmará de dicha vuestra ancianidad cercana –les dijo Esdras, cuando llevó a la Sinagoga a Yhasua.

Con tal presentación, ya comprenderá el lector que no hubo puerta cerrada para el joven Maestro, y que Mardoqueo y Hogla le abrieron de par en par el viejo archivo de madera de olivo, que pasaba años sin abrirse para nadie.

Allí encontró los datos necesarios para llenar los vacíos, las lagunas que había encontrado en los viejos relatos de los Santuarios Esenios.

El archivo de la Sinagoga de Nehemías, era casi tan importante como el Archivo de Ribla, y con ambos se podía muy bien continuar la historia de la evolución humana, desde la desaparición de las antiguas civilizaciones Lemúrica y Atlante hasta la hora presente.

¡Qué grandiosa noticia tenía Yhasua para sus Maestros Esenios y para sus cuatro amigos, Doctores de Israel!

Y cuando él registraba el Archivo, veía ante sí, como una humilde sierva, a Hogla sentada en un tapiz sobre el pavimento, contemplando silenciosa a aquel joven Profeta que le recordaba las visiones de arcángeles de oro y nieve que más de una vez había visto en su sueño.

— ¡Hogla!... –le dijo un día el Maestro, mientras ella le ofrecía un vaso de jarabe de cerezas con pastelillos de almendras hechos por ella–, observo que hay gran tristeza en tus ojos y quiero saber el motivo.

Ella se ruborizó y le contestó:

—Si tuvieras veinte años más, te lo diría; pero eres casi un adolescente y no me comprenderás.

Él se quedó mirándola fijamente mientras iba bebiendo el jarabe hasta el fondo del vaso.

—Tú padeces –le dijo–, porque deseas un hijo que no te fue dado en la juventud, y ahora lo crees un imposible por la madurez de tu edad. ¿No sabes que la Naturaleza obedece a Dios cuando Él lo quiere? ¿No sabes que Elhisabet, prima de mi madre, tuvo un hijo cuando tenía sesenta años, y hoy es un joven Maestro de Divina Sabiduría?

“¡Hogla, madre buena de todos los desvalidos!... Antes de un año te nacerá un hijo, que llenará con la Luz de Dios, los siglos que han de venir: Yo te lo digo en nombre de Aquel que me ha enviado a la tierra...

— ¡Tú eres el Mesías Salvador del mundo! –gritó Hogla–, el que me anunciaron los viajeros de lejanas tierras, porque he visto sobre ti la luz misteriosa que les guió a ellos.

—Como lo dices, así es, bendita mujer, pero guarda el secreto, y no lo digas hasta que haya nacido el hijo que yo te anuncio.

“Di a tu marido que me llevo hoy este papiro escrito por Caleb, hijo de Jephone, para sacar una copia, y que de aquí a dos días devolveré el original”.

Y salió dejando a la mujer embargada de un gozo tal, que no le cabía dentro del pecho. Su marido era tejedor y durante todo el día se hallaba entre los telares dirigiendo a sus numerosos jornaleros.

Estaban terminando un inmenso velo blanco de finísimo lino, para sustituir al que cubría el Sancta Sanctorum del Templo, que había sufrido la acción de la llama de un cirio desde un candelabro. ¡Admirable coincidencia! Ese velo fue el que once años más adelante se rasgó de arriba abajo la tarde trágica de las tinieblas que cubrieron la tierra, cuando Yhasua Hijo de Dios, expiraba sobre la montaña del Gólgota sacrificado por la maldad de los hombres.

El papiro que Yhasua encontró en el viejo Archivo de la Sinagoga de Nehemías, era como una colección de relatos de la muerte de Thotmes I de la XVII dinastía de los Faraones que reinaron en Tebas, y que fue el que acogió benévolamente a los descendientes de Jacob por amor a su hijo José. Los tres Faraones Thotmes y los cuatro Amenofis, con la célebre reina Hatasu, dejaron engrandecerse y prosperar al pueblo hebreo, en el cual encontraron especiales condiciones para la agricultura y la ganadería.

Fue a la llegada de los Ramsés en la XIX dinastía, cuando los israelitas fueron declarados esclavos condenados a los más duros trabajos y perseguidos bárbaramente en sus bienes y en su vida. Y después de esta especie de prólogo, el amarillento pergamino ya carcomido en sus bordes, comenzaba a relatar el origen de Moisés.

N.R: En la obra "Moisés – El vidente del Sinaí", de la misma autora, podrás conocer la vida íntima de Moisés, el genial taumaturgo legislador. Tan desfigurada a través de los siglos y de las deficientes narraciones confeccionadas, casi siempre, a base de tradiciones orales.

69
UN PAPIRO DE SALOMÓN

Noche tras noche, la lectura de Yhasua llegó a su término, al mismo tiempo que terminaba la copia del pergamino, por lo cual volvió a la antiquísima Sinagoga de Nehemías a devolverlo, según había prometido.

Encontró a Mardoqueo en el Archivo, con un extranjero ya entrado en años que había llegado de Persépolis, en la luna anterior. Se llamaba Sachbathan, y era uno de los Maestros que había dejado Baltasar al frente de su Escuela en Persépolis. El objeto de su viaje era el estudio, por el cual se había presentado al Gran Colegio de Jerusalén, donde Gamaliel el viejo, era Rector por entonces, y había escuchado en silencio las lecciones de sus sabios doctores. El mundo sideral le atraía sobre todas las cosas, por lo cual se había consagrado plenamente al estudio de los astros en

todos sus aspectos, sintiéndose deslumbrado por la magnificencia de sus esplendores, y sobre todo por los misteriosos enigmas encerrados en ese infinito azul poblado de globos luminosos, cuyas estupendas leyes quisiera penetrar.

Después de haber asistido a muchas lecciones dadas por diferentes maestros, se encontró tan vacío como antes, pues que no oyó nada nuevo, ni que ampliase los conocimientos que ya tenía de antes. Y no se resignaba a tornar a su Escuela con la noticia de que en la célebre Jerusalén de Salomón, el más sabio de los reyes de aquel tiempo, no había encontrado nada absolutamente que calmara la sed de más conocimientos.

En una de las lecciones escuchadas en el Gran Colegio, oyó que de paso se hacía referencia a Nehemías, que cinco siglos antes obtuvo de Artajerjes, rey de Persia, permiso para volver a Judea y reedificar la ciudad y templo de Jerusalén. Por tradición oral entre los Ancianos, se sabía que al hacer excavaciones en las ruinas de lo que fue palacio de Salomón, Nehemías había encontrado en un cofre de piedra, un rollo de papiro bajo cubierta de cobre, en cuya carátula se leía: "Sabiduría del Rey Salomón. Las leyes del Universo". Pero nadie podía decir con precisión qué fin tuvo aquel inestimable tesoro; pues el Nehemías restaurador de Jerusalén y de su templo, fue encontrado muerto en su lecho, sin dejar nada dicho ni nada escrito, como no fuera el relato referente a la reconstrucción de la ciudad y del templo, y la nómina de los príncipes, sacerdotes y nobles israelitas que ayudaron en dicha reconstrucción.

El extranjero, acaso bajo una secreta inspiración preguntó si era conocido el lugar en que vivió Nehemías, hijo de Hachalías, reconstructor de la ciudad de Salomón por mandato de Artajerjes rey de Persia, y le contestaron que adosada a la puerta del sur, llamada entonces Puerta de Sión, existía una casa con apariencia ruinosa, donde una plancha de mármol ennegrecida por la acción del tiempo, indicaba ser allí, donde la muerte súbita sorprendió al Patriarca de la Jerusalén restaurada, cinco siglos atrás. De este vago indicio se había valido el extranjero persa Sachbathan, para llegar a la Sinagoga de Nehemías.

Mardoqueo, era más hombre de trabajo que de libros, y a decir verdad ignoraba él mismo lo que guardaba en su archivo. Sus antepasados habían dejado en grandes alacenas y cofres de madera de olivo, lo que ellos apreciaban en gran manera. Él siguió guardando el tesoro escrito sin apreciar por completo su valor, debido a que las dificultades financieras de su vida, en esos difíciles tiempos, no le permitían otra cosa que estudiar ligeramente la ley, recitar algunos salmos, y el resto de sus días los devoraba el taller de tejidos que le daba pan y lumbre.

En estos preámbulos de entradas, se hallaban ambos personajes cuando llegó Yhasua, a devolver el rollo que había llevado tres días antes.

—Aquí tienes, Yhasua –díjole Mardoqueo–, un extranjero que como tú gusta de desatar viejos rollos de pergamino en busca de conocimientos. Hazme el bien de hacerme de secretario en el Archivo, para mostrarle cuanto él quiera ver, y bendito el Señor si encuentra aquí lo que su alma desea para tener la paz. El taller me llama y os dejo hasta el medio día.

—Descuida, Mardoqueo –le contestó Yhasua–, que yo te reemplazaré lo mejor que pueda.

Y comenzó la búsqueda, que a la vez fue organización del Archivo, el cual denotaba claramente estar en poder de un hombre que no entendía de letras sino de telares.

Muy en primera línea aparecían los libros llamados de Moisés, con el monumental catafalco de ordenanzas para todos los momentos de la vida de un buen hijo de Israel; luego los libros de los Profetas: Isaías, Ezequiel y Jeremías, que eran siempre los más leídos; luego los salmos, entre los cuales encontraba el alma aquello que necesitaba para las eventualidades dolorosas de la vida, o para ponerse en contacto con la Divinidad por la oración verbal.

Los demás estantes aparecían cerrados, y cubiertos de polvo y finas telillas salpicadas de pequeñísimos insectos, que iban carcomiendo aquellos librazos monumentales, que nadie se tomaba el trabajo de limpiar y menos de leer.

"—El Archivo de Ribla –pensaba Yhasua–, tenía un sacerdote de Homero, que conocía hoja por hoja lo que guardaba; pero el Archivo de la Sinagoga de Nehemías tiene un tejedor por guardián, y no puede distraer tiempo de su oneroso trabajo que le da el pan para su mesa".

— ¡Buen Patriarca Nehemías!... –exclamó de pronto Yhasua en alta voz–. ¡Si este nuestro afán de conocimiento ha de ser para la gloria de la Verdad Divina y bien de la humanidad, guíanos hacia donde está oculta la sabiduría de Salomón, que este hermano ha venido a buscar desde la lejana Persia! –El persa lo miró asombrado, y como si una interna voz de llamada le hubiese llegado de lejos.

El movimiento involuntario de un cartapacio, hizo caer una placa de arcilla de las muchas que había con escrituras cuneiformes, sobre algo que resonó como piedra que se rompe. La plaqueta había caído sobre una lámina de piedra blanca, enteramente cubierta de polvo.

Era la tapa de un cofre de mármol, donde en antiguo arameo se leía: "Escrituras de Salomón Rey de Israel". La lámina se había partido en dos con gran desconsuelo del extranjero, que se creía culpable de un grave delito en detrimento del Archivo de la Sinagoga.

—Nada de aflicciones, amigo mío –le dijo Yhasua–. Esto es sólo la respuesta de Nehemías, siervo del Señor, que ha querido indicarnos dónde está lo que buscáis.

Y dejando al descubierto el pequeño cofre comenzaron a registrar su contenido.

En la carátula del primer manuscrito que sacaron de entre una espesa capa de polvo, se leía: **"Esposos Eternos"**.

El extranjero y Yhasua comenzaron a traducir con gran dificultad aquellos borrosos caracteres:

"Yo soy la Sabiduría, y estoy desposada con el Perfecto Invisible.

"Mi Eterno Esposo me poseía en el principio de su camino y mucho antes de sus obras.

"Eternamente Él tuvo el principado, desde mucho antes del sol, las estrellas y la tierra.

"Antes de los abismos, fuimos engendrados Él y Yo por nosotros mismos, que surgimos de nuestra propia vida eterna.

"Antes que fuesen los mares de las muchas aguas.

"Antes que los montes fuesen fundamentados.

"Antes que las nebulosas, madres de soles y estrellas.

"Cuando nacían de Él y Yo eternos, los cielos que se tendían como doseles sobre los abismos.

"Cuando dábamos mandato a las nebulosas, para que dieran a luz sus hijos los astros radiantes, que corren como corceles de oro, carreras vertiginosas sin encontrarse jamás. Él y Yo eternos, ya estábamos unidos.

"Él y Yo eternos, nacimos juntos. Nos engendramos a nosotros mismos y vivimos eternamente en amor.

"El Universo todo, es de Él y Mío; y lo conozco como conoce el hombre los dedos de su mano.

"Yo, Sabiduría, esposa del Eterno Invisible, amo a los que me aman y me buscan en el albor de su vida, y me buscan hasta el borde del sepulcro.

"Y mi Eterno Esposo, me permite darme a los que me aman, porque mis velos de luces y de sombras, les deslumbran y no pueden herirme, ni dañarme, ni tocarme. Sólo les es permitido verme, como a la imagen reflejada en la fuente.

"Variedad infinita son los soles y estrellas que pueblan los abismos, como variedad infinita son las vidas que pueblan soles y estrellas.

"De aire, agua, fuego y polvo, fueron hechos los mundos en la noche Eterna, en que dormían los abismos, hasta que el Eterno Invisible y Yo nos engendramos en soberano connubio y fuimos, y nos amamos, y esparcimos como racimos de frutos maduros, los soles y las estrellas para moradas eternas de los que en las edades futuras debían ser nuestros amadores, nuestros hijos, nuestra continuación, nuestra propia vida prolongada y renovada hasta lo infinito.

"No hay arriba ni abajo, no hay base ni techumbre, no hay principio ni fin en las obras nacidas de Él y Yo eternos. Es lo ilimitado.

"Vida, fuerza, movimiento, vibración, sonido y silencio, eso sólo hay y habrá para siempre jamás.

"Y todo ello, envuelto, penetrado por el fluido vital de la Luz, que es el gran velo de oro que nos cubre a entrambos Eternos, que damos vida y más vida a todo cuanto vive, sin que nuestra fuerza de vida se disminuya jamás.

"Hombre terrestre: como tú fuiste desde tu principio, como eres y como serás, fueron, son y serán todos los seres que pueblan todos los globos que ruedan como burbujas en los abismos del infinito.

"Soy la Sabiduría, la eterna amada del Eterno Invisible, y Él me permite revelarme a los que me aman y madrugando me buscan.

"Hombre terrestre: purifica tu corazón, si buscas que yo te ame. Sólo el limpio de corazón puede verme.

"No te encierres en el huevo negro depositado en el pantano, como el cocodrilo, que sin moverse espera la presa para devorar: así es el fanatismo y la soberbia.

"Él y Yo eternos, te hemos dado tres alas poderosas: Entendimiento, Memoria y Voluntad. Agítalas en la inmensidad y nos encontrarás y nos amarás, y encenderás tu lámpara en nuestra luz, y vivirás la verdadera vida que es el Conocimiento. Paz y Amor para toda la Eternidad.

"Yo, Salomón, hijo de David, fui tomado como se toma un punzón rojo, y por invencible fuerza escribí mandatos de Jehová. Sea Él bendecido y glorificado por todos los siglos. El que merezca comprender, que comprenda. El Altísimo lo da todo. Bienaventurado el que tiende su mano para recibir, y abre su boca para beber.

"La Luz es el cofre de oro que lo encierra todo.

"Bienaventurado el que acierta a abrirlo y poseer sus tesoros. Es rico y feliz sobre toda la riqueza y toda felicidad".

"Alabado sea Jehová".

* * *

El extranjero y Yhasua se miraron unos segundos y en aquella mirada parecían repetir estas palabras del manuscrito: *"El que merezca comprender que comprenda".*

—Un profeta del antiguo Irán –dijo el extranjero Sachbathan–, dejó una escritura semejante a la de Salomón y cuando sus discípulos quisieron esparcir copias por las más grandes escuelas de Susian, Pasagarda y Persépolis, fueron muertos o condenados a perpetuo calabozo. La humanidad aborrece la sabiduría porque se halla a gusto en la ignorancia.

—No toda la humanidad, amigo mío –díjole Yhasua–, porque tú y yo somos parte de la humanidad y andamos hambrientos en busca de sabiduría. El fundador de tu Escuela, Baltasar, fue otro buscador incansable de la sabiduría.

— ¿Le conocías tú?... –preguntó el persa asombrado.

—Le vi morir en Thipsa a orillas del Éufrates, no hace todavía un año. ¡Mi vida y la suya están enlazadas por un eslabón de oro!...

— ¡Entonces..., tú eres el que le fue anunciado por una luz bajada de la cima de un peñasco!... –gritó Sachbathan sin poderse contener–. Veo esa luz posada sobre tu frente.

—Tú lo has dicho –le contestó Yhasua–, y puesto que eres un discípulo de Baltasar, que él selle tus labios para que se mantengan cerrados hasta que suene la hora.

El extranjero cayó de hinojos ante Yhasua, diciéndole:

— ¡Señor!... ¡Señor!... ¡El mundo está perdido por la ignorancia, y dices que mis labios sean sellados! Habla tú, Ungido de Dios, y el mundo será salvado por tu palabra.

—Ya hablaré, Sachbathan, ya hablaré, mas antes debo hacer como el que va a emprender el último viaje; dejar a mis jornaleros la era llena de grano, que les sirva para sembrar durante mi ausencia.

Y levantando al persa que lloraba de emoción, se sentaron en dos taburetes frente al archivo, y Yhasua le refirió los últimos momentos de Baltasar y el pacto de continuar su obra con los que quedaban: Melchor y Gaspar.

Ya caía el sol detrás de las montañas que rodean a Jerusalén, cuando aquellos dos hambrientos de sabiduría, según la expresión de Yhasua, se despedían hasta el día siguiente, en que debían encontrarse de nuevo en el cenáculo del Palacio de Ithamar.

El viajero persa había estado a punto de emprender viaje de regreso a su país natal, creyendo que la Jerusalén de Salomón era estéril y muerta para él, y he aquí que encontraba en ella, no sólo la sabiduría del Rey hebreo, sino el vaso de sabiduría vivo y radiante, en la personalidad divina del Verbo de Dios. Y repetía para sí mismo las palabras de la escritura de Salomón: *"Yo soy la Sabiduría, y me encuentran los que madrugando me buscan. Yo amo a los que me aman. El Altísimo lo da todo. Bienaventurado el que tiende su mano para recibir y abre su boca para beber"*.

La velada de la noche siguiente se vio aumentada con un concurrente más: el viajero persa que ya conoce el lector.

Yhasua había traído de la Sinagoga de Nehemías el manuscrito de Salomón para que sus amigos, los cuatro Doctores de Israel, emitiesen juicio sobre él.

—Con la escritura de Caleb, hijo de Jephone, sobre el Génesis de Moisés, y con este escrito de Salomón, el Sanhedrín tiene motivo de sobra para mandarnos a morir lapidados a todos juntos –dijo sonriente José de Arimathea, que como mayor, fue invitado a hablar primero.

— ¡Cuidado, cuidado!... –se oyó la voz tranquilizadora de Noemí.

—Soy yo aquí el más viejo de todos –dijo Simónides–, y aunque no soy ninguna lumbrera en las ciencias, creo que algo de provecho puedo decir. En este cenáculo iluminado con la presencia de nuestro Rey Salvador, todos los asuntos pueden ser tratados con entera libertad, pero que a ninguno se le pase por la mente la idea de que estas cuestiones crucen el dintel de esa puerta. ¿Qué bien traeríamos a nuestro pueblo, muriendo ahora como reptiles aplastados por una docena de piedras, y todo por pretender rascar las orejas de los viejos del Sanhedrín, con esas noticias de Moisés y de Salomón?

—En verdad –añadió Nicodemus–, estos asuntos, si bien para nosotros son una grandiosa revelación, como lo serán así mismo para todos los hombres de estudio, no deben salir de entre nosotros, y mucho menos debe ocuparse de ellos Yhasua en ningún lugar público.

—Y yo que había pensado pedir la opinión al maestro Shamai del Gran Colegio... –dijo Yhasua con mucha tranquilidad.

—El viejo Shamai –dijo Nicolás de Damasco–, es un hombre de gran talento, y apreciaría estos escritos en todo lo que ellos valen; pero es de los que piensan que a las turbas no se les pueden hacer entrever cosas que son incapaces de comprender.

Gamaliel no había omitido su opinión hasta ese momento y dijo de pronto:

—Tengo una idea que someto a la decisión de todos.

Varias voces dijeron a un tiempo:

—Ya te oímos, habla.

—Pienso que saquemos unas veinte copias de ambos documentos, sin expresar en ninguna forma cómo han sido descubiertos, para no comprometer la Sinagoga de Nehemías; y que sin decir palabra, las vayamos dejando entre los libros de apuntes que cada alumno del Gran Colegio guarda en su pupitre. Yo tengo facilidad para entrar y salir sin llamar la atención, pues que voy siempre a llevar mensajes o epístolas a mi tío, en cuya casa vivo.

— ¡Oh, el viejo Gamaliel! Bien podíamos hablarle, y que él hiciera de introductor de esta nueva ciencia, que es tan vieja como el Universo –añadió Yhasua, que más se inclinaba a ir a cara descubierta, que ocultándose bajo la incógnita.

—Que cualquiera hable menos tú, Yhasua –observó el príncipe Judá, que hasta entonces había guardado silencio, porque sentado a los pies

de Nebai o Esther, le sostenía una gran madeja de finísima seda púrpura, que Simónides había hecho traer de Grecia para que su nieta con Myriam, Noemí y Thirsa tejieran el manto real, que había de colocarse un día no lejano sobre los hombros de su amado Rey de Israel–. Nuestros adversarios –añadió–, sospechan ya tu presencia en el país, y andan husmeando tu rostro como perro de presa.

— ¿Ah, sí?, pues en viaje a Antioquía nuevamente –dijo Simónides con gran alarma.

—Tanto como para eso no será –observó Noemí–, pero conviene ser prudentes.

—Creo que debemos aceptar la propuesta de Gamaliel –dijo Nicodemus–, si todos están de acuerdo.

—Es lo mejor –dijeron varias voces a la vez.

Acto seguido fueron colocados sobre la mesa del gran cenáculo: la tinta, los punzones, las plumas, los pergaminos, las telas engomadas, las láminas finísimas de madera blanca que unidas por pequeños anillos de cobre formaban libretas más o menos grandes.

—Justo y cabal –dijo el extranjero Sachbathan–. Entre esta variedad de elementos de escritura, nadie supondrá que todas las copias van por el mismo conducto.

Se hizo un gran silencio porque todos escribían alrededor de la mesa redonda cubierta de rico tapiz azul.

Yhasua dictaba, y hasta Noemí, Ana, Thirsa y Nebai tuvieron que dejar las madejas de seda púrpura para escribir también. Myriam que quedó sin tarea, fue a sentarse al lado de su hijo y enrollaba los pergaminos que él iba desocupando.

—No dictes tan rápido, niño, –decía Simónides–, acuérdate que tengo ya setenta años, y que para andanzas de pluma, mis pobres manos son demasiado pesadas.

Los cuatro doctores de Israel conocían muy bien el elemento que concurría a las aulas del Gran Colegio, y daban los nombres de aquellos a quienes debían dejar copias.

—Buena falta nos hubiera hecho aquí Marcos –decía José de Arimathea–. Los legajos entrarían como vino en la cuba.

—Descuidad, ya me bastaré yo solo y entrarán lo mismo –contestaba Gamaliel muy seguro de sí mismo.

Tres días después, había un revuelo en el Gran Colegio, que volvía locos a los viejos maestros.

— ¿Qué genio maléfico anduvo por nuestros claustros derramando ponzoña de áspid? –refunfuñaba el viejo Gamaliel, al cual hacían coro Shami, Simeón y Anás, el que había sido Sumo Sacerdote, y que era conceptuado como una autoridad en ese tiempo.

—Esto es una espada de dos filos en las manos de mancebos inexpertos, que nada bueno harán con estas ciencias tan audaces, como para volver loco al más juicioso –decía Anás, como pronunciando una sentencia capital.

—O entregan aquí todas esas copias, o quedan expulsados del Gran Colegio –arguyó el viejo Rector.

Gamaliel el joven, escuchaba la diatriba de los viejos maestros desde la antesala de la Rectoría, donde aparentaba hojear viejos textos preparando su clase de historia natural para esa misma tarde.

Los alumnos favorecidos con las copias, que nadie sabía cómo entraron al gran establecimiento docente de Jerusalén, se habían retirado a sus casas, y sólo uno de ellos, temeroso de lo que pudiera ocurrir, había entregado su rollo en la Rectoría. O mejor dicho, éste fue el intérprete de todos, a fin de que los viejos maestros tuviesen un ejemplar y se pusieran frente a frente con hechos realizados hacía quince y diez siglos, respectivamente.

Los alumnos sabían que serían amenazados con la expulsión, y puestos de acuerdo, sacaron algunas copias de ambos documentos, y dócilmente entregaron en la Rectoría las copias que les habían sido colocadas en sus pupitres.

—Al fuego con ellas –gritaron los viejos satisfechos.

—Otra vez hemos triunfado de la imprudencia de los audaces sabios modernos, que no saben el peligro que significa para la humanidad el propalar teorías que exaltan al hombre, hasta ponerlo en la cumbre de los arcángeles del Señor –decía Anás, y todos estaban de acuerdo con él.

—Claro está –decía otro–, que Moisés y Salomón sabían toda la Ciencia Oculta de su tiempo; pero si ellos no la dieron al pueblo, ¿por qué hemos de darla nosotros?

—Y si todos hemos de estar igualados un día, ¿de qué sirve el haber nacido de sangre real o de casta sacerdotal? –insistía nuevamente Anás.

— ¿Cómo mantendremos en obediencia a las turbas si les enseñamos que cualquiera de ellos puede ser igual a nosotros? –añadía Simeón, cuyos antepasados tenían un blasón nobiliario, que llegaba hasta el rey Josaphat, hijo del justo rey Asa y de Azuba, su primera esposa. Su genealogía no tenía interrupciones ni injertos, ni añadidos, por lo cual solía decir con orgullo:

—Si Jehová ha de elegir una sangre limpia y una progenie ilustre para hacer encarnar su Verbo, creo que mi casa será elegida. Con siete hijos y dieciséis nietos, sobran nidos de plumas y seda para el pájaro azul.

Pocos días después, el extranjero persa emprendía viaje para su lejano país, llevando en su equipaje cuanto sus nuevos amigos de Jerusalén le obsequiaron en pergaminos con copias del Archivo de Ribla, del hipogeo

de Mizraim perdido bajo las arenas del valle de las pirámides, y últimamente lo encontrado en la Sinagoga de Nehemías. Algo de más grande y eterno se llevaba Sachbathan en el fondo de su corazón: la imagen radiante de Yhasua Hijo de Dios, al que encontraba inesperadamente entre los polvorientos legajos de una olvidada Sinagoga de Jerusalén.

Las Escuelas de Baltasar en Susian, Persépolis y Pasagarda, donde aún flotaba el pensar y sentir del viejo Maestro, como resplandores de antorcha, se verían enriquecidas con nuevos tesoros de sabiduría que venían a dar consistencia de realidad, a las hipótesis y teorías sustentadas por él.

70
LAS EPÍSTOLAS DE EGIPTO

Tres lunas habían transcurrido desde la muerte del justo Yhosep, cuatro de la llegada de la familia a la vieja ciudad de los Profetas, cuando llegaron epístolas de Cirenaica, de Horeb y de Alejandría para el Hombre-Luz, cuya divina claridad se difundía ya en dos continentes.

La epístola desde Cirene, era del Hack-Ben Faqui, la de Horeb del príncipe Melchor, y la de Alejandría del Maestro Filón con las copias de sus escritos, prometidas en la visita de Yhasua.

—El mundo empieza a despertar y mira hacia Jerusalén –decía orgullosamente Simónides, que estaba autorizado por Yhasua para leer su correspondencia, en atención a las excelentes dotes psicológicas del Anciano, que era un lince para conocer las personas y penetrar sus intenciones–.

"Ven aquí, mi Señor, que los países del África reclaman tu claridad, porque vieron que sus senderos están en sombras...

Leyendo las epístolas originales, nos pondremos al tanto de lo que entusiasmaba a Simónides.

Faqui decía:

"Arcángel de Amanai: Estoy a obscuras sin la luz de tus ojos garzos.

"La muerte de nuestro Amenokal, trajo tan grandes perturbaciones en nuestra raza Tuareg, que aún no entramos por completo a la calma.

"La Reina Selene, no consigue hacer escuchar su vocecita de alondra ahogada por el torbellino de las grandes ambiciones de poder, que se desatan a la vez en los príncipes reales que se disputan la residencia en el palacio de Tawareks (Tierra sagrada de la raza Tuareg) y la ciudad de rocas del Tinghert. (La montaña santa, donde veneran los sepulcros de sus reyes y de sus héroes)

"Mi padre con dos Ancianos más, forman el alto Consejo de gobierno del país, y este Consejo se inclina a que continúe al frente la Reina

Selene pues que vendría la lucha armada entre los partidarios de cada uno de los hijos, si cualquiera de ellos sube al poder. No habiendo un varón primogénito, los dos tienen igual derecho según la Ley, y el pueblo debe elegir.

"Están ya formados dos bandos que se aborrecen con todas sus fuerzas y se amenazan de muerte.

"Hombre Luz, mensajero de la hija del Sol, di tú una sola palabra, y esa palabra pondrá la paz en mi patria.

"La Reina Selene, mi padre y yo lo esperamos todo de ti. ¿No eres el Ungido de Amanai para dar paz a los hombres de buena voluntad?

"Me permito hacerte mi mensajero ante la virgen de mis sueños. Entrega la adjunta epístola a Thirsa.

"Mi amor para todos los que allí me aman. Para ti Yhasua, un abrazo grande y fuerte de tu fiel y reverente admirador y amigo". "Faqui"

"Posdata. Si tú calmas esta tempestad de odios, en la próxima luna estaré en Jerusalén, para cumplir la palabra empeñada con la familia del Príncipe Ithamar. Si la revuelta continúa, no sé cuanto tardaré, pues que tengo mando de 25.000 hombres y no puedo abandonar mi puesto".

* * *

La epístola de Filón refería otros descubrimientos hechos en una de las pirámides del Valle del Nilo, cuya entrada había descubierto el arqueólogo del Museo. Decía así:

"¡Oh, Divino Pensamiento hecho hombre! Amor Eterno hecho corazón humano; Yhasua, el que encierra en su personalidad espiritual cuanto necesita la humanidad para encontrar de nuevo su camino.

"Tu presencia en Alejandría abrió más amplios horizontes a mi pensamiento. He escrito mucho y he modificado mis escrituras de la juventud en atención y obsequio a la verdad histórica en lo referente a Abel y Caín, personajes ambos que sólo se comprenden después de haber leído las Escrituras del Patriarca Aldis, que tuviste a bien darme. En fin, por las Escrituras que mando, podrás ver que mis piedras preciosas han sido depuradas y pulimentadas, para que brille la verdad en ellas, aunque no olvido tu profecía en las noches de la tienda en el desierto: "Filón, no olvides que escribes para hombres de carne y hueso, y no para querubines que con espadas de llamas iluminan los abismos siderales. Te comprenderán los querubines, pero los hombres no te comprenderán. Libro que los hombres no comprenden, es libro que los hombres olvidan".

"Yo lo sé; me subyuga y domina el Universo Ideal, que puede no ser el Universo Real. Es tan vigorosa la Idea que lucha con la realidad. Mas, la Idea vive dentro de mí; y la realidad está fuera de mí.

“Tú me comprendes Divino Logos, nacido del Amor Eterno y de la Eterna Idea. Pero no hay otro Tú en este mundo, donde los hombres son niños que comprenden el pan que comen, el lecho en que duermen, la tierra que da el fruto, el pozo que da el agua, el fuego que da calor y cuece los alimentos.

“Y vamos a otro asunto:

“Nuestro arqueólogo ha descubierto en la pirámide aquella de las losas rotas, un compartimento que ofrece la particularidad de que las momias allí depositadas son todas de mujeres muy pequeñas, y parecen pertenecer a la primera dinastía de los Faraones de Menfis, o sea, a las edades remotas de Mizraim, Naucratis, Merik, Peluphia y Menes. Dichas momias son verdaderos trozos de piedra que resuenan al golpe del martillo.

“Por fechas comparativas, con la aparición de determinadas estrellas que los astrólogos persas y caldeos han fijado en ocho, diez y once mil años atrás, podemos decir que estas momias están dentro de esas épocas, o sea, que no son más viejas de catorce mil años, ni son más nuevas de ocho mil.

‘’Los pequeños hombres de las menudas realidades terrestres, nos dirían: “Son de los primeros seres humanos nacidos alrededor del Paraíso Terrenal después del pecado de Adán y Eva. ¡Pero mi excelente Yhasua, la Eterna Idea nos dice otras cosas diferentes!... Tú adivinas estas vibraciones de la Eterna Idea, en el cerebro de este amigo y admirador tuyo, que piensa y sueña hasta cuando parte el pan.

“Este hallazgo nos remonta hasta el Patriarca Aldis, pues nos hace entrar de lleno en los horizontes donde él vio desenvolverse la humanidad.

“Cuando hayamos logrado traducir las figuras y signos que aparecen en los sarcófagos, podré hacerte la relación exacta de lo que aparezca como verdadero o posible, en el secreto de la muerte y de los siglos. Mándame tus noticias, que desde la venida del Hack-Ben Faqui, no tengo ninguna. Tuyo para siempre”. *“Filón”*

“Lleva mi envío para ti, mi hermano Alejandro, que será nombrado Alabarca de Egipto por el gobierno Romano, y que de Gaza sigue viaje a Puzol, llamado por el ministro favorito del César. No sé si de esto saldrá la vida o la muerte, el bien o el mal. Nada es seguro en estos calamitosos tiempos de bárbara autocracia. Andrés de Nicópolis, hermano de Nicodemus, tu íntimo, le recibe en el puerto de Gaza, y se encarga de hacer llegar esto a tu mano. Afectos míos a tus buenos amigos”.

* * *

La epístola del príncipe Melchor contenía noticia que a todos interesó enormemente. Estaba concebida en estos términos:

“Abundancia de paz tengas en tu alma; Ungido del Altísimo para su eterno mensaje. Después de la partida de nuestro bien amado Baltasar, todos mis días fueron de meditación preparatoria para llegar a la capacidad de reemplazar siquiera sea una pequeña parte de su valor como Maestro y como columna del templo que tú levantas, ¡oh, Yhasua! ¡Gran Sacerdote del Señor!

“Te notifico un buen descubrimiento hecho por los adeptos de nuestra Escuela de Monte Horeb. En este laberinto de montañas que en veinticinco años de habitarlas aún no se acaba de conocerlas, hemos tropezado por fin con la gruta de la visión de Moisés. Antes que yo, otros la buscaron sin encontrarla, debido a un derrumbamiento de rocas que al rodar desde enorme altura torcieron el cauce del riacho que desemboca en Diza-Abad, sobre el golfo oriental del Mar Rojo, y que la tradición lo daba como naciendo de una vertiente encontrada por el gran profeta, junto a la entrada de la gruta de los misterios de Dios. Hemos podido identificarla por unos grabados jeroglíficos hechos a punzón sobre el basalto, y que documentos muy antiguos refieren haber sido hechos por dos sacerdotes de Menfis que acompañaron al desterrado de Madián.

“Algunos nombres aparecen claros, pero otros fragmentos han sido borrados por la acción del tiempo. Ohad, Thimetis, Carmi, Amram, aparecen con bastante claridad. Hay alguna referencia a Karnak y al lago Merik. Todo Egipto y Egipto. Menciona a Ramsés II junto a un número diez repetido dos veces, que suponemos aludirá a veinte años de su reinado.

“La gruta está en la ladera de un cerro frente a Parán. Mirando el valle cercano, se sueña ver a Moisés guiando las ovejas de Jetro. Mas, el valle está poblado de cabañas y blancas casitas de leñadores, la mayor parte de los cuales, acaso no oyeron jamás hablar de Moisés.

“¡Oh, Ungido del Señor!... ¡Verbo de Dios hecho hombre!... ¡Hasta las rocas inconmovibles de esta Arabia de Piedra cantarían, si tú pusieras sobre ellas tu planta! ¿Vendrás algún día? ¿No podría verificarse aquí una de las reuniones pactadas por Gaspar y por ti junto al lecho mortuorio de nuestro hermano Baltasar? La gruta de los secretos de Dios revelados a Moisés, bien merece ser el santuario donde resuene de nuevo la Palabra de Dios vibrando en una lengua y unos labios humanos.

“Piénsalo Yhasua en la presencia del Altísimo, y al regreso de la caravana me anuncias lo resuelto, pues que para un acontecimiento semejante hemos de participarlo a nuestras escuelas de Ezion-Geber, de Cades Barnea y del Monte Hor, y a nuestros penitentes solitarios del Desierto de Parán. Entre todos no son muchos, pero podrías contar con cuatro centenas y algo más de buenos apóstoles de tu enseñanza.

“Otra de las reuniones podrá realizarse en la ribera oriental del

Golfo Pérsico, donde reside Gaspar, con la más antigua de las escuelas sostenidas por él.

"¿Dirás que pretendo dividirte en retazos?... ¡Oh, Ungido del Altísimo!... ¡Comprende lo que es, para un buscador de la Eterna Verdad, el saber que la tiene al alcance de su mano, personificada en Ti, y que será la postrera vez que el Verbo de Dios hecho hombre, ponga sus pies sobre el polvo de este planeta!

"Me he extendido más de lo que pensaba. No descuides presentar la ofrenda de mis afectos a tus familiares y amigos de Jerusalén. Y para ti, Yhasua, esta sola palabra: te amo por encima de todas las cosas de la tierra. Siervo del Señor y tuyo". *"Melchor de Heliópolis"*

* * *

— ¡Qué epístolas, Señor mío, qué epístolas! –exclamaba Simónides con gran entusiasmo–. Ellas solas valen más que todo el imperio romano con sus legiones y sus águilas. ¿Qué dices a esto mi soberano rey de Israel?

—Digo que los campos del Señor son muy extensos y que los labriegos de buena voluntad son muy pocos –contestó Yhasua.

—Pero estas epístolas –dijo Judá–, indican que esos labriegos pueden aumentarse hasta lo maravilloso. Los tuaregs son numerosos, como las arenas del Sahara que habitan. Y los madianitas de las montañas del Sinaí no serán menos. Y los del país de Amón en la Arabia Oriental, que obedece a nuestro noble y bravo Scheiff Ilderín... Yhasua, ¿has olvidado todo esto?

—Niño de Jehová, ¿cuándo te convencerás que tu reino no tendrá límites? –preguntó nuevamente Simónides para convencer definitivamente a Yhasua.

—Ven Simónides y también tú, Judá; venid ambos conmigo al patio de las bodegas.

Los tres bajaron en seguimiento de Yhasua, en la esperanza de ver algo estupendo.

— ¿Veis este senderillo que han hecho las hormigas, en su acarreo de granos de centeno y pielcillas de bellotas, que encontraron desmenuzados en los cajones de los desperdicios?

—Sí que los vemos, y mientras no hagan otro trabajo dañino se les puede perdonar, ya que así limpian los residuos inútiles –contestó Simónides.

—Mirad ahora más aquí, cerca a los cántaros de la miel y los sacos de frutas secas –díjoles Yhasua, llevándoles hacia otro compartimento de las enormes bodegas.

Los cargamentos de centeno resquebrajado y los mendruguillos de bellotas para las bestias, eran dejados a mitad del camino, cuando las

hormigas tropezaban con un fuentón de cera impregnada de miel, y con un saco de higos secos olvidado, quizá a mitad de su camino.

—Y esto, ¿qué relación tiene, mi Señor, con lo que hablábamos hace un momento?

—Mucha, amigos míos. Los hombres de esta tierra son más o menos como estos pequeños insectos, que corren afanosos detrás de lo que halaga su gusto y nada más.

"Y así, cuando yo hable a los hombres como les tengo que hablar, me abandonarán como a los granos resquebrajados del centeno y a las pieles de bellotas, y correrán a la miel de los goces materiales que dan dulzura de halago a sus pasiones groseras. Desengañaos, amigos míos, de que la palabra del Ungido sólo será comprendida por las minorías escogidas desde muchos siglos para esta hora postrera.

— ¿Y las profecías, mi Señor, las profecías que nos hablan de un Rey poderoso, cuyo reino envolverá toda la tierra y no tendrá fin jamás?... –preguntó Simónides, sin querer aún desalentarse por la axiomática conclusión de Yhasua–. ¿Mienten acaso las profecías de los grandes inspirados de Israel?

—No mienten las profecías, pero ellas reclaman de quienes las lean, la interpretación del pensamiento divino que encierran. "El que merezca comprender que comprenda", dice la Sabiduría por la pluma de Salomón.

"¿Crees tú, Simónides, que el Verbo de Dios fundará un reino como el que fundó David, a base de matanzas, despojos, incendios, traiciones y engaños? También dicen las profecías *"Que su Reino será de justicia y que será llamado el Justo, el Santo que no apagará la mecha que aún humea, ni romperá la caña que está cascada"*

Judá escuchaba en silencio y una ligera sombra de tristeza parecía extenderse en su noble y hermosa fisonomía.

— ¡Oh, mi Señor!... Aún quiero aferrarme a la idea de verte coronado con el cetro en la diestra, dirigiendo a las multitudes por el camino de la dicha. ¡No eches, mi Señor, tierra de muerte en mis ojos, antes de que sea mi hora!... ¡No mates mi ilusión única, a los setenta años de mi azarosa vida! ¡Oh, Señor!...

— ¡Bien, bien, Simónides!..., perdona si te he causado pesar con mi hablar diferente de tus nobles pensamientos –dijo Yhasua con filial ternura, pasando su mano por la blanca cabeza del Anciano–. Esperemos la hora en que la Divina Sabiduría nos hable, y merezcamos comprenderla.

La voz de Esther que desde el descanso de la última escalera les llamaba a la comida de medio día, terminó esta conversación a la cual Yhasua daba un giro diferente, convencido de que aún no era la hora de que el buen Anciano y Judá le comprendieran.

71
EN LA GRUTA DE JEREMÍAS

Al día siguiente de recibir Yhasua las epístolas mencionadas, muy de mañana, avisó a su madre y a sus amigos del palacio de Ithamar, que pasaría el día con los Maestros Esenios, Eleazar y Esdras, los dos Ancianos aquellos que le acompañaron en su viaje al Gran Santuario de Moab, cuando se consagró Maestro de Divina Sabiduría. Les anunció que volvería muy entrada la noche y que no pasasen cuidado alguno por él.

Y como notara en su madre y en Ana cierta inquietud, les dijo que necesitaba consultar con ellos la contestación que debía dar a la epístola de Faqui.

Atravesó toda la parte norte de la ciudad y salió por la Puerta de Damasco o Puerta del Norte, encaminándose por entre grandes barrancos cubiertos de arbustos y de algunas viejas encinas, hacia un lugar de aspecto escabroso y muy solitario. A dos estadios más o menos de la muralla de Jerusalén, se encontraba una inmensa gruta perdida entre el laberinto de rocas y árboles, que en lejanos tiempos pasados había sido muy visitada de las personas devotas, pues tal gruta era tradición que fue habitada por Jeremías, el gran profeta de los trenos, como gemidos de tórtolas. Se decía también, que allí mismo estaba sepultado, pero que los ángeles de Jehová ocultaron su cadáver, para que no lo tomasen los hijos de Israel como objeto de adoración. La ignorancia humana, lleva siempre a buscar algo visible y tangible para rendirle culto. Pocos son los que se avienen a adorar lo que no es materia. Al Eterno Invisible que es Amor, Luz y Energía, sólo espíritus adelantados pueden sentirlo.

Sea de esto lo que fuere, sigamos a nuestro Yhasua que se acerca a la célebre gruta de Jeremías, que por entonces estaba ya casi olvidada.

La entrada sólo daba paso a un hombre muy inclinado, y dos varas de encina cruzadas en forma de X la cerraban. Por la facilidad con que el joven Maestro la abrió, denotaba que no era la primera vez que iba allí.

Con un guijarro que levantó del suelo, tiró hacia el fondo de la gruta y se produjo el sonido seco de una piedra sobre una dura roca. Un momento después, salió del interior sombrío, un viejecito con un madejón de cáñamo en que trabajaba.

— ¡Oh, qué luz nueva me trae el niño-sol!... –exclamó besando el extremo del manto azul de Yhasua.

—Buen Isaac –le contestó–, ya sabes que aquí vengo cuando soy yo el que necesito luz. ¿Los Maestros no vienen hoy?

—Hasta ahora no llegaron, pero si los necesitas con urgencia, ya sabes que yo puedo mandarles aviso –contestó el viejecito, haciendo entrar a Yhasua a través de una abertura que disimulaba un gran pilón de trozos de leña y gavillas de paja amontonadas allí descuidadamente. Era aquello una holgada habitación iluminada por una abertura de las rocas en la parte superior. En el pavimento y alrededor del recinto, se veían estrados rústicos hechos de troncos de árboles y cubiertos de blancas pieles de oveja. Frente a los estrados se veían tres o cuatro pequeñas mesas de una rusticidad igual que todo el mobiliario que allí aparecía.

—Hazme el obsequio de avisarles, que les espero aquí para un trabajo importante que tenemos que hacer –dijo Yhasua, tendiéndose en uno de aquellos estrados, pues que la andanza por los escabrosos barrancos hasta llegar a la gruta, le había de verdad fatigado.

Sintió que el viejecito salía hacia afuera y daba fuertes silbidos por lo cual comprendió que llamaba a alguien.

—Ya salió el mensajero –dijo entrando de nuevo.

—Por lo visto buen Isaac, te permites el lujo de tener un criado a tu disposición –le dijo bromeando el joven Maestro.

—Mis nietos trabajan en la cantera vecina, y cuando los necesito les llamo. Son ellos los que duermen en estos estrados, cuando hay trabajo por aquí. Pero ellos no saben del otro recinto interior donde sólo entran los Maestros y algún extranjero ilustre conocido de ellos, y traído por ellos.

Ya era pasada la mitad de la mañana cuando llegaron Eleazar y Esdras, vestidos como dos labriegos montados en sus asnos, así y todo, demostrando estar bastante fatigados.

— ¿Qué te trae a la gruta de Jeremías, niño de Dios? –le preguntó de inmediato Esdras, encaminándose a la oculta puertecita de piedra que daba paso al recinto más interior.

—Te lo diré allí dentro –le contestó Yhasua. Entraron los tres, y la puerta se cerró detrás de ellos.

Era aquello como un pequeño oratorio, que a la vez se parecía mucho a un panteón sepulcral.

Sobre la roca pulimentada en forma de un cuadrado de tres pies de alto por tres de ancho, se leía en arameo: “Aquí recibió la Luz Divina el Profeta Jeremías, aquí resguardó su vida, cuando se vio perseguido por declarar la verdad a los poderosos, y aquí entregó su alma a Dios cuando Él lo llamó”.

En plaquetas de madera blanca enclavadas en los muros, se leían frases del santo profeta, sacerdote del Señor: “Bueno es Jehová para los que en Él esperan, y al alma que le busca”.

“El Señor no abandona para siempre”.

“Invoqué tu Nombre, oh, Jehová, desde mi cárcel profunda, y oíste mi voz, y te acercaste para decirme: No temas.

“¡Ay del que edifica su casa y no en justicia, sirviéndose de su prójimo, sin darle el precio de su trabajo!”

“Toma como tuya, la causa del afligido y del abandonado, y entonces obras el bien”.

Cuando los tres estuvieron cómodamente sentados sobre los bancos cubiertos de esparto y pieles de oveja, Yhasua sacó de entre su túnica la epístola de Faqui, y la dio a leer a los Ancianos.

—Tú quieres pacificar la tormenta de odios y de ambiciones que ruge en el lejano Sahara, ¿verdad? –preguntó Esdras, mirando con escrutadores ojos a Yhasua sentado junto a él.

—Justamente –contestó éste–, y espero que mi Padre que es Amor, Poder y Energía, no me negará la fuerza necesaria para realizar mi deseo desde aquí. El alma del hombre, ¿no es soplo divino que va y que viene, llevando el bien a todo cuanto toca?

“¿Y no podremos hacer esto nosotros, que hemos recibido el don divino de dar paz y amor a los que no lo tienen?

— ¿Qué queréis de nosotros? ¡Oh, Ungido del Eterno, Dueño y Señor de todas las cosas! –preguntó a su vez Eleazar.

—Que me ayudéis con vuestro pensamiento de amor y vigiléis mi materia, para transportarme al palacio de Rocas de Tawareks, en pleno desierto de Sahara, y hacerme sentir de los hijos de Amenokal, de la reina Selene y de sus ministros y jefes guerreros. ¿Lo creéis justo y bueno? –Y al hacer esta pregunta, Yhasua se sometía humildemente al precepto de la ley Esenia que decía:

“Aunque seas un Maestro de Sabiduría, somete tu juicio al juicio de los Ancianos que vivieron y sufrieron más que tú, y el Altísimo te hablará por su boca”.

—Es justo y bueno evitar la desolación de una guerra, que destruirá muchas vidas y causará inmensos males, peores acaso que la muerte –dijo Esdras.

—Es justo y bueno –añadió Eleazar–, quitar la angustia del corazón de las madres, de las hijas, de las esposas, y devolver la paz y la alegría a todo un pueblo, que será la víctima de las ambiciones de esos príncipes ciegos, que no reciben la Luz Divina, por la maldad de su corazón.

—Entonces... que el Poder Divino sea con nosotros, y que me presten su concurso las Inteligencias-Guías de la raza Tuareg –dijo con solemnidad Yhasua, entregándose a la concentración mental.

Un profundo silencio se hizo en la gruta de Jeremías, y algo así como un soplo de divinidad comenzó a extenderse en aquel ambiente

impregnado de olor a incienso, mirra y flores de heno, que se quemaban allí con frecuencia.

La amarillenta luz de tres cirios que daban opaca claridad al recinto, seguía parpadeando con ese tenue temblor que hace movibles todas las cosas, y Yhasua entró en un profundo sueño hipnótico. Era poco antes del mediodía y un dorado sol de otoño tendía velos de oro sobre montañas, valles y desiertos.

Lector amigo: según la palabra del joven Maestro, *"el alma del hombre es soplo divino, que va y viene llevando el bien a todo cuanto toca"*, nuestra alma puede pues volar hacia el desierto de Sahara, para presenciar la obra de amor y de paz del Verbo de Dios, en aquellas dunas y montañas abrasadas por el sol.

Tenían los Tuaregs, un Anciano profeta muy venerado entre ellos, porque su vida era justa y nunca sus labios se mancharon con la mentira. Y la misma mañana que Yhasua se encaminaba a la gruta de Jeremías se presentó a la reina Selene, que lloraba en gran desconsuelo la desgracia que amenazaba a su país, con la muerte de su esposo.

—La voz de Amanai se me hizo sentir esta noche –dijo a la reina el Profeta–, y hoy a la hora del medio día, serás consolada en tu dolor, si haces venir a tu presencia a tus dos hijos, a tus consejeros y jefes de guerra.

— ¿Qué debo decirles? –preguntó la reina Selene.

—Ellos serán los que te dirán a ti: "Hemos comprendido cuál es el verdadero camino de la paz y de la dicha para nuestro pueblo".

—Que Amanai sea miel en tu boca –le contestó la reina, según la frase habitual usada por ellos.

Y en la gran sala llamada del Buen Consejo, toda tapizada de seda carmesí, salpicada de menudas estrellas de oro, se encontraron reunidos los más altos personajes del numeroso pueblo Tuareg. La reina con sus hijos, sus tres consejeros mayores, y sus setenta jefes de guerra, entre los cuales se hallaba nuestro amigo el Hack-Ben Faqui y su padre Cheig Buya-Ben.

La reina fue la última en llegar, toda velada de blanco según la costumbre del luto riguroso, y sin llevar joyas de ninguna clase. El Anciano Profeta estaba sentado en la tarima en que ella apoyaba sus pies.

La gran sala aparecía en penumbra, con sólo la luz de la única lámpara que permitía el ritual, durante cien días de la muerte del soberano. Ni ventanas ni luceras se permitía abrir en el gran palacio de rocas, que según sus tradiciones, contaba con tantos años, como los que hacía desde que el Sahara dejó de ser mar, para convertirse en reseco desierto.

—Nuestro Profeta aquí presente –dijo la Reina–, ha prometido que Amanai hará conocer su designio a su pueblo, hoy a la hora del medio día. Sólo Amanai es grande y poderoso. ¡Esperemos! ¡Silencio!

En el centro de la gran sala tapizada de seda carmesí, apareció de pronto una luz dorada semejante a la luz del sol cuando penetra por una lucera ovalada. Y en medio de esa luz difusa y de incomparable suavidad, se diseñó la imagen de un hermoso doncel, que bien podía ser tomado por un arcángel de los que Amanai enviaba en momentos dados, a esta mísera tierra ennegrecida de odios y de iniquidad. La hermosa visión parecía dejar en suspenso hasta la respiración, según era profundo el silencio que se extendió como un velo de quietud y de serenidad.

Faqui y su padre, reconocieron en el doncel de la aparición, al príncipe hijo de David que habían visto en Alejandría y en el valle de las Pirámides.

¡Yhasua, el de los ojos garzos que derraman luz de amor! –pensaba Faqui mientras absorbía en su fija mirada la suavísima claridad de la visión amada.

La reina levantó sus velos y aquellos divinos ojos se entraron en su alma como un bálsamo de consuelo y de piedad infinita.

Cada uno de los presentes oyó en lo profundo de sí mismo una voz extraterrestre que decía:

"Esta es la hora de la justicia, del amor y de la paz. El Altísimo da a cada cual lo que le pertenece. A la piedad de la reina Selene, con piedad y amor Dios le responde. Tú eres y serás la madre de tu pueblo, que de ti aprenderá la grandeza del deber cumplido. Tus hijos no verán la luz del sol, hasta que hayan abandonado sus ambiciones de poder y de dominio, que han llevado al país al borde de un abismo: la guerra entre hermanos. ¡Selene, mujer de la misericordia y del amor!, el Altísimo ha secado tu llanto y derrama la dulzura de la paz sobre ti, porque oíste la Voz Divina que clamaba:

"¡Gloria a Dios en la inmensidad de los cielos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!"

Los hombres sobrecogidos de pavor, se habían postrado en tierra, porque aquella íntima voz que les hablaba dentro de sí mismos, y aquella vivísima luz de oro, llenaba su corazón de zozobra. Jamás vieron nada semejante, y recordaban las viejas leyendas y tradiciones, que sus remotos antepasados habían recogido de los emigrados atlantes refugiados en las costas montañosas de la Mauritania.

—Es el mensajero de la Hija del Sol –decían otros–, que ha conseguido de Amanai misericordia, para este pueblo próximo a tomar las armas y despedazarse entre hermanos.

La reina había bajado de su estrado, y besaba la tierra en que parecía estar detenida la áurea visión, que se fue esfumando lentamente como esas nubecillas de oro que se forman en el inmenso azul, cuando se hunde el sol en el ocaso.

Faqui se acercó a Selene para levantarla y volverla a su estrado. Aprovechó el momento para decirle a media voz: –Es la aparición del príncipe de David, Ungido de Amanai para salvar al mundo de la dominación romana. Es aquel que visitó Alejandría, y del cual te dijimos mi padre y yo, que traía el mensaje de Amanai y de nuestra Hija del Sol. Ya le has conocido, ¡oh, mi reina!, y su palabra ha sido para ti como un vaso de miel.

Ella subió a su estrado encortinado de púrpura bordada de oro, y con sus ojos llenos de lágrimas, le dijo:

—Mira mis hijos como dos momias ciegas, castigados por Amanai a causa de sus rebeldías y ambiciones.

"Los dos están inmóviles, mudos como estatuas de bronce, que carecen de vida y de movimiento.

Cuando Faqui se acercó al mayor y le puso una mano en el hombro, se estremeció todo y dijo con alterada voz:

—Quien quiera que seas, mátame de un golpe, porque prefiero la muerte a la vida sin luz.

—Y a mí, y también a mí –gritó el menor.

Las lágrimas silenciosas brillaron un momento en las negras pestañas de la reina, que cubrió de nuevo su rostro con el gran velo blanco de su luto.

El Anciano profeta se acercó a los ciegos y les dijo:

—Vuestra ambición y orgullo os trajo este tremendo castigo, que podéis levantar cuando transforméis vuestro corazón en un vaso de justicia y de equidad para todos.

— ¡Viva la reina Selene, nuestra augusta Amenokal! –clamó el profeta con toda la fuerza de que era capaz su ancianidad.

— ¡Que viva y gobierne nuestro pueblo con la paz y la justicia, que sólo ella puede darnos!

— ¡Que viva!

Fue un coro ensordecedor que resonó largamente en las galerías y corredores del imponente palacio de rocas, donde una larga cadena de siglos había impreso su grandiosa majestad.

Y volviendo, lector amigo, a la humilde y desmantelada gruta de Jeremías, a dos estadios de los muros de Jerusalén, vemos a Yhasua que se despierta, y ve que Eleazar le acerca una escudilla de barro con vino caliente y miel. Esdras le acerca a los pies un brasero lleno de ascuas encendidas y lo cubre con un manto de piel de camello.

—Ahora cuéntanos, si lo recuerdas, lo que has visto y oído.

—Sé que estuve entre los dirigentes del pueblo Tuareg, pero como aquel ambiente dista mucho de ser sutil y diáfano como éste, creo que no podré recordar nada. Sólo tengo la impresión de que hemos tenido éxito en nuestro trabajo.

"El Hack-Ben Faqui nos hará el relato de todo.

—Esto nos enseña una vez más, que para que una inteligencia encarnada, pueda manifestarse visiblemente en ambientes que le son extraños, la Eterna Ley le reviste de materia astral densa, o sea la túnica de protección ya observada por los antiguos Maestros, que le evita daños graves pero que le trae el olvido, –estas reflexiones las hizo Eleazar en vista del olvido completo de Yhasua de cuanto había ocurrido.

—Las leyes divinas son severas y sabias –añadió Esdras afirmando las palabras de su compañero–. Si este desdoblamiento espiritual hubiera sido para aparecer visible en el Gran Santuario de Moab, habrías conservado el completo recuerdo hasta de lo que habías hablado. No obstante, debemos bendecir y glorificar a Dios, que nos ha permitido realizar este modesto trabajo que acaso restablecerá la paz y la concordia en aquel país. No teníamos otro deseo ni otra finalidad.

Una hora después, y en torno al humilde fuego del viejo Isaac, guardián de aquel recinto, comían los cuatro el clásico plato de lentejas guisadas, una gran fuente de aceitunas con huevos de pato asados al rescoldo, y una cesta de higos, recogidos esa misma mañana por el viejo Isaac, en las higueras de aquellos casi inaccesibles barrancos.

Antes del caer de la tarde, ambos Ancianos y Yhasua, entraban a la vieja ciudad de los Reyes por la gran Puerta del Norte, la misma por donde veintidós años atrás entraban en sus grandes camellos blancos, los tres viajeros venidos de lejanos países a rendir homenaje al gran Rey que había nacido.

72
EN EL PALACIO DE ITHAMAR

Treinta días más tarde desembarcaba Faqui en el puerto de Gaza, y se encaminaba solo sin haber dado aviso a nadie, a Jerusalén, en busca de sus amigos.

Imposible es describir fielmente, la explosión de alegría que causó su llegada. El joven príncipe africano comprendió entonces que eran sinceros y profundos los afectos que se había conquistado en la tierra de Yhasua. Y sin esperar a que nadie le preguntase, hizo allí mismo todo el relato de lo ocurrido en el gran palacio de rocas de Tawareks, con la visita espiritual del Hombre-Luz a la reina Selene, sus cortesanos y sus guerreros.

— ¿Está allí todo en paz? –preguntó Yhasua, cuando Faqui terminó su hermoso relato, tal como el lector ya lo conoce.

—Absolutamente, hijo de David. Tú no haces las cosas a medias –contestó el africano.

—No hay nada que se resista al que Jehová ha hecho invencible –decía Simónides frotándose las manos como el que saborea un triunfo cercano–. Mi soberano Rey de Israel, se impondrá a todo el mundo que caerá de hinojos deslumbrado por su grandeza.

—Mi buen Simónides –le decía sonriendo Yhasua–, en tu jardín siempre florecen las rosas. ¿Cuándo tienes tú el invierno?

— ¡Ya pasó mi Señor, el invierno mío y para siempre! Ahora no hay más que flores de manzanos y renuevos de palmeras, y jacintos en eterna floración. ¿No ves que hasta las arrugas de mi frente se han puesto tersas porque el día de gloria se acerca?...

— ¡Padre! –le dijo riendo Sabad, su hija–, sólo falta que pienses en otras nupcias junto con la de tu nieta.

Un coro de alegres risas contestó al chiste de Sabad.

— ¡Ah!... Eso sí que no lo verá la luz del sol. Mi Raquel es de aquellas mujeres que no pueden substituirse jamás. ¡Ella sola y para siempre!

Pocos días después se celebraba silenciosamente en el palacio de Ithamar, la triple boda que no fue presenciada sino por los familiares y los íntimos, en atención y memoria a los amados muertos que podían contarse en las familias de las tres parejas: El príncipe Ithamar, padre de Judá; Arvoth el escultor, padre de Nebai; los padres de Marcos; Yhosep padre de Ana, más Raquel, la santa esposa que aún Simónides no podía olvidar.

Aquellas felices nupcias, bendecidas por el Hijo de Dios, no podían menos que traer paz, dicha y alegría para todos. Las almas de los justos se buscan y se encuentran, cuando una alianza de ley las acerca unas a las otras.

En las uniones de amor, el amor es la más grande y duradera compensación.

La muerte del Anciano Yhosep, había llenado de tristeza el alma de Myriam, que en veintitrés años de convivencia, bajo la plácida serenidad del cielo Galileo, en aquel delicioso huerto poblado de pájaros, de flores y frutos, llegó a tal unificación con su Anciano compañero, que parecíale haberse desgarrado su vida, o que había quedado como suspensa en el vacío.

Su alma cándida y buena, se replegó toda alrededor de Yhasua, en el cual encontraba la única compensación de los amados desaparecidos. Ahora, otro de sus más tiernos afectos, Ana, se desprendía de sus brazos maternales para seguir a Marcos, el amante esposo que la había elegido como compañera de su vida.

De acuerdo con Yhasua, había impartido órdenes a su hermano Jaime, de vender todo el mobiliario del taller de Yhosep en Nazareth, y dar en arriendo la finca a unos parientes suyos, que teniendo entre ellos

muchos hijos varones, podían obtener buenas utilidades con el cultivo de la tierra.

—Dejaré pasar varios años –decía ella–, para que el ruido de los pasos de Yhosep se haya perdido, y que sus voces de mando a sus jornaleros hayan volado con el viento, y entonces puede ser que regrese a Nazareth. ¿Qué haría yo tan sola en aquella casa grande? Demasiado comprendo, que no deberé entorpecer los caminos de Yhasua, que si ha traído la misión de enseñar la Ley a los hombres, no podrá permanecer constantemente a mi lado.

—También quedo yo sola en esta inmensa casa llena de recuerdos –decía Noemí–. Thirsa y Judá casados, ya son avecillas libres que pueden dejar el nido paterno cuando su vida lo reclame.

—Te equivocas madre –le contestó Judá–, porque Esther y yo hacemos aquí nuestro nido.

—Y yo –dijo Faqui–, llevaré por una breve temporada en primavera a Thirsa, para hacerla conocer de mi soberana y de mi padre, y volveremos aquí, porque el clima ardiente de mis montañas la quemaría viva.

—Te quejabas, ama mía, sin contar para nada con el amor que te rodea –le decía Simónides–, porque yo, tu administrador eterno, en tu casa he de residir, y yo tengo a mi lado a Sabad mi hija, para cuidar mi vejez.

“Además no has pensado, ama mía, que el Altísimo Dios de Israel multiplicó los bienes de mi amo el príncipe Ithamar en mis manos, para establecer con ellos, el Reino de Israel que se avecina. Y ¿cuál será su palacio sino éste, desde el cual se puede mirar las cúpulas del Templo y todo cuanto tiene de grande y bello la ciudad Santa?

—Pero mi buen Simónides –decía riendo Yhasua–. Tú quieres hacer del palacio de Ithamar un refugio de solitarios. ¿Cómo es eso?

— ¡Como lo oyes mi Señor! El palacio de mi soberano Rey de Israel será éste, y no puede ser más que éste, que el Altísimo ha arrancado milagrosamente de las zarpas romanas para devolverlo a su verdadero dueño. Aquí reside el generalísimo de los ejércitos defensores de la verdad y la justicia. Aquí reside el que hace producir el ciento por uno a los bienes con que el Rey hará la felicidad de su pueblo. ¿Dónde pues residirá el soberano, sino aquí?

— ¡Muy bien, Simónides, muy bien! –exclamaron Judá y Faqui–. Eres un verdadero oráculo de sabiduría, y contigo no necesitamos ir a consultar ni al Foro Romano, ni a los siete sabios de Grecia –añadió Judá, satisfecho sobremanera del giro que el buen viejo había dado a su discurso.

Myriam y Noemí sonreían con esa apacible sonrisa de las mujeres ya maduras, por la edad y por el sufrimiento.

Quedó pues resuelto que el suntuoso, cuanto severo palacio de

Ithamar, sería la morada de Yhasua y de su madre viuda, mientras permanecieran en Jerusalén.

Desde los años veintitrés al veinticinco de la edad de Yhasua, se dedicó por entero a combatir una naciente idolatría de su persona, que tomó gran incremento en algunos de los países, a donde llegó la noticia de sus obras tenidas por milagrosas, por todos aquellos que ignoraban las fuerzas ocultas en la naturaleza, y sobre las cuales puede ejercer acción el espíritu humano, debidamente cultivado con fines nobles y desinteresados.

No había sido bastante, el exigir estricto secreto a los que vieron de cerca sus grandes obras benéficas sobre enfermos incurables, o sobre acontecimientos de imposible solución, dentro de los medios puramente humanos y conocidos del vulgo.

En Jerusalén tuvo Yhasua la noticia, de que en Alejandría en el más grandioso de sus templos el "Serapeum" construido por Ptolomeo I para inmortalizar su nombre, se había colocado sobre un pedestal de mármol una efigie de alabastro, de exacto parecido a su fisonomía, con idéntica vestidura y debajo del cual se había puesto este grabado: "Horus, hijo de Isis, nuevamente bajado a la tierra para salvar a los hombres del dolor y de la muerte. Es Horus-Yhasua. Mata a la lepra, da vista a los ciegos, hace andar a los paralíticos y el aire, el agua y el fuego le obedecen. Es nuestro dios Horus que está de nuevo en la tierra, para recibir la adoración de los hombres".

En un arrabal de Antioquía, en una espaciosa gruta de un cerro procedente del Monte Sulpio, en cuyas cercanías existía una antigua colonia persa, se había inaugurado una especie de templo a Ormuz, antigua divinidad del Irán, que el genio de Zoroastro simbolizó con el fuego en llamas, a fin de desmaterializar la idea de Dios.

En dicha gruta se habían hecho dos altares, el uno para la Llama Eterna, símbolo de Ormuz, el Supremo Dios de los persas. Allí ardía permanentemente una lámpara de aceite que no se apagaba nunca. En el otro se había colocado una efigie de Yhasua de pie, sobre el cuerpo enroscado de una serpiente, que representaba al espíritu del mal llamado Ahriman. Un grabado en caracteres rojos decía: "Mitra, el primer genio auxiliar de Ormuz, encarnado de nuevo para aplastar a Ahriman enemigo del hombre. Se le conoce por Yhasua de Nazareth, y es el vencedor de todos los males de la tierra".

Y hasta en el célebre bosque de Dafne, donde todas las licencias y todos los vicios originarios de todas las partes del mundo, parecían haberse dado cita para refinar más y más la corrupción reinante, se había instalado también entre surtidores bulliciosos y cortinados de jazmines y glicinas, un blanco mármol, imagen del joven profeta de Nazareth con

esta leyenda al pie: “Yhasua hermano de Adonis, que otorga junto con él las dulzuras del amor, de la alegría y de la paz”.

Este fastuoso paraje de recreo de reyes, príncipes y cortesanas, estaba muy próximo a la ciudad de Antioquía, por lo cual, la noticia llegó hasta Yhasua, por medio de los representantes que Simónides había dejado en la gran capital para la atención de sus negocios.

Para un buen hijo de Israel, nacido y educado en el principio básico de un Dios Único, Invisible, Impersonal y Eterno, estas efigies hechas por hombres para la adoración de los hombres, eran tristes amagos de idolatría naciente que había que extirpar a toda costa.

Fue esto un doloroso desengaño para el joven Maestro, cuya divina misión era enseñar la Eterna Verdad a los hombres.

—De manera –decía él hablando con Simónides, Judá, Faqui y sus cuatro amigos de Jerusalén–, que a los hombres no se les puede hacer el bien con libertad y usando de los dones de Dios. ¿De qué están hechos los hombres de esta tierra, que aún del bien sacan el mal, y del amor su propia perdición?

“¡Se les libra del mal y del dolor, en nombre del Dios Invisible y Eterno, y en vez de rendirle adoración sólo a Él, se lanzan en pos de la criatura humana, intermediaria del beneficio divino, para darse el placer de amar la materia, lo tangible, lo que se desvanece como una sombra, lo que perece y muere!... ¿Cómo he de hacer Señor, para encaminar esta humanidad ciega y demente hacia Vos, si se empeña en alimentarse de los mendrugos de carne muerta que van dejando tus enviados a lo largo del camino?

“Cuando me vean despedazado y muerto como un gladiador en las arenas del circo, me maldecirán gritando: ¡No era Horus, ni Mitra, ni Adonis!... ¡Era un falso profeta embaucador de multitudes!...

“¡Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob!... Si no tuviera otra manifestación de tu grandeza, que tu eterno amor a las miserables criaturas de esta tierra, eso sólo me basta y me sobra, para caer ante tu solio de estrellas gritando con todas mis fuerzas: “Porque eres la Luz Eterna, sigues alumbrando a la humanidad de esta tierra. ¡Porque es eterno e inconmovible tu Poder, sostienes en la inmensidad, esta diminuta avellana que es la tierra, habitada por orugas y asquerosas larvas!... ¡Porque es tu Amor eterna energía creadora, multiplicas aquí la vida sin parar atención en el uso que hacen de la vida!...

La vibración dolorosa de tan terribles palabras penetraba como un fulminante anatema en los oídos que las escuchaban.

Judá recogió la gran cortina azul que dividía en dos el cenáculo del palacio de Ithamar, y Yhasua vio a su madre, a Noemí, Thirsa y Nebai que arrodilladas oraban, y lloraban por él. No pudo contenerse más,

y con ligeros pasos llegóse a su madre y se abrazó fuertemente a ella. Sobre su cabeza tocada de blanco cayeron dos lágrimas mudas del Hijo de Dios, para quien su madre significaba aquella humanidad que había estado a punto de maldecir.

—Mujeres dulces y buenas, y vosotros todos que habéis oído mis desesperadas palabras, sois ante mí los que levantáis la humanidad hasta merecer el amor y el sacrificio del que fue enviado para salvarla –dijo con solemne y tiernísima voz, después de lo cual, su hermosa naturaleza, divina y humana, reaccionó de una manera bien manifiesta, y como meditando, murmuró a media voz–:

"Si esta humanidad fuera perfecta, ya estaba salvada y feliz. Porque está herida de muerte y al borde del abismo, es que necesita de un Guía Salvador.

"¿De qué me quejo? Señor, ¿de qué me quejo? ¡Fue un mal momento!... Ya pasó y espero que no volverá. –Y Yhasua se sentó en un taburetito a los pies de su madre.

—Vuelve a ser el Yhasua de la fuente de las palomas, allá en la casita de piedra junto al Tabor –díjole Nebai acercándosele con delicada ternura.

— ¿Qué diferencia encuentras entre el Yhasua del Tabor, y el que hoy ves en Jerusalén? –le preguntó el joven Maestro.

—Aquél florecía de optimismo como rosal en primavera –dijo ella–. Y éste es como una llovizna de invierno que hiela la sangre en las venas.

—Bien dicho está, Nebai, y te prometo aprovechar tu lección.

Cuando hubo desaparecido por completo esta pequeña tormenta, Nicodemus dijo a sus amigos:

—Creo que no habréis olvidado, que esta noche celebramos la décima reunión de Mensajeros de la Santa Alianza.

— ¿Habéis elegido ya el sitio apropiado? –preguntó Gamaliel.

—Bajo la dirección de Simónides lo hemos ordenado todo –respondió el príncipe Judá.

—Cuando anda Simónides por medio, no hay temor de fracasos, pues es el hombre del éxito –añadió Yhasua, mirando afectuosamente al Anciano. Este respondió al momento:

—En el ángulo que forma la calle del Monte Sión con la de Joppe que muere en la Ciudadela, tengo ubicado en sitio muy estratégico un gran bodegón, que es a la vez almacén de las mercancías que traen las caravanas de Damasco, de Filadelfia y de Idumea. Tiene un vastísimo subsuelo excavado en la roca, el cual comunica con una de las galerías subterráneas de la Ciudadela, que pasa por debajo de la muralla y sale al Valle de Hinom. Los de Mizpa, Emaús y Gabam vendrán por allí. Mi Señor Rey de Israel estará allí más seguro que en ninguna otra parte,

pues en caso de emergencia, podemos salir de la ciudad sin visto bueno de nadie, como no sea de los ángeles de Jehová.

—Mi buen Simónides –díjole Yhasua, entre el asombro de todos–, aquí el que de verdad merece ser Rey de Israel, eres tú, que lo piensas todo, lo dominas todo con una facilidad y un aplomo, que hasta sospecho que te sientes capaz de enfrentarte a César.

—Por ti, mi niño rey, me enfrento con cincuenta Césares, sin tenerle miedo a ninguno –contestó solemnemente el Anciano.

Un murmullo de risas y de aplausos recibió la valiente respuesta del viejo, cuya satisfacción era tal que parecía tener veinte años menos.

—Supongo que nuestro hábil jefe habrá pensado en que tenemos que sentarnos, que tenemos que escribir, y que acaso nos serán pocas las primeras horas de la noche y que...

—Todo, todo ha sido pensado, mis señores doctores de Israel –contestó Simónides a la advertencia de José de Arimathea.

—Desde ayer están aquí los mensajeros del Scheiff Ilderín llegados de Filadelfia, los de Tolemaida, de Sevthópolis, de Arquelais y Jericó; y los del sur, la caravana trajo a los de Beerseba, Yutta, Hebrón, Gaza y Betsura, hoy poco antes del mediodía.

"De Betlehem, llegarán dentro de una hora o dos a más tardar. Estos los que han llegado ya, o han dado aviso de que llegan. –Esta última información la dio el príncipe Judá, que era juntamente con el Hack-Ben Faqui los que estaban al contacto con los adherentes de la Santa Alianza.

La hora de la cita era la primera de la noche, que para los israelitas comenzaba después de la puesta del sol, o sea cuando empezaba el anochecer.

—Mas, decidme –observó Yhasua–, ¿cómo encontrarán esas gentes el escondite de Simónides?

— ¡Descuida mi Señor en tus buenos servidores! –contestó el Anciano–. Todos aparentan ser gentes que vienen a vender o a comprar, y todos estarán en las tiendas de la Plaza del Mercado..., sí, pues allí, en la nariz de los representantes del César y del Gran Sacerdote Ismael, que desde las terrazas del palacio de Herodes les verán llegar con sus camellos y asnos cargados de mercancías y gozarán diciendo: ¡Bendición de Jehová sobre esta ciudad, cada vez más favorecida por los grandes negocios que vienen a enriquecerla!

—Bien, Simónides, veo que a organizador nadie te gana –añadió Yhasua.

—Convengamos ahora, dónde nos encontraremos nosotros –añadió Nicodemus.

—Ustedes cuatro –dijo Judá–, esperan a Faqui en el Pórtico del Gran Colegio. Con los demás, ya tenemos todo arreglado, Simónides y yo.

Poco después, el palacio de Ithamar tomaba el aspecto de tranquilo hogar que siempre tenía. Era el medio día, y alrededor de la mesa cubierta de blanco mantel, Yhasua rodeado de sus íntimos repartía entre ellos el pan familiar, después de haber agradecido a Dios el alimento que les daba. Eran nueve comensales: las dos parejas de los recién casados, Yhasua con su madre, Noemí, Simónides y Sabad.

Apenas se habían sentado, cuando entraron corriendo alegremente Ana y Marcos que acababan de llegar de Gaza.

Recién volvían a verse desde el día de las bodas, y Ana, que se sentía para Myriam una verdadera hija, se abrazó de su cuello y la cubrió de besos y de flores.

—Son flores de Alejandría –decía–, enviadas para ti, madre, por el príncipe Melchor, junto con esta epístola para Yhasua. Han llegado anoche en el último barco.

Y mientras Marcos con Simónides y Judá tenían un animado aparte referente a la marcha de sus negocios en el puerto de Gaza, donde él era el Agente General, el resto de la familia se entregaba a la recíproca ternura de aquella inesperada reunión.

73
EN LA FORTALEZA DEL REY JEBUZ

Caía la tarde como en un suntuoso lecho de rosas bermejas y de arrayanes dorados, mientras un resplandeciente sol de ocaso, ceñía su aureola de gloria al Monte Sión, coronado de palacios; al Monte Moria, pedestal grandioso del Templo de Salomón, y a los altivos cerros llamados de la Corona, por la circunvalación que forman en torno a la gloriosa ciudad de David.

Yhasua con Simónides salían del palacio de Ithamar, después de haber escuchado, sonriente y por tercera o cuarta vez, las tiernas recomendaciones de su madre, de su hermana y de Nebai, que tenían por él una constante solicitud.

Judá, Marcos y Faqui, habían salido unas horas antes, pues eran, según Simónides, los lugartenientes del Soberano Rey de Israel, y debían anticipársele para disponerlo todo debidamente y evitar indiscreciones de algunos de los concurrentes.

La Gran plaza-mercado de la Puerta de Jaffa, era a esa hora una infernal gritería en todos los dialectos del oriente, debido a que se intensificaba el ardor de las ventas, lo mismo en las grandes tiendas donde se exhibían las más ricas telas y preciosos tejidos de plata, oro y piedras preciosas, que en los míseros tenduchos donde unas pocas cestas de

higos y granadas, junto a un fuentón de manteca o una pila de quesos de cabra, formaban toda la riqueza del vendedor. El día terminaba, y la competencia mercantil crecía hasta tal punto, que un observador imparcial podía pensar: “A esta pobre gente se le va la vida, en el afán de realizar una venta más en el día”.

Simónides de un vistazo comprendió cuáles eran los verdaderos vendedores y cuáles los simulados, o simples espectadores. Se acercó a un tenducho que tenía excelentes frutas de Alejandría, de Chipre y de Arabia. Su dueño era un anciano con dos niños.

—Te compro todo cuanto tienes –le dijo–, si me lo entregas en las cestas en que está todo colocado.

— ¡Amo!... ¿En qué traigo yo mis productos mañana? –le contestó el buen hombre, espantado de la exigencia de aquel cliente.

— ¡Hombre!, te pago las cestas en lo que ellas valen, pero no puedo perder tiempo en buscar otras para hacer el traslado. Mira, toma el peso que tiene este bolsillo y creo que estarás de acuerdo.

El viejo tomó el bolsillo que era de un azul vivo, lo levantó en alto y su rostro se iluminó como el que ve una visión de gloria.

Era lo que Simónides buscaba, pues que el bolsillo azul era una de las señales para reconocer en los recién llegados de fuera, a los hermanos de la Santa Alianza que los esperaban en Jerusalén.

Realizado el negocio, un numeroso grupo de mirones desocupados se acercaron a Simónides ofreciéndose para llevarle la compra por unos pocos denarios, al lugar que él designara. Estos eran los adherentes aleccionados, para no despertar curiosidades en las gentes ociosas que pululaban por los mercados, atisbando los pasos de sus semejantes.

—Bien, bien, vamos andando hasta mi almacén de la calle Joppe, donde los caravaneros recién llegados, esperan el pienso y no quiero que me devoren vivo. Seguidme pues –estas palabras las decía Simónides en alta voz como para ser oído de todos los que estaban alrededor.

Otros vendedores se le acercaron ofreciéndole cantarillos con vino de miel, jarabe de cerezas, cestas de huevos de patos y aceitunas del Monte de los Olivos.

Como viera él que aún había mirones desocupados, hizo nueva compra de lo ofrecido y otro bolsillo azul fue levantado en alto para pagar la mercadería.

Ya el lector comprenderá que nuestro buen amigo Simónides recolectó allí unos ochenta hombres, pobremente vestidos cual si fueran jornaleros que estaban sin trabajo.

Yhasua había observado sin mayor atención los negocios de su compañero, absorto completamente en el triste espectáculo de los egoísmos y ambiciones humanas, en la pugna feroz entre vendedores y compradores

buscando sacar las mayores ventajas unos sobre otros. El latrocinio, el engaño, el embuste malicioso, buscando dar a los objetos un valor que no tenían; el impudor en la mayoría de las muchachas, aún casi niñas para atraer clientes a sus negocios, en fin, toda una enredada y negra maraña de miserias que apenaba el alma contemplar.

— ¡Humanidad, humanidad!... –exclamaba el joven apóstol a media voz–. Infeliz leprosa y ciega, que no conoces tu mal, ni aciertas con tu camino, porque persigues y matas a los que te son enviados, para conducirte a la Verdad y a la Luz.

Por fin llegaron al gran bodegón de Simónides, completamente relleno de fardos grandes y chicos, tal como podemos figurarnos un inmenso depósito de mercancías de las más variadas especies, y venidas de innumerables ciudades y pueblos.

Tres grandes vías de caravanas se vaciaban allí por entero: la de Damasco que tocaba en todas las ciudades y pueblos del Jordán, la de Filadelfia que arrastraba con los productos de la vecina Arabia del Este, y la del Mar Rojo que abarcaba Madián, Edón e Idumea. ¿Quién podía extrañarse de que Simónides, comerciante de Antioquía, tuviera en Jerusalén un almacén-depósito de grandes proporciones?

Después de cruzar salas y corredores abarrotados de fardos, de bolsas, de cofres, de cántaros de barro cocido, etc., etc., abrió Simónides un guardarropa lleno de mantas y cobertores, y detrás de ellos vieron todos una pequeña puerta que daba a la escalerilla del subsuelo.

Allí comenzaba lo sorprendente y casi maravilloso. Diríase que aquello era obra de magos y de encantamiento.

Pasada la escalerilla, se abría una gran puerta que daba paso a un pórtico severo y sencillo, donde una veintena de guardias vestidos a la usanza persa, con larga túnica bordada en colores y gracioso gorro de cintas y plumas, con el alfanje al hombro, se paseaban solemnemente.

Formaron fila, y por entre ellos apareció Judá seguido de Faqui que recibieron a Yhasua con aire triunfante y feliz.

— ¿Qué significa todo esto? –preguntó de inmediato el Maestro.

—Nuestra Santa Alianza tiene su sede propia en la ciudad de David, y necesita su defensa. Estos guardias son parte de nuestro ejército, que en vez de llamarse Legión, se llama Defensa. Son pues los defensores de la Santa Alianza. ¿Te parece mal? –todo esto lo decía Judá como una explicación a Yhasua.

—Donde se buscan defensores, cabe suponer a los agresores, ¿verdad, mi Señor, que en eso estás pensando? –interrumpió Simónides, para suavizar en Yhasua la impresión que el Anciano creyó adivinar.

—Justamente, no censuro lo que hacéis, pero sí lamento que os veáis obligados por las circunstancias a tomar tan extremas medidas.

—Debes pensar, querido mío –dijo Faqui–, que aquí se guarda el cuantioso tesoro con que la Santa Alianza afronta los gastos de la propaganda y educación de nuestros adherentes, que por lo mismo que todo se hace en el mayor secreto, resulta doblemente costoso.

—En cuanto a eso os doy la razón –contestó Yhasua, avanzando hacia la puerta de otro recinto que sólo estaba cerrada con pesadas cortinas color púrpura.

Dos pajes la levantaron, y Yhasua reconoció de inmediato en uno de ellos al bello adolescente del arrabal de Gisiva en Antioquía, que era llamado el giboso, antes de que el joven Maestro le curase. El otro era aquel Santiaguito goloso del arrabal de Nazareth, que solía esperar a Yhasua en el camino con el fin de conseguir mayor ración de las golosinas que Él llevaba para los niños menesterosos.

Reconocerlos de inmediato y abrazarlos tiernamente, fue todo cosa de un momento.

— ¿Cómo estás aquí, Nelio, y tú, Santiaguillo, hecho un jovenzuelo casi tan alto como yo?

—Yo llegué hace tres días, en el último barco del amo que vino de Antioquía a Gaza, y hoy me trajo el Agente Marcos por orden del amo –dijo el ex giboso con grande satisfacción.

—Y yo –dijo Santiaguillo–, vine hoy de mañana con el tío Jaime, que me trajo por mandato de tu madre que me quiso siempre mucho, a causa de quererte yo tanto a ti.

—Esto significa un formidable complot para sorprenderme a mí, que estaba ignorante de todo –decía Yhasua, sintiéndose como arrullado por todas aquellas sinceras manifestaciones de amor y solicitud.

El recinto al cual penetraba Yhasua, era un vasto salón excavado en la roca de los cerros, sobre los cuales edificó el rey David la ciudad milenaria. Según Simónides, que era como un libro vivo de las más antiguas tradiciones hierosolimitanas, aquel subsuelo inmenso tan hábilmente utilizado por él, había sido en época muy remota, cueva de refugio para el caudillo rey de los jebuzitas que fueron los fundadores de la antigua Gerar (Jerusalén).

El gran Jebuz de la prehistoria, aliado de los Kobdas del Nilo, y fundador de la dinastía y raza jebuzita, debió ser un hombre de aquellos que no se dejan sorprender por traidoras agresiones inesperadas de los malos vecinos, los famosos filisteos tan agresivos y guerreros siempre. Lo demostraba claramente así, la ciclópea fortaleza de aquel recinto, socavado en las entrañas de la roca y con salida al Valle Hinom, mediante un camino subterráneo excavado a tal profundidad que pasaba por debajo de los muros de la real ciudad.

Faqui, habituado a los palacios de rocas del Tinghert, en los peñascales

impenetrables del Sahara, dio la orientación para la forma de embellecer y decorar aquella pavorosa cueva, cuyas dimensiones podían dar cabida a tres mil personas más o menos.

Artesanos de la madera y de la piedra, traídos tres meses antes de la lejana Antioquía, habían transformado la sombría caverna del rey Jebuz, en un vasto salón que tenía a la vez aspecto de templo, pues que todas las irregularidades de aquellas excavaciones, fueron utilizadas como cámaras laterales anexas al gran salón central.

—Aquí se puede soñar con la sala hipóstila de un templo de Egipto –decía Yhasua contemplando el extraño recinto, decorado en muchas partes con tablones de cedro y lleno de inscripciones cuyo significado él comprendió de inmediato.

Todos los grabados eran copia de aquellos versículos de los Profetas, en que se hacía alusión al Salvador que el pueblo esperaba tan ansiosamente.

A ambos lados del estrado de honor, se veían dos ángeles de piedra blanca que sostenían candelabros de siete brazos, los cuales iluminaban las Tablas de la Ley, que abiertas como un inmenso libro de piedra, formaban el respaldo del gran estrado principal, encima del cual se leía: "Honor y gloria a Moisés, elegido de Jehová".

Las cuatro primeras cámaras laterales ostentaban en grandes caracteres los nombres de los cuatro grandes profetas de Israel: Isaías, Jeremías, Ezequiel y Elías. Y sobre pequeños catafalcos de piedra estaban sus libros, su vida, sus hechos escritos por sus discípulos contemporáneos. En las cámaras más reducidas, se veían los nombres y los libros de los profetas llamados menores y de los reyes de Judá, que se habían distinguido por su amor y sus beneficios para el pueblo, por su fidelidad a la Ley de Moisés.

Mientras duró la observación de Yhasua por todo el vasto recinto, Simónides le seguía de cerca y no separaba sus ojos del rostro del joven Maestro, en el cual deseaba sorprender sus impresiones de agrado o de disgusto. Mas la fisonomía dulcísima de Yhasua, se mantuvo en la más perfecta serenidad.

Viendo que nada decía, el buen Anciano se le acercó afectuosamente:

— ¿Estás contento, mi Señor, de tus servidores? –le preguntó, sin poder esperar más tiempo, para conocer el veredicto de aquel por quien tanto se había esforzado.

—Simónides –le dijo el Maestro con inmensa ternura–, estoy contento de ti, y de los que te han secundado en esta obra, de la cual recojo una sola flor, la rosa bermeja de vuestro amor hacia mí, que todos habéis puesto en ella.

— ¿Y no encuentras, mi Señor, que esta obra era necesaria para la

cruzada libertadora que realizas?, –volvió a preguntar el Anciano–. ¿Dónde podíamos reunir a la Santa Alianza que hemos formado y que aumenta más cada día? El templo está invadido por la ponzoña interesada y vil del sacerdocio actual, corrompido y vendido al invasor con un servilismo que repugna. Los atrios de Salomón son un mercado de compraventa de bestias para el sacrificio, donde los sacerdotes y sus familiares recogen pingües ganancias.

"Los santuarios Esenios y las sinagogas particulares, temen verse comprometidos y sólo abren a medias sus puertas, para cantar los salmos y explicar la Escritura Sagrada a escaso número de devotos del barrio.

"Habla, mi Señor, que mi alma padece angustia hasta que te haya oído darme una respuesta decisiva.

—Tu me amas exageradamente mi buen Simónides, y yo tengo pena por ti –le contestó el Maestro, deteniéndose ante el Anciano, sobre cuyos hombros puso sus manos delicadas como los nardos de Jericó.

— ¿Y por qué, mi Señor, tienes pena por mí? –le preguntó el Anciano con los ojos húmedos ante aquellos ojos garzos de incomparable dulzura, que parecían penetrarle hasta el fondo de su corazón–. ¿No ves cuán feliz soy sirviéndote, mi Señor?

—Y si tú vieras a este que llamas tu Señor, tratado como un vil esclavo, y ajusticiado como un impostor. ¿Qué harías entonces?

— ¡Ay!... ¡Callen tus labios, Señor, que haces agravio a Jehová, a los profetas, a todo Israel que espera y confía en ti!... ¡No mates de un solo golpe a tu siervo, mi Señor..., que no es para esto, que el Altísimo ha curado mi cuerpo deshecho por los tiranos!... ¡No, mi Señor, no! ¡Jamás sucederá desgracia semejante, sin que antes hayamos sido despedazados todos los que te amamos!

— ¿Qué pasa aquí, qué pasa? –decía Judá, acercándose con Faqui, Marcos y el tío Jaime, que estaban todos como un brazo de mar, viendo ya a la Santa Alianza que tomaba formas definitivas y bien manifiestas.

—Nada –contestó Yhasua–, sino que trato de calmar las fiebres delirantes de mi buen Simónides, que a veces sospecho se sale de sus casillas y se va por países de encanto y de ilusión... ¿No es ésta una obra casi de magia?

— ¡Valiente magia, mi Señor! Tres meses de trabajar noche y día, ochenta artesanos de la madera y de la piedra, pagados a doble jornal, no es ninguna cosa del otro mundo –contestó el Anciano, en cuyo noble corazón ya se había evaporado el sobresalto que recibió con las palabras de Yhasua.

— ¡Está muy bien, Simónides! Has alimentado a ochenta familias en esos tres meses, que a no ser por este trabajo, habría escaseado el pan y el vino en su mesa. Y a la vez tenemos un seguro alojamiento para la

Santa Alianza, de la cual tanto esperamos para el futuro. ¿He hablado bien ahora, Simónides?

— ¡Ahora sí, mi Señor!... ¡Ahora, sí!

—Aquí entran ya con sus vestiduras propias, los que vinieron medio disfrazados de la Plaza del Mercado –dijo Marcos–, haciendo entrar unos cincuenta hombres, casi todos jóvenes que rebosaban entusiasmo y alegría.

Una hora después, la pavorosa cueva del rey Jebuz de la prehistoria, con todos sus candelabros encendidos, era como una llama de oro que resplandecía sobre todas las cosas: sobre las Tablas de la Ley de Moisés, sobre los ángeles de piedra blanca que las sostenían, sobre versículos de los profetas anunciando al Salvador del mundo, sobre los nombres de los reyes de Judea que se habían mantenido en la adoración del Dios Único y obedecido su Ley.

José de Arimathea, Nicodemus, Nicolás y Gamaliel llegaron también, seguidos de una docena de aquellos alumnos del Gran Colegio, que habían recibido las copias de los escritos de Moisés y Salomón que ya conoce el lector.

Marcos recibía amigos suyos, escribas y celadores del mismo establecimiento docente, entre ellos un sobrino del viejo Hillel, el anterior Rector ya fallecido, lo cual significaba una magnífica conquista.

Todos cuantos llegaban, traían pintada en el semblante la ansiedad por tener noticia exacta del gran Rey, vislumbrado por los profetas desde seis siglos antes.

Yhasua, sentado en el extremo de un estrado que comenzaba en la cámara del profeta Isaías, observaba en silencio todo aquel movimiento de seres ansiosos de justicia, de liberación, de paz. El optimismo, el ensueño, la ilusión, florecían en todos los rostros, y sonreían en todos los labios.

Othoniel e Isaías, los dos flamantes mayordomos de Judá y Faqui, aparecieron guiando, el uno, al príncipe Sallun de Lohes, y el otro, al príncipe Jesuá, ambos amigos del Melchor de Heliópolis, que ya son conocidos del lector.

De pronto se sintió un murmullo de voces extranjeras en dirección al pórtico de entrada, y a poco apareció la figura inconfundible del Scheiff Ilderín, el caudillo árabe que había llegado esa tarde con veinte de sus hombres de armas, desde sus tiendas en el desierto del Monte Jebel. Le hemos conocido lector amigo en Antioquía en la posada “Buena Esperanza” y luego en el Huerto de las Palmas, junto al lago aquel, sobre cuyas aguas se deslizó Yhasua con la velocidad de un rayo para salvar a los náufragos de la carrera de lanchas.

Sus brillantes ojos negros buscaron entre la multitud, de la cual salió

Judá a recibirle. Le habló breves palabras al oído para indicarle que la mayoría de aquellas gentes, ignoraban que Yhasua era el Mesías-Rey que esperaban, y que por lo tanto eran necesarias ciertas reservas.

Yhasua, absorto completamente en sus observaciones sobre la multitud ilusionada y soñadora, no advirtió la llegada del Scheiff Ilderín hasta que le tuvo ante sí.

—Príncipe de David, –le dijo inclinándose profundamente–. Por fin te veo en la ciudad de tu gloria y triunfo ya cercana, y que será comienzo de una era nueva de paz y de libertad para nuestros desventurados países.

—Decís verdad, Scheiff –le contestó Yhasua, emocionado por las palabras que acababa de escuchar de aquel caudillo árabe, y que tan de acuerdo estaban con lo que su interna visión le decía, sobre los acontecimientos que pocos años más tarde harían tristemente célebre a Jerusalén.

—Mas, no parece entusiasmarte mucho este lúcido prólogo de tu gran obra futura –continuó el Scheiff–. ¡Casi diría que hay melancolía en tus ojos, doncel de los cabellos de oro!...

—No me hacen feliz las muchedumbres ilusionadas, Scheiff, –le contestó Yhasua, haciéndole lugar junto a sí en el estrado.

—Y sin embargo la ilusión es necesaria a las masas, para moverlas en el sentido que es conveniente. ¿No lo crees tú así, Ungido del Señor? No hay más que recordar las epopeyas gloriosas de todos los hombres que han hecho algo en el pasado. Ni Aníbal, ni Alejandro, ni Darío... ni vuestro mismo rey David hubieran llegado a la cumbre, si no hubiera sido por la ilusión de las multitudes que se lanzaban en pos de ellos como detrás de una visión del paraíso, promesa de la paz y la dicha soñada –decía el Scheiff con una vehemente elocuencia capaz de convencer a cualquiera.

—Mas eso, no nos hace olvidar, Scheiff, el triste epílogo de esas que llamas gloriosas carreras. Detrás de Aníbal conquistador, está Cartago arrasada hasta los cimientos, y sus habitantes pasados a cuchillo como reses en el matadero.

"Darío, el gran Rey, a quien las masas ilusionadas llegaron a adorar como a un dios, se presentaba ante los pueblos empobrecidos por sus orgías en trono de oro y marfil, cuando sonó la hora de la Justicia divina personificada en Alejandro, el Gran Rey fue acuchillado en su huida, como un lebrel acosado por los jabalíes, y toda su obra se reduce a millones de víctimas sacrificadas a su ambición, y a una tumba excavada en una roca en Nakchi-Rusten en las afueras de Persépolis.

"Los pueblos ilusionados, dominados por otro ambicioso más fuerte que él, Alejandro, olvidaron pronto a su Gran Rey, para aceptar sumisamente los mendrugos que les arrojaba el vencedor.

“Y si el Macedonio unificó por breve tiempo al mundo, soñando con ser el único soberano sobre la faz de la tierra, sin más ideal que su imperio, hoy lo tenemos dividido en tres jirones, y su momia silenciosa que duerme el eterno sueño en el Museo de Alejandría.

“Y los pueblos ilusionados de Aníbal, Darío, Alejandro y David, hoy somos como los ilotas de la guerrera Esparta, sin más derechos que los de recibir lo que sobra a los nuevos amos, los invasores que se adueñan del aire que respiramos y el agua que bebemos... Y en cuanto a nuestro gran rey David..., tú ya lo ves, Scheiff..., no resta de él, para el pueblo que lo aclamó, más que su tumba, donde anidan los búhos y los reptiles, y las arañas tejen sus telas. Quedan también los salmos, donde pide misericordia al Señor, porque ha reconocido en la vejez sus extraviados caminos, sus manos destilan sangre, y no se atreve ni aún a tocar las piedras que formarán el templo de Jehová... Yo te digo, Scheiff, que lo único que vale de David, es su arrepentimiento de los males causados en sus años de guerrero conquistador. Así despedazan los poderosos las ilusiones y los sueños de los pueblos, que inconscientes les siguen hasta que la evidencia abre sus ojos a la verdad y a la luz.

— ¡Doncel de los cabellos de oro!... ¿Quién te ha vestido esta túnica de decepción, de desengaño y de muerte en que te veo envuelto?, –preguntó alarmado el noble caudillo árabe, que en verdad amaba a Yhasua y esperaba grandes cosas de él.

— ¡Experiencia de la vida de los hombres! –le contestó Yhasua–. Mas no creas, Scheiff, que quiera cruzarme de brazos y dejar que todo lo arrastre el viento como a las hojas de otoño. ¡No, eso no!, pero créeme que me hace daño esta loca ilusión de los pueblos, sin otro punto de mira que el material, que creen al alcance de sus manos. También yo ansío y sueño con una vida mejor para todos los pueblos de la tierra, pero no como la soñaron Aníbal, ni Darío, ni Alejandro, ni David, pues que veis toda esa belleza convertida en guijarros que ruedan por la cantera y van a formar cuevas de lagartos en lo profundo de los barrancos...

—Y dime, ¿cómo es tu pensar Príncipe de David y de qué oro está tejida tu ilusión..., de qué alas de ángeles, prendiste la aureola de tu sueño?..., dímelo y acaso yo pueda comprenderte y acercarme a ti.

—Educar a los pueblos, enseñar a las masas con la antorcha de la Verdad Eterna en la mano, para que sepan el origen y destino de la vida, su verdadero objeto y su glorioso fin. Que sepan todos los pueblos que Dios, Inteligencia Suprema, Alma de todas las cosas: es Amor, Luz, Energía eternas, y que es Padre Universal de todos los seres, de todas las razas, de todos los pueblos y aún de todos los mundos, que al igual que nuestra tierra, ruedan por la infinita inmensidad sostenidos por la omnímoda voluntad del Eterno Creador. Enseñar a las multitudes, que

tan hijos de Dios y hermanos nuestros son los negros del África Sur, como los blancos de Europa del Norte, los soñolientos hindúes, los pacíficos persas, los orgullosos romanos, los griegos artistas, los egipcios laboriosos y sumisos, todos, todos somos hijos de una madre: ¡la Tierra!; y nuestro padre, uno sólo: ¡el Eterno Hacedor de todo cuanto alienta! Enseñarles que la tierra es para sustentar a todos, como el aire, el agua y la luz, y que nadie tiene derecho a privar a su hermano de un jirón de tierra donde plantar su cabaña, y donde abrir después su sepulcro.

"Enseñarles, que los caudillos por grandes y poderosos que ellos se crean, son de la misma carne y sangre que el último de sus esclavos; y que la Eterna Ley, no les adjudica otros derechos que los de servir de guías, de conductores, de padres solícitos y amantes de los pueblos que gobiernan.

"Enseñarles la sabia ley de la Justicia Divina, que las Escuelas de Sabiduría llaman preexistencia, o sea las existencias físicas repetidas continuamente en el correr de los siglos y de las edades, tan admirablemente ordenadas y dispuestas, en el que hoy es un soberano déspota y cruel, y que se pasea sobre las cervices inclinadas de sus súbditos, en otra encarnación futura, vendrá a vivir la vida del esclavo, para que otro déspota lo pisotee como un gusano, tal como lo hizo él en su existencia anterior.

"¿No sería esto la terminación de todas las guerras, de todas las invasiones, latrocinios, asesinatos en masas, incendios y devastaciones? ¿No sería esto acabar con el hambre y la miseria de las muchedumbres para mantener hartos de placer y de orgía a unos pocos aventureros audaces, que medran a la sombra de la ignorancia de los pueblos?...

"¿No sería esto dar un corte decisivo y mortal en el árbol milenario de las castas, dinastías y familias privilegiadas con todas las riquezas de la madre Tierra, que lo es de todos los seres vivientes?...

"¡Este es mi sueño, Scheiff Ilderín, y mientras no lo vea realizado, mi alma gemirá como una plañidera en torno a un amado cadáver, porque muerta está la humanidad que tanto amo hasta que haya visto la luz de la Verdad Eterna!...

Los ojos de Yhasua resplandecían como dos llamas doradas, y su semblante se había coloreado del suave tinte rosado de un crepúsculo primaveral.

El caudillo árabe le tomó la mano y le dijo:

—Tu sueño, doncel nazareno, ¡no es el sueño de un hombre! ¡Es el sueño de un Dios! ¡El Altísimo habla por tu boca y yo no dudo que todo cuanto has hablado, se realizará un día en esta tierra! ¡Muchos pasos debe andar la caravana para atravesar el desierto de arenas caldeadas y resecas!

“¿Comprendes niño-filósofo, niño desposado con la Sabiduría Eterna?

“No de un salto se sube a la cumbre de los montes.

“No de un solo golpe de hacha derriba el leñador todos los cedros del Líbano.

“¡No de un golpe de martillo ni de dos, convierte el escultor en estatua el bloque de piedra que arrancó de la cantera!

— ¡Me habéis comprendido, Scheiff Ilderín, me habéis comprendido, y esto sólo abate mi pesimismo y hace en mí florecer de nuevo la ilusión!

Yhasua estrechó al árabe entre sus brazos, y se confundieron en una sola madeja; los negros cabellos del hijo de Arabia y los rizos bronceados del joven nazareno.

La concurrencia los había dejado como un aparte en la cámara de Isaías, y diseminada en los distintos compartimentos del inmenso local, esbozaban en grupos, sus programas respectivos, y la forma en que los harían practicables.

La llegada de los compañeros betlehemitas fue la señal de que la gran asamblea iba a comenzar.

Elcana, Josías, Alfeo y Eleazar seguidos de unos treinta betlehemitas entraron por el corredor subterráneo que tenía salida al Valle de Hinom. Sus ojos buscaron entre la multitud a Yhasua, sobre el cual creían ellos tener más derechos que nadie, puesto que le habían reconocido al nacer veintitrés años hacía.

Yhasua los vio venir y fue hacia ellos para evitar que la explosión de afecto pusiera en descubierto el secreto de su personalidad.

—Lo que vosotros sabéis, muy pocos lo saben aquí –les dijo a media voz al abrazarlos–. Sed pues discretos hasta que llegue la hora de hablar.

—En la puerta que da a la calle de Joppe –dijo Elcana–, deben estar ya los de En-Gedí, con su tropilla de asnos cargados. Los encontramos entrando en la ciudad por la puerta del Sur.

Yhasua pasó el aviso a Judá, que avisó a Othoniel para darles entrada. Eran Jacobo y Bartolomé, los porteros del Santuario del Quarantana que venían acompañados de los penitentes de aquellos fragorosos montes. Eran los redimidos de los Esenios, que les habían conseguido indulto después de una larga prueba de su verdadera regeneración. Ellos sabían que la sociedad no perdona ni olvida las faltas públicas de sus semejantes, aunque ella misma tenga en la intimidad mayores delitos que aquellos de los cuales acusa. Pero en la Santa Alianza nacida en el corazón del Cristo, cabían todos, justos y pecadores, porque el ideal sublime de liberación humana los conducía a todos por el mismo camino: la fraternidad universal.

Los dirigentes de las distintas regiones que estaban allí representadas, dejaron sobre la mesa central, la nómina de sus adherentes. El gran estrado principal fue ocupado por los dirigentes que harían uso de la palabra esa noche, y por los más Ancianos de aquella numerosa asamblea.

Correspondía el turno de abrir la reunión a Nicodemus, por lo cual se le hizo ocupar el centro del estrado. A su derecha fue colocado Yhasua, como creador de la Santa Alianza y a su izquierda el príncipe Sallun de Lohes, el más anciano de toda la concurrencia.

Judá, Faqui y Marcos desempeñarían el papel de notarios, para escribir en tres lenguas de las más usuales entonces, todas las disposiciones que se tomaran.

Un silencio solemne y profundo acalló todos los rumores y Nicodemus comenzó con una invocación al Dios Único, Invisible y Eterno, Poder Supremo, Energía inagotable, fuente de Luz permanente, hálito solemne de Amor sobre todos los seres vivientes en la Tierra.

Todas las frentes se inclinaron en ferviente adoración silenciosa, porque eran las almas que se expandían en desbordamientos de anhelos comunes, de esperanzas que florecían en todos los corazones, de ensueños, de dichas futuras que tejían sus redes sutiles alrededor de cada cabeza juvenil, para coronarlas de jazmines y de rosas como a los héroes triunfantes de otras edades.

¿No enseñaba la Santa Alianza que Dios es el amoroso Padre de todos los seres? ¿Y no habían de esperar de un tal Padre, Dueño y Señor de todos los tesoros de la tierra, un vaso de felicidad para sus labios sedientos? ¿Un rayo de luz para sus pasos desorientados en el camino de la vida?... ¿Un retazo de tierra libre donde sembrar trigales dorados, para convertirlos mañana en el pan blanco de la humilde mesa? ¡Oh, sí!, todo eso esperaba aquella multitud ansiosa al inclinar la frente a la adoración de Dios Padre Universal, invitados por la palabra austera y persuasiva de Nicodemus de Nicópolis, doctor de Israel y descendiente de antigua familia levítica y sacerdotal.

Y Yhasua recibía en su Psiquis de asombrosa sensibilidad todos aquellos pensamientos, anhelos y esperanzas, y pensaba en lo profundo de sí mismo:

— ¡Todos extienden la mano ante el Padre Universal para pedirle bienestar material, goces familiares, éxito en sus empresas! ¿Dónde están los que aman a Dios por Él mismo, que es el Bien Supremo? ¿Dónde está uno que diga?: ¡Señor! ¡Te amo por encima de todas las cosas, y no te pido otra dicha que la de amarte guardando tu Ley hasta el último aliento de mi vida!...

Aquel momento solemne pasó, y Nicodemus explayó sus ideas en un

elocuente discurso, sobre la justicia y equidad que debe regir todos los actos de la vida de un ser que se llama adorador del Dios Único, fuente de todo bien.

Era aquella la décima asamblea celebrada por la Santa Alianza, y correspondía tratar de un modo especial el décimo artículo de la Ley de Moisés: "No codiciarás los bienes ajenos".

Nicodemus desenvolvió este tema, de actualidad en todos los tiempos y entre todas las razas y pueblos de la tierra, llegando a la conclusión de que en la severa observancia de este mandato, estaba encerrada la paz para los hombres de buena voluntad que habían cantado los ángeles del Señor veintitrés años hacía, la noche del nacimiento de su Verbo en la ciudad de Betlehem.

El capítulo XI de Isaías, fue comentado elocuentemente por Nicolás de Damasco, en sus primeros cinco versículos que según los grandes Maestros de Divina Sabiduría, eran la viva imagen del Ungido del Señor que estaba ya en medio de su pueblo, esperando que se pusiera en condiciones de reconocerlo y de seguirle.

El Rabí de la Sinagoga de Zorobabel, ya conocido del lector, y que era dirigente de los adherentes de Anatot, hizo el comentario del capítulo III del profeta Malaquías, cuyos tres primeros versículos se refieren a la pureza de la vida que era necesaria, para ser dignos de acercarse al Mesías Salvador de Israel que todos esperaban.

El capítulo XXIII de Jeremías en sus seis primeros versículos, fue interpretado de bellísima manera por José de Arimathea, que hizo responsables a los dirigentes de multitudes, de los desaciertos de los pueblos y de los grandes dolores sufridos por ellos.

Los dirigentes de Sebaste y Sevthópolis de la región de Samaria, elogiaron con vehemencia la obra unificadora de la Santa Alianza, que tendía a destruir los viejos odios y antagonismos entre ambas regiones: Samaria y Judea.

— ¿Qué culpa tenemos los samaritanos de la hora presente –decía uno de los oradores–, de que nuestros antepasados se rebelasen contra el heredero del rey Salomón, para elegirse otro rey que respondiese a sus anhelos?

"Queremos acercarnos al que viene a obrar la justicia, como acaba de comentarse en Jeremías, y justicia es, que no se cargue sobre los inocentes de hoy el pecado de los culpables de ayer.

Por fin, del grupo de los betlehemitas partió este significativo clamor: "¡Que nos hable el Maestro Nazareno, creador de la Santa Alianza, que nos hable Yhasua hijo de Yhosep, que sabe mucho del dolor de los humildes y de los oprimidos!"

El mismo clamor se dejó oír de distintos sitios del gran recinto, donde

se encontraban diseminados entre la multitud los que conocían el secreto de la personalidad de Yhasua.

— ¡Ya era hora –decía a media voz Simónides–, de que rebosase el grande anhelo contenido, que en cuanto a mí, ya estaba quemándome las entrañas!

El joven Maestro se puso en pie en la grada primera del estrado, para dirigir la palabra a la muchedumbre, y en ese momento se le acercó el Scheiff Ilderín y le dijo al oído:

— ¡Por favor príncipe de David, no les hables como me hablaste a mí, que matarás de un golpe todas sus ilusiones!...

—Descuida, Scheiff, seré discreto. –Y Yhasua les habló de este modo–:

"Dice el rey sabio, en el versículo I del capítulo IV de Eclesiastés: "Y torném yo, y vi todas las violencias que se hacen debajo del sol; y vi las lágrimas de los oprimidos, y sin tener quien los consuele; y vi la fuerza en la mano de sus opresores, y que para ellos no había consolador"

"Por esto, amigos míos, ha nacido la Santa Alianza en la tierra que vieron nuestros padres, y donde están sus sepulturas. Por esto ha florecido en el jardín de Jehová, el blanco rosal de la Santa Alianza, beso de amor para todos los que padecen angustias de muerte en sus hogares sin lumbre y sin pan; abrazo de fraternidad y compañerismo, para los que sienten el azote feroz de la humillación y del oprobio, en la amada tierra que los vio nacer; encuentro de almas en la misma senda, que todos vamos recorriendo en cumplimiento de la gran ley de la vida; lámpara encendida en las tinieblas, de los que buscan a tientas una mano en qué apoyarse, y un pecho amigo en qué descansar la frente fatigada...

"El Rey-Sabio, vio todo el dolor de los humildes oprimidos, y desahogó su alma en amargas quejas, diciendo que "todo es vanidad y aflicción de espíritu, debajo del Sol". La Santa Alianza ha dado un paso más, y busca la unificación, que es fuerza defensiva para todos los que sufren la opresión y la injusticia. Busca el acercamiento de todos los corazones animados de un mismo sentir, de una misma fe, de un mismo ideal: la santa libertad de los hijos de Dios, bajo la suave tutela de su Ley soberana. La única ley que iguala a todos los hombres, al grande como al pequeño, al fuerte como al débil, al rico como al desposeído, puesto que a todos les dice: ama a tu prójimo como a ti mismo, no hagas a otro lo que no quieras para ti, honra a tu padre y a tu madre; no quites la vida, ni la honra, ni los bienes a tus semejantes; no manches tus labios con juramentos falsos, ni tu corazón con impúdica lascivia.

"Esta es, amigos míos, la Santa Alianza de que todos formamos parte, en la cual ensayaremos nuestra capacidad de amarnos los unos a los

otros, en tal forma y de tan perfecta manera, que el dolor de uno sea el dolor de todos, y la alegría del más pequeño sea compartida, vivida y sentida, por todos sus hermanos.

"No es un levantamiento armado, para tirar por tierra poderes constituidos por la fuerza bruta, y levantar otros constituidos en igual forma. Es un levantamiento espiritual, para engrandecernos hasta hacernos dignos del nombre que nos hemos dado, de pueblo elegido, pueblo de Dios, pueblo de justos, de profetas de la Verdad y de la Justicia. Hasta hoy no hemos merecido esos nombres, porque toda nuestra historia, desde la muerte de Moisés hasta hoy, es una historia de ignorancia, de ignominia y crimen, de engaños y de falsedades, de odiosa profanación contra sagradas instituciones, con fines de lucro y de dominio.

"Hombres justos y austeros hubo, que levantaron su voz inspirados por Dios para encaminar los pueblos a sus sagrados deberes; pero esos hombres llamados profetas, fueron perseguidos y muertos, para que desde el fondo de sus sepulturas no se escucharan sus voces que gritaban más alto que las conciencias dormidas de los hombres: "pecáis contra Dios, pecáis contra vuestros semejantes, pecáis contra la Verdad, contra la Justicia y contra el Amor, y sobre vosotros mismos caerán las consecuencias de tan desastrosos desmanes, en contra de la Eterna Ley".

"Cuando nuestros caminos se hayan enderezado en la eterna marcha de la vida; cuando nuestros labios se hayan purificado como los del profeta Isaías, al contacto de un fuego divino, y no destilen el engaño y la mentira; cuando nuestras manos estén limpias, como el pan de flor de harina que adorna nuestra mesa, cuando nuestros ojos no se deleiten en los placeres lúbricos, y sólo busquen gozarse en las obras de Dios para alabarle eternamente, entonces, amigos míos, caerán sin esfuerzo los tiranos, los déspotas, se romperán las cadenas de todas las esclavitudes, se abrirán las puertas de todos los calabozos, las armas se oxidarán en las cuevas de las fortalezas, los gritos de guerra se transformarán en canciones de cuna, en barcarolas de pescadores, en cadencias de doncellas sentadas al telar, en cantares de labriegos segando sus trigales dorados, y endechas de pastores abrevando sus ganados!...

"¡Tal es el sueño que agitó sus alas en mi mente, al forjar en ella el ideal de la Santa Alianza que os congrega en torno mío, como una inmensa cosecha de flores y de frutos en torno al labrador que las cultivó!

"¡Y si cada uno de vosotros realiza en sí mismo, mi sueño creador de la Santa Alianza, no seréis vosotros deudores míos por la iniciativa de esta obra de bien y de dicha para todos, sino que seré yo vuestro deudor,

pues que habré recogido de vosotros la más pura e inmensa felicidad que puede gozar un alma humana encarnada en esta tierra!"

Una inmensa onda de amor divino se extendió por el vasto recinto, con tal fuerza y potencialidad, que todos vieron a través de ella como transfigurado al joven Maestro, que decía para terminar:

—Pido al Señor de los cielos y de la tierra, ser para todos vosotros, el ángel que purificó al profeta Isaías, para que no seáis más los hombres de ayer, sino los hombres del mañana glorioso de mi sueño, convertido en realidad.

Los amigos íntimos, los Ancianos, después todos, como impulsados por una extraña fuerza, se precipitaron sobre Yhasua y lo levantaron en alto cantando:

— ¡Hosanna al Profeta de Jehová, al que viene en nombre del Señor! ¡Al salvador del oprimido pueblo de Israel!

—El hombre de bien se salva a sí mismo –contestó Yhasua, tendiendo sus manos hacia todas las manos que buscaban estrecharlas.

Una hora después, la mayor parte de aquella concurrencia se retiraba haciéndose unos a otros esta sugestiva pregunta:

"¿No será este joven profeta nazareno, el Mesías que Israel espera?"

—Habla con autoridad de Maestro –añadían otros–, y cuando él habla todos callan, hasta los más Ancianos.

—Si él fuera el Mesías, ya lo habrían dicho –sugerían otros–. ¿Por qué ha de ocultarse un personaje, al cual está vinculada la libertad y la dicha de toda la Nación?

—Disputamos como necios –observaban algunos–. ¿Creéis vosotros que los poderes actuales verán con buenos ojos que se levante un Libertador para arrojarles del país como a un ladrón del redil ajeno?

—Y corre aquí el oro que es una maravilla –decía otro.

— ¿Cómo lo sabes?

—A cada dirigente de región, le han dado un bolsillo repleto de monedas, para socorrer a los inválidos, ancianos y huérfanos de su pueblo. Y uno de los notarios dijo, que esperasen a dar nómina de los necesitados de su región, los que no habían recibido los socorros destinados a ellos.

— ¡Por fin!..., por fin hay quien se interesa por el dolor del pueblo sin pan –exclamaron varios a la vez.

—Esta Jerusalén tan rica en palacios de mármol, con ese templo que resplandece de oro, y no hay callejuela obscura donde no veamos seis o siete fantasmas acurrucados en los portales a falta de techo donde pasar la noche.

—Todo eso va a terminar pronto, hermano, yo te lo aseguro. Para mí, que el joven profeta, que parece la voz de Jehová cuando habla, debe ser el mismísimo Salvador de Israel, que se oculta hasta el momento

oportuno de echar fuera a todos los usurpadores de los derechos del pueblo.

"Mas, cuando todos lo callan, callémoslo también nosotros. No sea que el entusiasmo exagerado, nos haga tirar por tierra las combinaciones secretas que tendrá el Mesías con los que lo ayuden en su misión; que la Santa Alianza es de verdad santa, no nos cabe duda, pues que los hechos lo pregonan bien alto.

"¿Sabes que la mayor parte de esos fardos rotulados como mercancías destinadas a comerciantes, son donativos de la Santa Alianza para los pueblos que están representados en ella?

— ¡Hombre!..., cuántas noticias tienes esta noche. ¡Tú lo sabes todo!

—Es que he venido en reemplazo del dirigente de nuestra agrupación de Arquelais, y me entregaron seis fardos de ropas, y doce sacos de legumbres y cereales para los necesitados de nuestro pueblo.

— ¿Y cómo te arreglas con todo eso?

— ¿Cómo me arreglo? Ya verás: me han dicho que mañana a primera hora esté en el khan de Betania, con un billete firmado por uno de los notarios, y me entregarán cuatro asnos con los cuales vendré al bodegón a cargar los donativos. ¿Qué me dices a esto?

—Pues hombre, te digo que nunca se vio cosa semejante en nuestra tierra y que ni el rey Salomón con todas sus riquezas, se ocupó de aliviar así la miseria de su pueblo.

— ¡Oh!, no hay duda, amigo mío: el Salvador de Israel está entre nosotros, y tendrá el poder de convertir en oro los guijarros de las canteras para socorrer a los desvalidos.

Diálogos al tenor de éste que hemos hecho oír al lector, se iban haciendo a lo largo de las tortuosas y obscuras calles de la ciudad de los Profetas aquella noche memorable, cuando la concurrencia se dispersaba en pequeños grupos desde el bodegón de Simónides a sus respectivas moradas.

Por fin quedaron solos en el inmenso recinto, aquellos que conocían el secreto de la personalidad de Yhasua, o sea, Simónides, los cuatro Doctores de Israel, el Scheiff Ilderín, los príncipes Jesuá y Sallun de Lohes, Judá, Faqui, Marcos, Othoniel e Isaías, más los cuatro antiguos amigos betlehemitas Elcana, Alfeo, Josías y Eleazar, total unas dieciocho personas con el joven Maestro.

El Scheiff Ilderín, asistía por primera vez a una asamblea de dirigentes de la Santa Alianza, y estaba con un entusiasmo que no le cabía dentro del pecho.

—Esto es magnífico –decía–. Está representado todo nuestro cercano oriente.

—Y aún no lo sabéis todo, Scheiff –contestaba Simónides ebrio de felicidad.

Y todos juntos fueron inspeccionando los almacenes abarrotados de mercancías, dispuestas en grandes fardos rotulados para los pueblos en que debían ser repartidos entre los necesitados.

—Marcos, hijo mío, Judá..., Faqui, Othoniel, Isaías, traed las listas que habéis preparado para entregar en orden todo este cargamento–. Y comenzaron a leer el número de los adherentes y de los socorridos de cada pueblo.

— ¡Pero esto es un espanto!... –exclamaba–, echáis una fortuna como una lluvia sobre los pueblos.

—El otoño está terminando y el invierno llega –decía Simónides–. En esto conocerán los pueblos que el soberano Rey de Israel, no construye su trono de oro y piedras preciosas, sino de corazones agradecidos que le bendigan todos los días de su vida.

Todos hablaban comentando con grandes elogios, el bien que se derramaba sobre los pueblos recargados de tributos y onerosas contribuciones, que les empobrecían hasta carecer de lo más necesario para la vida.

El único que miraba en silencio era Yhasua, cuyo aspecto no revelaba ni entusiasmo ni desaliento. Seguramente pensaba en que es cosa fácil, hacer aceptar una teoría o doctrina a las masas colmadas de donativos de toda especie.

La ilusión de un soberano, de un Libertador cargado de riquezas y dispuesto a derramar a manos llenas sobre sus pueblos, conquista de inmediato millares de corazones. Mas, cuando la ilusión se desvanezca, frente a un Salvador de Almas que proclama el desapego de las riquezas, y que su reino no está en este mundo, ¿cuál será el pensar y sentir de esas muchedumbres desengañadas?

Tal era el pensamiento que absorbía por completo al joven Maestro, ante la inmensa cantidad de donativos que la Santa Alianza derramaba sobre los pueblos diezmados en sus haberes.

—Mi Señor –le preguntó Simónides–, ¿podemos decir que cumplimos con el mandato que dice: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”?

—Puedes decirlo, Simónides, y dirás una gran verdad –le contestó Yhasua–. Te falta averiguar, si los favorecidos por tu generosidad, serán capaces de amar a su bienhechor como se aman a sí mismos, cuando la dádiva haya sido consumida.

—Con esto me quieres decir, mi Señor..., que me prepare para la ingratitud, ¿no es eso?

—Quiero decir que no debemos forjarnos muchas ilusiones por el entusiasmo de muchedumbres, que aún no fueron cultivadas en los conocimientos superiores, que hacen amar el bien por el bien mismo.

“Cuando el pueblo hebreo atravesaba el desierto, ¿no murmuró contra Moisés porque disminuyó la abundancia? ¿No clamaron por la esclavitud

de Egipto de que él los había sacado, cuando los cargamentos de harina y legumbres se agotaron?

— ¡Es verdad!... ¡Y tanta verdad! –exclamaron varias voces a la vez.

—En mi Arabia –dijo el Scheiff Ilderín–, hay un proverbio muy antiguo que dice: "Nadie recuerda el río que se ha secado". Y creo que en esto, nuestro príncipe de David ha hilado muy fino el hilo de su telar.

El Anciano príncipe Sallun de Lohes, hizo mención de la ingratitud de su pueblo, cuando le vieron perseguido por las autoridades romanas.

—Árbol caído poca sombra da –dijo el viejo príncipe–, y el amor de las muchedumbres, triste es reconocerlo, tiene siempre el cien por uno de interés.

—Entonces, ¿hacemos mal en derramar tanta generosidad sobre el pueblo? –preguntó Judá con visibles muestras de desaliento.

—No hacéis mal jamás en dar al que necesita –contestó Yhasua–. Lo que estaría mal, es que sembráramos el bien con la esperanza de una compensación de amor y de gratitud, porque sólo son capaces de estos sublimes sentimientos, los espíritus de una grande evolución.

— ¿Y qué piensa, mi Señor, que sucede, cuando todo este cargamento haya sido repartido entre los necesitados de nuestros pueblos? –preguntó una vez más Simónides a Yhasua, mientras todos inspeccionaban los rótulos de los fardos.

—Pensarán seguramente que la Santa Alianza es una sociedad de socorros, y acudirán a ella como se acude por el agua a la fuente.

"Entonces será el momento propicio para decir a las muchedumbres: "No sólo de pan vive el hombre, sino también de la palabra de verdad que le enseña el conocimiento de Dios y las leyes que le unen a Él".

"Los pocos que asimilen estas palabras, serán los únicos con que podremos contar para el futuro.

"Tus donativos Simónides, atraerán a nosotros grandes multitudes, porque tanta generosidad les hará suponer inmensas riquezas acumuladas en las arcas de un rey poderoso que llega a colmarlos de bienes. Acojamos esas multitudes con solicitud y cariño, pero no alimentemos la ilusión de que ellas serán firmes a nuestro lado, en las pruebas que necesariamente llegarán. Esto sólo, es lo que me ha sugerido esta abundancia de donativos, que harán dichosos por unos días, a los favorecidos con ellos.

"¿Me has comprendido, amigo mío?".

—Te comprendo, mi Señor, pero me apena ver tu pesimismo con respecto a nuestro pueblo. Yo no lo creo tan desnudo de sentimientos nobles, y paréceme que le juzgas con excesiva severidad. ¿No es, Señor, nuestro pueblo, bastante mejor que los demás pueblos de la tierra?

El joven Maestro sonrió tristemente, recordando con la rapidez del

relámpago, la terrible visión que tuviera en el Santuario de Moab, la víspera de ser consagrado Maestro de Divina Sabiduría.

—La severidad de mi juicio, Simónides, no es sólo sobre Israel, al cual no creo peor que los demás pueblos. Mi juicio lo extiendo sobre toda la humanidad de la tierra, en medio de la cual hay diseminados algunos centenares de almas de evolución avanzada, como rosales en un campo de espinos.

"El egoísmo de lo tuyo y lo mío es aún muy potente en esta tierra. El aprecio por los bienes materiales es mil veces más fuerte y avasallador que el deseo de los tesoros inherentes al espíritu, como la sabiduría, el amor fraterno, la gratitud por los beneficios, la generosidad, en una palabra: el amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo, están aún ausentes de la humanidad terrestre en general. Las excepciones son demasiado escasas, y a eso viene la Santa Alianza, a educar a las masas, de modo que en ellas, pueda encontrarse siquiera una tercera parte de seres capaces de comprender los principios de la Divina Sabiduría, que enseña a conocer a Dios en sus obras y en sus leyes, y también a valorar al alma humana, por su origen divino y por su destino inmortal y glorioso.

—Voy comprendiendo, ¡oh, mi soberano Rey de Israel, que tu vuelo es muy alto, más que el del águila sobre las altas montañas, y temo que ni aún yo, con todo mi amor y mi adhesión hacia ti, sea capaz de seguirte!

"¡Tu sueño, tu ilusión, mi Señor, paréceme a veces como un pajarillo blanco de rápido vuelo que se lanza a la inmensidad cuando quiero prenderle en mi lazo!..., se me escapa siempre, cuando quiero mirarle de cerca, y huye y se aleja como una burbuja de gas, que se desvanece en el azul de los cielos.

"¡Oh, mi amado Señor!, mi gran Rey soñado desde la niñez, cuando bajo los olivos centenarios de Bethphagé, cansado de las caprichosas exigencias de mis mayores, me decía:

"Cuando el Justo, el Mesías, el Salvador venga a esta tierra, me prenderé de su manto y le diré: llévame a tu servicio, Señor, porque sólo contigo seré dichoso".

— ¡Mi buen Simónides! –exclamó Yhasua, enternecido por aquel grande amor–. Ya estás conmigo, y te aseguro que será para no separarte más.

El viejo le tomó ambas manos, que besó una y otra vez.

— ¡Esas palabras quería oír de tu boca, mi Señor, para sentirme feliz aunque mi pequeñez no alcance a llegar hasta tu grandeza!

El Maestro lo miró hasta el fondo del alma y le dijo con un acento tan solemne que a Simónides le pareció profético:

—Antes de lo que piensas, amigo bueno y leal, verás mi Reino en todo su esplendor.

— ¡Oh, esto sí que es toda mi gloria!... –exclamó el Anciano con una tan grande alegría, que hacía sonreír a Yhasua–. Estaría por danzar, Señor, delante de ti, como David ante el Arca Santa cuando la conducía a Jerusalén.

—Oíd a nuestro buen Simónides que parece haber perdido el juicio –decía Faqui, a sus compañeros de inspección por los depósitos de provisiones, que al siguiente día saldrían con diversos destinos.

—No lo he perdido, amigo, sino que lo he ganado, al saber lo que ninguno de vosotros sabe –contestó el Anciano.

— ¿Y qué es ello? –preguntaron todos a la vez.

—Pues que muy pronto veré el Reino de mi Señor, en todo su esplendor y grandeza que sueño.

Muchos ojos se fijaron en Yhasua que sostuvo aquellas miradas con imperturbable serenidad.

Sonrisas de triunfo se dibujaron en las fisonomías de Judá, Ilderín y Faqui.

—Nuestros grandes Profetas –dijo Nicodemus–, deben estar contando los días que faltan, para el cumplimiento de sus grandes vaticinios, sobre la venida del Mesías y su reinado de Israel.

—En cuanto a mí –dijo José de Arimathea–, podéis creerme que tengo como una interna seguridad de que no veré ese reinado.

— ¡Ni yo!... ¡Ni yo!... –se oyeron las voces de los cuatro amigos betlehemitas y del príncipe Sallun de Lohes.

—Pero, ¿por qué? –arguyeron los demás–, ¿es que tenéis firmada una sentencia de muerte a plazo fijo?

—Seguramente que no –dijo el príncipe Jesuá.

—Que se expliquen entonces, y sabremos la razón del motivo que tienen para arrojarnos ese cubo de agua fría en pleno rostro –dijo con marcada ironía Nicolás de Damasco.

—No haya enfados entre nosotros –volvió a decir José de Arimathea–. Si yo dije aquello en que me han apoyado varios, es porque no concibo el reinado del Mesías bajo un punto de vista material.

"Como profesor de historia en el Gran Colegio, he estudiado a fondo todos los reinados de ayer y de hoy, y me vería en grandes aprietos, para indicar uno solo que no hubiera sido creado y engrandecido y sostenido mediante el fraude, el engaño, la mentira y los crímenes más espantosos. Siendo esto así, me es grandemente dificultoso figurarme a nuestro dulce Yhasua, puro como un corderillo de En-Gedí, hecho un rey como el mejor de los reyes que hubo debajo del sol. Paréceme que eso fuera rebajarlo a un nivel muy inferior comparado con la altura en que yo le veo. Eso es

todo. Una forma exclusivamente mía, de mirar las cosas.

—Entonces, explicadnos de qué forma hemos de ver cumplirse las profecías –insinuó Gamaliel, que soñaba también con un reinado material, lleno de equidad y justicia.

—Yo me he figurado siempre una apoteosis para Yhasua, o sea una gloria y una grandeza mucho más superior a la de un rey material. Muchedumbres que le aclamen por sus beneficios, innumerables labios que le llamen Salvador; multitud de corazones que comprendan su Ideal, traducido en enseñanzas capaces de transformar esta humanidad, purificándola por medios que no conocemos, pero que existen, según la Ciencia Oculta que seguramente conocían nuestros profetas.

"El Profeta Malaquías en los capítulos III y IV trae palabras muy significativas: "Vendrá a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, es el ángel del pacto al cual vosotros deseáis.

"¿Y quién podrá sufrir el tiempo de su venida? Porque Él es como fuego purificador y como jabón de lavadores.

"Porque ya viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y los que hacen maldad, serán como estopa.

"Mas a vosotros los que amáis mi Nombre –dice Jehová–, nacerá el Sol de Justicia que en sus alas traerá salud".

—En Jeremías capítulo XXIII están estas palabras bien explícitas –dijo Nicolás de Damasco–:

"He aquí que vienen los días –dice Jehová–, en que despertaré a David, renuevo justo, y reinará Rey, el cual será dichoso y hará juicio y justicia en la tierra. En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado. Y éste será su nombre que todos llamarán: Jehová Justicia nuestra".

"¿Dónde está pues la verdad, en Jeremías o en Malaquías?

Todos quedaron en suspenso mirándose unos a otros, hasta que todas las miradas convergieron en Yhasua.

— ¡Soy el menor de todos, mis amigos! ¿Por qué vuestros ojos buscan en mí la respuesta? –preguntó sonriendo el Maestro.

—Porque tú eres el Sol de Justicia anunciado por Malaquías –dijo José de Arimathea, sosteniendo su tesis.

—Porque tú eres Yhasua, el renuevo de David que reinará como rey y será dichoso; tú eres el que todos llamarán "Justicia nuestra" –contestó Nicolás de Damasco, defendiendo la suya.

—Bien..., bien, mis amigos, haya paz y buen acuerdo entre vosotros porque si entre mis íntimos desafinan los laúdes, ¿dónde buscará armonía el trovador?

—Si me permitís –dijo Josías–, yo no soy doctor de la ley, ni tengo la debida autoridad para interpretar la Escritura Sagrada, pero con estos tres amigos –y señaló a Eleazar, Alfeo y Elcana–, hemos sido testigos

hace veintitrés años y meses, de la gloriosa noche del nacimiento de Yhasua en nuestra ciudad de Betlehem. Los cuatro, más nuestros pastores que viven todavía, escuchamos voces de los cielos que cantaban: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad".

"Muchos siglos pasaron ya sobre los Profetas, y sus libros fueron desenterrados de entre los escombros de Jerusalén varias veces arrasada. La acción del tiempo habrá podido desfigurar la escritura y variar los conceptos, pero lo que nosotros hemos oído no ha podido ser desfigurado, porque aún la tierra no apagó la luz de nuestros ojos ni hizo enmudecer nuestra lengua. Desde aquella noche memorable, nosotros no hemos variado nuestro pensamiento. No concebimos a Yhasua como un David o un Salomón, en grandeza y poder, sino como el Ungido de Jehová para traer la paz, el amor y la justicia a la tierra, y a los hombres de buena voluntad.

Entonces, la reunión rodeó a los cuatro betlehemitas para escuchar acaso por centésima vez la narración ya conocida de los más Ancianos, menos Simónides que había vivido en Antioquía desde antes del nacimiento de Yhasua. El Anciano se llegó pues, cuanto pudo, a los de Betlehem y les hizo repetir de nuevo el relato.

—Parecéis niños jugando con una mariposa que les huye en un jardín –díjoles el Maestro de buena gana.

Pero aquellas diecisiete personas, donde había doctores, príncipes, tejedores y ganaderos, no tenían ganas de reír sino de descubrir a toda costa cuál poseía la verdad.

Que Yhasua era el Mesías anunciado por los Profetas, no les cabía duda alguna. La divergencia estaba, en que unos creían que bajo su tutela de padre, marcharían en justicia y equidad todos los hombres de la tierra. Otros lo veían como un Moisés de facultades y fuerzas ultra poderosas, que se impondría a las multitudes por las maravillas que obraría, eclipsando la grandeza y la gloria de todos los reyes de la tierra.

Por fin y viendo que no se llegaba a un completo acuerdo, Simónides, con el derecho que le daba su ancianidad y el saberse amado, se acercó mimoso al joven Maestro que con Marcos, Faqui y Judá eran como simples testigos de la controversia de los hombres maduros, y le dijo:

— ¡Mi Señor!..., ya lo ves, si tú no hablas, no podremos entendernos. ¡Háblanos, Señor, y seremos iluminados!

—Bien, Simónides, hablaré:

"Yo soy el Mesías anunciado por los Profetas, y todos vosotros veréis la grandeza y la gloria a que me subirá el Padre, cuando sea llegada la hora.

“Quedáis pues satisfechos por mí. Satisfacedme también vosotros, no promoviendo polémicas sobre este asunto, que debe quedar librado a la Suprema Voluntad de Dios”.

Una hora después el inmenso recinto quedaba sumido en tinieblas y en profundo silencio, porque los últimos concurrentes se habían dispersado en dirección a sus respectivas moradas en la vieja ciudad, dormida bajo la amarillenta luz de la luna menguante.

74
EN EL MONTE HOR

Treinta días después, Yhasua, en compañía del tío Jaime, se incorporaba a la caravana que hacía viajes periódicos desde Jerusalén a Hesbón, y después hacia el sur, al montañoso país de Edón, donde le esperaban Melchor y Gaspar, los dos grandes amigos desde la cuna, para celebrar la primera reunión pactada el día de la muerte de Baltasar.

Apenas habían pasado Hesbón y penetrado en los peñascales de Moab, a la altura de Monte Nebo y Pisga, les salieron al encuentro dos de los setenta Ancianos del Santuario de Moab, que habían sido invitados a participar de aquella reunión.

La caravana les dejaba en Sela, y desde allí debían separarse hacia el oeste, hasta el Monte Hor, donde el príncipe Melchor tenía instalada la última escuela de Divina Sabiduría que había fundado.

En Sela aguardaba un guía, el cual reconoció enseguida a Yhasua, pues era uno de los criados que habían acompañado a Melchor, en aquel encuentro junto a las Pirámides, en Egipto.

—Podías haberte ahorrado el viaje –dijo uno de los Ancianos de Moab al guía–, porque nosotros conocemos el Monte Hor.

—El amo manda y yo obedezco –contestó el criado–. El Monte Hor tiene grandes precipicios, y la Escuela está en una meseta que desde el valle no se percibe.

— ¿Ha llegado un viajero del Golfo Pérsico? –preguntó Yhasua.

—Hace tres días, y vino con dos compañeros más. Ayer a la mañana llegó el Maestro Filón de Alejandría, y les conduje a todos al Monte Hor.

—Han sido más diligentes que nosotros, no obstante de estar más lejos –dijo uno de los Ancianos de Moab.

—Al cruzar los Montes Nedjed, el guía los extravió, que de no ser por eso, habrían llegado antes –volvió a decir el criado–.

“Pero..., el más Anciano, parece que vio una luz misteriosa que le hizo encontrar de nuevo el camino.

— ¡Otra vez la estrella!... –dijo el tío Jaime.

— ¿Qué estrella? –preguntó curioso el guía.

—Ese mismo Anciano –le contestó Yhasua–, con otros dos más, fueron también guiados por una misteriosa luz, como tú dices, hasta encontrar el lugar que buscaban.

—Pues, sí –continuó el guía–, la región de Nedjed está atravesada desde el Golfo Pérsico al Mar Rojo, por una cadena de montañas con buenos oasis, que dan vida al desierto de Arabia, casi tan difícil de atravesar como el Sahara. El último huracán de arena había borrado todo vestigio de camino, y el guía se vio desorientado.

"Dicen que el Anciano viajero hizo oración al Señor, y una luz que él solo veía, les guió hacia la verdadera senda.

Sela, era una pintoresca población de labriegos y pastores, pues su espléndida situación, en un valle regado por un brazo del caudaloso río Druma, y teniendo al occidente, las fértiles laderas del Monte Hor, se prestaba admirablemente para toda clase de cultivos y para la ganadería. Era además uno de los mercados importantes, donde los árabes negociaban con ventaja los espléndidos caballos de la región del Nedjed, conocidos como los mejores del oriente.

Aún desde las calles de la ciudad, ya podía distinguirse la silueta erguida del Monte Hor, que es el pico más elevado de la cadena montañosa de Seir.

Quien visita por primera vez aquella región de Arabia, se figura que en menos de una hora de viaje ya se encuentra al pie de aquel monte, y así se lo figuró Yhasua. Mas el guía les aseguró que la subida hasta la meseta en que estaba la Escuela, les llevaría desde el medio día hasta poco antes de la puesta del sol.

El sendero demasiado tortuoso, subía en irregular espiral, que si bien salvaba los peligros, alargaba la distancia.

Cuando el guía les dijo:

—Ya hemos llegado –todos preguntaron:

—Y la casa, ¿dónde está?

—En las entrañas de la roca –les dijo el guía, que de inmediato hizo sonar un silbato de aviso.

El blanco turbante de Melchor, apareció de inmediato en un hueco de las rocas, y luego el manto blanco que cubría toda su persona, se diseñó como una escultura de mármol, en el fondo verde oscuro y gris de la montaña.

La meseta se pobló al momento de esculturas blancas, con rostros de bronce y barbas de ébano, descendiendo en una fila que se adaptaba al ondulante serpenteo del camino. Todos traían antorchas, cuya llama rojiza tendida por el viento como cabelleras de fuego, daba al paisaje tonalidades fantásticas.

El dosel de púrpura y oro del sol poniente, envolvía aquel espléndido conjunto de cerros boscosos, por donde medio centenar de hombres vestidos de blanco con llameantes antorchas, aparecían a veces como suspendidos de los árboles sobre el vacío abierto a sus pies.

Cuando Melchor que abría la marcha llegó a los viajeros, los últimos aparecían con estatura de niños prendidos en las ramas de las acacias, o en los abanicos de las palmeras.

Yhasua pensó que el detalle de las antorchas era parte de un ritual acostumbrado para un honroso recibimiento, pero cuando las sombras de la noche les encontraron aún trepando la escarpada cuesta, comprendió que era una necesidad para no caer de bruces a cada instante en aquella escalera labrada a pico en la roca viva.

Cuando llegaron a la explanada superior, los viajeros se encontraron agradablemente sorprendidos en una alegre plazoleta cercada de acacias y naranjos, intercalados con hermosos pedestales de piedra blanca, que en su parte superior tenían un hueco donde los que subían iban dejando sus antorchas.

Hacia el frente aparecía como un enorme lienzo, un muro blanco, que era de la misma roca calcárea bruñida y pulimentada de tan admirable manera, que parecía el frente de mármol de un templo común.

En aquella roca había sido esculpido un inmenso libro abierto, en cuyas dos páginas aparecían grabadas en negro, los Diez Mandamientos de la Ley de Moisés. Y en lo alto del formidable libro de piedra se veía una luz en forma de estrella de cinco puntas, que era una caja de piedra dentro de la cual ardía permanentemente una lámpara de aceite.

Para los viajeros que atravesaban aquella montañosa región, la estrella de luz era como un faro que les orientaba en su camino.

El príncipe Melchor, había querido dejar allí permanente recuerdo de la misteriosa luz, que les guiara un día a encontrar al Verbo de Dios bajado a la tierra.

—Tu Escuela de Sabiduría Divina, no puede tener mejor portada que ésta –díjole Yhasua–: El libro de la Ley y la Eterna Luz que le alumbra.

“Pero ésta es una Escuela sin puerta –añadió.

—Las tiene, hijo mío, y bien abiertas –contestó Melchor–. ¡Mira!

El gran libro aparecía colocado sobre dos enormes pedestales labrados en la misma roca de la montaña, los cuales tenían la forma de pirámides truncadas, y eran un poco más altos que un hombre de regular estatura. En uno de los lados de ambas pirámides se abrían las puertas de entrada que daban a dos galerías, cuya techumbre de cuarzo permitía penetrar allí la luz del sol, aunque bastante velada.

Lámparas de aceite las iluminaban por la noche.

A lo largo de aquellas galerías se abrían las puertas de las habitaciones, que eran grutas excavadas en la peña y recubiertas de cedro.

Ambas galerías se encontraban al final en un hermoso pórtico de diez columnas, que daba entrada al santuario de la Escuela, labrado como la sala hipóstila de un templo egipcio, o sea, un recinto central más alto y ancho que los dos laterales, unidos los tres, por grandes arcos cerrados con cortinas de púrpura-violeta.

El gran recinto central del aula, era para enseñanza de la Sabiduría Divina y de las ciencias humanas. Los laterales eran destinados el uno, para las concentraciones espirituales de los Maestros y discípulos adelantados; el otro, para los ejercicios de desarrollo de los principiantes hasta el grado tercero.

Todos aparecían rodeados de estrados de madera, cubiertos de tapices de fibra vegetal, y almohadones de paja de trigo con fundas de tela de lino.

Los pupitres, atriles y mesas, todo denotaba allí, que se había tenido muy en cuenta la comodidad, y suprimido todo detalle de lujo innecesario.

Tal era la mansión de roca donde entraba Yhasua, el más joven de los Maestros en aquella época, a tener una conferencia de Divina Sabiduría con sus dos antiguos amigos: Gaspar y Melchor; en ausencia material de Baltasar que seguramente les acompañaría desde el plano espiritual en que se encontraba.

Gaspar había traído consigo, dos Maestros de los más experimentados en ciencias divinas y humanas. El uno, Goda-Very, era hindú y estaba elegido por todas las escuelas del Indo, para sucesor de Gaspar en la regencia de las mismas.

El otro era originario de Pasagarda en Persia, y era el sucesor de Baltasar, su confidente y discípulo íntimo, en el cual habían puesto su confianza las escuelas que reconocieron por Fundador y Maestro al sabio astrólogo recientemente desaparecido. Su nombre era Abbas.

La finalidad de esta reunión, era uniformar la enseñanza que debía darse a las multitudes reunidas en las filas de lo que llamaban, en Siria y Palestina: *Santa Alianza*; en el Indo: *Collar de Hierro*; en Egipto: *Huerto de las Palmeras*; *Corona de Oro* en el país de los Tuaregs; *Espiral de Incienso*, en la Arabia del príncipe Melchor, y *Antorcha Encendida* en la Persia de Baltasar.

Yhasua hubiese querido que en todas partes tuviese el mismo nombre: Santa Alianza. Pero los Ancianos conocedores de los aires que se respiraban en los distintos países habitados por ellos, temieron que aquella Institución con fines de enseñanza y ayuda mutua, fuera interpretada como una vasta organización internacional para levantar a las masas en

contra de sus gobernantes, que, legales o ilegítimos, dejaban mucho que desear, y más todavía, que temer en el presente y en el futuro, para los pueblos que gobernaban arbitrariamente.

Con nombres diferentes, la finalidad era una misma: elevar el nivel moral de las muchedumbres, y suavizarles lo más posible las duras condiciones de vida que con muy pocas diferencias, tenían los pueblos de sus respectivos países.

Las Escuelas de Divina Sabiduría, que hasta entonces habían sido círculos herméticos, a los cuales sólo tenían acceso los que aspiraban a ser Maestros, debían abrir sus puertas a todos los seres que sintieran el deseo de unirse para hacerse más suave la vida, y a la vez, para elevarse de su bajo nivel, espiritual, social y material.

Quedaba a la discreción y prudencia de los Maestros, el reglamentar la enseñanza y la ayuda mutua, en forma que dieran los frutos buscados.

Con el Maestro Filón, había venido el Anciano profeta de los Tuaregs, que el lector vio en el palacio de rocas de la reina Selene, sentado a sus pies. Formado espiritualmente por los sabios sacerdotes de la antigua Menfis, de cuyas escuelas sólo quedaba una en el Lago Merik, era una inteligencia muy clara y un gran corazón. Para Filón había sido una verdadera antorcha, en las horas difíciles de su larga carrera en procura de la Verdad.

Se iniciaron pues las reuniones, en la gran sala central de la Escuela con diez asistentes: Yhasua y los dos Ancianos de Moab; Gaspar y sus dos compañeros; Filón y el profeta de los Tuaregs; Melchor y el Maestro Dan-Egadesh, elegido por las escuelas de Arabia para sucesor suyo.

El tío Jaime y dos estudiantes de la misma escuela fueron designados notarios, los cuales no tenían voz ni voto y su papel se reducía a dejar anotadas las resoluciones que se tomaran.

Al tratar de elegir al que presidiría las reuniones, todos unánimes designaron a Yhasua, que aunque el más joven en la vida física, era el más Anciano como espíritu.

—Eres la Verdad Eterna encarnada en una personalidad humana, y nadie como tú para abrirnos derroteros nuevos en el laberinto de la inconsciencia humana, en que nos vemos sumidos –dijo el mayor de los Ancianos de Moab. Todos participaban de este pensar y sentir, y Yhasua, no pudo resistirse al mandato de la mayoría.

Conforme a la costumbre de todas las Escuelas de Divina Sabiduría, Yhasua abrió la primera sesión con la invocación a la Tríada Divina: Poder Infinito, Amor Supremo, Claridad Eterna.

—*"Padre nuestro, que alientas en todo cuanto existe en el Universo: por tu Poder Infinito, por tu Amor Supremo y por tu Claridad Eterna. De tu presencia, estamos dispuestos a realizar sobre este mundo tu*

Divina Idea, si somos dignos de ser tomados como instrumentos de tu soberana Voluntad".

"¡Háblanos Padre nuestro, que tus hijos escuchan!".

Hubo unos momentos de silencio profundo para que cada uno buscara la unión con la Divinidad.

Acto seguido, Yhasua tomó la palabra para hacer con la brevedad que pudo, una exposición del estado espiritual y moral de la humanidad de entonces, descubriendo una por una todas sus llagas, sus enfermedades casi incurables a fuerza de ser crónicas, sus desequilibrios de todo género, en una palabra, su completa desorientación a contar desde el tiempo prehistórico, en el cual la antigua civilización Kobda había acercado a la Divina Idea, la humanidad de tres Continentes.

—Pasada aquella época –dijo–, encendió el Eterno sus lumbreras en distintas regiones de la tierra, pero sus resplandores permanecieron pocos siglos a la vista de los hombres de buena voluntad, cuyas mentalidades nuevas, cedían por milésima vez a las tinieblas de errores, constituidos en leyes por los dirigentes de las multitudes.

"Tenéis la palabra para esbozar vuestros respectivos programas.

—Volver a la obra regeneradora de Krishna y Buda –dijo Gaspar el hindú.

—Volver a la Ley de Moisés –dijo Melchor, el Maestro de Horeb y Sinaí.

— ¡Krishna, Buda y Moisés!..., divina trilogía que trajo a la tierra la Luz de Jehová –exclamó uno de los Ancianos de Moab.

—Todos los tres –dijo Filón–, deben estar encerrados en el cofre de oro y cristal, del actual mensajero de la Eterna Idea, Yhasua de Nazareth. Que él esboce una síntesis de lo que será la doctrina que sembrará en esta hora de su Mesianismo, y nosotros pondremos todo nuestro esfuerzo para ser eficientes colaboradores suyos.

—Yo pienso –dijo Yhasua–, que un verdadero Maestro de Divina Sabiduría, no puede nunca destruir lo que otros auténticos Maestros han enseñado, porque tal cosa sería como si la Eterna Idea se hiciera guerra a Sí Misma.

"Pienso por el contrario, que los auténticos enviados divinos como Instructores de la humanidad deben estar de acuerdo en su enseñanza, aún cuando bien se comprende que pueda tener algunas variantes sin mayor importancia, y las cuales se justifican con el mayor o menor grado de comprensión de las porciones de humanidad a quienes se dirigen.

"Y si bien lo observamos bajo un severo análisis, los Kobdas de la prehistoria que civilizaron tres Continentes, no dieron una enseñanza diferente de la de Krishna, Buda y Moisés. Aquel período luminoso y fecundo en grandes obras de bien y de justicia, no tuvo otros horizontes

que el amor fraterno, al cual dieron formas definitivas y tangibles en aquella vasta asociación de países que denominaron Gran Alianza.

"Krishna y Buda fueron enviados al Asia Oriental; Moisés y Abel recibieron mandato para el Asia Occidental. En cuanto a mí, el postrero de todos ellos, tened por seguro que no haré más que reavivar los tintes, los tonos, los claro-oscuros del gran lienzo de la evolución humana, que todos los verdaderos Maestros de Divina Sabiduría copiamos de la Eterna Idea Madre.

"La enseñanza de todos los Instructores, se ha basado en el Amor Universal, que es la gran Ley que rige los mundos.

"Cada uno de ellos ha especializado su forma de comprender y sentir la Idea Madre, la ha esbozado con tintes más vivos, más profundamente definidos.

"La enseñanza de Krishna fue como un reflejo diáfano de los antiguos Kobdas, de los cuales estaba aún cercano: freno duro para la injusticia y la prepotencia; decidida protección para los débiles y esclavizados. Treinta centurias han pasado, y el lejano oriente en general, no recuerda ya de Krishna sino que fue un valeroso príncipe que abatió a los usurpadores.

"Tan sólo en unos pocos Santuarios-Escuelas se lee su "Bhagavad-Gita", en el que se ha resumido parte de su enseñanza más adelantada.

"Quince centurias han corrido desde que Moisés grabó la Ley Divina en tablas de piedra para el pueblo; y sus cinco libros para las mentes más cultivadas.

"Seis centurias hace que Buda se despojó de todo, para enseñar con su propia inmolación, el desprendimiento de todos los goces materiales y groseros, cuando se busca llegar a una gran altura espiritual.

"Y la enseñanza de Krishna, de Moisés y de Buda, ha sido igualmente falseada, adulterada y proscripta de todas las mentes y de todos los corazones, para substituirla por un monumental catafalco de prescripciones, ordenanzas y ritos, en conformidad con las tendencias interesadas de los dirigentes de pueblos, y de los interventores en el santuario de las conciencias.

"Mi enseñanza de hoy sufrirá la misma suerte, y sería necia ilusión pretender lo contrario. Mas dada la evolución de la humanidad actual, será mayor el número de lámparas encendidas en las tinieblas que vendrán después de mí; lámparas que resistirán ardiendo hasta morir en los patíbulos, en las hogueras, en los circos, donde los arrojarán como a los vencidos en las guerras de conquista. Y el fraude, el engaño, la errónea interpretación de la Idea Divina, volverán a subir a flote enturbiando todas las aguas, hasta que los huracanes del final de ciclo, hayan barrido de la superficie de la tierra a todos los falseadores de la Verdad Eterna.

“¿Cuál será pues vuestra cooperación en mi doctrina? Constituir cada cual en su país, núcleos de discípulos conscientes para que sean los Maestros del porvenir, con lo cual conseguiremos que sean más los salvados que los perdidos en las tinieblas de una nueva evolución en planetas inferiores, donde las condiciones de la vida física, nos causarían espanto a los hombres de la actualidad.

“Y para terminar os digo, que mi enseñanza para los pueblos estará basada en estas palabras de la ley de Moisés:

“Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo”.

— ¡Muy bien, Yhasua! ¡Digno de ti!... –exclamó en alta voz el Maestro Filón de Alejandría, mientras todos los demás habían expresado su conformidad sólo con movimientos de cabeza, con miradas encendidas de entusiasmo, con sonrisas que eran como una floración del alma–.

“Pero todo eso –continuó Filón–, es código para las multitudes que no aspiran más que a su tranquilo bienestar material. Y para nosotros, Yhasua, y para todos aquellos que como nosotros aspiran a conocer a esa Potencia Suprema que llamamos Dios. ¿Qué nos das, Yhasua, qué nos das?

“El Enigma, el Misterio, el Incognoscible nos rodea por todas partes, y nuestra alma anhela saber algo de ese Dios al que quiere amar. Todos nosotros presentimos, adivinamos casi, la tumultuosa actividad, los torbellinos de vida, de fuerzas, de poderes sobrehumanos que gravitan lejos, cerca, y hasta dentro de nosotros mismos.

“La *Ley de la Evolución* nos dice mucho. La *Ley de la Preexistencia* nos habla también alto. No obstante, las sombras son aún muy densas; y tú, encarnación del Pensamiento Divino, eres el llamado a disolverlas en el mar diáfano de la Verdad sin velos.

Hubo un momento de expectativa silenciosa en que todos esperaban la contestación del Gran Maestro.

—Filón, amigo mío –dijo con admirable serenidad Yhasua–, estás en lo justo, y yo también lo estoy en lo que te digo, que en mundos como la tierra, cuando la Ciencia corre más a prisa que la Moral, trae el desbordamiento de fuerzas tremendas, que nada ni nadie puede contener. Por tener más ciencia que moral, fueron tragadas por el abismo, la civilización Lemúrica y Atlántica. Juno y Numú, alumbraron a Lemuria con la lámpara suave del amor fraternal, antes que con la antorcha ardiente de la ciencia. Pero Lemuria, rompió los velos del Eterno Enigma antes del tiempo, y lo incognoscible la sepultó en su inmenso silencio; Anfión y Antulio iluminaron a la virgen de oro del Atlántico, y el último, le dio lo más que podía dárseles a mentes humanas del planeta Tierra. Mas la ciencia de los atlantes, audaz y soberbia, rasgó con su estilete el velo del Sancta Sanctorum, y la Suprema Potencia que obscurece a los soberbios,

y da su luz a los humildes, desató el tremendo desbordamiento de fuerzas desconocidas y la sepultó también en el eterno silencio.

"La sabiduría más antigua que conocemos los hombres de esta hora, es la que nos dejaron en libretos de piedra los Flámenes lemures, los Profetas Blancos de Atlántida y los Dakthylos del Ática.

"De ese rico venero, extrajeron los Kobdas de la Prehistoria, la capacidad de impulsar hacia la Verdad, el Bien y la Justicia a la humanidad de tres Continentes. Pero toda esa grandiosa ola de Sabiduría Divina, tan solo osó levantar la punta del velo que oculta el Eterno Enigma; apenas lo suficiente para enseñar a los hombres, que Dios es Amor Infinito, Justicia Inexorable, Poder Absoluto, Energía Suprema, Vida eternamente renovada en todas y cada una de sus creaciones, desde los más radiantes soles que pueblan la inmensidad; hasta la más insignificante larva que forma su colonia en una burbuja de espuma, o en la grieta de un peñasco.

"El simbolismo incomprendido, de la célebre pareja del Paraíso, perdido por haber comido del árbol de la Ciencia que igualaba en sabiduría al hombre con su Creador, nos dice de la manera más sencilla y al alcance de todas las mentes, que este planeta con todo cuanto encierra, no es sino un organismo en formación; y que es pueril vanidad, y hasta estupenda locura, pretender subirle de un salto a la altura mental a que llegaron en centuplicados millones de siglos, los mundos radiantes habitados por Inteligencias tan poderosas y puras, que cooperan con la Suprema Potencia en la creación de nebulosas y en la dirección de Sistemas Planetarios, que aún no vislumbraron los hombres de esta tierra.

"Lo que sucedería con el embrión humano que está en formación en el seno materno, si se pretendiera conseguir prematuramente la hora del nacimiento, es lo que ocurre cuando se precipita la llegada de esta humanidad al Templo-Luz del perfecto Conocimiento Divino.

"En nuestros Santuarios Esenios perdidos entre las grutas de las montañas, corre silenciosamente la antigua sabiduría condensada en los papiros de los Dakthylos de Antulio, que es el que más ha dicho entre los Maestros de la más remota antigüedad. Su mensaje de aquella hora, estuvo casi exclusivamente dedicado a las exploraciones metafísicas, al punto de manifestarse como relator de poemas interplanetarios. A través de las crónicas de sus familiares y discípulos íntimos, podemos conocer la vida en planetas inferiores y muy superiores a la Tierra. Podemos conocer la escala infinita, en la jerarquía ascendente de las Inteligencias nacidas como chispas de la Eterna Llama Viva que las irradia de Sí Misma, como el sol su polvo de oro sobre nuestro pequeñito mundo.

"Mi guía –nos dice Antulio, en la crónica escrita por su madre Walkiria–, *levantó una punta del gran Velo de los siete colores, detrás del*

cual la Eterna Potencia perfectamente feliz en Sí Misma, emite de su seno oleadas interminables de chispas inteligentes y vivas, que con vertiginosa velocidad van difundiéndose en el éter, cual átomos de oro, hasta que los grandes guías de la evolución de los mundos, les van ubicando en los millares de millones de globos grandes y pequeños, por donde comienzan su progreso las nuevas oleadas de vida que emergen del divino seno materno, eternamente fecundo.

"Y no bien la punta del velo fue levantada, que un torrente de luz potentísimo, me cegó, me aturdió, me traspasó de parte a parte, me produjo un vértigo enloquecedor, como si de pronto hubiera perdido todos los puntos de apoyo, y me encontrara absorbido por el vacío.

"No quieras ver más –dijo mi guía–, porque con lo poco que has visto, has comprendido bien lo pequeña que es la criatura de evoluciones no perfectas, para ver a cara descubierta la Esencia Divina, que sólo resisten las inteligencias más superiores y puras, de las Legiones de Antorchas Eternas y de Fuegos Magnos, que ya no descenderán jamás a existencias físicas, en mundos donde las inteligencias se revisten temporalmente de carne".

"De las Crónicas Antulianas, sacaron su doctrina los sabios sacerdotes de la antigua Menfis en Egipto, los Maestros de las viejísimas Escuelas de Sabiduría de Golconda y de Madura, de donde la tomó Krishna; y que perseguida después por los brahmanes, huyó a las cimas nevadas de los Montes Himalaya, y a las selvas impenetrables del Tíbet; de allí la copiaron los Maestros de la antigua Persia y de la Samarcanda azul, que se confunde casi con la leyenda entre sus rocas color turquesa y sus arroyuelos de zafiros...

"¡Oh, Filón amigo mío!..., creo que he hablado más de lo conveniente y que con lo que he dicho, tu corazón de niño ansioso de ver maravillas se habrá aquietado ante el impenetrable Enigma, cuyo amor a sus diminutas criaturas, le hace esconderse aún, para que ellas crezcan, vivan y se perpetúen glorificándole y amándole, en sus obras y en sus leyes, que son todas, vivas manifestaciones de su Eterno Amor paternal".

Filón corrió hacia el joven Maestro, y se abrazó de él con tanta efusión y ternura, que a más de uno de los presentes se les llenaron los ojos de llanto.

Yhasua estrechó sobre su pecho, aquella hermosa cabeza en la cual brillaban ya algunas hebras de plata, demasiado prematuras, y fruto quizá de la constante cavilación en que vivía por conocer la Esencia de ese Dios que su gran corazón quería amar.

— ¡Has aquietado mi corazón para siempre! –dijo Filón cuando la emoción le permitió hablar.

Los otros Maestros comprendieron a través del discurso de Yhasua,

mucho más de lo que habían comprendido hasta entonces, estudiando tan sólo los escasos fragmentos que en los viejos archivos de sus Escuelas se habían podido conservar.

— ¿Estáis todos de acuerdo, en que en la hora actual, nuestra enseñanza a los pueblos sea basada en estas palabras de la Ley traída por Moisés?:

"¿Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo?" –preguntó Yhasua a los Maestros que le rodeaban.

— ¡De acuerdo!... –contestaron todos–. Sólo el Amor puede tender un puente sobre el abismo que hay entre la inteligencia humana y la Suprema Inteligencia –añadió Melchor.

—El camino del Amor es el más breve y el mejor iluminado –dijo Gaspar.

—De todas las perfecciones de la Divina Esencia –dijo el Maestro Abbas, el persa–, creo que el Amor es lo que más dulcifica la áspera vida humana en este planeta, y es una fuente de aguas permanentes en las que el hombre, sea de la evolución que sea, encontrará cuanto necesita para sobrellevar la carga de su existencia con ventajas para sí y para los demás.

—El Maestro lo ha dicho, y eso basta. A sembrar todos el rosal divino del Amor sobre la tierra –añadió uno de los Ancianos de Moab.

—Los peñascos del Sahara se cubrirán de rosas bermejas –dijo el Profeta de los Tuaregs–, y en sus dunas amarillentas, surgirán jardines donde el mensajero de Amanai recogerá rosas color de púrpura. Veo manchas de sangre en los peñascales del África del Norte. Son tus héroes, son tus mártires de mañana, Niño-Luz, que has despertado con tu palabra, todos los resplandores que dormían en la niebla de mi pensamiento.

La primera reunión terminó con una ferviente acción de gracias a la Suprema Inteligencia que les había dejado entrever, las diáfanas claridades de su Esencia Divina.

En la segunda reunión se estudiaron los principios básicos de las más antiguas Escuelas de Divina Sabiduría, y se hizo un extracto de los que podrían darse a conocer de las masas populares que se acercasen voluntariamente a los núcleos instructores. Son los siguientes:

1° —La inmortalidad del alma humana, y su progreso constante a través de múltiples existencias físicas, con el fin de conquistarse su propia felicidad.

2° —Que la Suprema Potencia, Dios, es el Bien, es el Amor, es la Justicia, y ha grabado en la esencia misma del alma humana, el principio eterno que es su única ley: "No hagas a otro lo que no quieras para ti".

Los dolores, los males, las llamadas desgracias ocurridas a los seres, no son castigos de esa Suprema Potencia; son tan sólo consecuencias de

las transgresiones del hombre a la Divina Ley, si no en la vida presente, en una anterior.

3° —Para la Suprema Potencia, Dios, no hay seres privilegiados, porque tal afirmación sería una negación del Amor y de la Justicia Divina, que se derrama por igual sobre toda criatura emanada de Él. Hay solamente el Bien, atraído y conquistado, por el acierto y rectitud en el pensar y en el obrar.

4° —El alma humana es libre de obrar el bien o el mal. Si obra el bien, conquista el bien. Si obra el mal, atrae el mal.

5° —La muerte destruye tan sólo el cuerpo material, y da libertad al espíritu, que continúa viviendo ligado por el amor, a los que fueron en vidas físicas, sus afines, amigos o familiares, a los cuales sigue prestando apoyo y cooperación en toda obra de bien y de justicia. Son los ángeles tutelares más íntimos de que hablan todas las religiones.

6° —Sufrimiento eterno, no existe ni puede existir, porque la eternidad es sólo de Dios, que es Bien Supremo, y todo, absolutamente todo, ha de volver a Él. El sufrimiento lo mismo en la vida física, que después de la muerte, es sólo temporal hasta tanto que la inteligencia que sufre, ha comprendido la causa y aceptado los efectos, como medios de reparar el mal causado.

Una vez reparados los efectos causados por una mala acción, el alma sigue su camino eterno con mayores facilidades y luces, debido a la experiencia adquirida.

7° —Siendo Dios, Amor Supremo, que sólo por expansión de su Amor, da vida a cuanto existe, sin pedir ni esperar de sus criaturas sino que sean eternamente felices, se deduce que las faltas en contra del amor, deben ser las que atraen al alma más dolorosas consecuencias, y asimismo, que las obras de amor, grandes o pequeñas, sean las que le atraigan mayor progreso, mayor conocimiento y más felicidad.

—Estos siete principios son adaptables a todas las mentalidades, y forman como un corolario a la Ley de Moisés, basada toda en el eterno principio: “No hagas a otro lo que no quieras para ti” –dijo Yhasua, cuando el tío Jaime concluyó la lectura de las anotaciones hechas.

—O lo que es igual: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”, según lo grabó Moisés en sus tablas de piedra –añadió el príncipe Melchor.

En los días siguientes se realizaron tres reuniones más, en las cuales los diez Maestros trataron de encontrar, y encontraron, la perfecta armonía entre las enseñanzas esotéricas de las más antiguas Escuelas de Divina Sabiduría: la de los Flámenes lemures, de los Profetas Blancos atlantes, de los Dakthylos del Ática y de los Kobdas del Nilo, todas las cuales están estratificadas en los Upanisad y el Bhagavad-Gita, de Krishna.

Moisés y Buda removieron luego la tierra de aquella maravillosa siembra, para que la Divina Simiente, germinara y fructificara de nuevo.

* * *

Habían encontrado el camino del bien y de la justicia para las multitudes en los siete principios ya enumerados; ahora llegaron a fijar otros siete para los que anhelaban escalar la montaña santa del Conocimiento Superior. Aceptaron en primer término las seis virtudes básicas que exigía Buda para los buscadores de perfección, mediante la unión íntima con la Divinidad:

1° —La caridad con el prójimo.

2° —La pureza de vida en pensamiento, palabra y obra.

3° —La paciencia en todas las circunstancias de la vida.

4° —Valor para perseverar en el sendero elegido, no obstante las opiniones diversas del mundo.

5° —La concentración espiritual o meditación, buscando el propio conocimiento y la energía de la Eterna Potencia.

6° —Consagración a la ciencia, que nos descubre las obras y leyes de Dios y nos hace útiles a la humanidad.

A estas seis virtudes exigidas por Buda, añadieron la que Krishna consideraba como indispensable, para que el espíritu adelantado fuera investido por la Suprema Ley, de los poderes necesarios, para neutralizar y a veces anular los males de la vida humana o sea: el *desinterés*. Esta era pues la séptima virtud que juntamente con las seis anteriores formaban el extracto de la enseñanza que llevarían a la práctica los que quisieran llegar a la perfección, y por ella, a la más íntima unión con la Divinidad, a ser Uno con Dios.

¡Qué océano inmenso de amor debía pues, ser el alma del hombre, que quisiera llegar a esta altura!

— ¡Hacer el bien, siempre el bien, con un afán incansable, sin esperar la compensación del éxito, y sin temer el fracaso! –exclamó Yhasua, como subyugado por la interna visión de una Belleza Suprema–.

"¡Así es Dios!... –continuó–, así es el Dios que se da siempre, eternamente, manteniéndose en imperturbable serenidad, ante el continuado mal uso que hacen sus criaturas de los dones de su Creador.

— ¿Cuándo llegaremos a ese radiante estado de conciencia, que nos mantenga perfectamente tranquilos ante la idea del éxito o del fracaso? –preguntó a la reunión el príncipe Melchor, cuya vehemencia de temperamento, aún no estaba apagado por completo, no obstante las experiencias que había pasado y los estudios superiores a que llevaba consagrados veinticinco años de su vida.

—Cuando hayamos logrado poner en práctica los siete principios de la vida perfecta –contestó Yhasua con una solemnidad de inspirado, por cuyos labios parecía cruzar en ese instante, el soplo divino del Eterno Enigma.

Tomaron asimismo la disposición de que los nueve Maestros que rodeaban a Yhasua, escribiera cada cual por separado, una vez vueltos a sus respectivos países y moradas, un tratadito que se denominaría "Comentarios a los catorce principios de Divina Sabiduría, esbozados en la reunión de Maestros del Monte Hor".

Una vez escritos, debían ser remitidos a Yhasua, para que les pusiera el sello de oro de su aprobación, y que quedaran en definitiva como base perfectamente unida y sólida, de una enseñanza capaz de levantar el nivel moral de la humanidad, en los dos milenios que faltaban para finalizar un nuevo ciclo de evolución humana terrestre.

Terminado así el trabajo de los diez Maestros, en el cual pusieron ellos todo su esfuerzo y buena voluntad, probados con los sacrificios hechos para llegar al Monte Hor desde lejanas regiones, con la carga de ancianidades venerables, pues que sólo Filón de Alejandría no había aún llegado a los sesenta años, el Eterno Amor que jamás se deja sobrepasar en generosidad, les dio sin pedirla, una hermosa compensación.

El príncipe Melchor en su calidad de dueño de casa, quiso obsequiar a sus huéspedes con un festín en la misma Escuela, al cual fueron llamados los estudiantes de las pequeñas escuelas de Cades Barnea y Ezion-Geber, en las que se habían repartido los estudiantes de la Escuela-Madre, que era la del Monte Horeb, perdida en los peñascales escabrosos de Madián, donde el Horeb y el Sinaí se destacan con sombría majestad y tienen la consagración de la presencia lejana de Moisés.

Eran cincuenta solitarios del Monte Hor, más veintiuno de cada una de las dos pequeñas escuelas ya mencionadas, sumaban noventa y dos. Los maestros hacían llegar los comensales a ciento dos y el tío Jaime ciento tres.

La avidez con que todos buscaban a Yhasua, el Verbo de Dios encarnado en la tierra, se lo puede suponer el lector.

Y el gran Maestro, joven como los más jóvenes estudiantes de las montañas de Arabia, pues había recién entrado a los veinticinco años, supo ponerse a tono con ellos, que se acercaron temerosos de un deslumbramiento de poder y sabiduría divina, y se encontraron con unos ojos rientes, llenos de suave ternura, y una alegría casi infantil, mientras sentado sobre las piedras cubiertas de musgo, se divertía dando manojillos de hierba tierna a los cabritos de pintados colores que brincaban en torno suyo, con su nerviosa inquietud habitual.

— ¡Venid, Venid! –les dijo tendiendo hacia ellos sus brazos abiertos–.

Venid a compartir conmigo los mimos de los *Venerables,* que yo solo entre ellos, comenzaba a echarme a perder, adquiriendo hábitos de hijo único, dispuesto siempre a recibir y nunca a dar.

Algunos de aquellos jóvenes solitarios al abrazarle, dejaron en Yhasua una impresión de amargura tan honda, que el joven Maestro sintió sus ojos húmedos de lágrimas y fijó su mirada de modo especial en ellos, para reconocerlos luego y tener un aparte en momento oportuno.

Los *Venerables* como él decía, grabaron bien en su retina la visión de aquel cuadro que trascendía a cielos anticipados; el joven Maestro de rubios cabellos y ojos claros, abrazando efusivamente a aquel numeroso grupo de jóvenes de morena faz y negras cabelleras, que dejaban en él toda la intensidad de sus temperamentos vehementes y emotivos. Eran todos hijos de la ardiente Arabia.

La gran mesa del festín estaba puesta en aquella plazoleta delantera a la fachada, que ya conoce el lector, y la cual aparecía como amurallada por acacias y naranjos. Era el anochecer y las antorchas colocadas en los pedestales de piedra, soltaban al viento sus cabelleras de llamas.

Cuando se trató de ubicar a los comensales, Yhasua habló el primero dirigiéndose en particular al príncipe Melchor.

— ¿Me permites elegir mi puesto? –le preguntó con el tono habitual de un niño que suplica.

— ¡Desde luego, hijo mío! Tú mandas aquí.

— ¡Gracias, príncipe! Quiero sentarme en medio de aquellos dos hermanos, porque necesito conquistarme su confianza –dijo, señalando, sin que ellos lo advirtieran, a dos jovenzuelos de elevada estatura y cuyas fisonomías se parecían tanto entre sí, que denotaban un vínculo de familia. Su tez ligeramente trigueña y sus ojos color de hoja seca, demostraban además, que había en ellos una mezcla de razas.

— ¡Ya sé porque te interesan! –exclamó sonriendo Melchor–. Has percibido en ellos un secreto dolor y te propones curarles. Son hermanos entre sí y tienen una dolorosa tragedia en su vida. Buscando alivio en el apartamiento de los hombres, han venido a nuestras Escuelas; más no sé, si curados de su mal perseverarán en este camino.

—Eso pertenece a Dios y a ellos solamente. Con que ya sabes mi deseo.

—Descuida, Yhasua, que yo espero ser un buen colaborador en toda obra tuya.

De pronto sonó una campana en lo interior del Santuario, y por debajo del gran libro de la fachada, comenzaron a salir las blancas figuras de los solitarios que rodearon la mesa. Melchor ayudado por algunos de ellos, fue ubicándolos a todos en sus respectivos sitios.

—Yhasua pide –dijo–, que Baltasar, Gaspar y yo presidamos esta

comida –dijo–. Y siguiendo la costumbre de las antiguas escuelas, en el sitio destinado al que vive sin la materia, aparecerá una gran corona de ramas de olivo y flores de siempreviva, símbolo de paz y de amor.

Todos aplaudieron la idea y la corona fue colocada en la cabecera principal de la mesa, dando así la preferencia al que, de los tres primeros en reconocer a Yhasua, estaba desencarnado. A ambos lados se colocaron Gaspar y Melchor, siguiéndoles los demás por orden de edad.

En la otra extremidad frente a ésa, estaba Yhasua en medio de los dos jóvenes mencionados y cuyos nombres eran Abdulahi y Dambiri, que ignoraban completamente haber sido elegidos por Yhasua para compañeros de mesa. La poderosa irradiación del joven maestro de tal manera les saturaba, que por primera vez en varios años, se mostraban satisfechos y alegres.

—Mirad qué dichosos están aquellos dos –dijo Melchor a su sucesor Dan-Egadesh sentado a su lado.

— ¡Pues como para no estarlo, con la compañía que tienen! –le contestó a media voz.

—Yhasua mismo lo ha pedido así porque ha percibido su gran dolor. Será para nosotros otra prueba de su poder sobre las almas, si les vemos curados de su mal.

Según la costumbre establecida allí, ninguno servía la mesa, sino que los manjares se colocaban en grandes fuentes de plata o de cobre y canastillas de mimbre, de las cuales cada uno tomaba lo que era de su gusto, para su plato particular.

Un rebaño de cabras y una gran majada de gansos que los solitarios cuidaban, les proporcionaban la materia prima para su alimentación, o sea, leche, manteca y huevos.

El huerto cultivado por ellos mismos, les daba las legumbres y hortalizas; mientras que las vides que trepaban por las montañas, las higueras, los cerezos, las naranjas y las palmeras, adornaban su mesa con el esplendor de sus preciosos frutos.

Como era de esperarse, una profunda simpatía se estableció de inmediato entre Yhasua y sus dos compañeros.

— ¡Qué casualidad! –dijo uno de ellos–, que tú, ¡oh, Maestro!, has quedado entre nosotros dos.

—Acaso no es casualidad, sino ley –le contestó el Maestro.

—Una ley que nos coloca a tu lado, Maestro, es muy singular –añadió el otro–. Nosotros estamos muy lejos de ti.

— ¿En qué lo conocéis? –volvió a decir Yhasua.

—En que tú eres el Ungido del Altísimo, para salvar a todos los hombres y nosotros no somos capaces de salvarnos a nosotros mismos. Creo que hay diferencia.

—Si no te explicas mejor, tardaré en comprenderte. Lo único que sé de vosotros dos, es que tenéis un gran dolor interno que os dificulta el estudio y la meditación.

—Es verdad, Maestro, mas, ¿cómo lo sabes?

—Mi sensibilidad lo ha percibido desde el primer momento que os vi. Por eso estáis a mi lado, porque mi corazón necesita que me abráis el vuestro. No podría irme tranquilo del Monte Hor, si el Padre Celestial no me concediera el don de dejar curada para siempre vuestra pena.

Los dos hermanos se miraron asombrados grandemente de lo que oían.

—Y, ¿qué puede significar en vuestra gloriosa carrera de Mesías, el dolor de dos vidas oscuras e ignoradas como las nuestras? –preguntó Dambiri con la voz temblorosa de emoción.

— ¿Esto quiere decir que nosotros estamos sentados a tu lado, porque tú, Maestro, lo has pedido? –interrogó Abdulahi.

— ¡Justamente! ¿Os disgusta que lo haya hecho así?

—De ninguna manera. Me asombra, sí, que os intereséis tanto por dos seres que hasta hace unas horas no conocíais.

— ¿Conocéis y aceptáis la ley de la preexistencia? –volvió a preguntar Yhasua.

—Llevamos aquí tres años, y ese es uno de los principios básicos de la enseñanza –contestó Dambiri.

—Entonces no podéis asegurar que por vez primera estáis a mi lado. Y si hubierais sido algo muy íntimo mío en vidas anteriores, ¿no podía despertarse fácilmente el recuerdo en vosotros o en mí mismo, traducido en forma de simpatía?

—Eso, puede ser verdad –contestó Abdulahi.

—Hay tantas circunstancias y hechos que son una realidad, y que dejamos pasar inadvertidas porque la grosera vida física nos lleva a dudar o negar todo aquello que no perciben nuestros sentidos –dijo el joven Maestro, como abstraído de un pensamiento fijo. Este pensamiento presionaba aquellas mentes, para que se vaciaran en la suya. Y Dambiri que lo percibió más profundamente, dijo:

—Tenemos una historia y es ésta: nuestro padre fue un extranjero que vino de la lejana Grecia, y amó a la que fue nuestra madre, a los doce años de edad. Como ese amor fue un secreto para todos, por la feroz oposición de nuestros abuelos, nosotros crecimos creyendo que éramos huerfanitos adoptados por compasión. Nuestra madre continuaba siendo una niña, que no tenía otra diversión que jugar con nosotros y colmarnos de mimos. Llegamos a amarla con un delirio rayano en locura, y así comenzaron a nacer los celos entre ambos. Un día nos sorprendió el que en verdad era nuestro abuelo, trepados a la ventana de la alcoba de nuestra madre,

mientras ella dormía, con la intención de penetrar dentro. Nosotros que somos mellizos, teníamos doce años y nuestra estatura era casi como la que tenemos ahora. Ni nosotros ni nuestro abuelo, conocíamos el vínculo que nos unía con aquella joven mujer, que sólo tenía veinticuatro años de edad, y cuyo amor nos tenía enloquecidos a los dos.

"Mi abuelo que era muy violento de carácter, nos tomo a entrambos por el cuello para estrellarnos en las rocas y que rodásemos al precipicio a donde daba aquella ventana. Nuestra madre se despertó, y saltó como una fiera que defiende sus cachorros. En la lucha que se trabó en defensa nuestra, ella gritó enfurecida: "Los defenderé aún a costa de mi vida *porque son mis hijos"*. Su padre lívido de furor la agarró, la estranguló y la arrojó al precipicio. A nosotros nos amarró con la misma cadena y nos vendió como esclavos en el mercado de Alejandría. ¡Ya está contado todo! Nos habíamos enamorado ambos de nuestra propia madre. La vimos morir sacrificada a su amor materno, y nosotros reducidos a la triste condición de esclavos.

— ¿Y cómo estáis aquí? –preguntó Yhasua.

—Porque el príncipe Melchor pagó nuestro rescate y nos trajo a su Escuela de Ezion-Geber por si nos adaptábamos a ésta forma de vida.

—De modo que, ¿no estáis aquí en definitiva? –preguntó nuevamente Yhasua.

—No, contestaron los dos a la vez.

"Este retiro y ésta vida desnuda de emociones, nos mantiene sumergidos en terribles recuerdos de nuestro pasado. Están terminándose los tres años de prueba que exigen, pasados los cuales podemos resolver libremente cual será nuestro camino a seguir –observó Abdulahi.

— ¿Cuántos años de edad contáis ahora?

—Doce teníamos el día de la tragedia, seis de esclavitud y tres en la escuela de Ezion-Geber.

—Veintiún años, y os parece que tenéis desecha para siempre vuestra vida, ¿no es así?

—Así es justamente, y no vislumbramos siquiera la forma de rehacerla nuevamente –dijo Dambiri con profunda tristeza.

— ¿Quiere decir que no creéis en el poder, ni en la sabiduría, ni en el amor de nuestro Supremo Dueño y Señor? –preguntó Yhasua.

—Creemos –dijo Abdulahi–, pero pensamos que lo ocurrido en nuestra vida sea consecuencia también de nuestro impetuoso amor pasional, que nos hizo olvidar todo respeto a la casa que nos había cobijado.

—Nos dejamos cegar por el egoísmo y los celos, y llegamos hasta odiarnos –añadió Dambiri, confirmando lo que decía su hermano–. Locuras semejantes, traen consecuencias desastrosas.

—Hemos pagado muy caro el error de nuestros padres y nuestros propios errores –añadió Abdulahi.

—Sois justos en reconocerlo –les dijo Yhasua–, y el Eterno Amor que os sacó de su propio seno, jamás os abandona a vuestras débiles fuerzas, sino que con tierna solicitud, os pone de nuevo en el camino de vuestra felicidad futura. En nombre pues de ese Eterno Amor, os doy palabra de que antes de regresar yo a mi país, vislumbraréis por lo menos vuestras vidas reconstruidas.

—Que el supremo Señor –dijeron ambos hermanos–, recoja tu santa palabra y tenga misericordia de nosotros.

Cuando la comida terminó, siguió la segunda inolvidable velada, que consistía en un magnífico concierto de laúdes, cítaras, intercaladas con canciones en que los jóvenes solitarios dejaban traslucir sus anhelos, sus pensamientos y sus recuerdos.

Yhasua profundamente psicólogo, se entregó de lleno a una silenciosa observación.

De aquellos cuarenta y dos jóvenes, ninguno pasaba los veintiséis años. Algunos habían terminado la primera prueba de tres años y comenzado la segunda que duraba cuatro años. Concluido este segundo período, pasaban al grado de aspirantes a maestros, que duraba otros siete años.

Cuando terminó la parte artística de aquella velada, Yhasua tuvo un aparte con el príncipe Melchor sobre la bizarra juventud, que era la esperanza futura de las Escuelas de Divina Sabiduría fundadas por él.

Todos los demás se retiraron a sus moradas para entregarse al descanso. Sólo Melchor y Yhasua quedaron en vela, sentados junto a la mesa del recinto central, donde los tres notarios de las asambleas habían realizado su trabajo en días anteriores.

Un cirio de cera aromatizada alumbraba débilmente el recinto, y en las ascuas encendidas de un pebetero, Melchor puso un puñado de incienso, que tejió una larga y espesa espiral de humo perfumado.

— ¡Mi *Espiral de Incienso,* Yhasua, continuará tu vida y tu doctrina a través de los siglos y de las edades! ¿No lo crees así? –preguntaba el príncipe Melchor.

—Lo creo, sí, pero me parece que tu *Espiral de Incienso,* que es la *Santa Alianza* de Arabia, necesita expansionarse hacia el exterior –le contestó Yhasua.

— ¡Qué quieres decir con eso? Te ruego explicarte con mayor claridad. Ya sabes que entre tú y yo no debe haber nada oculto, ni abrigar la menor desconfianza.

—Quiero decir –continuó Yhasua–, que de todos estos jóvenes que preparas para Maestros de Divina Sabiduría, por lo menos dos terceras partes, no pueden perseverar en esta vida.

—Ya lo sé, hijo mío. Sé que la mayor parte de ellos saldrán de aquí antes de terminar los cuatro años de prueba superior, pero saldrán con una visión bastante clara de las verdades y leyes eternas, que aquí aprendieron. Y en el campo de acción a donde ellos lleven sus actividades, llevarán también el perfume de la *Espiral de Incienso,* y lo difundirán en los pueblos de que formen parte.

— ¡Oh, qué gran corazón el tuyo, príncipe Melchor, que no se desalienta ni se abate ante la idea de que la mayor parte de estos pajarillos, echarán a volar por esos mundos de Dios! –exclamó el joven Maestro.

—Mi corazón es de carne, Yhasua, y de seguro lo sentiré mucho, porque les amo a todos como si fueran mis hijos; pero como quiero arrancar de mí todo egoísmo, no solamente les facilitaré su partida, sino que nuestra *Espiral de Incienso* les dará medios de abrirse camino en la vida y les seguirá en sus andanzas por los senderos largos, penosos y a veces extraviados por donde se lanza el corazón humano en busca de felicidad.

—Sus laúdes y sus salterios –continuó Yhasua–, igualmente que sus hermosas canciones llenas de sentimiento y de melancolía, acusan una honda nostalgia de amor, de emociones de vida afectiva en el seno de la familia.

"Son muy pocos los seres que pueden trascender todo eso que es la ley de la vida en este planeta. Y los maestros de Divina Sabiduría debemos saber discernir con claridad cuándo un alma puede bastarse a sí misma y vivir sola con Dios, y cuándo necesita de los amores humanos y de la vida emotiva de la familia.

—Todos ellos –dijo Melchor, están catalogados en esa legión dolorosa que llamamos náufragos de la vida, porque bien sabes, no obstante de ser tan joven, que por lo general, los seres buscamos los caminos de Dios, cuando nos ha herido profundamente el contacto con los humanos.

—Así es –contestó Yhasua–. Los triunfadores felices de la vida material, no se toman el trabajo ni siquiera de pensar, que tienen en sí, un principio inteligente e inmortal, que pasada la vida en que han gozado de sus triunfos, les obligará a continuar viviendo indefinidamente, y de seguro en condiciones diametralmente opuestas a las que tuvieron en la vida presente. Nada tiene pues de extraño, que los estudiantes de tus escuelas hayan llegado traídos por el dolor y el desengaño.

—Muchos de ellos –continuó Melchor–, son prisioneros de guerra, fugitivos de sus nuevos amos. Antes de verse vendidos como esclavos y tratados como bestias de carga, se refugiaban en las grutas de nuestros penitentes, de donde les hemos traído en vista de sus capacidades y aptitudes propicias, para ser cultivadas hasta un grado más de lo común.

— ¿Has pensado hacia dónde debe encaminárseles llegado el momento de abrirles las puertas del sagrado recinto que les cobijó? –volvió a preguntar Yhasua.

—Sí; debe ser a mi juicio, hacia el país en que tú desenvuelves tus actividades como Instructor de la humanidad. Tu país, Yhasua, debe ser para ellos la tierra de promisión.

—Se sentirán tal vez avergonzados y doloridos, de declarar abiertamente que no se sienten llamados a este género de vida, y creerán incurrir en la nota de desagradecidos abandonando a quien con tanto amor les acogió en el dolor. ¿No lo crees tú así, príncipe Melchor?

—Coincidimos en todo absolutamente –contestó éste–, y deseaba proponer a los maestros aquí reunidos, que hiciéramos una especie de examen de los alumnos, a fin de animarlos a definirse y declararlo abiertamente. Es necesario convencerles de que nuestra protección no ha sido para ellos más que una época de aprendizaje, de cultivo intelectual y moral. Y que nuestra *Espiral de Incienso,* necesita de la actividad de sus propios hijos para extender por los pueblos sus principios y sus leyes, basados desde luego en la Eterna Ley.

— ¡Muy bien pensado! –exclamó Yhasua–. Entre los diez Maestros que estamos reunidos aquí, creo que sabremos encaminar a ese grupo de almas hacia los sitios que el Eterno Amor les tenga reservados. Estaría por pedirte, príncipe Melchor, me permitieras encargarme de los jóvenes de la tragedia aquella.

—Y yo estaba por rogarte, Yhasua, que te los llevases contigo, si te era posible. Entre tú y ellos hay un lazo de muchos siglos.

—En verdad, lo he presentido así. ¿Puedo saber de qué se trata? –preguntó Yhasua.

—Tres de nuestros solitarios –continuó Melchor–, tuvieron revelación sobre ellos y las tres manifestaciones coincidieron. Cuando Buda pasaba por la tierra, Abdulahi y Dambiri eran dos jóvenes brahmanes que de niños habían jugado juntos con el príncipe Siddhartha en los jardines de su palacio. Le conservaron su afecto cuando él renunció a toda grandeza material, y en varias ocasiones desbarataron las asechanzas y lazos que los brahmanes tendían al gran Misionero para eliminarlo de la vida. Descubiertos en sus trabajos por salvar a Buda, fueron maldecidos con maldición mayor y declarados parias, arrojados de todas las ciudades donde hubiera un brahmán.

"Y por medio de edictos se hizo saber a todos los pueblos que los dos infelices debían ser corridos con piedras, de cualquier poblado a donde llegasen. Como ellos se llenaron de odio hacia sus perseguidores, se pusieron al alcance de la terrible maldición que en efecto, atrae al maldecido una coalición de fuerzas tremendas. Locos de furor a causa del hambre y la sed,

prendieron fuego a un poblado de chozas, de donde les habían corrido a pedradas, causando una muerte desesperada a mujeres, ancianos y niños. Tal es el relato que por vía espiritual hemos obtenido referente a ellos dos. Creo pues, que con este acercamiento a ti, Yhasua, podrá ponerse término a la dura cadena que ellos arrastran desde aquella época lejana.

—Está bien –dijo Yhasua–, si ellos están de acuerdo, los llevaré conmigo a Jerusalén, y ya tengo pensado el lugar que allí ocuparán. El Scheiff Ilderín, tu amigo, ha comprado una casa en Jerusalén y otra en el puerto de Joppe, que serán agencias para colocar con ventajas los productos de su tierra natal, y a la vez para ayudar a sus compatriotas, y atraerles hacia la Palestina, donde él cree que dentro de poco se realizarán grandes acontecimientos. He comprendido que en todo esto se ha puesto de acuerdo con otro amigo tuyo, el comerciante Simónides. Ambos pretenden atraer toda la grandeza comercial del mundo a Jerusalén, para prepararla a ser digna capital del futuro Reino de Israel con que sueñan. Que se realicen o no sus sueños, mientras hagan el bien, será esa la mejor realidad. Nada mejor que estos dos jóvenes árabes de tus escuelas, para el Scheiff Ilderín que necesita dos hombres de bien, con instrucción y buena capacidad, para colocarlos al frente de sus agencias en Jerusalén la una y en el puerto de Joppe la otra. ¿Está bien mi combinación?

—Maravillosa, como todas tus obras, Yhasua.

—Y para los demás que deban dejar el retiro de las escuelas –añadió el joven Maestro–, buscaremos sitio apropiado entre los buenos amigos de Judea, ya que tienes el pensamiento de que deban residir en Palestina.

"Tenemos al buen Simónides, al príncipe Judá, cuyas inmensas actividades pueden dar trabajo a doble cantidad de brazos que representan tus discípulos. Tenemos a los príncipes Sallun de Lohes y Jesuá que figuran entre los dirigentes de la Santa Alianza, y son personas acaudaladas, inclinadas siempre a la ayuda mutua prescripta por nuestra ley. Tenemos los cuatro doctores de Israel que tú conoces, y cuya buena posición social les permite servir de protección y amparo a jóvenes que se inician en la vida.

"Con que ya ves, que colocados de esta manera, no les perderán de vista, y tu amor paternal podrá seguirles de cerca. Bajo el amparo de las personas que he nombrado, si ellos quieren seguir rectos senderos, tendrán todas las facilidades.

Con esta conversación quedó preparado el terreno, y al siguiente día se realizó una conferencia entre los diez maestros y los cuarenta y dos discípulos, de cuya perseverancia en las Escuelas, se dudaba.

Encarado el asunto en la forma que Yhasua y Melchor habían combinado, los jóvenes alumnos se franquearon con entera confianza, y

resultaron veintinueve los que deseaban salir al exterior, si se les proporcionaba oportunidad de una vida honorable y justa.

Y sólo trece continuarían en el retiro de las Escuelas de Divina Sabiduría, en las cuales estaban terminando la segunda prueba.

De esto resultaría que cuando Yhasua regresara, en vez de volver solo con el tío Jaime, volvería acompañado de veintinueve jóvenes árabes de una cultura esmerada, y con capacidad para desenvolverse noblemente en la vida.

Acto seguido se despachó un correo que tomando el camino más directo pasando por Thopel al sur del Mar Muerto, llevase una epístola de Yhasua y de Melchor para Simónides, Judá e Ilderín que aún esperaban a Yhasua en la ciudad de David. Allí se les anunciaba la llegada del joven Maestro con veintinueve jóvenes árabes, que iban a tomar puestos en las actividades honorables de los buenos servidores de Dios.

Terminado y bien resuelto este problema de ubicación de aquellos seres, entre el concierto de las vidas humanas consagradas al trabajo, los maestros esperaron el mensaje divino que les diera nuevos alientos para continuar la siembra de Verdad y de Amor sobre la tierra.

Dos días después, y a la segunda hora de la noche, los diez Maestros se hallaban reunidos en el recinto lateral de la derecha, dedicado a los trabajos espirituales realizados por los Maestros y discípulos adelantados. De éstos, sólo había nueve en aquella escuela, y fueron llamados a participar de aquella reunión espiritual.

Pasados los primeros momentos de la evocación, entraron en la hipnosis dos de los discípulos de la Escuela: Aldebarán y Nerebín, que dos años después serían consagrados Maestros.

Las Inteligencias Superiores, Aelohin y Ariel, guías de Yhasua en esa encarnación, habían tomado posesión de aquellos dos instrumentos y luego de pedir concentración profunda de pensamiento, cayó en hipnosis Yusufu-Dan, el discípulo que esa noche iba a consagrarse Maestro y a través del cual, transmitiría su pensar y sentir Shamed, inteligencia sutilísima, próxima ya a formar parte de la Legión de Antorchas Eternas.

¿Qué dirían aquellos mensajeros divinos, venidos de los más superiores planos de evolución espiritual?

Tan poderosa era la vibración de amor, tan sutil la luz extraterrestre que penetraba como una esencia en los cuerpos y en las almas de los presentes, que una especie de quietud extática les invadió a todos. La inmovilidad era completa. Parecían mudas estatuas sentadas, en las cuales sólo vibraba tenue la inteligencia, y latía acelerado el corazón. Yhasua llegó a pensar si estaría emancipado del plano físico, y en posesión ya de aquel Reino Eterno, del cual había bajado al oscuro destierro de este mundo inferior.

Los diez Maestros pensaban igualmente, si aquello era la anulación de todas las sensaciones de la materia, y la deseada libertad del espíritu que parecía tener alas que lo impulsaban a lo eterno incognoscible.

— ¡Es la grandeza de Dios que está ante nosotros! –pensaron todos a una. Y sus párpados se cerraron y sus cabezas se recostaron hacia atrás en el respaldo de los sillones de junco.

Los tres sensitivos en hipnosis, unieron sus manos, y se formó una fuerte cadena fluídica, de la cual fue emergiendo lentamente algo así como una nebulosa de todos los colores del iris, la cual hizo desaparecer a la vista los muros del recinto, la techumbre, la montaña y cuanto la rodeaba.

Sólo quedaban como suspendidos en ella los diecinueve seres que formaban aquella reunión.

Poco a poco fueron perdiendo la conciencia de su existencia material, y unos antes y otros después, se sumergieron todos en la más inefable felicidad que pudieran haber soñado.

¡Emancipados sus espíritus, aquellos tres poderosos Guías les presentaron el desfile grandioso, infinito, inconmensurable de la grandeza del Absoluto!... ¡Del Supremo!... ¡Dios!

Mas, no sabían definir si eran ellos los que corrían arrastrados por vertiginosa carrera, o era aquella como cascada interminable de globos de luz de los más variados colores que corría ante ellos.

—*"¡Setenta millones de sistemas planetarios vistos en vuestro vertiginoso correr!* –dijo Shamed, el que dirigía aquella estupenda manifestación–. *Y cada globo encierra innumerables vidas desde las más rudimentarias, hasta las más evolucionadas, y todas ellas respiran, viven y son átomos de Dios que las anima.*

"No comprenderéis al Eterno Enigma, mientras le busquéis fuera de vosotros mismos.

"Cuando obráis el bien sin violencia, cuando amáis desinteresadamente, cuando lloráis con el que llora y reís con el que ríe; cuando levantáis al caído, y derramáis como rocío vuestra piedad sobre el dolor de vuestros semejantes, sois pequeñas imágenes de Dios, que es el Eterno Amor por encima de todas las cosas.

"Dios no tiene forma definida, porque sólo la materia la tiene.

"Infinitamente múltiple en sus manifestaciones, que las inteligencias pueden apreciar en todos los mundos, la Eterna Esencia es luz en el éter, es frescura en el agua, es fecundidad en la tierra, es calor en el fuego, es blancura en la nieve, es perfume en la flor, es dulzura en el fruto, es arpegio en el canto de los pájaros, es ternura, abnegación y heroísmo en las almas amantes; es el Bien, la Sabiduría y la Justicia perfectas en las Inteligencias llegadas a la absoluta purificación. En el conjunto

de Ellas reside el poder creador, la fuerza vital, la voluntad directriz de cuanto vive y alienta en el Universo. En vuestra unificación con Ellas reside toda la fuerza, toda la luz, toda la belleza que puede tener en sí, un espíritu encarnado en planos físicos.

"¡Yhasua!... ¡Tú eres el hilo de oro, conductor de todas las perfecciones de la Divina Esencia entre tus hermanos terrestres! ¡El que a ti se une, a Dios se une! ¡El que a ti te ama, entra en el concierto maravilloso de los amantes de Dios! ¡El que comparte contigo tu obra de redención humana, es luz de Dios flotando por los caminos de las almas!

"¡Benditos sean para siempre, los seguidores del Ungido del Amor Eterno sobre la tierra, porque al entrar en el Reino de Dios que habéis conquistado, será el Amor vuestra eterna recompensa!".

La hipnosis de este sensitivo terminó, pero la resplandeciente y sutil bruma de oro continuó cerniéndose en el ambiente, al igual que una brisa suavísima que penetraba los cuerpos y las almas, manteniéndoles en ese elevado estado espiritual que se ha llamado éxtasis o arrobamiento.

Cada uno, en los profundos dominios de su conciencia, prometía al Eterno Amor, todo cuanto es capaz el alma humana que ha absorbido en unos momentos de unión con Dios, la energía, el poder y la fuerza que Él transmite, al que se le entrega con toda su voluntad.

Se habían encendido en esos momentos diecinueve lámparas vivas, que al contacto del Cristo Salvador, iluminarían a todas las almas merecedoras de la Luz Divina.

Puede decirse con toda verdad, que ese instante solemne marcó el comienzo de la obra de salvación humana realizada por el Verbo Divino, en esa etapa de su manifestación en medio de esta humanidad.

Cuando se hubo calmado un tanto en todos los presentes aquel intenso estado vibratorio, los otros dos Guías de Yhasua que aún mantenían la hipnosis en los sujetos elegidos, iniciaron entre ambos un diálogo sobre las corrientes astrales y etéreas, que era necesario establecer alrededor de Yhasua, para que pudieran tener entre sí comunicación espiritual los Mesías compañeros, que en globos diferentes estaban encarnados al mismo tiempo que Yhasua en la Tierra.

Ambos guías, hicieron una suprema evocación a los Setenta Mesías de la Alianza, y como si se hubiera abierto un horizonte inmenso de luz azulada suavísima, los encarnados de la cadena fluídica, se creyeron flotando sobre un mar de olas que tenían inteligencia y vida.

El vaivén de aquellas olas radiantes acercaba y alejaba con un maravilloso ritmo de armonías inefables, infinidad de seres transparentes, lúcidos, diáfanos, que en finísimos hilos color de oro parecían tejer aquellas melodías, como pudieran hacerlo en las cuerdas de liras, de arpas o laúdes: Eran las numerosas legiones que siguen en el espacio

infinito, a los Setenta Mesías de la Alianza de Yhasua encarnado en la tierra, como muchos de ellos se encontraban encarnados en los globos que les estaban encomendados.

Por fin, y como flotando sobre aquel inmenso mar de bellezas inmateriales, fueron destacándose sesenta y siete focos luminosos de tan magnífica claridad, que los seres encarnados que presenciaban un espectáculo semejante, cayeron en el sueño hipnótico, porque la materia física no resistía una corriente espiritual tan formidable.

Sólo Yhasua, sostenido por sus dos guías íntimos se mantuvo despierto, si bien en un sutil estado de arrobamiento que le permitió comprender el pensamiento excelso de sus hermanos.

"Bebe hasta saciarte, del agua viva de la inmortalidad y del amor en esta hora de tu destierro, ¡oh, Ungido Eterno!, porque se acerca aceleradamente el día tremendo de la inmolación, en que pedirás y no recibirás, buscarás y no encontrarás, llamarás y nadie te responderá. ¡Bebe..., bebe!..., alma luminosa desterrada en las tinieblas... ¡Flor de amores inmortales, trasplantada al lodazal!... ¡Lámpara viva ardiendo sin consumirse, en los antros pavorosos de este mundo lleno de odios y de inquietudes!

"¡Bebe!... ¡Bebe!... ¡Peregrino errante del amor y de la belleza; ahora que aún podemos ofrecerte nuestros cálices llenos de la ternura infinita, para que no mueras de sed cuando se descargue sobre ti todo el peso de las miserias y delitos de la humanidad!".

Los dos guías íntimos se desprendieron de los sujetos que les habían servido de instrumentos, y se unieron a la radiante asamblea que como un mar de claridad inundaba el recinto, haciéndolo desaparecer bajo el oleaje de luminosos fluidos.

Yhasua, plenamente despierto, con admirable lucidez y energía, los fue llamando por su nombre uno a uno, y cada uno le respondía con el símbolo de su nombre:

Sirio	*"Resplandor de la Sabiduría".*
Osiris	*"Mi Reposo es Dios".*
Orión	*"El que abre caminos".*
Minerva	*"Mensajero del Poder de Dios".*
Venus	*"Soy un beso del Eterno Amor".*
Alpha	*"Bálsamo de Piedad".*
Vhega	*"Luz que da vida".*
Andrómeda	*"Despertador de durmientes".*
Arturo	*"Portador del Fuego Divino".*
Shamed	*"Libre de ilusión".*
Ghanma	*"Templo de Dios".*

Neptuno	*“Ebrio del Agua Divina”.*
Mercurio	*“Fortaleza del Eterno”.*
Júpiter	*“Hijo de la Sabiduría”.*
Urano	*“Fuego purificador”.*
Saturno	*“Lágrimas de salud”.*
Marte	*“Espada justiciera”.*
Kapella	*“Íntima vibración de Dios”.*
Cástor	*“Abrazo del Supremo”.*
Virgho	*“Reflejo de la Divina Luz”.*
Pólux	*“Siembro la Paz”.*
Tsadhe	*“Siempre fijo en la Luz”.*
Thaw	*“Vibración del Alma Universal”.*
Thoth	*“He descorrido el velo”.*
Mahalael	*“Voz de Dios que flota en el viento”.*
Procion	*“Dardo que hiere y sana”.*
Isis	*“Duermo para crear”.*
Orfeo	*“Canta el amor en mí”.*
Apolo	*“Carroza de Luz Eterna”.*
Diana	*“Flecha de Amor que no mata”.*
Urania	*“Sondeo el Infinito”.*
Jhuno	*“Soy el canto de la Paz”.*
Dyadha	*“Creceré eternamente”.*
Beth	*“El que une corazones”.*
Ghimel	*“Plenitud de Dios”.*
Horo	*“Hijo del Amor y de la Luz”.*
Daleth	*“Eterna transformación”.*
Sishav	*“Luz vivificante”.*
Saetha	*“Me impulsa el soplo Divino”.*
Régulo	*“Como perfume me quemo al fuego”.*
Khap	*“Eterno viviente”.*
Nunzain	*“El que avanza siempre”.*
Sekania	*“Amor piadoso”.*
Reshai	*“Luz de las almas”.*
Delphis	*“Resplandor de la Idea Eterna”.*
Yhapeth	*“Vaso lleno de rocío”.*
Pallus	*“Palabra que da vida”.*
Tzebahot	*“Eterna victoria”.*
Hames	*“Resplandor del fuego viviente”.*
Aelohin	*“Ola de Energía Divina”.*
Shemonis	*“Sembrador Eterno”.*
Ariel	*“Aire que apaga incendios”.*
Hehalep	*“Amor compasivo”.*

Zain	*"La unión es fuerza".*
Yod	*"Mi querer es mi poder".*
Mem	*"Agua que purifica".*
Jayin	*"El eterno me vela".*
Phifs	*"Palabra de Sabiduría".*
Schipho	*"La Eterna Armonía".*
Thauro	*"Morir para vivir".*
Gedulá	*"Siervo de la Majestad Divina".*
Keterei	*"Soy y seré".*
Thipert	*"Espejo de la Eterna Belleza".*
Binahiu	*"Llamarada de Dios".*
Okmaya	*"Voz de la Sabiduría y de la Justicia".*
Geburain	*"Muro de Fortaleza Divina".*
Malkuadonai	*"Sacerdote del Amor".*
Yedosei	*"Vengo del Dios vivo".*
Aoriston	*"Camino al único fin".*

Los sesenta y nueve a una sola voz diáfana, sonora, dulcísima, dijeron: *¡Yhasua!...*

Y él, de pie con sus ojos iluminados por una viva luz, contestó abriendo sus brazos como para estrecharlos a todos: ***"¡Busco el Amor Eterno!".***

Es el símbolo espiritual de su nombre, y el glorioso lema que predicó en todas sus vidas terrestres.

Se desplomó sobre su sillón de juncos y rompió a llorar a grandes sollozos.

La esplendorosa visión se fue esfumando a través del llanto que empañaba sus pupilas, y el recinto quedó sumido en la amarillenta penumbra de los cirios.

Sus hermanos se despertaron exclamando: – ¡Qué sueño magnífico!

—Yhasua nos ha llevado a su cielo por unos momentos –dijo Melchor, aún sumergido en un mundo de luz y de belleza suprema.

— ¡Oh, el cielo de Yhasua!... ¿Qué deberemos hacer por ti, Hijo de Dios, después de este desbordamiento de luz y de belleza? –preguntó el Anciano Gaspar, secándose las lágrimas de inefable ternura que mojaban su blanca barba.

—Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos –contestó el Maestro, absorto aún por el acercamiento a la Divinidad, que Él sentía más intensamente que todos sus compañeros.

75
LA TRAGEDIA DE ABU-ARISH

Seis días más permanecieron aún los diez maestros reunidos en el Santuario del Monte Hor, cambiándose manuscritos y aumentando las copias que algunos tenían y a otros les faltaban, de viejísimas escrituras indispensables para la reconstrucción histórica de la evolución humana, a través de los siglos y de las edades.

Iban a separarse por mucho tiempo, y quien sabe si volverían a encontrarse de nuevo en la vida de la materia. La uniformidad en la doctrina y en la historia del pasado, eran necesarias para que las futuras generaciones aceptaran como verdadero lo que atestiguaban representantes de las principales Escuelas de Conocimiento Superior existentes en aquellos tiempos, todos los cuales estuvieron en contacto con el Verbo de Dios en su última etapa de vidas terrestres.

Establecerían dos agencias encargadas de mantener íntima y frecuente comunicación entre los Diez Maestros. La una en Alejandría, en la casa particular del maestro Filón. La otra en Antioquía, en el barrio suburbano de Gisiva, donde Simónides tenía establecida una colonia-refugio, que había sido puesta bajo la dirección de dos terapeutas del Santuario del Monte Hermón por indicación de Yhasua.

Estas dos agencias estarían dotadas de una pequeña renta que bastara para enviar correos seguros hacia los puntos de residencia de los maestros.

Tomadas estas medidas, los Diez se separaron después de una emotiva y tiernísima despedida, en la cual era Yhasua el centro a donde convergían todos los afectos y el hondo fervor de todos los corazones.

Acompañado de los veintinueve jóvenes que sabemos y del tío Jaime, el Maestro emprendió el regreso por la vía de Thopel.

Cuando llegaron al desierto de Judea y a la margen occidental del Mar Muerto, Yhasua pensó con amor en sus viejos amigos, los porteros del Santuario del Quarantana.

Hicieron una parada en En-Gedí, en la ya conocida granja de Andrés, donde encontró desconsolados a los dos hermanos Jacobo y Bartolomé porque su anciana madre se hallaba gravemente enferma.

—Avecilla del Padre Celestial –díjole Yhasua, inclinándose sobre el lecho de la anciana que le reconoció en el acto–. Aún no es hora de que abandones tu nido terrestre para volar a la patria. –Le impuso las manos en la frente, le dio a beber agua vitalizada con su aliento, y tomándola de ambas manos la ayudó a sentarse en el lecho, en cuyo borde se sentó

él también, y rodeado de toda la familia les hizo una tierna plática del amor divino que pasa sobre las almas justas, como una brisa suavísima, llenándolo todo de paz y de alegría.

La viejecita se sintió como renovada y pronto se levantó diciendo a sus hijos y nietos:

— ¡Vamos, vamos!..., a preparar una fiesta porque nuestra montaña se ha vestido de luz y de gloria, con la llegada de nuestro Yhasua.

— ¡Pero, madre! –le dijo Jacobo el mayor de sus hijos–, ¡si te estabas muriendo!

— ¡Sí!, ¡sí!, ¡pero ahora no me muero más!... ¿Acaso no llegó a mí, el Hijo de Dios que todo lo puede?

— ¿Es verdad que está curada? –preguntó Bartolomé a Yhasua, casi sin creer lo que sus ojos veían.

—Sí, hombre, sí –le contestaba el Maestro–. Como llegué a pedir hospedaje por una noche, el Padre Celestial pagó por adelantado mi cuenta.

Y comenzó un movimiento inusitado en la vieja Granja de Andrés, para preparar el festín con que aquellas buenas gentes querían obsequiar al hijo de Myriam, como más comúnmente le llamaban allí.

Yhasua pasó a visitar a los siete solitarios Esenios que en las entrañas de las rocas vivían su vida de estudio, de oración y de amor a la humanidad sufriente.

Por ellos, supo que entre los penitentes de las grutas vecinas había un refugiado que no quería decir su procedencia, ni el por qué de su triste situación de fugitivo de la sociedad de los hombres; el cual revelaba además un dolor tan desesperado y terrible que les causaba profunda amargura.

Yhasua quiso verlo; y el esenio encargado de los penitentes le acompañó por aquel pavoroso antro de rocas negras y áridas, donde se abrían las grutas entre árboles de espinos, y unas pocas moreras silvestres.

Encontraron al refugiado, tendido sobre su lecho de paja y pieles de oveja, con la mirada fija en la obscura techumbre de su rústica morada.

Yhasua comprendió al momento que aquel hombre estaba al borde de la locura.

—Amigo mío –le dijo sentándose en el suelo a su lado–. Sé que estás enfermo y que tu alma padece angustias de muerte.

“Quiero que me cuentes tu pena, porque tengo el poder de librarte de ella y devolverte la paz.

El esenio se retiró discretamente.

El infeliz miró por unos momentos a Yhasua y su mirada era dura y sombría.

— ¡Eres aún joven! –continuó el Maestro–, y es lástima perder así una vida que puede ser útil a la humanidad.

El hombre se incorporó como si lo hubiera picado un áspid.

— ¿Yo, ser útil a la humanidad?... Antes le daría de comer a una pantera que a un ser humano. Eres un adolescente casi y no sabes lo que me dices. –Y se dio vuelta a otro lado como diciéndole: “No me hables más”.

—Vamos, amigo mío, no me des la pena de ver tu pena y no poder remediarla –insistió el joven Maestro–.

“Ya sé que hay en la tierra seres perversos y malvados que se gozan en el dolor de sus semejantes. Pero esos seres no son toda la humanidad. Yo quiero tu bien. Los solitarios del Santuario quieren tu bien, y sufren con tu dolor.

“¿Por qué pues tendrás en cuenta a los malvados que te hicieron daño, y no a los justos que buscan tu bien?

“Sé razonable, amigo mío, que acaso en mi mano ha puesto Dios la copa de tu felicidad, y tú la rechazas.

“Traigo conmigo desde el Monte Hor, veintinueve jóvenes árabes que fueron un día tan infelices como tú...

— ¿Y quién eres tú, para recoger todos los desdichados de este mundo? –preguntó el hombre sentándose en su mísero lecho.

—Un hombre cuya misión elegida voluntariamente, es consolar a las víctimas de las maldades humanas.

—Si eres poderoso, me ayudarás a vengarme de mis verdugos. La venganza es también un lazo que ata corazones.

—Te ayudaré a ser dichoso si confías en mí –le dijo el Maestro.

—Has hablado de jóvenes árabes... ¿Vienes entonces de Arabia? Allí fue mi desgracia. Allí vive el malvado asesino que me hizo desgraciado para toda la vida.

— ¿En qué región de la Arabia?

—En el Yemen. En Abu-Arish.

—Pero tú no eres árabe –le dijo el Maestro–, lo dice tu tipo y sobre todo tus ojos claros.

—Soy de la isla de Rodas.

—Del jardín de las rosas más bellas del mundo –continuó Yhasua, mientras irradiaba amor y paz sobre aquel espíritu atormentado–.

“Y bien, amigo mío, ¿qué sabes si yo podría remediar tu desgracia?... Todas las tragedias de las almas se parecen: Un amor desventurado, un déspota que destroza la vida y lo imposible, aplastando el corazón entre dos ruedas de molino...

— ¿Cómo lo sabes? –interrogó el hombre sobresaltado.

—Porque algo conozco el corazón humano.

—En Abu-Arish tenía yo una hermosa plantación de azafrán que valía una fortuna.

“Amé a una niña dulce como una gacela y hermosa como una estrella. Su padre era jefe de los guardias del Imán de Saná, donde residía casi siempre, dejando su familia en Abu-Arish porque era terriblemente celoso de su mujer y de su hija, que escondía de la codicia del soberano y de sus favoritos. La madre de la niña, mujer de gran bondad pero triste siempre por la tiranía de su marido, me participó que él no me daría la hija, porque tenía la ilusión de casarla con el hermano menor del Imán.

“Nuestro amor siguió viviendo como una luciérnaga escondida en las tinieblas. Ni uno ni otro teníamos valor para renunciar a nuestra ilusión. La madre murió de una fiebre maligna, y la hija quedó sola, guardada por viejas esclavas que la protegieron en su desventurado amor. Nos nacieron dos preciosos niños mellizos, que una de las esclavas declaró haberlos encontrado en una plantación de azúcar que había sido abandonada por sus dueños.

“Alguien denunció al padre nuestro secreto de amor, y temiendo que él frustrara sus planes, consiguió una orden del Imán de Saná para arrojarme del país, incautándose de todos mis bienes que consistían en un hermoso plantel de caballos de pura raza del Nedjed, y de mi plantación de azafrán. Era yo el más rico poblador de Abu-Arish, y un día me encontré amarrado de pies y manos, maltrecho y herido, medio desnudo en la isla Farasan en el Mar Rojo. Unos piratas me habían encontrado sin sentido en la costa, y me llevaron a la isla que estaba desierta y sólo habitada por ellos. Les conté lo que me había pasado y se interesaron por averiguar qué había sido de mis bienes y de la mujer amada. Pasaron varios años, y por fin supe que mi mujer había sido estrangulada por su propio padre al saber que los niños recogidos eran sus hijos, y a éstos los había vendido como esclavos en el mercado de Alejandría. Mis bienes habían pasado a ser posesión del malvado que destrozó mi vida. Corrí a Alejandría lo más pronto que pude, en mi triste situación de remero de galera de los piratas, pero en el mercado ya no había sino los esclavos viejos que siempre quedaban como resaca. Los jóvenes habían sido todos comprados. Ya está contada la historia. Veamos Señor todopoderoso cómo te arreglas para devolverme mi esposa asesinada y mis hijos vendidos como esclavos. Has dicho que acaso puedes devolverme la felicidad.

Yhasua sonreía dulcemente y meditaba escuchando el relato del desconocido.

Su pensamiento sutil como un rayo de luz, recordaba en ese instante la historia de los dos jóvenes aquellos cuyo relato de sus desgracias tanto se asemejaba a éste que acababa de escuchar.

¿Era acaso una misma historia contada primero por los hijos y después por el padre?

— ¿Será tan complaciente conmigo la Bondad Divina? –se preguntaba sin hablar Yhasua–, ¿que me ponga en la mano la dicha de tres seres infortunados?, –casi no podía creerlo. Por fin saliendo de sus reflexiones, preguntó a su interlocutor–:

"¿Conociste a tus hijos?

—Desde luego, y la última vez que los vi tenían doce años. Les veía a hurtadillas lo mismo que a su madre, cada vez que la galera pirata se detenía en la isla. Cruzaba en un bote a la costa y haciendo de vendedor de café de Moka, les veía aunque sin descubrirles el secreto. Su madre me conservó amor, no obstante de verme en el miserable estado a que me había reducido la maldad de su padre.

— ¿Sabes el nombre de tus hijos? –volvió a preguntar Yhasua.

— ¿Cómo no he de saberlo? Yo quise llamarlos como a los gemelos que brillan en el cielo azul, Cástor y Pólux.

Yhasua pensó que sus dos protegidos tenían otros nombres diferentes.

Y cual si aquel hombre contestara a su pensamiento, añadió luego:

—Pero el maldito viejo a quien Abadón arranque los ojos, mandó que les llamaran con nombres vulgares y ordinarios: Abdulahi que quiere decir *encontrado*, y Dambiri, *hijo del mono*.

— ¡Dios Amor!... ¡Gracias! –exclamó Yhasua con una voz tan profunda que parecía salir del fondo de su corazón.

— ¿Y agradeces a Dios que a mis hijos les pusieran nombres despreciables? –preguntó con ira aquel hombre.

—No, amigo mío. Le doy gracias porque entre los veintinueve jóvenes que he traído de Arabia se encuentran tus dos hijos Cástor y Pólux.

— ¡No puede ser!... ¡No me engañes!... ¡No me mientas para ilusionarme como a un chiquitín!... ¡Mira que te arranco la vida!...

Y las dos manos nudosas y velludas de aquel infeliz adquirieron el aspecto de garras que quisieran clavarse en el cuello de Yhasua.

—Cálmate –le dijo con admirable serenidad–. Ven conmigo al otro lado de estas rocas y te convencerás de lo que te digo.

El hombre le siguió, y el esenio que esperaba fuera, entretenido en apartar espinas y guijarros del sendero que conducía a la población, les guió hasta la Granja de Andrés, por el camino exterior, pues que la secreta comunicación del Santuario no se dejaba ver sino a los íntimos.

La indumentaria del penitente consistía en un tosco sayal oscuro que le bajaba un tanto de las rodillas. A él, estaba unido en el cuello una especie de capuchón para protegerse del sol, del frío o de la lluvia, pues que estaba hecho de piel de cabrito.

Unas calzas de cuero de cabra le protegían los pies, hasta la mitad de la pierna.

Era el hábito con que los Esenios vestían a sus refugiados en las grutas.

Cuando llegaron a la Granja de Andrés, ya anochecía. La mesa estaba puesta bajo los árboles del huerto y los veintinueve jóvenes compañeros de viaje de Yhasua, con una alegría exuberante como una floración de primavera, ayudaban a Jacobo y Bartolomé a colocar antorchas, a improvisar asientos de tablones colocados sobre trozos de rocas, a descolgar del emparrado los últimos racimos de uva que la buena Bethsabé aseguraba habían estado esperando la llegada del niño de Myriam, igualmente que los ciruelos de Corinto esperaban con sus frutos de púrpura-violeta, y las higueras con sus grandes higos blancos tardíos. La buena anciana con la alegría de verse curada, echaba la casa por la ventana y se sentía generala en jefe de aquella porción de jóvenes obedientes a sus órdenes. El secadero de mimbres para quesos y frutas fue vaciado, lo mismo que los cantarillos de miel y de manteca. Al niño de Myriam le gustaban las castañas cocidas con miel, los bollos de harina de centeno y huevos de gansos, la torta de almendras y las aceitunas con el pan recién sacado del horno.

— ¡Jehová bendito!... –exclamaban las nueras de Bethsabé–. La abuela se ha salido de quicio, y si veinte personas más hubiera, para todos tendría tarea.

El amor cantaba en el alma de la anciana, que se ponía a tono con toda aquella juventud que la rodeaba.

Y comprenderá el lector que ante una alegría tan desbordante, el infeliz penitente desgarrado por su angustia y acicateado por un rayito nuevo de esperanza, se sintió como si despertara recién de una negra pesadilla. Yhasua lo comprendió, y deteniéndose con él y el esenio en la penumbra de los árboles del huerto a donde no llegaba el reflejo de las antorchas, le dijo:

—Entre todo ese alboroto y alegría, están los hijos que buscas. Toda esta dicha será tuya dentro de unos momentos si eres capaz de olvidar el pasado.

—Lo olvidaré, sí..., lo olvidaré –contestó el penitente, mientras su mirada devoraba todo el cuadro que aparecía a su vista–.

“¿Pero es verdad que están ellos aquí?...

— ¿Crees que yo sería capaz de engañarte?

“Ahora verás. –Y Yhasua dio tres pasos adelante–.

“¡Abdulahi!... ¡Dambiri!... –llamó en voz alta. Los dos jóvenes que estaban encaramados el uno en un ciruelo, y el otro en una higuera, saltaron al suelo con cestillas llenas y corrieron al llamado.

— ¡Oh!, Maestro... –le dijeron ambos–. No queríamos que llegases hasta que tuviéramos todo terminado de arreglar. ¡Qué alegría la de esta casa!

—Os traigo una noticia que tiene corazón, alma... carne y huesos.

— ¿Qué será?...

Ambos jóvenes se miraron con gran asombro. Yhasua se volvió hacia la obscuridad de los árboles e hizo una señal.

El esenio y el penitente se acercaron. Yhasua le tiró a la espalda el capuchón y apareció a la luz de las antorchas la noble fisonomía del penitente, envejecida por el sufrimiento y el abandono. Les devoraba con los ojos y temblaba nerviosamente.

— ¡Nunca me reconocerán!... –exclamó sordamente abrazándose a Yhasua.

— ¡Es vuestro padre! –dijo el Maestro–. Despertad los recuerdos de vuestra adolescencia.

— ¡Es Abu-Arish!... ¡El vendedor de café Moka! –exclamó espantado Abdulahi.

— ¡Cierto, cierto!... –dijo Dambiri–. Por eso me parecía un rostro conocido.

—Es vuestro padre –volvió a repetir el Maestro–. Nuestro Dios-Amor os reúne nuevamente.

La voz íntima de la sangre avivó los recuerdos, y ambos jóvenes se precipitaron sobre aquel hombre que lloraba a sollozos sobre el pecho de Yhasua.

— ¡Arvando!... –exclamaron ambos–. Nunca nos dijiste que eras nuestro padre.

—Debíais haberlo adivinado en mi cariño hacia vosotros y hacia vuestra madre.

— ¡Nuestra madre!... –dijo Abdulahi con inmensa amargura–. ¿Sabes el fin que tuvo?

—Sí, lo sé. Pero he prometido a este joven a quien llamáis Maestro, que olvidaré el pasado para merecer un presente de paz y de sosiego –contestó Arvando.

— ¡Otro comensal para la fiesta! –dijo Dambiri, loco de alegría.

—Dos más –dijo Yhasua–, porque este Hermano se quedará con nosotros.

Aludía al esenio, que mudo presenciaba esta escena y pensaba:

“Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra, a los hombres de buena voluntad”.

76
EN LA TIERRA NATIVA

Mientras todo este movimiento de juventud alborozada y dichosa, al contacto del alma del Cristo irradiando paz y esperanza, el tío Jaime hacía a ambos hermanos: Jacobo y Bartolomé y a su madre, un minucioso relato de cuanto había ocurrido en el Monte Hor, debido a lo cual Yhasua llevaba consigo los veintinueve jóvenes que le acompañaban. Ahora se les añadía el padre de dos de ellos. Y el buen tío Jaime decía:

— ¡Los pies de Yhasua podrán cansarse de las andanzas por esos caminos de Dios, pero no se cansa su corazón de amar a los que padecen!

Bethsabé que se sentía rejuvenecida y dispuesta según ella a vivir diez años más, se dedicó toda esa noche y parte de la mañana siguiente a preparar las ofrendas de su corazón para Myriam, a la que tan tiernamente amaba. Y para darle gusto, el tío Jaime le refería que después de la muerte de Yhosep, su hermana residía habitualmente entre la noble familia del príncipe Ithamar que le habían cobrado gran afecto. La desgracia del buen señor, dueño de varias aldeas, desde Hebrón a Bethsemes, no era desconocida para los habitantes de En-Gedí, ya que su desaparición hizo escasear el pan, el vino y el aceite, en todos los hogares humildes de la región del sur de Jerusalén.

La noticia de la estrecha vinculación de Yhasua y su madre, con la familia de Ithamar, fue pues para Bethsabé y sus hijos un anticipo del triunfo glorioso del Mesías Libertador de Israel. Era tradicional entre los israelitas de fe arraigada, y buenos observadores de la Ley, que las más antiguas y nobles familias de Jerusalén, que desde la reconstrucción de la ciudad y el templo, al regreso de Babilonia, escucharon la voz del Profeta Esdras para rehabilitar la patria ultrajada por el invasor, deberían ser las que colaborasen con el Mesías para salvar de nuevo al país.

Entre esas familias de vieja estirpe religiosa patricia, se contaban en primera línea las casas de Jesuá, de Josadec, de Sallun de Lohes, de Repahias, de Hur, lejano antecesor del príncipe Ithamar; de Hasbedona, Semanías y Mesullan, apellidos ennoblecidos por su cooperación con Zorobabel, hijo de Salatiel, en la reconstrucción de Jerusalén y de su templo.

Saber pues que Yhasua y su madre residían en Jerusalén, en el antiguo palacio de una de estas familias consagradas por la tradición, era como decir, que el futuro Libertador de Israel estaba ya en camino de su gloriosa misión.

Bethsabé que era hierosolimitana de origen, se sabía todo esto como las Tablas de la Ley, y sentada junto al tío Jaime, no perdía ni una palabra de cuanto él relataba referente a Yhasua y sus hechos, en la ciudad de los Reyes y fuera de ella.

Estos relatos tan íntimos como interesantes fueron interrumpidos por Yhasua que decía:

—Los operarios cumplieron ya con su labor, y los dueños de casa no aparecen en el festín.

— ¡Allá vamos..., rayo de sol! –decía la anciana levantándose la primera para dirigirse hacia el huerto en que estaba puesta la mesa.

— ¡Maestro!... –díjole al oído Abdulahi–, ¿ahora no te sientas en medio de nosotros dos?

—Ahora no, porque ya sois felices, y es vuestro padre quien debe ocupar ese puesto.

Y fue a sentarse entre los dos hermanos, Jacobo y Bartolomé.

El joven árabe se quedó mirándole mientras pensaba: "El dolor tiene todos los privilegios para este Maestro extraordinario". "¿Se desentenderá de nosotros desde que nos juzga dichosos?"

— ¡Abdulahi!... –le llamó el Maestro–. Los ojos de tu padre están clavados en ti. Creo que es hora que hagas con él lo que yo hice contigo.

— ¡Sí, Maestro!..., estaba distraído.

Un momento después y alrededor de aquella humilde mesa, cantaba el amor y la alegría en todos los tonos. Las nueras de Bethsabé con sus hijos e hijas jovencitas ya, servían a los comensales los cuales habituados al uso de las escuelas donde todos se sentaban a la mesa, obligaron a la modesta familia a hacer lo mismo y fueron haciendo lugar a las doncellas y a sus hermanos, a ubicarse entre ellos como si fueran una sola familia.

— ¡Abuela Bethsabé!... –decía el tío Jaime–, se han multiplicado tus hijos como la simiente de Abraham al impulso de la promesa de Jehová.

— ¡Qué cuadro éste! –decía la anciana mirando a Yhasua a su frente, y a sus hijos y nietos entremezclados con todos aquellos jóvenes árabes que veía por primera vez–. Quizás mis ojos no lo verán otra vez.

—Pero, ¿en qué quedamos abuela?... –dijo Yhasua–. Acabas de decir que te sientes con fuerzas para vivir diez años más, y ahora decae tu ánimo y hablas de no ver más este cuadro de dicha familiar.

— ¡Sí, sí, mi niño, lo veré muchas veces aún, muchas veces! –Y la buena viejecita entre riendo y llorando, empujaba hacia Yhasua, la más hermosa torta de almendras que sus nueras acababan de poner sobre la mesa.

A la mañana siguiente, los viajeros hicieron la penúltima jornada hasta

Arquelais, donde dejaron los asnos del Monte Hor al criado del príncipe Melchor, y se incorporaron a la caravana que pasaba para Jerusalén.

Al atardecer del siguiente día, entraban en la ciudad por dos puertas diferentes para no llamar demasiado la atención: por la Puerta de Sión entró el tío Jaime con la mitad de los compañeros de viaje, y por la Puerta de Jaffa entró Yhasua guiando a la otra mitad. Nadie se extrañó del hecho, puesto que en la gran plaza de la ciudad estaba parada la caravana del sur, descargando mercancías que iban devorando las tiendas de los mercaderes que aún estaban abiertas en el Mercado.

Los viajeros fueron conducidos todos al inmenso almacén de Simónides, cuyo subsuelo como recordará el lector era el amplio recinto de reuniones de la Santa Alianza. Allí les esperaba Simónides, con Judá, Faqui y el Scheiff Ilderín. La inmensa fortaleza, que fuera del rey Jebuz, fundador de la Gerar prehistórica; sería la habitación de aquella juventud arabeña, hasta que se les fuera colocando en sus respectivos sitios.

— ¡Qué bizarros lanceros para el ejército del Rey de Israel!... –decía Simónides al oído del Scheiff Ilderín, mientras Judá y Faqui iniciaban conversación con todos ellos para infundirles confianza y conquistar su simpatía.

Una hora después, Yhasua abrazaba a su madre, que rodeada por la familia del príncipe Judá, le daba sus tiernas quejas por su larga ausencia.

De nuevo se encontraba con la inalterable dulzura de Noemí, cuyos blancos cabellos la hacían parecer una anciana, cuando sólo contaba cincuenta y un años; con Nebai, la esposa de Judá, que era quien había tomado el gobierno de la casa, porque Noemí y su hija Thirsa, debilitadas en sus fuerzas físicas por los largos sufrimientos del calabozo tenían una salud muy precaria que exigía cuidados continuos.

Amra la vieja esclava, había rejuvenecido con la felicidad de sus amos, igualmente que Eliacín y Shipro, con el fraternal compañerismo de los flamantes mayordomos que recordará el lector: Isaías y Othoniel.

La buena Sabad madre de Nebai, era como la sombra fiel de su hija, a la cual adiestraba hábilmente para ser una perfecta ama de casa, ya que su destino la había colocado al frente de un suntuoso hogar con numerosa servidumbre, no tan fácil de manejar como la pequeña cabaña de piedra del Monte Tabor.

Cuando dos semanas después vio Yhasua que todos sus compañeros de viaje estaban debidamente iniciados en los nuevos caminos a seguir bajo el amparo y protección de hombres honorables, se consagró por entero a ordenar toda la abundante documentación histórica, religiosa y científica que había recogido en sus diversos viajes.

Ayudado por los cuatro Doctores de Israel, en particular José de Arimathea y Nicodemus, fueron llenando los vacíos o lagunas encontradas entre unas y otras épocas, y sobre todo, espigando en las escrituras de Moisés encontradas por Filón en una cripta del Laberinto del lago Merik, pudieron hacer una gran obra de reconstrucción histórica y filosófica de las antiguas civilizaciones Egipcia, Sumeriana y Caldea, que casi se habían perdido por la acción del tiempo y la inconsciencia humana. –El hallazgo de Filón consiste en unos tubos después que aparecieron en la momia de uno de aquellos sacerdotes de Menfis, que la princesa Thimetis, madre de Moisés, le envió para consolarle en su destierro de Madián. Eran varios papiros escritos en jeroglíficos egipcios y en lengua Caldea y su epígrafe era: "Comentario secreto de Moisés sobre su visión de Horeb" y agregaba: "De acuerdo los tres, hemos juzgado que debía permanecer desconocido, por la absoluta incapacidad humana para comprenderlo"–.

Por eso pudo decir Yhasua, años después cuando inició su llamada vida pública: "No he venido a derogar la Ley sino a cumplirla".

En aquellos tres años, o sea desde los veinticinco hasta los veintiocho de su vida, adquirió el pleno convencimiento de que no sería creador de una doctrina nueva, sino renovador de la antigua Ciencia de Dios, de los mundos, de las almas y de la vida, que desde remotas edades habían dado a la humanidad desde Lemuria hasta Atlántida, y de éstas, a los tres Continentes conocidos entonces, las varias Fraternidades de Flámenes, Profetas Blancos, Dakthylos y Kobdas de la prehistoria.

Se recluyó también en estos trabajos, para aquietar al alto sacerdocio del templo de Jerusalén, que debido a insistentes rumores sobre las obras maravillosas que realizaba un joven profeta nazareno que pudiera ser el Mesías esperado, se puso en observación, mediante agentes esparcidos por todo el país, en connivencia con Herodes Antipas, el reyezuelo muñeco, que zarandeaban de un lado para otro el César de Roma, el clero de Jerusalén, y los cortesanos y favoritos, de que para su mal se hallaba rodeado.

—En el mundo exterior trabajamos nosotros, tus verdaderos amigos, mi Señor –decíale el viejo Simónides–. Yo sigo siendo el activo comerciante, que tiene negocios en todos los mercados desde Alejandría a Roma, desde Roma a Antioquía, desde el Mar Rojo al Golfo Pérsico y la India.

"Judá y Faqui son dos buenos muchachos que gozan de buena vida en Jerusalén, Antioquía, Atenas o Siracusa; el Scheiff Ilderín es el más querido de los caudillos de la Arabia independiente, desde el Éufrates al Mar Rojo.

"¡Todo esto, mi amado Señor, somos para los profanos; pero para ti y

tus amigos, somos los primeros obreros de tu viña, cuyo rojo licor de gloria y de triunfo inundará pronto toda la tierra habitada por hombres!

Yhasua sonreía bondadosamente al buen anciano pleno de ilusiones y le contestaba:

—Bien, Simónides, amigo mío; mientras vosotros trabajáis por el reino, yo me preparo para gozarlo dentro de breves años...

El Cristo iluminado de interna claridad, aludía a su entrada al elevado plano espiritual, que había dejado para encarnar en este planeta; y el buen Simónides, que soñaba con el reinado material del Mesías sobre todos los pueblos de la tierra, ensanchaba más y más las filas de la Santa Alianza; y la fabulosa fortuna de la casa de Ithamar que administraba, se vaciaba como por un acueducto, sobre toda la miseria y la pobreza de la Palestina y Siria devastadas por la dominación romana.

El año veintinueve de su vida, lo pasó la mayor parte en su amada Galilea, entre los familiares y amigos de su niñez y adolescencia. Volvió a ver el Monte Tabor y el Carmelo, el lago Tiberíades con sus viejas familias de pescadores. La suntuosa ciudad de Tiberias como una ánfora de mármol y de plata, la populosa Cesarea con sus poderosos trirremes a la costa, y sus calles de lujosas columnatas, y sus circos resplandecientes de oro y de cortinados de púrpura, que batía el viento recio del mar. Su madre y el tío Jaime le acompañaron en este viaje, y al entrar de nuevo en la vieja casa solariega, habitada por parientes cercanos desde la muerte de su padre, a Yhasua le pareció que la sombra de Yhosep y de su hermano Yhosuelín flotaban bajo los árboles del huerto, donde él reconstruía con el pensamiento las más bellas escenas de su infancia ya lejana.

En una concentración espiritual profunda que tuvo en el Santuario del Tabor, uno de los Ancianos en estado hipnótico le transmitió la palabra de Aelohin, uno de sus guías.

—"Ya es la hora". El mundo te espera. ¡La voz de Yohanán como un huracán de fuego abrasa el desierto de Judea anunciando la hora de la penitencia, de la justicia, de la postrera purificación!

"¡Tú eres la luz que debe alumbrar sus caminos sombríos, helados..., fangosos!

"Amante divino de la humanidad de este planeta: ella te espera, no vestida de fiesta sino de inmundos harapos...

"¡Está leprosa, está ciega..., está inválida! ¡La hora es llegada, anda!... ¡Cúrala, sálvala!... ¡Es tuya por los siglos de los siglos!"

Cuando volvió a medio día a la casa de Nazareth, su madre le entregó una epístola de su primo Yohanán que había dejado la caravana al pasar. Decía así:

"Al despedirme por última vez del Gran Santuario de Moab, he pensado en ti, Ungido del Altísimo, y te dirijo estas breves líneas. He bajado

de las montañas como un águila hambrienta de inmensidad a la orilla oriental del Jordán, hacia cuyas aguas llamaré a nuestros hermanos para purificarse en sus doradas ondas y que se vistan túnicas nuevas para esperar tu llegada.

"¡Yhasua, hermano mío, la humanidad nos llama! ¡La inmolación nos espera!... La gloria de los mártires teje ya nuestra corona.

"Unido a ti en la justicia, en la verdad y en el sacrificio. Yohanán de Hebrón".

La fina intuición de su madre, leyó en su noble fisonomía la dolorosa lucha que lo agitaba.

— ¿Trajo mala noticia esa carta? –le preguntó, cuando Yhasua se sentó a la mesa entre ella y el tío Jaime.

—No, madre, muy buenas. Es del primo Yohanán. Me anuncia que ha comenzado su misión de apóstol en las márgenes del Jordán.

— ¿Y quién le ha encomendado a él esa misión? –volvió a preguntar Myriam.

— ¿Quién ha de ser? Nuestro Padre Celestial –contestó Yhasua–. Pronto comenzaré también la mía.

— ¡Hijo!... Desde la niñez estás en misión. ¿Cuándo, dime, has dejado de ocuparte de piadosas obras para tus semejantes?

"Yo creía que ahora te consagrarías a tu madre que ya empiezan a blanquear sus cabellos.

—Desde la muerte de mi padre, estuve consagrado a ti, madre mía. ¿No es verdad, tío Jaime, que su vida está resguardada de toda eventualidad?

—Así es, Yhasua, pero el corazón de una madre como la tuya, no sólo aspira al pan abundante sobre la mesa. Y cuando hablas de comenzar tu misión, interpreta que vas a lanzarte por esos mundos de Dios, exponiéndote a todos los peligros en que perecieron de manera trágica tantos hermanos nuestros que salieron también en cumplimiento de una misión.

— ¡Madre!... Tú eras como un lirio en un invernáculo entre las viudas y las doncellas del Templo de Jerusalén. ¿Por qué dejaste el apacible retiro donde no tenías más preocupación que cantar los salmos y tejer el lino?

—Porque los ancianos sacerdotes y las viudas que me protegieron a la muerte de mis padres, dijeron que eso marcaba para mí, la voluntad del Señor. Y seguí los pasos de tu padre hacia aquí, como se sigue a un ángel guardián que nos precede en el camino.

— ¡Muy bien, madre mía! Tú cumpliste con tu deber para con Dios, Señor y Dueño de nuestras vidas. Yo debo cumplir también el mío sometiéndome a su Voluntad Soberana.

"Canta un himno de amor a Dios, madre mía; como cantó Ana, madre

de Samuel, cuando le consagró al divino servicio, y le dejó en el santuario de Silo a los doce años de edad. ¿Serás tú menos generosa que ella, para entregarle tu hijo a los veintinueve años de su vida, pasada en gran parte a tu lado?

— ¡Tienes razón, hijo mío! Hablas como un verdadero Ungido del Señor. ¡Perdóname!

"Mi temor es grande por los tiempos que corren, malos para los profetas que enseñan la verdad de Dios. Israel no es libre, sino esclavizado, y sus amos son paganos que no adoran a nuestro Dios ni cumplen sus leyes. ¿Quién te defenderá, hijo mío, de la iniquidad de los hombres sin Dios y sin Ley?

—Nadie tocará un cabello de mi cabeza sin el permiso de nuestro Padre Celestial, tenlo por seguro, madre mía, y no temas por mí.

"Lo que Dios quiere que sea, eso será, y Él jamás quiere sino el bien y la felicidad eterna para todos sus hijos. Si el Eterno Amor te eligió para ser mi madre, estaba cierto de que tú tendrías con Él y conmigo un mismo pensar y sentir.

— ¡Que se cumpla en ti la voluntad del Señor! –dijo la dulce madre con los ojos llenos de lágrimas.

—No esperaba menos de ti mi corazón, madre mía. Además, no estarás sola. Vive aquí tu prima Martha con sus hijos e hijas que tanto te quieren, por si deseas permanecer en Galilea. Y si prefieres la vida de Jerusalén, tienes allí la casa de Lía, y la de Noemí, donde siempre reclaman tu presencia. Luego el tío Jaime será como tu sombra.

—Y tú, Yhasua, ¿adónde irás?

—Aquí, allí, a todas partes, madre, donde haya dolor e ignorancia, allí estaré.

"Si soy Hijo de Dios, debo hacer conocer a los hombres, la bondad, la justicia y la gloria de mi Padre. Y cuando menos lo pienses, estaré aquí a tu lado para comer de tu pan, que de seguro, ninguno me parecerá mejor.

En estas conversaciones terminó la comida, y Yhasua pensativo se internó solo por los senderos del huerto. Las plantaciones nuevas habían crecido enormemente, y sólo se distinguían los viejos árboles de su niñez por los troncos nudosos y las raíces retorcidas y duras que salían a flor de tierra.

Escuchemos, lector amigo, el monólogo de su pensamiento para que comprendamos a fondo la doble personalidad de Yhasua. Como espíritu pertenecía a la superior jerarquía que en los mundos purificados se denomina *"Amadores"*.

Del *Séptimo cielo de los Amadores*, había venido a la tierra para lavarla en las aguas purísimas de su amor inefable. Y su excelso espíritu

había tomado la pesada envoltura física del hombre terrestre. Era pues el Pensamiento Divino hecho carne. Era el Amor Eterno en un corazón humano. Era el Verbo de Dios aprisionado en la personalidad física de Yhasua, que sólo contaba veintinueve años de edad.

— ¡Mi espíritu busca la inmensidad, para expandirse como una llama que quiere devorarlo todo, consumirlo todo!... Y siento estremecerse mi corazón de hombre, ante los ojos suplicantes de la mujer, en cuyo seno se formó esta materia que me aprisiona.

"Soy un espíritu de Dios, una lámpara encendida por su infinita piedad para iluminar a todos los hombres.

"No tengo pues patria. ¡Soy de todos y para todos! Y mi corazón está acongojado porque abandono a Nazareth..., al viejo hogar que me recibió en esta tierra..., a la dulce mujer a quien llamo madre..., a mis hermanos, parientes y amigos, todo cuanto ha sido para mí como un nido tibio de plumas y seda!...

"El más tierno amor ha sido hasta hoy, el ambiente habitual de mi vida como espíritu, y de mi vida como hombre...

"¡El amor floreció para mí en todos los caminos, en todos los climas, en ciudades y aldeas, en las más hermosas montañas y en los más áridos desiertos!

"¡Los seres amados desfilan ante mi recuerdo, como suaves visiones de paz, de ternura, de alegría pura y santa!...

"¡Y como el labrador que limpia su tierra para la siembra, arranca sin piedad, árboles y arbustos, así yo..., de un arrancón formidable, haré desaparecer de mi vida todo cuanto pueda serle atadura para la santa libertad del Cristo, Salvador de todos los hombres!

"¡Patria!..., palabra hermosa, pero sin sentido para el espíritu conocedor de su lejano pasado. ¡Tuve tantas patrias; en Lemuria, en Atlántida, ya dormidas bajo las aguas de los mares; en el Éufrates, en la India, en Egipto!... ¿Y he de apegar mi corazón a Nazareth, a Galilea, a la Palestina, porque he pasado en ella veintinueve años de vida..., como si dijera, breves instantes, en una larga cadena de siglos?

"¡La familia!..., tierna y dulce palabra, que recuerda poemas de inefable ternura. Mas, mi espíritu eterno, tuvo tantas familias en los planetas que le dieron morada, desde su remoto origen hasta hoy, que dentro de la Ley de Alianzas Universales, puedo decir que mi familia es numerosa como las arenas del mar, y que dentro de la humanidad terrestre por la que debo sacrificarme, están todas las familias que me dieron su ternura y su amor en mis múltiples existencias planetarias.

"¡Si el hombre terrestre pensara así, razonara así, conforme es la Eterna Verdad de Dios, execraría las guerras, destruiría las fronteras, echaría abajo las murallas fortificadas, abriría todas las puertas, todos

los caminos..., y abriría también de par en par su corazón y sus brazos, para estrechar a todos los hombres de la tierra!

"¡Qué crimen de lesa Majestad Divina es el separatismo de razas, de pueblos, de países! ¡Qué incomprensible atropello contra la Ley inmutable y Eterna de la solidaridad universal!

"¡Todo en el Universo nos habla de ella a gritos y en todos los tonos..., y en todas las formas y medidas, desde el connubio de las algas, donde enredan sus corales y sus perlas los moluscos en el fondo del mar, hasta los soles radiantes que se desmembran en fragmentos de fuego, para dar vida a nuevos mundos que pregonen la grandeza de Dios en la infinita inmensidad!...

"¡No quiero padecer porque dejo Nazareth, donde pasé mi infancia, ni Galilea donde quedan los familiares y amigos de la adolescencia, ni Jerusalén con su ciencia y su dorado templo y con los espíritus avanzados que me comprenden y me aman!...

"¡Todo el mundo será para mí la tierra nativa!... ¡Todos los hombres serán mis hermanos!... ¡Encontraré calor en todas las manos que estrechen la mía, y luz de amor en todos los ojos en que se posen los míos!...

"Sólo así mereceré el nombre de Ungido del Altísimo, Salvador de la humanidad... ¡Verbo de Dios, venido a esta tierra para enseñar a los hombres la Ley Suprema del Amor Universal!..."

La voz del tío Jaime que le llamaba, cortó el hilo de los pensamientos vibrantes de Yhasua, aún cuando sus labios habían permanecido cerrados, mientras caminaba a pasos lentos por los escondidos senderillos del huerto.

—Aquí, tío Jaime, aquí –le contestó él.

Unos momentos después departían ambos sentados en un rústico banco ya muy cercano a la casa. Escuchamos su conversación:

—Sé razonable, hijo mío –decía el buen tío–. El corazón de tu madre sufre verte partir solo. No quiere ella ser obstáculo al cumplimiento de tu misión como apóstol de la Verdad Divina, pero ella quiere que vaya yo contigo, para que cuide de ti que sólo te ocuparás de los demás. Ya me conoces, Yhasua, y sabes muy bien que nunca he coartado tu libertad, ni inmiscuido en tus asuntos elevados de Maestro. El Mesías, el Verbo de Dios, irá solo ante el mundo que debe instruir y salvar. Yo seré tan sólo el guardián de la persona humana de Yhasua. ¿No estás de acuerdo? Complace a tu madre, hijo mío, que no tiene consuelo ante tu resolución.

"No dejarás de ser Mesías, Verbo de Dios y Salvador del mundo por secar el llanto de tu madre y aquietar las torturas de su corazón. ¿No eres acaso el enviado del Dios Amor, del Dios-Piedad y Misericordia?...

Yhasua guardaba silencio, rememorando el monólogo que acababa de tener consigo mismo.

Pensó en las madres de sus últimas vidas como Mesías, en Walkiria, madre de Antulio; en Evana, madre de Abel; en Devanaguy madre de Krishna; en Thimetis de Moisés; en Maya-Devi de Buda...

— ¡Pobres mártires! –exclamó desde el fondo de su corazón, recordando todas las angustias que ellas padecieron asociadas tan íntimamente a su vida eterna.

— ¿Quiénes son mártires?... –preguntó el tío Jaime, que no comprendía la exclamación de Yhasua.

—Las madres, tío Jaime..., ¡las madres de los misioneros de Dios que padecen en su corazón cuando ellos padecen! Estoy de acuerdo en que me acompañes en esta primera salida al mundo como apóstol del Señor.

"Vamos, que quiero yo mismo decírselo a mi madre.

Myriam se había retirado a su alcoba..., la vieja alcoba donde oró por vez primera al llegar a la casa de Yhosep, jovencita de dieciséis años, donde pasó sus horas de reposo tranquilo, y de duras zozobras cuando su niño divino excitaba la persecución de Herodes.

Aún estaba allí la cunita de madera de cerezo, que Yhosep había hecho con tanto esmero para el pequeñín. Y la pobre madre arrodillada ante esa cuna, reliquia de su pasado, había desprendido la barandilla delantera, y con la frente hundida en la pequeña almohadita donde él durmió sus sueños de niño, sollozaba desconsoladamente...

Yhasua, vio desde la puerta este cuadro en la suave penumbra de la tarde otoñal, y en tres pasos ligeros estuvo, también, arrodillado a su lado.

Sentía destrozarse su corazón en una lucha tremenda. Pero en presencia de su madre debía aparecer sereno.

— ¡Madre mía!... –le dijo acariciándola tiernamente–. No acobardes el corazón de tu hijo, aún antes de haber comenzado a cumplir el encargo del Padre Celestial.

"¡Él me manda abarcar al mundo, y tus lágrimas me retienen!... ¡Él me manda amar a todos los hombres, y tú me quieres para ti sola!... ¡Madre!... ¡No puedo!... ¡No quiero verte llorar!

Ella levantó la cabeza secando sus lágrimas con el borde de su tocado blanco que la cubría.

— ¡Perdóname, Yhasua, hijo mío, este momento de debilidad! ¿Qué madre no lo tiene cuando va a perder a su hijo?

—No me pierdes madre, sino que me engendras de nuevo para la gloria de Dios –le contestó Yhasua levantándola y llevándola suavemente hasta el viejo diván, en que ella misma había reposado desde su llegada a la casa de Yhosep. Allí se sentaron ambos.

El joven Maestro, con la sugestiva elocuencia de su palabra llena de armonías, fue desenvolviendo ante el alma de su madre las internas visiones de su espíritu sobre la solidaridad universal, sobre la hermandad

de las almas mucho más fuerte y duradera que los vínculos de la sangre; sobre el amor de Dios, del cual emanaban como ríos de un mar inagotable, todos los amores de la tierra.

—*"¡Honra a tu padre y a tu madre"*, me dice la Divina Ley –continuó Yhasua–, y yo te llevo madre en mi corazón como en un altar florido, donde después de Dios, estás tú, para recoger las menudas florecitas de mis ternuras íntimas!... Si tú vives dentro de mí por el amor, y yo vivo en ti por el amor, ambos somos uno sólo en el infinito seno de Dios, que nos exhaló de Sí mismo como un solo suspiro, que los vientos de la vida eterna van llevando de uno a otro rincón de esta tierra, o de otros mundos habitables, hasta que juntos hayamos corrido tanto, que el Padre Celestial nos llame de nuevo a sus moradas de luz, de amor y de dicha, donde oiremos su voz eterna que nos dice a entrambos:

"Venid a descansar en Mí de las fatigas de peregrinos eternos. Porque habéis amado mucho os digo: ¡Yo soy vuestro descanso! Porque habéis amado mucho, Yo mismo soy el don que compensa vuestras fatigas y dolores".

"¿Podemos aspirar a algo más grande y excelso que ser uno con el gran Todo Universal, que crea y mueve los mundos, y que en instantes de supremo e incomprensible amor, se une tanto a nosotros mismos hasta hacernos sentir su voz en nuestro corazón, que nos dice: *"Yo soy tuyo, y tú eres mío por toda la eternidad?"*

"¿Comprendes madre mía, el divino arrebato de amor que arrastra mi alma hacia todos los seres de Dios, como si fuera yo una burbuja de luz escapada de su seno infinito, para encender luz viva en todas las almas nacidas de Él?"

La dulce madre había recostado su cabeza tocada de blanco, sobre el hombro de su hijo y le escuchaba en silencio, con un embeleso de éxtasis que había secado su llanto y aquietado su corazón.

—Sí, hijo mío..., lo comprendo todo, y te prometo no obstaculizar jamás tu glorioso camino de apóstol, salvador de los hombres. Sólo te pido que me permitas seguirte de lejos con mi pensamiento convertido en oración, y que el tío Jaime cuide de tu persona en los largos viajes que vas a emprender. Él no estorbará tu apostolado. Concédeme esto, hijo mío, y así mi corazón descansará en la voluntad del Señor.

—Concedido, madre..., concedido a cambio de no verte llorar nunca más.

— ¡Nunca más! –repitió ella recibiendo sobre su frente el beso puro y santo del Hijo de Dios.

77
CAMINO A TIBERIAS

Algún tiempo antes de esta resolución definitiva, Yhasua sostuvo activa correspondencia con sus amigos de Jerusalén, para que se encargasen por completo de la Santa Alianza, prescindiendo de él.

Hacíales comprender que este apostolado era como un estudio de los hombres en general, poniéndose al contacto íntimo con ellos, y el que duraría poco tiempo.

Su primer viaje sería a Damasco, pasando antes por el Santuario del Monte Hermón. La promesa de frecuentes noticias, acabó por dejarlos a todos perfectamente tranquilos.

El Hack-ben Faqui aprovechó ese final de otoño para llevar a Thirsa al África del Norte, entre las gentes de su raza. Su padre Buya-Ben y la reina Selene esperaban el cumplimiento de su promesa. Les acompañó su madre Noemí, que desde la muerte trágica de su esposo no había salido al extranjero.

El príncipe Judá y Nebai se embarcaron en Gaza con destino a la costa occidental de Italia, al Lacio, donde entre los jardines de la ciudad de Anzio tenía un hermoso palacete sobre la costa del mar, herencia de su padre adoptivo Quintus Arrius.

Nebai tenía entusiasmo por conocer aquellos países de ultramar, de que tanto le hablara su padre, el escultor Arvoth, y Menandro, el sacerdote de Homero, de aquella deliciosa Ribla de las orillas del río Orontes.

El Scheiff Ilderín, aliado del Rey Hareth de Petra y del príncipe Hartat de Damasco, se encontraba desde un tiempo atrás mezclado en la lucha sostenida en esa parte de Arabia, para contener a las legiones romanas que pugnaban por extenderse hacia el Este.

El anciano Simónides, abarcó de un vistazo el escenario que se presentaría ante su soberano Rey de Israel, según él decía, en esta salida como apóstol, por los pueblos de Palestina y Siria. Había quedado con su hija Sabad, dueño y señor del palacio de Ithamar en Jerusalén, con el joven mayordomo Othoniel de Tolemaida, y con los antiguos criados de la casa.

Nada escapaba a su mirada de lince, y pensó en las graves dificultades en que podía verse el joven Maestro en las situaciones anormales en que se encontraba el país.

Despachó correos urgentes al príncipe Hartat, Etnarca de Damasco; al Scheiff Ilderín, habitualmente residente en su castillo de Bosra, al pie del Monte Basán, pero que sus huestes corrían desde Filadelfia al

Haurán; a sus agentes de confianza en Tiro, Sidón y Antioquía, para que vigilasen sin molestarle, el paso silencioso de aquel misionero humilde que siendo el Soberano Rey de Israel, según Simónides, se empeñaba en viajar de incógnito para observar sin ser observado, y ponerse así en condiciones de hacer la felicidad de su pueblo, que conocía como la palma de sus manos.

Tales eran los pensamientos del previsor Anciano que administraba la fortuna más colosal existente en aquel tiempo y en aquella región de la tierra.

Él, que inválido, amarrado a un sillón, había negociado hábilmente con príncipes y caudillos de oriente y occidente, cuando estaba tocando la realización de los sueños de toda su vida, ¿podía permitir que el joven Mesías Salvador del oriente oprimido, se expusiera a sufrir las consecuencias de su inexperiencia en lejanos países?

"Es verdad –añadía a sus reflexiones–, que el Señor nos mandará sus ángeles que le guarden, pero me figuro que los ángeles no conocerán todas las infamias de que son capaces los hombres para desbaratar los propósitos del Justo. ¡Ah, Simónides!..., bueno es que a la guardia de los ángeles, unas la vigilancia de unos ojos bien despiertos y de unos cuantos brazos de hierro y pecho leales, porque jamás te perdonarías a ti mismo, si a tu Rey le aconteciera un contratiempo".

De aquellos jóvenes árabes traídos por Yhasua desde el Monte Hor, Simónides se había quedado con diez de ellos, y los asoció a sus inmensas actividades comerciales en forma –decía él–, que si Dios me saca de esta vida, no le falten servidores eficientes al Soberano Rey de Israel. ¿Qué mejores mensajeros para el príncipe Hartat de Damasco y para el Scheiff Ilderín, ambos jefes y caudillos de la Arabia, vecina inmediata de Siria?

Con caballos árabes del Nedjed, que corrían como el viento y con ricos dones, consistentes en cinturones de red de oro con esmeraldas de Persia, salieron de Jerusalén dos fornidos mozos de veinticuatro años, de los que el príncipe Melchor había libertado de caer en las garras del águila romana como prisioneros de guerra.

El uno tomó el camino del Este por Filadelfia hasta Bosra. El otro tomó el camino del Norte por Sevthópolis y Cesarea de Filipo, hasta Damasco.

En esta última ciudad debían unirse ambos y hospedarse en una posada existente en la gran avenida de las columnatas de Tarik-el-Adwa, para cuyo dueño, muy conocido de Simónides, llevaban cartas de recomendación y letras de pago para todo cuanto ellos necesitaban.

—Vosotros seréis los ángeles guardianes de nuestro futuro Rey –les había dicho Simónides, al despedirles en la puerta de las caballerizas del palacio, en la penumbra del primer albor del día, cuando la vieja

ciudad de David aún no se había despertado a la actividad diaria–. Pero así como los ángeles del Señor son invisibles, vosotros lo debéis ser también para aquel a quien guardáis –habíales dicho el sagaz anciano–. Vuestra misión se reduce a impedir que cualquier malvado encubierto o descubierto, se permita hacerle el menor daño.

Con parecidas instrucciones salieron el mismo día y a la misma hora, los otros correos para Tiro, Sidón y Antioquía.

—Si cumplís vuestra misión como deseo –añadió el buen anciano–, tened la seguridad de que habéis hecho vuestra fortuna, pues que mi amo, el príncipe Judá, os dotará espléndidamente para cuando queráis formar vuestro nido. Recordad que sois los hijos adoptivos del príncipe Melchor, y que a él honráis con vuestro buen cumplimiento.

Estimulados grandemente por la confianza depositada en ellos, y por tan halagüeñas promesas, los cinco correos de Simónides se despidieron unos de otros en la plaza de las caravanas, donde arrancaban los caminos que debían seguir.

Provistos de los pases correspondientes, que el oro de Simónides conseguía con inaudita facilidad de las autoridades romanas, y bien armados y equipados, todo quedaba librado a su buen ingenio y a la protección de Dios.

Si la dulce y tierna Myriam hubiera conocido estos detalles efectuados aún antes de que su hijo dejase la casa de Nazareth, habría pensado que la Providencia del Padre Celestial tenía un agente en la tierra, y éste era Simónides preocupado en cuidar la vida de Yhasua.

Aún las últimas sombras de la noche envolvían la tranquila ciudad de Nazareth, cuando Yhasua y el tío Jaime emprendieron el viaje hacia el norte por el camino de las caravanas.

El camino de Nazareth a Tiberias era hermosísimo por sus espléndidos panoramas de montañas cubiertas de frondosos árboles, a cuya sombra pacían majadas de ovejas tan mansas, que no huían de los viajeros.

Costeando el lago Tiberíades, llegaron a los muros de la magnífica ciudad cuando caía la tarde. Vivía allí un esenio del grado segundo, cuyo nombre era Hanani y era hermano de Lidda, esposa de Simón de Galilea (el que más tarde fue Pedro el apóstol).

Era Hanani el encargado allí por la Santa Alianza, de repartir los socorros a los necesitados. Su casa fue la elegida por nuestros viajeros para pasar la noche.

Este buen matrimonio conocía a Yhasua desde adolescente, cuando estuvo varios años en el Santuario del Monte Tabor, del cual eran porteros los ancianos padres de Simón, según recordará el lector. La llegada del hijo de Myriam y de Yhosep, fue pues para aquellas buenas gentes, algo así, como si un retazo de cielo hubiera bajado a su casa.

Aún cuando esta honrada familia ignoraba, que en la personalidad de Yhasua estaba encarnado el Verbo Divino, el Mesías que Israel esperaba, habían oído desde años atrás que grandes designios divinos marcaban sus pasos sobre la tierra.

Con el matrimonio vivían sus dos hijas, Raquel y Fatmé y la madre de Hanani, Salma. Trabajaban en tapicería de muebles finos ocupando el tiempo restante de sus tareas, en buscar los necesitados para socorrerlos con los dones de la Santa Alianza.

Había en la casa, la inmensa pena de ver a Fatmé la mayor de las dos hijas, que se agotaba día por día, que su pecho se hundía y una espantosa tos le quitaba todas sus fuerzas.

El joven Maestro, fijó en ella sus ojos y comprendió de inmediato su enfermedad moral y física. Estaba en verdad herida de muerte, y ella lo sabía. Quería morir y la muerte se le acercaba apresuradamente.

La muchacha no quería sentarse esa noche a la mesa, para que su presencia lastimera de enferma, no entristeciera a los huéspedes.

—Fatmé –le dijo de pronto Yhasua–, tú te sentarás a mi lado porque quiero que seamos dos buenos amigos.

— ¡Estoy enferma, Señor!...

—Nada de Señor..., yo soy Yhasua. ¡Ven, Fatmé!–. Y el joven Maestro le hizo lugar a su lado.

—Anda, hija, anda –le dijo Sulama, su madre.

—Tú comerás conmigo de esta fuente y de esta cestilla, y comerás todo cuanto yo coma: beberás vino de mi vaso, y este hermoso pan dorado es para los dos.

La familia miraba esta escena, como una de las manifestaciones de delicada piedad, que se comentaban como muy usuales en el joven profeta.

Observaron que Fatmé comió admirablemente y que no tuvo ni un solo acceso de tos.

—Ahora daremos un paseo por la orilla del lago, y quien quiera acompañarnos que nos siga–. Las primeras sombras de la noche aparecían como salpicadas con las primeras estrellas, y una plateada media luna en creciente, vertía su dulce luz como una caricia.

Fue con ellos Hanani y el tío Jaime, pues las otras mujeres de la casa deberían preparar los lechos y habitación para los viajeros.

El Mar de Galilea como más comúnmente llamaban al Lago de Tiberíades, aparecía como una balsa de plata, con el suave reflejo de la luna y las estrellas.

El nombre de Tiberíades les sonaba a paganismo a los buenos israelitas, pues se lo había impuesto Herodes, asociándolo al nombre de la fastuosa ciudad levantada por él, en honor de Tiberio César. Por esta

razón los israelitas galileos, continuaban llamando al inmenso lago con su viejo nombre: Mar de Galilea.

— ¿No tienes una barca Hanani, en que podamos navegar un rato? –preguntó Yhasua al dueño de casa.

—Yo no la tengo, pero todas estas que veis ancladas en la orilla pertenecen a los pescadores que trabajan por cuenta de Simón, mi cuñado, y podemos disponer de una de ellas. –Y se acercó a dos hombres que en un pequeño fuego asaban pescado–. Amigos –les dijo–, ¿sois de los de Simón?

—Si amo –le contestaron–, ¿qué mandáis?

—Que nos dejéis vuestra barca por una hora, mientras despacháis vuestra cena.

—Eres el cuñado del amo –dijo uno de ellos–, usad pues la barca cuanto queráis. Supongo que sabréis remar.

— ¡Oh!, en cuanto a eso –dijo el tío Jaime–, todos somos aquí maestros.

Hanani levantó en brazos a Fatmé, que era menudita de cuerpo y la sentó a popa.

Luego subieron ellos tres. Hanani tomó los remos, el tío Jaime el timón, y Yhasua tomó asiento al lado de la pobre enferma.

Escuchemos lector amigo, el diálogo del Cristo de la Piedad, con la triste Fatmé, tuberculosa en último grado.

— ¿Te gusta el mar, Fatmé? –le preguntó el Maestro.

— ¡Oh, mucho, Señor!..., pero como hay tanto trabajo en casa y sola no me dejan venir, apenas si vengo con Raquel los sábados al salir de la sinagoga. Nos quedamos hasta la hora nona. Los pescadores nos invitan con su merienda, o las doncellas del Castillo nos regalan golosinas y frutas.

— ¿De qué Castillo hablas?

—De aquel cuyas torrecillas platea con su luz blanca la luna.

— ¡Ah!..., el Castillo de Mágdalo –dijo el Maestro–. Es un buen rico ese hombre que siquiera piensa en desprenderse de lo que le sobra, en obsequio a aquellos que están faltos de todo.

— ¡Lástima que no siguiera viviendo! –exclamó Fatmé.

— ¿Quién vive pues en el Castillo?

—Su hija, con un viejo maestro griego y una aya griega también. Tienen numerosa servidumbre porque parece que la hija no mezquina su oro, y toma entre los jornaleros y criados a todo el que llega a pedir trabajo. Tiene una hermosa embarcación en la que recorre el mar con sus doncellas. Eran amigas nuestras, pero desde que estoy enferma no bajaron más a conversar con nosotras. Deben tener miedo de mi mal.

Y los ojos de Fatmé, se nublaron de lágrimas.

—Así es la insuficiencia de los hombres ante los males que su refinado egoísmo no sabe remediar.

— ¡Tú eres, Señor, el único que no ha tenido miedo de mi mal!

— ¡Fatmé, criatura de Dios!... ¿Crees que el Divino Poder puede salvarte por mi intermedio? –Y al hacer esta pregunta, Yhasua tomó una mano de la joven.

— ¡Oh, sí, Señor!..., porque yo sé que tú eres un Profeta del Altísimo –contestó la doncella, mirando como electrizada los ojos de Yhasua, cuya luz parecía ser una sola con la luz que en la noche irradiaban las estrellas.

—Bien, Fatmé, tu íntima adoración a Dios, te predispone a la curación, porque la bondad del Padre Celestial, ha puesto en mis manos la fuerza que destruye el mal. Tu fe en mí, da fuerza a mi fuerza sobre el mal.

"Yhasua, Profeta del Señor, te dice: ¡Criatura de Dios!... ¡Ya estás curada!

La pobre enferma sufrió una ligera crisis como si la vibración poderosa de tales palabras le hubiera producido una fuerte sacudida. Hubiera caído al fondo de la barquilla, si el Maestro no la hubiera sostenido oportunamente.

Él alzó agua del lago y le roció el rostro, cuya palidez se confundía con el blanco tocado que cubría su cabeza.

Hanani acudió alarmado.

—Ya está salvada tu hija –le dijo sencillamente el Maestro–. Ahora sólo necesita unas horas de completo reposo.

—Llevémosla a casa –insinuó el padre.

—Ahora todavía no –dijo Yhasua–. Reposará aquí mismo. –En la pequeña cabina de la barca buscaron mantas y la cubrieron–.

"Sigue remando –le dijo el Maestro–, que yo la despertaré cuando sea la hora.

El tío Jaime que vio el asombro y la alarma de Hanani, le dijo desde el timón:

—Déjale Hanani, que estas maravillas las hace Jehová a diario cuando el amor y la fe marchan unidos.

—Pero, ¡parece muerta! –exclamó aterrado el pobre padre.

Yhasua miraba fijamente el rostro blanco de la joven que se asemejaba a una estatua yacente de blanco marfil. También él parecía una estatua inmóvil sentado frente a la enferma.

— ¡Amigo!... –murmuró el tío Jaime a media voz–. Sigue remando y deja a Dios la terminación de su obra.

El bueno de Hanani no acertaba a empuñar de nuevo los remos y un temblor nervioso parecía haberse apoderado de él.

La barquilla se apartó de la costa, y siguió bogando serenamente hacia

el norte, más impulsada por el viento suave del sur que por los remos desigualmente agitados por Hanani.

Un incendio dorado de innumerables antorchas en el muelle y jardines del Castillo de Mágdalo, llamó la atención del tío Jaime que a voz muy queda preguntó a su compañero:

— ¿Qué ocurre allí que el bosque arde?

—Lo que arde es el festín pagano de la griega, que recibe esta noche en su casa al rey Antipas con su corte. Si tuviéramos para nuestros ancianos y huérfanos el oro que se malgasta allí en manjares deliciosos y joyas de gran precio, no habría nadie con hambre en las tierras de Salomón.

— ¿Pero, ese es un rey o un seductor de doncellas? –preguntó de nuevo el tío Jaime, más por distraer a Hanani que por interés en el asunto que trataban.

—Él se cree un rey, pero no es más que un vicioso burlador de mujeres incautas y vanidosas. Dicen que ha reñido con su tercera mujer, y quiere suplantarla con la griega. Pero parece que ella se le escapa de entre las manos como una anguila al mal pescador. La Musa es altiva y no gusta las sobras de nadie.

“Dicen que espera un príncipe azul del otro lado del mar. De la tierra de su padre, sin duda. Mi pobre Fatmé la quería mucho porque de niñas jugaban juntas en los jardines del Castillo. Pero cuando empezó su mal, la vieja aya le prohibió volver allí. La joven ama es de buen corazón y manda a mi Fatmé de las mejores frutas y vinos exquisitos que allí se beben. Un día nos mandó también un médico famoso que vino de Sidón; pero él se retiró espantado diciendo que era inútil todo cuanto se hiciera para curar a mi hija, cuyo mal estaba en el último grado.

—Ya verás, Hanani, cómo Dios la cura por medio de Yhasua.

Ambos bajaron aún más la voz.

—Pero dime, buen Jaime..., ¿quién es Yhasua? –preguntó Hanani con aire de misterio.

—Yhasua es..., Yhasua, hijo de Myriam y de Yhosep. ¿No lo sabes acaso?

—Sí, sí..., eso lo sé; ¡pero me parece que es algo más que el hijo de Myriam y de Yhosep! Por aquí vino un enviado del príncipe Judá, hijo de Ithamar, el ahogado por los piratas, y decía que en Jerusalén se susurra que es el Mesías, futuro rey de Israel. ¡Si supiera ese payaso de circo, que se pavonea allí en el castillo de la griega, que a pocas brazas de él pasea esta noche en una barca de pescador, el que va a echarle tierra en los ojos!... ¡Jehová bendito!... ¡Qué mal lo pasaríamos tú y yo, Jaime mío!

El tío Jaime sonrió francamente, pero su sonrisa se perdió en la obscuridad.

— ¿Y a qué venía ese enviado del príncipe Judá? –preguntó de nuevo el tío Jaime.

— ¡Mira Jaime, que esto es muy secreto!... Venía a traer órdenes y pasar revista de los nuevos contingentes de jóvenes galileos que, mes a mes, se alistan para el adiestramiento en los montes Jebel.

— ¡Adiestramiento!... ¿Y para qué?

— ¡Pues hombre!, ayuno estás de noticias. Te creía mejor enterado que yo. Se está formando un gran ejército para arrojar de Israel a toda esta raposería dañina de idumeos y romanos, que se han apoderado de nuestra tierra –contestó casi en secreto Hanani, como si temiera hasta que le escucharan los guijarros de la costa.

El tío Jaime se quedó pensativo, y por su mente pasó como un relámpago la idea de que el viaje de Yhasua tuviera alguna relación con la noticia que acababa de saber.

La conversación terminó porque estaban frente al Castillo de Mágdalo, de cuyos jardines iluminados salía como un torrente de melodías, de cantares y de risas que parecían ir a romperse en las olas del lago, ligeramente rizadas por el viento.

Yhasua había despertado a Fatmé, que de pie en la barca miraba con tristeza el Castillo.

— ¡Cuán felices son esas gentes! –exclamó, sintiendo la algazara del festín.

—Más feliz eres tú, Fatmé, que has atraído hacia ti la Bondad Suprema del Padre para curar tu mal –le contestó Yhasua–. Ese Castillo está lleno de muertos que danzan y ríen, porque no saben que están muertos.

— ¡Muertos!... –exclamó la joven–. ¿Pero María está muerta también?

— ¿Quién es María? –preguntó Yhasua.

—La señora del Castillo, que es una joven muy hermosa y..., era mi amiga hasta que este horrible mal me apartó de todos.

— ¿Y llamas amiga a quien te abandona en el dolor? –le preguntó de nuevo Yhasua.

—La vida nos es más querida que los amigos –dijo Fatmé–. ¿Y cómo no ha de amar María su vida si está rodeada de hechizos?, joven, hermosa y rica. ¿Qué más se puede desear?

—Acaso estará acicateada por sus deseos –contestó Yhasua–. ¿Crees tú, Fatmé, que en las riquezas está la felicidad? Si deseas continuar la amistad con la Castellana, mañana vendrás al Castillo y le dirás: “El Dios de mis padres ha curado mi mal, ¿quieres que de nuevo seamos amigas?”.

“Y cuando yo regrese a Galilea me dirás si la Castellana de Mágdalo es dichosa, o si su afán por los festines, es para acallar su tedio y hastío de todas las cosas.

— ¿Por qué lo dices así? ¡Oh, Señor!...

—No lo sé a punto fijo, Fatmé, pero paréceme como si un halo de tristeza flotara por encima de toda esa algazara que viene del Castillo como un torbellino.

Cuando Hanani se dio cuenta de que su hija se había despertado, olvidó el Castillo, el rey payaso de circo, el adiestramiento de los Montes Jebel y el enviado del príncipe Judá.

— ¡Estoy curada, padre!... –fue la primera palabra que oyó–. Se fue la fatiga, se fue la tos y me siento fuerte como era dos años atrás.

— ¡Bendito el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob! –exclamó el buen padre, casi sin creer lo que veía.

—Dame los remos, padre, y verás –dijo la muchacha haciendo ademán de tomarlos.

—Dáselos, hombre, dáselos –dijo el Maestro–, que cuando el Amor del Padre hace las cosas, bien hechas las hace.

Fatmé ocupó el banquillo del remero, y dio a la barquilla tan vigoroso impulso, que unos momentos después quedaba muy atrás el Castillo y el vivo resplandor de sus luminarias.

La muchacha se sentía como ebria de vigor, de fuerzas, de energía.

—Regresemos, tío Jaime –díjole el Maestro–, que Tiberias ha quedado lejos y el viento nos es contrario.

Una hora después saltaban a la costa, donde encontraron a toda la familia, que con los pescadores dueños de la barca comentaban alarmados la demora.

— ¿Qué os pasó? –preguntó la madre, acercándose en primer término a su hija, a la cual vio remar vigorosamente.

—Nada desagradable –contestó Yhasua–. El Padre Celestial quiso curar a tu hija con los aires del mar y ya la ves, ha remado desde el Castillo de Mágdalo hasta aquí.

— ¡Jehová bendito!... Pero, ¿es verdad? –las tres mujeres rodearon a Fatmé, que irradiaba de sí una inmensa felicidad.

La curación de sus pulmones ulcerados, el esfuerzo desplegado al remar, la certeza plena de verse libre del horrible mal, todo en fin, daba a aquella criatura un aspecto de belleza y de salud que la madre y la abuela rompieron a llorar mientras besaban el borde del manto de Yhasua, sus manos, su túnica... La anciana Salma le decía:

— ¡La has curado tú, Yhasua!... ¡Es verdad que eres el Mesías que Israel esperaba!...

"¡Tus obras lo dicen! Sabemos grandes cosas de ti, hijo de Myriam.

Y las exclamaciones de admiración y de asombro seguían sin interrupción.

El Maestro seguía silencioso por las calles de Tiberias hacia la casa de Hanani.

—Cuando el labrador recoge los frutos –dijo Yhasua–, bendice al Señor y se siente lleno de optimismo, y su entusiasmo es como un salmo cantado al amanecer. Mas, cuando aparece la tempestad, y el huracán destroza árboles y mieses, el ánimo cae por tierra, y el pensamiento de Dios se pierde entre las quejas y lamentaciones.

— ¿Con eso queréis decir –dijo Hanani–, que en mi familia tendremos desgracias?

— ¡No, amigo mío! –contestó Yhasua–. Sólo quería deciros que fortalezcáis vuestra fe con los dones de Dios, ahora que los recibís con abundancia, para que si llega un día que no los recibáis de igual manera, y os parezca que ha desaparecido hasta la esperanza de recibirlos nuevamente, no murmuréis del Padre Celestial ni de su Profeta. Dios visita con sus favores a sus hijos cuando le place, y les prueba con el dolor, según son los caminos elegidos por ellos, porque Él está en el dolor como en la alegría si tenemos nuestra fe despierta, para encontrarle lo mismo entre lágrimas que entre sonrisas.

Hanani que caminaba atrás con el tío Jaime, dijo en voz muy baja:

—Acabo de convencerme de que Yhasua es el Mesías anunciado por los Profetas.

— ¿Por qué lo dices? –preguntó el tío Jaime.

—Isaías lo dice: "Varón de dolores, le llamarán; como oveja a la muerte será llevado y como cordero, mudo ante el que le trasquila, así no abrió su boca". He comprendido, amigo Jaime, que este nuevo Profeta del Señor, ya vio en el azul del cielo su fin, y nos prepara para que no dudemos del Poder de Dios, cuando el Ungido sea sacrificado como lo fueron los más grandes Profetas.

—Listo eres de ingenio, Hanani, y has pescado al vuelo el pensamiento de Yhasua. ¿Crees acaso que él se vea comprometido a causa de ese ejército que aseguras se adiestra en los Montes Jebel con fines de expulsar a los invasores? –preguntó el tío Jaime casi al oído de su interlocutor.

—Puede ser que de allí sople el huracán; pero si debe ser el Libertador de Israel y su Rey eterno, como dicen también las profecías, tendrá que arriesgarse aún a costa de perder su vida –contestó Hanani–. ¡Intrincado laberinto es éste de las profecías, que parecen contradecirse unas a otras!

—En el templo de Jerusalén, he oído polémicas ardientes sobre este tema de las Profecías Mesiánicas, y te digo la verdad, Hanani, que ni los mismos doctores de la Ley la entienden. Hace poco acompañé a Yhasua al Monte Hor, allá junto a Sela en Edón. Y en una reunión de diez Maestros venidos de distintos países, Yhasua que era el único joven tenía la presidencia de todas las reuniones. Esto quiere decir mucho, ¿verdad, Hanani?

— ¡Ya lo creo!

—Pues bien; a algunos de ellos al despedirse de Yhasua, les oí decir: “Lo mismo ahora que cuando llegue tu hora, nuestra íntima convicción de tu investidura eterna, te acompaña para decirte:

“¡Ungido del Altísimo!... Tu Reino no está en este mundo”. Y Yhasua con admirable serenidad les contestó: “Ya lo sé, sostened vuestra palabra”.

— ¡Santo Dios de los cielos!... –dijo Hanani con religioso pavor–, ¿qué vendrá sobre nuestro pueblo si deja inmolar al Ungido de Jehová?

Cuando se sentaron a la mesa para la cena, una desbordante alegría sonreía en todos los rostros, menos en el rostro austero de Hanani, que meditaba en las palabras del tío Jaime.

Yhasua sintió la vibración dolorosa de sus pensamientos y buscando sacarle de ese estado, le dijo:

—Buen amigo Hanani: Cada vez que venga a Tiberias me hospedaré en tu casa, y más adelante no vendré sólo con el tío Jaime. Conque ya sabes, tendrás que ampliar tu casa si quieres cumplir con perfección nuestra ley de hospitalidad.

— ¡Oh, mi Señor!... ¿Cuántas veces vendrás todavía a mi casa?

— ¿Por qué me dices ahora, Señor y no simplemente Yhasua? ¿Quién me engrandeció ante ti?

— ¿Quién? Tus obras, Señor, y el grito de mi corazón que me está diciendo: ¡Es él y este mundo lo ignora!

—“Dios da su luz a los humildes, y la esconde a los soberbios”, dice la Escritura Sagrada –contestó Yhasua.

Los ojos de Hanani estuvieron fijos unos instantes en los de Yhasua, que al sostener aquella mirada, irradió a su espíritu la divina revelación que aquél buscaba.

— ¡Tú me has dado, Señor, mucho más de lo que yo merezco! ¡La luz de Dios ha bajado a mi casa!

Y el noble Hanani bajó los ojos a la vianda que tenía ante sí, para disimular la profunda emoción que embargaba su espíritu.

Acababa de encontrar al Mesías anunciado por los Profetas en Yhasua, hijo de Myriam y de Yhosep.

78
EN CORAZÍN

A la mañana siguiente emprendió Yhasua el viaje acompañado también de Hanani, que contrató tres asnos y siguió hasta Corazín. Allí tenía dos hermanos menores, esenios del grado primero, con cuya buena voluntad contaba para que mediante la cuadrilla de hachadores de los bosques de Iturea, que dependían de ellos, protegieran el viaje de Yhasua en aquella región peligrosa.

—No está bien, Hanani, que pongas en movimiento a toda la parentela para servirme de guardia –decíale sonriendo el Maestro, viendo el fervor del buen hombre para evitarle todos los peligros.

—Si os ha de ocurrir un contratiempo, que no sea por negligencia mía –contestaba él y seguía viajando junto a Yhasua, sin consentir en volverse por mucho que se lo rogaron.

Al tranquilo paso de los asnos platicaban sobre las arbitrarias imposiciones del invasor en los pueblos, que se agotaban día a día por los impuestos y contribuciones de todo orden. El templo de Jerusalén con su numerosa corte de Sacerdotes y Levitas, era como un enorme vientre que engullía en diezmos y primicias lo mejor de las cosechas, de los rebaños, de las majadas y de cuanto ellos producían.

Aparte de esto, estaban los animales que debían destinar a los sacrificios, que las nuevas ordenanzas aumentaban hasta lo inverosímil, por menudas transgresiones a veces involuntarias, a las reglas disciplinarias que pesaban sobre los fieles.

Todos clamaban por el Mesías Libertador de Israel, porque el fantasma del hambre asomaba su faz pavorosa en la clase media, en los hogares humildes, donde a veces el único alimento consistía en tortas de trigo pisado y bellotas silvestres.

Los donativos de la Santa Alianza eran abundantes, pero el pueblo era numeroso y los jornales para los que no eran romanos, habían bajado a la mitad de su valor.

Los labradores soltaban sus azadones y sus palas; y los pastores abandonaban sus rebaños. Que se los lleven los recaudadores del fisco o los recaudadores del templo, era igual para ellos que si los devorasen las bestias de la selva.

—Lobos son unos y lobos son otros, que devoran lo que no han trabajado –decían–. Y el pueblo se iba llenando de amarga hiel, y acababan por alistarse a montones en esas misteriosas filas que se adiestraban secretamente para una lucha sin cuartel en contra de la miseria que amenazaba al país.

—Nada de esto quise decirte en mi casa, Señor –decía Hanani al Maestro–, para no asustar a mi madre, a mi mujer, a mis hijas, que harto teníamos todos con el grave mal de Fatmé. Además nosotros no somos de los que estamos peor, porque nuestro trabajo de tapicería lo pagan las gentes acaudaladas. Los divanes, los canapés y las carrozas de los cortesanos del rey Antipas y de los magnates romanos, nos dejan un mediano beneficio como para vivir sin la amenaza del hambre...

Yhasua escuchaba en silencio y su alma se iba llenando de amargura ante el dolor de ese pueblo, en medio del cual había nacido y al que estaba cierto de no poder decirle:

"Ven en pos de mí que yo seré tu rey de paz, de justicia y de piedad que necesitas".

Únicamente podía decirle:

"¡Yo seré tu luz y tu guía en las tinieblas!... ¡Venid a mí los que lleváis pesadas cargas que yo os aliviaré!"

"¡Venid a mí los que lloráis porque yo os consolaré con la promesa de bienes eternos!"

"¡Bienaventurados los pobres porque de ellos es el Reino de los cielos!"

"¡Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos!"

Pero él sentía el clamor del pueblo que respondía:

—Mientras llegan los bienes eternos y el Reino de los cielos y la hartura de justicia, ¿con qué encendemos lumbre, con qué amasamos el pan, con qué cubrimos nuestro cuerpo..., con qué pagamos nuestro techo?

—Calla, Hanani, calla por piedad –exclamó Yhasua, soltando la brida y apretándose el pecho con ambas manos. Era su propio pensamiento que hablaba y a él le parecía que era ese hombre del pueblo que clamaba.

— ¡Señor!... Hace ya rato que guardamos silencio –dijo Hanani, tirándose de su cabalgadura para socorrer a Yhasua cuya palidez le espantaba.

El tío Jaime que había quedado un poco atrás se acercó también.

— ¿Qué pasa aquí? –dijo con una visible alarma.

—Un ligero desvanecimiento, no es nada –contestó Yhasua.

—La jornada fue larga, pero ya llegamos a Corazín y te repondrás enseguida –el buen tío Jaime sacó de su saco de mano un frasquito de licor de cerezas y le dio a beber a Yhasua–.

"Bebe tú también, Hanani, que pareces más muerto que vivo –añadió, alargándole el elixir.

Pocos momentos después entraban en la pintoresca ciudad de Corazín, la de las blancas murallas que parecían de mármol entre el oscuro follaje de los nogales y los castaños.

Felizmente la casa de los hermanos de Hanani estaba cerca de la

puerta del oriente llamada del Jordán, porque allí comenzaba el acueducto por donde venía del río el agua de riego para jardines, huertos y plantaciones.

Era aquella casa un gran taller de carpintería y depósito de maderas. Ambos hermanos eran casados y tenían hijos pequeños. Eran más rústicos que su hermano mayor, al cual tenían un gran respeto casi como a su padre, pues que había hecho las veces de tal, desde que quedaron huérfanos en su primera juventud.

En una vieja torre medio derruida, en uno de los más mezquinos barrios de la ciudad, tenían los terapeutas procedentes del Santuario del Tabor, instalado un mísero refugio para enfermos y ancianos sin familia.

Estos terapeutas habían neutralizado en la población hebrea, el desprecio con que miraron a ambos hermanos, cuando tomaron para esposas, dos hermanas de raza árabe, de entre los hauranitas vecinos. En sus viajes de transporte de maderas de los bosques del Haurán, fueron socorridos en una crítica situación, por una tribu árabe radicada allí.

Ellas, aceptando a medias las minuciosas y pesadas ordenanzas disciplinarias de los hijos de Israel, suavizaron también un tanto la desconfianza de los correligionarios de sus maridos. Así y todo, las dos hermanas, Aminé y Zarga, no eran felices, porque influenciados sus maridos por los de su raza y religión, comenzaron a tratarlas despreciativamente, como a una raza inferior y casi indignas de ellos.

Los primeros vástagos les habían nacido mujercitas, pero cuando luego llegaron varones el distanciamiento se agrandó mucho, debido a que la ley hebrea mandaba la circuncisión y las madres árabes se oponían horrorizadas ante una crueldad que entre los de su raza no se usaba, ni aún con los animales. Según la ley hebrea a los ocho días del nacimiento debía efectuarse la circuncisión, y los varoncitos nacidos a ambos matrimonios tenían ya varios meses.

Las infelices madres que habían perdido gran parte de respeto y cariño de sus maridos, estaban preparándose muy secretamente para huir hacia el Haurán, entre las gentes de su raza y religión.

Había en la casa una pesada atmósfera de incomprensión y desconfianza recíprocas, que torna tan angustiosa y amarga la vida, cuando llegaron allí nuestros viajeros.

Aunque ambos hermanos, Semei y Joab, recibieron cariñosamente a Hanani y a los compañeros de viaje que él llevaba, no lograron encubrir la tristeza y desazón de que estaban poseídos, máxime entrados en la casa sólo vieron dos viejos criados que cuidaban del fuego y preparaban la comida.

—Y vuestras mujeres y niños, ¿dónde están? –preguntó Hanani extrañado de la sensación de vacío que sentía.

—En sus alcobas –contestó uno de ellos y desvió la conversación ponderando los éxitos que recogía allí la Santa Alianza.

Ellos dos eran de los primeros afiliados, aunque el principal dirigente era el patriarca Zacarías, como llamaban a un buen Anciano que tenía en su casa una sinagoga y que gozaba de fama de ser un piadoso hijo de Abraham.

—Estos compañeros de viaje –díjoles Hanani, presentando a Yhasua y al tío Jaime–, son de los fundadores y dirigentes de la Santa Alianza de Jerusalén. Pasaremos la noche aquí y mañana ellos seguirán viaje a Cesarea de Filipo y yo regresaré a Tiberias.

Al oír esto, el mayor de los hermanos se acercó a los criados y les dio órdenes en voz baja.

Yhasua abrumado de cansancio y más aún por la angustiosa desazón de aquella casa, se había sentado en el primer estrado que encontró cerca de la puerta. El tío Jaime, menos sensible, comenzó a dar paseos distraídos por la habitación, sin que su percepción del ambiente fuera tan marcada.

Hanani inquieto por la ausencia de sus cuñadas, inquirió del menor de sus hermanos los verdaderos motivos. Este, un tanto cohibido y avergonzado, hizo un aparte con él y le explicó lo que pasaba.

—Ya os dije yo cuando realizasteis este casamiento, que sólo un grande amor os salvaría del triste final a que habéis llegado –le dijo Hanani pensativo–. El más joven de los viajeros –continuó diciendo–, es un gran Profeta de Dios ante el cual hasta los Ancianos doctores inclinan su frente. Someteremos vuestro caso a su juicio y su consejo será una ley para vosotros. ¡Es un hombre extraordinario! ¡Con decirte que en una noche de hospedarse en mi casa ha curado a Fatmé y ya sabes cuál era su estado!...

— ¿Cómo?..., ¡ha curado tu hija!... ¡Y los médicos aseguraban que sólo tenía vida para dos lunas!...

—Como lo oyes. ¡La ha curado!

Semei volvió los ojos hacia Yhasua y lo miró largamente.

— ¡Qué hermosa majestad lo rodea!... –exclamó–. ¡Si parece un rey!...

—Lo será pronto –dijo Hanani casi al oído de su hermano–. Se dice que es el Mesías Salvador de Israel. ¡Pero chito! Que aún no se puede repetir en voz alta.

— ¡Jehová bendito!... ¡Y le has traído a mi casa, manchada por mujeres rebeldes a nuestra Ley..., que no lo sepa, porque huirá como de la peste!

— ¿Él ha de huir?... No sabes lo que dices –le contestó de nuevo su hermano mayor.

—Tus hermanos, Hanani –dijo de pronto el joven Maestro–, no saben sin duda los fines que persigue la Santa Alianza.

Los tres hermanos rodearon a Yhasua.

—Explícaselos, Señor, que nadie mejor que tú puede hacerlo –dijo Hanani.

—Es ante todo y por encima de todo, una institución basada en el amor de los unos para los otros. Paréceme que vosotros dos, Joab y Semei, ignoráis este principio, base y fundamento de la Santa Alianza.

— ¿Por qué lo decís, Señor? –preguntaron ambos a la vez.

—Porque sé que tenéis esposas e hijitos pequeños que son la belleza del hogar, y los relegáis a un rincón de vuestra casa como si fueran un estorbo para vosotros.

"¡La Santa Alianza es amor..., puro amor! Y aquí el amor ha huido, dejando su lugar al recelo y a la desconfianza. Al recibir vuestros nombres en la Santa Alianza, no os explicaron quizá lo que ella significaba...

— ¡Sí, Señor!..., nos lo explicó el patriarca Zacarías..., pero hay circunstancias especiales en la vida que nos traen obstáculos insalvables... –contestó Joab.

—Estáis en un error, amigos míos –insistió el Maestro–. No hay obstáculos insalvables cuando hay un amor verdadero. Desde que entré en vuestra casa, he comprendido que no sois felices y que una grande incomprensión os separa de vuestras esposas y os aleja de vuestros niños. –Ambos hermanos se miraron sin acertar a responder palabra–.

"Perdonadme –continuó el Maestro–, pero me lastima tanto vuestra amarga tristeza que quiero a toda costa hacerla desaparecer de aquí. Viajo para llevar la paz y la tranquilidad a todas las almas, y no habría justicia en mí, aceptando vuestra hospitalidad y dejando la angustia en vuestro corazón.

"Traed aquí vuestras esposas y vuestros niños.

—Señor –dijo el mayor–, cometimos la locura de casarnos con mujeres de otra raza y ellas son rebeldes a nuestra Ley.

—Hanani, creo que tú conoces bien la Ley de Moisés... ¿Quieres repetirla en voz alta?

Hanani comenzó a recitar:

—Amarás al Señor Dios tuyo, con todas las fuerzas de tu alma, y no te inclinarás ante imagen alguna hecha por hombre, sino que adorarás a tu Dios en espíritu y en verdad.

"No tomarás el Nombre de Dios en vano.

"Santificarás el sábado, con el descanso de todos los moradores de tu casa.

"Honrarás a tu padre y a tu madre.

"No matarás.

“No cometerás adulterio.

“No hurtarás.

“No levantarás falso testimonio.

“No codiciarás los bienes ajenos.

“Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo.

“¿Estás complacido, Señor? –dijo Hanani, cuando terminó de recitar los diez mandamientos de la Ley de Moisés.

—Muy bien, Hanani. Ahora, decidme vosotros, Joab y Semei, ¿contra cuál de estos mandamientos se han rebelado vuestras esposas?

—Contra ninguno de ellos, Señor –contestaron ambos a la vez–. Pero se oponen a que nuestros hijos varones sean circuncidados y ya tienen varios meses de nacidos.

—Esa no es una Ley emanada de Dios –dijo el Maestro–, sino una ordenanza creada por los hombres como muchísimas otras, que no implican bien moral ni espiritual ninguno, y que sólo obedecen a la idea de establecer un absoluto separatismo de razas y de religión.

“El hombre es culpable –añadió–, cuando atribuye al Supremo Creador sus prejuicios, sus falsas concepciones de la Idea Divina, su egoísta manera de interpretar la dependencia de las almas unas de otras, y todas de la Suprema Potencia Creadora.

“Todas las religiones nacieron en el alma del hombre, de su absoluta necesidad de estar en relación con Dios; y salta a la vista del observador desapasionado, la evidencia de que todas las religiones fueron buenas y puras al brotar como flores divinas de la mente de sus fundadores, que sin duda alguna, eran Inteligencias muy adelantadas en el conocimiento de Dios y de las almas.

“La religión arábiga, cuya sencillez la hace casi despreciable a los espíritus habituados a un enorme catafalco de ordenanzas y de ritos, en su remoto origen prehistórico nació del alma luminosa de un caudillo poderoso y justo, cuyo dominio abarcaba la gran península que conocemos hoy por la “Arabia de Piedra”, desde Ectham hasta Ezion-Geber, a la costa del Mar Rojo. En aquel entonces se llamaba País de Arab. Este caudillo, en alianza con la Fraternidad Kobda del Nilo, quiso civilizar aquel salvaje país, dándole una norma justa de vida y una forma de adoración al Supremo Creador. Su nombre era Beni-Abad, el cual cuando creyó haber llenado cumplidamente su misión, dejó a sus hijos el gobierno de sus pueblos y se retiró a pasar su ancianidad, cargada de merecimientos, al Santuario de Neghadá, donde el Nilo se vacía en el mar, y donde la Fraternidad Kobda elaboraba la civilización de los tres Continentes conocidos entonces.

“Seguidme escuchando y os llevaré al punto que quiero –continuó el joven Maestro–.

“Nuestro padre Abraham, modelo de justicia, de honradez y sumisión al Señor Dios que adoraba, bebió su norma de vida y su comprensión de la Divinidad, de su hermana mayor Vhada, Matriarca de un refugio Kobda para mujeres abandonadas, maltratadas o repudiadas.

“Era el mismo aliento puro de la Fraternidad Kobda, el que sopló en la mente de Beni-Abad, origen de la Civilización arábiga, y en la mente de nuestro Padre Abraham, origen de nuestra Civilización hebrea.

“En los orígenes de ambas civilizaciones, no existió otro código que este:

“Tratarás a todos tus semejantes con el mismo respeto que deseas para ti”.

“Y su culto se reducía a una ferviente invocación al Supremo Creador, cuando aparecía el sol en las alboradas y cuando se ponía en el ocaso. He ahí todo el ritual, toda la ley, todo el ceremonial de ambas civilizaciones en sus remotos orígenes.

“Ahora, invoco yo vuestros principios de justicia y equidad, de honradez legendaria de los hijos de Abraham, y os pregunto:

“¿Será justicia ante Dios, Dueño y Padre de todas las almas, que un hijo de Abraham desprecie a un hijo de Beni-Abad, como si fuera de raza inferior? ¡Contestadme! –insistió dulcemente el Maestro.

— ¡No, Señor! ¡No es justicia! –contestaron ambos hermanos a la vez.

Por detrás de unas cortinas vio Yhasua, que asomaban de las alcobas inmediatas dos rostros femeninos llenos de susto, que espiaban la extraña y solemne reunión.

Ambas mujeres tenían el rostro bañado en llanto y ambas abrazaban sus hijitos dormidos.

Al joven Maestro se le estremeció el corazón dentro del pecho, y en tres pasos ligeros llegó a las cortinas, las descorrió fuertemente y mirándolas con inmensa ternura, les dijo mientras acariciaba a los pequeños:

— ¡Venid, pobres víctimas de la ignorancia humana!... ¡Venid a vivir la vida libre y santa de los hijos de Dios, que sólo pide vuestro amor y vuestra gratitud por todos los bienes que derrama sin cesar sobre toda criatura que alienta bajo el sol!...

Ellas cayeron de rodillas a tierra llorando amargamente, mientras ofrecían a Yhasua sus hijitos como pidiéndole protección para esos pedazos de su corazón, a los cuales defendían hasta con peligro de sus vidas.

El Maestro levantó a las mujeres y tomando a un niño en cada brazo los llevó a sus padres que hacían también esfuerzos para contener el llanto.

—Creo que habéis comprendido –les dijo–, que es un crimen separar lo que Dios ha unido, y por razones tan fútiles que valen mucho menos que una hoja muerta arrastrada por el viento.

“¡Tomadles!... –insistió el Maestro dando a ambos padres sus niños cuyos ojitos asustados y aún llenos de sueño, miraban a todos lados–. ¡Estoy seguro –añadió–, que desde que pasaron los ocho días de nacidos, no habéis dado un beso a vuestros hijos porque no anduvo aquí el cuchillo de piedra derramando sangre inocente!...

“Dejad todo ese atavismo salvaje, que Dios no quiere torturas, ni sacrificios sangrientos, sino el santo amor de todos sus hijos unidos en la oración y el trabajo, en las obras de bien y de justicia”.

Semei y Joab hundieron sus frentes entre las ropas que cubrían a sus pequeños y dejaron escapar hondos sollozos porque la vibración de amor del Maestro era tan poderosa, que ni aún el tío Jaime pudo substraerse a ella. Hanani abrazaba a sus cuñadas que continuaban llorando silenciosamente. Las acercó hacia sus hermanos y les dijo con voz temblorosa de emoción:

—Yo bendije vuestro matrimonio en vez de nuestro padre muerto, y hoy os bendigo de nuevo, rogando al Dios de Abraham que sepáis recoger en vuestros corazones la Luz Divina que hoy, entró en vuestra casa.

Aminé y Zarga se inclinaron profundamente ante sus maridos siguiendo la costumbre árabe y ellos las atrajeron hacia sí en un abrazo mudo, en que callaban los labios, y sólo las almas hablaban.

—Ahora podré alejarme feliz de vuestra casa –dijo Yhasua–, porque el amor ha florecido de nuevo bajo la mirada de Dios. Ahora sois verdaderos hijos de Beni-Abad el buen padre de la raza árabe y de Abraham el buen padre de la raza hebrea.

Hanani quiso celebrar en un festín esa noche, el feliz acontecimiento de dos familias nuevamente unidas por la comprensión y el amor verdadero.

Ambos matrimonios conservaron durante todos sus días sobre la tierra, un fervoroso culto al Profeta Nazareno que iluminó el sendero de su vida con una luz nueva, que jamás pudo extinguirse en ellos.

La divina semilla sembrada por el Cristo germinó de tal manera en aquellos dos hogares, que a la muerte del Anciano Zacarías ocurrida un año después, ellos se hicieron cargo de la Santa Alianza, y entre las piadosas obras a que consagraron el tiempo que les dejaba su trabajo, dieron preferencia a poner la paz y la armonía en las familias donde había penetrado la discordia, destruyéndolo todo como un huracán de fuego en las praderas en flor.

Ambos hermanos, Joab y Semei, se empeñaron en acompañar a los viajeros hasta pasar el país de Iturea, al otro lado del Jordán. Ellos regresarían con la caravana esperada en esos días.

Hanani quedó en la casa para controlar sus negocios a todos los cuales él, como hermano mayor estaba asociado y ponía su visto bueno.

Quería además reafirmar la paz y armonía que el Profeta Nazareno había establecido de nuevo, haciendo comprender a sus jóvenes cuñadas lo que ese hombre extraordinario significaba para el oriente oprimido por toda clase de desmanes y vejaciones.

Sigamos, lector amigo, a nuestros viajeros en la ruta hacia Damasco, la gran capital de la Arabia del Norte, que las huestes victoriosas del Rey Hareth de Petra, del príncipe Hartat y del Scheiff Ilderín, habían, hasta entonces, salvado de caer en las garras del águila romana.

Cuando los viajeros llegaron al puente llamado de "Jacob", vieron varios rostros escuálidos y una porción de manos temblorosas y descarnadas, se extendieron en demanda de socorros. El profundo lecho del Jordán se estrechaba enormemente en aquel sitio, circunstancia que se había aprovechado sin duda para que con sólo tres arcos de mampostería incrustada en las enormes rocas de ambas orillas, el puente quedara tendido y firme. A la izquierda del puente, caminando hacia Cesarea, el río se ensanchaba en un hermosísimo lago, no tan grande como el Tiberíades pero sí profundo como él. Cercado por las fértiles serranías del Antilíbano, aquello era un boscaje casi impenetrable, por lo cual era lugar temido por las caravanas y viajeros en general, pues se contaban horripilantes historias de almas en pena que allí habían perdido la vida física y en calidad de fantasmas ejercían una incansable venganza sobre los vivos.

Los mendigos sólo llegaban a la entrada occidental del puente y provenían de un pobre y ruinoso caserío que allí cerca existía, y que era un suburbio de lo que fue la antigua ciudad de Hasón, perteneciente al viejo reino de Cedes, en los tiempos del establecimiento de las doce tribus en la llamada Tierra de Promisión.

Yhasua propuso tomar un descanso sobre la planicie del puente, mientras los asnos pastaban en el verde césped regado por las aguas del Lago Merón. Aquel dolorido enjambre de seres infelices, que allí esperaban el socorro de los viajeros mientras asaban pececitos en los pequeños fuegos encendidos, atraía poderosamente la atención del gran hombre, que para unos era un futuro rey, para otros un extraordinario Profeta de Jehová, o un maravilloso mago venido quién sabe de qué región de los cielos o de la tierra, para aniquilar todos los males que oprimían al pueblo de Israel.

Jamás aquel grupo de mendigos había visto el caso de que un grupo de viajeros bien vestidos y con buenas cabalgaduras, hubiesen querido detenerse justamente donde los mendigos tenían su improvisada tienda de ramas de árboles, de resaca del lago, y de los restos de algunas velas rotas que la corriente había traído. Pero uno de estos viajeros, era Yhasua, el Cristo del Amor y de la Piedad, y..., ¿quién le haría pasar de largo donde había dolores que remediar?

Fue necesario vaciar allí los sacos de comestibles traídos por los

hermanos de Hanani y por el buen tío Jaime, cuya misión de cuidar la persona de Yhasua, era para él el primer deber de su vida.

—Partiremos nuestras viandas con vosotros –dijo el Maestro, alegre y sonriente a los mendigos que eran nueve–, pero antes vamos a lavarnos en las doradas aguas de este precioso lago. Dios quiere la limpieza de los cuerpos, antes de comer el pan que nos da.

"Ayúdame, Joab –dijo al menor de los hermanos, mientras el tío Jaime y Semei preparaban la comida.

Y corriendo como un niño, bajó la gradería de la base del puente y tomó de la mano a un infeliz ciego guiado por un chicuelo.

—Vamos –dijo–. Vamos todos al lago para lavarnos.

—Yo no puedo, amito –murmuró un hombrecillo pequeño, sentado sobre una piel de oveja–. ¿No veis cómo están mis piernas?

El hombrecillo apartó los sucios harapos que lo cubrían, y Yhasua vio sus piernas secas retorcidas como raíces, por el reuma de que estaba atacado desde años atrás.

— ¡Ah!..., eso es otra cosa, pero todo se arregla en la vida –dijo–. Conduce a tu padre que yo me encargo de éste –dijo al chicuelo que guiaba al ciego. Y sin esperar ni un momento más, cargó con el hombrecillo de las piernas torcidas y lo llevó hasta la orilla del lago.

Joab hizo lo mismo con otro de los mendigos que tenía encogida horriblemente una pierna, por lo cual andaba apoyado en dos muletas. Los que sólo tenían manos y brazos inutilizados o con quemaduras en accidentes de trabajo pudieron andar por sí mismos, y acaso pensarían todos en que era demasiada exigencia la de aquel viajero, que para hacerles parte de su comida les ponía en la necesidad de entrarse al lago, cuyas aguas debían estar muy frías. El sol era radiante, cercano al medio día, pero era final de otoño, y en aquellas alturas cordilleranas del Líbano el frío llegaba antes.

Cuando el Maestro dejó su carga sobre el mullido césped a la orilla misma del lago, esperando que llegaran todos, se irguió como una estatua de mármol blanco, tendió sus brazos abiertos sobre las aguas, y Joab vio que su rostro parecía transfigurado y que de sus manos irradiaban largas y finas hebras de fuego, que parecían caer en menuda lluvia de chispas sobre las aguas serenas del Lago Merón.

Cuando la vibración de sus manos se extinguió, se despojó del manto y de la túnica, y quitando al paralítico sus pobres ropas, lo sumergió en el agua hasta el cuello.

—Sumerge tu cabeza siete veces en el agua –dijo al ciego–, y tú, niño mío –dijo también al chicuelo–, húndete en el agua de Dios para que sea limpia tu sangre del germen de lepra de que estás amenazado para el principio de tu juventud.

Una ola formidable de sugestión colectiva había tendido el gran taumaturgo sobre todos aquellos seres, cargados con las taras hereditarias de todas las miserias y enfermedades de los que les trajeron a la vida material, en desastrosas condiciones físicas y morales.

Cuando vio que todos estaban dentro del agua, extendió de nuevo sus manos sobre ella, concentrando su pensamiento en una suprema evocación a la Eterna Potencia Creadora, y dijo con una voz profunda y dulcísima:

—Estáis todos limpios del alma y del cuerpo, por la soberana voluntad de nuestro Dios Amor y Piedad. ¡Salid!

Un grito de asombro se escapó de todos los labios, cuando vieron al paralítico, al de las muletas y al ciego salir por sus propios medios.

Como viera a todos correr a buscar sus harapos para cubrirse, les dijo:

—No está bien que os cubráis de inmundicias, los que habéis sido purificados por el amor. Venid, que mi manto alcanza para todos. –Y de su manto blanco de lana de Cachemira que estaba allí en el césped doblado en muchos dobleces, lo mismo que su túnica, fue separando tantas túnicas como eran necesarias, y entregándolas a los nueve mendigos que en su estupendo asombro, no acertaban a cubrirse con ellas–.

"¿De qué os espantáis?... –les preguntó–. ¿Creéis que el Padre Celestial mezquina sus dones cuando la fe resplandece como una antorcha en las almas?

— ¡Todos llevamos la túnica del Profeta! –gritaban entre lloros y risas aquellos infelices, viéndose cubiertos por una blanca túnica igual que la de Yhasua.

Joab mismo estaba como atontado ante un prodigio semejante, y lamentaba que sus hermanos no lo hubieran presenciado.

Tranquilamente vistió Yhasua de nuevo su túnica y su manto, y dijo a todos:

—Vamos..., que ahora estamos limpios de cuerpo y alma para comer el pan que Dios nos da. –Pero aquel grupo de mendigos se postraron ante él, sollozando de emoción.

— ¡Señor! –le decían–, eres un profeta de Dios y queremos que en nombre suyo perdones nuestros pecados.

Y a gritos que nadie podía acallar, decía cada cual con hondo arrepentimiento, las culpas de que su conciencia le acusaba.

— ¡Bien, bien, hermanos, antes de que lo pidierais, ya el Padre Celestial os había perdonado, porque vuestros pecados fueron causados por el dolor, por la injusticia y por vuestra propia miseria!

"¡Amad..., amad a vuestros semejantes en memoria mía, y el Padre Celestial os colmará de sus dones!

Dejamos a la imaginación del lector y a sus nobles sentimientos, la tarea de figurarse lo que fue aquella comida para los dichosos visitados por el don divino, allí, junto al lago Merón, a la entrada del Puente de Jacob, que fue escenario de uno de los grandes desbordamientos de Amor y de fe del alma excelsa del Cristo Divino.

El relato de esta estupenda exteriorización de fuerzas, que produjeron tan maravillosos aportes y acumulación de fluidos y de moléculas, fue escrito por el tío Jaime, basado en el relato de Joab y los mendigos, que aún cuando hubieran querido falsear la verdad, allí estaban las pruebas de los cuerpos curados y de las blancas túnicas que les cubrían.

De todos ellos se encargó la Santa Alianza, para buscarles medios de vida por el trabajo honrado y su propio esfuerzo.

79
EN LOS BOSQUES DE ITUREA

Diez años antes, Yhasua había hecho este mismo viaje camino a Ribla, y pudo notar que no se habían operado cambios notables. Las mismas soledades boscosas, donde difícilmente se encontraban huellas humanas desde el Puente de Jacob al país de los itureos. Al segundo día, encontraron una cuadrilla de hachadores que alrededor de un buen fuego preparaban algunas piezas de caza para la comida de esa noche.

Para algunos de ellos no eran desconocidos los hermanos de Hanani, que como operarios de la madera, tiempo atrás habían realizado algunos negocios. Esto fue motivo de que aquellos hombres se interesasen por nuestros viajeros y les aconsejaran quedarse allí para pasar la noche, que aunque muy pocas comodidades podían ofrecerles en la Gruta de las Caravanas muy conocida de los viajeros, siempre era mejor que arriesgarse a penetrar más al interior de la selva, en la cual no podían esperar protección alguna.

El tío Jaime creyó prudente aceptar el ofrecimiento y Yhasua no hizo objeción alguna.

Joab y Semei como más conocedores del lugar, se dedicaron de inmediato a traer brazadas de heno y hierbas secas para preparar los lechos. Yhasua y el tío Jaime ayudaron a dos jovenzuelos de la cuadrilla a disponer las rústicas antorchas con cáñamo retorcido y engrasado, lo cual era indispensable para ahuyentar las fieras que apenas entraba la noche se hacían sentir furiosamente.

Como los hachadores se dieron cuenta de la deferencia respetuosa con que ambos hermanos trataban a Yhasua y a su tío, uno de ellos preguntó qué personajes eran aquellos.

La belleza física del Maestro y más que todo, su intensa irradiación de bondad y de superioridad a la vez, llamaba grandemente la atención de todos los que se le acercaban, aun sin conocerle.

—El más joven –díjoles Joab–, es un profeta y un médico de gran ciencia, que a nuestro hermano Hanani le ha curado su hija mayor, próxima ya al sepulcro por la maligna enfermedad del pecho.

"El de más edad, es su tío que le acompaña.

Fue lo bastante para que aquellos hombres se desvivieran en atenciones para ambos viajeros.

Para ellos tendieron cerca del fuego una estera de juncos y unas colchonetas de cerda para sentarse. Las más bellas hojas de palmera fueron cortadas para que les sirvieran de fuentes, donde unas cuantas codornices y corzos asados les fueron ofrecidos como cena.

El buen vino de Corazín traído por los hermanos de Hanani, alegró el ánimo de los fatigados hachadores que comenzaron a referir las espeluznantes tradiciones o leyendas que corrían entre los viajeros, referentes a la comarca en que se encontraban.

Entre todas esas noticias se mezclaban las de actualidad, consistentes en las duras refriegas que entre romanos, partos y árabes, se sucedían por allí con bastante frecuencia.

—Un correo con destino al Scheiff Ilderín, llegó por aquí y le acompañamos hasta Lesem.

A Yhasua le llamó la atención oír nombrar al noble amigo y preguntó:

—Pero, ¿anda por aquí el Scheiff? Yo le hacía en su castillo de los montes de Basán.

—Parece que vino a prestar ayuda con seis mil jinetes al príncipe Hartat de Damasco. Debe ocurrir algo grave.

—En Filadelfia el correo fue informado que el Scheiff había salido con sus fuerzas hacia el norte, y él pasó por aquí en su busca.

Yhasua pensó que podría encontrarse con él en Damasco. Pero no se figuró que el correo aquel era uno de los jóvenes árabes despachados desde Jerusalén por el diligente Anciano Simónides.

Continuando la velada, se habló también de un misterioso mago o brujo al cual llamaban el tibetano, sin duda porque sería del lejano país del Tíbet.

Parece que tenía un inmenso poder de sugestión sobre las gentes, en especial mujeres y adolescentes, a los cuales tomaba como instrumentos para realizar grandes robos y ejercer venganzas, cuando se las pagaban a buen precio.

— ¿Dónde vive ese hombre? –preguntó Yhasua con interés.

—En unas grutas sepulcrales en las afueras de Cesarea de Filipo –le contestaron.

— ¿Cómo es que las autoridades del país no toman medidas en ese asunto? –preguntó el tío Jaime.

— ¿Quién osará cruzarse con él? Ese malvado brujo tiene un ejército de demonios en el cuerpo. El tetrarca Felipe ha optado por hacerse su amigo, y dicen que ha salido ganando mucho con ello, porque el mago le ha hecho encontrar un tesoro, oculto desde lejanos tiempos, en una gruta del lago en que vacía sus aguas el Nahr-el-Awaj.

—Si llegáis a Cesarea, puede suceder que le conozcáis. En la plaza de las caravanas se sienta bajo un toldo amarillo, y con su flauta de bambú y sus espantosas serpientes amaestradas, atrae a las gentes para embaucarlas –indicó otro de los hachadores.

—Es el terror de las madres, porque parece que el brujo tiene predilección por las adolescentes hermosas y por los gallardos donceles.

"Se dice que han desaparecido muchos, y hasta ahora no se sabe qué hace con ellos.

Yhasua pensó con dolor, en la desgracia de aquel infeliz que había desarrollado para el mal, las facultades poderosas otorgadas por la Eterna Energía, como medios de progreso para sí mismo y de bien para sus semejantes. Y sus pensamientos acabaron por concretarse en éste:

—"Quiera el Padre Celestial poner ese ser en mi camino para salvarle del abismo en que ha caído".

Algunos de los hachadores se mantuvieron taciturnos y retraídos; y el joven Maestro, según su costumbre, comenzó sus observaciones a fondo, a la vez que alternaba afablemente en las conversaciones que salían a la luz durante la comida.

Casi todos los hachadores eran fenicios y sirios, los otros eran algunos gaulonitas y sólo tres galileos de Ecdipa, en la costa del mar. Entre todos eran veintiséis.

Cuando la luna se levantó como un fanal de plata, los fenicios se pusieron de pie y luego de hacer al astro nocturno una gran reverencia o zalema como diría un árabe, se encaminaron hacia una prominencia de montaña llevando una de las antorchas, haces de ramas de terebinto y un saquito de resinas olorosas mezcladas con frutas secas.

—Cada loco con su tema –dijo el viejo patrón de la cuadrilla–. En asomando su resplandeciente "Astarté", suben ellos a su altar en lo alto de aquel peñón para quemar algo de lo que les puede servir de alimento.

"¿No bastaría acaso decirle una oración?

"¿Qué le hacen a esa hermosa luna en creciente, unos higos, uvas secas y nueces quemadas sobre su altar? ¿Acaso ella se ocupa de sus devotos? Varios de ellos tienen desgracia en sus familias y ya les veis abrumados de tristeza, mientras "Astarté" sigue flotando con majestad de reina en su mar azul. Yo no creo nada, sino en lo que está al alcance

de mi esfuerzo y de mi capacidad. El trabajo honrado que nos da el pan. Ese es el mejor dios.

—Razonas bien, anciano –dijo Yhasua–, pero es innato en el hombre, el buscar algo superior que pueda servirle de protección y de amparo. En tal búsqueda, es verdad que el hombre se equivoca de elección, y a veces toma como a un ser superior, lo que sólo es una obra, una manifestación del Supremo Creador de todo cuanto existe.

"Siendo Él una Potencia, una Fuerza invisible a nuestros ojos, el hombre cree encontrarlo en lo que más llama su atención.

—Me parece que de verdad eres el Profeta que dicen –añadió el anciano–, y es el primero a quien oigo decir lo que yo he pensado siempre, que si hay un Dios Creador Todopoderoso, debe estar invisible a los ojos humanos, porque todo lo que los ojos ven o las manos tocan, es necesariamente una cosa creada, hecha, formada..., ¿por quién? Ese quién que ignoramos y que no vemos ni tocamos, ese es el único que puede ser superior a todo lo creado en el mundo. Tal es mi pensamiento; si me equivoco, no lo sé, ni me preocupa mayormente mientras puedo ganar mi pan como lo he ganado toda mi vida, para sustentar a mi vieja compañera y a una media docena de nietecitos que dejó a mi cargo la muerte de uno de mis hijos.

—Piensas bien, anciano –volvió a decirle Yhasua–, en cuanto concibes al Soberano Creador como al Invisible, al Eterno Enigma, al cual nuestra mentalidad no puede aún descubrir sino en sus obras. De igual modo descubrimos al artífice de la piedra, o de la madera, en una escultura de mármol o en un delicado mueble, o en un fino artesonado de cedro del Líbano.

"Pero cuando tropezamos con un árbol, con una flor, con todo cuanto vemos y que no es obra del hombre, es natural que nos preguntemos: ¿quién lo hizo, cómo lo hizo, por qué lo hizo? Y es entonces cuando surge en la mente humana la idea del Eterno Invisible, que es a quien debemos toda nuestra adoración, nuestras acciones de gracias y nuestras ofrendas que deben ser invisibles como Él, o sea, germinadas y nacidas en nuestro intelecto, en nuestro íntimo sentimiento.

"Las cuales, vaciadas al exterior como vacía el panal su miel y los frutos sus substancias nutritivas, son las obras buenas, benéficas, útiles para nosotros mismos y para nuestros semejantes.

"Tal es y debe ser la religión de todo hombre, cuya mentalidad ha pasado de la infantil inconsciencia de la primera edad.

—Eres todo un Maestro, aunque demasiado joven –dijo el anciano, demostrando ya claramente su simpatía hacia Yhasua–.

"¡Muchachos! –añadió–, prestemos atención a lo que el Profeta responderá a una pregunta que hace tiempo me está quemando los sesos, y que si no me la saco ahora quizá moriré con ella.

Yhasua y el tío Jaime sonrieron ante tales palabras. Los demás, y ya los devotos de Astarté que habían vuelto, prestaron toda su atención.

—Veamos tu pregunta y por mi parte pido al Eterno Invisible que ponga en mis labios la respuesta –dijo el Maestro.

—No sé si estoy en lo cierto, al pensar que ese Gran Poder Invisible debe ser la Suma Justicia y el Sumo Bien, ¿no es así, Profeta?

—Justamente, es así como lo piensas –contestó Yhasua.

—Entonces, ¿cómo se explica esta dañina plaga que nos azota a los que no hemos hecho mal ninguno a nadie en la vida..., esta dañina plaga que se llama dominación romana?

"Yo no he quitado a nadie lo suyo, ni me he metido en la casa ajena para robar y tiranizar a sus dueños, y como yo, la mayoría de los pacíficos y honrados habitantes de la Galilea, donde vivo desde muchacho, aunque soy originario de Pafos en Chipre. Y esto es sólo una parte de la injusticia y del mal que predomina por todas partes.

"Si el Poder Invisible es Suma Justicia y Sumo Bien, ¿por qué existe el mal y la injusticia, por qué el crimen, el robo, la usurpación, la violencia?

"La tierra, el mar y el trabajo, pueden dar al hombre cuanto necesita para su vida. ¿Soy razonable, sí o no? Dímelo, Profeta, porque no quiero que la muerte eche tierra en mis ojos, sin aclarar este asunto.

—Razonas bien a la luz de los conocimientos que tienes, buen anciano, y desde tu punto de vista no puedes razonar de otra forma –le contestó el Maestro. Y añadió aún–:

"Cuando las observaciones que tienes hechas te producen tal inquietud, es señal de que ha llegado para ti la hora de mirar desde otro punto de vista este maravilloso engranaje de la vida eterna del alma humana.

"Estoy informado de que en tu país natal, Pafos, existe una escuela, derivación de la célebre Academia de Atenas fundada por Platón, llamado "el divino", porque en su tiempo, o sea, más de tres siglos atrás, fue quien más descorrió el velo del Gran Enigma, para esclarecer ante la humanidad los caminos que recorre con los ojos vendados y los pies vacilantes. Si todos los hombres supieran que su vida es eterna, que sólo los cuerpos mueren y se disgregan en polvo, y que a través de repetidas vidas terrestres pueden llegar a la perfecta felicidad que buscan, habría más justicia, más bien y más comprensión en la humanidad.

Yhasua vio claramente que no era comprendido por su auditorio y procuró esbozar con tintes más fuertes su cuadro.

—Quiero decir –añadió–, que vosotros, yo, y todos, hemos vivido muchas vidas antes de ésta, y si en la presente vida creemos haber obrado con justicia y equidad, en las de más atrás..., en la remota edad de los comienzos de la razón. ¿Qué habrán sido esas vidas primitivas,

inconscientes, brutales, casi al nivel de las bestias feroces de la selva? Las escuelas de Divina Sabiduría que hubo en todos los tiempos, como la Academia de Platón, que es de ahora, puede decirse, en comparación con las prehistóricas, han llamado a esa época porque pasan todas las almas: evolución primitiva; o sea un deficiente razonamiento, un egoísmo desmedido, sentimientos innobles y bajos, y a veces pasiones feroces.

"¿Cómo han de corregirse y pulirse esas enormes monstruosidades?

"De la misma manera que un padre corrige a sus hijos en la primera edad, no dándoles todas las satisfacciones a sus desordenados deseos, sino privándoles de los medios de satisfacerlos aunque sea a costa de sufrimientos, protestas y rebeldías. Y por esto: ¿podemos decir que tal padre sea injusto?

"Ahora, concretando más mi contestación para ponerme perfectamente dentro de la pregunta de este anciano, diré lo siguiente:

"Primero. Los sufrimientos de nuestro pueblo de Israel soportando la dominación extranjera.

"Hay un antiguo proverbio que dice: "Lo que siembras, eso recoges". No sé si vosotros que me escucháis, conoceréis la historia del pueblo hebreo, cuyo tronco originario es el patriarca Abraham, hombre justo, ecuánime y sincero adorador del Dios Invisible.

"Pero el pueblo fundado por él, no siguió sus huellas, y los desaciertos, crímenes y violencias, empezaron ya en sus bisnietos, los hijos de Jacob, que por envidia vendieron a su hermano José a unos mercaderes que iban al lejano Egipto. Ya veis cuán pronto torcieron el camino. Desde entonces, la senda recorrida por ese pueblo está toda regada de sangre y se desliza como una sierpe maligna sembrando el dolor, las devastaciones, asolando países, matando a sus habitantes para quedarse con sus ganados y sus riquezas, sin perdonar ancianos, mujeres y niños.

"¿Cómo pensáis que el pueblo de Israel ocupó la Palestina desde el Líbano hasta Idumea? Pues matando despiadadamente a todos los habitantes que se resistieron a someterse. Y hasta David y Salomón, contados entre los mejores reyes de Israel, se hacían pagar onerosos tributos y diezmaban a los pueblos dominados por ellos. Tanto es así, que cuando Roboam, hijo de Salomón sucedió al padre, al oír que los pueblos pedían clemencia por las injusticias que sufrían, él les contestó insolentemente: "Si mi padre os azotó con varas, yo os castigaré con escorpiones". Los libros llamados de los Jueces, de los Reyes y las Crónicas, son una cadena de horrores que espanta al alma menos sensible.

"Ahora decidme, ¿puede quejarse el pueblo de Israel de sufrir injustamente la dominación extranjera?

"¿No hizo él lo mismo desde la muerte de Moisés, con todos los pueblos más débiles que encontró a su paso?

“Segundo. Razón de los actuales sufrimientos: la desunión, el odio, el separatismo entre judíos, samaritanos y galileos. Todos forman el pueblo de Israel, pero les divide un antagonismo profundo, un odio que no tiene curación por la dureza de corazón de la gran mayoría. La Judea no perdona a las dos provincias hermanas porque no quisieron por rey al hijo de Salomón. Diez centurias pasaron desde entonces, y aquel odio continúa aún vivo y tenaz. Esa profunda división ha sido explotada con hábiles maniobras por los audaces Idumeos, que entre la aridez de su país codiciaban las fértiles tierras regadas por el Jordán. Y uno de ellos, el más audaz y ambicioso de todos, con simulaciones y engaños se proclamó rey de acuerdo con el águila romana, y se hizo fundador de la dinastía herodiana que esclaviza a Israel.

“Estos datos que os doy de corrida, os ponen en condiciones de formar vuestro criterio con conocimiento de causas, y poder contestarme acertadamente:

“¿Podemos cargar al Eterno Invisible, a la Suprema Justicia, la responsabilidad de lo que el pueblo hebreo sufre actualmente bajo la dominación extranjera?

— ¡No, Profeta, no!... –contestó vivamente el anciano–. El pueblo de Israel cosechó lo que sembró ayer.

—Muy bien has contestado. Y yo te digo, que por este orden de razonamiento debéis estudiar y juzgar de todos los dolores individuales o colectivos con que veis abrumada a la humanidad.

“Y no penséis tampoco que sea castigo de esa Suprema Potencia, sino consecuencias de los propios errores individuales o colectivos.

“Podrás decirme –continuó el Maestro–, que los hebreos de hoy no tienen que ver con los crímenes y devastaciones hechos por los de diez o quince siglos atrás. Pero entonces sale ante nosotros la Eterna Ley de la preexistencia o vidas sucesivas, y nos dice:

“Los que hoy sufren la dominación extranjera, son los mismos que devastaron, diezmaron y mataron a las razas que habitaban la Palestina desde remotos tiempos. La Ley de causas y efectos que es una de las leyes inmutables de la Suprema Potencia, se cumple inexorablemente. Si ahora apagamos imprudentemente las hogueras y las antorchas que nos defienden de las fieras, ¿podremos con justicia quejarnos si nos vemos acometidos por ellas?...

— ¡Oh, Profeta!... –exclamó el anciano–, ¡qué antorcha viva es tu palabra que alumbra las profundidades del corazón humano! ¿Qué Dios es el tuyo..., qué religión es la tuya, que lleva al conocimiento del misterio de la vida sin esfuerzo ninguno?

—Mi Dios es el Eterno Invisible que no veo, pero que siento en todo cuanto vive, en todos los mundos que ruedan como globos de luz por la

inmensidad –contestó Yhasua–. Y mi religión, se reduce a amar a todos mis semejantes tanto como me amo a mí mismo; lo cual me obliga a hacerles todo el bien que me sea posible, aun cuando el cumplimiento de este deber llegara a costarme la vida.

—Astarté, ¿qué es para ti, Profeta? –preguntó uno de los fenicios señalando al astro nocturno que vertía su claridad azulada sobre las negruras de los cerros y de la selva.

—Vuestra Astarté que besa con amor las flores de la noche y los lagos dormidos, es un astro vinculado a nuestra tierra por las poderosas leyes de la atracción. Es un astro benéfico que ejerce influencia en los cuerpos orgánicos de hombres y animales, en la germinación y vida de las especies vegetales, y en los profundos dominios del mar. Tal influencia la ejerce, así le deis vuestra adoración y vuestras ofrendas como se las neguéis, porque Astarté obedece a leyes eternas del Supremo Creador de los mundos, y es una fiel vecina de nuestra tierra, en torno de la cual gira desde que la nebulosa madre de nuestro Sistema planetario, dio a luz los globos radiantes que lo forman.

—A veces, Astarté se enfada sin motivo, y ahoga antes de nacer los frutos de nuestros huertos –añadió otro fenicio adorador del astro nocturno.

—No temáis –dijo el Maestro–. Astarté ni se enfada ni se complace, sino que vosotros no aprovecháis la buena influencia de que el Supremo Poder le ha dotado. Si hacéis la poda de vuestros árboles florales y frutales en luna llena, ellos rendirán de seguro el ciento por uno. Si troncháis vuestros bosques en luna menguante, las maderas se secarán más pronto, y los artesonados, puertas y muebles que hagáis con ellas, no serán roídos por la polilla.

"Hasta en la médula de los huesos, en los cuerpos de hombres y animales penetra la influencia lunar, como lo tienen observado y comprobado nuestros terapeutas al curar huesos fracturados en distintas fases de la luna.

"Vuestra hermosa Astarté, es pues, una creación del Eterno Dios Invisible, como vuestro Adonis (el sol) y como todos los astros que ruedan por el infinito azul, obedientes a sus leyes inmutables.

— ¡Bendita sea tu lengua, Profeta del Dios Invisible!... –exclamó el fenicio que había hecho la pregunta–, porque sale de ella la sabiduría como el vino generoso del odre que lo guarda.

"Me has hecho comprender que si nuestros dioses Adonis y Astarté, no son más que hijos sumisos del Poderoso Invisible, ellos no se enfadarán porque todos los hombres adoremos a su Padre Supremo, ¿no es así?

—Justamente –contestó Yhasua, que tuvo la satisfacción de comprobar que se había puesto a tono con las mentalidades que lo rodeaban.

A la mañana siguiente nuestros viajeros se despedían de la cuadrilla de hachadores, dejando encendida una luz nueva en aquellas almas, cuyos escasos conocimientos de los profundos enigmas de la vida les mantenían entre la bruma de una penosa inconsciencia.

80
EN CESAREA DE FILIPO

Otra jornada más y ya estaban a la vista de Cesarea de Filipo, la más suntuosa e importante ciudad de la Tetrarquía de Felipe, tercer hijo de Herodes el Grande.

Su debilidad de carácter, su poca capacidad para el gobierno de sus dominios y sus desenfrenadas pasiones, hicieron de esta ciudad un verdadero foco de libertinaje, que saliendo de su corte como un torrente de fango, infectaba todos los barrios y clases sociales que formaban la población.

El Tetrarca Felipe, estaba casado con una sobrina suya, Herodías hija de su hermana Salomé Augusta, la mayor de las hijas mujeres de Herodes el Grande. Era Herodías una mujer, digna nieta de su ambicioso, cruel y despótico abuelo. Corrompida y soberbia al extremo, a ella se debió en gran parte que la corte del Tetrarca Felipe, se convirtiera en una exhibición repugnante por lo desvergonzada, de esa mezcla de arte y de lujuria, que los príncipes y magnates orientales buscaban, en los misteriosos bosques de Dafne, a poca distancia de Antioquía.

Era pues Cesarea de Filipo, una copia reducida de aquella gran capital de Siria, y abundaban los magos y adivinadores, las sibilas, brujas, y en general, gentes de vida tenebrosa, apta para todo mal, basta que fuera espléndidamente pagado.

A este foco de abominación, llegaba el justo por excelencia, el Ungido de Dios, que venía a lavar con sangre los pecados de la humanidad.

En un tranquilo barrio de la parte más antigua de la ciudad, vivía un Anciano esenio de grado tercero con su esposa y sus criados. Este hombre se llamaba Nabat, y era hermano de uno de los Ancianos del Santuario del Tabor; Tenía una Sinagoga particular para los pocos servidores de Jehová que allí había, escuchasen la palabra divina, e hicieran sus oraciones y prácticas de devoción.

En esta casa, morada de un matrimonio justo y piadoso, iban a hospedarse Yhasua y el tío Jaime.

Los hermanos de Hanani pasaron también allí la noche, y al siguiente día se incorporaron a la caravana que venía de Damasco y emprendieron el regreso a Corazín.

El buen Anciano Nabat refería horrorizado a sus huéspedes, los escandalosos festines de la corte del Tetrarca Felipe.

En un gran bosque extramuros de la ciudad, y utilizando las aguas de un brazo del Jordán que pasaba por allí, Herodías se había hecho construir un inmenso estanque de mármol negro, en cuyos bordes se levantaban artísticas farolas de bronce, pebeteros de cobre y de plata donde se quemaban enervantes perfumes, mientras duraba su baño y natación, acompañada de sus damas y cortesanos.

En aquel misterioso lugar de placer y de vicio, había la severa consigna de que sólo entraba el que llevaba un pase de Herodías, y nadie salía, si no le abrían la puerta dorada de la gran verja, los gigantescos guardianes nubios negros como el ébano, que la guardaban a todas horas del día y de la noche. El bosque estaba sembrado de estatuas de los dioses paganos, que eran adorados como patrocinantes de los más repugnantes vicios.

Baco, el dios de la ebriedad y de la lujuria, era por cierto uno de los más reverenciados con ofrendas de sus devotos; Isis y Osiris, símbolos sagrados de la más antigua Mitología Egipcia, tras de los cuales, los maestros de Divina Sabiduría de las Escuelas Prehistóricas, ocultaban del vulgo el misterio de la Eterna Fecundidad Creadora, eran horriblemente profanados, y sus estatuas dormidas en el Loto Sagrado, servían como dioses tutelares de los amores lúbricos, diversión favorita de Herodías y de la corte que le rodeaba.

Últimamente se había añadido una abominación más, según refería a nuestros viajeros el Anciano Nabat, y era lo siguiente:

Herodías hacía venir desde lejanas tierras, todo cuanto sirviera de atracción y divertimiento para su pueblo, según expresaba, aún cuando el pueblo era lo que menos le interesaba, y su principal objeto era mantener llenas sus arcas explotando todas las bajezas, ruindades y degradaciones a que puede descender la criatura humana. Se decía, que un hombre espectro, de origen tibetano, había sido traído por ella para añadir una novedad llamativa a las diversiones de su bosque de los misterios. Dicho sujeto traía consigo una colección de serpientes de las más grandes y horribles de su tierra natal. El tibetano ejercía una fascinación tremenda sobre sus serpientes, que obedecían dócilmente a la monótona música que él ejecutaba en una flauta de bambú, y a unos silbidos especiales con que parecía expresarles su voluntad.

En la gran plaza llamada de las caravanas, situada frente a la puerta sur de la ciudad, con el beneplácito de las autoridades, había colocado un gran toldo amarillo sobre lanzas enclavadas en el pavimento. De esta puerta arrancaba una de las grandes avenidas de la ciudad donde se aglomeraba numeroso público, pues en dicha avenida estaban instaladas

las tiendas de los mercaderes que compraban los productos traídos por las caravanas desde lejanos países.

La tienda amarilla del tibetano estaba respaldada por la puerta trasera del gran circo de Cesarea, o sea, la puerta por donde acostumbraban a entrar los caballos para las carreras, o en general los animales que debían trabajar en el circo.

La posición de la tienda amarilla era muy estratégica y apropiada para los negocios que en ella se realizaban.

El hombre-espectro que parecía un haz de raíces coronado por una cabeza calva, con unos ojos que parecían relampaguear en el fondo de negros huecos, estaba siempre sentado entre una porción de cestas de bambú primorosamente trabajadas. En cada cesta había una serpiente enroscada y dormida, a las cuales el tibetano llamaba sus princesas encantadas que sabían todas las cosas y adivinaban los secretos, y daban la dicha y la fortuna a aquellos a quienes ellas amaban. Oyendo Yhasua estos relatos del buen Anciano Nabat, comprendió de inmediato que en toda aquella maraña de engaños y ficciones, se escondía un fondo de verdad.

Y esta verdad era seguramente que el tibetano era un poderoso hipnotizador, que obraba además bajo la influencia de inteligencias perversas para ejercer venganzas, para conseguir riquezas por medios inicuos, y para hacer toda clase de males que fueran bien remunerados. Se murmuraba que en todas las ganancias tenía parte Herodías, que respaldaba al mago con todos sus poderes de esposa del Tetrarca Felipe.

Supo además, Yhasua, que desde que el encantador de serpientes estaba en Cesarea, habían huido de sus hogares, jovencitas honestas y virtuosas; muchachos honrados y trabajadores, y aún esposas y esposos jóvenes, dejando abandonados, un hijito pequeño, unos padres ancianos, como personas que han perdido el control de sus actos y la noción del deber.

—Buen Nabat –le dijo el Maestro–, harás una obra agradable al Altísimo si me facilitas los medios de acercarme a ese infeliz, autor de tantos males, y a ese bosque de los misterios, pues me parece que hay una estrecha relación entre el bosque y el hombre de las serpientes.

El horror más profundo se pintó en el rostro del buen Anciano.

— ¡Hijo mío! –le dijo–, sé todo el amor que por ti sienten los Ancianos del Tabor, sé la gran misión que has traído a la tierra, pero que te acerques a esos demonios encarnados, creo que no será necesario para el cumplimiento de tu misión.

— ¡Oh, buen Nabat!... ¿Sabes acaso hasta dónde alcanza mi deber de salvar a las almas, y encaminarlas por la senda de la verdad y la justicia? ¿Sabes hasta qué punto me impulsa como un huracán de fuego el mandato divino “Ama a tu prójimo como a ti mismo”?

“¿Crees que pudiendo destruir toda esa máquina infernal, he de permanecer con los brazos cruzados dejando extenderse el mal como un incendio, en un trigal maduro?

“¡No, amigo mío!... Hay pecados de omisión y éste sería uno de ellos. No valdría la pena de haber venido a la tierra como Salvador de los hombres, y dejarlos hundirse en los abismos de todas las iniquidades.

El tío Jaime cumpliendo su promesa de no obstaculizar en lo más mínimo la misión salvadora de Yhasua, escuchaba y callaba.

—Voy viendo –dijo por fin el Anciano Nabat–, que tienes toda la razón a tu favor. Bien, pues, haré lo que deseas. Si necesitas hombres fieles de los nuestros que te ayuden...

—No es necesario, únicamente tu compañía y la del tío Jaime me bastan.

A la segunda hora de la mañana se encaminaron a la plaza de las caravanas.

El tibetano estaba allí, quieto, mudo como un lagarto que toma el sol, bajo la tienda amarilla, y medio oculto entre las cestas de bambú. Yhasua lo observó desde el sitio más próximo que pudo, sin llamar la atención. Comprendió que estaba concentrado en sí mismo, acumulando fuerzas y escuchando una voz extraterrestre que le hablaba.

Después de unos momentos se levantó, quitóse la túnica, y con el pecho, espalda y brazos desnudos, tomó la flauta de bambú y comenzó a tocar.

Las cestas comenzaron a moverse y sus tapas a levantarse pausadamente.

Las gentes de la plaza y los que curioseaban por las tiendas de los mercaderes, empezaron a acercarse y formar círculo ante la tienda amarilla, que estaba resguardada por un excesivo acercamiento del público por un fuerte cordel negro, que corría de una a otra de las lanzas que sostenían el toldo.

Los espantosos reptiles, bien despiertos y erguidos, habían hecho caer las tapaderas de las cestas y asomaban sus cabezas aplastadas y sus ojillos como puntos de fuego, por debajo de los cuales una inquieta y larga lengua, cual un dardo carnoso, se movía rápidamente.

Yhasua con sus acompañantes, se mezcló entre el círculo de curiosos. Y con sus ojos fijos en aquel desventurado ser consagrado al mal, evocó a sus grandes alianzas espirituales e irradió toda su fuerza de bien, de amor y de justicia sobre él. El mago empezó a estremecerse en dolorosos espasmos, la flauta saltó de sus manos y las ocho serpientes se hundieron en las cestas con un sordo ruido y unos silbidos estridentes que herían los nervios.

Los curiosos, en su mayoría huyeron asustados, y algunos menos

miedosos se burlaron del mago con grandes carcajadas, otros se enfadaron por haberle dejado la indispensable moneda de plata y la función fracasada.

El infeliz encantador de serpientes había caído al suelo y se retorcía en una horrible convulsión, arrojando espuma sanguinolenta de la boca. Yhasua pasó entonces sobre el cordel que rodeaba la tienda y fue a socorrerle. La austeridad de su semblante y la noble majestad que irradiaba toda su persona, impuso silencio al poco público que allí quedaba.

La fuerza espiritual del Maestro y su inmenso amor a sus semejantes, cortó la maligna alianza de las inteligencias perversas que habían tomado al tibetano como instrumento para sus tenebrosos fines, y el paciente fue recuperando la calma poco a poco.

— ¿Quién eres tú? –preguntó de inmediato al Maestro.

—Un médico que pasaba y he acudido a socorrerte cuando vi la crisis que te acometía –le contestó. No quiso hacerle comprender que él había anulado su maligno poder, y se retiró porque se dio cuenta de que era observado por las personas presentes. Pero dejó a Nabat y al tío Jaime para que vieran el final de lo sucedido.

El tibetano tomó de nuevo su flauta y comenzó a tocar pero las cestas permanecían inmóviles. Se enardecía él mismo, con el fervor de su música enervante y monótona, y el resultado era siempre negativo.

El público comenzó a dar silbidos y gritos nada halagüeños para el mago, que al fin sospechó lo que había ocurrido, no sabía por qué causa. Abrió las cestas una a una y encontró que las ocho serpientes estaban muertas.

Empezó a dar gritos desaforados y sus ojos relampagueaban con furia, cual si quisiera fulminar con sus miradas de odio a los que le rodeaban.

— ¡Mientras yo estaba convulsionado, habéis envenenado mis princesas –gritaba–, pero lo pagaréis caro, creedme..., lo pagaréis con vuestra vida, y la de vuestras mujeres, de vuestros hijos y de vuestras bestias!... –Y continuó vomitando una cadena de maldiciones contra el causante de la desgracia. Los espectadores que aún quedaban, huyeron despavoridos, temerosos de ser alcanzados por las maldiciones del enfurecido mago, que no dejó penetrar en su espíritu el amor con que el Cristo le llamaba al arrepentimiento.

El tío Jaime y el Anciano Nabat que lo seguían observando desde fuera del cordel que circuía la tienda, se dieron cuenta de que el tibetano oía una voz en su interior que lo llamaba al camino del bien, de la justicia y de la honradez, porque en medio de la rabiosa furia que le agitaba le oían gritar:

— ¡Calla, calla!..., ¡necio!..., ¡estúpido!... No hay más bien que el dinero, ni más justicia que la del provecho propio, ni otra honradez que

la de cumplir los compromisos a los que me pagan... ¡Maldito sea!... ¡Tú que me hablas y no te veo!..., ¿qué le diré ahora a ella, que espera en el bosque de los misterios?

La puerta trasera del circo en la cual estaba apoyado un lado de la tienda, se entreabrió, y un brazote negro y parte de una cabeza de ébano asomaron casi a ras del suelo, lo bastante para tomar un pie del enfurecido tibetano y en un rápido movimiento arrastrarlo dentro y cerrar de nuevo la gran puerta de hierro.

El Anciano Nabat que venía siguiendo desde tiempo atrás esta obscura trama de delitos misteriosos, y que había oído los rumores de que el mago con sus serpientes amaestradas, sugestionaba doncellas hermosas y jóvenes gallardos que luego desaparecían, pudo confirmar la veracidad del criminal procedimiento.

La inesperada aparición del negro que arrastró al mago al subsuelo del circo, fue sin duda para evitar que el tibetano, enloquecido de ira y fuera de sí, continuase hablando y descubriera el fondo oscuro y desconocido de la negra trama urdida desde tiempo atrás.

El bosque de los misterios era el fastuoso recreo de Herodías, que tenía unas decenas de corpulentos nubios para guardianes de la juventud de ambos sexos, que iba secuestrando por medio del encantador de serpientes.

La digna nieta de Herodes, se sabía duramente criticada por su licenciosa vida, y quería destruir de raíz, la austeridad de las costumbres en las familias hebreas. Corrompiendo la juventud, era como más pronto lo conseguiría.

Dejamos a la fina intuición del lector, el suponer y casi adivinar, la inenarrable serie de abominables procedimientos de que aquella infeliz mujer se valía para conseguir sus fines.

¡Si ella hubiera podido descubrir que Yhasua, como un arcángel de fuego había entrado en Cesarea, y anulado de raíz el principal elemento con que ella contaba para sus tenebrosos delitos, hubiera de seguro hecho con él, lo que dos años después hizo con el predicador de las orillas del Jordán, Yohanán, llamado el Bautista!

Yhasua, esperaba a sus compañeros junto a una fuente entre jardines que había en el centro de la gran avenida. Se había sentado sobre un banco de mármol y se absorbió en sus propios pensamientos de los cuales no podía apartar al hombre de las serpientes. Un ardiente deseo de redimirle se apoderó de él, y con sus ojos entornados dejó volar su amoroso pensamiento llamando al alma tenebrosa de aquel infeliz, con las más tiernas expresiones de afecto. Fue, el preciso momento en que el tibetano, sintió una profunda voz interna que lo llamaba al arrepentimiento y a la transformación de su vida consagrada al mal.

Bajo estas impresiones se encontraba el Maestro, cuando llegaron hasta él, Nabat y el tío Jaime con el relato que el lector ya conoce.

—Su indómita furia –decía Nabat–, le hizo decir frases que descubren claramente su alianza con la malvada mujer del Tetrarca, y es seguro que el coloso negro que le arrastró a las cuevas del circo, le habrá dado una marimba de azotes que no habrán quedado de él más que los huesos.

—En medio de todo lo tiene merecido –añadió el tío Jaime.

Yhasua exhaló un hondo suspiro como si parte de su vida se escapara de él.

—Vosotros podéis pensar como queráis, pero yo no –dijo al fin.

— ¿Qué quieres decir con eso? –preguntó Nabat.

—Quiero decir que si he venido a la tierra para salvar a esta humanidad, no puedo consentir que por negligencia mía se pierda ni una sola de las almas que me fueron confiadas –contestó Yhasua.

—Y..., ¿queréis hacer algo por esa pareja de malvados, abortos de los infiernos? –preguntó de nuevo el Anciano.

— ¡Sí, Nabat!..., quiero intentar la redención de los dos.

— ¡Santo cielo!... ¿Y vas a entrar en la vida de Herodías? –preguntó aterrado el tío Jaime.

—Y, ¿no entraron los Kobdas de la prehistoria, en la vida delictuosa de la reina Shamurance, cien veces más poderosa y criminal que ésta?

—Así es, Yhasua, ¿pero... eso redimió a la Shamurance? –preguntó de nuevo el tío Jaime.

— ¡Ya ves que no, tío!... ¡Han pasado ocho milenios de años y la luz no penetró en ella!... La vuelvo a encontrar rodando abismo abajo, en su espantosa carrera de delitos...

— ¿Quieres decir que la Shamurance y Herodías son el mismo ser? –preguntó alarmado Nabat.

— ¡Es el mismo ser!... –repitió con voz profunda el joven Maestro–. Muchas veces le ha llamado el Amor Eterno por la voz de Krishna, Buda y Moisés.

“Ahora le llama la última vez por la voz mía, y si aún persiste en su endurecimiento, ¡desdichada!..., la Piedad Divina se cerrará para ella por inmensas edades, hasta que las más terribles expiaciones abran su corazón al amor.

— ¡Yhasua!... –dijo el Anciano conmovido–. ¡Nadie puede poner freno a la fuerza del Amor Divino que reside en ti!... Haz como creas que es tu deber y nosotros cooperaremos contigo en lo que podamos. ¿Verdad, hermano Jaime?

—Soy de la misma opinión –contestó éste–. ¿Qué quieres que hagamos?

—Quiero ir ahora al circo, en calidad de extranjeros que lo visitamos; bajaremos a las cuevas de las bestias, y veremos qué ha sido del infeliz mago.

—Bien, vamos allá, muy cerca lo tenemos.

No les pusieron dificultad ninguna, porque el circo estaba desierto y una docena de esclavos se ocupaban de la limpieza.

Desde las últimas carreras de cuadrigas y luchas de gladiadores, en que hubo espantosos choques de carros y de caballos causando destrozos enormes, no se habían organizado nuevos torneos hípicos.

Después de una vuelta por las grandes tribunas y palcos de honor, encortinados con doseles de púrpura, bajaron a las cuadras que estaban a nivel con la arena y fueron registrándolas cuidadosamente. La puerta aquella que se abría sobre la plaza de las caravanas, daba a una galería donde estaban las cuadras. Todas estaban abiertas menos una, que era la más inmediata a la puerta.

—Seguramente está aquí lo que buscamos –dijo Yhasua, escuchando una respiración fatigosa pero muy débil, se sentía claramente.

—Abre hermano, al médico que viene a curarte –dijo Yhasua en alta voz. Notaron que la respiración fatigosa se acercaba a la puerta y que hacía girar la llave.

El infeliz tibetano estaba con su rostro amoratado, y de la nariz y la boca le corrían hilos de sangre. Se veía claramente que los puños del gigantesco nubio habían hecho su obra.

— ¿Te manda ella para curarme? –preguntó el mago.

— ¿Quién es ella? –preguntó Yhasua, y luego añadió–: A mí no me manda nadie, vengo por mi voluntad porque supuse que estabas herido.

—Vimos al nubio que te arrastró por esa puerta –añadió Nabat–, y como te fracasó la función, hemos pensado en que serías duramente castigado. Eso es todo.

— ¡Sería todo! –arguyó el mago–, si no fueran los tremendos compromisos contraídos con la poderosa mujer a la cual sirvo.

Yhasua con sus manos de lirios suavísimos, fue palpando las magulladuras de aquel rostro de espectro, con su blanco paño de manos mojado en el agua del cántaro que allí había, le limpió la sangre de la nariz y de la boca amoratada.

—Tú eres piadoso como los monjes de Buda –dijo el tibetano a Yhasua–. Si yo los hubiera escuchado a ellos, no me vería ahora tal como estoy.

—El despreciar el consejo de los justos, trae siempre desgracia –le contestó el Maestro–. Pero aún estás a tiempo de abandonar la vida antigua y tomar una nueva. Es muy triste a tus años soportar lo que

soportas, sólo por míseros puñados de oro, que no tardarás en dejar quieras o no.

— ¿Quieres decir que voy a morir?...

—Naturalmente, ¿no hemos de morir todos? Y, ¿no es preferible esperar la muerte bajo un techo honrado y tranquilo, que verla llegar en el hacha del verdugo o en el cordel de la horca?

— ¿Quién eres tú que hablas como un Profeta?

—Soy un extranjero que viajo estudiando a los hombres, y haciéndoles el bien que puedo.

— ¡Tienes bálsamo en tus manos!... –dijo receloso el tibetano–. Tú eres como los monjes de Buda que curan con el roce de sus manos. ¿Cómo te pagaré por el bien que me haces?

— ¡Dejando la vida que llevas y viniendo detrás de mí! –le contestó el Maestro.

— ¿Cómo esclavo? –preguntó el mago.

— ¡Yo no quiero esclavos, sino amigos!

— ¿Y de qué te servirá mi amistad, si he perdido todo el poder que tenía, y hasta mis princesas que aumentaban mi fuerza fueron muertas? –dijo tristemente el tibetano.

—El hombre de bien es fuerte por el bien mismo, y no precisa de malignos seres inferiores cargados de fuerzas tenebrosas, para recorrer dignamente el camino de la vida –le contestó el Maestro–. ¿Quieres decidirte?... ¿Quieres la vida tranquila en medio de los justos?..., ¿quieres tu pan sin remordimientos ni zozobras?

— ¿Quién me los dará si no tengo ya los medios para ganarlo, y estoy cargado de años y de agotamiento físico?

—El Padre Celestial, dueño de todos los tesoros del mundo –le contestó el Maestro.

De pronto se oyó un pequeño ruido hacia la entrada principal del circo.

— ¡Huid!..., ¡huid! –dijo aterrado el mago–. ¡Huid por esta puerta, que viene ella!

El tío Jaime y Nabat se alarmaron por Yhasua.

— ¡Hijo!..., ¡piensa en tu madre, en tus amigos, en todos los que esperan y confían en ti! –dijo el tío Jaime al oído de Yhasua.

—No tenemos nada que temer de nadie porque ningún mal hemos hecho –contestó el Maestro con gran serenidad.

Pronto vieron que cruzaba la arena del circo un grupo de cuatro enormes negros que conducían una lujosa litera, cuyas cortinillas cerradas no permitían ver quién la ocupaba.

La dejaron con gran suavidad en el pavimento de piedras blancas de la galería.

Un hermoso paje rubio de ojos azules salió primero, y descorriendo la cortinilla dio la mano a una encubierta dama que entró como una exhalación. Yhasua y sus acompañantes se hicieron a un lado para dejarla pasar.

Al ver que el tibetano no estaba solo, le preguntó en árabe:

— ¿Qué hacen aquí estos hombres?

— ¡Grandeza!..., son extranjeros que visitan el circo, y que sintiendo mis gemidos llegaron aquí a socorrerme. El más joven es médico.

—Te merecías cincuenta azotes bien dados –y sin levantar su espeso velo se volvió a Yhasua para decirle–: Tus servicios no son necesarios aquí. Puedes irte cuando quieras.

— ¡Grandeza! –volvió a decir el mago–. Desde que he perdido mis princesas y con ellas todo mi poder, de nada puedo servirte, y este médico piadoso carga con mis huesos que pronto irán a mezclarse con las raíces de la tierra. ¡Señor!..., no olvides tu promesa –clamó de nuevo.

—No la olvido. Te espero fuera del circo. –Y seguido de sus acompañantes atravesó Yhasua la puerta de la cuadra.

— ¡Qué hermoso es ese hombre! –exclamó Herodías apenas habían salido–. Es seguramente un príncipe extranjero. En Tiro abundan estos bellos tipos mezcla de griego y de galo. ¿No sabes quién es?

—No, Grandeza. Únicamente sé que es un hombre piadoso y bueno, puesto que carga con mi osamenta que de nada le servirá.

— ¡Entre tú y yo, todo ha terminado! –le dijo la mujer–. Aunque sabes muchas cosas, no te temo, puesto que ya no tienes poder alguno. Pero ten entendido que si llegas a descubrir algunos de mis secretos, te buscaré hasta el infierno para arrancarte la lengua con las uñas.

“Son traidores los de tu raza y no me fío mucho de ti. ¡Bebe esto! –Y sacó de su saquillo de mano una pequeña redoma de alabastro que el mago conocía perfectamente.

— ¡El elixir del olvido! –dijo con terror.

— ¡Sí! Tú mismo lo preparaste para que nuestras víctimas olvidaran su pasado. Sé que es eficaz, pues ni una sola vez ha fallado. ¡Bebe! –como el mago vacilara, ella gritó con furia–. ¡Si no obedeces, mis nubios están a diez pasos de aquí y les mandaré que te estrangulen!...

Se cortó la palabra en su boca, porque Yhasua estaba de pie ante ella y la miraba con unos ojos que le hacían daño.

— ¡Has vuelto y te mandé salir! –gritó ella con rabia.

—Calla, mujer, que tú no eres nadie para mandar sobre mí –díjole el Maestro, con una voz profunda que parecía venir de lejos–. ¡Vuelve sobre tus pasos!... ¡Lava con lágrimas de arrepentimiento los espantosos crímenes de tu vida! Devuelve a sus hogares las doncellas y los jóvenes que retienes en tu bosque de los misterios, porque el llanto

de las madres que les lloran está pidiendo a Dios justicia y su justicia vendrá sobre ti...

La furiosa mujer se desconocía a sí misma. Una extraña fuerza la paralizaba. Había levantado la diestra para abofetear a Yhasua, y la mano le quedó paralizada como si tenazas de hierro la contuvieran. Quiso gritar llamando a sus terribles nubios y su lengua reseca no pudo moverse.

El mago temblaba de miedo, pues había querido abrazarse a Yhasua y sus brazos no encontraron cuerpo alguno.

— ¡El hermoso médico es un fantasma! –pensó el tibetano habituado como era a la vida entre fuerzas supranormales, que plasmaban imágenes que se iban y volvían, que permanecían tanto como el pensamiento de su creador.

— ¡Herodías! –le dijo la misma voz que resonaba desde lejos–. ¡Hace ocho mil años que la Eterna Ley espera tu redención!...

"¡Alma desventurada!... ¿Hasta cuándo resistirás a la Bondad Divina?..."

Como movido por una máquina, el tibetano salió a toda carrera atravesando la arena del circo. El doble astral del Maestro se había desvanecido ante la aterrada mujer, que continuaba paralizada en todos sus movimientos. Sus ojos desorbitados continuaban fijos en el lugar donde había estado de pie el blanco fantasma, cuyo poder de fascinación era tal que la anuló por completo.

¡Ella misma no podía precisar el tiempo que llevaba allí, sabiendo que vivía sólo porque le latía el corazón y sus recuerdos estaban espantosamente vivos!... Cuando desapareció la rigidez de todo su cuerpo, cayó en tierra como si un poderoso viento la hubiera sacudido. Se convenció de que no tenía en su cuerpo daño alguno y corrió a llamar a sus nubios para huir de aquel lugar embrujado. Los encontró profundamente dormidos sobre el pavimento y el pajecillo rubio dentro de la litera dormía también.

A puntapiés despertó a sus negros, tiró de la nariz a su bello paje, y ocultándose tras las cortinas de la litera, gritó: –¡Al bosque!... ¡Al bosque!

Los negros siguieron a buen paso en la dirección indicada. El bosque estaba fuera de las murallas y hacia el sudoeste, a media milla más o menos.

Era ya pasado el mediodía. La gran puerta dorada estaba abierta de par en par. Los gigantescos nubios como troncos quemados aparecían tendidos en los senderillos tapizados de musgo y de flores. Cada cual se había dormido en el sitio que le correspondía la guardia.

Los pabellones aparecían desiertos..., ni una voz, ni un rumor se sentía. Sólo el concierto de los pájaros animaba aquel silencio de muerte.

Los flamencos y las garzas dormitaban junto a las fuentes, cuyos surtidores chisporroteaban su menuda lluvia de perlas cristalinas.

Una porción de hermosas gacelas pastaba tranquilamente, sin advertir que sucediera nada anormal.

Herodías temblando de ira y de despecho, corrió a su pabellón particular y tomó el látigo de azotar sus esclavos, y con azotes despertó a los guardianes nubios que así habían olvidado sus deberes.

Después recordó al famoso médico del manto blanco y cesó de azotar a los guardianes.

Ella misma se había visto impotente ante la fuerza extraordinaria de aquel hombre fantasma, cuya belleza no podía olvidar.

— ¡Me ha vencido! –gritó, y cayendo en su diván de reposo se retorcía de rabia como una culebra herida y aprisionada–. ¡Yo lo buscaré!..., ¡yo lo encontraré! –gritaba–, ¡yo me vengaré haciéndolo esclavo de mis caprichos, hasta que le vea arrastrarse como un gusano a mis pies!

La hermosa y florida juventud aprisionada entre sus redes, había volado toda como una bandada de pájaros cautivos a los cuales de pronto se les abre la jaula.

¿Qué había pasado? La infeliz Herodías no lo supo nunca, pero tú, amigo lector, puedes saberlo porque los Archivos Eternos de la Luz que guardaron en sus páginas de oro, la vida excelsa del Cristo, te lo referirá confidencialmente.

Cuando Yhasua dijo al tibetano: “te espero fuera del circo”, se fue paseando con sus compañeros por los jardines que formaban como una plazoleta frente a la entrada principal. Tras del espeso follaje de una glorieta o quiosco utilizado para la venta de refrescos los días de torneos hípicos, quiso sentarse, y solicitó el concurso de sus acompañantes para un trabajo espiritual, que iba a realizar. Ambos eran esenios adelantados y podían comprenderle y ayudarle.

Su poderosa fuerza espiritual secundada por sus grandes alianzas eternas, produjo el fenómeno de la aparición del doble astral del Maestro en dos sitios a la vez: en la cuadra del circo donde estaba Herodías, para salvar al tibetano de sus garras, y en el bosque donde retenía cautivos, cuarenta y ocho jóvenes de ambos sexos. A fuerza de dañinos brebajes y de impresiones trágicas de mal género, habíanles hecho perder la memoria temporalmente, mientras les acostumbraban al nuevo género de vida, a que los destinaba la lúbrica y prepotente ama.

La aparición del doble astral de Yhasua en los pabellones del bosque, les devolvió la conciencia de la realidad del momento que vivían, y tomándolo por un ángel del Señor que acudía a salvarlos, viendo dormidos a sus terribles guardianes, huyeron precipitadamente hacia la ciudad, buscando cada cual su hogar y su familia.

La imaginación del lector puede admirar sin esfuerzo, los emocionantes cuadros de amor y de dicha de esos tristes hogares que habían

visto desaparecer uno o varios de los jóvenes retoños, en los que cifraban sus esperanzas del futuro, y sin tener noticia alguna del fin que habían tenido.

—Un ángel blanco nos abrió las puertas de nuestro encierro después de haber dormido a nuestros guardianes –era todo lo que los ex cautivos podían decir.

—Será el ángel Rafael que guió al hijo de Tobías –decían las madres llorando de felicidad.

—Será el ángel que apareció a nuestro padre Abraham para detener su brazo, cuando iba a sacrificar a su hijo Isaac –decían otros.

Cuando el Maestro se despertó de su profunda hipnosis era ya la mitad de la tarde, y sólo la presencia allí del viejo tibetano, ya vestido igual que el Anciano Nabat, quedaba como evidencia de que todo lo que había ocurrido no era tan solo un sueño.

Dos días después el Maestro emprendía nuevamente su viaje, no sin antes haber destruido de raíz ciertas recelosas divisiones que existían entre los dirigentes de la Santa Alianza en Cesarea de Filipo. Los unos decían responder a Nicolás de Damasco, los otros al príncipe Judá, o a Simónides, o a los terapeutas venidos del Monte Hermón.

Con la suave lógica de su amor supremo sobre todas las cosas, Yhasua convenció a unos y a otros de que aquella institución fraternal era la precursora del Mesías esperado en Israel, y que los dirigentes de Jerusalén eran entre sí un solo sentir y pensar. Y siendo todos los dirigentes de Cesarea, hombres jóvenes sin mayores conocimientos en el orden espiritual, les reunió en la sinagoga de Nabat, y quedó establecido que él, con su buen discernimiento y prudencia, sería el consejero de la vehemente juventud que derramaba con entusiasmo la buena semilla.

—Quiero que aprendáis a amaros unos a otros –les dijo al despedirse–, porque sin amor ninguna alianza es santa.

81
EN EL MONTE HERMÓN

Yhasua y el tío Jaime se llevaron consigo al mago tibetano, que se había ya consolado de la pérdida de sus poderes internos que tan fuerte le hicieron para el mal, en años que no volverían jamás.

El Maestro quería dejarle seguro de continuar su curación espiritual en el Santuario del Monte Hermón, a donde se dirigía.

Necesitaba el joven Maestro reparar sus fuerzas espirituales y físicas. El viaje había sido largo y penoso, y la labor desarrollada desde que salió de Nazareth, muy intensa.

Dejaron pues el trillado camino de las caravanas y empezaron a costear el flanco oriental del Hermón, por las pequeñas sendas que los hachadores de toda aquella región iban abriendo con sus cuadrillas casi hasta las faldas mismas del Monte. Para los buenos campesinos, no era desconocida la existencia de los solitarios en lo más escarpado de aquellas cimas, siempre cubiertas de nieve. Los terapeutas bajaban como aves benéficas, trayendo a los valles del contorno, la salud, la paz y los socorros materiales para quienes los necesitaban.

Los que no pertenecían a la Fraternidad Esenia, no comprendían la vida de aquellos santos hombres que daban cuanto podían, que eran como una providencia viviente para toda la comarca y que jamás pedían nada a cambio de sus favores.

Y acabaron por creer en medio de su ignorancia, que eran seres sobrenaturales, especie de genios protectores y benéficos, que no tenían las mismas necesidades físicas del resto de los hombres.

De Cesarea de Filipo al Santuario del Hermón, eran dos días de viaje en buenas cabalgaduras amaestradas para trepar montañas. Pero era un viaje sin peligros, debido a la infatigable labor de los terapeutas, cuyas piadosas solicitudes para con todos los que penetraban en aquellos montes casi inaccesibles, habían anulado por completo la delincuencia tan común en lugares como esos.

La suavísima vibración de los hombres del amor y del silencio, establecidos allí desde varias centurias atrás, de tal modo había influido en los habitantes de la comarca que ya era proverbial la hospitalaria acogida que los leñadores y pastores del Líbano dispensaban a los viajeros que pasaban junto a sus cabañas.

Era final de otoño, y a nueve mil pies de altura a que se elevan los más altos cerros de aquella cordillera, el frío se hacía sentir con bastante intensidad por las noches.

¡Cuántas veces las hogueras de las pobrísimas chozas de los leñadores, dieron calor y abrigo al dulce peregrino del Amor Eterno, que pasaba por la tierra como un ángel de luz y de misericordia!

Ninguna comodidad podían ofrecer aquellas gentes a nuestros viajeros, con los cuales compartían sus lechos de paja y pieles de oveja, su pan moreno de trigo o centeno pisado sin quitarle la corteza, las frutas de la región que alimentaban también a las bestias, y como vianda de lujo, el queso de cabra, el pescado fresco del Nahr-el-Awaj.

La vida pura de aquellas gentes de las montañas las mantenía en buena salud y con grandes energías físicas, por lo que Yhasua no tuvo ocasión de revelar aquí sus poderes de taumaturgo en cuanto a enfermedades físicas.

Se limitó pues, a despertarles la conciencia a un ideal superior, al Poder Invisible y Supremo que vela con amor sobre sus hijos.

Y en verdad que su sencilla plática fue oportuna, hasta parecer evocadora de ese Poder Supremo ante la inesperada circunstancia que se presentó.

La maravillosa fertilidad de la región montañosa del Líbano, ha hecho de ella una de las más bellas de la tierra.

Y en la época de nuestro relato, dicha región no había sufrido las espantosas devastaciones de la guerra. Los grandes bosques que cubrían valles y cerros podían casi llamarse inexplorados durante el último milenio.

Los árboles frutales en general, que en otras regiones necesitan del esfuerzo y absoluta consagración de los agricultores, en las faldas y valles del Líbano crecían a la par de los cedros gigantescos, de las encinas y de los pinares.

Pero en medio de toda aquella exuberante belleza y abundancia, había algo que aterraba a sus moradores: las terribles tempestades de truenos, relámpagos y rayos, que de tanto en tanto se desataban.

Y como en tiempos anteriores más de una vez ocurrió que una de esas tempestades había aniquilado toda una caravana que pasaba rumbo a Damasco, el camino había sido desviado de los flancos del Hermón hacia la llanura que riega el caudaloso río Nahr-el-Awaj, cuyas corrientes formaron los hermosos lagos al oriente de Damasco.

Una de estas espantosas tempestades sorprendió a nuestros viajeros en las chozas de los leñadores.

Algunos de ellos, los más pobres sin duda, que no podían sostener la familia en las aldeas o ciudades de la comarca, tenían allí mismo sus mujeres y sus hijos; y cuando se presentaron los primeros anuncios de tempestad, comenzaron a revivir los recuerdos de los que ya habían soportado otras, y la proximidad de la que se anunciaba les producía indecible terror, sobre todo a las mujeres y a los niños.

Todo les parecía poco para asegurar debidamente los tejidos de cáñamo, pieles de búfalo, restos de velas de embarcaciones que servían de improvisada techumbre a sus míseras moradas, cuyas paredes eran troncos de árboles y pedruscos amontonados unos sobre otros.

—Os acabo de hablar –decíales el Maestro–, del Poder Supremo que vela sobre vosotros, con el amor de un padre para sus hijos y estáis temblando porque las nubes, cargadas de fuerza que desconocéis, hacen llegar hasta nosotros el formidable concierto de su furor desatado.

"¿Para cuándo guardáis, decidme, la confianza en el amor todo poderoso de nuestro Padre común?

El tibetano acostumbrado a las fieras borrascas de su tierra natal, en las faldas del Himalaya, temía no obstante por la poquísima seguridad que ofrecían las viviendas. El tío Jaime, conocedor de los poderes divinos que residían en Yhasua, aparecía tranquilo junto al hogar de la choza en que estaban alojados, que era desde luego la mejor construida.

Pronto aquella choza fue insuficiente para albergar a todos los que parecían buscar amparo en la serena fortaleza de aquel joven Maestro, cuya voz dulcísima era acompañada por los estampidos del trueno, el seco ruido de los rayos que caían como hilos de fuego partiendo las peñas y los troncos de los árboles, y los silbidos del viento buscando abrirse paso entre la selva impenetrable.

Las mujeres y los niños, convertidos en un montón de trapos, se apretaban a los pies del bello extranjero, cuyos ojos de dulce mirar parecían dar luz a las negruras de la tormenta.

Cuando la loca furia de los elementos parecía dispuesta a volar la choza protectora y empezaron a sentirse los lloros de las mujeres y de los niños, Yhasua se levantó encaminándose hacia la puerta cerrada.

Iba a quitar la fuerte vara de encina que la cerraba y se volvió a los aterrados seres que lo miraban con espanto, para decirles:

— ¡Vuestro Padre Celestial os ama tanto, y vosotros no lo comprendéis y ni aún lo creéis!

De pie en la puerta abierta de la choza, tomó su gran manto blanco por un extremo y el fuerte vendaval lo agitó como una oriflama.

Mas, no su mandato, sino la inmensa fuerza espiritual que le daba su unión con las Inteligencias Superiores de sus alianzas eternas, sumergidas todas como un solo pensamiento en la Divinidad, apagó las furias de los elementos desatados quedando solamente el caer sereno de la lluvia que fertilizaba los campos.

Cerró nuevamente la puerta, se embozó en su manto y ocupó su lugar junto a la hoguera casi apagada.

Un silencio de estupor mantuvo a todos en una quietud de muerte.

Los niños se habían dormido y las mujeres no sollozaban sino que,

con sus grandes ojos de gacelas asustadas, miraban al Maestro como hubieran mirado a un fantasma o genio benéfico que se hubiera aparecido entre el fragor de la tempestad.

Adivinando el Maestro lo que pasaba por ellos, con su afable modalidad de siempre, les decía:

— ¡Estoy seguro de que ahora me tenéis a mí, tanto miedo como a la tempestad que se ha evaporado! Pensáis si seré un fantasma..., un genio..., un dios del bosque detenido en vuestra choza.

— ¡Señor!... ¡Señor! –se oyeron muchas voces–. Pensamos que eres más poderoso que los demonios de la tormenta y que eres tú ese Padre Celestial de que nos hablabas hace unos momentos.

— ¡Quédate, Señor, con nosotros, y nunca más vendrá la tempestad sobre esta tierra!...

—Déjanos tu manto –gritaban las mujeres–, y con él espantaremos los truenos y los rayos.

— ¡Os dejaré algo que dure más que yo y que mi manto blanco! Os dejaré la fe inconmovible de verdaderos hijos de Dios, con la cual me tendréis a mí y antes que a mí, a Aquel que me ha enviado a la tierra. Aprended a esperar de nuestro Padre Amor, todo cuanto necesitáis para ser buenos y felices. Lo que habéis visto esta tarde, basta y sobra para haceros conocer el Poder Supremo, cuando hay corazones puros que son lámparas encendidas por la fe.

Con la promesa de Yhasua de que les visitaría nuevamente a su regreso de Damasco, los leñadores y sus familias les vieron partir sin pena a la mañana siguiente.

Se encaminaron directamente al Santuario del Hermón por el camino estrecho de los terapeutas.

Las cabalgaduras debían marchar unas detrás de otras y quien marchaba adelante era Yhasua, que en los troncos de los árboles, de trecho en trecho, iba descubriendo el signo usado por los esenios para orientarse en los caminos que no les eran muy conocidos. Este signo era la estrella de cinco puntas, estampada con la punta de un cuchillo sobre la corteza de aquellos árboles, ubicados en las bifurcaciones de los senderos.

El tío Jaime temblaba de que les sorprendiera la noche y ni aún esa señal, pudieran descubrir para orientarse.

Mas, cuando el sol del ocaso doraba con sus rayos postreros la encanecida cabeza del Monte Hermón, sintieron el sonido de una campanilla que se acercaba por momentos. Pronto apareció el gran perrazo blanco de largas lanas, al cual llamaban en el Santuario “Nevado”.

Yhasua saltó de su asno para acariciar al noble animal, que agitaba amistosamente su cola como un borlón de seda.

—Tú no puedes ser aquél, con quien yo jugaba cuando tenía cinco años –decíale con inmenso cariño, como si el animal pudiera entenderle y contestarle–. Pero te pareces tanto a él –continuaba–, que voy creyendo en un milagro de longevidad.

No pasó mucho tiempo y aparecieron dos terapeutas jóvenes trayendo de la brida tres asnos ensillados y listos para montar.

— ¿Quién avisó nuestra llegada? –preguntó asombrado el tío Jaime mirando a Yhasua y a los terapeutas.

—"La voz del silencio" –dijo sonriendo uno de ellos, a la vez que miraba al tibetano ante el cual no debía hacer manifestación alguna.

—Con aviso o sin aviso –dijo el tío Jaime–, habéis vencido el gran temor que me abrumaba hasta hace unos momentos, viendo acercarse la noche en estos desfiladeros.

Cambiaron de cabalgaduras dejando que los asnos, fatigados, siguieran tras de ellos sin esfuerzo alguno.

Yhasua les explicó el caso del tibetano que debía hospedarse en el Refugio de los viajeros, fuera del Santuario.

Uno de los terapeutas se encargó de él, y Yhasua le recomendó permanecer allí en completa tranquilidad, donde nadie podría causarle daño alguno.

El lector ya instruido por este relato de la vigilancia amorosa y sutil que el mundo espiritual ejercía sobre el Verbo encarnado, habrá comprendido seguramente que en la concentración espiritual de esa misma madrugada, algunos de los solitarios Maestros habían tenido una misma clarividencia: Yhasua subiendo por los desfiladeros del Monte Hermón, acompañado de dos hombres que le seguían.

Y una misma voz interna, profunda y sin ruido, que les había dicho: "Viene a vosotros a fortalecer su espíritu agotado por el continuo dar y nunca recibir". Palabras breves y concisas, pero que lo dicen todo para aquellos Maestros de almas, profundamente conocedores de lo que significa y son, esas eternas dádivas de las almas adelantadas hacia los pequeños y desposeídos de toda grandeza espiritual.

Desde que tuvieron esta noticia, los cuarenta solitarios del Hermón, dejaron por ese día todo trabajo material, que pudiera distraer su mente de lo único que importaba por encima de todas las cosas: la ayuda espiritual que el Ungido de Dios venía a buscar en el silencio armonioso de sus grutas, llenas de soledad y de amor.

La magnificencia divina, la inefable plenitud del Amor Eterno se desbordó como un torrente en los moradores del Hermón, olvidados de sí mismos, para entregarse en amorosa oblación a la Energía Suprema, dispensadora de todo cuanto las almas necesitan para el fiel cumplimiento de sus misiones sobre la tierra.

Y cuando el sol comenzó a declinar, salieron del Santuario los dos terapeutas con los asnos y Nevado, tal como ya lo han visto nuestros lectores.

Sabían que mientras permaneciera la luz del día, el viajero se orientaría por las señales que le eran conocidas, pero cuando las sombras de la noche cayeran sobre los peligrosos desfiladeros que formaban verdaderos precipicios, se vería obligado a detener la marcha, y los chacales y los lobos merodeaban en las noches de nieve.

La llegada de Yhasua al viejo Santuario de rocas, fue el más glorioso acontecimiento que los solitarios pudieran pensar.

Rememoraron los días lejanos ya de la persecución de Herodes, cuando el santo niño fue llevado allí por sus padres para ocultarle de la furia del idumeo, que temía en Yhasua al Libertador de Israel.

Varios Ancianos de aquel tiempo, habían entregado sus cuerpos ya agotados al descanso de los sepulcros de roca; pero más de la mitad de ellos vivían aún, cargados de años y de merecimientos.

Se les representaba de nuevo aquel niñito vivaz; juguetón y alegre, a veces melancólico y pensativo otras, en que parecía que sus ojos de infinita dulzura se llenasen de lágrimas sin motivo alguno aparente. Seguramente la grande alma del Cristo sufría la nostalgia del Cielo de los Amadores que había dejado para bajar a los sombríos fangales de la tierra.

¿Cómo comprender Dios del Amor, Sabiduría Infinita..., cómo comprender ni penetrar los sueños divinos del Subconsciente del Cristo, encadenado en una materia que tornaba borrosa e imprecisas las radiantes imágenes de su mundo interior?

Confidencias como éstas se habían hecho unos a otros los Maestros del Hermón, veinticinco años atrás, mientras observaban tan de cerca las modalidades todas del Verbo Eterno en su vida infantil.

Y ahora que lo veían ya un hombre de veintinueve años, circundado de una triple aureola de Maestro, de Taumaturgo y de Santo, decían al Supremo Poder en sus momentos de interna adoración: –"Aunque no hubiera en esta tierra, otra obra tuya que ésta, ¡oh, Dios inconmensurable!, ella sola basta y sobra para reconocer tu Potencia Infinita y Tu Amor sin límite ni medida".

Yhasua traía a los Ancianos, una copia de los hallazgos hechos en la Sinagoga de Nehemías, tan rica en tesoros de ciencia antigua.

Los Ancianos a su vez le hicieron ver las conquistas hechas en los últimos años entre las grandiosas ruinas existentes extramuros de Palmira, la magnífica y populosa ciudad de la Reina Zenobia, que dos siglos después destruyó vandálicamente el emperador Aureliano.

Estas ruinas que he llamado de Palmira eran los últimos vestigios de

la antiquísima ciudad de Tadmor, fundada por el Rey Salomón cuando el intercambio de tierras y ciudades que hizo con Hiram, Rey de Siria. De la antigua ciudad de Salomón, se sacaron todas sus riquezas para construir la ciudad de pórfido y de mármol, la blanca Palmira, orgullo de Siria. De igual manera que el mundo moderno contempla en Roma, las imponentes ruinas de la Roma de los Césares.

Las escrituras caldeas provenientes del Palacio de Belesis y de los Templos de Tampsaco, fueron trasladadas a Palmira cuando Alejandro el Macedonio invadió el Asia Menor, Armenia y Mesopotamia.

El Palacio de Belesis era una enorme fortaleza y templo a la vez, mandado construir por Gudea I, rey de Caldea y fundador de la ciudad de Sirtella, 3.580 años antes del nacimiento del Cristo.

Los hallazgos que los solitarios hicieron en las ruinas de Palmira, revelaban a todas luces que los antiguos sacerdotes caldeos habían cultivado con gran esmero las ciencias ocultas, en las cuales llegaron a ser consumados maestros. La astrología, la astronomía, la magia en todos sus aspectos, fueron sus conocimientos preferidos, con los cuales no hicieron grandes progresos morales ni espirituales los pueblos a los cuales mantenían aterrados con los terribles dioses arbitrarios y vengativos, reclamando continuamente los sacrificios sangrientos.

Mas, los Maestros esenios habituados al sistema de ocultamiento para los pueblos, habían encontrado detrás del obscuro simbolismo, las grandes verdades que se hermanaban en muchos puntos con las escrituras prehistóricas, cuyo origen remontaba a los Dakthylos del Ática y a los Kobdas del Éufrates.

Observaron pues, que las características de que adornaban a los dioses presentados a la adoración del pueblo, eran los que correspondían a los principales planetas de nuestro Sistema, y a las grandes estrellas visibles desde la tierra.

Pero aquellas antiguas escrituras no habían sido hechas en papiros ni en telas enceradas sino en plaquetas de barro cocido, que apilados unos al lado de los otros, formaban los numerosos tomos de una obra colosal.

Cada dios tenía su historia, concordante con la ciencia de los Kobdas, sobre las humanidades que habitaban aquellos mundos siderales y su género de vida y el grado de su evolución.

A Mercurio le llamaban Nebo y era el dios de la ciencia, debido a que las más antiguas enseñanzas basadas en manifestaciones de inteligencias procedentes de aquel mundo, dejaban comprender el avanzado adelanto a que había llegado esa humanidad en la astronomía, astrología y cálculo.

Ninip, llamaban al planeta Saturno, dios de la fuerza, simbolizada en

sus anillos que ahogan a las bestias monstruosas del mar y de los montes. Los satélites y asteroides de este planeta –decían los antiguos Kobdas–, eran mundos primitivos, donde las inteligencias encarnadas vivían en permanente lucha con las especies inferiores, al igual que acaeció en nuestra tierra en las épocas primeras de la evolución.

Istar, era el planeta Venus, dios del amor, y la antigua enseñanza de los Kobdas marcaba a ese planeta como habitación de una humanidad que había comprendido ya la ley grandiosa de la solidaridad y practicaba el amor fraterno.

Tres días llevaba el joven Maestro en realizar todas estas comprobaciones, que lo afirmaban más en su convicción sobre el origen común de las más antiguas civilizaciones. Buscando los Ancianos su descanso mental, le sacaron de entre las arcaicas escrituras caldeas, y el cuarto día de permanencia en el Santuario, quisieron llevarle a visitar la gruta en cuyos peñascos exteriores aparecía la enorme grieta por donde se lanzaba con fuerza de torrente, el agua que daba origen al célebre río Jordán, que recorriendo de norte a sur, Siria y Palestina, iba a vaciarse en el Mar Muerto.

A esta gruta los Ancianos la llamaban "El Manantial" y nadie sino ellos, frecuentaban aquel paraje. Quedaba a media milla al oeste del conjunto de grutas que formaban el Santuario.

Eran verdaderos nidos de águila por la gran altura a que estaban y por las profundas gargantas, verdaderos precipicios que las rodeaban.

La perseverante paciencia de los solitarios había abierto senderillos sólo conocidos por ellos, por donde bajaban con bastante frecuencia a remediar las necesidades de los moradores del valle, o a buscar lo que a ellos mismos les era indispensable para su vida.

Tenían, como recordará el lector, su familia de porteros que eran sobrinos de Simón (el apóstol Pedro de años después). Eran, puede decirse, los criados o mensajeros del Santuario para la venta de los trabajos manuales o de los productos elaborados por los solitarios, tales como jarabes y conservas de frutas, preparados a base de miel de sus inmensos colmenares.

En la gruta del Manantial, los Ancianos habían arreglado hábilmente un tabernáculo de piedra, dentro del cual pusieron una lápida de mármol blanco, cuyo grabado recordaba cuando Moisés hizo brotar agua de las peñas para dar de beber al pueblo que atravesaba el desierto.

Cada siete días iban allí los cuarenta solitarios, a irradiar fluidos benéficos para el espíritu y la materia de todos aquellos que usaran de las límpidas aguas emanadas del manantial.

Relacionada con esto, estaba sin duda la idea de Yohanán de Hebrón, de hacer su predicación en las márgenes de aquel río nacido en las

alturas nevadas del Hermón, y cuyas aguas estaban vitalizadas por el amor silencioso y desinteresado de un puñado de hombres, obreros del pensamiento, cuyo supremo ideal era el bien de sus semejantes.

Lo decía el Bautista en su epístola a Yhasua: "Llamo a mis hermanos a las orillas del Jordán a purificarse en sus aguas y que vistan túnicas nuevas para esperar tu llegada".

En la gruta del Manantial se percibía un sutilísimo ambiente de paz y de amor, que llevaba insensiblemente a concentrar el espíritu en profunda meditación.

Cuando sus ojos se habituaron más a la penumbra que allí reinaba, vio Yhasua unas inscripciones algo borrosas en distintos lugares de la muralla interior.

—Son los nombres de los siete primeros que cantaron aquí salmos al Altísimo –díjole el Anciano Servidor.

—Fue este su primer albergue cuando el manantial era sólo un delgado hilo de agua. Buscando su proximidad se instalaron aquí hasta que registrando la montaña encontraron los túneles y cavernas, de lo que debió ser una gran mina de plata explotada y abandonada hacía más de diez siglos.

Hadad-ezer, Rey de Soba, había extraído de allí enorme cantidad de plata con que compró la alianza del rey David. Y Yhasua filósofo pensaba: "En estas grandes excavaciones se derramó el sudor y la sangre de innumerables esclavos para satisfacer la ambición de los poderosos, y desde ellas se elevan hoy a Dios, los pensamientos de amor y de fe de los que buscan el bien, la dicha y la justicia, para los pequeños desheredados. La ambición abrió las entrañas de las rocas para extraer sus tesoros; y de allí mismo, otros hombres sin intereses y sin ambiciones, extraen tesoros de paz y de dicha para los que padecen y lloran. ¡Oh, los ocultos caminos de Dios! ¿Quién acabará de conocerlos?

El tío Jaime que la noche antes había sido promovido al grado cuarto de la Fraternidad Esenia, llevando sólo dos años en el grado tercero, se encontraba en ese instante junto a Yhasua, pues ya no se usaba con él restricción alguna desde que el joven Maestro les había hecho comprender hasta qué punto le estaba consagrado.

Estaban allí reunidos cuarenta y dos hombres de distintos grados de comprensión de la ciencia divina de Dios y de las Almas, pero había en todos ellos algo que les igualaba: el grande amor al Verbo encarnado y el deseo de colaborar en su obra de redención humana. Debido a esto, la ley de afinidad se cumplía de modo admirable en ellos y tuvieron el mismo pensamiento: que la poderosa vibración de amor del Hijo de Dios, vitalice hasta en las entrañas de la roca las aguas de este manantial y que él sea una fuente perenne de salud y bienestar para todos los que se acerquen a ella.

Y cuando todos pensaban esto, mirando el raudal que brotaba del peñasco, Yhasua se acercó a él en silencio y sumergió ambas manos en la espumosa vertiente cuya fuerza las hacía temblar, tal como si fueran gráciles varas de nardos en flor que el correr de las aguas agitara fuertemente.

Un trovador cristiano del primer siglo de nuestra Era, cantó en versos musicales y diáfanos el abrazo del Cristo a las aguas del Jordán, y todos entendieron que era una alusión a cuando él entró en el río para ser bautizado por Yohanán, confundiéndose así con la multitud que buscaba ser lavada de sus culpas en las ondas del río sagrado.

Mas, su primer beso de Hijo de Dios a las aguas del Jordán, tuvo lugar en este ignorado momento que acabo de relatar a mis asiduos lectores.

Cuando regresaron al Santuario, Yhasua y todos sus acompañantes, sentíanse verdaderamente fortificados y renovados en la excursión a la gruta del Manantial.

—Todos los dones de nuestro Padre Celestial, son hermosos –decía el Maestro a los Ancianos–, pero el agua con la luz y con el aire, forman la divina trilogía que corona todas sus obras en la Creación Universal.

Cuando hubieron tomado la refección del medio día, volvió al Archivo a remover nuevamente las plaquetas de barro cocido encontradas en las ruinas de Palmira.

Buscó los viejos croquis o mapas de los remotos tiempos prehistóricos de Caldea y Mesopotamia, cuando tenían otros nombres que la humanidad había olvidado: País de Ethea, País de Nairi, Ur Bau.

Haciendo los cálculos con minuciosa precisión, comprobó sobre los viejos croquis, que la ciudad de Tampsaco a la cual perteneció la Fortaleza de Belesis, estuvo justamente en el ángulo sur del país de Ethea, donde se unía con el País de Nairi, y donde se alzaba la prehistórica y hermosa ciudad de Nibiza, sobre el Éufrates. Esto le revelaba asimismo con admirable precisión, que lo que fue Nibiza en la edad de oro de los Kobdas, fue Tampsaco invadida por Alejandro Magno, y entonces era Thipsa, donde cinco años hacía vio morir al sabio Anciano Baltasar, su amigo desde la cuna.

— ¡Ruinas sobre ruinas! –pensó–, y ahora tengo en mis manos lo que aquellas muertas civilizaciones legaron a los hombres de la hora presente.

Y ayudado por dos de los Ancianos que eran maestros en la interpretación de lenguas muertas, pudieron leer en aquel informe montón de ladrillos de barro cocido, en que dejaron grabada su ciencia y su vida, los astrólogos y magos de Caldea y Asiria.

Le llamó particularmente la atención una escritura estampada en treinta y dos ladrillos, cuyo título era este: *"Los Muertos Mandan"*

Los intérpretes fueron traduciendo, y Yhasua escribiendo la traducción. Y como es este un asunto que interesa en todos los tiempos y a todos los seres que piensan y anhelan más y más conocimientos, creo oportuno transcribir aquí la traducción copiada por el joven Maestro.

Eran tres relatos diferentes. Uno sobre el cataclismo del valle de Shidin, del que resultaron incendiadas Sodoma, Gomorra y tres ciudades más, y de las cuales sólo quedaba como recuerdo vivo el Mar Muerto con sus aguas venenosas y estériles.

El otro se refería al valle de Ghor, por donde ahora corre el río Jordán, que inició su curso cuando la roca del Hermón abrió aquella grieta y el agua comenzó a correr.

El tercero era transcripción de tradiciones orales traídas por viajeros náufragos del otro lado del océano, pues que se referían a sucesos acaecidos en el Continente Atlante desaparecido, y del cual quedó como último vestigio la isla de Poseidonia, frente a las "Columnas de Hércules", hoy Estrecho de Gibraltar.

Estos relatos no eran una novedad para Yhasua, pues que en las escrituras del Patriarca Aldis, algo de esto tenía leído. Pero el epígrafe "Los muertos mandan", fue lo que llamó su atención.

—Bueno es conocer –dijo–, los mandatos de los que el vulgo llama muertos, pues que aquí debemos tener una buena base para probar a los hombres descreídos que el alma humana no muere jamás.

El relato primero decía así:

"Eran cinco ciudades blancas en el valle de Shidin, que parecían garzas dormidas al sol: Sodoma, Gomorra, Adma, Zeboim y Bela.

"Cuatro reyes se unieron para subyugarlas: Anraphel, Arioch, Chedorlaomer y Tidal.

"Durante veinte años tiranizaron a sus pueblos, ultrajaron sus mujeres, degollaron a los hombres que no se sometieron, enterraron vivos a los ancianos y enfermos inútiles para el trabajo. Los hombres hábiles fueron escapando en grupos de veinte y de treinta.

"Y cuando los veinte años de esclavitud y de oprobio se cumplían, los que estaban ya a salvo dijeron: –He aquí que en nuestras ciudades sólo quedan nuestros muertos que no podemos cargar sobre la espalda. Que ellos pidan justicia a Jehová para nosotros.

"Y se dispersaron por los campos y pueblos lejanos a ganarse el pan con el sudor de la frente.

"Una de las fuentes de riqueza de aquellas populosas ciudades eran las minas de carbón, de betún y de azufre, y un día elegido por Jehová para hacer justicia, las almas de los degollados, enterrados y quemados en las cinco ciudades del valle Shidin, se presentaron a los invasores como un viento de fuego que hizo explotar las minas, y en sólo catorce días

todo quedó reducido a un negro lago de betún, que continuó ardiendo por cuatro lunas consecutivas.

"El florido valle de Shidin, es y será por los siglos el lago de la muerte. Los muertos fueron antorchas incendiarias de la justicia de Jehová. Los muertos mandan sobre los vivos".

El segundo relato decía:

"Allá, en época muy remota, cuando la Virgen Blanca de los cielos (la estrella Vhega) era la estrella polar de la tierra, un poderoso rey quiso limpiar sus ciudades de contrahechos, ciegos, paralíticos y enfermos de toda especie, con el fin de perfeccionar la raza, y sus guerreros corrieron a azotes como a manadas de perros sarnosos, a todos los que estaban en tales condiciones en sus vastos dominios. Los empujaron hacia el profundo barranco de Ghor, para que los devorasen las fieras o perecieran de hambre, pues sólo crecían allí zarzales espinosos y no había ni un solo pozo de agua.

"Más de la mitad pereció de hambre y de sed a los pocos días, otros muchos fueron devorados por las fieras, y los pocos que sobrevivieron querían huir hacia otras regiones en busca de agua y frutas silvestres, lloraban amargamente por dejar allí abandonados los huesos de sus muertos.

"Pero las almas errantes les aparecían en el sueño y les decían: "Esperad un día más que el Dios de los vivos y muertos está pronto a haceros justicia. Haremos brotar el agua del Monte Cabeza Blanca". Era el Monte Hermón, cuya cima nevada se asemeja a una gran cabeza con cabellera cana. Los pocos sobrevivientes treparon por gargantas y desfiladeros, y bajo un ardiente sol de medio día, vieron que la montaña crujía como si fuera a derrumbarse, hasta que se abrió una grieta negruzca y profunda y comenzó a brotar un delgado hilo de agua.

"Nuestros muertos nos dan el agua para nuestra vida. Nuestros muertos viven y son ángeles protectores de los que hemos quedado aún vivos sobre la tierra.

"Los muertos mandan sobre las fuerzas vivas de la naturaleza, porque el Dios de vivos y muertos les quiere unidos y solidarios a los vestidos de barro y a los vestidos de luz".

"Y el profundo barranco de Ghor se convirtió en el delicioso valle regado por el río Jordán, que fertilizó la tierra dada por Jehová a la numerosa descendencia del Patriarca Abraham".

El tercer relato era como sigue:

"En una edad muy remota que no podemos precisar, el azulado firmamento se abrió como en rojizas llamaradas de fuego y produciendo ruidos y temblores espantosos, hasta que cayó una enorme masa de rocas, guijarros y arena sobre una populosa ciudad de un hermoso país de

la Atlántida, cuando las grandes inundaciones del mar que la tragaron, habían ya comenzado su obra de destrucción que duró muchos años.

"La masa planetaria, que de algún globo en disgregación se precipitó sobre la superficie terrestre era tan grande, como el área de la ciudad que se hundió a muchos codos, arrastrada por el tremendo aerolito. Sólo se salvaron de la catástrofe, los pastores que guardaban los ganados lejos de la ciudad y los leñadores que se encontraban en el bosque.

"A su regreso encontraron en el sitio que había ocupado la ciudad, algo que les pareció un trozo de montaña aunque de una especie de piedra desconocida en el lugar.

"La ignorancia, tiende siempre a buscar en lo maravilloso la solución de todos los fenómenos que no alcanza a comprender. Y enseguida se pensó en la cólera de los dioses que habían aplastado la gran ciudad con una piedra, como aplasta un chicuelo un lagarto indefenso.

"El insólito acontecimiento fue conocido en otros países vecinos, y hombres doctos acudieron a ver de cerca los vestigios de la catástrofe.

"Comprendieron que se trataba de una enorme masa planetaria, de una piedra hermosísima equivalente y aún superior a los mejores mármoles. Era de un rojo casi púrpura con vetas verdosas, azuladas, amarillentas.

"Esto es pórfido..., puro pórfido, dijeron los técnicos, y hay aquí para edificar palacios y templos de una suntuosidad nunca vista.

"Los magnates de las ciudades vecinas, llevaron cuadrillas de esclavos a sacar piedra de aquella cantera venida a través del azulado firmamento, quien sabe de qué mundo lejano e ignorado de la humanidad terrestre.

"Pronto comenzó la lucha a muerte entre los ambiciosos explotadores de la cantera maravillosa, y los infelices esclavos morían a centenares con los cráneos o las espaldas partidas a golpes de pico y de azada de los obreros de una cuadrilla contra los de las otras.

"Y la sangre de aquellos mártires del trabajo, se confundía con el rojo brillante de la piedra tan codiciada.

"Pasaron cinco, diez, quince años, y los muertos en el hundimiento de la gran ciudad aplastada por el aerolito, se habían despertado ya de la turbación natural de una muerte súbita y trágica. Reconocían haber merecido tan horrorosa muerte porque la mayor parte de ellos habían hecho con sus esclavos y servidores, lo que estaban haciendo los explotadores de la montaña trágica.

"Y esos muertos comenzaron a hacerse visibles para decirles: –Huid todos de aquí, que esta es nuestra ciudad desaparecida y no consentiremos que se alimente la soberbia de los tiranos, construyéndose palacios de la roja piedra que nos privó de la vida.

"¡Huid!..., ¡huid de aquí, que esta roca bermeja es nuestro panteón sepulcral!

“Claro está que en toda la comarca no se encontró quiénes se prestaran a trabajar en la misteriosa montaña, dominio de los muertos. Si algún porfiado y testarudo amo quería forzar a sus esclavos, látigo en mano a trabajar en aquella cantera, los fantasmas materializados le arrancaban el látigo y la emprendían a azotes con el audaz que se atrevía a desmandar su mandato.

“Un gran profeta que amaba a los pequeños desvalidos, acertó a pasar un día por aquel trágico sitio, terror de la comarca. Lo vieron acercarse sin miedo a la montaña color de sangre, subir y bajar por sus flancos y cortantes laderas. Lo vieron pensativo sentado sobre un amontonamiento de bloques, que los fantasmas no habían permitido arrastrar fuera de allí. Después le vieron hablar en las plazas y calles de los pueblos vecinos del poder que el Altísimo da muchas veces a los muertos, para que enseñen el bien y la justicia a los vivos.

“Obtuvo de algunos príncipes y caudillos aterrados por los sucesos ocurridos, los medios necesarios para construir en la cumbre de la montaña roja, un refugio para madres desvalidas y niños nacidos en la miseria, o destinados a muerte por contrahechos o enfermos.

“Esto fue del agrado de los muertos que defendían la montaña; y la Casa-cuna, asilo de madres, fue rápidamente levantada sin que los obreros sufrieran molestia alguna.

“Esto permite suponer que los muertos en la catástrofe, tomaron la materia para realizar una nueva vida en aquel mismo refugio de madres y de huérfanos, allí donde una terrible experiencia les había enseñado que la maldad jamás conduce a la dicha, y que la Justicia Divina vence siempre a la soberbia de los hombres.

“Aquel Profeta se llamaba Antulio, y tres años después moría envenenado por los sacerdotes y reyes, que veían en su enseñanza a los pueblos un peligro para su dominación.

“Pocos años después, las bravías aguas del océano desbordaban sobre aquella parte del continente, inundándolo todo. Sólo quedó como un islote color sangre, la montaña rojiza con la Casa-cuna y refugio de madres, cuyo basamento lamían mansamente las olas del mar. Los refugiados se negaron a abandonar su nido de águila, de donde salían en pequeñas barcas los discípulos del Profeta, que cuidaron de sus vidas en memoria del gran muerto que contenía las furias del mar a los pies de la montaña salvadora. Los muertos viven y mandan en nombre de Dios, sobre los vivos de la Tierra”.

Cuando los intérpretes terminaron la traducción de este tercer relato y Yhasua terminó de copiarlo, los tres se miraron a lo profundo de los ojos como preguntándose: ¿Qué decimos a esto?

—En los pasajes de Antulio que conservan en el Archivo del Monte

Carmelo –dijo Yhasua–, no he encontrado este relato del aerolito, de modo que creo será para todos una primicia.

—Es muy interesante y original, pero sin duda pensáis en como ha podido encontrarse en unas ruinas de Caldea, ¿verdad?

—Justamente –contestó el Maestro–, y quisiera adquirir la certeza de que estas escrituras en placas de barro cocido pueden ser dignas de crédito.

—Nosotros ya nos habíamos hecho esos mismos interrogantes, y muchos días y noches nos llevó el estudio del itinerario que estas y otras de las escrituras halladas debieron seguir, hasta llegar a la ciudad de Palmira.

"Habla aquí de náufragos que de costa en costa y de isla en isla, vinieron empujados por las aguas del océano que al romper las peñascosas tierras de la Mauritania unidas a la Iberia, inundaron el profundo valle que es hoy el Mar Grande o Mediterráneo. Quedaron a flor de agua las cumbres de las altas montañas que son las islas de Creta, Rodas y Chipre. Las pequeñas embarcaciones o balsas de salvamento fueron refugiándose en ellas, y aunque esos navegantes fugitivos de las olas, no condujeran escrituras ni tesoros, traían consigo la tradición oral de los acontecimientos ocurridos en su lejano país hundido bajo el mar. Fue sin duda en Caldea, donde esas tradiciones se grabaron en estas placas de barro cocido, pues tal sistema de escritura se usó allí desde remotos tiempos.

"Además, en unas placas de madera de haya, unidas por anillos de cobre, puede comprobarse que en Salamina, antigua capital de Chipre, se radicaron en definitiva fugitivos de un gran rey Atlante, que llegó hasta el Ática con tantas naves que no podían contarse, el cual fue derrotado por los invencibles guerreros de Hisarlik. Unos huyeron hacia la Tracia por el Helesponto y el Propóntide, y otros hacia el este por las islas que encontraron al paso. En unos pequeños cilindros de hueso hay grabados que mencionan una ciudad, Arados, que en las antiguas cartas de navegantes aparece frente a Salamina, y ya en la costa de Fenicia. De Arados a Tampsaco, había tres días de viaje en camello.

"Ya os dijimos que nuestros terapeutas las encontraron en una caja de encina enterrada entre escombros, bajo una capa de tierra y césped, al escarbar para extraer raíces de plantas medicinales que crecían exuberantes sobre los despojos de la destrucción y de la muerte".

Yhasua quedó pensativo y silencioso por unos momentos.

— ¿Os preocupan estas escrituras? –preguntó uno de los esenios intérpretes.

—Pensaba –dijo el Maestro–, en la responsabilidad que pesa sobre el Santuario esenio, ante la Fe, la Historia y la Ciencia en relación con el futuro de la humanidad.

“Día vendrá –añadió–, en que la Fraternidad Esenia desaparecerá como los Profetas Blancos, los Flámenes, los Dakthylos y los Kobdas, ¿qué serán de estos riquísimos archivos de ciencia y de historia antigua, ocultos hoy en el seno de las montañas?

—La Divina Sabiduría proveerá –contestóle el esenio–, para que aparezcan guardianes fieles de sus tesoros.

“Y en último caso, aunque todo fuera destruido por la inconsciencia y la ignorancia de los hombres, ellos no pueden destruir el Eterno Archivo de la Luz Increada, en el cual siguen viviendo como en letargo, hasta los pensamientos más fugaces de los habitantes terrestres. ¿Crees que nosotros mismos, eternos vivientes, no podemos referir a la humanidad del futuro los acontecimientos de las edades pasadas? ¿Acaso hay algo imposible para el Poder Soberano dentro de la inmensa órbita de su Ley inmutable?

El Maestro exhaló un profundo suspiro, como si su corazón se aliviara de un peso enorme, y dijo con una voz de inspirado:

—Yo sé que luego de mi partida de la tierra, vendavales furiosos arrancarán mi siembra de hoy, y hálitos de tragedia empaparán de sangre los caminos de mis continuadores, mas, el Padre me da tal plenitud y firmeza en mi fe sobre el triunfo definitivo de mi ideal sublime de amor, que toda vacilación me es imposible, y mi espíritu rechaza con horror hasta la sombra imperceptible de una duda.

— ¡Y nosotros contigo, Yhasua, hasta el último aliento de la vida!... –clamaron ambos estrechando las manos del joven Maestro.

Al siguiente día, muy de mañana, bajaban de su nido de águila todos los solitarios acompañando al viajero hasta una meseta de la montaña, en el sitio preciso del nacimiento del río Abaná en el flanco oriental del Hermón.

—El camino sigue el curso del río –le dijeron–, cuya corriente da vuelta por el norte a las murallas de Damasco. ¿Queréis la compañía de un terapeuta práctico en la ciudad?

—Para el viaje tengo bastante con el tío Jaime, pero acaso en la ciudad podrá serme necesario –contestó el Maestro.

Los terapeutas más jóvenes eran seis y como todos quisieran acompañarlo, echaron suertes y fue favorecido el más joven de ellos, natural de Ecdipa, en la provincia Galilea. Su nombre era Zebeo, y fue uno de los doce apóstoles que acompañaron al Cristo hasta su muerte.

82
EN DAMASCO

Algunos aspectos de la antigua Damasco y de sus alrededores, hicimos conocer del lector al referir aquel primer viaje de Yhasua a Ribla, que de paso se detuvo con sus compañeros por breves días.

Llegados a esta altura de su vida, iniciando su misión de Apóstol del cercano Oriente, algo más conocerá el lector de la vieja capital de la que se ha llamado la Arabia Feliz, para mejor destacarla de la Arabia de Piedra y de la Arabia Desierta, tres regiones muy diferentes entre sí y que forman el vasto país que aún no había sido sometido a la dominación extranjera.

Al descender de las alturas del Hermón, se entra de lleno en la espléndida llanura regada por los ríos Farfar y Abaná, por la cual llegaba el viajero hasta las murallas mismas de la populosa ciudad.

Situada ésta, en el punto en que los ríos unían su corriente, el abundante riego había convertido los alrededores de Damasco en huertos frondosos, en maravillosos jardines de una belleza pocas veces vista en las regiones del cercano Oriente.

Y diseminados entre las verdes praderas, pastan los pacíficos y tranquilos camellos de pelo blanco o canela, manadas de caballos árabes de hermosa estampa, grandes majadas de ovejas y cabras de largo pelo de raza persa, y mezcladas con ellas las graciosas gacelas del desierto, traídas por los pastores hacia la vecindad de las ciudades. Quien ha contemplado estos cuadros de belleza indefinible, los ve vivir de nuevo no bien evoca el recuerdo lejano.

El lector puede figurarse a nuestro sensitivo Yhasua, atravesando estos jardines del Padre Celestial, como él decía, deteniendo el paso de su asno para dar lugar a que su alma se empapara de belleza y que tan hermosos cuadros se grabaran muy hondo en las pupilas.

Toda alma grande y pura es sensible en extremo a las bellezas de la naturaleza, en las cuales encuentra el más bello y sublime poema que canta en inimitables tonos la omnipotente sabiduría del Eterno Creador. Sentíase niño y quería echarse a correr tras los cabritillos juguetones y las graciosas gacelas.

Un silencio contemplativo y profundo absorbía a los tres viajeros, que tanto el tío Jaime como el buen Zebeo participaban de la creciente admiración del Maestro.

— ¿Cómo podrían ser malos quienes habiten esta hermosura de Dios? –dijo por fin Yhasua para significar en tan breves palabras el mundo

de reflexiones que poblaba su mente–. Razón tenía el Scheiff Ilderín –añadió–, cuando al ver mi entusiasmo junto al lago de su Huerto de las Palmas, me decía: “Mucho más bella es la pradera del Abaná en torno a nuestra incomparable Damasco”.

—Pero hay que confesar –dijo Zebeo–, que aún en medio de tantas bellezas los malvados no dejan de serlo, cuando la venganza se adueña de sus sentimientos; estos hermosos huertos y jardines, fueron devastados por un incendio provocado por el odio y la venganza.

— ¿Hace de esto mucho tiempo? –preguntó Yhasua.

—Más de diez años, según creo –contestó Zebeo.

—A eso se debe sin duda que cuando hace diez años pasé por aquí, camino a la ciudad de Ribla, no me entusiasmó como ahora la exuberante belleza de esta pradera –dijo el Maestro.

—Los labradores quedaron empobrecidos, pues era terminación de estío, los trigales estaban en la era y el heno segado y engavillado, razón por la cual el fuego prendió de modo implacable –añadió Zebeo, conocedor de aquella región.

— ¿Y fue intencional o un simple accidente? –volvió a preguntar el Maestro.

—Fue una venganza contra el Rey Hareth, que repudió a su esposa favorita para tomar una princesa persa. La mujer olvidada, con sus familiares y esclavos organizaron el gran incendio, cuyas vastas proporciones pusieron en grandes dificultades al rey, pues estas praderas son el granero principal de la región, que se vio amenazada de hambre. Gran parte de los rebaños perecieron por el fuego y después por el hambre.

“¿Veis aquel negro promontorio al norte de la ciudad?

—Lo vemos claramente –contestaron Yhasua y el tío Jaime.

—Es un espantoso presidio donde pagan su delito los causantes de aquel incendio. El que entra allí, se despide de la luz del día. En tiempos muy remotos y cuando aquí dominaban los caldeos, dicen que eso era un templo de Ramán, dios de las tempestades. Según la tradición, en cada luna nueva se sacrificaban allí un doncel y una virgen de nobles familias, para que la iracunda divinidad no azotase los campos con sus huracanes y tempestades. Dicen que hay allí miles de cráneos y esqueletos. El rey Hareth lo transformó en un presidio desde el año del incendio.

“El que entra allí se vuelve loco porque los búhos, los murciélagos y los reptiles anidan entre las osamentas, que al contacto de esos animalejos producen ruidos nada agradables. Antes del incendio en Damasco, no había presidio porque a los delincuentes se les cortaba la cabeza o se les ahorcaba. Pero la esposa persa del rey Hareth, tiene espanto de que su esposo se manche de sangre, y ahora no se condena a nadie a la última pena. Se les encierra en el promontorio de Ramán”.

Yhasua escuchaba a Zebeo en profundo silencio. Pero su alma que era un arpa de amor, se inundaba de infinita piedad hacia los infelices enterrados vivos en el horrible presidio.

—Zebeo –dijo de pronto el Maestro–. ¿No podríamos visitar ese antiguo templo de Ramán?

—Aunque la ciudad y todo el paraje me son muy conocidos –le contestó–, no tenemos a nadie vinculado al príncipe Hartat, ni aún a las personas allegadas a su servicio.

Cuando llegaron al ancho foso que rodea la ciudad y que por la reciente crecida de los ríos aparecía completamente lleno, vio Yhasua paseando por el puente tendido desde la gran poterna, dos muchachotes altos, esbeltos y de moreno rostro. Le pareció conocer esas fisonomías y detuvo con insistencia su mirada en ellos, que sintiéndose observados volvieron la cabeza hacia los viajeros. Entraban y salían tantos durante el día por la puerta del sur, a la cual convergían los caminos recorridos por las caravanas del este, del sur y del oeste, que de ordinario nadie paraba atención, en dos o tres personas que llegasen sin ninguna circunstancia que moviera la curiosidad.

Los dos jóvenes paseantes del puente, así que vieron a Yhasua y el tío se acercaron a ellos.

—Maestro –le dijo uno de ellos–. ¿Ya no os acordáis de nosotros?

—Vosotros lo creéis así, pero no hace tanto tiempo que hemos partido el pan y bebido juntos el vino en la mesa del Príncipe Melchor, en su Santuario del Monte Hor –les contestó Yhasua.

—Y luego en la granja de Andrés del Monte Quarantana –añadió el tío Jaime–. ¿No hicisteis con nosotros el viaje a Jerusalén?

—Justamente; tenéis buena memoria.

—Y os diré también vuestros nombres –añadió el Maestro–. Tú eres Ahmed y tú, Osman. ¿Es verdad?

—Sí, Maestro, os agradecemos que recordéis nuestros nombres.

— ¿Y qué hacéis aquí? –preguntóles Yhasua.

—Ya sabes, Maestro, que estamos al servicio del comerciante Simónides y por mandato de él vinimos aquí. Es una felicidad encontrarnos.

—Y para mí lo es también, pues nuestro gran Simónides no hace nunca las cosas a medias –dijo el Maestro–, y de seguro que estaréis en Damasco recomendados a alguien. Nuestro Simónides tiene amigos en todo el mundo.

—Es verdad. Hemos venido recomendados al Etnarca de esta región, que es un hijo del Rey Hareth de Petra, gran amigo de nuestro padre adoptivo Melchor –contestó Ahmed.

— ¿Quiere decir eso, que en Damasco sois grandes personajes? –preguntó, riendo, el tío Jaime.

—Tanto como eso no, pero estamos aquí como gorrioncitos en nidos de seda.

—Ya ves, amigo Zebeo, como el Padre Celestial desbroza los caminos al que anda por ellos derramando el bien –díjole el Maestro.

—Por ahora entremos –dijo el tío Jaime–, y después hablaremos de todo lo que queramos.

— ¿Queréis hospedaros en nuestra posada? –preguntó Osman–. El dueño es amigo de nuestro patrón Simónides.

—Vamos allá –dijo Yhasua–, que nuestro viejo amigo tiene ojo de lince para conocer a los hombres.

Ya adivinará el lector, que con las recomendaciones de Simónides para el Etnarca Hartat de Damasco, los dos jóvenes árabes ya nombrados, facilitaron grandemente la obra que el Maestro quería hacer en aquella capital de Arabia.

Enterado el Etnarca, de la grande amistad de Yhasua con Simónides y con el Scheiff Ilderín, confió en él, como hubiera confiado en Elías Tesbita, el profeta de fuego, como lo llamaban los árabes de esa región que le conservaban un culto mezclado de terror.

El Etnarca era joven y recientemente casado. La esposa era de noble familia, descendiente de los antiguos reyes caldeos. Su padre era un sabio astrólogo y mago de grandes poderes psíquicos, según todos creían.

Pero todos estos poderes y facultades se estrellaban contra una muralla de piedra al tratar de salvar la penosa situación del hogar del Etnarca, su yerno, que a poco de su casamiento venía viendo languidecer y morir lentamente a su esposa favorita.

Según sus costumbres, tenía tres mujeres más de su propia raza, y que eran a la vez guardianas de la servidumbre inmediata de la esposa.

Les había nacido un niño, pero ni aún esto fue bastante para traer alegría a la infeliz esposa, que padecía tan horrible tristeza, que caía en accesos de desesperada angustia hasta llegar a buscar la muerte de cualquier modo que fuera.

Los muchachos árabes, discípulos que fueron del Príncipe Melchor, se habían conquistado la amistad del joven Etnarca.

Ellos le dijeron que Yhasua era un Maestro de Divina Sabiduría, a quien Melchor de Horeb consideraba como un Profeta superior a cuantos hubo hasta entonces.

—Quien sabe si él no remediaría la penosa situación de tu casa, Etnarca –le habían dicho–. Se hospeda desde ayer con nosotros en el “Ánfora de Plata”.

— ¿De dónde viene? ¿Qué le trae por aquí? –había preguntado el Etnarca.

—A ciencia cierta no lo sabemos, pero él con hombres doctos de

Jerusalén, ha fundado una asociación que llaman "Santa Alianza", con el fin de unir a todo el Oriente para hacer resistencia pacífica a los avances del águila romana, y a la vez socorrer a los necesitados –le habían contestado.

— ¡Ah! ¡Entonces es un gran hombre!..., traédmelo aquí, que aún antes de conocerle ya soy su amigo. Melchor, Ilderín, Simónides, no son cortos de alcance, y si es amigo de todos ellos, el hombre vale, fuera de duda.

"Por lo que es tu amigo, sé lo que eres tú", dice un proverbio tan antiguo como Damasco mismo; más antiguo que la sabiduría de Salomón. La sabiduría de mi suegro ha fracasado en el caso mío. Veamos vuestro profeta si tiene más poder que él.

Tal fue la introducción de nuestro viajero en la ciudad de Damasco.

Esa misma tarde se encontraba Yhasua sobre el terrado del palacio del Etnarca, junto a un pabellón de rejas doradas y cortinas de púrpura, donde estaba tendida con profundo desaliento una joven mujer. A su lado una esclava agitaba un abanico de plumas para hacerle aire y espantar los insectos. Otra mecía suavemente la cuna de un niño, flaco y pálido como su madre.

—He aquí mi familia –le dijo el Etnarca cuando descorrió una cortina y le dejó ver el interior del suntuoso pabellón–. Mi padre el rey, domina desde el Éufrates hasta el Mar Rojo –continuó diciendo–. Yo soy su heredero. ¿De qué me sirve tener cuanto quiero, si me falta la alegría y la salud en la familia?

"De Persia y del Indostán, he traído sabios astrólogos y médicos, cuando mi suegro se declaró impotente para curar el extraño mal de mi esposa que parece transmitirse a mi hijo, puesto que ya lo ves, ambos aparecen en el mismo estado".

Yhasua miró a la madre y al hijo y se conocía en ambos la vida, por la respiración un tanto fatigosa.

—Si confías en mí –le dijo, después de un breve silencio–, manda salir a las esclavas, ponte Etnarca en un sitio de donde puedas ver y oír sin que la enferma te vea, ni se aperciba de que estás presente. No tomes a mal lo que voy a preguntarte: ¿tienes odio a alguien, cerca o lejos de ti?

El Etnarca miró con ojos escrutadores a Yhasua, y una ráfaga de recelo y desconfianza se reflejó en su mirada.

—El que ocupa una posición como la mía –dijo–, odia y es odiado, igualmente que ama y es amado. ¿Por qué lo preguntas, Profeta?

—Porque el mal de tu esposa y de tu hijo no está en sus organismos físicos sino en la esencia espiritual que los anima, y de allí se transmite en forma de laxitud morbosa en seres muy sensitivos, a los cuales puede llevar lentamente a la muerte.

El Etnarca guardó un profundo silencio.

—Profeta del Altísimo, voy a decirte secretos de mi familia de los cuales no te permitirás usar sino para bien de los míos, –dijo con severidad.

—De eso puedes estar seguro, y si no confías en mí no me hagas revelación alguna. Basta con decirme si te sientes con fuerza para olvidar tu odio, sea a quien sea, y sustituirlo, si no puedes con amor por lo menos con una indiferencia pasiva, que no avive la furia de tu enemigo –le contestó Yhasua.

—Sabe Dios que no desconfío de ti. Óyeme pues: Yo soy hijo de la primera esposa de mi padre, la cual murió dejándome muy niño. El tomó otra esposa entre las princesas de la casa reinante en Sidón, y cuando ya le había dado un vástago la repudió a causa de sus costumbres demasiado libres, rayanas en libertinaje, como son casi la mayoría de las mujeres sidonias. Ya sabes que nuestras leyes y costumbres exigen a la mujer un retraimiento y recato muy severos, y mi padre se veía continuamente observado por sus consejeros por la vida libertina de su esposa. Al repudiarla, tomó una tercera esposa, una princesa persa que es un encanto de mujer, que le ha traído la paz y la dicha al hogar.

"La repudiada tomó venganza de mi padre, devastando por el incendio nuestros campos de labranza cuando estaban segadas las cosechas, una vez alrededor de Damasco, otras en los campos de Filadelfia, de Amón o de Madián, nuestras cosechas eran quemadas junto con nuestros ganados. Se vino a descubrir que todo era venganza de aquella mujer sidonia en unión de sus familiares y amigos.

"Fueron tomados cautivos y condenados a muerte; pero la actual esposa de mi padre, tiene espanto de que su marido decrete pena de muerte para nadie, y como le tiene ganado el corazón, obtuvo de él que los incendiarios fueran encerrados en el Peñón de Ramán. Y allí están.

"Pues bien, desde que mi padre trasladó a Petra su residencia, dejándome en Damasco, la cautiva del Peñón me ha hecho llegar emisarios pidiendo clemencia. Como no me ha sido posible acceder porque sería enemistarme con mi padre, me hizo llegar la amenaza de que iba a humillarme y herirme en lo que más me doliera.

"Por medios verdaderamente diabólicos, dignos de la malicia de Abadón (El demonio de los árabes), mandó a mi casa galanes con la consigna de arrastrar a mi esposa al libertinaje. Hizo mil pruebas que le fallaron todas. Natural es, Profeta, que yo tenga un odio feroz a esa serpiente que lleva en sí todos los venenos. Desde entonces, me veo obligado a tener guardias redobladas en todas las puertas del alcázar y aún en la ciudad, campos y aldeas.

"Tal es la historia del único odio que alienta mi corazón.

— ¡Etnarca Hartat!... –exclamó el Maestro–, eres un hombre justo y tu padre lo es también; y porque lo eres te hace daño la vibración del odio

de esa mujer y de sus secuaces, que la secundan en todas sus malvadas actividades. ¿Cuántos son los prisioneros del Peñón de Ramán?

—No lo sé a punto fijo pero si aguardas un momento te lo diré –llamó a su jefe de guardias y le ordenó averiguarlo. Un momento después, Yhasua sabía que los incendiarios eran treinta y dos.

— ¿Quieres Etnarca ponerme en contacto con ellos? –preguntóle Yhasua con gran serenidad.

El Etnarca se acercó a Yhasua y en voz muy baja le dijo: –Si con tus poderes puedes matarlos sin rastros de sangre, hazlo, que así terminaremos este asunto y mi padre nada podrá decir.

— ¡Te engañas, Etnarca..., te engañas! Vivos o muertos, su odio te alcanzará de la misma manera. Y puedo decirte que muertos, pueden hacerte más daño todavía.

"¿No sabes que muerta la materia, el principio espiritual que la anima adquiere libertad y fuerza para continuar una venganza comenzada en la vida?

— ¿Entonces estoy a merced de esa mujer, yo..., príncipe soberano de Damasco? –preguntó con ira el Etnarca.

—Ten calma y óyeme. No odies más a esa mujer. Es el primer paso... ¡No es odio contra odio el medio para libertar de esas redes terribles a seres sensitivos como tu esposa y tu niño! No la odies más. ¡Perdónala!...

— ¡Profeta! –gritó el Etnarca fuera de sí–. ¿Te burlas de mí? ¿A un hijo de Arabia le pides perdón para un enemigo que ha traído la desolación, el hambre y la muerte a su patria, y que como un reptil venenoso ha osado llegar con sus seducciones hasta mi tálamo nupcial para deshonrarlo?

— ¡Cálmate, Etnarca!... –díjole Yhasua con su voz más dulce y tomándole una de sus manos–. Quiero traer la salud, la paz y la dicha a tu casa. ¡Quiero ver tu esposa feliz a tu lado y que tu hijito como un ángel de Dios, te sonría dichoso de que le hayas llamado a la vida..., quiero que todo florezca en torno tuyo! ¿Y tú te niegas a ayudarme en mi obra?

Estas palabras, hicieron en aquel hombre el efecto de un ánfora de agua fresca que se hubiera vaciado con infinita suavidad sobre su cabeza abrasada por la fiebre. Se quedó sin palabra..., inmóvil, mirando los ojos de Yhasua que irradiaban sobre él infinita piedad.

—Yo la perdonaría –dijo después de un largo silencio–, pero mi padre no la perdonará jamás.

—Por el momento –dijo Yhasua–, tu perdón me basta. Ahora empiezas a vencer a tu enemiga porque antes te has vencido a ti mismo.

"¿Me permites visitar a la cautiva del Peñón?

—Irás con cincuenta de mis mejores guardias –dijo Hartat.

—Como quieras, pero te ruego dar órdenes para que me dejen hablar

a solas con esa cautiva y con cada uno de los prisioneros –añadió el Maestro.

—Eres un Profeta de la talla de Elías Tesbita que no temía ni a los ejércitos armados –dijo el Etnarca impresionado por la actitud de Yhasua.

— ¿Crees tú en el Poder Supremo del Creador? –le preguntó el Maestro.

—En Él creo desde mi niñez –contestó.

—Bien has hablado. Ahora, hazme conducir a ese presidio; y el Soberano Poder, mi Dios, hará todo lo demás.

Acto seguido, cincuenta guardias salieron de la fortaleza conduciendo a Yhasua al Peñón de Ramán, donde treinta y dos seres humanos yacían sepultados vivos. Dos o tres veces al mes se les llevaban provisiones, se les renovaba el agua de los cántaros, y solos quedaban allí encerrados cada uno en su cueva, amarrados con una cadena al peñasco y sin que nadie más se ocupase de ellos. Era de tal manera formidable aquel peñón-presidio, que no era de temer ninguna evasión. Desde adentro no podían abrir, y de fuera sólo el que poseía el secreto de la piedra movediza podía penetrar allí.

Únicamente un viejo guardián, compañero de armas del rey Hareth, conocía ese secreto y sólo él abría y cerraba el presidio.

Cuando Yhasua estuvo al pie del peñón, pidió que le dejaran solo, y en una suprema evocación a sus grandes alianzas espirituales recabó de ellas la fuerza necesaria para aniquilar el dragón destructor del odio, causa de todos los males y dolores que lamentaban en la gran ciudad, y dijo al viejo guardián:

—Ábreme el presidio y guíame ante la cautiva.

—Eres audaz –díjole el viejo–. Sabes que esa mujer tiene cien demonios en el cuerpo y es una bruja consumada. Mira un lagarto y lo deja seco. Mira una lechuza, y después de una voltereta por el aire, cae fulminada como herida por un rayo.

Yhasua se sonrió ante el miedo del anciano guardián y le dijo: –No temas. Ya eso pasó.

—Como quieras, niño. A más, el amo lo manda.

El viejo entró en una cueva de las muchas que el peñón tenía y que eran utilizadas por las raposas y gatos monteses como madrigueras.

A poco salió diciendo: –Ya puedes pasar.

Yhasua entró tras del viejo que llevaba una candela encendida. Tras ellos entraron los guardias. Era aquello un túnel bastante espacioso pero muy oscuro y de nauseabundo olor.

Se notaba en el esfuerzo de todos, que el pavimento iba subiendo lentamente como una rampa insensible.

Por fin llegaron a un recinto amplio e iluminado por una lucera en

el techo. Sobre un altar semiderruido se veía una monstruosa imagen de piedra, que representaba al horrible dios de las tempestades. Tenía grandes alas como de águila y sus dedos eran garras que sostenían cadenas y sogas en gran cantidad.

—Esto era el templo –dijo el guardián–. Detrás de esto están las cuevas de los esqueletos.

Yhasua sintió un estremecimiento de horror cuando vio la enorme cantidad de cráneos humanos, huesos, esqueletos aún enteros o colgados de garfios o tendidos en el pavimento.

Todas aquellas osamentas fueron vidas humanas en plena juventud, el fanatismo de una religión criminal les había privado del don divino de la vida, en aras de una fe abominable hacia una divinidad sanguinaria.

¿Era posible que el ser humano con un alma emanada del Dios-Amor, llegase hasta ese abismo de ignorancia y degradación? Su alma tierna como una flor en capullo, se estremeció dolorosamente. Se acercó más al informe montón de huesos.

Tomó en sus manos uno de aquellos blancos cráneos que parecían de nieve. Era pequeño y de líneas finas. Pensó que sería de una virgen, endeble como una flor. Y pensó:

—Aquí dentro había un cerebro unido a una mente que pensaba, que soñaba, creaba bellas imágenes de amor y de dicha, tenía madre..., tenía un amor..., anhelaba la dicha...

"¡Oh, Dios Infinito y Eterno!... –exclamó de pronto–. ¡Pudo ser una buena hija consuelo en la vejez de sus padres, una fiel esposa, aliento en la vida de un hombre honrado y justo..., madre de bellos e inocentes niños, futuros servidores de Dios y de la humanidad!...

"¡Almas que animasteis estas blancas osamentas!..., si aún padecéis turbación por la tragedia horrible de vuestra muerte, yo os evoco a todas en estos momentos solemnes para deciros: ¡Volved a la vida y que la dura experiencia sufrida os haga comprender de una vez para siempre, que la verdadera y única religión de Dios, es el amor de los unos para los otros: la fraternidad universal!

La presencia del viejo guardián le hizo volver de su abstracción; dejó el cráneo que le sumió en meditación y le dijo:

—Llévame ante la cautiva.

Cruzaron ante varias cuevas vacías y se detuvieron ante una con verja de hierro en la puerta.

La figura que el Maestro vio, se confundía con la negrura de la muralla. Estaba tirada sobre un miserable lecho de paja, sujeta al muro por una cadena que le rodeaba la cintura. Junto a ella, se veían mendrugos de pan y trozos de carne.

La cueva era pequeña y el visitante quedaba muy cerca de la prisionera.

—Mujer, –le dijo en alta voz el Maestro–. Si quieres oírme, puedo cambiar tu situación.

—Yo no quiero misericordia sino justicia –contestó duramente ella.

—Todos reclaman justicia –díjole Yhasua–, los que hacen daño y los que lo reciben. Tú quieres de seguro tu libertad que es don de Dios a sus criaturas. Los que recibieron de ti tantos males, también tienen derecho a los bienes que tú les arrebataste en un momento de cólera. La libertad que anhelas no podrás tenerla si no renuncias al mal obrar y te decides a vivir conforme a la justicia y a la verdad.

"Tienes pues en tus manos el bien que deseas.

—Y, ¿quién eres tú, que así ofreces la libertad a quien lleva once años de calabozo?

—Soy un Maestro que enseña la ley del amor fraterno a los hombres. He pedido permiso al Etnarca para visitarte y me lo ha concedido.

—Es un asqueroso lagarto que me tiene miedo –rugió la mujer.

—No puede temerte porque él es libre y fuerte –le dijo Yhasua.

—Y yo, mísera cautiva encadenada, soy más fuerte que él, y voy a matarle su mujer y su hijo como mato a las lechuzas y a los murciélagos que se llegan a mí.

—Ni a la una ni al otro, matarás.

— ¿Quién me lo impedirá?

— ¡Yo, en nombre de Dios!... –le contestó el Maestro con gran firmeza. La infeliz dio un aullido, se incorporó furiosa dando pasos hacia Yhasua hasta donde le alcanzó la cadena. Se quedó mirándole fijamente con sus ojos de hiena, como si quisiera fulminarlo con la mirada.

El Maestro la miró también y con imponente serenidad.

Parecían dos adversarios que medían sus fuerzas. Después de un momento, la mujer se dobló como un junco y se tiró sobre el lecho de pajas sollozando convulsivamente.

El Maestro entornó sus ojos y lloró por ella.

— ¡Señor!... –murmuró con su voz de arrullo–. ¡Padre mío! ¡Si algo significa mi vida ante tu inconmensurable grandeza, dame esta alma que la quiero para redimirla, y toma mi vida a cambio de esta y de todas las almas creaciones tuyas, que desviaron sus caminos y se hundieron en el abismo!

La mujer se había calmado y sentada en su lecho miraba el rostro de Yhasua por el cual corrían lágrimas y sentía la poderosa vibración de su ternura y su amor hacia ella.

¡No podía creerlo! ¿Era posible que aquel hombre tuviera piedad y ternura para ella, para ella que era un escorpión? ¡No podía creerlo!

— ¿Por qué lloras? –le preguntó.

—Lloro por ti mujer, porque eres tan desventurada y tan ciega, que

no comprendes el mal que te haces haciendo el mal a los demás. ¿Por qué rechazas la felicidad que Dios-Amor quiere darte?

"¿Pasarás toda tu vida en este miserable estado?

—Pregúntaselo al Etnarca, hijo del Rey Hareth, causante de mi desgracia –contestó la mujer.

—La justicia humana te ha encadenado aquí, para salvaguardar a las víctimas de tu venganza, mujer. ¿Crees en Dios?

—Soy sidonia y creo en Marduk. ¡Él me vengará!

—Mientras pienses en la venganza, aquí pasarás toda tu vida. El día que pienses en amar a tus semejantes como te amas a ti misma, serás dichosa..., ¡sobremanera dichosa! Elige pues tu camino.

— ¿Qué me darás por renunciar a mi venganza y al odio que la alienta? –preguntó la mujer con un cinismo que hubiera dado asco a cualquiera, menos al Maestro en cuyo corazón desbordante de piedad, no cabía otro sentimiento que el del perdón y del amor.

—En primer lugar la libertad, y después la paz y la dicha que conquistarás con tu esfuerzo para obrar el bien –le contestó el Maestro–. Yo te conseguiré todo esto, de aquel Soberano Dueño de todos los tesoros inherentes a la vida y de todos los bienes que Él ha dado a sus criaturas; pero antes darás pruebas de haber abandonado para siempre los caminos del odio, para tomar los de la fraternidad y del amor.

Ya era bien manifiesto el cambio que se había operado en aquella desventurada criatura.

—Acepto tu propuesta –dijo después de un breve silencio, en que pudo percibirse la profunda cavilación de su mente–. Pero yo no estoy sola en este presidio, y aunque ignoro quiénes están aquí, me figuro que habrán caído conmigo todos los que cooperaron en mi venganza –añadió la cautiva.

—También ellos podrán reconquistar el don divino de la libertad y continuar sus vidas por los senderos de la justicia y de la honradez –añadió el Maestro.

—Ellos harán lo que yo haga –dijo la mujer–, si fuera posible que me dejaran hablarlos.

Yhasua se volvió al viejo guardián que había quedado en la puerta y lo impuso de los deseos de la cautiva. Con desconfianza y recelo recibió el jefe de guardias la insinuación de Yhasua, pero tenía el deber de obedecerle, y llamando a los cincuenta hombres que mandaba, los apostó a la puerta de las cuevas de los prisioneros. Y él con dos guardias, desataron a la mujer y la llevaron a tratar el asunto con sus compañeros de cadena.

Difícil era para el espectador, discernir dónde terminaba la bestia y comenzaba el hombre, a la vista de aquellos seres cuyas cabelleras y barbas

sucias y enmarañadas, vestidos a medias con jirones de ropas sin color, o trozos de cuero de cabra, todo cubierto de inmundicias, decían bien claro que en los once años de reclusión, nadie se había ocupado de ellos.

El Maestro observador y psicólogo, comprendió pronto que la mayoría de aquellos infelices habían sido máquinas movidas por la voluntad de la mujer, pues que notó en casi todos esa depresión de ánimo que llega ya al embrutecimiento, a la anulación completa de la voluntad y de toda aspiración a algo mejor.

— ¡Infelices!... –murmuró con voz queda Yhasua–. ¡No podían descender más!..., y no obstante en medio de esas piltrafas de carne y hueso, revestidos de inmundos harapos, viven las chispas divinas emanadas del Omnipotente Creador de los mundos y los seres.

Tal pensamiento llenó su alma de inefable ternura. Se sintió conmovido en lo profundo de su ser y dijo, en apoyo de lo que les hablaba en su lengua la mujer:

—Mi Dios me permite haceros libres y dichosos si sois capaces de merecer sus dones con una vida ejemplar.

El recinto en que aparecían los calabozos era algo así como una enorme cisterna seca, a la cual daban las aberturas irregulares de las sombrías cuevas. De pie el joven Maestro en el centro de aquel circo de rocas, podía verlos y hablarles a todos, y ser visto y observado por ellos.

—Me informaron que erais treinta y dos los detenidos aquí, pero no cuento más que veintisiete... ¿Qué se hizo de los otros? –preguntó de pronto.

—Habrán muerto –contestó la mujer–, y las osamentas estarán en las cuevas amarradas a su cadena.

Yhasua interrogó al guardián con la mirada.

—Se mataron ellos mismos –dijo–, golpeando la cabeza en las rocas y otros negándose a comer. Los cadáveres se arrojaron al muladar, donde fueron quemados con la escoria que se arroja de la ciudad. –Hubo un breve silencio.

—Estamos de acuerdo –dijo por fin la mujer–. ¿Qué haréis con nosotros?

—Por ahora, llevar vuestra promesa al Etnarca y convencerlo del cambio de vida que vais a emprender. Es la segunda hora de la mañana –añadió el Maestro–. A medio día volveré con algunos compañeros míos para traeros la respuesta definitiva.

“Pensad –les dijo–, que yo no soy más que un Maestro que enseña el amor fraterno a los hombres, como único medio de conseguir la paz y la dicha que todos anhelan y buscan. Y como este ideal mío, está dentro de la inmutable Ley del Creador, su paz divina desciende sobre todos los que se encausan en mi camino.

Todos aquellos ojos cansados, inflamados de odio, de dolor, de abatimiento, parecían animarse de una luz nueva al contacto de la pura vibración de piadosa ternura del Cristo..., ¡único ser que en once años de cautiverio les había dirigido la palabra para hacerles sentir su compasión y su amor!

Le miraban como atontados, sin palabra, sin movimiento, dudando aún de que fuera una realidad y no un sueño lo que veían.

Aquellas cuevas no tenían reja como la de la mujer, y Yhasua se fue acercando uno a uno, con el fin de sacarlos del estupor en que les veía sumidos. El viejo guardián estaba como sobre ascuas, pues temía que algunos de aquellos malvados que tenían las manos libres, se arrojasen al cuello del Profeta y lo estrangularan, Yhasua comprendió sus temores y le dijo en voz baja:

—No temas, guardián, que las fieras ya huyeron y sólo quedan corderos amarrados a las cadenas.

Convencidos por fin los cautivos de que todo aquello no era una visión hermosa sino una realidad, de que aquel hermoso joven de manto blanco y cabellera rubia, de ojos dulcísimos y voz musical, era un hombre de carne y hueso..., quizá algún rey venido de quién sabe qué país ignorado por ellos para devolverles la libertad, la paz, la vida..., una conmoción colectiva, profunda, se apoderó de todos al mismo tiempo... y tirando de las cadenas cuanto ellas daban, hasta hacerse daño, se arrojaban ante aquel hombre desconocido, que en la tiniebla espantosa de sus vidas, les hablaba de paz, de dicha y de amor.

Las lágrimas empezaron a correr mudas por aquellos rostros envilecidos por el odio y desfigurados por la inmundicia y el abandono.

— ¿Veis... –dijo Yhasua al viejo guardián–, cómo las fieras han huido para dejar a los corderos vivos todavía?

El viejo guardián que no era un tronco de encina ni un bloque de piedra, volvió el rostro hacia otro lado para que nadie viera su profunda emoción.

—Nunca tuve cerca un Profeta de Dios hasta hoy –dijo cuando pudo hablar–.

"¡Señor!..., acuérdate de mí, que tengo mi mujer ciega y dos hijos leprosos –y un sordo sollozo ahogó su voz en la garganta.

—En nombre de mi Dios te digo, que el sol de mañana les encontrará curados. Vete y báñales en las aguas del río Abaná –le contestó Yhasua.

El viejo olvidó todo y corrió como loco, peñón abajo, en dirección a su casa.

—Esperadme a medio día que volveré a vosotros –volvió a repetir el Maestro.

Los guardias llevaron la mujer a la cueva y salieron acompañando al Maestro, que pidió ser llevado ante el Etnarca de Damasco.

—Las fieras se convirtieron en corderos, Etnarca –le dijo el Maestro–. Esperan clemencia y prometen cambio de vida.

—Soy tan dichoso, Profeta, que me siento inclinado al perdón. Mi esposa ha dejado el lecho y mi niño sonríe en la cuna.

—Bendigamos al Eterno dador de todo bien –dijo el Maestro–. No esperaba menos después de muerto el dragón del odio que os envenenaba a todos. –El Maestro obtuvo cuanto necesitaba para cumplir su palabra a los cautivos del Peñón de Ramán.

—Mi perdón lo tienes, Profeta –le dijo el Príncipe–, pero falta la venia de mi padre.

—Yo me encargo de ello –contestó Yhasua–. ¿No dicen que el Rey Hareth de Petra, es como hermano del Príncipe Melchor de Horeb y del Scheiff Ilderín?

—Se aman grandemente –contestó el Etnarca.

—Si estás de acuerdo, Etnarca, despachemos mensajeros hacia el sur con epístola tuya para tu padre, y mías para los otros dos, que están unidos a mí por una alianza de amor de largo tiempo –insinuó el Maestro.

—Sea como dices –contestó el Etnarca.

—Mientras viene la respuesta –añadió el Maestro–, trataremos de ensayar la nueva vida de los cautivos del Peñón de Ramán, para cerciorarnos de que la redención es completa. Si cuento con tu beneplácito, yo me encargo de tales ensayos –dijo Yhasua.

—Sí, Profeta, sí. La salud de mi esposa y de mi niño te hace dueño de mi voluntad. Haz con ellos como te plazca.

—Gracias, Etnarca. El Profeta de Dios te bendice en su nombre.

Yhasua volvió a la posada "Ánfora de Plata" donde el tío Jaime con Zebeo y los jóvenes árabes le esperaban ansiosamente.

— ¿Qué hay? –preguntó de inmediato el tío Jaime, así que le vio llegar. Yhasua miró al tío Jaime.

—La luz de Dios camina con nosotros, tío Jaime –contestó el Maestro–, todo ha salido como venido de Él. ¿Acaso el Padre Celestial hace las cosas a medias?

Después de referirles lo ocurrido en el presidio del Peñón, les dijo: –Ahora necesito de vosotros cuatro para ayudarme en la tarea.

—Podéis disponer de nuestras personas –dijeron Ahmed y Osman.

—Y de la mía –añadió Zebeo.

Yhasua miró al tío Jaime.

— ¿Qué estarás por hacer, niño, hijo de Myriam? –preguntó riendo.

—Sacar a esos infelices de la vida en que están, tío Jaime. ¿Voy a dejarles así?

— ¡Sí, hijo mío, sí!... ¡Sálvales! Tu corazón no puede hacer otra cosa. ¿Pero qué harán ellos cuando se vean libres? ¡Ah, Yhasua! ¿No alimentarás cuervos para que te saquen los ojos?

Diríase que el tío Jaime habló obedeciendo a un doloroso presentimiento, porque ocho años después tuvo el dolor de ver sobre la montaña trágica la tarde de la crucifixión, dos de aquellos salvados del cautiverio: el uno era Gestas, llamado el mal ladrón, enclavado en el Calvario al lado del Cristo, y otro, que era hermano de aquél, gritaba enfurecido entre el populacho: –A otros pudo salvar y no se salva a sí mismo. ¡Qué profeta ni Mesías, ha de ser un sedicioso embustero!

Mas... ¿Qué puede significar para la eterna vida de amor del Cristo divino, la ingratitud y la traición de las pequeñas criaturas terrestres, incapaces aún de comprender el poema inmortal vivido y sentido por esas heroicas almas en unión íntima con el Eterno invisible?

Desde el medio día y tal como el Maestro lo prometiera comenzó la transformación del Peñón de Ramán.

El tío Jaime, Zebeo, Ahmed y Osman fueron los auxiliares de Yhasua, que con la debida autorización del Etnarca procedieron a la obra regeneradora ya comenzada.

Las aguas opalinas del río Abaná, nacido en las cumbres nevadas del Monte Hermón, donde cuarenta servidores de Dios oraban por la salvación de los hombres, purificaron aquellos sucios cuerpos, harapos de carne y huesos que llevaban aún en la cintura las sangrientas señales de una cadena de once años. Vestidos de nuevo, alimentados con viandas ofrecidas con fraternal amor, eran seres nuevos a quienes sonreía la esperanza después de haber aniquilado en ellos el veneno del odio y del rencor.

Eran veintiséis hombres y una mujer.

—Tú fuiste la capitana jefa para el mal –dijo el Maestro a aquella mujer–. Ahora lo serás para el bien, para la paz y la dicha de todos. Este que fue vuestro presidio para castigo, será vuestro hogar, vuestro taller de trabajo, vuestra aula de estudio y vuestro recinto de oración, hasta que deis pruebas de un verdadero arrepentimiento.

A lomo de asnos y encerrados en sacos de esparto, fueron bajados al valle los innumerables esqueletos, cráneos, huesos dispersados y rotos que llenaban las cuevas del Peñón de Ramán y enterrados en una fosa común, encima de la cual Yhasua con sus amigos plantaron arbolitos nuevos de arrayán.

— ¡Floreced de amor!... –díjoles Yhasua a los menudos arbolitos–. Floreced de amor sobre los despojos de estos mártires olvidados.

Después se procedió a la limpieza y reparaciones de la parte superior, que era el edificio propiamente dicho y que parecía formar parte de la

montaña negra y pavorosa. Era el recinto central con el altar y la estatua del dios que fue separado de allí. Aquello se transformó como por encanto en comedor-cocina para los refugiados; y las grutas adyacentes que tenían luz y aire, fueron utilizadas como alcobas donde lechos limpios, lamparillas de aceite y cántaros de agua, ofrecían a los asilados la modesta comodidad que por el momento podía dárseles.

La plazoleta de rocas a donde daban las cuevas que fueron calabozos, pasó a ser taller de trabajos manuales, para que los mismos moradores del Peñón se hicieran mesas, bancos y cuantos utensilios les fueran necesarios. Una guardia de diez hombres armados se encargó de la vigilancia al exterior.

—Tú serás el ama de la casa –decía el Maestro a la ex cautiva–, y harás la comida para todos. Tendrás aquí todo lo necesario, y tres mujeres del pueblo vendrán cada día para ayudarte en la faena. Y os prometo a todos que conforme a la conducta que tengáis será el tiempo que tardéis en recobrar por completo la libertad. Para ello se necesita el beneplácito del Rey Hareth, y ya se ha pensado en ello. ¿Estás contenta, mujer?

— ¡Profeta!... Tú has despertado lo poco bueno que había en mí –dijo con honda tristeza aquella mujer–. ¡Y al morir el odio, ha revivido un sentimiento muy íntimo!..., ¡el amor a mi hija, a quien no he vuelto a ver en trece años!

— ¡Ah!... ¿Tienes una hija? ¿Y dónde está?

—La tiene el Rey Hareth que me la arrancó al repudiarme. ¡Yo la quiero, Profeta, mi corazón la reclama! ¡Cuando vivía para el odio y para la venganza no me importaba esa hija, que lleva la sangre del que me hizo desventurada!... ¡Pero tú, Profeta, has matado la hiena y has despertado a la madre! Sola en el mundo, ¿qué soy sin el único lazo que me une a la vida?

Y la infeliz cautiva sollozó amargamente.

—Espera y confía mujer, que cuando nuestro Padre Celestial que es el Amor, abre a sus criaturas un camino nuevo, lo abre en la luz con todas las facilidades para que suban por él, si de verdad le aman. De ti depende que te sea permitido ver de nuevo a tu hija. ¡Espera, mujer, espera!

— ¿Qué pasa en el Peñón de Ramán? –preguntaban las gentes al pasar por las inmediaciones–. Tropillas de asnos van cargados de tablones, de fardos de lana y cáñamo, de sacos de legumbres y cereales, cántaros de aceite y fardos de carnes saladas.

— ¡Parece que el Etnarca forma allí un cuartel! –decían algunos.

—No, que es un hospicio para leprosos –decían otros. Y nadie acertaba con la verdad.

Pero tú y yo, lector amigo, sabemos lo que ocurría:

Era que había llegado al pavoroso Peñón, un arcángel de luz en la persona de Yhasua de Nazareth, y lo había inundado de esperanzas y de amor.

Dieciocho días consagró el Maestro a reconstruir en aquellas almas, lo que el odio había destruido.

Detrás de aquella mujer y de sus veintiséis compañeros de delito, había muchos seres abandonados, olvidados y despreciados; Eran los padres, las esposas, los hijos de los odiados incendiarios que habían puesto su voluntad y su esfuerzo para traer el hambre y la miseria sobre toda la comarca, con el fin de levantar los pueblos en contra del Rey Hareth. Pero él se había defendido como un león acosado por cien chacales, había vaciado el tesoro de sus arcas para traer cereales y legumbres de los fértiles valles del Éufrates y del Orontes, y que su pueblo no padeciera por la venganza de una mujer.

Sabiendo todo esto, ¡cuán difícil aparecía el conseguir su clemencia para los infelices que habían así provocado su ira!

Pero el Príncipe Melchor no podía negar nada a Yhasua el Enviado, Ungido de Jehová para la salvación del mundo. ¿No había sido él uno de aquellos tres elegidos para reconocer al Avatar Divino en su cuna, recién llegado a la vida terrestre?

¿No había hecho veinticinco años atrás un pacto solemne con Baltasar el persa y Gaspar el hindú, de que serían en todo momento infatigables colaboradores en la obra del Mesías-Redentor?

Bajó, pues, de su nido de águila sobre el Monte Hor, ya conocido de los lectores y se dirigió a Petra, residencia del Rey Hareth.

Cuál no sería su sorpresa, al encontrar también allí a su gran amigo el Scheiff Ilderín, que acababa de llegar de sus tiendas en el Monte Jebel. Allí le había llegado la epístola de Yhasua, a la cual el caudillo árabe no podía hacer oídos sordos. ¿No era acaso el futuro rey de Israel que salvaría al Oriente de la opresión romana?

Como verá el lector, cada cual interpretaba la misión de Yhasua según su grado de evolución espiritual.

El uno veía en él un Mesías salvador de las almas, llevándolas a la comprensión del Amor Universal.

El otro veía en él un libertador de los países oprimidos, un gran conductor de pueblos, llevándolos a reconquistar sus derechos y a gobernarse por sí mismos.

Para ambos, Yhasua de Nazareth era grande..., ¡inmensamente grande!

Melchor pensaba y decía: “Es el Verbo de Dios, es el Pensamiento de Dios, es el Amor de Dios hecho hombre para hacer comprender a esta humanidad cómo es el Eterno Invisible, al cual desconoce, aún

después que en todas las pasadas edades, hubo Inteligencias luminosas que levantaron a medias el velo del Eterno Enigma".

Ilderín pensaba y decía: "Es el hombre providencial que necesitan los pueblos oprimidos para levantarse como un solo hombre, y arrojar al intruso que se constituye en amo porque posee legiones numerosas como las arenas del mar".

Y fue según sus modos de ver, que ambos hicieron al rey Hareth un esbozo de la personalidad del joven Maestro que estaba en Damasco, y se interesaba en redimir a los cautivos del Peñón de Ramán.

Su hijo Hartat le relataba así mismo la curación de su esposa y de su niño de un modo súbito y completo; la curación de la esposa del viejo guardián del Peñón, que hacía siete años había quedado ciega y dos de sus hijos atacados de lepra; el arrepentimiento de Harima y sus compañeros de delitos, que al contacto del Profeta habían transformado el pavoroso presidio, en hermoso taller de trabajos manuales.

—Será sencillamente un poderoso mago que emplea su ciencia en hacer el bien –dijo Hareth, después que oyó decir a sus dos amigos, de cuanto decían del joven Maestro–. Pero así que sea, su obra es grande y digna de nuestro agradecimiento. Consiento pues en que mi hijo Hartat acceda a lo que pide ese Profeta. Confío en él y en vosotros.

El Scheiff Ilderín añadió:

—Sé que la culpable pide le sea permitido ver a su hija.

—El sentimiento maternal puede llevarla a una completa regeneración –dijo Melchor–. Si es de tu agrado, ¡oh, rey!, yo me encargo de reunir a la madre con la hija, bajo mi tutela inmediata.

— ¿Tú? ¿De qué manera? –inquirió Hareth.

—Ya sabes que voy gastando mi vida en obras que juzgo buenas para mis semejantes, y en Cades Barnea tengo instalada, desde hace cuatro años, una casa-refugio para mujeres repudiadas y doncellas huérfanas.

"He copiado esta obra de la antigua Fraternidad Kobda de la prehistoria, y la creo de muy excelentes resultados. Las refugiadas son aún muy pocas, veintinueve, y treinta con mi hermana viuda que les hace de madre a todas. Si tú quieres, puedo tener allí a la redimida y que sea libre de ver a su hija cada vez que ambas quieran reunirse.

—Espera un momento –dijo Hareth, y dio un golpe con un martillo de plata en un disco de cobre colgado a su lado. Apareció un pajecillo negro, vestido de blanco y rojo, al cual el amo mandó que hiciera comparecer a su presencia a su hija Arimé.

A poco volvió el paje seguido de una mujer velada que se inclinó profundamente ante el diván en que estaba semitendido el rey.

—Puedes descubrirte –le dijo–, que estos dos son mis hermanos.

La joven se levantó el velo y saludó con una inclinación.

Representaba de dieciséis a diecisiete años. Era hermosa en su tipo de raza mixta, pues tenía los ojos negros y profundos de los hijos de Arabia; y el blanco alabastro de su cutis y los cabellos rubios de su madre, nacida en Sidón, pero de sangre espartana.

—Tu madre ha cambiado de modo de pensar –díjole el rey–, y pide verte. Te doy permiso para que obres como sea tu gusto.

— ¿Está aún cautiva en Damasco? –preguntó con timidez la joven en cuyo semblante apareció un subido rubor y una pena honda en sus ojos.

—Está aún en Damasco, pero se ha levantado la condena que sobre ella pesaba. El Príncipe Melchor pide hospedarla en un Serapeum de estilo egipcio, que tiene establecido en Cades Barnea, donde puedes visitarla si es tu deseo.

"Estará allí bajo la tutela de una hermana viuda del príncipe.

—Puesto que lo permites, padre –contestó la jovencita–, iré a visitarla. ¿Cuándo será el viaje?

—De Damasco a Cades Barnea, en buenos camellos, hay diez días de viaje si las paradas son breves –añadió el rey.

—Si es de tu agrado –indicó Melchor–, de aquí a tres días marcho a Cades Barnea, y puedo llevar a tu hija para que espere allí a su madre. En mi carro hay capacidad para varias personas con sus maletas.

—Llevarás tu vieja nodriza y tu doncella –díjole el rey–. Prepárate para de aquí a tres días. –La joven se inclinó ante su padre, saludó a los visitantes y cubriéndose nuevamente salió seguida del paje que la esperaba en la puerta.

Esta joven Arimé tuvo actuación más tarde, entre las mujeres viudas y doncellas que juntamente con los discípulos formaron la primera congregación cristiana de Jerusalén.

83
EL REINO DE DIOS

El Scheiff Ilderín que volvía hacia el norte, fue el encargado de llevar a Yhasua la noticia del éxito completo de las gestiones ante el rey Hareth, residente en Petra.

El suegro del Etnarca al saber la curación de su hija y de su nieto, con los cuales había fracasado con sus métodos, quiso tratar al taumaturgo y profeta que lo consiguió tan hábilmente.

Yhasua había estrechado amistad con los familiares de Nicolás de Damasco, el joven doctor de la ley que hemos visto en Jerusalén, en compañía de Nicodemus, Gamaliel y José de Arimathea.

Tenían ellos la más hermosa y frecuentada Sinagoga de la ciudad, que venía a ser punto de reunión de los hombres de mayor capacidad intelectual y buen concepto moral. Allí se hablaba con entera libertad de política, de ciencia y de religión.

Los propietarios del recinto, no estaban subyugados por ese fanatismo de hierro que obscurece la mente y endurece el corazón. Como su hermano Nicolás, buscaban y deseaban la verdad, el bien, la justicia, y conceptuaban como honorables personas a todos los que ostentaban en su vida esos tres elevados conceptos.

El joven Maestro desde su llegada a Damasco, formó parte de las agradables reuniones en la Sinagoga de Bab-Scharqui, como la llamaban, por su proximidad a la puerta oriental de la ciudad que llevaba ese nombre.

Ananías, Ephal y Jehú, eran los tres hermanos de Nicolás y los tres conocían al Maestro desde su anterior viaje de paso a Ribla. Tenían a más como amigo de cierta intimidad, a un primo del Etnarca llamado Coheym, al cual le correspondía ser en el futuro, Emir de la Iturea. Por todo esto, el lector comprenderá que la Sinagoga de Bab-Scharqui, como sitio de reuniones serias, era de lo mejor que existía en Damasco.

Las veladas de todas las noches tenían un carácter privado, o sea, que sólo concurrían a ellas amigos de la casa, o algunos particularmente invitados.

Los sábados a la tercera hora de la mañana y por la tarde a la hora nona, eran reuniones a las que podía concurrir todo el que quisiera hacerlo.

Para dirigir la palabra en tal día se buscaba siempre una persona de cierta notoriedad, un Maestro, un astrólogo, un médico, un profeta, un hombre en fin, que fuese capaz de enseñar al pueblo con la exposición de sus ideas, de sus sentimientos y de sus ideales.

Y Yhasua fue invitado por los hermanos de Nicolás, el doctor de la Ley que ya conocemos, para que hablase todos los sábados durante su presencia en Damasco.

Y como él comprendió que la mayoría de sus admiradores veían en él un conductor de pueblos, más grande y glorioso que lo habían sido los que deslumbraron al mundo con su poder y con su fuerza, eligió para iniciar su enseñanza en aquella capital de Arabia, un tema que descorriera un tanto el velo que ocultaba su verdadera personalidad.

—Amigos míos: hace algún tiempo que vengo escuchando en distintas circunstancias, la manifestación de un deseo en almas que me están ligadas por vínculos hondos y fuertes, que deben perdurar por largo tiempo.

"Danos parte, Maestro, en ese Reino tuyo que nos anuncias" dice la voz en ese deseo íntimo, que a veces sube del corazón a los labios y se traduce en palabras. A tales insinuaciones responderé esta tarde.

"El Reino de Dios pide vencimientos y exige violencias, y tan sólo los que se los hacen podrán conquistarlo.

"Y como no puedo ser yo, quien os dé parte en él, sino que sois vosotros quienes debéis conquistar la participación en sus dominios, quiero que comprendáis de qué vencimientos y de qué violencias os hablo.

"Violencia se hace, el que retuerce su propio corazón para acallar su voz, que le reclama las manifestaciones exteriores de una afección humana, hondamente sentida, cuando ella lesiona los afectos, el honor y la vida de un semejante.

"Violencia se hace, el que habiendo recibido injuria y agravio en su honra y en todo cuanto le es querido, es capaz de estrechar sereno la mano de su detractor.

"Vencimiento y violencia, son los de aquel que renuncia generosamente a ciertos deseos y anhelos propios de todo corazón de hombre, pero entorpecedores de sus destinos como espíritu afiliado por una alianza, a los honores de una misión determinada.

"El Reino de Dios sólo puede ser comprendido en toda su belleza, por aquellos a quienes desciende la Luz de la Divina Sabiduría, mediante el esfuerzo perseverante del espíritu por merecer esa Luz.

"La Luz Divina ilumina a los puros de corazón y a los humildes.

"Los mensajeros de esa Luz, son los Mesías: conductores de humanidades, forjadores de mundos, auxiliares de la Energía Creadora en su constante y eterna gestación.

"Mirad hasta qué punto van errados, aquellos que afirman que los Mesías están impedidos por su propia elevación espiritual, de acercarse a los mundos cuya evolución les fuera encomendada.

"Las leyes inmutables del Universo tienen en los Mesías sus fieles y sumisos cumplidores, y por lo mismo es una grave falta de lógica y hasta de sentido común, promulgar como axioma inconmovible, la imposibilidad del acercamiento de los espíritus de luz a las esferas que prohíjan.

"La Ley Eterna de Amor Universal, que es la base de oro y diamante en que descansa todo cuanto existe en los mundos adelantados y en los mundos embrionarios, es la que designa los seres, los lugares, y el tiempo en que las corrientes astrales, etéreas y espirituales deben combinarse para formar ondas, o círculos, o bóvedas psíquicas determinadas, y aptas a las diversas manifestaciones de los Mesías en los mundos que aceptaron como una heredad, para cultivar hasta su completo perfeccionamiento.

"La ignorancia, el fanatismo y la malicia humanas, se unen siempre para negar lo que es innegable, dando lugar a que se cumpla el profundo axioma aceptado por las antiguas Escuelas de Divina Sabiduría: "La Suprema Inteligencia niega su luz a los soberbios y la da con abundancia a los humildes".

"Por eso os he dicho, que para conquistar el Reino de Dios, el alma ha de levantar en sí misma, un edificio espiritual basado en el sólido cimiento de la aceptación amplia, generosa y sincera de la Verdad, venga de donde venga, y aunque ella sea espada de dos filos que lastime nuestro corazón de carne, tan tristemente apegado al egoísmo de lo tuyo y lo mío.

"¡Oh! ¡Cuándo olvidarán los hombres esas inarmónicas palabras que ponen en relieve al exterior las insaciables fauces del egoísmo feroz que arrastra humanidades al caos, que destruye pueblos, que devora vidas, que aniquila afectos y detiene el paso triunfante del amor universal!

'Tuyo y mío, palabras de división, palabras de guerra, de antagonismo, de enemistades y de odio, ya se las aplique a las ideas religiosas, a las actividades intelectuales, o a los bienes temporales.

"Por eso las más elevadas Inteligencias compenetradas de la Verdad Eterna, son esencialmente armónicas, desinteresadas, y su bondad y tolerancia corren parejas con su claro conocimiento de Dios y de los hombres.

"Todo bien, lo atribuyen al Supremo y Eterno Invisible; todo mal, al egoísmo y debilidades humanas.

"Esas grandes Inteligencias conquistaron el Reino de Dios, del cual queréis participar, porque abdicaron de todos los egoísmos, de todas las ambiciones. Para ellas dejó de existir "lo tuyo y lo mío", y sólo vivió el soberano amor fraterno, que sabe olvidarse de sí mismo en beneficio de los demás.

"Y estos principios son aplicados a las colectividades, donde florece la fraternidad, dulce y suave como caricia materna sobre la humanidad, porque ellos iluminan el camino de las Inteligencias hacia la Luz Increada, hacia el Eterno Amor, hacia la Suprema Inteligencia, por la cual alientan, viven y son los mundos, los seres y las cosas.

"Y si de verdad aspiráis a la conquista del Reino de Dios que os anuncio, comenzad por desterrar de vosotros la ambición y el egoísmo, que obstruyen los caminos de la justicia, de la felicidad y del amor.

"¡Pobres humanidades que habitáis los mundos carnales devorados por el egoísmo!

"Conquistasteis sin esfuerzo y sin gloria, los reinos vegetal, animal y humano; pero no conquistaréis sin esfuerzo y sin gloria el Reino de Dios, al cual llegaron los espíritus puros o Mesías, como llegaréis

vosotros más tarde o más temprano por derecho de conquista. ¡Porque el Reino de Dios exige vencimientos y violencias, y tan solo el que los hace llegará hasta él!

"Si en verdad queréis participar del Reino de Dios, lejos arrojad de vosotros el orgullo con todos sus derivados: el deseo de poder y de dominio, la ostentación y la vanagloria, el afán de imponer la propia voluntad, como un yugo sobre la mente y la conciencia de los seres, todo lo cual os convierte en voraces aves negras y fatídicas, que pueblan de terror y de espanto el viejo castillo en ruinas de la humanidad inconsciente y aletargada.

"Que mis palabras tengan el poder de levantar el velo de tinieblas que oculta a vuestra inteligencia, la grandeza divina del Reino de Dios; para que se despierte vivo en vosotros, el anhelo de poseerlo y conquistarlo por toda la eternidad".

Un formidable y entusiasta: "¡Dios te salve, Maestro!", resonó en el vasto recinto, cuando Yhasua descendió las gradas de la cátedra que había ocupado por unos momentos.

La ola suavísima de amor que envolvía al Ungido de Dios, llenó las almas de inefable dicha, y una luz nueva parecía iluminar todos los semblantes; pero cuando fueron retirándose de aquel ambiente cálido de ternura y elevada espiritualidad comenzaron los comentarios favorables o adversos, conforme a los ideales de cada cual.

—Paréceme que este hombre no va camino del reino de Israel –decían unos.

—No será este un David guerrero y conquistador, pero puede muy bien ser un Salomón que nos dé leyes de sabiduría –decían otros.

—Lo que sí, sé yo, muy bien –dijo el anciano tejedor–, que es un Profeta de Dios, porque yo llegué a la Sinagoga con brazos y manos torcidas por el reuma y mirad, están como para luchar con veinte telares.

—Y yo –añadió un joven escriba–, vine con llagas en la garganta esperando encontrar aquí algún terapeuta; ni aún el agua podía tragar y me encuentro maravillosamente curado.

Y entre los comentarios se oían innumerables casos no sólo de curaciones físicas, sino morales. Acreedores agresivos, que habían pensado llevar un prójimo ante la justicia, por deudas atrasadas, o dar castigos y duras penalidades a esclavos y jornaleros por descuidar el trabajo, sin saber cómo ni por qué, sintiéronse desarmados y hasta avergonzados de la dureza de su corazón.

Hubo no obstante almas como acorazadas de acero, en las que no podía penetrar la elevada doctrina esbozada por aquel joven Maestro, que parecía pretender dar vuelta al revés, usos, costumbres y tradiciones milenarias.

Y un poderoso magnate de Damasco, dueño de grandes campos de labranza y de numerosos rebaños de camellos, ovejas y asnos, interrogó al Maestro pidiéndole una más clara explicación de sus doctrinas sobre el Reino de Dios y el modo de conquistarlo.

—Si tú fueras dueño del mundo, ¡oh, Profeta!, ¿cómo ordenarías para hacer felices a todos? ¿Mandarías cortar la cabeza a todos los ricos y repartir sus bienes entre todos los pobres?

El Maestro sonrió afablemente, y lo miró unos momentos antes de contestarle.

—No, amigo mío; no mandaría cortar la cabeza a nadie, porque sólo Dios es dueño de la vida otorgada a sus criaturas. "No matarás" dice la Ley, y yo soy fiel cumplidor de esa Ley.

"¿Sabes que en la inmensa creación Universal hay infinidad de mundos, mayores y menores que el planeta Tierra?

—Lo he oído, sí, en un viaje a Chipre, donde hay una Academia que enseña la filosofía de Platón, el visionario griego.

—Pues ese visionario, veía muchas verdades –contestó el Maestro–, y entre ellas, que hay planetas, estrellas o soles como los queramos llamar, que son habitación de humanidades muy adelantadas, donde el ser más atrasado puede ser un Maestro en el planeta Tierra.

"Pues bien, amigo mío, en este plano tan inferior, la mayoría de los seres no comprenden otro bien que el puramente material, y se aferran a él con una tenacidad que espanta.

"Como las fieras se traban en encarnizada lucha por los sangrientos trozos de carne muerta, así la mayoría de los habitantes de la tierra pisotean los más puros y santos afectos, cuando han sido tocados en lo que ellos llaman propiedad suya exclusiva.

"Por unos estadios de tierra, se matan aquí centenares y miles de hombres. Y si quieres que profundicemos en esta cuestión, yo puedo probarte que tiene pleno derecho sobre esta tierra, todo ser a quien la voluntad del Creador manda aquí para vivir en ella. La compraventa de la tierra ha sido una delictuosa invención del egoísmo humano.

"En el infinito espacio que nos rodea, hay globos en los cuales..., ¡entiéndeme bien!, el elemento principal es el agua, y sólo sobrepasan del líquido elemento moles enormes de rocas volcánicas completamente estériles. Las humanidades que los habitan forman sus ciudades flotantes y viven holgadamente de la flora y de la fauna acuáticas. Por encima de las olas se trasladan en embarcaciones a cualquier punto de su globo, que están tan poblados o más que la tierra.

"Allí no puede el egoísmo acaparar el agua, como aquí acapara la tierra para venderla a precio de oro.

"Allí lo único que se compra es el derecho de unir una vivienda con

otra para formar así colonias, ciudades, y defenderse mutuamente de las furias del elemento cuando los maremotos levantan borrasca.

"Esto nos prueba hasta qué punto es baladí y sin fundamento lógico, la propiedad sobre la tierra, sin lo cual se puede vivir en paz y gozar los dones de la vida.

"Pero ya que el egoísmo fue el primero que dictó leyes a la humanidad de este planeta, aceptemos que de tanto en tanto, aparezcan Inteligencias luminosas que se esfuercen por hacernos comprender que la tierra no es patrimonio de unos pocos favorecidos por leyes injustas, sino que el Eterno Dueño de ella, la ha dado en heredad a todas las almas que vienen a habitarla.

"Y que por tanto, el que se ve más favorecido en el arbitrario reparto de la tierra, piense un momento siquiera, en la dura situación de aquel al cual no le ha tocado ni aún lo necesario para abrir un día su propia sepultura.

"Y ésta es, amigo mío, la misión de los profetas, de los apóstoles de la Verdad Divina, de los mensajeros del Eterno Creador de los mundos y de los seres, el cual no tiene culpables preferencias para ninguno, porque todos son sus hijos, salidos como una chispa viva de su propio seno.

"Me has preguntado, ¿qué haría yo, si fuera dueño del mundo? Obligaría a los grandes terratenientes a dejar libertad de cultivar sus tierras a todos los que estuvieran desposeídos de ellas, para que sacaran de allí el sustento para sus vidas, y a la vez le dieran utilidad al poseedor de la tierra, mediante el pago de un tributo justo, ecuánime y razonable.

"Nada de amo, de señores tiranos y déspotas, que látigo en mano estrujan la vida del labrador, que deja prematuramente entre los surcos por trabajos forzados, tal cual se hace con feroces criminales dañinos para la sociedad.

"Y en todo orden de bienes materiales, haría lo mismo. La tierra es de todos los hombres, que Dios autor de la vida ha mandado a ella, como el sol, el aire, la luz y la lluvia.

"Y en este instante paréceme ver al feroz y monstruoso egoísmo, como un buitre con rostro humano que se desespera y enfurece por no haber encontrado aún el modo de acaparar el aire, la luz y el sol, para venderlos en pequeños átomos y a precio de oro. ¡Aún quisiera poder vender el derecho de respirar, de contemplar el espacio azul y de recibir los rayos del sol!...

"Creedme que cuando así medito, mi alma se abisma en la contemplación de la inefable Bondad Divina, mirando impasible las espantosas desviaciones de sus hijos que, habiendo nacido todos de su Amor Infinito, son como lobos que se devoran unos a otros.

—Entonces, ¿dirás, Profeta, que para ser yo justo, he de repartir mis tierras entre los desheredados?

El Maestro lo miró profundamente y continuó:

—Anda, amigo mío, y recorre los suburbios de esta populosa ciudad donde en cada choza vive hacinada una numerosa familia. Escucha las quejas de la madre que no alcanza a dar a los suyos el pan necesario para la vida, con una mísera medida de trigo que trae el padre al hogar después de haber trabajado duramente de sol a sol.

"Escucha el llorar de los niños que piden pan y el padre recoge bellotas de encina que alimentan a los puercos, y se las da a sus hijos que lloran de hambre.

"Escucha el gemido de los ancianos que tiemblan de frío junto al hogar apagado porque los grandes señores, dueños de los bosques, quieren su sestercio por la leña que puede llevar un hombre entre sus brazos, y el infeliz no posee en su bolsa ni un solo denario.

"Escucha el grito desesperado de los leprosos, de los paralíticos, de los ciegos que no pueden ganarse el sustento y que son arrojados de todas partes como larvas venenosas, porque su aspecto repugna a los que visten de púrpura y de oro, porque la conciencia dormida se despierta ante tal espectáculo y les grita: "¡Esa piltrafa humana es tu hermano!... ¡Socórrele!

"Anda, amigo mío, por esos tugurios, por esas covachas extramuros de vuestras doradas ciudades, por esas madrigueras de raposas, que no otra cosa son las viviendas de nuestros hermanos desamparados..., anda y mira.

"Y que tú, como todos los potentados de la tierra, no conocen de cerca el dolor del que carece de todo, porque jamás se ocuparon de otra cosa que de procurarse placer y comodidades.

"Y cuando hayas visto esos cuadros que no son pintados en lienzos, sino en la carne viva y palpitante; cuando hayas oído todas esas quejas, todos esos gemidos, ese llorar de niños que rompe el alma en pedazos, vuelve a mí y pregúntame de nuevo: "¿Qué harías, Profeta, si fueras dueño del mundo?" ¿Sabes lo que yo haría?...

¡La exaltación del Maestro había subido a un tono que a él mismo le hacía daño!

— ¡No te atormentes más, Profeta de Jehová! –le dijo conmovido aquel hombre en cuya mente iba penetrando la Luz Divina, poco a poco–.

"Por la memoria de mis muertos, te juro que hoy mismo, todos cuantos dependen de mí serán aliviados de las cargas que llevan.

"Te invito pues a acompañarme a mi casa con esos amigos que te siguen a todas partes y seréis todos testigos, de cómo hago, en lo que puedo, la justicia que tú deseas.

Yhasua con el tío Jaime, Zebeo y los dos árabes, siguieron al rico damasceno que tenía su palacio a los comienzos de la hermosa avenida de las columnatas, Tarik-el-Adwa, cuyas bellezas y suntuosidad sólo podía compararse con la columnata llamada de Herodes, que deslumbraba en Antioquía.

El centro de aquellas enormes avenidas, era todo un jardín con fuentes y surtidores que a los rayos del sol resplandecían como cascadas de cristal de los colores del iris. Y en ambos lados, los suntuosos palacios de los poderosos señores que vivían en un eterno sueño de delicias, ignorando completamente el dolor de sus semejantes.

Aquel palacio era todo de mármol blanco, y a él se subía por una ancha escalinata, en cuyas gradas aparecían en arrogante actitud, enormes leones de bronce, que hacían recordar los palacios de Darío en Persépolis y Pasagarda.

Mientras el Maestro subía la suntuosa escalinata que conducía al pórtico, se encogía su corazón y sus ojos se humedecían de llanto, pues hacía comparación entre aquel derroche de lujo y de comodidad con los sombríos tugurios que había observado a extramuros de Damasco.

Jeramel, que así llamaban al rico damasceno, subía la escalinata al lado de Yhasua y como observase el silencio que guardaba le dijo:

—Tú no crees, ¡oh, Profeta!, que yo cumpla mi promesa, pues que si estuvieras seguro de ello, estarías contento y te veo triste.

—Te equivocas, amigo –le contestó el Maestro–. Yo creo en la sinceridad de tu promesa y sé que tus esclavos y jornaleros se verán aliviados por ti. Pero pienso en el dolor desesperado de todos los esclavos y jornaleros de Damasco que no dependen de ti, cuando vean a los tuyos percibiendo la bondad de tu corazón que alivia sus cargas, mientras ellos deberán seguir soportándolas hasta su muerte.

—No te atormentes por eso, Profeta –repitió el damasceno–, porque lo que yo hago, otros lo harán también.

— ¿Por instinto de imitación? –preguntó Yhasua que ya llegaba al pórtico.

—Sí, y también por conveniencia, porque si no lo hicieran se quedarían sin labriegos y sin pastores, pues todos vendrían a mis tierras –contestóle Jeramel.

—Te digo toda la verdad, amigo mío –dijo el Maestro tomando la diestra de su interlocutor–.

“No esperaba encontrar en un potentado como tú, la blandura de corazón que demuestras.

—Ahora sabrás el secreto –le dijo Jeramel, penetrando ya en el palacio, cuya dorada puerta de bronce y cedro, abrían dos esclavos etíopes, negros como el ébano y lujosamente vestidos de rojo, todo lo cual era

un contraste con la brillante blancura del edificio.

El dueño de casa dejó a sus visitantes reposando en los divanes de la sala de entrada, amueblada a estilo persa, y pasó al interior.

El tío Jaime hizo observar a sus compañeros la riqueza de un pequeño sitial que parecía un trono para un rey niño.

Era todo de marfil con engarces de oro y de esmeraldas. Estaba colocado sobre una tarima cubierto con un rico tapiz de Persia.

De su alto respaldo sobresalía un dosel encortinado de púrpura y bordado de oro.

Cuando el damasceno regresó les encontró admirando el rico y artístico sitial.

— ¡Oh!... ¿Con que comprendéis el valor de esa joya? –dijo con ese orgullo natural del poseedor de una alhaja de gran precio.

—Naturalmente –contestó el tío Jaime–. ¿Cuántos colmillos de elefantes se han necesitado para este magnífico sitial?

—Perteneció al gran Darío que lo usó en los días de su infancia; la tradición dice que fue regalo de la reina Mandana, madre de Ciro, que tuvo anuncio de augures de la gloria a que había de llegar el fundador del glorioso imperio persa.

"Yo lo compré a los nietos de un lugarteniente de Alejandro el Macedonio, que lo había obtenido como botín de guerra cuando Darío fue derrotado por aquel.

"Con que ya veis..., aquí han venido a parar los dijes del más grande Rey conocido hasta ahora.

El Maestro pensaba y callaba, hasta que por fin sus pensamientos se tradujeron en palabras.

—Ni Darío ni Alejandro, con toda su grandeza –dijo de pronto–, no valen lo que valdrás tú, Jeramel, cuando seas justo y piadoso con tus servidores.

"Las obras de bien y de amor las recoge Dios en su reino de luz que no perece, como perecen los reinados de la tierra que hoy deslumbran y mañana no serán más que un recuerdo.

—Como lo dices Profeta, así es. Ahora te haré ver mi secreto, el que a veces me torna dulce y piadoso el corazón.

El damasceno levantó una pesada cortina de damasco púrpura, y todos vieron una preciosa niña de unos diez años tendida en un diván, medio sepultada entre almohadones de seda y encortinado de finísimos tules.

—Es mi única hija, tullida desde la cintura hasta los pies.

"Así nació y así vive. Ya veis pues que los ricos no somos felices.

— ¿Y su madre?... –preguntó el Maestro, viendo a la niña sola, sentada en el tapiz que cubría el pavimento, y dos jovencitas que parecían

esclavas y que se ocupaban en peinar las rizadas lanas de unos perrillos blancos pequeñitos, cuyas piruetas hacían reír a la enfermita.

—Su madre murió a los pocos días de darla a luz –le contestó el damasceno bajando mucho la voz para que la niña no lo oyera–. Aquí viene para curarte este Profeta de Dios –dijo tiernamente el padre a la hija–.

"Pero antes le contarás cuántos amiguitos tienes y de qué modo pagas los bonitos cuentos que te dicen.

La niña envolvió a Yhasua con la dulce mirada de sus ojos negros, profundamente tristes.

¡Qué dulzura de amor irradiaría el Maestro hacia ella, que le sonrió como si le conociera de antes y le tendió su pequeña mano blanca y temblorosa como un lirio!

— ¡Qué buenos son tus ojos, Profeta de Dios! –díjole la niña sin dejar de mirarlo, como si los ojos de Yhasua la fascinaran–. Siéntate aquí –y puso su manita en el borde del diván–. Tú sí que sabrás hermosos cuentos y deberás contármelos todos, porque hasta que me haya dormido oyéndote, no te dejaré salir.

Desde la sala inmediata los compañeros de Yhasua contemplaban el hermoso cuadro.

A una indicación del amo, las esclavas salieron con los perrillos, y él mismo pasó a la sala inmediata donde esperaba el tío Jaime con Zebeo, Osman y Ahmed.

—Es mejor dejarle solo, ¿verdad? –preguntó Jeramel.

—Sí, es mejor –contestó el tío Jaime–. Los Profetas de Dios –añadió por decirle algo–, se entienden mejor a solas con Él, que en medio de los hombres.

Escucharemos a Yhasua en íntima confidencia con la niña enferma.

—Cuéntame pues de esos amiguitos que tienes –le dijo Yhasua, buscando afinidad con ella para facilitar la curación.

—Son los niños de las esclavas que sirven en el palacio, y que he conseguido permiso de mi padre para que lleguen hasta mi lecho a contarme cuentos –dijo la niñita animándose visiblemente–. Y el que me trae los mejores cuentos se gana los mejores regalos. Mirad.

La niña empezó a sacar de debajo de los almohadones del inmenso diván, todo un surtido de pequeñas túnicas, calzas, sandalias, gorros, etc. Luego abrió un globo de seda carmesí que tenía al alcance de su mano y el Maestro vio dentro una cesta llena de granadas.

—Son granadas de Persia que trajeron como regalo a mi padre –dijo la niña–, y él me ha dado todas éstas para los niños que vienen a contarme cuentos.

—Todo esto es muy hermoso, niña mía, y créeme que el corazón del

Profeta de Dios se refresca oyéndote, como bañado en agua dulce de manantial. Pero aún no me dijiste cómo te llamas.

—Mi padre me llama siempre Ada, Adita..., Aditina cuando quiere mimarme mucho y que yo me ponga muy contenta.

—Pues bien, Adita, siempre te llamaré Adita... Y ahora, te digo que ya es hora de levantarte para correr por el jardín, que mucho bien te hará el aire puro con olor a rosas de otoño y a frutas maduras.

La niña miró al Maestro con los ojos dulces y tristes, inmensamente abiertos.

— ¿Yo levantarme y correr?... Pero si nunca me he levantado de este diván. Las criadas me levantan en brazos para arreglar el lecho donde he vivido los diez años que tengo.

"¡Qué cosas dices, Profeta!

El Maestro se puso de pie y sus manos temblaban ligeramente cuando tomaba las de la niña, y mirándola a los ojos, de los cuales ella parecía pendiente, dijo:

— ¡Ada buena de los niños pobres..., el Profeta de Dios te lo manda! ¡Levántate..., que ya es hora!

La niñita como hipnotizada, sacó de entre los almohadones y cobertores sus menudos pies cubiertos con calzas de lana blanca, y apoyada en las manos de Yhasua comenzó a andar hacia la sala inmediata, donde su padre absorto por lo que veía, estaba como petrificado de estupor.

Iba a correr hacia la niña, creyendo que no pudiera ella recorrer toda la amplitud de las dos salas, pero el tío Jaime le contuvo.

—Déjala..., ella sola vendrá hacia ti.

Yhasua había separado ya sus manos de ella y le había dicho: –Anda con tu padre.

Con su larga túnica blanca de dormir y los bracitos tendidos hacia adelante, los ojos entornados por la presión de la corriente magnética que obraba en ella, la niña parecía un fantasma semidormido obedeciendo el mandato de una voluntad superior.

Por fin llegó hasta su padre, que la recibió entre sus brazos llorando de emoción.

— ¡Mi Ada..., mi Adita cautiva diez años en el lecho, ha venido hasta su padre por sus propios pies!

—Porque los niños de las esclavas me cuentan cuentos y yo les hago lindos regalos, éste Profeta de Dios ha sanado mi cuerpo enfermo –decía la niña, jugando con la rizada barba de su padre que la sostenía en sus brazos.

—Y ahora –díjole Yhasua–, llama a las criadas para que te vistan y salgas a correr por el jardín.

— ¡Profeta! –exclamó aquel padre fuera de sí al convencerse de la

realidad–. ¿Qué Dios es el tuyo que así te escucha cuando le hablas?

—El Dios Creador de los mundos y de los seres oye el llamado de todos sus hijos, pero ellos están demasiado ocupados con sus intereses materiales para recordar que tienen un Padre que es Bondad y Amor.

—Y ahora, ¿qué tengo que hacer para pagar este don más grande que todas las cosas? –preguntó el damasceno.

—Hacer con los desamparados lo que el Dios Bueno ha hecho contigo: darles lo que necesitan para vivir su vida –le contestó el Maestro.

Una hora después, Adita jugaba en el jardín con sus perritos blancos y con una media docena de negritos, varones y mujeres, que alborozados saltaban en torno a ella entre risas, gritos y chillidos en todos los tonos, mientras el ejército de criados y criadas desfilaban ante Yhasua que al lado del amo, iba entregándoles a cada uno un bolsillo de monedas de plata, mientras les decía:

—Es el don de vuestro amo, que hace con todos vosotros lo que el Dios Bueno hizo con él; haceros dichosos, si sois capaces de mostrar vuestro agradecimiento cumpliendo vuestros deberes.

El palacio de Jeramel se vio completamente lleno de labriegos, pastores y leñadores, a todos los cuales el amo les acordó jornal doble del acostumbrado hasta entonces. Y en el inmenso parque que había detrás del palacio, el amo mandó disponer un festín para todos los servidores, jornaleros, pastores, labriegos, esclavos y leñadores.

Y cuando él, con Yhasua y sus compañeros, miraban desde una terraza posterior del palacio toda aquella animación y alegría, el rico damasceno decía:

— ¡Profeta! eres un mago del amor, de la paz y de la dicha...

“Los hombres de esta tierra somos larvas ciegas, que no vemos la felicidad que está al alcance de la mano hasta que un luminar como tú, le saca de las tinieblas y le enseña el camino.

“Te soy deudor, Profeta, de haberme conducido a encontrar la felicidad.

En ese momento vieron a la pequeña Adita que jugaba a las escondidas entre los narcisos florecidos del jardín, como una blanca visión entre una porción de negritos que rodaban a veces por el césped, en su loco afán de ser los primeros en encontrar a la niña que se les escondía graciosamente.

Desde la terraza del palacio, absorbió Yhasua en su retina todo aquel esplendoroso cuadro de una hora de felicidad para los que quizás nunca la habían tenido en su vida.

Y cuando iba a retirarse, estrechó la mano del damasceno y le dijo:

—El amor ha florecido en tu casa y espero que no olvides jamás que tienes la dicha en tus manos, como tienes la copa cuando bebes tu vino.

“Cuando haces la dicha de los demás, eres en verdad un retazo de Dios sobre la Tierra.

El damasceno se abrazó de Yhasua y le rogó que volviera otra vez por su casa.

—Te prometo que volveré –le contestó el Maestro, y salió seguido de los suyos–.

“Ahora dejemos a los poderosos y vamos con los pequeños –insinuó el Maestro, tomando la dirección a la puerta Norte que daba al valle del río, donde se veía la obscura silueta de una montaña, que para los damascenos encerraba todo el mal que podía haber sobre la tierra. Le llamaban el Cerro de Abadón, porque en sus grutas vivían los leprosos y los que llamaban endemoniados.

Las noticias de los acontecimientos últimos, habían corrido en toda la ciudad de Damasco como una brisa primaveral, refrescando los corazones de los más oprimidos por las duras condiciones de vida a que se veía sometida como siempre, la más ínfima clase social.

Los hombres acaudalados protestaban en contra de Jeramel, que por haber obtenido la curación de su hija pasaba por encima de toda conveniencia, poniéndolos a todos en la dura alternativa de pagar doble jornal del acostumbrado a todos los trabajadores del país, si no querían quedarse sin arado que abriera surcos en sus tierras, sin pastores para sus ganados, ni hachadores para sus bosques.

Hasta los esclavos levantaban la cerviz agobiada por el durísimo yugo que soportaban, y en grandes grupos recorrían los suburbios de la populosa ciudad. Los magnates se unieron también, y una docena de ellos se presentaron al Etnarca para quejarse de Jeramel por su transgresión a los pactos financieros, que la costumbre había convertido en ley desde sus más lejanos antepasados. ¡Cuál no sería su sorpresa al encontrarse con que el Etnarca Hartat se había convertido también en un vaso de miel, debido a que su esposa y su hijito fueron prodigiosamente curados!

Por él mismo, supieron que hasta el lóbrego Peñón de Ramán, había llegado el extraordinario poder del Profeta Nazareno, y que los temidos incendiarios que diez años antes habían hecho temblar a todo el país, eran mansos corderos que bajo el influjo del Profeta, comenzaban a trabajar para ganarse el sustento, convirtiendo el espantoso presidio en un taller de trabajos manuales.

—Pero, ¿quién es ese hombre y con qué derechos se presenta a cambiar el orden de las cosas? –preguntaban los potentados al Etnarca Hartat, que sonreía afablemente ante la furia de los interlocutores.

—Quien es, no sabría deciros, pero sí sé, que es un hombre extraordinario.

“Profeta o Mago, pero su poder llega a donde ha terminado la ciencia

y capacidad de médicos y de astrólogos. Además, es un hombre que trae consigo la paz, la comprensión, la tolerancia, el bien y la justicia para todos. ¿Qué queréis pues que yo haga con un hombre semejante?

"También yo tenía un depósito de cólera contra los incendiarios del Peñón de Ramán; pero si él los ha llevado a pedir perdón y clemencia, y los ha transformado de fieras en hombres honestos, laboriosos y útiles..., y hasta llega a obtener el perdón del rey Hareth mi padre, para la mujer que repudió por su licenciosa vida...

"Comprended, amigos míos, que no puedo condenar en forma alguna, a un hombre que trae consigo el bien y la justicia.

—Pero nuestros jornaleros abandonan el trabajo y hasta los esclavos se sublevan pidiendo mayor ración de comida y que no tenga el amo derecho de vender sus hijos... ¡Todo eso les concede a los suyos, Jeramel, y tanto como eso piden los nuestros!

—Jeramel manda en lo suyo –dijo el Etnarca–, y no puedo exigirle que lo haga de diferente manera. Y si él puede hacerlo sin perjuicio de sus intereses, vosotros tan ricos como él, podéis hacerlo igual, aunque vuestras arcas no se llenen tan pronto del oro que acumuláis. Creo que mayores perjuicios recibiréis si vuestros jornaleros abandonan los campos y el cuidado de vuestros ganados. ¿Qué queréis? ¿No vació mi padre sus arcas, para dar de comer a sus pueblos cuando los incendiarios arrasaron las cosechas y perecieron de hambre los ganados? A veces nos toca perder para ganar en otro orden de cosas.

"El Profeta es sabio y dice: "¡Poderosos!..., tenéis la dicha en vuestras manos y no sabéis aprovecharla".

"Me han referido lo que ocurrió en el palacio de Jeramel, y tengo para mí que él ha encontrado el camino del bien y de la justicia. Idos en paz. –Y los despidió.

— ¡Vamos!... –dijo uno de aquellos magnates–. El Etnarca está sobornado por el Mago Nazareno y nada sacaremos de él. Tendremos que doblegarnos hasta que vuelvan nuestros buenos tiempos.

— ¡Ya volverán! –rugía otro, saliendo del palacio–. ¡Toda esa ralea de esclavos y miserables del yugo tendrán que morder el polvo que los amos pisamos! Así fue siempre y seguirá siendo así, aunque cien profetas nazarenos vengan a decir lo contrario.

—Deja que el Legado Imperial de Antioquía, se aperciba de las doctrinas sediciosas de estos magos de arrabal –añadió otro–, y entonces veremos a donde van con sus huesos estos filósofos locos, que llevan su extravagancia hasta asegurar que los esclavos tienen alma como nosotros y que la sangre que corre por sus venas es igual que la nuestra. ¡Si habrá imbéciles!...

Una piedra lanzada con una honda pasó silbando con furia y fue a dar

en la cabeza de uno de los magnates, que doblaban de la gran avenida hacia la hermosísima plaza llamada del Rey Hiram.

Era aquel que había dicho un momento antes que "la ralea de esclavos y miserables del yugo tendrían que morder el polvo que pisaban sus amos". Aquella piedra era sin duda una señal, porque desde los inmensos cedros, plátanos y acacias que sombreaban la plaza, comenzaron a salir pedruscos contra los magnates que habían ido en queja ante el Etnarca.

Aquello fue un tumulto que vociferaba en contra de los terratenientes y ganaderos, que mataban de hambre a sus infelices jornaleros.

Aclamaban al Etnarca, a Jeramel y al Profeta Nazareno. En una acera de la Plaza de Hiram se hallaba la posada "El Ánfora de Plata", en que se hospedaban desde su llegada nuestros viajeros.

Al oírse mencionar en el tumulto, el Maestro salió precipitadamente seguido de sus compañeros. Subió las gradas del monumento del rey Hiram, que era de mármol negro. La blancura del manto del Profeta que el viento de la tarde agitaba, hizo que los amotinados le reconocieran en el acto y comenzaran a clamar a grandes voces:

— ¡Que el Profeta Nazareno nos salve de nuestros verdugos!... ¡Que el Etnarca los pase a todos a cuchillo!...

— ¡No queremos amos que llenan sus arcas de oro, y nos matan de hambre a nosotros y a nuestros hijos!... –Y el clamoreo seguía por el estilo.

Pronto llegó una guardia montada desde el palacio del Etnarca.

Yhasua, desde la pequeña altura en que se había colocado, hizo comprender que iba a dirigirles la palabra y rogó a los guardias que no hicieran uso de la fuerza. Conociendo el amor del príncipe Hartat hacia él, le obedecieron.

Aquella turba desarrapada, haraposa, hambrienta, fue acercándose cautelosamente hasta rodear por completo el monumento del rey Hiram.

El silencio se hizo majestuoso y solemne ante el joven Maestro Nazareno, cuyos ojos de divino mirar parecía que irradiaban la dulce claridad del sol poniente, que se filtraba por las ramas de la frondosa arboleda.

Y el Maestro les habló así:

—Amigos míos: El Profeta Nazareno al cual habéis llamado en vuestro clamor, quiere salvaros de vuestras pesadas cargas, elevando el bajo nivel en que estáis colocados por los errores milenarios de nuestra caduca civilización. Pero no es con el odio que arroja piedras, o enciende teas, como se renuevan las costumbres, sino con el razonamiento sereno de mentes iluminadas por la Divina Sabiduría.

"¿Creéis que existe un Dios Creador, cuya omnipotente y única voluntad dirige el universo y es dueño de vuestras vidas?

— ¡Sí, lo creemos!... –fue el clamor general. Pero algunas voces aisladas y provocadoras añadieron:

— ¡Pero ese Dios no hace caso ninguno de nosotros! ¡Nos ha dado la vida para vivirla entre el hambre y la miseria!

—Creéis en un Dios que es Poder absoluto, Sabiduría infinita y Amor misericordioso, por encima de todas las cosas. Con eso me basta y a los que pensáis que Él no se ocupa de vosotros, antes de que decline el sol de mañana, yo os daré la prueba de que el Dios Único, Padre Universal de los mundos y de los seres, piensa en vosotros con un amor infinito.

"Id pues tranquilos a vuestras casas, y mañana a esta misma hora venid a encontrarme de nuevo en la plaza de Hiram. El Dios Vivo, el Dios del Amor, os habla por mi boca para deciros: "Conocéis el sol de hoy pero no el de mañana. Esperad un día más que Yo vendré a vosotros".

Yhasua iba a descender de las gradas del monumento, cuando llegó hasta él, agitado y jadeante, un mensajero del Etnarca escoltado por dos guardias del palacio. Traía un gran bolso de seda púrpura y dijo al Maestro:

—Mi señor te manda esto para repartir entre los amotinados.

— ¡Esperad, esperad!... –gritó Yhasua–. Antes del plazo fijado, el Dios que creéis indiferente a vosotros, ha mandado al Etnarca que os socorra y aquí tenéis su don.

Yhasua levantó en alto el bolsillo carmesí y añadió:

—Ordenaos todos en torno mío, que os repartiré el regalo de vuestro príncipe.

— ¡Dios salve al príncipe Hartat! ¡Que viva largos años!... ¡Que nos libre de los amos usureros y tiranos!... ¡Que los degüelle a todos!... ¡Que los ahorquen!

Toda esta confusión de gritos buenos y malos, decía bien claro de los diversos sentimientos que animaban a aquella masa haraposa y hambrienta.

— ¡Basta, amigos, basta!... –se oyó la voz sonora de Yhasua dominando la multitud–. ¡Os acabo de decir que el odio no soluciona ningún problema sino que lo destruye todo, y vosotros continuáis alimentando el odio! ¿Seréis tan duros de corazón que agotéis la mansedumbre del mío?...

El silencio se hizo súbitamente, como si una invisible espada de fuego hubiera pasado cortando la palabra en los labios.

Yhasua llamó con una señal al tío Jaime y sus otros compañeros que estaban mezclados en la multitud, y les encargó que ordenadamente fueran acercando a él de uno en uno todos aquellos hombres.

El bolsillo encerraba dos mil "Nunmus Aureos", pequeña moneda de oro con la cabeza de César Augusto, el primero de los emperadores romanos que acuñó monedas del precioso metal.

Aquella pequeña pieza de oro, significaba el sustento de una familia humilde por diez días lo menos.

El lector adivinará lo que pasó por el alma de todos aquellos infelices, que la mayor parte de sus días los pasaba con trigo cocido y bellotas de encina.

El alma de Yhasua se estrujaba de angustia, ante el largo desfile de seres cuyo aspecto exterior era un vivo reflejo de los padecimientos soportados.

— ¡A ti te lo debemos todo Profeta! –decíanle unos, al recibir de sus manos la moneda de oro.

— ¡Eres un hombre de Dios que mandas sobre los reyes!... –decíanle otros.

— ¡Tú deberías ser el César sobre todos los pueblos de la tierra!...

— ¡No te vayas más de Damasco y todos seremos dichosos!...

El Maestro con la emoción pintada en el semblante, les envolvía a todos con su mirada llena de inefable amor, mientras les iba repitiendo:

—No olvidéis la cita de mañana en éste mismo lugar. ¡Nuestro Padre, Dios y Amor, os espera aquí para haceros felices!

Cuando la muchedumbre se hubo dispersado, aún quedaban doscientas monedas en el bolsillo, y Yhasua lo devolvió al mensajero que lo trajo; pero éste le dijo:

—Mi señor quiere que repartas el resto entre los leprosos del Cerro de Abadón en nombre de su esposa.

—Bien –dijo el Maestro–. Darás al Etnarca las gracias, y le dirás que el Profeta de Dios le bendice en su nombre.

—Me ha dicho que espera al Profeta mañana a la primera hora de la noche, para cenar con él –añadió el mensajero.

—Dile que iré –contestó Yhasua, bajando las gradas y siguiendo a sus compañeros hacia la posada.

— ¡Qué jornada!... ¡Como de aquí a Idumea! –decía el tío Jaime–. ¡Estoy más muerto que vivo!

—Los empellones de unos y otros me dejaron molido –añadió Zebeo–. Si permanecemos mucho tiempo en Damasco, nos convertiremos en pescado seco.

— ¡Hombre! –decía uno de los árabes–. Ya se ve que nunca salisteis de un tranquilo hogar.

“Nosotros que fuimos prisioneros de guerra y estuvimos en el mercado de esclavos a punto de ser vendidos, ¡sabemos lo que son el hambre y los amos brutales y salvajes!...

—A no ser por nuestro padre Melchor, estaríamos acaso peor que éstos infelices que acabamos de ver –añadía el árabe Ahmed.

Yhasua guardaba silencio procurando reponer sus energías semiagotadas en la vigorosa actividad que había realizado.

Todos habían olvidado el grupo de los potentados magnates que fueron apedreados por la multitud, lo cual fue el comienzo del furibundo motín.

Al dar la vuelta a la plaza de Hiram para ir a la posada, se encontraron con un afligido grupo de tres mujeres veladas y algunos criados lujosamente vestidos al lado de una litera encortinada de brocado color naranja. Dos ancianos médicos observaban a un hombre tendido en el suelo, y bajo cuya cabeza colocaba sus manos una mujer que lloraba.

Era el poderoso señor a quien una piedra arrojada con la honda había herido gravemente en la cabeza.

Los médicos decían que en cuanto le movieran moriría.

Un delgado hilo de sangre salía del lado izquierdo de la oreja donde había recibido el golpe.

La mujer que sostenía su cabeza era su esposa. Las otras dos, eran sus hijas.

—Si me lo permites –dijo Yhasua–, yo también soy médico. Puede ser que entre los tres podamos aliviar al enfermo. –Y se arrodilló junto al cuerpo que aparecía como muerto, a no ser por la respiración que se advertía en él.

Puso su diestra en el sitio por donde manaba la sangre y su mano izquierda sobre el corazón. Un silencio de expectativa y de ansiedad se estableció de inmediato.

Toda vibración extraña quedó anulada por el poderoso pensamiento del Cristo, que pedía a sus elevadas alianzas espirituales la salud y la vida de aquel hombre, de lo cual dependería quizá el mejoramiento de situación de la clase humilde y desheredada de Damasco.

Los pequeños seres terrestres, no podemos comprender ni medir estas intensidades de amor y de fe de las almas sublimes y heroicas, que han escalado las cumbres del Amor Divino y del Divino Conocimiento, pero creo, lector amigo, que algo podremos vislumbrar de toda la intensa vibración que puso en actividad el Maestro, para devolver la salud y la vida a aquel poderoso señor, el más duro y egoísta de los potentados damascenos.

Por fin aquellos labios mudos se abrieron para pedir agua, que le fue dada al momento, mezclada con elixir de naranja.

Yhasua exhaló grandes hálitos sobre la frente y el pecho del herido, y le dijo suavemente:

—Abre los ojos y mira la luz de Dios, que te reanima con vida nueva.

El herido abrió sus párpados y vio el rostro de Yhasua muy cerca al suyo.

— ¡Tú!..., ¡tú!... ¡Yo no quiero morir! –dijo en voz baja y continuó con sus ojos fijos en los del Maestro.

—Mi Dios quiere que vivas –le dijo inclinándose sobre él–, y vivirás con una vida nueva, haciendo la dicha de tus semejantes y la tuya propia. ¡Vivirás para ser misericordioso con tus semejantes como lo es mi Dios contigo!... ¡Vivirás para ser el padre de todos los huérfanos y desamparados de Damasco!... ¡Vivirás para romper las cadenas de tus esclavos!... ¡Para ser amado de tus servidores, para que las muchedumbres hambrientas, bendigan tu nombre!...

¡La dulzura de la voz del Maestro se tornaba en una divina cadencia! Las mujeres lloraban silenciosamente arrodilladas en derredor del herido, y de los ojos entornados de aquel hombre comenzaron a correr gotas de llanto.

El Maestro unió su cabeza a la del herido y le dijo: –Dios-Amor te ha curado. ¡Levántate!

Las mujeres dieron un grito de horror, como si vieran levantarse un muerto. El herido se sentó sobre el pavimento de la calle en que cayó al recibir la pedrada. Yhasua le tendió sus manos, y apoyado en ellas se incorporó.

— ¿Quién eres tú que me has vuelto a la vida? –preguntó ansioso.

— ¡El Profeta Nazareno!..., el amigo de los que sufren la miseria y el hambre –le contestó dulcemente el Maestro.

— ¡El amigo de los que quisieron arrancarme la vida!... –exclamó el potentado con amargura irónica

—No des cabida de nuevo al odio en tu corazón, porque mi Dios te ha curado por el Amor –le dijo Yhasua dando mayor energía a su voz.

—Pero dime, Profeta. ¿Puedes tú amar a las víboras?...

— ¡Calla por favor!... –intervino la esposa–. Vamos a casa y no enciendas la cólera del Dios de este Profeta que te ha salvado la vida.

Los médicos se retiraron discretamente.

—Mi Dios no se encoleriza jamás, mujer, no temas nada de Él, y sí, búscalo en el dolor porque Él ama a los que padecen.

—Otro prodigio más para mi libro de apuntes –dijo el tío Jaime, cuando vio al ex herido de pie mientras se despedía del Maestro.

— ¿Vendrás a mi casa, Profeta? –le preguntó–. Cualquiera te dará razón del Palacio Belesis en la Gran Avenida, y yo soy Jabir su dueño.

—Te prometo que iré mañana a la segunda hora, si me das tu palabra de no tomar medida alguna hasta haber hablado conmigo –le contestó el Maestro.

—Tienes mi palabra, Profeta, hasta mañana pues. –Jabir, el ex herido siguió la litera que conducía a su mujer y a sus hijas, sin querer entrar en ella, para desafiar al pueblo de curiosos que asomaban a verle andar altanero y erguido como si nada le hubiera pasado.

— ¡Por fin! –dijo el tío Jaime, cuando pasado este nuevo incidente pudieron entrar en la posada–. ¡Creí que no llegaba este momento!

— ¡Qué pesado os va resultando el seguir de cerca al misionero vagabundo! –exclamó Yhasua viendo el cansancio de su tío y de Zebeo.

— ¿Has observado, Yhasua, el nombre que ese hombre dio a su palacio de la Gran Avenida? –le preguntó el tío Jaime.

—Sí, Palacio Belesis, y esto te ha recordado, tío Jaime, los relatos que los Ancianos del Hermón encontraron en las ruinas de Palmira. ¿Verdad?

—Justamente. ¿Por qué habrá puesto a su morada ese nombre?

—Eso lo sabremos mañana.

Mientras tanto los dos jóvenes árabes encargados por Simónides de la custodia personal de Yhasua, habían pedido la cena porque la noche llegaba y las fatigas del día les reclamaban el descanso.

Yhasua no faltó a la cita que dio a Jabir para la segunda hora de la mañana siguiente.

Llevó sólo consigo a los dos jóvenes árabes para dar descanso al tío Jaime y a Zebeo, y también para inspirar mayor confianza al receloso magnate damasceno que era de pura raza árabe.

Allí supo Yhasua que el nombre de Palacio Belesis, se debía a que el abuelo de Jabir, había comprado al último rey de Siria, de la dinastía de los Seleucos, el famoso Palacio de Belesis, el auténtico, que fue tomado y habitado por Alejandro Magno, en su paso triunfal hacia la India. Un incendio casual o provocado, lo había destruido en parte, y Jabir al hacerse dueño de la cuantiosa fortuna de sus mayores, trasladó los mármoles y demás riquezas de la antigua fortaleza a Damasco, su ciudad natal, para construirse la fastuosa morada, a la que entraba Yhasua con la sola idea de obtener concesiones beneficiosas a la numerosa clase de los desheredados.

—Si no hubiera sido por ti, Profeta, no habría visto más este palacio que es mi orgullo, –decía con gran complacencia Jabir–.

“¡Me has hecho pues el mayor beneficio que un hombre puede hacer a otro hombre! La vida se ama intensamente cuando está rodeada como la mía, de cuanto es dicha y gozo al corazón.

Y continuaba llevando a Yhasua por suntuosas salas, corredores, patios, escalinatas, terrazas y jardines, que era toda una exposición de belleza, de arte y de fastuosidad.

Al final de la amplia galería con vistas al jardín, vio Yhasua una puerta dorada que parecía una filigrana, tejida de brillante metal y menudos cristales de colores. Como no abriese aquella puerta, Yhasua demostró completa indiferencia.

— ¡Profeta! ¿No te mueve el deseo de saber qué hay detrás de esa puerta dorada? –preguntó el amo de la casa.

—Absolutamente no –contestó el Maestro–, si no es tu gusto enseñármelo.

—Pues allí guardo mis joyas más valiosas: mis mujeres, son siete estrellas de primera magnitud.

— ¿Y son todas ellas felices? –preguntó el Maestro tranquilamente.

—Un magnate árabe no pregunta eso nunca, pues le basta con ser él feliz con ellas.

—La que estaba contigo en la Plaza de Hiram, ¿era una de ellas?

—Esa es la esposa primera que gobierna a las otras, la única que a veces puede presentarse a mi lado en presencia de extraños. Las costumbres de tu país son diferentes a estas, ¿verdad?

—Todo es conforme a la ley que rige a los países –le contestó Yhasua–. David y Salomón que eran mis compatriotas, tuvieron muchas mujeres.

Cuando le había enseñado todo el palacio, se sentaron en la sala principal que daba sobre el pórtico de entrada.

—Ahora, a arreglar cuentas, Profeta. ¿Cuánto vale la vida que me has devuelto?

— ¿La aprecias tú, en mucho? –le preguntó Yhasua sonriente.

— ¡Y me lo preguntas, Profeta, a mí, que veo deslizar mi vida como un río entre flores! –contestó el potentado lleno de vanidad–.

“Tengo mis arcas llenas de oro y de piedras preciosas. ¡Ni el Rey Hareth es tan rico como yo! Sólo hay un hombre que me aventaja en caudales y es un comerciante de Antioquía que se llama Simónides; pero ese es un avaro que vive miserablemente, a pesar de su fortuna que envidiaría el César.

— ¡Noble Jabir!..., si me hablas de esta manera es porque no me conoces. Ninguna riqueza ni tesoro mueve mi deseo, te lo aseguro; y si mi Dios me ha permitido hacer contigo lo que hice, soy feliz sabiendo que eres dichoso.

—Pero..., ¿eres feliz sin desear nada? ¡No te comprendo, Profeta!

—Yo soy feliz haciendo la felicidad de mis semejantes, ¿me comprendes Jabir? Para mi persona, nada necesito ni nada deseo; pero como me atormenta el dolor de los demás, me aguijonea fuertemente el deseo de remediarlos.

“Al pasar por la plaza de Hiram, sentí tu dolor de herido gravemente y el dolor de tu esposa y de tus hijas, y tuve necesidad de socorrerte para calmar el ansia de mi corazón por tu bien.

“Como sentí tu dolor y el de los tuyos, siento el dolor de todos los desheredados de Damasco, que viven miserablemente con trigo cocido y bellotas de encina, porque sus míseros jornales no bastan para tener pan y lumbre.

“Ya ves, pues, como el Profeta tiene también un gran deseo, el remediar a los que padecen la miseria y el hambre.

“En medio de tu dicha, Jabir, ¿has pensado alguna vez, en el dolor de los que jamás conocieron los goces de la abundancia?

—Tú eres un sabio, un Maestro, puesto que eres un Profeta –dijo Jabir–, y siéndolo, ¿puedes creer que esa masa anónima y obscura de siervos, esclavos y jornaleros puedan desear lo que no conocieron? Además, los ricos no somos culpables de su miserable condición. Si ellos nacieron en cuna de paja y yo en cuna de oro, ¿qué les debo yo a ellos? Si me trabajan, les pago sus jornales y asunto concluido.

Yhasua clavó en él sus ojos llenos de infinita bondad. ¿Qué luz, qué vibración de inefable amor habría en esa mirada, que aquel egoísta refinado se turbó visiblemente?

— ¡Ahora te he comprendido, Profeta! –añadió–. ¡Quieres que sea generoso con la turba soez, que me hirió en la Plaza de Hiram!

—La desesperación de la miseria, lleva a los hombres al delito –díjole Yhasua–. Y habrá continuados motines populares en Damasco si no remediáis entre todos la miseria de los infelices que llenan vuestras arcas de oro. ¿Qué significaría para ti, Jabir, hacer lo que hizo Jeramel, cuyos caudales alcanzan a la mitad de los tuyos?

“Si por volverte a la vida, yo te hubiera pedido cincuenta talentos de oro, ¿me los habrías dado?

— ¡Profeta, te hubiera dado cien, y aún no sería bastante! ¡Mi vida la aprecio en más de cien talentos! –contestó de inmediato Jabir.

—Muy bien, amigo mío, porque aprecias tu vida en mucho, debes resguardarla bien, y no hay mejores guardianes que tus servidores agradecidos por la generosidad que tengas con ellos.

“El Dios de los cielos y de la tierra al que adoro y que es dueño de todas las vidas, te ha dado un aviso de que la tuya está en peligro, porque te repito: el hambre es mala consejera, y ¡ay! de los poderosos que gozan y ríen en medio de muchedumbres haraposas y hambrientas...

— ¿Quieres decir, Profeta, que por conveniencia propia debemos los ricos ser generosos con los miserables?

—Cuando el alma del hombre no ha llegado a la capacidad de hacer el bien, por el bien mismo, empieza a hacerlo por el instinto de conservación, que es la forma de bien practicado por las almas de evolución primitiva. Me hubieras hecho grandemente feliz, Jabir, te lo aseguro..., si fueras generoso con tus servidores por la alegría y gozo que causas a esos infelices, que te enriquecen cada día más con su esfuerzo, y a los cuales no basta tu remuneración para sus necesidades y las de sus hijos.

“Pero si no puedes hacerlo por el bien de ellos, hazlo por tu tranquilidad y tu paz, para no verte molestado por una turba de hambrientos, cuya miseria les llena el corazón de odio.

La voz del Maestro iba adquiriendo vibraciones emotivas y profundas.

Hubo momentos en que parecía temblar, como si en su garganta se anudara un sollozo. Aquel corazón de bronce se sintió sacudido fuertemente, y también conmovido le contestó:

— ¡Está bien, Profeta!..., ¡quiero hacer tu felicidad siendo generoso con mis servidores, por el gozo que les causaré!..., ¡pero sobre todo y por encima de todo porque seas dichoso tú!... ¡Profeta!..., ¡el hombre más noble y más bueno que pisa la Tierra! Créeme que aún dudo si eres un hombre o uno de esos arcángeles que de tanto en tanto aparecen en medio de los hombres, para descubrirles sus maldades y perdonar los pecados.

"¡Por ti, lo haré todo, Profeta, por ti!

— ¡Gracias, amigo mío!..., que Dios te bendiga –después de un breve silencio, el Maestro continuó–:

"Necesito que me asegures dos cosas: Que no tomarás venganza del que te arrojó la piedra que puso en peligro tu vida, si llegas a saber quién fue, y que convencerás a todos tus amigos de que te imiten en la generosidad con sus servidores.

"A la puesta del sol me espera la turba de hambrientos en la Plaza de Hiram, porque les prometí obtener de sus amos un beneficio para ellos y para sus hijos.

"¿Cuento contigo para llevarles una respuesta favorable?

El potentado pensó unos momentos y luego dijo plenamente seguro:

—Cuenta conmigo, para que digas a los jornaleros de Damasco que tendrán jornal doble desde mañana, y que las mujeres pasen por mis depósitos de la plaza de Las Caravanas, donde recibirán ropas conforme al número de individuos de cada familia.

—Ahora eres digno servidor de mi Dios, que inspiró a Moisés la gran ley de la humanidad:

"¡Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo!", –le contestó el Maestro y añadió–:

"Antes de ponerse el sol de hoy, Jabir, habrás hecho la felicidad de todos los desheredados de Damasco".

Se separaron, con la promesa de Yhasua, de no ausentarse de la populosa ciudad sin encontrarse de nuevo. Y esa misma tarde, cuando el sol extendía en los cielos las gasas doradas del crepúsculo vespertino, la Plaza de Hiram se llenaba de una compacta muchedumbre que esperaba al Profeta del manto blanco, que les había prometido unas migajas de felicidad.

Y si hubieran observado bien, habrían podido ver tras de algunas celosías, de lujosas ventanas, muchos ojos ávidos que miraban ansiosamente hacia la multitud. Eran Jabir y sus amigos potentados de Damasco, que desde la morada de uno de ellos, observaban al Profeta transmitiendo

al enjambre dolorido, el mensaje de sus amos. El Maestro habló a la multitud silenciosa en torno suyo:

—Veo que habéis confiado en mi palabra dada ayer a esta misma hora, y por eso estáis llenando la Plaza de Hiram. Ayer recibisteis el don de vuestro Etnarca; hoy os transmito la promesa de vuestros amos de que recibiréis jornal doble desde mañana, y donativos de ropas conforme a los individuos de cada familia, si vuestras mujeres se presentan en los depósitos de la Plaza de las Caravanas.

"El Dios que adoro, Dueño Supremo de mundos y de seres, ha movido el corazón de vuestro príncipe y de vuestros amos, para que acudan solícitos a aliviar vuestras cargas.

"De hoy en adelante, ellos pensarán por vosotros como si fuerais sus hijos, y vosotros pensaréis en ellos como si fueran vuestros padres.

"Los deberes como los derechos deben ser recíprocos para que se mantenga el equilibrio en las sociedades humanas.

"¡Hombres del trabajo y del esfuerzo!... ¡Jornaleros que os ganáis el pan con el sudor de la frente!... ¡Siervos de humillada y penosa condición!..., con vosotros hablo, y espero que mis palabras abran un horizonte nuevo a vuestros espíritus, aletargados en la lucha por el sustento de vuestra vida.

"Oídme bien y comprendedme bien: este planeta Tierra que vosotros y yo habitamos, es un mundo inferior, donde domina el mal en todas las esferas sociales; algo así como un inmenso presidio, donde todos soportamos las penosas leyes a que está sujeta la vida en este planeta. El trabajo, el dolor y la muerte, son aquí leyes inexorables e inmutables, y sería la mayor locura rebelarse en contra de ellas, como locura es pretender desecar el agua de los mares, detener la marcha del sol que nos alumbra, o cambiar el sitio de las montañas. Las diferentes condiciones sociales, son en parte, consecuencia de la diferente capacidad de los seres, y de su distinto grado de adelanto intelectual y moral. No todos los hombres son hábiles pilotos en alta mar.

"El egoísmo y la malicia humana, han tejido una espantosa cadena alrededor de las leyes ineludibles y propias de este planeta.

"Siento que muchos de vosotros estáis preguntando: ¿por qué hemos de ser nosotros desposeídos y miserables, y otros inmensamente ricos y poderosos?

"Es este un problema sin solución para vosotros, y enseguida pensáis equivocadamente de la Justicia de Dios. Las enormes diferencias sociales, no son obra de Dios, sino del egoísmo de los hombres.

"Y los profetas de Dios que pueden curar las enfermedades físicas, quieren también curar las enfermedades morales. El egoísmo es una enfermedad tan dañina como la lepra que devora el cuerpo del que la

posee. El egoísmo devora y consume los cuerpos de todos aquellos adonde alcanzan sus tentáculos de pulpo. Me llamáis Profeta de Dios y lo soy; y porque lo soy he recibido de Él, el supremo mandato de destruir el egoísmo y hacer florecer el amor.

"Mi Dios me ha dado esta inmensa satisfacción. En vuestro Etnarca el príncipe Hartat y en vuestros amos ha comenzado a florecer el amor, y ellos, poderosos y ricos, han pensado en aliviar vuestras cargas mejorando vuestra situación.

"El Profeta de Dios necesita ahora, que vosotros le demostréis que hay en vuestros corazones tierra fértil para cultivar su siembra de amor.

"El odio y el egoísmo son fuerzas destructoras. El amor es fuerza fecunda y creadora.

"Aquí..., aquí..., al calor del corazón del Profeta de Dios, probemos todos unidos de hacer florecer y fructificar el amor en esta hermosa ciudad de Damasco, resplandeciente como una sílfide de oro, a la vera de sus magníficos lagos serenos, donde se miran los cielos y se reflejan las estrellas...

"Vuestro Etnarca y vuestros amos, han dado el primer paso. Dad vosotros el segundo, y corresponded a la justicia con que ellos acaban de obrar, con la justicia obrada por vosotros, que consiste en trabajar en sus posesiones, mediante la remuneración suficiente a vuestras necesidades.

"¿Me lo prometéis?... ¿Me dais vuestra palabra?... ¿Respondéis con una sincera promesa al Profeta de Dios, que quiere con toda su alma vuestra felicidad?...

Los ojos de Yhasua resplandecían de divina luz, y de su alma de Ungido se desbordaba el amor sobre la multitud anhelante y esperanzada.

Un grito unánime tres veces repetido, resonó como un huracán desatado en la selva.

— ¡Sea como tú lo quieras, Profeta de Dios!

"¡Que no se vaya de Damasco, que viva siempre entre nosotros!..., ¡que no nos abandone nunca!

El Maestro subió dos gradas más del monumento de Hiram, porque la multitud se estrechaba cada vez más en torno suyo, amenazando ahogarle con su desbordante entusiasmo.

—Mis amados damascenos –dijo el Maestro–. El Profeta de Dios no olvidará jamás esta espontánea manifestación de vuestro amor hacia mí; pero como yo he venido a destruir el egoísmo y a sembrar el amor, quiero repartir el afecto y adhesión que me demostráis, con aquellos que también por amor hacia mí harán vuestra felicidad en adelante. Quiero vuestro amor para vuestro Etnarca, para vuestro Rey y para vuestros amos, que desde hoy tendrán para vosotros solicitudes paternales.

“¡Que Dios guarde a todos los que harán vuestra dicha!

La multitud respondió a la exclamación de Yhasua con un formidable:

— ¡Dios guarde al Rey, al Etnarca, a nuestros amos!...

De una lujosa litera encortinada de púrpura, que había permanecido junto a una glorieta de jazmines en una acera de la gran plaza, bajó el Etnarca e hizo bajar a su esposa con su hijito dirigiéndose a donde estaba Yhasua.

El joven príncipe abrazó emocionado al Maestro, mientras le decía:

— ¡Mago del amor y de la paz!... No puede negarse que traes a Dios contigo.

La multitud aplaudía frenéticamente.

Del palacio aquel, tras de cuyas celosías se ocultaban los poderosos magnates damascenos, salieron una porción de ellos con sus esposas y sus hijas todas veladas, según la costumbre del país. Como demostraran la intención de llegar hasta el Profeta, la muchedumbre les abrió paso, mientras continuaban gritando:

— ¡Que los amos sean piadosos con nosotros y seremos fieles servidores! –La emoción era visible en todos.

Cuando consiguieron llegar hasta el Maestro, los potentados le entregaron bolsos de monedas de plata y las mujeres sus joyas, para ser repartidas en la multitud.

Aceptó los bolsillos dirigiendo palabras de agradecimiento a los donantes, y a las mujeres les dijo:

—Convertid vuestras joyas en cunas para los recién nacidos, en cobertores para los ancianos y los niños, que el invierno se acerca y ellos temblarán de frío.

—Nosotros las regalamos a ti, Profeta de Dios; haz lo que quieras con ellas en beneficio de nuestro pueblo –le contestó en nombre de todas, la esposa de Jabir. Zebeo se hizo cargo del cofrecillo con las joyas.

La niñita aquella curada por el Maestro, o sea la hijita de Jeramel, llegó también traída por su padre, y una docena de criados llevando grandes cestas marchaban en pos de la niña, con sus pasitos ligeros se abría paso hasta Yhasua.

— ¡Profeta!... ¡Mi Profeta bueno! Adita te trae dulces y frutas para todos los niños de los jornaleros de Damasco.

Yhasua levantó a la niña en brazos para que todos la vieran.

—Esta, es el hada buena de los niños damascenos –dijo lleno de emoción–, y trae sus dones para todos sus compañeritos en la vida. Tuvo diez años de parálisis, amadla pues como me amáis a mí, que ella quedará aquí en mi lugar cuando yo deba ausentarme de Damasco.

La niña agitó sus bracitos sobre la multitud, que gritó emocionada:

— ¡El Dios del Profeta guarde a la hija de Jeramel!

Yhasua y sus cuatro compañeros eran insuficientes para hacer el reparto de los donativos.

El Maestro quiso conseguir más todavía de los poderosos damascenos y les dijo dulcemente:

—Si no nos ayudáis vosotros a repartir vuestros dones, se nos esconderá el último rayo de sol, y hay tantos niños semidesnudos que enfermarán con el frío de la noche –los magnates y sus esposas e hijos se pusieron a la tarea.

El Cristo Divino, mago sublime del amor, transformó aquella tarde memorable en una fraternal hermandad, a los poderosos señores con sus jornaleros y siervos, y una oleada formidable de amor fraterno inundó la plaza de Hiram.

Durante mucho tiempo recordó el Maestro, aquella misión en Damasco entre los hijos de Arabia, cuyo ardiente temperamento respondió a la vehemencia del Profeta de Dios, que les llamaba al Amor.

—En verdad –decían los damascenos ricos y pobres–, que este hombre viene del Dios verdadero, único, superior a todos los dioses, porque las maravillas obradas por Él, no fueron vistas nunca en Damasco.

Los incendiarios del Peñón de Ramán fueron redimidos, los leprosos y dementes del Cerro de Abadón, fueron curados y volvieron a sus hogares, los jornaleros y siervos tienen lumbre, pan y viandas sobre la mesa y vestidos sobre sus cuerpos, los amos se tornaron piadosos y los servidores trabajan en paz.

— ¡Oh, el Profeta de los cabellos rubios y mirada de gacela, tiene magia de Dios en sus manos y ha sembrado la paz y la dicha en Damasco, como sembramos nosotros el trigo y el centeno!

Y el Maestro les contestó:

—Porque habéis visto hechos que os maravillan, habéis creído en el poder y la bondad de Dios.

“Más felices y bienaventurados seréis cuando sin ver prodigios en vuestro derredor, aprendáis a sentir a Dios dentro de vosotros mismos”.

Y en intimidad con el tío Jaime y Zebeo, añadía–:

“He aquí un pueblo que desconoce la Ley de Moisés y los complicados rituales de nuestro culto judío, y no obstante es sensible al amor y a la misericordia.

“El amor de los unos para los otros, será la religión del futuro, cuando sean innecesarias las variadas fórmulas exteriores de adoración a Dios, que quiere ser adorado en espíritu y en verdad.

“Entonces los hombres serán felices porque habrán aprendido a practicar la única ley necesaria que absorbe todas las otras:

“Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo”.

84
EL TORREÓN DEL PATRIARCA

Ya se disponía el Maestro a abandonar Damasco, cuando llegó a la posada un mensajero pidiendo hablarle.

Traíale un mensaje de su amo Abulfed, hijo del patriarca árabe Beth-Gamul, aquel Anciano clarividente que en el Huerto de las Palmas ciñó a Yhasua la cinta de oro con setenta rubíes, con que se coronaba a los patriarcas del desierto; y al hacerlo, había declarado públicamente en presencia de Ilderín y de sus tres mil guerreros, que Yhasua de Nazareth era el Mesías anunciado por los Profetas.

—Mi amo Abulfed –dijo el criado–, pide al Maestro que asista hoy a la segunda hora de la tarde, a una reunión de su Escuela donde necesitan escuchar sus palabras de sabiduría.

Yhasua consultó el caso con Zebeo, conocedor de todos los rincones de Damasco y a la vez con los jóvenes árabes Ahmed y Osman.

Los tres hablaron con el criado, para solicitar informe sobre la mencionada Escuela y sobre la persona de Abulfed, a quien no conocían.

De la información resultó que la Escuela estaba a una milla de Damasco, casi llegando al lago Utayba al oriente de la ciudad, que el viejo patriarca Beth-Gamul había muerto dos años antes, y que su hijo Abulfed, retirado en su torreón del lago Utayba, había tardado en enterarse de las felices noticias de la ciudad.

Su padre antes de morir, le había exigido palabra de buscar algún día a Yhasua de Nazareth, que tenía la cinta de los setenta rubíes, y consultar con él todo cuanto concernía a la enseñanza de la Escuela, cuya finalidad era mantener la creencia de un Dios Creador Único, de que el alma humana no muere, y que el amor a todos los seres como a sí mismo hace al hombre justo.

Eran estos tres principios, la base de la Escuela de Beth-Gamul, que reclamaba la presencia del Maestro.

El mensajero añadió de parte de su amo, que si era aceptada la invitación, él mismo vendría a buscarle con las cabalgaduras necesarias.

El tío Jaime que ya había descansado de las fatigas misioneras de los días anteriores, aceptó formar parte de la excursión, juntamente con Zebeo, Osman y Ahmed.

Poco después del medio día entraban a las caballerizas de la posada, cinco hermosos caballos retintos, traídos por el mismo criado que vino esa madrugada con el mensaje.

Y antes de terminarse la primera hora de la tarde, se presentó

Abulfed ante el Maestro llamándolo “Patriarca del Desierto, Mensajero del Eterno Creador y Salvador de los hombres”.

— ¿Tú eres el hijo de Beth-Gamul, el Anciano patriarca que conocí al lado del Scheiff Ilderín?

—Yo soy Abulfed, hijo de Beth-Gamul, y por mandato suyo vengo a buscarte.

“Anoche soñé que me dijo: “El Profeta que deslumbra con cien maravillas a la ciudad de Damasco, es el mismo al que yo ceñí la cinta de oro con setenta rubíes. Es nuestro Patriarca del Desierto y el Ungido de Jehová. Vete a buscarle y que él marque a nuestra Escuela los rumbos que ha de seguir”. Si crees en este sueño, ven.

—Estoy a tus órdenes, vamos –le contestó el Maestro.

Montaron los renegridos caballos y fueron a salir por la Puerta de Oriente para tomar el camino de los Lagos.

El panorama era bellísimo en aquel final de otoño, a la segunda hora de la tarde, en que centenares de jornaleros cargaban las últimas gavillas de trigo y centeno sobre numerosas tropillas de asnos para conducirlos luego a las eras, donde unos tornos de estilo muy sencillo y primitivo apartaban el cereal de la paja, que otros centenares de siervos se encargaban de encerrar en sacos y engavillar la paja.

El paso del Maestro, que fue pronto reconocido por los obreros del rastrojo, excitó de nuevo el entusiasmo de la Plaza de Hiram. ¡Cuánta alegría vio Yhasua reflejada en aquellos rostros bronceados por el sol y sudorosos por el esfuerzo!

— ¡Dios te guarde, Profeta de Nazareth!... –era el clamor cien veces repetido por aquellos jornaleros, en quienes se había despertado una profunda gratitud hacia él.

— ¡Que Él os bendiga, amigos, y haga fecundo vuestro trabajo! –les contestaba el Maestro agitando su pañuelo para que fuera percibido su saludo aun a larga distancia–.

“¡Cuán fácil es hacer dichosos a los pueblos, cuya alma de niño se complace con unas migajas de amor y una lucecilla de esperanza! –decía el Maestro, mirando aquella porción de hombres doblados sobre los campos, felices porque los poderosos señores se habían acercado a ellos con piedad y benevolencia.

—Jamás olvidarán los damascenos que pasaste por su tierra, Profeta –decía Abulfed–, pues no oí nunca decir a mi padre, que en sus años hubiera visto nada semejante.

—La Bondad Divina tiene sus horas propicias para manifestarse a los hombres –contestóle el Maestro, dando a la Causa Suprema, toda la gloria de los hechos realizados por él.

El trayecto por la hermosa pradera vecina a los Lagos, fue recorrido

en la amena contemplación de las verdes montañas que rodeaban en círculo, aquel delicioso valle cortado por varios riachos, y poblado por jornaleros que trabajaban alegremente, y por rebaños de gacelas que pastaban entre las gavillas olvidadas.

Ahmed y Osman, excelentes jinetes, y que por serlo habían tomado los caballos más nerviosos y vivos, se divertían grandemente ensayando breves carreras y piruetas que hacían reír mucho al tío Jaime.

Yhasua observó que Abulfed hablaba muy poco porque su corazón estaba lleno de tristeza.

Los seres de su raza vehemente y apasionada, irradian fuertemente al exterior, así la dicha como el dolor que los embarga. Y el alma sensible y tiernísima del Maestro, absorbía gota a gota la amargura que destilaba el corazón de Abulfed.

El viejo alcázar o torreón almenado tenía muchos siglos encima de sus muros, y la tradición decía que había pertenecido a un astrólogo y sacerdote caldeo que había huido de Menis, junto a Babilonia, cuando se acercaban los ejércitos de Alejandro Magno. El sacerdote astrólogo, fugitivo con su familia, se había refugiado en aquel torreón, observatorio y templo a la vez, consagrado al Dios Silik Mulú, considerado como la Inteligencia, en la compleja Divinidad de los prehistóricos pueblos de Caldea.

La vetusta apariencia de aquella solitaria mansión, imponía un pavoroso respeto a quien la contemplaba por primera vez.

—El exterior inspira espanto –decía Abulfed, viendo el silencioso estupor de sus huéspedes–. Pero no bien penetréis entre el bosque de nogales y de castaños que le rodea, veréis qué apacible morada es el viejo torreón del Patriarca, como le llaman todos en la comarca.

— ¿Vives solo aquí? –le preguntó el Maestro al desmontarse.

—Sólo con la muerte –contestó el árabe con su voz impregnada de amarga tristeza.

—Pues, amigo mío –díjole Yhasua–, desde hoy en adelante deberás vivir con la vida vigorosa y fuerte, propia del hijo de Beth-Gamul, que llegó a la edad octogenaria sin claudicar de su ardua misión de guía de almas.

—Ya hablaremos –contestó simplemente el árabe, dando un largo silbido que hizo salir de sus rincones a un terceto de criados, a los cuales entregaron las cabalgaduras.

Los nogales y castaños centenarios formaban un hermosísimo bosque que llegaba hasta la casa, y en efecto hacía desaparecer la visión pavorosa del torreón, que desde lejos se veía sobresalir de la espesa arboleda, como la negra cabeza de un gigante, coronada de garfios de piedra.

—Me has dicho que vives aquí solo con la muerte –dijo Yhasua al dueño de casa–, y yo sólo veo una exuberancia de vida. Oye.

El gorjeo de millares de pájaros ocultos entre el ramaje, formaba un admirable concierto que extasió el alma del Maestro, tan sensible a las bellezas de la madre Naturaleza.

—Son alondras y ruiseñores –dijo el tío Jaime–, y los hay en este bosque más que en toda nuestra Galilea, tan rica en pájaros cantores.

—Estamos en pleno Líbano –añadió el Maestro–. ¿Quién no conoce el gorjeo de los ruiseñores del Líbano?

"Y como si toda esta vida fuera poca cosa, veo aquí garzas y gacelas domésticas que disfrutan de todas las bellezas de este magnífico huerto.

"Y te atreves a decir, Abulfed, que vives con la muerte.

—Los compañeros de aulas que fueron discípulos de mi padre –continuó el árabe–, la mayoría viven en la ciudad. Algunos están junto a los lagos y aquí en la ribera del Utayba vive una mujer de edad madura que es profetisa y era también discípula de mi padre.

"Todos ellos vendrán a la caída de la tarde, por lo cual te digo, Maestro, que tendrás a bien pasar aquí la noche, si el regresar demasiado tarde puede causarte molestias.

—Todo consistirá en el trabajo que debamos realizar en conjunto –contestó el Maestro.

Un gran pórtico que nada tenía de artístico ni de bello y sí mucho de sombrío, era la parte delantera del edificio.

Las tres anchas gradas que debían subir, mostraban su ancianidad en las resquebrajaduras de las lozas del pavimento, igual que en las junturas de los bloques de piedras de las murallas crecían con abundancia los cenicientos musgos, propios de las ruinas.

Las glicinas y la hiedra daban un tono de suave poesía a la tétrica fortaleza.

—Antes de que llegue el ocaso que traerá consigo a los que esperamos –dijo Abulfed–, quiero enseñaros mi vieja morada, y así cuando venga la noche estaréis ya familiarizados con ella.

"Vamos arriba y conoceréis desde lo alto del torreón la pintoresca región de los Lagos.

Y comenzaron a subir la ancha escalera de piedra que el tiempo había ennegrecido y gastado notablemente.

Numerosas habitaciones solitarias en aquella planta del edificio, le daba en verdad un aspecto de abandono y de tristeza que sobrecogía el alma.

—Aquí habitaba mi padre –dijo el árabe, haciéndoles ver una inmensa sala con varios divanes, las paredes cubiertas de croquis, mapas y cartas con rutas marítimas.

Papiros, libretos de láminas de madera, de arcilla y plaquetas de piedra, era todo el moblaje de aquella sala.

—Aquí nos reunimos –dijo el árabe–, para continuar el recuerdo vivo de los últimos años de mi padre.

Cerca de esta sala, les enseñó otra amueblada con exquisito gusto y hasta con cierto lujo en sus detalles.

Aquí se respiraba aire familiar; un gran diván tapizado de color naranja, lleno de almohadones de seda y encajes, con vaporosos cortinados de gasa celeste. Y muy cerca al diván, una preciosa cuna sobre cuya blanca almohadilla, una mano delicada había puesto un ramo de rosas té, recientemente cortadas.

Yhasua contempló unos momentos desde la puerta aquella hermosa alcoba bañada por la dorada luz de la tarde.

—Ahora lo comprendo todo, Abulfed, amigo mío –díjole con infinita dulzura, apoyando la diestra sobre el hombro de aquel–. Lloras muerto a tu padre, a la mujer amada y a tu hijo.

—Mi padre y mi hijo son en verdad muertos, y están en la tumba excavada en esa verde colina que allí ves. Mi esposa es una muerta que anda.

— ¿Dónde está? –preguntó Yhasua, comprendiendo desde luego que se trataba de un caso de demencia, esa muerte aparente del alma que se inmoviliza, digámoslo así, por un supremo dolor.

—Pasa sus días y sus noches en el último piso del torreón, contemplando con extraviada mirada aquel cerro donde está la tumba del niño. Sólo baja al amanecer a colocar flores frescas en la cunita, tal como ves.

— ¿Quieres que vayamos a verla? –preguntó el Maestro.

—No sé si lo consentirá –dijo el árabe–. La vista de personas extrañas la pone fuera de sí y da espantosos gritos como si alguien la atormentase.

—Murió primero tu padre y después el niño. ¿Verdad?

—Sí, en efecto. Así ha sucedido. Mi padre murió hace veintisiete lunas y el niño perdió la vida diez lunas después.

“Fue una muerte misteriosa, porque no estuvo enfermo. La madre le acostó alegre y juguetón una noche y al amanecer era un cadáver ya helado. He creído que se trataba de una venganza, porque mi esposa estaba prometida a un astrólogo babilonio, al cual nunca pudo amar, y huyó de la casa paterna la noche anterior a la boda. Pidió refugió al Patriarca, mi padre, que lo daba a todos los desamparados. La trajo a este torreón y le puso una buena mujer como compañía. Yo estaba entonces en Alejandría, a donde él me había enviado a estudiar en la Escuela del Maestro Filón.

“Cuando vine me enamoré de la triste huérfana y me casé con ella.

“Mi padre, decía que en sus meditaciones solitarias, veía siempre un fantasma siniestro que rondaba alrededor de esta casa, donde los genios benéficos le impedían entrar.

“Confieso que todo esto, creía yo que eran simples alucinaciones de la vejez de mi padre, y nunca le di importancia.

“Por respeto a él, guardaba yo silencio cuando me refería sus visiones y luchas secretas con el temido fantasma o genio maléfico.

“Y unos días antes de su muerte, me dijo: “El pensamiento de venganza del astrólogo babilonio, toma forma para vengarse de tu esposa y de tu hijo”. Lo oí y callé siempre pensando que era delirio de un moribundo. Ahora sé y comprendo lo que valían las palabras de mi padre; y mi desgracia actual la tomo como un castigo, a mi desprecio de la palabra de un justo.

—La lección ha sido en verdad muy dura; pero la Bondad Divina llena de Amor los abismos que abre la incomprensión de los hombres.

— ¿Qué quieres decir con esto, Profeta de Dios? –preguntó lleno de esperanza el árabe.

—Quiero decir que la incomprensión tuya de las palabras de tu padre, que era un Maestro en la ciencia de Dios y de las almas, es la que ha impedido que las fuerzas del Bien atraídas por tu padre, vencieran a las fuerzas del mal que rondaban alrededor de tu hogar, para destrozar tu dicha en satisfacción de una venganza.

“En la forma que tú has obrado, obra la mayoría de los humanos, que sólo aceptan como realidades lo que perciben sus sentidos físicos, y niegan en absoluto la vida inmensa y las fuerzas formidables que actúan, viven y son, más allá de la percepción de nuestros sentidos.

“Supongamos una colonia de ciegos de nacimiento, ¿no negarían en absoluto la existencia de la luz, de los astros que en órbitas inmensas recorren la magnificencia de los espacios infinitos?

“El hombre terrestre es a veces como un ciego de nacimiento, hasta que la Bondad Divina dueña de infinitos medios, y el dolor es uno de ellos, abre su espíritu a la Verdad Eterna que lo inunda por fin con su claridad soberana.

“Hoy es tu hora, Abulfed, y con el favor de Dios y acaso la cooperación de tu padre, genio tutelar de tu casa, aceptarás lo que hasta hoy habías rechazado.

“¿Quieres conducirme a donde está tu esposa?

—Esa escalera nos llevará hasta la más alta cámara de la torre –le contestó el árabe.

El tío Jaime con Zebeo, Ahmed y Osman, habían quedado en la gran sala-aula que fue habitación del patriarca Beth-Gamul. Yhasua les llamó según acostumbraba siempre, asociando a sus trabajos espirituales a los que le rodeaban, cuando les sabía preparados para ello.

El tío Jaime y Zebeo eran esenios adelantados, y los dos jóvenes árabes procedían de la escuela de Melchor.

Abulfed, que estuvo un año en la Escuela de Filón en Alejandría, no asimiló la enseñanza exotérica, a la cual calificó de un "conjunto de hermosas fantasías, de sueños magníficos sin realización posible en la tierra".

Era el único no convencido de los poderes supranormales inherentes al alma humana, cuando una educación espiritual profunda, basada en métodos científicos, los ha desarrollado hasta el máximum posible en el plano terrestre.

Y el joven Maestro se sentía impulsado por una fuerza superior, a iluminar aquella inteligencia con la antorcha eterna de la verdad.

—"No pudo iluminarle su padre, el Patriarca Beth-Gamul. No pudo iluminarle Filón, con su inspirada elocuencia" –pensaba el Maestro mientras subían todos juntos la vetusta escalera de piedra resquebrajada y mohosa–.

"Dios me permitirá iluminarle, porque ayer todas las dichas humanas le rodeaban; era feliz y hoy es desventurado. El dolor ha marcado para él la hora suprema de la liberación y de la verdad".

Fatigados llegaron por fin a lo alto del torreón. Una pequeña plataforma con balaustrada de piedra rodeaba por todos lados aquella última cámara, que tenía cuatro luceras pequeñas redondas.

Abulfed indicó una de aquellas aberturas, la que daba hacia el norte donde se veía el cerro más inmediato.

Yhasua se acercó y vio la faz pálida y enflaquecida de una mujer joven, y que sería bella estando en pleno vigor y salud. Sus ojos grandes y oscuros con un brillo extraño, estaban inmóviles, fijos, abismados mirando al cerro cercano. A primera vista se comprendía el doloroso estado de desequilibrio mental que padecía.

En breves palabras explicó el Maestro a sus compañeros, la forma de cooperación mental que reclamaba de ellos.

—Si pudieran éstos –dijo al dueño de casa–, entrar y sentarse en completa quietud en un sitio cercano, yo obraría con más libertad sobre la enferma.

—Hay en esta cámara un compartimento que era observatorio astronómico del antiguo propietario Berosio, donde ocultaba, a lo que parece, sus secretos de alquimista. Está separado por una mampara de cedro.

Y acto seguido abrió cuidadosamente, sin hacer ruido, una pequeña puerta en el muro opuesto a donde estaba asomada la enferma.

—Sentaos aquí –les dijo el Maestro–, y pensad en que la Divina Sabiduría ilumine esa mente obscurecida, y que el Amor Eterno la inunde de consuelo y de esperanza.

"Vamos... –dijo al árabe–, vamos junto a la enferma.

Su rostro pálido y la mirada fija aparecían en la inmovilidad completa.

—Berisa –dijo Abulfed–, ¿me recibes? Vengo a hacerte la visita acostumbrada.

La mujer, sin retirar su rostro de la lucera, extendió el brazo y abrió una puerta que tenía al lado. Abulfed entró y se volvió para hacer entrar al Maestro, pero no lo vio más. En el sitio en que estuvo junto a él, sólo percibió una dorada claridad, como si un rayo de sol de ocaso cayera suavemente.

Aquella puerta abierta no daba hacia el poniente y la claridad entró por esa puerta y envolvió por completo a la enferma, que súbitamente se apartó de la lucera y se volvió frente a su marido.

—Traes una lámpara para alumbrar mis tinieblas –dijo la mujer con una dulzura triste y tranquila.

La estupefacción de Abulfed no le permitía pronunciar palabra y un solo pensamiento estaba fijo en su mente: "¿Qué se hizo del Profeta? ¿Desapareció? ¿Se hizo invisible? ¿Se convirtió en esa dorada claridad que iluminaba la cámara y envolvía a la enferma?".

Observó que la faz de la demente adquiría una extraña placidez, próxima a la sonrisa.

—Abulfed –dijo de pronto–. Oigo la voz de un arcángel del Señor que me promete devolverme al niño vivo, hermoso como él era..., ¿será posible?..., ¿será posible?...

"Le veo venir a mis brazos... ¡Oh, querubín mío!...

Y los brazos de Berisa, abrazaron en el vacío una visión que sólo ella percibía.

Sus pies vacilaron e iba a caer desmayada, pero Abulfed la sostuvo en sus robustos brazos y en ellos se quedó como muerta.

La hermosa claridad, que era como una nube de gasas de oro, se desvaneció de pronto y quedó la persona del Maestro que le decía:

—Pronto, llévala al lecho para que tenga un largo reposo.

Bajaron todos la escalera, conduciendo a la enferma que había caído en un profundo letargo.

Abulfed recostó a su esposa en el gran diván tapizado color naranja y encortinado celeste, que ya conoce el lector.

Y se volvió a Yhasua con la ansiedad pintada en el semblante.

—Profeta de Dios –le dijo–. ¡Tenías que ser tú, el que abriera mis ojos a la luz! ¿Eres un Dios encarnado o un arcángel del séptimo cielo, como esos que decía ver mi padre, al cual, perdóneme Dios y él, nunca pude creer?

—Soy el mensajero del Dios-Amor, y cumplo mi cometido de la mejor manera posible en la abrumadora pesadez de esta tierra –le contestó el Maestro–. Porque has visto, has creído en el Poder Divino, amigo mío –añadió Yhasua con tristeza–. Bienaventurados y felices son los que nada vieron con sus ojos, pero sintieron a Dios en su propio corazón.

Abulfed cayó de rodillas y dobló su frente hacia la tierra hasta sentir el frío de las lozas del pavimento.

Cuando se incorporó, su rostro estaba surcado de lágrimas que no procuró ocultar.

Y sin ponerse de pie, dijo al Maestro:

— ¡Profeta de Dios!.... alcánzame del Señor su perdón y el perdón de mi padre, al cual debo haber atormentado mucho con mi dureza de corazón.

El Maestro, sonriente, le tendió sus manos para levantarlo, mientras le decía:

— ¡Dios perdona siempre!..., y tu padre, que conocía a Dios, te perdona también.

"Ahora manda retirar esa cuna inmediatamente y que no aparezca rastro alguno de que tuvisteis un hijo. Que desaparezca del cerro todo vestigio de la sepultura del niño.

"Ella dormirá dos días y dos noches. Al amanecer del día tercero se despertará, y tú la rodearás de todo aquello que le complacía cuando estabais recién casados. Ella debe creer que la boda se ha efectuado recientemente, que tu padre está en uno de sus largos viajes por el otro extremo de Arabia. ¿Me comprendes? Es necesaria esta simulación, hasta que transcurra el tiempo necesario para que ella sea madre por segunda vez, con lo cual quedará completamente curada.

"¿Vive aún la mujer que tu padre le puso como compañía?

—Vive en la planta baja de la torre con las demás criadas que Berisa despidió, y no permitió que se le acercasen más –contestó el árabe.

—Bien está; instrúyelas de todo esto y que hagan con la enferma como si nada hubiera pasado. Si algún recuerdo le viniera a veces, tratad entre todos que ella crea que fue acometida de una maligna fiebre que le producía alucinaciones y delirios. Así que sienta los síntomas de una nueva maternidad, olvidará por completo el pasado.

— ¡Profeta!..., ¿con qué puedo pagar lo que has hecho conmigo? –preguntó Abulfed tomando con indecible amor una mano del Maestro.

—Con tu fe en el Poder Divino, y con tu firme adhesión futura a la doctrina que siembro sobre la tierra –le contestó.

— ¡Os lo juro, Profeta, por la luz de Dios que me alumbra!

—Si así lo cumples, en un día que tardará cinco centurias, te oirás llamar en toda la Arabia con el nombre que hoy me das a mí: Profeta de Dios.

Cuando el sol se ocultó tras de las colinas que formaban amplio anfiteatro al valle del Torreón, Abulfed llevó a sus huéspedes al gran cenáculo donde les serviría la cena.

Desde muy remotos tiempos, usó el oriente la ablución de pies y manos antes de tenderse en los divanes alrededor de la mesa. Y en las

casas señoriales existían siempre, en un compartimento del cenáculo, fuentes bajas en el pavimento con surtidores para la ablución de pies, y fuentes colocadas en pequeños pedestales para las abluciones de manos reglamentadas por la costumbre.

Todos los antiguos pueblos adoradores del Dios Invisible y Único, rodeaban el acto de la comida de una especie de respetuosa devoción, tal como si fuera un ritual sagrado.

De ahí venía, sin duda, la costumbre de bendecir el pan y el vino al sentarse a la mesa, de lo cual han surgido posteriormente dogmas y misterios, con carácter de rigurosos mandatos de Dios mismo. Y el Maestro, como buen oriental, estuvo siempre a tono con las sanas costumbres que encontró en el país de su nacimiento.

—Peces y patos de nuestro lago Utayba, es lo que os presento en mi mesa –decía Abulfed, sentándose al lado del Maestro, mientras los demás elegían cada cual el sitio que le agradaba.

Prolijas manos femeninas se adivinaban en cada cestilla de frutas, en cada fuente de los manjares hábilmente dispuestos.

No podía ser de otra manera, pues que Abulfed había dicho a la ama de la casa que el huésped era el futuro Rey de Israel, el que su padre había ceñido con la cinta de los setenta rubíes, designándolo Patriarca del Desierto. Era pues una triple realeza, puesto que era también el Mesías Salvador de este mundo.

Con los menudos granos, rojo vivo de las granadas de Persia, habían formado sobre una bandeja de plata al centro de la mesa, esta frase: “Dios guarde al Patriarca-Rey”.

A los postres, Yhasua repartió entre todos, los rojos y brillantes granos, y dejó sin tocar la palabra “Dios”.

—Con esa sola basta –dijo–, para hacernos inolvidable este ágape, en que los cuerpos y las almas se han alimentado igualmente

Aún estaban hablando, cuando un criado anunció que comenzaban a llegar los compañeros de la Escuela, o sea, los discípulos de Beth-Gamul.

Eran veintinueve y una mujer de edad madura, a la cual llamaban la profetisa. Un hijo suyo era uno de los notarios o escribas de la Escuela.

Todos se reunieron en la vasta sala principal que ya conoce el lector.

A Yhasua le designaron el gran sitial de madera de olivo del Patriarca, y que según la tradición centenaria que se conservaba de aquel torreón y de la mayor parte de su mobiliario, había servido para el reposo de varios Patriarcas del Desierto anteriores a Beth-Gamul, y aún al mismo sacerdote babilonio, Berosio, que tres siglos antes se había refugiado en el Torreón, fugitivo de Alejandro.

Encima del sitial en que se sentó el Maestro, se veía un grabado en letras de ébano sobre mármol blanco, que decía:

“Gloria a Silik Mulú, Inteligencia Divina”.

Los sabios y sacerdotes de la antigua Caldea, formaron la parte más oculta y profunda de sus creencias, de una reverente adoración a las tres más grandes potencias o facultades que ellos encontraban en la Causa Suprema: la Inteligencia que gobierna y dirige, la Energía que impulsa y el Amor creador y vivificador.

Y Silik Mulú era para los antiguos Caldeos la Inteligencia Divina. El viejo Patriarca no había tocado aquella inscripción, pues aunque él era árabe y no caldeo, siguió el prudente consejo de la más antigua Sabiduría Kobda: “Lo que es bueno y justo, debe ser amado donde quiera que se le encuentre y venga de donde venga”.

Cuando compró el Torreón, averiguó qué significaba aquel nombre “Silik Mulú” y cuando supo que la antiquísima creencia caldea, llamaba así a la Inteligencia Divina, a la cual rendía culto especial, se dijo para si mismo:

—También yo rindo culto a la Inteligencia Divina. Dejemos pues a Silik Mulú donde está.

Toda esta explicación la leyó el notario en uno de los viejos libros de crónicas que había dejado el Patriarca.

Cuando se hizo el silencio y todos esperaban la palabra del nuevo Patriarca del Desierto, la profetisa cayó en hipnosis dominada por la inspiración de Beth-Gamul fundador de la Escuela, que dirigió hermosas palabras al joven Maestro anunciándole la traición de la Judea con Jerusalén a la cabeza, y la fidelidad de Damasco y de las inteligencias más adelantadas de Arabia, durante toda esa vida y en los siglos futuros.

—*“Ninguna fuerza humana* –dijo la voz de la profetisa inspirada–, *arrancará a los hijos de nuestra Arabia, tu sepulcro de mártir”.*

“La ceguera humana, la ignorancia y el fanatismo –añadió la profetisa, obediente a la Inteligencia de Beth-Gamul que la posesionaba en ese instante–, *encenderá guerras que desangrarán a la humanidad durante siglos, por la posesión de tu grandeza de Hijo de Dios, por el predominio en los lugares que pisó tu pie, por tu nombre de Ungido, por tu Ley que cada cual entenderá según su conveniencia, sin acertar a pensar ni un momento siquiera, que como hijo de Dios eres posesión de todos los espíritus encarnados en esta tierra, que como Mesías eres Instructor de toda la humanidad, que como emanación de la Inteligencia Divina, no tienes preferencia por ninguna raza, por ningún país, por ningún pueblo y que para ti todos los hombres son hermanos, engendrados por el Eterno Amor, de cuyo seno nace todo cuanto vive en el universo”.*

“¡Hijo de Dios!... yo, Beth-Gamul, Patriarca del Desierto, te digo:

cercano está el día de tu glorioso triunfo como Salvador del Mundo. ¡Hijo de Dios! ¡Acuérdate de mí cuando entres en la gloria de tu Reino!".

La voz de la profetisa se esfumó en el religioso silencio de aquel plácido anochecer, en que hasta los pájaros del bosque de nogales y de castaños habían callado, y ni el más ligero rumor interrumpía la quietud reinante en el Torreón del Patriarca.

La sensibilidad del joven Maestro intensificada por su evocación al Infinito, percibió claramente lo que esperaban de él los discípulos de Beth-Gamul, inteligencias regularmente cultivadas en el conocimiento de Dios, del universo y de las almas.

Y les habló a tono con la percepción que tuvo de sus deseos íntimos:

—*"¡Gloria a Dios soberano y eterno en la infinita inmensidad y paz en la tierra a los hombres que buscan la Verdad y la Justicia! De entre la bruma de pasadas edades, surge en este instante por justicia de la Ley Divina, un día de la vida terrestre de Moisés, en que Aelohin su guía le llevó a las grutas del Monte Horeb, para colmar sus ansias inmensas de rasgar los velos que ocultaban a los hombres de aquella generación, los comienzos de este globo terrestre, dado a ellos por habitación en los inescrutables arcanos de la Divinidad.*

"Y cual si las zarzas de la montaña ardieran en llamaradas, vio levantarse entre el vívido resplandor, una diminuta nubecilla blanca que subía más y más en el azulado horizonte; y luego como aérea nave, majestuosa, de flotantes velas desplegadas, bogando en la inmensidad hasta llegar a convertirse en una gigantesca nebulosa.

"Vio luego desprenderse de ella grandes jirones, como si una mano de mago hubiera soltado al viento los blancos velos en que ocultaba Isis los misterios de la Creación, según el hermético ocultismo de los sabios del Egipto. Vio que la furia de vertiginosos remolinos sobre sí mismos, producían corrientes magnéticas formidables, y fuerzas de atracción imposibles de definir.

"Les vio doblarse en llameantes espirales hasta formar globos que parecían seguirse y a la vez huir unos de los otros, condensados cada vez más y como si en una explosión de luz, de colores y fuego, y entre un torbellino de descargas eléctricas, se hubiera rasgado el inconmensurable abismo.

"Desfiló en breves horas, la obra de inmensas edades; y la visión de la montaña de Horeb enseñó a Moisés lo que no le hubiera sido dado entrever en muchos años de cavilación. La formidable atracción, arrebató de los vecinos sistemas planetarios, globos de evolución más avanzada, y entre ellos la esplendorosa Venus, que tan de cerca vino a hermanarse con esta tierra que acabada de surgir de la radiante energía del Eterno Pensamiento.

"Y el gas, el fuego y el agua, fueron sucediéndose los unos en pos de los otros, con furia de vértigo que duraba siglos, hasta que el globo terrestre destinado a ser cuna de tantas civilizaciones, pudo albergar gérmenes de vida en su corteza envuelta en el cristal de las aguas primero y en pañales de nieve después.

"Desde la cumbre del Horeb contempló el vidente, en las páginas imborrables de la Luz Eterna, los pasos primeros de la vida, y su inaudito esfuerzo por manifestarse en las múltiples formas que conocemos y que no conocemos aún.

"Monstruos pequeños y monstruos enormes, rudimentarios ensayos de lo que había de ser, en un lejano futuro, la más acabada manifestación de la belleza de la forma y de la expresión, comenzaron a arrastrarse pesadamente, como si fueran conscientes de que una enormidad de siglos les contemplarían en tal espantosa manifestación de vida.

"Y los seres del más remoto pasado y del más avanzado porvenir, desfilaron ante el alma extática del vidente de la montaña de Horeb. Hombres deslizándose como seres alados por encima de la superficie del globo, y hombres flotantes en ígneos vapores como los Henok y Elías de los carros de fuego, desfigurados esbozos de la verdad magnífica del porvenir; todo ese largo peregrinaje de la evolución humana, arrancó de la pluma de Moisés aquel canto que transformado por la incomprensión y la ignorancia se tornó legendario, y al cual conocemos hoy con el nombre de Génesis; canto que he querido desglosar para vosotros del vasto archivo de la Luz Increada y Eterna.

"Y he aquí que de la evolución de esferas y de sistemas, de mundos y de nebulosas, he llegado en mi confidencia de hoy al desenvolvimiento ascendente de las mentalidades, para deciros a vosotros discípulos de Beth-Gamul, admiradores de Moisés, vislumbrados y presentidos acaso por él en la montaña de Horeb como artífices del pensamiento, por el cual podéis llegar a ser genios creadores de la belleza y del bien, o genios maléficos sembradores de dolor y del crimen en medio de la humanidad.

"Inteligencias creadoras seréis, si con la onda luminosa de vuestro pensamiento de amor, acertáis a recoger de los inmensos planos de fuerzas vivas que esperan el impulso de vuestro mandato mental, las que han de convertirse como hadas benéficas de suaves efluvios, niños alados como acariciante frescura de pétalos, querubes de paz, mensajeros tiernos de piedad y de amor, con que formaréis el nimbo de protección para vuestros seres amados, para vuestros pueblos y países..., para toda la humanidad.

"Discípulos de Beth-Gamul, hombres conscientes de la fuerza poderosa del pensamiento, tomad vuestro puesto entre los genios creadores del

bien y de la justicia, de la paz y del amor entre los hombres; en contraposición a los genios del mal, creadores también para su desgracia, de las tenebrosas entidades que obstaculizan y tuercen los caminos de los hombres. Almas selectas que me escucháis, conocedores de la potencia que puso el Eterno Creador a vuestra disposición, en las estupendas fuerzas mentales que podéis desarrollar a voluntad.

"¿Por qué no ser genios del bien y del amor para poblar el horizonte de vuestros seres afines, con los niños alados de la pureza y la ternura, que siembran desde el espacio azul las perlas musicales de todas las sanas alegrías, y ahuyentan las tristezas de la vida, de las dulces hadas sutiles que siembran en los corazones la ilusión, el optimismo y la esperanza, que refrescan como una llovizna de bálsamo las almas agotadas y secas, antes de haber llegado a vivir la vida verdadera?

"¡Discípulos de Beth-Gamul, al cual buscáis de uniros íntimamente por llenar el vacío inmenso que dejó a vuestro lado!... Yo os digo: estaréis en él y él estará en vosotros como una sola esencia, como una misma vida, como un mismo anhelo y una misma palpitación, el día que comencéis a ser genios creadores del bien y de la justicia, de la belleza y del amor, con la magia poderosa de vuestro pensamiento, vibrando a tono con el Pensamiento Divino y Eterno del Creador.

"Almas creadoras de la paz, del amor y de la justicia, cantemos unidos al concierto de las puras y sublimes Inteligencias, que después de haber conducido humanidades a la Verdad y a la Luz, se han unificado con la Claridad Eterna, como una resonancia de este himno inmortal:

"Gloria a Dios en la inmensidad de los cielos infinitos y paz en la tierra a los seres de buena voluntad".

Aún parecía vibrar en el ambiente la suave melodía de las palabras del Maestro, cuando la profetisa Zira cayó nuevamente en trance bajo la inspiración de Ben-Adad, antiguo rey de Siria, aliado de Asa, rey de Judea y bisnieto de Salomón. En su época, Ben-Adad, siguiendo la buena inspiración del profeta judío Azarías, había dotado a Damasco, donde residía habitualmente, de una escuela de Divina Sabiduría, para la cual trajo maestros de las escuelas de Persia, de la India y de los solitarios del Monte Carmelo, cuya fama de alta sabiduría era muy respetada en toda la Siria.

Este ligero esbozo biográfico hará conocer al lector la personalidad de Ben-Adad, antiguo rey damasceno, cuya inspiración hizo hablar a Zira, la profetisa, cuando Yhasua terminaba su alocución, y habló así:

—"Por la eterna Voluntad del Poderoso Señor de todos los mundos y de todas las inteligencias que los habitan. Ben-Adad siervo suyo, rey de Siria hace siete y media centurias, cumplo el mandato del Señor

entre los genios guardianes de la amada ciudad de Damasco, que sobrevive aún en medio de las marejadas formidables de las vicisitudes humanas que arrasó con muchas de sus gloriosas hermanas de Siria, de Mesopotamia y de Caldea.

"Desde Moab hasta el Mediterráneo, y desde el Nilo hasta el Éufrates, soplan ya los vientos de la redención humana, traída en germen como divina simiente, por el Mesías Salvador de los hombres en esta hora de la vida milenaria de la humanidad sobre el globo terrestre, regado ya muchas veces con el llanto de los justos y la sangre de los mártires.

"¡Ay, de vosotros, discípulos de la escuela de Beth-Gamul, si habiendo tenido la Luz Divina en vuestra aula venerada, la dejáis apagar bajo las cenizas heladas de la indiferencia, de la incomprensión y del olvido.

"No tenemos derecho a pedir ni esperar, que el Eterno Dueño de todo Bien prodigue sus dones divinos, cuando y como lo quiere nuestra mudable voluntad.

"Cuando las vertientes del Líbano derraman su agua clara en nuestros ríos, se desbordan nuestros lagos; el buen hortelano abre acequias y acueductos para que sus campos beban hasta la saciedad, y sus huertos y jardines florezcan y fructifiquen.

"Hortelanos sois de los huertos y jardines damascenos, donde os colocó la Divina Voluntad para la gran siembra iniciada por el Hombre-Luz, que trae en persona y por última vez la esencia misma del Amor, del Bien y de la Justicia Divina, que encarna y representa ante la criatura inteligente de este planeta.

"¿Qué hacéis?..., ¿qué haréis?..., ¿cuál será vuestra acción?..., ¿cuál vuestra obra?

"Continuar lo que él ha empezado en Damasco: la educación del pueblo en los elevados pensamientos de bien y de justicia, de tolerancia y de amor. La anulación del odio bajo cualquier aspecto que él se presente. La misericordia con los desvalidos, desamparados y huérfanos, en tal forma que se haga carne en los corazones la frase lapidaria con que termina la eterna Ley de Moisés: Ama a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo".

La voz de la profetisa se esfumó en el gran silencio que reinaba en el recinto, y Zebeo, Ahmed y varios otros de los presentes que tenían facultad clarividente aún no cultivada a la perfección, percibieron con diáfana claridad escenas que no eran del momento presente, pero que no sabían definir ni época, ni lugar de su realización.

Los notarios escribieron estas clarividencias que coincidían unas con otras, por lo cual podía comprobarse que eran visiones premonitorias, cuyo cumplimiento se realizaría en tiempo más o menos cercano.

Entre estas visiones estaba: Un gran consejo de hombres ilustres

en el resplandeciente atrio de un templo suntuoso, donde después de furibundos debates en que reinaba el odio más feroz, salían triunfantes los que condenaban inicuamente a un Profeta del Señor, al cual pocas horas después llevaban al suplicio cargado con el madero en que debía morir.

Otra visión representaba un huerto de viejos olivos, donde la trepadora vid enredaba sus ramas llenas aún de retardados pámpanos. Y en la negrura de la noche un rayo de luna que rompía las tinieblas, caía tembloroso sobre la blanca faz de un hombre que de rodillas oraba al Señor.

Un pelotón de hombres armados penetraban cautelosamente. Un galileo rubio de manto rojo avanzaba temblando, y su índice como un estilete sangriento señalaba al santo en oración. Los esbirros caían brutalmente sobre él, le maniataban y la visión se esfumaba en las tinieblas.

La tercera visión esbozaba a Zira, la profetisa, en una blanca ciudad de mármol, pórfido y jaspe, con varios de los discípulos de Beth-Gamul, allí presentes.

Era la reina y ellos eran los ministros consejeros. Era madre de su pueblo que vivía feliz en torno suyo. Numerosos guerreros con brillantes águilas, lanzas, cascos y escudos, cercaban a la blanca ciudad donde entraban a sangre y fuego, dejando nada más que cadáveres entre humeantes escombros. La reina arrastrando su púrpura real, huía con sus ministros al arrabal llamado de Los Santos, donde una agrupación de hombres y mujeres denominados Nazarenos se dedicaban a socorrer a los enfermos, ancianos y huérfanos desamparados.

Las tres visiones quedaron escritas en las crónicas de la Escuela, a la espera de que los hechos vinieran a descifrarlas.

Para ti, lector amigo, que me vienes siguiendo desde tanto tiempo, y página tras página en este sendero iluminado por el amor heroico del Cristo, las descifro yo, después que ellas fueron fielmente realizadas. Las dos primeras se referían a la condena del Ungido de Dios por los sacerdotes y doctores del Templo de Jerusalén. La otra, la prisión inmediata del reo condenado a muerte sin oírlo y entregado por uno de sus discípulos en el Huerto de los Olivos.

La tercera aludía a la toma de la floreciente y fastuosa ciudad de Palmira por el emperador Aureliano, donde la reina Zenobia practicando la ley: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”, había hecho feliz a su pueblo, que depositaba ofrendas florales y humo de incienso a una efigie del Profeta Nazareno, que ella había mandado esculpir en mármol y colocar en el templo del Sol.

Las dos primeras visiones se realizaron cuatro años después. La última se realizó también, pero después de dos largos siglos y medio.

La escuela de Beth-Gamul, se incorporó a la Santa Alianza, tomando la firme decisión de cooperar con el Profeta Nazareno a la liberación del oriente y de salvaguardar su preciosa vida amenazada por los genios del mal, que buscan el triunfo y el poder por medio de la ignorancia entre las multitudes. Y desde ese momento, uno de los treinta de la Escuela de Beth Gamul debía permanecer en Jerusalén, para dar inmediato aviso a los voluntarios damascenos que formaran compacta fila en defensa del Santo, que había hecho la felicidad en el atormentado pueblo de la ciudad de Damasco.

El Maestro salió de Damasco dos días después y muy de madrugada, cuando las sombras de la noche no se habían diluido aún en las claridades del amanecer, con lo cual quiso evitar el clamoreo del pueblo que le amaba de verdad.

Salió su persona humana de la hermosa ciudad arabeña, pero no sin antes completar su obra de paz y de amor entre todos, dejando recomendados al Etnarca y a los magnates damascenos a los discípulos de Beth-Gamul, como discípulos suyos propios, encargados de mantener la tranquilidad entre amos y jornaleros y de resolver amistosamente las cuestiones que pudieran sobrevenir en adelante.

—Yo..., ¡yo sola!... –decía con tierna emoción Adita, la niña paralítica curada por el Maestro–, yo sola he quedado dueña en Damasco, del corazón y de los ojos buenos del Profeta. ¿Quién me los podrá quitar?

Y el alma de aquella criatura inmensamente más grande que su pequeño cuerpo de diez años, fue un asombro para todos, pues tuvo ideas y resoluciones inesperadas en una criatura de su edad.

Diríase que aquellos diez años de forzada quietud por el atrofiamiento de su materia, habían desarrollado precozmente sus facultades intelectuales, hasta un punto que maravillaban sus razonamientos, su lógica, su clara visión de las cosas y, sobre todo, su voluntad firme como una roca, cuando se proponía realizar una obra que el Profeta Nazareno le había dicho en sueño, según ella decía.

Yhasua le había enseñado a orar, a concentrarse en su interior para encontrar allí el Dios-Amor, unirse con Él y obrar de acuerdo con sus designios y su voluntad soberana.

Más de una vez el Maestro, al verse comprendido por la pequeña Ada, tanto como no lo comprendían muchas personas mayores, pensó en la profunda afinidad de Abel y Elhisa de las Escrituras del Patriarca Aldis; en Moisés y su madre, la princesa Thimetis de los relatos encontrados en la vieja Sinagoga de Nehemías en Jerusalén.

Y en su clara lucidez de Ungido de la Verdad Eterna, rindió su alma a la adoración del Supremo Invisible, dueño absoluto de las vidas y de los caminos seguidos por ellas.

85
EN LA CIUDAD DE TIRO

Nuestros viajeros se dirigieron nuevamente al Monte Hermón, donde el Maestro hizo sacar copias en lengua árabe, de todas las escrituras que juzgó de utilidad para la escuela de Beth-Gamul en Damasco, de la cual esperaba ver surgir en el futuro una Civilización nueva entre aquella vigorosa raza árabe, cuyo remoto origen le llevaba a recordar a su fundador el gran Beni-Abad, el caudillo Kobda de la prehistoria, y a la incomparable Zurima, la heroica enamorada de Abel, que hizo de su amor pasional profundo un culto al ideal sustentado por el Hombre-Luz.

Con el tío Jaime y Zebeo, siguió su viaje a Tiro, el importante puerto fenicio.

Ahmed y Osman quedaron en Damasco, a la espera de que saliera la primera caravana de los mercaderes de Simónides para regresar con ellos a Jerusalén.

En Tiro, Sarepta y Sidón, los terapeutas y la Santa Alianza habían realizado trabajos de unificación y de mejoramiento de jornaleros y esclavos. En Tiro sobre todo, podía ya considerarse el Maestro entre los suyos, pues allí tenía el buen Simónides uno de sus grandes almacenes depósitos de las mercancías venidas de los países del norte del Mediterráneo. No tardó pues en saber a su llegada a aquella ciudad puerto, que allí tenía preparado un buen hospedaje. Tras de los enormes fardos que formaban montañas tenía la Santa Alianza su recinto de reuniones, igualmente disimulado para los que no pertenecían a ella, que lo estaba en Jerusalén y en todas las ciudades y pueblos donde llegaba la vigilancia de los procuradores romanos, de los agentes herodianos y de los fanáticos fariseos, tan severamente celosos hasta del vuelo de un insecto que a su juicio trasgrediera la más pequeña ordenanza de la ley.

Pero Simónides que era un lince en materia de persecuciones porque desde su juventud las había sufrido en carne propia, no fácilmente se dejaba sorprender por ninguna de las tres fuerzas contrarias de que se veían amenazados los israelitas amantes de la paz, la verdad y la justicia: el invasor romano, los hijos de Herodes el Grande y el clero de Jerusalén.

El recinto de la Santa Alianza era el subsuelo de los depósitos, decorado y amueblado como Simónides sabía hacerlo, sin que faltara un detalle. Estos almacenes estaban ubicados en la parte antigua de la ciudad, que como lo dijimos en otra oportunidad había sido construida en una isla de roca cercana a la costa, que posteriormente fue unida al continente

por un enorme puente de piedra, por encima del cual podían pasar tres carros a la vez.

Allí estaba aquel Torreón de Melkart, utilizado por los terapeutas para refugio de sus enfermos y ancianos desamparados.

Al subsuelo tan hábilmente dispuesto por Simónides, ni aún le faltaba una cómoda salida al mar, donde siempre había anclado uno o varios de los trirremes o galeras mercantes de la gran flota del Príncipe Ithamar que él administraba.

Nuestros viajeros fueron allí directamente, luego que entraron a la ciudad. Eran guardianes del recinto, otros dos de aquellos jóvenes árabes discípulos de las escuelas del Príncipe Melchor en Monte Hor.

Diez fueron los que tomó Simónides para agentes, en la vasta red de negocios que tenía desde el Nilo hasta el Éufrates.

Todos aquellos jóvenes habían sufrido horrores de parte de los poderosos usurpadores de los derechos de los pueblos indefensos e inermes, conocían lo que era la esclavitud, la miseria, el calabozo, las torturas. ¿De quién pues, podía esperar fidelidad Simónides, sino de aquellos que tenían además la educación moral y espiritual dada en las Escuelas de Melchor?

Tranquilo y sosegado allí, respirando ya casi el aire nativo, el joven Maestro dio a su corazón de hombre las suaves y puras expansiones familiares; y escribió una epístola a su madre anunciándole el pronto regreso a su lado, a Simónides que tan solícitamente velaba por él, y a sus amigos de Jerusalén y de Betlehem, que lo habían seguido con el pensamiento en su primera jornada de misionero.

Empleó sus primeros días en Tiro en examinar actas, anotaciones, epístolas referentes a la Santa Alianza, para orientarse sobre el estado actual de la porción de humanidad que más atraía su corazón: los desheredados, la clase humilde, que allí como en todas partes llevaba con grandes dificultades la carga de la vida.

Por aquellas observaciones pudo darse cuenta de que el mayor mal existente en Tiro era el comercio de esclavos, a los cuales no se les tenía ni aún la consideración que se tiene a las bestias de trabajo.

La compra venta de seres humanos traídos de todas las partes del mundo, era el más lucrativo de todos los negocios a que se dedicaban los acaudalados príncipes y magnates tirios.

Un reyezuelo vasallo de Roma, al igual que los hijos de Herodes en la Palestina, figuraba reinar en Tiro sin más ideales que su propio bienestar y el de los suyos.

Bastábale que nadie le molestase en el libre goce de sus riquezas, y a este fin, dejaba entera libertad a príncipes y magnates para que hicieran y deshicieran a su antojo con el pueblo indefenso, del cual exigían

naturalmente el máximo esfuerzo que remuneraban con espantosa mezquindad.

Los grandes señores, poseían todos, su pequeña flota de barcos, propios para el acarreo de los esclavos, que conducían desde todas las costas del Mediterráneo.

Y desde lo alto del Torreón de Melkart, convertido en refugio de enfermos y desamparados, el Maestro presenció escenas que estrujaron de angustia su corazón.

Fue testigo ocular de varios embarcos de esclavos, en los cuales la mayoría eran jóvenes, doncellas y niños.

Vio a estos últimos que fueron arrancados brutalmente de los brazos de sus padres, esclavos también, para ser embarcados con rumbos distintos, tal como se hace con las majadas de cabras, de ovejas o cerdos.

Vio la angustia desesperada de las madres, de las hijas adolescentes, de los maridos y de los hermanos atados con cordeles para anular su defensa posible, aunque inútil.

Y desde una terraza del Torreón, se tiró sobre la cubierta de una enorme galera donde se desarrollaban tan criminales y salvajes escenas.

Aquel fantasma blanco que cayó desde el torreón en la penumbra del anochecer, causó la alarma consiguiente entre la tripulación y agentes del poderoso señor, que llenaba sus arcas de oro a costa de tanto dolor humano.

— ¡Deteneos!... –gritó el Maestro, y su grito debió tener vibraciones terribles que dejaron paralizados por un momento a todos aquellos inicuos traficantes de carne humana, viva y doliente. Avisado el capitán acudió en el acto.

— ¿Quién eres tú que vienes a mandar en lo que no es tuyo? –preguntó colérico a Yhasua, cuyo continente altivo y severo imponía respeto a todos.

—Ya te lo diré más adelante –le contestó el Maestro–. Manda desembarcar a todos porque sino echaré tu galera a pique.

En todas las embarcaciones fenicias se acostumbraba llevar un augur, mago o adivino, que conjurase a los malos vientos del mar; y uno de esos se acercó al capitán y al oído le dijo:

—Obedécele, porque es uno de los siete genios que rodean a Bel-Marduk, lo veo envuelto en llamas de fuego.

El capitán que era grandemente supersticioso, ordenó el desembarco. Yhasua, inmóvil como una estatua cuyos ojos arrojaban luz, entabló este diálogo con el capitán.

— ¿Cuánto vas ganando con esta mercancía de carne humana viva? –le preguntó.

—La cuarta parte de su valor, o sea veinte mil sestercios que el amo me paga al volver de la travesía.

— ¿Es tuyo este barco? –volvió a preguntar el Maestro.

—Sí, es mío; es toda mi fortuna y llevando mercancías con él, me gano la vida y la de mis hijos; por lo cual te ruego, buen Genio, que no lo eches a pique.

—Si eres razonable, conmigo no saldrás perdiendo –díjole el Maestro–. Te daré esta misma noche, los veinte mil sestercios que esperabas de aquí a diez o doce lunas, y trabajarás en adelante por cuenta de un amo que no trafica carne humana viva, y que es el dueño de todos los navíos de pabellón amarillo con estrella azul que bogan por todos los mares del mundo. ¿Aceptas?

—Por mí acepto gustoso, buen Genio, pero el dueño de estos esclavos es cuñado de Nabonid y me hará duros cargos por ellos.

— ¿Quién es Nabonid?

—El rey de Tiro.

—El amo que yo te daré es un amigo del César, del cual tiene franquicias firmadas de puño y letra suya para todos los puertos del mundo. Además, yo me entenderé con el amo de estos esclavos.

—Bien, haré lo que mandes, ¡oh, buen Genio mensajero de Marduk!... ¿Cómo podría resistirte?

—Manda a tu tripulación que quede en paz a la espera de tus órdenes, y tú sígueme con todos estos esclavos.

La noche cerraba ya, y una espesa niebla cubría la selva de mástiles, barcos y velas que poblaban la hermosa ensenada del puerto de Tiro. El capitán y los ciento sesenta esclavos siguieron a Yhasua hasta los almacenes-depósitos que ya conoce el lector. Todos entraron allí.

El pobre capitán más muerto que vivo por creerse bajo el poder de uno de los siete poderosos Genios que rodean al terrible dios Marduk, no pudo sustraerse al asombro que le causaron aquellos enormes almacenes, donde los fardos, cajones, barriles, tinajas, llegaban hasta el techo. Vio que los rótulos justificaban las palabras del buen Genio, de que aquel amo comerciaba con todos los países del mundo.

Yhasua conferenció con los dos guardianes dependientes de Simónides.

— ¿Cuántos valores tenéis en caja? –les preguntó.

—De la Santa Alianza tenemos cincuenta mil sestercios que el príncipe Judá y el Scheiff Ilderín han enviado hace diez días para las obras de misericordia que quisieras hacer, Maestro, en esta ciudad de Tiro, donde los adeptos son casi tan numerosos como en toda la Judea y Galilea juntas.

“De Simónides, hay diez veces mayor cantidad, porque aquí van dejando en letras de cambio y pagarés a plazos cortos, el pago de las mercancías que los comerciantes tirios retiran de este almacén.

—Necesito por el momento veinte mil sestercios –díjoles el Maestro, y acto seguido les explicó lo que acababa de convenir con el capitán allí presente, al cual entregó la suma prometida. Tomó anotaciones del amo de aquellos esclavos y dijo al capitán que esperase órdenes al día siguiente–.

"Si Marduk es para ti un poderoso dios en el cual confías –le dijo–, puedes estar seguro de que ningún mal te acontecerá.

El capitán se alejó, pensando que Marduk le echaba la fortuna a manos llenas, y haciendo desde la puerta grandes reverencias al buen Genio que mandaba sobre la tierra y sobre el mar.

El Maestro quedó solo ante el dolorido grupo de esclavos que le miraban con espantados ojos, ignorando en absoluto las intenciones del nuevo amo que de tan inesperada manera les arrancaba de las negras bodegas de la galera.

Los dos jóvenes guardianes del recinto, habían bajado al subsuelo a disponer alojamiento para ellos.

De los ciento sesenta esclavos, ochenta y seis eran varones de quince a treinta y cinco años de edad; presentaban el cuerpo desnudo, con sólo un retazo de burda tela sujeta a la cintura y que no llegaba a las rodillas. Las mujeres eran todas jóvenes de quince a veinticinco años y vestían una estrecha túnica corta de color ceniza. Los niños, entre los siete y doce años tenían sólo una ancha faja de burda lana apretada a la cintura por un cordel.

Todos llevaban colgada al cuello una plaquita de madera con las indicaciones de su destino. Por estas placas comprendía el Maestro la dolorosa tragedia de aquellos infelices seres, pues observó que en algunos casos las familias estaban separadas por miles de estadios, pues los padres iban a un lugar y los hijitos a otro, inmensamente lejos, en tal forma que no volverían a reunirse jamás.

Observó no obstante, que había algunas familias destinadas juntas a un mismo puerto, y una estrella de cinco puntas grabada al final, parecía indicar al comprador cuyo nombre eran sólo iniciales.

Los destinados al puerto de Pelusio, junto a las bocas del Nilo en Egipto, tenían las iniciales M. de H. Este comprador pedía las familias completas. No quería separar los niños de sus padres, lo cual denotaba un sentimiento humanitario que le impulsaba a comprar familias de esclavos para formar sin duda colonias de seres libres.

La intuición ayudó al Maestro a descifrar el misterio detrás del cual se ocultaba la modestia de un siervo de Dios.

M. de H. en el puerto de Pelusio y con la estrella de cinco puntas debajo de las iniciales, no podía ser otro que el príncipe Melchor de Horeb, cuya afición a libertar esclavos era ya bien conocida por Yhasua.

El otro comprador de esclavos estaba a enorme distancia, pues marcaba el antiguo puerto de Palalena, fortificado y ensanchado enormemente por orden de Alejandro Magno en su paso a la India. Las iniciales eran G. de S. y también la estrella de cinco puntas.

Y el joven Maestro con la faz sonriente y los ojos húmedos de emoción leyó: Gaspar de Srinagar, junto a las bocas del Indo, al pie de los montes Suleimán. Y su luminoso pensamiento resplandeció de amor hacia aquellos dos grandes amigos desde su cuna, que en sus obras ocultas y silenciosas, demostraban que habían grabado en el corazón el mandato divino: "Ama a tu prójimo como a ti mismo".

— ¡Si imaginaran ellos –pensaba Yhasua–, que de tan inesperada manera he descubierto su hermoso secreto!

Los demás esclavos estaban destinados a puertos del Mediterráneo, la mayoría en el Asia Menor y en Roma.

Algunas de las mujeres lloraban inconsolablemente, estrechando sobre el pecho a sus hijitos que iban destinados a diferentes dueños y a apartados lugares. Con su alma que lloraba con ellos, Yhasua fue sacándoles a todos del cuello el ignominioso estigma de esa desgraciada condición.

—Ahora ya no estáis separados –les dijo con su voz tiernísima, acariciando a los niños que le miraban tímidos y asustados–.

"Nuestro Dios que es amor –les decía a las mujeres–, os devuelve por mi intermedio vuestros hijos, que hombres malvados os querían quitar sin derecho alguno, porque sólo Dios es dueño de las vidas humanas".

Las infelices madres caían de rodillas a besar los pies del Maestro que les hablaba un lenguaje, que si materialmente no entendían por ser de diversos países, comprendían lo que todo ser y hasta las bestias comprenden: que aquel hombre estaba lleno de amor y de piedad para ellos, y que podían confiar plenamente en él.

Sentados todos los esclavos en los estrados del subsuelo, fueron recibiendo en pequeñas cestas de las provisiones comestibles almacenadas allí por la Santa Alianza, para atender a las necesidades del pueblo menesteroso.

Y cuando hubieron comido a satisfacción, Yhasua y los dos guardianes procedieron a abrir fardos de ropas que había para igual fin, y aquella turba doliente que ahora tenía el valor de sonreír, fuéronse vistiendo al uso del país, con gran algazara de los niños que se disputaban entre sí las pequeñas túnicas y calzas de vistosos colores.

Lector amigo, si eres capaz de esbozar en tu propia mente este cuadro, me dirás si puedes, quién era allí más feliz: los que recibían el don o aquel que se los daba con el corazón rebosante de amor.

Gran parte de aquella noche inolvidable para el Maestro, la pasó tomando anotaciones de los relatos hechos por aquellos esclavos, muchos de los cuales no lo habían sido jamás, pues que eran originarios casi todos de las aldeas más apartadas en las montañas de la Celesiria, de Iturea, Traconitis, Madián, Idumea y Samaria.

Habían sido cazados como se cazan los gamos y los conejos, con la sola autoridad de la fuerza apoyada por los poderes reinantes, que tan complacientes se mostraban con los acaudalados magnates dueños de la situación.

No eran pues esclavos que hubiesen estado bajo las prescripciones de las leyes establecidas entonces para la condición de siervos con amos, que tuviesen derecho sobre ellos por herencia paterna o por haberlos comprado de acuerdo a la ley.

Era una indefensa majada humana atrapada en las selvas como a mansas bestias inermes, incapaces de hacer daño a sus cazadores.

Yhasua se informó al siguiente día que esta clase de cacería humana se venía practicando en Tiro desde muchos años atrás, y la tradición decía que Alejandro el Macedonio, en cuyo corazón había nobles principios, se vio como forzado a destruir la metrópoli Fenicia, por la perversa condición de sus magnates que maltrataban y sacrificaban sus esclavos, como no se hacía entonces en ninguna otra parte del mundo, sin que quisieran oír razonamiento alguno a ese respecto.

De todo esto resultó que el apoderado de Simónides en Tiro, contrató al capitán de la galera en la cual levantó el pabellón amarillo con estrella azul; la cargó de mercancías que debían conducir desde Tiro a Siracusa, Nápoles, Marsella y Valencia, y zarpó al siguiente día al anochecer.

La Santa Alianza por medio de sus caravanas, fue conduciendo poco a poco el doliente grupo de seres que conocemos a sus aldeas nativas, hasta quedar sólo diez y seis de la Traconitis y de Samaria, que fueron contratados por los capitanes de los navíos de Simónides para reforzar sus tripulaciones.

Así aniquiló el dolor el Maestro, con un soplo de su amor soberano sobre aquella porción de humanidad caída bajo la zarpa del feroz egoísmo de los hombres.

Mientras Yhasua curaba y consolaba a los enfermos y huérfanos del Torreón de Melkart, su corazón no descansaba porque todo el dolor humano que escapaba a su conocimiento, quedaba vivo y latente atormentando a los seres.

Y como desde las terrazas del vetusto castillo sorprendió la angustia de los esclavos llevados a la galera, permanecía largas horas semioculto entre las colgaduras que la hiedra había tendido de una almena a otra, como un dosel sombrío y rumoroso.

Desde su atalaya, como un centinela alerta vigilaba y pensaba. Veía destacarse los blancos palacetes de mármol en las mesetas de las montañas, cuyas faldas arrancaban desde la ciudad misma.

Simulaban a la distancia miniaturas de marfil escalonadas en las verdes colinas, cual si las poderosas manos de un mago las hubieran incrustado en el granito rosáceo de las montañas del Líbano.

Y en el fondo de los valles veía también el caserío de los humildes como bandadas de gaviotas escondidas entre espesas arboledas.

Hacia el sudeste distinguía el Valle de los Mausoleos, confundido casi con las ruinas de la antiquísima ciudad de Migdalel, que no resistió a la furia de Nabucodonosor cuando la toma de Tiro.

—Allí viven los triunfadores de la vida –decía el Maestro, contemplando los espléndidos palacios de los poderosos tirios–, casi todos ellos enriquecidos en el comercio de esclavos o con el incalificable abuso de los hombres de jornal.

"En el valle viven y sufren los humildes soportando todo el peso de la opulencia de los potentados, que sólo se acuerdan de ellos cuando tienen que estrujarlos entre sus garras, para que den el máximum de esfuerzo y de rendimiento.

"Y en este otro valle cercado de colinas horadadas, de grutas sepulcrales, descansan los despojos de los que ayer fueron poderosos y hoy no son más que cenizas.

"Pero aún vencidos por la muerte, quieren estar separados; los magnates en sus soberbios mausoleos, los humildes en cuevas abiertas en las montañas, donde las trepadoras y las margaritas les hacen amorosa compañía".

Un terapeuta cortó el hilo de sus meditaciones. Venía a llamarle de parte del Centurión de la guardia romana, que vigilaba desde los formidables torreones de la Fortaleza de Hiram.

El Maestro no había hablado aún públicamente, por lo cual le causó extrañeza verse solicitado por un militar romano.

—Un criado del Centurión –díjole el terapeuta–, tiene su madre que era paralítica, en este Torreón. Al curar a todos los enfermos, curaste también a ella. Su hijo llevó la noticia sin duda, y cuando el Centurión de la fortaleza te llama será por un caso de enfermedad grave.

—Vamos allá –contestó sin más el Maestro, bajando de la terraza.

— ¿Quieres mi compañía o buscarás al tío Jaime en los depósitos?

—Ya es el anochecer y no puedo tardar, porque él y Zebeo me esperan allí para cenar. Ven tú conmigo a la Fortaleza, si no tienes inconveniente.

—No, ninguno. Vamos. Está en esta misma dirección y al terminar el muro del puente, sólo a unos doscientos pasos de aquí.

El criado que debía guiarles, miró a Yhasua como podía mirar las imágenes de los dioses de la ciudad, inmóviles en sus altares de mármol y de oro.

— ¡Señor!..., tú curaste a mi madre de una parálisis de veinte años, y yo pido a los dioses una apoteosis de gloria para ti.

—Gracias, amigo –le contestó el Maestro–, pero no es hora todavía de glorificaciones sino de trabajos. ¿Sabes por qué me llama el Centurión de la Guardia?

—Se está muriendo su mujer, que ha dado a luz, anoche, dos niños contrahechos que parecen piltrafas dislocadas. Mi amo está desesperado, quería abrirse la garganta con su propia espada y yo le hablé del buen Profeta del Torreón de Melkart, y me mandó a buscarte.

"Apresúrate Señor si quieres encontrar viva a la madre, que de los niños no importa ya que son tan defectuosos que es preferible que mueran.

—No hablas con justicia, amigo mío –le dijo el Maestro andando tranquilamente–. Si el Dios Creador ha dado un soplo de vida a esos seres, ¿quiénes somos nosotros para desearles la muerte?

El criado calló por respeto, pero seguramente en su interior diría: "Si él los hubiera visto, no hablaría así".

Un momento después entraban a un pabellón bajo de la Fortaleza, donde el Centurión tenía sus habitaciones. Aquel hombre estaba tirado a medias sobre el lecho donde agonizaba su mujer, cuya lividez cadavérica indicaba la proximidad de la muerte. Algunas mujeres sollozaban desconsoladamente y un viejo médico trataba de reanimar a la moribunda haciéndole caer por gotas un elixir en los labios resecos.

El Maestro pidió que se apartaran todos de la habitación, quedando sólo el esposo, el terapeuta que le acompañaba y el anciano médico.

Tomó con gran cuidado los cuerpecitos deformes de los niños y los acostó al lado de la madre.

El Centurión con la esperanza de que un estupendo milagro le devolviera la vida de su esposa se había incorporado, y de pie al lado del Maestro, espiaba el moribundo rostro, en el cual aparecían ya bien marcadas las huellas de la muerte.

Yhasua tomó ambas manos de la enferma, y clavó su mirada como un rayo de fuego en aquella faz lívida y extenuada.

Pasados unos momentos que al Centurión le parecieron horas, aquel rostro fue cambiando de color poco a poco. Ya no presentaba aquel color cetrino de los cadáveres, sino un blanco mate que lentamente se iba coloreando de vida.

El marido la devoraba con los ojos pues percibía el cambio que se operaba en ella.

Los cuerpecitos deformes empezaron a inquietarse, como si ligeros movimientos convulsivos los agitaran.

Yhasua impasible como una estatua al exterior, irradiaba de su interior torrentes de energía y de vitalidad sobre aquellas tres criaturas humanas, que a no ser por su presencia allí, hubieran sido presas de la muerte antes de una hora.

Por fin los ojos de la enferma se abrieron y los cuerpecitos se aquietaron profundamente.

—Ahora, tu elixir terminará la curación –dijo Yhasua al viejo médico que no salía de su asombro.

—Dáselo tú, Profeta –díjole–, porque acaso tendrá así mayor eficacia.

El Maestro levantó la cabeza de la enferma y le hizo beber varios sorbos.

—Ponle los niños al pecho y que la vitalidad de la madre los reconforte y anime –dijo al esposo, que empezaba a creer que tenía ante sí un poderoso mago en cuyos portentos nunca había creído.

Los ojos azules y lánguidos de la madre se fijaron en los dos niñitos; luego miró a su marido..., y dos hilos de lágrimas empezaron a correr por sus mejillas pálidas.

—No llores más criatura de Dios porque su amor te ha visitado en esta hora en que te consagra sacerdotisa suya, puesto que eres una madre dichosa de dos hermosos niños que serán la alegría de tu hogar.

El Centurión se postró en tierra y se abrazó a Yhasua llorando a grandes sollozos.

— ¡Señor!... –le dijo cuando pudo hablar–, ¿qué hice yo para merecer que tú me devuelvas mi esposa y mis hijos?

—Si nada hubieras hecho hasta hoy, piensa en lo que harás en adelante, para demostrar a nuestro Dios misericordioso tu gratitud por sus dones –le contestó el Maestro haciéndole levantar.

Las mujeres que habían espiado desde fuera, entraron nuevamente y rodearon el lecho.

Era la madre de ella y dos criadas antiguas. Las tres miraban con gran asombro a Yhasua, y desenvolviendo los niños vieron que sus cuerpecitos no presentaban defecto ninguno.

— ¡Oh, qué hermosos y robustos! –exclamaba la abuela loca de alegría–. ¡Pero..., mi Señor!..., ¿qué hicisteis de los contrahechos que nacieron? Estos no son aquéllos.

Yhasua sonreía dulcemente, y oyendo los aspavientos de la anciana que corría de un lado a otro primero con un niño, luego con el otro acercándolos a la luz, para cerciorarse de que ambos estaban perfectamente formados. Luego miraba estupefacta a Yhasua, autor de tamaño prodigio.

— ¡Señor!... –le dijo por fin juntando las manos sobre el pecho–. Si eres un dios bajado a la tierra dilo de una vez, para que todos los hombres sepan que la dicha vendrá por fin sobre nosotros.

—Dios no baja ni sube, ni va ni viene, porque está en todas sus criaturas, mujer, como está en ti y en cuanto tiene vida sobre la tierra. Yo soy un mensajero suyo, que derramo sus dones en la medida que Él me lo permite –le contestó el Maestro–.

"Centurión –le dijo–, en otra parte me esperan y me voy. Mañana a la segunda hora vendré, para que me hagas ver tu agradecimiento al Dios misericordioso que te ha devuelto el calor de la familia.

— ¡Señor!..., yo soy pobre y sólo tengo lo que el César me paga por mis servicios.

—No hablo de oro, buen hombre. ¿Para qué quiero yo el oro del César?, quiero sólo la bondad de tu corazón y la justicia de tus actos. Por eso vendré mañana.

—Cuando quieras, mi Señor, cuando quieras, que yo y mi casa somos tuyos para toda la vida.

Yhasua salió seguido del terapeuta, dejando convencida a aquella familia de que un poderoso dios había entrado en su casa.

A la segunda hora de la mañana siguiente volvió acompañado del tío Jaime y de Zebeo a encontrarse con el Centurión, el cual le manifestó con grande alegría que su esposa y ambos niños se encontraban en estado normal, si bien aquella aún permanecía en el lecho. El Maestro les visitó nuevamente, recomendándoles con insistencia la gratitud al Señor por el don de la vida y la salud que les había hecho.

—Tanto amor como deis al Padre Celestial, tanto amor de Él recibiréis, porque el amor atrae al amor como un poderoso imán –les decía, acariciando a los pequeñines en su cunita, sobre la cual se detuvo unos momentos como embargado de un pensamiento fijo y profundo–.

"Es la hora de su redención –dijo, como hablando consigo mismo–. ¡La grandeza y poderío de Hiram y de Salomón pasaron como una sombra! ¡Hoy entran juntos en la vida por la puerta estrecha de los humildes! ¡El vértigo de las cumbres, trae consigo grandes cargas para el espíritu cautivo en la materia! ¡Dios da a los humildes la luz que niega a los soberbios!

Los familiares pensaron que el Maestro murmuraba una bendición sobre la cuna de los mellizos y no estaban equivocados, porque su amor que les había hecho posible la vida física, se desbordó sobre aquellos pequeños seres que dormían profundamente, ajenos a cuanto se obraba en torno de ellos.

—Señor –le dijo el Centurión–, me has dicho que sólo esperas de mí la bondad de mi corazón y la justicia de mis actos, pero no me has dado aún la oportunidad de probarlo.

—Ahora mismo te la daré –le contestó el Maestro–. Dime, ¿hasta dónde llega tu autoridad en esta Fortaleza?

—Vigilo sobre el orden y la seguridad en ella, sobre los prisioneros que guarda aquí el Estado, y a la vez mis hombres guardan el orden en la ciudad. ¿Qué deseas de mí, Profeta?

—Que me acompañes a visitar los prisioneros y que atiendas con bondad las quejas que seguramente te darán –le contestó el Maestro.

— ¿Por qué lo dices, Señor?

—Tú no acostumbras a visitarles, ¿verdad?

—Es verdad, sí Señor, porque el superior inmediato es el Conserje de las prisiones que depende del Tribuno gobernador de la Fortaleza, el cual está en viaje a Roma, y yo le reemplazo hasta su regreso.

"¿Tienes acaso alguna información al respecto? –preguntó el Centurión con cierta inquietud.

—Tú me has llamado Profeta –le contestó Yhasua–, y en efecto lo soy del Dios misericordioso que ha devuelto la vida a tu esposa y a tus hijos. Y teniendo en cuenta que en todos los presidios en que se dice cumplir justicia, se cometen grandes injusticias sin conocimiento quizá de los jefes de Estado, pienso que este presidio no será una excepción. Siempre es bueno, amigo mío, ver de cerca el dolor de los que padecen.

Este diálogo fue sostenido en el pabellón particular del Centurión.

— ¡Vamos, Señor, a las torres! –dijo mirando al tío Jaime y a Zebeo, cuya presencia parecía hacerle recelar un tanto.

—No desconfíes de ellos –díjole el Maestro–, porque son mis familiares.

Y después de recorrer pasillos y galerías llegaron a la parte central de la imponente Fortaleza, que era una verdadera ciudadela, inexpugnable al parecer.

Aumentaban el aspecto desolado y tétrico de aquel vetusto edificio, los búhos y los murciélagos que entraban y salían con entera libertad por los agujeros de los muros, que servían de mezquinas luceras para los calabozos.

—El presidio del rey Hiram de Tiro –dijo Yhasua–, puede competir bien con los del rey Salomón de Jerusalén. La Torre Antonia reconstruida por Herodes, no admite búhos ni murciélagos, pero tiene subsuelos desconocidos aún de los carceleros, y habitados por hombres y por toda especie de sabandijas.

Llegaron a la primera torre y el Centurión mandó abrirla.

Entraron a una especie de tubo de enormes dimensiones y en posición vertical. Alrededor se veían las puertas de los calabozos en tres órdenes sobrepuestos; seis en cada piso. Mirando hacia arriba, allá muy alto se veía como un disco azulado, el retazo de cielo que podía

contemplarse desde allí, pero imposible de ver para los habitantes de los calabozos.

— ¿Y a qué se debe esta visita en hora tan desusada? –preguntó el viejo Conserje, cuyo aspecto decía claro que no era un hombre de misericordia sino de látigo y de cadena.

—A que estos señores tienen una autorización especial –contestó secamente el Centurión.

— ¿Puedo verla? –preguntó nuevamente el Conserje.

—Con que yo la haya visto, basta –respondió el Centurión.

Los seis calabozos del piso bajo estaban ocupados por hombres de edad madura que llevaban allí largos años. Para el Conserje, todos eran hienas feroces, panteras, tigres, que ni aún merecían el mendrugo de pan negro que se les daba. Ninguno de aquellos infelices podía decir a ciencia cierta, qué tiempo llevaba de encierro. Habían perdido la cuenta que fueron llevando con puntos de carbón grabados en el muro. Algunos habían dado la vuelta al calabozo con hileras de puntos negros unos al lado de los otros.

Los seis presos estaban enfermos de reuma, a causa de la excesiva humedad del piso.

De las vestiduras no había que hablar. No eran vestidos, sino jirones de una tela ya sin color definido a fuerza de estar sucia.

— ¿Cuánto tiempo hace que cuidas estos calabozos, Conserje? –preguntó suavemente el Maestro.

—Va para once años –contestó el interrogado–. Y he cumplido las órdenes recibidas, al pie de la letra. Todos éstos, menos uno, estaban cuando yo vine.

— ¿Y no recibes orden de limpiar estos calabozos y cambiar de ropa a los presos? –volvió a preguntar el Maestro.

—Pero, señor mío –dijo el viejo Conserje–, ni el Tribuno gobernador me hizo tantas preguntas.

—Contesta y calla –díjole el Centurión–. El Tribuno representa al César y yo represento al Tribuno.

—Y yo fui puesto aquí por el rey –dijo el Conserje.

—El rey está subordinado a Roma –dijo nuevamente el Centurión.

—No riñan por tan poca cosa. Yo vengo en nombre de Dios, dueño de las vidas de los hombres, y busco sólo defender esas vidas –dijo el Maestro.

— ¿Eres un Profeta de Israel? –preguntó el Conserje.

—Tú lo has dicho –contestó Yhasua.

—Acaba de curar mi esposa y mis niños, que los tres agonizaban ayer –dijo el Centurión.

El Conserje abrió grandes ojos y quedó en silencio un momento. El Profeta Nazareno penetró en aquel pensamiento y le dijo:

—Si tu corazón fuera piadoso con tus semejantes y tuvieras fe en el Poder Supremo de Dios que me ha enviado, te curarías de la úlcera cancerosa que corroe tu estómago desde hace dos años.

El Conserje dio un grito como si hubiera visto un fantasma.

— ¡Oh, Señor!... –exclamó por fin–. Veo que tu Dios te ha hecho poderoso en obras y palabras. Manda, Señor, a tu siervo, que de hoy en más no haré sino lo que tú quieras. –Y el viejo Conserje extendía sus brazos hacia Yhasua, con todo el cargamento de llaves que llevaba en su cinturón.

—Ha sonado la hora de Dios para ti, Conserje –díjole el Maestro–, y por eso te digo que hoy quedas curado del mal de tu cuerpo y de la dureza de tu corazón.

El Conserje cayó de rodillas y gruesos lagrimones corrieron de sus ojos, mientras sus manos extendidas seguían entregando a Yhasua las llaves de los calabozos.

—Consérvalas tú, para que de hoy en adelante seas el mejor amigo de los prisioneros –le contestó.

— ¡No, Señor!..., ¡por piedad, Señor!..., no quiero yo permanecer ni un día más aquí, donde cada losa de estos pisos me recuerda la complicidad que tengo en todos los crímenes, injusticias y delitos que se vienen cometiendo desde hace once años.

Yhasua miró al Centurión que estaba espantado. El tío Jaime y Zebeo conmovidos profundamente por el dolor que entreveían en aquellos dos hombres cargados con la enorme responsabilidad. El uno había pecado con toda malicia, premeditación y voluntad. El otro por indiferencia y culpable despreocupación respecto del dolor de su prójimo.

—Confiad en él –decíales el tío Jaime–, y todo será arreglado satisfactoriamente para todos.

—Abre los seis calabozos, Conserje –dijo el Centurión–, y que los prisioneros vengan hacia el Profeta.

—No pueden andar por sus pies, Señor, porque todos están paralíticos –contestó el Conserje abriendo las puertas.

—Yo iré hacia ellos –dijo el Maestro, entrando resueltamente seguido por el tío Jaime, Zebeo y el Centurión.

Un espantoso vaho de pocilga de cerdos les recibió al entrar. No hay palabras para describir la inmundicia que rodeaba a un pobre ser humano con vida, tirado sobre un montón de paja.

—Id a los depósitos de la Santa Alianza y traed ropas inmediatamente –dijo el Maestro al oído del tío Jaime que salió con Zebeo.

El Centurión les dio la plaqueta de pase para que el guardia de la puerta les dejara salir y entrar libremente.

—La paz de Dios sea contigo, hermano mío –dijo el Maestro al prisionero.

—La paz de la muerte querrás decir –le contestó–, porque creo que el nuevo sol alumbrará mis huesos en el muladar.

—No será así, porque mi Dios me ha mandado para salvarte –dijo el Maestro, tomando las manos de aquel hombre que parecían garras por lo enflaquecidas y el largo de las uñas–.

“Si crees en el Poder Supremo del Dios que me envía a ti, quiero que seas curado y que la luz se haga en tu conciencia y en tu camino a seguir –le dijo el Maestro con energía y admirable serenidad.

El prisionero sufrió un fuerte estremecimiento y se puso de pie.

— ¡Dios te guarde, mago o Profeta..., que no sé lo que eres, pero me has curado! –gritó aquel hombre fuera de sí.

El Centurión permanecía absorto, inmóvil como una estatua.

El Conserje temblaba todo entero, como si un poderoso escalofrío le hubiera atacado de repente.

Con los otros prisioneros se obró de igual manera, a excepción del más joven de ellos, que no estaba reumático sino tuberculoso y al cual encontraron exánime entre la sangre del último vómito que había tenido.

Sus ojos hundidos y su respiración fatigosa y lenta indicaban que sus últimos momentos estaban llegando. Ardía de fiebre y un sudor copioso le bañaba el rostro. La piedad del Maestro desbordó sobre él. ¡Era tan joven!..., y era hermoso, aún con todos los rastros de su mal y de la muerte cercana.

Yhasua se tiró sobre la paja a su lado y le abrazó con infinita ternura.

— ¡Cree en el Poder de mi Dios –le dijo–, que aún puedo salvarte!

Y quitándose el paño blanco de su turbante, le fue limpiando la sangre que manchaba la cara, las manos, el pecho.

Luego juntó los labios a los del enfermo, y exhaló hálitos poderosos en que le transmitía su vitalidad como una inyección de fuerza, de energía, ¡de vida nueva! No tardó mucho en percibirse el cambio obrado en aquel pobre cuerpo arrancado a la muerte por el poder supremo del Cristo.

El tío Jaime y Zebeo llegaron cargados con dos fardos de ropa. Y Yhasua convencido de que los seis prisioneros estaban curados, mandó llevarles a las piscinas de la Fortaleza para higienizar aquellos cuerpos sobre los cuales había soplado el amor divino, que es vida, luz y esperanza.

Cuando fueron alimentados y vestidos, el Conserje tembloroso y lleno de miedo, confesó que los cinco hombres de más edad habían sido ricos comerciantes de Tiro, proveedores de los lujos y caprichos de las cortesanas favoritas del rey y de los príncipes y magnates. Como las cuentas hubieran subido a sumas fabulosas, las cortesanas convencieron a sus maridos, amigos o favoritos, de que aquellos comerciantes eran vulgares estafadores, piratas del comercio, asaltantes de los mercados y plazas, y se libraron de ellos encerrándoles en la Fortaleza con cadena

perpetua. Con una pequeña suma cada año compraban la complicidad del Conserje; el rey, los príncipes y el procurador romano, se habían repartido amistosamente las existencias de los comercios abandonados por sus dueños, que pasaban a la condición de prófugos que huían al ver descubiertas sus estafas.

El más joven, o sea el que estaba tuberculoso, era hijo de un príncipe, último vástago directo de los Seléucidas. Y a su padre viejo y enfermo, le hicieron creer que su hijo había huido con una cortesana del poderoso rey de Lidia en la opuesta orilla del Mediterráneo. Enfurecido el padre por la deshonra, desheredó al hijo y murió en la desesperación más espantosa, maldiciéndolo con todo el furor de su ira, y dejando su título y sus riquezas a dos sobrinos autores de esta espantosa combinación. Habían también pagado al Conserje por su silencio una buena cantidad.

—Has sido cómplice para el mal, estás obligado a serlo ahora para el bien –le dijo el Maestro–. Sólo a ese precio puedes obtener el perdón de tus culpas.

"Los que hace once años cometieron tan espantosos delitos, están ya heridos de muerte porque la justicia divina se cumple tarde o temprano. El rey Nabonid morirá de aquí a tres lunas, y los demás verán la nieve del invierno que está llegando, pero no verán maduros sus trigales en el próximo otoño.

"Tienes pues un año de expiación de tu culpa. Como ocultaste el crimen con tu silencio, ahora ocultarás la salvación de estos inocentes hasta que llegue la hora de quedarte libre de la cadena que tú mismo te has puesto.

"El Centurión velará por ti, y yo velaré por los dos en compensación a la obra de justicia que acabáis de realizar. Os doy mi palabra de que ningún mal os podrá sobrevenir. Y si tienes en la Fortaleza otros cautivos en parecidas condiciones, ya lo sabes, mi Dios ha curado tu mal en compensación anticipada del bien que harás en adelante.

"Mi hospedaje está en los almacenes de la Estrella Azul, en la explanada del segundo muelle, donde podéis buscarme si me necesitáis. Yo me llevo estos seis hombres cuya seguridad está en tu silencio. Si los que te indujeron al crimen te pagaron con oro, yo te llevo al bien y a la justicia, y Dios te ha pagado con la salud y la vida. ¿Has comprendido, Conserje?

—Sí, mi Señor..., ¡he comprendido! Mi mal era de muerte y tú me has librado de la muerte. Soy pues tu esclavo para toda la vida.

—Siervo de Dios debes decir, porque yo no busco ni quiero esclavos sino hombres libres con la santa libertad de los hijos de Dios.

Yhasua salió de la Fortaleza seguido de los seis cautivos por entre una fila de guardias que el Centurión mandó formar diciendo a sus hombres:

—Es un poderoso amigo de César que ha obtenido indulto para esos prisioneros.

La vida en la Fortaleza de Tiro, cambió desde ese momento, porque el Centurión y el Conserje cumplieron con su deber en cuanto a la alimentación, vestido y trato general de todos los encerrados allí.

— ¿Qué viento nuevo ha soplado en la Fortaleza –preguntaban los infelices cautivos–, que ahora nos dan buena comida, nos dejan ir a los baños y nos dan ropa limpia?

— ¿Habrá un nuevo César en Roma? ¿Habrá muerto el rey, y su heredero tendrá corazón dentro del pecho?

¿Habrá bajado a la tierra el Mesías que esperan los hijos de los Profetas de Israel?...

¡Había bajado, sí, el Hijo de Dios, y su amor soberano se desbordaba como un manantial sobre todos los que sufrían las injusticias humanas!

86
LA NAUMAQUIA

La numerosa población griega existente en la populosa Tiro, había llevado allí sus costumbres, sus cultos y su gusto por las grandes fiestas al aire libre, en los bosques o en el mar.

La dominación romana había impreso igualmente sus costumbres y gustos, y la alta sociedad de Tiro copiaba a la alta sociedad de Antioquía, con la cual pretendió rivalizar en fastuosidad y riqueza. Sobre todo la mujer, estaba completamente entregada al lujo y a la adoración de su propio cuerpo, en cuyo embellecimiento y adorno gastaba sumas enormes.

Observador y psicólogo por naturaleza, el Maestro se dio perfecta cuenta de estas características de la sociedad tiria; y pedía a Dios desde el fondo de su corazón, que le diese oportunidad de iluminar aquellas conciencias dormidas en el embrutecimiento de las diversiones y de los placeres.

Una tarde observó desde su atalaya en una terraza del Torreón de Melkart, que una de las avenidas principales de la ciudad era adornada con banderas y gallardetes de guirnaldas floridas y de frescas y flexibles palmas. Un ejército de criados y esclavos colocaban pilares para antorchas a todo lo largo de aquella espaciosa calle, que arrancaba de la gran plaza de la Fortaleza de Hiram y continuaba hacia el sudoeste hasta perderse de vista.

En varias de las grandes capitales dominadas por los romanos, se habían construido enormes estanques-circos, a los que llamaban Naumaquias. Por medio de acueductos llevaban hacia ellos agua del mar o

de los grandes ríos. Y como las carreras de cuadrigas con lujosos carros en los grandes circos para las fiestas populares, en la Naumaquia se simulaban combates de trirremes y pequeñas naves en las que cada competidor hacía desbordar el lujo y la fastuosidad. La Naumaquia de Tiro estaba muy cercana al mar y era de unas dimensiones y riqueza que podía muy bien rivalizar con las de Ostia, Capua y Antioquía.

El corazón del Maestro se oprimía dolorosamente ante el derroche de que hacían ostentación los grandes señores y las brillantes damas, mientras miraban con fría indiferencia a la muchedumbre anónima amontonada en los mercados, esperando como preciosos dones, los sobrantes de todas las ventas del día, cuando los mercaderes levantaban sus tiendas.

Y por la avenida engalanada de banderillas, gallardetes y antorchas, el desfile de literas encortinadas de púrpura y brocato, donde numerosos esclavos con las libreas de las casas en que servían, marchaban a paso de ceremonial, conduciendo a las grandes damas que con su presencia darían esplendor a la fiesta, y estímulo a los marinos matriculados como luchadores. Eran ocho trirremes, cuatro en cada bando.

Una voz interna y muy poderosa sentía el Maestro dentro de sí mismo, que parecía decirle:

—"Entre el tumultuoso enloquecimiento de la Naumaquia, serás necesario para salvar las víctimas del egoísmo y la soberbia de los hombres".

Yhasua bajó del Torreón y fue a la posada en busca del tío Jaime y de Zebeo.

— ¿Queréis acompañarme –les preguntó–, al combate de la Naumaquia?

— ¿Tú quieres ir a esa abominación pagana? –dijo el tío Jaime extrañado.

—Sí, tío Jaime. ¿No decís todos que soy Salvador de los hombres? Pues allí habrá muchos a quienes salvar.

El tío Jaime reflexionó un momento y comprendió que Yhasua tenía razón.

—Bien; vamos allá –contestó.

Y se encaminaron a lo largo de la gran avenida llena de concurrencia. La multitud no hablaba de otra cosa. Los conocedores o amigos de algunos tripulantes de las embarcaciones combatientes hacían apuestas por dinero, con tan grande entusiasmo, que arriesgaban sumas, que de perderlas dejarían sus hogares en triste estado de miseria y hambre.

Aquel desmedido alborozo era un verdadero enloquecimiento.

El Maestro que escuchaba las conversaciones que en torno suyo se hacían a gritos, meditaba sobre la triste condición de las muchedumbres,

que por falta de una orientación sabia y justa, hacían cada vez más profunda la fosa en que se iban enterrando.

—He aquí el delito espantoso de los dirigentes de pueblos, a los cuales se engaña con estos juegos brutales y salvajes, que no hacen sino excitar las bajas pasiones. Que las multitudes se diviertan y jueguen para que halagadas por la vida presente, no osen pensar, ni en el mañana cercano, ni el mañana de ultratumba –pensaba el joven Maestro, mientras caminaba confundido con la multitud.

Para la clara lucidez espiritual suya, debía resultar una horrible aberración humana que los poderes civiles dominantes se hubiesen ocupado con tanto afán de dotar a casi todas las ciudades importantes, de Circos, Naumaquias y Termas, con la finalidad que las varias formas de deportes, vigorizaran los cuerpos físicos, para tener en el futuro elementos de primer orden para las guerras de conquista, a que el mundo se había lanzado desde siglos atrás.

En cambio habían dejado a la iniciativa particular, el abrir modestas casas de estudio y de meditación, que en la Palestina y Siria se reducían a las sinagogas, que algunos buenos israelitas discípulos de los Profetas, habían abierto en su propia vivienda para los que sintieran la necesidad de alimentar su espíritu con ideales más superiores. Y el Maestro continuaba pensando:

—"Los lugares donde los hombres se ponen al nivel de las bestias, son creados por los poderes reinantes y mantenidos con una fastuosidad y lujo que espanta.

"Los santuarios de la Divina Sabiduría, están forzados a vivir sepultados en las grutas de las montañas, como si sus componentes fueran seres dañinos para la sociedad.

"¡Dañinos, sí!..., –decía el Maestro–, porque la Verdad Divina se difunde de ellos y si la Verdad de Dios llega a la conciencia de las masas, los esclavos romperán las cadenas, y las muchedumbres anularán la prepotencia de los que lucran y explotan la ignorancia humana..."

La muchedumbre de tanto en tanto se abría, para dar paso a alguna litera encortinada, llevada en peso por los esclavos y cortejada por uno o varios caballeros que ataviados a usanza romana, griega u oriental, caminaban junto a la portezuela por la cual asomaba a veces un bello brazo desnudo envuelto en ajorcas y brazaletes de oro y pedrería; o una cabeza de diosa llena de rizos, de nubes de encajes y alfileres de perlas.

Sucedió que al pasar una litera, uno de los esclavos que la conducía, sufrió un vértigo o mareo que lo hizo tambalear y por fin caer de rodillas sobre el pavimento de la calle, con lo cual la litera sufrió una fuerte sacudida y agudos gritos de mujeres asustadas salieron del interior. Uno

de los caballeros que la escoltaba, la emprendió a golpes de látigo con el esclavo caído.

El Maestro que llegaba, se interpuso entre el caballero y el esclavo, tomándole el puño levantado para asestar otro golpe y con gran serenidad le dijo:

— ¿No ves que ese hombre está enfermo y en peligro de muerte?

Apenas había pronunciado Yhasua estas palabras, cuando una oleada de sangre salió de la boca del infeliz esclavo que aún sostenía a medias con su hombro la vara de la litera.

Una cabeza de mujer asomó para decir a su mayordomo que caminaba a su lado:

—Apártalo a un lado y contrata otro para que sigamos.

El Maestro miró a aquella mujer.

—Y con éste que puede morir, ¿qué se hace? –le preguntó. La joven de la litera lo miró también.

—Por tu compasión para los esclavos, debes ser un profeta; si lo quieres te lo regalo –le dijo con toda naturalidad.

—Es un hermoso don que me haces, mujer. ¡Que Dios te lo pague!

El Maestro se inclinó sobre el esclavo al cual apartó de la litera y ayudado por el tío Jaime y Zebeo lo sentaron en un banco de la gran avenida.

La ola de sangre se había contenido. La mujer continuaba mirando con la cortinilla levantada; y en aquella mirada había estupor, asombro, curiosidad. Parecía querer adivinar el sentir de aquel hombre extraño que así se interesaba por un mísero esclavo.

Esta insistente mirada atrajo la mirada del joven Maestro que penetró al mundo interno de aquella joven mujer, que en el acto bajó la cortinilla y dio orden de seguir.

— ¡Aún no es tu hora!... –exclamó Yhasua como hablando consigo mismo–. ¡Aún no es tu hora!..., ¡pero ya llegará de tan impetuosa manera que será como un huracán desatado en la selva!...

— ¡Te has distraído, Yhasua, y el enfermo espera!... –díjole el tío Jaime. El Maestro que no había retirado las manos de su cabeza, contestó:

—Los infelices enfermos del alma, me hacen olvidar a veces los enfermos del cuerpo.

La mujer de la litera se perdió entre la muchedumbre. Era muy rubia, joven y hermosa.

Un año más tarde volvió a encontrarse con el Profeta al que regalara un esclavo moribundo, y comenzó a sentir fuertemente la necesidad de averiguar quién era aquel hombre joven, hermoso y que tenía en su continente y en su andar la majestad de un rey.

¡Quién le había de decir a ella, en aquel alegre y bullicioso anochecer

en Tiro, que dos años después buscaría con delirante anhelo a aquel hombre al cual seguiría con amor de locura hasta el pie del patíbulo, desde cuya altura caería la sangre del Mártir como lluvia de rubíes sobre sus cabellos de oro, cuajados entonces de perlas y de turquesas!

Una hora después la ola humana había pasado, y el pequeño grupo formado por el Maestro, el tío Jaime y Zebeo aún permanecía junto al esclavo que lentamente recuperaba las fuerzas.

La ruptura de un vaso le había producido la hemorragia que el Maestro contuvo a tiempo. El tío Jaime le llevó al recinto de la Santa Alianza donde se hospedaban, y Yhasua con Zebeo continuaron hacia la naumaquia que ya estaba convertida en un hormiguero humano.

Los competidores en el peligroso combate naval, estaban en el colmo de la exaltación; y las pasiones de la multitud les acompañaban, en su antagonismo y ambición de conquistar las enormes sumas ofrecidas por los organizadores del torneo, como premio al esfuerzo de los triunfadores.

Los capitanes y tripulantes de los trirremes luchadores, iban todos dispuestos aún a matar, si les era necesario para el triunfo.

Se jugaban allí la fortuna, el bienestar y hasta los medios de vida de los hogares modestos, en apuestas particulares hechas fuera del concurso.

—El afán del oro –decía el Maestro–, tiene enloquecidos a todos, a los grandes y a los pequeños.

"¿Es esto ser dirigentes de pueblos, o son ciegos, y van todos juntos al abismo?".

¡Cuán solo se encontraba el Maestro en medio de esta humanidad con la cual había cargado; y con el enorme sacrificio de abandonar su Reino de luz y de amor, de verdad y de justicia!

La inmensa mayoría de sus compatriotas, ignoraban su existencia, porque de saberla, le sería obstáculo en su camino.

Una pequeña porción de seres elegidos le comprendían y le secundaban en su obra.

Era pues como un extranjero en su país natal, y más extranjero aún en la ciudad fenicia de Tiro, cuyo mercantilismo tan extremado no dejaba lugar alguno a los pensamientos que no respondieran al afán de oro y de placer. Para todo eran indiferentes y fríos, como no fuera para el interés y el cálculo.

Comparaba a Tiro con Damasco, y la balanza se inclinaba hacia la bella capital árabe, donde el amor, la belleza y el arte aún dentro de su marco puramente humano, levantaban aquellos ardientes temperamentos a un nivel superior. Comprendió y valoró la obra civilizadora del viejo patriarca del desierto, Beth-Gamul, y su radiante pensamiento lo evocó sobre Tiro..., sobre aquella enorme multitud embrutecida por la ambición y el placer.

Pensó con amor en el Príncipe Melchor de Horeb, ese incansable apóstol de la verdad y la justicia, en la lejana Arabia de Piedra a orillas del Mar Rojo, entre las rocas mojadas por el llanto de Moisés desterrado.

Y el alma de Yhasua, emotiva y tiernísima, se expandió en amor hacia las pocas escogidas almas que vibraban al unísono de la suya.

El amor santo de su madre, de sus amigos de Jerusalén, de Betlehem, de los Santuarios Esenios, refrescaron su corazón como un rocío benéfico.

El amor de Judá y Faqui, de Simónides, de Noemí, de Thirsa y Nebai, eran a su alma dolorida como una corona de lirios del valle, y en voz muy queda murmuró:

— ¡Son las estrellas de mi reposo!... ¡Son los ángeles sembradores de rosas en mi camino de hombre!... ¡Benditos sean!

Tres agudas y potentes clarinadas cortaron los pensamientos del Maestro. Era la señal de que el combate empezaba.

El representante de Simónides en Tiro había conseguido sitios bien ubicados en el inmenso graderío que rodeaba el estanque, que era en realidad un lago redondo y amurallado. Se hallaban cercanos al gran balcón encortinado que podía dar cabida a trescientas personas, y que estaba ocupado por personajes del gobierno regional, y del poder romano, y por una nube de cortesanos y cortesanas que formaban la alta sociedad de Tiro.

Entre un grupo de doncellas vestidas a la griega y que bajo un quiosco de flores, tocaban arpas, laúdes y cítaras, Yhasua reconoció a la joven mujer que le había regalado el esclavo moribundo, una inmensa compasión por ella conmovió el corazón del Maestro. Y en su íntimo Yo, se esbozó esta idea:

"¡Infeliz!... ¡El amor de Abel en los valles del Éufrates, te redimió un día!... ¡Has vuelto a caer en la inconsciencia!... ¡Desventurada de ti, si en esta hora no te levantas de nuevo!..."

Un murmullo como de viento entre los árboles se sentía entre la muchedumbre, hasta que los trirremes empezaban a evolucionar para encontrarse frente a frente.

Un inmenso silencio de expectativa se hizo después.

El Maestro veía de cerca el esfuerzo titánico de los esclavos remeros, en la sombra de los pisos bajos de los barcos a donde sólo les llegaba la mezquina luz de agujeros practicados en la cubierta iluminada de antorchas, que producían un desbordamiento de claridad rojiza.

Yhasua recordó con inmenso dolor los tres años que el príncipe Judá había pasado como esclavo en una galera.

El agente de Simónides que estaba a su lado le decía:

—El remar horas y horas, no es nada, comparado con el peligro de muerte en que esos infelices están.

— ¿Por qué deben morir? –preguntó el Maestro.

—En estos tumultos, muchos esclavos se escaparon a nado por los acueductos, y antes de comenzar el combate les amarran de un pie con una cadena empotrada al maderamen del barco; y si éste se hunde, ni un esclavo se salva. Eso es seguro.

— ¡Infelices!..., ¡hasta allí ha llegado la iniquidad humana! –exclamó indignado el Maestro.

Desde ese momento ya no prestó más atención ni a la concurrencia, ni a los incidentes del combate, ni a las apuestas que seguían concertándose en torno suyo.

¡Sus ojos garzos dulcísimos no veían más que a los esclavos remando y con un pie amarrado por una cadena!...

De su poderosa alma de Hijo de Dios, se levantó un grito supremo que debió resonar en los cielos infinitos como una angustiosa llamada de auxilio. Y Zebeo le oyó murmurar:

—*"¡Si soy el Hijo de Dios, ninguno de ellos ha de perecer!... ¡Yo lo quiero!..., ¡yo lo ordeno!..., ¡yo lo mando, Padre mío, en tu Nombre!... ¡Son vidas que Tú me has dado para que florezcan en obras dignas de Ti!... ¡Yo lo quiero!..., ¡yo lo mando!..., ¡yo lo ordeno!..."*

Sus ojos entornados seguían con fija mirada el movimiento de los remos que castigaban acompasadamente las aguas. Zebeo lo miraba, encontrando en él la inmovilidad de una estatua. De pronto vio, al incierto resplandor de las antorchas y en el sitio de los remeros, la figura de Yhasua que parecía tocar a los infelices esclavos. Sólo dos de los trirremes luchadores quedaban cerca del sitio en que ellos estaban, pero al desfilar otros barcos llevados por las exigencias de la lucha, vio Zebeo en varios la misma figura blanca de Yhasua en la penumbra del casco de las naves. Y el cuerpo del Maestro seguía inmóvil con los ojos entornados mirando los remos que levantaban remolinos de espuma entre las agitadas aguas del lago.

Zebeo, lleno de estupor contemplaba el inaudito fenómeno. Por sus estudios del Santuario del Hermón, algo conocía de las fuerzas estupendas del espíritu humano que ha llegado a un alto grado de perfeccionamiento de sus facultades. Pero eso, parecíale sobrepasar a cuanto había leído en las viejas escrituras de los antiguos Profetas.

— ¡En verdad –murmuraba–, Dios ha bajado a la tierra en la persona de Yhasua de Nazareth!

La lucha continuaba tomando aspecto de barbarie y de salvajismo. Aquello no era un torneo como un deporte, eran piratas que luchaban por el oro ofrecido a los triunfadores.

Todos sabían que si perdían quedaban arruinados, y muchos de ellos reducidos por completo a la miseria.

La lucha era pues de vida o muerte. Los nervios no resistían más aquella lucha bravía y salvaje. Las escenas de abordaje adquirían aspectos espantosos. Los puñales y las hachas cortaban sogas, tronchaban mástiles, rompían velas, algunas cubiertas aparecían ardiendo en llamaradas; y del fondo de los barcos se percibía apenas en la sombra y el torbellino de las aguas, innumerables náufragos que se perdían en las negras bocas de acueductos y alcantarillas. La inmovilidad del Maestro continuaba, y el agente de Simónides y Zebeo se encontraban en duro aprieto, pues lo creían accidentado.

De pronto, los trirremes quedaron inmóviles por más que resonaban lúgubremente las campanas de llamadas de los pilotos, que ordenaban los movimientos de los remeros.

Los capitanes furiosos porque el combate no se había decidido aún, no sabían qué pensar y hacían inauditos esfuerzos por averiguar la causa de tan extraño acontecimiento.

El Maestro exhaló un gran suspiro y levantándose dijo a sus compañeros:

—Vamos, no tenemos ya nada que hacer aquí.

—Falta aún la terminación de los juegos y la apoteosis de los triunfadores –dijo el agente de Simónides.

—Los juegos han terminado –dijo el Maestro–, y esta vez no habrá apoteosis, porque sólo ha triunfado el Poder Divino, y esta muchedumbre no se ocupa de Él.

Y los tres salieron sin ser advertidos entre el tumulto y ensordecedor griterío de la muchedumbre, que pedía a gritos la terminación de los juegos. Todo Tiro estaba convulsionado al siguiente día, pues que nadie pudo averiguar cómo era que todos los remeros habían huido y por qué la anilla de su cadena había sido partida en dos pedazos.

Sólo Zebeo sabía el secreto que en secreto se lo refirió al tío Jaime, el cual lamentaba grandemente no haber acompañado a Yhasua a la Naumaquia donde Jehová había obrado tan estupenda manifestación de fuerza y de poder.

El Maestro y sus compañeros de viaje, ocuparon todo el día siguiente en recorrer las orillas de los acueductos en busca de los esclavos prófugos, para conducirlos al torreón de Melkart si estaban heridos, o al recinto de la Santa Alianza si habían escapado con vida y salud.

Los acueductos desembocan en el mar, y la costa brava y montañosa presentaba aspectos fragorosos y agrestes.

Los infelices huían como gamos perseguidos, y el primer día sólo encontraron cinco. Les dieron de comer y les dejaron en sus escondites con el encargo de convencer a sus compañeros de que no recibirían daño alguno ni serían entregados a sus amos.

El Maestro tuvo la idea de decirles que ya muy entrada la noche, se presentaran al contramaestre de los navíos que tenían pabellón amarillo y estrella azul, porque allí serían recibidos hasta nueva resolución.

El agente de Simónides que tenía orden de secundar las disposiciones del Profeta Nazareno, transmitió la consigna al personal de aquellos navíos, en cuyas bodegas se albergaron los infelices esclavos salvados de la muerte por el amor supremo del Cristo.

Todos aquellos esclavos, eran prisioneros de guerra de la Galia y del Danubio. Ningún derecho tenían sus actuales amos para retenerlos en tan mísera condición, una vez que sus respectivos países se habían sometido a los invasores romanos y pagaban fuertes tributos al César.

Era pues un deber de justicia restituirles a sus selvas nativas. Y diez días después, en dos galeras de la flota de Simónides, salían de Tiro con rumbo a las costas europeas para ser devueltos al país nativo.

No faltó quien hubiese creído ver en los trirremes la noche de los juegos, un fantasma blanco que rompía las anillas en el pie de los esclavos con la misma facilidad que si fueran de juncos, y los supersticiosos tirios juzgaron de inmediato que uno de los siete genios poderosos del terrible dios Marduk, rondaba por la ciudad de su dominio donde tantas iniquidades se cometían.

El joven Maestro no creyó oportuno manifestarse en público en Tiro, y sólo aceptó la invitación que un buen hijo de Abraham, amigo de Simónides, le hizo para hablar en su sinagoga particular cuantas veces quisiera.

El Centurión aquel a quien le curó la esposa y los dos hijitos, fue a visitarle a los almacenes “Estrella Azul” y le dio a entender que lo juzgaba autor del estupendo acontecimiento de la Naumaquia, pues que sólo él podía realizar una maravilla semejante.

—Si lo has comprendido así –le contestó el Maestro–, guárdalo en tu corazón te lo ruego, porque no hay aún en Tiro la comprensión suficiente para aceptar hechos que sobrepasan su capacidad. Me basta con que la lección les mantenga en temor, para no repetir en adelante esos bárbaros juegos, que no hacen sino excitar las bajas pasiones y provocar antagonismos de los unos para los otros.

87
LA SANTA ALIANZA EN TIRO

Tres días antes de aquel en que pensaba el Maestro regresar a Galilea, correspondía la asamblea mensual de los miembros de la Santa Alianza, cuyo principal dirigente era el mismo representante de Simónides. El Maestro estaba invitado a hablar.

Como es natural quiso ver de cerca los progresos espirituales y morales de sus adeptos.

Por los informes que recibió de los dirigentes, se dio perfecta cuenta de que eran poquísimos los atraídos por la enseñanza moral que se les daba. Eran éstos de la clase media, más mujeres que hombres y no pasaban de una veintena. En cambio eran numerosos, los que, junto con la enseñanza, recibían el socorro material consistente en comestibles y ropas.

—Ya estamos tocando el fracaso de nuestro buen Simónides –decía el Maestro a los dirigentes de la Santa Alianza en Tiro–. Yo le había anunciado esto, pero debemos persuadirnos que no es motivo para desaliento. Los espíritus de escasa evolución, necesitan ver la recompensa material al lado de la enseñanza moral.

"La falta de recursos materiales, es una prueba que sólo resisten sin claudicar las almas de grandes vuelos y de superiores energías, que saben encontrar en su propio Yo, los más grandes y fuertes estímulos para continuar su jornada subiendo siempre hacia la cumbre.

"No se puede pedir al gorrioncillo de nuestros valles, los vuelos gigantescos de las águilas.

"Lo que debe importarnos mucho, es que en agradecimiento al don recibido periódicamente, modifiquen sus costumbres haciéndose cada vez más dignos de la solicitud y cuidado de sus hermanos mayores.

A la segunda hora de la tarde designada, comenzaron a llegar los adeptos de la Santa Alianza, que siendo de la clase ínfima, no inspiraban recelo alguno a las autoridades, pues Simónides había informado que era un socorro particular que repartía entre los desposeídos de bienes materiales. Y estando ya ganada la voluntad del Centurión de la Guardia, menos había motivo para temer alguna represalia a reuniones tan numerosas.

Y los individuos de la clase media o adinerada que deseaban asistir, aparecían como comerciantes que acudían a retirar mercancía de los almacenes allí existentes.

Era aquella una reunión de más de cuatrocientas personas.

Y el Maestro les habló sobre esa misteriosa fuerza salvadora que llamamos Providencia de Dios.

—Hermanos de la Santa Alianza, a cuya sombra os cobijáis como bajo el manto de una madre.

"Yo soy un representante del Consejo de Jerusalén que vela por todos los que se han afiliado a esta hermandad, y será inmensa mi satisfacción si puedo llevar a mis hermanos del suelo natal el informe de vuestros progresos espirituales y morales.

"Vosotros sois la porción de humanidad que más cerca está de la Piedad y Misericordia Divina, a la cual podéis sentir en todos los instantes de vuestra vida, mediante la certeza que debéis adquirir de que su amorosa Providencia no descuida vuestras necesidades.

"El hombre acaudalado, que sabe sostenida y afianzada su vida sobre cimientos de oro, piensa poco o nada en esa gran Fuerza Creadora y Conservadora de la vida, que llamamos Providencia de Dios, nuestro Padre Celestial.

"Sois vosotros, amigos de la Santa Alianza, los que, si hoy tenéis lumbre encendida y el pan sobre la mesa, ignoráis si le tendréis mañana porque sólo os apoyáis en el esfuerzo grande o pequeño que hacéis por un mísero jornal diario. Para vosotros más que nadie, se derrama permanente en cada rayo de sol, en cada vibración de luz, en cada ráfaga de viento, esa omnipotente fuerza misericordiosa que transformaría en pan los guijarros del camino, si de otra forma no consiguierais vuestro alimento para cada día.

"En las numerosas leyendas y tradiciones que se han tejido alrededor de la personalidad de Moisés, el legislador hebreo, hay una, cuyo sentido oculto se adapta admirablemente a vosotros. Es aquella que refiere el mandato de Moisés de marcar todas las puertas de los hijos de Israel con la sangre del cordero que era costumbre comer en la fiesta de la Pascua.

"Viendo esta señal –dice la leyenda–, pasará de largo el ángel del Señor que vendrá a herir a los primogénitos de Egipto.

"Era Moisés gran conocedor de las características del pueblo que conducía, incapaz por entonces de apoyar su esperanza y su fe en lo que es invisible a los sentidos físicos. Y la fe inconsciente de aquel pueblo niño, se encendió y se afianzó en aquella señal de sangre que marcaba sus puertas.

"Quince siglos han pasado desde entonces, y vosotros no sois ya tan niños como el pueblo de Israel cautivo en Egipto, y no necesitáis una marca de sangre en vuestras puertas para saber que estáis protegidos por la omnipotente fuerza misericordiosa, que si os ha traído a la vida, es para que la viváis en paz y justicia, bajo el suave manto de su Ley Soberana.

“Moisés escribió para sus hermanos de raza, una ley que la inspiración divina materializó, digámoslo así, para ese pueblo en medio del cual bajaría el Verbo de Dios a enseñar a los hombres. Pero esa misma ley fue grabada por el Supremo Creador, en el corazón de cada hombre venido a la vida material; y esa ley es tan simple y sencilla que puede encerrarse en pocas palabras: No hagas a tus semejantes lo que no quieras que se haga contigo.

“Ley suprema y única, que la escritura mosaica ha subdividido y especificado en diez artículos que se han llamado Mandamientos, los cuales están encerrados como en un cofre de diamantes, en aquel eterno principio divino que todo hombre lleva en su corazón: No hagas a tus semejantes lo que no quieras que se haga contigo.

“Vamos ahora, amigos míos, a donde quiero llegar, llevándoos a todos vosotros conmigo.

“Si ajustáis vuestra vida a ese único principio eterno, y basáis vuestra fe y esperanza en Él, os digo en nombre del Dios Omnipotente que me asiste, que jamás os faltará lo necesario para vivir vuestra vida en paz y tranquilidad.

“Meditad y reflexionad continuamente, en el significado claro y sencillo del mandato eterno, y encontraréis en él toda la rectitud, toda la justicia, todo el bien que instintivamente busca el hombre desde que nace hasta que muere.

“En esas breves palabras: No hagas a tus semejantes lo que no quieras que se haga contigo, está condenado el despojo, el asesinato, la calumnia, la traición, el abuso de la fuerza, el engaño, la falsedad, y toda especie de daño causado a nuestros semejantes.

“No necesitáis, pues, ser israelitas para estar obligados a esta Ley Suprema y Eterna, porque nuestro Soberano Padre Creador, lo es de todos los seres con vida que pueblan los inconmensurables mundos del Universo. Y apenas han llegado las inteligencias a la edad del razonamiento, ya está dando voces internas en el fondo del corazón el eterno y divino principio: No hagas a tus semejantes lo que no quieras que se haga contigo.

“Tened asimismo en cuenta que todos los crímenes, delitos y abominaciones que acarrean a la vida humana la pléyade inmensa de dolores que la abruman, es por la falta de cumplimiento a ese eterno principio emanado de Dios.

“Ajustad pues, a esta sencilla enseñanza vuestra vida diaria, y yo os prometo en nombre de Dios nuestro Padre Omnipotente, que viviréis tranquilos y felices, descansando vuestro corazón en su amorosa Providencia, que si cuida de las avecillas del campo y de los insectos que viven libando flores, más aún cuidará de vosotros que podéis decirle con el alma asomada a los ojos buscándole en la inmensidad:

“¡Padre mío que estás en los cielos!... ¡He aquí tu hijo que espera y confía en Ti!

“Yo sé que hoy vivís confiados en la solicitud de la Santa Alianza, a la cual consideráis como vuestra madre, y que más de una vez anuda la zozobra en vuestro pecho, pensando que ella puede desaparecer. Si así fuera, otra forma tomaría la Providencia de Dios para vosotros, si os mantenéis dentro del eterno principio que os he enunciado, y que nuevamente repito, para que no lo olvidéis jamás: No hagas a tus semejantes lo que no quieras que se haga contigo.

“Quiero grabar a fuego en vuestros corazones la idea sublime y tiernísima de que todos somos hijos de Dios, y que Él es el más amante y piadoso de todos los padres. Y cometeríais un grave delito, si llegarais a pensar que Él os deja abandonados a las contingencias adversas de una azarosa vida mientras le buscáis, llamándole Padre en todos los días de vuestra existencia.

“Se ha vulgarizado la idea de que el dolor humano es un castigo de Dios, por el pecado de un matrimonio que marca el origen de una nueva Civilización: Adamú y Evana.

“Dios no castiga a nadie, ni puede su perfecta justicia aplicar penalidades a los hijos por las culpas de los padres, caso que las hubiera habido. Los dolores humanos son consecuencia de los errores humanos cometidos en una o en otra de las vidas sucesivas que nuestro espíritu inmortal vive, hasta alcanzar la purificación que le da derecho al Reino Eterno de dicha y amor, que nuestro Padre Universal nos tiene preparado.

“¿No es verdad, amigos míos, que cuando vosotros emprendéis un viaje tomáis la ruta que os han marcado para llegar con felicidad a vuestro destino?

“Y si por un gusto o una curiosidad o un capricho, dejáis aquel camino y tomáis otro, ¿a quién culparéis sino a vosotros mismos si os extraviáis, si caéis en un precipicio, o tenéis que afrontar espantosa lucha con las fieras?

“Nuestra vida física no es otra cosa que un viaje, para el cual nuestro bondadoso Padre, nuestro Dios Amor, nos ha marcado el camino en el eterno principio que tanto os he mencionado hoy.

“La desventurada humanidad, ha vivido y vive olvidada en absoluto de ese principio eterno, que le marca el viaje feliz hacia el Reino inmortal y dichoso de su Padre. ¿A quién ha de culpar de sus dolores? ¿Es Dios que la castiga o es ella misma, que obrando fuera de ley, se carga con las terribles consecuencias de su rebelión contra la Ley?

“La Santa Alianza a la cual pertenecéis, ha orientado sus actividades y sus ideales hacia ese código tan sublime en su sencillez, y que no obstante abarca cuanto de bien y de justicia puede concebir la mentalidad

humana en este planeta, y saciar los anhelos de santa felicidad que vibran al unísono en todos los corazones.

"Y si cada afiliado a la Santa Alianza, enciende su lamparilla en este principio inmortal de la Ley Divina y busca con afán nuevos adherentes, pronto tendremos nuestras muchedumbres bogando en un mar de suaves claridades, donde florecerá el amor y la paz con exuberancia de jardines primaverales.

"Amad a la Santa Alianza, no tan solo por el socorro material que recibís de ella, sino más aún porque es para vosotros un faro, que en los mares turbulentos de la vida, os marca el rumbo seguro que os llevará a la dicha eterna del Reino de Dios.

"Amigos queridos de mi corazón: bendecid vuestra pobreza, porque ella os congrega en este santo recinto donde encontráis a vuestro Padre Celestial flotando como un reflejo de amor, de paz y de sosiego para vuestras almas, atormentadas a veces por la incertidumbre del mañana.

"Yo quiero aniquilar para siempre ese duro tormento en vosotros.

"¿Puede acaso tenerlo el hijo sintiendo el abrazo estrecho del padre que le trajo a la vida, y que le ama sobre todas las cosas?

"¿Puede sentir temores el parvulito a quien tiene la madre en su regazo?

"¿Puede abrigar temores la esposa que siente, apoyado a su espalda, el brazo fuerte del compañero de su vida?

"¡Mucho más fuerte que padre, madre y compañero, es el brazo omnipotente de nuestro Soberano Creador, que jamás deja abandonada una criatura suya, cuando ella se acoge a su piedad infinita y a la justicia de su Ley Eterna!

"Y para terminar esta confidencia con vosotros, el Profeta de Nazareth, vuestro hermano, os transmite el pensamiento del Padre Celestial que os dice:

"Quiero que todas vuestras enfermedades físicas sean sanas desde este momento".

"Quiero que vuestras zozobras e inquietudes, vuestras torturas morales y materiales sean calmadas, como sosiego las tempestades del mar y la furia de los vientos".

"Quiero que vuestras ofensas y agravios recíprocos os sean perdonados y olvidados, en las suaves vibraciones de la tolerancia y la concordia".

"Quiero que vuestras deudas materiales, imposibles de pagar por absoluta falta de medios, sean borradas para siempre con el agua clara de la justicia, que nada se puede exigir, al que nada posee".

"Y si alguno de vuestros seres queridos estuviere encarcelado, hoy

le quiero libre y feliz en medio de los suyos, porque Yo soy el Padre Universal, dueño de las vidas de los hombres".

"Así habla nuestro Dios-Amor al fondo de mi corazón en este día de paz y de gloria, que es para vosotros el gran Jubileo del Perdón, que la ordenanza de Moisés marcó a su pueblo, de cincuenta en cincuenta años.

"Amigos de la Santa Alianza, bendigamos todos juntos a la Bondad Infinita de nuestro Padre, que nos permite darnos el abrazo fraternal y decirnos unos a los otros desde lo hondo de nuestro corazón:

"¡Paz, Esperanza y Amor sobre todos los seres!".

Aquella multitud había ido cayendo de rodillas poco a poco, como si un profundo sentimiento de adoración al Supremo Creador, les obligara a prosternarse con el alma y con el cuerpo, ante la Divina Majestad que así les colmaba de bienes.

Y la esbelta figura del Maestro, erguida en medio de todos, con sus ojos inundados de infinito amor, irradiaba de sí la intensa luz espiritual que se desbordaba sobre él como un torrente desde el mundo de los Amadores, de donde había bajado para salvar a todos los hombres.

Nadie quería retirarse. ¡Ninguno quería partir de aquel santo lugar, donde se percibía claramente la Bondad Divina cerniéndose como una caricia materna sobre todas las frentes inclinadas a la oración!

Viendo el Maestro que nadie comenzaba a retirarse, con su alma llena de compasión y de ternura, les dijo:

—El pan de Dios ha saciado vuestro espíritu. Es hora de que recibáis el don material para alimentar vuestros cuerpos. Idos en paz a vuestros hogares, que también allá encontraréis al Padre Celestial.

Las mujeres y los niños le rodearon para besar la orla de su manto blanco. Yhasua levantó en brazos a un pequeñito de dos años que se apretaba a sus rodillas, y besándole tiernamente le levantó en alto y dijo a la muchedumbre:

—Como a este pequeñito, os estrecho a todos sobre mi corazón y os digo: ¡Estaré siempre con vosotros! ¡Hasta luego!

Entregó el pequeñito a su madre y por una pequeña puerta lateral salió del recinto para que la multitud se decidiera a retirarse.

88
EN LA SINAGOGA DE JOSAPHAT

En la sinagoga llamada de Josaphat, nombre de su antiguo fundador y una de las más concurridas de Tiro, el Maestro habló varias veces y como su auditorio allí era puramente israelita, les enseñó la verdadera interpretación que debían dar a la llamada Ley de Moisés, en cuya denominación incluían maliciosamente los doctores de Israel, todas las numerosas ordenanzas y prescripciones que se leen en el Deuteronomio, y cuyo carácter es judicial, administrativo, comercial e higiénico.

—*La verdadera Ley de Moisés* –decíales el Maestro–, *son los diez mandamientos de las Tablas, los cuales concuerdan en absoluta armonía con la Eterna Ley, que llevamos grabada todos los hombres en nuestro propio Yo íntimo.*

"Todo lo demás son simples prescripciones tendientes a guardar el orden, la limpieza, las medidas higiénicas, que evitan enfermedades, contagios y epidemias. Pero los israelitas en general, dais mayor importancia a todo este catafalco de ordenanzas y descuidáis el principio fundamental de la Ley: "No hagas a tus semejantes lo que no quieras que se haga contigo".

"Os causa horror comer carne de determinados animales que las ordenanzas dan como dañinos a la salud; y veis como natural y justo, matar a pedradas a uno de vuestros semejantes por haber sido encontrado en falta.

"Veis con espanto que sean descuidadas las abluciones marcadas por las ordenanzas y las diversas purificaciones del cuerpo, y no os espanta enlodar vuestra alma con el atropello a los derechos del prójimo, todo lo cual está condenado por la Ley Divina.

"La Ley de Dios es una sola, eterna e inmutable, y tiene la finalidad de hacer al hombre justo y bueno, un verdadero hermano para su semejante. Las ordenanzas civiles, judiciales, medicinales e higiénicas, pueden ser muchas según las necesidades, climas y épocas, pero ellas no deben afectar ni rozar siquiera la Ley Suprema de Dios, pues que entonces, en vez de ser constructivas son destructoras y traen a la larga, el estancamiento en el progreso moral y espiritual de los seres.

"De pocas personalidades de la antigüedad, se ha hecho el mal uso que de la doctrina y personalidad de Moisés. O acaso lo vemos así, los que formamos hoy entre el pueblo que fue su pueblo.

"Es una triste condición humana, propia sólo de la inferioridad y de la inconsciencia, el poner sombras en lo que es claridad, el arrojar

manchas de betún sobre la blancura de la nieve; el salpicar de lodo las vestimentas blancas, y enturbiar las aguas claras de manantiales benditos.

"¿Quién puede reconocer en el espantoso y cruel separatismo de castas en la India de Krishna, la pura y elevada filosofía suya que decía: "No cometáis el delito de la separatividad, porque todos somos uno en el infinito seno de Atmán?".

"¿Quién encontrará, en la egolatría y deslumbrante lujo de los príncipes y poderosos del lejano oriente, en los países de religión budista..., el desprendimiento de Siddhartha Sakya-Muni, el Buda, que renunció a un poderoso reino, para consagrarse al dolor de los desposeídos y de los hambrientos?

"Es deber vuestro, mosaístas que me escucháis, el volver valientemente por la honra de vuestro legislador Moisés, cuyo nombre ha sido fieramente enlodado por la inconsciencia de los que se llaman sus seguidores.

"La investigación, el estudio, el noble anhelo de la verdad, deben ser vuestras armas en una gloriosa campaña, para hacer surgir de entre el pantano en que fue arrojada, la doctrina y la personalidad de Moisés.

"Hay actualmente un hombre que es apóstol de la Verdad en la ciudad de Alejandría: el Maestro Filón, que ha consagrado su vida a esta gloriosa campaña que os insinúo, en favor de la depuración de la filosofía mosaica. Le secunda en sus esfuerzos el príncipe Melchor de Horeb, mosaísta ilustre, que en continuados viajes de estudio ha encontrado preciosos elementos comprobatorios de las transformaciones que la ignorancia y la inconsciencia humana han realizado en la obra civilizadora de Moisés.

"Y a fin de dar forma definida y práctica a vuestro anhelo de conocimiento y de verdad, escoged de entre vosotros, tres o cuatro de los más capacitados y enviadles a la Escuela del Maestro Filón en Alejandría, a escuchar su enseñanza y revisar la abundante documentación que en sus archivos se guardan referente a los escritos y enseñanzas de Moisés.

"Entonces comprobaréis que el Moisés de vuestro Pentateuco mosaico no es sino una sombra, una triste caricatura del Moisés verdadero.

"Entonces realizaréis una magnífica obra cultural y de mejoramiento social de vuestro pueblo, de vuestra raza, de vuestra nación que difundida profusamente por Asia, Europa y África, va llevando su fe en un Dios Creador Único, es cierto, pero va llevando también sus errores y la desastrosa tergiversación de los claros principios de Moisés, basados en la inmutable y divina Ley que recibiera por inspiración de los cielos de Dios.

"En vuestro Pentateuco mosaico, no aparecieron nunca los diálogos de Moisés con Aelohin, con Shamed, con Ariel; Inteligencias sutilísimas... Serafines de luz del cielo de los Amadores, que le esbozaban las grandiosas concepciones de la Eterna Inteligencia, y las creaciones sublimes de su Amor Soberano. No aparecieron tampoco las tiernas y a la vez profundas confidencias de Moisés con su discípulo íntimo Essen, el cual escribió fielmente cuanto oyó de los labios de su Maestro. Ni los relatos de Jetro Patriarca de Madián, ni los de Séfora, hija del Patriarca; y acaso no habréis oído ni mencionar, el poema tiernísimo que escucharon los ángeles de Dios, vaciarse como una copa de miel del corazón de Moisés, en el de su madre la princesa egipcia Thimetis, de quien se veía separado por ocultar el misterio de su nacimiento.

"Si os llamáis mosaístas, sedlo de verdad y conscientes de vuestro deber, de salvaguardar de errores, vuestra doctrina y vuestra ley.

"Este apostolado de verdad y de reivindicación que os enumero es inmenso, y trae consigo la seguridad de luchas terribles con los que traen a Moisés en los labios pero no en el corazón. Si os sentís con fuerza para afrontar esa lucha, ¡adelante!..., ¡yo estoy con vosotros!

"Si no, a lo menos buscad para vosotros mismos la luz que en la Escuela de Alejandría podéis adquirir, y en vuestros archivos particulares guardadla hasta mejores tiempos.

"La Bondad y el Amor Divino, desbordarán sobre aquellos que se constituyan apóstoles de la Verdad y del Bien".

No bien hubo terminado Yhasua su discurso, cuando el dueño de la sinagoga, a quien llamaban el Profeta Nahum por sus facultades clarividentes, se acercó a él y con gran emoción le dijo:

— ¡Señor!..., la luz de Dios ha bajado hasta mí y hoy sé lo que no sabía ayer. El Mesías anunciado por los Profetas está en medio de nosotros. ¿Cómo desoiremos tu palabra si ella nos abre la senda de la verdad?

—Guárdalo en tu corazón, Nahum, pero encamina tus pensamientos y tus obras en concordancia conmigo –le contestó el Maestro.

Y un momento después escribió una epístola de recomendación para que Nahum se presentara con sus íntimos en la Escuela de Filón en Alejandría, y le fuera facilitado el sacar copias de los verdaderos escritos de Moisés. Le dio también recomendaciones para el Gran Santuario de Moab, donde se conservaban las Escrituras de Essen, discípulo íntimo de Moisés.

La lúcida y sutil clarividencia del joven Maestro, le permitió ver que el buen israelita Nahum, le venía siguiendo de cerca desde lejanas edades. Le vio fracasado en diversas épocas por su debilidad de carácter y en un aparte con él se lo dijo, prometiéndole ayudarle eficazmente para que no le ocurriera lo mismo en esta oportunidad.

Así terminó el Profeta Nazareno su estadía en la ciudad de Tiro, donde se embarcó en un anochecer en uno de los navíos de Simónides que zarpaba con rumbo al sur, y desembarcó en Tolemaida para seguir por el camino de las caravanas hasta Nazareth.

89
EN LA CASA PATERNA

Los ángeles de Dios y el tío Jaime, fueron testigos del divino poema de amor, de ternura, de suavidad infinita que tuvo lugar en la vieja casa de Yhosep, a la llegada del Maestro junto a su madre.

La humanidad terrestre, equivocada siempre en sus ideas y conceptos, abriga y sostiene la idea de que cuanto más grande es un ser, más desprendido se encuentra de aquellos a los cuales la Ley Eterna le unió por los vínculos de la sangre. Es uno de los graves errores, que la vida íntima del Cristo viene a destruir con la verdad razonada y lógica con que acostumbramos a comprobar todas nuestras afirmaciones.

Si el Amor es la Ley suprema y universal que gobierna a los mundos y los seres, lógicamente debemos suponer, que las más grandes y puras Inteligencias, son las que sienten con mayor intensidad los divinos efluvios del Amor. Ellos, inmensamente más que el resto de los seres perciben las vibraciones del Divino Amor, que se apodera de cada alma en la medida que ellas pueden asimilar y resistir. Es el Amor Eterno como un desbordante manantial de purísimas aguas, que constantemente se derrama sobre todos los mundos y sobre todos los seres.

Figurémonos que todas las almas encarnadas y desencarnadas, somos vasos o ánforas o fuentes de cristal y de ámbar, suspendidas entre el cielo y la tierra, en espera de la divina corriente de Amor que viene de la inconmensurable inmensidad de Dios. La diferente evolución de los seres, es lo que marca por ley, la capacidad de cada alma para recibir, asimilar y unirse a esa gran fuerza creadora que llamamos Amor.

Y así debemos comprender que las almas pequeñas y primitivas son como diminutos vasos para recibir el Amor. Las más adelantadas, son ánforas de mayor capacidad; las más superiores son fuentes abiertas a los cielos del Amor y de la Luz; y las hay tan sensibles y grandes en su inmensa capacidad de Amor, que pasan sus vidas terrestres o su vida en el espacio, en un continuo desbordamiento de Amor. Y por la ley de su mismo excelso y puro estado espiritual, Yhasua de Nazareth, encarnación de Cristo o Mesías de esta humanidad, culminó y llenó la medida del amor más intenso a que puede llegar una inteligencia encarnada en esta tierra.

Según esta lógica irresistible, bien podemos afirmar que el Amor, es la pauta que marca la mayor o menor evolución de un ser. No debe creerse sin embargo, que se habla aquí de esas apasionadas manifestaciones que no pueden ni deben calificarse de amor, sino de deseo sensual, que es una de las formas del instinto puramente animal, más desarrollado en los seres cuanto más inferiores son.

El Amor de que aquí se habla, es un sentimiento profundo, irresistible, que da a las almas grandes la capacidad de hacer sacrificios heroicos por otras almas, numerosas o reducidas, que la Eterna Ley pone en su camino.

El Amor verdadero es uno solo, que toma diversos y variados aspectos. Amor es el de la madre que se siente capaz de morir en cada instante de su vida, por el bien del hijo de sus entrañas. Amor es el de la hija, el hermano, los esposos que se sienten capaces de todos los sacrificios por los seres amados.

Siendo esto así, ¿podemos admitir ni por un momento, que Yhasua de Nazareth, encarnación del Cristo Divino en esa hora, pudiera ser el hombre frío, indiferente, desamorado para sus familiares y aún para su madre, como hacen aparecer algunos pasajes de los cronistas de su vida?

La lógica nos autoriza y manda suponer, que el Amor en el Cristo llegó a tales intensidades y heroísmos, que ninguna otra alma en la tierra puede alcanzar en la actual evolución de esta humanidad.

Cuanto imagine o conciba nuestra mente en la capacidad de Amor del Cristo, será mezquino y pobre comparado con la realidad.

¿Es por eso que la humanidad tarda tanto en comprenderle y conocerle? Ella tan mezquina, tan pobre, tan egoísta, que todo lo quiere para sí, y sólo piensa en sí misma, ¿puede acaso imaginar el abismo de Amor, de un alma que se olvida en absoluto de sí misma, para pensar en los demás?...

¡Son alturas éstas, que a los pequeños nos producen vértigos!

¡Son cumbres tan lejanas aún de nosotros!, que la mente se ofusca y sólo acertamos a decir: ¡Oh, locuras sublimes del Amor Divino!

* * *

— ¡Hijo mío!... –exclamó la dulce madre abrazándolo tiernamente–. ¡Ya me parecía morir sin volver a verte!...

— ¡Todavía no, madre!... Aún tienes mucha vida por delante –le contestó él conduciéndola al estrado del cenáculo.

—Ya ves, hermana mía, que he sido fiel a tu encargo –añadía el tío Jaime–. ¡Yhasua vuelve a tu lado, sin que nadie haya tocado ni un cabello de su cabeza!

Y la amante madre..., sin poder hablar casi por la fuerte emoción que sufría, recorría con su mirada llena de amor la persona de su hijo desde la cabeza a los pies, como queriendo convencer a su propio corazón de que él no había sufrido dolor alguno lejos de ella.

Y así que hubo pasado el primer éxtasis de amor de la madre y el hijo, vinieron las confidencias de cada corazón vaciándose en el corazón amado.

¡Cuánta zozobra y ansiedad, había sufrido Myriam por la suerte de su hijo ausente!

Sus familiares la llenaban de temores, haciéndole ver demasiado audaz y peligroso el camino emprendido por su hijo. ¿No podía concretarse él, a enseñar la Ley y las Sagradas Escrituras en su tierra natal, sin causar torturas a su madre con sus largas ausencias?

¿Qué Profeta era éste, que buscaba ciudades paganas, idólatras, donde se vivía entre todas las abominaciones e iniquidades imaginables?

¡Tiberias, Cesarea de Filipo, Damasco y Tiro!... ¡La hez y borra, el lodo más negro que rodeaba al país de Israel! ¿Qué Profeta era ese? ¿Cómo podía mantener su vida recta y sus costumbres puras según la Ley, si se lanzaba sin miedo a ese mar de vicios..., a ese lodazal de iniquidad?

—Tu hijo, Myriam –le decían–, acabará por ser un renegado, que comerá carne de animales inmundos, olvidará el sábado, olvidará los mandatos de la Ley entre gentes de mal vivir y mujerzuelas paganas, desvergonzadas y engañadoras!...

— ¡Desventurada madre, eres tú, pobre Myriam, con ese hijo enloquecido por el profetismo!...

Y este largo y repetido murmullo de los familiares, caía como riego de plomo candente en el tierno corazón de la madre.

Pero un día llegaron epístolas de Jerusalén, que cambiaron el prisma por donde le hacían mirar la vida misionera de su hijo.

La viuda e hijos del príncipe Ithamar, el incomparable Anciano Simónides, su parienta Lía, José de Arimathea y Nicodemus, todos ellos que tanto amaban y comprendían a Yhasua, la consolaban con misivas como ésta: “¡Madre bienaventurada que verás a la humanidad tender sus brazos pidiendo a tu hijo la salvación y la vida!

“Su grandeza extraordinaria va dejando un rastro de luz, de paz y de dicha por donde va pasando. Tiberias dormida en sus placeres se ha despertado para preguntar: ¿quién es?

“En Cesarea de Filipo, enloquecida por una nieta de Herodes, ha devuelto la paz a numerosos hogares, diezmados por sus corrupciones, y también pregunta: ¿quién es?

“Damasco, la poderosa reina del desierto, ante la grandeza de los

poderes del Profeta Nazareno, se ha erguido en su lecho de arenas doradas y lagos de turquesa, para preguntar ansiosamente: ¿quién es?

"Y Tiro, la legendaria ondina del mar, la realidad grandiosa de los sueños del rey Hiram, se ha levantado en su carroza de espuma, entre el flamear de los pabellones de sus flotas y sus bosques de mástiles y de velas, y sus montes coronados de nieve para preguntar: ¿quién es?... ¿Quién es ese hombre extraordinario que arranca su presa a las enfermedades, a los presidios y calabozos, y hasta a la muerte misma?

"¡Oh, madre bienaventurada y feliz!" –decían las epístolas que llegaban hasta Myriam desde Jerusalén.

Mas, también añadían:

"La grandeza de tu hijo, ha comenzado a despertar recelos en la alta clase sacerdotal, y el pontífice ha enviado mensajeros a la familia del príncipe Ithamar preguntando también, ¿quién es el joven nazareno que ha curado todos los leprosos del Cerro del Mal Consejo?

"Y la prudente y discreta Noemí ha contestado: "Que es un joven médico, discípulo de los terapeutas, que ha hecho grandes estudios en las Escuelas del judío Filón de Alejandría".

"Y a José de Arimathea y a Nicodemus, doctores de la Ley, el alto clero judío les ha preguntado por qué ese joven rabí, no acude al Gran Colegio y al pontífice y príncipes de los sacerdotes, para graduarse en las ciencias sagradas y formar con ellos las preclaras filas de los conductores de Israel.

"Y ellos han contestado que el joven nazareno, quiere seguir el camino en el llano, como los terapeutas peregrinos, consolando a las muchedumbres afligidas por la miseria, y enseñando la Ley de Dios en las aldeas y pueblos a donde menos llega la palabra divina".

Todo este pequeño mundo de sus emociones, vació Myriam en el alma de su hijo para desahogar la suya, que se había visto agitada por corrientes adversas y encontradas.

Cuando ella le hubo referido cuanto conturbaba su corazón y dado a leer las epístolas que en su ausencia había recibido, el gran hijo que era su dicha, su gloria y su martirio, le dijo dulcemente:

—Por encima de todo esto, madre mía, flota la Luz Divina y la soberana voluntad de Dios marcándonos el camino que cada uno debemos seguir.

"Bienaventurados nosotros, si inflexibles a los comentarios adversos o favorables, no nos desviamos ni una línea de aquello que su infinita Sabiduría nos ha señalado.

"Vive en paz y quietud, madre mía, descansando en el amoroso regazo de nuestro Padre común, y rogándole cada día que se cumpla en nosotros su soberana Voluntad.

“Ahora, quiero partir el pan contigo y beber ambos de la misma copa el jugo de la vid.

“¿Qué significa esto en nuestra raza, madre mía?”.

—Que tú y yo nos amamos como si fuéramos una sola alma y un solo corazón –contestó la madre, con el alma rebosando felicidad.

Unos momentos después, rodeaban la mesa del viejo hogar de Yhosep: Myriam, Yhasua y el tío Jaime, pues era la primera comida juntos después del regreso, y esa debía realizarse en la dichosa soledad de los más grandes amores.

Veinte días pasó Yhasua en la quietud del hogar paterno, viviendo de recuerdos y de esperanzas.

En aquella hermosa y plácida soledad, continuaba preparándose para la gran batalla final con el egoísmo y la ignorancia, con los fanatismos de toda especie, y con los grandes dolores de un pueblo agobiado por los impuestos y por las injusticias de los poderes reinantes.

Se hallaban en pleno invierno, y buscó de inmediato a los representantes de la Santa Alianza en las ciudades galileas, para informarse por sí mismo, si cumplían con los pobres ancianos y huérfanos las obras de misericordia que les estaban encomendadas.

Recibió afablemente la visita de los familiares, cuyas murmuraciones tanto habían atormentado a su madre durante su ausencia.

—Ahora, ya serás para siempre nuestro Profeta, ¿verdad, Yhasua? –decíale una abuela egoísta que sintiendo calmados todos sus dolores y achaques en presencia del Maestro, quería que él no se ocupase sino de remediarla. Era la suegra de su hermanastro Matías que había dado a la achacosa anciana una porción de nietos.

A ella hicieron coro en las quejas y peticiones, otros de la numerosa parentela de Myriam y de Yhosep, y casi todos en el sentido de que Yhasua no debía alejarse de Galilea, que siendo despreciada por los judíos de Jerusalén, considerados como la crema de la aristocracia israelita, debía él engrandecerla y glorificarla con los poderes y dones que había recibido de Jehová.

— ¿Qué ganamos nosotros –le preguntaban–, conque tú realices grandes prodigios lejos de tu pueblo nativo?

—Aquí llegaron voces –decía otro–, de que en Damasco corría el oro entre las manos de míseros esclavos, por la palabra de un joven profeta nazareno, que nosotros sabemos eras tú. Mientras nosotros, tus parientes, tenemos que luchar duramente para que nuestras tierras o nuestros talleres nos den lo necesario para hacer frente a la vida y a los impuestos de que nos carga el gobierno. ¿Te parece esto justo, Yhasua?

—Y tú, curando muchedumbres de leprosos por otras partes y nos

dejas olvidados con nuestros males y dolores –añadió otro, y no parecía que fuera a terminar nunca aquel salmo quejoso y gemebundo.

Yhasua les oía sonriente y les dejaba hablar. Cuando escuchó la última queja les preguntó:

—Y vosotros, ¿os habías acordado de socorrer a los que no tienen fuego en el hogar en este crudo invierno?

—La Santa Alianza se encarga de eso –dijeron varias voces a la vez.

—Y si vosotros no os ocupáis de los infelices y desamparados, ¿qué derecho tenéis para pretender que el Padre Celestial se ocupe de vosotros?

"La Santa Alianza ha sido creada para remediar en parte los dolores humanos, que las clases pudientes no se ocupan de aliviar, pero vosotros todos podéis secundar a esa institución, con lo cual el beneficio para los desamparados y enfermos sería doble.

"Vamos a ver entre esta numerosa parentela mía, ¿cuántos muertos hubo desde que yo me fui? –preguntó Yhasua mirando a todos, uno a uno.

— ¡Oh!..., tanto como eso no; gracias a Dios estamos todos vivos para verte de nuevo; pero hijo, ¿qué quieres?, lo nuestro es nuestro y lo queremos con nosotros y no con los ajenos –decía otra anciana, suegra de Elhisabet, la hija mayor de Yhosep.

—Pero por lo visto, estáis empeñados en convencerme de que los vínculos de la sangre ensanchan el campo al egoísmo, de tal manera, que el ser queda cautivo como un infeliz amarrado a su parentela, sin libertad para cumplir con los designios divinos que le trajeron a la vida.

"Yo soy respetuoso y amante de la familia, porque la Eterna Ley la ha puesto en el camino del hombre, como la grada primera de la escala infinita del Amor, por donde Ella quiere que subamos a nuestro glorioso fin, que es Dios.

"Pero debéis comprender que no puede ni debe estacionarse el alma, de origen divino y de vida eterna, en esa primera grada del Amor que es la familia. Quiero decir que el amor de la familia, sobrepasa el límite justo, cuando pretende circunscribir a él solo, las actividades de un alma con capacidad para amar a toda la humanidad.

"Yo os amo a todos vosotros, y soy capaz de sacrificar mi vida por salvar la de cualquiera de vosotros que se viera en peligro.

"Mas, no tornéis vuestro amor hacia mí, en egoísmo puro, pretendiendo apartarme de los demás en beneficio propio. ¿No habéis pensado en que Dios, eterno dueño de todas las almas y dador de todos los poderes superiores, los otorga o los retira, según el uso que de ellos haga el espíritu misionero, a quien se los da?

"Y, ¿qué diríais vosotros, si por atarme egoístamente a la familia carnal, me vierais desposeído de los grandes dones de Dios, e incapaz por tanto, de hacer bien alguno ni para vosotros ni para los demás?

“Pensad asimismo que lo que Dios da por mi intermedio a los demás, no os lo quita a vosotros; antes al contrario, si cooperáis conmigo de buena voluntad, sois dadores conmigo de los dones de Dios sobre todas las criaturas. ¿Me habéis comprendido, tíos y tías, hermanos, primos y sobrinos de esta vida mía, comenzada en medio de vosotros y unida a vosotros por los lazos de la sangre?”.

Matías, el mayor de los hijos de Yhosep, fue el primero en acercarse conmovido, a su gran hermano al cual veía en ese instante como a un apóstol de Dios, venido a la tierra con fines que aún no comprendía claro.

— ¡Perdónanos, Yhasua! –le dijo–, y no veas en nuestros celos o egoísmos de familia, sino el grande amor que tenemos por ti, y el cual nos lleva a temer para ti los escollos y tropiezos que les costaron la vida a otros compatriotas nuestros, antes que tú llegaras a la vida.

“Nuestro padre el justo Yhosep como le llamaron todos, no está ya en la tierra para velar por ti. Yo soy tu hermano mayor, un anciano casi, que ha visto caer como árboles bajo el hacha de los leñadores, a tantos y tantos, cuyo anhelo de liberación de nuestro pueblo les llevó por el camino que has empezado tú.

“Pensamos, quizá equivocadamente, que el amor de los tuyos te será como un escudo, cuando las flechas enemigas disparen contra tu pecho.

“Y he ahí por qué estamos inquietos cuando te alejas, y quisiéramos tenerte siempre al alcance de nuestra vista.

Las mujeres ancianas comenzaron a llorar silenciosamente. Myriam se acercó a su hijo como queriendo suavizarle la pena que veía claro, le causaban los egoísmos familiares.

La emoción anudaba un sollozo en el pecho de Yhasua que guardaba silencio, y sólo hablaban sus ojos de dulzura infinita, derramándose en una honda mirada sobre el numeroso grupo de sus familiares, reunidos en torno suyo bajo el viejo techo paterno.

Y en silencio, pensaba: ¡Cómo atan los lazos de la sangre, aún a los seres de ya largos caminos, y que nos creemos emancipados de todos los afectos humanos!... ¡Dios mío!... ¡Padre y Señor de todas las almas!... ¡Que tu luz y tu fuerza no me abandonen en la lucha promovida por los que llevan mi sangre y aún no saben amar sin egoísmos y sin celos!

— ¡Hijo mío!... –murmuró como un susurro a su oído la dulce madre–. Promételes que pasarás este invierno entre nosotros y todos quedaremos conformes.

Así calmó Myriam a aquella primera borrasca familiar en torno a su hijo, que conociéndose dado por el Altísimo Señor de los Mundos a toda esta humanidad, se veía compelido por sus familiares a circunscribirse únicamente a ellos.

Accediendo, Yhasua, a la insinuación de su madre, les prometió que el año treinta de su vida lo pasaría en su país natal.

La vieja casa de Nazareth se vistió de fiesta y de gloria aquel día, en que toda la parentela de allí y de las ciudades vecinas, se habían dado cita para encerrar en la jaula de oro de los afectos familiares, a aquel divino ruiseñor mandado por Dios como en un vuelo heroico a la tierra, para cantar a todos los hombres el himno grandioso y sublime del Amor Universal.

Así celebró aquel invierno la familia carnal de Yhasua, su entrada en los treinta años de su vida.

En una noche helada como ésta, en que la nieve blanqueaba las montañas y las praderas, los huertos y los caminos, Myriam recordaba el glorioso día aquel, pasado en el hogar de sus parientes, Elcana y Sara, allá en Betlehem. ¡Lo recordaba como si fuera ayer!... ¡Habían pasado treinta años!

Los familiares se habían retirado después de la comida al medio día, todos felices y esperanzados en el joven Profeta que daría brillo a la familia, sacándola por fin de la modesta obscuridad de la clase media. Y como en un susurro se decían al oído unos a otros:

"Si en vez de ser tan solo un gran Profeta, fuera el Mesías Libertador de Israel como algunos suponen, nuestra Galilea subirá mucho más alto que la Judea. Y el Templo de Jerusalén al cual los galileos entramos hoy como de limosna, será entonces como nuestro hogar propio, y será allí nuestro Yhasua, el Sumo Sacerdote, el Pontífice Magno.

—Será un Sumo-Sacerdote-Rey, porque algunos Profetas lo anuncian así en sus inspirados cantos –añadió otro de los más entusiastas soñadores con la grandeza material del hijo de Myriam.

Mientras la numerosa parentela tejía una inmensa red de sueños, de ilusiones y de esperanzas volviendo a sus hogares, la madre y el hijo quedaron solos en el viejo hogar.

Zebeo había quedado en Tolemaida por asuntos de familia y de intereses. El tío Jaime, después del festín familiar, había partido a Canaán donde tenía algunas posesiones encargadas a parientes.

Un hermano de Débora, la primera esposa de Yhosep, había sido siempre como un celador de los jornaleros, que en el taller o en el huerto cuidó siempre del fiel cumplimiento de cada cual.

No existiendo ya el taller desde la muerte de Yhosep, continuó vigilando los trabajos de labranza en Nazareth y en Canaán, donde también Myriam tenía posesiones.

Con Martha, su mujer, ambos ancianos ya, la habían acompañado durante la ausencia del hijo y del hermano, por lo cual eran para el joven Maestro, algo así como dos venerados abuelos que lo habían visto

de chiquitín y ahora lo veían ya hombre, y rodeado de una aureola de grandeza que ellos mismos no sabían comprender con claridad.

Sabiendo Yhasua que les hacía felices y dichosos, les llamaba abuelos, y en las largas veladas de aquel invierno les consagró muchas horas cuando sentado junto a su madre, al suave resplandor del hogar, les refería parte de lo que había visto suceder en sus viajes, y los descubrimientos que se habían hecho en las tumbas milenarias de Egipto o en los viejos archivos de sinagogas olvidadas, donde se guardaban las glorias verdaderas del pasado de Israel.

Todo un poema de amor y de felicidad vivió Myriam, en aquellos treinta días en que escuchó embelesada los relatos de su hijo, que se le consagró por completo.

Le hizo comprender la dicha infinita del alma que vive suspendida de la Voluntad Divina, preparándole acaso para el renunciamiento supremo, que él sabía ya próximo a llegar.

—Nunca debemos temer a la muerte, madre, ni esperarla con espanto y con horror –le decía, con una tan íntima y profunda convicción que la transmitía a quienes le escuchaban–.

"¿Qué es la vida?... ¿Qué es la muerte? –continuaba con entusiasmo creciente–.

"La vida en un planeta inferior como la Tierra, para el alma avanzada en su progreso, es un destierro de su patria verdadera, de la cual conserva recuerdos que le producen una nostalgia profunda; es una esclavitud en duras cadenas que le impiden realizar sus anhelos en la medida de sus capacidades; es un obscuro presidio a través de cuyas rejas sólo le llegan tenues resplandores de la divina claridad, en que se ha extasiado tantas veces.

"Y la muerte es la vuelta a la patria verdadera, tan hondamente amada y deseada con tanto fervor; ¡es el romperse de las cadenas que atan al alma a una grosera vestidura de carne que le asemeja a las bestias!... Es el abrirse los cerrojos del presidio y sentir de nuevo la gloria de la libertad que le hace dueña de la inmensidad infinita, donde reina la armonía, la belleza, la paz, el bien y el amor.

"Dime, madre, ¿es justo que amemos tan desmedidamente la vida? ¿Es justo que abriguemos tanto horror a la muerte?

"En dos formas debemos considerar la vida física en planetas inferiores: como una expiación por graves transgresiones a la Ley Suprema del amor a nuestros semejantes; o como un mensaje divino de amor hacia la humanidad en medio de la cual entramos a la vida carnal.

"En ambos casos, no podemos encontrar lógica alguna a nuestro apego a la vida, ni a nuestro terror a la muerte. Si estamos encarnados por expiación, cuanto más pronto la terminemos, será mejor para nosotros.

Y si estamos aquí como mensajeros del Padre Celestial, una vez transmitido fielmente el mensaje, ¿no hemos de desear volver a Aquel Padre que nos envió?

—A través de tu pensamiento y de tu palabra, hijo mío, hasta la muerte se torna hermosa y deseable –le contestaba su madre encantada de escucharlo.

—Es hermosa y deseable, madre, si procuramos apartarnos de ese prisma ilusorio y engañoso, por el cual los espíritus de la tierra acostumbran a mirar las leyes de Dios y sus soberanos designios.

"Todo lo supeditan a la materia, y viven como si no existiera nada más que lo poco que perciben los sentidos físicos.

"Para eliminar pues este gran error y espanto de la muerte, es necesario llevar las almas al convencimiento pleno de su eterna existencia en el seno de Dios, donde continúan viviendo descargadas ya del peso de la materia.

"Supongamos, madre mía, que al igual que mi padre y Yhosuelín, dejo yo este cuerpo material que me acompaña, ¿soy por eso diferente de lo que era? ¿Me apartaré de ti olvidando este inmenso amor que nos une y confunde como dos gotas de agua en la palma de mi mano?

"La materia nos separa hasta cierto punto, por las mismas ineludibles exigencias que ella tiene; porque es como un espeso velo que encubre las potencias y facultades del alma. A través de un cuerpo físico, no vemos su pensamiento, ni sus deseos, ni su voluntad, ni ese divino archivo de la memoria, guardador de tiernos recuerdos y de penosos remordimientos.

"Sólo vemos ese hábil compuesto de huesos, músculos, sangre y nervios, y de tal manera nos enamoramos de ello, que llegamos a olvidar completamente que es tan solo la envoltura grosera de un ángel de luz caído entre el lodo terrestre, o de un maligno demonio del cual huiríamos si lo viéramos tal como es.

"Cuando deja la materia un espíritu adelantado que dio y conquistó mucho amor en la vida física, se mantiene tan unido a quienes amó y le amaron, como la luz de una lámpara con aquellos a los cuales alumbra; como el agua cristalina que absorben los labios sedientos, como el perfume del incienso cuando le quemamos en un pebetero.

"La luz de la lámpara, el agua que bebemos y el perfume que aspiramos, entran en nosotros de tan perfecta manera, que podemos decir con toda verdad: Esta luz que me alumbra es mía; este perfume que aspiro es mío; esta agua que bebo es mía, porque están dentro y fuera de mí.

"Así viven en nosotros y se adueñan de nosotros aquellos seres amados que dejaron la esclavitud de la materia, por la libertad del espíritu.

"Y el hombre piensa y habla equivocadamente cuando dice: estos

seres queridos que me arrebató la muerte, me eran aún necesarios pues representaban mi fuerza, mi apoyo, mi sostén en la vida.

"Se fueron al espacio infinito, mi padre y Yhosuelín, que eran las columnas sostenedoras del hogar.

"¿Qué te ha faltado, madre mía? Tú misma me refieres que aquellos deudores morosos que nunca estaban al día con mi padre, se han ido presentando ante ti unos detrás de otros, y todos ellos te han dicho: "Me pareció que en sueños me dijo Yhosep tu esposo: ¡Nunca te apremié por tu deuda; acuérdate que Myriam mi esposa puede necesitar eso mismo que yo nunca te exigí!".

"¿Qué significa esto, madre mía?..., sino que el justo Yhosep continúa a tu lado velando por ti, y ejerciendo poderosa influencia en todos aquellos a donde alcanza su capacidad.

"Me has referido asimismo, que una noche diste tu permiso para hospedar en el granero a un desconocido viajero; que no bien entrado él, te llegó la noticia de que era un bandido que había robado y dado muerte a una familia de pastores.

"No me atrevo a arrojarlo en esta noche de tempestad –dijiste–. ¡Que sea lo que el Señor quiera! Y desde tu alcoba viste que el viajero salía en silencio y se alejaba rápidamente por el camino que va al pozo, y era tal la prisa que llevaba que parecía ir huyendo de alguien que le persiguiera. Y en tu granero no faltó ni un saquillo de lentejas.

— ¡Oh, hijo mío!... –contestó la madre llena de confianza y de tranquilidad–. Ya te dije, que en el acto pensé aquella noche que mi justo Yhosep había sido el ángel guardián mío en esa oportunidad.

—Luego los muertos viven, piensan y obran acaso de modo más decisivo y eficiente, pues que no pueden temer nada de nadie, ni venganzas, ni represalias, ni asechanzas de ninguna especie.

"¡Entonces, madre!..., atrás el espanto y terror de la muerte, que a decir verdad no existe como aniquilamiento del ser inteligente, y capaz de obras grandes y buenas...

"¡La muerte, madre mía, es como un hada blanca y buena que nos viste sus ropajes de luz, y nos suelta a volar por los campos infinitos!...

"¡No la temamos, madre!..., y cuando llegue enviada por nuestro Padre común, digámosle: Bienvenida seas a cumplir en mí, la voluntad del Señor".

La dulce madre inundada de una divina placidez, recostó su cabeza tocada de blanco sobre el hombro de su hijo que acariciaba aquellas manecitas pequeñas y suaves, y las apretaba a su pecho, a sus labios, cual si fueran blancos lirios que se deshojaban entre sus manos.

90
¡YA ES LA HORA!

Una mañana de madrugada llegó a la casa de Nazareth, un criado de Zebedeo con el aviso de que Salomé, su esposa, se encontraba enferma y llamaba a Yhasua.

Él se encaminó enseguida hacia la margen sudoeste del Lago; cuyas grandes dimensiones permitieron siempre a los nativos llamarle Mar de Galilea, en dura porfía con los herodianos que se empeñaban en llamarle Tiberíades, porque en sus orillas se erguía como un ánfora de mármol y de oro, la fastuosa ciudad de Tiberias, cuyo nombre era una permanente adulación a Tiberio César.

Allí tenía el Maestro muchas familias conocidas, entre ellas, la del Anciano Simón Barjonne, antiguo portero del Santuario del Tabor, que no vivía ya, sino en el amor y el recuerdo de sus hijos Simón y Andrés, que seguían con el comercio de pescado como lo hicieron sus antepasados.

Ellos y la familia de Zebedeo, eran los más fuertes comerciantes del pescado en esa parte del Lago. Una especie de sociedad unía a ambas familias, que tenían unas treinta barcas pescadoras con tripulantes a jornal diario, y que mediante un impuesto cobrado por agentes del Rey, tenían el predominio para la pesca en aquel delicioso remanso formado por las aguas del gran río Jordán.

El Maestro encontró a la puerta de la casa de Zebedeo, un hermoso doncel rubio de ojos azules profundos, con el cual se abrazaron tiernamente. Era Juan, al cual hacía varios años que no veía, debido en parte a los continuos viajes del Maestro y también al hecho de que Juan había pasado buenas temporadas en el Santuario Esenio del Monte Carmelo, donde el Servidor era hermano de Salomé, y quería instruir a su joven sobrino a fin de que fuera un buen terapeuta peregrino. Pero la salud delicada de Juan, no le permitió seguir la penosa tarea y volvió al hogar paterno a los dieciocho años.

Tal edad tenía, cuando Yhasua llegó a su casa aquella mañana, llamado por su madre atacada de una fiebre maligna que la tenía postrada en cama desde una semana atrás.

— ¡Oh, mi Profeta querido, mi niño santo! –decíale la buena mujer–. Sólo supe ayer que estabas en el hogar de tu madre, que de haberlo sabido antes, no estaría aún amarrada a este lecho.

—Que dejarás inmediatamente, mi buena Salomé, para darme aquellos pastelillos de miel que nadie los hacía como tú –le contestó el Maestro, tomándola de ambas manos y obligándola suavemente a levantarse.

Luego le ordenó los cabellos ya grises sobre la frente, y alargándole él mismo el manto que estaba sobre el lecho continuó:

—Mira que el viajecito desde Nazareth aquí me ha traído un apetito que si no te apuras, buena Salomé, se convertirá en hambre voraz...

Juan reía de buena gana, viendo los grandes apuros de su madre para ponerse la toca y el delantal, prendas indispensables en el atavío hogareño de las mujeres galileas.

— ¡Oh, qué bien estoy, Yhasua!... ¡Mi gran Profeta!... ¡Como si nunca hubiese tenido fiebre!...

"¡Ahora mismo estarán los pastelillos calentitos y dorados como pompones de oro!

Zebedeo con Santiago, el hijo mayor, estaban en la tienda o carpa, que tenían tendida junto al lago, donde clasificaban el pescado para enviarlo a los pueblos inmediatos, y sobre todo a Tiberias, cuyo gran mercado era el que mejor pagaba.

Juan guió a Yhasua hacia donde estaba su padre, para dar tiempo a Salomé a preparar el almuerzo.

Allí se encontraron con Simón y Andrés; luego con Zebedeo y Santiago. La alegría de Simón (Pedro) no tuvo límites, al ver al alcance de sus brazos a aquel gallardo y hermoso joven, que los años pasados sin verle, le hacían encontrarle demasiado hombre.

— ¿Cómo es que nos tenías tan olvidados, Yhasua, mientras nosotros pensábamos siempre en ti? –le decía Simón con espontánea franqueza.

—Cada cosa a su tiempo, Simón –le contestó Yhasua–. Lo que hoy vengo a decirte, no te lo podía decir antes. Regresado de Tiro supe la muerte de tu padre, y en Tolemaida me dieron la noticia de que también durmió con sus mayores tu buena compañera.

"¡Cuán dichosos son los que recobran sus alas, Simón, y vuelan a las alturas!

— ¡Es verdad!... Pero la soledad es triste... Maestro.

"Supe un día que en el Santuario de Moab, te habían consagrado Maestro de Divina Sabiduría..., y ¡con cuánta satisfacción me sale del pecho la palabra Maestro!

—Te advierto que muy poco tiempo sufrirás esta soledad –le contestó Yhasua, fijando en los azules ojos de Simón una mirada profunda.

— ¿Por qué lo dices, Maestro?

—Porque hoy te digo: *¡Ya es la hora!*...

— ¿La hora de qué?...

— ¡De seguirme donde quiera que yo vaya!...

— ¿De veras lo dices, Yhasua?, ¿de veras?...

—Cuando vivía tu padre y tu esposa, no podía yo arrancarte de su lado porque eras su apoyo y su sostén. Pero ahora, Simón, que los

que amabas descansan en la libertad y en la luz, ¿quién te impedirá seguirme?

— ¡Nadie, Señor!..., ¡nadie! Me mando yo sólo y yo mismo me entrego a tu servicio.

— ¿Por qué me has llamado Señor? ¿No recuerdas ya al niño que tuviste un día sobre tus rodillas... cuando te dije que no debías decir nunca una mentira?

— ¡Oh, qué santa memoria la tuya!... Te llamo Señor, porque te veo demasiado grande a mi lado. Todo cuanto de maravilloso has hecho, lo sabemos aquí, Yhasua, y lo guardamos en el corazón por mandato de los Ancianos.

— ¿Y tus hijas?... ¿Y tu hermano Andrés? –preguntóle el Maestro.

—Andrés vendrá enseguida con Zebedeo y Santiago, que están entre aquel tumulto junto a la tienda.

"Mis dos hijas viven con mi suegra que a la muerte de mi mujer, las quiso a su lado.

—Bien, Simón, te pregunto estas cosas porque para seguirme, no quiero que dejes un rastro de dolor detrás de ti. Entrega a tus hijas la parte de tus bienes que les corresponde y vente conmigo a cumplir la voluntad de Dios.

El abrazo que Simón dio a Yhasua, debió conmover a los ángeles del Señor por su espontaneidad sincera y profunda.

— ¡Que Dios te pague, Maestro, la dicha que me das! Ahora mismo lo dejo todo y te sigo.

—Calma, amigo mío, no te apresures demasiado y hablemos primeramente.

Juan que se había entretenido con los pescadores, se acercó en ese instante.

—También a ti, Juan, tengo que decirte lo que acabo de decir a Simón: *¡Ya es la hora!*

— ¿Hora de qué? –preguntó el joven.

—De que me sigas a donde quiera que yo vaya.

Juan fijó en la faz del Maestro, sus grandes ojos azules como absortos en una visión de luz y de gloria, con la cual no había soñado jamás.

— ¿Yo he de seguirte?..., ¿a ti, Yhasua, que eres el asombro de las grandes ciudades, y que hasta los príncipes se honran con tu amistad?

—Eso mismo he pensado yo –dijo Simón–, y no me atrevía a decirlo.

"Y he aquí que este zagalito fue más valiente que yo. Muy bien, Juan, has dicho lo que yo quería decir.

—Veintinueve años me he rozado con Maestros de alta sabiduría, con príncipes y magnates; les di a ellos el mensaje divino que para ellos tenía.

“Hoy es la hora de bajar al llano, donde los pies se enlodan y lastiman, entre los zarzales y los guijarros de los caminos.

“Y para andar por el llano, debo rodearme de aquellos que nada echarán de menos para seguirme. ¿Me habéis comprendido, amigos míos?”.

Juan por toda contestación se abrazó de Yhasua y se echó a llorar como un niño.

—Nunca pensé, Yhasua, que tú pudieras amarme tanto como para desear tenerme a tu lado –dijo por fin el joven galileo, cuando la emoción le permitió hablar.

El Maestro conmovido también, le secó las lágrimas mientras les decía: –Cada cosa a su tiempo. Ahora soy yo quien necesita de vosotros, ya lo veis.

Simón y Juan fueron los heraldos del apostolado del Cristo, y a ellos se unieron dos días después Santiago, hermano de Juan, y Andrés hermano de Simón.

Acababa el Maestro de poner los cimientos a su edificio espiritual, y con Simón y Juan entró en la casa de Zebedeo, donde Salomé les esperaba con el blanco mantel tendido sobre la mesa, en que humeaban las fuentes de pescado frito y los pastelitos de hojaldre bañados con miel.

No se habló en la mesa de otra cosa que de los prodigios que el Maestro hiciera en todas partes donde había llegado, y él se esforzaba en hacerles comprender que el poder divino se desborda sobre las criaturas en todo tiempo y en todo lugar, cuando circunstancias especiales se unen para dar entrada a los dones de Dios.

Les recordó la misma exteriorización de fuerza extraterrestre de que hizo uso Moisés, Elías y Eliseo, causando el asombro de todos en aquellos tiempos.

—Toda alma –les dijo–, que abraza con fervor el apostolado del amor fraterno, y que se siente capaz de grandes sacrificios por la redención de sus semejantes, está en condiciones de servir como instrumento transmisor de los dones de Dios para sus criaturas.

—Perdona, Maestro –dijo Simón–, pero si tú haces tantos prodigios es porque eres el Mesías anunciado por los Profetas...

El Maestro añadió: –¡Ya es la hora!... Levantaos, amigos míos, que tenéis toda la humanidad terrestre y veinte siglos por delante para difundir hacia los cuatro puntos cardinales, mi enseñanza de amor fraterno fundada en las últimas palabras de la Ley: “Ama a tu prójimo como te amas a ti mismo”.

Después del frugal almuerzo, subió con Simón y Juan a una barca de las que se balanceaban muellemente en las aguas del lago.

—Bogad –les dijo–, que quiero sin más testigos que el agua y el cielo,

entrar en vuestros corazones para tener la certeza de que sois los que debéis salir a mi encuentro en esta hora solemne de mi vida misionera.

— ¿Qué estás diciendo, Señor, que no te comprendo? –preguntó Simón con cierta inquietud.

Juan tampoco comprendía estas palabras del Maestro, pero su naturaleza tierna y sensitiva en extremo, le hizo recostar su bella cabeza rubia en el hombro de Yhasua mientras le decía muy quedo... casi al oído.

— ¡Sólo sé que te amo inmensamente, Yhasua!..., ¡y no deseo nada más que amarte!

—Día vendrá en que comprenderéis esas palabras mías –díjoles el Maestro, y les refirió como si les contara una historieta, perdida en los siglos, un bello poema de ternura de un Maestro de otras épocas, que se llamaba Antulio, y cuya madre Walkiria, le repetía constantemente: "No es necesario, hijo mío, que te esfuerces tanto en vaciar sobre mí tu divina sabiduría. ¡Que tenga yo tu amor y que aprenda nada más que amarte!..."

Y el Maestro fijó en el rostro de Juan su mirada de iluminado.

—Como esa mujer de tu historia, siento yo dentro de mí –dijo Juan pensativo–. ¡Nada más que amarte!... –repetía nuevamente.

—Aún no terminé la historia –dijo el Maestro–. Cuando Antulio fue condenado a morir por causa de su doctrina, tenía un jovencito discípulo al cual había curado de una herida mortal en la cabeza; y éste le seguía como un perrillo sin que él se apercibiera, y cuando ante el tribunal le dieron la copa de veneno, el jovenzuelo saltó entre la multitud como un ciervo herido, y dio un golpe de puño a la copa fatal que cayó rota en mil pedazos, al mismo tiempo que gritaba con furiosa desesperación: "¡No beberá!..., ¡no beberá!..."

"Una crisis de nervios le tiró al suelo, y no pudo ver la segunda copa envenenada que dieron al Maestro Antulio.

— ¡Oh! –gritó Simón sin poderse contener–, yo hubiera hecho lo mismo que el muchacho ese con la primera, segunda y tercera copa envenenada que hubieran dado a mi Maestro.

—Bogad hacia la orilla –dijo Yhasua–, que he terminado la historia y he encontrado a los personajes...

— ¿Qué queréis decir, Maestro? –volvió a preguntar Simón.

—Ya te lo diré más adelante, amigo mío. Cada cosa a su tiempo.

"Ahora regreso a Nazareth y volveré al lago de aquí a tres días.

Tal como lo dijo, lo cumplió, y en el mismo sitio que el día anterior, le esperaban Simón, Juan, Santiago y Andrés.

—Maestro –díjole Santiago–. ¿No puedo yo seguirte como mi hermano Juan?

—Si tú lo quieres, ¿por qué no?... –le contestó el Maestro–. Supe

que ibas a casarte. Si lo hiciste, tu deber como jefe del hogar te impide entregarte a la vida errante del misionero.

—Iba a casarme con Fatmé, la hija de Hanani, pero cuando se agravó su enfermedad del pecho, nos separamos de común acuerdo. Luego supimos aquí, que tú, Maestro, la curaste, y yo insistí entonces, pero ella no aceptó continuar nuestras relaciones, diciendo que prefería cuidar en la vejez a sus padres.

—Andrés quiere también seguirte, Maestro –dijo Simón, mientras el aludido se doblaba sobre la arena de la playa para recoger unos cordeles de atar las redes. Era extremadamente tímido, y tenía varios años menos que Simón, su hermano.

— ¿Y por qué no me lo pide él mismo? Así demostraría su decidida voluntad –añadió Yhasua.

—Maestro, mi hermano hace la mitad del trabajo, esperando que yo haga la otra mitad. Mi padre decía que de niños, ese hijo esperaba siempre que otro tomara el pan y le diera la mitad. No siendo así, no lo comía.

—En este caso, ¡el pan de Dios eres tú, Señor!... Lo he tomado yo y Andrés quiere la mitad, que yo jamás le negué...

El Maestro sonrió ante el casi infantil razonamiento de Simón, y mirando a Andrés con inefable dulzura le dijo:

—Ven aquí, Andrés, a tomar la mitad del pan que tu hermano te cede. También para ti es la hora, amigo mío, y espero que a mi lado adquirirás la decisión y energía que necesita toda alma que abraza el apostolado de la verdad.

Andrés se acercó lleno de confusión por ver al descubierto su defecto de excesiva timidez, que casi lo incapacitaba para desenvolverse en la vida sin el apoyo de su hermano.

— ¡Yo necesito hombres fuertes!... –díjole el Maestro sencillamente. Andrés mostró entonces sus brazos con los puños cerrados haciendo notar su buena musculatura.

—Yo solo, arrastro de la amarra una barca cargada –contestó de inmediato.

—Bien, bien, amigo; igual fuerza que en tus puños, quiero que tengas en tu voluntad para que llegado el apostolado arduo y penoso de decir a los hombres la verdad, seas capaz de buscarte solo el pan de Dios y darlo a los demás en la medida que lo necesiten. ¿Me has comprendido, Andrés?

—Sí, Maestro –contestó el futuro apóstol de Cristo, sintiendo que una energía nueva invadía su ser.

En este diálogo estaban, cuando se acercó Zebeo recién llegado de Tolemaida. Con él venía Tomás de Tolemaida, Felipe de Cafarnaum y Matheo de Acre, llamado también el Levita, porque su familia pertenecía

a la tribu de Leví. Avisado por Zebeo de que el Maestro estaba en Nazareth donde permanecería el año treinta de su vida, y teniendo todos ellos parentela junto al Lago, pensaron en visitarle, pues ya recordará el lector que en otra oportunidad se habían encontrado en intimidad con él, recibiendo ciertos anuncios vagos de que tendrían que seguirle a su debido tiempo.

—He aquí que la voz del Señor va tocando la hora, como una campana de bronce cuyos ecos llegan al corazón de aquellos que deben venir –dijo serenamente el Maestro, viendo a los cuatro que se acercaban.

Habían llegado a la casa de Myriam en Nazareth, y el tío Jaime les informó de que Yhasua estaba con las familias de Simón y Zebedeo junto al Lago. El encuentro fue agradable para todos, pues todos ellos se conocían de los Santuarios Esenios del Carmelo y del Tabor, a donde concurrían por lo menos una vez cada año, y además existían entre todos, lazos de parentesco lejano o de amistad antigua.

— ¿Cómo es que habéis venido los cuatro juntos? –preguntóles Simón cuya sencillez y franqueza lo llevaba a preguntar sin reparo alguno.

Los cuatro se miraron, y miraron a Yhasua que escribía con un mimbre en la arena los nombres de los recién llegados.

—En sueños, el Maestro nos llamó –dijo Felipe, que era el más resuelto de todos.

— ¿Verdad, Maestro, que nos has llamado? –preguntóle Tomás.

—Acabo de decir –contestó Yhasua–, que la voz del Señor como una campana de bronce, va llevando sus ecos hacia los corazones que deben acercarse al mío.

—Yo estaba en Tolemaida –dijo Zebeo–, muy entretenido con un enjambre de sobrinitos, hijos de mi única hermana, cuando me quedé dormido una noche en el estrado del hogar, viendo consumirse el fuego que poco a poco apagaba su llama. Paréceme como si en sueño te hubiese visto y oído tu voz que me decía: “Me seguiste en las glorias de Damasco y de Tiro, y me abandonas en las tristezas y humillaciones de la tierra natal”.

“Realidad o sueño, al día siguiente me levanté decidido a venir a buscarte, Maestro y aquí estoy.

Yhasua sonreía en silencio mirando a Zebeo con indecible ternura.

—Yo –dijo Tomás–, estaba desazonado por la muerte de mi padre ocurrida el pasado estío, y más aún por la partida de mi hermano al otro lado del Mar Grande, llevado por la ambición de acrecentar su fortuna. Coloqué muchas de las existencias de nuestro viejo negocio de sedas, tapices y encajes, entre la antigua clientela, y sentado en la barca del viejo Manoa no sabía que rumbo tomar. Él me refirió el prodigio de la curación de sus sobrinos reducidos al último extremo de dolor y de miseria. Bajo

esta impresión me quedé dormido entre las cuerdas y velas de su barcaza, y soñé que veía a Yhasua de Nazareth, ya hombre, tal como ahora le veo. Me desperté con la idea fija de que él me había dicho así:

"Cuando yo era muy niño, y tú un jovenzuelo, me amabas y me acompañaste hasta el Monte Hermón. No es de fieles amigos seguirles en la hora prima, y abandonarle en las que vendrán".

"Al siguiente día pasaba por allí la caravana, cargué en dos asnos las mercancías que aún quedaban, y vine a buscarte, Maestro, aunque después de tus prodigios en Tiro, te veo demasiado grande para tenerme a tu lado.

—Ahora necesito de los pequeños, Tomás, para que resplandezca más la obra de Dios que he venido a realizar –le contestó el Maestro–. Has venido y estás aquí, porque *ya es la hora*, amigo mío.

—Y yo –dijo Matheo–, me veía también como pájaro sin nido desde que a mi hermana Myrina, cuyos hijos eran mi alegría, su marido la trajo a Naím. Mi vida en la plaza del mercado de Séphoris cobrando los tributos del Estado era sobradamente triste y hasta odiosa, pues a veces me veía en situaciones harto difíciles y penosas.

"Conseguí por fin desprenderme de ese cargo, y una noche que me quedé dormido en mi tienda del mercado, soñé que pasaba por la plaza un profeta de manto blanco que me decía: "*Ya es la hora*, Matheo, entrega al Estado lo que es del Estado, y ven a conquistar el Reino de Dios".

"Al siguiente día supe que ya se había nombrado mi sustituto, porque yo les rendía escaso fruto a los agentes del fisco, a causa de mi piedad con los pobres.

"La presencia de Zebeo y Tomás en Séphoris que me hablaron tanto de ti, Maestro, hizo claridad en mi sueño con el Profeta de manto blanco. Recordé nuestra amistad de niños en el refugio de las Abuelas en las faldas del Carmelo y pensé de inmediato: ¿Dónde estaré mejor que a su lado?

"¡Maestro!..., aquí estoy para no abandonarte más.

Yhasua profundamente enternecido abrazó a Matheo y después le dijo: –Desde este momento quiero que tengas doble vista, y que todo cuanto veas lo atesores en el archivo de tu memoria, para futura enseñanza de la humanidad.

—A mí me ha ocurrido algo semejante –añadió Felipe–. La muerte de mi mujer me sumió en honda tristeza. Solo con mis dos hijas jovencitas, fuíme a vivir con mi hermana Elhisabet en Cafarnaum, de donde me alejaron circunstancias diversas de la vida. La encontré ya viuda y sola, por el casamiento de sus hijos, que por sus negocios viven en Cesarea de Filipo. Mis dos niñas son ahora más suyas que mías por el amor que les ha tomado.

“Un día nos llegó noticia de las maravillas que un Profeta Nazareno había realizado entre los montañeses de Iturea. El recuerdo de Yhasua me vino de inmediato a la mente, y rememoré conmovido aquel encuentro que tuvimos años atrás en el Santuario Esenio, en momentos en que me sentía muy desventurado. Mi sueño de esa noche acabó de decidirme: “Ven conmigo, Felipe, –me decías, Maestro–, porque *ya es la hora* de que cambies las cosas terrenas por las celestiales”.

—Bien has hablado –díjole el Maestro–. Los desengaños y los dolores son los más usuales caminos que busca el Señor, para desprender las almas de las míseras dichas de la tierra, y encender ante ellas las claridades de un nuevo amanecer.

“Todos vosotros veníais vinculados conmigo para esta hora solemne, de mi nuevo acercamiento a la humanidad.

“Nuestra reunión de este instante, no debéis creerla casual y como ocurrida al acaso, sino como una vieja alianza a la cual habéis respondido con fidelidad. ¡Felices aquellos que oyen la voz divina del Amor Eterno!, cuando les habla con su voz sin ruido y en un momento determinado y decisivo les dice: *“¡Ya es la hora!”*.

Simón, que no obstante de ser el mayor de los ocho hombres allí reunidos, era el más alegre, franco y bullicioso, sintiéndose inundado de felicidad, propuso una pesca hecha particularmente por ellos y no con fines de comercio, sino para ofrecer un festín al Maestro y repartir el resto a los pobres. Aparejó su barca más nueva, con una blanca vela sin usar, y con colchonetas flamantes de heno, recién secado al sol por sus propias manos.

Era una serena tarde de invierno con un sol opalino, que vertía su tibia claridad sobre el lago azul y las arenas doradas.

La alegría serena y dulce del Maestro, ponía notas de íntima dicha en todos aquellos corazones, que descansaban de las preocupaciones terrestres, no pensando ya, sino en que el alma genial del Mesías les había dicho: *¡Ya es la hora!*

Y descansaban en él de tan amplia manera, que en ese instante eran como niños que jugaban unidos alrededor de su padre.

A dos millas de la costa, el Maestro les indicó echar la red, porque tuvo sin duda en cuenta la serenidad de las aguas más profundas en aquel sitio.

La pesca fue tan abundante, que tuvieron que llamar pidiendo auxilio a otras barcas de las que Simón y Zebedeo tenían siempre entregadas también a su trabajo.

De tal manera se había llenado la red, que fue necesario repartir la carga en tres barcas.

Cuando llegaron a la orilla, el Maestro les recordó que aquello no

era para negocio, sino para que hubiera abundancia en la mesa de los necesitados. Y la tienda de Simón y Zebedeo se vio invadida de los que siempre recogían los pececillos que los compradores desechaban por inferiores o pequeños. Y los avaros agentes de los mercados de Tiberias, decían a Simón y a los hijos de Zebedeo:

— ¿Qué mal genio turbó vuestro sueño anoche, que hoy regaláis el mejor pescado a los pordioseros?

—Porque hoy celebramos nuestro día de triunfo y de gloria –contestaba Simón, sin hacerles mayor caso.

— ¿Israel es libre?... ¿Ha muerto el César?... ¿Ha muerto Herodes Antipas?... Estas preguntas se sucedían en la tienda, donde otros días se vendía el pescado y donde ahora se llenaban las cestas de los pobres que sólo podían recoger lo que otros desechaban.

—Que Jehová aumente las aguas de nuestro mar galileo, y que el César y el Rey vivan muchos años –contestaban los hijos de Zebedeo, siempre atentos a no dejar escapar una frase que oída por algún romano o herodiano pudiera traerles complicaciones en su vida.

Una hermosa hoguera bajo la luz crepuscular del ocaso, fue encendida junto a la tienda para aquellos que no teniendo fuego en su casa, no podrían condimentar el pescado que habían recibido de regalo.

Fue la primera obra hecha por los ocho discípulos reunidos aquel día en torno del Maestro.

—Esto no lo vimos nunca –decían las pobres mujeres cargadas de niños, y los ancianos desamparados–. Nos llenan las cestas de cuanto pescado cabe en ellas y luego nos dan el fuego para que los asemos. ¡Dios ha bajado a la tierra!

El Maestro, sentado en un banquillo junto a la tienda contemplaba aquel cuadro que fue tomando las tonalidades de una alegría desbordante. La multitud de niños pobremente vestidos, algunos descalzos; los viejecitos malamente envueltos en retazos de tejidos de lana ya sin color definido, pero que algo les resguardaba del frío; las mujeres contentas de ver sus pequeños vástagos alimentándose abundantemente, todo contribuía a entristecer al Maestro que tan de cerca veía la miseria en su país natal.

—Mirad –dijo de pronto Yhasua–. Nuestro festín será completo, si damos calzas y abrigo a estos niños descalzos y a esos ancianos sin ropas. De aquí a Nazareth hay tres horas, no podemos ponernos en contacto con los dirigentes de la Santa Alianza antes de la noche para socorrer a estas gentes.

“¿Cuál de vosotros tiene dinero en su bolsa para comprar en Tiberias?

—Yo, yo, yo... –dijeron ocho voces a la vez.

—Id pues dos de vosotros a la ciudad, traed mantos de abrigo para los ancianos y calzas de lana para los niños. La Santa Alianza, os lo repondrá mañana, bajo mi palabra.

Felipe y Santiago tomaron una barquilla y bogaron hasta Tiberias, cuyas blancas torres veíanse desde allí resplandeciendo a la luz del sol poniente. Cuando asomaba en el cenit la primera estrella, el Maestro y sus ocho discípulos despedían a aquellas pobres gentes, a las cuales habían dado alimento para sus cuerpos exangües, y ropas de abrigo para cubrirlos.

—Señor –dijo Pedro todo sofocado–. Creo que nos hemos ganado el festín prometido.

— ¡Ahora sí, amigos míos! –le contestó el Maestro. Entraron a la tienda porque el frío se hacía muy intenso.

Juan y Zebeo habían dispuesto la mesa con el blanco mantel de Salomé, que con una gran cesta de pastelillos de miel y un ánfora de vino, contribuía, desde su casa cercana, al primer festín del Maestro con sus discípulos.

De pie Yhasua ante la rústica mesa de la tienda, su mirada parecía perdida en pensamientos que nadie podía adivinar. Juan, que era muy sensitivo, lo advirtió y acercándose a él le preguntó muy quedo:

— ¿Qué hay, Maestro, que pareces no estar en la tienda? ¿Falta aquí algo que deseas?

—Sí –le contestó con tristeza–. Faltan cuatro más que mi corazón esperaba hoy.

—Ha caído la noche –repuso Juan–, y si deben venir, será mañana. ¿No es lo mismo?

—No es lo mismo, porque la voz secreta, que habla a todo el que quiere escucharla, me había dicho: “Hoy tendrás a los doce que deben seguir tus pasos”.

Juan quedó como anonadado por una misteriosa fuerza que no comprendía. No podía ver al Maestro así preocupado y entristecido.

Los demás discípulos continuaban afanosos improvisando bancos, con las tablas en que colocaban diariamente el pescado para la venta, y con las colchonetas de las barcas.

Un marcado ruido de remos que golpeaban fuertemente al caer al agua y un cantar melancólico y triste, rompió de pronto el silencio de la noche.

— ¡Gentes en el mar!... –dijeron varias voces a la vez.

—Algún paseante de Tiberias –dijo Pedro–, porque nuestros pescadores cenan y duermen a esta hora.

— ¡Ya están allí! –añadió el Maestro levantando la cortina que cerraba la puerta de la tienda.

En efecto, el canto cesó y cuatro hombres saltaron de una barca sobre la arena de la costa.

— ¡Tú les esperabas, Maestro! –díjole Simón saliendo; y detrás de él salieron otros más.

Cuando los cuatro viajeros llegaron, hubo un tumulto de exclamaciones, con lo cual quedó demostrado que se conocían, y que una ausencia de poco tiempo les había separado.

— ¿Los del norte venís al sur? –preguntó Santiago–. ¿No hay negocio por allá?

—Lo hay, sí, y mucho –contestó uno de ellos, llamado Dídimo o Bartolomé–, pero Jaime llevó a Cafarnaum la noticia de que nuestro Profeta Galileo está en Nazareth y hemos venido a verle.

—Aquí le tenéis –dijo Simón, levantando la antorcha con que alumbraba la costa a la altura del rostro de Yhasua.

—Yo os esperaba –díjoles el Maestro–, porque ya es la hora.

—Nadie nos anunció hora ninguna –contestó Judas Tadeo, acercándose–. ¿Nos mandasteis acaso aviso?

—Los ángeles del Señor van y vienen, llevando divinos mensajes a los hombres –contestó sonriente y feliz el Maestro.

Jaime o Nathaniel, o Santiago el menor, como más tarde se le llamó, era un familiar del Maestro, que enviado a Cafarnaum por asuntos comerciales, fue el portavoz que llevó la buena nueva.

Con ellos venía también Judas de Kerioth, pariente lejano de Bartolomé, que compadecido por las grandes desgracias de familia que le ocurrieron poco tiempo hacía, le invitó a venir a la margen sudoeste del Lago, donde tenían viejas amistades.

A Bartolomé y Judas Tadeo, el Maestro les había conocido tiempo atrás, en aquel viaje que hiciera a Ribla.

Ambos originarios de Cafarnaum, eran esenios de grado primero como la mayoría de los buenos israelitas, y afiliados además a la Santa Alianza, cuya finalidad no habían llegado a comprender en absoluto. Para ellos era solamente una hermandad religiosa y de socorros mutuos.

—Este amigo quiere consultar contigo, Yhasua, sus cosas íntimas –dijo Jaime, presentando a Judas de Kerioth–. Sabe que eres Profeta y confía en ti.

El Maestro lo envolvió en una tierna mirada, mientras entrando todos en la tienda decía: –El Padre Celestial derrama su claridad sobre toda alma que se la pide con esperanza y fe.

— ¡Cuatro sitios más en la mesa! –gritó Simón, que por ser el de más edad y acaso el más querido entre todos, se creía con derechos de mando en la vieja tienda, hogar de los pescadores del Lago.

—He aquí que la Eterna Ley ha reunido hoy a mi alrededor, los doce comprometidos para esta hora –dijo el Maestro.

Judas de Kerioth levantó sus ojos velados de negra angustia, y los fijó en Yhasua que lo miraba también.

—La Bondad Divina –añadió como contestando a la mirada de Judas que parecía interrogar–, hace a veces con las almas como vuestras redes de pescar.

"Las tiende en el mar de su infinita inmensidad, y caen las almas en ellas como llevadas por suaves corrientes. No te sientas extraño entre nosotros, Judas, porque escrito estaba que debías venir.

— ¡Gracias, Profeta de Dios!... –contestó el aludido, y fueron las primeras palabras que habló junto al Maestro.

Sentado a la cabecera de la mesa podía observar a todos.

Fue la vez primera que repartió entre ellos el pan y el vino, símbolo tiernísimo usado en el oriente para iniciar una amistad duradera, fuerte y profunda. A la orilla del Mar de Galilea, bajo una tienda de pescadores, fundó el Cristo aquella noche memorable el místico Santuario, cofre de su pensamiento eterno: *la hermandad fraternal entre los hombres*.

Cuando ya se terminaba la cena, entre amistosas conversaciones, salpicadas con la chispa de luz y de genio que escapaban de la mente del Ungido, llegó el tío Jaime que regresando de Canaán, encontró a Myriam afligida porque su hijo salió a la madrugada para volver al atardecer y era muy entrada la noche. Le acompañaba el abuelo Alfeo.

La luna radiante resplandecía de singular manera sobre la hermosa llanura que empezaba a cubrirse de nieve.

—También hay aquí lugar para ti, buen Jaime –díjole Simón, con quien eran viejos amigos.

—Mi cena ya hizo la digestión –contestó el aludido.

— ¿Qué hay en casa, tío Jaime? –preguntó el Maestro.

—Nada de nuevo, sino el amor de tu madre que aún te espera junto al hogar.

—En verdad, creí regresar al ocaso; pero estos cuatro que esperaba, tardaron en llegar.

— ¡Simón! –llamó en alta voz–. Hospédales en tu tienda esta noche y mañana, que yo volveré al día tercero.

Mas, sólo quedaron allí tres de los cuatro últimos que llegaron; pues Jaime con los otros siguieron al Maestro a Nazareth, donde tenían casas de parientes para hospedarse.

91
EL AÑO TREINTA

Apenas entrado el Maestro al año treinta de su vida, se vio rodeado de los doce discípulos elegidos entre las gentes del pueblo de Galilea.

Los tres primeros meses los ocupó en examinar minuciosamente sus conocimientos y el grado de su adelanto espiritual.

La vieja casona de Simón Barjonne, padre de Pedro y de Andrés había quedado sola, y allí fue el hospedaje de los doce en los primeros tiempos.

El tío Jaime se mantuvo siempre fuera de aquella pequeña Escuela, porque se reservó la tarea de administrador de Yhasua por especial encargo de Myriam, que sólo bajo esa condición se tranquilizaba ante la vida errante y azarosa abrazada por su hijo.

El Maestro llevó en este tiempo a sus doce discípulos al Santuario del Monte Tabor, perdido entre las inmensas grutas de aquella montañosa región galilea, para que en el rico archivo de ciencia antigua que allí existía, ellos fueran instruidos en los caminos de Dios que habían seguido desde lejanas épocas, en cumplimiento de viejas alianzas que los siglos no habían podido romper.

Allí les dejó entre los solitarios por setenta días; y partió con su madre y el tío Jaime hacia Judea, para entrevistarse con su primo Yohanán, que enseñaba a las multitudes en las orillas del río Jordán.

Y mientras los maestros esenios se entregaban a la honrosa tarea de cultivar aquellos árboles rústicos y humildes con las aguas de la Divina Sabiduría, sigamos al Maestro hacia el sur del país en busca de Yohanán llamado el Bautista, porque en visión premonitoria le había visto ya encarcelado por causa de aquella malvada mujer Herodías, que él abatió un día en Cesarea de Filipo, de donde había huido viéndose aborrecida por el pueblo.

Aliados desde lejanos siglos para esta hora de la evolución humana, necesitaba una entrevista con su gran amigo y pariente, antes que llegara la tormenta en que Yohanán debía sacrificar su vida por la verdad y la justicia.

Quería ver de cerca la obra de Yohanán, y orientar entre ambos la enseñanza en que debían fundamentar la obra que en conjunto realizaban. El deseo de su madre de que le acompañase a Jerusalén a las fiestas de la Pascua, le dio oportunidad para realizar también sus designios referentes a Yohanán.

Desde su regreso del Monte Hor, donde conferenció con los grandes

maestros de aquel tiempo, no veía a sus amigos de Jerusalén, y sólo por epístolas cruzadas con ellos y por mensajes de los terapeutas peregrinos, o de familiares que viajaban todos los años, habían estado en contacto desde lejos.

El príncipe Judá con Nebai y Noemí, habían regresado de la estadía en su villa de la costa del mar, en la región del Lacio, en la hermosa Italia, segunda patria de Judá, puesto que toda su primera juventud la había pasado entre Roma y el golfo de Nápoles.

Tenían un hermoso niño de veinte meses, al que llamaron Jesuá Clemente, el cual había traído los cabellos de oro de Nebai y la fisonomía y ojos negros de Judá.

—Es nuestro primer regalo para ti, Yhasua –le dijo el príncipe Judá, poniéndoselo sobre las rodillas.

El Maestro estrechó a su pecho aquella dorada cabecita, que le recordaba la Nebai risueña y bulliciosa de la cabaña de piedra, junto a la fuente de las palomas. Aquellos obscuros ojitos tenían la melancolía dulce de los ojos de su padre, cuando quince años atrás le llevaban los soldados romanos prisionero, destinado a las galeras del César.

Yhasua, Judá y Nebai rememoraron al mismo tiempo aquellos cuadros lejanos, que el recuerdo intenso y profundo hacía vivir como una llama que se encendía de nuevo.

— ¡Que este niño sea el cofre de diamantes que guarde en sí mismo nuestra alianza de amor eterno! –dijo Yhasua mientras tenía al pequeñín apretado a su corazón.

Cual si de tiempo atrás le conociera, el niño se complacía en enredar sus deditos menudos en los cabellos castaños del Maestro que le caían hasta el hombro.

—Dile a este Señor –decía Judá a su hijo–, lo que serás cuando seas grande.

Y el niño, con su media lengua encantadora, que desfiguraba las sílabas y palabras, contestó: “Soldado del Rey de Israel”.

El Hack-Ben Faqui con Thirsa y Noemí, no estaban en ese instante en el viejo palacio de la calle Comercio, pero llegaron una hora después. Habían acompañado a Noemí a las ceremonias litúrgicas de aquella mañana en el Templo.

Una criada traía en brazos una criaturita endeble, blanca y mustia como una flor de poca vida.

El abrazo del africano a Yhasua, demostró a éste que la vehemencia de aquella amistad no había disminuido en nada.

Thirsa se acercó a Yhasua con su timidez habitual y presentándole su niñita, le decía:

—Tendrás que hacerla vivir, Maestro, porque esta pobrecilla parece

haber traído todas mis angustias del calabozo. ¡Llora siempre y apenas si toma alimento!

Yhasua dejó al robusto niño de Judá que salió corriendo hacia su abuela, y tomó en brazos la débil niña de Thirsa.

—Nació en Cirene –decía Faqui–, y la hemos llamado Selene porque la reina de los Tuaregs lo pidió así.

Tenía más o menos igual edad que el niño de Nebai, pero era mucho más pequeña y no daba aún señales de caminar.

Yhasua la tuvo en brazos hasta que se despertó. Y él comenzó a hablarle:

—Desde hoy no llorarás más, Selene..., nunca más, y empezarás a andar por tus pies sobre esta tierra a donde has llegado para ser una misionera mía, como tu primo Jesuá.

Y así diciendo, quitó la gruesa manta que la envolvía y bajó a la niñita al tapiz que cubría el pavimento de la sala.

Thirsa corrió a tomarla temerosa de que sufriera una caída.

—Déjala –díjole el Maestro–, ¡no temas, Thirsa, no temas!

Todos miraban a la menuda criatura que parecía una muñequita, inmóvil ante las rodillas de Yhasua.

— ¡Vamos, Selene! –le dijo dulcemente–. Anda hacia tu madre que te espera.

La niñita vaciló un momento, y luego con sus bracitos tendidos hacia Thirsa, comenzó a andar serenamente.

Y no hubo forma de hacerla parar, pues iba de uno a otro como si la energía que sentía en sí misma la obligase a caminar sin detenerse.

— ¡Basta, ya basta! –le decía Faqui, queriéndola detener; pero la criatura parecía no oír, no obedecer otra voz que al pensamiento de Yhasua, que continuaba diciéndole–: "¡Anda..., anda..., anda!".

Cuando él juzgó que aquel menudo cuerpo estaba ya suficientemente vigorizado la tomó en brazos y la llevó él mismo a su cuna.

—Ahora duerme, Selene, que el sueño te hará bien. –Unos momentos después la niña dormía profundamente–.

"Cuando se despierte –dijo–, dadle un baño tibio y luego le dais a beber leche caliente con miel. Era sólo falta de energía y vitalidad, pues no tiene mal ninguno.

— ¡Oh, Yhasua!... –le decía Faqui–. ¡Siempre serás el mismo sembrador de beneficios por los caminos de la vida!

—Para eso vine a la vida, amigo mío –le contestó el Maestro.

Simónides volvió en ese momento del Templo, a donde había ido con su hija Sabad.

La presencia de "su Soberano, rey de Israel", como él le llamaba, le colmó de júbilo.

— ¡Ya perdía casi la esperanza de volver a verte, mi Señor! –le decía abrazándole una y otra vez–. Pero me imagino que ahora es nuestro turno y que mi Señor no nos abandonará más.

—Ahora seré todo para mis compatriotas –dijo el Maestro–, aunque fuera de vosotros, no encontraré grandes afectos en la tierra natal.

— ¿Por qué, mi Señor?

—"Porque nadie es profeta en su tierra", dice el adagio.

—Pero eso no va contigo, Señor, porque tú eres el que eres en cualquier lugar de la tierra donde pongas los pies.

— ¡Ojalá sea como tú dices, mi buen Simónides! –le contestó Yhasua. Myriam y el tío Jaime se habían quedado en casa de Lía, que estando ya muy debilitada por la edad, casi no abandonaba el calor del hogar sino por extrema necesidad.

El Maestro la fortaleció, hasta el punto de que pudo llegar al Templo en esa Pascua, cuyas solemnidades fueron las últimas que vio en el mundo físico.

El príncipe Judá y Faqui invitaron al Maestro a la vieja casa de Nicodemus, donde ya dijimos antes que tenía sus reuniones la pequeña Escuela, sostenida por los cuatro amigos: José de Arimathea, Nicodemus, Gamaliel y Nicolás de Damasco.

Los cuatro habían sido designados profesores del Gran Colegio, donde se educaba la juventud israelita de alta posición. A fuerza de continuas rebeliones, el estudiantado había conseguido que cuatro cátedras fueran dadas a hombres menos intransigentes, y más adaptados a las corrientes nuevas que venían de las Escuelas de Atenas, de Pérgamo y de Alejandría. Los viejos Rectores Hillel, Simeón y Gamaliel, que durante cuarenta años estuvieron sucediéndose en la suprema dirección de aquella casa de estudios, habían muerto, y la elección de Gamaliel (el joven) como Rector; y de José de Arimathea y Nicodemus como Regentes auxiliares, fue un verdadero triunfo del estudiantado israelita de aquel tiempo.

Mas, como algunos íntimos de los viejos Rectores desaparecidos quedaban en sus antiguas cátedras y puestos importantes en el Gran Colegio, había siempre bandos y litigios entre los antiguos maestros intransigentes y los modernos, más tolerantes con las nuevas ideas.

De todo esto resultaba que los Doctores amigos de Yhasua, se veían grandemente cohibidos en su vida exterior, pues se sabían vigilados por ese enjambre de envidiosos, que buscan aunque sea una pajilla para echar lodo sobre el adversario.

El único que quedó más libre de los cuatro, fue Nicolás de Damasco, que por no ser originario de Judea, encontró mayores oposiciones para los altos cargos a que subieron sus compañeros. Esta circunstancia le permitía mayor libertad de acción, para colaborar en la obra de liberación

del pueblo hebreo, a que estaban consagrados por completo, el príncipe Judá y Hack-Ben Faqui secundados por Simónides y los príncipes Jesuá y Sallun de Lohes y otros hombres prestigiosos de la aristocracia judía, que las crónicas de aquel tiempo han llamado "la secta de los Saduceos", sin duda por el nombre de un antiguo príncipe de nombre Sadoc, que fue el primer adversario que tuvo la tiranía dogmática de los fariseos.

Hecha esta explicación, el lector comprenderá muy bien las precauciones que debían ser tomadas para realizar estas reuniones, en las cuales se estudiaban los medios de librar a la nación hebrea, no sólo de la dominación extranjera sino también de la prepotencia del alto clero, que amparados en la Ley llamada de Moisés, explotaba al pueblo con los diezmos y primicias, y más aún, con la ordenación de sacrificios de animales por sutilezas que en nada trasgredían la Ley.

Los miembros de esta Escuela o Sociedad secreta que era como la Dirección suprema de la Santa Alianza, soñaban todos con el nuevo Reino de Israel, que resurgía de las cenizas gloriosas de David y Salomón, teniendo por sede a Jerusalén y por soberano a Yhasua de Nazareth, el Mesías anunciado por los Profetas.

El único ajeno a todas estas combinaciones y sueños, era el Maestro, que había fundado la Santa Alianza y contaba con ella para educar al pueblo a base de la verdadera Ley Divina, y para aliviar sus dolores y la miseria en que se veía.

La casa de estas reuniones, ya dijimos que aparecía como sitio de reparto de ropas y provisiones a los pobres, y como taller de tejidos para enseñanza gratuita a los huérfanos o hijos de familia sin recursos para la vida.

Esta antigua casona había sido elegida por su situación estratégica, muy adecuada para esquivar la vigilancia de los poderes reinantes.

Estaba situada cerca al muro oriental de la ciudad, a treinta pasos de la Puerta que llamaban de Josaphat o de Bethphagé, por su proximidad al Estanque de este nombre, y porque daba salida al valle de Josaphat poblado de grandes monumentos funerarios, algunos de los cuales tenían comunicación con el Sendero de Esdras, que el lector conoció y por el cual realizaban los levitas y sacerdotes esenios obras de misericordia, y aún de salvamento cuando se presentaba el caso.

Por aquel sendero habían salvado a los tres sabios del oriente, Melchor, Gaspar y Baltasar, de caer en las manos de Herodes, veintinueve años atrás. Simónides, el hombre con ojos de lince, según decía el Maestro, había examinado aquella casa y había hecho de ella una fortaleza, en el sentido de que fuera apta para desaparecer de ella sin ser vistos, caso de una vigilancia extremada. Lo mismo se podía salir de allí por el Sendero de Esdras, hacia las grandes tumbas del Valle de Josaphat,

como al Monte de los Olivos, donde tenían refugio los terapeutas o al camino de Jericó. La proximidad al Estanque dotado de acueductos y alcantarillas, la proximidad al Templo y a la Torre Antonia, hacían aquellos lugares muy transitados por toda clase de gentes, por lo cual era muy fácil pasar inadvertidos.

El nuevo Procurador Romano Poncio Pilatos, era hombre tranquilo y enemigo de atropellos y de injusticias. Y el Centurión que mandaba la guardia pretoriana, era un joven militar que había servido a las órdenes del Duunviro Quintus Arrius, padre adoptivo del príncipe Judá, se llamaba Longhinos, y le amaba con fervor, aunque lamentaba que fuera judío de raza, pues tenía el concepto de que todos ellos eran de alma vil, que se vende por el oro.

—Algún mal genio hizo que los dioses –decía Longhinos al príncipe Judá–, se equivocaron al mandarte a la vida. Debías haber nacido junto al Tíber y no junto al Jordán.

"Pero el nombre de Quintus Arrius, borra cincuenta veces tu nombre judío". –Y se empeñaba en llamarle Arrius. Las generosidades de Judá lo tenían cautivo de él y de su familia.

Todas estas circunstancias parecían favorables a los amigos de Yhasua, que trabajaban secretamente por el establecimiento del gran Reino de Israel, libre de dominaciones extranjeras.

Esbozado así el nuevo escenario, veamos a nuestros personajes, viejos amigos, cuyos sentimientos y forma de pensar nos son harto conocidos.

En esta casa que fue de la familia de Nicodemus, comenzó la lucha del Maestro por persuadir a sus amigos que su camino no era el de las grandezas reales con que ellos soñaban.

Las crónicas cristianas hablan de un satanás tentador que en un momento dado se presentó al Maestro, para sacarle de su camino por medio de brillantes sugestiones de poderíos y de riquezas extraordinarias.

En esta casa de Jerusalén la tarde aquella en que Judá y Faqui le llevaron a ella, comenzó el sufrimiento intenso del Maestro, que debía luchar solo contra el poderoso empuje de mentalidades fuertes que habían forjado y alimentado durante diez años sueños hermosos y de posible realización, humanamente hablando.

Arquelao, hijo de Herodes, fue depuesto del efímero reinado que le dejó su padre sobre Judea y Samaria, y desterrado a la Galia por su ineptitud y sus escándalos que le hizo aborrecer del pueblo. Sus dos hermanos, Herodes Antipas y Felipe, Tetrarcas respectivamente, de Galilea y Perea, Traconitis y Batanea, eran personajes secundarios de una tragicomedia que se desarrollaba entre la orgía y el crimen. El Supremo Pontificado era un feudo, del cual el alto clero sacaba el oro a montones,

sin atender para nada al pueblo que se debatía entre la miseria, a cuya sombra crecía el odio contra los poderes reinantes.

Toda la Arabia, desde Damasco al Mar Rojo, estaba en armas, esperando el aviso de Israel para lanzar sobre Palestina el huracán de sus lanceros, de sus jinetes que corrían como las avalanchas de arena arrastrada por el simún.

La bravía raza Tuareg había mandado al desierto de Libia, sus mejores guerreros para esperar en Cirene el anuncio de que ya sonaba la hora de la liberación para el Oriente oprimido y desgarrado por la loba romana.

El rey Abgar de Togarma (Armenia) había hecho alianza con el rey de Padan-Aram, y sus indómitos montañeses tenían paso libre hasta Cachemir, a pocas millas de Antioquía.

Este rey Abgar era descendiente lejano de Asdrúbal, hermano del gran Aníbal, el héroe cartaginés, y conservaba un odio profundo a Roma.

El rey Izate Adiabenes, hijo de la piadosa Helena, discípula de Baltasar, entraba en la fuerte alianza de principados y reinos pequeños, oprimidos y diezmados por el poderío romano.

El lector recordará que Helena era hermana de Noemí, y por tanto tía del príncipe Judá, el alma de este gran movimiento libertador.

Todo esto escuchó Yhasua en vibrantes discursos aquella tarde que concurrió a la vieja casona que fuera de Nicodemus.

—¡Tú eres un hijo de Israel!, de la real descendencia de David, como lo prueba tu genealogía que se conserva sin interrupción alguna desde sus días gloriosos hasta la hora presente –decía el príncipe Judá, con la vehemencia ardiente de su temperamento, redoblado por el grande amor que profesaba a Yhasua–.

“Nuestros más antiguos libros sagrados, nuestras crónicas milenarias, salvadas de todas las hecatombes de invasiones, incendios y exterminios, nos dicen con el testimonio de Esdras, de Nehemías y de Zorobabel, los tres grandes reorganizadores de nuestra nación y restauradores de Jerusalén y de su templo, que esas genealogías de las familias reales son auténticas, por lo cual, ni aún ese detalle falta a tu personalidad, para llevarnos al convencimiento de que eres tú, Yhasua, el Ungido de Jehová, para libertar a su pueblo del dominio extranjero.

“Diez años llevan estos príncipes y doctores de Israel, estudiando las profecías del advenimiento del gran ser salvador de nuestra raza, y todo concuerda y se refleja sobre ti, con la claridad de la luz solar sobre una fuente tranquila.

“Tus amigos aquí presentes han recorrido las capitales de Oriente, han conferenciado con sus reyes y sus príncipes, algunos de los cuales te han conocido últimamente, han visto tus obras, han sentido de cerca la luz que Jehová encendió en tu corazón, y no hay uno solo que rechace

la idea de que eres tú el anunciado por nuestros Profetas para traer a la tierra en nombre del Eterno, la santa libertad de los hijos de Dios.

"¡Sólo tú, Yhasua, te niegas al designio divino! ¿Es que no amas a tu pueblo?..., ¿es que no te conmueve la miseria de nuestros hermanos?..., ¿es que tú esperas otro que vendrá en pos de ti, o que acaso ya está entre nosotros y no le conocemos?...

"¡Habla por Dios, Yhasua, que el momento es propicio!... Solo esperamos tu palabra, tu aceptación, tu firme voluntad de tomar el timón de nuestra nave que ha zozobrado, y que si tú no la salvas se hundirá irremisiblemente".

Todos los ojos estaban fijos en el Maestro, cuya serenidad era imponente. Parecía una estatua de mármol blanco en una costa bravía, que esperaba el embate de las olas.

Algunos adivinaban su ruda lucha interior y José de Arimathea más que los otros, por lo cual dijo:

—Príncipe Judá..., bien has interpretado el pensamiento de todos, pero debemos recordar que Yhasua no está al tanto del pensar y sentir de todos nuestros aliados en Oriente, y acaso él supone que todo se reduce a entusiasmos nuestros que él juzga imposibles de realizar.

"Propongo pues, que nuestro notario lea las actas levantadas en todas las capitales vecinas, aprobadas y firmadas por los reyes, príncipes y etnarcas adheridos a nuestra alianza.

Nicolás de Damasco que era el notario, tomó de la mesa ante la cual estaban todos sentados, una voluminosa carpeta, llena de pergaminos de los cuales pendían las cintas de diversos colores, con los sellos de los personajes que los habían firmado.

Los pequeños Estados del Asia Menor con costas sobre el Mediterráneo, Cilicia, Pamphylia, Licia, Caria, Lasea (en Creta), Rodas y Pafos (en Chipre) estaban representados en la gruesa carpeta que Yhasua miraba fijamente.

Los Tuaregs del Sahara habían conquistado algunos caudillos de Libia y de Egipto; y al rey Hareth de Petra, se habían unido las tribus nómades del Mar Rojo y de Etiopía.

Nicolás de Damasco dio lectura a aquellas actas y los nombres de sus firmantes con fechas y lugares definidos; más el número de guerreros con que cada uno contaba.

Todos observaron que el Maestro iba anotando en un trozo de pergamino, las cifras que indicaban los hombres de armas que cada jefe de Estado ofrecía. Cuando se terminó la lectura, él hizo la suma de aquel considerable contingente de guerreros.

Sumaban cuatrocientos mil seiscientos hombres.

— ¡Cuatrocientas mil seiscientas vidas humanas que representan

otros tantos hogares, exponéis a morir para que yo sea Rey de Israel! –dijo con infinita amargura–. *Y os llamáis hijos del Dios de Moisés, cuya Ley dice: "No matarás".*

"¿O creéis que las legiones del César os esperarán con los brazos cruzados o tocando cítaras y laúdes?

"El Rey David del cual decís que desciendo, devastó y asoló los países desde el Éufrates al Mar Rojo, para ensanchar sus dominios y colmar sus ambiciones de poder y riquezas.

"Si desciendo o no de David, no lo sé, ni me interesa, pero sí sé que vengo del Padre Universal de los mundos y de las almas, para exterminar el odio y sembrar el amor sobre la tierra.

"Creo que el medio que me proponéis no está de acuerdo con la voluntad Divina respecto de mí.

"¡Soy el Mesías anunciado por los Profetas!...

"¡Soy el Ungido del Eterno para la salvación de la humanidad!

"Mi poder es eterno sobre todas las almas que vienen a este mundo, y nadie las arrancará de mis brazos porque son mías desde inmensas edades, y mías serán por toda la eternidad. Pero mi reinado no se impondrá con las armas ni con la violencia y el exterminio.

"El Supremo Señor a quién represento, no es el Jehová de los ejércitos que los Doctores y Príncipes de Israel vislumbraron, a la luz de los relámpagos y entre el brillar de las lanzas y el silbido de las flechas.

"Es el Dios que dijo a Moisés desde la cumbre del Sinaí:

¡Ámame sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo!

"¡Ámame sobre la luz del sol que vigoriza toda vida, y cuya fuerza de atracción mantiene el equilibrio de los mundos de este sistema!

"¡Ámame sobre el agua de las lluvias con que fecundo tus campos, para que tengáis aceite y trigo en tus bodegas y vino en tus lagares!

"¡Ámame sobre el aire que respiras, la luz que te alumbra, la tierra que te sostiene, los bosques que te dan fuego, los huertos que te ofrecen sus frutos y los jardines que te coronan de mirtos y rosas!

"¡Ámame sobre todas las cosas, porque soy tu Creador y tu Dueño; y ama a todos los seres semejantes a ti porque soy el Padre de todos, y todos salisteis de mi seno para ser justos y felices en la posesión eterna de mi amor!".

"Si el concepto que tenéis del Dios a quien adoráis es diferente del que acabo de esbozar, creedme que estáis engañados; y que poca diferencia existe entre vosotros y los adoradores de Baal, Marduk o Astarté, que ordenan a sus devotos el exterminio de los adversarios.

"Mi reinado no se impondrá con las armas, ni con el exterminio, he dicho, y añado aún más: Mi manto blanco de Maestro de Divina Sabiduría, no se manchará con sangre de hermanos, ni se mojará con el

llanto de ancianos desolados, de viudas desamparadas y de huérfanos ambulantes por los caminos.

"¿El Eterno Dador de la Vida, me habría ungido acaso para levantarme un trono de oro a costa de innumerables vidas y de infinito dolor humano? ¿Creéis que Dios Omnipotente que hizo surgir millones de mundos de sí mismo, necesita que mueran asesinados en los campos de batalla multitud de sus criaturas, para levantar un enviado suyo como rey de una nación determinada?

"¡Mi reinado es eterno sobre este mundo, que el Padre Celestial me dio en heredad desde inmensas edades y yo sabré mantener este divino legado por los siglos de los siglos!...

"¡Mas, no queráis apresurar la hora, ni torcer el camino que está marcado en el pensamiento de Dios, como ha marcado Él su ruta a las estrellas y sus límites al mar!

"¿No me da Él cuando quiere, poderes supremos sobre las enfermedades, sobre los elementos y sobre la muerte?

"¿Y osáis pensar que el Ungido de Dios se hará solidario de la matanza y el exterminio, cuando siente tan cerca de sí, la voz divina que le dice: "Ámame sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo?"

"¡Mi trono estará formado de corazones amantes, amigos míos... mi corona real será forjada en diamante, por todos los que habrán triunfado de la mentira y la ignorancia, y vendrán a mí con manos puras y sus frentes coronadas de rosas!...

"¡Mi túnica de lino y mi manto de púrpura, serán tejidos por las manos que visten al desnudo y secan el llanto de los doloridos!...

"¡Oh, mis amigos de ahora y de siempre!... No queráis apresurar la hora de Aquel que me ha enviado entre vosotros, y que os pone a mi lado para secundar mi obra, no para impedirla.

"Esperad en paz y alegría de espíritu, que cuando el Padre me haya levantado a donde debo subir, lo que ahora no comprendéis será claro para vosotros como la luz del mediodía".

Un profundo silencio siguió a las palabras del Maestro.

Las frentes se habían inclinado pensativas, pues que las palabras de Yhasua con su irresistible lógica, no admitían réplica alguna.

Mas, su discurso era para ellos un cofre tan lleno de piedras preciosas, que no sabían cuales elegir para formar la corona real con que deseaban ceñir su frente.

Se había reconocido él mismo, como el Mesías anunciado por los Profetas, y Ungido del Eterno para la salvación de la humanidad.

¡Había declarado eterno su reinado sobre la tierra, que era la heredad que el Padre le dio, y había añadido que él sabría mantener ese divino legado por los siglos de los siglos!

Luego Yhasua, era mucho más grande en su misión y en su capacidad de lo que ellos se habían figurado. A través de sus palabras podía comprenderse que había venido con potestad divina sobre todo este mundo, y que era demasiado mezquino el nombre asignado por ellos de *Rey de Israel*.

¡Era indudable! El pensamiento y el amor del Mesías abrazaba a todo el mundo conocido entonces y a lo que faltaba por conocer, más allá de los mares anchurosos y traidores, que los diálogos de Platón aseguraban que habían tragado inmensos continentes...

¡Era indudable!... Las palabras del Ungido Divino lo habían dicho muy alto: ¡Su reinado sería eterno y sobre todo este mundo! ¡La unidad de todos los países bajo su cetro se realizaría sin violencia, sin batallas, porque su manto blanco de Maestro no debía mancharse con sangre de hermanos!...

¡El enigma estaba descifrado para todos!... ¡Gracias sean dadas al Altísimo, porque todos veían la luz en el misterio que rodeaba al joven Profeta de Nazareth!

La alegría volvió a todos los corazones y un murmullo de aprobación, de renovado entusiasmo, se extendió por la vasta sala de la asamblea.

El Anciano Simónides que con los príncipes Jesuá y Sallun de Lohes formaban una venerable trinidad de septuagenarios, comentaban ebrios de felicidad:

— ¡Qué gloria para nuestro Jerusalén! ¡Ser la capital del mundo!... Todo el orbe será un solo reino bajo la mano de seda del Ungido de Jehová –decía Simónides–.

"Pero, ¿cómo podrá ocurrir tan grande acontecimiento? ¿Qué será del César romano?... ¿Qué huracán dispersará sus legiones?... ¿Acaso la Península Itálica se hundirá bajo el Mediterráneo y la orgullosa Roma con su César y sus legionarios irán a ser pasto de los tiburones en el fondo del mar?

"¿Acaso algún traidor volcán reventará como un abismo de fuego bajo el templo de Júpiter Capitolino, y Roma quedará reducida a cenizas?...

Los más jóvenes con el príncipe Judá y Faqui hacían también los más variados comentarios, interpretando de acuerdo con sus más vivos anhelos, las palabras del discurso de Yhasua.

José de Arimathea y Nicodemus se acercaron a Yhasua, que se paseaba silencioso por la inmensa sala, observando los tapices murales que tenían el doble valor de su antigüedad y de los delicados tintes admirablemente conservados.

—Mirad este tapiz –díjoles Yhasua, ajeno por completo a los vivos comentarios que se hacían en torno suyo.

— ¡Ah, sí!... Representa a la Reina de Etiopía, Saba la espléndida, con

su bolsillo púrpura repartiendo su oro entre los mendigos de Jerusalén. Salomón la observa desde el terrado de su palacio –contestóle Nicodemus–. Yo lo adquirí por poco dinero, de un viejo mercader idumeo que aseguraba haberlo sacado de una de las grutas de los baños de Salomón, cuando se encontraron los subterráneos que daban acceso a ellas.

—Yhasua –dijo de pronto José de Arimathea–, creo que el motivo de nuestra reunión, es más importante que los tapices. ¿No lo crees tú, así?

—En efecto, es así; pero ya he dicho cuanto debía decir –le contestó el Maestro.

—Has hablado como un sabio, hijo mío, pero nos has llenado de dudas. ¿Qué hacemos con todos los que esperan fuera de las fronteras del país?

—Que sigan esperando hasta que suene la hora. ¿Qué más he de decir? Sabes que yo soy un Enviado. Aquel que me envía es quien manda y no yo. ¿No lo comprendéis vosotros así?

—Mira con qué fuego discuten allí. Lástima grande sería perder en la inacción tanto entusiasmo –añadía Nicodemus viendo a los adherentes más jóvenes enardecidos, formulando hipótesis a cual más grandiosa y sublime, sobre los grandes acontecimientos que las palabras de Yhasua dejaban entrever.

La dulce serenidad de la irradiación del Maestro, acabó por tranquilizar todos los ánimos, hasta el punto de que al separarse, todos demostraban al exterior que una grande esperanza había florecido en ellos.

92
EL SOLITARIO DEL JORDÁN

Al siguiente día, anunció Yhasua, a su madre y a sus amigos, que debía hacer una visita a Yohanán el Solitario del Jordán, como llamaban al que años más tarde fue apellidado el Bautista.

—Mi señor –díjole Simónides–, bien ves que mis años no me permiten la ilusión de ver el día de tu gloria. Déjame al menos que te acompañe hoy, ya que el sitio adonde vas es cercano.

El Maestro sintió compasión de aquella alma que tan profundamente le amaba, aunque sin comprender a fondo su misión y su obra en medio de la humanidad.

Judá y Faqui quisieron también seguirle a los peñascales que rodean el Mar Muerto, pues habían deseado escuchar hacía tiempo lo que el Solitario enseñaba a las gentes.

Yohanán se encontraba por el momento bastante cercano a Jerusalén,

pues se hallaba precisamente en el ángulo que forma la desembocadura del Jordán en el Mar Muerto.

En buenos asnos, el viaje era breve, o sea que saliendo de Jerusalén a la salida del sol podían estar allí antes de la caída de la tarde.

Yhasua aceptó la compañía de aquellos tres hombres que habían sido y eran el alma, digámoslo así, de los entusiasmos por la libertad de Israel, que habían hecho correr como un fuego subterráneo por casi todos los estados del cercano oriente.

Se sabía amado intensamente por ellos y padecía de verles dormidos en un hermoso sueño, del cual no podía aún despertarles.

Comparaba las doradas ilusiones que aleteaban como mariposas de luz en sus mentes, con su pavorosa visión del Gran Santuario de Moab la noche víspera de su consagración, como Maestro de Divina Sabiduría.

Sabía que la terminación de su vida sería con el más infamante suplicio, que sólo se daba por entonces a los criminales de raza, o descendencia de esclavos.

De hacerles una revelación semejante, en esos momentos en que se levantaba como un sol naciente su grandeza de Profeta, de Maestro, de Mesías, le hubieran creído loco o en caso contrario hubieran precipitado el huracán de la guerra para evitar que el clero judío con la secta poderosa de los fariseos, le hicieran daño alguno.

Y para evitar estos dos errores, creyó prudente callar por entonces, a fin de que no entorpecieran el camino que él debía seguir.

Salieron pues, nuestros cuatro amigos una madrugada para ir hacia la orilla del Jordán donde predicaba Yohanán.

Simónides, el hombre de la visión a larga distancia, había mandado poner grandes alforjas en cada asno, pues seguramente una o dos noches deberían pasar en el desierto de Judea, en aquellos desnudos peñascales, entre cuyas escabrosas laderas, sólo crecían espinos silvestres y encinas enanas.

Antes debían atravesar la riente pradera de Betania con sus bosques de olivos, de cerezos y de vides.

Simónides tenía allí unos antiguos amigos, pues en su mocedad había trabajado en aquellos hermosísimos huertos, donde decía la tradición que estuvo situado el palacio de verano que hizo construir Salomón para la hija del Faraón de Egipto, con la cual se casó en su primera juventud.

Propuso al Maestro descansar allí al mediodía, con el propósito al mismo tiempo de enterarse por sí mismo, si sus agentes habían preparado a los jornaleros de las plantaciones en la forma indicada para la cruzada libertadora que vendría después.

Mientras estuvo la Judea bajo la garra de Valerio Graco, el gran enemigo de la familia de Ithamar y por tanto de Simónides, el Anciano

había rehusado hacer demasiado pública la nueva situación suya y de la noble familia a la que estaba unido.

Grande fue su amargura, cuando se encontró con la triste realidad de que los viejos amigos, dueños de la famosa granja de Betania, hacía dos años habían muerto y que sólo vivía allí el mayor de los hijos llamado Simón Lázaro, con su esposa Martha, y la menor de sus hermanas, María, de doce años de edad.

Algunas parientas viudas empobrecidas por diversas circunstancias de la vida, estaban recogidas allí. Como es natural, había una gran tristeza en aquella vieja casona, donde la ausencia de los antiguos amos era muy sentida entre la servidumbre y jornaleros de las plantaciones.

Lázaro y Martha llevaban cuatro años de matrimonio, y como no tenían ningún hijo, la pequeña María era la estrellita azul que iluminaba el hogar. Tal era la situación de la familia de Betania, que tanta parte tomaría más tarde en la vida del Peregrino, del gran hombre que había venido a la tierra para derramar la verdad, el amor y la esperanza en todas las almas.

Por aquella familia tuvieron noticia nuestros viajeros de que Yohanán, llamado el Solitario del Jordán, decía en sus predicaciones que el Mesías anunciado por los Profetas estaba ya en el país de Israel, oculto por los ángeles del Señor, hasta que fuera el momento de manifestarse a los pueblos.

Y les mandaba prepararse en una gran purificación de alma, perdonando las ofensas y los agravios, haciendo limosnas a los necesitados, amparando a los perseguidos, consolando a los prisioneros, y a los enfermos que las leyes humanas arrojaban fuera de las ciudades.

El Maestro comprendió que el alma de la pequeña María se abrió de inmediato como un lirio marchito, cuyo tallo se pone al contacto de un fresco manantial.

Sus bellos ojos obscuros parecían irradiar una luz nueva al contacto de los del Maestro, que la miraban con indecible ternura.

Lázaro y Martha celebraron grandemente la reacción que observaban en la niña, cuya salud les inspiraba serios temores, pues la veían amenazada de languidez y de una consunción que se iba haciendo más pronunciada cada día.

Era de natural tan tímida que no se atrevía a acercarse a la mesa, y entreabriendo una cortina de la sala inmediata al gran cenáculo, parecía una pequeña estatua de la contemplación, cuyos ojos miraban fijamente al Profeta.

—Ven aquí, María –le dijo el Maestro–, y no tengas reparo alguno, pues todos somos tus amigos que te deseamos el bien, la paz y la alegría.

El pálido rostro de la niña se coloreó de un suave rubor y acudió al llamado de Yhasua que la sentó a su lado.

—Dime la verdad..., ¡toda la verdad!... –decíale el Maestro.

—Nunca digo mentira... Profeta –murmuró la niña débilmente.

—Eso es verdad –observó Martha–, porque ni aún por ocultar una travesura no dice nunca una mentira.

Judá, Faqui y Simónides habíanse apartado con Lázaro al otro extremo del cenáculo, mientras Martha con varias criadas iba disponiendo las viandas sobre la mesa.

Informaban a Lázaro de los grandes acontecimientos que esperaban ver realizarse muy pronto en el país.

— ¡Oh, si tu padre hubiera vivido en este momento!... ¡Qué baluarte tendríamos en él para nuestra causa! –decía Simónides al dueño de casa.

—Es que lo que hubiera hecho mi padre, puedo hacerlo yo –contestó Lázaro–. ¿De qué se trata?

Bajando mucho la voz, añadió Simónides:

— ¡Ahí tenéis al Mesías anunciado por los Profetas!...

— ¡Cómo!..., ¡en mi casa!..., ¡a mi mesa!... pero, ¿es posible?

Y los ojos de Lázaro se clavaron en la bella fisonomía de Yhasua que se entretenía hablando con la pequeña María, poniéndose a tono con ella, tal como si fuera un niño de su misma edad.

Simónides, Judá y Faqui explicaron a Lázaro tal como ellos lo entendían, todo cuanto a Yhasua se refería; sus grandiosos poderes supranormales y los estupendos prodigios que realizaba.

Los Ancianos de los Santuarios Esenios le reconocían como el Ungido Divino que Israel esperaba, y todo el oriente avasallado por la prepotencia de Roma, esperaba el momento de imponerlo como salvador y libertador de los oprimidos.

Durante la conversación de los amigos con Lázaro, el Maestro se consagró por completo a aquella menuda y grácil personita, en la cual la vida parecía querer escaparse por momentos. Era una belleza ideal, casi transparente, que irradiaba al exterior una gran bondad, unida a una melancolía profunda.

Yhasua, psicólogo de alto vuelo y gran Maestro de almas, comprendió que era aquel un espíritu descontento de la vida material, en la cual no encontraba nada que le halagase.

—Yo había pedido a mi hermano que me llevase a escuchar a ese solitario del Jordán a donde han ido muchos de Betania –dijo la niña a Yhasua–, pero él no lo hace porque el camino es árido y piensa que yo no resistiré el viaje. ¡Yo lo deseaba..., pero hoy no lo deseo más!

— ¿Por qué antes sí y ahora no? –le preguntó el Maestro.

—Porque una vocecita queda, aquí dentro, parece estarme diciendo: *"ya ha llegado el que tú esperabas"*. –Y la niña daba suaves palmaditas sobre su pecho.

— ¿Y a ti te parece que ese que tú esperabas soy yo?

— ¡Sí, Profeta..., eres tú!

— ¿Puedo saber la causa de esa afirmación tan categórica que haces, María?

—Dicen que yo estoy enferma de alucinaciones, Profeta –dijo la niña con tristeza–, porque veo cosas que no ven los demás. Y yo sé y estoy convencida de que lo que veo, es verdad.

"Cuando murió mi madre tenía diez años y creí que iba a morirme de tanto llorar. Mi padre había muerto seis meses antes, y era un dolor dos veces renovado. Desde entonces empecé a ver casi todas las noches una mujer muy hermosa que se acercaba al lecho a secar mi llanto solitario, porque yo me ocultaba de todos para desahogar mi tristeza.

"Me habla de cosas misteriosas que no comprendo muy bien, pero que no obstante me dejan un gran consuelo interior.

"Hace dos noches la vi otra vez y sé que me dijo: *"Yo me llamo como tú, y tengo un hijo al cual seguirán todos los que llevan en el alma los mismos anhelos que llevas en la tuya.*

"Cuando haya pasado el día de mañana, le verás a tu lado y tu alma será sana de la pesadumbre que la atormenta".

"El día anunciado es hoy, y has llegado tú, Profeta de Dios, y mi alma salta de gozo como un cervatillo en libertad. Ahora lo único que me falta saber es si tu madre se llama como yo: María.

—Es la verdad, querida niña, mi madre se llama como tú y es aún hermosa a pesar de sus cuarenta y siete años.

— ¡Yo quiero verla! –fue la intensa exclamación que salió espontáneamente del alma de María.

—La verás y acaso pronto. Ahora acabo de dejarla en Jerusalén.

No bien oídas estas palabras la niña corrió a su hermano y le dijo:

—Tienes que llevarme a Jerusalén ahora mismo, para ver a la madre del Profeta que es la que me habla en mis sueños que vosotros llamáis alucinaciones.

—Bien, María, bien. Mañana iremos a las fiestas y el Profeta nos dirá cómo puedes ver a su madre –le contestó Lázaro.

—Señor –decía el dueño de la casa, haciendo sentar al Maestro en el sitio de honor en la mesa–. Lo que acabo de saber de ti, agranda enormemente la distancia que nos separa.

—Al contrario, amigo mío; lo que acabas de saber nos acerca mucho más, puesto que tu fe y tu amor a Dios te colocan dentro del círculo de mis discípulos íntimos.

— ¡Grande honor para mí si lo mereciera! –dijo Lázaro–. Pero yo soy un pobre ser apegado a las cosas de la tierra, como el molusco a la roca, y tú eres, Señor, el gran apóstol de la humanidad.

—Dentro de la Ley Divina, Lázaro, nadie se hace grande de un salto. De ti depende el hacer más breve o más larga tu subida a la cumbre. El que hoy es sólo un gorrioncillo, puede con el tiempo y el esfuerzo llegar a ser águila que abarca la inmensidad.

En conversaciones como éstas pasó la comida, y el Maestro recomendó a Lázaro y Martha no contrariar a la niña respecto a sus tristezas y a sus visiones, las cuales denotaban una facultad naciente: la percepción de escenas ocurridas en los planos espirituales, invisibles al común de los seres.

Y quedó resuelto que al día siguiente la llevarían a Jerusalén a la casa de la viuda Lía, la virtuosa matrona judía que era como una venerada abuela para la mayoría de las antiguas familias de Jerusalén y sus alrededores.

Y el Maestro escribió unas líneas para su madre, explicándole el caso de la pequeña María, a fin de que su ternura cooperase a la curación espiritual y física de la niña.

La casa de Betania, el clásico lugar de los reposos del gran Peregrino, quedó así incorporada a la misión apostólica del Profeta de Nazareth.

Y esa misma tarde, antes de ponerse el sol, los cuatro viajeros se desmontaban entre los peñascales vecinos del Mar Muerto, donde vivía Yohanán el Solitario del Jordán.

Lo encontraron sentado a la puerta de su gruta, a la cual se retiraba después de la enseñanza y purificación de la segunda hora de la tarde.

A lo lejos, se veía como un campamento de tiendas de vistosos colores, que las gentes levantaban para permanecer varios días escuchando al gran hombre que les aseguraba la presencia del Mesías en el país de Israel. Y al igual que los afiliados a la Santa Alianza, todos soñaban con días de libertad y de gloria, de abundancia y de paz, después de los duros padecimientos de la invasión extranjera, y de la tiranía de Herodes el Idumeo, continuada por sus hijos.

Mientras Yhasua hablaba en intimidad con Yohanán, sus tres compañeros de viaje comenzaron a recorrer el valle del Jordán, hablando con unos y con otros para sondear el estado de los ánimos.

Se informaron de que más de la mitad de los peregrinos habían ido a las festividades de la Pascua a Jerusalén, pero habían dejado sus tiendas levantadas porque dos días después regresarían.

Cuando se enteraron de que aquel gallardo joven era el heredero del príncipe Ithamar, cuya desgracia fue tan sentida por el pueblo hierosolimitano, los amigos se multiplicaron para ofrecerles hospedaje en sus tiendas de campaña.

El entusiasmo y el asombro, superó el límite cuando vieron al viejo Simónides fuerte y sano, andando por sus pies, pues muchos de ellos le habían visto inválido con las caderas y piernas dislocadas por los tormentos a los que fue sometido.

"Le ha curado el Profeta de Nazareth que recorre el país obrando prodigios y maravillas". Y como el murmullo de un río caudaloso, esta noticia corrió por la orilla del Jordán entre las gentes de las tiendas, que acudían a nuestros viajeros para tomar mayores datos sobre el Profeta a quien no resistían las más terribles enfermedades.

"Era el que había curado a todos los leprosos del Cerro del Mal Consejo, junto al Torrente Cedrón".

"Era el que había levantado de su piel de oveja tirada en el suelo a los paralíticos, que eran como estatuas vivas en los pórticos exteriores del Templo".

"Era el que había abierto los ojos a varios ciegos de nacimiento, que ambulaban como fantasmas por los mercados en busca de socorros de los transeúntes".

"¡Era el que había sacado del calabozo a la viuda y la hija del príncipe Ithamar, asesinado por los piratas!".

"¡Oh!... ¿No sería éste el Mesías que Israel esperaba y que el Solitario del Jordán aseguraba estar ya en el país de Israel?".

Y cuando nuestros viajeros les anunciaron que el Profeta estaba en la gruta del Solitario en conferencia con él, la efervescencia subió de punto y querían correr hacia él para tocar su manto, para empaparse en la luz de su mirada, para escuchar su palabra, para recibir sus bendiciones.

Judá, Faqui y Simónides les tranquilizaron, prometiéndoles que el Profeta iría al Jordán y podrían verle de cerca.

Hablando estaban aún, cuando vieron a lo lejos la esbelta silueta del Maestro, que como una escultura de marfil parecía recortada en el azul opalino del atardecer.

Caminaba al lado de Yohanán, con el cual formaban un marcado contraste. El Solitario vestía la túnica de lana obscura de los terapeutas y su estatura alta y fuerte, su rizada cabellera obscura, su abundante barba negra, sus gruesas cejas, le daban un aspecto rígido y austero que causaba temor.

El Maestro en cambio vestía todo de blanco, sus cabellos y barba castaños con reflejos dorados, sus dulces ojos claros, la palidez mate de su tez, todo le hacía aparecer sutil, delicado, casi como una visión que a momentos se confundía con las brumas malva y oro de la tarde.

La ardiente imaginación de Faqui le sugirió esta idea, que la tradujo en palabras:

—La Justicia y el Amor caminan hacia nosotros.

— ¡Cuán joven es el Profeta!... –repetían algunas voces–. Parece no tener más de veinticinco años.

— ¡Y cuán hermoso es! –añadían otros–. ¡Bien se ve que es originario del norte! La Galilea, vecina de Siria, se ha contagiado de la grácil languidez de los libaneses.

Cuando llegaron, cien ojos curiosos se clavaron en la bella y delicada faz de Yhasua, que sostuvo sereno aquellas ansiosas miradas.

— ¡La paz sea con vosotros! –dijo al numeroso grupo de peregrinos que lo observaba.

—Y contigo, Profeta de Dios –le contestaron.

—Amigos –dijo el Maestro, dirigiéndose a sus compañeros de viaje–. Antes de que el sol se esconda, entraremos a las aguas del Jordán como todos los que vienen a Yohanán el Solitario.

Y diciéndolo, se quitó el manto que dejó sobre los arbustos de la orilla. Las aguas doradas del Jordán besaron sus pies, y Yohanán le dijo:

—Ni tu espíritu ni tu cuerpo necesitan ser purificados porque fuiste puro y limpio desde antes de nacer.

—Haz conmigo como haces con los demás, Yohanán, porque tal es la Ley. –Y dobló su cuerpo sobre el agua que corría mansamente, para que su primo Yohanán la derramara sobre su cabeza.

La gloria del ocaso oriental, formaba un resplandeciente dosel sobre el manso río, que se teñía también de púrpura y oro.

La intensa emoción de Yohanán, cuyos ojos estaban inundados de llanto, la interna evocación del Cristo a sus grandes alianzas espirituales, aquel instante en que él se abrazaba ya de lleno con la humillación de las iniquidades humanas, formó una irradiación tan poderosa de amor en torno suyo, que los más sensitivos percibieron delicadas armonías como voces lejanas que cada cual tradujo de acuerdo con su sentir.

¿No habían oído voces extraterrestres los videntes y auditivos de Betlehem la noche del nacimiento de Yhasua?

¿No habían rasgado los cielos sus velos de zafiro y de turquí, para unirse a la tierra derramando sobre ella paz y amor a los hombres de buena voluntad?

¿No es el amor un himno mudo que todas las almas comprenden, oyen, sienten porque es el Verbo Eterno, la palabra no hablada pero impresa en todas las almas, como un fuego ardiente que el soplo de Dios va encendiendo en toda vida?

¿Qué pasó en los seres que presenciaron aquel sencillo acto, que se les vio caer postrados en tierra con más fervor que si estuvieran bajo las naves majestuosas del templo de Jerusalén?

Un hálito divino había pasado rozando las aguas, las florecillas

silvestres, las rocas musgosas que bordean el histórico río, testigo de las glorias y abatimientos de Israel.

Simónides, sin saber por qué, lloraba silenciosamente.

Judá y Faqui, emocionados en sumo grado no podían pronunciar ni una palabra.

Y todo este complejo mundo de emociones y de sentimientos, no duró sino un instante, como una ola de luz que llega y luego desaparece; como una llamarada que se enciende un momento, lo bastante para iluminar un vasto horizonte.

— ¡Es el Hijo de Dios bajado a la tierra! –dijo Yohanán en voz baja, pero cuyo eco parecía ir resonando de colina en colina como por extraña repercusión. Yhasua pisó de nuevo el césped de la orilla, tomó su manto y continuó andando lentamente hacia la gruta de Yohanán.

Sus amigos recibieron también la ablución de las aguas del Jordán y siguieron a Yhasua, que continuaba andando sin volver la cabeza.

Cuando llegaron a la gruta, anochecía y la primera estrella vespertina encendió su lámpara de amatista con tan vivos fulgores que Yhasua, sentado sobre un trozo de roca, dijo mirándola tiernamente:

—Parece que Venus se asocia a mis pensamientos.

— ¿Qué piensas, Yhasua, si se puede saber? –le preguntó Faqui, sentándose a su lado.

— ¡Que sólo un amor infinito puede salvar a la humanidad que perece!... –contestó.

—Y ese amor se lo das tú, Yhasua, desde largas edades –le contestó Yohanán.

—Y aún no ha sido bastante –añadió el Maestro–; pero la Ley quiere que esta última etapa sea la apoteosis suprema del Amor Eterno.

Judá, en un aparte con Simónides, le decía:

—No sé por qué me parece que somos demasiado pequeños para comprender a Yhasua. Comienzo a verle tan extraordinario, tan diferente de los demás hombres, que su personalidad se va como esfumando en ese mundo desconocido del Eterno Enigma.

"¡Oh, Simónides, padre mío!, a veces acaricio enloquecido de felicidad el hermoso sueño del reinado de Yhasua sobre el oriente salvado por él, y a veces un frío de muerte invade todo mi ser, cual si me viera acariciando una quimera que se desvanece ante mi vista.

— ¿Quimera?... ¡Oh, niño!, ¡no digas eso ni jugando! ¿Y las profecías..., y la fe de nuestros padres desde Adán hasta ahora?

"¿Puede ser todo ello derrumbado en un momento como un torreón de arenilla dorada? ¡No, no y mil veces no! Que ignoramos la forma y los medios por los cuales Jehová realizará sus designios, es verdad; pero esta ignorancia nuestra no significa que no sucederá.

—Amigos –dijo Yhasua–, por hermosos que sean los sueños, la vida humana pide sustento, y Faqui y yo hemos preparado la cena. ¿Nos acompañáis?

El príncipe Judá volvió a la vida real y contestó al Maestro.

—Vamos, Yhasua, vamos.

Y alrededor de un mantel extendido sobre un bloque de montaña, se tendieron en el césped los cuatro viajeros, más Yohanán el Solitario que había recobrado la plácida alegría de los días de su juventud primera.

Aquella cena sobre una piedra, a la luz de las estrellas y de la llama rojiza de la hoguera, sintiendo el rumoroso cantar de las olas quebrándose en los peñascos, tenía no se qué misterioso encanto que jamás pudieron olvidar los cinco seres que rodearon aquella mesa de roca.

En sus íntimas confidencias Yohanán refirió al Maestro, la espantosa lucha que sostenía con las fuerzas del mal, representadas fielmente por Herodías, residente en Galilea, separada de su marido el Tetrarca Felipe, y unida ilegalmente con Antipas, que repudió a su esposa legal.

Como había hecho en Cesarea de Filipo, la desvergonzada nieta de Herodes, continuaba haciéndolo en Tiberias, en Sevthópolis, en Arquelais, en Pasaelis y aún en Jerusalén. Tenía palacios para su residencia en todas estas ciudades, en las cuales iba sembrando todas las corrupciones y todos los vicios de que era capaz su corrompido corazón.

En sus palacios tenía altares para los dioses paganos que fomentaban sus desórdenes, y había creado un cuerpo sacerdotal de mozos y doncellas para los cultos de sus dioses. De este foco de infección moral se desbordaba un torrente de vicio, que iba inundándolo todo.

Yohanán se colocó frente a ella en una lucha terrible que sostenía desde dos años antes.

—Yo sé –decía Yohanán al Maestro–, que ella acecha mis pasos para quitarme la vida, porque el rey Herodes Antipas pone débiles frenos a sus audacias inconcebibles, debido a que me respeta y oye en parte mis consejos. Le curé de úlceras cancerosas, herencia de toda esa familia, cuya sangre es veneno de muerte y me guarda mucha consideración.

“Pero te aseguro, Yhasua, que ésta lucha feroz con las fuerzas del mal, me resta energías de tal manera que en la soledad de este desierto en que vivo, lloro amargamente clamando al Señor para que ponga término a mi martirio.

“Entre las gentes que llegan a mí pidiendo la ablución del Jordán para ser purificados en su cuerpo y en su espíritu, han venido asesinos pagados por Herodías para acabar con mi vida; pero como aún no es mi hora, sus ardides han sido descubiertos a tiempo, y fueron destrozados por los numerosos peregrinos que habiendo recibido tantos bienes, defendieron la vida amenazada del Solitario, como todos me llaman.

“Mas, en mis horas de meditación y de acercamiento a la Divinidad en busca de socorro, me veo asaltado por turbas negras de espíritus inmundos, que vienen en los perversos y bajos pensamientos de esa mujer y de quienes la escuchan y la siguen.

“Tú lo sabes mejor que yo, Yhasua hermano mío, hasta qué punto se ensañan las fuerzas del mal en contra de todos los que eligen para desenvolver su vida, el camino de apóstoles de la verdad, de la justicia y del amor; y que sólo una heroica fuerza de voluntad puede vencer en la tremenda lucha.

“Como te avisé a ti cuando salí al apostolado, avisé a todos los Santuarios Esenios, pidiéndoles la cooperación espiritual para cumplir debidamente mis pactos contigo, y con las Inteligencias Superiores que han marcado nuestros caminos.

“¡Y con todo eso, ya lo ves, hermano mío!..., ¡llegan momentos en que me creo vencido; y tirado como un harapo de humanidad entre los peñascos que me cobijan, lloro en silencio!..., ¡exhalo ayes que nadie escucha, sino el viento que pasa silbando por la montaña!...

“¿Por qué, Yhasua..., por qué el bien ha de ser avasallado por el mal, si Dios, Señor de todo lo creado, es el bien por excelencia?

“¿Por qué esta raza de víboras, de la dinastía de Herodes, ha de venir envenenando a todo el país desde hace más de cuarenta años?

— *¡Yohanán!* –le contestó el Maestro, con su voz suave de susurro de aguas mansas corriendo entre flores–. *¡Yohanán! ¿Has olvidado que faltan aún dos milenios de años, o sea veinte centurias, para que las razas de víboras como la de Herodes, desaparezcan de entre la humanidad?*

“¡Cuántos mártires serán necesarios para luchar con ellas, vencerlas, transformarlas y redimirlas!

“¡Cuántas jóvenes vidas serán segadas por el hacha de los verdugos, cuántas se consumirán como hojarasca seca en las hogueras, cuántas colgarán de las horcas de donde las arrancarán a pedazos los buitres voraces!..., ¡cuántos los crucificados como los esclavos de Espartaco!..., ¡cuántos devorados por las fieras de los circos, para divertir a otras fieras humanas que corearán con carcajadas los ayes de las víctimas!...

“¡Oh, Yohanán, hermano mío!... ¡Sólo ante ti puedo hablar en esta forma, porque tú eres fuerte como la montaña de granito, ante la cual se estrellan rugiendo las olas agitadas por la tempestad!

“¿Puedo decir a ninguno de los que se apretan a mi lado para seguirme, “tú serás una víctima de la inconsciencia humana?”.

“¿Puedo contestar a los que me llaman Maestro, que se verán cubiertos de baldón y de oprobio lo mismo que su Maestro? ¡A ninguno puedo decírselo y estoy cierto de que así sucederá!

"¡Dios es el bien y el mal triunfa, Dios es el amor y el odio se impone, Dios tolera y perdona por largas edades y la venganza y el crimen se levantan con fuerza de ley!

"Dios es el Dueño y Señor de cuanto existe, y las multitudes hambrientas y desposeídas ambulan por las ciudades y los campos, recogiendo mendrugos arrojados a los perros o espigas olvidadas en los rastrojos...

"¿Qué significa todo esto, Yohanán, qué significa?... Que la mayor parte de la humanidad, se entrega vencida a las razas de víboras como los Herodes de la Palestina, y que su liberación es lenta y penosa como el andar de una caravana en los caminos fangosos.

"Tú y yo iniciamos una marcha nueva, en esta hora solemne de la evolución humana en éste planeta. ¡Detrás de nosotros vendrán centenares y miles, que irán cayendo a lo largo del camino como frutos maduros en los senderos del huerto, para saciar el hambre y la sed de las turbas inconscientes!...

"¡Nosotros caeremos desgarrados, pero no vencidos en el camino obscuro y sombrío; porque la muerte por un ideal de redención humana no es la derrota sino la consagración suprema del Amor Eterno!

"¡Para luchar tres años frente por frente a la maldad y la ignorancia humana, has pasado treinta en la austera santidad de los Santuarios Esenios, donde has bebido a raudales la luz, el divino conocimiento, la energía y el poder sobre todo mal!... ¡Treinta años acumulando fuerza sobre fuerza para vencer a la raza de víboras que envenena a nuestro país!".

— ¿Habré conseguido algo, Yhasua, en esta ruda jornada?... –preguntóle Yohanán con infinita tristeza.

— ¡El apóstol de la verdad y del bien no fracasa nunca, Yohanán, hermano mío, aunque no recoja con sus propias manos el fruto de lo que ha sembrado!

"¡Es el tiempo..., son los siglos que van recogiendo los laureles que coronarán un día la frente de los escogidos, sin que una sola hoja se pierda, ni se marchite, ni se seque!...

"¡Las fuerzas benéficas y salvadoras que acumulan hora tras hora los servidores de Dios, atrayendo con sus grandes anhelos, el amor, la luz, la bondad infinita sobre la humanidad delincuente, no se pierde en el vacío, sino que caen en las almas de los hombres, como cae la lluvia sobre los campos resecos, como entran los rayos solares por la escasa lucera de un calabozo!

"Si no fuera por ésta estrecha comunión espiritual, entre las almas purificadas de la tierra con sus hermanas gemelas de los cielos infinitos, en favor de las humanidades atrasadas, ¿cómo se encenderían luces entre sus tinieblas, y quién sembraría la simiente divina de la verdad?

"¿Quién repetiría a los hombres la palabra fundamental de la Ley: "Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo", sino los labios purificados a fuego, como los de Isaías, de los apóstoles de Dios? Ellos pasan por la vida desposeídos de todos los goces materiales, y ricos solo de los dones divinos que derraman sin mezquindad, como los astros su luz y las flores sus perfumes, y el manantial sus corrientes, sin esperar compensación alguna..."

Las palabras del Maestro iban cayendo en el alma de Yohanán, extenuada por la espantosa lucha espiritual sostenida, como una suave llovizna que la vigoriza de nuevo..., como una túnica blanca transparente que aligeraba sus vuelos hacia la Divinidad, única compensación deseada por él; que lo había renunciado todo para ser digno cooperador del Cristo en la redención de la humanidad.

¡Los ángeles de Dios debieron contemplar ebrios de gozo divino, la unión de aquellas dos grandes almas en la soledad del desierto de Judea, cercados de áridos peñascales, menos duros quizá que los corazones de los hombres que buscaban redimir y salvar!...

—Fortalecido por tu visita..., alimentado con el pan divino de tu palabra, Yhasua, hermano mío, el Solitario del Jordán tendrá fuerza para anunciar al Dios vivo, que si es Amor para los humildes y doloridos, es Justicia para los tiranos y los déspotas, que hacen de este mundo un lupanar, y de las almas escoria que se pierde entre el vicio y el crimen.

El sol del amanecer se levantaba como un fanal de oro detrás de las montañas, y los discípulos de Yohanán comenzaron a llegar para recibir de su Maestro la instrucción matutina.

Eran catorce jóvenes de los pueblos vecinos del Jordán, que vivían en las grutas de las orillas del Mar Muerto y que acudían diariamente al Solitario para seguir sus mismos caminos, de salvadores de los hombres.

93
EL AÑO TREINTA Y UNO

De regreso el Maestro a la placidez de la dulce Galilea, su primer cuidado fue presentarse en el Santuario de las grutas del Monte Tabor, para reunirse de nuevo a sus doce discípulos íntimos.

En setenta días habían aprendido de la ciencia de Dios y de las almas, lo que en todos los años de su vida, apenas si habían vislumbrado débilmente. Aquellos dos maestros de Yhasua, Melquisedec y Tholemi, ancianos ya, fueron los que prepararon a los Doce, para auxiliares del Maestro en su obra apostólica.

A ellos, que sólo habían dejado para seguirle sus redes de pescar o sus tiendas de mercaderes, se les podía decir parte de la verdad en lo referente a la vida de Yhasua, sin conmover su esperanza ni su fe.

Ellos solos supieron desde entonces, que Yhasua de Nazareth no había bajado a la tierra para sentarse sobre un trono de oro, ni vestir la púrpura real. Ellos solos supieron de qué cielos había descendido el gran espíritu, que venía a marcar nuevos rumbos a la evolución humana.

A través de las palabras de Melquisedec, ardiente como una llama y suave como perfume de incienso, conocieron la personalidad espiritual del Maestro, que les había llamado para seguirle en su breve pasaje por la vida del plano físico.

Desde entonces, se familiarizaron con la idea del Reino de Dios, del cual tanto y tanto les hablaría el Maestro más tarde.

Aquellos setenta días de enseñanza y de meditación en las grutas silenciosas del Tabor, apagaron las luces fatuas de las ambiciones terrestres, y el hombre viejo desapareció del escenario, para surgir el hombre nuevo capaz de alimentar anhelos nobles y puros; capaz de contemplar la vida física en sus reales y verdaderos aspectos, y de mirar a la muerte con ojos serenos y corazón tranquilo.

Eran golondrinas viajeras, que habían venido siguiendo a un águila real, que debía levantar en sus alas poderosas a toda la humanidad...

¡Eran la escolta de un príncipe soberano, que había venido a este ingrato país de esclavos, a romper sus cadenas y volver a la libertad!...

Y les dejaría sobre esta tierra como guardianes de la obra que venía a fundamentar, sobre la base de granito de la Ley Divina: “Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo”.

¡Qué grande veían a su Maestro, a la luz de la lámpara encendida para ellos en el Santuario del Monte Tabor!

Y en adelante vivirían siempre a su lado, llevando la misma vida de los esenios: meditación, apostolado y trabajo.

La vieja casa de Simón Barjonne, padre de Pedro y de Andrés, junto al Mar de Galilea, sería su hogar común mientras no se alejasen de allí.

En Tiberias vivía aquel buen Hanani, padre de Fatmé, curada de tuberculosis por el Maestro.

En Naím tenían la granja de Tolmai, padre de Dídimo o Bartolomé, como más vulgarmente le llamaban, y el hogar tranquilo de la viuda Myrina.

En Betsaida vivía el anciano Judas, padre de Nathaniel y abuelo de Zebeo, con cuatro hijos y una hija, tan devotos del Maestro, que pusieron a su disposición el gran cenáculo de su casa para hospedaje suyo y de sus discípulos.

En la ciudad de Cafarnaum, residía la viuda Elhisabet, hermana de

Felipe, cuyas dos hijas tenía con ella; y su casa fue la morada del Maestro, cuando el apostolado le retenía al norte del Mar de Galilea.

Familias todas educadas por los terapeutas Esenios, que recorrían el país desde muchos años atrás, fueron colaboradores ignorados en la obra redentora del Cristo, que encontró en sus hogares, su propio hogar.

Toda la margen occidental del Mar de Galilea, fue el primer escenario del gran Apóstol, que pasó allí la mayor parte del año treinta y uno de su vida.

El mundo ha llamado equivocadamente a Jerusalén, la ciudad Santa, nombre que debiera darse en verdad a las ciudades costaneras del Mar de Galilea, donde fue el Maestro Divino tan intensamente amado y mejor comprendido que en la vieja ciudad de los Reyes.

Jerusalén fue la ciudad asesina del Justo, en la cual unidos los tres poderes: el romano, el del rey y el del clero, hicieron de común acuerdo, el más heroico mártir que vieron los siglos.

¡Los senderos entre montañas que bordean el Lago, y que van de ciudad a ciudad, a una y otra aldea de las muchas que poblaban la ribera en aquel tiempo, fueron tantas veces hollados por sus pies de peregrino infatigable!

La arboleda exuberante que tapiza aquellos cerros, los vallecitos verdes de césped y salpicado de anémonas rojas, las aguas tornasoladas del Lago, en que se reflejaba su imagen al pasar tocando con sus pies la orilla... ¡todo, absolutamente todo en aquella región de Galilea quedó impregnado de su presencia, de la vibración divina de su palabra, del aura radiante que le envolvía..., de la luz inefable de su mirada!

Las orillas del Lago fueron el edén, el paraíso del Cristo sobre la tierra. ¡Fueron sus días verdaderamente felices!

De las familias de los pescadores, favorecidas todas con los beneficios del Hombre-Luz, del Hombre-Amor, que nunca vio un dolor sin remediarlo, se extendió el rumor como una ola gigantesca de que el hijo del artesano Yhosep y de Myriam, la mujer de la piedad, era un gran Profeta y Taumaturgo que curaba las más rebeldes enfermedades. Ni la lepra, ni la tisis, ni el cáncer, resistían al mandato del Hombre de Dios.

Y los nombres de los curados circulaban de boca en boca y de pueblo en pueblo, y nadie podía desmentirlo, porque allí estaba la prueba viviente de los hechos que se enunciaban. Debido a esto, las orillas del Mar de Galilea se vieron cubiertas de multitudes ansiosas y doloridas que acudían en busca de alivio para sus males.

Y él, de pie en la proa de una barca que se balanceaba sobre las olas, rodeado por sus doce inseparables, hablaba a la muchedumbre sobre su tema favorito: “El amor a Dios nuestro Padre y al prójimo nuestro hermano”.

La *Paternidad de Dios* fue uno de sus más bellos discursos:

—*"Si conocierais al Padre como le conozco yo, le amaríais sin esfuerzo alguno* –les decía, con una emoción de amor tan íntima y profunda, que la transmitía a todos los que le escuchaban–. *Si cada vez que asoma el sol en los arreboles de la aurora y se esconde en la bruma de oro del ocaso, levantarais vuestro pensamiento al Padre para confiaros a Él, para repetirle una y mil veces vuestra entrega absoluta a su voluntad, para hacerle cada día la ofrenda de cuanto sois con todas vuestras miserias, enfermedades y dolores, creedme que seríais todos felices, porque vuestro pensamiento unido al Padre atraería sobre vuestras vidas, todo el bien que buscáis en la tierra sin encontrarlo jamás.*

"Pero vosotros tomáis un sendero equivocado que os lleva a las tinieblas y al dolor.

"Vivís buscando en las criaturas buenas o malas, lo que falta a vuestras necesidades, y os encontráis naturalmente con el egoísmo, con la mezquindad, con la indiferencia, que hace más crueles vuestros dolores, o con la impotencia para remediarlos; y de vuestra ansiosa búsqueda tornáis con las manos vacías y con el corazón deshecho a las negruras de vuestro hogar sin lumbre, de vuestra mesa sin pan, de vuestro lecho helado por falta de abrigo. Olvidasteis a vuestro Padre, y Él os deja padecer para que el desengaño de las criaturas os vuelva por fin a su amoroso regazo.

"Ahora confiáis en mí porque veis que tengo un cuerpo de carne igual que el vuestro, porque mi palabra entra por vuestros oídos y vuestras manos tocan las mías, y quedan marcadas en la arena las huellas de mis pies.

"Nuestro Padre Celestial os habla más alto que yo, y sus huellas eternas fueron marcadas en todo cuanto existe en el universo.

"Cuando el sol extiende su resplandor que todo lo vigoriza y anima, ¿no pensáis en el Padre que os besa con su Luz Divina y se infiltra en vuestra sangre, en vuestro cuerpo, en vuestra vida toda?...

"Cuando vienen las lluvias abundantes, y los torrentes del Monte Hermón bajan desbordados al Jordán, que renueva las aguas de este Lago y os ofrece centuplicados sus peces y sus moluscos, ¿no pensáis en el Padre Celestial que provee así a vuestra alimentación?

"Cuando la correntada arrastra árboles secos, y pasan los vientos desgajando los bosques, cuyo ramaje va a cubrir a veces los huertos y los caminos, ¿no pensáis en el Padre Celestial que provee así, a que tengáis lumbre en el hogar?

"Cuando vuestro huerto se cubre de flores, y vuestras higueras y castaños, vuestros olivos y vuestras vides bajan a la tierra sus ramas

cargadas de frutos, ¿no pensáis en el Padre Celestial que así provee a vuestra alimentación?

"Son esas las formas de expresión de nuestro Padre Común, son esas sus palabras y sus huellas que vosotros encontráis y no lo reconocéis; más aún, le olvidáis para correr tras de las criaturas, para maldecir de vuestra situación, para envidiar al que tiene más, para alimentar la rebeldía y el odio contra los favorecidos de la fortuna, que nunca recuerdan al que nada tiene, y no pensáis que vosotros, puestos en su lugar, haríais lo mismo.

"Grabad sobre la mesa del hogar, los diez mandamientos de la Ley Divina que lleváis grabados en vuestro propio corazón, porque son la Eterna Ley Natural que vive desde que el hombre vive sobre la faz de la tierra, y si esa Ley es la norma de vuestra vida y cada día de ella, oráis al Padre con fe y amor, yo su Profeta, su Hijo, os digo solemnemente en nombre suyo: Él cuidará de vosotros y de vuestras necesidades, como cuida de las aves del bosque y de las florecillas del valle que no siembran ni siegan, y que ni Salomón con todas sus riquezas, estuvo vestido como ellas.

"Vuestro pensamiento me pregunta: ¿cómo debe ser mi súplica al Padre Celestial? Y yo os contesto, que del mismo modo que pide el niño a su madre sin rebuscadas palabras y sin los adornos de la retórica, con la sola expresión de lo que necesita vuestro espíritu y vuestro cuerpo:

"¡Padre nuestro que estás en los cielos!... Alabado sea tu Nombre. Venga a nosotros tu Reino y hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores Y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de todo mal.

"El Padre sabe que todo esto lo necesitáis, mas su divina ternura para vosotros, se deleita en vuestra fe, amor y confianza en Él, y quiere que así se lo manifestéis.

"¡Las generaciones de la Edad de Piedra, formadas entre la furia de los elementos, cuando las fuerzas todas de la Naturaleza pugnaban a una para dar a la corteza terrestre y su envoltura de éter, de gas y de fluidos la forma y consistencia perfecta, sentían a no dudarlo la grandeza y poderío de una Causa Suprema, que reconocían en el estampido del rayo, en el fragor de los truenos y relámpagos, en los torrentes desbordados, en el bramido de los mamuts enfurecidos devastando selvas; en las montañas que abrían sus entrañas vomitando fuego, humo, llamas, vapores ardientes!... ¡Y aterrados por aquellos formidables cataclismos que les llenaban de espanto, sólo sentían un Dios iracundo, terrible, que paseaba sus ejércitos en alas de los huracanes que devastaban los campos y los pueblos!... Y quedó viva y en pie, la

frase legendaria del "Dios de los ejércitos"; la "ira de Dios", la "cólera de Dios" desatada en las tormentas, en los huracanes, en los incendios producidos por el fuego interno de la tierra, expelido por los cráteres de cien volcanes que reventaban en distintos parajes de este globo.

"¡Todo aquello pasó! Era la infancia de la humanidad sobre el planeta, su casa, su morada para largas edades. Hoy no es la Edad de Piedra. Es la hora de la fraternidad y del amor, en que la Causa Suprema aparece ante su Creación Universal con sus más tenues y delicados ropajes, con sus millares de cortesanos cantando al amor, a la piedad, a la ternura, tal como un augusto emperador que quiere a todos sus súbditos vestidos de fiesta, tocando cítaras y laúdes, que repiten un cantar nuevo:

"¡Gloria a Dios en los cielos infinitos, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!".

"Os anuncio pues, un Dios Amor, Piedad y Misericordia, al cual debéis llamar vuestro Padre, porque lo es con toda la ternura y solicitud con que amáis y cuidáis vosotros a vuestros pequeñuelos.

"De hoy en más, nunca diréis que estáis solos y desamparados en los caminos de la vida, porque Dios vuestro Padre, vela en torno vuestro, con más solicitud que una madre, junto a la cuna de su niño.

"¡Pero es necesario que os procuréis por la oración y las buenas obras, el acercamiento a vuestro Padre Divino, del cual no os separáis, ni aún cuando le olvidáis!..., entendedlo bien; pero su efluvio benéfico, su energía que vigoriza, su fuerza que será vuestra fuerza, no penetra en vosotros de igual manera, que cuando vuestra fe, esperanza y amor, le abre vuestro corazón de par en par, como penetra el rayo solar si abrís la puerta de vuestra vivienda.

"Comprended a Dios, y llamadle en vuestra sencillez; encontradle en el agua que bebéis, en el pan que os alimenta, en el fruto maduro que arrancáis del huerto, en el aire que respiráis, en los astros que os alumbran y en las florecillas silvestres que holláis por los caminos.

"En todo está Dios, vuestro Padre, que os rodea por todas partes y que derrama el bien para vosotros, en todas las manifestaciones de la Naturaleza.

"Desde los cedros del Líbano hasta el musgo prendido en las montañas, todo encierra la virtud de Dios para vuestra salud y para vuestra vida.

"Y para que veáis resplandecer sobre vosotros, como una aureola radiante el amor del Padre, os digo en nombre suyo:

"¡Venid a mí los que lleváis cargas que no podéis soportar, los que tenéis en vuestro corazón dolores que os causan angustia de muerte!..., ¡venid, que nuestro Padre me ha dado poder para sanar vuestros cuerpos y consolar las tristezas de vuestra vida!".

El inmenso gentío iba a precipitarse a las orillas del lago, pero el Maestro mandó acercar la barca hasta encallarla en la arena de la costa.

Y con una voz que tenía vibraciones de clarín que toca a diana les dijo:

— *¡Sed curados de vuestras dolencias físicas y desaparezcan de vuestros hogares las rivalidades y el egoísmo, causa de vuestros dolores morales!*

"¡Idos en paz, que el amor del Padre os colmará de dicha, si os entregáis a Él como os he enseñado!".

Un inmenso coro de clamores, de bendiciones y de hosannas resonó en las riberas del Mar de Galilea, aclamando al Profeta que espantaba al dolor, a la enfermedad..., a la tristeza.

Los ángeles de Dios evocados fuertemente por el alma radiante del Cristo, debieron vaciar sobre aquella multitud dolorida y sufriente, cuanto bien, alegría y amor emana de Dios, como una esencia divina que penetra en los cuerpos y en las almas, porque se produjo tal algazara, que quien no supiera lo ocurrido, podría pensar que aquella muchedumbre había enloquecido en conjunto.

Los reumáticos arrojaban lejos de sí los bastones en que se apoyaban o las sillas de ruedas en que se habían hecho conducir, los atacados del pulmón cuya voz afónica no se escuchaba ya más, gritaban aclamando al Profeta; los que padecían de llagas y úlceras, arrojaban las vendas para mostrar a sus familiares que estaban curados; los ciegos vagaban como sonámbulos, ante las maravillas de la luz y el panorama que se presentaba a su vista, obscurecida por accidentes o de nacimiento.

Nadie podía calmar aquella tempestad de alegría que se manifestaba en todas las formas, en que el alma humana exterioriza sus sentimientos.

Los doce íntimos del Maestro, mudos de asombro, miraban a la muchedumbre como enloquecida y miraban al Maestro de pie, sobre la cabina de la barca, contemplando el tumultuoso cuadro que se ofrecía a su vista.

De su alma de Ungido se levantaba un himno mudo pero intenso, de gratitud a Dios-Amor, que le ofrecía llena la copa de felicidad que se encierra en hacer el bien sin esperar ninguna recompensa.

Un precioso velero que venía del norte, se acercó a la costa atraído por los clamores de la muchedumbre.

— ¿Qué pasa allí? –preguntaba una mujer joven y bella, que entre varias muchachas jóvenes como ella, paseaba muellemente por el Lago a la caída de la tarde.

—Es que aclaman al Profeta –contestó una de las doncellas, cuyo nombre era Fatmé, aquella Fatmé que él había curado dos años antes.

— ¿Y por qué le aclaman? –volvió a preguntar la dama que parecía ser allí la que mandaba aquella excursión femenina.

—Habrá sanado a todos los enfermos, como me curó a mí –contestó la joven–. Allí está él, de pie sobre la cabina de una barca. ¿No lo veis?

—Sí que le vemos –contestaron todas–. ¡Y qué majestad la suya! ¡Si parece un rey!

—Dicen que lo será sobre todo el oriente –añadió Fatmé, que demostraba estar muy al corriente de todo lo que al Profeta concernía.

— ¿Un Profeta-Rey? Será algo nunca visto –exclamó la dama abanicándose para espantar los insectos–.

"Los Profetas y los Reyes, son como el aceite y el agua, que aunque se unan por momentos, jamás se confunden ni se mezclan. Los Profetas buscan sólo a Dios y los Reyes al oro.

El velero llegó casi hasta rozar con su proa la popa de la barca en que se hallaba el Maestro.

—Gentes de Tiberias –dijo Juan, viendo que Yhasua volvía su mirada al velero.

—Es la pagana del castillo de Mágdalo –añadió Santiago.

— ¿Por qué la llamas pagana? –preguntó el Maestro.

—Porque no es de nuestra fe, y no vive como nosotros.

—Pero..., ¿no os han explicado ya los Ancianos del Tabor, que Dios ama a todas sus criaturas, tengan o no la fe de Israel? –preguntó de nuevo el Maestro, como extrañado de que uno de sus íntimos manifestase tal sentimiento despectivo para una criatura humana.

—Es verdad, Maestro –respondió el interpelado–, pero se dicen tantas cosas de esa mujer, que uno no sabe si es una sirena de esas que dicen asoma de entre las aguas para enredar a los hombres, o es un hada buena cautiva de algún demonio en el castillo de Mágdalo, perdido entre los nogales.

—No es mala esa mujer –dijo Pedro–. Como es rica, le gusta el lujo y las fiestas, pero hace limosnas a los pobres.

—Apuesto a que viene con un bolsillo de dinero para repartir entre los enfermos y las viudas –añadió Andrés.

En efecto, vieron que los remeros tendían el puentecillo de desembarco a la costa, y las seis muchachas bajaron a la playa. Su llegada acalló un tanto a la multitud para fijar en ellas la atención.

Yhasua las miraba en silencio.

—Buscamos a los enfermos y a las viudas –dijo Fatmé, que parecía ser la que guiaba aquella gentil expedición.

El Maestro no la reconoció en el primer momento. Tan cambiada estaba con su traje y peinado a la griega.

— ¡No hay enfermos, que a todos los ha curado el Profeta! –salió una fuerte voz de entre la multitud.

—Pero habrá viudas pobres y pequeños huérfanos –insistió otra de las muchachas.

La que habían llamado “la pagana del Castillo de Mágdalo” no hablaba, absorta mirando al Maestro, que atraído por aquella insistente mirada, volvió hacia ella los ojos.

La reconoció en el acto. Era la joven aquella que en la gran avenida de Tiro, la tarde de la batalla naval de la Naumaquia, le regaló un esclavo moribundo, que él colocó entre los dependientes de los almacenes de Simónides.

Ella también le reconoció y acercándose le preguntó:

— ¡Profeta!, ¿qué fue de aquel esclavo que se moría en la Gran Avenida de Tiro?

—Que vive como un hombre libre y trabaja honradamente para ganarse el pan –le contestó Yhasua.

—Gracias a tus artes mágicas –dijo ella.

—Gracias a Dios que todo lo puede –contestó él.

— ¿Y tú has curado toda esta muchedumbre que te aclama? –volvió a preguntar la mujer.

—Dios es Amor, y alivia todos los dolores cuando con fe y amor se lo piden.

— ¿Y yo no puedo ser curada del tedio y aburrimiento que me fatiga?

—Ama a Dios y a tus semejantes como a ti misma, y jamás te aburrirás de vivir.

— ¡Tú odias el lujo y las riquezas, Profeta!... –dijo con pena la hermosa mujer.

—Porque llenan de tedio y de cansancio el alma, como han llenado la tuya.

Sus jóvenes compañeras habían terminado el reparto de monedas entre las viudas y los huérfanos, y Fatmé se acercó al Maestro.

— ¿No recuerdas ya, Maestro, a Fatmé la hija de Hanani?

— ¡Oh, sí, hija mía!... No te había reconocido antes. Dile a tu padre que de aquí a tres días le visitaré.

—Ya no tengo nada de aquel mal –añadió la joven.

—Ya lo veo –dijo el Maestro–, pues pareces un rosal en primavera.

—Volví al castillo de mi niñez –añadió Fatmé–. Esta es María que me colma de todo bien.

— ¡Que nuestro Dios-Amor sea bendito por todo! –contestó el Maestro con suave ternura.

—Dile que venga al Castillo –dijo María al oído de Fatmé.

—Cuando visites a mi padre, acuérdate de nosotros, Maestro, y entra en el Castillo... –dijo con timidez Fatmé y en tono de tierna súplica.

El Maestro miró a María, en cuyos ojos vio también una súplica muda.

— ¡Ya llegó la hora!... –murmuró Yhasua–. Está bien Fatmé; al visitar

a tu padre, me detendré un momento en los muelles del Castillo, si con ello puedo hacer bien a sus moradores.

Las muchachas se embarcaron nuevamente y pronto el velero se perdió de vista al mismo tiempo que la muchedumbre se dispersaba alborozada.

Unos momentos después el Maestro tomaba el camino a Nazareth, dejando a sus doce discípulos en la vieja casa de Simón Barjonne.

Al siguiente día era sábado, y estaba avisado por el tío Jaime, que un ilustre Rabí de la secta de los Fariseos, disertaría en la Sinagoga más concurrida de la ciudad. Yhasua deseaba escucharlo. Le llamaban Eleazar, hijo de Simón, y era leproso, pero la maligna enfermedad no asomaba aún al exterior debido al espeso vello de sus manos, a la barba demasiado poblada y a las drogas, pomadas y afeites con que él lo disimulaba.

Un conocido hechicero radicado en Tiberias, bajo la protección de Herodías, era quien guardaba el secreto de la situación de Eleazar el fariseo, y hacía uso de todas sus artes para arrancarle el terrible mal antes de que fuera visible.

— ¡Sálvame por Dios o por el diablo! –decíale Eleazar–, y te daré cuanto quieras. Estoy casado con una hija del Sumo Sacerdote del Templo de Jerusalén, que manda en Judea más que el Procurador y que el rey..., más aún que César y puede hacerte grande y poderoso. Pero sálvame, porque de lo contrario, no tardará en ser visible mi mal y me obligarán a sujetarme a la ley que arroja a los leprosos al Cerro del Mal Consejo y prohíbe vivir entre las gentes de su pueblo. ¿Cómo puedo soportar un oprobio semejante, yo, un justo que no ha traspasado jamás un precepto de la ley?

Tal era el personaje que ese sábado hablaría en la Sinagoga principal de Nazareth, a donde había llegado unos días antes buscando acercarse al hechicero que prometía sanarle. Mas, ante todos, aparecía que aquel santo hijo de Abraham deseaba propender a la instrucción religiosa de los galileos, tenidos por los judíos como incapaces de estudios elevados.

—Me sacrifico gustosamente –decía–, por dar alta instrucción religiosa a Nazareth, el pueblo natal de mi madre.

Y los buenos galileos, crédulos como toda alma sincera y sin doblez, se maravillaron de la abnegación de Eleazar el fariseo, que dejaba el brillo de Jerusalén, para relegarse por un tiempo a sus silenciosas montañas, sólo por hacer el bien al pueblo natal de su madre. Los nazarenos le colmaron de atenciones y de regalos. Aquel virtuoso hombre de letras se lo merecía todo.

El Maestro desconocía todos estos detalles, y sabía solamente que un doctor de la ley, personaje principal de la secta de los fariseos, ocuparía

la cátedra sagrada en la sinagoga de Abimelech, que así la llamaban con el nombre de su fundador.

Myriam, el tío Jaime y algunos otros familiares concurrieron con Yhasua a escuchar al ilustre orador sagrado que honraba con su palabra, una sinagoga de Nazareth.

Confundidos entre el devoto auditorio, el Maestro y los suyos no llamaron la atención en forma ninguna; y al poco rato, el gran hombre entró al severo recinto, acompañado del Hazzan de la sinagoga, de varios escribas que tomarían nota de su discurso, y de otros hombres importantes de la ciudad.

Su tema era éste: "La fiel observancia de la Ley, hace al hombre justo".

La clarividencia poderosa del Maestro, descubrió al punto cuanto había en el alma y en el cuerpo de Eleazar el fariseo, y por primera vez en su vida, se encontró frente a frente de la secta poderosa que trataría de estorbar su camino, y que en esos momentos estaba personificada en aquel ilustre orador sagrado.

Tampoco Eleazar se figuraba hallarse en la presencia del único hombre capaz de conocer su falsedad; del gran nazareno, que descubriría ante todo el mundo lo que era el fariseo judío..., el prototipo de la hipocresía, de la avaricia y dureza de corazón, encubiertos bajo el sutil barniz de una mentida santidad.

Con admirable certeza, leyó el Maestro en el mundo interno de aquel hombre, que hablaba con la prosopopeya de un justo y de un maestro de alto vuelo. El orador desglosaba de la obscura penumbra de la leyenda y de la tradición oral o escrita, las imborrables figuras de Abraham, Isaac y Jacob,

Ofreciéndolas al auditorio como prototipos de la virtud y la justicia, a que llegaba todo observador fiel a la Ley mosaica, y condenando con frases terribles, a los inobservantes por descuido o por malicia.

Los tres patriarcas mencionados vivieron dos mil años antes de Moisés, al cual atribuían los doctores de Israel, todo el catafalco de ordenanzas que tiene el Deuteronomio.

¿Cómo pues se permitía presentarlos como santificados por la fiel observancia de leyes, que fueron promulgadas en el pueblo hebreo veinte siglos después?

Al mencionar las purificaciones ordenadas por la Ley, para las mujeres que han dado a luz y para los hombres recién curados de enfermedades ocultas, hizo el orador tal derroche de exageraciones, de amenazas y de terribles augurios, por la falta de cumplimiento a las ordenanzas legales, que era fácil comprender el estado de conciencia en que ponía a las almas sencillas y de buena fe, que se veían comprendidas en los tremendos anatemas del orador.

Terminaba luego anunciando que todas esas transgresiones por negligencia o por malicia, podían ser subsanadas y perdonadas por Dios, concurriendo al templo de Jerusalén con los dones ordenados por la ley, o sea los sacrificios de los mejores animales de los ganados, o las más escogidas producciones de los campos y de los huertos. Los becerros, los corderos y cabritos; la flor de la harina, el aceite y el vino eran desde luego las más nobles y puras ofrendas que aceptaba Jehová, en expiación de las culpas contra la Ley.

A la fina observación de Yhasua no escapó el menor detalle. Vio los rostros angustiados de algunas jóvenes madres, que no habiendo podido llegar hasta Jerusalén para purificarse a los cuarenta días de nacidos sus hijitos, se veían expuestas a los tremendos castigos de Dios enunciados por el hombre justo, que en nombre suyo hablaba desde la cátedra santa.

Vio hombres ancianos y jóvenes con la inquietud asomada a los ojos, porque tampoco habían cumplido con las purificaciones ordenadas por la ley. Y cuando el programa desarrollado por el orador tocó el turno a las enfermedades llamadas inmundas, como la lepra, el tifus; a la observancia del sábado como día del Señor, la severidad y estrictez llegó a un punto tal que muy pocos quedaron entre el auditorio, que no fueron tocados por el filoso estilete de aquel discurso desbordante de amenazas para los infractores.

"El terrible Jehová de los ejércitos rebosando en cólera contra sus hijos insumisos, mandaría sus ángeles de justicia en los vientos de la noche, en el rocío de las madrugadas, en las nubes obscuras de las tempestades, para flagelar a los audaces que se permitían traspasar los mandatos de su Ley soberana".

El terrible discurso terminó entre un silencio de muerte.

Era costumbre que el orador esperase alguna interrogación de parte de sus oyentes que tuvieran ciertas dudas sobre la argumentación hecha.

Yhasua se levantó de su asiento y caminó sereno hacia la cátedra, frente a la cual se detuvo. El ilustre orador lo miró complacido, de ver que un joven galileo de tan noble continente se presentaba ante él, para hacerle seguramente una consulta, que pondría más en evidencia sus altos valores como hombre ilustre de Israel.

El Hazzan que conocía a Yhasua y sabía su capacidad y su modo de pensar, tembló de la cabeza a los pies por la borrasca que preveía, pero su deber era guardar silencio.

— ¡Honorable Rabí de Jerusalén! –dijo Yhasua con una leve inclinación de cabeza–.

"Tu estupendo discurso ha suscitado en mí algunas dudas, y es tu deber resolverlas, como es el mío exponerlas.

“He escuchado complacido, ¡cómo presentas a nuestros padres Abraham, Isaac y Jacob!, como hermosos ejemplos de justicia y santidad para todo buen hijo de Israel, y en efecto creo que son los tres, verdaderos santos de nuestro pueblo. Pero ellos no fueron santificados por su buen cumplimiento de las leyes del Deuteronomio, puesto que éste se escribió dos mil o más años, después de la existencia de nuestros tres grandes patriarcas.

“Ellos fueron justos, cumpliendo la Ley Natural que todos llevamos grabada en nuestro corazón, y que por sí sola tiene el poder divino de hacer justos a quienes cumplan con ella. De su propio corazón la copió Moisés en tablas de piedra, para que el pueblo hebreo, contagiado del paganismo idólatra del vulgo egipcio, no tratara de encubrir con las arenas del desierto la trillada y pura senda de Abraham, Isaac y Jacob”.

El orgulloso fariseo estaba lívido, pues en toda su vida no había visto tan de cerca, lo que él llamaba en su fuero interno, la audacia de un ignorante.

—Para todo mi discurso –dijo por fin–, me he acomodado al nivel intelectual de mi auditorio. En una sinagoga de Judea no hubiese hablado lo mismo.

—Con esto quieres decir que en Galilea es muy deficiente la instrucción religiosa –dijo Yhasua–, pero creo, honorable Rabí, que no es desfigurando la verdad que se instruye y educa a los pueblos.

— ¿Y quién eres tú, que te atreves a darme lecciones a mí, que llevo veinte años enseñando en el Templo y Sinagogas de Jerusalén?

—Sencillamente un hombre que ha buscado la verdad, que la ha encontrado en la meditación y el estudio, y que no gusta de verla desfigurada y encubierta por ningún velo ni disfraz –contestóle el Maestro con admirable serenidad–.

“Has hablado de la santificación del sábado, en el cual “no es lícito ni aún enterrar a los muertos, ni asistir a un enfermo, ni levantar a un herido tirado en un camino”. Has hablado del ayuno y de las penas a que está sujeto el que no cumple con él. Pero has olvidado lo que dice el Profeta Isaías de que “el ayuno agradable a Jehová es la misericordia con los afligidos, con los desterrados y perseguidos, con los hambrientos y los desnudos”. Es necesario pensar en que la mesa del pobre, pocos días tiene alimentos, y si éstos le llegan en día de ayuno, ¿debe pasar otro más sin comer?

“¿Si un profeta de Dios encuentra en día sábado, un leproso en su camino, debe dejarle sin curar, teniendo el poder divino de hacerlo?”

El pensamiento del Maestro fue a lo profundo de la conciencia del fariseo que siendo leproso, no sólo faltaba a la Ley que ordenaba apartarse de las gentes, sino que lo encubría burlándose de la Ley.

Inquieto y turbado, no acertaba con lo que debía contestar, y sus ojos huían de los del Maestro, cuya mirada límpida y serena le llegaba como una acusación.

Se levantó para retirarse y dijo al Hazzan:

—Si hubiera sabido que teníais un Maestro en Nazareth, no hubiera subido a esta cátedra.

—Ningún Maestro está demás para enseñar al pueblo –contestó el Hazzan.

—Pedir explicaciones a un orador sagrado, está permitido por la Ley. En cambio tú faltas a la Ley, Rabí, no contestando a mi pregunta: ¿Puede curar a un leproso en día sábado?

Los divinos ojos del Maestro buscaban el alma de Eleazar, que aún podía ser redimido del orgullo que le dominaba.

—La severidad de la Ley, ha hecho del leproso el ser más desventurado de la tierra –dijo el fariseo–.

"¡Si eres Eliseo Profeta, y tienes el poder de curar la lepra, ten piedad de los leprosos y cúrales aunque sea en sábado!

— ¡Muy bien, Rabí! En este día sábado, en la sinagoga de Abimelech en Nazareth, curo en nombre de Dios omnipotente, la lepra del que la tiene en su cuerpo–. La vibración de estas palabras del Maestro fue tan poderosa, que Eleazar se dejó caer de nuevo en el sillón de la cátedra porque todo su cuerpo temblaba.

—Se ha desvanecido –dijo el Hazzan acercándose.

—No es nada –dijo el Maestro al público–. Esperad, que aún debéis oír el final del discurso. Mis preguntas obligan al orador a ampliar el tema.

El fariseo comprendió la grandeza moral del hombre que tenía ante él, y su propia bajeza e hipocresía que amenazaba al pueblo con la Ley, y él se burlaba de ella.

Vio que de sus manos desaparecían las señales de la lepra, y una suave frescura corría por todo su cuerpo. Se veía curado por aquel extraordinario Profeta que había leído hasta en el fondo de su alma.

Y ocupando nuevamente la cátedra habló en términos que dejó estupefactos a los oyentes.

La Misericordia Divina hablaba por su boca, mientras de sus ojos corrían lágrimas que trataba de ocultar de su auditorio. Pero su voz temblaba de emoción, de remordimiento, de conmociones internas profundas, cuando repitiendo palabras del Profeta Jeremías sobre la piedad y misericordia con los desamparados, con las viudas y ancianos indigentes, con los niños huérfanos, los perseguidos por la justicia, con los encarcelados y enfermos, recordaba sin duda que su vida era una completa contradicción a su actual discurso, que una misteriosa fuerza

oculta le obligaba a pronunciar. Y una interior dulzura y suavidad embargaba su propio espíritu al hablar así, como si la presencia del Profeta Nazareno transformara su corazón, sus sentimientos y curándole de su ceguera espiritual como había curado la lepra de su cuerpo, le hiciera contemplar la Bondad Divina en toda su infinita dulcedumbre.

Cuando terminó, se abrazó de Yhasua y rompió a llorar a grandes sollozos.

— ¡Profeta de Dios! –le dijo–, has curado la lepra de mi cuerpo y la lepra de mi alma envenenada de orgullo. Soy deudor tuyo para toda mi vida, ¿qué puedo hacer por ti?

—Hablar al pueblo siempre como lo acabas de hacer –le contestó el Maestro–.

"En nuestros grandes Profetas –añadió–, hay hermosos resplandores de amor, de esperanza y de fe, que pueden servirte de base para brillantes discursos, sin que nadie pueda argüir que te apartas de los Sagrados Libros.

"Tú sabes, Rabí Eleazar, que el Pentateuco llamado de Moisés, fue escrito en gran parte después que su cuerpo descansaba sin vida en Monte Nebo. Los verdaderos escritos de Moisés, los he visto yo y los he tenido en mis manos. Son pocos y breves y están ocultos y custodiados por una fuerza superior que hasta ahora nadie ha podido vencer. Jeremías los conoció; Isaías los conoció... Elías y Eliseo los conocieron también. No te apartes de esos cuatro Profetas en tus discursos, y estarás dentro de la verdad y la justicia.

—Profeta Nazareno –dijo el Rabí después de unos momentos de silencio–. Yo tengo la antigua casa de campo que perteneció a mis abuelos maternos, entre las montañas que encajonan el valle de la antigua ciudad de Lazarón, hoy convertida en un suburbio extramuros de Tiberias. Con un pretexto cualquiera me retiraré allí, para realizar en quietud y sosiego la transformación de mi vida. Mi posición en Jerusalén es muy falsa de hoy en adelante, y confieso que me falta valor para afrontar la lucha entre la conciencia que tú has despertado en mí, y el Sanhedrín, donde mi suegro Hanán, ocupa un lugar preponderante.

"Allí esperaré tus visitas, Profeta de Dios, si crees que merezco ese honor.

—Te lo prometo, Eleazar, amigo mío, para la próxima luna. Te mandaré aviso por los hijos de Simón Barjonne, que conocen hasta las plantas de heno que crecen en las márgenes de nuestro Lago –le contestó el Maestro, y salió de la sinagoga porque se sabía esperado por su madre y el tío Jaime que no tornarían a casa sin él.

94
EL CERRO ABEDUL

Del Lago a Nazareth y de Nazareth al Lago, el hermoso sendero entre montañas cubiertas de vegetación y deliciosos vallecitos fue tan frecuentado por el Maestro, sus discípulos y sus familiares, que los pastores y labriegos se habían familiarizado con ellos, hasta el punto de confiarles todas sus cuitas, tal como lo habían hecho hasta entonces con los terapeutas peregrinos. A esto se debió sin duda, que fuera una de las regiones más favorecidas con las fuerzas benéficas de que hacía uso el Maestro, para aliviar los dolores de sus semejantes.

Del país de los gadarenos, en la opuesta ribera del Jordán, habían pasado a las grutas de las montañas galileas muchos enfermos mentales, a los cuales el vulgo llamaba endemoniados por los accesos de furor que los acometían a intervalos.

Eran lo que entre nosotros vulgarmente se les llama "locos furiosos". Los vicios y desórdenes de Herodías, habían producido este azote social hasta en las más apartadas comarcas de la Tetrarquía de Felipe, su marido, cuya debilidad de carácter daba lugar a los desmanes de la terrible mujer.

Las delictuosas artes de la magia negra ejercida por malvados hechiceros y adivinas, de las cuales se valía Herodías para los secuestros de jóvenes de ambos sexos, habían producido una gran cantidad de desequilibrados mentales, la mayor parte de los cuales, eran esposos o padres de los jóvenes elegidos por ella como instrumentos para sus desórdenes de toda especie. Drogas venenosas, torturas físicas o morales, espantosos métodos de seducción, todo era aplicado para causar terror y miedo a aquellos a quienes quería alejar del escenario de la vida, para que no quedaran al descubierto sus delitos.

Y los pastores, labriegos y leñadores de la comarca, vivían en continua zozobra por los indeseables vecinos habitantes de las grutas cercanas al Jordán.

—Maestro –decíale Pedro un día que pasaban por ese camino volviéndose de Nazareth al Lago–. Estas buenas gentes viven bajo el terror de los endemoniados que abundan en estas grutas. Tú que tienes todos los poderes del Padre Celestial, ¿no les remediarías este mal? Hay pobres pastores que ven diezmadas sus majadas por los lobos, debido a que son asustados por los endemoniados de las grutas, y huyen a sus casas dejando abandonado su rebaño.

—Vamos a visitarles –dijo el Maestro–. Guíanos tú, Pedro, que conoces el terreno.

Le acompañaban entonces a más de Pedro, Zebeo, Juan y Felipe.

Los enfermos mentales eran sólo nueve y promovían tal alboroto en toda la comarca, que se hablaba de una legión de demonios acaso tan numerosa como las legiones de César.

Los pastores habían indicado a Pedro el sitio preciso en que se encontraban las grutas. Era en el llamado Cerro Abedul, quizá por la abundancia de dichos árboles que se encontraban allí.

Los labriegos, pastores y leñadores, quedaron a la expectativa a cierta distancia, para presenciar sin peligro la lucha rabiosa que sin duda se entablaría entre aquellos cinco hombres que se atrevían a enfrentarse contra una legión de demonios.

—El del manto blanco –decían–, es un Profeta novel, es el hijo del justo Yhosep, que recibió el espíritu de Jehová en un viaje a Egipto, donde dicen que también Moisés fue visitado por Jehová. Las gentes del Lago están enamoradas de él y cuentan maravillas. Ahora lo veremos.

Estos y otros parecidos comentarios hacían los vecinos de la comarca invadida, según ellos, por los demonios, mientras el Maestro y los suyos se acercaban a la peligrosa colina.

Sentíanse espantosos alaridos como de hombres puestos en tortura. Tonos bajos, altos, que ya parecían rugidos de leones, como aullidos de lobos o ladridos de furiosos mastines, todo junto salía como un torbellino de sonidos del "Cerro Abedul".

Los cuatro discípulos acompañantes, habían conseguido serenarse completamente mediante las palabras del Maestro:

—Quiero que os ensayéis a cooperar conmigo en el alivio de los dolores humanos –les decía, mientras caminaba hacia el Cerro–. Necesito pues de una gran serenidad de vuestra parte, y plena confianza en el poder divino que me asiste, para realizar toda obra de bien en favor de nuestros semejantes.

"Si alguno de vosotros se siente perturbado o inquieto por temor, por dudas o por cualquier sentimiento adverso a lo que vamos a realizar, dígalo francamente y vuélvase atrás, porque tal disposición de ánimo restaría fuerza y sería obstáculo a los poderes invisibles que cooperan con los obreros del plano físico".

Al decir esto, el Maestro miró a Juan, que caminaba a su lado y en el cual percibía un ligero temor.

—Yo temía, Yhasua, tú lo has adivinado, pero esta mirada tuya ahuyentó de mi corazón el miedo... Ya no temo más, porque sé que eres el Ungido de Dios, y tu palabra es poderosa aún sobre los demonios. ¡Déjame seguirte!...

El Maestro le sonrió con dulzura mientras le decía:

—Mis caminos son duros, Juan, para un jovenzuelo como tú. Mas si

mi Padre te llamó en tu hora primera, será porque te encontró capaz de responder valientemente a su voz.

"Estos casos –añadió el Maestro por vía de instrucción–, casi nunca se producen sin la intervención de inteligencias perversas, que desde el espacio actúan en connivencia con los encarnados, que les son afines. Y considerados bajo este punto de vista que es el real y verdadero, no están mal llamados endemoniados, pues que son presa de entidades malignas, que bien pueden ser calificadas de demonios, ya que esta frase ha llegado a ser un resumen de todo lo malo de que es capaz una inteligencia desencarnada.

"La causa originaria de estas perturbaciones mentales, es siempre una fuerte impresión dolorosa que sumerge al alma en gran desesperación. Tal estado psíquico es aprovechado por inteligencias malvadas para producir la obsesión directa, que es un absoluto dominio sobre la víctima, en cuya memoria influyen de manera tan tenaz, que no pueden borrar ni un momento el recuerdo de la impresión sufrida.

"Y si el Padre puso en mis manos el poder sobre todos los elementos y fuerzas de la Naturaleza para ejercerlos en beneficio de esta humanidad que es mi herencia, no debe caber en vosotros temor alguno, pues por Divina Voluntad, toda fuerza buena o mala está bajo mi dominio.

—Entonces, Señor –dijo Pedro–, voy creyendo que la Santa Alianza está en lo cierto, cuando por medio de sus dirigentes hace circular el rumor de que pronto serás el más grande Rey de la tierra. Pues si está contigo el poder de Dios, ¿quién podrá contra ti?

—Es como dices, Pedro. Nadie me impedirá dejar establecido mi Reino de Amor sobre la tierra, donde reinaré por el Amor hasta la consumación de los tiempos. El Padre y yo hacemos nuestra morada en toda alma capaz de amar.

Llegaron al Cerro, y el Maestro después de unos momentos de concentración mental, comenzó a llamar por sus nombres a los nueve infelices refugiados allí.

Los aullidos y gritos callaron de pronto, como si aquellos seres se detuvieran a escuchar la voz dulce y suave que les llamaba de lejos.

El Maestro repitió dos veces más su llamada y cada vez con mayor energía, después de lo cual asomaron de sus cuevas los nueve hombres refugiados en ellas.

Su aspecto era tan siniestro, que un escalofrío de espanto recorrió el cuerpo de los cuatro discípulos acompañantes, que inconscientemente se tomaron de las ropas del Maestro.

Estaban casi desnudos, y el lodo de las húmedas grutas donde a veces entraban las resacas fangosas del Jordán desbordado, se había

adherido a aquellos pobres cuerpos, que no parecían ya tipos de la especie humana.

El Maestro se acercó lentamente a ellos.

— ¡Amigos! –les dijo–, he venido a visitaros y espero que os sea agradable mi visita.

“Estas grutas son malsanas por su excesiva humedad, y yo quiero llevaros conmigo a otra habitación mejor.

“Vuestros familiares os reclaman y ¡es tan buena la vida en torno al hogar, cuando hay amor en las almas!

El Maestro y sus acompañantes se apercibieron, de que aquellos nueve hombres eran mudos. Sus labios y mandíbulas temblaban contraídos como el que quiere emitir un sonido y no lo puede conseguir.

Los más violentos sacaban la lengua y querían clavarse en ella las uñas. El Maestro les tomó las manos mientras les decía con gran suavidad:

—No quiero que os hagáis daño alguno. Soy un Profeta de Dios que por mi intermedio vuelve a la libertad vuestro espíritu encadenado, y vuestro cuerpo al uso de todos sus movimientos.

“¡Hablad! ¡Os lo mando en nombre de Dios!”.

Como heridos por un mismo golpe, cayeron los nueve a tierra entre gruñidos sordos y sollozos profundos.

El Maestro, sereno, de pie en medio de aquel grupo de sus discípulos estupefactos y de los locos tendidos en el suelo, se mantuvo silencioso por un largo rato.

Poco a poco la respiración de los dementes se fue normalizando hasta caer en un profundo letargo.

El Maestro mandó a dos de los suyos, a pedir túnicas a los vecinos para vestir a los enfermos.

Pronto se vieron rodeados de las familias de los labriegos y pastores, cuya curiosidad no soportaba más sin acercarse a mirar lo que allí pasaba.

¿Qué se había hecho de la legión de demonios que ponía terror en toda la comarca?

Sólo vieron nueve infelices seres tendidos como muertos, cubiertos de lodo y de inmundicia, que casi no se conocía en ellos la apariencia humana.

El gran amor que irradiaba el Cristo, personaje central de aquella muda escena de dolor y de espanto, llenó de compasión el alma de aquellas gentes, que ofrecían al Maestro ropas y sandalias para los enfermos.

En una camilla improvisada, con varas de abedul y lienzo rústico, fueron bajando de uno en uno, aquellos cuerpos inermes hasta la orilla del Jordán, para lavarles toda la inmundicia de que estaban cubiertos.

Pedro hacía de jefe en esta operación, en la cual prestaron ayuda los pastores.

—Esto es igual que cuando lavo las ovejas sarnosas –decía uno que demostraba gran habilidad en la limpieza de aquellos pobres cuerpos humanos desfigurados por la horrible tragedia.

Los vecinos contaban cuatro años de que habían tomado posesión del Cerro, aunque sólo hacía pocos meses que aullaban y rugían como fieras. Antes creyeron que eran leprosos arrojados de alguna ciudad, hasta que los tremendos alaridos les dieron a entender que eran endemoniados.

Terminada la operación de limpieza y convenientemente vestidos, fueron llevados a la choza de un pastor que estaba cercana, y que él había abandonado cuando se desató la tormenta promovida por esas fieras humanas.

Se encendió allí fuego en el hogar, y el Maestro mandó preparar tazones de leche caliente con miel, pues que pronto se despertarían.

Y antes de que esto sucediera, el Maestro recomendó a los vecinos del lugar tomarlos sin temor ninguno como jornaleros en los diversos trabajos que realizaban, mientras él hacía las averiguaciones sobre los familiares de aquellos nueve hombres vueltos a la vida normal.

—Me veréis pasar por aquí con mucha frecuencia –les dijo el Maestro–, y nunca os dejaré en olvido.

Enseguida se volvió a los ex dementes, y tomando a cada uno por las manos les mandó levantarse y comer.

Su primer despertar fue como aturdidos, mirando hacia todos lados para orientarse. Después llamaban por los nombres a sus familiares.

Viéndose rodeados de extraños un gran dolor o un penoso recuerdo, nubló de tristeza sus rostros, demacrados y curtidos por la intemperie.

—Pronto seréis conducidos a vuestras familias si nos dais los datos para encontrarlas –les dijo el Maestro, mientras les hacía dar el tazón de leche caliente y un trozo del pan moreno de los pastores.

Por toda contestación, comenzaron este salmo, nada agradable seguramente.

— ¡La maldita Herodías me robó mis tres hijas!...

—Me robó la esposa, y sin ella nuestro hijito murió.

—Me robó los dos hijos, esperanza de mi vejez.

—Me arrebató mi novia, con la cual iba a casarme en la siguiente luna.

Y la crónica dolorosa y trágica, seguía por el estilo. El Maestro estaba visiblemente conmovido ante aquel tremendo dolor.

—Paz, Esperanza y Amor –dijo en alta voz–. Para nuestro Padre Celestial no hay imposible, si vuestra fe y vuestro amor os hacen merecedores de sus dones divinos.

“Si vuestros datos son exactos, esperad, que en la próxima luna os traeremos buenas noticias.

Todos ellos reunidos poco después con sus familiares, fueron portavoces que llevaron a la opuesta ribera del Jordán la noticia del extraordinario Profeta que en tierras de Galilea hacía estupendos prodigios; que había vencido una legión de demonios, curaba las más rebeldes enfermedades, devolvía la palabra a los mudos, el oído a los sordos y la vista a los ciegos.

¿Quién podía ser este hombre sino el Mesías anunciado por los Profetas? Familias divididas por antagonismos y rivalidades, volvían a unirse en torno al hogar, porque la palabra del Profeta que era rayo de luz y agua dulce de ternura, desvanecía las tormentas de los celos y de la envidia entre los hermanos, nacidos de un mismo seno y cobijados por el mismo amor.

— ¿Eres un genio tutelar de la tierra que así haces florecer todo a tu paso? –le preguntaba alguno de los muchos favorecidos con el don divino de la paz en la familia.

— ¿Eres un mago poderoso, que has devuelto a mi marido la confianza en mí que había perdido? –le preguntaba una distinguida matrona radicada en Tiberias, esposa del tribuno que mandaba la guarnición.

—Por haber protegido a un pastorcillo maltratado por su amo, te viste en el duro aprieto de ser despedida por tu marido, ¿cómo piensas que el Dios bueno que es nuestro Padre, había de abandonarte? –decía el Maestro–. ¡Mujer!..., piensa siempre que Dios ama al que obra misericordia con sus semejantes, y que más tarde o más temprano su Luz Divina esclarece todas las tinieblas.

“¿Qué fue del pastorcillo aquel?”.

—No pudiendo tenerlo en casa, lo hice llevar con mis criados al bosquecillo de arrayanes que está junto a los muros del Castillo de Mágdalo, a donde bajan siempre las doncellas griegas para ensayar las danzas de su culto.

“La Castellana es generosa y pensé que le recogería –contestó la romana.

—A ese pastorcillo le conocía de muy niño, si es el Boanerges del camino de Damasco. Debo ir al Castillo cumpliendo palabra dada, y espero que le veré.

“Esto sólo, es para mí una compensación al bien que te hice. ¡Dios te lo pague, mujer!

95
LA CASTELLANA DE MÁGDALO

Ese mismo día llegó al vetusto castillo de Mágdalo, que en lo alto de una verde colina parecía un centinela de piedra que velaba sobre la aldea de pastores y labriegos dormida a sus pies, cual una bandada de garzas blancas.

Se hizo acompañar de Pedro, Juan y Zebeo, tres almas ingenuas y francas que despertaron más que las otras, el amor y la ternura de Yhasua.

—Quiero que mis obras de niño tengan por testigos otros niños como yo. No faltará quien encuentre pueril, que el Ungido de Jehová gaste su tiempo en buscar un pastorcillo herido –decía el Maestro, mientras se acercaba al Castillo–.

"Vosotros, que ya habéis sido instruidos en los misterios del Reino de Dios, debéis saber que en ese pastorcillo herido está oculta una estrella preciosa, que alumbró mis caminos en una edad lejana.

—Explícate, Maestro, que no te comprendemos bien –dijo Pedro con su espontaneidad acostumbrada.

—Me dijisteis que los Maestros del Tabor os explicaron las "Escrituras del Patriarca Aldis".

—Así es la verdad –contestaron los tres discípulos.

—Entonces recordaréis a Bohindra, el Kobda Rey –dijo el Maestro.

— ¿Cómo no recordarlo? Después de Abel, es la figura más luminosa que aparece en aquella edad de oro –contestó Zebeo.

—Bien has hablado, Zebeo.

—Pues de cierto, os digo que el gran Bohindra del pasado, vive de nuevo en Boanerges el pastorcillo herido.

— ¿Cómo lo sabes, Maestro? –preguntóle Juan.

—Porque le vi en mi primer viaje a Damasco de paso para Ribla.

— ¡Oh, misterios de Jehová!... –exclamó Pedro–. ¡Las almas como golondrinas viajeras van y vuelven a buscar el alero de la choza o las almenas del castillo que habitaron, para formar de nuevo el nido con igual amor y perseverancia!

—Los secretos de Dios son sublimes –dijo Zebeo–, ¡y cuán pobre y mezquina es la humanidad que no lo comprende!

— ¡Es una niña ciega!... ¡Compadezcámosla! –dijo el Maestro–.

¿Acaso ha reconocido a Elías el vencedor de Jezabel, en el Solitario del Jordán, luchando de nuevo con aquella malvada reina, que en esta hora se llama Herodías?

— ¡Qué espeso velo se descorrió ante nuestra vista desde que estamos a tu lado, Maestro! –exclamó Juan–. Todo esto, lo comparo a un hada buena que de tanto en tanto nos trae ropas nuevas para dejar las viejas.

—Tu símil es exacto, Juan, sólo que a veces la vestidura nueva trae las fallas del telar de donde salió, y el alma ha de luchar heroicamente para curar los desperfectos hasta ponerse a la altura de la evolución conquistada anteriormente.

Llegaron frente a la verja que separaba los bosques del Castillo del camino que cruzaba por delante.

En el terrado estaba una mujer tendida en un canapé, bajo una pequeña tienda de tela oro y azul.

Y a corta distancia de ella, un jovenzuelo de unos catorce años escasos, que tocaba melodiosamente el laúd. Su cabello obscuro que caía en largos bucles sobre sus hombros formaba marcado contraste con la palidez de su rostro, que aún era imberbe. La túnica corta y plisada de los griegos, dejaba ver sus piernas cruzadas de cintas, que subían desde las sandalias color avellana con que estaba calzado.

—Ahí tenemos a nuestro pastor –dijo de inmediato el Maestro.

—Más parece un pajecillo de casa señorial que un pastor –observó Zebeo.

—Pero a ese chicuelo lo tengo yo visto remando en un botecillo cerca de nuestra tienda –añadió Pedro.

—Y también yo –dijo Juan–. Es el que anda de colina en colina y de árbol en árbol buscando pichones de alondras y de ruiseñores, que él los domestica luego y los aclimata al Castillo.

Juan dio el silbido usado entre los boteleros del Lago. El adolescente miró a la verja y dijo de pronto:

— ¡Señora!..., es el Profeta con sus amigos.

La joven mujer que demostraba una gran laxitud se incorporó lo más rápido que pudo, y cubriéndose con un ligero velo desapareció en el interior de la casa.

Boanerges bajó corriendo la vetusta escalera y con cierta timidez se acercó a Juan con quien tenía alguna amistad.

—La señora os esperó hoy de mañana –dijo–, pero se alegra lo mismo de que vengáis ahora. Pasad.

—Tus heridas han curado y tu corazón también –le dijo el Maestro–. Creo que aquí serás dichoso.

—Mucho, Profeta, porque me veo aquí libre como un pajarillo en un bosque y porque todos me quieren como a los ruiseñores que cantan siempre.

—Pues sigue cantando, hijo mío, si con ello conquistas el amor y la

paz –le contestó el Maestro, ya llegando adonde esperaba la "pagana del Castillo", según llamaban a la bella mujer de los cabellos de oro y del corazón cansado.

Se inclinó profundamente mientras decía:

—No merezco el honor que haces a mi casa, Profeta de Nazareth. Seas bien venido a ella, tú y los tuyos.

Les hizo reposar en una hermosa glorieta de mirtos y rosales rojos de Irania.

— ¡Jhoanín!... –dijo de pronto reconociendo a Juan el hijo de Salomé–. ¡Tú eres amigo del Profeta y nunca me hablaste de él!

—Creí que no tendría interés para ti, que no eras de Israel –le contestó Juan.

—Para vosotros no soy más que la pagana, que da su amor y su fe a dioses mitológicos, hijos del ensueño y la quimera...

Y pronunció estas palabras con un dejo de tristeza que no escapó a la observación del Maestro.

—Acabo de recorrer tierras de paganos, mujer –díjole el Maestro–, y he comprobado la eterna justicia del Altísimo, que ama con igual amor a todos los hombres, pues que todos son criaturas suyas que le buscan y adoran por los medios que alcanzan a comprender.

"Los unos lo encuentran en la radiante belleza de los astros, más estrechamente asociados a las alternativas de la vida humana. Otros en las diversas y múltiples manifestaciones de la Naturaleza, la floración de la primavera, las escarchas del invierno, los frutos del estío y la tristeza del otoño.

"En Egipto, por ejemplo, encuentra el vulgo al Poder Supremo en su gran río Nilo, que desborda dos veces por año produciendo dobles cosechas.

"Es nuestro dios, dicen ellos, que nos trae abundancia y paz.

"Poco hace que llegué de Damasco, tierra llamada también de paganos; y encontré allí almas de pluma y seda, suaves y blandas a la palabra persuasiva del Maestro, que se pone a tono con su capacidad y sus sentimientos.

"No comprende al Eterno Señor de los mundos, quien le supone capaz de preferencias que otorgan privilegios a unos pueblos sobre otros, a unas razas sobre otras. El Eterno Hacedor de los mundos, es ante todo un Padre lleno de Infinito Amor, y cuya perfección absoluta no deja lugar para la menor sombra de injusticia o arbitrariedad.

"Es una horrenda profanación, el solo suponer que Él sea capaz de colmar de beneficios a una raza o a un pueblo, y dejar a otros abandonados a la miseria, a la ignorancia y al dolor.

"El único pecado que los hombres observadores de esta generación,

encontramos en el Patriarca Jacob, es su amor de preferencia para los dos hijos de Raquel: José y Benjamín. Su expiación fue dolorosa.

"La misma debilidad tuvo el Patriarca Abraham para con Agar, la madre de su hijo Ismael. La infeliz desamparada huyó al desierto cargada con su hijo para morir con él. Y allí en el desierto la consoló nuestro Dios-Padre, porque Agar, sierva pagana, era también una criatura suya.

"Ese mismo pecado tuvo el Patriarca Isaac, colmando de bienes a Jacob y olvidando tristemente a Esaú. Fuego de discordia, encendió el odio entre los dos hermanos, que la dulzura de Jacob transformó en generosa amistad.

"Los tres son justos y dignos de nuestra veneración, y siendo humanos, nada puede escandalizarnos esa debilidad en ellos. Pero suponer flaquezas de este género en el Altísimo Señor de mundos y de seres, es una estupenda aberración, propia sólo de la ignorancia más completa, y de la más absoluta incomprensión de lo que es nuestro Padre Universal.

"He hablado así para tranquilizar tu alma, mujer, pues que te veo atormentada con pesadumbres íntimas, que pueden desaparecer por el razonamiento y la comprensión de la Verdad Divina".

Durante esta conversación, sólo Juan había quedado junto al Maestro, pues Pedro y Zebeo guiados por Boanerges buscaron a Fatmé, hija de Hanani y de una hermana de Pedro. La sobrina, inmensamente agradecida al Profeta que la había librado del horrible mal, era una colaboradora activa de la Santa Alianza, y en un pabelloncito apartado del Castillo había instalado un pequeño taller de confección de ropas para niños indigentes y ancianos desamparados.

La Castellana tenía predilección por ella, y le daba amplia libertad de satisfacer su piadosa inclinación. Las otras doncellas del castillo la ayudaban en parte, pero no con la dedicación que Fatmé ponía en sus tareas de misericordia con los necesitados. Hasta se había dado el caso de que la joven dio amparo en el pabelloncito de sus trabajos, a dos mensajeros del Scheiff Ilderín, ante los dirigentes de la Santa Alianza de Tiberias.

Se les sospechaba de transportar armas en las caravanas de Tolemaida, y el tribuno de la guarnición había recibido órdenes de severa vigilancia. A no ser por la influencia de la pagana del Castillo ante Herodes Antipas, que tenía el capricho de conseguirla para sus orgías, la buena Fatmé lo hubiera pasado muy mal.

El cargamento venía dirigido a Othoniel, mayordomo del príncipe Judá como recordará el lector, que lo había enviado por una temporada a dicha ciudad a procurarse los lugares adecuados, para ocultar discretamente los elementos que iban reuniendo en previsión de que fuera necesaria la defensa de Yhasua como Libertador de la nación hebrea.

Othoniel tuvo fácil entrada a los festines de la Castellana por intermedio de Fatmé. Ya había, pues, dos conductos, por los cuales era conocido a distancia el Profeta Galileo en el Castillo de Hermione, cuya hija huérfana de padres, llevaba esa vida inútil de mujer joven y rica que pide a la fortuna y a los caprichos del lujo, las satisfacciones y gustos efímeros que tan vacío y seco dejaban su corazón.

Boanerges, el pastorcillo, conocía al Profeta en sus encuentros con Juan sobre las mansas aguas del Lago, y como tenía la facultad de adivinación, según decían las doncellas, había anunciado en sentidos versos que cantaba a su señora, que muy pronto un grande amor llenaría en absoluto su corazón.

En principio se creyó que era Othoniel, que tan rendidamente se enamoró de la Castellana; pero pronto las doncellas bromeaban al pastorcito diciéndole:

—Esta vez te falló tu ciencia, Boanerges, porque nuestra María no se conmueve ante Othoniel.

Boanerges que era inconsciente del por qué de ciertos anuncios que hacía impremeditadamente, se encogía de hombros y contestaba:

—No seré el primer trovador que se equivoca.

—Las Musas de la Poesía y de la Música, te dicen mentiras bellas para burlarse de ti y de mí. No les hagamos caso –decía la Castellana.

Y así pasaba el tiempo, hasta que llegó el Profeta Nazareno de vuelta de Damasco cuando ella contaba veinticuatro años de edad.

La joven mujer se explayó en referencias sobre el género de vida que hacía, siguiendo las costumbres en que había sido educada. Su madre era originaria de la Lucania, sobre el Golfo de Tarento (Italia), cuya vecindad con Macedonia y Atenas le había proporcionado un medio ambiente de cultura idealista, formada de las doctrinas de Sócrates y Platón, mezcladas al entusiasmo por las glorias y grandezas macedonias.

Su padre, hijo de griegos, nacido en las faldas del Monte Ida, en la isla de Creta, descendía de las familias homéricas, cuyo culto era la Belleza personificada en las artes, la poesía, la música, la danza, la escultura, la pintura. Como nacida de tales raíces, la Castellana de Mágdalo, estaba a tanta distancia de la religión y costumbres hebreas, que nunca podía amalgamarse a ellas, y no se preocupó jamás de informarse ni por curiosidad, de la forma de vida, leyes y costumbres del pueblo de Israel. Perdió a su madre en la niñez, y después de la muerte de su padre, Hermione, llenó su vida con ese mundo fantástico, creado por la Mitología de los grandes países de entonces, y con los poemas homéricos y virgilianos tan en boga en aquellos tiempos. Sola, a los diez y siete años, y dueña de una gran fortuna, viajó por las grandes ciudades de la costa norte y oriental del Mediterráneo, hasta que eligió para continuar su vida una

de las posesiones que había heredado de sus padres, la aldea de Mágdalo, con su viejo castillo sobre la hermosa colina que dominaba el Mar de Galilea.

Diríase que tal elección fue guiada por la Eterna Ley que forma los destinos humanos, pues siendo un espíritu de la alianza íntima del Cristo, su residencia en Galilea le acercaba inconscientemente a los caminos del gran Misionero de la fraternidad entre los hombres.

Mientras ella le refería su breve historia, el Maestro la escuchaba como sumido en honda meditación. La poderosa clarividencia de su espíritu le descubría en parte, el lejano pasado de ese ser, que debido a las contingencias propias de las vidas en el plano terrestre, había tardado veinticuatro años en abrirse a la luz magnífica de la Verdad Divina.

Vislumbró entre doradas brumas, panoramas del pasado que las Escrituras del Patriarca Aldis esbozaban nítidamente y su corazón se enterneció casi hasta las lágrimas. Pero guardó silencio.

— ¡Mujer! –le dijo al despedirla–, has llegado de nuevo a tu camino, y esta vez será para no desorientarte más.

"Tu educación griega me hace suponer que estás familiarizada con la sabiduría de Platón, por eso puedo decirte que eres viajera desde edades remotas, perdidas en la obscuridad de los tiempos.

"Bendice a nuestro Dios-Amor que enciende de nuevo tu lámpara, y otra vez el manantial divino te inundará con sus aguas de bendición.

— ¡Profeta!... ¿Qué lámpara es esa y de qué manantial me hablas? –preguntó la Castellana con ansiedad.

—Entra en tu mundo interior y lo sabrás. En la casa de Eleazar el fariseo y doctor de la Ley, hablaré mañana después del mediodía, para amigos suyos que conocen los misterios de Dios y de las almas. Las escuelas de Grecia, de Pérgamo y de Siracusa que te son conocidas, te pusieron en condiciones favorables para comprender el Reino de Dios.

Mientras Fatmé y las otras doncellas hablaban con el Maestro, Pedro y Zebeo, Juan informaba a la Castellana y a Boanerges dónde estaba la casa de campo de Eleazar en un suburbio de Tiberias, pues había comprendido que en las últimas palabras de Yhasua se traslucía el deseo de que ella le escuchase allí.

En el alma vehemente de esta mujer se desató una tempestad tremenda.

Había vivido desdeñando el amor, o sea dándole un último lugar en su vida, tomándolo como un juego pueril de pasatiempo; dejándose amar sin amar, por solo el halago dulzón que se siente al recibir atenciones y ofrendas de corteses admiradores.

Mas, ahora, su corazón recibió una sacudida profunda.

Aquel hombre hermoso y grave que tenía la majestad de un rey y la

austera virtud de un Profeta, de tal manera la había conmovido, que se desconocía a sí misma.

El amor irradiaba de su mirada como un tibio rayo de sol al amanecer, vibraba tan hondo en su palabra, que a ella le había resonado como una melodía lejana, largo tiempo buscada sin encontrarla jamás.

Bajo las frondosas avenidas de su parque se paseaba solitaria, huyendo la presencia de sus compañeras de diversiones y de juegos.

El Profeta le había dicho que *"entrara en su mundo interior"*, *"que su lámpara se encendía de nuevo..."*, *"que un manantial divino la inundaría otra vez con aguas de bendición"*.

Y se lo había dicho con una dulzura infinita, fijando en ella sus ojos suaves, de profundo mirar, que parecían atravesarla de parte a parte, llenándola de una dicha íntima que hasta entonces no había conocido.

¡Mas, comprendía muy bien, que aquel hombre estaba muy alto para ella!... ¡Y no sólo alto, sino que le parecía como una indefinible mezcla de lo tangible con lo ideal, de la realidad con la quimera!...

La luna llena iluminaba los jardines, las fuentes, las blancas estatuas, copias de las más bellas creaciones de Fidias.

Las nueve Musas formando coro en derredor de un precioso Apolo coronado de rosas.

Todas estas bellezas que antes hablaban tan alto a sus sentidos y a su corazón, y que hasta parecían cobrar vida a momentos, bajo la tenue luz de las estrellas, ahora le resultaban fríos y mudos bloques de mármol, incapaces de responder a los interrogantes de su espíritu agitado por desconocida ansiedad.

¡Ni Aquiles, el héroe triunfador de la Iliada; ni Ulises, vencedor de cien reyes cantado en la Odisea podían compararse al Profeta Nazareno, que arrastraba a las multitudes con su palabra y cuya mirada levantaba el pensamiento de la tierra y lo llevaba a buscar otros mundos de luz, de paz y de amor!

Los grandiosos poemas homéricos y virgilianos hablaban de dioses inmortales, de genios y hadas de eterna juventud y todos ellos participando en las vidas de los hombres. ¿No sería éste un dios encarnado, un Apolo inmortal que a momentos se vestiría de los rayos del sol para animar toda vida, y presidir el concierto formidable de todos los rumores y armonías de la Creación?

¿No sería un hermoso Adonis de perpetua juventud, en una primavera eterna para alegría de los hombres?

¿Era su acercamiento a ella quien encendería de nuevo su lámpara, y haría desbordar un divino manantial?

No comprendía el sentido de tales palabras, pero su corazón presentía un cambio profundo en su vida.

Un inmenso amor reverente la impulsaba a levantar sus ojos y sus manos al cielo azul, para que las estrellas piadosas y buenas se compadecieran de su inquietud y sus ansiedades. Sentía la necesidad de llamar, de invocar..., de adorar a una oculta Presencia Divina que no conocía, pero que adivinaba desde que los ojos del Profeta habían penetrado en su ser, como una esencia suavísima que perduraba indefinidamente...

De pronto oyó la voz infantil y melodiosa de Boanerges que sentado en el pedestal de la estatua de Dafne, cantaba:

Viajero del Infinito
¿A dónde vas corazón?
Y siento que tus latidos
Me dicen entre gemidos
¡Que vas buscando al Amor!

Y en ansioso interrogante
Preguntas que dónde está
Porque nunca le has hallado
En lo que llevas andado
¡Peregrino del Ideal!

¡Viajero del Infinito!...
Cese tu andar corazón,
Que el amor está en ti mismo,
Inmenso como un abismo
¡Porque Dios es el Amor!...

La Castellana se le acercó.

— ¿Por qué has cantado eso, Boanerges? –le preguntó inquieta.

—No lo sé, señora..., yo canto sin saber por qué canto. Habría que preguntar al ruiseñor por qué canta en las noches de luna. ¡Si os he incomodado, perdón!...

— ¡No, niño, no!... ¡Es que ahora ya sé dónde está el Amor! Está en el alma del Profeta que estuvo hoy en el Castillo.

— ¡Ya te había dicho, mi señora..., que había magia de amor en la palabra y mirada del Profeta!... Mas, él... –y se detuvo con temor.

—Mas, él, ¿qué? ¿Qué ibas a decir?

— ¡Que él vive como un hombre, pero no es un hombre! –contestó el adolescente.

Y su bella fisonomía, más pálida aún con el rayo blanco de la luna, aparecía bañado en una suave melancolía y de esa mística unción que acompaña a la plegaria.

— ¡Tú te figuras que es un dios encarnado, Boanerges!... –exclamó con vehemencia la mujer.

— ¡Sí, señora!... ¡Yo le veo a veces envuelto en una bruma de oro!..., y veo también como de él sale otra imagen suya, que sube de su cabeza y se aparta, y luego vuelve y torna a salir. Y sé que esa otra imagen es él mismo, exactamente él mismo, pero más hermoso aún que lo es su cuerpo.

"¡Es el genio del amor y de la dicha, y donde él va, todos son felices!

—Pero yo –dijo la Castellana–, fui tan miserable y egoísta ante él, que debe tenerme asco...

— ¿Por qué, señora? ¿Qué hiciste? ¿No lo recibiste bien acaso?

—Tú no sabes, Boanerges, que cuando estuve últimamente en Tiro, el Profeta estaba allá también. Yo iba a la fiesta de la Naumaquia y él caminaba por la Gran Avenida. Uno de los esclavos de mi litera cayó a tierra arrojando una ola de sangre de su boca... Y yo que iba retardada a ocupar mi lugar entre las danzantes, le dejé allí tendido y mandé a contratar otro. El Profeta se acercó a la litera a preguntarme si dejaba abandonado mi esclavo. Yo le contesté displicente: "Te lo regalo; haz de él lo que quieras".

"El Profeta recuerda esto, como lo recuerdo yo; y debo ser para él como una alimaña dañina.

— ¡No, señora!..., no caben en él tales pensamientos, te lo aseguro –contestó con firmeza el adolescente–. Le he visto detener con fuerza, la mano de un chicuelo malvado que iba a arrojar piedras a un mendigo cojo. Y cuando se vio impedido de hacerlo, pateó y gritó enfurecido, rompió con los dientes las mangas de la túnica del Profeta que lo sujetaba, y lo hubiese mordido a él, si no lo hubiera impedido Jhoanín que estaba cerca.

"Cuando el acceso de furor se calmó, el Profeta se sentó sobre una piedra, puso al chicuelo sobre sus rodillas y peinándole con sus dedos los cabellos desordenados, comenzó a contarle un hermoso cuento hasta que el niño conmovido empezó a llorar con la cabeza recostada en aquel gran corazón capaz de olvidar su maldad. El chicuelo le quiere ahora tanto, que así que lo ve corre a besar su mano y a llevarle las mejores frutas de su huerto, repitiéndole siempre: "no tiro más piedras ni a los mendigos, ni a los pajarillos".

— ¿Y tú me quieres decir con eso, que el Profeta hará conmigo lo mismo? –preguntó la mujer a aquel niño poeta, cantor y músico que le daba tan hermosas lecciones.

—Sí, señora, y así lo hará; estoy seguro de ello.

La confidencia nocturna terminó como si se hubiera esfumado en el silencio de la noche profunda y solitaria.

La joven subió a su alcoba, y el adolescente tomó nuevamente el laúd y cantó como un ruiseñor semidormido entre el bosque:

Sosiega el alma y descansa
Cuando ha sentido al Amor
Que viene sembrando rosas
Del color de su ilusión.

La lámpara se ha encendido
Con la luz de su mirar,
Nunca más los vendavales
La volverán a apagar.

Estaba seca la fuente
Y ha brotado el manantial,
Que la llena de agua clara,
Hasta hacerla desbordar...

La Castellana escuchaba el cantar de Boanerges desde la ventana de su alcoba sumida en la obscuridad.

Una ola inmensa, mezcla de amor y de indefinible amargura, se apoderó de ella.

Se tiró en su diván de reposo, y en un silencioso y suave llorar, desahogó la tempestad de encontrados sentimientos que la agitaban.

Al siguiente día, el Maestro con sus doce discípulos se encontraba en la vieja casa de campo de Eleazar, el fariseo, a donde había sido invitado como recordará el lector. El Hazzan de la sinagoga de Nazareth, el de Canaán y Naím, estaban allí invitados también por el dueño de casa, al igual que otros amigos suyos, escribas y hombres de letras, a los cuales había hablado del extraordinario Profeta que leía los pensamientos más profundos y para quien los corazones humanos eran como un libro abierto.

Entre incrédulos y creyentes, habían aceptado la invitación, más por la satisfacción del opíparo festín y el divertido pasatiempo que les proporcionarían las habilidades mágicas del personaje anunciado, que no, porque tuviesen ni la más remota idea de que se tratara de un verdadero Profeta de la talla de Elías Tesbita, de Eliseo o de Daniel, como aseguraba el vulgo.

De todos aquellos invitados el único que conocía a fondo a Yhasua, era el Hazzan de la sinagoga de Nazareth, que como esenio de cuarto grado, había callado siempre hasta que los hechos hablasen por sí solos.

El Hazzan de la sinagoga de Canaán conocía mucho a la familia de

Yhasua, sobre todo a sus hermanastros, los primeros hijos de Yhosep que vivían allí. Sabía que hizo muchos viajes y que en las grandes Escuelas de Alejandría, de Ribla y en los Santuarios Esenios, hizo largos estudios. Le consideraba, pues, como un Doctor y Rabí sin título oficial del Sanhedrín, porque no lo había solicitado nunca.

El Hazzan de la sinagoga de Naím era nuevo en la ciudad, gran amigo de Eleazar y fariseo como él. Tal era la concurrencia que rodearía la mesa a la cual iba a sentarse el Maestro con sus discípulos. Unas treinta personas en conjunto.

Eleazar se veía impedido de manifestar que tenía la prueba de los poderes del Profeta en su propia curación, pues que nadie supo que estuvo leproso. Y así, por no descubrir su secreto, dejaba en pie las dudas de sus invitados, diciendo para sí mismo:

—Ya se despertarán como yo, cuando se vean al descubierto ante la mirada del Profeta.

Este fue colocado en el diván de la cabecera de la mesa, que quedaba frente a una de las puertas de entrada al gran cenáculo, por la cual le daba de lleno la luz de aquel mediodía primaveral.

Las glicinas y los jazmines tejían cortinados blancos y violáceos en muros y ventanales, por lo que el vetusto edificio parecía rejuvenecer en aquel día, cuyo recuerdo debía perdurar durante muchos siglos.

La conversación fue muy variada, y tocó innumerables temas doctrinarios y políticos, históricos y científicos, en lo cual se veía la intención bien manifiesta de poner a prueba la capacidad del Profeta, principal personaje de aquella selecta concurrencia.

Ninguno le tenía allí mala voluntad, sólo que la fama de que estaba precedido su nombre, provocaba una curiosidad natural en todos.

El Maestro se apercibió de esto a poco de llegar, y se dispuso a proceder con un fino tacto, a fin de que su presencia fuera portadora del bien para todos, y que sus palabras y sus actos no dejaran tras de sí, más que resplandores de luz y efluvios de paz, de bondad y de amor. Y el conseguirlo plenamente, fue la más grande maravilla obrada aquella tarde.

—Profeta –le dijo uno de los invitados–, se dice que todos los corazones quedan al descubierto ante la penetración ultra poderosa de tu mirada. ¿Es esto verdad?

— ¡Quién sabe si seré yo que penetro, o los corazones de los hombres que se descubren ellos mismos! El libro de la Sabiduría dice: “De lo que abunda el corazón, hablan los labios”.

Esta sutil contestación del Maestro, hizo comprender a todos, que él no se dejaba sorprender por una pregunta inesperada.

—Se dice –añadió otro–, que ninguna enfermedad resiste al mandato

de tu voz. ¿Eres acaso Elías o Eliseo, que en cumplimiento de Leyes Eternas que todos nosotros conocemos, has venido a la tierra nuevamente a preparar los caminos al Mesías Libertador de Israel?

—Ni soy Elías, ni soy Eliseo, porque ambos viven vuestra misma vida hace más de treinta años, sin que los humanos se hayan apercibido de ello.

"¡Un profeta más o un profeta menos! ¿Qué significa para los magnates de la ciencia, o del poder?

"Al mundo le interesa un César, con grandes tesoros y numerosas legiones; un guerrero que conquiste numerosos países y conduzca atados a su carro de triunfador, millares de esclavos. Pero un profeta sólo interesa a los desheredados, a los que arrastran pesadas cargas de angustia y de miseria, a los enfermos incurables a quienes la Ley marca con su imborrable estigma.

—Profeta –exclamó otro de los invitados–. A nosotros nos ha interesado conocerte y por eso estamos aquí. Que lo diga Eleazar que nos ha invitado y cuya invitación hemos acogido alegremente.

—El Profeta es para vosotros, el hombre de Dios que dice siempre la verdad, aunque sea dura como la piedra, y amarga como el áloe; y vosotros no habéis venido a buscar al Profeta, sino al mago obrador de prodigios, como van los niños al titiritero, que entre piruetas les dice sabrosos chistes para reír. ¿No es esto la más rotunda verdad?

Y el Maestro recorrió con su mirada todos aquellos rostros que veía por primera vez. Ninguno se atrevió a negarlo, porque unos y otros eran testigos, de que un momento antes de entrar el Maestro al cenáculo, todos ellos, menos el Hazzan de Nazareth y Eleazar, se habían prometido pasar una tarde llena de divertidas impresiones, con las maravillas que el mago galileo obraría en su presencia.

Eleazar, molesto ante el punto a que habían llevado la conversación, intervino discretamente.

—Maestro –díjole dulcemente–. Quizá tengo yo la culpa de que estos amigos no hayan buscado en ti al Profeta, pues que al invitarles sólo les dije: "Venid a comer conmigo, y os mostraré al hombre más extraordinario que he conocido en mi vida. Es un cofre de oro que encierra todo cuanto podáis desear".

El Maestro sonrió a Eleazar que tenía a su lado, y al cual hacía beber de su vaso y con la mayor naturalidad, continuó la conversación.

—Nuestro libro de "El Éxodo" –dijo–, recordaréis que relata del maná que hacía caer Jehová para alimentar a Israel en el desierto, y en el cual cada uno encontraba el sabor de los manjares que deseaba comer.

"La Divina Sabiduría es como el maná, y cada uno encontramos en

ella, lo que ansía nuestro espíritu, si estamos debidamente dispuestos para escuchar su voz.

—Bien –dijo un viejo escriba–, puesto que eres un Profeta de Jehová, dinos lo que todos deseamos saber.

"Si has asegurado que Elías hace más de treinta años que vive en la carne, el Mesías a quien viene a anunciar, debe vivir también en la carne, y tú puedes saber dónde está para que nosotros nos unamos a él y tratemos unidos de llevar el pueblo hacia él.

—De cierto os digo que el Mesías anda en medio de vosotros, pero sólo le reconocen aquellos a quienes la Divina Sabiduría otorga claridad.

"¿No dice también el sagrado libro que "Dios da su luz a los humildes y la niega a los soberbios?

—Los Rectores y Maestros del Gran Colegio de Jerusalén, han negado la presencia de Elías que algunos creen ver en Yohanán el Solitario del Jordán –dijo el Hazzan de la sinagoga de Naím, recién egresado de aquel grande establecimiento docente–, pues dicen que nadie le autorizó para hacer de las abluciones del Jordán un ceremonial nuevo, no prescripto por el Sanhedrín, único que puede dictar ordenanzas referentes a la liturgia y al culto. Y añaden, que si fuera el precursor del Mesías, o sea, la voz que clama en el desierto anunciada por Isaías, del Sanhedrín habría salido, porque es el poseedor único de la Divina Sabiduría y de la soberana Voluntad del Altísimo.

— ¿Podrías decirme, amigo, quien dio al Sanhedrín ese derecho único de propiedad que se atribuye? –preguntóle el Maestro. Todos los ojos se fijaron en él.

—Todos los poderes han venido al Sanhedrín, de Moisés, según nos vienen diciendo desde que abrimos los ojos a la luz –contestó el joven y flamante Hazzan de Naím.

—Que nos vengan diciendo lo que quieran –contestóle el Maestro–, pero vosotros y yo, y todos los que tengan buen entendimiento, podemos discernir y analizar, hasta encontrar la verdad.

"Hace quince siglos que Moisés vivió en la carne, y el Sanhedrín, como todas las leyes y principios emanados de él, no cuentan más de seis siglos, los más antiguos.

"Moisés no eligió más sacerdotes que su hermanastro Aarón ayudado por sus hijos, todos ellos de la tribu de Leví. De esta circunstancia, sin intención alguna se vino después a la afirmación errónea y ofensiva a la perfección infinita de Dios, que Él designaba a la Tribu de Leví, como casta sacerdotal y única, destinada a servir al Templo y a dirigir las conciencias en Israel.

"¿Qué razón tendría el Eterno Creador de todos los seres, para asignar tal preferencia a la Tribu de Leví? ¿No eran las Doce Tribus descendientes

de los doce hijos de su siervo Jacob? Y si ésta preferencia hubiéramos podido fundamentarla en la santidad y justicia de un hombre, habríamos encontrado más justo, que el privilegio sea concedido a la Tribu de Manasés, hijo de José, penúltimo hijo de Jacob, vendido como esclavo por sus hermanos, a los cuales tuvo la nobleza de perdonar cuando subió a Virrey de Egipto, y aún de colmarles de toda suerte de bienes.

"Creo, amigos míos, que es una grave ofensa a la Justicia Divina el suponerla capaz de preferencias, que ni siquiera tienen el fundamento de una mediana lógica.

"Yo he tenido en mis manos los documentos auténticos del tiempo de Moisés, el cual sólo tuvo como auxiliares para la dirección de su numeroso pueblo, a setenta Ancianos de los más capacitados y justos de entre todas las tribus, sin preferencia alguna. Entre ellos estaba Nun, padre de Josué, cuya fuerza, valor y destreza para organizar multitudes, se manifestaban claramente, por lo cual Moisés había dicho en reuniones confidenciales: "Muchos hombres jóvenes como Josué, hijo de Nun, conducirían a Israel a sus destinos, después que vosotros y yo descansemos junto a nuestros antepasados".

"Y os aseguro bajo mi palabra de Profeta de Dios, que no he visto en toda la antigua documentación del tiempo de Moisés y posterior a él, nada absolutamente que haya podido dar origen a la inmensa colección de ordenanzas legales que hoy abruman al pueblo de Israel, el cual ha olvidado los Diez Mandamientos de la verdadera Ley Divina, para poder prestar su atención y su obediencia a las leyes humanas acompañadas de duras penalidades a los transgresores.

"Muy pocas son las familias israelitas, donde se observa aquel "*Ama a tu prójimo como a ti mismo, honra a tu padre y a tu madre, no hurtarás, no matarás, no cometerás adulterio, no tomarás el Nombre de Dios en juramentos falsos...*

Aquí llegaba la disertación del Profeta Nazareno, cuando penetró al vasto recinto, una nube blanquecina de incienso de Arabia que se quemaba en un pebetero de plata llevado por una mujer velada de un amplio manto violeta, que el viento de la tarde y su apresurado andar, agitaba suavemente. Dejó el pebetero en un ángulo de la mesa, y cayó ante el diván en que reposaba el Maestro como si hasta allí le hubiese acompañado la vida, y la abandonase en ese instante.

Su cabeza velada se apoyó en el borde del diván y rompió a llorar desconsoladamente.

Una inquietante curiosidad se apoderó de todos. La expectativa fue general. ¿Quién era aquella mujer? ¿Qué esperaba del Profeta? ¿Por qué lloraba ante él con tan indefinible angustia?...

Este la miraba sereno y sin decir palabra. A través de los pliegues del

espeso velo, la había reconocido. Era aquella mujer que en la Gran Avenida de Tiro le había dicho una tarde: “Te regalo ese esclavo moribundo. Haz con él lo que quieras”.

Alguien susurró, y la noticia corrió de oído en oído: –Es la pagana del Castillo de Mágdalo.

—Harta de adorar ídolos de mármol, busca a un Profeta de Dios que le saque los demonios –murmuró otro.

—Si ese hombre es de verdad un Profeta, ya habrá adivinado que esa mujer es idólatra, es pagana, y por tanto, una libertina.

A la sensibilidad del Maestro le llegaron estas malignas murmuraciones y se propuso dar una lección saludable a aquellos doctos puritanos, que teniendo sobre sí mismos una buena carga de debilidades y miserias, se escandalizaban de las costumbres extranjeras de aquella mujer, cuya raza y educación, eran muy diferentes de la raza de Israel.

— ¿Por qué lloras mujer, y qué quieres de mí? –le preguntó el Maestro levantando el velo que cubría el rostro.

— ¡Señor! –le dijo en lengua siria–. Tú sabes, de mi padecer y sabes lo que quiero de ti.

Y destapando una redoma de ámbar llena de esencia de nardos, la vació sobre los pies y las manos del Maestro, y los secó con sus largos cabellos rubios, que la caída del manto dejaba al descubierto.

— ¡Qué escándalo! –murmuró muy bajo un viejo escriba que estaba cerca de Pedro–. ¡Un Profeta dejándose tocar por una mujer de esa clase!

Pedro se volvió hacia él, indignado, y le dijo con severidad: –Si el Maestro le deja hacer, bien hecho está.

— ¡Mujer! –dijo el Maestro a la Castellana–, me has ungido con tus perfumes como a un cadáver para la sepultura, y yo te digo que por esto que haces conmigo, te recordarán las generaciones venideras hasta el final de los tiempos.

“¡Sea como tú quieras! ¡Tus errores te son perdonados porque has amado mucho! ¡Vete en paz!

La mujer besó las manos y los pies del Maestro, y cubriéndose de nuevo salió del recinto tan rápidamente como había entrado.

Un fuerte rumor de comentarios adversos o favorables, se extendió en el cenáculo. Pedro, Juan y Zebeo defendían al Maestro en alta voz en contra de los ataques disimulados de los escribas y fariseos.

Algunos decían que la pagana estaba enamorada del Profeta al cual apartaría de su camino.

Eleazar el dueño de la casa se esforzaba en devolver la calma, lamentando grandemente que aquella mujer hubiera tenido la ocurrencia de venir a turbar la paz de su festín.

Cuando los rumores que ya subían de tono se calmaron, el Maestro demostró que iba a hablar. Eleazar pidió silencio y todos prestaron atención.

—Amigos, que juntamente conmigo hemos rodeado la mesa del noble Eleazar. Quiero contestar a los pensamientos que han cruzado por vuestra mente con referencia a mi persona y a mi manera de obrar. Mas, no creáis que me sienta afectado por tales pensamientos, y si no fuera porque ellos me proporcionan tema para esclarecer algunas cuestiones que para vosotros están obscuras, ni siquiera los tomaría en cuenta.

"Habéis pensado algunos de vosotros que soy un rebelde a la autoridad del Sanhedrín, porque os he dicho que la autoridad y derechos que él se atribuye, no vienen desde Moisés. Y ahora os digo más: el Sanhedrín mismo sabe y está convencido de la verdad de esta afirmación.

"Hubo un príncipe judío descendiente de una de las más antiguas casas, cuyas raíces llegan hasta Josué, el elegido de Moisés para conducir a Israel a la tierra de Promisión. Y este príncipe fue asesinado por los piratas en las islas del Mar Egeo. En su rico archivo se encuentran obras de arte antiguo, crónicas milenarias, documentos históricos que llegan hasta treinta y seis siglos atrás. Sólo en el hipogeo de Mizraim, el padre de la raza egipcia, mucho más antiguo que Menes el primer rey del país del Nilo que conoce la historia, he podido encontrar documentación más antigua que la que guarda el archivo del príncipe judío asesinado por los piratas. Sus ascendientes remotos y aún sus abuelos, fueron miembros del Sanhedrín, y aún dos de ellos llegaron a ocupar el soberano pontificado de Israel. Sus crónicas, sus documentos, sus relatos y tratados teológicos y doctrinarios, científicos y apologéticos, los he tenido en mis manos y los he revisado a satisfacción.

"Allí veo relatados con fechas del año, mes y día en que se fueron creando y ordenando en forma de libro, las distintas ordenanzas que hoy forman el monumental volumen llamado Deuteronomio. Y así como estos miembros del Sanhedrín conservaron esos documentos, del mismo modo conservarán los actuales la documentación de sus antepasados, que ocuparon esos mismos puestos en el alto tribunal que gobierna y juzga al pueblo de Israel. De modo que los actuales componentes del Sanhedrín, saben muy bien que su autoridad no viene desde Moisés, que no dio a su pueblo más ley, que los diez mandatos grabados en tablas de piedra, cuyo original se encuentra oculto en las grutas de la cordillera de Moab.

"Aquellos de vosotros que tuvieron el pensamiento de que soy rebelde al Sanhedrín, tienen ya mi contestación. No soy rebelde al Sanhedrín ni a ninguna de las autoridades constituidas en este país. Soy rebelde, sí, y en sumo grado, a la mentira y al engaño, difundidos en los pueblos

con fines utilitarios, porque acepto de lleno la Ley Divina que dice: “No levantar falso testimonio ni mentir”; y porque creo que sólo la verdad puede ser maestra de los hombres y llevarlos al más alto grado de progreso en las ciencias, en la filosofía y en la religión.

“La verdad es educadora y constructiva. La mentira corrompe y destruye, porque ataca a la lógica, a la razón y a la fe.

“Ahora daré la explicación conveniente a aquellos que han pensado que: “si yo fuera en verdad un Profeta de Dios, sabría qué mujer es esta que acaba de salir, que ha besado mis manos y mis pies, los ha ungido con sus perfumes y los ha secado con sus cabellos”.

Hubo aquí un movimiento de inquietud y de asombro entre todos, pues la mayoría de ellos, menos los discípulos y el Hazzan de Nazareth, habían tenido ese pensamiento.

—Vosotros –continuó el Maestro–, os habéis escandalizado de mí, al verme aceptar con agrado las manifestaciones del amor reverente de esa mujer. Y como no habéis querido pensar malamente de mí, me habéis disculpado creyendo que yo ignoro quién es y de qué manera vive. Y de esta ignorancia mía, sacáis la consecuencia de que no soy un Profeta de Dios.

“Sé muy bien que es pagana, como llamáis vosotros a todo el que no pertenece a vuestro culto y a vuestra religión. Sé muy bien que vive entre la niebla dorada de la mitología, entre esa corte resplandeciente de dioses, hadas, genios y ninfas, que han creado las más ardientes imaginaciones del Egipto, de la Grecia y de la India y entre los cuales viven satisfechos todos los pueblos de la tierra menos el pueblo de Israel, que iluminado por Moisés, adora al Dios Único Creador de Mundos y de Seres.

“Ahora, escuchadme bien. He vivido algún tiempo entre los paganos y he llegado a conocerlos a fondo. Y os aseguro con mi palabra de Profeta de Dios, que ellos adolecen de las mismas debilidades y miserias que tenéis todos vosotros en vuestra vida.

“Vosotros condenáis duramente al hombre infiel a la mujer de su juventud, y vosotros lo sois cada vez que se os presenta la oportunidad.

“Vosotros denunciáis ante el Sanhedrín a la mujer adúltera, y con serenidad miráis como la arrastran fuera de la ciudad y la matan a pedradas. Y vosotros sois adúlteros en la sombra, pues que al hacerlo, cuidáis bien de ocultar vuestro pecado.

“Vosotros adoradores del Dios Verdadero, Padre Universal de toda criatura, azotáis bárbaramente a vuestros esclavos, cuando el cansancio y la fatiga les hace reposar un instante; les dais la comida de las bestias y cuando inutilizados por los años de enormes esfuerzos, no os dejan ganancia suficiente, les vendéis igual que a vuestras ovejas o les matáis si nadie los quiere comprar. Igual hacen los paganos”.

Y al decir esto, el Maestro paseó la mirada como una luz para alumbrar las tinieblas de todos aquellos rostros venerables, coronados de cabelleras grises y envueltos en aureolas de honor y de respeto.

Muchos ojos bajaron al suelo no pudiendo resistir la mirada límpida del justo, único que podría condenar a los pecadores..., y único que los defendía y los amaba.

—Decidme ahora con sinceridad: Si vosotros adoradores del Verdadero Dios, depositarios de la Ley de Moisés, justos a toda prueba, obráis igual que los paganos, ¿quiénes son más culpables: ellos o vosotros?

"Y si así lo reconocéis porque la lógica no admite réplica, ¿por qué os escandalizáis de mi tolerancia para con esta mujer pagana, que vive entre el lujo y la algazara de los cultos mitológicos en que nació y fue educada?

"Además, los Profetas de Dios son enviados para salvar a los que van errados por su camino, pues que los que van directos por su camino, no necesitan de guías.

"Es el ciego quien necesita de un lazarillo. Es el enfermo quien necesita del médico, y el hambriento de pan, y el sediento viajero de aguas claras y refrescantes.

"¡Varones doctos de Israel!..., cuidad ante todo, de ser justos con vosotros mismos, primero que con los demás. Antes de ver la paja en el ojo ajeno, sacad la que tenéis en el vuestro. Y cuando coláis un mosquito en el agua de vuestro vaso, cuidad de no tragar un cangrejo.

"En todos los huertos crecen zarzales y cizaña. El hombre sabio y prudente, cuida de desbrozar bien su huerto y después mira el huerto del vecino, y si lo descubre enmarañado le dice: Amigo: ¿me permites ayudarte a limpiar tu huerto, que yo ya terminé con el mío?

"Así obra un adorador del Dios Verdadero, Padre Universal de los seres. Así obra el fiel cumplidor de la Ley de Moisés, ley de amor y no de terror, porque todos sus mandatos están refundidos en uno solo: "Ama a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo"

"Alguno de vosotros que sufrís en vuestro cuerpo enfermedades ocultas, habéis pensado, que si de verdad soy un Profeta de Dios, podría sanar vuestros males. Pues bien, yo os digo en nombre suyo: sed sanos en vuestro cuerpo y esforzaos por curar vuestra alma, en forma que el amor a vuestro prójimo, aunque lleve la marca del esclavo, os redima de todos vuestros pecados.

— ¡Tú eres el Mesías anunciado por los Profetas! –dijo de pronto un escriba anciano que padecía un mal crónico que ningún médico había podido curar–. Desde mi mocedad –añadió–, padezco un horrible mal que la ley declara impuro al que lo lleva y al que se le acerca, ¡y el Profeta Nazareno me ha curado!

Varios de los presentes dijeron lo mismo. El uno desnudó su rodilla vendada porque un viejo tumor le atormentaba, y él lo había disimulado diciendo que su cojera se debía al reuma.

Otro descubrióse el pecho donde una úlcera cancerosa le corroía desde años atrás.

Y por fin Eleazar el dueño de casa, quiso aportar el concurso de su confesión sincera y dijo francamente:

—Yo estaba leproso y ocultaba mi enfermedad para no caer bajo las penalidades de la ley.

"¡A tantos infelices atacados de este mal hice arrojar de la ciudad a las grutas de los montes, y yo me he burlado de la ley!

"Es como dice el Profeta, ¡somos doblemente culpables, y nos creemos con derecho a escandalizarnos de las miserias de los demás!

"¡Es el Mesías que Israel esperaba! –exclamó Eleazar.

Pedro gritó con todas sus fuerzas, como si quisiera desahogar su entusiasmo comprimido por el silencio que había guardado durante tanto tiempo:

— ¡Es Él!... ¡Es Él!...

Los demás discípulos gritaban también esas mismas palabras.

—Lo sabíais y no lo habíais dicho antes –dijo uno de aquellos ancianos.

—Como vosotros creéis ser depositarios de toda sabiduría –díjole Pedro–, ¿cómo podíamos atrevernos a hablar nosotros, gentes del pueblo tenidas por ignorantes?

Todos los ojos estaban fijos en el Maestro que guardaba silencio. Por fin habló apremiado por aquellas miradas.

—Vosotros creéis ahora, porque habéis sido curados de vuestros males. Estos que me siguen, creyeron sin que yo les diese nada material como una prueba de quien soy. ¡Bienaventurados son los que sólo iluminados por el amor y la fe, piden entrar en el Reino de Dios!

"Tened presente siempre, que habéis reconocido el árbol por el buen fruto que os ha dado, y que igual conclusión sacarán otros de vuestras enseñanzas, que deben ser confirmadas con vuestras obras. Nunca enseñéis lo que no sois capaces de hacer.

"No carguéis sobre el prójimo cargas que vosotros no podéis o no queréis llevar. Es este el más elemental principio de equidad y justicia.

Uno de aquellos solemnes Rabís dijo de pronto:

—Está anunciado que el Mesías descendería de la familia real de David. ¿Está esa circunstancia tan principal en la persona de este Profeta?

Pedro saltó como una chispa.

— ¡Sí, señor, está, y aquí tengo la prueba!

Y sin más tardanza sacó del pecho su anotador y comenzó a leer una

larga serie de nombres, de los antepasados de Yhosep y Myriam, padres de Yhasua. Desde Booz y Ruth bisabuelos del Rey David comenzó la perorata genealógica de Pedro, que los dejó a todos en un silencio profundo.

Yhasua miraba sonriente a Pedro, al cual dejó explayarse a su gusto, porque conociendo su temperamento, comprendía lo que debió sufrir callando, entre aquellos personajes cuya sinceridad dejaba tanto que desear.

—No pierdas tu paz, Pedro –díjole el Maestro–, por cosas de tan poca monta. He dicho que por los frutos se conoce el árbol.

"La grandeza del espíritu no viene de la carne y de la sangre, que lo mismo puede ser grande el hijo de un leñador que el descendiente de un rey. ¿No hizo malas obras, Roboam hijo de Salomón, cuya iniquidad causó la división y el odio que aún persiste entre la familia de Israel?

—Y decidme, señores –dijo el anciano Rabí que había hablado antes–. ¿Qué nos corresponde hacer ante tan estupendo descubrimiento?

—Ver, oír y entender –contestó el Maestro–. Tenéis ojos, oídos y buen entendimiento. Únicamente os falta ser sinceros y justos con vosotros mismos y con los demás. Si lo sois, estaréis en el camino del Reino de Dios.

Yhasua se despidió de Eleazar y tornó a la casa de sus padres, mientras sus discípulos se dirigían a la tienda de las orillas del Lago.

96
GALILEA QUIERE UN REY

Pocos días después llegó a Nazareth un mensajero de Naím de parte de una virtuosa mujer, viuda de un primo del justo Yhosep.

Esta viuda llamada Myrina tenía un hijo de diecisiete años que sería su apoyo en la vida y el consuelo de su soledad.

Mandaba a buscar a Yhasua, porque a su hijo José le habían comenzado unos terribles ataques que le dejaban como muerto.

Pero Yhasua estaba a orillas del Lago con sus discípulos en casa de Simón Barjonne, punto de reunión habitual de la pequeña escuela.

El tío Jaime salió apresuradamente con el mensajero en busca de Yhasua. Entre ir y venir, tardaron un día y una noche, y a la mañana siguiente entraba el Maestro con sus discípulos en la ciudad de Naím.

Se sorprendieron grandemente al encontrar en la calle principal un numeroso cortejo fúnebre, en el cual se sentían a distancia los lamentos de las plañideras, que en cumplimiento de los rituales para lo que se les había contratado, gemían y lloraban deshojando flores sobre el féretro cubierto con un manto de lino ricamente bordado.

El muerto era el joven José, hijo de Myrina la viuda que había mandado buscar a Yhasua.

Detrás de él caminaba la desconsolada madre, cuyo llorar partía el alma, pues nadie ignoraba en la ciudad, el gran amor que hacía del hijo y de la madre un solo corazón y una alma sola.

Detrás de ella andaban penosamente mendigos, lisiados, ciegos guiados por lazarillos, todos ellos protegidos de la virtuosa viuda que era en verdad la providencia de todos los desamparados.

Sólo hacía dos años que se había enterrado al buen Joab, marido de aquella mujer, y su parentela y amistades, conmovidos, la acompañaban otra vez por aquel mismo camino al sepulcro de familia, que tenía en una gruta de la montaña que rodeaba la ciudad. El desconsuelo era pues general. El dolor allí demostrado, era sentido profundamente y el llanto derramado nacía del corazón.

Aquel ambiente de sincero pesar tocó las fibras íntimas del sensible corazón del Maestro, que hizo detener el cortejo y se acercó a la angustiada madre que arrojándose a sus pies se abrazó de sus rodillas mientras le decía entre sollozos:

— ¡Yhasua, hijo del primo Yhosep!, ¡si hubieras estado aquí cuando aún alentaba, mi hijo no habría muerto!... ¡Puesto que eres Profeta de Jehová, concédeme el morir con él y así no volveré a mi casa solitaria, sino que quedaré en la tumba con él!...

Yhasua abrazó aquella dolorida cabeza y la obligó a levantarse del suelo. –No llores así, Myrina, ni huyas de tu casa solitaria, porque el poder de Dios la llenará de sus dones, de su paz y de su amor.

— ¡Ya no está él!... –continuaba clamando la desolada madre.

El Maestro hizo separar la multitud dejando sólo a la madre junto al ataúd que fue rodeado por sus discípulos y el tío Jaime.

Abrió el féretro y apartó el blanco sudario que cubría el rostro joven y bello, aún bajo la austeridad serena de la muerte.

Todos se imaginaron que tratándose de un pariente aunque lejano, Yhasua quería ver aquel rostro amigo por última vez.

La pobre madre olvidando toda conveniencia se arrojó sobre el cadáver del hijo para llenarlo de besos y de lágrimas.

Tan sólo los discípulos y el tío Jaime, comprendieron que algo estupendo iba a ocurrir, pues vieron el rostro y aspecto del Maestro que aparecía como envuelto en una bruma de fuego. Abrió los ojos y los labios al cadáver; le descubrió el pecho y le tomó ambas manos.

Luego irguiéndose con una energía que lo transfiguraba, dijo en alta voz: –José, hijo de Myrina, en nombre de Dios te lo mando: ¡Levántate y sigue viviendo para tu madre!

El joven se incorporó lentamente y sostenido de las manos por Yhasua, salió del féretro.

Un clamor de espanto resonó entre la multitud. La mayoría, echaron

a huir presa del pánico que se apoderó de todos. Los discípulos permanecieron firmes en sus puestos, pero sus rostros aparecían lívidos y sus manos temblaban.

El Maestro cubrió con su manto al joven y lo acercó a su madre que parecía una estatua de mármol con sus ojos inmensamente abiertos.

Y acompañado por sus discípulos, cantó el salmo de acción de gracias a la misericordia Divina que había consolado a su sierva.

—Salí de casa llorando y torno a casa feliz –decía ella andando apoyada en su hijo que a su vez le decía:

—Yo no estaba muerto, madre, sino que dormía. Esperaba a nuestro Yhasua para despertarme, y los enterradores no tuvieron la paciencia de esperar.

—Habían pasado las horas reglamentarias –dijo la madre–, y no pude retenerte más a mi lado.

—Estos sueños semejantes a la muerte –dijo el Maestro–, no están sujetos a tiempo determinado. Sobre ellos manda solamente la Divina Sabiduría y el Eterno Poder. A veces son causados por desequilibrios del sistema nervioso y a veces porque el espíritu se resiste a continuar animando su materia, a la cual deja inerte, sin que exista lesión ninguna en ese organismo.

"Y dime, José, si puedes recordarlo, ¿por qué te resistías a tu cuerpo? Es vigoroso, es sano, es bello y perfecto por lo cual debes bendecir a Dios.

—Después te lo diré, Maestro –contestó algo turbado el jovenzuelo.

Y cuando la madre feliz entró en su casa poniendo en movimiento a sus criadas para preparar un festín en homenaje a Yhasua, el joven le dijo casi al oído:

—Ha venido de Esmirna el hermano mayor de mi padre, que pretende unirse en matrimonio a mi madre a fin de no empobrecerla, tomando él lo que corresponde de los bienes paternos que siempre administró mi padre.

"Ella está irresoluta y quizá aceptaría si yo no estuviese a su lado. Esta preocupación me atormentaba grandemente hasta que comencé a enfermar. No tengo ya voluntad de vivir con otro padre, y habiendo perdido a mi madre que no será mía sino del hombre que sea su segundo marido.

—José –le dijo el Maestro–. El egoísmo es malo aún en el amor filial. Tu madre es muy joven y acaso fuera feliz en un segundo matrimonio con su cuñado, viudo también.

—Tiene treinta y cuatro años y mi tío cincuenta. Nada tengo que decir, sino que para mí es un dolor grande al cual no me resigno –contestó el joven.

—Y dime, José, ¿estás tú seguro de que no amarás a una doncella de tu edad con la cual te unirás para formar tu familia? –le preguntó el

Maestro–. En tal caso, dejarás también a tu madre y ella quedará sola, sin esposo y sin hijo. ¿Te gustaría que ella se opusiera a tu felicidad?

—Yo no he pensado nunca en dejarla –observó el muchacho.

— ¡Porque aún eres muy joven, pero lo pensarás más adelante!

"Te digo, que en esta casa de tus mayores verás días felices al lado de tu madre, de una esposa y de unos pequeñines que serán tu gloria y tu alegría. Confía y espera, que nuestro Padre Celestial da en justa medida el bien, la paz y el amor a quienes le aman y le buscan con pureza de pensamiento y rectitud en el obrar. ¿Qué sabes tú si una circunstancia inesperada cambia de pronto el curso de los acontecimientos? Por hoy eres feliz. El mañana pertenece a Dios nuestro Padre.

"Bástale al día su propio afán. ¿Me has comprendido, José?

—Sí, Maestro Yhasua, he comprendido.

— ¿Me prometes esperar tranquilo y alegre la voluntad de Dios que se manifestará pronto?

—Lo prometo, Maestro Yhasua, por la querida memoria de mi padre muerto y por la honra de mi madre viva –contestó el muchacho con gran resolución.

Unos momentos después entraban en la vieja casa solariega que había cobijado cuatro generaciones. Sus viejos olivares, castaños y vides, formaban un frondoso bosque cuya sombra benéfica era harto conocida de todos los indigentes y desamparados de Naím, que en días determinados tenían entrada libre a llenar sus cestas de hermosos frutos.

El padre de Myrina, la piadosa viuda de Naím, era hermano de José de Arimathea el gran amigo y protector de Yhasua desde su niñez. Anciano ya y viudo desde muchos años, había reclamado los cuidados de la hija a la cual servía de sombra desde la muerte de su marido. El reuma lo tenía sujeto a un sillón mullido en forma que su respaldo y posa-pies se extendían horizontalmente y le servía también de lecho, pues los grandes dolores que sentía al menor movimiento, le había conducido a esta forma de vida.

Como su hermano menor, José de Arimathea, Jesafas, el mayor, había también hecho años de estudios en el Gran Colegio de Jerusalén, por lo cual estaba regularmente instruido en las sagradas letras y en la historia y ciencias cultivadas en aquel entonces.

Mucho había oído hablar del joven Profeta galileo y por vez primera se encontraba con él.

—Ahora podré cerciorarme –decía el anciano–, si los relatos de mi hermano José son cuentos griegos o son realidades.

Era Jesafas de aquellos judíos de la antigua escuela; de la cual conservaba los prejuicios y cierta estrechez de criterio que lo llevaba a mirar con recelo toda innovación. Alma sin inquietudes de ninguna especie,

no sentía la necesidad de cambiar absolutamente en nada los viejos principios, tradiciones y costumbres de sus antepasados. Era pues, completamente diferente de su hermano José, cuyas inquietudes científicas y filosóficas lo habían llevado a la primera fila de los luchadores idealistas de su tiempo.

Yhasua le encontró tomando el sol bajo el verde dosel de las vides y tendido en su sillón-cama.

—Padre –dijo Myrina abrazándole tiernamente–. Aquí viene el Profeta que me ha devuelto a mi hijo desde el borde de la tumba.

El joven José caminaba al lado del Maestro.

El anciano que se había hecho llevar con los criados a lo más apartado del huerto, para no sentir los lamentos de las plañideras durante las honras fúnebres, ignoraba por completo el gran acontecimiento y mirando con espanto a su hija le dijo:

— ¿Estas loca? ¡Pobre hija mía! –Y dos gruesas lágrimas rodaron de sus ojos casi apagados.

Yhasua con el joven José se pusieron ante él.

El anciano dio un grito semejante a un rugido y se cubrió el rostro con ambas manos.

— ¡Eliseo!... ¡Profeta Eliseo!... ¡Sólo de ti salieron obras semejantes!... –murmuró por fin devorando con sus miradas a su nieto y a Yhasua que sonriente le tomó de las manos.

—Nuestro Padre-Dios Omnipotente, puede crear profetas Eliseos cuando le place –díjole el Maestro.

— ¡Abuelito! –decíale el muchacho arrodillándose ante el lecho–, yo no estaba muerto, sino que un pesado letargo me inmovilizó por completo. Aquí no tenemos grandes médicos, y los que habían no supieron conocer mi mal, sino este Profeta de Dios, que a no haber sido por él me hubieran bajado a la fosa cerrada con doble puerta, y entonces sí que no volvía a la vida...

— ¡Grande es el poder de Dios..., sobremanera grande!... –seguía exclamando el anciano, que se resistía a creer a sus propios ojos–.

"¡Hija mía!..., ¡eres la dulce Raquel de Jacob, que le costó catorce años de sacrificios!..., por eso Jehová ha visitado tu casa con tan grandes maravillas.

El Maestro siempre reteniendo entre las suyas las manos del anciano, irradiaba sobre él una poderosa corriente fluídica que purificaba su sangre de la cristalización úrica acumulada en toda la parte inferior de su cuerpo.

Y cuando lo creyó conveniente, le dijo en tono afable y jovial:

—Ahora daremos juntos un paseo por este hermoso huerto donde cantan millares de alondras.

El viejo lo miró, creyendo no haber oído bien sus palabras.

— ¡Vamos! –insistió Yhasua ofreciéndole su brazo para levantarlo.

— ¡Te ha curado, padre! –exclamó la hija en un grito de júbilo.

— ¡Oh, oh!..., ¡no puede ser!... ¡Decís que José no estaba muerto..., tampoco yo tenía reuma! ¡O Dios ha entrado en esta casa o estamos aquí todos locos de remate!

Yhasua sonreía y los discípulos que rodeaban esta escena decían entre sí:

— ¡Ahora sí que es grande Galilea!... ¡Si Salomón levantara de la tumba mandaba trasladar el templo a Nazareth, porque Jerusalén con toda su gloria, no vio maravillas semejantes!

Por fin el anciano Jesafas se decidió a comprobar que sus piernas podían sostenerlo, y apoyado en Yhasua y en su nieto dio la vuelta al viejo huerto que antes recorriera en su sillón-cama.

— ¡No había mentido la palabra de mi hermano! –exclamaba–. ¡Bendita sea su lengua que me refería tus obras, Profeta de Dios! El justo Yhosep, tu padre, debe tener un triple paraíso de dicha y de gloria, porque Jehová misericordioso le dejará ver tus obras que sólo vienen de Él.

Estos acontecimientos en la casa de la piadosa viuda de Naím hicieron tanto ruido en Galilea, que los amigos de la montaña, como llamaba el príncipe Judá a sus legiones en formación, se acercaron ocultamente a Galilea con el propósito de proclamar a Yhasua, Mesías, Libertador y Rey de Israel.

—Todas nuestras montañas están llenas de leñadores y picapedreros –decían los buenos galileos.

— ¿Será que Herodes Antipas va a construir ciudades nuevas a imitación de su padre?

Aquellos leñadores y picapedreros iban rodeando estratégicamente el Lago Tiberíades, con el fin de sorprender la guarnición romana de Tiberias, única fuerza militar considerable e inmediata que podía estorbar sus propósitos.

El jefe de este secreto movimiento fue a encontrar al Maestro a la vieja casona cercana al lago.

—Vuestro jefe supremo –díjole Yhasua–, es el príncipe Judá y su segundo es el Scheiff Ilderín. El uno está en Jerusalén y el otro en el desierto. ¿Cómo pues hacéis esto sin su autorización y beneplácito? ¿Crees tú, amigo mío, que yo tengo prisa de ser rey?

—Señor –le dijo el montañés–, eres el hombre más incomprensible que pisa la tierra, ¿Dónde se vio un hombre al que se quiere coronar como rey, y lo rehúsa?

“Momento más propicio que éste no creo lo habrá. Todo Galilea arde de entusiasmo por ti, Señor, y la Iturea y Damasco lo están igualmente.

Si tú no tienes prisa de ser rey, la tenemos nosotros, tus compatriotas, tus hermanos abrumados bajo el yugo extranjero.

"¡Nadie más que tú puede salvarnos y nos dejas esclavizados!

"¿Cómo podemos comprenderte, Señor, y qué miras son las tuyas?

—Amigo mío –le dijo el Maestro–, nadie os ama más que yo. Por encima de mi amor, sólo está el amor eterno de Dios nuestro Padre. Pero ni Él ni yo necesitamos que os levantéis en armas para segar vuestras vidas, como las espigas en el campo. Al Padre Celestial le sobra poder para levantarme sobre cien tronos de oro y de marfil, si esa fuera su voluntad. ¿Qué es un reinado en la tierra? Es el resumidero de todas las injusticias y delitos imaginables, que a la sombra de una corona y de un manto real, aparecen como actos de justicia y de noble majestad.

"¿Qué os falta para ser felices?

—Un rey de nuestra raza que nos libre del yugo extranjero. Si no fuera por la Santa Alianza, nuestro pueblo en su mayor parte moriría de hambre –contestó el aguerrido montañés que comenzaba a desilusionarse.

—Bien, amigo mío, diez años lleva la Santa Alianza de grandes actividades silenciosas, remediando todas las necesidades que llegan a su conocimiento.

"Aún no hace dos años que mi nombre empieza a conocerse en Galilea y las gentes se arremolinan para coronarme rey. ¿Necesito acaso una corona para derramar el bien sobre todos vosotros?

"Quédate aquí conmigo y los míos, por un día sólo. Pasado el mediodía cruzaremos el Lago, y acaso veas con tus propios ojos, algo que aclare tu inteligencia respecto de mí.

"¿Eres casado?, ¿tienes hijos?

—Tengo una numerosa familia a mi cargo, pues aparte de mis cuatro hijos pequeños, velo por mis ancianos padres y por la familia de mi hermano mayor, que va muriéndose lentamente sin que ningún médico encuentre la causa de su mal.

—Por ahí debías haber empezado, amigo mío. ¿No es esto más importante que buscar un hombre para hacerle rey?

— ¡Señor!..., ¡mi pobre hermano nada significa para nuestra nación!...

— ¿Dónde está tu hermano?

—En Bethabara desde que el príncipe Judá comenzó la instrucción a nuestras fuerzas.

—Piensa en él en este instante –ordenó el Maestro.

Su interlocutor iba a interrogar, pero Yhasua le indicó silencio.

—Piensa en tu hermano y no hables más hasta que yo te avise –insistió el Maestro.

Para los conocedores de los poderes internos de Inteligencias

superiores, no existe misterio alguno en la actitud del Maestro, que siguiendo el pensamiento del jefe galileo, se transportó al sitio indicado para aliviar a un hombre ignorado, padre de familia que se moría lentamente. Tenía una úlcera en el estómago que le llevaría al sepulcro en dos lunas a más tardar.

—Creí que te habías dormido, Señor –dijo al Maestro, cuando le vio abrir de nuevo los ojos y volver a la realidad.

—El cuerpo duerme cuando el espíritu le manda –contestó Yhasua–. Y el espíritu, que es Luz sumergida en la Eterna Luz, va y viene según la voluntad de Dios.

"Tu hermano Azur está curado gracias a Dios".

— ¡Señor!... –exclamó aquel hombre–. Yo no te dije el nombre de mi hermano... ¡Está en Bethabara a la otra orilla del Jordán, a un día entero de viaje!... ¿Cómo pues, dices que está curado?

— ¡Abnar, amigo mío! Si conocieran los hombres la grandeza del Amor Divino y su soberano Poder, no os preocuparíais de buscar un hombre para hacerle rey. ¿He necesitado serlo yo, para aliviar tu carga y salvar a tu hermano de la muerte?

—Señor, tampoco te dije mi nombre y me has llamado Abnar. ¡Tú eres un poderoso mago y por eso obras tantas maravillas!

—Y bien, amigo mío, ¿te convences que no necesito ser rey para obrar el bien en nuestra nación?

— ¡Libértala, Señor, y sálvanos aunque no seas rey!... Lo serás en nuestros corazones por todos los días de nuestra vida.

— ¡Es el único reinado que deseo, Abnar!..., el reinado en los corazones de todos los hombres de la tierra, que llevaré como ofrenda de amor y de gloria al Hacedor de los mundos y de los seres.

— ¡No puedo comprenderte, mi Señor! –dijo el montañés emocionado–. ¡Nadie en el país puede comprenderte, pero todos sabemos que eres grande y fuerte como el brazo de Jehová, que seca los mares y desata los torrentes, que da la vida y la quita, que cambia el curso de los ríos y paraliza los vientos!...

"¡Si hay dioses en la tierra, como dicen los paganos, tú eres uno de ellos!".

El Maestro se levantó para abrir la puerta, que él mismo cerró al entrar al viejo cenáculo de Simón Barjonne. La confidencia fue secreta, pues los discípulos ignoraban los preparativos bélicos que bajo la dirección del príncipe Judá y del Scheiff Ilderín, se hacían en las montañas de la otra ribera del Jordán.

—Señor –díjole Pedro–. Nuestra comida está dispuesta en casa de Zebedeo y Salomé. Allí nos esperan, porque festejamos a nuestro Jhoanín que entra en la gloria de los veinte años.

—Muy bien, Pedro. Aquí tenemos otro comensal más. Después de la comida irá con nosotros al otro lado del mar.

Terminado el pequeño festín del cumpleaños de Jhoanín, se embarcaron. El lago aparecía tranquilo, y el pequeño velero de Pedro corría velozmente al empuje de los remos manejados por Santiago y Andrés, que eran los brazos fuertes de la brigada.

En la verde llanura al sur de Hippos, les esperaba una multitud clamorosa y azotada por el infortunio. Leprosos, ciegos, paralíticos y cuantos males llamados incurables azotan a los humanos, estaban allí representados de tan terrible manera que espantaba ver de cerca aquel dolorido conjunto.

Agentes secretos de Simónides, enviados desde Jerusalén habían removido toda aquella angustia viviente, a fin de hacer brillar a los ojos de aquellos pueblos la grandeza del Mesías Salvador de Israel, al cual hicieron llegar la noticia que en la opuesta ribera del Jordán había una multitud de enfermos que se veían imposibilitados de llegar hasta él.

—Yo iré hacia ellos –había contestado el Maestro. Tal era el motivo de aquel viaje.

Después de hablarles como médico de los cuerpos, de las causas de las enfermedades y modo de evitarlas, se reveló más aún como médico de almas sumidas en dolorosos extravíos, de cuyas consecuencias funestas no podían librarse por sí mismos.

—Habéis podido caer en el abismo –les decía–, pero no tenéis fuerzas para salir de él. Tomaos pues, de mis manos y sed de hoy en adelante, hombres nuevos sin que quede rastro del hombre de ayer.

Los doce discípulos y Abnar el montañés, no eran bastantes para tomar nota de las tragedias de aquella infeliz porción de humanidad, que acudía al Profeta Nazareno como último refugio en busca de su remedio.

En los presidios de la ciudad de Hippos, una de las capitales más importantes de la Tetrarquía de Felipe, el tercer hijo de Herodes, había muchos prisioneros sepultados allí por orden de la malvada Herodías. Eran estorbos para la red de sus criminales maquinaciones, y solucionaba el problema enterrando vivos a los infelices que se oponían en su camino.

—Abnar –decía el Maestro al jefe montañés–. Esto es ser rey; ¿comprendes? La mujer causante de tantos dolores humanos, es nieta de un rey llamado grande, porque construyó muchas ciudades y torreones, murallas, puentes y circos. ¿Ves esta turba doliente cuya vista causa escalofríos?

“La miseria traída al país por los derroches de lujo de Herodes y toda su descendencia, ha hecho todas estas víctimas que aquí ves.

“Él fue llamado Herodes el Grande. Yo soy Yhasua de Nazareth, hijo de un artesano ignorado del mundo; él no adoraba a otro Dios que a sí

mismo. Yo soy hijo sumiso del Poder Creador de todo cuanto alienta en el universo. Él era un rey cubierto de oro. Yo soy un hijo del pueblo, que llevo polvo en mis sandalias y cansancio en mis pies.

"Mira pues la obra del rey y la obra del hijo del artesano".

Y dicho esto, se puso de pie sobre el puente del velero y extendiendo sus brazos que abrían su manto blanco como un ala agitada por el viento, dijo en voz fuerte y sonora:

—Amigos míos: creed en el poder de Dios que cura en este instante todos vuestros dolores por intermedio de este hijo suyo, que os ama como Él os ama.

"¡Amad a vuestros semejantes y haced el bien a todos, y os prometo en nombre de Dios nuestro Padre, que entraréis por un camino nuevo de paz y de bienandanza!

"En nombre suyo, abriré los presidios donde fueron sepultados vivos, vuestros familiares y amigos que eran estorbo a las maquinaciones delictuosas de los que visten púrpura real.

"¡En nombre suyo, os digo: sed sanos y salvos todos los que sufrís enfermedades en vuestro cuerpo y angustias en vuestro espíritu!".

Un concierto de bendiciones y de hosannas llenaron los aires, y una oleada inmensa de júbilo y de amor llegó al corazón de Yhasua que profundamente emocionado bajó al interior de la barca. Muchos hombres habían entrado al Lago con el agua que les subía de las rodillas para acercarse al Profeta y besar sus pies; y otros tiraban fuertemente de la amarra, para que la barca llegase a las rocas de la costa.

97
¿POR QUÉ LLORA ESA MUJER?...

Otro velero estaba anclado tocando la popa de la barca de Pedro, y unos remeros fornidos y negros como el ébano, pasaban del velero a la barca, grandes cestas de pan, queso, frutas de toda especie y fardos de ropas.

Los discípulos volvieron a la barca, y les salió al encuentro el pastorcillo Boanerges con la alegría pintada en el semblante.

—Mi señora –dijo–, envía este cargamento al Profeta de Dios, para que él lo distribuya entre los necesitados.

— ¡Maestro, Maestro!... –llamaba Juan apresuradamente a Yhasua, que tendido en la cabina aparecía como dormido.

La curación de aquella enorme multitud de enfermos había extenuado un tanto al Maestro, y seguramente reponía sus fuerzas en la quietud y el silencio.

—La pagana del Castillo se ha convertido a Jehová, y os manda dones para los pobres –dijo Juan al oído del Maestro.

—El amor la hizo encontrar de nuevo el camino y encendió nuevamente su lámpara que ya no se apagará jamás –dijo Yhasua como hablando consigo mismo–. Tráeme a Boanerges –añadió–, y repartid con equidad y justicia los donativos de esa mujer.

— ¡Profeta!... –dijo Boanerges cuando llegó al Maestro–. ¡Ten piedad de mi señora que llora siempre!

— ¿Por qué llora?, ¿no es acaso una mujer dichosa en la satisfacción de todo cuanto desea?, ¿qué le falta que pueda darle el Profeta?

— ¡La paz de su corazón que huyó de ella para siempre!... –contestó entristecido el pastorcillo que demostraba amarla intensamente.

—Para siempre no, hijo mío; pues que la paz es un don divino que el Altísimo da con generosidad a todo aquel que la pide, y se pone en condiciones de recibirla. ¿Sabes lo que le sucede a tu ama para haber perdido la paz?

—Lucha entre el amor nuevo que ha nacido en ella y las normas de vida que llevó hasta ahora. Su Maestro, su aya, su mayordomo, sus apoderados de Tiro y Sidón se han reunido en el Castillo para tomar medidas con ella, porque dicen que está loca. Y un médico judío ha empeorado la situación, diciendo que mi ama tiene demonios en el cuerpo y que debe ir al Templo de Jerusalén para que se los saquen. Las doncellas compañeras, están llenas de temor y Fatmé me encargó secretamente que te pidiera fueras al Castillo porque sólo tú puedes remediar tanto mal.

— ¡Pero, dime niño!, ¿por qué dicen que tu ama está loca?

— ¡Señor!... Mi ama mandó abrir una fosa para enterrar todas las estatuas de los dioses griegos, y los trajes, velos y ánforas de las danzas y de los festines, y se ha vestido como las mujeres de esta tierra.

"El mayordomo, el maestro y la aya, espantados por la excavación de la fosa, llamaron al médico, pues lo que hace la señora dicen que nunca lo hizo y debe padecer un mal. ¡Ven, Señor, conmigo y la verás!, todos en el Castillo están disgustados y nadie se entiende".

El Maestro llamó a Pedro y le avisó que iba a llegarse hasta el Castillo cuyas almenas se veían desde allí.

—Cuando terminéis el reparto –le dijo–, venid con la barca a buscarme antes de que llegue la noche.

Y embarcándose en el velero del Castillo se fue con Boanerges.

— ¡Señor!... –díjole éste con gran timidez–. ¡No te dije lo más malo de lo que ocurre a mi ama!... ¡Como tú eres Profeta lo adivinarás!...

El Maestro fijó sus ojos en los del pastorcillo, cuya mirada quedó como suspendida de la luz que irradiaban los ojos de Yhasua.

—Serénate, hijo mío –le dijo el Maestro, después de unos momentos–.

Esas buenas gentes piensan que soy un mago que he causado el desequilibrio mental atribuido a tu señora.

— ¡Sí, Profeta!..., ¡eso es lo que dicen y yo no sabía cómo decírtelo!...

— ¡No temas nada!... Ya les convenceré yo.

— ¡Señor!... ¡Es que hay otra cosa más!... –murmuró el pastorcillo.

— ¿Más todavía? ¡Oh, mi buen Boanerges!..., tú has venido todo lleno de novedades hoy –decíale Yhasua, riendo de los ojazos asustados del adolescente–. Vamos, explícate de una vez por todas.

—Han encerrado a Fatmé en su alcoba, para que no vea más a la señora, porque dicen que ella tiene también los demonios en el cuerpo y se los pasó a mi ama por mandato tuyo... Anoche, cuando todos dormían, Fatmé me llamó por su ventana que está en el piso alto sobre la terraza. Y como el mayordomo se guarda ahora todas las llaves, me vi obligado a trepar por el tronco de un nogal que toca el muro. Ella me mandó venir hoy, escondido en el velero para rogarte que vayas.

"No quiere avisar a su padre que vive en Tiberias, porque la llevará del Castillo y ella ama mucho a la señora.

—Eres un hombrecito valiente y servicial, Boanerges –decíale el Maestro, arreglándole los largos rizos obscuros, que un pequeño casquete de fieltro azul impedía que se enmarañasen con el viento.

—Tan feliz que fui este año último –decía el pastorcito–, y acaso me tocará también a mí la retirada.

— ¿Por qué lo dices?

—Yo estoy en el Castillo por la señora, ¿no lo sabes, Profeta? Y si a ella le quitan el mando de su casa, me despedirán como a Fatmé y a las doncellas que son de esta tierra. Allí sólo quieren griegos, Señor.

—No temas nada. Ya llegamos. Baja y avisa a tu señora que quiero hablarla.

La Castellana salió seguida de Boanerges. Vestida como una galilea, al Maestro le pareció ver a su propia madre en los años de juventud.

La aya le seguía también a distancia. Era una mujer de cincuenta años que cojeaba al andar. La llamaban Elhida.

La Castellana quiso arrodillarse cuando llegó el Maestro, pero él la tomó de las manos diciéndole:

—Con la mirada y la frente a los cielos hemos de buscar los dones de Dios.

"Bajo la sombra de los nogales tendremos una confidencia. –Y la hizo sentar en el primer banco de piedra que encontró a la entrada del parque. La aya llegó también y se mantuvo a cuatro pasos mirando al Maestro con ojos recelosos y desconfiados–.

"Ven, Elhida, a sentarte también aquí, que mi mensaje te toca de cerca

–díjole el Maestro mirándola afablemente–. ¿Me tienes miedo?

—Ven, Elhida, que con el Profeta nos llegan todos los bienes –le dijo la joven haciéndole lugar al lado suyo.

La mujer cojeando siempre, se sentó también en silencio. Estaba alarmada de que el Profeta la llamara por su nombre.

— ¿Cómo sabes tú cuando un cerezo es silvestre y amargo, y cuando es de cultivo y fruto dulce? –le preguntó el Maestro.

— ¿Quién es el que no lo sabe? –contestó la aya–. Por los frutos dulces o amargos se conoce enseguida.

—Muy bien. Yo te digo en este instante que en nombre de mi Dios que es amor y poder, dejo curado ese tumor maligno que tienes en la cadera y que te atormenta desde hace tres años.

"¿Te es amargo o dulce este fruto? ¡Así sabrás, si soy portador de los demonios o de los ángeles del Señor!

La mujer sintió un extraño temblor en todo su cuerpo... Palideció por miedo de haber incurrido en el enojo del Profeta y sintiendo que todo dolor y molestia le había desaparecido, se postró en tierra clamando:

— ¡Perdona a tu sierva, Señor, porque mis pensamientos te ofendieron sin conocerte! ¡Has curado mi mal con solo tu palabra!... ¿Eres acaso la encarnación de Zeus dueño de todo poder?

—Soy un enviado del Dios verdadero que adora Israel; y en nombre suyo realizo todas mis obras en beneficio de mis semejantes.

"Ahora ve en paz a referir a tus compatriotas de esta casa lo que el Profeta ha hecho por ti, y no desconfíes del equilibrio mental de tu ama, que me ha reconocido antes que todos vosotros.

Elhida corrió apresuradamente hacia el Castillo a referir a todos su curación y a abrir la puerta a la pobre Fatmé que llevaba ya dos días de encierro.

— ¡María!... –dijo el Maestro a la Castellana de Mágdalo cuando quedó solo con ella–. Veinticuatro años tardaste para encontrar tu camino y ahora que lo has hallado, le llenas tú misma de punzantes espinas.

— ¿Por qué lo dices, Señor?

—Porque espantas la paz de tu casa y del corazón de tus servidores.

"Para amar a Dios y al prójimo como a ti misma, ¿juzgas necesario cambiar tus vestiduras griegas por las que se usan en esta tierra? ¿Crees necesario enterrar en una fosa las obras de arte que revelan el genio creador de un hombre, y que adornan el parque que fue solaz y recreo de tus mayores?

"No concibas tan mezquinamente la idea infinita del Infinito, que vive y alienta en todas las cosas y que fue llama de inspiración en la mente que soñó todas esas imágenes y les dio una vida de mármol que rememora

vidas de carne y sangre como la tuya y la mía, vividas en lejanas edades, en este o en otros planetas.

"Ese bello Apolo entre las nueve Musas, ¿qué es?

"Representa nuestro sol que da vida, alegría y fulgor a todas las cosas. Las rosas de la Aurora coronan su frente y mil flechas de oro derraman sus manos extendidas. ¿Qué hay de condenable en ello?

"Aquella estatua de Urania coronada de estrellas y llevando en sus manos una esfera y un compás, simboliza la Astronomía que da a conocer a los hombres, el mundo sideral.

"A su lado está Euterpe con su lira de oro dispuesta a hacernos sentir las armonías inefables de la creación universal.

"Clío, con su libro monumental y una pluma de águila, nos escribe la historia de la humanidad, desde que la especie humana apareció en el planeta.

"Si nuestra alma es pura y limpia como el cristal de una fuente, en que se miran las estrellas, no veremos el mal en las cosas inanimadas, sino en las acciones delictuosas de los hombres.

"El Dios Creador de cuanto existe, no mira las estatuas de tu parque, sino los sentimientos de tu corazón para tus semejantes. No mira si vistes como una griega o como una galilea, sino que busca en tu corazón el amor con que vistes al desnudo, o proteges al huérfano y a la viuda, a los leprosos arrojados de las ciudades como bestias dañinas, a los encarcelados que dejaron vacío su sitio en el hogar donde lloran de hambre sus hijos.

"¿Comprendes, mujer, cómo debe sentir y comprender a Dios el alma que busca acercarse a Él por la verdad, la fe y el amor?

— ¡Señor!... –dijo la Castellana–. Comprendo que el Dios tuyo es el Bien, la Paz, la Justicia y el Amor; y que fuera de ello no hay nada que haga la vida digna de ser vivida.

—Puesto que lo has comprendido, manda a esos jornaleros que abren la fosa, que echen abajo los árboles del bosque que están secos, y que se transformen en lumbre para los tugurios sin fuego en los helados inviernos, que hacen temblar de frío a los ancianos y a los niños. Mándales sembrar los campos de tu heredad y que haya trigo en abundancia con que puedas hacer la dicha de los que van por las calles pidiendo un mendrugo de pan. No gastes tiempo ni esfuerzo humano en destruir esas bellezas de mármol que no hacen mal a nadie, porque la malicia está en los corazones impuros y egoístas que buscan el bien y el mal en las cosas muertas, cuando uno y otro están en los corazones vivos y palpitantes".

La Castellana llamó a su maestro, a su mayordomo y a su aya para que escucharan al Profeta, el cual se dio a conocer ante ellos con sus obras según lo acostumbraba.

El viejo maestro se había tornado sordo como una piedra, por lo cual daba sus lecciones a las doncellas y a Boanerges exigiendo que le hicieran por escrito las preguntas aclaratorias de sus dudas. Y el Maestro le curó de la sordera que sufría desde ocho años antes.

El mayordomo tenía sus piernas hinchadas de varices que a veces se ulceraban causándole grandes dolores. El Maestro curó también su mal y les rogó a todos que desde ese momento fueran auxiliares eficaces para su señora, que debía transformar su vida en piedad y misericordia para todos los doloridos que llegasen a ella.

El amor triunfante del Cristo, incorporó en esta forma toda aquella casa a su misión de bien, de amor y de paz en la tierra que le vio nacer.

98
AÑO TREINTA Y DOS

Los hechos relatados, tuvieron una gran repercusión en toda la provincia Galilea y aún llegaron a Samaria por el sur, y a Fenicia y Siria por el norte, en forma que el tranquilo Mar de Galilea se vio rodeado de numerosos peregrinos procedentes de ciudades y aldeas en busca del extraordinario Profeta que anulaba todos los dolores humanos.

Fabulosas leyendas se tejían en derredor de su personalidad, incomprensible para las muchedumbres ignorantes de los poderes internos del hombre, que por una avanzada evolución espiritual y moral, ejerce amplio dominio de todas las fuerzas de la Naturaleza.

—Ha revivido en él todo el poder de Elías, de Eliseo, de Moisés –decían las gentes viendo andar por sus pies a los paralíticos, limpios de llagas a los leprosos, con sus ojos claros a la luz del sol a los ciegos de nacimiento.

—Tiene en sí toda la sabiduría de Salomón –decían otros–. Seguramente este joven Maestro encontró el libro perdido que el rey sabio escribió en tres días de sueño, dando a conocer a los hombres las propiedades curativas de las aguas, de las piedras, de los árboles y hierbas de los campos.

Y entre la multitud que día a día llegaba a las riberas del Lago, acudían también Rabís presuntuosos y Fariseos desconfiados del joven Profeta que arrastraba las masas para escuchar su enseñanza.

Llegado el rumor de tal celebridad hasta los pórticos del Templo, vinieron también dos enviados del Sanhedrín, para atraer al taumaturgo a ocupar un puesto bajo los doseles de púrpura y oro de los doctores del Templo de Jerusalén.

— ¡Háblanos, Profeta! –clamaba la multitud una tarde en que el sol

velado por espesas nubes, hacía suave y fresco el viento que soplaba del oeste y rizaba las aguas del Lago, lleno de botes, barcas y veleros.

—Tus palabras nos traen la paz y la salud –clamaban otros–, y hasta la miseria se torna llevadera después de haberte escuchado.

El Maestro dormitaba bajo la tienda de los pescadores, y Pedro se llegó a él para despertarle.

— ¡Señor!..., ¿no oyes el clamor de estas gentes? Han cruzado el Lago y vienen de Gerguesa, de Hippos y de Gadara, para verte y oírte... ¡La mayoría son enfermos, cargados de dolor y de miseria que parte el corazón verles!...

— ¿Qué quieres decirme con eso? –le preguntó el Maestro despertándose–. Si Dios les deja padecer, ¿no crees tú que es justicia que padezcan?

— ¡Es como dices, Maestro Yhasua!..., ¡pero también es cierto que el Altísimo te ha revestido del poder de aliviar todos los dolores humanos, y que apena ver estas gentes que creen en ti, esperando la salud, la paz y la vida..., sólo de ti, Señor!

—Bien, bien, amigo mío; así quería verte implorando por los necesitados y doloridos, no espantándoles de mi lado como lo habéis hecho otras veces.

—Porque comprendía ayer menos que hoy, Maestro, lo que eres, y temía para ti males que hoy veo como imaginarios. ¿Qué mal podrá hacerte daño a ti, Hijo de Dios Vivo, con cien legiones de ángeles que te guardan?

—Tu fe se ensancha, Pedro, como este mar que tenemos a la vista, cuando las nieves del Hermón se derriten haciendo desbordar el Jordán. Un día llegará, que harás tú lo que hoy me pides para estas turbas doloridas y atormentadas.

No bien la multitud vio al Profeta del manto blanco, se atropellaron en torno suyo y conteniéndoles él con una señal de su mano, se encaminó seguido de sus discípulos a una verde colina, cuya falda arrancaba desde las orillas del lago, y subía a bastante altura con suave declive.

La multitud comenzó a subir detrás de él, quedando en el llano sólo los enfermos tendidos en camillas y las mujeres con niños en brazos.

En la primera estribación de la montaña el Maestro se detuvo y sentándose sobre un saliente de la roca, extendió su mirada sobre aquella muchedumbre a quien el dolor arrastraba hacia él, con la fuerza que da el poderoso instinto de la propia conservación.

— ¡Padre mío!... –dijo en voz apenas perceptible y levantando sus ojos al infinito azul–. Te buscan en mí, porque padecen horrores.

“Si fueran felices no te buscarían.

“¡El hombre terrestre necesita el dolor para sentir tu Presencia, para buscarte y llamarte!

“¡Amor infinito que me animas, hazte sentir de estas desventuradas criaturas que aún no saben buscarte, sino por su propio interés!”.

Extendió sus manos en actitud de pedir calma y silencio, y habló de esta manera:

—Ribereños del Mar de Galilea, y moradores todos de las comarcas vecinas que habéis caminado largas distancias para llegar hasta aquí.

“¿Qué habéis venido a buscar en la soledad de estas montañas, que hasta hoy fueron albergue de los pastores y de sus rebaños?

“Agobiados por dolores irremediables, habéis pensado por fin en el Supremo Hacedor de todas las cosas, y en que sólo de Él, os puede venir el remedio que buscáis en vano entre los seres que os rodean.

“Como una nube de ceniza y de humo se levanta de vosotros mismos la pesada bruma de vuestras angustias y dolores, de vuestras zozobras y ansiedades que no sois dueños de dominar, y llegan a la mente del Profeta, que lee en vuestros corazones llenándose de piedad y conmiseración.

“Bendigo vuestros dolores que así os arrastran hacia la Divina Misericordia y os digo:

“¡Bienaventurados vosotros los pobres, que no maldecís vuestra pobreza y sacáis de ella el tesoro del sufrimiento; vuestro es el Reino de los cielos!

“¡Bienaventurados vosotros que lloráis en silencio, oprimidos por la congoja, porque a vuestro lado llega la consolación!

“¡Bienaventurados vosotros los mansos que amáis la paz y la concordia, porque el amor será en la tierra vuestra heredad!

“¡Bienaventurados los que tenéis hambre y sed de justicia, porque la veréis resplandecer para vosotros hasta la saciedad!

“¡Bienaventurados los que tenéis el corazón misericordioso, porque alcanzaréis abundancia de misericordia!

“¡Bienaventurados los sembradores de paz entre los hombres, porque seréis contados entre los hijos de Dios!

“¡Bienaventurados los que tenéis puro y sencillo el corazón, porque veréis a Dios en todo cuanto vive en la Creación Universal!

“¡Bienaventurados los que padecéis persecución por la verdad y la justicia, porque vuestro es el Reino de Dios, suprema Verdad y Suprema Justicia!

“Alegrad vuestros corazones, porque los padecimientos actuales lavan vuestros pecados para que puros y limpios podáis entrar al gozo eterno del Reino de Dios.

“¿No se alegra acaso vuestro corazón cuando saldáis una deuda, cuando vestís un ropaje nuevo y sois invitados a un hermoso festín?

“Los dolores que os vienen sin buscarlos, son emisarios de la Divina

Justicia y de la propia conciencia, que os obliga así a redimiros, experimentando en carne propia el dolor injusto causado a vuestros semejantes.

"Bueno es analizar la causa y origen de todos vuestros padecimientos, porque también los hay y muy duros, que son consecuencia inmediata de vuestros desaciertos, y transgresiones a las leyes de la Naturaleza, que es celosa en sus dominios.

"Todos los excesos que comete el hombre en el curso de su propia vida, se manifiestan más tarde o más temprano en su organismo en forma de enfermedades terribles, que se transmiten a sus descendientes.

"Aquel que vive entregado a la embriaguez del licor, ¿puede extrañarse de padecer apoplejía y fuego devorador en el fondo de sus entrañas?

"El hombre entregado a la lubricidad, ¿puede asombrarse de una vejez prematura, y del agotamiento de su cuerpo convertido en un fantasma viviente?

"El hombre dado a los excesos de la gula y que sólo piensa en llenar su vientre como las bestias, ¿puede maravillarse de que su sangre se torne impura y que sus órganos digestivos sean ulcerados, causándole horribles dolores?

"Los coléricos e iracundos que hacen del propio hogar una continua borrasca de odios y de terrores, ¿pueden asombrarse de traer a la vida hijos desequilibrados, locos o maniáticos que son su tormento y su castigo?

"Si os empeñáis en pasar por las ascuas ardientes, de antemano sabéis que se quemarán vuestros pies y se tostarán vuestras ropas.

"Si os entráis en una ciénaga pantanosa, de cierto sabéis que os cubriréis de lodo hasta la cintura.

"Y si os empeñáis en cruzar por un campo de espinosos zarzales, estáis seguros de que los abrojos se prenderán a vuestras ropas y lastimarán terriblemente vuestros pies.

"Entonces, ¿por qué clamáis al Profeta de Dios que tenga piedad de vosotros, si no la tenéis vosotros mismos?

"Os dejáis dominar por vuestras pasiones que os arrastran a todo género de excesos, traspasando las leyes de la Naturaleza, que os brinda generosamente sus dones para vuestro uso, mas no para vuestro abuso.

"Todos tenéis oídos para oírme y entendimiento para comprender mis palabras, que os dicen a la faz de los cielos y de la tierra: Tened piedad de vosotros mismos, de vuestros hijos y de vuestros semejantes; porque el Padre Celestial, lo que hace hoy con vosotros, no lo hará en muchos siglos.

"En nombre del Supremo Creador de cuanto existe, os digo: ¡Sed sanos de vuestras enfermedades los que padecéis en vuestros cuerpos,

y lavad con aguas de arrepentimiento y de misericordia las llagas de vuestras almas, para que los ángeles del Señor se acerquen a vosotros como a nuestro padre Abraham, a compartir la dulzura de la paz, de la esperanza y del Amor!".

"El Profeta Nazareno os bendice en nombre de Dios. ¡Idos en paz!".

La muchedumbre clamorosa en un júbilo rayano en locura, aplaudía al Profeta aclamándolo en todas las formas, lenguas y dialectos que hablaban en las distintas regiones a que pertenecían.

Los bastones, muletas, vendajes y camillas volaban por el aire, como cosas odiosas e inútiles ya, para la vida que comenzaba a la sombra del manto blanco del Profeta..., a la luz de aquellos ojos divinos, y de aquella palabra austera y suave, que los obligaba a pensar en un mundo superior al que hasta entonces les había rodeado.

¿Quién es aquel hombre hermoso como la luz del sol, y dulce y bueno como el pan y la miel?

Y cien leyendas comenzaron a surgir de aquel enloquecido entusiasmo, que sin razonamiento alguno, veía todo únicamente bajo el prisma de lo maravilloso y sobrehumano.

No podía ser un hombre como los demás, aunque le supusieran dotado de todo el poder de los antiguos Profetas. Aquellos vaticinaban el futuro de países, ciudades y reyes, curaban algunos enfermos desahuciados por la ciencia, inutilizaban las malas artes de magos perversos, pero esto..., esto que veían y palpaban muchedumbres de centenares y miles de hombres, mujeres y niños, no lo habían visto ni oído jamás. ¿Quién era pues?...

Una voz poderosa salió de la muchedumbre:

— ¡Es el Mesías anunciado por los Profetas!... ¡Es Moisés que vuelve para salvar a su pueblo del dominio extranjero, como le salvó de la tiranía de los faraones!...

El Maestro seguido por el tío Jaime, había bajado la colina por un senderito oculto entre arbustos y trepadoras, que conducía a la aldea de Lazarón, formada entonces de cabañas de pastores.

Entre las ruinas de lo que fue la antigua ciudad, había un refugio de ancianos desvalidos bajo la tutela de la Santa Alianza.

Allí fue a ocultarse el Maestro, huyendo del entusiasmo de aquella muchedumbre que olvidando toda conveniencia, exteriorizaba en alta voz su disconformidad con los poderes dominantes.

— ¡Hagámosle nuestro Rey! –seguían gritando.

—En Decápolis –decían los de la opuesta ribera del Jordán–, tenemos a Hippos, Gadara y Pella con murallas y fortalezas malamente guardadas. Aclamémosle allí nuestro Rey-Libertador, que el Tetrarca Felipe duerme con el vino de sus festines.

Pedro y sus compañeros, después de algunas dificultades, lograron tranquilizar a la muchedumbre, con la esperanza de que más adelante acaso realizarían sus anhelos.

—No comprometáis la seguridad del Profeta, levantando alarmas entre los poderes públicos –les decían–.

"¿Qué haréis si encarcelan al Profeta por causa de vuestro entusiasmo desmedido?".

—Él no quiere recompensa material, sino sólo que seáis buenos y felices –díjoles finalmente Pedro–.

"¿No oísteis que os dijo: "Idos en paz"? Pues obedecedle por el bien que os ha hecho y..., ¡a mover los remos, amigos, y no paréis hasta la otra orilla!... No sea que vuestra desobediencia os traiga los males de que os veis libres ahora.

Este último razonamiento de Pedro, fue el más persuasivo y los que habían venido de la opuesta ribera, que eran los más numerosos, soltaron amarras y bogaron felices aclamando al Profeta.

Dos días después el Maestro pasó a Cafarnaum, situada sobre la orilla norte del Lago, donde tuvieron lugar escenas muy semejantes a las que acabamos de referir.

De las vecinas comarcas de los gaulonitas y de los itureos le trajeron numerosos ciegos, procedentes de unas minas de hulla que se habían incendiado dos años antes. Jóvenes, mujeres histéricas con grandes perturbaciones mentales, niños idiotas y retardados desde su nacimiento, debido a los terrores sufridos por las madres, cuando la nefasta Herodías asolaba aquellas regiones con sus delictuosos caprichos.

Aquellas gentes llamaban endemoniadas a las infelices jóvenes histéricas, que a veces exhalaban gritos semejantes a aullidos, y sus familiares aterrorizados y quejosos los vecinos, porque estas infelices eran una continua perturbación de la tranquilidad, pues que hasta las horas de sueño interrumpían, las habían relegado a una escabrosa montaña donde abundaban las grutas sepulcrales.

La sugestión que obra tan fuertemente sobre las naturalezas sensitivas acabó de enloquecerlas, pues en sus intervalos de lucidez se veían entre viejos sepulcros medio derruidos, que a veces dejaban al descubierto esqueletos y huesos humanos.

Las madres de aquellas infelices se turnaban para ir cada semana a llevarles provisiones de pan, queso y frutas secas, mas pronto se vio que este trabajo no podía ser realizado por débiles mujeres. Las histéricas en sus momentos de furor se volvían contra las portadoras de las provisiones.

Dos hombres pagados a buen precio, iban por la noche y dejaban los sacos de comestibles sin llamar a nadie.

La madre de una de aquellas desequilibradas, que tenía amistad con

la familia de Felipe, uno de los Doce, fue aconsejada de presentarse al Profeta Nazareno para implorar su piedad.

Y fue así como el Maestro se encontró en Cafarnaum frente a las grutas de las endemoniadas a donde fue con Felipe, Tomás, Andrés y Bartolomé. Sabiendo que las dementes se hallaban medio desnudas porque despedazaban ellas mismas sus vestiduras, llevaron un fardo de ropas para las diez y siete mujeres relegadas allí.

El cuadro que se les ofreció a la vista fue de lo más horroroso que el lector puede imaginarse.

Aquellas mujeres con sus cabellos enmarañados, medio desnudas y en tal estado de abandono que apenaba verlas, llenó de piedad el corazón del Maestro que se detuvo a cierta distancia durante unos momentos.

Estaban sentadas a la puerta de las grutas rompiendo nueces y pelando castañas que devoraban ansiosamente. Sólo cuatro de ellas aparecían en mejores condiciones que sus compañeras. Estas, en grupo aparte desmigaban pan que los gorriones se acercaban a comer. Esto parecía divertirlas. A ratos lloraban en silencio. A intervalos se oprimían la cabeza con ambas manos, como si un agudo dolor les atormentara.

El Maestro y los suyos, ocultos detrás de un espeso matorral las observaban sin que ellas se apercibieran.

La lucidez espiritual del joven Profeta, vio en pocos momentos lo que necesitaba para comprender el estado mental en que las enfermas se encontraban. Por fin se acercó a ellas.

— ¿Quién eres que no temes a los demonios que nos tienen subyugadas? –le gritó audazmente una de ellas.

—Vosotras estáis enfermas y yo soy un médico que os quiere curar. ¿Me lo permitís de buen grado?

—Si nos curáis, ¿nos recibirán de nuevo en la ciudad? –preguntó otra.

—Desde luego, porque ya sanas volveréis a ser la alegría de vuestros hogares como antes erais.

Una gran calma fue invadiéndolas a todas.

Algunas avergonzadas por sus vestiduras rotas huyeron a las grutas.

El Maestro tomó a las cuatro que parecían en mejor estado y les entregó el fardo de ropas.

—Id todas juntas al Lago –les dijo–. Lavad vuestros cuerpos y vestíos convenientemente, que nosotros os esperamos detrás de esa colina, para llevaros nuevamente a vuestros hogares.

—Tenemos demonios en el cuerpo y en nuestras casas no nos reciben –dijo otra.

—No hay demonios en el cuerpo de nadie –contestó el Maestro–. Habéis sido sometidas a sufrimientos que alteraron vuestro sistema nervioso, eso es todo. La sugestión de este horrible lugar, hizo lo demás.

“Tened fe en Dios que hace justicia con los inocentes y tiene misericordia de los pecadores. Vamos, haced lo que os digo y yo os llevaré a vuestros hogares.

Unas horas después, el Profeta Nazareno entraba en la ciudad de Cafarnaum seguido de sus cuatro discípulos y de las diez y siete jóvenes que habían vuelto al uso normal de sus facultades mentales.

Este hecho despertó la admiración de las gentes de toda aquella comarca, pues las infelices llamadas endemoniadas, traían aterrada a la población con sus aullidos y gritos.

Los niños idiotas y retardados, como asimismo los ciegos por el incendio de las minas se vieron remediados en su situación, todo lo cual produjo tal entusiasmo, que llegó a repetirse el intenso clamor del pueblo.

“Es el Mesías que Israel esperaba. Es nuestro Rey, nuestro Salvador. Es el hijo de David que debía venir a ocupar el trono de sus mayores”.

Cuando a poco llegaron unos agentes de la Tetrarquía para averiguar quién era el que aclamaba el pueblo con tanto entusiasmo, el Maestro habíase ocultado en la barca de Pedro en que realizara el viaje a Cafarnaum, y soltando amarras bogaba hacia el sur del Lago a gran velocidad.

99
YHASUA Y EL FUTURO DIÁCONO FELIPE

Año tras año llegaban las fiestas religiosas que llamaban la Pascua, con la que terminaban la época de ayunos y penitencia, que los devotos se imponían en cumplimiento de rigurosas leyes.

Pocos días antes de la Pascua del año treinta y dos de la vida Yhasua, se encaminó a Jerusalén acompañado de sus Doce íntimos, más otros muchos que se le unieron en calidad de discípulos.

Juan, el más joven de los Doce, fue decidido protector de los entusiasmos de la Castellana de Mágdalo por el Profeta Nazareno, y convenció a Salomé su madre, de que llevase en su compañía a la Castellana con su aya y tres de sus doncellas que eran hebreas: Fatmé, Raquel y Juana.

Para los ribereños del Mar de Galilea fue un asombro el saber que la pagana se unía a los devotos peregrinos. Salomé misma se asombró grandemente.

—Pero dime, Juan, –decía a su hijo–, ¿crees que esa mujer acostumbrada a no salir de casa sino en litera, va a resistir andando a pie de aquí a Jerusalén?

—Ya se lo he dicho madre, pero ella insiste en que andará a pie como anda el Profeta –contestaba Juan.

Se formó pues una numerosa caravana de peregrinos, entre los que

iban también Myriam y el tío Jaime; la viuda de Naím, su padre y su hijo; Matías, el mayor de los hijos de Yhosep con toda su familia; Abigail, aquella primera discípula de Yhasua niño, que casada con Benjamín, hijo de Matías y ya con dos hijitos, formaba también parte de la devota caravana.

Iban por el camino costanero del Jordán menos peligroso que el que atravesaba Samaria; cuyas escarpadas montañas eran buscadas como refugio por los bandidos perseguidos de la justicia.

En la primera jornada atravesaban la hermosa llanura de Esdrelón, poblada de mansos rebaños de ovejas y cabras. Las cabañas de pastores abundaban allí, y el pintoresco Collado de More, donde la tradición decía que Isacar hijo de Jacob, tuvo su cabaña y su altar de adoración a Jehová, ofreció a los peregrinos el primer descanso. La cabaña de piedra allí existente, bajo la sombra de olivos y vides centenarias, fue refugio para las mujeres, mientras los hombres se ocultaban de los ardores del sol a la sombra de los árboles.

El término de la primera jornada era Sevthópolis, que a la proximidad de la Pascua desbordaba de peregrinos venidos del Norte, por lo cual nuestros viajeros prefirieron pernoctar en la vieja aldea de Bethsan, a sólo un estadio de aquella ciudad.

Era además una aldea formada casi exclusivamente de familias esenias que vivían del tejido. La proximidad de los grandes rebaños de la llanura de Esdrelón, les había llevado a esta forma de vida.

Cada casa era un telar o un conjunto de telares, según las posibilidades económicas de cada uno.

—En ninguna parte encontré tanta ayuda mutua como en esta aldea de Bethsan –decía el Maestro a los suyos, al ver en qué forma tan ingeniosa y leal se socorrían unos a otros para hacerse más llevadera la vida–. Se refresca el corazón –añadía–, al ver aquí tanta unión y compañerismo, que el que tiene mayor depósito de lana y fibra vegetal es un anciano que no puede salir a buscárselas por sus muchos años; y todos los demás se creen obligados a traerle para que no carezca de la materia prima para los tejidos.

Y tanto puso el Maestro como ejemplo en sus enseñanzas prácticas lo que vio en la aldea de Bethsan, que cuando sus discípulos veían alguna persona solícita en compartir lo suyo con los demás, solían decir: –“Parece que fuera un bethsamita”.

Allí vivía Felipe, aquel niño que Yhasua conoció en una cabaña próxima al Tabor. Su padre de origen griego, a quien recordará el lector que Yhasua apartó del peligroso y nada honrado camino que seguía, había contraído segundas nupcias con una viuda griega también, y madre de un hijo menor que Felipe, que entonces tenía ya veinticinco años. Ambos

jóvenes llegaron a amarse como dos hermanos, y Felipe que le llevaba dos años de edad, y tenía la instrucción de los Ancianos de Tabor, encaminó a su amigo Nicanor, hijo de su madrastra, por su mismo camino.

El encuentro de Felipe con el Maestro, después de varios años de no verse, fue en extremo emotivo y lleno de los más tiernos recuerdos. La noche que los peregrinos pasaron en la aldea de Bethsan, fue para el joven Felipe una de las más felices de su vida. Él y Nicanor eran los encargados de llevar a vender los tejidos de toda la aldea, por lo cual ambos tenían muchos conocimientos en Galilea, Samaria y Judea. Eran además agentes de la Santa Alianza, que cada seis meses les remitía desde Tolemaida un cargamento de provisiones y de ropas para los necesitados de aquella comarca.

—Maestro –decía Felipe, que se desbordó en confidencias aquella noche–. Tengo dos secretos muy importantes, o mejor dicho, los tenemos Nicanor y yo.

—Y esos secretos te están quemando las entrañas, y quieres desahogarte conmigo, ¿verdad? –le contestaba riendo el Maestro.

—Naturalmente, porque sólo tú puedes dejarme satisfecho.

—Vamos a ver, ¿de qué se trata?

Felipe encendió una cerilla y guió al Maestro al establo donde tres cabras blancas de Persia, proveedoras de la leche para la familia, dormitaban masticando su ración de la noche.

Por detrás del pajar vio Yhasua que abría una puertecita por donde ambos bajaron. Era aquello como una cueva o gruta labrada en la montaña según costumbre; pero de aquella primera, se pasaba a otra inmensa caverna, que tenía una abertura hacia el Norte y otra al Sudoeste, ambas cerradas con trozos de piedra y maderas.

Estaba casi toda llena de paja de trigo, chalas y espigas de maíz, ya desgranado, trozos de telares deshechos y armazones de caña que habían sido secaderos de frutas.

Pero debajo de todo aquello había una enorme cantidad de armas: lanzas, flechas, espadas, alfanjes árabes, hachas cretenses de doble filo, puñales damasquinos que resplandecían a la luz de la antorcha que Felipe encendió cuando llegaron a la caverna.

— ¡Felipe!... –le dijo el Maestro–. ¿Qué haces tú con todo esto? Creo que para esto no te habrá nombrado agente la Santa Alianza.

— ¡Pero, Yhasua!... –exclamó Felipe asombrado en extremo–. ¿Acaso eres tú ajeno a lo que significa todo esto?

— ¡Completamente!... Si has seguido desde lejos el curso de mi vida, debes saber Felipe que yo no soy hombre de guerra, sino de paz, de consuelo y de esperanza para las muchedumbres.

— ¿Entonces ignoras, Maestro Yhasua, que grandes personajes de

Jerusalén, de Antioquía, de Damasco, de Sevthópolis y Tolemaida, preparan muy secretamente un levantamiento para libertar al país de la dominación extranjera y proclamarte Rey-Libertador de Israel?

—Algunos rumores me llegaron hace tiempo, pero yo traté de matar esa quimera sin consistencia ni posibilidad. Mas veo con dolor que mis palabras en tal sentido cayeron en el vacío. ¿Puedo saber las órdenes que tienes al respecto de este depósito de armas y quién te las da?

—Las órdenes se reducen a guardarlas celosamente cuidando de mantenerlas en perfecto estado, así encubiertas en piel de búfalo como vinieron, y entre paja de trigo y chalas de maíz.

"Ahora, ¿quién me las da?, no puedo decirte, Maestro Yhasua, porque no lo sé. Cada semana me llega un pequeño fardo por esta abertura o por esta otra –y al decir así, Felipe abrió los dos agujeros que ya mencionamos. Apenas abiertos, penetró una fría ráfaga de viento y el ruido de fuertes correntadas de agua–. Este del norte, es el río Sunén que viene desde el Monte Tabor; y este del oeste es el Haroseth que arranca de las vertientes del Monte Carmelo, y ambos desembocan en el Jordán.

— ¿Quieres decir con esto que del Tabor y del Carmelo te llega cada semana un fardo de armas? ¡No puede ser Felipe!... ¡No puede ser!

—Los que mandan las armas, utilizan estos riachos para mandarlas en una pequeña balsa que de seguro será botada al agua muy cerca de aquí, pues que llegan siempre a la segunda hora de la noche o poco más. Yo pienso que me llegan de Pella y de Sevthópolis, que son traídas por las caravanas, pues que el día de llegada de ellas, seguro que esa noche tengo la balsa frente a estos agujeros.

El Maestro guardaba silencio y pensaba. Felipe continuó sus explicaciones: –Yo vivo aquí con mi padre desde hace unos diez años, y ni aún sabía la existencia de esta cueva vecina a nuestro establo.

"Un comerciante muy rico de Sevthópolis vino un día a buscarme para recibir los donativos de la Santa Alianza y repartirlos entre los ancianos, viudas y huérfanos de la comarca; Nicanor y yo pertenecíamos a ella desde dos años antes.

"Poco después vino un mercader de Pella a encargar tejidos especiales para tiendas de campaña. Me preguntó si deseaba ver al país libre y si esperaba al Mesías-Rey y Libertador de Israel.

"—El Mesías ya está en el país al cual va conquistando con sus obras maravillosas –añadió.

"—Ya lo sé –le dije–, y yo le conozco desde muy jovencito.

"— ¿Cómo?... ¿Le conoces y estás aquí quieto como un murciélago en un hueco? –me preguntó–. Luego me endilgó un fuerte discurso que llenó de fuego mi corazón, y al final resultó haber conocido esta vieja casa más que yo mismo y fue él quien me informó de la existencia de

esta caverna, que había sido utilizada por su padre como un escondite para un hermano suyo, perseguido por la justicia como cómplice de un levantamiento libertador.

"Me dio a entender que él recibía órdenes de Jerusalén, y me pidió ser el recibidor de unos fardos que me llegarían todas las semanas por las dos vías que ya conoces, Maestro Yhasua, haciéndome prometer por la vida del Mesías-Libertador que guardaría el secreto.

"Ni aún mi padre lo sabe, que como él es griego y ya viejo, no aceptaría mezclarse en estas cosas. De Nicanor no he podido ocultarlo porque él es como mi sombra y fiel como yo mismo. Cuando él sepa que el Mesías está en casa se volverá loco de entusiasmo porque ha oído a los terapeutas hablar de ti, Maestro Yhasua, y no habrá quien le contenga.

"Con esto queda terminada mi explicación.

— ¿De modo que estás preparado Felipe para ser un guerrero matador de hombres? –preguntó el Maestro mirándolo fijamente–. ¡Y yo que me había imaginado que serías un misionero de mi enseñanza de paz y de amor entre los hombres!

— ¡Maestro!... ¡Yo creía que todo este preparativo se hacía con tu consentimiento!... –exclamó Felipe un tanto descorazonado.

—Yo sé que todo esto es una ilusión que va encendiéndose como una llama de alma en alma, porque la mayoría de los hombres no comprenden otra grandeza que la que dan los poderes y la fuerza material.

"Mas..., ya llegará el día en que todos los que me aman vean claro en el misterio de mi vida, y de la misión que ella debe cumplir en la tierra. Sigue guardando el secreto tal como lo has prometido, pero no te hagas la ilusión de que serás un guerrero, sino un predicador de mi enseñanza conforme a la Divina Ley.

"¡Muy desventurado serás Felipe, si en esta hora de tu vida eterna tuerces el camino que te has marcado! –Ambos se habían sentado sobre los troncos que cerraban las aberturas–.

"¿Qué crees tú que le sucedería –continuó el Maestro–, a un hombre de humilde condición, a quien un rey hubiese llamado a su palacio y haciendo pacto con él le hubiera alistado entre sus cortesanos, y que este hombre, olvidándolo todo, se marchase a otros negocios?

—Podría sucederle –contestóle Felipe–, que el Rey le diera un duro castigo, o que le dejase abandonado a sus propias fuerzas, ya que él había despreciado todo el bien que tuvo en sus manos.

— ¡Justamente, Felipe, amigo mío! Has hablado bien. Eso mismo te sucedería a ti, si ahora en vez de predicador de la fraternidad y del amor entre los hombres, te hicieras guerrero matador de hombres.

"Si sabes a ciencia cierta que soy el Cristo conductor de la humanidad terrestre, y que estás entre la gran alianza de mis colaboradores en esta

obra, ¿cómo podrías abandonar tu sitio voluntariamente sin atraerte grandes males sobre tu vida actual?

"La Eterna Ley es para toda criatura una muralla de protección a su espíritu y a su cuerpo, en tal forma que el que va por el sendero elegido por sí mismo, en acuerdo con las Inteligencias Guías de la evolución humana, no encontrará obstáculos insalvables en su vida, que se verá resguardada de los mayores peligros.

"Las corrientes de Luz Divina y de Soberano Poder, son derramados con abundancia sobre las almas colocadas en el sitio que por ley les corresponde. Es este un principio fundamental sostenido por las Escuelas de Divina Sabiduría que tienen la experiencia de los siglos. Alma que se sale de su camino, es alma que fracasa en su misión y atrasa enormemente su propia evolución y la de los seres que le están confiados.

"Esto no significa que si abandonas tu sitio, se quede vacío. Será reemplazado de inmediato, pero tú tardarás mucho tiempo en reconquistar lo que por tu desviación habrás perdido.

—Entonces mañana mismo me desligo de este compromiso –dijo Felipe, disgustado en extremo de la equivocación que había sufrido.

—No te precipites en tomar resoluciones inconsultas. Una vez comprometido, espera y sigue guardando el secreto para no causar daño a nadie. Basta que tengas la firme resolución de no tomar las armas sino en defensa de vidas seriamente amenazadas.

"Yo conozco a los dirigentes de esta red de preparativos bélicos, que los hacen con la noble intención de remediar los males que sufre el país y no por ambiciones personales.

"Mas, el pueblo de Israel, desde Moisés hasta hoy, ha obrado tan fuera de la ley que tenía marcada, que por consecuencia lógica debe padecer lo que hoy padece. Fue en verdad un pueblo de dura cerviz; como se lo decía Moisés, que le dejó grabada en piedra la Ley Natural que es la única Ley Divina, y no bien cerró Moisés sus ojos a la vida material, ya el pueblo de Israel la pisoteaba en sus más fundamentales mandatos.

"Al pueblo de Israel, le ha ocurrido lo que al hombre aquel de que te hice comparación hace un momento. Olvidó su pacto con el Rey Eterno, y se apartó locamente de los caminos marcados por Moisés, su Guía y Conductor. Israel se atrajo el mal para sí mismo y para los que tomen de él orientaciones en lo futuro. Será desventurado por muchos siglos, hasta que el dolor llegado al paroxismo le haga comprender su funesta equivocación.

"En la Civilización Adámica, fue uno de los primeramente llamados a la luz del Divino Conocimiento. ¡Olvidó y despreció aquel llamado y hoy toca las consecuencias!

"¿Verdad que es triste cosa tener el bien, la verdad, la luz y el amor

en la mano, y dejarlos escapar como el niño la mariposa dorada que aprisionó?

La conversación se vio de pronto interrumpida por unos golpes sordos que el Maestro sintió dar en la roca que estaba a su espalda.

—Ya está ahí la balsa –dijo Felipe, levantándose–. Mas..., hoy no llega caravana alguna, que llegaron hace cuatro días.

Entre ambos retiraron las piedras que cerraban la entrada y una oleada de viento huracanado les apagó la luz.

— ¡Socorro!... ¡Socorro! –gritaba débilmente una voz infantil entre sollozos lastimeros.

—Es un botecillo –dijo el Maestro.

—Viene a la deriva –añadió Felipe–, sin dirección y sin remos, la correntada le ha empujado hasta aquí.

Ambos salieron precipitadamente porque la vocecita seguía gritando:

— ¡Socorro!... ¡El bote se llena de agua, me hundo!...

— ¡El Poder de Dios es más fuerte que las tempestades! –exclamó el Maestro lanzándose al agua.

— ¡Voy contigo, Señor!... –dijo Felipe entrando también.

— ¡Ven! –le contestó el Maestro, tendiéndole su manto que flotaba como un ala blanca sobre las olas agitadas por el viento.

El botecillo encallado en la costa rocosa habíase abierto y estaba ya casi lleno de agua.

Felipe nunca pudo explicarse cómo anduvo, sin hundirse, sobre el manto del Maestro, las brazas que le separaban del botecillo encallado en la costa.

Cuando él llegó, el Maestro había sacado al niño que lloraba amargamente, porque su abuelito en el fondo del bote era ya un cadáver. Había salido de su choza en un arrabal de Sevthópolis a recoger juncos y ramas que arrastraba el río, y su abuelito sufrió un desmayo con vómito de sangre y se quedó muerto. El niño que sólo tenía nueve años, no pudo luchar con la correntada y se abandonó llorando a su impotencia.

Yhasua levantó al niño en brazos y le dijo:

—Igual es la sepultura en la tierra o en el agua. Dejemos ese cuerpo muerto en el fondo del río, y aquí tienes dos buenos amigos que velaremos por ti.

El infeliz niño empezó a consolarse. Felipe guiaba al Maestro por el tortuoso senderillo que llevaba a la entrada de la caverna.

Cuando estuvieron dentro, olvidaron armamentos y filosofía, y con el niño en brazos pasaron a la cocina, porque aquella criatura temblaba de frío y acaso de hambre.

Su mísero ropaje empapado y deshecho, decía muy claro la extrema pobreza en que había vivido.

Felipe avivó las ascuas semiapagadas en el hogar, y un hermoso fuego iluminó con reflejos de oro la inmensa cocina, en cuyos estrados de piedra tenían sus lechos según costumbre, los muchachos de la casa. Allí estaba dormido Nicanor que se despertó a la novedad.

—Tenemos otro huésped –le dijo Felipe–, pero éste no entró por la puerta de casa sino por un agujero de la caverna. No tengas miedo –dijo al niño que miraba con azorados ojos todo cuanto veía.

—El Profeta Jonás, que conoce el fondo de las aguas, te ha traído a esta casa –decíale Nicanor–, porque aunque no somos ricos, aquí no carecerás de nada.

El niño fue vestido con ropas improvisadas, y un tazón de leche caliente con miel y castañas acabó de tranquilizarle.

El Maestro se sentó junto a él y le tomó una mano que aún estaba helada. Esta sencilla manifestación de cariño de tal modo le enterneció, que se abrazó del Maestro y echó a llorar a grandes sollozos.

Felipe y Nicanor iban a intervenir para consolarle, pero el Maestro les hizo señales de silencio.

Entornó sus ojos y continuó acariciando aquella negra cabecita de lacios cabellos que se sacudía en sollozos sobre sus rodillas. Allí mismo el niño se quedó dormido.

Felipe, que tenía las facultades espirituales bastante desarrolladas por los Ancianos del Tabor, se apercibió de que Yhasua oraba por el alma del anciano abuelo, muerto de un síncope cardíaco hacía pocas horas, y esto le despertó a la lucidez de su actual situación.

La escena astral que vio Felipe fue emocionante en extremo. El espíritu del anciano se abrazó a su nieto mientras su pensamiento decía: *–"¡Pobrecillo mío! Yo era el único amor que encontraste en tu vida de abandonado, y te dejo solo en el mundo"*. Felipe miró al Maestro que continuaba inmóvil con sus ojos entornados y sus manos sobre la cabeza del niño dormido.

El alma radiante de amor y de ternura del Cristo Divino, consolaba a la vez a aquellas dos almas unidas en ese instante por un mismo inmenso dolor. Felipe, profundamente conmovido lloraba silenciosamente, mientras Nicanor, que nada veía, no podía comprender aquella extraña escena.

Yhasua, como petrificado; el niño, súbitamente dormido y Felipe llorando en silencio. ¿Qué pasa aquí?, se preguntaba a sí mismo.

Cuando el pequeño huésped se despertó, estaba tranquilo pero muy triste. Se conocía el esfuerzo que hacía para no llorar.

—La hora es avanzada –le dijo el Maestro–, y todos necesitamos descansar.

"Ven conmigo a mi alcoba, que yo compartiré mi lecho contigo –dijo al niño.

La alcoba improvisada para esa noche, no era otra cosa que el amplio local de los telares, rodeado de estrados de piedra y bancos de madera, donde las esteras, alfombras y mantas preparadas para la venta, sirvieron de lechos a los peregrinos que se hospedaban allí.

A la siguiente mañana, el niño abandonado refería su breve historia: su madre murió siendo él de cuatro años; su padre se unió a otra mujer y se fue del país. Su abuelo materno le asoció a su pobreza y le dio en abundancia lo único que poseía: su ternura de abuelo.

Esto también acababa de perderlo. ¿Cómo podía el pequeño huérfano consolarse?

—Felipe –díjole el Maestro–, este niño no puede seguir rodando solo por el mundo.

—No, Maestro, será mi hijo. Yo le adopto desde este instante –contestó Felipe.

— ¡Cuidado que no sea para disturbio en la familia, ni que tenga que sufrir hostilidades de parte de tu padre o de tu madrastra!... –observó prudentemente el Maestro–. Pues que en tal caso, yo le buscaré hogar entre los mismos compañeros de viaje. Salomé y Zebedeo..., mi madre misma, le cobijarían con amor.

—No hay nada que temer. A más, el niño no quiere apartarse de este lugar. Venid a verle –contestó Felipe.

Ambos fueron hasta el sitio donde el botecito se hundió al encallar en la costa. No había rastros ni del bote ni del abuelo que se hundió con él.

El pequeño huérfano, sentado sobre una roca de la orilla tejía una guirnalda de flores silvestres, que entrelazaba en un grueso manojo de juncos verdes que sobresalían de las aguas del río. Terminada la guirnalda la arrojaba al sitio donde se hundió el botecito y decía:

—Abuelito, ésta es por el corderito que me compraste con tus ahorros de un mes.

Luego tejía otra más y la arrojaba al río diciendo: –“Abuelito, esta es por la túnica nueva que me compraste cuando vendimos la última carga de leña...” –Hecho esto levantaba un poco de agua en el hueco de sus manos, y besándola decía–: “Abuelito, esto es para que esta noche duermas en paz”.

Al Maestro y a Felipe se les anudó un sollozo en la garganta y abrazando ambos al amante huérfano, el Maestro le dijo:

— ¡Bienaventurado tú, hijo mío, que así das cabida en tu corazón al amor y a la gratitud! Tú, sí que serás un buen seguidor del Cristo del amor que nunca termina.

Esta frase de Yhasua fue profética, pues ese niño cuyo nombre era Adín, fue protegido y amado no sólo por Felipe, sino por Juan el menor

de los Doce, todos los cuales al correr de los años llegaron a comprender las grandes dotes que el huérfano poseía.

Por amor reverente al anciano abuelo muerto aquel día y cuyo nombre era Policarpo, originario de Chipre, quiso tomar su nombre, con el que ha pasado a la historia del primer siglo del cristianismo.

De él volveremos a ocuparnos más adelante.

En esa misma mañana, todos los peregrinos se enteraron de la tragedia del pequeño Adín, y todos, hombres y mujeres, se sintieron como padres y madres para el huerfanito solitario, que había perdido esa noche el único amor que tenía en su vida.

Boanerges el pastorcillo que ya conocemos, fue uno de los que más comprendió y sintió la amargura desesperante del niño, pues también él estuvo un día en igual condición.

—Yo era como tú, y hoy estoy colmado de amor. ¡No llores más!... –decía Boanerges al dolorido huérfano.

Y así fue en efecto, pues las mujeres que llevaban niños de su edad se apresuraron a vestirlo con buenas ropas, calzas y sandalias.

La caravana dispuso quedar allí un día más con el fin de dejar al niño provisto de todo lo necesario. Lo hubiesen llevado a Jerusalén, pero no fue posible apartarlo por el momento de aquel sitio donde dormía el abuelo, según él decía.

El tío Jaime, Pedro, Santiago y Tomás, dispusieron ir a Sevthópolis, cuyos torreones y obeliscos se veían desde la aldea. La Castellana de Mágdalo habló a Salomé, madre de Juan, que era quien le había aceptado en su compañía, y con mucho secreto le comunicó lo que le pasaba.

—Soy muy infeliz, madre Salomé, porque no podré seguir con los peregrinos. Mis pobres pies no resisten más –le dijo enseñándole sus plantas lastimadas.

—Ya nos parecía a todos que para quien no está acostumbrada a viajar a pie, las jornadas son largas y duras. No te aflijas, todo puede remediarse. Mi hijo Santiago va de compras con otros a la ciudad y puede alquilar un asno para ti.

—Para mí sola, ¡no!..., que es vergüenza una joven montada y las mujeres de edad caminando.

“Que alquilen asnos para todas las mujeres y los niños. Toma el dinero que yo lo pago todo, y no descubras el secreto madre Salomé, para no avergonzarme más.

—Está bien, hija..., está bien. Queda en paz. No es para tanto.

Y la buena anciana más tardó en salir en busca de los que iban a Sevthópolis, que el secreto en correr como una chispa de unos a otros.

¿Cómo podía ella encargarse de alquilar unos diez o quince asnos sin decir quién los pagaba?

El secreto llegó enseguida a Yhasua y a su madre, que fueron a ver a la Castellana, recluida desde que llegó, en la alcoba-hospedaje de las doncellas.

— ¡Qué mal guardó mi secreto la madre Salomé! –decía la joven grandemente mortificada por la humillación que sufría.

—No la culpes, hija mía –díjole Myriam–, pues quiso asociarnos a todos al contratiempo que sufres. Tú eres de otra raza y de otras costumbres, y no sabes cómo estos viajes en común nos hacen a todos como hermanos. También yo estaba muy fatigada y el asnillo no me vendrá mal.

— ¡Naturalmente! –dijo el Maestro–, no hay que dar importancia a las cosas pequeñas, cuando la vida nos presenta a cada instante cosas tan grandes y magníficas en que podemos ocupar nuestras mejores energías.

Las tres compañeras de la Castellana y Elhida su vieja aya, volvían de una excursión matutina en busca de nidos de mirlos y alondras que los había en abundancia.

De pronto entró Hanani en busca de su hija Fatmé a quien habló en secreto. Él iba también a la ciudad y decía a su hija, que el bolsillo que diera la Castellana a Salomé alcanzaba para alquilar asnos para todos, lo cual, si era de su agrado les permitiría quedar tres días más en la aldea, donde había descubierto oportunidad para buenos negocios en beneficio de todos.

El Maestro intervino en el asunto y en acuerdo de todos, la cosa fue hecha como el buen Hanani lo había pensado. Los tres días de descanso en Bethsan servirían al Maestro para poner en claro la situación creada a Felipe con el depósito de armas que le habían encomendado. Y como no quería hacer participantes de tal asunto a los Doce de su Escuela íntima, exclusivamente destinada a su obra de misionero divino, se valdría de Hanani, hombre prudente y conocedor de todas las alternativas y situaciones políticas del país.

A las dos horas de haber abandonado la aldea volvieron los encargados de los asnos, trayendo veintitrés de ellos enjaezados y listos para marchar.

100
EN EL PRESIDIO DEL BAUTISTA

El Maestro anunció que iba a cruzar el Jordán e ir a la ciudad de Pella, una de las más importantes capitales de la antigua Decápolis. Se hallaba frente por frente de la aldea de Bethsan, sólo dividida por el río Jordán y el laberinto de hermosas serranías en que estaba como incrustada, Pella, con sus vetustos murallones labrados, la mayor parte en las mismas montañas que la rodeaban.

Con buenas cabalgaduras, sólo tendrían dos horas de viaje, por lo cual regresarían al caer la tarde. El Maestro llevó consigo a Hanani, al tío Jaime, a su hermanastro Matías y al joven Felipe, que era el depositario de las armas.

Era Pella la más importante ciudad de la Perea, perteneciente entonces a la Tetrarquía de Herodes Antipas.

Al cruzar el Jordán, se enteró el Maestro que su primo Yohanán el solitario del desierto, había sido llevado unos días antes a una fortaleza de Pella, no como prisionero, sino en calidad de refugiado para salvaguardarle de los intentos de asesinato por parte de Herodías que unida ilegalmente como sabemos con Antipas, buscaba los medios de exterminar al Profeta para cortar la influencia que ejercía sobre el Tetrarca.

En una gruta de las orillas del Jordán, encontró el Maestro a seis de los discípulos de Yohanán que grandemente entristecidos, no hacían sino mirar el torreón de la fortaleza en que fue encerrado su Maestro, al cual no le permitían ver.

—Venid conmigo –díjoles Yhasua–, que puede ser que encontremos un puentecillo para llegar hasta él.

Al decir así pensó que en Raphana, Dion y Pella, el Scheiff Ilderín era muy conocido y tenía grandes amigos, que lo eran a la vez del rey Hareth, poder supremo de la Arabia.

Mas, allí mismo supo, que entre el rey árabe y Herodes Antipas, se habían desatado duras hostilidades porque la legítima esposa de Antipas, era hija del rey Hareth, la cual viéndose malamente tratada por su marido a causa de Herodías, había huido a refugiarse en los dominios de su padre en Bosra, entre los montes Basán. Las huestes del rey Hareth habían entrado una noche en Dion, ciudad fortificada de la Perea, donde mataron a casi toda la guarnición de la fortaleza.

Este incidente, no permitía al Maestro contar con la influencia del Scheiff Ilderín ante las autoridades de la fortaleza de Pella, donde se encontraba detenido su primo Yohanán.

Ante el grave inconveniente, los discípulos del solitario cayeron en profunda desesperación.

Los compañeros de viaje del Maestro querían volver de inmediato a la tranquila aldea Bethsan, sobre todo Matías, su hermanastro, que a su edad no se sentía con ánimo para mezclarse en dificultades de tal especie. El tío Jaime permanecía neutral, dispuesto a lo que su sobrino dispusiera.

Los únicos que le animaban eran Hanani, padre de Fatmé, y el joven Felipe, que había cultivado la amistad de los discípulos de Yohanán, y no le sufría el corazón verlos perder toda esperanza de salvar a su Maestro.

Pasados unos momentos de reflexión, el Maestro se incorporó del césped en que se había sentado a la puerta de la gruta y dijo a todos:

—No pequéis contra la soberana Majestad, pensando que pueda más el odio de los hombres que su amor infinito. Entremos a la ciudad y Dios hará lo demás.

Se dispusieron en grupos de dos o tres para no entrar todos juntos. Los cinco que iban montados, dejaron sus asnos en la plaza de las caravanas, dándose cita en los estanques sombreados de árboles, donde los viajeros daban de beber a las bestias. La fortaleza prisión de Yohanán, quedaba de allí a cien pasos.

El Tetrarca, para mayor seguridad del detenido, había dado a los guardianes una contraseña que él daría a un enviado suyo hacia el cautivo. La consigna era "César y Rey", pero sólo la conocía quien la había dado y quien la había recibido con juramento penado con la muerte si se faltaba a él.

Tal había sido la respuesta dada a los discípulos de Yohanán cuando fueron a verle.

—La contraseña –les había dicho, y al no poder darla, les rechazaron con una dura negativa.

—Esperadme un momento –dijo el Maestro, retirándose a un rinconcillo solitario detrás de los estanques donde la arboleda era más sombría. Se sentó sobre la paja en que solían descansar los pastores que llevaban ovejas al mercado y se hundió en profunda concentración mental. Su luminoso espíritu se desprendió de su materia y se presentó al cautivo que escribía sus últimas voluntades, pues esperaba la muerte de un momento a otro.

Así en estado espiritual, el Maestro vio que Yohanán escribía estas palabras:

"Yhasua, hermano mío. Escribo para ti mi última voluntad, para que sepas que te precedo contento en el camino del sacrificio a la Soberana Voluntad que nos envío juntos a esta tierra, donde el crimen es glorificado y la virtud y la verdad perseguidos".

— ¡Yohanán, hermano mío!... –le dijo el Maestro que había materializado su forma astral para hacerse ver del gran prisionero.

Como el prisionero hiciese ademán de abrazarle, Yhasua le dijo:

—Mi materia duerme detrás de los estanques. Allí estoy con seis de tus discípulos, cuyo desesperado dolor me ha impulsado a usar este supremo recurso que nos concede la Eterna Ley. Mas, yo conseguiré la contraseña y vendremos a visitarte.

—Yo no conozco la contraseña –le dijo Yohanán.

—Pero tú sabes como podemos conseguirla –insistió el Maestro.

—Sí; tomándola del pensamiento de Ariph-Pul, que es el Conserje de esta prisión.

— ¡La tomaremos!... Ayúdame Yohanán, que va en ello la fe de todos tus discípulos. La oculta Sabiduría Divina permite penetrar en el pensamiento humano cuando es en bien de nuestros semejantes.

Aquellas dos poderosas mentes se unieron, y a poco rato el Conserje entró a la prisión encontrando como siempre a Yohanán que escribía.

—Me has llamado, ¿qué deseas Profeta?

—Quería preguntarte si nadie vino a verme –le contestó Yohanán.

—Vinieron sí, unos que dicen ser discípulos tuyos, pero no pude hacerles pasar.

— ¿Por qué?

—Por no traer la contraseña, sin la cual no puedo abrir a nadie tu puerta, bajo pena de muerte –le contestó.

— ¡La contraseña!... ¿Entonces soy personaje de tanta importancia que el Tetrarca te da una contraseña para guardarme?

—Así es y no puedo remediarlo. Él manda y yo obedezco.

— ¡Bien, Ariph-Pul! Gracias por la noticia. Perdona si te molesté.

—Tengo órdenes de servirte bien –contestó el Conserje y salió.

La figura astral del Maestro volvió a aparecer ante Yohanán y le dijo:

—La contraseña es “César y Rey”; dentro de una hora estaré aquí con tus discípulos.

Envolvió al cautivo en suaves efluvios luminosos y desapareció.

El Maestro se despertó en el sombreado rincón de los estanques y dijo a sus compañeros:

—El amor es un mago divino que salva todos los abismos. Ya tengo la contraseña y dentro de una hora iremos a la prisión de Yohanán.

— ¡Oh, Maestro Yhasua!... Eres en verdad el Mesías Salvador de Israel, como nos lo dijo tantas veces nuestro Maestro –dijo uno de los seis discípulos del prisionero.

—La contraseña es “César y Rey” –dijo el Maestro–, y con ella podéis entrar a visitarle cada vez que queráis.

Pero los días del prisionero estaban contados y sólo dos veces pudieron visitarle los suyos.

Yhasua llegó a la imponente fortaleza de Pella y desde la orilla del foso que la rodeaba, hizo sonar la campana que anunciaba gentes de afuera.

El puente fue tendido, y el Maestro con los seis discípulos de Yohanán llegó a la poterna.

A las preguntas de práctica, Yhasua contestó que pedía ver a Yohanán el profeta, pues era su pariente cercano, y sus compañeros eran los discípulos del cautivo que antes vinieran y no consiguieron entrar.

Dio la contraseña y les dejaron el paso libre.

Yohanán les esperaba, y su semblante austero y hermoso parecía tener ya esa serenidad del héroe que conoce y acepta complacido el sacrificio heroico. Sus discípulos cayeron de rodillas a sus pies llorando amargamente.

Con Yhasua se estrecharon en un abrazo largo y mudo.

¿No era acaso más elocuente el lenguaje de sus almas que debieron hablarse entonces como las puras Inteligencias de los cielos superiores?

Después que a cada uno de sus discípulos, Yohanán les habló en particular, preparándoles para lo irremediable que él sentía llegar, les recomendó seguir a Yhasua, el Mesías Ungido del Altísimo, y serle dóciles y fieles como lo habían sido con él.

—Él es aquel que yo os enseñé a esperar y amar sin conocerle. ¡Cuánto más le amaréis ahora que lo tenéis a vuestro lado y podéis contemplar de tan cerca la grandeza y la gloria de Dios que ha llegado con él!

Luego les pidió que le trajeran uvas y manzanas, pues deseaba mantener su energía y fuerza mental hasta el último momento de su vida.

Ya que su cuerpo se hallaba impedido de obrar como quisiera, lo haría en espíritu hacia todos aquellos que necesitaban de su palabra. Esta petición del cautivo, obedecía también a que quiso quedar a solas con su primo Yhasua.

— ¡Yohanán! –díjole el Maestro–. Dios Todopoderoso puede salvarte de tu cautiverio si Él lo quiere. ¿Qué es un rey ni cien reyes ante su poder y su justicia?

—Es verdad, Yhasua, pero el Altísimo no puede querer que yo compre mi libertad al precio que me piden por ella –contestó el cautivo.

— ¿Qué cosa te piden? –preguntó el Maestro.

—Que calle mi lengua, después de haber pronunciado en las plazas de las principales ciudades de la Tetrarquía de Antipas, sendos discursos retractándome de las acusaciones formuladas contra los escándalos, corrupciones y crímenes de su corte desde que está unido ilegalmente con Herodías, mujer de su hermano Tetrarca Felipe. ¿Crees tú que un

Profeta de Dios puede cometer este acto cobarde y vil por conseguir su libertad?

Yhasua calló y un hondo suspiro se escapó de su pecho.

Comprendió entonces que el fin de Yohanán se acercaba, y que con todo el Poder Divino de que se sentía revestido, nada absolutamente podía ni debía hacer para salvar al valiente prisionero.

Era la encrucijada terrible en que son puestos de ordinario los grande seres que han venido a probar con el ejemplo de su vida, lo que puede el alma llegada a las altas cumbres de la Sabiduría y del Amor.

El sacrificio de todo absolutamente y hasta de la vida, es el sello divino puesto por la Eterna Ley a los guías conductores de humanidades.

—*La muerte por un ideal de redención humana es la suprema consagración del Amor* –dijo Yhasua con acento conmovido y solemne, después de unos momentos de silencio–.

"También yo seré puesto en el mismo yunque, Yohanán, hermano mío, y acaso no tardaré mucho en seguirte.

— ¡Que la Eterna Voluntad nos conceda a ti y a mí –contestó Yohanán–, que podamos dejar detrás de nosotros almas escogidas y fuertes capaces del sacrificio por la causa, a la cual sus maestros sacrificaron su vida.

Luego refirió a su primo todo cuanto hizo Herodías, la malvada mujer que tenía dominado a Herodes, con el fin de conquistarlo y que él accediera a no censurar en sus discursos los vicios y crímenes de la Corte.

Había usado de todos los medios más ruines y bajos para comprar el silencio del Profeta. Le había enviado jovenzuelas desvergonzadas y audaces pagadas por ella, y disfrazadas de zagales que buscaban alistarse entre sus discípulos, con el perverso fin de seducir al austero solitario y quebrantar su virtud, para echar por tierra toda su autoridad moral, fundamentada en la acrisolada honestidad del hombre de Dios.

Y cuando todos sus ardides fueron descubiertos y vencidos, comenzaron los intentos de asesinato al Profeta que llegaron por fin a conocimiento de Antipas, por lo cual aseguró en una fortaleza la vida de Yohanán.

Herodías estaba ya vencida por el Profeta, pues el Tetrarca comenzaba a fastidiarse de sus eternas intrigas y maquinaciones que perturbaban su vida de placenteros festines, y coartaban su libertad de conquistador de bellezas exóticas.

Pero ella luchaba con la desesperación de la derrota, por mantener su prestigio de belleza otoñal, ante aquel hombre vicioso y débil, al cual había llevado a todos los desaciertos, y había puesto en ridículo en el país y en el extranjero.

—Ella está contenta de haberme reducido a silencio –decía Yohanán terminando su confidencia con Yhasua–, pero como se sabe vencida, busca una venganza digna de ella. Si la ejerce en mí, no me interesa, pero

mucho temo que la ejerza en mis discípulos que son numerosos, aunque los íntimos no son más que los seis que has conocido hoy.

"Te suplico, Yhasua, hermano mío, que los lleves contigo y hagas con ellos como si fueran mis hijos, que dejo confiados a tu sabia dirección. Que se confundan con los tuyos y que se pierda mi nombre en obsequio a la seguridad tuya y de ellos.

"Tú mismo aléjate cuanto puedas de los sitios en que arde la persecución contra mí.

"Los míos no tardarán en volver. Toma –dijo Yohanán sacando de un cartapacio que allí tenía, unos pergaminos–. Es mi testamento –añadió–, que terminaba cuando tú llegaste. En él encontrarás mis memorias, mis obras comenzadas y no terminadas. Las tomarás como tuyas y las terminarás en mi nombre.

"Tus amigos, Judá y Faqui, han vuelto a verme dos veces y me han consultado sobre el levantamiento que preparan para salvar al país de su actual situación. Yo les he aconsejado que tal actitud, no debe ir encaminada contra el poder de César, sino para echar abajo estos reyezuelos de cartón que con sus vicios y holgazanería, con sus derroches y lujos, son los que de verdad han traído la miseria de nuestro pueblo. El alto clero de Jerusalén y los dos Tetrarcas, hijos del funesto Herodes, mal llamado el grande, que han formado alianzas para sostenerse mutuamente, son los causantes verdaderos de los males de Israel.

"En mi concepto, ese levantamiento está en ley. Yo soy de la falange de espíritus de Justicia y comprendo la necesidad de hacerla cuando las circunstancias lo reclaman. Que dos o tres Procuradores romanos han cometidos delitos y desaciertos, es verdad, pero también los hubo rectos y prudentes que evitaron horribles matanzas ordenadas por el Sanhedrín.

"Augusto y Tiberio, no han tenido mala entraña para los pueblos avasallados, y sólo a espaldas suyas se han cometido atropellos e injusticias. El azote de Israel ha sido Herodes y sus retoños..., raza de vampiros, incapaces de vivir si no es exprimiendo el sudor y la sangre de los pueblos caídos en sus garras. Sus latrocinios y su lascivia, han llegado hasta el Templo del Señor, y han corrompido al sacerdocio con su oro y sus cobardes adulaciones. Desde el Pontífice abajo, todos se han convertido en míseros lacayos de esa raza maldita, que siembra la corrupción y el vicio donde quiera que pose sus pies.

"Estás pensando, Yhasua..., ¡alma de lirios y seda!, en las víctimas y en la sangre... ¡No te mezcles tú que no has venido para eso!... ¡Mas, déjales hacer! ¿No es necesario matar las víboras para que no maten con su veneno? Envenenar almas, es peor que envenenar los cuerpos. ¿Que habrá mártires entre los nuestros?..., es cierto. ¿Acaso tú y yo no lo seremos también en aras de nuestro ideal de fraternidad humana?

“Tirar abajo la nefasta dinastía de Herodes, es una obra santa, Yhasua, y la sangre de los mártires acaso purifique el templo profanado y su sacerdocio corrompido hasta la vileza.

“Herodías ya está marcada con la maldición de su raza: el cáncer, y no vivirá dos años más.

“Ambos Tetrarcas están marcados igualmente y tienen poca vida, pero como hay retoños tan viciosos como ellos mismos, la hora es oportuna antes de que tomen ascendiente en las esferas cercanas a los palacios.

“Todas estas reflexiones hice a tus amigos Judá y Faqui. Espero que no me desautorices ante ellos, sino que les dejes libertad de obrar sin tomar ingerencia tú en la marcha de los acontecimientos.

“¿No me contestas nada?”.

— ¡Yohanán!..., veo que para la humanidad terrestre actual eres tú más hábil piloto que yo –contestóle Yhasua–, y me complace mucho haber llegado a tiempo para escucharte.

“Yo estaba absolutamente en contra de ese movimiento libertador, por creer imposible obtener con él los resultados que se buscan.

“Ahora, dándole el carácter que tú indicas, o sea, que va solamente en contra de la dinastía de Herodes, lo veo con mayor optimismo.

Yohanán continuó:

—A tus dos amigos y al Anciano Simónides de la casa Ithamar, he entregado nombres y señas de las personas que les servirán de testigos ante el César, de toda la espantosa cadena de delitos que los descendientes de Herodes han cometido y siguen cometiendo impunemente, amparados en el apoyo de aquel que lo ignora en absoluto.

“Las condiciones del príncipe Judá, de ciudadano romano e hijo adoptivo del Duunviro Quintus Arrius, le abren las puertas para llegar hasta César. Si después de limpiar la ponzoña de los Herodes, consiguen de César la venia para proclamar un soberano en Israel que lleve en su pecho la savia de Moisés, que es justicia, verdad y sabiduría, y ponen para ello sus ojos en ti...

Yhasua lo interrumpió con gran firmeza:

—Hasta ahora está todo bien, Yohanán, y te lo acepto como un programa posible y justo. Mas en cuanto a mí, quiero mantener mi libertad de Maestro que enseña a los pueblos la Ley Divina. Estoy plenamente convencido de que mi Reino no es de este mundo.

“¿Has olvidado la visión del Santuario de Moab? ¿Has olvidado que yo acepté plenamente el holocausto para el cual pidieron las Inteligencias Superiores mi consentimiento? ¿No sería negra mancha en el Ungido del Señor, aceptar primero y negarse después, como hacen los inconscientes y los párvulos en los caminos de Dios?

— ¡Habla!... ¡Habla, corazón de miel que no hay en él ni una gota

de egoísmo! –exclamó Yohanán–. Dejaste sin terminar mi frase que comenzaba a decirte.

"Si ellos ponen sus ojos en ti, será la hora de explicarles claramente tu misión y que sea proclamado Judá hijo de Ithamar, de la tribu de Judá, cuarto hijo de Jacob, y cuyos antepasados estuvieron en la alianza íntima de Moisés.

"¿No tuvo Moisés a su primo Aarón como consejero a su lado, que compartió con él todo el peso del gobierno de Israel? ¿No puedes ser tú, el Maestro, el Profeta y Consejero del Rey de Israel?

"Tales son mis pensamientos, y quiero que antes de entregarme a la muerte des a mi corazón de moribundo la alegría y satisfacción de propiciar mis ideales.

El Maestro pensó unos momentos y deseando endulzar los últimos días del prisionero, le dijo:

—Me abandono a tu voluntad, Yohanán, que creo de acuerdo con la Divina Voluntad. Te doy mi palabra de no oponerme a tus deseos.

Se unieron en un abrazo largo y mudo, pleno de emociones profundas y de adioses silenciosos.

Ambos sabían que no volverían a verse sobre la tierra. Yhasua se retiró solo para dejar a Yohanán con los suyos.

En los estanques le esperaban sus compañeros de viaje, con los cuales emprendió de inmediato el regreso a la aldea de Bethsan.

Cuando ya se disponían a tomar las cabalgaduras, Felipe se le acercó receloso, pues le veía silencioso y absorto en sus pensamientos.

— ¡Cómo! Regresamos sin haber solucionado el problema que tanto te intrigaba, Maestro Yhasua..., el de las armas que guardo en la caverna.

—Ya está todo solucionado, Felipe, no te preocupes –le contestó el Maestro tomando el asno que Hanani le presentaba.

— ¿Qué se saca en limpio del movimiento libertador? –le preguntó, entregándole las bridas.

—La prudencia y sabiduría de Yohanán lo ha resuelto todo del mejor modo que podía resolverse. En Bethsan os daré más detalles y puesto que todos vamos a Jerusalén, es allá donde todo lo pondremos en claro.

"Pero cuidado que no quiero que este asunto trascienda a los íntimos de mi escuela de Divina Sabiduría. Las cosas de Dios son de Dios; y las cosas humanas son de los hombres. Sed pues muy discretos en este particular".

Con gran emoción les refirió parte de su confidencia con Yohanán, y los predispuso para las grandes revelaciones que seguramente encerraban los pergaminos de su testamento.

Cuando llegaron a Bethsan, no escapó a la sensibilidad de Myriam la

preocupación de su hijo. Pedro y Juan lo advirtieron también; pero sólo la madre tuvo el valor de hablarle de ello:

—Partiste alegre y dichoso, y vuelves con una nube de melancolía en los ojos. ¿Qué pasó en la otra orilla del Jordán?

—Contigo no puedo tener nada oculto, madre, porque lo percibes todo –le contestaba Yhasua, sonriendo–. Nuestro pariente Yohanán está detenido en la fortaleza de Pella.

—Yo me lo esperaba de un día a otro, desde que llegaron a Nazareth las noticias de que Yohanán la había emprendido contra los escándalos de la corte corrompida por Herodías.

"¡Yhasua, hijo mío! –añadió la amante madre–. ¡Cuando entremos a Jerusalén, sella tu boca!... No sea que vayas también tú a hacer compañía al pobre Yohanán. Es dicha que no viva su madre en este tiempo. ¡La pobre Elhisabet hubiera llorado tanto!

—Madre mía; permíteme insistir en que debes cambiar tu forma de interpretar la vida y la muerte. Para la carne, es dolorosa la destrucción de la carne, mas para el espíritu es alegría y dicha la libertad del espíritu. La carne está destinada por la Ley a perecer y dispersarse en moléculas. El espíritu es de eterna vida..., ¡de inmortales destinos!

"El Profeta de Dios debe decir la verdad a los grandes y a los pequeños, y claudica de sus deberes y traiciona su causa si así no lo hace.

"Puedes estar tranquila por ahora, que no tengo la menor idea de buscar notoriedad con polémicas públicas en Jerusalén. Sólo hablaría si circunstancias especiales me obligasen a esclarecer un error con la manifestación de la verdad.

Una dulce mirada suplicante y un suspiro profundo fue la respuesta de la tierna alma de Myriam, cuya vida toda fue un continuado presentimiento del sacrificio de su hijo.

A sus Doce íntimos les informó de la prisión de Yohanán efectuada para resguardar su vida de los intentos de asesinato por parte de Herodías, y les anunció asimismo que el solitario del Jordán esperaba muy pronto ver decretada su muerte, y que en tal caso sus discípulos se unirían con ellos.

Esto desagradó mucho a Judas Kerioth, a Santiago y a Tomás. Los demás no dejaron traslucir impresiones contrarias, pero tampoco se demostraron inclinados a la unión con los discípulos de Yohanán.

El Maestro percibió de inmediato tales disposiciones de ánimo y su hermoso semblante se nubló de tristeza.

—Sembré en vosotros el amor, y la simiente se ha secado –dijo después de unos momentos de silencio–.

"En verdad os digo, que por grandes que lleguéis a ser en las ciencias más profundas y en los internos poderes del espíritu, si el amor

está muerto en vosotros, no veréis el Reino de Dios sino después de mucho tiempo.

— ¡Maestro! –dijo Juan–, si me lo permites, puedo explicar mis sentimientos en este punto, que acaso sean también el de todos éstos.

"La noticia que tenemos de los discípulos del Profeta Yohanán nos dicen que ellos van por un camino diferente del nuestro. Acaso esto ha producido la alarma en todos nosotros.

—Tú eres el menos indicado para hablar –díjole con cierta dureza su hermano Santiago–, porque eres el menor de todos y la ley dice que los "jovenzuelos deben callar ante los Ancianos". Serían Pedro o Felipe los que debieran hablar por todos.

El Maestro los observaba en silencio.

— ¡Maestro! –dijo Pedro–, hablaré yo que tengo más años que todos mis compañeros. Es verdad que el anuncio no nos ha caído bien, y a Tomás, Santiago y Judas les ha disgustado visiblemente. Acaso obra en nosotros el temor de que no podamos mantener la armonía y la paz que, si entre los Doce que hemos sido conocidos y amigos, deja a veces mucho que desear, unidos con los del Profeta Yohanán, será más difícil todavía. Yo creo que no hay otra causa más que ésta.

—Sí, es así... Es así justamente –se oyeron repetir varias voces.

—Insisto en deciros –repitió el Maestro–, que sembré en vosotros el amor y la simiente se ha secado.

"Aún no sois capaces de amar a vuestros hermanos como os amáis a vosotros mismos.

"El egoísmo dormita en vuestros corazones como una serpiente narcotizada, a la cual le falta mucho para morir.

"Todos sois esenios de los grados primero, segundo o tercero, y todos tenéis comenzado el cultivo de vuestras facultades superiores con miras al futuro, en el cual seréis guías y conductores de almas. ¿Cómo les enseñaréis el desprendimiento, el desinterés, el olvido de sí mismas, si aún no habéis conseguido hacerlos germinar en vosotros?

"Setenta días de ejercicios espirituales en soledad y retiro tuvisteis para comenzar, en las grutas del Tabor. Veintitrés lunas lleváis a mi lado oyéndome y enseñaros el amor fraterno como lo más grande y excelso que hay en todos los mundos entrados en el camino de la purificación. Y hoy, cuando os anuncio que seis huérfanos del espíritu buscan vuestro calor y vuestra ternura cuando no esté en la tierra su Maestro, se levanta una sublevación en vuestro mundo interno, que les rechaza de vuestro lado.

" ¿Y sabéis cuál es la causa íntima y profunda, que vosotros mismos quizá no habéis descubierto?

"Yo os lo diré: La vida austera de sacrificios y de privaciones en la

que ha desarrollado Yohanán sus altas dotes espirituales, ha impreso en sus discípulos íntimos, el sello característico de su ascetismo, desnudo de toda satisfacción terrenal. ¡Son águilas que abarcan la inmensidad! Vuestro amor propio se resiste a la comparación, en la cual creéis que saldréis perdiendo en mi concepto. Teméis que la superioridad de los discípulos de Yohanán, forjados en el duro yunque del sacrificio diario, os robe mi afecto y mi simpatía. Que acabe yo por creeros demasiados niños para mis sueños de grandeza espiritual futura, y de ahí la rebelión que se ha levantado en vuestro mundo interno.

"Sed francos y leales para conmigo y para con vosotros mismos, ¿no es verdad..., completa verdad lo que acabo de decir?

Pedro fue el primero en contestar.

— ¡Sí, Maestro!..., ¡es toda verdad! Hemos puesto de manifiesto nuestro exagerado amor propio, y la mezquindad de nuestro amor al prójimo.

—La superioridad de ellos será una constante humillación para nosotros –arguyó Tomás.

—La humillación, amigo mío –díjole el Maestro–, es una medicina altamente benéfica para que aprendan las almas a conocerse a sí mismas, que es el fundamento del edificio espiritual que cada uno debe levantar en su mundo interior.

"A vosotros no os sirve de acicate y estímulo, mi enseñanza reforzada con el ejemplo, porque decís: "Él obra así porque es el Ungido del Señor, es su Mesías, su Verbo Eterno" y con esto aquietáis vuestra conciencia que os dice: ¡Adelante con la luz que llevas encendida en tu mano! ¡Adelante por ese camino iluminado de estrellas que se abrió para vosotros!... ¡Adelante con vuestro bastón de peregrinos labrado en madera incorruptible!... ¡Adelante con vuestro saco lleno de buena simiente y vuestra ánfora rebosante de elixir de sabiduría!".

"Los discípulos de Yohanán, no tuvieron ni más luz ni más agua clara que vosotros. Ellos os servirán de acicate para alcanzarles en el camino, y colocaros hombro a hombro con ellos.

"Si no sois capaces de hacer callar vuestro amor propio para abrirles vuestros brazos y vuestro corazón, cuando ellos vengan a nosotros, deberé convencerme que no supe elegir a mis colaboradores en mi obra de elevación espiritual de la humanidad, y que estoy fracasado en el comienzo de mi tarea".

Yhasua vio que una honda consternación aparecía en aquellos mustios semblantes. En algunos ojos asomaban lágrimas fuertemente reprimidas.

Y el Cristo del amor y de la piedad dulcificó su voz y sus miradas cuando les decía pocos momentos después:

—Yo os perdono con todo el corazón este primer dolor que me

dais, y aunque sé que no será el último, os digo: Vosotros sois mis amigos, mi familia espiritual, los herederos de mi legado de amor para la humanidad; las místicas alondras que yo dejaré volando por encima de todos los tejados, en los palacios y en las chozas, en las montañas y en la llanura para que enseñéis en todas las lenguas y en todos los tonos, que el Amor es la ley suprema de la vida y el triunfo sobre la muerte; ¡que en el Amor está toda justicia y toda santidad, toda belleza y toda perfección porque Dios es el Amor!

El tío Jaime se acercó al grupo a anunciar que la refección de la noche era anticipada, para emprender de inmediato el viaje aprovechando la frescura del anochecer, iluminado por una hermosa luna en creciente.

101
PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO

En esta última cena al atardecer en la aldea de Bethsan, al rumor de los riachuelos que casi unían sus corrientes al cruzar rozando las rocas de la caverna del establo, en la vieja casa habitación de Felipe y Nicanor, comenzó el intenso poema de amor de María de Mágdalo, en el oculto y secreto escenario de su propio corazón, que iluminado súbitamente, adivinó en el Profeta Nazareno el sublime ideal que había soñado.

En las creaciones magníficas de Homero, de Platón, de Sócrates, de Virgilio, había vislumbrado el Bien y la Belleza llevados a la perfección, como un aleteo, esparciendo a los vientos oleadas de frescura, suave y deleitable, que sugestiona al espíritu. Pero aquellos vislumbres tomaron tintes definitivos y fuertes de soberana realidad, en la augusta personalidad del Maestro Nazareno.

Entonces comprendió y amó más aún a sus maestros paganos, según el deprimente calificativo de los rabinos judíos, porque ellos le habían despertado el presentimiento de que el Bien y la Belleza cantados por ellos, tenían su realización en la tierra. ¿Dónde estarían ocultos? ¿Bajo qué cielo estaría su tálamo de rosas blancas y lirios de los valles?... ¡Oh, esposos eternos, el Bien y la Belleza, que soñaron vagamente todas las más antiguas religiones, y los envolvieron en los ropajes sutiles del símbolo y del misterio!

La pagana del Castillo de Mágdalo, la idólatra que tenía estatuas de los dioses y de las Musas en sus jardines de ensueño, la griega que espantaba sus melancolías entre los velos color de aurora de exóticas danzas, veía a pocos pasos de sí, ¡la bella y austera personalidad de un hombre que encarnaba el Bien completo, puesto que sólo era dichoso cuando espantaba el mal, cuando secaba lágrimas, cuando anulaba al

dolor, a la miseria; cuando toda angustia se tornaba alegría, y en medio de las desesperaciones brotaban flores de divina fragancia!

Un hombre que encarnaba la Belleza perfecta, pues que no había en él ni el más pequeño rasgo de ambición, de egoísmo, ni de interés; que buscaba el amor de los humildes, de los desposeídos, de los pequeños, porque ellos no podían ofrecerle compensación alguna; que de corazones delincuentes hacía brotar las flores divinas del arrepentimiento y la purificación; que inundaba de paz y serenidad todas las almas, ¡porque él mismo era la paz, la suave quietud, la divina esperanza!...

Sentada entre Myriam y Salomé en la larga mesa de rústicas tablas apoyadas sobre caballetes de cerezo, la Castellana se dejó absorber por estos pensamientos, sin ver que su escudilla de vino y su plato de lentejas y su cestilla de uvas, estaban sin tocar.

En la cabecera de la mesa frente a ella, estaba el hombre excelso que hablaba con los más Ancianos de entre los viajeros. Su voz le sonaba como una melodía lejana, que parecía sumergirla en un mundo hasta entonces desconocido por ella. Sus miradas se posaban con inefable dulzura sobre todos los rostros que rodeaban la mesa. Aquellas miradas le parecían rayos de luz de un sereno amanecer, que iluminando las almas las transformaba también en luces diáfanas y puras, las embellecía, las hacía semejantes a él.

¡Su imaginación tejía un mundo de nereidas, de ondinas, de genios benéficos, que la grandeza sobrehumana del Profeta hacía surgir en torno de ella, como por arte de un encantamiento divino!

— ¡Madre!... –dijo de pronto la voz grave y dulce del Profeta–. Tu compañera de mesa no come y el viaje es largo.

Una sacudida imperceptible agitó a la pagana del Castillo, como si aquellas palabras hubieran tocado un oculto resorte en su corazón.

— ¡Come, hija mía! –díjole Myriam.

—Estás distraída –añadió Salomé.

—Está fatigada –dijo Elhida, su aya.

La joven se ruborizó intensamente viéndose al descubierto en sus pensamientos íntimos, ¡entre aquel mundo extraño a donde había penetrado en seguimiento del Profeta que la fascinaba!

¡La dulce mirada del Maestro se posó compasiva sobre ella, pues comprendía perfectamente cuanto pasaba en el fondo de aquel espíritu turbulento que se había herido en sus andanzas idealistas y buscaba por fin reposo a la sombra del árbol eterno de la vida!

— ¡María! –le dijo Yhasua–. Eres la última que ha llegado, pero has llegado a tiempo. Aquieta tus pensamientos porque Dios, nuestro Padre, es Dios de paz y no de turbación.

La emoción tan intensa, anudó la palabra en su garganta y la joven guardó silencio.

La voz del Maestro deshojó una tierna parábola que ha quedado resonando a través de los siglos, como una amorosa cadencia perpetuamente renovada y eternamente sentida. Y lo hizo sin duda para reconvenir sin herirles a algunos de los presentes, que siendo israelitas de pura sangre, no se hallaban a gusto en la compañía de aquella mujer, que era la contradicción viviente de sus dogmas, sus prácticas, sus costumbres.

—Hubo un hombre justo a quien el señor había enriquecido con abundancia de bienes materiales, con hijos, siervos y amigos, por lo cual su vida era en extremo dichosa y alegre.

"—Padre mío –díjole uno de sus hijos–, dame la parte de herencia que me pertenece porque quiero salir a conocer el mundo, a gozar de la vida, pues aquí me consumo en el hastío, viendo campos sembrados, labriegos que cosechan y engavillan, ganados que pastan vigilados por los pastores... ¡Comer, dormir y trabajar, es hastío a mi corazón que desea recibir otras impresiones, vivir de otra vida que no conozco, pero que existe en las grandes ciudades plenas de bellezas, donde canta la alegría como el agua de los manantiales!

"El buen padre entornó sus ojos y estrujó su corazón para no dejar traslucir su pena.

"Entregó a su hijo lo que pedía, y cuando lo vio partir sin volver la cabeza, el anciano dobló la suya cubierta con la nieve de los años y lloró silenciosamente. ¡Era tan amado de su corazón aquel hijo, que se iba lejos, acaso para no volver!

"Aquel padre subía todas las tardes al torreón más alto de su castillo, donde permanecía largas horas mirando el camino que se perdía a lo lejos como una franja cenicienta entre valles y colinas. Y entre lágrimas silenciosas murmuraba esta plegaria: ¡Señor!..., de todos los bienes que me diste, lo más amado son mis hijos. Uno me ha abandonado. ¡Devuélvemelo, Señor, y que mis ojos le vean por última vez antes de morir!

"Mientras tanto el hijo, de ciudad en ciudad se embriagaba de placeres, de alegría, de músicas, danzas y cantares. Su vida era un festín continuado, y se sentía un pequeño soberano entre una corte de amigos que le halagaban con todos los mimos imaginables.

"¡Esa vida era la que él había soñado, cuando languidecía de tedio en la aldea de su padre! Feliz de mí –decía–, que tuve el valor de romper las rancias tradiciones de la familia, que si no, aún estaría oyendo eternamente a siervos y jornaleros hablar de los ganados flacos o gordos, de que el lobo atacó a éste o al otro rebaño de ovejas, de que los surcos del sembrado deben abrirse de nuevo para que las aguas rieguen todo por igual.

“¿Qué comparación tiene una vida con la otra?

“Y engalanándose con vestiduras nuevas que ceñía con cíngulo de plata, y prendía con broches de oro y piedras preciosas, acudía a un nuevo festín que su espléndida generosidad ofrecía a sus numerosas amistades.

“Pasaron siete años y por fin la herencia de su padre se consumió toda, y el hijo soñador incauto y desprevenido, se vio envuelto en la miseria, abandonado de amigos y conocidos que habiéndole ayudado a dilapidar la fortuna en orgías y festines, no pudieron ayudarle ni aún a matar el hambre que lo devoraba. Había ido vendiendo vestiduras y joyas, y cuando no poseía más que la sencilla túnica que sacó de la casa de su padre, se cubrió con ella y huyó de la dorada ciudad en que consumió su patrimonio.

“Sentado en una piedra, en el camino trillado de las caravanas, esperó la llegada de ellas, para suplicar le tomasen como camellero y poder volver en un mísero asnillo a la lejana aldea que le vio nacer.

“Mas, viendo su blanca piel, y sus manos y pies delicados como de una cortesana, se le reían diciendo: –Has de ser buen camellero tú con esas manos de leche y rosas que tienes. Vete a danzar en los jardines de la corte que sólo para eso eres bueno.

“Su hambre y desesperación le llevaron a correr por los campos donde pastaban piaras de cerdos, bajo la sombra de viejas encinas. Y las bellotas caídas al suelo de aquellos árboles centenarios, fueron el único alimento con que pudo satisfacer el hambre que le acosaba.

“Entonces, le vino el recuerdo de su amante padre, que tuvo en completo olvido mientras duró su prosperidad.

“¡Cuánto más le valdría no haber salido nunca de su lado!

“Iré, sí, iré a él –dijo por fin–, y arrojándome a sus pies le diré así: ¡Padre mío! he pecado contra el cielo y contra ti. No soy digno de que me llames tu hijo, mas déjame el lugar del último de tus criados, que yo te serviré por sólo la comida y la ropa que quieras darme.

“Y como lo pensó, lo hizo.

“El anciano padre que en esos siete años había envejecido como diez, sólo podía subir al torreón apoyándose en el brazo de un criado y en su bastón de encina.

“Mas..., ¿cómo podría su corazón pasar un solo día, sin mirar al camino ceniciento que sus ojos cansados encontraban ya como cubierto de brumosas nieblas?

“¡Señor!..., continuaba su plegaria de todos los días. ¡Devuélvemelo antes de que mis ojos se apaguen y no puedan mirar su rostro por última vez!

“Y una tarde nebulosa y triste como su alma, próxima ya a perder

toda esperanza, sus cansados ojos percibieron una nubecilla de polvo que levantaba el penoso andar de un viajero sin camello ni asno, que aparecía como un punto obscuro en la lejanía del camino ceniciento.

"El corazón le dio una sacudida en el pecho, y dijo a su criado: –Ayúdame a bajar, porque el viajero que veo a lo lejos es mi hijo que vuelve a mis brazos.

"El criado sonrió compasivo ante el loco delirio del pobre Anciano, que creía ver a su hijo perdido en cuanta sombra humana cruzaba a lo lejos.

"El amor le dio fuerzas por última vez, y soltándose del brazo del criado apresuró sus pasos para acortar la distancia...

"¡Era de cierto el hijo amado que volvía a su padre! ¡Su plegaria de siete años había sido por fin escuchada por el Señor, que vencido por su perseverancia en esperar, le devolvía al hijo que tanto había llorado! ¡Hasta el Eterno Omnipotente se deja vencer por el amor verdadero!

"El padre feliz hizo un gran festín, en que vistió a su hijo con las más preciosas vestiduras y colmó de dones a sus criados y servidores, amigos y parientes, porque la dicha desbordaba de su corazón y quería a todos felices, cuando él lo era de verdad.

"Los otros hijos le reclamaban así: Para nosotros que permanecimos siempre a tu lado no hiciste nunca un festín; y para este hijo que te abandonó durante siete años, haces un festín digno de las bodas de un rey.

—"Es festín del nacimiento de un hijo de la vejez –contestaba el padre–. ¡Este hijo acaba de nacer cuando ya me inclinaba a la sepultura! ¿No he de recibirlo como un don divino al son de cítaras y laúdes?..."

Cuando el Maestro terminó su parábola, de todos los ojos rodaban lágrimas, y él añadió:

— ¡Tal es nuestro Padre Celestial cuando torna a Él un hijo que corría extraviado por los caminos polvorientos de la vida!

"Le abre sus brazos y sin un solo reproche porque le basta su arrepentimiento, le hace entrar en su Reino y le viste la túnica nueva de la purificación y del perdón.

"Y si el Padre Celestial, suprema perfección y excelsa pureza, abraza con infinita ternura a los recién llegados a su corazón. ¿Qué debemos hacer nosotros criaturas suyas, a las cuales tanto ha tenido Él que perdonar?".

La Castellana de Mágdalo que se veía directamente aludida en la parábola del Profeta, se había abrazado a Myriam y lloraba convulsivamente. El Maestro se le acercó y le dijo:

— ¡María!... El día aquel en que me ungiste con tus perfumes te dije: "Mucho se te ha perdonado porque has amado mucho". Hoy te lo repito de nuevo. No llores más, porque hoy comienza el festín de tu vida espiritual que no terminará hasta que bebas el vino sagrado en el mundo de la luz, de donde saliste a peregrinar por este destierro.

— ¡Pobrecilla!, –exclamó la tierna Myriam secándole el llanto–. ¿Por qué llora así, esta mujer, hijo mío? –preguntóle conmovida.

— ¿No lo has comprendido, madre? –le interrogó Yhasua emocionado también–. ¡Era el hijo que se había ido y ha vuelto! ¡Yo, enviado del Padre, la esperaba por Él!

"¡Ojalá vengan a mí como ella, todas las criaturas de Dios que alientan sobre la tierra!".

Anochecía y las cabalgaduras estaban listas para continuar el viaje.

Felipe, el guardián de armas, se unía también a los viajeros y quedaba encargado Nicanor de recibir y guardar secretamente el fardo que llegara en su ausencia. Las mujeres de la caravana, a quienes la parábola del Maestro hacía vibrar de compasiva ternura, quisieron acompañar al pequeño Adín, el huerfanillo solitario, a rendir un postrer homenaje a su abuelito tragado por el río, y tejieron entre todas una inmensa corona de flores que el pobre niño, llorando, arrojó a la azulada corriente mientras decía con su vocecita infantil:

— ¡Abuelito! no puedo olvidarte más porque eras todo mi amor...

Tomado de la mano de Nicanor, vio alejarse a los peregrinos y cuando desaparecía el último, dijo a su compañero:

—Otra vez iremos tú y yo..., cuando no me duela tanto el corazón de abandonar al abuelo que duerme en el fondo del río.

Nicanor lo abrazó enternecido, prometiéndole llevarle a Jerusalén para la fiesta llamada de Las Cabañas.

102
EL SANHEDRÍN BUSCA UN MESÍAS

Aún brillaban las estrellas en el azul sereno de los cielos, cuando nuestros peregrinos llegaron a un hermosísimo vallecito, encajonado entre una verde colina y la orilla misma del Jordán, a cuyas aguas podía bajarse por una tosca escalera de piedra labrada en las rocas que amurallaban la costa.

Habían caminado gran parte de la noche y al esconderse la luna, las mujeres y los niños comenzaron a sentirse atormentados por esa sensación de peligro que se diseña en la mente a la vista de la obscuridad.

Pedro, Hanani y el tío Jaime, que eran los guías de la peregrinación, resolvieron detenerse en un descanso en el tranquilo vallecito llamado Cañaveral, por un pequeño bosque de cañas de bambú, que parecía amurallar el valle protegiéndolo de vientos recios y de las miradas de los viajeros que pasaban por el camino.

Había vestigios de haber descansado allí otros viajeros con niños,

pues encontraron unas ropitas olvidadas y la hoguera recientemente apagada.

Zebedeo y Matías que viajaban con sus familias, quisieron enclavar las estacas de un pequeño toldo para descanso de las mujeres y los niños, hasta que viniera la luz del día y continuasen la jornada que terminaba en Arquelais.

El Maestro descendió con los Doce, el tío Jaime y Felipe, el murallón de rocas que forma el cauce del Jordán. Y allí, en una explanada de piedra, sintiendo que las mansas olas les besaban los pies, se sentaron a indicación del Maestro.

Él les anunció que revisarían el Testamento de Yohanán cautivo en la Fortaleza de Pella.

—Vosotros y yo –dijo–, somos los herederos del Profeta del Jordán y ha pedido que continuemos lo comenzado por él.

"Veamos lo que podemos hacer en sus obras de salvación de las almas. –El Maestro se sumergió en un profundo silencio.

A los pocos minutos, Juan, Zebeo, Felipe el joven y Felipe el apóstol, comenzaron a percibir que la cabeza del Maestro se rodeaba de una aureola de luz dorada, que fue extendiéndose alrededor de su cuerpo semirecostado entre el césped y hierbas que cubrían las rocas.

Luego, esta percepción se extendió poco a poco a los demás discípulos, hasta que por fin se hizo visible para todos.

Luego vieron que esa radiación adquiría una potencia extraordinaria, como ondas de agua luminosa que iban a perderse a lo lejos, en la penumbra de las últimas horas de la noche, iluminada vagamente por la suave claridad de las estrellas.

Sobrecogidos de respeto y de pavor, se habían ido poniendo de rodillas como ante una estupenda manifestación de lo Infinito, del Eterno Enigma, que todos ellos presentían su existencia, pero que nunca percibieron con sus sentidos físicos.

La radiación que rodeaba el cuerpo del Maestro, fue condensándose hacia la parte superior; y de su pecho y su cabeza levemente inclinada hacia el hombro izquierdo, vieron levantarse como una columna de niebla luminosa, que iba a perderse en el éter azul, salpicado de estrellas.

Nunca pudieron los discípulos, precisar el tiempo que duró aquella muda manifestación del contacto del alma del Cristo con la Divinidad. Habían sido tan intensamente felices mientras ella duró, que no fueron dueños de medir el tiempo.

Poco a poco las radiaciones fueron esfumándose y el Maestro volvió en sí de la profunda meditación en que se había sumergido.

Pedro, fue con su elocuente espontaneidad, el primero que comunicó al Maestro lo que percibieron en torno a él, cuando se quedó dormido.

—No dormía –les dijo–, sino que oraba. Durante el viaje no pude hacerlo por la natural preocupación de la mente, absorta en las incidencias que van sucediéndose en el camino; pero lo necesitaba tanto mi alma cautiva en la materia, que llegado a este lugar de quietud, me vi obligado a dejarla escaparse al seno del Padre que es Amor.

"Pero esto no os debe causar temor alguno, pues en toda oración intensamente sentida ocurre lo mismo.

"Los ángeles del Señor, encargados de cooperar a la iluminación de las almas destinadas a conducir a la Sabiduría a otras almas, habrán obrado dentro de la Ley lo que es posible realizar para que las verdades divinas sean conocidas de aquellos que las buscan, y con ferviente corazón las desean.

"Para que nuestra alma se sumerja en Dios, no necesitamos postrarnos con el rostro en tierra, ni encerrarnos bajo las bóvedas de un templo, ni vestir sayo de penitencia con silicios y ayunos.

"Dejamos nada más que nuestra alma busque a Dios por el Amor, y se sumerja en Él como un pececillo en el agua del mar, como un pajarillo en el aire, como un átomo de luz en la infinita claridad.

"Tampoco necesitamos de muchas y rebuscadas palabras, porque a Nuestro Padre todo Amor y Piedad, le basta con que nuestra alma le diga, en completo abandono hacia Él: "¡Padre mío!... Yo te amo cuanto puede amar una insignificante criatura tuya..." Y ni aún necesitamos decírselo sino sólo sentirlo. ¡Él percibe nuestro íntimo sentir y lo recoge en su Amor Soberano, como nosotros recogemos una menuda florecita, cuyo perfume nos avisa que existe!...

"Ahora encended las antorchas y veamos las últimas voluntades de nuestro hermano prisionero".

El manuscrito estaba dividido en dos partes.

Era la primera el relato de su vida de estudio y meditación en el Santuario esenio del Monte Quarantana, donde bajo la dirección de los solitarios desarrolló sus facultades psíquicas.

La segunda parte era un estudio biográfico del Mesías anunciado por los Profetas, en relación con la austera Fraternidad Esenia, de la cual se consideraba un representante salido al mundo exterior a preparar el camino en la obra del Verbo encarnado.

Aparte, se veía una simple hoja de pergamino en que estaban escritas las señas de los lugares, sitios y personas que retenía sometidas a ciertos métodos y ejercicios curativos de los cuerpos y de las almas enfermas, como los esenios llamaban a los delincuentes perseguidos por la justicia humana, que ellos ocultaban en las grutas de las montañas hasta conseguir su regeneración y poder entonces solicitar su indulto.

La peñascosa región desierta de la Judea, en derredor del Mar Muerto,

era el principal refugio donde ocultaba Yohanán a sus enfermos del alma, escalonados en distintos grados y condiciones, desde los que guardaban un odio y rencor profundo a la humanidad, hasta los que habían llegado a la lucidez de reconocer su culpabilidad, y arrepentirse de la vida delictuosa que habían hecho.

Los seis discípulos íntimos que Yhasua había acompañado hasta la Fortaleza de Pella, eran auxiliares para con aquellos criminales que se acercaban a él pagados para asesinarle, y la Divina Luz les alumbraba de súbito y pedían cambiarse de asesinos en penitentes. ¿Cómo no habían de ser grandes los discípulos de Yohanán, si estaban templados a fuego y purificados en el crisol del amor, aún a sus hermanos delincuentes y malvados, dañinos como culebras que se arrastran en el polvo para verter su veneno sin que la víctima se aperciba?

Eran ochenta y seis criminales sometidos a su método regenerador, que el Profeta llamaba de purificación, y ciento veinte enfermos de cáncer, de lepra, y de afección pulmonar o tisis, como se llamaba en aquel tiempo. Su relato terminaba así:

"Yhasua, hermano mío: como te encomiendo a mis seis discípulos íntimos que son como yo mismo, te dejo también a mis amados delincuentes perseguidos por la justicia humana, más interesada en matar a los que no le sirven, en vez de transformarlos en plantas útiles para los campos del Señor. Me he sentido impulsado hacia los míseros reptiles que nadie ama, que todos odian, para tener la infinita alegría de ayudarles a levantarse del polvo y volar como pájaros libres a la inmensa grandeza de Dios".

— ¡Qué grande alma es la de Yohanán! –exclamó Yhasua cuando terminó de revisar el manuscrito del Profeta cautivo.

* * *

Poco después continuaban el viaje hasta Arquelais, donde algunos antiguos amigos se unieron a nuestros peregrinos. Y de unos a otros corría el rumor de que el Mesías estaba entre el pueblo de Israel y que acaso todos le verían en las grandes fiestas que iban a realizarse en Jerusalén.

Luego, en Pasaelis y en Jericó, el vago rumor resonaba más alto y todos comentaban que jamás se vio en el país afluir tanta concurrencia de gentes a la ciudad de los Reyes.

De los rumores, se formaron comentarios y suposiciones que poco a poco fueron tomando aspecto de realidades.

El Maestro y los suyos oían y callaban ante el torrencial desbordamiento del entusiasmo popular. Los israelitas residentes en las ciudades

y poblaciones que Yhasua había recorrido realizando en ellas sus obras portentosas, eran como el eco que iba a resonar en todas las mentes, despertando de nuevo el anhelo adormecido por las continuadas desilusiones que desde la entrada de los tres viajeros del lejano Oriente en Jerusalén, treinta años atrás, el pueblo de Israel se había hecho, sin que hubiera podido comprobar la realidad.

—Le hemos visto en Naím donde ha resucitado un muerto –decían los de aquella localidad.

—Le hemos visto en Damasco, en Tiro, en Sidón, en la Iturea, en las orillas del Mar de Galilea, donde ha curado leprosos, paralíticos, ciegos de nacimiento, cancerosos y tísicos en último grado.

—Seguramente vendrá a Jerusalén para ser coronado rey por el Sumo Sacerdote, y allí podremos verle todos, postrarnos a sus pies y pedirle que remedie todos nuestros dolores, que extermine a la raza maldita del Idumeo, que ha profanado nuestro Templo, pisoteado nuestras leyes, y robado las vestiduras pontificales y los vasos sagrados. Que fulmine con su poder a los orgullosos romanos que pasean sus águilas y sus estandartes, por donde sólo puede flotar el aliento divino de Jehová.

El Maestro se dio perfecta cuenta del estado efervescente en que se encontraba el pueblo amontonado a las puertas de la ciudad, cuya amplitud parecía no poder dar cabida a esas oleadas humanas, que llegaban en numerosos grupos de peregrinos venidos de todos los rincones del país, y aún de muchas regiones más allá de los límites de Palestina.

El numeroso pueblo de Israel, incontable como las arenas del mar, según la promesa divina al Patriarca Abraham, se hallaba diseminado en Siria, Arabia, Egipto e Idumea, igualmente que en las islas y costas del Mediterráneo. Y los rumores de la presencia del Mesías en aquella Pascua de gloria, atrajo tan numerosa concurrencia, que las plazas y calles de la ciudad, los flancos de sus cerros, sus barrancos, valles y colinas, todo se vio cubierto de tiendas de vistosos colores, y hasta fuera de las murallas, los peregrinos se escalonaban en las alturas, a lo largo de todos los caminos que convergían a las puertas de la dorada capital.

Los discípulos del Maestro, que tenían parientes o amigos, se dispersaron buscando hospedaje en aquellos modestos hogares. Los que a nadie tenían, se refugiaron en el local de la Santa Alianza. Yhasua y sus familiares, se hospedaron según costumbre en la casa de la viuda Lía, y otros en el hogar de José de Arimathea, el gran amigo del justo Yhosep.

A la siguiente mañana, el Maestro recibía la visita de sus amigos de Jerusalén, que le informaron de la presencia del príncipe Melchor, de Filón el Maestro de Alejandría, del Scheiff Ilderín con los principales hombres del desierto de Arabia, y del Cheig Buya-Ben, padre de nuestro

amigo, el Hack-Ben Faqui, los que venían representando a la reina Selene, soberana del pueblo Tuareg, relegado a los peñascales del desierto de Sahara desde la destrucción de Cartago.

Guardando la severa consigna del secreto más profundo, todos acudían a aquella Pascua, en la dorada Jerusalén de los Reyes "por lo que pudiera suceder".

¿Qué era, preguntamos nosotros, lo que podía suceder?

¡Todos soñaban con el reinado de la justicia predicho por los Profetas! Y este gran sueño, como una visión magnífica se iba engarzando con fulgores de amatista, en todas las almas poseedoras del gran secreto: el Mesías está entre el pueblo de Israel.

Nadie sabía la hora de la proclamación gloriosa. Todos ignoraban qué sol sería el que alumbrase el júbilo de Israel. Pero llegaría, no podía dudarse, porque sería pecar contra los Profetas de Jehová.

Los insistentes rumores, habían traspasado las doradas puertas de los atrios sagrados, y el alto clero judío se preguntaba: "¿De dónde ha brotado ese hilillo de agua rumorosa que se va ensanchando como un torrente y el Sanhedrín nada sabe, y las grandes y nobles familias sacerdotales no tienen persona alguna entre ellas que pueda dar origen a tales rumores?".

Caifás, que hacía poco tiempo había subido al solio pontifical, se decía a sí mismo: "¡Si acaso me tocara a mí la gloria de coronar al Mesías, Rey de Israel! En tal caso, yo seré su ministro, su guía, su consultor, pues él será un parvulito, un adolescente acaso que necesitará quien alumbre sus pasos. ¿Y quién mejor que el Sumo Sacerdote de Jehová, su representante?... ¿El legado supremo de su autoridad y sus derechos divinos?...

El anciano Hanán su suegro, austero doctor de la vieja escuela, afilaba también sus armas para sacar provecho del advenimiento del Mesías, caso de ser ciertos los rumores que desde algunos años antes persistían entre el pueblo.

Por su notoria habilidad para manejar los enredadizos hilos de ambiciones que chocaban entre sí, había obtenido una bien merecida superioridad entre sus numerosos colegas, y de allí que el Supremo Pontificado recaía siempre desde años atrás, en él o en uno de sus hijos, yernos o parientes cercanos, lo cual daba el mismo resultado, o sea que el viejo Hanán era el verdadero Pontífice Rey, dueño de vidas y haciendas en el pueblo de Israel.

Y en la proximidad de las grandes fiestas religiosas, cundía entre el alto clero la misma alarma: "¿Aparecerá por fin el Mesías?".

Y sin saber por qué, tal hecho les producía un temor y un pánico inexplicable. Los capítulos 2º y 3º del Profeta Malaquías, les espantaban como el rugido de un dragón en la obscuridad. "Ahora, pues, oh,

sacerdotes, a vosotros es este mandamiento: Si no acordareis dar gloria a mi Nombre, enviaré maldición sobre vosotros, y maldeciré vuestras bendiciones porque no me ponéis en vuestro corazón. He aquí que envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de Mí. Y luego vendrá a su templo el Señor a quien vosotros buscáis y el ángel del pacto a quien deseáis. Y, ¿quién podrá estar ante Él cuando Él se mostrara? Porque Él es como fuego purificador y como jabón de lavadores. Y sentarse ha, para afinar y limpiar la plata, porque limpiará a los hijos de Leví, los afinará como a oro para que puedan presentar a Jehová ofrenda de justicia".

Estas terribles palabras del Profeta Malaquías a los sacerdotes de Israel, resonaban como truenos cargados de relámpagos en el templo y entre el Sanhedrín, cada vez que los rumores populares les obligaban a pensar en el momento en que el Mesías de Jehová traspusiera las doradas puertas del Templo de Jerusalén.

En las vísperas de tan grandes fiestas, el viejo Hanán, astuto como una serpiente que se apresta a devorar un pajarillo, apostaba su policía secreta en todas las puertas de la ciudad, para que muy disimuladamente tomaran nota de los viajeros que entrasen, sin olvidar detalle de cualquier cosa que llamara su atención. Debían tener en cuenta especial cuando fueran personajes de alcurnia, pues que el Mesías, si había nacido, debía venir en el séquito de las familias de rancio abolengo que se hallaban diseminadas en el país.

Yhasua y sus compañeros de viaje, que entraron montados en humildes asnos, no hubieran despertado interés alguno en los policías secretos de Hanán, a no ser por un sencillo hecho que ocurrió cuando nuestros viajeros trasponían la Puerta de Sión.

A cierta distancia fuera de la muralla, se encontraba un grupo de seis leprosos encubiertos según costumbre, que en la extremidad de una caña tenían un bolso atado para recibir las limosnas que los viajeros quisieran darles.

El Maestro los vio, y dirigiendo hacia ellos su cabalgadura, les dijo: –"El mejor donativo que os puedo dar es la salud, si creéis en Dios Todopoderoso".

— ¡Creemos, Profeta..., creemos! –fue el grito unánime de los infelices.

—En nombre de Dios, Padre de toda vida, os digo: Sed sanos y alabad al Señor en unión con todos vuestros hermanos –y tirando de las mantas que les cubrían, dijo–:

"Lavaos en la piscina de Siloé y vestíos de limpio para presentaros al sacerdote como manda la Ley".

Algunos de los compañeros se acercaron a los enfermos para dejar dinero en el bolsillo, a fin de que pudieran comprarse las ropas necesarias.

El policía de Hanán que estaba ante la puerta en observación de los viajeros, vio este hecho que llamó naturalmente su atención.

¿Quién era ese hombre joven, hermoso, cuya austera dignidad le asemejaba a un rey? Debía ser un mago o un profeta, por cuanto pretendía curar a los leprosos, a los cuales vio salir corriendo entre gritos de júbilo hacia la piscina de Siloé, allí cercana.

Vio que le acompañaban hombres y mujeres vestidos modestamente, y esto hizo que diera muy escasa importancia al hecho.

Pero cuando más tarde vio entrar a los seis hombres que declararon ante el guardia de la puerta, ser ellos los leprosos que siempre se acercaban a pedir limosna, y les veía con su piel sonrosada y limpia y la alegría en sus ojos, les preguntó quién les había curado.

—No sabemos –le contestaron–. Entre unos viajeros que venían por el camino de Jericó, estaba un Profeta que nos dijo: "Sed curados en nombre de Dios". Ahora déjanos pasar que vamos al Templo para que el sacerdote nos dé su visto bueno y podamos celebrar la Pascua con los demás.

El policía de Hanán anotó en su cartapacio de bolsillo: "Entre viajeros llegados de Jericó, entró un profeta joven y hermoso que curó a seis leprosos en la Puerta de Sión. No se sabe su nombre ni su procedencia. Venían él y sus compañeros de viaje montados en asnos".

Por la puerta de Joppe había entrado una brillante comitiva alrededor de una pequeña carroza en que viajaba una princesa judía, de la antigua nobilísima casa de Rechab, príncipes de la región de Beth-Acceren. Venía con sus dos hijos varones, el uno de trece años y el otro de diez.

Este dato le fue llevado también al viejo Hanán, el cual no tardó en presentarse al palacio que los príncipes de Rechab tenían desde los tiempos de la última restauración de la ciudad y del Templo, edificado en un flanco del cerro llamado Monte Sión, en cuya cima se alzaba el imponente palacio real de David, reconstruido por Herodes el Idumeo.

El dato del joven Profeta que curó a los leprosos, no le interesó mayormente, por tratarse de que eran gentes del pueblo. Este otro dato, sí que valía la pena de tomar cartas en el asunto.

¡Un principito de trece años, descendiente de una de las más nobles y antiguas casas de Judea, cuyo fundador había sido el brazo derecho de Eliacib, Sumo Sacerdote, en la reconstrucción de la ciudad y del Templo en tiempos del Profeta Nehemías, sí que podía ser el Mesías anunciado por los Profetas!

Hizo de inmediato que su yerno Caifás, Sumo Sacerdote, pusiera en movimiento el conjunto de Escribas de servicio en el Sanhedrín, para buscar en genealogías de las casas nobles de Judea, si por alguna rama lateral, paterna o materna, aquel niño descendía de la sangre real de David, conforme estaba anunciado.

De toda la búsqueda de los escribas se encontró que Rechab, fundador y príncipe de Beth-Acceren que compró con herencia de sus antepasados, descendía por línea materna, del primer hijo que tuvo David de su segunda esposa Abigail, cuando huyendo del rey Saúl se refugió en Siclag, donde le amparó el rey Achis Gath.

El Sanhedrín estaba rebosante de júbilo, pues de todos los candidatos a Mesías que se habían presentado en los últimos treinta años, ninguno había sido aceptable por diferentes causas que no pudieron ser salvadas.

Mas el júbilo se tornó en desilusión cuando Hanán regresó con la noticia de que el niño que aparentemente reunía las condiciones, era sordomudo de nacimiento. Se llamaba Josué. ¡Era un bello adolescente de mirada llena de inteligencia y de bondad pero era sordomudo! ¿Cómo podía haber encarnado en él, el Ungido de Dios para salvar a su pueblo? Un astuto y viejo escriba dio una idea:

—Moisés estuvo también varios años impedido a medias de hablar, por un defecto físico en sus órganos bucales y, no obstante, fue el hombre elegido por Jehová para salvar a su pueblo de la dura esclavitud de los Faraones.

Estas palabras del Escriba fueron acogidas como una vaga esperanza.

Hanán recordó en ese instante el otro dato que había recibido: el joven Profeta que entró a la ciudad, casi al mismo tiempo que la princesa con sus dos niños entraba por otra puerta. Aquel Profeta había curado seis leprosos. ¿No podría también curar al niño sordomudo?

Mas, ¿cómo encontrar al taumaturgo entre la enorme multitud de gentes llegadas de todo el país, y aún de otros países vecinos?

Hanán volvió a entrevistarse con la princesa, madre del niño, futuro Mesías de Israel, para anunciarle la nueva esperanza que alentaba a todos.

—Sabemos –dijo–, que ha entrado en la ciudad al mismo tiempo que tú, un mago o profeta que antes de entrar curó a seis leprosos. En encontrarle estará nuestro triunfo.

—Acaba de salir de aquí –contestóle Aholibama–, un agente comercial de Joppe, de nombre Marcos, gran amigo de mi padre, que nos ha inducido a traer a mi hijo para que un profeta pariente suyo le cure de su mal. Dice que ha curado leprosos, ciegos de nacimiento y toda clase de enfermedades conocidas como incurables. Le traerá a mi casa mañana a la segunda hora.

—Y si tú lo permites –contestóle Hanán–, a la segunda hora estaré yo aquí para presenciar la curación.

Así convenido, a la siguiente mañana, Marcos, esposo de Ana, que no era otro que el agente comercial de Joppe, llevó a Yhasua al palacio de

Rechab bien ajeno por cierto de que el Sanhedrín andaba ya mezclado en este asunto.

Hanán llevó consigo al policía aquel que le dio el dato de la curación de los leprosos para comprobar si era el mismo personaje el que curaría al niño sordomudo.

La princesa Aholibama, mujer sencilla y de intensa fe en los poderes divinos concedidos por Dios a determinados seres que el vulgo llamaba profetas, salió al gran portal de su casa a recibir al hombre de Dios que le traía la dicha esperada trece años sin haberlo encontrado jamás, aún cuando habían recorrido medio mundo buscando el don de la palabra para su hijo primogénito.

Cuando el Maestro llegó acompañado de Marcos, la pobre madre se arrojó a sus pies, llena de esperanza, y la plegaria brotó de su alma, intensa y pura como plegaria de madre, que ruega por el hijo azotado por la desgracia.

— ¡Señor... –le dijo–, ten piedad de mí, que llevo trece años llorando la desgracia de mi hijo! ¡Mi esposo fue a dormir con sus mayores, y yo he quedado sola con mi dolor!

El Maestro, enternecido, la ayudó a levantarse mientras le decía:

—Ten paz en tu alma, mujer, que el poder de Dios es más grande que todos los dolores del mundo.

Cuando entraron en la sala principal, encontraron allí al anciano Hanán vestido con el lujo y suntuosidad que acostumbraban los encumbrados personajes de su rango. Su litera estaba a la puerta con cuatro esclavos negros de gran corpulencia.

Su gran manto rojo con franjas oro, su turbante cuajado de piedras preciosas, lo mismo que su cinturón y el broche pectoral que sujetaba su manto, todo resplandecía como una ascua al tenue rayo de sol que penetraba por un ventanal.

—El Rabí Hanán, presidente del Sanhedrín –dijo Aholibama, haciendo la presentación de práctica.

—Yhasua de Nazareth, para serviros a todos –contestó el Maestro, saludando con una inclinación respetuosa, y se dirigió de inmediato al niño que, a indicación de su madre, se levantó de su asiento y se acercó al Maestro.

Hanán miró a su policía, como preguntándole: ¿es éste el que curó a los leprosos en la Puerta de Sión? Y el policía, con leve inclinación de cabeza, le respondió que sí. El sagaz anciano clavó sus ojillos negros y vivos en el noble y sereno semblante de Yhasua, y no pudo menos de confesarse a sí mismo que aquel hijo del pueblo tenía en toda su persona la noble majestad de un gran hombre. Todo en él subyugaba y atraía como si de todo él se desprendiera un indefinible encanto que producía paz, contento interior, inefable dulzura.

Aunque de dura corteza fluídica y espiritual, el majestuoso Rabí Hanán no fue dueño de sustraerse a la benéfica influencia del Maestro.

Observó que sus vestiduras de cachemira blanca, sin un solo adorno, eran de una limpieza inmaculada, por lo cual no le fue difícil calcular la mayor o menor elevación de su posición social. "Rico no es –pensó–, porque no lleva adornos ni joyas en sus vestidos, que, sin embargo, no son los de un hijo del bajo pueblo. ¿Qué es, pues, este hombre?".

—Soy un discípulo de los antiguos Profetas de Israel –contestó Yhasua al pensamiento de Hanán, cuyo asombro fue grande ante la prueba que acababa de recibir de que el joven Nazareno leyó en su pensamiento. Pero Yhasua hablaba también con Aholibama, haciendo que no se apercibía del asombro de Hanán–.

"Y como discípulo de ellos –continuó–, doy muy poca importancia a las cosas exteriores tan fugaces e inestables. El mayor bien apreciado por los Profetas de Dios, es el de poder hacer el bien a sus semejantes. ¿No es así, Rabí Hanán?

—Justamente es así –contestó, con cierta turbación, el interpelado.

—Es ése mi único anhelo en la tierra –continuó el Maestro–, y si me lo permitís, usaré el poder divino para curar aquí a los que están enfermos.

—Mi niño sordomudo –dijo Aholibama, llena de esperanza.

—Sí, mujer..., tu niño; el Rabí Hanán, que tiene úlceras cancerosas en sus intestinos, y este policía que padece de asma.

Todos se miraron unos a otros, sin encontrar palabras para contestar.

"Pues si éste no es un profeta de buena ley, que venga Jehová y lo diga" –pensó el policía.

Yhasua, sin preocuparse ya de lo que ellos pensaran, entornó sus ojos y se concentró profundamente en sí mismo para ponerse en contacto con la Energía Divina, que le asistía con sin igual generosidad cuando quería hacer el bien a sus semejantes.

Pasaron unos momentos de silencio solemne, en que los corazones latían con inusitada violencia.

Luego, el Maestro tomó las manos del niño Josué, lo acercó suavemente a su pecho y haciéndole abrir la boca, le exhaló en ella tres poderosos hálitos. Besó tiernamente aquella frente límpida y serena, y le dijo con infinita dulzura:

—Ahora besa a tu madre y dile que la amas mucho.

La madre le recibió en sus brazos llena de emoción, y luego rompió a llorar cuando oyó la voz de su hijo, nunca oída hasta entonces, que le decía:

— ¡Madre, te amé mucho siempre, pero mis labios no te lo podían decir!

— ¡Jehová bendito! –gritó Hanán retrocediendo un paso como si

viera levantarse de la tierra un fantasma–. ¿Eres Eliseo Profeta que ha resucitado?... –El Maestro sonrió, sin contestarle.

— ¡Rabí Hanán!... –exclamó después–. En nombre de Dios Omnipotente, quiero que sea sano tu cuerpo y que Él llene tu corazón de piedad y misericordia, de sabiduría y de justicia, para que seas en Israel lo que Él quiere que seas.

El anciano cayó lívido en su sillón, y una oleada de inmundicia arrojó de su boca, manchando sus lujosas vestiduras y hasta el tapiz que cubría el pavimento.

—No es nada –dijo el Maestro, viendo el espanto de todos ante el repugnante accidente–. Traedme una jofaina con agua y paños limpios.

Aholibama llamó y unas criadas trajeron lo que el Maestro había pedido.

—La Divina Energía ha extraído la inmundicia que corroía tus entrañas, Rabí Hanán –dijo, mientras mojaba los paños y le limpiaba la barba, el pecho y las manos.

Pidió jarabe de cerezas y le dio a beber. La reacción vino de inmediato.

—Aún estás fuerte, Rabí –añadió Yhasua–, y tienes vida larga para hacer bien a Israel.

"Lo que has pensado hacer con este niño no está en su ley, porque él no es el que tú supones.

— ¿Dónde está, pues, el Mesías anunciado por los Profetas, que el pueblo asegura que está en Israel? –preguntó ansioso, Hanán.

—"Dios da su luz a los humildes y la niega a los soberbios", dice la Escritura Sagrada; y Él te dejará conocer la verdad cuando sea el momento.

Luego se dirigió al policía, que estaba como una estatua detrás del sillón del Rabí.

—Dios te ha curado, amigo, y nunca más te repetirán las crisis de ahogo que tanto te atormentaban –le dijo, y buscó con la mirada a Marcos, que había presenciado en silencio aquel insólito espectáculo–. Ya he terminado, vamos –le dijo.

— ¡Profeta!... –exclamó la princesa–. ¿No esperas ni una palabra de agradecimiento?

—No es necesario, puesto que sé que lo agradecéis. Me esperan en otra parte. ¡Que la paz sea con vosotros!

Y salió rápidamente, seguido de Marcos.

La estupefacción de todos les impidió insistir en detenerle.

— ¡Qué hombre, Jehová bendito!... –exclamaba Aholibama–. ¡Qué hombre! ¡Nos da a todos la vida y escapa sin esperar que se lo agradezcan!

El Rabí Hanán, taciturno por ver frustrados sus planes de crear un

Mesías para sacar provecho de él, olvidaba un tanto el inmenso beneficio que acababa de recibir.

— ¡Me ha curado mis úlceras, es cierto, pero me ha herido en el corazón! ¿Qué hacemos sin Mesías, que ya han pasado más de treinta años del anuncio de los astros, y aún no hemos visto la estrella que esperamos? ¿Será que la soberbia ciega nuestros ojos y no vemos la luz ante nosotros?

Este pasaje hace surgir en nuestro horizonte mental una profunda reflexión:

El poderoso Hanán, que manejaba a la nación israelita como maneja un niño los hilos que mueven su payaso de cartón, tuvo al Mesías a su lado, recibió sus beneficios y no lo reconoció. Más aún: poco tiempo después fue el alma negra y traidora que le hizo condenar a muerte, porque el hombre justo que le había hecho bien y lo había derramado sobre todo el pueblo y comarcas del Mediterráneo, contestaba a su conjuro satánico:

—En nombre de Dios te conjuro que nos digas la verdad: ¿Eres tú el Mesías, el Verbo de Dios, o debemos esperar otro?

— ¡Yo soy! –contestó el Maestro.

Y por aquel "yo soy" que le obligaron a decir, fue condenado a la infame muerte que se daba a los esclavos rebeldes.

La soberbia cegó a los magnates de Israel y no vieron la luz encendida en su propio camino.

Sin preocuparse más el Maestro de este incidente, se dirigió con Marcos a casa de sus amigos, la familia de Ithamar, donde era ansiosamente esperado. Allí, como en todas las casas, grandes o pequeñas, a la proximidad de la Pascua se encontraban atestadas de peregrinos, y así fue que Yhasua encontró el viejo y severo palacio de Ithamar convertido en una verdadera hospedería.

El Cheig Buya-Ben, padre de Faqui, el Príncipe Melchor de Horeb, el maestro Filón de Alejandría, el Scheiff Ilderín de Bosra, con tres jefes del Desierto de Arabia, y Marcos, con Ana, su esposa, era un selecto conjunto de viajeros que ponía loco de felicidad al viejo Simónides, administrador de la colosal fortuna que, según él, estaba destinada a establecer sobre bases sólidas el nuevo Reino de Israel. Todos ellos no hablaban de otra cosa sino de la esperanza que florecía en todos los corazones de que en aquella Pascua debían verse cumplidos sus anhelos.

Noemí, la virtuosa ama de casa, con sus hijas Thirsa y Nebai, más Sabad, madre de ésta, preparaban un gran festín a Yhasua, que sobrepasara a cuantos habían hecho hasta entonces para él.

Simónides con Judá y Faqui, estaban completamente absorbidos por la organización de los adherentes de la Santa Alianza, que habían

acudido a centenares de todas las regiones de la Palestina y aunque muchos tenían parientes o amigos en la Capital, para todos aquellos que a nadie tenían, debieron preparar alojamiento levantando tiendas en cuanto terreno baldío encontraron en la vieja ciudad de los Reyes. Ya hemos dicho que la superficie de Jerusalén era completamente desigual, pues se había edificado sobre los cerros, barrancones y valles encajonados en forma que muy pocas eran sus calles por donde se pudiera caminar doscientos pasos sin cambiar de orientación. Tan pronto la calle subía una empinada cuesta, como bajaba al fondo de un barranco, o costeaba un promontorio cortado a pico, en cuya cima brillaban los mármoles bruñidos de alguna mansión señorial.

En los flancos de cerros y colinas donde no había edificación, Simónides había hecho enclavar tiendas, armadas como por arte mágica, pues una mañana amanecieron innumerables tiendas de vistosos colores, que daban a la venerada ciudad de David, un aspecto fantástico de inusitada alegría que aumentaba por la noche, con el fulgor de una hoguera a la puerta de cada tienda.

Jerusalén era pues un hormiguero humano, un formidable concierto de voces, cantos al son de cítaras, laúdes, flautas y tamboriles.

La noche del festín que en el palacio de Ithamar se realizaría en homenaje al Profeta Nazareno, dos hombres contemplaban la bulliciosa alegría de la ciudad.

Yhasua sobre la terraza del tercer piso de la casa de Ithamar, que era el pabellón de verano, y el Rabí Hanán en las terrazas del Templo sumido en penumbras.

Nuestro asiduo lector que ha venido siguiéndonos paso a paso en el estudio de los acontecimientos y de los personajes que actuaron en ellos, habrá comprendido seguramente que le llevamos ahora a un parangón entre aquellos dos hombres que contemplaban silenciosos a Jerusalén: Yhasua, encarnación del Bien y del Amor; y Hanán, el egoísmo y la falsedad encarnados.

— ¡Qué oportunidad más brillante –pensaba Hanán–, para proclamar al niño Josué como Mesías de Israel, en estos momentos en que el fervor de la esperanza pone fiebre en todos los corazones! Pero ese Profeta que de verdad lo es, asegura que este niño no es el Mesías que ha de venir.

"Y si yo insistiera en proclamarle, para salvar ante el pueblo la honra de nuestras Escrituras y de nuestros antiguos Profetas, ¿qué sucedería?...

Sobre la terraza del palacio de Ithamar, a trescientos pasos del templo, había una poderosa antena que captaba las ondas de todos los pensamientos relacionados con él: El Verbo encarnado que meditaba en la triste condición de egoísmo y atraso en que se encontraba la humanidad.

—Seguramente el Rabí Hanán –pensaba el Maestro–, estará tentado de proclamar al niño Josué como Mesías de Israel, para satisfacer el entusiasmo popular.

"Hombre impío y soberbio que ha pisoteado tantas veces su conciencia y la fe de sus mayores, que burle ahora la fe del pueblo y sacrifique a esa inocente criatura llevándola a una falsa posición, no sería más que añadir el calificativo de impostor al de traidor a su patria y a su fe, que se conquistó aliándose con el usurpador idumeo, para entregar maniatada la nación a una dominación extranjera.

Su pensamiento como un poderoso foco de luz se hundió más y más en el Eterno Enigma. En un hondo suspiro descargó la angustia que lo embargaba, y pensó nuevamente con los ojos fijos en el Templo, cuyas cúpulas y torres brillaban a la rojiza llama de hogueras y de antorchas.

—"¡Menphi, mal consejero y ministro impío del Faraón, que puso angustia al corazón de Moisés, otra vez te interpones en el camino de la luz!... ¡Pereciste como un lagarto ahogado bajo las olas del Mar Bermejo!... ¡Tu pecado cien veces repetido, endureció tu corazón..., y esta vez serás un monstruo de falsedad y de ingratitud, que te llevará a ser arrastrado por estas mismas calles rebosantes de multitudes y por este mismo pueblo al cual miras como a un rebaño de esclavos!

"¡Alma desventurada hecha de soberbia y de ambiciones!... ¡Aún estás a tiempo de redimirte y de salvarte!

"¿No será esta acaso la última oportunidad que la Bondad Divina te brinda para dejar tu sendero de crimen en las tinieblas, y ver la luz que se puso en tu camino?".

Su pensamiento ligero y audaz como el vuelo de un águila se tendió a lo Infinito, cofre gigantesco, depositario de las eternas verdades que la incomprensión humana rechaza porque le deslumbran, y con la lente del recuerdo vio en las negras profundidades del Mar Sereno (el Pacífico) un jefe pirata hundiendo el barco de Juno, el salvador de esclavos; un potentado de Bombay, comprando asesinos que atravesaron con traidoras flechas el corazón de Krishna; ¡un pontífice rey de la olvidada Atlántida, ofreciendo la copa de veneno a Antulio el filósofo-luz, el defensor de los humildes, huérfanos y mendigos!...

— ¡Desventurado! –exclamó Yhasua cerrando sus ojos como negándose a ver más en aquel horrible camino de crimen y degradación–. ¡Y aún quieres hundirte más!... ¡Rabí Hanán! –exclamó impensadamente–. ¡Ten piedad de ti mismo y no adelantes otro paso más, porque te espera el abismo!...

Marcos había subido a la terraza para llamarle y al oír la exclamación de Yhasua, se detuvo detrás de las doradas rejillas acortinadas del pabellón de verano.

El tremendo apóstrofe del Cristo Divino, llegó al Rabí Hanán, como un último llamado de su conciencia o Yo superior a detenerse en el camino delictuoso por donde corría sin freno desde lejanas edades.

— ¿Por qué no pensar –se preguntaba a sí mismo–, que pueda ser el Mesías anunciado por los Profetas, el hermoso taumaturgo nazareno que hizo tan estupendos prodigios esta misma mañana?

"Representa de veinticinco a treinta años más o menos, el tiempo que ha pasado desde la conjunción de Júpiter, Saturno y Marte..., y llegaron tres sabios del Oriente que aseguraban el nacimiento del Mesías en el país de Israel...

"Mas, éste es nazareno... ¿Puede acaso salir algo bueno de Galilea?... ¡Es Judea!... ¡Judea la predilecta de Jehová!... ¡Como es la sangre real de David que debe correr por las venas del Mesías que Israel espera!...

"¡Luego este joven Profeta, no parece ser fácilmente manejable!... ¿No tuvo la audacia de decirme: Eso que piensas de este niño no está en su ley porque él no es el Mesías que Israel espera?".

Soltó al viento una risa forzada y nerviosa y añadió:

— ¡Profeta Nazareno!... Sigue curando lepra, úlceras, tisis y parálisis... ¡Resucita muertos!... ¡Haz andar los esqueletos como el Profeta Ezequiel!... ¡Pero el Mesías de Israel lo tendré yo en mi mano como a un ruiseñor jovenzuelo para enseñarlo a cantar!

— ¡Infeliz! ¡Mil veces infeliz!... –exclamó el Maestro, doblando su cabeza como una flor marchita sobre sus manos cruzadas en la balaustrada de mármol, que circundaba la terraza.

Marcos no pudo contenerse más y se le acercó precipitadamente.

— ¿Qué tienes, Yhasua, hermano mío?... ¿Ha ocurrido una desgracia? Veo lágrimas corriendo de tus ojos, ¿qué pasa? ¡Dímelo pronto!

"¿Tu madre, acaso?... ¿El tío Jaime?...

—Cálmate, Marcos, no es nada de eso. Ellos deben llegar aquí en este momento.

— ¿Qué es entonces, Yhasua? Dímelo por favor, que yo me desquicio todo cuando te veo así.

—Es que acabo de convencerme de que soy impotente para arrancar al alma del Rabí Hanán del camino del abismo por el cual se empeña en precipitarse.

— ¡Hanán!... ¿El lobo del Sanhedrín?... ¡Yhasua! ¡Alma de cordero!... ¡Si te acercas a él, te devora, hermano mío!

"¡Déjalo con su carga de crímenes que ya se encargará la Justicia Divina de hacérselos pagar todos juntos!

"Bajemos que allá nos esperan.

—Bajemos, si quieres –le contestó Yhasua andando tras él, con la tristeza en el alma y una palidez manifiesta en su hermoso semblante.

En el último descanso de la escalera tapizada de azul, detuvo a Marcos para decirle:

—No hagas alusión ninguna al secreto que has sorprendido allá arriba.

— ¡En cuanto a eso, descuida, pero no sé, Yhasua, que te ha dado por preocuparte de esa serpiente cobra, más dañina que un escorpión!...

—Él resiste a su conciencia, debido al incidente de esta misma mañana en el palacio Rechab.

"Quiere proclamar Mesías de Israel al hermoso niño curado hoy.

"Los pensamientos van y vienen, ya lo sabes, Marcos, porque lo has estudiado como yo, aunque sin llegar al desarrollo máximo.

"¡Hará sus víctimas al niño y a la madre, y después él mismo se hundirá en el abismo!..."

— ¡Yhasua..., Yhasua!... ¡Tú podías evitar todo esto, y no sé qué fuerza es la que lo impide! –exclamó Marcos con tristeza.

—La Voluntad Suprema se cumplirá por encima de todas las cosas –dijo el Maestro, ya sereno y dueño de sí mismo–. Bajemos, Marcos.

Al llegar al gran vestíbulo del cenáculo, se encontraron con el Príncipe Judá que entraba trayendo a Myriam y al tío Jaime.

—Si no voy yo por ellos, no vienen. ¿Qué dices, Yhasua? ¿Es que tú no les habías dicho que les esperábamos en el festín?

—Sí, lo dije, pero ya sabes que los dos son gotas gemelas, y se retraen tímidamente de los grandes personajes. ¡Tu casa, Judá mío, está llena de magnates!...

—Magnates con alma de golondrinas, que lo mismo se posan en las cornisas de un palacio que en el alero de una choza.

Myriam y el tío Jaime sonreían.

—No era por los personajes de aquí, sino por miedo a cruzar la ciudad que está hecha una Babilonia –dijo Myriam–.

"No me gusta así Jerusalén –añadió la dulce y austera madre del Ungido de Dios–. Se oyen gritos soeces, disputas de ebrios y se ven escenas indignas de la ciudad de los Profetas.

—Estamos en la humanidad terrestre, madre –díjole Yhasua–, que hasta en las doradas cúpulas del Templo sigue ostentando el infeliz estado de atraso en que se encuentra.

Y de nuevo la sombría figura del Rabí Hanán se cruzó por la mente de Yhasua con los tintes trágicos de un demonio encarnado, del cual se encargaría pronto la Divina Justicia para hacer con él lo que el hortelano con la higuera estéril: reducirla a astillas y luego a cenizas que esparcen los vientos en todas direcciones...

103
YHASUA ACLAMADO EN EL TEMPLO

El absoluto dominio de sí mismo que el Maestro tenía, le permitió ser en el festín preparado por la noble familia de Ithamar, lo que siempre fue en todas partes: el astro benéfico, que inundaba de paz y alegría todos los corazones.

La suave ternura de aquel ambiente saturado de fe, de esperanza y de amor, hacia el personaje central sobre quien convergían todas las miradas, retempló el alma del Ungido Divino que pudo decir con profunda verdad: "Es este uno de los más dichosos momentos de mi vida actual".

Sentado entre el Príncipe Melchor y el Maestro Filón, a los cuales seguían José de Arimathea, Ilderín y Buya-Ben, Nicodemus, Simónides, Gamaliel, Nicolás de Damasco, y a su frente su madre entre Noemí y Sabad, con Judá y Nebai, Thirsa y Faqui, el tío Jaime, Marcos y Ana, todos suyos, el Maestro se vio sometido a una prueba que el vulgo llama tentación, acaso más dura que la que había pasado contemplando con terror las negruras que envolvían a Hanán.

"Todas estas almas –pensó el Maestro–, sueñan con mi papel de libertador de Israel, y yo podría complacerles empequeñeciéndome ante Dios y mi propia conciencia.

"Mas, ¿qué significaría la gloria de un pueblo, si para ello debo claudicar de mis grandes pactos para la hora actual de evolución en esta y otras humanidades gemelas?

"Qué dicha suprema les embargaría si yo les dijera como Moisés, en la hora de la esclavitud en Egipto:

"Yo seré vuestro libertador del yugo extranjero, y os llevaré a la grandeza y a la dicha que soñáis.

"Mas, ¡sería ese el primer paso en falso que daría el Ungido de Dios para fundamentar con su sacrificio heroico la fraternidad humana de la tierra!

"¡Mi herencia eterna es toda la humanidad! ¡Ni este pueblo, ni aquel otro, ni el de más allá!...

"¡Las almas en misión, tienen rutas inmutables como los astros, la estrella Polar alumbra todos los mares del mundo y su luz orienta a los viajeros de todos los caminos, en el mar y en el desierto, en las montañas y en las llanuras!..."

Esta serie de pensamientos fueron interrumpidos por el anuncio de Othoniel, el mayordomo de la casa.

—La princesa Aholibama de Rechab, pide hablar con Marcos, el agente comercial de Joppe, y manifiesta tener grande urgencia en ello.

La sobremesa fue interrumpida y los concurrentes se dispersaron en grupos por los patios y jardines.

—Yhasua –dijo Marcos–, paréceme que este anuncio va más contigo que conmigo.

—Anda y ve –le contestó el Maestro.

La noble casa de los Príncipes de Rechab era harto conocida, y así todos se interesaron por el motivo que traería a la Princesa, cuando era ya entrada la segunda hora de la noche.

—Vendrá buscando la curación de su primogénito sordo-mudo –dijo Gamaliel.

El Maestro les refirió el acontecimiento de esa misma mañana y que el Rabí Hanán quería proclamar ese niño como Mesías de Israel.

— ¡No puede ser!... –fue la voz múltiple que se levantó.

— ¡Y no será!... –gritó Simónides–. ¡No será aunque tenga yo que morir ahorcado!...

—La Princesa Aholibama es una santa mujer y preferirá morir antes de ser cómplice de una falsedad semejante –añadió Gamaliel que parecía conocer más a la familia–. Desde que murió el esposo en una Pascua en Jerusalén, no había venido más. ¿Cómo es que está aquí?

—Pues claro está, que ha venido por la noticia de Marcos de que vendría un Profeta que podía curar a su hijo –añadió Simónides.

— ¡Vamos todos hacia ella!... ¡Todos! –dijo el príncipe Judá, tomando del brazo a Melchor, cuyo testimonio le parecía de más peso que todos, por el anuncio recibido por él y sus dos amigos, Gaspar y Baltasar, cada cual en su lejano país.

Myriam, toda asustada, se retraía, pero Nebai que era tan valerosa y resuelta, la tomó del brazo diciéndole tiernamente:

— ¡Vamos, madre Myriam, que tu voz es la que debe resonar más alto!

Y así, rodeándola con su brazo la llevó en pos de todos al gran salón, donde Yhasua y Marcos hablaban con Aholibama que había venido con sus dos hijos y una doncella.

Su gran carroza estaba a la puerta, con una pequeña escolta de cuatro esclavos negros montados en mulos, según era la antigua costumbre de la casa. La pobre madre con gran sobresalto y temor había venido buscando a Marcos, para que de nuevo la pusiera en contacto con el poderoso Profeta que hacía tan estupendos prodigios. Esperaba de él otro más: que la librase de las garras de Hanán, el cual le había anunciado esa misma tarde su resolución de encargarse del niño Josué, pues el Sanhedrín estaba convencido de que él era el Mesías que Israel esperaba. Ella buscó el amparo de su padre el viejo príncipe de Rechab, pero él opinó que no se resistiera al Sanhedrín, que acaso estaría en lo cierto.

Aholibama no podía consentir en que le fuera arrancado su hijo, y

quería huir con él a donde pudiera verse libre de la influencia de Hanán. Solicitaba de Marcos una entrevista con el Profeta Nazareno, bien ajena por cierto de que iba a encontrarle en aquella casa.

— ¡Señor!... –le dijo arrojándose a sus pies–. Hoy mismo diste a mi hijo el uso de la palabra, hazme ahora el prodigio de que el Sanhedrín no lo arranque de mi lado. Dios que hizo de piedad y ternura el corazón de las madres, no puede mandar que a mí me sea arrancado el primogénito, ahora que estoy sola sin el amparo de su padre.

— ¡Cálmate, mujer! –le dijo el Maestro ayudándola a levantarse–. Bien has hecho en venir, y acaso te ha guiado un ángel del Señor que quiso consolar tu pena.

En este momento entraron al salón todos los concurrentes al festín. Gamaliel se acercó a la familia Rechab.

— ¡Cuán ajeno estaba de verte en Jerusalén, Aholibama! –le dijo.

—Marcos me impulsó a venir en busca de la curación de mi hijo.

— ¡Y estoy curado! –dijo el niño en alta voz–. Y ahora hablo todo el día sin parar, para que mi lengua aprenda a moverse, ya que tanto tiempo estuvo parada. ¡Este Profeta me ha curado..., él..., él..., nadie más que él!

Y Josué, lleno de tierna gratitud, se abrazó de Yhasua mientras levantaba a él sus ojos húmedos de emoción.

El Maestro le estrechó sobre su corazón, diciéndole:

— ¡Que Dios te bendiga, hijo mío!; tienes el corazón y el nombre de un fiel discípulo de Moisés. ¡Ojalá sean tus obras un claro exponente de abolengo espiritual!

Por voluntad de todos habló el príncipe Melchor, para exponer su certeza inquebrantable de que el Mesías anunciado por los Profetas nació la misma noche de la conjunción de los astros; Júpiter, Saturno y Marte, treinta y dos años atrás, y cómo él y sus dos compañeros que hasta entonces no se conocían recibieron idéntico aviso, y fueron guiados por una misteriosa luz a través de montes y desiertos hasta encontrarse reunidos en la encrucijada de los tres caminos: de la Persia, de la India y del Egipto. Juntos entraron en Jerusalén, donde un sacerdote esenio que oficiaba en el altar de los perfumes, les indicó que el Divino Ungido estaba en Betlehem.

El discurso de Melchor con toda la vehemencia que da la convicción y el amor, llenó de lágrimas muchos ojos, y el silencioso llorar de Myriam hacía llorar a todas las mujeres.

— ¡Yhasua de Nazareth, Hijo de Dios, ungido por Él para esta hora solemne de la humanidad por la cual te has sacrificado!... ¡Declaro aquí en presencia de todos y bajo mi solemne juramento, que tú eres el Cristo, Hijo de Dios Vivo, el Mesías anunciado y esperado desde hace seis

siglos, cuando el clarín de bronce de Isaías, hizo estremecer las almas con su primera llamada!

"¡Señor Dios de los cielos y de la tierra! –exclamó el Anciano príncipe, levantando sus brazos y sus ojos a lo alto–. ¡Que se incline tu omnipotencia sobre este puñado de seres ansiosos de tu verdad y de tu luz!".

Las Inteligencias Superiores guías del Verbo encarnado respondieron de inmediato a la formidable evocación de Melchor. El gran salón se iluminó de un dorado resplandor que deslumbraba la vista, y entre espirales de luces amatista y oro, todos percibieron las palabras del canto de gloria y de paz que escucharon los pastores de Betlehem treinta y dos años hacía:

"Gloria a Dios en los cielos infinitos y Paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad".

Todos habían caído de hinojos, y algunos con su rostro inclinado al pavimento repetían las misteriosas palabras que seguían brotando como una armoniosa cascada de entre los torbellinos de luz que inundaban el salón.

Sólo Yhasua y su madre aparecían de pie, unidos en un suave abrazo, como si ella toda atemorizada hubiese buscado amparo entre los brazos de aquel gran hijo que tanto amaba, y por el que tanto había de padecer.

La princesa Aholibama lloraba con una emoción indescriptible. Cuando pudo hablar se acercó a Yhasua y doblando una rodilla en tierra le dijo:

— ¡Señor!..., ¡cuando curaste a mi hijo, te amé como a un Profeta!...

Mas, ahora, una interna adoración se ha encadenado al amor. ¡Eres el Enviado de Dios que todos esperamos como única salvación!

— ¡Es el Rey de Israel! –gritó Simónides–. ¡Preséntenle armas!

— ¡Almas, en vez de armas, es lo que busca el Mesías de Jehová! –exclamó el Maestro, abriendo sus brazos en el ansia suprema de abrazar a toda la humanidad.

Todos se precipitaron hacia él, que fue abrazando uno a uno en medio de una profunda emoción.

Pasado este momento, se deliberó sobre lo que debía hacerse para salvar al niño Josué de las garras de Hanán, que mediante un horroroso fraude, quería tomarle de instrumento para sus fines ambiciosos y egoístas.

El Cheig Buya-Ben, ministro y actual enviado de la Reina Selene de los Tuaregs, envió a Aholibama con sus dos niños, acompañados por su asistente al puerto de Gaza, donde tomarían al día siguiente un velero de la flota de Ithamar que debía salir con rumbo al puerto de Canope en Cirene, región de dominio Tuareg por concesión expresa del Emperador

Augusto. Allí, bajo la protección de la indómita raza de Aníbal, numerosa y ardiente como las arenas del Sahara, estaría segura Aholibama con sus dos niños.

La gran carroza salió silenciosamente por la Puerta de Joppe por donde había entrado dos días antes, y sin que nadie le pusiera obstáculo, pues las prodigalidades de la familia Rechab, tenían ganados desde largo tiempo a los guardias romanos que custodiaban la ciudad. Además, a nadie podía extrañarle que la princesa volviera a su dominio de Beth-Acceren.

Pero la carroza, con su escolta torció rumbo al sur, y corriendo toda la noche llegó al mediodía al puerto de Gaza, donde encontraron el velero que partiría al anochecer.

Así salvó a su hijo la princesa Aholibama de las garras del viejo Hanán, para quien, el sacrificar una o más vidas a su ambición insaciable, era cosa de poca monta.

La Ley Eterna que tiene caminos ignorados de los hombres para sus grandes fines, llevó esos seres a las montañas de Cartago, el Peñón de Corta Agua de la prehistoria, donde debían ejercer un apostolado fervoroso por la causa del Cristo en años posteriores. Almas fieles a la Alianza de Solania la gran mujer prehistórica del país de Aníbal, volvían a su viejo solar, como vuelven las golondrinas viajeras a buscar el ruinoso torreón donde en otra hora colgaran su nido a la sombra de las palmeras y de las acacias.

Al siguiente día comenzaron las grandes solemnidades en el Templo de Jerusalén.

El Maestro y los suyos, concurrieron a la segunda hora de la mañana; hora en que ya habían pasado las degollaciones de animales y la cremación de las grasas y vísceras ordenadas por el ritual. Los numerosos criados al servicio del templo, habían lavado la sangre que caía del altar de los holocaustos y el gran recipiente de mármol y bronce estaba cerrado.

En la segunda hora se ofrecían perfumes, frutos, flores y cereales, se cantaban salmos, y los oradores sagrados ocupaban por turno la cátedra para dirigir la palabra al pueblo, que aparecía silencioso y reverente llenando las naves, atrios y pórticos del Templo de Salomón.

Debemos hacer notar que la guardia de la Torre Antonia se triplicaba en esos días de grandes tumultos, a fin de guardar el orden sin inmiscuirse en las ceremonias religiosas de los judíos. Dicha guardia estaba bajo el mando inmediato de aquel militar romano que sufrió un accidente mortal en el circo de Jericó y entre sus numerosos subalternos había una buena porción de prosélitos como llamaban los israelitas a los simpatizantes de su doctrina del Dios Único, Señor del Universo. Pero lo eran secretamente, por veneración al joven profeta que salvó la vida a su jefe.

El Procurador Poncio Pilatos, hombre de paz y de letras, no gustaba ni poco ni mucho de las discordias entre las distintas sectas en que estaba dividido el pueblo de Israel, y así les dejaba que se entendieran ellos entre sí, en lo referente a su teología dogmática. Los Rabinos judíos consideraban herejes a los samaritanos, y nulos en asuntos religiosos y legales, a los galileos.

Y aún los nativos de la misma Judea estaban también divididos en Fariseos y Saduceos. Los primeros eran puritanos y rígidos al extremo en el cumplimiento de las mil ordenanzas del ritual.

Eran justamente de aquellos de quienes el Divino Maestro decía que "veían la paja en el ojo ajeno y no veían la viga en el suyo", que "colaban un mosquito y se tragaban un cangrejo".

Los Saduceos, entre los cuales estaba la mayor parte de las familias judías de antigua nobleza, daban más importancia a los principios de piedad y de misericordia con los desvalidos, menesterosos y desamparados, basándose para ello en el gran principio de la Ley Mosaica: *"Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo"*. Estos vivían la vida humana con holgura, con comodidades y sin hacer ostentación de austeridad religiosa ninguna. Los Saduceos estaban más inclinados a la filosofía Platónica en cuanto al espíritu humano, y no aceptaban la resurrección de los muertos en la forma que los Fariseos lo sostenían.

De allí la gran aversión que ambas tendencias se prodigaban mutuamente.

El pueblo en general simpatizaba con los Saduceos, que eran generosos en sus donativos y ejercitaban la misericordia y piedad con los pobres, como la obra principal de su fe.

Teniendo en cuenta que la enseñanza del Cristo se basaba toda ella en el amor al prójimo, el pueblo lo tomó como un Profeta salido de entre la secta de los nobles Saduceos.

Y los Fariseos y sus adeptos, vieron en él un enemigo en materia dogmática y religiosa.

Hecha esta explicación, el lector está en condiciones de interpretar y comprender perfectamente los acontecimientos que después se desarrollaron.

La secta de los Fariseos era aborrecida en general por el pueblo, pero era la que estaba en el poder desde hacía años, pues el Rabí Hanán, era el alma del fariseísmo israelita de aquella época.

Por fin apareció en la sagrada cátedra un doctor joven, hijo de Hanán, cuyo nombre era Teófilo.

Abrió el libro llamado Deuteronomio atribuido a Moisés, que en cap. 32 v. 17 comienza así: "No ofrecisteis sacrificios a Dios, sino a los diablos; a dioses ajenos, que no conocieron ni temieron vuestros padres.

Y viólo Jehová y encendióse en ira por el menosprecio de sus hijos e hijas. Y dijo: Esconderé de ellos mi rostro y veré entonces cuál será su postrimería. Porque fuego se encenderá en mi furor y arderá hasta lo profundo, y devorará la tierra y sus frutos, y abrasará los fundamentos de los montes. Yo allegaré males sobre ellos. Consumidos serán de hambre y consumidos de fiebre ardiente y de amarga pestilencia. Dientes de bestias enviaré sobre ellos y veneno de serpientes".

Un discurso desarrollado sobre tan terribles y maldicientes palabras como tema, fue en verdad un aluvión de veneno de serpientes que aterraban al pueblo ignorante en su mayor parte.

Los oyentes del grupo de los Saduceos pensaban y murmuraban entre sí: –Haría falta que se levantara de su tumba Jeremías Profeta, Esdras, Hillel o Simeón, para tapar la boca a ese energúmeno que vomita tanta ponzoña.

Los amigos de Yhasua tendían de tanto en tanto hacia él sus miradas, pensando el sufrimiento que debía tener ante tan terrible vocabulario. Pero no supusieron que quisiera tomar la palabra por no enfrentarse con el predominio sacerdotal.

Grande fue el asombro de todos cuando el flamante doctor Teófilo, hijo de Hanán, bajó de la cátedra, y vieron a Yhasua pedir permiso al sacerdote de guardia para ocupar la cátedra sagrada, en la cual apareció con esa admirable serenidad suya que parecía coronarle con una aureola de paz y de amor.

Un clamor unánime resonó bajo las naves del Templo:

— ¡Dios te salve, Profeta Nazareno!..., ¡remedio de nuestros males!..., ¡alivio de nuestros dolores!...

Una legión de Levitas se precipitó entre el tumulto para hacer guardar silencio.

Los viejos doctores y sacerdotes se levantaron de sus sitiales para imponer silencio con su adusta presencia.

Pero como el Rabí Hanán cuchicheó al oído de su yerno Caifás y de otros, que el orador era el Profeta que había curado al proyectado Mesías sordomudo, lo miraron con cierta benevolencia, pensando en que continuarían obteniendo provechos de los poderes superiores del joven taumaturgo.

El Maestro abrió el mismo libro que Teófilo acababa de utilizar, y lo abrió en el mismo capítulo 32 y comenzó así:

—El capítulo 32 del Deuteronomio versículos 1, 2, 3 y 4, servirán de tema a las palabras que os dirijo, amado pueblo de Israel, congregado en el Templo de Salomón para oír la palabra de Dios.

"Escuchad cielos y hablaré, y oiga la tierra las palabras de mi boca –dice Jehová".

"Goteará como la lluvia mi doctrina; destilará como el rocío mi razonamiento; como la llovizna sobre la grama, y como las gotas sobre la hierba".

"Así es Jehová al cual invocáis. Así es nuestro Dios al cual adoráis".

"Él es la roca inconmovible cuya obra es perfecta, porque todos sus caminos son rectitud: porque es Dios de Verdad, y ninguna injusticia hay en Él; es justo y santo, y la corrupción no debe manchar a sus hijos".

"Pueblo de Israel; y adoradores del Dios Único, Padre Universal de todo cuanto existe.

"Con espantados ojos contempláis los caminos de la vida donde arde en llamaradas el egoísmo, el odio, la ambición, agostando vuestras praderas en flor, destruyendo los dones más hermosos de Dios nuestro Padre, que os colmó de ellos para que llevéis vuestra vida en paz y alegría, bendiciéndole en todos los momentos de vuestra existencia. Abrid de nuevo vuestro corazón a la esperanza ante las palabras de la Escritura Sagrada que he tomado como tema de mi discurso. "Goteará como la lluvia mi doctrina, destilará como el rocío mi razonamiento".

"Todos cuantos sentís la Divina Presencia en vuestro corazón, sois los labradores del Padre Celestial, que esperáis ansiosamente la lluvia dulce y suave de sus leyes de amor y de paz que os dijo por boca de Moisés: "Hijos míos, amadme sobre todas las cosas y al prójimo como a vosotros mismos. No toméis nunca en vano mi Nombre para un juramento falso. Santificad en unión espiritual Conmigo, el día de vuestro descanso. Honrad con amor reverente al padre que os trajo a la vida y a la tierna madre que llenó de cantos y flores de ternura vuestra cuna. No dañéis a vuestros semejantes ni aún con el pensamiento, ni atentéis jamás contra su vida, porque sólo Yo, que la he dado, soy Señor y Dueño de las vidas de los hombres. No manchéis vuestro ropaje de hijos de Dios, en las charcas inmundas de lascivia, porque os quiero puros y perfectos como Yo lo soy desde la eternidad.

"No pongáis vuestros ojos en los bienes de vuestro hermano, porque Yo vuestro Padre os he dado a todos el poder y las fuerzas necesarias para sacar de los frutos de la tierra el necesario sustento. No manchen vuestros labios la falsedad y la mentira, el engaño y el fraude, porque Yo vuestro Padre, soy Dios de Verdad y de Justicia, y no acepto ofrenda de corazones engañosos y torcidos.

"No manche vuestro pensamiento ni vuestro deseo, el tálamo nupcial de vuestro hermano, porque si arrastráis a otros a pecado, también se mancha vuestro corazón, que es tabernáculo santo en que quiero tener mi morada.

"Amadme pues, más que a todas las cosas, porque sois míos desde toda la eternidad, y amad a vuestros hermanos, porque todos sois

hijos de mis entrañas de Padre, Autor de toda vida, y mi Amor Eterno se derrama por igual, como la lluvia sobre los campos, sobre todo ser que alienta con vida sobre la tierra.

"Como la llovizna sobre la grama, y como gotas de rocío sobre la hierba, así es Jehová al cual invocáis; así es nuestro Dios al cual adoráis", nos dice la Escritura Sagrada.

"¿Cómo no esperaréis con ilimitada confianza en Él?, cuyo infinito Amor se desborda sobre toda criatura que llega a Él y le dice: ¡Padre mío!... ¡Soy tu hijo, débil y pequeño, que necesito de Ti en todos los momentos de la vida!

"¡Tengo frío, Señor, porque mi hogar no tiene lumbre!

"¡Tengo hambre, Señor, porque en mi mesa falta el pan!

"¡No puedo ganarme el sustento porque los años me abruman, porque la enfermedad me aflige!..., ¡porque las guerras fratricidas me quitaron los hijos que me diste!..., ¡porque la ambición y el egoísmo de los poderosos consumieron el fruto de mi trabajo! ¡Los surcos de mi rastrojo quedaron vacíos, porque yo sembré y otros cosecharon!... Padre mío, ten piedad de mí, que como tu siervo Job, estoy entre los escombros de lo que fue un día mi dicha; mi horizonte está en tinieblas y no acierto hacia dónde llevar mis pasos.

"¡Adoradores de Dios, Padre Universal de toda vida!..., hablad así con Él , desde el fondo de vuestro corazón, dejando correr las lágrimas de vuestros ojos, y en nombre de Dios os digo, que si así es vuestra oración, no habréis salido de vuestra alcoba, cuando Él os habrá hecho sentir que oyó vuestra súplica y que acudirá a vuestro remedio.

"Me habéis llamado Profeta Nazareno cuando he aparecido en esta cátedra, honrada por la palabra de tantos sabios doctores como tuvo y tiene Israel, y yo, siervo del Altísimo, aceptando el nombre que me habéis dado, os digo solemnemente en nombre suyo:

"Quiero que cuantos estáis bajo estas bóvedas que escucharon las plegarias de tantas generaciones, salgáis de aquí curados de vuestras enfermedades físicas y consolados de vuestros dolores del alma.

"Quiero que salgáis de aquí llenos de fe y esperanza, en que Dios vuestro Padre no reclama de vosotros sino la ofrenda pura de vuestro amor sobre todas las cosas, y para vuestro prójimo como para vosotros mismos.

"¡Que la paz, la esperanza y el amor alumbren vuestros caminos!".

— ¡Profeta de Dios!... ¡Profeta de Dios!... ¡Bendita sea tu boca que vierte miel y ambrosía!...

— ¡Bendita sea la madre que te dio a luz!... ¡Bendito el seno que te alimentó!

Y el formidable clamoreo de bendiciones siguió al Maestro que bajaba de la cátedra sagrada.

El alto clero y dignatarios del Sanhedrín y del Templo, sufrieron con disgusto la ovación popular ofrecida a un humilde hijo de Galilea, pero la mirada de águila de Hanán les había hecho comprender la conveniencia de tolerar aquella inconsciencia del pueblo ignorante, porque podían necesitar más adelante de los poderes internos del joven taumaturgo.

Además, la satisfacción de tener a un Mesías, Rey de Israel a su conveniencia, calmó el despecho que produjo en muchos de ellos, el entusiasmo del pueblo por el Profeta Nazareno.

No bien el joven Maestro estuvo en los pórticos del templo, la ardorosa juventud galilea se precipitó sobre él y levantándolo en alto lo sacaron a las escalinatas exteriores entre hosannas y aleluyas al Profeta de Dios, al Ungido de Jehová para salvar a su pueblo. Las palabras de Mesías y de Rey de Israel comenzaron a sonar tan altas, que los ecos volvían al templo, causando alarma en los altos dignatarios allí congregados.

Entre aquella fervorosa multitud de jóvenes galileos, estaban los amigos de la montaña que el Príncipe Judá y el Scheiff Ilderín habían preparado para un momento dado.

La efervescencia popular amenazaba tornarse en tumulto, y los zelotes del Templo corrieron por la galería que la unía con la Torre Antonia, para pedir que la guardia dispersara aquel escandaloso motín, prendiera a los alborotadores y sacara fuera de los muros de la ciudad al Profeta, que así había enloquecido al populacho.

Pero la guardia contestó que no tenían órdenes de intervenir en una manifestación de entusiasmo popular hacia un genio benéfico que curaba todas las enfermedades.

Entonces salió el Sanhedrín en pleno con toda su corte de Doctores, Sacerdotes y Levitas, para amedrentar al pueblo y al Profeta con terribles anatemas.

Y aquí fue el mayor estupor y anonadamiento, en que el Sanhedrín, clero y pueblo se encontraron. La litera descubierta que la multitud había levantado en alto, con el Profeta de pie sobre ella, se encontró de pronto vacía; y sobre ella, una resplandeciente nube dorada y púrpura, como si los celajes de un sol poniente se hubieran detenido sobre el pueblo delirante que ovacionaba al Maestro.

Y las mismas voces que escuchó Betlehem dormida entre la nieve, treinta y dos años atrás, resonaron entre un concierto de melodías suavísimas:

"Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y paz a los hombres de buena voluntad"

104
EL MAESTRO EN BETANIA

La Divina Presencia se sintió tan honda, tan suave..., tan inefablemente saturada de amor, que la multitud hizo un gran silencio y muchos cayeron de rodillas adorando la majestad de Dios que se les hacía presente...

El Sanhedrín mismo, sobrecogido de pavor, volvió precipitadamente al templo, cuyas puertas cerraron por dentro con barras de bronce, que significaba la clausura hasta que los ánimos se calmaran.

— ¡Es el Mesías anunciado! –decían en tono bajo muchas voces.

—Una nube de fuego lo ha ocultado para que no reciba daño alguno de los envidiosos viejos del Sanhedrín.

—Es Elías Profeta –decían otros–, que ha sido llevado a los cielos en un carro de fuego.

Los amigos de Yhasua, sus familiares y sus discípulos, vieron, como todos, el dorado resplandor que lo envolvió y cuando el silencio se hizo, todos ellos percibieron la voz de Yhasua que les decía al oído: –*"Os espero en Betania"*.

Y reuniéndose ellos rápidamente, salieron de la ciudad por la Puerta Dorada que era la más inmediata al Templo, y se dirigieron hacia la conocida granja de Lázaro y Martha, aun dudando de si era verdad el anuncio misterioso y la voz conocida y suave que se los había dado.

Allí sentado, sobre el tronco de un árbol caído, a la entrada del bosque de castaños que rodeaba la vieja granja, estaba el Maestro desgranando espigas de trigo, que en manojos había arrancado del campo vecino, para dar de comer a las golondrinas y gorriones que revoloteaban en torno suyo. Las avecillas estaban habituadas a recibir a esa hora su ración de manos de la pequeña María, hermana de Lázaro, que apareció en ese instante a cumplir su deber para con las diminutas criaturas de Dios a las cuales tan tiernamente amaba.

— ¡Maestro!... –fue su exclamación–. ¿Qué haces solo, aquí?

—Ya lo ves, María, doy de comer a tus pajarillos.

El séquito que venía de familiares, amigos y discípulos llegaron también, y fue esta la primera reunión que tuvo el Maestro y los suyos, en aquel delicioso rincón que fuera, hasta su muerte, el amado lugar de su reposo cuando estaba en Jerusalén.

En aquel suavísimo ambiente de amor y de compañerismo, el alma del Ungido Divino se desbordó como una cascada que lo inunda todo, con sus aguas límpidas y refrescantes.

Venía él mismo impregnado del amor popular manifestado tan espontáneo y ardiente, que no era posible sustraerse a su poderosa influencia.

Sus Alianzas Espirituales superiores le habían velado con substancias fluídicas radiantes, con el doble fin de iluminar a todas las inteligencias allí reunidas, y en especial a los magnates del Templo como un postrer llamado del Eterno Amor, y a la vez sustraerlo al despecho y celo que empezaba a germinar en las almas cargadas de egoísmos, de los dirigentes del pueblo de Israel.

No faltó quien hubiera visto que el Príncipe Judá, el Scheiff Ilderín, José de Arimathea y Simónides, muy conocidos entre aquella muchedumbre, habían salido de la ciudad por la Puerta Dorada hacia el valle de las tumbas.

Este rumor corrió de unos a otros, en forma que a poco de llegar los íntimos del joven Profeta, el camino de Betania era como un desfiladero de hormigas, que habiendo descubierto un rico panal de miel, corren en su busca unas en pos de otras.

Al finalizar su discurso en el Templo les había curado a todos de sus dolencias físicas, y en cada familia hubo uno o dos favorecidos con el don divino por intermedio del Profeta. ¿Cómo era pues posible perderle de vista sin hacerle conocer el agradecimiento y amor de que estaban rebosantes?

El Templo se había cerrado detrás del hombre santo, del Ungido de Dios que vencía todos los males del mundo, que les amaba con inefable ternura, que hacía florecer con sus palabras, la esperanza en sus corazones atormentados por las mil angustias que trae consigo la vida humana.

Los oradores que allí les hablaban, no lo hacían sino para llenar sus corazones de espanto a la cólera de Jehová, siempre amenazante por sus debilidades y negligencias.

No les hablaban sino para pedirles más y más donativos, más ofrendas, diezmando sus ganados, sus aves domésticas, los frutos de la tierra regada con el sudor de su frente y removida con penosos esfuerzos.

¿Qué habían ellos de ir a buscar al Templo, donde nadie les consolaba en sus angustias ni les orientaba en las mil encrucijadas de su azarosa existencia? La comparación surgía de inmediato, entre los oradores del Templo y el apóstol desconocido que nada pedía sino amor hacia Dios-Padre bondadoso y bienhechor, y al prójimo nuestro hermano. Y no sólo no les pedía nada, sino que les daba más de cuanto puede esperarse y darse en esta vida.

Les daba amor, consuelo y esperanza; hacía suyos sus afanes naturales y justos, les solucionaba graves problemas familiares, les orientaba

por los mejores caminos, les daba paz, alegría, vida y salud..., ¿qué más podía darles el hombre santo que no quería nada para sí?

El bosque de palmeras y de nogales, los olivares inmensos, las avenidas de castaños y de almendros, todo aquel extenso huerto se vio inundado de gentes que preguntaban por el Profeta que les había hablado en el Templo, y había curado todas sus enfermedades.

El compasivo corazón de Yhasua no supo ni pudo negarse al amoroso reclamo, y subió con sus amigos a la terraza de la vetusta casa solariega cuyos muros ennegrecidos, decían bien claro que varias generaciones se cobijaron bajo su techo.

El delirio subió al máximum, cuando le vieron aparecer junto a la balaustrada y que abriendo sus brazos como para estrecharlos a todos, les decía:

—Os amo inmensamente más de lo que vosotros pensáis, y sé cuán agradecidos estáis por los dones que habéis recibido de nuestro Padre Celestial, que os ama más aún de lo que yo os amo.

"Mas, yo os ruego que permanezcáis tranquilos en Jerusalén, engalanada para vosotros, y no comprometáis la seguridad del Profeta, a quien por causa de vuestro entusiasmo, seguramente miran con desconfianza los altos dignatarios del Templo.

— ¡Háblanos, Profeta de Dios, aquí, donde nos cobijan los cielos radiantes de luz y la tierra cubierta de árboles y de frutos!...

— ¡Aquí no arde la cólera de Jehová, sino que tú lo llenas todo de esperanza y de paz!

Por el camino de Jerusalén continuaba la nutrida peregrinación de gentes en busca del Profeta.

Los amigos de Yhasua que le acompañaban deliberaron entre sí, y Melchor se acercó a él para decirle:

—Háblales, hijo mío, porque creemos que no es conveniente volver tú al Templo, ni aún a la ciudad, donde los Fariseos y adeptos al Sanhedrín deben tener un gran disgusto por lo ocurrido.

"El hecho inusitado de cerrar súbitamente las puertas del Templo, que jamás se cierran en los siete días de las fiestas, da a comprender el estado de sobreexcitación en que el Sanhedrín se encuentra.

El joven Maestro se volvió de nuevo al pueblo congregado a sus pies y le habló así:

—El soberano Señor, Creador de los cielos y de la tierra, se ha demostrado hoy como un tiernísimo Padre para todos vosotros, que llegasteis a Él a rendirle vuestra adoración con el sencillo corazón de los hijos que llegan confiados, a quien les da el don de la vida y de cuanto bello y grande se encierra en ella.

"Ámame sobre todas las cosas" os dijo el Padre Celestial por boca de

Moisés "y ama a tu prójimo como a ti mismo". Nada más os ha pedido, sino que hagáis florecer el amor en vuestros corazones, como florecen vuestros huertos y jardines a la llegada de la primavera.

"Y, ¿qué cosa es el amor? me preguntaréis... Y, ¿dónde encontraremos el amor?... Y, ¿cómo conoceremos cuándo hay amor en un corazón de hombre?

"Y yo os digo que el amor, es ese divino sentimiento que fluye de Dios, nuestro Padre, hacia todas las almas llenándolas de piedad y de ternura para con todos los seres emanados de su Amor Omnipotente.

"Y para que este divino incendio prenda en todos los corazones, la Eterna Sabiduría ha creado la familia, sagrada escuela del amor, que va del esposo a la esposa, haciendo florecer en torno suyo los hijos, que atados por una dulce cadena en torno a aquellos que les dieron la vida, va ensanchándose en nuevas uniones, en perdurables alianzas, entre las cuales va corriendo como un río de bendición la misma sangre en los cuerpos físicos y el mismo sentimiento en las almas inmortales.

"¿Y dónde encontraremos el amor?, me preguntáis también con vuestro ansioso pensamiento.

"El amor fluye de Dios, y se encuentra como una chispa en todas las almas nacidas del seno del Padre, que es amor. ¡Y se encuentra como una ascua entre cenizas, en las almas primitivas y de escasa evolución; y resplandece como llamarada de antorcha en las almas adelantadas que cultivaron en sí mismas la bondad, la misericordia, la dulzura divina del perdón para todas las ofensas; la inefable piedad para todos los que sufren en el cuerpo o en el alma las miserias de la vida, las consecuencias de errores propios o ajenos, las desgarradoras angustias del olvido, de la ingratitud, del abandono de aquellos a quienes el corazón se ha prendido por los lazos de la sangre o por alianzas de las almas, que no se rompen ni con la muerte!

"Allí se encuentra el amor, amigos míos..., en las almas capaces de sentir en sí mismas la Divina Presencia, porque empezaron ha muchos siglos la tarea penosa y lenta de su purificación.

"¡La esencia purísima del amor, emanación de la Divinidad, no es perfume que se obtiene en un día, no es flor que se corta en un instante y se prende sobre el pecho; no es luz de cirio que se enciende en un momento, ni es manantial desbordado de repente. Es perfume extraído gota a gota del seno mismo de Dios, que lo da a medida del anhelo de cada alma; es flor de montaña, hacia la cual ha de llegar el alma paso a paso por escabrosas cuestas, en las que irá dejando el sudor de muchas fatigas y regueros de sangre de sus pies heridos!

"Es claridad de estrellas, obtenidas mediante el vencimiento de las

bajas pasiones, que impiden la ascensión triunfante del alma hacia la Divina Luz.

"Es manantial de puras y armoniosas corrientes, que comenzó siendo hilillo de agua apenas perceptible, y que el valor, la perseverancia, el denodado esfuerzo, convierte por fin en un torrente desbordado de aguas de piedad, de misericordia, de dulzura infinita sobre todos los seres, buenos o malos, justos o pecadores, grandes o pequeños, porque todos son hijos del Padre Celestial, de cuyo seno salieron como una chispa y a donde tornarán transformados en llama viva!...

"Tal es, amigos míos, el amor que os pide el Padre en su divina ley por boca de Moisés, y os lo pide con su voz de invisible ruiseñor que canta en la selva, cuando la noche ha llegado!...

"¡Ámame sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo!...

"¡Ámame en el mendigo escuálido y harapiento que tiende a tu paso su descarnada mano implorando socorro!...

"¡Ámame en el huérfano abandonado, a quien sorprende el sueño en los caminos cubiertos de nieve, sin techo y sin pan!...

"¡Ámame en el anciano desvalido, cuyas manos tiemblan apoyadas en una vara de encina, a falta de un brazo amigo en quien descansar!...

"¡Ámame en la viuda sin amparo, que a la soledad de su corazón se une la incertidumbre del mañana, y la zozobra de lo inesperado!...

"¡Ámame en el presidiario, en el condenado a cadena perpetua, para el cual no existe la familia ni la sociedad, que a la angustia de lo irremediable, va unido el remordimiento duro y cruel, como picotazo de cuervo en una herida que aún sangra!...

"¡Ámame sobre todas las cosas, os dice Dios nuestro Padre por boca de Moisés, porque sólo el amor os conquistará la paz, la dicha, el bien y la justicia que buscáis!

"Tal es amigos míos la Ley Eterna del Amor, único precio puesto por Dios a nuestra felicidad perdurable.

"Nada conquistamos vistiendo un sayal de penitencia y cíngulo de silicio, si alienta en nuestro corazón, como serpiente dormida, el egoísmo y el odio!

"¡Nada conquistamos atormentando el cuerpo físico con ayunos y penitencias, si dejamos vivas en nuestro espíritu las fierecillas rabiosas de la malevolencia y de la envidia, de la soberbia y la ambición, de donde surgen como espinas de un zarzal, las rencillas, las discordias, los antagonismos y las guerras que inundan los campos de sangre, las ciudades de ruinas y los corazones de angustia.

"¡Ámame sobre todas las cosas dice el Señor, y al prójimo como a ti mismo, y todo lo habrás conquistado, y tendrás todos los cielos por herencia, y todas las legiones de ángeles, arcángeles y serafines de mis

Eternas moradas, serán tus hermanos..., compañeros en las fatigas y en el esfuerzo, compañeros en la paz, en la gloria, en la inmarcesible dicha de la posesión eterna del bien.

"¡La fiebre ardiente de mi deseo, ve ya en lontananza a esta tierra de mis desvelos convertida en un mundo de paz, de dicha y de amor, como muchas de esas estrellas radiantes que atraen nuestras miradas, desde las insondables lejanías de los espacios infinitos!...

"¡Mas..., entre la visión de mi deseo, y la gloriosa realidad, muchas centurias pasarán en la angustia y en el llanto, en la iniquidad y en el odio, hasta que suene la hora en que la Ley Eterna cierre la puerta a espíritus primitivos y a los cristalizados en el mal, y que esta tierra se transforme por fin en huerto cerrado a todo egoísmo, y sólo abierto a la paz, a la esperanza, al bien y al amor!

"¡Me habéis llamado Profeta de Dios, Ungido del Altísimo y habéis dicho verdad, porque lo soy, y os traigo el divino mensaje del Amor del Padre hacia vosotros.

"¡Por eso sólo, he dejado mi Reino de luz y de amor!

"¡Por eso sólo, aprisioné mi espíritu en esta vestidura de carne que no tardaré en dejar, para tornar a la patria de donde salí.

"Mas, no la dejaré amados míos, sin antes haber grabado a fuego en vuestros corazones, que Dios nuestro Padre es Amor, y que para haceros grandes y felices, no os pide nada, sino vuestro amor sobre todas las cosas, y que améis a vuestros semejantes como os amáis a vosotros mismos.

"No la dejaré sin haceros comprender a todos, que es agravio a la Divina Majestad suponerle capaz de cólera y de venganza, porque esos son bajos y ruines delitos, propios de seres viles y malvados.

"No la dejaré sin dejar al descubierto el engaño de los falsos maestros, que atolondran a las almas con el supuesto furor Divino, que si pudiera existir, sería para enmudecer su palabra de mentira con que arrastran a los pueblos a la división, a la crueldad, al odio contra sus hermanos que no participan de sus funestas elucubraciones filosóficas, fruto de erróneos principios sobre Dios, la Naturaleza y destinos de las almas creadas por Él.

"No abandonaré esta vestidura de carne sin haber repetido una y mil veces que el bien, la santidad, la justicia, no están en los ceremoniales de un culto cualquiera que él sea, sino en el fondo del alma; Santuario de la inteligencia, del razonamiento y de la voluntad; del alma, chispa divina e inmortal, destinada a perfeccionarse por el amor a su Padre Creador y a su prójimo, que sólo a eso se reducen los diez mandamientos del Mensaje Divino traído por Moisés.

"Antes que yo, lo dijo otro Profeta del Señor: "Misericordia quiero y no sacrificios de sangre".

"No quiero ofrendas de corazones, rebosantes de egoísmo y de soberbia".

"No acepto ofrendas de manos manchadas con llanto y sangre de mis hijos oprimidos y vejados".

"¿Complacerá acaso al Dios de la piedad y del amor, que un rico ganadero degüelle centenares de ovejas y de toros en el altar de los holocaustos, mientras sus esclavos y servidores sufren hambre y desnudez, vejaciones y miserias?

"¿Estará la pureza y santidad de las almas, en consumir cántaros de cera en luminarias, y sacos de incienso quemados en el altar de los perfumes, mientras bajo las naves del Templo arrastran su angustia y su miseria los que carecen de lumbre en el hogar y de pan en su mesa?

"¡Oh, hermanos míos!... Mi Padre que es Amor por encima de todas las cosas, no me dejará abandonar esta vestidura de carne hasta que todos vosotros y otros tanto como vosotros, hayáis oído estas palabras mías:

"No con ceremonias ni reverencias, ni postraciones, ni ayunos y penitencias se conquista la grandeza y la dicha del espíritu, sino con el renunciamiento de todo egoísmo, de todo interés personal, de toda soberbia y prepotencia, de toda crueldad y tiranía.

"Y vosotros que me escucháis, llevad mis palabras por todos los rincones del mundo, por los collados y los valles, por la inmensidad de los desiertos y las profundidades del mar. Y cuando nadie haya quedado sin escucharlas, sentaos a reposar a vuestra puerta, bajo la sombra de vuestras vides tejidas de pámpanos, y decid con la dulce paz de vuestro deber cumplido:

"Hemos sido mensajeros fieles del Ungido del Señor, que trajo a nuestra tierra la esencia pura de la única Ley Divina: ¡Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo!

"¡Amados míos!... os digo para terminar:

"¡Venid a mí cuando os halléis fatigados con cargas que no podéis llevar, y con angustias que os hacen imposible la vida!... ¡Venid entonces a mí con vuestros dolores y con vuestras desesperanzas, que yo os aliviaré!...

"Con mi alma rebosante de amor, y mis manos destilando como miel la dulzura Divina, soy para vosotros el don del Padre en esta hora, en que más que en ninguna otra, os quiere manifestar con hechos palpables, la inmensidad infinita de su Amor Eterno!

"¡Que la paz sea sobre vosotros!..."

La muchedumbre prorrumpió en un clamor unánime:

— ¡Es nuestro libertador!... ¡Es nuestro Rey!... ¡Es el anunciado de los Profetas, y el Templo ha cerrado sus puertas!...

— ¡Que el fuego del cielo consuma como hierba seca al Sanhedrín que rechaza al enviado del Señor!...

Con el fin de evitar que continuaran resonando frases hirientes para los altos dignatarios del Templo, el príncipe Judá se inclinó sobre la balaustrada en que estuvo antes apoyado el Maestro y dijo a la multitud:

—Si de verdad amáis al Profeta, guardad silencio y volved a Jerusalén, llevando en vosotros mismos su amor y su bendición para toda vuestra vida. Lo que Dios tenga decretado que sea, eso será. Idos en paz que ya sonará la hora de cumplir todos con nuestro deber.

Estas palabras tranquilizaron a la multitud que comenzó a dispersarse tranquilamente.

Mas, debemos decir que entre aquella numerosa concurrencia, había dos sujetos animados de sentimientos muy diversos referentes al Ungido de Dios.

El uno era un hermanastro del Rabí Hanán, fanático admirador del que él llamaba "genial conductor del pueblo de Israel". Con gran disimulo había seguido a uno de los grupos que salieron hacia el camino de Betania, con la sospecha de que el desbande de gentes por la gran Puerta Dorada obedecía acaso a una consigna. Era este sujeto, el jefe de la policía secreta de Hanán.

El otro individuo era un mago o hipnotizador, originario del lejano Oriente que residía en Sidón, desde hacía muchos años, y que había acudido a Jerusalén en procura de algunos negocios que le dieran dinero y celebridad a la vez. No sólo los devotos israelitas acudían a las solemnidades de la Pascua, sino mercaderes de toda especie, bien convencidos de que las buenas ganancias abundan en las aglomeraciones de gentes incautas y sencillas.

Este sujeto que presenció el fenómeno psíquico de la desaparición del joven Profeta entre una nube ópalo y rubí, comprendió al instante que era un hombre-genio, dueño de grandes poderes y fuerza supranormales, y se propuso acercarse a él, no con fines de hacerle daño, pues bien sabía que estaba muy por encima de su nivel, sino para obtener algunas instrucciones sobre la forma en que había llegado a tan magníficas alturas.

El hermanastro del Rabí Hanán, se volvió a la ciudad confundido con la muchedumbre, cuyos comentarios trató de escuchar cuanto le fue posible, y no fue mucho lo que sacó en limpio, pues las prudentes palabras del príncipe Judá hicieron muy cautos en palabras a los amantes del Profeta Galileo.

El único que se acercó a la casa de Lázaro pidiendo hospitalidad, fue el mago con el pretexto de comprar una cantidad de cera y aceite de olivas. Lázaro le recibió afablemente y como ya era el medio día, le invitó a su

mesa diciéndole que después de la comida, hablarían del negocio que lo traía. Las conversaciones fueron muy animadas durante la comida, pero sin rozar puntos peligrosos de tocar, en esos instantes.

De pronto Yhasua se sintió molestado por la mirada y el pensamiento de aquel desconocido, y sostuvo esa mirada tan fuertemente que el mago cambió su vista a otra dirección.

La pequeña María estaba de pie detrás de Yhasua atendiendo a servirle en cuanto necesitase. De pronto las piernas le flaquearon y tuvo que apoyarse en el diván en que él estaba recostado.

—María –díjole Yhasua en voz baja–, vete a tu alcoba y no salgas hasta que yo te avise. –La niña obedeció sin replicar y sin comprender del todo aquella orden.

El mago se dio cuenta de que el joven Profeta lo había descubierto, y que debería usar de otra táctica más sutil.

La comida terminó y el fingido comprador de cera y aceite pidió a Lázaro le enseñase estos productos.

Yhasua con sus doce íntimos se apartó por una avenida de palmeras a bastante distancia de la casa. Los amigos que le habían acompañado, se encerraron en el cenáculo a deliberar la forma en que convenía proceder para estar alerta y a la defensiva, por si el Sanhedrín se extralimitaba en sus medidas restrictivas sobre el pueblo que aclamaba a Yhasua, y que parecía despertarse a la verdad ocultada tanto tiempo.

Fue aquella una Pascua de febriles actividades entre los familiares y adeptos del Divino Maestro.

En Jerusalén las mujeres, tiernas y maternales siempre, se hacían como una sola en torno a la madre del Verbo encarnado.

La Castellana de Mágdalo, la última que había despertado a la gran verdad, era quien más ponía la vehemencia de su temperamento al servicio de la causa común, en la cual podía dar libre expansión a sus entusiasmos debido a los bienes de fortuna que poseía.

Ella conocía de nombre al Anciano Simónides que fue agente comercial y consignatario de su padre, para la venta de los productos de sus campos y bosques de Galilea.

Al llegar a Jerusalén se entrevistó con él de inmediato, y el entusiasmo del Anciano por el Mesías anunciado de los Profetas, por el futuro Rey, Libertador de Israel, se transmitió con toda su fuerza a María Mágdalo, que desde ese instante ya no vivió sino para el divino ensueño del Profeta-Rey; para la hermosa quimera, que haría de ella la loca de amor por el Cristo, que hasta hoy se recuerda después de tantos siglos, como un símbolo de los grandes amores idealistas que engrandecen y purifican a las almas.

Como ella quiso tener en la ciudad, una casa albergue de todas las mujeres que vinieran siguiendo al Apóstol Nazareno, Simónides que

administraba el viejo palacio que perteneció al príncipe Henadad de Cella con encargo de venderlo, se lo transfirió con las escrituras correspondientes. Estaba situado en la calle del Monte Sión, cerca de la Puerta de Sión, al sur de la ciudad, donde hoy existe el Barrio Armenio.

Por lo distante que quedaba del Templo y del barrio comercial del gran Mercado de la Puerta de Jaffa, era un sitio ideal para el retiro y la soledad, a que la dueña se sentía inclinada desde su despertar al nuevo y sublime ideal.

Ni ella ni Simónides tan llenos de ilusiones y de ensueños, pudieron suponer jamás, que dentro de aquellos muros cargados con el peso de varios siglos, y con las tragedias humanas de muchas generaciones, se encerraría la cuna del Cristianismo, salpicada con la sangre del Cristo-Mártir y regada con el llorar silencioso de su madre, discípulos, amigos y familiares, cuando se hundió todo ante ellos, entre el terror y el espanto, a la muerte del Divino Fundador.

El Anciano Simónides, que años atrás se había encargado de traer en sus barcos mercantes las estatuas de Musas y de diosas para los jardines de Mágdalo, ahora amueblaba y decoraba el viejo palacio Henadad para albergue de las primeras discípulas del Cristo que pusieron la nota delicada de ternura y de amor a la sublime epopeya cristiana que comenzaba entonces, y que debía continuar entre gloriosos apostolados y sangrientos martirios, en los veinte siglos que seguirían.

Enunciadas ya las actividades que en Jerusalén se habían desarrollado días antes, volvamos a los bosques de Betania donde hemos dejado a nuestro genial Yhasua, al final de la avenida de palmeras, donde comenzaba a encresparse el terreno en cerros y colinas, y donde tenía su nacimiento el arroyo Azriyen que regaba la comarca, e iba a desembocar en el río Jordán.

Después de las profundas y variadas emociones sufridas, el joven Maestro sintió la necesidad de la concentración de su espíritu en Dios, su Padre Amor y Bondad, juntamente con aquellos doce hijos de su elección, que le acompañaban en la intimidad desde tres años atrás.

Allí despejaría su mente del polvillo pesado de las cosas terrestres, y dejaría volar su espíritu a la amplitud soberana de lo Infinito.

Los doce amados, sin despojarse aún de su egoísmo de enamorados, dijeron todos a una voz:

— ¡Gracias a Dios que estamos solos con él! ¡Ahora vuelve a ser nuestro exclusivamente!

El Divino Maestro los miró sonriente y lleno de compasión.

Veía claro cómo en esos tres años de intimidad, se había hecho intenso en ellos el fuego de aquel amor que debía llevarles a la muerte por él.

Veía también los celos nacientes entre ellos, y que en los menos

evolucionados, adquirían aspectos pasionales que él procuraba diluir, en el fluido purísimo de su amor sin egoísmos de ninguna especie.

Sintió como nunca su amor por ellos que tan hondamente le amaban, y dejándose llevar en las alas ultrapoderosas de la Luz Divina que le acompañaba, se vio aliado con ellos desde otras edades en que también le siguieron más cerca o más lejos, según las circunstancias especiales en que hubieran venido a la existencia física.

Y les habló de la solidaridad universal, mediante las alianzas eternas de las almas que a través de los siglos se van haciendo más y más fuertes.

—*En el Reino de nuestro Padre, hay muchas moradas* –les decía–, *y cada uno de vosotros tendrá la que habrá conquistado con su esfuerzo y su sacrificio en favor de sus hermanos débiles y pequeños.*

"Será más grande, más glorioso y feliz en su cielo de luz y de amor, aquel de vosotros que haya consolado más dolores humanos, que haya secado más lágrimas, que haya sufrido cansancio y fatigas en bien de sus semejantes. Será más grande y feliz, aquel que después de haber aliviado necesidades de orden material que son las más apremiantes, se consagra en redoblados esfuerzos a iluminar a las almas de sus hermanos, con la divulgación de las Verdades Eternas que el Padre guarda en sus moradas infinitas, para que sus hijos más adelantados las den discretamente a sus hermanos pequeñuelos en la evolución y en el progreso a que todo ser viviente está destinado.

"Vemos en los espacios infinitos, agrupaciones más grandes o pequeñas de soles, estrellas y planetas que forman conjuntos armónicos y marchan por órbitas que se enlazan unas a otras y no se apartan jamás de su sol central, si no es por un mandato especial de la suprema ley de atracción.

"De igual manera las almas que la ley de afinidades ha unido en conjuntos magníficos, forman alianzas imperecederas, indestructibles para llevar la verdad, el bien, el amor y la justicia sobre determinados pueblos, países o continentes.

"Son bandadas de palomas mensajeras que el Padre suelta a volar en determinadas direcciones, para dar más rápido impulso al progreso eterno de todos los seres.

"Ninguna inteligencia es inútil. Ningún esfuerzo hacia el bien y la verdad se pierde, aunque no tenga de inmediato el éxito que se desea.

"Si todos los hombres que sustentan ideales elevados de mejoramiento humano, anularan sus egoísmos en aras del bien común, no seríamos testigos hoy de la prepotencia de unas razas sobre otras avasalladas y oprimidas; no presenciaríamos el horror de las guerras, de las devastaciones que siembran la tierra de desolación y de miseria, de lágrimas y de sangre.

"La ley suprema de la solidaridad de todos los mundos y de todas las humanidades que los habitan, es tan majestuosa y sublime, como la grandeza del Padre que la ordena y dirige.

"Y así como un planeta o satélite que se saliera de su órbita fuera de su ley, sería para encontrar su destrucción, de igual manera las almas afiliadas a una alianza ordenada por la Voluntad Divina, cargarían sobre sí mismas las dolorosas y terribles consecuencias de su desviación en el sendero elegido.

"Vosotros unidos a mí en una alianza libre y espontánea, de amor y de fe, habéis visto en vuestras meditaciones solitarias el rayo de Luz Divina que ha marcado vuestro camino a seguir, en los siglos que vendrán en pos de este punto inicial.

"De la forma en que respondáis todos al mensaje del Padre que llevaréis a las almas, dependerá desde luego la grandeza y la gloria de vuestro cielo futuro".

Cuando así hablaba el Maestro, un criado llegó jadeante por la violenta carrera que traía desde la casa, que a lo lejos quedaba perdida entre el espeso bosque de olivos y de castaños.

Todos prestaron atención.

— ¡Muerto el amo!... ¡Muerto el amo! –gritaba. Y el angustiado siervo no acertaba a decir otra cosa.

Yhasua se le acercó para calmarlo y que pudiera explicarse mejor.

Al cabo de unos momentos dijo: –El amo se había sentido mal de súbito y que entrado en su lecho, se quedó muerto, sin respiración, sin aliento, mudo, rígido. No puedo creer que sea muerto –añadió–, el amo Simón, tan querido de sus servidores para los cuales era como un verdadero padre.

—Vamos allá –dijo el Maestro por toda contestación.

Un gran desconsuelo encontraron en la vieja casa, donde tan poco hacía que cesaron las muertes repetidas, llevándose los padres y los hermanos del único que quedó con su pequeña hermana María.

Martha y María salieron llorando a recibir al Profeta y lamentándose amargamente le decían:

— ¡Si hubieras estado aquí, él no habría muerto!... ¿Por qué te alejaste Señor de esta casa que fue azotada por una nueva desgracia?

—No lloréis con esa desesperación –les dijo a ambas mujeres–, y pensad que el poder de Dios sopla como el viento que riza las olas y levanta nubecillas de arena dorada en el desierto. No lloréis y llevadme a la alcoba del buen amigo, elegido acaso para que el Padre sea glorificado en él.

Cuando estuvo en la alcoba de Simón, llamó a sus doce íntimos, más los familiares que le habían acompañado.

Se acercó al lecho y examinó el cuerpo rígido y helado en el cual no

aparecía ni la más ligera palpitación de vida. Bajo los párpados, los ojos cristalizados no miraban ya.

El Maestro de pie, sereno, imperturbable, ajeno a cuanto le rodeaba, se concentró en sí mismo y todos cuantos le rodeaban lo imitaron, pues tuvieron todos, la intuición de que iba a volverlo a la vida como hizo con el hijo de la viuda de Naím. El silencio era solemne.

— ¡Simón!... ¡Simón, amigo mío! –dijo de pronto el Profeta, en cuya faz resplandecía una extraña luz–.

"No es aún la hora de tu partida al reino de las almas libres, y no es la Divina Voluntad quien ha cortado las actividades de tu cuerpo.

"En nombre de Dios Omnipotente te lo mando: ¡Levántate para que vean éstos que amo, que el poder recibido de mi Padre es más fuerte que las maldades de los hombres!

El cuerpo rígido dio una fuerte sacudida, sus manos se crisparon ligeramente; abrió sus labios en una ansiosa aspiración; sus párpados se movieron con rapidez, hasta que por fin se abrieron llenos de claridad y como si hubieran estado largo tiempo entre tinieblas.

El Maestro lo tomó de ambas manos, mientras los espectadores llenos de pavor miraban levantarse aquel cuerpo, en el cual volvían vigorosos los aspectos de vida que habían desaparecido por completo unos momentos antes.

— ¡Lo ha resucitado!... ¡Lo ha resucitado! –exclamaban.

Martha y María se abrazaron de él, y le decían:

—Estabas muerto y el Maestro Yhasua te ha devuelto la vida. ¡Bendito sea Jehová que nos permite ver tales maravillas!

El Maestro silencioso continuaba sus poderosas actividades mentales, hasta que los hechos le probaron haber sido anulado en absoluto el terrible estado cataléptico en que una fuerza potente y maléfica lo había sumido.

Cuando la reacción fue completa en Simón Lázaro, Yhasua se sentó sobre el diván en que estaba su amigo, y les dio una explicación amplia del fenómeno psíquico que habían presenciado.

—La catalepsia –les dijo–, es una cesación completa de todas las funciones del organismo humano, provocada por un poderoso pensamiento encaminado a producir una muerte real. El autor de la catalepsia es un asesino encubierto. Pues nuestro amigo, llevado a la sepultura, hubiera muerto de verdad por asfixia.

"¿Qué se hizo del comprador de cera y aceite de olivas? –preguntó a Martha.

—Los criados le vieron tomar el camino de Jerusalén y no bien se hubo marchado, cayó Simón en un letargo penoso hasta que cesó por completo la respiración.

“No sabíamos dónde estabas, Señor, y la tardanza en encontrarte dio lugar a que el cuerpo se pusiese rígido y helado.

—Ese hombre es un mago de mala ley que usa su ciencia y su poder en perjuicio de sus semejantes y en beneficio propio –añadió el Maestro–.

“Cosa grande y bella es cultivar los poderes internos otorgados por la Divina Sabiduría a los hombres; pero, ¡ay de aquel que usa los dones de Dios para causar mal a sus semejantes! Más le valdría no haber nacido, o que las ruedas de un molino le arrastrasen a lo profundo del mar.

“Así como el que usa los poderes divinos que ha recibido, en dar la salud , en consolar todos los dolores, en llevar la paz, el amor y la esperanza a las almas, adquiere en una sola vida un caudal de purificación y de dicha, de paz y de bienaventuranza; de igual manera quien los emplea para el mal se crea para sí un abismo de desdicha, porque un crimen trae otros, hasta que la medida se colma, y no en esta tierra sino en mundos inferiores, expiará el infeliz el mal uso que hizo de los más grandes dones de Dios.

“Bien sería llamarte desde hoy Lázaro –dijo afablemente Yhasua a su amigo cuando le vio en perfecto uso de sus facultades–, porque has sido librado del sepulcro.

—Pero, ¿qué es lo que ha pasado aquí? –preguntó Simón viendo una alarma grande en todos.

—Que fuiste muerto y el Profeta de Dios te volvió a la vida –díjole Simónides gozoso de añadir una gloria más a su incomparable Rey de Israel–.

“¿Y todavía podrá dudarse –añadió–, de que él es el Mesías anunciado por nuestros grandes Profetas?

“Juzgadlo vosotros, que sois Doctores de Israel –dijo dirigiéndose a Nicodemus y José de Arimathea.

—Ya está juzgado y reconocido por nosotros desde la cuna –contestó este último.

—Y la mayoría del pueblo se despierta también –añadió el primero–. Sólo falta que el alto clero se rinda a la evidencia.

— ¡Calmaos! –díjoles Melchor, cuyos grandes ojos negros casi apagados por los largos años de estudio a la luz temblorosa de cirios, estaban clavados en la hermosa faz del Maestro–. ¿No veis ese rostro que resplandece de divinidad, y esos ojos que parecen buscar tras del éter azul, toda la belleza de su Ideal Supremo? ¿No comprendéis que nada son para él, las grandezas y glorias humanas?

El Maestro continuaba mirando con sus ojos llenos de divino ensueño, la bruma de oro de la tarde que lo llenaba todo de opalina claridad.

— ¡Mi Reino no es de este mundo! –dijo con una voz profunda y tiernísima–. Y mi alma rebosaría de dicha, si todos vosotros llegarais a

la comprensión de este Reino mío, que no está bajo el dominio de los poderosos de la Tierra".

Yhasua estaba sentado en el diván de Simón, del cual éste acababa de levantarse. La pequeña María, su hermana, se sentó a sus pies sobre el tapiz del pavimento, como si quisiera absorber por completo las palabras del Maestro, la luz de sus miradas, la vibración dulcísima de amor que trascendía del Profeta de Dios, produciéndole como un anonadamiento suave y tierno que nunca había sentido.

Los más sensitivos entre todos los presentes iban cayendo en ese mismo estado psíquico, el cual podemos llamar sentimiento de adoración y de absoluto rendimiento ante la Majestad Divina, que parecía flotar como una ola intangible de acariciante ternura.

El Maestro comprendió todo cuanto pasaba en los que le rodeaban y les dijo:

—*"Adorarás al Señor, Dios tuyo, y a Él solo servirás"* –dice el principio de la Ley de Moisés.

"Y ya que estáis sintiendo la Majestad Suprema del Padre en torno vuestro, solo porque mi pensamiento se ha sumergido un instante en Él, comprended de una vez por todas, la infinita distancia que hay entre las efímeras grandezas terrestres y la infinita grandeza de Aquel que me ha enviado y cuyo Reino no tiene fin".

Una hora después retornaban todos a Jerusalén menos el Maestro, para cuya seguridad se resolvió que quedase en Betania en la vieja casa de Simón, el que creía deberle la salud y la vida.

El tío Jaime tranquilizó a la tierna madre del Ungido, que sufría dura inquietud desde la mañana en que había sucedido el incidente ya conocido por el lector.

Al siguiente día, volvían los Doce íntimos a reunirse a su Maestro acompañados de Myriam y de las mujeres galileas que les habían seguido.

Así fue como la granja de Betania mereció ser llamada el reposo del Maestro, y fue a la vez escuela de Divina Sabiduría, donde en un ambiente de cálida ternura y de amistades que no debían romperse jamás, deshojó el Verbo de Dios, las flores inmarcesibles de su luminosa doctrina.

105
MUERTE DEL BAUTISTA

El Procurador Romano representante de la autoridad del César en las provincias de Judea y Samaria, era Poncio Pilatos, hombre amigo de la justicia y de la paz, por lo cual dejaba pasar como si no las viera, las rencillas político-religiosas en que siempre estaban enredados los judíos con los samaritanos, los saduceos con los fariseos, y unos a favor y otros en contra de Roma, según los intereses particulares de cada cual.

Los que se veían beneficiados por la autoridad romana, estaban por ella, como era una buena parte del alto clero que manejaba los asuntos de Israel. Estos procuraban mantener la cordialidad con el Procurador Pilatos.

Los que eran dependientes por sus intereses del Tetrarca Herodes Antipas eran herodianos, aunque fuera en apariencia.

Los independientes formaban la gran mayoría, y éstos no estaban ni con Pilatos ni con Herodes, y suspiraban ansiosamente por un salvador del oprobio y la opresión de la nación israelita.

En la tranquila y apacible Betania, se hallaba el Divino Maestro con sus Doce discípulos íntimos, más su madre y el tío Jaime, con algunas de las mujeres galileas que vinieron juntos en vísperas de la Pascua.

Esperaban que Jerusalén se vaciara de los millares de peregrinos que habían materialmente obstruido sus plazas, calles y suburbios, y que los caminos adyacentes se despejaran también, para emprender el regreso a Galilea, sin sufrir los inconvenientes del hacinamiento de gentes, en el trayecto y hospederías.

Una de las antiguas doncellas compañeras de la Castellana de Mágdalo, se había casado un año antes con el Maestresala del Palacio de Herodes en Tiberias.

Este hecho había ocasionado ciertas vinculaciones sociales entre el Castillo de Mágdalo y la real residencia de las orillas del Lago.

En un cumpleaños del Tetrarca, María y sus compañeras griegas habían concurrido al festín, llegando hasta promoverse una escena de pésimo gusto entre Antipas y su esposa, hija de Hareth, rey de Edón en la Arabia Desierta. Las danzas clásicas griegas de la Castellana y sus compañeras, entusiasmaron de tal modo al Tetrarca, que dejó muy mal paradas no sólo a las reglas más primordiales de la etiqueta, sino hasta las más rudimentarias de la buena educación. Aquel desastroso festín había terminado con el repudio de la princesa árabe, por querer imponerse a los desmanes reales, que entre la ebriedad de los licores y la de sus

vehemencias pasionales, había llegado hasta el ridículo, avergonzando a la hija de Hareth, ya asqueada de tiempo hacía de su vicioso consorte.

La Castellana y sus compañeras, defendidas de los desmanes del Tetrarca por oficiales romanos concurrentes al festín, habíanse retirado súbitamente dejando al sátiro real entregado a su furia netamente herodiana.

Este hecho al parecer de tan escasa importancia, tuvo consecuencias bastante graves, pues ocasionó un entredicho entre el Tetrarca Herodes Antipas con el Procurador Poncio Pilatos, jefe supremo de las guarniciones romanas en Palestina.

Antipas había encarcelado esa noche a los oficiales romanos concurrentes al festín, y Pilatos encarceló por represalia a oficiales y altos jefes de la corte del Tetrarca cuando se enteró de lo ocurrido, y entre ellos el maestresala Chuza, marido de Juana, la antigua doncella de la Castellana de Mágdalo.

Esta tirante situación entre el Procurador romano y el Tetrarca, estaba en todo su vigor cuando llegó la Pascua, cuyos detalles diversos hemos hecho conocer del lector. El Tetrarca se trasladó a Jerusalén donde tenía como residencia habitual el Palacio Asmoneo, antigua propiedad usurpada a la descendencia de los nobles Macabeos. Y lo hizo para demostrar al Procurador que no le temía, pues que se ponía ante él en la misma capital de Judea. Herodías se aprovechó de la huida de la hija de Hareth, para unirse descaradamente con su cuñado, poniendo bien de manifiesto la verdad de las murmuraciones que desde tiempo atrás corrían, referente a relaciones delictuosas entre el Tetrarca y la esposa de su hermano Felipe.

Pero Poncio Pilatos no era hombre de dejarse vencer por ese fantasma de gobernante, vil retoño de un reyezuelo usurpador y vasallo de Roma, y le intimó que saliera voluntariamente de Judea, si no deseaba ser humillado por medidas extremas.

A la tranquilidad de Betania llegaron todas estas noticias, y consideraron prudente esperar que pasara la borrasca para regresar a Galilea, que estaba bajo el dominio del airado y furibundo Tetrarca.

Pocos días después, Antipas emprendía viaje a lo más apartado de sus dominios en la Perea de la otra ribera del Jordán y se instaló con toda su corte en la Fortaleza de Machecus, más conocida por Maqueronte, en la margen oriental del Mar Muerto.

Para más defensa, en previsión de un posible ataque de Hareth su suegro, trasladó la mayor parte de la guarnición de Pella, con la cual fue llevado también Yohanán el Bautista, detenido en aquella Fortaleza como recordará el lector.

Cuando el Maestro supo el traslado de Yohanán, comprendió que

los días de su primo estaban contados. Vio además la siniestra figura de Herodías detrás de esta orden de traslado, que alejaba al solitario de las multitudes que le amaban y que habían hecho sentir en diversas ocasiones su resolución de defender la vida de Yohanán aún a costa de sus propias vidas. En aquellas escabrosas montañas, al fondo de la Perea del otro lado del Mar Muerto, ¿quién defendería al Profeta?

La amarga angustia de sus discípulos buscó de inmediato la piedad de Yhasua, como último refugio ante lo inevitable que se acercaba.

El tío Jaime fue el hilo conductor de los huérfanos de Yohanán hacia la apacible Betania, donde temporalmente descansaba el Maestro. De inmediato ordenó una profunda concentración mental entre todos los que allí se encontraban, para ayudar al mártir en la prueba final a que sería sometida su fe en el Ideal Supremo, y su firmeza en defender el bien y la justicia a la vista de los cielos y de la tierra.

Cinco años había durado el apostolado ardiente de Yohanán en la Palestina y en las cercanías ribereñas del Jordán, como en las áridas montañas del desierto de Judea, donde parecían estar aún resonando sus vigorosos discursos condenatorios de las corrupciones de los poderosos, que cual torrente de inmunda baba corría sobre las muchedumbres, corrompiendo sus costumbres y agravando su miseria.

Para intensificar más esta gran fuerza espiritual, con que el Cristo Divino quería fortificar la heroica firmeza de Yohanán, abrió el pergamino en que este dejaba su testamento y lo leyó ante las cuarenta personas que se albergaban entonces en Betania.

Y aquella silenciosa y consternada asamblea escuchó de labios de Yhasua esta sencilla declaración:

"Yo, Yohanán de Hebrón, siervo del Altísimo, declaro ante Dios y los hombres, que muero sosteniendo los divinos ideales en que nací y fui formado por mis padres en la infancia, y por mi madre espiritual la Fraternidad Esenia, en medio de la cual pasé mi juventud y primera edad viril, y donde fui favorecido con tan grandes dones de Dios, que ninguna fuerza de la Tierra o del averno será capaz de apartarme de la fe en que he vivido y de las convicciones que me han sostenido hasta el fin.

"Entre estas convicciones profundas está en primera línea, el divino misterio de la encarnación del Verbo de Dios en la personalidad humana de Yhasua de Nazareth, en el cual han tenido cumplimiento los vaticinios de nuestros grandes Profetas.

"Él es el Ungido Divino enviado a este mundo, para enderezar los caminos de los hombres y llevarlos al Reino de Dios.

"Él es el Cristo Mensajero del Amor Divino, que será puesto en la balanza de la Eterna Justicia como contrapeso a los odios y egoísmos humanos, llegados al paroxismo del crimen y la iniquidad.

“¡Seguidle los que tenéis luz de Dios para reconocerle!

“¡Seguidle los que tenéis encendida en el alma la chispa divina del Eterno Ideal!

“¡Seguidle los que anheláis una vida superior a la vida de las muchedumbres inconscientes!

“¡Seguidle los que sufrís las injusticias humanas, los que sembráis flores de amor y recogéis ingratitudes; los que habéis visto marchitarse y morir todas las esperanzas humanas y lleváis un sepulcro en vez de un corazón!...

“¡Amadle hasta el oprobio y hasta la muerte, los que buscáis al Amor sin encontrarle en la Tierra, porque él es el divino tesoro del Amor inefable del Padre sobre la humanidad terrestre!...

“Este es mi primer legado.

“Y he aquí el segundo:

“En las grutas de refugio, conocidas de mis seis discípulos íntimos, dejo muchos hijos amados de mi espíritu que les arranqué de la muerte, del crimen y del vicio, para encaminarles a la honradez y al bien.

“Entre el Monte de los Olivos, Bethphagé y Gethsemaní, se encuentran los refugios de mis arrepentidos, de los cuales sólo tienen conocimiento los dos Ancianos terapeutas que viven en la Gruta de Jeremías fuera de la muralla de Jerusalén, a un estadio al oriente de la Puerta de Damasco, próxima a las canteras.

“Tanto ellos como ellas, están condenados por las leyes humanas a calabozo perpetuo o a muerte, los unos crucificados por ser esclavos fugados de sus amos a causa de malos tratamientos; otras a lapidación por haber cometido adulterio; otros a la hoguera por creérseles hechiceros y magos, que anunciaron a los poderosos la justicia divina que caería sobre sus maldades.

“Son todos ellos mi herencia para el Ungido que viene en pos de mí, y para sus seguidores en la obra divina de salvación y de perdón.

“Que el Altísimo Señor de todo lo creado reciba mi espíritu cuando abandone la vida carnal, que tomé en servicio suyo y en cumplimiento de su Voluntad Soberana.

“Así sea”.

El lector bien comprenderá que la lectura del testamento de Yohanán hizo rebosar en las almas la simpatía y amor hacia él, en tal forma, que un torrente de fuerzas uniformes y afines envolvió en ese instante al valeroso cautivo en la Fortaleza de Maqueronte. Un éxtasis sublime de amor y de fe absorbió sus pensamientos, sus anhelos, hasta sus manifestaciones de vida durante tres días consecutivos.

Las actividades poderosas de aquel gran espíritu en planos muy superiores al terrestre, parecían haber anulado casi por completo a la materia,

y el guardián al llevarle el alimento le encontraba inmóvil sentado sobre su lecho y apoyado en el negro muro de la prisión.

Antipas lo supo, y cobarde ante la superioridad de su víctima se sobrecogió de espanto.

Tenía la convicción de que Yohanán era un Profeta de Dios y temía cargar con la responsabilidad de su muerte.

Menos malo que Herodías, pensó en dar libertad al cautivo y así lo manifestó al guardián. Pero la malvada mujer se interpuso, pues quería a toda costa vengarse del apóstol que tuvo la audacia de condenar en público su escandalosa vida.

¡Ella quería matarle, tenía hambre y sed de su sangre; quería verle colgado en un patíbulo de infamia y luego arrojar su cadáver a los perros hambrientos y a los cuervos voraces!

Y obedeciendo el guardián sobornado por ella, convenció al débil e indolente Tetrarca, de que debían esperar el paso de la caravana que subía de Madián a Hesbón a unirse a la de Filadelfia que atravesaba el Jordán, con la cual el profeta podía llegar hasta los suyos.

Unos días después se repetía la fecha magna de los herodianos, el cumpleaños del Tetrarca, que anualmente se festejaba con un escandaloso festín, donde los despilfarros dejaban exhaustas las arcas reales, y otra vez los alcabaleros urgían al pueblo hambriento por nuevos y más pesados tributos.

Herodías que desde tiempo atrás planeaba su venganza de Yohanán el solitario, había hecho venir de Sidón media docena de jóvenes bailarinas de lo más desvergonzadas e impúdicas que poseía aquella ciudad, tristemente célebre entonces por la corrupción y vicios de la juventud. Eran las profesoras de baile de su hija Salomé, a la cual venía utilizando como instrumento para prolongar su dominio sobre el Tetrarca. Reconocía su decadencia como mujer, y conocía las violentas pasiones de Antipas, al cual quería maniatar de nuevo con los juveniles encantos de su hija. ¡Horrenda depravación que sólo podía germinar en un corazón como el de Herodías!

El cumpleaños del Tetrarca sería motivo oportuno para el debut de la bella y agraciada Salomé, en la danza “La serpiente de oro”; en la cual aparecía con una exótica vestidura de pequeñas escamas de oro adheridas al cuerpo, mediante una invisible y apretada malla de finísima seda color de carne. Era en verdad una serpiente de oro de la cabeza a los pies, pues sus dorados cabellos hacían juego con toda su indumentaria.

Y vestida así, unos momentos antes del baile la llevó ella misma a la prisión de Yohanán creyendo enloquecerlo con los encantos de su hija, para que le fuera más cruel la muerte después de haber contemplado aquella belleza juvenil.

La furia de la mujer fatal llegó al colmo, cuando el cautivo se aferró con toda su hercúlea fuerza a las anillas del muro en que estaba atada su cadena, y hundió su cabeza en el tragaluz abierto en la pared. Ni aun se dignó posar sus ojos un momento en ninguna de las dos, ni contestar una palabra a todas las sugestiones y amenazas que Herodías le dirigió.

Le abofeteó, le dio puntapiés y con un agudo alfiler que sostenía su peinado le pinchó rabiosamente la espalda para obligarle a volverse a mirarlas...

Yohanán era una estatua de piedra apretada de cara a la muralla, no daba la menor señal de sentirse molestado por las iracundas manifestaciones de aquella mujer.

En un último acceso de furor impotente, levantó el cántaro del agua y lo estrelló sobre Yohanán que recibió impasible el tremendo golpe.

Echando chispas de sus ojos y horribles insultos de su boca, salió llevándose a la princesa encantada, para la cual fue como un espolón de fuego el desaire hecho a su belleza de quince abriles por el único hombre que había osado despreciarla.

La historia ha sido fiel, al narrar este hecho final de la vida santamente heroica de Yohanán el Bautista.

Ocurrió lo que la malvada Herodías había planeado: El Tetrarca ebrio ya, se volvió loco por la serpiente de oro y cuando terminó la lúbrica danza, sentó a la jovencita en sus rodillas y le dijo: –Pídeme lo que quieras divina Salomé, que aunque sea la mitad de mi tetrarcado te lo daré. Lo juro por todos los dioses de Roma, por el mismo César y por el Jehová del pueblo de Israel.

El aplauso de los cortesanos se sintió como un terremoto.

La niña fue a su madre y ésta sólo le dijo: –Pídele la cabeza de Yohanán el profeta, colocada sobre una fuente de oro.

Unos momentos después entraba por la puerta del gran salón, el mayordomo del Castillo llevando la hermosa cabeza del Profeta que aún destilaba sangre.

La jovencita no pudo recibirla porque cayó desmayada de horror y de espanto.

Entonces Herodías tomó por los negros cabellos la lívida cabeza de Yohanán y abriéndole los ojos, díjole: –Mírame ahora, ya que con vida no quisiste hacerlo.

Los cortesanos aterrados por la maldad de aquella mujer no osaban hablar palabra.

Antipas, beodo por completo, aparecía tirado entre la púrpura y oro de su diván, y llamaba a gritos a Salomé.

Herodías desahogó su furia, pinchando con su alfiler de oro los ojos y la lengua del hombre justo, que había condenado su escandalosa vida.

Después arrojó la cabeza por un ventanal gritando: –¡Que haga festín la jauría de perros del Tetrarca!

Y se encerró por tres días con su hija en su pabellón del Castillo. Una crisis de nervios estuvo a punto de enloquecer a la infeliz muchacha, víctima de su malvada madre.

Una esclava idumea recogió la cabeza y el resto del cuerpo del Profeta, cuando fue arrojado al muladar. Yohanán, había salvado de morir crucificado a su padre esclavo como ella, y que por malos tratamientos se rebeló contra el látigo del amo, al cual tiró a tierra con graves contusiones. El Profeta lo tenía recluido en sus grutas del Mar Muerto, a donde ella esperaba huir también algún día. Vio entonces llegada la oportunidad; y muy entrada la noche cuando todos dormían la embriaguez del festín, cargó los restos sangrientos del apóstol sobre un asno y se encaminó a las grutas junto a la desembocadura del Jordán. Envuelto el cadáver en el pobre lienzo de su manto, la esclava lo tendió en el fondo de la primera gruta encontrada en su camino.

Vio en la puerta una enorme mata de cactus rojos, cuyas grandes flores parecían corazones sangrientos esculpidos en las rocas. Algunos espinos ostentaban sus florecillas como pelusilla de oro. Y la joven esclava lastimándose las manos morenas, recogió aquellas flores silvestres y coronó con ellas la mutilada cabeza de Yohanán.

—No tengo nada más que ofrecerte Profeta de Dios –dijo entre sollozos la humilde mujer que había nacido esclava, y tenía en su alma grandezas de arcángel.

Cubrió con piedras el hueco de la puerta, y sola en el desierto, como otra Agar, siguió buscando las grutas donde el Profeta ocultaba a sus protegidos.

Todo esto había ocurrido al siguiente día de la concentración mental ordenada por el Divino Maestro, a los que le rodeaban en Betania.

Uno de los discípulos de Yohanán, tuvo la visión mental de lo ocurrido en la Fortaleza de Maqueronte.

Zebeo, uno de los Doce íntimos de Yhasua, recibió aviso espiritual por la escritura, de que una esclava del castillo había recogido el cadáver del mártir y le había sepultado en una gruta del Mar Muerto.

Los desolados discípulos de Yohanán se pusieron en viaje hacia aquel sitio y pasados varios días encontraron a la infeliz esclava tirada sobre la arena desfallecida de hambre y de sed.

Cuando la joven pudo hablar les hizo el relato de lo ocurrido y les guió a la sepultura del profeta.

En una gran caverna a un estadio de allí, se encontraba el refugio de los condenados a muerte que el apóstol había escondido. Y los discípulos con los veintidós penitentes construyeron allí mismo entre las áridas

montañas del desierto de Judea, un pequeño Santuario de rocas y continuaron la vida austera en que les había iniciado el Maestro.

Herodías murió catorce meses después, devorada por un cáncer en el pecho que le subía hasta la garganta y la lengua, que se le cayó a pedazos. Salomé, casada un año después con un hermanastro de su padre, que era hijo de la última mujer de Herodes el Grande, la samaritana Malthace, sobrevivió cinco años a su madre Herodías y murió envenenada por su propio marido.

Dos de los discípulos de Yohanán volvieron a Betania, cuando ya el Maestro se disponía a regresar a Galilea con todos sus compañeros de viaje.

La consternación de Yhasua fue visible para todos cuando tuvo el relato de la muerte de Yohanán.

"Ha muerto decapitado en el fondo de un calabozo –pensó–, mientras que yo moriré a la vista de todos colgado en un patíbulo de infamia".

Y volvió a repetir su frase:

"La muerte por un ideal de redención humana es la suprema consagración del amor".

106
AÑO TREINTA Y TRES

En Jerusalén habían comenzado grandes actividades de los amigos del Profeta Nazareno, en preparación secreta para los acontecimientos que se esperaban.

En el que fuera años atrás Palacio Henadad, adquirido por la Castellana de Mágdalo para refugio de viudas, se habían celebrado reuniones secretas entre el príncipe Melchor, con los príncipes judíos Sallun de Lohes, Jesuá y Judá hijo de Ithamar.

José de Arimathea y Nicodemus habían concurrido también. Estudiaban el plan de liberación propuesto por Yohanán el profeta mártir.

Comprobaron asimismo que todos los datos dejados en su testamento eran exactos, y que los testigos que corroborarían las denuncias ante el Delegado imperial de Siria, vivían todos y estaban dispuestos a dar testimonio de la verdad, con la única condición de que fueran protegidas sus vidas.

La virtuosa Helena, hermana de Noemí y madre del joven rey Izate Adiabenes, de las orillas del Éufrates, había concurrido a Jerusalén en aquella Pascua y decidió quedar establecida en la capital del mundo israelita.

Enterada por su hermana de lo que se proyectaba, puso la mitad de sus bienes a disposición de los dirigentes de aquella cruzada libertadora.

Compró tierras a las afueras de la muralla norte de Jerusalén, y en esas

tierras estaban comprendidas las antiguas canteras de la Gruta de Jeremías y el vetusto panteón llamado de los Reyes, porque en sus inmensas criptas estaban sepultados muchos de los últimos reyes de Judea.

Estas tierras limitaban al oeste con el inmenso bosque de olivas perteneciente al príncipe Jesuá. Por el lado occidental de las murallas, desde el camino de Jaffa hasta unirse a las posesiones del príncipe Jesuá, había comprado Simónides para el príncipe Judá, mientras el Hack-Ben Faqui había hecho lo mismo en las afueras de la muralla sur, quedando en dicho solar la antiquísima tumba de David ya conocida por el lector, y la parte de uno de los acueductos que surtían de agua a la ciudad.

La mayor parte de esas tierras habían sido confiscadas por los Procuradores Romanos, que sin escrúpulo alguno las reducían a oro, vendiéndolas a quienes dieran más por ellas.

Por el lado oriental de las murallas estaban el Monte las Olivas, Bethphagé, el Huerto de Gethsemaní, Betania y un campo sembrado de antiguas tumbas, pertenecientes todo ello a familias esenias que de muchos años atrás lo poseían por herencia no interrumpida desde sus lejanos antecesores, y habían hecho lo mismo en las afueras de la muralla sur.

El lector comprenderá por esta descripción, que los soñadores con la libertad de Israel estaban perfectamente ubicados para estacionar sus legiones de defensa en torno a la ciudad de los Reyes.

Mientras tanto Yhasua, ajeno a todo este movimiento preparatorio, visitó con sus Doce las antiguas Sinagogas de Nehemías y Zorobabel, donde encontrara en otra ocasión tesoros históricos de gran interés para los Santuarios Esenios dedicados a conservar la verdad en sus archivos de rocas.

—Si algún día –les dijo–, cuando yo haya vuelto al que me envió, os sentís animados a escribir lo que os sea dado de lo alto, venid a depositarlo en estas arcas de encina guardadas por la honradez legendaria de los fundadores de estas dos sinagogas, únicos santuarios de Divina Sabiduría que han quedado en la ciudad de los Profetas.

“Nehemías y Zorobabel, los dos grandes hombres que levantaron con su fe, templo y murallas de la devastada Jerusalén, parecen velar por los tesoros históricos de la raza dos veces elegida por la Eterna Ley, para albergue de la Divina Sabiduría en contacto con la humanidad terrestre”.

Ante esta alusión a una separación definitiva, Pedro, reflejo de la impresión de todos, le dijo:

— ¡Señor!..., ¿qué haremos nosotros sin ti, si apenas sabemos andar a tientas por los caminos de Dios? Contad de seguro que todo se lo llevará el viento.

— ¿Y para eso creéis que os tengo conmigo hace más de dos años? –le contestó afablemente el Maestro, siguiendo con ellos hasta la Puerta llamada de los Rebaños, y que tornasen a Betania donde le esperarían para regresar todos juntos a Galilea.

Mientras caminaban les dijo:

—Yo soy para vosotros, como el dueño de una heredad que quiere cultivar, y como debe emprender un largo viaje la deja al cuidado de sus doce hijos mayores.

"A cada uno le hace depositario de cierta porción de sus caudales para que con ellos trabajen y hagan producir su heredad.

"A unos les da cinco talentos de oro, a otros cuatro, a otros tres, dos, uno, según ve sus capacidades y su voluntad.

"Cuando ha terminado su viaje, el dueño vuelve y llama a cuentas a sus hijos en la misma heredad que les dio a cultivar. Los unos se acercan y dicen: ¡Padre!... he sembrado, he luchado con las tempestades, con la sequía, con las heladas, con las plagas de insectos malignos, pero algo he cosechado, lo bastante para devolverte doble el capital que me diste.

"Los otros le dicen a su vez: ¡Hemos sembrado pero la cizaña ahogó muchas veces la simiente, y la peste mató las bestias de labranza, y fue tan mezquina la cosecha que temiendo perderlo todo, guardamos en lugar seguro tu oro y aquí lo tienes! Sólo hemos podido conservarlo para devolvértelo.

"El padre entonces les dice:

"Vosotros que no os habéis acobardado por las duras contingencias de la lucha, de la cual salisteis triunfadores, pasad a tomar posesión de un Reino que no tiene límite ni conoce fin, donde desplegaréis nuevas actividades puesto que demostrasteis saber perseverar en la lucha hasta vencer.

"Y vosotros que os dejasteis vencer, comenzad de nuevo la siembra en la misma heredad hasta que como vuestros hermanos, seáis capaces de vencer todas las dificultades y presentarme los frutos recogidos de vuestra labor.

"¿Qué os parece mi parábola? ¿Obró con justicia el dueño de la heredad?

—El dueño de la heredad eres tú, Maestro –dijo prontamente Matheo–, y nosotros somos quienes debemos sembrarla. Muchos fracasaremos y los menos serán quizá los que triunfen.

— ¡Fracasaremos todos!... –añadió Andrés–. ¡Si tú, Señor, no estás con nosotros!... ¿Por qué hablas de alejarte y dejarnos, y después que nos hiciste gustar el agua dulce de tu compañía?...

— ¡Donde tú vayas, Señor, iremos todos!... –dijo Juan, en cuyos candorosos ojos ya temblaba una lágrima...

El Maestro se enterneció visiblemente.

— ¡Está bien..., está bien! –dijo–. Haced de cuenta que lo dije para probar vuestra fuerza de voluntad, y el grado de conciencia que tenéis de vuestras responsabilidades.

— ¡Responsabilidad!, ¿por qué? –preguntó Tomás.

—Amigos míos, a cada uno de vosotros he dado una lámpara encendida. Y las lámparas son para alumbrar en las viviendas y en los caminos, en las aldeas y en las ciudades.

"Si escondéis vuestra luz bajo un celemín, seréis culpables de los que tropiecen y caigan a causa de las tinieblas.

—Tus palabras, Señor, tienen un sentido oculto –observó Nathaniel–, y parece que hablas para el futuro. Tú conoces el futuro y no quieres revelarlo.

— ¿Y para qué ha de revelarlo? –dijo Zebeo tristemente–. Nos causaría desesperanza desde antes de comenzar la tarea. ¿No es así, Maestro?

—La Divina Sabiduría se reserva el futuro, porque la pequeña y débil criatura humana es casi siempre incapaz de mirar en la tiniebla de lo porvenir, sin sufrir escalofríos de espanto.

"¿No oculta el buen médico la marcha y el fin de ciertas enfermedades para no alterar la tranquilidad del paciente?

"Nuestro Padre Celestial es, ante todo, padre y médico de sus hijos, y cuando debe hacer dolorosas amputaciones para curarles, no las anuncia de ordinario, hasta que ellos mismos las vean llegar.

— ¡Señor! –exclamó desolado el buen Pedro–. ¡Tú nos puedes hacer vencedores a todos! ¡Hazlo así, Señor!

— ¡Te engañas, Pedro! No soy yo el que hará vuestros triunfos, sino vosotros mismos. Por mandato del Padre, os doy la luz y os enseño el camino del triunfo, y como Enviado del Padre os digo por Él: "Soy el camino, la verdad y la vida que habéis elegido".

"¿No me llamáis vuestro Maestro? Decís bien, porque lo soy. Haced pues lo que viereis en vuestro Maestro, y estaréis en la verdad y no erraréis el camino, vuestra vida eterna será entonces una corona de triunfos".

Cuando llegaron a los bosques de Betania encontraron que el joven Felipe, ayudado por los criados de Lázaro, tenía todos los asnos enjaezados y listos para partir.

Antes que el Maestro y sus Doce, había llegado la familia de Ithamar con Helena de Adiabenes y Melchor de Horeb para despedirse de los viajeros, entre los cuales iría el príncipe Judá y Simónides.

Los cuatro Doctores amigos de Yhasua que ocupaban cátedra en el Gran Colegio, extraían para sus alumnos del obscuro seno de las sagradas profecías, la verdad que ya no podía ocultarse: El Mesías prometido por los Profetas estaba ante el pueblo de Israel.

Sus obras lo proclamaban bien alto. El pueblo corría tras él. ¿Por qué sus altos dirigentes mantenían cerrados sus ojos para no verlo?

Hanán, el astuto anciano que conocemos se había presentado al Gran Colegio para escuchar las lecciones de aquellos cuatro Doctores que se habían constituido "agentes" según él decía, del maestrillo galileo.

—Estáis torciendo el rumbo de nuestra juventud –les dijo–.

"¿Queréis que se mantenga el orden y la disciplina en el pueblo con un hombre que enseña la igualdad de la plebe con la nobleza y hasta del esclavo con sus amos? ¿No es eso incitar a la rebelión? Si tanto le amáis cambiad de lenguaje, no sea que vosotros mismos ayudéis a dictar su sentencia.

"Está escrito que el Mesías saldrá de Betlehem de Judá de la misma cuna del Rey David.

"Vosotros sabéis esto como yo, y os atrevéis a sostener lo insostenible, afirmando que un galileo, Yhasua de Nazareth, es el Mesías anunciado por los Profetas.

—Noble Hanán –contestó al instante José de Arimathea–. Si te tomas el trabajo de buscar en el libro de los nacimientos que se guardan en la Sinagoga pública de Betlehem, encontrarás treinta y dos años atrás registrado allí, el nombre de Yhasua hijo de Yhosep y de Myriam, ambos de la Tribu de Judá, y ambos de la estirpe de David.

— ¿Por qué entonces le llaman El Galileo, al Profeta Nazareno?

—Porque Jacob, padre de Yhosep, heredó de sus abuelos maternos tierras en Canaán y en Nazareth y se fue a cultivarlas, por lo cual su hogar y medios de vida están en aquella provincia. No obstante la mayor parte de su parentela reside en Jericó y Betlehem, donde Yhasua nació en casa de Elcana y Sara, tíos de Myriam, a donde había concurrido por negocios familiares. De todo esto hay muchos buenos israelitas que son testigos y que aún viven, y vieron al niño recién nacido la misma noche de la conjunción de Júpiter, Saturno y Marte, tal como los astrólogos caldeos, persas e hindúes venían anunciando desde lejanos tiempos.

"Nicodemus y yo le hemos visto en el día de la Purificación de su madre, a los cuarenta días de haber nacido en Betlehem.

"Éramos muy jóvenes, con sólo veintidós años, y actuando el Anciano Simeón como sacerdote oficiante, fue testigo de que Ana la profetisa paralítica que se hallaba en el Templo, vio una gran luz sobre el niño y fue ella curada de su parálisis de treinta años...

—Y si tan enterados estabais, ¿por qué no lo dijisteis en aquel entonces?

—Noble Hanán, mala memoria tienes cuando has olvidado que el Sanhedrín mismo mandó callar todas estas cosas, alterado por la cólera de Herodes que ordenó la degollación de los niños betlehemitas nacidos

en ese tiempo, para exterminar así al que los sabios venidos del lejano Oriente buscaban como Ungido de la Divinidad. La salvación del niño estaba en el ocultamiento y el silencio.

—Y vosotros tres, ¿qué decís? –preguntó el viejo Hanán a los tres compañeros de José.

—Habiendo sido testigos de los hechos tal como José los ha referido, no podemos menos que reconocer que cuanto él ha dicho es toda la verdad.

—Bien –dijo algo turbado–. Os advierto que si sois hijos de Israel y queréis conservar vuestra buena posición, seguid callando como callasteis hasta ahora, pues no vosotros sino el Sanhedrín debe decir la primera palabra. –Y se retiró.

Los cuatro doctores amigos fueron presentando unos en pos de otros su renuncia a los cargos que desempeñaban en el Gran Colegio, y se retiraron a la vida privada.

Muchos alumnos dejaron también las aulas por solidaridad con sus maestros, y hubo por entonces una triste emigración de estudiantes a las Escuelas de Alejandría, de Siracusa, de Atenas y de Tarsis.

Y ellos fueron como palomas mensajeras de la buena nueva para aquellos países, donde aún no se tenía noticia del gran acontecimiento que debía cambiar la faz moral de la humanidad.

Tan sólo en Alejandría, había dejado traslucir el Maestro Filón que una nueva era había comenzado para la cultura humana, que sería encauzada por senderos también nuevos de paz, de fraternidad y de elevación moral y social.

107
YHASUA EN JERICÓ

Mientras esto ocurría en Jerusalén, Yhasua con su pequeña caravana de discípulos y familiares llegaban al caer de la tarde a las murallas de Jericó, donde debían pernoctar en atención a que viajaban mujeres y niños.

Allí tenía Myriam parte de su parentela como recordará el lector.

A más era el extremo norte de la línea oblicua, según la frase enigmática usada en epístolas secretas, por los dirigentes del movimiento libertador de Israel. En la caravana el príncipe Judá, Simónides, Hanani y Matías, eran conocedores de la importancia de esta línea oblicua, formada por las únicas tres ciudades de la Judea, consideradas como plazas fuertes para las legiones libertadoras.

Hebrón, Betlehem y Jericó. Serían los puntos de concentración y la

previsión del Anciano Simónides las había dotado de inmensos depósitos de cereales, legumbres y carnes saladas, provenientes de los ricos países vecinos: Egipto y Arabia.

Ricos mercaderes se habían instalado de la noche a la mañana según la frase vulgar, con molinos, prensas y lagares que producían a millares los sacos de harina, los cántaros de aceite y los pellejos de vino. Los pobladores de las tres ciudades se creían los privilegiados hijos de Abraham, exceptuados de la miseria que acosaba a Israel.

Y si fue siempre bella Jericó por la fertilidad de su suelo, regado por cien arroyos afluentes del Jordán, entonces lo era mucho más por el bienestar de sus moradores y por la alegría sana de sus mujeres, que rivalizaban en lozanía con las rosas de Jericó, celebradas por los vates de aquel tiempo.

En la Gran Plaza del Circo, se hallaba uno de los almacenes depósitos que hemos enunciado, y allí fue el hospedaje de los peregrinos. Para las mujeres se dispuso un pabellón en las terrazas.

Pronto corrió la noticia de que el Profeta que espantaba las enfermedades y la muerte estaba en Jericó, y antes de cerrar la noche, una multitud que engrosaba por momentos llenó la Plaza del Circo en uno de cuyos ángulos se encontraba el hospedaje del Maestro.

Pedían a gritos su presencia en favor de una porción de inválidos, de ancianos reumáticos o ciegos, de niños cubiertos de erisipela. Y quien más fuerte clamaba por él, era una mujer anciana que tenía su única hija poseída por espíritu del mal, la cual aullaba siempre con el aullido del lobo, causando el terror en los vecinos del suburbio en que la infeliz habitaba.

Y entre el sordo rumor de la muchedumbre, se destacaban claramente los aullidos de un lobo que iban haciéndose cada vez más roncos hasta asemejarse a un estertor. Por fin la horrible voz articuló sílabas, luego palabras y la multitud comprendió que decía: ¡Hijo del Altísimo!... Sólo a ti entregaré mi presa.

El Maestro salió apresuradamente y se abrió paso hacia la madre de la mujer lobo como la llamaban comúnmente. Vestida con un saco de cuero de cabra y con las manos atadas con un cordel, era conducida por dos criados que la sujetaban con una cadena pendiente de la cintura. Su madre lloraba desconsoladamente.

Con sus cabellos enmarañados, la mirada extraviada y el color cetrino del rostro demacrado y sucio, espantaba el aspecto de la infeliz posesa.

El Maestro se detuvo ante ella y dijo a su madre:

—El amor del Padre Celestial es inmensamente superior a la fuerza maligna que domina a tu hija.

“¡Mujer!... Dios escucha el clamor de tu fe”.

Extendió su diestra sobre la cabeza de la joven que cayó al suelo como herida por un rayo, y un silencio de muerte se hizo entre la multitud.

—Desatadle las manos –ordenó el Maestro–, y quitadle la cadena.

Cuando lo hubieron hecho, tomó a la joven por la diestra y le dijo en alta voz:

—Bendice a Dios, Japhia, porque ya eres libre.

La madre y la hija se arrojaron a sus pies bendiciéndole por el bien que de él habían recibido.

El clamoreo de la muchedumbre subió de tono y algunos escribas y fariseos, maestros en la ciudad, llegaron a saber la causa de aquel tumulto.

— ¿Qué pasa aquí que alborotáis de este modo cuando se acerca la noche? –preguntó uno de ellos.

— ¿Quién piensa en la noche cuando estamos viendo a un hombre de Dios obrar maravillas en nombre suyo? –le contestó un fornido mozo que era de los más entusiastas adeptos de la Santa Alianza.

—Los ciegos ven, los paralíticos arrojan sus muletas y los posesos se ven libres de los demonios –añadió otro–. ¿Quién vio nada semejante?

—Aun no ha terminado el sábado, ¿cómo se atreve ese hombre a curar enfermos? ¿No dice la ley: “Santificarás mi fiesta con descanso y oración”? –añadió un adusto fariseo cuya indumentaria indicaba ser persona de buena posición.

—Amigo –le dijo Yhasua que lo oyó–, ¿si se te cae una bestia en un pozo en día sábado la dejas perecer con perjuicio de tus finanzas?

“Valen más los seres humanos que adoran a Dios, que todas las bestias de tus rebaños. ¿No dice también la Ley: Ama a tu prójimo como a ti mismo?

Y el Maestro continuó abriéndose paso entre la muchedumbre hasta no quedar un solo enfermo que no fuera curado.

El fariseo que se vio humillado en público y más aún con las sátiras que oyó entre la muchedumbre, se retiró disgustado y pensando que era gran audacia la de aquel Rabí desconocido, que se permitía darle lecciones a él, hombre de cincuenta años y Doctor de la Ley.

Iba a levantar una furibunda protesta ante la guarnición romana residente en aquella plaza, cuando sintió detrás de él un vocerío aclamando al Profeta Nazareno. Era la multitud de enfermos curados por él.

Algunos conocían al fariseo y eran conocidos por él, de verles desde años atrás ciegos o paralíticos sentados a la puerta de las sinagogas o en los mercados esperando los mendrugos.

— ¡Rabí Sedechias!... –le decían locos de felicidad–, mirad nuestras piernas y brazos como de doncellas que van a la danza.

— ¡Rabí Sedechias!... Ahora puedo ver tu rostro venerable porque el hombre de Dios abrió mis ojos a la luz... ¿No bendices a Jehová conmigo?

Y continuaba la procesión de los enfermos curados, gozosos de hacerse ver del más ilustre Rabí que honraba Jericó.

Cuando pasó aquella madre con su hija obsesada por espíritus malos y ya libertada por el joven Profeta Nazareno, el Rabí Sedechias no pudo menos que declararse vencido, pues él y otros de sus colegas habían luchado en vano por libertar a la infeliz Japhia de la maligna fuerza que la encadenaba.

La muchacha caminaba envuelta en el manto blanco del Profeta y su madre dijo al fariseo:

— ¡Mírala, Rabí Sedechias, qué cambiada está mi pobrecita!...

"¡Dicen por ahí, que ese Profeta, es más que Profeta!, que es el Mesías esperado en Israel. Tú lo sabrás sin duda. ¿Es esto verdad?

Anonadado Sedechias por lo que estaba viendo se sintió forzado a contestar:

— ¡Debe ser verdad!..., ¡mujer!..., ¡debe ser la verdad!...

Y juntando sus manos sobre el pecho como acostumbraban los fariseos en plena calle, oró así:

— ¡Altísimo Señor de los Cielos, si es la hora de tu luz sobre Israel, no dejes en tinieblas a tu siervo que practicó tu Ley para merecer la claridad de este día!...

Y volvió sobre sus pasos hacia la Plaza del Circo con el deseo de ver de cerca al Profeta; pero la plaza estaba ya desierta y la noche caía serena sobre la blancura del Circo, destacándolo más de las palmeras que lo rodeaban y de las obscuras callejas que se esfumaban en las tinieblas. Sólo se veía luz en el gran almacén-depósito que hemos mencionado.

— ¿Yo..., penetrar en un almacén-depósito de vinos y comestibles, a esta hora?... –se decía–. Pero frente a esta casa se hizo el tumulto y aquí había hombres galileos...

Cuando él estaba en estas observaciones en la obscuridad sólo alumbrada por el reflejo de luz que salía de los almacenes, llegó el Maestro con tres de sus compañeros que volvía de fuera de las murallas donde su piedad le llevó a curar unos leprosos que se veían imposibilitados de acercarse hasta él.

Con solo su túnica blanca ceñida a la cintura, con el cíngulo violeta de los Maestros Esenios, aparecía más grácil y juvenil su delicada silueta. Con su manto había cubierto a la joven posesa, y sin esperar a proveerse de otro en la posada, corrió a las afueras de la ciudad porque el clamor de los leprosos desbordaba la piedad en su corazón.

— ¡Profeta de Dios!..., ¡no nos dejan acercarnos a ti porque estamos

condenados por la Ley como inmundos!... ¡Señor..., apiádate de seis infelices leprosos que claman por ti a la puerta de la ciudad!

— ¡Hijo mío, tu palidez me asusta! Estás fatigado –le decía su madre mirando los círculos violetas que rodeaban aquellos ojos amados.

— ¡Señor! –le decía Pedro–, por mi edad me has autorizado para avisarte cuando te excedas en tus tareas por los enfermos, es hora de descansar.

—La noche ha cerrado ya, hijo mío –le decía su tío Jaime–, el rocío empieza a caer como una llovizna y de aquí a la muralla hay unos quinientos pasos...

— ¿Pero estáis sordos que no escucháis esos clamores?... –les preguntaba con la pena retratada en el semblante.

— ¡No oímos nada!... Es el cansancio, Maestro, –contestaron– es el estado nervioso en que te pone la fatiga que te hace oír clamores en todas partes...

—Volveos vosotros a la posada, que yo solo iré hasta la puerta –dijo y sin esperar más, echó a andar con gran ligereza.

Los de más edad volvieron con Myriam y demás mujeres a la posada, y Juan, Zebeo y Felipe siguieron al Maestro.

Los leprosos estaban allí a veinte pasos de la puerta y seguían en sus dolientes clamores.

—Vuestra fe es más grande que la distancia que he recorrido para llegar a vosotros –les dijo–.

“¡Sed salvos!..., ¡sed limpios, sed curados en nombre de Dios! –exclamó con tal vibración de amor y piedad, que hasta los tres discípulos que le seguían se sintieron envueltos en ella y cayeron de hinojos adorando a la Majestad Divina, que tan profundamente se hacía sentir–.

“Id a lavaros al arroyo –les dijo–, vestíos de limpio y presentaos al sacerdote de turno para que os declare curados y podáis volver a vuestras familias.

— ¡Señor! –le contestó uno de los leprosos–, debemos quemar estos harapos y no tenemos un sestercio para comprar ropas nuevas.

—No dudéis..., no temáis..., ¿qué es más, los vestidos o la salud y la vida? Y si el Padre Celestial os ha dado en un instante la vida y la salud, ¿no os puede cubrir también con una túnica limpia?...

“Id y haced lo que os digo que mi Padre tiene millares de ángeles que le obedecen y le sirven”.

Los discípulos se miraron con asombro unos a otros, y cuando los leprosos echaban a andar se despojaron de sus mantos, los partieron por la mitad y se los entregaron.

El joven Felipe que no siendo de la vida en común de los Doce, llevaba dinero consigo, dio dos denarios a cada uno de los enfermos para que al siguiente día completasen su vestidura.

Así volvían nuestros cuatro personajes de la excursión a las afueras de la ciudad, cuando encontraron al Rabí Sedechias hecho todo ojos mirando por el portalón al interior del almacén.

—La paz sea contigo, Rabí –díjole el Maestro, que reconoció de inmediato al fariseo que le había censurado las curaciones de esa tarde cuando aún no había terminado el día sábado.

— ¡Y contigo, Profeta! A ti te buscaba –le contestó.

—Viene muy fatigado –intervino Zebeo–, y aún no ha tomado refrigerio alguno. Si pudieras volver mañana...

—Entra, Rabí –díjole afablemente Yhasua, poniéndole su mano en el hombro–. Entra y si no lo tomas a mal, partiré mi pan y mi vino contigo... –entraron.

—Simónides –dijo el Maestro–, el Rabí Sedechias honra esta casa con su presencia. Mi porción de la cena la partiré con él.

Simónides para quien era la gloria un acto de confianza del Maestro para con él, se acercó lleno de gozo y le dijo:

—Mi Señor..., eres tú quien manda en esta casa y en todas las casas que dependen de mi.

"Seas bienvenido, Rabí Sedechias, a estos rústicos almacenes transformados en hospedería por esta noche.

Se sentaron todos alrededor de una larga mesa.

El fariseo se asombró grandemente de que también las mujeres tomasen puesto allí, que en la rigidez tiránica de sus costumbres se usaba que comieran separadas.

A la derecha de Yhasua estaba su madre y a la izquierda el Rabí Sedechias.

— ¿En la mesa de un Profeta de Dios se sientan las mujeres? –preguntó sin acritud pero con una curiosidad que no pudo disimular.

—Rabí Sedechias –dijo el Maestro llenándole el vaso con el vino de la ánfora puesta ante él–. ¿No es mujer, tu madre?

— ¡Claro que lo es!

— ¿No dice la Ley dada por Dios a Moisés: Honra a tu padre y a tu madre?

—Sí que lo dice –contestó el interpelado.

— ¿Y te parece que honra a su madre el hijo que rehúsa sentarla a su lado en la mesa como si fuera indigna de tal honor?

"¿No le trajo ella en sus entrañas y le alimentó de su seno? ¿Es algo más el hijo cuando ha crecido que cuando era pequeñín y dormía en su regazo?...

— ¡Razonas muy diferente a nosotros, Profeta!..., pero no puedo menos que reconocer la luz de Dios en tu razonamiento –contestó el Rabí.

—Me alegra que estemos de acuerdo y ello me hace comprender que

eres fariseo por costumbre y porque tus antepasados lo fueron. Tú estás preparado Rabí para Maestro de la Ley Divina, no de las leyes de los hombres...

— ¿Y qué otra cosa son, dime, los Doctores de Israel sino maestros de la Divina Ley? –preguntó Sedechias.

— ¡No! –dijo secamente Yhasua–. Tengo observado que la mayoría de los Doctores de Israel son destructores de la Ley Divina.

— ¡Profeta!..., ¡mira lo que dices!... –exclamó casi espantado el fariseo.

—Sé bien lo que digo y afirmo, Rabí Sedechias –insistió el Maestro–.

"Te ruego que glosemos juntos la Santa Ley y luego me dirás si tengo o no razón. Y no temas hablar en presencia de todos éstos que son verdaderos israelitas, de conciencia formada en la Ley de Dios, no en las leyes de los hombres.

"Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo, es el primer mandamiento de la Ley –dijo Yhasua.

—Así es y los Doctores de Israel lo cumplimos al pie de la letra.

—No lo cumplís, Rabí Sedechias, y perdonadme. ¿No sostenéis vosotros el derecho del amo para azotar bárbaramente a sus esclavos y aún condenarles a muerte? ¿No mandáis que el esclavo vitalicio sea agujereado en su oreja izquierda clavándole en la puerta de vuestra casa para dejarle eternamente marcado en su vil condición? ¿No sostenéis y mandáis, que el amo tiene derecho de vender sus esclavos como vende sus ovejas o sus asnos separando los hijos de sus madres, los maridos de sus mujeres, y a los hermanos entre sí?

—Justamente..., es así la ley.

—La ley vuestra, pero no la Ley de Dios. ¿Es eso, dime, amar al prójimo como a vosotros mismos?

— ¡Pero son esclavos, Profeta, y no prójimos!... –arguyó el fariseo.

— ¡Ah!..., es sutil tu salida, Rabí, pero la Ley Divina no ha hecho diferencia alguna entre el esclavo y el que no lo es, y tanto salió de la Omnipotencia Divina el alma del amo, como la del esclavo; y la Naturaleza, obra de Dios, forma de igual manera el cuerpo de los reyes como de los vasallos, de los nobles y de la plebe, de los amos y de los esclavos. ¿Es esto verdad, Rabí Sedechias?

—Sí, es la verdad, Profeta...

—Bien. Entonces quiere decir que los promulgadores y sostenedores de esas leyes, van en contra del primer mandamiento de la Ley de Dios.

— ¿Cómo así?...

—Es así, porque los sabios de Israel al promulgar sus leyes sólo tuvieron en cuenta sus conveniencias, y olvidaron por completo la Ley Divina. En la legislación de los Doctores y Príncipes del Sanhedrín, el

amor al prójimo es desalojado por una cruel rigidez de intolerancia para los débiles y pequeños.

"En cambio tiene un manto de tolerancia para los fuertes y los poderosos.

"El quinto mandamiento de la Ley dice: No matarás, y los legisladores de Israel ordenan matar a pedradas a la mujer encontrada en adulterio. ¿Por qué el Sanhedrín no aplica esa Ley a Herodías y para mayor escándalo, se alía con Antipas, y deja asesinar a Yohanán, única voz que reprendió a la adúltera?

"¿Y por qué esa ley es sólo aplicada a la mujer y no al hombre adúltero como ella?

"El séptimo mandato divino dice: No hurtarás. Y los legisladores que han añadido ojo por ojo, diente por diente, cometen impunemente horrendos latrocinios con las viudas y los huérfanos. El Templo que en los antiguos tiempos fue refugio de viudas y huérfanos desamparados, es hoy refugio de viudas y huérfanos despojados por los altos dignatarios del Templo, que encuentran hábiles combinaciones financieras para que los bienes de viudas y huérfanos pasen a sus arcas particulares... ¿Acaso ignoras tú esto, Rabí Sedechias?".

El interpelado guardaba silencio porque se veía abrumado por la lógica de acero del Profeta Nazareno que continuó diciendo:

—La exigencia de nuevos y costosos holocaustos, es otra forma del hurto condenado por la Ley Divina. ¿No ves en ello el comercio ilícito de los sacerdotes?

"Todo el comercio de Israel está acaparado por las grandes familias sacerdotales, los Boeto, los Phabilos Kantaros y los Hanán que reinan en la actualidad mediante el oro del Templo, con que compran su triunfo. Sólo se han librado de sus garras dos o tres grandes fortunas, cuyos administradores tuvieron el talento necesario para esquivar sus zarpazos".

Y al decir así, la mirada del Profeta se cruzó con la de Simónides y el buen Anciano le agradeció la alusión.

— ¡Profeta de Jehová! –exclamó el Rabí Sedechias–. No sigas más te lo ruego, porque en verdad te digo que estoy herido de muerte en mis ideales y convicciones. ¿Qué será del pueblo de Israel?...

—El pueblo de Israel se salvará o perecerá, según que se incline hacia la verdad o hacia la mentira –contestóle el Maestro.

—Y tú que eres el hombre vencedor de lo imposible, ¿no puedes salvar a Israel? –preguntó con angustiado acento Sedechias.

—Dios me dio el poder de salvar al que quiere ser salvado –dijo el Maestro solemnemente–. La Ley Eterna es inmutable. No varía ni cambia jamás. Ningún Profeta, ningún Enviado, ningún Maestro será autorizado para violentar el libre albedrío de los seres. Se pierde el que quiere

perderse y se salva el que quiere salvarse. Y yo como enviado suyo, digo al pueblo de Israel y a todos los pueblos de la Tierra:

"Yo soy el camino, la verdad y la vida... Venid a mí los que queráis ser salvados y que el Reino de Dios sea abierto para vosotros.

— ¡El Reino de Dios!... –exclamó el fariseo como esperando ver de pronto una visión magnífica–. ¿Y dónde está el Reino de Dios?

— ¿Y tú que eres Doctor en Israel no sabes dónde está el Reino de Dios?

—Hasta ahora he creído que está en el Sagrado Templo, donde se guarda la Torah y el Arca de la Alianza, y los tesoros que el pueblo ofrenda a Jehová en siglos y siglos...

— ¡No y mil veces no!... –afirmó con aplastante energía el Maestro–. El Templo es un amontonamiento de piedras, de mármoles, de finísimas maderas, de oro bruñido, donde el hombre ha dejado su arte y ha vaciado el sudor de su frente, pero todo eso es cosa muerta, fría, sin palpitaciones de vida.

"El Reino de Dios es la Energía Eterna puesta en acción permanente; es la Luz Divina de la Inteligencia que enciende a millares las lámparas de la Fe, para los que buscan ser alumbrados por ella; es la dulce vibración de la Esperanza, en las Promesas Divinas para todos los que han merecido ver en ellos su cumplimiento; es en fin, la potencia suprema del Amor que emana incesantemente del Padre como inagotable torrente, para todos los que quieren saciarse en sus aguas de vida eterna...

"¡El Reino de Dios está pues en todos los mundos poblados de almas capaces de Fe, de Esperanza y de Amor! ¡Está en todos los rincones de este pequeño mundo de expiaciones dolorosas, allí donde está un puñado de almas o una alma sola despierta a la Verdad Divina y que sea por tanto capaz de Creer, de Esperar y de Amar!...

"¡Creer!, ¿en qué? ¡En la omnipotencia del Amor Divino que encierra en Sí mismo todo cuanto alienta con vida en el vasto universo!

"¡Esperar!, ¿qué?... La hora suprema de la liberación y del merecimiento que en la inmensidad infinita resuena para cada alma como un clarín de triunfo, cuya melodía traducida en palabras le dirá: Entra en tu morada, a poseer el Reino que has conquistado.

"¡Amar!, ¿qué ha de amar? El Ideal Supremo con que sueña desde el primer despertar de la inteligencia; que ha buscado durante siglos y siglos y que ha encontrado por fin palpitando en su propia vida, aleteando como pájaro cautivo en sus propios anhelos..., derramándose de su propio corazón en oleadas de piedad incontenible para todos los que sufren miserias físicas y miserias morales..., para los que soportan el látigo de la injusticia humana, para los que el crimen encadena, y la sociedad esclaviza..., para todas las víctimas voluntarias o forzadas de

la monstruosa ignorancia humana, que teniendo a la vista la infinita grandeza de Dios y la omnipotencia de su Amor soberano, se empeña en encerrarse en un cascarón de barro como el escarabajo, símbolo egipcio del alma esclavizada en la materia, sin querer convencerse de la grandeza de su destino: la posesión eterna de Dios.

"¿Has comprendido, Rabí Sedechias?...

"El Reino de Dios está en ti mismo, si quieres abrir tu alma a la Verdad Divina. En ti mismo está tu Soberano Rey, tu Divino Dueño que te dice:

"Porque amas como yo te amo, he hecho mi morada en tu propio corazón".

El Rabí inclinó su altiva cabeza sobre el borde de la mesa, donde aún estaba sin vaciar su copa..., y lloró silenciosamente durante un largo rato.

La interna oración de las almas, llenó de silencio el improvisado cenáculo, mientras el Hombre-Luz posaba su mano llena de bendiciones sobre aquella cabeza que se doblaba al peso del deslumbramiento del alma, frente por frente a la claridad Divina...

—Cuando la luz se ha encendido para mí, tu ausencia la apaga nuevamente... Profeta –dijo el fariseo, cuando la emoción le permitió hablar.

La cena había terminado y las mujeres primeramente y los demás comensales después, fuéronse retirando a sus alojamientos, quedando solos junto a la mesa el Maestro y Sedechias con Pedro, Nathaniel, Zebeo, Juan y Felipe el joven.

— ¿Que mi ausencia apaga tu luz has dicho? No, amigo mío. Cuando el Padre Celestial ha encendido su claridad en una alma, ninguna ausencia puede apagarla, si tú mismo no la apagas.

—Dos palabras más, Profeta, para que yo comprenda con perfección tus caminos: ¿Eres contradictor de Moisés o afirmador de Moisés?...

La genial mirada de Yhasua envolvió como una llamarada la faz de Sedechias y encontrándolo sincero le habló así:

—La Suprema Inteligencia, amigo mío, manda de tiempo en tiempo sus enviados al seno de la humanidad, para desbrozar nuevamente los caminos y limpiarlos del polvo que la incomprensión y la ignorancia de los hombres arroja a montones sobre ellos.

"Y estos enviados, ya se les llame Profetas, Maestros, Filósofos o Sabios, jamás destruyen los unos la obra de los otros, antes la completan y esclarecen, teniendo en cuenta la mayor capacidad intelectual, moral y espiritual, de las porciones de humanidad a quien va dirigido el mensaje.

"La Verdad Divina es una sola y es inmutable e inconmovible, porque es eterna como la Causa Suprema de que procede.

"Yo no puedo contradecir a Moisés, ni a ninguno de los Profetas, Maestros o Filósofos, que, enviados por la Eterna Sabiduría, vinieron antes de ahora a la humanidad. Pero sí, puedo decir a la humanidad que ha falseado la doctrina enseñada por ellos; que ha borrado de la faz de la Tierra los senderos abiertos por ellos; que en vez de dar a beber el vino añejo y puro de la Verdad Divina traída por ellos, lo sepultan en sus bodegas de donde lo dejan salir por gotas y aún mezclado con resina aromática que embriagan los sentidos y deslumbran la imaginación. ¿No es esto, dime, lo que ha pasado con la enseñanza de todos nuestros Profetas y aún del mismo Moisés, de cuyo nombre y gloria está tan celoso Israel?

"¿Dónde encuentran en este pueblo la honradez acrisolada del patriarca Abraham, la fidelidad de Isaac, la noble lealtad de Jacob, el perdón heroico de José?

"¿Qué rastros encuentras de ellos en la vida de los altos dignatarios y dirigentes de Israel?

"Hemos visto tú y yo en esta noche, que de los diez mandamientos de Moisés sólo viven en la conciencia del pueblo, los que permiten la creación de prácticas y fórmulas puramente exteriores, como es el tercero que prescribe santificar los sábados con descanso y oración ampliado hasta la más ridícula exageración, sirviendo así de traba al verdadero espíritu de la Ley que es el amor fraterno y la ayuda mutua. Del sexto, no cometerás adulterio, ha surgido una dura cadena ni aún soñada por Moisés, que va directamente en contra de la unificación de todos los pueblos y de todas las razas, que tienen el mismo origen e idéntico fin.

"Esta cadena, es la prohibición bajo pena de muerte, de contraer matrimonio con sujetos de otras razas y de otras creencias.

"De la Ley de Moisés, cuyos fundamentos son el amor a Dios y al prójimo, debió surgir como arroyuelo de su fuente el amor universal a todos los hombres que pueblan la Tierra, y ese fue el pensamiento Divino interpretado por Moisés, y traducido a palabras grabadas en tablas de piedra para hacerlos indestructibles...

"La clara visión de Moisés del Amor de Dios como Padre Universal de cuanto alienta en la creación, le inspiró la idea sublime de un pacto eterno del Creador con sus criaturas, y el pacto fue rodeado de cánticos de amor y de alegría, de fiestas de concordia entre las familias, entre los amos y los siervos, que con palmas floridas y espirales de incienso se daban el ósculo de paz, de amistad y de perdón de todos los agravios.

"Pero los hombres más materia que espíritu, más carne que inteligencia, más egoísmo que amor, encontraron bien pronto el camino para llegar a la más grosera y repugnante materialidad de la idea

original, basada toda en el amor de Dios a sus criaturas y de ellas entre sí, encontraron el sello de aquel pacto en la ceremonia brutal de la circuncisión, que en nada modifica ni cambia al alma del hombre que continúa siendo un criminal o un justo, porque los ritos y las fórmulas y las prácticas exteriores, no tienen ni tendrán poder sobre las condiciones morales y espirituales del hombre.

"Quince siglos han pasado desde Moisés, y tú sabes tanto como yo, y como todos los letrados de Israel, que esa larga cadena, más larga aún de ordenanzas y de leyes fueron promulgadas a mucha distancia del Legislador, cuya obra de elevación humana destruyeron casi por completo. Yo soy pues un restaurador de la obra de Moisés, aunque ya sé que seré condenado en nombre de la Ley de Moisés, como serán condenados en el futuro y en nombre mío, los que fieles intérpretes de la Verdad Divina, pretendan limpiar de zarzales y de polvo el camino abierto por mí, en la hora presente.

"Lo que hizo ayer la incomprensión y la ignorancia, lo hará hoy y lo hará mañana, hasta que haya sonado la hora en que la Justicia Divina detenga el torrente desbordado del mal, abriéndole cauce hacia mundos inferiores en busca de una posible transformación".

—Todo cuanto has dicho, Profeta –dijo el fariseo–, lo he pensado más de una vez, y desde el fondo de mi espíritu he visto levantarse como una espantosa visión, la desgracia futura de Israel a quien su dura cerviz le arrastrará hasta el fondo del abismo.

"Mas, dime: ¿La Justicia Divina hará responsable al pueblo de la prevaricación de sus dirigentes?

"¿Pedirá cuentas al pueblo ignorante, indefenso, que acepta lo que le dan y obedece a ciegas lo que le mandan?

—No todas las responsabilidades son medidas por la Eterna Justicia con la misma vara –contestó el Maestro–. *Al que más se le ha dado más se le exigirá.*

"A las cuatro grandes familias sacerdotales que desde varias generaciones vienen formando el Sanhedrín, transmitiéndose como por herencia los más altos puestos en ese supremo tribunal, la Justicia Divina hará responsable de todo el dolor, miseria y la degradación que soporta Israel.

"¿No eligió Moisés de entre todo el pueblo, los setenta Ancianos más honorables y justos que pudo encontrar, y a ellos encomendó la custodia de la Divina Ley y la pureza de las costumbres de acuerdo con ella?

"¿Cómo se explica que al poner los pies en la tierra prometida y aún antes de vadear el Jordán, ya olvidó Israel el inexorable "No matarás", y se entregó a la matanza y la devastación con un furor que espanta?

"¿Son ellos los hijos de Abraham, que retuvo sin sepultar a su amada

Sara hasta que hubo pagado cuatrocientos ciclos de plata por el campo en que estaba la gruta que sería su tumba?

"¿Son ellos los hijos de Jacob cuya honradez acrisolada y noble desinterés, desarmó la cólera de Esaú y de Labán, a los que nada debía y no obstante les colmó de ofrendas y de dones?

"¿Quién fue el iniciador de la claudicación de Israel?

"¿Cuando toda una cesta de fruta se ha corrompido, sabes tú cuál fue la primera?

"Lo que los hombres no saben ni pueden averiguar, lo sabe Dios, Luz Infinita y Eterna, y no tanto a los pueblos como a sus dirigentes, príncipes, pontífices, sacerdotes o doctores les preguntará en el día tremendo de su justicia. ¿Qué habéis hecho de mi Ley? ¿Por qué la habéis borrado del camino de Israel, que debía transmitirla a toda la humanidad?".

Hubo un penoso silencio en que las miradas de los cinco discípulos presentes iban del Maestro al fariseo, pues bien comprendían que la conversación había llegado a un punto decisivo, del cual debía surgir un vencedor y un vencido.

La lógica del Maestro era aplastante y ya presentían que Sedechias no podía menos que reconocer la verdad.

— ¡Profeta! –díjole por fin–. La Verdad Divina está en tus palabras.

"Negarlo sería negar la luz del sol y la claridad de las estrellas. Mi situación es harto difícil, porque estoy emparentado por mi mujer con Shamai, cuya fama de luchador intransigente debe serte conocida. Está al frente de nuestro partido y su palabra es oída como la de un Maestro.

—Tú eres libre Rabí de seguir sosteniendo la mentira, o de abrazar la verdad. Yo nada te exijo.

"El camino de la sabiduría está sembrado de espinas, y nada tienen de común las encumbradas posiciones y los poderes terrenales con la Verdad Divina.

"¿No resplandeció un día bajo las tiendas de nuestros Patriarcas nómadas?

— ¡Profeta!... ¿Serías capaz de hablar de igual manera que lo has hecho hasta hoy, en presencia de Shamai?

—Tú me has llamado Profeta, ¿piensas que un Profeta temería decir la Verdad en presencia de un hombre que sabe la Verdad y se empeña en ocultarla?

"Shamai ya tiene noticias de mí, y rehusó encontrarse frente a frente conmigo.

"Su corazón no está dispuesto como el tuyo, Rabí Sedechias, y él no se abrirá a la Verdad Divina aunque sienta que le abraza las entrañas.

"Además tiene fama de ser uno de los grandes sabios de Israel. ¿Ha

de dignarse escuchar a un visionario galileo, nacido en los talleres de un artesano?

—Dios da su luz a los humildes y la niega a los soberbios –dijo Pedro–. Me hace daño, Maestro, oír que te compares con ese orgulloso Shamai que va por la calle entre una corte de adulones que lo ayudan a creerse un Moisés.

— ¿Son discípulos tuyos estos que te rodean? –preguntó Sedechias.

—Sí, son los que continuarán mi obra cuando yo haya vuelto a mi Padre.

—Demasiado pocos para la grandeza de la doctrina.

—Los que me siguen a todas partes y hacen vida en común conmigo son doce. Los que me siguen de más lejos, son innumerables. Aún hay amantes de la Verdad en Israel, aunque la aman en secreto mientras llega la hora de manifestarse ante la faz del mundo.

—Dame tu mano, Profeta –dijo el fariseo extendiendo su diestra hacia Yhasua–. Yo soy de los que te seguirán en secreto hasta que los acontecimientos me permitan abandonar la Judea.

El Maestro estrechó con efusión aquella mano leal que se tendía hacia él, mientras sus ojos llenos de inefable ternura se fijaban en los del fariseo que estaban llenos de lágrimas.

—Mañana salgo de Jericó con destino a Galilea, donde podrás encontrarme cuando quieras en Nazareth o en las orillas del lago.

—Con preguntar por la casa de Simón Barjonne o por la de Zebedeo a la vera del Mar de Galilea, hasta los peces te darán noticia, Rabí –dijo Pedro–, y allí sabrás donde hallar al Maestro.

—Gracias, amigos –dijo Sedechias levantándose.

—Que la paz sea contigo –le dijo Yhasua cuando le vio dirigirse a la puerta.

— ¡Profeta!... ¡Si tú lo quieres yo volveré a ti!... –dijo de nuevo el fariseo–. Di tú una palabra y volveré.

— ¡Lo quiero, Sedechias!... ¡Ven!

La alta figura blanca del Rabí se perdió en la obscuridad de la calle y el Maestro continuaba mirando el negro espacio de la puerta por donde acababa de desaparecer.

—Es un noble corazón –dijo–. Sólo le falta fuerza de voluntad para desligarse de las trabas de la secta que le aprisionan.

108
EN PASAELIS

Al siguiente día la pequeña caravana se ponía en marcha para pernoctar en Pasaelis, acercándose cada vez más a la ribera del Jordán, cuya proximidad se veía claro, en la exuberante vegetación por entre la cual pasaban nuestros viajeros.

El Anciano Simónides y el príncipe Judá se adelantaban siempre a los demás, cuando se acercaban al término de cada jornada.

Al Maestro no le pasaba desapercibido este detalle que relacionaba con lo que le había dicho el mártir Yohanán en su prisión de la fortaleza de Pella: "Mientras enseñaba en el Jordán vinieron a verme tres amigos tuyos, el príncipe Judá, hijo de Ithamar de la casa de Hur, el Hack-Ben Faqui de Cirene, y Simónides de Antioquía, para averiguar si obran con justicia al pretender la liberación de Israel. Les aconsejé no rebelarse contra César, sino contra la dinastía de los Herodes".

Al adelantarse a los demás viajeros ponían como pretexto la preparación del hospedaje para todos.

El Maestro sufría al comprender la tenaz ilusión que ponía venda en los ojos de aquellos seres, que eran tan suyos por la amistad y el amor que les unía, como unida está la rama al árbol que le da vida.

—Sería matarlos de un sólo golpe –pensaba Yhasua–, si les dijera que está muy cerca la hora en que se descargue sobre mí la espada de justicia que debía aniquilar a esta humanidad.

"Son niños aún en el oculto camino de los renunciamientos heroicos y de las inmolaciones completas.

"Los cánticos de Betlehem anunciando la paz a los hombres de buena voluntad, despertaron a muchos al Amor que bajaba hecho carne a la Tierra.

"El canto de los cielos ensombrecidos y de la Tierra temblorosa en el día que va a llegar, despertará a estos amantes ilusionados con el Maestro Nazareno convertido en Rey de Israel.

"Yo soy la resurrección y la vida. La muerte sólo alcanza a la materia, pero es impotente ante la grandeza del espíritu.

"Yo soy la resurrección y la vida, diré a las turbas aterradas en el preciso momento de mi libertad como espíritu misionero de la Voluntad Suprema.

— ¡Maestro!... –le dijo Juan de pronto, volviendo hacia atrás–. Tu cabalgadura afloja el paso y te vas quedando solo.

Como despertando de sus pensamientos, el Maestro le contestó así:

–Cuando un hombre emprende un viaje, piensa muchas veces en el día y hora de la llegada a su destino. Naturalmente me absorbía el pensamiento de que nos acercamos al fin.

Juan no comprendió el oculto sentido de tales palabras.

— ¡Oh!, ¡nuestra Galilea, Maestro..., nuestro lago..., nuestros barquichuelos mecidos por las olas y nuestros huertos llenos de perfume de flores y cantos de pájaros!... ¡La Judea me sabe como un entierro..., y nuestra Galilea como unas bodas!...

—La figura está bien, Juanillo, contemplada desde tu punto de vista –le contestó sonriente el Maestro.

— ¿Y de qué forma puedo mirarla?...

—Un entierro significa la libertad de un espíritu, o sea la resurrección y la vida, y unas bodas son la entrada a un bosquecillo donde no se sabe a ciencia cierta lo que se encontrará: si arroyuelos cristalinos o ciénagas turbias... Si flores o zarzales... Si avecillas canoras o serpientes venenosas...

"¿No es esto la verdad?

— ¡Cierto, Maestro!... Y nunca lo había pensado así.

"Mas, eso de que la muerte es la resurrección y la vida no me resulta muy claro..."

Algunos viajeros acercaron sus cabalgaduras al Maestro para tomar parte en su conversación con Juan.

—Los saduceos afirman –dijo Tomás–, que los cuerpos de nuestros muertos resucitarán en un día determinado.

—Cuando oís cantar al grillo –dijo el Maestro–, *no sabéis precisar el punto de dónde sale ni qué anuncia su voz, si una próxima lluvia o un sol de estío. Así son muchas veces las doctrinas enseñadas por los hombres. En todas ellas hay algo cierto: la voz del grillo que canta. La sabiduría está en encontrar toda la verdad que se esconde alrededor de una vocecita perdida entre el follaje de los campos.*

"Dios, nuestro Padre y dueño, es el único Autor del espíritu y de la materia. Al uno le dio vida eterna, y jamás puede perecer, ni disgregarse, ni disolverse. Su perfecta simplicidad, excluye en absoluto toda disolución. A la otra le dio vida precaria, fugaz, efímera, fácil de destruir..., de reducir a polvo.

"Las leyes divinas son invariables e inmutables como Dios mismo. Lo que pensó y ordenó desde toda la eternidad continúa de igual manera, aunque las humanidades tarden siglos y millares de siglos en ir comprendiendo las leyes divinas. Y los hombres se hinchan de soberbia por cada secretillo del Padre que alcanzan a descubrir en la infinidad de los tiempos...

"¡Como si las manifestaciones múltiples de la Energía Eterna no

hubiesen estado en permanente actividad desde que vive de Sí Mismo. El que no tuvo principio, ni tendrá fin!...

"Bien, pues, el filósofo judío Sadoc, fundador de la escuela Saducea, creyó haber descubierto los fundamentos del mundo, cuando un lejano antepasado suyo le escribió en un pergamino la indicación del sitio preciso en que estaba oculto un antiquísimo documento, que restablecía los derechos de su familia a las tierras asignadas por Josué a la Tribu de Dan, a la cual pertenecía.

"Y la noticia resultó cierta, luego su lejano antepasado, muerto dos siglos hacía, había resucitado de entre los muertos.

"¡Y vivía!..., ¿quién podía negar que vivía?

"Pensad unos momentos:

"El Supremo Hacedor no corrige sus obras porque todas ellas son perfectas. La materia destinada por Él a perecer, no torna a la vida si todo principio de vida le abandonó por completo. Los casos inusitados de retorno a la vida, deben explicarse por una reanudación de las funciones orgánicas en cuerpos donde aún no fueron aniquilados por completo los principios vitales.

"Lo que le ocurrió al filósofo Sadoc, le ocurrió en distintas formas a los filósofos griegos Sócrates y Platón; a Mizraim y Menes, egipcios; a Confucio y Lao-tsé, chinos; a Zoroastro el persa.

"La vuelta del alma humana a su verdadera existencia de libertad, de luz y de amor, es la única y real resurrección, que se obra en todos los seres cuando se ha producido la muerte o aniquilamiento completo de la materia, cesación absoluta de la vida orgánica, destrucción completa de todo principio de vida.

"Yo soy la resurrección y la vida, os dirán los Cielos y la Tierra en todos los tonos, en la hora precisa en que mi espíritu abandone esta materia que llevo conmigo.

"Y en verdad os digo, que al alborear el día tercero de la libertad de mi espíritu, me veréis y escucharéis mi voz como ahora.

"Consumado el gran holocausto, veréis mi entrada triunfal como Hijo de Dios en el Reino de su Padre.

"La muerte es pues la liberación. Morir es vivir. ¡No tengáis pues, horror a la muerte, que es la gran amiga del alma!

"Sintiendo estoy vuestros pensamientos de rechazo y de duda a este respecto, porque el instinto de propia conservación puesto por Dios, como oculta fuerza en todo ser que vive, os impulsa a esquivar el peligro.

"Mas, yo os digo, que cuando el espíritu ha despertado plenamente a la realidad de su vida eterna, aparece en él una fuerza superior al instinto, que le lleva a obrar de acuerdo con ella, sin que le detenga

en su impetuosa carrera ningún peligro de muerte que se ponga en su paso.

"¿Qué son los apóstoles, qué son los mártires y los héroes? Consagrados voluntariamente a un ideal superior, acallan todas las voces de la materia y no oyen más que al espíritu, buscador eterno de su perfección mediante el renunciamiento y el sacrificio en beneficio de sus semejantes..."

— ¡Hijo mío! –dijo de pronto Myriam, que con el tío Jaime y las demás mujeres seguían de cerca al Maestro–. En este remanso sombreado de hermosos árboles podíamos detenernos a tomar un refrigerio. Parecería que hablar de la muerte, te alimenta como el pan.

—Tienes razón, madre –le contestó Yhasua que detuvo su cabalgadura y saltó a tierra. La ayudó a bajar y extendiendo sobre el césped los pellones y mandiles, la hizo sentar y él a su lado, para resarcirla del olvido en que la había tenido desde la salida de Jericó.

—Ahora toca el turno a las doncellas –dijo la anciana Salomé, a quien Zebedeo acababa de sentar junto a Myriam.

— ¡Ay de mí!... –exclamaba Elhida, dejándose caer sobre el césped–. ¡Galilea huye delante de nosotros y no llegamos nunca!

— ¡Pobre Elhida! –dijo junto a ella María de Mágdalo–. Siguiéndome te impusiste este sacrificio demasiado grande para tus años.

—El sacrificio es la prueba del amor verdadero –dijo el Maestro, mientras ofrecía a su madre una cesta con pastelillos y hermosos dátiles de Betania.

— ¡Oh, mi héroe!... –exclamó Myriam mirando con infinita ternura a Yhasua–. ¡Siempre pensando en el sacrificio y la inmolación!... ¿Cuándo pensarás en tu dicha y la de los tuyos?

—Ahora mismo, madre mía, estoy pensando en tu dicha y en la mía que es a la vez la de todos estos buenos compañeros que nos rodean.

"¿No es la dicha la frescura de este remanso en cuya tersa superficie se reflejan los cielos?

"¿No es la dicha este alimento ganado con el sudor de la frente o extraído de los frutos de la tierra, sembrados o recogidos por nuestras manos?

—Nada de esto he sembrado ni recogido yo –dijo con tristeza la Castellana de Mágdalo, indicando la cesta de delicados manjares, preparada por Elhida su vieja aya.

—Pero es muy tuyo, mi niña –díjole ésta prontamente–. Con tu dinero lo he comprado yo misma en el mercado de Jericó...

—Ciertamente, buena mujer –le dijo el Maestro–, pero María quisiera conocer la dicha a que acabo de aludir, o sea, alimentarse del propio esfuerzo.

La fiel mujer se estrechó más a la joven, como si sintiera la necesidad de protegerla de ese nuevo modo de mirar las cosas de la vida a que se veía inclinada.

—Ella debe alimentarse de lo que su padre ganó honradamente para ella –dijo sacando de la cesta y ofreciéndolo a todos, trozos de aves y cabrito asado al horno, tortas de almendras y pastelillos de nueces, vinos exquisitos y frutas escogidas.

—Paréceme que tú eres la madre de todos –dijo la Castellana, mirando con ternura a Myriam que también la miraba compadecida de su tristeza–. Nunca conocí la ternura de una madre... Haz tú como si lo fueras y dame la porción que debo tomar... ¿No eres en verdad la madre de todos?

La mirada serena del Maestro se fijó en ambas mujeres y comprendió en ese instante, el amor que iba de la una a la otra, como una corriente sutil de íntima simpatía y afinidad. Y era el amor hacia él que las ataba a las dos con una fuerte cadena...

—Nutrir los cuerpos mientras las almas se aman, es celestial comida –dijo el Maestro–. Dame madre de los manjares de María, que también quiero comer lo que no he sembrado ni recogido.

—Ha tenido ella una feliz idea. Ahora sé que soy la madre de todos, y en verdad que es hermoso serlo.

Y la dulce mujer del amor y del silencio comenzó a repartir los manjares entre todos los presentes.

Al caer de la tarde llegaban a Pasaelis, donde no ocurrió nada extraordinario a no ser la curación de algunos enfermos en la plaza de las caravanas.

Entre éstos los más notables fueron dos jóvenes hermanos tuberculosos avanzados, que salían de la ciudad hacia una choza que sus padres tenían en lo alto de un cerro vecino. Los muchachos se apoyaban en los brazos de su padre, mientras la pobre madre llorando en silencio caminaba detrás y pensaba:

—Les llevamos a morir allá arriba. –Absorta en este triste pensamiento, no se fijó en los viajeros que desmontaban junto a la puerta por donde ellos salían. El Maestro que vio y sintió el dolor de aquellos cuatro seres y acaso el doliente pensar de la madre, con su asno aún de la brida se acercó a ellos.

— ¿A dónde vais con esos muchachos enfermos y a pie? –les preguntó sencillamente.

— ¿Es que quieres prestarnos tu asno? –dijo el padre extrañado de la pregunta hecha por un desconocido.

—Antes de eso es necesario hacer otra cosa –añadió, poniendo sus manos sobre el pecho de los enfermos.

— ¿Creéis en Dios Todopoderoso? –volvió a preguntarles, y fue la mujer que contestó en el acto.

—Creemos, sí, creemos, y tú eres un Profeta suyo que puedes salvar a mis hijos.

—Bien has dicho, mujer... La Voluntad Divina y tu fe han curado a tus hijos.

La faz de los muchachos se había coloreado de un suave carmín y hacían aspiraciones profundas como si quisieran absorber todo el aire en un momento. Su voz sorda y afónica se tornó clara de repente y ambos comenzaron a gritar:

— ¡Nos ha curado!..., ¡nos ha curado! –Y seguían como inconscientes al Maestro y los suyos, que entregadas ya las cabalgaduras a los guardianes se dirigían hacia la posada.

Cuando la voz de los muchachos atrajo la atención de los vecinos, ya el príncipe Judá y Simónides habían hecho entrar en la posada a los viajeros.

—Id a vuestra casa –dijo el Maestro a los dos jovenzuelos–, y no olvidéis agradecer a Dios el beneficio que habéis recibido.

La madre llegaba jadeante en ese momento y clamaba:

— ¡Señor!... ¡Señor!, pero, ¿es cierto que están curados?...

— ¡Sí, mujer!, ¿por qué dudas?

— ¡Temo que el mal volverá en cuanto te alejes de aquí!... ¡Señor!..., ¡déjanos ir a todos contigo y no moriremos nunca!...

— ¡No temas!... –díjole el Maestro poniendo su mano sobre la cabeza de la mujer arrodillada ante él–.

“Vuelve tranquila a tu casa con tu marido y tus hijos, que yo sigo viaje a Galilea. Si por Divina Voluntad fueron ellos curados, ¿cómo piensas que se enfermarán de nuevo?

“Pronto volveré por aquí y desde hoy te digo que comeré a tu mesa ese día. ¿Dónde vives?

—En la entrada a la callejuela de la Torre Chica, mi marido es el portero. Con preguntar por la casa de Santiaguín el portero, allí todos le conocen. Aquí viene.

“Bendícenos a los cuatro, Señor, y espanta todos los males de nuestra casa.

El Maestro sonriendo de los grandes temores de la mujer les decía:

— ¡Os bendigo a todos! ¿Santiaguín, hay cautivos en tu torre? –preguntó al marido.

—No, Señor, porque hubo un intento de evasión en la luna pasada y los que había fueron ahorcados unos y otros encerrados en la Torre Mayor.

La faz del Maestro se nubló de tristeza.

— ¡Siempre matando!..., ¡siempre matando!... –dijo con voz que parecía un quejido.

—Es que eran malos, Señor, y mataron a dos guardianes...

—Obrad vosotros el bien y sed misericordiosos para que Dios nuestro Padre lo sea con vosotros. Idos en paz que yo volveré.

Y entró en la posada siguiendo a Simónides que había venido a buscarle.

— ¡Oh, mi Señor! –le decía el buen viejo–. ¡Eres como la miel!..., ¡y no hay quién te libre de las hormigas y de las moscas!...

—Es tanto el dolor humano, amigo mío, que por todos los caminos me sale al paso. ¿Qué quieres que haga?

— ¡Sí, mi Señor!... ¡Todos parecen adivinar quién eres y te siguen como tu sombra!...

Poco después estaban todos alrededor de la mesa en una gran sala, que era el recinto en que se congregaban de tiempo en tiempo los protegidos de la Santa Alianza para recibir socorros. También se hospedaban allí los terapeutas esenios, en sus penosas tareas de médicos y enfermeros gratuitos de los que pedían su ayuda.

Para las gentes en general aquella casa era eso y nada más. Pero para Simónides y el príncipe Judá era algo más aún, pues entre los enormes fardos de ropas, sacos de legumbres y tinajas de aceite se abría una puerta muy disimulada que daba a un huerto de viejas higueras y emparrados, entre cuya espesura existía un ruinoso castillo abandonado a raíz de una tragedia ya casi olvidada de las gentes.

Tan espeluznantes eran las leyendas que se referían de aquel castillo, que todos huían de transitar por sus inmediaciones cuando se acercaba la noche.

Ya sabemos que Simónides era un gran oportunista en lo que se trataba de adquirir inmuebles que nadie quería, como medio de resarcir a la familia de Ithamar del despojo sufrido por la confiscación de gran parte de sus bienes realizada por Valerio Graco.

Y así, el hábil comerciante había comprado aquella finca por la mitad de su valor, pues a decir verdad era para todos como un terreno baldío.

Para él que conocía palmo a palmo a Judea, aquel vetusto solar era de inestimable valor. Ocupaba el espacio que en nuestra forma de medir, diríamos tres cuartos de manzana, y el cuarto restante lo ocupaba el local destinado a las obras piadosas de la Santa Alianza. Con esto el lector comprenderá que el príncipe Judá, hijo de Ithamar, era poseedor único de un vasto solar de tierra en lo más estratégico de la ciudad.

Quedaba tocando con la muralla trasera de la Torre Mayor por un lado, y por el otro con los establos de la inmensa plaza de las caravanas, junto a una de las puertas de la ciudad. Las gentes veían que se amontonaban materiales de construcción en el boscoso solar del castillo, y a los

jornaleros se prometían buenos salarios cuando empezaran las obras. Se decía que lo había comprado un romano ilustre: Quintus Arrius Hijo, para una academia de esgrima, gimnasia y ejercicios atléticos, a que tan inclinados eran los romanos. Quintus Arrius Hijo, era el nombre romano del príncipe Judá como recordará el lector.

Aquel viejo castillo que aparentemente no era más que una ruina, tenía en realidad la consistencia de una fortaleza. Le llamaban Aridatha, y había de él la tradición de haber sido construido por orden de Amán, primer ministro del rey Asuero, cuyos dominios abarcaron desde Etiopía al Indo. Estaba destinado a calabozo de torturas cuando el ministro obtuvo el decreto de exterminio para los hijos de Israel, que no se cumplió debido a la intervención de la reina Esther.

Aridatha era el nombre del servidor de Amán que lo habitó. Cabe pensar que el odio judío hizo después imposible la vida a los habitantes que lo ocuparon en lo sucesivo.

Tal era el adusto y casi tétrico escenario que rodeaba la modesta sala improvisada como cenáculo para nuestros peregrinos.

El príncipe Judá llegó el último a sentarse a la mesa, y el Maestro se apercibió de que venía agitado.

—Muchos afanes traes, Judá, amigo mío, –le dijo, indicándole un asiento cerca de él–. Bástale al día su propio afán, dice la cábala. ¿No hiciste hoy cuanto debías hacer?

— ¡Acabo ahora de terminar mi día, Yhasua! –le contestó sonriente Judá–. Mientras tú curabas enfermos yo me ocupaba de hacer trabajar a los sanos... ¿No es también una obra de justicia?

—Según el trabajo que sea –le respondió el Maestro.

—Reedificar el castillo Aridatha que está detrás de esta casa e instalar en él una academia de gimnasia, esgrima y ejercicios atléticos para nuestra juventud israelita exclusivamente. Quiero combatir así la anemia y el raquitismo que va siendo plaga en Judea. Es notable la diferencia entre la juventud de Judea y la de Galilea y Samaria.

"¿No hay nobleza en tales propósitos?

—Desde luego, pero dime, ¿quién sostendrá los enormes gastos que ocasione una institución semejante? –preguntó el Maestro.

—Ahí tienes al banquero de Israel, que responde por todo –dijo alegremente Judá indicando a Simónides que estaba en la mesa frente a ellos.

—También coopera el Hack-Ben Faqui y los príncipes Jesuá y Sallun de Lohes –añadió el Anciano satisfecho de su obra–. ¿No sabemos todos que el Reino de Israel se restablecerá pronto conforme a lo anunciado por nuestros Profetas?

"El Rey que viene deseará tener súbditos fuertes y sanos, no piltrafas de humanidad, tristes frutos de la miseria y del hambre.

“Ya están contratadas y mitad pagadas las próximas cosechas del Nilo y del Éufrates, para los protegidos de la Santa Alianza y los alumnos de la Academia. ¿No es digna esta obra de tus sueños de amor fraterno, mi Señor?

Yhasua pensó en la triste escena de los tuberculosos que acababa de curar y contestó en el acto.

—Es en verdad una gran obra la vuestra, aunque tendréis que luchar con los rigoristas fariseos que en todo lo que no sea el Templo y la Sinagoga, ven abominación de paganos.

“Pero soy de los convencidos de que sin lucha y sin sacrificios ninguna reforma es posible, así sea en el orden intelectual, moral o social.

—Mañana comienza un centenar de obreros la reconstrucción del castillo que ya no se llamará Aridatha, nombre de infamia para Israel –añadió el príncipe Judá–, sino *Turris-Davídica* para que no le suene mal la lengua al Procurador romano, y a la vez le sea grato a nuestros compatriotas.

—Maestro –dijo Matheo–, si el rey David y todos nuestros ilustres antepasados viven en el seno de Abraham según la frase habitual, ¿verán ésta obra que quiere realizar el príncipe Judá..., y en general todas las obras buenas que se hacen en el que fue su país?

—El seno de Abraham –contestó Yhasua–, *es nombre alegórico dado a la región del plano espiritual habitada por las almas de los justos. Y como los justos viven en la claridad divina, no solamente perciben y conocen las obras buenas que hacen los encarnados, sino que cooperan invisiblemente en ellas.*

“Están equivocados los que piensan que en las moradas del Reino de Dios no hay más que la extática contemplación de la Divinidad.

— ¿Qué hay pues, a más de eso, si se puede saber? –preguntó el príncipe Judá–. Tengo vivo interés de saber si nuestros grandes hombres del pasado aprobarán o no nuestras actuales obras benéficas en favor de Israel.

—Ya lo he dicho: las aprobarán y cooperarán en ellas. “Como es abajo es arriba”, dice uno de los antiguos principios de la Enseñanza Secreta. Lo cual quiere decir, que en las infinitas moradas que tiene el Padre para corregir o premiar a sus hijos, se realizan obras y trabajos semejantes a los del plano físico, y siempre con los fines de aprendizaje, de cultivo y perfeccionamiento de las almas.

“Hay maestros y discípulos para los cuales hay aulas de una graduación infinita de conocimientos, según la ciencia o el arte que cada espíritu quiere cultivar en sí mismo.

“De aquellas moradas de luz y de eterno progreso, traen sus geniales inspiraciones los músicos, los poetas, los pintores.

"De allí traen sus conocimientos siderales los que se dedican con incansable afán a seguir desde la tierra la ruta de las estrellas, sus dimensiones, las enormes distancias que las separan.

"La alquimia, la astrología y el cálculo en que han descollado tanto los caldeos y los egipcios, de las eternas moradas del Padre las trajeron para beneficio de la humanidad terrestre.

"Y si de las artes y de las ciencias pasamos a lo espiritual y moral, la amplitud de las actividades llega casi a lo inverosímil. No hay obra de piedad y de misericordia en que no se encuentren a centenares y a millares las almas de nuestros hermanos, amigos, parientes, prestando su concurso invisiblemente en la mayoría de los casos, y visiblemente en algunos. ¿Qué otra cosa significan las apariciones de ángeles que refiere la Sagrada Escritura a Abraham, a Jacob, a Moisés y aún a Adamú y Evana en los orígenes de la Civilización Adámica?

"Son la manifestación de las grandes actividades de las almas de los justos en beneficio de sus hermanos encarnados en los planos físicos.

"Ahora en cuanto a tu pregunta, Matheo, si nuestros justos del pasado verán esta obra que acaba de mencionar el príncipe Judá, no hay duda que la ven y la aprueban porque buena y noble es en sus principios y en sus fines. Y la verán de más cerca o de más lejos según la situación actual en que ellos se encuentren. Las almas van y vienen con esa santa libertad, don de Dios para orientar sus caminos hacia donde comprenden que pueden purificarse más, y realizar más grandes avances en la senda eterna del progreso.

"Para formarse una idea más exacta del reino de las almas, podéis figuraros un infinito campo poblado de estancias o moradas, en cada una de las cuales viven las inteligencias desencarnadas, realizando las obras que les lleva la vehemencia de sus afectos, sus convicciones y sus anhelos.

—Y los malos, Maestro..., ¿dónde viven después del sepulcro?... –preguntó Pedro.

— *¡Malos, malos!...* –dijo pensativo el Maestro–. *Es esa una palabra que no siempre expresa la realidad, en cuanto al reino de las almas se refiere. Allí la escala comienza en aquellos que todo lo ignoran y cuyo atraso intelectual y moral es completo: son pues, ignorantes y atrasados. Allí hay abnegados Maestros, Cirios de la Piedad, que les enseñan el camino del bien y de la justicia.*

"Los verdaderos malos son espíritus conscientes de que lo son, y quieren seguirlo siendo porque así satisfacen sus aspiraciones de riqueza, de poder, de dominación sobre sus semejantes. Para esos tiene el Padre moradas correccionales severísimas, donde las almas permanecen en padecimientos iguales a los que causaron a sus semejantes, hasta que

han comprendido su error y se deciden a cambiar de camino. En estos casos el arrepentimiento y deseo del bien, es la llave de oro que les abre las puertas de inmediato.

"El Padre no tiene cadenas perpetuas, y por eso está mal que los jueces terrestres las impongan. El castigo para ser justo, debe durar lo que dura el deseo del mal.

"Cuando ha cesado el deseo del mal, debe cesar la corrección para dar lugar a la expiación santa que redime, bajo la luz serena de la esperanza en un futuro de paz y de amor".

— ¿Cuándo verá esa humanidad por los mismos cristales por donde tú, Señor, miras todas las cosas? –preguntó Simónides.

—Si os digo el tiempo que según mi creencia tardará, temo que os sentéis todos sobre una piedra y os quedéis petrificados como ella.

"Es mejor que digamos con nuestro deseo: ¡llegará pronto!

Al terminar la cena, el Maestro hizo la acción de gracias acostumbrada y se retiraron a descansar.

A la madrugada siguiente salieron hacia Arquelais, primera jornada de Samaria.

Durante el trayecto no ocurrió incidente digno de mencionarse, pero al llegar a la ciudad encontraron las puertas cerradas.

Los guardias dijeron que había un motín popular, y que solamente se dejaba entrar sin dificultad ninguna a las mujeres y a los niños. Pero para dar entrada a los hombres se necesitaba el visto bueno del Centurión.

—Hijo mío –dijo Simónides al príncipe Judá–, haz valer tu nombre romano, que la noche llegará pronto y no podemos pasarla aquí.

"Y si tu nombre no bastara –añadió–, me veré obligado a presentar el permiso firmado por César, para que mis caravanas transiten libremente por todos sus dominios.

El lector debe recordar que Samaria y Judea, estaban bajo la jurisdicción del Procurador romano Poncio Pilatos.

Tan severas eran las órdenes que la guardia tenía, que no bastó el nombre romano de Quintus Arrius hijo, que dio el príncipe Judá y fue necesario el documento secreto de Simónides.

Yhasua se había retrasado con sus discípulos y familiares y llegó en el momento en que les era ya franqueada la entrada.

El Centurión les dio toda clase de excusas y se ofreció para cualquier cosa que pudieran necesitar.

—Estaría por deciros –añadió mirando a las mujeres y los niños–, que no paséis de la plaza de las caravanas. Las piedras vuelan como pájaros y me disgustaría que dos amigos del César que viajan con la familia sufrieran contratiempo.

— ¿Qué pasa aquí? –preguntó el Maestro.

—Que hay motín en la ciudad, y el Centurión cree peligroso que sigamos –contestóle Judá.

—Somos gentes de paz, Centurión –dijo el Maestro.

—Ya lo sé, pero esos demonios de herodianos arrojan piedras desde los árboles.

— ¿Se puede saber la causa de este disturbio? –preguntó de nuevo el Maestro.

— ¡Qué sé yo, señores míos, de los enredos que hay entre judíos, galileos y samaritanos! Sólo llevo aquí tres semanas y ya estoy loco de remate...

Uno de los guardias, dijo:

—Vinieron aquí dos viajeros, que dijeron ser discípulos de un profeta que hizo degollar el rey Herodes Antipas. El pueblo les hizo una demostración de simpatía y los herodianos otra demostración de odio, que si no es por nuestra intervención los ultiman a pedradas.

Yhasua iba a protestar de inmediato, pero Judá le hizo señal de silencio.

—El profeta sacrificado –dijo–, era amigo del César, y en mi calidad de ciudadano romano reclamo esos dos viajeros maltratados para tenerlos conmigo.

—También yo los reclamo en nombre del César –añadió Simónides.

—Aquí están, en la enfermería de esta torre –dijo–. Tened la bondad de seguirme.

El Maestro siguió a Simónides y a Judá, mientras el resto de los viajeros desmontaban en la plaza de las caravanas y esperaban en el depósito de cargamentos.

Myriam y las demás mujeres se apretaban unas a otras como corderillas asustadas.

—Desde que Herodes puso sus pies en Galilea, no tenemos ya paz ni sosiego –dijo la Castellana de Mágdalo–. Por mi madre que era romana, tengo en mi casa todas las garantías que el gobierno de Roma concedió a mi padre.

“En el castillo cabemos todos; venid conmigo si en vuestras casas no estáis seguros.

—Gracias, hija mía –dijeron a una voz Myriam y Salomé–. ¿Qué puede querer Herodes ni Herodías, de humildes gentes como nosotros?

Mientras estos comentarios femeninos, los hombres se habían ido acercando a la torre por averiguar lo que ocurría.

Tirados sobre una colchoneta de cerda, había dos cuerpos humanos vestidos de lana obscura, y cuyas cabezas vendadas hacían comprender que eran heridas graves.

La sangre había empapado las vendas, y aquellos rostros lívidos decían bien claro que habían perdido mucha sangre.

—Soy médico –dijo el Maestro al Centurión–. Mandad que me traigan agua, vino y aceite.

Se arrodilló junto a ellos y vio que ambos respiraban y que la pulsación aunque débil se dejaba sentir en su ritmo normal.

El príncipe Judá y Simónides que se habían presentado con derechos sobre los heridos pidieron camillas y escolta para llevarles a la posada, anticipando que pagarían lo que fuera necesario.

Mientras todo este preparativo, el Maestro con sus doce rodeaban a los heridos mientras les quitaban las sangrientas vendas.

El pensamiento tiernísimo de Yhasua volaba hacia Yohanán y le decía:

— ¡Hermano mío!..., feliz de ti que estás libre en el Reino de Dios, mientras los que te siguieron soportan aún el duro cautiverio a que les someten sus hermanos inconscientes y ciegos.

"¡Mira tus dos pajarillos heridos sólo por ser discípulos tuyos!..."

Ambos jóvenes se incorporaron como movidos por una corriente poderosa y mirando hacia un rincón de la sala decían:

— ¡Ya viene!... ¡Ya viene por nosotros!...

— ¡Aún no es la hora!... –les dijo la voz dulcísima de Yhasua, que también había percibido la aparición radiante del profeta mártir extendiendo sus manos llenas de bendiciones sobre el grupo de seres que había dejado como herederos y continuadores de su obra de precursor del Verbo de Dios.

Aquellas dos grandes almas: el Cristo y su precursor, habían venido a la Tierra unidos por una indestructible alianza que la muerte de uno era muy poca cosa para romper. De antemano habían aceptado ambos su inmolación en beneficio de la humanidad.

La presencia divina se hizo sentir de todos en aquellos momentos, si bien sólo el Maestro y los dos heridos percibieron la radiante aparición de Yohanán. Cuando el criado llegó trayendo lo que se le había pedido para la curación, las heridas estaban cerradas y solo se percibía un color rosado subido en el sitio en que estuvieron.

Contusiones, golpes, agotamiento físico, todo había desaparecido y los ex heridos referían con suma tranquilidad cómo se había producido el motín.

El criado dejó todo y corrió al Centurión.

—Ven y mira –le dijo–, que los que estaban medio muertos, están más fuertes y sanos que nosotros.

"Aquí anda la magia, señor, y el espanto se aprieta a mi garganta como la soga de un ahorcado.

—Poca cosa eres si te asustas por eso. Sabes que estamos en un país de profetas maravillosos. Nosotros tenemos nuestros dioses, ellos tienen los suyos.

Y cuando iba a cerciorarse de lo ocurrido les encontró a todos saliendo de la sala.

—Centurión –le dijo Judá–, las camillas y la escolta no son necesarias porque los enfermos andan por sus pies.

—Buen médico tenéis que en breve tiempo hace andar dos cuerpos deshechos a pedradas.

"Menos mal que así ha ocurrido, que si no, esta misma noche mandaba preparar lo menos cincuenta horcas para esos amotinados que se resisten a bajar de los árboles porque saben lo que les espera.

—Centurión –díjole el Maestro–, ¿qué quieres de mí por la vida y la libertad de todos ellos?

— ¿Y quién eres tú, que puedes comprar la vida de cincuenta facinerosos? ¿Y para qué? ¿No ves que son fieras dañinas que deben exterminarse?

—Déjame probar con ellos y después harás lo que te parezca –insistió el Maestro.

—Bien. Veo que estoy ante uno de esos profetas que abundan en esta tierra. Te lo concedo hasta que cierre la noche. Me atenacea la curiosidad de ver lo que harás con ellos. Ahí los tienes en lo más alto de esos cedros.

—Gracias, Centurión. Que la paz sea contigo –contestó el Maestro, saliendo seguido de los suyos que miraban los árboles de donde seguían saliendo piedras.

—Quedaos vosotros quietos aquí –les dijo a los suyos–, y hazme el favor Centurión de no salir del pórtico de la torre.

Se encaminó solo hacia el grupo de árboles ubicados alrededor de un estanque de mármol.

En la penumbra del atardecer la silueta blanca del Maestro se destacaba con nitidez de la sombra proyectada por los árboles y el obscuro verdor de la hierba que tapizaba el suelo. Todas las miradas estaban fijas en él.

—Bajad os ruego, amigos míos, –dijo a los rebeldes cuyas cabezas asomaban curiosas al ver aquel hombre joven y hermoso, que se acercaba desarmado a parlamentar con ellos.

—Se rinde el romano, ¿eh?, y se escuda tras el Rabí porque tiene miedo –dijo en alta voz uno de ellos.

—Es el Profeta Nazareno que cura los enfermos en el Lago –añadió otro–. De seguro que ha pedido nuestro indulto.

—Justamente –contestóle el Maestro–, lo he pedido y lo he conseguido

a condición de que abandonéis vuestra actitud agresiva y salgáis de la jurisdicción del Procurador Romano. De lo contrario esta misma noche se levantarán las horcas para vosotros.

"¿Sois herodianos?, idos con él, y dejad en paz a las gentes.

— ¿Quién nos asegura que no es esto un lazo de esos lobos romanos para cazarnos como moscas? –dijo el primero que había hablado–. Mira Profeta, que tú eres bueno como el pan, no lo dudamos, pero detrás de ti está la guarnición de la torre. ¡No bajamos! A la media noche habremos resuelto el problema.

El Maestro guardó silencio y no habrían pasado dos minutos, cuando los cincuenta y tres hombres cayeron como pesados fardos que un poderoso vendaval hubiese tirado a tierra.

Ni uno de ellos se movía.

— ¡Desobedecieron al Profeta y los ha matado! –gritó un soldado echando a correr seguido de toda la guarnición.

Los compañeros del Maestro corrieron también, y gentes que transitaban por la plaza de la torre se detenían a contemplar el inusitado espectáculo.

El Centurión llegó también, y de inmediato se dirigió a Yhasua que examinaba los cuerpos inermes de los insurrectos.

— ¿Te convences, Profeta, de que éstas fieras humanas no se les conduce con hilos de seda?

—Sí, Centurión, estoy convencido, pero tampoco se les corrige con la horca. ¿Qué habrás ganado, matando cincuenta y tres hombres, padres de familia acaso, si muertos ellos otros tantos se levantarán impulsados por el odio y tomarán venganza de ti cuando menos lo pienses?

"¡Ya ves lo que son ahora!, un inerme montón de carne y huesos que puedes destrozar como quieras. Pero, tú que eres un oficial de la Roma educadora de pueblos, ¿vas a ensañarte con un puñado de hombres a quienes ha fanatizado esa indigna Herodías, que no bastándole su escandalosa vida, ha sembrado el odio entre hermanos de raza y de fe?

—Será como dices, Profeta, pero yo estoy aquí para guardar el orden y seré castigado severamente si dejo impune la rebeldía de estos miserables –contestó el Centurión–. Desde la madrugada tienen alborotada a la población.

—Te doy mi palabra, de que no bien se despierten cruzarán el Jordán y no volverán más a Arquelais. Te entregarán sus armas, ya ves que no es sólo el zurrón con piedras, sino puñales y alfanjes con el busto de Herodías en el mango, lo que llevan estos infelices. –Y al decir así el Maestro indicaba al Centurión los mangos de los alfanjes de los hombres tendidos en tierra.

—Concedido –dijo el oficial romano–, aunque más no sea que por ver hasta dónde llegan los estupendos poderes de que estás dotado.

Mentalmente el Maestro les mandó despertar y todos ellos se incorporaron, soñolientos como si hubiesen dormido largas horas.

—No me obedecisteis –les dijo con severidad el Maestro–, y empeorasteis vuestra situación. ¿Qué haréis ahora?

Todos ellos echaron mano a sus armas y las dejaron ante el Centurión que parecía una estatua. Vaciaron los saquillos de piedras y acercándose a Yhasua dijo el que parecía ser el jefe:

— ¡Profeta!... quisisteis salvarnos la vida a todos, y fui yo quien me opuse. Yo sólo debo morir. Así pagaré el daño que he causado sirviendo a esa maldita mujer.

"¡Centurión!... aquí me tienes. Ruégote que tengas piedad de mis compañeros que no han hecho más que obedecerme".

Y extendió sus manos al Oficial para que le atara la cadena.

Una mujer con las vestiduras desgarradas y los cabellos blancos destrenzados en desorden llegó corriendo seguida de tres criaturas pobremente vestidas con el terror pintado en el semblante.

— ¡Que van a ahorcar a mi hijo!... –gritaba la anciana–. ¡Me lo acaba de avisar un profeta de Dios!...

"¡Perdón!, ¡perdón para él! –y la infeliz anciana se abrazó a las rodillas del Centurión.

— ¡Padre!..., ¡padre! –clamaban llorando los niños–. ¿Qué hiciste que van a ahorcarte? –y se colgaban de sus brazos, de sus ropas, de su cuello.

El adusto oficial romano, se mordía los labios hasta hacerse sangre y se clavaba las uñas en sus manos fuertemente cerradas.

El Maestro le seguía mirando con inmensa ternura, irradiando sobre él toda la piedad de su corazón.

Los soldados de la guarnición, volvían algunos la espalda porque aquella escena les hacía daño.

¡También tenían madre anciana, e hijos pequeños!

Las mujeres e hijos de algunos de los otros rebeldes llegaron también como si un mismo mensajero les hubiese avisado a todos. La escena de dolor y de llanto que allí se produjo la adivinará el lector, porque es difícil pintarla conforme a la realidad.

El Maestro se acercó al Oficial y le preguntó: –¿Mandarás levantar esta noche las horcas?

—No, Profeta, porque tú te has interpuesto entre la muerte y ellos. Y si eres poderoso para salvarles la vida a ellos, lo serás también para detener el castigo que yo merezco por esta debilidad.

— ¡Descuida!..., que cuando Dios mi Padre hace las cosas, las hace perfectas.

El príncipe Judá se acercó al Centurión y le dijo: –Si has oído hablar de la gloria conquistada para Roma por el Duunviro Quintus Arrius, yo que soy su hijo, te hago donación de un solar de tierra o de un buque mercante, según que quieras trabajar en la tierra o en el mar, por si éste hecho te induce a renunciar tu cargo y emanciparte de la vida militar.

—Gracias, amigo –díjole el Centurión emocionado en extremo–. En verdad esta vida de la espada y el látigo no está hecha para mí. Te acepto la donación que la pagaré con mi trabajo algún día.

—Todo está pagado con la acción que acabas de hacer –le contestó el príncipe Judá–. Simónides y yo quedamos en Arquelais por doce días y daremos forma legal a nuestro pacto.

El Centurión dijo a los autores del motín: –Haced por salir esta misma noche fuera de los muros de la ciudad. Tomadles una seña –dijo a los guardianes–, y dejadles paso libre hasta el primer albor.

“Lo que hice hoy, acaso no podré hacerlo mañana.

—Idos en paz –les dijo el Maestro–, y recordad siempre este día en que Dios, nuestro Padre, tuvo piedad de vosotros y os concedió la libertad y la vida para que viváis conforme a su Ley.

Aquellos hombres comenzaron a dispersarse con sus familiares y se perdían en las callejas ya sumidas en las primeras sombras del anochecer. El Maestro les seguía hasta perderles de vista.

De pronto vio que dos jovenzuelos volvían apresuradamente.

—Señor –dijo uno de ellos al Maestro–. Nosotros no tenemos a nadie en el mundo. Este es huérfano y solo, y yo también. La necesidad nos hizo unirnos a la banda de Herodías, pero queremos trabajar libres de ella. Tú que nos has salvado a todos de la horca, danos por piedad un trabajo honrado para ganarnos el pan.

— ¡Hanani! –llamó el Maestro, al padre de Fatmé–. ¿No habría en tus talleres de tapicería trabajo para estos dos muchachos?

—Lo hay siempre que me prometan ser juiciosos y honrados –contestó al momento.

— ¿Te encargas de ellos?

—Sí, Señor, desde este momento.

—Venid pues con nosotros a la posada –añadió el Maestro–, y olvidaos de todo cuanto ha pasado. Hoy empezáis una vida nueva.

La guarnición volvió a la torre y los viajeros a la plaza de las caravanas, donde las mujeres llenas de zozobras esperaban el regreso del Maestro y los suyos. Estando ya en la mesa preguntó Pedro:

— ¿Por qué será, Maestro, que salen a tu paso todas las desgracias para que tú las remedies?

—No tan solo a mí, Pedro, sino a todos los hombres se presentan las oportunidades de hacer el bien; pero no todos las tomamos en cuenta.

“En la mayoría de los casos decimos egoístamente: ¿Qué tengo yo que mezclarme en lo que no me incumbe? Que se arregle cada cual con lo suyo y haga según su parecer.

“Y eso no es cumplir con la ley divina del amor fraterno. “Ama a tu prójimo como a ti mismo” significa: Haz por él lo que quieres que se haga contigo. La corrección al que la necesita es también una forma del amor y de la justicia.

“Las oportunidades de hacer el bien las presenta el Padre a todos sus hijos y muchas veces en la vida, a fin de que ninguno pueda excusarse de no haberlo hecho por falta de oportunidades. Y os digo hoy que en la voluntad y decisión con que las almas aprovechan las oportunidades de hacer el bien, puede verse claramente el grado de adelanto espiritual y moral de cada cual.

“Están los que hacen el bien mirando sacar de ello un pequeño o grande beneficio. Están los que hacen el bien por la satisfacción que les causa el amor y gratitud que los beneficiados les prodigan.

“Y están por fin, los que no esperan ni quieren una cosa ni otra, y hacen el bien porque una fuerza interna les impulsa a hacerlo; porque el fuego del amor les obliga a manifestarlo con hechos, y la vida les es tediosa y pesada si no están al servicio de todos los dolores humanos. ¡Entre estos últimos estaréis vosotros!..., ¡debéis estar vosotros!, porque el discípulo ha de ir pisando las huellas de su Maestro, si quiere ser fiel a su enseñanza de amor desinteresado y puro.

“Por eso os he dicho y lo repito: Si en vosotros alienta el amor que vive en mí, mi Padre y yo haremos nuestra morada en vuestro corazón”.

Se hizo un tranquilo rumor de comentarios entre los presentes, y el Maestro comprendió que algunos se sentían muy débiles para subir tan alto.

—Vendrá un día –les dijo–, en que la claridad y fuerza divinas tomarán posesión de vosotros de tal forma, que os desconoceréis a vosotros mismos.

— ¿Cuándo será eso, Maestro? –preguntaron varias voces a la vez.

—Cuando yo haya subido al Padre, en esa ascensión de la que no se vuelve a la carne –les contestó–.

“Más aún que ahora, podré vigilar vuestros pasos y allanar vuestro camino –añadió–; pero será necesario que me lo digáis en vuestra oración, porque del contacto de vuestro anhelo vivo y profundo con el mío, surgirá esa fuerza divina que os hará vencer los obstáculos y salir victoriosos de todas las pruebas a que seáis sometidos, en confirmación de las eternas verdades que de mí habéis recibido”.

Algo así como un silencio de meditación se hizo y de los ojos serenos de Myriam, se deslizaron dos lágrimas mudas que la joven María sintió

caer en sus propias manos cruzadas sobre las rodillas de aquella a cuyos pies estaba sentada.

—Tú piensas lo mismo que yo –díjole–, y por eso lloras. Cuando él suba al Padre, ¿a quién acudiremos nosotros?

La dulce madre la miró asombrada de aquella especie de adivinación de sus pensamientos.

—Guardemos todo esto en nuestro corazón, hija mía, y que la voluntad de Dios sea cumplida en nosotros –le contestó levantándose, pues que todos se retiraban a descansar.

Cuando el sol del nuevo día se levantaba en el horizonte, nuestros viajeros continuaban el viaje a Sevthópolis, donde la pequeña caravana se dividió en dos: los que debían ir a Nazareth, Naím y Canaán y los que torciendo a la derecha tomarían el camino al Lago de Tiberíades. El joven Felipe quedó en la aldea de Bethsan.

Estaban por fin en tierra natal, la pintoresca Galilea, donde les parecían más suaves las brisas, más azul el cielo y más perfumadas las flores.

El Maestro y sus doce con la familia de Zebedeo, Hanani y las mujeres del Castillo de Mágdalo, tomaron el camino de Tiberíades, prometiéndose encontrarse de nuevo con Myriam y el tío Jaime en la siguiente luna llena en el Monte Tabor, época en la cual había promoción de grados después de tres días de silencio y oración.

109
LA APOTEOSIS DEL UNGIDO

Hemos llegado, lector amigo, a la parte final de nuestro relato sobre la vida excelsa de Yhasua de Nazareth, encarnación del Verbo Divino en la Tierra.

Entramos en un campo de oro y zafir, resplandeciente de manifestaciones supranormales donde la grandeza de Dios parece desbordarse sobre la personalidad augusta del Cristo encarnado.

Faltan sólo ocho lunas para su entrada triunfal en el Reino de su Padre, y su alma siente cada vez con mayor intensidad el ansia suprema de la Divina Unión. Planea más allá de las blancas nubes del cielo galileo, más allá de las estrellas que se perciben como puntos de luz desde los valles terrestres, y vuelve con pena a las pequeñeces mezquinas de nuestro mundo, donde ha sembrado el amor y se irá sin verle aún florecer.

Sabe que muy pronto dejará todo esto, y su corazón se desborda en amor sobre todos aquellos que le rodean y que algo llegaron a comprenderle, sobre aquellos que amó y le amaron, cuanto puede amar la débil criatura terrestre.

Y trae a la memoria sus nombres, sus vinculaciones con ellos, sus lejanas rutas pasadas, y el oscuro enigma de lo porvenir.

Dos corrientes poderosas de amor le atraen con fuerza irresistible: sus elevadas alianzas espirituales que dejó en las radiantes moradas de los cielos superiores para bajar a la Tierra, y sus afectos terrestres profundos, que llenaban de emociones tiernísimas a su corazón de hombre.

Y sus discípulos y amigos le veían pensativo, sentado a la vera del Mar de Galilea o sobre una barca mecida por las olas, mientras su mirada se perdía a lo lejos como una luz que se difunde por la inmensidad.

Buscaba la soledad con más frecuencia que antes, y en prolongados retiros en las quebradas de la montaña o en la espesura de los follajes, se dejaba llevar por las alas radiantes de la contemplación interior, donde sin duda templaba la amarga desolación de los que dejaba con la divina alegría de los que iba a encontrar.

Pero, tal estado extraordinario en la psiquis del Gran Maestro, no le retenía en sus tareas de misionero.

Ni un solo día pasaba sin que la Energía Eterna hiciera sentir su soberano poder sobre todos los dolores humanos que se cruzaban en el camino del Ungido. Y su corazón, flor divina de ternura y de piedad, enamorado eterno del dolor, parecía sentir la ausencia de las angustias humanas, cuando pasado el mediodía no había escuchado el pedido de auxilio: –¡Señor!..., ¡sálvame!

Y entonces pedía a sus amigos de la intimidad que le acompañasen a orar para que el Padre, piedad y misericordia infinitas, hiciera sentir a todos los doloridos de la Tierra, el alivio, el consuelo y la esperanza, mientras estaba en la materia el que había venido para salvarles.

Algunos de sus amigos íntimos confiaron a otros o vaciaron en pergaminos los conmovedores relatos de esta epopeya final del alma del Cristo, en íntima unión con la Divinidad.

Hemos llenado páginas y páginas relatando día a día la vida del Cristo en relación con la humanidad que estuvo en contacto con él.

Encantador como niño en la ternura íntima del hogar y la familia; afable y dócil en su adolescencia, iluminada ya con fúlgidos chispazos de su Inteligencia superior, nimbado con una aura de amor y de piedad, de ansias supremas de sabiduría en su juventud de apóstol que se inicia y la culminación de su grandeza como Enviado Divino en su edad viril, todo ello en relación con los que tuvieron la dicha de conocerle, ya fueran de altas posiciones, como de la turbamulta que lloró junto a él sus dolores, que le pidió salud, vida, pan y lumbre para acallar los gritos de su miseria...

Hemos visto, pues, al Cristo entre los hombres lo bastante para comprender que nadie como él supo hacer suyos los dolores de sus semejantes, que nadie como él supo tocar sin herir las íntimas fibras

del corazón humano, lacerado por toda suerte de desesperaciones y de angustias; que nadie como él tuvo la suave y delicada tolerancia para aquellos cuyo despertar a la verdad divina, no había sonado aún en los Eternos designios...

Creemos conocer al Cristo divino en sus relaciones humanas.

Justo es dedicar este capítulo, para que junto contigo, lector, ensayemos el conocimiento de Cristo en relación con la Divinidad. ¿Seremos capaces de subir tan alto?

¿Seremos capaces de seguir los vuelos gigantescos de su espíritu, señor de sí mismo, porque escaló las cumbres de la pureza en el amor, de la perfección en las obras y de la potencia de su voluntad?

¿Sabremos sentir la melodía del Amor Divino, cuando él ora a su Padre, Amor Universal, para que lo derrame por su intermedio como una lluvia de bálsamo sobre todas las criaturas de la Tierra?

¿Podremos comprender a la Soberana Omnipotencia que se vacía como un torrente desbordado de salud, consuelo y esperanza sobre todas las desesperaciones humanas, cuando el Cristo retirado a la soledad de los montes se sumerge en la Divinidad en la oración profunda, y en hondos pensamientos sin palabras, le ruega con la sencillez de su alma hecha de amor y de fe?:

"¡Padre mío!..., la humanidad terrestre es mi herencia... ¡Tú me la has dado!... ¡Está ciega y no ve!... ¡Está leprosa y cubierta de llagas!... ¡Yo la amo como Tú me amas!... ¡Quiero hacerla dichosa... feliz, iluminada de sabiduría..., coronada de paz y de esperanza!... ¡La grandeza infinita de los cielos es tuya!... ¡Millares de seres de luz obedecen a tu Eterno Pensamiento!... ¡Tú piensas y está hecho!... ¡Que ellos cubran la pequeñez de esta Tierra como bandada de aves canoras y canten a los hombres palabras de paz, de amor y de esperanza..., que apaguen todos los odios, las venganzas..., los rencores!...

"¡Que enciendan una lámpara de amor en cada corazón humano..., que la estrella polar de la fe alumbre todos los caminos de los hombres!..., que rasguen las tinieblas en todas las conciencias..., que ni un alma sola quede envuelta en la oscuridad..."

Y el alma radiante del Cristo, retazo de Divinidad unido a la carne..., llamarada de amor hecha corazón de hombre, continuaba deshojando rosas blancas de paz y de consuelo..., rosas bermejas de amor y de esperanza sobre todos sus semejantes, la mayoría de los cuales ni aún tenían noticia de que en un ignorado rincón de la Palestina avasallada por Roma, en las montañas galileas o sobre las azules ondas del lago, un hombre..., un hombre solo, el Cristo Ungido de Dios, inundaba la Tierra de amor, paralizaba los odios, contenía las furias de la cólera en los poderosos, desataba las cadenas a muchos esclavos..., anulaba sentencias de muerte..., calmaba

tempestades en los mares y epidemias en las ciudades..., aquietaba las legiones guerreras en somnolencia de paz y de sosiego.

"¡Paz a los hombres de buena voluntad!", habían cantado los cielos a su llegada a la Tierra. Y la larga paz romana, atribuida a la política de Augusto, fue la respuesta al mandato divino, porque el Ungido así lo pedía al Autor Supremo de la Verdad y de la Vida.

¿No tenía su Padre, Amor Universal, inmensas legiones de seres de luz para verter en cada corazón humano una gota de miel, que endulzara todas sus angustias, un vaso de agua refrescante para su sed?...

Entremos sin temor, lector amigo, a los senderos silenciosos y encantados reservados por el Eterno al pensamiento humano.

Tomémonos de la clámide blanca, de esa maga divina que llamamos Meditación, la cual lleva una antorcha encendida por la Divina Sabiduría, para alumbrar los caminos de todas las almas que buscan claridad.

Junto a ella, la ignorancia huye despavorida, la inconsciencia se diluye en la luz, la incomprensión se esfuma y da paso a esa dulce tolerancia que espera indefinidamente...

Tan sólo en los jardines iluminados de la Meditación podremos acercarnos un paso no más, a la grandiosa obra apostólica del Ungido en unión con la Divinidad.

Está sobre el Monte Tabor a donde ha subido solo porque siente su alma afiebrada de amor. La Divinidad le atrae como un poderoso imán. Detrás de sí, está toda la humanidad que sufre, que gime estrujada por todos los egoísmos que hacen de cada vida un desgarramiento continuo.

¡Él lo sabe! ¡Él lo ve! Lo siente en las íntimas fibras de su corazón de hombre, y sufre angustias de muerte en cada tragedia humana que su clarividencia percibe aún a inmensas distancias...

¡Las leyes inmutables a que está sujeta la materia, impiden a la suya correr en pos de todos los dolores para poner su mano en todas las heridas, en todas las deformidades y degeneraciones de la humanidad reducida a piltrafa!... ¡Pero la santa y divina libertad concedida por el Altísimo al *espíritu humano*, le permite extender sus alas hambrientas de inmensidad por cada tugurio, por cada mísera cabaña, por la derruida choza, como por los trágicos palacios, torreones y castillos, donde también los poderosos arrastran cadenas y gimen por la impotencia de su oro para darles ni una migaja de felicidad!...

¡El Cristo lo olvida todo!... ¡Ya no ve ni percibe más que la infinita grandeza de su Padre, Amor Eterno, y a la humanidad infeliz arrastrándose en el polvo de su propia miseria!

Que la antorcha radiante de nuestra maga divina, la Meditación, nos alumbre por un resquicio el mundo interno del Ungido, apremiado por tan diferentes visiones.

¡Su Padre-Amor Universal e Infinito, le da todo sin límite ni medida!... ¡Todo es suyo en aquellos instantes de unión suprema y divina! ¡Todo es suyo!... ¡Absolutamente suyo!...

¡La humanidad terrestre necesita todo!... Hambrienta, desnuda, leprosa, ciega, cubierta de llagas más morales que físicas, se arrastra como un harapo en fangales que ella misma creó para su mal.

¡Y nuestra maga divina, si acertamos a ver su luz y escuchar sus voces sin ruido, nos dirá que el Cristo de la piedad y del amor, recoge con ansia indescriptible los tesoros de Dios Padre Universal, que se los da sin límite ni medida, y los derrama a torrentes sobre esta humanidad infeliz, que recibió todos los dones para ser buena y dichosa, y se empeña en continuar miserable y desventurada!...

Los discípulos y familiares que habían quedado también en piadosos ejercicios, en el humilde Santuario de rocas o en sus grutas particulares, comienzan a extrañarse de la tardanza del Maestro. Le habían visto subir a la cumbre del monte, como un corderillo blanco que se perdía entre el verde follaje.

Pedro, Santiago y Juan suben en busca suya.

Al verle envuelto en radiantes claridades, inmóvil con sus ojos cerrados y sus manos cruzadas sobre el pecho, caen de rodillas porque el cuadro que se presenta a su vista no es de la tierra, y creen que se han abierto los cielos y que Jehová convertido en un millar de soles, va a llevarse a su Maestro en carroza de fuego como a otro Elías Profeta. ¡Poco a poco se va haciendo en ellos la luz, y perciben claramente imágenes vivas, luminosas, transparentes, en torno a su Maestro, sobre el cual derraman más y más como arroyos caudalosos de un agua maravillosa que refulge como fuego, y esparce frescura de nieve blanca y sutil!

¿Qué es aquello? ¡No saben definirlo ni precisarlo! ¡Una inefable dicha los inunda, les absorbe los sentidos, la vida, les paraliza todos los movimientos, y caen en el suave letargo extático que es como un retazo de cielo abierto sobre la Tierra!

Abismados ante aquel mar de luz, que es como una inundación de ternuras infinitas, murmuran palabras incoherentes, sollozan, ríen, tienden sus brazos hacia su Maestro, al cual ven como un astro soberano que estuviera suspendido entre el cielo y la Tierra.

¡Qué excelso..., qué grande aparece ante ellos el Hijo del Dios Vivo, anunciado por los Profetas tantos siglos atrás, y al cual ven ahora en todo su esplendor y a pocos pasos de ellos!

La visión se esfuma lentamente en las últimas claridades de la tarde que muere, y el Maestro se acerca a ellos para sacarles de su estupor. Les ruega guardar silencio respecto a la radiante manifestación espiritual que han presenciado, y bajan los cuatro en ese silencioso recogimiento

que embarga al espíritu, cuando ha percibido por un momento la infinita dulzura de Dios-Amor.

El Maestro en silencio entra al Santuario de rocas iluminado por temblorosos cirios, donde los solitarios que fueron sus maestros de la primera juventud, muy ancianos ya, cantaban el salmo 146, cuyas férvidas notas de Adoración al Dios de la piedad y la misericordia, enternecieron hasta lo sumo las almas de los tres discípulos favorecidos con la esplendente visión, y sin saber cómo ni por qué, se abrazaron estrechamente y rompieron a llorar a grandes sollozos.

Mas, nadie se asombró de esto, pues era común que emociones tiernísimas durante el canto solemne de los salmos, arrancaran sollozos y lágrimas a los más sensitivos.

La Castellana de Mágdalo y sus compañeras, se iniciaron esa tarde en el grado primero de la Fraternidad Esenia; y dejadas todas las galas conque la costumbre griega adornaba a las mujeres, se cubrían con el manto blanco de las doncellas esenias, lo cual parecíales que más les acercaba al hombre justo, que irradiaba santidad de toda su persona.

Era costumbre que en tal ceremonia llena de tierna sencillez, las doncellas fueran presentadas ante los Ancianos Maestros por una viuda respetable y de reconocida virtud, a la que llamaban madrina, derivado de madre. Y fue Myriam la elegida en este caso.

El Maestro de los Maestros estaba sentado entre los Ancianos, porque complacía el deseo de ellos de que fuera él quien velara las cabezas de las doncellas, y les hiciera sacar a la suerte, la cedulilla con el consejo de la Sabiduría que debía orientar aquellas almas hasta el final de la vida.

Resonaban las notas suavísimas con que entre los esenios se acompañaba el canto de los versos del poema de los Cantares, cuando la hermosa madre de Yhasua, venerable en el ocaso de su vida, entraba a la gran gruta-Santuario seguida de las diez doncellas que recibirían el velo blanco de iniciación.

Cuando se acercaban al centro, reconoció a su hijo entre los Ancianos sentados en torno al pedestal de roca en que se veneraban las tablas de la Ley. Una emoción inmensa la embargó de pronto, pues comprendió que sería él mismo quien recibiría la ofrenda de almas que ella traía para Jehová.

¡Dichosas almas aquellas, las cuales, entre la madre santa y el hijo excelso, eran introducidas al jardín encantado de la verdad, de la sabiduría y del amor! El Maestro comprendió que la Castellana de Mágdalo se quedaba atrás con el manifiesto propósito de ser la última en acercarse.

¿Era que vacilaba aún? ¿Era que aún no había despertado por completo su espíritu a la Ley Divina que aceptaba en ese instante?

Cuando llegó su turno, se acercó temblando y cayó de rodillas entre convulsivos sollozos.

La dulce Myriam se inclinó sobre ella para darle consuelo y aliento, para acallar sus sollozos que resonaban dolorosamente en el ámbito adusto del Santuario de rocas.

La vio vaciar sobre los pies de Yhasua una redoma de esencias y que doblando su cabeza sobre ellos los secaba con sus rubios cabellos destrenzados.

— ¡Él va a morir, madre! –dijo la joven entre sollozos–. ¡Yo le veo morir trágicamente!...

Myriam miró a su hijo con angustiados ojos, y vio su faz que resplandecía entre un nimbo de oro y zafir, en medio del cual y como un fondo de cuadro, se destacaba una cruz formada de estrellas.

El Maestro lo comprendió todo y antes que su madre se abrazara a él, unió las dos cabezas veladas de blanco y poniendo sus manos sobre ellas, dijo con palabras que la emoción hacía temblorosas:

— ¡Benditas seáis vosotras que habéis visto la Voluntad Suprema antes que los demás!...

El augurio tremendo comenzó a flotar desde entonces en el Santuario esenio del Monte Tabor, y voló de allí a las cumbres nevadas del Monte Hermón y al Monte Carmelo en la orilla del Mediterráneo, al Monte Ebath en Samaria, al Monte Quarantana a orillas del Mar Muerto, y a las alturas inaccesibles de los Montes de Moab.

Una fuerte cadena de pensamientos afines comenzó a tejerse entre los Ancianos de todos los Santuarios esenios, a los cuales se unieron las tres Escuelas de Divina Sabiduría fundadas por aquellos tres ilustres viajeros del oriente, que treinta y dos años antes habían llegado a Jerusalén, en busca del Verbo Divino anunciado por los videntes de todos los países y confirmado con muda solemnidad por la conjunción de los astros.

Era una cadena de diamante en torno del Ungido, cuya grandeza espiritual se manifestaba casi de continuo, como si el Eterno Amor quisiera obligar a la humanidad terrestre a despertarse por fin a la Verdad Divina.

En todas las sinagogas de la Galilea, en las orillas del Lago de Tiberíades, en las montañas de Samaria y de Perea, en la Batanea y el Haurán, se veía flotar el manto blanco del Maestro Nazareno como una caricia para los débiles y oprimidos, víctimas siempre de la prepotencia y de la injusticia; y como un azotón de fuego para los poderosos déspotas, para los falsos profetas encubridores de la Verdad, para los devotos hipócritas, *"sepulcros blanqueados por fuera, y por dentro llenos de podredumbre"; "los que colaban un mosquito y tragaban un cangrejo"; "los que veían la paja en el ojo ajeno y no miraban la viga en el suyo"*.

Y su voz resonaba como un clarín de bronce, haciendo enmudecer a los viejos doctores de la Ley, Escribas y Sacerdotes, que despojaban del fruto de su trabajo a los pueblos, ordenándoles ofrendas y sacrificios a Jehová, que ellos sustraían con insaciable avaricia del Templo del Señor.

Como jauría de lebreles, acobardados por el rugido del majestuoso león de la selva, huían de las plazas y las sinagogas, todos aquellos que se veían directamente aludidos en los vibrantes discursos del gran Maestro, en medio de numerosas muchedumbres.

Sus familiares sufrían angustiosos temores. Sus discípulos temblaban, esperando ver por momentos aparecer un pelotón de soldados romanos o de esbirros de Herodes, para prender a su Maestro, cuya palabra era como un látigo fustigando los vicios e iniquidades de los poderosos, de las cortes reales y de los magnates que resplandecían de oro bajo los atrios del Templo.

Cuando sus íntimos le rogaban suavizar sus palabras, él solo respondía:

— ¡Ya es la hora!... ¡Durante tantos años fui ruiseñor que canta..., vaso de dulzura y de piedad..., paño de lágrimas para todos los dolores humanos!... ¡Ha llegado por fin la hora!... ¡No temáis! ¡Es la hora de mi Padre! ¡Es la hora de su Justicia! ¡Es la hora del triunfo y de la libertad! ¿No veis cernirse ya en los cielos la gloria del Padre, cantada por sus ángeles y sus santos porque se acerca el triunfo de su Elegido?

"¿Qué ha de temer el Cristo, hijo de Dios Vivo, de los potentados de la Tierra?..."

Al oírle así, todos sus amigos, discípulos y familiares cobraban aliento y se llenaban de entusiasmo y de gozo, interpretando sus palabras en el sentido de que pronto lo verían proclamado como rey, más poderoso que David y Salomón.

La irradiación que emanaba su persona y su palabra llegó a tan extraordinaria potencialidad, que bastaba verlo o escucharlo cuando hablaba a las multitudes para sentir su influencia benéfica sobre las enfermedades físicas y las enfermedades morales.

Más aún, su sola presencia daba la satisfacción a los deseos justos y nobles de aquellos que le amaban y creían en él.

Era víspera del día en que los Doce de su intimidad acostumbraban a hacer un gran reparto de pescado entre todas las familias indigentes de los alrededores del Lago de Tiberíades. Los más expertos en la materia habían pasado la noche tendiendo las redes en distintas direcciones, y a la madrugada se encontraron con las redes casi vacías.

La tarde antes hubo desfile de góndolas iluminadas, carreras de

botes en el lago, según costumbre cuando el Tetrarca Antipas estaba en su palacio de Tiberias, y los peces habían huido a las profundidades tranquilas de la parte norte del lago.

La verdad es que Pedro y sus compañeros estaban llenos de angustia, pensando en que pronto empezarían a llegar las familias que en tal día recibían la importante donación, de cuya venta sacaban el pan necesario para toda la semana.

¿Qué les dirían como excusa? ¿Por qué se habían comprometido para faltar así a la promesa como vulgares embusteros que prometen y no cumplen? El Maestro bajó de la colina a donde había subido de madrugada a orar y se acercó a sus discípulos, que de inmediato le comunicaron la angustia.

Se acercó al lago casi hasta tocar el agua con sus pies. Contó con la mirada las barcas pescadoras que habían pasado la noche esperando la pesca. Miró unos instantes la tersa superficie de aquel pequeño mar galileo donde tantas horas felices había pasado, y en su mente se avivaron recuerdos de escenas tiernísimas de amor y de gratitud de los seres sobre los cuales su piedad se había desbordado como un manantial...

Se vio de niño al lado de su padre y de Yhosuelín, su hermano, asando pescado sobre la playa mientras descargaban de una barcaza la madera que venía desde Iturea para el taller de Yhosep.

Se vio niño también al lado de su madre, bogando hacia Cafarnaum donde tenían parientes y amigos muy ancianos que habían reclamado su presencia antes de morir.

Sobre aquel lago había curado los pulmones deshechos de Fatmé la hija de Hanani; había curado el alma agonizante de hastío de la Castellana de Mágdalo; había vuelto la paz y la dicha a madres desesperadas al ver morir lentamente a sus hijos de consunción y de fiebre...

Algo así como una ardiente llamarada de amor iluminó su faz, y enterneció su corazón hasta el llanto...

— ¡Pedro!... –gritó–, ¡manda echar las redes a todas esas barcas que se balancean ociosas sobre las olas!

La orden fue obedecida con presteza y con seguridad de éxito.

Una hora después, la playa estaba poblada de gentes que esperaban la donación.

Era la humanidad hambrienta y mísera de toda la comarca vecina, que esperaba del lago el alimento para toda la semana.

Las redes no habían sido aún sacadas, y las pobres gentes empezaban a encender sus pequeñas hogueras para asar el pescado que sería su desayuno y acaso su única comida del día.

Y el Maestro, acercándose a todos aquellos fuegos, acariciando a los niños, animando a los ancianos, consolando a las madres cargadas con

numerosa familia les decía con su voz musical que nadie que la hubiese oído podría olvidarla jamás:

—Haced más grande el fuego, ponedle un tronco más grueso porque hoy el Padre Celestial os trae triple ración de pescado, y para llevarlo limpio al mercado estaréis aquí hasta la tarde.

Las gentes le miraban y sonreían dichosas con la promesa del hombre santo, ¡que nunca hablaba a los humildes sino para llenarles el corazón de amor y de esperanza!...

Las crónicas de ese tiempo han dicho que las redes de los barcos pescadores casi se rompían por la extraordinaria abundancia de pesca en aquel día, y dijeron verdad..., ¡toda la verdad! Zebedeo y otros ancianos como él, que habían pasado su vida a la ribera del Mar de Galilea, aseguraban que nunca vieron una pesca semejante.

Fue llamada la pesca milagrosa y el hecho corrió como en las alas del viento dentro y fuera de la Palestina...

Los magnates del Templo ardían de cólera y de despecho. ¿Quién era aquel hombre que obscurecía de todas maneras su magnificencia, que echaba tierra sobre su sabiduría de doctores de Israel, de jueces, de maestros, de legisladores, pontífices y sacerdotes?

La pestilencia incurable de la lepra le obedecía, y un inmenso desfile de leprosos, iban diariamente al Templo a ser reconocidos como sanos y devueltos a sus familiares.

Los poseídos de espíritus del mal, los ciegos, los paralíticos, los tuberculosos, los cancerosos, los contrahechos, los sordomudos, los cautivos en cadena perpetua, los condenados a la horca, eran salvados por él... ¿Quién era aquel hombre y con qué autoridad hacía tan estupendos prodigios?

¡Ahora hasta los peces del mar galileo le obedecían y se entregaban a las redes para alimentar a las turbas hambrientas y desposeídas!...

Y el Sanhedrín estaba en conciliábulo permanente para dilucidar el enigma. ¡Y los Escribas se quemaban las cejas a la luz temblorosa de los cirios, buscando en las viejas escrituras un rastro perdido en la obscuridad de los siglos, que les diera la clave de aquellos estupendos poderes que desde Moisés al presente no se había visto nada semejante!

Fue necesario hacer concurrir a las asambleas a los tres personajes cumbres de la sapiencia judía de la época: Hanán, Shamai e Hillel, que sólo eran llamados para los definitorios solemnes e inapelables. De los tres, era Hillel el verdadero sabio, que apartando de sí todo fanatismo, todo prejuicio, toda idea de engrandecimiento personal, procuraba dar a cada cosa su justo lugar y que la verdad brillara por encima de todo aunque fuera en perjuicio propio.

Shamai fue de opinión que no se molestase al Profeta Nazareno por el momento, ya que él sólo atendía a las necesidades físicas y morales del pueblo, y no tocaba directamente ni al Templo, ni a la ley, ni al alto tribunal de Israel. Tampoco había pretendido proclamarse rey, ni presentarse como Mesías. Cierto que no había demostrado nunca el menor deseo de acercarse a las primeras autoridades religiosas que gobernaban a Israel, y esa falta de sumisión podía interpretarse como rebeldía; pero el pueblo todo estaba con él, y no habiendo acto ninguno condenado por la Ley, sería grave imprudencia encender la cólera del pueblo atacando directamente a su benefactor.

Hanán, ya conocido del lector por su hábil astucia, opinó igual que Shamai y sólo añadió que se nombrase tres doctores y tres escribas de los más hábiles y sutiles en la observación, para que estudiasen de cerca y muy secretamente la vida y las enseñanzas de Yhasua de Nazareth. De esta observación, podía surgir un motivo legal para condenarle o una comprobación evidente de que era un enviado de Jehová para salvar a su pueblo del yugo del extranjero.

Hillel, cuya modestia le hacía hablar siempre el último, trató el asunto desde una altura digna de él, digna también de sus dos parientes sacrificados años antes al fanatismo sacerdotal: Hillel su tío y Judas de Galaad su cuñado; digna asimismo de su amigo íntimo Filón de Alejandría, a cuyo lado había bebido a grandes sorbos el precioso elixir de la más antigua sabiduría de todos los países, recogido como en ánfora de oro por Ptolomeo I en el Serapeum y en el Museo de Alejandría.

Hizo una breve reseña de todos los profetas y hombres ilustres sacrificados por las autoridades religiosas de Israel, las cuales caían siempre en el mismo error de creerse dueños absolutos de la verdad, siendo así que lo absoluto sólo pertenece a Dios; y el hombre sea cual fuere su posición y su altura, está siempre sujeto a error, máxime cuando en su fuero interno sostiene la ensoberbecida frase: la verdad soy yo.

Hizo alusiones brillantes a la esperanza de Israel de un Mesías Salvador, que sus grandes Profetas venían anunciando desde seis siglos atrás. Hacía más de treinta años que se produjo la conjunción de los astros que según los astrólogos hindúes, caldeos y persas debía coincidir con la encarnación del Avatar Divino en la Tierra. ¿Debían creer o rechazar todos estos anuncios?

Hasta entonces se habían aceptado como verdaderos y justos.

¿Por qué no pensar entonces que Israel se encontraba ante la realización feliz de los vaticinios proféticos?

¿Qué inconveniente había para reconocer en ese joven Profeta dotado de tan extraordinarios poderes, sólo comparables a los de Moisés, para reconocer en él al Mesías esperado?

Opinó, pues, el Anciano Hillel que el Sanhedrín hiciera oraciones solemnes en conjunto para pedir la Luz Divina en el presente caso, cuya importancia reclamaba de todos un verdadero deseo de conocer la verdad para imponerla sobre la nación Israelita.

El hecho de que el Mesías debía ser Pontífice y Rey de Israel, era a su juicio lo que todos esperaban desde siglos hacía; y los actuales dirigentes, demostrarían estar esclavizados por el becerro de oro, si por no descender de las altas posiciones conquistadas, se negaban a reconocer la verdad.

El noble viejo Hillel comprendió que su discurso no era del agrado del Pontífice Caifás, ni de su suegro Hanán que tenían entronizada su propia familia en la alta esfera directriz de la religión y la política.

Y salió del Templo pensando: "El Dios de Abraham, Isaac y Jacob, ya no está en el Templo de Jerusalén, donde se adoraba otra vez el becerro de oro, que causó la indignación de Moisés cuando bajaba del Sinaí.

"¡Desventurada raza de Israel, iluminada por tantas lámparas y hundiéndote más y más en las tinieblas!..."

Con lo antedicho, queda descorrido el velo para que el lector vea claramente las fuerzas contrarias que actuaron en la condena del Hombre de Dios que pasó por la Tierra haciendo el bien, y los más altos dignatarios del Templo de Jerusalén le condenaron a morir.

Las grandes fuentes de riquezas del país eran el ganado, el vino y el aceite, y esas fuentes estaban en poder de las cuatro grandes familias sacerdotales, que manejaban los destinos y el oro de Israel.

El oro que entraba al Templo con la venta del ganado, aceite y vino para los sacrificios, daba para comprar a los ministros de César, al Procurador Romano y al fantoche-rey Herodes Antipas.

El tesoro del Templo mantenía unidos a los tres poderes que sacrificarían al Cristo Salvador de la humanidad, sin pensar acaso ni por un momento que aquel espantoso crimen les hundiría a los tres en un abismo de dolor, de destrucción y les convertiría en polvo y ceniza... ¡nada!

¿Qué quedó del Imperio Romano? Las grandiosas ruinas de sus coliseos y palacios que hoy entristecen a los viajeros que conocen su historia.

¿Qué fue del soberbio Sanhedrín judío, responsable único de la muerte del Justo?

La mayoría de sus miembros asesinados por la plebe enfurecida pocos años después, se hundieron con los magnates de su raza entre las llamas del incendio y devastación llevada a cabo por Tito, hasta cumplirse las palabras del Cristo cuya clarividencia vio cercana la destrucción de Jerusalén y del Templo: "No quedará piedra sobre piedra".

Y la raza de los Herodes, raza de víboras según la frase de Yohanán el Profeta, sólo se la recuerda para hacer parangones con todo lo infame, corrompido y maldito que de tiempo en tiempo aparece en la faz de la Tierra para tormento de la especie humana.

110
ÚLTIMA ESTADÍA EN NAZARETH

El castillo de Mágdalo, como un centinela de piedra que guardaba a la vez, la aldea, los bosques y el lago, había sufrido una gran transformación.

Ya no resonaban allí las músicas profanas de danzas y de festines.

Su dueña había vestido la túnica parda y el velo blanco de las mujeres esenias, y se había rodeado de todas las viudas y ancianos desamparados en las poblaciones vecinas.

Su Maestro Jephone había marchado a Corinto, su tierra natal, porque se lastimó enormemente de la transformación de la hija de su gran amigo, y le sufría el corazón ver aquel palacio de belleza, de ciencia y de arte, convertido en hospicio de vagabundos, de viejos esclavos y esclavas despedidos de sus amos por inútiles para el trabajo.

En los hermosos jardines llenos de fuentes y de surtidores, ya no se veían las canéforas griegas danzando envueltas en velos color de aurora, ni se escuchaban sus laúdes y sus arpas.

Sólo se veían tomando el sol, unas cuantas decenas de viejecillas paralíticas, de ancianos con muletas, de endebles jorobadillos que daba pena ver.

Hasta que un día pasando el Profeta Nazareno por el camino que aún hoy existe, entre la montaña en que se levantaba el castillo y el lago de Tiberíades, Boanerges el pastorcillo, le vio de lejos y corrió a avisar a su señora.

Esta bajó como una exhalación, salió al camino y postrándose a los pies del hombre santo al cual no veía desde el día del Tabor, le dijo:

— ¡Señor!... Mi casa que es tuya, está llena de los dolores humanos que tú sólo sabes aliviar. Siguiendo tu enseñanza he llegado a amarles como a mí misma. Nada les falta bajo mi techo, sólo la salud, la fuerza, la vitalidad... ¡Señor, sé para ellos lo que has sido para todos los doloridos que se acercan a ti!...

El Maestro la dejaba hablar y callaba como si quisiera probar hasta dónde llegaba la fe de aquella mujer en el poder divino.

La vio próxima a llorar por la compasión de sus protegidos y tomándola de las manos la levantó del suelo.

— ¡Mujer!... Sea como tú quieres –le dijo, encaminándose con sus doce íntimos al castillo de Mágdalo, cuyas torrecillas, pobladas de palomas y de golondrinas, resplandecían a la luz radiante de la mañana.

Sus manos caían como ramos de jacintos sobre las cabezas encanecidas, sobre los miembros torcidos y secos, sobre las gibas monstruosas de adolescentes contrahechos...

¡Qué glorioso festín el de aquel día en el viejo castillo, refugio de la ancianidad desvalida y de la niñez enfermiza!

Aceptó quedarse a la comida del medio día, a condición de que fuera servida bajo los emparrados del huerto y que estuvieran sentados en torno a la mesa todos los ancianos, mujeres y niños que habían sido curados.

¡La alegría resplandecía en todos los rostros y todos los ojos buscaban los del Profeta que aparecían llenos de promesas y de bendiciones!

Sus discípulos que conocían de años atrás todos aquellos seres atrofiados por la enfermedad y la miseria, se dispersaron entre ellos y les reprendían por no haber acudido antes para ser curados por el Maestro. Pero, ¿quién había de llevarles si sus pies no podían andar, sin parientes, ni amigos, porque todos se habían cansado de sus largas enfermedades y miserias?

¡Y cada cual refería su drama, su tragedia íntima vivida tantos años, y que en un momento de fe y de amor había desaparecido como al soplo misterioso de un embrujo divino!

— ¡Todos ríen, mujer!... –dijo el Maestro sentado junto a ella–. Sólo tú padeces.

—Así es la verdad, Maestro –dijo ella–, porque yo he visto lo que no vieron los demás: tu muerte trágica que quisiera evitar y que sé que es inevitable.

—Mal haces, María, en contemplar a la muerte con espanto y horror, cualquiera sea la forma en que ella se presente.

"¡La muerte por un ideal de redención humana, es la suprema consagración del amor!

"Y yo he venido a encender fuego de amor en la Tierra.

"¿Qué de extraño tiene que el primer abrasado por esa llama divina sea yo mismo?

"Del Infinito bajé desgarrando mi vestidura de luz, para cubrirme con la pesada materia terrestre que me predisponía a las humillaciones y dolores humanos.

"¿Qué es pues para mí la muerte? Piénsalo, mujer, ¿qué es la muerte? Es la vuelta al Reino del amor y de luz, de donde salí para enseñar a esta humanidad la ley divina del amor, a la cual se resiste desde inmensas edades.

"Es la vuelta a mi verdadera patria después de unos años de destierro voluntario, en el cual he recogido flores preciosas de afectos indestructibles, de mis alianzas terrestres que me esperaban y que me verán partir con amargura...

"Vosotros todos los que me amáis. ¿Podéis medir acaso el enorme sacrificio que significa para un espíritu que escaló las cumbres del Divino Conocimiento, que fue dueño de toda la belleza, de toda la sabiduría, de todo el amor de los cielos superiores, el hundirse de pronto en la ciénaga de todas las miserias y bajezas de la Tierra?

"Mundo nuevo cuya ley actual es el pecado y el dolor, es horrendo calabozo para quien ha pasado ya largas edades en la luz y en el amor.

"¡Todo esto significará para mí la muerte, a la que tanto temes, mujer! ¡Es mi gloria, es mi libertad, es mi triunfo final, mi grandeza y mi dicha perdurable, agrandada inmensamente hasta donde no podéis comprenderlo, por este sacrificio postrero que me hace dueño de los secretos del Padre, con el cual entraré a ser una misma esencia, una misma luz, un mismo pensar..., un mismo amor!

"¡La unión suprema con la Eterna Potencia!... ¡Vida divina de amor, en el Eterno Amor!... ¡Él y yo!... ¡Todo uno!... ¡Como una gota de agua en un piélago de cristalinas corrientes!... ¡Como un foco de luz en una claridad infinita!...

"¡Con un bautismo de sangre inocente bautizaré esta Tierra y conquistaré el derecho de eterna posesión de las almas que en ella se han redimido y se redimirán, hasta la consumación de los tiempos!..."

Varios de los discípulos se habían acercado a escucharlo.

Por el pálido rostro de la Castellana corrían dos hilos de lágrimas silenciosas, que no se preocupaba de enjugar.

—Maestro –dijo por fin–, creo comprender vagamente esa eterna belleza que será tu posesión dentro de poco... Acaso en mi pobre imaginación entreveo como una bruma tu gloria y tu dicha en el Infinito... Pero..., ¿y nosotros, Maestro?..., ¿y tu madre para la cuál eres todo en su vida, y yo? ¡Pobre de mí!... ¡La última golondrina que llegó a tu tejado con las alas heridas muriendo de cansancio, aleteando ansiosamente a ras de la tierra, luchando entre la ciénaga que la rodea y la luz que presiente!...

"¡Oh, Maestro! ¡Todo se hundirá detrás de ti, y no bien hayas tendido tu vuelo a la inmensidad, que todos pereceremos como avecillas privadas de aire..., como peces sacados fuera del agua..., como plantas raquíticas a las cuales les falta el riego de su jardinero!...

"¿No ves todo esto, Maestro, no lo ves?... ¡Tendrás tu dicha inefable! ¡Tendrás tu gloria imperecedera!... ¡Entrarás como un soberano en tu Reino de amor y de luz!... ¡Y para nosotros será el abismo!... ¡Será el

olvido..., cenizas muertas de una hoguera apagada para siempre..., ánforas rotas de un elixir maravilloso que no manará nuevamente porque se habrá secado como la fuente en el desierto!

"¡Cirios que parpadearon un día con exangüe claridad, y que tu eterna ausencia convertirá en pavesas negras aventadas por el vendaval!".

Y la infeliz mujer cayó de hinojos al pavimento llorando convulsivamente. Los discípulos estaban visiblemente consternados, y Juan que amaba a la Castellana con la que habían jugado juntos en la ribera del lago, lloraba en silencio cerca de ella sintiendo que sus amargas quejas encerraban toda la verdad.

El Maestro visiblemente emocionado ante la intensidad de aquel dolor que no esperaba, se inclinó sobre la desconsolada joven y poniendo sus manos sobre ella, le dijo casi en secreto:

— ¡María!..., ¡no llores más y duerme!... En el sueño recibirás consolación.

María se levantó y tomándose del brazo de Fatmé, que lloraba junto a ella, se encaminó en silencio a su alcoba.

El Maestro se retiró solo a un apartado rincón del parque, donde las glicinas lacias y los arrayanes de oro habían formado una florida techumbre.

Se dejó caer sobre un banco y se cubrió el rostro con ambas manos.

Cuando pasado un momento se descubrió de nuevo, en su faz había rastros de lágrimas, pero aparecía en ella una gran serenidad.

— ¡Padre mío! –clamó con entristecida voz–. ¡Soy una débil criatura! ¡Sálvame de mi corazón de carne!... ¡Vine de Ti y a Ti he de volver triunfante!...

"¡No quiero ni la sombra de un pensamiento de vacilación ni de duda!

"¡Soy tu Hijo!... ¡Soy tu Ungido..., tu Cristo..., tu Verbo Eterno!... ¡Cúmplase en mí tu Voluntad Soberana!..."

Apoyó su hermosa cabeza en el respaldo del banco y dejó perderse su mirada en el azul infinito resplandeciente con la luz del medio día.

Sus alianzas espirituales se cernieron sobre él como un sol de amanecer, y un divino éxtasis se apoderó de su espíritu transportándolo a las luminosas moradas eternas, a donde pronto volvería coronado como un vencedor. Desde aquellas cumbres serenas, miró el dolor que dejaría en los suyos, en los que tan hondamente le amaban.

Y su alma extática, ebria de amor y de fe, clamaba al Eterno Consolador:

— ¡Padre mío!..., ¡que su llanto se torne en gozo, porque serán salvadas tantas almas como flores hay en tus campos..., como arenas en tus mares..., como avecillas volando por tus espacios!...

Pedro, Zebeo y Nathaniel, que cautelosamente le habían seguido, oían sus palabras suaves como el murmullo de una fuente, y lloraron de emoción profunda al ver que el Maestro padecía por lo que ellos iban a padecer.

Y los tres prometieron mentalmente al Ungido que continuarían su misma senda, aunque debieran morir sacrificados también como él...

* * *

En una noche de luna llena se hallaba sentado el Maestro en lo alto de una colina, desde la cual dominaba la ciudad de Tiberias dormida en sus esplendores y su fastuosidad de sultana, engalanada para un eterno festín.

Al pie del cerro dormía también en plácida serenidad, el Mar de Galilea o lago Tiberíades.

El mismo fulgor plateado de la luna tendía sobre ambos sus velos de nácar, Yhasua, dejó que su ardiente imaginación de oriental, corriera a toda velocidad tejiendo divinos poemas de amor y de fe, que él soñaba para un futuro cercano.

Era la primera hora de la noche y sus doce habían entrado a la ciudad pagana como la llamaban, para realizar por mandato suyo una gran obra de misericordia.

Una de las doncellas del castillo de Mágdalo, recordará el lector que estaba casada de poco tiempo con el mayordomo del palacio de Herodes, cuyo nombre era Chuza. La esposa, Juana, había hecho llegar a sus compañeras de antes, la noticia de que esa noche serían ahorcados en los fosos del palacio real catorce esclavos galos elegidos de Herodías por su belleza física, para seducir a las hijas del Rey Hareth de Arabia, suegro de Herodes, en venganza del edicto que el rey árabe había promulgado, imponiendo pena de muerte para todo príncipe, princesa o guerrero de su raza que se uniera en matrimonio con persona de la raza de los Herodes, a la cual llamaba raza inmunda y maldita.

Los infelices esclavos galos habían vuelto sin haber podido cumplir la orden de su señora. Habían sido hasta entonces los mimados en las orgías de la corrompida mujer, y aún no la conocían en los aspectos terribles de su cólera cuando se veía defraudada en sus deseos. Había acariciado la horrible idea de tener en su poder las bellas hijas del rey Hareth, o sus nueras, o las jóvenes esposas de sus más gallardos jefes de guerra, para deshonrarlas y escarnecerlas casándolas con esclavos de su servicio. Y mientras estuvo en la fortaleza de Maqueronte, planeó el malvado designio, del cual tuvo el desengaño estando ya en Tiberias.

De esos accesos de furia diabólica que la acometían cuando no eran

satisfechos sus deseos, surgían de inmediato las sentencias de muerte para los infelices que no habían podido complacerla, así hubieran sido antes los privilegiados de sus caprichos.

Los profundos fosos del palacio real tenían compuertas hacia el lago, por donde eran arrojados los cadáveres de los que morían sin juicio público, y cuya muerte convenía ocultar del pueblo gobernado por aquel reyezuelo de cartón, juguete de una mujer malvada.

Tal era el fin que iban a tener esa noche catorce esclavos galos, jóvenes que no llegaban a los veintidós años y que maldecían de su suerte y de su poca perspicacia, que no acertaron a escaparse de las garras de Herodías.

Bajo la misma techumbre dorada que cubría a Herodías, estaba una ferviente discípula de Cristo: Juana de Cafarnaum, esposa del mayordomo Chuza, que con todo el riesgo que significaba para ella había llevado la triste noticia al castillo, de donde a su vez Boanerges la transmitió al Maestro.

Y mientras los discípulos hacen prodigios de cautela y de ingenio para realizar la empresa de acuerdo con Juana y su marido, detengámonos, lector amigo, junto al Cristo entregado a sus pensamientos, y escuchemos el conmovido monólogo en que aquella gran alma exterioriza sus anhelos, sus ansiedades.

"¡Padre mío!... ¡Sé que muy pronto volveré a Ti!... ¡Y volveré con la pena inmensa de no haber arrastrado hacia Ti todas las almas encarnadas en la Tierra!

"Los mismos que me siguen son aún débiles y vacilantes...

"¡Las cien encrucijadas de la vida tienen sorpresas terribles e inesperadas, desfiladeros inaccesibles..., precipicios como abismos!

"Dispersos como ovejas sin pastor, tomarán acaso sendas equivocadas..., en desacuerdo con las que tiene marcada tu voluntad soberana...

"¡Padre mío!... Feliz de volver a Ti, siento en mi corazón las mil espinas punzantes de las avecillas de mi bandada, que deberán llevar a toda la humanidad terrestre las aguas claras de tu inmutable y eterna Verdad.

"¡No quiero para mí sólo la gloria del vencedor!... ¡Padre mío!... ¡Yo la pido también para ellos!..., ¡para todos los que me aman..., para todos los que han creído en tu Enviado..., en tu Ungido..., en tu Hijo!

"¡Veinte centurias correrán ante ellos, con cansadora lentitud, en las cuales hará la humanidad con ellos del mismo modo que lo hará conmigo!

"¡Sé muy bien, que no será el discípulo mejor tratado que su Maestro!

"¡Padre mío!... ¿Serán firmes en su fe en Ti?... ¿Renegarán acaso de la enseñanza de su Maestro, por la cual serán perseguidos?...

"¿Volverán la vista atrás dejando tu heredad comenzada a sembrar?... ¿Dejarán perecer a la humanidad de hambre y de sed?... ¿Dejarán apagar sus lámparas encendidas por mí, cuando yo haya vuelto a Ti, Padre mío?...

"¡Me estremece la duda!... ¡Me agobia el temor!..., que yo vea tu luz alumbrando sus senderos... ¡Padre mío!...

"¡Ten piedad de mi!..., ¡ten piedad de ellos!..., ¡ten piedad de toda esta humanidad que me has dado como preciosa herencia, que he de devolverte multiplicada en sus méritos al mil por mil!..."

Yhasua dobló su cabeza sobre el pecho como agobiado por el enorme peso de sus pensamientos, y un mar de luz dorada comenzó a ondular en torno suyo cubriéndolo completamente.

Era la respuesta de su Padre a los ansiosos interrogantes de su espíritu.

¡En aquel sublime éxtasis vio la gloria que le esperaba, y vio los caminos de sus discípulos y seguidores, sacrificados en aras de su fe en él, de su firmeza en defenderla, de su tenacidad heroica en seguirle!

Vio a los esclavos galos, cuyas vidas salvaba en ese instante, que llevaban como una oriflama de gloria su doctrina de amor fraterno a su tierra natal, sobre cuyo hermoso cielo se diseñaron primeramente como esculpidas en oro, las frases que sintetizan toda su enseñanza: *¡Fraternidad, Libertad, Igualdad!* ¡Era la Galia, el primer vergel que florecería en la heredad del Padre!...

¡Vio a los suyos, dispersos sí, por todos los continentes, por todos los países, por ciudades y aldeas, mas no como ovejas sin pastor, ni como bandadas de aves errantes que perdieron el rumbo, sino como pilotos de grandes o pequeñas naves que bogaban entre bravías tormentas, pero que no naufragaban nunca!

Los vio encarcelados y perseguidos; los vio morir entre los mil suplicios y torturas que es capaz de inventar la ignorancia y el fanatismo, de los que creían que matando los cuerpos mataban la idea... La idea divina del Cristo que decía: "Sois todos hermanos. Ama a tu prójimo como a ti mismo".

Desde el Trópico a los Polos, vio a los suyos llevando el blanco pendón de la paz que los ángeles de Dios habían cantado la noche de su nacimiento. Cuando volvió en sí, se encontró rodeado de sus doce discípulos íntimos, más los catorce esclavos galos, que todos de rodillas en torno suyo le miraban absortos en la divina claridad que le rodeaba.

— ¡Se quema el Profeta!... –habían gritado los jóvenes esclavos y ese grito le había sacado del estado extático en que se encontraba.

—Me dormí esperando vuestro regreso –les dijo–, y he soñado con tantas maravillas, que me siento inundado de dicha y de paz.

Y se encaminaron a pedir albergue al castillo de Mágdalo que estaba a un estadio.

Era muy entrada la noche, y no convenía llamar demasiado la atención formando un grupo tan numeroso.

Los esclavos galos fueron enviados a Tolemaida con la primera caravana que pasó, para que un barco de la flota de Ithamar que aún estaba administrada por Simónides, los devolviera a Lutecia, su tierra natal.

Unos días después, se encontraba el Maestro en Nazareth en la casa paterna. Era aniversario de la muerte de su padre y quiso acompañar a su madre, en la conmemoración que en tal día se hacía todos los años.

Era un día de recogimiento en oración y canto de los salmos rogando al Altísimo por la paz, la luz y la gloria de aquél cuya memoria les era tan hondamente querida.

Todos los hijos de Yhosep habían acudido a la vieja casa, morada del justo, donde todo les recordaba su abnegación, sus esfuerzos por el bien común, y la solicitud y prudencia, con que supo encaminar a todos sus hijos por las sendas de la honradez y la justicia, que lo hizo grande ante Dios y ante los hombres.

Se encontraba presente Marcos, que había acudido acompañando a Ana la menor de las hijas de Yhosep.

Era la hora nona y hacían la oración de la tarde.

Reunida toda la familia en el gran cenáculo, las mujeres tocaban el laúd acompañando la letra del Salmo 133, en que el Rey-poeta canta la belleza del amor familiar, al cual compara con el óleo perfumado que unge los cabellos, con el rocío que desciende desde el Hermón y refresca la tierra y hace florecer los campos.

El alma del Cristo se desbordaba de ternura al suave calor de la familia, sintiendo a su lado la dulce voz de su madre que parecía flotar entre el Cielo y la Tierra, en aquellos momentos solemnes en que recordaba al amado compañero de su vida con Yhasua a su lado, y con todos los familiares que tan tiernamente la amaban.

En el silencio de la tarde, sonó de pronto el galope de un caballo que venía por el camino del sur. Ni aún retuvo la carrera al entrar en la ciudad, y fue a detenerse ante el portal del huerto de Yhosep, cuyo aldabón hizo resonar con fuerza, repetidas veces.

Marcos salió precipitadamente y la alarma hizo acallar voces y laúdes.

— ¡Nada temas, madre! –dijo Yhasua poniendo su mano sobre las de Myriam–.

“El justo Yhosep está entre nosotros, y cuida de ti más aún que lo

hacía durante su vida física. ¿No sabes madre el poder que tienen las almas de los justos para proteger a los que aman?

— ¡Sólo temo por ti, hijo mío! –fue la respuesta de aquella amante madre, que se olvidaba de sí misma para sólo pensar en su hijo.

Marcos entró en ese instante seguido de un mensajero.

Era un criado del viejo tío Benjamín de Jericó, de la familia de Myriam, como recordará el lector en pasajes anteriores que hemos relatado.

Traía una epístola para el tío Jaime, en la cual relataba este hecho: "En un tumulto callejero promovido por soldados herodianos que iban hasta Hesbón y que se encontraron al salir de la ciudad con un grupo de jinetes árabes que entraban, fueron heridos de muerte dos soldados romanos de la guarnición que desde la Fortaleza de Kipros vigilaba Jericó y hacía guardar el orden. Los herodianos azuzados por Herodías, habían cobrado odio contra los súbditos del rey Hareth y no perdían oportunidad de buscar pendencia con ellos en cada encuentro que tenían.

El centurión de la guarnición romana que había perdido dos de su centuria, encarceló en la Fortaleza a todos los que se encontraron próximos al lugar del tumulto. En aquel grupo de jinetes árabes venía el hijo mayor del Scheiff Ilderín, y entre los que salieron en defensa suya cuando fueron atacados por los herodianos, estaban dos nietos del viejo tío Benjamín y el joven hijo de aquella princesa árabe, al cual Yhasua había vuelto a la vida años atrás, cuando el niño de sólo once años estaba ya moribundo consumido por la fiebre.

El hijo del Scheiff Ilderín, iba a Jerusalén a entrevistarse por orden de su padre con el príncipe Judá. Injustamente atacados por los herodianos al entrar a Jericó para pasar allí la noche, se habían defendido valerosamente apoyados por grupos de transeúntes, entre los que estaban los nietos del Anciano tío Benjamín y el hijo de la princesa árabe.

Se corría el rumor de que al amanecer del siguiente día se haría en la fortaleza de Kipros una ejecución de todos los detenidos, si esa noche morían los dos soldados heridos de gravedad.

El caso era tan extremo y tan sin solución posible, que los parientes de Myriam pensaron que sólo su hijo, el gran Profeta que tenía poderes sobre la muerte, podría salvar a los que estaban amenazados sin ser culpables.

La consternación fue grande entre los concurrentes al cenáculo de la vieja casa de Yhosep al enterarse de tales noticias. Todas las miradas se clavaron en Yhasua y en todas ellas vio él, esta súplica: ¡Sálvales tú que todo lo puedes!

—Orad vosotros al Padre, Dueño y Señor de todas las vidas humanas, que yo haré lo que Él me permita hacer –díjoles el Maestro que se retiró a su alcoba, pidiendo que no le molestasen hasta que él volviera.

Ya solo en su alcoba, rogó intensamente a sus alianzas espirituales que le ayudasen a salvar aquellas vidas amenazadas de muerte, por la injusticia y barbarie entronizadas en aquel país, y se recostó en su lecho para provocar la emancipación de su espíritu mediante el sueño.

Realizado el desprendimiento, su alma poderosa y lúcida se transportó a la bella ciudad de los rosales, penetró a la Fortaleza de Kipros y encontró a los detenidos en la planta baja de la torre principal, que sumidos en loca desesperación se aferraban a los barrotes de las rejas, a los cerrojos, se daban golpes contra los muros queriendo derribar aquella fuerza de piedra que los detenía.

Todos vieron la blanca figura del Profeta Nazareno que les era tan conocido. Él les hizo señal de silencio y abriéndoles sin llave las puertas les hizo salir a todos, ordenándoles que salieran también de Jericó. Era la media noche y las puertas de la ciudad estaban cerradas. La blanca figura astral les acompañó hasta el muro y junto a la casilla del guardián dormido, les franqueó también la salida, y se vieron en medio a los caminos que se dividían hacia distintas ciudades. Tomaron todos, el camino de Jerusalén, donde contaban con personas que podían protegerles. En la puerta abierta de la ciudad de Jericó, vieron esfumarse la blanca figura del Profeta que les había salvado la vida de modo tan maravilloso.

Los dos soldados gravemente heridos, se sentaron de pronto sobre sus camillas y uno al otro se preguntaban: –¿Qué había pasado? El uno había caído con el vientre atravesado por la espada de un herodiano. El otro recibió una cuchillada en la espalda, no recordaban nada más.

Las puertas de la Fortaleza estaban abiertas. La torre delantera estaba vacía. Los centinelas y guardias dormían profundamente.

—O la guarnición toda ha sido pasada a cuchillo, o somos nosotros dos almas del otro mundo –se decían ambos.

—Yo no me siento herido –decía el uno.

—Ni yo tampoco –decía el otro–. ¿Qué ha pasado aquí?

Al amanecer se presentaron al Centurión que creyó estar viendo visiones, pues les contaba ya entre los muertos.

Los soldados herodianos fueron puestos en libertad, pero con orden severa de no pasar más por Judea, donde serían apresados en cuanto se les viera por allí.

El Centurión era uno de aquellos dos soldados romanos que varios años antes, Yhasua había curado de graves heridas en el accidente del circo de Jericó, que casi costó la vida al Jefe de la Torre Antonia y a sus dos acompañantes.

Y pensó de inmediato:

—Sólo conozco un hombre capaz de realizar el portento que aquí se ha obrado esta noche:

“¡El Profeta Nazareno! Los dioses le son propicios, porque él es un dios con vestidura de hombre. –Y rogó a los suyos que guardasen silencio sobre aquel hecho, del cual ningún informe legal podían dar porque nada sabían.

Cuando el Maestro volvió al cenáculo, aún encontró a su madre y familiares entregados a su ferviente oración.

—Bendigamos todos juntos al Padre –les dijo–, porque me ha permitido hacer lo que todos vosotros pedíais.

111
LOS SECRETOS DEL PADRE

Durante dos semanas permaneció el Maestro al lado de su madre en Nazareth, y sus diálogos íntimos con ella y el tío Jaime, como sus enseñanzas a sus discípulos, descubren en él una intensidad de amor a Dios y a la humanidad casi llevada al delirio.

—*El alma que ama a Dios* –decía–*, de tal manera se unifica con Él, que le siente vivir en sí misma con una potencia y plenitud que llega a absorberle por completo.*

“Olvida a momentos que es un desterrado en un mundo de pecado y de dolor, y tiende el vuelo a las eternas claridades que son su plano habitual”.

Preguntado por uno de sus íntimos sobre la enorme diferencia de unas almas con otras, siendo que todas tienen el mismo origen divino e idénticos destinos eternos, el Maestro explicó así:

—*No hay en las lenguas habladas por los hombres, palabras capaces de reflejar los secretos del Padre, que son como llamaradas de luz percibidas en momentos determinados por espíritus de avanzada evolución.*

“Pero como vosotros, por alianzas de muchos siglos, habéis querido ser en esta hora los que alumbréis el camino abierto por mí ante la humanidad, el Padre pondrá en mis labios su Verbo Eterno, y en vuestra mente la lucidez necesaria para comprenderme.

“Encended una hoguera con la hojarasca seca de los campos y los árboles del bosque. El viento sacudirá aquella inmensa cabellera de llamas, que arrojará una lluvia de chispas radiantes en todas direcciones. Observad que de aquellos millares de millones de chispas, no todas encienden nuevos fuegos, sino que la mayoría de ellas caen a tierra donde la humedad del césped o el lodo de los campos las mantiene inermes y semiapagadas, hasta que las chispas hermanas las remueven entre las cenizas y las alimentan con buenos combustibles.

"Desde la eternidad sin medida y antes de que los tiempos fueran, la Energía Suprema como una hoguera inmensa de amor emanaba a millares de millones, partículas radiantes de Sí misma que se aglomeraban unas con otras en una vasta inmensidad esférica, apropiada a su naturaleza incorpórea, sutil más que el gas y que el éter.

"Allí debían desenvolverse, crecer, expandirse en vida propia, individual, inteligente, como partículas que eran de la Eterna Inteligencia Creadora. Tal como el germen de la vida física se desenvuelve, vive y crece en el seno materno.

"Todas las manifestaciones de la vida en los planos físicos, son como una copia de lo que sucede en las eternas moradas donde guarda el Creador sus secretos casi incomprensibles para la mente humana terrestre.

"Las edades que según nuestras medidas de tiempo, necesitan para desenvolverse y crecer aquellas chispas vivas, partículas de la Divinidad, no puede precisarlo la humana inteligencia. Mas, como nada permanece inmóvil ni estacionario en la Creación Universal, llega una hora en que las chispas son un Yo pensante, y entonces comienza su tarea marcada a fuego, por la eterna ley de la evolución y del progreso. El Yo pensante o Ego, como le llaman las Escuelas secretas de Divina Sabiduría, imita a su Soberano Creador y envía hacia un plano físico o mundo ya en condiciones de albergar vidas orgánicas, una partícula o emanación de sí mismo, para comenzar la escala progresiva de su propia evolución.

"El momento decisivo y solemne en que el Yo pensante envía hacia un plano físico su primera emanación, puede compararse para mejor inteligencia del asunto con el momento en que un ser nace a la vida material.

"Y así el Ego o Yo pensante, desempeña el papel de un padre de la antigua era, que traía a la vida física numerosa prole. Son las personalidades que se suceden unas a otras, como se suceden los hijos en la naturaleza humana.

"Y del mismo modo que los hijos se distancian enormemente del pensamiento de su padre y tuercen el camino, lo encuentran de nuevo, cometen desaciertos, caen y se levantan, igualmente sucede con las emanaciones inteligentes del Ego o Yo pensante, el cual, como nacido de la Eterna Potencia, tiene su misma inalterable paciencia con los desaciertos, locuras y devaneos de sus personalidades físicas que son creación suya, imagen suya, hijos suyos. Y las edades pasan y los siglos corren como polvareda de arena que llevan los vientos.

"El Eterno Absoluto no tiene prisa ninguna. El Ego o Yo pensante creado por Él, no la tiene tampoco. La evolución no se realiza a saltos, sino paso a paso, como los viajeros en el desierto.

"Casos hay no obstante, en que algunos viajeros vislumbran el peligro de una próxima tempestad o del avance de una manada de elefantes furiosos o la proximidad de una selva poblada de fieras, y entonces procuran apresurar cuanto pueden la marcha, antes de que les sorprenda la noche. Esta noche de los viajeros por el desierto, equivale a la terminación de un ciclo de evolución en el viaje eterno de las almas...

"Esa tempestad, esa tromba de elefantes enfurecidos y esa selva poblada de fieras, son las diversas situaciones en que se ven las inteligencias encarnadas en el correr de sus vidas físicas, todo lo cual puede causarles grandes entorpecimientos, si por holgazanería o falta de previsión no han evitado los peligros puestos como barreras en su evolución. Todo es comparativo, ya lo veis. Como es arriba es abajo, dice el viejo principio cabalístico.

"Hemos levantado una punta del velo que encubre los secretos del Padre, y creo que es lo bastante para que comprendáis el por qué de la diferencia de unas almas con otras. No nacieron al mismo tiempo, ni crecieron con igual presteza, ni anduvieron a igual velocidad, ni vivieron en un mismo medio ambiente, ni entre idénticas circunstancias y bajo la presión de fuerzas y corrientes iguales".

Un inmenso silencio siguió a esta disertación del Maestro. Se conocía que todos meditaban, y el Maestro comprendió que aún quedaban otros interrogantes en la mente de sus íntimos.

—Bástale al día su propio afán –dijo levantándose del sitio que había ocupado en un diván del cenáculo, junto a su madre–. Otro nuevo día nos puede descubrir un nuevo secreto.

"Guardad pues para mañana eso que bulle en vuestro pensamiento.

Yhasua, su madre y el tío Jaime se retiraron a sus alcobas al descanso de la noche, dejando a los Doce, dueños del gran cenáculo de la casa de Nazareth, donde ellos dormían cuando se hospedaban allí.

"Otro nuevo día nos puede descubrir un nuevo secreto", había dicho el Maestro al terminar la confidencia de la noche anterior.

Y había añadido más: "Guardad para mañana eso que bulle en vuestro pensamiento"

Por largo tiempo debían permanecer vivos en la mente los recuerdos de aquellas inolvidables veladas en el cenáculo de la casa de Nazareth, en torno al Maestro y en presencia de su madre, que como la estatua viva de la piedad, imprimía a todas aquellas reuniones las suaves tonalidades de su bondad y su ternura.

Durante el día, los discípulos se diseminaban, a veces en grupos o aisladamente según fueran las ocupaciones a que les llamase el deber impuesto por el nombre de discípulos del Ungido divino, para enseñar una senda nueva a la humanidad.

Mas, llegada la noche, la pequeña escuela se reunía en torno al Maestro, a escuchar las enseñanzas profundas que él reservó siempre a sus amigos más íntimos que estaban preparados para comprenderle.

El nuevo secreto del Padre que debía ser descubierto era el siguiente:

—*Anoche pensasteis* –comenzó el Maestro–*, que cuando el Yo pensante o Ego emite hacia un plano físico su primera emanación inteligente, ¿cómo y dónde se coloca éste pequeño soplo o hálito vivo para comenzar la vida de una personalidad?*

"Tened por seguro, que la Eterna Sabiduría no ha olvidado ni el menor detalle en las necesidades presentes y futuras de cada chispa divina que debe desenvolverse, actuar y crecer en los millones de mundos destinados a esa evolución primitiva.

"Y entre los millones de espíritus de luz que pueblan las moradas del Padre, están los conductores, maestros y guías de esas chispas divinas o emanaciones inteligentes, a cuyo desenvolvimiento y evolución atienden solícitamente sin abandonarlos jamás, hasta verlas entrar en el augusto Santuario del Divino Conocimiento, donde empieza la evolución sin tutela inmediata. Tal como obra un buen padre cuando los hijos llegan a la mayoría de edad.

"Cuando en aquella chispa divina e inteligente ha llegado a despertarse el conocimiento de sí misma, su Yo superior o Ego, es desde luego su primer tutor, su guía y Maestro íntimo, el cual ha evolucionado a su vez hasta ser señor de sí mismo, y poder marcar o imprimir a sus personalidades, la orientación y modalidad que su libre albedrío le sugiere.

"La solidaridad y armonía del Universo, es tan fuerte para unir en perfecto equilibrio la marcha de los mundos, como la marcha de las almas encarnadas en ellos, que a ninguno le falta ni le sobra lo necesario para realizar su evolución y su progreso eterno. Tiene lo justo.

"De este admirable equilibrio, armonía y solidaridad, nacen las eternas alianzas de las almas, unas con otras. ¿No se establece fuerte alianza entre los padres y los hijos, los hermanos entre sí, los maestros con sus discípulos, los labriegos de un mismo campo, o los pastores de un mismo rebaño? Y si así pasa de ordinario en la materia que tanto obscurece al espíritu, con mayor facilidad ocurre entre las almas, en los intervalos más o menos largos de su libertad en los planos espirituales.

"En las inmensas legiones de espíritus adelantados, están los que gobiernan los elementos de la Naturaleza: el agua, el aire, el fuego, el éter, la tierra; están los que dirigen la evolución de los reinos mineral, vegetal y animal. ¡Para el ojo previsor de la Eterna Potencia Creadora, no pasa desapercibido ni un peñasco que se desprende de una montaña,

ni un hilo de agua que surge de improviso de la grieta de una roca, ni el menudo césped que cubre un escondido valle, ni el musgo que crece en las losas rotas de una sepultura olvidada!

"Hay Inteligencias a millares que rigen y gobiernan todas esas múltiples manifestaciones de la vida, cuya pequeñez e insignificancia aparente, no atrae en forma alguna la atención de las gentes, que ignoran la grandeza encerrada en aquellos humildes orígenes de una evolución futura.

"Tan solo espíritus de gran adelanto, detienen su atención en una pareja de golondrinas que anidan en su tejado, o en un enjambre de abejas que sin pedir nada a nadie, laboran silenciosamente la miel en un rinconcillo de su jardín; en el perrillo casero que sigue al amo como su sombra durante la vida, y hasta va a gemir sobre la tierra removida de su sepultura.

"Y si para un alma adelantada no pasan desapercibidos estos menudos detalles, en la vida de los seres de especies inferiores que la rodean, ¡de qué manera tan diáfana y clara, tan real y precisa estarán en la Suprema Inteligencia, cuya vibración permanente anima toda vida por pequeña que ella sea!

"¿Os parece imposible que la infinita grandeza de Dios, se ocupe así de lo que para vosotros es de poca importancia o ninguna?

"No lo pensaríais, si contempláis al Supremo Hacedor como a la Causa única de toda manifestación de vida en el vasto universo.

"¡Está Él, impulsando la marcha de los mundos, el rodar de las esferas, la danza gigantesca de las estrellas en la anchurosa inmensidad!

"¡Está Él, en el andar lento de las pesadas bestias de la Tierra, como en el vuelo de los pájaros, en el aleteo de las mariposas, en el oleaje de los mares y de los ríos, y hasta en los pétalos delicados de la flor que atrae vuestras miradas!

"Todo es Él, y en todo está Él, Causa Suprema y única de toda vida, así de lo más grande y hermoso, como de lo más pequeño y hasta despreciable.

"Con la mayor solicitud que cuida un labriego sus sembrados, un pastor su rebaño, y un padre sus hijos, vigila y cuida la Eterna Providencia del Padre sus obras todas, sus creaciones inmensas, ilimitadas, sin término ni medida, y cuyos alcances infinitos no puede abarcar ni comprender la humana inteligencia, mientras se mantiene obscurecida por la envoltura física que reviste en este planeta.

"Ahora comprendéis, cómo y por qué caminos encuentra el lugar de su evolución primitiva, el primer soplo o hálito vivo e inteligente emanado del Yo pensante o Ego, principio divino de todo ser.

"Vuestra oración sea para esto; para conocer la grandeza de Dios

y su Amor infinito y eterno, a todas sus obras, a las cuales somete a la invariable ley de la renovación y transformación permanente, hasta llegar a la suprema perfección.

"Yo os preparo para ser maestros de vuestros hermanos, y vuestra oración no ha de ser siempre para pedir el pan de cada día y el alivio de un dolor. Hora es ya de que olvidéis a momentos, vuestra materia física, para pensar en la inefable belleza de la Esencia Divina que anima todo lo creado.

"Cuando habréis conseguido dar ese gran paso en vuestro camino hacia el Infinito, o sea, olvidaros de vosotros mismos para absorberos en Él, será cuando más cuidados y vigilados estáis por Él, hasta el punto de que sin pedirle nada para vuestra vida material, lo tendréis todo con generosa abundancia. Es así de generoso y excelso el Divino Amor, cuando las almas se le han entregado por completo.

"Yo os preparo asimismo, para ser los continuadores de mi enseñanza salvadora de la humanidad terrestre.

"Muchas veces me habéis oído decir: "Yo soy el camino, la verdad y la vida. Soy luz para este mundo y quien me sigue no anda en tinieblas".

"Y así como para entrar a participar del festín de bodas del hijo de un rey, necesitáis invitación especial y traje especial, os digo: la invitación os la traigo yo, pero el traje lo debéis buscar vosotros. Os hablo en un símbolo que tiene perfecta aplicación en este caso. Con mi enseñanza íntima os abro la puerta del Divino Conocimiento, que es el festín del hijo del rey. El traje especial, es la purificación de vuestra alma, mediante el rechazo enérgico y firme de todo pensamiento y acto contrario a la Ley Divina, y después, mediante el amor de Dios y del prójimo manifestado no con palabras, sino con hechos dignos del verdadero servidor de Dios, que ama en Él y por Él, a todas sus criaturas.

"Algunos de vosotros iniciasteis esta purificación al comienzo de vuestra vida. Otros la habéis iniciado después, y para hacerla eficiente en alto grado, cuando os reunisteis en torno mío os envié por setenta días al Santuario del Tabor, donde los Ancianos maestros os enseñaron a fondo el modo de tejer la túnica especial para el festín simbólico, representación de la unión del alma con la Divina Sabiduría.

"Realizada esta unión por la purificación del espíritu, Ella comienza a entregarnos uno a uno sus eternos secretos, para que uséis de ellos en bien de vuestros hermanos menores.

"Me habéis visto curar todas las enfermedades y aliviar todos los dolores humanos. Me habéis visto calmar las tempestades en el mar y en la tierra, paralizar la acción delictuosa de los seres malvados, desaparecer de pronto en medio de una multitud, llamar a la vida a los que antes de hora la dejaban.

"Y vosotros deberéis hacer lo mismo cuando yo haya vuelto al Padre y marchéis por mi camino sin mi presencia material.

Un murmullo de voces interrumpió nuevamente al Maestro que sonreía con su habitual bondad, viendo los azorados ojos de los presentes.

— ¡Maestro!..., ¡es sueño..., puro sueño el pensar que podamos nosotros hacer tus mismas obras!...

— ¡Sueños!..., ¡ilusiones!..., quimeras que no llegarán a realizarse jamás.

Cuando se acallaron los murmullos pesimistas y desesperanzados, el Maestro continuó su enseñanza íntima.

—Os dije que ya es hora de que vuestra oración haga algo más que pedir el pan de cada día, y que elevándose por encima de todo interés personal, busquéis la unión con la Divinidad, eterna dueña de todos los poderes que conocéis y los que no conocéis.

"Entre las infinitas moradas del Padre hay estancias radiantes, que si pudierais verlas de cerca os deslumbrarían y acaso os cegarían. No son habitación de humanidades, sino inmensos depósitos o fuentes de esencia elemental viva o energía latente, que espera indefinidamente su evolución futura.

"Mientras va llegando parcialmente esa hora, esta energía latente o esencia viva, puede ser utilizada y llamada a actuar por los pensamientos y deseos vehementes de las inteligencias humanas, encarnadas o desencarnadas. De ella he usado yo para realizar las obras que conocéis en beneficio de los doloridos y enfermos de la tierra.

"Habéis visto que para mí, la oración me ocupa más tiempo que la comida, y que varias veces al día, me aparto de vosotros para orar.

"¿Qué pedirá el Maestro?, os habéis preguntado más de una vez.

"¡No pido nada! ¡Mi oración es como el que acude ansioso y anhelante a una cita de amor, en que sé que soy ardientemente esperado, la Divinidad y yo somos entonces dos enamorados vehementes, que nos deseamos con un ansia incontenible! ¡Ella es siempre la que da y yo el que recibe siempre los dones inagotables que manan como si fueran la sangre viva de un corazón que no se agota jamás!... Mi pensamiento se convierte allí, en una gran fuerza tan poderosa como un vendaval que va de polo a polo rozando la Tierra, llevando en sí mismo el bien, la salud, la paz, la infinita dulzura de su fuente de origen, en la medida de mi deseo.

"El pensamiento arrastra entonces consigo, inmensa cantidad de esa esencia elemental viva o energía latente, tan dócil al pensamiento que obra en ella que se torna en vitalidad para los organismos debilitados, gastados y deshechos; en fuerza moral para los enfermos del alma; en vida nueva para los que acaban de dejarla antes de su hora; en invisible

freno para las corrientes atmosféricas que producen las tempestades; en sutil corriente etérea que puede trasportarme en un instante para impedir un accidente desgraciado que afecta a seres inocentes.

"Todo esto y mucho más, recibe el ser que se sumerge por el amor en la Divinidad, mediante ese acto tan silencioso y sutil que llamamos oración. Es el pensamiento unido a la Divinidad, con la cual llegan como en un magnífico cortejo nupcial, las grandes alianzas espirituales que todo ser, se va creando en el correr de los siglos y de las edades, y con las cuales llega a formar un solo pensamiento, un solo sentir, un solo amor.

"Nunca es una sola inteligencia la que realiza las obras que el vulgo llama maravillosas. Es la unión de inteligencias afines, la unión de pensamientos y de voluntades, la unión soberana en el amor quien realiza en los planos físicos las hermosas creaciones del deseo puro, santo, nobilísimo, germinado en un alma enamorada de Dios y de sus semejantes.

"Es evidente que la capacidad de poner en movimiento benéfico esas energías latentes o esencia viva de que os hablo, está en relación con la evolución y progreso espiritual y moral de cada ser.

"Por eso os hice comenzar vuestra senda de cooperadores míos, con aquella purificación de setenta días entre los Ancianos maestros del Tabor.

"Por eso Yohanán el Profeta-mártir, vació esas energías latentes o esencia viva en las aguas del Jordán, y sumergió en ellas a todos lo que acudían a él en demanda de salud, consuelo, paz y esperanza.

"El agua y el vino que bebisteis entre los Ancianos del Tabor; el pan y los frutos de la tierra que saciaron vuestra necesidad, impregnados estaban en esa fuerza viva que es fluido en el éter, esencia en el líquido, átomo en los cuerpos, gas en la atmósfera, bruma acariciante y tibia en el resplandor dorado del fuego del hogar. Todo esto fue vuestra purificación inicial, y debido a ella os sentíais renovados, como hechos de nuevo, según lo que vosotros mismos me dijisteis cuando llegué a sacaros de vuestro retiro".

Un murmullo pleno de recuerdos y de ternuras se extendió por el gran cenáculo de la casa de Nazareth. Todos afirmaban que era verdad.

Myriam como en un éxtasis miraba a su hijo, cuya grandeza empezaba a deslumbrarla, tal como si mirase una luz demasiado intensa y viva.

El tío Jaime, Ana y Marcos se sentían asimismo sobrecogidos de un religioso pavor, cual si presintieran la proximidad de un gran acontecimiento en que debieran unirse los cielos y la Tierra.

— ¡Perdón, Maestro! –dijo de pronto Judas de Kerioth, que casi nunca hablaba ante todos–. No sé lo que habrá ocurrido a mis compañeros en

el Tabor durante nuestra permanencia allí; pero de mí puedo decir que mis pensamientos, preocupaciones e inquietudes sólo se adormecieron para despertar al poco tiempo más tenaces y profundas.

"Quisiera saber, Maestro, a qué se debe esto, si a una mala disposición mía, o a que mis problemas íntimos no tienen solución posible en mi existencia actual".

Todos los presentes lo miraron con extrañeza, pues ninguno lo había oído jamás abrirse con tanta franqueza y menos ante todos.

El Maestro lo miró unos momentos con tan indefinible ternura, que Judas bajó sus ojos húmedos de lágrimas.

—Judas, amigo mío –díjole el Maestro–. Te he respondido sin hablar. ¿Has comprendido mi respuesta?

—Sí, Maestro –contestó el aludido, y sin llamar la atención salió luego del cenáculo, porque se sentía ahogar por los violentos latidos de su propio corazón.

Los celos no le dejaban encontrar la paz. Parecíale que todos sus compañeros le hacían sombra. Por una extraña lucidez de ese momento, creyó ver a todos superiores a él. Una angustia sorda le estrujó el corazón. Pensó que el Maestro le tenía lástima justamente por su inferioridad.

* * *

Diversas tareas apostólicas de enseñanza y de obras de misericordia, ocuparon la atención del Maestro y su pequeña escuela de Divina Sabiduría.

Una epidemia desarrollada en Séphoris, que alcanzó a varias aldeas del norte de la llanura de Esdrelón, les absorbió cerca de cuarenta días, en los cuales los discípulos comenzaron a percibir, que casi todos ellos iban adquiriendo lentamente poderes y fuerzas hasta entonces inadvertidas por ellos mismos.

Observaron que cuando sus deseos benéficos para sus semejantes iban unidos como en una orden expresa al poder y amor de Cristo hijo de Dios Vivo, tenían efectos sorprendentes sobre los atacados de la peste, y en general sobre los atormentados por otros dolores y dificultades.

Esta eficiencia extraordinaria en favor de los doloridos, les animó de tal manera en el misericordioso apostolado, que hasta altas horas de la noche se les veía en grupos de dos o tres recorriendo chozas y tugurios, aldeas y cabañas, levantando de su postración a los enfermos y calmando la desesperación de aquellos a quienes la muerte de los suyos les había dejado solos en el mundo.

Y como el dolor tiene a veces claridades de lámpara maravillosa, de aquella epidemia azote de Séphoris y las aldeas vecinas, resultó un

considerable número de nuevos seguidores del Profeta Nazareno. ¡Sólo él sabía consolar!... ¡Sólo él comprendía todos los dolores humanos!... ¡Sólo él tenía un remedio eficaz para cada una de las tremendas angustias que les atormentaba!

Ya no eran sólo doce que le seguían. Eran setenta, que habían quedado sin familia, sin parientes ni amigos, ¿a dónde volverían la mirada que no encontrasen la indiferencia, la cruel indiferencia que ante la desgracia de su semejante se encoge de hombros y dice fríamente: a mí ¡qué!?, ¡ni me va, ni me viene!

En la noche negra de su angustia, sólo oyeron una voz amiga, dulce como una canción de amor que les decía:

—Venid a mí, los que tenéis sobre vosotros pesares y cargas que no podéis llevar. Yo os aliviaré.

Y corrieron en pos de él.

Y seguido de todos ellos se encaminó hacia el Monte Carmelo, a buscar entre los solitarios de aquel Santuario de grutas, donde estuvo en su adolescencia, albergue y cultivo espiritual para sus nuevos discípulos.

Todos eran de familias pertenecientes a la Fraternidad Esenia y del grado primero, al que pertenecía la gran mayoría de los buenos israelitas adoradores sinceros del Dios de Moisés.

No eran, pues, ajenos por completo a lo que significaban los austeros solitarios que en el célebre Monte de Elías y Eliseo, continuaban su vida de oración, trabajo y estudio, todo lo cual les hacía capaces de ser como una providencia viviente para aquella comarca.

Yhasua les había prometido una última visita antes de volver al Padre, según su frase habitual.

Aquella imprevista circunstancia anticipó quizá el cumplimiento de su promesa, pues Séphoris se encontraba a una jornada escasa del Monte Carmelo. Las grutas, asilo de refugiados, se habían aumentado enormemente en los últimos diez años. En el laberinto casi impenetrable de aquella hermosísima montaña, toda cubierta de frondoso ramaje, cada agujero en la peña era como un nido de águila, donde uno o más refugiados vivían de su trabajo, prefiriendo su tranquila pobreza a las turbulentas agitaciones de las poblaciones, donde los odios de partidos y de sectas, hacían casi imposible la vida.

Las mujeres se albergaban en las cercanías de la Gruta de las Abuelas, que recordará el lector, a las cuales ayudaban en sus tareas de hilado y tejido, preparación del pan, quesos y secadero de frutas para todos los habitantes de la montaña que venía a ser como una población silenciosa, en la cual todos sus individuos aportaban su esfuerzo para que aquella ignorada colmena humana no careciese de lo necesario. Los hombres refugiados allí, por diversas situaciones y necesidades, eran dirigidos

de inmediato por los terapeutas peregrinos, cuya misión ya conocida del lector, era como el vínculo que unía a los grandes maestros de los santuarios con los hermanos en la fe, diseminados por todo el país.

Los setenta nuevos discípulos del gran Profeta Galileo, fueron a engrosar aquella oculta población de seres desesperanzados de la vida, en los cuales sólo él podía despertar esperanzas nuevas para el porvenir.

En sus almas profundamente heridas por los dolores y miserias humanas, el Verbo encarnado supo encontrar la chispa divina semiapagada que sólo esperaba un aliento vigoroso para encenderse de nuevo.

Y con este pensamiento fijo, lleno del ardiente fuego de su fe y de su amor, los presentó a los Ancianos maestros suyos, con estas tiernas y sencillas palabras:

"Todo cuanto hiciereis por estas almas que gimen como el pequeñuelo, huérfano de su madre, por mí lo hacéis, y el Padre os compensará largamente aún en esta misma vida.

Excusado está decir, que los solitarios los recibieron con ternuras de padres.

Aquellas palabras suyas: "Lo que hagáis por ellos, por mí lo hacéis", de tal modo penetraron en su yo íntimo, que los veintitrés solitarios existentes entonces en la montaña histórica, prometieron a Dios, a sus antiguos padres los Profetas, y al Mesías anunciado por ellos, que aquellos setenta huérfanos de las tempestades de la vida, serían como sus hijos desde aquel momento.

En los diez días que allí permaneció el Maestro, tuvo lugar una de las más grandiosas manifestaciones de su potencialidad de espíritu superior, bien llamado Hijo de Dios Vivo.

Invitado por sus viejos maestros a ocupar la tribuna sagrada hecha de troncos de árboles y cubierta con los rústicos tejidos de las Abuelas, quiso continuar allí las enseñanzas profundas comenzadas en el cenáculo de su casa paterna en Nazareth.

La radiación espiritual intensa acumulada durante siglos en aquel humilde Santuario entre rocas, formaría un precioso escenario a su palabra vibrante de fe, de esperanza y de amor, teniendo ya casi a la vista la gloria de su Reino al que pronto debía volver.

Los veintitrés solitarios Ancianos, ya estaban sentados entorno suyo, más sus íntimos, menos Judas de Kerioth, que de Nazareth se había ausentado por unos días a Gadara en cumplimiento de un encargue familiar. Tenía allí un tío materno que le administraba su patrimonio.

El Maestro comenzó su disertación:

—Os dije en mi confidencia última que a vuestra oración, en la hora presente, debéis llegar como el que acude a una cita de amor donde sabe que es ardientemente esperado.

"¿Quién os espera?... La Amada sobre todas las cosas, la Divinidad, a la cual vais con el ansia suprema del cervatillo a la fuente, del pequeñuelo a su madre, del pájaro a su nido.

"Allí os espera el agua fresca para vuestra sed, el seno materno para vuestra hambre y el calor del nido tibio para vuestra desolación.

"Vais como el viajero perdido en una selva obscura, a encontrar una estrella nueva que alumbre vuestro camino en adelante, o como el viajero que fue dejando entre los espinos del camino su vestido hecho jirones, y va a buscar un ropaje nuevo de preciosos tejidos que le permitan presentarse cuando llegue al término de su viaje.

"La Divinidad, vuestra excelsa Amada sobre todas las cosas, sabe cuanto necesitáis y os da todo, y aun lo que no habéis llegado a pensar, y nada quiere de vosotros sino vuestro amor rendido y ardiente, que os despreocupa de todo lo que no es Ella y para Ella, en el momento solemne de vuestra entrega absoluta...

"¡Vuestra fe vive en Ella!... ¡Todo lo esperáis de Ella!... Amáis a todo cuanto existe en Ella y por Ella.

"¡Es la Amiga Eterna!... ¡Es la Madre Eterna!... Es la Eterna Esposa de las almas que se han vestido con la túnica santa de la purificación, que es altruismo, desinterés absoluto, amor compasivo para todos los seres, voluntad permanente de sacrificarse por sus semejantes y de buscar y seguir la verdad donde quiera que se la encuentre.

"El cortejo nupcial de la Amada Eterna, os rodea por todas partes.

"Son las alianzas espirituales que os habréis creado en el correr de las vidas sucesivas, a través de los siglos, y ellas os introducen en el alcázar de nácar y oro, donde según la visión de Buda, el dulce Profeta de la India, "entraréis en una región de luz soberanamente bella, más allá de muchos millones de miríadas de mundos, donde estaréis a cubierto de todo engaño, de todo dolor, de toda miseria, tras de siete filas de balaustradas de nácar y ámbar, de siete filas de velos de luz impenetrable, de siete cordones de árboles musicales y movibles, como el resplandor permanente de miríadas de esmeraldas vivas..."

"Y en este elevado asunto, el Profeta de las renunciaciones heroicas, no hace más que confirmar las visiones del filósofo atlante Antulio de Manh-Ethel, cuya lectura escucharéis en una de estas noches si el Maestro Archivero se digna desdoblar para vosotros, los viejos pergaminos con la sabiduría de los Dakthylos continuadores de Antulio.

"A este reino de amor, de luz, de dicha inefable, me he referido siempre que os he dicho: "Mi Reino no es de este mundo".

"Y sólo por la meditación en la forma y modo que os enseño, puede el hombre penetrar en esos santuarios de la Luz Divina, aún estando sumido en las oscuridades frías y dolorosas del plano físico terrestre.

"Ante una visión semejante, ¿qué son todos los reinos y grandezas de la Tierra, sino polvo y escoria?

"¿Qué son los imperios de Asuero, de Darío, de Alejandro, de los cuales sólo quedan imponentes ruinas?... ¿Qué será de la gloria de los Césares? ¿Qué del nuevo reino de Israel, con el cual sueñan muchos amigos que de verdad me aman, pero que aún no llegaron a comprender que más allá de sus sueños materiales, se dilatan hasta lo infinito las moradas radiantes de dicha y de gloria que guarda la Divinidad, la Eterna Esposa, para quienes la buscan y la aman?

"Algunos de vosotros vivís aterrados con la visión de mi próxima partida a las moradas de la luz y del amor que trato de haceros comprender, y ese espanto lo engendra y lo mantiene vuestro desconocimiento más o menos grande, de lo que es la vida del ser en aquellas sublimes regiones. Creéis sin duda, que es la separación completa; y la ausencia, diréis, es el olvido, es el rompimiento de los lazos tiernísimos que unen en la vida física a los que se comprenden y se aman, es la anulación de todo afecto, de toda reciprocidad entre los que quedan en la materia y los que partieron al reino de la luz.

"En verdad, os digo, que estáis muy equivocados los que alimentáis tales pensamientos.

"Los seres que vistieron en la tierra la túnica de purificación con sus nobles pensamientos y santas obras de misericordia para con el prójimo cargado de pesadumbres y miseria, entran al dejar la materia en aquel divino Reino del amor y de la dicha, y ven continuamente presentes a todos los seres que le son queridos y que les amaron con puro y desinteresado amor.

"Esto os parecerá difícil de suceder, y hasta imposible, porque desconocéis la fuerza poderosa que el pensamiento humano adquiere en aquellas sublimes regiones, donde las actividades mentales y el amor puro lo es todo, y ninguna valla ni barrera puede oponerse a su formidable poder.

"Los seres que residen en aquellas regiones de inefable dicha, ejercen la acción benéfica de sus pensamientos, de su amor y tierna solicitud hacia los que le son queridos, mucho más que podían hacerlo en la vida material, sujetos a todas las dificultades, tropiezos y contingencias adversas, propias de los planos físicos.

"Más aún, tienen el poder de atraerles hacia aquellas dichosas estancias, ya sea en el desprendimiento natural del espíritu encarnado durante el sueño físico, o ya en las horas de meditación profunda, en que el alma encarnada se aparta voluntariamente de todo lo grosero y vil, para buscar en la Divinidad a los amados sumergidos en Ella.

"Y estos encuentros en las moradas de luz, más allá de la atmósfera y

del éter, son la gloria más pura, la dicha más inefable que puede soñar o concebir el alma humana, aún encarnada en un plano físico.

"Imaginaos pues, que me he libertado yo de las cadenas de la materia en que me veis aprisionado, y estoy ya en las moradas del Amor Eterno y de la Eterna Claridad. ¿Creeréis acaso que pueda caber en mí, el olvido de vosotros y de esta dulce alianza que comenzada en épocas lejanas, se ha fortificado inmensamente en esta hora de mi holocausto postrero en favor de la humanidad?

"Estoy seguro que ninguno de vosotros cree a su Maestro capaz de semejante olvido, sino que antes al contrario creéis con toda firmeza que mi amor os seguirá envolviendo como un inmenso manto blanco tendido desde lo infinito, ondulante y suave como una caricia materna a veces, y otras como una techumbre de acero para proteger vuestra evolución encargada a mi tutela, siempre que vosotros no rechacéis voluntariamente esta amorosa vigilancia.

"Cuándo la Justicia y el Amor del Padre me hayan levantado a aquellas alturas, podré atraeros hacia mí, de modo tan real y verdadero, como ahora os he llamado a escuchar mi palabra.

"Surge de vuestra mente en este instante esta interrogación: ¿Podremos recordar nosotros aquí en la tierra, que estuvimos a tu lado, Maestro, unos momentos no más en tus cielos de dicha y de amor?

"¿Podremos recordar cuanto veamos y oigamos en aquellas radiantes mansiones?

"En verdad os digo que eso será el fruto de vuestra oración profunda, sincera; oración del alma, no de los labios, oración de sentimiento y de fe, no de frases aprendidas de memoria y pronunciadas mecánicamente como el rodar siempre igual de los engranajes de un molino.

Eso no es oración, es un encadenamiento de palabras más o menos bien combinadas y bellas que pueden poner al alma en un cierto grado de tranquilidad, sin elevarla ni un ápice hacia las mansiones luminosas de la fe viva, de la esperanza justa y pura, ¡y sobre todo del amor intenso como una llamarada ardiente que se dilata hasta lo infinito!

"La meditación u oración en esta forma que os enseño, os hará poner lentamente en condiciones de recordar en el plano físico, nuestros encuentros gloriosos y dulcísimos en las moradas de luz. Aquí os debo una explicación más.

"Cuando yo, posesionado nuevamente de mi Reino de Amor y de Luz, os atraiga hacia mí durante vuestra meditación, no creáis que lo hacéis en un salto formidable de la tierra donde moráis a la estancia en que yo estaré, sino que iréis pasando de una región a otra, en graduaciones casi imperceptibles, para que vuestra mente no sufra las tremendas impresiones de un cambio tan brusco y tan completo.

"Este plano físico está en obscuridad comparado con el inmediato superior, y a medida que vuestra alma ascienda en ese glorioso camino, irá entrando en regiones más y más luminosas y radiantes, hasta encontraros conmigo, que soy el que os habré atraído a mi Reino.

"Oídme pues atentamente: A medida que vais subiendo por las distintas regiones que forman el obligado pasaje, os vais despojando de los fluidos groseros propios de los planos inferiores, y vuestra alma se irá envolviendo en los sutilísimos fluidos más puros y diáfanos que el gas y el éter, porque son vibraciones de luz, colores y sonidos propios de aquellas purísimas regiones.

"Cuando se halla realizado nuestro amoroso encuentro, nuestra mística cita de amor, será necesario que vuestra alma regrese por el mismo camino a su plano propio: la tierra, donde está encarnada.

"Y así como al subir, se fue cubriendo de los sutiles velos fluídicos necesarios para penetrar en aquellas divinas moradas, al bajar deberá ir dejándolos para tomar nuevamente los ropajes fluídicos de las regiones por donde va pasando, hasta llegar a la pesada envoltura propia de este plano físico. En este proceso de rigurosa ley, de ir dejando las sutiles vestiduras fluídicas de las moradas de luz, el alma va dejando también gran parte de las impresiones y recuerdos de cuanto vio y oyó en aquellas excelsas alturas, quedándole solamente algo así como una inmensa sensación de paz, de amor, de quietud; un gran deseo de volver nuevamente a la oración, a la soledad, al olvido de todos los goces y alegrías terrestres.

"Pero os digo en verdad, que la continuación de practicar esta forma de oración o meditación, despertará de tal manera vuestras facultades superiores, que poco a poco, vuestra mente irá reteniendo más y más las impresiones y los recuerdos de lo que vio y oyó, en estos divinos encuentros en los cielos o reinos de luz y de amor.

"Y en esta hora solemne, víspera casi de mi partida hacia el Padre, hago un pacto con vosotros y con todos los que de cerca me han seguido en esta última etapa de mi vida mesiánica; y en este pacto, yo soy el que promete y vosotros los que esperáis. Desde mi morada de luz y de amor os atraeré hacia mí en la forma antedicha, y estaré con todos vosotros hasta el final de los tiempos, o sea, cuando el Eterno Juicio del Padre llame a separación de los justos y de los réprobos, los primeros a moradas de dicha y de paz; y los segundos a mundos inferiores donde el dolor de largas y tremendas expiaciones les despierte la conciencia de lo que son.

"Y sello mi pacto eterno con todos vosotros diciéndoos, que las fuerzas del mal puestas en acción contra vosotros, jamás os vencerán si os mantenéis unidos a mí como estáis en este instante.

"Al consagrar así mi nueva alianza de amor con vosotros, os doy entrada a mi Reino y os digo que todo amor puro y desinteresado que florezca en vuestra vida terrestre, así sea a la familia, a los amigos, a los compañeros de ideal, a los maestros o guías que os enseñan los caminos del bien y de la justicia, os dan derecho para penetrar en mi Reino aún encarnados en este plano terrestre, a compartir sus inefables bellezas, sus elevados conocimientos, muy superiores en verdad, a todos los que pueden adquirirse por los medios materiales en el plano físico.

"Nada queda oculto en aquellas divinas claridades, por lo cual quienes penetran en ellas, pueden leer en los anales eternos de la Luz, imperecederos archivos del Absoluto, donde fue grabada a fuego la historia de la evolución de cada mundo y de la humanidad que la habitó desde lejanas edades.

"Cuando vosotros, después de esta jornada lleguéis a mi Reino, podréis buscar entre vuestros íntimos amigos de la Tierra a algunos de ellos que con su conciencia despierta a la Verdad, al Amor y a la Justicia Eterna, pueda percibir en estado de vigilia las verdades divinas que queráis sugerirle, para cooperar así desde vuestro cielo dichoso, a la evolución espiritual y moral de esta humanidad.

"Hasta ese punto puede llegar la Inteligencia y la unión íntima de un morador de aquellas elevadas regiones con los seres afines y queridos que dejó en el mundo terrestre, siempre que ellos se dispongan voluntariamente y sin intereses personales de ninguna especie, a servir como instrumentos y cooperadores de las Inteligencias desencarnadas moradoras de aquellos cielos de luz, de amor y de dicha perdurable.

"¿Puede darse una mayor y más íntima unificación? ¿Podéis pensar con justicia en que seréis olvidados por los felices moradores del Reino de Dios?

"Suponeos que estáis ya en aquellas divinas estancias de conocimiento superior y de inefable dicha, dueños de los archivos de la Luz Eterna, en que encontráis grabados nítidamente en forma de panoramas vivos, toda la historia de la evolución de cada mundo con la humanidad que lo habitó desde que pudo albergar vidas orgánicas. Y veis también que esos panoramas vivos no concuerdan por completo y en muchos puntos con los relatos llamados históricos que conocisteis en vuestra vida física.

"Y es entonces, cuando el amor a la verdad os abrazará como una llamarada ardiente, y buscaréis con ansia indecible alguno de vuestros amigos íntimos de la Tierra, compañeros de ideales que por su grado de evolución y afinidad con vosotros os sirva como instrumento para percibir en estado de vigilia, vuestras sugerencias, relatos o poemas que veis claros y vívidos, en las divinas moradas del Reino de Dios.

"¿Podéis medir y comprender la sublime grandeza de este apostolado de la Verdad Eterna que realizaréis desde lo alto de vuestros cielos de luz, de dicha y de amor, en beneficio de la humanidad que conoce tristemente desfigurados, los acontecimientos más notables de su propia historia?

"Los actuales afiliados a las ignoradas Escuelas de Divina Sabiduría conocemos gran parte de la historia de la evolución humana terrestre desde sus comienzos, debido a los relatos de muchos hermanos moradores de aquellos cielos dichosos donde impera la verdad absoluta.

"Las evoluciones promovidas por los Flámenes en la desaparecida Lemuria, por los Profetas Blancos en Atlántida, también dormida bajo las aguas, por los Dakthylos del Ática prehistórica, y por los Kobdas del Nilo, antes de las dinastías faraónicas, nos son conocidas justamente por el medio que os acabo de insinuar.

"Esta misma evolución actual promovida por la Fraternidad Esenia continuadora de Moisés, será referida a la humanidad un día, extrayendo de los Archivos eternos de la Luz, las verdades que escapan de ordinario a los relatores terrestres, más o menos informados, más o menos parciales al referir los acontecimientos, ya sea en asuntos políticos, campañas militares, o desenvolvimientos filosóficos o religiosos de las porciones de humanidad, países o ciudades afectados por ellos.

"Tal es, amigos míos, la comunión de los santos, la comunión de las almas con la Divinidad, hacia la cual nos sube la oración profunda, sincera, grito del alma desterrada en los planos físicos, palpitación de nuestra propia vida, añorando su origen divino.

"¡La oración!..., ¡vuelo sublime del pensamiento hacia lo Absoluto!

"¡Fuerza desconocida de la mayoría de las almas encarnadas en esta Tierra, que enloquecidas por los deseos materiales no alcanzan a comprender que cuanto más se alejan de su centro original, más, más y más desventuradas son!...

"¡La oración!..., ¡dulce cita de amor del alma encarnada en la Tierra con los moradores del Reino de Dios!

"Orad cuando yo haya vuelto a mi Padre, y Él me enviará a vosotros tan real y verdadero como lo estoy en este instante.

"Y cuando reunidos en mi nombre me llaméis con vuestro pensamiento, estaré en medio de vosotros para deciros: "La muerte no es la separación para los que de verdad se aman. ¡La muerte es la libertad del alma de la pesada envoltura material que pone trabas penosas a sus grandes anhelos!".

"¡La fe y el amor se dan la mano, para abrir ante las almas ebrias de luz por la oración profunda, toda la magnificencia del Reino de Dios!...

"¡Orad!..., ¡orad, y los cielos infinitos se abrirán para vosotros como al soplo divino de un poderoso fíat!"

La voz vibrante del Maestro se iba como esfumando en una divina resonancia que parecía venir de muy lejos, llenando la penumbra del humilde Santuario de rocas de tan suave ternura que estremecía las almas y arrancaba lágrimas de emoción.

La claridad opalina de un dulce atardecer comenzó a cernirse cual bruma de oro que obscurecía la trémula llama de los cirios, y todos presintieron los esplendores divinos que iban a presenciar.

El Maestro había echado su cabeza atrás, apoyada en el respaldo del tosco sitial de troncos en que estaba sentado, y sus ojos entornados hacían comprender ese elevado estado espiritual que en lenguaje humano llamamos éxtasis.

Una ronda majestuosa de seres extraterrestres comenzó a diseñarse claramente en la penumbra del sagrado recinto.

Las formas fluídicas fueron condensándose más y más, hasta hacerse casi tangibles, y todos los presentes creían oír la repetición de las últimas palabras del Maestro:

"¡La fe y el amor se dan la mano, para abrir ante las almas ebrias de luz por la oración profunda, toda la magnificencia del Reino de Dios!

"¡Orad!..., ¡orad y los cielos infinitos se abrirán para vosotros como al soplo divino de un poderoso fíat!"

Los excelsos visitantes se fueron diseñando en la atmósfera, tan claramente que pudieron ser identificados aquellos que habían desencarnado hacía poco tiempo como Yohanán, el profeta mártir; Yhosep el justo, esposo de Myriam; Yhosuelín su hijo; Baltasar el Anciano astrólogo persa, a cuya muerte estuvo presente Yhasua en Thipsa a orillas del Éufrates; y el Anciano sacerdote Simeón que ofreció al Señor a Yhasua niño, a los cuarenta días de nacido.

Y voces suavísimas como emanadas por ellos mismos, continuaban repitiendo las palabras que había dicho el Maestro unos momentos antes:

"¡La muerte no es la separación para los que de verdad se aman! La muerte es la libertad del alma de la pesada envoltura material que pone trabas penosas a sus grandes anhelos".

¡Las moradas del Padre se habían abierto!... Habían descorrido los velos de sus secretos impenetrables a los profanos, para que los amigos del Hombre de Dios, continuadores de su siembra de amor sobre la Tierra, se empaparan de la sublime y eterna realidad, de su existencia más allá de donde alcanza la inteligencia humana, encerrada como una crisálida en su capullo en el concepto puramente material de la vida.

El cuerpo físico del Maestro se había tornado resplandeciente, y parecía formar parte del magnífico cortejo de soles humanos, cuyo número no era posible contar.

Las paredes rocosas habían desaparecido entre aquel desfile interminable

de formas bellísimas, radiantes, etéreas, de tan suaves tonalidades, que semejaban los colores del iris subidos a una intensidad de vibraciones que no solo deslumbraban, sino que las melodías emanadas de ellos, cual si fueran musicales sus pensamientos, anulaban por completo la sensación de vida material en todos los que presenciaban aquella magnificencia de luz, colores y armonía.

La potente irradiación venció por último la resistencia física, y todos cayeron en la dulce inconsciencia del sueño hipnótico.

Sólo el Maestro y los Ancianos presenciaron en estado de plena conciencia, aquella estupenda manifestación con que las alianzas espirituales del Ungido, quisieron corroborar sus últimas y más profundas enseñanzas.

Cuando todo había pasado, el Maestro despertó a los suyos con estas palabras:

— ¡Levantaos y no dudéis nunca más! Ahora sois hombres nuevos, que iluminados por la verdad Divina entráis en vuestro camino de misioneros míos para la conquista de la humanidad.

Cuando después del refrigerio de la noche se encontraron solos para descansar, se decían los unos a los otros en íntimo secreto comentario:

—Estoy extrañado de ver que vivimos aún con estos cuerpos de carne. Me creía en el otro mundo.

—Creí que la vida se había terminado y que éramos habitantes del Reino de Dios –decía otro.

—Ningún goce de la tierra puede ya excitar nuestro deseo, después de lo que hemos visto –añadía un tercero.

Y se quedaron dormidos en los estrados de piedra cubiertos de esteras de juncos y pieles de ovejas, en la sala del fuego como llamaban a la gruta mayor, donde ardía la hoguera en que se condimentaban los alimentos y se reunían todos en las horas de la comida.

— ¡En la morada del Padre nos encontraremos de nuevo! –díjoles a los Ancianos el joven Maestro a la salida del Santuario, abriendo sus brazos en una suprema despedida.

Los Ancianos solitarios se arrojaron en ellos ahogando los sollozos de su corazón, pues todos sabían que era la última vez que le veían sobre la Tierra. Y bajó del Monte Carmelo pensativo y sereno, seguido de los suyos embargados también por la emoción de los Ancianos.

Sus discípulos empezaban a comprender que la hora tremenda para ellos se acercaba, y se confesaban unos a otros que estaban muy lejos de la lúcida serenidad con que quería el Maestro que esperasen la llegada de esa hora.

Muy lejos estaban de figurarse la terrible tragedia que terminaría aquella hermosa vida, que había pasado como una estrella benéfica

encima de todos los dolores humanos. Y se figuraban una serie de hermosísimos panoramas extraterrestres, entre los cuales desaparecería de la Tierra el Ungido de Dios.

—Una legión esplendorosa de ángeles bajará de los cielos a llevar a nuestro Maestro a su Reino Eterno –decía Pedro con su habitual espontaneidad.

—O acaso, nuestros grandes Profetas que anunciaron su venida, bajarán como un cortejo real para transportarle a las moradas eternas –añadía Juan, lleno de ardiente fervor.

—Yo creí –dijo Matheo–, que en los esplendores de aquella noche de las visiones, el Maestro subiría a su Reino.

"Desde la cumbre del Monte Carmelo, era en verdad una gloriosa subida. El fuego de la palabra de Elías aún parece resplandecer sobre la montaña santa.

— ¡Quién sabe!... –dijo Tomás–. Acaso será en Tabor.

—Yo pienso que la subida ocurrirá en Jerusalén para que el Sanhedrín que se niega a reconocerle, vea la evidencia por sus propios ojos –añadía Zebeo.

—Oí al Maestro –dijo Santiago–, que iremos a Jerusalén en breve, pues se acerca la Pascua. La despedida de los Ancianos me hace pensar que la hora está cerca.

El Maestro se había quedado unos pasos atrás y conversaba afablemente con Andrés, Felipe y Nathaniel, a los cuales recomendaba que al llegar a Séphoris trataran de informarse si los encargados de la Santa Alianza remediaban las necesidades más apremiantes de los convalecientes de la cruel epidemia.

En aquella ciudad les esperaba Judas de Kerioth y todos juntos siguieron a Nazareth.

Allí se encontró el Maestro con una reunión de mujeres, que desplegaban grandes actividades en torno de su madre.

Estaban sus parientes de Canaán y de Naím, las jóvenes del Castillo de Mágdalo, Salomé con la familia de Hanani, el tapicero de Tiberias, padre de Fatmé, que ya conoce el lector.

Su madre le comunicó que esperaban al siguiente día una porción de asnos que habían contratado para ir a Jerusalén.

Aun faltaban unos sesenta días para comenzar las fiestas religiosas de la Pascua, pero la Castellana de Mágdalo quería disponer en su casa de aquella ciudad un buen hospedaje para el Maestro, sus discípulos y familiares.

El Anciano Simónides le había instado para que anticipara el viaje, pues había perspectivas de grandes acontecimientos que no podía revelar en una epístola, decía la que recibió María dos días antes.

—Sí, en verdad –dijo el Maestro al enterarse de esto–. Habrá grandes acontecimientos.

“Melchor y Gaspar mis viejos amigos acudirán también. Yo necesito verles a todos reunidos allí. Nunca se habrá reunido tanta gente en Jerusalén como en esta Pascua final.

— ¿Por qué final, hijo mío? –preguntóle su madre con cierta alarma interior.

—Digo final porque en ella terminará mi apostolado para dar comienzo a mi reinado.

Oír estas palabras y prorrumpir todos, en hosannas y aplausos fue como un estruendo de júbilo y entusiasmo.

Y un murmullo sordo de comentarios comenzó entre todos, por lo cual allí nadie se entendía.

Tan solo su madre y María de Mágdalo no pronunciaron palabra, limitándose a clavar sus miradas ansiosas en la faz del Maestro que no reflejaba inquietud alguna. Un vago temor las había sobresaltado a ambas, pero al ver la dulce serenidad del Maestro, continuaron los preparativos del viaje.

—De aquí a diez días estaré yo también allí con vosotras –les dijo–, pues aún tengo que visitar las ciudades de las orillas de nuestro mar Galileo.

Las viajeras salieron de Nazareth dos días después acompañadas de Zebedeo y Hanani, mientras el Maestro con el tío Jaime y sus doce emprendió la última recorrida por los pueblos y aldeas de su amada Galilea.

Una infinita ternura parecía desbordarse de su corazón al visitar aquellos amados lugares, donde tan feliz había sido y a los cuales sabía que no los vería más con sus ojos de carne.

Y otra vez los recuerdos más tiernos y emotivos se levantaban en su espíritu como un rumor de pétalos, que el viento del atardecer arrancaba de los tallos y los echaba a rodar mustios por las arenas de la playa y sobre las olas mansas de aquel lago, que reflejaba por última vez su imagen en la serenidad de sus aguas opalinas.

Y sintiendo que una honda melancolía anudaba un sollozo en su garganta, aconsejó a los suyos ir a pescar y preparar la cena en la tienda de la orilla del lago, donde pensaba pasar esa noche.

Gozosos aceptaron la orden, y el Maestro subió a una pequeña colina, desde donde dominaba el lago teñido de oro y rosa con los últimos resplandores del ocaso.

Nada elevaba más dulcemente su alma a las alturas infinitas como la contemplación de las bellezas de la naturaleza, el gran templo de su Padre según su frase habitual.

La solitaria y profunda oración del Hijo de Dios, duró hasta que una hermosa luna creciente se levantó como un fanal de plata en el azul sereno del cielo galileo.

Cuando sus discípulos le vieron regresar a la tienda, observaron en él tal plenitud de dicha y de paz, que la transmitía a todos inundándoles de una dulzura infinita.

—Maestro –dijo Juan lleno de fervor–. Daría con gusto la mitad de los años que me restan de vida, por saber lo que ha pasado entre el Padre y tú en esta larga oración.

El Maestro le miró sonriente y le dijo como a un niño a quien se le reprende por exceso de curiosidad.

— ¡Juanillo!..., entraste demasiado joven en el Santuario de los Ancianos, pero si has entrado es porque eres Anciano de espíritu como ellos y por tanto no debes hacer preguntas sobre la intimidad secreta del alma con Dios.

—Perdón, Maestro..., pero veo y siento tanta grandeza y tantas maravillas en ti y alrededor de ti, que por fuerza me veo convertido en un interrogante continuado.

—Ya lo sé, Juan, ya lo sé. El Supremo Creador te dotó de tan exquisita sensibilidad porque un día tendrás que ser intermediario entre el cielo y la tierra, en esta misma vida –le contestó el Maestro.

—No comprendo eso, Maestro. *Intermediario entre el cielo y la tierra,* ¿qué significa?..., ¿qué quiere decir?

— ¡Hombre!..., que harás profecías como las hicieron nuestros Profetas –contestóle Pedro–. ¿No se llamaron ellos intermediarios de Jehová para con su pueblo? ¿Estoy en lo cierto, Maestro?

—Sí, Pedro, estás en lo cierto, y para que tengáis una idea más precisa y clara de las bellezas de mi Reino, a donde vosotros me seguiréis un día, os referiré lo que el amor del Padre me ha permitido ver en la oración de esta tarde.

Todos prestaron atención.

—En los setenta días de instrucción espiritual que pasasteis en el retiro del Tabor, habéis comprendido lo que es el hombre encarnado en la tierra, o sea, un admirable conjunto de espíritu y de materia. A esta última, la conocéis tan sólo por las sensaciones que experimentáis en ella, y aún con ese escaso conocimiento, presentís que es una maravillosa máquina viva, cuyos órganos, músculos y fibras parecerían tener inteligencia propia, según es la precisión y acierto con que todos cuidan de sus funciones respectivas, a los fines para los cuales están hechos.

"Y así, el pobre cuerpo maltratado del más infeliz esclavo es una de las grandes maravillas creadas por el Supremo Hacedor.

"Y si esto es la materia que constituye el cuerpo del hombre, ¿qué

no será la parte más noble de su ser, el alma, emanación directa de Dios a la cual ha dotado, en principio, de sus poderes y facultades? ¿No sintió Moisés en una de sus visiones el Divino Pensamiento que decía: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza?".

"Algo os he hablado sobre el alma en una de mis confidencias anteriores, y ya que la curiosidad de nuestro Juanillo me hace hablar de mi oración de esta tarde, oíd pues lo que he percibido en ella.

"Oraba yo con fervor y lágrimas rogando al Padre me permitiera vislumbrar los caminos seguidos por todos los que amo, en el interminable correr de los siglos y de las edades futuras.

"Era necesario para mi paz y sosiego, para terminar con serena alegría esta etapa final de mi existencia terrestre, que pueda yo llevar conmigo la certeza plena que todos aquellos que me fueron dados en esta hora suprema por el amor y la afinidad, continuarán fieles a mi mensaje hasta la hora lejana de tomar posesión del Reino Eterno que les habré preparado".

En los ojos de todos vio el Maestro este interrogante: "¿Cuál fue la respuesta?"

—Oídme –continuó, dando al tono de su voz una conmovedora solemnidad–.

"Me fue dado ver vuestro Ego o Yo Superior como os dije en una enseñanza anterior, que es la verdadera emanación de Dios y semejanza suya, residentes todos ellos en la morada de Luz que les es propia y como su cuna eterna hasta la postrera glorificación.

"El grado de progreso a que vuestro Yo Superior ha llegado en el correr de las edades pasadas llenó de íntima dicha mi espíritu, y aunque hay diferencia de grados de adelanto entre unos y otros, he podido llegar a la convicción de que al finalizar este ciclo de evolución, tendré reunidos en torno mío a todos los que he amado en esta hora solemne de mi vida eterna.

"Me vi yo en un cielo hermosísimo, cuyos esplendores de luz, coloridos y armonías, ningún lenguaje humano puede describirlo. Poblado de seres gloriosos en la más elevada perfección, sostenían entre ellos sublimes conversaciones sobre la evolución de los sistemas de mundos que les están confiados. Si os podéis figurar lo que será un lenguaje de pensamientos luminosos de cambiantes colores y tonos, según la idea que representan; y todo ello flotando en un oleaje interminable de armonías dulcísimas, podréis tener una idea aproximada de la belleza y la dicha de aquella celestial morada.

"Con el pensamiento, que es allí su forma de expresión, uno de aquellos elevados seres me dijo: –Ahora llegan los tuyos a formar tu corona eterna.

"Yo comprendí al punto aquel lenguaje de pensamientos, y antes de que pudiera yo responder vi que un enorme cortinado de velos de oro se abría, y todos los que he amado en esta vida estaban ante mí resplandecientes de felicidad.

"Era una enorme multitud, pues cada Ego o Yo Superior vuestro, venía seguido de un largo cortejo que identifiqué de inmediato.

"Eran todas las personalidades creadas y vivificadas por vuestro Ego desde esta hora, hasta el final de los tiempos. Ni una sola personalidad habíais perdido, pues en todas vuestras existencias tuvisteis en cuenta mi enseñanza de amor fraterno de la hora actual. ¿Sabéis la dicha inefable que esta visión me ha producido?

"¿Valoráis ahora el poder supremo de la oración, cuando ella sube del alma a la Divinidad, y la Divinidad se desborda de amor y de luz sobre el alma encarnada, que reclama con ansia infinita esta sublime comunión?

"¿Queréis una dicha mayor? ¡Os he visto entrar en mi Reino con todo el caudal de merecimientos, progreso, facultades y poderes que habréis conquistado durante los siglos que deben venir hasta el final de este ciclo!

—Maestro –dijo Tomás, que era el más analítico y observador–. Habéis dicho que en vuestra visión percibisteis que ni una sola personalidad habíamos perdido. ¿Cómo debe entenderse eso?

—Es bien sencillo, Tomás. Ya os dije otra vez que el Ego o Yo Superior que es la verdadera alma, emanación de Dios, crea sus personalidades para realizar las existencias sucesivas mediante las cuales se engrandece y perfecciona. Y alguna vez puede ocurrir aunque muy raramente, que sea tan grande la desviación moral de una personalidad, que el Ego la aparte de sí, como el buen jardinero corta de un árbol, las ramas estériles y dañinas, cuyo crecimiento perjudica al árbol mismo.

"No otra cosa quise decir cuando hablé un día de la higuera estéril que era cortada y arrojada al fuego para convertirla en ceniza.

"El Yo Superior o alma, emanación divina, sufre angustias de muerte cuando su yo inferior le es rebelde y se enreda en los planos físicos con toda suerte de crímenes en contra de sus semejantes.

"¿No habéis sentido una inmensa tristeza después de haber cometido una injusticia con alguno de vuestros hermanos?

"Esa tristeza que llamáis remordimiento es como el clamor intenso de vuestro Yo Superior, que os hace sentir su descontento por la falta cometida.

"¿Habéis comprendido ahora?".

—Sí, Maestro, y muy claramente –contestaron todos a la vez.

112
A JERUSALÉN

El Maestro se encaminó por fin hacia Jerusalén.

Estaba decidido a exponer sus principios de fraternidad humana ante todo Israel reunido, sin que la presencia de los grandes magnates del Templo coartara su libertad.

Debía levantar antes de volver a su Padre, la pesada cortina de tiniebla con que había sido cubierta la Divina Ley promulgada por Moisés.

Aquellos diez mandamientos sublimes, cimiento y corona de la perfección humana yacían sepultados bajo un enorme catafalco de prescripciones y ordenanzas, a cuyo cumplimiento estaba obligado todo israelita bajo las más severas penas.

La Ley de Dios, había sido olvidada para dar lugar a la voluntad triunfante del más alto tribunal religioso del país.

¿Cómo podía callar en esa hora suprema, en que por última vez vería a toda la nación reunida? ¿Cómo podía permitir que el engaño y la mala fe continuaran desviando las conciencias y apartando las almas del camino de la verdad?

Cuando los viajeros llegaban a Jericó, se encontraron con el príncipe Judá y el Hack-Ben Faqui que les esperaban.

—Yo no os mandé aviso de mi llegada –díjoles alegremente el Maestro al abrazarles de nuevo.

— ¡Yhasua!... ¿Cuál es el súbdito que ignora el camino de su Rey? –le contestó Judá–. Todo Israel te espera con ansiedad.

—Nunca comenzó la afluencia de gentes con tanta anticipación –añadió Faqui.

—Tu residencia, Yhasua, será Betania si estás conforme. De allí podrás ir a la ciudad Real cuando te plazca.

Después de minuciosos detalles sobre la extraordinaria llegada de peregrinos de los puertos del Mediterráneo, entraron a Jericó para descansar.

La ciudad de los rosales y de las blancas torres, aparecía completamente inundada de extranjeros, sobre todo árabes, cuyas briosas cabalgaduras cruzaban haciendo resonar los cascos en las piedras de las calles. Eran los jinetes del Scheiff Ilderín, que comenzaban a llegar de Bosra en grupos de cincuenta, que iban tomando ubicación en las ciudades vecinas de Jerusalén: Rama, Pethed, Emaús, Nicópolis y Betlehem.

Este concurso no era una novedad, pues los hijos de la Arabia habían atravesado el Jordán desde muchos años atrás para adorar a Dios

en el Templo de Salomón, al cual conservaban profunda admiración y respeto por su extraordinaria sabiduría. Saba, la bella reina africana de pura sangre árabe, ¿no había sido amada intensamente por el gran rey hebreo del Cantar de los Cantares?

Además la Judea, estaba por entonces bajo la autoridad inmediata de Roma, y los jinetes árabes no era contra Roma que apuntaban sus lanzas, sino contra la dinastía de Herodes, con quien tenían una larga cuenta que saldar.

Allí se informó el Maestro, que el príncipe Hartat de Damasco con su esposa y su hijo curados por él, acudirían también a las fiestas para participar de su gloria cuando fuera subido al trono de David.

En aquella hermosa ciudad del norte, no olvidaban al Profeta Nazareno, que había pasado como una estrella polar abriendo horizontes nuevos para todas las clases sociales, y aún para los incendiarios del Peñón de Ramán.

Iba a ser proclamado Rey desde Idumea hasta Fenicia, y desde el Mar Mediterráneo hasta la frontera de Arabia. Todos los países vecinos serían grandemente favorecidos por los extraordinarios poderes supranormales de aquel Profeta maravilloso, que mandaba sobre los elementos, sobre las enfermedades y sobre la muerte.

Grandes habían sido Asuero, Darío y Alejandro, Hiram de Tiro, David y Salomón, pero ninguno de ellos había mandado sobre los vientos y las tempestades, sobre las enfermedades más incurables y sobre la muerte misma. Y si todo esto lo había hecho, no siendo nada, ¿qué no podían esperar de él siendo Rey?

Todos los reyes de la Tierra le pedirían su amistad, y acaso el César mismo se convertiría en súbdito suyo, para merecer la protección de aquel genio estupendo como no se había visto otro sobre la tierra.

No había duda posible. El mundo iba a ser transformado en un paraíso de prosperidad, de dicha y de paz, bajo la mano poderosa y benéfica de aquel justo, en quien el Altísimo, Dios de los cielos y de la Tierra había depositado todos sus poderes maravillosos.

El mar le obedecía. Andaba sobre las aguas cuando era necesario salvar vidas humanas.

Se transportaba como un rayo de luz de una parte a otra, traspasaba murallas, contenía la furia de los malvados, la espantosa lepra huía a su sola presencia, y hasta la misma muerte era dócil a su voz.

¿Qué sería pues, este mundo gobernado por él? Ningún mal era posible a su lado. Había llegado pues el hombre que haría dichosa a la humanidad.

Tal era el rumor sordo, muy discreto para no entorpecer los acontecimientos, pero que circulaba a media voz de unos a otros en aquellos

pueblos cansados de padecer la tiranía despótica de los hombres del oro y del poder.

En la tierra no había, sino dolor y miseria. Los pocos triunfadores de la vida desempeñaban según costumbre, el triste papel de amos y verdugos de las multitudes que no tenían otro dilema que éste: soportar o morir.

¿Cómo no iban a soñar con un libertador? ¿Cómo no habían de esperar una mano poderosa y un gran corazón, capaces de torcer de repente el desventurado camino por donde la humanidad se precipitaba al abismo? El Maestro no ignoraba estos sentimientos y modos de ver de las multitudes doloridas con respecto a él.

Las confidencias y comentarios privados de sus familiares y amigos íntimos, eran como el eco de aquellos murmullos de ansiedades y deseos.

Su gran alma de sensitivo percibía profundamente todas aquellas intensas vibraciones, que le hicieron sufrir un verdadero martirio durante los últimos días que precedieron a su muerte.

Esperaban verle subir a un trono, y él subiría a un patíbulo de infamia. Esperaban que él les salvaría de la dominación extranjera, de los onerosos tributos del César, del rey, del Sanhedrín judío, y él mismo caería inmolado como una víctima de aquellos tres poderes arbitrarios, injustos, despóticos.

Iba a enfrentarse con estas tres fuerzas que formaban la triple cadena opresora de aquellos países avasallados, y su firme resolución de enrostrarles sus inicuos procederes fuera de toda ley y de toda justicia, le traería necesariamente una condena que terminaría con su vida física.

Él lo había aceptado así de antemano, y era el precio de su entrada triunfal al Reino de su Padre.

Desde Jericó se vio acompañado por una multitud de peregrinos que venían de Haurán, de Batanea, de Perea, de los montes Jebel.

¡En todos los rostros aleteaba la esperanza!... ¡En todos los corazones florecía la ilusión!...

Un anhelo de suprema justicia y equidad vibraba en todas las almas como en un solo concierto, cuyas notas salientes parecían decir libertad, fraternidad, igualdad.

¡Y el Maestro se sentía a sí mismo como el punto central de todas aquellas ilusiones, anhelos y esperanzas!

"Ellos no pueden comprender –se decía a sí mismo–*, que el beso de mi sangre inocente a la Tierra lavará sus crímenes, y arrastrará a la humanidad hacia un nuevo camino, aunque ese camino sea tan largo de andar como el pasaje lento de veinte centurias de luchas y martirios".*

"Ellos no pueden comprender el valor infinito que tiene la ofrenda de la vida, en aras del Ideal Supremo del Amor Universal que es Dios mismo, en todos los seres y en todas las cosas.

"Tampoco alcanzan a comprender que la Eterna Ley de Justicia, en esta hora solemne de la evolución humana, hará la separación de los réprobos y de los justos, según que hayan aceptado o no, la Voluntad Divina manifestada por el Verbo Eterno encarnado.

"¡Ay de los que cerraron su corazón a la palabra divina, mensajera de la Verdad y del Amor!

"¡Ay de los que pronuncien la sentencia de muerte para el Verbo de Dios!

"La maldición y el odio de los hombres les seguirá a todas partes y en todos los puntos de la tierra serán extranjeros, y hasta el pan, el agua y la lumbre les sabrán como usurpados a aquellos, cuyas maldiciones les seguirán como el eco terrible de millares de voces hostiles.

"¡Desventurados!...

"¡Padre mío!..., ¡perdónalos porque no saben el mal que se hacen a sí mismos!...

"¡No conocen la profundidad del abismo a donde voluntariamente se arrojan para inmensas edades, cuya extensión no se puede medir!

"¡Mi corazón se estremece de espanto, ante la tremenda visión del dolor que les aguarda para millares de siglos en mundos de tinieblas destinados por tu Eterna Justicia para expiación de aquellos que derraman sangre inocente a sabiendas de que cortan la vida de un mensajero tuyo!".

Habían llegado a las primeras colinas de aquella agrupación de montañas boscosas conocidas como el "Monte de los Olivos", por los grandes olivares que se extendían en toda aquella comarca.

El Maestro quiso descansar allí, más que por cansancio físico, por el deseo de apartarse en soledad, para que su espíritu sacudido fuertemente por los dolores humanos que preveía, tomara nuevos alientos en la íntima comunión con la Divinidad.

Y mientras los viajeros se entregaban a la contemplación del hermoso panorama que ofrecía a lo lejos la ciudad de los Reyes con sus blancos palacios sobre el Monte Sión, las cúpulas doradas del Templo sobre el Monte Moria, las almenas de las torres y murallas; el Maestro en la soledad de una caverna natural de la montaña, bajo la sombra de los inmensos olivos se entregó a la más profunda meditación.

Un día quiso saber si a la terminación de este ciclo de evolución, vería a todos los amados de su corazón entrar en el Reino de Dios y Él se lo había concedido con infinita generosidad.

Ahora quería ver lo que haría la Eterna Justicia de su Padre, con aquellos que llevasen su rebeldía en contra del Amor Universal, hasta ahogar en sangre y muerte la voz de su Verbo encarnado.

Y sus grandes alianzas espirituales descorrieron el velo de los arcanos divinos.

Recostado su cuerpo físico sobre piedras cubiertas de musgo, y desprendido su espíritu en el éxtasis, vio su muerte como la vio en la visión de Moab, en la víspera de ser consagrado Maestro de Divina Sabiduría; y vio a los que le condenaron a muerte y al populacho judío comprado con oro para pedir a gritos su ejecución sobre el madero en cruz, tal como se hacía con los esclavos rebeldes. Vio su entrada triunfal en el Reino de su Padre, acogido con inefable amor por millares de espíritus luminosos que le aclamaban como a un vencedor.

Y desde aquellas supremas alturas, vio rodando en un tenebroso abismo un mundo más tenebroso aún que envuelto en una nebulosa de llamas y de humo, giraba vertiginosamente a la vez que corría a gran velocidad por la inmensidad de un espacio vacío, tal como si huyera despavorido en busca de salida de aquel infinito campo de obscuridad.

Y cual si la visión se acercara más y más hacia el vidente, percibió con claridad la superficie árida de tierras volcánicas de aquel mundo en formación, donde aguas cálidas y fangosas servían de habitación y de lecho a monstruosas bestias marinas, cuyas fauces rojizas sobresalían a flor de agua esperando presas para devorar.

Vio escasos grupos de habitantes humanos que en las cimas de las áridas rocas escarbaban con las uñas para arrancar larvas y moluscos que devoraban hambrientos.

Otros saltaban por los peñascos tratando de atrapar unos feos animalejos semejantes a murciélagos, que devoraban crudos a mordiscos salvajes.

Y vio por fin, con espanto y horror, que otros descuartizaban el cadáver de un muerto reciente, y devoraban sus carnes y vísceras ensangrentadas y tibias aún.

Las continuas erupciones volcánicas les corrían de un lado a otro, sin poder encontrar un sitio seguro donde levantar una mísera choza de piedras y ramas. Les vio gemir desesperados porque un torrente de lava hirviendo se desbordó sobre una vertiente de agua fresca que brotaba de la grieta de un peñasco, y quedarían sin agua hasta que después de mucho andar entre aquellos interminables peñascales, encontrasen otro hilo de agua para aplacar la sed.

— ¡Desventurados!..., ¡infelices!...

"¿Qué habéis hecho para que la Justicia de Dios os trate de esta manera?, –interrogaba el vidente espantado de lo que veía.

Algo como un vendaval de humo negro y pesado llevó lejos el mundo aquel sumido en tinieblas, y la visión del Gólgota apareció de nuevo clara y vívida, y en una cruz, un hombre joven y hermoso, pero exhausto y agonizante que tuvo aún fuerzas para clamar:

"— ¡Padre, perdónales porque no saben lo que hacen!"

Muchas voces escuchó el vidente, que decían: "–Ahí tienes lo que hicieron aquellos habitantes del tenebroso mundo que has contemplado".

"—Yo los perdono también a ellos. ¡Yo quiero salvarles!... ¿Quién me impedirá salvarles? –contestaba con suprema angustia el vidente.

"—Nadie te lo impedirá –contestaban las voces divinas–, pero toda expiación tiene su tiempo fijado en la eternidad, y mientras esa hora no haya sonado, nadie puede salvarles".

"— ¿Qué hora es esa que mi amor no puede romperla? –insistía el alma piadosa del vidente.

"—Es la hora del arrepentimiento de los culpables –contestaban las voces celestiales que sostenían con el Cristo este diálogo en el Infinito–.

"Y como son libres de arrepentirse o no, la hora de su libertad la marcan ellos mismos, y si ellos no tienen prisa, menos la tiene Dios que es eterno".

Una bruma de oro y rosa envolvió el cuerpo del vidente para fortalecerle con suaves efluvios, y que no sintiera en su materia los terribles efectos de las angustias que había sufrido.

Cuando Judá y Faqui llegaron a su lado le encontraron aún semidormido, pero la divina irradiación que le envolvía les dio a comprender que Yhasua, el dulce Yhasua de su primera juventud, había subido muy alto en su meditación de esa tarde.

—Perdona, Yhasua –le dijo el príncipe Judá–, pero debes tomar algo para que sigamos viaje, y entremos a Betania antes de la noche.

—Vamos –le contestó el Maestro sin volver aún a su estado normal. Esperaban al Maestro en Betania todos los amigos de Jerusalén, los más íntimos, los que le seguían con el pensamiento a todas partes donde iban sus pasos.

Aumentaban ese núcleo escogido, los de Galilea que habían llegado unos días antes, juntamente con Myriam su madre.

Los dueños de la casa, o sea: Lázaro, Martha y la pequeña María rebosaban de felicidad. La esperanza, la alegría y el amor florecían como risueña primavera, en aquella tranquila morada del trabajo y la honradez.

Era la residencia elegida para el Mesías de Israel, y ninguna gloria podía compararse con ésta.

Los amigos de Betlehem habían llegado también esa mañana. Ancianos venerables que recibieron al Cristo la noche de su nacimiento, no podían faltar en aquella gloriosa cita, al final de la cual debía brotar

como un florón de luz, el triunfo definitivo de todos sus ideales políticos y religiosos.

Alrededor de Myriam, se estrechaban las mujeres ancianas como aves viajeras cansadas de un largo vuelo. Lía, Salomé y Sara, las más ancianas, formaban el grupo escogido de las abuelas, a las cuales Myriam miraba como a madres suyas por la delicada ternura con que ellas la preferían.

Noemí, madre de Thirsa y del príncipe Judá, Susana, esposa de José de Arimathea, Ana de Nicodemus, y Verónica de Eleazar, madres ya de muchos hijos, se estrechaban también a Myriam, la madre dichosa del más grande Profeta de Israel, porque en Él estaba encarnado el Verbo de Dios, el Ungido del Altísimo para levantar a Israel sobre todos los pueblos de la Tierra, para transformarlo en un jardín de paz, de justicia, de prosperidad.

Jamás vio el Maestro tanto amor floreciendo en torno suyo como aquella tarde de su entrada en Betania, que bajo el suave resplandor del ocaso parecía envuelta en una bruma de oro diáfana y sutil, que hacía más serena y profunda su placidez habitual.

El amor verdadero lo embellece todo. ¡Qué hermosa parecía al Maestro aquella Betania iluminada por el amor!

Sus huertos y sus jardines, perfumados de flores y de frutos, eran como un vergel de hadas, llenos de todos los encantos imaginables.

— ¡Yhasua! –dijo de pronto el príncipe Judá, mientras el Maestro saludaba a todos–. Faltan los viejos más hermosos y valientes que hay entre tus amigos. ¿Aciertas quiénes son?

El Maestro tendió su mirada por todos aquellos rostros vueltos hacia él, y después de esta observación dijo con gran firmeza:

—De Jerusalén faltan Simónides, Sallun de Lohes y Jesuá de Mizpa. Y de fuera, faltan Melchor de Horeb, Gaspar de Srinagar y Filón de Alejandría.

— ¡Justo! –dijeron muchas voces a la vez.

—Tienes una asombrosa memoria –dijo Nicodemus, acercándosele para abrazarle, pues aún no lo había conseguido a causa de la multitud.

—Pues esos valientes viejos que ya entraron en la década de los noventa abriles, vendrán esta misma tarde los de cerca, y los otros llegarán en estos días según tenemos aviso –añadió el príncipe Judá, que parecía ser el alma de aquel entusiasmo.

—Desde aquí hasta las murallas de Jerusalén –dijo José de Arimathea–, es una ciudad de tiendas, por lo cual parece que estuviéramos en plena Bagdad.

—Todas las hospederías y aún los khanes extramuros son insuficientes para los peregrinos, que llegan de los cuatro puntos cardinales –añadió Faqui con gran satisfacción.

—Y nuestro Simónides que no se deja sorprender por los acontecimientos, ha puesto un centenar de obreros para levantar tiendas en toda tierra baldía, sin desperdiciar ni el Cerro del Mal Consejo, que hasta hace poco era el terror de las gentes por causa de los leprosos –explicó Marcos, que como sabemos era un auxiliar del Anciano.

Yhasua continuaba hablando en intimidad con unos y otros mientras pensaba:

"¿Tanta concurrencia de gentes viene para verme morir?

"¡Si a todo este pueblo efervescente y esperanzado, yo dijera una sola palabra de lo que planea en contra mío el alto clero de Jerusalén, ni uno solo de ellos quedaría con vida!

"¡Mas, no es una corona de piedras preciosas la que quiero para mi frente, sino una corona de almas puestas en camino de salvación por mi amor y por mi sacrificio!

"¡Es mi entrada triunfal en el Reino feliz de mi Padre lo que busco, no los triunfos sujetos a la veleidosa voluntad de los hombres!"

En una sala contigua al gran cenáculo, se hallaban las ancianas y mujeres ya de edad madura, entregadas a la tarea de disponer infinidad de cestillas de junco con bollos dorados recién sacados del horno, con frutas y pastelillos, queso y manteca para la refección de esa noche entre la numerosa concurrencia. Mientras Martha, en la cocina con una veintena de criadas estaba absorbida en la condimentación de cabritos, aves y pescado para este festín último, que habían de celebrar como en familia, antes del grandioso y feliz acontecimiento que era el sueño de todos.

La juventud femenina, acompañada por los hijos de Nicodemus, de José de Arimathea y bajo la dirección de Lázaro, se encontraban en el gran pabellón de los telares, convertido en un verdadero almacén de mercader. Estaban entregados todos al trabajo de plegar y desplegar túnicas, mantos, velos y ordenarlos cuidadosamente doblados en la estantería que cubría las paredes.

La multitud que acompañara al Maestro en su entrada a Jerusalén debía ir vestida de gala, según las costumbres sencillas de los afiliados a la Fraternidad Esenia, en la cual no era permitido lujo ninguno.

El Maestro recorrió todas aquellas dependencias comprobando así, hasta qué punto estaba hecha carne en todos ellos la idea de que había llegado la hora de verle proclamado como rey de Israel.

Varias veces estuvo a punto de decirles toda la verdad, pero con supremo esfuerzo se contenía para no entorpecer la marcha de los acontecimientos. Cuando llegaron los tres Ancianos de Jerusalén que faltaban, se dio principio a la cena que por ser tan concurrida, hubo de hacerse en el gran cenáculo y dos salas contiguas.

Entre aquel desbordamiento de entusiasmo y alegría, tres mujeres, las tres de nombre María, se esforzaban en ponerse a tono con todos los que rodeaban al Maestro, pero tenían una secreta alarma como si presintieran la tremenda borrasca que les amenazaba: la madre de Yhasua, María de Mágdalo y la pequeña María de Betania, que con sólo trece años de edad, tenía el juicio y la reflexión de la edad madura.

Procuraban estar siempre juntas, como si un lazo invisible les atara una con otra, y como nada pasaba desapercibido a la fina observación del Maestro, pronto se dio cuenta de la secreta afinidad de aquellas tres almas, y comenzó a llamarlas desde entonces "Mis tres Marías" con tan delicada ternura, que las demás compañeras aparentaban ponerse celosas.

Y a fin de que el lector conozca a fondo el estado psíquico en que los amigos cercanos del Maestro se encontraban, veamos lo que dicen y comentan ellos en los inolvidables días de Betania, que precedieron al holocausto del gran Mártir.

De algunos de ellos se conservan relatos y crónicas que nos sirven de ilustración en este caso: un diálogo entre José de Arimathea y Nicodemus, escrito por este último, hace vivir de nuevo aquellos momentos: "Cuando él llegó a Betania en su último viaje a Jerusalén, José me llamó a un aparte y tuvimos este diálogo:

"— ¿No has observado tú que hay algo en Yhasua, que no concuerda con el entusiasmo de toda esta multitud de amigos que le rodea?

"—En verdad que no se ve nada en él que se parezca a una aceptación de lo que todos creemos que es un hecho próximo a realizarse. Si alguien hace alusiones a ese negocio, Yhasua desvía hábilmente la conversación haciéndola recaer en la gloriosa dicha que guardan las moradas del Padre para los valerosos y denodados hijos que han cumplido con su deber, aún a costa de los mayores sacrificios".

"—Eso mismo he observado yo, y cuando a poco de llegar traté de sondearle si él pensaba que la nación israelita tuviese su completa independencia o que continuase bajo el protectorado de Roma, me contestó desilusionado: — ¿También tú, José, sueñas como los demás? ¡Sois todos niños en los caminos de Dios! ¡Te creía bien despierto a la Verdad Divina y aún duermes!

"—No, hijo mío, Yhasua, no duermo, sino que quiero de ti la verdad completa. ¿Serás en verdad el rey de Israel?

"—Mi reino no es de este mundo –me contestó–, y aunque lo he repetido muchas veces, veo con dolor que no llegan a comprenderme. Olvidaron el espíritu de las profecías, para atenerse tan sólo a la letra muerta y por esto van engañados.

"Dios, que es bondad y amor supremo lo quiere así, para evitar

pérdidas de vidas humanas, cuya responsabilidad pudiera caer sobre el Ungido de la paz y del amor.

"Comprenderán la realidad, cuando ya no puedan evitarla, lo cual entra en el designio del Padre".

"—Tú piensas, añadí, que todo esto terminará en una ruptura definitiva con la autoridad civil y religiosa que gobierna el país, pero si cuentas con la sumisión incondicional de todas las fuerzas vivas de la nación a las disposiciones del Sanhedrín, acaso te equivoques, Yhasua. El pueblo quiere su Libertador, su Rey, y no sé si se le podrá satisfacer con esa hermosa frase de doble significado:

"Mi reino no es de este mundo". ¿Qué quieres decir con eso? ¿Que tienes plena certeza de que vas a morir para volver así al Absoluto de donde has venido? ¿Es aquel el Reino a que aludes?

"Y si tal hecho llega a producirse, ¿qué dejas detrás de ti que te asegure la cosecha de lo que has sembrado?

"La miserable condición humana nos dice que a "rey muerto, rey puesto". Cuando dejen de ver en ti la realidad de sus anhelos y esperanzas, te olvidarán, Yhasua, y me resisto a creer que tal sea el triste fin del Mesías enviado a Israel para salvarle de la miseria y del oprobio. El Ungido del Eterno debe cambiar la faz de este mundo y ese cambio no se ha producido aún.

"¿Qué me contestas a todo esto?

"Con su habitual complacencia Yhasua me contestó: Cuando tú plantaste en tu huerto tus olivares y tus palmeras, ¿recogiste de inmediato los frutos que esperabas de tu plantación?.

"—No, porque yo he recogido los frutos de los que sembró mi padre; y mis hijos recogerán de los que he sembrado yo.

"—Bien has contestado, José –me dijo–. Y si para cosas materiales y perecederas –añadió–, se espera pacientemente la hora, ¿qué no deberá suceder para lo espiritual y eterno? Yo he sembrado y sigo sembrando. El Padre hará fecunda mi siembra que cambiará la faz de este mundo, pero no hoy ni mañana, sino cuando el tiempo haya madurado los frutos".

"Tal fue la contestación del Maestro a José de Arimathea que me la transmitió aquella primera noche de Betania en el último viaje que hizo a Jerusalén.

"Desde ese momento José y yo comprendimos que el Reino de Israel era un sueño, que no se realizaría por entonces y acaso nunca, añado ahora, después que he visto el desarrollo de los últimos acontecimientos".

Este breve pasaje de una crónica escrita por un doctor de Israel, Nicodemus, nos demuestra como esos dos grandes amigos del Maestro llegaron a comprenderlo en los últimos días de su vida terrestre.

Sus doce íntimos sabían que volvería en breve al Reino de su Padre, pero no pensaban ni remotamente en qué forma sería esta partida.

—Siendo el Ungido de Dios, su Verbo encarnado, su Hijo, mandará una legión de ángeles que le transporten a los cielos infinitos, pues no de otra manera sucederá lo que él llama: "su entrada triunfal al Reino de Dios". –Esta era la certidumbre que tenían los íntimos de su Escuela de Divina Sabiduría. Y cuando el Maestro percibía la vibración de este pensamiento, les repetía aquella frase que ha llegado a nosotros conmoviéndonos profundamente:

—"Velad y orad para no caer en tentación".

¿Qué tentación era ésta que el Divino Maestro tanto temía para los suyos? Era justamente esa: ¿sería fuerte su fe, lo bastante para seguir reconociendo como Ungido de Dios, como a su Verbo Eterno, a un hombre que moría cargado de oprobio y de infamia en lo alto de un patíbulo?

Confundido con los malhechores de la más baja estofa, abandonado de Dios y de los hombres, sin que nadie levantara su voz para defender y probar su inocencia, ¿continuarían creyendo sus amigos y discípulos que aquel pobre cuerpo maltratado y vejado era la encarnación del más grande ser que había pisado la Tierra?

¿Dónde estaba relegado el Poder Omnipotente que no le arrancaba del odio de sus enemigos?

¿Dónde estaba oculta la Justicia Divina que no caía como un vendaval de fuego sobre los hombres injustos y malvados?

Todo esto sabía el Maestro que pasaría como una ola de tiniebla por las mentes atormentadas de los suyos, y volvía a repetirles una y otra vez: "Velad y orad para no caer en la tentación porque el espíritu está alerta, pero la materia es débil y pesada".

Hablando una tarde bajo la sombra de los nogales y olivos seculares, uno de los suyos le preguntó en qué consistía de verdad la grandeza y perfección de un espíritu.

—En Israel –decía Marcos–, tenemos la costumbre de discutir sobre cuál de los Patriarcas y de los Profetas es el más grande entre todos, y nunca llegamos a ponernos de acuerdo porque nuestra simpatía por unos o por otros nos impide seguramente ser imparciales en nuestro juicio.

—*Es un tema ese* –contestó el Maestro–*, sobre el cual nunca se debiera discutir, porque en el secreto camarín del alma tan sólo Dios puede penetrar.*

"Ciertos aspectos exteriores en la vida de un ser, puede permitir a los humanos emitir opiniones o juicios más o menos acertados, pero la verdad absoluta sobre su grandeza espiritual, nadie la puede tener.

"La perfección suprema del alma humana, está en relación directa con su perfecta unión con Dios, que es la absoluta perfección.

"Pero no puede la criatura humana medir los grados de esa unión de un alma con la Divinidad.

"En los círculos estrechos en que generalmente viven los adeptos de todas las religiones, se evalúa la grandeza de un alma por su mayor o menor cumplimiento de las prácticas o ritos en uso en la teoría religiosa a que pertenecen. Y ésta es la causa de los juicios equivocados que se hacen.

"Todas las religiones conocidas, han ido surgiendo a través de los siglos y de acuerdo con el grado de evolución de los pueblos en que han nacido. Estas religiones que han marcado normas de vida a sus adeptos, son mejores o peores según que estén de acuerdo en mayor o menor grado con la Religión Universal, única emanada directamente del Soberano Creador y que tiene una sola base, una sola cláusula que abarca toda santidad, toda pureza, toda perfección posible en los planos físicos:

"Ama a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo.

"Alrededor de esta única Ley Divina, han formado los hombres un enorme amontonamiento de ritos, de ordenanzas, de leyes, una verdadera Torre de Babel, sin lógica ninguna, sin razonamiento, inspirados tan sólo por un mezquino concepto de Dios y de la vida.

"El primer gran error de todas las religiones, es creer que Dios, perfección absoluta, se irrita, se encoleriza al igual que un amo cuando se desobedecen sus mandatos.

"Una vez que le creen irritado, encolerizado, nace la necesidad de aplacarle con ofrendas de un orden o de otro, según el grado de adelanto y comprensión de los seres.

"Dios no se irrita ni encoleriza jamás. El solo pensarlo repugna al alma que de verdad le ama. Y si Dios pudiera ser factible de cólera, la tendría al ver que le ponen al mismo nivel de cualquier menguado hombrezuelo de mal carácter.

"Pero ni aún esto altera su infinita serenidad. ¡Es tan grande en su plenitud de amor y de dicha, que nada absolutamente puede afectarle!

"Conocido este aspecto del equivocado miraje de las religiones con respecto al Supremo Creador, fácil es comprender cómo se equivocan los hombres en sus juicios sobre la grandeza espiritual de los seres que se han destacado de entre la multitud por sus obras.

"Y para comprender más fácilmente este asunto, observemos lo que ocurre cerca de nosotros con las distintas sectas religiosas en que está dividido el país.

"Los fariseos, escrupulosos observadores de todas las prescripciones que fueron añadidas a la única Ley Divina, se creen muy superiores en grandeza y perfección moral a los saduceos, a los samaritanos, y en general a todos los hombres de la tierra.

"Su perfección, según ellos, está en la práctica severa y estricta de los ritos en uso, a los cuáles dan más importancia aún que a la Ley de Dios misma. Y bajo este concepto, se creen con el derecho de vomitar anatemas y desahogar su odio contra todos los que no están en acuerdo con ellos.

"¿Podemos en buena lógica pensar que Dios-Amor y Justicia eternas, Poder inconmensurable, haya de estar supeditado a tan mezquinos y equivocados conceptos?

"¿Puede ningún hombre en la tierra, por grande y poderoso que sea, pretender encadenar la Voluntad Divina a sus modos de ver, a sus mezquinos conceptos de las leyes soberanas e inmutables de la Creación Universal?

"Con desdén y desprecio profundos, nuestros compatriotas llaman idólatras paganos, hijos de satanás, a los habitantes de las demás naciones de la tierra que no tienen noticia del cúmulo de ordenanzas y ritos, en que la mayoría de los hijos de Israel viven como entre un molde de hierro. ¿Pueden impedir acaso que entre los llamados idólatras y paganos, hijos de satanás, haya almas grandes y puras que aman a Dios y a sus semejantes, sin necesidad de fórmulas y de ritos que no han conocido nunca?

"Melchor, Gaspar y Baltasar, son paganos para Israel; ¡mas os aseguro que no hay cien israelitas capaces de realizar las obras hechas por ellos, ni de amar a Dios y a sus semejantes como ellos les aman!

"Sócrates y Platón, fueron paganos para Israel; mas yo pregunto: ¿Cuántos israelitas hay capaces de la grandeza de esas almas sin egoísmos, sin interés, que dieron de sí cuanto pudieron y hasta la vida por el bien de sus semejantes y sin recompensa alguna?

"Homero, el vate genial de la Grecia antigua, fue un pagano para Israel. ¡Qué saben los hombres de la íntima adoración de las almas al Supremo Creador, ya le den un nombre u otro! ¿Qué saben hasta qué cumbres llegaron en la perfección de sus vidas llevados por las ciencias, por las artes, por las mil y mil formas que presenta el Creador a la comprensión de sus criaturas?

"Y en cuanto a nuestros Patriarcas y Profetas, tampoco podéis discutir sobre su grandeza, pues ella depende como os dije de su mayor unión con la Divinidad. ¿Acaso basta para emitir un juicio, el conocer una personalidad de las mil y mil que tiene un ser hasta que llega a la perfección?

"Cuando terminada toda la serie de encarnaciones sucesivas de un Ego o Yo pensante, le vierais recoger todas las personalidades que mandó a la vida física y refundirlas en sí mismo, porque terminó su carrera y obtuvo la perfección, entonces sería llegado el momento de

poder decir con justicia y verdad: ¡Este es grande! Mientras no ha llegado ese día, es absurdo pretender entrar en el secreto de las almas reservado sólo a Dios.

"Las apariencias exteriores no son muchas veces la verdad, ni significan lo que se pretende demostrar con ellas.

"El hombre justo, el hombre de bien, oculta cuanto puede sus buenas acciones porque huye de toda exhibición. Y de su mayor o menor unión con la Divinidad, nadie puede ser testigo, porque entre Dios y el alma que le ama, no cabe nada absolutamente, ni aún el reflejo de un pensamiento extraño.

"No os afanéis pues, por saber cuál es más grande entre los amantes de Dios-Amor, porque en eso no estriba vuestro adelanto ni el suyo.

"Pensad sí, y esforzaos en imitar la vida de los justos que pasan por la tierra haciendo el bien, aunque no sean prosélitos de la fe de Israel.

"La Verdad Divina es una sola, y brilla más que un sol para todo el Universo de millones de mundos. Es infantil puerilidad el pretender que esta Verdad Divina, patrimonio de todos los mundos, pueda ser acaparada por cualquiera de las teorías religiosas de este pequeño planeta, que es menos que una cereza en las inmensidades del Universo infinito".

Esta hermosa instrucción terminó con la llegada del Anciano príncipe Melchor de Horeb, acompañado de cuatro discípulos suyos de la Escuela del Monte Hor.

Estaba tan extenuado por sus muchos años y por la fatiga de sus viajes continuos, que aparecía como una sombra bajo el dosel que le cobijaba sobre su inmenso camello blanco. Cuando la noble bestia se arrodilló para que el viajero descendiera, ya estaba Yhasua junto a él y le recibió en sus brazos.

Lo que aquellas dos almas se dijeron en ese abrazo largo y mudo, lo podemos suponer viendo los ojos de ambos llenos de lágrimas.

—Vienes para verme morir –diría Yhasua seguramente.

—Vengo para morir contigo –decía el alma del Anciano Melchor.

Ambos sabían el doloroso holocausto en que el Ungido de Dios entregaría su vida física.

Cuando dos días después llegaron a distintas horas y por distintos caminos, Gaspar y Filón, el Maestro dijo en presencia de todos:

—Ahora está con todas sus piedras preciosas mi corona real, ¿quién más feliz que yo?

Y su mirada más dulce y tierna que nunca, se tendía como efluvio de millares de besos por todos aquellos rostros, cual si quisiera grabarlos profundamente en su recuerdo.

Con Melchor, Gaspar y Filón, tuvo largas conferencias diseñando el programa futuro.

Allí quedó repartido el mundo, en fracciones de las cuales habían de encargarse los discípulos de ellos, en unión con los Doce del Maestro para derramar como divina esencia la sublime doctrina de la fraternidad universal.

A la última de estas conferencias, hizo el Maestro asistir a todos sus amigos presentes en Betania, con el fin de establecer un fuerte lazo de unión entre todos.

—Todos vuestros corazones palpitan al unísono del mío –les dijo con su voz temblorosa de emoción–. Y si el Padre os congrega en esta hora en torno mío, es para obrar y pensar en un común acuerdo, tal como yo pienso, obro y quiero. Y que el consejo de los Ancianos sea escuchado como la voz de la sabiduría que habla por ellos.

Comparando los viejos manuscritos encontrados en Sinaí, en Horeb y en Hor, con los de Bombay, Persépolis y Alejandría, podemos darnos una idea de las combinaciones hechas en aquellos últimos días por el Maestro con los tres sabios Ancianos que no le perdieron de vista desde su nacimiento hasta su muerte.

Gaspar, Melchor y Filón de Alejandría, Baltasar desencarnado ya, existía en el espíritu de su Escuela.

Esa inmensa red de misioneros del Cristo que se extendió como una bandada de palomas por todos los países conocidos entonces, fue el resultado de estas conferencias posteriores de Betania, donde el Maestro trató de dejar esbozados los caminos a seguir en el futuro.

Generalmente se ha creído que él derramó la divina semilla y dejó el porvenir a merced de los acontecimientos, y tal modo de obrar no está de acuerdo con su genial concepción de la obra renovadora de la humanidad, que dejaba fundada.

Una mente tan lúcida y preclara como la suya, no podía obrar jamás con una imprevisión, propia de espíritus nuevos en los eternos caminos de las almas en su andar ascendente hacia la Suprema Perfección.

113
DE FRENTE AL SANHEDRÍN

Mientras tanto, el príncipe Judá, Faqui y Simónides, que eran el alma triple de la alianza libertadora de Israel, se multiplicaban por medio de fieles agentes y servidores, para ofrecer hospedaje a la multitud de peregrinos llegados de todas partes. El israelita disperso por todas las naciones civilizadas de entonces era casi más numeroso que los residentes en la Palestina.

Toda la costa del Asia Menor y de Europa, sobre el Mediterráneo, estaba inundada de israelitas que comerciaban activamente fuera del país natal. Atraídos por la consigna "El Mesías está en Israel para libertar a su pueblo", había corrido a media voz entre todos los hijos de Abraham, numeroso como las arenas del mar, y las Pascuas de los últimos años fueron enormemente concurridas con la esperanza de que en una de ellas sería la glorificación de la patria oprimida.

El Sanhedrín por su parte, había tendido una red de espionaje para seguir de cerca los pasos del joven Maestro; y día a día ese alto tribunal acumulaba despecho y cólera ante las obras estupendas que el Profeta-taumaturgo realizaba en todos los pueblos, ciudades y campos del país.

Mas, no era solamente eso lo que irritaba a los magnates del Templo de Jerusalén. Era más todavía la enseñanza que aquel audaz Maestro se permitía dar al pueblo bajo y soez (según su sentir) debido a la cual comenzaban a creerse iguales ante Dios que ellos, los doctores, los sabios, los padres de Israel.

Los sacrificios habían disminuido enormemente y por tanto la entrada de oro y plata en las arcas sacerdotales.

El Maestro Nazareno había convencido a casi todo Israel y comarcas vecinas, de que a Dios se le agradaba con obras de piedad y de misericordia, que Dios era Amor por encima de todas las cosas, y se complacía más en la adoración y reconocimiento de un corazón sencillo y bueno, que en las degollaciones de toros, becerros y carneros sobre los altares del Templo.

Y siendo así, que los grandes hacendados del país eran las más ilustres y antiguas familias sacerdotales, cuyas enormes riquezas eran el fruto de la venta de animales para los sacrificios, el lector comprenderá claramente que un Mesías como Yhasua de Nazareth, no podía ser jamás del agrado del Sanhedrín, sino por el contrario, considerado como un enemigo harto peligroso para sus finanzas que habían marchado viento en popa hasta

que su palabra comenzó a oírse, afianzada y fortalecida por las maravillosas obras que realizaba por todas partes donde ponía sus pies.

Mediante la furia de Herodías se libraron oportunamente de la voz amenazadora de Yohanán, el Profeta del Jordán. Ahora tenían que buscar el medio de librarse de este otro Profeta, más peligroso aún, pues que gran parte del pueblo empezaba a señalarlo como al Mesías anunciado por los Profetas.

— ¿Qué harían con él? ¿Cómo lo harían caer en sus redes sin sublevar al pueblo?

Una hábil combinación de espías, podía darles la clave de la forma en que debían obrar para obtener algo parecido a un motivo legal para darle muerte, o por lo menos sepultarlo en algún torreón de los muchos que había desde remotos tiempos.

Primeramente hicieron espionaje sobre las personas allegadas al joven Profeta.

Cuando tuvieron amplio conocimiento sobre este particular, los espías estudiaron las condiciones de las personas cuya lealtad al Maestro pudiera ser vencida mediante promesas adecuadas a este fin.

A las mujeres se las tentaría por la vanidad y el lujo: trajes suntuosos, joyas preciosas, buenos partidos matrimoniales, etc. A los hombres se les buscaría el lado flaco de la codicia del oro y del poder.

José de Arimathea y Nicodemus fueron llamados ante el Sanhedrín para dar información sobre las pretensiones que tenía el joven Maestro que se mantenía alejado de la suprema autoridad del país.

Les interrogaron separadamente y ambos dijeron lo mismo sin que les hubieran dado tiempo a ponerse de acuerdo:

—Que Yhasua de Nazareth no tenía pretensión ninguna de orden material, sino sólo explicar a los pueblos la Ley de Moisés, y aliviarles en sus enfermedades, en sus dolores y en su miseria.

“Nadie es más desinteresado que él, que hasta ha renunciado su herencia paterna en favor de su madre viuda y vive de la generosidad de sus discípulos que tienen bienes materiales”.

A la pregunta de si era amigo o enemigo del César, amigo o enemigo de Herodes, ambos contestaron lo mismo:

—Para Yhasua de Nazareth, sólo existe Dios-Padre. Dueño de cuanto existe, y considera a toda criatura humana desde el más poderoso monarca al más despreciado esclavo, como a hermanos suyos, pues son hijos de Dios. Si obran mal, reprueba el mal. Si obran bien, aprueba el bien, y en su corazón no cabe el odio para nadie porque está lleno de amor, de paz y de la dicha infinita de hacer el bien.

—Entonces –dijo el presidente del Concejo–, ese hombre es invencible..., ¡invulnerable!

—Has dicho toda la verdad –contestó José de Arimathea–, es invencible e invulnerable.

—A Yhasua de Nazareth –añadió Nicodemus–, jamás se le podrá condenar con justicia. Se le podrá asesinar únicamente como se hizo con nuestros grandes Profetas, con una cuchillada a traición, o de los mil modos usados por los bandoleros y piratas, pero una condena legal y justa jamás se dará contra un hombre que no ha hecho más que hacer el bien por donde ha pasado.

—Todo hombre por grande y justo que sea, tiene siempre algún lado flaco –dijo Hanán sentenciosamente–. Pero vosotros le amáis demasiado para descubrirlo.

—Descubridlo vosotros que no lo amáis –contestó José de Arimathea.

—Veo que no se puede contar con vosotros –dijo el presidente del Consejo.

— ¡Para una injusticia, nunca! –afirmó Nicodemus–. Para la equidad y el bien estamos dispuestos. Como guardianes que sois de la Ley de Moisés, creo que seréis los primeros en el cumplimiento de sus preceptos básicos: "No tomar el nombre de Dios en vano. No levantar falso testimonio ni mentir. No matar. Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo".

Un gesto de ira mal disimulada, pasó como un relámpago por aquellos rostros envejecidos en la mentira y el crimen.

Ambos amigos del Maestro se retiraron con una intensa amargura en el corazón, pues vieron claramente el deseo de aquellos malvados viejos de encontrar la forma de sacar del medio a Yhasua con apariencias de legalidad.

Los espías recibieron la orden de tentar a las mujeres que seguían al Profeta, ya sea por halagos y promesas, ya por el temor a la difamación.

Enterados de que hasta la pagana idólatra del Castillo de Mágdalo le seguía de cerca, la tomaron como uno de los muchos medios que pensaban usar para minar el prestigio del joven Maestro ante las muchedumbres.

Los hijos de aquellos graves doctores jueces de Israel, habían asistido más de una vez a las fiestas de estilo griego que se dieran antes en el Castillo de Mágdalo, cuyas riquezas abrían su apetito de buitres insaciables, y jamás obtuvieron preferencia alguna de la joven Castellana. Ni la sabiduría de Shamai pudo atraerla como prosélita al judaísmo.

Y que este joven Rabí desconocido, sin escuela, según ellos, sin títulos oficiales, sin fortuna, hubiera conseguido interesarla; era el colmo de la humillación, demasiado duro de soportar a su orgullo de raza, de jerarquía y poder. ¡No podía ser!

Las posiciones estaban pues delineadas: O ellos o él ante el concepto

público. María de Mágdalo fue visitada por una hermana de Hanán, en su nueva residencia de Jerusalén.

Era una matrona muy devota y que quería aparecer como un modelo de distinción, ya que era la crema de la aristocracia judía de ese tiempo. Por la suntuosidad de su litera y de la servidumbre que la acompañaba, bien podía compararse al boato de una princesa de sangre real.

María estaba avisada por Gamaliel de que las principales damas de las grandes familias sacerdotales, querían iniciar amistad con ella.

José de Arimathea y Nicodemus la instruyeron sobre la forma en que había de contestar para no comprometer al Maestro, pues tenían la seguridad de que la someterían con disimulo a un interrogatorio.

Conociendo ellos la vehemencia de su temperamento y su carácter altivo, contrario a la simulación, temían que no obrase conforme a la necesidad del momento.

La devota dama judía encaró el asunto con suma cautela, pues conoció desde el primer momento que su interlocutora estaba bien preparada para hacerle frente.

Después de un hábil preámbulo lleno de zalamería, le dijo:

—Hija mía, nuestra casa ha visto con satisfacción tu entrada en la santa fe de Israel, lo cual derrumba la barrera que te separaba de nosotros. Has pisoteado los ídolos paganos, y eso es un triunfo que te engrandece y dignifica.

—Noble señora –contestóle María–, creo que no estás bien informada respecto a mi vida, porque yo no he pisoteado ídolos paganos. Mi culto ha sido la belleza de la creación universal en todas sus manifestaciones, las artes y las ciencias, en lo que ellas tienen de grandioso y sublime para toda inteligencia que trata de comprenderlas.

“Fui educada en la religión de Homero, de Sócrates, de Platón y de Virgilio, o sea el bien y la justicia.

“La religión de Israel no la he conocido hasta ahora, es verdad, y debido a eso comprendo muy bien que mis costumbres griegas han debido lastimar profundamente vuestros sentimientos y modos de ver y de apreciar las cosas de la vida.

“Comprendo asimismo cómo los devotos israelitas han juzgado mi vida con una severidad que habría aterrado a cualquiera otra mujer, pero no a mí, que jamás me he preocupado de exhibirme en mis actos.

“Fui enseñada a vivir sin molestar ni ofender a nadie, y sin pretender tampoco acomodarme a las costumbres y gustos de los demás.

“He vivido para mí misma, y ahora comprendo que en esto he sido egoísta, pues formo parte de una humanidad para cuyo beneficio todo esfuerzo y voluntad son necesarios.

“Desde ahora comienzo a olvidarme de mí misma, para consagrar al bien de mis semejantes todo lo bueno que yo pueda dar.

— ¿Y por qué se ha obrado en ti este cambio tan fundamental, hija mía? –preguntó amablemente la dama judía.

—Desde que tuve la suerte de escuchar la palabra del Profeta Nazareno, comprendí que había otro sendero con más claridad y belleza que el que seguía, sobre todo con más amor. Y esto me decidió a hacerme discípula suya.

— ¿Nada más que eso? –insinuó con maliciosa sonrisa la astuta mujer–. Porque tengo oído mucho de la belleza física de ese joven Profeta, tras del cual corren las mujeres y los niños.

—Y también los hombres, señora –la interrumpió María–. La más elevada sabiduría sale de su boca como un torrente desbordado, y todos los que anhelan la verdad corren hacia él.

—Pero ¿qué más se puede saber de lo que está escrito en nuestros sagrados libros? –insistió la dama con un tono un tanto agresivo.

—Todas las religiones tienen sus libros sagrados, muy respetables por cierto; pero cuyos principios no satisfacen a todas las inteligencias en el momento actual. El Profeta Nazareno no trae un nuevo libro, porque al explicar los diez mandatos de las Tablas de Moisés, sostiene que cada hombre o mujer debe ser un libro vivo que enseñe el bien, la justicia y el amor de los unos para los otros.

“Él mismo es un libro vivo de justicia y equidad, de bondad y de amor.

“Y por eso las multitudes le siguen. Aparte de que no deja ningún dolor humano sin remediarlo. A vuestro hermano mismo, el ilustre Hanán, le curó de la úlcera cancerosa que tanto le hacía padecer...”

— ¿Pero, cómo?... –exclamó la devota judía–. Yo no sabía esa circunstancia. ¡No puede ser!...

— ¡Sí, señora!..., hubo testigos, y ocurrió en la casa de una princesa judía, cuyo primogénito sordomudo fue curado por el Profeta Nazareno en el mismo momento que al ilustre Hanán.

—Será así, puesto que lo aseguras.

“Aunque mi visita –añadió–, no es petitorio de mano, me permito insinuarte, hija mía, que uno de mis sobrinos, el hijo menor de Hanán desea relacionarse contigo con fines matrimoniales. Cumplió la pasada luna su mayor edad y su padre le ha puesto en posesión de su cuantiosa herencia, que consiste en el más hermoso de nuestros palacios de familia, en Accarón con las tierras que le pertenecen hasta la orilla del Mar Grande, tierras riquísimas de olivares, castaños y viñedos. Tiene además pradera de pastoreo para el abundante ganado, que es una mina de oro, pues es de lo mejor que hay en el país para los sacrificios del Templo.

“El palacio está decorado a todo lujo, pues allí estuvo un tiempo la emperatriz Livia, esposa de Augusto y su hija Julia. La riqueza en trajes y joyas es incalculable.

“En vez de seguir vanamente a ese Profeta Galileo, pobre y de origen desconocido, creo que mi propuesta es ventajosa para ti...

—No continúes por ese camino, noble señora –interrumpió nerviosa María de Mágdalo–. Mi educación griega o pagana como la queráis llamar, no me ha enseñado a venderme como se vende una esclava o una bestia, por elevado que sea el precio que me ofrezcan.

“Soy libre y quiero seguir libre y dueña de mis actos. La insinuación que me hacéis, señora, me honra grandemente y agradezco la deferencia...”

—Queríamos arrancarte de la seducción de ese hombre y tú misma te hundes... –dijo la judía con ira bien manifiesta.

— ¿Y qué importancia tengo yo para que queráis hacerme ese bien?

“¡Hay tantas princesas judías que serían dignas compañeras del hijo del ilustre Hanán!

—Y dime ¿qué has encontrado en ese mago obrador de milagros, curandero de leprosos y apestados?

—He encontrado, señora, que es el único hombre capaz de hacer el bien sin interés de la recompensa. Y en la tierra es esto tan raro y exótico como si encontrase de pronto una estrella entre el césped de mi jardín.

— ¡Es un seductor de doncellas! –exclamó airada la judía y se levantó para retirarse–. Esto sólo bastaría para desterrarle del país.

— ¡Correríais el riesgo de que el país quedara desierto!... –contestó temblando de indignación María de Mágdalo.

—Veremos y te acordarás. ¡Cuánto más te valdría haberme escuchado, joven imprudente!

La devota hermana de Hanán salió seguida de su cortejo de lujosos criados. María de Mágdalo corrió a su alcoba y tirándose sobre su lecho lloró desesperadamente.

Martha, que de Betania había venido a Jerusalén con ella y otras compañeras, se acercó sobresaltada de aquel desconsuelo.

La joven sólo contestaba entre sollozos:

— ¡Quieren perder al Maestro y han mandado esa víbora a estrangularme!

Se sintieron voces de hombres en el pórtico de entrada y luego la voz de Lázaro que decía:

— ¿No recibís al Rey que llega?

Martha bajó corriendo la escalera y se encontró con su marido que traía consigo al Maestro y a los tres Ancianos, Gaspar, Melchor y Simónides.

Martha les refirió brevemente la visita que acababa de retirarse, dejando a María en una desesperación terrible.

—Hazla venir aquí, Martha –dijo el Maestro, entrando al pórtico interior–. Dile que yo la llamo.

Martha subió de nuevo a las alcobas y acercándose a María que aún lloraba angustiosamente le dijo:

—El Maestro está aquí y te llama.

¿Quién sería capaz de resistirse a este llamado tiernísimo del amor del Cristo?

Tal fuerza de sugestión tuvo siempre esa frase que entre los grandes místicos fue tomada como un símbolo del Amor Divino llamando ansiosamente a todas las almas.

La desconsolada María se envolvió en su velo y bajó al llamado del Maestro. Apenas le vio corrió hacia él y cayendo a sus pies se abrazó a sus rodillas.

— ¡Señor! –le dijo–, ¡los hombres del Templo quieren perderte!... ¡Huye, Señor, huye!..., que todos nosotros iremos contigo a donde quiera que vayas. En esta ciudad llena de víboras, pereceremos todos.

—Cálmate, María –le dijo dulcemente el Maestro poniendo su diestra sobre la doliente cabeza agitada en sollozos–.

"¿Crees tú –añadió–, que podrán ellos tocar ni un cabello de mi cabeza si mi Padre no se lo permitiera?

"No llores por mí, mujer, sino por aquellos que no quieren la Luz Divina encendida ante ellos. ¡Lloremos por sus tinieblas para los cuales no habrá claridad posible en siglos y siglos!".

Simónides quiso averiguar todo lo ocurrido y María se lo refirió.

—Deja esto por mi cuenta, niña, y no te desconsueles más.

"Aún Jehová no echó tierra en mis ojos, y ni el César romano ni los Herodes pudieron vencerme, ¿qué han de hacer esos infelices cuervos, abrillantados de oro y pedrería en contra de nuestro Señor que tiene millares de pechos serenos y fuertes para defenderle?

"Anda, hija, anda y trae a estos viejecillos algo para tomar fuerzas, porque hemos venido a pie para no llamar la atención.

El Maestro sonreía de la buena lógica de Simónides, ante la cual todo volvió a la calma.

Poco después comenzaron las exploraciones entre los Doce. A Tomás le hicieron llegar una propuesta de hacerle agente comprador de telas de púrpura y piedras preciosas para los ornamentos sacerdotales; a Bartolomé, Matheo y Nathaniel, les buscaron el lado débil, ofreciéndoles puestos bien rentados, ya en el Gran Colegio, o ya en la administración de los cuantiosos bienes de las familias más potentadas de Judea.

A Juan por su juventud y belleza física, se interesaba en adoptarle como hijo un rabino de gran fortuna, ya anciano y sin herederos, a cambio de que siguiese estudios superiores en el Gran Colegio. Y el buen Pedro con su acrisolada honradez fue buscado insistentemente para ocupar la mayordomía vacante de una rica princesa viuda, gran amiga de la esposa del Pontífice Caifás.

El último a quien exploraron fue a Judas de Kerioth cuyo carácter retraído y taciturno no les prometía mucho.

Fue el único que no dio una negativa, sino que pidió una espera para aceptar o no.

Todas estas proposiciones eran hechas con tan rebuscadas maneras y hábiles combinaciones, que no aparecían como salidas directamente del Sanhedrín, al cual no se mencionaba en ellas ni aún de paso.

De no haber sido por el interrogatorio hecho a José de Arimathea y Nicodemus, ni aún se hubiesen apercibido del origen de aquellas generosas solicitaciones.

— ¡Qué extraño resulta todo esto! –decía Santiago–. Hasta ahora se nos ha tenido a los galileos por ineptos y de menguada inteligencia, y hoy los sabios y poderosos judíos nos solicitan a porfía. ¿Qué significa esto?

— ¡Naturalmente! –decía Simónides–. La fama del Maestro da lustre a los discípulos, y si él es un hombre genial, los que le siguen de cerca tendrán asimismo una buena dosis de inteligencia.

114
VERCIA LA DRUIDESA

A la plácida serenidad de Betania llegó en un anochecer una extraña caravana de hombres rubios, con ojos color de cielo. Preguntaban por el Profeta Nazareno del manto blanco, pues en Nazareth les habían dado noticias que él se encontraba a las puertas de Jerusalén, en la aldea de Betania.

Los discípulos del Maestro reconocieron a dos de los viajeros. Eran de los catorce esclavos galos que salvaron de morir ahorcados en los calabozos del palacio de Herodes en Tiberias. Con ellos venían tres hombres de edad madura, y una joven mujer extremadamente blanca y rubia, que ocultaba su gran belleza con espeso velo echado sobre el rostro.

Habían venido de Marsella en un barco mandado por uno de los capitanes dependientes de Simónides. Procedentes de las montañas de Gergovia en la Galia, habían cruzado el mar y hecho tan largo viaje porque la joven mujer aquella que era sacerdotisa de los Druidas, había

recibido el mandato de sus dioses de llegar a la Palestina donde residía el Salvador de este mundo y vencedor de la muerte.

El Maestro les recibió afablemente según acostumbraba con todos. Uno de los ex esclavos galos, que conocía bien la lengua sirio-caldea, explicó la situación y objeto de aquel viaje.

La joven allí presente, era nieta del famoso héroe galo Vercingetorix, que se midió con las poderosas legiones de Julio César, el cual le hizo prisionero y luego le mandó matar para coronar su triunfo con la cabeza del héroe que había luchado heroicamente por la libertad de la patria Gala.

Los valerosos Druidas moradores de selvas, habían salvado a la pequeña hija del héroe galo, Vercia, y ésta era hija de aquella, y se llamaba también Vercia. Por veneración al héroe inolvidable la habían elegido Druidesa, y era la gran sacerdotisa de su culto a la magnificencia de la naturaleza, templo vivo del Gran Hessus, su Dios Supremo. Sólo contaba diecisiete años.

Uno de sus acompañantes era su tío paterno. Su madre, la hija del héroe había muerto de pesar hacía doce años, cuando su marido fue denunciado ante el Procónsul Romano de reclutar fugitivos en las montañas donde nace el Loira. Sepultado en un calabozo de Gergovia, había tratado de evadirse y fue atravesado por una lanza romana clavada en el corazón. Vercia era pues huerfanita y sólo tenía como familia, a su tío paterno que era el Bremen (Jefe Supremo) de los druidas de las selvas, que aún no se habían sometido a Roma.

Los catorce esclavos salvados de la horca por el Profeta y los suyos, llevaron a las montañas del Loira la noticia de un Salvador del mundo que andaba por las riberas del Mar de Galilea; y el Bremen galo, quiso unirse a él para ofrecerle cuanto era y cuanto tenía, a fin de exterminar a esa raza maldita que había destrozado la libertad de su patria y dado muerte a los jefes de su raza y perseguido a sus familiares.

El Maestro escuchaba en silencio los dolorosos relatos que llegaban a él desde la lejana Galia, y veía a través del velo que cubría el rostro de la joven, deslizarse lágrimas silenciosas que ella dejaba correr sin secarlas.

— ¡Siempre el dolor! –exclamó cuando el relator calló.

El Bremen galo hizo decir por su intérprete que aun cuando no hablaba la lengua siria, la comprendía bien, por lo cual el Profeta Nazareno podía hablarles libremente, que ellos le comprenderían.

—Uno de los maestros de mi primera juventud –comenzó Yhasua–, pasó parte de su vida en la Galia transalpina en Aquixania, a orillas del Garona. Debido a esto conozco algo de vosotros y de vuestro país, de vuestra religión y costumbres.

“Más de la mitad de mi vida la he vivido entre hombres de meditación y de estudio, y he comprendido la magnitud del error cometido por casi todos los que han pretendido ser civilizadores de humanidades. Este error ha consistido siempre en las barreras puestas entre las razas, los pueblos y las religiones. La vida y la libertad son los más preciosos dones de Dios a sus criaturas; y los que fueron considerados los más grandes hombres de la tierra, no han hecho sino atentar contra esos dones divinos en provecho propio, con un egoísmo tan refinado y perverso, que asombra ver que ello sea fruto de un corazón humano.

“Vosotros habéis cruzado el mar para traer al Profeta Nazareno la ofrenda de vuestra adhesión, con la esperanza de que os sean devueltos esos dones de Dios que os han quitado los hombres: la vida y la libertad, que las conserváis refugiados en vuestras selvas y montañas impenetrables. Queréis la libertad de vivir con vuestras costumbres, religión y lengua y el egoísmo humano os lo impide. Y si no claudicáis de vuestra fe y de vuestros derechos, seréis considerados como una raza salvaje, indómita, rebelde a la Civilización.

“Vuestra religión os ha enseñado, que el alma humana tuvo principio, pues nació del seno del Gran Hessus; pero que es eterna y está destinada a volver en estado perfecto a su divino origen. Para obtener pues este perfeccionamiento a través de los siglos, ha de pasar necesariamente por infinidad de pruebas que son como el crisol para el oro. Y esas pruebas las estáis pasando los galos independientes en vuestras selvas, sin querer claudicar ni de vuestras convicciones ni de vuestras leyes.

“Me llamáis Profeta, que quiere decir explorador del mundo invisible. Sabed que con exploraciones y en la noche misma en que fueron libertados del calabozo y de la horca vuestros catorce compañeros, yo tuve la visión del futuro de vuestro país: Seréis la vanguardia de los buscadores del don divino de la libertad, de que os privaron las legiones romanas y de que os privarán aún los hombres del futuro, hasta que vuestra raza gala tenga la fuerza de dar a esta humanidad terrestre el más terrible ejemplo de justicia popular que hayan dado los pueblos oprimidos, por la injusta prepotencia de las minorías adueñadas del oro y del poder.

Un relámpago de júbilo brilló en los claros ojos de los galos, y la Druidesa olvidó el cubrirse y audazmente levantó su espeso velo para ver más claro al hombre que había pronunciado tales palabras. Y en la primitiva jeringoza de su lengua montañesa, gritaron tres veces la palabra Libertad.

Enterado Simónides, de los nuevos aliados que buscaban la sombra benéfica del Señor según él decía, se acercó a la reunión, y después el príncipe Judá, que en su larga estadía en Roma y entre las milicias romanas, se había tratado mucho con legionarios galos y aún en la

servidumbre de Arrius su padre adoptivo, había conocido muy de cerca a algunos.

Allí se estableció una fuerte alianza con el Bremen y la Druidesa, para ayudarse mutuamente en la conquista de la libertad.

Fueron invitados a alojarse en un modesto pabelloncito bajo la sombra de los castaños, donde pudieran sentirse más libres e independientes de los numerosos huéspedes que se albergaban en la vieja granja de Lázaro.

El príncipe Judá que tuvo una larga conferencia con ellos, les dio a comprender la esperanza que abrigaban todos de que en esa Pascua sería el triunfo definitivo del Mesías de Israel, que fuera anunciado seis siglos antes por todos los Profetas y augures de diversos países.

La Druidesa escuchaba sin pronunciar palabra.

Y cuando llegó la medianoche, se levantó del lecho y buscó el más viejo castaño a cuyo pie puso la piedra del fuego sagrado.

Encendió la pequeña hoguera con retoños secos de encina y con hierbas aromáticas y olorosas resinas, y sentada en un tronco a pocos pasos de allí, levantó al infinito azul sus blancos brazos desnudos y oró al Gran Hessus por la libertad de todos los oprimidos de la tierra y por sus hermanos de raza, que habían dejado del otro lado del mar.

Después se quedó inmóvil con la mirada fija en las inquietas llamitas que el viento suave de la noche llevaba de un lado a otro.

Cuando las llamas se apagaron quedando sólo las ascuas semicubiertas de cenizas, los claros ojos de la Druidesa se abrieron grandes, llenos de luz cual si quisieran beber del pálido resplandor lo que su anhelo buscaba.

Una blanca visión perceptible sólo para ella que había desarrollado en alto grado la facultad clarividente, le apareció como flotando sobre el hogar en penumbras. Era el Profeta Nazareno del manto blanco que la miraba con infinita dulzura.

Entendió que le decía:

“Has venido para verme deshojar la última rosa bermeja de nuestro pacto de hace siglos”.

Y como si un ala de sombra hubiese borrado la hermosa visión, le apareció un pequeño y árido monte al cual iba subiendo penosamente el mismo Profeta cargado con un enorme madero en cruz.

La joven comprendió todo, y exhalando un doloroso gemido cayó en tierra desvanecida.

Calculando que había terminado la parte culminante del culto, el Bremen se acercó a ella y la levantó del suelo.

Sintiendo helados sus miembros y que apenas respiraba, la condujo al lecho donde la abrigó cuidadosamente y haciéndole aspirar una esencia esperó que se despertara.

Pero la joven no despertaba más. Cuando el sol penetró a la alcoba, el Bremen envió un mensajero a la casa de Lázaro, para avisar al Profeta que la Druidesa había caído en un letargo y que no conseguía despertarla.

El Maestro fue allá, acompañado de los Ancianos Gaspar y Melchor, únicos que conocían a fondo el secreto tremendo del holocausto cercano.

Se figuraba lo que había ocurrido y temía que hubiese testigos profanos en el secreto de Dios...

Extremadamente blanca e inerte, la joven parecía una estatua yacente de marfil, representando la Isis dormida de un Serapeum egipcio.

El Maestro le tomó una mano y la llamó por su nombre:

— ¡Vercia! Despiértate que yo te lo mando.

La joven Druidesa abrió los ojos y al ver a Yhasua junto a ella se cubrió el rostro con ambas manos y rompió a llorar a grandes sollozos.

Los dos Ancianos oraban en silencio y el Bremen con sus brazos en alto en la puerta del pabellón miraba al cielo azul con sus ojos inundados de llanto. Cuando la tempestad de sollozos se hubo calmado, dijo la joven:

— ¡Profeta!... ¡En el fuego sagrado vi anoche la visión de tu próxima muerte! Los oprimidos seguiremos siendo oprimidos, porque tu Reino es el Reino del Gran Hessus y tú recibirás tu herencia eterna y nosotros quedaremos en la tierra sin patria y sin libertad.

— ¡Desde mi Reino estaré con vosotros hasta el fin de los tiempos, mujer valerosa que me vienes siguiendo de cerca hace ya ocho milenios de años! Por dos veces te encuentro en esta última jornada mía, y esta vez será para que veas mi entrada triunfal en el Reino de Dios.

"¡El amor es más fuerte que la muerte, Vercia!... Y mi espíritu libre te visitará muchas veces en tu fuego sagrado para que en esta etapa de tu vida, lleves mi doctrina del amor fraterno desde las montañas de la Galia hasta las orillas del Ponto, donde colgarás definitivamente tu nido, para las veinte centurias finales que comenzaron con mi vida actual.

"¡La muerte es la libertad y tú amas la libertad!

"Tú que comprendes esto mejor que otros, has venido para animar mi hora final".

La joven se había ya calmado completamente y tomando la diestra del Profeta la besó con profundo respeto.

— ¡Feliz de ti que vas a morir, mensajero del Gran Hessus! –exclamó de pronto la Druidesa–. ¡Infelices de nosotros que quedamos con vida y sin libertad!

"Los druidas no tememos la muerte porque ella es la libertad y la dicha; es la renovación y el renacimiento en una vida nueva. ¿No es hermoso para el sol, morir en el ocaso para renacer en la aurora?

"¿No es bello para la floresta secarse en el invierno para resurgir con vida nueva en la primavera?

“¡No es para morir que necesita valor el hombre, sino para vivir..., para vivir esta vida miserable de odio y de esclavitud, cuando el alma humana fue creada para los amores grandes, nobles y santos!...

“¡Di tú una palabra, divino hijo del gran Hessus, y todos los hombres de la tierra seremos libres y dichosos!...”

Los grandes ojos azules de la Druidesa brillaban con extraña luz, fijos en Yhasua que la miraba con piadosa ternura.

—Contigo morirá nuestra última esperanza de libertad –continuó diciendo Vercia con exaltación creciente–. Y en este mismo instante haré a Hessus un voto de vida o muerte. ¡Moriré si tú mueres! ¿De qué sirve la vida sin libertad?

— ¡No, mujer! –exclamó el Maestro deteniéndole la diestra que levantaba a los cielos para pronunciar el solemne juramento–.

“¡Tú no morirás conmigo, porque yo he terminado el mensaje del Padre y tú no lo has comenzado!

“La Galia y los países del Danubio y del Ponto te esperan para abrir su corazón a la luz y sus labios sedientos a las aguas de vida eterna. ¿O es que vas a claudicar antes de haber comenzado?...”

La joven Druidesa dobló su cabeza sobre el pecho y dos hilos de lágrimas corrieron de sus ojos entornados.

— ¡Mi mensaje –continuó diciendo el Maestro–, es semilla de libertad, de fraternidad, de igualdad y de amor! Quien colabora en mi mensaje, es sembrador conmigo de fraternidad, de libertad y de amor.

“¡Druidesa!... ¿Somos aliados?”.

Vercia levantó sus ojos inundados en llanto y le contestó:

— ¡Aliados hasta que el fuego sagrado del gran Hessus haya consumido todas las tiranías y todas las esclavitudes!

El Maestro estrechó la mano que Vercia le tendía leal y firme, murmurando a media voz:

— ¡Entonces, hasta que el amor haya florecido sobre la tierra!...

115
LOS AMIGOS DEL PROFETA

El sábado primero de su llegada a Betania, el Maestro se encaminó a Jerusalén a la madrugada, cuando aún las sombras de la noche no se habían disipado por completo.

Le acompañaban Pedro, Matheo y Nathaniel. Todos los demás irían en pos de él pero a distintas horas para no llamar la atención.

Melchor y Gaspar serían llevados en literas, en atención a su avanzada edad. Al despedirse de ellos el Maestro les dijo a media voz estas palabras:

—Es necesario aún usar cautela, pues quiero resguardar por ahora la vida que me es necesaria para decir en el Templo verdades que deben ser oídas y que aún no he dicho allí.

—Hasta luego hijo, hasta luego, que allá te seguimos a escuchar tus verdades –le habían contestado sus Ancianos amigos. Filón de Alejandría estaba ya en Jerusalén desde dos días antes, en casa de Nicodemus, con quien tenía vinculaciones de familia por su hermano Andrés, cuya esposa era sobrina del gran filósofo.

A ambos lados del camino de Betania a Jerusalén estaban como pintadas en las colinas y cerros, multitud de tiendas grandes y pequeñas, y todas sumidas en la silenciosa penumbra propia de aquella hora.

El Maestro y sus acompañantes fueron de los primeros que entraron en la dormida ciudad, por la puerta llamada del Pescado, que era la primera en abrirse.

Hacia un lado y tras de los pilares que formaban la arcada, vieron un bulto obscuro e inmóvil.

—Eso parece un hombre muerto –dijo Nathaniel que le vio primero.

—O un hombre vivo que carece de hogar y de lecho –contestó el Maestro acercándose al bulto.

Era en efecto un infeliz paralítico, que quedó allí tirado sobre una piel de cabra malamente envuelto con su frazada color de tierra.

El Maestro le descubrió la cabeza y el hombre se despertó.

— ¿Qué haces aquí? ¿No tienes casa? –le preguntó.

—Mi casa es una cueva fuera de la ciudad –dijo–, pero cuando anoche pude llegar arrastrándome hasta aquí, la puerta estaba ya cerrada, amo, y por eso pasé aquí la noche. El guardián me dio la sobra de su comida y no lo pasé tan mal.

—Tienes reuma, ¿verdad? –continuó el Maestro–. Aún no eres viejo y no te vendría mal volver a correr como en tus buenos tiempos.

— ¡Oh, amito!... hace once años que estoy así. Y como no puedo ganarme el pan, pido limosna en el mercado.

— ¿Eres israelita? –le preguntó Pedro.

—Lo soy y creo en el poder de Jehová y en Moisés su Profeta –contestó–, pero ellos parecen haberme olvidado.

—Dios no olvida nunca a una criatura suya, amigo mío –le dijo el Maestro–. Y en prueba de ello te digo en este momento:

"Levántate y ven conmigo a oír lo que diré en el Templo del Señor".

El paralítico abrió enormemente sus ojos y quiso gritar cuando el Maestro tomándolo de ambas manos le obligó a ponerse de pie.

—Ven conmigo –insistió–, y deja allí ese mísero lecho para que sea arrojado al muladar.

El hombre les siguió como un autómata sin saber si era que soñaba o era realidad su nuevo estado. Cuando llegaron al mercado le compraron manto y sandalias.

Mientras subían la inmensa escalinata, la Puerta Bella se abrió y el resplandor de los cirios y el perfume del incienso trascendió hasta el pórtico exterior. El pobre paralítico cayó de rodillas y besó el umbral de mármol, por donde no entraba desde once años atrás.

—Señor –dijo sollozando–, este Profeta me abre de nuevo la puerta de tu Templo. ¡Bendito sea por siempre, el único hombre que tuvo piedad de mí! –El Maestro le acarició la cabeza y le dijo:

—No te separes de éstos que me siguen, porque hoy tendrás hogar y familia. –Y a los suyos les indicó que le esperasen allí mismo donde él les dejaba. Le vieron entrar en uno de los camarines laterales donde se guardaban los incensarios y las fuentes en que se hacían las ofrendas de pan y frutas.

Era ese el lugar de cita con los sacerdotes Esenios, que entonces como cuando era adolescente y jovenzuelo, allí se retiraban a la espera de su turno para desempeñar las funciones que les eran propias. Allí se había encontrado siempre con ellos y allí encontró al que estaba de turno entonces, que era Sadoc, tío paterno del mártir Yohanán.

El lector recordará que en esa cámara estaba la entrada al viejo Sendero de Esdras, por el cual salvaron la vida a los tres viajeros del Oriente, Gaspar, Melchor y Baltasar. Dicho camino subterráneo, tenía salida hacia la tumba de Absalón, cercana al Monte de los Olivos.

El Maestro le abrazó efusivamente pues desde mucho antes de la muerte de Yohanán no se veían.

—Sadoc –le dijo–, hoy es un gran día para la Verdad. Hoy voy a ponerme frente a frente del Sanhedrín que seguramente mandará prenderme. Mas, esto es necesario evitarlo porque aún no es la hora.

"El mensaje del Padre no está completo y la Verdad debe salir de mi boca bajo las bóvedas mismas del Templo de Salomón.

—Tus palabras significan algo que no comprendo bien, hijo mío –le contestó el esenio.

—Quiero decirte que estés preparado y alerta, para si el Sanhedrín manda prenderme, poder librarme de sus manos por el Sendero de Esdras.

“Fuerzas espirituales poderosas les hicieron impotentes contra mí, en otras oportunidades, mas tú y yo sabemos que dado el medio ambiente en que actuamos, no siempre esas fuerzas encuentran paso libre, y es necesario estar precavidos.

—Se me viene a la mente la estratagema de que se valieron nuestros hermanos, Simeón y Eleazar, para salvar a los tres viajeros del oriente –dijo Sadoc–, y tal lo haremos ahora.

— ¿Qué fue ello? –preguntó el Maestro.

—Vistieron con vestiduras iguales que las suyas a tres terapeutas nuestros de parecida estatura para producir confusión en caso de ser descubierta la huida.

— ¿Y tú dices de hacer ahora lo mismo?

—Justamente –contestó Sadoc–. Varios Levitas de los nuestros que te igualan en estatura y color de cabello, pueden llevar manto blanco como éste que tú usas, y entre el tumulto de gentes, muchos de los cuales te conocen de lejos, es fácil usar con éxito la estratagema de nuestros hermanos que protegieron tus primeros días, pero que no están en esta vida para velarte en los postreros. Aquí llega Imar, mi compañero de turno –añadió Sadoc, aludiendo al personaje que llegaba. Era un sacerdote joven de unos treinta y seis años, y de la austera escuela que la Fraternidad Esenia mantenía para aquellos afiliados que, por ser de familias sacerdotales, no podían eximirse de prestar servicios al Templo cuando eran llamados.

Era alto, de gallarda presencia y cuyos cabellos y barba rubios podían bien dar un parecido a Yhasua.

Informado de lo que estaban tratando, pasó a la cámara inmediata que era guardarropas y un instante después volvió alegre y risueño, diciendo a sus compañeros:

— ¿Hago bien un Yhasua de Nazareth?

— ¡Admirable! –contestó Sadoc.

— ¡A ver si yo mismo creo en una doble personalidad! –añadió riendo el Maestro.

Para darse un mayor parecido, Imar había partido su cabellera al medio, y quitado turbante y cintas se había embozado en el manto de lana blanco tal como Yhasua lo usaba.

— ¿Y qué harás ahora? –le preguntó el Maestro.

—Cuando tú atraigas la atención de las gentes que te escucharán con

ansias, yo me infiltraré entre el tumulto hasta ponerme detrás de la cátedra donde está el cortinado de púrpura.

"Hay dos Levitas nuestros que pueden hacer este mismo papel y siendo que la cátedra tiene dos escalinatas de bajada, tontos seremos si no somos capaces de anular la astucia de esos lebreles rabiosos.

Los dos Levitas fueron llamados, y ya fueron tres, los vestidos y peinados al uso de Yhasua de Nazareth.

Mientras tanto, los Doce del Maestro, más el tío Jaime, estaban en un grupo cercano a la cátedra y con los ojos fijos en la cámara donde vieron penetrar al Maestro.

El Templo se iba llenando de gentes, los candelabros de siete brazos se encendían a todo lo largo de la nave encortinada.

Era el sábado antepenúltimo de la Pascua, y la aglomeración de creyentes comenzaba entonces formando verdaderos oleajes humanos que afluían por todas las puertas.

Myriam, la madre del Profeta Nazareno, llegó en ese instante entre las mujeres que le habían seguido desde Galilea, y fueron a instalarse en un lugar especial, que Simónides había adquirido mediante un bolsillo de oro, en el recinto destinado a las mujeres. Allí, a pocos pasos de la cátedra era en verdad sitio privilegiado y digno de ser ocupado por las grandes amantes del Salvador de Israel.

Myriam su madre, Noemí, Helena de Adiabenes, Nebai, Thirsa, Ana de Nazareth, María de Mágdalo, Salomé, Susana, Verónica, Ana de Jerusalén, Martha y María de Betania, y por fin la mujer gala de los ojos azules, la Druidesa Vercia que penetraba por primera vez a un Templo obra de los hombres.

Entre nubes de incienso y postreras vibraciones de los instrumentos músicos, un majestuoso doctor de la Ley subió a la cátedra sagrada y desarrolló elocuentemente el tema preferido en aquella época:

—El temor de Jehová es el principio de la ciencia, los necios desprecian la sabiduría.

"El temor de Jehová es fuente de vida que aleja al hombre de los lazos de la muerte".

Estos versículos de los Proverbios, cap. 1 v. 7-14-27 fueron interpretados ampulosamente por el orador, dejando como siempre en su auditorio un sentimiento de pavor hacia el terrible Jehová de los ejércitos, dueño de los rayos y las tempestades, que podía en el día de su ira fulminar a toda criatura existente sobre la faz de la tierra.

Terminada la instrucción oficial como podría llamarse, podían hacer uso de la palabra otros oradores, según costumbre, y luego de una discreta espera apareció en la cátedra el Profeta Nazareno, cuya dulce serenidad imponía respeto y despertaba de inmediato una fuerte simpatía.

Abrió el libro de Isaías y leyó estos dos versículos del cap. 55:

—"Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni mis caminos vuestros caminos", dice Jehová. "Porque como los cielos son más altos que la tierra, así mis caminos son más altos que vuestros caminos y mis pensamientos que vuestros pensamientos".

Cerró el libro y su tranquila mirada se extendió por toda aquella multitud pendiente de su palabra. Una veintena de doctores, escribas y magnates del Templo, apoltronados en sus grandes sitiales, iban también a escucharle.

Tenían pues ante ellos al tan celebrado Profeta Nazareno, que desde hacía tres años andaba llenando el país con la fama de sus portentosas obras.

Se hicieron todo oídos para no perder ni una sola palabra. El joven Maestro, comenzó así:

—La más alta sabiduría que puede encontrar el hombre en la tierra es aquella que le pone al descubierto los pensamientos y los caminos de Dios.

"¡Bienaventurado aquel que logra encontrarlos y que tiene la fuerza y la voluntad de seguirlos!

"Y desdichados mil veces aquellos que habiendo recibido la iluminación necesaria para leer en el pensamiento divino, cierran su alma a la verdad anunciada, como cierra su puerta el que rechaza la luz del sol.

"A este mismo pueblo amado del Señor, dirigió aquellas palabras nuestro gran Profeta Isaías, para impulsarlo a seguir los caminos de Dios antes que los caminos marcados por los hombres.

"El pensamiento divino, cual un astro radiante se levantó para Israel en el amanecer del desierto; y la palabra de Moisés le dio forma, y los diez mandatos divinos surgieron como estrellas en el cielo obscuro de la humanidad.

"He ahí los caminos señalados por Dios a todo hombre venido a esta tierra.

"Y ¡cuán pocos son, los que llevan por ellos los pasos de su vida!

"Porque es más fácil llevar una ofrenda al altar de los holocaustos, que acallar un deseo nacido en el corazón como un áspid venenoso.

"Porque es más fácil ayunar un día, que renunciar a los bienes que el prójimo adquirió con el sudor de su frente.

"Porque es más fácil encender cirios y quemar inciensos, que apagar un odio generador de venganzas.

"Porque es más fácil arrojar a un hambriento un mendrugo de pan que decirle: Ven a mi mesa y partiré contigo mi pan y mi vino.

"Es más fácil cumplir escrupulosamente con las abluciones de ritual, que limpiar el alma de la avaricia y la soberbia.

"Es más fácil doblar las rodillas y gritar a todos los vientos: Santo, Santo, Santo es el Dios de los ejércitos, que amarle sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo.

"Pueblo de Israel que me escucháis bajo las naves del Templo de Salomón. Desandad en vuestra memoria los caminos andados, y llegad de nuevo a Moisés que trajo el mensaje de la Ley Divina más perfecta que han visto los siglos, única que puede dar la verdadera dicha al corazón del hombre.

"En su bueno o mal cumplimiento estribará vuestro futuro feliz o desventurado, y tened por cierto que en el día de la eterna justicia que llega ineludiblemente para toda inteligencia creada, no se os pedirá cuentas de cuántos becerros mandasteis inmolar sobre el altar, ni de cuántas medidas de aceite y vino depositasteis en las bodegas del Templo, ni de cuánto oro trajisteis a sus arcas; ¡pero sí se tomará estrechísima cuenta de todo mal que hayáis hecho a vuestros semejantes, así sea al más infeliz de vuestros esclavos! Se os señalarán como marcadas a fuego todas las injusticias que habréis cometido, todos los dolores causados a vuestros hermanos, todo el llanto derramado por vuestra causa porque todo ello atenta contra aquellas palabras de la Ley: "Ama a tu prójimo como a ti mismo".

"Y si miráis por otra faceta del prisma maravilloso de los pensamientos de Dios, a que aludió el Profeta Isaías, veréis cómo en los anales eternos de la Luz Increada, resplandecen como estrellas vuestras obras de misericordia sin quedar olvidado ni un vaso de agua que hubiereis dado con amor a cualquiera de vuestros semejantes.

"Desfilarán ante vosotros como en un panorama vivo, todos los desnudos que habréis vestido, los hambrientos que habréis llevado a vuestra mesa, los enfermos que habréis asistido, los presidiarios que habréis alumbrado con luz de esperanza, los huérfanos, las viudas, los desamparados a quienes habréis abierto vuestro corazón como un nido tibio a su helada desolación...

"Y entonces una voz poderosa y eterna bajada como un torrente de armonías inefables, resonará por todos los mundos que pueblan el Universo, y sentiréis que penetra todas las fibras de vuestro ser cuando os dirá:

"Venid a Mí vosotros que habéis hecho obras conforme a mis pensamientos y habéis andado por mis caminos de justicia, de paz, de fraternidad y de amor. De mi Amor Eterno nacisteis, y a mi Amor Eterno volvéis envueltos en la túnica blanca de mis escogidos, los que calcaron en sus vidas mi supremo mandato: "Ama a tu Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo".

"Sublime Ley de Jehová, mensaje divino de Moisés que une a todos

los hombres de la tierra en amorosa hermandad, que destruye todos los odios y anula el crimen y la venganza.

"¡Sólo ella tendrá el soberano poder de destruir para siempre los antagonismos de razas, los privilegios de castas, dinastías y familias! ¡Tendrá el invencible poder de arrasar como el simún en el desierto, las fronteras que dividen los pueblos, las barreras religiosas que apartan los unos de los otros, la hostilidad de las diferencias sociales, que son mares de oro para los unos y muladar de miserias para los otros!

"Tan sólo por ella se cumplirán las palabras del Profeta Isaías en su capítulo 11:6: "Morarán juntos el lobo con el cordero, y el tigre con el cabrito se acostará; el becerro y el león andarán juntos y un niño los pastoreará.

"La vaca y la osa pacerán unidas y el leopardo y el buey comerán la misma paja.

"El niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid y extenderá su mano sobre la caverna del basilisco.

"No harán el mal ni dañarán en todo mi santo monte, porque la tierra estará llena de conocimiento de Dios, como cubren las aguas la inmensidad de la mar".

"Pueblo de Israel, amado de Jehová, esperad el día de la justicia y del amor, que es promesa divina y no puede faltar.

"¡Los cielos y la tierra se mudarán, pero la palabra de Dios permanece eternamente!..."

Una pequeña agitación se advirtió en derredor de la sagrada cátedra de donde había bajado el orador, entre el murmullo de aprobación y de entusiasmo del numeroso auditorio.

Los amigos del Maestro se habían ido acercando discretamente, y cuando el Comisario del Templo con tres agentes uniformados se acercó para invitar a Yhasua hacia la sala de audiencias del Sanhedrín, encontraron saliendo de atrás del cortinado de la cátedra, al joven sacerdote Imar que conoció el lector en la cámara de los incensarios.

—Sígueme.

— ¿Adónde? –preguntó Imar.

—A la sala de audiencia para dar cuenta de la forma audaz y agresiva en que has hablado.

— ¿Hablado yo?, aún tengo el incensario en las manos y esperaba la terminación del discurso para ofrecer el incienso en el altar, que ahora es mi turno.

—Pero, ¿no eres tú el orador que habló últimamente?

— ¡Qué he de ser yo, pobre de mí! Soy Imar, hijo de Gedalias de la antigua familia sacerdotal de Simeón de Betel.

El comisario no escuchó más y corrió entre la multitud pescando a

todos los hombres jóvenes que llevaban manto blanco. Ninguno era el profeta Nazareno, cuyo discurso vibrante había quemado las entrañas de los magnates, mercaderes del templo.

Al afligido grupo de mujeres discípulas del Maestro, se acercó un joven levita y habló a Myriam para decirle que a su hijo le encontrarían en el valle de las antiguas tumbas, de donde podrían volver con él a Betania.

Sadoc mismo lo había acompañado por el "Sendero de Esdras" que tenía salida a la tumba de Absalón.

Así terminó la primera batalla pública presentada por el valiente Rabí Nazareno, a los doctores y potentados del Templo en cuya presencia proclamó la verdadera Ley de Dios en contraposición al monumental catafalco de las leyes arbitrarias e interesadas de los hombres.

Y mientras el Sanhedrín soltaba cual jauría de lebreles su policía secreta, para dar con el joven Profeta del manto blanco, el pueblo saliendo del templo le aclamaba con un entusiasmo pocas veces visto en Jerusalén desde que estaba bajo la dominación romana.

Pilatos mismo y su esposa Claudia habían subido a la terraza delantera del palacio del Monte Sión donde residían, para averiguar cuál era la causa de aquel delirio popular.

Y llamando a los guardias de la gran puerta de la verja que rodeaba el parque, les hizo las averiguaciones del caso.

—Ya lo sabes, señor –le contestó uno–, estamos en un país de profetas que obran maravillas, y hoy ha hablado en el Templo uno de ellos que parece tener todos los poderes de Júpiter.

—Y, ¿qué maravillas ha obrado?

— ¡Pues casi nada, señor!... Dicen que no hay casa, palacio o choza donde no haya sanado enfermos declarados incurables. Ciegos de nacimiento, paralíticos, leprosos, tísicos, cancerosos, contrahechos y sordomudos..., de todo ha hecho tabla rasa aún sin tocarles... Los que han entrado enfermos al templo, han salido sanos con solo escucharle...

— ¡Exageración, fantasía!... –decía el procurador romano–. A no ser que sea un mago poderoso o un Dios encarnado. Creo que los judíos esperan un Mesías..., algo así como otro Salomón que sea a la vez sacerdote y rey. Yo no creo nada.

— ¡Tú no crees nunca nada! –exclamó su esposa Claudia–. Para ti es todo el César y sus legiones... Y es indudable que hay algo superior a eso.

— ¿Superior al César?... ¡No delires, mujer!... Dentro de poco será el único amo del mundo.

—Sí, sí, amo del mundo y no lo es ni de su propia casa. Le han asesinado en sus narices a su hijo Druso, su brillante heredero, y aún no sabe quién es el asesino. ¡Magnífico amo del mundo! Está medio loco en Capua.

—Pero, ¿puedo saber qué moscón te ha picado que estás agresiva contra Roma? ¿Te has hecho judía, amiga de los profetas?

— ¿Te acuerdas de Arvoth, el escultor rodesio? –preguntóle Claudia.

—Sí, el que restauró las estatuas del palacio de Herodes en Cesarea.

— ¡El mismo! Tenía una hija hermosa como una estrella de oro, que está casada con el hijo de Quintus Arrius el gran Duunviro de celebrada memoria.

— ¡Me alegro!... Y ¿Adónde vas con eso?

—Me hice amiga de ella que tiene un gran talento y que sabe tanto como los hombres ilustres del foro romano. Me ha prestado libros antiguos preciosos y debido a esto, sé que la grandeza del César y de su imperio pasará como pasaron los imperios más grandes que el suyo y hoy sólo se recuerdan como leyendas del pasado.

"Me he enterado también de ese joven profeta causa de estas aclamaciones populares...

— ¿Y qué más?... Estás hecha un portento.

—El profeta ha curado mis dos lindas esclavas galas, que habían quedado mudas de espanto cuando fueron capturadas para el mercado.

— ¡Por Júpiter Capitolino!..., que esto pasa el límite de las noticias callejeras. Y, ¿se puede saber las pretensiones de ese maravilloso profeta?

— ¿Pretensiones?... ¡Ninguna! Él vive en un mundo que ni tú ni yo conocemos. Su único anhelo es hacer dichosos a todos los hombres.

"Y la nación israelita reunida ahora en Jerusalén, espera declaraciones suyas definitivas...

—Le bendeciré toda mi vida, si se lleva a su mundo toda esta plaga judía, samaritana y galilea, que me hacen venir loco cada día con sus eternas contiendas por cuestiones religiosas y legales.

"Ya sabes, Claudia, ni soy hombre religioso, ni quiero serlo, porque son los más intransigentes y falsos de todos los hombres. Al amparo de sus profetas inventores de cuentos, traen cada enredo al tribunal que cualquier hombre cuerdo se vuelve loco... Haz tú como sea tu gusto..., pero a mí, déjame en paz con lo que veo y palpo.

"El César y sus legiones que extienden su poder por toda la tierra, es para mi la única realidad. Conque mi querida Claudia, hasta luego.

El Procurador descendió la escalinata de la terraza, dejando sola a Claudia que buscaba con la mirada al joven profeta del manto blanco entre el tumulto de gentes, que se dispersaban por tortuosas y desiguales calles de Jerusalén aclamándole:

— ¡Es la gloria de Israel! ¡Es el Salvador de Israel!... ¡Es el refugio de los desamparados!... ¡Es el padre de los pobres y el médico de todos los enfermos!

Una delegación del Sanhedrín se presentó a Pilatos pidiendo la in-

mediata prisión de Yhasua de Nazareth que desde la cátedra sagrada había inducido al pueblo a rebelarse en contra de las leyes religiosas de los sacrificios y de las ofrendas.

Una de las esclavas galas curadas por el Maestro, subió corriendo a dar aviso a su señora de que las autoridades religiosas judías pedían la prisión del Profeta santo que les había devuelto el uso de la palabra.

Aún no les había recibido Pilatos sino el Centurión de guardia. Claudia habló al Centurión privadamente:

—Si quieres que te conceda a mi esclava Delhi como esposa y liberta, despacha a esos hombres y no pases aviso a mi marido.

— ¡Señora!..., no sé si puedo hacer esto sin comprometerme.

—Diles una excusa cualquiera; que el Procurador está indispuesto y que se le pasará recado cuando él esté a la vista. Yo hablaré a mi marido por ti.

—Bien, señora; por la promesa relativa a Delhi hago cualquier sacrificio.

La delegación del Sanhedrín se retiró protestando de la forma indigna con que eran tratados por aquellos paganos idólatras, hijos de Satanás.

Al siguiente día fue solicitada la presencia del procurador en la ciudad de Antipatris, para unos juegos olímpicos en los cuales le habían designado presidente del Jurado. Entre los competidores estaban los hijos de ilustres caballeros romanos, cuya amistad le interesaba conservar. Y la delegación del Sanhedrín tuvo que aguantar la fiebre que les devoraba por tener cuanto antes en sus manos al Profeta Nazareno.

Cuando estuvieron todos reunidos en Betania se produjo una escena harto dolorosa para el joven Maestro, debido al gran desconsuelo de Myriam, su madre, y de todas las mujeres que le amaban.

A fin de tranquilizarlas, los hombres de más edad le aconsejaron retirarse por unos días de las cercanías de Jerusalén.

—Bien –dijo el Maestro, complaciente siempre en cuanto le era posible–. Iré por breves días al Santuario del Monte Quarantana.

Los amigos de Betlehem, prácticos en aquel camino se ofrecieron para acompañarle. Y otra vez, Elcana, Josías, Alfeo y Efraín hijo de Eleazar, que vieron a Yhasua recién nacido, hacían el mismo viaje que hicieron para llevar al Santuario la buena nueva de su nacimiento. Pero esta vez no lo hacían a pie sino en buenos asnos amaestrados, en atención a la ancianidad ya octogenaria de los tres amigos betlehemitas y al poco tiempo de que disponían. Efraín que al nacimiento del Mesías sólo contaba dos años, era entonces hombre de treinta y cinco años que había adquirido una regular posición al lado de un arquitecto de fama, constructor del más bello palacio y torreón de piedra, en la ciudad de Herodium, media jornada al sur de Betlehem.

—De modo que eres todo un hombre hecho a golpes de piedra –le decía el Maestro, cuando al pasar por Herodium, Efraín le enseñaba con orgullo los dos imponentes edificios en los cuales había trabajado desde quince años atrás.

Al atravesar costeando desfiladeros en las montañas, le señalaba satisfecho los peñascales abiertos, quebrados, demolidos en parte, de donde doscientos picapedreros cuyo trabajo vigilaba, habían extraído los enormes bloques de piedra para las obras.

Le enseñó la gruta donde había vivido Yohanán el mártir, antes de comenzar las predicaciones a orillas del Jordán.

Mientras tanto los tres Ancianos se esforzaban en arrancarle al Maestro el secreto de lo que iba a suceder en Jerusalén.

Elcana, en su calidad de pariente era quien más insistía en tal sentido.

— ¡Hablemos con franqueza, hijo mío, Yhasua creo que estos tres viejos que te vieron nacer, merecen un poco de tu confianza!

"No hay ciudad ni pueblo en el país que no cuente con buenos elementos de la Santa Alianza para ponerse a tus órdenes si has de ser un Mesías-Rey.

— ¿Y si no fuera tal, no contaría con nadie? –preguntó tristemente el Maestro.

—Lo mismo podrías contar con todos, pero es necesario que sepamos cuál es tu pensamiento y tu resolución.

"El Sanhedrín, ya lo ves, no es tu amigo porque lo has desenmascarado públicamente, y por las calles de Jerusalén se cantan a coro estribillos que les harían salir los colores a la cara, si tuvieran dignidad y vergüenza.

"¿Sabes lo que cantaban anoche después de la queda?

— ¡Si tú no me lo dices!... –contestaba riendo el Maestro.

—Pues cantaban así:

"El Profeta Nazareno,
Sin fortuna y con honor,
Ha dejado al descubierto
Que es hoy un sucio mercado
El Templo de Salomón".

— ¡Es verdad! También oí yo la cancioneta esa –afirmaba Josías.

—Y yo la aprendí de memoria –dijo Efraín–, y cantándola iba a media voz cuando me crucé con un devoto fariseo que me llenó de insultos llamándome impío hijo de satanás.

El Maestro sonreía pero no contestaba nada.

—Ya ves, hijo mío –continuaba Elcana–. Esta situación no puede

prolongarse mucho. El que dé primero la clarinada, es el que ganará la partida. Yo bien sé que el príncipe Judá y quienes le secundan, esperan una palabra tuya. Se figuran que esa palabra la pronunciarás al comenzar las fiestas de Pascua.

"Si es que aceptas ser proclamado como el Mesías-Rey y libertador que Israel espera, será una la actitud que se adopte. Y si no lo aceptas, será otra, porque no podemos permitir que esos esbirros del averno, te atrapen como a un corderillo indefenso que se lleva al matadero.

"Creo que no podrás negar, hijo mío, que tengo razón. Si el justo Yhosep, tu padre, hubiera vivido en esta hora, no te hablaría de diferente manera, que yo te hablo".

—Es verdad, tío Elcana, es verdad –contestó por fin el Maestro–.

"Me apena hondamente el comprobar que los que me aman no aciertan a reconocerme en lo que únicamente soy: El Mesías anunciado por los Profetas para remover los escombros con que los dirigentes de Israel han sepultado la Ley Divina traída por Moisés. Para dar a la humanidad este mensaje del Padre, no necesito ni de la púrpura real, ni de ejércitos armados que recorran el país como los guerreros de David sembrando la muerte y la desolación.

"La Ley de Dios es Ley de amor, de fraternidad, de igualdad humana, porque todo ser humano es su hijo, y sería espantosa aberración pensar que su Mesías se abriera camino en el mundo con gritos de guerra y órdenes de matanza.

"Si he de ser rey, lo seré de paz, de amor, de misericordia; y eso, hace ya más de diez años que lo soy. ¿No está todo el país lleno del amor y de la piedad de Yhasua de Nazareth? ¿Queréis otro reinado más grande y glorioso que ése?

—Es verdad, hijo, es verdad cuanto dices; pero el Sanhedrín no detendrá su furia hasta que te vea en sus garras...

—El Sanhedrín, tío Elcana, temblará de espanto y huirá a refugiarse en los fosos y bodegas el día de mi triunfo. Porque las montañas, el Templo, los cielos y hasta los muertos en sus sepulcros, darán testimonio de que soy el Mesías, Hijo de Dios, a quien el Sanhedrín se empeña en desconocer para su desgracia.

—Hablas con una seguridad, hijo mío, que acabas por transmitírmela también a mí.

—Y cuando él dice –añadió Alfeo–, es porque así será.

—Y debe serlo y lo será seguramente –afirmó a su vez, Josías, acabando todos por tranquilizarse.

Casi al anochecer llegaron a la Granja de Andrés cuyos moradores se preparaban a salir para la ciudad de los Reyes a celebrar la Pascua.

Jacobo, Bartolomé y la anciana madre Bethsabé, se quedaron

mudos de asombro al ver al joven Maestro de pie en el dintel de su puerta.

— ¡Cómo!... ¿Tú aquí, mi Señor, que vas a ser proclamado Rey de Israel? –decía la buena anciana inclinándose para besar el borde del manto de Yhasua. Sus dos hijos igualmente asombrados repetían las palabras de su madre sin poder creer a sus ojos.

—Pues bien –decíales Yhasua abrazando a los buenos montañeses que tan sinceramente le amaban–. Antes de la proclamación que me anuncias, vengo a abrazar a los viejos amigos. ¿No es justo que así lo haga?

— ¡Oh, mi Señor!... ¡Qué palabras las tuyas!... ¡Sólo de tu boca santa pueden salir!

Y llamando a sus nueras y a sus nietecillos, que los tenía de todas edades, pronto el Maestro se vio rodeado de rosadas caritas sonrientes que le miraban azorados.

— ¡Venid a besar las manos de nuestro Rey!... ¡Venid!... –la viejecita lloraba y reía empujando a sus nietos hacia el Maestro que les recibía con indecible ternura.

—Todos éstos, Señor, son soldados tuyos para defender tu vida con su vida –continuaba la buena mujer, mientras las nueras interrogaban con la mirada a Jacobo y Bartolomé, no menos asombrados que ellas.

— ¿Qué pasa en Jerusalén, Señor, que vienes a nuestras montañas? –preguntó por fin Jacobo, viendo que ninguno de los viajeros daba explicación de la inesperada visita.

— ¡Qué ha de pasar! Que el Sanhedrín está rabioso de la gloria del Mesías aclamado por el pueblo y ha querido prenderle –contestó Elcana.

—Fuego baje de los cielos... –gritó Jacobo–, y consuma a esos malvados...

—No, Jacobo... déjalos que vivan –díjole suavemente el Maestro–, para que vean la grandeza y el poder de Dios y cobren espanto de la maldad de sus pensamientos y de sus obras.

—Ven, Señor, ven –decía a su vez Bartolomé–, que hemos descubierto una nueva entrada a las antiguas minas de betún y hay sitio de sobra para ocultar ejércitos armados. ¿Quién podrá encontrarte donde nosotros te ocultaremos?

—No os alarméis, que no es para tanto. De aquí a cinco o seis días iremos a Betania donde estoy con todos los míos.

Y mientras el Maestro y sus acompañantes pasaban días hermosos de paz y de amor entre la buena familia montañesa y los solitarios del Santuario, estudiemos, lector amigo, otros aspectos de las actividades desarrolladas por los amigos y por los enemigos del Profeta Nazareno.

Las mujeres discípulas suyas, tan pronto estaban en la vieja casa de

Lázaro en Betania, como en el palacio de Ithamar o en la residencia de María de Mágdalo.

Vercia, la Druidesa gala, había estrechado amistad con Nebai, la esposa del príncipe Judá, pues su temperamento decidido y vehemente las hacía comprenderse y amarse.

—Es hermoso, es justo, es bueno..., es un mensajero del gran Hessus –decía la Druidesa–, pero morirá pronto porque el fuego sagrado lo ha escrito en el mundo del misterio, donde están diseñadas todas las vidas humanas. –Y las lágrimas corrían por su bello rostro haciendo llorar también a Nebai, que no sabía en qué sostener su fe vacilante. Su esposo y su abuelo aseguraban que pronto sería proclamado rey de Israel. Toda la nación reunida lo aclamaba como a su salvador.

Melchor, Gaspar y Filón de Alejandría retirados en sus alcobas o reunidos en el cenáculo del palacio de Ithamar: meditaban, escribían..., siempre en silencio.

Nebai no pudo resistir más la interna inquietud que le sacudía como a una palmera el vendaval del desierto y acompañada de Vercia su nueva amiga, se dirigió a la residencia de la Castellana de Mágdalo, donde pensaba encontrar a Myriam, la madre del Profeta.

Quizás allí tendrían la certeza plena de lo que iba a ocurrir y que a ella la llenaba de incertidumbre y a veces de espanto.

Se hizo llevar en litera cubierta, según acostumbraba la viuda del príncipe Ithamar su suegra, desde la trágica muerte de su esposo. Así se evitaría que la extraña indumentaria de Vercia llamase la atención de las gentes.

En el adusto palacio Henadad no estaba Myriam que no había vuelto de Betania desde el día de los tumultos por el discurso de su hijo en el templo, pero sí encontró a María de Mágdalo con la familia de Hanani, algunas de sus compañeras, más Juan, Zebeo y Boanerges, que estaban especialmente encargados de vigilar las astutas maniobras del Sanhedrín con respecto al Maestro.

Habían substituido sus sencillas vestiduras galileas, por las habitualmente usadas por los mercaderes de las grandes ciudades comerciales: túnicas a rayas de vistosos colores, manto con ancha franja y flecos alrededor, turbante, y bolso rojo bordado pendiente del cinturón.

Su vigilancia se reducía a escuchar los rumores de la ciudad convertida entonces en una colmena humana. Las plazas, las tiendas, el mercado, las puertas de la ciudad eran lugares libres de reunión donde se comentaban todos los acontecimientos del día; Juan, Zebeo y Boanerges se multiplicaban para escucharlo todo.

Los cuatro doctores amigos de Yhasua, José de Arimathea, Nicodemus, Gamaliel y Nicolás realizaban otra clase de vigilancia conforme

a su posición; en las salas y dependencias del Gran Colegio donde se reunía la crema del doctorado y la sapiencia judía, en las sinagogas más notables y en los cenáculos de los escribas mayormente vinculados al alto clero de Jerusalén.

A la noche, después de la cena, todos los informes eran reunidos en el gran cenáculo del palacio Henadad, a donde acudían Simónides, Judá, Faqui y Marcos, que era el escriba de toda confianza en lo referente a los trabajos que se realizaban para exaltar al Mesías al lugar que según ellos le estaba reservado.

Explicadas estas actividades, sigamos a las dos visitantes que de inmediato fueron recibidas por María.

Alrededor del Profeta Nazareno habían llegado a comprenderse y amarse Nebai, María y Vercia, que eran como un solo corazón en tres cuerpos, que tenían hasta cierto punto, un parecido no tan intenso y marcado como el que había entre sus almas.

Las tres eran rubias, de estatura regular, pero sólo la mujer gala tenía los ojos de un profundo azul obscuro como el fondo del mar.

Nebai, esposa y madre de dos preciosos niños, tenía ya en su alma esa dulce y serena plenitud de la mujer austera que encontró su ideal humano, en un noble príncipe judío a quien el dolor había hecho justo y fuerte. Aunque su padre de origen rodesio la había educado en la filosofía de los clásicos griegos, la influencia materna y la de su esposo y su abuelo, la habían llevado a ese amplio eclecticismo, propio de las personas de talento que cultivaron su inteligencia en distintas escuelas. Justa por naturaleza, encontraba tanta belleza en los poemas sibilinos hebraicos, como en los cantos homéricos y virgilianos. Y esta modalidad suya le dio entrada franca en el alma de María de Mágdalo, duramente censurada por la estrechez de los hebreos puritanos, que encontraban graves delitos legales, las estatuas de sus jardines, sus vestiduras, sus diversiones, sus costumbres todas, reñida con la ortodoxia judía.

Igual cosa aconteció con Vercia la Druidesa gala, cuya fe sencilla y pura, no comprendía como al Supremo Hacedor, Luz y Vida de los mundos, pretendían los hebreos encerrar en la estrechez mezquina de un templo de piedra, por más que lo adornasen con oro, plata y piedras preciosas. ¿No estaba acaso la infinita inmensidad azul decorada de millones de soles y estrellas, incomparablemente más hermosas que cuantas riquezas pudieran encerrar los hombres entre los muros de una construcción suya?

¿No estaba la tierra poblada de bosques de encinas y palmeras brillantes como pabellones de esmeraldas..., y en ellas millares de pájaros de vivos colores como piedras preciosas vivas que cantaban armoniosamente?

¿Qué cúpulas y torres podían compararse a las altas cumbres de las montañas galas, cubiertas de nieve que resplandecían como oro y púrpura a la salida y a la puesta del sol?

Y la dulce Nebai, compañera de adolescencia de Yhasua en las montañas del Tabor, comprendía también a la mujer gala en la sencillez pura de su fe sin templo y sin altar, adorando al Supremo Creador en la estupenda magnificencia de la Naturaleza.

Fue pues Nebai el ánfora de oro en que mezclaron sus perfumes aquellas dos flores exóticas en Israel: María y Vercia.

Nebai, María y Vercia, cuyos corazones formando uno solo como una lámpara votiva ante el Cristo del Amor, fueron la cuna mística del cristianismo naciente en aquel siglo primero, cuando aún flotaba en Palestina el rumor de las palabras sublimes del Ungido de Dios, arrullando a la humanidad: "Amaos los unos a los otros porque todos sois hermanos e hijos de mi Padre que está en los cielos. Y en el amor que os tengáis los unos a los otros se conocerá que sois mis discípulos".

—María –le dijo Nebai después de los saludos de práctica–, vengo a ti buscando me alivies de la incertidumbre que me atormenta. ¿Qué hay relativo a nuestro Profeta por el cual todos padecemos?

— ¡Cómo! ¿Tú vienes a mí cuando debía yo preguntarte a ti, esposa del príncipe Judá, qué hay de nuestro amado Maestro?

—Tienes toda la razón, querida mía, pero es el caso que a Judá no le veo sino a momentos y nunca a solas, pues desde que el Profeta está en Jerusalén, él vive en todas partes menos en su casa. Esto naturalmente me hace suponer que momentos culminantes están llegando para la patria, para la fe, para todos los pueblos oprimidos que alientan una esperanza de libertad.

—Dos discípulos íntimos están viviendo aquí por el momento, y por ellos sé que llevaron al Maestro hasta el Monte Quarantana a orillas del Mar Muerto para alejarle de Jerusalén por unos días –dijo María–. Ignoro completamente si en este compás de espera, se tomarán resoluciones que pueden traernos el éxito buscado.

Vercia parecía una estatua de alabastro por su inmovilidad y mutismo. Sus ojos azules llenos de lágrimas decían muy alto que aquella estatua de alabastro tenía un corazón que sentía profundamente la misma angustia de sus amigas.

La lengua griega les era conocida a las tres y mediante ella podían entenderse.

—Tú lloras en silencio –le dijo Nebai–, y tu dolor aumenta nuestra inquietud.

—No lloro por el Profeta sino por vosotras, por su madre, por todos los que le amáis queriéndole retener a vuestro lado cuando la gloria del

Reino del Gran Hessus le espera para coronarle. ¡Él es un Rey!... ¡Un gran Rey!..., pero no de este mundo. El fuego sagrado no engaña nunca, y en él he visto entre legiones inmensas y resplandecientes, que le aclamaban como a un triunfador:

"¡Bendito!... ¡Bendito seas por siempre amado del Altísimo!..."

— ¿Entonces quiere decir que seguramente será su muerte la terminación de todo esto? –preguntó alarmada Nebai.

—Los Druidas –continuó Vercia–, no encontramos en la muerte el dolor angustioso que vosotros. La muerte no es el aniquilamiento, sino la renovación. Y en los grandes seres como el Profeta, la muerte es la gloriosa entrada en su Reino que no conocemos los habitantes terrestres, pero que existe, tan real y verdadero como este adusto edificio plantado sobre esta calle.

María de Mágdalo les refirió entonces su visión de la cruz de estrellas que se aparecía detrás del Maestro el día de su entrada a la Fraternidad Esenia en el Santuario del Tabor. Y les aseguró que desde ese día tuvo la certeza de que él les dejaría pronto.

—El Gran Hessus –siguió diciendo Vercia–, ¡puede cortar cuando le place una vida humana! ¡Es tan tenue el hilo de que está suspendida la vida humana! ¡Un hálito de Hessus basta para cortarlo!

"Y yo espero que así será cortada la vida terrestre de este Hombre-Dios, hijo del gran Hessus, que camina entre los hombres.

"Y la cortará seguramente cuando ya no falte nada por hacer, cuando todas sus obras estén completas; cuando estén encendidos todos los fuegos que seguirán ardiendo por siglos y más siglos en el futuro de la humanidad.

"Yo he sabido de su boca divina lo que atañe a mi tierra gala esclavizada por el invasor. Será la primera que haga oír de los hombres el grito de: "libertad, igualdad, fraternidad". Y de allí se extenderá como la marea sobre toda la faz de la tierra.

— ¡Y él, hijo del pueblo de Israel, anunció la libertad de tu nación y nada dijo de su país nativo! –exclamó con pena Nebai–. ¿Será que este país debe continuar esclavizado?

—Nosotros los pequeños seres, nos encerramos en el círculo también pequeño de un país o una nación –dijo Vercia–, pero las almas grandes y fuertes como la del Profeta, abarcan de una mirada todos los países de la tierra porque todos entran a los dominios del Gran Hessus que le envió para todos.

"Así he comprendido yo la grandeza extraordinaria de este hombre genial.

María de Mágdalo y Nebai no podían por el momento ponerse a tono del pensar y sentir de la mujer gala.

Nebai amaba demasiado el país de su nacimiento, que lo era de su madre, de su abuelo, de su esposo, amante apasionado de cuanto concernía al pueblo de Israel. Por él le veía luchar desde antes de su matrimonio, con una abnegación y desinterés que llegaba hasta olvidarse de sí mismo.

María de Mágdalo amaba al Profeta Nazareno con extremado amor, y desde que llegó a comprenderle en su grandeza espiritual, en su perfección moral, no pensó en otra cosa que seguirle amando, en verle glorificado, encumbrado a una felicidad que sólo él merecía, mucho más alto que cuanta grandeza y soberanía hubiese conocido la tierra.

—Yo le veo a él distinto que le veis vosotras –dijo de pronto Vercia–. Yo le veo como un astro radiante flotando entre el cielo y la tierra. No es propiedad de ningún país, de ninguna raza, porque es como una luz que los alumbra a todos. Es como un río caudaloso que abraza toda la tierra y del cual todos pueden libremente beber.

"Desde el más poderoso monarca al más despreciable esclavo, todos pueden decir: "¡la luz de este sol es mía!..., ¡el agua de este río es mía!..."

—Vercia –díjole María–, debe ser así como tú dices; pero yo, pobre de mí..., ¡no puedo aún hacerme a la idea de continuar viviendo de esta vida, sin verle más, sin oírle más!..., ¡buscándole por todas partes y no encontrándole en ninguna!..., ¡llamándole sin ser respondida!

"La tierra quedará para mí desolada y vacía, sin la luz de sus ojos, sin la vibración de su palabra..., sin el encanto divino que se desprende de todo él..., de todo él, Vercia mía..., porque no es un hombre de carne, sino un fuego santo de amor, de piedad..., ¡de indecible ternura!"

Y María rompió en sollozos abrazada de Vercia que le acariciaba suavemente los dorados bucles de su cabellera.

Nebai lloraba también en silencio ante aquella escena que la intensidad de un amor demasiado humano todavía, hacia en extremo emotiva y dolorosa.

De pronto la penumbra de aquel delicioso gabinete encortinado de malva se iluminó de una luz opalina como si descorridas las cortinas hubiesen entrado de lleno los resplandores del sol poniente. La imagen sutil y resplandeciente del Profeta Nazareno se esbozó en aquella penumbra, y Vercia que fue la primera en verle, levantó la cabeza doliente de María recostada en su pecho y la obligó a mirar.

Nebai le percibió al mismo tiempo y con las manos cruzadas sobre el pecho como para acallar los fuertes latidos del corazón; las tres mujeres quedaron inmóviles, sin palabra.

Y la imagen transparente y luminosa se acercaba como si resbalara suavemente por un plano inclinado de cristal.

— ¡No lloréis por mí! –les dijo la voz sin ruido de la aparición–.

"He sentido vuestra angustia cuando hacía oración entre las rocas del Santuario vecino al Mar Muerto y he venido a consolaros.

"¡María!..., ¡qué poco sabes de la fuerza del espíritu y del poder del amor, cuando dices que no te resignas a vivir la vida terrestre sin verme, sin oírme, buscándome sin encontrarme jamás! ¿Crees acaso que yo olvido a los que me aman?

"¡En la vida física o en la vida espiritual, yo estaré eternamente con vosotros, dentro de vosotros, palpitando en vuestro propio corazón!". –Y la hermosa visión abrió los brazos transparentes y luminosos mientras su pensamiento les decía–:

"Venid a sellar el pacto con que os dejo unidas para todos los siglos que han de venir en pos de este día. Prometedme que donde quiera que os coloque la Voluntad Divina lucharéis hasta morir por establecer mi doctrina de fraternidad y de amor entre todos los hombres de la tierra".

Las tres se lanzaron como una sola a los brazos de la visión amada que se cerraron como amorosas alas en torno suyo, y cuando el éxtasis de dicha y gloria había pasado se encontraron abrazadas las tres, confundidas en una sola madeja sus rubias cabelleras, confundidas sus lágrimas, sus sentimientos, sus amores todos, como vivos reflejos de aquel gran amor hecho hombre, cuyo espíritu radiante les había visitado en su hora de incertidumbre y de dolor.

Fortalecidas con la consoladora visión del Maestro tan amado, se prometieron trabajar por la gloria suya unidas o separadamente según se presentasen los acontecimientos.

Nebai y Vercia volvieron al palacio Ithamar dejando a María sumida en un mar de reflexiones entre todas las cuales no sabía cuál fuese la más prudente y acertada.

* * *

En el gran local subsuelo ocupado por la Santa Alianza según recordará el lector, encontramos reunidos una noche al príncipe Judá, al Hack-Ben Faqui, al Scheiff Ilderín y al Anciano Simónides.

Los cuatro formaban el alma de la organización secreta que desde algunos años atrás venían formando con el fin de que a la proclamación del verdadero y genuino Rey de Israel, no le faltasen gallardas legiones para sostener su autoridad.

Por Chuza, mayordomo de Herodes, estaban sabiendo que su efímero reinado se desquiciaba solo y que sus soldados y guardias cansados de injusticias, de mal pago y pésima administración, cederían fácilmente a la más ligera presión de una mano pródiga y firme en un momento dado.

Fácil les sería pues conseguir que se cruzaran de brazos cuando las legiones libertadoras se presentaran a tomar las fortalezas que defendían el poder de Herodes, lo cual evitaría el sacrificio de vidas humanas.

De esto se encargaría Simónides que como judío de pura cepa, sabía hacer buenos negocios encontrando el lado flaco de los hombres de armas de su país. El Scheiff Ilderín respondía de tres mil jinetes árabes diseminados como ya dijimos en las montañas de Samaria y Judea más cercanas a Jerusalén. Ambas provincias dependían entonces directamente del gobierno romano con el cual estaban aparentemente en buena amistad.

El Hack-Ben Faqui tenía a sus órdenes dos mil Tuaregs diseminados al sur de Jerusalén, entre los laberintos de la comarca montañosa de Judea y seis mil en los peñascales desiertos de Idumea.

Esto, aparte de que en los puertos de Cirenaica, dominio de la nación Tuareg, había una poderosa guarnición de treinta mil lanceros que en tres días podían caer como un aluvión sobre Judea.

Y por fin el príncipe Judá, o sea, el hijo de Quintus Arrius, había negociado con dos ministros del César que conseguirían el visto bueno al derrocamiento de los Herodes de toda Palestina, que con un rey de su raza, quedaría constituida como una nación unida, con gobierno propio, aunque bajo el protectorado del César.

Cierto que este negocio costaría cincuenta talentos en barras del más puro oro de Havilá. Para la fabulosa fortuna del príncipe Ithamar, aquello no era ni la centésima parte.

¿En qué podía emplearse mejor una fortuna que en hacer dichosa la patria amada en que nacieron y vivían todos sus seres queridos?

¡Cuán felices se sentían aquellos cuatro hombres viendo ya cercana la realización de sus ideales justos y nobles, aunque demasiado humanos si les comparamos con el ideal sublime y divino del Ungido de Dios, alrededor del cual sus amigos tejían esta hermosa red de seda y oro para aprisionarle!

Cenaron en agradable camaradería y después cada cual sacó del vasto guardarropa la indumentaria que le cubriría esa noche.

Ni una sola noche pasaba sin que los cuatro, separadamente, investigaran por sí mismos las múltiples hebras de la inmensa red que tejían. Eran ellos mismos la policía secreta.

—Esta noche soy Quintus Arrius Hijo, y tengo cita con el hijo mayor del Legado Imperial de Siria que ha venido de Antioquía hace dos días.

Y al decir así, el príncipe Judá hacía admirar de sus amigos el lujoso traje romano de la más fina cachemira blanca con franjas de oro, que acababa de vestirse.

— ¡Si no fuera por amor a mi Señor el Rey de Israel, hacía pedazos ese

ropaje!... –decía rechinando los dientes el buen viejo Simónides que no podía olvidar todo el daño recibido de los romanos en los años aciagos de Valerio Graco.

— ¡Oh, no, por favor; padre mío!..., ¡no me agües la fiesta!...

"Todos sabemos lo del poeta: "Que todo el mundo es engaño – Que nada en el mundo es verdad – Hasta que llega la muerte – Como única realidad".

— ¡Estás fatal, Judá, hijo mío! Tu verso y tu poeta, son peores que tu traje romano. ¿Quién piensa en la muerte teniendo a la vista la liberación de Israel?

El Scheiff Ilderín simularía un comerciante en caballos, venido de las orillas del Mar Rojo, y andaba en negocios con el administrador de las caballerizas de Herodes, con el fin de enterarse a fondo del estado del equipo en que se encontraban los jinetes del Rey.

El Hack-Ben Faqui, sería un contratista de piedra y obtenía permisos para estudiar las diversas clases de rocas, granitos, basaltos, etc., que había en los torreones antiguos y en las canteras de la Judea. Debía entrevistarse esa noche, mediante un precio convenido se entiende, con el mayordomo del palacio de los Asmoneos que era la residencia de Herodes cuando pasaba temporadas de visita en la ciudad Santa.

Y por fin el viejo Simónides era un negociante en armas de toda especie, lo cual le daba ocasión de enterarse del armamento existente en todas las guarniciones y dependencias, dentro y fuera de la ciudad.

Y así debidamente transformados en lo que representaban, se lanzaron a la calle, sólo iluminada por la claridad de las estrellas y por los fuegos de las tiendas levantadas en los cerros y valles dentro y fuera de los muros de Jerusalén.

Los enemigos del Justo, soltaron también su jauría para darle caza en cualquier forma que fuera.

Sabiendo que las finanzas de Herodes estaban en malísimo estado, Hanán le hizo una visita de cortesía, en la cual el rey vio brillar una esperanza de refuerzo a sus arcas, si les cedía un centenar de penados de los que tenía recluidos en los torreones de la Galilea y Perea, llevando ya algunos años de calabozo no ofrecían mayor peligro sabiendo manejarlos con habilidad. Le explicó que se trataba de hacer callar al pueblo que estaba enloquecido con un falso Mesías al cual querían proclamar rey. Temeroso Herodes de que esto redundase en perjuicio suyo, accedió de inmediato, y más aún con la promesa de veinte talentos de oro para sus arcas. Les ofreció también sus más aguerridos soldados pero a condición de no llevar el uniforme que usaban, para no comprometerse.

Esto hizo que Hanán aumentara el precio estipulado hasta los treinta talentos en barras de oro del tesoro del Templo.

Y el rey y el suegro del pontífice Caifás, se separaron muy satisfechos de haber realizado un espléndido negocio.

Los hombres cedidos por Herodes, más las centenas de esclavos con que contaban las grandes familias sacerdotales, ya era un buen número de malvados o inconscientes y serviles para producir alboroto y pánico en el pueblo agradecido y fiel para con el Profeta santo del cual tanto bien había recibido.

El Templo de Jerusalén estaba construido sobre una gran plataforma en que mediante innumerables arcadas de una solidez a toda prueba, se habían igualado los desniveles del Monte Moria al cual servía como de coronación. Aquellos arcos venían a formar un amplio subsuelo rodeado de fosos, de trozos de rocas, de restos de antiguos muros, entre los que habían crecido arbustos y zarzales como espeso matorral.

Hasta entonces había servido de guarida a perros hambrientos y sin dueño, y a los mendigos sucios y harapientos que en el día buscaban mendrugos por los mercados y en la noche se refugiaban allí. Perros sin dueño y hombres sin techo, unían la miseria de sus vidas en las obscuras cuevas bajo la plataforma del templo, donde tanto oro y tanta púrpura resplandecía a la luz de millares de cirios.

Pues, en aquellos escabrosos subsuelos, de donde fueron corridos perros y mendigos, Hanani hacía el adiestramiento de los ex penados cedidos por Herodes y de los esclavos que formarían el ejército de malhechores que pensaba oponer al pueblo que aclamaba al Profeta.

La imaginación del lector irá esbozando en su campo mental, la forma en que un escaso grupo de inconscientes y malvados, en un momento preciso, sorprendió la buena fe de las gentes honradas para dar lugar al espantoso crimen que cubrió de infamia para siempre al pueblo judío.

116
EL DÍA DE LAS PALMAS

Llegó por fin el día en que se iniciaban las grandes solemnidades de la Pascua, celebrada por el pueblo de Israel con tan inusitada pompa y solemnidad, que se había hecho célebre no sólo entre los pueblos vecinos sino aún en el lejano Oriente.

De lejanas comarcas ajenas a las Leyes de Israel, acudían las gentes, los unos llevados por la curiosidad otros con el fin de hacer compras, pues Jerusalén se tornaba en esa época en un populoso mercado donde podían encontrar mercancías y productos de todas las partes del mundo en que existía civilización.

Los israelitas dispersos por todo el mundo, acudían en tropel a la ciudad Santa buscando en ello la remisión de sus pecados, el estrechar de nuevo los lazos con sus hermanos de raza y realizar de paso algunos buenos negocios.

Es lo cierto que Jerusalén desbordaba de gente, atraídos por el rumor llevado por los mercaderes a todos los sitios donde había israelitas, de que el Mesías había sido por fin descubierto y en esa Pascua sería proclamado Rey de Israel.

La tranquila y plácida Betania resplandecía de luz y de gloria la mañana aquella en que con todos sus moradores acompañarían al Profeta Nazareno a la dorada ciudad de los Reyes, donde pronto le verían ejerciendo las supremas funciones de Pontífice y Rey. Sería otro Salomón por su sabiduría y un nuevo Moisés por su maravilloso poder.

Las tres mujeres que hemos visto unirse en un pacto solemne: Nebai, María y Vercia, habían desplegado una asombrosa actividad, mayormente entre el elemento femenino y los discípulos íntimos del Maestro.

Las mujeres vestidas todas a la usanza esenia, o sea, con tocas blancas y grandes mantos de azul obscuro, llevaban cestillas de flores para sembrar el camino hasta Jerusalén. Los hombres con túnicas y mantos color avellana como los terapeutas esenios, llevarían hojas de palmeras y ramas de mirtos y de olivo, para refrescar el ardoroso sol de Judea y espantar a los insectos.

Unas pocas literas descubiertas para los muy ancianos cerraban la marcha de aquella especie de cortejo nupcial, nunca visto en la silenciosa aldea de las palmeras y de los olivos.

— ¡Madre feliz!... –decían a Myriam todas las mujeres–. Día grande es este para ti, en que puedes ver la gloria de tu hijo.

Era el momento en que Yhasua, forzado por la insistencia de Simónides, Judá y Faqui, montaba un caballo pequeño que los árabes llamaban tordillos por el color blanco ceniza de su pelo.

De la caballeriza del Scheiff Ilderín, que amaba a sus caballos casi tanto como a sus siervos, había sido elegido por su mansedumbre para una ocasión semejante.

Myriam vio a lo lejos la silueta blanca de su hijo destacándose de la muchedumbre que le seguía y sus dulces ojos se inundaron de lágrimas, porque en su corazón se agitaba un triste presentimiento.

—Habría sido mejor –dijo a media voz–, que él fuera a Jerusalén sin que nadie advirtiera su presencia.

—Pero, ¿por qué ha de ocultarse siempre? –decían las demás mujeres.

—Todos sabemos quién es él –añadían otras–, y es hora de que todo Israel lo comprenda.

Numerosos grupos de gentes llegaban de distintas direcciones a

engrosar la ya nutrida columna de acompañantes, en forma que al acercarse a las murallas de la ciudad aquello era un mar humano que se movía en grandes oleajes.

Siendo el terreno muy irregular, el espectáculo ofrecía gran atractivo, pues cuando parte de la gruesa columna estaba en el llano otra parte se movía sobre una lomada o en lo alto de una colina. Nadie perdía de vista la blanca silueta del Profeta Nazareno destacándose entre la multitud.

Pero antes de llegar a la muralla, Judá y Faqui se apartaron el uno a la derecha y el otro a la izquierda, y dando largos silbidos de un modo muy particular, hicieron brotar como por encanto una multitud de hombres jóvenes y fuertes, vestidos como los montañeses galileos que salieron de Bethphagé, de Gethsemaní, de Siloé y de las hondonadas del Torrente Cedrón.

Cual si fueran campesinos, se apoyaban todos en varas de encina, y entre los pliegues de las túnicas o bajo los mantos enrollados, se les veía una espada corta entre obscura vaina de piel.

El lector comprenderá que eran las milicias del príncipe Judá, sus amigos de la montaña, como él decía, que en las varas de encina llevaban escondida una lanza para el caso que fuera necesario defenderse de una agresión.

Una sonrisa picaresca resplandeció en el rugoso semblante de Simónides al aparecer las legiones del Señor, según él decía.

— ¿Quiénes son esos hombres? –preguntó el Maestro.

—Son tus buenos galileos, mi Señor, que como se saben poco amados de sus hermanos judíos, no han querido dejar su vara de encina –le contestó el Anciano.

—Creo que en estas fiestas comunes a todo Israel, esos recelos debían desaparecer –insistió el Maestro.

— ¡Tú lo piensas así, Señor!...

—Se parece esto mucho a una escolta armada –añadió el Maestro–. ¿Teméis que seamos atacados? ¿Acaso trasgredimos la ley o las costumbres, acudiendo en conjunto al comienzo de las fiestas?

— ¡No, mi Señor!... Pero el Sanhedrín ha preparado lebreles de caza, y no queremos vernos cazados como conejillos indefensos.

El Maestro calló, pero su pensamiento le recordó que la hora de su inmolación estaba ya cercana, y que sus amigos presentían el peligro inminente.

— ¡Paz a los hombres de buena voluntad! –dijo a media voz–. No saben lo que hacen cuando los hombres se colocan unos frente a los otros.

"¡Simónides!... –llamó el Maestro en alta voz mientras seguían la marcha–. ¿Qué dirías tú si invitases a un grandioso festín y los invitados llegasen armados?

—Diría, Señor, que en mi palacio se escondían traidores y que mis invitados no querían entregarse como corderos –contestó el Anciano–.

“¿No comprendes, mi Señor, que con el corazón en la mano no podemos ir a una cueva de fieras hambrientas?.

El Maestro calló de nuevo y este breve diálogo se había perdido entre el sordo murmullo de la muchedumbre que empezaba a clamorear a la vista de la ciudad y del Templo.

El Maestro se apeó a la puerta, que ampliamente abierta parecía esperarle.

Una gruesa columna que venía por la calle dio un gran clamor que llenó de ecos todos los rincones de la ciudad.

— ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!

— ¡Hosanna al hijo de David, al Rey de Israel, al Mesías anunciado por los profetas!

El corazón de Myriam se estremeció dolorosamente al escuchar ese gran clamor, como si fuera una sentencia de muerte para su bien amado.

— ¡Que se callen, por favor, que se callen! –decía ella en tono suplicante.

Y seguida de algunas mujeres quiso abrirse paso hacia donde caminaba su hijo.

Mas, no le fue posible llegar, porque la muchedumbre se apretaba junto a la puerta queriendo todos entrar los primeros.

Algunos soldados romanos montaban guardia en las cercanías de todas las puertas de la ciudad, y al ver al Profeta del manto blanco como un punto luminoso entre la obscura muchedumbre, comprendieron que tendrían que reforzar la guardia ese día, pues estaban al tanto de las pretensiones del Sanhedrín.

El hijo de Quintus Arrius el Duunviro, había regalado monedas de oro con el busto del César a la guarnición de la Torre Antonia, para que en cuanto fuera posible, hicieran oídos sordos a las reclamaciones que partieran del Sanhedrín.

Claudia, esposa de Pilatos, y sus dos esclavas galas ayudaban también a los amigos del Profeta.

—Si consigues que el Procurador sea neutral en este asunto, ayudas a la causa del Profeta –había dicho Nebai a Claudia en la última entrevista tenida con ella. Y se lo había prometido.

Los doctores y magnates del alto clero espiaban desde las terrazas del Templo aquella manifestación del pueblo delirante de entusiasmo por el joven Maestro, que no con palabras sino con hechos les había demostrado su amor y el gran poder divino que tenía para aliviarlos de sus miserias y enfermedades.

¿Quién podía igualarse con él? ¿Quién no reconocería en él al Mesías Libertador anunciado por los Profetas?

—Vale más –decían algunos de los doctores judíos–, que le reconozcamos también que no provocar la ira del pueblo que nos arrastrará a nosotros después.

—Es joven y afable –decía otro–. Tomémosle por nuestra cuenta y le haremos entrar por nuestro aro, antes que él arrastre a toda la nación.

—Si es de verdad el Mesías, comprenderá él muy bien que debe unirse a la suprema autoridad de la nación –añadía otro.

Shamai, el sabio que hasta entonces había observado la manifestación en silencio, les dijo con voz reconcentrada por la ira:

— ¡Sois todos vulgares necios! ¿Os olvidáis lo que fueron y son los Profetas de Dios en Israel? Ese que entra en triunfo en la ciudad es uno de ellos... Acaso Moisés reencarnado... Si el Faraón no pudo doblegarle, ¿lo conseguiréis vosotros? ¡Preferirá mil veces morir!...

—Pues que muera si así lo quiere –dijeron varias voces sordas que se ahogaban entre las aclamaciones de la calle.

— ¡Hosanna al hijo de David!...”

— ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!

— ¡Engalánate Sión para recibir a tu Rey que viene con sus manos llenas de dones a desposarte como su elegida!”.

De todas las terrazas arrojaban flores, palmas, lazos y millares de voces gritaban: –¡Bienvenido!

Claudia y Pilatos, en la terraza del palacio del Monte Sión se miraban el uno al otro, y ella decía: –Dime ahora si ese hombre no es un ungido de los dioses para hacer dichoso a este mundo.

—“La voz del pueblo es la voz de Dios”, dice un axioma de filosofía antigua –dijo Pilatos como hablando consigo mismo, mientras seguía mirando el oleaje humano que se acercaba hacia el Templo, llevando en medio al Profeta del manto blanco que a distancia aparecía como un cisne con las alas abiertas.

Con sus brazos amantes extendidos a veces sobre la multitud, les decía:

—La paz de Dios que desciende sobre vosotros, os llene de tranquilidad, de tolerancia y amor para todos los seres.

Cuando llegaron a la gran escalinata que daba acceso a los pórticos del Templo, el Maestro se adelantó y subió corriendo la gradería. Comprendía muy bien que aquella enorme multitud no podía entrar ni en una tercera parte en el sagrado recinto y dio a entender que les hablaría desde allí. El pueblo dócil a la indicación, hizo un gran silencio, como si el ansia suprema de que todos se hallaban poseídos, les obligara a contener hasta el más leve murmullo.

Con el pontífice a la cabeza, todo el alto clero, doctores, escribas y príncipes sacerdotales, estaban sobre la terraza del templo, medio ocultos entre las cornisas y torrecillas de la balaustrada delantera.

A Yhasua no se le escapó este detalle, mas hizo como si sobre las cúpulas del Templo no hubiera sino las palomas y las golondrinas para escucharle.

Y comenzó así su discurso de aquel día:

—*"Pueblo de Israel, amado del Señor. Venís desde Betania en seguimiento del Profeta de Dios que nada nuevo os puede decir, sino lo que otro Profeta de Dios os dijo seis centurias atrás. Dice Isaías en el capítulo primero v.11: ¿Para qué venís a Mí –dice Jehová–, con la multitud de vuestros sacrificios? Harto estoy de holocaustos, de carneros y de sebo de animales gruesos, no quiero sangre de bueyes, ni de ovejas, ni de cabrones.*

"¿Quién demandó esto de vuestras manos, cuando vinieseis a presentaros delante de mí, para hollar mis atrios?

"No me traigáis más vanos presentes, el perfume me es abominación; luna nueva y sábado, el convocar asambleas, no las puedo sufrir; son iniquidad vuestras solemnidades; aborrecidas las tiene mi alma, gravosas me son, cansado estoy de escucharlas.

"Cuando extendiereis a Mí vuestras manos. Yo esconderé de vosotros mis ojos, porque llenas están de sangre vuestras manos.

"Lavad, limpiaos, quitad la iniquidad de vuestras obras.

"Aprended a hacer el bien, buscad la justicia, restituid al agraviado; oíd en derecho al huérfano, amparad a la viuda.

"Venid entonces a Mí –dice Jehová–, y estaremos a cuenta, y vuestros pecados como la nieve serán emblanquecidos.

"Si así lo hiciereis, recibiréis en vosotros todo el bien de la Tierra".

"¡Pueblo de Israel, amado de Jehová! Pocos años llevo siguiendo de cerca vuestros caminos desventurados, llenos de sombras, de dolor y con escasas alegrías.

"Con vuestras almas estremecidas de angustias y vuestros cuerpos heridos por muchas enfermedades, os encontré un día al pasar por esta tierra de promisión para vuestra dicha, y que la inconsciencia de vuestros Jueces, de vuestros Reyes y de vuestros gobernantes empapó de sangre y apestó sus campos feraces de cadáveres insepultos.

"Vuestros antepasados sembraron vientos y vosotros sufrís tempestades.

"Vuestros antepasados pisotearon la Ley de Moisés y olvidando que ella les decía: no matarás, contestaron al mandato divino desatando como vendaval la matanza y la desolación.

"Vuestros antepasados olvidaron la ley que les mandaba amar al

prójimo como a sí mismos, amparar al extranjero y partir con él los bienes de esta tierra, y tomaron en dura esclavitud a los vencidos, carne de látigo para enriquecerse a su costa.

"A vuestros antepasados dirigió el Profeta Isaías las palabras que habéis oído, y yo refresco sobre ellas vuestra memoria, para que borréis con una nueva vida la iniquidad de vuestros mayores.

"La palabra de Isaías escrita en los Sagrados libros, pero ausente de los corazones, es un astro de esperanza si vosotros abrís a ella vuestro espíritu, y la calcáis a fuego en vuestras obras de cada día.

"Si he vuelto la salud a vuestros cuerpos y la paz a vuestras almas, es porque mi Padre que está en los cielos me ha dado todo poder al enviarme a esta tierra, para remover los escombros bajo los cuales la inconsciencia humana ha sepultado la Ley Divina hasta el punto de ser ella olvidada de los hombres.

"La palabra de Dios que os trajeron todos los Profetas y que oís también de mi boca, vale más que todos los holocaustos, que todas las ofrendas; más que el Templo y el Altar que destruirán las hecatombes humanas, mientras la palabra Divina permanecerá eternamente.

"Santo es el Templo y el Altar si hacia ellos llegáis con el corazón limpio de todo pecado contra la Ley Divina; pero ellos se tornan en vuestra condenación, si a la oración de vuestros labios no va unida la conciencia recta y la voluntad firme de ajustar vuestra vida a los mandamientos de Dios.

"Si en los corazones anidan como víboras, los malos pensamientos y los codiciosos deseos en contra de vuestro hermano; de qué servirá que claméis: ¡Padre nuestro que estás en los cielos!

"Os engañan miserablemente, los que os dicen que para purificaros de vuestras miserias y debilidades, os basta presentar ofrendas en los altares del Templo.

"Ya habéis oído las palabras que el Señor dijo al Profeta Isaías.

"Harto estoy de holocaustos, no me presentéis más vanas ofrendas. Lavad y purificad vuestras almas, limpiad de iniquidad vuestras obras, buscad el bien y la justicia, y entonces estaremos a cuenta.

"Cuando hayáis pecado en contra del amor de Dios y del prójimo, que es el mandato supremo que está sobre todo mandato, arrepentíos de corazón, y deshaced el mal que habéis hecho a vuestro hermano mediante un bien que le compense del daño. Y entonces vuestro pecado quedará perdonado.

"La piedad y la misericordia son las flores preciosas del amor fraterno; son el divino manantial que lava todas las manchas del alma. Corred a lavaros en esas aguas purificadoras, más aún que las del Jordán bendecidas por la palabra y la santidad de Yohanán, el Profeta

mártir que vivía de miel y frutas silvestres, por no recibir donativos de ninguno de vosotros.

"Comparad el desinterés de ese hombre de Dios, con las fortunas colosales que han amasado los magnates del Templo, con el sudor de vuestra frente y con los sufrimientos de todo un pueblo agobiado de tributos de toda especie.

"Palabra de Dios es la que os dice: ama a tu prójimo como a ti mismo, no hagas a otro lo que no quieras que se haga contigo.

"Pero no es palabra de Dios la que os manda traer más y más oro a las arcas del Templo, más y más aceite, vino y trigo a sus bodegas, para enriquecer a sus príncipes que viven entre el lujo y la fastuosidad.

"En una cabaña vivió Moisés pastoreando los rebaños de Jetro, su protector, y mereció que el Señor le dejara ver su grandeza y le diera su Ley Divina para todos los hombres.

"Catorce años de trabajo y honradez empleó Jacob en adquirir un rebaño para dar de comer a su numerosa familia, y después de probada su virtud con grandes dolores sufridos pacientemente, Dios le hizo padre de las Doce Tribus que forman la numerosa nación de Israel. Por los frutos se conoce el árbol. No busquéis rosas en los abrojales, ni cerezas entre los espinos.

"Cuando veáis a un hombre que nada os pide y que todo os lo da por amor al bien y a la justicia, corred detrás de él porque ese es un hombre de Dios. A él pedidle la Verdad, porque ese hombre ha merecido recibirla, no para el sólo, sino para darla a todos los hombres. ¡Y la Verdad os hará grandes, fuertes, invencibles! ¡La verdad de Dios, os hará libres!

"La libertad es un don de Dios a los hombres. La esclavitud es un azote del egoísmo y la iniquidad de los hombres.

"Inclinad vuestra cabeza en adoración a ese Dios Supremo, que es Dios de la libertad, de la justicia y del amor, y acatad reverentes su Ley soberana dictada a Moisés para haceros dichosos sobre la tierra; pero no os inclinéis serviles a las arbitrarias leyes de los hombres, no aceptéis lo que la razón rechaza como un baldón a la dignidad humana.

"La inteligencia que resplandece en todo hombre venido a este mundo, es una chispa de la Suprema Inteligencia Creadora, y los que tratan de encadenarla con leyes absurdas, tendientes a favorecer mezquinos intereses, cometen un delito contra la Majestad Divina, única que puede marcar rumbos a la conciencia humana, mediante esa Ley sublime en su sencillez, clara y precisa que lo dice todo, que lo abarca todo y que lleva a la humanidad de la mano como la madre a su niño hacia el jardín encantado de la felicidad y del amor.

"Los poderosos de la Tierra que gozan dictando leyes que son "cadenas para la inteligencia, para la voluntad y la razón", se creen ellos:

grandes, libres y fuertes porque atan a su yugo los pueblos inconscientes e indefensos. La embriaguez del oro y del poder les ciega, hasta el punto de no ver que tejen su propia cadena y cavan su propio calabozo para el día en que la muerte diga: ¡basta! a esa desenfrenada cadena de injusticias y de delitos.

"Buscad a Dios-Sabiduría y Amor, en la grandiosidad infinita de sus obras que resplandecen a vuestra vista, y no le busquéis entre el humo nauseabundo de las bestias que se degüellan y se queman como ofrenda al Señor y Dueño de toda vida que palpita en la tierra.

"Acercaos al altar de Dios con el corazón limpio de odios, de perfidias y de vilezas; acercaos con las manos llenas de las flores santas de la piedad y del amor que habréis derramado sobre vuestros familiares, amigos y conocidos, sobre todos los seres que cruzaron vuestro camino; acercaos con el alma rebosante de perdones, de nobles propósitos y de elevadas aspiraciones, y sólo entonces nuestro Dios-Amor os reconocerá por sus hijos, os cobijará en su seno, y os dirá contemplándoos amorosamente: "Porque veo, reflejado en vosotros mi propia imagen que es Bondad, Amor y Justicia; porque habéis hecho de mi Ley vuestro camino eterno, entrad en mi Reino de Luz y de Gloria a poseerle en dicha perdurable, conforme a la capacidad que puede caber en vosotros mismos".

"Tal es, amigos míos, la Justicia del Supremo Hacedor de todo cuanto existe, ante el cual nada son los holocaustos de bueyes o de carneros, sino la pureza del corazón y la santidad de las obras; nada son los ayunos y penitencias, el vestir de cilicio y cubrirse de ceniza, sino la justicia en todos los actos de la vida, y el dar a los semejantes lo que quisiéramos se nos diera en igualdad de circunstancias.

"¡Hijos de Abraham, de Isaac y de Jacob!... ¡Pueblo numeroso de Moisés y de todos los Profetas!... Tomad de nuevo la vieja senda marcada por ellos, iluminada por la radiante claridad de la Divina Sabiduría, y borrad valerosamente la prevaricación a que os arrastraron falsos profetas; llevando como única divisa en vuestra vida, las frases sublimes, síntesis de toda la ley:

"Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo".

"¡Que la paz del Señor sea sobre vosotros!".

Un clamoroso ¡hosanna! resonó como una tempestad y al mismo tiempo una lluvia de piedras cayó sobre parte de la multitud. Algunos gritos hostiles brotaron ahogados entre los entusiastas aplausos que tributaba el pueblo al Profeta de la paz y del amor.

Judá y Faqui que habían permanecido en la entrada de la galería cubierta que unía al Templo con la Torre Antonia, salieron de inmediato y tras de ellos parte de la guarnición que defendía la fortaleza. El Maestro fue introducido por dicha galería, cuya primera salida daba al

Pretorio, especie de balcón de grandes dimensiones que sobresalía hacia la plazoleta de la Torre.

—Aquí será tu proclamación, Yhasua, en cuanto llegue la venia del César –le dijo Judá con un entusiasmo que parecía ya una realidad.

El Maestro le miró tristemente y volviendo sus ojos a Faqui les preguntó a entrambos:

— ¿Habrá heridos a causa de las piedras que arrojaron?...

—Parece que no, pues no se oyeron gemidos –contestó Faqui.

—Vamos a vuestra casa –añadió el Maestro–, que allí me espera mi madre con vuestra familia.

—Acompáñale, Faqui, que yo tengo aún que trabajar aquí –dijo Judá, alejándose hacia la multitud donde se había producido un tumulto.

El Centurión de la guardia le informó que de la poterna de los establos del Palacio Asmoneo había salido un grupo de hombres con saquillos de piedras para arrojar sobre la multitud y dispersarla a mitad del discurso, y que igualmente de los fosos, bajo la plataforma del Templo, habían salido también hombres con sacos de piedras.

—Son los presidiarios vendidos por Herodes al Sanhedrín para aterrorizar al pueblo –contestó Judá–, y debemos conseguir orden de prisión para ellos.

—Yo la tengo para todo el que cause desorden –dijo el Centurión.

—Pues a cumplirla, amigo, y duro con ellos.

Judá se perdió entre la multitud y se le vio tocar en el hombro a determinados personajes. Eran los capitanes de sus amigos de la montaña que sólo esperaban esa indicación para hacer funcionar sus varas de encina sobre los que arrojaron las piedras y promovieron el tumulto.

Los ancianos, las mujeres y los niños se habían refugiado en los portales de las casas o se dispersaban apresuradamente.

Pronto volvió la calma entre el pueblo, el cual se dio perfecta cuenta de que eran enemigos del Profeta los promotores del desorden.

Algunas detenciones de sujetos encontrados aún con el saquillo de piedras a medio vaciar, dieron por resultado declaraciones nada favorables a las autoridades del Templo y al rey Herodes, que desde el palacio Asmoneo había presenciado el desfile de la muchedumbre, mientras por la poterna de sus establos y caballerizas salían grupos de hombres con sacos de piedras.

Algunos exaltados querían apedrear los palacios de Hanán, de Caifás y de las grandes familias sacerdotales, pero los dirigentes de la Santa Alianza lo impidieron a tiempo, convenciéndoles de que tal acción estaba en contra de la consigna ordenada.

Con toda intención a favor de su causa, el príncipe Judá se presentó vestido a la romana, acompañando al hijo del Delegado Imperial al

palacio del Monte Sión, residencia del Procurador Pilatos, donde le esperaban a la comida del mediodía.

El Scheiff Ilderín había mandado entrar a Jerusalén gran parte de sus jinetes árabes, en grupos de diez o doce, los cuales se alojaban en las grandes caballerizas del palacio de Ithamar los unos, otros en las residencias de los príncipes Jesuá y Sallun de Lohes; y los más en los almacenes de Simónides, próximos a la Ciudadela de la puerta de Jaffa.

El valle de Rephaim, hacia el cual tenía una salida el inmenso subsuelo, local de la Santa Alianza, estaba poblado de tiendas, donde Faqui tenía sus Tuaregs de mantos como el azul obscuro del mar y rostros bronceados por el ardiente sol del Sahara.

Y los "amigos de la montaña", los fuertes y nobles galileos, que eran los más fervientes devotos del Profeta, a quien muchos conocían desde niño y que habían sido colmados por sus beneficios, esos estaban en todas partes, como los guijarros en las calles, como golondrinas en los tejados, en los atrios del templo, en plazas y mercados.

Tuaregs, árabes y montañeses galileos, esperaban ansiosamente las tres clarinadas de señal para lanzarse como un aluvión a las faldas del Monte Moria, en cuya cima se levantaba el Templo y la Torre Antonia, las dos grandes fuerzas que gobernaban a Israel.

Mientras tanto, el Profeta de Dios se entregaba, ¡quién sabe si por última vez!, a las tiernas emociones del amor de los suyos, familiares y amigos.

Su madre, desconsolada en extremo por las tormentas que levantaba la palabra de su hijo, imploraba, suplicaba que se detuviera en el peligroso camino que había iniciado y que no podía llevarle sino a un calabozo perpetuo o quizás a la muerte.

— ¡Hijo mío! –le decía, entre sollozos, la dulce madre–. ¿Qué fuerza te empuja a enfrentarte así con las altas autoridades del Sanhedrín?

— ¡Madre!... La misma fuerza que impulsó a Moisés a enfrentarse con el Faraón en la hora de la esclavitud de Israel. La misma fuerza que empujó a Elías a bajar de las grutas del Carmelo para ponerse frente a frente de Acab, rey inicuo, y de Jezabel, la malvada mujer que le dominaba. La misma fuerza que condujo a Yohanán, nuestro pariente, a apostrofar a Herodes y a Herodías por su vida de crimen y de escándalo.

— ¡Hijo!... ¡Hijo!... ¿Has olvidado que Yohanán murió decapitado en el fondo de un calabozo?... ¿Quieres para mí un tormento semejante?

El joven Maestro se le acercó tiernamente, y sentándose a sus pies en un taburete, la tomó de ambas manos mientras con su voz suave como un arrullo le decía:

—Ensayemos, madre, a volar juntos más allá de la vida y de la muerte, por esas regiones de luz eterna donde no existe el dolor ni la ruindad, ni la miseria. Es el Reino de Dios, madre mía, donde tú y yo entraremos

triunfantes habiendo terminado gloriosamente esta vida. La muerte, que tanto temen los hombres, es la única puerta de entrada a ese Reino glorioso de nuestro Padre Amor, Bondad, Justicia, Claridad Infinita... ¡Suprema felicidad! Morir hoy, morir mañana, de una forma o de otra, la muerte para el Justo es la liberación, el triunfo, la posesión eterna del bien y de la dicha que ha soñado y buscado durante toda su vida.

— ¡Pero hay gran diferencia para el corazón que ama, ver morir al amado tranquilamente en su lecho, a verle morir ajusticiado como un malhechor!... ¡Hijo!... ¿No ves que tu lenguaje no puede ser comprendido por el corazón de una madre?...

El corazón del Maestro sollozaba en lo hondo de su pecho ante la imposibilidad de conformar a su madre, y cual si fueran traídos por los ángeles de Dios, entraron como revoloteo de palomas los hijitos de Thirsa y de Nebai, que eran cuatro, más dos nietecitos de Helena de Adiabenes, huéspedes también del palacio de Ithamar.

Llevaban ramos de rosas rojas de Jericó, que acababan de traer de las grandes plantaciones que poseía allí la familia.

— ¡Para el Rey de Israel!... ¡Para el Rey de Israel!... –gritaban los chiquilines, revoltosos como un torbellino, dejando caer su carga floral sobre las faldas de Myriam y sobre el Maestro sentado a sus pies.

Aquel torrente de alegría infantil fortificó el desolado corazón de Yhasua, que comenzaba a sentirse agotado ante la angustia de su madre.

En pos de los niños entraron las dos abuelas, Noemí y Helena, a llevarles al gran cenáculo donde ya iba a servirse la comida.

La tristeza en los ojos de Myriam les diseñó claramente la conversación tenida entre la madre y el hijo.

—Está todo tranquilo en la ciudad –dijo Noemí–, no obstante el gentío que se mueve como un oleaje por todos los rincones.

—Nunca estuvo Jerusalén como hoy –añadió Helena–. No puede negarse que el pueblo espera un gran acontecimiento. Me recuerda a Ashur en la coronación de nuestros reyes.

—Acaba de llegar mi hijo Judá con Faqui y algunos amigos –añadió Noemí, buscando de animar a Myriam, cuyo desaliento era notorio.

El Maestro ayudó a levantar a su madre del sitial en que descansaba y atravesando varias salas, entraron en el cenáculo, cuyos ventanales abiertos sobre el jardín dejaban ver al respetable grupo de los Ancianos que hablaban animadamente entre sí, Melchor, Gaspar, Simónides, Filón, Sallun de Lohes y Jesuá.

Los dos primeros sostenían que el joven Profeta debía ser proclamado como el Mesías Salvador anunciado por los Profetas para transformar el mundo. Todos los demás querían que fuera proclamado como el Mesías-Rey, Libertador de Israel.

El Maestro se acercó a ellos, sonriente.

— ¿Por qué emplear este tiempo destinado a las confidencias de la amistad, en discutir asuntos que ya ha marcado la Voluntad Divina y que nada podrá cambiar?

— ¡Oh, mi soberano Rey de Israel!... –exclamó con devoto acento Simónides–. ¡Tú siempre tienes la razón! Si sabemos ya lo que escrito fue por los Profetas, ¿qué tenemos que añadir nosotros? Será como debe ser.

La campana del gran patio de honor llamó con su voz de bronce y Othoniel, el mayordomo de la casa, apareció en la puerta del cenáculo para instalar debidamente a los huéspedes.

—Es nuestra última comida juntos antes de la Pascua –dijo Noemí, ocupando su sitio entre Myriam y Helena de Adiabenes, su hermana.

A su frente estaba el Maestro, entre los Ancianos. José de Arimathea, Nicodemus, Nicolás y Gamaliel, entraron en ese instante excusando su retardo por ocupaciones de última hora.

Nebai, Thirsa y Ana, al lado de sus esposos, parecían participar de la inquietud de ellos.

Los Ancianos felices con la proximidad del Maestro, conversaban animadamente con él.

— ¿Se puede saber, Yhasua, qué impresión tienes del pueblo que te acompañó en triunfo esta mañana? –preguntó de pronto el príncipe Judá.

— ¡Muy buena! –contestó el Maestro–. Los pueblos de todas partes son siempre agradecidos y buenos cuando una gran esperanza les sonríe llena de promesa. ¡Importaría saber lo que hará ese mismo pueblo defraudado en sus esperanzas!...

— ¿Y quién le defraudará?... –dijeron varias voces a la vez.

Un rumor de inquieta alarma pareció extenderse casi imperceptiblemente.

— ¡Pudiera ser que los acontecimientos no salieran a gusto del pueblo! –contestó el Maestro–. La historia de nuestro propio país está llena de estas sorpresas. Por eso nos dice la voz de la sabiduría: “Bástale al día su propio afán”. Esperemos.

— ¿Quién hubiera podido decirle al pastorcillo David, que de en medio de su majada le sacaría la Voluntad Divina para hacerle Rey de Israel? –dijo Nicodemus, interviniendo en la conversación–. ¿Y que José, vendido como esclavo por sus hermanos a los mercaderes egipcios, llegaría a ser virrey de los países del Nilo?

—Sólo Dios, Inteligencia Suprema, es dueño absoluto del mañana –dijo Filón, el filósofo de Alejandría.

— ¡Cuando los más Ancianos callan!... –insinuó José de Arimathea, aludiendo a Gaspar y Melchor, que no habían despegado los labios.

—Es señal –interrumpió el Maestro–, de que ellos están más cerca de la Divina Sabiduría, a la cual dejan confiados todos los acontecimientos importantes de la vida.

— ¡Justo! –repitieron los dos Ancianos a la vez.

—Escritos están en los cielos los acontecimientos de esta hora suprema –añadió Gaspar–, y por mucho que las criaturas hagamos, no será sino como está marcado que sea.

Al finalizar la comida, se pensó en que debían brindar por la libertad de Israel, por la gloria de Israel, por la grandeza de Israel sobre todos los pueblos del mundo.

—Delego mis derechos de jefe de la casa –dijo Judá–, en Yhasua de Nazareth, Ungido de Jehová para salvar a su pueblo.

Un gran aplauso resonó en el vasto cenáculo.

El Maestro levantó su copa y dijo con extraña emoción en su voz:

—Fue Israel el primer invitado al amor fraterno que debe unir a todos los hombres de la tierra en un abrazo eterno, y os invito a brindar porque Israel ocupe el sitio que le corresponde en el concierto divino, sintetizado en estas palabras de bronce: ¡Libertad, Igualdad, Fraternidad!

El aplauso que siguió a estas palabras fue delirante, pero Faqui dijo al oído de Judá:

—Ni una palabra conseguimos arrancar a Yhasua, que nos prometa la realidad de nuestro sueño.

— ¡Es verdad! Empiezo a dudar de los acontecimientos que han de venir –le contestó Judá, levantándose como todos lo hacían.

117
LOS ÚLTIMOS DÍAS

Mientras esto ocurría en el austero palacio Ithamar, los miembros más destacados del Sanhedrín se reunían en el suntuoso palacio de Caifás, el pontífice reinante.

Quedaba éste muy cercano al palacio del Monte Sión, ese monumento de arte y de riqueza, cuya construcción fue hecha por Herodes el Grande, para ostentación de su poderío. Allí residía Pilatos, según ya explicamos. Esta proximidad daba lugar a una estrecha amistad entre la servidumbre de ambos palacios, de forma que lo que ocurría en el uno podía saberse en el otro si había alguien que quisiera utilizar las noticias.

Este alguien era Claudia, la esposa del Procurador, que había tomado gran afecto a Nebai, y por intermedio de ella, al Profeta Nazareno, que curó a sus dos esclavas mudas. Claudia estaba, además, al tanto de las negociaciones del príncipe Judá para obtener la aceptación del César

comprando antes la voluntad de sus ministros. Seyano y Vitelio estaban aún en el favoritismo del Emperador y ambos estaban de acuerdo en que se borrase para siempre la dinastía usurpada de los Herodes, para que toda Palestina unida reconociera un Rey salido de Israel y de la casa de David, que aceptara una dependencia honrosa de Roma como poder supremo. Tendría la nación Israelita todos los derechos de pueblo libre y el gobierno de Roma sólo se reservaría el derecho de guerra con los pueblos vecinos, si así lo creyera conveniente.

Este importantísimo secreto estaba solamente en los moradores del palacio de Ithamar, y fue revelado a Claudia para contar con su vigilancia cerca del Procurador y después que estuvieron ciertos de que era una aliada sincera.

Entre la servidumbre de Caifás había un joven esclavo egipcio que amaba a una de las esclavas galas de Claudia. Y éstos eran los hilos que la esposa del Procurador utilizaba para saber cuanto allí se tramaba en contra del Profeta bueno, que pasaba por la tierra como una bendición de Dios y cuya palabra era odiosa a los malvados.

Claudia aconsejó a su esclava que prometiera al egipcio la libertad para ambos si conseguía enterarse de lo que resolvieran los Rabinos y doctores reunidos allí ese día.

Tan a satisfacción desempeñó el esclavo enamorado su papel, que la misma tarde del discurso del Maestro en el Templo, Claudia supo que habían resuelto prenderle y matarle de cualquier forma que pudieran hacerlo.

Algunos aconsejaban un asesinato oculto a traición, pero aquellos malvados jueces, sacerdotes, doctores y el pontífice mismo, querían que la muerte tuviera la apariencia de una condena legal, a fin de que la más negra nota de infamia cayera sobre el impostor que se dejaba aclamar como Mesías Salvador de Israel.

—Si le asesinamos a traición –decía el astuto Hanán–, quedará como un mártir, víctima de un vulgar malhechor, y su memoria seguirá honrada por el pueblo. En cambio, si le sometemos a juicio por apropiarse del nombre sagrado de Hijo de Dios, y le condenamos a morir lapidado o crucificado, conforme a la ley, pasa a la categoría de un público impostor y sacrílego, y eso lo hará aborrecer del pueblo que lamentará el haber sido tan vilmente engañado.

Como siempre, la opinión de Hanán primó sobre las demás, y él mismo se encargó de buscar la forma de prender al Profeta en el mayor sigilo posible, a fin de que el pueblo que tanto le amaba no se enterase de lo sucedido sino cuando estuviera todo hecho. Y el sagaz Hanán añadió:

—El pueblo es en todas partes lo mismo: un niño inconsciente y antojadizo que delira por su juguete, pero que si se le rompe o se lo quitan de las manos, pronto se consuela y busca otro que lo reemplace.

El Profeta de Dios estaba pues, condenado a muerte desde el mismo día de su entrada triunfal en Jerusalén, que terminó con su discurso en la escalinata del Templo. Aquellas palabras suyas, ardientes con el fuego de la verdad que no podían desmentir, habían tocado las llagas cancerosas de aquellas conciencias, pervertidas por largos años de vivir en el crimen, la mentira y la hipocresía. ¿Cómo ellos que habían envejecido manejando el pueblo como a un rebaño, engañándolo, robándolo, embruteciéndolo, habían de bajar de sus pedestales para acatar la palabra de un joven Maestro desconocido y que apenas pasaba de los treinta años?

Su ley decía que un hombre para enseñar y ser escuchado, debía pasar de los cincuenta años; ¿y a este joven sin escuela, se le había de permitir que arrastrara al pueblo con su palabra?

Y ¡qué palabra la suya! Candente como una brasa, quemaba los velos de púrpura con que ocultaban ellos su ruindad y su vileza, la farsa hipócrita con que engañaban al incauto pueblo, haciéndose venerar como santos.

De seguir el Profeta Nazareno en libertad, pronto se verían todos ellos apedreados por el pueblo, que empezaba a descubrir la defraudación de sus ideales religiosos, sepultados por la desmedida ambición de los mercaderes del Templo.

Llegó la noticia a Claudia y de ella pasó a Nebai, a Judá, Faqui y Simónides que eran el alma de toda la organización defensiva de la causa del Profeta. El príncipe Judá, no se alarmó mayormente, pues el Sanhedrín nada podía hacer sin el consentimiento del Procurador Romano.

No contaba con la audacia de los viejos Rabinos envenenados de envidia por el triunfo del Mesías entre el pueblo.

—Rabiarán cuanto quieran –dijo a Nebai cuando le dio la noticia–, pero nadie puede atar aquí una cadena si el Procurador no la ata. Me tiene eso sin cuidado. El barco-correo de Roma debe llegar dentro de breves días trayéndonos la aceptación del César. Y entonces los Rabinos del Sanhedrín tendrán que escapar de Jerusalén, porque no habrá piedras bastantes para arrojarles.

Nebai callaba, y en su mente se dibujaba la visión de Vercia y el presentimiento de María, sus dos íntimas confidentes en el poema santo de amor que las unía al Hijo de Dios. Ella creía que el Profeta estaba viviendo los últimos días de su vida terrestre, y no podía resignarse a no tenerlo ya más en este mundo.

Recordaba con inefable ternura al Yhasua adolescente de sus días felices, en la cabaña de piedra junto al Monte Tabor. ¡Comparaba aquellos días de serena paz, sin inquietudes de ninguna especie, y parecía desear el imposible de desandar los años andados, para volver a aquellos en los cuales no había ni una sola sombra de pena ni de zozobra!...

— ¡Oh! ¿Por qué se fueron aquellos días y están ya tan lejos de mi corazón? –preguntábase con honda pena Nebai, y rompía a llorar silenciosamente cuando Judá no podía verla.

María de Mágdalo, al mismo tiempo y recluida en su alcoba del viejo palacio Henadad, se entregaba a los recuerdos y en los accesos de vehemencia de su temperamento medio griego y medio romano, pedía la vida del Profeta santo a todos los dioses del Olimpo, al Dios Supremo de los hebreos, a todos los genios tutelares de todos los países en los cuales había caído como rocío divino, la piedad del Profeta sobre todos los que padecían.

— ¡Él no puede morir!... ¡No debe morir porque es la encarnación del bien, del amor, de la justicia! –decía entre sollozos, en los momentáneos delirios de amor y de angustia que la invadían.

Vercia la Druidesa gala, escondida en un kiosco cubierto de enredadera, en uno de los grandes patios del palacio de Ithamar donde se hospedaba, sentía la angustia de sus amigas pero habituada desde su niñez a ver la muerte de cerca y considerarla como un suceso necesario en la vida, no se atormentaba con dolorosas ideas, sino que pensaba: "Mi abuelo, héroe de la resistencia de los galos, murió asesinado por el romano, pero renacerá una y otra vez, hasta conseguir la libertad de la Galia. El Profeta Nazareno morirá para entrar en la gloria de su Padre, Dueño y Señor de todos los mundos, pero ¡ay de aquellos que derramen su sangre de Hijo de Dios!".

Las mujeres estaban como temerosas y entristecidas, y en los amigos íntimos y discípulos del Maestro, empezaba a circular una vaga inquietud muy parecida a sobresalto.

Los de Galilea querían tornar allá rápidamente, sin esperar la celebración de las fiestas religiosas de la Pascua. Los Ancianos Gaspar y Melchor tuvieron largos apartes con el joven Maestro, y se le veía a él salir de estas confidencias con el rostro iluminado de una dicha sobrehumana.

¿Qué habían hablado? ¿Qué se habían prometido mutuamente?

—Cuando yo haya partido a mi Padre, cuidaréis de mi heredad hasta el último aliento de vuestras vidas... No de ésta, que ya la estáis terminando, sino de las que vendrán en pos de ésta, cuando la simiente derramada hoy comience a verdear en los surcos sembrados.

"Sois los hermanos mayores y cuidaréis de los débiles y pequeños sin dejarme perder ni uno solo... ¿Lo habéis oído? Ni uno solo..."

Y cuando así hablaba el Maestro al oído de ambos Ancianos, su voz tomaba tonalidades de canción materna, que arrullara el sueño de niños pequeños que dormitaban...

El amor del Ungido de Dios se desbordó de su espíritu radiante en esos últimos días, como si quisiera dejar saturado de sus vibraciones el

aire que respiraba, la luz que alumbraba y hasta las menudas arenillas que sus pies hacían crujir al caminar.

Tuvo para todos, palabras de dulzura infinita, recomendaciones, encargues hasta de pequeñas cosas, a fin de que ninguno de los que le amaron se creyera olvidado en aquella última hora.

Esto mismo contribuía a hacer mayor la confusión respecto a los acontecimientos que se esperaban.

—Claro está –decían los más ilusionados con el triunfo material–. Si ha de ser proclamado Rey de Israel, tendrá que olvidar las pequeñas cosas para dedicarse por completo a la organización del país, que está hecho un revolcadero de buitres.

— ¡Quién sabe! –decían los menos optimistas–. Acaso el Profeta vislumbra el peligro cercano y nos quiere resguardar a todos de los zarpazos de las fieras...

El Maestro se había dejado ver entre el pueblo, en la Sinagoga de Zorobabel y en la de Nehemías, donde había contestado en público preguntas que le dirigieron fariseos y doctores enviados por el Sanhedrín, buscando tenderle lazos para comprometerlo con el gobierno romano.

Si conseguían esto, la prisión y la muerte vendrían solas, sin que el Sanhedrín tuviera que intervenir directamente en ello.

Trataron de exasperarlo con preguntas insidiosas, bajas y ruines cargadas de mala intención. Con un admirable dominio de sí mismo y una serenidad a toda prueba, demostró Él en todo momento, la superioridad moral y espiritual que lo colocaba a gran altura sobre sus adversarios.

118
LA DESPEDIDA

Llegó por fin la tarde en que según los rituales de ley debían comer el cordero pascual, y el Maestro quiso celebrar esa cena sólo con sus Doce discípulos íntimos. Eran ellos los fundamentos de su escuela de amor fraterno, de su escuela de vida en común, sin egoísmos, sin intereses, una perfecta hermandad, donde ninguno era mayor ni menor, sino que todos tenían iguales deberes e idénticos derechos.

Fue elegido para esto, el cenáculo de la mansión adquirida por María de Mágdalo para hospedaje de los peregrinos venidos de Galilea.

Myriam se trasladó allí donde se encontraba su hijo, a fin de celebrar aquellos ritos de ley en compañía de sus familiares y amigos venidos con ella desde Nazareth.

Así que todo estuvo preparado, el Maestro entró al cenáculo con sus Doce y ocupó la cabecera de la mesa. Cuando se vio rodeado por ellos

mandó cerrar las puertas, y quitándose el manto se dirigió a la piscina de las abluciones que se hallaba en un ángulo del pavimento, llenó un lebrillo, se puso la toalla en el brazo y acercándose a Pedro se arrodilló ante él.

El buen hombre se puso en pie de un salto y con un azoramiento infantil le dijo:

— ¡Maestro!..., ¡mi Señor!, ¿qué haces?

—Es mi postrera enseñanza –le contestó el Maestro–. Siéntate Pedro y déjame que lave tus pies, para que sepáis y os acordéis toda vuestra vida de que el mayor ha de ser el servidor de los más débiles y pequeños.

"Así lo haréis vosotros en memoria mía".

Pedro obedeció, pero sus ojos claros se inundaron de llanto y sus lágrimas al rodar de su rostro caían silenciosas sobre las manos del Maestro que le lavaba y le secaba los pies.

Igualmente lo hizo así con los demás discípulos que en extremo conmovidos empezaban a comprender que algo así como el Juicio de Dios se cernía sobre ellos.

Zebeo y Juan lloraban como dos niños, que temieran algo que ellos mismos no sabían precisar. ¿Qué significaba aquello? En razón de su poca edad, Juan fue el último e inclinándose al oído del Maestro le preguntó con su voz sollozante:

— ¿Por qué nos afliges así, Maestro? ¿Quieres decirnos con esto que estamos manchados de culpa?

—Quiero decir que el más grande ha de hacerse pequeño, porque el Reino de los cielos es de los que se hacen pequeños por amor mío –le contestó, y dejando la toalla y lebrillo se cubrió de nuevo con su manto y se sentó a la mesa.

Todas las miradas estaban fijas en Él que les habló así:

—De cierto os digo, que si el grano de trigo no cae a la tierra y en ella muere, solo se queda. Mas, cuando ha muerto enterrado en la tierra, entonces es que brota, florece, se cubre de espigas que se tornan en blanco pan.

"El que más ama su vida, más alegremente la pierde, porque sabe que la recobrará en la luz y la gloria del Padre.

"Mi alma está turbada por causa de vuestra angustia y digo: ¡Padre, sálvame de esta hora que me hace ver el dolor de los que son míos!

"Mas..., ¡si he venido para ver llegar esta hora, glorifica en mí tu Santo Nombre sobre todo lo creado!..."

Una corriente sonora y suavísima se extendió como una oleada de armonía por salas y patios en aquella inmensa casona, llamada palacio Henadad, y todos cuantos estaban refugiados en ella corrieron hacia el gran cenáculo, pues de allí partían las maravillosas vibraciones que llenaban a todos de una extraña emoción.

Eran voces musicales, como si millares de arpas cantasen en lenguaje ininteligible a los oídos humanos, pero de una dulzura inefable y tiernísima.

Las doncellas galileas escuchaban en las puertas cerradas del cenáculo, sin acertar a comprender qué maravilla se obraba allí dentro.

La corriente sonora fue apagándose lentamente y todo volvió a su estado normal.

En un estado semiextático, los discípulos tampoco podían precisar lo que era aquella armonía.

Cuando desapareció la sonoridad, encontraron que Judas de Kerioth estaba dormido, tirado sobre el diván.

Tomás le sacudió fuertemente para despertarle.

El Maestro mandó abrir las puertas y dejó que entrasen cuantos quisieran de los moradores de aquella casa.

Tomó la cesta de los panes sin levadura y lo partió entre todos; tomó su ánfora con vino y acercándola él mismo a todos los labios, les dio a beber.

—Es mi último pacto de amor con todos vosotros –les dijo–. Y cada vez que lo hiciereis como yo lo he hecho, acordaos de esta alianza postrera, por la cual quedaré en medio de vosotros hasta la terminación de los tiempos. Y donde estéis reunidos en mi nombre, estaré yo en medio de vosotros.

— ¡Señor! –díjole Pedro–, hablas como en vísperas de un largo viaje. ¿Adónde vas, Señor, Maestro bueno, adónde vas?

El Maestro le miró con infinita dulzura.

—Donde yo voy, no podéis ir por ahora ninguno de vosotros, pero me seguiréis más tarde, cuando hayáis llevado a todos los pueblos de la tierra el mensaje de amor que dejo encomendado a vosotros.

María de Mágdalo, en su calidad de dueña de casa, entró cubierta con un amplio velo color violeta, llevaba en las manos un vaso de alabastro lleno de una finísima esencia de nardos para ungir a su visitante de honor según la costumbre oriental. Se colocó a la espalda del Maestro y empezó a derramarlo sobre su cabellera; luego sobre sus manos, y por fin arrodillándose ante él, vertió todo el vaso sobre sus pies y hundiendo su rostro sobre ellos rompió a llorar a grandes sollozos.

Las mujeres se precipitaron todas hacia el Maestro y arrodilladas lo rodearon por todas partes.

Myriam, de pie en medio del cenáculo, lo miraba con sus grandes ojos llenos de llanto, inmóvil como la estatua del dolor sereno que paralizaba sus movimientos, dejándole tan solo las dolorosas palpitaciones de su corazón.

En todos los rostros había lágrimas, de todos los labios se escapaban sollozos porque allí se desvaneció toda ilusión, toda esperanza.

La cruda realidad pasó como una ola de escarcha helando la sangre en las venas.

Una suave palidez de lirio había caído sobre la faz del Maestro, cuyo sufrimiento interior se advertía a primera vista.

Tendió su mirada sobre todos los que le rodeaban y se apercibió que Judas de Kerioth había desaparecido de allí, y como respondiendo a su propio pensamiento lleno de Luz Divina, dijo:

— ¡Ahora es glorificado el Hijo de Dios, y Dios es glorificado en él!

"¡Amigos míos..., hijos míos desde largas edades!... Aún estoy en medio de vosotros y ya habéis perdido el valor. ¿Qué será pues cuando me busquéis y no me encontréis?

"Porque os repito que donde yo voy, vosotros no me podréis seguir".

— ¡Pero, mi Señor!... –dijo Pedro acercándose al lado del Maestro–. ¿Por qué no puedo seguirte ahora? ¡Yo pondré mi cuerpo y mi alma por ti!

El Maestro lo miró sonriendo y le contestó:

—Uno de vosotros me entregará a mis enemigos, y ese ya no está aquí. ¿Dices que pondrás tu alma por mí?... ¡Oh, amigo!..., ¡la flaqueza humana es grande! ¡Antes de que el gallo cante tres veces esta noche, tres veces me habrás negado!

El buen hombre abrió desmesuradamente sus ojos, e iba a gritar llorando su fidelidad al Maestro; pero él continuó diciendo:

— *¡Conviene que así suceda, para que yo beba hasta el fondo de la copa que mi Padre me ha dado!*

"No se turbe por esto vuestro corazón, puesto que creéis en Dios y creéis también en mí, que fui enviado por Él.

"Como un padre escribe su testamento al final de sus días, también yo os doy el mío, que es como un mandamiento nuevo: Amaos los unos a los otros en la medida en que yo os he amado a vosotros, para que en eso conozcan todos que sois discípulos míos.

"En la casa de mi Padre hay muchas moradas, y yo voy delante de vosotros a preparar para mañana el lugar feliz de vuestro descanso.

"Y si me voy a prepararos el lugar feliz de vuestro reposo, vendré a buscaros en la hora debida, tal como el buen hortelano recoge las flores y frutos de su huerto para adornar con ellos su propia morada, cuando están en sazón.

"Porque donde yo estaré, estaréis también todos vosotros conmigo. Sabéis que yo voy al Padre y sabéis cuál es el camino.

"Las obras que realicé a vuestra vista, en nombre del Padre las realicé, y vosotros las haréis en nombre mío, si de verdad estáis unidos a mí.

"No se turbe vuestro corazón ni tema, que el que está conmigo por la fe, el amor y las obras, con Dios está y ninguna fuerza podrá derribarle.

"Ni os desconsoléis pensando que os dejo huérfanos y solos en este mundo, porque vendré a vosotros cuando vuestro amor me llame.

"Los que son del mundo y no me comprenden ni me aman, no me verán más, pero vosotros que sois míos, me tendréis siempre entre vosotros, porque vivo, soy eternamente, como asimismo viviréis vosotros.

"Me probaréis vuestro amor guardando mis enseñanzas y mis mandamientos; y en todo aquel que me ama, el Padre y yo haremos nuestra morada y yo me manifestaré a él.

"He aquí mi último mandamiento: Amaos los unos a los otros tal como yo os he amado. En cada uno de vosotros dejo parte de mi propio corazón, y él os dirá lo qué es el amor verdadero sin interés y sin egoísmo, capaz de dar la vida por el amado. Así os he amado a vosotros, y así os amaréis vosotros también. –Luego se puso de pie y elevando sus ojos y sus manos hacia lo alto oró a su Padre con infinita ternura–.

"¡Padre mío!... ¡La hora ha llegado! ¡Glorifica a tu hijo para que tu hijo te glorifique a Ti!

"Como me has dado potestad sobre toda carne y sobre todo cuanto existe bajo el sol, yo te he glorificado en la tierra y he terminado la obra encomendada por Ti.

"He manifestado tu Nombre, tu Divina Presencia, tu Poder, tu Bondad y tu Amor a las almas que en este mundo me diste porque dispuestas estaban para recibir tu Palabra de Vida Eterna.

"¡Padre mío... Amor inefable!... ¡A los que me has dado en esta hora guárdalos por tu Santo Nombre, para que unidos a mí formen un solo corazón conmigo, como yo soy una esencia misma contigo!

"Mientras estuve con ellos, los he guardado en Tu Nombre y ninguno he perdido de los que en verdad me amaron.

"¡Que tu verdad les haga libres y fuertes!... ¡Que tu Poder se manifieste por ellos!... ¡Que tu Sabiduría infinita sea como una antorcha delante de ellos!... ¡Que el Amor, Padre mío, sea como una llama viva en sus corazones, para que enciendan tu fuego en toda la tierra y no quede ni una sola alma temblando de frío en las tinieblas donde no estás Tú.

"Que tu inefable Piedad les envuelva como ternura de madre, hasta el día no lejano en que yo pueda decirles como Tú me dices a mí:

"¡Ven!..., ven a mis brazos porque has consumado tu obra y has conquistado mi don: ¡Yo mismo por eternidad de eternidades!..."

La palabra pareció esfumarse en el ambiente sobrecargado de amor y de suprema angustia y después de un breve silencio, el Maestro abrió sus brazos y dijo con la voz temblorosa por la emoción:

— *¡Venid ahora a darme el abrazo de despedida!...*

Un rumor de ahogados sollozos contestó a sus palabras, y todos los presentes se precipitaron a él.

Su madre exhaló un débil gemido y se desvaneció entre los brazos de Ana y de María que estaban a su lado y la sostuvieron oportunamente.

El Maestro la vio desvanecerse y su gemido le atravesó el corazón como un dardo candente. Con dos pasos rápidos se acercó a ella y besándola en la frente helada, en los ojos cerrados, en las manos que parecían de nieve, le decía suavemente al oído:

— ¡Madre!..., sé fuerte para beber hasta el fondo de la copa que el Padre nos da a ti y a mí, en esta hora de alianza postrera.

Ella abrió los ojos y viendo el rostro de su hijo junto al suyo se abrazó de su cuello con ansia febril para decirle:

— ¡Déjame morir contigo si es que Dios te manda morir!... ¡Tu vida es una misma con la mía!... ¿Por qué se ha de partir en dos?...

Un nuevo desvanecimiento la acometió y el Maestro mandó que la llevaran al lecho.

Luego abrazó a todos uno a uno, diciéndole a cada cual la palabra necesaria para mantenerle vivo y despierto el recuerdo de todas sus enseñanzas.

María de Mágdalo que con Ana había conducido a Myriam a su alcoba, volvió como un torbellino temiendo no alcanzar ya al Maestro.

Ya no tenía ni velo ni manto, sino sólo su cabellera suelta que flotaba como una llama dorada.

Se abrió paso entre los últimos que se despedían, y cayendo al pavimento como un trapo tirado al suelo se abrazó a los pies del Maestro sollozando enloquecida.

Él cerró los ojos y se estremeció ligeramente como si el tormento interior fuera a vencerlo en aquella terrible lucha final.

— ¡Mujer! –le dijo, poniendo sus manos sobre aquella cabeza agitada por los sollozos–. Me ungiste con perfumes para la sepultura y, ¿quieres impedir que la muerte me abra las puertas de mi Reino glorioso?

Mas, como ella no lo atendiese, él la llamó por su nombre:

— ¡María! ¡Nunca desobedeciste mi voz!, ¿y ahora no quieres oírme?

Ella se serenó de pronto y levantándose del suelo miró al Maestro con sus ojos enrojecidos por el llanto...

— ¡Perdón, Señor!... –le dijo–. ¡Fue mi hora de locura!..., ¡no quise hacerte padecer!..., ¡pero fui vencida por el supremo dolor de este adiós para siempre!...

El Maestro le puso su mano sobre los labios...

—No ofendas al Eterno Amor, María, no digas nunca más esa dura palabra que no es digna de un hijo de Dios: "adiós para siempre". ¡Eso es una mentira y la mentira no debe manchar nunca los labios de un discípulo mío!

"Ya os he dicho: Me voy al Padre, y vendré a vosotros cada vez que vuestro pensamiento me llame. Os doy el abrazo de la despedida, pero os digo: ¡hasta siempre!..., ¡hasta siempre!".

Desligándose valerosamente de todos aquellos brazos que tendidos a él querían retenerlo, se lanzó como una exhalación a la gran puerta de entrada y salió a la calle.

Era ya la segunda hora de la noche que aparecía cargada de silencio y de sombras. La luna entre obscuros cendales de nubes, entraba y salía como una doncella asustada que vacilara entre quedarse o huir. Siguió caminando solo por la sombría vereda, y a poco le alcanzó Pedro, Santiago, Juan, Zebeo, Bartolomé y Felipe, Matheo y Nathaniel, Andrés, Tomás, Tadeo y el tío Jaime.

Llegaban unos en pos de los otros, como si no todos se hubieran decidido al mismo tiempo a seguirle.

— ¿Adónde vamos, Maestro? –preguntó Pedro rompiendo por fin el silencio que los envolvía a todos como un manto color ceniza.

—A nuestro sitio acostumbrado para la oración: al Huerto de Gethsemaní. Me son tan familiares y amigos aquellos viejos olivos entre peñascos mudos, que quiero también despedirme de ellos como de vosotros.

"Son también creaciones del Padre, y nuestro amor recíproco los ha vitalizado con su aliento de mago.

“El pensamiento humano unido a la Divinidad por la oración, prende sus vibraciones como cendales invisibles, aun en las cosas inanimadas. Y por largo tiempo encontraréis en esos olivos y en esos peñascos, algo mío flotando en el viento de la noche, y hasta os parecerá sentir el rumor de mi voz que os llama por vuestro nombre...

“¡Visitad después de mi partida todos los sitios donde juntos hemos orado y amado a Dios, que la oración es amor!..., y algo de mí mismo os hablará al fondo del alma, como la voz queda del recuerdo dando vida nueva a todo cuanto ha formado el encanto inefable de nuestra vida en común...”

Las sombras de la noche, impedían ver que lágrimas silenciosas corrían por aquellos rostros curtidos por el sol y el aire del Mar de Galilea.

— ¡Señor! –dijo Juan acercándose al Maestro hasta tocarle con su cabeza en el hombro–. ¿Por qué salió Judas precipitadamente apenas terminó la cena? ¿Es que fue enviado por ti a realizar compras según costumbre?

—No a compra sino a venta salió nuestro amigo del cenáculo. Nunca pude quitarle la idea de que estorbaba y era el último en mi pequeña escuela. Recelaba de todos y hasta de mí. Fue el único vencido por el espíritu del mal, que le ha hecho ver su conveniencia en conquistarse el favor del Sanhedrín, delatando el sitio preciso donde su Maestro se retira a orar por las noches.

“Eso es todo. No temáis, lo que el Padre tiene dispuesto para su Hijo, es lo que sucederá. Nuestro pobre amigo, no ve aún las consecuencias de lo que hace. Que Dios tenga piedad de él.

—De haber sabido ese negocio –dijo Tomás–, le habríamos atado de pies y manos para que no se moviera de allí.

Y unos y otros comenzaron a protestar a media voz contra el discípulo infiel, trayendo a la memoria episodios pasados de la conducta de Judas, que desagradaron a todos; desagrado que el Maestro calmó con aquellas suaves palabras suyas:

—No juzguéis y no seréis juzgados.

Y el piadoso manto de la tolerancia había encubierto la oculta soberbia en el alma de Judas, que vivía como envenenado por no ser el más querido y honrado en la escuela del Maestro.

Debemos ser justos aún con los criminales y malvados, y es verdad que Judas cayó en la trampa tendida por el Sanhedrín que lo engañó miserablemente. Él nunca creyó que el Maestro, cuya grandeza reconocía, fuera ajusticiado, pues sabía bien que el Sanhedrín no tenía autoridad para ello.

—Queremos traerle con nosotros –le había dicho Hanán en nombre del pontífice–, a que haga ante la autoridad competente las declaraciones

que necesitamos para juzgar si realmente es el Mesías anunciado por los Profetas.

"Andar como anda, dejándose aclamar del pueblo como Mesías Libertador de Israel, como futuro Rey de la nación, no conduce a nada ni se llega a nada. Y lo que sucederá de un momento a otro, es que Herodes de acuerdo con el César, se nos vendrán encima, porque uno de nuestra raza y de nuestra fe, deja propagarse estas ideas, que de ser pura ilusión nos pone a todos al nivel de los impostores vulgares que amotinan a los pueblos.

"Si es el Mesías Rey que se espera, un bien le haces y no un mal uniéndote con nosotros para proclamar la verdad y harás un bien al pueblo de Israel que lo reconocerá en lo futuro.

— ¿Y si os pareciera a vosotros que no es el Mesías esperado? –había preguntado Judas, buscando asegurar su posición.

—En ese caso –le había contestado Hanán–, se le mandará callar o que salga del país para no agitar al pueblo con ilusiones sin fundamento.

—Las obras que le he visto realizar, son mayores a mi juicio, que las hechas por los más grandes Profetas de Israel –afirmaba Judas–. Sólo con Moisés admite comparación. Yo os lo traeré, pero a condición de que no le haréis daño ninguno y me reconoceréis en el futuro el servicio prestado a la causa.

—Bien, amigo, espero el cumplimiento de tu palabra. Aquí tienes treinta monedas de plata por si el encargo te ocasiona algún desembolso.

Y Judas recibió el bolsillo con las treinta monedas de plata.

—El Maestro –dijo–, debe ir ahora hacia el Huerto de Gethsemaní en el Monte de los Olivos, donde hace la oración todas las noches mientras está en Jerusalén.

— ¿Y por qué en ese sitio tan solitario y apartado? –volvió a preguntar Hanán desconfiando de una emboscada planeada por Judas.

—Ese huerto pertenece a la antigua familia de la viuda Lía, parienta del Profeta Nazareno, y debido a eso, él va allí como si fuera su propiedad.

—Bien, bien. Hemos terminado el negocio –dijo Hanán.

—Aún no, pues falta que me deis una escolta para traerle hasta aquí. ¿Cómo creerá que voy de parte vuestra si me ve llegar solo?

Una sonrisa diabólica apareció en el rugoso rostro de Hanán que veía bien tragado el anzuelo por Judas, cegado por sus celos y su soberbia que indudablemente le hacían pensar:

"Ahora sí que no me veré postergado en la escuela del Maestro, futuro Rey de Israel, porque ninguno entre los suyos fue capaz de hacer lo que yo he hecho".

—Veo que eres inteligente –le dijo–. Vete al palacio del pontífice Caifás que allí se te dará la escolta. Yo tomo una litera y voy. Espérame en la portada de Caifás.

Judas salió a la calle en la dirección indicada. Y a poco una litera cubierta llevada por cuatro esclavos negros tomaba el mismo camino conduciendo a Hanán.

119
GETHSEMANÍ

En el palacio de Ithamar todo era silencio y sombras. Sólo en dos sitios había luz, en la alcoba de Nebai en el piso principal y en la planta baja, en el último patio que era el de mayores dimensiones, pues daban a él las caballerizas, los establos y las cocheras.

En el centro estaba el estanque y en los ángulos, grupos de sicomoros y terebintos.

En el más apartado de estos ángulos sombreados de árboles, Vercia la Druidesa gala, encendía el fuego de media noche según el rito de su culto, estaba completamente sola; como sola velaba Nebai en su perfumada alcoba tapizada de azul celeste, esperaba a Judá que terminada la cena del anochecer, había salido en busca de las noticias que debían haber traído de Joppe, si como creían estaba ya en aquel puerto desde el día antes el barco correo de Roma.

Agitada por muchos pensamientos contrarios, quería leer y parecía que sus ojos no acertaban con lo que buscaba en el libro.

Tomaba la cestilla de sus labores y la dejaba luego porque no podía tampoco prestarle la debida atención.

Iba a las camitas blancas de sus dos niños, situadas a ambos lados de su gran diván de reposo, y viéndoles dormidos tornaba a ocupar su sitio junto al candelabro velado de pantalla azul.

Esto ocurría al mismo tiempo que la Druidesa, sentada en una estera de juncos frente a su fuego sagrado miraba fijamente las primeras llamitas, que como pequeñas lenguas de oro y púrpura se agitaban movidas por el viento.

De pronto lanzó un débil gemido y extendió sus manos con ansia suprema hacia la pequeña hoguera. En la penumbra amarillenta que irradiaba el fuego, acababa de ver rompiendo la negrura de las sombras, la blanca imagen del Profeta Nazareno frente a un pelotón de hombres armados de picas, en un sitio sombrío de árboles y peñascos donde no había otra luz que la de humeantes hachones y la claridad de la luna que se filtraba por entre las ramas de los árboles.

—El fuego sagrado no miente nunca –murmuró con sollozante voz la Druidesa–. El Profeta de Dios ha sido prendido.

Se dobló a la tierra como un lirio tronchado y tocó el polvo con su frente adorando la voluntad invencible del gran Hessus.

Cuando el fuego se extinguió se cubrió con su manto y muy silenciosamente comenzó a subir las escaleras en completa obscuridad para volver a su alcoba en el segundo piso. Vio a lo lejos la alcoba de Nebai, de la cual salía un débil rayo de luz y se acercó andando de puntillas, llamó suavemente.

Nebai se estremeció y en dos pasos ligeros llegó a la puerta y abrió:

— ¡Vercia!..., ¿qué hay?

—El Profeta de Dios ha sido prendido –le contestó con una fría serenidad que espantaba.

— ¡No puede ser!... ¿Cómo lo sabes?

— ¡Le vi en el fuego sagrado y él no miente nunca!...

Nebai cayó de rodillas sobre el pavimento porque sus pies parecían negarse a sostenerla.

Vercia la levantó en sus brazos y la llevó al diván. Nebai se abrazó de ella llorando desconsoladamente.

— ¡No llores, Nebai, amiga mía! –le decía como arrullándola–. Él es grande, fuerte..., es el hijo de Dios y los tiranos temblarán ante él.

La pobre Nebai asociaba este hecho a la prolongada ausencia de Judá, y toda esperanzada en él se consolaba y decía con gran firmeza:

— ¡Judá le pondrá en libertad..., estoy segura de ello!

¡Noche terrible de confusión fue aquella para los amigos del Profeta Nazareno! Judá ignoraba la prisión del Maestro que sólo era conocida por aquellos que le acompañaron al huerto de Gethsemaní.

A fin de que el lector conozca todos los detalles ocurridos aquella noche terrible y relacionado con el Ungido de Dios, sigámosle a él entrando en aquel sombreado huerto, que por las noches era tenebroso pues que las ramas de los olivos enlazadas unas a otras formaban una espesa cortina salpicada de gotas de luz de muy escasa claridad en las noches de luna.

—La hora de prueba ha llegado –dijo el Maestro a los suyos–. Velad y orad para no caer en tentación porque hoy seréis todos puestos a prueba por causa mía. Mirad que estáis avisados.

“Velad y orad para que vuestra fe no vacile porque aunque el espíritu vela, la materia es tiniebla y a menudo lo obscurece y lo ciega”.

Y se apartó unos pasos al pie de un gran peñasco en el cual solía apoyar sus manos cruzadas para la oración.

— ¡Padre mío!... –clamó desde lo hondo de su espíritu resplandeciente de amor y de fe–. ¡La naturaleza humana se espanta de beber este cáliz,

mas no se haga mi voluntad sino la Tuya! –Su espíritu se elevó al Infinito como una estrella solitaria en cuyas órbitas lejanas, mucho más allá de los dominios de la mente humana, ningún ser de la tierra le podía seguir.

¡Alma excelsa del Cristo, solitaria a causa de su grandeza y en la hora de su inmolación, más sola aún para que el holocausto fuera completo sin consuelo de la tierra y con los cielos enmudecidos!

¡Las pequeñas criaturas terrestres doblamos la frente al polvo, y nuestra alma se abisma sin comprender la suprema angustia del Cristo que lo sumía en honda agonía, y el heroico amor a sus hermanos que lo transportaba a las cumbres serenas del Ideal!...

La visión que tuviera en el Santuario de Moab en la víspera de consagrarse Maestro de Divina Sabiduría, volvió a presentársele como brotando de un abismo de tinieblas. La misma voz de música que en aquella hora le hablara, se le hizo oír también ahora:

— ¿La quieres?... Aún estás a tiempo de rechazarla.

"¡Libre eres de aceptar o no esa afrentosa muerte. Emancipado como estás de la materia, puedes cortar el hilo fluídico que te une a la vida física y eludir la muerte infamante y dolorosa de la cruz! Elije".

— ¡La cruz!... –clamó muy alto, en un gemido postrero de agonía, y cayó exánime cubierto de helado sudor, como si en verdad lo envolviera la muerte con sus velos de escarcha...

Sus discípulos cansados y tristes, se habían tirado sobre el césped sin voluntad para nada, sino para gemir agobiados por la desesperanza que parecía haberles helado hasta la médula de los huesos.

¿En esto venían a terminar sus brillantes ilusiones alimentadas con loco afán durante más de tres años consecutivos?

Los que habían abandonado parientes, amigos y posesiones por esta obra cumbre, que debía marcar nuevas rutas a la humanidad, ¿qué dirían al volver vencidos, deshechos, sin fe ni esperanza, como pajarillos aturdidos por los azotes de la tempestad?

Estos sombríos pensamientos fueron de pronto interrumpidos por la voz del Maestro que parecía haberlos percibido.

—Velad y orad para no ser vencidos por la tentación. Ya os dije que hoy sería puesta a prueba vuestra fe en mí. Y aunque el espíritu está alerta, la materia desfallece a menudo. Orad juntamente conmigo.

Y tornó a retirarse al mismo sitio donde oraba siempre al pie de aquel peñasco, testigo mudo de la agonía del Cristo-Hombre.

De pronto, el silencio de la noche fue bruscamente quebrado por los pasos precipitados y sordo rumor de voces de muchos hombres, que venían por el camino de la ciudad.

No eran soldados romanos pues no tenían sus vestiduras ni los emblemas y blasones que llevaban siempre con ellos.

Vestían la librea de los guardianes y servidores del palacio de Caifás el pontífice reinante. Iba uno de los tres comisarios del Templo con dos auxiliares. Y a cada lado de Judas, principal personaje de esta embajada, caminaban majestuosamente un hijo de Hanán y un Juez del Sanhedrín. Las picas y lanzas brillaban siniestramente a la llameante luz de las antorchas con que alumbraban el camino. Eran entre todos cincuenta hombres.

"Dios da su luz a los humildes y la esconde a los soberbios", había dicho el Divino Maestro, y su palabra se cumplía en Judas en ese instante que engreído por lo que él creía un triunfo, iba pensando que aquella era una digna escolta para conducir al Mesías, futuro Rey de Israel a enfrentarse privadamente con la más alta autoridad de la nación, que convencida de la verdad, le proclamaría en el último día de la Pascua.

El Maestro se acercó a los suyos y les dijo con gran serenidad:

— ¡Levantaos y salgamos del huerto, que los que debían venir, ya están aquí!

La llama de los hachones dio de lleno sobre el grupo formado por el Maestro y los suyos.

Estos vieron también a los que llegaban, y entre ellos reconocieron a Judas que venía adelante. Este avanzó unos pasos y dijo en alta voz:

— ¡Dios te salve, Maestro! –y le dio un beso en la mejilla.

— ¡Amigo!..., ¿con un beso entregas a tu Maestro?

Judas iba a explicarse, pero Yhasua se adelantó al grupo de hombres armados para preguntarles:

— ¿A quién buscáis?

—A Yhasua de Nazareth llamado el Cristo –contestó el comisario.

— ¡Yo soy!

Esta frase resonó como un estampido de algo formidable que se rompe en un instante, y los de la escolta dieron un salto atrás como si hubieran visto reventar el cráter de un volcán. Esto dio lugar a que algunos cayeran al suelo y se apagasen las antorchas. Gran confusión se produjo en la escolta y los discípulos. El tío Jaime y Pedro que llevaban espadas se pusieron en guardia, los demás que sólo tenían sus bastones de viaje se apretaron junto al Maestro que volvió a preguntar:

— ¿A quién buscáis?

—A Yhasua de Nazareth llamado el Cristo –contestó el comisario del Templo no tan valientemente como la primera vez, pues los hombres de la escolta se retiraban cuanto podían, temerosos de otro estampido como el que les sacudió un momento antes.

—Yo soy –contestó el Maestro–. Y si a mí me buscáis, dejad en paz a estos amigos que me rodean.

A una señal del juez, se adelantaron dos hombres con gruesos cordeles y ataron las manos al Maestro.

— ¡Faltáis a vuestra palabra!, ¡eso no es lo convenido! –gritó Judas. Mas, como esto había sido previsto, algunos de la escolta sacudieron sus picas contra él, que rodó por un barranco, aturdido por los golpes y con el rostro sangrado al chocar con las piedras del despeñadero.

Pedro enfurecido asestó golpes con su espada a derecha e izquierda, igualmente el tío Jaime, mientras sus compañeros haciendo molinetes con sus bastones golpearon a quién se puso a su alcance.

La voz serena del Maestro les llamó al orden.

— ¿Qué hacéis? Sois como los del mundo que al golpe respondéis con el golpe...

"Guardad amigos, espadas y bastones, que el cáliz que me presenta mi Padre debo beberlo hasta la última gota".

El desolado grupo se arremolinó en la sombra de los árboles, mientras seguían con la mirada la blanca figura de su Maestro que a la débil claridad de las estrellas sólo parecía un cendal de gasa que se alejaba llevado por el viento.

Le conducían en profundo silencio, a fin de que en el camino a Jerusalén, poblado de tiendas de peregrinos, nadie se apercibiera de lo que ocurría.

Pasado el primer estupor, los discípulos reaccionaron y con la fuerza que da la desesperación, comenzaron a correr hacia la ciudad por distintos caminos del que la escolta seguía. Querían llegar antes para dar aviso al príncipe Judá, al Hack-Ben Faqui, al Scheiff Ilderín que tenían fuerzas armadas en previsión sin duda de este caso inesperado.

Aunque su Maestro les había tenido apartados de todos aquellos preparativos bélicos, ellos sabían que se venían haciendo desde tiempo atrás.

En grupos de dos o tres se dispersaron saltando entre barrancos y matorrales como ciervos perseguidos por la jauría de los cazadores.

El tío Jaime con Juan, llegaron pasada media noche al palacio Henadad, sumido en la obscuridad y el silencio.

En el pórtico de entrada velaba Boanerges que les abrió la puerta sigilosamente. No necesitó preguntarles qué ocurría porque en los rostros de ambos estaba reflejado el triste acontecimiento.

—El Maestro acaba de ser prendido –dijeron ambos a la vez dejándose caer como extenuados sobre uno de los estrados.

—Ya me lo figuraba –contestó el jovencito con sus ojos llenos de llanto–. Yo dormía en el cenáculo por acompañar de cerca a la señora y en sueños vi al Maestro que me decía: "Ya llegó mi hora". Me levanté y vine a la puerta porque esperaba que vendríais.

Las mujeres galileas en la alcoba de Myriam, la rodeaban con indecible amor, y la dulce madre cuyas lágrimas se habían agotado, sentada en su diván, miraba con tenacidad el cirio encendido que se iba consumiendo lentamente.

En su pensamiento comparaba la vida del cirio con su propia vida, y se decía a sí misma en el fondo de su alma: "Su vida y mi vida son como la luz de este cirio: ¡una sola llama!..., una vida sola que pronto se extinguirá, para encenderse juntas de nuevo en el seno de Dios".

La llegada de Juan y el tío Jaime les sobresaltó enormemente.

Juan se abrazó de su madre Salomé y rompió a llorar como un niño.

El tío Jaime se acercó a Myriam que estaba entre María y Ana y sólo dijo estas palabras: –Yhasua fue prendido y le llevan al palacio del pontífice Caifás. No sabemos nada más.

—Yo sé lo demás –dijo Myriam sin dejar de contemplar el cirio que se iba consumiendo–.

"La luz que nos alumbra a todos pronto será apagada –añadió–. ¿Qué será entonces de nuestras tinieblas?".

Ana y María se abrazaron a ella llorando desconsoladamente.

Y la heroica madre, que una fuerza sobrehumana parecía sostener, tuvo el valor de decirles:

— ¡Haced conmigo al Señor la ofrenda de su vida amada sobre todas las cosas de la tierra, y el Señor secará vuestro llanto y ya no lloraremos más, nunca más!...

Mediante repetidas dosis de jarabe de naranjas, la angustiada madre del Mártir cayó en un profundo sueño, del que no se despertó hasta poco antes del amanecer.

Ana, la menor de las hijas de Yhosep, casada como se sabe con Marcos, se recostó en el mismo diván en que reposaba Myriam y dijo que la velaría durante toda la noche.

María de Mágdalo se fue a su alcoba, después de averiguar que el tío Jaime y Juan se habían lanzado a la calle para dar aviso al Príncipe Judá de lo que ocurría.

En aquellos momentos de suprema angustia, aún esperaban poder salvar al Maestro. Pero el tío Jaime decía tristemente a Juan mientras andaban en la obscuridad de las tortuosas calles:

—Más que al Sanhedrín, temo a la propia voluntad de Yhasua que no quiere ser salvado. ¿Por qué se ha despedido de todos nosotros? Porque está decidido a morir.

—Es verdad –contestábale Juan–. Lo ha dicho claramente esta noche: "Donde yo voy, vosotros no podéis venir. Me voy al Padre... Ya es la hora".

— ¡Sí, sí..., así ha dicho!..., no obstante algo deberemos hacer para evitar que se cometan atropellos con él.

Y se dirigieron al palacio de Ithamar en busca de Judá, del Hack-Ben Faqui y el Scheiff I Ilderín, los tres jefes de las fuerzas armadas que se habían organizado.

Mientras tanto, María de Mágdalo esperó que todas sus compañeras se hubiesen retirado a sus alcobas ya que era pasada la media noche.

Llamó con sigilo a Boanerges, el pastorcillo músico y le mandó prepararse para acompañarla en una excursión por la dormida ciudad.

—Espérame en el pórtico –le dijo–, que enseguida voy.

Ya sola en su alcoba, se engalanó esmeradamente como si fuera a concurrir a un suntuoso festín.

Se vistió al uso de las cortesanas egipcias para encubrir un tanto su personalidad. Convertida toda ella en una nube de gasas, su cabeza, cuello y brazos resplandecían de diademas, collares y brazaletes.

La agitación febril que la dominaba, prestaba colorido y animación a su rostro que parecía un bouquet de rosas encarnadas de abril.

—Vamos –dijo secamente a Boanerges que la esperaba.

— ¿Adónde? –preguntó él.

—Sígueme tú –le contestó ella.

Y cruzaron calles y callejuelas y doblaron esquinas, y se ocultaron en pórticos y columnatas cuando sentían pasos y voces de las patrullas romanas que guardaban el orden.

Nuestros dos personajes se encaminaban al palacio de Caifás, donde sabían que fue llevado el Maestro.

Aquella joven mujer con sólo un cuarto de siglo de vida, conocía a través de sus estudios, la historia de todos los desatinos y las claudicaciones de los hombres por los encantos de una mujer.

Clelia, la heroína romana de los primeros tiempos de Roma, tomada prisionera como rehén por el general etrusco Porsena, ¿no había quebrado en pedazos su voluntad dura como el hierro y lo había hecho darle libertad a ella, junto con todos los niños que debían ser pasados a cuchillo?

¿No había encadenado la voluntad de Alejandro Magno, una princesita persa que lo llevó hasta adoptar costumbres, lengua y usos del país de los ganados y de las rosas bermejas?

¿No había doblegado Cleopatra, la egipcia, a Julio César, que le dio un trono por sus sonrisas?, y a Antonio el invencible guerrero, ¿no le hizo dejar la espada por el encanto de sus festines en barcas sobre las aguas del Nilo?

¿Qué prodigio sería pues, que ella, joven y hermosa, doblegase la voluntad de los doctores y jueces del Sanhedrín para libertar al Profeta

Nazareno, cuya excelsa grandeza la hacía comprender un amor superior a todos los amores de la tierra?

Tal era el sueño insensato a que el amor y el dolor llevaban como de la mano a la mujer cubierta de manto azul, que caminaba seguida de Boanerges por las tortuosas y obscuras calles de Jerusalén a poco de haber sido prendido el Maestro.

Cuando estaban a cien pasos del palacio, vieron abrirse la poterna del patio de la servidumbre y que salían cautelosamente hombres cubiertos de mantos, varios esclavos y dos parejas de guardias del palacio. Y en medio de ellos, el Hombre de Dios con sus manos atadas a la espalda, despojado ya de su manto y conducido como un reo vulgar. Juntamente con él llevaban otro prisionero, de siniestro aspecto y cuyas obscuras ropas se confundían con las sombras de la calle.

Llegado nuestro relato a este punto, veamos qué había pasado en el palacio de Caifás y por qué sacaban de allí al prisionero.

Astutos y recelosos hasta lo sumo, los enemigos del Profeta, temieron que sus discípulos levantaran al pueblo en masa para defenderle, y el palacio de Caifás, aunque grande y suntuoso, no era una fortaleza como para contener una multitud enfurecida. Juzgaron prudente llevarle a la Torre Antonia, juntamente con el bandido que años atrás había robado en el Templo mismo, y al cual sólo la astucia de los agentes del Sanhedrín pudo capturar. Había sido llevado a Caifás engañado por una esclava aleccionada para ello.

La policía del Sanhedrín gustaba medirse con la policía romana, y a ser posible, dejarla en una mediocridad deslucida. Este juego se venía haciendo desde los tiempos del pontífice Ismael-Ben-Pabhi, en los comienzos de la delictuosa administración de Valerio Graco.

El reo compañero de Yhasua de Nazareth era un tal Barr-Abbás, ladrón, asesino y asaltante de la peor especie.

Dos jueces del Sanhedrín: Rabí Chanania y Samuel Akatón iban al frente de aquel heterogéneo grupo de hombres que conducía a los dos presos.

Al llegar al portalón de la Torre Antonia les recibió el Centurión que estaba de guardia y no se extrañó nada, pues eran frecuentes los envíos de este género de parte del Sanhedrín.

La guarnición de la Torre estaba ya cansada de estos solapados y encubiertos manejos, muchos de los cuales sólo respondían a venganzas por asuntos religiosos o cuestión de intereses creados.

Al Centurión le dijeron solamente al entregarle los presos que les guardaran cuidadosamente, pues se trataba de reos muy peligrosos, por los cuales se entenderían con el Procurador al siguiente día.

El aspecto de ambos era tan diferente uno de otro, que el militar se quedó mirando estupefacto al Maestro por un breve rato.

Mandó que llevasen al otro a uno de los calabozos del subsuelo porque en verdad su persona toda, delataba que era un delincuente. Su cara llena de cicatrices y su mirada torva y recelosa junto con su descuidada vestimenta y su cabello y barba enmarañados, lo decían a todas luces.

Pero el preso joven, de la túnica blanca...

— ¡Oh!..., ¡por los rayos de Marte!... –decía el militar romano–, que este parece un Apolo que se dejó crecer la barba para que le respeten las Musas. ¡De seguro que en éste hay misterio y gordo!

"Que me corten las dos orejas, si este buen hombre no es una víctima del odio de los judíos".

Y el Centurión condujo al Maestro a la cámara de detenidos, situada en la planta baja de la Torre principal. Le desató los cordeles que tiró a un rincón y encendió una lamparilla de aceite que pendía de la techumbre.

A la escasa claridad de la lámpara, el militar observó de nuevo al prisionero y cada vez más absurda le parecía aquella prisión.

— ¿Por qué te han traído aquí? –le preguntó.

—Aún no estoy enterado de qué me acusan. Mañana lo sabré –contestó el Maestro.

El soldado le indicó el estrado cubierto de una estera y unas mantas por si quería descansar.

Cerró con llave la puerta de barrotes de hierro y se alejó.

Siendo tantos los personajes que directa o indirectamente intervinieron cerca del Profeta Nazareno en el episodio final de su vida, nos vemos obligados a retroceder unos momentos para encontrar a sus demás amigos íntimos.

Cuando el Maestro fue introducido al palacio de Caifás, entraron al patio de la servidumbre que era como una plaza, Pedro, Santiago, Tadeo y Bartolomé. En el centro había una gran hoguera rodeada de bancos de piedra. Un estanque en un ángulo, una mesa de enormes proporciones en otro, donde se veían cestas de pan y restos de comida, lo cual demostraba que allí los guardias y siervos pasaban la noche comiendo y bebiendo. A aquel patio daban las caballerizas, las cocheras y las habitaciones de la servidumbre muy numerosa.

Los discípulos se mantenían en el portal de entrada, casi desapercibidos por la obscuridad de la noche que la luz de la hoguera no alcanzaba a disipar. Pedro no podía soportar la ansiedad por saber qué harían del Maestro, y poco a poco se fue mezclando entre la algarabía de los guardias, esclavos y esclavas que entraban y salían del patio a la cocina, a la bodega y subían la escalera del piso principal, donde estaba reunido parte del Sanhedrín.

Por los grandes ventanales se veían circular los criados con bandejas y fuentes, sirviendo a los magnates apoltronados en el salón del pontífice.

La venerable cabeza blanca de Pedro no tardó en llamar la atención de algunos de aquellos hombres. Y uno de ellos dijo al otro:

—Ese es también galileo, y estaba en el huerto cuando apresamos al Rabí milagroso. ¿Qué querrá aquí?

Y dirigiéndose a Pedro le dijo:

— ¿No eres tú de los compañeros del preso que tenemos allí dentro? Me parece haberte visto con él.

Pedro disimuló como pudo su sorpresa al verse descubierto y sin detenerse ni un segundo a pensar contestó:

— ¡Qué sé yo de vuestro preso! Yo soy un pescador de Tiberíades y he venido a la fiesta como todo hijo de Israel. Viendo aquí buenas gentes reunidas en paz y alegría, me he llegado a distraerme porque no tengo familia en la ciudad.

Y cuando otros de los criados o guardias creyeron reconocerle también lo negó, asegurando que no sabía de qué persona se hablaba.

Un gallo cantó en el rincón del establo, y fue para Pedro como si un puñal le hubiera atravesado el corazón. Recordó las palabras de su Maestro; percibió su dulce mirada como un resplandor de luna en la siniestra obscuridad de su angustia, y salió despavorido como si un horrible fantasma le persiguiera. En la semioscuridad del portalón tropezó con su hermano Andrés que había llegado también en busca de noticias y abrazándose con él, se desató una tempestad de sollozos que no podía contener.

— ¿Qué pasa? ¿Han condenado al Maestro?... ¿Qué tienes?...

¡Inútiles preguntas! Pedro se había dejado caer sobre un estrado del portalón y todo arrebujado en su manto lloraba convulsivamente.

Por fin se levantó y echó a correr en dirección a la calle del Comercio. Su hermano Andrés le siguió hasta el palacio Henadad, donde entró sin haber pronunciado una sola palabra.

Allí debían estar el tío Jaime, Hanani y Zebedeo. Allí estaba Myriam la dulce madre del Maestro, todos sus amigos de Galilea..., delante de todos los cuales confesaría su horrible pecado, su espantoso pecado.

¡Había tenido miedo de confesar que era un discípulo del Justo, que esa noche habían prendido como a un malhechor!

¡Él, tan luego él, a quien más confianza tenía el Maestro!... ¡A quien le encargaba siempre cuidar de sus compañeros en ausencia suya!... ¡Jehová justiciero!...

¿Cómo no se abría la tierra para tragarlo? ¿Cómo no se derrumbaba la techumbre para aplastarlo como a un reptil miserable? ¿Cómo no caía un rayo de los cielos y le consumía como a vil escoria?

Jadeante llegó al pórtico donde aún parpadeaba la lámpara que Boanerges no cuidó de apagar cuando salió siguiendo a María.

Pero aún le fue negado el consuelo de sus amigos galileos, Myriam dormía, Hanani y Zebedeo no estaban. El tío Jaime y Juan no estaban. María de Mágdalo y Boanerges no se encontraban en sus habitaciones.

Y Pedro como enloquecido se lanzó de nuevo a la obscuridad de la calle. Apenas habría andado cuatro pasos cuando tropezó con dos bultos que venían en dirección contraria. Eran Nebai y Vercia que no viendo llegar ni a Judá ni a Faqui, iban a la casa de María creyendo encontrar allí las noticias que buscaban. Las seguía a dos pasos, Shipro, el joven siervo egipcio compañero de infancia del príncipe Judá.

Por fin encontraba Pedro con quien desahogar su pena.

A Nebai la conocía desde muy niña allá en las montañas del Tabor, y sabía bien cuán grande era su amor y adhesión al Maestro.

— ¿Adónde vais? –les preguntó Pedro al reconocerlas.

—Al palacio Henadad buscando noticias.

—No hay nadie allí que les pueda dar mayores y peores que os las puedo dar yo.

Y ahogando los sollozos en el fondo de su pecho le refirió todo cuanto había pasado en el huerto de Gethsemaní, y en el patio del palacio de Caifás.

La hora de la inmolación suprema había llegado según lo repetía el Divino Ungido en sus últimos días, y debido a eso, todo parecía combinarse para hacer fracasar los esfuerzos de los suyos por salvarle de la muerte.

El astuto Hanán, alma de la vida política y religiosa de Judea, no permitió que se convocara a todos los miembros del Sanhedrín que eran sesenta y uno. Valiéndose de subterfugios intencionados, dejaron sin aviso a seis miembros que eran grandes amigos del Maestro: Eleazar y Sadoc, sacerdotes pertenecientes a la Fraternidad Esenia; José de Arimathea, Gamaliel, Nicodemus y Calva-Schevona, nombre judío de Nicolás de Damasco. Estos seis hombres incorporados de nuevo al Consejo por la elección reciente, resultaban temibles en el Sanhedrín, pues siendo su palabra de admirable lógica, y su vida recta consagrada a la verdad y la justicia, arrastraban con sus opiniones a los pocos hombres de alma sana y corazón sincero que había en el seno del Gran Consejo, como ser Chanania Ben Chisva que desempeñaba el arbitraje en las votaciones; Rabí Shananía, vicario de la cámara de sacerdotes; Jonathas Ben Usiel, filósofo y poeta, y Simeón de Anatot, doctor en leyes.

El viejo Hanán que durante diez años había ejercido el pontificado y que sus cinco hijos lo habían ejercido también bajo la tutela de su padre, conocía toda esta red tendida en el Sanhedrín, al cual no le convenía en ninguna forma que se levantaran fuertes oposiciones en el seno del Gran Consejo, precisamente cuando a sabiendas iba a cometer el más horrendo delito desfigurado de juicio legal.

Y fue debido a esto que los cuatro doctores amigos del Maestro desde su niñez, ignoraron por completo su prisión hasta poco antes del mediodía siguiente.

En la reunión privada que hemos visto que se realizaba en el salón del pontífice entre fuentes de exquisitos manjares y delicados vinos de Corinto y de Chipre, sólo se hallaban los miembros incondicionales de Hanán: Caifás su yerno y pontífice, sus cinco hijos: Eleazar, Jonathas, Matías, Teófilo y Unano; más los tres hijos del viejo Simón Boeto, cuñado de Hanán; Elkias, tesorero del Templo, Samuel Akatón, Doras y Ananías de Nebedal. Eran sólo catorce, pero los más indicados para tejer en la sombra la más hábil urdimbre que pudiera luego convencer a los imparciales, hasta que se llegase a la mitad por lo menos de votantes a favor de la condena a muerte para el Profeta de Dios.

Entre los criados de Caifás que servían en su festín del crimen, estaba aquel esclavo egipcio enamorado de una de las esclavas de Claudia, esposa del Procurador Pilatos.

Ambos palacios eran vecinos como ya dijimos; el portalón de las caballerizas del uno quedaba a pocos pasos de las grandes verjas de los jardines del palacio de Herodes, habitación entonces del Procurador. Y el esclavo egipcio pasó a la esclava gala todas las noticias que pudo conseguir referentes a la prisión del Profeta Nazareno y a la decisión del Sanhedrín de condenarle al siguiente día.

La triste noticia le llegó a Claudia pasada la media noche. La esclava gala se atrevió a entrar a la alcoba de su señora sin ser llamada, esperando que lo grave de aquel anuncio la salvaría de la reprimenda.

El Procurador en su despacho de la planta baja atendía los últimos asuntos del día, firmaba correspondencia urgente, recibos de tributos, órdenes de confiscaciones, de compras de víveres para las distintas guarniciones que en las fortalezas y torreones de Samaria y Judea garantizaban al gobierno de Roma la sumisión de los pueblos tributarios.

Claudia no tuvo la paciencia de esperar que su marido subiera a su alcoba, y bajó a buscarle a su despacho.

Estaba solo.

—Gran novedad debe ocurrir –le dijo al verla dejar el lecho a tal hora.

—Los malvados viejos del Sanhedrín han prendido esta noche al Profeta Nazareno –contestóle Claudia sobrecogida de espanto.

— ¿Y eso te asusta? En los años que llevamos aquí, aún no te has acostumbrado a que los devotos siervos de Jehová no son felices sino cuando tienen alguna víctima entre las manos. Esta vez le tocó el turno a tu Profeta Nazareno. No sabía nada.

— ¡Tú no le dejarás condenar!... –gritó Claudia con una gran excitación nerviosa–. ¡Es un justo enviado de los dioses!

— ¡Cálmate mujer! ¿Crees tú que se va dejar condenar así como así, un hombre idolatrado por el pueblo y que obra estupendas maravillas no bien mueve las manos?

"De todos modos te agradezco el aviso, pues así estaré preparado para capear la tormenta mañana.

"Acabo de firmar una orden de salida de la mitad de la guarnición que hay en la Fortaleza de la puerta de Jaffa con destino a Sebaste donde hay alboroto; pero tu noticia me hace cambiar de resolución. ¿Quién contiene al pueblo mañana, si a los malvados viejos a quienes los dioses confundan, se les antoja azotar al prisionero según costumbre?

"A esa sola pena les dejó derecho Augusto, y a fe que tuvo razón y desde que vivo en este país de profetas y de milagros, he visto ya centenares de hombres inutilizados por la flagelación.

Y mientras así hablaba, Pilatos tomó el pliego a que había aludido y lo hizo mil pedazos, con visibles muestras de mal humor.

— ¡Pero tú no le dejarás azotar por esos malvados!... –insistió Claudia próxima a llorar.

— ¡No me canses mujer!... En los asuntos religiosos de los judíos yo no puedo inmiscuirme. Y si el César les dejó autoridad para azotar a los transgresores de sus leyes, ¿qué quieres que yo haga?

Claudia se dejó caer sobre un diván y rompió a llorar amargamente. Pilatos se levantó conmovido y se acercó a ella.

— ¡Bueno, basta, basta ya! Te prometo que haré cuanto esté de mi parte para evitar que ese buen hombre sea molestado en nada. Haré alguna otra concesión a los viejos de las muchas que piden cada día a cambio de la libertad del Profeta.

"Ya he terminado aquí. ¡Vamos! –y rodeando con su fuerte brazo la cintura de Claudia, subió con ella a las suntuosas alcobas en el piso principal.

Dos cabos sueltos hemos dejado en las últimas páginas de nuestro relato: A María y Boanerges ocultos en un portal siguiendo con la mirada al Maestro, conducido por un grupo de hombres que salió del palacio de Caifás y le llevaron a la Torre Antonia.

Y Pedro desconsolado hasta la desesperación, desahogando su angustia con Nebai y Vercia a poca distancia del palacio Henadad.

Cuando ambas escucharon el triste relato se quedaron mudas de espanto, sin saber qué resolución tomar.

— ¡Pero Judá!... ¡Yo no sé cómo es que no está en casa a estas horas! –decía Nebai pensando siempre en que él salvaría al Maestro.

—Mi señora –dijo Shipro–. El príncipe Judá vendrá al amanecer pues cuando caía la noche salió hacia Joppe a todo el correr de un buen caballo. Ahora habrá llegado allá.

— ¡A Joppe!... ¡Dios mío!, ¿y qué va a hacer a Joppe si es aquí tan necesaria su presencia?

—Cuando iba a montar, yo tenía el caballo de la brida y oí que decía al Hack-Ben Faqui, que no llegó un correo urgente esperado desde ayer y él iba personalmente a buscar no sé qué documento importante que espera de Roma –contestó el fiel criado.

Nebai, que conocía aquel asunto murmuró a media voz: –Basta que no llegue demasiado tarde.

La Druidesa no había abierto sus labios pero era notorio su estado de preocupación.

Resolvieron ambas mujeres volver a casa, pues Nebai había dejado sus dos niños dormidos. Acaso también su abuelo Simónides o el Hack-Ben Faqui tuvieran algún indicio que les orientara en aquel desconcertante laberinto.

Pedro y Andrés regresaron a su hospedaje esperando asimismo encontrar algún recurso de última hora que les indicase lo que debían hacer.

Mientras sucedía esta escena, en el obscuro recodo de un murallón, María de Mágdalo seguida de Boanerges, habían llegado a la Torre Antonia, a cuyos muros se apretaban cautelosamente buscando que su sombra les protegiera de la mirada indiscreta de un transeúnte nocturno.

No había más claridad que la ancha franja de luz que salía de la portada de la Fortaleza, en la cual vieron aparecer a los hombres embozados con los criados y guardias que habían conducido al prisionero.

Les vieron alejarse en el más profundo silencio y sin luz alguna, lo que indicaba que no deseaban ser sentidos por nadie.

— ¡Señora!..., ¿qué vas a hacer? –dijo Boanerges a María cuando la vio avanzar hacia la portada.

—Pediré que me dejen hablar al Profeta. ¿Tienes miedo acaso? Quédate detrás de una columna del pórtico, que yo entraré sola.

—No temo por mí, sino... –Y el pastorcillo no se atrevió a terminar la frase.

— ¡Ya te comprendo! –contestó María–. Temes para mí algún ultraje de los soldados. No temas. El Dios del Profeta Nazareno está conmigo. Espérame aquí.

Y sin vacilar subió ligera las pocas gradas del pórtico.

Se detuvo al centro de la puerta, y toda la luz dio de lleno sobre aquel bulto azul que inesperadamente surgía de las tinieblas.

El guardián que estaba allí como una estatua de bronce y hierro, atravesó la lanza ante ella cerrándole la entrada.

— ¿Qué buscas aquí? –le preguntó en lengua latina.

—Quiero hablar al prisionero –contestó secamente María.

—Los presos no reciben visitas a esta hora. Vete.

El Centurión de la guarnición que dormitaba echado sobre un diván en el fondo de aquella sala, se incorporó a medias a ver con quién hablaba el centinela.

Al ver una mujer encubierta, se levantó y fue hacia ella.

Era un noble soldado que había servido a las órdenes del Duunviro Quintus Arrius, padre adoptivo del príncipe Judá, a cuya generosidad estaba agradecido.

—Descúbrete, noble dama –le dijo con acento afable–, y dime lo que buscas a estas horas.

María dejó caer sobre los hombros el manto que cubría su cabeza, la que apareció como una flor de oro ante los asombrados ojos del Centurión.

— ¡Por los dioses!... –exclamó–, que eres una musa escapada del Olimpo. ¿Qué quieres?

—Centurión –le dijo–. Mi madre era romana y tenía orgullo de la nobleza de los romanos. Te ruego que me dejes hablar con el prisionero que acaban de traer.

—Es que son dos; pero ya me figuro cuál es el que tú buscas: el Apolo rubio y hermoso como un sol. ¿Eres su mujer?

— ¡No, no!... –contestó nerviosa–, ¡yo no soy su mujer pero soy íntima amiga de su madre, que perderá la vida con la prisión de su hijo! ¡Déjame hablarle por piedad, y los dioses en quienes crees compensarán tu noble acción!

—Bien, bien, no creo que suceda ningún mal porque le hables, pero si eres tan noble como hermosa, me dirás lealmente si traes armas al prisionero.

— ¿Armas?..., ¿para qué? Él no es hombre de armas, sino de paz y de amor.

"¿No le has visto acaso el día que entró triunfante en la ciudad aclamado por el pueblo?".

El Centurión se dio una palmada en la frente.

— ¡Por los mil rayos de Júpiter!... Este es entonces el Profeta Nazareno protegido de Quintus Arrius.

— ¡Justamente! –contestó María que empezaba a tener nuevas esperanzas–. ¿Me lo dejarías ver? –preguntó, y extendió sus manos para que viera el Centurión que no tenía arma ninguna.

— ¡Sí, sí, mujer! Sígueme y luego dirás al príncipe Arrius lo que he hecho al escuchar su nombre.

María siguió al Centurión por una ancha galería que una lámpara colgada del techo iluminaba débilmente.

Al final se veía una verja detrás de la cual había también luz.

—Ahí le tienes –dijo el Centurión indicando la reja–. Háblale cuanto quieras.

— ¡Maestro!... –clamó María cuando le vio sentado en el estrado, y que la miraba con sus dulces ojos llenos de paz y de serenidad.

— ¡María!...

A estas dos solas palabras que se encontraron en el éter iluminado de amor, la verja se abrió sola ante los azorados ojos del Centurión que recordaba bien haberla cerrado con doble llave.

— ¡Rayos y truenos del Olimpo!, que si aquí no anda la magia, no soy Longhinos el Centurión.

María se había ya precipitado a la sala y caía de rodillas ante el augusto Mártir.

— ¡Maestro!... ¡Maestro! Si vieras la desolación de tu madre y de todos cuantos te aman no te empeñarías en abandonarnos dejándonos solos en este mundo –le dijo entre sollozos y con sus manos unidas en actitud de desesperada súplica.

El Centurión seguía mirando con asombrados ojos, no la escena en sí, sino la puerta de la verja abierta por la que había pasado aquella mujer como un fantasma etéreo.

—Ten paz y sosiego en tu corazón, María, y piensa que la Voluntad Soberana del Padre es quien me llevará a su Reino y no la voluntad de mis enemigos.

"Débil y flaca es vuestra fe cuando teméis a los hombres que son una brizna de paja en las manos de Dios.

— ¡Creemos, Maestro, creemos que Él puede salvarte de tus enemigos! –exclamó María en una ardiente protesta de su fe–. ¿Acaso no hemos visto cerca de ti tantas maravillas?

—Y aún os falta ver otra mayor –le contestó el Maestro con una firmeza que llenó de entusiasmo a María, pues interpretó que ocurriría un estupendo acontecimiento por el cual su Maestro manifestaría públicamente el divino poder de que estaba investido.

—Vete a casa, María, y di a mi madre y a todos los que amo, que hoy mismo a la segunda hora de la tarde, estaré libre de mis enemigos y habré vencido a la muerte.

"¡Que la paz sea contigo!".

Ebria de gozo, besó María las manos del Maestro y cubriéndose de nuevo salió con pasos ligeros, dejando al absorto Centurión, que de nuevo cerraba con doble llave la reja de la prisión.

— ¿Qué hay, señora? –le preguntó Boanerges cuando la vio bajar de nuevo a la calle.

— ¡Gloria!, ¡triunfé, Boanerges! He visto y hablado al Maestro que tiene una paz y serenidad admirable.

"Dice que aún veremos una maravilla mayor de cuantas hemos visto, y que diga a todos cuantos le aman que hoy a la segunda hora de la

tarde estará libre de sus enemigos y habrá vencido a la muerte. Son sus propias palabras.

— ¡Gracias a Dios! –exclamó Boanerges–. Corramos a casa para que la buena nueva lleve el consuelo al corazón de la pobre madre.

Cuando llegaron, estaban ya allí los amigos galileos reunidos. Pero María vio que su gran noticia era recibida con dudas y recelos.

—El Maestro se despidió de todos nosotros. Luego él sabía que se va de nuestro lado –decía uno.

—Hay muchos modos de irse –contestaba otro–. ¿No se fueron Henok y Elías llevados en carros de fuego por los ángeles de Dios?

— ¿No subió Moisés al Monte Nebo y nadie le vio bajar y nadie encontró su cadáver? –añadía un tercero.

—Se consumirá como este cirio –dijo Myriam secando dos lágrimas que corrían por su rostro–, y su alma radiante y hermosa vendrá a nosotros por las noches, como un rayo de luna a alumbrar nuestro camino.

"¡Dios mío!, recibe mi holocausto supremo y que él sea siembra de paz y de amor sobre toda la tierra".

Y amaneció por fin el tremendo día que el Divino Ungido esperaba con ansia suprema llamándolo su día de gloria, su día de triunfo, su día de amor y de divinas compensaciones en el seno de su Padre.

Narradores fieles de lo acaecido en aquellas últimas horas de la vida física del Cristo sobre la tierra, debemos esbozar uno a uno los dolorosos cuadros donde los personajes se agitaban febrilmente movidos por una misma voluntad: salvar al Maestro de las garras de sus enemigos y proclamarle Rey de Israel, abatiendo todas las fuerzas que se interpusieran en el camino.

Tal como había dicho Shipro a Nebai, el príncipe Judá llegó al amanecer tan fatigado de la carrera que ni aún pudo responder al saludo cariñoso de su esposa con la que se encontró a mitad de la escalera principal. Habiendo sentido que se abría el portalón de las caballerizas, ella bajaba apresuradamente con una lamparilla en la mano.

La luz dio de lleno sobre el hermoso rostro de Judá que subía.

Su intensa palidez formaba un contraste con sus obscuros cabellos en desorden, y con la angustia que desbordaba de sus grandes ojos negros y expresivos en extremo.

— ¿Qué tienes Judá? –le preguntó Nebai espantada.

— ¡Ya lo sé todo!... –le contestó él subiendo a saltos los escalones que faltaban hasta el primer piso.

— ¿Quién te lo dijo? –preguntó Nebai.

—Pedro y Andrés, que esperaban mi llegada en la puerta de Jaffa –le contestó Judá–.

"¡Ríos de sangre correrán hoy por las calles de Jerusalén!...

“Mandaré pasar a cuchillo dentro del Templo mismo, a esa piara de fieras hambrientas que se atrevieron a poner las manos sobre el Ungido de Dios.

“Antes de que el sol se levante de las colinas, desataré como una tempestad treinta mil hombres armados que no esperan sino una señal para lanzarse sobre Jerusalén”.

Y Judá se sacaba a tirones su ropa de viaje, tropezando con taburetes, sitiales y divanes que encontraba al paso.

Nebai espantada lloraba de rodillas junto a las camitas de sus niños, pues jamás había visto a su esposo dominado por tan tremenda cólera. Le vio sacar de un cofre, donde jamás supo ella lo que guardaba, un lujoso uniforme de oficial primero de la Legión Itálica, a la que pertenecía la más noble juventud romana, y comenzó a vestírselo apresuradamente.

Cuando le vio blandir la espada resplandeciente, a la cual decía: –“Tú vengarás el ultraje inferido al Mesías Rey de Israel...”

Nebai dio un grito salido del fondo de su alma y aún de rodillas tendió sus brazos hacia él.

Un nimbo de luz dorada llenó la alcoba aún sumida en la penumbra del amanecer. Ambos se quedaron paralizados en todos sus movimientos.

Tenían ante sí la dulce imagen de Yhasua que les sonreía con inefable ternura.

— ¿Qué haces, Judá, amigo mío, que afliges así a tu compañera y olvidas a tus hijitos?

— ¡Yhasua!... –murmuró Judá cayendo también de rodillas ante la luminosa aparición que se acercaba hacia ellos.

—Mi cuerpo duerme en la prisión, pero mi espíritu viene a vosotros porque me llegó el clamor de Nebai –díjoles con su voz sin ruido, la flotante visión que los envolvía con sus claridades y sus ternezas–.

“Guarda de nuevo tu espada, amigo mío, porque el Ungido de Dios no triunfará por las armas sino por el Amor y por la Verdad.

“La Voluntad del Padre que ordenó hasta el más pequeño acontecimiento de mi vida, ha ordenado también mi entrada triunfal en su Reino y no serás tú, amigo mío, que quieras interponerte en mi camino al final de la jornada.

La radiante aparición estaba ya tocando a los dos jóvenes esposos, y sus blancas manos transparentes como tejidas de gasas, unían las dos cabezas con la suya intangible y etérea como en un abrazo eterno, cuyo recuerdo no debía borrarse jamás.

— ¡Mi paz sea con vosotros!... –se oyó como una melodía, mientras la visión se diluía en celajes dorados que iban destejiéndose en la penumbra de la alcoba silenciosa.

Judá se abrazó como enloquecido de Nebai y rompió a llorar con tan

fuertes sollozos, que Noemí, su madre, se despertó sobresaltada en la alcoba inmediata y envuelta en una capa entró precipitadamente.

El brillante uniforme militar que su hijo vestía y el angustioso llanto de ambos la sobrecogió de espanto.

— ¿Qué hay, hijo mío, qué pasa?

— ¡Yhasua fue aprendido anoche y hay que salvarle de la muerte! –contestó Judá ahogando sus sollozos.

— ¿Vas tú a intentar una rebelión? –preguntó alarmada la madre.

— ¡Es que él rechaza toda acción armada y me deja atado sin poder moverme!... –gritó Judá, como si quisiera que su protesta fuera oída en todas partes. El Hack-Ben Faqui entró en la alcoba como un vendaval.

—Lo sé todo, Judá; cálmate, que todas las fuerzas que yo mando han entrado anoche por el subterráneo de los almacenes de Simónides, y están listas para cargar. El valiente viejo pasó toda la noche dirigiendo la entrada..., uno a uno, ¡diez mil lanceros Tuaregs!...

Judá lo oía como atontado.

— ¿Qué tienes?... ¿No me oyes? –preguntaba el valiente africano, decepcionado.

— ¡Yhasua rechaza toda acción armada! –contestó Judá–; ordena que todo lo dejemos a la voluntad de su Padre, que Él solo basta para esta hora final.

— ¡Imposible cruzarnos de brazos! –gritaba Faqui, sin comprender casi lo que decía su amigo–.

"El Scheiff Ilderín –añadió Faqui–, salió anoche a última hora para conducir hoy sus jinetes árabes que están acampados en los bosques de Jericó, y antes de medio día estarán aquí.

— ¡Todo inútil!... –murmuraba con supremo desaliento Judá–, ¡Yhasua no acepta nada!..., ¡no quiere nada! ¡Dice que el Ungido de Dios no triunfará por las armas sino por la Verdad y por el Amor!...

"¡Faqui!... –gritó desesperado–, ¡Yhasua es más fuerte que nosotros, y con una sola palabra nos encadena a los dos!... ¡Antes de comenzar la lucha somos vencidos por él!

— ¿Y qué hay en lo de Roma y el César? –preguntó con desgano el Hack-Ben Faqui.

— ¡Fracaso!, ¡otro fracaso! –contestó Judá–. El Ministro Seyano, en quien confiábamos, ha caído en desgracia, y a estas horas huye, porque el Emperador ha mandado matarle.

— ¿Cómo?... ¿Es posible?

—Aparece complicado en el asesinato de su hijo Druso –dijo simplemente Judá.

— ¡Por las arenas del Sahara! –exclamó Faqui–, que todo se une contra nosotros.

— ¡Calma!..., ¡calma! –dijo en la puerta el Anciano Melchor que había previsto la llegada de este terrible momento, y acudía a sosegar aquella tempestad–.

"Los caminos de Dios no son los caminos de los hombres, dijo Jehová al Profeta Isaías. Si nuestro Yhasua rechaza toda acción armada... Él es el Pensamiento Divino encarnado, el Verbo de Dios hecho hombre. ¿No ha de saber acaso lo que dice?

—El príncipe Melchor tiene razón, Judá; esperemos con nuestras legiones alerta, a ver cómo se encaminan los acontecimientos –dijo Faqui.

Judá, que algo se había tranquilizado, les explicó la visión de Yhasua que habían tenido Nebai y él, en esa misma alcoba y todo cuanto les había dicho.

— ¿Veis? –decía el Anciano Melchor–. Somos aún pequeños para comprender los caminos del Señor, hijos míos. ¿Creeremos acaso que al Eterno Omnipotente le faltan medios para exaltar a su Enviado a un trono, si esa fuera su Voluntad?

120
YHASUA ANTE SUS JUECES

A las primeras horas de la mañana se hallaban reunidos en el Templo, en el recinto destinado a deliberaciones judiciales, treinta y dos miembros del Sanhedrín para juzgar los supuestos delitos del más grande espíritu que bajó a la tierra, de la encarnación del Verbo Divino, del Pensamiento Divino, del Ungido de Dios, enviado por el Eterno Amor para encarrilar de nuevo la marcha de la humanidad hacia sus gloriosos destinos.

Cuando el alma se absorbe en la meditación de esta tremenda aberración humana, no sabe qué admirar más, si la inaudita audacia de un puñado de soberbios ignorantes, o la divina mansedumbre del Cristo encarnado que se sometía sin protestar, a ser juzgado como un malhechor, por aquellos hombres cargados de miseria, de iniquidades, de ruines vilezas, que de escribirlas todas resultaría un repugnante catálogo de los vicios y perversiones más bajas a que puede descender el hombre.

¡Tales eran los jueces de Israel, ante quienes comparecía Yhasua de Nazareth, Ungido de Dios!

Ahogando los gritos de protesta de nuestro corazón; ahogando también los justos razonamientos de la lógica y del más elemental sentido común, ante aquella estupenda manifestación de la soberbia y de la malicia humana, cuando la ambición del oro y del poder les ciega, escuchemos las acusaciones de los malvados, en contra del Profeta Nazareno.

Después de las preguntas reglamentarias sobre quién era, quiénes eran sus padres, dónde fue su nacimiento, etc., el pontífice Caifás hizo una señal a uno de los presentes, llamado el Doctrinario que era el primer juez para los delitos en contra de las leyes religiosas establecidas, como originarias de Moisés.

Y comenzó la acusación.

—Este hombre ha curado enfermos en día sábado consagrado por la ley a Jehová y al descanso corporal. ¿Qué contesta el acusado?

—Que las obras de misericordia ordenadas por Jehová a sus más amados Profetas, no pueden jamás significar profanación del día del Señor, sino una glorificación a su santo Nombre y a su Poder Supremo –contestó con gran serenidad el Maestro–. Entre vosotros está presente el honorable Rabí Hanán a quien curé en día sábado de la úlcera cancerosa que le roía su vientre, y él no protestó por ello. Hubo testigos de tal hecho que pueden ser citados ante este Tribunal. Fue en casa de la princesa Aholibama.

Esta declaración cayó como una bomba en el seno del Gran Consejo, y todos los ojos inquisidores se volvieron hacia el aludido, cuya confusión fue tal, que decía a gritos ser verdad lo que el acusado contestaba.

Como los rumores y comentarios subían de tono, el pontífice tocó la campanilla y el silencio se hizo de nuevo.

—Este hombre ha dicho –continuó el acusador–, que se destruya el Templo y que en tres días le reedifica.

—Defiéndete si puedes –gritó el pontífice.

—El hombre de bien cuya conciencia está de acuerdo con los Diez Mandatos de la Ley Divina, puede hablar de su cuerpo físico, como de un Santuario o templo que encierra el Ego o Alma, emanación directa del Supremo Creador. En tal sentido lo he dicho.

— ¿Luego, quieres decir –arguyó el Juez Doctrinario–, que destruido tu cuerpo por la muerte, en tres días le resucitas?

—Le saco del sepulcro, porque está en ley que esta vestidura de carne no sea pasto de la corrupción –contestó el Maestro.

Aquí se armó otra barahúnda más ardiente que la primera. Los fariseos decían que el acusado era un saduceo sostenedor de la resurrección de los muertos.

Otros, que era un hebreo paganizado, que sostenía las teorías idólatras de Platón, Aristóteles y demás filósofos griegos. Otros que era de la escuela egipcia de Alejandría, y que iba a arrastrar al pueblo por otros caminos diferentes al trazado por Moisés.

Hanán, que era el más sagaz de todos aquellos hombres, comprendió que de seguir por ese camino no llegarían a una rápida conclusión y pidió la palabra al pontífice que era su yerno Caifás, y que se la concedió al punto.

—Es lamentable –dijo Hanán–, que no lleguemos a entendernos respecto de este hombre, ante el cual se rebaja nuestra dignidad de Jueces, que no saben de qué delito le acusan.

"Seamos más precisos y categóricos en nuestro interrogatorio en forma que se vea obligado a decir la verdad respecto de su actuación en medio de nuestro pueblo.

"Hemos visto que este mismo pueblo le aclama como al Rey de Israel, como al Mesías Libertador anunciado por los Profetas. Que diga él mismo quién es, de quién recibió el poder de hacer las maravillas que hace, quién le autorizó para interpretar la Ley y enseñar al pueblo doctrinas nuevas, como es la igualdad de derechos para todos los hombres hasta el punto de proclamar que el esclavo es igual que su señor.

El Maestro sereno, impasible, miraba fijamente a Hanán que no pudo sostener su mirada..., esa misma mirada que lo envolvió en un aura de piadosa ternura cuando le curó su incurable mal.

Cuando el alterado vocerío se acalló, habló el acusado:

—En vuestra asamblea de esta noche, resolvisteis condenarme por encima de todo razonamiento y de toda justicia. ¿Por qué perdéis el tiempo ahora en buscar apariencias de legalidad a un juicio contra toda justicia?

"¿Acaso me oculté para decir todo cuanto he dicho hasta ahora?

"¿Acaso me aparté de la Ley del Sinaí grabada por Moisés en dos tablas de piedra?

"¿Enseñé acaso en desacuerdo con nuestros más grandes Profetas?

"¿En nombre de quién hicieron Moisés y los Profetas las obras de bien que realizaron en beneficio de sus semejantes, sino en nombre de Dios Todopoderoso, que lleno de amor y de piedad para sus criaturas, lo hace desbordar de Sí Mismo cuando hay entre ellas un ser de buena voluntad que le sirva de intermediario?

—Bien –dijo el pontífice–. Tus contestaciones son agudas y no eres pesado de lengua para darlas pero esto se hace demasiado largo y no llevamos camino de terminar.

"Dinos de una vez por todas. ¿Eres tú el Hijo de Dios, el Mesías prometido a Israel por nuestros Profetas?

"En nombre de Dios te conjuro a que nos digas la verdad.

El Maestro comprendió que la acusación llegaba al punto final buscado para condenarle, y con una dulce tranquilidad que sólo él podía sentir ante el cinismo de sus jueces contestó:

— *¡Tú lo has dicho! ¡Yo soy!*

A estas solas palabras, expresión de la más pura verdad, aquellos viejos rabiosos, como energúmenos enfurecidos comenzaron a mesarse los cabellos, a gritar, a rasgarse las vestiduras y tirar los turbantes y las

mitras, según era costumbre cuando alguien se permitía una horrible blasfemia en su presencia.

— ¡Ha blasfemado!... ¡Ha blasfemado contra Dios y mentido como un vil impostor, erigiéndose en Mesías Ungido del Altísimo, cuando no es más que un amigo de Satanás, que hace por su intermedio obras de magia para embaucar a las multitudes!

— ¡Reo es de muerte según nuestra ley! –gritaban varios a la vez.

—No podemos matarle sin el consentimiento del Procurador –dijo uno de los jueces–. Hasta ese derecho nos ha sido usurpado por el invasor.

—Según la costumbre establecida desde la invasión romana, el Sanhedrín puede someter sus reos a la pena de la flagelación.

—Que se cumpla en este audaz blasfemo, Yhasua de Nazareth –rugió el pontífice.

Y dos hercúleos sayones entraron en el recinto y tomando al Maestro por los brazos lo sacaron a una galería interior, donde había una docena de postes de piedra con gruesas argollas de hierro, a uno de los cuales le ataron fuertemente.

Y uno de aquellos verdugos comenzó a asestar golpes sobre aquella blanca espalda, que apareció listada de cárdeno.

Longhinos, que al entregar al prisionero siguió espiando desde la Torre Antonia, cuando llegó este momento avisó al Procurador Pilatos que escribía en su despacho del pretorio. Unido como estaba el Templo a la Fortaleza por la Galería de Herodes, pronto estuvo en el recinto del Sanhedrín con Longhinos y otros soldados.

— ¡Alto ahí! –gritó al sayón que azotaba al Maestro–, que si atormentáis a este hombre justo, os mando a todos al calabozo, engrillados de pies y manos. ¡Harto estoy de todos vosotros y de vuestros crímenes en la sombra!

Mandó a Longhinos que desatara al preso y le condujera de nuevo a su primera prisión de la Torre Antonia.

Con dos golpes de espada, cortó el Centurión las cuerdas que ataban al Maestro a la columna, y le vistió apresuradamente sus ropas que habían sido arrojadas al pavimento.

Se apercibió de que el cuerpo del prisionero se estremecía como en un convulsivo temblor y que una palidez de muerte cubría su hermosa faz.

Temió que iba a desvanecerse y mandó a dos de sus soldados que formaran silla de manos con sus brazos fornidos, y así le llevaron de nuevo a la prisión de la Torre.

El Maestro parecía haber perdido el uso de la palabra, pues se encerró en un mutismo del que nada ni nadie conseguía sacarle.

Diríase que si su cuerpo físico estaba aún en la tierra, su radiante alma de Hijo de Dios se cernía en las alturas de su Reino inmortal.

Su mirada no se fijaba en punto alguno determinado, sino que parecía vagar incierta más allá del horizonte que le rodeaba.

Pilatos había regresado a su despacho del pretorio cuando le llegó un pergamino de Claudia, su esposa, que decía:

"Guárdate de intervenir en la muerte del Profeta Nazareno porque en sueños he visto tu desgracia y la mía por causa de este delito que los sacerdotes quieren cargar sobre ti. Los dioses nos son propicios dándonos este aviso. No traspases su mandato porque seremos duramente castigados. Claudia".

Terminaba el Procurador la lectura de este mensaje de su mujer cuando comenzó una gritería frente al pretorio que parecían aullidos de lobos o rugidos de una jauría rabiosa.

El Sanhedrín había sacado a la escena su último recurso: Los doscientos malhechores penados, comprados a Herodes para este momento, más los esclavos y servidumbre de las grandes familias sacerdotales que entre todos sumaban uno seiscientos hombres.

Con los puños levantados en alto y con inaudita furia vociferaban a todo lo que daban sus pulmones, pidiendo la muerte para el embaucador que había osado proclamarse Mesías, Rey de Israel.

El Procurador mandó cerrar todas las puertas de la fortaleza y una doble fila de guardias fue estacionada en la balaustrada del pretorio. Y mandó traer el prisionero a su presencia.

Pilatos no le había visto nunca de cerca, sino a cierta distancia el día de su entrada triunfal en Jerusalén. Ahora le veía en su despacho a dos pasos de él.

—Esto no es un juicio –le dijo–, sino una conversación entre dos hombres que pueden entenderse.

"¿Qué tienen los hombres del Templo en contra tuya, Profeta de tu Dios? Siéntate y hablemos. –Como el Maestro continuara en silencio, el Procurador añadió–: ¿No quieres hablarme? ¡Mira que yo puedo salvarte la vida!

—Tú no puedes prolongar mi vida ni un día más –le dijo el Maestro.

— ¿Por qué? El derecho de vida o muerte lo he recibido del César para toda la Palestina. ¿Y dices que no puedo prolongar ni un día más tu vida?

—Porque es mi hora y hoy moriré –contestó otra vez el Maestro.

— ¿Entonces eres fatalista? ¿Dices que vas a morir hoy y estás cierto de que será?

—Tú lo has dicho, hoy moriré antes de que el sol se ponga.

—No has contestado a mi primera pregunta: ¿Por qué te odian los hombres del Templo?

—Porque soy una acusación permanente para su doctrina y para sus obras.

— ¿Y por qué te empeñas en servir de acusador contra ellos? ¿No te valdría más dejarles hacer como les dé la gana?

— ¡No puedo!... Yo he venido a traer la Verdad a la humanidad de la tierra, y debo decir la verdad aún a costa de mi vida y hasta el último aliento de esta vida.

— ¿Y qué cosa es la Verdad que te cuesta la vida? Porque muchos hombres hubo que enseñaron la Verdad y no por eso fueron ajusticiados.

El Maestro movió la cabeza negativamente.

— ¡Te equivocas, ilustre ciudadano romano! Difícilmente se encontrará un hombre que se atreva a desenmascarar a los poderosos de la tierra, y que muera tranquilo sobre su lecho.

— ¡Algo de razón tienes, Profeta! Pero dime, ¿qué Verdad es esa que tanto enoja al Sanhedrín judío?

—Viven del robo y del engaño, del despojo al pueblo ignorante de la Ley Divina, al amparo de la cual cometen las mayores iniquidades y se hacen venerar como justos, que son ejemplo y luz para los servidores de Dios.

"¡No pueden perdonarme!... ¡No me perdonarán nunca que les haya paralizado su carrera de latrocinio, de mentira y de hipocresía y que les haya destruido su grandeza para siempre!

— ¿Cómo para siempre, buen Profeta? Tú vas a morir hoy, según aseguras, y ellos continuarán cargados de oro su vida de magnates de una corte oriental.

— ¡Tú lo crees así, pero no es así! Ellos me quitan la vida, pero la Justicia de mi Padre les borra de los vivos para inmensas edades y les anula en el concierto de los pueblos solidarios y hermanos para los siglos que faltan hasta el final de los tiempos. ¡Ningún suelo será su patria!

"¡Perseguidos y errantes, el odio les seguirá a todas partes, hasta que llegue la hora de las divinas compensaciones para los justos y la separación de los malvados!

"El que tuvo la luz en su mano y no quiso verla, es justo que se quede en tinieblas. Tal es la Verdad y la Justicia de Dios".

— ¡Profeta! –le dijo Pilatos–. Confieso que no entiendo este lenguaje tuyo, pero sí veo claro que no hay delito ninguno en ti.

"¡A fe mía, que no morirás hoy! –Y el Procurador dio un golpe con su mano en la mesa.

— ¡Oye allá fuera!... Te acusan de enemigo del César, y te amenazan con hacerte caer como ha caído Seyano el Ministro favorito que hoy es un condenado a muerte –díjole el Maestro.

Pilatos enfurecido al oír los desaforados gritos contra él, abrió un ventanal y dio órdenes de cargar contra la multitud.

La turba de malhechores, acobardada iba a desbandarse, pero a su

espalda estaban los agentes del Sanhedrín que les amenazaban con volverlos de nuevo a los calabozos de donde les habían sacado y sin cobrar un denario del dinero prometido.

Les convenía seguir pidiendo a gritos la muerte del justo al cual no conocían, ni habían recibido de él daño ninguno. ¡Pero era tan dura y terrible la vida del calabozo en que estuvieron sepultados vivos y para toda la vida, que al hacer la comparación no podían dudar! Y seguían vociferando a la vez que se esquivaban de los golpes de los guardias montados que les arremetían con sus caballos.

El Sanhedrín ponía en acción la técnica usada, en todos los tiempos, por los hombres a quienes domina la ambición del oro y del poder, levantar la hez del populacho inconsciente y embrutecido por los vicios, en contra de las causas nobles y de los hombres justos, cuya rectitud les resulta como un espejo en el cual ven retratada de cuerpo entero su monstruosa fealdad moral.

El procedimiento de esos poderosos magnates del Templo, no era pues nuevo sino simplemente una copia de la forma empleada por la teocracia gubernativa de todos los tiempos, y de todos los países regidos por la arbitrariedad, el egoísmo más refinado y la más completa mala fe.

121
QUINTUS ARRIUS

En ese momento apareció en el primer ángulo de una calle transversal el príncipe Judá, que con su lujoso traje de primer oficial de la gloriosa "Itálica" y a todo el correr de su caballo negro retinto, avanzó por entre el populacho como un torbellino, atropellando a unos y otros y dejando tendidos a los que alcanzó el empellón irresistible de su corcel.

Sin desmontarse entró a la vasta plaza y dio un grito que resonó en todas las bóvedas de la Torre Antonia y del Templo.

— ¡Por Roma y por el César! ¡A las órdenes del Procurador Romano para hacer trizas a esta canalla! ¡A las armas!...

Los cuatro primeros oficiales de una Legión romana eran Tribunos Militares, o sea, un grado muy superior a los Centuriones, por lo cual toda la guarnición debía obedecerle.

Pilatos había oído el grito formidable y salió a un balcón.

Judá le vio y le saludó con su espada, al mismo tiempo que decía:

— ¡Quintus Arrius! ¡Viva el César! Un poderoso viva de toda la guarnición de la Torre, resonó como el eco de una tempestad.

La turba de malhechores se había corrido a lo largo de la calle y los agentes del Sanhedrín no sabían qué partido tomar.

Las terrazas del Templo estaban desiertas y las puertas herméticamente cerradas. Los ancianos jueces del Sanhedrín no creyeron prudente asomar la nariz en aquellos críticos momentos.

Ellos obraban en la sombra, resguardados por la fuerza del oro y de aquella horda de piratas que habían soltado a las calles de Jerusalén como jauría rabiosa para apresar un cordero...

A la silenciosa prisión del augusto Mártir llegó también el grito formidable del príncipe Judá y le reconoció en el acto. Su corazón se estrujó como una flor marchita ante la noble fidelidad y amor de su amigo que no se resignaba a verle morir.

Conociéndole como bien le conocía el Maestro, comprendió que Judá no cejaría en su empeño, y que podía llevar las cosas a una violencia tal, que hubiera que lamentar después consecuencias fatales.

Estando libre de ligaduras, el Maestro se acercó a la puerta y llamó. El viejo Conserje acudió.

—Aunque te parezca extraño –le dijo–, sólo yo puedo impedir que la revuelta llegue a mayor grado. Haz el favor de llamar al Procurador o llévame ante él.

El Conserje que temblaba de miedo por el furor del populacho y porque dos hijos suyos estaban entre la guarnición, corrió al despacho del Procurador y le avisó lo que ocurría.

Pilatos que tampoco estaba tranquilo, acudió al llamado.

—Profeta –le dijo–, eres un gran personaje cuando así pones tan contrarias fuerzas en movimiento.

El Maestro tuvo ánimo para sonreírle al mismo tiempo que le decía:

—Si me permites hablar con Quintus Arrius, toda esta tormenta se calmará.

—Pero, ¿tú le conoces? –preguntó Pilatos.

—Desde hace muchos años –contestó el Maestro.

Un momento después el príncipe Judá se abrazaba del cuello del Maestro, y toda su bravura de soldado se resolvía en un sollozo contenido y en dos lágrimas asomadas a sus ojos y que él no dejaba correr.

— ¡Judá, amigo mío!... –le dijo el Maestro con su voz más dulce que parecía un arrullo–. Tú me amas, ¿no es verdad?

Judá ya no pudo contenerse y doblando una rodilla en tierra besaba una y mil veces la diestra del Ungido y le decía con su voz entrecortada por la emoción:

— ¿Y me lo preguntas?, ¡Yhasua, mi Rey de Israel, el Mesías Ungido del Altísimo..., mi sueño de liberación y de gloria para el suelo que me vio nacer!... ¿No comprendes, Yhasua, que destruyes mis ideales, que matas todas mis ilusiones, que reduces a la nada mis esfuerzos y mis

trabajos de diez años atrás? ¿No comprendes que me dejas convertido en un harapo, en un ente sin voluntad, reducido poco más que a una bestia que come, bebe y duerme, sin un pensamiento de hombre que merezca la vida?...

El Maestro enternecido hasta lo sumo, se inclinó sobre la cabeza de Judá para dejar sobre aquella frente pálida y sudorosa el último beso de sus labios que también temblaban al decirle:

—Yo sé que me has amado mucho y que me seguirás amando aún cuando tus ojos no me vean más como hombre. No quieras oponerte a la Voluntad de mi Padre porque perderás en la lucha. Mi hora está señalada antes de la puesta del sol.

"¡Déjame morir feliz, Judá mío!... ¡Feliz de sentirme amado por almas como la tuya; feliz de saber que seguiré viviendo en un puñado de corazones que comprendieron mis ideales divinos de amor, de paz, de fraternidad entre todos los hombres de la tierra! Y que en esos corazones ha fructificado al mil por uno la divina simiente que sembré en este mundo y que vosotros que me habéis amado, llevaréis por todos los continentes y por todos los países. ¡He ahí, Judá, amigo mío, la más grande prueba de amor que quiero de ti!

"Te debes a tu esposa y a tus hijos. ¿Te acuerdas?...

"De haber venido yo a ser un hombre como todos, Nebai hubiera sido para mí la compañera ideal. Yo mismo la acerqué a ti un día hace doce años, allá bajo un rosal blanco en un jardín de Antioquía... ¡Y ahora la olvidas para enredarte en una lucha armada de la cual no saldrías con vida y sin conseguir prolongar mi vida! ¿No ves que es una insensatez la tuya al obrar así?

"¡Déjame entrar al Reino glorioso de mi Padre que me espera para coronarme! ¡Hacerme claudicar de mi supremo deber, Judá, no es ciertamente la prueba de amor que esperaba de ti! Por unos años más de vida terrestre, por una gloria efímera y pasajera, ¿quieres que cambie la gloria inmarcesible de Mensajero de Dios, de Hijo de Dios, de príncipe heredero en su Reino Inmortal?"

Judá que aún permanecía con una rodilla en tierra, inclinó su frente vencida sobre la mano de Yhasua que recibió las últimas lágrimas del hijo de Ithamar.

— ¡Te he comprendido por fin, Yhasua, Hijo de Dios!... –dijo Judá levantándose–. ¡Que el Altísimo sea tu compensación y tu corona!

"¡Adiós para siempre!..."

El Maestro le abrió los brazos.

— ¡Adiós para siempre..., no!, ¡jamás, nunca!, ¡porque el Hijo de Dios vivirá como Él, en el aire que respiras, en el agua que bebes, en el pan que te sustenta!

“¡Hasta luego, Judá, amigo mío!..., ¡hasta siempre!..., ¡unidos en la vida, en la muerte y más allá de la muerte!

“¡Que la paz sea contigo y con los tuyos!”.

¡El Maestro se desprendió de aquellos brazos de hierro que le estrechaban, y el príncipe Judá salió como un fantasma que arrastrara el huracán!...

—Se empeña en morir hoy, antes de la puesta del sol –le dijo a Pilatos cuando le vio de nuevo.

—Pues yo también soy duro de cerviz y no le condenaré –dijo–, porque un ciudadano romano no es un vulgar asesino que manda matar un hombre sin delito alguno.

—Que tus dioses te sean propicios –dijo Judá–. Si me lo permites, me quedaré entre la guarnición, pero no como primer oficial de la Itálica sino como un simple soldado, pues que no estoy en servicio activo. Quiero ver de cerca cómo se desarrollan los acontecimientos.

—Bien; te haré dar un uniforme de Centurión y mandarás la centuria que viene ya de la Ciudadela hacia aquí. Estos ruines judíos nos darán guerra hasta el final.

122
EL PALACIO ASMONEO

Algunos curiosos del pueblo pacífico y devoto que no pensaba sino en la celebración de las fiestas religiosas, comenzó a alarmarse de la triful-ca alrededor de la Torre Antonia y fueron acercándose cautelosamente hasta averiguar de qué se trataba.

¡Cuán lejos estaba el pueblo de figurarse que el reo cuya muerte pedían a gritos aquellos malhechores ex presidiarios, era el Profeta de Dios a quien entraron en triunfo cuatro días antes a la ciudad de los reyes donde esperaban verle coronado como Rey de Israel y Mesías Libertador!

Justamente en el aleccionamiento del astuto Hanán a los malhechores y esclavos comprados para este fin, entraba la consigna de ocultar cuanto pudieran la personalidad del ajusticiado, para evitar un tumulto popular que podía ser de fatales consecuencias.

Y a las curiosas preguntas de las gentes que se acercaban, daban esta contestación:

—Es un brujo impostor, aliado de satanás que pretende ser Rey de Israel y quiere destruir la ciudad y el Templo.

— ¡No queremos otro rey que el que nos envía Jehová, anunciado por los Profetas! –decían los del pueblo fiel, creyendo que se trataba de

un rival del Profeta Nazareno, que buscaba eclipsarlo y sustituirlo en el corazón del pueblo.

Habían ocurrido ya varios casos en los últimos cincuenta años de pretendidos o supuestos Mesías, que buscaban el favor popular y cuya falsedad quedó al descubierto por sí misma.

Y caídos en este nuevo engaño, los más revoltosos de entre el pueblo se fueron adhiriendo al populacho pagado para vociferar y maldecir de la manera más baja y soez.

Como ocurre siempre en los tumultos callejeros, la confusión acaba por dominar los ánimos, en forma que nadie se entiende y cada cual comprende y explica la situación como mejor le parece.

Mientras ocurre esto en la calle, los treinta miembros del Sanhedrín han cruzado la Galería de Herodes y han invadido el despacho del Procurador. Van decididos a triunfar en la lucha poniendo en juego la vileza y la astucia de que están animados.

Ensayan primero con la lisonja y el halago, después presentando ante él, el atractivo del oro al cual según ellos, ningún hombre resiste.

Pero Pilatos era algo supersticioso y tenía ante sus ojos el pergamino escrito por su mujer... “He visto en sueños tu desgracia y la mía, por causa de ese delito que los sacerdotes quieren cargar sobre ti”.

Y se negó enérgicamente a consentir en la muerte del Justo.

Entonces comenzaron las amenazas, veladas al principio y bien declaradas después.

—El César te ha puesto como un vigía sobre Judea para mantener el orden y la tranquilidad en el pueblo.

—Y ese hombre que te empeñas en defender trae convulsionado al pueblo con sus pretendidos milagros, que no son más que malas artes del diablo, para sugestionar a los ignorantes y hacerse proclamar Rey de Israel.

—Ha sublevado a los esclavos, enseñándoles que son iguales a sus amos, y tendremos aquí otra revolución a lo Espartaco, que costará muchas vidas a nuestro país y a las Legiones del César.

—Si no atiendes nuestras razones, hoy mismo nos pondremos en viaje para Antioquía, a presentarnos ante el Legado Imperial. Entre la muerte de un hombre que no es más que un audaz impostor, y una sublevación popular que costará muchas vidas a las Legiones romanas, el Legado Imperial se expedirá por la razón y la justicia.

Pilatos comenzaba a vacilar.

—El prisionero es galileo –dijo de pronto–, y por tanto no está bajo mi jurisdicción, sino bajo el mandato de Herodes, rey de Galilea y Perea.

“En rigor, es él quien debe juzgarle.

— ¡Mejor que mejor!... Herodes es nuestro amigo y casi nuestro

correligionario, pues de vez en cuando acude al Templo a ofrecer sacrificios –contestó uno de los jueces.

—Le mandaré a Herodes y lo que él decida se hará –dijo por fin Pilatos y levantándose dio por terminada la entrevista.

Los jueces se volvieron al Templo siempre por la Galería llamada de Herodes, para no ser vistos del pueblo.

El Maestro fue colocado en una litera cubierta de las que en la Torre se usaban para el traslado de prisioneros que deseaban ocultar a las furias del populacho y con una escolta fue enviado a Herodes. Judá, con uniforme de Centurión se ofreció a mandar la escolta.

Antes de emprender la marcha hacia el palacio de los Asmoneos, abrió la ventanilla trasera para mirar de nuevo al amado cautivo; que con sus ojos cerrados y su cabeza echada hacia atrás parecía una estatua de marfil cuya palidez asustaba.

— ¡Yhasua! –dijo en voz baja, pues se ocultaba de los soldados de la escolta–. ¡Yhasua!..., ¡por piedad!..., ¡una palabra tuya y aún puedo salvarte de la ignominiosa muerte que esos bárbaros van a darte!... ¡Una palabra, Yhasua!..., ¡una sola!...

Pero Judá esperó en vano esa palabra que no salió de la boca del Maestro, herméticamente cerrada.

Ni siquiera demostró haberlo oído. Ni sus ojos se abrieron, ni hizo ningún movimiento y hasta parecía que la respiración se le hubiese paralizado. Su quietud era absoluta.

Con la muerte en el corazón, el príncipe Judá cerró la ventanilla, y litera y escolta emprendieron la marcha.

¡Qué serie de terribles tentaciones pasaron como siniestros relámpagos, por la mente febril de Quintus Arrius!

Podía dar la orden de que en vez de ir al palacio Asmoneo, marchasen hacia la puerta más próxima de la ciudad para salir hacia Bethphagé donde estaban parte de las fuerzas del Scheiff Ilderín, o hacia los almacenes de Simónides que tenían salida subterránea al Valle del Hinom, de donde los lanceros Tuaregs mandados por Faqui podían llevarle a su lejano país.

Mas..., una sola fuerza contenía todos sus ímpetus, apagaba todo el fuego de su coraje, todas sus ansias de aplastar a los malvados y de libertar al Justo: ¡la impasible firmeza del Mártir en asegurar que antes de la puesta del sol debía morir!

El horrendo tormento de Judá en ese instante, difícilmente podremos apreciarlo y medirlo.

¡El grandioso santuario de su fe se conmovía hasta los cimientos!

¿En qué podía creer, si veía caer por tierra la luminosa estela diseñada por las profecías en el cielo luminoso de Israel, pueblo escogido de Jehová?

¿Para esto había sacado Moisés al pueblo judío de la esclavitud de Egipto? ¿Para esto había enviado Jehová toda una constelación de Profetas a anunciar la llegada de su Verbo, de su Mesías Libertador?

¿Para este desastroso fin había bajado el Espíritu-Luz de su séptimo cielo de dicha y amor, a esta dolorosa prisión de la tierra que quedaba a su partida en igual angustia que la encontró?

¡El infeliz Judá se volvía loco!... ¡Parecíale que la tierra se estremecía y temblaba bajo los cascos de su caballo fogoso más que su amo!... Parecíale que todo danzaba en derredor suyo, los palacios, las casas, los mercados y tiendas por donde iban pasando... Parecíale que mil fantasmas de horribles rostros grotescos rondaban en torno suyo haciéndole muecas de burla por el tremendo fracaso de sus ideales... ¡Una pesada atmósfera le asfixiaba! Creyó que iba a caer del caballo y se apeó en mitad de la calle.

La escolta se detuvo con gran asombro de los soldados, que ignorantes de la vinculación de su jefe con el prisionero, no pudieron interpretar en su realidad este incidente.

Judá sudoroso y pálido, descansó su fatigada cabeza sobre la montura y se tomó fuertemente del cabezal para no caer a tierra como un cuerpo inerte a quien abandona la vida.

De pronto sintió una poderosa reacción en todo su ser. Pensó en Yhasua Mártir, a quien quería acompañar hasta verle entrar en el Reino de su Padre. Pensó en Nebai que sin Yhasua y sin él quedaría doblemente huérfana y sola en el mundo. Pensó en sus dos hijitos que le llamarían en vano todos los días al despertarse en sus camitas de pluma y gasas... ¡una oleada de angustia le oprimió la garganta, y dos gruesas lágrimas se deslizaron por sus mejillas que volvían a tomar el color de la vida!...

Montó nuevamente en su caballo árabe negro retinto, y dijo ya sereno:

— ¡Vamos!...

La escolta continuó la marcha y no tardó en estar ante la imponente mole de mármoles grises del palacio Asmoneo.

A los soldados que guardaban la entrada, les dijo el príncipe Judá el encargue que traían del Gobernador.

Para Herodes era una doble satisfacción el envío que le hacía Pilatos, en el cual veía una prueba de que Roma reconocía su soberanía sobre Galilea y Perea, no obstante la decadencia de su reinado, y además satisfacía el deseo que le acicateaba, de ver alguna de las estupendas maravillas que se contaban del Profeta, súbdito suyo y al cual no conocía.

Cuando tuvieron la orden de pasar, Judá iba hacia la litera con la llave en la mano para abrirla.

La puerta se abrió sola y Yhasua bajó sereno y firme, y comenzó a subir el graderío del suntuoso pórtico.

De un paso estuvo Judá a su lado. Iba a hablarle, pero el Maestro con la entereza de un rey que manda, se puso el índice sobre los labios indicándole silencio.

¡Judá quedó estupefacto! Vio en Yhasua una majestad tal, una grandeza tan soberana, que un nuevo rayo de esperanza iluminó su espíritu tan abatido unos momentos antes.

¡Quién sabe qué maravilloso acontecimiento iba a presenciar en aquel momento, y en aquel sitio, donde cada bloque de piedra era un cofre de recuerdos, de glorias pretéritas y de heroicos martirios!

Herodes Antipas, como un grueso fardo de carne amoratada por la continua embriaguez en que vivía, estaba perdido en su enorme sitial encortinado de púrpura y oro, y pavimentado con ricos tapices de Persia.

Una media docena de criados lujosamente vestidos le preparaban ante su vista, un sinnúmero de brebajes, jarabes, licores que no alcanzaban nunca a satisfacer su insaciable sed, como si un fuego interno le quemara las entrañas.

— ¡Por fin te echo los ojos encima, Profeta! –dijo el rey al Maestro cuando estuvo ante él.

Judá le alargó el rollo de pergamino que Pilatos le enviaba, en el cual dejaba constancia que no encontraba delito alguno en el prisionero, que el Sanhedrín judío se empeñaba en condenar a muerte, porque a su juicio era un rebelde ante las leyes judaicas, y arrastraba al pueblo a la rebelión en contra de la autoridad religiosa que ellos investían...

— ¡Ah, los Rabinos!... –gruñó Herodes–, siempre celosos de su autoridad, no quieren que vuele una mosca sin su permiso.

"¡Vaya, vaya! hazme uno de tus grandes milagros, Profeta, y tú y yo seremos buenos amigos. Tomaremos juntos una ánfora de vino de Chipre a la salud de los Rabinos del Templo.

"¡Y aún eres joven y hermoso! Harías un lúcido papel como augur o sátrapa en mi corte oriental. No me vendría mal para mis días de hastío, y aún para curar al César de sus lúgubres pensamientos.

"Con un mago como dicen que eres tú, todavía me siento con fuerzas para hacer una piltrafa del Rey Hareth, y conquistarme de nuevo el favor del César.

A Judá le hervía la sangre en las venas oyendo este vocabulario, muy digno por cierto de aquel eterno borracho. La imponente majestad de Yhasua y sus ojos llenos de divina claridad, parecían ordenarle quietud y silencio.

— ¡Pero el Gobernador me manda aquí un ente mudo, al cual no se le

arranca ni una sola palabra!... –gruñó de nuevo el rey ya impaciente–. ¿Y tú, quién eres? –preguntó a Judá.

— ¡Ya lo ves, oh, rey!... Soy un Centurión Romano encargado de traer el prisionero.

— ¡Vamos por última vez!... –gritó Herodes–. ¡Si me complaces haciéndome ver tu poder, ilustre mago galileo, te doy mi palabra de Rey de no permitir que los Rabinos judíos toquen ni un cabello de tu cabeza!

La misma inmovilidad y silencio de estatua fue la respuesta que el prisionero dio al rey que lo interrogaba.

— ¿Quién piensas que soy yo?... ¿no ves acaso que tengo en mis manos tu vida o tu muerte?

"¿No sabes que soy el Rey Herodes Antipas, hijo de Herodes el Grande, que donde daba un puntapié caían cincuenta cabezas como granadas maduras?

"¿Y eres tú, el Gran Profeta que enloquece a las multitudes, que te aclaman como a futuro Rey de Israel?

"¡Tú eres un loco de remate!... Y no sé si esto es una burla del Gobernador que debo o no tener en cuenta".

Un jorobado abisinio que el rey tenía para divertirse dio un salto cómico desde la grada alta del sitial a donde estaba el Maestro, y Judá comprendió que aquel repugnante bufón intentaba saltar como un mono sobre el prisionero para divertir a su amo. Bien a tiempo lo tomó de ambos brazos y le dejó plantado sobre el piso.

—Ante un representante de Roma –dijo Judá con reconcentrada ira–, nadie se burla de un prisionero traído aquí para un juicio.

— ¡Hola!... ¿Te enfadas, Centurión? –dijo el Rey entre serio y burlón–. Llévale el preso al Gobernador, que yo no gasto tiempo en interrogar a un loco. ¡Otras cosas me interesan más!... –dijo mirando al cortinado del fondo del salón que se abría y daba paso a su hijastra Salomé con una corte de danzarinas y esclavas, con pebeteros ardientes en que se quemaban penetrantes perfumes, y con laúdes que exhalaban músicas más enervantes aún que los perfumes.

Salomé que creía solo al Rey, se quedó un instante suspensa.

Los ojos llenos de luz del Profeta se clavaron en los de ella, que dio un grito agudo de espanto y retrocedió hasta la puerta.

— ¡El Profeta del Jordán!... –dijo presa de terror–. ¡Son sus ojos!... ¡Ha resucitado!... ¡Es él!...

— ¡No seas tontuela, niña!... –gritó con voz mimosa el Rey–. Aquel fue degollado en Maqueronte, y éste es un infeliz loco que no hace daño ninguno... ¡Ven acá mi ave del paraíso!... ¡Ven acá!

"Centurión, saca de mi presencia tu loco y di al Gobernador que no honra al César, lo que hace su representante en Judea".

El príncipe Judá en un violento arranque llevó la mano al pomo de su espada y de buena gana hubiera dado un planazo en el grueso abdomen de aquella bestia coronada, pero una mirada del Maestro le obligó a bajar los ojos y dando media vuelta le tomó de la diestra y salieron al pórtico donde esperaba la litera y la escolta.

— ¡Yhasua!... –murmuró Judá en voz apenas perceptible–... ¿Adónde vas por este camino?... ¿Adónde vas?..

El Maestro sin pronunciar una sola palabra miró con indecible amor al infinito espacio, dorado por el sol de medio día y señaló con su índice el cenit resplandeciente de luz.

— ¡Siempre lo mismo!... –exclamó Judá viéndole entrar a la litera que se cerró detrás de él.

En este momento preciso y como por efecto de una súbita iluminación, se sintió transformado en su mundo interior. Una gran tranquilidad le invadía porque acababa de comprender el sentido de las palabras del Maestro: "La muerte por un ideal de liberación humana, es la suprema consagración del Amor". Y el príncipe Judá reflexionaba así:

—Era esa la entrada triunfal en el Reino de Dios, a que había aludido en los últimos tiempos. Era esa la gloriosa coronación que él esperaba mediante la cual adquiría derechos de Padre, Conductor y Maestro sobre la humanidad de este planeta.

"La religión judía representada por su pontífice, príncipes y doctores, le condenaba por sus obras de amor heroico a sus semejantes y por su enseñanza condenatoria de la esclavitud, de la explotación del hombre por el hombre, del abuso del poder y de la fuerza contra el débil, y del infame comercio que se hacía con la Idea Divina; puesta al nivel de las figuras mitológicas del paganismo más burdo y grosero, que con ofrendas de carnes vivas y palpitantes y oleadas de sangre caliente, aplacaban su cólera y sus furores.

"Yhasua de Nazareth, Profeta de Dios, había mantenido ardiente oposición durante toda su vida a tamaños desvaríos de mentes obscurecidas por la soberbia y la ambición. ¿Cómo pues podía claudicar en su edad viril, de lo que fue su luminoso programa de enseñanza y de vida, desde sus primeros pasos por los valles terrestres?".

De estos profundos pensamientos se despertó a la realidad el príncipe Judá, con los primeros grupos de amotinados que recorrían las calles vecinas al pretorio, pidiendo a gritos la muerte del impostor, del seductor, del embaucador del pueblo, del brujo amigo de satanás.

— ¡Yhasua acaba de hacer una de sus más grandes maravillas!... –pensaba Judá al convencerse del cambio que se había obrado en él mismo–.

“Un hombre Ungido de Dios que ha venido a la tierra para enseñar a los hombres la Verdad, la Justicia y el Amor, no puede obrar de otra forma que como obra Yhasua. ¡Es el Cristo Hijo de Dios, y los hombres no lo comprenden!

Y el príncipe Judá transformado en otro hombre por la magia divina del amor del Cristo, cuando abrió la litera frente a la plaza de la Torre, dobló una rodilla en tierra y besando la diestra de Yhasua como se besa un objeto sagrado le dijo a media voz:

— ¡Porque eres el Mesías anunciado por los Profetas, es que buscas, Yhasua, en la muerte, la suprema consagración del Amor!

—Has subido a la cumbre conmigo –le dijo–. ¡Judá! ¡El Hijo de Dios te bendice! –Fueron las últimas palabras que el Maestro dirigió al gran amigo, cuya comprensión de la suprema verdad, se despertaba cuando él iba a morir.

El Procurador Pilatos se desconcertó todo al ver que el prisionero le era devuelto. ¡Ni aún Herodes, criminal y asesino como su padre, se atrevía a condenar a un hombre inocente!

¡Y ellos, los hombres del Templo que vivían pendientes de la palabra de Jehová, que no levantaban una paja del suelo ni dejaban condimentar alimentos al fuego en sus casas en día sábado, para no transgredir la ley del descanso, se empeñaban en matar un hombre inocente sin parar atención en que la Ley Divina decía: ¡No matarás!

¡Aberraciones humanas de todos los tiempos y de todas las religiones, cuando olvidando su misión puramente espiritual, se adueñan del poder y se postran ante el becerro de oro!

¡Mientras no florezca en todas las almas la única religión emanada de los Diez Mandatos de la Ley Divina, la religión del Bien, de la Verdad, de la Justicia y del Amor, habrá siempre justos condenados como criminales, y verdugos disfrazados de santos!...

Los cuatro Doctores de la Ley, amigos de Yhasua, José de Arimathea, Nicodemus, Gamaliel y Nicolás, miembros del Sanhedrín, tuvieron noticia extraoficial de lo que ocurría, y como cráter de un volcán estalló su indignación en el seno del Gran Consejo representante de la sabiduría y virtudes gloriosas de Moisés, y convertido entonces en una horda de vulgares asesinos ensañados como fieras en un Profeta de Dios, cuya vida era un salmo divino de amor a sus semejantes.

¡La discusión ardía como una llama!..., pero eran sólo cuatro contra treinta y dos.

Las minorías selectas y escogidas son siempre las que pierden en esta clase de lucha y los cuatro amigos del Mártir fueron excomulgados, malditos y expulsados del Sanhedrín, por desacato a la suprema autoridad pontificia. ¡Nunca más podrían tener entrada en el Consejo de los santos

de Israel, ni aún a los pórticos del Templo!, de cuyo sagrado recinto les había arrojado a empujones el comisario y sus guardias.

Los cuatro se presentaron a pedir audiencia a Pilatos, justamente en el momento en que el príncipe Judá entraba de vuelta con el prisionero.

La escena que allí tuvo lugar entre José de Arimathea y Nicodemus, que habían tenido en brazos a Yhasua niño de cuarenta días, cuando le vieron pálido y demacrado de pie ante Pilatos, no es para describirla con palabras que nunca pueden tener la intensa vibración de la realidad en aquel momento.

Se extrañaron grandemente de ver a Judá desempeñando el triste papel de guardián del augusto prisionero.

El príncipe Judá que parecía haber vivido diez años de dolor en una hora sola, les contestó con una serenidad que les espantaba:

—Viendo que Yhasua se empeñaba en morir antes de la puesta del sol, he pedido al Dios de nuestros padres la fuerza necesaria para acompañarle hasta el último momento.

José de Arimathea, anciano ya, se abrazó del Mártir silencioso para decirle entre sollozos:

— ¡Tú que eres la Luz, sabes lo que haces! ¡También yo quiero acompañarte hasta verte entrar en el Reino de Dios!

En el abrazo supremo a los cuatro amigos, les repitió el Maestro la misma palabra divina que había dicho a Judá: “El hijo de Dios te bendice”.

La negra masa del populacho enfurecido se iba aumentando rápidamente, con los revoltosos desocupados que abundan en todas partes y que ignorantes de los móviles verdaderos de aquel tumulto se dejaron arrastrar a él por los malhechores comprados con el oro sacerdotal.

Pilatos enloquecido, no sabía lo que había de hacer que le acarrease menores males.

El Sanhedrín había despachado mensajeros urgentes hacia Antioquía con graves acusaciones al Delegado Imperial.

Tuvo Pilatos una idea final.

Tenía en los calabozos de la Torre Antonia un asaltante feroz de los caminos recorridos por las caravanas, autor de incontables asesinatos y robos hasta en el Templo mismo. Su nombre era sinónimo de demonio, y las madres y abuelas le usaban como arma para contener a los chicuelos rebeldes y malos, que eran la pesadilla del hogar: Barr-Abbás.

Pilatos le mandó traer de su profundo calabozo perpetuo, y su sola figura causaba espanto pues más parecía un oso negro que un hombre.

Salió al pretorio con él y con Yhasua de Nazareth.

—Aquí tenéis estos dos hombres –dijo a la turba feroz que gritaba y maldecía–:

“Este tiene más asesinatos y crímenes que pelos en su cabeza. Y este otro no ha hecho daño a nadie, ni siquiera a las moscas. ¡Y vosotros pedís su muerte! ¿A cuál de ellos queréis que deje libre, a Yhasua o a Barr-Abbás?

— ¡Suéltanos a Barr-Abbás y condena a muerte al impostor, al brujo, al que se ha llamado Mesías de Israel!

— ¡Crucifícale! ¡Le queremos ver colgado de un madero en cruz como a los esclavos rebeldes!

— ¡Es un esclavo infame y se apellida, Mesías-Rey!...

— ¡Es un blasfemo y merece la muerte!

Y los gritos subían de tono como ruido sordo de una tempestad.

Los viejos del Sanhedrín estaban allí a la vista de la masa de malhechores enfurecidos, animándoles con sus ojos de fieras rabiosas que tenían la presa al alcance de sus garras y de sus dientes.

Pilatos quedó vencido.

Mandó traer un lebrillo con agua y siguiendo la costumbre en tales casos, se lavó las manos en presencia de todos diciendo:

— ¡Que la sangre de este justo que os empeñáis en matar, no caiga sobre mi cabeza; allá vosotros con este crimen!

Un grito feroz resonó unánime:

— ¡Que caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!

— ¡Sea como lo queréis malditos judíos! –gritó Pilatos al mismo tiempo que de un empellón terrible, les soltó encima al asesino Barr-Abbás diciéndole–:

“¡Anda lobo, entre ellos, y devóralos a todos juntos!

Cuando Pilatos entraba a su despacho se encontró frente a frente de Claudia, su mujer, toda cubierta de un manto violeta.

— ¡Cobarde! –le gritó enfurecida aplicándole un feroz bofetón, al mismo tiempo que le arrojaba a la cara la cédula matrimonial y las joyas que él le había regalado el día de su boda.

Y sin dar tiempo a que él se repusiera de la impresión, se hundió por la rampa secreta que se abría en la muralla y desapareció.

Sus dos esclavas galas con sus novios ya libertos, la esperaban con caballos en la puerta trasera de la Torre llamada de los ajusticiados.

Por ella habían sido libertadas del calabozo años atrás por la influencia del Maestro, Noemí y Thirsa, madre y hermana del príncipe Judá. Por esa misma puerta escapaba Claudia de la infamia en que acababa de hundirse su marido, condenando a muerte al hombre más puro y más bueno que había pisado la tierra.

Dos prisioneros de la Torre Antonia estaban condenados a muerte desde el día anterior. El uno era un bandido samaritano de nombre Gestas, que acababa de coronar su carrera de robos y asesinatos, con

la muerte de un soldado romano que descubrió su madriguera y quiso apresarle. Había sido prendido en momentos que arrastraba el cadáver hacia el hueco de una roca con el fin de encubrir su crimen.

El otro era un hombre de edad madura cuya juventud fue muy borrascosa porque acontecimientos no buscados por él lo habían llevado a una vida al margen de la ley. En defensa propia y junto con aldeanos de su pueblo, habían herido malamente a dos correos del Procurador Valerio Graco, que al entrar a la casa de postas para cambiar las cabalgaduras atropellaron a indefensas muchachitas que llevaban sus cántaros a la fuente.

Este se llamaba Dimas. Y aunque su vida delictuosa de la juventud estaba casi olvidada, un último incidente lo puso de nuevo frente a la justicia humana. Retirado en las afueras de Beerseba, en la región montañosa de Judea vivía de un pequeño rebaño de cabras y de un huerto que cultivaba él mismo.

El patrón de una de las caravanas que hacían el viaje desde el Mar Rojo a Jerusalén, perdió algunos asnos que se despeñaron en un precipicio. Y viendo que pastaban sueltos los asnos de la cabaña de Dimas, los tomó tranquilamente y siguió viaje sin decir a su dueño ni una palabra. Cuando éste se enteró, corrió tras de la caravana para recobrar sus jumentos.

En la recia contienda que se armó por este motivo, el caravanero fue herido por Dimas y murió antes de llegar a Jerusalén.

Dimas fue capturado y condenado a muerte, pues se removió su borrascoso pasado y la ley tenía varias cuentas a cobrarse.

Pilatos dio orden de que los dos fueran ajusticiados juntamente con el Profeta Nazareno.

— ¡Quise salvarte! –le dijo Pilatos, cuando vio al Maestro por última vez–, y tú no lo quisiste.

"¡Negra desventura ha caído sobre mí por tu causa, Rey de los judíos! –El Maestro no le contestó.

Al oír esta palabra uno de los ejecutores de la sentencia creyó que sería de gran efecto en la horrorosa tragedia, el poner sobre la persona del llamado Rey de los judíos, un desteñido manto rojo de los usados por los verdugos para cubrir sus ropas cuando azotaban o torturaban algún reo, lo cual les resguardaba de las salpicaduras de sangre. Y con un haz de varillas de fresno hizo un simulacro de corona, que entre burlonas carcajadas la colocó sobre la hermosa cabeza de Yhasua.

El príncipe Judá, que con su corazón destrozado quería a toda costa mandar las fuerzas militares que guardarían el orden, se presentó en la prisión en ese momento.

De un tremendo puñetazo tiró a tierra al infame sayón que ni aún ante el dolor y la muerte, tenía un sentimiento de nobleza para su víctima.

Le agarró del cinturón de suela que le ajustaba la túnica y de un solo empuje le arrojó fuera de la estancia.

Sobre el infeliz magullado fue a caer manto y corona con una rapidez de relámpago.

Otros verdugos entraron llevando los otros dos condenados y los maderos en cruz sobre los cuales debían morir.

Un temblor convulsivo agitaba los labios de Judá como ocurre a los niños cuando les ahoga el llanto. Una mirada de los ojos divinos del Mártir, en los cuales parecía resplandecer ya toda la luz de los cielos, le devolvió de nuevo la calma.

Los cuatro doctores amigos de Yhasua habían dado aviso de lo ocurrido al palacio de Ithamar, a la austera casona de Henadad, hospedaje de todos los discípulos galileos, a la casa de Lía donde se hospedaban los amigos de Betlehem, al local de la Santa Alianza, a la granja de Betania, a los príncipes Jesuá y Sallun de Lohes, que con Judá y Simónides habían trabajado tanto por la gloria de Israel con un Rey de la raza de David.

Faqui entró como un huracán en busca de Judá.

— ¿Pero tú has permitido esto? –le dijo sacudiéndole fuertemente de los brazos.

Judá pálido pero sereno, le señaló al Maestro sentado sobre el estrado que le había servido de lecho.

Faqui se precipitó hacia él y cayó de rodillas a sus pies llorando como un niño.

— ¡Yhasua!... ¡Tú eres el Hijo de Dios y has consentido esto!... ¡Cielos!..., ¿no ves que la tierra va a hundirse con este espantoso crimen? Tú que has salvado a tantos de la muerte, ¿no quieres salvarte a ti mismo?

El Maestro le puso una mano sobre la cabeza que se agitaba en su regazo como un pájaro herido, mientras le decía:

— ¡Faqui!..., porque me has amado mucho, mi Padre te deja compartir conmigo la inmensa dicha de mi entrada en su Reino.

"¡Morir para conquistar por siempre la corona de Hijo de Dios, no es morir, amigo mío, sino empezar a vivir la gloriosa vida del vencedor después de la victoria!

Faqui levantó su cabeza para mirar a Yhasua, cuya forma de expresión le resonaba de un modo extraño. Debido a su facultad clarividente, le vio entre un dorado resplandor donde se agitaban cien manos con palmas, coronas y laúdes, de los cuales parecía salir como el eco de una canción lejana, estas sublimes palabras:

"¡Morir por un ideal de liberación humana es la suprema consagración del amor!"

Todo esto pasó en un instante, como el fugaz resplandor de un relámpago.

— ¡La grandeza de Amanai está contigo! ¡Sea como tú lo quieres, Hijo del Altísimo!... –murmuró levantándose con la misma serena calma que hemos visto a Judá.

Cuando Faqui se inclinó para besar por última vez aquella blanca frente que él comparaba con el lirio del valle, oyó que Yhasua le decía:

—Ahora acabas de penetrar en el arcano de mi Padre. ¡El Hijo de Dios te bendice!

Judá se le acercó para decirle:

—Como yo soy un Centurión romano, tú dejas de ser un príncipe Tuareg. Corre y vístete como labriego o leñador y espera en la fuente de la calle de Joppe, que por allí pasaremos.

— ¿Qué piensas hacer? –preguntó Faqui.

—Yo, nada, pero debemos estar alerta hasta el último momento. ¡Mi esperanza vive, Faqui, y siento que es inmortal como Dios!

Faqui salió como una exhalación. Se había consolado sobre el corazón de Yhasua, y al igual que su amigo, esperaba indefinidamente. ¿Qué esperaban? Ellos mismos no sabían precisarlo.

Convencidos de que el Mártir era el Cristo, Hijo de Dios Vivo, no podían asociar tal idea con la muerte, y estaban seguros de que Yhasua terminaría su vida terrestre con igual majestad que el sol del ocaso, que desaparece de nuestra vista, para aparecer igualmente luminoso entre los resplandores de la aurora en otro hemisferio, acaso en otro mundo más digno que la tierra para recibir a un hombre que era Dios.

Los tres patíbulos no eran iguales. Dos de ellos eran de madera verde recientemente cortada, y el otro de madera seca que acaso desde tiempo atrás esperaba el reo que había de morir en él.

No sé si por una piedad pobre y tardía, pero sobre éste aparecía una pequeña tabla con esta inscripción: Rey de los judíos, lo que indicaba estar destinado al Profeta.

Era el menos pesado de los tres, pero así y todo, Judá no le dejó poner sobre los hombros de Yhasua, hasta que hubieron bajado el graderío del pretorio y estuvieron en la calle. Hubiera mandado llevarlo por los sayones, pero el Maestro adivinó su pensamiento y levantó sus brazos para colocarla él mismo sobre su espalda.

La cruz de la humanidad delincuente caía por fin sobre los hombros de su Salvador.

La humanidad podía decir con el Profeta en ese solemne momento: “Sin abrir su boca, cargó sobre sí con todas mis iniquidades”.

Apenas habían andado unos doscientos pasos, cuando comenzó de verdad para el augusto Mártir la calle de la amargura.

Fue Verónica, esposa de Rubén de En-Gedí la primera en llegar, seguida de sus hijos e hijas que trataban en vano de contenerla. Aquella mujer

exhalando al viento su llorar que rompía el alma, se abrió paso entre la turba maldiciente que rodeaba al Justo como una manada de lobos.

Judá, desde lo alto de su caballo la vio y dio orden de abrirle paso.

Se llegó hasta el Mártir que comenzaba a doblarse bajo el peso del madero, y arrancándose el blanco velo de lino que cubría su cabeza secó el abundante sudor que el calor del sol y la fatiga hacía brotar en aquella pálida faz, donde brillaban con extraño fulgor los ojos divinos del Cristo como estrellas lejanas al anochecer.

¡Aquella faz de nácar quedó grabada en el velo!... Judá lo vio y su corazón se estremeció de fervoroso entusiasmo, pues pensó para sí mismo: "Ahora comienzan las maravillas de la hora final".

En ese preciso momento llegaban también Susana y Ana, esposas de José de Arimathea y Nicodemus, Noemí, Thirsa, Nebai, Helena de Adiabenes, la anciana Lía, llevada en silla de manos por los amigos de Betlehem, al igual que Bethsabé conducida por sus hijos Jacobo y Bartolomé, que creían estar viviendo una horrible pesadilla.

Como la turba tratase de estorbarlas de acercarse al Maestro, Judá encolerizado ante tan inaudita maldad, ordenó a los guardias montados una fuerte carga que hizo retroceder un tanto a toda aquella masa de malhechores, que esperaban ansiosamente ver consumada la muerte para recibir el oro y la libertad prometida.

El Mártir se enterneció vivamente al ver el doliente grupo de mujeres que le habían conocido niño y que le habían seguido con su fe y con su amor durante toda su vida.

— ¿Por qué habéis venido para agotar mis fuerzas antes de la hora? –les dijo con su voz más tierna–. No lloréis por mí –añadió–, sino por vosotras, por vuestros hijos y por el pueblo fiel que recibió la palabra divina, y que sufriréis los horrores que vendrán por causa de este día.

"¡No lloréis!..., que antes de que el Sol traspase las colinas, yo estaré en mi Reino, para repetiros una y mil veces: El Hijo de Dios os bendice"

Formándole un muro alrededor, aquellas mujeres llorando desconsoladamente, no dejaban que el Mártir continuara su camino.

Diez jueces del Sanhedrín con Caifás a la cabeza, se presentaron de pronto conducidos en literas abiertas para amedrentar al pueblo con las insignias de la suprema autoridad religiosa que investían.

Habiendo tenido noticia de que mandaba la guardia montada, Quintus Arrius, el amigo del ajusticiado, temieron que en las afueras de la ciudad tratase de libertarlo. Al ver la escena dolorosa de las mujeres, los jueces comenzaron a gritar:

— ¡Las mujeres a su casa!... ¡Apártenlas a latigazos!... ¡Plañideras pagadas para chillar!... ¡Rameras de los caminos!

El príncipe Judá ciego de indignación, arremetió con su caballo el

cortejo de literas brillantes de oro y púrpura. Algunos esclavos conductores perdieron el equilibrio y cayeron, causando por consiguiente la caída de algunos de aquellos malvados viejos, que con sus gritos insultantes querían dar a entender la baja estofa a que pertenecía el ajusticiado y sus amigos.

— ¡Quien manda aquí soy yo, en nombre del Gobernador! –había gritado Judá con voz de trueno–.

"¡A callar como muertos toda esa canalla, si no, aquí mismo os dejo con las entrañas al viento!...

Helena de Adiabenes y Noemí, cuya fe religiosa las hacía ver grandeza y santidad en los altos dignatarios del Templo, se quedaron estupefactas, al oírse llamar por ellos "plañideras pagadas para chillar, rameras de los caminos".

Y apretándose más cerca al Ungido de Dios que caminaba a la muerte le decían entre gemidos:

— ¡Señor!..., ¡te vas de este mundo llevándote el amor, la piedad y la justicia..., y nos dejas bajo el látigo de los verdugos de Israel!

Los ojos de lince de Hanán habían reconocido a Helena, cuya arca estaba siempre abierta para los valiosos donativos que le fueron solicitados, y pasando aviso a Caifás y demás jueces, guardaron silencio por doble conveniencia; Quintus Arrius no gastaba bromas, y la viuda de Adiabenes los miraba escandalizada. El príncipe Judá habló en voz baja a su madre y todo el grupo femenino siguió detrás del Mártir en profundo silencio.

Un observador hubiera notado que las palabras del príncipe Judá habían hecho nacer una esperanza en el doliente grupo de las mujeres judías.

Nebai se perdía en suposiciones y conjeturas. ¿Cómo y por qué mandaba Judá la guardia ese día? ¿Sería para salvar a Yhasua a última hora?... ¡Oh, sí!, ¡no había duda!... ¡Judá no le dejaría morir! ¡Y con la más viva ansiedad pintada en el rostro, continuaba andando!...

A la vuelta de un recodo de la calle y cuando ya estaban cerca de la puerta de Joppe, apareció frente a la comitiva un fornido labriego, alto, esbelto, casi como un gigante. Traía el azadón al hombro y se apoyaba en un bastón de encina.

Era Faqui, disfrazado, tal como indicara Judá.

Thirsa que le vio, iba a llamarlo por su nombre para cerciorarse de que era él, pues su extraña indumentaria hacía dudar a cualquiera.

Judá se apresuró a decirle:

—Buen hombre, si quieres ganarte unos sestercios deja el azadón y ven a cargar el madero de este penado, que no puede andar con su peso.

—Simón de Cirene para servirte, Centurión –le contestó el labriego.

Algunos de los jueces levantaron su voz de protesta.

— ¡He dicho que aquí mando yo! –volvió a gritar con voz de trueno el hijo de Quintus Arrius, que parecía sentirse señor del mundo para proteger al Cristo-Mártir hasta el último momento de su vida.

¿Qué pasaría por el alma nobilísima y tierna del Ungido cuando el Hack-Ben Faqui, su amigo, le tomó la cruz y la cargó sobre su espalda?

Los ojos del Mártir se llenaron de lágrimas y de su corazón de Hijo de Dios, subió a los cielos este divino pensamiento:

"Te adoro y te bendigo, Padre mío, porque han florecido mis rosas de amor sembradas en la tierra".

Libre ya el Maestro de aquel peso excesivo para su endeble y delicada naturaleza, su cuerpo se irguió de nuevo y continuó caminando al lado de Faqui.

123
EL GÓLGOTA

Los últimos en conocer la triste noticia fueron los discípulos venidos de la lejana Galilea.

La promesa de Yhasua hecha esa misma noche a María de Mágdalo, de que antes de ponerse el sol él sería libre, les mantuvo arrullados por la esperanza, hasta que llegó Nicodemus desolado, pálido como un muerto a llevarles la dolorosa verdad.

La dolorida madre del Mártir como la estatua viva de la angustia, no se movió ni para exhalar un grito en aquel terrible momento. El supremo dolor de su alma parecía paralizar todos sus movimientos. Se sentía morir junto con él y esperaba a la muerte en una quietud que espantaba.

Los discípulos se volvieron contra la Castellana de Mágdalo, para increparla duramente por el engaño que les había hecho.

— ¡Tú siempre viendo visiones! –le decía Juan con su voz entrecortada por los sollozos.

—Algún mal genio se te presentó, mujer, para engañarte, y lo tomaste por el Maestro –decíale Tomás ásperamente. Una tempestad de censuras se levantó contra ella, que anonadada y sin comprender lo sucedido se apoyó contra el marco de la puerta para no caer. Sentía que todo daba vueltas alrededor suyo y un temblor convulsivo estremecía su cuerpo.

La dulzura de Pedro volvió en su ayuda.

—No habléis así sin saber lo que decís. No es justo perder del todo la esperanza. Si como dice Nicodemus, el príncipe Judá manda la guardia, me parece que no será para llevar al Maestro a la muerte.

"¿Qué sabemos nosotros de la forma en que él subirá a su Reino?".

Estas palabras de Pedro, calmaron aunque levemente la agitación de

todos aquellos amigos del Maestro, que en número mayor de un centenar se hallaban en aquel recinto.

Allí estaba Felipe el griego como le llamaban, y debido a su temperamento vivo y ardiente, fue uno de los primeros en reaccionar y dijo resueltamente:

—En vez de estar aquí discutiendo lo que será o no será, corramos todos al pretorio de la Torre y veremos por nuestros ojos lo que ocurre.

Más tardaron en oír estas palabras que en salir corriendo en revuelto montón, hombres, mujeres y niños...

A los pocos pasos andados en la calle, se encontraron con Boanerges que venía sin aliento corriendo a todo lo que daban sus pies.

— ¡Le llevan ya por la calle de Joppe al Monte de las Calaveras!...

— ¡Dios bendito!... ¡Allí mueren los criminales ajusticiados!... –gritó la anciana Salomé, que apoyada en su marido andaba lentamente.

A Myriam que se empeñó en acudir cerca de su hijo aunque fuera para verlo morir, la conducían el tío Jaime y Pedro que iban detrás de todos.

Juan, Boanerges, María de Mágdalo y sus compañeras, Felipe con el huérfano Policarpo, los hijos de Ana y Gabes, Marcos y Ana de Nazareth, todos jóvenes, tomaron la delantera y corrían agrupados como bandadas de pájaros asustados por la proximidad de la tormenta.

Los más ancianos, atrás, esquivando los tropiezos para no caer..., lamentando sin duda la pesadez de sus miembros que les impedía la carrera, seguían a los otros con la agitación y la ansiedad pintada en el rostro.

Viendo estos cuadros vivos, el Divino Maestro hubiera repetido su genial pensamiento: "¡Padre mío!..., te adoro y te bendigo porque han florecido mis rosas de amor sembradas en la tierra".

Juan, María y Boanerges se adelantaron por fin al grupo, y pasaron como una exhalación por la puerta de Joppe entre una nube de polvo que levantaban sus pies.

Una atmósfera asfixiante y pesada caía como plomo sobre su fatiga, y densos nubarrones negros iban cubriendo la opalina claridad de los cielos. Multitudes de gentes, a las que llegaba tardía la noticia de quién era uno de los ajusticiados aquella tarde, asomaba de todas las encrucijadas de las calles y llegaba por todos los caminos.

— ¡Si él ha devuelto la vida a los muertos y curado leprosos y ciegos de nacimiento..., es el Mesías anunciado por los Profetas!... ¡Él no puede morir, no morirá jamás, porque Jehová mandará sus ángeles que le arranquen de sus verdugos! –Todos estos comentarios hacía a gritos la multitud, corriendo hacia el Monte de las Calaveras, donde esperaban presenciar el más estupendo de los prodigios del Cristo.

Cuando el primer grupo de nuestros amigos galileos dio vuelta el recodo de un árido barrancón cubierto de ramas secas, se les presentó como pintado sobre la negrura del cielo tormentoso, el más terrible cuadro que pudieran presenciar sus ojos: Yhasua, el dulce Maestro a quien venían buscando, suspendido de un madero en cruz en la cúspide del monte, entre dos ajusticiados que debían morir con Él.

Juan y Boanerges se apoyaron uno en otro para no caer de bruces sobre el polvoriento camino.

María de Mágdalo se estremeció toda, en una violenta sacudida que casi la tiró a tierra.

— ¡Señor!... –gritó con suprema desesperación y echó a correr nuevamente como si un vértigo de locura se hubiera apoderado de ella.

Subió jadeante la montaña de la tragedia, y fue a caer como un harapo al pie del madero donde iban cayendo lentamente hilos de sangre de los pies y manos del Mártir.

Judá y Longhinos como dos estatuas ecuestres, con la faz contraída por el dolor presenciaban aquel cuadro imposible de describir.

Las mujeres lloraban y rezaban.

El pueblo se amontonaba al pie del monte como una marea humana, que tenía rumores de olas embravecidas.

Como trazos formidables de luz, los relámpagos iluminaban a intervalos la negrura de la tormenta que tronaba con loca furia, encima de millares de cabezas humanas atormentadas por mil diversos pensamientos.

De pronto vieron con espanto que las colinas adyacentes ardían en rojas llamaradas. Cada cúspide parecía el cráter de un volcán. Y una especie de fantasma vestido de flotantes velos rojos, corría de un fuego a otro arrojando combustible, más y más en las hogueras ardientes.

Era Vercia, la Druidesa gala, que acompañaba la entrada a su Reino del Hijo de Dios, con el resplandor de cien fuegos sagrados con que evocaba al Gran Hessus para recibir a su Hijo.

La tierra temblaba estremecida en violentas sacudidas, y las montañas ardientes se abrían en tremendos terremotos, expulsando con furia de las antiguas grutas sepulcrales allí existentes, los blancos esqueletos humanos que pasaron allí largos años de quietud, y que un extraordinario cataclismo arrojaba ante los ojos de aquellas multitudes sobrecogidas de terror y de espanto.

Los jueces del Sanhedrín cuya conciencia les gritaba ¡asesinos!, quisieron huir temiendo más que nada el furor de los elementos, pero el príncipe Judá como un arcángel de la Divina Justicia, mandó a sus guardias que les sujetaran sin permitirles moverse de aquel sitio.

— ¡Cobardes asesinos! –les gritó con fuerza a fin de hacerse oír entre el fragor de la tormenta y el chocar de las rocas que se desmoronaban

por los flancos de las montañas–. ¡Cobardes asesinos!..., ¡quietos ahí!, ¡para que caiga como una eterna maldición sobre vosotros el último aliento del Hijo de Dios que habéis asesinado!

Un pavoroso silencio se fue haciendo poco a poco, sólo interrumpido por los sollozos de las mujeres y las plegarias de la muchedumbre que al pie del trágico monte veía sin poder creerlo, como una escultura de marfil suspendida entre el cielo y la tierra, al Profeta de Dios que unos días antes había entrado a Jerusalén entre hosannas de gloria y aclamaciones de triunfo y de amor.

En la agitación y suprema ansiedad en que todos estaban sumergidos como infelices náufragos en un mar tempestuoso, habían olvidado por completo a los fieles ancianos que acompañaron al Verbo de Dios desde la cuna.

Eliacín y Shipro pensaron en ellos, y en modestas literas cubiertas llevadas por una veintena de criados les condujeron al monte del sacrificio, donde el Hijo de Dios..., el dulce Yhasua que tuvieran de niño en sus brazos, entregaba su vida en el altar santo del amor fraterno, cimiento y coronación de su obra grandiosa de liberación humana.

Allí iban a verle morir, Melchor de Horeb, Simónides, Gaspar el hindú, Filón de Alejandría, Elcana y Sara, Josías, Eleazar y Alfeo, cuya ancianidad avanzada les imposibilitaba hacer a pie el penoso camino de barrancos y matorrales que conducía al Monte de las Calaveras.

Los cuatro amigos doctores habían corrido como enloquecidos, buscando a los miembros del Sanhedrín que quedaron sin aviso del juicio que se realizaba, con la esperanza de formar mayoría y anular la sentencia de muerte dada contra el Justo, aunque esto fuera a última hora.

Pero sufrieron la decepción de la cobardía en casi todos ellos, que mirando más la propia conveniencia que la vida del prójimo, no tuvieron el valor de ponerse frente al pontífice Caifás ni a los jueces, doctores y sacerdotes, que habían condenado al Profeta de Dios.

—Nosotros no le hemos condenado –contestaban cobardemente–. ¡Allá ellos con esa muerte!

—Pero vuestra cobardía os hace cómplices del delito –les dijo José de Arimathea.

—Al negaros a intervenir –añadió Nicodemus–, dejáis el campo libre para que el crimen sea consumado.

—Levantaré contra vosotros –gritó fuera de sí, Gamaliel–, a toda la juventud del Gran Colegio, que os arrojarán en las aulas las tablillas a la cabeza y os gritarán: ¡No queremos verdugos ni asesinos para maestros!...

Estos cuatro llegaron a la montaña de la tragedia, cuando el Mártir llevaba ya una hora suspendido en la cruz.

Tanto ellos, como la triste procesión de los ancianos, se vieron en grandes dificultades para llegar al pie de la montaña, debido a los enormes trozos de rocas y de tierra que el terremoto había arrojado sobre todos los senderos que conducían a ella.

Era la madre del Mártir, el imán que atraía a todos sus amigos y discípulos. Y la dulce mujer sentada sobre una roca, con la mirada fija en su hijo, parecía no darse cuenta de que era el centro de toda la piedad y de todo el amor, de los que amaron al Cristo por encima de todas las cosas.

La humana personalidad del Mártir se agotaba visiblemente con la pérdida de sangre y la pesadez de la atmósfera, ardiente como una llama.

Los ojos de sus discípulos, amigos y familiares lo abrazaban con sus miradas llenas de ansiedad y desesperación, esperando en vano que a una palabra suya, se abrieran los cielos y legiones de arcángeles justicieros bajaran como enjambre de pájaros luminosos para arrancar al Ungido de su patíbulo infame.

Pero el alma del Cristo flotaba sin duda por horizontes lejanos, o su clarividencia le presentó con vivos colores las consecuencias del crimen que los dirigentes de Israel cometían, porque su voz doliente exhaló un gemido como un sollozo para decir:

—*"¡Perdónalos Padre, porque no saben lo que hacen!"*

Algunas voces amigas clamaban entre sollozos:

— ¡Hijo de Dios!... ¡Mesías de Israel!... ¡Acuérdate de mí cuando estés en tu Reino!...

— ¡Llévanos, Señor, contigo!... ¡No queremos la vida sin ti!...

— ¡Hasta los elementos estallan de furor contra los verdugos del Hijo de Dios!...

Pero estas y otras frases, al igual que las plegarias y los llantos se perdían entre el estampido de los truenos, el chocar de las piedras que saltaban a gran distancia, y el crepitar de las ramas que los fuegos sagrados de Vercia iban reduciendo a cenizas...

Un jinete de turbante y manto blanco que el viento agitaba como alas que volasen desesperadamente, se apeó al pie de la montaña y fue a caer de rodillas en lo alto de la explanada donde habían levantado los cadalsos.

Levantó su mirada a los cielos y luego sus ojos negros y profundos se posaron con infinita angustia en aquel rostro amado, en el cual ya aparecían las huellas de la muerte.

Era el Scheiff Ilderín que acababa de llegar de Jericó, adonde le llevaron la terrible noticia cuando se disponía a entrar con sus valientes jinetes árabes para proclamar al Ungido del Señor como Rey de Israel.

El terror se apoderó de toda aquella enorme multitud, cuando un espantoso trueno hizo estremecer la montaña, y en la negrura de los cielos, el siniestro resplandor del rayo apareció como una serpiente de fuego que se rompía en la inmensidad.

Los que estaban más próximos al divino Mártir le oyeron decir:

— ¡Padre mío!... ¡Recibe mi espíritu! ¡Todo fue consumado!

La hermosa cabeza sin vida se inclinó como un lirio tronchado por el vendaval.

Recién entonces, Judá, Faqui, Ilderín, Simónides, sus discípulos, amigos y pueblo, comprendieron que ya no tenían nada que esperar.

Entonces se desató como un huracán el furor de Judá, de Faqui, de Ilderín, de Vercia, que había subido con los suyos con hachones ardientes para iluminar las tinieblas.

Con los pilums o lanzas, con jabalinas, con látigos, hicieron rodar montaña abajo las literas de púrpura y oro de los magnates del Templo.

— ¡Fuera de aquí, lobos hambrientos!... ¡Atrás vampiros, mercaderes del Templo, antes que haga aquí una carnicería con todos vosotros! –gritaba enfurecido Judá.

Las mitras, las tiaras, los tricornios brillantes de pedrería salían volando, mientras sus dueños a saltos bajaban la montaña como lebreles, acobardados a la vista de los leopardos. Sus esclavos huían despavoridos ante el jinete del turbante blanco y el Centurión del caballo retinto que no daban tregua a los que poco antes vociferaban con burlas soeces y salvajes gritos.

— ¡Ya no está Él para verme!... –gritaba como enloquecido Judá–. ¡Sus ojos están cerrados y no me imponen silencio!... ¡Fuera de aquí malvados!... ¡Ahora soy yo la justicia de Dios para acabar con todos vosotros!...

Vercia la Druidesa gala, había hecho un imponente fuego sagrado al pie de la montaña trágica, con las literas y púrpuras sacerdotales y las zarzas secas de los barrancos. ¿No era aquel árido peñasco, un altar en que había sido inmolado el Hombre-Luz, el Hijo del gran Hessus?

El pueblo se desbandaba a todo correr, presa de horrible pánico y la policía montada iba a retirarse también.

Cuando sólo quedaban en el recinto de la tragedia los familiares, discípulos y amigos, Judá se quitó el casco, coraza y cota de mallas y lo entregó a Longhinos diciéndole:

—Dirás al Gobernador que he terminado mi papel de militar.

Longhinos le saludó militarmente y al frente de las fuerzas bajó la colina ennegrecida de sombras pensando: “El Gobierno romano y el Sanhedrín judío, se hundirán en igual abismo, porque unidos ajusticiaron a un Dios encarnado, superior a los dioses del Olimpo”.

El príncipe Judá acercó entonces su caballo al cadalso del Cristo y poniéndose de pie sobre la montura, unió su cabeza trastornada con aquella otra cabeza ya sin vida y rompió a llorar a grandes sollozos que despertaron ecos en los huecos de la montaña y en los corazones que le escuchaban...

— ¡Yhasua!..., ¡amigo mío!, ¡mi Rey de Israel!..., ¡mi sueño de toda la vida!... ¡Hoy moriré también contigo porque no quiero, no!, ¡ni un día más de vida en esta tierra de crimen y de infamia!...

Faqui vio brillar en su diestra un pequeño puñal y de un salto subió al caballo y le tomó fuertemente la muñeca, mientras le decía:

— ¡Judá, amigo mío!... ¿No sabes que el Hijo de Dios no ha muerto, ni puede morir jamás?

"Ahora más que nunca debemos vivir por Él y para Él, para que su nombre se esparza como reguero de estrellas sobre toda la tierra".

Un temblor nervioso se apoderó de Judá que sintiendo que todas sus fuerzas le abandonaban, se dejó caer en los brazos de Faqui y unos momentos después, el noble y valiente príncipe Judá se hallaba tendido sobre una manta al pie del patíbulo en que había muerto su Rey de Israel. La violenta crisis le produjo un pesado letargo.

Pequeños bultos sombríos se veían aquí y allá, y entre aquellas tinieblas ni aún los amigos se reconocían.

La dolorida madre apoyada en su hermano Jaime, se había acercado hasta la cruz en que estaba muerto su amor, y sus manos heladas buscaron a tientas los pies heridos y húmedos de sangre de aquel Hijo Santo por el cual tanto y tanto había padecido durante toda su vida.

En este acercamiento, la infeliz madre percibió un objeto que no se movía, al mismo pie del madero. En sus pies sentía el calor de ese otro cuerpo, que sólo parecía un pequeño bulto en la obscuridad. Era María de Mágdalo que abrazada al madero desde que llegó, estaba con su cabellera empapada en sangre y sumida en un atolondramiento muy semejante a la demencia.

Nebai era otro bulto en las tinieblas, abrazada con sus dos hijitos, el uno de ocho años y el otro de cinco.

Llorando amargamente les hacía repetir las palabras del Salmista:

"Dios tenga misericordia de nosotros y nos bendiga, haga resplandecer su gloria sobre las tinieblas".

"¡Sálvanos Dios Señor nuestro, porque aguas amargas han penetrado hasta el fondo del alma!".

"¡Oh, Jehová!..., ¡a ti clamamos!, ¡escucha esta voz que te invoca!".

"¡Elevada sea mi oración delante de Ti como un perfume, y el don de mis manos como la ofrenda de la tarde!".

Los moradores de la apacible Betania, Martha, Lázaro y la pequeña

María, habían llegado los últimos, como para recoger en sus corazones llenos de angustia las postreras palabras del Mártir:

"¡Padre mío, recibe mi espíritu!... ¡Todo fue consumado!".

Martha cayó de rodillas y hundió su cabeza en el polvo murmurando entre sollozos:

— ¡Que Dios tenga misericordia de nosotros!... ¡Señor!... ¡Señor!...

"¡Mira la grandeza de tu Hijo y no la maldad de los hombres!...

"¡Mira su amor y no nuestra iniquidad!...

"¡Misericordia y piedad, Señor!..."

El rumor de sus palabras se perdía entre el llorar desconsolado de aquel centenar de personas, que se movían como fantasmas en torno al Ungido de Dios suspendido en la cruz.

Lázaro se quedó quieto y mudo como una estatua, a pocos pasos del cadalso del gran amigo que había curado sus dolores morales y físicos, y cuyo acercamiento fue para él como el comienzo de una vida nueva.

La pequeña María, tímida y medrosa fue acercándose lentamente hacia el grupo central que lloraba al pie de la cruz. Y cuando a la luz temblorosa del fuego sagrado de Vercia, reconoció en aquella faz lívida, el dulce rostro del Maestro, exhaló un gemido de agonía y cayó sin sentido sobre el regazo de Verónica que sentada en el duro suelo, rezaba y lloraba.

La pobre niña no volvió en sí hasta algunas horas después.

José de Arimathea y Nicodemus habían vuelto a la ciudad a pedir al Gobernador el permiso necesario para bajar al Maestro del madero y darle sepultura esa misma noche, en vista de que al siguiente día no permitía la Ley hacer ese trabajo.

Obtenido el permiso, los hombres más jóvenes y fuertes procedieron a descender aquel amado cuerpo que tantas fatigas había sufrido por consolar a sus semejantes.

Melchor y Gaspar previendo aquel momento, habían traído en sus literas las vendas y lienzos de lino exigidos para la inhumación.

Con los asientos de las literas en que fueron conducidos los ancianos, se formó un estrado cubierto con un blanco lienzo y allí depositaron a Yhasua muerto.

¡Myriam su madre, puesta de rodillas, pudo por fin abrazarse a la amada cabeza de su Hijo, y besar sus ojos cerrados, su frente, su boca, sus mejillas como si con el calor de sus besos quisiera inyectarle de nuevo la vida!...

Los hombres y las mujeres, ancianos y niños desfilaron conmovidos en torno a aquel humilde féretro, en que yacía el cuerpo inanimado del Mártir, que la noche antes les repartía el pan y el vino y les abrazaba en una postrera despedida.

Sus últimas palabras resonaban en las almas doloridas como los trenos dolientes del que parte para no volver:

—*"Donde yo voy, vosotros no podéis seguirme por ahora".*

"Os dejo mi último mandamiento:

"Que os améis unos a otros como yo os amo".

"Me buscaréis y no me hallaréis. Pero no os dejo huérfanos, porque mi Padre y yo, vendremos a vosotros si os amáis como Él y yo os amamos".

¡Pedro recordaba que había negado esa noche a su Maestro, y arrodillado a sus pies los besaba mil veces y los bañaba con sus lágrimas que parecían no agotarse jamás!...

¡Juan recostó un momento su frente sobre aquel pecho desnudo donde más de una vez había apoyado su cabeza, y había escuchado el latir de aquel gran corazón, que entonces estaba mudo!...

Helena y Noemí, tuvieron la idea de cortar algunos rizos de la cabellera del Profeta y repartirlos después en hebras de oro como triste recuerdo de aquel ser tan querido, que no había sido sólo el resplandor de un sol entre ellos, sino que había tenido vida de hombre..., les había amado como hombre, y les había consolado como amigo y enseñado como Maestro.

El pensar que no le tenían ya más, les enloquecía de angustia y nuevos coros de sollozos ahogados despertaban ecos en la montaña sombría,

donde el fuego sagrado de la Druidesa gala daba reflejos de oro y sangre a la dolorosa escena final.

Los diez hombres más ancianos de aquella fúnebre reunión se encargarían de ungir el cadáver con los óleos aromáticos de costumbre y envolverlo en el sudario espolvoreado de incienso, mirra y áloe: Gaspar, Melchor, Filón, Elcana, Josías, Alfeo, José de Arimathea, Pedro, Simónides y el tío Jaime.

La dulce madre ungió la cabeza de su Hijo con los raudales de su llanto inconsolable, y la cubrió con el velo blanco que se quitó de la suya.

Los discípulos jóvenes habían explorado las inmediaciones de la montaña a la luz de las antorchas, en busca de una gruta nueva que un familiar de José de Arimathea había adquirido y arreglado para sepultura de los suyos.

Sobre un lecho formado con veinte brazos unidos por las manos, los hombres jóvenes condujeron el cadáver a esta sepultura provisoria, ya que la noche les impedía llevarlo al panteón sepulcral de David, sobre el cual tenía derechos hereditarios el príncipe Sallun de Lohes.

Conduciendo a su gruta sepulcral el cadáver de Yhasua, que había soñado con la igualdad humana, vemos las manos unidas de príncipes, pastores, jornaleros, doctores y hasta un esclavo.

El Hack-Ben Faqui, el Scheiff Ilderín, Gamaliel, Nicodemus, Nicolás, Felipe, Juan, Marcos, Jacobo y Bartolomé, Othoniel, Isaías, Efraín, Gabes, Nathaniel, Shipro y Boanerges, Zebeo y dos jóvenes discípulos de Melchor.

Los hombres de edad seguían el cortejo fúnebre, recitando los trenos de Jeremías, y llorando silenciosamente.

Sólo el príncipe Judá no pudo seguir tras del cadáver de su Rey de Israel, porque tendido aún sobre una manta al pie del cadalso, rodeado por su madre, su esposa y sus dos hijitos, parecía luchar entre la vida y la muerte.

Su inmovilidad completa, su respiración apenas perceptible, y los débiles latidos de su corazón, hacían temer a los suyos que aquella vida no tardaría en extinguirse.

Este doloroso incidente dio motivo a que todos se dirigieran al palacio Ithamar. Los ancianos en literas y los jóvenes a pie, era aquello como una triste procesión de fantasmas sombríos atravesando caminos y barrancos, y luego las obscuras y tortuosas calles de Jerusalén sumidas en profundo silencio.

Las trágicas impresiones del día, la noche obscura y tormentosa, las patrullas de soldados que recorrían las calles para evitar sublevaciones populares, todo flotaba como un hálito de pavor sobre la ciudad de los Profetas mártires y de los reyes homicidas.

124
DE LA SOMBRA A LA LUZ

Hemos llegado, lector amigo, al cuadro final de esta colección de esbozos, de lo que fue el grandioso poema de la vida del Ungido de Dios en la personalidad humana de Yhasua de Nazareth.

El palacio que fuera idea y realidad del príncipe Ithamar, de la antigua y noble familia de Hur, gran amigo de Moisés, parecía estar destinado a ser mudo testigo de grandes dolores humanos.

Ideado y construido para nido plácido y tibio de un primer amor pleno de fe y esperanza, debió presenciar los desgarramientos profundos de sus dueños cuando la tragedia que deshizo a la familia de Ithamar durante diez años largos y terribles.

Presenció asimismo la inmensa desolación de los familiares, amigos y discípulos del Cristo Mártir en el primer anochecer del día de su muerte; día que el mundo llama Viernes Santo, y cuyo dolor ha servido durante veinte siglos para significar toda angustia inconsolable y única en nuestras vidas humanas.

"Esto parece un Viernes Santo", se dice cuando un desconsuelo inmenso llena nuestra morada de silencio y de sombras.

El gravísimo estado físico del jefe de la familia, añadía otra nota más de amargura a la copa que ya rebosaba en todos los corazones.

Los médicos habían diagnosticado una congestión cerebral, de la que no tenían ninguna esperanza de salvarle.

El desolado grupo de los amantes del Cristo..., del hombre genial que acababa de desaparecer, veían en el príncipe Judá el hombre fuerte, el roble gigantesco que podía ofrecer amparo a todos en ausencia del Maestro, para el caso de persecuciones que no podían tardar, dado el odio satánico de los príncipes y doctores del Templo contra el Justo asesinado por ellos.

Su vinculación hereditaria con los grandes hombres del gobierno romano, en su calidad de hijo adoptivo del victorioso Duunviro Quintus Arrius, que había librado al Imperio de la plaga de los piratas, dueños de los mares, le daba un poderoso ascendiente en las esferas gubernativas de los países civilizados. ¿Quién sino él podía protegerles de las furias del Sanhedrín judío?

La noche del viernes y todo el sábado siguiente fue de angustiosa espera para el dolorido conjunto de los amantes de Yhasua.

El Hack-Ben Faqui les animaba diciéndoles:

—La patria Tuareg es inmensa como el Sahara impenetrable, y mi

padre es allí uno de los Consejeros de la reina Selene. Os llevaré pues a mi país si en el vuestro os veis perseguidos.

Gaspar, príncipe de Srinagar y señor de dominios en Bombay, ofrecía albergar a cuantos quisieran huir de la nación desventurada, que fue ingrata a los dones de Dios.

Melchor con sus grandes Escuelas en la península del Sinaí, el Monte Horeb, el Monte Hor y Cades Barnea, hacía iguales ofrecimientos.

Y el Scheiff Ilderín, uno de los más poderosos caudillos con que contaba para su defensa el Rey Hareth de Arabia, decía a los amigos de su amigo muerto:

—Tengo un huerto de palmeras por donde corre el río Orontes, con un lago como vuestro Mar de Galilea, donde navegan mil barcas sin darse sombras unas a otras, y cuyas orillas son praderas donde pastan rebaños de camellos, de caballos árabes, de cabras y ovejas que no se pueden contar.

"Tras de los Montes Jebel y en la espesura de los Montes Basán, tengo viviendas de rocas defendidas por miles de lanceros, y donde pueden vivir cómodamente varios centenares de familias.

"¿No ha dicho el Mesías, nuestro Rey, que nos amemos unos a otros como Él mismo nos ha amado?

"Si hemos de perpetuar su pensamiento haciéndole vivir en nuestra propia vida, entre nosotros no debe existir el egoísmo de lo tuyo y lo mío. Bosra, Raphana y Pella en el camino real de las caravanas, son ciudades tan importantes como Jerusalén, Sevthópolis y Cesarea, y hasta allí no llega la garra del Sanhedrín judío..."

Todas estas voces amigas plenas de afecto y de sinceridad sólo conseguían abrir más, la herida profunda que todos sentían en el fondo de su alma.

—Razón tenía nuestro Maestro –dijo Pedro después de un largo silencio–.

"Muerto el pastor, se dispersarán las ovejas". "Derrumbada la torre en que anidaban las golondrinas, volarán hacia todos los puntos de la tierra".

—Era el imán que a todos nos atraía.

—Era la cadena de oro que nos ataba unos a otros.

—Era el árbol que nos daba sombra.

—Con Él lo teníamos todo, y sin Él no tenemos nada, sino nuestro dolor y nuestra desesperación.

Todas estas frases iban saliendo como gritos del alma herida de muerte de aquel grupo de seres que en la negrura de su angustia, no acertaban a comprender la vida sin aquella gran luz que les había alumbrado por el corto tiempo que estuvieron a su lado.

Todos esperaban con ansias la terminación del sábado, para prestar al gran amigo ausente el postrer servicio en extremo doloroso por cierto, pero del que no podían eximirse sin creerse culpables: el traslado del cadáver a su sepultura definitiva, en el panteón sepulcral de David que se hallaba fuera de las murallas, en el camino de Betlehem.

Realizado esto, dispondrían de sus personas y de sus vidas como a cada cual le pareciera mejor.

Myriam, la incomparable madre del Mártir, recostada en un diván se había sumido en un profundo silencio. Todos pensaban en servirle de protección y de amparo en su inmensa soledad, aun rodeada de tantos seres amigos que la amaban tiernamente; pero nadie se atrevía a hacerle ofrecimiento alguno porque sería recordarle más aún que el gran Hijo ya no estaba a su lado.

El sábado a la noche las mujeres jóvenes se dieron cita para ir al amanecer del domingo a la sepultura del Maestro, llevando un féretro de madera de sándalo con incrustaciones de plata, dentro del cual colocarían el cuerpo para trasladarle al Panteón sepulcral de David, que quedaba a un estadio más o menos del lugar en que se hallaba.

El viernes a última hora se había contratado el féretro para el domingo al amanecer, pero antes de acercarse al sepulcro vieron que por allí no andaba nadie, por lo cual comprendieron que el mercader que lo vendió se había retrasado. Las dos compañeras de María con Boanerges y Juan volvieron a la ciudad para hacer la reclamación conveniente.

La Castellana de Mágdalo viéndose sola, subió de nuevo a la colina del Gólgota o Calvario, y contempló con infinita amargura el patíbulo del Maestro aún tendido en tierra, con las huellas de su sangre donde estuvieron sus manos y sus pies.

Su llanto corrió sobre aquel madero ensangrentado y parecióle mayor entonces que antes, la inmensa desgracia que había caído sobre todos los que amaron al Cristo.

Los dos ajusticiados juntamente con Él, aún pendían de las cruces y uno de ellos se estremecía en los últimos espasmos de la agonía. Sin familia y sin amigos, antes de salir el sol debían ser arrojados a la fosa común en el muladar.

—El Maestro –pensó María–, habría tenido piedad aún de esos míseros despojos de dos criminales. Y yo debo tenerla también.

Antes de bajar de la colina trágica besó por última vez la sangre seca en el madero y buscó los clavos con que el Mártir estuvo suspendido en él. Pero no los encontró.

—Seguramente –dijo–, algunos de los íntimos los ha recogido. –Y se dirigió hacia el sepulcro que distaba sólo unos doscientos pasos, pero

cuya entrada quedaba confundida entre los barrancos y matas de espinos que era lo único que crecía en aquel árido lugar.

Grande fue su sorpresa, cuando vio removida la piedra que cerraba la entrada a la gruta, y que la sepultura misma estaba destapada y la losa caída hacia un lado. Se asomó a mirar al fondo y vio el sudario y el velo en que le envolvieron la cabeza.

—Le han llevado al Panteón de David antes de lo que habíamos pensado –dijo–. Aún no ha aparecido el sol. ¿Cómo es que madrugaron tanto?

Y se sentó sobre una piedra a la entrada de la gruta llorando silenciosamente, mientras miraba la preciosa ánfora de alabastro llena de aceite de nardos que había llevado para derramarlo sobre el cadáver del Señor al colocarlo en el féretro.

Sintió de pronto un leve ruido de los arbustos y hierbas secas y volvió la cabeza.

A través de sus lágrimas vio el bulto de un hombre.

—Si tú le has visto sacar de aquí o le has llevado, dime dónde lo han puesto para que vaya yo a ungir su cadáver –le dijo.

— ¡María!... –dijo una voz, era la del Maestro que la llamaba por su nombre.

— ¡Maestro! –gritó ella arrojándose a sus pies que iba a besar.

—No puedes tocarme –dijo la visión–, porque mi carne ya no es más. Vuelve con los míos y diles lo que has visto y oído. ¡Yo iré en medio de todos, porque ninguna fuerza de la tierra ni del aire puede ya retenerme! ¡La paz sea contigo!

La visión había desaparecido, y María con el rostro en tierra, besaba y lloraba sobre el trozo de roca en que Él estuvo parado.

María, loca de alegría como lo había estado de angustia, echó a correr hacia la ciudad. Antes de llegar a la puerta de Joppe encontró a sus compañeras con los hombres que traían el féretro.

—No está más en el sepulcro –les dijo–, es inútil que vayáis allí. –Y bajando la voz dijo a sus compañeras–:

"¡El Maestro vive!, ¡le he visto y me ha hablado! ¡Dice que vendrá entre todos nosotros! ¡Pronto!..., ¡pronto!, corramos a nuestra morada, avisad a los demás, no sea que Él llegue allá y no nos encuentre".

Sus compañeras le seguían, creyendo que se había vuelto loca.

Llegó jadeante al palacio Henadad, residencia de los galileos, y encontró a Pedro con la mayoría de los discípulos íntimos.

Nadie quiso creerle la noticia. Aún estaba fresca en la memoria de todos aquella otra noticia llevada por ella, de que antes de la puesta del sol del viernes, el Maestro sería libre.

— ¡Calla, mujer, calla! –díjole Pedro con inmensa amargura–. ¡Tú eres la visionaria de siempre! José de Arimathea y sus amigos le habrán

llevado al sepulcro de David, sin tenernos en cuenta a nosotros que tanto deseábamos darle esta última prueba de nuestro afecto.

Y cubriéndose el rostro con su manto comenzó a llorar con gran desconsuelo.

María sentada en el pavimento lloraba también creyendo ella misma ser víctima de una ilusión de su amor.

Los discípulos más jóvenes ya se levantaban para correr al sepulcro a cerciorarse de la realidad, cuando el cenáculo sumido aún en el claro obscuro del amanecer se inundó de luz, y la clara y dulce voz del Maestro se hizo oír de todos ellos.

—*"¡La paz sea con vosotros!..., ¿por qué habéis dudado? ¿No os dije que entraba en la gloria de mi Reino, que me haría dueño de todos los poderes en los cielos, en la tierra y en los abismos?*

"El sepulcro no puede retener a los que ha glorificado el Amor.

"Preparaos para volver a Galilea, que es más propicia para recibir allí los dones de Dios".

Y su transparente y sutil personalidad se deslizó ante todos y cada uno de los que estaban presentes, los cuales mudos de estupor no sabían si estaban en el mundo de los vivos o eran víctimas de una fantástica quimera.

Más o menos a la misma hora, igual visión se les había presentado en el palacio de Ithamar, sumido en la angustiosa ansiedad de que creían ser los últimos momentos de la vida de Judá.

La misma Myriam llena de piedad por el dolor de la familia, se había dejado conducir a la alcoba del moribundo, donde se hallaban los ancianos Melchor, Gaspar, Filón y Simónides con el Hack-Ben Faqui y el Scheiff Ilderín.

Nebai arrodillada ante el lecho, sollozaba sobre la inmóvil cabeza de Judá, que respiraba fatigosamente. A los pies lloraban su madre y Thirsa, su hermana. La alcoba del moribundo se había inundado de claridad y la frase habitual del Maestro había caído sobre todas las almas como una música divina:

—*"¡La paz sea con vosotros!".*

Todos corrieron hacia el lecho de Judá encima del cual flotaba la visión amada como la luz rosada del amanecer.

—*Más que me amasteis vosotros os he amado yo desde inmensas edades.*

"¿Por qué languidece vuestra fe y se marchita vuestra esperanza, como si en el sepulcro terminase la carrera eterna del espíritu?

"Levantad vuestros corazones al que es Eterno Dador de toda vida, y recordad mis palabras: "Vuelvo a mi Padre de donde salí, pero no os dejo huérfanos ni solos en este mundo".

"Madre, amigos, hermanos..., bendecid a Dios todos los momentos de

vuestra vida, y que ningún dolor os haga olvidar mis promesas eternas y mi amor más fuerte que la muerte".

Judá se incorporó de pronto sobre el lecho y tendiendo sus brazos a la visión amada, le dijo:

— ¡Yhasua!... ¡Vienes a llevarme contigo a tu Reino, mi Rey de Israel!

— ¡Aún no es llegada la hora de tu libertad! ¡Vive, Judá, amigo mío, y serás el brazo fuerte que proteja a mis primeros sembradores de la fraternidad humana!"

La visión se esfumó tan sutilmente como había aparecido, por más que todas las miradas hubieran querido retenerla estampada en la retina igual que en el fondo del alma.

Los Ancianos y las mujeres recitaban llorando el salmo del Aleluya, símbolo bellísimo de las más puras alegrías del alma humana prosternada ante la grandeza Divina.

Iguales apariciones del Divino Maestro tuvieron el mismo día y sólo con diferencia de hora, los amigos de Betania, en la casa de la viuda Lía, donde se alojaban los de Betlehem, y en el cenáculo de José de Arimathea, donde cerca al medio día se encontraban reunidos los cuatro doctores amigos de Yhasua, más Rubén de En-Gedí esposo de Verónica, el príncipe Jesuá, Sallun de Lohes y los familiares de ellos.

El Ungido del Amor Eterno no olvidó a ninguno de cuantos le amaron hasta el fin.

Vercia la Druidesa gala, le vio aparecer en su fuego sagrado de la media noche del domingo, y la voz sin ruido de la aparición le dijo:

—"Vuelve a tu tierra mujer de fuego y de bronce, porque cuento contigo para sembrar la fraternidad humana en la otra ribera del Mar Grande".

— ¿Qué podremos hacer si pronto seremos esclavos del poderío romano?... –pensó la Druidesa.

Y la aparición le respondió:

—Los poderosos de la tierra esclavizan los cuerpos, pero no la idea emanación del espíritu... ¡Piensa!... piensa con mi pensamiento, mujer, y obra con tu voluntad unida a la mía.

"La fraternidad, la igualdad y la libertad germinarán en tu patria gala, y florecerán antes que en ninguna otra región de la tierra.

"¡La paz sea contigo!"

* * *

Un inmenso júbilo llenaba todos los corazones, y la personalidad augusta del Maestro se agigantaba en la conciencia de todos, que ya no podían dudar de que habían tenido por breves años entre ellos al Verbo de Dios encarnado, al Mesías anunciado por los Profetas.

Habían soñado es cierto, en tenerle también como un Rey sobre un trono de grandeza y poderes materiales, y ese sueño se había esfumado sin realizarse por el momento. Mas, ¿qué duda podía caberles de que su reinado sería eterno sobre todas las almas que se abrieron a su Idea Divina del Amor entre todos los hombres? ¡Qué pobre y mezquina les pareció entonces la idea de la muerte, a la cual tanto terror y espanto tenían antes!

¡Su Maestro había triunfado de la muerte y de la corrupción del sepulcro, y flotaba glorioso en los ámbitos ilimitados de lo infinito!...

¡Qué sublime grandeza era la suya!... Mucho más que la habían comprendido antes, cuando le veían realizar portentos en favor de sus semejantes cargados de pesadumbres y desesperaciones.

Se comunicaron unos a otros lo que habían escuchado del Divino Maestro, glorioso y triunfante, y se dispusieron a marchar hacia la amada Galilea, donde esperaban que la gloria de Dios se desbordaría sobre la tierra, acaso para transformarla, purificada, en el paraíso de amor, de dicha y de luz con que todos soñaban...

Eran ciento veintisiete personas las que conocían el divino secreto de las apariciones radiantes del Cristo, y fue este reducido conjunto de amadores suyos, que emprendió el viaje a las orillas del Mar de Galilea, dos días después del domingo llamado de resurrección.

La Idea Divina parece mantenerse como velada en fanales de sutilísimas transparencias, o por lo menos, de tal modo se presenta a la conciencia de los seres humanos, que ellos no llegan a percibirla con absoluta claridad.

Y así no debe extrañarnos que aquella pequeña brigada de amadores del Cristo, emprendieran el viaje a Galilea en busca suya, con las almas llenas de divino ensueño, y de esperanzas inmensas como el infinito...

Iban a verle nuevamente, iban a oírle, acaso a vivir una segunda etapa de vida, superior en mucho a la que habían vivido a su lado.

Cómo sería esa vida, no podían precisarlo por el momento.

Le habían visto obrar tan estupendas maravillas y al tercer día de su muerte le veían resplandeciente como un sol, entrar y salir en los recintos cerrados, aparecer y desaparecer como una luz, ¿cómo pues, no debían esperar una vida nueva, diferente de la que habían vivido hasta entonces?

¡Era indudable! ¡El Reino de Dios iba a ser establecido en la tierra, y su Maestro sería el Rey inmortal y eterno con que habían soñado!

La Roma poderosa y dominadora desaparecería entre las brumas de oro de su ensueño divino...

El Sanhedrín judío con su intransigencia y su feroz crueldad, parecíales una negra pesadilla, de la cual habían despertado a una radiante claridad que nada ni nadie podía extinguir en adelante.

Tan sólo Gaspar, Melchor y Filón comprendían todo lo que aquello significaba:

"El triunfo del Cristo Mártir, era el comienzo de una Era Nueva".

Era el abrir surcos interminables en la heredad que el Padre le confiara, y a la cual Él con los suyos debían conducir al más completo triunfo sobre la fuerza de las tinieblas.

El Cristo triunfante iba a la posesión eterna de su Reino.

En la tierra quedaban los que le habían amado y seguido, los que habían bebido de su corazón de Enviado Divino, la doctrina suya de la *paternidad de Dios y de la hermandad humana*.

Y quedaban con el mandato expreso de llevar esa doctrina por toda la faz de la tierra, aún a costa del sacrificio de los bienes de fortuna, de la honra y de la vida, tal como habían visto que lo hizo su Maestro y Señor.

"La muerte por un ideal de liberación humana, es la suprema consagración del Amor" –repetían como un eco de las palabras del Cristo.

Melchor, Gaspar y Filón, sabían que todo aquello era el comienzo de una lucha gigantesca que duraría veinte siglos, o sea hasta la terminación del ciclo de evolución humana, del cual el Avatar Divino había venido a iniciar la jornada final.

La doctrina de la paternidad de Dios y de la hermandad humana es la síntesis de toda la Ley Divina:

"Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo"

Y para hacerla triunfar entre la humanidad de la tierra, sería necesario hacer tabla rasa de la prepotencia de los poderosos, de la indigna humillación de los esclavos, de la supuesta divinidad de los emperadores, de los faraones, de los brahmanes y sacerdotes de todas las religiones.

Sería necesario llegar a la única conclusión posible, de que no hay sino un solo Padre, un solo Señor, un solo Dueño: Dios, Causa Suprema de cuanto existe. Y una sola gran familia de hermanos: la humanidad de toda la Tierra.

¿Y las fronteras? ¿Y los límites? ¿Y la dominación de unas razas sobre otras? ¿Y el placer casi infinito de llevar una corona en la cabeza y ver millares de seres doblar la rodilla en tierra en una semiadoración al coronado?

¿Y los odios por las religiones diferentes, por las dinastías, por las posesiones de tierras, por los puertos, por las islas, por los derechos sobre el agua, el aire y hasta por los rayos del sol?...

¡Oh, cielos! ¡Todo eso estaba fuera de la doctrina de la paternidad de Dios y de la hermandad humana, que el Divino Maestro había traído a la tierra y la había defendido hasta morir por ella!

¡Y toda esta lucha formidable aparecía como entre brumas de polvo y sangre, a la vista de los tres ancianos maestros de Divina Sabiduría!

¡Qué inmensa carga dejaba el Ungido de Dios sobre los hombros de sus voluntarios colaboradores!

Mas, también les había dicho: "Que no les dejaba huérfanos ni solos en este mundo". "Que su Padre y Él vendrían a morar en aquellos que cumplieran su ley divina de amor fraterno". "Que sería una misma cosa con ellos por el amor, y que donde dos o tres estuviesen reunidos en su Nombre, allí estaría Él en medio de ellos".

El príncipe Judá habíase incorporado en su lecho ante la presencia augusta de su divino amigo, cuya imagen radiante se esfumó como una luz entre sus brazos. Faqui le abrazó tiernamente diciéndole:

— ¿Has visto cómo el Hijo de Dios no puede morir?...

—Es verdad, amigo mío, pero presiento que no le tenemos con nosotros para mucho tiempo –le contestó Judá.

La alegría en el austero palacio de Ithamar fue desbordante, como terribles habían sido las desesperaciones y las angustias recientes.

El anciano Simónides levantó de nuevo su cabeza abatida por la doble tragedia de la muerte del Cristo, y de la muerte, al parecer, inevitable del príncipe Judá que era como su propio hijo.

El Rey de Israel había triunfado de la muerte, maravilla muy superior a los conocimientos del buen comerciante, que si era inigualable en acrecentar una fortuna encomendada a su tutela, era nulo en cuestiones metafísicas, en análisis y definiciones.

El príncipe Judá había triunfado asimismo de la congestión cerebral que lo llevó al borde del sepulcro. ¿Qué más podía esperar en su vida larga de octogenario?

Melchor, Gaspar y Filón, resolvieron regresar a sus países nativos, llevándose en el alma las promesas del Mesías triunfante, para alumbrar con ellas los últimos días que les restaban de peregrinaje sobre la tierra.

Sabían que pronto estarían con Él en su Reino, y ningún afán ni deseo, ni ambición terrestre podía caber en sus corazones ebrios de luz de ese más allá cercano, que casi tocaban ya con sus manos.

A la luz radiante de sus lámparas encendidas por el Cristo vencedor de la muerte, comenzarían la siembra divina en Alejandría, la segunda ciudad del mundo civilizado entonces, en Cades Barnea, en el Monte Hor, en el Horeb, en el Sinaí, donde aún vibraba en el aire el pensamiento y la voz de Moisés.

Cuando los tres ancianos viajeros se embarcaron en Gaza, los amigos de Jerusalén, Betlehem y En-Gedí, se unieron a los galileos y emprendieron con ellos, el anhelado viaje a encontrar al Señor, al

Maestro, en las orillas del Mar de Galilea, cofre sagrado de los más bellos y queridos recuerdos.

La caravana de los amantes de Yhasua se aumentó con varios de los discípulos de Yohanán el Profeta del Jordán, con el Scheiff Ilderín, su hijo mayor y algunos de sus jefes, los amigos de Betania, y la familia del príncipe Hartat de Damasco, que habiendo presenciado la tragedia de Jerusalén, se volvía hacia el norte pasando por Galilea.

Dadas las diferentes condiciones físicas de los viajeros, entre los cuales había mujeres de edad y niños menores de doce años, el viaje se hizo en parte en dos grandes carros, cuyo aspecto exterior les asemejaba a las fuertes y cómodas carrozas de viaje de la Edad Media. El príncipe Judá, fue quien los puso a disposición de los viajeros, impedidos por su edad de realizar el viaje a caballo o a pie. La gente joven iba montada en caballos y asnos, pero en grupos separados para no llamar demasiado la atención, pues que su número había subido a ciento setenta y ocho personas.

Vercia la Druidesa gala, hecha a la vida azarosa de las montañas galas, defendiéndose de enemigos humanos y de bestias salvajes, quiso acompañar a los amigos íntimos del Ungido de Dios, a encontrarle de nuevo en la hermosa tierra Galilea, en cuya capital Tolemaida había desembarcado al llegar de su país natal en busca del Salvador de la humanidad.

Nebai, su gran amiga de esa hora, le hizo proporcionar caballos para ella y los suyos.

Los huertos silenciosos del justo Yhosep en Nazareth, acogieron a los que volvían de la ciudad de los Profetas, ya sin el gran Profeta a cuyo lado habían hecho el camino a Jerusalén.

¡Qué terrible emoción debía sacudir el alma de Myriam, del tío Jaime, de todos los familiares del Maestro al penetrar de nuevo en aquel huerto, en aquella vieja casa donde tantas imágenes queridas flotarían como sombras impalpables, invisibles a la mirada física y sólo perceptibles al corazón de una madre, relicario eterno de los amores que nunca mueren!...

Tiene el amor, en los seres superiores, delicadezas infinitas que las almas mediocres y pequeñas no aciertan a comprender.

Myriam entró en su casa y de inmediato se dirigió a su alcoba para desatar allí como una lluvia de invierno la angustia que le oprimía el alma desde que entró en Nazareth. ¡Quería llorar!..., ¡llorar! Viuda sin esposo y madre sin el hijo ¿quién podía medir la inmensidad de su dolor?...

Pero ¡cuál no sería su sorpresa cuando al abrir con trémula mano aquella vetusta puertecita de goznes gastados, encontró la alcoba iluminada por una luz que la deslumbró, hasta el punto de cegarla!

Cuando sus pupilas pudieron resistir aquella radiante claridad, cayó

de rodillas sobre el pavimento de viejas losas, donde tantas veces lo hiciera para orar a Jehová en sus días de plácida felicidad.

Acababa de percibir clara y nítidamente la presencia de su Hijo... de su gran Hijo, el Mesías Mártir, que le sonreía de pie junto a la cunita aquella de madera de cerezo, que ella había conservado como un recuerdo de la infancia de Yhasua.

Percibió luego a Yhosep, hermoso en su edad viril, tal como aquel día en que desposada con él la sacó del Templo y la condujo a Nazareth.

Y las dos radiantes visiones le transmitieron el mismo pensamiento:

— ¡Mujer bienaventurada!... No estás sola en el mundo porque el Eterno Amor unió nuestras vidas a la tuya, y unidos estaremos por toda la eternidad. ¡Lo que Dios ha unido, nadie puede separarlo!...

La intensidad del amor la hizo caer, en un estado de inconsciencia extática, de la cual la sacó Ana, Marcos y el tío Jaime que extrañados de su encierro acudieron a buscarla.

La encontraron sentada sobre el pavimento, inmóvil con sus ojos cerrados y su rostro coloreado de un vivo carmín.

—Tiene fiebre –dijo Ana que palpó el rostro y las manos de Myriam inundados de un suave calor.

—No –contestó ella abriendo los ojos–. Les he visto a ellos que me esperaban en esta alcoba, y una energía nueva, una fuerza maravillosa ha invadido todo mi ser. ¡Venía a morir en este rincón querido y encontré de nuevo la vida y el amor!...

El júbilo de la madre bienaventurada, se transmitió como una corriente eléctrica a todos los que estaban en su casa y una gran esperanza conjunta hizo palpitar de dicha todos los corazones.

¿Cómo era posible llorar muerto al divino amigo, que iba iluminando con su gloriosa presencia los obscuros caminos de la vida?

Era el Reino de Dios anunciado por Él, que se establecía en la tierra, fango y miseria, para que floreciera en ella el amor y la fraternidad entre los hombres. Estas radiantes apariciones se repitieron diariamente, ya a unos, ya a otros, de todos aquellos en cuyas almas ardía como una llamarada viva el amor puro y desinteresado al Cristo Mártir. Ya en las horas de la comida al partir el pan, ya en las reuniones del cenáculo para orar en conjunto, ya en las orillas del Lago Tiberíades, o sobre una barca, o andando sobre las aguas, o en lo alto de algún monte donde antes Él oraba junto con ellos, alrededor del fuego, en la playa del mar cuando se disponían a asar pescado y recordaban con inmenso amor el divino ausente..., allí les aparecía Él como un arrebol de la aurora, como un crepúsculo del ocaso, o como blanca claridad de la luna o bajo la sombra de los árboles, donde antes se cobijaban de los ardores del sol.

—"¡La paz sea con vosotros! –les repetía siempre al aparecer–. ¡Os

dije que no os dejaría solos! ¡Que estaría con vosotros hasta el final de los tiempos, que mi Padre y Yo estamos allí, donde el amor recíproco florece en eterna primavera!...”

Y cuando se cumplían los cuarenta días del domingo de Pascua en que comenzaron las apariciones, los mandó reunirse todos en la más solitaria orilla del mar, al sur de Tiberias, a la hora en que se confunden las últimas claridades del ocaso con las sombras primeras de la noche.

Allí acudieron también los solitarios del Tabor y del Carmelo, y en pocas palabras al aparecer el Maestro, les hizo una síntesis de cuanto les había enseñado en los días de su predicación.

—*Yo vuelvo a mi Padre* –les dijo–, *y vosotros como aves viajeras iréis por todos los países de la tierra donde viven seres humanos que son hermanos vuestros a enseñar mi doctrina del amor fraterno, confirmada por todas las obras de amor que me habéis visto realizar.*

“Desde mi Reino de luz y de amor seguiré vuestros pasos, como el padre que envía sus hijos a la conquista del mundo y espera verles volver triunfantes a recibir la corona de herederos legítimos, de verdaderos continuadores de mi doctrina sostenida al precio de mi vida.

“Como Yo lo hice, lo podéis hacer vosotros porque todas mis obras están al alcance de vuestra capacidad, si hay en vosotros el amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a vosotros mismos”.

Y extendiendo sus manos radiantes de luz sobre todos sus amados, puestos de rodillas sobre la arena de la playa, les bendijo diciéndoles:

“Voy al Padre, pero mi amor unido al vuestro, no me dejará separado de vosotros...

“¡Hasta siempre!”.

La esplendorosa visión final se esfumó como el sol entre las primeras sombras de la noche, que continuó avanzando lentamente como un hada sigilosa que tendiera sus velos negros salpicados de estrellas...

Nadie se movía en aquella playa silenciosa, y todos los ojos estaban fijos en el sitio donde la visión amada había desaparecido.

No había en ellos tristeza ni dolor, y no obstante lloraban con esa emoción íntima y profunda, sólo conocida de las almas de oración y recogimiento, que conocen la suavidad infinita del Amor Divino que se desborda como un manantial de luz y de dicha sobre aquellos que se le entregan sin reservas.

Los Ancianos solitarios del Tabor y del Carmelo, fueron los primeros en reaccionar de aquel estado semiextático en que todos estaban, y el más Anciano de entre ellos les dijo:

—Ya sabéis, que ocultos en nuestros santuarios de rocas vivimos para Él y para vosotros, en cuanto podáis necesitar de nuestra ayuda espiritual y material.

“Lejos de las miradas del mundo que no le ha comprendido, abriremos horizontes a nuestras vidas, para que seamos un reflejo de lo que fue nuestro excelso Maestro en medio de la humanidad.

“El Cristo martirizado y muerto, sosteniendo su doctrina, será siempre la estrella polar que marcará nuestra ruta entre las tinieblas y la incertidumbre de la vida terrestre.

“¡Todos somos viajeros eternos!... ¡Y una sola luz alumbra nuestro camino: El Cristo del Amor, de la Fraternidad y de la Paz!

“¡Sigámosla!...”

Las palabras del Anciano se perdieron entre las sombras y el rumor de las olas del Mar de Galilea, que el fresco viento de la noche agitaba mansamente.